La novela corta
española

LA NOVELA CORTA ESPAÑOLA

PROMOCION DE "EL CUENTO SEMANAL

(1901-1920)

Reproducción de la cubierta del primer número de "El Cuento Semanal" que apareció el 4 de enero de 1907

LA NOVELA CORTA ESPAÑOLA

PROMOCION DE "EL CUENTO SEMANAL"

(1901 - 1920)

ESTUDIO PRELIMINAR,
SELECCION Y NOTAS
DE
FEDERICO CARLOS SAINZ DE ROBLES

AGUILAR, S. A. DE EDICIONES
MADRID - 1952

LS.C
S1583-n

579960
10.3.54

Reservados todos los derechos. Hecho el depósito que marca la ley.
Copyright 1952, by Aguilar, S. A. de Ediciones, Madrid.

Printed in Spain. Impreso en España por E. Sánchez Leal. Stma. Trinidad, 7.

ESTUDIO PRELIMINAR

LA PROMOCION DE «EL CUENTO SEMANAL»

SIGNO, VALOR Y TRASCENDENCIA DE UNA EPOCA DE LA NOVELA ESPAÑOLA (1901-1920) (*)

Quiero delatar una injusticia. Deseo testificar un estado de opinión que se balancea entre la ignorancia punible y la insensatez temeraria. Intento contribuir, en la medida de mis posibilidades, guiado por un reflexivo fervor, a que dicha injusticia sea conocida—por quienes la ignoren—y reparada—por quienes deban—y proclamada, ya firme la sentencia, por todos; aun cuando no por todos con la misma complacencia. A que, si ni la reparación ni el reconocimiento se conceden, al menos, dadas por mí las voces de «¡Audiencia pública!» y de «¡Visto para sentencia!», nadie, ya, pueda llamarse a engaño. Y todos sepan que existe una injusticia contumeliosa, que perdura porque conviene su persistencia a quienes corresponde reconocerla y repararla; que la injusticia ya no enraiza en un olvido punible, o en una ignorancia lamentable, o en una falsa opinión, sino en una contumacia hipocritona, desleal, temerosa de que la verdad pasada, al resplandecer, pueda aminorar la amañada veracidad presente, demasiado turbia y roída de complejos.

La injusticia es ésta: la actual promoción de novelistas españoles, la promoción que pudiéramos llamar de 1939 y calificar *como del egotismo y del tremedismo,* desconoce, finge desconocer, quiere desconocer, la fortuna, la vigencia y la trascendencia de una de las más fecundas, varias, victoriosas y netamente españolas promociones de novelistas: la que yo califico de *promoción de «El Cuento Semanal».*

La justicia que acabo de delatar es doblemente irritante: Primero, porque los novelistas actuales—y escasamente actuantes—se niegan a reconocer y honrar a quienes son sus «padres literarios», quiéranlo o no, ya que éstos, como los naturales, no se eligen y, sin embargo, nos cumple, cuando menos, honrarlos. Segundo, porque, salvo escasísimas excepciones, los han juzgado inapelablemente y sin oírlos, es decir, sin leerlos, y los han repudiado basándose en personalísimos «porque sí» o «sin por qué».

Los novelistas de hoy difícilmente admiten el valor de sus «abuelos lite-

(*) Conferencia leída en el Círculo de Bellas Artes de Madrid el día 20 de junio de 1951.

rarios»; y para llegar a ellos, eluden pasar por la lógica transición de sus «padres», interrumpiendo así, con más pedantería que eficacia, la que tiene que ser bien eslabonada cadena tradicional de un género. Entre sus precursores y ellos han levantado los actuales novelistas un auténtico telón de acero. Uno de esos telones de acero a uno de cuyos lados se ocultan la malicia de la intención y la agresividad del designio.

Y si, en efecto, existieran auténticos novelistas jóvenes—al menos en ese número de diez que exigió Jehová de justos para perdonar a Sodoma y Gomorra—, su aptitud sería reprobable. Pero aún hay algo peor. Porque estoy por jurar que en la promoción 1939, a catorce años de su aparición sobre el escenario de la literatura hispana, no existen todavía diez auténticos novelistas. Existen, sí, algunas excelentes novelas que hacen sospechar la posibilidad de algunos excelentes novelistas, trabajosísimamente logrados con la colaboración preciosa de circunstancias que les son ajenas. Pero no se puede calificar de novelista—en la rigurosa acepción de la palabra—a quien ha escrito una única novela, o dos novelas, por mucha que haya sido la fortuna más o menos amañada de éstas. El novelista, para merecer tan honroso calificativo, precisa sumar valores permanentes: una vocación bien probada, cierto número de obras que acrediten su vocación en el tiempo y en el ámbito y a prueba de contrariedades, una tendencia constante y fervorosa hacia el género, sin mezcla de frivolidades. En pocas palabras: la tozuda pretensión de seguir un camino, la tozuda confianza en seguirlo con pasos seguros y derrochando alientos y superaciones. ¡En qué gran aprieto os pondría, muy cultos lectores míos, pidiéndoos que me nombraseis a diez auténticos novelistas de hoy, poseedores de los más indispensables requisitos para dar validez a su categoría literaria. Y si me dierais esos diez nombres, seguro estoy que entre ellos estarían los de Zunzunegui, Ledesma Miranda, Bartolomé Soler, Sebastián Juan Arbó y otros varios, los cuales, aun cuando es cierto que novelistas son de hoy, no lo es menos que no pertenecen a la generación a que nos referimos. Podríais mencionarme, sí, diez novelas de éxito y laureadas con pingües galardones oficiales. Y, probablemente, con apuros.

Y os pregunto y me pregunto, realmente impresionado: una promoción que no cuenta con diez novelistas definitivamente merecedores de tal calificativo, ¿tiene derecho a desdeñar, puede permitirse el lujo de ignorar el valor y la trascendencia de una generación de novelistas tan nutrida y fecunda que suma más de cincuenta nombres ilustres, recogidos en las antologías y en las historias literarias, cuyas obras han sido traducidas a todos los idiomas y a cuya fama no contribuyeron ni poco ni mucho los designios oficiales del momento? Al final de este prólogo contestaré a tan peliaguda pregunta. Quiero, ahora, referirme, con la necesaria brevedad que impone el preámbulo, a esa promoción que llamo de *El Cuento Semanal*, reafirmar sus nombres ilustres, determinar el valor de algunas de sus obras, enumerar sus características y sus influencias, discernir sus primores, calibrar sus efectos y presumir el rango que legítimamente le corresponde en la historia de la novela española.

Antes, naturalmente, y para la comprensión filtradísima de cuanto quiero atribuir a esa promoción, se precisa que establezca, como en el punto primero de una meditación, la *composición de lugar.*

Cuando surgió, en 1907, la promoción de *El Cuento Semanal*, ¿cuál era el estado de la novela española, cuáles sus raíces y sus tendencias? ¿Quiénes fueron sus «padres literarios»? ¿Qué virtudes y qué defectos novelísticos heredaron los promocionistas?

En 1907, en 1905, en 1901, no existían en España sino dos clases de novelas: las realistas y las naturalistas. Aquéllas formaban la clase de ya más larga vida, de más decisivos éxitos y de una genuina solera hispana. Quizá porque el realismo ha sido siempre el motor más eficaz e infalible de la auténtica novela, en cualquier país y en cualquier tiempo. Pero las naturalistas hervían la clase más viva y sugestiva *del* momento y *para* el momento.

Después de un siglo—el XVIII—sin novelas que valgan la pena ni de mencionar—y olvidémonos casi píamente de las *Aventuras de Juan Luis* (1781), de Rejón y Lucas; de *Los enredos de un lugar* (1778), de Gutiérrez de Vargas; de *El Valdemoro* (1792), de Martínez Colomer, y hasta del *Eusebio* (1786-1788), de Montengón, y salvemos por mera curiosidad el *Fray Gerundio*—; después de medio siglo XIX engendrador incansable de novelones románticos y declamatorios, mezcla explosiva de historia amañada, de idealismos monstruosos y de realidades mediocres—y olvidémonos igualmente, y no con menor piedad, de los engendros de Patricio de la Escosura, Pastor Díaz, la Avellaneda, García de Villalta, Ariza, Romero Larrañaga, López Soler, Juan Cortada, Espronceda, Larra, Trueba y Cossío, Patxot, Castellanos, Ayguals de Izco, Vicceto, Balaguer, etc., salvando los ejemplos de Gil y Carrasco y Fernández y González—; después de siglo y medio de tentativas fracasadas y de frutos otoñados sin maduración, una mujer, Cecilia Böhl de Faber, que se inmortalizó con el seudónimo de *Fernán Caballero* (1)—¡cómo añoraban los pantalones, para vivir y para escribir, dentro y fuera de España, las mujeres nacidas en el recuelo del romanticismo!—, inició con tímida felicidad el reencuentro de una perdida veta, de una veta oculta. Vale la pena consignar un título y una fecha: *La Gaviota*, 1849. *La Gaviota*, en 1849, es el hito que marca la nueva presencia de un Guadiana próspero que corrió soterrado durante siglo y medio. La timidez del empeño no empaña su fortuna.

Con *La Gaviota* se restituye a su imperio el realismo español. El triunfo, conviene advertirlo, no es estrepitoso. Los triunfos estrepitosos suelen tener—como los donceles medievales enamoriscados—una existencia efímera y sobresaltada. Lo detonante atrae durante poco tiempo. Por ser el de *La Gaviota* un éxito discreto, posiblemente tuvo tiempo sereno y moroso para enraizar y ambiente propicio para frutecer. *Fernán Caballero*, antes de lograr, y quizá sin darse cuenta de su logro, una novela auténticamente realista, había ensayado sin fortuna un tímido ensayo de realismo novelesco en *Sola*—impresa en Hamburgo el año 1831, el pleno brote del romanticismo español—.

En *La Gaviota*, como en toda buena novela realista, lo de menos es el *tema*, la *ejemplaridad* y la *intención*. El escritor realista encuentra los temas *fuera de sí mismo*, en el trozo de rea-

(1) CECILIA BÖHL DE FABER, «FERNÁN CABALLERO» (1796-1877). Nació en Morges, cantón suizo de Berna. *La Gaviota*—1849—; *Clemencia*—1852—; *Lágrimas*—1853—; *La estrella de Vandalia*—1855—; *La familia de Alvareda*—1856—; *Elia*—1857—; *Un servilón y un liberalito*—1857—; *Un verano en Bornos*—1858—; *Deudas pagadas*—1860—; *La fartsea* y *Las dos gracias*—1865—.

lidad que descubre con la felicidad que el minero la veta del metal precioso. En el escritor realista lo que importa *no es la inventiva,* sino ese *como olfato* de hallar el metal en cuya sustancia está la riqueza de uso y de cambio. El escritor realista debe enemistarse para siempre con la imaginación. Lo importante en *La Gaviota,* como en toda buena novela realista, es la suma de la gran verdad de los caracteres, de la naturalidad de la expresión, del colorido exacto y del dibujo maestro en las descripciones, de la animación plenamente humana de los diálogos, del «sello de vida» que lleve cuanto es referido. En *La Gaviota* la acción es casi nula y vana. Sin embargo, el *interés humano* fluye en ella, inagotable, recogido y embalsado en una plenitud de verdad. Para la Vida y por la Verdad, *Fernán Caballero* recuperó el Guadiana del realismo novelesco español.

Pero la verdadera fortuna para el nuevo cauce henchido a la vista fué que, inmediatamente, surgieran los titanes capaces de ensancharlo y de ahondarlo y de alargarlo con asombrosa prodigalidad. Estos titanes fueron, por orden cronológico de nacimiento: Juan Valera, Pedro Antonio de Alarcón, José María de Pereda, Benito Pérez Galdós, Emilia Pardo Bazán, Leopoldo Alas *(Clarín)* y Armando Palacio Valdés (1).

Y una nueva felicidad para el éxito caudaloso: que no fueran ni Valera ni Alarcón—maestros en el género, pero no de excepcionales fuerzas ni fecundidad—los primeros en consolidar el género. Y sí que el primer titán «que arrimara el hombro» fuese el más titán de los siete titanes: Pérez Galdós. ¡Y cómo lo arrimó, amigos míos! ¡Con qué fuerza, con qué generosidad, con qué precisión, con qué acierto! Para sobrealimentar un género desnutrido era indispensable, en muy poco tiempo, darle alimento frecuente y con todas las vitaminas perfectamente dosificadas. En menos de seis años, Galdós lanzó diez, doce obras inmejorables. Es decir, que cuando los demás titanes arrimaron sus hombros, el género estaba perfectamente apuntalado. Porque—insólito caso—la primera novela de Galdós, *La Fontana de Oro,* publicada en 1870, fué ya una novela perfecta. ¿Cuántos autores conocemos cuya primera novela sea una novela perfecta? La primera novela de Pereda, *El buey suelto...,* es un boceto de buena novela. La primera de Alarcón *El final de Norma,* es un ensayo estimable de buena novela. La primera de la Pardo Bazán, *Pascual López,* y la primera de Palacio Valdés, *El señorito Octavio,* no son sino apuntes pálidos de buenas novelas.

Pero *La Fontana de Oro,* primera novela de Galdós—insólito caso—, es perfecta, una soberbia novela realis-

---

(1) JUAN VALERA Y ALCALÁ GALIANO (1824-1905). De Cabra (Córdoba). *Pepita Jiménez* —1874—; *Las ilusiones del doctor Faustino* —1875—; *El comendador Mendoza*—1877—; *Doña Luz*—1879—; *Pasarse de listo*—1873—; *Juanita «la Larga»*—1896—; *Morsamor* —1899—; *Genio y figura*—1899—; *Elisa «la Malagueña»*—sin acabar—.

PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN (1833-1891). De Guadix (Granada). *El final de Norma*—1851—; *El sombrero de tres picos*—1875—; *El capitán Veneno*—1881—; *El escándalo*—1875—; *El niño de la Bola*—1880—; *Cuentos amatorios, Historietas nacionales* y *Narraciones inverosímiles*—1881, escritos en distintas épocas—; *La Pródiga*—1882—.

JOSÉ MARÍA DE PEREDA (1833-1906). De Polanco (Santander). *Tipos y paisajes*—1871—; *Bocetos al temple*—1876—; *Tipos trashumantes*—1877—; *El buey suelto...*—1877—; *Don Gonzalo González de la Gonzalera*—1878—; *De tal palo, tal astilla*—1879—; *Esbozos y rasguños*—1881—; *El sabor de la tierruca* —1882—; *Pedro Sánchez*—1883—; *Sotileza* —1884—; *La Montálvez*—1888—; *La Puchera*—1889—; *Nubes de estío*—1891—; *Al pri-*

ta. Para el triunfo del género novelesco realista fué como un milagro engendrar y parir al primer esfuerzo, entre tanteos, balbuceos y penumbras, una criatura soberanamente eugénica. Cuando Valera, Alarcon y Pereda lanzan sus primeras buenas novelas realistas, Galdós ha publicado ya, además de *La Fontana de Oro* y *El Audaz* —otra gran novela perfecta—, la primera serie de sus *Episodios Nacionales,* la epopeya más vasta y más perfecta de la novela española, en el sentir de Menéndez y Pelayo.

Los siete titanes, en muy pocos años, trabajando alegre y titánicamente, dejaron firme, preciso, inconmovible y ejemplar, el género. En 1890 ya no existía otra tendencia novelística en España que el realismo. El realismo había barrido y aventado las ñoñeces románticas, las aburridas declamaciones, los desorbitados folletines por entregas.

Conviene, sí, recalcar cuál fué el realismo que así quedó enraizado, entroncado, frondoso y enfrutecido con tan sin igual hermosura y sapidez tan peculiar y neta. Y adelantémonos a fijar que, aun cuando fué un realismo de rigurosa autenticidad española, no cabe identificarlo en absoluto con el realismo hispano del siglo XVII. ¿Qué diferencias pueden hallarse en ellos que los distancie y clarifique por separado dentro de una misma tendencia nacional y caudalosísima?

A mi entender, la primera diferencia que los distingue es la mucho menor importancia dada al idealismo por los novelistas de la centuria diecinueve. Realismo, crudo realismo, es el de Cervantes, Alemán, Espinel, Castillo Solórzano, Salas Barbadillo, Céspedes y Meneses, la Zayas Sotomayor, etc. Sin embargo, en este realismo crudo, bien avenido con él, y hasta con él armonizado y como en su salsa, persiste el idealismo. Idealismo que en Cervantes es humor y melancolía; en Alemán, escepticismo y sarcasmo; en Espinel, duda y desistimiento; en la Zayas, afanes sociales y morales postulados...

En los novelistas magistrales del pasado siglo no es que el idealismo falte, no; es que el idealismo no alcanza la trascendencia debida para modificar o edulcorar el *gusto seco* de la realidad exaltada. Después de un siglo enciclopedista—el XVIII—, y tan razonador como razonable, el ideal no puede ya quemar sus almas; apenas si las sazona por momentos o para momentos circunstanciales. En el realismo décimonono, el ideal ni pone alas ni señala metas decisivas; se limita a conmover de vez en cuando.

Otra diferencia pudiera consistir en que los grandes narradores del siglo XVII no pudieron—o no quisieron—prescindir de la *ejemplaridad moral* como mito. Para ellos, el realismo era como el vehículo perfectamente ade-

---

mer vuelo—1891—; *Peñas arriba*—1895—; *Los hombres de pro.*

BENITO PÉREZ GALDÓS (1843-1920). De Las Palmas (Canarias). *La Fontana de Oro* —1870—; *La Sombra*—1870—; *El Audaz* —1871—; *Doña Perfecta*—1876—; *Gloria* —1876-1877—; *Marianela*—1878—; *La familia de León Roch*—1878—; *La desheredada* —1881—; *El amigo Manso*—1882—; *El doctor Centeno*—1883—; *Tormento*—1884—; *Las de Bringas*—1884—; *Lo prohibido*—1884 y 1885—; *Fortunata y Jacinta*—1886 y 1887—; *Celín, Tropiquillos* y *Theros*—1887—; *Miau* —1888—; *La incógnita*—1888—; *Torquemada en la hoguera*—1889—; *Realidad*—1889—; *Angel Guerra*—1890 y 1891—; *Tristana* —1892—; *La loca de la casa*—1892—; *Torquemada en la cruz*—1893—; *Torquemada en el purgatorio*—1894—; *Torquemada y San Pedro*—1895—; *Nazarín*—1895—; *Halma* —1895—; *Misericordia*—1897—; *El Abuelo* —1897—; *Casandra*—1905—; *El caballero encantado*—1909—; *La razón de la sinrazón*... Primera serie de los *Episodios Nacionales:* 1873 a 1875, diez tomos. Segunda serie: 1875 a 1879, diez tomos. Tercera serie: 1898 a

cuado para llegar a otra verdad más perdurable y exenta de toda realidad cósmica. La almendrilla del realismo del «diecisiete» tenía un sabor netamente tendencioso. El realismo décimonono pareció tener este único anhelo: reflejar impasiblemente la realidad circundante y este único alarde: reflejarla con una precisión casi obsesiva. Apelando a una frase gráfica: los realistas del «diecisiete», sin dejar de tocar y de tomar tierra para sus intentos, marchaban con la vista fija en el «más allá». Los realistas de la pasada centuria no se daban cuenta de que el cielo existía sino cuando lo sentían caído y pesando sobre sus cabezas.

Pero ambos realismos se identifican en *algo trascendental:* en detener su osadía inquisitiva y su osadía copista en el *límite exacto* entre lo crudo y lo repugnante, entre lo natural y lo patológico, entre lo angustioso—que aún medra en un clima de fe—y lo desesperado, entre lo sugestivo y lo deprimente. Por haberse sabido detener en ese límite álgido, el realismo español de siempre no se convirtió en naturalismo. De aquí que resulte incomprensible que crítico tan sagaz como Andrés González-Blanco—en su *Historia de la novela contemporánea en España,* 1909—pudiera escribir: «El naturalismo no necesita mi defensa, pues vive ya con la vida inmortal y magnífica sellada por las grandes obras de arte. *L'assommoir, Germinie Lacerteux, Sapho,* en Francia, y *La Tribuna, Fortunata y Jacinta, La hermana San Sulpicio, La Regenta,* en España...» ¡Inexplicable ceguera! No existe nada más contradictorio—como no sea el negro en relación con el blanco—que *L'assommoir* y *La Tribuna,* o que *Germinie Lacerteux* y *Fortunata y Jacinta,* o que *Sapho* y *La hermana San Sulpicio.* Las novelas francesas encienden sus lámparas en el mundo subterráneo y buscan en él ecos a sus acentos, mientras escarban con fruición en lo feo, en lo sórdido, en la consumada desesperación, en las pasiones ya descompuestas y hediondas. De aquí su *naturalismo.* Las novelas españolas viven en un mundo de miserias, de dolores, pero a plena luz, entre pasiones que aún palpitan, con probables circunstancias de salvación. De aquí su *realismo.* Sólo cuando el realismo *fermenta* y produce gases tóxicos, surge el naturalismo. El realismo genuino español jamás ha llegado a fermentar. Si en España ha existido el naturalismo—indiscutiblemente—, puede asegurarse su legítima filiación francesa.

Idéntica absurda confusión tuvo otro excelente crítico, el padre Blanco García, para quien el *realismo último* y el naturalismo fueron sinónimos; de aquí que pudiera calificar de naturalistas inmundos..., ¡a Galdós, la Par-

---

1900, diez tomos. Cuarta serie: 1902 a 1907, diez tomos. Quinta serie: 1907 a 1912, seis tomos.

EMILIA PARDO BAZÁN (1851-1921). De La Coruña. *Pascual López*—1879—; *Un viaje de novios*—1881—; *La Tribuna*—1882—; *El cisne de Vilamorta*—1885—; *Los pazos de Ulloa*—1886—; *La Madre Naturaleza*—1887—; *Insolación*—1889—; *Morriña*—1889—; *Una cristiana*—1890—; *La prueba*—1890—; *Doña Milagros*—1892—; *El saludo de las brujas*—1898—; *Misterio*—1903—; *La quimera*—1905—; *La sirena negra*—1908—; *Novelas ejemplares; Belcebú; Cuentos de Marineda; Cuentos trágicos; Cuentos de amor; Cuentos sacroprofanos; Dulce dueño*—1911—; *Un destripador de antaño, Cuentos nuevos, Cuentos de la patria y de Navidad...*

LEOPOLDO ALAS, «Clarín» (1852-1901). De Zamora. *La Regenta*—1884—; *Su único hijo*—1891—; *Doña Berta; Cuervo Supercheria; El doctor Sutilis; El Señor y lo demás son cuentos; El gallo de Sócrates; Cuentos morales...*

ARMANDO PALACIO VALDÉS (1853-1938). De Entralgo (Asturias). *El señorito Octavio*—1881—;

do Bazán, Ortega y Munilla, Valera y hasta a Palacio Valdés! Para los críticos literarios del pasado siglo y de principios del siglo presente—sin perspectivas aún para un juicio sereno—, apenas en las novelas existan situaciones picantes, lenguaje audaz o populachero, ambiente de verdad sin componendas refitoleras e hipocritonas..., es porque se despeñan por el naturalismo más abyecto. Lamentable ofuscación. Para impedir definitivamente que retoñe, hoy, dicha ofuscación en la mente de los lectores más o menos avisados, me atrevo a ofrecer una imagen. Figurémonos un globo terráqueo de los que hemos visto y hecho girar en cualquier escuela. En él, realismo y romanticismo son los antípodas. Pues bien, entre los antípodas se extiende el naturalismo, que da una mano al romanticismo y otra al realismo. Si, el naturalismo procede y participa de ambos, en lo que éstos tienen de desintegración, de descomposición última, total y fatal. ¿Qué espíritu miope puede negar lo que existe de romanticismo exasperado en la obra de Zola? Otra razón más. Generalmente, el realismo no admite la novela de tesis, ya que la tesis *violenta la Naturaleza.* El naturalismo sí la admite, porque *de principio* exige esa violentada—o violada—Naturaleza. También es hora ya de que se diga que no cabe confundir *naturalismo* y *erotismo,* llamando naturalistas a las novelas eróticas. Hoy, en cuanto surjan vetas eróticas en una novela se merecerá el sambenito. Falso. Puede un novelista llegar al ápice del naturalismo sin apenas rozar la inocencia de una púdica doncella. Recordemos *Sin novedad en el frente,* de Remarque, o *¡Abajo las armas!,* de la baronesa Berta de Suttner, «Premio Nóbel de la Paz», o algunas novelas de nuestro Baroja. El erotismo no es un género literario; es, valga la vulgar comparación, como el aliño abusivo de sapidez que se quiere dar a un condimento, llámese éste romanticismo, realismo o naturalismo.

Con los siete aludidos titanes, mantuvieron el fuego sagrado, a máxima presión y a máximo resplandor, los que pudiéramos calificar «novelistas menores» o de segundo orden—pero admirables por todos conceptos, que hubieran sido de primero en otra cualquiera época menos gloriosa—: Jacinto Octavio Picón, el Padre Luis Coloma, José Ortega y Munilla, José María Mathéu y Emilio Gutiérrez Gamero (1). Y no sería justo silenciar los mejores nombres de la legión de excelentes novelistas de la misma tendencia, que empezaron a escribir hacia 1870 y que siguieron firmes en su tarea algunos hasta bien entrado nues-

---

Marta y María—1883—; *El idilio de un enfermo* — 1883 — ; *José* — 1885 — ; *Riverita* —1886—; *Maximina*—1887—; *El cuarto poder* — 1888 — ; *La hermana San Sulpicio* —1889—; *La espuma*—1890—; *El maestrante*—1891—; *La fe*—1892—; *El poder del pensamiento; Los majos de Cádiz*—1896—; *La alegría del capitán Ribot*—1898—; *La aldea perdida*—1903—; *Tristán o el pesimismo; Pabeles del doctor Angélico: Años de juventud del doctor Angélico; Seducción*—1911—; *La hija de Natalia*—1924—; *La novela de un novelista*—1921—; *Santa Rogelia*—1926—; *Sinfonía pastoral*—1931—; *Los cármenes de Granada*—1931—; *Tiempos difíciles; A cara y a cruz...*

(1) Jacinto Octavio Picón (1852-1924). De Madrid. *Lázaro*—1882—; *La hijastra del amor*—1884—; *Juan Vulgar*—1885—; *El enemigo*—1887—; *La honrada*—1890—; *Dulce y sabrosa*—1891—; *Novelitas*—1892—; *Cuentos de mi tiempo*—1895—; *Tres mujeres*—1896—; *La vistosa* — 1901 — ; *Drama de familia* —1903—; *Juanita Tenorio*—1909—; *Mujeres* —1911—.

P. Luis Coloma, S. J. (1851-1915). De Jerez de la Frontera (Cádiz). *Solaces de estudiante; Lecturas recreativas*—1884—; *Por un piojo*—1889—; *Pequeñeces*—1891—; *Retratos de antaño*—1895—; *La reina mártir*—1898—; *Nuevas lecturas recreativas*—1902—; *Jero-*

tro siglo: Blanca de los Ríos, Arturo Reyes, Pérez Nieva, Selgas y Carrasco, José Zahonero, Muñoz y Pabón, Enrique Menéndez y Pelayo, Mauricio López-Roberts, Alfonso Danvila, Francisco Acebal y tantos y tantos más (1).

El ciclo—inicio y culminación—de la novela realista en el siglo XIX queda así, creo yo, claramente determinado. Insisto en no explicarme cómo críticos de la talla de Menéndez y Pelayo, *Clarín*, el padre Blanco García, el padre Conrado Muiños, Gómez de Baquero, han afirmado rotundamente el naturalismo de algunos de los siete titanes de la novela española contemporánea, y especialmente el de doña Emilia Pardo Bazán. Posiblemente esta eximia escritora, tomando la defensa del naturalismo francés—el del método experimental—en su obra *La cuestión palpitante*, se engañó a sí misma

---

mín—1905—; *Boy*—1910—; *Fray Francisco*—1914—.

JOSÉ ORTEGA Y MUNILLA (1856-1922). De Cárdenas (Cuba). *La cigarra*—1879—; *Sor Lucila*—1880—; *Lucio Trélez, El tren directo, Panza-al-trote, Idilio lúgubre, El fauno y la ninfa, Don Juan solo, Fraterello, Doro en el monte, Cleopatra Pérez, Orgía de hambre, El fondo del tonel, El paño pardo*—1916—; *Calandria, rey de Morelia*—1917—; *Estrazilla*—1917—; *La señorita de Cisniega.*

JOSÉ MARÍA MATHÉU (1847-1929). De Zaragoza. *La ilustre figuranta, Un rincón del paraíso, Un santo varón, Jaque a la reina, El santo patrono, La gran nodriza, Marrodán primero, Lo inexplicable, Gentil caballero, Carmela rediviva, La hermanita Comino, Aprendizaje, El Pedroso y el Templao.*

EMILIO GUTIÉRREZ GAMERO (1844-1936). De Madrid. *Sitilla*—1897—; *El ilustre Manguindoy*—1899—; *La olla grande*—1902—; *El conde Perico*—1906—; *La derrota de Mañara*—1907—; *La piedra de toque*—1910—; *Telva*—1911—; *El placer del peligro*—1911—; *Vidas truncadas*—1914—; *El que a cuerno mata..., Clara Porcia, Entre purgatorio y gloria.*

(1) HÉCTOR ABRÉU, «Abrego» (n. 1865). De Sevilla. *Amazona*—1891—; *Aves de paso y Niño bonito*—1904—; *El espada*—1905—; *Dominio de faldas*—1906—; *Matar por matar*—1908—; *Ramiro el enamorado*—1914—.

FRANCISCO ACEBAL (1866-¿1923?). De Gijón. *Huella de almas*—1901—; *Dolorosa*—1904—; *Frente a frente*—1905—; *El Calvario*—1905—; *Penumbra*—1924—; *Rosa mística*—núm. 3 de *Los Contemporáneos*—.

MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ (1817-1892). De Valladolid. *La protección de un sastre*—1840—; *El hombre sin mujer*—1850—; *Tentativas literarias*—1864—; *Principio de una historia*—1868—.

MANUEL AMOR MEILÁN (n. ¿1850?). De Lugo. *Mendo de Maceda*—1882—; *Justicias y crueldades*—1883—; *Desde la honradez al crimen*—1884—; *Amante, esclava y verdugo*—1889—; *Sol y sombra*—1893—; *El último hijodalgo*—1893—; *La cadena*—1903—; *Suriña*—1903—; *La bella Centia*—1907—.

TEODORO BARÓ (n. 1842). De Gerona. *Luz y tinieblas*—1878—; *La aldea de San Lorenzo*—1878—; *Juan Alcarreño*—1889—; *La Tramontana*—1907—; *La paz del alma.*

ISIDRO BENITO LAPEÑA (n. 1842). De Avila. *El buen despertar.*

MARCOS RAFAEL BLANCO BELMONTE (n. 1871). De Córdoba. *La Casa de Cárdenas*—1905—; *Pues, señor...*—1909—; *La ciencia del dolor*—1910—; *Mataruguito*—1912—; *Pompas de jabón*—1915—.

JUAN BLAS Y UBIDE (n. 1852). De Calatayud (Zaragoza). *Sarica la Borda*—1903—; *El licenciado Escobar*—1905—; *Las caracolas*—1909—.

SOFÍA CASANOVA (n. 1862). De Almeiras (La Coruña). *El doctor Wolski*—1905—; *El pecado*—1908—; *La princesa del amor hermoso*—núm. 156 de *El Cuento Semanal*—; *Idilio epistolar, Como la vida, Aventuras de una muñeca española en París.*

JOSÉ CASTRO Y SERRANO (1829-1896). De Granada. *Cuadros contemporáneos*—1871—; *Historias vulgares*—1887—.

CARLOS LUIS DE CUENCA (1849-1927). De Madrid. *¡Lo que son las cosas!*—en *El Cuento Semanal*, 1907—.

ALFONSO DANVILA (n. 1879). *Odio; Lully Arjona; La conquista de la elegancia; Cuentos de infantas; Las luchas fratricidas*—16 tomos—.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN (1839-1910). De Gerona. *Cuentos; Pasión ciega; Dos hijos; El elixir de la vida.*

FRANCISCO FERNÁNDEZ VILLEGAS, «ZEDA» (1856-1916). De Murcia. *La novela de la vida; Desamor; La fábrica*—núm. 67 de *El Cuento Semanal*—; *Rosario*—núm. 21 de *Los Contemporáneos*—.

MARQUÉS DE FIGUEROA, JUAN ARMADA LOSADA (n. 1860). De Galicia. *El último estudiante*

y engañó a la crítica más experta. Por obligación muy gustosa, para prologar y ordenar las obras completas de la admirable gallega, he tenido que leer y releer cada una de sus novelas y de sus cuentos. Honradamente declaro que no pude encontrar en ninguno de ellos ni muestras, ni trazas, ni atisbos de naturalismo. Y sí, vivificando casi todos, un insobornable realismo, exagerado a veces, viril, audaz; pero siempre contenido en el mismo umbral de cada una de las características del naturalismo francés zolesco; esas características, que son: angustioso pesimismo, regodeo en la descripción y en la exaltación de lo feo y aun de lo inmundo y de lo catastrófico, bárbaras imágenes de lo subconsciente y de lo patológico, despreocupación absoluta de los apremios y de los derechos espirituales. El pretendido naturalismo de la Pardo Bazán jamás pasó de ser un culto por cuanto la Naturaleza tiene de sugerente, de provocador y aun de fatal.

—1883—; *Antonia Fuertes*—1885—; *La vizcondesa de Armas*—1887—; *Cóndor y Fortaleza*—1900—.

Carlos Frontaura (1834-1910). De Madrid. *Brígida, Miedo al hombre, Los sermones de doña Paquita.*

Angel Ganivet (1862-1893). De Granada. *Conquista del Reino de Maya por el último conquistador español, Pío Cid*—1897—; *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*—1898—.

Valentín Gómez (1843-1907). De Pedrola (Zaragoza). *La paloma blanca*—1873—; *La caza de una orquídea*—1887—; *El señor de Calcena*—1889—.

Eduardo López Bago (¿1855?-1931). *Los amores*—1877—; *El periodista*—1884—; *La soltera*—1886—; *Luis Martincz, el Espada*—1886—; *La mujer honrada*—1886—; *Carne de nobles*—1887—; *El preso*—1888—; *La señora de López*—1888—; *La Fálida*—1889—; *La buscona*—1890—; *La prostituta*—1890—; *El separatista*—1890—.

Luis López Ballesteros (1869-1933). De Mayagüez (Puerto Rico). *Lucha extraña, Junto a las máquinas, La cueva de los buhos, El crimen de don Inocencio.*

Mauricio López-Roberts (1873-1940?). De Niza (Francia). *Las de García Triz, La Cantaora*—1902—; *El porvenir de Paco Tudela*—1903—; *La novela de Lino Arnaiz*—1905—; *La Esfinge sonríe*—1906—; *El vagón de Tespis*—1906—; *Las infanzonas*—1907—; *Doña Martirio*—1907—; *Cuentos de viejas*—1917—; *El verdadero hogar*—1917—; «Premio Fastenrath»—; *La celosa*—1918—; *El ave blanca*—1919—; *El novio*—1929—. (Y varias novelas en *El Cuento Semanal* y *Los Contemporáneos.)*

Conde de las Navas, Juan Gualberto López Valdemoro (1855-1935). De Málaga. *¡Un infeliz!*—1887—; *Chavala*—1893—; *La decena del fraile*—1895—; *El procurador Yerbabuena*—1897—; *La niña Araceli*—1906—; *La Pelusa*—1907—.

Ricardo Macías Picavea (1847-1899). De Santoña (Santander). *La tierra de Campos, El derecho de la fuerza.*

Estanislao Maestre (¿1865-1921?). *Azul y rosa*—1903—; *La hija del usurero*—1905—; *Almas rústicas*—1906—; *Los vividores*—1910—; *El mantón de Manila*—1913—.

Manuel Martínez Barrionuevo (1857-1917). De Málaga. *La generala, La Quintañones, Misericordia, De pura sangre, Amapola, Juanela, La Condesita, Cómica y mártir, Entre bastidores...*

Felipe Mathe (¿1860-1917?). *Breves relatos*—1887—; *Guillermina*—1890—; *César Luján*—1906—; *Magdalena Soliveres*—1903—; *Soledad Téllez*—1909—; *Un paraíso entre la nieve*—1913—.

Enrique Menéndez y Pelayo (1861-1921). De Santander. *La golondrina*—1903—; *El idilio de la Robleda*—1909—; *El mote*—número 135 de *El Cuento Semanal*, 1909—; *Interiores*—1910—; *A la sombra de un roble*—1911—.

P. Conrado Muiños, O. S. A. (1858-1913). De Almazán (Soria). *Horas de vacaciones.*

Juan Francisco Muñoz y Paeón (1866-1920). De Huelva. *El buen paño, Paco Góngora, Javier Miranda, La Millona, Oro de ley, Amor postal, Lucha de humos, Temple de acero, Mansedumbre, Juegos Florales.*

José de Navarrete (1836-1901). Del Puerto de Santa María (Cádiz). *María de los Angeles, La señora de Rodríguez, Sonrisas y lágrimas.*

Ramón de Navarrete (1818-1897). De Madrid. *Misterios del corazón, El crimen de Villaviciosa, Creencias y desengaños, Sueños y realidades, El duque de Alcira.*

José Nogales (1850-1908). De Aracena (Huel-

Nunca pensó la ilustre dama y escritora hacer de su arte un bisturí para rasgar impíamente la materia naturalista y fisgonear y remover en los misterios y lacras de su intimidad. Pero vale la pena de que mis lectores se convenzan de mi afirmación leyendo a la propia doña Emilia: «Tiene cada época sus luchas literarias, que a veces son batallas en toda la línea—como la empeñada entre clasicismo y romanticismo—y otras se concretan a un terreno parcial. O mucho me equivoco, o este terreno es hoy la novela y el drama, y en el extranjero la novela sobre todo. Reina en la poesía lírica, por ejemplo, libertad tal, que raya en anarquía, sin que nadie de ello se espante, mientras la escuela de noveladores franceses que enarbolan la bandera realista o naturalista es asunto de encarnizada discusión y suscita tan agrias censuras como acaloradas defensas. Sus productos recorren el globo, mal traducidos, peor arreglados, pero con segura venta y número de ediciones incalculable. Es de buen gusto horrorizarse de tales engendros, y certísimo que el que más se horroriza no será, por ventura, el

---

va). *Mariquita León*—1905—; *Las tres cosas del tío Juan, Tipos y costumbres.*

Julio Nombela (1836-1919). De Madrid. *La maldición de una madre*—1861—; *La villana de Alcalá*—1862—; *El coche del diablo*—1863—; *Los 300.000 duros*—1866—; *Historia de un minuto*—1869—; *El último duende*—1876—; *El pícaro mundo*—1883—; *El señor Pérez*—1884—; *El amor propio*—1889—; *La flor de nieve*—1916—.

Juan Ochoa (1864-1899). De Asturias. *El amado discípulo, Un alma de Dios, Los señores de Hermida.*

Rafael Pamplona Escudero (1865-1924). De Zaragoza. *Cuartel de invá idos*—1904—; *Engracia*—1905—; *Tierra prometida*—1906—; *El camino de los ciegos*—1908—; *Boda y mortaja*—1907—; *Juegos de damas*—1910—; *Los pueblos dormidos*—1911—; *El hijo de Parsifal*—1912—; *El cura de misa y olla*—1916—; *Don Marín el Humano*—1918—.

Micaela Peñaranda (¿1850-1915?). *El becerro de oro, ¿Sin remedio?*

Alfonso Pérez Nieva (1859-1931). De Madrid. *El alma dormida*—1889—; *El señor Carrascas*—1889—; *Agata*—1897—; *La tierra redentora*—1897—; *La Savia*—1899—; *El buen sentido*—1905—; *La dulce oscuridad*—1907—; *Fray Jerónimo*—1913, en *Los Contemporáneos*—; *La alemanita*—1914, en *Los Contemporáneos*—.

Juan Pérez Zúñiga (1860-1938). De Madrid. *Viajes morrocotudos, Doña Tecla en Pomatú, El chapiro verde, Villapelona de Abajo, Novelas íntimas, La familia de Noé, La soledad del campo*—núm. 12 de *El Cuento Semanal*—; *El cocodrilo azul*—núm. 104 de *El Cuento Semanal*—.

José Manuel Polo y Peyrolón (1846-1918). De Cañete (Cuenca). *Los Mayos*—1879—; *Sacramento y concubinato*—1884—; *Solita, o amores archiplatónicos*—1886—; *Bocetos de brocha gorda*—1886—; *Quien mal anda, ¿cómo acaba?*—1891—.

Arturo Reyes (1864-1913). De Málaga. *Cartucherita*—1898—; *El lagar de la viñuela*—1899—; *La goletera*—1900—; *Del bulto a la Coracha*—1902—; *Las de Pinto*—1908—; *Cielo azul*—1911—; y en *El Cuento Semanal* y *Los Contemporáneos: La Moruchita, El Niño de los Caireles, El del Rocío, Sangre gitana, Sangre torera, Oro de ley, Entre breñas...*

Blanca de los Ríos (n. 1862). De Sevilla. *El Salvador, La niña de Sanabria, Melita Palma, La romería, Sangre española, El tesoro de Sorbas;* y en *El Cuento Semanal* y en *Los Contemporáneos: Madrid goyesco, Las hijas de Don Juan, Los diablos azules.*

José Rodríguez Chaves (1847-1909). De Madrid. *La Corte de los Felipes*—1892—; *Cuentos de varias épocas.*

José Rogerio Sánchez (n. 1876). De Valladolid. *Almas de acero, En busca de la vida, Tristes destinos.*

Salvador Rueda (1857-1933). De Málaga. *Sinfonía callejera, La cópula, La reja, El gusano de luz, La gitana, El cielo alegre, La guitarra*—núm. 5 de *El Cuento Semanal*—; *El poema de los ojos*—núm. 82 de *El Cuento Semanal*—; *El salvaje*—núm. 40 de *Los Contemporáneos*—.

Angel Salcedo Ruiz (¿1850?-1911). *Víctor*—1887—; *La novela de un prohombre*—1909—.

Adolfo de Sandoval (1870-1947). De Oviedo. *Toda hermosa, Angeles caídos, Los amores de un cadete, Fuencisla Moyano, Forjador de almas, Ante todo, lo amado; Almas gemelas, Novela de un corazón...*

Federico Santander (n. 1883). De Madrid.

que menos los lea. Para el experto en cuestiones de letras, todo ello indica algo original y característico, fase nueva de un género literario, signo de vitalidad, y por tal concepto, más reclama detenido examen que sempiterno desprecio o ciego encono. De la pugna surgió ya algún principio fecundo, y tengo por importante entre todos el concepto de que la novela ha dejado de ser obra de mero entretenimiento, modo de engañar gratamente unas cuantas horas, ascendiendo a estudio social, psicológico, histórico, pero al cabo estudio. Dedúcese de aquí una consecuencia que a muchos sorprenderá; a saber: que no son menos necesarias al novelista que las galas de la fantasía la observación y el análisis. Porque, en efecto, si reducimos la novela a fruto de lozana invectiva, pararemos en proponer como ideal del género las *Sergas de Esplandián* o las *Mil y una noches*. En el día—no es lícito dudarlo—la novela es trasladode la vida, y lo único que el autor pone en ella es su modo peculiar de ver las cosas reales; bien como dos personas, refiriendo un mismo suceso cierto, lo hacen con distintas palabras y estilo. Merced a este reconocimiento de los fueros de la verdad, el realismo puede entrar, alta la frente, en el campo de la literatura.» (Prefacio a *Un viaje de novios.)* ¿Cabe una más rigurosa profesión de fe *estrictamente realista,* sabiendo que la mencionada novela es ya tildada de naturalismo?

A mi entender, la insinuación y la preocupación del triunfante naturalismo francés se encuentran en Jacinto Octavio Picón—*Dulce y sabrosa, La hijastra del amor, El enemigo*—. Y con mucho mayor descaro, en *La carnaza* (1885) de José Zahonero y en algunas novelas medianejas de Eduardo López Bago—*La Soltera* (1886), *La mujer honrada* (1886), *La señora de*

Epistolario—1903—; *Alma materna*—1906—; *Por el nombre*—1907—; *La Casa de Balsain*—1908—.

ALEJANDRO SAWA (1862-1909). De Málaga. *La mujer de todo el mundo*—1885—; *Crimen legal*—1886—; *Declaración de un vencido*—1887—; *Noche*—1889—; *Un criadero de curas*—1890—; *La sima de Igusquiza*—1897—; *Iluminaciones en la sombra*—1910—; *Historia de una reina*—núm. 18 de *El Cuento Semanal*—.

JOSÉ SELGAS CARRASCO (1822-1882). De Lorca (Murcia). *Deuda del corazón*—1872—; *La manzana de oro*—1873—; *Un rostro y un alma*—1876—; *Las dos rivales*—1877—; *Una madre*—1880—; *Nona*—1881—; *La mariposa blanca*—1883—; *Historias contemporáneas.*

«SILVERIO LANZA», JUAN BAUTISTA AMORÓS (1856-1912). De Madrid. *Cuentecillos sin importancia, Cuentos políticos, Cuentos escogidos, Artuña, Mala cuna y mala fosa, Cuentos para mis amigos, Los gusanos*—núm. 32 de *Los Contemporáneos*—.

RAMÓN SOLANO Y POLANCO (n. ¿1870?). De Santander. *La tonta*—1904—; *Amor de padre*—1907—.

CEFERINO SUÁREZ BRAVO (1825-1896). De Oviedo. *Guerra sin cuartel*—1885, premiada por la Real Academia Española—; *Soledad, Novelas cortas, La honra de Cádiz.*

LUIS TABOADA (1846-1906). De Vigo (Pontevedra). *La viuda de Chaparro*—1899—; *Pescadero, a tus besugos*—1905—; *Pellejín, Las de Gachupín, Los ridículos...*

ANTONIO DE TRUEBA (1819-1889). De Galdamés (Vizcaya). *El gabán y la chaqueta*—1872—; *María-Santa*—1874—; *Cuentos populares, Cuentos de color de rosa, Cuentos campesinos, Cuentos de varios colores, Cuentos de vivos y muertos.*

FEDERICO URRECHA (1855-¿1918?). De San Martín (Navarra). *Drama en prosa*—1885—; *Después del combate*—1886—; *La hija de Miracielos*—1886—; *El vencejo de la Burgaleda*—1887—; *El rehén del Patuco*—1889—; *La estatua*—1890—; *Cuentos del vivac*—1892—; *Siguiendo al muerto*—1894—; *El suicidio de Regúlez*—núm. 138 de *El Cuento Semanal*—.

JOSÉ ZAHONERO (1853-1931). De Avila. *El polvo del camino* — 1886 — ; *La carnaza*—1885—; *La vaina del espadín*—1887—; *Novelas cortas*—1887—; *Barrabás*—1891—; *Carne y alma*—1905—; *Cantarín cautivo*—1906—; *Fray Muñeira* — 1906 — ; *El señor obispo*—1908—.

López (1888), *La buscona* (1889) y *La prostituta* (1890).

Pero me interesa advertiros ahora, y que vosotros lo tengáis muy presente mientras este alegato dure, porque ya no volveré a repetirlo, que el naturalismo español, ya triunfante, al que me refiero y al que me referiré después, nada tiene que ver con el francés. Es el español mucho más sano, mucho menos pesimista, mucho más *natural*, mucho menos despreocupado de las reacciones del alma. El naturalismo español no llega jamás a ofender la sensibilidad de una persona culta y comprensiva, despojada de los anteojos de color de cualquier fanatismo.

Si el naturalismo español se inicia tímidamente con Jacinto Octavio Picón, cuaja en los epigonos—según manda pronunciar nuestra docta Academia de la Lengua—de los grandes novelistas aludidos. Estos epigonos surgen casi terminado el siglo XIX y se adentran victoriosamente en nuestra centuria. Se llaman: Joaquín Dicenta, Felipe Trigo, Vicente Blasco Ibáñez, Eduardo Zamacóis, Ramón del Valle-Inclán, Pio Baroja (1).

Caso aparte es el de don Miguel de Unamuno (1), quien entrevera con el realismo décimonono esa *nueva disposición*—entre desorientada y absorta—, angustiosamente *espiritual*, que ahora creen haber parido, bautizándola con el nombre de *tremedismo*.

De estos igualmente admirables novelistas, Valle-Inclán, Baroja y Blasco Ibáñez son personalidades señeras que o no ejercieron influencia o la ejercieron muy escasa en la promoción de 1907, aun cuando en *El Cuento Semanal* o en otras publicaciones similares, a que luego me referiré, aparecieron varias breves novelas suyas. En Felipe Trigo y en Eduardo Zamacois está la línea *inicial* novelística de la promoción. Porque, como Trigo y Zamacóis, casi todos los promocionistas—sálvense algunos: Concha Espina, Miró...—empezaron siendo naturalistas íntegros y terminaron regresando al campo netamente español de un realismo casi austero.

Por cierto que con Trigo y Zamacois en la novela, sucedió el mismo equívoco que, en la poesía, con Salvador Rueda y Rubén Darío. Cuando Ru-

(1) Vicente Blasco Ibáñez (1867-1928). De Valencia. *Arroz y tartana*—1894—; *Flor de mayo*—1895—; *La Barraca*—1898—; *Sónnica la cortesana*—1901—; *Entre naranjos*—1900—*La condenada*—1900—; *Cañas y barro*—1902—; *La Catedral*—1903—; *El intruso*—1904—; *La bodega*—1905—; *La horda*—1905—; *La maja desnuda*—1906—; *Sangre y arena*—1908—; *Los muertos mandan*—1909—; *Luna Benamor*—1909—; *Los Argonautas*—1914—; *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*—1916—; *Mare Nostrum*—1918—; *Los enemigos de la mujer*—1919—; *La tierra de todos*—1922—; *El paraiso de las mujeres*—1922—; *La reina Calafia*—1923—; *El Papa del mar*—1925—; *A los pies de Venus*—1926—; *En busca del gran Khan*—1928—; *El caballero de la Virgen*—1929—; *El fantasma de las alas de oro*—1930—. Blasco Ibáñez publicó además numerosas novelas cortas en las revistas *La Novela Semanal* y *La Novela de Hoy*, agrupadas en distintos volúmenes: *El préstamo de la difunta*—1921—; *Las novelas de la Costa Azul*—1927—; *Las novelas del*

(1) Miguel de Unamuno (1864-1936). De Bilbao. *Paz en la guerra*—1897—; *Amor y pedagogía; Niebla*—1914—; *Abel Sánchez*—1917—; *Tres novelas ejemplares y un prólogo*—1920—; *La tia Tula*—1921—; *San Manuel Bueno: El espejo de la muerte*... Unamuno publicó en *El Cuento Semanal* su novela *Nada menos que todo un hombre*.

amor y de la muerte—1927—; *El adiós a Schubert*. En su juventud escribió otras muchas novelas, repudiadas por él más tarde: *La araña negra*—diez tomos—: *El conde Garci-Fernández; La hermosa liejesa; ¡Vivo la República!*—cuatro tomos—.

Ramón del Valle-Inclán (1866-1936). De Villanueva de Arosa (Pontevedra). *Femeninas*—1894—; *Adega*—1899—; *Corte de amor*—1903—; *Jardin novelesco*—1905—; *Jardin umbrío*—1903—; *Historias perversas*—1907—; *Sonata de otoño*—1902—; *Sonata de estío*—1903—; *Sonata de invierno*—1905—; *Sonata de primavera*—1904—; *Romance de lo-*

bén aún imitaba malamente a los poetas españoles más mediocres—Grilo Campoamor, Núñez de Arce—, el malagueño Rueda había lanzado ya los más certeros y audaces avisos del modernismo poético en su libro *En tropel* (1892). Recordad que Rubén Darío proclamó la misma tendencia en *Prosas profanas* (1896). Y, sin embargo, es Rubén quien ha merecido la gloria de ser llamado y considerado «padre del Modernismo poético» hispano. Así es la opinión de impresionable y de injusta. Cuando Felipe Trigo publicó su primera y extraordinaria novela naturalista *Las ingenuas* (1901), Eduardo Zamacois llevaba publicadas *Consuelo, La enferma, Punto negro, Tic-Nay, Incesto,* novelas auténticamente afiliadas al género importado de Francia. Sin embargo, Felipe Trigo es quien pasa, para la crítica, por el «padre del Naturalismo novelesco» español.

Incidentalmente quiero señalar la injusticia feroz con que la crítica contemporánea se ha ensañado en Felipe Trigo. En las modernas historias literarias, cuando no se silencia su nombre, se le dedican dos líneas con el mismo estribillo idiota: «Fué un novelista erótico.» Compadezco sinceramente la miopía de unos críticos que en la producción novelesca—fecunda, original, vasta, intensa y trascendente—de Trigo no han sabido ver sino la parte erótica..., siempre incidental. Prefiero pensar que los críticos contemporáneos—salvo las honrosas excepciones de Romera Navarro y Manuel Abril—no han leído a Trigo, y que hablan de él por referencias éticas y no literarias.

He proclamado repetidamente que si Felipe Trigo hubiera nacido en Francia o en Italia, sería hoy su fama tan grande como justa; y hasta la reconocerían, aun cuando fuera «a la trágala», los olímpicos críticos actuales. En lo que va de siglo, aún no se han mejorado novelas como *En la carrera, El médico rural, Jarrapellejos* o *Reveladoras;* la segunda y la tercera, limpias casi del dichoso erotismo que se ha convertido en el único pecado capital de nuestro tiempo en España. En la obra novelesca de Felipe Trigo hay muchas cosas más notabilísimas

---

bos — 1908 — ; *Cofre de sándalo* — 1909 — ; *Cuento de abril*—1910—; *El resplandor de la hoguera*—1903—; *Los cruzados de la Causa* — 1908 — ; *Gerifaltes de antaño* — 1909 — ; *Aguila de blasón*—1907—; *Los cuernos de don Friolera*—1921—; *Luces de bohemia* —1924—; *Tirano Banderas*—1926—; *Retablo de la avaricia, la lujuria y la muerte*—1927—. *La Corte de los Milagros*—1927—; *Viva mi dueño*—1928—. *Una tertulia de antaño* en *El Cuento Semanal*—y varias novelas cortas en *La Novela Semanal, La Novela de Hoy* y *La Novela Mundial.*

Pío Baroja (1872). De San Sebastián. *Vidas sombrías*—1900—; *La Casa de Aizgorri* —1900—; *El mayorazgo de Labraz*—1902—; *Zalacain el aventurero*—1903—; *Idilios vascos*—1901—; *Camino de perfección*—1902—; *La busca*—1904—; *Mala hierba*—1904—; *Aurora roja*—1904—; *La feria de los discretos* —1905—; *Los últimos románticos*—1906—; *Tragedias grotescas*—1907—; *Paradox, rey* —1907—; *La dama errante*—1908—; *La ciudad de la niebla*—1909—; *Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox*; *César o nada*—1910—; *El árbol de la ciencia*—1911—; *Las inquietudes de Shanti Andía*—1911—; *El mundo es así*—1912—; *La sensualidad pervertida; El gran torbellino del mundo; Amores tardíos; Las veleidades de la fortuna; El laberinto de las sirenas; Los pilotos de altura; La estrella del capitán Chimista; La familia de Errotacho; El cabo de las tormentas; Los visionarios; Las noches del Buen Retiro; El cura de Monleón; Locuras de Carnaval; El horroroso crimen de Peñaranda del Campo; El nocturno del hermano Beltrán; Memorias de un hombre de acción*—veintidós volúmenes—; *Susana, o los cazadores de moscas; Laura, o la soledad sin remedio; El caballero de Erlaiz; El Hotel del Cisne; Los impostores joviales; Los enigmáticos...* Pío Baroja publicó en *El Cuento Semanal* su novela representable *Adiós a la bohemia* y otros muchos títulos en *La Novela Corta, La Novela Mundial, Los Novelistas...*

que la crítica miope no ha visto. Hay, siempre, una tesis profundamente, trascendentalmente humana, un sentido noble y bello de la Vida, un designio de mejoramiento y de ejemplaridad social. Hay... hasta ese estilo desaliñado, de descuidada sintaxis, que se le reprocha y que llega a ser imprescindible en sus novelas por lo que tiene de brío, de color y de eficacia; algo así como el aire y el tono por los que se filtran para presentarse más inconfundibles e inimitables.

Al papanatismo de las siguientes promociones—la de 1925 y la de 1939—de novelistas españoles, que adoró el *tiempo moroso* y el cerrado existencialismo de Proust, olvidósele, desconoció que, muchos años antes que Proust empezara a escribir—sin horas y sin espacio—, Felipe Trigo había lanzado, en existencialismo apremiante y en medido tiempo lento, su gran novela *La Altísima*. A los mismos novelistas que creen a pie juntillas que Joyce, Huxley y Lawrence han impuesto el canónico nuevo estilo de novelar, yo les aconsejaría que leyesen sin prejuicios y muy alerta las entendederas *La clave, La bruta* o *Sor Demonio*.

Remacho en la injusticia con que la crítica ha juzgado la producción novelesca de Felipe Trigo. En esta producción, achicharrante en ocasiones, conmovedora y removedora siempre, hubo muchísimo más que erotismo y asintaxis; erotismo que, por otra parte, es bien digno de ser estudiado, ya que representa una de las mayores aventuras y de las más inevitables desventuras del linaje humano. Trigo tuvo y defendió ahincadamente con su pluma nobles ideales: la igualdad del hombre y de la mujer ante el amor; la certeza de que la civilización actual no ha conseguido sino prostituir el amor; la ciega obediencia a las leyes naturales; el retorno a la Naturaleza, aprovechando para una mayor libertad la cultura y la ciencia, la moral y la nobleza, como único remedio a la corrupción abominable que reina en el mundo presente. Según el ilustre crítico Romera Navarro—en su *Historia de la Literatura española* (1928)—: «Las esperanzas de Trigo serían, tal vez, quiméricas; pero sus convicciones eran sinceras y generosas. Su concepción del amor nos parece a muchos elevada; pero la audacia de sus procedimientos rebasa algo la medida.» Hay, pues, que insistir mucho en que fué Trigo el mantenedor más constante y acertado del naturalismo literario, pero de un naturalismo, si morboso, a veces, de erotismo, jamás empañado de grosería expresiva, de delectación por lo zafio o lo brutal; jamás enloquecido—como en Zola, Huysman o Maupassant—por la angustiosa patología o por la degeneración social. En verdad que todos los excesos del naturalismo español no pasaron de unos escarceos poco hipócritas y vivamente pintados con el huésped eterno del corazón del hombre.

La línea novelística que tomaron los promocionistas de 1907 fué, pues, la de Trigo y Zamacóis, la de un naturalismo muy españolizado ya, muy poco pesimista, sin complejos, sin fantasmas, como puede comprobarse en novelas muy famosas: *La mujer fácil*, de Insúa; *La espuma de Afrodita*, de Sassone; *Floración*, de López de Haro; *Desamor*, de *El Caballero Audaz; La suegra de Tarquino*, de Belda; *Doña Violante*, de González-Blanco; *Volvoreta*, de Fernández-Flórez...

En las portadas de las primeras obras de Felipe Trigo aparece un *ex libris* sumamente bello y sumamente sencillo: una mujer joven y hermosa, símbolo de Venus encarnada. El *ex libris* lleva esta significativa leyenda circular: «Yo hablo en nombre de

la Vida.» Me atrevo a decir que esta leyenda, que nadie se atreverá a negar que no es absolutamente humana, hermosa y optimista, fué como la divisa de los novelistas de la promoción de *El Cuento Semanal*. Todos ellos, sí, hablarán en nombre de la Vida; a todos ellos no les interesará sino la Vida; todos ellos buscarán en la Vida lo que la Vida puede ofrecer no sólo de rigurosamente vital, sino también de apasionamiento y de ensoñación, los dos mejores estrambotes poéticos de la Vida. Y hay algo más, igualmente significativo: el primer número de *El Cuento Semanal*, aparecido el 4 de enero de 1907, contiene una novela breve: *Desencanto*, de Jacinto Octavio Picón. Ya he señalado que, en verdad, fué Picón el primer novelista español en quien se insinúa la existencia del naturalismo francés. Picón, el precursor; Trigo, el implantador, Zamacóis, el fundador de la famosa revista, dan la pauta a los ilusionados y capacitados promocionistas. Son como los guías expertos de una juventud que intenta conseguir para la novela española uno de sus períodos más brillantes y fecundos.

La promoción de *El Cuento Semanal* se inicia, pues, en ese naturalismo *comedido* en todos los extremos violentos... menos en el del amor. De aquí que la crítica miope y los lectores que presumen de muy sagaces hayan podido calificar de *erotismo* el naturalismo español, estimando en mucho más el *detalle* que más pronto y fuerte llega a la consideración y a la sensibilidad de quienes leen, que el trascendental y enraizado *motivo* de la tendencia literaria.

El hablar «en nombre de la Vida» llevó a los promocionistas a una gozosa independencia, disculpable por sus años mozos y por otras calidades más nobles y firmes que se esbozaban ya en sus obras, como el bozo de las anunciaciones y de las iniciaciones sobre los labios de los primeros años viriles. Y si—no cabe ocultar el suceso—naturalistas «con vetas eróticas» fueron los mejores promocionistas: Pérez de Ayala, Francés, Martínez Olmedilla, López de Haro, Insúa, Ramírez Angel, González Blanco, Mata, López Pinillos..., también es muy de advertir que en idéntico erotismo pecaron algunos de los admirables epígonos ya aludidos: Valle-Inclán—las *Sonatas*—, Zamacóis—*Consuelo, La enferma, El otro*—, Dicenta—*Encarnación*—, Blasco Ibáñez—*Sónnica, Entre naranjos*—.

Y ahora, contando con vuestra benevolencia, quisiera *pasar lista* a esos promocionistas. Lista inclusive por orden alfabético, como se hace en las aulas, al inicio de las clases. Y no para *poner faltas*, que desdichadamente habrían de ser demasiadas, sino para que os deis cuenta exacta de la importancia enorme que, en cantidad y en calidad, tuvo la promoción. Como en lo que resta de este alegato no podré aludir a cada uno, sino a los más calificados, quiero, pasando esta lista emotiva—al menos, para mí—, proclamar la perennidad de sus nombres y de sus obras, rindiéndoles así mi admiración y mi devoción inextinguibles. Y os advierto que no mencionaré, y ello es muy interesante, sino a los autores de más de diez, de veinte novelas largas, de docenas de novelas breves, de centenares de cuentos. Creo que la obra fecunda merece la mención. Empiezo a pasar lista:

Acosta, José María.
Aguilar Catena, Juan.
Antón del Olmet, Luis.
Belda, Joaquín.
Borrás, Tomás.
Bueno, Manuel.

Burgos, Carmen de.
Camba, Francisco.
Cansinos Asséns, Rafael.
Carrere, Emilio.
Castro, Cristóbal de.
Díaz-Caneja, Guillermo.
Díez de Tejada, Vicente.
Espina, Concha.
Fernández Flórez, Wenceslao.
Francés, José.
García Mercadal, José.
García Sanchiz, Federico.
Gómez de la Serna, Ramón.
González Anaya, Salvador.
González-Blanco, Andrés.
Hernández Catá, Alfonso.
Hoyos y Vinent, Antonio.
Insúa, Alberto.
Larrubiera, Alejandro.
León, Ricardo.
López de Haro, Rafael.
López Pinillos, José.
López de Saa, Leopoldo.
Marquina, Eduardo.
Martínez Olmedilla, Augusto.
Martínez Sierra, Gregorio.
Mas, José.
Miró, Gabriel.
Molina, Roberto.
Mora, Fernando.
Noel, Eugenio.
Ortiz de Pinedo, José.
Pérez de Ayala, Ramón.
Pérez Lugín, Alejandro.
Pujol, Juan.
Ramírez Angel, Emiliano.
Répide, Pedro de.
Salaverría, José María.
San José, Diego.
Sassone, Felipe.
Tenreiro, Ramón María.
Varela, Benigno.
Villaespesa, Francisco.
Zozaya, Antonio (1).

(1) Las fichas biobibliográficas de los autores seleccionados para la *Antología* pueden leerse precediendo a sus respectivas novelas.

Emocionado, repito mi anterior afirmación: ¡Cuántos faltan a la lista! Pero... fijaos bien: ¡Cincuenta nombres admirables! ¡Cincuenta y dos sumándoles los nombres de Trigo y de Zamacóis! Naturalmente, no todos tienen la misma categoría. No todos insistieron en su vocación de novelista. Unos derivaron hacia la poesía. Otros, hacia el teatro... Algunos, hacia el ensayo y el periodismo. Pero absolutamente todos ganaron a pulso las insignias de oficiales, jefes y aun generales en el género. Y todavía, haciendo una mayor justicia, rebañando un poquito más en mi memoria, he de recordar otros muchos nombres, menos trascendentales, pero dignos de la mención, ya que también formaron parte de la misma generación. He aquí esos nombres—de los que no quisiera olvidar ninguno—: *Angel Guerra*, Rafael de Leyda, Ricardo Catarinéu, *Claudio Frollo*, Carlos Luis de Cuenca, Pérez Zúñiga, Bello, Serrano de la Pedrosa, Carlos Miranda, Bonnat, Rafael A. Urbano, Luis Huertos, Iglesias Hermida, Gómez Lobo, *El Caballero Audaz*, Goy de Silva, Pérez Bojart, Prudencio Canitrot, Manuel de Mendívil, Javier Valcárcel, Barriobero, Julio Camba, Camino Nessi, Ciges Aparicio, Jesús R. Coloma, Francisco de Cossío, Deulofeu, Eladio Esparza, Antonio García de Linares, Gómez de la Mata, Guilmaín, Hernández Mir, Julio Hoyos, López Orense, Martínez Amador, Majó Framis, Martínez Cuenca, Martínez Kleiser, Isaac Muñoz, Oteyza, Bejarano, Parellada, Serafín Puertas, Reyes Huertas, Adolfo Reyes, Rivas Cherif, Román Cortés, San Germán Ocaña, Sánchez Rojas, Constantino Suárez *(Español ito)*, Taxonera, Luis de Terán, José Toral, *Curro Vargas*, Valero Marín, Velasco Zazo, Buenaventura Vidal, Vicente de Pereda, *Zeda*, Francos Rodríguez, Ruiz Albé-

niz, Luis de Tapia... (1). Si me olvido de algunos otros nombres, que se me perdone en gracia a mi deseo de no olvidarlos.

Tampoco todos ellos iniciaron su vocación en *El Cuento Semanal;* pero sí lo hicieron en revistas similares e inmediatas. Entre el más joven y el más viejo de los promocionistas no existe una diferencia de tres lustros.

---

(1) José María Acosta (n. 1881). De Almería. *Amor loco y amor cuerdo*—1920—; *Entre faldas anda el juego*—1921—; *La venda de Cupido*—1922—; *Al cabo de los años mil*—1922—; *Niñerías*—1923—; *La Saturna*—1923—; *Las pequeñas causas*—1924—; *Las eternas mironas*—1927—; *El morbo* 1929—.

Juan Aguilar Catena (n. 1888). De Ubeda (Jaén). *Los enigmas de María Luz*—1919—; *Herida en el vuelo*—1921—; *Dis iplinas de amor*—1923—; *Nuestro amigo Juan*—1924—; *La ternura infinita*—1928—; *Un soltero difícil*—1928—; *¡Va todo!*—1929—; *Dos noches*—1930—; *Ursula, examíname; ¡Ahí va ese niño!; La novia del alma...*

Angelina Alcaide de Zafra (n. 1890). De Sevilla. *La tonteria de un gato*—1910—; *Cartas de hombres*—1915—.

Eduardo Barriobero Herrán (1880-1939). De Torrecilla de Cameros (Logroño). *Vocación; Guerrero; Matapán, probo funcionario; Como los hombres; El 606; El airón de los Torre-Cumbre; El hermano Rajao; Syncerasto el Parásito...*

Luis Bello (1872-1935). de Alba de Tormes (Salamanca). *El corazón de Jesús*—núm. 45 de *El Cuento Semanal*—.

José Betancourt, «Angel Guerra» (n. 1874). De Tequise (Canarias). *Aguas primaverales, Al sol; Polvo del camino; Cariños; Mar afuera; Al «jallo»*, núm. 32 de *El Cuento Semanal.*

Agustín Bonnat (1875-1925). De Madrid. *La revolución de 0,75; El rapto de la Sabina; Jacinta Ruiz*—1920—; *Un hombre serio*—número 47 de *El Cuento Semanal*—.

Julio Camba (n. 1882). De Villanueva de Arosa (Pontevedra). *El destierro*—núm. 43 de *El Cuento Semanal*—.

José Camino Nessi (n. 1890). De Iloilo (Filipinas). *La ciudad del cielo; El caso de Sor Amor Hermoso; El alma de la romería.*

Prudencio Canitrot (1882-1913). De Pontevedra. *Cuentos de abades y de aldeas; Suevia*—1909—; *La luz apagada*—1913—; *El señorito rural*, núm. 170 de *El Cuento Semanal*—; *El camino de Santiago*—núm. 30 de *Los Contemporáneos*—.

José María Carretero. «El Caballero Audaz» (n. 1889). *El breviario de Blanca Emeria, Desamor, La bien pagada, La sin ventura, El jefe político, Hombre de amor, Un hombre extraño, Mi marido, La ciudad de los brazos abiertos...*

Ricardo Catarinéu (1868-1915). *Almas errantes*, núm. 35 de *El Cuento Semanal.*

Manuel Ciges Aparicio (1873-1936). De Enguera (Valencia). *Del cautiverio, El vicario, El juez que perdió su conciencia, Los vencedores, Villavieja, La venganza*—núm. 114 de *El Cuento Semanal*—.

«Claudio Frollo», Ernesto López (¿1889?). *Cómo murió Arriega*—núm. 35 de *El Cuento Semanal*—; *Las cuatro mujeres*—núm. 84 de *El Cuento Semanal*—.

Jesús R. Coloma (n. 1884). *Amores que triunfan*—1911—; *La fuerza del amor*—1911—; *El crimen de la bruja*—1912—; *Sor Azucena*—1913—; *La política infame*—1914—.

Francisco de Cossío (n. 1887). De Sepúlveda (Segovia). *La casa de los linajes, El estilete de oro, El caballero de Castilnovo, La rueda, Clara, Taximetro...*

Angel Cruz Rueda (n. 1888). De Jaén. *Huerto silencioso, Dolor sin fin.*

José María Deulofeu (n. 1885). *La mujer difícil*—1911—; *La odisea de Anselmo Garcés*—1912—; *Esclavos*—1913—; *Fracasos y derrotas*—1913—; *El amor de las muñecas*—1914; *Buitres de ciudad*—1914—; *Los literatos*—1915—; *Crápula*—1915—; *Tanin y su héroe*—1916—; *Eva Leticia*—1916—; *La bestia humana*—1916—; *El arca cerrada*—1917—.

Guillermo Díaz Caneja (n. 1876). De Madrid. *Escuela de humorismo, La deseada, La pecadora, Pilar Guerra, El vuelo de la dicha, La virgen paleta, La mujer que soñamos, La novela sin título, Garras blancas. Una lección de amor, El carpintero y los frailes, El misterio del hotel.*

Eladio Esparza (¿1885?). *La sombra del pecado, Los caminos del Señor, La isla de los sueños, Tu hermosura...*

Pedro Luis de Gálvez (1882-¿1940?). De Madrid. *La chica del tapicero*—núm. 72 de *Los Contemporáneos*—; *Las hembras de las Vistillas*—núm. 86 de *Los Contemporáneos*—.

Antonio García de Linares (1885). *Las jornadas de un escéptico, Las jornadas de un sentimental, Rosa de Provins...*

Salvador González Anaya (n. 1879). De Málaga. *Rebelión*—1905—; *La sangre de Abel*—1915—; *El castillo de irás y no volverás*—1921—; *Las brujas de la ilusión*—1923—; *Nido de cigüeñas*—1927—; *La oración de la tarde*—1929—; *Nido real de gavilanes*—1931—;

Casi las dos terceras partes de ellos nacieron entre 1875 y 1890.

Y os pregunto y me pregunto asombradamente: ¿Cuándo tuvo España, para gloria de su novela, un *equipo* de tal magnitud y capacidad como éste?

Brevemente quiero enumerar las em-

Las vestiduras recamadas—1932—; *Los naranjos de la Mezquita*—1933—; *Luna de plata*—1942—; *Luna de sangre*—1944—; *El camino invisible*—1946—; *La jarra de azucenas*—1948—.

GERMÁN GÓMEZ DE LA MATA (n. 1888). De Madrid. *Orquídea*—1910—; *Mariposa*—1911—; *Muñecas perversas*—1915—; *La que llegó tarde*—1921—; *Las esfinges*—1923—.

ARTURO GÓMEZ-LOBO (n. 1880). *La senda estéril*—núm. 57 de *El Cuento Semanal*—; *La sima del misterio*—núm. 55 de *Los Contemporáneos*—; *Los desterrados.*

RAMÓN GOY DE SILVA (n. 1838). De El Ferrol (La Coruña). *Doña Gárgola, Mientras tocaban las ocarinas, Las educandas, Viaje a Belén...*

ANDRÉS GUILMÁIN (n. 1890). *Mi prima María*—1919—; *Margot peca siete veces*—1919—; *La condesa busca un amante; Las perversiones de Totó...*

GUILLERMO HERNÁNDEZ MIR (n. 1885). De Sevilla. *El patio de los naranjos*—1920, «Premio Pueyo»—; *Pedazos de vida*—núm. 129 de *El Cuento Semanal*—.

JULIO HOYOS (n. 1882). De Valencia. *El dolor de la casa*—1903—; *Los ojos del lazarillo*—1908—; *Camino de hierro*—1909—; *Los anarquistas*—1910—; *Como la estrella del Norte*—1914—; *Evangelina*—núm. 205 de *El Cuento Semanal*—.

LUIS G. HUERTOS (n. 1881). De Granada. *La tristeza del amor*—1908—; *Ansias de vida*—1911, en *Los Contemporáneos*—; *Los cuervos*—1914—.

LUIS DE HUIDOBRO (n. 1870). De Madrid. *La casa núm. 13*—1911, en *Los Contemporáneos*—; *Un droguero a Siete Picos; De cómo suceden las cosas.*

PRUDENCIO IGLESIAS HERMIDA (1884-1919). De La Coruña. *Gente extraña; La ermita de los fantasmas; De caballista a matador de toros.* Los dos primeros títulos los publicó en *La Novela Corta*—1916 y 1917—.

ALEJANDRO LARRUBIERA (1869-1935). De Madrid. *Tía Paz*—núm. 204 de *El Cuento Semanal*—; *La conquista del jándalo*—núm. 23 de *El Cuento Semanal*—; *El hombre que vivió dos veces*—1911, en *El Cuento Semanal*—; *Su Excelencia se divierte*—1914, en *La Novela de Bolsillo*—; *Camino del pecado*—1909—; *Márgara*—1911—; *Noche de juerga; El dulce enemigo*—1913—; *Fuera de combate*—1914—; *Hombres y mujeres, Historia de un hombre formal...*

RAFAEL LEYDA (n. ¿1880?). *Valle de lágrimas*—1903—; *Tirano amor*—1906—; *Santificarás las fiestas*—núm. 33 de *El Cuento Semanal*—; *Los faldones de Mexía*—1908, en *El Cuento Semanal*—; *Veraneo sentimental*—núm. 18 de *Los Contemporáneos*—; *Castillos en España*—núm. 56 de *Los Contemporáneos*—; *Del Acueducto al Alcázar*—núm. 81 de *Los Contemporáneos*—.

MANUEL LINARES RIVAS (1867-1938). De Santiago de Compostela. *Un fiel amador*—número 54 de *El Cuento Semanal*—; *Lo que no vale la pena*—1909, en *El Cuento Semana*—; *Cuentos de amor y de amores, Como los dioses*—en *Los Contemporáneos*—; *La garra del tigre*—en *Los Contemporáneos*—; *El caballero Pedrín Páez de los Pedreles, Lo difícil que es ir al cielo*—1913—.

LEOPOLDO LÓPEZ DE SAA (1870-1936). *De Medina de Pomar* (Burgos). *El ciudadano Flor de Lis*—1905—; *De antigua raza*—1906—; *Avispilla*—núm. 70 de *Los Contemporáneos*—; *Carne de relieve*—1909—; *Los indianos vuelven*—1911—; *Bruja de amor*—1917—; *Por un milagro de amor; Las épocas se van; El amigo del sol; Gaviotas y golondrinas...*

DANIEL LÓPEZ ORENSE, «FANTASIO» (1884). De Noya (La Coruña). *El placer de amar*—1909—; *El camino de la dicha*—1912—.

RICARDO MAJÓ FRAMIS (n. ¿1887?). De Sevilla. *Retorno*—1923—; *Descubrimiento del país de Utopía; Abismo.*

EMILIO MARTÍNEZ AMADOR (n. 1880). *Vida muerta*—1917—; *La inquietud de amar*—1918—*La sombra trágica*—1920—.

SALVADOR MARTÍNEZ CUENCA (¿1885?). *Cuentos pasionales; Semana de Pasión*—número 151 de *El Cuento Semanal*—; *El sentido práctico; Sucedió en París...*

LUIS MARTÍNEZ KLEISER (1883). De Madrid. *Rarezas; Esteban Rampa; La Obispilla; El vil metal; La carcajada; Talegos de talegas; Los hijos de la Hoz...*

JOSÉ MAS (1885-1940). De Ecija (Sevilla). *Soledad; Sacrificio; Esperanza; La Bruja*—1916—; *La estrella de la Giralda*—1917—; *La orgía*—1919—; *Por las aguas del río*—1921—; *Hampa y miseria*—1923—; *Los sueños de un morfinómano*—1922—; *El rastrero*—1924—; *La locura de un erudito*—1926—; *La piedra de fuego; La costa de la muerte*—1929—; *Luna y sol de marisma*—1930—; *El baile de los espectros; La huida; El rebaño hambriento en la tierra feraz...*

presas magníficas que llevó a cabo este potentísimo equipo en menos de veinte años.

Exclusivamente dedicados a la novela corta, fundó y alimentó, sólo en Madrid, con generosidad y éxito inmensamente popular, las revistas siguientes: *Los Contemporáneos*, *El*

Manuel de Mendívil (n. 1880). De Madrid. Publicó en *Los Contemporáneos* *Sara la loca*, *Mal de ojo*, *La crueldad del amor*, *A medias mieles*, *La mala racha*, *El mal camino*, *Aventura sentimental*, *La última etapa*, *El encanto de la sirena*...

Fernando Mora (1878-1939). De Madrid. *Venus rebelde*—1905—; *Nieve*—1906—; *El patio de Monipodio*—1909—; *Los vecinos del héroe*—1910—; *El misterio de la Encarna*—1915—; *Muerte y sepelio de Fernando el Santo*—1915, en *El Libro Popular*—; *A orillas del Manzanares*, *La maja de Cabestreros*, *Puerta del Sol-Fuentecilla*, *Los hijos de nadie*—1919—; *Los cuervos manchan la nieve*, *El «otro» barrio*—1920—.

Bernardo Morales San Martín (n. 1864). De El Cabañal (Valencia). *Sor Consuelo*; *Flor de pecado*; *La limosna*; *La alcaldesa*; *Racimo de horca*; *La verdad*; *Desencanto*; *Eva inmortal*; *La Rulla*; *La tribuna roja*...

Isaac Muñoz (n. 1885). De Málaga. *Alma infanzona*; *Lejana y perdida*; *Morena y perdida*; *Voluptuosidad*; *Esmeralda de Oriente*; *Los ojos de Astarté*; *La sombra de una infanta*; *Ambigua y cruel*...

Luis de Oteyza (n. 1883). De Zafra (Badajoz). *El diablo blanco*; *¡Viva el rey!*; *El hombre que tuvo harén*; *Río revuelto*; *Anticipolis*; *El tesoro de Cuatemoc*.

Pablo Parellada, «Melitón González» (1855-¿1934?). De Valls (Tarragona). *Pompas de jabón*—núm. 27 de *El Cuento Semanal*—; *Ciudad muerta*—núm. 13 de *Los Contemporáneos*—; *Memorias de un sietemesino*—1917—.

Vicente de Pereda (1881-1949). De Santander. *La fiera campesina*; *Viejo poema*; *La hidalga fea*; *Las soberanas circunstancias*; *Película*.

José Pérez Bojart (n. 1882). De Madrid. *Fabián Airón*—1916—.

Alejandro Pérez Lugín (1870-1926). De Madrid. *La Casa de la Troya*; *Currito de la Cruz*; *Arminda Moscoso*; *La Virgen del Rocío ya entró en Triana*.

Serafín Puertas (n. 1880). *Asmodeo*; *El pastor viejo*; *Pierdechivos*; *La desgana de vivir*; *La Bribona*; *El sátiro Priapo y la diosa Hebe*; *Vida vana*; *Los últimos*; *Las señoritas de Quintanilla de Abajo*.

Alvaro Retana (n. 1888). De Batangas (Filipinas). *La dama del salón de Mornant*; *Al borde del pecado*—1920—.

Antonio Reyes Huerta (n. 1887). De Campanario (Badajoz). *Fuente serena*; *La ciénaga*; *Los humildes senderos*; *Agua de turbión*; *La sangre de la raza*, *Lo que está en los corazones*...

Cipriano Rivas Cherif. «Leonardo Sherif» (n. 1890). De Madrid. *Los cuernos de la luna*—núm. 66 de *El Cuento Semanal*—.

Emilio Román Cortés (n. 1886). De Málaga. *Gusarapo*; *El conde Albar*; *Carne y espíritu*; *Humo*; *Y... esto es el mundo*.

José San Germán Ocaña (n. 1887). De Puerto Príncipe (Cuba). *La jauría del amor*—1912—; *Mamá Rocío*—1916—; *Memorias de una pulga*—1923—.

José Sánchez Rojas (1885-1931). De Alba de Tormes (Salamanca). *Las mujeres de Cervantes*—1916—; *Tratado de la perfecta novia*—1923—.

Miguel Sawa (n. 1863). De Málaga. *Amor*—1897—; *Fernando el Calavera*—1903—; *Ave femenina*—1904—; *La muñeca*—núm. 44 de *El Cuento Semanal*—; *La ruta de Judith*—núm. 80 de *Los Contemporáneos*—.

Francisco Serrano de la Pedrosa (1870-1926). *¡Por las malas!*—núm. 26 de *El Cuento Semanal*—.

Constantino Suárez, «Españolito» (n. 1889). De Avilés (Asturias). *Isabelina*—1924—; *Sin testigos y a oscuras*—1925—; *El hijo de trapo*—1926—; *Rafael*—1926—; *Una sombra de mujer*—1927—.

Luciano de Taxonera (n. 1890). De El Ferrol (La Coruña). *El otro amor*—1913—; *Rosas de diciembre*—1914—; *La vida a distancia*—1923—; *La nieve de los años*—1924—; *¿Qué haces que no llegas?*—1932—.

Ramón María Tenreiro (n. 1879). De La Coruña. *Embrujamiento*—núm. 78 de *El Cuento Semanal*—; *Lunes antes del alba*—1918—; *El loco amor*—1925—; *Dama pobreza*—1926—; *La esclava del Señor*—1927—; *La ley del pecado*—1930—.

Luis de Terán (n. 1884). *Claroscuro*, *Violetas*, *Cuentos reales y fantásticos*, *La tragedia de Mirallano*—1913—; *Patria*—1915—.

José Toral (n. 1874). De Andújar (Jaén). *La cadena*—1918—; *El ajusticiado*—1920—; *Demasiado tarde*; *La señorita Melancolía*; *La sombra*—1921—; *Un regenerador*; *Los tres dones del diablo*; *Flor de pecado*...

Rafael A. Urbano (1870-1913). De Málaga. *Fortaleza*—1901—; *Moisés*—1903—; *La Castañera*—1905—; *La embajadora*—1906—; *Sobre*

Cuento Azul, El Cuento Galante, El Cuento Literario, El Cuento Nuevo, El Cuento Popular, El Cuento Decenal, El Cuento Semanal, Cuentos Extremeños, Cuentos Galantes, Cuentos del Sábado, El Libro para Todos, La Novela de Bolsillo, La Novela Corta, La Novela de Hoy, La Novela del Jueves, La Novela Mundial, La Novela de la Noche, La Novela Nocturna, La Novela del Domingo, La Novela para Todos, La Novela Popular, La Novela Selecta, La Novela Quincenal, La Novela con Regalo, La Novela Semanal, La Novela de una Hora, La Novela Moderna, Los Novelistas, Nuestra Novela, Los «13», Biblioteca Patria (1)... Posiblemente habré olvidado algún tí-

---

ruinas—1907—; *De capa y espada*—1908—; *La diosa*—1910—; *Novela de amores y de aventuras*—1911—; *Los Gaitanes*—1912—; *El barbero del usía*—núm. 63 de *El Cuento Semanal*—.

«Curro Vargas», Fernando de Urquijo (¿1880?). *El sacristán de las Pascuales, La vida no es así, Teodora Carvajal, La novia de Pierrot, La señorita Fidias.*

Javier Valcarce (m. 1918). De Galicia. *Geórgica*—núm. 29 de *Los Contemporáneos*—.

Alberto Valero Martín (1882-¿1945?). De Madrid. *La novia del estudiante; La moza del mesón; La amante del presidiario; Por el amor de una enferma, Aurorita la romántica; La novela de un granujilla...*

Benigno Varela (n. 1882). De Zaragoza. *El terrorista, Relámpagos de mi vida y La humilde curiosa*—núms. 141, 165 y 197 de *El Cuento Semanal*—; *Las dos bombas*—número 59 de *Los Contemporáneos*—; *El sacrificio de Márgara*—1909—; *Senda de tortura*—1909—; *Isabel, distinguida coronela*—1910—; *Volcanes de amor*—1910—; *Corazones locos*—1911—; *Mujeres vencidas*—1912—; *Horas trágicas del vivir*—1915—.

Antonio Velasco Zazo (n. 1884). De Madrid. *Sangre joven*—1904—; *Las chulas de Morería*—1911—; *La rubia de Naranjeros*—1913—; *El crimen de la Fuentecilla*—1921—.

Buenaventura L. Vidal (1875-¿1935?). De Madrid. *Raíces del amor; Para despertar en el cielo; La señorita que hablaba con la luna.*

También recuerdo entre los colaboradores de *El Cuento Semanal*—que alcanzaron prestigio literario aun cuando no como novelistas—: Carlos Miranda: *Mi niña*—núm. 164—; Dorio de Gades: *Por el camino de las tonterías*—núm. 160—; Antonio M. Viérgol: *La tragedia política*—núm. 166—; Juan Téllez y López: *Mater admirabilis*—1909—; Enrique López Alarcón: *La cruz del cariño*—1909—; Mariano Vallejo: *Deuda pagada*—núm. 30—; Antonio Palomero: *Don Claudio*—núm. 38—; Sinesio Delgado: *Espíritu puro*—núm. 58—; Pascual Santacruz: *Nobleza obliga*—núm. 64—...

---

(1) Los Contemporáneos. Madrid, 1909-1926 Publicación semanal 20 páginas. 230×149 mm. Dos columnas, con grabados en negro y color Cubierta en colores. Imprenta José Blass y Cía., San Mateo, 1. Comenzó a publicarse el 1.º de enero de 1909. Desde 1918 se imprimió en 24 páginas de 185×120 mm., a dos columnas, en la Imprenta *Alrededor del Mundo*, Martín de los Heros, 65. El último número apareció el 28 de marzo de 1926, 30 cénts. el ejemplar. Fundador: Eduardo Zamacóis. La dirigieron: Zamacóis, Manuel de Mendivil y Augusto Martínez Olmedilla.

El Cuento Azul. Madrid, 1929-1930. Publicación semanal. 64 o más páginas. 132×78 milímetros. Una columna, con grabados. Portada en colores. Imprenta Artística de Sáez Hermanos, Norte, 21. Apareció el primer número el 14 de diciembre de 1929. 40 cénts. el ejemplar.

El Cuento Galante. Madrid, 1913. Publicación semanal. 16 páginas. 201×132 mm. A dos columnas, con grabados. Imprenta Juan Pueyo, Mesonero Romanos, 34. Apareció el primer número en abril de 1913. 10 cénts. el ejemplar.

El Cuento Popular. Madrid, 1914. Publicación semanal. 24 páginas, a dos columnas y con grabados. 203×131 mm. Imprenta Artística, de Sáez Hermanos, Monserrat, 7. Apareció el primer número el 1.º de junio de 1914.

El Cuento Semanal. Madrid, 1907-1912. Publicación semanal. 24 páginas, a dos columnas, con grabados en negro y color. Cubierta en colores, con caricaturas de los autores o dibujos. 230×150 mm. Imprenta José Blass y Cía., San Mateo, 1, y, posteriormente, Imprenta Artística Española, San Roque, 7. El primer número apareció el 4 de enero de 1907. Dejó de publicarse en enero de 1912 30 cénts. el ejemplar. Fundador: Eduardo Zamacóis.

Los Cuentos Extremeños. Madrid, 1908. Publicación decenal. 16 páginas a dos columnas, con grabados. Imprenta Balgaños y Moreno, Pelayo, 38. El primer número apareció el 8 de julio de 1908. 20 cénts. el ejemplar.

tulo. De estas publicaciones, modelos de sugestiva presentación casi todas, que el público acogió con entusiasmo sorprendente, ninguna recibió el menor auxilio oficial, y algunas de ellas vivieron ocho, diez, veinte años. En estas inolvidables publicaciones se dieron a conocer, con los novelistas, innumerables dibujantes, de los que posteriormente alcanzaron grande y justa fama dentro y fuera de España. Quiero mencionar a varios... Manuel Tovar—unos de los mejores caricaturistas que he conocido—, Cerezo Vallejo, Bujados, Ricardo Marín, Romero Calvet, Mota, Lozano Sidro, Pedrero, Estevan, Juan Francés, Marco, Posada, Menéndez, Medina Vera, Robledano, Mira, Ribas, Bartolozzi, Penagos, Baldrich, D'Hoy, Máximo Ramos, *Sirio*...

Ni en el siglo XIX, siglo de los titanes de la moderna novela española, ni en la actualidad, se dió cosecha tan ubérrima y sabrosa. ¿Cree alguien, de buena fe, que el discutible equipo de novelistas de la promoción de 1939 podría crear, sin ayudas, y sostener un conjunto tal de revistas dedicadas exclusivamente a la narración? Hace dos o tres años, en Madrid, «se resucitó» *La Novela Corta*. No penséis que las firmas que la sostuvieron durante su corta vida son las de los novelistas de menos de cuarenta años. Vivió del jugo perenne de los *refritos* novelescos de la promoción de 1907.

Pero aún hay algo mucho más significativo. Las seis novelas más intensas que han aparecido con el tema de la guerra española de 1936-1939 no se deben a las plumas de los escritores nacidos precisamente de la postguerra, sino a las de Rafael López de Haro —*Adan, Eva y yo*—, Wenceslao Fernández Flórez—*Una isla en el mar Rojo*—, Francisco Camba—*Madridgrado*—, Tomás Borrás—*Checas de Madrid*—, Juan Antonio Zunzunegui —*Las ratas del barco*—y Agustín de Foxá—*De Corte a Checa*.

¡Ah, si la promoción de 1907 hubiera encontrado un verdadero maná de premios pingüísimos literarios y una Prensa tan propicia a los bombos desorbitados como los ha encontrado la de 1939!

Claro está que por mucho que la Prensa se empeñe en hacer de lo negro blanco y ayude a que así nos lo parezca, si falta la materia prima..., el público se da pronto cuenta del ga-

---

CUENTOS GALANTES. Madrid, 1910. Publicación semanal. 12 páginas a dos columnas, con grabados. 228×150 mm. Imprenta Eduardo Arias, San Lorenzo, 5. El primer número apareció en mayo de 1910.

CUENTOS DEL SÁBADO. Madrid, 1927. 64 páginas a una columna. Imprenta Artes Gráficas Plus Ultra, Zurbano, 68. El primer número apareció el 1.° de enero de 1927. 40 cénts. el ejemplar.

LA NOVELA DE BOLSILLO. Madrid, 1914. Publicación semanal. 64 páginas, con grabados en negro y cubierta en colores. 132×82 milímetros. Imprenta de *La Novela de Bolsillo*. Inició su publicación en mayo de 1914. 30 cénts. el ejemplar.

LA NOVELA CORTA. 1916-1925. Publicación semanal. 34 páginas. 173×103 mm. Una columna, con grabados. Imprenta Luna, 28, y Prensa Popular, Calvo Asensio, 3. El primer número apareció el 15 de enero de 1916; y el último, el 15 de junio de 1925. La fundó don José de Urquía. 5, 10 y 20 cénts. el ejemplar.

LA NOVELA DE HOY. Madrid, 1922-1930. Publicación semanal. 62 o más páginas a una columna, con dibujos en negro y portada en colores. 123 × 82 mm. Imprenta Sucesores de Rivadeneyra, Paseo de San Vicente, 20, y en la C. I. A. P., Príncipe de Vergara, 42 y 44. Apareció el primer número el 14 de mayo de 1922. Fundador: don Artemio Precioso. 30 céntimos el ejemplar.

LA NOVELA DEL JUEVES. Madrid, 1924. 64 páginas a una columna, con grabados. 122×82 milímetros. Imprenta Arizón, Amnistía, 3. El primer número apareció en abril de 1924. 30 cénts. el ejemplar.

LA NOVELA MUNDIAL. Madrid, 1926. Publicación semanal. 64 páginas a una columna, con grabados en negro y cubierta en colores. Imprenta Sucesores de Rivadeneyra, Paseo de

tuperio. De varias novelas actuales sé a las que se les han dedicado dos o tres centenares de artículos en la Prensa de toda España, y poco menos que se les ha declarado oficialmente como paradigmas del género. Pues bien: a una de las más humanas, intensas y bien escritas novelas españolas de lo que va de siglo—me refiero a *Los ojos abiertos*, de Emiliano Ramírez Angel—, según sincera confesión de éste, no se le dedicaron sino once críticas de roñosa extensión.

Pero sigo enumerando otras empresas magníficas de la promoción de *El Cuento Semanal*. Aún le sobraron alientos para sostener dos extraordinarias editoriales: *Renacimiento* y *Mundo Latino*, y para dar fama a la del inolvidable Gregorio Pueyo. Creó una de las mejores revistas de letras y arte que ha tenido España: *La Esfera*. Contribuyó decisivamente a mantener otras como *Nuevo Mundo, Mundo Gráfico, Por Esos Mundos, Blanco y Negro, Cosmópolis, Mundial, Gil Blas, Gran Mundo, Helios, Hispania, Los Lunes del Imparcial, Para Todos, Prometeo, La Risa, La Semana, Summa, Vida Española, España, Vida Nueva, Vida Literaria*...

¿Verdad que asombra tal derroche de vitalidad en poco más de veinte años? Porque ha de tenerse muy en cuenta que por entonces el Estado se inhibía por completo de toda empresa intelectual. Hoy, el Estado, reconozcámoslo en su alabanza, es un admirable Mecenas que otorga su dinero a manos llenas y sin desmayos ni desengaños. Asombra, hoy, la ayuda prestada por el Estado al escritor; tan decisiva ayuda, que el escritor ni casi tiene que escribir para hacerse un nombrecito *que suene*.

Pero una de las más extraordinarias consecuciones de la promoción de *El Cuento Semanal*—quizá la mayor y la más trascendental—fué la de dar vigencia a la llamada *novela corta*, esa novela mucho más extensa que un cuento largo y mucho menos que una novela, y que exige para el triunfo las mejores disposiciones de la novela y del cuento, ya que carece de las *defensas netas* de las dos especies apuntadas: la *prolijidad* que permite los recursos puramente artísticos—es-

---

San Vicente, 20. El primer número apareció en marzo de 1926. Fundador y director: José García Mercadal. 30 cénts. el ejemplar 133×80 mm.

La Novela de la Noche. Madrid, 1924. Publicación quincenal. 120 páginas a una columna, con grabados en negro y cubierta en colores. 135×83 mm. Imprenta Sucesores de Rivadeneyra, Paseo de San Vicente, 20. El primer número apareció el 1.º de abril de 1924. Fundador y director: don Artemio Precioso. Una peseta el ejemplar.

La Novela Nocturna. Madrid, 1930. Publicación semanal. 64 páginas a una columna, con grabados en negro y cubierta en colores. Talleres Poligráficos S. A., Ferraz, 72. El primer número apareció el 12 de diciembre de 1930. 30 cénts. el ejemplar 134×77 mm.

La Novela para Todos. Madrid, 1916. Publicación semanal. 32 páginas a una columna, con grabados en negro y cubierta en color. 160×100 mm. Imprenta Hispanoamericana, Eloy Gonzalo, 22. El primer número apareció el 23 de marzo de 1916. Desde junio del mismo año redujo su tamaño a 130×82 mm. 5 cénts. el ejemplar.

La Novela Popular. Madrid, 1925. Publicación semanal. 64 páginas a una columna. 122×73 mm. Imprenta Patronato de Huérfanos del Cuerpo de Intendencia, Caracas, 7. 30 cénts. el ejemplar.

La Novela Quincenal. Madrid, 1925. 24 ó más páginas a una columna. 127×84 mm Imprenta Gráfica Renacimiento, O'Donnell, 24. El primer número apareció el 15 de marzo de 1925. 20 cénts. el ejemplar.

La Novela Semanal. Madrid, 1921-1925. 64 páginas a una columna, con grabados en negro y cubierta en colores. 117×72 mm. Imprenta Prensa Gráfica, Hermosilla, 57. El primer número apareció el 25 de junio de 1925. 25 cénts. el ejemplar.

La Novela de una Hora. Madrid-Barcelona, 1936. Publicación semanal. 64 páginas a una columna, con grabados en negro y

tilo, descriptivismo, análisis moroso de los caracteres y de las pasiones—o la *sintetización* que disculpa la carencia de aquellos recursos o trucos de la buena técnica.

Exceptuada la Pardo Bazán, ninguno entre los grandes novelistas del siglo XIX cultivó asiduamente la novela corta. Porque si las escribieron los epigonos—Blasco Ibáñez, Trigo, Dicenta, Baroja, Valle-Inclán—, fué, precisamente, para colaborar en algunas de las revistas novelescas citadas.

La promoción de *El Cuento Semanal* logró que el público español sintiera especial predilección por la novela corta, que tanto gustó en el siglo XVII firmada por Cervantes, la Zayas Sotomayor, Céspedes y Meneses, Salas Barbadillo, Eslava, Castillo Solórzano, Alcalá y Herrera y tantos más. Y lo logró, no por la *cantidad* de las novelas breves puestas en circulación, sino, además, por la *calidad* de muchas de ellas. Sin esforzarme mucho, podría enumerar un centenar de novelas cortas, escritas entre 1907 y 1917, capaces de formar una ejemplar antología, orgullo imperecedero del género narrativo español. Y no el centenar, pero sí voy a recordar algunas, cuya emoción y fuerza permanecen intactas, paradigmáticas, no superadas aún: *La caída de los limones, Luz de domingo, Artemisa, El Anticristo,* de Ramón Pérez de Ayala. *Guillermo el Apasionado,* de Manuel Bueno. *Embrujamiento,* de Ramón Tenreiro. *Eros, Tántalo* y *El enemigo malo,* de Díez de Tejada. *La piel, Los muertos, La madrastra, La voluntad de Dios,* de Hernández Catá. *Nómada, La palma rota* y *El hijo santo,* de Gabriel Miró. *El sabor de la sangre* y *La telefonista,* de José Francés. *En memoria de Víctor Bruzón, Tres líneas de «Le Matin»* y *El cuerpo y el alma de Don Juan,* de Alberto Insúa. *La cita, El paralítico, Rick, Mal de ojo, El collar,* de Eduardo Zamacóis. *La gañanía, Galerna, Una letra de cambio,* de Joaquín Dicenta. *Joaquinito, Doña Rosario, Del Tajo en la ribera,* de López de Haro. *Cintas rojas, Frente al mar* y *El enemigo,* de López Pinillos. *La interina, Luna, lunera; Un bolchevique,* de Cristóbal de Castro. *En coche de plata, La ley de Malthus, Por donde viene la dicha* y *El derecho a ser feliz,* de Martínez Olmedilla. *Aventura* y *Horas de sol,* de Martínez Sierra. *Corneja siniestra* y *La caravana,* de

---

cubierta en colores. 165×120 mm. Imprenta Clarassó, Barcelona. Editores Reunidos, Madrid. El primer número apareció el 6 de marzo de 1936; y el último, el 10 de julio del mismo año.

Los «13». Madrid, 1933. Publicación semanal. 32 páginas a una columna, con grabados en negro y cubierta en colores. Imprenta Sáez Hermanos. El primer número apareció el 4 de marzo de 1933. 30 cénts. el ejemplar. Fundador y director: don José María Carretero, *El Caballero Audaz.* 210×142 mm.

Los Novelistas. Madrid, 1928. Publicación semanal. 64 páginas a una columna, con grabados en negro y cubierta a dos tintas. Imprenta Zoila Ascasíbar, Martín de los Heros, 65. El primer número apareció el 15 de marzo de 1928. 30 cénts. el ejemplar 135×90 mm.

Nuestra Novela. Madrid, 1925-1926. Publicación semanal. 64 páginas a una columna, con grabados en negro y cubierta en colores. 126×72 mm. Imprenta Pueyo, Luna, 29, y Talleres Polígráficos. S. A., Ferraz, 72. El primer número apareció el 8 de enero de 1925; y el último, el 20 de mayo de 1926.

El Libro popular. Madrid, 1913-1916. Publicación semanal. 32 páginas a dos columnas, con dibujos en negro y cubierta en colores. 242×170 mm. Imprenta de *El Libro Popular,* Paseo de las Delicias, 60. El primer número apareció el 7 de enero de 1913. Fundador y director: F. Gómez Hidalgo.

La Novela Selecta. Madrid, 1923. Publicación semanal. 32 páginas a una columna, 123×82 mm. Cubierta a color. Imprenta Sáez Hermanos, Norte, 21. El primer número apareció en febrero. Director: Augusto Martínez Olmedilla.

Eduardo Marquina. *Del Rastro a Maravillas, El solar de la bolera* y *Noche perdida,* de Pedro de Répide. *Alma de santa, Amapola entre espigas, La señorita mema* y *El allegretto de la Sinfonía VII,* de Eugenio Noel. *Vaho de madre* y *¡Quiero que me ahorquen!,* de Antón del Olmet. *Muerte y sepelio de Fernando el Santo* y *El misterio de la Encarna,* de Fernando Mora. *La Catorce, El misterio de los ojos claros, Cuesta abajo* y *La celada de Alonso Quijano,* de Pedro Mata. *El pobre Baby* y *El manto de la Virgen,* de Cansinos Asséns. *Un veterano,* de Roberto Molina. *De corazón en corazón, Santiago el Verde* e *Historia sin desenlace,* de Ramírez Angel. *La ronda de los galanes* y *El jayón,* de Concha Espina. *La bala fría* y *Cómo delinquen los viejos,* de Zozaya. *El rey Nicéforo* y *Mundo subterráneo,* de Salaverría. *La Niña de Plata,* de Diego San José. *El caso clínico* y *El crimen del fauno,* de Hoyos y Vinent. *El caballero del milagro* y *Amigas viejas,* de Francisco Villaespesa. *Villa María, el perseguidor* y *Todos menos ése,* de Carmen de Burgos. *El baile,* de García Sanchiz. *Un amor de provincia,* de Andrés González-Blanco. *La conquista del jándalo,* de Alejandro Larrubiera...

¿Para qué cansaros más? Estas novelas cortas, y otras muchas, de los centenares que aparecieron entre 1907 y 1917, están esperando tranquilamente a quienes puedan superarlas.

Pero que nadie piense que los novelistas más ilustres de la promoción de *El Cuento Semanal* se contentaron con su dedicación a la novela corta. Alternaron su composición con la de también espléndidas novelas largas. Casi todos ellos, antes de cumplir los cuarenta años, sumaban, además de centenares de cuentos y de docenas de novelas breves, varias obras de aliento definitivo. Así, entre 1907 y 1917, en el inverosímil plazo de diez años, se hicieron famosas, multiplicaron sus ediciones y fueron traducidas a varias lenguas extranjeras: *La niña de Luzmela, Despertar para morir, Agua de nieve* y *La esfinge maragata*—esta última, «Premio Fastenrath», de la Real Academia Española—, de Concha Espina. *Casta de hidalgos, Comedia sentimental, Alcalá de los Zegríes, El amor de los amores*—«Premio Fastenrath—y *Los centauros,* de Ricardo León. *Tinieblas en las cumbres, A. M. D. G., La pata de la raposa* y *Troteras y danzaderas,* de Ramón Pérez de Ayala, *La suegra de Tarquino, La Coquito, La Farándula, Saldo de almas, ¿Quién disparó?, La piara, El pícaro oficio* y *Alcibíades Club,* de Joaquín Belda. *La débil fortaleza, La guarida* y *La danza del corazón,* de José Francés. *En tierra de santos, La hora trágica, El triunfo, La mujer fácil, La mujer desconocida, Las neuróticas, Las flechas del amor, El demonio de la voluptuosidad* y *El peligro,* de Alberto Insúa. *Doña Violante* y *Matilde Rey,* de Andrés González-Blanco. *Pelayo González, Novela erótica* y *La juventud de Aurelio Zaldívar,* de Alfonso Hernández Catá. *La tirana, Después de la siega, Penumbra, Sinfonía doméstica* y *Los ojos abiertos,* de Ramírez Angel. *Rebelión* y *La sangre de Abel,* de González Anaya. *La sangre de Cristo, Las águilas* y *Doña Mesalina,* de López Pinillos. *En un lugar de la Mancha, Dominadoras, Batalla de odios, El salto de la novia, Floración, La imposible, El país de los medianos, Sirena, Poseída, Las sensaciones de Julia, La novela del honor, Entre todas las mujeres, Muera el señorito,* de López de Haro. *Ganarás el pan*—«Primer premio» de grandes novelistas del siglo XX—, *La Catorce* y *Corazones sin rumbo,* de Pedro Mata. *El otro, La opinión ajena, El misterio*

de un hombre pequeñito, Europa se va, de Eduardo Zamacóis. *Memorias de un afrancesado, La caída de la mujer, El templo de Talía, El tormento de Sísifo, Siervo y tirano, Siempre viva* y *Los hijos,* de Martínez Olmedilla. *Frivolidad, A flor de piel, Los emigrantes, Mors in vita* y *La vejez de Heliogábalo,* de Hoyos y Vinent. *Como la luna, blanca; El veneno de la víbora, Hieles, El hidalgo don Tirso de Guimaraes,* de Antón del Olmet. *El amor catedrático, Tú eres la paz* y *La humilde verdad,* de Martínez Sierra. *Corazón adentro* y *Guillermo el Conquistador,* de Manuel Bueno. *Hilván de escenas, El libro de Sigüenza, Las cerezas del cementerio, La novela de mi amigo, Dentro del cercado, El abuelo del rey,* de Gabriel Miró. *Los cohetes de la verbena,* de Répide. *El patio de Monipodio, Venus rebelde* y *Los vecinos del héroe,* de Fernando Mora. *Puñalada de pícaro* y *Libro de horas,* de Diego San José. *El último contrabandista, Los espirituados* y *La mal casada,* de Carmen de Burgos. *Al son de la guitarra, Barrio Latino* y *Champagne,* de García Sanchiz. *Márgara, Camino del pecado* y *El dulce enemigo,* de Alejandro Larrubiera. *Los nietos de Icaro, La revolución de Laño* —«Premio Fastenrath»— y *El amigo Chirel,* de Francisco Camba.

También, también estas novelas largas siguen esperando la aparición de otras que las superen en intensidad, en verdad. en emoción, en maestría técnica y hasta en españolismo.

Ya apunté, al pasar lista, que en la promoción de *El Cuento Semanal* existían, lógicamente, categorías, y que muchos de los promocionistas abandonaron el cultivo de la novela—al menos, con perseverancia—, para pasarse a otros géneros literarios, en los que han quedado catalogados para la posteridad. Así, Martínez Sierra, López Pinillos, Marquina, Villaespesa y Sassone hallaron sus mejores triunfos sobre los escenarios. González-Blanco y Cansinos Asséns alcanzaron fama legítima como críticos literarios. Benigno Varela, Salaverría, Manuel Bueno, Ramírez Angel, Répide, Antón del Olmet, Juan Pujol y Cristóbal de Castro honraron con su prestigio el periodismo más noble y trascendente. Carrere, entre 1914 y 1924, fué, acaso, el poeta más popular de España. Tomás Borrás, apasionadamente diverso, promiscuó con éxito la crítica teatral, la crónica, el teatro fantástico y burlesco. García Mercadal se dedicó con máxima solvencia al género biográfico. García Sanchiz inició su culto a las descripciones viajeras y a las charlas espectaculares.

De cuantos insistieron tesoneramente en su primitiva y sutil vocación de novelistas, yo estimo como de primera fila: Felipe Trigo, Eduardo Zamacois, Concha Espina, Ricardo León, Salvador González Anaya, Alfonso Hernández Catá, Wenceslao Fernández-Flórez, Alberto Insúa, Rafael López de Haro, José Francés, Augusto Martínez Olmedilla, Ramón Pérez de Ayala, Pedro Mata, Vicente Díez de Tejada, Gabriel Miró, Francisco Camba y Roberto Molina. Felizmente para mí, y para cuantos novelistas no he considerado, dentro de su promoción, como de primera fila, yo suelo equivocarme muchas veces. Y pudiera suceder que en la mención anterior ni estuvieran todos los que son, ni fueran todos los que están. No me queda otro recurso que dejar un margen a lo... *imprevisto.* Para hacer mi selección he tenido, lógicamente, mis motivos y los he examinado por su derecho y por su envés.

Y voy a exponer ante ustedes mis motivos. Todos los novelistas que he señalado como de primera categoría,

absolutamente todos, suman estos valores:

1.º Una obra novelesca continua, vasta, sin declinaciones.

2.º Una maestría técnica—y aun táctica—a prueba de sutiles reparos.

3.º Una popularidad creciente que les otorgó el público; ese público *pagano* y de buena fe, ajeno a todas las consignas premeditadas y, en definitiva, único juez inapelable ante el futuro.

4.º Las numerosas traducciones que de sus obras se han hecho a distintos idiomas.

5.º El afán con que miles de lectores buscan aún, por las librerías de lance, sus novelas agotadas o parcialmente reimpresas *parcialmente* después de 1939.

Como habréis comprendido, en tales valores calificadores no he querido sumar ni un solo valor de mi subjetiva apreciación que pudierais rechazar como «partidista». Pero, ahora, quiero también que sepáis que yo tengo otros motivos, y éstos francamente personales, no mejores, pero ¿por qué peores que los de cada quisque? Sí, yo tengo mis buenos motivos para señalar como máximos novelistas del máximo rango a los que señalo. Y es que en todos ellos encuentro los que yo estimo como los tres valores fundamentales que ha de reunir el novelista:

1.º El dominio para concebir el plan total y la seguridad en su exposición.

2.º El sentido de un realismo netamente español.

3.º La carencia de complejos, egotismos, de terribles esclavitudes subjetivas que todos ellos presentan; de esos complejos, esclavitudes y egotismos que *centran* casi toda la producción novelesca de la última promoción, como si nuestros jóvenes novelistas pensaran, como Buda, que el eje de la Vida gira desde sus ombligos.

Con raras excepciones geniales, el valor de un novelista está en relación directa con su objetividad.

Además de tales valores generalizados en todos ellos, cada novelista de los señalados, felizmente para él y para su público, tiene propios valores muy acusados. Concha Espina, su melancólica sensibilidad nórdica, la fuerza de impresión del medio, del ámbito y de las reacciones estrictamente espirituales; el lenguaje noble, casi poemático. Fernández Flórez, la ironía desgarrada, la puntual observación y la agudeza asombrosa para deformarla grotescamente, sacando de esta deformación una intención más escéptica o desdeñosa que aleccionadora. José Francés, como gran crítico de arte que es, sus afanes por cuanto de pictórico puede llevarse a las letras; su vocabulario *plástico* y heterodoxo, «que entra por los ojos»; sus humanos temas, siempre tratados con un anhelo exquisito «de viva pintura» de lienzo grande que atrae sugestivamente «hacia los detalles y los fragmentos». López de Haro, su búsqueda «casi legal» de tesis con un humanismo puesto en trance de turbación o de interpretación falseada; su vocabulario como nervudo y jugoso a la vez; la tendencia a llegar a la almendrilla de la suprema razón o de la sinrazón suprema. Alberto Insúa, su *gracia* para construir y para dosificar el interés; la naturalidad expresiva, que no obstaculiza el hilo narrativo; su fina observación, en la que se entreveran el escepticismo comprensivo y la ternura elegante. Martínez Olmedilla, la amenidad inagotable, la habilidad maestra para sacar el máximo jugo de vitalidad a los seres y a las cosas que jamás presumen de tenerla con trascendencia,

la precisión de sus retratos, la fineza con que caricaturiza temperamentos y pasiones y ambientes sin sacarlos nunca de la realidad. Zamacóis, los inagotables recursos para mezclar armónicamente esos ingredientes tan explosivos y repelentes entre sí que son el sarcasmo y la sinceridad dramática, la ternura que vive y se avergüenza de delatarse y la fría desvergüenza que se encubre con elegancia; el poder impresionante para conmover y para remover, para descubrir grandezas y miserias dándolas una autonomía palpitante. Ramón Pérez de Ayala, su dialéctica turbadora y su morosa tensión intelectual; su prodigioso dibujo, que delata todos los artificios de la técnica, sin que por ello se resientan el valor narrativo y la trascendencia de la fábula; su última *razón* poética, que no ha perdido su poesía *sensible*. Gabriel Miró—el menos novelista de todos, el más poeta de todos—, la sugestión ofuscante de su estilo y de su prosa, recamados como un Mediterráneo meridiano y estival; la técnica y la intención, lentas, lentas, lentas, densas, densas, densas, calidísimas, un tanto turbadoras a la larga..., a semejanza de esas somnolencias levantinas de las horas álgidas que embarcan hacia los mejores ensueños. Hernández Catá, el bazar milagroso de su inventiva, el don inagotable para el dramatismo, para extraer de cada criatura la última posibilidad de sus instintos y de sus reacciones. Pedro Mata, la viva justeza, los giros y las maneras de su habla, su sabiduría para dosificar la emoción y exaltar la importancia de los temas que menos la tienen. Vicente Díez de Tejada, la magia para llevar, gozosa o doloridamente, a su microcosmos vital, sorprendente de espectacularidad, el cosmos de todas las certezas y aun ese macrocosmos que, según ciertos filósofos herméticos y místicos, es el universo considerado como animado ser semejante al hombre y compuesto, como él, de cuerpo y alma. Salvador González Anaya, la luminosa gracia andaluza de los temas y de los personajes, la lozanía de su castizo lenguaje. Roberto Molina, la intensidad y la precisión de sus evocaciones, el alarde para llevar al primer plano del interés de esos problemas cuya mayor trascendencia es la de ser «de todos los días y de cualquier parte». Francisco Camba, la zumba y el humor, los matices de la emoción contenida.

Cada uno de estos grandes escritores, autores de muchas admirables novelas, tiene su obra maestra. Y mi gusto—que probablemente no coincidirá con el de ustedes, ni con el de sus autores—las señala así: de Gabriel Miró, *El obispo leproso*. De Ricardo León, *Comedia sentimental*. De Concha Espina, *La esfinge maragata*. De Fernández Flórez, *Volvoreta*. De José Francés, *La mujer de nadie*. De González Anaya, *Nido de cigüeñas*. De Alberto Insúa, *El peligro*. De López de Haro, *Muera el señorito*. De Martínez Olmedilla, *El plano inclinado*. De Pedro Mata, *Ganarás el pan*. De Pérez de Ayala, *Belarmino y Apolonio*. De Zamacóis, *La opinión ajena*. De Hernández Catá, *La juventud de Aurelio Zaldívar*. De Francisco Camba, *La revolución de Laiño*. De Roberto Molina, *Dolor de juventud*. De Vicente Díez de Tejada, *Tántalo*.

Dieciséis hermosas novelas, realmente ejemplares y capaces de prestigiar imperecederamente una época en la historia de la novela española. Pero yo no tengo inconveniente en admitir que lo mismo puede afirmarse de otras dieciséis novelas que ustedes o los propios autores seleccionen.

La promoción de *El Cuento Semanal*

aun puede vanagloriarse de una consecución más trascendental. Cuando todos los promocionistas iniciaron su vocación, ya he dicho que heredaron la tendencia naturalista impuesta por sus inmediatos antecesores y que se sometieron a ella con cierto gracioso descaro propio de la juventud. Pero todos ellos, absolutamente todos, con segura voluntad, con una serena comprensión de lo auténticamente tradicional español, fueron eliminando de sus obras sucesivas el imperio naturalista con las vetas eróticas, y se mostraron en el limpio realismo que es el patrimonio secular de nuestra novela.

Hago notar que únicamente he mencionado a los ilustres novelistas que más y mejor cultivaron el naturalismo—*traducido* al español—, jamás insano ni pesimista, retorcido o amanerado. Puede afirmarse que desde 1916, coincidiendo con la muerte de Felipe Trigo, el gran maestro del género, se impuso la tendencia realista genuinamente hispana. El máximo orgullo de la promoción de *El Cuento Semanal* es haber legado a la promoción siguiente, intacto, sin mezclas corrosivas, revalorizado, el gran patrimonio realista, sumando al mismo una definitiva concepción de la novela larga moderna, de la novela corta y del cuento.

La crítica actual, yo no sé si de mala fe o con un desconocimiento punible, pretende que la promoción de *El Cuento Semanal* no sólo no ha influído en la promoción inmediata —la mía, la de 1920, la de las *incertidumbres* y *promiscuidades* peligrosas—, sino que apenas si ha dejado huellas debilísimas de sí misma. ¡Lamentable y falsísima creencia! O ¡parcialísima creencia! Afirmo rotundamente, por mí y por muchos escritores de mi generación, que precisamente es a la que se alude, y cuyos nombres luego mencionaré, que cuantos iniciamos nuestra vocación hacia 1920-1923 sentimos el azoguillo, los comezones de nuestro destino de escritores, coleccionando, leyendo con avidez las novelas cortas y largas, los cuentos de los promocionistas de 1907. El que más y el que menos de nosotros—y tened cuenta que anduve metido hasta los hombros en las tertulias literarias, revistas y periódicos, tentativas e «ismos» subversivos, entre 1920 y 1923—, el que más y el que menos de nosotros soñó con emular y aun superar en prestigio a Miró, a Pérez de Ayala, a Gómez de la Serna, a Zamacóis... Con lo dicho, no quiero decir que mi promoción tuviera como única influencia la de «los de *El Cuento Semanal*». Sobre mi promoción proyectaron sus mandatos imperativos—algunos benéficos, catastróficos otros—: el anárquico y sugestivo temperamento de Gómez de la Serna, la inquietud espiritual flúida de los «ismos»—dadaísmo, ultraísmo, creacionismo, superrealismo—y hasta el moroso *proustismo* bien filtrado por otros temperamentos galos: Jules Romain, Giradoux, Paul Valéry, Duhamel, Gide, Valéry Larbaud...

De estas influencias que conmovieron mi generación y la estigmaron —no sé, en definitiva, si para bien o para mal—no hay por qué hablar ahora. Ya lo haré en su día. Pero con rigurosa fe notarial, con esa fe que hace prueba ante todos los tribunales de justicia, hago constar lo que mi promoción debe a la de *El Cuento Semanal*. ¡Nada menos que la determinación indudable y alegre de su vocación, el estímulo para vivirla y el modelo español y precioso para iniciarse en ella!

La promoción de *El Cuento Semanal* hizo posible la que se inició en pleno hervor de los «ismos», entre 1920 y

1923. Posiblemente me preguntaréis: ¿Qué promoción es ésta, de novelistas, y qué nombres de importancia ha dado? Reconozco que en mi promoción los poetas se alzaron con la primacía y con la primogenitura. Mi generación no ha dado novelistas o críticos o ensayistas de la talla que han alcanzado poetas como García Lorca, Alberti, Salinas, Guillén, Cernuda... La novela necesita más tiempo para cuajar que la poesía, y mi generación no tuvo ese tiempo lento de serenidad en el que se logra la diana de la invención y de la creación. El poeta que a los treinta años no ha dado su talla, no es fácil que logre darla. Algo semejante le sucede al músico. Y es que músico y poeta son entes de *inspiración* o de raíz elemental. Novelistas, autores dramáticos, ensayistas, son entes de *meditación* o de raíz compleja. Sin embargo, mi generación tuvo un equipo de interesantes novelistas «en maduración», a muchos de los cuales nuestra guerra civil cortó los alientos o heló los tempranos frutos, salvándose otros—pocos—que hoy siguen cultivando el género en primera fila, formando la gloria máxima de la novela actual.

Y creo justo mencionar los nombres de los principales que surgieron como epígonos de la promoción de 1907: Sebastián Juan Arbó, Joaquín Arderius, Mauricio Bacarisse, Manuel Abril, Manuel Benavides, Botín Polanco, Carranque de Ríos, Benjamín Jarnés, Francisco Ayala, César Arconada, Ramón Ledesma Miranda, Edgar Neville, Manuel Iribarren, Ramón J. Sender, Juan Chabás, Huberto Pérez de la Ossa, Antonio Espina, Antonio Porrás, Antonio Robles, Samuel Ros, Bartolomé Soler, Juan Antonio de Zunzunegui, Claudio de la Torre, Felipe Ximénez de Sandoval, Juan José Domenchina, Enrique Jardiel Poncela, Federico de Mendizábal, Eduardo de Ontañón, Antonio de Obregón, Mariano Tomás, Félix Urabayen, Salazar Chapela, Mario Verdaguer y el que estas líneas escribe (1).

Después de cuanto he precisado, ¿podrá alguien creer justo el olvido o el desdén en que hoy se ven envueltos los novelistas de la promoción de *El Cuento Semanal?* En veinte años escasos crearon editoriales importantísimas—catálogos voluminosos—, treinta y tantas revistas—insuperadas hasta hoy—dedicadas exclusivamente a las novelas cortas, y cuya suma, muy por encima, se aproxima a las 8.000; mantuvieron el prestigio y el interés de otras tantas publicaciones de litera-

---

(1) Sebastián Juan Arbó (n. 1902). De San Carlos de la Rápita. *El inútil combate; Tierras del Ebro; Caminos de la noche; Tino Costa; Sobre las piedras grises.*

Joaquín Arderius (n. 1890). De Lorca (Murcia). *Mis mendigos; Los príncipes iguales* —1921—; *Así me fecundó Zaratustra*—1923—; *Yo y tres mujeres*—1924—; *Ojo de brasa* —1925—; *La duquesa de Nit*—1926—; *La espuela*—1927—; *El baño de la muerta*—1928—; *Justo «el Evangélico»*—1929—; *El comedor de la Pensión Venecia*—1931—; *Crimen...*

Mauricio Bacarisse (1895-1931). De Madrid. *Las tinieblas floridas*—1927—; *Los terribles amores de Agliberto y Celedonia*—1931, «Premio Nacional de Literatura».

Manuel Abril (1884-1940). De Madrid. *La Salvación, Sociedad de seguros del alma* —1926—.

Manuel Benavides (n. 1900). *Lamentación; En lo más hondo; Cándido, hijo de Cándido; El último pirata del Mediterráneo...*

César María Arconada (1900). De Astudillo (Palencia). *Cuentos de amor para tardes de lluvia; La turbina; Idilios y tragedias de un garaje...*

Francisco Ayala (n. 1906). De Granada. *El boxeador y su ángel; Tragicomedia de un hombre sin espíritu*—1925—; *Historia de un amanecer*—1926—; *Cazador en el alba; Medusa artificial; La cabeza del cordero*—1949—; *Los usurpadores*—1949—.

Carranque de Ríos (1900-¿1935?). *Uno; Cinematógrafo; La vida difícil.*

Juan José Domenchina (n. 1898). De Madrid. *El hábito*—1932—; *La túnica de Neso*—1929—.

tura y arte; inundaron los escaparates de las librerías de toda España de grandes novelas, cuyas ediciones se agotaban sin trucos de ninguna clase; llevaron el valor de la novela hispana contemporánea al extranjero, en incontables traducciones; devolvieron a la generación siguiente el auténtico realismo español, que ellos habían encontrado adulterado por el naturalismo...

¿Hay quien dé más?, como preguntan los castizos de mi pueblo. No. No hay quien dé tanto. Por lo menos... hasta ahora.

Pero voy a deciros, de propina, que los promocionistas de 1907 aún dieron algo más. Algo más que, en verdad, es mucho más, muchísimo más. Y os lo diré, no con palabras mías, que pudieran pareceros discutibles y aun recusables, sino con palabras del inmortal, del indiscutible don Benito Pérez Galdós. Conocí a Galdós en la primavera de 1918. Me llevó a su hotelito de la calle de Hilarión Eslava Emiliano

---

Antonio Espina (n. 1894). De Madrid. *Pájaro pinto*—1927—; *Luna de copas*—1929—.

Enrique Jardiel Poncela (1901-1952). De Madrid. *Amor se escribe sin hache; Espérame en Siberia, vida mía; ¿Pero hubo alguna vez once mil vírgenes?; La «tournée» de Dios; El libro del convaleciente; El plano astral; Para leer mientras sube el ascensor.*

Manuel Iribarren (n. ¿1905?). De Pamplona. *Retorno; La Ciudad; San Hombre...*

Ramón Ledesma Miranda (n. 1901). De Madrid. *Antes del mediodía*—1930—; *Agonía, y tres novelas más*—1931—; *Evocación de Laura Estébanez*—1933—; *Saturno y sus hijos* —1934—; *Viejos personajes*—1936—; *Almudena,* nueva versión de *Viejos personajes* —1944—; *La Casa de la Fama*—1951—.

Benjamín Jarnés (1888-1949). De Codo (Zaragoza). *Mosén Pedro*—1925—; *El profesor inútil*—1926—; *El convidado de papel*—1928—; *Paula y Paulita*—1929—; *Locura y muerte de Nadie*—1929—; *Viviana y Merlín*—1930—; *Escenas junto a la muerte*—1931—; *Lo Rojo y lo Azul*—1932—; *Tántalo*—1935—; *Venus dinámica*—1943—; *Eufrosina o la Gracia* —1949—.

Federico de Mendizábal (1901). De Madrid. *Luisa Coral*—1919—; *El fantasma de Sorrento*—1920—; *Los peregrinos de Blarney* —1920—; *La gitana del camino. La novia de mi marido; Todos contra el amor; La vida vuelve a pasar; Las flores de la novia; El milagro de los ojos dormidos; Una loca del corazón...*

Edgar Neville (n. 1899). De Madrid. *Adán y Eva*—1926—; *Don Clorato de Potasa*—1929—; *Música de fondo*—1936—; *Frente de Madrid* —1942—; *Futuro imperfecto.*

Antonio de Obregón (n. 1910). De Madrid. *Efectos navales*—1931—; *Hermes en la vía pública*—1934—.

Eduardo de Ontañón (n. 1904). De Burgos. *El cura Merino; Frascuelo o el toreador; Desasosiegos de Fray Servando...*

Huberto Pérez de la Ossa (n. 1897). De Albacete. *El ancla de Jasón*—1922—; *La lámpara del dolor*—1923—; *El opio del ensueño* —1924—; *La santa duquesa*—1924, «Premio Nacional de Literatura»—; *La Casa de los Masones*—1927—; *Obreras, zánganos y reinas*—1928—; *Los amigos de Claudio*—1931—.

Antonio Porras (n. 1895). De Pozoblanco (Córdoba). *Curra*—1922—; *El misterioso asesino de Potestad*—1923—; *El centro de las almas*—«Premio Fastenrath», de la Real Academia Española—; *Lourdes y el aduanero* —1928—.

Antonio Robles (n. 1897). De Robledo de Chavela (Madrid). *Tres*—1926—; *El archipiélago de la muñequería*—1928—; *El muerto, su adulterio y la ironía*—1929—; *Novia, partido por 2*—1931—; *Torerito soberbio*—1932—.

Samuel Ros (1905-1945). De Valencia. *Las sendas*—1928—; *El ventrílocuo y la muda* —1930—; *Marcha atrás*—1931—; *El hombre de los medios abrazos*—1933—; *Los vivos y los muertos...*

Esteban Salazar y Chapela (n. 1902). De Málaga. *Pero sin hijos*—1931—.

Ramón J. Sender (n. 1902). *Imán; Mr. Witt en el Cantón*—«Premio Nacional de Literatura»—1935—; *El viento en la Moncloa, Man's Place*—en inglés, 1940—.

Federico Carlos Sáinz de Robles (n. 1899). De Madrid. *Mario en el foso de los leones* —1925—; *La decadencia de lo azul celeste* —1928—; *Media vida*—1929—; *Escorial: vida y transfiguración*—1938—.

Bartolomé Soler (n 1894). De Sabadell (Barcelona). *Marcos Villari*—1927—; *Germán Padilla; Almas de cristal; La vida encadenada, Karú-Kinká, La llanura muerta...*

Mariano Tomás (n. 1891). De Hellín (Albacete). *La florista de Tiberíades*—1926—; *Se-*

Ramírez Angel, uno de los más incondicionales admiradores y discípulos del genial creador literario. Don Benito ya estaba ciego por completo. Apenas hablaba. Su presencia era idéntica, casi pétrea, a la que todos podéis contemplar en el retiro, obra notabilísima de Victorio Macho. Sedente, cubierta su larga y magra figura con gorra, gafas, bufanda, un gordo chaquetón y una manta alrededor de sus piernas. Pero una tarde la esfinge gloriosa habló así:

«—Poco, muy poco, leían los españoles de mi tiempo. Una edición de dos mil ejemplares tardaba en venderse ¡qué sé yo el tiempo! Y el precio de los libros mejores era irrisorio: dos, tres pesetas... Ahora, estos jóvenes (se refería a los novelistas de *El Cuento Semanal*) hacen tiradas de cuatro mil y de cinco mil ejemplares y las agotan en menos de un año. Han logrado el milagro de que el pueblo se apasione por las novelas. De rechazo nos han beneficiado a los escritores de mi tiempo, que ya también vendemos bastante más... ¡Yo les estoy muy agradecido, muy agradecido!»

¡Memorables y consagratorias palabras! Razón, y grande, tuvo don Benito. En 1908, en 1910, en 1916, *El Cuento Semanal, Los Contemporáneos* —fundados por Zamacóis—, *El Libro Popular*—fundado por Gómez Hidalgo—, *La Novela Corta*—fundada por José de Urquía—, las cuatro revistas fundamentales de la promoción, veíanse en las calles, en los tranvías, en los cafés, por los vestíbulos de los teatros, en manos de los obreros, de los estudiantes, de las modistillas, de los oficinistas; sus tiradas igualaban o superaban a las de los principales diarios. *El Cuento Semanal* llegó a tirar 75.000 ejemplares. *La Novela Corta*, 400.000. De algunos números se hicieron varias ediciones. ¡Gran milagro, en efecto! Sólo por este milagro de

---

mana de Pasión—1931—; *Viena*—1932—; *Venga usted a casa en primavera*—1933—; *Sinfonía incompleta*—1934—; *Arco iris*—1934—; *Juan de la Luna*—1936—; *La niña de plata y oro*—1939—; *El cazador de mariposas*—1941—; *Lección de amor sin palabras*—1942—; *La platera del Arenal*—1943—; *El vendedor de tulipanes*—1944—; *Mazurca*—1945—; *Salto mortal*—1945—; *Una muchacha sin importancia*—1946—; *La pobre Circe*—1947—.

CLAUDIO DE LA TORRE (n. ¿1898?). De Las Palmas (Canarias). *La huella perdida*—1929—; *En la vida del señor Alegre*—1924, «Premio Nacional de Literatura»—; *Alicia, al pie de los laureles*—1940—.

FÉLIX URABAYEN (1884-¿1944?). *La última cigüeña*—1920—; *Toledo: Piedad*—1920—; *El barrio maldito*—1925—; *Vida ejemplar de un claro varón de Escalona*—1926—; *Vidas difícilmente ejemplares*—1930—.

MARIO VERDAGUER (n. 1893). De Mahón (Menorca). *La isla de Oro*—1926—; *El marido, la mujer y la sombra*—1927—; *Piedras y viento*—1928—; *El llanto de Venus; La mujer de los cuatro fantasmas*—1933—.

FELIPE XIMÉNEZ DE SANDOVAL (n. 1903). De Madrid. *Aurópolis; Tres mujeres más equis*—1930—; *Los nueve puñales*—1936—; *Camisa azul*—1938—; *El hombre y el loro*—1951—.

JUAN ANTONIO DE ZUNZUNEGUI (1901). De Portugalete (Vizcaya). *Vida y paisaje de Bilbao*—1926—; *Chiripi*—1931—; *Dos en una o la dichosa honra*—1935—; *El Chiplichandle*—1940—; *El hombre que iba para estatua*—1942—; *¡Ay... estos hijos!*—1943, «Premio Fastenrath», de la Real Academia Española—; *Dos hombres y dos mujeres en medio*—1944—; *El binomio de Newton*—1946—; *El barco de la muerte*—1945—; *La quiebra*—1947—; *La úlcera*—1947, «Premio Nacional de Literatura»—; *Las ratas del barco*—1949—; *El supremo bien*—1951—; *Esta oscura desbandada*—1952—.

JUAN CHABÁS (n. 1898). De Denia (Alicante). *Sin velas, desvelada*—1923—; *Puerto de sombra*—1926—; *Tornaluz de Sevilla*—1927—; *Agor sin fin*—1930—.

Merecen mención, como novelistas de esta generación: JOSÉ DÍAZ FERNÁNDEZ—*El blocao y La venus mecánica*—; M. CIRIQUIAIN-GAIZTARRO—*La leyenda del pirata*—; AGUSTÍN DE FOXÁ—*Madrid, de Corte a Checa*—; JACINTO MIQUELARENA—*Don Adolfo el libertino*—; JOSÉ BALLESTER—*Otoño en la ciudad*—; CÉSAR GONZÁLEZ RUANO—*Circe*—; MÁXIMO HERNÁNDEZ—*Del monte en la ladera, El hijo ajeno, Ellas dos y yo, El héroe del ridículo*—...

aficionar a leer a una nación merecerían los novelistas defendidos y elogiados por mí una gratitud inmensa, sincera, inmutable. Yo me atrevería a pedir a los novelistas de *El Cuento Semanal* que aún felizmente viven, que vuelvan a velar y a tomar sus armas y se lancen a nuevas aventuras novelescas, augurándoles renovados éxitos. Quizá su nueva salida al campo de la narración pusiera cierto orden en el actual desbarajuste y, como dicen mis clásicos madrileños, «quitaran muchos moños».

Yo me atrevo a aconsejar a cuantos me leen qûe busquen con fervor las novelas de la promoción de 1907, que las lean con atención objetiva y que las comparen con las escasísimas buenas novelas que hoy se publican «de higos a brevas», tan jaleadas por la crítica «despistada», tan galardonadas con tantos pingües premios oficiales. Y seguro estoy de que de la comparación ecuánime saldría la verdad. La verdad que no es otra que ésta: en el vasto panorama de la novela española, en el predio de hoy, tan minúsculo, no se ven sino media docena de árboles de cierta prestancia, y bastantes arbolillos apenas en los brotes de una tardía primavera. Y este paisaje tan poco atractivo es un paisaje ya de catorce años...

FEDERICO CARLOS SÁINZ DE ROBLES

LUIS ANTON DEL OLMET

(1886-1926)

LUIS ANTON DEL OLMET

Novelista *y periodista fecundo. Nació en Bilbao. Murió a consecuencia de los disparos que hizo contra él el escritor Vidal y Planas. Director de* El Debate*—1910—y de* El Parlamentario*—1914—. Diputado a Cortes—1914—. Colaborador asiduo de los principales diarios y revistas españoles. Gran prosista castizo. Poseyó gran originalidad inventiva y extraordinaria fuerza de expresión. Sus novelas cortas aparecieron en* Los Contemporáneos, La Novela Corta *y* La Novela Semanal.

Novelas: Hieles*—1905—*; El veneno de la víbora*—1906—*; Como la luna, blanca*—1908—*; El encanto de sus manos *—1910—*; El hidalgo don Tirso de Guimaraes; Cruz Verde, 8; Espejo de los humildes*—1909—*: Corazón de leona; Robarás, matarás; El Marqués de la Quimera; Gobernará: Sánchez Mínguez...

LA RISA DEL FAUNO

DOMINGO...

Cuando despertó Rosa ya habían sonado por dos veces las campanas, domingueras y joviales, de la Colegiata convocando a misa. Pero la perezosa no quiso escucharlas, arrebujada bajo las sábanas calientes, acariciada por un rápido rayo de sol, que penetraba osado y alegre por la ventana entreabierta, pregonero de un buen día de verano, tibio y sensual en aquellas serranías pobladas de pinos y en aquellos valles cubiertos de flores.

Por vez tercera envió el campanario su greguería altisonante y bulliciosa. Esta última llamada de la Madre Iglesia a los devotos que dormían en la molicie de sus lechos sacudió a Rosa, determinándola a romper el deleite de su indolencia infinita. Todavía intentó hundir la cabeza, desfallecida, en el hueco que formara en la almohada durante toda una noche de apacible sueño. Pero se rebulló, tomando bríos. Saltó del lecho. Al sentir en los pies la sensación punzante de las baldosas frías, lanzó un grito menudo y ahogado. Alguien, desde una cama inmediata, dijo con v o c e c i t a soñolienta:

—Ya no podremos ver a la infanta. Debe ser tardísimo.

Rosa corrió hasta el balcón, abriéndolo. De repente, quedó invadida la alcoba por una luz alegre y matinal.

La rama de una acacia florida penetró hasta adentro, sacudiéndose. Cayeron sobre el suelo algunas leves gotas de rocío. Desde otras ramas corpulentas, unos pájaros remontaron el vuelo, temerosos. Allá, tras del árbol vecino, se veía un cielo remoto y azul, bajo el cual sonreía utana la campiña, inundada de sol.

Rosa desperezóse, contestando:

—Todavía sobra tiempo para ver a la infanta.

Y después, con acento de reconvención, añadió, cariñosa:

—Pero, hija mía, la misa debe haber empezado ya.

Se fué acercando al lecho donde su amiga dormitaba aún, restregándose los ojos, heridos bruscamente por la luz arrolladora. Cuando estuvo al borde de la cama, se puso a decir con voz de mimo:

—Perezosa mía, holgazanita mía. ¡Qué sueño tiene la pobre de mi alma!

Y comenzó a besar una sien de la holgazana con besitos menudos y rápidos. Después, súbitamente, dió una carrera para llegar al baño. Vertió sobre el recipiente de goma todo un jarro de agua. Metió dentro sus pies, se desnudó...

Comenzó el aseo. La enorme esponja subía hasta los hombros inflada, pletórica, para después reventar en chorros de agua fresca, que corrían por la espalda y el pecho inundando toda la figura, estremecida a su contacto frío y deleitosamente torturador.

—No sé si llegaré al Evangelio. Será milagro que llegue antes de alzar.

Echó sobre sus hombros un gran ropón rizado, y mientras se enjuagaba dando brinquitos, decía:

—Y lo que es tú, encantito querido... A ese paso perderás la misa.

Su amiga se había incorporado bruscamente.

—Bueno, después de todo, Dios me perdonará. ¡Tenía tanto sueño...!

Rosa empezó a vestirse de prisa, con ansia. Acabó pronto.

—Bueno, Laurita mía, duerme un ratito tú. Yo me voy correndito, ¿sabes? No llego ni a las bendiciones.

Y besaba las manos blancas de marfil que reposaban sin fuerza sobre la colcha inmaculada.

Laura entreabrió sus ojos de nuevo, unos ojos pequeños y lindos, llenos de luz.

—Adiós, preciosa. No tardes, ¿eh? Mira que quiero ver luego a la infanta. Cuando vuelvas, ya estaré vestida.

—Sí; pero se queda sin misa hoy la muy empecatada. Yo la oiré por las dos. Pero mi chiquitina tiene que rezar un Padrenuestro y una Salve. ¿Verdad que sí? Ahora, un besito. No; ha de ser en los dientes, en los dientecillos, pequeños y blancos.

Laura se defendía débilmente, hurtando el cuerpo, lanzando risas entrecortadas en un pugilato lleno de coquetería. Al fin quedó presa entre los brazos robustos de Rosa. Y sus labios, gruesos y rojos, se hundieron en los labios finos y exangües de Laura, y estuvieron un momento, avariciosos y glotones, acariciando la nieve de aquellos dientes diminutos.

Se alzó después de súbito:

—Nada, que no llego ni a las Avemarías.

Trincó la sombrilla y llegó a la puerta. Se detuvo. Dió sobre el suelo un violento taconazo, hizo una mueca ridícula y apasionada y un aspaviento grotesco, llevándose la mano al corazón. Giró luego en redondo y salió acelerada, entre risas.

Laura había doblado su blanco y largo cuello de cisne sobre la almohada y dormía de nuevo, sumida en una profunda y voluptuosa pereza.

★

Todavía Laura se miraba delante del espejo cuando Rosa regresó, después de oír devotamente la misa. Desde la escalera chilló:

—¡Bonita! ¿Bajas?

Laura no estaba muy satisfecha de su tocado. Tenía fruncido el ceño y avizoraba su silueta con mirada perspicaz, amarga, irónica. Atisbaba su sombrero, de cintas un poco ajadas y las flores un tanto mustias. Sonreía

con una enorme desilusión. Vaciló. Después, girando rápidamente, se echó a reír.

—Voy hecha un adefesio; pero... ¡bah!

Cuando descendió hasta el zaguán del nido veraniego, palideció ultrajada, ofendida, como si la hubiesen abofeteado brutalmente. Allí, junto a la puerta, sonriente, gozosa, se erguía su amiga, elegante, vestida con una larga levita gris, de solapas negras y lisas, que bajaban casi hasta la cintura en un abrazo discreto. En su cabeza triunfaba un sombrero estrepitoso de blancas plumas. Su mano izquierda movía una sombrilla de última moda, alta y elegante, de un color delicioso, con un mandarín chino en el puño y unas enormes borlas que oscilaban, elegantes, mientras ella trazaba rayas en el suelo con el regatón.

—Eres una pesada, alhajita. Media hora esperando a que la nena se acabe de vestir. Vas muy mona.

Laura se detuvo un instante irresoluta. ¿Era aquello una burla cruel? ¿Reía Rosa de su pobre sombrero y de su pobrecito vestido blanco, tantas veces planchado y zurcido? Creyéndolo, contuvo una palabra insidiosa. Pero los grandes ojos negros de su amiga brillaban leales, en su luenga extensión amorosa, sin un destello de malicia ni un leve resplandor picaresco.

Se emparejaron y salieron. Cruzaron varias calles silenciosas que se abrían entre enormes caserones regios y abandonados. En la alameda reían ya los macizos de flores, y se elevaban, sombrosos y amigables, los castaños de Indias.

Rosa, de pronto, rompió el silencio:

—Pero ¿vas a presentarte a la infanta? Yo no tengo el honor de haber besado su mano todavía. Me parece que llegamos tarde.

Apretaron el paso. Pasaron bajo la Colegiata y el Palacio Real, rancio, de piedras amarillas e hidalgas. Atravesaron una verja. Un guarda de blanca bandolera y ancho sombrero gris las saludó. Pisaron la arena de los jardines. Aún no había llegado Su Alteza.

★

En la espaciosa plazoleta que se prolonga bajo los muros del Real Palacio bullía la nube de los veraneantes. Toda La Granja, atraída por el buen sol y el cielo azul, por la caricia blanda del aire embalsamado de los pinos, había acudido a los jardines y se desparramaba en grupos alegres, formando tertulias bajo todos los árboles.

Corrían los niños alocadamente, alzando su diávolos, urdiendo montoncitos de arena. Entre ellos, avizorantes, se erguían las rodrigonas extranjeras, carrilludas las alemanas, secas las británicas, correteadoras y bien emperejiladas las francesas.

Desde los senderos, cohibidas en la sombra, se asomaban las familias modestas, sin atreverse a mostrar sus vestidos a pleno sol, a ponerlos ante los ojos de la colonia elegante, reidora, estrepitosa, rica, compuesta por señoras graves, un político, un general, un marqués; por señoras lujosas, mujeres de banqueros, de rentistas, de concejales, de empresarios; por petimetres de calado calcetín y panamá rotundo y orondo, y por damitas bellas, vestidas con arreglo al último y más extravagante figurín, desenvueltitas, charloteadoras, sonrientes, que se agrupaban como formando un selecto redil, no confundido con el rebaño vulgar, en la parte más distante al Palacio, bajo unos álamos gigantescos, que parecían hundir sus copas agudas en el cielo remoto.

★

En medio del gentío, Laura se sintió sola y abandonada. Al transponer la verja y pisar los jardines, el gayo conjunto de la colonia elegante la sobrecogió con su ruido de triunfo y de lujo. Desde lejos, algunas señoritas elegantes la habían reconocido, algunas que aprendieron con ella en el *Collège Français* una letra de grandes perfiles verticales, un santo amor

al lujo y a la vanidad, una viva idolatría por la bagatela, un perverso horror a los hombres y un cariño irresistible hacia una dulce amiguita de profundas ojeras violáceas. Desde lejos las veía Laura zangolotear pizpiretas, con andar de pájaro, riendo menudito, coqueteando, divirtiéndose. Algunas la vieron. Otras fingieron no advertirla. Laura recordó su trajecito blanco, su sombrero pasado de moda. Se ruborizó íntimamente. Y empujando con violencia a Rosa, se desvió, no queriendo acercarse a sus amigas, a aquellas amiguitas que antaño la adulaban, cuando ella era *mademoiselle* Hurtado de Mendoza y tenía un automóvil que todas las tardes venía a buscarla a la puerta del colegio.

Rosa asistía al rubor de su amiga, sonriendo condescendiente.

—Eres una chiquilla. ¡Temer a la ironía de esas cursis! ¡Si huelen todavía a percalina y a perfumería barata! Tú, siempre serás tú, bonita mía.

Y dulcemente, con caricia de mano maternal, la condujo hasta un banco y la hizo sentarse.

El Palacio Real permanecía cerrado. Ante su puerta paseaban los guardas, silenciosos, esperando. En las fuentes próximas reían Venus desnudas y brincaban faunos grotescos. El agua de los surtidores enviaba un eterno glu-glu. Describiendo curvas graciosas, se extendían los macizos de flores, y los arrayanes, recortados en masas de formas simétricas, se perdían en el fondo del jardín. Un sol discreto se filtraba por las hojas de los árboles, formando incendios, cayendo en cascadas. Un aire fragante y sensual venía de los pinares. En aquella mañana de domingo no hubiera extrañado la risa de madame Pompadour en aquellos borbónicos jardines de La Granja, creados por un monarca pariente del Rey Sol.

Sonó una campana. Hubo un rebullimiento en el zaguán de Palacio, los guardas se quitaron el sombrero reverenciosamente, y una dama de cabello blanco, vestida sencillamente, tocada con un ancho sombrero campesino, avanzó entre la fila de curiosos. Tenía un continente simpático, confidencial; andaba con aire varonil y resuelto, y reían unos dientes nevados y lindos entre las dos manzanas rojas de sus mejillas encendidas.

Se hizo un gran silencio. Algo solemne había hecho enmudecer a todo. Sólo ponían una nota discola y rebelde el gorjear de los pájaros, que bullían ingenuos, infantiles, candorosos, en las copas de los árboles; el grito de un chiquelo que había perdido su pelota o roto su caballo de cartón; la risotada nerviosa, rápida, inevitable, de una señorita alegre a quien le habían dado un pellizco...

Cuando la egregia dama llegó hasta el centro de la plazoleta, los concurrentes afluyeron para venir a besar su mano. Casi todos se acercaban humildes, cabizbajos, pusilánimes, y al rozar la blanca mano principesca, temblaban sus labios. Algunos, los de siempre, los que todos los años veraneaban en el Real Sitio, llegaban con cierta cordialidad, con más intrepidez, como antiguos y buenos amigos. Y éstos eran los que Laura miraba distante, un poco pálida, mientras dentro de su espíritu se entablaba una lucha formidable de vanidades y pasiones.

—Serías una estúpida si no te acercases a la infanta. Tienes más derecho que nadie y te recibirá encantada—le dijo Rosa de pronto, fingiendo enojo.

¡Sí! Tenía más derecho que nadie. La infanta era buena. Bullía en sus venas la sangre de toda una augusta dinastía de monarcas. No vería en ella a la señorita cursi, no se fijaría en el vestido viejo ni el sombrero pasado de moda. Vería en ella a la pobre huerfanita aristocrática, resto último de una gran casa azotada por la ruina y el desastre. Entre todas aquellas muchachas lujosas, burguesas, un poco plebeyas, pedantitas y orgullosas, ella sería la predilecta, la de más linajudo apellido, la de estirpe más preclara.

★

En un lugar apartado de la plazoleta aparecían seis bancos amarillos,

colocados en círculo. El corro de la infanta. Allí placía Su Alteza de conversar con sus vasallos y amigos. Nadie podía acomodarse en él hasta que había llegado la augusta señora y había favorecido al veraneante con un ademán, invitándole a su tertulia. Llegó. Sentóse con su dama de honor. Luego se fueron acomodando los cortesanos, orgullosos de esta merced, regodeándose, pensando cómo luego se lo referirían a sus amigos de Madrid para epatarlos y darles envidia.

—¡Un veraneo precioso! Todas las mañanas fuimos al corro de la infanta. Los de siempre éramos Alba, Medinaceli y nosotras...

Laura se levantó:

—Vamos a saludar a Su Alteza. Te presentaré.

Rosa se dejó conducir, sonriendo:

—Es natural. ¿No eres grande de España? Hasta creo que se trata de una obligación.

Avanzaron por la gran plazoleta llena de sol. La infanta se hallaba de espaldas. De repente, las veían avanzar unos ojos sarcásticos que fulgían desde lejos. Algunas bocas se plegaban con punzante sátira. Habían comprendido las ansiedades de aquella pobre señorita cursi. Esperaban una escena divertida. Eran aquellas mismas damitas que poco a poco la fueron dejando de saludar, y que contaban entre risas la ruina de su casa, refiriendo escenas ridículas y lances grotescos.

Laura se detuvo.

—¡Vámonos de aquí! Me dan asco esas gentes.

Se perdieron por un camino que torcía entre bojes olorosos.

Ella apretaba sus dientes con ira. No tenía valor. ¡Oh, eran muy agudos y despiadados los tormentos de una grande de España mal vestida!

Rosa reía estrepitosamente.

—Eres una tonta. Si no te saludan ni te quieren..., ¡mejor! ¡Pero sufrir por esa gentecilla! ¡Vamos, hace falta ser todo lo niña que tú eres!

★

Recorridas algunas veredas penumbrosas, que se perdían bajo la techumbre espesa de los nogales; atravesada la floresta, húmeda de los cuchicheantes arroyuelos, en la que a veces se escabullían asustados los reptiles y croaban las ranas estólidas su eterna y estúpida canción, remontaron una cuesta empinada y dieron vista al «mar». Sobre las aguas quietas del estanque se dormía la luz perezosa del sol veraniego.

Rosa, encendida, jadeante, se detuvo para tomar resuello.

Después hundió su mirada en el paisaje.

—Esto es divino, ¿no? ¿Quiere mi pequeñita contemplar los jardines desde un sitio precioso, desde un sitio mágico?

Luego, variando la voz, añadió:

—¡Ay!, y descansaré. ¡Estoy muerta!

Anduvieron unos pasos más. Llegaron a una planicie diminuta. En medio se alzaba, gigantesco, el tronco dorado de un pino secular. Por su corteza trepaba en espiral una frágil escalerilla, urdida allí para escalar la copa inmensa del árbol manso y bueno.

—A esto le llaman el Gurugú. ¿Subimos? Así realizaremos, además, una hazaña patriótica.

Subieron ambas por la feble escalera y llegaron a lo alto del Gurugú. Allí, sostenida por los ciclópeos brazos del pino, había una plazoleta, fabricada con ramas, en la que se hincaban fijos unos asientos minúsculos.

Se sentaron para ver el paisaje, para oler su perfume, para escuchar su música. Era todo de una belleza cegadora, pródiga, tumultuaria, inverosímil.

Desde lo alto del pino se veía el estanque, extenso y pando, donde brincaban las truchas a flor de agua, haciendo relucir un momento sus lomos escamosos. Gorjeaban los pájaros, con estruendo alegre, desde todos los árboles. Remotas, se recortaban sobre el cielo azul las siluetas de los vencejos y de los alcotanes. Desde un rincón del estanque cantaba una gru-

ta la canción de su agua que iba horadando las peñas, vestidas de muérdago. Y más allá, tras de la línea final del agua azul, subían hasta la cúspide de un monte millones de pinos, con sus risueños troncos de oro y sus verdes copas redondas.

Reinaba en el paisaje una paz virgiliana. Ni un rumor extraño a la armonía de la Naturaleza, que reía y cantaba bajo el cielo azul, envuelta en el abrazo eterno, salvaje, del sol fecundo. Rosa exclamó de pronto:

—Te aseguro que soy feliz. Me contagia esto... Esto, que es lo más hermoso del mundo.

Luego, fijándose en Laura, añadió dulcemente:

—Y tú, mi alma, ¿eres feliz?

—Lo soy.

Y no mentía. El calor de aquel sol se había metido en su carne, y había embalsamado su alma el fuerte, rudo y embriagador perfume de los pinos.

Las amigas callaron. Laura iba evocando su vida pasada, sin dolor, casi alegremente, como se recuerdan los sueños ingratos al despertar en el lecho amigable, junto a seres a quienes se ama y de los que se esperan palabras de consuelo y de amor.

El padre, arruinado, consumido por usureros, administradores, ¡uf!, y por pintorreadas mujercillas listas y perversas. El hermano, vicioso, vago, socaliñero, que le había robado su última alhaja para gastar el precio de la venta, no se sabe dónde, con unos amigos merodeadores y granujas. Su madre, fenecida dulcemente en el viejo caserón hipotecado, sin quejarse, sin proferir un lamento, resignada en el otoño triste de su belleza y de su fortuna. Dos años de zozobras, de miedos, de esperanzas arrancadas apenas florecidas. Y luego, aquella frase cruel de su padre, aquel «sálvese el que pueda», y aquel huir, perseguido por una acusación, abandonándola a su destino, sin temor a sus años, demasiado mozos, y a su belleza melancólica, que ya era tentación de muchos corazones gastados.

Después, el refugiarse en su antiguo colegio, el gastar las últimas monedas, el escribir cartas angustiadas, mientras lloraba amargamente sin consuelo. Los ultrajes de la gente que la despreciaban. Un rumor vago de insidias. Un día negro, sin pan. Más tarde, las dulzuras de aquella vieja arpía que la había llevado a su casa y que le había brindado su protección y el bolsillo y el amor de un hombre desconocido. Todo el pasado, horrendo, se alzaba en su alma, en su alma pequeñita, curvada bajo el peso de tanto dolor.

Después evocó sus últimas batallas y sus últimas zozobras. Aquella mañana de verano en que divagó solitaria e inconsciente por las calles de Madrid, inundadas por un sol frenético, agotadas todas las esperanzas, cerrada la puerta del último pariente rico que había rehusado su cariño y había apartado sus manos, que se extendían suplicantes...

Por las calles parecía perseguirla, implacable, la sombra del hambre y del deshonor. ¿Qué haría de su juventud? ¿Adónde irían a parar sus veinte años tan tristes? Y recordó, como de improviso; había pensado en Rosa, en su antigua amiga, en su hermana mayor, huérfana y rica, que había cobijado su soledad en un convento, como señora de piso, viviendo allí, apartada del mundo, dedicando buena parte de sus rentas a obras de piedad, pagando a las dulces monjas el tributo de la cera cándida que ardía constantemente bajo las imágenes santas del oratorio.

Pero Rosa, ¿querría enjugar sus ojos, querría sosegar la incertidumbre de su vida?

En otro tiempo, cuando la conoció, se amaron. Rosa era ya una mujer formal, desengañada de la vida, muerto en su alma el amor romántico y vehemente que había abrasado su corazón en los años mozos, con el que había jugado, cruel, un hombre infame, a quien ya aborrecía. En aquel tiempo tenía Rosa su herida manando sangre aún. Era tan dulce y tan buena... Muchas veces la había tenido en su regazo y la había estado besando tardes enteras, mientras ju-

gaba con sus rizos dorados, diciéndole:

—Eres muy linda. No hagas caso a los hombres, que son unos canallas. Amame a mí, a mí sola, que te adoro.

Y, en verdad, la amaba. Iba a visitarla con frecuencia, acompañada de su institutriz. Pero sus padres le habían prohibido terminantemente aquella amistad. Una infame historia absurda, inventada por un calumniador, envolvía a su pobre amiguita encantadora. Fué dejando de visitarla. Por último, había dejado de verla para siempre.

Y ahora, ¿cómo la encontraría? ¿Querría tenerla en su regazo como antes? ¿Le negaría sus besos y sus caricias blandas?

Y llegó a la puerta cerrada, donde su mano pedigüeña demandaba la última limosna.

—¿Se puede pasar, *bichou?*

Se abrió la puerta. Allí estaba Rosa, como siempre, con sus ojos negros, en los que fulguraban pasiones encendidas; con su cuerpo, gallardo y opulento; con sus brazos, redondos y firmes; con su voz, pastosa, sensual, embriagadora. Hablaron. Hubo un largo relato, alguna lágrima y muchos besos. Comieron juntas. Luego, todo quedó concertado.

—Te quedarás conmigo, ¡no faltaría más! ¡Pobre nenita mía! Y he de llevarte de veraneo y te compraré cosas, muchas cosas, y seremos las dos muy felices.

Le dió un beso largo. Le miró a los ojos. Rieron los de Rosa en un transporte de júbilo. Se abatieron los de Laura bajo una sensación de angustia.

Pero... nada más. Se acostumbró. Rosa la amaba mucho. ¿Dónde estaría mejor la pobre abandonada que bajo aquel techo bondadoso y entre aquellos brazos amigos?

Pensaba Laura después en el viaje, en el alegre llenar los baúles de vestidos y zarandajas lindas, en el trayecto encantador del tren; en Villalba, llena de cazadores joviales; en Cercedilla, invadida de mujeres guapas; en Segovia, arcaica y sombría, con sus cadetes enamoradizos y románticos, que se afilaban las nacientes guías del bigote mientras hacían resonar sus espuelas; en la llegada a La Granja; en el olor a pinos; en la luna creciente, que recortaba aquella noche su perfil nítido sobre un cielo que se le antojó protector y bueno; en la linda casita alquilada para el veraneo, limpia y alegre, cobijada como un nido bajo el emparrado. ¡Oh! Era feliz, se sentía feliz en aquella clara mañana de domingo, en medio de aquel paisaje optimista y risueño. Miró a Rosa. Se sentó en sus rodillas, la abrazó mimosa y se puso a besarla en los ojos.

—Te adoro, ¿sabes? Te idolatro. No hay en el mundo nadie mejor que tú. Soy muy feliz, porque me quieres.

Rosa reía, menudo, con júbilo.

—¿Ves qué bien hice trayéndote aquí? Si no hay mejor quitapesares que esto, que este sol y esta luz. ¿Quién piensa en esas cursis de allá abajo, estando aquí en lo alto, más cerca del cielo?

Luego, cambiando la voz, añadió:

—Bueno, chiquilla, que se ha hecho muy tarde. Lo menos son las dos. Tengo un hambre espantosa. ¿Quiere la chiquitina que vayamos a comer?

Se levantaron. Bajaron la escalerilla y avanzaron contentas, cogidas del talle, riendo. Laura se detuvo de pronto.

—Me has de dar otro beso, preciosa mía.

Y el cielo azul fué testigo del beso prolongado que se dieron sus bocas sedientas. Crujió una rama. Pasó un hombre elegante. Las miró y sonrió. Ya antes lo habían visto cerca del corro. ¿Las habría seguido? ¿Las habría escuchado?

Avanzaron en silencio. El hombre las seguía a corta distancia, fingiendo leer un libro.

Laura pensó que era muy simpático, de una traza muy agradable. Y se volvió ligeramente con disimulo para verlo. Rosa lo encontró guapo y se volvió también, a hurtadillas, para contemplarlo. Y las tres siluetas se fueron perdiendo en la lejanía, por el florido

sendero de bojes. En los árboles trinaban los ruiseñores con alegre canto nupcial.

LUNES

... Y, al fin, se acercó.

—Señoritas...

Ellas se detuvieron, vacilantes. Aquel hombre era un caso de atrevimiento increíble. Por la mañana lo habían visto rondar la calle repetidas veces. Ellas estaban en la alcoba, medio desnudas, atisbando por una rendija del balcón entreabierto. El miraba hacia allí con la cara estúpida del que mira sin ver. Y ellas reían con el semblante regocijado del que ve sin ser visto.

Era el mismo del día anterior: aquel hombre elegante y misterioso que las había seguido por los jardines, y que después las había sorprendido en su beso. Por la rendija lo vieron pasar muchas veces, unas paciente, otras nervioso y desesperado. A ellas les entraron ganas de asomarse para decirle a gritos que se retirara, que era un importuno y un fastidioso. Tentadas estuvieron también de hacerle alguna jugarreta poco piadosa: descomponer su traza donjuanesca con un jarro de agua fría lanzada bruscamente a la calle; asomarse las dos al balcón, y ante sus mismos hocicos hartarse de darse besos y de hacerse caricias y arrumacos para burlar pérfidamente sus ansias varoniles.

Por la tarde apenas si tuvieron tiempo de caminar solas por los jardines y divagar a sus anchas. Como surgido del bosque, apareció el galán y se puso tras ellas unas veces, a su lado otras, adelantándose en ocasiones para luego esperarlas y quedárselas mirando fijo, sonriente, con una osadía inquietadora. ¿Quién sería aquel hombre extraño? ¿Qué pensaría de ellas? ¿Por quiénes las habría confundido? Lo que no ofrecía duda era su audacia y su guapeza. Porque en eso habían convenido las dos. Era un real mozo.

Y, al fin, se acercó.

—Señoritas...

Rosa, resolviéndose, se adelantó para decirle riendo:

—Vamos a ver, ¿qué desea? ¿Alguna cosa muy interesante?

El se puso cómicamente serio.

—Tengo treinta años. Por consiguiente, me parece ridículo continuar siguiéndolas como un cadete. He buscado quien me presente a ustedes... Así, pues, tengo el honor de presentarme humildemente yo mismo. Miguel Albornoz, ingeniero de caminos, canales y puertos; soltero, veraneante en este encantador Real Sitio y hombre un poco desvergonzado. ¡Ah! Por el pronto, les diré una cosa para su tranquilidad. No estoy enamorado de ustedes. No teman, por tanto, una declaración de amor.

Y dicho esto se puso junto a Rosa, y siguió diciendo:

—Seguramente les habrá extrañado mi confesión. No estoy enamorado de ustedes. Entonces, dirán, con mucha razón, ¿por qué nos ha seguido usted por los jardines y ha paseado por delante de casa? Y a eso yo les respondo con la mayor naturalidad: Porque me aburro olímpicamente en este amable edén veraniego.

Se detuvo. Sacó una pitillera de plata, extrajo un cigarrillo, lo mordió entre los dientes, lo encendió y dijo:

—Yo me hubiese marchado a San Sebastián, a Biarritz, a Pinto, al diablo, si no me detuviera en La Granja un instinto suicida. En el juego ocurre una cosa semejante. Viene una mala racha, se pierde el dinero, no cesa la avalancha de cartas contrarias, y, sin embargo, no hay manera de retirarse. Siempre queda una esperanza remota, la de una carta favorable, la «carta buena», que nos traerá el soñado y espléndido desquite. Yo todavía la estoy esperando. Digo..., creo haberla encontrado ya.

Se detuvo un momento para decir sonriendo:

—Ahí tienen usted el motivo de mi persecución.

Se habían ido los tres internando por la fronda. Ellas oían, curiosas, asombradas, el discurso de aquel hom-

bre estupendo. Entre la fina maraña del bigote fulgían sus dientes blancos, grandes, firmes, de animal carnicero. En sus ojos, zarcos, brillaba un infierno de mundanidad, de simpatía.

—Además—siguió diciendo—, ¡es tan insoportable esta colonia veraniega! ¡Uf! En mi vida he visto gente más cursi. Son el prototipo de la cursilería dorada, de la cursilería rica y satisfecha, de esa gente que va en Madrid a todos los sitios donde se paga dinero, que inunda las plateas del Real y el Español, que infesta de gasolina el Retiro, y en la que se ceban las modistas y las sombrereras, engañándolas con unos perifollos ridículos que ya abandonaron las cocotas de París, y que ellas pagan a peso de oro.

Laura oía encantada.

Rosa sonreía, pensando que aquel hombre era muy divertido. Ambas se miraban a veces y se daban furtivos codazos, como diciéndose: «La verdad es que se trata de un sinvergüenza muy agradable.»

De pronto, el individuo se detuvo, acometido por una idea repentina.

—Se me acaba de ocurrir una cosa. Dar un paseo en lancha.

Habían llegado a la orilla del «mar». Sobre las aguas serpeaba la blanca silueta de una lanchita que parecía de ensueño. Laura tuvo una alegría infantil y una resolución traviesa.

—¡Vamos!

Miró en todos sentidos. Nadie asomaba por el contorno. Nadie sería testigo de aquella aventura. Luego se encogió de hombros. «¡Bah! Y si nos ven, ¡mejor! ¡Lo que a mí se me da de esos estúpidos!»

Bordearon el estanque y llegaron al embarcadero. El guarda dormitaba bajo un roble. Despertó malhumorado, cogió el permiso de la Intendencia que Miguel le ofrecía, hizo atracar al bote cerca de la orilla, atrayéndole con una larga pértiga, y le dijo a Miguel:

—¿Entro para remar?

—Remaré yo.

Dió un salto sobre la feble embarcación y tendió su mano a Rosa para que montase. Esta, evitando mojarse, había subido su enagua de seda, dejando ver el zapato de tafilete y la media calada. Subió. Después embarcó Laura. El botero empujó la barquilla con su pértiga. Miguel probó si los estrovos estaban firmes. Aseguró los toletes y comenzó a bogar. Ellas se habían sentado a popa y pugnaban por llevar el timón. En la contienda, el bote caminaba en zigzag. Los puños, vigorosos, cubiertos de un vello rubio, llevaban la embarcación a paso de esquife ligero. Rosa y Laura reían como dos colegialas en día de asueto. El comenzó a sudar y abandonó los remos, jadeante, para quitarse la tira almidonada y la corbata. Apareció su cuello, grueso, moreno, musculoso, surcado por las venas moradas que inflaba una sangre tumultuosa, excitada por el ejercicio.

—Ahora voy a llevarlas dando la vuelta a todo el estanque, para que vean las orillas.

Siguió remando, pero tiró los remos en seguida. Desabrochó, comedido, unos botones de su chaleco, y volvió, impetuoso, a la tarea.

A cada palabra adelantábase su pecho, redondo, hercúleo, varonil. Sus piernas, en tensión, se sacudían vigorosas a compás. Ellas lo contemplaban a hurtadillas; Miguel las miraba serenamente, fijo, con sus ojos malignos y sagaces, inquietadores, inteligentes.

Dieron la vuelta al estanque. Junto a la gruta hendían los gansos el agua limpia y clara. Pero al sentir ruido escaparon, despavoridos, frenéticos.

La luz roja, crepuscular, incendiaba los pinares, bruñendo sus amarillos troncos corpulentos. Se diluía el azul del cielo, debilitándose, haciéndose transparente, diáfano. Del bosque venía una música tenue y amable, como un susurro de flauta que sonase muy lejos.

Miguel abandonó los remos y habló. Dijo mil cosas sobre el campo y sobre el cielo, sobre la vida, sobre los hombres, sobre el amor.

Era una charla de una apariencia frívola; pero en el fondo, aguda, honda. Poseía su voz el encanto que subyuga a las mujeres, el encanto de

decir, con ruido de risas, palabras de de ansia y de pasión.

Ellas charlaban también, seducidas por la voz varonil y por el arrullo del atardecer. El bote tenía un balanceo discreto y rítmico. Moría un sol enorme, rojo, hundido en la masa verde del pinar. Pasó una alondra, chillando, a refugiarse en su nido. Surgían los murciélagos ingraves, que se caían, que se alzaban en un vuelo agorero y burlón. Miguel se había acercado a ellas y les hablaba de su vida pretérita, en la que aún alentaban las cenizas calientes de un amor muerto.

Ellas oían embelesadas, en un olvido absoluto de todo, suspensas en la persuasión infinita de aquella voz hombruna que hablaba de amores con rudezas varoniles. Y dentro de sus almas femeninas parecía brotar un sentimiento nuevo, algo que había dormido un sueño impenetrable y que surgía al empuje de aquellos grandes bigotes negros, de aquellos ojos zarcos, de aquel pecho redondo, de aquellos puños vigorosos, sembrados de vello de aquella voz recia y sonora, de aquellos blancos dientes de lobo.

Cuando cerró la noche, todavía sus tres enormes figuras se perseguían proyectadas en el suelo, entre las sombras miedosas de los árboles, cuando ellas volvían aterradas, temiendo que hubiesen cerrado la puerta del jardín, mientras él caminaba junto a ellas, diciéndoles:

—Pero no sean niñas. Si aún es de día. Si falta media hora para que cierren los jardines.

Salieron. Al transponer la verja, Miguel se despidió. Ellas avanzaron silenciosas, distanciadas, como dos rivales.

Aquella noche se la pasaron, íntegra, hablando de Miguel.

MARTES

Todavía Rosa tuvo una nueva insidia irritante:

—Pues, hija, que te haga buen provecho. Pero trabajo te costó. Anda, que bien te has metido por sus ojos. Así, cualquiera...

Y se metió en la cama y apagó la luz. En la sombra, bajo el embozo de la sábana, Laura ocultaba una sonrisa gozosa, cruel, mortificante.

Durante la cena, de sobremesa y a la hora de acostarse, no tuvo Rosa otra tarea que derramar su veneno y su bilis. Laura le había llamado víbora desdeñada. Rosa había replicado con un desatino. A poco más, se tiran del moño como dos mujerzuelas. Y todo por el hombre, por el macho, como había dicho Rosa llena de ira, con los ojos inyectados de sangre, ¡por el macho!

«¿Quién hacía caso de semejantes cóleras? ¡Pobre! Tenía razón. Había sido vencida de una manera rotunda, absoluta, para siempre—pensaba Laura, mientras dejaba hundir su cabeza en la blanda almohada—. ¡Pobre! Había creído que Miguel... ¡Infeliz! Se había figurado que Miguel..., pero ¡ca!; Miguel había estado aquella tarde muy claro y terminante. Cuando salieron por la carretera fué junto a Rosa, y con ella sostuvo la charla, una charla trivial, sobre cosas insustanciales. Pero luego, cuando tocaron a decir cosas al oído, no fueron los de Rosa los que recogieron aquella música, sino los suyos, los suyos, que escuchaban anhelantes, acariciados por la armonía de aquella voz que hablaba de ensueños y amoríos.»

Habían bajado desde el puente al río, por una pendiente, y se habían puesto a coger zarzamoras de las que crecen, hirsutas y hoscas, en las márgenes del Valsaín. Allí estuvieron toda la tarde entretenidos en esta diversión ingenua, tiznándose las manos, arañándose los brazos, dejando en jirones los volantes de las enaguas en las púas de aquellas zarzas silvestres.

Se habían sentado después los dos, en apartijo confidencial, sobre la hierba. Rosa, distante, decaía en una desilusión inmensa.

—Pero venga, Rosita. No sea huraña. ¿No quiere nada con nosotros?

Estas frases de cortesía, despiadadas,

se metían en el espíritu de Rosa, torturándola. Y sonreía, diciendo:

—Hablen ustedes, que son jóvenes. Dejen a la viejecita que haga su papel.

Se había declarado vencida. ¡Claro! Entre las dos..., no había duda. Rosa era más..., ¿cómo lo diría?, más hermosa, ¡sí!, más sensual, más mujer. Pero ella..., ¡oh!, ella era más fina y más graciosa. Se lo había dicho él, ¡él mismo! «Son ustedes las dos encantadoras. Pero le encuentro a usted..., ¡qué sé yo!, más ángel, más sutileza de espíritu. Yo, Laura, sería feliz si usted me quisiera.»

En fin, le había hecho el amor, pero como lo hacen los hombres: de prisa, apremiante, sin esperar contestación. Ella oía encantada y asentía sin darse cuenta.

Acariciada por el contacto fino de las sábanas tibias, Laura se sentía dichosa. El sueño, un sueño sosegado, acudía a sus ojos, que se cerraban dulcemente. Rosa, cercana, debía debatirse en una desesperación rabiosa. Esto le hacía ser más feliz. ¡Oh, qué bien sabe el pan cuando alguien se muere de hambre!

Pensó en su felicidad, en su alegría. Al día siguiente la había citado en el bazar, a las siete. Se lo había dicho al oído:

—Y si puede usted ir sola, ¡mejor! Querría que hablásemos de nosotros.

¡De nosotros!

En el silencio de la alcoba se oía, débil, el resuello de Rosa, que dormía cercana. A veces, desde la iglesia remota, venía el sonido seco, único, de una campanada. De vez en vez, el sereno chillaba su cántico nocturno. Luego, nada. Otra vez el silencio y las sombras. ¿Qué le diría al día siguiente? ¿Para qué la citaba sola, sólo a ella, induciéndola a zafarse de su amiga? ¿La quería? ¡Sí!

Hubo un momento en que dejó de pensar para deleitarse en aquel ¡sí! venturoso. Luego abrió sus brazos despaciosamente. Y ella, ¿le quería? No pudo contestar. Se había dormido. Pero en sus labios, finos y exangües, se había posado una sonrisa llena de hechizo, llena de esperanza, llena de unción.

MIERCOLES

Se entraba por una puerta amplia y destartalada en una gran habitación, llena de luz. El bazar. En medio, una vitrina enorme. A los lados, vitrinas diminutas. Y en ambas, abalorios, zarandajas, objetos baladíes: una petaca con la fotografía del Palacio Real, un cortaplumas con la reproducción del Gurugú en sus cachas, y en todas, la consabida inscripción: «Recuerdo de La Granja.»

En los rincones, máquinas explotadoras de la candidez humana. La gallina con sus huevos, llenos de confites; la hechicera que otorga por diez céntimos un horóscopo optimista; el aparato endiablado por cuya ranura se cuela una moneda que no devuelve jamás. Repartidas en corros, formando grupos nómadas que todo lo curiosean, lo palpan y lo ridiculizan, grupos alegres de señoritas bulliciosas y de muchachos vivaces. Un gran ruido estrepitoso. Y tras el mostrador, el dueño del bazar, un hombre membrudo y cetrino, que asiste en silencio a la escena y que murmura en voz baja, lleno de una justa cólera:

—Y nada, no hay quien compre un cacharro. Todo es tocar y reír. Todo, menos hacer gasto.

De improviso, irrumpió en el local un mozo obeso, de semblante regocijado y resuelto además. Al verle, lo llamaron unas señoritas que reían en grupo.

—*¡Fanegas! ¡Fanegas!*

Y *Fanegas* se acercó rápidamente. Las saludó con una profunda reverencia y dijo:

—¿Qué queréis, preciosidades?

Una, la más traviesa, respondió picarescamente:

—Que nos cuentes lo que ocurre por ahí. Anda, vengan los chismes del día.

Fanegas simuló ruborizarse.

—¡Ca! No puedo. Son demasiadas cosas. Y de mucho tamaño... No se os pueden contar a vosotras, almas cándidas.

Las virgencitas adorables protestaron ruidosamente:

—¡Cuenta! ¡Cuenta!

Y lo cogían por las mangas y le daban empellones y puñetazos.

—Vamos, cuenta. No seas tonto. ¡Cuenta!

Habían ido acudiendo otras damiselas y algunos petimetres. Lo apremiaron. *Fanegas* entonces, bajando la voz, interpeló gravemente a su docena de interlocutores:

—¿Me prometéis callar?

Hubo un sí unánime.

—Pues oíd.

Bajó más todavía su voz:

—Esta tarde han salido para Segovia los marqueses de Santurce.

Se oyó un ¡oh! prolongado de protesta y desilusión.

—Eres un imbécil.

—Un majadero.

—Un antipático.

Fanegas no se dió por vencido, y añadió:

—Al poco rato salió también Teodoro. Dicen más. Se asegura que en Segovia seguirá para Madrid el marqués, y para Barcelona los tortolitos.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué se van solos? ¿Por qué los deja marchar Santurce?—dijo cándidamente una señorita.

Algunos rieron. *Fanegas* la llamó aparte.

—¿Quieres que te lo cuente?

—Si es muy verde, ¡no!

—Te lo adornaré. Pues verás. Esta tarde tuvo Santurce el poco acierto de volver a su casa temprano. Y, ¡paf!, como Teodoro había tenido la mala idea de quedarse en mangas de camisa, no encontró disculpa. La marquesa se puso a llorar. Pero el marido, que es un vivo en el fondo, y que quería a todo trance librarse de aquella estantigua, les dijo: «—Hijos míos, si os gusta, libres sois. ¡Hala, fuera de aquí, juntitos! ¡Hala, pero a escape!» Y aquí tienes cómo Santurce se ha quedado como perro a quien le quitan pulgas, y cómo Teodoro, nuestro pobre Teodoro, el más simpático de los hombres, la delicia de nuestro veraneo, el hombre más divertido de la tierra, ha tenido que sentirse caballeresco y ha tenido que cargar con el mostrenco de la Santurce.

—¡Pero eso parece de una novela francesa!—interrumpió la señorita con los ojos encandilados.

Se unió la señorita al grupo, y al oído se lo fué contando a todas.

Después, *Fanegas* habló del baile en casa de Irigoyen.

Era un baile tradicional que daba todos los años la señora de Irigoyen, y al que concurrían lo más selecto de la colonia veraniega. Los desventurados que no tenían invitación, y a quienes no se les otorgaba este definitivo espaldarazo de elegancia, solían satirizar a la señora de la casa, llamándola cursi. Pero al año siguiente intrigaban de nuevo, adulaban, sonreían, por conseguir ser invitados a la fiesta.

Mi-Mi, una niña de diecinueve años; una niña muy ingenua, que, con sus faldas por el tobillo y su arte inimitable en parodiar a la *Fornarina* y a la Palóu bailando el tango y cantando «Yo soy modista en París...», hacía las delicias del público, preguntó si sería invitada Laurita Hurtado de Mendoza.

—Creo que no—aseveró María Luisa Ciriaco, una admirable *arrivista* que, con una carita linda y una gran paciencia, había logrado el favor de las elegantes, siendo admitida como una de tantas—. Me figuro que no. ¡La pobre!

—¿La pobre?—rió Juanita Cohen—. ¡Pobrecita! Si además de ser una cursilona, anda por ahí de una manera... Está completamente desacreditada.

—No le faltaba más que presentarse con esa amigucha que se trae...—añadió otra muchacha—. ¡Se dicen unas cosas! Ahora está dedicada a la pesca de un cursi que nos ha llovido del cielo, un señor Albornoz que anda epa-

tando por ahí a la gente con unos gabanes a rayas.

—Ya lo quisieras tú para los días de fiesta—dijo un mordaz.

Algunos rieron la gracia y continuaron las murmuraciones.

De pronto, alguien exclamó:

—¡Chist!... ¡Ahí viene!

Laura había entrado por la puerta del bazar. Avanzó. Venía sola. Vaciló un momento, avizorando entre la concurrencia, y, al fin, se adelantó hacia el grupo de señoritas bulliciosas:

—¡Hola! ¿Os divertís? Contadme.

Y se unió a ellas.

Hubo un instante de azoramiento unánime, en el que nadie supo qué decir. María Luisa Ciriaco le preguntó de pronto, pérfidamente:

—¿Vas el sábado al cotillón? Se dará por la tarde en el tennis. Por la noche habrá baile en casa de Irigoyen.

Laura respondió fingiendo indiferencia:

—No sabía...; pero iré. Estará muy bien, muy *chic* el cotillón.

Laura sentía una cólera brutal, ciega, irresistible. De buena gana hubiese cruzado con un látigo el rostro de aquella canallita.

Hablaron todas un rato de cosas frívolas, triviales. Laura miraba obstinadamente hacia la puerta. Iba pasando el tiempo. Dieron las siete.

Poco a poco se fueron marchando las amigas. Ella miró en su torno. Allá, en un rincón, la señora de Irigoyen la atrajo. Sería demasiada claudicación hacerse ver para que la invitase a su baile. Así obtendría un triunfo sobre aquellas estúpidas y satisfaría su vanidad. Llegó junto a la Irigoyen. Esta triunfaba entre algunas señoras elegantes. Al ver a Laura le adelantó las puntas de sus dedos:

—Laurita. ¡Cuánto gusto!

No dijo más. Después tornó a una conversación interrumpida con otra señora, volviéndole la espalda. Laura palideció y marchóse.

Anduvo un rato sola, fingiendo curiosear en las vitrinas. Había ido desfilando la gente.

—No dejes de ir al cotillón. Será a las cinco—le dijo María Luisa con un acento despiadado cuando se despedía.

Este sarcasmo la hirió en lo más íntimo de su orgullo.

—Iré, María Luisa—contestó seca, resuelta, rápida.

Luego, acercándose a ella, le escupió al oído un ultraje:

—Soy todavía grande de España, ¿sabes, monigota? Mientras que tú siempre serás la hija de un choricero.

Dieron las siete y media. El bazar quedó desierto. Dieron las ocho. Entonces Laura salió a la calle y corrió rápidamente hacia su casa. Llamó. Rosa la abrió, sonriente.

—¿Te has divertido mucho, mi solecito?

En la voz de su amiga zumbaba una burla. Laura observó la estancia. Flotaban en el aire nubecillas vagas de humo. Sobre el suelo se escabullía la punta de un cigarro.

—¡Aquí has tenido a un hombre!

—¡Sí! ¡A Miguel!

Laura se puso lívida. Luego se echó a llorar sin consuelo.

JUEVES

Fué un día gris. Sobre la tierra se abatían unas nubes plúmbeas, sombrías, aplastantes. En sus eternas veinticuatro horas no brilló un rayo de sol. En los cristales, el persistente sonsonete de la lluvia. En el corazón, una melancolía abrumadora. Al lejos, el grave y trágico golpeteo del reloj parroquial, que contaba las horas tristes de un día infinito...

VIERNES

Por la mañana, impensadamente, llegó un criado del Hotel Europeo preguntando por la señorita Laura. Traía una carta y era de Miguel: «Necesito explicarle lo de anoche... Fué una desdicha. ¿Quiere usted que esta tarde,

aprovechando el buen tiempo y el sol, demos un paseo a caballo?»

Rosa inquirió:

—¿Qué te dice?

—Me invita a dar un paseo a caballo.

La amiga frunció el ceño:

—Supongo que no aceptarás. A menos que me quieras dejar en casa o que te quieras poner demasiado en evidencia.

Laura se detuvo, vacilante. El criado esperaba en el dintel, serio e inmóvil.

—¿Le ha dicho el señorito que espere la contestación?

—Sí, señora.

Laura se removía por la antesala, yendo de un sitio a otro, con los pies y el pensamiento vacilantes. Rosa la miraba con profunda fijeza:

—Supongo que no querrás ponerte en ridículo, poniéndome de paso a mí. ¡No tendrían poco que decir esas gentes!

El criado sonreía imperceptible, escuchando. Pasaron algunos minutos. Laura dió con el pie en el suelo.

—Dígale al señorito que ¡sí! A las cuatro le esperaré vestida.

Salió el criado. Rosa, iracunda, metióse en la alcoba de súbito, dando un portazo ultrajante. Laura, inmóvil, batallaba sordamente. Había hecho bien. Necesitaba saber el motivo de aquella informalidad. Era preciso que le explicase su visita a Rosa. Aquello no podía ser un juego abominable. Sin duda fué un olvido. Ya Rosa se lo había explicado minuciosamente. Se le había hecho tarde, entretenido con unos importunos. Cuando reparó, eran más de las siete. Entonces, figurándose que ella no había querido permanecer en el bazar, había ido a casa, creyendo encontrarla. Estaba Rosa. Allí estuvo un instante, el bastante para no pecar de grosero, lo suficiente para dar dos fumadas a un cigarrillo. Después se había despedido y había marchado apresuradamente para el bazar.

Esto le había referido Rosa, jurándole decir verdad. Pero necesitaba escucharlo de su misma voz. Encontraba la explicación pueril, digna de un cadete. ¡Ah! Era forzoso hablar con él, escucharle, oírle pedir perdón, jurarle que la amaba. ¿La opinión de las gentes? Perdió sus ojos en el techo con frivolidad. Cantó algo trivial, distraída. ¡Iría! ¡Bah!...

★

A las cuatro se oyó en los guijos de la calle vivo repiqueteo de herraduras. Rosa se asomó tímidamente. Venían los caballos. Sobre uno, cabalgaba Miguel, gallardo, vestido con un traje de dril, marcada la firme pantorrilla por la morena bota de montar. Otro, venía descabalgado, con silla de mujer, conducido del diestro por un rapazuelo. Miguel saludó, sonriendo, finamente:

—Pero ¿usted sin vestir? ¿No viene con nosotros?

Rosa se mordió un labio·

—¿Yo? ¡Pobre de mí! En la vida me he visto en esos trotes. ¡Yo a caballo!

Y reía forzadamente con hipocresía.

Laura emergió al balcón, vestida de amazona. Saludó con la mano cordialmente:

—¡Voy, Miguel!

Y se internó, arrastrando a Rosa. Le dió un beso lleno de astucia y de artería, y salió a la calle. Atravesó la acera. Miguel había descabalgado y se inclinaba respetuoso y lisonjero.

—¡Qué linda!

Lo estaba. Con el negro vestido de amazona, recogida la falda para mostrar la alta bota en cuyo tacón brillaba la fina espuela de plata, con su fusta flexible y vivaz en la mano derecha, con su boina, prendida al desgaire, sobre los cabellos rubios; con estos últimos atavíos elegantes que se habían salvado del naufragio de su casa, estaba ciertamente muy linda. Saludó, yéndose hacia la yegua, fría, dócil y apacible, que esperaba con las orejas gachas y la mirada melancólica. Cogió las bridas. Miguel se había abatido sobre el suelo para juntar sus manos, que engargantillaron e'

diminuto pie. Este apoyóse ligeramente en las membrudas manos varoniles. Se aupó, suelta y rápida, y quedó subida sobre la silla de montar, sujetando fuertemente a la yegua, que cocebaba espantada y recelosa.

—¡Ejem!... ¡Bravo!—dijo Miguel, prendado de su gentileza.

Fuése después hacia su rocín, y montó, ágil.

Emparejaron las cabalgaduras y se pusieron en marcha. Marchaban muy bien el jinete gallardo y la amazona gentil. Rosa, desde el balcón, los miraba, ahogando su ira. Contestó al saludo que le dirigieron y los vió perderse en el confín de la calleja aldeana.

★

Cruzaron al paso la Herradura, altos en sus rocines, desafiando las miradas que desde puertas y balcones les dirigían, sintiéndose soberbios y admirados. Pasaron la puerta de Segovia y se internaron por la carretera. Ante ellos se extendía un infinito cielo azul. A los lados del camino, hoteles, quintas y huertos floridos. Se miraron y sonrieron. Miguel le preguntó:

—¿Subimos a la Cueva del Monje? Es un sitio precioso, entre pinares.

—¡Vamos!

Pusieron los caballos al galope, a una femenina y suave media rienda. Pasaron la fuente del Cochero, la de la tía Carabina. Antes de llegar a Valsaín, Miguel torció a la izquierda por una cuesta empinada. Anduvieron algunos kilómetros monte arriba. A veces se cruzaban con un peatón que se quitaba el sombrero:

—Buenas tardes, señores.

Y seguían subiendo por el camino, fragante y oloroso, entre los altos, verdes y amigables pinos.

Cuando llegaron a la planicie, en lo alto de la montaña, Miguel señaló un peñasco gigantesco en cuya base se abría una gran brecha.

—Ahí dicen que vivía un penitente a quien los ciervos mismos le traían pan.

Hubo un instante de silencio.

—¿Verdad que el penitente era un hombre envidiable? Bajo este cielo y en este bosque, cualquier mortal puede ser feliz. Yo, al menos, lo sería. Pero con usted. Solo, no.

Laura detuvo su yegua. Estaba cansada y propuso hacer un alto.

Después, se le ocurrió beber.

Ató Miguel los caballos al tronco de un pino y condujo a su amiga hasta un manantial. El sitio era de una belleza suprema. Se había espesado el bosque. Entre el enmarañado ramaje apenas se filtraba la lluvia dorada del sol, que enviaba su luz, como rocío imperceptible. Crecían los helechos enanos en el suelo fértil. Reinaba un gran silencio de austeridad. Sólo se oía el batir de las alas de algún ave errabunda o el pitido rápido de un mirlo. A ras del suelo fluía débilmente el agua fresca, pura, de un manantial que sangraba de la roca viva.

Bebieron golosamente y se sentaron. Hubo un instante de sigilo miedoso. Laura miraba furtivamente a Miguel. Veía sus brazos firmes, su cuerpo vigoroso, su mirada profunda. Después miraba al bosque, sólo habitado por aves temerosas y gamos tímidos. Habló:

—Miguel, diga...

Su voz tenía un acento de sumisión y de esperanza.

—¿Para qué? ¡Explicaciones! Deje que hable por mí la poesía del bosque.

—No es bastante. Los pinos no podrían explicarme el motivo de su informalidad.

—¡Chiquilla!

Se había acercado a ella y la había cogido una mano. Durante un momento se miraron fijos en los ojos. Reía el bosque, acariciado por una brisa tenue y sensual. Miguel habló despacio, confidente, íntimo:

—Ya sabe que la adoro, Laura, ¡que la adoro! ¿Para qué remover cosas pasadas? ¡Sería pueril! Si quisiera sincerarme, ¿qué trabajo me costaría inventar una farsa? El corazón de usted me quiere y se apresuraría a creerla. No fuí al bazar porque temía, porque me azoraba el sitio. ¡Aquella gente tan fastidiosa! Después fuí

a su casa, creyendo que la encontraría. Estaba seguro. ¡Perdón! Pero créame una cosa. Si no me interesa usted, ¿qué habría de importarme la hora y el lugar?

Calló un momento. Después añadió en tono convincente y apasionado:

—Ahora que estamos solos, se lo repito a usted, ¡la adoro!

Laura se había arrebolado y jadeaba. Y lo miró para leer en sus ojos. Estos, entre las negras pestañas, decían verdad. Y lo amó locamente un instante, en un delirio de agradecimiento y de esperanzas. El bosque se mostraba propicio a las confidencias. Y habló, desnudando su alma ante aquel hombre providencial, que parecía venir a salvarla en un instante crítico, supremo de su vida. Y le contó su historia, toda su historia triste, y le habló de sus ansias, de sus temores, de sus tormentos. El no era un amante. Era más. Era su todo. Era el sosiego para su espíritu, hasta la garantía de su honra. Lo adoraba con toda su alma, como nadie lo había idolatrado en su vida entera, como nadie podría idolatrarle después.

Calló, de pronto, confusa, azorada. Miguel besaba sus manos, sonriendo, quizá un poco enternecido:

—Niña mía..., niña mía.

Ella se levantó riendo, enseñando los blancos dientecitos, que fulgían entre los labios sangrientos:

—¿Seguimos el paseo?

Miguel desató los caballos. Subieron ambos y empezaron a bajar la montaña. Iban a campo traviesa para evitar el largo rodeo del camino real, asustando a los díscolos habitantes del bosque, hollando la vegetación virgen, asombrando a los arroyos en cuyas aguas ingenuas no se habían copiado jamás rostros humanos.

Llegaron a la carretera de Valsaín y avanzaron un poco para ver las hoces del río. Desembocaron en una llanada amarilla, donde habían sido talados algunos centenares de pinos.

Allí merendaban algunas familias traídas en landós suntuosos o en vocingleros ómnibus. Entre ellos pasaron jinete y amazona, alzando un murmullo de comentarios y hablillas. Penetraron más y llegaron al borde del río. Este, saltarín, bullicioso, se despeñaba entre las rocas abruptas. La Boca del Asno, una enorme piedra, tallada por los cíclopes en una configuración pollinesca, veía pasar inmóvil a sus pies el agua fría y chillona que retozaba entre los peñascales, suicidándose desde los altos abismos, formando apacibles remansos, donde movían las libélulas sus finas patitas, asustadas, febriles, evitando ser arrastradas por la corriente.

Tornaron a la carretera y pusieron de nuevo los caballos al galope. Pasaron los pinares otra vez. A veces, venía precursor el sonajeo jovial de collerones cascabeleros y pasaban los coches donde iban gentes que los miraban con asombro. Ellos, felices, los insultaban con sus gestos gallardos, en una dulce complicidad amorosa.

Pasaron Valsaín.

Cuando llegaron a La Granja, aún era de día.

—¿Quiere usted que demos una vuelta, preciosa? Son diez minutos.

Bordearon el pueblo y se internaron otra vez en el campo. Ya allí no había pinares ni fragancia. La llanura castellana, amarilla, lúgubre, desolada, como de un planeta muerto, se extendía en lontananza, sin verdor. Al final, unos cerros cárdenos, impasibles, sombríos. En sus crestas, el claror de la nieve.

Iban al paso y se decían palabras de amor. Sus rocines, juntos, se daban cabezadas amistosas. Laura sentía el inefable encanto de aquel amor aventurero y rebelde, surgido de improviso y arraigado tan hondo en lo íntimo de su alma.

Anochecía. Invadían, lentas, las sombras al campo. Un cuclillo, irónico, prorrumpía en un chillido discorde y burlón, oculto en la fronda. De lejos venía rumor tintineante de esquilas, y los rebaños pasaban remotos, como un mar blanco y lento. El sol, bajo el horizonte, enviaba, rápido y lívido, su postrer rayo. Se hacía de noche.

—Volvamos, Miguel.

—Sí, pero antes me has de dar un beso.

Acercó bruscamente su caballo a la yegua. Laura sintió en sus sienes el roce de un bigote acariciador, y en su boca el contacto caliente, húmedo, salobre, de unos labios apasionados, febriles. Cerró los ojos. Y casi sin sentido, se abandonó... y se dejó besar.

La Naturaleza pareció estremecerse en un íntimo susurro de complicidad, de encubrimiento...

SABADO

¿Iría al cotillón? ¡Sí! Pero... ¿con quién? Rosa se había negado resueltamente:

—...y, además, porque no me da la gana.

Ante este supremo argumento, Laura claudicó. Pero ella necesitaba ir al cotillón. Era preciso arrostrar la ironía y el desprecio de aquellas viboritas, demostrarles que todavía la de Hurtado de Mendoza tenía un vestido elegante y un desdén altanero para sus insidias ruines. Y, además, debía ir, por Miguel.

—Aún habrá tiempo para bailar un vals. Por lo menos hasta las ocho dura esa cachupinada. Y yo, a las siete, estaré de vuelta.

Miguel tenía que estar unas horas en Segovia para una majadería de unos negocios. ¡Uf! ¡Los antipáticos negocios de los malditos hombres! Pero iría. Y bailaría con ella el suyo, el único, el más elegante y el más guapo. ¡El más guapo! ¡No tendrían poca bilis que tragar aquellas envidiosas hartas de soltería!

Iría al cotillón. Pero... ¿con quién? Rosa se había negado terminantemente. Además..., hubiera resultado de un cinismo insólito presentarse allí con aquel apéndice, con toda su fama y con su aspecto de cocota.

Titubeó un momento. Sonrió. ¡Admirable! Iría con las señoras de Ledesma, unas cursis de verdad, a quienes conocía vagamente y a quienes haría dichosas ir en compañía de una grande de España, por muy apolillados que tuviera sus pergaminos. Además, tenían un mozo de veinte años, un poco adusto y salvaje, que, en último caso, no la dejaría estar sentada si no acudía mejor bailarín.

Les mandó recado y respondieron apresuradamente que a las cinco estarían a buscarla. Llegaron puntuales. Laura había derrochado el tiempo en arreglarse y vestirse. Se encontró un poco fané, pero pasable. Rosa había sonreído toda la tarde con una sonrisa inquietadoramente socarrona.

—Sé que te ríes de mí, que me encuentras cursi; pero no me importa, ¿te enteras? Soy demasiado feliz para darle importancia a tu despecho. Porque ahora lo soy con toda mi alma.

Y se fué con la alegría y el sobresalto de una mozuela que acude al primer baile.

Abajo, en la calle, esperaban las de Ledesma, una madre larguirucha, de ojos brilladores, y una hija cuarentona, que había sido poetisa, anémica, alta como una caña, que había tenido un novio militar, muerto heroicamente en Cuba. Junto a ellas, con los ojos bajos, el ceño fruncido y la catadura arisca, callaba sombríamente un muchacho membrudo, moreno, rudo, bravío. La madre tuvo que decirle:

—Anda, Leandro; saluda a esta señorita.

Luego se inclinó sobre la dama:

—Es muy corto de genio, ¿sabe usted? ¡Oh! Pero es un gran muchacho.

Recorrieron unos metros de carretera y se internaron por un camino alegre. Al final, se veía La Casa de la Mata, una finca de campo alquilada por la colonia elegante para patinar, jugar al tennis, pescar novio y urdir cotillones.

En la puerta hubo un digno entorpecimiento. El portero no las dejaba entrar. Aunque no era precisa invitación por ser el sitio la casa de todos, el cancerbero había recibido una orden severa:

—No deje entrar más que a las personas conocidas.

Al fin, merced a unas palabras per-

suasivas y a una moneda de plata, pudieron entrar.

Penetraron. Un cronista mundanal se quedaría perplejo ante magnificencia tan inusitada. Rodeaban la planicie de asfalto las parejas del cotillón. Zangoloteaban por en medio, esplendorosos, los directores; una viuda juvenil, regordeta, bien vestida, con andares de jaquita jerezana, Joselita René, y un mozalbete, ataviado a la última, hijo del marqués de Pimentel. Cerca, sobre el templete, reía en un vals una orquesta abigarrada.

Al llegar Laura se produjo una viva expectación. ¡Era un colmo! ¡Atreverse después de la aventura del día anterior! ¡Después de haberse metido con un hombre, sola con él por los campos, como una cualquiera!

Nadie la saludó. Alguna boca le envió una sonrisa débil. Alguna mano se agitó, tímida. Pero ella avanzó resueltamente, cogiendo a Leandro por una manga:

—Será usted mi pareja. ¡Venga usted!

Y se sentó con él en la fila de bailarines expectantes.

Leandro, rojo, trémulo, le suplicaba:

—Pero ¡por Dios! ¡Si no sé bailar! Le ruego que desista.

Pero ella no escuchaba, observando el conjunto, altanera, gallarda, mirando con osadía en su redor.

Los directores comenzaron a repartir regalos para una figura. Estaban destinados a los hombres y consistían en unos gorros turcos de papel rojo. Los cogían ellas de manos de Joselita, los entregaban a sus parejas y ellos se iban poniendo los gorros y reían como si el trance tuviera mucha gracia.

Cuando llegó la directora junto a Laura apenas si la saludó, arrojándole el gorro con una displicencia ultrajante. Leandro desfallecía.

—¿Ha visto usted qué enormidad? —dijo, al fin, enojado.

—¡Insoportable! Pero veremos cómo se portan con usted. Probablemente le harán una grosería. Pero perdóneles... Lo hacen por ofenderme a mí.

El mozo se sintió acometido de una súbita piedad:

—Pero ¿qué les ha hecho usted? Son unos mal educados. Es insufrible.

Después, rotundo, aseguró:

—¡Caramba! Tendría ganas de armar un escándalo.

Habían nacido en aquel muchachote, tímido y bravío, ansias carniceras. Ella las explotó encantada ante la idea de promover un altercado. Sería delicioso. Y gimió:

—Le juro a usted que sufro con toda mi alma.

El había cerrado sus puños como si hubiera hecho un juramento formidable.

Empezaba otra figura. El director iba entre los hombres repartiendo unos alfileres de mujer. Junto al bailarín inmediato a Leandro permaneció un momento para decir una frase velada, punzante, sobre algunos señores que se habían invitado a sí mismos al cotillón y a los que nadie conocía. Después llegó junto a Leandro, lo miró despectivamente y pasó, fingiendo no advertirle. Este, de súbito, se levantó de un brinco con agilidad felina. Cogió al director de una muñeca, retorciéndosela. Parecía un baratero de plazuela con algo bello de gladiador romano.

—¿Y a mí? ¿No hay alfiler para esta señorita?

Se habían levantado todos de sus asientos, atónitos.

Le arrebató después un puñado de alfileres y los tiró sobre la falda de Laura. Luego volvióse hacia el gentío lentamente, enviándole el reto triunfal de una mirada soberbia.

Se intervino, hubo una componenda, se cambiaron unas explicaciones y el cotillón prosiguió.

Distraída en la contienda, Laura no reparó en que las siete habían pasado ya. Luego empezó a impacientarse. Leandro había vuelto a su mutismo. La concurrencia, frustrada, cohibida por aquel espectáculo insólito, empezaba a desfilar mohina y lenta. Dieron las ocho.

Laura pensó en Miguel con rencor. ¿Repetiría la hazaña del bazar? Y meditó en la sonrisa socarrona de Rosa. Se puso un poco pálida.

Le urgía marchar. Las de Ledesma, que habían pasado la tarde en segunda fila, en un largo bostezo, viéndola descompuesta, se levantaron solícitas:

—¿Se pone usted mal?

Ella se reanimó:

—¿Mal? ¿Por qué?

El ámbito se había quedado desierto y el crepúsculo moría. Un viento serrano y hostil golpeaba los árboles.

—Tengo un poco de frío. ¿Quieren ustedes que nos marchemos?

—Sí, en seguida.

Tomaron el camino de La Granja. Las de Ledesma charlaban sin tino, comentando el cotillón. Laura no las oía, sumida en una sensación inconsciente de angustia. Entraron en el pueblo. Ellas se empeñaron en acompañarla hasta el umbral de su casa. Llegaron. Nadie en los balcones. Soledad en la calle. Se despidieron. Laura subió de prisa y llamó. Apareció la doncella, asustada.

—¿Está la señorita Rosa?

—No.

—¿Vino alguien?

—Tampoco, señorita.

Entró en la alcoba. Al pronto notó algo raro, insólito, en la habitación desordenada. Se fijó. Los vestidos de Rosa no pendían de las perchas. Había desaparecido su cabás de viaje. ¿Qué era aquello? Y se detuvo, aterrada por un presentimiento que cruzó por su espíritu, helándola.

Sobre la mesa había un sobre. Leyó. En él se hallaban escritas estas palabras con letra de Rosa: «Para ti.»

Rasgó y devoró.

«¡Pobre cielito mío! Eres muy desgraciadita tú, mi vida. Lo reconozco y te compadezco. Por eso te escribo, para darte una última prueba de mi amor. Podría haberme marchado sin dejarte un recuerdo. Pero ¡no! Ahí lo tienes. Te quiero demasiado para ser contigo cruel.

»Mira, chiquilla, abreviemos. Me voy porque me aburre este sitio, y, además, porque Miguel se ha empeñado. ¡El pobre! ¡Hay que darle gusto! ¡Ah! Pero te advierto que se marcha muy enamorado de ti. Dice que eres una alma superior, digna de encontrar un hombre extraordinario. El ha tenido miedo de ti. Y le doy la razón; y tú, cuando pienses en esto serenamente, se la darás también. Hazte cargo. El había venido en busca de una aventura alegre, sin trascendencia, vamos, un buen pasar el rato. Pero tú tomaste la cosa demasiado en serio. Creo que en aquel famoso paseo a caballo te comportaste como una colegiala. Al principio se conmovió, pero luego nos hemos reído mucho. Estuviste hecha una Julieta, pero escogiste un mal Romeo. Miguel es..., ¡qué sé yo!, muy parisién... Tú le hubieses estropeado el veraneo. Y al fin ha tenido la ventolera de escaparse conmigo. Dirás, y con razón, que huye de ti. Yo creo más. Afirmo que has dejado en su alma una huella. Pero, ¡hija!, por el pronto, nos vamos.

»Y... se me está haciendo tarde. Perdona. El coche para Segovia no espera y tengo que despedirme.

»Que seas muy feliz y que termines de la manera más brillante tu veraneo. Como verás, te dejo una barbaridad de dinero dentro de tu maleta. Cuarenta duros. Un capitalito, ¿eh? A ver si lo administra bien la vidita mía.

»Adiós, ¿sí?, encanto. Ya sabes que te quiere mucho,

Rosa.»

Había aún una postdata:

«¡Ah! Oye un consejo de amiga. Para otra aventura venidera con cualquier hombre, procura ser menos colegiala. Aprende de mí. Es más práctico.»

Terminó de leer. Quiso llorar. Sentóse, y abatida por el dolor inmenso, permaneció insensible mucho rato. Luego quiso pensar en el porvenir, pero desistió, sobrecogida, con el espanto de un niño que se asomara a la boca de una cueva en cuyas sombras se arrastrasen, viscosos, los reptiles. Se veía sola, abandonada, en medio de un desierto. Y todo en su redor era horrendo y esquivo. Salió al balcón. A la izquierda se erigían, agudas

y gráciles, las torres de la Colegiata. A la derecha se extendía el campo aletargado. Distantes, venían notas perdidas de músicas alegres. En casa de la Irigoyen había fiesta y risas que sonaban como ultrajes despiadados. El sereno lanzaba de vez en vez su cántico nocturno y tristísimo. A intervalos sonaban profundas las campanas parroquiales. Y en medio del cielo, una luna veraniega recortaba su cara bonachona, enviando plácidamente sobre el campo dormido su luz inmaculada y cándida.

LA VERDAD EN LA ILUSION

PROLOGO

A UN HOMBRE BÁRBARO Y FELIZ, QUE VIVE SIN PENAS Y SIN LITERATURA

Me has escrito una carta ingenua, íntima, que transparenta el reposo de tu alma y el sosiego de la campiña gallega en cuyo regazo te arrullas, te disuelves, te acabas feliz... En ella hay un renglón trágico. «¿Lees mucho? ¿Piensas mucho?» Era la poesía del campo, la inocencia suave de lo impasible, la salud espiritual del vivir quieto, sin afanes, sumido en una ignorancia florida, quien me hacía esa pregunta bárbara, sarcástica, dislacerante...

«¿Lees mucho? ¿Piensas mucho?» Y eso me lo dices tú, sentado en el huerto, viendo crecer las flores, escuchando los vagidos tenues de una pródiga Naturaleza fragante y callada, mientras preludiaría, allá en lo remoto, bajo la capucha monástica de un ciprés, su cantata melódica el ruiseñor. Y eso me lo dices tú, bárbaro, envidiable campesino sin literatura, brincando como un chacal rotundo, afirmativo, ignorante y dichoso, en la mitad tristísima de mis pobres inquietudes selectas.

«¿Lees mucho? ¿Piensas mucho?»

No quiero contestar a esa pregunta inicua, en una carta deleznable. Te brindo este cuento. Es como una corona de púas, clavada en mis sienes, como un cilicio enroscado a mi carne. Leo. Pienso. Estoy sumido en la melancolía. Guarda estas páginas como atribulado símbolo de mis penas. Luego, brutal, inocente, deja cantar al ruiseñor bajo tu ciprés, aspira los esparcidos aromas de tu huerto, no leas, no medites, sé humilde, sé bueno, sé ignaro, no sacudas la dulce pereza de tu ánimo, y sobre todo, nunca, mientras vivas feliz, me preguntes si existo.

I

¡Cuál no sería mi asombro al encontrarme tras de la vitrina de un museo, convertido en momia, expuesto como un vestigio de civilizaciones pretéritas! ¡Cuál no sería mi estupor al despertar y verme rodeado por gruesos cristales, entre un ánfora griega y la túnica de un faraón!

Era realidad, estuve a punto de sobresaltarme y hasta de insultar después al conserje que iba y venía por la estancia, ataviado con prolija ridiculez y abatido por un aire absolutamente idiota. ¡Caramba, que para un hombre como yo, culto y bien nacido, y hasta con sus pujos de sibarita, es fuerte cosa sentirse objeto de la curiosidad pública, no inspirando sentimientos más nobles que los arrancados a la arqueología por un hacha de sílice o una pintura mural de las cavernas!

Felizmente dióle tiempo el asombro a la memoria, y pude recordar, y pude reprimir el arrebato.

Sí, en efecto. Yo me había dormido

inopinadamente. Acababa de tomar el baño, y cuando ya vestido disponíame a rizar la blonda rebeldía de mi bigote, oí un ruido bárbaro, descomunal, unánime, que lo atronaba todo. Luego se abrió la puerta del tocador y entró mi hermana despavorida. Después un gran estremecimiento, una brutal convulsión en el orbe. Caí. Me fuí quedando sin vista, sin oído, sin tacto. Al fin, un sueño profundo, inevitable, se apoderó de todo mi ser... Sí, yo había dormido mucho tiempo. Hice una pausa en el raciocinar, y exclamé bastante molesto:

—¡Ah!, pero ¿es justo que unos desalmados aprovechen tal ocasión para trocarle a uno en guiñapo de un museo? ¡Bonita manera de socorrer a un pobre ciudadano víctima de una catástrofe! Porque yo he sido víctima de algún fenómeno colosal, de algo estupendo y maravilloso que mi espíritu atolondrado no recuerda.

Un instante más de meditación, y todo lo vi claro.

Aquello había sido un terremoto. Yo había caído entre las ruinas de mi casa, tal vez entre las ruinas de todo Madrid. Pero no había muerto. No, eso era indudable, puesto que abría los ojos y pensaba y me sentía vivir, renacer. Yo había estado inerte, como fenecido, viviendo en un letargo absoluto. Así dicen que yacen algunos hombres del Polo, bajo la nieve, seis meses del año. Así fueron tomados por muertos algunos infelices a quienes asáltales bajo tierra el despertar. «¡Cielos!—me dije, descubriendo mi fortuna—. Menos mal que les he parecido un tipo curioso, y que se les ha ocurrido traerme a esta clemente vitrina, de la que voy a escaparme como es lógico, para seguir viviendo como es lícito.»

Y sentí la tentación de asestarle una terrible coz al cristal, y darme con presteza a la fuga. Pero me detuvo una reflexión. ¿Creerían me un ser de otro mundo, un endemoniado? ¿Tomarían mi catalepsia inocente por algo sobrenatural y formidable? ¿Me matarían de verdad los bárbaros que me condenaron a encierro en vitrina?

Así contuve mis ímpetus, me achanté, como suele decirse, aproveché al fin un descuido del vigilante, salí como un zorro, sin ser visto, y me lancé a la calle por una puertecilla excusada.

El mundo era completamente insólito. No quedaba un trozo de mi viejo y amado Madrid. Las casas eran enormes colmenas por cuyas ventanas entraban y salían los aparatos voladores que remedaban a mis incipientes monoplanos. No había tranvías ni coches. Los viandantes se deslizaban por unas láminas de acero que corrían vertiginosas. No había tiendas, ni guardias municipales, ni charcos, ni escombros, ni nada que revelase la existencia de un Ayuntamiento. Los hombres eran todos calvos, no tenían dientes, y hablaban un idioma parecido al español, algo así como si sobre este preclaro idioma hubiese caído el chaparrón de mil voces absurdas y extrañas. Las mujeres, a quienes al principio no supe distinguir, eran flacas, ágiles y feas. Llevaban el pelo cortado, y sólo se las podía descubrir en que hablaban pestes las unas de las otras. Los trajes de mujeres y de hombres eran sencillos y monótonos. La humanidad aparecía uniformada bajo unas túnicas grises, muy poco elegantes, y bajo unos sombreros de paja enormes y burdos. Era frecuente que los niños llevasen anteojos. Algunos que jugaban en corro se deleitaban con un entretenimiento asaz protervo. Hacían pelearse, dentro de una vasija con agua, a dos seres diminutos, a los que llamaban el microbio del cáncer y el microbio de la tuberculosis, ya tan domeñados, que tan sólo servían para distraer a los pequeñuelos.

Al principio no causó extrañeza mi traza. Pero cuando la gente comenzó a fijarse en mí, entróme gran rubor de extranjería. Y—lo confieso avergonzado—sentí la ignominia de mi pelo abundante y rizoso, de mis blancos dientes y de mi traje, un traje primorosamente cortado por el mejor sastre de Madrid.

«Habrá que ponerse a tono—me dije,

pensando en afeitarme la cabeza y en hacerme extraer la dentadura—. Y habrá que adquirir una de esas túnicas horrendas sacrificando la elegancia de mi indumentaria al buen parecer de todos estos asnos.»

Busqué un bazar de ropas hechas, y como no viese ninguno, me acerqué al fin a un transeúnte, para indagar:

—Oiga, ciudadano: ¿dónde podría comprarme una de esas tuniquitas que usan ustedes?

Al interlocutor pareció hacerle mucha gracia mi pregunta. Lo digo porque presumo que sonrió, aunque estos hombres misteriosos parecían haber abolido el alborozo.

—Se conoce que acaba usted de llegar. ¿Es usted de Marte? ¿Acaso de Júpiter?

—No. Soy un madrileño sencillo, de Pozas.

El hombre desdentado tuvo una segunda risita pusilánime.

—¡Madrid! Habla usted de una ciudad que no existe desde hace cuatro siglos.

Yo me quedé absorto. ¡Había dormido cuatrocientos años! Volví a mirarlo todo con anhelo, con intensa curiosidad. ¡Claro, vivía en otra muy distinta civilización, en otro ambiente, cuatro siglos adelantados a mi pobre cerebro primitivo!

Expliquele al transeúnte lo que me había sucedido, no pareció extrañarse demasiado, se compadeció de mi total ignorancia, y se declaró mi protector y guía.

—Vaya, venga usted conmigo—exclamó—. Iremos al gran almacén de túnicas, se proveerá usted, y ya vestido convenientemente, podrá empezar a vivir como un hombre civilizado.

Sacó un teléfono sin hilos de una faltriquera, habló con los aires, descendió un aeroplano hasta nuestros pies, subimos, y atravesamos el éter.

Fuí todo el tiempo estupefacto. La visión no podía ser más inusitada. Bajo el aparato volador extendíase la ciudad, es decir, un conjunto abigarrado y monstruoso de grandes edificios: campos muy verdes que se veían crecer por instantes, que se resecaban por minutos, y cuyas cosechas eran recogidas, al paso que yo pude adivinar, a las pocas semanas de haber sembrado la simiente; fábricas descomunales, sin chimeneas, movidas todas indudablemente por la electricidad o por el radio. Más allá de la población extendíase una llanura monótona, sin el menor vestigio de antigua belleza, sometida, torturada por el hombre. Las montañas, perforadas por cien túneles, no eran estorbo ni frontera.

Las nubes, miedosas, atemorizadas, sin duda, estaban muy altas, y allí, remotísimas, pusilánimes, cercanas del sol, parecían contemplar el espectáculo de la Naturaleza con un aire triste y pensativo. Yo le di con el codo a mi protector, y le hice un repiqueteo de interrogaciones ingenuas.

—¿Por qué no bajan las nubes hasta el suelo?

—Porque no queremos los hombres. Ustedes los que vivían en la época bárbara estaban expuestos a las veleidades meteorológicas. Si tenían ustedes gana de calentarse los huesos, llovía. Si sentían en cambio la necesidad de que lloviese, lucía el sol calenturiento, anonadante. Eran ustedes como las bestezuelas, esclavos del capricho terrestre. Nosotros hemos dominado a la Naturaleza. El sol y las nubes son nuestros servidores leales. Luce cuando queremos. Llueve cuando nos da la gana.

Mis ojos, consternados, hicieron una pregunta silenciosa:

—Es muy fácil, hombrecillo dentado y peludo. Tenemos unas máquinas terribles, de una complicación para usted no sospechada, que fabrican las nubes, y que las envían lejos, muy lejos, allí donde no pueden oscurecer al sol. Por medio de intensos flúidos las mantenemos a raya. Cuando nuestros campos tienen sed o nuestras calles están demasiado secas, un disparo eléctrico despanzurra los nubarrones y llueve... Y llueve lo que deseamos y el tiempo que apetecemos. De una manera semejante hacemos nevar. Alguna vez que otra, por mero

espectáculo, producimos el granizo, el rayo y el trueno.

Satisfecha mi curiosidad en este aspecto llovedizo, pregunté la razón a que obedecía aquel formidable crecimiento de las plantaciones.

—Echase de ver—me dijo el hombre civilizado—lo primitivo de sus procedimientos agrícolas. Ustedes no tenían centeno, ni trigo, ni otra clase de cereales más que una vez al año, cuando el vientre cansino y cicatero de la tierra quería parirlos. Nosotros hemos abolido la tacañería del orbe. Un cultivo intensivo hasta la exageración, el empleo de abonos químicos, fuertes, enérgicos, vitales; la aceleración en el curso de las estaciones, pues nosotros fabricamos invierno y primavera, como ustedes fabricaban trapos, ha hecho que la tierra nos dé por lo menos doce cosechas anuales. Y así el hambre no es bajo el cielo más que una memoria lejana, una sombra pretérita y horrible de la que no queda ni el trasunto, algo así como fueron las pestes horrendas del siglo diez para los hombres del siglo veinte.

Empezó a entrarme una devota admiración por aquel individuo tan feo y tan civilizado.

—Son ustedes, en realidad, gente superior y privilegiada. Yo querría ser amigo suyo, y si fuera usted tan bondadoso, me atrevería a rogarle la dádiva excelsa de su protección.

Dicho lo cual, y como soy hombre lo bastante bien educado para saber practicar las reglas más refinadas de la cortesanía, le di mi nombre, y estuve a punto de ofrecerle mi casa en la calle del general Porlier.

—Me llamo—le dije—Domingo Beltrán, soy notario del ilustre colegio de esta corte y vivo...

Mi hombre echóse a reír, siempre de aquella manera tan suave y tan intelectual.

—¡Yo no tengo nombre ni apellido, señor! Esas eran costumbres salvajes. Nosotros, como no tenemos religión, ni tenemos familia, hemos suprimido tales motes arbitrarios. Nos conocemos por números. Yo soy el 1.111.111. A cada niño que nace se le designa su cifra correspondiente, una vez registrado en el gran almacén de criaturas. Eso es todo.

El 1.111.111 parecía estar muy satisfecho de semejantes bautizos abreviados. A mí, sin embargo, me pareció una cosa muy poco bella, y por de menos interesante.

—Diga usted: ¿tampoco usan nombre las mujeres?

—Tampoco. Se las conoce también por números.

Yo sentí la tristeza de semejante catalogación fría y rutinaria. Adiós aquellos nombres tan bonitos, suaves y apacibles que tenían nuestras novias. Adiós Paz, Angelita, Esperanza, Gloria, Mercedes. Adiós felices tiempos en que las mocitas hechiceras decíanse de un modo fragante y tan sentimental. Me dió pena. ¡Qué lamentable tener que insinuarle a una mujer encantadora: «Escuche usted, 921.»

Mas de pronto hube de suspender mis interrogaciones y mis devaneos. El aeroplano se había metido por un ventanal en el gran almacén de túnicas.

Era un establecimiento enorme de varios pisos, lleno de anaquelerías que guardaban las túnicas a millares, todas iguales, todas grises. Unos hombres flacos, sin dientes ni pelo, a uso de la moda antiestética, despachaban vestidos muy gravemente, como si realizaran un acto supremo y trascendental, sin aquella solicitud afable que distinguió a mis buenos horteras de la calle del Barquillo.

—A ver—dije con aire de comprador despabilado—, a ver una tuniquita bien cortada y que me ajuste con garbo y gentileza.

El 1.111.111, cogiéndome de un brazo, me repuso casi brutalmente:

—No sea usted soez, y menos tramposo. ¿Cómo va usted a pagar la túnica? ¿Se imagina usted posible adquirirla sin dar nada en cambio?

Yo no he sido jamás deudor impertérrito ni lioso profesional. Cuando viví entre los hombres salvajes cometí siempre la imprevisión de no tener

acreedores. Yo era un hidalgo perfecto, incapaz de ser procesado por estafa. Así, ante aquella frase mordaz, verdaderamente inadmisible, me revolví l l e n o de indignación, exclamando:

—Oiga usted, caballero: yo no voy a robar esa túnica, muy fea y muy ridícula, por otra parte. Yo he llevado siempre erguida mi cabeza, y no hubo sastrería ante cuya puerta me fuera preciso dar un rodeo. Aún tengo, si no me despojaron en la vitrina sus esbirros de usted, un par de duros con que pagar semejante guiñapo.

Estas frases, tan caballerosas como enérgicas, l e j o s de intimidar al 1.111.111, le hicieron reír satíricamente.

—Hombrezuelo primitivo y quisquilloso, ignora usted lo que se dice. Guarde usted su grotesco par de duros. Tengo idea de que los hombres bárbaros empleaban ustedes la moneda para realizar sus transacciones, y, por ende, sus tropelías. Nuesto siglo, siglo venturoso que no conoce esclavos ni déspotas, suprimió la moneda por dañina, por inmoral, por complicada. A usted le resulta muy fácil dar unos cachos de metal a cambio de una túnica. Dé usted esfuerzo, trabajo, equivalencia. Luche usted, afánese usted.

Quedéme sin resuello y a punto de llorar angustiado. No existía el dinero. ¿Qué haría yo de mis cuatro mil duros de renta? Ni aun dándolos enteros en un acto dispendioso entregaríanme una de aquellas túnicas horribles. ¿Qué sería de mi existencia? ¿Me sería forzoso trabajar? ¡Yo, tan inepto para toda labor sería! ¡Yo, a quien la neurastenia puso en trance de no poder siquiera contestar a mis cartas!

Acongojado por aquel descubrimiento impío, interrogué lleno de pavor:

—Bueno, ¿y qué me será preciso hacer para ganar túnica?

—Es muy sencillo. Venga usted a ese rincón y agárrese.

Llegamos al rincón señalado por el hombre misterioso. Allí había una plataforma de hierro y una palanca de bronce.

—Súbase usted a esa plataforma y empuje usted esa palanca.

Lo hice. Al cabo de un momento estaba rendido. La palanca, entre mis pobres manos de rentista, pesaba como un pecado mortal.

—Siga usted, siga usted, hombre canijo y vago. Siga usted hasta que caiga un número en el timbre que se halla delante de sus ojos.

Miré. Había un timbre de metal, en efecto, verdugo implacable de mis brazos remolones. Proseguí la tarea. Al cabo, el timbre zambullóse en la pared, surgiendo en su lugar el apetecido número 100.

—¡Basta! Acaba usted de fabricar cien sombreros. Se ha ganado usted su túnica.

Me la dieron. Vestíme. El 1.111.111, dándome un afable empujoncito hacia el ventanal, exclamó:

—Ahora, vestido como un hombre civilizado, y con esta primera lección aprendida, venga usted. Entremos en el país de los hombres cultos.

Y subimos de nuevo al aeroplano, y dimos una enorme, magnífica volada sobre lo que ayer fuera Castilla y hoy es Orbe.

II

El aeroplano volaba con una velocidad inverosímil. Su conductor, una especie de buzo silencioso, entusiasmado sin duda en la febril tarea, nos llevaba con presteza de rayo fugitivo. No se veía nada. Las ciudades, los campos, los mares, las montañas, eran confuso torbellino que pasaba como una alucinación.

—¿Quiere usted que vayamos a Oceanía? Es cuestión de media hora.

Yo, que siempre fuí un poco galante, apasionado y amigo de la mujer bonita y graciosa, preferí...

—Mejor iríamos a Sevilla. Tengo apetito. Comería con gusto unos boquerones y bebería una caña de amontillado. Además, sería muy oportuno buscar unas mujercitas de buen hu-

mor y hacerles bailar algo de la tierra. Considere usted que no he comido, bebido ni amado desde hace cuatro siglos.

El 1.111.111 pareció sorprenderse mucho.

—Habla usted un idioma desconocido para mí. ¡Sevilla! Tengo una idea de que la historia habla de una población que tenía ese nombre. ¡Boquerones! ¡Amontillado! ¿Qué significan esos nombres absurdos?

—Significan, mi distinguido señor 1.111.111, que tengo hambre, un hambre descomunal. Repare usted que mis pobres intestinos llevan cuatrocientos años de abstinencia. Vayamos a un café, y si no es posible, a una taberna. Tengo ahora demasiado apetito para que me preccupen la historia y la filosofía.

Pero el criminal no se ablandó.

—Habla usted como un caníbal repugnante. ¡Comer! Eso ha pasado, eso ya no se hace. Eso es vergonzoso y de un materialismo bestial. Créame usted: una de las más viles afrentas humanas ha sido la de comer carne y pescado. ¡Asesinar todos los días a miles de pobres animales, despedazarlos, hacerles verter sangre, devorarlos con una glotonería soez...! ¡Qué horror!

Lo vi hacer un mohín relamido, hipócrita, de una espiritualidad zonza, disminuída, y continuó:

—El hombre moderno ha suprimido la crueldad. Antiguamente la vida era como una gran batalla. En los mataderos, la escena cotidiana y repugnante de la inmolación. En las calles, según tengo entendido, se deleitaban ustedes mirando las terneras descuartizadas, los cerdos rajados por el vientre, los pescados, las agónicas langostas, que a veces extendían sus largas patas moribundas implorando piedad, mil clases de horribles embutidos, carne picada, triturada, para regodeo de unos paladares asquerosos. Ustedes, los hombres que comían, eran una especie de antropófagos absolutamente repulsivos.

A mí, la verdad, esta enumeración de platos, aun hecha con tanta iracundia, sólo alcanzó a producirme un apetito cada vez más truculento. Sería bestial, pero yo he prescindido siempre de toda consideración metafísica ante un solomillo bien cocinado.

—Y menos mal—siguió diciendo el inapetente—que cuando se morían le daban ustedes un lógico desquite a la naturaleza entregándose al gusano como vianda macabra y atroz. Eran ustedes unos atrasados, créame usted.

—Entonces, ¿qué hacen ustedes para estar alimentados y para no ser comidos?

El 1.111.111 sacó de la faltriquera una píldorita.

—¿Ve usted? Contiene más sustancia que todo un festín báquico. Es quintaesencia, elemento químico, síntesis de nutrición. Va directamente a la sangre, suprime la digestión, esa cosa tan sucia y tan desagradable, y sostiene la vida sin empachos, sin cólicos, sin hedores. ¿Quiere usted tomar una?

—Preferiría unos callitos bien sazonados; pero como estoy desfallecido, venga.

Me tragué la píldorita, y aunque no pude, como hubiera deseado, emplear mis dientes, súpome a gloria. Instantes después, restablecido, confortado, arreboladas las mejillas y el pulso fuerte, sentíme ahíto cual si hubiera ingerido un buey.

—Aun así—dije como si hablara conmigo mismo—, ¡aquellos filetes empanados que preparaba mi zafia Dorotea...!

—Esto se hace una vez al día. Los anémicos, los que necesitan sobrealimentación, se dan antes de acostarse una inyección de suero vital. Créame usted: no hay alimento que iguale a estos maravillosos productos.

—¡Vaya!—gruñí—. ¡Usted no ha probado el pote gallego! ¡Si lo probara no volvía usted a tomar esas píldoritas! Nutren, eso sí, ¡pero de una manera tan fría, tan breve, tan poco sibarítica! ¡Ustedes son unos hombres demasiado intelectuales! Han abolido ustedes lo mejor de la vida: el hostal. En fin—acabé permitiéndome una tímida frase irónica—, después de todo, ¿para qué necesitan

comer unos hombres faltos de muelas?

—Las muelas, como el pelo, son de nosotros a ustedes como fué el rabo de ustedes al gorila. Los dientes, esos huesos en la periferia corporal, eran atributos de animal inferior. Lo mismo el pelo y las uñas. Nuestros organismos refinados han ido despojándose de tales huellas burdas y bárbaras. También hemos suprimido el bazo, un pulmón, un riñón. Del intestino apenas queda ya un tubo delgadísimo por donde expelemos la escoria infinitamente pequeña de las píldoras infinitamente asimilables. Ahora, un famoso médico tiende a llevar uno de los ojos, superfluo en la cara, al occipucio. Reconozca usted que ver por detrás es una aspiración legítima.

Otro médico ha decidido ponernos un brazo y una pierna vueltos hacia la espalda. Es absurdo que no podamos alargar nuestras manos sino en un solo sentido, y que no podamos caminar hacia atrás tan aceleradamente como lo hacemos hacia adelante. También las orejas están situadas con poco sentido común. ¿Estorbarían una en mitad del cuerpo? Es ridículo que sólo no sea fácil oír con la cabeza. Y así, mi buen amigo, sucesivamente. La cirugía prospera, adelanta de instante en instante, ya corrigiendo los absurdos que nos ha impuesto durante siglos una naturaleza perezosa, lenta para la evolución, que va muy despacio por el camino secular de los refinamientos.

Yo iba perdiendo la cabeza al oír aquellas cosas tan exquisitas, de un espiritualismo tan exagerado.

«¿Qué dirían los hombres de mi tiempo—imaginé—, si vieran niños con ojos en el cogote? ¿Y qué dirían al ver estas mujeres calvas y sin dientes?»

—En mis tiempos—exclamé, dirigiéndome al 1.111.111—hubo algunas bachilleras que adivinaron las costumbres del porvenir. Estaban mondas, pero la coquetería hízoles inventar pelucas y dentaduras postizas.

Después, una pregunta que me venía escarabajeando, brotó en mis labios tímidos:

—Oiga usted, respetable señor: ¿de qué manera consiguieron ustedes sustraerse al gusano? Es un adelanto que me preocupa.

—Sencillísimo. Por la cremación. Esto ya es antiguo. Hasta me parece que hace cuatro siglos hubo profetas que lo expusieron a la estolidez y a la supersticion ambiente. La cremación. ¿Hay algo más decoroso? Del cuerpo humano, tan vil dejándolo pudrirse, no quedan más que unas cenizas. De los hombres ilustres guardamos la calavera. Unas y otras, en sus correspondientes globos de cristal, son guardadas en el gran almacén mortuorio.

—Almacén—interrumpí yo piadosamente—, al que irán las familias para hacer sus rezos.

—¡Rezos! ¡Familia! Ambas cosas desaparecieron para no volver. Sólo han rezado los hombres religiosos, es decir, los salvajes, aquellos para quienes era un enigma la Naturaleza, enigma sólo explicado por la existencia de un Dios invisible, omnipotente y vengativo. Nosotros, para quienes el planeta guarda ya muy pocos secretos, ni creemos ni rezamos. Ahora la familia...

Se interrumpió un instante el 1.111.111, y señaló con un dedo a la tierra:

—¿Ve usted? Oceanía. ¿Quiere usted que descendamos? ¿Prefiere usted el camino de América? Es cuestión de quince minutos.

—No, mejor será volar todavía un rato. Me interesa oírle.

—Bien...

Avanzó su cabeza hacia el mecánico, y le dijo:

—Dése una vuelta por los Andes, vuelva por el Himalaya, y otra vez a la Península Ibérica.

Luego, afable, impasible, como si hubiera dado la orden más natural del mundo, volvió a su tema:

—Decíamos que la familia...

Perdió sus ojos en el espacio, y afirmó:

—El sentimiento, la pasión, ya no existen en el mundo. Nuestros nervios,

acuciados por la ciencia, ya no producen aquellas necesidades vanas que se decían amor, fidelidad... Entre nosotros el cariño es una fórmula social, un pacto, una disciplina, un egoísmo, si así lo quiere usted. Nos amamos porque necesitamos los unos de los otros. En definitiva, sólo que poniendo los ojos en blanco y escribiendo leyes y madrigales, hacían ustedes igual. Nosotros, como desconocemos el amor, nos hemos ahorrado la familia.

—Entonces entre ustedes no existe la boda, ni la paternidad, ni todo eso tan bonito...

—La boda, no. La paternidad, a medias. Un ciudadano del siglo actual sabe que cuando los hombres eran bárbaros cortejaban a las mujeres, las perseguían; pillaban catarros bajo sus balcones, se casaban con ellas. Eso pertenece a un pasado pintoresco y lírico, realmente despreciable y ruin. Ahora, un hombre consciente sabe qué es una mujer, en qué consiste una mujer, la analiza, la ve en todas sus entrañas, en todas sus células. No puede amarla. Se limita a comprenderla. ¿Sería posible que el anatómico, imbuído en sus experimentos, le cantara endechas al músculo animal que tiene ante su catalejo? Y luego, el afán de reproducirse está muy entibiado entre nosotros. No es un sentimiento romántico o una propulsión instintiva como era entre ustedes. Ahora es una curiosidad, un deliquio, un pasatiempo, acaso una función que consideramos grosera, pero necesaria, para que no se acabe la especie. Créame, más bien causa dolor que placer. Hemos llegado al extremo de ser preciso halagar con premios importantes a los que pierden su tiempo, el áureo tiempo que reclama el estudio, procreando estúpidamente.

—Algo así fué necesario hacer en Francia cuando yo vivía.

—Sí; pero los franceses huían de la paternidad por vicio. Nosotros huímos por talento.

—Entonces, ¿cómo hacen ustedes el amor?

—Lícitamente. Nos acercamos a una mujer y le decimos: «Señorita, ¿se prestaría usted a tener conmigo un hijo varón, rubio, de ojos azules que llegue a ser, andando el tiempo, un gran matemático?»

—¿Y es posible anticipar esos detalles?

—Por completo. Admirables aparatos quirúrgicos, modernos rayos X de una potencia insospechada, sabias recetas, una verdadera esclavitud ejercida sobre el espermatozoide, lo previene todo, lo dispone todo. Precisamente ayer, por capricho, engendré un médico ilustre, un ingeniero eminente y un gran historiador.

—Le felicito a usted, caramba. Yo me hubiera limitado a engendrar uno solo, y para eso, ignorando si me saldría torero o sacristán. Entre las damas de mi tiempo, a pesar de su calva y de sus lamentables encías, lo hubieran estimado a usted mucho.

Pero el aeroplano se había detenido ante un edificio enorme.

—¿Madrid ya?

—¿Qué Madrid? Ustedes tan chicos, tan lentos, dividían la tierra en ciudades. Nosotros la dividimos en comarcas enormes. Mi casa está en la Península Ibérica, número 60.002.

—¿Y hemos llegado?

—Sí. Venga usted.

Entramos por el balcón y llegamos a un extraño aposento.

—Ahora—me dijo—le referiré la historia del mundo. ¡Ah!, durante su catalepsia, mi buen camarada, han ocurrido muchas cosas.

Se acomodó sobre una silla de cristal, fabricó agua en un crisol eléctrico, bebió un trago, y empezó a decirme...

III

Sumióse un instante en sus recuerdos, y exclamó:

—La historia de los cuatro siglos que usted permaneció trocado en momia es la más interesante del orbe. La humanidad avanzó durante su transcurso más que logró adelantar desde que surgiera en la tierra el primer hombre hasta la fecha en que usted quedóse

dormido. Yo, sin decidirme por entero a las especulaciones históricas, pues mi profesión es la de arquitecto, he dedicado mis ocios a su cultivo, y tengo una idea bastante profunda y exacta de los grandes acontecimientos humanos. Por lo demás, nosotros, los ultracivilizados, como no hacemos el amor, ni comemos, ni jugamos, ni somos académicos, ni escritores, tenemos grande acción hacia todo lo que significa estudio y cultura.

Hizo una breve pausa y continuó:

—Le daré a usted una vaga idea, esbozaré un resumen ligero de lo acontecido hasta el momento actual. Oiga usted...

Alzó sus largas manos en ademán profético, y siguió:

—Usted ha creído, sin duda, que su fingida muerte le sobrevino por algún terremoto, por alguna hecatombe sideral, ciega, no perpetrada por el hombre... Se halla usted equivocado. Aquello fué un acto de anarquismo. Durante un mismo día y casi a la misma hora, fueron abrasadas por la dinamita, es decir, por una dinamita colosal, de más terribles efectos, Madrid, París, Berlín, Viena, Roma, Londres, Nueva York, Buenos Aires, Montevideo, Tokio, Pekín, Tánger, las grandes ciudades en su totalidad, y otras muchísimas de menos importancia. Este ha sido el acto más hermoso que realizó la humanidad. Fué una cosa épica, bellísima, que anuló todas las epopeyas del mundo. Usted recordará cómo se vivía entonces. De un lado los aristócratas, los capitalistas, los políticos, los demagogos, los frailes, los jefes del socialismo, los poetas, toda la gente enredadora y holgazana, empeñados en conservar su postura. De otro, los anarquistas predicando en las logias, haciendo sectarios...

Yo escuchaba con deleite un tanto perverso de iniciado: hasta que oí estas aviesas apologías, no pude reprimir mi protesta ferviente.

—Los anarquistas no fueron jamás héroes, ni mártires, ni otra cosa que unos miserables, unos cínicos, unos bicharracos, o, en último extremo, unos morbosos, unos degenerados a quienes hizo bien la sociedad en perseguir. Cuando yo vivía en el mundo, en aquel viejo mundo, se perpetraba de vez en vez algún nefando crimen anarquista. Nunca he vibrado con tanta cólera como ante estos sucesos viles, realizados a sangre fría, aciagamente, hiriendo las cumbres del entendimiento y de la jerarquía, desolando a la humanidad, sin objeto, con saña de chacal, con saña, peor que de chacal, con saña de hombre pervertido, la bestia más execrable y más vil.

No tuvo que contestar a esta indignación mía el hombre ultracivilizado. Yo seguí diciendo:

—Pero los más repulsivos anarquistas no eran los que arrojaban la bomba, los que esgrimían el puñal. Siendo monstruosos, bellacos, indignos de haber roto, para venir al mundo, las entrañas de una mujer, al fin morían, derramaban su propia sangre asquerosa. ¡Oh, créame usted, los más viles eran aquellos bribones que incitaban, que azuzaban al crimen, lanzando calumnias, formando en torno de reyes y estadistas aureolas falsas de tiranías absurdas, los que por influir en la política, los que por una venganza personal, los que por un trastorno de sus toscos y zafios espíritus, los que tal vez por dinero, por lucro, por anulación canalla, excitaban la estoicidez popular y llevaban al desequilibrio de las almas perturbadas y dementes el designio macabro. Esos han sido los hombres más viles que recuerda la historia. No fueron siquiera suicidas.

El 1.111.111 me oía como distante, lejos de mi cólera. Era un ultracivilizado, había suprimido la pasión. Lo contemplaba todo desde un punto de vista metafísico. Al rufián que hubiera violado a su madre no lo aborrecería. Sería, ante sus ojos fríos, gélidos, estúpidos, un caso de rara desviación psicológica. Al asesino que le clavara un puñal en el corazón, lo vería llegar sin odiarlo, sin despreciarlo siquiera, sin huirle, diciendo: «¿A qué fenómeno cerebral obedecerá esta sandez tan pueril?»

Aun así no me contradijo. Yo leía en su cara enjuta el asentimiento.

Al fin exclamó:

—Yo no hago el ensalzamiento de los anarquistas. Desde Caín, matar al hermano ha sido protervo. Y luego todos han ido engañados por el ambiente o por sí mismos, por su propia estupidez, a matar lo menos dañino... ¡Reyes!... ¡Jefes de Gobierno! ¿Para qué? Pocos, muy pocos hubo en la historia verdaderamente infames. Y luego, la sociedad, al fin magnánima, irritada contra esas iniquidades, se rebelaba en una reacción lógica. Se han perpetrado muchos crímenes absurdos. Más les hubiera valido emplear sus puñales hacia muchos años que se llamaron demagogos y no fueron sino unos grandes tiranos del oro o de la conciencia.

—Entonces, ¿por qué los defiende usted?

—Yo no los defiendo. Los miro, los contemplo nada más. A mí los únicos que me subyugan son aquellos destructores ciclópeos de la sociedad vieja y corrompida, los que volaron las grandes ciudades. Los demás fueron unos locos o unos vanidosos o unos miserables. Pero hablemos de nuestro asunto. Nunca hubo en la tierra contienda más enconada. Y es que las peleas anteriores obedecieron siempre a un lirismo, a un romanticismo. Roma y Cartago disputáronse la hegemonía del mundo. Paganos y creyentes lucharon por el dominio espiritual del hombre. Anarquistas y burgueses tenían algo más por qué reñir. Les movía el estómago, el sexo, la carne, la carne espiritada por la cultura. Unos y otros habían aprendido que no existen más goces que los goces materiales, que no existe más vida que la vida animal, y que sólo se vive una vez. Así, unos y otros, desdeñando los fementidos premios ultramortuorios, luchaban por la hembra, por la vianda, por el coche, por las joyas, por el placer y por la vanidad. Esto les hizo ser encarnizados, aunque también cobardes. Sus luchas fueron horribles, pero tímidas. Pocos, sabedores de que al morir se perdía todo, querían arriesgarse a combatir. Hubo, sin embargo, algunos intrépidos que señalaron con huellas de sangre el paso de la civilización, y hubo, sobre todo, unos insignes descubridores que se desdicaron en sus laboratorios a fabricar la extradinamita de que ya le hablé, y con la cual volaron hasta los cimientos de aquellas ciudades viciosas y cobardes entregadas al furor sexual y a toda vesania crapulosa. Usted creyó morir. Un fenómeno admirable, ahora muy conocido, le hizo sobrevivir cataléptico. Sea usted hoy testigo del fruto alcanzado por aquel acto hermosísimo, verdaderamente augusto.

Yo escuchaba con la mayor perplejidad esta serie de bestialidades monstruosas.

Parecíame asistir, despierto, a la pesadilla de un orate. Pero como todo aquello me intrigara, hostigué al narrador.

—Siga, yo se lo ruego. Siga.

Y fué así, en efecto.

—La humanidad estuvo algunos años consternada. Fué como el caduco imperio ante las hordas bárbaras. Fué más intenso aún el estupor del mundo. Todo había quedado roto, deshecho, sepultado bajo escombros lúgubres. Millones de cadáveres se pudrían al sol. Los grajos, los buitres, los lobos, las hienas, se paseaban de ruina en ruina, ahítos y dueños del orbe. Durante medio siglo hubo en el planeta olor a muerto...

—¡Qué horror!—exclamé intimidado—. ¡Qué brutal escena!

—Sí, el espectáculo no debió de ser nada bonito. ¡Ah, pero de aquel espanto surgió la redención, y allí se pusieron los cimientos de la nueva era!

—Pero, diga usted: ¿cómo pudo quedar nadie tras de aquel estrago?

—Quedó lo mejor, lo más sano, lo virgen. Quedaron los campesinos, los pastores, la ruda y buena gente no contaminada, los que tenían la fortuna de vivir entre montañas abruptas, bañadas en sol y en viento, indemnes.

—Pero como no quedaron hombres de ciencia ni de cultura, la civilización yacería sepultada...

—No. Los anarquistas ilustres que devastaron el mundo cuidaron de sal-

varse, al menos en su mitad. Perecieron sólo aquellos mártires encargados de arruinar las urbes. Sin embargo, los otros, con sus libros, con sus instrumentos, con sus máquinas, con todo su insigne bagaje, avisados previamente, se guarecieron en el campo. Y así, tras la hecatombe, sólo quedaron sobre la costra del planeta los sencillos, los buenos, los que podrían ser educados en la nueva doctrina y aquella maravillosa generación de sabios, verdadera cuna de todo cuanto existe hoy. Y así nació la civilización que ahora tenemos. Créame usted. El abismo que separa la edad de piedra del siglo diecinueve, es menos profundo que la divisoria entre el siglo de usted y el mío.

Volvió a fabricar agua el 1.111.111, bebió y dijo:

—Pero no vaya usted a imaginarse que desde el principio hubo en el mundo tanto, ni siquiera semejante, progreso al hoy existente. Costó mucho llegar a lo que hoy hemos llegado. Tras el período tétrico de la consternación universal, vino un momento de lenta y segura edificación. Sin embargo, al cabo de un siglo tornó a brotar en el mundo la semilla del antiguo régimen. Como al fin y al cabo aquel gran suceso anonadador había sido pasional, los hombres continuaron teniendo pasiones durante largo tiempo. Y ellas engendraron nuevos sacerdotes, nuevos poetas, nuevos capitalistas; nuevos militares. Hasta hace siglo y medio aún se han dicho misas, se han compuesto endecasílabos, se acuñó moneda y se fabricaron espadas. El mundo era moderno; pero a veces, cuando menos se creía, daban en florecer brotecillos ancestrales que la guadaña previsora del progreso cuidábase de talar en seguida. No hace todavía dos siglos hubo en la tierra un fanático inventor de cierta religión, ya extinta, y hubo administradores del erario público, aquello a que ustedes llamaban ministros, diputados, concejales...

—Pero ¿no existen ahora esos cargos?

—Ni hacen falta, ni nadie querría ser cosa tan banal. Se anuló el dinero... ¿Para qué traficar donde no hay salsa en qué pringarse? La falta del dinero hizo absurdo el cargo de gobernador.

Yo pensé tristemente en la ñoñez de una pobre nación donde no es posible tener distrito ni enriquecerse con la política. ¡Yo que había soñado más de una vez con dedicarme a republicano para que me asignasen alguna bonita cantidad en el Ministerio de la Gobernación!

Permanecí unos momentos pensativo, y continué preguntando:

—Bueno, y ahora, dígame usted: ¿qué naciones hay en el mundo?, ¿qué razas?, ¿qué idioma?, ¿cómo se gobiernan ustedes?, ¿qué sentido le dan ustedes a la existencia?, ¿qué descubrimientos sensacionales, decisivos, aportó al progreso el hombre ultracivilizado?

—Pregunta usted con una prisa exorbitante—me respondió—. Sin embargo, tenga usted un poquito de calma y le iré dando una idea. Mire usted: naciones ya no las hay. La nación era una abstracción egoísta, sentida por los hombres de corazón mezquino. Ya no hay más que humanidad. Dentro de algún tiempo la humanidad también será un concepto muy chiquito. Pronto habrá universo. Hoy, los seres que habitamos en los satélites del sol, amigos ya, pues llevamos algunos años en comunicación incesante, nos amaremos, nos compenetraremos. Tengo la evidencia de que a mis hijos les será dado poseer una finca de recreo en el anillo de Saturno. Más adelante, quizás, pasados muchos siglos, los entes que pueblan las demás constelaciones tendrán idea los unos de los otros, y hasta es posible que puedan entenderse, y aun también amarse. Pero dejemos esto para otra ocasión. No involucremos. Ya le contaré a usted cómo son los marcianos, lo que han hecho para entenderse con nosotros, como viven, qué hacen. Hablemos ahora de lo nuestro. Preguntaba usted si había naciones, y yo le respondía que no. Seguía usted interrogando si había razas, y yo le digo que no también. La raza era una diferenciación en el tipo humano, producida por

la falta de comunicaciones. El tren confundió a los andaluces con los gallegos. El aeroplano confundió a los españoles con los franceses. El extraaeroplano confundió a los europeos con los japoneses, los marroquíes, los patagones. Desde hace un siglo, casarse en Abisinia, pasar la luna de miel en el Indostán, tener el primer hijo en Extremadura, y pasear todas las tardes a orillas del Danubio, es cosa tan fácil como fué para ustedes realizar todo eso dentro de una ciudad pequeña.

Yo quise dolerme, al oír esto, de tan lamentable desaparición. Fuí siempre muy patriota y amaba con sacratísima devoción las santas leyendas nacionales.

—Eso es muy triste—comenté verdaderamente contristado—. Siempre aborrecí a los franceses. Me parecieron unos hoteleros medio perfumistas y un poco modistos, sin entrañas ni gestos. Créame usted, confundirme con los franceses me hubiera parecido siempre muy mal.

—Lo comprendo. Pero no se aterre usted. Por fortuna para sus sentimientos patrióticos, España salió gananciosa con esta hermosa confusión. Se impuso a todas por el idioma. ¿Comprende usted mi léxico?

—Casi a la perfección.

—Bueno, pues como yo hablo, habla todo el mundo, los que tenemos ascendencia española y los que no la tienen.

—¡Ah!, pero ¿es usted español? ¡Qué alegría!

—Casi, casi... No sé quiénes han sido mis padres ni mis abuelos. El árbol genealógico de los hombres al uso está en blanco, y si fuese a endilgarle un chistecito diría que tiene cuernos por ramas. Pero tengo motivos para sospechar que desciendo, salvo instrucciones, de una familia castellana. Esto ni me ensoberbece ni me contrista, aunque tal vez hay un poco de lo primero. Al fin hemos sido los vencedores, hemos impuesto el habla.

A punto estuve de abrazar al 1.111.111 en un transporte de alegría. Aquella confesión, a través de su calva, de su túnica, de sus costumbres, de su temperamento, de su cerebralismo dominante, era como un eco vago, remoto y divino de la patria.

—Choque usted—le dije con escozor en los ojos—. ¡Viva España, pardiez!

No apoyó el viva, encontrándolo quizá demasiado pueril. Sin embargo, volvió a enseñarme las encías, unas encías sin oquedades, córneas, de animal exótico, en cuya mueca se refugiara el postrer centelleo de su jovialidad y de su pasión.

—Bueno, dígame usted: ¿cómo pudimos imponernos?

—Dificilmente. Los gatos querían extender su lengua por el mundo. Ya sabe usted que los franceses tenían una lengua casi universal, usada en todas partes. Y, claro, no querían resignarse a perderla. Los ingleses, orgullosos, permanecieron durante mucho tiempo sin entregarse hablando su jerigonza. Arrollados más tarde por la humanidad, y sobre todo, fundidos con otras razas, consintieron dejarse entender. Los alemanes también soñaron con llevar sus palabras de cien sílabas al habla unánime. Nadie les hizo caso. El español, por estar ya extendido como ningún otro, y por su gran riqueza expresiva, admitiendo, claro está, voces y giros extraños, difundióse por el planeta. Un suizo iluso inventó cierto galimatías con el que intentó salvar todas las diferencias, todos los personalismos y todas las suspicacias. Pero fué un estupendo fracaso. Era preciso correr progreso adelante, y la humanidad, sabiamente, consideró mentecato interrumpir su marcha para estudiar un idioma demasiado gramatical, estéril, frío...

Me regocijó todo aquello, y holguéme pensando que al persistir el habla española no había desaparecido del mundo todo el carácter español.

—Entonces—dije con alguna timidez—aún habrá corridas de toros. Los toreros estarán mal sin coleta, pero, en fin...

El 1.111.111 se quedó muy serio y me lanzó una mirada reconviniente, casi agresiva:

—¿Toros? Esa fué una barbarie de

los tiempos crueles, algo así como las luchas de gladiadores romanos, brutalidad, brutalidad... Ahora ya no sólo han desaparecido las corridas, sino que ni siquiera hay toros. ¿Para qué? No se come carne ni se produce fuerza animal. Es usted un atrasado y no se le puede dar confianza. En seguida resurge en usted el hotentote.

Me alcé iracundo y corrí hacia el grosero, dispuesto a estrangularlo. Me había ofendido en todas mis fibras, no sólo aquel epíteto de hotentote verdaderamente inadmisible, sino también su bárbara diatriba contra la fiesta nacional. No en balde estuve cuatro años abonado al tendido 6.

—¡Ea!—le grité indignado—, estoy harto de soportar sus desdenes y sus frases molestas. ¿Conoce usted la esgrima? ¿Quiere usted que nos batamos a pistola? Si no, voy a romperle a usted el cráneo y a meterle dentro un poco de sentido común.

El 1.111.111 me veía avanzar sin miedo, riéndose, como un elefante podría mirar a un escarabajo. Yo le tiré una bofetada, mientras, levantado el pie derecho, intentaba derribarle las paredes intestinales. Pero lancé un ¡ay!, caí al suelo y sentí morirme. El 1.111.111 no se había incorporado siquiera, y continuaba sonriendo de un modo sarcástico.

—No se asombre usted—me dijo, ya compasivamente, viéndome caído y derrotado—. Le acabo de lanzar una corriente eléctrica. Pude lanzarle otra de flúido etéreo, un flúido más potente, más terrible, que se inventó hace algunos años, pero me ha inspirado usted compasión. Aun así, procure calmar otra vez sus nervios. Con sólo frotar mis dedos convenientemente puedo producir flúido bastante para matar a cien hombres. Así, átomo, guárdese usted sus conocimientos de la esgrima para mejor ocasión, y no excite mis justas represalias.

Levantéme como pude, di gracias por tanta generosidad, prometí enmienda, abominé de los toros, y ya repuesto volví a mis preguntas:

—Y ahora explíqueme usted cómo viven, qué forma de gobierno adoptaron, qué cosas inauditas no he visto ni sospechado aún.

—Antes será preciso que yo trabaje un poco y que usted me ayude. Llevamos largas horas de holganza, y nuestra sociedad no consiente el estupor. Aquí el que no labora no tiene derecho a la vida. Venga usted. Vamos a construir una casa. Iremos a pie.

El edificio donde vivía el 1.111.111, y en cuya suntuosidad tenía una celda confortable, carecía de escalera. Era accesible por las ventanas. Subíase a ellas en aeroplano, o por medio de unas poleas movidas eléctricamente, que unían la techumbre con el suelo y que subían y bajaban aceleradamente una especie de ascensor chiquito.

—Bueno, pero ¿no podía usted enseñarme su nido, estimable señor?

No tuvo inconveniente, y pude asomarme al hogar de aquel hombre maravilloso.

La pieza donde nos hallábamos era redonda, tenía el suelo, el techo y los muros de cristal, sin esquinas. Dos sillas y una mesa, de cristal también, formaban aquel ajuar del siglo XXIV, higiénico y sucinto. Dentro estaba el cuarto de trabajo. Una anaquelería, llena de libros, una gran vitrina con instrumentos misteriosos, una butaca... Más dentro aún y en una ventana siempre abierta, el dormitorio. La cama no alzaba media vara del suelo, era de níquel y no tenía colchones. Nada más había en la alcoba. Ni siquiera una estampa de la Virgen, cándida, engendradora de sueños felices, como la que yo tenía sobre mi cabecera.

—Su criada de usted—le dije—debe de ser bastante perezosa. Aún no le ha hecho a usted la cama.

—¿Mi criada? La esclavitud está abolida por completo en el mundo. Por lo demás, mi cama está perfectamente hecha.

Yo apenas tuve nada que objetar.

—La desaparición de las criadas no me consterna—respondí—. En mis tiempos se habían puesto intratables. Eran sucias, vagas, sisonas y alca-

huetas; pero aun así resultaban imprescindibles. Ignoro cómo se las componen ustedes, y, sobre todo, no me explico de qué modo se las arreglan para fumar los bomberos y los guardias de orden público.

—Va usted de dislate en dislate —atajó mi amigo—. Ya no hay tampoco bomberos ni guardias. Nuestras casas de acero y de cristal, sin madera, sin papel, sin nada combustible, no pueden incendiarse. Por lo demás, habiendo desaparecido las tabernas, ¿qué utilidad podrían reportar los guardias?

Le di la razón, y torné a preguntarle:

—Pero, dígame: ¿no tiene colchones ni sábanas su lecho?

—No. Esas blanduras pertenecen a una época roída por la molicie. Nosotros dormimos desnudos sobre el cristal. Es más sano, más puro, más breve.

La noticia me llenó de angustia. ¿En qué mantas arroparía yo mi pereza llegado el invierno? ¡Oh, aquellas deliciosas mañanitas invernales pasadas al suave calorcito del edredón, sintiendo el rumor vago de la humanidad que se afana por servirnos, teniendo la seguridad encantadora de que al despertar nos tendrían preparado el baño y el almuerzo! ¡Oh, dichas muertas, asesinadas por una civilización absolutamente despreciable, que ha suprimido en el ritmo de la vida sus encantos mayores!

El hogar de mi amigo terminaba en la alcoba. No eché de menos la cocina por saber ya que no se yanta. Por una razón semejante excusé la presencia del retrete.

—¿Qué le ha parecido a usted mi nido?—preguntó el 1.111.111, con un leve tonillo de presunción.

—Mal. Es una casa fría, que no se presta al reposo, al sueño, al amor. Es un trámite para seguir laborando. Es antesala de pelea. No atrae, no cobija. Mi placer más deleitoso, pasearme en bata por el pasillo canturreando alguna tonadilla zarzuelera, estaríame vedado en un hogar así. No le envidio a usted. Mi casa, aquel prodigio, sí que tenía seducciones. ¡Ah!, a propósito: ¿no usan ustedes el baño?

—¡Qué ridiculez! Somos todos fabricantes de agua. Nos bañamos cuando nos acomoda y en cualquier sitio. En el dormitorio, por ejemplo. Después, con una fuerte descarga eléctrica, evaporamos el agua derramada. No pretenda usted darme lecciones. Es usted para mí como un niño congolés queriendo despampanar a un sabio yanqui. Pero vamos a trabajar. Mire usted que se me están acabando las píldoras, y no es justo que intente usted con su charla hacerme fallecer de hambre.

Salimos por la ventana, nos colocamos sobre las pequeñas plataformas adosadas a las poleas, descendimos en plena calle, brincamos hasta la plancha corrediza del centro, y en menos que se piensa dimos con nuestros huesos en pleno campo.

Debían de ser las seis de la tarde. El sol íbase ocultando ya.

—Verá usted—me dijo el arquitecto—cómo se construye una casa.

Sacó sus planos, acercóse a una máquina llena de émbolos, empezó a moverlos rapidísimamente, y donde no había más que cimientos comenzó a surgir como por ensalmo un palacio colosal. En tres días de trabajo sin obreros, sin imprecaciones, sin blasfemias, gracias a una maquinaria formidable, cuya ardua complicidad no pude ni columbrar, estaba levantado un piso. Cuando lo terminó, con la ayuda de terribles palancas, verdaderos y fornidos brazos inteligentes, le dije:

—Bien. La Gran Vía de Madrid no fué precavida. Falta le hubiera hecho contar siquiera con un par de alarifes como usted. Pero dígame: ¿a qué piensan ustedes dedicar este palacio?

—Será el alojamiento del primer habitante de Marte, que civilizará la Tierra. Ayer se recibió un aeroplano diciendo que se halla en camino.

IV

Terminada nuestra labor, tomamos otra senda pildorita. Yo, poco habituado a este régimen alimenticio, mascullé una débil protesta:

—Hombre, por Dios, ¿no habrá en los rincones de Africa alguna tribu que aún se permita el lujo de comer? Podría usted transportarme allí en su aeroplano... Le juro que me siento capaz de asestarle un bocado a la pierna de un canibal, tostadita y corruscada como un cochifrito.

El 1.111.111 sacó una jeringuilla, me clavó su púa en salva sea la parte, y me inyectó su estupendo jugo vital, que me recordó las digestiones antiguas, cuando yo vivía entre los bárbaros y acudía de vez en vez a saciarme en cualquier fonda vituperable de a duro el cubierto.

Terminada la frugal comida, fuimos de sobremesa al casino.

—¡Hombre! Pero ¿hay casino?—exclamé lleno de alborozo—. ¡Vaya, soy feliz! Aún no ha desaparecido la estética del vivir humano. Aún se jugará al monte y al treinta y cuarenta, y aún se podrá leer los periódicos sobre una meridiana, tras de haberse hecho servir un té y una copita de licor.

—El casino moderno—replicóme prestamente aquel chafailusiones—tiene un carácter muy distinto del casino clásico. No se juega ni se murmura. Es una especie de Ministerio, Parlamento y Gobierno civil en una sola pieza, y, ¡claro está!, sin ministros, diputados ni gobernadores. En el casino, un edificio más grande que un pueblo, nos reunimos todas las noches cuantos necesitamos alguna cosa, cuantos queremos aportar una idea, cuantos tenemos algo que dilucidar. Habrá usted observado que ahora no se hace vida mundana. La gente ha comprendido toda la frivolidad que suponía la charla y el baile. Tampoco se tienen amigos. Ahora no se tienen más que coaccionistas. Hablamos unos con otros lo indispensable, y sólo nos reunimos para tratar de asuntos serios. Nuestro casino es, por consiguiente, una necesidad y no un recreo, si es que fué recreo alguna vez.

—Es gracioso—le respondí—; entonces ustedes, si no tienen ministros, ni gobernadores, ni otro símbolo del orden público, de la administración pública, ¿qué vida social pueden sostener?

—¿Fué preciso entre hermanos que se amaban, y, sobre todo, que iban al mismo fin, la autoridad coercitiva, ni siquiera el mecanismo puramente organizador? Cada uno hacía lo que le parecía más conveniente, y todos vivían en paz, sin echar de menos al vago, al déspota, que so pretexto de vigilar sus esfuerzos, vivía sin trabajar, dándose, además, gran importancia, creyéndose un ser privilegiado. Entre nosotros cada cual escoge la profesión que le acomoda, la ejerce lo mejor posible, gana lo necesario para el sustento, y no se preocupa de más.

—Sí; pero, al menos, necesitarán ustedes alguien que sepa quién trabaja y quién no, que dé al primero su recompensa y al segundo su merecido. Además, ¿no se cometen delitos en el mundo? Necesitarán ustedes una fuerza pública, unos jueces...

—Nada nos precisa. Yo acabo de mover unos émbolos para construir la casa cuya edificación quise realizar. Bien. Pues en el gran almacén de píldoras, en el de túnicas, en el de calzado, en el de sombreros, en todos se sabe ya que trabajé y cuánto trabajé. Si hoy hubiera permanecido ocioso, los contadores automáticos hubieran estado inertes en mi cuenta. Y al pedir lo que necesitase no me lo entregarían al no habérmelo ganado. Por lo demás, la ociosidad es un fenómeno tan raro y tan mal visto, como la locura entre nosotros. Respecto de la delincuencia, ¿qué decirle? Es todavía más insólita. Ya no se puede robar. ¿Qué?... Ya no se puede matar. ¿Para qué?... Las causas promotoras del crimen, la lujuria, el lujo, la vanidad, han desaparecido. Como las hembras son de todos, los

objetos de todos, los vicios de todos, ¿quién sería el imbécil capaz de hallarse descontento? Por lo demás, cuando acontece algún delito, no lo sentenciamos. El desprecio ejerce de tremendo castigo. La sociedad, enfriándose junto al delincuente, haciéndole en su redor el vacío, lo castiga y lo corrige. Si ustedes no hubieran encarcelado a los asesinos, se hubiera asesinado menos cada vez. Bastaba con que el inicuo que derramó la sangre de su prójimo no lo hubiera saludado nadie.

Yo escuchaba esta retahila de sandeces, medio indignado y medio compadecido.

—¡La indiferencia! Usted, que no tiene entrañas, podrá mirar con estúpido menosprecio al asesino de su padre, al ultrajador de su esposa, al que afrentó la faz venerable de un grande, ilustre, de un probo ciudadano ejemplar. Eso lo dice usted porque ya no le quedan ni los nervios. Es usted un aparato calvo y sin dientes, de relojería.

En esto habíamos echado a andar hacia el casino. Yo preferí que nos llevasen nuestros pies, harto ya de aeroplanos y correderas.

Las calles eran amplias, limpias, silenciosas, un poco tristes.

—Y de la propiedad, ¿qué me cuenta usted? . .

—No hay propiedad. Sólo tenemos el uso de las cosas fungibles y el usufructo de las cosas duraderas que ganamos con nuestro esfuerzo. ¡Ah, pero de las cosas necesarias nada más! Lo superfluo no existe.

«¡Qué cosa tan desagradable!—pensé, viéndome sin mi reloj de oro, mis anillos y aquel bastón con puño de hueso que me gustaba tanto—. ¡No tener más que una túnica, una cama de cristal y unas pildoritas! ¡No valía la pena vivir, y menos luchar y tener ideas grandes, y escribir una hermosa novela y un glorioso libro de versos.»

Empujado por esta serie de razonamientos, que supuse formidables, asestéle unas preguntas atroces al 1.111.111.

—Diga usted: ¿el más útil a la sociedad vivirá mejor que el menos útil, tendrá derecho, ya que produce más, a consumir más?

—Es un error suponer tal cosa, y menos defenderla. No hay derecho a hacer culpable al idiota de su idiotismo y al inepto de su ineptitud. Somos iguales. Todos vamos hacia el mismo fin. Unos trabajan con las manos; otros, con la cabeza. Unos realizan obras mundanas; otros, grandes. Pero unos y otros, al dar lo que pueden, deben exigir que se les recompense con lo que necesiten. ¡Bastante premio tiene el inteligente con su propia inteligencia! ¿Le parece a usted justo que yo, encima de tener más talento que usted, verbigracia, le obligue a que me sirva, teniéndole además hambriento?

Algo paradójica se me antojó la teoría, y para refutarla tuve una frase decisiva, sin contestación posible.

—¡Ustedes han castrado al genio! Al suprimir la ambición suprimieron ustedes la iniciativa, el heroísmo, todo gesto sublime. Ustedes forman una muchedumbre gris, uniforme, encasillada. En cuanto me sea necesario consultar con mi vecino si debo ganarme tres duros, renuncio a escribir una obra colosal o a realizar un invento extraordinario. Para vestirme una túnica y zamparme dos pildoritas, mejor estoy dándole a una palanca vulgarmente. Yo le aseguro a usted que renuncio desde este instante a ser santo, héroe, descubridor, poeta eximio, algo que sea grande y fuerte. Mi lecho de cristal, y a vivir... Ustedes, con su cicatería, con su mediocridad, han castrado al genio.

Miré al 1.111.111, creyendo haberle anonadado. E s t a b a impasible. Sus ojos, fríos, gélidos, penetrantes, tuvieron una fulguración despectiva.

—El genio ya no existe, ni hace falta, ni es conveniente ni lógico. El genio y el millonario fueron una cosa nefasta que aturdió a la huma-

nidad durante los siglos de barbarie. El millonario estaba producido a expensas del hambriento. El genio, a expensas del inculto. Cuando eran casi todos los hombres indoctos, cerriles, la Naturaleza elegía un cerebro para desbordar su gracia, su brío, su intensidad mal contenida. Estos cerebros eran como cráteres por donde la pujanza oculta buscaba un desahogo. La humanidad era entonces una llanura de banales, dominada por raros hombres de genio. Y el genio, sobre ser anormal, fenomenal, contra naturaleza, solía ser perturbador, enredador. Ahora, lo mismo que se ha difundido la riqueza, se ha difundido el talento. Ahora no nacen hombres tan fuertes como Quevedo, Hernán Cortés, Edison, Marconi; pero, en cambio, no hay hordas analfabetas, ineducadas, frívolas. Y, créame, es más amplio y más seguro el esfuerzo de mil hombres laboriosos, inteligentes, sin pretensiones ni jactancias, que la impetuosidad efímera de un solo genio rodeado de tontos.

Confieso que aquel tan rotundo argumento me dejó aplastado.

—En fin—me dijo el 1.111.111—, ya estamos a las puertas del casino. Entremos.

Miré a lo alto y no vi la techumbre. Los rascacielos de Norteamérica, que yo adiviné en fotografía y que me parecieron una extravasación de la vanidad humana, serían chozas junto a este palacio, cuyas veletas podrían meterse por los ojos de la luna. El zaguán era enorme. No había porteros ni conserjes. Unos ascensores vertiginosos subían y bajaban a cientos, a miles, causando mareo.

Nos izó uno, ligero como un meteoro, y dimos en cierta estancia descomunal, por la que pululaban como sombras los hombres nuevos.

La impresión que todo aquello me produjo fué enorme. El siglo XXIV, contemplado en un solo individuo, analizado en una sola célula, y, sobre todo, poniendo en la investigación toda la curiosidad que inspira, como estupendo, resultaba, si no agradable, tolerable. ¡Ah, pero el siglo XXIV, visto en conjunto, atisbado en grandes masas, era horrible, horrible!

¡Aquellos casinos del siglo XX, adorables, ruidosos, llenos de simpatía! ¡Aquellas gentes de mi tiempo, risueñas, gozosas! ¡Aquel abigarramiento feliz! ¡Aquella ligereza para juzgarlo todo, para salvar al país, para resolver las cuestiones políticas!

Esto, en cambio, era como asamblea de hipocondríacos, de fúnebres. Muebles de cristal, monótonos, sin arte, sin lujo. Unos hombres flacos, larguiruchos y feos. Unas conversaciones breves, sobre cosas de interés sumo. Ni un chiste, ni un comentario, ni una mordacidad. No había tapete verde, ni billar, ni periódicos, ni mesitas de tresillo, ni humo de cigarros fumados apaciblemente, ni una risotada, ni el paso frufruante de unas faldas que cruzan...

El 1.111.111 habló con otros números acerca de cosas que no entendí. Se abstuvo de presentarme a los demás. No me hicieron caso. Al cabo de un momento, el 1.111.111 me llamaba para acercarme a una taquilla. Tras la taquilla, una mano esquelética me alargó cierto papelito. Miré. Era la concesión de un departamento en el mismo edificio donde vivía el 1.111.111.

Mi aburrimiento llegaba ya a la desesperación. Comprendía que nunca, nunca, podría simpatizar con estos hombres fríos, absorbidos por la ciencia y por la mecánica, sin corazón, sin pasiones, sin sexo.

—Oiga usted — supliqué le al 1.111.111—, me hastío. Vámonos de aquí. Lléveme a un teatro, a un circo, a un cinematógrafo.

Y el infame tornó a compadecerme.

—El teatro, el circo y el cinematógrafo son unos pasatiempos innecesarios que la vida moderna suprimió. A sus recintos no iban más que los banales. ¿Acudían en su tiempo a tales recintos los hombres de ciencia? Ahora todos somos hombres de ciencia. Nosotros no comprendemos las bambalinas.

—Entonces—objeté—, vamos a una botillería, a un café cantante. Aun-

que las hembras no sean demasiado bonitas, al fin serán mujeres.

—Sueña usted. Nuestras mujeres no cantan ni bailan. Estudian. La mujer no es ya un atractivo de la vida, un adorno, algo que existió para el hombre, recreo de los ojos, encanto del alma, placer de los sentidos. Ustedes eran unos egoístas, y habían trocado en objeto de concupiscencia a la mitad del género humano. Ahora, las mujeres, fuera de que algunas se dejan embarazar estoicamente, sin deliquio, sacrificándose para que no desaparezca la especie, trabajan, estudian, inventan, descubren. Vamos, estaría graciosa una de nuestras intelectuales, que se ha quedado miope sobre los libros de álgebra, danzando ridículamente como una gitanilla de antaño.

A mí, al escuchar todo aquello, me sentía cada vez más anarquista. De buena gana le hubiera dado un puntapié al tinglado ridículo de aquella civilización absurda, y hubiese plantado sobre las ruinas del intelecto una plebeya y fragante mata de claveles.

—Bueno—repliqué ya en última instancia—, vamos a oír un poco de música, veamos alguna exposición de pinturas, entretengámonos con algo espiritual, ya que no puede ser con algo burdo, infantil.

Pero aquel hombre era implacable.

—¡Música! ¡Pintura! ¡Arte! El arte ha sido una engañifa con la que algunos vividores se llenaban el buche sin trabajar. Hacer ruido, embadurnar lienzos... ¿Qué utilidad reportan esas andróminas, esas supercherías? Las sinfonías más armoniosas y los lienzos más expresivos no eran sino frivolidad. El arte es bárbaro por lo mismo que significa exaltación.

Si no me hubiera contenido el redror a una descarga eléctrica, le hubiera hinchado los morros al blasfemo. ¡Abominar del arte! ¡Llamarle bárbara a esa magia de la vida, que nos redime de toda impureza, que nos hace olvidar la bellaquería humana, que nos hace casi divinos! ¡Llamarle a Goya embadurnador! ¡Suponer a Beethoven un mal desafinador de carracas!

—Entonces—le dije al 1.111.111, ya furioso—, ¿qué hacen ustedes por la noche?, ¿en qué se divierten?, ¿dónde pasan el rato?, ¿qué placeres cultivan?, ¿son ustedes tontos?

—Usted, salvaje criatura—me respondió impertérrito—, piensa con cerebro de hotentote, de poco más, de español. Usted supone que los hombres no hemos cambiado. Usted se imagina que nos pueden causar asombro unos colorines mezclados a unas semifusas atropelladas. Es como si le asombrase a usted que un hombre del siglo veinte no se quedara turulato ante la simplicidad arquitectónica de un dolmen. Nuestro espíritu ha seguido pistas más refinadas que la ya caduca y agotada del arte. Además, Velázquez en pintura, Cervantes en literatura, Rodin en escultura, Wágner en música, llegaron al máximo de la potencialidad artística. ¿Para qué seguir trabajando en una cosa rematada, de límites parvos y estrechos, en la que no había un más allá? Nosotros hemos orientado el pensamiento en un camino anchuroso, lleno de luz y de grandiosidad casi infinita. La ciencia... Descubrir todos los días algo nuevo, dar un nuevo paso en el camino del progreso, hacernos dueños de la Naturaleza, dominarla, trocar este ruin gusanillo que se llama el hombre, en algo asombroso que lo mueva todo, que lo maneje todo, que no le venzan obstáculos ni lo aturdan misterios. ¿Hay algo más bello, más grande? Reconozca usted que una humanidad científica, ultracientífica como la de hoy, se tiene que reír del arte.

Era imposible discutir con aquel hombre. Me ganaba, si no en dialéctica, en sabiduría. Además, mi cerebro, tan distinto del suyo, no podía entenderse con el logaritmo que debía llevar aquel hombre bajo el cráneo. Enmudecí.

Transcurrido un momento, le dije:

—Bien, ¿qué hacemos? Yo me iría en busca de unas mozas. Le juro que no haría remilgos. Tal es mi apetito,

señor casto. Pero, la verdad, no me atrevo siquiera a preguntarle...

—Y hace usted bien. La hembra, sobre ser libre, es ahora menos que lasciva, casi sexual.

—Y, sobre todo—exclamé yo convencido—, ¿qué ofrecerle? ¿Dinero? ¡No lo hay! ¿Un piso? ¡Ya lo tienen! ¿Una peluca? ¡No la gastan!

Encogí mis hombros, y acabé, lleno de cansancio, de atonía, de irresolución:

—¡Vaya, echaremos un sueñecito, y mañana será otro día!

El hombre, deferente, me acompañó hasta casa. Fuimos callados, sin comprendernos, en los bordes antagónicos de un abismo. Nos encaramamos hasta el piso décimotercero. Como no había puertas, cada uno entróse de rondón en su casa. Cuando me vi solo entre aquella cristalería, junto al lecho aquel, estuve a punto de llorar.

Sin embargo, como nadie me hubiera compadecido en Europa, en la Tierra, en el Universo, preferí callarme. Luego, arrastrado por una curiosidad suicida, me acerqué al balcón. Hilos metálicos, plataformas de acero, aeroplanos, máquinas, cristal, relojería, ciencia, mecánica por doquiera. Ni una iglesia, ni una academia, ni un coliseo, ni nada que hablase de fe, de poesía, de idealidad. Hierro, hierro por todas partes. Un aparato volador que pasó cerca de mí, y que producía un ruido monótono y seco me dió pavor, me llenó, sin saber por qué, de angustia. Miré a la humanidad. Estaba seca, disecada.

Era sólo un nervio, un nervio terrible y vidente para el que se habían acabado los dioses, los mitos, los encantos, lo alegre, lo poético, lo sentimental. Sin ropaje áureo, sin leyendas, sin sueños, la humanidad vivía como un enorme demente a quien le hubiera dado la manía de investigar, de saber.

El hombre no era sino una ridícula miniatura embebecida, retraída en una ciencia sin finalidad, un pobre árbol desnudo, sin las hojas ni las flores del sueño y del encanto, puntiagudo, seco, árido, señalando con sus ramas desesperadas la nimiedad mentecata del caos...

«Si al fin—pensé—todo esto hiciera felices a los hombres...»

Estuvo el interrogante devorando mi pensamiento durante largo rato. Al fin, exclamé, decidido:

—¡Bah! Es posible. Acaso los engañados hayamos sido nosotros, los poetas. Es posible que estos hombres, en un mañana glorioso, se apoderen de la Naturaleza, la esclavicen, lleguen a ser como dioses, consigan la dicha perfecta y la inmortalidad.

¡La inmortalidad! Es decir, la impresión de nuestra más trágica desdicha, el paradero aciago de todos nuestros mezquinos ideales, ese momento bárbaro, que atosigará toda nuestra existencia, y que siempre, implacable en el tálamo, en el festín, en la hora sigilosa del estudio y en la jocunda hora del placer, nos asaltaba con su recuerdo vil.

Esta sospecha me hizo no arrojarme por el balcón. Me acosté. Al despertar, el 1.111.111 estaba junto a mí.

—Duerme usted como un antropófago del siglo veinte. Vamos, álcese usted. Le preparo una sorpresa inaudita. El marciano acaba de llegar. Concede audiencia en el casino. ¡Ea, venga usted...! ¡Ea, corra usted!

V

Por el camino me fué contando la historia de Marte y de los marcianos.

—Hace ya muchos siglos, esos privilegiados seres habían alcanzado una civilización superior a la nuestra, infinitamente superior. Ignoro la razón de progreso tan repentino. Quizá las sustancias que forman ese planeta, quizá su modo de combinarse, quizá... En fin, es un hecho que nos han llevado una ventaja de siglos en el transcurso de la civilización. La fecha en que intentaron hacerse amigos nuestros es remotísima. Encendieron enormes hogueras, produjeron tremendas detonaciones. A veces nos enviaron un bólido... Nada. Eramos tan brutos, que

dimos en callarnos. A lo sumo, algún avispado se atrevía a sospechar si aquello no serían unas señales... Por fin, hace cosa de medio siglo, la Tierra comenzó a percatarse y a querer entablar comunicación. Encendimos también hogueras, hicimos también señales terribles, que costaron grandes esfuerzos y muchas vidas. Un aviador, mártir de la ciencia, subió hasta los límites de la atmósfera con una fabriquita de oxígeno, y desde allí disparó un instrumento al que llamaré pistola para que se forme usted una idea... Bueno, para ahorrar explicaciones que usted no lograría entender, hace tiempo que nos comunicamos, que sentimos este gran parentesco solar. ¡Ah, pero vernos, vernos! Ha sido un anhelo formidable de terrestres y marcianos, que hoy, por fin, día venturoso y triunfal, vese cumplido.

El 1.111.111 hablaba con una vehemencia que no sospechara en su frialdad. Parecía estar hondamente preocupado con aquel poblador de Marte que nos había deparado la Providencia.

Yo también, ¡qué diablo!, tenía gana de verle las narices al señor aquel.

—¡Y diga usted, protector!—interrogue curioso—. ¿Cómo son esos hombres?, ¿tienen nuestra configuración?, ¿qué grado de civilización alcanzan?, ¿cómo son, en suma?

—Más pequeños que nosotros, pero no absolutamente diversos. Poseen piernas, brazos y cabeza.. Se diferencian en que no tienen más que un ojo, y en otros detalles nimios. De todas maneras, ahora mismo lo vamos a contemplar. Ande usted más de prisa, hombre, podíamos haber cogido un aeroplano.

Arreciamos en la marcha, y llegamos al casino cuando ya estaba atestado por un enorme gentío. No había, sin embargo, alborotos, ni disputas, ni se hacía necesaria la intervención de los guardias para mantener apacible a la cola. Dos horas largas nos costó llegar al salón donde el marciano se exhibía. Cuando lo vi me fué preciso contener un grito de asombro.

Estaba desnudo, apoyado sobre la pared. Era pequeñito como un niño de seis años. Tenía la piel verduzca, y era tan flaco, tan sutil, tan espiritado, que a veces, al mirarlo fijamente, se desvanecía. Su forma recordaba la de una rana enorme. No tenía nariz. La boca era un agujerito redondo por donde casi no pasaría cómodamente una de mis píldoras nutridoras. Los dedos eran largos y flacos, enormes dedos que desarrolló el trabajo, un trabajo astuto, de inquisición.. En medio de su cara horrible, repugnante, como la de un reptil que tuviera mucho talento, fulgía un ojo lleno de sabiduría, de inteligencia, un ojo atroz, que se reía de nosotros, que nos contemplaba como si fuéramos animales inferiores, un ojo aborrecible, aberradamente cerebral.

—Háblele usted—le dije a mi amigo.

El 1.111.111 se acercó lleno de admirable desparpajo, y le hizo una pregunta. El marciano, sin enterarse al parecer, respondió algo que nadie alcanzó a descifrar. Yo, sin embargo, creí descubrir el sentido de aquella voz sobrenatural, siniestra. ¡Qué tono el suyo! No era voz de hombre, ni de animal, ni de algo terrestre. Era una voz como de arpía, demoníaca voz de vejezuela condenada, voz execrable, que hizo estremecer todas mis vértebras.

—Háblele usted por señas, a ver si le comprende...

Así lo hizo el intérprete, sagaz, y con buen resultado. La mímica, al fin natural, al fin ingenua, venció. No hablaban. Sus manos, sus ojos, sus expresiones, algo genial y maravilloso, una corriente eléctrica entre ambos espíritus, cierta proximidad intelectual, hízole sostener mudo y, aunque difícil, elocuente diálogo.

—¿Qué dice?—preguntaba yo de vez en vez.

—Dice que ha hecho el viaje en aeroplano hasta el confín de la atmósfera. Después, provisto de un gran jugo vital, ha seguido la ruta de la luz y ha seguido empujado por ella. Luego nuestra ley de gravedad le ha hecho caer. Para evitar una celeridad excesiva, le untó a su piel una costra

de cierto metal, gran estimulante de fuerza centrífuga.

El interés crecía en mi alma ante prodigio tanto.

—¿Qué dice? ¿Qué dice?

—Dice que en Marte la civilización ha llegado al máximo. Dice que no hay secretos para sus moradores. Dice que sólo les falta conquistar el Universo, porque ya tienen conquistado el planeta.

Seguían hablando. Yo lo miraba todo en una sensación inenarrable que nadie imaginara, que sería necesario experimentar para sospecharla siquiera.

—¿Qué dice? ¿Qué dice?

—Dice que todos son ricos, poderosos, que apenas les hace falta luchar para vivir, todo lo han reducido a simples operaciones mecánicas, que no tienen dolencia...

—¿Qué dice? ¿Qué dice?

—Dice que suprimieron los sexos. No hay más que uno, el neutro, como entre las abejas. Dice que se obtienen los hijos en el laboratorio cuando han menester.

—¿Qué dice? ¿Qué dice?

—Dice que han logrado procedimientos químicos maravillosos, que han inventado aparatos físicos sorprendentes, que su extracivilización es total, y que al descubrir la Tierra han dado el último paso, el definitivo, en el camino de la perfección.

—¿Qué dice? ¿Qué dice?

—Dice que son capaces de llegar al Sol, de pararlo, de hacerlo emprender un nuevo movimiento, de cambiar la postura de los astros, de viajar por los ámbitos sin fin.

—¿Qué dice? ¿Qué dice?

—Dice que son inmortales. Dice que han descubierto la célula vital, que fabrican vida, que no mueren nunca.

Estuve callado un momento, absorto, sobrecogido por aquella revelación gigantesca. El marciano, verde, sutil, con un ojo lleno de inteligencia y de sabiduría, me parecía un dios tangible, un dios visible, un dios imitable, alcanzable. Estuve a punto de caer a sus plantas y llorar de júbilo, de placer, de suprema esperanza. Estuve a punto de rezar bajo su excelsitud. Estuve a punto de llegar hasta sus pies y besarlos diciendo: «Padre mío, que te libraste de la miseria, del sufrimiento y de la muerte, acógeme. Padre mío, sonríeme. Padre mío, bendíceme.»

Y lo miraba en éxtasis, supremo, radiante, magnífico y revelador. Su fealdad me pareció belleza divina; su voz, canto risueño de esperanza; su verduzca y triste desnudez, manto de púrpura cesáreo. Y quise acogerme a su pecho, bajo su tutela, y beber en su efluvio sobrenatural el bálsamo inefable de la dicha eterna, del reposo infinito.

Pero me contuvo una pregunta bárbara, gélida:

—Pregúntele usted si son felices.

Hablaron. Se oía mi pulsación. Creí volverme loco esperando la solución de aquel enigma.

—¿Qué dice? ¿Qué dice?

Estuvo un rato el 1.111.111 sin responderme. Yo comprendí la verdad en sus ojos.

Al fin, dejando caer los brazos exánimes y rompiendo a llorar, cayó sobre mi pecho como en una demolición repentina de todo su ideal, de toda su vida aniquilada.

—¡No, hermano, no! Dice que no... Dice que sus semejantes padecen la horrible dolencia del hastío. Dice que habiéndolo descubierto y gozado ya todo les pesa la inmortalidad como una carga estúpida. Dice que se suicidan a millares con un gesto impávido. Dice que su tristeza, una tristeza honda, absoluta, insospechada por nosotros, la tristeza de verlo todo y verlo vacío, estéril, sin principio y sin fin, les anonada. Dice que son los seres más tristes, más sombríos del pobre universo cansado, que su melancolía, desconocida por nosotros, una melancolía absoluta, melancolía suprema de semidioses que se saben mezquinos, les pesa como un infortunio brutal. .

Lloré. Y mientras lloraba yo, aquel pobre ser verduzco reía con su gran ojo inteligente de una manera sarcástica, implacable, como podría comentar

un gran filósofo pesimista los pobres afanes de un reptil.

.....

Sin oír más, bajé hasta la calle. Pasó un transeúnte.

—¿Dónde se halla el Museo Prehistórico?

—Por ahí...

Llegué. El conserje dormitaba. Pude llegar sin ser visto hasta mi vitrina. Allí, cándidas, inocentes, dormían las momias, mis hermanas buenas. Al verlas híceles un saludo afable, cordial, en el que puse toda la inmensa ternura de mi alma. Después, a hurtadillas, alcé la tapa y ocupé mi sitio.

Antes, en un papel que puse con todo cuidado sobre la vitrina, escribí:

«Que no se nos despierte. Queremos dormir. Tenemos derecho a dormir, a ignorarlo todo. Exigimos ser durante la eternidad poetas...»

FIN DE
«LA RISA DEL FAUNO»
Y
«LA VERDAD EN LA ILUSIÓN»
DE
LUIS ANTÓN DEL OLMET

JOAQUIN BELDA

(1880 - ¿1937?)

JOAQUIN BELDA

NOVELISTA *y articulista. Nació en Madrid. Su popularidad fué extraordinaria entre 1916 y 1926, y también su fecundidad. Ha dejado escritas más de treinta novelas largas y unas sesenta novelas breves, pasando sus artículos de los dos mil. De inagotable vena cómica y de indiscutible y muy española malicia. De prosa correcta y fácil.*

Novelas: La suegra de Tarquino—1909—; ¿Quién disparó?—*1909*—; Memorias de un suicida—*1910*—; Saldo de almas—*1910*—; La Farándula—*1910*—; La piara—*1911*—; Alcibiades Club—*1912*—; El pícaro oficio—*1913*—; La Coquito—*1915*—; Aquellos polvos...—*1916*—; Las noches del Botánico—*1917*—; Las chicas de Terpsícore—*1917*—; La diosa Razón—*1918*—; El Compadrito—*1920*—; Carmina y su novio—*1921*—.

SILVINO CORDERO, VOTA

EL colegio electoral estaba establecido en un quinto piso con honores de séptimo, de una calleja que, por su proximidad a un mercado, olía a merluza de un modo indecoroso.

Cuando llegó a él el señor Bermúdez, el jueves anterior a la elección, no había nadie en el local.

Miró el reloj: eran las ocho y veinte. ¡Caray! No eran muy madrugadores sus compañeros de mesa; la citación decía a las ocho en punto, y él, con veinte minutos de retraso, era el primero en llegar.

Para matar el frío, que en aquella habitación destartalada era aún mayor que en la calle, empezó a dar largos paseos de pared a pared. Los bancos de los alumnos habían sido agrupados al fondo de la estancia para dejar ésta libre en el día de hoy; en los muros veíanse esos extensos mapas de escuela en los que el mundo y sus partes parecen manchas de aceite caídas sobre un mantel no muy limpio, y sobre el pupitre del maestro se veían ahora unos papelotes, unos tinteros y unas plumas, todo de procedencia municipal.

El señor Bermúdez, mientras caminaba dando grandes zapatazos en el suelo para entrar en calor, miraba la nube de tejados madrileños que se divisaba desde los tres balcones del local. En aquella mañanita de febrero el cielo tenía un sospechoso color de panza de burro, que hacía más cruel la frialdad del ambiente. La escuela a aquella altura y a tales horas parecía una cámara frigorífica para la

conservación de reses muertas. Bermúdez, tiritando ya, pensaba que si se le ocurre venir a la hora en punto, cuando hubiesen llegado sus compañeros de mesa se encuentran allí un cadáver congelado.

El ruido de sus pasos llamó sin duda la atención de alguien que estaba en el interior de la casa, porque, poco a poco, sin grandes prisas, oyóse la marcha de alguien que se acercaba por el pasillo hasta aparecer en el marco de la puerta.

Era un distinguido, gallardo y robusto guardia municipal, que tenía toda la prestancia elegante que suelen tener los del gremio.

—Buenos días, señor—saludó muy fino—. Es usted el primero que llega.

Bermúdez, desde cierta ocasión en que a la salida de un mitín bolchevi-quista tuvo que atravesar todo Madrid entre dos guardias de orden público, siempre que veía delante de sí a un representante de la autoridad, fuese urbano o de los otros, creía que venía a detenerle.

No podía disimular por ello cierta emoción, que también ahora le embargó momentáneamente. Pero había tal beatitud en el rostro del guardia, fué tan fina la sonrisa con que le dió los buenos días, que la emoción disipóse al punto.

—¿Es usted alguno de los señores adjuntos?

Bermúdez, adoptando un aire de consonancia con lo que iba a decir, replicó:

—¡Soy el presidente!

El guardia, por instinto, como si le hubieran tirado de un hilo, se cuadró ante Bermúdez y le dijo:

—Por muchos años.

—No; por dos nada más. Creo que así lo dice la ley Electoral.

*

A las nueve menos veinte llegó el suplente del adjunto primero, y tres minutos más tarde el adjunto segundo; aquél era un maestro de obras que tenía medio bigote de cada color, y el otro era un afinador de pianos, tan delgado que parecía un fideo de perfil.

El guardia, actuando de introductor de embajadores, puso en relación a unos con otros, y, como Bermúdez, en un momento de sinceridad, le confesara que él no tenía ni la más remota idea de lo que era una elección ni mucho menos una mesa electoral, el digno representante del Municipio se encargó de instruirle.

—Lo primero que debe usted hacer es constituir la mesa.

—¿Usted cree?

—¡Claro! Van a dar las nueve y, puesto que tiene usted aquí a uno de los adjuntos y al suplente del otro...

Pero este último, el maestro de obras, alzó su protesta airada:

—¡Eh! ¡Eh! ¿Qué es eso? Que yo no soy más que el suplente, y mientras no venga la certificación del propietario diciendo que está enfermo, lo que es yo no me constituyo.

Se armó una discusión de orden legal entre el guardia y el maestro de obras.

—La mesa no puede estar más tiempo en el aire.

—El que está en el aire es usted, guardia.

—¡Si querrá usted saber más que yo, que llevo quince elecciones dentro del cuerpo!

—Pues púrguese, amigo.

—¡Chuflas, no!

—A mí no me avasalla nadie.

—Ni a mí *me se* discute lo que es verídico.

Aquello parecía una reunión de la Comisión de Códigos en días en que se discute algún grave problema jurídico. Por fin, la llegada del primer interventor, que venía a entregar a la mesa su credencial, puso un fin honroso al debate; la mesa se constituyó con los tres presentes, y los principios quedaron a salvo. Para lograrlo, tuvo que amenazar el guinda con llevar al otro a la Tenencia de Alcaldía.

El interventor—un sujeto alto, fornido, con grandes bigotazos y con tipo de ex cobrador del tranvía—, que debía de ser también perro viejo en es-

tos menesteres del sufragio, presentó su credencial con mucha soltura, que contrastaba violentamente con el azoramiento de los tres tíos de la mesa.

El mismo tuvo que decirles lo que tenían que hacer para admitirle el poder, indicándoles las formalidades que habían de llenar y las rúbricas que tenían que echar.

Era como un quinto enseñando estrategia a sus oficiales.

Periódicamente entraba en el colegio un interventor, daba los buenos días, se acercaba a la mesa y entregaba un papel. Eran todos hombres muy parecidos, casi cortados por el mismo patrón, aunque con un poco de fantasía en el corte.

Tan sólo el interventor del candidato republicano se singularizaba un poco de los demás. Tenía ese aire altivo del mártir de la idea a quien una estúpida organización de la sociedad se niega a reconocer todo su mérito. Además, debía de haber declarado el boycot al gremio de peluqueros, porque llevaba una impúdica barba de seis días.

★

En la lista de candidatos proclamados por la Junta del Censo no figuraban más que noventa y seis.

Con decir que las actas de diputados a Cortes que habían de surgir de la elección eran ocho, está hecha la cuenta de los candidatos que corrían derechos a un naufragio.

Para la mayoría de los noventa y seis eso del naufragio, por ser cosa descontada, se convertía en un baño de placer. Nunca habían pensado seriamente ser diputados, y lo de la proclamación era una martingala inocente, sin más objeto que el de poder nombrar representantes y apoderados para armar barullo el día de la elección.

En rigor, los que luchaban eran doce, y de ellos había tres que tenían el acta segura: dos monárquicos y un republicano. El conde de Rostrogordo, viejo patricio que tenía bien probado su amor al régimen, tenía también una gran influencia ideológica sobre el gremio de taberneros de Madrid, y gracias a ella sus votos serían los primeros y los más sanos que saldrían de las urnas. El otro monárquico era el banquero Ruiz Centeno, que llevaba quince años comprando una de las actas de la capital de la nación, la cual—aparte el dinero que en la elección se gastaba—le debía en todos esos años de diputación dos favores inmensos: el alumbrado intensísimo de la calle del Gato y la erección de uno de los evacuatorios de la Puerta del Sol.

En cuanto al candidato republicano de acta segura, era un viejecito romántico, compañero de colegio de Ruiz Zorrilla, de tan incorruptibles convicciones demagógicas que cobraba de los fondos secretos de Gobernación y se metía en la cama con fiebre cada vez que las turbas se echaban a la calle para dar gritos incongruentes.

De modo que, en realidad, quedaban nueve señores para disputarse a bocados los cinco puestos vacantes.

Cuando el señor Bermúdez, metido en la cama de su habitación de soltero, repasaba la lista de los noventa y seis, mientras estrujaba con la mano izquierda un ejemplar de la ley electoral que se proponía aprenderse de memoria, no podía dejar de hacerse muy filosóficas consideraciones.

La principal de ellas era que si el día de la elección cada uno de aquellos noventa y seis ciudadanos conscientes se creyera en el deber de sobornarlo a él como presidente de la mesa, aunque no fuera más que con un durito, él se traería a su casa la bonita suma de cuatrocientas ochenta pesetas la noche del próximo domingo.

Porque, desde el primer momento, al recibir el inesperado nombramiento de presidente de la Mesa electoral, Bermúdez se había propuesto sacarle el jugo a aquello en la forma más democrática posible.

¡El sufragio! Desde que le operaron de un quiste sebáceo en... cierta parte incógnita de su organismo, Bermúdez se había vuelto de un escepticismo completamente volteriano. No creía en

nada, si se exceptúan los parches porosos y las tortas de las Ventas.

¡El sufragio! Como todos los inventos humanos, este del voto del pueblo tenía dos cosas: la de la teoría y la de la práctica.

En la teoría la cosa resultaba sencillamente una preciosidad. El Poder emanando directamente de las entrañas mismas del pueblo; el ciudadano conciso depositando su voto en el interior de una urna, que es de cristal por aquello del símbolo, como transparente y cristalinas eran las conciencias de los individuos de la mesa; y luego, hecho el escrutinio y proclamados los vencedores, unos ciudadanos no menos probos y dignos que iban a sentarse en los escaños legislativos, como representantes de la voluntad común, para elaborar a brazo el bien general...

Bueno, todo esto era la teoría. La práctica resultaba otra cosa. Las elecciones no eran más que un pretexto para diversas juergas; una bonita ocasión para que los taberneros dieran salida a unos cuantos pellejos de tintura antiespasmódica que tenían reservados en el fondo de sus cuevas; un motivo para la resurrección de varios muertos, anticipándose a la cita de Josafat, y un aumento de la libre fabricación de embuchados, que es cosa que siempre alimenta.

Y Bermúdez, entre la teoría y la práctica, se quedaba con esta última.

Sólo dos días faltaban para el de la elección, y ya se llevaba leída lo menos treinta veces la simpática ley electoral. No era un caso de afición ni de amor excesivo a la cultura, era, sencillamente, que tenía necesidad de aprender bien lo que el próximo domingo tendría que hacer, ya que sobre él, como presidente de mesa, recaería todo el peso y toda la responsabilidad de la elección.

Y lo peor era que no llevaba camino de aprenderlo. Cuanto más repasaba aquellos artículos, que parecían redactados por un hábil constructor de jeroglíficos, más lío se armaba dentro de la cabeza. Era mucha documentación, eran muchas firmas las que tendría que echar... Intentó una vez contarlas y hubo de desistir, porque el señor Bermúdez no sabía operar por logaritmos.

Y el domingo en la mañana, cuando en punto de las seis se arrojó del lecho—pues tenía que estar en el colegio electoral a las siete—, el buen presidente estaba en absoluto ignorante de lo que tenía que hacer aquel día.

Y a falta de ciencia, decidió confiarlo a la inspiración, que ha sido siempre, desde que el mundo es mundo, la guía y maestra de todas las artes. Al fin y al cabo esto de las elecciones, como el asesinato según el otro, no era más que una de las Bellas Artes.

★

Eran las siete menos diez cuando Bermúdez entró en el portal de la casa. Sintió un gran alivio al encontrarse bajo techado, pues en la calle estaba helando de una manera decidida.

Con gran sorpresa encontróse el local del colegio lleno de gente; como era tempranísimo, había creído ser el primero en llegar, y al entrar ya le dieron los buenos días casi todos los interventores, el guardia del jueves anterior y un compañero más que se le había agregado, sin duda para reforzar la representación municipal. Y es que el bueno de Bermúdez, como novicio que era en estas lides, no sabía que los interventores no se acuestan nunca la noche anterior a la elección.

—Buenos días, señor presidente—díjole el guardia conocido.

Bermúdez estuvo a punto de desvanecerse de orgullo al oírse llamar así, él, a quien de ordinario la portera de su casa solía llamar *el tío pelma ese del cuarto derecha*. Se engulló de un modo mecánico y recubrióse de un aire autoritario que ya no le abandonó en todo el día, ni aun a la hora familiar de la comida.

Desde primera hora empezó el lío: sobre la mesa, y como si quisiera ser-

vir de escolta a la urna de cristal panzuda y ecuánime, había una nube de papelotes, de sobres de todos los tamaños con la dirección impresa, de listas de electores y de votantes, estas últimas en blanco para que los adjuntos fueran llenándolas pacientemente.

Constituída la mesa bajo la inspiración del guardia y de uno de los interventores monárquicos al que, según él mismo decía, le habían salido canas en los colegios electorales, comenzó la votación.

El primer votante fué un señor alto, ridículamente delgado, con tipo de militar retirado y cara de bilis. Se acercó a la mesa con la papeleta del voto tan doblada que parecía que iba a hacer con ella una diminuta pajarita.

—El nombre..., ¿me hace el favor? —le preguntó el maestro de obras, que hacía de uno de los adjuntos.

El elector se le quedó mirando como si realmente le hubiera preguntado una impertinencia, y, después de pensarlo un rato, contestó:

—Andrés Marugán y Mencheta.

Hubo una pausa. Los interventores y adjuntos consultaban las listas, y al fin el afinador de pianos dijo con voz algo desafinada por cierto:

—Está.

Bermúdez tomó la diminuta papeleta de la mano del ciudadano Marugán, y ya iba a depositarla en la urna pronunciando la frase sacramental «Andrés Marugán, vota», cuando uno de los interventores republicanos le cortó la acción.

—Un momento... ¿Usted—demandó al elector—dónde vive?

A Marugán empezaron a revolvérsele las pulgas, que no debía tener de muy buen humor.

—Vivo en Pardiñas.

—Bueno, pero ¿en qué calle? Porque eso de Pardiñas es muy amplio.

—Jorge Juan, sesenta y dos.

—Exacto, así consta aquí—dijo uno de los interventores monárquicos.

—Bueno, pero — insistió el otro —, ¿usted no ha vivido hasta hace muy poco en el veintiuno de la calle de Castelló?

Don Andrés, al oir esto, se puso pálido, como se pondría un ratón al que el cierre de la ratonera hubiera cogido por el rabo. Su entereza vaciló un poco, pero comprendiendo que estaba perdido si no se rehacía, dió un respingo, y, encarándose con el preguntón importuno, le dijo, echando lava por los ojos:

—Yo, no, señor. ¿Y usted?

Pero el republicano no se inmutó.

—Yo, sí, señor: he vivido y vivo allí todavía. Por eso precisamente lo digo, porque juraría que casi a diario, y no más lejos que ayer mismo, me he encontrado con usted en la escalera de la casa. Se mete usted en el segundo centro, letra X, ¿no es eso?

¡Estaba cogido! ¡Irremisiblemente cogido! «Para esto sirven las elecciones—pensaba Marugán—, para poner en evidencia a las personas honradas.»

—Usted sueña—replicó despectivo.

El callejón hubiera sido de los sin salida a no ser porque otro de los interventores republicanos gritó a su colega desde el banco de enfrente:

—Que sí, hombre... Que el señor vive en Jorge Juan y le conozco yo.

Y al decir esto, por la espalda del elector hizo a su colega un guiño que quería decir: «Déjalo que vote y se vaya, y yo explicaré eso de la calle de Castelló.»

Y Andrés Marugán votó. Su papel blanco, al caer al fondo del recipiente de cristal, fué el que rompió la virginidad de la urna en el día electoral de hoy: virginidad que, antes de la noche, había de trocarse en la más repugnante de las prostituciones.

Apenas hubo salido del local el elector, el interventor que con indiscutible oportunidad había puesto fin al incidente, se apresuró a contar a la mesa el chascarrillo.

—Pues ¡anda!, que en buen apuro han puesto ustedes al buen señor. En la calle de Castelló quien vive es su... amiga, a la que visita a diario.

—Si ya lo sé—dijo el promotor de la cosa—. ¿Qué me vas a contar a

mí?... Lo he hecho a propósito para darle un mal rato. Estos viejos falderos siempre me han dado tres *patás* en la boca del estómago.

—¡Vamos! Que ya llegarás tú a su edad y te seguirás echando al redondel de cuando en cuando.

—Se hará lo que se pueda.

—¡So guaja!

—¡Crapuloso!

En el colegio, presidido por la solemnidad de la urna donde había de encerrarse la voluntad del pueblo, empezó a flotar un ambiente de sobremesa de taberna, que hubiera hecho reír bonachonamente a Pantagruel. En aquellos hombres, celosos guardadores de los derechos de sus candidatos, prevalecía el ciudadano cachondo y retozón por encima del ciudadano consciente afiliado a un partido político.

A Bermúdez le agradaba sobre manera el tono que había tomado la conversación.

Pero duró poco. Hubo que suspender el diálogo, porque en el colegio entraba a votar un cura.

★

Bermúdez había tenido un amigo que era la flor de los amigos. Se llamaba Silvino Cordero, y para él la palabra amistad no era un concepto vano, como para la mayoría de los mortales, sino un vocablo con enjundia propia que abría la esperanza a un horizonte de sacrificios.

La amistad entre Cordero y Bermúdez había nacido como nacen siempre los grandes afectos: al calor de un accidente fortuito. Un día, volviendo Bermúdez a su casa a altas horas de la noche—vivía, como los buenos, en el Cerrillo del Rastro—, al doblar una esquina de la calle de las Velas, tropezó con un transeúnte alocado que doblaba al mismo tiempo que él. El tropezón fué de los que no dejan lugar a dudas, de los que lesionan.

Las narices de los dos viandantes sufrieron un vaivén en su raíz.

—¡Ainmal!—dijo Bermúdez como si diera un grito de dolor.

—¡Bestia!—contestó muy agrio el otro.

—¿Es que no mira usted por dónde va?

—¿Y usted? ¿Va pensando en su suegra?

—¡Canalla!

—¡Leproso!

—Cuando se va por la calle y no se va enganchado a un carro, le deben a uno llevar del cabestro.

—Es que yo no sabía que me iba a encontrar con una reata—dijo el otro.

El otro era, sencillamente, Silvino Cordero.

Y así nació la amistad entre los dos, que fué en aquellos años la más tierna del barrio. Porque acaeció que cuando, excitados por la violencia del diálogo, iban los dos a venir a las manos, Silvino estalló en una apoplética carcajada y dijo a Bermudez:

—¿Sabe usted, amigo, que me parece una burrada que dos hombres se maten por un tropezón?

—¡Ah!, pero... ¿es que usted había pensado seriamente en que nos matásemos?

—¡Claro que no!

—Después de todo, la culpa ha sido de los dos, o de ninguno.

—Pongamos del acaso.

—¡Ele!

—Ahora, que como eso no quita que usted y yo tengamos narices como dos moras, creo que lo que procede es que vayamos a alguna parte a lavárnoslas.

—Habla usted como un orador sagrado. Precisamente aquí, a la vuelta, está la taberna de un buen amigo, que posee un valdepeñas con canas, que para eso de lavar narices es un bálsamo.

—¿Quiere usted que tomemos un coche para ir a ella?

—No, porque se iba a cansar el caballo.

—Pues andando.

Permita el lector que le ahorremos la narración. Cogiditos del brazo entraron los dos nuevos amigos en la taberna, y dos horas después salieron de ella también cogidos del brazo,

dando *vivas* a la República y cantando *El relicario*.

Desde aquel día, Bermúdez y Cordero estuvieron varias veces a punto de romperse de nuevo las narices, pero fué por ver quién pagaba al otro la convidada del *tupi* o quién vencía a quién en altruísmo y firmeza de amistad. Si uno de ellos necesitaba el préstamo de unas pesetillas para acabar el mes o empezar la semana, acudía al amigo y nunca quedaba defraudado; si Cordero sufría un fracaso sentimental—aunque empleado en un limpiabotas de la Puerta del Sol, era mucho más pasional que Bécquer—, eran los oídos de Bermúdez los que recibían la confidencia; y si, por el contrario, las hieles del desengaño habían inundado el corazón de Bermúdez, no tenía éste más consuelo que el de las palabras de Cordero, que al buen hombre se le antojaban palabras del Espíritu Santo.

Y así, la vida solitaria de los dos solterones, que era como un páramo moral, florecía en aquellos dos cardos, cuya semilla había arrojado el acaso.

Ello duró no más que cuatro años, al cabo de los cuales un incidente acaecido a Silvino Cordero fué suficiente a cortar en flor aquellas matas silvestres. El incidente fué que Cordero se murió.

Como ya había cumplido los cincuenta, no podía decirse de él que fuera un malogrado. Lo cierto fué que pescó una noche una pulmonía, o, mejor dicho, la pulmonía le pescó a él, y tras unos días en los que Bermúdez no se separó de la cabecera del paciente, éste abrió las alas y subióse al cielo.

Allá nos espere muchos años.

★

La votación seguía con inusitada animación; antes del mediodía ya había votado la tercera parte del censo, caso rarísimo, según afirmaba el maestro de obras que hacía de adjunto, al cual, según recordará el lector, le habían salido canas en esto de las elecciones.

A media mañana se había presentado en el colegio uno de los candidatos monárquicos: era de los de acta segura y venía a dar una vuelta, como el *maitre d'hôtel* que, lleno de confianza en los mozos que han arreglado el comedor, da, sin embargo, un vistazo para ver si está todo bien, antes de que entren en él los comensales.

Distribuyó con gesto noble—en el que se veía que estaba dispuesto a hacer la felicidad del país—unos cigarros entre los dignos individuos de la mesa, y acercándose por encima de la urna al oído de Bermúdez, le dijo, con acento de sirena:

—Ahora vendrá un enviado mío y le entregará a usted un billete de diez duros para que almuerce la mesa. No lo rechace usted, pues un día es un día.

El presidente estuvo a punto de desvanecerse. No dió las gracias porque la emoción se lo impidió, pero cuando el candidato le dió la mano para despedirse, a Bermúdez le pareció que había resucitado su padre y le ofrecía los cinco dedos para estrechárselos.

No se hizo esperar el portador de los diez duros: los traía en plata, sin duda para que abultasen más, y en el gesto protector y abandonado con que los puso en la mano del presidente se veía que no eran aquéllos los primeros que entregaba en el día.

Al momento, como evocado por la presencia del metal, apareció a la puerta del colegio un camarero del café vecino. Y no venía ciertamente a votar; venía a llevarse una parte de aquellas cincuenta pesetas.

Los individuos de la mesa confirieron a su digno presidente el honroso encargo de la formación del *ménu*. No se trataba de eclipsar a Pantagruel; cosa de matar el hambre y de que de los diez duros del simpático candidato—único que hasta ahora se había rascado entre los noventa y seis de la lista—sobrase la mayor cantidad de pesetas posible para repartirla de un modo comunista, entre el presidente y los dos adjuntos.

Las comidas electorales parecen llevar un signo de monotonía ineluctа-

ble; debe de haber alguna relación secreta entre la tortilla a la francesa, la merluza mayonesa, el bistec con patatas y el sufragio universal; pero es lo cierto que no se concibe un almuerzo de presidentes, adjuntos e interventores en que no figuren los famosísimos platos.

Así ocurrió en el día de hoy, y en el colegio presidido por el señor Bermúdez.

—¿Qué opinan ustedes de la tortilla a la francesa?—demandó el presidente a sus compañeros de la derecha y de la izquierda.

—Hombre, yo siempre he sido muy aliadófilo—dijo el maestro de obras, pasándose por los labios la puntita de la lengua.

—Yo—replicó con su voz debilitada por cien ayunos el aficionado—, en eso de la tortilla lo único que pido es que posea la mayor cantidad de huevos posible.

—¿Y el *bisté* con patatas?

—Muy recomendable para llegar con fuerzas al escrutinio.

Sin embargo, el afinador, espíritu nuevo, introdujo una novedad en esta parte del pedido, que casi era una revolución.

—A mí el *bisté* que me lo traigan sin patatas.

El camarero tuvo un gesto de asombro. El maestro de obras aseguraba después muy seriamente que era aquélla la primera vez que al individuo de una mesa electoral le oía pedir sin patatas el bistec que por clasificación le corresponde.

No tardaron mucho en servirles la comida; se diría que en el café, con laudable previsión, tenían formadas sobre el mostrador largas filas de los manjares clásicos para repartirlos a un tiempo por los colegios electorales del barrio.

Bien pronto el local tomó el aspecto de uno de esos restaurantes de estación de ferrocarril en la breve parada de un tren. Se improvisaban manteles con las listas electorales, aparecían mesas cuyo centro era un tintero y cuyos adornos los formaban los mangos de las plumas y los manojos de candidaturas.

En la electoral, la urna, rodeada de fuentes y platos, parecía una gran sopera de la que el señor Bermúdez se dispusiera a ir sacando sopa con ayuda de una de las cucharas.

Se extendió por el local un olor a grasas y a frituras que daba a la función electoral ese carácter de confección culinaria y pastelera que es casi siempre entre nosotros la pureza del sufragio. Y luego, como el legislador, al hacer la ley electoral, no ha tenido en cuenta que los presidentes, adjuntos y demás son hombres que no pueden estar catorce o más horas sin comer, resulta que la votación no puede interrumpirse ni cinco minutos desde las ocho de la mañana a las cuatro de la tarde, y los señores de la mesa tienen que cumplir con su estómago al mismo tiempo que reciben el voto del elector que tiene la mala entraña de presentarse a la hora sagrada de la comida.

Es de ver la cara con que reciben todos al pelmazo que penetra en el colegio con la pretensión de votar en esa media hora larga y dedicada al pienso. Es la hostilidad de la fiera que tiene segura entre las garras su ración de carne y ve acercarse a otra fiera con cara de hambre. Se diría que el sencillo elector se acerca a la mesa, no a emitir un sufragio, sino a llevarse un trozo de bistec o un pedazo de tortilla.

En el día de hoy la escena se repitió varias veces; el más indignado, cada vez que un elector aparecía en el marco de la puerta, era Bermúdez.

—Pero estos tíos, ¿es que creen que nosotros no comemos?

Para preguntar el nombre del elector, si éste no se apresuraba a darlo espontáneamente, empleaba el tono agrio de un juez al dirigirse a un asesino:

—¿Cómo se llama usted?

El votante se echaba a temblar mientras dejaba caer de reojo una mirada amorosa a los manjares de la mesa.

—Fulano de Tal, vota—decía Bermúdez, cada vez más agrio.

Y, con el gesto, completaba la frase: «Vota... y se va a hacer gárgaras», parecía decir.

La concomitancia—¡ay concomitancia!—de la función electoral con la gástrica daba a veces lugar a muy sabrosas confusiones. Por ejemplo, ocurría que el digno presidente, consagrado a la sazón al cultivo de las patatas del bistec, tenía que recibir del ciudadano elector la papeleta del voto muy doblada y arrojarla por la abertura de la urna; y como las patatas de los cafés suelen tener un carácter ciclópeo y gigantesco verdaderamente aplomante, ocurría que Bermúdez, con harta prolijidad, constreñido por el barullo del momento, arrojaba una patata a la urna y se llevaba a la boca el voto del elector.

Era una mixtificación más del sufragio, porque, luego, a la hora del escrutinio, al ser extraídas de la urna aquellas porciones del sabroso tubérculo, eran computadas como votos en blanco que el presidente, para no abonarlos en la cuenta de ningún candidato, se veía obligado a comerse ante todo el concurso de interventores.

★

Era la hora sagrada del café.

A la urna hacían ahora escolta unos vasos de grueso cristal en los que se balanceaba un líquido color ladrillo. Por un convencionalismo de los que tanto abundan en la vida social, cafeteros y parroquianos se habían puesto de acuerdo para llamar a esto *café*. Es fama que la cicuta de Sócrates resultaba una cosa de mucha mayor pureza.

Era el momento en que el cuerpo electoral, aprovechando las dos horas escasas que faltaban para el término de la votación, hacía acto de presencia, personándose por grupos, por masas compactas, como la comparsería de un teatro.

Ante la mesa formaban cola los votantes..., una cola que, provisto cada uno de sus individuos del papelito en la mano, parecía una de esas que se forman a la puerta de ciertas habitaciones ocultas de los hoteles los días en que al cocinero se le ha ido la mano en la salsa de tomate.

Era, por ello, la hora de los embuchados, de los votos falsos; la hora embrujada y espectral de las resurrecciones... Sabido es que la frase del poeta «los muertos vuelven», no resulta verdad más que los días de elecciones.

A Bermúdez se le cansaba ya el brazo de tanto coger votos y zambullirlos en la urna; los adjuntos habían llegado al momento del barullo, escribiendo a medias en las listas el apellido del votante, y saltándose bonitamente a la torera nombres enteros; los interventores renunciaban forzosamente a toda intervención, porque se pueden intervenir los espectadores de un teatro, las pesetas que ingresan en un banco, pero no se ha inventado todavía el medio práctico de intervenir las gotas de agua que componen la masa de una catarata.

En la fila que, cruzando bajo el arco de la puerta del colegio, se expandía por la escalera de la casa, le iba a llegar el momento de acercarse a la urna a un sujeto extraño: era un tipo bajito, y tan delgado, que parecía la hebra de hilo de un carrete a la que hubieran sometido a un régimen lácteo.

En su rostro, en sus ademanes, en toda su figura, había un no se sabía qué de extraño e inquietante, ese no se qué con el cual los novelistas catastróficos gustan de embadurnar el rostro de sus personajes misteriosos y que, generalmente, no es debido más que al abuso de las bebidas alcohólicas.

¿Por qué el señor Bermúdez, a pesar de estar tan atareado con los incidentes de aquella votación al galope, se quedó fijo, mirando como extasiado al sujeto en cuestión, desde que, en el lento desfilar de la cola, llegó al centro de la habitación? Con su rostro ceniciento de terracota, le atraía como atraen los abismos y los puestos de castañas.

El señor Bermúdez no había leído a Edgard Poe, pero se sabía de memoria *El conde de Montecristo*, y *chamullaba* algo de eso de los misterios de ultratumba. Era un escéptico... en teoría, pero ante una realidad terrorífica sus carnes temblaban como las de la última sirviente alucinada.

Y la realidad la tenía allí a dos pasos, acercándose a la mesa y a la urna, lenta pero implacablemente.

Llegaba ya... El presidente notó un leve olorcillo a cadaverina, un perfume vago muy cementerio del Este. Y cuando, para coger la candidatura que el otro le alargaba, hubo de rozar suavemente con los suyos la punta de los dedos, sintió ese frío especial de las tumbas de que hablan los poetas y que es tan parecido al de los teatros vacíos.

—¿Cómo se llama usted?

Y el elector, con una voz que parecía salirle de las rodillas, dijo muy grave:

—Silvino Cordero.

Bermúdez estaba seguro de no haber oído bien.

—¿Cómo ha dicho usted?

La voz se hizo más grave.

—¡Silvino Cordero!

Ocurrió algo enorme. Fué una situación que, si la coge Shakespeare, hace con ella un sainete. Bermúdez cerró los ojos, y, en pie como estaba, inició una salida de *foxtrot*, osciló a derechas, y cayó sobre el sillón presidencial... *come corpo morto cade*.

—¡Dantesco!

Hubo su miaja de revuelo. El maestro de obras, al notar aquel derribo, acudió a poner remedio con todas sus fuerzas. El afinador, mientras limpiaba de sudor los parietales del presidente, se creyó en el caso de formular un diagnóstico.

—¡Ya lo dije yo! Ha sido mucho *bisté* y, sobre todo, muchas patatas.

Acudieron los guardias municipales de servicio en el colegio, con la misma prontitud que si hubiera estallado una bronca... en los antípodas. Hasta los miembros de la cola de votantes que, aunque figuraban en el censo eran hombres, se apresuraron a rodear la mesa, como rodean los cortesanos el lecho de un rey que agoniza.

Felizmente el amago de tragedia tuvo un desenlace plácido: Bermúdez abrió primero un ojo, luego el otro, después la boca y, cuando ya no le quedaba nada que abrir, incorporóse en el asiento mientras decía:

—Nada, señores; esto no es nada.

Su primera mirada fué para el elector que con su nombre le había hecho desvanecer. Estaba allí, inmóvil, implacable, extendiendo la mano armada del papelucho del voto, con un gesto estatuario que parecía querer decir: «He de votar aunque sea por encima de tu cadáver.»

El presidente se repuso en seguida.

—Señores, perdón por la interrupción. La votación continúa.

Se encaró con el espectro.

—¿Ha dicho usted que se llama?

—Silvino Cordero... ¡Y van tres veces!

—¡¡Mentira!!

Esta voz sí que parecía venir de ultratumba; sin embargo, acababa de salir de un modo directo de la garganta del interventor federal que era además vocal del comité del partido en el distrito.

Bermúdez notó un alivio instantáneo. ¡Claro que era mentira! ¡Buenos estarían a estas horas los huesos de Cordero, su amigo del alma, para venir a votar!

Pero el elector se revolvió como una fiera.

—¿Quién ha dicho «¡Mentira!»?

—Servidor y consocio. ¿Qué pasa?

—Pues pasa que al hijo de mi madre no le deja por embustero ni el señor nuncio de Su Santidad. ¡Vamos! ¡Sería un arco de triunfo!

Se entabló una polémica entre los dos.

—¿Dónde vive usted?

—Velas, dos.

Bermúdez volvió a temblar. ¡Exacto! Allí había vivido y muerto el pobre Silvino.

—¡Vamos, hombre! Pero si el portero de esa casa es mi cuñado y no

le ha visto a usted en su vida ni en postales.

—Tendrá cataratas.

—Pues que se las batan—dijo una voz anónima.

—¿Y no será mejor que en vez de batírselas se las frían?—exclamó otra *vox populi*.

Mientras votante e interventor alimentaban el anterior diálogo, el maestro de obras dijo por lo bajo a su querido presidente:

—¡Y pensar que al entierro de este hombre he asistido yo no hace más que unos meses!

—¡Cómo! ¿Conoció usted al pobre Silvino Cordero?

—¿Cómo que si le conocí? Como si le hubiera llevado de la mano a la escuela.

Quedóse mirando al elector apócrifo, y añadió:

—La verdad es que, si es éste, se ha quedado muy delgado.

—¡Digo! En los propios huesos.

—Esquelético, querrá usted decir.

—Y es que debajo de tierra se desmedra uno mucho.

Pero era preciso poner fin al debate. Los interventores monárquicos se habían puesto de parte del resucitado, y afirmaban muy seriamente que él... era él. Uno de ellos, jugándose el voto a una carta, llegó a decir:

—¡Vaya si es éste Silvino Cordero, y vaya si vive en Velas, dos! Como que, no más lejos que antes de anoche le he acompañado yo a su casa.

—Iría a robar las bombillas.

—¡So feo!

—¡Atún!

Claro que el incidente no podía prolongarse. Aguardaba la fila de votantes y además el tiempo se echaba encima.

El presidente, al verse apoyado por la mayoría de los interventores, decidió imponer su autoridad. Además le parecía que era aquel el último favor que su amigo Cordero le pedía desde el otro mundo: que dejase votar a aquel hombre que con tanto estoicismo le suplantaba.

Bermúdez empezó a dar chillidos.

—Señores... Orden... Aquí no grita nadie más que yo... A ver, o se callan o...

Alargó la mano al votante, y tomando de ella el papelito del voto, se dispuso a zambullirlo en el seno de la urna, mientras gritaba:

—Silvino Cordero, vota.

¡Y votó!

Al salir el elector quedóse mirando al interventor federal, y le dijo:

—¡Se ha *colao* usted, amigo!... Y es que, a pesar de sus años, aún no se ha enterado usted de una cosa, y es la siguiente: en las elecciones se puede votar por el candidato monárquico, se puede votar por el republicano y se puede votar por riñones. Que es lo que yo he hecho, ¡so calandria!

Y salió del colegio.

Mejor diríamos que se esfumó a través de una pared.

★

Entre las operaciones absurdas que la humanidad ejecuta de cuando en cuando, acaso la más pintoresca de todas ellas sea la de un escrutinio electoral.

Se trata de saber el número de votos que ha tenido cada candidato, pero la pureza del sufragio exige que esos votos se vayan extrayendo de la tinaja cristalina uno a uno, en vez de volcarlos todos de un golpe sobre la mesa e ir luego recontándolos.

Esto hace que la faena sea mucho más pesada que la lectura de un drama histórico. El voto hay que sacarlo, desdoblarlo, leerlo y apuntarlo en el casillero de cada candidato... A veces se hace con él otra operación suplementaria: la de escamotearlo bonitamente.

En la elección de hoy tuvieron votos—muchos o pocos—a más de la mayoría de los noventa y seis candidatos de la lista, una serie de sujetos innominados y grotescos.

Esto de los votos imprevistos es de lo más ameno de las elecciones. El que instituyó el voto secreto como cosa de mayor garantía no tuvo en cuenta el peligro que ello encerraba: es como el hombre encerrado entre

las cuatro paredes de un retrete a solas con su conciencia... y con un lápiz. A malsalva puede escribir en las paredes las mayores atrocidades, en la seguridad de que nadie ha de irle a la mano.

El secreto del voto es un incentivo para hacer un alarde de humorismo; y a su amparo surgen los festivos de las elecciones. Hay quien da sus votos a personajes muertos, como Sagasta, *el Espartero* o Napoleón; hay quien vota a su suegra, a Garibaldi, al casero, a Neptuno; los hay que forman las más extrañas candidaturas, uniendo a Maura con Pablo Iglesias y a Rodríguez San Pedro con Belmonte. Pero los más castizos son los que consignan en la hoja electoral una palabrota soez y asquerosa, que el presidente, por no poder leer en voz alta, se tiene que comer.

Y lo chusco, lo que de puro grotesco resulta casi trágico, es que, según la ley Electoral, cada uno de esos votos ha de figurar en las listas de escrutinio con toda seriedad.

Claro es que no figuran. La ley no contó con los ciudadanos guasones.

En la elección de hoy había dos candidatos que, desde que comenzó el escrutinio, andaban en una especie de *handicap* por el último puesto; no había nunca entre ellos más de un par de votos de diferencia, estando casi siempre empatados, como dos caballitos que corriesen afanosos por la pista unidos del morro por un ronzal.

Eran un republicano y un socialista, y lo grave del caso era que, por ocupar los dos el último puesto de los posibles triunfantes, casi desde que comenzó el escrutinio, uno de ellos corría el riesgo de ahogarse por un solo voto de diferencia.

Era curiosa aquella carrera por ver quién alcanzaba a quién, que todos seguían emocionados. Llegaron a formularse apuestas entre los interventores, inclinándose cada uno de parte del candidato afín.

Bermúdez, al sacar uno de los votos, volvió a sentir en la pituitaria aquel mismo tenue olor a cadaverina que antes le diera, al acercarse a la urna el falso Cordero. Fijóse bien en la papeleta antes de desdoblarla y, en efecto, casi hubiera jurado que aquélla era la del misterioso corruptor.

La abrió emocionado. ¿Qué podría haber escrito allí la mano fría de la Muerte?

Pues había escrito todos los nombres de la candidatura monárquica y, además, el del socialista que reñía con el republicano el *handicap* tan divertido.

Se inclinaba la balanza a favor del socialista; en este momento tenía tres votos más que su contrario. Bermúdez, leyendo muy despacio y con cierta solemnidad todos los nombres escritos en el papel de Silvino apócrifo, parecía que estaba leyendo un testamento. Por lo visto, aquel sujeto era partidario de las doctrinas de Carlos Marx y hacía todo lo posible por que el partido tuviera un representante más en el Parlamento.

Aquel voto, tan sagrado como los demás desde el momento en que había entrado por la abertura de la urna, era un granito de arena que venía a sumarse a los cimientos de la sociedad futura.

★

El escrutinio terminaba entre el cansancio de todos los presentes.

Eran las siete de la tarde, y en el local del colegio, caldeado hasta entonces por la respiración y el humo del tabaco de tantas personas durante todo el día, empezaba ahora a notarse un fresquete asaz molesto.

Tenían todos los pies helados, golpeándolos continuamente contra el suelo. En el local, no muy sobrado de bombillas de luz eléctrica, había ese ambiente de sala de guardia de un cuartel en noche de nevada.

El maestro de obras estaba ya un poco fatigado de tanto extender papeletas de votación durante todo el día, y tanto hacer rayitas expresivas de cada voto en el casillero de cada candidato.

—Sí, pues ahora viene lo bueno—le

dijo por lo bajo el interventor que tenía más cerca—. Ahora verá usted cuando se acabe el escrutinio y tenga que poner en regla toda la documentación. Hay que echar más firmas que un ministro.

Y era verdad. Era la parte más pesada, más inaguantable de toda la elección. La manía burocrática y expedientera de los países latinos parecía que hacía explosión en esto de las elecciones. Era el delirio, la orgía de cien documentos iguales dirigidos a otros tantos centros para dar cuenta de la jornada electoral, y todos ellos con la firma del presidente, adjunto e interventores, que había que cazar —sobre todo las de los últimos—por medio de mil habilidades, deseando como estaban marcharse a la calle después de la pelma de todo el día.

El último voto salía de la urna como sale el último espectador de un teatro que ha estado lleno hasta los topes. Bermúdez lo desdobló, lo leyó..., y los demás pusieron en sus listas las últimas rayas.

Se entregaron todos a la dulce tarea de la suma. No era empresa fácil, porque había votado mucha gente.

Durante un gran rato reinó en el colegio un silencio relativo... Poco a poco se iba proclamando el resultado.

Venían primero los dos candidatos de elección segura, con su número de votos que apabullaba, volcándose materialmente sobre sus cabezas casi todo el censo, como si se tratase de elegir a dos efectivos salvadores del país.

Después ya empezaba la lucha: eran los que habían andado dudosos durante toda la elección, perdiendo y ganando grandes cantidades de votos con fluctuaciones de mar embravecido; y al final, una, la más fuerte que todas las demás, venía a favorecer a uno de los contrincantes, sacándolo a flote, mientras sepultaba al otro para siempre.

En la urna, como en un aparato diabólico, se reflejaba toda la marcha de la elección. A lo mejor empezaban a salir durante un gran rato cantidades de votos que decían todos lo mismo; era el producto de una de esas rondas volantes que asaltan los colegios como el coro de un teatro, para decir todos lo mismo, procurando huir de las desafinaciones.

Otras veces era una racha de votos en blanco; electores a quienes la ley obligaba a votar porque sin el certificado del voto no cobraban la nómina, y que se vengaban de la imposición arrojando al interior de la urna un papelucho en blanco, como quien lo arroja al cesto de los papeles.

Para Bermúdez, en la elección de hoy hubo algo enorme. Por fin el *handicap* entre el republicano y el socialista iba a terminar, y terminó, con la derrota del primero ¡¡por un voto!!; es decir, por el voto de Silvino Cordero, que había salido de la tumba para derrotarle.

¡Era horrible! Bien está el votar con un nombre supuesto; bien—aunque no tanto—el sacar a un hombre de la tumba, pasearlo por todo Madrid, hacerlo subir los escalones de un tercer piso y someterlo a la tortura de que un interventor, que a veces suele ser un hombre inculto, le discuta la personalidad y hasta el domicilio. Pero que encima el voto de ese hombre sirva para decidir la lucha entre dos candidatos, que luchan por el acta agarrados como perros por el pescuezo, mordisqueándose en una pelea en la que no acaba uno de los dos de caer debajo, es algo insólito y casi delictuoso.

Pero así era. El candidato triunfante podía decir, como un general que acaba de salir vencedor en una gran batalla, que había vencido gracias a los muertos.

Su acta tendría siempre un marcado tufo de ciprés.

★

Y había llegado el momento terrible, el instante abrumador.

Listo el escrutinio, había que dejar también lista la documentación.

Bermúdez no sabía por dónde empezar; la ley Electoral, que había sido su pesadilla en aquellos días, hablaba de la lista tal del documento cual, del

sobre H y del sobre B. Pero todo ello servía para que, como ocurre con los itinerarios de los ferrocarriles cuando está uno seriamente decidido a emprender un viaje, el lío fuera mayor y acabara uno por echar por la calle de en medio.

La mayor parte de la documentación había de llevar la firma de casi todos los interventores, y ello era lo grave. Los condenados, pretextando que ya lo habían hecho—como el que rechaza la invitación de una comida—, se resistían a hacerlo de nuevo.

Y cada vez era la caza del interventor con todos sus divertidos incidentes.

—¡Si pagaran siquiera a realito la firma, qué bien!—decía uno de los monárquicos.

—A mi me duele ya el puño. ¡No hay derecho!

—Pero, hombre, ¿otra vez?

—Si lo llego a saber, me bajo una estampilla.

Estas exclamaciones se oían a cada paso, y el colegio, con todo el aspecto de una tasca en la que los bebedores se agrupasen ante el mostrador —en este caso la mesa electoral—era un guirigay espantoso.

A Bermúdez, todas las fatigas del día le parecían cuadros de una revista cómica, comparados con este barullo del final.

No había modo de entenderse.

—Firme usted aquí—le decía a lo mejor uno de los adjuntos.

Y él cogía la pluma y estampaba un garabato.

—Ahora aquí.

Y más de una vez, al firmar como en barbecho, se encontró graciosamente sorprendido notando que ponía su nombre y apellido sobre una firma suya anterior que poco antes extendiera.

Era una copia bastante exacta del caso. El presidente y los adjuntos iban poco a poco adquiriendo ese carácter de máquinas que toman siempre los hombres cuando se ven sometidos a ejecutar de prisa una labor penosa. La fatiga física y moral que les venía trabajando desde las siete de la mañana, unida al madrugón y a la excitación nerviosa de todo el día, estaba a punto de dar sus frutos.

Y los dió bien pronto. La primera víctima fué Bermúdez, que notó cómo una nube espesa se le iba poniendo delante de los ojos, difuminándole las personas y los objetos en un fondo de aguafuerte. Sufrió una pérdida parcial de la conciencia. ¿Dónde estaba? ¿Qué habitación era aquélla? ¿Quiénes eran aquellos tíos? Todo aquello del derecho electoral, y del escrutinio, y de *Fulano de Tal, vota*, ¿no sería una broma sangrienta a base de camelos?

Notó en su mano derecha el calambre o tic nervioso de los escritores. Constantemente, empuñando la pluma, trazaba su firma y rúbrica en el aire cuando no tenía delante un papel en que estamparla. Era una obsesión; y, al mismo tiempo, un fenómeno inconsciente.

Se dió el caso de que el afinador de pianos haciendo un alto brevísimo en su ingrata faena, le preguntó:

—¿Quiere usted fumar?

—Si—replicó, sin darse cuenta.

El afinador echó en el hueco de su mano izquierda un montoncillo de tabaco suficiente para dos cigarros, y luego extrajo del bolsillo un libro de papel de fumar; separó de él una hoja que colocó ante sí en la mesa, y luego otra que puso con mucha parsimonia delante de Bermúdez.

Fué instantáneo; ver éste ante sí un papel y estampar en él su firma fué todo uno. El afinador se quedó absorto, pero por un fenómeno reflejo, firmó también en el suyo y procedió a liar el cigarro.

Bermúdez ya estaba condenado a pasarse la vida echando firmas en el aire, como esos pobres dementes de manicomio que, atacados de grafomanía, llenan continuamente de letreros las paredes. Cuando salió a la calle para ir en compañía del maestro de obras, a llevar la documentación a la Diputación Provincial, aún iba moviendo la muñeca a derecha e izquierda.

En el tranvía del Progreso, y en su

plataforma posterior, cayó al lado de un señor muy serio que llevaba un gran cuello de camisa muy blanco y almidonado, y unos puños gigantescos que le salían dos metros por las mangas del gabán... Bermúdez no pudo contenerse; quedóse un rato mirando a uno de los puños y, como atraído por la negrura de un abismo, estampó en su albura almidonada una firma más, que hacía la cinco mil y pico de aquel día.

El señor no supo si darle las gracias o un bofetón; pero como la cosa le había chocado, optó por pagarle hasta Sol la perra chica del tranvía.

★

Bermúdez no podía pasar una vez—y por razones de vecindad pasaba muchas—por la casa de la calle de las Velas, donde había vivido Silvino Cordero, sin derramar una lágrima a la memoria del amigo cadáver.

Claro que era una lágrima del corazón, pues si aquel llanto callejero le hubiera salido de los ojos, el bueno de Bermúdez hubiera cobrado en el barrio una fama de borracho completamente justificada. Ya que el hombre que habitualmente va llorando por la calle suele ser un curda impenitente en cualquiera de los grados de la enfermedad.

Alguna vez, como un recuerdo punzante que quisiera taladrarle el cerebro, le asaltaba a la memoria el nombre y la figura de aquel falso votante que en el día de la elección ocupó con tanto desparpajo la plaza del pobre Silvino.

—¿Quién sería? ¿Cómo él no se lo había vuelto a encontrar en la calle? Madrid es muy grande, pero ¿no nos tropezamos a diario en las calles a personas a quienes no quisiéramos ver, y que parece que un destino burlón va colocando continuamente en nuestro camino?

Se diría que el elector apócrifo no era más que un espectro salido de la tumba para ejercitar su función: en ese caso, a un espectro no es cosa rara no verlo discurrir a diario por la calle, y con ello quedaba explicado todo.

Sin embargo, había un algo enigmático. Admitida la existencia del viajero de ultratumba, ¿qué móvil le había llevado a salir del nicho, inscribirse en el censo y tomar parte en la elección?

Difícil era averiguarlo. Bermúdez, cuando pensaba en ello, bordeaba las fronteras de la locura y, agotado el cerebro por el cansancio, que siempre produce el empeño de descifrar lo indescifrable, acababa de refugiarse en la taberna más pintoresca del barrio, la misma donde en la noche memorable había nacido la amistad entre él y Silvino Cordero, al calor de unos quinces con seltz.

Bermúdez, por educación más que por temperamento—su padre había sido del resguardo de consumos—, era enemigo del alcohol; estaba conforme con eso de que el alcohol, como la política y el tute, es una de las plagas de la humanidad. Pero al mismo tiempo, perro viejo en sus andanzas por el mundo, había aprendido a conocer a maravilla el corazón de los taberneros y sabía que en las diversas mixturas y enjuagues que éstos expenden en sus tascas el alcohol apenas entra para nada.

Recordaba el caso acaecido hace algunos años en uno de los *biberos* de la calle de Toledo; el dueño tenía un chico muy revoltoso que se pasaba el día en la calle asaltando las traseras de los coches y viajando en los topes de los tranvías, hasta que una tarde, entre dos luces, entraron al muchacho en la taberna completamente desvanecido y con un chirlo en la frente que parecía un sofá.

El padre se espeluznó. Avisado a toda prisa el médico de una policlínica cercana, apenas palpó la frente del chico, pidió:

—A ver... Un poco de alcohol... Pero que sea puro.

¡La catástrofe! El tabernero se puso hecho una guinda; azoradísimo recorrió la casa veinte veces, bajó a la bodega, subió a la buhardilla buscando lo que se le pedía para curar al

hijo de su alma. ¡Inútil! Al fin mandó a uno de los mozos a la droguería más cercana para que en ella le facilitaran el remedio... Y cuando el mozo retornaba con el encargo cumplido, recordó el padre que arriba, en su alcoba, y conservado en un frasco mediado en alcohol, tenía él un huesecillo de la mano izquierda que años atrás le había extirpado con toda habilidad un cirujano.

Era aquél el único alcohol puro que había en la taberna; el padre dejó el hueso en seco, bajó de prisa, con el líquido, y entre éste y el que facilitó el droguero aún sobró para la cura del chichón.

Claro que el sobrante lo vendió el tabernero al otro día a un fabricante de esencia para automóviles.

Bermúdez, cuando recordaba el suceso, sentía una gran tranquilidad de conciencia. Impunemente, sin faltar a sus creencias antialcohólicas, podía él soplar en las tascas cuando le viniese en gana siempre que tuviera con qué pagarlo, le convidase un amigo o el tasquero le fiase.

No era un borracho: pero sí un *amateur* de la bebida. Bebía de todo, hasta Lozoya, porque él decía que una copa de aguardiente sirviendo de copete a un vaso de agua del tercer depósito era algo celeste, que de seguro es la bebida predilecta de los bienaventurados en el Paraíso.

En esta noche se hizo servir de primeras un «chico» de clara. Amaba poco la cerveza, pero cuando se encontraba, como hoy, mustio y preocupado por dentro, notaba que la bebida germana de color de oro contribuía mucho a aclararle los pensamientos.

Un quince con seltz vino después y, gran aficionado a las Matemáticas, aquel quince, en una sabia multiplicación, se convirtió bien pronto en un treinta, en un sesenta, acaso en un setenta y cinco...

Pero se le secaba la boca con la pastosidad del vinacho y hubo de pedir un vaso de agua. Claro que no sola: le hubiera parecido una ridiculez, y vertió sobre el transparente líquido el contenido de una copita de aguardiente. ¡Néctar puro! Y el néctar se convirtió en algo inefable cuando echó tras él al estómago tres guindas que, al atravesar el gaznate, parecían rasparle como con una escofina.

No seguiremos la lista de todo lo que el bueno de Bermúdez fué consumiendo en el curso de la velada. Entregado a una dulce charla con el tabernero, con los mozos y con la mayoría de los parroquianos, tomaba sus copitas y sus vasitos no con la torpe efusión del vicioso, sino con la lentitud y suavidad con que el orador o conferenciante va remojando su garganta entre período y período del discurso.

Se estaba bien allí; la taberna llena de humazo de las respiraciones y del hálito vinoso de todo el día, era como un vaporario de ambiente suave hasta el que no podía llegar ni por referencias el frío cruel de la calle. Era una de esas atmósferas viciadas, cargadas, que al respirarlas por primera vez viniendo del aire libre producen cierta repugnancia; pero que poco a poco va uno acostumbrándose a sentir como una caricia de una mujer enfermiza.

No era sólo el vino—llamémosle así—lo que embriaga en estos locales; era el aire espeso y recargado como el del fondo de un tonel.

A la una de la madrugada Bermúdez hizo varias tentativas para ponerse en pie; lo consiguió, por fin, abandonando el taburete que ocupaba desde hacía varias horas, y al encontrarse apoyado sobre las dos piernas, hallóse con la agradable sorpresa de estar sobre ellas más firme de lo que se había creído.

Salió a la calle y echó a andar hacia su casa.

Al notar en el rostro y en todo el cuerpo el frío de la noche, fué como si de repente le desprendieran de los hombros una capa con la que se había estado abrigando durante mucho tiempo.

★

En rigor no podía decir que estaba borracho. No tenía esa pérdida del centro de gravedad que nos hace ir en zigzag por las aceras y nos constriñe a ofrendar nuestro saludo a todos los faroles del alumbrado público que nos encontramos al paso..., aunque no estén alumbrados; desde luego, mucho menos alumbrados que nosotros.

Bermúdez caminaba derecho, erguido. Le invadía, sí, ese optimismo cristalino que da el alcohol cuando en su correría por el interior de nuestro organismo no ha pasado aún del estómago al intestino.

La vida se le presentaba como un panorama riente en el que todo fuera armónico, lógico y puntual. ¿Disgustos? Los tomaba el que quería. Desde el momento en que todo lo de la vida se podía tomar a chufla, hablar de penas era como plantear charadas de una sola sílaba.

La piedra filosofal estaba descubierta, y el descubrimiento se había hecho en el fondo de un alambique o, mejor aún, de una bodega. Para la felicidad absoluta existía una garantía: la borrachera. ¿Por qué no entregarse a ella como quien se entrega al baile?

Había niebla en la calle. De ello estaba seguro Bermúdez; no era esa neblina que pone el alchol en los ojos y nos hace ver la realidad como envuelta en una gasa. No; era una niebla real, que se palpaba, que se mascaba, que se metía en los huesos aun a través de la ropa.

El señor Bermúdez, gracias a Dios, no había leído a Edgard Poe; pero tenía el sentido de lo terrorífico mucho más desarrollado que el autor más experto de obras grandguiñolescas. Y ese sentido le decía que la noche, la ocasión y el sitio, formaban un ambiente muy a propósito para que en él se desarrollasen las escenas fantásticas de los muñecos de la imaginación.

Fué a doblar una esquina, acaso aquella misma en que, en noche memorable, tropezó con Silvino Cordero, cuando tuvo que ladearse para dejar paso a un hombre que, aunque no caminaba muy de prisa, por poco le atropella.

Fijóse en él y dió un salto que le trasladó de golpe al centro del arroyo. ¡Era Silvino! Pero no el auténtico, no el que yacía bajo tierra, ¡naturalmente!, sino el otro, el apócrifo, el falso votante, con la misma delgadez del día de la elección, con el mismo tono húmedo de tumba en toda su figura.

Era él, le vió bien; no se trataba de una alucinación alcohólica.

Le vió y, sin saber por qué ni para qué, echó a andar tras él procurando que no le descubriese.

El aparecido salió a la calle de Toledo, cruzó la acera del mercado de la Cebada y, siguiendo por la Latina, llegó hasta Puerta Cerrada, entró por ella y fué subiendo hasta salir a la calle del Sacramento.

Torció a la izquierda por la del Rollo y se perdió en aquel laberinto de callejas inverosímiles que van a dar —no se sabe cómo—en la de Segovia.

Caminaba a la aventura, como hombre que no tiene prisa por llegar a ninguna parte. Era un divagar insensato por el barrio más misterioso y brujo de Madrid, donde hay casas que tienen cruces de madera en los tejados para indicar que por allí salió huyendo una noche el demonio, y en el que se ven pasadizos sombríos y callejones cerrados con gruesas verjas, como si en ellos anidasen almas en pena.

A Bermúdez se le iba disipando poco a poco la leve borrachera. Cada vez se confirmaba más en la impresión de sujeto fantástico y extraterreno que el falso Silvino le produjo al verlo por primera vez el día de la elección.

¿Qué significaba, si no, aquel paseo a aquella hora y por aquellos sitios? Era una reproducción del itinerario de *El estudiante de Salamanca*. Porque cruzada la calle de Segovia, el socio y su perseguidor empezaron a perderse por el barrio de la Morería, y si bien es verdad que no pasaron por la calle del Ataúd, porque en Madrid no la hay, no es menos cierto

que atravesaron la del Toro, que para leído de noche y a oscuras es un nombrecito que se las trae.

A Bermúdez le intrigaba cada vez más el paseo. ¿Qué se proponía aquel sujeto? ¿Iría buscando un cuarto desalquilado para mudarse?... No era verosímil. ¿Habría notado que le seguían y querría fatigar a su perseguidor, dándole el bromazo de tenerlo andando toda la noche? Tampoco era probable, porque Bermúdez no le había visto volver la cabeza ni una sola vez.

Tras de la Morería vino el barrio del Viaducto, y luego el del Rosario. A las tres de la madrugada, los dos paseantes, guardando siempre la misma distancia uno de otro, se encontraban en la espalda del Hospital General, después de haber recorrido entre nieblas todas las Rondas.

Bermúdez, dominado por el terror de lo misterioso y creyendo ya de buena fe que caminaba tras un alma en pena, iba temblando.

¿Cuál sería el final de la aventura? Tenía el alma deshecha y el cuerpo partido en cien pedazos; porque además del miedo a lo ultratelúrico, a lo demoníaco que rodeaba como un nimbo aquel caminar desesperado entre las brumas de una noche invernal, era que el digno señor Bermúdez, con tanto andar, padecía terriblemente de los callos.

★

En la calle del Doctor Fourquet, esquina a Santa Isabel, ocurrió algo inesperado.

El fantasma se paró en seco, después de tres horas de caminata. Y la parada fué tan repentina que Bermúdez—que por lo espeso de la niebla había acortado la distancia para no perder de vista al perseguido—no tuvo tiempo de pararse también y casi se le echó encima.

—¿Qué hay, amigo?—le dijo con toda tranquilidad, y como para evitar que le tropezase.

Bermúdez recordó la voz del día de la elección. Sí, era él, no cabía duda: aquel sonido a caña rota, que parecía escapar por las rendijas de un ataúd.

No supo qué contestar; pero comprendió que tenía que decir algo.

—¡Hola! ¿Qué? ¿Se va dando un paseo?

—¡Pchs!... Tomando el fresco. ¿Y usted?

—Pues ya ve usted; lo mismo.

—¡Qué nieblecita más rica!

—¡Calle usted, por Dios! La nochecita está como para darle serenata a un sordo.

Claro que la conversación no podía seguir por aquel derrotero de banalidades. Bermúdez quería averiguar algo muy importante de aquel sujeto y difícilmente se le volvería a presentar mejor ocasión.

Poco a poco, disipados con la proximidad los temores de antes, se iba convenciendo de que aquel paseante nocturno no era un alma en pena que hubiera venido a darse una vueltecita por la tierra.

Si alguna duda le quedaba acabó de disipársela esta frase del amigo:

—¿Tiene usted ahí un pitillo?

Con su sencillez, fué la clave de todo. Los muertos no fuman.

Dióle el pitillo, y al acercarle servicial una cerilla al rostro para que lo encendiera, volvió a acordarse de los fuegos fatuos. En medio de la niebla, la lucecita del fósforo parecía la de aquella esponja impregnada en alcohol que sale siempre sobre la tumba de Don Gonzalo en el último acto del *Tenorio*.

—Hace frío así, parados. ¿Le parece a usted que andemos?

—Por mí... *Pa* luego es tarde.

Lo peor era que, con la marcha, no se le avivaban las ideas a Bermúdez. No sabía cómo empezar el melón.

En realidad la cosa no era nada fácil, porque siempre resulta un poco violento preguntarle a un señor, así, a boca de jarro:

—¿Usted es Fulano de Tal, el que murió hace tres años, o un primo suyo?

Pero siempre hay una providencia para los indecisos. En la parte alta de la calle de Santa Isabel, cerca ya

del cine Doré, vió Bermúdez un rayito de luz que salía por la rendija de la puerta de un cafetín.

—Hombre, vamos a entrar aquí. Le convido.

—Y yo acepto. Precisamente siento unas cosquillas en el estómago que no sé si serán hambre o neurastenia.

—Pues en la duda...

Y entraron.

★

En el local, contando al gato—un hermoso ejemplar blanco que dormía al pie del hornillo de los churros—, había tres personas, el dueño, el mozo y otro mozo, pero éste de cuerda, que echaba lentamente la ceniza del cigarro en un vaso mediado de recuelo.

De las tres, a Bermúdez le sobraban dos, y no le sobraban las tres porque necesitaba alguien que a él y al amigo le sirviera las siguientes tonterías que acababa de pedir:

—Dos vasos de té, pero que esté hirviendo... Y unas docenitas de bolas, de esas que al meterse en la boca parece que le han empastado a uno todas las muelas con asfalto.

Eso de tomar el té en vaso es cosa que hace muy chulo. Sólo conocemos otra más chula: afeitarse el cogote con manteca de cerdo.

El té de estos cafetines madrileños, si lo llevan a la China, se hace un lío: no tiene la menor idea del país. Es una bebida especial que tiene algo de caldo del cocido y mucho de aceite de almendras dulces; no digamos que es un tósigo; pero tampoco es una cosa para enloquecer. Algo tendrá de tonto y desaborío cuando la gente popular, siempre que quiere decir a uno que ha defraudado sus esperanzas, le dice:

—¡Pues sí que nos ha dado usted el té!

A Bermúdez y al otro, con la humedad de la calle metida en el alma, el brebaje les pareció un tónico.

Y el pagano creyó que la mejor manera de llevar la conversación al terreno que a él le convenía era ponerse a hablar de política.

—¿Qué nos dice usted del ministerio que nos ha formado el cojo?

—¡Bah! A mí todo eso me es igual.

—Dichoso usted.

—Yo, desde que me he convencido que la vida es un capicúa, soy feliz.

—¿Un capicúa?

—¡A ver! Como que empieza lo mismo que acaba; en el no ser.

—En el no ser ¿qué?

—En el no ser *na*.

Se quedó un poco achicado ante la profundidad de la frase. Aquel tío era un sabio.

—Pues dicen que es muy fácil que haya otra vez elecciones.

—¡Ojalá Dios!

—¿Le gustan a usted?

—Más que el pan frito.

—Pues a mí me revientan, porque como soy presidente de una mesa electoral...

—Sí, ¿eh?

—Y a mí me parece que usted vota en mi colegio.

—Ya puede usted asegurarlo.

—¿Por qué?

—Porque voto en todos los de Madrid... O por lo menos lo intento.

—¡Hombre! ¿Cómo es eso?

—Muy sencillo. Yo tengo un amigo que está empleado en eso de los muertos en el Ayuntamiento.

—¿Qué es lo de los muertos?

—Eso de llevar la lista de los que mueren y los que nacen...

—¡Ah, sí! Muy divertido.

—Bueno, pues ese amigo, que lo es de verdad, cuando se acerca la fecha de unas elecciones, me facilita una lista en la que consta el nombre y domicilio de uno de los fallecidos más recientes en cada colegio electoral.

—¿Por qué de los más recientes?

—Hombre, con el objeto de que los interventores y demás ralea electoral no hayan tenido mucho tiempo para echarlos de menos.

—Ya.

—Lo demás se lo figurará usted.

—Sí, claro. Pero el procedimiento ¿no tiene sus quiebras?

—¡Anda, ya lo creo! En todos los sentidos de la palabra... Pero ¿qué

oficio no las tiene? Son los senadores vitalicios y a lo mejor tienen que levantarse de la cama para votar.

—Es verdad.

—Me ocurre a veces que cuando yo llego ante la urna, ya otro suplente se ha adelantado y ha ocupado el lugar del muerto. Yo, entonces, tengo que representar la comedia de la indignación electoral: «¡Esto es un escándalo! ¡Esto es un robo!...» Pero lo peor es cuando apenas entro en el colegio y tres o cuatro voces distintas empiezan a saludarme llamándome por mi nombre: «¡Hola, Balbino! ¡Adiós, Balbino! ¿Qué te trae por aquí?»

—¿Se llama usted Balbino, o ése es el nombre de otro cadáver?

—Balbino Morera, para servir a usted.

—Gracias.

—Cuando eso ocurre, claro que no voto. «He venido a dar una vuelta», les digo. Y efectivamente, doy media vuelta y me marcho a la calle.

Bermúdez miraba a aquel hombre con cierta melancolía. El té le había puesto sentimental.

—¡Válgame Dios! ¿Por qué hace usted eso?

—¡Toma! Por lo que se hacen casi todas las cosas en este mundo: por dos pesetas y un cigarro puro.

EL SEÑOR MANZANARES

ADVERTENCIA PRELIMINAR

Lector querido: Los acontecimientos que van relatados a continuación ocurren en el año 1970. Tú y yo tenemos ya algunas canas.

A las cuatro de aquella madrugada de finales de febrero, el señor Isidro Manzanares apareció ya en el portal de su casa. No era de día, pero tampoco era de noche; el cielo, como la cabeza de una señora mal teñida, ostentaba colores opuestos, según se mirase hacia Oriente o hacia Occidente.

El señor Isidro vivía a la sazón en un cuarto interior de un edificio grande, situado a la mitad de la gran avenida de la Arganzuela, aquella soberbia arteria urbana, que después de cruzar la ronda de Toledo venía a morir en el paseo de las Acacias, frente a los grandes docks de la Dakar-Magallanes-Madrid-Company.

De los ciento veintidós cuartos que había en los treinta pisos del inmueble, el amigo Manzanares ocupaba uno del piso 26, que por sus balcones dominaba toda aquella parte de Madrid y una dilatada porción de los alrededores.

Manzanares miró al cielo, salió un momento a la calle, y procuró enterarse de la vitola que se traía la jornada naciente. Un airecillo suave le acarició el rostro, procedente de la parte de Levante.

Isidro pareció sonreír a la caricia de la brisa.

—Hoy vamos a llenar la barca con colma—dijo casi en voz alta.

Y como si le hubiera entrado prisa por marchar en busca de aquel tesoro que el buen aspecto del cielo le prometía, miró a la entrada del edificio con un leve gesto de impaciencia.

Tardaba en bajar el chico. Estos muchachos de ahora se distinguían por su pereza. ¡Querían parecerse a aquellos chavales de su tiempo, verdaderos

cohetes con blusa, que, cual si hubieran llegado tarde a la vida, sentían ansia por apurarla de un trago!

Por el hueco de la escalera apareció uno de los cinco ascensores que tenía la casa: dentro de él venía Manzanares hijo.

Era un mozalbete de unos dieciocho años, ancho, fornido y con ese color quemado-langosta del hombre que recibe a diario la caricia del mar.

—¡Vamos, Isidrín! Nos va a salir el sol antes de que echemos la red.

—Me he tenido que afeitar, padre. Pero es buena hora: llegamos en un salto.

Echaron a andar por la hermosa avenida, sin cambiar palabra. La ciudad, por aquella parte más madrugadora que en el casco viejo, empezaba paulatinamente a despertarse: a las puertas de las casas consignatarias y de los despachos de los grandes almacenes del puerto, unos hombres sacudían alfombras, amontonaban en el borde de las aceras pirámides de papeles rotos, lavaban los grandes cristales que daban luz a las oficinas... Todos esos actos primeros de la jornada, que son como los bostezos del madrugador.

Los camiones del muelle de la Arganzuela y de los grandes Docks de la ronda de Atocha, donde se descargaba y almacenaba el pescado y las verduras, subían ya en dirección de la plaza de la Cebada, haciendo el primer viaje del día; al pasar iban dejando una estela salobre de marisco, de legumbres crudas, un aroma húmedo y picante de viandas demasiado frescas y que, por rara paradoja, parecen haber empezado a averiarse.

Era un desfile de provisiones para rellenar la barriga de la gran bestia, del elefante hambriento de la ciudad que cada día tragaba con apetito mayor.

El señor Isidro Manzanares no era un soñador, ni mucho menos; pero cada vez que—sobre todo a estas horas pacíficas del amanecer—recorría a lo largo toda la avenida de la Arganzuela, no podía menos de evocar lo que era todo aquello cincuenta años antes.

No era fácil reconocer el barrio, el viejo barrio chulo y verbenero, que olía a leña de tahona y al anís de las tascas en este distrito cosmopolita de sabor mundial en el que no había bar en que no se hablasen tres o cuatro idiomas ni casa que tuviese menos de veinte pisos.

Isidro había conocido, siendo un chavea diminuto, lo que podría llamarse germen de todo aquello. Era en los primeros años del siglo, y la broma de la canalización del Manzanares empezó a tomarse en serio y a convertirse en realidad; hasta entonces no había sido más que eso: una broma; los caricaturistas y los escritores de artículos humorísticos hablaban de ello como de los pantalones a cuadros del célebre gobernante La Cierva o del apéndice nasal del que fué presidente del Consejo de Ministros señor Sánchez de Toca.

Y un día el bromazo se trocó en cosa seria: desde el antiguo puente de Toledo a lo que entonces era Matadero nuevo y ahora se hallaba convertido en oficinas de la Capitanía del puerto, una legión de trabajadores—¡lo menos eran dos docenas!—empezó a desbrozar las riberas del gracioso río, a someterlas a una alineación, a revestir de cemento hidráulico el viejo cauce, a dar aspecto de cosa ordenada y aprovechable a lo que hasta entonces, según los escritores amigos de cultivar el lugar común, no había sido más que una micción no muy copiosa de un gato atacado de insuficiencia renal.

El día que el primer barco de vela —una caja de sardinas con una especie de pañuelo de las narices puesto en lo alto—hizo la travesía de todo el río desde las inmediaciones de la Bombilla hasta las cercanías del Abroñigal, Madrid creyó morir de alegría.

Fué como el augurio cierto, como la prenda impignorable, de un fastuoso porvenir. Las brujas, al decir a Macbet: «Tú serás rey»—¡vaya un lío de citas!—, no estuvieron tan acertadas como el profeta que en aquellos momentos hubiera augurado a la ca-

pital de España: «¡Tú serás puerto de mar!»

Ahora ya, al cabo de cincuenta años, viendo el sueño trocado en realidad, la cosa no parecía haber revestido nunca grandes dificultades. Después de todo, el mar estaba allí, frente a las costas portuguesas, a doce horas de ferrocarril del teatro de Apolo, y desde Lisboa al río Jarama el caudal amplio del Tajo se encargaba de establecer una vía de agua, y como el Manzanares vertía las suyas en el propio Jarama, quería decirse que desde el puente de los Franceses al Atlántico no se hallaba por la vía marítima solución alguna de continuidad. Convertir el paseo de las Acacias en un puerto del gran océano era sólo un problema de organización.

Y se resolvió a maravilla. Hoy día, en la lista de los grandes puertos del mundo—Londres, Buenos Aires, Nueva York, Liverpool, Marsella...—, era preciso incluir el de Madrid, y algunos de los que antaño fueron más sonados dentro de la Península habían sucumbido víctimas de una rivalidad imposible de sostener con el gran estuario del Cerro de la Plata.

La urbe, sobre todo aquella parte de los viejos distritos: Inclusa, Latina y Hospital, que lindaba con los muelles, había sufrido en pocos años una transformación radical. ¡Quién conocería ahora la cuesta de los Cojos, el callejón del Mellizo, la calle de Caravaca y las de Mira el Río! El campillo del Mundo Nuevo, atravesado por la gran avenida de la Arganzuela, casi había desaparecido, y ya no era más que un ensanche, como una plazoleta que abría de repente en el primer tercio de la majestuosa vía.

Porque la antigua calle de la Arganzuela era ahora un bulevar de cuarenta metros de anchura, bordeado de rascacielos y que, arrancando de la calle de Toledo, iba a finar en los muelles mismos del río, después de atravesar la ronda, la antigua línea de circunvalación—que no era más que una especie de vía muerta en medio de la verdadera madeja de rieles que cruzaba los muelles por doquier—y los paseos de las Acacias y de las Yeserías.

Los demás rincones del barrio habían sufrido una transformación no menos radical. Los barridos y cronistas populares, los admiradores del Madrid viejo y castizo, habían ido derramando en aquellos años verdaderos diluvios de lágrimas ante la desaparición de las calles del Tribulete y Provisiones, ante la muerte de aquella pendiente de la calle del Amparo, tan parecida a la subida del Gólgota, ante el derribo de la Fábrica de Tabacos y de la Escuela de Veterinaria, y ante la tala de parte de la dehesa de la Arganzuela para elevar en el terreno los grandes docks del puerto.

Hubo escritor madrileñista que el día en que desapareció la prehistórica y prestigiosa calle de la Huerta del Bayo sufrió un síncope que le tuvo doce horas privado del uso de la razón. ¡El progreso tiene a veces exigencias crueles, y no va a detenerse la marcha de los siglos porque a un literato le acometa de repente el histérico!

Ya al final de la avenida, Manzanares y su hijo torcían a la izquierda y por un sendero estrechísimo que en pleno puerto bordeaba la espalda de los almacenes iba a salir a la punta del muelle de pescadores.

Había que caminar para ello su buena media hora; en lo que antaño fué barrio de la China y paseo del Molino venía a terminar lo que podría llamarse muelle comercial, y una rada más amplia, pero también más destartalada, albergaba en sus ondas más de mil embarcaciones menores. Eran lanchas, gasolineras, botes a la vela y unos barquillos alargados en forma de piraguas en los que los intrépidos marinos de la Argumosa y Lavapiés se arriesgaban las noches de otoño hasta Talavera de la Reina y Puente del Arzobispo, río abajo, en busca del sabroso atún toledano, que algunos afirman proceder por filtración de las lagunas de Ruidera.

Manzanares, desde el principio, había dedicado su actividad a la pesca de la sardina; no era tan lucrativa,

pero, en cambio, resultaba más cómoda, ya que bastaba con alejarse no más que hasta Vaciamadrid para dar con varios bancos. Y, ¡claro!, con tanto banco la faena resultaba muy descansada.

En el verdadero laberinto de embarcaciones que poblaban el puerto, Isidro distinguía desde muy lejos la suya: era un bote pintado de azul con un solo palo, para izar en él la vela los días que soplaba el Guadarrama. En las jornadas de calma atmosférica el gran lienzo blanco servía al padre y al hijo para envolverse en él a modo de clámide y librarse así de los bocados de las sardinas, que como en Vaciamadrid se producían tan frescas, llegaban aún vivas al seno de la embarcación.

Pasando de una en otra a grandes saltos, padre e hijo llegaban a la suya, que estaba algo alejada del pretil del muelle. Iba haciéndose de día poco a poco y no convenía perder el tiempo, pues ya es sabido que la sardina es de suyo madrugadora.

—¡Eh, señor Isidro! ¡Isidrín! Saluden ustedes, ¡caramba! Que pobres y ricos los habrá siempre.

Era la Filo, la hija del señor Melquíades, el inspector de uno de los mercados de la pesca. Se trataba de una rapaza de catorce años muy morena, casi negra, con ese color que da el aire marino al que lo recibe a diario. Estaba tendida en el fondo de una de las barcas vecinas a la del señor Manzanares, y para hablarles, incorporóse algo, asomando por la borda solamente la cabeza despeinada de Medusa playera.

—Adiós, buena pieza. ¿Despiertas ahora?—la dijo Manzanares, mientras empezaba a trajinar en su barca.

—Me han despertado ustedes, que si no, hasta que el sol no hubiera estao muy en lo alto no abro yo el ojo.

Era una bohemia incorregible, un producto neto de la playa y del muelle, como aquellos hierbajos viscosos que el agua hacía crecer en las orillas. En rebeldía perpetua con su padre, un hombre cachazudo que había acabado por abandonarla a sus antojos, pasaba semanas enteras fuera de su casa, durmiendo en el fondo de las barcas abandonadas o al abrigo de las mercancías, comiendo en los bodegones del puerto o con los marineros de los faluchos que venían a cargar la arena finísima del río para llevarla a los puertos del Norte, viviendo al aire y casi del aire. En sus pocos años era una brava fierecilla para defender su virtud de las asechanzas de grumetes y cargadores: se contaban por docenas los atrevidos a quienes la Filo, simulando acceder a sus deseos, había conducido de noche al borde mismo de los muelles, zambulléndolos de golpe en el agua para que el frío de ésta apagase el ardor de sus apetitos.

—¿Salen *ustés* ahora?

—Dentro de diez minutos—replicó el señor Isidro, mientras armaba los remos y extendía el montón de la red por todo el suelo de la barca.

—¿Quieren que les acompañe?

Isidrín la miró con ese leve desdén con que se mira al hombrecillo insignificante que aspira a realizar una empresa superior a sus fuerzas. El padre ni siquiera se dignó contestar.

Y entonces ella, sin duda por aquello de que el que calla otorga, se levantó de su improvisado lecho y en dos saltos nada más atravesó las cuatro embarcaciones que había entre la suya y la de los Manzanares, en la que vino a caer de golpe, como desprendida de un globo.

El viejo pescador hizo un gesto de contrariedad: su primer impulso fué arrojar de la barca a aquella intrusa enredadora, pero se contuvo, y cambiando de repente de idea, le dijo:

—Bueno, quédate: vendrás con nosotros. Pero para ayudarnos, ¿eh? Aquí los holgazanes no sirven más que de estorbo.

La Filo sintió lastimado su amor propio.

—¡Anda! Pues ¿qué se ha creído usted? Claro que para trabajar. Lo que es para no hacer nada me quedaría allí en *mi* barca tumbada a la bartola.

Isidrín le dijo, entre risas burlonas:

—Hoy, con tu ayuda, vamos a llegar a los cien kilos.

—Si te crees que no sirvo, te diré que te equivocas. Pregúntale a los Sorianos de Carabanchel de Abajo: el lunes de la semana pasada salí con ellos a calamares... y, ¡bueno!, que te digan ellos mismos. Venían diciendo que en su vida habían cogido tantos.

—¡Gracias a ti!

—¡Tú verás! Y no es por lo que yo ayude: no soy tan tonta para creerme eso. Es que, según dice la señá Mariana, la torrera de Perales, tengo buena estrella..., como si hubiese nacido en Viernes Santo.

—Sí, por la tarde.

La barca había empezado a moverse. Manzanares iba apartándola de las demás, apoyándose en ellas con las manos; pretender hacer uso de los remos en aquel dédalo de embarcaciones hubiera sido inútil.

Por fin encontró el agua libre. Isidro empuñó uno de los remos e invitó a la Filo a que se encargase del otro; Isidrín llevaría el timón, pues allí nadie había de estar ocioso. En la vela no había que pensar, pues la calma del aire era tan absoluta que casi costaba trabajo respirar.

La barca enfiló la canal central del río; al separarse de sus compañeras, que la oprimían los costados, se vió en uno de ellos, escrito por la parte de la popa con grandes letras blancas, el nombre de la nave. Era un nombre sintético, que lo decía todo con cuatro rasgos: la frágil barquilla en la que el señor Manzanares y su hijo se lanzaban casi a diario a la busca y captura de la sardina con la misma intrepidez con que Colón salió de Palos en busca de lo desconocido, se llamaba modestamente *La Nautilus Coruñesa.*

Peleaba ya el sol por abatir los últimos celajes que se oponían a su aparición sobre la tierra, cuando la *Nautilus* abandonó el puerto madrileño. Con la luz del día iba apareciendo poco a poco en el horizonte el conglomerado gigantesco de la ciudad, que en sus líneas generales no había variado mucho de lo que era medio siglo antes. Sólo aquel bosque de mástiles y chimeneas que cubrían toda la parte baja visible desde el río, aquel perpetuo olor a brea que tanto quería decir y que tantas cosas evocaba, eran la clave de la transmutación urbana.

Pero, como antaño, seguía siendo la chimenea más alta de todas, la más gigantesca, aquella torre de la iglesia de Santa Cruz, colosal remate de un buque de fantasmas, que por un raro capricho hubiese echado el ancla allá en el centro de la ciudad.

—No le falta más que echar humo —decía la Filo, señalando al monumento de ladrillo rojo, que era lo primero que salía todas las mañanas de entre las nieblas que había acumulado la noche.

—¡Ya lo echará!

Esto lo afirmaba, entre serio e irónico, el amigo Manzanares; además de pescador de sardinas era algo volteriano. y aludía con aquella afirmación al momento en que el pueblo quemase todas las iglesias y conventos de Madrid.

La Nautilus, fuera ya del puerto, se cruzó con un gran barco de forma rara, achatado, de un solo palo y con la chimenea colocada tan a la popa, que parecía haber caído allí como tirada al desgaire desde el cielo. Era un barco aljibe de la Dakar-Magallanes & Compañía, y que traía un cargamento de aguardiente, embarcado en aguas del Tajo, en Aranjuez, y procedente de las grandes destilerías de Chinchón.

El antiestético barco iba dejando tras sí un olorcillo picante a taberna bien provista. ¡El mismo olor que se percibía antaño por las noches en los viejos barrios ahora lindantes con el puerto! Aquel olorcillo excitante, a esta hora fresca de la mañana, tenía un encanto singular.

—¡Qué ocasión para tomar media copa!—dijo la Filo, olfateando como una perrita caprichosa.

El padre y el hijo la miraron con

cierto desdén. ¡En lo que pensaba ahora aquella mocosa!

Y el barco-aljibe, tripulado por una docena escasa de hombres, surcaba el río a esta primera hora de la mañana, como un símbolo de la transformación radical de la urbe. Parecía como si el veneno delicioso que llevaba en sus entrañas fuera rezumando por el casco y dejando una estela de grasa en la claridad virtuosa del agua.

La Filo, que no era una abstenia precisamente, miraba alejarse el barco con cierta melancolía.

★

Al anochecer, Manzanares y sus dos grumetes volvieron al embarcadero empujados por una suave brisa que hinchaba levemente la vela de la navecilla.

No volvían los tres solos: a bordo les acompañaban unos quinientos seres más, que eran otras tantas sardinas de ambos sexos amontonadas en el sollado de la barca.

No había sido malo el día. La rapaza se lo decía al señor Isidro mientras le ayudaba a meter la pesca en unos grandes cestos para trasladarla a tierra.

—Y ahora, ¿cree usted en mi buena suerte?

—Nos ha ayudado el día, el viento y hasta las mismas sardinas, que parece que hoy se aburrían en el fondo del agua, y se han dejado coger como tontas.

—Sí, sí... Ríase usted de eso. Mi estrella y nada más que mi estrella.

Manzanares, de todos modos, quiso pagar la ayuda de la muchacha. Tomó una docena de pescados—eligiéndolos instintivamente entre los más febles y anémicos—y los entregó a la chica.

—Ahí tienes, para que se los lleves a tu padre. Me consta que se muere por las sardinas asadas.

—¡Ya lo creo! Le gustan a cegar.

—Pues llévaselas. ¡El pobre viejo tiene derecho a gozar de las delicias de la vida!

—¡Que se cree usted eso!

Esto último no lo dijo la muchacha; limitóse a pensarlo. Era una frase de sabor arcaico que en los primeros años del siglo estuvo muy en boga en la corte y que resucitaba ahora al cabo de los años, como resucitan las modas en los vestidos y en el decorado de las habitaciones.

Y al pensar eso la Filo, se refería al uso a que pensaba destinar aquellos pescados. Su padre que comiera chuletas; aquellas sardinas se las comerían ella y el *Arenque* aquella misma noche, asadas a la brasa en cualquier rincón del puerto.

El *Arenque* era un pollo de la misma contextura física y moral que la chiquilla; uno de esos productos del cambio radical de la ciudad, que en otros tiempos hubiera resultado inverosímil. Tenía cara de pez y ese aire húmedo y salitroso de la gente que vive en los puertos de mar y que llega a tener cuerpo de calabrote.

El y ella eran novios, en el sentido más puro y elevado de la palabra; nunca se lo habían dicho, acaso ni lo habían pensado un solo momento ninguno de los dos; pero no hacía falta. Eran novios como lo son los gorriones... y las gorrionas: por la fuerza de la costumbre, o como, según el poeta, lo era aquel pino del Norte de aquella palmera del Mediodía. Y cuando la palmera—decimos nosotros, que también somos poetas—daba su cosecha de dátiles, era como si de sus amores con el pino hubieran nacido unos hijos.

¿Eh? ¿Qué tal?

Manzanares, padre e hijo, se retiraban a su casa después de haber entregado la pesca en uno de los almacenes del puerto, en cambio de un regular puñado de pesetas. En la noche de hoy, la Filo, queriendo servirles hasta el final de la jornada, se había agregado a ellos; llevaba a cuestas un gran trozo de la red, que Manzanares se traía a casa para arreglarle unos orificios.

Marchaban los tres en fila y sin decir palabra, un poco fatigados de la tarea del día, sorteando montones de mercancías, deslizándose por entre dos camiones, cruzando de prisa

los rieles de una vía por la que avanzaba un tren cargado de mercancías.

De pronto, al llegar al portillo de paso que se abría en la empalizada de una de las vías, la chica empezó a silbar con toda la fuerza de sus pulmones, que no era poca. Al principio, el padre y el hijo creyeron que la pequeña cantaba alguno de esos aires marinos que, nacidos en un cafetucho de los muelles de Génova o de las dársenas de Buenos Aires, dan luego la vuelta al mundo, llevados de puerto en puerto en los labios de los marineros; pero no tardó en chocarles la absoluta falta de ritmo de aquellos silbidos que, más que cantar, parecían una llamada o una contraseña.

—¿Qué haces?—preguntóla el viejo, volviéndose, algo escamado.

Ella no contestó y siguió pitando con la vista fija en un punto del horizonte, al otro lado de la empalizada.

El señor Isidro recordó ciertos sucesos desarrollados en aquel mismo vastísimo escenario y alguno de ellos en fecha reciente. Con el puerto, con el río navegable, no habían sido sólo riquezas y movimiento comercial lo que había llegado a Madrid; vinieron también costumbres exóticas, nuevos procedimientos criminales, puñaladas y tiros, dados en la sombra, sin que se sospechase jamás de dónde salían; atracos misteriosos, ejecutados sin ruido, al abrigo de un montón de sacos de judías; cuerpos que caían al mar, previamente despojados de cuanto objeto de valor llevaban encima..., sin excluir el tabaco y las cerillas.

El clásico crimen de los barrios bajos madrileños obedecía a un mismo cliché, y tenía un patrón conocido: un novio y una novia que se querían mucho se refugiaban una buena noche en un hostal de amor, al parecer con el propósito de dedicarse a cumplir lo más ampliamente posible el precepto divino, y, a la mañana siguiente, cuando la dueña de la casa entraba en la habitación con ánimos de servirles el desayuno, se encontraba dos cadáveres bañados en sangre y un cuchillo de cocina clavado en el suelo entre los dos.

Ahora los crímenes se habían modernizado. Isidro Manzanares, escuchando los silbidos—verdaderas pitadas de locomotora—de la Filo, en las sombras nocturnas del puerto, recordaba la muerte de aquel fogonero de uno de los grandes transatlánticos de la Compañía Anglo-Matritense, que un año antes había aparecido muerto al pie de uno de los barracones de la Aduana con un bastón de estoque clavado hasta el puño en el vientre; o aquel otro capataz de cargadores, al que—de esto apenas hacía un semestre—habían echado al cuello un lazo invisible y le habían arrastrado así hasta la orilla del agua.

Eran los asesinatos del mar, con el agua como principal encubridor, que no sólo se encargaba de ocultar los cadáveres, sino de llevárselos con la corriente del río lejos, muy lejos. Y al buen Manzanares no le hubiera hecho gracia caer ahora en una celada preparada por la Filo con ánimo de despojarle del importe de las sardinas.

—¿No puedes callar, condenada?

La Filo parecía no enterarse, y cuando ya los dos hombres se habían acercado a ella, con ánimo sin duda de imponerla silencio por la fuerza, se oyó al otro lado de la ría un silbido igual a los que venía dando la rapaza, un silbido que indudablemente era una contestación, y que, en su identidad absoluta, parecía el eco de los anteriores.

Isidro, abandonando a la muchacha, se volvió como una fiera hacia el lado de donde procedía la contraseña; se echó mano a los riñones y sacó al aire una pistola automática no mayor que un panecillo de los que se fabricaban en las tahonas reguladoras del Ayuntamiento.

Filo, al ver que Manzanares apuntaba al aire, se puso ante él, gritándole:

—Pero ¿qué va usted hacer? Si es el *Arenque*...

Pero el señor Isidro estaba decidido a disparar, como si, en vez de un arenque, hubiera sido un tiburón lo que se le venía encima.

Porque se le venía, era indudable. Un bulto, pasando por la opuesta abertura de la empalizada, cruzaba ya corriendo la vía en dirección al grupo. Se trataba efectivamente del *Arenque*. Manzanares sólo consintió en bajar el cañón de su pistola cuando pudo ya distinguir al menudo pillete que venía solo y con las manos vacías.

—¿Por qué corres así?... ¿Qué te pasa?

El joven se quedó un poco corrido al ver al viejo pescador; esperaba, sin duda, encontrar sola a su novia. Pero bien pronto recobró su habitual tranquilidad.

—Pues vengo porque ésta me ha llamado. ¿No la ha oído usted pitar, señor Isidro?

Y sin decir más, quitó a la Filo la red que llevaba al hombro y echó a andar en dirección a Madrid. El era muy fino, y no podía tolerar que una mujer fuera cargada en su presencia.

Reanudaron la marcha los cuatro. Isidro procuró que el recién llegado caminase delante de todos, mientras él, por si acaso, metió la mano con la pistola dentro de uno de los bolsillos del chaquetón. Y no la movió de allí hasta que llegaron a la avenida de la Arganzuela.

★

Los días en que no pescaba, el señor Isidro Manzanares solía pasar las tardes en el café de Magallanes, un soberbio local de tres fachadas, establecido en una de las esquinas de la avenida. Lleno de vidrieras gigantescas por todos sus lados, el café era como un gran escaparate colmado siempre de aire y de luz; el mostrador, colocado al fondo en lo alto de una tarima, parecía como el puente de gobierno de aquella nave que marchase proa adelante en medio del espacio.

Isidro presidía allí una tertulia de capataces, empleados en la Aduana, pescadores y gente de los almacenes y Docks que venían a reposar sus fatigas en los blandos divanes del café; tenían hipotecada una mesa al lado de uno de los ventanales que daban a la calle, y allí, durante cuatro horas de la tarde, mientras bebían ron, café y otras entelequias parecidas, reían, alborotaban, hablaban de lo divino y humano, aunque, con preferencia, de las tretas y peripecias del oficio.

El local, a aquella hora, estaba siempre lleno de gente, un público chillón y bullicioso que parecía flotar en una nube del humazo de las grandes pipas y de los cigarros argelinos.

Entre los más asiduos tertulianos figuraba un hombre alto, rubio, fornido, con el rostro como tostado al fuego y unos ojos muy azules, de un mirar tan dulce, que parecían pintados. Le llamaban el *Francés*, y su historia no dejaba de ser interesante: nacido treinta años antes en la propia calle de la Encomienda—no se sabía a punto fijo cómo ni de quién—, muy pequeño aún, se alistó como grumete en uno de los transportes de la Dakar-Magallanes Compañía, y en él había recorrido varias veces el mundo, hasta que un día, por haber abofeteado a un contramaestre, fué expulsado del barco en alta mar y tuvo que volverse a Madrid a nado desde las proximidades del Cabo de Hornos.

Del remojón tardó tres semanas en secarse, y, al cabo de ellas, como era preciso ganar la vida, salió un día de su casa, que era el quicio de la puerta de un almacén, armado con una caja de limpiabotas en cuyo seno había todo lo necesario para convertir un calzado viejo y poblado de cascarrias en un par de espejos de tres lunas.

Mal o bien, el *Francés* iba comiendo: poco, pero comiendo al fin y al cabo. Todas las mañanas, a la hora en que en el *hall* central del gran mercado de la pesca se vaciaban las grandes cestas del marisco, húmedo aún del agua del estuario, el limpiabotas compraba su peseta de gambas, de percebes, de quisquillas o de cualquier otro producto de las rocas marinas y con ello tenía alimento más que sobrado para toda la jornada.

Pero... no sólo de marisco vive el hombre. Así debió pensarlo el ex gru-

mete, porque un día, al cabo de cinco años, se le vió arrojar al río la caja de betún con todo lo que guardaba dentro y comprar una magnífica barca de pesca que hacía poco había salido de los astilleros de la Pradera del Corregidor. De dónde sacó el *Francés* el dinero para la adquisición de tamaña joya, fué cosa que no se supo nunca; las malas lenguas decían que del bolsillo de un comisionista catalán que apareció mal herido una mañana en un rincón de los muelles; pero los más piadosos aseguraban que aquel dinero era el fruto de un ahorro de cinco años de trabajo y de una alimentación que, por su clase, parecía suministrada en la punta de un anzuelo.

Lo cierto fué que nuestro hombre, al hacerse pescador, debutó como patrón de barca. Algunos días estuvo indeciso entre la clase de pesca a que había de dedicarse. ¿La del atún? ¿La merluza? ¿El salmonete de Aranjuez? ¿La anguila del mismo punto, que alguien afirmaba no ser más que espárragos del agua con idéntico sabor a los de tierra?

La pesca del atún tenía la ventaja de que, cuando se daba bien, rellenaba los bolsillos del patrón en poco tiempo; pero a cambio de ello ofrecía el inconveniente de que la mayor parte de los días del año para ver un atún había que apartarse mucho del río, llegar al corazón del viejo Madrid y situarse, por ejemplo, a la puerta del Ateneo, pongamos por punto estratégico.

¡La pesca de la merluza!... ¡Se prestaba a tantos chistes, a tanto juego de palabras la cosa...! Ya que desde los tiempos de don Ramón de la Cruz, en Madrid y en algún otro sitio, se llamaba merluzas a las borracheras, sin que nadie supiera por qué de un modo exacto. El *Francés*, por seguir la corriente, desistió de pescar la merluza, siguiendo aguas abajo las del río, y se dedicaba a pescarlas casi a diario en las mesas del café de Magallanes.

El salmonete y la anguila no eran bichos de la predilección anímica del flamante patrón: el primero le parecía demasiado rojo y la segunda demasiado larga. Y entonces, por aquello de que todo hombre tiene marcado su destino acá en el suelo, el *Francés* se dedicó de lleno a la pesca del calamar. Otras razones aparte, hubo una que le convenció plenamente: sus manos, negras para siempre por efecto de cinco años de betún, no tenían por qué temer la tinta de los calamares, que acaso bien aprovechada pudiese servir para limpiar el calzado.

No tardó mucho en ser nuestro héroe el amo en eso de la pesca y venta del notable bicho: con una tripulación de cinco sujetos de nacionalidad distinta—uno de ellos aseguraba seriamente haber nacido en la provincia de Cáceres—se lanzaba agua adentro con toda la intrepidez de sus años de grumete, y muy mal habían de venir las cosas para que él no regresara a tierra con la barca llena y a punto de zozobrar. Un día zozobró, en efecto: tan pletórica de carga iba. Pero el *Francés* era hombre de grandes recursos: se arrojó al mar con todos los suyos, y a puñados, como quien coge trigo de un granero bien repleto, tornó a cargar la barca con colmo, volviendo los seis tripulantes a tierra por entre las aguas para no ocupar sitio dentro de la embarcación, a la que iban empujando suavemente, como mozos de estación que condujesen por la vía un vagón del ferrocarril.

★

El *Francés* llegaba por las tardes a su tertulia del café de Magallanes, e invariablemente, como quien pronuncia la fórmula de un rito, decía:

—*Bon soir, mesieures* y la compañía.

Así venía haciéndolo desde tiempo inmemorial, y el camarero del turno afirmaba seriamente que alguna tarde que al llegar el *Francés* a la mesa de la tertulia la encontraba completamente desocupada, pronunciaba también la frase:

—*Bon soir, mesieures* y la compañía—dirigida a un ente imaginario en el espacio.

Por lo visto, se trataba de un voto. Tal vez por esa frase, repetida en tantos años, hubiera merecido el hombre aquel mote galaico con que ahora le conocía todo el mundo.

Al llegar en la tarde de hoy—una de las últimas de marzo—y lanzar su frase sacramental, un señor, que era aquélla la segunda vez que asistía a la tertulia, hubo de contestarle en un correctísimo francés. Después se le quedó mirando un rato, y como satisfecho del análisis y al ver que todos le llamaban *Francés*, empezó a hablarle en el idioma de Racine—¿por qué ha de ser siempre de Molière?—con toda naturalidad.

El antiguo grumete se quedó un poco asombrado; los demás de la tertulia habían empezado a reírse, y él, sin duda para evitar que la cosa pasara a mayores, se apresuró a aclarar.

—Le advierto que yo no soy francés más que de afición. Me llaman así por no llamarme por mi nombre, que es bastante feo.

—Pues ¿cómo se llama usted?—preguntó el otro en un castellano chapurrado.

—Eutiquio.

—Pues eso no es español.

Aquel señor era un viajante de una fábrica de corchos franceses, que venía de París a embarcar en Madrid para Buenos Aires. Había caído en la tertulia conducido por un empleado de la casa consignataria del vapor en que había de hacer el viaje.

El pescador de calamares ocupó su sitio de todas las tardes; pero estaba intranquilo, inquieto, preocupado por la presencia de aquel intruso, que parecía mirarle de cuando en cuando con ojo analítico y fiscalizador.

Aquel día traía la Prensa un notición espeluznante: un nuevo crimen cometido la noche anterior en uno de los diques que había allá por la parte de la antigua estación de las Delicias.

Ahora la víctima había sido una mujer, a la que los trabajadores de los astilleros habían encontrado al acudir al trabajo a primera hora, metida en un saco y con la cabeza fuera. En la parte exterior del envoltorio, los asesinos, con humorismo macabro, habían pegado una etiqueta, en la que con caracteres muy grandes decía: «FRÁGIL.»

Como siempre que la víctima de un crimen pertenece al sexo femenino, los señores periodistas parecían haberse puesto de acuerdo para afirmar que la muerta era una mujer de singular hermosura. Como si los asesinos tuvieran preferencia por las mujeres hermosas y las feas tuvieran garantizada la vida sólo por serlo.

Claro que, *desgraciadamente*, la realidad suele ser todo lo contrario: en la inmensa mayoría de los asesinatos, al horror del hecho mismo, hay que agregar el horror encarnizado de la víctima; tanto, que si no se conocieran otros móviles era cosa de presumir que a casi todas ellas las habían matado por feas.

La de ahora lo era de modo definito; el *Francés*, al ver el retrato de ella en uno de los periódicos, dió un salto en el diván, se puso pajizo, más que pálido, y le pareció que el ojo avizor del francés auténtico le escudriñaba ahora con más profundidad que antes.

¡Era ella!... Sí; indudablemente, era ella. ¡Muerta!

Pues no dejaba de ser una complicación. Había que averiguar, había que aclarar muchas cosas, completar detalles; los periódicos apenas referían más que el hecho escueto, y ¡variaban tanto las cosas de ser un crimen vulgar a ser lo que él se figuraba!

Buscó un pretexto para marcharse, aunque no era su hora, ni mucho menos; apuró de un trago el vaso de ron y salió a la calle, entre la extrañeza de Manzanares y de los demás.

Al volverse ya en la puerta para dejar paso a un parroquiano, vió que la mirada escrutadora del comisionista francés se recreaba en él con la sa-

tisfacción del que tras de un trabajo hondo ha averiguado más de lo que se proponía.

★

El *Francés*, ya en el muelle, dudó un instante hacia dónde se encaminaría.

Ir a la oficina de Policía del puerto, aunque era lo más sencillo y también lo más breve, era exponerse a salir de allí atado codo con codo. Porque, aunque él se tenía por *relativamente* inocente, las cosas podían complicarse de tal modo, que no le fuese fácil probar su inocencia.

No quería marchar al depósito de cadáveres, que estaba también sobre el puerto en un cerro que se alzaba por la parte del antiguo cementerio de San Isidro, porque no era partidario de sufrir emociones desagradables a la hora sagrada de la digestión.

Y entonces, sin pensarlo más, torció a su izquierda y se internó por las callejas que formaban la parte que aún quedaba del antiguo barrio de San Lorenzo.

En una de ellas, un edificio viejísimo de un solo piso, vivía—digámoslo así—el *Arenque*. El visitante penetró en un patio cuyo suelo era una pura letrina: había en él seis puertas señaladas con otros tantos números y una más, que por extraño capricho, en vez de ostentar el número 7, como hubiera sido lógico, lucía encima de la puerta un 100 de tamaño natural. ¿Por qué sería eso? ¡Qué extraño!

En el cuarto señalado con el número 3 llamó el *Francés;* lo hizo con cierto pesimismo, porque sabía muy bien que el sujeto en cuya busca iba era muy dado a la vida social y no paraba casi nunca en su casa.

Esta vez, por rara casualidad, estaba en ella; él mismo abría la puerta e hizo pasar al visitante. Debía hacer poco tiempo que se había levantado de dormir porque aún tenía el borde de los ojos lleno de esas partículas que a todos se nos forman durante el sueño y que el vulgo, en su lenguaje arcaico, llama legañas.

Bien se veía que el de hoy no era uno de los días que el *Arenque* tenía señalados para recibir a sus amistades; decimos esto por el decidido aspecto de vivac o de campamento abandonado en fuga que tenían las dos habitaciones—el recibimiento y el salón - alcoba - cocina - comedor — de que constaba la casa.

Una silla baldada o inútil de tres pies yacía por el suelo; en el baúl viejo, que servía de mesa-comedor, había un plato sucio con un tenedor al que faltaba casi toda la dentadura; trapos y papeles se veían por doquier, y sobre el lecho—un jergón cuyas lanas habían sido repetidas veces trasquiladas—descansaba la pompa de un vaso de noche que dejaba ver sus interiores en pleno día.

A pesar del decorado, el dueño, como para dar un mentís al aspecto nómada de las habitaciones, dijo al visitante:

—Sabía que iba usted a venir.

—¿Qué dices?—exclamó el *Francés* con cierto asombro.

—¡Vaya!

—Si hace media hora no lo sabía yo mismo.

—Pues ahí verá usted...

Pensó que había dicho una tontería. ¡Claro! Nada tenía de particular que aquel chico, al enterarse del crimen de la noche anterior, esperase su visita.

Quiso, sin embargo, cerciorarse.

—Oye, ¿y por qué sabías que iba yo a venir?

—Tengo una señal que no me falla.

—¿Y es?

—¿Ve usted a Horacio?—dijo, señalando a un hermoso gato color ceniza, que plantado en medio de la habitación, tenía clavadas en el *Francés* las esmeraldas de sus ojos desde que había entrado.

—Sí. ¿Qué?

—Ha estado lavándose toda la mañana. Ya sabe usted que esa es señal infalible de visita.

—¡Ah, vamos!

—Y como a esta casa no viene casi nadie más que usted...

—Y la Filo.

—Esa, poco. ¡Está más *despegá* y más orgullosa!

—Bueno; ya te supondrás a lo que vengo. ¿Has visto lo de anoche?

—¿Se refiere a lo de doña Mercedes?

—Claro.

—¡Pobrecilla! Se ha salido con la suya.

—¿Por qué dices eso?

—Mil veces me dijo que estaba cansada de vivir; que quería matarse.

—¿Sí?

—Y, ¡claro!, como eso no cuesta trabajo, pues... se ha matado.

—¿Cómo que se ha matado? ¿Luego tú crees que se trata de un suicidio?

—Hombre, evidente.

El *Francés* miró al chico con ese aire de inquietud agresiva con que miramos al individuo de que sospechamos que nos está tomando el pelo.

—Bueno; pero ¿tú sabes que el fiambre de doña Mercedes ha aparecido dentro de un saco y con la cabeza fuera?

—¡Claro! Se metió ella en el saco... antes de morir.

—No iba a ser después.

—Por eso aclaro.

—Y ¿cómo se ha matado?

—Muy sencillo: con un veneno. Ya se verá cuando le hagan la autopsia.

El visitante estaba perplejo; lo que el rapaz decía posiblemente era absurdo, pero podía también ser verdad. Y si lo era variaba mucho el aspecto de la cuestión.

Pero él necesitaba mayores esclarecimientos.

—Bueno, y ¿tú cómo sabes todo eso?

El chico se le quedó mirando un poco extrañado por la pregunta.

—¿No le he dicho a usted que ella decía siempre que pensaba quitarse la vida?

—Bueno, pero es que tú hablas del suceso como si lo hubieras visto; vamos como si hubieras estado delante.

El *Arenque,* sonrió complacido.

—Como que estaba.

—¡¡Qué dices!!

—Ya lo creo; y la vi como le estoy viendo a usted ahora.

Hubo una pausa. Pausa que no fué sólo de lenguaje, sino de pensamiento; el cerebro del pescador sufrió una *panne* ante lo inesperado de las afirmaciones que acababa de escuchar. Si eran ciertas—¿y por qué no habían de serlo?—, sin salir de aquel cuartucho podía tener la clave de todo.

Y el tenerla o no tenerla era para él de una importancia colosal.

Porque hora es ya de que el lector se percate. Doña Mercedes, la muerta de la noche anterior, era una señora más loca que un pierrot de alquiler, y a la que la gente, al parecer con cierto fundamento, suponía inmensamente rica. Viuda de un antiguo armador del Manzanares, vivía sola en compañía de un perro *bulldog* y un retrato al óleo de su marido, tamaño natural. Total: dos *bulldogs.*

Por azares de la vida, que es como llamamos a todas las cosas inexplicables, la viuda había tenido relaciones amorosas, vulgo lío, con el *Francés;* en un reservado de uno de los bares del muelle se habían jurado amor eterno más de una vez; en una de ellas, estando los dos en pleno deliquio romántico, ella le había preguntado con toda la sencillez de quien formula una pregunta del Ripalda:

—¿Serás mío hasta la muerte?

—¿Cómo hasta la muerte?—replicó él casi ofendido—. Hasta mucho más allá.

—¿No me olvidarás después de muerta?...

—¡¡Jamás!!

—Para que así sea, yo te ofrezco dejarte heredero de todos mis bienes... con una sola condición.

—Aceptada, negra mía.

Doña Mercedes era más blanca que un albañil.

—No: no depende de ti. Yo he tenido siempre un miedo horrible a morir asesinada...

—Tendrían que pasar por encima de mi cadáver. A ti, no hay quien te asesine ni en broma.

—Me predijo una gitana que así moriría; hace ya tiempo, siendo yo niña.

—Las gitanas no dicen más que camelos.

—Pues yo quiero ver si con tu amor deshago el maleficio.

—Dalo por pulverizado.

—Así, cuando yo muera, si lo hago de modo natural y por mi gusto, mis

bienes serán para ti. Mañana mismo haré el testamento.

Y lo hizo. El *Francés* la acompañó a casa del notario y presenció el acto. En el documento figuraba una cláusula que no dejaba de tener un cierto sabor paradójico; se establecía en ella que si la testora moría a manos humanas, toda su fortuna se dedicase a construir en España unas cuantas cárceles y presidios modernísimos con todos los adelantos imaginables. Lo lógico era que a una de esas cárceles fuera a parar su propio asesino.

Es decir, que si la viuda... se había asesinado a sí misma, el pescador era a estas horas millonario. La cosa, como se ve, no era ningún pasatiempo.

—Cuenta, cuéntamelo todo—dijo el *Francés* al pequeño—; yo te juro que si eres sincero no te pesará.

—Bueno, pero le advierto que yo no he comido aún.

Las indirectas las pescaba el *Francés* aun mucho mejor que los calamares.

—Vámonos a la calle.

El *Arenque,* para salir, hubo de hacerse un poco de *toilette;* con las manos se calmó el alboroto de los pelos, colocóse sobre ellos una gorra, que era el último grito, y se limpió los labios con la manga. ¡Listo!

Salieron. Muelle abajo emprendieron el camino del puerto de los pescadores; cerca ya de su final, y en una manzana de casas que iniciaba una gran calle, aún en los comienzos de su construcción, había una especie de café-bar-taberna-bodegón, uno de esos locales ultramodernos que ni aun su mismo dueño sabe lo que son ni siquiera a la hora de pagar la contribución.

El *Francés* era allí muy conocido. Entró con su convidado en una habitación algo oscura que había en el fondo del local, teniendo antes que sacar la cara por el *Arenque,* pues como no dejaban entrar golfos harapientos, querían echarlo a la calle.

—El señor viene conmigo.

Entonces el encargado, que era algo leído, apartándose para dejar paso dijo:

—¡Ah! Entonces como si viniera vestido de púrpura.

El chico pidió una comida enciclopédica. Se disponía a forrarse bonitamente el estómago para una temporada, mientras hacía a su anfitrión el relato pedido. No todos los días era testigo de un suceso tan emocionante, y no estaba de más aprovecharse.

—Pues verá usted. Yo anoche, a eso de las nueve, después de haber acompañado al señor Isidro Manzanares y a su hijo hasta su casa, llevándoles una red, me fui con la Filo al cine del rompeolas... Por cierto, que ponen una película que debe usted ir a verla. ¡Qué cosa, estupenda! Se llama *Odio en cápsulas,* y ¡bueno!, si le cuento el argumento no va a tener gracia cuando vaya a verla.

—Y además no vamos a acabar antes de la noche.

—También es verdad.

—Prosigue.

—Prosigo.

—Salisteis del cine y...

—A la una. Yo acompañé a la chica a su casa, que sabe usted que ahora vive en uno de los montones de hierro que hay junto a las oficinas de la Compañía Toledana de Navegación; esos montones que esperan a esos barcos ingleses para que los lleven a Canarias.

—Es decir, que en cuanto lleguen los barcos, la Filo se tiene que mudar.

—¡A ver!... Bueno, pues, la dejo allí, y como para mí era temprano, me fuí dando un paseíto, que hacía una noche como para que la sacaran en postales. Andando, andando, sin darme cuenta, llegué a la Fábrica del Gas. Seguí hasta el dique, y cuando ya me disponía a tumbarme junto a uno de los muros para pasar la noche con toda comodidad, veo al pie de él un bulto que se mueve. Me acerco, y era un saco. «¡Bah! Lo de siempre —pensé—. El eterno gato hidrófobo a quien su dueño, no sabiendo cómo desprenderse de él, encierra en un saco y arroja a la calle.» Pero oigo que una voz cuchicheante me llama: «Oiga, buen hombre...» Acudo y veo que lo

que se movía no era gato, era gata: era doña Mercedes.

—¡Horrible!

—¡Ca! No lo crea usted; pues me reí yo poco al verla.

—Y ella...

—Estaba aún viva y muy viva. Al pronto no me conoció, pero en cuanto la llamé por su nombre vió quién era. Usted ya sabe el afecto con que me ha distinguido siempre; como que había quien afirmaba que yo era hijo suyo.

—¡Quién sabe!

—No; no lo creo. Por lo menos yo no me acuerdo...

—Bueno, no divagues.

—Le dió un alegrón el verme y me dijo que iba a hacerle un gran favor; ella se había metido en el saco y se había tumbado en el suelo, pero, ¡claro!, con los brazos dentro, no tenía quien atase alrededor de su cuello la boca del saco. Yo lo hice lo mejor que pude. «No digas a nadie que me has visto—me dijo—; quiero que todos crean que muero asesinada.» Y claro que todo el mundo lo creerá.

El *Francés* se acordó del testamento y pegó un salto.

—¡Pero eso es mentira! Tú debes decir la verdad a todo el mundo.

—¿Yo? Pues sí que voy a ganar mucho con ello.

—Pero, en cambio, si no la dices, vas a perder mucho, porque yo estoy dispuesto a quitarte la vida.

★

La Filo se enteró aquella misma mañana del crimen del dique.

Ella también conocía a doña Mercedes; la conocía de vista nada más, claro es, y cuando aquella mañana fué a verla en el momento en que el Juzgado procedía a levantar el cadáver, la chica vió de la muerta ni más ni menos que lo que había visto siempre: la cabeza. Sí, porque ella conocía a la viuda millonaria de verla bañarse todas las tardes de verano en los baños del puente de los Franceses, y siempre la había visto con la cabeza fuera del agua y el cuerpo oculto por la caricia del líquido elemento. No fué, pues, una novedad la visión de ahora.

Isidro Manzanares, pensando en buena lógica, incluyó la muerte de doña Mercedes en la lista de los crímenes nocturnos que de algunos años a esta parte se venían cometiendo en el muelle. Este Madrid de ahora había variado en todo y hasta en eso; en eso más que en otras cosas. Había, pues, que adoptar mayores precauciones al volver de noche a casa con el producto metálico de la pesca, ya que indudablemente había unos pescadores siniestros que no necesitaban meterse en el agua para llenar sus redes; ellos pescaban en un mar de sangre con la red misteriosa de su cobardía. Como se ve, Manzanares construyendo frases tenía muchos puntos de contacto con el señor Víctor Hugo.

Aquella misma tarde llegó a oídos del eminente sardinero la burda explicación que el *Arenque* y el *Francés* querían dar a la tragedia. Según ellos, se trataba de un suicidio; no dejaba de tener gracia la cosa.

Como número de circo no estaba mal. Una señora metida en un saco, con las manos dentro y la tela bien atada al cuello, aburrida de su inmovilidad, decía de pronto:

—¿Qué haré yo ahora?... Lo mejor será que me suicide.

Y así lo hacía. Claro que no había aparecido ni cerca ni lejos de la muerta el arma con que pudo poner fin a sus días. Por lo visto, para matarse le bastó con la voluntad para ello, pues sobre el cadáver no había aparecido herida ni lesión alguna...

Al llegar a este punto de sus pensamientos, Manzanares se detuvo un poco abochornado; estaba discurriendo de una manera estúpida, porque el hecho de no aparecer huella del crimen sobre el cuerpo de la víctima no era argumento muy favorable a la tesis del asesinato. A menos que la hubieran matado de un susto.

En la Prensa de la noche siguiente venía el resultado de la autopsia. Isidro, al leerlo, ya recluído en su casa,

sufrió el alegrón natural de todo el que empieza a descifrar un enigma.

Los médicos lo decían muy claro: aquella señora había muerto envenenada. La habían envenenado—esto lo completaba Manzanares por su cuenta—y después la habían metido en el saco.

Lo malo era lo que el mismo periódico añadía media columna más abajo. Aquella mañana el *Arenque* se había presentado voluntariamente—respecto a esto de *voluntariamente* el lector y yo sabemos a qué atenernos—ante el juez que instruía la causa y le había dicho lo que él sabía. Paseando por el muelle había tropezado con el saco en que estaba la anciana, antes de que ésta muriese, y le había dicho la verdad: que se mataba porque estaba aburrida de vivir y porque tenía amplias razones para suponer que el casero iba a subirle el piso de un modo exagerado a partir del mes próximo.

Se guardó muy bien de contar cómo fué él quien ató la boca del saco a petición de la difunta; esto le hubiera complicado en el asunto, y no había por qué gastar bromas con la Justicia. El juez deseó aclarar este extremo, y el *Arenque*, nada tonto, hubo de contestar:

—Eso sí que no lo sé; cuando yo llegué ya estaba atado, y como tengo poco de curioso, no quise molestarla con tal pregunta en aquel momento... A lo mejor, señor juez, sería uno de esos sacos que se cierran solos como ciertas cajas de caudales.

El digno magistrado sonrió benévolo. Pero él sí era curioso, y siguió preguntando:

—¿Cómo al oír de labios de la suicida su confesión, no fué usted a dar noticia a las autoridades?... Acaso, acudiendo a tiempo, se hubiera podido evitar que el suicidio se consumase.

El *Arenque*, antes de ir a ver al juez, había sido ampliamente instruído por el *Francés;* con este antecedente no podrá chocar que a la pregunta anterior, que realmente se las traía, contestase con el siguiente... pase de pecho:

—Pues, ya ve usted, no *me se* ocurrió. Como era una hora tan intempestiva, no quise molestar a nadie. Además, es lo que yo me dije: ¿Que *haiga* un cadáver más, qué importa al mundo?

El *Arenque* conocía sus clásicos.

Isidro Manzanares siguió leyendo el periódico. En la sección de Política vió una noticia que le llenó de júbilo: era la siguiente: «Reunidos ayer tarde los mayores contribuyentes del gremio de pescadores de esta Corte acordaron, por mayoría de votos, presentar candidato por el distrito del Muelle en las próximas elecciones de concejales, al prestigioso sardinero don Isidro Manzanares y Meroño.»

No era una sorpresa; hacía mucho tiempo que se venía hablando de ello, y, aun cuando él modestamente fingía no preocuparse del asunto, sentíase halagado ante la posibilidad de llevar al salón de sesiones del Ayuntamiento el perfume acre de las sardinas... Por bajo cuerda, sin dar la cara, venía preparándose la elección.

Esta noticia de hoy era un anticipo lleno de posibilidades, de seguridades, mejor. Distraído con la noticia del crimen, no se había preocupado de la reunión del día anterior, y ahora el periódico venía a recordársela. Lo que sí le preocupaba era aquella parte de la noticia en que decía que el acuerdo no había sido tomado por unanimidad, sino por mayoría. ¿De quiénes eran, pues, aquellos votos en contra?

Se propuso averiguarlo al día siguiente, para conquistarlos y atraerlos a su causa, si ello era humanamente posible; para destruirlos y pulverizarlos si se resistían a sus seducciones.

Al llegar en la tarde siguiente a la tertulia del café de Magallanes estaba ya en ella el *Francés*. Al ver a Isidro, se sobresaltó un poco, y durante un gran rato huía sus ojos de los de Manzanares, y siempre que éste le hablaba procuraba poner un pronto término al diálogo. Parecía estar molesto, pero no se atrevía a marcharse.

Cuando la tertulia se fué aclarando

y quedaron casi solos los dos pescadores, el *Francés*, como quien se decide a quitarse un gran peso de encima, empezó a hablar:

—Oye, Isidro, yo quiero decirte una cosa.

—Tú dirás.

—Sí, porque antes de que te lo cuente cualquier chismoso por ahí a su modo, prefiero que lo sepas por mí.

—Habla, hombre, habla.

—Ayer estuve en la reunión del gremio.

—¡Ah!

—Ya sabrás el resultado.

—Sí, lo leí anoche.

—Ante todo te felicito.

—Gracias, hombre.

—Ya sabes que soy un buen amigo tuyo y por eso... yo no he votado tu candidatura.

—¿Por eso?

—Sí, Manzanares; yo no puedo consentir que a un amigo mío se le ponga en ridículo, y lo que se quiere hacer contigo es eso: ponerte en ridículo.

—¿Por qué?

—Por... que tú no serás concejal, Isidro. Te lo digo yo que estoy muy bien enterado. El concejal será otro...

—¿Quién?

—Otro, Isidro, otro; no te puedo decir más. Debe bastarte saber que no serás tú.

Quedaron en silencio un largo rato. Manzanares no sabía qué decir, y el *Francés*, como en realidad había dicho todo lo que por ahora debía salir de su boca, optó por callarse. El silencio lo rompió Isidro, que era el más impaciente.

—Bueno; pero tú ¿en qué te fundas para decir eso? ¿Qué sabes que yo no sé? Si eres un buen amigo me lo debes decir.

—Yo sólo sé una cosa, y esa ya te la he dicho: que tú no serás concejal.

Y al afirmarlo, el *Francés* ponía en sus palabras esa gravedad, esa firmeza del que hace una profecía cuyo cumplimiento nadie, a no ser el mismo Dios, podría impedir.

★

Eutiquio el *Francés*, era rico, o estaba a punto de serlo.

Pasaban los días, y el Juzgado, convencido por la elocuencia del *Arenque*, aceptaba como oficial la versión del suicidio de doña Mercedes. El notario guardador del testamento de la anciana había empezado las diligencias preliminares necesarias para poner al pescador en posesión de la herencia.

El *Francés* podía considerarse ya como un nuevo rico, y, como a muchos de ellos, al verse con dinero le mordió el microbio de la ambición política.

Una mañana, en todas las esquinas del barrio del Muelle aparecieron unos carteles en los que, sobre un fondo con todos los colores del iris, se leía este anuncio estupefaciente: «Candidatura para concejales. Eutiquio Salinero y Mondragón. Sindicalista independiente».

Isidro Manzanares, al salir de su casa aquel día, leyó el cartel y sintió que una ola de asco le subía del estómago a la garganta.

¿De modo que era el *Francés* el incógnito contrincante? Es decir, ¿que el buen amigo se convertía en rival de la noche a la mañana, sin tener ni aun la delicadeza de avisárselo?

Gracias a la Filo, Manzanares conocía la historia de la herencia, del suicidio de la viuda y de todos los millones que iban a caer en los bolsillos de su nuevo contricante. La Filo estaba perfectamente enterada por el propio *Arenque*. Y Manzanares, a la vista de aquel cartel, que parecía el anuncio de un almacén de colores y barnices, pensó que eran los cuartos de la muerta los que habían dado ánimo a aquel sinvergüenza para aspirar, frente a él, a la magistratura edilicia.

Por lógica consecuencia, desenvolviéndose el pensamiento en un cauce normal, se dijo que si él impedía que el *Francés* fuera rico mataba en flor aquella candidatura tan disparatada y tan a destiempo presentada.

Era preciso que doña Mercedes hubiera muerto asesinada; casi sentíase capaz de sacarla de su tumba y asesinarla él mismo... Aunque para esto —el lector ya habrá notado que el ce-

rebro del pescador de sardinas navegaba en plena tormenta—lo mejor sería presentarse al juez y declararse él mismo autor del asesinato. Si no fuera por ir a presidio, así lo hubiera hecho en el acto.

Bueno, ¿y conseguir que la Filo, por ejemplo, se declarase la criminal? Podría inventarse una historia, rodear la mentira de todas las apariencias de verdad, ofrecer a la chica una cantidad...

Maquinalmente, el honesto Isidro Manzanares echó a andar hacia el muelle con ánimo de divagar por él, de escudriñar por todos los rincones, de mirar bajo todos los cobertizos hasta dar con la rapaza. Ello no había de ser muy difícil.

Llevaba andada una media hora, abstraído, sin fijarse en el enorme movimiento del lugar, bajo el sol espléndido de aquella verdadera mañana de primavera, sin oír el ruido de las enormes grúas que trabajaban en la carga y descarga de cerca de quinientos buques, casi dejándose atropellar por el continuo hormigueo de los camiones que iban y venían del puerto a la ciudad. Cerca ya del edificio de la Aduana vino a sacarle de su embobamiento inquisitivo una manaza que, por la espalda, se le apoyó en el hombro.

Se volvió asustado; lo menos que pensó es que era ya la policía que, habiéndole adivinado el pensamiento, venía a prenderle por lioso e impostor.

—¡Caray! No se alarme, amigo Manzanares, que soy yo.

Era el viajante francés a quien conocimos en la tertulia del Magallanes algunas tardes antes; el que, tomando al *Francés* por un compatriota, empezó a hablarle en el idioma de Bergson, con resultado absolutamente negativo.

Al oír las primeras palabras de aquel sujeto, Manzanares creyó de un modo decidido en la Providencia. Porque el galo le dijo de buenas a primeras:

—¿Ha visto usted qué suerte tiene ese sinvergüenza de Eutiquio?

—¿Por qué lo dice usted?

—¡Que por qué lo digo! ¿Usted ignora que era el amante de esa pobre mujer que ha aparecido muerta?...

Isidro le interrumpió impaciente:

—Sí, sí; lo sé todo. Sé que dentro de muy poco se habrá convertido en un señor millonario.

—A mí me ha partido por el eje... ¿No lo dicen ustedes así en España?

—Si, así lo decimos... Pero ¿por qué le ha partido?

—Hombre, porque de no heredar él a la difunta...

—¿Qué?

—La habría heredado yo.

Manzanares se quedó de una pieza... de doble ancho.

—¡¡Usted!!

—Vamos, indirectamente, pero la habría heredado.

—A ver, a ver, amigo Marbilleux, explíquese porque me tiene usted en brasas. Ya sabe que ese idiota, ese hijo de... la noche se atreve a disputarme la concejalía. ¡Me matrimonió con Neptuno! ¡A mí, que llevo cerca de treinta años extrayendo sardinas del fondo del río, con una conducta honrada, limpia, intachable!

—Hombre, pues mi explicación es muy fácil. Ya sabe que la casa que yo represento se dedica, entre otras cosas, a construir edificios a base de una mezcla de cemento, plomo y magnesia, que no se caen jamás; su especialidad son las cárceles y las casas de juego. Si esta doña Mercedes hubiera muerto asesinada, su dinero se hubiera destinado a construir en toda España unos presidios confortables, y nosotros nos hubiéramos encargado de su construcción... No creo que necesite decirle más.

—Ya, ya...

Manzanares comprendió que habia encontrado el hombre necesario, y sintió ese alivio del que tropieza con un semejante que participa de nuestra misma desgracia.

—Bueno, y ¿qué hacemos?

—Ante todo, ¿usted cree en el suicidio de esa desgraciada?

—¡Hombre, por Dios! ¡Qué he de creer! Yo no creo nunca en lo que me perjudica.

—Pues es necesario que hagamos partícipe de nuestro escepticismo al Juzgado.

—Sí, pero ¿cómo?

—Hay que encontrar ese *cómo*, amigo Manzanares.

★

Algunas noches después, Isidro Manzanares y la Filo paseaban silenciosos y muy despacio por la parte del muelle que arrancaba del antiguo puente de Toledo.

En este punto habían construído una compuerta metálica que, abriéndose en el momento oportuno, dejaba paso río arriba a los barcos, veleros en su mayoría, que iban a cargar la finísima arena de los bajos de la Bombilla y de Puerta de Hierro.

El pescador y la rapaza seguían hacia arriba por el cauce de la antigua ronda de Segovia, que era ahora un barrio lleno de cafetines y de bodegones, impregnado todo él de aromas de aceite frito. El puente de Segovia ya no existía; parte de él se había caído solo, y el resto había sido derribado como un obstáculo para la navegación. En su lugar se había construído una graciosa pasarela de arco altísimo, que unía con sus dos nervios de hierro las dos orillas del río. Desde el templete del centro, al que se subía por unas escaleras casi de barco, se veía, de un lado, hasta los últimos rincones de las umbrías de la Casa de Campo, y del otro, pasando la mirada por encima de los muelles, podía seguirse todo el cauce del río casi hasta el paraje del Matadero.

Sin ponerse de acuerdo, casi sin proponérselo ninguno de los dos, subieron a la pasarela. La noche era quieta, tranquila, toda bañada en azul, pues no era sólo el del cielo y el del agua del río, sino que los mismos verdes de las orillas parecían amortiguarse en la semipenumbra de la noche en un gris azulado que era una caricia.

Miles de lucecitas se veían por doquier, hacia cualquier punto del horizonte que se dirigiese la vista, y todas tenían ese temblor, ese parpadeo nervioso que parece animar a las luces que se hallan próximas a alguna gran superficie de agua.

De los muelles, a pesar de la hora, y aunque todos los grandes ruidos del día se habían apagado, subía un estertor que era como la respiración semiagitada de un gigante que duerme. De cuando en cuando silbaba una locomotora o la sirena de una nave, se oía el arrastrar de las cadenas de una grúa que cargaba los últimos fardos en un barco para que pudiera ponerse en camino aquella madrugada, o se escuchaba a lo lejos la canción de un marinero, un fado lánguido y tristón casi siempre, que parecía traído hasta allí, remontando la corriente, por las aguas del Tajo, tan recias para templar las espadas en Toledo como voluptuosas para acariciar los corazones en Lisboa...

El señor Isidro Manzanares no era un poeta, porque no sabía hacer versos; pero tenía su alma en su almario, cosa que no le ocurre a todos los poetas. A la vista de aquellos paisajes que, aun en la oscuridad de la noche podía él diseñar con toda claridad, evocaba lo que era el río cuarenta años atrás, cómo eran sus pobres orillas y el raquitismo que parecía tener atacada a perpetuidad su débil corriente.

Más que río era un hilo de agua que la Divina Providencia parecía haber colocado al pie de Madrid con el solo designio de que a poetas y satíricos no faltase nunca asunto para sus versos burlescos ni tema para sus crueles chanzas. Corrían sus aguas como avergonzadas por un cauce construído entre grandezas; las frondas del Pardo y la Florida, la ermita de San Antonio, estuche glorioso de las joyas debidas al pincel del genio, la mole suntuosa del Palacio Real, el bosque gigante de la Casa de Campo, que parecía requerir como regatón el ímpetu de un Amazonas o de un Mississipí... Y el pobre riachuelo, verdadero Liliput en el país de los Gigantes, circulaba muy de prisa, como aver-

gonzado de las magnificencias de la ya entonces gran ciudad.

Esto le echaban en cara de continuo, con notoria hipérbole, cronistas y poetas; pero el riachuelo, pequeño y todo, tenía a veces bromas crueles: esa ira de los seres chicos que resulta cómica, pero que a las veces tiene trágicas derivaciones. Manzanares recordaba ahora una de esas burlas del río, su homónimo, ocurrida algunos años antes de la canalización. Había en Madrid un señor periodista, hombre muy culto, tanto, que se había leído traducidas al hispano-catalán en tomos de peseta casi todas las obras cumbres de la humanidad; este señor—él sabría por qué—era enemigo personal del río Manzanares, al que en sus escritos, viniese o no a cuento, llenaba de burlas crueles y dicterios zumbones.

El desprecio que aquel sujeto sentía por el río sólo era comparable al que cualquier persona normal suele sentir por un pariente próximo. Le llamaba siempre «ese escupitajo que pasa por la espalda de la Bombilla», y aseguraba que la construcción del Viaducto de la calle de Segovia había tenido por objeto el que en Madrid hubiese un sitio propicio donde los suicidas pudieran realizar su propósito, ya que arrojándose al río sólo conseguirían darse un baño de pies no muy minucioso. Una noche de verano, el hombre genial, que, como todos los cultos, era amigo de arrojar de cuando en cuando una cana al aire, fué a cenar con una tía suya a uno de los merenderos de la Bombilla, y a los postres, alegrillo por las libaciones, fué a dar con la dama el consabido paseo romántico por las orillas del río. De pronto, ya al borde del agua, fué a hacer una cabriola juguetona, dió un traspiés y cayó en la corriente.

Ocurrió lo que ocurre siempre en estos casos: ayes, voces de auxilio, carreras locas, luces que corren por la ribera sin saber a punto fijo dónde dirigirse... y manotazos furiosos del caído, demandando febrilmente la orilla, que cada vez se aleja más.

El buen plumífero pateaba con furia buscando el fondo, pareciéndole mentira que estuviera tan lejano el de aquel riachuelo grotesco al que tantas veces su pluma había puesto en ridículo. Pero el buen Manzanares, como si quisiera vengarse de su eterno detractor, lo arrastraba aguas abajo, camino del puente de Segovia; el río no le había llamado ni le había arrebatado violentamente de la orilla, como había hecho con otros en ocasiones, pero ya que había caído en él, iba a enterarse aquel deslenguado de la cantidad de agua que llevaba en su seno.

Y en vez de ahogarlo de una zambullida, quiso prolongar su agonía, paseándolo durante una hora larga; lo pasó por bajo los arcos de los puentes de Segovia y Toledo, lo vió desfilar bajo las umbrías de la dehesa de la Arganzuela, lo llevó al nuevo Matadero y al puente anejo recién inaugurado... y ya en las cercanías de la desembocadura del poético arroyo Abroñigal, le dió el chapuzón definitivo.

El buen señor, según su propia frase, se había ahogado en un escupitajo, o tomando un baño de pies. Su cadáver, al ser extraído del agua para llevarlo al depósito, tenía ese rostro del hombre que se cree en ridículo de una manera inevitable.

Desde aquella desgracia, los poetas y los cronistas fueron más parcos en sus bromas a costa del calumniado y simpático río que cruzaba Goya a diario para subir a su casa.

Isidro recordaba ahora el suceso con verdadero júbilo; visto, ahora, aquello parecía haber tenido sabor de profecía; fué como una prueba de que el Manzanares era capaz de hacer lo que hiciesen los demás ríos y de llegar donde éstos llegasen.

¡Y vaya si había llegado! A la memoria del pescador acudía también ahora una frase que él oyó cincuenta años antes, al empezar a desarrollarse proyectos que entonces parecían fantásticos, sobre la base de la canalización. Fué en una taberna de su barrio donde había ido con su padre; en una mesa había un grupo de cuatro sujetos jugando a las cartas, y,

entre as y sota, hablaban del proyecto de navegación del Manzanares, de los esplendores del porvenir, del cambio radical que se operaría en la villa cuando unas cuantas hélices empezasen a desgarrar las aguas del río con sus aletazos, y uno de los contertulios, un viejo ecuánime y sensato a quien todos llamaban respetuosamente don Eladio, dijo, como resumiendo la conversación y sin dirigirse a nadie en particular:

—*Miá* que tendría gracia que Madrid se convirtiera en un pueblo de pescadores.

Ya lo era, y, al serlo, había crecido mucho. Como había crecido el río, aquel caudal de plata que Manzanares y la Filo mostraban ahora desde lo alto de la plataforma, dormido en la noche, pero con un sueño agitado, ya no era el riachuelo ridículo y falso que en los temporales de sequía prolongada se podía cruzar con zapatos de charol por algunos sitios; ahora era todo un señor río, no un Manzanares a secas, sino un señor Manzanares.

Isidro admitió el simbolismo. El también, como el río, había crecido, se había agrandado: desde su cuna humilde de golfete de los barrios bajos había llegado a ser también el señor Manzanares, el candidato a concejal.

¿Candidato nada más? ¿No pasaría de ahí?

En el relativo silencio de la noche hubo como un rugido de ira y de venganza. Había que matar al *Francés*.

★

Las elecciones de concejales han sido siempre en Madrid espectáculo mucho más divertido que una corrida de toros en la plaza de Tetuán. Pero en el distrito del Muelle, y en estos tiempos de supervivencia comercial y de plétora de vida, la reunión de los comicios—que es como llaman los cursis a la fabricación de los pucherazos—resultaba un espectáculo completamente feérico.

Al señor Isidro Manzanares y a su cómplice de ocasión, el viajante francés, no les iban saliendo las cosas muy a la medida del deseo, y la víspera de la elección seguían siendo dos los candidatos a la plaza codiciada por Isidro Manzanares: éste y el *Francés*.

Matar al pescador de calamares no habría sido empresa hacedera ni fácil. Claro que sus dos rivales no se lo habían propuesto seriamente, pues de haber sido así, el *Francés* sería ya cadáver, toda vez que matar a un hombre es cosa sencilla por mucho que éste se defienda. A veces basta con leerle unas décimas.

Impedir que la herencia de doña Mercedes—Dios la tenga en su santa gloria—fuese a manos de su antiguo amor no era tampoco resolver una ecuación de primer grado. El juez, a quien acudieron los dos compinches, seguía diciendo lo mismo que el primer día: desde el momento que había un testigo presencial del suicidio y no lo había del asesinato era preciso probar éste; si la prueba no aparecía, él tenía que seguir ateniéndose a la versión primera, que resultaba así la oficial.

Los dineros contantes y sonantes no habían llegado aún, es verdad, a manos del heredero, porque las operaciones preliminares al traspaso de la herencia iban más despacio de lo que hubiera deseado la impaciencia del agraciado; pero éste, como era lógico, había encontrado quien a cuenta de la herencia le adelantase con creces todo lo necesario para los gastos de la elección.

Y ésta era la desesperación de Manzanares. Cada vez que salía a la calle y veía los dos carteles anunciadores, el uno brillante con todos los colores del iris, el otro, el suyo propio, tirado sobre un fondo gris muy triste, sentía impulsos asesinos. Para mayor sarcasmo, los cartelitos los pegaban casi juntos, y aun a veces el del rival venía a quedar un poco montado sobre el suyo propio, tratando, sin duda, de tomar posesión, de humillarle.

Ahora ya no había más que ir a la lucha y derrotar en ella como fuese al asqueroso advenedizo. Por dinero no podía ser la derrota, pues los gastos de la elección de Manzanares los pagaba el gremio, en tanto que los del *Francés* los pagaría indirectamente el dinero de la viuda, y ya es sabido que un gremio, cuando se trata de pagar, no es nunca tan generoso como una viuda.

El día de la elección Isidro Manzanares se hizo el firme propósito de no salir de casa; esperaría en ella las noticias de la lucha, que le irían trayendo la Filo, el comisionista francés y su propio hijo Isidrín.

A última hora le había invadido un fundamental escepticismo. ¡Ser concejal! ¿Y qué era, después de todo, eso de ser concejal? Un pretexto para que los periodistas y saineteros se metieran de continuo con uno, llamándole chanchullero, chupóptero y otras lindezas. Resultaba más tranquilo, y casi más honorable, el oficio de pescador de sardinas.

Claro que no eran incompatibles y hasta pudiera decir alguien que eran dos oficios coincidentes; pero a Isidro le había entrado ya ese desprecio escéptico que nos invade *a priori*, con respecto al bien que damos por perdido.

A primera hora de la tarde—¡la hora clásica de la tortilla y el bistec con patatas en los días de elección!—fueron a buscar a Manzanares unos cuantos individuos de los más mangoneadores del gremio.

¿Qué era aquello de encerrarse en casa todo el día? Nada de huídas; había que echarse a la calle, era preciso luchar, visitar los colegios, animar a los débiles, fortalecer a los decididos, dar de mamporros a los partidarios del *Francés*... que aún no hubieran votado, pues con los que ya lo habían hecho no quedaba nada que hacer.

Las noticias no eran malas del todo. A aquella hora la elección no la había ganado ninguno de los dos candidatos; el cálculo de notas señalaba un empate, sostenido durante toda la mañana. Por lo mismo, era cosa de ver quién llevaba el gato al agua.

Y Manzanares se echó a la calle, o, mejor dicho, le echaron; a sus últimas resistencias para salir contestaron sus compañeros con una frase del más puro sabor castellano y medieval:

—Usted no tiene derecho a negarse a nuestra petición; usted, en el día de hoy, no es el ciudadano Isidro Manzanares, es el candidato del gremio, y hasta terminado el escrutinio el gremio dispone de su persona y de su vida.

¡Vaya por el gremio!

Fué un calvario. Por las calles oía cuchichear a su paso a los grupos: en los colegios, los interventores rivales le miraban con una mezcla de compasión y de odio. En uno de ellos, situado junto a la Aduana, Manzanares y el *Francés* se encontraron frente a frente. La sardina iba, como en el fondo de los mares, a chocar con el calamar.

Los circunstantes les rodearon con expectación.

Pero no hubo choque. Quedáronse mirando los dos, como indecisos; al fin, el *Francés*, que salía del colegio, donde había celebrado una detenida conferencia con los de la mesa, que eran todos adeptos suyos, se dirigió a su rival, y con tono airado, como achacándole la culpa de la catástrofe, le dijo:

—¡Nos hemos reventado los dos!

Y salió poco menos que huyendo.

Manzanares no supo lo que le quería decir. ¡Los dos!

La cosa resultaba absurda y sin sentido, y el señor Isidro encontró de pronto una explicación: no había que olvidar que estábamos en día de elecciones y que éstas, en los países latinos, gánanse en las tabernas.

El *Francés*, en la recluta de votos, seguramente llevaría recorridas unas doscientas en lo que iba de día, y no tenía nada de particular que anduviera un poco ebrio.

★

Las palabras del presunto borracho resultaron proféticas. Al llegar al escrutinio se vió que el *Francés* y Manzanares tenían exactamente el mismo número de votos, resultando, por tanto, empatados.

Pero no era esto lo peor. Había algo más trágico, y era que ese número de votos resultaba pequeño al lado de la mayoría, verdaderamente aplastante, con que se había alzado un candidato surgido a última hora, casi un innominado, un tal Ansúrez, pescador de atún, del que no se sabían más antecedentes políticos que haber estado una vez en la cárcel por el robo de un reloj que luego resultó de níquel.

El sería concejal. Sencillamente había pasado lo que pasaba siempre que dos individuos luchan encarnizadamente, sea por un acta, sea por un puesto en la plataforma de un tranvía repleto: que surge un tercero en discordia y ése es el que se calza el puesto y el que sube al vehículo.

Fenómeno humano y explicable, después de todo, ya que cada uno de los luchadores, verdaderamente obsesionado con los actos y movimientos del rival, no se fija en el nuevo combatiente.

Cinco días después de la elección, y con pocas horas de intervalo—las que van desde las nueve de la noche a la una de la madrugada—ocurrieron en el distrito del Muelle dos sucesos que, siendo secuela de la lucha electoral, tuvieron tal relieve, que apagaron el ruido y los comentarios producidos por aquélla.

Desde lo alto del barandal de la pasarela cayeron al agua en esas dos horas dos cuerpos humanos: el del *Francés*, pescador de calamares, y el del señor Isidro Manzanares, pescador de sardinas... al por mayor.

Se trataba de dos suicidios; aquí sí que no cabía duda. El *Francés* se mataba por su derrota en las elecciones y porque, como consecuencia de ella, el señor que le había prestado el dinero para los gastos electorales quería cobrar en seguida, sin esperar a que el derrotado tomase posesión de la herencia; daba un plazo de cuarenta y ocho horas y amenazaba con romper—en el sentido literal de la palabra—la cabeza del deudor si no cobraba al final del plazo.

El suicidio de Manzanares obedecía a móviles más románticos: se mataba pura y simplemente por no poder resistir la amargura, la vergüenza que le había producido la derrota.

Y además, y esto era lo inmenso, el bueno de Isidro Manzanares, que para morir pudo haber elegido otra clase de muerte menos húmeda, se arrojaba al río de su mismo apellido, para contribuir a aumentar su importancia, su categoría de gran camino fluvial, al cual se arrojaban los hombres desesperados con la misma confianza con que se arrojan al gran Océano o al fondo de un pozo. Sin miedo a hacerse un chichón en lugar de ahogarse.

Ninguno de los dos cadáveres pudo ser extraído del fondo de las aguas; en esto el río Manzanares tuvo un éxito más que añadir a la lista de los que, como nuevo Amazonas, venía obteniendo desde hacía medio siglo justo.

La Filo y el *Arenque* lloraron la muerte de sus amigos y se quedaron con el disgusto de no poder asistir a sus respectivos entierros: para ambos hubiera sido una complicación, porque no disponían de ropa negra.

Entre la gente del muelle fué también muy sentida la doble desgracia, aunque más la del señor Manzanares que la del otro; rindamos este póstumo tributo a la memoria de Isidro.

Uno de los lugares donde más se sintió fué en el café de Magallanes. El dueño perdía dos parroquianos, y el camarero de turno dos propinas diarias. Aquí la intensidad de la pena era distinta que entre las demás gentes del barrio. Se lamentó más la desaparición del *Francés*, porque de ordinario era el que hacía más consumo.

Algunas noches después la Filo y su novio hablaban de los dos suicidas, y la chica, que era algo aficionada a lo astral y ultratelúrico, le preguntó al golfete:

—Oye: ¿y qué habrá sido de los cuerpos de los muertos?

—¡Vaya pregunta! Pues ¿qué va a ser? Que se los habrán comido los peces.

—¿Crees tú?...

—¡Digo! Como si lo viera. Y te diré más, tengo la seguridad de que al *Francés* se lo han comido los calamares, y al señor Isidro, las sardinas. ¡Si en este mundo *tó* se paga!

FIN DE
«SILVINO CORDERO, VOTA»
Y
«EL SEÑOR MANZANARES»
DE
JOAQUÍN BELDA

TOMAS BORRAS

(1891)

TOMAS BORRAS

NOVELISTA, *poeta, autor dramático, periodista. Nació en Madrid. Desde los catorce años se dedicó a las letras, habiendo sido redactor de* Figaro, La Noche, La Mañana, La Tribuna, Nuevo Mundo, A B C *y otros varios diarios y revistas. Ha dirigido numerosas e importantes compañías teatrales, alcanzando éxitos magníficos con sus obras escénicas. Pasa por ser uno de los más admirables cuentistas de las letras españolas. Y es, a nuestro entender, el último y más joven escritor de la generación de* El Cuento Semanal. *Su obra literaria es muy extensa, varia y admirable.*

Novelas: La pared de tela de araña; La mujer de sal; Noveletas; Sueños con los ojos abiertos; Cuentos con cielo; La cajita de asombros—*1947*—; Sangre en las almas —*1948*—; Checas de Madrid.

LO MISMO Y SIETE MUJERES

I

RUBIA la cabellera, dorado artificial de reflejos blancos, que parece bruñido de platería; el óvalo, puro de almendra; los ojos, dos canicas de cristal, cándidas; dientes de anuncio de dentífrico: toda ella menuda e infantil, así era Carlota, amuñecada con nombre de heroína romántica. La envié flores y cartas-poesías en papel violeta. Cuando la hablaba enamorado, perdía sus miradas celestes en la penumbra de las alamedas, y los pájaros descansaban a su voz, meciéndose en sus melancolías musicales. La gustaba ir conmigo al Museo del Prado y contemplar las escenas italianas: perfiles de adolescentes con joyas como tatuajes, junto a muchachas andróginas, salones de mármol, vinos y frutas, choques de luces crudas de Venecia —verde veronés, carmín, cobalto—, laúdes, ninfas perezosas, miradas con ojeras, palomas como senos desnudos volando en la delicia... Carlota era mi primera novia. Su brazo no pesaba al apoyarse en el mío. Si la recuerdo en el sabroso entonces, la ven los ojos de mi memoria tallada en transparente jaspe. No decía «Quiéreme» como se dice en España; sino «Ámame», como se escribe en las novelas. Nunca besé aquella piel, que me parecía porcelana. En sus labios, un fresón inmóvil, pues nunca sonreía. ¡Qué cintura de niña, qué dedos largos y alisados, qué alba en su resplandor!

«Carlota, sueño contigo, ¿o eres un

ensueño y no me doy cuenta de que habré de despertar?»

Desperté. Cuando habían pasado dos meses de entrevistas furtivas, esperarla escondido y escapadas con pretextos, apareció con otra muchachita.

—Mi hermana—nos presentó.

Nada más mirarla lo comprendí, fué una revelación. ¡Si ésta era la que yo buscaba!

—No sé por qué la llamamos en casa Filu.

—O Filucha—pegó ella la hebra—. Porque me pusieron en la pila Gregoria, el santo del día. ¡Qué regalito el del padrino! ¡Gregoria! Menos mal que Filucha lo arregla. Pero no se confunda y me llame feúcha, que no lo soy.

—Linducha, sí.

Su risa, aquella risa que caía en catarata sobre la luz, sobre el rostro, en lluvia de pétalos, que estremecía su garganta, que teñía de resol su rostro; aquel reír del corazón, de la boca, de los ojos con las lágrimas alegres... Oía reír por primera vez. Su melena negra revolvíase en madejas rebeldes atrás, porque la cabeza se doblaba por el resorte de la nuca y el arco de la mandíbula salía un poco, desnudando más la desnudez de su gálbilo.

—¿Verdad que no soy fea?

Infinita picardía de su mirar, con rocío entre las pestañas y en los dientes, aún sorbiendo los labios, estrictos, delineados, los últimos borbotones de su reír.

—Dispénsala. Es tan propensa... Cualquier cosa la divierte.

La hermana, impávida, armónicamente artificial, miraba a Filu con bolitas de vidrio iluminado entre el redondel acribillado de alfileres negros, sus pestañas, unidas de tres en tres por minucioso rímel. La mano de Gregoria—la llamé así por oírla reír—era de blanda dureza, carnosa, cálida. Más alta que Carlota, menos esbelta, del color maduro de las morenas, cimbreante, un poquitín densa, Filu parecía sentir prisa, un ardor de hablar, de correr, de arrebatar. Miraba como revolviendo en la herida la mirada, sensualmente, ensañadamente.

—Carlota, existe la fatalidad... Carlota, yo debo de tener un destino trágico... ¡Si vieras qué problema más difícil de resolver hace sangrar mi alma, Carlota!...

¡Y menos mal que había conocido a Filucha antes de casarme con Carlota!

Vivía como febril, tiritando, abrasándome, disimulando, con Filu a un lado y Carlota al otro, entre el frío ardoroso de mi repulsión por la que antes amé y el deseo quemante por la hermana, imposible, que me helaba. Enfermé, envejecí... Los tres, juntos a cada momento—así los padres toleraban el noviazgo de Carlota conmigo, vigiladísimos por Filucha—.

—¿Qué te sucede, amor?—me preguntaba la muñeca en su estilo romanesco.

—Amarillo y con ojeras, no le preguntes qué tiene: está queriendo de veras—se arrancaba Filu con la solearilla, y la claridad de su reírse de mí me inundaba de placer, me cantaba en los oídos, rebrotaba en mi alma: tenía que contenerme para no hundir mi boca en su cuello palpitante.

—Carlota—me arrodillé—, es horrible; mátame si quieres..., no sufras, por Dios, que no valgo nada y encontrarás otro novio mejor que yo... Es una deslealtad..., es una infamia, perdóname...

—Habla, no me agobies con tanta angustia.

—Me he enamorado de tu hermana.

No contestó, no se desmayó, ni me hizo reproches, ni lloraba, ni respiraba. Alrededor de sus ojos asombrados, los cien alfileres negros, simétricos, que tardaba tanto tiempo en unir con rímel ante su espejito, nada más que la mirada de canicas de cristal y, dentro, sus colorcitos celestes.

—¡Carlota!

Dándose cuenta de que vivía—mi grito evitó su petrificación—, asomóse a la puerta del palco. Filu había salido, en el entreacto de la comedia, con pretexto de refrescar, para dejar-

nos un momento a solas. Cuando entró Filu, a la llamada de Carlota, fuí señalado por un dedo largo y alisado, implacable.

—Se ha enamorado de ti. Ahí le tienes.

Cogió su pareja de zorros reunidos por el hocico y, manejándolos como látigos, se fué, impasible, artificial, menuda, amuñecada. Filu vino hacia mí; yo estaba encogido de miedo, sudoroso; me miró minuciosa, de abajo arriba, como se examina un objeto. «¡Se va a reír!», esperaba yo con ansia para lanzarme sobre su alegría, abrazar aquel cuerpo turgente, jurarla entrecortado...

—¿Plato de segunda mesa?—me dijo Gregoria, con desdén asqueado, dura, fruncida.

Solo en el antepalco, perdida la tensión, lelo, no supe qué hacer. Cuando levantaban el telón y se oscurecía la sala, salí también, como un delincuente, de puntillas...

II

Meses después del episodio, aún iba mi recuerdo de una a otra, incensante; el balancín de mi remembranza alcanzaba la imagen de Linducha, y sus aromas de canela me empapaban; separábase, meciendo su vaivén, hasta parecérseme nítida, Carlota, con su pasmada expresión de bebé de la moda. Una luz me llegó de allá, del fondo de la infancia; era niño, jugábamos a los novios, y la rapacita del tercero, con sus trenzas y sus ocho años, quedó apalabrada formalmente por mí delante de todos los chicos de la vecindad; era mi novia y la guardaba las estampas del chocolate y los carretes de mi mamá con cabos de seda, nos sentábamos en el portal muy juntos, yo la corregía sus planas de letra inglesa. ¿Qué había sucedido después para que la chiquilla no me hablase más, huyendo con odio? ¡Ah, sí!... Tenía una hermanita algo menor, escuchimizada, enferma, y yo dejé a mi novia oficial, con escándalo de la chiquillería del barrio, porque me sedujo la fealdad de su hermana.

Vagué como sin sombra aquellos meses después de mi ruptura con Carlota y Filu. Quizá el amor sea la sombra de nuestro espíritu: miraba alrededor, y encontraba el vacío; me faltaba el punto de apoyo, la mujer presente en mí, acompañándome, como nuestra sombra apuntala el cuerpo. Yo necesitaba amar, yo necesitaba duplicar mis manos en el contacto de otras manos, verme en un reflejo de macizo y sólido cuerpo armonioso, sentir la resistencia de la voluntad probándose, rebotando en otra voluntad diferente, creer y dudar, dominar un ser vivo que se me escapara, sentirme bajo la onda suave de otra influencia que me alejase de mí mismo, seductora. Estaba desasosegado, acedo. No podía dormir, no sentía el gusto del trabajo; la vida, alrededor, me sonaba a falsa, a copiada sin real realidad, diálogos en un museo de figuras de cera.

Decidí s a l v a r m e arrojándome al agua, iba en un buque que se hundía, y dibujé esa paradoja del que, para no ahogarse, se tira de cabeza al mar. Una mañana, en la clase de griego, segundo curso, pasé revista a las alumnas; elegí tres, puse una moneda sobre *El arbitraje*, sobre el texto de Menandro («Habróτono: No puedo antes de saber con certidumbre quién sea el autor de la violencia; temo darles vanas esperanzas a esas mujeres.»), y me jugué a cara y cruz, conmigo mismo, las tres discípulas. Ganó Pepa.

Empezó el asedio, tímido. Pepa Solar y yo recorríamos las largas avenidas de la Ciudad Universitaria con pasos paralelos. Los otros escolares no contaban con nosotros, desgajados ya de su grupo: nos catalogaron como futura pareja formal. Pepa no podía ser Pepita, ni Pepilla, ni Pepucha, tan seria y reflexionadora; los diminutivos son juguetones, aniñan: Pepa tenía, aún adolescente, temperamento de mujer hecha y muy derecha. Calculaba las horas de estudio, los meses de Facultad de Filosofía y

Letras, los ciclos de oposiciones y el escalafón de cátedras, como tramos fatales de ferrocarril para llegar a una estación. Previamente se situaba en la existencia entre el punto de partida y el de llegada, para cronometrar las etapas y caminarlas con exactitud. Aceptaba un novio porque era prolegómeno de marido y antecedente obligado de padre. Creo que en su cabeza, sensato numen de Minerva, ya estaba acordado el número de hijos en proporción a los ingresos presupuestos. No la gustaba Anacreonte. ¡El *Amor mojado* en estos tiempos del paraguas y el impermeable! Me construyó una tabla de vivir: «Levantarse a las siete, estudiar hasta las nueve, clase hasta la una, descansar hasta las tres, paseo de tres a cuatro, estudiar de cuatro a ocho, paseo de ocho a nueve, recogerse y dormir.»

Hay estatuas de mármol sin pupilas; yo no veía la mirada de Pepa Solar, que miraba hacia dentro. Llevaba botas de goma hasta media pierna los días nublados, el pelo tirante y muy corto, para evitar ringorrangos de peluquería; no se pintaba, no iba a la manicura, vestía un traje-túnica ceñido por un cinturoncillo, parecido a la sencilla cimbérica ateniense; hablaba lo preciso con vocablos de rara exactitud.

—Eres una máquina registradora, se aprieta la tecla correspondiente y sale en el marcador la cantidad—le decía yo, por broma. Pero no permitía que apretase la tecla correspondiente.

—A ganar el curso, y cuando nos licenciemos y tengamos una cátedra cada uno, entonces ya se verá.

De seguro querría casarse sin invitar a nadie, en un acto tan natural como ir a la librería a comprar *La Batracomiomaquia*.

«Me conviene como esposa, ya que soy impresionable, nervioso, multiloco como el cielo que está limpio y tranquilo; o se deja cerrar por la cúpula cárdena de la tormenta; o el sol, ardiendo, le disuelve; o respira su agua ennochecida chorros de burbujas de luz; o se aduerme bajo ramas de almendro, copos de nubes primaverales; como el cielo soy, donde la mano del viento escribe, sin su voluntad, el destino diario. Y Pepa, ordenada, lógica, que me prohibe soñar versos, que no fuma y mete en la hucha lo que se gastaría en cigarrillos y encendedores, contrabalancea mi indecisión, mi dejarme llevar por el azar.»

Eso pensaba yo, cuadriculado por el método y la exactitud científica de mi amiga-administradora-novia. Me casaría con ella, estaba decidido. Una duda me punzó:

—¿Tienes alguna hermana?—le pregunté. Quería prevenirme.

—No.

Pepa lo había negado en seco, con disgusto. Me tranquilicé, y a poco, reflexionando, me intranquilicé; era una inquietud la mía imprecisa, inconcreta, no podré explicarla. El hecho de que Pepa no tuviese una hermana me disgustaba, me separaba de ella. Era irrazonable ese sentimiento, no resistía el argumento en contra y, sin embargo... Como reproche a una tendencia absurda, para corregir mi inclinación, me declaré a Pepa Solar escuetamente, en trámite de oficina; ella, sin emoción ni rubores, lo pensó y, analizada la realidad que se nos creaba, me compuso en un papel la nueva tabla de vivir:

«Levantarse a las siete, estudiar hasta las nueve, repasar juntos la lección de nueve a nueve y media, clases hasta la una, hablar del plan de nuestro enlace de dos a tres...»

III

Éramos novios como esposos en sus bodas de plata: amor en baño de agua tibia. A mí me faltaba algo. ¡Aquel quererse era tan tranquilo, y Pepa sabía tan sosa! Hablábamos de los clásicos, de la temperatura; indiferencias. Yo me revolvía desasosegado por el escozor de un sentimiento sin satisfacer.

—Pepa, ya que no tienes hermana, ¿ni siquiera tienes prima?

—No.

Pepa no tenía más que cuadernos con apuntes del alfabeto griego y su propio mecanismo de precisión psíquica.

—¿Qué te inquieta?

—Nada.

Yo sentía disolvérseme el impulso, apagarme, resignado. Tuve que sorber glotonamente textos, estudiar, puesta la visera azul que Pepa me regaló para que no cansase mis ojos tanta luz artificial, abrumado por la orden de mi novia:

—Tienes que sacar matrícula de honor en tres asignaturas. Así ahorraremos doscientas noventa pesetas con cuarenta céntimos.

Me rebelé una noche y salí solo, libre, a expansionarme. Entré en el Paraíso, el restaurante-bar del cuatro en uno. Trepé a la banqueta alta y puse las manos sobre el mostrador. Formábamos fila tantas muchachas y muchachos sentados ante el cinc, todos bien vestidos, y otra fila detrás de muchos, en espera de que acabásemos de comer para relevarnos en las banquetas, y era aquel ruido alegre, chispazos de risa y conversación jóvenes; nadie se conocía; parejas que se aupaban y relamían los sorbos o los bocadillos obsequiados por él o por ella, bullicio como cántico, el júbilo de vivir en escalas altas, vertiginoso vals... Las camareras, al otro lado del cinc, en uniforme de cuáqueras, pusieron en todas las manos de la fila un plato dividido en cuatro compartimientos, y después, correa sin fin, una cosa encarnada y otra cosa verde, una cosa dura y otra cosa blanda. Empecé a comer, con el tarro de cerveza delante, apisonando el ticket para pagar en la caja. Mano gatuna deslizóse sobre mi tarro, agarró el asa y la llevó a una boca, que, después de beber, tenía dos rebordes de espuma como paréntesis. Yo, de tan ávido por mirarlo todo, no había visto a mis vecinos de banqueta. El atrevido era un mozo lampiño, con gorra clavada hasta media frente, de suave rostro y suave la mirada, de movimientos curvos y hombros estrechos. Se reía él, y se reía, como eco, su pequeña corte de chicos y chicas, encantadores. Para seguir la broma, pinché con el tenedor en la cosa verde y en la cosa blanda de su cuatro en uno, y me la comí. El mozuelo me cogió la cara, y, contemplándome, al mismo tiempo que enseñaba su sonrisa a su pequeña corte, sentenció:

—Pues sí que es guapo.

Le pincé la nariz y apreté. Chilló:

—¡Eh, que tengo que rodar dentro de media hora, no me desfigures!

Y para evitarme la cara de tonto que debí de poner, señalándose:

—Soy Loca Tabú..., ¿no caes? Tu futura cuñada... La hermana de Pepa —eso dijo.

Y era maravilloso lo que dijo: ¡Su hermana! La cogí de la cintura y la besé. La fila de la barra inclinó una onda de cabezas hacia nosotros. Loca, pequeña dentro de su traje de hombre, hizo pernetas, desplomándose para defender su máscara; mis besos eran en sus mejillas raspones, arrancada la pintura-carne, en mis labios se pegó su ocre sonrosado. El pequeño séquito de la cineista cercó su cuerpo de miniatura y sus chillidos de pájaro que se quema. Por todo el Paraíso corría la ráfaga del jolgorio:

—¡Revoltosa!

—¡Rifa los besos!

—¡No te los dejes robar!

—¡Ahora voy yo!

—¡Loca, loca, loca, loca!...—clamaba el Paraíso, camareras cuáqueras ociosas, muchachas apretujándose hacia el centro del remolino, vocerío de apoteosis en luz enrojecida de neon. Loca y yo huíamos del brazo, y la guasa del restaurante-bar se fundió en la marcha de *Lohengrin,* remedo de un cortejo de boda.

—¡Si no es mi novio!—se volvía ella a los rostros acumulados lanzándola haces de miradas, idénticas en gesto simpático y bocas sonoras—. ¡Os soy fiel a todos!

Vestida de chico, insolente, sofocada, breve..., la puerta giratoria la remolinó a la calle.

—Tu hermana me dijo...

—Lo oculta porque soy el escándalo de la familia, según parece.

—Tu seudónimo ayuda a temerlo. Son tan rebuscados los nombres de *cine*.

—Loca, loca..., y eso de Tabú...

—Es que soy loca de verdad, ¿sabes? En vez de repartirse el cincuenta por ciento entre las dos hermanas, yo tengo el ciento por ciento de disparate y ella el ciento por ciento de sensatez.

Ya estábamos sentados en el automóvil. La pequeña corte se inmovilizó en la acera, cohibida, neutralizada. Corríamos. Loca conducía mirándose en el espejo retrovisor para dialogar a gestos con su imagen.

—Me gusto—fué su explicación.

¿Era una chica aquel chico? Yo no hablaba. Inclinado me miré también al espejo, donde estaba un trozo de su rostro y él-ella, o ella-él, se puso a hacerme muecas, y yo, la o le, respondí con visajes. Los estudios estaban situados en las afueras. Saltó del coche a la orilla de los jardines: el edificio en medio, enorme y destartalado, imitando hangares en serie.

—Bien...—me alargó la mano.

—¿Y cómo vuelvo yo ahora?

—Vuelve a pie.

Corría quitándose la gorra, brotándola rizos; los pies, veloces, ratones; chiquillo prematuramente vestido de hombre.

Al día siguiente llegué a la Facultad cuando entraban en clase. Pepa se había quedado la última, severa.

—Por poco te ganas una falta. Eso es malo siempre, y más tan cerca de los exámenes.

—Ayer conocí a tu hermana... Loca... Es divina...—no pude decir más, ahogado por el maratón a toda velocidad.

Nos sentábamos juntos, ya casi matrimonio. Pepa, ceñuda, abrió sus cuadernos y se puso a tatuarlos con el lápiz. Aquella mañana se estudiaba a Sófocles. Yo escribí en un papelito: «CORO: Con su arrollador poder siempre sale victoriosa Afrodita. *Las Traquinias.*» Y se lo puse ante los ojos. Ella me contestó al respaldo: «CORO: Ten cuidado y no prosigas. ¿No reparas por qué caminos vienes a dar, ya ahora, en estos tormentos voluntarios? Tú te acarreas desmedidos males metiendo guerra en tu desolado corazón. *Electra.*» La pasé otra cuartilla con este fragmento: «TERESIAS: No busques en Creonte tus males: en ti mismo están. *Edipo, rey.*» Pepa me lo devolvió con esta réplica: «FILOCTETES: ¿Y yo voy a ceder? Y haciéndolo, ¿con qué cara me presento yo, triste de mí, ante nadie? ¿A quién le voy a hablar? ¡Oh, ojos que lo veis todo en mí! ¿Cómo vais a sufrir vosotros verme a mí tratando con los Atridas que me han arruinado? ¿A mí con el condenado hijo de Laertes? Pues no son ya los males pasados los que me afligen, sino los que presiento que me faltan por sufrir de parte de todos ellos, pues corazones que ya han engendrado unas maldades, pronto inspiran otros a los malvados. *Filoctetes.*» Por tercera vez utilicé a Sófocles para nuestro diálogo, de tan claro sentido, y escribí: «ULISES: Todo es posible andando de por medio una deidad. *Ayante.*» Ella tan sólo trazó debajo de esa frase: «Tan canalla tú como ella. Yo.»

Al terminar la clase, corrí en pos de mi novia.

—¡Pepa, Pepaaa!—la gritaba, que se me escabullía, huyéndome.

Entre Pepa y yo iba flotando, interpuesto, opaco, el recuerdo de la hermana, mi ananké.

IV

—¿Qué hago?

Me lo preguntaba, volvía a preguntármelo, insistía, rebuscaba, y, sin saber contestarme, aquel tormento iba conmigo, pegado a mí mismo, excitándome, corroyéndome, «túnica de Deyanira», que hubiese dicho Pepa, futura catedrática de griego. Tumbado a solas en mi habitación, me enredaba en el problema, pescado en su red, dando coletazos de angustia; salí a la calle, y el motor del sordo ruido,

batiendo y mezclando todos los estrepitos de la ciudad, me golpeaba en ritmo monótono: «Her-ma-na, herma-na...» Por la noche era mi pesadilla ver cambiarse de cuerpo, de alma, de fisonomía, de expresión, una mujer en otra: Carlota en Filu, Pepa en la loca de Loca, variándose, confundiéndose, sucesivas, incesantes.

Razonaba así, esquemático: «Quiero a Pepa. Como la quiero, tengo que enamorarme de su hermana. Porque si no me enamoro de Loca, no lograré enamorarme de Pepa. Pues mi condición es tener hondo amor a la hermana, sea quien sea, de la que quiero. Me enamoré de Filu porque era hermana de Carlota, de mi novia. De estar en relaciones con Filu, me hubiese enamorado de Carlota. Para romper este fatal mecanismo y que no se repita el caso de Carlota y Filu con Pepa y Loca, le haré el amor a Loca y así me gustará definitivamente su hermana, Pepa. Como me inclino ahora a Loca por ser hermana de Pepa, impulsado por la fuerza de mi natural, me decidiré definitivamente por Pepa en cuanto sea novio de Loca.»

Hice un esfuerzo, puse en tensión la voluntad, y Pepa quedó expulsada de mis sentimientos afectivos. No nos hablábamos; ella había vuelto a sentarse en el primer banco de la clase, y yo la miraba de reojo por las galerías de la Facultad y en la Biblioteca. «Ya verás—le hablaba mentalmente—cómo te adoro en cuanto me entienda con tu hermana. Espera un poco, pobrecilla, a que recorra el camino de mi lógica amorosa. En cuanto Loca me diga que sí, vendré a ti, ansioso de tu ternura. Espera. Tengo que cumplir esa etapa.» Pepa, metida la cabeza en sus libros y cuadernos, se alejaba cada vez más de mis pensamientos; como estatua de hielo se derretía; disminuyendo se disolvió, desapareció. Ya ni me acordaba de Pepa. ¡Qué felicidad! Ahora podía sinceramente amarla, al instante de decirnos Loca y yo «¡Te quiero!», aunque me llevase en los labios toda la pasta con que la embadurnaban para rodar.

Cambié de hermana para cumplir este propósito, obediente a mi sino. Loca me dijo muy pronto «¡Te quiero!». Me lo dijo y no me importó nada. Ya no vestía de chico ni de chica, sino de algo que no era vestir de vestida. ¡Le gustaba tanto nadar! En la piscina de los estudios cinematográficos se peleaba con el agua en la superficie y por debajo, y yo veía una silueta de gelatina prensada en la masa verde del agua, o una bola de goma con dos ojos llorosos de gotitas y la boca en o de pez, o un albornoz caído en la arena, junto a la piscina, abrasado de sol, o un trozo macizo desplomado desde el trampolín con estallidos de salpicaduras... Y no veía más, porque Loca Tabú estaba haciendo una película y no tenía tiempo, en el descanso, sino para luchar con el fatigado líquido del estanque a brazo partido.

—¿Qué hago?

Volvía a retorcerme, a preguntarme, a repreguntarme, cogido por otro problema de este ajedrez de mis amores. Me sucedía lo inesperado: que Loca no me servía para mi combinación, y al hacerme novio suyo no podía enamorarme de Pepa. Me falló el recurso. Lo explicaré. Al cambiar a Pepa por Loca (para poder enamorarme de Pepa cuando ya quisiera a su hermana) resultaba que, como ya me gustó de rechazo Loca, no pude encariñarme con su hermana Pepa. ¿Por qué? Es sencillísimo. Debía ir a Pepa por el vehículo del amor de Loca, su hermana. Pepa era la verdadera, digámoslo así, quien debía enamorarme en definitiva en cuanto yo quisiese a su hermana. (Lo que me ocurrió con la combinación Carlota-Filu.) Pero ¡qué espanto! Como la primera de las dos hermanas que amé fué Pepa, al intentar enamorar a Loca para querer a su hermana, me prendaba Loca como retrueque de su hermana Pepa, y no me interesaba Pepa como retrueque de su hermana Loca. El obstáculo era invencible. Yo siempre aspiraba a una mujer por reflejo de su

hermana; o sea, deseaba siempre a la hermana de una mujer. Loca ya no era, en mi concepto, la hermana, la segunda, la sustituidora. Si hubiese encontrado a Loca sin saber de Pepa, hubiese sido Pepa la seductora para mí. Había encontrado primero a Pepa y era Loca la que me interesaba por ser la hermana. Y no podía evadirme de este círculo inexorable.

Pero tampoco Loca me arrebataba hasta caer en casarme con ella. Yo quise querer a Pepa por medio de Loca, y no pude, según he explicado. Y no podía darme a Loca quedando la hermana, Pepa, pendiente de solución en mi anomalía espiritual. Ya casado con Loca, se me presentaría el caso de Pepa en forma de caso familiar... «Y eso es muy grave», pensé. Por no haber seguido la naturalidad de mi complicación, Pepa sería entonces mi objetivo, pues no había llegado a Loca por conducto del amor de Pepa, sino que para llegar a Pepa me empleé en seguir a Loca. Eso, obrar al revés de lo que yo necesitaba, era hacer trampas a sabiendas.

Regañé con Loca, cosa bien fácil; no intenté acercarme a Pepa; me quedé sin las dos... ¿Y el porvenir? Esa manía de pretender a las hermanas, de apasionarme por la hermana sólo por ser hermana, me era preciso medicinarla, curarme. De lo contrario, mi vida cordial iba a ser un jeroglífico sin solución, un tormento de hermanas cruzadas.

V

Mi hermano entró en el cuarto, trémulo.

—¿Estás malo?

—No, Valentín, es que necesito tu ayuda.

Tranquilo, se guardó el telegrama que le llevó a mi lado, desde Avila, tirando de él; recogió los libros que escombraban el suelo, derrumbamientos de mi indiferencia aburrida, entre abundantes puntas de cigarrillos.

—¿Llevas mucho tiempo así?

—Cinco días.

Ni siquiera me levanté de la butaca de mi desesperación inerte.

—Será algo grave...

Le conté los hechos, aquellos cuatro capítulos con cuatro nombres de mujer: Carlota, Gregoria, Pepa y la Locatis; le expliqué el enredijo y su causa; le hice ver mi confusión y mi incapacidad para resolver un estado psicológico que me abrumaba, dislocando mis propósitos.

—Me pongo en tus manos; no sé lo que hacer, me envuelve una nube de humo.

—Tengo que sacarte de entre las ligaduras de un enigma de álgebra del temperamento, y no sé más álgebra que la de los teoremas... Así, de pronto, me parece que se ha desarrollado en ti con exceso el órgano de enamorarse de las hermanas, como a otros se les desarrolla el tiroides. Más o menos, todos los hombres se sienten atraídos por la hermana de su mujer. Hay una razón: tratan a las dos simultáneamente, conviven con ellas; y mientras van apareciendo defectos en las esposas, no se ven en la cuñada. La intimidad perjudica a la esposa. El trato con la hermana no es tan minucioso como para descubrir en ella las facetas desagradables, ni tan frío y espaciado que la impida entrar en nuestra afectividad. Mientras la esposa tiene que aparecer tal cual es, exhibir su lado feo—¡lo humano!—y chocar en mil detalles con el marido, la cuñada no se presenta sino agradable, aderezada, sonriente, complaciente... Además—añadió, reflexionando—, una hermana suele ser, en lo físico y en el carácter, el reverso de su hermana. Nos atraen los contrarios, y por esta otra causa produce ilusión el cambio de lo conocido a lo desconocido; de lo uno—rubia, frágil, delicada, por ejemplo—a lo otro por ejemplo, morena, enérgica, turgente—. Y viceversa, siempre viceversa. Añade que sentimos en nosotros, como lo sentirán ellas, novias y casadas, la sensación de que nos hemos equivocado. Si la mujer o la novia es celosa, nos aflije no haber elegido a

su hermana, que es con nosotros tolerante y comprensiva; si la nuestra resulta coqueta y caprichuda, ¡qué encanto el de la leal y prudente hermanita que está a nuestro lado como reproche mudo de nuestra torpeza!... Nunca alcanzamos la felicidad al emparejar con lo femenino; y al buscar la causa, condenamos a nuestra pareja, a la mujer que según nosotros no supo darnos esa felicidad absoluta. Como deducción, pensamos: «Otra me hubiese hecho feliz.» Y esa otra es la más cercana; la cuñada, que no es como la que nos encadena, sino su antítesis en unas cosas—las que no tenemos—y al mismo tiempo idéntica, por su parecido, en otras cosas—las que nos agradan—. Ese debe de ser tu caso y tu diagnóstico... ¿O es que yo también me he hecho un lío?

Valentín era ingeniero; estaba en Avila, en lo alto de la Sierra, construyendo un pantano; tenía cinco años más que yo; curtido por el aire bravío, cazaba, domeñado por la soledad. Fué a visitar a las cuatro mujeres, y éste fué el resultado de sus trabajos:

—No sé qué decirte. Filucha es una hembra estupenda, además de muy alegre; magnífica, la hermosura de las hermosuras — se entusiasmaba—. A Carlota no he llegado a analizarla; la Tabú es un animalito de lujo, una muchacha-pequinés; Pepa me ha parecido más cuajada para ti... Ya sé que no se trata de elegir una... Respecto de tu vacilación, mejor dicho, de tu oscilación de péndulo, es tan intrincado el tema... Tienes necesidad de enamorarte, esto es un hecho; pero te escapas por la tangente, sales disparado de tu centro hacia lo excéntrico con una constante bien marcada: que giras alrededor del centro al salirte de lo excéntrico. Te chiflas por la hermana de tu novia, no porque sea otra mujer alejada de tu novia, sino porque está junto a ella y es parte de ella; siempre se mueve tu corazón en la misma órbita. Por lo tanto — reflexionó con gesto serio —, hay las s i g u i e n t e s probabilidades: *a)* quedarte soltero y dejarte de noviazgos; *b)* aguantarte con la novia que elijas y prescindir de su hermana; *c)* casarte con la hermana que sea. La probabilidad *a)* descarto; quedan las otras dos, *b)* y *c)*. Creo que la solución es... Puede que la solución sea...

No me la dijo. Por la noche se marchó.

VI

Carlota me escribe: «Salas italianas. Necesito verte.» Voy al Museo, y está frente a la Iglesia de San Giogio Maggiore, junto al *Bucentauro* atracado a la Riva dei Schiavoni, observando al dux que embarca, en el cuadro de Bassano. Tan incipiente como Loca—las dos tienen medidas madrileñas—, su casco, de oros pálidos con reflejo plateado de platino, el óvalo pulido de porcelana, las canicas de cristal de sus ojos atónitos, azulinos, artificiales, de bazar. Las venus carnosas, venus de banquete, y los amorcillos frescos y abejorros, y los muchachos con ropajes de púrpura y labios de mujer, encuadran a Carlota, más muñeca y fría en el panorama lascivo. No aprieto más los dedos por no estropear con el apretón el bizcocho delicado con que la modelaron. Cien alfileres de rímel rodean la diana de sus párpados en círculo.

—¡No está Linducha!—me quejo, sin querer.

La que se ha separado de un poema mitológico — Apolo, Juno, Baco, Diana—es otra mujer que deletreaba la atribución al pintor: Gia...quin... to... Otra mujer que Carlota me presenta:

—Mariana.

Su mano es fuerte, nudosa, y agarra mi mano, que se deja caer un poco desencantada. Hubiera sido tan fácil hacer las paces con Carlota entre la humanidad de dioses desnudos inundando la sala próvida de cataratas de flores de Flora y frutos de Pomona —el púrpura, el cadmio, el dorado, el verdegay...—. Esta Mariana se interpone, ceñida de negro:

—Mucho gusto...

Es una adolescente-dama, está entre dos estaciones. (Las mujeres siguen la misma eclíptica del año: primavera, estío, otoño, invierno. Su primavera alcanza hasta los veinte; hasta los treinta, viven su verano; de los treinta a cuarenta y cinco, el otoño: invierno, después. Ellas cambian la duración, como es sabido: primavera frisa los cincuenta; estío, los setenta; otoño, siempre: no hay invierno para su corazón.) Mariana tiene de lo primaveral y de lo maduro. ¿Diecinueve? ¿Treinta y uno? Detrás de ella Danae recibe la lluvia de Júpiter. Mariana triunfa de ella. Tiziano se olvidó de poner nervios, temperamento, tumulto en las formas suaves. Mariana, rostro en ángulos de diamante, es flexible, fuerte, sacudida como una cuerda colgada del viento. Su mirada también agarra.

—Quería decirte... No, no me mires... Filu no ha venido. Se lo ha dicho en secreto a todas las amigas, se ríe de ti. Yo no me río. Tu hermano nos contó tu aventura con Pepa y Loca. Por cierto, he visto una película de Loca: iba vestida de mono, montada en bicicleta por la calle, seguida de nubes de gente, y al final se caía al agua y se ponía a comerse un plátano... Te felicito...

Mariana colocó su silueta negra entre los dos; así la sombra entre la luz y los ojos.

—Vámonos, aquí no se puede hablar—y me cogió del brazo. Su voz era de hacerse obedecer, imperativa. Carlota, detrás, se rezagaba con el aire cohibido del perro al seguir a sus amos.

VII

Puntual. Mariana sobresaltaba la puerta de mi cuarto con un repiqueteo de nudillos todos los días: «¡Levántate!» Y yo corría a abrirla. «Tienes el baño.» Y a escape estaba vestido, fresco, estupefacto, al otro lado de la mesilla, preparada por ella, con un desayuno de golosinas que, sentada enfrente, compartía conmigo. Yo miraba el reloj: las ocho y media.

Se apoderó de la llave de mi piso de soltero, entró de golpe en lo habitual de mi vida, mandándome, desabilándome: la sufría, incrustada como la presión de una cuña. Tuvo la culpa Carlota:

—Estás solo y desesperado; Mariana te arreglará.

Era el lirismo de Carlota: velaba por mí, aunque ya no me acariciaba con el «mi amor» del capítulo romántico de nuestro idilio: buscaba anudar aquel pasado inefable (por los buenos oficios de Mariana) con un porvenir de felicidad. Yo acepté la intromisión de Mariana para que Carlota, cicatrizada la herida de su amor propio, otra vez colgándose de mi brazo, impesante, me devolviera de memoria los párrafos de mis cartas-poesías en lentos paseos de alamedas de pájaros. ¡Sus dedos alisados y largos, su mohín de boca que nunca sonreía..., encarnado, pintado jugo!... ¡Había sido mi primera novia!

Y allí estaba Mariana, avance de Carlota, metida en mi casa. Sin darme cuenta de cómo había ocurrido, temblaba a su mandato, disponía de mí. Cesó el desorden del piso, como el desarreglo de mis costumbres, que ocuparon su puesto de formación, brillantes, barnizados; los libros, al verla enfadada, corrieron a adormecerse, por tamaños, en los estantes, saltando desde el suelo y las sillas; el *jazz-band* de la cocina transformóse en exactitud de laboratorio; las alfombras fueron a la azotea, y después de escándalos y palos volvieron sumisas y enjardinadas; mi ropa, ya suavísima, trascendía inesperados olores discretos, olores de varón; el reloj, cómplice de ella, corría otra vez, ágil, alegre, y rechinaba los dientes de rencor al rozar las seis y media, en que se aburrió tantas semanas detenido.

Allí estaba Mariana, sometida la rebeldía de alrededor, clarín de campamento, susto de mi despertar, marchándose al dejarme bien acostadito, con un librote serio para que me durmiese pronto; allí estaba todo el día

cosiendo, guisando, limpiando... Todos los gerundios de ama de casa.

—Carlota escribe a tu hermano Valentín dándole el parte de tu mejora de vida.

—¿Mi hermano le encargó que velara por mí?

—No sé. Lo hace.

—Carlota me quiere... ¿Por qué no viene a mi casa?

—¿No vengo yo?

—Carlota se me esconde. Nunca puedo verla. Desde el día del Museo, cuando me presentó a usted..., a ti..., no aparece nunca, ni me contesta. Dila que no me importa su hermana Linducha, que, por cierto, le gustó muchísimo a mi hermano... Me temo que Valentín y Filu...

—¿Si?

—No es de extrañar. Filu llena los ojos de hambre...

Mariana levantó más su figura erguida, negra, ante la mecedora en que yo me enervaba.

—Mírame.

La miré, y después de examinar con lentitud mis facciones, se rió sonora, franca. Sentí el rostro tocado por su tenue fijeza, que se me imprimía en la frente, en las sienes, en los párpados, recorrido de amorosa caricia. ¿Era siempre Mariana como la veía entonces? Su mitad de primavera, su adolescencia intacta, encubría la prieta musculatura flexible, el relieve tallado de su esbeltez. Como la penumbra desvanece color y contornos y los deslíe, aquel halo de primera juventud que brotaba en ella esfuminaba lo decidido de su expresión, la sonrosaba, la infantilizaba. Difícil mujer cambiante: o rápida, de violenta voluntad, brusca de gesto, nada más que física, o ingenua y anhelosa, en destello de petición implorante, pura, sin tensión, suavizada por el abandono, sensibilizada, oculto lo leñoso de su temperamento como florecida de modo mágico.

—Perdona que me ría—con su voz cantarina, la otra voz—. Es todo esto tan delicioso...

VIII

Impresionable, nervioso—sigo siendo así—, me dejé llevar. Un puño imperativo manejaba el timón que abandoné, y el río de las horas me sorbía a lomo de su pereza. Mariana, fiel, cuidaba la casa con su gesto de domador que vigila el menaje para volver a la jaula, con un chasquido de látigo al objeto que se apartó de donde le pusieron; y cuidaba de mí con precauciones de ángel de la guarda. Me amoldé; ella creaba los hechos y yo los acoplaba a mi ser, tela mojada adaptándose a la escultura. Cada golpe de timón de su puño me orientaba adonde debía ir, adonde, sin resistirme, iba. «Es la prueba a que me somete Carlota—me autojustificaba yo—. Quiere hacer de mí un hombre metódico, de serio carácter, con hábitos tranquilos de buen esposo. Después de la ofensa, es natural que me eduque a su modo de ser y observe si me curo de locuras. Cualquier mujer tomaría precauciones análogas. Me voy transformando en otro, gracias a Mariana, admirable y abnegada, que nos presta, a Carlota y a mí, un servicio sin precio. Mariana, cuando la obra de las dos conmigo sea completa y segura, me entregará a Carlota diciéndole: «Aquí le tienes, tal y como le soñaste.» ¡Maravillosa la generosidad de Mariana! La estimé por su comportamiento con Carlota. Algunas veces posaba mis manos en sus hombros, deteniendo su trabajo. Un día le dije:

—Mariana, comprendo el sacrificio que es para ti el crearme de nuevo.. Volverme a crear es como volverme a nacer. Eres un poco mi madre.

—No, ¡eso, no!—opuso, más que irritada, alarmada—. ¡No me lo vuelvas a decir!

Con su traje negro, la piel densa y morena, la masa de cabellos pesante, alta, fina de cintura, encendida por la vehemencia, estaba hermosa: hermosura de la fuerza y de la salud. Mis manos descendieron de los

anchos arcos de sus hombros a los brazos de movibles bíceps.

—¡Qué interesante eres!—le susurré.

Y la Mariana de pómulos y mentón, de alguna hebra plateada en el pelo castaño; la Mariana-otoño se fundió en la refulgencia de la edad autoral; ruborosa, emergía su expresión jovencísima, la savia de un sentimiento no gustado empapaba todo su ser hasta rezumar lágrimas dulces por sus ojos.

—Mariana, ¡si fueses siempre así!

—¿Me querrías entonces?

No he oído un acento más cálidamente tembloroso. ¡Mariana, trémula de mí!

Enfrente, en la repisa del espejo, el retrato de Carlota me devolvió a la serenidad; enseñaba sus dientes de dentífrico, que si se cuidan es para morder. Mariana, al resorte del repentino irme de ella, volvió a quedar, arrasada la delicadeza y feminidad, compacta, vigorosa. Siguió cuidando la casa todos los días, en dura tutela, más cadenciosa al tratarme a mí, apagando sus movimientos y su voz, algodonándose, me envolvía en sus mimos.

—Eres torrente que resuena en la sombra de un bosque oscuro, y en milagro remonta hacia atrás su agua para ser el arroyo de origen, reverberante de amanecer. De matrona vuelves a niña; sabes ir contra el tiempo y sujetarle en la edad cándida de tu carne pura.

Se ovillaba en su butaquita baja al decírselo, cerrando los ojos en espera de una caricia, a lo gato. Otras veces, alta, negra, inmóvil, se estaba ante mí, esperando..., ¿qué?... Puso flores en mi mesa de trabajo, se adornó con un collar de corales rosa, la sorprendí tarareando, asomada, frente a nubes que se iban, los punzantes «Adioses» de Beethoven.

—¿Cuándo puedo ver a Carlota?

—Pues... —me contestaba ella—. Carlota... Carlota... ¿Para qué quieres verla?

—¿No sabes que ha sido, o quizá sea todavía, mi novia?

—¿Todavía?

Lo dijo con rabia; se me volvió con rapidez de golpe.

IX

Loca Tabú, después de tocar el timbre, impertinente, hasta que abrieron, entró a medio correr, colándose en mi alcoba, y la dijo a Mariana, que la seguía sin poder detenerla:

—Puede irse.

Quedóse Mariana, una mano en la cadera, la otra cerrando el puño. Yo procuraba reaccionar entre despierto y dormido.

—Ya sabes la simpatía que te tengo. Debo avisarte.

—¿Qué?

—Esta —señaló a Mariana— maniobra contigo.

Puso un dedo ante mis narices.

—Así tienes el anzuelo... Con permiso.

Sacó del bolso-maleta un pomo y se pincelaba una pierna desnuda, lentamente.

—Es un suave color de playa: bronce dátil. Tengo tanto que hacer, que si me lo acabo de dar en casa no puedo venir a verte; por eso aprovecho. Mañana me voy a Barcelona. Ruedo una película que sucede en Egipto. Ya está construído Egipto en los estudios. ¿Te gusta el color? Hace gitano... Yo soy la esclava de una tal Cleopatra que fué reina, ¿sabes?, y en un *flirt* como el que nos metimos tú y yo... Mentira me parece a mí, que se me olvidan los muchachos en cuanto dejo de verlos; pero a ti te recuerdo... No sé, tenías algo, una cara de tonto, sentado a la barra del Paraíso y junto a la piscina... Algo personal. Eras el número tres de los novios que le quité, sin querer, a mi hermana. Y eso que tú y yo no hablamos más que dos días. Ni siquiera me diste un achuchón... Se enamora Cleopatra, y yo me enamoro del mismo hombre, porque si no, no hay argumento. Todos los argumentos son así: dos que quieren a una, o una

que quiere a dos. Por cierto, ese emperador romano de Cleopatra es un chico colosal; se mete en el cine porque ha ganado un campeonato de *rugby*. ¿Qué dirás que había puesto el argumentista? Yo me envenenaba con unos higos. Será muy emocionante, y de lo que le gusta al público; pero yo exigí que cambiaran el final. Ahora me escapo con un piel roja negro que hay por esa parte de Asia; en el último fotograma tenemos un niño, y Cleopatra es la madrina. Con eso saldrán más contentos del cine que no son crímenes y catástrofes... Fíjate qué bien quedan.

Sus piernas, cínicas, tamborileaban en el aire...

—Si quieres tostarlas así al natural, te cuesta un mes, y el sol las despelleja.

Guardó el pomo en la maleta-bolso, y ahora se pintaba de laca roja las uñas de sus piececillos enanos.

—No dirás que soy mala amiga. Ya estás avisado. Otra cosa, que yo estoy enterada de todo: Carlota tiene un sentido práctico que da miedo. ¿La ves que parece un maniquí de escaparate, con esa cara de estar hueca por dentro? Pues fíate. Calculadora como Carlota no la hay. ¡Si supieras lo que me pareció a mí en esa junta general de las novias que reunió tu hermano! ¡Qué infelices sois los hombres!

Metidos los pies en los zapatos, me tiró del mechón de la frente; le dijo a Mariana, desdeñosa:

—¡Babay!

Y se fué dejando detrás su tictac de marcha y, espuma de sonido, la estela de una cancioncilla:

> Y voy rodando lentamente
> de mostrador en mostrador,
> ante una copa de aguardiente,
> donde se ahoga mi dolor...

Aguardó Mariana; la habían acusado. Yo cerré los ojos con desdén, fingí regresar al sueño hundido. Notaba en mi piel que ella seguía allí; de seguro se fruncían, coléricos, sus labios, después de aguantar la venenosa picadura: «Esta maniobra contigo. Ya estás avisado.» No pude manifestarla mi desprecio más que ausentándome como los niños, por su procedimiento pueril de «no estar», por el supuesto dormir. Me inhibía de relación con ella, la censuraba por hipócrita, le daba a entender que, descubierta su intriga, no tenía más final que el fracaso. Quieto, con los párpados apretados, esperé a que levantase sin ruido el picaporte y saliera de puntillas. ¿Llorando? Quizá. Miré: ya no estaba. Salté del lecho para correr a abrazarla; frené el impulso. Me dió lástima de su dolor, me afligí considerándome injusto y grosero. El reproche, la ira, la hubieran ofendido menos; una disputa a voces demostraría algún interés por su conducta; anhelo de conservar su amistad, aclaradas las palabras viperinas de Loca. ¿Y si Mariana pudiese demostrar que su afecto y su dedicación eran generosos y sin otro móvil que tenerme en cuarentena, ayudarme a ser digno de Carlota? Aquel desprecio frío, insultante, de no querer saber ni siquiera nada, era cruel...

No se volvió a aludir entre nosotros a la visita de Loca Tabú. Un poco triste, Mariana continuó gobernando el casi hogar, desde primera hora hasta que me dejaba acostado. Malicioso, yo me decía a mí mismo, diciéndoselo a ella con la intención: «¡Pretender cazarme! ¡Vaya chasco!» Me sonreía, sonriéndola, y ella, sin saber cómo interpretar mi sonrisa con instintivo ademán, iba a acercárseme gozosa; comprendiendo, desaparecía baja la cabeza, creo que avergonzada. Me era penoso verla tan solícita, tan amical; me excitaba, aún más nervioso de lo que yo soy, convivir con su resignación. Si estaba en ridículo ¿por qué no se iba? Mi indiferencia cortés, ella la soportaba mansa, humilde. «¿Insistes en cazarme? ¡Estás fresca!» La trasveía yo, burlón, de soslayo. Afanosa para la casa, serena conmigo, no manifestó deseos, sino los que le acercaron a mí: complacerme con que me fuera gratísima la vida. Así pasó una semana.

X

Sobresalto de mi puerta a su habitual repiqueteo de nudillos: «¡Levántate!» Susto, baño, vestirme, sentarme ante la mesita del desayuno; son las ocho y media exactas. Mariana ya me espera desde el otro lado de las golosinas. ¿Quién está junto a mí, con su taza vacía, sentada también?

—Te presento a mi hermana.

Parece que tira de mi corazón una mano entrada en mi pecho.

—María de la Paz. Viene del pueblecillo.

—No es pueblo.

—Comparado con Madrid, Soria es tan chiquita...

—Todo, ese todo que nos envuelve el carácter en bruma—disgusto, mal humor, preocupación, contrariedad—, todo se me olvida. Vuelvo a ser jovial, comunicativo, verboso.

—¿Paz o María? No sea ambiciosa.

—Llámeme Paz, si gusta. Así me llaman los que bien me quieren.

—¡Paz!

La zeda la dejo prensada como un caramelo. Paz es robusta, de caderas aparidoras, brazo fornido y piel gruesa; entrerrubia, claros cabellos castaños, amelocotonado el labio superior, ojos verdes de Melibea, uvas. Trasciende a campo de tomillo y cantueso, a calor de gavilla de trigo, a ráfaga de resina que roza la nieve. Los dientes la brillan, su garganta es redonda y corta, recia su estatura gallarda. Es toda ella una masa de fuerza cohibida por cándida dulzura. Habla cautelosa, mirando al hablar con la cabeza doblada, imitación del pájaro. Se balancean en el pulpejo de sus orejas arracadas de filigrana de oro serio, mate, sin chillidos de luz. Contempla la lejanía, lo remoto, y pliega entonces la visión de algún pensamiento hondo. Juega mucho con sus manos: enlaces de telas, desmenuzar migas, la sortija (lleva una esmeralda redonda, ojo también verde). Aspira con fuerza, cerrando la boca, el aire que parece calmar con su presión la angustia íntima, y se estremecen, vibran, las aletas de su nariz. Fruto duro al tacto y al peso, de corteza lisa, de pulpa saludable; es sencilla, casta, natural y naturaleza.

—Yo vivo, no en Soria misma, sino en la finca de la aldea, junto al Duero.

Viene Paz todos los días, con Mariana. La ayuda, hablan poco las dos. Sorprendo a Paz rezando ante la fotografía de Cignaroli—la imagen de la Virgen con el Niño, San Lorenzo, Santa Lucía, San Antonio y Santa Bárbara—que me regaló Carlota en una de las visitas al Museo. Me doy cuenta de que Paz me ha hecho olvidar a Carlota. Allí está con la nuca bullendo de pelusillas entrerrubias, arrogante la espalda amplia, dos crenchas como alas torcaces plegadas sobre su cabeza; Paz, poderosa y recatada. Carlota es quebradiza, compuesta de artificialidades; parece que un grito cortaría su porcelana en dos.

—Cántale un poco, no seas arisca.

Mariana iba señalando a Paz, cada vez, motivos de lucimiento; se teñía de color, fruto que madura de repente, y con una bandeja a uso de pandero, con voz vibrante y reprimida, alegría discreta, jugaba las melodías sencillas, sobre ritmos varoniles, tonadas con dejos de estoicismo en su letra por el irse de todas las cosas: «¡Ay amor que te vas! ¡Ay río, ay primavera que no vuelven!» Y el estribillo como rebeldía, agresor, rápido.

—Háblale de la finca, de lo bien que se pasa en el campo.

Nos dejaba a solas Mariana, y Paz, jugando sus dedos entre el flequillo de su pañuelo de talle (le gustaba vestir de campesina) me pintaba, con sus modos de castellano recto y rancio, la altiplanicie rústica por donde el Duero, río padre de la nacionalidad, va tan insensible y lento que no se riza la cigüeña en el reflejo del agua. Alamos y chopos bebiendo en su orilla se transían de frío, y lejos, empinaba el monte su cordillera al cúmulo apretado de pinos negros, receloso del sol y de su incendio ra-

diante. No se escucha allí más que el silencio, la soledad del alma se colma de incitaciones; susurra dentro del espíritu la abeja de la buena miel; los ojos retornan adentro en deliquio; así la acción y el amor tienden al heroísmo y al sacrificio. Duero de andadura insensible, como insensible es el ir de la vida a su centro en Dios. Me enamoraba aquella tierra con tanto cielo en la tierra, entrevista en sus palabras. Comprendí el nombre de la mujer, Paz, como signo. Vivir en paz, existencia serenada, clarificada por la altura y el desengaño de la ambición. Sólo una esposa, imagen de la naturaleza, y dentro de su ánfora sentimientos de lealtad y privación; hijos que dejarle a la eternidad, y campos que labrar, no rebosando frutos de gula, sino concediéndome un poco de pan austero. No querer nada por querer lo absoluto.

Paz me encantaba así, madrigal recatado, con su mirada agraz y su esquivez tranquila. No era gazmoña, sino digna. Parecíame una gran señora aficionada a ser de pueblo. ¿O es que aquel pueblo, decantado por antiguo, se componía sólo de señores?

—Paz, tienes que quererme.

—Dígamelo en un romance.

—Si me prestas el talle... Tiene su parte de juego el amor.

—Oxte, que verdes están.

—Verdes pensó Don Quijote que eran los ojos de su Dulcinea. ¿Tú eres nieta suya? ¿Y si te robo en un caballo con alas?

—Está bien guarnecido el castillo.

Me plantaba delante su fuerza aterciopelada, en desafío. Se reía de mis atrevimientos, que sólo eran labia; porque quise cogerla de las muñecas, con dos dedos solamente apretó y yo crujía entero.

—Tienes que ir a cortar leña de pinos altos y tirar la barra, porque en esta pereza de la corte... ¡Velay!, dicen los pastores.

Y Mariana, apartada del escarceo, inhibida, con preparadas ausencias, dejábanos a nuestro sabor. Paz no era callejera, los tumultos de la ciudad la aturdían; tampoco codiciosa, ni dada a modas ni arrequives. Así nos estábamos en casa, hablando poco, cantando ella algo, ya perdida la timidez, y mirándola yo, en hechizo. Quise sorprenderla con un robabeso y me devolvió un sopapo: cuatro rayas blancas, señal de mano recatada en mi mejilla roja.

—Guarde su hidalguía el caballero... —me tendía la misma mano, amigada—. Y ahora, si quiere, le enseñaré el baile de la rueda, para cuando venga a nuestro lugar a cazar perdices, que lo que es mozas...

No arraigaba en ella el rencor, ni la ofendía nadie: tan segura de nobleza era.

—Paz, ¡cásate conmigo!

Se escapó de mis brazos tendidos en súplica, persignándose sobre las carcajadas.

XI

Remordido por mi conducta con Mariana, que vivía como ausente, observé que ni en la conversación, ni en los apartes, ni en los paseos de Paz conmigo, se mezclaba; silenciosa, tal como la madre que finge no darse cuenta de los caprichos de la hija, nos trataba apenas y nos decía las cosas justas que hay que decir, forzosamente, en la convivencia. Pretendió ganarme—o cazarme, en léxico de Loca—, y en cuanto su hermana excitó mi interés, retiróse a segundo término, sin objeción, sin mala cara ni despecho disimulado. Esa conducta abnegada y discreta me produjo pesar: Mariana era mi víctima, me daba una lección de nobleza y de entereza. Así me obligaba por doble motivo: su derrota y su dignidad.

¿O es que me gustaba Mariana y por eso me gustaba Paz, por ser hermana suya? ¿O me incliné a Paz en cuanto la vi, porque se me reveló al conocerla que estaba inconscientemente enamorado de Mariana? ¡Otra vez el conflicto! ¿Paz, como consecuencia de Mariana, o Mariana como rebote de su hermanita, por tener Mariana una hermanita? Intenté resol-

ver el problema saliéndome de mí mismo, es decir, observándole como si fuera ajeno a él: objetivamente. ¿Mariana le interesaba antes a él, o ha surgido su afecto hacia Mariana por reactivo de Paz? ¿Se inclina a Paz por ella misma, o porque es la consabida hermana que necesita siempre para amar a una mujer? Si Paz le acepta, ¿no tomará él como trámite este noviazgo para llegar a su fin último, a Mariana? Y si se decide a casarse con Paz, ¿por qué no se declaró a Mariana para amar a Paz, como hizo en el mismo caso con las otras? Estas cavilaciones, al no encontrar solución, me preocupaban y me malhumoraban. Ante las dos estaba perplejo, comparándolas: su belleza, su genio, su estilo, sus singularidades. Hablaba poco, me ensimismé, a veces las huía, en otras ocasiones procuraba enfrentarlas para deducir ventaja de una sobre otra... Paz, migosa y rubiada, me sugería el alegre sabor de la hogaza que está recién sacada del horno; Mariana, madura y sin vendimiar, parecíame contener en sus labios apretados un misterio vital. «Si me acepta Paz—pensé—, ¿me casaré con Mariana, como era de prever?» Otra pregunta (yo era el Hamlet perpetuo) me secó instantáneamente esa decisión: «¿Y por qué no le he pedido relaciones a Mariana, si es que tanto me seduce Paz?» La posibilidad de una de las dos soluciones dejaba en mi poso de escepticismo, de prematuro desengaño. Si esa combinación no me resultó con Pepa y Loca (recordé que perdí el gusto de Pepa al solicitar a Loca, y que Loca me desencantó cuando me dijo «yes», esa fué su salida), no era de suponer que triunfase la misma combinación, fallida antes, al entrar en ella Mariana y Paz. O sea que no existía un mínimo de probabilidades de que me satisficiera completamente Paz, derivada de Mariana, como hermana de Mariana: y, al revés, Mariana, por serlo de Paz, tampoco.

—¿Qué maquinas? Pareces sonámbulo, ¿qué te ocurre?—me lo preguntó Mariana, que, haciéndose la indiferente, no me quitaba ojo—. Vamos, desahógate conmigo.

—No me ocurre nada.

—¿No? Bueno, guarda el secreto.

Mariana parecía contenta, triunfadora; otra vez me sonrió después de tantos días de medio esconderse y pasar de largo; otra vez, como cuando vivíamos solos acostumbraba, me tiró un poco de la oreja, como al chico que se finge regañar, con cariño.

—Que no se te olvide que leo dentro de ti—añadió.

Pretexté estar enfermo para quedarme a solas; refugiado en el lecho, devanaba aquella devanadera interminable. Súbito, el recuerdo relámpago: ¡Carlota! No había vuelto a su lado, ni siquiera veía el retrato de los dientes más perfectos que los postizos, al andulear por la habitación. Quizá lo que me impidió decidirme, lo que me tenía en aquel estado de atonía amorosa, era que en lo más adentrado y entrañable la quería a ella, y por eso, elevándose ese amor de mi subconsciente en cuanto pensaba en otra mujer, se interponía, vidrio esmerilado que hace borrosa y confusa la precisión del bulto que hay detrás de él. Sí, la verdad, esa cierta verdad que yo buscaba dándole vueltas a una rueda de mujeres, era Carlota. Le puse cara cariñosa a ese recuerdo, como si Carlota estuviese allí..., y en vez de Carlota, delicada, menuda, aporcelanada, con sus cabellos desvaídos de oro reflejados de platino frío, se me representaba, al evocar a Carlota, la figura de Linducha, morena tropical, cargada de morbideces, árbol que revienta de abundancia de fruta, labios de sangre riendo, sonando con todas las campanillas de risa que puede derramar una sensualidad en júbilo... ¡La hermana!... Furioso contra mí mismo, metí la cabeza debajo del almohadón; quería expulsar de mí el cerebro, no pensar más, dormir sin imágenes, con el sueño sin sueños, mudo y vacío, de la piedra.

Por la mañana repiquetearon los nudillos, estremecida la puerta:

—¡Levántese usted!

«¿Usted?», me pregunté yo. Aque-

lla no era la voz de Mariana; era una vocecilla chilloncilla, aniñada.

—¡Oiga! ¡Oiga!

No me contestó nadie. Después de los cuatro verbos, asustarse, apresurarse, bañarse, vestirse, a que Mariana me obligaba, me presenté en el comedor. Las ocho y media puntuales. A la mesa, Mariana activa, iluminado el rostro por un no sé qué sutil. Paz, repartiendo leche y dulces rústicos entre lozas, y una chica en uniforme de colegiala, encogida en su asiento. Nos presentaba Mariana, juguetona la sonrisa de burla que perdía el equilibrio y se caía de sus labios:

—Mi hermana pequeña, Jacinta.

Otro golpe en mi corazón; otra hermana...

XII

Hecho un erizo de recelos todo el día, hasta la noche no respiré, aliviado: Jacinta no constituiría nuevo torcedor para mí. Flacucha, descolorida, desgarbadota, tan insignificante me pareció y sin encantos que la llamé «Nada».

—¿Por qué la pones ese mote? No es un perro.

—Casi, casi—le respondí a Paz—, y no es ofensa. Parece uno de esos cachorros que a los tres meses tienen tan crecidas las patas que se les doblan al andar, corren a zancadas, apenas les ha salido el pelo y las orejas les tapan los ojos.

—En castigo vas a ocuparte de Jacinta—me conminó Mariana—. Tienes que comprar su equipo y hacer de ella una chica a la moda.

—Yo no entiendo de trapos.

—A Paz no le gustan y yo no dispongo de tiempo. No vas a desairar a la criatura.

Hecha un rebuño, con los pies en el travesaño de la silla y la cabeza apoyada en los brazos, cruzados sobre las rodillas, nos miraba con ojuelos abiertos a punzón; parecía la ayudanta del prestidigitador comprimida en el baúl que presenta como vacío.

—Bueno, iré. ¿Qué la compro?

—Tienes buen gusto. Debes transformarla en una señorita, porque ya no vuelve al colegio.

Prima mañana fué de mal humor para mí. Silbé a Jacinta, que acudió lacia y hurona. «¿Cómo salgo yo con esto a la calle?», me pregunté rabioso. Jacinta llevaba capa tapándola como una campana, y debajo las piernas flacas, medias negras, zapatos de pies planos; por encima de la capa, un boliche plácido, con pecas, y la cinta roja apretando el pelo cortado a lo varón. Dentro de la campana de capa, los huesos de Jacinta se envolvían en el uniforme: blusa y delantal con ribete de tercinella, y la medalla de aluminio. «¿Cómo salgo yo a la calle con esto?»

En la calle se reveló Jacinta; perdió su aire de perro mojado, se esponjó de alegría. No he visto tal apetito de tiendas. La llamaban los escaparates, revolcaba su mirada en ellos, corría a otro, dejaba éste por aquél; sus ojos a punta de punzón chispeaban chiribitas. Agarrada a mi brazo saltaba de júbilo, con salto de comba, al descubrir algo que la sorprendía. Su dedo movíase en mil direcciones, señalándome sus descubrimientos.

—¡Mire usted!... ¡Ese broche!... ¡Los zapatos del rincón!... ¡Aquella carterita!...

—¿Cuánto tiempo llevas en el colegio?

—Toda la vida, señor. No salí más que un mes de vacaciones cada año a la finca de Soria.

—Entonces no has visto nada.

—Nada de nada, señor.

—No me llames señor.

—Muy bien; entonces, ¿caballero?

—Como te dé la gana, pero algo familiar.

—Le llama mi Paz..., ¿me deja usted?

—¿Y es?...

—Carloto.

Comprendí por qué me rechazaba Paz, tesonera. Mariana le habría dicho que estaba destinado a Carlota y que ella, Mariana, era algo así como carcelera de mi prisión correccional hasta que pagase el delito de dejar a

Carlota por enamorarme de su hermana Linducha.

—Gracias, Jacinta. Me vas a llamar de otra manera.

—¿Cómo manda que le nombre?

—Jacinto.

No entendió la alusión. Yo miré su cuello de pollo pelado—se inclinaba para absorber por los ojos todos los detalles de una joyería—y me eché a reir.

—Vamos a equiparte, escolar.

Entraba siempre detrás de mí, tímida, calladita, en la tienda o en el piso del modisto. Pedía yo trajes, ropa interior...

—Este te irá bien.

Se lo probaba yo mismo poniéndoselo encima, después de arrancarle la horrible capa.

—No, éste no—se atrevía a decir, confusa—. Es atrasado de dos modas. Le rechazaba y le pedía al modisto, atragantándose al hablar, de la emoción:

—Un modelo de color hoja seca, corte de tal modo, como el que se titula «Volver», de la colección de tal modisto: tiene aplicaciones de tul... —daba todos los detalles—. Lléveme al probador. Que venga la primera...

Salía con un traje que ella juzgaba así:

—Es una caricia.

La misma escena con todos los proveedores.

—Estos zapatos ya no se llevan. Tráigamelos un número menos que el mío. ¿Cómo quiere usted que use combinaciones malva? Eso, a las paletas. A mí déme un tono crema muy apagado. No tan largas... Estas medias hacen la pierna dura. ¿No tiene el mismo color, pero letra B? Otro sombrero: el azul no nos va bien a las trigueñas...

—Chiquilla, ¿dónde has aprendido a vestirte?

—¿Dónde?—se puso de nuevo encarnada—. ¿Cree usted que en el colegio no nos enterábamos?

Aquella hambre devoradora de tocas, manosear, apretujar vestidos y objetos, saciarse viendo la infinita gama de atavíos embellecedores, el ansia de probar y aplicarse tantas cosas suaves al movimiento, cómplices para ocultar lo defectuoso, exaltadoras de la facción atractiva... En el colegio-convento (dieciocho años), para la privación de la alumna en régimen de novicia, sólo una válvula de escape: saber lo que detrás de los muros que la apretaban «se llevaba» por las mujeres en el mundo enjoyado, suntuoso. Escondidos entre bastidores de labor y libros de tedio, los recortes de periódicos de la moda, descripciones, fotografías, diseños, eran saboreados a hurtadillas, asimilados para fantasear... ¡Dormitorios de cal con sus compartimientos aislados por cortinas de linón, cajas de crisálida!... Las colegialas fingían dormir; la monja vigilante leía sus rezos al lento vaivén de la lamparilla; ellas, niñas con voluntad de mujeres, ensoñadoras, saltaban de la cama mentalmente, se vestían los trajes de baile, los trajes de playa, los trajes de visita, trajes, todos los trajes, uno después de otro, vistos en los figurines guardados de contrabando. Y ahora Jacinta se dejaba ceñir por las vestiduras tanto tiempo deseadas: hacíase realidad el roce de su piel con la presión delicadísima de telas dóciles que idealizaban su cuerpo: las galas acudían cada una a su sitio preciso, sabias, espléndidas y sumisas, a realizar la ondulación de su línea, su flexible modelado de brotes; los tres espejos en ángulos entrecortados, lanzaban infinitas Jacintas allá, al espacio de la alegría del lujo. Los paquetes de compras eran montones. Peluqueros, manicuras, masajistas, técnicos de la belleza, limaron, corrigieron, completaron, acusaron cada trozo exultante de juventud... Salió de aquella excursión al reino de las vanidades una Jacinta delgada, no flaca; pálida sentimentalmente, no descolorida; con ojillos japoneses, no de punzón; un poco lenta, contenida, no azorada; con el cabello en diadema de sortijas, no lacio. Una Jacinta que entró en mi casa adoptando posturas de ingenua amanerada y en su boca nueva, recién fingida por el to-

que de color, el pitillo de humo sedoso que aún le hacia toser. Me quedé contemplándola como Pigmalión a la estatua que ha creado: faltaba ponerla un alma desenvuelta.

—Gracias, Peloto; eres un sol—me dijo con la fraseología de los bares.

Intentó ruborizarse al besarle la mano, pero ya no pudo.

XIII

«Ahora les voy a dar un susto a estas bromistas. ¿Con que Carloto? Meses hace que no puedo obtener contestación de Carlota, ni verla; me huye o no me quiere ya. ¿No es bonito utilizar a esta chicuela, todavía sin malicia, para hacerla rabiar... y que también rabien la Paz campesina... y Mariana enigmática?», se me ocurrió como una diablura, una más, que bien endiablados eran mis amoríos.

Y me entretuve en buscar la nueva combinación entre las tres, según mi singularísimo método. Si cuando me acercaba, fervoroso, a una mujer, me enamoraba de su hermana, o si para querer a una muchacha tenía forzosamente que enamorarme antes de su hermana, ahora, que eran dos las hermanas, ¿cuál era el camino? ¿Hacerme novio de Paz y dejarla por Jacinta para casarme con Mariana? ¿Desdeñar a Jacinta y pedirle amores a Paz para unirme a Mariana? ¿Jacinta, luego Mariana y, por fin, Paz? Tenía que prescindir de dos de ellas. ¿Cuáles? ¿Quién me atraía? La que imantara mi cariño, la que adorase yo, era el punto de llegada. Quizá debía empezar por la que me afectase a medias, trasladarme a la que no me importase nada para caer en la que me hubiese fijado como fin último. ¿No era así la combinación? Jacinta me tenía sin cuidado; Paz me interesó como tipo de vida geórgico, patriarcal; pero Mariana..., ¡ah, sí! Mariana era paso obligado para llegar a Carlota, destino de mi corazón. La estrategia, pues, era: galantear a Jacinta para picar el puntillo de Paz, pasar a Paz en noviazgo frío, de circunstancias, y pasar a Mariana cuando estuviera convencido, con entusiasmo, de que no podía vivir sin Carlota. Mariana me llevaría a Carlota: era su misión.

—Mariana, una confidencia... ¿No te enfadarás si le hago el amor a tu hermana Jacinta?

—Pero ¿no tonteabas con mi otra hermana, Paz?

—Y todavía...

—Te encanta Paz.

—Lo has adivinado.

—Son dos.

—¿Cómo decidir?

—Voy a darte el consejo: tú no decidas, que decidan ellas.

—Tienes razón.

—¿Quieres casarte?

—Hace tiempo que lo estoy deseando.

—Bien: ahora va de veras. Te declaras a las dos y te casas con la que te diga que no. Eso es lo que conviene a tu carácter.

Me puse muy contento. ¡El instinto afilado y el sentido común de Mariana!... Gracias a ella podía desenvolverme y tener una idea de mi modo de ser. Era inapreciable su experiencia candorosa, de mujer maduravirginal. Fui a Paz, que con sus sayas populares, el escote cubierto de azófar y rodetes en las sienes, aquella tarde me evocó la tierra antigua y renovada, la belleza inmarchitable, racial. Cogí sus dos manos, que jugaron un poco con mis dedos temblorosos. Paz no podía resolver de sopetón un asunto tan grave:

—Ha de pensarse mucho...

Jacinta, en su luna de miel con el refinamiento, quería ser pícara y frívola, y la traicionaba su inocencia de colegiala, cortedades en última evaporación. Fingía echarlo a broma y, a pesar de ella, se puso a palmotear; después abatía su rostro con recato:

—¿Es de veras?

Yo juré lo que juran los amantes, todo, más que todo, nada.

—Entonces, sí—y escondió aquel rostro en fuga entre las manos.

Por la noche Paz me llamó aparte:

—Como creo que eres formal..., sí.

Sus ojos glaucos se quedaron frente a los míos, refrescándome con su menta. Acudí a Mariana apuradísimo, y en secreto se lo comuniqué:

—Me han aceptado las dos.

—Era natural.

—¿Qué hago ahora?

—¿Te gusta más Paz o Jacinta?

—No tengo preferencia. Y si me quedo con una ¡iré obstinadamente a la otra!...

—Ahí tienes la solución.

Apartóse erguida, severa en su negro traje y, me parece, con la sonrisilla sutil cayéndole de la boca, como solía. Mi perplejidad subió; aturrullado, sin comprender, indeciso; creo que después tuve fiebre.

XIV

Entró mi hermano Valentín, arrastrado otra vez desde Avila por mi telegrama que exhibía a modo de pregunta.

—Ahora es grave lo que ocurre.

No me levanté en todo el día, tal era mi desazón, tanto mi desánimo, y estaba a oscuras en la noche, aborrecido de mí, mareado. Al relatarle a Valentín la aventura, le miraba con ojos suplicantes, como debió de mirar Teseo a Ariadna para que le guiase por el laberinto. Valentín, sofocado, se daba aire con un periódico. Al fin:

—Cásate con Mariana, que es la que desearás ahora, siguiendo tu ilógica. Ya eres novio de sus hermanas, de las dos—y se rió, echándose hacia atrás—. Deduce lo natural en ti: tienes que sustituirlas por la hermana que te queda por amar.

—¿Con Mariana?

—Es claro como la luz.

«Es la solución que no entendiste, que te daba ella—reflexionaba yo atento a su pensar—. Esto que te ocurre no es más que un fenómeno parecido al espejismo, la ilusión óptica de tu vanidad de hombre: te demuestras a ti mismo que hubieras podido casarte con la cuñada, de querer tú; anhelas que la cuñada te mire y adore como un imposible, como un fracaso para ella; te enorgullece tu superioridad sobre la cuñada si la has desdeñado, cambiándola por su hermana. ¿Comprendes ese matiz de auténtica coquetería? Buscas una situación triunfal entre las dos (tu mujer y su hermana), para pavonearte; la mujer, porque es tuya; la cuñada, porque accedió a serlo.»

—¿No estarás equivocado?

—Si te casas, avisas; así celebraremos nuestras bodas juntos.

—¿Tienes novia? ¿Quién?

Valentín se marchó sin contestarme más que con aquella risa estruendosa, a boca llena, que me molestaba sin saber por qué. Contrito, culpable del pecado de que mi hermano me acusaba, salí del marasmo y de la cama. Ya vestido, urdía argumentos para convencer a Jacinta y a Paz. Silencio en la casa, como vacía. ¿Por qué Mariana no había acudido a anunciar antes a Valentín? Las habitaciones estaban oscuras.

—¿No hay nadie?—pregunté con un grito que se tragó la tiniebla.

Era extraño en mi resonante piso, iluminado siempre con ecos de charloteo femenil, aquel mutismo opaco. Entraba la claridad lunar por una ventana abierta; frente a la luz vagarosa, Mariana, caída en una butaca, cerraba los ojos.

—¿Duermes?

No me contestó, ningún movimiento hizo. La luna poetizaba su rostro; en el blancor depurado y joven, le afluía su alma, era así su alma. Arrugas paralelas rayaban su frente; en sus párpados formábanse dos goterones.

—¡Mariana!

Me miró, perdida su valerosa energía; me miró desgraciada, perdida aquella expresión virginal que encerraba en sí, almendra pura, y que revelaba al calar en ella el sentimiento, transfigurando en dócil su carne musculosa.

—¿Y Jacinta? ¿Y Paz?

—Se marcharon a su finca, al pueblo.

—¿Sin decírmelo?

—Soy yo quien debe ya—dolor de punzada hería su voz—, ahora que acabó todo... Yo te lo descubriré.

—Mariana, ¿qué te ocurre?

—No te ocupes de mí. No valgo nada. Escucha: Jacinta y Paz no son hermanas mías.

—Entonces...

—Yo no tengo hermanas. Ellas, si lo son, y entrañables. Tomaron parte en la farsa por amigas de Carlota.

—¿Farsa?

—Tu hermano Valentín reunió a todas tus novias, quiso poner remedio a esa aberración que padeces... Organizamos alrededor de ti la intriga de la comedieta; en el epílogo estarías sano, por desengañado. Eso creímos.

Ahora caía yo en la otra butaquita, frente a Mariana, aturdido de asombro.

—Y nada más...

Quedamos en silencio; yo reanudé las explicaciones.

—Dime: ¿con quién se casa Valentín?

Vi su esfuerzo al contestarme:

—Con Carlota. Le ocurrió a ella lo que te ocurre a ti: se enamoró de tu hermano.

—¿Por ser hermano mío?

El sentido práctico de Carlota... Era verdad lo insinuado por Loca Tabú: «Esta, maniobra contigo: Carlota es calculadora.» ¡En una falsa romántica de frases de novela, en una muñeca de porcelana y viento, tanta cantidad de astucia!... Me cambió por Valentín, con mejores cualidades que yo para marido... Carlota, Linducha, Pepa, Loca, Paz, Jacinta, fantasmas de color de rosa, mujeres sin regreso, por mi culpa. Me quedaba Mariana, la fiel, que no se había ido de mi casa porque era abandonar su casa; Mariana dual, niña otoñal, experta y núbil: Mariana, en difícil equilibrio de vida. Yo era su última probabilidad de soltera; un año más y quedaría irremediablemente solterona. Era el instante en que aún no se había agriado su dulzura íntima en espera del amor. Para el amor reservaba la escondida primicia de su adolescencia, guardándola en albor, a pesar de la maturidad, por fuera de su cuerpo. Pero unos meses más, y se helaría su primavera conservada con tanto esfuerzo de espíritu.

—Perdona. Fingimos por afecto a ti.

—Mariana, gracias; no sé cómo decírtelo: has velado, has trabajado por mí, quisiste mi felicidad, veo tu abnegado esfuerzo. ¿Por qué lo hiciste sino por ese afecto? Y ahora, sin palabras, ven... Tú eres la definitiva, óyelo... ¡Mía!

Abrí los brazos; Mariana estaba en pie, inclinada bajo un pesar, el sombrero en la mano.

—Vine para ayudarte, por Valentín, y me hicieron traición. Yo era la novia de tu hermano.

Se fué despacio—y no la he visto más—, triste, envuelta en luna; colgaba de su mano el sombrero...

CUENTO DEL GATO

I

Como la selva retrocediera hacia la montaña, asustada de antiguos incendios, detrás de su mole de troncos y enramadas macizas, deja abandonados a la negrura de la noche pelotones de arbustos recién nacidos y matojos deshilachados. Cala la fronda un haz de rayos de luna, recto, atados al cielo y al suelo los hilos tirantes de su luz. Entre el herbazal asoman sus pequeños rostros las flores haciendo guiños de colorines. Los troncos viejos están vestidos de musgo y de lianas y su venerable ramaje cae y se entrecruza retorcido: a su ampa-

ro se empinan los renuevos. Misterio de hondura, profundidad tenebrosa la de la selva, dulcificadas por la luz de metal blanco de la luna. Selva sonora también. Se escucha inarticulado clamor: gritos de chacal, silbos y melodías de pájaros invisibles; al mochuelo y al sapo; parpar de patos silvestres, croar de ranas, finos chirridos de élitros, temblorosos balidos; interminable lamento de angustia y alarma, desveladas por el temor las bestezuelas que se ocultaron para el sueño bajo las dos alas de la espesura y de la noche. Señorea el rugir del León, que parece desgarrar el aire.

En el claro de la selva, la difusa blancura es verdosa y marina, filtrada por los temblorosos tamices de las hojas; los arroyos se encuentran y remansan y, unidos al barboteo de otro manantial, caen velozmente con murmullo de gozo, llevándose a cuestas el resplandor de nieve de la luz. El Papagayo se hispa, redondo como fruta de pluma, agarrado a la percha de varal seco: un ojo vigila, el otro le cubre la membrana gris. La Cervatilla, huyendo del rugido, salta los cilindros de los troncos derribados; falta de aliento tropiezan sus patas, finas como juncos, y cae babeando en el agua el hocico jadeante. El Papagayo se espeluzna y abre el pico-nariz, avisándola:

—¡Huye, huye!

—¡No puedo más!

—¡El León no pierde tu rastro!

—¡Ante mis ojos se borra la vida!

—¡Sálvate! Desde mi altura le veo seguir tu reguero de olor.

—Me entregaré. Así han muerto todos los míos. ¿Por qué tanta crueldad?

El Papagayo convirtió en pitido hiriente su voz gutural:

—¡Huye!

Sacudió a la Cervatilla un esfuerzo penoso; sus grandes ojos negros derramaban lágrimas; de su belfo desnudo colgaban hilos líquidos, bebidos afanosamente en el manantial. Se irguió, esbelta y delicada, y pudo correr, con saltos rápidos.

—¡Corre más! ¡Que te alcanza!—la animaba el Papagayo volando, en cortas voladas, detrás de ella.

Oyó rugidos estrepitosos y el débil bramido de la muerte: después retornó el silencio acribillado de gritos de animales. Volvióse a su percha sin contemplar el descuartizamiento de la Cervatilla. Pavoneábase ahora la Faisana dorada en el claro de la floresta.

—Papagayo, ¿dónde está el arroyo límpido para contemplarme?

—¡Huye! Te ha visto el León.

—A mí me respetará. ¡Soy tan hermosa!

—Ya se encoge para saltar sobre ti. ¡Vuela!

—Podría rasgarse mi manto.

El León, lanzado desde la sombra, ha caído sobre la Faisana. El ave, desligándose del remolino de plumas arrancadas, despavorida, alcanza el brazo de un árbol y pasa en escalón a la copa de los más eminentes. El León la persigue y se abraza a los troncos y desgarra su camisa de corteza, al trepar; tiene la boca ensangrentada del hociqueo en las entrañas de la Cervatilla. Vuelve a ella, abandonando a la Faisana, cuyo traje de lujo está a medias desparramado en jirones de oro.

Huyó también el Papagayo. El claro de la selva está en soledad, un peso de angustia diluída en el aire, la pena de las inmolaciones, el cósmico sentimiento por la destrucción de unos seres por otros. Los árboles se mueven, queriendo arrancarse a su destino de paralíticos. El alma vegetal de la selva, rebelada contra los crímenes, se queja con sombrío rumor de hojarasca y ramaje batidos por las ráfagas. De cada árbol surge su personificación: un ser arborescente que adopta en esquema la forma y el espíritu de la planta. Meneando los brazos-ramas, flotantes en el aire, unánimes, pausados, con la escasa dinámica de los seres sujetos a sus raíces comienzan, dolorosos, a cantar. La selva entera se queja, clama en su cántico:

—¡Dolor de la vida! ¡Escenas de destrucción, agonizar de los débiles!

Los animales se asesinan, se devoran. Su única ley, el crimen. Está ensangrentada la selva, que no cobija más que el miedo y el horror. Y los más fuertes, los que triunfan por su violencia, son cazados por el hombre. Y al cazador le despedazan las fieras de feroz instinto. Sobre el vivir de los seres cayó un signo fatídico. ¿Por qué no hay entre ellos más que crueldad y odio? ¡Sería hermosa la vida si floreciese tan sólo la bondad! Mas, ¿alguien puede conseguir que entre animales, y entre animales y hombres, reine el amor sin espinas y triunfe la paz eternamente?

II

La Araña vieja, engarabitada y afanosa, atendía a los lamentos de la selva. Está hilando con rueca y huso una prenda blanca. En el claro de luna su sombra es un dibujo de líneas tortuosas contorsionado sobre el suelo. Al oír a las ánimas de los árboles, la Araña suspende su labor y responde:

—Desde que nací estoy tejiendo una túnica de hilos de luz de luna.

Y coge del aire la hebra blanca que desciende del cielo y la ata a su rueca y la hace girar, pequeña, enguirruñada, con sus brazos y piernas velludas. Las Personificaciones la interrogan:

—¿Para qué sirve, Araña, para quién es la túnica que tejes?

—Servirá para que se haga la paz en la tierra y se amen todos los nacidos. Ha de vestirla un inocente.

—¡Oh prodigio! ¿Va a convertirse pronto en realidad lo que anhelamos?

—Esta es la túnica de la Bondad, sabedlo. Sus hilos son miradas de lo alto. Quien todo lo ordena, me mandó entretejerlos. Espero la llegada del alma inocente; ese será el comienzo de una vida de amor. Entregaré la túnica y se realizará en el acto el milagro.

La selva, conmovida por la Revelación, las almas de los árboles expresaban su júbilo:

—¡Alegría—cantaban, y el viento se llevaba el perfume de sus voces—, alegría de dar nuestras ramas a las alturas del cielo, cuando el cielo nos devuelva tan sólo claridades! ¡Alegría de dar nuestra sombra tan sólo a los idilios y a los besos! ¡Alegría de dar tan sólo el fruto de la felicidad!

La Araña, siempre alerta, escucha y se embosca en su matorral.

—Silencio, que llegan los humanos! Quizá sea el inocente. Observad.

Las Personificaciones infunden sus apariencias en el secreto de los cuerpos de los árboles. La Araña se inmoviliza. Trompas de caza, de tronar empastado, levantan con sus acentos encendidos el sopor del bosque. ¡Alalí! ¡Alalí! Dos cazadores, uno Negro, otro Rojo, hacen vibrar los aires de ímpetu bélico. Esgrimen jabalina y ballesta, llevan cuchillo de monte y el zurrón, por el que asoma, con la lengua colgante y los ojos de vidrio sucio, la testa de una alimaña sacrificada: el Zorro, de rostro en triángulo. Los dos cazadores buscan rastros de pisadas, cuidadosos del suelo y, con risas llenas y miradas agudas, mezclando sus frases, dan suelta al placer que les produce el acoso y la muerte de las bestias.

—¡La huella del Oso!

—Hermosa piel.

—También del Ciervo.

—¡Un bulto! ¡Se mueve! ¡Dispara! ¡Dispara aprisa!

El cazador Rojo manipula la ballesta y corre a la pieza cobrada, que presenta en triunfo.

—¡Cayó!

—Un armiño. Piel finísima.

—Vamos a desollarle.

—¡Buena noche! Nos favorecen la caza y la luna.

Llevando su cachorro en la boca, la Tigresa aparece y se queda atónita, interrumpido el camino por la sorpresa de hallar humanos.

—¡Un Tigre! ¡Cuidado!

—¡No le temas! ¡A él!

Los cazadores le acometen con las jabalinas. La Tigresa huye, y rugiendo al sentirse traspasada, suelta al ca-

chorrillo, que se acurruca detrás de un matojo. El Cazador Rojo y el Cazador Negro siguen las salpicaduras de la sangre de la Tigresa. A lo lejos renuevan las trompas de caza los alalís. Cuaja un silencio como si todo se hubiese convertido en piedra. Las Personificaciones del bosque, tristes, emergen su transparencia de los árboles, entre lamentos:

—¡Ay, ésos no eran de alma pura! ¡Mataban por diversión y por codicia! No hallarás a quien entregar tu don, tejedora...

La Araña, satisfecha y triunfal, muestra terminada la túnica que resplandece su propia luz espejeada por luz de luna.

—¡Ya la terminé! ¡Mirad qué hermosa!

Se extasían contemplando la tela sutilísima que exhala de sí, como materialización de la bondad, nimbo de albores. Las almas de cuerpos quietos tienden hacia ella sus brazos y su rostro, únicos de movimientos permitidos.

—¡El Bien es beber luz pura! ¡De ti no hay nadie digno, túnica del Bien!

La Araña deniega y es un signo malicioso la contorsión de todas sus extremidades.

—Ha de hacerse el milagro de amor, y me avisa mi instinto que ya se encamina hacia nosotros el destinado para ello: un ser que no fué pervertido y que no sintió nunca el furor de matar. Cuando vista la túnica, no volverá a subsistir el odio en lo creado. ¡Canta, selva, y encamínale donde le esperamos!

III

Obedece, y nace un cántico dulcísimo de toda la selva como transido el aire del temblor de la aurora. Música sin modulación de palabras, que se filtra y convierte en cautivante, que llama. La Araña espera, recatada la vestidura que ha de obrar el suceso. Atraída por el aura que se exhala de la selva, por su persuasiva melodía y el influjo de ese coro de tierra y cielos que insinúa en ella delicias, va a pasos maravillados acercándose la Niña aldeana con miradas de gozosa contemplación a la sombra que palpita. Su rostro es candidez y en él se anuncia la alegría interior, la de un corazón blanco, recién nacido a la vida: sus ojos y sus oídos están acariciados y absortos; sus manos caen con los dedos abiertos. La selva eleva su cántico y es explosión de triunfo. La Araña observa cómo la Niña hechizada por los raudales de voces que la invitan, gusta la noche, la floresta, la poesía de las sonoras fragancias enlazadas.

«Me llaman suaves voces invisibles —se dice a sí la Niña—. Habla sin formar, que brota de las cosas y que en el aire me envuelve.»

—¡La inocente llegó!—avisa la Araña a las Personificaciones ocultas.

La ven extasiarse, infantil.

—¡Noche divina!—exclama agregando su voz a las voces—. ¡De gozo y de serenidad! Entre flores y árboles juegan su retozo alegre los animales, libres y bellos.

—¿Qué es? ¡Oh, linda bestezuela!

El cachorro que la Tigresa abandonó, rueda a sus pies, blando, como sin huesos; da apagados bufidos sin dientes y con aspereza lame la mano. La Niña le oprime contra su seno, acariciándole:

—Tigrecillo abandonado, perdido quizá... yo te cuidaré.

Se hace presente la Araña sobre un hilo de la Virgen que va de rosal a rosal.

—¿No temes acariciar al Tigre?

—¿Quién me habla? ¡Ah! La Araña... No, a ninguno os tengo miedo.

—¿Tampoco al León, que puede destrozarte?

—¿Por qué?... Me gusta mucho; ¡va tan orgulloso...!

—¿Y la Serpiente, no te aterra? Es venenosa...

Responde firme la convicción de la Niña:

—No hay animal que sea malo.

Con sus palancas velocísimas la Araña trepa al hombro de la Niña.

—¿Nos amas?

—Sí. ¡Sois todos tan hermosos...! Unos parecéis caer del cielo tan raudos como piedras desgajadas de una estrella que se quemó; otros tenéis la piel manchada a capricho, pintarrajeada por alguien que se les burló así mientras dormíais; los hay arrogantes por su fuerza, que siegan con los movimientos de su cola los tallos; rudos y enormes, a los que hay que subir como a montañas; inocentes y cándidos, vestidos de blancura rizada; o casi invisibles por lo diminutos, pero vestidos de polvillo de tornasoles. Y todos sois buenos.

El olfato ha llevado allí al León avisado, al tomar el venteo, de la presencia de la Niña. Sigiloso, se fué acercando y con ojos encendidos y golosos se recrea en su figura tierna. Todos los animales del bosque, excitados por la sensación de su olfato o por la alarma de su instinto, conocieron también la llegada de la carne viva y humana y se dirigen al claro de los manantiales. Poco a poco van rodeando, cerco invisible y apartado, a la Niña. Descienden unidos de los árboles, atraviesan la maleza sin rozarla, se asoman curiosos y oyen lo que dice en su conversación con la Araña. Están suspensos, expectantes, a la vista de la Inocente. Los grandes rollos de las Cobras, gruesas como árboles, curvados y descurvados al arrastrarse, se posan en circunferencia, la lengua bífida guardada. Chispea la mirada de las Ardillas, rápida mirada que salta de un punto a otro. Los Pavones nocturnos aparecen en el calvero, recortes de la negrura de la selva, aleteando ciegos entre la luz. Encandila su oreja la Liebre. El Caracol humedece los guijarros y tactea, con los palpos de sus cuernecillos, el aire peligroso. Sube la Nutria del río y tras ella el Pato en balanceo. El Lince, afirma la pata antes de pisar y se mueve tan lentamente que semeja estar inmóvil. El Buitre está en el último cogollo del tronco más recto. Se ha colgado el Murciélago del trapecio de una rama. El hocicuelo del Ratón asoma, por el agujero, su punta. Han callado el Grillo y la Rana entre la hierba y junto a ellos cae, al saltar en parábola, la Langosta. Sabandijas, bestias, fieras, aves zancudas y palmípedas se mezclan a los grandes paquidermos, junto al saurio de piel incrustada de pedruscos y boca diforme, a la Cabra montés y al Mono, que con una mano se rasca y con la otra rasca a su cría. El Camaleón se mimetiza con las hojas, a las que junta su cuerpo; la Lagartija es el relámpago de una ese por el suelo; la Cigarra, untada de miel de sol, deja de frotar sus sierras; recelosa la Hiena está, pero se aparta; el Toro y el Lobo se abren paso y quedan los primeros, prontos al desafío. No se ve a ningún animal, y todos ellos cerrando el círculo, metidos entre la sombra, apretada como humo, mueven sus ojos y respiran anhelantes al contemplar a la Niña.

IV

La Araña continúa su diálogo amistoso:

—¿Crees que son buenos los hombres?

Contesta la criatura:

—Sí.

—¡Qué fe tienes!

Y la Niña, sonriendo:

—Sólo existe el Bien.

Hablan entre sí, cautelosos, los animales que acechan, cobijados en la espesura:

—No podrá defenderse.

—Es muy pequeña.

—Cuerpecillo frágil y sonrosado.

—No habrá lucha; la acabará un solo zarpazo.

—Una gota de veneno.

A pesar de su gula y de la facilidad de la presa, los carnívoros están tendidos sobre su vientre con las patas extendidas o colean a péndulo, agarrados a las ramas recias.

Desciende la Araña, tecleando con toda sus patas el cuerpo de la Niña.

—Ven. Como los malvados nos aplastan y maldicen, las arañas somos ge-

nerosas con quien tiene alma compasiva. Te haré un obsequio.

—¿Un regalo? ¿Qué es?

Muestra la Araña la túnica resplandeciente:

—¡Mira qué bella!

—¿La has hecho tú? ¡Oh, cómo brilla! Dámela! ¡Ayúdame a vestirla!

Ayuda la Araña a la impaciente a ceñirse la túnica, que ilumina alrededor con argentada luz. Los animales, fascinados, brotan de la maleza pausadamente y se cercan a la Niña y se agrupan alrededor, absortos en un embeleso.

—¡Vestidura de luz!—dicen—. Es semejante a un hada la Niña, resplandecida de su pureza.

—Con tenue majestad impera sobre nuestras entrañas y sobre nuestra zarpa.

—Mi irritación se inclina a obedecer a sus gracias débiles.

—Siento en mí, por primera vez, un borbotón de dulzura.

—Mi roja furia se ha cambiado en mansa paz.

—Es el amor y su hechizo.

En medio de los animales, a los que ha recibido con júbilo, la Niña los acaricia. Se posan pájaros y libélulas en su estatura y, a sus pies, la Pantera se revuelca, mimosa como un gato. Buscan sus manos para besarlas con sus belfos acuciosos y hay a su alrededor y sobre los animales vuelos cándidos y voluptuoso zureo de palomas.

—¡Preciosas bestezuelas de Dios!—la Niña les habla—. No me huís, porque sabéis que os quiero. Dejad para siempre recelos, apetitos y odios. Amaos y convivid la Pantera y el Ciervo, Halcón y Milano con la Perdiz, y vosotros, Cordero y Lobo, venid, que también será amigo vuestro el Hombre.

Temerosos y desconfiados, todos los animales retroceden.

—¡El hombre!—murmuran con sordo espanto.

—No le temáis; su corazón es bueno —les reprende con ternura la Niña—. ¡Así todos viviremos un paraíso de alegría, porque habremos librado del dolor a los seres!

Con la cría de la Tigresa en brazos, la Niña camina, y todos los animales la siguen, subyugados. La preceden, se adelantan, la esperan, en cortas carreras y vuelos, y regresan a su paso; o la siguen buscando pisar en sus pisadas; o se remontan formando una corona que avanza en los aires sobre ella.

El acento de la Niña sostiene el encanto de las animalias.

—¡Vayamos allí donde sólo se oyen himnos de gratitud, donde todos se sienten hermanos, y la ley celestial impulsa a la Naturaleza, y en eterna beatitud se goza el rostro de Dios, ahuyentando el mal para siempre!

Con su cortejo, se aleja, y desvanéblase tras de la mensajera virginal, el bosque, más negro y silencioso. Las Personificaciones de los árboles se aparecen, lunáticas entre la luz: sus brazos-ramas, agitados unánimemente, se menean en un adiós. Repiten las palabras de la Niña, su profecía:

—¡Allí donde sólo se oyen himnos de gratitud, donde todos se sienten hermanos!...

La Araña se ha quedado agarrada a su red y escucha el eco de la voz de la Niña.

—¡Bendita sea la inocente! ¡Los lleva a ser felices y serán felices...!

Desciende y se afana en recoger el huso y la rueca. Murmura con su reserva de vieja maligna y sabidora:

—¡Con tal de que no venza a la inocente la vanidad de su bondad...!

V

En la plaza del pueblo tiene la Niña su casita pueril, medio oculta por un trenzado de madreselva. Las otras fachadas son de colorines (almazarrón, rosado, amarillo de trigal, verde profundo de lluvia sobre mares, ocre de corteza tostada). Relucen al sol, que se desnuda en los cristales y da gritos de brillos. La taberna tiene como ceja del dintel un ramo de romero. La carnicería lleva su cartela en desuso: «Carnecería». Una sola casa repelente tiene la plazoleta pintarrajeada, man-

sión negra, ennegrecida por los temporales, cerrada siempre y, por ello, misteriosa; edificio en ruinas, sin vecinos quizá, entre las construcciones amuñecadas. Alegría de la placita que sonríe como una boca juvenil de muchacha; y en la sonrisa de dientes sanos una muela podrida.

Los dos Cazadores se aburren, sentados espalda con espalda, en la modorra de la taberna. Cazan sólo musarañas, disparan nada más bostezos. A pesar de su inacción, acarician sus ballestas y pasan la mano sobre las sobredoradas trompas de cacería, caricia a perros dormidos.

Entra a beber un jarro el Carnicero, su mandil blanco manchado de operación quirúrgica: la Dueña apoya los brazos remangados en el mostrador, gordos como muslos.

—¿Tienes hoy pierna de cordero?

El Carnicero, ríe.

—¡Qué tonta!—confirma su burla el Cazador rojo.

—¿No te enteraste del suceso? No hay carne. Ya no se mata—informa el Carnicero teñidos los labios de mosto.

La Dueña de la taberna abre los ojazos de las sorpresas.

—¿No? ¿Pues qué hago con mi cerdo?...

—Se morirá de viejo en el corral, bien cebado.

—Pues ¿qué pasa?

Los tres hombres lanzan su definición, como cada cual un naipe:

—Un milagro.

—Un fenómeno.

—Un portento.

—Los animales de la selva—da un puñetazo que hace titilar los vasos el Cazador rojo—han venido al pueblo apacibles, sin fiereza.

—Ya no podemos cazar—añade el Negro, ceñudo, por contrariado.

—Vivimos, hombres y bestias, como amigos—masculla el Carnicero, añorando las degollinas.

La Dueña habló mucho con los borrachos que aseveran imaginaciones extrañas y ella les da siempre, tal es su oficio, la razón. Aquellos parroquianos parecen en sus cabales; y les retruca.

—No es posible.

La miran con sorna y, creyéndose en el ridículo de ignorarlo, pide aclaraciones.

—Ninguno sabemos.

Se han tomado una ronda y quedan los grumos posados en los vasos. La tabernera recapitula observaciones:

—Quizá por eso los bichos de mi corral hablaban esta noche agitándose, unos con otros. ¡Será la luna, o un cometa, la causa de vivir esa paz!

El Carnicero azota las nalgas de un pellejo lleno.

—Y diga—le acucia la Dueña—. ¿Tiene jamón curado? ¿Siquiera salchichas?

—¡Ni ancas de rana!—engruesa la voz el Carnicero, echa unos cobres en el mostrador, sale colérico; no sabe contra quién su cólera.

Apúrase la Dueña y anda detrás, hasta su corral, que limita una empalizada en la calle vecina.

—¿Qué voy a hacer de mi cerdo?

Se ha roto el orden natural y el discurrir de la tabernera se embarulla en desconcierto; se le ha llenado la razón de humo, que la impide ver con claridad. Criaba el lechón para la matanza; si no hay matanza, ¿de qué sirve un lechón?

El Perro puso sus patas delanteras en el borde de la empalizada, meneando el rabo para recibirla.

—¡Hola, *Titán!* Voy a jubilarte. Dícese que ya no hay que vigilar. ¡Cómo todos somos amigos...!

—No hay que fiarse—gruñe el mastín.

La Dueña entra y él salta y vocea su contento:

—¡Oh, oh, oh...!

VI

Los dos Cazadores han vuelto a sentarse en los taburetes, espalda con espalda.

—¿De qué vamos a vivir?

—Si dura mucho...

—Yo creo que por siempre. Por lo que veo, el mundo se ha trastornado.

Una sombra se opone a la luz que entraba por la puerta.

—Aquí está el León.

—El León, modelo de mansedumbre.

—¡Quién podía figurárselo!

Es un león algo engordado por la vida placentera de dormir largas horas sin el sobresalto del vigilar, engrasado por el alimento del rancho que encuentra en la tina rebosante; un poco pesado ya, de no agilizar los músculos en el ejercicio de correr una fuga, saltar a los árboles y luchar revolcándose en rabia; es el león de pelo lucio y peinado quien abraza al Cazador rojo y da la mano, con urbanidad, al Cazador negro y les llama así:

—¡Queridos amigos!

Y después de los saludos de intimidad, se sienta y sonríe:

—¿Qué se hacen?

—Hablábamos de la vuelta que ha dado la vida.

El León golpea la mesa con la garra, llevando el compás de una música que no suena.

—Sí que es sorprendente.

Cállanse los tres, puesto que los Cazadores están vejados. Para humillarles más, el León, irónico, toma la ballesta que el Rojo soporta sobre sus rodillas.

—¿Este es el artefacto que nos hacía huir transidos de espanto?

Cortés, el Cazador rojo le enseña el manejo.

—Soltándose este resorte salía el hierro rapidísimo y se clavaba en la res.

Deduce el León una consecuencia filosófica:

—A los animales no se nos ocurrió hacer volar, contra los que nos cazaban, los dientes, los picos o las uñas, que destrozan. Éramos más nobles; porque arrojar el arma que ofende, con ventaja y sin peligro, es suma perfidia...

Hace un gesto de desdén el Cazador negro:

—¿Para qué comentarlo? Todo eso acabó y quizá tú—se insinúa con el León dándole palmaditas en el brazuelo—sepas la causa.

—La desconozco.

—¿No te preguntaste por qué eres pacífico?

—Me obliga a serlo, contra mi voluntad, la voz de una Niña vestida de plata.

—¿Una Niña?

—A todos, he hablado con muchos compañeros de la selva, les sucede lo mismo. ¡Al oírla nos cala dentro una dulzura...! Enerva nuestras fuerzas, aplaca nuestros impulsos... ¡resucita en nosotros, bestias ciegas, el alma que llevábamos, ignorándolo, escondida!

El Cazador negro se regocija y levanta su jarro que adornan rústicos trenzados de tinta vítrea.

—¡Ya se sabe un poco!

Un transporte emotivo humedeció los ojos del León, absorto, como escuchando la resonancia, que aún le blandea en su centro, de la balsámica voz persuasiva; parece contemplar los cielos reverberantes que se echan de pechos sobre la penumbra de la taberna, ondas azules sobre playa. El golpe del jarro, pegado sobre el tablero, le despierta del ensoñar. Vuelve a su tono amable, propio de conversación entre amigos.

Intenta soplos por la trompa que le cede el Negro.

—¿De aquí sale el trueno?... Ahora no...

—No disparan las armas. También las roza el hechizo, malhaya, que...

VII

El Cazador rojo interrumpe a su compañero, levantándose, y los demás, con indiferencia, le siguen. Así se entran en el ámbito de sol: les resbala por el rostro y chorrea de luz todo su cuerpo. La placita, cada fachada un colorín, parece recién barrida de sombra; el cenit deslumbra y no hay un trazo negro—muerto—entre las manchas vivas: rojo, amarillo, ocre, verde, violeta. Salvo la casa herrum-

brosa: sucia mendiga entre endomingadas jovencitas.

—¿Te agrada el cambio de fiereza a mansedumbre? ¿Te gusta ser bueno?

Responde el León al Cazador rojo abriendo sus fauces con melancolía de estómago:

—Repugno la comida, únicamente. ¡Es vegetariana!

Confidencial, se le acerca al oído:

—A veces no puedo contenerme... Sufro un hambre, no de necesidad de comer, sino... ¿cómo la llamaría?... hambre del gusto, hambre de satisfacer ese sentido... Me inquieto, rujo...

—Ella canta...

—Y calma y aquieta mi excitación su canto dulcísimo... ¿Sabes en lo que me he convertido? ¡En un sentimental!

Los dos cazadores se miran, más confusos que antes de sonsacar al León. Echan a andar, atravesando el redondel de la placita, entre las fachadas en coro. El Cazador negro se detiene:

—¿Alcanzas a comprenderlo?

—Ni yo, ni nadie sabe nada.

El Gato saltó de la tranquera de la casa repulsiva ante ellos, en saludo gentil. Gato que decía ser, sólo con verle, ágil, elegante, listo, pícaro, persuasivo, diabólico. Se planta, al caer sobre dos pies, y les hace la venia con refinada y afectada cortesía. En sus ojos hay burlones destellos de malicia.

—¡Yo sí! Yo lo sé. ¡Bien encontrados!

—¿Tú?

—¡Cuenta, dinos!

El León, desdeñando la credulidad de los cazadores, le desdeña también:

—Yo no lo sé, León, y vas a saberlo... ¡Gato!

Se afila el sonreír del felino, que renueva su saludo.

—Gato, sí—replica meloso, con cuidadas pausas—; Gato: espíritu agudo, acurrucado en la chimenea, mirando siempre los rojos carbones que dan destellos entre la oscuridad; son los ojos del que está *allá abajo*, asomados a ver la Tierra. Me hacen guiños y en ellos leo ideas, avisos, consejos. Yo, Gato, perspicaz, ondulante, finjo cariños con mis arrumacos y ronrones y, escurridizo y sedoso, apresto las garras a las caricias, hipócritamente. Sabed por qué: porque estoy siempre en el secreto.

Duda el León:

—Pero este secreto de ahora...

Les junta el Gato, para continuar en voz baja su confidencia y las cuatro cabezas se agrupan para beber el mismo interés.

—Le descubrió la Mosca—afirma con su suave bisbís el Gato—. Cuando se hizo la paz, la Mosca fué a visitar a la Araña. ¡Ya no temía a su tela! Volvió la Mosca de la entrevista y, dándose importancia, se paseaba ante mí contemplándome con lástima porque yo no podía corretear mis brincos para aplastarla: carecía de inquina por el sortilegio. La Mosca, amiga mía ya, se posó en mi nariz (lo que jamás hubiese podido suponer), y me contó que personas y bestias estamos rendidas al influjo de un traje hecho con luz de luna que viste, en méritos de su pureza, una Niña.

Se aparta, para pavonearse y el haz de escuchadores se suelta y cada cual hace figura de estupor.

—¿Será cierto?

Relame su mano el Gato y confirma:

—¡Digo!

Se empecina el León:

—Lo niego.

—¿Una tela? ¿Sólo por una tela? —no puede responderse a sí mismo el Cazador rojo.

—La tejió la Araña con los rayos de la luna.

Se tambalea la duda de ellos:

—Es raro...

—Vacilo...

—Quizá.

Para convencerlos, el Gato propone a la testigo:

—¡Ven, Mosca! Da testimonio. ¿Es cierto o no? ¡Contesta!

Ha cogido el Gato a la Mosca, que iba en su cuello, y la ha lanzado al aire. La Mosca hace sus curvas alrededor de los mirones.

—Es invisible, pequeñísima ¡Y ha derrotado a la Araña!—la elogia el Gato—. ¿Verdad, Mosca? Vedla: un

puntito, vibra, fuése, ya se posa, nos engaña, sube, zigzaguea, no está... ¡Aquí!

Y la muestra, como un prestidigitador, entre sus uñas, a los que la buscaban con la vista.

—Es cierto—dice la Mosca—, la Araña recibió el encargo de quien puede. Trabajó: esperaba la persona y llegó: es la Niña. Ya cumplí mi deber de informaros, aunque no pretendí sino que lo supiese el Gato.

—¿Por qué el Gato solo?—farfulla el León.

—Porque él comprende, sólo él.

Y la Mosca desaparece.

VIII

—No dudo—pone fin el León a la pausa de todos, suspensos.

—Sí, es muy claro—se decide el Cazador rojo.

Halagadísimo por la adulación de la Mosca, el Gato protege a sus amigos con nuevas explicaciones.

—Es la túnica de la Bondad. Por eso su influjo es poderoso.—Y ríe con risita puntiaguda—. ¡De la Bondad! En cuanto quiera mi Ama, la destruye.

Se apresura a coger esa esperanza el Cazador negro.

—¿Tu ama? ¿Tiene fuerza bastante...?

—¿Queréis ser aliados suyos?

—¡Si volviese el estado anterior!...

—¡Si acabase la dieta vegetariana...!

La posibilidad de que la vida recobre los placeres que les sobreexcitaban tiene tensos sus nervios y azuzado su espíritu; el Gato jugó con su deseo irrefrenable poniéndoles la pieza ante los ojos. Los tres, cazadores y León, se lanzarían como proyectiles al blanco que les señalase, con su movimiento femenino, el Gato sagaz. Que les aleccionaba:

—La Bondad dura lo que tarda mi Ama en hallar su punto vulnerable... Encontrado, hiere, mata...

Misteriosamente, con un hilo de voz:

—Todo está preparado... ¡El Mal, siempre alerta!

Salta jovial, triunfante, golpea el aldabón de la casa negruzca, empuja las tablas agujereadas de carcoma y se cuela gritando:

—¡Tres nuevos amigos!

Los Cazadores y el León han entrado, se cierra la boca de la casa y quedan quietos, en tinieblas. Los ojos del Gato rebrillan y oyen las carcajadas del guía multiplicadas por ecos lejanos en risotones sombríos y como huecos. Un candil le han encendido, y la llama espiritada echa destellos oscilantes que menean las sombras. Nada hay en la habitación muerta, salvo el candil ahorcado de un clavo. Paredes húmedas; sobre verdín y hollín huyen sabandijas. Techo roto por las pedradas del cielo. Hay una escalera en astillas que da al corredor del piso alto.

—¡Ama!—grita el Gato.

Y los lejos, estentóreos y fúnebres, amplían:

—¡Ama! ¡Ama! ¡Ama!...

Se vuelve el Gato a sus invitados:

—No tardará. La Envidia siempre es pronta.

Ignora el León quién sea, pues el nombre de la Envidia no le oyó nunca. Los Cazadores se separan más, sólo al conjuro de la palabra.

—Hay aquí ecos—explica el Gato—porque la Envidia es un eco ella misma, eco del bien de los demás. Su casa y su alma son hechos para devolver, mitigada y turbia, la imagen esplendorosa: como espejo de revueltos azogues. Pero vedla.

A la baranda del comedor alto asomó una mujer envuelta en manto negro, sólo deja ver su rostro y una mano de cera. Los Cazadores observan una peculiaridad de su aspecto: cuando les mira frente a frente, la Envidia es obsequiosa de gesto, amable y sonríe, tersa y joven; y al volver la cabeza, su fisonomía cambia, tuerce el mirar, una veladura sombría de congoja crispa sus facciones, el rosicler de la piel se torna en verdoso cetrino y en su frente se constriñe en arrugas la pasión concentrada; para volver a su juvenil afabilidad y tintes primaverales cuando, otra vez, contem-

pla frente a frente a sus interlocutores; tanta es la energía de su disimulo. Habla y chirría su voz estridente al comenzar; pero la reprime y entona en alabanzas la desarmonía para enmascarar su acento e intención dañinos.

—Señora—dirige a ella el Gato sus ojos fosforecentes—, estos nuevos servidores piden tu confianza, ofreciéndote ayuda.

La Envidia muestra su cara placentera.

—Esbeltos mozos, robusto León, los tres con planta de fortuna...

Gira el rostro, que, instantáneamente, deja ver la verdad de su desagrado.

—El murciélago sigue aborreciendo la luz, el topo aún es ciego—murmura—, todavía se arrastra el gusano, veneno tiene el alacrán y furiosa destruye la hormiga. ¡Escarabajo, moldea el mundo!

—Profetiza—glosa el Gato.

La Envidia es ahora, sonriéndoles, deleitosa de tan atractiva.

—Vosotros conseguiréis todos los bienes—les adula—. Pero sabed que yo...

Sesga todo su gesto y se marchita, repelente.

—¡Contra túnica de plata, túnica de oro! ¡Contra el Bien, mi pasión!

De entre su manto de luto les arroja una vestidura dorada. Urlando, como despavorida, se entra. En lo lejos se multiplica y horripila el grito.

—¡Funesta visión!—se atreve a hablar el Cazador negro.

El gato ha recogido en el aire el rebujo de tela.

—Tenéis que ser suyos en obediencia si queréis, cazadores, cebaros en la muerte de las bestias, y tú, León, devorar desgarrando.

El León se decide:

—Estoy dispuesto.

El Gato sopló el candil, y la tiniebla mató los sentidos de ellos, que tactean atontados. Los ojos del Gato tenía luz, y ellos veían dos miradas de topacios flotar en la absoluta negrura. Al abrir la puerta el Gato, quedóse el sol sin entrar en la casa, lamiendo tan solo los umbrales.

IX

Deslizábase el Gato junto a las paredes de las callejuelas. En una encrucijada silenciosa se detuvo, y sus cómplices pudieron alcanzarle.

—¡Aquí está nuestra victoria, aquí contenida!—les soltó, ufano, por el envoltorio que portaba.

—Pero el modo...—interroga el León.

—¿No entendisteis? La Bondad ha establecido el amor entre los seres, pero el topo sigue ciego y se queja del vidente; y el gusano, que no vuela, aborrece al pájaro.

Los dos hombres van penetrando la alegoría. El Gato prosigue su lección:

—Cada uno de los seres quisiera ser perfecto, tenerlo todo, no cumplir su sino... ¡Ni el Bien apaga el turbio sentimiento que origina en nosotros ver lo que tienen los demás, y a nosotros nos falta!...

Se impacienta el León:

—Eso son logomaquias. Vamos a lo práctico, a la manera...

—Mi Ama, que ya lo es de vosotros, tejió la túnica de oro que deslumbra la modestia. Túnica de oro puesta, hechizo terminado.

—¿Servirá?

—Espíritu como el mío, que llega al fondo de las cosas, no comete errores.

Están dentro de otro encanto: la seducción elegante y cínica del Gato sugestivo.

—La Araña le ha dicho la verdad a la Mosca: el punto vulnerable del Bien es la vanidad de sus acciones. Ahí le hiere mi Ama... ¡Ya veis, la Mosca, un átomo, eterna víctima, va a vencer a la Araña, que la devoró desde el principio del mundo, y al mundo también va a vencerle! ¡Una Mosca! ¡Una idea! ¡Nada!

El inconveniente le piensa el León:

—Si la Niña sospecha, si el Bien es más perspicaz...

—¡Tontuna!—se sonríe el Gato—. La tragedia de la bondad consiste en que quien es bondadoso, quien viste la túnica de plata, es inocente, y al

serlo le engaña la malicia, porque el bien no concibe el mal, ni la inocencia la falsía. ¡Ser bueno no sirve para maldita cosa! Y el arma insuperable contra el Bien, es la vanidad. ¡Disponemos de ella!

Se pone al frente del grupo y les da el santo y seña y la orden como un capitán:

—¡Túnica de oro contra túnica de plata! ¡Vamos a buscar a la Inocente!

Le siguen emulados.

—Mi fuerza a su servicio—brama el León.

—Nuestros brazos, obedientes—confirman los Cazadores.

X

Los animales van, rebaño en que todos se mezclan, aburridos y sin rumbo por las calles del pueblo. El Lobo se detiene a rascarse el lomo contra los quicios de piedra.

—¿Qué hacemos? ¿Seguir paseo tan aburrido?—pregunta.

—Busquemos la joyería—propone la Faisana sacudiendo la cola de reflejos ardientes para desempolvarla.

El Cuervo, sobre un alféizar, mete el pico entre su luto como mojando en el tintero y rubrica su informe:

—En este pueblo no hay ni una maja posada.

Los animales se remansan en quietud y conversan en círculo.

—¡Qué aburrido es un pueblo, comparado con la selva!

Y el Tigre se da lengüetazos en el pecho.

—Vivimos en prisiones—protesta el Aguila—. ¡No poder volar!

El Sapo salta al centro, enorme esmeralda podrida:

—Amigos, ¿os gustan los hombres?

Todos se despeluznan unánimes:

—¡No!

—Ni a mí—corrobora el hidrópico y fofo—. Al tratarlos los he aborrecido.

—Es un martirio convivir con ellos —el Aguila lo dice enarcándose como monarca que se levanta del trono.

—¡Tan vanidosos!—comenta y pavonea la Faisana.

—¡Tan fieros!—los critica el Lobo, erizada la boca de colmillos.

Satisfecho, el Sapo pone punto final:

—¡Y tan ridículos!

Batiendo sin cesar la cola, el Tigre descubre un resentimiento:

—Antes nos despreciaban.

Vuela el Cuervo hasta el corrillo.

—Y si vamos a analizar, son lo mismo o peores que nosotros.

Hace una salvedad la Faisana:

—La Niña, no, que es lirio celeste, rayo de luz, voz de luz...

—Cuando la miro me conmuevo —dulcemente la recuerda el Tigre.

Oyen algarabía de cacareos, ladridos, gruñidos, relinchos.

—Veamos a esos compañeros. Quizá nos distraigan.

Todos siguen a la Faisana, ansiosa de la vida de sociedad. Guiándose por el bullicio revoltoso, llegan a la empalizada que limita el corral de la taberna. El Perro los divisa el primero. Ladrando con alarma hace callar a la Vaca, al Cerdo, la Oveja, el Burro, el Caballo, la Cabra, la Paloma y la Gallina que, disputándose el molluelo y los despojos de huerta, la alfalfa y el estiércol reciente, corren, hozan, revuelan y sacan protestas y alegrías a su garganta.

—¿Quién importuna? ¡Fuera, fuera!—grita el Perro—. ¡Fuera, fuera!

—Yo llamé mendigo al Perro, y ahora el mendigo lo soy yo—considera con abatimiento el Tigre.

—Muy raros son estos desconocidos —examina la Faisana paseándose un poquito ante ellos para que le admiren su copete escarlata y sus largas plumas en cola, más largas que su cuerpo.

Al Perro también le sorprenden los visitantes.

—¿Qué animales sois vosotros, que nunca os vimos en el corral?

—Eso pregunto—les responde sin responderle la altanera Faisana—. ¿Quiénes son esos bichos tan estrambóticos?

—Somos los animales domésticos

—muge con humildad la Vaca, y rumia con su movimiento de molino.

—Nosotros somos los que vivimos libres—proclama el Aguila, orgullosa.

El Perro y el ave de la altura discuten:

—¿Qué es ser libres? ¿Vagos? ¿No trabajáis?

—Nunca supimos qué es trabajo.

—Trabajar es ayudar al pobrecito hombre, sujeto a esa ley. Por compasión le servimos.

—¿Vivís bien con él?

—Se está mejor sometido que en libertad. Yo fuí lobo...

Empuja el Perro la trampa de la empalizada para abrir.

—Entrad. En el corral viviréis tranquilos.

La Faisana rehusa con ascos y melindres:

—¡Puf! ¡Tan sucio! ¿Y mi vestido, más lujoso que puesta de sol?

—Ayudad vosotros también al hombre—aconseja el didáctico Perro—. Porque es el único ser que sufre el maleficio del trabajo. Vosotros, Tigre y Lobo, que sois fuertes, cortaríais leña...

El Tigre eriza los bigotes de cólera:

—¡Mirarme yo convertido en gato como tú en perro!

—Odio ese vuelo raquítico de la Gallina—el Aguila la observó y mira al cielo—. ¡Si supiese lo que es ahogarse de altura en el azul!...

El Cuervo también canta el vivir de los libres animales.

—¡Qué limpio el silencio de los bosques en la noche!... Ese ruidillo del palomar fastidia.

—Odio al hombre—dice lacónico el Lobo.

El Perro, al oírlo, se encrispa; blasfemaron de su dios.

—Si sois enemigos suyos, si sois perezosos, vanidosos y dañinos, ¡marchaos!

—Eso queremos y...

—¡Libertad! ¡El don divino!—interrumpe el Aguila al Tigre, que continúa:

—Amamos la libertad, que vosotros desconocéis, mezquinos. Aunque la libertad nos cueste hambre, fatiga, soledad, dolor, peligro.

—Quien no ha vivido para la libertad, no la merece—clama batiendo las dos alas, amplias como ramaje, el Aguila.

La Faisana les increpa:

—Os ceban, estáis ahitos...

Y el Sapo:

—Vivís cómodos, sin inquietud, sin sufrimientos...

Y el Cuervo:

—A nosotros nos persiguen, nos cazan, nos martirizan. ¡Y por nada cambiamos nuestra independencia!

Y el Lobo:

—¡Nuestra pobreza, rico tesoro!

El can, agitándose durante la disputa, ya saltaba haciendo resorte de las patas traseras, ya iba frente a unos y otros, reculando con señales de cólera en los ojos. Les gritó:

—¡Eso es soberbia!

—¡Es espíritu!—replica el Aguila, clavándole las redondas pupilas antilladas.

Está más enfurecido el Perro:

—¡Fuera de aquí, hurtadores, asesinos!

—¡Cuidado, que soy el Tigre!

La Vaca, con barbas de hierba caídas del rumio; el Cerdo, inflado, que se bambolea en oleadas de grasa; el Asno, que mueve las orejas como manos; la Cabra, que trepa al montón de leña en equilibrio y campanea sus ubres goteantes; el Caballo, de mirada llorosa, que pinta al piafar la media luna en la tierra; la Paloma, que hincha su pecho porque dentro se hincha de más amor su corazón lascivo; la Oveja, que bebe, al andar, las emanaciones del suelo; la Gallina, mosaico de retales, vestida con los desechos de los pájaros; los animales del corral, atentos al diálogo, guardados por el Perro, toman partido contra los exóticos. La más insolente, la Gallina, da un brinco alado a la empalizada y les hace burla de pilluelo:

—¡Cró, cró, cró!...

—¡Mendigos!—escupe la Faisana.

—¿Nosotros, mendigos? ¿Nosotros, que somos el hogar, el orden, la utili-

dad y el sacrificio?—protesta rechinando los dientes el Perro.

El Aguila, levantada sobre todos, alienta sobre todos:

—¡Nosotros, la fuerza del alma, la alegría del infinito!

—¡Marchaos!

—¡Atrévete a echarnos!—logra hacer oír el Cuervo, pujante, para dominar los mugidos, cacareos, relinchos, balidos, ronquidos gruñones y estridencias inarticuladas de la riña.

Furiosamente, espumeante, el Perro:

—¡Os rasgaré a jirones!

Enrojecida la boca de sangre, el Lobo:

—¡A él!

—¡A ellos!—anima el Perro a los suyos, que se abalanzan con estrépito.

Van a acometerse cegados, bajas las testas, coceando, descubriendo las tenazas de la dentadura, abiertos los picos córneos... El canto dulcísimo de la Niña llega, mecido en el aire, y sus palabras apaciguadoras caen como rocío sobre la sed rabiosa.

—¡Amaos y convivid—se la oye—la Pantera y el Cervatillo; el Buitre y la Paloma, el Lobo y el Cordero!

Quédanse en arrobo los animales, y se separan los bandos, y encalman.

—¡Es la armonía que oigo al ascender a la altura!—reza, en éxtasis, el Aguila.

—¡Llega nuestra Inocente! — avisa la Faisana.

—Abandonad el odio y el recelo—les aconseja, entrando entre ellos, acariciándoles.

Lleva la túnica que emana luz, aun en el día, clara y suave.

—¡Oh voz débil, más fuerte que la fuerza!—medita, murmurando, el Tigre.

—Tú, Perro, y vosotros, entraos—ordena la Niña a los animales domésticos.

Y lo hacen para seguir en su rebusca tranquila y en apacibilidad doméstica.

—Vosotros, venid conmigo. Vuestra ley es la Bondad, pues termina la fiereza del mal cuando el beso del amor deja en el alma la semilla del cielo.

Aquietados sus deseos, vencidos sus instintos, los animales forman cortejo a la Niña; la Faisana, a su lado, a pasos airosos, reluciendo, metálicos, sus colores de armadura.

XI

A la puerta se asoman los viejecillos, contentos, dejando el arrimo de la lumbre; y los muchachuelos, que se emboban; y los labradores, que meten la cebada en sacos; y las mujeres, que guisan ahumándose. Pasan los animales de la selva y los miran sin sorprenderse, porque están cerca de la Naturaleza, los aldeanos, y un milagro, ante el milagro cotidiano de la vida, le hallan natural. Los mozos acudieron al bullicio del Oso, que es el hazmerreir. Rudo, torpón, gigante, el Oso colmenero va dando zancadas en dos pies; el pueblo joven, detrás, animándole con dichos y vayas. Aéreas, ligeras, doradas, las Abejas vibran de júbilo, rodean y envuelven en nube al pesado oso pardo de calzones caídos, que quiere atrapar a las que llevan la colmena, hurtada a sus esfuerzos. El Oso es a modo de peñasco tambaleante ante la vaporosidad de las Abejas, que se burlan del hambriento y le marean con su chaparrón de granizos de luz, disparados y en huída. Sin cesar está acosado el Oso por la interminable bandada que finge picarle, que no le deja aproximar a la codiciada colmena y le aturde zumbando, cegándole. El Oso, fatigado, se sienta sobre los guijos, y las Abejas acuden a su colmena, chorreante de miel y de calor de verano. Los mozos búrlanse del Oso, de la impotencia de su masa para vencer los giros huidizos de los insectos. Anímase el Oso y acepta una bota de vino, que le invitan. Bebe largo trago, hasta agotarla, y, borracho, da un berrido que cae en los grupos, salpicando risotadas. Aunque tambaleándose, llega a la colmena el Oso, y con dos zarpazos

se la apropia y se zampa los panales relamiéndose el néctar. Las delicadas Abejas de vuelo armonioso acuden, agresivas, en la boca la punta de la flecha preparada. El Oso, grotesco, sacude manotazos, abrazado a la colmena, de la que saca los panales pringándose la manaza, masticando con regusto la miel y la cera. Las Abejas vuelan en enjambre lejos, a empaparse de sol, a hundirse en el cáliz de las flores manchándose de polen amarillo. El Osazo se revuelca, ahito, y cae en la sombra a dormir, y los mozallones y las muchachas de mejilla de manzana le dejan derrumbado y acuden a sus trajines.

Eran estas escenas, como otras análogas, las que se vivían en la aldea, en su estado feliz.

XII

Han llegado a la fuente la Niña y las mansas bestias que la acompañan, y el agua les da, primero, la frescura de su rumor. El chorro cae, despedazando su barra incesante en la piedra, sobre la que salta en goterones y burbujas de espuma; después se va, rebosando la pila, entre musgos y líquenes verdosos, llamada por la sed de la tierra.

El Gato espera allí, con sus amigos. Se inclina, político, como en una corte:

—Hermosa Niña, nos tiene enamorados tu belleza y el bien que haces a todos...

Como en un ensayo, los Cazadores y el León terminan la frase: sendas galanterías:

—Nos tienes obligados.

—Rendidísimos.

—Más aún, conmovidos.

El halago agrada a la Niña:

—¡Oh Gato!

—Cierto es. Por tu virtud soy feliz, como mis compañeros.

—Lo mismo que nosotros, los hombres.

La fontana pueblerina es fresco soto, y los castaños dejan caer su sombra en el agua, sombra que tiembla en el rizado líquido. La Faisana, el Cuervo y el Aguila se mecen, adornando la enramada. El Lobo y el Tigre se comunican con el León, que salta el arroyo estirándose los músculos, ceñido el relieve de ellos por la piel. El Sapo chapotea, hundido el vientre en el légamo. Corta una flor la Niña y la arroja al arroyo en viaje, como saludo a lo lejano.

—¡Qué alegría contemplaros dichosos y en paz!

El León intenta un sarcasmo:

—¡Oh, qué júbilo!

Le resulta un comentario amenazador, bufido áspero. El Lobo y el Tigre enarcan las orejas. Corrige el Gato, maestro en disimulos:

—Queríamos demostrarte nuestro agradecimiento. No hay regalos dignos de ti ni del prodigio que has realizado. Pero, aunque es pobre, el obsequio que te dedicamos supera a lo que posees.

—¿De qué se trata?—la curiosidad desazona ya a la Niña.

—De algo comparable a tu hermosura; considérala.

—¿Soy tan hermosa?

Los Cazadores fingen entusiasmo:

—¡No la supera mujer!

—¡Las estrellas te envidian!

Ha acudido la Faisana, que se entreabre como un jardín. El Aguila ensaya un perfecto círculo. La Niña, resplandecida del esplendor de la Faisana, siente el imperio que el Aguila coronadora significa, y se enorgullece de los juicios de hombres y animales. Es la primera satisfacción que acaricia su amor propio. El Gato canta, como cumplido trovero, sus gracias; los cómplices, intencionados o de buena fe, ponen los estribillos.

—Fragante es tu juventud; tus ojos, hondos, y tus manos, las más bellas. Tienes...

El sapo:

—Cintura...

El Aguila:

—Boca...

La Faisana:

—Pie...

El Tigre:

—Sonrisa...
El Cuervo:
—Color...
—Perfectos—completa el Gato.
El Lobo:
—Blando cabello...
El Cazador negro:
—Armonía de formas...
El Cazador rojo:
—La voz, de ruiseñor...
El León:
—El cuello, de paloma.
La Niña se enrosa en rubores:
—¡Basta! ¡Me avergonzáis!
—Es la verdad. Contempla tu gentileza.

Presenta un espejo de mano, redondo, enmarcado en pedrería: una joya. La Niña no puede resistirse:

—¡Dame!—pide con ansia.

El ojo del espejo mira el rostro de la Niña y la devuelve su mirada; ella se ve y se remira satisfecha de encontrarse a su gusto, sin un defecto, pintura viviente de esta alegoría: belleza, juventud y mujer. El Gato afina más alto su laúd de lisonjas.

—Si ves el cielo, es tu reflejo.

—Nunca me había contemplado —descubre ella, sin cesar de mover el espejo para gustar su imagen desde todos ángulos.

El coro de animales adictos y el León y cazadores complicados deshojan nuevos madrigales.

La Faisana:
—Esbelta...
El Sapo:
—Gratísima...
El Aguila:
—Grácil...
El Tigre:
—Dulce...
El Cuervo:
—Amorosa...
El Lobo:
—Suave... ¿No te reconoces así?

La Niña aprieta, en rapto irresistible, el espejo contra su corazón, por abrazarse a ella misma.

El Gato secretea con el León:
—Cosa fácil engañar adulando.

Y se dirige a la inocente, tentada con nueva tentación, simulando lástimas:

—Sólo te afea el vestido.

Se resuelve a mirarlo la Niña, con desconcierto:

—¿Es verdad? ¿Qué hacer para evitarlo?

—Podría cambiarte por otra esa túnica que te desfavorece.

—Me la tejió la Araña...

—¡Bah! ¡Un bicho insignificante!...

—Es de hilos de luz de luna.

—Luz triste, blanquinosa, de agonía... Una túnica de oro hilada por las hadas con hebras del sol acrecentaría tus perfecciones.

Encandila los ojos la Niña, palmotea:

—¡Será una túnica refulgente!

—¡Deslumbrarás!—opina la Faisana, aficionada al plumaje flamígero.

El Aguila, que ama al astro del día, también la incita:

—Rodeará tu frente un nimbo en ascua.

No puede resistir el deleite la Niña, que se alza con entusiasmo rebosante de deseo:

—¡Dádmela, sí! ¡Vestidme pronto esa túnica! ¡Mi cuerpo anhela ser rival del sol!

—¡La vanidad!—se dice para sí el Gato, y despliega la túnica—: ¡Mira!

Todos quedan en éxtasis, casi ciegos de deslumbramiento. Centellea la vestidura que no se atreven a tocar los silenciosos: es una llamarada de oro.

—Me ahoga la emoción. Vestidme —puede exclamar la impresionada—. ¡Oh maravilla, sorpresa!

Hay un ensañamiento sutil del Gato:

—Pero la túnica de plata...

Le interrumpe con vehemencia la Niña:

—Es tan pobre que me humilla. Arrojadla.

La Faisana se apresura, en ayuda de la Inocente. Cae al suelo, bandera arriada de la pureza, la túnica de plata, y ya envuelve la figura la otra que todos subliman y exaltan:

—¡Túnica de oro!
—¡Elevación!
—¡Y gloria!
—¡Flor de luz!
—¡Aire ardiendo!

La Niña se gusta, se complace, se goza en su contemplación. El espejo la añade presunciones; ensoberbecida acaríciase el cuerpo, y murmura:

—¡Qué hermosa soy!...

—¡Victoria!—es el grande grito del Gato.

XIII

Producese un trastorno, cambio súbito como si inopinado huracán reventase deshaciendo las cosas y la atmósfera apacible. La índole cruel y hostil de hombres y animales reaparece, muerto el motivo que mantenía la paz. Al cambiar de túnica la inocente, la ferocidad deshace el amor, y reaparece el egoísmo. Es el León quien, el primero, despierta del embeleso que le amansaba:

—¡Despedacémosla!—enronquece el grito de su garganta.

Adelántase la Faisana, sorprendida:

—¿Qué os ocurre?

Y el Sapo, escabulléndose, le cuenta su pensar al agua:

—La huida es la defensa del débil.

El cerco de las bestias poseídas amenaza, y el Oso llegó, agregándose, despertada también en él la violencia: todos injurian a la Niña, que retrocede sintiendo en su rostro el vaho de aquella ira.

—¡Picaré sus ojos!—aletea sobre la asaltada el Cuervo lúgubre.

—¡Favor!—grita la Niña—. ¿Y vuestra obediencia?

—¡Obedecerte nosotros, señores del bosque y del aire!—la insultaba el Aguila.

—¡Yo la destrozaré!

—¡Oh, no, Tigre!—se encorva la Niña en peligro, oponiendo, las manos ante el rostro, la áurea vestidura ya maculada de barro.

Es la Faisana quien abre su plumaje para defenderla. El Oso, en dos pies, atrapa el ave, manoteando su ramillete de colores.

—¡De nuevo dañinos!—llora la criatura—. ¡Sed buenos y apacibles! ¿Por qué otra vez la maldad? ¡Escuchadme!

—Eres nuestro enemigo.

—Los hombres nos odian.

Se desase la Faisana y el Oso corre en persecución de la hermosa despavorida. El Aguila y el Cuervo giran cerniéndose sobre la Niña, que levanta el rostro esperando su herida con espanto. El Tigre y el León se atacan encarnizados, disputándosela. El Lobo asaltó un redil y estrangula al Perro guardián, llenándose la boca de carne aborrecida. Los dos Cazadores contemplan satisfechos la sublevación de los animales y hacen jugar sus ballestas para desperezar sus articulaciones de hierro. El Gato está medio oculto, asomando sólo con malicia la mirada inteligente.

Oyese en toda la aldea la generalización de la lucha. Grandes portazos de casas oprimidas por el miedo, voces de los campesinos que se defienden a palos de las acometidas salvajes, llorar de mujeres acobardadas. La Tabernera corre con el bieldo de cinco púas para proteger a sus bichos, y el Carnicero empuña el monstruoso cuchillo reluciente:

—¡Carne, mañana, vecina! ¡Voy a degollar ovejas!

Entre crespa gritería y algarada de ruidos mordientes de animales, la Niña quiere imponer su dulzura:

—¡No perdáis la mansedumbre! ¡Os lo suplico! ¡Recordad nuestra felicidad!...

—Yo la mataré.

—Soy yo el primero.

Tigre y León se rasgan la piel revolcados cada uno por la fuerza del otro. El Aguila posa sus garras en el pecho de la Niña y procura cebarse en sus ojos, que ella escuda con un brazo, clamando piedad. Atrae la voz a las bestias, que suspenden sus riñas y caen en rebaño sobre la débil; ella hace un esfuerzo a la desesperada. El Aguila gigantesca clava sus garfios. Para dar una presa a los acometedores, les arroja la túnica de plata. Precipítanse a la túnica todos, la desgarran, la arrancan pedazos en

la confusión y, más coléricos, vuelven a arrojarse unos contra otros. Los cazadores toman parte en la excitación:

—¡Alalí! ¡Volvió el buen tiempo! ¡A cazar!

Suenan sus trompas y las fieras se desparraman, aterradas, con pavor que supera a su ira.

—¡Los cazadores!—avisó el Tigre.

—¡Qué fiesta de muertos habrá! —saluda el Buitre a la trompetería.

—¡A la selva!—da su enorme rugido el León.

—¡Allá arriba! ¡Al sol!—canta el Aguila perdiéndose en el aire.

Oyense las carreras de los animales azuzados por las trompas de caza, por sus trallazos de sonido. Huyen al escondite de la selva rozando los vientres contra el ras del suelo, en carrera sin resollar o volando altos para desaparecer en la reverberación de la luz. La canción de las trompas de los cazadores continúa en el sinconfín abierto de los campos, detrás de los animales en fuga: la responde el desesperado balido de la Oveja, degollada por el Carnicero.

Encuentra la Niña, que se salva, a la Faisana caída, intentando en vano remontarse, arrastradas sus alas rotas, que un manchón de sangre emplasta.

—¡Te hirieron por salvarme!—va a socorrerla la niña.

—La Sombra llega—puede decir la Faisana.

La Niña se arrodilló, recogiendo a la esplendorosa, y levántase horrorizada, mirándose las manos:

—¡Sangre!

La Faisana está inerte, abiertos los ojos, que son, entre su plumaje precioso, piedras preciosas también. El Gato ha seguido disimuladamente a la Niña; comprobada la derrota del Bien, retrocede a pasos cautelosos hasta la casa sombría de la Envidia.

«Vuelve a acurrucarte junto a la chimenea—se dice satisfecho—a descifrar lo que te aleccionan las brasas, ojos de fuego con chispas de ideas. ¡Oh tú, Mosca, idea pequeñísima, que derrotaste a la Araña!... Vuelve, Gato, al sosiego, al calor... ¡Y regocíjate, Ama mía!»

La estridente risa de la Envidia es acorde del salto del Gato, que entra, con zarpa aterciopelada, en la oscuridad entre la cual él ve.

XIV

—¿Por qué ha ocurrido?—se preguntaba con ayes la Niña—. ¡Todo destrozado en un instante, incendio de locura que fulminó a todos, inexplicable secreto!... ¿Por qué?...

La Cigüeña hacía su equipaje en el ancho nido de la torre. La Niña solloza, acariciando a la Faisana. Ya la Cigüeña bajó, vieja desgalichada: mira el cuadro de dolor a través de sus gafas; bajo el ala su paraguas rojo, las maletas en el suelo. La Niña no se atreve a hablarla de tú:

—¿Conoce el porqué, señora Cigüeña?

Carraspea la Cigüeña:

—Está puesto en libros eruditos. Vestías la túnica del Bien, que era en ti ejemplo de sacrificio y pureza. Te cegó, a traición, la vanidad. ¡Y cuando se pierde la virtud, renace la bestia! Cada cual de esos ásperos animales se llevó sólo un poco de la bondad de la túnica con el jirón arrancado.

—Y dime, sabihonda: ¿volverá a la Tierra la ley del amor? ¿No sirve el poquito de bondad que ahora tiene cada uno para hacer su felicidad y la nuestra?

Menea la cabeza la Cigüeña, y medita.

—No—responde con su grotesco gesto sibilino—. No basta ese poco. Grande es el Mal y se necesita el Bien completo para destruirle. Hasta que se vuelvan a reunir todos los fragmentos de la túnica, no cesará el odio ni arderá la invisible hoguera del amor, en la que el Mal se quema.

Ultima esperanza, ansiosamente interroga la Niña:

—¿Nadie reunirá los pedazos de la túnica?

Mira su reloj la Cigüeña y coge las maletas con la pata que no posa en el suelo:

—Perdona; voy a perder la diligencia que sale para los países cálidos.

Sola la Niña, escucha los lejos de las trompas en cacería, inarticulados gritos de animales asaetados o huyendo de los más dañinos. Eleva al cielo las manos al oír, débil como una imploración, la queja de las Personificaciones de los árboles:

—¡Fatídico sino el que pesa sobre la vida de los seres!...

FIN DE
«LO MISMO Y SIETE MUJERES»
Y
«CUENTO DEL GATO»
DE
TOMÁS BORRÁS

MANUEL BUENO

(1874-1936)

MANUEL BUENO

NOVELISTA, *autor dramático y periodista. Nació en Pau (Francia). Vivió, durante su juventud, en varios países de la América española, dedicado al periodismo y al comercio. Sus artículos, altamente cotizados, se multiplicaron en* El Diario de Bilbao, Las Noticias, *de Barcelona;* El Globo, La Correspondencia de España, El Liberal, A B C, El Imparcial, España Nueva, *de Madrid;* La Prensa, *de Buenos Aires; El* Diario de la Marina, *de la Habana. Dirigió, en Madrid, el diario* La Mañana. *Colaboró en las más importantes revistas. La crítica y el público le estimaron como uno de los más admirables articulistas de España. De prosa limpia, brillante. Original de ideas.*

Novelas: Viviendo—*1897*—; Almas y paisajes—*1900*—; A ras de tierra—*1900*—; Corazón adentro—*1906*—; Jaime el Conquistador—*1912*—; El dolor de vivir—*1922*—; En el umbral de la vida—*1919*—; El sabor del pecado; El último amor; Los nietos de Dantón...

GUILLERMO EL APASIONADO

I

MIENTRAS el médico auscultaba a la enferma, Rosario y Antonio, en pie, a uno y otro lado de la cama, seguían con la mirada, turbia de emoción, el ir y venir de las manos del doctor sobre el flaco y nudoso cuerpo de la anciana. Y como si el tacto no fuese bastante, el médico la aplicó el estetoscopio, que fué explorando con escrutadora lentitud en todo el ámbito de la caja torácica. Invitada a moverse para facilitar aquel reconocimiento, la enferma obedecía con docilidad. La macilenta luz de una candelilla, que flotaba sobre una mixtura de aceite y agua en un vaso de cristal, puesto a corta distancia del lecho, apenas consentía ver una mitad del ahusado cuerpo de doña Regina, pobre ensambladura de carne y espíritu que se preparaba a franquear el umbral de lo ultraterreno con la ilusión de que iba a ser acogida por el mismo Dios en persona.

El dolor, que socava las vidas antes que el tiempo, había consumido del todo las fuerzas de la anciana, dejándola indefensa ante la muerte. Su rostro, escondido a medias en la cavidad de la almohada, entre la algarabía de las canas, expresaba ya ese

solemne estupor que sobrecoge a los que presienten la inexorable necesidad de morir, y sus ojos, muy abiertos y fijos, parecían obstinarse en descifrar el medroso enigma del más allá. ¿Qué veía? ¿Qué soñaba? Con el piadoso afán de retenerla asida a la tierra, Rosario dejó escapar algunas palabras de aliento, que la enferma no debió de oír, pues quedóse impasible.

—¿Y Guillermo? ¿Por qué no viene? —preguntó de improviso, poniendo una mirada, que reconvenía e imploraba juntamente, en su hijo.

—Debe llegar hoy mismo, mamá. No se apure usted ni se mortifique, porque eso la hace daño...

La enferma parpadeó un momento como para contener una lágrima, y miró a Antonio, dándole a entender la incredulidad con que le oía. Concluída la auscultación, el médico inclinó la cabeza con aire caviloso, y sin que la anciana lo notara, cogió a Antonio de un brazo y le arrastró amistosamente fuera de la alcoba. Entre tanto, Rosario arropó a doña Regina, y tomando asiento a la cabecera dispúsose a consolarla.

—¡Vendrá!—exclamó con recatada voz, inclinándose sobre la enferma...

Esta, que parecía adormecida, abrió los ojos y los puso con anhelante curiosidad en su nuera.

—Le he avisado yo. ¡Vendrá! No lo dude usted...

Los ojos de doña Regina se clavaron esta vez con hosca desconfianza en los de Rosario, y al ver que la mujer de Antonio se inmutaba ligeramente, sonrió con indulgencia. Acababa de comprender que no la prometían una quimera. Su pensamiento, atraído por aquella súbita revelación, dispúsose a recapitular los hechos que motivaron la ruptura entre los dos hermanos; pero un ataque de disnea, más recio que los anteriores, la sumió en angustiosa oscuridad mental. Y como Rosario viese que su suegra respiraba estertorosamente, acudió a aliviarla con el balón de oxígeno, que por de pronto dió a la enferma una tregua de bienestar.

—¿Caso perdido?—preguntó Antonio al doctor, ya en el gabinete.

—Si no perdido del todo, muy desesperado. El corazón funciona a saltos y la debilidad es extrema...

—¿Crees oportuna la consulta con los especialistas?...

—Aunque no espero que me digan nada nuevo, si tú lo consideras conveniente, no está de más.

Y el doctor secundó estas palabras con un gesto de desconfianza que alarmó aún más a Antonio, llevándole a medir toda la inminencia del peligro.

—¿A quiénes aviso?—preguntó con zozobra.

—Villanueva y Roldán son los que saben más de corazón... Por el teléfono te pones al habla con ellos en seguida... Di al primero que fije hora esta noche...

—¿Tanto urge?

—No es que la gravedad de tu madre nos amenace con ésa premura; pero, en fin, si se ha de intentar algo, conviene que sea cuanto antes... Y a Guillermo, ¿por qué no le avisas también?—añadió el doctor, recordando el acento de aflicción con que lo había reclamado doña Regina.

El semblante de Antonio se contrajo y su mirada expresó disgusto.

—Ignoro el paradero de mi hermano... Nunca ha tenido conmigo la atención de indicármelo.

—¿Ni tú de averiguarlo, por supuesto?

—¡Así es! El tiempo, lejos de templar nuestras desavenencias, las ha acentuado...

—Sin embargo, repara en que lo llama su madre... Y en que puede morirse sin verlo...

Antonio no supo qué contestar. Adrede había hecho lo posible por ignorar el paradero de aquel hombre, que si estaba unido a él por vínculos de sangre, le era por dentro, de alma a alma, tan extraño como un habitante de otro planeta. Aunque el requerimiento maternal le conmoviese y el reproche del médico le lastimara, el recuerdo de las ofensas que le había inferido Guillermo en otro tiempo, en su hogar y fuera de él, sobrepúsose a

todo estímulo generoso capaz de moverle a procurar el retorno de su hermano. El rencor inextinto y la pavorosa proyección de un peligro cuya gravedad le asustaba le mantuvieron firme en el criterio de hacer definitivo e irrevocable el alejamiento de Guillermo, aunque para ello tuviera que apesarar las últimas horas de su madre. Un escrúpulo le cohibía: la actitud posible de Rosario. ¿Qué opinaría ella de su conducta? ¿Qué comentario pondría en secreto a aquel proceder cruel? Ya en aquella disposición de espíritu, no pudo menos de resumir los humillantes y trágicos episodios del pasado, que trajeron la ruptura de los dos hermanos: el matrimonio de Guillermo con Trinidad, su breve y tumultuosa convivencia conyugal, la pasión de Guillermo por Rosario, los celos de Trinidad, que la empujaron a la delación; la medrosa esquivez de Rosario, el impulsivo y frenético ardimiento de Guillermo en asediar a su cuñada, la querella de los dos hermanos, precipitándose convulsos y homicidas el uno sobre el otro; la intervención de la madre para apaciguarlos, el adiós seco y restallante de odio que los separó definitivamente, la melancolía de Rosario al ver partir a su cuñado, los violentos reproches de Antonio a su esposa cuando los celos le enardecían y ofuscaban, la caída de Guillermo, su expulsión del ejército, su destierro, privado ya de honor y de recursos, y, por último, el callado sufrir de doña Regina ante aquel drama que la fatalidad había desencadenado sobre su hogar...

¡Oh, qué siniestros recuerdos! ¡Y pensar que todo aquello había ocurrido en su casa, en silencio, casi a espaldas de la servidumbre, y sin que nada trascendiese a la calle! Todo sucedió sigilosamente, en pleno misterio, y aunque los extraños se devanaban los sesos conjeturando la verdad, ésta quedó sofocada, sepultada entre los muros de la vivienda de Antonio. Pudo éste ir en auxilio de su hermano cuando Guillermo, que era capitán de Infantería y cajero del regimiento, malversó el caudal que no le pertenecía, y no quiso sacarle de aquel afrentoso trance. El otro arrostró las consecuencias de su delito, y, sobre purgarlo en la cárcel, perdió la carrera, encontrándose de la noche a la mañana sin honor y sin medios para subsistir. Jamás puso la vista en su hermano Antonio con el designio de aprovecharse de él, y cuando éste, atento más que a consideraciones de piedad o de cariño, a escrúpulos de orgullo, le propuso que se ausentara para sustraer el apellido del oprobio del comentario social que acompaña a ciertas formas de la delincuencia, Guillermo rechazó con agresiva dureza su consejo y el ofrecimiento pecuniario que el otro le insinuaba.

Ya no volvió a tener noticias de él. ¿Dónde se había refugiado? ¿Qué hacía? ¿Qué camino había emprendido? Antonio lo ignoraba en absoluto. A seguir su rastro con un hábil y pertinaz espionaje, hubiera podido enterarse de que, apenas se vió Guillermo en la calle por la gracia de un indulto que le gestionaron viejos camaradas militares, se expatrió, largándose del primer arranque a Sidi-Bel-Abbés, donde se alistó, con nombre supuesto, el de Alfonso Díaz de Pacheco, en la legión extranjera, que viene a ser una equivalencia de la trapa para los hombres tristes, desesperados y temerarios que han roto el pacto social y buscan modo de evadirse heroicamente de la vida. De allí pasó a las islas de Cabo Verde, ajustándose a servir como capataz en una gran cuenca carbonífera, y transcurrido un año, su inquietud le puso en la pista de otras aventuras más conformes con su temperamento. Cayó inopinadamente en una república centroamericana, de esas en que las revoluciones son tan normales como las mareas, y a ciegas comprometióse en uno de los bandos adversarios, cabalmente el que ocho días después debía triunfar y asumir la cabecera política del país y el mando gubernamental. Obra de meses fué su ascenso al generalato, pues en aquellas tierras el favor es asidero más firme que la justicia para subir, y

como el ministro de la Guerra le confiara el encargo de adquirir cañones en Alemania y Francia, a Europa se vino muy contento y no escaso de dinero para anticipos a las fábricas de armas, que garantizasen la seriedad del contrato, caudal que no tardó en disipar entre los brazos de las mujeres y la fascinadora crápula de los garitos elegantes. En descubierto otra vez con la sociedad, y sin medios fáciles de rehabilitación, optó por quedarse en Europa, recobrando sus primitivos nombre y apellidos, mudanza que, sin saber cómo, le restituyó su alma vieja, la que él había conseguido esconder y sepultar bajo el aluvión de aventuras de su errante vivir. La huella de Alfonso Díaz Pacheco se borró, y por más que hizo el Gobierno de la republiquita centroamericana, no se pudo rescatar el dinero de la artillería ni descubrir los pasos y malandanzas del general comisionado.

Entonces le entró la tentación de regresar a España, y como era hombre en quien la idea y el acto iban fatalmente juntos, procuróse, pignorando sus alhajas, algún dinero, y vino a residir en un pueblecito de la costa cantábrica. Entre poca gente es difícil sustraerse a la curiosidad y fisgoneo de los que no se resignan a tratarse sin conocerse, y de ahí el que la presencia de aquel forastero solevantara inquietudes y alarmas en el vecindario del pueblo. ¿Quién era? ¿Por qué se decidía a fijar su planta allí y no en otra parte? ¿Qué buscaba? Al principio le sospecharon miras electorales, y el cacique local se sobresaltó, disponiéndose a amargarle la existencia; pero como transcurriese el tiempo sin que él insinuara ninguna ambición política, cesó el malquerer del cacique y los amigos de éste depusieron su hostilidad a Guillermo. Para aquietar del todo la desconfianza de sus cavilosos convecinos puso en práctica el aventurero un plan que tuvo airoso desenlace: contraer la amistad del cura y ganarle poco a poco con astucia. Don Adrián cayó en el armadijo y se dejó seducir por aquel hombre tan simpático, que todos los días le contaba novedades de su andariega existencia, omitiendo, ni que decir tiene, aquellos episodios que atestiguaban las infracciones de la legalidad y los eclipses del sentido moral de Guillermo, trechos de su vida que éste cuidó escrupulosamente de velar. La intimidad del sacerdote le aseguró la adhesión silenciosa de los vecinos, que en lo sucesivo mostraron con él esa cordialidad sumisa, que en los pueblos pequeños viene a ser una degenerada forma del antiguo vasallaje que rinde el débil al fuerte.

II

El azaroso peregrinar de Guillermo no era un secreto para todo el mundo. Alguien lo conocía con todos sus dramáticos y pintorescos pormenores: Rosario. A partir del día en que se expatrió, deshonrado y solo, la mujer de Antonio tuvo frecuentes noticias de su cuñado. Eran cartas extensas y apasionadas, en las que se transparentaba siempre el orgulloso y heroico anhelo de vivir y morir en su recuerdo, páginas que absolvían a aquel hombre de todas sus culpas, por la contrita ingenuidad con que se dolía del daño hecho en el hogar de su hermano y la entereza con que se allanaba a padecer el castigo que el destino aplicó a su conducta.

La primera carta puso en el ánimo de Rosario tal desasosiego, que estuvo a punto de alterar su salud. El recibirla tenía apariencias de complicidad, y el guardarla daba a entender consentimiento a la pasión de su cuñado. Hervían los honestos escrúpulos de la dama frente a la audacia de Guillermo, y por aplacarlos, resolvió poner aquella carta en manos de Antonio; pero en esto, cuando todavía fluctuaba ella entre la rectitud y el miedo de reavivar los mortecinos celos de su marido, llegó otra misiva, más fogosa y tierna, y esta vez la desgarradora elocuencia con que el ausente puntualizaba sus aventuras conmovió a Rosario, disuadiéndola de

franquearse con Antonio. Vió el peligro de aquella confidencia, que de seguro alarmaría a su marido, y se resignó a conservar las cartas, sin leerlas en lo sucesivo. Tampoco le fué posible perseverar en esta resolución, pues una mezcla de curiosidad, de inquietud y de misericordia se lo estorbaron. Considerando que ningún riesgo había para su honestidad en la lectura de aquellas cartas, enteróse con sigilo del texto de las que tenía atrasadas y sin abrir, y desde entonces la paz de su alma se fué turbando poco a poco. ¿Qué decían las cartas? Su pergeño retórico era muy rudimentario y tosco: pero, ¡qué calor al expresar su adhesión a la mujer amada, qué nobleza en el sacrificio de no verla jamás, qué amargura tan varonil en la nostalgia de haberla perdido para siempre! Rosario, que era hermosa y frívola, no había temido nunca el insidioso contagio de una pasión. Creía que el enamorarse depende de la voluntad, y que cuando una mujer se propone eludir ciertos riesgos, lo consigue sin grandes esfuerzos. De soltera tuvo del amor vagos presentimientos novelescos, que las confidencias de sus amigas casadas desvanecieron pronto, dejándola ver la realidad escueta. Subsistió, sin embargo, en ella, hasta después de su boda, cierta inquietud o anhelo de conocer los aspectos dramáticos del amor, algo que había visto en el teatro; pero como el tiempo transcurría sin que Antonio luciera a sus ojos más galas que las de su uniforme de capitán de Estado Mayor, Rosario acabó por establecer una sesuda divisoria entre el cariño que se manifiestan los enamorados en el teatro y en la novela y el que se tienen en la vida íntima.

La palidez melada de su rostro; los ojos grandes, pardos, luminosos y osados: los cabellos negros y ondulantes; su curva y menuda nariz; su boca sanguínea y graciosa y la desmayada opulencia de sus carnes juveniles, parecían encubrir un temperamento de fuego pronto a los arrebatos de la sensualidad. Mera apariencia. Rosario era la criatura más concertada por dentro y menos fácil a las divinas alucinaciones de la pasión. Nunca había amado a nadie con frenesí, con esa desesperada melancolía que hace pensar en la muerte cuando se está lejos del ser querido, y desde muy niña mostrábase más sensible a los mimos ajenos que a la íntima angustia con que se presiente el amor en la adolescencia. Dejarse querer, dominar a un hombre, imponerle su soberanía: he ahí su sueño. Ninguno de sus novios la hizo derramar lágrimas ni la puso en el disparadero de refugiarse en un claustro, indicios seguros de exaltación sentimental que se dan a menudo en los temperamentos tiernos e impetuosos. Cuando recibía una muestra de sumisión o de cariño de un hombre, su orgullo se esponjaba sin que aquel vasallaje la conmoviera por dentro, ni dejase tras la ruptura el menor vacío espiritual. Contraía relaciones amorosas como quien se encarga un vestido, unas veces por no ser menos que ésta o la otra amiga, y casi siempre por envanecerse en público de que la cortejara un hombre conocido. Antes de consentir en dar su mano a Antonio, le sujetó a toda suerte de pruebas que contrastaran el temple de su amor y de su adhesión; y cierta noche, a la salida de un sarao, como ella le ordenara que se echase en la nieve, en plena calle, obedeció el otro con perruna docilidad, arrastrándose de uniforme sobre el aguazal. De casada continuó dominándole, sin que Antonio se quejara del yugo; pero le compensó enfrenando su coquetería en sociedad, para no soliviantar los tempestuosos celos de su marido. A no ser por el súbito regreso de Guillermo al hogar materno, que compartían Rosario y Antonio, cuidando de no aislar a la anciana, el matrimonio hubiera convivido en esa opaca monotonía exenta de sobresaltos dramáticos, que viene a ser el tono íntimo de casi todos los hogares, mansa y llevadera monotonía que las almas adocenadas confunden con la ventura. Vino Guillermo a convalecer de una enfermedad que

le tuvo postrado en la manigua, dejándole exangüe y canijo para mucho tiempo. Su hermano le dispensó tan fría y obligada hospitalidad que, a no contenerle el temor de lastimar a su madre, Guillermo se hubiera ido a un hotel. Diferían los caracteres y las aficiones de los dos hermanos tanto como desentonaban por lo físico el uno del otro. Antonio era recogido, taciturno, metódico, estudioso; mientras Guillermo se singularizaba por su pereza, su intuitiva comprensión de las cosas, su arrebatada locuacidad, el desorden de su vivir y su temeraria intrepidez. De niños, Antonio alentaba las ilusiones paternales tanto como las alarmaba Guillermo, pues al par que el uno ascendía en saber a fuerza de estudiar, graduábase el otro de díscolo y holgazán. A menudo se repuntaban de palabras los dos hermanos sobre la diferencia de sus gustos; pero la indulgente mediación de la madre ponía término a sus tempranos despiques. Guillermo era inflamable, pronto a la querella de hecho, candoroso y olvidadizo. Antonio tuvo desde la niñez más dominio de sí mismo, más capacidad de disimulo y de prudencia, y fué más constante en el rencor. Al morir su padre, empedernido militar que amaba con pasión la carrera de las armas, era Antonio aventajado alumno de la Escuela de Guerra, con el grado de primer teniente, sin que Guillermo hubiera resuelto aún el rumbo que pensaba dar a su vida, ni el destino más honroso para su energía. La desventura común, en vez de aproximar a los dos hermanos, los apartó del todo. Decidieron, a pesar de su recíproco despego, mantener indivisa la hacienda mientras viviese la madre, hasta que el proceloso vivir de Guillermo entre rameras y tahures exigió que Antonio le llamara al orden sobre la largueza de sus gastos. Al primer disentimiento, motivado por estímulos de interés, siguieron otros que se originaban casi siempre en el desacuerdo de los caracteres, y por más que se aplicó doña Regina a mitigar el rigor de aquellas desavenencias, las reconciliaciones eran cada vez menos efusivas y francas. Y sobrevino la ruptura definitiva. Un día anunció Guillermo que se iba a Cuba.

—¿Piensas dedicarte al comercio? —le preguntó, afligida, su madre.

—¡No, mamá! Me he vendido como sustituto—contestó sin vacilar.

—Es una honra para la familia —terció a decir Antonio, mirando a su hermano con airados ojos.

—Ni honra ni deshonra... Además, yo soy yo, y respondo de mí...

—La vergüenza de tu proceder nos alcanza a todos...

—Es una molestia que tú quieres imponerte sin que yo haya hecho nada por causártela...

—Eso creerás tú. Eres demasiado indulgente contigo mismo...

—¡Guillermo, hijo mío!—interrumpió la madre toda conmovida—, repara en lo que vas a hacer... Allí hay guerra...

—¡Por eso voy más contento!—repuso el otro con desesperada saña y sin cuidarse del dolor de doña Regina.

—¡Déjele usted marchar! Va a ganar la gloria... A ver si vienes con la laureada...

—Nada tendría de particular. De hombre como yo puede esperarse eso y mucho más—contestó Guillermo, trémulo de orgullo. Y herido por la viperina ironía de su hermano, añadió—: A ti, en cambio, te están reservados grandes triunfos en la literatura militar... Tus artículos profesionales son muy leídos... Sería una lástima que te malograses en el campo de batalla... Te conviene no moverte de España...

—Iré a donde me mande mi conciencia, y haré lo que me ordenen mis jefes—articuló Antonio con sequedad—. Puedo responder, desde luego, de que no soy hombre de los que se baten por dinero, ni de los que necesitan redimir su conducta con las armas.

Estuvo Guillermo a pique de dar libre curso a la violencia de su carácter con palabras de agresión; pero se reprimió al ver el gesto doliente de su madre. Callóse, y entonces Antonio

trató de paliar la acritud de sus anteriores insidias, acosándole en tono afectuoso para saber el porqué de aquella súbita determinación, sin que lograra sacar a su hermano de su hosca reserva. Con su madre fué más explícito, más abierto, más leal:

—Tiene razón Antonio—la dijo—. Es menester que yo dignifique mi vida, y esta empresa me es aquí punto menos que imposible. Me cercan demasiadas tentaciones, y no me considero bastante fuerte para vencerlas. Entre las mujeres, el vino y el juego, se han llevado lo que heredé de mi padre. Si yo continuase en Madrid, la pondría a usted a dos dedos de la mendicidad, y temo que, agotados todos los recursos, no me atajara ni el miedo al deshonor. Vale más que vaya, madre. Anoche estuve en casa del general Bringas, que, como usted sabe, es el mejor amigo de papá, y le referí con toda crudeza mi situación. Me escuchó entre apenado y severo, me amonestó de firme, y al despedirnos puso en mis manos treinta duros y dos cartas de recomendación para dos generales que operan en Cuba. En cuanto llegue procuraré entrar en filas y creo que me disciplinaré.

—En la guerra el peligro es constante, ¡hijo mío!... Si escapas de las balas es difícil que te libres del vómito...

—El destino de los hombres es tan frío en la guerra como en la paz. Si está de Dios que yo deje allí los huesos, nada ni nadie podrá estorbarlo... La fatalidad, sobreponiéndose a todo, me embarcaría para Cuba... Pero, en fin, madre, ¿por qué colocarnos en lo peor?—añadió, templando el tono de sus palabras hasta hacerlas cordiales y festivas—. Lo más probable es que dentro de poco acabe la guerra con la pacificación de la isla, y yo regrese a España tan entero como ahora y más contento que nunca...

—¿Y si yo te diese medios de irte a Buenos Aires?—interrogó la anciana, movida por el entrañable impulso de apartarle de aquel peligro—. Allí, trabajando, te harías rico en pocos años... Tenemos muy buenas relaciones en la República Argentina. ¿Te acuerdas de los de Urúburu?, aquella familia que conocimos en Bagnères de Bigorri...

—No me acuerdo, pero es igual...

—Verdad es que no les hemos escrito nunca. Tú eras muy niño... Hace de esto veinte años... De todos modos, creo que nos atenderán... A ti te hacía muchas fiestas la señora...

—No divague usted, madre; aquellos señores no se acordarán de nosotros, y es natural que así sea... ¿Acaso no los habíamos olvidado nosotros? Además, yo no la he dicho a usted todo; he firmado un contrato enganchándome para Cuba... ¿Cómo quiere usted que lo rompa? Aunque otra cosa crea Antonio, yo tengo mis escrúpulos... Soy puntilloso en el cumplimiento de mi palabra...

Ni el dolor de su madre ni otros requerimientos más enérgicos—una pasión de mujer—pudieron disuadirle. La anciana le despidió, resignada y entristecida, sin determinarse a creer, sin embargo, que lo perdía del todo. En el fondo de su consternación alumbraba la esperanza de que el azar protegiese a su hijo contra los enconos políticos y las asechanzas de la guerra. En Cuba desembarcó con buen pie. Uno de los generales a quienes iba recomendado se interesó de veras por él, y entre mandarlo a operaciones o retenerlo en la Habana en menesteres militares de menos riesgo, creyó que le convendría lo segundo, y se lo propuso del mejor talante.

—No, mi general; agradezco su interés; pero preferiría entrar en cualquiera de esas columnas que operan en Cinco Villas o el Camagüey—repuso él con gran sorpresa de su jefe—. No soy un desesperado que busca la muerte; soy un hombre entero que quiere tentar fortuna con las armas... Aquí no pasaría de escribiente, y esa perspectiva que tantos me envidiarán no me satisface... Permítame usted salir a campaña.

—Si usted lo prefiere...—replicó el general, un poco picado.

—Sí, es más duro, pero más hon-

roso para mí. Sobre todo, está más en mi carácter.

—Su padre de usted y yo hicimos juntos la campaña anterior, a las órdenes de Martínez Campos. Eramos alféreces... ¡Qué tiempos aquellos! ¡Algo daría por que volvieran!... Y a propósito—añadió con llaneza cordial que persuadía—, ¿por qué, sin renunciar a la campaña, no se da usted un baño de Academia? En poco tiempo, con la base de cultura que usted tiene, le sacaríamos a segundo teniente, ¡y quién sabe!, si le vienen a usted bien dadas en operaciones, podría usted volver a su casa con la carrera hecha...

Guillermo vió en seguida lo ventajoso de la proposición. No obstante, le asaltaron ciertos escrúpulos que creyó leal exponer.

—¿Y si entre tanto se acaba la guerra? ¡Vaya un lucimiento el mío, si la paz me sorprende con los libros en la mano!...

—Siempre se encontraría usted con sus estrellas en la bocamanca... Y tiempo hay de esperar... Además, debo decir a usted que, según mis cálculos, hay, por desgracia, guerra para un rato... Estos mambises cuentan con el yanqui, y nosotros no contamos ni con el apoyo moral de la gente de la isla... Quitando media docena de comerciantes que viven del Arancel español, todo nos es aquí hostil... ¡Hasta el clima es insurrecto! ¡No tiene usted más que ver el número de soldaditos que saca de filas para mandarlos al otro mundo!...

El pesimismo del general animó la confianza de Guillermo en el porvenir, determinándole a ingresar en la Academia de la Habana, y de allí salió, transcurrido un año, para la guerra, con el grado de segundo teniente. Al principio tuvo miedo; un miedo irracional, fisiológico, extraño y rebelde a los frenos de la dignidad. Roto el fuego con el enemigo, el corazón le daba saltos dentro del pecho, demudábasele el rostro y una flojedad de ebrio invadía sus piernas. Afrontó a ciegas la furia mortífera del adversario, temiendo que si se ponía a pensar en lo absurdo del combate y en lo abrumador del peligro el instinto de conservación le impondría la fuga. La temeridad le llevó más lejos que la sangre fría, pues de allí a poco, suspensa la lucha, el general le notificaba el ascenso. Guillermo reflexionó. ¿Tornaría el pánico a sobrecogerle, a alucinarle? Era menester evitarlo a costa de todo; y, por el momento, mientras la costumbre del combate no le transformara en hombre sereno, consideró indispensable vencer el miedo a fuerza de arrojo.

Le dieron un puesto en la vanguardia, entre los exploradores que mandaba Ricardo Burguete, y sin sobreponerse nunca del todo a aquel miedo instintivo que tanto le humillaba por dentro, se habituó poco a poco a la normalidad del riesgo, a dar cara a la muerte con impulsiva osadía. Frío, sereno, no alcanzó a serlo jamás. «¿Seré un cobarde que necesita apagar la idea del peligro en su inteligencia para afrontarlo?», preguntábase a solas, sin decidirse a comunicar esta duda a sus camaradas. Luego, en el curso de la campaña, fué viendo que otros oficiales se conducían como él frente al enemigo, que vacilaban un minuto y que se ponían pálidos antes de lanzarse con heroico ímpetu sobre la fuerza rival, y entonces disipáronse sus escrúpulos al enterarse de que el miedo y el valor pugnan en todo hombre por desalojarse, hasta que uno de los dos triunfa del otro y le decide a acometer o huir.

Cuando embarcó para Cuba, era Guillermo un hombretón cenceño de músculos, atlético a pesar de sus angulosas líneas; rubio, con temprana pelarela en lo alto de la cabeza; ojizarco, grande e imperiosa la nariz; crespo el bigote, que disimulaba la asimetría de la boca, y densas barbas pajizas abiertas en abanico. En la isla enflaqueció, lo que es regular cuando se soporta el doble castigo de la alimentación tasada y el descanso regateado; pero su ánimo ganó en fortaleza lo que su cuerpo perdiera en carnes. Estuvo en los trances de guerra más apretados y en los pasos más

arduos, siempre asistido de aquel arrojo ciego que le empujaba al peligro sin medirlo, y de aquel olvido de la muerte que es atributo constante de los héroes. No salió ileso todas las veces de aquellas renovadas temeridades. En Guanajay lo machetearon de firme, y en Caibarién recibió un balazo que le traspasó el pecho, sin que esos trágicos azares entibiaran su amor de las aventuras guerreras ni su voluntad de proseguirlas; y a reingresar en filas se disponía al salir del hospital, cuando se sintió herido súbitamente de una anemia que hizo flaquear a su razón. Exhortaciones de un médico no habrían sido atendidas. Fué menester que las secundara el general en jefe con una orden expresa de reembarco, para que Guillermo se decidiese a abandonar la isla. Al abordarla, era un aventurero sin nombre. Su regreso con el grado de capitán y la laureada le autorizaba a sentirse ufano de aquel humillante pasado, redimido a fuerza de arrojo, de probidad militar y de tesón heroico.

III

Antonio le acogió más atento que cordial, actitud que, sobre lastimar a Guillermo, alma adentro fué como un conato disimulado de expulsión. Puntilloso aun en su propio hogar, Guillermo hubiera respondido a aquella esquivez marchándose; pero le retuvo el temor de agriar las relaciones de su madre con Antonio y su mujer. Esta le fué hostil desde el principio, y siempre que podía procuraba demostrarle que le toleraba porque no había más remedio. En aquella atmósfera, Guillermo se consideró aislado, y nadie, fuera de su madre y su ordenanza, le asistía con afecto.

—¿Cómo te sientes?—preguntábale su cuñada sin mirarle, al tiempo de sentarse a la mesa.

—Bien, gracias—contestaba el otro con igual distraída cortesía.

Abierta la conversación, Guillermo era excluído tácitamente, pues los cónyuges hablaban siempre de personas y cosas que éste no conocía; y si el iniciador del palique era él, Rosario le llevaba por sistema la contraria con puerilidades y chuscadas que encontraban el risueño asentimiento de Antonio. Sólo doña Regina departía con él y le prestaba atención. Ni Antonio ni Rosario paraban mientes en el curso de su enfermedad; así es que cuando él les notificó que se sentía curado y pronto a ingresar en filas, sus hermanos lo miraron con asombro. Reintegrado al servicio, su vida fué más alegre. Las energías ahogadas mientras estuvo enfermo, se desataron con aquel primaveral renacer de su salud. Fué como el desentumecimiento de la tierra tras de las inclemencias del invierno. Su alma se rejuveneció, tornaron los bríos a su voluntad y se encendieron en su sangre aquellos ímpetus pasionales que a tan varias aventuras le habían llevado. En aquel inquieto y pródigo vivir no le fué difícil contraer un amor, y se enamoró de la hermana de un camarada, compañero de armas que había regresado con él de Cuba.

Poco a poco se fué impregnando su alma de un sentimiento que apenas conmovía su carne. Era una ternura mansa, y si no casta del todo, honesta templada, sin frenesíes sensuales ni tentaciones de seducción. No le inspiró Trinidad el amor fulminante con que nos avasallan ciertas mujeres de arrebatadora belleza. La hermosura de la muchacha era frágil como su salud, cándida como su espíritu y poética como las madonas de Rossetti. La mirada de sus ojos claros, más parecía flotar sobre las personas y las cosas que detenerse en ellas con curiosidad, y su pensamiento estaba siempre ausente, como si cediera a la invisible y secreta atracción de otros mundos. El aire de ingenuidad y niñería que emanaba de ella cohibía a Guillermo cuando iba a hablarla de amor. Figurábasele que Trinidad le rechazaría entre pudorosa y soliviantada, como si él hubiera intentado violarla. Sus cabellos, de un rubio pálido y marchito; sus hondas y mís-

ticas ojeras, su irreprochable nariz y la gracia infantil de su boca, empalmando con un cuerpo espigado y esbelto, sin una curva de las que fascinan a los hombres, movían a recordar escenas de la vida conventual y ejercicios de piedad. A pesar de todo, no esquivó el amor de Guillermo. Al contrario, se abrió a él sin disimulo, con desbordada alegría, con entrañable anhelo de ser poseída y dominada. En el alma del capitán rivalizaban el instinto de libertad, que siempre había hablado muy alto en él, y el impulso de labrar la ventura de aquella niña que tan sin reservas se le entregaba. ¿Qué haría? La tentación generosa se sobrepuso a todo egoísmo y decidió casarse.

—Aseguran que tienes novia—díjole un día Rosario, de sobremesa.

—Son decires de gente desocupada —repuso él con sequedad, buscando poner término a aquella conversación.

—Quienes están bien enterados corren la voz de que te casas... ¿Es cierto?...

—¿Por qué andar con tapujos?—terció doña Regina con naturalidad—. Tiene novia y se casa... Ya podéis ir preparando el regalo...

—¿Tan adelantado va eso?—tornó a preguntar Rosario, con un gesto de curiosidad.

—Tanto, que ya andan buscando cuarto—añadió la madre.

—¿Y quién es ella? Yo la conozco sólo de vista. En Lara me la enseñaron la otra noche. Es muy mona...

—Gracias en su nombre — expuso Guillermo, disimulando su mortificación.

—Sí, es muy bonita; un tipito muy delicado. No te creía yo con aficiones tan idealistas... ¿Y es rica?...

—Lo que yo. De fortuna, ¡allá nos vamos!...

—Es lástima que no sepa vestirse. Podría sacar más partido de aquel cuerpo tan garboso y tan elegante... Habrá que aleccionarla...

—¡Vamos, ya! ¡Que es una cursi! ¿No es así? No me importa. Yo no aspiro a tener una mujer codiciada por su hermosura ni envidiada por el relumbrón de sus trapos...

—Todo gusta. Ya te irás convenciendo de que, a lo mejor, una mujer pone en ridículo a su marido por no saber elegir con tino las telas de sus vestidos...

Guillermo no contestó, por evitar que la conversación se alargara. Y aquel mismo día anunció su propósito de establecerse aparte, aunque no lejos de su madre. Antonio se puso muy contento y le invitó a elegir lo que más le conviniera, comprometiéndose a procurárselo a título de regalo de boda.

—¿Tienes ya padrino?—le preguntó, insinuando el deseo de serlo.

—Sí; el hermano de mi novia, un oficial de mi regimiento que ha hecho toda la carrera a mi lado.

—¿Y madrina?—interrogó con curiosidad Rosario.

—Quiere serlo la madre de mi novia...

—¿Y yo? ¿Me arrinconáis?—exclamó contrariada doña Regina.

—Quiere serlo la madre de mi novia; pero yo he resuelto que no haya más madrina que usted...

La anciana sonrió complacida y asintió con entusiasmo. Pocos días después se casaron Trinidad y Guillermo, y aunque se convino que cada matrimonio viviera con plena independencia, Rosario y Antonio dieron en frecuentar tanto el hogar de aquéllos, que el rencor de Guillermo contra su cuñada y la ojeriza con que miraba a su hermano se disiparon. Su alma, violenta y ejecutiva, era fácilmente accesible al olvido y al perdón. La cordialidad que ponía Rosario en sus relaciones con su mujer desarmó por completo a Guillermo, y desde lo íntimo de su corazón agradeció a su cuñada el tono fraternal con que procedía. Como se aproximaba el verano, los dos matrimonios diéronse a proyectar una temporada en la costa, sobre un plan de economía cómodo para todos, y tras de no escaso discutir, se convino en alquilar un hotelito, entre San Juan de Luz y Guethary, finca que Antonio conocía, medio escon-

dida en una cañada entre pinares y tamarindos, a corto trecho del mar. Muy entrado el mes de junio, Rosario, doña Regina, Trinidad y Guillermo partieron de Madrid. Antonio se quedó en la corte retenido por su deber de profesor de la Escuela de Guerra, hasta que concluyese el periodo de exámenes.

Apenas dejaron la corte, empezó a resentirse la ventura de Trinidad. Sin llegar al despego con que se anuncian esos divorcios tácitos, frecuentes en los hogares, Guillermo se enfriaba.

—¡Qué seco eres conmigo!—decíale ella en son de reproche algunas veces.

—Es condición de carácter, que no prueba desamor. Siempre he sido poco zalamero...

Insensiblemente fué acentuando él sus brusquedades, y sólo cedía su desabrimiento cuando le turbaba la calentura viril. Entonces poníase tierno e insinuante como si la requiriese de amor por primera vez, y juntos se entregaban a recreos infantiles, que solían concluir en un dilatado abrazo y en una convulsa y enervadora conjunción de sus almas y de sus cuerpos. En cuanto se desasían, empezaba Guillermo a buscar pretextos de aislarse. Y ella se resignaba sin prorrumpir en una queja, no por escrúpulos de amor propio lastimado, sino por timidez, por no enojarle. De improviso, Trinidad le notó caviloso y taciturno, y siguiendo el rastro de su preocupación llegó a comprobar que no dormía. Levantábase al amanecer, se ponía un traje de dril y una boina y bajaba a la playa, sin invitar a su mujer a que le acompañara. Ella, fingiéndose dormida, le estudiaba con los ojos entornados, y cuando él descendía la escalera, la otra se asomaba a la ventana hasta que le veía tumbarse sobre la arena, al sol. No se atrevió a preguntarle la causa de aquel abatimiento por miedo a que le cerrase la boca con una respuesta seca y ruda, de esas que revelan todo el hosco menosprecio que puede despertar en ciertas naturalezas violentas e ineducadas la presencia del ser que se considera con derecho para fiscalizar en su vida. Creyendo que le sonsacaría el secreto de aquella amarga tristeza que abrumaba a Guillermo, aparentó temores por su salud.

—Tienes mal color... ¿Sientes algo en el corazón? ¿Será que te haga daño el vino?... ¿El tabaco?

—No tengo nada, hija mía. Es el cambio de aire que me abate un poco; pero me repondré... El mar me aplaca los nervios siempre...

—Sí; y que te tiene desvelado toda la noche...

—¿Cómo lo sabes? —preguntó el otro inmutándose.

—No hay más que ver la cara que sacas por la mañana...

—Todo ello es pasajero... En cuanto salgo de Madrid pierdo el regulador de la vida...

—Será porque te aburres...

—No, ¡por Dios! El cambio de costumbre...

Trinidad reparó en que la pasión de ánimo que entenebrecía a Guillermo hallaba una tregua de alivio en presencia de Rosario. Al ver a su cuñada se le disipaba la murria y un fulgor juvenil encendía sus ojos.

A la conversación intermitente y desmayada, sucedía el hablar fogoso y torrencial, salpimentado de anécdotas festivas, de recuerdos del campamento y episodios de su tormentosa bohemia de perdido y de soldado. Las dos mujeres le oían: Rosario, absorta y ceñuda, como si una secreta preocupación la embargara por entero, y Trinidad con tristeza, como cuando se presiente una gran desventura. Aquellas mudanzas de humor no pasaron inadvertidas para Trinidad, y una inquietud extraña, mitad humillación y mitad alarma, empezó a quitarla el sueño. ¿Será que esté harto de mí? La sospecha de que Guillermo pudiera estar cansado de ella la ofendió tan de veras, que procuraba sustraerse al trato de su marido, a coincidir con él en un sitio a solas, resignándose con entrañable pesadumbre a un aislamiento que tenía todas las apariencias de una muerte parcial. Guillermo, ajeno a aquel dolor, di-

simulaba cada vez menos sus estados de ánimo. El ver a Rosario era para él una alegría tan intensa, que le desbordaba por los ojos y las palabras. Lo más del tiempo lo pasaba cerca de ella, en el campo y en la playa, y cuando era menester separarse sufría la sensación de una desgarradura interior. Nunca le hizo vacilar el escrúpulo de que se tratara de la mujer de su hermano. Lo que sentía era más fuerte que él, y jamás se asociaban Rosario y Antonio en su memoria. Ella sola, desprendida de todo, emancipada de todo, flotaba ante sus ojos, se erguía en su pensamiento y reinaba en sus sueños; ella, una mujer, la mujer con su perdurable y tentadora fascinación. La deseaba con frenético impulso sensual, y, sin embargo, al recordarla, empañábanse sus ojos y su espíritu se inundaba de savia poética y de tierno lirismo, alentándole a escribir versos y a cantar. El, tan osado, se cohibía al verse frente a ella, cayendo en los más pueriles extremos de timidez, y al encontrársela de improviso, no acertaba a hablar. Era menester que supiese que iba a verla, para que de antemano apuntara en la memoria lo que le diría en el curso de la conversación. De otro modo, su adusto mutismo le ponía en ridículo. De amor no se atrevió siquiera a insinuar el más inofensivo pensamiento, y no porque le repugnase el fondo culpable de aquella tentación suya, sino por miedo a una repulsa de su cuñada. La miraba con embobada fijeza, besándola con los ojos, pero sin exteriorizar su inquietud y su deseo. Casi todas las tardes iban Trinidad, Guillermo y Rosario carretera adelante, unas veces a San Juan de Luz y otras a Biarritz, y casi siempre volvían tristes los tres. A Guillermo le aislaba por dentro su amor, a Trinidad la ponían melancólica y retraída sus sospechas, y de la muda tristeza de Rosario tenía la culpa el asedio de su cuñado. Aunque en los comienzos del paseo rompían a hablar con familiar llaneza, una tregua de la conversación helaba la cordialidad, y cada uno de los tres restituíase a sus íntimas cavilaciones. Trini presentía el abandono de su marido, y sin temer concretamente que Rosario se lo arrebatase, la odiaba. En cuanto la mujer de Antonio departía con Guillermo, Trini los espiaba, y al ver las miradas, sonrisas, muecas y contoneos con que Rosario simultaneaba sus palabras, la esposa de Guillermo se ponía lívida de coraje y un furioso impulso de insultarlos, de maltratarlos cruzaba por su mente. Aquellas irrupciones de celos se resolvían en una llorera, de la que, por lo común, ni Rosario ni Guillermo solían enterarse. Quedábase muy abatida y muy resignada con su desgracia, y en vez de culpar a las coqueterías de su cuñada y a versatilidad de Guillermo de aquel desvío, reprochábase a sí misma la causa de sus males, menospreciándose y vejándose en su fuero interno. Al regreso de aquellos paseos por la costa, que solían coincidir con la puesta del sol, la solemnidad del mar les contagiaba de su trágica tristeza, y un fogoso anhelo de morir inundaba el ánima de Trini. Morir en silencio, sin quejarse, en pleno abandono, para que el remordimiento de los culpables fuese más agudo y su dolor más tenaz. Entre tanto, Guillermo pensaba con volcánica avidez en Rosario, en su rostro ambarino de criolla, en sus ojos pardos y ardientes, en la crencha de su pelo negro, en la púrpura jugosa de sus labios, y, sobre todo, en el palmito de curvas mórbidas, airosas, felinas. La violenta fijeza de su deseo parecía a veces transmitirse a Rosario, la cual le miraba entre medrosa y contenta al sentir espiritualmente el calor de aquel hombre. ¿Le amaba? Sin poner nada de su parte que alentase aquella pasión, dejábase querer, pronta siempre a reprimir cualquier licencia pecaminosa de Guillermo con una mirada o con un gesto. Y, sin embargo, a su pesar le recordaba de día y de noche, con tal pertinacia, que algunas veces sus escrúpulos de mujer honesta y fiel se resentían y alarmaban. Su varonil y ruda belleza, su intrepidez, sus aventuras y el secreto de un pasado tormentoso de

delincuencia y de heroísmo que entreveía en su vida, le interesaban profundamente, acaso por el contraste de aquellas malandanzas de Guillermo con el medido y aburguesado vivir de Antonio. Para casarse con él era hombre peligroso, por su misma turbulencia de carácter y por lo endeble de su sentido moral. ¿Como amante? ¡Qué escándalo y qué tragedia en la familia! No obstante la entereza con que Rosario rechazaba aquella tentación, es lo cierto que a menudo le sobrevenía. ¿Cómo? ¡Si un beso, un abrazo, un desmayo y un suspiro fuesen episodios de los que se olvidan en veinticuatro horas...! Pero, ¿y si de aquel encuentro fugaz salían ella y él más enamorados? Rosario desechó rotundamente hasta la más remota probabilidad de que tales demasías ocurriesen. Y, a pesar de todo, pensaba en él sin poderlo remediar. Le veía en sueños, le presentía a distancia, le sentía a todas horas dentro y fuera de sí misma, en su intimidad y en la calle, como si sus dos almas vivieran ensambladas, trabadas de una atmósfera de alucinación y de misterio.

Una tarde resolvieron ir a Biarritz en el tren y regresar a pie por la playa; pero no contaron con la sorpresa que les reservaba la pleamar entre Bidart y Guethary. Anochecía cuando se pusieron en marcha. A través de la difusa claridad del cielo pugnaban por asomarse algunas estrellas, cuyas tímidas luces fulgían y se eclipsaban alternativamente. El mar, que era en los lejos del tono del zafiro, contraía, al venir hacia la costa, el denso color azul del cobalto. Y sobre la tumultuosa queja que subía de las entrañas del Océano, sonaba de cuando en cuando como un chasquido la furia de las olas disueltas en espuma sobre la arena.

—¿Llegaremos a la hora de comer? —preguntó inquieta Rosario.

—Con tiempo sobrado—repuso Guillermo.

—A mí lo mismo me da llegar tarde que pronto. No tengo ganas de comer a ninguna hora—exclamó Trinidad con desabrimiento.

—Es porque te abandonas. Estás siempre metida en casa... Si bajaras a la playa muy temprano y te estuvieras al sol como Rosario y yo, horas y horas, ya verías el despertar de tu apetito...

—¡Mejor estáis sin mí!...

Como en aquella respuesta apuntaba un reproche, y un reproche es casi siempre el arranque de una disputa, Rosario y Guillermo se callaron. La playa, que se alonga, segando a compás de las escotaduras de la costa, entre Biarritz y Guethary, se estrechaba cada vez más por la invasión de la pleamar, pero aún quedaba sitio franco y transitable. Los tres echaron a andar, como siempre, en grupo, y solamente cuando el agua les iba a los alcances en lo más angosto del camino se deshilaban para pasar. Tras un dilatado silencio, que delataba el aislamiento interior de cada uno de ellos, Trinidad preguntó súbitamente:

—¿Cuándo viene Antonio?

—Hoy he tenido carta... Anuncia que vendrá dentro de tres a cuatro días; pero temo que no pueda ser...

—¿Por qué?...

—Está enfermo el general Parra, director de la Escuela de Guerra, y eso obliga a mi marido a no ausentarse...

Guillermo se abstuvo de terciar en el diálogo, porque entrevió, a través de las palabras de su mujer, los ecos de su secreto desasosiego. Aunque resignada en la apariencia con su abandono, Trinidad esperaba que el regreso de Antonio atenuara las intimidades de Rosario y Guillermo, y confiaba en que una separación temporal, que ya se motivaría con cualquier pretexto, mitigase el ofensivo entusiasmo de su descarriado marido por su cuñada. Le instaban con ahínco en lo hondo del alma este sentimiento y otro menos consolador: el de ceder. Ceder el campo, declararse vencida, llorar a solas y pedir a Dios que la indultase de aquel humillante suplicio llevándosela a su regazo.

La afligida criatura dudaba sobre el desenlace que pudiera tener aquella

culpable ceguera de Guillermo. A ratos creía en la complicidad de Rosario, y a ratos pensaba que, aunque coqueta, no era una depravada, y que, por tanto, al verse en el peligro sabría esquivarlo con entereza. ¿Y si Antonio advirtiera las intenciones de su hermano? La más remota probabilidad de que esto sucediera sacaba de quicio a Trinidad. Antonio era frío en lo exterior, pero de avasalladoras violencias por dentro. Si se enteraba, lo más verosímil es que tras de no consentir los coqueteos de Rosario aplicase un correctivo a las desleales osadías de Guillermo. ¿Y qué podría sobrevenir entre dos hombres templados que iban a disputarse una mujer? La trágica perspectiva llenaba de sobresalto a Trinidad. A todo se avenía, con todo se resignaba, menos con la desgracia o la muerte de Guillermo. Fiel o infiel, lo urgente para ella era conservarle, tenerle a su lado lo que durase su vida. En estas melancólicas cavilaciones andaba cuando de improviso se afrontaron con el estero que hay entre Bidart y Guethary. La pleamar lo había invadido, y aunque poco profundo, el vadearlo ofrecía el riesgo de caerse por el ímpetu de las aguas. El descenso del crepúsculo hacía más imponente la aventura. La noche se echaba encima; el mar, en su desatada bravura, roncaba torvamente, y sobre el azul turquí del oleaje hervía la plata líquida de sus espumas. Los perfiles de la costa, sumergidos, borrados en las sombras, sugerían el trágico presentimiento de que el Océano iba a tragarse a la tierra, y el rumor de las aguas sonaba medrosamente en las almas.

—¿Qué hacemos?—preguntó Guillermo parándose a orillas del estero—. ¿Lo vadeamos? Habrá que quitarse el calzado y subirse las ropas muy arriba...

—Yo no paso—enunció Trinidad, resuelta.

—Ni yo—agregó Rosario.

—Entonces será menester trepar por este machial—repuso Guillermo señalando el monte—. Nos cansaremos un poco; pero, en fin, no importa.

La subida, que en pleno día hubiera sido fácil, ofrecía de noche algún riesgo por las quebraduras del terreno. Aunque Guillermo, adjudicándose la responsabilidad de guía, les invitó a que le siguieran, las dos mujeres, desconfiando de su experiencia, se aventuraron cada una por su lado. Y unas veces con la planta en el suelo y otras a gatas, trepaban lentamente, desgarrándose las manos y las ropas entre las cambroneras y ortigales que pueblan el monte.

—¡Cuidado con romperse una pierna!—advertía de vez en cuando Guillermo, que se había separado de ellas.

—¡No te ocupes de mí!—repuso con incisiva ironía Trinidad—. Voy muy bien.

—Yo, en cambio, soy muy torpe. ¡No me doy maña, y me he caído ya tres veces!...—añadió Rosario con vos festiva.

¿Cómo se encontraron juntos y a solas Guillermo y su cuñada? No fué deliberadamente, sino por obra del azar. Eludiendo una loma muy empinada, difícil de subir por lo escurridizo del césped, Rosario se desvió hacia la izquierda, por donde había trepado Guillermo. De improviso se encontró con él, que bajaba a tientas.

—No hay paso, hija mía. He tropezado con una valla de alambres de una era y he tenido que retroceder. No te expongas a lo mismo...

—¿Y por dónde echamos?—preguntó Rosario con inquietud.

La oscuridad era cada vez más densa, y solamente las aspas luminosas del faro de Biarritz permitía ver un trecho del mar. Por el lado de la costa adelante, ni el menor indicio de luz.

—¡Ahora veremos!—repuso Guillermo perplejo.

—¿Por dónde ha subido Trinidad?

—¡Qué sé yo!... Pero, en fin, tranquilízate...

—¡Trini! ¡Trini! ¿Dónde estás?—gritó entre alarmada y despavorida Rosario.

Sus palabras, ahogadas por el colérico resuello del mar, no tuvieron respuesta. Guillermo quiso explorar el sitio, y antes de decidirse a emprender un camino encendió una cerilla, que el

viento apagó a escape. A pesar de todo, aquella efímera claridad le permitió orientarse.

—¡Rosarito, hija mía! Es menester apencar con esa loma tan áspera que tanto te asusta. Yo subiré delante, tú te agarrarás a este cinturón: ¡cógelo con las dos manos! y, o llegaremos juntos a la cumbre, o rodaremos juntos en el abismo... ¿Eh? ¿Qué te parece? ¡Me ha salido una frase que parece de Echegaray!...

Rosario vaciló. La sordina de humorismo que se insinuaba en las palabras de su cuñado la pareció de dudosa oportunidad, y no la hizo gracia ninguna. El empeño se prestaba a todo menos a bromas.

—¡Si no hay más remedio!...

—¡No tengas cuidado, mujer! Oye; lo mejor será que te ciña las muñecas con la correa. Así no tienes que hacer esfuerzo ninguno... Tiro de ti, y en dos saltos estamos arriba...

Avínose Rosario, un poco amedrentada, y empezó la ascensión. Guillermo ponía las nervudas piernas en tierra con tal fuerza, que las hincaba, y asiéndose con la mano izquierda de las cambroneras, tiraba con la derecha de su cuñada. Subían sesgando la pendiente para que el riesgo de caer fuera menor, y de cuando en cuando se detenían, no porque Guillermo estuviera cansado, sino para prevenir cualquier sorpresa de las depresiones del terreno. Al cabo de diez minutos franquearon la loma, y en un recio tirón que dió Guillermo a la correa, Rosario cayó en sus brazos. Y como ella tenía las muñecas trabadas, no pudo impedir que él la besara en la boca y en los ojos con impetuosa emoción.

—¡Déjame! ¡Suelta!—gritaba ella, más sorprendida que vejada—. ¡Eres un bruto!...

—¡No, Rosario! ¡Es que te adoro! ¿No me ves sufrir a tu lado desde hace mucho tiempo?...—añadió con voz queda y trémula—. Ya ves qué escaso precio pongo a lo que acabo de hacer... Te he salvado la vida, y sobre eso te doy media docena de besos...

—¡Me has traído por aquí para esto! ¡Es una emboscada! ¡Es un engaño!... Debí preverlo...

—Te juro que por el otro lado no hay paso... La valla...

—¡Es mentira!—interrumpió Rosario, forcejeando por desasirse.

El la sujetaba amorosamente, besándola con pasión en la boca, en los ojos y en los despeinados cabellos. Ella sentía en la cara la llama de su aliento, y al través de la oscuridad de la noche entreveía el caliente brillo de su mirada.

—¡Mira que grito! ¡Que se lo digo a Trini!...

—¡Qué cruel eres, Rosario! ¡Y qué ventura la de tenerte en mis brazos!... ¡Si vieras cómo te adoro!...

—O me sueltas, o llamo a Trinidad —exclamó ella haciendo un esfuerzo por huir.

El la vió tan decidida que se hizo a un lado.

—¡Qué barbaridad! ¡Qué salvaje te hizo Dios, hijo!—continuó ella, mientras se retocaba el peinado—. ¡Quién podía esperarlo! Ya se conoce que has andado por los bosques de América... ¡Qué horror!...

Guillermo no acertaba a defenderse. La congestión sexual le oscurecía la inteligencia, privándole hasta de la facultad de hablar. Temiendo que en lo futuro ella esquivara toda ocasión de estar a solas con él, anduvo tentado de violarla allí mismo, en el mudo desamparo del campo, frente al mar, que parecía invitarle con la desesperada música de sus olas a una gran escena de amor. La actitud de Rosario y su frío despego le irritaban. ¿Por qué tantos aspavientos después de consentido que él la adorase? ¿A qué venía aquella estúpida resistencia, cuando a él le constaba que su pasión no la repugnaba?

—Escucha, Rosario—enunció él humildemente.

—No empieces, te lo suplico... No podría oírte... Y agradéceme—añadió después de una pausa—que no se lo diga a tu hermano...

—Nada de amenazas—contestó él con tranquila entereza—, porque soy

capaz de decírselo yo mismo... No me conoces...

—Sé que eres un desalmado y un loco...

—Un desalmado, no, puesto que mi alma está en tus manos. Yo la siento llorar y sangrar ahora, por la crueldad de tu actitud—agregó con subito desmayo de sensibilidad—. Un loco, puede ser, y nadie mejor que tú sabe la causa...

—No volvamos a las andadas... ¡No puedo oírte!

—Como quieras...

En el silencio de la noche apenas sonaban sus pasos, apagados por el césped del monte. Transcurridos unos diez minutos, se hallaron en camino abierto, un angosto y pedregoso sendero entre dos matorrales de aliagas y zarzamoras, que desembocaba en la carretera. Al término del sendero hay un poyo de piedra, y sobre él estaba sentada Trinidad, que los recibió ceñuda y callada. Aproximándose mucho a ella vió Guillermo en sus ojos rastro de lágrimas.

—Te hemos buscado por el monte —expuso con inseguro acento Rosario.

Trinidad movió los labios para contestar, pero se contuvo. Un automóvil pasó cerca de ellos con desencadenada velocidad, y el estrépito de sus ruedas trepidó largo tiempo en la carretera.

—¿Qué decías?—preguntó Rosario.

—¡Nada!

Y Trini pensó en lo fácil que sería escapar a todos los dolores y a todas las humillaciones de la tierra saliendo al encuentro de un automóvil. Al llegar a casa se acostó, y tuvo fiebre y delirio.

Dos días después se apeaba Antonio del tren, en la estación de Guethary.

★

De vuelta del veraneo, ya en Madrid, Guillermo apretó el cerco de Rosario con indomable temeridad. La asediaba en casa, la espiaba y la seguía en la calle sin que le cohibiesen escrúpulos ni temores, y tan lejos llevó su imprudencia, que su madre se enteró de todo. Aquel amor no saciado le mortificaba y le dolía con morbosa terquedad. Era una obsesión que se sobreponía a todo respeto y que triunfaba de todo obstáculo; su frenesí del espíritu y del instinto, que le empujaba en pos de aquella mujer, sin advertir que acaso le cerrase el paso la tragedia. A Trini la dió de lado definitivamente, sin que el doloroso aislamiento de su mujer resonara en su conciencia, ni como recriminación ni como tristeza piadosa. No amaba a Trini, ni sentía por ella más que el tibio afecto que se fragua en la costumbre de convivir. El recuerdo de Rosario era su idea fija, su tortura. A partir de la noche que la tuvo en brazos, su inquietud interior no le daba tregua de sosiego. Hubiérase dicho que, al besarla, había recogido de sus labios una sustancia que tenía la virtud de perpetuar las imágenes en la memoria, y de hacer más imperiosa la tentación sexual. Con ánimo de olvidarla, se reincorporó a su regimiento, esperando que el tráfago de la vida militar le distrajese. Fué en vano. Estaba siempre suspenso del recuerdo de Rosario, estudiando en su fuero interno una táctica cualquiera para arrebatársela a su hermano. Deploraba que los tiempos no consintieran el rapto con escala y estocadas, y maldecía esta época, que recompensa la hipocresía y la astucia, y repudia el atrevimiento heroico. Acaso le hubiera sido más útil la esgrima de salón con su táctica de miradas, cartas, sobornos y alcahueterías mundanas; pero eso iba contra su carácter y no estaba en sus aptitudes. El gusto de la lucha franca y el hábito de hacer cara a todo lo que trajese gesto de adversidad o aire de fortuna le inhabilitaban para aquellos combates del disimulo, la cortesanía y la paciencia. Era audaz, intrépido, apasionado, rudo y temerario.

Al fin, Antonio dióse por advertido de lo que pasaba. No fué menester de la delación anónima ni de la confidencia personal. Indicio tras indicio, se fué amasando en su alma el convencimiento de que su hermano perseguía a Rosario. La terca ausencia de Trini de la casa, que equivalía a una dela-

ción; la reserva melancólica de Rosario, su azoramiento cuando se veía frente a Guillermo y la taciturna aspereza con que su hermano le trataba a él, bastaron para que se diera cuenta de lo que sucedía. La actitud de su mujer le dejó entrever que entre ella y Guillermo no había ocurrido nada irreparable, y satisfecho de este descubrimiento dispúsose a impedir que ocurriese en lo futuro. Al principio quiso explorar en el ánimo de Rosario; pero el paso le humillaba, y lo desechó. Sería mejor proceder con Guillermo. Inopinadamente llegó éste una tarde a casa todo colérico y convulso.

—Vengo a hablar contigo...—dijo, encarándose airadamente con su hermano.

—Estoy a tus órdenes...

—Hoy me he encontrado con que me trasladan a Canarias sin haberlo pedido... En el ministerio me han dicho que lo ha solicitado el general Parra; he ido a ver al general, y éste asegura que la gestión es obra tuya...

—Es verdad—repuso el otro con flema—. Te conviene alejarte una temporada de Madrid...

—Esa es una opinión que yo no tomaría en cuenta nunca; pero mucho menos ahora, que tratas de imponérmela con hechos...

—La cosa no tiene ya remedio... —contestó Antonio sin descomponerse.

—¿Cómo que no? Yo te juro, por mi honor, que no saldré de Madrid...

—¿Tu honor?... Sería de desear que tu honor te obligase a empresas más altas que la de permanecer en Madrid...

Guillermo barruntó en las palabras de su hermano que éste sabía la verdad de su proceder con Rosario, y para despistarle contestó:

—Si fuera por cumplir mi deber, iría a Canarias y más lejos... Como militar, no le hago ascos a nada...

—¡Tal vez cumplas un deber marchándote! ¡Piénsalo bien!—articuló el otro con calma.

La certera intención de Antonio exasperaba a Guillermo. No quiso, a pesar de todo, ir al terreno a donde su hermano pretendía llevarle; pero como necesitaba desahogar su furia, se desató en violencias.

—Ni ahora, ni nunca—dijo—, te tolero esos aires de superioridad autoritaria que te tomas conmigo. Te advierto que me quedaré en Madrid...

—Podrá ser; pero te aseguro que no pisarás los umbrales de esta casa —contestó Antonio poniéndose pálido...

—¿Puedo saber por qué?—se atrevió a preguntar Guillermo.

—Porque eres un infame, un canalla, un ser depravado que deshonras el apellido que llevas y el uniforme que vistes... ¡Vete! ¡No quiero verte jamás delante de mí!

Guillermo, con el rostro demudado, contraía las mandíbulas y apretaba los puños. Su respiración era jadeante y casi estertorosa, como si le ahogara la disnea. Miraba rabiosamente a su hermano, y poco a poco iba poniéndose lívido.

—¡Me voy, me voy; si no, estoy cierto de que te mato!—exclamó de improviso espumarajeando de ira.

Y echó a andar hacia la puerta con atropellados pasos, blandiendo los puños en una crispadura epiléptica. En el corredor que conducía a la escalera tropezó con su madre y no la reconoció.

—¿Dónde vas, Guillermo? ¿Estás malo?—interrogóle alarmada la anciana...

—¡Déjeme usted salir, madre: si no, lo mato!

Y desasiéndose rudamente del brazo maternal, salió a la calle dando traspiés, como quien siente flaquear todo resorte de equilibrio en la razón y en los músculos.

Ya a la intemperie, sintió algún alivio. Un coche le condujo al cuartel donde se alojaba el regimiento de que era capitán cajero, y al poner la planta en el despacho sintió que se le nublaban los ojos, que una ola de fuego le comprimía el cráneo y que no acertaba a permanecer en pie ni a hablar. Balbució tres o cuatro palabras incoherentes y cayó de bruces sobre el entarimado.

Un soldado de Oficinas le desabrochó la guerrera mientras otro le suje-

taba, y como algo era menester intentar para reanimarle en tanto que venía el médico, le volcaron un vaso de agua en el rostro, con negativo éxito. Un temblor convulsivo le sacudía todo el cuerpo; su rostro estaba lívido; tenía las facciones contraídas, los ojos transpuestos, y aunque cerraba férreamente la boca, una espuma blanca fluía de las comisuras de sus labios.

—Si abre la boca, métele una llave —recomendó uno de los soldados a su compañero, disponiéndose a avisar al médico del regimiento.

—¡Me da a mí el corazón que ya no la abre aunque le metas un bizcocho!...

El médico vino a poco, recetó un espasmódico y dispuso que el enfermo fuera trasladado a casa en un coche.

Ya había recobrado Guillermo el sentido y pudo, sin gran trabajo, disipar la alarma de su mujer.

—No ha sido nada. En ese demonio de Círculo Militar todas las habitaciones son estrechas y poco ventiladas... En cuanto hace un poco de calor se ahoga uno... Eso me ha ocurrido a mí... Estaba jugando al tresillo con Paco Vélez y el coronel Bolaños, cuando me sentí mareado...

—¡Es que fumas mucho, hijo! Luego, esas peloteras que armáis sobre si Cataluña se pierde o no se pierde... ¿Qué te importa a ti todo eso?...

—No, mujer; yo no me meto en polémicas nunca. Ha sido sencillamente que hacía calor... Añade a eso que me han dado una mala noticia...

—¿Cuál? ¿Puede saberse?—preguntó ella sin reprimir su zozobra...

—Es floja la cosa; que me he encontrado con el traslado a Canarias, sin pedirlo...

—Guillermo, ¿sabes una cosa? Pues que me alegro. No se lo habrás pedido tú al ministro, pero yo rezo todos los días a todos los santos porque nos saquen de Madrid...

—Temo que no van a hacerte caso...

—Ya estás viendo que sí, ¡tontín! No hay como pedir las cosas con fe...

—¡La fe!, ¡la fe!—repuso el otro con su rudo escepticismo de aventurero que debe más al diablo que a Dios—, ¡valientes majaderías! Yo no la tengo más que en mí. Por eso estoy seguro de que no me sacan de Madrid ni atado. ¡Y a Canarias! ¡No digo nada!...

Al verle enfermo y en cama, los celos de Trinidad se amortiguaban; pero persistía su afán de huir de la corte. ¡Si hubiera podido lograr aquel empeño! Como le conocía bien, no ignoraba la inconstancia de su carácter, su nativa inclinación al olvido; esperaba que el alejamiento de Madrid sofocase aquel hervidero de deseos no satisfechos, que le traía rijoso y desvelado. El desorden de su vida, que él legitimaba en nombre de sus deberes militares, hacía presumir a Trini que su marido no la era infiel; pero se consolaba pensando que los culpables devaneos de la calle y los secretos compromisos femeninos que pudiera separarle el azar le apartaban y distraían de su gran pasión: el amor de Rosario. Más o menos a regañadientes, a todo se avenía, a todo prestaba su consentimiento, menos a que su cuñada se lo quitase. No reparaba en la flaqueza de sentido moral que descubría aquella resignación, ni admitía que el adulterio con una mujer desconocida fuera igualmente ofensivo para ella que la traición consumada con la complicidad de Rosario. Sin saber por qué, presentía que el peligro no estaba en las aventuras casuales y pasajeras de su marido, sino en el trato asiduo de la otra, de la odiada rival, que, aun sin ceder al vértigo de la tentación de una manera franca, humillaba a Trini haciéndola sentir su superioridad.

Lo más irritante, lo que más exasperaba a la mujer de Guillermo, era el aire de desdeñosa misericordia con que la otra la trataba, como si quisiera darla a entender que tenía marido por ella, y que en su mano estaba el arrebatárselo. Trini, herida y desesperada, hacía votos secretos por que Dios la castigase mandándola una enfermedad, y sin desearla la muerte, pedía que el cielo la afeara con unas viruelas o con cualquier mal de esos que dejan rastro en las facciones y las

deforman para siempre. Y como Dios no se daba prisa en satisfacer aquel capricho, decidió estudiar un medio hábil y rápido de conjurar el peligro. Si Antonio se prestaba, nada más fácil que conseguir el traslado de Guillermo. Tras mucho titubear, Trini comunicó sus proyectos a su cuñado, y como éste empezaba a mirar con recelosa ojeriza las idas y venidas de su hermano, fingió que se disponía a atender el ruego de Trini por complacerla, y pocos días después lograba el traslado que tan fuera de quicio puso a Guillermo.

—¿Y qué vas a hacer para quedarte en Madrid? Quien manda, manda, y tu obligación es obedecer...

—No sé qué haré, ni qué camino tomaré... De lo que respondo es de no ir a Canarias... Primero la absoluta... Así como así empiezo a hartarme de esta pinturera vida... Tengo el cuerpo hecho una criba a balazos, treinta y seis años de edad y cincuenta duros de sueldo... ¿Y encima obedecer en silencio? ¿Ir a donde les dé la gana de mandarme? No y no...

—Se puede intentar que revoquen la orden y te manden a otra parte; Andalucía, por ejemplo, una tierra que a mí me sentaría muy bien para la salud...

—¿No has oído que no saldré vivo de Madrid?—interrogó el otro con violencia, incorporándose colérico en la cama—. ¡Quisiera yo conocer al cabronazo que ha pedido mi traslado, para meterle el resuello en el cuerpo!...

El pánico quitó a Trini todo aliento para sostener la conveniencia de la marcha. En cuanto le veía descompuesto y le oía alzar la voz en tono de amenaza, su corazón se licuaba y enmudecía de espanto. Aún se aventuraba con timidez a insistir cuando creía apaciguado el ánimo de Guillermo; pero, si él renovaba sus gritos, ella cedía en absoluto.

Guillermo se repuso. Entraron en caja sus nervios, se normalizó el curso de su sangre al través de las venas y las arterias, devolviéndole la salud física, y juntando Roma con Santiago logró invalidar el acuerdo de su traslado a Canarias. La honda herida de sus entrañas, su tormentoso amor, no le dejaba, sin embargo, ni una tregua de total quietud espiritual. Se repartía su atención entre los deberes profesionales y las distracciones de la calle; pero allá, en lo recogido, en lo oscuro de su ser fulguraba el ascua de la pasión, reavivada por los obstáculos. El recuerdo de Rosario iba prendido de él como va la estela adherida a la quilla del buque sobre las aguas oceánicas. Era una idea fija, algo morboso que daba a su vida interior una monotonía desesperante. La ruptura con su hermano le privaba del consuelo de verla, y como Guillermo no frecuentaba la buena sociedad, toda esperanza de encontrarse con Rosario quedaba excluída de sus planes. El dolor, la nostalgia y la desesperación le traían medio loco. Entonces decidió complicar más su existencia, zambullirse en los placeres, olvidar, y para lograrlo contrajo amistades que le franquearon todos los caminos que llevan a la alegría disipada, al goce frenético, a la sensación intensa, brutal y duradera. Bebía sin medida y jugaba sin tino, sin reparar en la categoría moral de sus nuevos amigos ni en los aprietos en que ponía su honor de caballero a medida que iba perdiendo sumas que tal vez no pudiera restituir. Con las mujeres era más mirado. Acariciaba a las que se parecían a «la otra», a la soñada, a las que por el color del rostro, por la melancolía luminosa de los ojos o por el opulento garbo del palmito evocaban el recuerdo de Rosario. Conoció una andaluza en un café cantante y la requirió de amor, porque era el vivo retrato de «la otra». Sólo diferían por el nombre y por el timbre de la voz. Guillermo se consideró feliz con aquel encuentro. Sacó a la sevillana de la ciénaga cafeteril en que malvivía y la puso cuarto. La mimó, la adoró. Creía tener a Rosario entre sus brazos, y al besarla, en su emoción asociaba, juntaba las dos imágenes. Para totalizar la ilusión la imponía silencio, pues el tono de voz de la andaluza malograba el encanto, trayén-

dole a la realidad glacial. Un día la propuso que se mudase el nombre.

—Me gustaría que te llamaras Rosario...

—¡Qué tontería! Lola me llamo y Lola me llamaré *toa la via*... ¿Qué, te *paece* feo? Hijo, eres el primero...

Y se negó obstinadamente a apechugar con la suplantación. ¿Cuánto duró aquella tierna superchería? Un mes, dos, qué sé yo; hasta que el azar, incansable deparador de sorpresas, puso a Guillermo delante de Rosario la auténtica, la adorada, la soñada. Los dos se quedaron parados en plena calle: ella trémula de emoción y muy triste: él silencioso y sombrío.

—¿Y Trinidad?—preguntó la otra, por romper el hielo.

—No sé... No la veo...

Rosario comprendió que había puesto el dedo en una nueva úlcera de aquella existencia, y se calló. Ignoraba la ruptura de Guillermo y Trini. Fué él quien, ya dueño de su propia entereza, reanudó la conversación.

—Vivo solo y a salto de mata... Rosario—añadió con mimosa amargura—, has acabado conmigo... Soy hombre perdido...

Ella no supo qué decir, y aparentando prisa se despidió con los ojos llenos de lágrimas. Al partir, un piano de manubrio rompió a tocar una polca, que alborozó toda la calle...

IV

Al entrar Guillermo en casa de su hermano acababan de viaticar a doña Regina, y aún flotaba en el ambiente de las habitaciones ese aroma de incienso y cera que parece desprenderse de las vestiduras y ornamentos sacerdotales. La anciana estaba agonizando. Al verle, sus ojos se animaron y quiso hablar; pero la voz no logró enunciarse en su garganta. Guillermo se puso de rodillas al pie de la cama, metió sus manos por entre las frazadas y retuvo las manos de su madre entre las suyas hasta que el calor de la vida abandonó los despojos de la anciana. Al verla muerta la besó con ávida ternura en la frente, púsose densamente pálido y sintió que una desgarradora angustia subía de su corazón a su ojos. A pesar de todo, no pudo llorar. Las lágrimas, que le hubieran consolado, allá se quedaron, cuajadas en los adentros del alma, adheridas a las rocas de sus inconfesados dolores y de sus trágicos infortunios. Vió a su hermano y estuvo a punto de pedirle perdón: pero como sus ojos repararan también en Rosario, que estaba de rodillas y orando al pie de la cama en que yacía doña Regina, aquel generoso impulso se le heló en las entrañas. La imagen del perpetuo, del cruel e inextinto amor se alzó en su recuerdo, sobreponiéndose a todos sus dolores y triunfando de todas las duras pruebas a que le sometía el destino.

Al salir a la calle nadie le retuvo, nadie le dijo una palabra de consuelo ni de solicitud, nadie le preguntó quién era y adónde iba. Marchando al azar por la Puerta del Sol, indiferente a la lluvia que le caía encima, se cruzó con un camarada del ejército que lucía insignias de coronel. Estuvo a un paso de él y con impulsos de abrazarle: pero se acordó de que Guillermo Malpica era en el ejército español un recuerdo de ignominia, la fecha de un desfalco y el burlesco rastro de algo que fué una espada, un rayo de juventud victoriosa y un himno al honor...

EN EL UMBRAL DE LA VIDA

Para que naciera Purificación fué menester que la Providencia obrase uno de aquellos milagros con que el cielo insinúa a menudo su interés por las cosas humanas. Sus padres, Micaela y Francisco, dolíanse en silencio de la dilatada esterilidad conyugal y se culpaban mutuamente de su malogrado amor, unas veces con festivos reproches y otras con agrias y depresivas reticencias. Sostenida por una vehemente esperanza, Micaela consultó a los médicos de más nombradía; pero, como por escrúpulos de pudor rehusaba su cuerpo a todo reconocimiento, no se pudo saber en mucho tiempo qué morbosa anormalidad la impedía ser madre. Aplicó la desconsolada mujer sus rezos a San Vicente Ferrer, porque había oído decir que aquel santo se complacía en fomentar la maternidad, y como su confesor la alentase en tan honesto propósito, no tardó en enterarse de lo que sobre los medios de asegurar la reproducción de la especie dejó recomendado el piadoso apóstol de Valencia a las mujeres; y es a saber: que vivan bien y procuren no pecar, que no nieguen el débito a sus maridos, que se ofrezcan a Dios por la mañana rezando el Credo, y por la tarde el Rosario de María Santísima, todos los días, y que lean, las que supiesen leer, el Psalm. 12, que es: *Beati omnes qui timen Dominum;* y las que no supiesen leer, hagan que se lo lean y lo oigan con atención, que allí ofrece el Serenísimo Rey David que serán fecundas como vides las mujeres, que tendrán hijos como renuevos de olivos y verán en paz y abundancia a los hijos de sus hijos.

Quiso Francisco, y a este razonable deseo no se opuso el confesor de Micaela, que a las preces de su esposa acompañase la acción quirúrgica de un famoso médico, ginecólogo muy notable y ponderado en la ciudad, y a aunque la casta mujer se resistió a ello alegando cristianas repugnancias, hubo de recordar las palabras de San Francisco de Sales, en una página de sus admirables entretenimientos. «Como si yo caigo enfermo de una fuerte calentura en este suceso, veo que el beneplácito de Dios es que yo esté indiferente a la salud y a la enfermedad. Mas la voluntad de Dios es que yo, que no vivo debajo de obediencia alguna, llame a los médicos y aplique todos los remedios que me sean posibles, no digo yo los más exquisitos, sino los más comunes y ordinarios, etc.» Estas sabias y prudentes palabras vencieron la resistencia de la enferma. Escondiendo el rostro de vergüenza y derramando calientes lágrimas, consintió, resignada, Micaela en que el médico pusiera las manos en su cuerpo, no una vez, sino hasta doce que fueron precisas para corregir un vicio fisiológico, causa probable de que se frustrasen las maternales ilusiones de la esposa de Francisco. El cielo y la ciencia, que a menudo se concilian para labrar la ventura de los seres, no tardaron en promover, felmente secundados por Francisco, el fértil milagro, y de allí a nueve meses, hallándose la fervorosa dama, ya repuesta de sus pasajeros achaques, en coloquio espiritual con San Vicente Ferrer, dió a luz una niña que, al asomarse a este deleznable planeta, puso fin a la vida de la madre, que se expatrió acaso por designio de Dios a la eternidad, de resultas de una fiebre puerperal. Edificante como había sido su breve tránsito por la tierra, fué la muerte de Micaela. Aunque privada de lucidez interior por la intensa calentura que la tuvo transpuesta y en desvarío todo el tiempo que duró la agonía, confesó sus culpas con celosa puntualidad, recibiendo con hu-

milde recogimiento los Santos Oleos. No se cerraron sus ojos sin recomendar a Francisco que pusiera por nombre a la niña Purificación del Martirio, ya que Dios la había traído al mundo el mismo día en que nuestra Santa Madre Iglesia festeja con las candelas a la Reina de los cielos, y para que no olvidase nunca la hija que su nacimiento había costado la vida a su madre. En una fugitiva tregua de luz que vino a su desconcertada cabeza, exhortóle también a que se curase del feo vicio de la bebida y se apartara de las malas mujeres, dos plagas que asuelan a la Humanidad y desencadenan el enojo de Dios sobre la tierra. El afligido Francisco no tuvo entereza de ánimo para oír del todo aquellas piadosas recomendaciones, y con inseguros pasos, que descubría su emoción, bajó a la calle, hasta que el aire le hubo serenado un poco.

Cuando regresó a su casa era ya viudo. El ama, una gallega fornida que había asistido indiferente a la agonía de Micaela, exclamando alguna vez «¡me valga Dios, qué desgracia!», acababa de llevarse a la niña. El viudo no sabía qué hacer para aliviar su pena. Sus torvos y angustiados ojos miraban con tenacidad el cuerpo de la que fué su esposa, como si pretendieran sondar en el misterio de la muerte, y al verla en hábitos de monja, densamente pálido el rostro, que parecía de estuco, y con un crucifijo sobre las manos enclavijadas, tuvo el presentimiento de que Micaela pasaba a ser santa. Se arrodilló al pie de la cama, y como le invadiera esa tristeza negra y medrosa que emana de los cadáveres, aun de los más queridos, resolvió distraerse en el campo. Dispuso el entierro de la santa, vistióse los arreos de caza y, transcurrida una hora, salía para el coto. Desde el umbral entreoyó Francisco el tenue plañir de la criatura que venía a renovar el cuño de su apellido en la tierra.

★

Purificación del Martirio se crió canija, espiritada y entre sobresaltos y riesgos de morir. Al verla tan endeble, se la compadecía como a esas frágiles plantas que la privación de luz y las heladas invernizas ahilan y consumen, y que luego hollamos al pasar, en las orillas de los caminos. Menudearon los achaques en su infancia, y solamente al cumplir la niña los doce años pareció enreciarse su naturaleza. Su padre, minero rico, dueño de una prolífica cuenca de hierro, había ajustado segundas nupcias con una mujer muy bella, en quien Purificación no halló ni ternura ni crueldad, sino ese punto medio de afecto, más externo que cordial, que acompaña a los parentescos contraídos sin elección espontánea. La niña era recogida, de inquieta y soñadora fantasía, cavilosa, melancólica y cauta en palabras, dotes que contrastaban con la gárrula mundanería de su madrastra. Francisco, que la mimaba poco, solía decir en sus minutos de paternal expansión:

—Esta criatura ha salido en todo a su madre. Así era Micaela, pelinegra, respingada de nariz, grandecita y un poco sumida la boca. Esos mismos ojos, oscuros, adormilados y llorones eran sus ojos...

—¿Y era tan morena mamá como yo?—preguntaba Purificación con vaga nostalgia.

—Al principio era cetrina. Luego, andando el tiempo, se puso casi negra... Yo la llamaba la mora...

—Y ella ¿qué decía? ¿Se enfadaba?...

—Sí; porque los moros no son cristianos, y a tu madre la ofendía que la comparase con herejes...

—¡Tenía razón!

Y la niña se quedaba suspensa de la palabra de su padre, esperando que éste prosiguiera evocando recuerdos de la muerta. Una mirada glacial de la nueva esposa atajaba la locuacidad de Francisco, y entonces Purificación sentía que entre ella y su madrastra se levantaba una sombra de hostilidad.

—Papá—exclamó un día la niña de

improviso—, he leído en un periódico de esos que tienen estampas que en la India, o en la China, no recuerdo ahora bien; pero, en fin, en tierra de salvajes, cuando se muere uno de los esposos el otro tiene obligación de morir también... ¿Es cierto?

El padre, confuso, no supo al pronto qué contestar. Ignoraba que existiese en parte alguna de nuestro planeta aquella bárbara costumbre, y no vió tampoco en las palabras de la chiquilla lo que tenían de reprobación...

—¡No lo había oído nunca, hija mía!—repuso con naturalidad.

—¡Disparates y absurdos de salvajes!—añadió displicente la madrastra.

—¡No lo creo yo así! Por lo menos dan a entender que se quieren...

—¿Oyes, Francisco, a tu hija? Está defendiendo el suicidio—tornó a decir la otra con áspera ironía, dejando caer sus ojos sobre la niña.

Purificación no volvió a promover conversaciones que pudieran avivar la animosidad que sentía contra su madrastra. Conservaba en su alcoba una imagen de Jesús, varias estampas, una peineta, un rosario y algunos retales que habían pertenecido a la muerta. En el aislamiento, su imaginación se asía de las más absurdas quimeras, y manoseando con filial ternura aquellos pobres rastros de un ser amado y desconocido llegaba a figurarse que su madre, lejos de ser ajena a sus tristezas, venía en espíritu a mitigarlas. Poco a poco fué contrayendo el hábito de evocarla a una hora fija, de departir con ella, y estas confidencias absolutamente ilusorias la consolaban. A menudo solía recriminarse por no quererla como se quiere a una madre, por no acordarse de ella en todo momento, por olvidarla, sobre todo, cuando cualquier cosa la divertía y la regocijaba.

No pudo menos de exponer sus escrúpulos al confesor, y este, lejos de disiparlos, la sumergió en más penosas cavilaciones.

—Es natural—la dijo—que no te acuerdes de ella, porque es raro que se ame a quien no se ha conocido...

—Es que yo no puedo sufrir a la otra, padre. ¡No puedo aguantar a la que ha venido a usurpar el sitio de mamá!...

—Eso es ya otra cosa; pero no confundas los dos sentimientos: el cariño a tu madre y el despego de la otra, despego que, por ser inmerecido y anticristiano, no debes alimentar... Por lo demás, cuando tu padre se ha casado de nuevo, es que Dios lo ha dispuesto así...

No atenuaron estas exhortaciones el desvío de la niña de su madrastra. Nunca la consultaba nada ni atendía a sus consejos. La otra se vengaba insinuando en Francisco la conveniencia de internar a la niña en un colegio, idea que el padre acogió con tibieza, no tanto por no desprenderse de su hija como por no romper una costumbre. Una tarde que su madrastra estaba ausente, entró Purificación en la alcoba matrimonial, y como reparase que campeaban en el rodapié de la cama dos iniciales entrelazadas: F. M., que correspondían a Francisco y Micaela, se consideró ofendida recordando que la segunda mujer de su padre compartía aquel lecho sin el menor escrúpulo. Y al entrar el minero en casa aquella misma noche, le abordó con ingenua osadía:

—Di, papá; ¿por qué no compras otra cama? Esta era de mamá...

El enojo de Francisco se desató en reproches, que lastimaron en lo vivo a Purificación, y no fué esto lo peor, sino que enterada la madrastra de lo ocurrido, impuso a su esposo el compromiso de recluir a la niña en un colegio hasta que los años y la educación la humanizasen. Avínose el padre, no sin alguna resistencia, pues algo le dolía separarse de la chiquilla, y prometiéndola en secreto traerla de nuevo al calor de la familia en cuanto pasase aquella nube de hostilidad de su mujer, la dejó en un colegio de monjas, el más frecuentado de las niñas elegantes, aristocráticas y ricas.

Los primeros días de su permanencia en el colegio fueron de aislamien-

to y de murria. Lloraba a menudo y sin motivo aparente, no quería comer, dormía poco y con medrosos sobresaltos, y concluyó por cobrar tal pasión de ánimo, que las monjas temieron que enfermase. Nada la distraía; en nada hallaba recreo. Se apartó de sus compañeras, no por orgullo ni por timidez, sino por una instintiva pereza que la estorbaba el salir de sí misma y el acoger a nadie en su intimidad. Obedecía la ordenanza del colegio puntualmente; pero desasida por dentro de todos aquellos actos a que la obligaban desde muy temprano hasta el anochecer. No era huraña ni adusta, sino reservada, impenetrable. Su pensamiento seguía hilando la tela de las viejas preocupaciones familiares, sometida aún a la rutina de la existencia que acababa de dejar, y mientras ejecutaba un acto cualquiera, su imaginación poblábase de quimeras bizarras. Purificación dió en recelar que su madrastra no quería a su padre. ¿Cómo siendo ella hermosa, joven y elegante se había unido con el viudo, que era un hombre adocenado en lo externo, tosco por dentro, de cortas luces intelectuales y de una desidia en el vestir que le asemejaba a un pordiosero? ¿Por amor? La niña se resistía a creerlo. En el colegio había oído hablar de bodas concertadas por cálculo, y nadie se sonrojaba allí declarando que las mujeres deben casarse con hombres que tengan posición. Hasta la clausura llegaban resonancias de la vida mundana, y aunque un poco empequeñecidas y atenuadas, todas las vanidades que labran la dicha de la gente rica y linajuda trascendían a aquel recinto gobernado por las monjas. ¿Se había casado la madrastra por dinero? Esta sospecha se fué ahincando en su alarmado espíritu con redoblada firmeza, y el desprecio de Purificación hacia aquella mujer se acentuó. Su padre era muy rico.

¿Quería aquella mujer a su padre? La fiebre pesquisitiva de la niña se agudizaba con la impotencia de saberlo. Antes, cuando compartía la vida con ellos, hubiera podido descubrir con maña la naturaleza de los vínculos que unían a aquellos dos seres. Ahora, desde el colegio, le era imposible procurarse la menor prueba que confirmase o disipara sus recelos. Desconsolada en su apartamiento, dejó su esperanza en Dios y se puso a rezar con exaltado fervor. Le pedía que la iluminase y que favoreciese las desavenencias entre su padre y la madrastra, para odiarla a sus anchas y sin remordimiento. Lo más del día íbasele en la iglesia, de hinojos ante un niño Dios, mofletudo y gracioso, que sonreía mostrando en una mano la cruz redentora y en la otra una bola de oro, símbolo del mundo, muy ufano y contento de que la rubia zalea que le caía sobre los hombros, sus ojos claros, tersos e inocentes y su honesta desnudez moviesen a adoración a la Humanidad esperanzada y dolorida. A la Virgen María también la profesaba asiduo y vehemente culto: pero sus confidencias más entrañables eran para el infante divino. Los santos no la infundían más que respetos. Figurábase que estaban en el cielo en situación muy subalterna, como edecanes del Padre eterno, prontos a traer y llevar sus órdenes, sumisos a su autoridad y sin derecho a intervenir directamente en nada terreno ni celeste. El texto de las oraciones enardecía en el precoz entendimiento de la niña aquel vaporoso escepticismo, pues ni en el Padrenuestro, ni en el Avemaría, ni en el Credo, ni en la Salve, ni en el Yo pecador, ni en el Señor mío Jesucristo, que ella solía rezar, se les mentaba para nada a los santos. ¿No era esta omisión una prueba de que en el cielo nadie les consulta y nada pueden? Su autoridad para promover milagros le parecía dudosa, desde que una vez que perdió un dedal de oro en el colegio no pudo encontrarlo por más que rezó a San Antonio, y desde que, hallándose postrada con un dolor de muelas lancinante y cruel, no lo amortiguaron sus imperiosos requerimientos a Santa Apolonia.

Fué menester que interviniese el dentista para que su padecimiento ce-

sara. Comunicó la colegiala sus desconfianzas al confesor, y la severa palabra del sacerdote las desbarató, condenándolas por heréticas y trayendo a la niña al conocimiento de que los santos no obran milagros más que cuando el que los pide se halla en estado de gracia, don celestial muy raro entre los mortales. La instó a que no desmayase su fe en los santos, ya que son ellos los encargados de transmitir nuestras cuitas al Eterno, y la impuso una penitencia de varios credos y algunas novenas a Santo Tomás. Dos cosas imploraba la hija de Francisco del cielo: saber si su madrastra se había casado con su padre por amor o por cálculo y descubrir si le era fiel. Sin pensar en el adulterio, culpa atroz que su ingenuidad no podía conocer ni soñar, una insinuación secreta, vaga y tenaz como un presentimiento, la inclinaba a las peores sospechas. Viendo a la otra tan hermosa, tan frívola, tan soberbia, tan despótica y tan propensa a dejarse alucinar por la pompa del mundo elegante, se acordaba de su padre, que ni era guapo, ni muy limpio, ni muy sociable, sino al contrario, muy sencillo, tosco, retraído, casi cerril, y su instintiva malicia de mujer poníase en guardia contra un peligro invisible, amenazador, que flotaba en el aire, allí mismo, en el hogar. Y como esta sospecha se adhería a su alma insensiblemente, temió que la madrastra hubiese resuelto su reclusión en el colegio para darse sin testigos a sus livianos caprichos. «¿Será una pecadora disfrazada de mujer virtuosa?—preguntábase Purificación en plena calentura devota—. ¿Tendré yo, por voluntad de Dios, la misión de descubrir sus culpas y de aplicarla el castigo?»

Las monjas, sorprendidas de aquel súbito despertar de la piedad en la niña y de los fogosos ímpetus con que se daba al recogimiento, atribuyeron a un milagro del cielo aquella mudanza, anunció tal vez de una vocación religiosa que no tardaría en irrumpir, y como se trataba de una criatura destinada, por su inmensa fortuna, a brillar en el mundo y acaso a encender concupiscencias reprobables, la estimularon a perseverar en aquel camino, el más derecho sin duda para llegar a la divina gracia. Templada por el fervor, Purificación simultaneaba sus devociones con ciertas penitencias que no podían menos de serle gratas a Dios. Privábase, venciendo todo interior descontento, de los recreos que divertían a las educandas, y mientras sus compañeras, desperdigadas en el jardín, se desquitaban con alborozados juegos de la tediosa melancolía del encierro, Purificación se exaltaba en sus íntimos coloquios con el niño Jesús. Ponía sus labios con mimosa vehemencia y sin recatarse de nadie en una estampa que representaba al divino infante con la diestra mano apuntando al cielo y la izquierda entre las vedijas de un cordero, para dar a entender a los humanos que, sin parecerse al manso cuadrúpedo, es un sueño aspirar a la gloria eterna. En sus mortificaciones era inflexible. Metía puñados de grava en el calzado para que las piedrecitas lastimasen sus pies al andar, y sustituyó el jabón de violeta que la mandaba su padre para el aseo por el jabón de cocina. En las comidas no era menos implacable su rigor: se abstenía de todo plato que fuera de su gusto, no probaba los dulces ni bebía vino, y hasta el chocolate, que siempre fué uno de los manjares predilectos, pasó a la categoría de los placeres prohibidos. Y de noche, aunque apretara el frío y la hiciese temblar, dormía bajo una sola manta, mientras las otras colegialas se echaban dos. Estos rigores la procuraban intensa alegría, preparando su ánimo para otros sacrificios más considerables, y cuando alguna amiga suya la recriminaba por la aspereza de sus costumbres, Purificación traía a cuento las palabras de San Antonio: «Se ha de gobernar el cuerpo no con lo que él pide, sino con lo que le dieren», respuesta que quitó a las entrometidas toda veleidad de inmiscuirse en los espirituales deportes de la devota niña. Lo único que la apesadumbraba era la esquivez de su madre, que ni aun conjurada con

lágrimas y con rezos quería aparecérsela. Hubiera deseado que la muerta prestase su consentimiento a sus ideas y planes, para poner en claro las perfidias de la intrusa y darla el castigo que merecía, por hipócrita, calculadora, falsaria y cruel; pero Micaela no quiso moverse de la tumba o de la eternidad, por más que su piadosa hija la emplazó. Purificación vió en aquella indiferencia de su madre una prueba más a la que la sometía Dios para conocer el temple de su voluntad y saber si era capaz de llevar adelante el noble y reparador escrutinio que se proponía en casa de su padre, y persuadida de que los designios del cielo la empujaban, resolvió dar un paso decisivo. Próximas las Pascuas de Navidad, solicitó de su familia que la sacasen, tras de dos años de reclusión, del colegio por una corta temporada, deseo que no tardó en ser satisfecho. y al poner los pies en la calle, su corazón se oprimió con el vago presentimiento de que tendría que consumar una obra justiciera, que acaso la separase definitivamente de su padre.

La madrastra acogió a Purificación con agasajos que tenían apariencias de sinceros, y que por el momento desarmaron la animosidad de la niña. Se interesó por su salud, estuvo atenta a los pormenores que le daba la colegiala de su vida con las monjas, omitiendo, naturalmente, los episodios de su sobresaltada devoción; quiso conocer lo que se proponía para el porvenir, y la sostuvo con palabras cordiales y risueñas. En pleno desconcierto espiritual, Purificación no sabía qué pensar de aquella mujer que tan abiertamente hospitalaria se mostraba, cuando nada hacía esperar tales efusiones. ¿Sería un ardid para adormecer sus sospechas y dominarla?

Estaba la madrastra en toda la fuerza de la hermosura. La airosa cabeza, empenachada de rizos castaños, se erguía sobre los ebúrneos y opulentos hombros con victorioso brío, y en su rostro, pálido de rosa de té, los ojos, verdes y grandes, se encendían y apagaban a compás de las alternativas del oleaje espiritual. La curva de su nariz y la aguda caída del mentón delataban la firmeza casi despótica del carácter, y la exangüe delgadez de sus labios prevenía contra las veladas tendencias a la hipocresía de aquella mujer, que de cerca enardecía al minero y de lejos le subyugaba. Purificación la notó más pulcra y elegante que en otro tiempo y una mesura en la palabra y en el gesto, contraído evidentemente en el trato asiduo con personas finas.

—A tu padre le tenemos medianito. Está gordo; pero apenas come...

—Y eso, ¿por qué? ¿Cuál es la causa?

La madrastra titubeó un momento, como si la repugnara el descender ante la niña a bochornosas confidencias sobre las costumbres de su padre, y entendiéndolo así Purificación añadió por su cuenta:

—¡Trabaja demasiado!

La otra asintió con una ambigua mueca en que había reservas mentales, que no pasaron inadvertidas para la niña. En el deliberado retraimiento en que vivía dentro del colegio, su inteligencia se aguzaba, revistiéndose de temprana lucidez para internarse en las cosas y comprenderlas. Encontró a su padre muy caído y taciturno. Sobre la gordura mollar y fláccida de su rostro había impreso el alcohol una fatídica profecía con purpúreos caracteres de sangre; sus ojos estaban encendidos siempre por el fuego de la congestión; se le trababa la lengua al hablar, y cuando quería resucitar mediante el recuerdo episodios de su juventud, la memoria mostrábase remisa y precaria.

—¿Y por qué no come papá?—preguntó la niña con alarmados ojos, que traducían la inquietud de su alma.

—Hasta que se le cure una pequeña úlcera que tiene en el estómago, se alimenta de leche... Así lo ha dispuesto el médico...

—¿Y tardará mucho tiempo en sanar?...

—¡Según! ¡Si no bebiera fuera de casa...! Aquí se lo estorbamos; pero cuando va al casino sus amigos le obligan a beber con su ejemplo...

Purificación del Martirio se comprometió secretamente consigo misma a extirpar aquella incontinencia alcohólica de su padre, y con tan noble designio imploró la ayuda del cielo para que la sacase bien de su empresa. Y como lo que más apremiaba era la necesidad de vigilarle a toda hora, siempre que Francisco se disponía a salir, la niña se colgaba de su brazo, con mimosos extremos.

—¡Llévame contigo, papá! Yo quiero ver mundo también. La casa me parece tan triste como el colegio...

—¡Bien, hija mía! Daremos un paseo; luego me dejarás en el casino y el coche te traerá al anochecer...

—¿Y tú? ¿Vas a quedarte sin mí, con tus amigotes? Ya verás, papá, cómo el día menos pensado te dan un disgusto esos hombres. No se puede esperar cosa mejor de gente que no teme a Dios y se emborracha por gusto...

—¿Y quién te ha dicho a ti que mis amigos sean unos borrachos?—preguntó sorprendido graciosamente Francisco.

—¡Los hombres no se reúnen más que para beber y jugar!—repuso la niña con firmeza—. Y eso lo tengo yo sabido por mi confesor...

—Pues se equivoca tu confesor... Mis amigos y yo nos juntamos para pasar un rato de charla...

—¡Ofendiendo a Dios seguramente! Si te quedaras en casa todo el tiempo que malgastas con esas compañías estarías mejor de salud, papá... ¡Haz la prueba!...

Francisco tomó a broma las reconvenciones de su hija; pero hizo propósito de eludir su vigilancia y fisgoneo. Pretextando compromisos mercantiles se ausentaba de casa sin consentir que Purificación le acompañara, y al regreso, por la noche, la colmaba de caricias y zalamerías tiernas, que la otra recibía como una compensación, adivinando lo que había en ellas de remordimiento y de tristeza. La frialdad con que la madrastra miraba el arraigo que el insidioso vicio de beber tenía en Francisco, exasperaba a la niña, sumiéndola en las más tétricas conjeturas. ¿Por qué no le ayudaba a vencer esa malsana costumbre? ¿Por qué no le asiste un médico que ponga interés en su cuidado? ¿Será que desee su muerte? La medrosa y emponzoñada sospecha de que la intrusa acechara con recatada alegría aquel lúgubre desenlace se ahincó a su pesar en ella y no la dejaba hora completa de sosiego. Habría dado cualquier cosa por sondar en el pensamiento de la mujer de su padre y por leer en el secreto de sus intenciones. La diversidad de vida que hacían las dos alejaba todo medio de exploración en el alma de la madrastra. Apenas si se veían un momento por la mañana y luego lo preciso en la mesa. La niña continuaba en casa de su padre los hábitos de madrugar y de satisfacerse con los parcos condumios del colegio, sobriedad que contrastaba con el regalado vivir de la otra, que no ponía tasa a los despilfarros de la cocinera, con tal de que la diese gusto. En el aliño personal disentían igualmente, pues mientras Purificación se vestía con modestia, no exenta de elegancia, la madrastra agotaba considerables sumas en retocar el marco de su hermosura.

—¿Por qué no cuidas más del vestir? Estás en la edad de lucir trapos y alhajas—la dijo un día la madrastra, mitad como consejo y mitad como reconvención.

—Más adelante... Cuando salga del todo del colegio...

¿Sería estudiada aquella solicitud? La suspicacia de la niña lo temía. Si siquiera hubieran vivido juntas las dos mujeres mucho tiempo, aquellos extremos de maternal interés no la hubieran chocado.

—Eres bonita y debes procurar hacerlo valer—repuso la madrastra en tono entre festivo e intencionado—. Los años pasan, y nuestra felicidad depende, a veces, del celo que hayamos puesto en el cuidado de nuestra persona.

Purificación no supo qué contestar. Aquel lenguaje lleno de malicia resultaba arcano para ella. No podía suponer, ni remotamente, que tuviese

el menor alcance sensual. Su imaginación, de una precocidad aguda para entrever ciertos secretos de la vida, no presentía aún el amor. Podíase hablar impunemente de las aventuras más escabrosas entre hombres y mujeres delante de la niña sin que su pudor se alarmara. No percibía el lado pecaminoso de tales conversaciones ni la presencia de un hombre la inquietaba poco ni mucho. El instinto sexual confinado dentro de la corteza de la inocencia fermentaba sordamente en su sangre, sin despertar en ella todavía el menor presentimiento de voluptuosidad.

Para traerla a lo profano, sin apartarla del todo de lo religioso, la madrastra la instaba a que frecuentase el teatro, invitación a la que cedió por pereza la niña. El espectáculo escénico, con sus variadas peripecias; el desfile de los tipos y las alternativas de la fábula la divertían, y mucho más si en lo interno de la obra se planteaba una como charada o acertijo. Entonces Purificación, atenta al curso del asunto, apostaba consigo misma a que debía suceder esto o aquello, a que tal personaje debía sucumbir o tal otro casarse. El teatro retenía suspensa su atención tan plenamente, que sus ordinarias cavilaciones la abandonaban por el momento. Era para ella como una tregua en su constante tortura interior. No podía sobreponerse, sin embargo, a cierta difusa tristeza, que la invadía al salir de cualquier fiesta, por inocente que fuese. No era remordimiento ni malestar que procediera de escrúpulos religiosos, sino como la melancolía que nos enerva después de una decepción sentimental. Al reintegrarse a la vida, al contacto de los seres y de las cosas, su alma se encogía recelosamente como si presintiera oscuros peligros. En aquellos instantes se acordaba del colegio, y un frenético anhelo de volver a aquel apacible ambiente solía invadirla, tiñendo de negro su alegre humor infantil. Aquellas transiciones del ánimo de la niña pasaban inadvertidas para el padre. Francisco era de natural retraído, hosco de gesto y rudo en el trato social, cualidades que, por lo arraigadas y permanentes, no acertaba a disimular ni aun en lo íntimo de su casa. De joven, su carácter hubo de tener llamaradas de alegría; pero los años y el alcoholismo lo ensombrecieron, transformándolo en un hombre taciturno. Entre su mujer y él las conversaciones eran escasas, y casi siempre se truncaban a poco de iniciadas, porque el tardío entendimiento del marido no le consentía ponerse a tono con el tema, por vulgar que fuese. Interrogarle sobre cualquier asunto que no fuese el estado del tiempo era inferirle una humillación. En aquellos casos Francisco dejaba transparentar su desasosiego mental enarcando las cejas y entreabriendo la boca con una mueca de alelamiento, indicios seguros del insólito esfuerzo a que se le obligaba.

En la mesa, el contraste entre los cónyuges era tan visible que interesaba al más distraído. Aquel hombre, rudo, zafio y mal trajeado, a la diestra de una mujer hermosa y elegante, desentonaba tanto como la presencia de un cuadrúpedo en un museo. A lo primero, de recién casados, ella procuró que contrajese hábitos de aseo. Lo acompañaba a la sastrería, elegía las telas de sus trajes, disponía el corte y el dibujo de las camisas que había de ponerse, y hasta lo peinaba y pulía las uñas de las manos. El, contento y envanecido de aquellas atenciones, la dejaba hacer, hasta que pasado algún tiempo caía Francisco en la desidia, como si se hallase más a sus anchas entre ropas deformadas por el uso y relucientes de la mugre. Ella, desesperada de aquella resistencia de su marido a la disciplina de la limpieza, acabó por familiarizarse con el permanente espectáculo de su desaseo. Como los cónyuges no iban juntos a ninguna parte, la dama no tenía que soportar la mortificación de una compañía que hubiera hecho demasiado ostensible el contraste de los gustos entre el marido y la mujer.

En los dos años que estuvo la niña recluída en el colegio, la madrastra

impuso en el hogar de Francisco no pocas novedades. Todos los muebles viejos, aun los de uso más íntimo, fueron arrinconados en el desván de la buhardilla o mal vendidos al trapero. En las habitaciones, amplias y elegantes, lucía ahora un ajuar de diversos estilos, desde la alcoba modelada sobre el patrón Imperio y el comedor de sobria ornamentación inglesa, hasta la cocina, donde fulgían los peroles y cacerolas juntos con otros bártulos de aluminio, colgados de los vasares. Las paredes del salón estaban revestidas de tapicería, de procedencia flamenca, con dibujos copiados de Tenier y Juan Steen, escenas entre sensuales y grotescas, que pregonaban la predicción de aquellos maestros por las ingenuas exuberancias de la vida animal. En el gabinete de música, vestido de brocado azul, campeaba un piano Erard, de media cola, y en el testero de un sofá de caoba, que se extendía al hilo de las paredes, los retratos de Beethoven, ceñudo; Wagner, altivo; Chopin, romántico, con su melena rubia aborrascada, y Mendelsshon, melancólico, como un rabino que sueña con una *Sión* futura, entonaba el ambiente con el suave e inefable lirismo que se desprendía de su silenciosa presencia. Toda la vieja servidumbre había sido despedida y reemplazada por un personal numeroso, que atendía a las órdenes de un mayordomo comprovinciano de la madrastra. Purificación advirtió que toda aquella gente era enteramente adicta a la dueña de la casa y que apenas se ocupaba de su padre. En tales mudanzas no vió la niña más que una irreverente dispersión de los recuerdos familiares, un rudo ajuste de cuentas con el pasado, por iniciativa de la madrastra, y al cual su padre no había tenido el valor de oponerse.

Aunque sufriera por d e n t r o con aquellas opulencias que ofendían a su madre muerta, recató su dolor con dignidad, confiando secretamente en que la justicia divina daría a la culpable su merecido. Como la niña no tenía confidente con quien desahogarse, cualquier preocupación adquiría en su ánimo la tenacidad de las ideas fijas. Hervían en su interior los presentimientos y las sospechas. ¿De qué? Ella misma no acertaba a concretarlo. Hubiera querido vigilar a la madrastra; pero no se la ocurrió el método de espionaje que la permitiera seguir en todo momento sus pasos. Con la servidumbre no se podía contar para aquel empeño. El azar la puso en la pista de más afortunados descubrimientos. Cierto día, a la hora del almuerzo, hallóse en la mesa con un convidado.

—Mi primo Jeromo—dijo la madrastra, presentándole.

Purificación inclinó ceremoniosamente la cabeza y se sentó. El otro era un militar de aventajada talla, rubio y de simpáticos ademanes. La llaneza con que se expresaba y el vocabulario, un poco chabacano, que parecía preferir aquel hombre, mortificaron vagamente a la niña. Como la conversación estaba ya iniciada sobre temas de frivolidad social, ajenos a la experiencia de la niña, ésta, distraída en sus preocupaciones, no prestaba atención a aquel ir y venir de palabras. Su continente en tales circunstancias, sin ser hostil, era retraído.

—Y esta señorita, ¿vuelve de nuevo al colegio?—preguntó el militar amablemente.

Purificación se ruborizó al verse aludida de improviso. Vacilando, sin saber qué respuesta dar, miró a su madrastra en tono de consulta.

—Eso dependerá de ella—expuso la dama—. Como su padre la mima mucho, hará lo que quiera Purita...

—¿Y usted qué prefiere?—insistió sonriendo el militar.

La timidez trababa la lengua de la niña. Lo imprevisto de la escena la había turbado, privándola de todo medio de coordinar sus ideas. Su madrastra, risueña, acudió a sacarla de aquel trance.

—Yo supongo que no querrá volver al encierro. Es ya una pollita y nada tiene de extraño el que empiece a interesarla la vida...

—Además, aquello debe de ser un

poco aburrido, ¿verdad?—volvió a preguntar Jeromo.

—¡No, señor! Está usted equivocado... Allí se está muy bien...—replicó la chiquilla con viveza no exenta de agresividad.

—¡Perdone usted, hija mía, si la he mortificado con mis palabras! Ha sido sin querer. *(Pausa.)* Yo hablaba por mis recuerdos del colegio. Aseguro a usted que a los catorce años aquello me aburría mucho. Me escapé tres veces, hasta que mis padres me sacaron...

—Los hombres sois más difíciles de sujetar—terció a decir la dama—. Las niñas hacen buenas migas con las monjitas. Además, Purita, según nos han dicho las madres, estaba allí muy contenta...

La niña asintió con resuelto movimiento de cabeza.

—¡Bueno! De todos modos—añadió el militar—, esta señorita no se va a pasar en el colegio la vida entera. Ya no es una criatura. Cuando una mujer ha cumplido quince años y tiene una cara bonita y es elegante, lo natural es que piense en algo más que en rezar el rosario... Vamos, yo no sé si estoy diciendo un disparate...

Lo curioso es que la niña no se sentía ofendida por la franqueza del militar ni por el ramplón escepticismo que se transparentaba en sus palabras. La vanidad femenina, secretamente halagada en el disimulado requiebro que acababa de dirigirla Jeromo, atenuaba, a los ojos de Purita, la nada fina desenvoltura de aquel hombre. La niña, cohibida antes, empezó a sentirse dueña de sí y a afrontar serenamente la mirada del militar.

—No vaya usted a figurarse que en el colegio nos pasamos las horas en penitencia... También allí hay diversiones.

El oficial hizo una mueca de incredulidad, como dando a entender su desdén de los inocentes recreos conventuales. Recordaba haber visitado a una hermana suya en las Inglesas, y sabía lo que en los colegios de monjas se reputa como diversión.

—Yo no me figuro nada, hija mía —contestó por decir algo—. Estoy, sin embargo, seguro de que dentro de poco la interesarán a usted otras cosas más mundanas... Dicho sea en el buen sentido del concepto...

—Será lo que Dios quiera...

—Dios, créame usted, ha querido siempre que las mujeres bonitas encuentren novio pronto...

A sus palabras, de un tono afable, acompañó una sonrisa afectuosa, como la de un camarada. Purita, aunque confusa y oprimida por la emoción todavía, tuvo que confesarse a sí misma que Jeromo no era antipático. Además, según sus presunciones, no debía de ser malo. Miraban sus ojos con demasiada lealtad y tenía su voz un tono entrañable, que suele ser eco de buenos sentimientos, para que aquel hombre fuese un vulgar perdulario. «Luego—pensó la niña—, ¡le sienta el uniforme tan bien!»

Después de comer pasaron los comensales al salón de fumar, donde les fué servido el café. La niña creyó notar que su madrastra la miraba entre compasiva y burlona, como si hubiese ahondado en la íntima turbación de Purita.

Mientras tomaba el café, Jeromo encendió un cigarro. Antes había ofrecido otro, egipcio, a su prima, que lo aceptó con la mayor naturalidad. La chiquilla, escandalizada, no supo cómo hacer ostensible su protesta. El que una mujer fumase era para ella una usurpación de atribuciones sexuales y, a más de eso, un pecado.

—En el colegio no las permitirán a ustedes fumar, ¿eh?—preguntó Jeromo en tono zumbón.

La interrogación pareció a la niña tan de mal gusto, que se creyó dispensada de contestar. Guardó silencio un instante, y ya desencantada de los modales de aquel hombre, que empezaba a presentársele como un depravado, y poco después, pretextando la necesidad de escribir a las monjas, se retiró a su cuarto.

Apenas se hubo ausentado, Jeromo exclamó:

—¡Es una chiquilla...!

—Es una tonta del género místico —repuso la madrastra.

★

Los días sucesivos, mientras estuvo Francisco de cacería, el militar frecuentó el trato de las dos mujeres, y unas veces se quedaba a comer y otras a almorzar. Con la niña mostrábase cada vez más deferente y atento, como si se propusiera desarmar su desconfianza y prevenir su hostilidad. Ponderaba su gracia ingenua, atraía su atención hacia temas de mundanería social irreprochablemente honestos y procuraba disuadirla de volver al colegio. ¿Respondía aquella táctica a un plan concertado por Jeromo con su prima? La niña, no obstante su prematura clarividencia, ni lo sospechó siquiera. Sus meditaciones la llevaban más bien a suponer lo contrario. Pensaba, con cierta lógica, que si su madrastra pretendía alejarla de aquella casa para dominar más a sus anchas a su padre, lo natural hubiera sido dar pábulo a la naciente vocación religiosa, que ella no recataba, tendiendo a mantener vivas, con la conversación diaria, sus apacibles remembranzas del colegio. Por su parte, la niña iba aficionándose de día en día al trato del militar. Jeromo departía con ella de igual a igual, desentendiéndose de los pocos años de la chiquilla, y a menudo la hacía confidencias, en tono muy serio, sobre sus ilusiones de hombre, sobre lo que esperaba de la vida en amor y triunfos. Purita le oía con recogimiento, en la actitud entre encantada y pavorosa con que escuchó Margarita a Fausto, y cuando él se marchaba, la niña sentíase por dentro más sola. Insensiblemente iba congraciándose con la frivolidad social. Asistía asiduamente a teatros y paseos en compañía de una dama francesa que la distraía mucho enumerándola los encantos de París y dejándola entrever el refinado bullir de la gran urbe: vestía con meticulosa elegancia y empezaba a interesarse por las mil nonadas que divierten y apasionan a las mujeres ricas y ociosas. A ratos, en el aislamiento nocturno, su espíritu, ya en plena emancipación de vanidades, volvía arrepentido al recuerdo de su madre, a la paz del colegio, a la atmósfera de santidad en que habían transcurrido dos años de su melancólica infancia. Entonces, el remordimiento de haberse adherido, siquiera fuese de un modo pasajero, a las frivolidades mundanas la hacía sufrir cruelmente; pero no se la ocurría, como forma de expiación, el renunciar a ellas para siempre. En el transcurso del día y de la noche el recuerdo de Jeromo la asaltaba a menudo. «¿Será esta simpatía mía por ese hombre el despertar del amor mundano?», se preguntaba transida de vergüenza. Luego, involuntariamente, asociaba a aquella tentadora visión el nombre aborrecible de su madrastra. ¿Habría algo entre ellos? Connaturalizada lentamente con una vida de la que las preocupaciones morales están ausentes, en plena atmósfera de sensualidad, la niña iba contrayendo sin querer ese malévolo sentido fiscalizador que en el trato social nos pone en guardia contra las personas y las cosas. Su inocencia de pensamiento iba disipándose y su malicia se acentuaba. «¿Qué relaciones median entre Jeromo y la madrastra?», preguntábase con una angustia cuyo origen no habría podido analizar sin asustarse. Tampoco echaba en olvido a su padre. Le amaba y le compadecía, porque estaba segura de que entre la madrastra y él no había más vínculos que los de la convivencia legal y los de la costumbre. Las frecuentes deserciones de Francisco del hogar avivaban su sospecha de que su padre no era feliz con aquella mujer. Pero ¿cómo llegar a la verdad?

El ánimo de Purita se encendía de cólera cuando presentía que entre Jeromo y la madrastra pudiese haber algún ligamen clandestino, algo contrario a la ley de Dios, y solamente se aquietaba considerando que si el uno y el otro habían incurrido en culpa, la justicia divina no tardaría en hallar el desquite. A partir del momento en que admitió la posibilidad de que

mediaran entre su madrastra y Jeromo relaciones deshonestas, la niña mostróse adusta con el militar. Rehuía su presencia, y cuando la necesidad le obligaba a codearse con él, estudiaba sus palabras de modo que no rebasasen el límite de lo convencional. El no se dió por entendido de aquella actitud glacial, que atribuyó a la versatilidad de los caracteres infantiles. La madrastra, por su lado, seguía viendo a Purita como a una extraña, con la que se vive sin confundir los sentimientos ni acompasar las costumbres.

Entre tanto, Francisco difería su regreso, alegando que se encontraba bien en el campo y que le retenían lejos de su casa compromisos de colonización, en los que se había metido comprando una dehesa y una granja de labor. El trazo firme de sus cartas delataba salud, lo que hizo suponer a Purita que el retraimiento campesino tonificaba a su padre. En casa nadie, fuera de la niña, revelaba impaciencia porque volviese. Se hacía la vida normal de rumbo y despilfarro, sin que nadie atajase aquella sangría de dinero, en nombre del orden doméstico. Purita, invadida por una melancolía cuya causa ignoraba ella misma, no hacía más que llorar. La francesa, confidente suya y paño de lágrimas, la consolaba con frases de cordialidad.

—No se apure la señorita. Su papá es muy rico y la quiere mucho, y la señora, su madre, también la quiere mucho.

Cierta noche Purita se acostó más desasosegada que nunca. Sus negras cavilaciones la tenían en tal abatimiento, que reiteradamente exhortó de rodillas el espíritu de su madre para que se la llevase de este mundo. Espiando a Jeromo y a la madrastra había descubierto entre ellos síntomas de una intimidad que la traía escamadísima. Una tarde entró ella de improviso en el comedor, a la hora del té, y vió que el militar ceñía con el brazo el talle de su prima. Otra vez les oyó disputar con descompasadas voces en el gabinete de música, y como se la ocurriese entrar, ellos guardaron silencio, recobrando una compostura decorosa; pero la niña, que era un lince, observó rastro de lágrimas en los ojos de la dama. ¿Qué habrá pasado?

Acostada en su lecho, la niña retrocedía con el pensamiento hacia aquellas escenas que, confirmando sus sospechas, la desviaron definitivamente del trato de Jeromo. Su cabecita, febril, ardía, y la sed, una avidez inmensa de beber algo fresco, la tenía desvelada. ¿Llamaría a su doncella? Obligar a un criado a ponerse de pie en horas de madrugada la contrariaba. Sus sobrias costumbres del colegio la habían habituado a bastarse a sí misma. ¿Qué hacer? Como la oscuridad nocturna no la espantaba decidió ir ella misma al comedor, que estaba al cabo de un pasillo, entre el cuarto de música y el salón de fumar. Calzóse unas chinelas, y envuelta con un chal de lana se precipitó en el corredor. «¿Encenderé la luz?», se preguntó al encontrarse en las tinieblas. La fiebre la tenía trémula, y a pesar de que la temperatura era alta en el interior de la morada, un escalofrío la hizo tiritar. Tentada estuvo de volverse a su alcoba; pero la sed, que no podía reprimir, violentó su voluntad. Otra circunstancia la sostuvo en su primer designio de ir al comedor, y era que había visto un hilo de luz proyectándose sobre el pasillo. Avanzó con grandes precauciones, tanteando con cautela en las paredes, y al llegar frente a la habitación de donde fluía la luz se detuvo, anhelante y acongojada. Un presentimiento paralizó sus piernas. Recordó que en aquel cuarto dormía la madrastra. «¿Por qué tiene encendida la luz a estas horas?—preguntó, conteniendo los latidos de su corazón—. Ella, que de ordinario duerme sin que nada la turbe, ¿por qué está despierta?» La curiosidad y el recelo la clavaron en aquel sitio. Su sed se había disipado como por arte de ensalmo. Las líneas luminosas que señalaban el marco de aquella puerta la fascinaban. Así, tiritando de fiebre, pero con la inquebrantable resolución de saber, de averiguar, de salir de

una duda cruel, esperó unos minutos, con la respiración contenida y el oído atento. ¿Qué esperaba? Ella misma no hubiera acertado a expresarlo. No se oía nada más que el rebullir de un cuerpo en la cama y el ritmo del aliento humano en las horas del sueño. Ya más tranquila, disponíase la niña a continuar hacia el comedor, cuando sonaron dentro, en la alcoba iluminada, toses de hombre, adrede sofocadas. Siguió a las toses un sigiloso rumor de palabras femeninas que reconvenían. Purita, consternada, anhelante, sin ser dueña de enfrenar los latidos de su corazón, tuvo entonces un alarde de osadía, y, levantando de improviso el picaporte, entró en la alcoba. Al ver a los culpables, que yertos de estupor la mirabar con aterrada fijeza, quiso lanzarse sobre ellos; pero sus fuerzas la abandonaron y cayó de bruces, llorando, a los pies de la cama. La madrastra, ya repuesta y atendiendo al peligro, acudió a levantarla.

—¡No! ¡No! No se acerque usted... No me toque usted...

Lentamente, penosamente, logró levantarse. Y dando traspiés, sin dejar de sollozar, se lanzó por el pasillo adelante al través de las sombras de la noche...

*

—¿Qué te ha parecido la escena? —preguntó la madrastra a Jeromo apenas se fué la niña.

El otro, absorto, manoseaba nerviosamente su bigote. Como persistiera en el silencio, la dama añadió:

—Es preciso ver qué se hace... Temo que apenas regrese Paco la mosca mística lo eche todo a perder...

Jeromo, pendiente de sus meditaciones, no supo qué respuesta dar. Sentíase por dentro avergonzado, humillado, como el que acaba de descubrir una inferioridad moral ante testigos. El no haber tomado las suficientes precauciones para recatar sus amores a los ojos de la niña le irritaba. «¡Soy un bruto! Esto se ha podido evitar», decíase para su fuero interno.

—Hemos tenido nosotros la culpa —exclamó en voz alta, saliendo de sus reflexiones.

—¿Nosotros? ¿Por qué? —preguntó la dama con un asomo de enojo en el acento.

—Mejor dicho, tú—añadió Jeromo vagamente, deseoso de una quimera que le permitiese desatar sus nervios...

—¿Yo? Era lo que me quedaba que oír—y su mirada se empañó—. ¿Yo la culpable? ¿Por qué? ¿Por no saber negarme a tus caprichos?

Como el militar no acertase a formular la réplica, la dama continuó con abatidos tonos:

—¡Es verdad! ¡Bien merecido me lo tengo! Si yo hubiera sabido resistir, defenderme, estar en mi lugar, no me vería en este aprieto...

Las lágrimas fluyeron lentamente de sus ojos. El otro, implacable, asistía con cierta saña muda al sufrimiento de aquella mujer, sin pensar en el sacrificio que hacía arrostrando el peligro de la delación probable de la niña.

—Bueno—expuso de pronto la dama, enjugándose el llanto—. Es preciso ver cómo se evita lo que puede ocurrir...

—¿Y cómo lo vamos a impedir? —preguntó Jeromo bruscamente—. Esa criatura hablará, dirá lo que ha visto...

—Es preciso que no hable...—añadió la dama con firmeza.

—Eso es imposible. En cuanto vuelva su padre y se vean, la chiquilla lo volcará todo... ¿Por qué consideraciones había de callar? ¿Qué lazos la unen contigo? Ella, aunque lo disimula, te odia...

—Ya lo sé, y no me importa—replicó la dama con reprimida cólera—. Por más que yo haya hecho para agradarla, no soy, ni seré nunca para ella, más que la madrastra. Pero no se trata ahora de saber si me quiere o me aborrece, sino de que no hable...

—¿Y cómo vas a estorbarlo?... ¿Matándola?...

La mirada de la dama tradujo el horror y la repugnancia que la inspiraban las palabras que acababa de oír.

—¿Matarla? ¡Dios me libre!... ¡Que viva muchos años!... Yo no considero imposible el que la chiquilla guarde silencio... Hay, que yo sepa, una persona capaz de obtener de ella eso...

—¿Y esa persona es?...—preguntó Jeromo, incorporándose en la cama.

—Esa persona eres tú.

—¿Yo?—insistió el otro con el estupor pintado en los ojos.

—Sí, tú; no creas que no he advertido el ascendiente (voluntario o involuntario, en eso no me meto) que tienes sobre ella. A poco empeño que pongas te obedecerá...

—Pase lo que pase—exclamó el militar con resolución—, no lo intentaré. El paso me repugna... Además, no sabría por dónde empezar...

—¡Qué cobardía!—gimió la dama, viéndose desamparada.

El apóstrofe lastimó a Jeromo como un latigazo. Sentado ya en la cama, quedóse mirando fijamente a su prima, indeciso, afrentado, como el que se ve impotente para reparar una ofensa. A punto estuvo de desahogarse con la palabrería gruesa que usan los hombres en las pendencias; pero la consideración de que se las había con una dama lo contuvo.

—¿Cobardía? ¿Por qué? ¿Porque me niego a humillar a esa niña con explicaciones que no debe oír? Mira, hijita... Ya que me llamas cobarde, voy a probarte que no lo soy... En cuanto regrese tu marido me encierro con él y se lo cuento todo. Es lo más derecho... Entre hombres, estos asuntos se arreglan siempre... ¡Lo siento por él!—añadió con un dejo de fanfarria.

—¡Eso es! Echarlo todo a rodar con un escándalo... Y a mí que me parta un rayo...

Tras unos instantes de silencio, que aprovechó Jeromo para estudiar una salida, sonaron estas breves palabras de él:

—¡Tienes razón! No se puede ir al escándalo... Hay que buscar otro medio...

—No hay más que uno: el que te he dicho...

—Pero, hija mía, ¿cómo quieres que yo imponga a esa niña el suplicio de oír ciertas cosas? Si ella no tuviese más que sospechas, recelos, presentimientos, yo no tendría reparo en disculpárselos... Desgraciadamente, no estamos en ese caso... No olvides que ha estado aquí, que nos ha visto...

—Entonces—dijo la dama—habrá que apelar a los grandes recursos... Entraré yo a verla... Me humillaré, me arrastraré si fuera preciso...

—Exige de mí lo que quieras... No pongo límites al sacrificio... A todo estoy dispuesto, menos a verla... Me repugna mucho—expuso Jeromo con inflexible tono.

La dama sonrió, haciendo una mueca en la que coincidían la amargura y el desdén. Alumbraba el día, y la claridad de los cielos, filtrándose por los cristales del balcón y al través de las maderas que los velaban, dictó imperiosamente a Jeromo el deber de dejar aquella casa, en la que no podía permanecer a tales horas sin grave y tal vez irreparable quebranto del decoro de su prima. Mientras se vestía, su espíritu, indiferente a la preocupación de su prima, iba al encuentro de la niña. ¿Qué pensará de mí? Recapitulando los recuerdos de sus paseos con Purita se entristecía. Fatuo, como la generalidad de los hombres, Jeromo no había dejado de advertir el eco de simpatía que su persona y sus palabras despertaban en la chiquilla. En sus conversaciones con ella solía mostrarla lo mejor de su alma, el fondo ingenuo, residuo de la infancia que los hombres no picardeados por la perfidia humana conservan aún en la madurez de la vida. Purita le hacía a menudo confidente de sus impresiones infantiles, de los deslumbramientos que experimentan los niños a medida que se les va revelando el vario panorama del mundo. Después de aquel período de mutua e inocente confianza, la actitud de la chiquilla había cambiado con él, sin que Jeromo se explicase los secretos motivos de aquella mudanza sentimental. «Y ahora, ¿qué pensará de mí?—se preguntaba con melancolía—. Ella, que adora a su padre, ¿qué dirá de mi conducta?» La

posibilidad de verse a solas con Purita le asustaba. Resuelto a evitarlo por todos los medios, se despidió de su prima y abandonó la casa sigilosamente, antes de que la servidumbre se hubiera levantado... Ella, al verlo partir tan frío, tan indiferente a su indefensión en aquellas circunstancias, se echó a llorar silenciosamente...

*

Dando traspiés por el corredor y sin preocuparse de que sus pasos fuesen o no advertidos, la niña se refugió en su alcoba. «¡Mamá! ¡Mamita!», gimió apenas se vió a solas en su cama. La fiebre enardecía su sangre, dando alas a su fantasía. Frecuentes escalofríos la tundían el cuerpo. «¿Será que me vaya a morir?», pensó vagamente. Y su imaginación acalenturada la hacía verse muerta, metida en una caja y con muchas flores en torno suyo. Así había visto en el ataúd a una colegiala meses antes. Su padre estaría a su lado, reteniéndola con lágrimas para que no se la llevasen, y su madrastra disimularía con un semblante de fingido dolor el regocijo de verla desaparecer para siempre. Lo extraño del caso es que Purita, sin dejar de contemplarse muerta en la caja, se veía también viva y con alas, en compañía de su madre, la cual, sonriendo, se la llevaba consigo al cielo. Alternando con esas visiones, que la procuraban íntimo bienestar, la niña caía en realidades recientes, y entonces la escena de Jeromo y la madrastra acostados en la cama ofrecióse ante sus ojos en la plenitud de su repugnante horror. Por más que ella hacía para apartar de sí aquel cuadro de ignominia, las protervas imágenes se adherían a su espíritu obstinadamente. Ya no lloraba, porque todo el agua en que se disuelven los grandes dolores humanos había salido de sus ojos. Pensaba, soñaba, proyectaba. ¿Y el pobre papá? Al principio se determinó a decírselo todo: pero ¿cómo? ¿Cara a cara? Sin que fuese precisamente miedo, un sentimiento indefinible la cohibía. ¿Escribirle? Sí; era lo mejor. Le pondría una carta en estos términos: «Papá, esa mujer es mala. Te engaña. Echala de tu lado, papá.» Purita no dudaba del éxito de aquel paso, sobre todo si, como era de esperar, su padre, enterado de la carta, pedía minuciosas explicaciones de lo sucedido en su ausencia. Ya se afirmaba en aquel propósito de castigar a la intrusa, apartándola para siempre del lado de su padre, cuando advirtió que alguien entraba, con quedas pisadas, en la alcoba. Vió el bulto de una persona en la indecisa luz matinal y se sobresaltó.

—¿Quién es? ¿Quién viene?—preguntó con ahogada voz.

—No temas, soy yo—repuso la otra con frase susurrante—. Vengo a pedirte perdón...

Y se arrodilló a los pies de la cama.

La niña, mal repuesta de la sorpresa, no sabía qué contestar. Miraba a su madrastra con ojos, de los que estaba ausente el odio, como a una extraña a la que se ve por primera vez.

—¡Perdón, hija mía, perdón!...—insistió la dama, buscando con insistencia una de las manos de la niña.

Purita, eludiendo la presencia de la madrastra, volvió bruscamente el rostro hacia la pared. Se resignaba a oírla; a verla, no. Entre tanto, la dama, de hinojos, con la cabeza inclinada sobre el borde de la cama, se excusaba con frases cortadas.

—¡Perdóname! ¡Estoy avergonzada y arrepentida! ¡No lo volveré a hacer! ¡Y mira, por Dios, que tu padre no sepa lo sucedido!... Esos dos hombres tendrían que verse frente a frente, y quién sabe, tal vez tuviéramos que llorar una desgracia...

Aquellas palabras infundieron vivo pavor en la niña. Vió claro, en medio del desorden de su imaginación, que su padre corría un peligro, y aquel temor la humanizó.

—¿Qué quiere usted de mí?—preguntó con débil acento, sin volver el rostro de la pared.

—¿Qué quiero, hija mía? Una sola cosa: tu silencio...

La niña meditó antes de contestar.

—Bueno. Y si yo callo, ¿se irá usted?...

La dama vaciló sobre la respuesta que debía de dar.

—¡Ten compasión de mí!—repuso—. ¡Mira que sufro mucho, mucho!...

—Bien—preguntó la niña—: pero ¿él no vendrá nunca a esta casa?

—No; nunca. ¡Yo te lo juro!

—Entonces me callaré...

Iba la dama a desatarse en manifestaciones de gratitud, pero la niña las atajó con un gesto.

—¡Y ahora váyase usted! ¡Quiero estar sola!...

La otra, humillada y triste, se alejó furtivamente...

FIN DE
«GUILLERMO EL APASIONADO»
Y
«EN EL UMBRAL DE LA VIDA»
DE
MANUEL BUENO

CARMEN DE BURGOS ("COLOMBINE")

(1879-¿1933?)

CARMEN DE BURGOS ("COLOMBINE")

NOVELISTA *y periodista. Nació en Almería. Profesora, por oposición, de Lengua y Literatura españolas en la Escuela Normal Central del Magisterio. Recorrió toda Europa y América, pensionada por el Estado español, pronunciando discutidísimas conferencias en pro del feminismo y de la emancipación de la mujer. Colaboradora muy solicitada de los más importantes diarios y revistas. Autora de docenas de novelas breves, de centenares de cuentos y de una veintena de novelas largas. De mucha y original inventiva, prosa limpia y tendencias socializantes. Fué la primera pluma femenina de su época.*

Novelas: Al balcón—*1905*—; Cuentos de Colombine —*1908*—; El último contrabandista; Ellos y ellas, o ellas y ellos; Los espirituados; La mal casada: La hora del amor; El tío de todos; La mujer fantástica; Los anticuarios.

VILLA MARIA

I

SONÓ, como un desperezo de la casa que despertaba, el timbre de la verja, con ese insistente tintineo que sólo se permiten las personas de la familia o los acreedores para llamar a las puertas.

Doña Laura miró, como un amplio campo en el que se respiraba mejor, el pequeño jardín, como un croquis de los grandes jardines. La mañana cuidaba las flores maternalmente, algo así como si las amamantase. Doña Laura respiró esa humedad sabrosa que se desprende de los jardines en la mañana, y que es como un campestre desayuno para abrir el apetito de la vida.

«Las verjas de los hoteles de los amigos debían abrirse con el solo intento de entrar el amigo», pensaba impaciente doña Laura.

Pero la verja continuaba sin abrirse. En un hotel el sueño se toma más tiempo que en una casa de vecindad, y es como despertarlo en la noche el despertarlo tan de mañana. Era como si todo dentro del hotel se despertara, se moviera, se desperezara y se pusiese en pie; como si todo, moradores, espe-

jos y muebles, se hubieran sobresaltado.

Doña Laura miraba a las ventanas. Todas permanecían cerradas; la casa tenía algo de esos dormilones que no oyen el ruido del despertador, y doña Laura, en su calidad de despertador inexorable, volvió a llamar.

«El lechero—pensaba ella, como para disculpar a sus amigos—también tiene que llamar dos veces todos los días en mi casa: pero el lechero llama a las siete y no a las nueve, como yo llamo aquí.»

Por cierto, la contemplación del jardín la distraía y hacía menos penosa su espera. ¡Daba gloria ver lo despierto que estaba! Pero es que los jardines están despiertos desde que apunta la aurora, y como llevaba ya despierto mucho tiempo, estaba despejado y alegre. Los pájaros, que cantaban con esa fuerza de voz que no tienen sino en esas horas tempranas, parecían exigir que los dueños del hotel fuesen a pasear por el jardín. Sus trinos eran como el sonar del reloj natural que despertaba la casa.

Al fin se abrió una de las ventanas, y asomó la faz soñolienta de un hombre grueso, de bigote entrecano y ojos escondidos tras la maraña de unas cejas espartosas, que miró con mal humor a la señora, que con la cabeza envuelta en su velo de encajes y el cuello ceñido por amplia piel negra y lustrosa, esperaba que le abrieran. Simuló un saludo amable, volvió a cerrar, y al cabo de un rato apareció en chancletas, arropándose en un gran abrigo, y fué a descorrer los cerrojos.

—¿Cómo tan temprano, doña Laura?

—¡Temprano! ¡Pero qué poco madrugadores son ustedes! Yo ya vengo de oír mi misa, y me dije: «Voy a pasar por Villa María a ver cómo sigue aquella familia.» ¿Cómo están María y los niños?

—Muy bien—repuso el hombre, mientras se dirigía, precediéndola, hacia la casa.

—¿Y Juanito?

—Bueno, gracias.

Entraron en un amplio patio, alegre y riente, cuyas paredes, revestidas como la fachada de un bello zócalo de azulejos, le prestaban una agradable placidez. El caballero abrió la puerta de una habitación.

—Si quiere esperar aquí un momento, María vendrá en seguida.

—No tengo prisa, no tengo prisa.

En cuanto se vió sola doña Laura esbozó una burlona sonrisa, mientras miraba, curiosa, el gabinete, tan minuciosa y pulcramente cuidado, con sus muebles de luciente barniz, el suelo brillante como un espejo, y los velitos de butacas, los visillos de las ventanas y los cubre-macetas, con cenefas de encaje inglés y lacitos rosa por todos lados. Ella se creía adivinar el conflicto que había producido su llegada. Se notaba la escasez de servidumbre, que había obligado a salir a don Pedro a abrirle la puerta, en los momentos en que la esposa y las hijas no estaban presentables.

Doña Laura había sido una antigua vecina de la familia de López Reina antes de que construyesen aquel hotel. Ella había sido la amiga de confianza de doña María, la que la acompañaba en todas las ausencias de su esposo, la que intervenía en sus asuntos. Las dos hijas del matrimonio, Rosario y Encarnación, casi habían nacido en sus brazos, y Juanito, aquel mocetón tan guapote, era un pequeñuelo de baberillo que salía corriendo al oírla llegar para pedirle caramelos.

Había sido ella cómplice, en parte, de que construyeran aquel hotel que los había alejado. Se lo consultaron, y ella se lo aconsejó muchas veces, con tanto entusiasmo como el que ellos sentían por su proyecto; a doña Laura le parecía que también iba a tener hotel teniéndolo sus amigos, y recordaba el júbilo de la inauguración. La pena con que se había marchado después de la cena, cuando de buena gana se hubiera quedado a dormir allí. Entonces comprendió que no era suyo, y poco a poco se fué convenciendo de que la influencia de aquella morada sobre la vida de sus amigos la iba alejando cada vez más.

¡Cómo se arrepentía de haber ali-

mentado en los de López Reina la idea del hotel! Ellos eran una familia modesta, que vivía acomodada con el sueldo de oficial mayor de un negociado que disfrutaba el padre. Al morir los padres de la esposa, ésta heredó una fortunita de unos cuantos miles de duros, que trajeron la preocupación al hogar. ¿En qué invertirlos? ¿Cómo hacerles producir sin riesgo ni exposición, con esa seguridad en el negocio que desean los capitales españoles para no aventurarse en ninguna empresa? Ellos querían una cosa que pudiese ser perenne, segura. Entonces surgió la idea de la casa. Les pareció que comprar un hotel era tener ya asegurado el porvenir de toda su descendencia, un refugio seguro en la vida: una casa que jamás les podría faltar desde que, antes de terminarlo, ya le habían puesto su póliza de «Asegurado de incendios» para hacerlo más seguro en su seguridad.

Pero la posesión del hotel había influído de un modo decisivo en la vida de sus amigos: los había cambiado.

Don Pedro y doña María adquirieron con el inmueble una preocupación que se sobreponía a la que les inspiraba la educación de sus hijos. Ellos no habían contado con lo que encarecían las obras y los detalles el cálculo que habían hecho. Al hotel le faltaban cosas todos los días. Primero fué la escalera, a la que faltaba el pasamanos; luego las ventanas, que estuvieron largo tiempo sin las rejas de hierro, cerrándose sólo con los postigos de madera. Había sido preciso tomar una hipoteca para acabar todo aquello; pero eso no los inquietó: el gravamen no era más que el mismo que les podía suponer el alquiler de una casa, un alquiler crecido, eso sí, por contribuciones, reparos y mejoras, pero que se iba enjugando sin sentir, y un día sus hijos recibirían saneada y libre la herencia.

Al hotel se le puso el nombre de la madre: *María*, escrito en letras doradas a la entrada de la verja. Fué como una cosa de cariño en la que todos simbolizaron lo de acogedor y maternal que hay en la madre. El hotel era, en cierto modo, la madre; les parecía que entraban bajo su amparo al entrar en la casa.

Era para todos como una amante, a la que se desea complacer y adornar. Le faltaba siempre algo: una vidriera, un nuevo adorno. Un día, el agua, con la que no habían contado: el cuarto del baño, una multitud de detalles. El baño era necesario en el hotel: era quizá lo que más lo distinguía y lo alejaba del carácter de casa de vecindad. Durante algún tiempo les humilló no poder abrir, cuando enseñaban la casa a sus amigas, una puertecita de un cuarto, con paredes de azulejos blancos, lleno de espejos y jaboneras, como un detalle de refinamiento; ese cuarto que siempre elogian los visitantes, como si en él se bañase un poco su alma, con esa sensación de frescura que trae el recuerdo de un viaje por mar.

Al fin, todo parecía ya hecho. El hotel había crecido como los hijos, y éstos fundaban en él una especie de orgullo de casa solariega; daba importancia a la familia: aunque estaba un poco en las afueras, no era un hotel de arrabal como los de los barrios apartados. Habían tenido suerte en encontrar aquel solar en el Paseo Nuevo; porque aunque el Paseo Nuevo era tan largo que lindaba con aquellos barrios, el hotel no dejaba de estar en el centro mismo.

Sentían la vanidad de ofrecer su hotel a los nuevos conocimientos, como si eso fuese una patente de distinción, para que se les considerase gentes de posición y arraigo. El hotel daba novios a las niñas, porque parecía que al verlas en el paseo o en alguna fiesta los jóvenes se interesaban más al conocer su condición de propietarias, y más de un pretendiente hablaba con orgullo de su predilección, diciendo: «Tienen un hotel en el Paseo Nuevo», para dar idea de su importancia.

El sostener las relaciones que hacían los hijos echaba una nueva carga a los padres. La sociedad no obliga lo mismo a los que viven en una casa de alquiler que a los propietarios de un

hotel. Un hotel requiere mayor servidumbre, exige vestir con mayor decoro; hay un rango, una dignidad del hotel, que obliga a estar a tono con él.

Su hotel los había erigido en los jefes de la familia. Los parientes se reúnen siempre en torno de los que tienen el hotel, y los halagan y los miman como si les fuese a tocar algo. A la luz de la lámpara del comedor del hotel no se trabaja, se pasa al gabinete, se toca el piano, se obsequia a los contertulios; es preciso huir de todas esas cosas vulgares de la clase media: como si el hotel diese una especie de aristocracia.

Todo aquello se sostenía gracias a la voluntad y a la inteligencia de doña María. Era ella la que lograba dar con sus escasos recursos aquella apariencia de esplendor. ¡Sabe Dios a costa de cuántos sacrificios! Empezó por prescindir de todas sus diversiones, de todas sus amistades, para que no presenciasen sus apuros y los trabajos que se veía obligada a hacer en la intimidad. Se había construído una habitación en un ángulo del pequeño jardín, cerca de la entrada de la verja, y allí se habían recogido un matrimonio que por la casa y la luz cuidaban de las plantas. Labor en la que ayudaba don Pedro, que se pasaba entre sus plantas y sus árboles casi todo el tiempo que su oficina y su tertulia del Universal le dejaban libre. El buen señor olvidaba todos sus sinsabores y todos sus apuros con la podadera o el azadón en la mano.

La mujer del jardinero, mediante escasa retribución, lavaba la ropa de la familia, fregaba los suelos y los días de fiesta se ponía el trajecito de doncella para abrir la puerta de la casa o servir la mesa; mientras que un cuñado suyo, alto, buen mozo, cetrino, afeitado, con todo el aspecto de un criado de casa grande, se vestía de librea para las grandes solemnidades: y así se apañaban, gracias al trabajo de doña María, sin más sirviente que Manuela, la nodriza de Juanito, que de nodriza pasó a ama seca y luego a cocinera. Era una buena mujer, gruñona, respondona, autoritaria, hasta el punto de imponer su voluntad a los dueños; pero limpia como los chorros del agua, hacendosa, y que se prestaba a todas las economías necesarias: al cuidado que era preciso tener en apagar la luz eléctrica, no encender la hornilla más que por las mañanas y dejarse la cena hecha para ahorrar en el carbón. Ella se amoldaba a todo, identificada con la familia y tan celosa como su dueña del esplendor y la apariencia. Todos los días se ponía el cocido, de cuya carne se sacaba el principio, y todas las noches, el guisado de judías o patatas. Ella sabía guisar y aderezar todo aquello tan bien como los platos exquisitos de empanadillas y asados que se hacían los días de convite. Iba lejos para comprar al por menor y con regateos, sin desdoro de sus amos, y siempre, al hablar de la casa, decía «nuestra casa», con un convencimiento que la hacía copropietaria.

Los únicos defectos de la buena mujer eran el empinar un poquillo el codo, por esa afición a la bebida propia de las cocineras, cuyo estómago se pierde entre el continuo olor de salsas y grasas y el calor del fogón, y necesitan el traguito de Valdepeñas o pardillo para entonarse un poco y poblar de algún ensueño alegre el recinto de su cocina y la compañía de sus cacerolas.

El otro defecto consistía en no poderse dominar para llamar de tú a los señoritos. Eran siempre para ella Rosarito, Encarnita y Juanito, y los trataba de tú por tú, sin escatimarles algún regaño.

No podía transigir con aquel dejarse servir de las señoritas, que se pasaban el día leyendo, bordando o tocando el piano, sin ocuparse de nada serio y dejando a la pobre madre ayudarle a las ingratas tareas de barrer, limpiar, hacer las camas y dar brillo a suelos y metales.

—No debía usted dejarlas así; las mujeres deben trabajar. ¡Dios sabe lo que les tendrá guardado! ¡No es bueno que las muchachas se críen tan regalonas!

Doña María la obligaba a callar. Ella disculpaba siempre a las hijas. ¡Inconsciencias de la edad! No era cosa de que se les embastecieran las manos. No les habría de faltar un buen marido.

Manuela, que adoraba a su ama, acababa por convencerse. Doña María era su culto; le profesaba una gran admiración, y se indignaba con la gente del contorno que habían borrado su nombre del hotel, a pesar del flamante letrero dorado. Para todos los vecinos, Villa María no era más que La Casa Azul, por la influencia de aquellos azulejos azules, que le daban un tinte de color de cielo.

Doña Laura sabía todo aquello; lo sabía viéndolo y adivinándolo, y no le perdonaba a su amiga el disimulo, la falta de confianza, todo lo de humillante que había habido para ella en su alejamiento.

Pero, a pesar de su secreto rencor, no pudo menos de sentirse impresionada por el aspecto caído de doña María. Se veía su palidez, su sufrimiento. Todo el antiguo cariño de su amistad se despertó en ella.

—¿Qué tienes, María: estás enferma?—preguntó, cogiéndole cariñosamente las manos.

Doña María vaciló, quiso hurtarse a la voz de cariño de su amiga, conservar la entereza, la serenidad un poco hosca que se había impuesto; pero la mirada de Laura era tan acariciadora, que se sintió vencida, y arrojándose en sus brazos, murmuró:

—No puedo, no puedo más.

Volvieron las dos amigas a hallar la dulce confianza de otros días, y allí, solas, con las manos juntas, doña María hizo confidente a Laura de todos sus trabajos y sus amarguras. Más que aquella continua preocupación para sostener a la familia con tan escasos recursos, en relación con el medio en que se habían colocado. Había tenido que empeñar las alhajas de su amiga, la de Práxedes, para salir de un apuro, y pedir prestadas algunas cantidades a espaldas de su marido; pero más que sus trabajos, le dolía el cómo éstos pasaban inadvertidos para su familia, cómo se habían acostumbrado a ellos hasta el punto de exigirle y de mandarle. Se había hecho sierva, criada, por su abnegación, y le parecía verse despreciada, postergada, insignificante, fuera de su centro, en aquella familia que se lo debía todo.

Sus hijos le exigían más cada vez, con una desconsideración creciente. Se creían, sin duda, que su hotel era producto de una gran fortuna, y que en sus sótanos había, como en los del Banco, un gran acopio de dinero. Doña María no podía ya más, y a pesar de su gran fuerza de voluntad para sufrir y caminar de un lado para otro, retardando el momento de la catástrofe que preveía, ya estaba cansada, casi agotada.

Era aquel hotel, en el que creyó encontrar la poltrona cómoda para el sueño, el descanso y la siesta durante el resto de su vida, el que le había traído aquel tormento de creadora, el dolor de toda creación.

Laura formuló su idea.

—Erais más felices antes de tener este hotel.

Doña María se volvió airada en su obsesión por aquella casa. ¡Su hotel! Estaba más encariñada con él que con sus mismos hijos. Aquella casa era también como un hijo para ella. ¡Tanta vida y tanto espíritu había puesto en él! El hotel volvió a alzarse entre ellas para separarlas de nuevo.

II

Conforme avanzaba la enfermedad nerviosa que destrozaba el organismo de doña María, crecía más su amor por el hotel. Sin poder salir a la calle, sin poder casi moverse de su butaca, veía desde su ventana aquel hermoso pedazo de cielo, de matices cambiantes, y se extasiaba en la contemplación de aquel pedazo de jardín y aquella verja en donde estaba grabado su nombre. Se había reconcentrado allí toda su vida, y sentía una ansiedad de formar como una ciudadela familiar en la que se agrupasen

todos, defendidos contra las gentes de fuera.

En aquellas horas que la familia pasaba al lado de la enferma surgió la idea de agrandar el hotel. Se debía comprar al vecino un buen trozo del terreno que tenía inculto y agrandar el jardín; sentían todos un ansia de jardín lleno de árboles y resguardado por una muralla de madreselva y de enredaderas.

Todos los hijos debían agruparse allí. Rosario viviría, cuando se casara, en el segundo piso. La parte principal se debía reservar para Juanito, el más mimado y querido de todos, por el solo motivo de ser el hijo mayor, el heredero del hombre, a pesar de su carácter duro, seco, indiferente para con sus padres, sus hermanas y toda la gente de la casa.

Porque Juanito parecía desdeñarlos a todos encastillándose en un silencio solemne y mirando siempre como si estuviera subido en una escalera, dos peldaños más alto que los demás. Jamás estaba nada bien para su gusto, parecía sufrir y soportar a la familia, no hallaba a los padres bastante decorativos ni a las hermanas bastante distinguidas o elegantes. Todo aquello le mortificaba; el hotel era para él como una cárcel, y pagaba el mal humor con su pobre nodriza o con su madre, con una injusticia atrabiliaria, por ese sentimiento de crueldad con que el lobo ahito se lanza sobre los corderos. Todos callaban y soportaban su tiranía pacientemente, ocultándosela al padre, que era el único que se podía haber opuesto a ella.

En cambio, no desdeñaban el hotel los futuros cuñados. Enrique, el novio de la mayor, se esponjaba al dejar el gabán en el perchero del que había de ser su hotel. Se sentía ya en casa, y el pensar que no habían de salir de ella hacía más formal, más matrimonial, su noviazgo.

En cambio, Alfonso, el novio de la menor, se sentía un poco perplejo, porque verdaderamente no había sitio en el hotel para otro matrimonio, y aquello le parecía una postergación. Un día, Encarnación le dió la buena noticia por la ventana. Era preciso que solicitara el permiso de entrar en casa. La madre había dicho que si ella tenía novio formal sería preciso añadirle un nuevo piso al hotel.

La madre sostenía el espíritu de todos desde su butaca, y dirigía la casa con la misma lucidez de siempre, sin que se llegase a notar el nuevo gasto que el tomar una criada más ocasionaba a la familia.

Iba todo bien. El hotel había tenido hasta el robo que necesita todo hotel para dar impresión de su riqueza y de almacenar tesoros. Verdad es que sólo había sido una alarma; pero aquellos bultos que habían escalado la tapia y habían obligado a don Pedro a disparar su revólver al aire dieron que hablar durante muchos días a todo el vecindario. «Han querido robar en Villa María», decían todos, y la familia de López Reina se sentía tan satisfecha de ser protagonista del suceso, divulgado por la Prensa, que o c u l t a b a cuidadosamente que aquellos pobres ladrones sólo trataban de llevarse el plomo de las cañerías.

Entonces se pensó en un perro. Se construyó con tablas una caseta a un extremo de la verja, y se llevó un mastín, un animal barbarote, feroz, sin inteligencia, que lo mismo ladraba a la familia de la casa que a los extraños y los transeúntes, y que tenía que estar constantemente atado a su gruesa cadena. Un cuidado más para limpiar y atender al animal, que estaba siempre hambriento y ansioso, con mirada feroz, enseñando los dientes, con una antipatía de carcelero.

El perro no atemorizaba a los ladrones, pero asustaba a los amigos, que no iban de noche por temor de encontrarlo suelto en el jardín. Su misión era molestar con su extemporáneo ladrar o con sus inesperados aullidos, y, sin embargo, la posesión del perro era como una consolidación de la prosperidad de la familia.

Una segunda hipoteca les había proporcionado el dinero para empezar las obras del tercer piso y preparar los *trousseaux* de las niñas, que no

podían ir al matrimonio sin llevar todo lo que convenía a su rango. El único punto negro fué la negativa del vecino a vender el pedazo de terreno para ensanchar su jardín. Una obstinación inexplicable, cuando le habían ofrecido el triple de su valor. No podía explicarse aquello más que como rabia o envidia.

Toda la familia echaba la culpa a este disgusto de que se hubiese agravado doña María. El perro había aullado toda la noche como si entrase alguien en el jardín.

III

¡La madre había muerto! Se sorprendían todos de esa muerte, como si no hubiese sido una cosa esperada. Se creían tan seguros, tan protegidos en su hotel, que les desconcertaba el que hubiese podido entrar la Muerte. Villa María había padecido en aquella muerte como si algo de sí misma se hubiera disgregado y perdido; pero nadie pensó en cambiarle el nombre, aquel cartelón con el nombre de la muerta, que miraban ahora con el mismo respeto y cariño que si hubiese encarnado su figura.

¡Se quedó tan triste el hotel! Se había convertido como en un panteón de la madre, a la que creían ver cruzar por los pasillos. Durante algún tiempo ejerció en ellos una sensación dolorosa el nombre vivo de Villa María, como si esto hiciese su casa la casa de la muerta. No se podían mudar para escaparse a los recuerdos, y poco a poco se fueron familiarizando con ellos, hasta llegar a una convivencia que conservaba a la muerta en su intimidad.

Y pasado el tiempo, el hotel pareció revivir de nuevo; la vida se imponía tiránica; volvieron las visitas de amigos, y, al fin, un día Encarnación sugirió el deseo de abandonar la ropa negra, tan sucia, y otro día, Rosarito habló de reunirse en una pequeña fiesta. La proposición desconcertó a la familia. Hubo un momento de silencio. ¿Cómo iba a romperse el silencio de la casa de la muerta? ¿Cómo habían de resonar las risas y la algazara penetrando bajo aquel arco donde estaba el letrero de Villa María como un sello de su señoría en la Casa Azul?

Pero al fin la fiesta se dió. Fué una fiesta triste, en la que las hijas vistieron de heliotropo y negro; una fiesta triste, más amargada por la fidelidad de Manuela, la cocinera, que pidió permiso para no estar en la casa profanada por aquel acto.

Después de la primera fiesta se repitieron otras, cada vez más frecuentes.

Las fiestas tenían para las hijas y el padre el atractivo insuperable de hacerles sentirse dueños del hotel, dueños de los cimientos, que es la sensación que diferencia al propietario del inquilino, el saber que el pedazo de tierra en que enclavó sus cimientos le pertenece en lo más hondo, hasta el fondo del mundo.

Experimentaban en su fiesta toda la importancia de una gran *soirée;* aquel trozo de jardín que pasaban los invitados los igualaba con los palacios. Las hijas, que al lado de la madre ocupaban el segundo lugar, se veían ahora dueñas, con ese aplomo que da el recibir en un hotel, aunque esto las obligaba a toda una temporada de preocupación y sacrificios en los preliminares; porque el hotel, al mismo tiempo que les daba brillantez las obligaba al cuidado de la *toilette* y a la ostentación de su servidumbre. Había de estar todo a tono en aquellas noches en que se encendían los focos de la entrada dando toda su solemnidad a Villa María. Esa solemnidad de la casa que se ilumina a lo externo con su luz propia, para huir de la promiscuidad de la calle.

IV

En medio de aquella apariencia de alegría, la familia de López Reina no era feliz. Había en todos una se-

creta inquietud, un desasosiego. La falta de la madre se dejaba sentir. La casa, desorganizada, estaba a merced de Manuela, que hacía la vida insoportable con sus intemperancias y sus regaños.

Juanito no iba apenas por su casa, la muerte de la madre parecía haber roto el débil lazo que lo retenía. Llegaba de madrugada y dormía todo el día, para volver a salir al anochecer, siempre grave, extraño, impenetrable en su aspecto de hombre superior y que lo desdeña todo y no deja que nadie se inmiscuya en sus asuntos.

Las hijas se sentían molestas por aquellos cuidados que estaban obligadas a soportar. Salían alguna vez con doña Laura, que había vuelto a su lado en la desgracia: pero se sentían como solas, perdidas, sin la compañía de la madre. Sus casamientos se habían aplazado. Tenían miedo de hablar de casamiento al padre ahora. Eso sería como un abandono, como sumirlo en una nueva viudez.

El padre se les ofrecía en otro aspecto desde la muerte de su madre. El estaba obligado a aparecer en las fiestas al lado suyo, y no era ya en ellas el buen señor bondadoso y respetable, al que la presencia de la esposa da un venerable aspecto de padre de familia.

Su padre se había convertido en uno de esos hombres galanteadores, dicharacheros, que aprovechan las amistades juveniles de las hijas para escarceos encubiertos. Se perdía la augusta y respetable figura paterna.

Ellas se indignaban con sus amigas jóvenes que no huían de los galanteos del viejo, tal vez por la influencia de aquel aspecto de bienestar que lo rodeaba. Más de una jamona y solterona dura miraba con agrado la posibilidad de convertirse en dueña de Villa María.

Era esto lo que más ensañaba a las hijas. No podían concebir la posibilidad de una nueva boda. ¿Cómo podría vivir allí otra mujer con otro nombre? No; el hotel, con sus habitaciones llenas de recuerdos, con el nombre de la madre grabado sobre la puerta, las defendía contra la posibilidad de la madrastra; ninguna nueva mujer podría entrar en el recinto de su madre María. Pero esto las obligaba a un continuo sacrificio, velaban por el padre tan celosamente como la madre había velado su inocencia. Se les imponía el deber de no casarse para que otra mujer no ocupase el puesto de la madre, que no estaba del todo vacío mientras no lo abandonasen ellas. Y sin darse cuenta, lo subordinaban todo a conservar el culto de la madre en su hotel. Este se hacía lo más primordial en su vida, se sentía la influencia de la casa en todo.

Doña Laura y Manuela, de manera diferente, aumentaban su preocupación.

La cocinera, firme en su manía de que las mujeres deben ser hacendosas, no perdía ocasión de recriminarles sus gastos y su ociosidad.

—¡Pobre señor! ¡Qué desastre de casa! ¡Si la señora levantara la cabeza! Como estas niñas no cuiden un poco la vida y no hagan más que dormir, componerse y hablar con el novio, el señor tendrá que buscar una mujer..., y yo me iré antes...; sí, me iré... ¡Si no fuera por mi Juanito!

Doña Laura, a su vez, les llamaba la atención, finamente, arteramente, hacia las preferencias de don Pedro hacia tal o cual amiga, para separarla de su trato. La sombra de la madrastra imaginaria se convertía en su obsesión.

V

Y, sin embargo, don Pedro no pensaba más que, como una coquetería senil, en sus ligeros flirteos con las amigas de sus hijas. Su obsesión era el vecino de al lado. Aquel vecino que no había querido venderle el terreno para agrandar su jardín. Sentía el mismo odio que animó a Jezabel contra el propietario de la viña que no quiso cederle para agrandar sus dominios, y, lo mismo que la reina he-

brea, lo hubiera condenado a muerte.

Para él, aquel vecino era la causa de todos sus males. Cuando notaba el vacío de su casa, culpaba al vecino del disgusto que agravó el estado de doña María. Todo se lo atribuía al vecino. Cuando se cortaba el agua de la fuente pensaba en una añagaza suya; si se le perdían las palomas, creía en que los palomos ladrones de su medianero las habían robado; cualquier mancha o desperfecto en la fachada podía ser obra de aquel hombre odiado. Hasta el gato que entraba por la ventana de la cocina y más de una vez se escapó con un trozo de pescado o de jamón, era el gato del vecino; aquel maldecido gato, del que Manuela tenía que defender celosamente su gata maltesa, con ese celo extraño con que las solteronas y las viudas jamonas guardan la castidad de esos pobres animales. La gata, encerrada, andaba vagando todo el día por el hotel, dando maullidos lastimeros, y como no podía salir, cometía más de un desafuero, que la celosa cocinera castigaba a zapatazos mientras restregaba el hocico del animal en el sitio mismo del desacato. De todo aquello echaba don Pedro la culpa al vecino.

Un día que la casa de al lado amaneció libre de los andamios de los revocadores, deslumbrante, con su fachada llena de balcones, don Pedro no pudo sufrir más. Tuvo una idea diabólica, que puso en juego sin consultar con nadie. Villa María hacía esquina a una de las principales calles que desembocaban en el paseo Nuevo. El vecino tenía vistas a esa calle a través del jardín de los López Reina. Podía, sin faltar a la ley, hacer un paredón a su jardín y robar la luz y las vistas que disfrutaban por aquel lado. El dinero que tenía para las obras del piso se invirtió en eso. Don Pedro veía levantarse el paredón que lo aislaba de sus vecinos con un júbilo indescriptible; se pasaba las horas en su jardín, con un traje ligero, sus zapatillas y su sombrero de paja, contando todas las piedras que iban colocando los albañiles. Aquel paredón le hacía el efecto de una muralla con la que se irritaba al enemigo y se le dejaba lejos y fuera de la ciudad. Tenía algo de empresa militar, de obra de defensa urgente, de estratagema inventada por un genio de la guerra. A veces don Pedro, con la mano metida entre los botones del pecho, en la americana, tenía actitudes de Napoleón; parecía como si fuese a montar unos cañones detrás de la muralla: tal era la prisa, la urgencia con que quería que el pabellón se levantase, como si tratara de contener a un enemigo que avanzara rápidamente sobre él.

Su voz era como la voz bronca y apremiante de un general. Hubiera querido hacer velar a aquellos obreros, que trabajasen a la luz de la luna o en medio de la oscuridad de la noche para sorprender a todos por la mañana con la nueva construcción, como con uno de esos palacios de cuento persa que aparecían y desaparecían en el transcurso de algunas horas.

Don Pedro miraba al cielo, miraba a lo alto, como si tomase medidas para una torre de Babel. Su pasión por el paredón era mayor que la que había tenido por el hotel: soñaba con un paredón tan alto como las nubes, y una noche, acostado del lado del corazón, soñó que se derrumbaba de un modo abrumador, provocando una catástrofe en la ciudad y ocasionando miles de desgracias. Aquella noche se despertó sobresaltado, con un pánico mortal, y necesitó vestirse, respirar el aire del jardín y ver su paredón para tranquilizarse. A la mañana siguiente preguntó muchas veces al maestro de obras si sería bastante estable el paredón, porque sentía un miedo pueril de que el vecino de al lado lo pudiese echar abajo, con una especie de catapulta o quizá con un rabioso puntapié.

Entre tanto el paredón volaba hacia lo alto, crecía como él había visto crecer las cosas pequeñas en las comedias de magia. Aquellos albañiles eran como soldados a los que él les había comunicado la fiebre de elevar el muro.

El muro era feo, arrojaba sobre el hotel y sobre el jardín una sombra lúgubre, pero la familia trataba de disculpar su fealdad buscándole alguna aplicación.

—Se podrá jugar bien a la pelota como en un frontón—dijeron unos.

—Lo cubriremos con una de esas enredaderas que se agarran a los muros y crecen como por ensalmo escalando con rapidez de lagartijas. Entonces será bello el espectáculo de este muro, adornado de verdura, como si fuese el límite de un gran bosque—dijeron otros.

—Nos guardará de los vientos que vengan por ese lado—pensó Manuela, con su espíritu práctico, en su deseo de hallarle también una disculpa.

Así pasaron rápidamente los días, y cuando ya el muro fué bastante alto para ocultar el hotel de al lado, respiró satisfecho como si lo hubiese enterrado. Cada espuerta de mezcla de cal y arena que subían los trabajadores era como una paletada de tierra que arrojaba sobre el odiado cadáver del otro hotel. Se quedó tranquilo, contento del daño causado al vecino, como si esto le hubiera reportado un gran bien.

A las horas de la comida había siempre algo que comentar. Ya el encuentro con la portera, que había reído al pasar ellas. Ya el movimiento grosero del vecino, que les volvió la espalda. Siempre, al ir de noche a casa, lo hacían con precauciones, como si temieran una asechanza, y al pasar cambiaban de acera, con una especie de miedo de que les arrojasen algo de las ventanas o les tiraran alguna piedra.

Las niñas habían exigido a don Pedro que adornase la fachada y plantase nuevas flores y arbustos en el jardín; Villa María no podía ser inferior a aquel otro hotel sin nombre, advenedizo, que nadie designaba por un mote delicioso como el de Casa Azul, que daban al suyo, y que sólo se distinguía por su número, el número que indicaba su lejanía, 283, cuando ellas no tenían que poner más que Villa María en sus tarjetas.

Pero un día vieron con inquietud un movimiento de obra en el hotel vecino. Llegaban carrillos con cal, arena, yeso, y no tardó en aparecer una brigada de albañiles con espuertas y herramientas. ¿Qué irían a hacer? Don Pedro salía y entraba deseoso de enterarse de lo que ocurría. No sabía en qué trabajaban, hasta que pasados algunos días empezaron a verse los muros de un nuevo piso que crecía sobre las paredes maestras, acusando ya los huecos y las líneas macizas, igual que si fuese un brote primaveral que salía de los cimientos clavados como raíces en la tierra.

Aquel piso venía a dar mayores proporciones y señorío al hotel de al lado; Villa María se quedaba pequeña, perdida cerca de él. Se miraron anonadados; contra aquello no podían luchar. Se miraban unos a otros sin saber qué decirse, de mal humor; las comidas eran tristes, silenciosas, y lo que más los irritaba era aquella indiferencia de Juanito, que parecía encontrar bien y natural lo que sucedía.

Un día, doña Laura tuvo una idea:

—¿Por qué no sube usted el paredón hasta ocultar ese piso?

Don Pedro tuvo un momento de desconcierto al oír la pregunta; se marchó sin contestarle, y durante varios días no se habló más del asunto. Las mujeres no dejaron de volver a la carga; los novios las ayudaban. Era una cuestión de honrilla para todos. Al fin, don Pedro tuvo que dejar escapar su secreto.

—Sí, se levantará más alto el paredón; pero antes hay que dejarlos que acaben su piso.

Dicho aquello con lentitud, se encerró en su despacho, dejando a todos atónitos, asombrados de su sangre fría y su talento, mirando hacia la puerta por donde se había ocultado su figura de estratega insigne.

El plan se cumplió como se lo habían propuesto; verdad que para ello fué preciso consumir todo lo que restaba de la cantidad con que se hubiera levantado otro piso a Villa María, pero eso no importaba; cuando tuvie-

ran de nuevo el gusto de tapar y ocultar la casa aborrecida, ya lo harían.

Se quedaron tranquilos después de eso. Volvieron a sus fiestas y a su vida ordinaria, y los enamorados empezaban a pensar de nuevo en sus proyectos matrimoniales. Después de todo, el hotel tenía capacidad para dos matrimonios y el padre. Juanito parecía renunciar a su parte de habitación, ya que su género de vida no hacía presumir que pensara en casarse. Además, la preferencia del padre estaba de parte de ellas, así como la de la madre se había declarado en favor del hijo, por esa influencia de sexo que se deja sentir, sin darse cuenta, hasta entre los padres y los hijos. Esa influencia incontrarrestable dentro de lo más puro y más idealista que se halla en el mismo misticismo de los santos.

Ya se habían ido acostumbrando a la nueva faz que presentaba la vida de don Pedro. Sus galanteos de viejo verde, deleitándose con las gracias de las muchachas, no tenían más alcance; estaban ya seguras de que no se casaría; y por el consejo de doña Laura, hacían la vista gorda hacia la predilección que demostraba por una antigua criada, coloradota y fresca, que se despidió de la casa, y a la cual visitaba de cuando en cuando. Con aquella amistad estaba contento, de buen humor, y se prestaba de buen grado a servir de padre decorativo y acompañar a las niñas en aquellos actos en los cuales la sociedad exige la presencia de los padres o de los esposos.

Un día tuvieron una sorpresa dolorosa. Por cima de su paredón aparecían unas nuevas tapias, que en pocos días dibujaron la figura de un torreoncillo gótico, alto, esbelto, estrecho, semejante al tallo de una flor que iba a abrirse en el hotel vecino. Las ventanas, en ojiva, eran como un ojo malicioso que entraba en su jardín y triunfaba de su paredón. Les parecía una sonrisa maliciosa de la casa vecina, un pie que colocaba sobre ellos para alzarse al sol altiva y vencedora.

Para colmo de cinismo, a aquella ventana se asomaba una mujer; una mujer, extraña, distinta de todas las de la vecindad. Aparecía siempre descotada, pintados los ojos y los labios con exageración, vestida de telas finísimas, con trajes originales y llamativos. No tardó en saberse quién era aquella señora: una bailarina de nombre célebre que el vecino había traído a vivir en su compañía. Aquello les parecía una nueva ofensa. Como si lo hubiese hecho por ellas. Las niñas no se atrevían a salir al jardín ni asomarse a las ventanas para que no las viesen tan cerca de aquella mujer. En el fondo se irritaban más contra ella, porque la encontraban bella y libre. La miraban a hurtadillas, con recelo y con una admiración inconsciente, que no podían evitar, y sorprendían siempre su mirada indiferente, y a veces curiosa y compasiva, como si en ella hubiese una superioridad moral que las encontrase insignificantes y las humillara.

Además, la vecindad de la nueva moradora del Hotel del Torreón, como sonoramente había comenzado a llamársele en el barrio desde la construcción de aquel pintoresco adorno, atraía un gran número de paseantes, que rondaban y pasaban constantemente por el Paseo Nuevo. Ellas conocían ya algo de esos tipos que rondan continuamente a las mujeres que viven en los hoteles, y no precisamente por cálculo o por interés, sino por una atracción especial de los hoteles sobre algunos amorosos que sueñan con el atractivo de una aventura, el salto de la verja, burlar la vigilancia del perro, entrar por la ventana a la alcoba tibia, llena de luz. Una aventura con mujer dueña de hotel, mujer distinguida, con refinamientos, distinta del vulgo. Esos merodeadores no piensan para nada en el matrimonio ni en el amor: pero son los continuos paseantes de las calles en que hay chicas o mujeres bonitas que habitan en un hotel. Otros eran los románticos, soñando aventuras, siempre niños muy jovencitos o pobres muchachos en cuya seducción entraba por mu-

cho el elemento de bienestar que se exhala de los hoteles.

Pero los hombres que ahora rondaban no eran como esos. Eran hombres elegantes, de aspecto de hombres adinerados, algunos ya viejos, que las miraban de un modo procaz.

¿Qué hacer contra aquella elevación de la casa vecina? Todo parecía imposible ya, empezando por la falta de recursos, que cada día se hacía sentir más.

Los gastos de la casa habían aumentado considerablemente, por la necesidad de darlo todo a hacer. Todas las mil cosas que hacía doña María se repartían entre gente asalariada. Una criada más, costurera, planchadora. Los vestidos se llevaban al quitamanchas, no se arreglaban las ropas como cuando la madre vivía. Hasta la misma Manuela olvidaba sus costumbres de arreglo y economía, y cada día eran más frecuentes sus libaciones.

Cada uno echaba la culpa del malestar a los otros. ¿Por qué con lo mismo que les proporcionaba una situación agradable en vida de doña María no tenían ahora para lo más preciso?

Las chicas pensaban en regalos del padre a aquella mujer con la que pasaba los ratos. El hijo lo atribuía todo al lujo de las hermanas, y el padre culpaba a unos y otros de agobiarlo con peticiones y no saber administrar su peculio. El también deseaba que las chicas se casasen, que le quitaran carga; pues bastante tenía con vivir él e ir librando de su gravamen al hotel.

Ese gravamen había crecido de un modo enorme con las nuevas hipotecas, y, sin embargo, aún, imprudentemente, lo agravó más volviendo a meterse en obras para levantar más y más su paredón, hasta ocultar el torreón burlón y procaz de la otra casa. Era aquel ya un paredón que en vez de enterrar a los otros parecía aplastarlos a ellos. Villa María había perdido la gracia y la esbeltez ligera y sencilla con que se recortaba sobre el fondo del horizonte, bañada en la misma luminosidad azul del aire al destacarse como incrustada en el paredón, deslucido y hosco, que arrojaba su sombra sobre ella.

Para colmo de cinismo, un día una orden judicial vino a suspender las obras. El vecino, que había sufrido paciente la construcción de la tapia, mientras ésta podía justificar su existencia por un motivo de utilidad, entablaba un pleito cuando lo exagerado de sus proporciones demostraba el solo deseo de privarlo de sus luces, invocando sus derechos de medianería.

Aunque todos pusieron el grito en el cielo, fué preciso suspender las obras; pero el vecino no se conformó con aquello. Se trataba de que derribara la obra hecha; había esperado paciente dejándole hacer aquel gasto para tomar una cumplida venganza.

Fué preciso buscar abogado, procurador, y empezó un nuevo gasto de curia y papel sellado. Como si la misma casualidad estuviese en contra suya, el fallo de la Naturaleza se anticipó al del Juzgado: el paredón empezó a derrumbarse. Fué necesario atender al depósito que para responder a los gastos del pleito les pedía el Juzgado, al anticipo que exigieron el procurador y el abogado y al acarreo de aquellos escombros que el ornato público les obligaba a retirar, con el pleno convencimiento de que la tapia no volvería a levantarse.

Aquel torreón se quedaría altivo, enhiesto, triunfante, como un pararrayos que detuviera la cólera acumulada sobre él. La familia de López Reina cerraba sus ventanas y se aislaba en el fondo de la casita azul para no ver aquel hotel insolente y aquellos odiosos habitantes. Era un odio de esos legendarios, un odio de esos de leyenda corsa, irreductible. Tenía el mismo origen de todos los grandes odios que registra la Historia y que han nacido siempre entre vecinos propietarios o entre señores de propiedades o naciones colindantes; como si el ser terratenientes despertase el deseo de dominación, la soberbia, la envidia y todas las malas pasiones.

VI

Empezó la época de apuro, que ya no fué posible ocultar. Por mucho que se redujeran los gastos, no era posible salvar la situación. La ruina era inevitable.

Se reunió en el comedor una especie de consejo de familia, en el que también tuvieron voz y voto doña Laura y Manuela. Don Pedro confesó su situación. No podía de ningún modo pagar los réditos ni levantar las hipotecas, que parecían haber ido aumentando por días.

En los primeros apuros había hallado medios de solventar la situación. Había usado y abusado de su crédito; pidió a unos amigos, y luego a otros para pagar a los primeros y volverles a pedir; tomó dinero sobre su sueldo, recurrió a usureros despreciables de peseta por duro al mes. ¡Ya estaba todo agotado! No podía hallar ningún medio para salir del conflicto.

La familia estaba toda anonadada; y después de aquel momento de estupor, las mujeres prorrumpieron en llanto, recriminándose unas a otras entre sollozos y frases entrecortadas.

Por fortuna, don Pedro se impuso. El, que hasta entonces había sido débil, recobró todo su carácter de jefe.

Era inútil llorar; su ruina, después de todo, no era para caer en la miseria. Le quedaba su sueldo de oficial mayor de negociado, y con él bastaba, a pesar de la retención de la parte legal, para vivir bien y con decoro; sobre todo estando tan inmediato el casamiento de las chicas y acabando aquel año Juanito la carrera de ingeniero, que ya le costaba quince años de estudio, con sus inumerables suspensos.

Lo interrumpió éste. ¿Cómo iba a pagar sus deudas? Don Pedro expuso su resolución. Vivir era lo primero. Allí estaba su sueldo, pagaría todo lo que pudiese. Se reducía todo a vivir con mayor economía y... (no se atrevía a pronunciar la palabra) a desprenderse del hotel. Sería preciso mudarse. Después de todo, aquella hipoteca la había traído la casa misma; era un mal unido a ella que había crecido al par que se levantaba y se engrandecía; un mal constitutivo que la había corroído y la mataba.

Protestó toda la familia. Dejar la casa era peor que la muerte. Se unirían todos, trabajarían, se esforzarían, sufrirían todas las privaciones y toda la miseria. Estaban dispuestas a todo menos a dejar su casa. Eso era un escándalo, un descrédito superior a la ruina misma.

Doña Laura daba alientos con esa inconsciencia de los que ven los conflictos desde fuera.

—No hay que apurarse, ya se saldrá de ello.

Y Manuela se oponía a la idea con toda la falta de lógica hija de su desconocimiento del problema que se le planteaba.

—Hay que sufrir un poco. Nos reduciremos, y con que las señoritas ayuden todo irá bien.

Las señoritas no protestaban, estaban vencidas; pero ¿qué dirían Enrique y Alfonso al enterarse de aquello? Tenían vergüenza de confesarlo, y, sin embargo, la figura de sus prometidos tomaba entonces proporciones de liberatriz. Muy duro se hacía pensar en abrigar su idilio en otras habitaciones desconocidas; cuando ya parecía haber tomado cuerpo en aquellas estancias.

Se reunió muchas veces la familia y se hicieron toda clase de cálculos; los acreedores, que habían concedido prórrogas, los alzaprimaban.

Doña Laura propuso la solución, muy del gusto de toda la familia. Podía hacerse el último esfuerzo.

Juanito se iría a provincias, colocado al terminar la carrera, y no había de faltarle un buen negocio o una heredera rica. Bastaba sólo con que Rosario y Encarnación apresurasen las bodas y que el padre pudiese dedicar sus esfuerzos a salvar la casa. Ella misma se encargó de la delicada misión de hablar a los dos novios. Si la acogida era favorable, aún podría buscarse el dinero para hacer frente a los vencimientos más apremiantes.

Salvar el hotel, aquel hotel que era algo tan unido, tan consustancial con ellos que no podían comprender el abandonarlo.

Desgraciadamente, los desengaños, que van unidos a la decadencia de la fortuna, no se hicieron esperar. Enrique habló de inconvenientes por parte de su familia que hacían retardar el matrimonio por plazo indefinido, y Alfonso, más sincero y menos enamorado, abandonó francamente su empresa, declarando que no quería ser un obstáculo a los nuevos planes que le conviniesen a Encarnación y que le devolvía la palabra empeñada.

Hasta la criada y los jardineros no tardaron en abandonarlos aprovechando la coyuntura de colocaciones más seguras.

Los primeros en desertar habían sido los parientes, aquellos parientes que iban de noche a hacerles la tertulia, que comían con ellos los días de aniversario y tomaban parte en sus fiestas.

Los amigos también los dejaban, desde que se había extendido la noticia de su ruina, y temían que don Pedro pudiese acudir a ellos. Hasta las amigas más íntimas dejaban de ir, disgustadas de la tristeza del hotel, con el jardín descuidado, empolvada la verja, sucio el piso y revueltas y silenciosas las habitaciones, en las que ya no se escuchaban ecos de músicas y fiestas.

Don Pedro andaba siempre sombrío, taciturno; Juanito apenas se dejaba ver en los momentos de levantarse o de ir a dormir, pareciendo no ocuparse de nada de lo que sucedía. Las dos hermanas dominaban a duras penas su angustia, ocultándola hasta de sí mismas. Rosario, como si se hubiese impuesto una misión de sacrificio, había terminado sus relaciones con Enrique y trataba de encauzar la vida de la familia asumiendo las funciones de directora, como se lo había visto hacer a la madre. Austera, triste, sin quejarse, se la veía cada día más pálida, más débil, próxima a contraer una enfermedad; pero valiente para ocultar su dolor y no dejarlo ver como Encarnación, que se pasaba los días sumida en el más profundo desaliento, presa de la anemia y la neurosis desde el abandono de su prometido. Sólo doña Laura era la amiga fiel que las acompañaba, quizá porque sentía un secreto placer en ser necesaria y adquirir la preponderancia de directora y consejera.

Manuela, entre libación y libación, lamentaba la situación de sus amos con todas las gentes del barrio.

—¡Pobres señoritas, tan buenas, tan trabajadoras como se han vuelto! Ahora, que es cuando valen, es cuando las han abandonado esos bigardos, que no iban más que detrás de las perras. ¡Para fiarse de los hombres! El mejor, asadito y con limón.

En su imaginación mezclaba la imagen de los novios infieles a sus señoritas con la de aquel truhán que la había engañado fingiéndose decorador, y que la abandonó encinta de un chiquillo infeliz que nació muerto, cuando ella entró a criar a Juanito, el cual heredó todo su cariño materno.

Con su cariño y su compasión, la pobre mujer ponía cada vez más en ridículo a sus señores, contando los apuros que tenían para comer y vestirse. Aquella compasión de todos alejaba a todos cada vez más.

El momento fatal había llegado. Estaba allí la cédula de desahucio, era preciso dejar el hotel a los nuevos dueños.

Hasta aquel momento ninguno se había acabado de dar cuenta de la verdad de la situación. El hotel era en su imaginación una cosa unida a ellos de la que no podían separarse. Y aquel absurdo, aquel imposible, aquella monstruosidad que apenas habían podido concebir iba a realizarse. Se lo repetían unos a otros, en voz baja primero y alto después, como si tuvieran necesidad de oírlo para creerlo.

—¡Es preciso irnos!

—Tenemos que dejar *nuestra casa.*

¡Dejar la casa! *Su* casa; la que sería siempre *su casa* para ellos. Se les despojaba, se les saqueaba.

¡Dejar su casa! ¡Dejar Villa Ma-

ría! Era entonces cuando el nombre se les aparecía con todo su valor. Era VILLA MARÍA: la casa de su madre. Abandonar aquella casa era como abandonar a la muerta, que se había quedado allí enterrada, como invisible, viviendo aún con ellos. Tenían la sensación de que cada vez que salían la dejaban allí esperando. Ahora iban a abandonarla, a dejarla sola, a que otros moradores vinieran a profanar sus recuerdos..., y, sin embargo, era preciso irse, irse, si no querían que los echaran...

Buscó doña Laura el pisito, que ni siquiera vieron, y distribuyó a su capricho las estancias que habían de ocupar cada uno. Era preciso cuidar mil detalles que luego les pesaría no haber atendido. Llevarse todo lo posible. Don Pedro, anonadado por el golpe decisivo, había vuelto a perder su entereza. No se interesaba por salvar nada; todo le parecía digno de desdén, cuando iba a perder lo que más valía. No quería mirar los árboles y las flores que él había plantado, casi marchitos ya, porque sólo Manuela las regaba de vez en vez.

Gracias que doña Laura velaba por todo: lo recogía todo, hasta lo más inútil en apariencia.

—Todo tiene aplicación—decía—; yo, en mi casa, no tiro nada. Hasta el papel de plomo que envuelve el chocolate lo derrito en una sartén y me dan unos céntimos, treinta o cuarenta, todos los meses... No hay que desperdiciar nada. El pan duro, las bombillas fundidas, los huesos del cocido, los papeles viejos y hasta las hebras de cabello que arranca el peine. Diez céntimos de una cosa, diez de otra..., ya hay para un panecillo o para tomar el tranvía.

Todos la dejaban hacer. Manuela la obedecía y arrancaba los clavos de la pared, después de descolgar los cuadros. Le parecía que la pared gemía, crujía, se resquebrajaba: había que herirla para arrancar aquellos cuadros, aquellos visillos, aquellas barras de portier que parecían haber nacido allí. Porque aquellos cuadros clavados en el hotel, en su hotel, en el hotel propio, habían tenido un carácter definitivo que hizo insospechable el que se pudieran arrancar. Eran cuadros y adornos que no parecían colgados, sino unidos, formando un solo cuerpo con las paredes. Algo así como los frescos que decoran los grandes monumentos y que son inseparables de ellos.

Ya no había el cuidado de no estropear aquellas paredes que se habían mimado como si fuesen de carne animada. Sin darse apenas cuenta, Manuela sentía toda la tragedia de la familia y evocaba el recuerdo consustancial con aquella casa, murmurando sin cesar entre sollozos:

—¡Si la señora levantara la cabeza! ¡Si la señora levantara la cabeza!

Y una vez añadió convencida:

—¡Suerte tuvo doña María en morirse antes de ver esto!

VIII

La llegada de los carros de mudanza que se esperaban sorprendió como un acontecimiento imprevisto. Se había apoderado de todos una desesperación semejante a la que se siente ante la muerte inevitable de un ser querido. No se empaquetó nada, no se guardó nada; los hombres cogían y cargaban a granel los objetos, algo admirados de no oír las recomendaciones, de que cuidaran las cosas frágiles, a que estaban acostumbrados. Cuando lo cargaron todo, los carros se pusieron en movimiento, semejantes a fúnebres coches de entierro que fuesen de un hospital, sin que nadie siguiera el duelo. Sólo Manuela caminaba a distancia, limpiándose las lágrimas, llevando la jaula del único canario que no se había muerto de abandono y olvido en aquellos días, y el saco en que había encerrado la gata, y murmurando en voz baja su eterna cantinela:

—¡Si la señora levantara la cabeza! ¡Bien muerta está!

No había ya nada en la casa, ni un objeto, ni una silla; la familia es-

taba toda reunida, en pie, en la alcoba del piso bajo. Aquella alcoba debía de estar en el sitio en que se abrió el primer cimiento para afianzar el hotel; debía de ser allí donde se colocó la primera piedra, la matriz de donde nació. Todos habían acudido allí como por un acuerdo tácito a despedirse de la madre. Era allí donde había muerto doña María, donde la dejaban, moralmente, enterrada; donde tenían que abandonarla a la profanación de otras gentes desconocidas.

La desesperación de todos era tan inmensa, que ninguno se atrevía a hablar. Se apoyaban en las paredes como buscando en ellas un supremo amparo. Había en su dolor un dolor de reyes destronados al abandonar su reino; pero más agudo, más punzante, porque habían de sufrirlo más en la soledad, en la oscuridad, sin la brillantez y la ostentación.

Un momento se miraron todos, como si se pidiesen auxilio, y entonces sucedió una cosa extraña. Juanito, el apático, el indiferente, se sintió enloquecer. Su pasión por el hotel, que en tiempos normales parecía desdeñar, se exaltó hasta el apasionamiento, un apasionamiento de hombre celoso que tuviera que abandonar la mujer amada a otro poseedor; una pasión de esas en que el amor toma caracteres de odio para matar y destrozar al que ama, como una suprema prueba de amor. Se lanzó al jardín, cogió una azada y con ella descargó golpes furibundos en todas direcciones. Rompía cristales, hacía saltar astillas de las puertas, caían en pedazos molduras de las paredes... Aquella locura de destrucción se comunicó al padre y a las hermanas. Sí, mejor era destruirlo todo que entregarlo cuidado, lozano, lleno de amor a los que los despojaban. Todos a una, armados de piedras o de palos, rompían y destrozaban a porfía. Rosario segaba sin piedad las plantas del jardín, mientras su hermana pisoteaba las raíces y el padre y Juan desgajaban los árboles y seguían destrozando luces, puertas, ventanas, pila del baño... Parecían forajidos defendiéndose en un hotel abandonado a la llegada de la Policía, dispuestos a defenderse hasta morir en aquellas posiciones en que se habían hecho fuertes.

Al fin, el cansancio los detuvo y los rindió. Se miraron asustados, como si en todo aquel tiempo no se hubieran visto. Por un momento, en su fiebre de destrucción, pensaron en el incendio, y en todos a un tiempo surgió la misma protesta. No.

No; no podían incendiar Villa María; más que la responsabilidad criminal en que no pensaban los detenía aquel nombre. Por un momento sus imaginaciones exaltadas contemplaban aquella casa tan querida presa de las llamas. Veían con deleite de héroes sitiados en su ciudad cómo las llamaradas encendidas y las ráfagas de humo buscaban paso por las ventanas, lamiéndolas con su lengua de fuego, hasta levantar el techo y corroer y derribar las paredes, dejando sólo el dibujo plano de los cimientos. Sería para ellos un placer ver cómo todo se deshacía, se desmoronaba; cómo el vencedor no se podría apoderar más que de un montón de cenizas... Pero entre las llamas les parecería oír el lamento de un ser que se quemaba encerrado en su habitación sin poder salir de ella: su madre. Su madre estaba allí, y les imponía la cordura en el último sacrificio.

Sin decírselo, todos se habían transmitido el pensamiento. Lo hecho, bien hecho estaba. Era preciso irse. Entonces surgió otro problema de humillación y de vergüenza. No podían salir de allí a pleno sol. Miraron por la ventana de una habitación del segundo piso hacia el hotel número 235. El Hotel del Torreón, el hotel que los había vencido; como si su derrota no fuese tan personal y ellos fuesen sólo las víctimas de aquella lucha de hotel a hotel.

Allí estaban los vecinos implacables, mirando desde lo alto de las ventanas opuestas; se habrían estado gozando en ver cómo sacaban los muebles; habrían presenciado toda su salvaje des-

esperación; serían testigos que podrían delatarlos. De haber tenido un arma hubieran disparado sobre ellos sin remordimiento.

El furor de don Pedro llegó al paroxismo.

—¡Malditos! ¡Malditos!—exclamó, viendo sonrientes en la ventana a la dama del amplio descote y al vecino de la barba negra.

Y cayó presa de un ataque nervioso, con los dedos y los dientes enclavijados, como si padeciera un ataque de tétanos.

Ante aquello, los hijos lo olvidaron todo: Encarna y Rosalía, sentadas en el suelo, lo recibieron como a un niño pequeño en su regazo, mientras Juan le ponía en el rostro su pañuelo empapado de agua. Les parecía que su madre estaba allí y quería llevarse al esposo sin que cometiera la infidelidad de abandonarla. Sentían el terror de ver morir al padre, y creían que nada debían de hacer para oponerse a los designios de aquel ser que dominaba su destino de un modo tan fatal.

Por fortuna, don Pedro se repuso, y poco a poco todos se tranquilizaron. Pero ¿cómo salir de allí? Era imposible dar el espectáculo de abandonar la casa arrojados, vencidos, después de haber dejado ver su desesperación ante los ojos de sus enemigos.

Y todo el día lo pasaron allí, en aquella habitación desmantelada, viendo ir oscureciendo a su alrededor, hasta que vino la noche. ¡Tenían que irse para que los nuevos dueños no los encontraran! Y salieron, todos juntos, apoyándose los unos en los otros, tropezando, como si aquel suelo se les hubiese ya vuelto hostil. Sin ruido abrieron la verja, pasaron bajo las letras queridas que no se atrevieron a arrancar con la esperanza de que aquella casa conservase su nombre... Temían que los acechasen desde el hotel de al lado..., que los sorprendiesen en su fuga...

...Y así se perdieron lentamente, sin volver la cabeza, a lo largo de la acera de aquel Paseo Nuevo por donde no volverían a pasar.

—¡El perro!

Un ladrido lastimero llegaba hasta ellos. Nadie se había acordado del perro, que quedaba abandonado en su garita de madera. Por un momento dudaron si volver a buscarlo. ¿Qué sería de él si tardaban los nuevos dueños? Había que abandonarlo un poco a la fatalidad. Ellos no podían ir a aquel piso que les iba a servir de albergue con el pobre animal que fué su guardia y su custodio durante tantos años. Ahora recordaban con cariño hasta sus ladridos y sus molestias; pero no podían volver ya sobre sus pasos. Era aquel que acababan de recorrer un camino trazado que no podían desandar de nuevo.

Aquel perro, tosco, bruto, que no tenía la simple alegría que en medio de su fuerza tienen para ser sociables los perros de cortijo, porque estaba embrutecido, con el embrutecimiento que les dan a los perros las grandes ciudades, tenía que quedar allí como una cosa inherente al hotel; quizá como el guardián del sepulcro de su ama, destinado a morir sobre él como esos perros fieles que el mármol ha perpetuado al pie de sus dueños en los sepulcros góticos, como símbolos de la fidelidad. Siguieron su camino.

IX

Aquella tarde de domingo, a la hora del crepúsculo, el Paseo Nuevo estaba desierto. En esos días de ventisca y lluvia no transitaba nadie por allí. Con esto había contado Encarnación para escaparse y dar un largo rodeo, al volver de casa de las amigas con quienes había pasado la tarde, para cruzar delante de su antigua morada. Sentía una necesidad de ir allí, como si la hubiesen sugestionado con un mandato imperioso que le era necesario obedecer. Era un deseo avasallador, irresistible de ir a aquel sitio y contemplar Villa María, aunque sólo fuese entre la sombra y la lejanía. Quería volver a ver aquella casa donde transcurrió su infancia, donde esta-

ban encerrados todos sus recuerdos alegres o tristes y todas sus emociones. Aquello era a la vez algo así como una visita hecha a la tumba de su madre.

Parada, inmóvil, contemplaba el hotel desde la acera de enfrente, sin cuidarse del viento furioso que hacía caer las chimeneas arrancadas de cuajo, y abatía los árboles en una fantástica convulsión de ramaje en medio de la sombra de un modo fantástico y amedrentador. Los vecinos habían cerrado cuidadosamente puertas y ventanas, y los pocos transeúntes pasaban arrebujados en sus abrigos, con la cabeza agachada, caminando de prisa en busca de un refugio.

Encarnación sentía oprimírsele el corazón de angustia al contemplar como una extraña aquella casa que se le hacía desconocida. Le parecía más pequeña que nunca. El paredón había desaparecido, y Villa María era chiquita y simple como una casita de campo cerca de la esbeltez del Hotel del Torreón. En éste se veían luces al través de las ventanas. *El suyo* estaba envuelto en sombra: debía de estar deshabitado aún. No se atrevía a acercarse; el viento y la llovizna revolvían sus ropas y azotaban su rostro; no sentía frío ni miedo; estaba absorta en la contemplación de su casa. Poco a poco se fué acercando a ella, para verla bien. La verja..., la puerta..., la ventana de su cuarto..., la ventana aquella por donde hablaba con Alfonso. Sentía una emoción que la ahogaba. Un deseo loco de entrar allí, de gritar que la despertaran de su pesadilla para volver a verlo todo alegre, riente, lleno de esperanza como en mejores días. Era su memoria como un cinematógrafo para evocar las horas dichosas, los sitios, las escenas. Veía los muebles colocados en su sitio, las personas..., su novio..., su madre.

Pero el hotel, con su sensación de abandono, con su jardín destrozado y lleno de los cascotes de las obras, la volvió a la realidad. Seguía solo y deshabitado, envuelto en una tristeza mayor. Ella tuvo celos al pensar en quiénes serían sus moradores; sentía remordimiento ante el jardín sin plantas del destrozo que habían causado, y al mismo tiempo un deseo vehemente de que permaneciera así siempre, abandonado, solo; que crecieran en el jardín zarzas y jaramagos; que las paredes se agrietaran y se cayesen; que se desmoronara. Era mejor que quedase siempre desierto, inhospitalario, como esos solares a los que la justicia de los antiguos reyes mandaba sembrar de sal.

Y en medio de su impresión, la razón se imponía para conocer que aquella casa, ya ajena a ella, habría de cumplir su misión dentro de la más completa indiferencia.

No podían culpar a nadie de su desgracia más que a su desaforado amor de propietarios, aquel apego a una cosa muerta, material, insensible, a la cual habían ridículamente subordinado toda su vida.

Quiso instintivamente buscar una disculpa a aquel amor absurdo hacia las cosas, explicándoselo por la creencia de que su madre vivía allí y que no la podrían desalojar de su casa, porque el espíritu de los muertos no puede desalojarse de la casa que ha sido suya, y Villa María era siempre la casa levantada y cuidada por la madre, como el nido donde las había arrullado.

Levantó los ojos al letrero para darse fuerza. El letrero no estaba ya allí. La Casa Azul no era ya Villa María. La tragedia de la casa estaba consumada. Le parecía como si hubiesen enterrado a su hotel bajo sus cimientos, más abajo de sus cimientos. La idea de poner una corona en una tumba le sugería la de ese hundimiento insólito que debía haber experimentado el hotel. Aquella sombra del otro que se levantaba sobre la fosa del suyo era semejante a ese nicho deshabitado que ha de ocupar otro sobre el nicho ocupado más abajo.

Había en ella algo como el recuerdo de un antiguo día de fiesta, de unas vagas notas de vals, de un sentimiento de muerta que hubiese resucitado para vagar junto a su casa.

Hubiera querido convertir en sueño todo lo que había pasado para poderse despertar. Desdichadamente, algunas veces se está tan despierto en la vida, que no se puede despertar más, que no se puede ni soñar ni tener ningún consuelo.

Encarna estaba despierta, más despierta que había estado nunca; por eso la hería la verdad de las cosas como un puñal, y parecía como si materialmente, en una lluvia de hierro y cascote, se hubiese desmoronado el hotel sobre ella. Era inútil permanecer ya allí; aquella casa se le había hecho extraña. No quedaba ya nada de ellos. Quiso volver al lado de su familia, huir, librarse de aquella obsesión... Al volverse vió un bulto, en el que no había reparado, inmóvil, sobre el banco de enfrente del hotel. Al acercarse conoció a la mujer que estaba allí cerca de ella. Las dos lanzaron un grito y luego un nombre:

—¡Encarnita!

—¡Manuela!

La pobre criada, que también, como ella, había ido a vagar, con un instinto de perro, inconsciente, en torno del hotel.

La cogió del brazo, y se alejó con paso vivo, como si hubiese recobrado toda su energía ante aquel rasgo de servidumbre que les imponía el hotel. Se sintió como curada de un gran mal, fortalecida, para mirar hacia los nuevos días, enamorada de la vida, sintiendo a la vez una rebelión y un misticismo que le hacían abominar del amor desmedido a la posesión y le daba un desprendimiento de las cosas materiales, para amarlas en su justa medida, que hubiera querido inculcar aquel nuevo sentimiento en el corazón de los otros. Librarse del amor a las paredes y el solar, y buscar en sí propia la morada y los cimientos de su paz interior.

¡TODOS MENOS ESE!

I

El frescor del aire de la sierra que caía sobre Madrid tenía algo de brisa de mar; ejercía un efecto tónico para que los poros resecos y sofocados por el calor del día se abriesen con una sensación de bienestar y placidez. Era como si Madrid todo diese ese gran gran suspiro de satisfacción que exhala una persona privada largo rato de aliento al volver a respirar libremente. Todos los balcones estaban abiertos, todas las terrazas de cafés y cervecerías llenas de gente; llenos los recreos y cines al aire libre; y las aceras invadidas por los grupos de porteras y habitantes de los cuartos interiores que acudían ansiosos de tomar el aire.

El paseo de Recoletos, al que burlonamente denominaban *la playa*, era el más favorecido de todos a pesar del retraimiento de los que no lo consideraban elegante.

Dos vueltas habían dado Adelina y Luisita sin atreverse a entrar en él, pasando a lo largo de la acera y contemplando de lejos el bullicio, cuando al fin el deseo fué más fuerte que la decisión que habían formado, atraídas por el rumor de risas y palabras alegres que ponían en el aire una nota de animación y simpatía.

Fueron a tomar su parte en aquel alegre coro de gentes que iban y venían en grupos, completamente despreocupados los unos de los otros, como si la reunión de todos no tuviese más objeto que aislar a cada uno y servirle de acompañamiento.

Casi todas las jóvenes que paseaban parecían alegres, avispadas, cantarinas, como dispuestas a una danza. Las cabecitas descubiertas en su mayor

parte estaban peinadas con un cuidado burgués, en rizos bien dispuestos, complicados y sentaditos y se mantenían airosas sobre los cuellos erguidos con energía al eco del piropo masculino como yegua que se engaya y recela.

Dominaban las blusas de tonos claros y telas ligeras, transparentes, que dejaban lucir descotes y brazos; las faldas cortas descubrían los pies calzados coquetonamente con zapatitos descotados, de tacón alto y transparentes medias de seda. Los hombres jóvenes y viejos mosconeaban alrededor de las paseantes, repitiendo sus continuos piropos, y mirando a todas con ojos que creían un deber expresar lánguidamente un galante deseo.

En las sillas, colocadas al margen del paseo, se formaban numerosas tertulias de personas más morigeradas, que se sentaban allí cerca, del mismo modo que si entrasen en un teatro para ver el espectáculo.

Luisa buscó con los ojos hacia aquel lado cuál sería el lugar donde se colocaban los sevillanos.

Sabía que estos tenían su tertulia bajo uno de los árboles, que era ya como un sitio alquilado para ellos. Así se reunían por gremios o provincias: tertulias de militares, de empleados de Fomento, de procuradores; todos los que no habían podido salir de Madrid y se consolaban paseando en la «Plava de Recoletos» y declarando que Madrid era el lugar más agradable de la tierra y que se estaba mejor en una casa de huéspedes de diez reales en la calle de la Montera que en un balneario de moda.

Se permitían la expansión de ir allí todas las noches, formar su tertulia, para discutir a voces, sin ponerse nunca de acuerdo, todos los asuntos políticos, las obras de teatro y el mérito de las actrices, bailarinas y cupletistas; y algunos tomaban dos sillas para extender las piernas a sus anchas, poner el sombrero al lado y desabrocharse el cuello de la camisa con la libertad del que está en su propia casa. Claro que todas las discusiones tenían el intermedio del continuo tema de *las mujeres*, como si la hombría de ellos hubiera de probarse con palabras procaces, aventuras vulgares y mucho hablar de mujeres *esfumadas* echándola de pillines.

Allí, en una de esas tertulias de estudiantes y de empleados de Sevilla se sentaba Paco. Luisa no tardó mucho en distinguirlo y cambió instantáneamente la mirada, para pasar frente a él haciéndose la distraída, como si no lo hubiese visto, aunque la tiesura de su aspecto, el empeño en mantener la cabeza vuelta hacia otro lado y lo forzado de la voz daban a entender claramente, no sólo que lo había visto, sino lo mucho que le importaba su presencia.

Paco, por su parte, no había pestañeado, pero la había visto pasar con la misma emoción oculta bajo la capa de la indiferencia. Todos sus amigos la habían visto también. Se destacaba demasiado la joven, con su alta estatura, su cabeza de rizos negros y su blusa roja, que le hacía sobresalir de los tonos claros y la estatura mediana de las otras, como una amapola entre un campo de margaritas.

A los pocos momentos Paco hizo ademán de levantarse.

—¿Te vas?—le preguntó un amigo.

—Sí.

La mirada con que acompañó este sí daba a entender que no quería volver a ver pasar ante él a su ex novia. Empezó a recoger los efectos que tenía sobre la silla, pero lentamente, como los que antes de marcharse esperan que los llamen.

Sin duda Luisa había presentido la huída porque a los pocos metros, en vez de continuar hasta el final del paseo arrastró a su hermana para dar la vuelta. Su mirada de reojo debió advertirle lo que sucedía, porque volvió la cabeza hacia aquel lado, y miró con franqueza, de frente, haciendo un expresivo saludo. Todos le contestaron afectuosamente y uno de los del grupo se adelantó invitándolas.

—¿Quieren ustedes descansar aquí?

Luisa miró a Adelina, que a su vez ya la miraba a ella, porque la viuda, sujeta sin interrupción desde la tu-

tela del padre a la del marido, estaba sometida a la voluntad de la hermana, de un carácter más vivaz y dominador.

—Con mucho gusto.

La vacilación había sido corta, como si presintiera el peligro que encerraba.

Todos se levantaron a saludarlas, con esos extremos de amabilidad que son como el homenaje debido a las mujeres bonitas, y les cedieron sus asientos. Paco ofreció el suyo.

—¿Te vas?

Esta vez era Luisa la que preguntaba y él fué el que vaciló un instante para responder al fin con voz temblorosa.

—No.

Todos los demás sonrieron. Era proverbial entre ellos aquel amor de Luisa y Paco que duraba ya varios años, entre continuas riñas y rompimientos, pero que acababa por arreglarse siempre, de tal modo que ya los amigos íntimos no se atrevían a aconsejarle en contra; y ni las amigas de ella coqueteaban con Paco, ni los amigos de éste se atrevían a cortejarla, a pesar de ese incentivo que hay en la novia del amigo y en la viuda del camarada, para hacerla más codiciada e incitante.

Todos tenían la seguridad de que sus disgustos habían de acabar bien; les bastaba sólo verse, cambiar una palabra o una mirada para que se derrumbasen todos sus propósitos de no volverse a saludar y cayesen por tierra sus enojos, por mucho que ambos hubiesen jurado a todo el que quería oírlos que no se arreglarían jamás.

Aquel era un amor que vivía de sus continuas rupturas, de las dificultades que se creaban ellos mismos, de la facilidad con que todo se arreglaba y se deshacía constantemente. Siempre avaloraba sus momentos de amor la idea de lo deleznable y fugitivo que podían ser, y en el fondo de sus disgustos, en los instantes más amargos del alejamiento, quedaba como una persuasión íntima de que no estaba todo terminado.

Habían llegado hasta la infidelidad. Unas veces Luisa supo que Paco cortejaba a una joven y que sus relaciones iban muy avanzadas, pero le había bastado presentarse para que él no volviera a hacer caso de la otra. Hasta alguna vez, con esa falta de piedad de los dichosos, se habían reído de las cartas que la abandonada le dirigía a Paco y que habían de quedar sin contestación.

Otras veces era Luisa la que había admitido un pretendiente, para dejarlo cruelmente burlado a la vuelta de Paco.

Estaban todos acostumbrados a oírlos abominar al uno del otro, contar las ofensas que habían recibido, las groserías de que fueran víctimas, los sufrimientos que se habían causado y el odio engendrado por todo aquello, y luego verlos de repente juntos, felices, olvidados de todo, como los mejor avenidos del mundo.

Bien es verdad que al día siguiente de verlos tan unidos, tan conformes, con la seguridad tan grande de su amor y sus destinos, se los encontraba separados de nuevo y jurando que no se reunirían más.

¿Por qué había surgido la nueva ruptura? Ni ellos mismos podían decirlo. Era todo por cosas fútiles, tal vez estallidos de pasión demasiado vehemente que llegaba a tomar las formas del odio para ser más aguda y punzante.

Estallaban aquellas tempestades cada lunes y cada martes: ya una opinión contraria, ya la elección de un sombrero o una corbata, una frase, una mirada, la contradicción dolorosa del amor exacerbado estaba en ellos y se manifestaba con cualquier pretexto.

En los disgustos graves, cuando los celos tomaban parte y los amigos se proponían agrandarlos con su intervención, parecía que se había terminado todo; pasaban meses y meses de alejamiento; unas veces sin querer oír hablar el uno del otro, otras veces protestando que eran excelentes amigos, completamente indiferentes, hasta llegar a la confidencia. Pero lo mismo en unos casos que en otros todo se acababa como había empezado, sin saber de qué manera.

No necesitaban preámbulos ni explicaciones; una mirada, una sonrisa,

un apretón de manos y todo quedaba olvidado. Era después cuando venían las explicaciones, las quejas, el narrarse los tormentos que habían sufrido, convertidos ya en agradable tema de conversación.

Así pasó aquella noche. Después de estar conversando un rato alegremente con sus amigos, las dos hermanas se levantaron para pasear de nuevo y Paco se colocó al lado de Luisa con la mayor naturalidad, haciéndose acompañar de su amigo Juan, que tomó su puesto al lado de la viuda.

Todos los del grupo que habían abandonado, y que recordaban las confidencias rencorosas de Paco, se miraron un poco entre desconcertados y risueños, como diciendo con su fatalismo sevillano: «Tenía que suceder»; y mientras unos seguían discutiendo si era más interesante Raquel Meller o la Argentinita, otros canturreaban una *soleá*, y los demás, medio soñolientos, emperezados, mecían su ensueño de nostalgia, que iba hacia la patria chica.

II

El centro del paseo era como el prólogo de los amores y de las intrigas. Después, para la continuación, las parejas de enamorados se esparramaban y se extendían por los bulevares más silenciosos y solos, de más poesía y menos luz, hacia el Prado o el Hipódromo.

Las dos parejas caminaban a orillas de los jardinillos del primero, los cuatro en fondo, muy silenciosos y preocupados. Paco miraba ávidamente a Luisa; la miraba como si la hubiese encontrado después de creerla perdida, y ella notaba cómo la penetraba su mirada llena de amor, y se sentía feliz, segura de su poder de dominadora. Poco a poco dejó el brazo de la hermana para adelantarse con él. La otra pareja les seguía realizando un sacrificio en aras de la amistad. Juan, sin saber de qué hablar con Adelina, que siempre autómata, silenciosa e indiferente a todo, marcaba a su paso el ritmo conveniente para guardar la distancia que había querido establecer entre ellos su hermana.

A los pocos pasos se habían hecho las paces y las manos de los dos enamorados se estrechaban amorosamente.

—¡Cuánto he sufrido!—decía él.

Y como para darle una idea de su tormento, añadía:

—Me pasaba las noches estudiando.

Ella, vencida por aquel exceso, murmuraba:

—Tonto, y yo que te quería tanto.

Habían llegado al lugar donde el paseo se abre en la plazoleta de las Cuatro Fuentes. La poesía del sitio los ganaba a todos. Era uno de los lugares más bellos de Madrid, y, sin embargo, era el más desierto; la gente no se detenía allí; sólo escasos transeúntes pasaban de vez en cuando turbando la intimidad de aquel sitio. Había algo allí de campo, de explanada, algo que parecía alejar las casas cercanas y alejar la ciudad; lucía en lo alto un cielo azul, intensamente oscuro, en el que brillaba la franja de luz de la vía láctea, semejante a un jirón de neblina que ocultase las masas de estrellas; la gran explanada envuelta en la sombra tenía un valor de claro de bosque, y las cuatro fuentes, bajas, anchas, con las aguas verdosas que parecían próximas a desbordar, ponían mayor misterio al lugar. Caía el agua lenta, lenta, con un suave murmullo, desde su bajo surtidor, y daba la impresión de que las fuentes se iban a derramar, faltas de artificio, con la sencillez de su taza escueta, de piedra, roída y ennegrecida por los años. La canción del agua era allí una canción en voz baja, sorda, como si tuviese miedo de turbar la paz de la ciudad, como si añorase la libertad de los campos. Su canción melancólica, dulce, doliente impregnaba de poesía el lugar. Los dos novios fueron a sentarse en el borde de una fuente, la primera a la izquierda, y Luisa tocó con los dedos el agua, sintiendo una sensación de placer a su contacto, pero sin atreverse a sumergir las manos. Paco trató de levantarse los puños para imitarla, pero ella lo

detuvo. Tenía miedo de aquella oscuridad del agua, que parecía negra, más negra que la tierra, como si en su fondo estuviese posado mucho fango y vivieran anguilas, lombrices, sapos, animales que irían a morderle en las uñas.

El rió de buena gana de sus temores. Las fuentes estaban limpias, a pesar de las ovas o ajomates pegados como pólipos a sus paredes; era la noche sin luna la que producía aquel efecto. Metió la mano y tiró de los dedos de su novia para hacerle hundir las suyas. Se estrecharon las manos dentro del agua con un placer nuevo, revestido de inocencia.

Adelina y Juan se habían sentado cerca de ellos. La pobre viuda se quejaba del capricho de su hermana en detenerse allí, en un sitio tan triste y tan húmedo, cuando estaba tan hermoso y animado el paseo. Además, Juan se debía de aburrir.

El amigo tuvo que protestar; influído por la belleza del sitio encontraba apetecible a la viuda, y pensaba que sería una mujer hermosa adelgazando un poquito y peinándose mejor.

Luisa y Paco no pensaban en ellos; había desaparecido todo lo que no fuesen ellos mismos, con las manos juntas electrizadas en sus guantes de agua, y los ojos fijos en sus ojos hasta llegar a la hipnotización.

—¡Pensar que he podido perderte! —murmuró él con aquella voz grave, inconfundible para Luisa, que le llegaba al corazón.

Ella respondió con una voz de suspiro que salía del corazón suyo.

—Me hubiera muerto.

Sintió Paco el dolor de aquella muerte cuya sola enunciación lo llenaba de terror. ¿Podrían olvidarse jamás aquellos instantes? ¿Llegar a ser extraños el uno para el otro? ¿No volverse a ver? Le apretó la mano con tal fuerza que Luisa dejó escapar un grito.

—¿Qué es eso?—preguntó severa la hermana.

Pero la joven lanzó una carcajada ante la disculpa impensada que se le ofrecía.

—¡Mira!

Señalaba a Paco, cariacontecido y confuso, que escurría entre las dos manos el borde de su americana. Sentado de espalda al agua, en el borde de la fuente, e inclinándose para coger las manecitas blancas que se le escapaban en un juego de coquetería, como pececillos que huyen el anzuelo, no había visto que su ropa caía dentro de la fuente y se mojaba. Todos celebraron con risas el percance.

Un coche subía lentamente, como si el caballo caminase dormido en dirección a la Puerta de Atocha.

—¿Lo llamamos?—preguntó Luisa, que se enjugaba las manos con su pañuelo.

—No..., no cabemos los cuatro. Tendríamos que separarnos.

—Pero así, mojado como estás...

—Seguiremos nuestro paseo por este lado.

—Podrá perjudicarte—observó Adelina con su carácter maternal.

—Nada de eso... En este tiempo es una ventaja.

Volvieron a formarse de dos en dos para emprender su paseo de nuevo. Por un sentimiento unánime Luisa y Paco volvieron a un tiempo el rostro para despedirse del lugar de dulzura que acababan de dejar. El coche se había parado cerca de la fuente y el caballo blanco y escuálido bebía ansioso sin levantar cabeza.

III

Siguieron su paseo a la sombra protectora de la tapia del Botánico, contentos de no encontrar gentes en su camino. Sólo de vez en cuando pasaba una pareja que procuraba quedarse detrás o adelantarlos mucho, o alguna otra que venía en dirección contraria y pasaba rápidamente sin mirarlos y sin que ellos la mirasen tampoco, porque así, no mirando ellos, les parecía que no les veían los otros.

Al llegar al extremo de la verja dieron la vuelta pisando sobre sus propias huellas. Luisa, a favor de la soledad y

la complicidad de la noche, apoyaba su brazo en el brazo de Paco, que lo apretaba contra su pecho, mientras seguían su conversación apasionada. Al llegar al Museo sintieron que entraban de nuevo en un radio de luz que les obligaría a separarse, y por un acuerdo tácito torcieron su camino en dirección a las tapias del Retiro.

Para todos ellos, habituados a vivir en el centro de Madrid, aquello era como otra ciudad distinta, más cómoda, más apacible, más pueblerina. La silueta de los edificios que los rodeaban prestaban un encanto de arte con la majestad y la gracia de su arquitectura. A la derecha, el Museo con sus columnas dóricas suntuosas y la majestad de la escalinata, haciendo recordar los tesoros guardados dentro. Enfrente, el casón, con su pórtico griego, elegante y ligero; más a la izquierda y más al fondo, la silueta elegante y graciosa de San Jerónimo el Real, ostentando la aristocracia de sus altas torres góticas que parecían clavarse en la sombra. Los muros rojos de la Academia ponían una nota de color, y al través de la verja de hierro se escapaban juguetones los tallos de una madreselva.

Luisa abrió la nariz con un aleteo de sensualidad para aspirar aire perfumado de madreselva, jazmines y magnolias. Era la madreselva la que dominaba. Acercó el rostro a los hierros como si quisiera beber el perfume, saturarse en él. Paco miró a todos lados, y seguro de no ser visto, cortó el ramo de florecillas amarillentas, ocultas entre las hojas apretadas, y se las ofreció a Luisa. Luego se separaron de allí, ligeros como si hubiesen cometido un delito, escuchando el ladrido de los perros que acudían hacia la tapia como si hubiesen notado el robo y trataran de morder la mano que lo cometió.

Al entrar en la calle de Alfonso XII protestó tímidamente Adelina:

—Estoy muy cansada. Debe de ser muy tarde.

Paco le respondió:

—Vamos ya hacia casa. En la Plaza de la Independencia subiremos al tranvía. No son más que las doce y hay tiempo de poder tomar un chocolate en el café Universal antes de retirarnos.

Seguían la tapia del Retiro. Allí la oscuridad era mayor. Adelina, cansada, se quedaba lejos y tal vez era Juan el que provocaba este alejamiento. El brazo de Paco buscaba atrevidamente, con un atrevimiento que nunca había tenido, la cintura de su novia, y a través de las telas ligeras palpaba su curva armoniosa y subía hasta el brazo desnudo, pasando bajo la manga.

No se atrevía Luisa a oponerse. Sentía miedo de desmerecer a sus ojos por la condescendencia, pero la dulzura que se apoderaba de ella era superior a su voluntad. Sobre su seno había prendido el ramo de madreselva y el olor aquel parecía embriagarla y adormecerla más. Una de aquellas florecillas, madura, casi marchita, con esa madurez que aquilata el olor de la madreselva, jugueteaba entre sus labios. Paco debía de estar también embriagado: olor de noche, olor de selva, olor de tierra, olor a carne palpitante de amor. En la sombra, la blusa roja de Luisa parecía negra como sus cabellos y dejaba resaltar la blancura del escote; el busto destacábase marmóreo, como en una estatua cuyo traje hubiese estofado un escultor del Renacimiento para lucir más la piedra. El cuello largo, firme, sosteniendo airosa la cabeza, tenía una suprema elegancia en su blancura. Se acercó Paco para verla mejor; le brillaban los ojos en la sombra como si hubiese retenido en las pestañas una lágrima tan leve que no las llegaba a rebasar. La florecilla sobre los labios era como una provocación. Una tentación fuerte que no pudo dominar. Acercó los suyos para quitársela con ellos y fué a un tiempo mismo espontáneo y poderoso, el doble beso.

—Hemos llegado.

Era verdad lo que les decían. Estaban en la Plaza de la Independencia; los tranvías que dan la vuelta a la Puerta de Alcalá se acercaban con sus luces brillantes y su campanilleo

avisador. Entraron en uno de ellos; se sentaron separados, y luego en el café apenas volvieron a hablarse.

Parecía que los dos estaban arrepentidos de lo que habían hecho.

Paco sin darse cuenta comprendía que no tenía ya derecho a provocar sus continuas pendencias, aquellas pendencias que mantenían su amor, y experimentaba una vaga tristeza.

Luisa, con su instinto de virgen, avisada por lecturas de los misterios de la vida, se creía menos fuerte para conservar su señorío en sus disgustos. Sin duda el beso dado era inferior al beso esperado. Juzgaba por ella misma y sentía como un dolor de vencida, de desarmada. ¿Qué recurso podría emplear para retenerlo cuando ya no tuviese el arma del deseo y el encanto de lo desconocido? Se arrepentía de aquella traición de la noche que le hizo olvidarse de estar en guardia, para conservar incólume los recursos de su coquetería, que son el secreto de la virtud calculada y cruelmente provocativa de algunas mujeres.

IV

Empezó una era de paz más larga de lo acostumbrado entre los dos novios. Desde agosto a octubre sólo habían reñido tres veces, y esto por cosas fútiles, que no interrumpían sus visitas. Paco le prometía que se casarían tan pronto como aprobara el último año de leyes e hiciese la reválida. Esto le parecía a todos cosa próxima porque sólo le faltaban tres asignaturas, pero Luisa sabía que en cada asignatura de la carrera había gastado un año y aunque Paco disculpaba su dejadez o torpeza con la excusa de no querer acabar sus estudios para estar en Madrid más tiempo, porque le aburría la vida provinciana, ella sospechaba que podía seguir así.

Cuando iba de noche a verla le encendía una lámpara, le colocaba cerca una mesita, con la taza de café humeante y le daba el libro abierto para que estudiase. Ella se iba al lado de la hermana, junto al balcón, para no estorbarle, y allí las dos continuaban sus labores destinadas al ajuar de novia, comenzado ya desde hacía largos años antes de tener el novio, para cuando llegase el caso.

Pero cada vez que volvía la cabeza, y la volvía de minuto en minuto, la mirada de Paco estaba fija en ella y el libro continuaba abierto por la misma página.

—¡Esto no está bien! Así no nos vamos a casar nunca—decía fingiendo enojo.

—Tuya es la culpa. ¡Estás tan bonita!

Las únicas noches que Paco estudiaba eran las que venía a verlos el tío Antonio, viudo de una hermana de la madre de Luisa y Adelina.

El buen hombre, que siempre había sido bonachón, sencillo y alegre como unas pascuas se había tornado melancólico, taciturno y fatalista desde que a la muerte de su mujer había ido a pasar unos días con sus parientes a Huelva. Se había apoderado de él la sensación del abandono, de la muerte, de la soledad.

—No sabeis lo que es, yo no lo sabía tampoco—decía—, lo que es volver al cabo de treinta años al sitio de donde salimos a los veinte. ¡Todos los que dejamos pequeños son ya casi viejos y su vejez nos da la medida de la muestra que no habíamos visto bien!

—Pero, tío—respondía Adelina que, en su placidez, se sentía dichosa engordando sin más ideal que el verse rodeada de los suyos—. Eso es una cosa muy natural.

Montaba en cólera don Antonio.

—¡Muy natural! ¡Claro! ¡Muy natural! También es natural morirse, y esa es la idiotez, el que esto sea natural. Lo vamos viendo todos los días; se ha muerto Fulano, se ha muerto Mengano; Zutana se murió, se murió Mengana... nos van dejando solos, solos, como sin defensa para atacarnos mejor.

Era en vano que la familia tratase de apartarlo de aquellas ideas que lo obsesionaban, una vez lanzado en ellas.

—Si vierais en Huelva... Todo estaba igual...; todo menos la gente..., todos los que tenían treinta o cuarenta años cuando nací no estaban ya..., no quedaba ninguno de los que fueron mis amigos mayores... Se habían ido todos al cementerio, poco a poco, sin hacerse notar de los otros... Hoy el tío Luis, mañana la prima Juana, la vecina, los amigos de mis hermanos..., todos, todos cayendo muertos a lo largo del camino, y yo que no había ido en tanto tiempo, era como si los viera morir a todos de un solo golpe... ¿Querréis creer que ya no escribo cartas por no abrir mi libro de direcciones, lleno de cruces como un camposanto?

Se sentían todos impresionados de aquella amargura, de aquella protesta contra lo inevitable que había en don Antonio; de aquella certeza de hallarse solos al final de la vida.

Pero don Antonio, con una rápida transición, parecía olvidar su tristeza.

—Un cigarro, Paco, que no hay nada en esta vida que merezca apesadumbrarse con ello. Para lo que ha de durar...

En seguida, con un mal gusto, que hacía dudar de si obraba por inconsciencia o por maldad, empezaba a poner de relieve las faltas e infidelidades de hombres y mujeres. No había pareja fiel; solo él y su mujer lo habían sido. Por eso se la había llevado Dios.

Se complacía en despertar los celos de ambos.

—Vamos, buen mozo; que ya me figuro lo que harás cuando salgas de aquí... Todos somos hombres... y mientras estas tontas... Bien es verdad que también se desquitan..., ya, ya... Verdad, Luisita..., yo sé mucho.

—¿Pero qué es lo que sabe usted? —preguntaba la joven exasperada al notar la contracción de cejas de Paco.

—Nada, hija, nada... No te figures que voy a decir nada inconveniente.

—¿Pero qué tiene usted que decir?

Era seguro, visita del tío Antonio, pelea cierta. Aquellas noches Paco se iba sin detenerse en el pasillo a besar a su novia, con aquella confianza que se había abierto para sus besos después de robarle el primero, y se marchaba de prisa, calle abajo, sin volver la cabeza, como hacía las noches que se separaban contentos, esas noches en las que él tomaba la acera de enfrente para verla más tiempo y que ella lo seguía con sus gemelos de teatro para verle mejor, volviéndose a cada cuatro pasos en un nuevo saludo. Esas noches le quedaba una gran esperanza que la fortalecía contra los celos vagos. Tenía celos de aquellas mujeres que ella adivinaba acechando por las esquinas, que lo detenían y lo llamaban. Un día, con su poco reparo, había contado don Antonio que una de ellas le ofreció la pierna, rogándole que le echara diez céntimos en la media.

Otras veces tenía celos del pasado. Ella desearía que le hablase mucho de su familia, de su vida, de sus proyectos para lo por venir. Era como si así hiciese el pasado más suyo y creara lo venidero; pero Paco hablaba casi siempre del presente. En lo que más explícito había sido fué en hablarle de novias. ¡Cuántas y cuántas pasiones! Las amiguitas de su hermana allá en Sevilla creándole complicaciones sentimentales; las primitas insinuantes esperando ser elegidas para esposas; aquella prima casada que vino de la ciudad, que le enloqueció con sus morbideces de mujer madura, y que cuando él le pidió un beso de amor, le dió un beso grande, fresco, maternal, en el que no había una vibración de mujer; aquel beso *al chiquillo* que mató su amor y le hizo conocer el primer dolor de hombre. ¡Cómo se habían burlado de él!

Más tarde las revelaciones con las doncellas de su madre..., las novias fáciles, aquella hija de la pupilera tan feíta, que le toleraba todos sus devaneos sin exigirle nada y que fué su intermediaria cerca de una cándida inglesita rubia de torneadas pantorrillas.

Después, a la muerte del padre, las cupletistas, las bailarinas, las señoras a cuyas casas le llevaban los amigos, y al lado de ésas, las otras, las

más temibles, las señoritas casaderas y virtuosas. Creía Luisa que todas lo pretenderían, que no tendría más que elegir, suponiendo que a todas les había de gustar como a ella.

Sus celos la alejaban de todas sus amigas; sufría cuando iba alguna a verla o la detenía en la calle. Bien es verdad que Paco tenía los ojos muy alegres y no hallaba mujer desagradable. La ponía en ridículo con sus amabilidades y sus piropos a todas. Hasta un día, a Petrita, tan fea y picada de viruelas, no encontrando qué elogiarle, le había dicho que tenía las orejas bonitas.

Ella no se quejaba de esto por miedo al ridículo; pero, en cambio, si tenía una broma, una atención, una mirada con cualquiera de los amigos que él llevaba, había de sufrir los improperios que le dirigía su novio, el cual tenía buen cuidado de decirle:

—No son celos. ¡Celos yo! Es vergüenza de tu procacidad, de tu mirada.

Atemorizada por esto, se sentía molesta, cohibida; se colocaba en una situación inferior para luchar con las otras; tenía que estar preocupada siempre en retener los ojos, que se le escapaban hacia lo prohibido, con esa atracción que es para los ojos el impedirles mirar algo, que es bastante para que se escapen hacia aquel lado.

V

Era una tarde rubia. El sol, amarillo, lo bañaba y lo envolvía todo en una tonalidad dorada, llena de melancolía otoñal.

Aún el calor obligaba a buscar la frescura de la sombra de los árboles del Jardín Botánico, donde paseaban Luisa y Paco.

Tenía el gran jardín algo de pantanoso, de húmedo, de demasiado umbrío con el espesor del ramaje de los grandes árboles y la tierra ahita de agua. Sobre los paseos, enarenados, rodaban las hojas secas, con un quebradizo ruido de cristales rotos, mientras que arriba había como un rumor de faldas de *moiré*, en el rozar de las hojas que movía el viento, próximas a desgajarse y a caer.

Estaba muy claro el cielo, muy transparente, apenas teñido de un ligero añil, más suave que el dorado de los rayos del sol, que se reflejaban en el horizonte sobre bellos teñidos de rosa y de oro.

Se encontraban casi solos en el jardín. Aquel jardín tenía una tristeza especial, algo de jardín de cementerio. Un cementerio de las pobres plantas, tan cuidadas, tan podadas, que carecían de libertad para crecer y extenderse a su antojo. Estaban siempre alerta las tijeras para amputar la rama indiscreta y mantenerlas desbrozadas y pulidas. Cada una tenía colgado el cartelito, en el que rezaba su nombre y su familia, como una losa con epitafio.

Debía pesar en los dos la pereza de la tarde para estar silenciosos y sentirse llenos de una mayor melancolía, de una mayor ternura.

Vinieron a detenerse bajo el modelo de gruta, donde jugaban varios niños pequeñuelos. Ocho o diez chiquillos que no pasarían de siete años el que más. Debían de ser de familias pobres de la vecindad, a juzgar por el descuido de sus trajes: baberos de telas bastas, de una dudosa limpieza, que rimaban bien con las manos cortadas y ásperas, las caras churretosas y los cabellos revueltos y deslucidos.

Los dos miraron con amor a los niños, que no les parecían feos ni sucios, y al mirarse de nuevo ellos, Luisa se ruborizó con una turbación tan graciosa que dió mayor arrogancia a su novio y le arriscó aún más, satisfecho de haberle hecho sentir con su mirada esa maternidad oculta en la sensualidad de las vírgenes.

Hizo una seña a los chicos, que dejaron de jugar y miraron ariscos y desconfiados.

Luisa sacó del bolsillo un puñado de caramelos y se los mostró a los niños, que permanecieron quietos, callados, mirando de reojo a la joven, con el deseo de los dulces y sin atre-

verse a acercarse. Al fin una chicuela de morros sucios y cabello enmarañado estiró la mano. Retiró Luisa la golosina, y asiendo la manecilla regordeta y escamosa, la atrajo hacia sí. Se interpuso Paco.

—¿Cómo te llamas, monina?

La niña se dejó deslizar hasta aproximarse a él, pero permaneció silenciosa.

—Dime cómo te llamas y te doy un caramelo.

—Rosario—murmuró vencida por el deseo, con voz bajita y vergonzosa.

Cuando le entregó el caramelo, la niña se alejó satisfecha, y todas las otras se aproximaron más. Empezó el reparto de caramelos. Luisa les preguntaba el nombre a los muchachos y Paco a las niñas, que lo decían con el deseo de apoderarse del regalo.

—Antonia.

—María.

—Dolores.

—Angeles.

¡No había una Luisa!

Los niños les daban la misma decepción.

—Juanito.

—Pedro.

—Manuel.

¡Ninguno se llamaba Paco!

Se miraron un poco desconcertados por esto. No estaba allí *su hijo,* el hijo que buscaban.

Sintieron un disgusto que les hizo volverse el uno contra el otro sin darse cuenta. Maquinalmente, él acariciaba la cabeza rubia de Angelita, quizá la única que estaba bien peinada. Sintió unos celos vagos Luisa, celos del nombre.

—La vas a despeinar—dijo con mal humor.

—Ya, no—respondió él riendo y señalando el lazo azul de la niña, ya en el suelo, mientras los cabellos le caían como un nimbo de luz en torno de la cabeza.

—¿Te gusta *Angelita?*

—Es muy mona. Se parece a ti.

—A mí, no... A otra *Angelita* quizá.

—No seas tonta. Toma, ponle el lazo.

—No sé.

—Se lo pondré yo.

—No tengo paciencia de estar aquí mientras. Quiero irme.

—Está hermosa la tarde y estamos aquí muy bien. ¿No te gustan los niños?

—Cuando están limpios y bien vestidos.

—¡Pobrecitos!

—Estás muy compasivo.

—No comprendo que haya mujeres que no gusten de los niños.

—Pues ya conoces una. No me gusta nada irracional. Ni niños, ni pájaros, ni perros, ni gatos...

—Pero vas a comparar a los niños con los animales...

—A esa edad se llevan poco.

—Y me parece que a la tuya también.

—¿Qué me quieres decir?

—Eres una idiota.

—Y tú, un grosero.

Había, como siempre, estallado la tempestad. Una de aquellas riñas tan frecuentes, tan impensadas, que brotaban de cualquier cosa y parecían sobrecogerlos siempre.

Salieron del jardín murmurando bajo quejas e improperios, y siguieron Prado arriba hacia Recoletos. Todo aquello estaba lleno de recuerdos para ellos. Hubo largos silencios que apagaban la cólera y despertaban la ternura.

Algunos momentos, la mano de Paco apretó el brazo de ella y su aliento le cosquilleó cálido en la nuca; otros, Luisa volvió hacia él los ojos con los labios temblantes de pasión, próximos a perdonar. Pero sus movimientos tiernos no coincidieron; les faltaba franqueza para abordar la reconciliación, y el amor propio les aconsejaba:

—¡Ahora no ha de ser como siempre, no cederé!—pensaba Paco.

—¡Aunque me cueste la vida no me dejo pisotear más!—se decía ella.

Tal vez, siguiendo uno junto a otro su camino, hubieran llegado a la casa y se hubiera hecho la paz; pero al atravesar la plaza de España, dos lindas muchachas, vestidas de azul, destocadas, luciendo un casco de oro en

la cabeza, pasaron cerca de ellos. Las dos reían, dejando ver los dientes, blancos como una línea de luz entre el bermellón de los labios; llevaban los ojos brillantes, las mejillas frescas; una sensación de alegría y de ligereza que, sin saber por qué, le parecía a Luisa que la humillaba. Ella tenía algo de solemne, de mustio, con su belleza blanca, sus cabellos negros y su estatura esbelta y majestuosa. Paco las miró..., las miró con insistencia; las otras hubieron de notarlo y acentuaron la sonrisa satisfecha, malévola, del triunfo de las mujeres miradas por el hombre que acompaña a otra mujer guapa. Una de ellas volvió ligeramente la cabeza con cierto descaro, y sorprendió la mirada que las seguía. Luisa no pudo contenerse más. Hubiera querido pegarle a su novio, llorar, patear en el suelo, tirarle algo que le hiciese daño... Su mano apretó en su brazo, clavando los dedos en un pellizco profundo.

Paco sacudió con un movimiento brusco aquella mano, y a merced de las sombras que empezaban a envolver la tarde escapó ligero por la calle de Alcalá.

Sintió Luisa en el corazón como un pellizco que le mordía. ¡Se había ido! Algo le decía en el alma que esta vez no volvería. Hubiera querido correr tras él, llamarlo, gritar... Al sentirse impotente tuvo un impulso de arrojarse al paso de un tranvía y probarle así su amor..., aquel *tan tan tan* de aviso de los tranvías era como una llamada. Luchó con la tentación y se dejó caer sin fuerzas sobre un banco. Allí permaneció más de una hora, sin importarle que la vieran y llamar la atención. Al fin emprendió el camino sola, vacilante, seguida por uno de esos hombres que parece el mismo hombre que sigue a todas las mujeres para vejarlas y molestarlas. Ella no respondía, no miraba, apretaba el paso para librarse de la procacidad de su perseguidor. Las frases de aquel hombre la irritaban más contra Paco, que así la dejaba a merced de todos los peligros. Pero al entrar en su casa le pareció ver una sombra como si velara por ella de lejos, pronto a defenderla. Sintió una sensación de alivio. Volvería.

VI

Como era Paco el ofendido, Luisa se creía en el deber de buscarle. Dos veces le había escrito, y el joven no le respondía. Alarmada, celosa, llegó a buscar pretextos para encontrarse con él. Pasaba en vano todas las tardes por aquel café de la calle de Alcalá donde solía sentarse con sus amigos, pero no le veía jamás. ¿Dónde se metía? Quizá en casa de otra mujer que le hacía olvidarla.

Algunos días pasó por la Universidad a la hora que salía de las clases; no se atrevió a detenerse cuando vió a los amigos de Paco, que la saludaban con cierta sonrisita, en la que ella creía ver algo irónico, con ese recelo de las mujeres hacia los amigos íntimos, frente a los que se creen en ridículo siempre, porque ellos son los enterados de las infidelidades insospechables.

Aquel domingo no había podido vencer la tentación; era preciso que lo viera, y, aprovechando el pretexto de la misa, con un rasgo de valentía inaudita, se dirigió a la casa de huéspedes donde vivía Paco.

Apenas se dió cuenta del paso que había dado hasta que se encontró frente a la muchacha que le abrió la puerta. Balbuceó el nombre de Paco.

—¿Quién le busca?

—Su prima.

Su aspecto inspiró confianza y la invitaron a esperarle. Entró en aquel cuarto donde tantas veces la llevaba su pensamiento. Ahora ya le encontraría mejor conociendo el lugar. Miraba con ternura todos los sencillos muebles: la cama con colcha amarilla, el lavabo, las escasas sillas y el escritorio adornado con retratos de ella... ¡Estaba allí entre la madre y la hermana de su novio! Paco le seguía siendo fiel y guardándola cerca de sí. No había más mujer que ella; aquellos otros retratos de Raquel Me-

ller, Pastora Imperio y Tórtola Valencia no la ofendían, porque a fuerza de ser mujeres habían perdido ya su significado de mujer. Sin embargo, daba frío aquel cuarto, le faltaba intimidad, pero creía que todos aquellos objetos debían conocerla, que Paco les habría hablado de ella.

Cuando escuchó la voz de su novio se dió cuenta de la gravedad de aquel paso, y se sintió desfallecer...; oía su voz preguntar con extrañeza:

—¡Mi prima! ¿Y está aquí?

Le dió fuerza aquella voz. No podía vivir sin oírla, quizá su pasión radicaba en aquella voz de caricia.

Entró ceñudo, duro.

—¿Qué es esto?

—¡Paco!

—¡Qué locura! ¿Cómo vienes aquí?

—Pero...

—Vámonos..., yo te acompañaré.

Le asustaba la idea de que cualquiera de sus amigos pudiera llegar y verla allí.

Salieron; la calle estaba solitaria, apenas transitaba nadie por ella; Luisa se acercó y le cogió del brazo. Era un brazo duro, con los músculos en tensión para permanecer hostil, con algo de leño, de insensible.

—Paco... Paco.

—¿Qué quieres?

—No puedo vivir sin ti.

Siguió él en silencio, pero en su brazo hubo como una flexibilidad que acusó la ternura.

—No calles—siguió ella—; háblame..., necesito oír tu voz! ¡Tu voz!; háblame, dime que me quieres, Paco mío.

Se acercaba, loca, delirante, queriendo vencer la resistencia con sus caricias... El cedió. Cedió sin hablar, cedió estrechando la mano que le oprimía el brazo con pasión contra su pecho. El también la había creído perdida.

Aquella noche, cuando llegó a la hora de sus habituales visitas, nadie pareció sorprenderse. Lo esperaban.

Los dos novios se sentaron junto al balcón y empezaron, como de costumbre, a contarse sus temores, sus cuitas; las veces que se habían querido buscar y se habían dominado. El placer de aquel amor estaba en las reconciliaciones.

Dos o tres veces estuvo aún a punto de turbarse la paz en la explicación.

—Yo no te hubiera buscado—dijo él con orgullo que la lastimó.

—Yo no te buscaré otra vez—declaró ella como si quisiera borrar su humillación de antes con su arrogancia.

—No seas orgullosa.

—Mira lo que haces.

Pero estaba reciente el recuerdo de su separación y dominaron su amor propio. Ambos protestaron a un tiempo.

—No nos separaremos más.

Luego él preguntó:

—¿Adelanta mucho la colcha?

Le gustaba ver aquellos cuadros de crochet que se deslizaban de los dedos de la novia, robándole algunas miradas, pero cuyo tejido no quería detener, como si fuesen granos de arena de un reloj que marcase las horas que faltaban para su enlace. Sería como la red de mallas que había de cubrirlos a los dos.

Luego, vencidas ya las asperezas, dominó en los dos el amor con toda la fuerza que crecía en cada una de aquellas contrariedades. Mientras ella se deleitaba escuchando su voz, él la suplicaba:

—Enséñame los pies.

Y enardecido por la visión graciosa, paseaba apasionadamente la mano ardorosa por el brazo de la joven, a favor de la anchura de la manga.

Adelina hacía silenciosa su crochet.

VII

Nuevos días de paz sucedieron a la nueva reconciliación. Una paz intensa, respirada con fuerza, con ansiedad, con avaricia, como si estuviese siempre frente a la posibilidad de una nueva ausencia.

Sentían ansias de retenerse por siempre el uno al otro, auñándose, mordiéndose con un mordisco inseparable, soldándose dolorosa y fuertemente. El

amor propio de los dos y la felicidad frenética que brotaba de estas juntas les hacía ver que había algo en aquella fuerza que los unía, que los repelía, los separaba, agravaba todas las cuestiones y no podía dejarlos tranquilos.

En efecto, surgió una nueva riña. ¿Qué fué? Celos. Unos celos más fuertes que los anteriores.

Ya se habían acostumbrado a salir todas las tardes. Se unían a la multitud de parejas de enamorados que vagaban por las calles al anochecer, buscando los lugares de más sombra para pasear muy juntitos y muy despacio.

La renovación de ambiente que ponía en su amor aquellos paseos les hacía preferirlos a la tranquilidad de la casa, y hasta en los días de lluvia iban a esconderse en un cine o en un café para volver luego en su paseo lento, cobijados bajo el mismo paraguas.

Durante todas aquellas horas apenas desviaban los ojos uno de otro, asustados de sus continuas peleas. Siempre al llegar a alguna parte él la señalaba el sitio.

—Siéntate ahí.

Ella obedecía, con una obediencia pasiva en la que entraba ya por mucho cierta indiferencia hija de la costumbre. Poco dueña de dominar su mirada contra la tentación de lo prohibido, se sentía así más protegida, más defendida contra ella misma. Se solían sentar en el café de un modo extraño, que provocaba cierta risa burlona en los camareros. El en el diván de terciopelo, en el sitio de las señoras; ella vuelta de espaldas al público, en una de aquellas incómodas sillas de madera, reservadas para los hombres.

Era la única manera de que Paco estuviese contento y locuaz, seguro de que ella no miraba a nadie. Sólo volvía la cabeza cuando los ojos de él se fijaban demasiado a lo lejos, recelosa de que hubiese alguna señora.

Aquella tarde habían ido a sentarse en un ángulo lejano, apartados de la concurrencia, y después de saborear el café, Paco había encendido un cigarrillo. Lo fumaba hablándole a Luisa, que parecía escucharle con algo de distracción y contestarle de una manera vaga. Miraba demasiado el espejo colocado a espaldas de Paco: se distraía en él con esa atracción de las mujeres, que tanto gustan de verse en el espejo.

Con su exceso de celos él tendió la vista y no vió a nadie a espaldas de Luisa que pudiera reflejarse en el espejo.

Sólo al levantarse, cuando ya se marchaba confiado, volvió la vista para coger un guante olvidado, y su mirada se hundió en el espejo. Allí dentro del marco estaba ella, con los ojos en los ojos de un hombre lejano, del que se despedía.

Paco se puso pálido. Luisa no había mirado de frente a nadie, pero valiéndose del espejo había mirado a alguien.

Tuvo que contener su cólera para salir con ella a la calle. Aquello le desesperaba; le parecía una traición monstruosa, una doble traición.

Aquel dar la vuelta de la mirada de ella para encontrar la otra mirada del caballero del rincón le pareció de una infidelidad ensañada, llena de premeditación. Ni siquiera se miraba con el otro de al lado que se veía en el espejo de enfrente y al que hubiera podido buscar, sino con un hombre lejano, cuya mirada buscaba en el espejo, merced al chaflán que favorecía esas leyes absurdas de refracción, por las que se comunicaban unos espejos con otros. Nunca hubiera él pensado que se retratase allí el ángulo del café que él no veía desde su sitio. No podía ocurrírsele aquella infidelidad, peor aún; aquella burla con el hombre vuelto de espaldas a ella.

El haber hecho el descubrimiento después de la larga tarde pasada en el café le irritó aún más. Había sido estúpida su tranquilidad contemplando a su novia, sin pensar que le ponía en ridículo, mientras ella se burlaba con disimulo.

¡Aquello no lo perdonaría! Le enredaba los celos aquella complicada manera que ella había tenido de engañarle. Seis espejos tenía que recorrer la mirada para encontrarse con el di-

simulado conquistador, como esas carambolas por seis bandas que ponen de manifiesto la sabiduría del jugador de billar; aquella mirada infiel refinaba la perversidad de ella hasta un punto insuperable.

Hubiera perdonado una mirada hasta más apasionada, pero más franca. Aquel frío juego a que había estado dedicada Luisa aquella tarde no lo podía tolerar.

Ella parecía tranquila, inocente; fué a cogerse de su brazo como siempre, pero él la sacudió con brusquedad.

Interrogó ella:

—¿Qué te sucede?

—Nada.

—¿Qué tienes?

—Déjame.

—Pero ¿qué te pasa?

Le hablaba con la voz mimosa, de caricia, que lo exasperaba aún más.

—Eres una miserable, una infame. Quiero dejarte en tu casa para volver y que vea ese caballerete que no se burla de mí impunemente.

—Pero ¿qué es?

Se irritó él aún más.

—No finjas inocencia. Demasiado lo sabes... Bien te habrás reído de mí.

Entonces Luisa pareció comprender.

—Pero, Paco, ¡por Dios!, ¿qué has pensado? Precisamente yo he mirado hacia ese lado del café porque era el único libre de una figura de hombre cercana y directa.

Paco, sin hacerle caso, prorrumpió en insultos; hubiera querido poderla pegar, pisotearla. En su irritación había tanto amor, que ella, sin hacer caso de sus diatribas, le seguía satisfaciendo con juramentos de inocencia y de cariño.

Así llegaron al portal de la casa, y él se fué sin despedirse y sin hacer caso de la voz angustiada, que le suplicaba con un dejo de amenaza:

—¡Paco! ¡Paco! ¡Mira lo que haces! ¡Paco! ¡Ven!

VIII

Aquel disgusto se prolongaba demasiado. No se encontraban en ninguna parte, no venía nadie a hablarles al uno del otro y a ser el puente para una nueva reconciliación.

Paco no olvidaba la herida abierta por la escena de los espejos. Veía constantemente la ruin intriga, pero al mismo tiempo veía el rostro de ella bañado de inocencia, de vaguedad, y había momentos en los que, a pesar suyo, se extasiaba en aquel rostro que era, *de fijo*, el único rostro que podía amar.

Evitaba entrar en aquel café con sus amigos, pero no podía dominar la tentación de reconstruir la escena, creyendo así hacer más implacable su odio, pero al mismo tiempo para hacer más *implacable* su amor.

Era, sin embargo, donde menos evocaba el rostro de ella. Los espejos estaban vacíos. La luz había borrado la imagen, como la esponja que todos los días limpia a primera hora de la mañana los cafés. Había limpiado mil veces ya la imagen de ella.

Paco se tiraba en el diván como un enfermo y no tenía fuerzas ni para leer un periódico. ¿Cómo no sentía Luisa la necesidad de ir a buscarle allí? ¿Por qué esta vez no le escribía?

La ausencia iba siendo más larga que nunca, y, sin embargo, le quedaba siempre una esperanza: la esperanza de que algo se encargaría de volverles a unir cualquier día. ¿Quién podría borrar la predestinación del uno para el otro? Existía indudablemente una vocación que nunca había visto tan clara ni en ninguna novia de sus amigos ni en el corazón de ninguno de ellos.

Esta idea le daba confianza. Volverían a encontrarse, a quererse. Tendrían que ser la pareja que se hacen viejos juntos. Bastaría que ella pasase cualquier día por su calle, bajo su balcón, o que cualquier día se encontrasen de nuevo.

Pero no se encontraban.

Quizá se dejaba pasar demasiado tiempo por la seguridad de una reconciliación.

Toda la vida la hubiese dejado pa-

sar con esa seguridad, feliz en medio de todo y con la esencia de ella en el alma.

IX

De pronto tuvo lugar el encuentro esperado. Algo de su alma llamaba a Paco hacia el Parque del Oeste. Era como un presentimiento de que la iba a ver.

La vió.

La vió paseando cerca de un hombre que iba al lado de ella, paseando como había paseado con él. Fué cosa de un minuto. La vió. Se dió cuenta de quién era el hombre que iba con ella, y el primer momento de amor, de cólera, de celos rabiosos, que le hicieron dar un paso para ir hacia ella y recobrarla a la fuerza; se heló en su corazón.

La vista de aquel hombre no le irritó ni le crispó el corazón. No. Se lo enfrió de repente.

—¡Con Fermín!

—¡Con Fermín!

Repitió y siguió andando sin volver la cabeza.

Ellos tampoco la volvieron, y le pareció que debían seguir confusos y avergonzados todo el largo camino.

Se dejó caer sobre un banco, presa de una gran emoción. Aquella falsedad de Luisa era una doble falsedad. No podía recriminarla de tener un novio después de haber reñido con él, tal vez por darle celos. ¡Pero que ese novio fuese Fermín! ¡Qué era lo de los espejos al lado de esto! Había en esto una secreta indignidad, imposible de arreglar.

Fermín no era su amigo más íntimo para que esto agravara de tal modo su falta. No. Hasta esa traición, cometida por el amigo más íntimo, no hubiese sido grave, porque él había dejado libre a Luisa durante muchos meses y no tenía derecho a condenarla a una soledad eterna. El ya no tenía ningún derecho sobre ella.

Paco no había sido nunca amigo de Fermín, era un nuevo conocido, y, sin embargo, lo creía más responsable que a Luisa, pobre mujer de alma confusa en medio de todo. El era más responsable que un hermano que hubiese sido infiel a otro hermano.

¡Fermín era su parecido! ¡Fermín se parecía a él! Eso era todo. Esa era la gravedad del caso.

Le había indignado siempre su parecido con Fermín. Le había encontrado en su camino siempre y siempre se había apartado para no tropezar con él. Aquel hombre tenía su misma estatura, su mismo gesto, sus mismas facciones, y, sin embargo, no tenía su alma. Era como una sombra suya cuya cursilería le molestaba. La noble expresión de sus facciones tomaba en Fermín una torcedura de vieja arrugada; su frente, noble y ancha, era en Fermín estrecha y velluda; sus ojos, francos, se tornaban maliciosos en el parecido.

Muchas veces había comprobado cómo Fermín, en vez de tratar como él de escapar al parecido, trataba de acentuarlo, de aprovecharse de él.

Creía Paco que un hombre que se parece a otro está obligado a no suplantarlo sino sin darse cuenta, y si alguna vez, por casualidad, lo nota, está obligado a disculparse, a deshacer el engaño con apresuramiento, con viveza, con la lealtad más indispensable.

Jamás un hombre que se parece a otro puede abusar de ese parecido sin dar la prueba más evidente de un alma baja y sin escrúpulos que se pisa a sí misma.

Veía Paco con claridad el caso de aquel hombre repulsivo aprovechando la ocasión de triunfar de la pasión y de la tristeza de Luisa gracias a su parecido. ¿Podría ser tan ciego que creyese que gracias a su seducción personal, aun habiendo llegado a Luisa por el parecido del otro, había al fin dejado al otro como al parecido de él? Como si él, llegado después, fuese *el de antes* y Paco su parecido.

Sentía Paco el dolor de aquella tercería involuntaria. ¿Cómo podría Luisa haberse engañado, haberse confundido hasta el punto de creer que aquel charlatán podía sustituirlo a él, serio,

sincero, brusco quizá, pero constante y de gran corazón?

Luisa no sólo se había dedicado *a otro amor*, cosa muy humana y que él había sabido perdonar, sino que había creído dedicarse *al mismo amor*, con el mismo tipo de hombre.

Lo que más le había descompuesto era que él se veía mezclado en aquel idilio sin estarlo; estaba mezclado sin estar presente. No eran celos lo que le producía el estar obligado a seguir siendo la *primera persona* en aquellos paseos de Luisa con Fermín, sino la indignación de ser verdaderamente él a pesar suyo. El en el alma de ella. El haciendo triunfar a costa de él mismo a aquel otro hombre desleal. Era él quien se la entregaba.

Aquellos sentimientos oscuros y extraños le habían apretado el corazón hasta hacer salir toda la savia de su afecto. No obstante, después de desprendido de aquel amor aún continuaba siendo el protagonista.

Le quedaba una amargura de su pasado. ¡Qué poco lo había conocido ella para confundirlo en aquellos nuevos amores!

Había perdido sus mejores horas al lado de una de esas mujeres pueriles que no se percatan nunca de nada.

X

Ya en su casa y a través de los días siguientes, se sintió más aliviado de aquellas esperanzas impacientes que había sufrido por volver a encontrar a Luisa, por volverla a oír, por volverla a ver, con sus ojos chiquitines y vivaces, que parecían grandes por como resultaba su color oscuro sobre el rostro blanco.

Aquellos ojos eran entre todos los ojos *los suyos*. Los que Dios o el diablo habían hecho para él, solo para él, entre todos, haciendo al par los suyos como el único estuche en donde estarían bien. Con ninguna mujer experimentaría la dulzura de las miradas con que penetraban tan fácilmente el uno dentro del otro.

Ya no necesitaba buscarlo. Se había deshecho la ley fatal que les mandaba encontrarse. Había sucedido *lo único* que podía romper esa ley.

Sin embargo, pensaba a ratos en ella y en él, no en *ellos*, porque ningún sentimiento era en Paco tan profundo como el de que no podían estar unidos Luisa y Fermín.

Con el único que hablaba era con Juan, el amigo íntimo, siempre bondadoso y dispuesto a intervenir para arreglarles.

—No—decía Paco—. Ya es inútil, no la amo porque me veo confundido por ella con otro que me despoja de mi fondo innato de honradez y de buenas pasiones.

—No seas injusto, tal vez Fermín...

—No le disculpes. Yo no sería capaz de abusar de mi parecido con otro hombre para tomar a una mujer ni en una aventura de momento.

—¿Sabemos acaso si ha sido inducido o provocado?

—Yo, en ese caso, procuraría estar efusivo con ella al sentir lo prohibida que me estaba por ser de otro que me parecía a mí. Temería la mirada del otro, que se daría perfectamente cuenta de cualquier fácil galantería por pequeña que fuese.

—Pero ¿y si tú la amabas?

—Una razón de más para huirle, para pensar que no me veía a mí, sino que buscaba al otro.

—Pero pensando así, amigo mío—objetaba Juan—, no tienes derecho a recriminar a Luisa. El ofendido es Fermín, que hace el papel de un retrato, de una cosa que evoca el amor y recibe un culto que no es para él.

—Precisamente eso me irrita más. ¿Qué mujer es esa que no sabe distinguir entre yo y mi parecido?

—Eres demasiado severo.

—Tal vez. Quizá durante nuestros amores cruzó alguna vez por mí la figura de Fermín con un vago sentimiento de celos. Yo debí entonces señalárselo a ella y decirle: «Mira..., si alguna vez rompemos, sé de todos menos de ése.» Quizá debí inculcarla esa repugnancia.

—¿Por qué no tienes una entrevista con ella?

—¡Hablar con ella! ¡Ponerme cerca de ella! Eso no es posible. Le hablaría quizá con una voz de falsete, con una voz que ya no sería la mía, porque ante una mujer tan lerda, ante las mixtificaciones, temería ser el *Fermín*, el de *dublé*, y que Fermín fuese yo.

—Créeme, Paco, eso es un excesivo amor propio; si hablarais, todo se acabaría.

—Imposible. Además sería peligroso que habláramos.

—¿Por qué?

—Yo no podría dominar mi brusquedad..., la brusquedad que tengo perfecto derecho a usar, que soy el *único* con derecho a usar, porque en mí ha sido siempre una prueba de profundo amor, quizá ya sonase en sus oídos como algo más arbitrario que nunca, puesto que en los amores de aprovechado del otro, en esos amores de galanteador sin pasión, amores sin celos y sin castigo, porque en el fondo no es más que una conquista fácil, no habrá habido más que palabras melosas, dulces; palabras de cotillón.

Juan, en vista de su actitud, le aconsejó:

—En ese caso, no pienses más en esa mujer.

El asintió, asegurándole que estaba todo terminado.

Cuando se despidió su amigo y se quedó solo, el pensamiento tenaz le acometió. No estaba tranquilo. Tenía que hacer algo para acabar realmente con todo aquello, para sentir él mismo que había hecho algo que lo libertase. ¿Qué debía hacer? ¿Vengarse de Fermín? ¿Pero de qué? Cualquier paso que diese se interpretaría como despecho. La ruindad de Fermín sólo podía vengarla él mismo. ¿Entonces?

No sabía por qué resolverse, pero necesitaba poner un punto final, señalar la verdad, dar el último tirón del tafetán que le cubría la herida.

En su sentimiento vago estaba la idea de que para Luisa no había terminado todo. Ella esperaba. Ella le confundía con el otro. Era aquella esperanza, aquella confusión, la que necesitaba romper para verse libre del todo. Tomó la pluma y escribió:

«Luisa: Esta es mi despedida, que no podía faltar. Estoy enterado de lo de Fermín, y yo, que todo te lo hubiera perdonado, esto no te lo puedo perdonar.

»Todos, menos ése, han podido ser tus novios; ése, no. Ese no podía ser. Ese era el que no debía haber dejado acercarse a ti.

»Con ninguno otro me hubieras hecho traición. Yo había dejado de tener relaciones contigo y, por tanto, todos podían ser tus novios y conseguir todas esas cosas que en cierta oscuridad se consiguen de ti y que, sin embargo, me hubieran permitido volver a encontrarte o por lo menos a recordarte sin rencor. ¡Pero ese hombre! Ese se parece a mí y fué a ti como mi parecido. ¡Cuándo seréis justicieras las mujeres! Debiste ver lo que se proponía. .Pero en vez de verlo creíste que te consolarías conmigo mismo de mi ausencia, con mi tipo de imitación, con mi franqueza de un modo aparente, con mi nariz aguileña...

»Este no era uno de esos amores fáciles en los que se incurre sin gran responsabilidad en los momentos de abandono. Este era el único por el que no podría pasar. Te has equivocado creyéndole mi otro yo. Ese hombre te abandonará. No aprecia ni tiene en consideración nada de lo que toca. Todo lo desflora exagerando mucho la galantería y la cortesía, pero en nada entra, en nada puede entrar.

»¡Tan poco me conocías que has podido confundirte tan miserablemente! Has podido variar de gusto, pero no equivocarte, no creer amarme a mí hasta con mi mismo rostro, siendo tan distinto.

»Si no hubieras caído en ese error, yo hubiera creído siempre que me conservabas en tu corazón y algún día hubiera creído que podía volver. Pero así, no. Así, ese que recuerdas como si hubiese sido yo, ya no soy yo. «¡Todos menos ése!», te hubiera gritado

si hubiera sospechado lo que iba a pasar. Ahora, frente a ese hombre de hazañas ruines, de alma torcida, te digo: «Todos menos yo.»

Paco.»

Después de escribir la carta fué al correo, y cuando la hubo echado miró por el buzón para ver si había caído dentro, y se quedó tranquilo. Después del desahogo de aquella carta, mármol con largo epitafio, ya estaba todo bien concluído. Ella purgaría con su abandono el haber hecho imposible la vuelta del único hombre para quien había sido creada, por la torpeza de haber escogido el único prohibido entre todos.

FIN DE
«VILLA MARÍA»
Y
«TODOS MENOS ÉSE»
DE
CARMEN DE BURGOS («COLOMBINE»)

FRANCISCO CAMBA

(1882-1947)

FRANCISCO CAMBA

PERIODISTA *y novelista español. Nació en Villanueva de Arosa (Pontevedra). Pasó varios años de su juventud en América, publicando—1911—en Buenos Aires* Los nietos de Icaro, *primera novela española con tema de aviación. En 1919, la Academia Española concedió el «Premio Fastenrath» a su novela* La revolución de Laiño, *y en 1922, su novela* El pecado de San Jesusito *alcanzó el «Premio Círculo de Bellas Artes». A partir de 1941 inició la publicación de los* Episodios contemporáneos, *veinte tomos de vida española novelesca entre 1906 y 1930.*

Otras novelas: Camino adelante—*1905*—; El amigo Chirel—*1918*—; El vellocino de plata—*1922*—; La sirena rubia —*1923*—; La noche mil y dos—*1924*—; Cárcel de seda —*1925*—: Una morena y una rubia—*1929*—; Crimen de mujer—*1930*—; Madrigrado—*1940*—.

EL PATRIARCA

I

CONFORME el tren les acercaba al término de su viaje, sentía Adelaida, tan animada hasta entonces, una creciente inquietud apoderándose de su espíritu. Gonzalo llegó a alarmarse.

—¿No vas contenta?

—¡Por qué no! Ahí me parece que no irá a comerme nadie.

Pero tan pronto el tren, desde muy temprano encajonado entre altas montañas, salió a paraje más libre y a lo lejos comenzaron a verse trozos de agua luminosa, remansándose al abrigo de algún pinar, la zozobra de Adelaida aumentó. Aunque nunca se había acercado a aquellos lugares, por constantes descripciones de Gonzalo, los conocía perfectamente. El mar, después de los montes, viniendo como bucólica agua de río a meterse por entre los pinares y a las viradas, era anuncio de que la casa solariega de los Bretal estaba próxima. Y así que el tren, con manso rumor de halago, se detuvo en la inmediata estación, Adelaida no pudo contener un suspiro.

—¿Ya?

—Todavía no. Todavía faltan otras dos estaciones y después una legua en auto. Hasta cerca de la noche no llegaremos. ¿Pero qué te pasa? ¿Crees de veras que te van a tratar mal? ¿Es el aburrimiento lo que te asusta?

Aunque Gonzalo hacía esfuerzos para sonreírse, como un vago desconten-

to diese cierta dureza a sus palabras, ella protestó casi ofendida. ¡Asustarse del aburrimiento! ¡Temer aburrirse viniendo con él! ¿No sabía entonces de qué modo le amaba? ¿En tanto tiempo como llevaban ya juntos no se había dado cuenta de que, para ella, no había parajes más o menos bonitos ni más o menos animados, sino tan sólo sitios donde él estuviese y donde no? Y se le humedecieron pronto los ojos, grandes y negros.

—¡Parece mentira, Gonzalo! ¡Parece mentira que no me conozcas un poco mejor y me digas tales cosas! Si me tratases mal, ¿crees que me importaría mucho mientras tuviese tu cariño? ¡Y aburrirme! ¡Aburrirme por vivir en una aldea, como si en la ciudad fuese yo muy amiga de fiestas y diversiones!

—¿Pues qué te pasa entonces? Porque tú no estás como saliste. Tan alegre ayer, y aun esta mañana, conforme nos acercamos a Arlanzón te noto una cosa rara, una inquietud, un miedo más bien.

Y ella prefirió serle franca y tranquilizarle diciéndoselo ya todo.

—Pues es verdad. Tengo miedo.

—¿A qué?

—A tu padre.

—¡Tonta!

Sentóse a su lado, halagándole las mejillas, y una vez más volvió a hablarle del carácter de aquel hombre.

Comprendía Gonzalo perfectamente que a Adelaida le impusiese un poco el presentarse a él como en apariencia iba, unida a su hijo no por los lazos solemnes del matrimonio, sino tan solo por los del amor. Pero a despecho de la edad y de la vida apartada en que se sumió hacía ya tanto tiempo y hasta de su título, el más noble y más rancio de la región entera, el padre de Gonzalo no era, ni mucho menos, el monstruo de incomprensión y rutinarismo que en caso semejante cualquier otro sería. Nadie, por el contrario, más capaz de comprenderlo todo. Nadie con un alma tan joven y tan dúctil.

—Por algo no tiene un solo enemigo en parte alguna, y tú has de adorarle, ya verás.

Más consolada ella, echó un vistazo al niño, que dormía aún. Después, una mano en el hombro de Gonzalo, púsose a contemplar el paisaje, aquel paisaje jugoso y verde, con caminos que más bien parecían avenidas de parque, los remansos del mar, cual lagos de quinta galante, adormeciéndose entre árboles de cuidada apariencia, y, bajo festones de ramaje florido y aquí y allá, en lo alto de alguna eminencia y en algún rincón tranquilo del valle, *chalets* de trazo airoso y caserones de noble y vetusto empaque. ¿Cuál de aquellos sería el de Arlanzón? ¿Dónde estaba el palacio de los Bretal que ella deseó ver tantas veces y ahora tan extraño miedo le infundía?

II

Gonzalo, entre tanto, semitumbado en el sillón, al compás del movimiento del coche, dejó el alma mecerse en aquellos recuerdos un instante evocados. Cuando la desgracia, es decir, lo que generalmente se llamaba su desgracia y que él tenía más bien por el comienzo de su felicidad verdadera, sólo en el viejo y aldeano patriarca encontró el bálsamo que tanto necesitaba, de consuelo y alivio. ¡Los demás...! Amigos de las ciudades donde había vivido hasta entonces y gentes del valle natal que le conocieron con Magda, si bien no tan osados como para decirle francamente sus pensamientos, dejaban traslucir, con franqueza no menos irritante, la lástima y la conmiseración ante el abandono. Con aquella mujer no se entendió nunca. Sus almas ni un solo instante estuvieron compenetradas. Al decidirse ella a levantar el vuelo en busca, según dejó escrito, de la felicidad a que tenía derecho y que él no supo darle, sintió Gonzalo, ante todo, una sensación dulce de alivio. Era como quien, ahogándose hasta entonces bajo una losa, se ve de pronto redimido

del peso agobiante. Por vez primera conoció la embriaguez y la gloria de la libertad. Volvió a ser dueño de sí. Tornaba a poder buscar también la dicha.

Pero la conducta de Magda había trascendido, y hasta en la aldea llegaron a enterarse.

—Le dejó su mujer.

—¿Mala vida que él le daba?

—De mala casta que es ella, que junto del señorito Gonzalo no había de faltarle cosa ninguna.

—El no tener qué hacer seguramente.

—No hay más traidor consejero para las mujeres.

—Y esta manera de ser de los señoritos, que no se arriesgan a aplacarlas con una buena soba.

—¡Qué verdad! ¡Una paliza a tiempo cuántos sinsabores quita!

Así hablaban hombres y mujeres por el contorno. Pero al verle en las salutaciones y los adioses había una conmiseración tan patente y tan dolorosa, que así como Gonzalo, por huir de ella se había refugiado en la aldea natal, por escapar también a esto apenas salió de la casa. Fuera deciase que de se asemejar a su padre, poco había de tardar en buscarse un consuelo. Y al ver que no, que los días pasaban y con todo ser ya el tiempo propicio de siegas y romerías, cuando la gaita canta por todo el paisaje el himno viril de la vida y detrás de cada bardal de era las mieses segadas incitan con su aroma caliente y con su ofrecimiento de acogedoras blanduras, Gonzalo, lejos de buscar la moza placentera, continuaba en su casa como hombre para quien se ha acabado el mundo, aumentase la compasión y la simpatía.

—No sale a su padre, no.

Y hubo aún otras voces.

¿Qué haría el padre de verse en trance de sentir una pena cual la del hijo? Pudiera darse el caso de que a éste no le importase mucho su mujer, que todos allí la conocieron y si bien era bonita cual rosa de mayo. ¡Tenía un empaque y un orgullo! De ser así en su casa, de serlo con su marido, un santo que la sufriese y nada tan grato como verla alejarse. Si el saber de los viejos aconseja puente de plata para el enemigo huidero, para la mujer adusta y áspera, puente de oro y hasta de diamantes si los hay. Una cosa, sin embargo, es el libertarse de mujer semejante, y para las personas de cierta clase, cosa distinta el temor de lo que haga una vez suelta y hasta, si no hace nada, lo que el mundo malicie. A don Senén, el padre de Gonzalo, no le abandonó, no podía pensar en tal cosa la pobre de la señora, que le adoraba. Pero si tal hubiese hecho, ¿tendría aquel hombre humor para consolarse persiguiendo mozas por las romerías y los molinos? Algo más tienen las mujeres que el sabor de sus besos y la dulzura de su dejarse. Y aquella con la que el hombre se casa mucho se lleva si levanta el vuelo.

—Ya veredes como el señorito Gonzalo no vuelve a ser nunca el que fué.

Y acaso acertasen en su sentencia los aldeanos, de no tener a su lado la sabiduría balsámica y el vigilante amor del viejo en cuya busca nuevamente iba.

Su padre vió bien pronto que la herida no era de esas labradas en carne honda y por tanto difíciles de curar. No era en la entraña profunda donde germina el amor del hombre hacia la mujer. Rasgada apenas la carne superficial del amor propio, de la propia estimación, del propio respeto de sí mismo. Y esto pudo aquel hombre curarlo fácilmente. Bastó el hacerle ver cuán escaso valor tenía quien, sin graves motivos, sólo por causas agigantadas en su imaginación abandona al marido y huye de su casa, exponiéndose a las habladurías del mundo. Luego supo mostrarle que él tampoco la quería.

—A ti te atrajo su belleza. A ella, tu fortuna y el título que heredarás algún día. Pero la belleza pronto no es nada si las mujeres no tienen algo más, y ésa se cansó de esperar tu título. ¡Me vió reposante con tan escasas ganas de morirme! ¡Hacíasele

sin duda tan poco agradable ser condesa, si acaso, a la vejez! Y como no había amor, allá se ha ido. ¿Qué te importa entonces? ¿Qué se lleva verdaderamente tuyo si tú no la quieres? ¿Es que el mundo hablará? Déjalo que hable. ¡Mientras tú tengas la conciencia tranquila...! Y tú sabes, sin duda, que, a pesar de no quererla, no la hubieras abandonado, y que, aun tal vez queriendo a otra, no hubieras sido capaz de proceder semejante. Pues bástete esto. Mientras la conciencia de uno no grita y no vocifera, todo cuanto el mundo diga es lo de menos.

¡Tal vez queriendo a otra! ¿Cómo adivinó esto don Senén? ¿Cómo, queriendo realizar por completo la curación del hijo, fué él realmente quien le llevó hacia Adelaida?

En conversaciones sucesivas, como a los pies de un confesor, Gonzalo se lo había ido contando todo, y el padre se convenció de que realmente no le alcanzaba ninguna parte de culpa. Era tan sólo obra del carácter voluntarioso de Magda y de su frivolidad y egoísmo. Acabó por creer que con su fuga le había hecho realmente un gran bien. Al lado de ella Gonzalo no hubiera sido nunca de veras dichoso. Pudiendo, en cambio, disponer libremente de su albedrío quien supiera. Joven, lleno de seducción en los modales, con dinero bastante para que el mundo no le mostrase demasiado sus espinas y a la muerte del padre un título en herencia, aún podía rehacer la vida y encontrar la felicidad.

Dejándole hablar de la vecinita humilde que con tal lumbre de compasión sabía a veces mirarle, don Senén, antes tal vez que Gonzalo, descubrió la raíz del sentimiento en el cual tanto tiempo llevaban ya unidos. Fué aquel hombre el primero a pronunciar la palabra.

—Esa mujer te quiere, Gonzalo. Y te quiere por ti, no por tu fortuna ni por el título. Te quiere por lo que eres y por lo que de ti han hecho. Sabe la pobre que no todas las mujeres huirían de tu lado. Sueña tal vez con mostrarte que aún puedes ser fuente de felicidad. Ella, al menos, sería contigo la mujer más dichosa del mundo. Es como si la viese, como si leyese en su corazón.

Así le habló, con tales o parecidas palabras, y al despedir a Gonzalo en la estación adonde éste pronto llegaría, lo hizo tranquilo, sin aquel temor a dejarle solo que hasta entonces había sido su preocupación constante. Sabía acaso que el hijo no buscaría ya a Magda, y que el verla por azar, aun cuando fuese con otro hombre, no le llevaría a cometer ninguna locura. Cierta clase de arrebatos son de temer tan sólo del aislado, del que sumía constantemente el amargor de una idea sin jamás la menor dulzura mezclándose a tanta hiel. El que comparte con alguien la vida y tiene en el alma un amor y acaso también, aun cuando vaga, la sombra de un remordimiento, es ya menos peligroso.

Y, en efecto, al tornar de la aldea Gonzalo no se encontró tan abandonado ni se sintió tan digno de compasión. Por el patio, desde una ventana que hacía ángulo con otra de los pisos interiores, llamaba a Adelaida al verla pasar. Poco a poco, a la charla hasta entonces frívola, comenzaron a mezclarse palabras comprometedoras. Gonzalo, no obstante, estaba seguro de no cometer, fuere cual fuere la solución de aquello, ningún crimen. Huérfana Adelaida, acogida a la caridad de unos parientes, podía disponer de su persona, y él tenía la certeza de no equivocarse ahora y ser con ella feliz. Por eso, al verla dispuesta ya a todo, no quiso las entrevistas furtivas en equívoca casa. Parecíale inferirle así un ultraje. No anhelaba con ella cosa alguna de que no pudiese hablar al viejo patriarca de la aldea. Y al franquearle una mañana las puertas de su vivienda, con tanto respeto como antaño a la esposa de la cual ningún recuerdo allí quedaba, le pareció que la faz de su padre, en el retrato del testero principal de la sala, aprobaba y sonreía.

III

Al correr del tren, todos estos recuerdos pasaron en oleada rápida por la memoria de Gonzalo. ¡Y aún temía Adelaida presentarse ante el autor verdadero de su felicidad! Irguióse lentamente del asiento y, sin interrumpir con frase alguna la contemplación del paisaje en que parecía sumirse, pasándole emocionado y compadecido una mano por la cintura, quedó así de pie ante ella, mas con el pensamiento vagando aún sobre las dulces y lejanas memorias. Con la protección del viejo, como benditos por él, aquellos amores habían sido la compensación venturosa de todas sus amarguras pasadas. Casi las agradecía, las daba casi por sucesos felices, si habían realmente servido para su actual venturanza y sin ellas no hubiera podido llegar nunca a tal estado de paz.

Mientras vivió con Magda, Gonzalo no había tenido mujer, tal como concebía que las mujeres fuesen, ni había tenido hogar. Magda, en la soledad de la vivienda, no era nunca la esposa dulce, sino, cuando más, la amante ardiente. Sabía, por veces, adueñarse de su instinto con la pasión violenta que avasalla y que trastorna, mas no tenía jamás la dulzura, la ternura, la gracia doméstica, edificadora y consoladora. Para sus penas jamás Gonzalo encontró allí unos oídos atentos y una frase balsámica. Y siempre desinteresada del hogar, esa tibieza íntima, esa dulzura de nido tan grata generalmente a los hombres, acabó Gonzalo por encontrarla en el club, que tan frío consideró antes de su boda y ya se le antojaba el refugio más dulce y tibio de la tierra.

Nidos abrigados, no obstante, podían los hombres construirlos, y el sueño del hogar no siempre era un sueño. Bastaba, para darle realidad al uno y endulzar las pajas del otro, el acierto en la elección de pareja. Con una mujer de condición casera, con una mujer suave de modos y amante y comprensiva, aun los hombres, por muy ateridos que de la vida viniesen, podían hallar en su casa paz y ventura. Y esta mujer Gonzalo supo al fin encontrarla, y su padre, que tanto le vió cambiar desde entonces, ¿cómo podía considerarla tan sólo la amante del hijo? ¿Cuál de las dos a los ojos del hombre tan independiente, con alma tan libre, era de veras la esposa? ¿La que al lado del marido jamás estuvo contenta y un día le abandonó sin dejarle otra cosa que los fríos recuerdos de su indiferencia, o la que a él se consagraba en absoluto y no era feliz sino viéndole dichoso y hasta acertaba a darle un hijo, por si no fuesen ya irrompibles los lazos de unión entre ambos? ¿Qué importaba el carácter de esposa legítima de la una y el vivir con la otra libremente por constante deseo de los dos?

Así y todo, en sus visitas al padre, Gonzalo, si bien nada le recató respecto a Adelaida, no se había atrevido a presentarse allí con ella. Fugaces las visitas aquellas y viéndole don Senén la impaciencia constante, tenía a veces un suspiro.

—¡Que no hubiese divorcio en este país! ¡Que no se espanzurrase esa mujer en alguno de sus viajes y tú pudieras casarte con la otra! ¡Tengo unas ganas de verte aquí sin prisas!

Y al cabo, ya insensible, la nostalgia hacía un esfuerzo sobre sí propio y le autorizaba a marchar.

—Mira, hijo, ya bastantes días llevas aquí. Comprendo que no estés a gusto. Vete.

Gonzalo se marchaba tranquilo. Aunque muy viejo, rasando casi la setentena, su padre podía resistir perfectamente otro invierno, con ser los de aquélla tan largos, sin otro calor que el de los leños ardiendo bajo la ancha campana del hogar. Por la gallardía de su apostura y la indomable fortaleza de su organismo, otro de los robles que tanto abundan en el silvestre paraje, sabía buscar compensaciones a la falta de otro calor en la ternura de las mocitas aldeanas. Y, no obstante ser de todo el mundo tan conocida esta afición, allí le que-

rían, no sólo las mozas abrileñas, sino el contorno entero. No abusando de su posición tan alta, no conduciéndose a modo de señor feudal, dispuesto a tomarse por fuerza lo que no se le da de grado, sino sabiendo conseguir las dádivas de la moza con su labia fina y sus finas artes, nada tenían que echarle en cara.

Por otra parte, era el más bueno, el más servicial, el más generoso de los hombres. Calamidad de que se enterase, calamidad que al momento socorría, llegando en ocasiones a quedarse sin comer por mandarle a un enfermo, de cuyo mal se enteraba entonces, entera la olla de caldo con su gallina dentro. Rentas allí, con tener tantas, no cobraba casi ninguna. En apuros de dinero, los labradores podían siempre contar con su gaveta, y algo más duro, más costoso para el conde de Bretal: si los aldeanos tenían asuntos en las altas dependencias de la capital de la provincia, aquel hombre, tan enemigo de abandonar los bucólicos parajes donde vivía, allá los acompañaba para guiarlos y para defenderlos con su palabra valiente en el juzgado y hasta con sus puños ante la nariz de los acreedores.

Mas ya los años, por lo visto, comenzaban a minar la dura fortaleza: ya el tiempo, que hasta a los robles doma, abatía al fuerte hombre también. Tan a gusto hasta entonces con su vida solitaria, agradeciendo al hijo que le visitase, pero sin jamás pedirle el sacrificio de prolongar allí su estancia, suplicaba ahora el favor de venir a verle y claramente dejaba entender que esta visita no iba a ser tan rápida cual las otras.

«Me s i e n t o mal, verdaderamente mal—decía en carta reciente—. No sé qué me pasa. Pero con todo haber dado comienzo uno de los veranos más bonitos de toda mi vida, noto que este sol no puede con el entumecimiento de mis miembros. Es la muerte, el anuncio de la muerte, lo comprendo muy bien, y no quisiera que ajenas manos me cerrasen los ojos. Ya te das cuenta, pues, de lo que te pido. Quiero que vengas a hacerme compañía hasta ese instante, y no te quiero ilusionar. A lo mejor, el instante a que aludo se retrasa de un modo terrible. Siempre he sido un roble por la fortaleza, y los robles heridos de muerte no se abaten con facilidad. Temo, por tanto, dar todavía bastante guerra y obligarte a pasar aquí todo el invierno.»

Y la carta, toda ella en este amable tono, que por algo el conde de Bretal, a semejanza de los hidalgos rurales de otras épocas, tenía no sólo el amor de las mocitas silvestres, sino también el de los libros, que tan grata hacen la soledad,. saltaba de pronto alegremente a resolver de la manera más dulce el arduo problema. «Se me ocurre ahora que hay una sola cosa por la cual este invierno se te haría irresistible, pero esto se salva muy bien. En trance tan serio como el de la muerte no es de personas razonables ponerse a aquilatar la clase de lazos que unen a la gente. Ven, por lo tanto, con tu familia, tráete a tu hijo y a Adelaida, y así ya no tendrás prisa por ir a reunirte con ellos, ni yo en cerrar los ojos para dejarte tranquilo.»

En virtud de esta carta allá iban en la tarde alegre, toda dorada de sol, hacia la casa solariega, donde el conde de Bretal vivía desde tantos años atrás, embelleciéndola y perfeccionándola, pues por culpa de antepasados manirrotos la había encontrado, al heredarla hecha casi una ruina, una ruina la mansión, otro tiempo un palacio, y un yermo la quinta circundante, en aquellas edades la mejor, la más frondosa del contorno. Adelaida y Gonzalo. ¿Qué podía ella temer de quien, a su respecto, con tanto cariño se expresó siempre y de modo tan franco le abría ahora las puertas de una casa hasta entonces, no obstante el sutil y perdonador espíritu de su dueño, un poco adusta ante ciertas debilidades? Amoríos, aquellos amoríos de que tanto se hablaba, los tuvo siempre fuera, y con todo manifestarse desde el primer momento tan en favor de Adelaida, fué necesario que el tiempo pasase, que se conven-

ciese de cuán digna era también de su amor.

—¡Ya ves! ¡Ya ves lo que esto significa! ¡Y aún le tienes miedo! ¡Eres más tonta!

Y volvió a acariciarla. Ella sonrió agradecida, casi consolada.

—Sí; sin duda. ¡Pero le tengo un respeto! ¡A pesar de todo me da un reparo tan grande presentarme así a él!

—Es que no he sabido describírtelo entonces. Ya verás, sin embargo. Vas a tener dentro de poco más confianza con él aún que conmigo. Vas a quererle más que a mí.

Ya el tren había dejado atrás otra estación y el estridente pitar de la máquina anunciaba la proximidad de otra. Adelaida despertó al niño, recogió la manta, puso a mano el saco de viaje y, por decir algo, murmuró: .

—¡Mira que más que a ti!

Con el gran amor de Gonzalo a su padre y la admiración que el carácter y las hazañas de aquel hombre le habían merecido siempre, dando a las palabras de Adelaida una intención que seguramente no tenían, repuso:

—No sería ningún milagro, no te creas. No conoces a mi padre. Con sus setenta años a cuestas puede muy bien rivalizar conmigo y hacerse amar de la mujer que más me quiera.

Pero apenas dichas estas palabras su contento se anubló visiblemente. De tan brusca manera se había interrumpido, con tal disgusto de la frase impremeditada y estúpida, que Adelaida le miró sin saber si reírse, si escandalizarse. Al fin, viéndolo aún ceñudo, contraída la frente, un poco temblorosos los labios, no pudo dejar de decirle:

—¿Qué es eso, Gonzalo? ¿Por qué te pones así? ¿Estás loco? Yo creí que hablabas en broma.

Esforzóse el otro por sonreír, única manera de discrepar el torpe pensamiento a que la inquietud visible daba tal importancia. Aun cuando trabajosa, la sonrisa por fin asomó a sus labios.

—Y en broma hablaba, efectivamente, pero no sé que me pasó por el alma de pronto. ¡Te quiero tanto, Adelaida! ¡Y es mi padre un hombre tan hecho para que las mujeres se enamoren de él! No, no abras así esos ojos. Ya sé que no va a ocurrir nada, no faltaría más. Pero esto, únicamente, porque tú me quieres y él no puede robarle la mujer a su hijo. Por otra cosa, no, y en modo alguno por los años que tiene. Aún no hace dos que una mocita de aquí, y no cualquier cosa, sino la más cortejada en fiestas y romerías, se tiró al mar sólo por verlo, según contó a quienes la salvaron, enamorando descaradamente a otra.

Pasado el susto, tranquilo ya Gonzalo y perdonándole Adelaida con un beso la sospechosa ofensiva, rieron ambos la gracia de aquel turbulento amor de la moza por hombre tan inconstante, tan poco seguro. Y ella, ahora riéndose aún, acercándole al rostro la boca lozana, de dientes blanquísimos y los bellos ojos donde también reía una alegre luz, decide que se tranquilizase del todo.

—Por lo visto, sólo los pimpollitos le interesan y yo hace tiempo que no lo soy.

Pero si de esto sólo dependiese su tranquilidad, Gonzalo sería, desde entonces, el hombre más feliz. Al viejo conde de Bretal no le interesaban tan sólo los pimpollitos, no. En cuestión de mujeres apechugaba con todo. Y contó una anécdota divertida. En su última visita a Arlanzón, dos años atrás, le chocó verlo salir todas las tardes solo y siempre hacia una aldea donde no adivinaba qué mocita pudiera haberle tocado de tal modo en el corazón. Mocita en agraz, digna de tan asiduos paseos, no había allí ninguna, lo que se dice ninguna. Pero en la carretera, al frente de una taberna, había cierta viuda, de cuarenta años cumplidos, que al conde le preocupó por sus frescos brazos, por su pecho mórbido. Y algunas tardes la taberna comenzó a cerrarse mucho antes de la hora que tenía por costumbre, y la mayor parte de las noches Gonzalo cenó solo en el viejo caserón.

IV

Ya entraba el tren en agujas, y a pesar de las noticias que respecto de la salud le daba, desagradó a Gonzalo no ver a su padre esperándole. Desechó en risas el vago temor que momentáneamente le angustió el alma, como un ser bondadoso deshace las nieblas nacientes, otro miedo de otra índole ponía helado soplo sobre su corazón. ¿Estaría tan mal, tan abatido aquel hombre hasta entonces de hierro? ¿Eran tantos dos años para minar de tal modo una naturaleza tan robusta? Casi la misma edad que al presente tenía entonces, y en sus paseos de las tardes no había cuesta capaz de producirle la menor fatiga. Sorprendido por la lluvia una de aquellas tardes, de tal modo que no le quedó sobre el cuerpo prenda enjuta, siguió tranquilamente hacia cierta hidalga mansión de los alrededores donde estaba invitado a cenar. Y las señora de la casa no consiguió hacerle cambiar de ropa. Hombre cortés y galante, el más galante y cortés del mundo, aceptó tan sólo una americana del marido de la noble señora. No era cosa de empapar en agua tan finos manteles.

—No los voy a obligar a ustedes a comer en la desagradable proximidad de un pato mojado.

Todo el tiempo de la cena y las horas largas que después se dedicaron al tresillo estuvo allí, con los pies encharcados, con las piernas húmedas, con el rostro envuelto en la nube de vapor que de su cuerpo salía. Y no le pasó nada. No murió, no cogió una pulmonía, no se resfrió siquiera. Ahora, en cambio, pasados dos años apenas, no ya un aguacero sobre sus lomos y una caminata sobre sus piernas, sino la andanza de una legua en automóvil podía resistir. Gonzalo se acercó a Fabián, el viejo criado de la quinta.

—¿Cómo no ha venido el señor? ¿Tan mal está?

—No está muy bien, no; para qué voy a engañarle.

—¿Qué es lo que tiene?

—Años, señorito. Hasta ahora fué defendiéndose, bien lo sabe. Pero, de repente, parece que las piernas le comienzan a flaquear.

—¡Así y todo! Si no es más que eso, en el coche pudo venir.

—¡Pudo, más queq uiere! Quien, como él, nunca se doblegó a cosa ninguna y aún el año pasado bailaba mejor que las mozas en la fiesta, esto de verse así es natural que le quite el humor. Pero no se disguste, señorito. Con su llegada y la de la señorita y el infante que le traen, y al fin es su nieto, ya verá que aina torna a ser el de siempre.

Hablaba casi en dialecto el aldeano y Adelaida poco comprendió de sus palabras. Pero Gonzalo, que oyendo llamar a Adelaida la señorita con la entonación de atraso al referirse a Magda, se había alegrado en lo hondo, se había alegrado como ante una consagración de sus efectos por el sentir extraño, notó así como una espina arañándole el corazón al ver de qué manera se referían a su hijo.

—¡Que al fin es su nieto!

La ruda franqueza campesina no había podido enmudecer. Con todo el respeto de aquel hombre hacia Gonzalo, decíale claramente cómo consideraba su nueva unión. Estaba fuera de la ley, fuera de lo normal de las costumbres, y el aldeano, por tratarse de su señor, transigía, y al nombrar a su mujer, tenía aún la respetuosa palabra de señorita. No se le pidiese otra cosa, sin embargo. No se le pidiese la complicidad ante aquello todo y considerar a la señorita verdaderamente su señora y al hijo del pecado nieto verdadero de su señor, cual sería el que llevase su nombre y algún día heredase su título. Y al subir al automóvil, Gonzalo iba preocupado, sintiendo, realmente, el peso de aquella sombra que un instante le rozó y la cual adensándose en torno de Adelaida tal vez acabase por justificar sus miedos y sus temores.

Mas ya el automóvil saltaba, subiendo la empinada cuesta que conduce a Arlanzón. Detrás, envuelto en el polvo

de su marcha, había quedado el carro de bueyes con los baúles. Pronto en la altura asomaron masas frondosas de castaños y eucaliptos, entre los cuales destacó, a la vuelta de un recodo, una casa sólida, de señorial aspecto, con arcos a lo largo de la fachada principal y la torre de almenas puntiagudas en una de sus esquinas y capilla adosada y un gran escudo entre dos balcones sobre el portal. Adelaida tocó a Gonzalo en un hombro:

—¿Tu casa, Gonzalo?

—Y la tuya.

—Dios te oiga.

Allí en lo alto, la carretera bajo la sombra de los árboles adoptaba el carácter más bien de un paseo. Por entre los troncos contemplábase el espectáculo del valle, descendiendo, verde y umbroso, hasta la ría tranquila, toda llena con la dulce luz del crepúsculo. El automóvil viró atravesando una portalada recubierta de piedra solemne y aparatosa como un arco triunfal. Después, por un camino, también entre árboles, llegó hasta la casa. Y ya allí, Adelaida vió al conde que, apoyado en el hombro de un servidor, como señor de otra edad en el de su escudero, esperaba. No tuvo necesidad de preguntar. No podía ser otro.

Prócer la estatura, lozano todavía el color, tersa como la de un joven la faz rasurada, donde el blanco bigote y las blancas guedejas creyéranse una coquetería de hombre muy pagado de sí mismo, ¿quién pudiera ser, en tales lugares, sino el noble señor, que con sus decires de miel y los secretos de una seducción irresistible tanto sabía hacerse amar de las mujeres? Aunque en la aldea, estaba vestido con verdadera elegancia. Y al detenerse el coche, antes que abrazar a su hijo y ocuparse del nieto, dejando al criado, acercóse trabajosamente a la portezuela, mientras con una mano la abría, curvado en gentil reverencia, ofreció la otra a Adelaida para ayudarla a bajar.

—¿Qué tal el viaje?

—Perfectamente.

—¿Y qué te parece esto? ¿Te gusta?

—¡Que si me gusta!

Todo el miedo, todo el rubor de Adelaida, habían desaparecido ante la cordialidad del gesto, de la sonrisa y la afectuosa confianza que el conde trataba de inspirarle. Este, entre tanto, cumplido ya el deber de galantería con la dama, el principal, el más atendido siempre entre todos los suyos, allá abrazó a Gonzalo conmovido y se inclinó para besar al nieto, diciendo con un contento y un orgullo irreprimibles:

—¡Bonito! ¡Bonito muchacho! ¡Es un Bretal!

Y ya de pie nuevamente, dirigiéndose todos hacia la casa, contestó a preguntas que acababan de hacerle respecto a su mal. Nada. Flojera en las piernas, un cansancio terrible por la menor cosa, ganas tan sólo de estar tumbado. Y al resumirlo sonrió hacia Adelaida en gesto galán:

—¡Años!

No había, sin embargo, que preocuparse de su edad y de sus achaques. No era cortés, seguramente, molestar con las miserias de nadie ni siquiera a personas de la propia familia. Y volvió a mirarla, enhebrando con ella la conversación.

—De modo que te gusta esto y, seguramente, entonces te acostumbrarás aquí.

Ya no reía, no era aquella una vaga frase de cumplido, sino algo caldeado por la lumbre ardiente de una súplica. Era decirle más bien: acostúmbrate, encaríñate con la casa y con la tierra, único modo de tener aquí, sin prisas, al hijo que tanto quiero y al nieto que tanto voy a querer. Y no ya únicamente por complacerle, sino por satisfacer los sentimientos de gratitud que comenzaban a llenarle el alma, ensalzó largamente la belleza de aquellos parajes, la hermosura de la quinta, el noble aspecto de la vivienda. Y hasta tuvo la atención de añadir:

—Ahora es cuando comprendo que usted, en tantos años, no haya querido alejarse de aquí. Difícilmente habrá nada que compense de no ver estas cosas.

—Sí, hija; nada.

Y ella entró en la vivienda, ya tranquila del todo, sintiendo, al calor de estas palabras tan sencillas, una oleada de alegría dulce llegarle a lo más hondo. No la llamaba hija del modo maquinal con que tantas veces se dice el cariñoso nombre, sino poniendo allí deliberadamente intención y afecto, dándose cuenta clara de lo que hacía y abriéndole, de este modo, alma y brazos al amor paternal, sin torpe mezcla de ninguna otra clase de amores. Y Adelaida, ya sobre el patín, entrando en la casa solariega, más sosteniendo al conde que apoyándose en su brazo galante, sintió que iba a encontrarse allí muy a gusto.

V

Durante algunos días, en efecto, su vida entre las frondas de Arlanzón fué un trasunto de la felicidad verdadera. En aquel encantado paraíso de paz y sosiego, Adelaida no tenía más que horas dichosas. Gonzalo pasaba en la quinta todo su tiempo, el niño jugaba feliz, siempre a la vista de sus ojos, y el abuelo, acompañándolo en sus diversiones, haciéndose niño también junto a la tierna criatura, parecía amarlo cada vez más.

Comían todos juntos generalmente en una terraza sombreada de parrales, alrededor de una mesa de piedra, sentados en bancos musgosos de piedra también, y ante el espectáculo del valle y de la ría. Por la tarde, las personas mayores retirábanse a dormir un poco, y luego Adelaida animaba al conde a dar con ella un paseo.

—Mire que le conviene mucho.

—¡Me cuesta un trabajo moverme, Adelaida!

—Por mí entonces. No consentirá que yo vaya sola.

Esto bastaba. Con aquella religión de la galantería, que le había hecho, en un naufragio, al dirigirse a su bote ya lleno, ya sólo esperándole, inclinarse ante una señora indecisa, como a la puerta de un salón, cediéndole el paso, el conde no tenía ya defensa.

—Vamos, entonces.

Al principio, sugestionada con la historia de aquel hombre, que Gonzalo se complacía tanto en recordar, lo hacía un poco temerosa, con el recelo a cada instante de oírle la frase imprudente que rompiese el encanto de una vida tan dulce. Afortunadamente, Gonzalo no conocía bien a su padre. Ni una palabra, ni un gesto tuvo nunca el conde que hiciesen a Adelaida arrepentirse de tratarle con una confianza tal. Por el contrario, como si temiese a los informes que a su respecto hubieran podido darle y quisiera desvanecerle toda sombra de preocupación, hacíase más enfermo aún de lo que estaba, exagerando, al mismo tiempo, la triste importancia de su edad. Y era a veces una sensación extraña recorriendo a su lado los caminos de la quinta. Todo lo había hecho él. Todo era obra de su entusiasmo. Muros los más llenos de hiedra, él los levantó; eucaliptos enormes, cuya cima se perdía en las nubes y cuyo tronco no lo abrazaban cinco hombres, él los había plantado. Adelaida se maravillaba.

—¿Pero cómo es posible?

—¡Ya ves! Hace cerca de cincuenta años. No te das cuenta, afortunadamente para ti no puedes dártela, de lo que son cincuenta años sobre la vida de una persona.

De pronto, ante ellos, en paraje todo lleno con esa honda melancolía de los sitios abandonados, donde otro tiempo debió de cantar la esperanza y la dicha, Adelaida descubrió un estanque sin agua y cuyas piedras, labradas al modo de otros siglos, desaparecían totalmente bajo la capa espesa de líquenes de plata y de oro. Una fuente muda debió algún día dar voz al paraje, y en las piedras que entonces no tenían líquenes ni musgo, ¿qué pasajeros remotos se sentaron? ¿A qué pláticas de amor se mezcló contenta la voz de la fuente? ¿Qué rostros felices se reflejaron en el agua del estanque?

—Porque esto no lo ha hecho usted, ¿verdad?

—Pues también, también lo hice.

Aumentó en Adelaida la sensación de extrañeza y de asombro. Era realmente como visitar la quinta en la compañía de un antepasado, de un hombre venido milagrosamente al mundo desde el fondo remoto de los siglos. Había seguido un silencio penoso, y, queriendo romperlo, preguntó Adelaida:

—¿Y por qué dejó abandonarlo?

—Lo abandoné no hace mucho, no te creas. Pocos años hacen falta para dar a las cosas este aspecto de ruina. Fué al ver que mi hijo no se interesaba por esto. ¡Y cómo interesarse, tan infeliz en su matrimonio y sin hijos a quienes dejar lo que del padre recibiese en herencia!

Se le veló la voz de repente, dándose cuenta tal vez de la sombra inoportuna que con sus palabras estaba dejando caer sobre el alma de Adelaida. Enrojeció ésta y dió, pensativa y silenciosa, unos pasos. Gonzalo, realmente, había sido muy infeliz en su matrimonio. Pero luego, al lado de otra mujer, encontró la felicidad más grande que hombre alguno hava tenido sobre la tierra. Esta, además, acertó a darle un hijo, un hijo que se le parecía, un hijo que tenía toda su sangre ardiente y toda su alma apasionada y noble. Pero el abuelo, que como los antiguos hidalgos fundadores, al constituir su mayorazgo soñaba en la continuación eterna de la obra, no le creía digno. No limpiaba el estanque al tener noticia de su nacimiento, no admitía que ya hubiese el continuador de la obra soñada.

Bien; estaba bien. Y al lento y silencioso andar sus pensamientos fueron haciéndose más tristes. Realmente aquel hombre no dejaba de tener razón. Hijo de su hijo, el que ella trajo al mundo, sólo podía heredar la casa y la quinta burlando las leyes. Legalmente era hijo de ella nada más, y si para burlar la ley, respecto a la herencia de la quinta y la casa, había arbitrios siempre, no los habría, no, acerca del título y del nombre. Hijo del crimen, nacido de padre que ante la ley escarnecía el sagrado del hogar, su hijo no podía llevar el apellido paterno ni ser nunca conde de Bretal.

—¿Qué te pasa?

Y no esperó la respuesta. Comprendiéndolo todo, la acarició bondadosamente una mano, mientras le decía con ternura infinita:

—No te preocupes, tonta. Los tiempos han cambiado. Ahora Gonzalo tiene para quién vivir y tiene quien le herede. Limpiaremos el estanque, daremos las fiestas con que soñé entonces.

—¡Quien le herede! ¡Quien le herede! ¡Pobre hijito mío!

Y se le arrasaron de tal modo los ojos, que durante un rato el conde meditó afanosamente en la manera de consolarla. ¿Qué le podía decir, sin embargo? ¿Que amaba a su hijo tanto como ella lo pudiese amar? ¿Que a ella misma la consideraba una hija verdadera de su corazón? Esto, con el instinto de las mujeres ante los problemas del sentimiento, lo sabía sin la menor duda. Pero esto no bastaba. Y cosas había, cosas de aquellas que tanto le llenaban de nieblas el alma, en la solución de las cuales no se le daba, desgraciadamente, intervención alguna al amor.

Otra vez callados, siguieron desandando el camino. Tiempo ya de siegas, allá abajo, en los terrenos de la quinta dedicados a producción, afanábanse algunos aldeanos amontonando los haces hechos durante el día. Mujeres y hombres pasaban ya por la vereda, y al saludo respetuoso de todos, algunos, con la confianza que el conde les daba, añadían comentarios respecto a lo bonito de la tarde, a lo bueno de la cosecha, y hasta llegaban a meterse en cosas más íntimas. Una vieja, después de felicitarse por el buen aspecto del señor, añadió confianzuda:

—¡Es la presencia de esta flor que el señorito le trajo! ¡Condenado, que no puede ver unas faldas bonitas sin encandilársele los ojos! Más acabado que cualquiera de nosotros no hace un mes todavía, y ahí está, nuevamente, tan derecho y con la sangre retozándole por el cuerpo todo. ¡Ay, yo en el caso del señorito Gonzalo, no le

dejaría tan tranquilo con prenda de tal regalía! ¡A lo mejor, aún es capaz de darle el disgusto de robársela!

En otra ocasión el conde se hubiera reído, que desvariado se le alcanzaba la supina trascendencia de estas gracias campesinas. Pero entonces, preocupado con el disgusto de Adelaida y deseoso de desagraviarla, vió allí tan sólo lo que había de desconsiderado y en cierto modo agresivo para la triste criatura. Con Magda, la mujer legítima de Gonzalo, nunca había tenido bromas así. Al permitírselas con ésta, era que la consideraban menos, no tan ligada a él, en condiciones de libertad para unirse a cualquier otro hombre. Alzó la voz, iracundo:

—Esta flor es la mujer del señorito Gonzalo, y no te permito a ti ni a nadie que hables de ella con tan poco respeto.

—Será, sí, señor—razonó con ladina humildad la aldeana—; mas yo no le he faltado a respeto ninguno.

Haciendo grupo, curiosos y graves, comenzaban a detenerse otros trabajadores, en camino hacia la era.

—¿Qué pasa, señor conde?

—Pasa que ya aquí se va perdiendo la consideración y la humildad y no estoy dispuesto a tolerarlo. Esta señora no es ninguna flor que mi hijo trajese para alegrar su estancia en la aldea y de la cual cualquier estropajosa se cree en el caso de poder hablar como de un igual. Es la mujer de mi hijo, la mujer del hijo del conde de Bretal. A ver si no se le olvida a ninguno.

A distancia, la vieja se santiguaba, aturdida.

—¡Qué le he dicho yo, Dios mío! ¡Pero si no le he dicho nada! ¡Pero si no hice más que gastarle una burla de las de siempre!

Y, tal vez algún día, buscada por el conde en aquellas tardes de molinada y de fiesta, con derecho, por tanto, a permitir las confianzas que tomó y llena de rencor por la reprimenda ante tanta gente, alzaba ya, entre suspiros, la voz ladina:

—¿Es lo que le dije para tanto barullo? Aun no tratándose de tal mujer del señorito, que aquí no somos tontos, y mientras la otra viva, ella es la mujer y la condesa con el tiempo, ¿iba nadie a pensarse que de verdad un padre se la robara a su hijo? ¿Cabe en cabeza humana que mis palabras tuvieran tal intención? Por lo demás, el señor manda, y si así lo dispone, hasta respeto de condesa le daremos.

—Lo dispongo, sí—rugió el viejo—. Para todos vosotros será eso desde hoy. Aquí no hay otra dama, y ella será, por tanto, la condesa.

—El señor manda, el señor manda...

Susurraban así humildes, contritos, vagamente amedrentados. Pero hubo uno, más audaz, que se atrevió a esclarecer su protesta:

—¡Nosotros no tenemos más que obedecer, a nosotros qué más nos da!

Y tal vez deseoso del placer de la venganza, acercóse al conde, el roto sombrero en la diestra, con una luz de burla en los ojos sagaces.

—Pero quizá no sepa el señor que la otra señorita, la verdadera heredera del conde, anda por ahí.

El conde retrocedió, aturdido.

—¡Que anda por ahí! ¿Quién?

—¡Quién ha de ser! ¡La señorita Magda! Y, tenga lo que tenga con el señorito, no ha de ser para ella plato de mucho gusto que le quiten su derecho.

VI

Anublóse así, de repente, la paz en que todos vivían.

El viejo había dado a Fabián encargo de informarse, y el adicto servidor vino contando horrores. Magda estaba allí, en efecto. Sin pudor ninguno, sin respeto a nada, desafiando al marido, que si bien podía haberle perdido todo amor, tal vez amase todavía su nombre, se atrevía a recorrer en automóvil aquellos parajes y a vivir no lejos, en sitio donde tal vez no fuese imposible tropezársela.

—¿No sabe el señor conde de ese palacio tan grande que hay en Serantellos, después del puente? ¿El pa-

lacio que estuvo tanto tiempo en abandono y luego lo mercó don Anselmo Ozares, el de Pantelonga? Pues parece que el señor con quien ahora vive ha podido alquilárselo para la temporada de verano.

Y el viejo criado, con tantos años en la casa, consejero del conde a veces y a quien jamás le ocultasen los secretos de la familia, agregaba sinceramente indignado:

—¡Qué falta de recato! ¡Qué mujeres hay en el mundo! ¡Ahí, tan cerca de esta casa, viviendo con otro, que es quien la paga el regalo de ese bienestar, pues ella de dónde lo tiene! Mujeres, mujeres. Son, de verdad, la perdición del mundo.

Como el conde callase, enmudeció también, apartándose un poco, esperando alguna palabra que le permitiese irse. No la dijo don Senén en largo rato. Por allá abajo pasaban los labradores hacia la era. Pasaban hablando de un vecino, Juan de Tordeya, compadeciéndole en su desgracia. Un momento el conde se interesó:

—¿Qué le pasa a Juan?

Del patio vinieron amablemente los informes. Acababa, el pobre, de quedarse viudo.

—¡Y perder una mujer como la Irene, señor conde! ¡Una mujer tan buena!

—Buena, sí. Siempre me lo pareció.

—Una santa mismamente.

Fabián, sin embargo, no se enternecía. Murmuró desabridamente, por el contrario:

—Pues el que tiene una mujer buena y la pierde, no sabe lo que gana.

Hubo risas allá abajo, y el conde murmuró:

—¡Qué será entonces una mala! Pero sólo hay un modo, por lo visto, de perderlas verdaderamente. Sólo si se mueren.

Contraíase el entrecejo de aquel hombre, aborrascábasele el semblante, y el aldeano tuvo miedo. Calló otras cosas que aún sabía. Al despedirse, el conde le volvió a llamar.

—Sin que él lo note, vigila al señorito. A pesar de todo, será el diablo que se la encontrase.

Calló, concentróse un poco más en sí mismo, añadiendo con voz sorda:

—Sobre todo si la encontraba así, con ése.

Estas palabras decidieron al aldeano:

—Y algo peor, señor conde.

—¿Qué puede haber peor?

—Que viese también al hijo.

—¡Tienen un hijo!

—¡Tienen un hijo, sí, señor!

—Bien. Vete.

Quería estar solo, meditar en aquello que le ocurría. Era indudable que Magda, nacida tan lejos del valle de Bretal, sin lazo alguno de familia ni de sentimiento ligándola a tales parajes, venía allí tan sólo con alguna idea. No se trataba, no, de que, ya en absoluto desligada de Gonzalo, aceptase la proximidad de su casa como pudiera avenirse al lugar más remoto. Cínica y malvada, era ella, sin duda, quien convenció al amante de que le buscase una casa por allí. Difícilmente las mujeres se resignan nunca a la indiferencia del hombre que alguna vez las ha querido. Si Gonzalo la odiase, esto, satisfaciendo su vanidad, la halagaría seguramente. Pero la indiferencia no la soportaba. No soportaba, sobre todo, el saberlo feliz con otra, y allí venía, suya aún, según dictado de las leyes, pudiendo todavía usar su nombre, a ver si destruía su felicidad. a poner, al menos, en ella una mancha, mostrársele de aquel modo, en compañía del amante y llevando en brazos al hijo de la culpa.

El suceso había trascendido, y los labradores del contorno miraban a los señores de un modo extraño, como en el ansia de escudriñar, al través del rostro, lo que por lo íntimo de las almas pasaría. Aunque Gonzalo, desde su llegada a la aldea, muchas tardes salió de caza, era ahora cuando daban a esto la significación de un peligro.

—Algo trama.

—¡Y aunque no lo tramase! ¡Esto de andar por ahí con una escopeta!

—Liebres ni perdices no las trae nunca.

—No es mala liebre la que anda buscando.

Adelaida, desde entonces, advirtió en miradas y saludos lumbre y tono de compasión. Obedecían al conde, llamábanla condesa al hablarle, pero de un modo chocante, que la llenaba de inquietud. Aunque no llegaba la intención a ser burla, la lástima latente no era menos ofensiva.

—¡Condesa, condesa!—parecían decirle—. El señor manda que te lo llamemos, y a nosotros sólo nos toca obedecer. Es, sin embargo, como si se lo llamásemos a la moza de las vacas o a la costurera que viene a repasar la ropa. Condesa de verdad, sólo lo es la mujer del conde, y, por lo tanto, ni siquiera la señorita Magda, casada y todo con su hijo, puede llevar ese título. Mas como su marido no la mate, a la muerte del viejo, ella, y no tú, lo llevará. Y ahí tienes seguramente por lo que ha venido. Estas cosas, por lo visto, a los señores les interesan aún más que las rentas y los caudales. Ella lo tiró todo por la ventana, las regalías de la casa del marido, las rentas de esta tierra, la finca de aquí. Mas el galardón del condado parece que no lo tira. Y por eso quiere no desapartase del todo, que la gente de aquí la vea y no se acostumbre a darle el título a la amiga del marido, aun cuando éste la respete como a verdadera mujer.

Y si estas habladurías, más claras que si las oyese, bien poco podían inquietarla, segura como estaba del amor de Gonzalo, comenzó a preocuparse de verlo salir. Un día le pidió:

—Deja la escopeta.

Una carcajada amplia, alegre, sin sombras, al comprender, tras un instante de meditación, lo que aquello significaba, la tranquilizó completamente.

—¿Qué se te ha ocurrido? Pero ¿de veras pudiste pensar semejante cosa? Sólo se mata a la mujer que aún se quiere. No tengas miedo.

Así y todo acabó por dejar la escopeta, notando un día, al descubrir allá abajo, cerca de Serantellas, un automóvil donde iba una mujer, que el arma le temblaba en las manos alarmantemente. También podía matarse por otras razones, por ejemplo, la de apartar el estorbo que se oponía, si no a su felicidad, a hacer completamente la de otros seres más dignos y con mayor derecho. Su verdadera mujer era Adelaida; su hijo único, aquella criatura que de este amor había nacido, y, sin embargo, algo equívoco había siempre en torno a la vida de su hogar. Adelaida, por muchos respetos de que él procurase rodearla, no siempre, en todas partes, era recibida como su esposa, y el hijo, carne suya y donde todos veían alentar el alma indudable de la estirpe, no llevaba siquiera su nombre. Nacido del adulterio, no lo podría llevar nunca, y nombre y títulos tal vez fuesen para el otro, para el hijo no menos adulterino de Magda.

Dejó, dejó en casa la escopeta.

—Es mejor.

VII

El padre seguía intranquilo. Gonzalo continuaba saliendo solo todas las tardes. Y si bien no tenía arma visible, ¿quién le aseguraba que no escondiese en los bolsillos un revólver? Además, no siempre necesitan los hombres armas para perderse. En ciertas circunstancias, cuando el veneno del odio llega al corazón, las manos pueden volverse garras tan peligrosas como los puñales.

Todas las tardes, al verlo marchar, era una inquietud dolorosa en el alma del viejo. Con la agilidad casi de los años anteriores, cuando no había para él camino ni cuesta suficiente a fatigarle, recorría inquieto los senderos de la quinta, hasta sin ayuda de Adelaida, alzando los ojos escrutadores por encima del muro y teniendo después un inmenso y consolado suspiro. Era al verlo volver tranquilo y sereno como siempre.

—No se la ha encontrado.

En la tranquilidad de costumbre llegó también aquella tarde. Una triste-

za extraña extendíase, sin embargo, por su rostro, y el viejo se alarmó.

—¿Qué tienes?

—Nada.

—¿Por qué me lo niegas, Gonzalo? ¿Qué tienes? ¿Has visto a esa mujer? ¿Ha ocurrido alguna cosa?

Gonzalo contó entonces que, en efecto, acababa de verla y nada, nada, había ocurrido. Detenido el automovil en la carretera para echarle agua al depósito, Gonzalo pasó rozándolo y no apartó los ojos siquiera. Con una alegria enorme al darse cuenta de cuán indiferente aquella mujer le era y lo poco que le importaba cuanto al través de la vida hiciese, no aparto siquiera del amante la vista, no sintió rencor alguno ante el niño, dormido en la falda de la nodriza; fué exactamente igual que si se hubiese encontrado a otra gente cualquiera, la mas desconocida, la más indiferente, la más ajena.

—Sin embargo, triste lo pareces. ¿Por qué?

Habíase acercado el niño, que, al verle de lejos, dejó los juguetes sobre la hierba y corrió a subirse hasta su cuello y besarle con besos largos, estridentes, llenos de alegría. Y ahora, tornando todos hacia la casa, acompasando el andar a la lenta marcha del viejo, Gonzalo puso dulcemente una mano sobre la cabeza del niño, y suspiró con suspirar sentido y profundo.

—Es esta criatura y su madre, que me dan mucha pena.

—Sí, te compadeces, y ya algunas veces te lo he dicho. ¡Si hubiese divorcio en este país!

—Era igual. Hace unos días, aún yo pensaba en algo semejante; pero ni así se resolvía nada. Casado con Adelaida, ella aún podría llevar mi nombre, pero esta criatura no. Nació antes, durante mi matrimonio con la otra. Y es horrible. No puede usted figurarse las amarguras que todo esto me cuesta. El pobrecito, creciendo a mi lado, aprendiendo a considerarse una cosa mía y encontrarse después con que yo podré dárselo todo, menos el nombre. ¿Qué pensará de mi? ¿Qué idea llegará a formarse de su madre? ¡Una mujer que tampoco lleva el nombre del marido, siendo tan digna, mientras hay otra que lo enloda y que lo enfanga! Y algo más aún. Esta otra tiene un hijo, un hijo que las leyes ampararán y, si quiere, algún día tal vez tenga todo lo que a esta criatura pertenece. ¿Se da cuenta ya? ¿No tengo razón para estar triste?

Fueron un rato en silencio. Cayendo ya la tarde, terminado el trabajo en la vasta amplitud, apenas se oían otros rumores que los de la Naturaleza, preparándose para el sueño de la noche: árboles que desperezaban sus ramas, latir de alas al través del aire en dirección de la fronda acogedora; un lento desperezarse de las alas allá abajo, en vago gemir de algún eco en la lejanía. Hasta el niño callaba, sobrecogido por la solemnidad de la hora, penetrado tal vez de la gravedad de aquella conversación entre los mayores. De pronto, sonó en el crepúsculo la voz del conde.

—¡Mal de veras! ¡Mal arregladas están las cosas en este cochino mundo!

Pero no lo decía con acento triste, no parecia muy convencido, en el fondo, de que fuese así, no había en su acento desesperación ni amargura. Algo vago todavía. pero en su imprecisión alegre y dichoso, parecía, por el contrario, cantar en aquella voz.

—Lo que no creo es que el hijo de esa mujer tenga derecho a cosa alguna. Que no es hijo tuyo puede probarse muy bien.

—¡De todos modos!

Y nada más se dijeron. Aquella tarde el conde estuvo mucho tiempo solo en la solana, viendo cómo la tarde moría sobre el valle de Bretal y acariciando una idea que, como lengua de luz, momentos antes había descendido a acariciarle el alma, y al hacerse cada vez más precisa haría también más luminosa y hasta adquiría una voz que cantaba. Después, estuvo muy alegre, muy decidor durante la cena. Al día siguiente, con extrañeza de todos, mandó disponer el automóvil y pasó la mañana en la capital. Por

la tarde, también solo, hizo en los alrededores algunas visitas, escribió cartas, recibió, con visible alegría, las respuestas: llegaron a Arlanzón paquetes de cosas que debían de ser delicadísimas; y otra tarde un grupo de mujeres comenzó a limpiar la capilla, a poner flores en sus floreros, a tender tapices sobre el piso, y, desde allí hasta la escalinata al caserón, una verdadera alfombra de flores. Gonzalo pareció sorprendido.

—¡Qué pronto! ¡Si faltan aún muchos días para la fiesta!

—Es otra fiesta que yo quiero hacer.

Y aquella noche, llamando misteriosamente a Adelaida, le dijo:

—Mañana tienes que madrugar. Muy temprano, muy tempranito, antes que Gonzalo se despierte, ven aquí en mi busca.

—¿Vamos a algún viaje?

—Mañana te lo diré. Y, sobre todo, que Gonzalo no note nada.

Las mujeres que arreglaban la capilla algo se debieron de maliciar. Cuidando de que nadie las sorprendiese en su conversación, habían comentado hasta entonces y ahora lo repetían en la cocina.

—Pero ¿será capaz?

—De todo. Por una mujer es capaz de todo.

—¡Y con ésta!

—Ya decía yo que eran muchos paseos tan solos siempre.

—Y ese afán de que la respetasen.

—Se salió con la suya.

—Ahora va a ser mucho más que la otra.

—Tanto y tan alta estará como él.

Y amaneció el día, y Adelaida, dejando a Gonzalo durmiendo, salió en busca del conde. ¿Qué la podría querer? ¿Qué amable misterio iba a aclararle? ¿Qué sorpresa, seguramente dulce, estuvo preparándole?

—Aquí me tiene.

Y la sorpresa la recibió ya al ver que el conde le alargaba un rico y blanco vestido, y que le decía:

—Ponte eso.

—¡Pero si es casi un traje de novia!

—Póntelo y no hables más.

Era de novia, en efecto, el traje. Alhajas nupciales le hizo luego ponerse al volver. ¡Y cómo volvía! ¡Vestido de frac, alegre, risueño, feliz cual en ningún otro instante lo había visto.

—¡Dios mío! No me tenga en esta incertidumbre. ¿De qué se trata?

—Pronto lo sabrás. Ven conmigo. Y a todo lo que te pregunten, que van a preguntarte algunas cosas, tú contesta siempre que sí.

No, no estaba loco. Y había tal desgana y tan dulce amor en los ojos del patriarca, que ella no tuvo dudas. Cuanto ocurriese, sólo podía ser por su bien y por bien de todos. Un poco azorada, pero cantándole también dentro del pecho una alegría imprecisa y muy honda, al sujetarse como tantas otras veces al brazo del hombre, más se sostuvo que se apoyó. Dejaron la casa, bajaron por la escalera alfombrada de flores, y dentro de la capilla, en la paz del amanecer, toda llena de luces y de aromas, ante un sacerdote revestido de áureos ornamentos y en presencia de algunos aldeanos que actuaban de testigos, Adelaida, con voz segura, dijo a todo que sí.

—¿Quiere usted por esposo...?

—Sí, quiero.

Terminada la ceremonia, sonaron alegremente las campanas de la capilla. Acercáronse, en tropel, los servidores de la casa, y Gonzalo, hasta quien llegaron, sobresaltándole, las voces de la gente y el cantar de las campanas, asomó, pálido, sorprendido, llena la faz de inquietudes y preguntas.

—¿Qué es esto?

A la puerta de la capilla, transformada toda ella en un altar, el conde, apartándose un poco, sujetó a Adelaida de la mano y dulcemente la guió hacia él, mientras decía resplandeciente de alegría y orgullo:

—Aquí te la entrego. Tu verdadera mujer es condesa de Bretal desde ahora, y tu hijo, que algún día será el conde, ya se llama como tú.

LA GARRA INVISIBLE

I

Aquellas bromas con Gisela, por parte de hombre tan temible como don Amalio Chorén, no le gustaban lo más mínimo a la buena Clota, que diecinueve años atrás la había criado a sus pechos de matrona robusta y aún continuaba acogida al calor y la abundancia del pazo señorial.

Desgraciadamente no le era dable impedirlas. Sin madre, la niña adorada desde bien pequeñita, y con el padre baldado, incapaz de ocuparse de cosa alguna, todo allí estaba a las órdenes de su tía Eduvigis y su tía Amaranta, especialmente de ésta, que, alta de estatura, seria de rostro y lleno de bozo el labio superior, imponía el respeto de un guardia. No. Clota, en el pazo de Rendoy, no tenía mando alguno. ¡Pero si de verdad mandase! ¡Si realmente tuviera la autoridad que tanto le envidiaban sus compañeras de fuente y de río!... ¿Iba ella a consentir que aquel don Amalio Chorén, tan metido en la casa desde hacía algún tiempo, entretuviese a las señoras, no sólo con sus cuentos y sus gracias, sino durmiéndole a la niña? Durmiéndola, sí; durmiéndola en pie y obligándola a obedecerle en cuanto le daba la gana. Que Chorén quería verla comer una vela o cualquier basura semejante, y allá estaba la infeliz llevándose la vela a la boca. Que se le antojaba dar un susto a los allí reunidos, y Gisela no tardaba en debruzarse alarmantemente sobre el alféizar de la alta ventana. Una palabra más y se tiraría al camino, sin reparar en la altura ni en las piedras de allá abajo.

Naturalmente que la palabra no se decía. Daban un grito las señoras, y Chorén, magnánimo, acudía a detener a Gisela, sujetándola por la cintura. Pero es que el condenado no buscaba otra cosa que estas manualidades con la niña gentil. Clota sería todo lo que doña Amaranta quisiese; tonta, sin embargo, no lo era. Y hacía falta serlo completamente para no ver cómo don Amalio, que antes, al quitarle la vela, la sujetaba pasándole la mano por la nuca, se dormía ahora al abrazarla en un abrazo verdadero.

Encantadas con la galanía y los modos de Chorén, ni doña Amaranta ni doña Eduvigis le daban a esto importancia alguna. Pasado el susto, venía el maravillarse de una habilidad tal. Ambas señoras habían visto, sin gran asombro, cosas semejantes a los juglares que, por veces, erguían su tablado en la plaza de Portomor. ¡Pero que las hiciese un amigo de la casa y en persona como su propia sobrina!

—¿Esto puede hacerse con cualquiera, Chorén?

—No, señora. Hacen falta ciertas condiciones, que no todo el mundo tiene.

—Pero es admirable, sin embargo.

Clota, que no se atrevía a hablar, rezongaba entre dientes toda suerte de improperios contra una admiración tan estúpida. ¡Condiciones que no todo el mundo tiene! ¡Naturalmente! No todo el mundo tenía aquel cuello suave de Gisela, aquella cintura lanzal, un busto llenito que acariciar a gusto, unos ojos sobre los cuales adormecerse un instante. Y, más que esto, interesaban seguramente a Chorén los dineros de la niña. Ella no era tonta, no, y estaba segura de que el terrible hombre no vendría tanto a la casa si Gisela, por toda fortuna, tuviese tan sólo su dulzura y su belleza.

Realizado el juego, la niña despertaba con una sonrisa triste en la boca. Y si bien la sonrisa era suficiente para tranquilizar a doña Amaranta y doña Eduvigis, ante su tristeza Clota ape-

nas se podía contener. Retirábase indignada, vibrando enteramente:

—¡Ay, mi niña querida! No sé, de verdad, cómo te prestas a estas cosas, que después de todo eres aquí el ama. ¡Debías tenerle un poco menos de miedo a tus tías y mandar un poco más en ti!

Durante algún tiempo, delante de Clota no hubo experiencias de aquellas que tanto la indignaban. Pero Chorén seguía presentándose allí todas las tardes, no obstante saber que Gisela tenía novio. ¿Qué podía esto importarle a individuo de quien, tanto como de su galanía y de sus triunfos, se hablaba de su audacia increíble? Con trabas peores había encontrado a otras por aquellas tierras de donde venía. Con trabas a veces muy difíciles, imposibles acaso de romper. Venturosamente muy cerca ya el verano y las tardes dulcísimas, la tertulia comenzó a hacerse en el huerto, en el abrigado rincón del martillo de la vivienda, que unos grandes naranjos embellecían y llenaban de olor. Allí Clota tenía más pretextos para presentarse y vigilar. Y allí don Amalio tenía menos para abusar de su niña.

Todavía el tiempo inseguro, una mañana despertó con el cielo encapotadísimo, y pronto la lluvia púsose a arrancar sones de verdadera música sobre los árboles del huerto y las cañas de los maíces. Clota recibió el chubasco como una noticia alegre. Pensó que de seguir lloviendo así, aquella tarde no habría visitas. Por desgracia no sólo hubo la visita temida, sino que, tan mojado el huerto, la tertulia volvió a reunirse en el principal de los salones del caserón. Y como había que entretener a la gente, allá vino el acercarse Chorén a Gisela y mirarla con sus ojos imperiosos y fijos.

—Duérmase.

Sin ganas de prestarse al juego, ella suplicó tímidamente que la dejase. Pero lejos de complacerla en tan razonable petición, insistió el otro de una manera que a Clota se le antojó intolerable.

—Duérmase, Gisela. Yo lo mando.

¡Lo mandaba él y punto redondo! Mas cuando Clota esperaba la rebeldía y la protesta de su niña, he aquí que, en efecto, cierra los ojos y Chorén se vuelve al concurso:

—¿Qué quieren que haga?

Como a nadie se le ocurriese cosa alguna, el propio Chorén tomó la iniciativa y fué un asombro en toda la asamblea. A pesar de la lluvia, que continuaba cayendo y cantando, la tarde, sin ser calurosa, no tenía nada de fría. Pues con sólo decir Chorén que el frío era grande, Gisela púsose inmediatamente a temblar, a temblar de veras, como si en pleno invierno saliese desnuda a un camino. Hasta la cara se le amoró. Doña Amaranta admiró una vez más a aquel hombre que tanto sabía. Clota, por su parte, se santiguó con mano trémula. ¡Disponer así de una persona y en cosas como aquella de estremecerse y amoratársele el rostro que una misma no podía hacer aun cuando quisiera!

—¡Es verdaderamente el demonio!

Doña Eduvigis no estaba mucho menos asustada que Clota; el padre de Gisela, allá en su sillón de impedido, parecía fiar a la actitud todas las recelosas preguntas que, muerta su lengua, le estaba vedado hacer de otro modo. A pesar de la admiración de doña Amaranta, una extraña angustia flotaba en el recinto. Pero no tardó en deshacerse al son de las risas. Clota habíase apartado de Chorén, de modo tan brusco y mirándole con ojos a un tiempo tan cómicamente desafiadores y tan llenos de sincero temor, que las risas joviales no pudieron contenerse. Hasta el propio Chorén sonrió, mirándola:

—¡Qué susto, Clota!

—¡Si considera que es para estar tranquila! ¡A lo mejor, así como consigue que tiemble de frío, si se le ocurre mandarle que prenda fuego a la casa, va y lo hace!

—¿Y a usted qué le parece? Que estas son artes del enemigo, ¿no?

—¡Qué quiere que le diga! ¡Yo no sé nada! Y estoy tan asustadita que la camisa no me llega al cuerpo. Pero esto, aunque me lo juren, cosa buena no debe de ser.

—De modo que si tratase de hipnotizarla como a la señorita...

—¿Qué dice?

—Que si tratase de hipnotizarla, usted no se dejaría por nada del mundo.

—¿Dejarme yo? ¿Dejar que me mirase de ese modo, para luego hacer de mí todas esas cosas? No, señor, no; en buena hora lo diga. Hasta, a pesar de lo poco que soy en esta casa, no sé cómo le consiento que lo haga con esa infeliz.

Dándose cuenta de que una simple criada no podía hablarle de aquel modo a un tal amigo de las señoras, cambió de tono y se hizo humilde, aun cuando por poco, poquísimo tiempo.

—Perdone, que no sé lo que me digo. Mejor será, sin embargo, que estando yo delante no vuelva a hacer nada de esto. Me conozco, don Amalio, y un día cualquiera pierdo el respeto de la casa y lo echo todo a rodar.

Indignada de aquella injerencia, molesta con la arisca mujer en quien sentía latente y viva una gran desconfianza hacia Amalio, doña Amaranta, su más decidida protectora en la vivienda, se la quedó mirando fijamente.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué te pones así? ¿No comprendes que todo esto es broma, y que si se tratase de una cosa mala ni el señor de Chorén la haría ni nosotras habíamos de consentirlo? ¿Es que te crees que don Amalio tiene realmente pacto con el enemigo? Anda, anda para la cocina y no te metas en cosas que realmente no puedes entender.

Decidido, adusto, inapelable el tono de doña Amaranta, Clota daba un paso obedeciendo, cuando reparó en que don Amalio acercábase a Gisela, y se detuvo recelosa. Afortunadamente, no se trataba de ninguna nueva atrocidad con la pobre criatura, sino de despertarla, dando por terminada la experiencia. Pero tan doloroso suspiro se le escapó del pecho al despertar, con tal palidez volvía a la vida, que Clota corrió a besarla, a abrazarla, a darle calor con sus besos y entre sus brazos como cuando era una criaturita sin otro amparo ni sostén.

—¡Ay, mi niña de mi alma, y lo que hacen contigo! ¡Si un día te vas a quedar en una de éstas! ¡Si tiene que hacerte daño una cosa así, tan delicada como tú eres! ¡Parece mismamente que vuelves del otro mundo y hasta da miedo mirarte a la cara, angelito de mi corazón! ¡Había de ser conmigo! ¡Había de tener yo el mando que no tengo en esta casa!

Y a pesar de la mirada de doña Amaranta, que sobre ella sentía, dura y severa, allá se dirigió a Chorén, los brazos en jarra sobre la cintura y una luz verdosa, de ira, ardiendo en los ojos, generalmente tranquilos y azules.

—Ya que se trata de una broma y de una cosa en la que no puede haber mal, ¿por qué no lo experimenta con una persona de su familia, don Amalio? ¿Que no tiene familia, me va a decir? De un hombre de su edad y que rodó tanto, nunca puede afirmarse eso tan redondamente. Mas, aun cuando sea cierto que no la tiene, busque un gato a quien hinotizar o como se llame. Y si los gatos no sirven y sirven tan solo los cristianos, vea de hinotizarme a mí, que ya me dejo, ande. Vea, y del primer bofetón que le arreo, el hinotizado es usted, se lo aseguro.

Trémula la voz, temblorosas ya las rollizas manos, crepitando toda en ansias de realizar su obra de hipnotización, un estremecimiento pasó por el recinto. Chorén, sin embargo, fué prudente y no aceptó el reto. Arrogante la apostura y gentiles las maneras, le sonrió bondadoso y amable.

—Para estas experiencias ya he dicho que no todos sirven, señora Clota. A una persona firmemente decidida a no dejarse, no hay quien la duerma. ¡Y usted está tan prevenida contra mí! ¡Pondría tal voluntad en que yo fuese el dormido, y veo esa voluntad tan fuerte!

—¡Lo que usted ve fuertes son los puños!

Chorén asintió con la cabeza.

—Sí, señora. Es eso precisamente lo que he querido decir.

II

Con toda su amabilidad no consiguió amansar a la brava Clota. Llena de recelos y temores, todo el resto de la tarde se la pasó moviéndose por la cocina, cual una fiera enjaulada. ¡Pobre Giselita, y lo que sus tías estaban haciendo con ella! Porque no se trataba únicamente de dejársela a don Amalio para sus experiencias malditas. No muy satisfechas del novio de la muchacha, pareciéndoles poco aquel señorito de Ancares que, si bien era tan rico como Gisela, no podía igualarle en nobleza de rango, allá estaban metiéndole por los ojos a este aventurero, no obstante doblarle la edad y ser de familia mucho menos ilustre aún. Apenas desaparecido Chorén, todo se les volvía hablar de él como si cosa semejante no se hubiera visto nunca.

Clota, así y todo, difícilmente acertaba a explicarse tal actitud. ¡Menos ilustre la familia de Chorén que la del señorito Silvio! ¡El último labrador de aquellos contornos, al lado de don Amalio, podía considerarse, por abolengo, un verdadero príncipe! ¡Qué pronto se olvidaban las cosas en este mundo volandero! ¡De qué manera un porte fino y un rostro galán se adueñaban de los corazones más orgullosos y ariscos!

Amalio Chorén, sin embargo, no era de tierras tan remotas que nadie supiese dónde y de qué gentes había nacido. Era, por el contrario, de bien cerca de allí, de la villa de Portomor, distante del pazo media legua tan sólo. ¿Y en veinticinco o treinta años que haría de su marcha pudiera echarse tan al olvido que su madre, la pobre Genoveva de Cores, pedía limosna de puerta en puerta, y el hijo a saber de quién lo tuvo? No obstante esto, que a otro cualquiera no le dejaría traspasar nunca el zaguán de casa tan celosa de sus señoriales prestigios, Chorén llegaba al estrado como amigo de toda predilección, y hasta se admitía que alguna vez subiese, como dueño, aquellas escaleras. Se admitía, sí. Y es que el mundo, de tantas vueltas como le obligaban a dar, estaba seguramente algo loco.

Amalio Chorén había llegado a la villa natal meses antes, envuelto, como los santos en su nimbo, en una no menos dorada aureola de admiración. Viniendo no de los vulgares países a donde las gentes del contorno emigran, sino de las ciudades más seductoras del mundo, esto comenzó ya por imponerlo a la atención del contorno. Y arrogante todavía, todavía gentil de rostro y de maneras, cual en todas partes había triunfado, triunfó también en su tierra natal. Generoso con los necesitados y altivo con los influyentes, aquéllos comenzaron a estimarle y éstos a buscar su amistad.

Por la elegancia de sus modales y de su ropa, locas estaban, según se decía, las señoritangas todas del pueblo. Casa donde hubiese muchachas solteras, casa a la cual hacíanse imposibles para llevarlo. Chorén tocaba el violín, bailaba primorosamente, cantaba con voz bastante bonita, sabía hacer juegos de mil clases y era verdaderamente el demonio. Mas, demonio verdadero, a pesar de los ojos lánguidos de aquellas señoras de Portomor, comprometerse no se comprometía. Y una idea torva, clavada en el alma de Clota desde que, acompañado del viejo médico de la villa, vió a Chorén dentro del pazo, continuaba haciendo allí el oficio roedor de un gusano en un fruto. ¿Por qué, sin acordarse del pueblo en tantos años, volvía ahora, montando, para tan poco tiempo, casa de tal fausto? ¿A qué venía? ¿Qué idea se le ocurrió de pronto respecto a la conveniencia de visitar los nativos parajes?

No importaba tal vez que don Amalio hubiese sido por aquellos mundos adelante cuanto le dió la gana. Tornadiza la fortuna, al presente no tenía acaso donde caerse muerto, y, como tantas otras veces, pensó en sus dotes de seducción para salvarse. Y ya a su edad, ¿qué sitio tan a propósito como la tierra nativa, donde herederas de grandes caudales y señoritas de la más alta alcurnia veían-

se obligadas a casarse con algún labrador vecino si no querían quedar solteras toda la vida?

El fausto de la casa no se oponía a esta reflexión. Era necesario un cebo. Y el cebo pronto dió los frutos apetecidos, y las puertas más reacias se le franquearon de par en par. ¡Mas qué pronto también dejó Amalio de transponerlas! Eran poco, sin duda, para hombre de tan grande ambición las fortunas de aquellas señoritas de su pueblo. Entonces recorrió los alrededores, no tardando en dar con el tesoro que buscaba. Cerca de Portomor, en la aldeílla de Rendoy del Auro, al pie de la iglesia y reclinado sobre el más florido y gentil repliegue de la falda del monte, había un pazo verde, no tan escondido entre los árboles de su bosque que no lo descubriesen aquellos ojos avizores. Gustóle la casa sin duda y le gustó el huerto que la rodeaba, y le gustaron aún más, seguramente, las noticias que después le dieron.

Allí no había tan sólo la huerta y el pazo. Hasta el mismo mar, llenas de viñedos y de maizales, extendíanse las tierras del señorial dominio. Rentas, por la época de la recolección, cobrábanse muchas, y rentas que nadie se negaba a satisfacer. En las gavetas de la casa guardábanse unos papeles por los que, en los Bancos de la capital, daban periódicamente dinero. Y dueña única de todo esto, dueña ya de la mayor parte y heredera de lo demás, una muchacha, una muchachita que apenas si había salido de la aldea natal. Hacia allí levantó entonces sus ojos de ave de presa. ¡Qué importaba el gran abolengo de la familia! ¡Qué el saber a Gisela con novio! De abolengo no menos ilustre eran algunas de aquellas señoritas de Portomor, tan dispuestas a aceptarle por marido, y el novio lo consideró tal vez un pequeño detalle en el cual ni debía parar mientes.

¿Cómo supo Clota todo esto? ¿Cómo se enteró de tanto? El recelo instintivo que aquel hombre le inspiró desde el primer instante la hizo husmear, indagar. Poco, concretamente, la dijeron. Viviendo hasta entonces en sitios nunca frecuentados por las gentes del contorno, ¿qué podía, a la verdad, saberse? Las vidas, sin embargo, son como un fuego que no está nunca del todo oculto. De las más humildes siempre hay un humo, un resplandor, un olor siquiera, que trasciende y la denuncia. ¿Cómo, entonces, mantener en absoluto misterio las tan turbulentas y borrascosas? Chorén, según se decía, fué rico y fué pobre alternativamente al través de su vida entera; ocupó puestos de verdadero brillo y vióse más miserable que cuando de niño ayudaba a su madre a pedir limosna. Y si una cosa así ya alarmaba en tierras tan pacíficas, tan recelosas de la aventura, había aún algo peor: no siempre, por lo visto, vistió aquellas finas prendas, sino alguna vez la más triste hopa que puede echarse sobre las costillas hombre alguno. Y hasta se hablaba de mujeres abandonadas fríamente por quien, al robarles el caudal, les concedió a su lado todos los derechos.

¡Y éste era el hombre que se atrevía a pensar en su Gisela, para hacer de la pobre criatura la última de sus víctimas! ¡Y éste el esposo que las cabecitas de viento de sus tías querían darle! Afortunadamente, Clota estaba allí. Clota vigilaría. Clota impediría a toda costa el terrible escarnio. Lástima sólo que el novio de la niña no pudiese ayudarla en su empresa. Aquel Chorén, no tan viejo como las arrugas de las sienes le hacían aparecer; gallardo siempre de apostura, limpio de barba el rostro, el cuerpo vestido con la más extremada corrección; en aquellos labios las palabras más ladinas y en los ojos una luz dominadora y fiera, podía acaso no preocuparse mucho del novio de la señorita, mozo galán ciertamente, pero de modo alguno mozo que pudiese vencerle en seducciones. Y, para mayor desgracia, el señorito Silvio ni siquiera estaba allí. Un pleito que la casa de Ancares sostenía desde años atrás habíale obligado a trasladarse a la Corte, y quién supiera por cuánto tiempo. Ella, ella sola tenía que

luchar con el enemigo. Y decidió, hablándole como si aún lo tuviese delante:

—Pero lucharé, que me importa demasiado para dejarte hacer de ella otra desgraciadita.

III

En la huerta no se prolongaba mucho la tertulia. Tan pronto amenguaba la luz, tan pronto las azules sombras, anuncio de la noche, comenzaban a enseñorearse del ambiente, doña Eduvigis, y hasta la valerosa doña Amaranta, levantábanse, confesando su miedo al rocío y acogiéndose a las habitaciones confortables y tibias del piso alto. Como Gisela se creyese en la obligación de acompañarlas, erguíase también, invitando a Amalio con el gesto, y éste la obedecía a regañadientes. Cierta tarde, lejos de obedecer, tan pronto las tías se levantaron, allá susurró con su audacia famosa:

—Nosotros nos quedamos aquí un rato todavía. ¿Verdad, Gisela?

Aun cuando con disgusto visible, Gisela no se atrevió a negarse. Por su parte, doña Amaranta les autorizó bondadosa.

—Pero no tarden, no se confíen mucho en su juventud, que el rocío es traicionero y a nadie respeta.

A Clota, presente a la escena, no dejó de agradarle aquel disgusto de Gisela ante la proposición del atrevido. Pero quién supiese de qué artes el traidor se valía para adueñarse de los corazones recelosos, y consideró de su deber averiguarlo, aun cometiendo una fea acción. Entonces deslizosé hacia la cocina. Había allí, atravesando las feudales paredes de la casa, un ventanuco, desde donde, sin ser vista ni oída, pudiera oír y ver. Y al ventanuco se encaramó, acercando una mesa, poniendo sobre ella una silla y suspirando al acomodarse.

—¡Como tú no cedas, Giselita, como seas así siempre, de poco le van a servir sus artes!

Inclinado sobre la triste criatura, Chorén, con verba estudiada, como quien recita una lección muy sabida, allá estaba elogiándole la belleza y la gracia, merecedoras, ciertamente, de lucir en otros mundos. Clota no pudo menos de sonreírse aviesa, sarcásticamente:

—¡Vamos!

Seguro de casarse con ella algún día, preparaba ya el alzar del vuelo hacia aquellos sitios donde acaso únicamente la vida se le antojaba digna de vivirse, y de los cuales mejor sería que no hubiese vuelto jamás. Y así hablándola, envolviéndola así en alabanzas y ternuras, Clota lo sentía suspirar y lo veía inclinarse más aún sobre su rostro. Venturosamente, el disgusto de Gisela ante la presencia de aquel hombre, lejos de ceder, acentuábase. No la conmovían los suspiros, y cuanto más Chorén se le acercaba, más la pobre, en la imposibilidad de huir, se encogía temerosa. Con toda su sabiduría y sus artes de seducción, don Amalio lograba apenas darla miedo, y el semblante de Clota se iluminó en la angostura del ventanuco.

—¡Así, niña mía! ¡Así te quiero!

No le sirvió a Chorén de nada que la luna naciese aún antes de cerrar completamente la noche, aumentando la religiosa emoción de la campiña. No, tampoco, que los árboles la saludasen con un alborozado estremecerse de todas sus hojas, ni que cada planta se hiciese en su obsequio algo así como brasa de un incensario. Todas estas poéticas seducciones no colaboraron lo más mínimo en los planes de Chorén. Gisela seguía defendiéndose y esquivándose. Y como él, ladinamente, esperando tal vez verla turbarse, preguntase si quería mucho a su novio, ella respondió a voces, cual asiéndose, en su angustia, al amparo de una sombra amiga:

—¡Con toda mi alma!

Clota, allá en lo alto, tuvo que morderse, que lastimarse realmente los labios, para no gritar a su vez:

—¡Bien, niña mía! A ver si así se convence de que pierde el tiempo y más le vale contentarse con alguna de esas señoritangas de Portomor que no tienen quien las quiera, ni acaso

alma como tú para querer a quien sabrá merecerte.

Contentándola más, Gisela no tardó en levantarse, diciendo que el rocío estaba mojándolos ya.

Clota entonces abandonó el ventanuco y subrepticiamente salió al atrio de la casa, de donde arrancaba el patín, por el que, emparejados, Gisela y Chorén iban subiendo. Este le hablaba todavía inclinado sobre ella. Deciale aún, sin duda, madrigales y ternezas; continuaba tejiendo, como antes tantas otras, su refulgente tela de araña. Por fortuna, Gisela no se dejaba deslumbrar ni prender. Clota tuvo aún otra gran alegría.

—¡Que no lo cree!—le oyó claramente decir—. Le doy mi palabra. Ha sido el primer amor de mi vida, y estoy segura de que será el último.

Y aprobó otra vez desde lejos:

—¡Bien, niña de mi alma!

¡Pero cómo la voz de aliento y de aplauso se le hubiera helado sobre la boca de serle dable ver la sonrisa con que Chorén acogió tan ardiente protesta de amor hacia otro! ¡Qué llena estaba de orgullo y al mismo tiempo de desdén! Y comprendiendo cuanto aquello significaba, algo seguramente hubiera arrecido el corazón de Clota. No era el orgullo de quien todo lo fía a las armas de su seducción ni el desdén con que se acoge una protesta irreflexiva y vana.

IV

Por muchos días, Chorén no volvió a esclarecer delante de Gisela ninguno de sus audaces pensamientos. Más que como a mujer que por cualquiera razón interesa, trataba a una chicuela sin fundamento. Reíase de sus opiniones, celebrábale exageradamente cualquier dicho oportuno, contestaba a las preguntas que le hacía como ausente el alma de espectáculo tan mezquino. Aun cuando en tono de broma, aprovechaba todos los pretextos para hacerle sentir su superioridad. Pero no insistió, no, en aquellas cosas que una tarde tanto la asustaron, y Gisela estaba tranquila.

Poco duró, no obstante, esta tranquilidad. Cierta tarde, dirigiéndose todos a ver los fuegos con que cierto ricachón de la carretera celebraba las vísperas de la fiesta de su santo, doña Amaranta y doña Eduvigis tuvieron que rezagarse para atender la queja de un casal de renteros. Formaba allí codo la vereda, y, un instante aislados en aquella soledad, bajo el toldo de parrales que daba sombra al camino, Gisela no pudo dejar de disgustarse. Chorén allá insistía:

—¿Tan segura está usted de que quiere a su novio?

Hizo la pregunta clavándole bruscamente aquellos ojos dominadores, en cuyo centro relucía, con todo su poderoso brillar, algo que se asemejaba, de extraño modo, a la punta fiera de un diamante. Eran aquellos ojos mismos que allá, en el pazo, sintió a veces penetrarla y adormecerla.

—¿Tan segura—insistió Chorén—de que con él ha de casarse?

Así diciendo, los ojos de aquel hombre traspasábanla como nunca, llegando hasta no sabía qué ignorados y hondos abismos de su ser. Segura de amar al novio ausente y de no tener sueño más dulce que el de algún día poder echarle los brazos al cuello, llamándole esposo, no le era dable, sin embargo, afirmar cosa alguna. Su voluntad parecía poco a poco ablandarse, diluirse no sabía dónde, perder, dentro de su alma, toda existencia. Algo extraño a sí misma mandaba dentro de sí, y respondió, en el tono más bien del que suplica:

—De lo que lo estoy es de que no deseo otra cosa.

—¡Qué sabe usted lo que desea!—cortó secamente Chorén.

—No creo que lo sepa usted mejor.

—Pues acaso.

Hubo un silencio, que Gisela, amedrentada y cohibida, no se atrevió a turbar. Y fué Chorén quien lo deshizo con una pregunta nueva, que tenía en el tono los caracteres todos de una afirmación:

—¿Y si yo le dijera que no se casará con ese hombre?

—¿Va usted a impedirlo?

Habíanse reunido ya con ellos las dos señoras, y Chorén musitó, inclinándose un momento hacia ella:

—¡Quién sabe!

Todos juntos ya, continuaron el interrumpido camino.

—¡Qué calor hace!—murmuró Gisela de pronto, por decir algo, por darse ánimos a sí misma oyendo su propia voz.

En efecto, lo hacía. Apenas más que mediada la tarde, y ya francamente declarado el estío, donde no había sombras de árboles ni toldos de parrales, el sol picaba con fuerza. Asintieron las tías, y ya la muchacha comenzaba a quitarse su abrigo de punto cuando Chorén exclamó autoritariamente:

—A mí, más bien me parece que hace frío.

De nuevo miraba a Gisela, buscándole los ojos. Ella los esquivó resuelta. Tornaba a sentir la voluntad de aquel hombre queriendo imponerse, capciosa, a la suya, y tuvo un momento de rebelión.

—Parézcale a usted lo que quiera, lo que hace es calor. No estamos en casa. No me tiene usted dormida para hacerme sentir lo que se le antoje.

Nuevamente sonrió Chorén, más ladino, más astuto.

—No, si yo no trato de hacerle sentir nada. Expresaba una opinión, sencillamente. Como ya en la escuela me decían que el frío no existe, pues consideré que al calor pudiera pasarle lo mismo. Pero, en fin, usted lo nota, y allá usted entonces.

Y ya emparejado con doña Amaranta, concluyó:

—¡Son tan tercas estas criaturas!

—Pues yo también tengo calor, Chorén.

—Pero ella, no, diga lo que diga.

Gisela adelantaba al lado de doña Eduvigis. Iba ya sin abrigo, con los brazos al aire y abierto el escote. Chorén, de pronto, dió unos pasos para unírsele, y, ya a su lado, le habló paternalmente:

—Hace mal en ser tan caprichosa y, por llevarme la contraria, empeñarse en coger una pulmonía. Usted lo que tiene es frío, Gisela. ¡Pero si está temblando! Abríguese, ande: no sea rebelde.

Con el rostro amoratado, como días antes en la casa nativa, temblaba de veras. Obediente a la voz de aquel hombre apresuróse a arrebujarse en el abrigo, echándoselo sobre los hombros a manera de chal. Y satisfecho Amalio al poco tiempo, jugando con ella como el gato con el infeliz ratoncillo, le dió la razón amablemente.

—Bien. Puede quitarse eso de los hombros, que realmente hace un calor respetable.

Inmediatamente Gisela púsose otra vez el abrigo al brazo, y mientras la sangre tornaba a su asustada carita, levantó hacia él los ojos temerosos. Chorén sonreía triunfal.

—¿Ve usted? ¿Se convence de que ya no tiene otra voluntad que la mía y usted no se casará más que con quien yo quiera?

Sin contestarle, acobardada, asustada tan sólo, ella arguyó con un suspiro.

—¿Pero cómo es posible esto? ¿Qué me ha hecho usted? Porque ahora yo estaba bien despierta y bien decidida a no obedecerle.

—Pues ya ve.

Amablemente quitó pronto importancia a su triunfo. Aquello poco a la verdad significaba, no fuera Gisela a asustarse. Era que cuando se ha hipnotizado varias veces a una persona, aun sin adormecerla antes, podía influirse en su voluntad. Sólo superficialmente, sin embargo. En el fondo, cuando esa persona no estaba conforme, siempre podía imponerse. Y suspiró, rendido y galán:

—¡Qué más quisiera yo que tener sobre usted tal dominio! Entonces no era a su novio a quien amaba ni el matrimonio con ese Silvio de Ancares el sueño que la hiciese dichosa. Me amaría a mí, Gisela. ¡A mí, que la adoro y que sería el más feliz de los hombres si usted espontáneamente llegase a corresponder a este amor tan grande.

Como otros caseros detuviesen por segunda vez a las tías, por segunda vez Gisela encontróse sola con Chorén en el camino geórgico que las carretas, recogiéndose a los dispersos casares, hacían sonoro de tanto y tan largo chirriar. Chorén siguió hablando. Y tales trémolos de ternura había en su acento, que la muchacha no pudo dejar de estremecerse. Aquel hombre, erguido en mitad de la vereda, hablaba triste, muy tristemente, de su vida incierta y errante, sin nunca un dulce afecto en el cual detenerse a reposar tranquilo. Río atormentado y turbulento que al azar de su curso ha visto por fin en un alma adorable de mujer el remanso apetecido, no podía, por desgracia, gozar de tanta dulzura. Era muy viejo para Gisela de Rendoy, y ella, además, le tenía un miedo extraño.

—No, Amalio, no.

Estremecióse Chorén al oír nombrarse tan afectuosamente por su nombre de pila, y bañado en aquella dulce emoción, un instante fué generoso y bueno.

—Miedo, sí; no lo niegue. Miedo tal vez a estas cosas que con usted hago sin darse cuenta de que no tienen importancia alguna. Y miedo tal vez a otras. ¿Qué le han dicho de mí? ¡Quién lo sabe! De los que tanto hemos rodado, de los que hemos tenido que luchar tan terriblemente con la vida, siempre puede afirmarse cuanto la gente guste. Pero usted créame esto que yo le aseguro: nunca, al acercarme a mujer alguna, sentí la emoción que siento ahora. Nunca deseé tanto ser bueno y digno del amor de una mujercita como usted. Con usted y con que llegue a amarme, sueño todas las noches. ¿Por qué me mira aún con esos ojos? ¿Por qué tan acariciadores con todo el mundo sólo para mí son duros y ariscos? ¿Por qué no me deja el consuelo siquiera de seguir soñando que no sueño imposibles?

Ella insinuó apenas que miedo no se lo tenía. Nada más. Ni una palabra que le animase a otras, ni un gesto que alentase en su corazón las esperanzas. Descontento, forzó un suspiro.

—Entonces, peor, ya que son los años lo que de usted me aleja.

Con vehemencia que hizo asomar a los labios de Chorén inevitable sonrisa de triunfo, pareció Gisela sorprenderse ante aquella alusión a la edad en hombre de tal arrogancia y lozanía. Por años sabía bien que no deben medirse juventudes ni vejeces. Nadie, además, era realmente viejo mientras no tuviese envejecido el corazón.

—No, Chorén. No culpe a los años, que esto bien poco me importaría. Pero usted sabe perfectamente que no soy dueña de mí, que tengo novio.

Chorén entonces alzó desabridamente los hombros, como si aquel inconveniente de tanta fuerza a los ojos de Gisela le importase a él menos que el de una vaga sombra tratando de oponerse a su paso en mitad del camino.

—¡Bah! ¡Si ése fuera el único obstáculo! ¡Si no hubiese otras cosas!

—Hay que le quiero, Amalio; ya se lo he dicho. ¿No le parece bastante?

—Si le quisiera de veras, claro que me lo parecería. Pero ya veremos. Yo, por de pronto, no renuncio a usted. Yo lucharé con todas mis fuerzas, ya que es mi vida lo que defiendo.

V

Alejado Chorén, sintió Gisela desvanecerse la influencia tiránica de aquella emoción con que hasta entonces le había estado oyendo. Dueña otra vez de sí misma, movió la cabeza afirmándose en este convencimiento tan dulce. Por mucho que le dijera, por fina que su arte fuese para apoderarse de cualquier corazón, el suyo no se le rendiría nunca. Recordando las palabras de la tarde, dábase clara cuenta de todo lo que allí había de estudiado y de fingido. Hasta en los momentos de mayor vehemencia caldeábalas una altivez antipática. No, tenía razón Clota; imposible soñar con

Amalio en un amor constante y duradero, cual el que Silvio podía darle.

Aquel hombre la quería únicamente por sus riquezas. No era otro el remanso que apetecía y con el cual soñaba. Y una vez conseguido, allá vendría el cansarse de la apacible ribera y levantar el vuelo, abandonándola como a tantas otras y dejándola tal vez por las puertas del mundo. Pero aun cuando así no fuese y Chorén la quisiera de verdad, ¿qué podía esto importarle si ella amaba a otro? ¿Por qué abandonar al pobre muchacho tan confiado hasta entonces en su cariño? Imposible, repitió. Ella tenía su alma, y allí ansias dormidas que un aventurero como Chorén no podría satisfacerle nunca. No sería con Chorén con quien se casase, sino con el hombre de vida clara y serena a cuyo lado únicamente estaba segura de encontrar el amor perdurable y sin sombras que era el sueño constante de su vida.

Mas en la tarde del otro día, no obstante estar tan lejos aún la hora de Amalio venir, recorrió nerviosa las estancias del vasto caserón, e inquieta ascmóse a las ventanas que daban al camino. De pronto, con visible rubor en la faz, propuso a sus tías:

—¿Por qué no vamos hacia la carretera?

—¡Hacia la carretera! ¿Qué se te ha perdido allí?

—Es que creo que Sendo, el del santo, tiene hoy baile delante de su casa.

—¿Y qué te importa a ti el baile de Sendo?

—Va mucha gente, según me han dicho. Van hasta señoritas de Portomor.

—¡A bailar en la carretera!

—A pasearse al son de la música. ¡Y yo me aburro aquí tanto!

Clota, allí presente, miraba a Gisela de tal modo, que tía Amaranta creyó comprender. Había impaciencias, por lo visto. Es que se trataba de esperar a alguien.

—¡Pues por mí!...

¿De esperar a quién? ¡Mire usted, tía, que si la oyesen! ¡Mire que si eso llegase a oídos de Silvio!

—¡Si yo no te lo afeo, querida! Al contrario. ¡En tu caso, dónde estaría Silvio ya! ¡Pues no hay diferencia entre un hombre y otro!

Aunque, arrepintiéndose, hablaba a poco de quedarse, tía Amaranta no se lo consintió, y llamando a tía Eduvigis, allá salieron las tres mujeres. Todavía estaba el sol muy alto y se defendían de sus ardores con las sombrillas. Desde mucho antes de que aquel fragante camino aldeano empalmase con la carretera ya llegó a sus oídos un rumor de música y un confuso tumulto de voces. De vez en vez estallaba en la altura algún cohete, dejando sobre el radiante cielo de la tarde su blanco vellón de humo. Tía Amaranta, deteniéndose de pronto, expresó un temor:

—Sentiría que Amalio fuese a casa por otro camino.

—Siempre viene por aquí.

Tranquilizóse algo la noble señora, y su tranquilidad no tardó en hacerse absoluta. Apenas desembocaron en la carretera, allá vió a Chorén sentado a la puerta de Sendo y probando el vino de su fiesta. Al reparar en las tres señoras se levantó rápido.

—¿Qué milagro es éste? Yo para allá iba. Sólo que, invitado por Sendo, y no habiendo podido acompañarle en la comida, tuve que detenerme aquí un rato a tomar una copa.

—Gisela, que quiso salir, ver esta fiesta, este paseo...

Chorén sonrió, mirándola. Mujeres de aspecto señoril paseaban, en efecto, a lo largo de la calzada, como en la alameda de una ciudad. Muchas de ellas se detenían a saludar a doña Amaranta y doña Eduvigis, y Amalio quedó un instante a solas con Gisela.

—¿Tengo que darle las gracias? ¿Es que ha sido por mí?

—¿Cómo por usted?

—Por imaginarse que yo estaba aquí hacía rato y tardarle ya el verme.

—¡Pues no es poco presumido!

—No es presunción, Gisela. Es que a mí también me tardaba, y lo he estado deseando tan vivamente, que al verla llegar no me sorprendí siquiera.

Yo estoy seguro de que, al fin, acabará por quererme.

—Seguridad engañosa, Chorén.

—¿Me desafía?

—Ya le he dicho varias veces que quiero a otro.

—Pues aun cuando no me quiera, de todos modos usted no será para nadie más que para mí.

Brillaban sus ojos fieramente, y sin darse cuenta de lo aventurado del paso, añadió, con la voz bronca:

—Y es lo mismo.

Gisela no pudo dejar de aterrarse. Se había estremecido ya al oírle aquello de que deseó verla antes de llegar a su casa y de cómo, obediente a la voz de este llamamiento, había en el acto acudido. Ahora sentía que, si en realidad se había propuesto hacerla suya, seríale acaso imposible desobedecerle. Irritado, herido aún en su orgullo, Chorén la confirmaba en tales temores, preguntándole si no sabía que estaba espiritualmente entregada a él, convertida en algo de lo que podía disponer como se le antojase.

—Ya ve. Me bastó desear que usted viniese a recibirme lejos de su casa, y ha venido. Tan pronto se me ocurra que ponga toda su ilusión en casarse conmigo, la horrorizará la sola idea de ser para otro.

Volvió ella a mirarle temerosa; tornó luego los ojos hacia sí, y una gran tranquilidad vino en su consuelo al examinar los profundos del alma. No era cierto lo que aquel hombre afirmaba con tal imperio. Todo lo contrario, más bien. El amor que al novio tenía lo sintió de pronto aumentarse al verlo rodeado de sombras y peligros. Y algo allá dentro cantó la gloria de aquel triunfo, del hallazgo de la inesperada fortaleza y el descubrimiento de un rinconcito de su voluntad en el cual ella era aún dueña, y dueña absoluta y única.

—No, Chorén. La idea que me horroriza es la de no ser para ese hombre. Vamos a pasear.

—¿Otra rebelión?

Y como ella adelantase, resuelta, hacia el sitio por donde la gente paseaba, notando que perdía terreno, volvió Chorén al sistema de las chanzas. Habló de que merecía un castigo, y tentado estaba de aplicárselo.

—¿Quiere que vea ahora mismo lo que hago de usted? ¿Quiere usted convencerse de hasta qué punto soy su dueño? Quítese ese *jersey* que la ahoga, Gisela. Quíteselo, ande. Todos estos aldeanos están en mangas de camisa.

Gisela se detuvo. Dentro de su ser luchaban dos fuerzas: el deseo de no obedecer a aquella tiranía estúpida y la conciencia de que le sería imposible realizarlo. Flaca de nuevo su voluntad, cosa apenas existente, diluída toda en la de Amalio, era él quien se impondría a tendones y nervios, consiguiendo que se desnudase del *jersey*, y aun de otras prendas, si a tanto se atrevía. Entonces suplicó con sonrisa forzada:

—No sea malo y no me ponga en ridículo. Déjeme con mi ropa.

—Bien, la dejo, ya que tan humildemente lo pide. Pero tome nota y no vuelva a sublevárseme.

Tras el fracaso de este alarde de dominio, acobardada y pensativa, metióse Gisela entre los grupos y, paseando, volvió Amalio a mostrarse rendido y galán. Ya veía ella de qué modo dominaba en su espíritu; pero no era así como quería triunfar de aquellas esquiveces. Soñaba con algo infinitamente más dulce, con la dicha de sentirla suya por voluntad, de querer libérrimamente casarse con él, de soñar también con la felicidad de hacerle constantemente dichoso. Y de tales palabras, y el trémulo aliento en que las sentía llegar a sus oídos, y la emoción toda de que parecían caldearse al salir de los labios y envolverla, fuerzas extrañas y misteriosas parecían también desprenderse, que la iban penetrando y moldeando por dentro a los deseos de aquel hombre. Entre tanto, la tarde caía blanda, acariciadora y dulce, llena a su vez de cómplices efluvios y de sugestiones traidoras. Y un momento hubo en el que no pudo más, y rendida, entregada, balbució dolientemente.

—¡Pero ese pobre muchacho, que

tanto me quiere y a quien tanto he prometido! ¿Qué será de él cuando vuelva?

—¿Y yo, Gisela? ¿No hay en su corazoncito generoso un poco de compasión también para mí? ¿Qué sería de mí, mucho más necesitado que otro hombre alguno de amor y de ternura, si tú, Gisela de mi alma, te obstinases en no quererme?

Poco más hablaron durante el resto de la tarde. Y ya de vuelta en Rendoy, Chorén reunió solemnemente a toda la familia, e inclinándose ante doña Amaranta, por la enfermedad del padre de Gisela, jefe verdadero de la ilustre casa, murmuró grave y serio:

—Como no me queda aquí pariente alguno a quien dar, según la costumbre, este encargo, tengo el honor de pedir yo mismo, para mí, la mano de su sobrina.

Durante un momento, doña Amaranta aún creyó que se trataba de una broma. Convenciόse de lo contrario ante la palidez de Gisela.

—Supongo que estarás conforme, cuando Chorén da este paso.

—Sí, señora.

—Pues, por mí, no hay inconveniente, y tú dirás entonces cuándo es la boda.

—Amalio quiere que sea muy pronto.

Hacíase tarde para recorrer la distancia hasta Portomor, y Chorén, con galanía de otra edad, besó la mano que así se le brindaba, la de la señora que de tal modo le protegía y, dueño de sí, como de costumbre, despidióse hasta la tarde siguiente.

Apenas sus pasos se perdieron en el camino, entró Clota, toda voces y aspavientos.

—Pero ¿es verdad?

—¿El qué?

—Que la niña deja al novio y se casa con este hombre.

—¿Cómo lo sabes?

—Acabo de escuchar al subir unas palabras entre doña Eduvigis y don Amalio, y aún no me atrevo a creerlas. ¿Es posible que tú, palomita mía, palomita dulce, te avengas a ser para el milano que destrozará tu vida? ¿Qué bebedizo te dieron, mi tesoro? ¿Qué han hecho de ti? No, no puede ser que de tu grado le dieses la palabra. Dime que no. Dime que es cosa de las señoras, tus tías; pero que tú no estás conforme.

Gisela contestó suspirando:

—No es cosa de las tías, no. Yo misma, sin nadie mandármelo, acabo de decir aquí lo que has oído.

Y Clota se santiguó con mano trémula. ¡Una cosa tan extraña y tan pronta! ¿Cómo era posible? ¿Qué poder infernal tenía aquel demonio de hombre? No se animaba a creer en la decisión franca, en el libérrimo impulso de Gisela, y llena de recelos, otra vez la miró.

—Pues a las novias, en estos trances, les rebosa la alegría por todo el cuerpo, y tú muy contenta no estás. Tú pareces, por el contrario, desear tan sólo unos brazos amantes donde deshacerte en lágrimas.

Entonces Gisela corrió hacia su nodriza, y, refugiándose entre aquellos brazos robustos, haciéndose pequeña y digna de todas las ternuras, rompió a llorar desesperadamente.

—Al que quiero es al otro, Clota. Le quiero como nunca le quise, y, sin embargo, tengo que casarme con éste.

—¡Ya lo decía yo! ¿Pero, por qué? ¿Pero, cómo manda en ti de esta manera?

—¿Lo sé yo acaso? Manda, y nada más. Lo que él me ordene eso haré, aun cuando no quiera. Ya ves. Sé que con Silvio sería la más feliz de las mujeres y con Chorén no habrá mujer tan desgraciada. Pues a Silvio lo dejo y con Chorén me casaré dentro de unos días.

Amparándola más aún entre sus brazos, Clota exclamó, alta la voz y la decisión firme:

—O no te casarás. Si a las señoras, tus tías, les tiene sin cuidado lo que sea de ti, aún hay en el mundo alguien a quien le importas.

Y aquella noche, en la cocina, a la luz temblorosa del candil, acordándose de cuando en su mocedad contestaba cartas de galanes, recabó papel y pluma y allá se puso a escribir trabajosamente: «Me alegraré, señorito Sil-

vio, que al recibo de estos mal trazados renglones su salud sea tan buena como es la mía para lo que guste mandar. Pues, saberá, señorito...»

VI

Ya estaban dichas las primeras amonestaciones: ya doña Amaranta, dirigiendo un enjambre de costureras, preparaba el ajuar de la boda, cuando una tarde Chorén, abriendo el portalón del corral del pazo, tropezóse de manos a boca con un hombre no aldeano a juzgar por sus vestiduras y que salía lívido y descompuesto. Retrocediendo un paso, el hombre aquel se le quedó mirando fijamente:

—¡Es usted un canalla!

Palideció Chorén, dándose cuenta de a quien tenía delante. Era, sin duda, Silvio de Ancares. Era el novio abandonado, que, tornando a la aldea llamado por alguien, seguramente por aquella Clota en quien sentía un odio terrible hacia él, venía de escuchar de labios de su amada la confirmación del abandono. Y aun cuando no le extrañó su vehemencia ni se sorprendió del insulto, pensó que éste no podía quedar impune.

Allí, sin embargo, no estaría bien que se pusiesen a luchar como dos gañanes. Pareciéndole Silvio, por su aspecto, hombre con quien resolver la cuestión de otra manera más digna, le preguntó muy tranquilo:

—¿Está usted seguro de a quién se dirige?

—¿No es usted Amalio Chorén?

—El mismo.

Y con aquella calma extraña, incomprensible para el otro, añadió que, por tanto, le sería fácil comprender su repugnancia a tratar de complacerle allí, delante casi de Gisela.

—Pero váyase sin el menor cuidado. Usted quiere la cuestión según he visto, yo la necesito también desde hace unos instantes y no cerrará la noche sin que reciba usted la visita de dos personas.

—¿Para qué?

—Para lo que, en circunstancias como las nuestras, se reciben esta clase de visitas. ¿No le gusta el procedimiento? ¿En vez de batirnos ante cuatro señores prefiere que nos rompamos el alma mano a mano? Pues allá usted. Sólo que aquí no, se lo suplico. Yo saldré dentro de dos horas y usted me aguarda en cualquiera de las robledas del camino. Es el del Portomor, ya tal vez lo sepa.

Pero tampoco esto lo aceptaba Silvio. Hombre de impulsos y de vehemencias, no se daba por satisfecho con el insulto que lanzó a la faz del otro y sin más palabras dirimir la cuestión a puñetazos o tiros. Necesitaba imperiosamente decirle todo lo que dentro de su alma sentía, y atravesándosele ante la puerta le afeó el robarle la novia con artes tan traidoras. Eso no lo hacían jamás las personas decentes, las personas de corazón. Enamorábanse acaso de una mujer comprometida; mas dejándola elegir libremente, libremente decidirse por el uno o por el otro, procurando ganarla tal vez con atenciones, con delicadezas, con mostrarle un alma más digna. ¡Pero fijarse sin amor en una, en cualquiera, por ser rica y ver que la boda conviene, y sabiéndola enamorada de otro, apelar a aquellas artes con objeto de conseguir su sumisión! ¡Eso sólo un bandido, sólo un canalla!

Chorén esforzóse por contenerse.

—¡Cuidado, joven! ¡A ver si me obliga a dar aquí el espectáculo que a toda costa quisiera evitar! ¿A qué artes se refiere? ¿Por qué está tan seguro de que no es el amor quien nos hace enemigos? ¿Por qué, si usted la quiere tanto, no puedo quererla yo también?

—¡Y queriéndola la hace usted desgraciada! ¡Y sabiendo que ella sólo piensa en otro, se apodera de su voluntad y la obliga a dejarlo y a casarse con usted!

Chorén se demudó un instante.

—¿Quién le ha dicho eso? ¿Con quién viene de hablar aquí, en el pazo? ¿Con Clota? Pues entre otra vez y hable con Gisela.

No parecía gustarle nada que aquella idea se creyese, y trataba a toda costa de destruirla. Sin darle importancia ya a los insultos de Silvio, perdonándolos, olvidándolos tal vez, insistió como ante un amigo a quien quiere convencerse:

—Entre, ande. Yo me quedaré aquí, no habrá temor alguno de que influya en ella. Y a ver qué le dice.

Ante aquel tono amical y quejoso, unas dudas hasta entonces no sentidas apoderáronse visiblemente del muchacho.

—¡Para qué!—suspiró—. He entrado ya. Ya he hablado con ella.

—¿Y qué le ha dicho? No sería Gisela quien le contó eso que acaba usted de lanzarme al rostro.

—No.

—¿Entonces? ¡Que semejantes cosas las crea una mujer como Clota, todavía se comprende! ¡Pero un hombre que seguramente leyó algún libro y ha visto un poco de mundo! ¿No se tranquiliza aún? Ya que si ella me prefiriese libremente, usted se conformaría, ¿quiere preguntárselo delante de mí? Si mi voluntad la domina tan a distancia, mejor se le impondrá de cerca. Y autorizada por mí, juntos los dos, para elegir uno, la prueba no creo que le ofrezca dudas.

Convencido, anonadado, el otro se encogió de hombros, repitiendo:

—¡Para qué!

Venía de oírle en realidad que amaba a aquel hombre, que por su amor renunciaba a los sueños acariciados hasta entonces, que no tenía en el mundo esperanza más ardiente ni más dulce ilusión. Lo otro eran todo cosas de Clota. ¡Y cuando, después de lo que había oído, estaba Chorén tan seguro! ¿Para qué la prueba? ¿Para salir de allí con otra espina más dolorosa, duramente clavada en el corazón? Habló entonces como un desengañado de las mujeres, quejándose de su eterno mudar, de su inconstancia terrible. Dió un paso, alejándose ya. De pronto, con otra idea, volvióse a dentro un instante:

—Le pido perdón por los insultos. Venía ciego. ¡Acababa de oír tales cosas! ¡Tales otras me dijeron después! Pero veo que estaba equivocado. Perdóneme. Y no es miedo, no crea. Yo estoy dispuesto a acudir a donde me diga, a esperar sus padrinos si le parece mejor.

—Si usted no lo necesita, yo quedo satisfecho con esas explicaciones.

No se atrevió, así y todo, a alargarle la mano, y dándole las buenas noches, allá se alejó Silvio con piernas un poco flacas, tropezando en los quicios del portal. Chorén, entonces, lanzó al viento un suspiro de alivio y subió los escalones del patín, alegre, triunfante, libre ya su alma de la sombra única que hasta aquel momento le había preocupado un poco. Encontró a Gisela más triste, con ojos de haber llorado, y, sentándose junto a ella, sujetándole dulcemente las manos temblorosas, quejóse por no evitarle el disgusto de su tristeza. Ya sabía lo que al novio había dicho y le guardaba, en el fondo del alma, una gran gratitud. Sin embargo, no la veía contenta nunca a su lado, y ¿qué haría él para verla de esa manera?

—¿Es que, a pesar de todo, al otro aún lo quieres?

—No.

—¿Entonces?

—No sé. No sé qué tengo. Pero sí, es verdad, estoy muy triste.

Aquella tristeza acentuóse desde la visita de Silvio, hasta adquirir los caracteres todos de una enfermedad. Visiblemente se la veía enflaquecer, perder colores. Pálida y leve, andaba por la casa adelante como una sombra. Las tías preguntábanle a veces qué le pasaba, y su respuesta constante era siempre un suspiro.

—No sé.

—¿No te casas a gusto?

—Sí.

—¿Entonces?

Imposibilitada de abrirles francamente el corazón, buscaba, como el consuelo más dulce, la ternura constante de su nodriza.

—¿No ha vuelto, Clota?

—¿Quién?

—¡Quién ha de ser, sino Silvio!

—No.

—¡Claro! ¡Lo abandoné! ¡Lo dejé por otro! Pero debe de sufrir mucho el pobre, ¿verdad? ¡Con lo que me quería! ¡Con lo felices que pensábamos ser!

—¿Es que tú aún lo quieres, Gisela? ¿Es su cariño lo que te hace adelgazar de ese modo? ¿Pues por qué no te atreves y lo mandas llamar? ¿Quieres que yo le lleve un recado?

—¡Estás loca!

Y se estremecía como mujer con dueño al primer soplo de una idea de traición comenzando a anidarse en su alma. ¡Avisar a Silvio! ¡Cómo le gustaría! ¡Con qué gozo quisiera restituirle el bien que le quitó! ¡Qué alegría tan grande al poder decirle que lo había amado mucho y nada deseaba tan ardientemente como volver a poderlo amar! Pero había dado a otro su palabra, era ya de otro y sentía sobre aquel amor tan enraizado a su existencia una cosa pesada y glacial que le vedaba todo florecimiento. Imposible ya.

—¡Estás loca, Clota querida!

Conforme se acercaba el día señalado para la boda, veíasela enflaquecer más, quedarse enteramente su rostro sin sangre. De cera llegaron a parecer las transparentes alillas de su nariz, de cera los párpados descoloridos, abatidos siempre sobre los ojos. Clota, delante de ella, aún acertaba a tener palabras dulces para animarla, para consolarla. Mas después, a solas consigo misma, rompía en gritos iracundos.

—¡Esto verameníe clama al cielo! ¡Esto es una cosa que no debiera tener perdón! ¿Qué le han dado? ¿Qué han hecho con la infeliz para, queriendo tanto al novio de siempre, casarse con el que sólo miedo le da? ¿Anda enferma de amor? ¿Anda más bien de pensar que ya pronto será del bandido? Seguramente las dos cosas. ¡Y con todo, obedece y se casa!

A Chorén ya no le ocultaba su odio. En miradas y hasta en dichos procuraba, por el contrario, manifestárselo a cada momento. Y una idea que comenzó a bullirle en la cabeza emprendedora atrevióse, por fin, a ponerla en práctica. Víspera de la boda ya, avisados el sacerdote y los testigos para la siguiente mañana, Clota vió a Gisela tan triste, tan sin aliento, tan como la víctima en capilla, que conforme Chorén hubo dejado la casa, corrió a detenerle junto al portal.

—Don Amalio, yo tenía que hablar con usted una palabra.

—Diga entonces, Clota.

—Tenía que pedirle un favor.

—Pues hable.

—Tenía que pedirle que dejase a esta pobre criatura. Aún está a tiempo, don Amalio, ¿y no se le parte el corazón de verla? ¿No comprende que ella se casa por miedo que a usted le tiene, pero que a quien quiere es al otro? ¿No la ve suspirando siempre y no sabe que no hace otra cosa que llorar cuando se ve sola? Déjela, ande. ¿Por qué no la deja? Mujeres tan guapas hay de abondo en el mundo y acaso más que ella, que bien acabadita está la infeliz. Haylas más guapas y más ricas seguramente, y usted artes tiene para conseguir a aquella, sea la que sea, en la cual sus ojos se fijen.

—Pero se han fijado en ésta, Clota —murmuró Chorén desabridamente.

Al oírle, los ojos de Clota fusilaron en la clara noche.

—¿Y no hay modo de que de ella se desaparten, verdad? ¿Y no hay salvación para la triste criatura?

—¡Déjeme en paz! ¿Quiere?

Indignado, irritadísimo, se desasió de la mano que pretendía detenerlo aún y se alejó a grandes pasos. Y ya no se le veía, y aún Clota seguía clamando como si la pudiese oír:

—Allá usted, don Amalio. Yo vengo a hablarle en son de amiga. Pero allá usted. Mire que no tengo en el mundo más que a esta criatura. Mire que ni usted ni persona nacida puedo consentir que me la haga para siempre desgraciada.

VII

Aquella noche, antes de acostarse, subió todavía al cuarto de Gisela. La encontró más triste que nunca, con

mayores huellas de llanto en los mazados ojos. Corrió hacia ella.

—¡Pero háblame claro, niña mía, que mismo me anochece en el corazón de verte así! Ya que el altar que para ti han adornado en la iglesia se te figura tu cadalso, ¿por qué no tienes un arranque todavía y te libertas? Mira que a esta boda no te fuerza nadie. Tus tías bien claro tienen dicho que allá tú. ¿Por qué no hablas, entonces?

—¡Ay Clota!

—¿Qué es? Dímelo.

—Yo bien quisiera.

—¿Pero entonces?

—No puedo. No sé qué hay dentro de mí. No sé qué hay alrededor mío. Yo bien quisiera librarme de esta opresión, pero no puedo, no.

—¡Y mañana te casarás! ¡Y mañana ya la cosa no tendrá remedio!

Salió Clota también pálida, con un frío extraño en no sabía qué abismo de su ser. Pensó llamar a doña Amaranta y a doña Eduvigis y al momento se dió cuenta de que era inútil. ¡Qué podían hacer las pobres! ¿Oponerse al matrimonio? ¡Mientras Gisela quisiera! ¡Y Gisela quería! ¡Gisela, al menos, no podía decir que no! Y quedóse con los dedos clavados en la frente, queriendo sujetar una idea que se le escurría. ¿Por qué, sin embargo? ¿Qué cosa era aquella de la cual le habló, la fuerza misteriosa y extraña que la iba llevando lentamente hacia la sima de su perdición eterna? ¿Qué garra así la arrastraba y oprimía?

Sentóse en la piedra del hogar, cerca del fuego aún encendido. A lo lejos, anunciando el día que debió ser tan de fiesta para aquella casa y sólo de luto lo iba a ser, ya cantaban algunos gallos madrugadores. Una débil luz iniciábase en la lejanía, al través de la abierta ventana. Y a sus resplandores Clota recordó de pronto cierta visión que la hizo estremecerse como a un frío mortal. Más que recordarla, la vió. La vió tan nitidamente cual entonces. Estremecida de horror hablaba alto.

—¡Era igual! Era la misma cosa. El pobre pajarillo, a la puerta de su nido, y el nido no lo quería dejar, bien se decataba cualquiera. Y con todo lo iba dejando poquito a poquito y con unos piares que partían el corazón. ¿Qué le pasaba al infeliz pajarillo? ¿Por qué así iba, en apariencia sin que nadie le obligase, hacia donde tantemeroso le parecía el ir? Y en esto miré al otro lado ¡y lo que vi, santo cielo! ¡Vi un viborón enrollado, mas con la cabeza enhiesta, que miraba fijamente hacia el pajarillo y con sólo el poder de sus ojos traidores lo iba atrayendo y poco tardaría en se lo tragar!

Estremecida, arrecida, mirando con miedo al rincón de la cocina donde estaban colgadas las guadañas, las hoces, todas aquellas hojas brillantes que las llamas del hogar encendían de resplandores sangrientos, volvió a decirse, apretando los dientes y temblando más al son de sus palabras:

—¿Y yo qué hice al decatarme de todo? Llena de compasión por el infeliz del pajarillo y a pesar del miedo que su enemigo me daba, ¿no arranqué una estaca de un valladar y no aplasté la cabeza de la serpiente? ¡Y qué alegría la del pajarillo al verse libre! ¡Cómo volaba de un lado a otro para darse cuenta de que volvía realmente a la libertad! ¡Qué trinar de gloria el de su pico! ¡Y esto lo hice yo! ¡Y esto lo hice por un pajarillo que nada me importaba!

Y temblando, decidida ya a todo, acercóse al rincón de los aperos, cogió la hoz más afilada y abrió la puerta.

Pronto triunfó plenamente el día, alborotóse el huerto al despertar y allá arriba saltaron del lecho las tías de Gisela que iban a ayudarla a vestirse sus galas de novia. La encontraron ya levantada, rezando ante la imagen de la pila de agua bendita que tenía a la cabecera de su cama.

—¡Qué pronto!

Pero viendo la cama intacta parecieron sorprenderse dolorosamente.

—¿Es que no te has acostado? ¿No has dormido? ¡Y rezando toda la noche y llorando seguramente, que tus ojos de otra cosa no son! ¿Pero qué

tienes? Si este matrimonio no es a tu gusto, ¿por qué no lo dices? ¿Te obliga alguien? ¿No quieres casarte con Amalio? Pues aún estás a tiempo, criatura. No hay que ponerse así.

Gisela, enternecida con aquellas palabras, corrió hacia doña Amaranta, echándole las manos sobre los hombros.

—¡Tía!

Iba a decir no sabía qué cosas, a expresar secretas protestas de su corazón angustiado. Mas la palabra se le heló al salir. Aquella sombra a un tiempo leve y férrea que sentía sobre su vida toda la oprimió de pronto como una garra. De tal modo la oprimió, que se dejó caer en una silla y ya en sus labios hubo otras palabras muy diferentes de las que decir quisieran.

—Tía, perdóneme.

—¿No te quieres casar?

—Sí, tía. ¡Cómo no voy a quererlo si él lo quiere!

—¿Y a tu gusto? Porque esa es la ley de los matrimonios: querer el uno lo que quiere el otro, más siempre a satisfacción de ambos. ¿Te casas a tu gusto de verdad?

—Sí, tía.

—¿Y entonces por qué estos llantos y esta tristeza y este pasarse la noche sin dormir?

—No lo sé. No sé qué tengo.

Y doña Eduvigis, ya tranquila, resumió con una sola palabra, en la intención condenadora, el concepto que aquello todo le merecía.

—Nervios.

—Pues a calmarse—murmuró doña Amaranta—y a vestirte, que Amalio no puede ya tardar.

Saliendo a la sala volvió a poco con el traje de novia, que en gran parte sus mismas manos habían adornado y cosido. Triste y pálida, Gisela se lo dejó poner. Mas como pronto hiciesen falta unos alfileres que doña Eduvigis no encontraba, la noble señora asomóse al corredor llamando por Clota. No le respondió nadie y se alejó rezongando:

—¿Pero dónde se habrá metido esta mujer?

Tuvo que ir por los alfileres a su cuarto, en el otro extremo de la enorme vivienda. Ya Gisela vestida y el blanco velo sobre sus cabellos, prendido con la corona de azahares, sorprendió más la ausencia de Clota.

—¡Es extraño! ¡Faltar ella de aquí en tales momentos!

El día de tal modo había triunfado, que ya los primeros resplandores del sol naciente, atravesando los cristales de la ventana, doraban en el espejo el rostro triste, medroso, acobardado como nunca, de Gisela. La garra que hasta entonces la había oprimido, acercábase más terrible y pavorosa hacia su cabeza. Pero no se atrevía a decirlo. Un poco por miedo a sus tías. Otro poco ignoraba realmente por qué. Doña Amaranta murmuró al cabo de un momento:

—Quien está tardando algo también es Amalio.

Y en este instante sintió Gisela que la garra se aflojaba y se desvanecía, que se desvanecían y aflojaban las extrañas ligaduras con las cuales hasta entonces la iban arrastrando hacia no sabía cuáles y aterradores abismos. Su semblante se iluminó todo con la más radiosa de las alegrías. Brillaron felices sus ojos, coloreáronsele las mejillas instantáneamente, y, como trinaba de gloria el pajarillo que Clota libertó cierto día, en voz alborozada rompió a gritar:

—¡Ay, qué alegría, tías de mi alma! ¡No me caso ya con ese hombre, no! ¡No quiero! ¡Díganselo a Silvio! Manden a llamarlo. ¡Va a tener el pobre también una alegría! ¿Pero qué me pasaba? ¿Por qué no se lo dije cuando vino? ¿Por qué hace aún un momento hasta a ustedes las estaba engañando?

FIN DE
«EL PATRIARCA» Y «LA GARRA INVISIBLE»
DE
FRANCISCO CAMBA

RAFAEL CANSINOS ASSENS

(1883)

RAFAEL CANSINOS ASSENS

Crítico *y novelista. Nació en Sevilla. Siempre ha vivido en Madrid. Su espíritu sutil apadrinó todos los «ismos» españoles de vanguardia. Dirigió la revista* Cervantes, *de Madrid. Durante muchos años ha ejercido en* La Correspondencia de España, *en* La Tribuna, *en* La Libertad, *la crítica de libros con una autoridad auténtica. Miembro de la Academia Sevillana de Buenas Letras. «Premio Chirel» —1925—, de la Real Academia Española. «Palmas Académicas»—1926—, otorgadas por el Gobierno de Francia. Aún hoy, en Hispanoamérica, pasa por ser el primer crítico literario español. Sus novelas tienen mucha originalidad y «un acento» casi bíblico.*

Novelas: La que tornó de la muerte; Las cuatro Gracias; El pobre Baby *(primer premio de* La Novela de Bolsillo); El manto de la Virgen; La santa niña Catalina; La madona del Carrusel; Los sobrinos del diablo; En la tierra florida; El llanto irisado; La pobre Meca; El hermafrodita...

LA NOVIA ESCAMOTEADA

EVOCACION

Cuando recuerdo aquel extraño idilio, tan grotesco y triste, siento que el vello de mi carne se eriza con un pavor sagrado y que el último poso juvenil que aún queda en mi corazón, pobre cáliz, se conmueve y palpita como una hez dionisíaca; porque, lamentable y grotesco, aquel idilio fué, no obstante, el más hermoso epitalamio de mi vida; y la mujer que, impulsada por un numen ambiguo, Eros o la Locura, vino a mí tan valerosamente, en una noche inolvidable, dijo en mi oído las palabras más absolutas que en mi vida he escuchado, y realizó, única, ese gesto osado y franco, que en vano he esperado de las demás mujeres. Loca de amor o simplemente loca, ella colmó las más desmedidas esperanzas de mi juventud, y en una noche, que todas las noches de mi vida habré de lamentar, marcó mi frente con el ardiente signo de la elección amorosa, signo sagrado que todos los besos de todos los labios de este mundo no podrán borrar nunca. Y al evocar ese idilio perfecto, malogrado por mi torpeza, aún hoy, que ha pasado tanto tiempo, siento el sagrado pánico de quien una vez en

su vida tuvo en sus brazos al amor verdadero, al amor absoluto y fabuloso, confundible por su misma inverosimilitud con la locura, y lo dejó escapar, engañado por su ambiguo aspecto—¡es tan raro el amor!—; asustado, quizá, también por su misma grandeza...

★

Una tarde de primavera conocí a la extraña criatura cuyo recuerdo perdurará indeleble en mi memoria para tormento indudable de mi vejez, en ese tiempo yermo en que ya la última sombra del amor se habrá alejado de mi vida. Era una tarde de primavera, una de esas dulces tardes en que, floridos ya los árboles de los paseos, todas las muchachas, aun las más pobres, parecen estrenar un traje blanco, y en que, al final de todas las calles, parece como si nos aguardase una alegría. Caminaba yo sin rumbo, como siempre, perdido entre la multitud, cuando Ella se me reveló a los ojos como una criatura única y singular, digna de ser mirada y cortejada una tarde de primavera. Era alta, espléndida y mórbida, de una madurez sazonada y, sin embargo, virginal, por el brillo absoluto con que reverberaban su frente y sus mejillas y la inocencia paradisíaca de sus ojos. He visto semblantes así, semblantes virginales que se llenaron de arrugas, sin perder ese brillo maravilloso; manos virginales que se marchitaron sin perder la blancura y el brillo pueriles, y así eran el semblante y las manos de aquella mujer extraña. Un candor infantil persistía, inviolado, en su matronal madurez; y parecía ella misma, no obstante la exuberancia de sus formas, una niña precoz, o una muñeca demasiada grande, la gran muñeca ideal e inasequible, madre de todas las muñecas que se adquieren en los bazares. Todas las metáforas líricas que comparan una tez femenina con los pétalos de las flores—magnolias o lotos—justificábanse y cumplíanse en las mejillas y la frente de aquella criatura virginal y pueril. Parecía tener en su cuerpo el venero misterioso y profundo del que fluyen todos los jugos de juventud: zumo de flores y sangre de mujer. Y, sin embargo, a pesar de tanto esplendor, algo había en ella de cansado y de mustio. Su cuerpo doblegábase al andar con una laxitud enfermiza; su traje primaveral, un traje claro, casi blanco, ornado en el escote de un gran lazo rosa, como un grito alegre, revelaba ese desgaire triste, ese descuido —un corchete sin abrochar, una cinta mal anudada, un pliegue inoportuno—propio de una criatura enferma, que ha perdido el amor a los espejos; y un ramo de rosas que llevaba prendido en el pecho, mal sostenido por el corsé, mostraba esa laciedad de las flores que se mustian abandonadas sobre las consolas. Yo he visto jóvenes enfermas y tristes, vestidas así, de claro, y floridas de rosas, a la puerta de los sanatorios, los domingos. Y su recuerdo despertábase en mi alma, al ver a aquella criatura tan lozana y espléndida, ataviada con aquel desaliño que malograba su belleza; y ante aquella frescura maravillosa de su tez y la morbidez de sus brazos, transparentes como una rosa matutina bajo las blancas mangas, preguntábame, curioso y apiadado, qué extraño morbo, qué dolencia íntima y cruel se enmascaraba bajo aquella apariencia de salud perfecta y triunfante. Las mujeres que pasaban a su lado quedaban empequeñecidas y afeadas por su hermosura pueril y sazonada: tiznadas parecían las más blancas por el contraste con su rosado candor, con aquella prodigalidad de tonos matutinos que exaltaban jubilosamente su semblante; todas parecían pobres de belleza y salud junto a Ella. Y, sin embargo, ninguna tenía aquel aire de enfermedad con que Ella se mostraba en su triunfal lozanía, como si fuese la manzana podrida de los apólogos. Y todas la miraban a Ella con una expresión de asombro piadoso, señalándose con un gesto sorprendido el desaliño de su traje, la lacia caída de las alas de su pamela, que parecían mojadas por un chubasco; el desgaire de su paso vencido, y aquel gesto de pueril enojo con que caminaba, como a su pesar,

cual si cada una de las cosas que veían sus ojos quisiese retenerla. Confirmaba más lo extraño de su figura la expresión de inquietud y tristeza de la persona que la acompañaba, una señora de edad, vestida de oscuro, sin otra cosa clara en su cuerpo que los mustios rizos blancos que se enroscaban en sus sienes. Mostraba en su rostro cierta semejanza familiar con la joven y parecía velar sobre ella con una inquietud de enfermera, como si temiese que algún amago la acometiese súbitamente haciendo necesarios sus cuidados. Vigilábala inquieta, siguiendo la dirección de sus miradas, deteniéndose cuando la joven se rezagaba distraída, mirándola a cada instante para cerciorarse de que la acompañaba intranquila, como si temiese que se le escapase, y pareciendo implorar con los ojos ayuda y piedad a los transeúntes.

Amigo de todo lo extraño, ávido siempre de esos raros poemas que suelen encontrarse intercalados en el vulgar folletín abigarrado de las muchedumbres, yo seguía con curiosidad apasionada el tránsito de la singular pareja. La belleza triunfal y, sin embargo, contaminada y caduca de la joven, incitábame a averiguar qué dolencia íntima, qué vermes escondido y misterioso laceraba la pulpa espléndida y florecida de aquella criatura virginal, qué mueca nocturna y siniestra malograría en los espejos de ciertas horas su maternal belleza. ¿Epilepsia acaso, el morbo comicial y divino? ¿Rodearíala una aura maléfica, a modo de nimbo siniestro, que, en ciertos instantes inesperados e impronosticables, haría de ella una gracia lisiada y furiosa? Yo miraba ávidamente su rostro, sus manos, su cuello desnudo, en el que parecía alborear una aurora, y me afanaba por descubrir en ellos un vestigio visible, un estigma del morbo oculto, al modo como se busca la picadura de un fruto. Mas nada sospechoso se revelaba a mi curiosidad. Nada sino una belleza espléndida que eclipsaba toda otra cosa, que era como un alba prematura en la tarde de primavera. Y, sin embargo, Ella no era enteramente intacta; estaba sin duda lacerada por una dolencia oculta. Proclamábalo así el descuido de su traje y de su peinado, aquel aire antiguo y mustio tan conmovedor en sus vestiduras flamantes, que adoptaban ya esa laciedad que asumen las ropas de los enfermos, como si compartiesen el dolor de la carne o el cansancio del espíritu. Era una gracia imperfecta y truncada... Y eso era lo que precisamente me interesaba en Ella: ese misterio era el hechizo que, sobre todo, me impulsaba a seguirla. Aquel aire extraño y ambiguo que le daba el prestigio de una extranjera, con la misma eficacia que unos cabellos demasiado rubios o un rostro matizado de pecas hiperbóreas, exótico en un país del Sur, aquel sello estrafalario de su belleza, por el cual yo pensaba que se necesitaría mucho heroísmo para ostentarla, cogida del brazo, como a una amada, ante los ojos burlones y compasivos de la multitud, era precisamente lo que a mí, perseguidor de aves extrañas, me impulsaba a seguir a aquel gran ruiseñor estrafalario.

La fuí siguiendo así, a lo largo de las calles más céntricas, complaciéndome en observar la estela de asombro que su paso dejaba entre la muchedumbre. Muy cerca de Ella, observaba yo sus ojos, curioso por ver el efecto que en ella producía el asombro causado por su tránsito. ¡Oh, sus ojos! Eran unos ojos pueriles, inocentes, matinales y jubilosos. Lo miraban todo con un candor inefable, sonreían ingenuos y cordiales a las cosas; parecían interpretar como una simpatía la compasión burlona de la muchedumbre. Sonreían como si abriesen sus párpados en una eterna mañana pueril, en una ignorancia absoluta de todo dolor y de toda intención maligna. Eran dos flores o dos gemas nativas. Sólo que, de vez en cuando, muy ligeramente—era preciso observarla con la atención apasionada con que yo lo hacía—parecían empañarse con una sombra de tristeza y de susto, una sombra ligera semejante a esas vetas oscuras que, de pronto, por un efecto pasajero de luz, se descubren en una

piedra preciosa. En aquellos instantes, la señora que la acompañaba parecía más inquieta y se apresuraba a distraer su atención con alguna palabra afectuosa, cubriéndola con su cuerpo como con un escudo: ¡pobre escudo abollado!... Aquella mirada de tristeza y de susto era, sin duda, el indicio temible de alguna crisis peligrosa, el síntoma fatal de que el aura nefasta, el nimbo siniestro espesábase a su alrededor. Era el crepúsculo de aquella mañana luminosa: toda la vida espléndida de aquella criatura singular temblaba, herida en lo más íntimo, se quebraba en aquella mirada. Era su enfermedad, su pavoroso secreto...

Yo la seguía, la seguía, cada vez más curioso e imprudente, hasta que al fin, no obstante mi voluntad de no ser advertido—yo tan sólo quería descubrir su secreto—, Ella se fijó en mí. Entre la luz y las flores de aquella tarde; entre la gente que caminaba llevando ramos de rosas en las manos, ella se fijó en mí. Notó la asiduidad con que yo la seguía; las miradas con que yo, oblicuamente, como el sol vespertino que reverberaba en sus mejillas, la asaeteaba; sintióse admirada y querida por aquellas miradas, y me miró también, sonriendo ingenuamente, con una franqueza sencilla, con un descaro inocente que, en otra criatura, hubiera parecido una incitación venal. En ella no podía parecerlo; pero, en cambio, por lo extraño de su figura, por su aire sospechoso de enferma, la franqueza con que ella me miraba y sonreía, como a un galán ya antiguo que alguna vez hubiese estrechado sus manos en un instante de pasión, perdía su sentido lisonjero para ser simplemente una cosa inquietante... ¡Era tan raro que una mujer no venal ni trastornada por una dolencia mirase así a un desconocido, desde el primer momento! ¿Podía yo pensar, por muy grande que fuese mi amor propio, que mi sola presencia había bastado para seducirla, haciéndole perder toda prudencia y renunciar a todo recato? ¿Podía creer en el milagro de un amor súbito, de un amor único y primero que hubiese aguardado para florecer la magnificencia efusiva de aquella tarde de mayo en que las rosas más tardías rompían al fin su cáliz? Aquellas miradas tan sencillas y directas; aquellas sonrisas marcadas con el sello de una intimidad antigua, que me atraían e incitaban desde el primer momento a transponer los umbrales de una estancia nupcial ya conocida, me desconcertaban y llenaban de un pánico misterioso. Parecíame adivinar su dolencia secreta, y me decía por lo bajo, con un temblor pavoroso: «¡Ella está loca! ¡Sin duda está loca, cuando mira así a un desconocido y le sonríe de ese modo, abriéndole desde el primer instante las puertas de su alma y de su vida! Nunca, ninguna mujer, excepto las que brindan un amor efímero y venal, me ha mirado así, desde el primer instante. Las que más profundamente me amaron, no me miraron así, con tan absoluta sinceridad de pasión, sino después de mucho tiempo, cuando, desprendidas de todos sus velos, temblaban en mis brazos, semejantes a náufragas, lejos ya de toda ribera conocida. Mas ninguna desde el primer instante me miró así, excepto las que sonríen en los umbrales sospechosos. Sin duda está loca esta criatura de frente virginal, cuando me mira de ese modo. Está loca y por eso la buena mujer que la acompaña, piadosa parienta, tía que ocupa a su lado el lugar de una madre muerta, vela sobre ella con tal inquietud y procura distraerla, temerosa de que una funesta crisis la acometa... ¡Loca, sí, loca debe de estar, para que de ese modo, tan perfectamente, pueda simular la visión pavorosa de amor loco y absoluto, cuyo encuentro fatal e inesperado sobrecoge de espanto a los elegidos...!»

Así pensaba yo; y por la fuerza de este pensamiento, las apasionadas miradas de la joven perdían casi todo su sentido de halago. Porque, a pesar de que el amor es una locura; a pesar de que así lo reconocen todos cuantos alguna vez han amado y dejado de amar, tan exigentes somos que pedimos una lucidez irreprochable a las

criaturas que nos aman, y anhelamos ser elegidos con absoluta conciencia, sin duda para tener derecho a exigir luego responsabilidad, cuando esa locura, fatalmente curable, se haya desvanecido. Desde el momento en que yo sospechaba de locura a aquella mujer que me miraba, ya no era para mí su elección un halago, puesto que no podía justificarse con razones fácilmente expresables, sino con un oscuro y ciego instinto. ¡Como si el amor fuese otra cosa que una locura, un misterio indefinible y turbio, y no consistiese precisamente en eso su carácter fatal y maravilloso! Yo, sin embargo, me sentía defraudado por aquella sospecha, y si seguía aún a la joven, hacíalo ya impelido, no por ningún anhelo amoroso, sino por una curiosidad novelesca de apurar el fin de aquella sencilla y extraña aventura. Así, seguía yo a la rara pareja como a un grupo plástico que decoraba el fondo del crepúsculo en aquellos arrabales despoblados, llenando de una ternura patética los grandes trechos de campo yermo, y marcando sombras más tiernas que las de las violetas que el crepúsculo arrojaba sobre las pobres empalizadas de los solares y sobre la tierra desnuda. La pamela de la extraña amada, aquella pamela arcaica, de alas doradas y lacias, como la que cubre la frente del otoño, transfigurábase en la última claridad del crepúsculo, agrandábase en aquellas soledades, hasta parecer un gran globo pueril o un gran pájaro vespertino. Y yo seguíala, fascinado por el tierno color de miel de su paja antigua, modulando en mi interior variaciones otoñales, inefablemente gratas en aquel crepúsculo de primavera. En aquellas explanadas tristes, en que había mujeres cansadas sentadas en el alcorque de las acacias, y gritos de niños llamando a sus madres se quebraban en el aire dulce. Ella asumía toda la ternura de la hora y yo empezaba a comprender mejor, lejos de la ciudad y de sus cátedras de psicología, que el amor puede ser una locura. Ella seguía mirándome y sonriéndome, a hurtadillas de la anciana señora que ahora en aquellas soledades caminaba aprisa, arrastrándola de un brazo, temerosa y azorada más que nunca, acaso porque sentía que mi presencia había exaltado a la joven. Caminamos así todavía un trecho, hasta que, al fin, nos encontramos frente a una casa de construcción reciente, una de esas casas de fachada rosada y persianas verdes, que marcan el límite de los arrabales. La señora anciana dióse prisa a alcanzar una de aquellas casas, llevando cogida del brazo a la joven, que se resistía, reacia, esbozando muecas de rebeldía y mirándome con ojos de imploración y angustia. ¡Oh, el apremio de aquella mirada! Iguales las he visto en los ojos de aquellos a quienes conducían a una cárcel, al transponer el límite que separa la luz de las tinieblas. Aquella mirada penetró hasta el fondo de mi alma, me llenó de amor y de piedad, al mismo tiempo que me embriagaba con el vértigo de sentirme amado hasta la locura. Quise correr hacia la incógnita, detenerla por la orla de su traje, aferrarla por aquel brazo mórbido y rosado, diáfano bajo la tela primaveral. Pero antes que yo pudiera alcanzarla, ya la vieja había tirado de la joven y perdíase con ella en la penumbra del zaguán. Ella, mi incógnita amada, forcejeó todavía un momento, desesperadamente, como para correr a mi encuentro. Luego, sintiéndose vencida, llevóse una mano al pecho y, arrancándose el ramo de rosas que florecía su escote, me lo arrojó como si fuese su propio corazón. ¡Ese ramo de rosas que, marchito, conservo todavía y que es ahora semejante a un corazón disecado, muerto, pero inmortal! Yo recogí la ofrenda, fragante entonces, y teniendo en mis manos, perplejo, la cordial presea, permanecí inmóvil en aquel mismo sitio, frente a la casa colorada y al pie de aquellos balcones de herméticas persianas verdes, que la envolvían de una bruma primaveral y tierna, como esa verde aurora perenne que hay en primavera sobre los campos. Por inevitable resabio, esperaba que alguno de aquellos balcones se abriese y a él se asomase

la amada misteriosa, para arrojarme desde su altura una ofrenda más expresiva que el ramo florido: una palabra, una palabra sola que tradujese, explícita, el sentido indeterminado de la dádiva floreal. Mas no fué así, y cansado de esperar ante aquella morada, silenciosa y triste como una ruina, no obstante su modernidad, sintiendo que a mi alrededor croaban ya, en invisibles estanques, los sapos nocturnos y que sólo la luna me acompañaba en aquellos páramos, como si fuese la pamela olvidada de mi desconocida misteriosa, decidí no esperar más por aquel día la continuación de aquel epitalamio, y emprendí el regreso a la ciudad, llevando en mis manos el ramo de rosas, como un trofeo triunfal y melancólico, efímero vestigio de un episodio de amor, inverosímil como un sueño...

★

Después de aquella tarde cayeron sobre el recuerdo singular los días, que marchitaron el ramo de rosas, su frágil y precioso trofeo. Era el tiempo en que es grato pasear por los arrabales de la ciudad, o más bien por esa otra ciudad que, cubierta hasta entonces por las nieblas invernales, empieza a revelarse en mayo al otro lado del río y de las antiguas puertas. Un secreto resabio me impulsaba entonces en mis caminatas románticas hacia el lado donde tenía su casa la amada misteriosa, y más de una vez rondé sin fruto aquellas sendas, marcadas en la hierba de los descampados por las pisadas de los transeúntes. La atracción inefable de aquella mirada suprema de amor y de locura con que la joven asaeteó mis ojos en el umbral de la casa rosada, era, sin duda, la que me llevaba por aquellos parajes; mas yo sentía vergüenza de confesármelo a mí mismo. ¿Podía sentirme ufano de haber merecido el amor de una loca? ¿Serías tan triste y pobre—preguntaba a mi corazón—como para recoger con júbilo este amor lastimoso, más frágil y sin valor que ese ramo de rosas marchitas, y engalanarte con él, dando pruebas de ser tú el verdaderamente loco? ¿No sabrías soportar dignamente el dolor de no haber sido amado nunca ni elegido sino efímeramente por esa mano venal que se alarga en la noche como la de un mendigo? ¿No sabrías soportar dignamente este desdén de las mujeres e incurrirías en el sonrojo de aceptar ese pobre amor extraviado, que acaso se dirige a ti equivocadamente, porque las tinieblas de la locura le cegaron los ojos? ¿Tan humilde serías que aceptases la ofrenda de esa amada loca, que acaso te confunde con otro en su delirio? ¿Recogerías ya en tu amorosa indigencia hasta las sobras desdeñadas, hasta las migajas caídas de una mesa nupcial, y hasta esos frutos dedicados a otro que arrebata la mano de un mendigo astuto y voraz? Y aunque tan mezquino fueses, ¿podrías ufanarte del amor de una criatura enajenada, estrafalaria y extravagante, que ha perdido su voluntad y cuya sonrisa sin sentido no tiene más valor que la de esas niñas que en tus rodillas se sentaron hace tiempo?

Así argumentaba mi orgullo de hombre sin amor, rechazado a los yermos por el desdén de las mujeres o más bien por su ansia absoluta y exigente de una perfección inasequible entre las mujeres de la tierra. Porque yo, en otro tiempo, había renunciado al amor fácil y múltiple, a la belleza que admite comparaciones, al amor que no llega ni a la locura ni a la muerte, y ahora me avergonzaba de aquellos pactos con la necesidad. Y no me atrevía a confesarme a mí mismo que la elección de aquella criatura enajenada me llenaba de júbilo, y que yo era capaz de aceptar su amor, aunque no fuese él mismo una locura, sino su fruto corrompido y deleznable. Mas, a pesar de todo, un anhelo inconsciente me impulsaba a rondar los caminos por donde Ella se había alejado aquella tarde, acompañada de la señora grave y triste—su parienta o enfermera—, y a vagar por los alrededores de la casa rosada,

semejante a una gran luna rosa, con la incierta y tímida esperanza de encontrarla otra vez.

★

Una noche, una noche en que yo vagaba así por los caminos polvorientos, blancos y tiernos como regueros de leche, en los campitos áridos florecidos de jaramagos, tostados por el fuego de agosto, un grupo extraño reclamó mi atención. Era un corro de niños, de esos niños morenos y harapientos de los arrabales, que acosaban a una mujer de aspecto de mendiga, envuelta en un gran mantón oscuro, amplio como un velo de viuda, pero todo él mancillado y sucio como el velo de la noche cuando se arrastra por las calles de una ciudad sórdida. Los chicos, insolentes, acosaban a la mujer con su curiosidad, rodeándola como a una gran tarasca y entonando canciones burlonas y lascivas. ¿Quién sería aquella pobre mujer sola y enlutada? ¿Acaso una mendiga ebria de las que merodean todo el día por la ciudad y a la noche van a extender su manto sórdido sobre el lecho amarillo de los campos de los arrabales, florecidos de jaramagos, o en la pobre alcoba hospitalaria que les brindan esas cuevas escondidas entre los desmontes? Un ansia indecible me acometió de ver la cara de la triste vagabunda, con la que jugaban los niños como con un gran pájaro lisiado. Me acerqué al grupo y ahuyenté a los muchachos. La mujer vino hacia mí y se echó en mis brazos, sollozando de júbilo y de gratitud, como una amada extraviada que encuentra a su amante. Yo la miré sorprendido. Era Ella, la criatura extraña, la joven cuyo ramo de rosas conservaba yo entre mis reliquias juveniles como su p r o p i o corazón, ofrendado una tarde, con el gesto generoso con que el día arroja a las aguas un sol todavía ardiente y rojo. Era Ella; pero ¡qué cambiada en aquel traje humilde, pobre y mancillado, del que mis manos compasivas arrancaban, como saetas, felizmente embotadas, espiguillas secas y doradas de esas que crecen en los campos de las afueras y que no llegan a granar del todo, como sus hermanas del campo verdadero. ¡Qué cambiada en aquel disfraz miserable, envuelta en aquel mantón semejante a ese saco negro que en Oriente sirve de mortaja a las adúlteras arrojadas al Bósforo! ¡Qué cambiada, sin su traje claro de la tarde primera, parecido a un tejido de acacias, sin su pamela inolvidable, de alas doradas y lacias, semejante a una luna mojada puesta a secar al sol! Tenía el rubio pelo enmarañado, desgreñado, lleno de polvo, como si en un arrebato de pesar lo hubiese arrastrado, suelto, por los campos de agosto, a semejanza de una plañidera. Tenía los ojos desencajados, llenos de tristeza y de susto, como si se hubiese visto rodeada de espadas. Pero aun en aquel traje mísero, demasiado holgado para ella, flojo y extraño sobre su cuerpo, como si se hubiese vestido con ropas robadas, su hermosura natural resplandecía, con aquella inviolada blancura, que hubiera resistido al contacto de todos los carbones con que se hubiese querido mancillar; con aquella morbidez incomparable de pulpa frutal, de corazón de rosa, de carne infantil, preservada en la cuna; y sus ojos, azules, eran semejantes a ese esmalte eterno que hiere las pupilas codiciosas de los que rebuscan en los muladares. No obstante la miseria que la envolvía, bajo la cimera de sus cabellos desgreñados, Ella era un tesoro capaz de enriquecer los sueños de un mendigo.

Transido de piedad, yo la acogí en mis brazos; mis manos se posaban acariciantes y restañadoras sobre su espalda, sobre sus cabellos. Ella se estrechaba contra mi pecho, y temblorosa, sobresaltada y jubilosa a un tiempo, risueña y huraña como esa aurora indecisa que es todavía un poco de noche. ¿Qué terrores extraños sobrecogían el corazón de la misteriosa, que todavía temblaba, recogida sobre mi pecho, y luego que mis manos habían ahuyentado ya a los niños malignos que la acosaban? Ella se aferraba a

mí con un ansia implorante, transida de gratitud y de júbilo, y todavía de un miedo pavoroso, no del todo vencido por mi presencia. Y con voz dulce, pueril y entrecortada, balbucía:

—¿Dónde has estado hasta ahora? ¿Por qué no volviste en tanto tiempo? ¿Por qué me hiciste esperar tanto?

Yo insinué una excusa trivial, y a mi vez pregunté:

—Pero ¿y tú? ¿Por qué te encuentro en este traje, vestida con este miserable disfraz? ¿Qué hacías por estos campos, vagabunda como una mendiga o como algo peor, sola, sin una criada ni una amiga, sola como esas mujeres que buscan, ambiguas, la sombra indecorosa?

Ella me miró como si luchase con un sueño, como si todas las tinieblas del olvido gravitasen sobre sus ojos, como un beso más pesado que el que en mis labios maduraba. Luego, haciendo con la cabeza el ademán de apartar una cimera importuna, lenta, lentamente, dijo:

—¿Que por qué salí de la casa? ¡Y me lo preguntas! Salí a buscarte, amor mío, cansada de aguardarte allá dentro tanto tiempo junto a las celosías de los balcones. ¡Has tardado tanto en volver! Yo me consumía de tedio y de sobresalto. Pasaba levantada las noches, espiando la hora de tu llegada, buscándola, como una joya perdida, en el fondo de todos los relojes... Y allá, en la casa, me martirizaban, se burlaban de mí, me decían: «No vendrá...» Taparon los resquicios de los balcones para que yo no pudiese otear los caminos; escondieron todas mis vestiduras de gala para que no pudiese salir a buscarte; apagaban la lámpara junto a la cual yo, cada noche, te aguardaba, para que tú no pudieses verla desde lejos brillar como una estrella mojada, como mi mirada despierta, arrasada de llanto, y me obligaban a acostarme, sola, en el lecho preparado para nuestros desposorios... Me martirizaban..., amor mío, por mi lealtad en esperarte... ¡Y tú no venías! ¡Y yo me consumía de sufrimiento!... Mira cómo han adelgazado mis brazos y cómo apenas puedo sonreír... Pero yo sabía que tú habías de venir infaliblemente... Y no podía estarme quieta allí, ante el pensamiento de que acaso me aguardases desorientado, cansado de esperar también en estos campos sin caminos... Y esta noche, amparándome en la oscuridad, en un momento que me dejaron sola, forcé la puerta de la casa y, arropándome en este manto oscuro, salí a buscarte por los caminos... ¡Ah, mi amor! ¡Cuánto anduve buscándote! Tengo los pies llagados. Más de una vez resbalé y caí. Mira mi manto cómo está lleno de polvo y cómo tiene clavadas espigas finas como saetas. No sabía dónde encontrarte y vagaba a la aventura. Pasé por delante de unos cobertizos de madera donde unos hombres feos y rudos me llamaron, mostrándome una calabaza llena de vino. Luego, como no les hice caso, me insultaron y quisieron cogerme del manton. Yo les imploré: «Dejadme, por piedad. Yo he salido de casa en busca de mi amado, que me espera. Decidme más bien, si le habéis visto, dónde podré encontrarle...» Y les describía tu figura. Ellos, entonces, se llevaron un dedo a la frente y chascando la lengua exclamaron, riendo con una risa horrible: «¡Está loca! ¡Está loca!» Y me soltaron. Yo seguí adelante. Pasé frente a un cuartel, y el centinela me miró con unos ojos de deseo que me infundieron espanto. «¿Adónde vas, buena moza?», me dijo, y quería arrastrarme a su garita. Yo le contesté: «Voy en busca de mi amado. ¿Por ventura tú le has visto?» Y le describí tu figura... El entonces hizo un mohín de burla y me dejó seguir adelante. Luego, un viejo que encendía lumbre en un solar me llamó también, diciéndome: «*Buena moza*, ¿dónde vas a estas horas?» Yo le repetí mi pregunta. Y entonces el viejo sacudió la cabeza con gesto de piedad. También me creía loca, sin duda. ¿Pero es estar loca estar enamorada? Por último, ya lo has visto: aquellos muchachones que vagaban por las oscuridades me siguieron y empezaron a acosarme... Yo temblaba de susto. Por

fortuna, te encontré... Pero ¿por qué no viniste antes?

Se apegaba a mi cuerpo, se estrechaba contra mí, y yo sentía temblar todos sus nervios. Con sedantes caricias aquietaba su susto, alisaba su cabellera, revuelta como la de una furia; halagaba su pobre carne, temblorosa como la de una alimaña perseguida. Y la cobijaba con mi mirada inmensa, como otro cielo más clemente.

«¡Qué pena! ¡Qué pena!», murmuraba en mi interior; mas retenía en mis labios la palabra piadosa y evitaba mirarla con demasiada compasión, para no herir su delicadeza, para que no viera en mis ojos la misma expresión que en los de los demás; para que no creyese que yo también la tenía por loca. Ella, ciñendo mi cuello con sus brazos, enlazada a mi cuello, como si mi cabeza fuese una paloma voluble, capaz de escurrírsele de entre las manos, imploraba:

—¡Oh, amor mío! Ya que estás aquí, llévame contigo, no me dejes sola! No sabes lo que sufro en esa casa triste. Me martirizan sin piedad, me amarran las manos, me atan a las columnas de mi lecho. No me dejan ni mirar por las rendijas de las celosías. Desde la tarde en que te arrojé mi corazón, no han vuelto a sacarme de paseo, por temor de que te viese. No quieren que pueda unirme contigo..., porque entonces mi tesoro, mi herencia, que arrebatarme quieren, no sería para ellos... Pero yo les dejaría mi herencia... Les dejaría mi tesoro, amor mío, con tal de que no me impidiesen irme contigo lejos... ¿Verdad que tú me querrías pobre? Llévame, ¡llévame contigo!...

Yo la seguía acariciando en silencio y no sabía qué decirle, porque a mis labios sólo acudía esta palabra importuna «¡Pobre! ¡Pobre!» ¿Qué decir a aquella pobre loca que en su extravío se me ofrecía, trasunto lamentable de la bíblica Sulamita, corriendo los campos en la noche, pasando por delante de las majadas de los pastores y las garitas de los centinelas, y queriendo atisbar por las rendijas de las celosías para ver a su amado? ¿Qué contestar a aquella pobre amada harapienta, de guedejas desgreñadas, con el oscuro manto de mendiga constelado de amarillas espigas? ¿A qué cámara nupcial conducir, entre antorchas y flores, a aquella pobre amada, necesitada de todas las maceraciones fragantes que ungieron la belleza de la reina Estea antes de ser recibida en los brazos de su esposo? Yo no sabía qué hacer con aquel cuerpo hermoso y lacerado que se me brindaba tan patéticamente. Y sólo una gran piedad henchía mi corazón. Ella me miraba inquieta, afanosa, como atormentada por una duda:

—¡Oh, amor mío!—me dijo—. ¿Acaso no podrías llevarme contigo? ¿Otra mujer, quizá, se interpondría entre nosotros? ¿Serías casado ya, y mi amor hacia ti sería tan sólo una locura?

Y su semblante expresaba una angustia mayor que cuando me contaba sus pavores en la casa. Se apartaba de mí, como si mi contacto pudiese ser una abominación; me miraba las manos, con el ansia de descubrir en ellas una alianza nupcial. Sus ojos expresaban un huraño recelo. Yo me regocijaba en mi interior de su congoja, y pensaba: «No está tan loca cuando repara en estos pormenores, cuando este resabio de una educación púdica y virginal perdura en ella y aún tiene el sentido de lo decoroso y mundano.» Y con gesto triunfal le mostraba mis manos, despojadas de todo anillo, pobres y primitivas como una mano adámica, ornadas tan sólo del tatuaje de las venas; y con mis manos, enteramente célibes, no pedidas ni prometidas a ninguna criatura, perfectamente libres para ser ofrecidas y donadas, la atraía con ternura a mi pecho. Mientras, con mi voz más dulce, le decía:

—No. Ninguna mujer se interpone entre nosotros. A ninguna antes que a ti he dado mi corazón. Como tú te arrancaste el ramo de rosas de la línea visible de tu escote, en que tu pecho como una aurora temida al-

boreaba, y me lo diste libremente, así yo puedo arrancarme el corazón y dártelo, ¡oh, mi amada! No. Nada. Ninguna criatura, ningún amor se interpone entre nosotros, ni siquiera una madre ni una hermana celosa, porque soy solo, enteramente solo, más solo todavía que tú. Si tú quieres, ahora mismo puedo tomarte en mis brazos y llevarte conmigo, y cogida de la mano hacerte franquear el umbral de mi casa, donde ningún trofeo de amor verías, sino el ramo de rosas, ya marchito; tu ramo de rosas, marchito ya en prueba de ser más delicado, sensible y frágil; más precioso, pues, que un corazón. Si quieres, ahora mismo te tomo en mis brazos y te llevo conmigo. ¡Ahora mismo te llevo, amada mía!

Hablaba con un ardor sincero, estrechándola entre mis brazos, dispuesto a raptarla como si fuese una niña. La luna llena, que irradiaba a sus espaldas, a la altura de su frente, ceñíala de una pamela de paja dorada como la que llevaba la primera tarde, y prestaba a mi rezo de amor una espléndida cúpula.

—¡Si quieres, te llevo ahora mismo conmigo!—repetí.

Pero ella, silenciosa, se desasió de mí con gesto tímido y avergonzado. Miróse el manto deslucido, mancillado por la tierra y el yeso de los muros de arrabal, acaso también por los puñados de fango que le arrojaron los niños; su manto mísero de mendiga, constelado de jaramagos y espigas abortadas, como el de una dolorosa pobre, y sus zapatos, blancos del polvo de los caminos. Sólo la luna llena, por una ilusión de óptica misericordiosa, parecía ceñirla de la pamela ingenua de las novias. Ella miró una y otra vez con vergonzosos ojos su triste indumentaria, y como abochornada de no sentir sobre su cuerpo nada claro, nada juvenil y nupcial, ningún presea, velo blanco o ramo de flores que la hiciese semejante a las novias de los poemas, ni siquiera esa humilde lámpara encendida de las vírgenes fieles, más espléndida que todos los plenilunios, contrajo su semblante en una mueca de contrariedad, y balbució:

—No. Ahora, no, amor mío; ahora no podría ir contigo. ¿Adónde me llevarías en este traje? ¿A quién me mostrarías como a tu amada? Me tomarían por una mendiga y se burlarían de ti. No. Ahora que te he encontrado, ya no tengo prisa ni inquietud. Todos mis temores se han curado. Ahora, después de oírte, ya sé que me amas, que eres mi prometido... He visto tus manos sin alianza... Ya no estoy sola. Vuelvo a sentir la nostalgia de los espejos. Antes sólo me miraba en la sombra de mi cuerpo en los muros, placiéndome en agrandarla con mis cabellos destrenzados. Cualquier trapo era para mí suficiente atavío. Pero ahora que tengo novio, no puedo seguir así. Ahora de nuevo sentiré alegría trenzando mis guedejas, midiendo su longitud como de antiguos días; ahora se alegrarán mis manos eligiendo trajes blancos y sombreros floridos y abriendo las dos alas de mi gran armario, lleno de galas olvidadas desde que la madre murió. Toda mi tristeza venía de eso: de sentirme sola, en poder de estos tutores que querían darme muerte a fuerza de sufrimientos para arrebatarme mi herencia. Pero ahora vuelvo a estar alegre. Les dejaré todos mis tesoros a cambio de mi libertad; y un día, cuando esté más consolada y embellecida, ataviada con mis mejores galas y con las joyas de mi madre; ataviada como una novia, limpia de toda esta sombra y de toda esta vejez, iré a buscarte, amado mío, adonde tú me digas, y toda jubilosa te diré: «Aquí me tienes, ¡tuya soy!»

¡Oh el júbilo inefable con que yo oía sus palabras! No estaba loca, no estaba loca, puesto que era capaz de sentir rubor, puesto que sus ojos reconocían la pobreza de los harapos que la cubrían y no los tomaba por imaginarios atavíos. ¡No estaba loca, y yo podía amarla sin reparo, puesto que me elegía con absoluta conciencia, sin que nada involuntario y fatal, salvo la fatalidad del amor mismo, me defraudase en su elección! ¡Me amaba

a mí, no a una sombra, ni a ningún personaje de sus delirios! *Evohé, evohé.* Y, lleno de entusiasmo, le dije:

—Sí, amada mía, haz tu voluntad. ¡Reposarás algún tiempo de tus melancolías antes de venir a mí: te macerarás en la gran piscina del tiempo, te limpiarás hasta de la última sombra de esa vejez de que entre los viejos te llenaste. Te restaurarás en el esplendor de tu juventud y tu belleza, y un día pronto vendrás a buscarme a mí, a tu amado, a tu fiel prometido!

Ella sonreía, transida de un júbilo sereno, con la cabeza reclinada en mi hombro, como sobre una ola, en el abandono de un naufragio absoluto. Caminábamos lentamente por el campo gris sin senderos, desierto e ilimitado como una estepa. Un buho enamorado repetía su endecha en los cídos de la noche. Parecíamos absolutamente solos en la planicie nocturna. Pero de cuando en cuando, gritos nos saludaban, irónicos, desde la sombra.

—¡Eh, cuidado, amigos!

¡Y era dulce caminar así, sintiéndose espiado y juzgado malévolamente!

De pronto ella se detuvo.

—No me acompañes más. Me estarán buscando. Desde aquí oigo los gritos de mi carcelera. Atravesaré los campos recogiendo mis faldas y llegaré allí antes que se ponga furiosa y quiera martirizarme los brazos. Dime dónde te puedo ver. ¡Adiós, amor mío!

Yo le entregué una tarjeta mía, un trozo de cartulina, ¡tan blanco en la claridad del plenilunio, que parecía un hueso mondado! Ella tomó la tarjeta con gesto codicioso, como si fuese un salvoconducto, y escondiósela en el seno; echó a correr ligera por en medio de los campos, asustada, enloquecida, como si la aturdiesen gritos apremiantes.

—¡Ya voy, ya voy!—gritaba, despavorida.

Y se hundía más en la noche. Yo, con el oído atento, interrogaba el silencio; mas nada oía sino sus gritos... Y, vagamente, esta exclamación, que señalaba su paso:

—¡La loca, la loca!

★

Volví a casa con el corazón destrozado por la singular aventura: «¡Está loca! ¡Está loca!—pensaba—. La llaman la loca: con ese nombre la invocaban en la noche voces plebeyas. Seguramente no es la primera vez que atraviesa así, sola, los campos, como una mujer sin decoro, como una virgen loca que expone su lámpara a los embates del viento. ¡Quién sabe si la conocen todas las penumbras indecorosas, a no ser que la rechacen con irrisión, como a una ofrenda indigna, como a un desperdicio del amor y de la vida! ¡Está loca! Lo mejor que puedo pensar de ella es que ¡está loca!» Así decía yo en la congoja de mi incertidumbre, y me arrepentía de haberle entregado tan imprudentemente mi tarjeta, como un anillo de alianza. Pero luego, reflexionando, pensaba: «Mas ¿por qué tampoco estigmatizarla con ese nombre de loca? ¿Qué derecho tengo yo para llamarla así, con ese nombre que frustra y degrada su amor, por haberme elegido a mí entre todos los hombres y haberme recitado en la noche epitalámica de agosto versículos del *Cantar de los Cantares?* ¿Por ventura parecióme nunca loca la enamorada de Salomón, porque en la noche ardiente de Palestina, después de cerradas las casas de Jerusalén y las puertas de la ciudad, recorría sola y furtiva las calles pedregosas en busca de su amado, y llamaba atrevida a las puertas, y miraba sin pudor por los resquicios? ¿No vi más bien en ella la imagen del amor, heroico y aturdido; del amor loco, sí, pero divinamente loco, con la locura de los poetas y las sibilas, con la locura sagrada y envidiable de los seres que saben exaltar una pasión? ¿Por qué en ella habría de ver no más que a una pobre y vulgar demente, reclamada por los manicomios? ¿No hemos convenido nosotros, hombres modernos, tristemente

analíticos, en que el amor es una locura? ¿No dicen eso los libros de psicología y las novelas naturalistas? ¿Por qué asombrarse, pues, de que esa divina y rara locura del amor por la cual se perpetúa la especie salga a nuestro encuentro y nos visite como el amor mojado que una noche de lluvia llamó a la puerta del viejo Anacreonte? ¿Tan pobres somos, por ventura? ¿Tan incapaces ya de sentir, y aun de comprender el amor, que una mujer sencillamente enamorada haya de parecernos una infeliz demente? ¿Acaso fueron locas, locas de manicomio, la Sulamita, Hero, Julieta y Margarita Gauthier? Y la pobre Ofelia, que deshoja rosas sobre los lagos de Elsenor, ¿era una loca cuando amaba a Hamlet o cuando éste dejó de amarla?...» Todas estas interrogaciones apremiaban angustiosamente a mi alma, acusándome de incapacidad para amar, de una aridez horrible, que interpretaba como locura, como morbo de clínica, como algo comparable con una tuberculosis o un cáncer, lo que acaso no fuera sino el divino milagro del amor, la maravilla del amor auténtico y fabuloso, surgido tardíamente en el corazón de una virgen educada en reclusión severa y que, por eso mismo, ignora las formas discretas y sociales de los coqueteos consentidos, y en una noche de agosto se lanza fuera de los gineceos en busca del hombre que una vez la miró profundamente. ¿Qué tenía de particular, después de todo, aquella historia que me había contado de su secuestro bajo el poder de unos tutores que querían arrebatarle la herencia materna y la vigilaban para que ningún galán libertador pudiese llegar hasta ella? Algo folletinesca era la historia, mas no en absoluto imposible, puesto que todo folletín se justifica finalmente con los raros e imprevistos lances de la vida; y si podía parecer absurda, era precimente porque yo la comparaba con un folletín, no porque en su esencia propia e independiente lo fuera. ¿Tenía en el fondo algo de extraño, salvo la circunstancia fatídica de haber sido yo el predestinado, que en el corazón tardío de una mujer de hermosura precoz hubiese florecido impensadamente el amor al influjo de una mirada mía? ¿No ha de recoger alguien, misteriosamente elegido, el primer grito de amor, la primera lágrima de pasión de una virgen, eso con tanto afán esperado, espiado e implorado por los hombres que rondan las ventanas? Esta vez había sido yo el elegido, y la circunstancia excepcional de ese hallazgo, que, sin embargo, todos los días se repite para algún hombre, pero que hasta entonces no se consumó para mí, era la causa de que me pareciese inverosímil... Así pensaba yo para tranquilizarme y exaltarme; pero en el fondo, más de una vez me arrepentí de haberle dado con tanta ligereza aquel trozo de cartulina, sésamo con el cual podía encontrarme siempre. Y, ¿querréis creerme?, en mi perplejidad me era un consuelo pensar que Ella no llegaría hasta mí...

★

Mas no fué así. Una tarde, una tarde de otoño, estaba yo en casa, sentado junto a las ventanas, ya llenas de sombra, teniendo en las manos ese libro demasiado largo, ese libro romántico que se quisiera leer todo entero, en un crepúsculo, y diseminar después sus hojas, siguiendo el ejemplo de los árboles otoñales, cuando llamaron recio a la puerta. «¿Quién será el importuno que viene a distraerme de mis meditaciones?», pensé. Y por un instante, puesto que estaba solo en la casa, me sentí resuelto a no abrir. Mas la llamada se repitió con tal apremio, con tal sentido de impaciencia y de júbilo, con tal promesa de un mensaje fatídico y venturoso, que aunque defraudado tantas veces por esa apelación, salté de mi asiento y corrí a abrir. ¡Oh, la sorpresa de su aparición! Era ella, mi extraña prometida, la que había llamado a mi puerta y la que ahora se arrojaba en mis brazos, alocada y aturdida, como un amor que llega con las alas cansadas. ¡Era ella, que venía

hasta mí, conducida por su promesa, ataviada como para una boda! La mujer sórdida y mísera de la noche de agosto habíase transformado en una aparición radiante. Vestía ahora un traje azul, del color del crepúsculo que se iba, escotado y ornado de cintas; y cubría su cabeza con un sombrero de paja, ataviado con cerezas maduras, como anuncio de un retorno estival. Llena de júbilo, se arrojó en mis brazos, y decía:

—Mírame, amado mío, cómo me he engalanado para venir a verte. Me he macerado con aguas fragantes, me he vestido mi mejor traje, he puesto en mi sombrero las últimas guindas. ¿Qué te parezco, dime? ¿Reconoces a tu pobrecita mendiga de la noche de agosto?

Me invitaba a mirarla, daba vueltas para mostrárseme en todo su esplendor, risueña y humilde como un maniquí vivo. Y entre tanto decía:

—He huído de casa para arrojarme en tus brazos. Todo lo he dejado para venir en tu busca, como te prometí. Salí de casa, sin que lo notasen, aprovechando el sueño de la vieja, aprovechando el instante en que tenía el velo del sueño sobre sus ojos. Ahora ya, aunque recorra todo el mundo, no podrá encontrarme, porque tú me esconderás debajo de tu lecho, ¿verdad, amado mío?

Yo la escuchaba en silencio y soportaba pasivamente sus caricias, sin saber qué hacer ni qué decir, perplejo e ignorante, pues era la primera vez que el amor entraba por mis puertas y no podía ayudarme el recuerdo de ningún precedente. Contemplábala atónito, pasmado, confiándome a su destino. Su locuacidad me desconcertaba, me arrullaba y aturdía. Sin embargo, en medio de mi perplejidad, una idea me asediaba apremiante: la de que era necesario alejarla de allí en seguida, pues su presencia virginal era una cosa demasiado grave en la morada de un soltero; una cosa que me aterraba y cohibía como la presencia súbita e inesperada de ese astro que no es dulce ver a la distancia fabulosa a que se nos muestra, pero que nos anonadaría si entrase de pronto por nuestra ventana... ¡Nunca había hollado una virgen las alfombras de mis estancias, y la presencia de aquélla tenía algo de pavoroso! Ella estaba llena de curiosidad por verlo todo; superando el límite de mi hombro, atisbaba las habitaciones interiores, y yo sentía su cuerpo, imantado misteriosamente, atraído desde lejos, por el lecho que en sus ensueños virginales asumía las proporciones de un gran tálamo. Ella quería tomar posesión de la casa que ya consideraba como suya: disponíase a quitarse el sombrero y a adoptar un aire íntimo. Aquellos preparativos me asustaron. ¡Cómo! ¡Unido así, de pronto, con una mujer desconocida, con una loca acaso, que llegaba a mí, prófuga y clandestina, conducida quién sabe por qué raro pensamiento! Y sólo pensé en poner toda la distancia posible entre nosotros y el gesto irreparable.

—No, mira—le dije—; verás la casa luego, hasta el último rincón; pero después, más tarde, cuando mi criado, que ahora está ausente, la haya preparado para recibirte dignamente. Ahora nosotros saldremos, cenaremos fuera, pasearemos; luego volveremos, a la hora en que es grato reposar. Entonces nos aguardarán luces encendidas y ramos de flores; velos nuevos habrá ante las ventanas; el gran espejo refulgirá terso como un baño, y el lecho, rociado de perfumes, se ofrecerá dulcemente a nuestros cuerpos rendidos de una grata fatiga. Pero ahora vámonos.

Ella hizo un gesto de contrariedad, y se marcó en su rostro esa sombra que yo ya le había observado y que tornaba sus facciones empañadas y frías como un paisaje lunar. Sus hombros parecieron rendirse bajo un peso material, desmoronarse como dos rimeros de frutos, que tales parecían en su morbidez manifiesta, y un broche hermético pareció cerrar sus labios. Y yo entonces reparé en el aire estrafalario que asumían sus vestiduras, ricas, pero extravagantes, desgarbadas y deslucidas, como ropas ajenas llevadas por una mujer que ha olvidado el arte

de ataviarse en el transcurso de una enfermedad larga. Y otra vez sentí la aprensión de su locura; y me acometía la desilusión de ser elegido por una demente, y también—¿por qué no decirlo?—el pánico de que, de pronto, aquella mujer, evadida de sus loqueros, fuese víctima de su vesania y me acometiese, convertida en una loba de los suburbios de la razón. Y tomando mi sombrero de la percha y empujándola dulcemente, caminé con ella hacia la puerta. Pero ella pareció dominar el aura funesta que la circundaba como la ráfaga de una madona, volvió a ajustarse a las sienes el sombrero de las cerezas maduras y, dulcemente, se dejó conducir.

—Sí. Tienes razón—me dijo con tono festivo—; cenaremos fuera, al aire libre; iremos al teatro, ¿verdad? Iremos al teatro y luego volveremos cogiditos del brazo, como marido y mujer.

¡Y palmoteaba, jubilosa!

★

¡Oh mis perplejidades! Mientras, lentamente, caminaba con ella cogida del brazo, por entre el gentío otoñal. Yo la miraba atentamente, temiendo a cada instante descubrir en su rostro los síntomas de una funesta crisis, sintiendo junto a mí la dulzura de su mórbida belleza y sin atreverme a aceptar plenamente su halago, dichoso de llevar conmigo a aquella criatura tan espléndida, que vencía a las demás mujeres y aun a las obras del arte con sus rosas naturales, profusas en sus mejillas y sus hombros, y al mismo tiempo un poco confuso por su traza de enferma, por su aspecto derrengado y vencido, que daba un aire estrafalario y arcaico a sus vestiduras nuevas. Yo quería mostrársela a todo el mundo como mi prometida, como mi bienamada, como mi triunfo y mi presea de amor; pero al mismo tiempo temía las risitas irónicas de las demás mujeres, que se vengaban de su belleza irreprochable, sorprendiendo con femenina perspicacia los detalles de desaliño de sus vestiduras y aquel aire arcaico y extravagante que malograba su belleza, imprimiéndole un sello singular y extraño. Así, buscaba para conducirla las penumbras otoñales, en que la fronda, aún estiva, temblaba sobre nuestras cabezas con una inefable dulzura, como si quisiera retenernos, y un fresco airecillo agitaba todavía trajes de colorines, patéticos como las últimas flámulas del estío.

Cenamos en un lugar discreto, en una mesa ataviada con flores, y bebimos el vino en copas que reflejaban nuestros semblantes, diminutos como lunas menguantes. Ella comía apenas; me brindaba todas las primicias; atendíame con un mimo tierno y eglógico; hacíame libar de su copa, poniendo mis labios en el sitio donde ella había posado los suyos. Hablaba con vivacidad e incoherencia, interrumpiéndose de pronto para reprocharme mi silencio y mi frialdad. A la hora del *champagne* quedóse pensativa y triste, y púsose a deshojar las rosas de los manteles con el gesto de una Margarita romántica. Yo la sentí temblar de nuevo como bajo el influjo de un aura nefasta. Pero al punto se dominó, volvióse alegre, y yo vi reflejarse en su rostro todas las luminarias de la ciudad.

—Anda, amado mío—díjome suplicante y mimosa como un niño—, vámonos de aquí. Llévame al circo. ¡Hace tanto tiempo que no voy! Papá me llevaba cuando era niña. ¡Pero hace tanto tiempo!

—¿Cuánto tiempo?—le dije.

—¡Mucho, mucho!—respondió ella, y se quedó atónita, con una expresión de dolor en el semblante, como si la noción exacta del tiempo fuese para ella una cosa perdida que no podía ya recuperar, ni inclinándose con los brazos extendidos sobre el río de sus recuerdos—. No me hables de esas cosas—imploró—. ¡Quién se acuerda de eso! Ahora, si me quieres, llévame al circo, amado mío—insistía en su súplica con monotonía pueril; y sus palabras sonaban en mis oídos como el estribillo de una locura. Advertía en ella un ansia inmensa de ver, propia de las criaturas que estuvieron en-

cerradas largo tiempo en oscuras prisiones; un anhelo de libertad capaz de vencer todo obstáculo, y temía que si la contrariaba pasaba sobre mí como un astro que ha superado la ley de gravedad y llenase la noche de centellas. Y, dócil, intimidado, le dije:

—Bueno. Te llevaré al circo.

En el circo pareció recobrar su alma infantil. En su silla de pista, bajo la gran lona que nos cubría, abombada y floja, dejando pasar por sus antiguos resquicios goteras de luna, que llenaban de una enmelada dulzura la cruda luz de los arcos voltaicos, ella se agitaba jubilosa y reía, batiendo palmas al paso de las amazonas y ante las proezas de los prestidigitadores. Vibraba en su asiento, reía fuerte y se volvía hacia mí y me abrazaba, conmovida de gratitud.

—¡Qué bueno eres, amado mío!—exclamaba. Y la gente empezaba a mirarnos, discretamente al principio, pero luego con ojos severos, como si las familiaridades nupciales de mi extraña novia escandalizasen a aquel público de familias. Y las mujeres cuchicheaban y reían de su aire estrafalario y de aquel júbilo ruidoso, suponiéndola una mujer alegre que había bebido demasiado. Yo me recataba tras de su cuerpo, para no ser visto, y de cuando en cuando, tímidamente, para no excitar sus furores, la suplicaba:

—¡No te rías así!

Pero ella entonces se enfadaba, y con aire quejoso de un mimo pueril, de una ternura romántica y pasada de moda, se estrechaba contra mi pecho y me decía:

—¿No quieres que me ría, amado mío? ¿Te hace daño verme alegre? ¿Eres tú también como los demás? ¿Te figuras que estoy loca? ¡O es que una mujer no ha de reír nunca, ni ha de mover sus brazos, ni ha de abrir sus labios más que para suspirar! ¿No es bastante habernos ceñido con estas faldas tan estrechas, que nos cohiben desde niñas, y con estos corsés, que nos impiden respirar con holgura? ¿No es bastante habernos atado con tantas cintas y lazos? ¿Sería preciso atarnos también las muñecas y cosernos los labios con una aguja de plata? ¿Querrías tú también ponerme una camisa de fuerza?

Y se inclinaba sobre mí y me acariciaba con un mimo empalagoso e intempestivo, que me llenaba de vergüenza ante aquella muchedumbre escandalizada y burlona. Acaso fuese una ilusión; pero me parecía ver que todo aquel público se levantaba airado contra nosotros y nos apostrofaba con sarcasmos e insultos y nos señalaba la puerta. Y temeroso de exaltar a la extravagante criatura, callaba, recatándome tras de su cuerpo como tras de un biombo florido. Ella, al ver mi silencio, reprimió su exaltación, y cogiéndome dulcemente las manos, reclinó la cabeza en mi hombro. Y fué tierna y soñadora un momento, en aquel descanso, amenizado por una música de circo trivial e inefable, una de esas músicas lánguidas y ligeras que nos traspasan el corazón con los mil alfileres desmenuzados de la gran espada fría y cortante de la música sería. Púsose a evocar su infancia, las ternezas de sus papás, los esplendores de su casa, el mimo y la abundancia en que se había criado. Luego, ciñéndose a mi cuello en un arrebato súbito, me dijo con una ternura empalagosa; con una ternura demasiado antigua, propia de una época y unos sentimientos que hemos abolido ya en nuestro corazón; con una ternura que ya no emplean ni las cortesanas y que sólo se permite todavía a los niños y a los borrachos:

—Mira, ahora estoy sola; lo he dejado todo por ti; he huído de mi casa por arrojarme en tus brazos; he hecho por ti lo que no debe hacerse; cualquier mujer tendría derecho a escupirme a la cara. ¿Sabrás corresponder a mi amor, amado mío? ¿Me querrás mucho y por toda la vida?

Yo estaba azorado, abochornado; tocaba el colmo del malestar. Evocaba el recuerdo de nuestra entrevista en el descampado del arrabal y sentía un profundo disgusto de mí mismo. ¿Cómo había podido comprometerme hasta tal punto con aquella loca? Sí. Porque

la criatura que así hablaba, con aquel mimo tierno, ya abolido en la vida, contemporáneo de las novelas románticas más antiguas, de los retratos hechos con cabellos y de los medallones sobre el pecho, no podía ser más que una loca. «Ella estaba bien—pensaba yo—, con su locura, en aquel paisaje desolado, bajo aquella luna de estepa, en aquella soledad absoluta, donde no nos atisbaban ojos curiosos y escandalizados. Yo podía allí estrecharla contra mi pecho, consolarla y compadecerla impunemente; compartir su locura romántica hasta el extremo que me fuese deseable. Mas nunca debí dejarme arrebatar hasta el punto de revelarle el camino de mi casa. He sido víctima del influjo de la novela rusa. Y ahora no sé cómo librarme de ella.» Y permanecía escondido tras de su cuerpo hermoso y juvenil, pero derrengado, vencido, arcaico como el de una Venus antigua, descubierto entre las telarañas de una prendería; un cuerpo contemporáneo de la época romántica. Y en mi interior me decía con una despechada amargura: «He aquí lo que puede ofrecerme el Destino. He sido víctima de mi amor a lo raro, a lo extravagante, a todo eso que está bien en un poema, pero que no tiene lugar adecuado en la vida, como no lo tendría la estrella de la tarde que tan bella nos parece sobre la colina lejana. Mi amor a lo raro me ha granjeado esta amada loca, esta amada romántica que ahora no sé cómo eludir y que yo quisiera escamotear como esos prestidigitadores escamotean sombrillas y relojes...» Y de pronto aquella idea sugerida por la labor de un ilusionista que en aquel momento trabajaba en el escenario del circo, se apoderó de mí totalmente, hasta obsesionarme. «¿Y por qué no escamotearla?», pensé. Precisamente en aquel instante el artista disponíase a ejecutar su experiencia máxima, la prueba suprema de sus habilidades de taumaturgo: el escamoteo de «una persona viva», y requería un espectador de buena voluntad que se prestase al experimento. Ya los lacayos galoneados de la pista habían acarreado al escenario un enorme cofre, grande como la urna en que yace el cuerpo de Cristo en la procesión del Santo Entierro, sólo que no diáfana como ella, sino compacta e impenetrable. En ella había de ser escamoteada la «persona viva».

Reposaba el cofre, solemne y majestuoso, en el centro del escenario, semejante a uno de esos cofres misteriosos de *Las mil y una noches* que encierran cuerpos fragantes de sultanas raptadas, cabezas cercenadas de visires y también magníficos presentes nupciales. Las miradas del público posábanse entonces en el cofre misterioso, y también las de mi bienamada, curiosa como un niño. El prestidigitador repetía su demanda «de la persona viva para ser escamoteada a la vista del público». Y entonces tuve una inspiración súbita y poderosa.

—¿Por qué—le dije a mi amada romántica—no te ofreces para esa rara aventura? Reposarás un momento en ese cofre maravilloso y luego resurgirás radiante por un lugar inesperado, entre la estupefacción del público, que te aclamará como a una maga. ¿Quieres hacer ese viaje prodigioso sin salir de este ámbito?

Ella hizo algunos remilgos. ¿Meterse en aquel cofre tan hondo? ¿Estaba yo seguro de que volvería a salir? ¿Me encontraría luego a su lado?

Hablaba así, pero yo sentía que la aventura halagaba profundamente su afán de exhibicionismo, su romántico deseo de ser admirada y envidiada, de resplandecer en una apoteosis. Al fin dijo:

—Si tú quieres, lo haré por darte gusto. ¿Qué no haría yo por ti? Me dejaría sepultar en ese cofre, no entera, sino hecha pedazos por tu mano, segura de que una mirada tuya me resucitaría...

Yo ya no vacilé. Dirigíme con ella al escenario y manifesté al prestidigitador su deseo de ser escamoteada. Ella insinuó la pregunta de si no podríamos ser escamoteados los dos a un tiempo; pero el artista hízole comprender que tal cosa no sería moral, aparte de que las dimensiones del co-

fre no lo permitían. Entonces ella se resignó a ser escamoteada sola. Despidióse de mí tiernamente, y con un gesto heroico hundióse en el enorme cofre, grande como ese cofre en que se facturan por el ferrocarril víctimas descuartizadas. Y en el silencio unánime del público, yo asistí entonces al sepelio simulado de mi amada romántica. Vi cómo los lacayos galoneados ceñían de gruesas cuerdas el gran cofre y lo ataban con fuertes nudos y lo sellaban luego con lacre rojo, mientras la orquesta tocaba una música trivial, que en tal instante me pareció de una solemnidad fúnebre. Entonces, ya no quedaba nada de mi amada romántica. Estaba tan perdida para mí como si se la hubiesen engullido las fauces de una ballena, como si reposase en las entrañas de un monstruo, como si se la hubiese tragado el mar inmenso. En el fondo del cofre reposaba, hermética y sellada como el libro del Apocalipsis. Y yo, que había asistido a su sepelio, sentía la misma emoción extraña y solemne con que en Semana Santa, en las iglesias tenebrosas vestidas de paños cárdenos, he asistido al entierro de Cristo, disimulado por sacerdotes taumaturgos. Cuando ya ella estuvo encerrada en su cenotafio; cuando sólo quedó de ella el sombrerito de las cerezas maduras, que se había quitado por inocente coquetería y que yo tenía en la mano como el último vestigio de una suicida, sentí impulsos de llorar y de resucitarla. Pero en seguida me repuse, y sabiendo que ella había de resucitar infaliblemente, por la virtud del prestidigitador, y temiendo encontrarla nuevamente a mi lado, zalamera y empalagosa, llamé aparte a uno de los lacayos, y entregándole el sombrero de la escamoteada y poniéndole unas monedas en la mano, le dije:

—Cuando salga de su tumba esa señorita, le entregará usted su sombrero y la acompañará hasta un coche, dando al cochero las señas que ella le indique...

E inmediatamente eché a correr y desaparecí como un verdadero escamoteado.

★

No volví a casa hasta la tarde del día siguiente. Temía que la loca se hubiera hecho conducir a mi domicilio, luego de resucitada por el taumaturgo, y me aguardase allí. Mi mano temblaba cuando, pasadas tantas horas, llamaba nuevamente a la puerta. ¿Estaría allí? ¿No podría nunca verme libre de aquella mujer que me había elegido despiadadamente? Mi fiel criado salió a abrirme, y todo mi cuerpo tembló sobresaltado cuando le oí decir:

—En el recibimiento aguarda una señorita que no ha querido decir su nombre. Está aquí desde esta mañana.

Quise huir; pero ya ella había oído mi voz y salía a mi encuentro. Al verla sentí un nuevo y súbito acceso de ternura, como si tuviera ante mí a la víctima resucitada de un crimen. ¿De qué profundidades turbias y tenebrosas surgía? ¿El cofre en que la encerraron había sido arrojado al mar, como esos cofres de las leyendas que guardan las reliquias de un mártir? ¿Volvía acaso del Hades, como Proserpina? ¡Oh, pobrecita amada! Volvía a mí como de un naufragio, como de una muerte verdadera. Era de nuevo la pobre mendiga que yo había acariciado tan tiernamente en la noche de agosto, quitando de encima de su cuerpo aquellas espiguillas secas que se le clavaban como saetas. Conservaba su sombrero de paja, pero había perdido las cerezas maduras, aquellas cerezas maduras e incorruptibles que hablaban de la dulzura de un verano eterno. Conservaba también su traje azul, pero deslucido ya, arrugado, viejo en una noche, como una persona que ha sufrido. Y ella también parecía, no obstante su juventud, una criatura definitivamente vieja. No sonreía ya, y en su semblante de niña mimada triunfaba ese gesto de amargura que hay en las caras de ciertos cadáveres.

—¡Amada!—grité en un arrebato de piedad y de arrepentimiento—. ¡Amada mía! ¡Mi única amada!

Y le tendí los brazos, abiertos como un tálamo. Pero ella me rechazó seria y digna, asumiendo ese gesto indefinible que hace inviolable a una mujer, aun a la más prostituída. Porque ¡oh, qué terrible es una mujer seria! Una estancia enlutada en la que hay un ataúd no lo es tanto. Un cielo enteramente negro no es tan adusto como una mujer seria. Con aquel simple gesto, sin espadas ni dardos, ella se erigía a su alrededor un mausoleo y me alejaba para siempre. Y teniéndome así a raya, hablándome como el mar inviolado, me dijo:

—No. Nada de falsas ternezas. No he venido a tu casa para mendigar una caricia ni un consuelo. Conozco ya tu alma, que se embriaga de palabras. He venido para decirte únicamente que te has engañado conmigo, que no has sabido comprenderme. Creías que estaba loca porque te amaba, porque tuve la debilidad de confesártelo y dejarlo todo por seguirte. Me creíste loca y me hiciste víctima de la burla más infame. Pero no te guardo rencor. Te compadezco. ¡Desgraciado! ¡Qué pobre debe de ser tu corazón, cuando un amor como el mío, sincero y espontáneo, te parecía inverosímil! ¿Es que no te han querido nunca, pobre? ¿Es que tú tampoco amaste nunca?

Se interrumpió un momento, mirándome con tal expresión de piedad, que sentí rubor hasta en el fondo de mi alma. Luego hizo un ademán de infinita desolación y añadió:

—¡Pero, Dios mío! ¿En qué mundo me encuentro? ¿Qué gentes son éstas que consideran el amor como una locura? En casa me tienen por loca; me celan y vigilan; me atan por las muñecas a los hierros de la cama; me ponen camisas de fuerza... Todo, porque tengo corazón, porque siento ansias de amor... Y tú, mi única esperanza, mi única ilusión, el hombre elegido para amarte por toda la vida, me abandonas... ¡Oh, Dios mío! ¡Oh Dios mío!

Cubrióse la cara con ambas manos y sollozó largo rato amargamente; tanto, que yo sentí que sus manos se rajasen como una concha. Y cuando descubrió de nuevo su rostro, tuve la convicción de que no era una loca, porque en sus ojos brillaba un aljófar de lágrimas, de lágrimas verdaderas, de esas lágrimas vedadas a los dementes.

—Mira—siguió diciendo con desaliento inefable—, había perdido toda ilusión cuando te encontré; había perdido el gusto y el hábito de adornarme; había repudiado toda gala. Por ti, por parecerte bella, volví a cubrir mi cuerpo con los antiguos atavíos. Ahora ya todo me es igual otra vez. Dejaré que mi cara se ennegrezca, que mis ropas se deshagan en jirones; acabaré por tomar el aspecto de una mendiga, por parecer una verdadera loca. Todo me es igual. Y si quieren llevarme otra vez *allá* y vestirme de nuevo la camisa de fuerza, no me resistiré... Todo me es ya indiferente... —hizo un ademán lacio y rendido y se dispuso a irse—. Adiós.

Con un paso lento, pero inexorable, encaminóse a la puerta, la abrió y desapareció. Desapareció más plenamente que cuando se hundió en el cofre encantado, porque ahora ni siquiera quedaba de ella el sombrerito de las cerezas maduras, ni siquiera ese último vestigio de un naufragio que queda flotando sobre las aguas. Yo quise lanzarme detrás de ella, detenerla, implorar su perdón, rociar con mis lágrimas sus pies, como con un ungüento que los tornase pesados. Pero comprendí que todo sería inútil, que ella se iba para siempre, superior a toda piedad, inflexible e inexorable, restañada de toda flaqueza por la virtud maravillosa del desencanto, lúcida ya, si alguna vez estuvo loca; lúcida ya, definitivamente, como si hubiese dejado toda ilusión engañosa en el fondo de aquel cofre encantado. Comprendí que sería inútil intentar retenerla, pues ella se iría a pesar de todo, tan segura e infaliblemente como la hora evadida de un reloj, sin

que ruegos ni halagos pudiesen sujetarla; y así, sin hacer un ademán, que hubiese sido vano, inmóvil e inerte, la dejé alejarse, sintiendo cómo la música de sus pasos irrevocables se apagaba en mi oído y preparándome desde aquel instante a afrontar el remordimiento que había de torturar las noches y los días de mis años tardíos, cuando ninguna sombra de mujer cruzase ya el yermo de mi extinguida juventud...

LA AMADA FÚNEBRE

I

Desde el primer instante, desde su encuentro aquella noche de invierno, en las calles oscuras, sobre las que se espejeaban quietas unas nubes blancas y tiernas de madrugada, él la consideró dotada de un extraordinario y único sentido fúnebre, como una mujercita consagrada por devoción piadosa a los númenes infernales. Era ella pequeñita y humilde, morena, como hecha para el amor servicial; tenía los cabellos negros, lisos y sin brillo y vestía un trajecito pobre y leve, todo negro, semejante al hábito de una consagrada a la muerte. No llevaba ningún adorno, ni en sus cabellos negros, de un negror opaco y triste como el reverso de los espejos, ni en sus manos morenas; y era semejante así en su pobreza y en su luto, a las que lloran, arrodilladas sobre los sepulcros, en el mes de noviembre. Cuando él se le acercó y ella alzó sus ojos para mirarle, sus pupilas brillaron húmedas como por un antiguo llanto, perenne y estancado como el agua de lluvia que hay eternamente al pie de ciertos árboles. Y en aquella mirada luminosa de llanto, luminosa de humilde piedad, de sacrificio y de pobreza, resplandeció la única luz que abrillantaba su vida de mujer, despojada de toda belleza y de todo ornamento.

En aquella primera noche, a las preguntas de él, ávido de penetrar el secreto de la mujercita humilde y grave que cruzaba a aquella hora las calles pobladas de rameras, vestida de negro, con su aire de viuda, semejante a una corneja del recuerdo entre las palomas del amor, ella declaróle ingenuamente que volvía de velar a una amiga enferma, a cuyo lado había pasado la noche, y que iba ahora a su casa, allá lejos, en los barrios más pobres de la ciudad. El miróla escéptico; pero exhalábase del cuerpo de ella una fragancia triste, de medicamentos que confirmaba la ingenuidad de sus palabras. Además, la mujer, hablando de la enferma se exaltaba como si la evocación de la enfermedad y de la muerte despertasen su verdadera naturaleza. Ella estaba predestinada a velar siempre a la cabecera de lechos de enfermos, o al pie de los blandones funerarios. Cogiendo entre los dedos la ligera tela de su falda, mostraba al hombre su luto reciente, adivinable en la novedad y apresto del vestido. Hacía ya tiempo que no vestía más que de negro. Ahora llevaba luto por su madre, muerta hacía unos meses, cuando aún no se había cumplido el luto por su marido. Y poco antes habíalo llevado por un hermanito, un tierno párvulo por el que ella había velado como una nodriza. Hablaba la mujercita y se exaltaba recordando las circunstancias dolorosas de las largas enfermedades y cómo ella había luchado heroicamente con la muerte al lado de los enfermos amados y con qué fervoroso ardor les había tributado luego los fúnebres honores. Al hermano, al marido, a la madre, ella misma, sin ayuda de parientes ni vecinos, los había amortajado y les había cerrado los ojos y cruzado las manos. Y les había velado toda la noche y acompañado luego hasta el sepulcro, para verter sobre

ellos el puñado de tierra que da el reposo definitivo a los manes. Todos los amores de su vida tenían sus ramos de siemprevivas en los rincones de los cementerios, y sus paisajes sentimentales estaban todos en el negro país de la muerte. Los domingos, cuando las amigas bajaban a los merenderos floridos, al lado del río claro, ella subía por los caminos polvorientos hasta la gran necrópolis popular, donde sus muertos descansaban, y allí se estaba hasta la tarde, adormecida sobre los sepulcros. Los cuidaba, los limpiaba de piedras, erguía las cruces vencidas por el tiempo, las cruces que ella misma había formado toscamente con el sentido de los fetiches primitivos, uniendo dos trozos de madera. Notaba con admiración que sobre el sepulcro de su madre, en la tierra tierna que lo cubría, había brotado un rosal. Y así estaba el pobre sepulcro, compartido con otros muertos, más honrado que los marmóreos mausoleos individuales. Conocía ella la gran necrópolis hasta en sus últimos rincones, de tanto visitarla, y era cocida ya de los guardianes, que se admiraban de aquel culto fúnebre tan seguido y se compadecían de su dolor. Y cuando la veían entrar, le decían:

—¿Pero ya está usted aquí, mujer?

¿Adónde iba a ir, si allí estaban todos sus amores, excepto el único hermano que le quedaba y que estaba ausente? Había adquirido además el sentido de la belleza fúnebre y gustaba de la severa tristeza de la necrópolis, blanca de mármoles, florida de grandes plantas de fronda quieta, de cipreses perennes y de abombados ebónimus, siempre tranquila y silenciosa. Le gustaba acompañar a los cortejos fúnebres hasta la fosa y ver la casa de los muertos, para compadecerlos por el recuerdo de los suyos, fuesen una mujer, un hombre o un niño, ya que en la trinidad que ella había perdido se encerraba toda la humanidad. Hablaba de los muertos con amor, y a fuerza de amarlos había llegado a sentir envidia por ellos, nostalgia del lugar de todo reposo y a desear ser ella también una muerta.

Hablaba así en la madrugada, y el hombre, joven, pero pálido y enjuto, la escuchaba con un supersticioso respeto. De la maraña de hechizos fúnebres y eróticos de la noche, envolvíanle los hilos más negros, que la mujercita devota de la muerte devanaba como una Parca. Y se sentía el hombre ceñido cada vez más estrechamente por aquella fúnebre urdimbre, y un miedo extraño, en la noche, a lo largo de las calles negras bajo las blanquecinas nubes estáticas, a lo largo de las calles desiertas, en cuyo fondo las rameras pintarrajeadas se agitaban vagamente, como una alegoría deslustrada de la locura, penetraba en su corazón. E instintivamente empezaba a mirar con respeto a la mujercita enlutada, consagrada a los amores de ultratumba, tierna alondra de los sepulcros, misteriosa e imponente, no obstante ser tan pequeña, como si la sostuviesen trágicos coturnos fúnebres. Sentía el respeto de la mujer predilecta de la muerte, que había sido elegida para llorar sobre los sepulcros y para cuidar sus flores espontáneas y sus luminarias de devoción; pareciale una criatura consagrada por completo a los manes, una criatura distinta de las demás, que vivía ya en el mundo como en un Hades anticipado y que debía conservar siempre sobre su cuerpo, como un hábito de consagración, sus funerales velos de luto, sin cambiarlos nunca por los claros velos nupciales de las demás mujeres. Considerábala así y contemplaba sus ojos, agrandados por los surcos del llanto perenne, y su cara, demacrada por la antigua pena, animada de una gracia dolorida y sumisa como la belleza de los ángeles plañideros sobre los sepulcros, y sentía como un inocente maleficio, y un augurio fúnebre se le comunicaba por la presencia de aquella mujer predestinada a llorar sobre cuantos había amado. Sentía miedo de penetrar en el círculo de su ternura, como si presintiese que el hombre amado por ella había de reanimar la pira fúnebre en que se habían consumido la madre de huesos quebrantados, el tierno pár-

vulo y el duro marido. Sentía miedo de penetrar en aquel círculo de amor y de muerte, y por instinto se apartaba de la negra viuda, no obstante la atracción que sobre él ejercían su mansedumbre, la dulzura adormeciente de su voz y la dejadez reposadora de sus gestos, que parecía esparcir óleos de nepentes y de mandrágoras. La escuchaba con una complacencia tácita y respetuosa, como si hablase bajo la cúpula de una necrópolis; escuchaba con gravedad y amor; pero la mano aturdida que en el primer momento había tendido hacia los frutos carnales de la incógnita, prominentes bajo los negros velos, se retiraba poco a poco hasta descender a las palmas de las manos, lisas y tiernas como corazones. Y pensaba con supersticioso terror: «No tenderé nunca mis manos a esos frutos de vida consagrados a la muerte, consagrados a los eternos manes, que deben pender como exvotos por siempre sobre sus sepulcros y que habrían de ser fatales para el hombre atrevido que quisiese hacerlos suyos para su placer. Estos frutos de vida deben conservarse intactos y puros, como si se abriesen en el fúnebre valle, para que sean una pura alegría en el fúnebre sueño del marido y del hermanito muerto.»

Caminaban en tanto atravesando la ciudad, hasta llegar a los suburbios. Ante ellos se abrían plazas fantásticas, negras y silenciosas, de un verdor oscuro como el de los jardines sepulcrales y fuentes invisibles y lacrimatorias, y cruzaban hombres y mujeres silenciosos, que parecían haber transpuesto ya los límites del sueño. Cuando se internaron en el suburbio donde ella vivía, en aquellas calles estrechas, las estrellas de la madrugada brillaron sobre ellos, milenarias y misteriosas, altas como vistas desde el fondo de un valle. Y parecióle a él como si estuviesen en el fondo de un valle de la muerte y caminasen juntos, unidos por un amor supremo, por angostas sendas sombreadas por compactas frondas de cipreses. Ella, en la ternura de la hora, había tomado una actitud de nueva enamorada, no obstante su luto de viuda: las evocaciones fúnebres, sobre todo el recuerdo del marido que la había amado tanto, y que al morir le apretaba las manos como si quisiera llevársela, habían removido su dormida nostalgia de amor; y pequeña y grácil como una núbil por la larga castidad guardada, se apoyaba tiernamente en el cuerpo del compañero y elevaba hacia él los ojos, espejeantes de un antiguo llanto, como si implorase besos enjugadores. Cuando llegaron a la puerta de la casa en que vivía, la tristeza de la separación era evidente sobre su rostro. Con voz mimosa explicó al amigo que vivía allá arriba, en los últimos balcones, en compañía de un matrimonio que tenía un hijo de la edad del hermanito que se le murió. Trabajaba en casa todo el día. Como él mostrase curiosidad, le explicó que se ganaba la vida enlutando sobres. Traía los sobres de la fábrica, les pasaba un pincel y ya estaba. El se acordó de los que forran de negro la blancura original de los ataúdes. Con la llave en la cerradura, ella parecía aguardar de él una dádiva tierna, un beso o una palabra para el día siguiente. El la miró a los ojos lagrimeantes y la vió tan pequeñita, tan humilde bajo las estrellas que vivas llameaban en lo alto como una misericordia demasiado lejana; la vió tan sola y triste en su valle de cipreses y de recuerdos, que sintió un ardiente impulso de besarla; pero se contuvo por respeto a los muertos que la habían besado, sobre todo al que apretó su mano en la agonía y la hizo suya para siempre. Ella notó su retraimiento y no hizo nada para excitarle. Con voz mimosa le dijo:

—Muchas gracias por la compañía —y añadió—: Pero aún no he dicho mi nombre: me llamo Mercedes.

Y parecía, en efecto, así receñida en sus velos negros, graciosa y triste, una dispensadora de las mercedes últimas. El repuso:

—¡Y yo Luis!

—¡Como mi difunto!—exclamó ella, y lo miró con mayor ternura.

Luego tendióle su mano morena, dura y laboriosa, escurridiza en su palma como las piedras que han estado sumergidas, la mano que había cerrado los ojos de sus muertos, su mano misericordiosa y fatal, y despidióle:

—Bueno, pues adiós, Luisito. Hasta mañana, ¿sí?

II

A la noche siguiente, el recuerdo de la mujer pesaba sobre él todavía como una atracción y como un augurio triste. Siempre había sido él supersticioso y melancólico, débil y tímido ante los misterios del Destino, como un hombre de pecho hundido prematuramente. Hijo de un padre siempre enfermo, muerto en la más florida juventud, cuyo recuerdo había sido un luto perenne en la casa y una advertencia para toda osadía, en él había encarnado el enfermizo espíritu del genitor y la inquietud que nubló siempre el amor de la madre por el pobre cónyuge. Desde su tierna infancia, la que todavía se vestía de claro, habíale infundido la madre temerosa una gran prudencia y un gran miedo de la peligrosa alegría, del vino y de la mujer que habían devorado las rosas juveniles del padre. Se había criado así el niño tímido y encogido, y al hacerse hombre, en el desarrollo de su forma física, había persistido el alma infantil elaborada por la madre. Y había persistido en él también el sentido de muerte y de llanto adquirido en la casa materna, al lado de la triste y fiel viuda cuyos besos tuvieron siempre frescura de lágrimas. Así, al encuentro con la enlutada mujer, cuyo destino parecía ser el de una consagración fúnebre, avivábanse en él los tristes recuerdos de la infancia y aquel terror al amor peligroso que de niño le infundiera la madre. Pareciale fatal el amor de aquella mujer consagrada al largo llanto por los muertos, cuyo corazón era como una urna sepulcral, llena de flores marchitas. Tenía miedo de su fúnebre destino, de sus labios consagrados a las frentes yertas, de sus manos prometidas a las rígidas manos de los difuntos, de todo su aspecto, semejante al de las mujeres antiguas que se sentaban a llorar largamente junto a las piras funerarias. Pareciale que el hombre que la amase había de sucumbir bajo la vehemencia de su ternura extrema, para que ella, plañidera heroica, pudiese derramar el llanto largo sobre su cadáver y prodigarle las mercedes últimas de su piedad.

Y, sin embargo, sentíase atraído por la humildad de la mujer, por su afectuosidad sumisa y por aquel ansia de amor vivo que se advertía en ella, sumida en el amor a los muertos, como una aspiración hacia la alegría de las desposadas con los vivientes. Sentíase atraído por la acogida tan naturalmente afectuosa que le había dispensado, desde el primer instante, como si hubiese sido su esperado en sueños; por la sencillez con que le había abierto las sacras puertas enlutadas de su corazón y por la intimidad en que, con sus ingenuas confidencias, le había admitido desde el primer instante como si le hubiese llevado a lo interior de su alcoba nupcial, decorada con fúnebres exvotos.

Y ahora, en la noche, atraíale invenciblemente el recuerdo de la mujer sencilla, mientras paseaba lentamente por las calles oscuras, cubiertas por nubes semejantes a vidrios emplomados. Esperábala con un supersticioso temor de que llegase, fiando su liberación a la ambigüedad de la cita, cuando la vió venir, pequeña y enlutada, ceñida a las fachadas sombrías, como si caminase junto a un muro de negros arrayanes. Volvía, como la noche anterior, del lado de la amiga enferma, como ensombrecida aún más sobre su luto y sobre su morenez, por la sombra de muerte que había en la estancia de la doliente, y tuvo una clara sonrisa cuando le vió.

—¡Oh mi Luis!—murmuró.

Y cogióse de su brazo con un natural abandono. Venía cansada del velatorio, ansiosa de poder hablar libremente, fuera del sigilo que imponían

los oídos sutiles de la enferma. Y contó al amigo que la enferma estaba peor; sin duda se moría. Ella, experta en los signos de la muerte, los había visto ya sobre el rostro pálido de la doliente; y eran los mismos que sus ojos expertos habían aprendido a reconocer sobre las caras de la madre y del marido moribundos. Tenía ya la amiga sobre el rostro el aire de ausencia, la máscara fúnebre de lejanía y de misterio de los que no son ya de este mundo. Y era un dolor ver morir a la muchacha núbil y virgen, que la primavera pasada aún formaba ramos de rosas y reía con la alegría loca de las aprendizas de los talleres que aún no han conocido el grave dolor de las maestras. Había sido una tisis fulminante, una de esas enfermedades rápidas y oscuras que las núbiles contraen en una noche de otoño en que se han puesto una blusa demasiado leve, bajo la cual temblaba el seno cándido. Era un dolor ver consumirse así a la tierna virgen, no prometida todavía seguramente a ningún hombre, aún alegría perfecta y esperanza de la anciana madre. Velábanla la vieja y las amigas jóvenes, compañeras de taller o amigas simplemente como ella. Y las jóvenes, inexpertas en los misterios del amor y de la muerte, esperaban que se salvaría; pero ella, conocedora de los signos mortales que ya se habían manifestado, sabía bien que no había salvación para la pobre virgen. Y este conocimiento daba ya un sentido funerario a su amor por la amiga. Ayudaba a cambiarla de postura en el lecho, suspendiéndola por las axilas con la misma ternura que si estuviese ya difunta, apiadada de su palidez y su demacración; enjugábale con indecible suavidad el sudor de las sienes y de las mejillas, componíale la larga trenza de virgen y velaba por que, en la inquietud de la fiebre, no se descubriese el casto seno. Velaba sobre ella como sobre una difunta, más cuidadosa y atenta, ella, viuda, entregada al amor de los muertos y joven todavía, que la madre, demasiado vieja, entorpecida por la ancianidad y el dolor, y que las amigas, demasiado jóvenes, que tenían la inquietud del amor, y que, a veces, como en las veladas del taller, levantaban los visillos para atisbar en la calle sombras de varones. Ella no se movía de la cabecera del lecho sino para llevar las medicinas inútiles que la enferma tomaba sin mover la garganta. Después de haber asistido a la amiga como a una hermana, como había asistido a la madre y al marido, su deseo supremo era estar a su lado en el trance último, para cerrarle los ojos y amortajarla, como se lo había prometido, con el traje claro que había lucido el verano anterior en las verbenas. Porque la enferma conservaba toda su lucidez, serena como la llama pura de su castidad y se lo había pedido así, temiendo ser olvidada en el aturdimiento funeral por la inexperiencia de las amigas jóvenes, que lanzarían, inactivas, los gritos más altos.

Hablaba la mujer con los ojos llenos de lágrimas extáticas, y la noche de los libertinos se llenaba de un hechizo fúnebre, por el misterio de la virgen que agonizaba detrás de uno de esos balcones altos iluminados que las parejas nupciales ven brillar camino de las estancias abiertas al placer. Hablaba, y el amigo, oyéndola, volvía a sentir miedo y simpatía hacia aquella piedad fúnebre de la mujer. Y pensaba cuál sería aquella ventana alta, fatídica entre todas las iluminadas en la noche, tras de la cual agonizaba una virgen. Por el hechizo del triste relato, la noche, que parece no tener sino refugios para el amor y la loca alegría en las ciudades; la noche, en que claras nubes parecen adormecerse sobre techos trepidantes de risas; la noche de los merenderos y los reservados, ancho canal azul para góndolas enguirnaldadas, convertíase en un amplio campo santo de sombras, en una fúnebre laguna para barcas negras. Y la luna volvía a cubrirse con la máscara fúnebre con que la habían visto los antiguos descender a los infiernos. Y las cosas todas mostraban esa placidez última de los cenotafios y las nubes quietas y lar-

gas se asemejaban a humaredas fúnebres.

Las calles desiertas parecían cubrirse de espesos asfódelos para el tránsito de la mujer piadosa; y sobre aquellos asfódelos, él caminaba sin ruido al lado de ella, silencioso y triste. Pensaba en la virgen que agonizaba y parecíale que todas las cosas se hacían tácitas para acompañar su agonía y que había un eco de adiós sobre todas las cosas. Y añadía mentalmente: «Todas las femíneas gracias de la virginidad y la hermosura no han podido vencer a la muerte. Y recordaba con temor sus treinta años, y la advertencia de su pecho encogido; y lleno de una ternura implorante, como si demandase ya las últimas mercedes, se acogía a la mujercita pequeña que tenía valor y serenidad para mirar las caras de los agonizantes. Y no abandonaría al hombre que amase, aunque le viese el rostro cubierto por la máscara más horrible de la muerte.

Ella, admirada de su silencio, volvió hacia él sus ojos, en que las lágrimas eran antiguas y perennes, y tomóle luego las manos.

—¡Qué frío estás, Luis!—suspiró.

Y se ciñó a él, para comunicarle el calor de su cuerpo, sin soltar sus manos, que llevaba entre las suyas, bajo el mantón, cual si fuesen flores delicadas que hay que resguardar del relente. Era manifiesto que empezaba a sentir un amor miserativo por el hombre joven, triste y enfermizo que le acompañaba; un amor en el que los apasionamientos peligrosos que inspirase la juventud estarían templados por la piedad que la palidez de aquella primavera juvenil excitaba. Se la veía empinarse para apoyar la cabeza en su hombro y ofrecerse como un don votivo; y procuraba alegrar su tristeza, revelándose, bajo su mantón negro y sus lutos, mujer blanca y tierna para el amor. Se llenaba de una coquetería inocente y dolorida. No creyese él que era una mujer triste. Sabía cantar y bailar, bien que ya no lo hiciese desde la muerte de su difunto. Y sabía componerse y ser maja. Ahora iba así descuidada, porque los velatorios de la amiga enferma no le dejaban tiempo más que para reposar un sueño breve. Y, además, amor ahora no le pedía gracia. Pero cuando ella quería... En la casa era la alegría de todos. La patrona le decía, admirada:

—¡Vamos, que hay que verla a usted! Con tantas penas como ha sufrido...

Y el niño no sabía estar sin ella. Dormía o jugaba en su falda mientras ella enlutaba sus sobres. Era de la edad del hermanito muerto, y a ella le parecía el hermanito mismo.

Procuraba así mostrarse alegre; pero a cada momento el ritornelo fúnebre volvía a sus labios, y él admiraba en silencio cómo hasta la alegría de aquella mujer estaba velada de crespones fúnebres. Hasta él mismo, por su semejanza de nombre con el difunto, debía de ser para ella una evocación. Y esa evocación que a ella había de moverle a amarle por el hechizo de hacer de aquel nombre una cosa viva había de contenerle a él en el vuelo de su ternura. «No estaba bien—pensaba—poner las guirnaldas del amor sobre tanta ruina sepulcral; no estaba bien sacudir con una mano loca los negros bosquecillos sepulcrales e interrumpir con un amor profano la sacra tradición sentimental de la enlutada mujercita.» Y meditando una retirada discreta, ahora que todavía no se amaban y sólo unidos caminaban por las simpatías, prontas en las grandes ciudades, acompañaba el tránsito de la mujer por las calles de los suburbios.

III

Habíase prometido no volver a la cita de la madrugada, y, sin embargo, volvió. Atraíale la mujer sencilla y humilde, de tan valerosa piedad, que había consagrado sus manos al culto de la muerte. Figurábase por adelantado los raudales de piadoso amor que vertería sobre él si le viese un día

enfermo o herido; la solicitud con que velaría sobre él y le confortaría, sin muchas lágrimas ni clamores y sin dejarse asustar por la mucha sangre ni la gran palidez. Y esta idea que le infundía cierto temor supersticioso a la consoladora de agonizantes, atraíale, sin embargo, a ella por el encanto supremo de un amor que hubiera de tener su consagración heroica en el dolor y en la muerte, así como otros lo tenían en la alegría y en la festiva locura. Atraído por el encanto de este amor, tan pródigo en misericordias supremas, que había de guardar sus racimos más óptimos de consolación para exprimirlos sobre la frente lívida del elegido cada noche, dejaba la alegría juvenil de los amigos de su edad, para ir a esperar a la viuda en el promedio de las vías solitarias, que ella atravesaba de retorno de los barrios altos, adonde subía para velar a la amiga enferma.

Pero hubo varias noches seguidas en que no la vió, y en que lamentó no haber retenido con lazos más fuertes a la mujercita tan pequeña que podía perderse tan fácilmente en una gran ciudad. Conocía su casa y podía esperarla en la calle angosta, donde brillaban las estrellas, en el recogido tul del cielo, con llama tan viva. Pero ¿no habría ella encontrado en estos días, en la ciudad tan llena de aventuras, otro hombre más resuelto que él, menos reacio para amarla y retenerla en sus brazos? Sentía de pronto una gran nostalgia de ella, un gran deseo de verla, que triunfaba de todos sus escrúpulos. Y pensaba qué definitivamente desgraciado sería él si por su culpa se hubiese malogrado el don que la suerte le había hecho al poner en su camino a aquella mujer, sumisa y grave, que se complacía en el dolor y tenía un llanto largo para los difuntos.

La vió al fin a la cuarta noche, y por la alegría de la recuperación acogióla con una ternura excesiva, abriéndole los brazos, como si la mujer pequeñita y enlutada fuese una mariposa negra que pudiera evadirse de su alcance hacia los muros sombríos y desconchados de la noche. Ella se dejó ceñir por los brazos viriles con un abandono completo. Parecía rendida y agobiada. Tenía los negros cabellos revueltos y caídos sobre la frente, y sus ojos, espejeantes de llanto y sombreados de ojeras, parecían dos grandes violetas laxas y marchitas. Parecía más realzada la negrura de sus lutos por una misteriosa tiniebla fúnebre, como si la cubriese sombra de doseles de mirtos sepulcrales; y así, pequeñita y oscura, receñida en sus flojos lutos, parecía una estatuílla fúnebre para ser puesta sobre el mármol de una tumba. El por la primera vez acogióla en sus brazos con ternura como a una amada corneja de corazón claro y estrechóla contra su pecho. Ella tuvo una gozosa emoción y exclamó con aquella su alegría humilde que parecía no atreverse a esperar de la vida dádivas demasiado espléndidas:

—¿Pero me has estado esperando? ¡Anda, y yo que creía que ya no te acordabas de mí!

Cogió las manos del joven y las hizo saltar jubilosamente entre las suyas como si fuesen pomas fructificadas. Luego explicóle. No había podido verla aquellas noches, porque las había pasado en casa de la amiga enferma, velándola al pie del lecho. Estaba ya muy grave y se aguardaba la muerte de un momento a otro. Y ella quería encontrarse presente cuando llegase la conocida. Pero la muerte no había venido sino aquella noche, cuando rendida de la expectación tan larga, sentada junto al lecho, se había dormido un instante con ese sueño misterioso y ligero que rinde a los pilotos sobre las naves y a los que encienden piras para pasar en vela la noche. La había despertado el silencio súbito de la enferma, que ya no alentaba. Entonces se había puesto en pie, ella sola, mientras la madre anciana y las amigas más jóvenes continuaban dormitando en sus asientos. Ella entonces, sola y como en un desierto, cercada del sueño de las durmientes, había afrontado la presencia de la muerta y se había inclinado sin susto

sobre el cuerpo inerte, tibio aún y fláccido como el rescoldo de un fuego, y había posado su mirada sobre las heladas pupilas de la difunta, tristes de una infinita tristeza por el desconsuelo de la muerte. Piadosa y heroica, había cerrado aquellos ojos en que la muerte se había mirado y velado el rostro de la difunta con un finísimo pañuelo. Luego, calladamente, había revuelto el armario donde la virgen muerta guardaba sus cándidas galas, y, valerosamente, sin pedir ayuda de nadie para la piadosa tarea, cerrados castamente los ojos sobre el cándido misterio de una desnudez, habíala amortajado, según su deseo, con el traje claro. Y la virgen difunta, vestida de claro, había quedado semejante a una novia que, ataviada para la primera nupcia, hubiese sido sorprendida del sueño. La muerte había estirado su cuerpo y sus pechos aguzados parecían querer volar al encuentro de la doble alegría del amor. Y era maravilloso ver cómo la enferma, demacrada por la larga enfermedad, había adquirido en parte una extraña y escueta gravedad viril, y cómo su pesada trenza, viva con la vitalidad del cabello humano, parecía una cosa extraña en aquel cuerpo muerto.

Así ella había cumplido sus deberes fúnebres con la amiga, sola, piadosa y fuerte, mientras la madre y las jóvenes dormían. Luego, despertadas por ella, habían dejado los asientos y rodeado unas el lecho mortuorio, en tanto las otras consolaban a la anciana. Entonces habían sido los llantos y las lamentaciones, las voces altas y vibrantes. Y acompañada por este coro plañidero, ella, con los ojos exegeantes de lágrimas silenciosas, había encendido las luces que, según el rito antiguo, deben iluminar las horas últimas que los muertos están sobre la tierra. Luego había ella también consolado a la madre gravemente, cogiéndola de una mano y diciéndole con sencillez:

—Nada de llanto, señora Dolores. Hay que tener valor—y mostrándole por entre estas palabras, ella, viuda, falta de la madre y del hermano, todo lo inevitable del destino. Y la anciana se había calmado, y las jóvenes también habían apagado sus lloros. Y habían traído flores para cubrir el lecho. Y con esas flores y la presencia de las muchachas, la estancia mortuoria parecía una capillita del mes de mayo.

Narraba el fúnebre poema con voz cansada y se apoyaba en el amigo, como rendida por la fatiga de su heroica piedad; y caminaba así lentamente, con la cabeza en el hombro del amado, hacia arriba los ojos, vueltos hacia los ojos de él y hacia los cielos, con la misma dócil tristeza que si ella también fuese una muertecita. Se la adivina bajo la impresión de los tres días pasados en un ambiente de muerte, en el aire quieto y corrompido de la estancia de la agonizante, entre lamentaciones contenidas y sollozos quedos: se la adivina excitada por aquellos días de angustia que habían sido una apremiante invocación a sus mayores energías, y se adivinaba también cómo en aquel ambiente fúnebre habían revivido las fuentes de la ternura antigua que habían hecho brotar flores sobre los sepulcros de sus muertos. Se abandonaba al amigo con una confianza nueva, se le entregaba en los brazos; y él, sintiendo el peso de la mujercita agobiada por la práctica de los ritos fúnebres, sentía hacia ella una compasión tierna al par que una supersticiosa admiración. Conducíala ceñida por el talle y contemplaba con un amor último sus cabellos negros revueltos como el césped hollado de los jardines en ruina y sus ojos semejantes a fuentes estancadas. Abismado en la contemplación de la mujercita, que parecía emerger hacia sus ojos del asfalto humoso de la calle como de un lago de cenizas, caminaba en la noche como por un yermo fantástico, como por último campo de amor y de tristeza. Una lascivia triste se había apoderado de él, al contacto de la mujer enlutada, que acababa de salir de un ambiente de muerte y estaba como impregnada por óleos funerarios y era semejante a la muerta misma, cuyo último calor había recogido en sus manos. Se había

apoderado de él una lascivia triste y estrechaba a la mujer con una violencia dulce, con un deseo triunfante de todo temor, como si fuese el ángel plorante de un sepulcro, ávido de unirse con ella en el simulacro mortal del amor, de desfallecer sobre su seno para que ella vertiese sobre él los raudales de la última ternura que guardaba para los muertos. Pensaba en el placer extraño de amar a aquella mujer negra por sus cabellos y sus lutos, en una estancia deslustrada y sombría, de espejos borrosos, de moscas muertas en las ventanas, que se ofrecen al menos en los suburbios, en los recodos de las calles desiertas, y de abismarse así en una nupcia fúnebre en que, por el recuerdo de la virgen difunta, tuvieran sus besos un sabor de muerte. Pasaban en aquel instante ante una de esas casas pobres y sombrías para el amor, silenciosas como sepulcros, y él, impulsado por su figuración lírica, incitóla a entrar. Vaciló ella un punto; pero luego, como sofocada por el hálito de deseo que subía hasta su frente desde lo hondo de su larga castidad y le cegaba los ojos, desfalleció en los brazos del amigo. Y sostenida, casi arrastrada por él, transpuso el umbral de la casa, en que brillaba un farol mortecino, un farol de noviembre y de mausoleo menos claro que los blandones que a aquella hora alumbraban el reposo de la virgen muerta.

IV

Viéronse desde entonces todas las noches, no a la hora clara y alegre de los novios, a la hora en que arden a un tiempo todas las luces de la ciudad, sino a la hora más turbia y fatídica de los amantes que están unidos por un amor impuro, y han de encubrir su pasión con el secreto. Veíanse ya muy entrada la noche, cuando el cielo es negro después de haber sido dulcemente azul y diese toda su acendrada belleza de crespones fúnebres. Salía ella de casa, donde pasaba el día entero enlutando sobres, a tomar el aire, según decía a los patronos, marido y mujer, que a aquella hora se disponían a escalar el gran lecho matrimonial y que compadecían a la viuda, imaginándosela, desorientada y triste, por las calles, ante los últimos escaparates iluminados. El la aguardaba algo lejos de la casa, y cuando ella se le unía, perdíanse los dos por aquellas calles de los suburbios que bajaban en pendiente hacia las rondas planas y polvorientas y hacían giros en torno al mayor hospital de la población. Cogidos del brazo, caminaban lentamente, abandonándose al hechizo malsano y triste de aquellas calles de suburbio, en que los reverberos tenían claridades lastimeras y en que las parejas de amantes, semejantes a la que ellos formaban, se deslizaban sin ruido, junto a los muros amarillentos, como si caminasen hacia una última ribera de olvido y de quietud, camino de las rondas, donde en la noche hay suicidios misteriosos y muertes súbitas de trajinantes y desgracias. Pesaba sobre ellos la influencia del suburbio pobre por donde caminaban y de las cosas tristes y oscuras que veían, atrios desiertos de iglesias, plazas tenebrosas donde el viento sacudía los árboles sin hojas, callejas que se hundían con sus farolillos trémulos en negros abismos. Pesaba ante todo sobre ellos la influencia del gran hospital, cuya mole de dolor, semejante a inmenso cubo de lágrimas más triste que un campo santo, se adivinaba siempre, por detrás de las calles que recorrían. Pesaba sobre ellos la tristeza del ambiente como una gran ánfora llena de hojas secas y de lágrimas, y bajo este peso, ella, la tierna y lastimera mujer, temblaba y suspiraba con eterna congoja. Todo era en ella recuerdos de muerte, evocaciones dolorosas, aniversarios de dolor. Llevaba la cuenta de los días por los que ya no existían para el tiempo y no olvidaba nunca cuándo se cumplían meses o años de alguno de los llorados óbitos. En esta época, en invierno, había muerto la madre anciana. Recordaba todavía las ráfagas de vien-

to que sacudían los cristales de la estancia aquella noche y obligaban a los velantes a ceñirse en sus ropas, no obstante los fuegos encendidos en la casa. El hermanito había muerto en primavera, como si la tierra blanca de acacias y de flores de almendro quisiese todavía más blancura y sintiese la nostalgia de los féretros blancos que la muerte le envía por todos los caminos floridos. Recordaba la dormida apariencia del párvulo en el féretro diminuto, nada triste ni medroso, semejante a una cuna, en la casa, bajo los rostros inclinados de las vecinas, y tan pequeño luego, mecido en la carroza fúnebre, cuyos dos caballos caminaban lentos y airosos, por el ligero peso, más de flores que de carne corrupta. En cambio, el marido había hecho su tránsito en esos días ardientes que parecían propios para sólo el amor, y cuya llama encendía un fuego de ternura desgarradora en el pecho del muriente. Y se asía el muriente de sus manos con una energía extraña, como cuando la solicitaba para el amor y fijaba ávidos los ojos en el amplio escote de las blusas claras que la mujer vestía. Era una lascivia última de enfermo del pecho que el verano que enciende los rastrojos en los campos encendía en el corazón del moribundo. Y la pobre mujer se acongojaba y velaba su garganta y cubría sus brazos hasta las muñecas; y se hacía menos bella y aun menos amante para templar el fuego impuro. El lo comprendía, y como que tenía celos, y por eso, en vísperas de muerte, había conjurado a la mujer, sujetándola por ambas manos, a que no se casase nunca y le fuese fiel en esto al menos, cual si presintiese que la viuda joven por fuerza había de rendirse al amor vago. Así, la reavivada ternura de la mujer hallaba su alivio en estas narraciones tristes que el amigo escuchaba silencioso, absorto ante el vasto hipogeo que le descubría la viuda.

Estas evocaciones eran especialmente vivas las noches de los días en que ella había subido a la necrópolis a orar sobre los sepulcros de sus muertos. Esos días conservaba ella hasta la noche el hechizo fúnebre que allá gustaba y la visión de los sepelios que había presenciado y de esas cosas últimas y desgarradoras—osarios removidos, mortajas deshechas—que se encuentran en los cementerios. Esas noches, su alma, orientada siempre hacia la muerte, parecía fijarse definitivamente en su oriente luctuoso; arrastraba al amante hacia las rondas y le mostraba las luces lejanas que marcaban el lugar de los cementerios invisibles, en la noche, pero como discernibles para sus ojos; y se placía en la contemplación lejana de las tristes moradas, donde tenía casi toda su familia, y eran, por esto, algo suyo. Tenía sus muertos repartidos en los dos cementerios de la ciudad; la madre, anciana, la que más cansados tenía sus ojos, reposaba en el antiguo cementerio de San Isidro, donde ya se enterraba apenas, breve jardín tranquilo de vetustos cenotafios, al sur de la ciudad, sobre una colina de pendiente suave junto a un río de agua turbia y parca y de riberas silenciosas. Junto a la madre reposaba el hermanito, malogrado en el límite de la infancia. Pero el marido reposaba allá al Norte, en la nueva necrópolis de la Almudena, amplia y popular y tan inquieta como un mercado, al que se asemejaba también por el número de sus rosas frescas. Así ella, en dos puntos del horizonte, podía encontrar motivos de recuerdos y de llanto, así como de mística y extática contemplación.

De este modo, ella iba compartiendo con el amigo todo lo que el pasado le había ofrecido de tristezas, y le iba envolviendo en sus mismos fúnebres crespones, como si quisiera hacer de él una continuación del arca de recuerdos que ella era. El le abría su alma hasta llenarse de su mismo hechizo fúnebre, complaciente con aquella tristeza, que exaltaba su melancolía juvenil. Y saturado a veces de ese hechizo, sentía un ambiguo placer en ver hasta qué línea profunda era plañidera y fatídica el alma de la amiga, como ya había visto hasta qué

límite de negrura apasionada llegaba su morena piel. Pero otras, asustado de aquel fondo oscuro de enlutados recuerdos, hacía esfuerzos por volver a la vida y al presente. Ella advertíalo y quería mostrarse alegre; pero la sonrisa se quebraba en sus labios, y sólo llegaba a dispensar al amigo un mimo triste. Sus labios áridos parecían consagrados a las jaculatorias dolorosas. Impresionábanle las desgracias y los crímenes que leía en los periódicos, y los comentaba con una piedad excesiva para las víctimas, con una nostalgia de no ser una enfermera para contener las hemorragias y vendar las heridas, y con un pesar de no haber estado presente para llorar sobre los cadáveres. Le gustaba pasar bajo las ventanas iluminadas del gran hospital y bajo los muros pintados de amarillo, y atisbar, empinándose, la tristeza interior. Parecía pesar sobre sus hombros, mujer sola y criada en el culto del padre muerto, todo el dolor del mundo. Si acariciaba al amigo, lo hacía con un mimo doliente y compasivo, como si lo viese enfermo o con una herida en la frente. Le tomaba las manos como a un febricitante y le miraba a los ojos con tal piedad y tal inocente anhelo de prodigarle mercedes heroicas y supremas, que el joven se sentía desfallecer bajo aquella mirada y bajo aquellos besos que parecían quererle restañar y absorber la sangre de una herida.

Para esquivar esta mirada, para apartar a la amiga de su idea fija, hablábala alguna vez el joven del hermano ausente, el único pariente de la enlutada, aún viva esperanza para el porvenir. ¿Dónde estaba y qué hacía este hermano misterioso y lejano? Ella eludía contestar claramente a esta pregunta, que parecía aumentar su duelo. Estaba empleado en provincias. Era más joven que ella, célibe y no prometido a ninguna mujer. Era más joven que ella, pero parecía mayor por su genio serio y taciturno. Y la quería a ella con un amor tutelar de primogénito. Si no estuviera lejos, viviría con ella, no con ninguna otra mujer. Así se lo tenía prometido para cuando volviera. Siempre la había querido mucho. Cuando ella era una niña, la defendía de los muchachones que la estorbaban en sus juegos; y cuando fué una moza y empezó a llevar la falda larga, él velaba para que ninguno de los pretendientes que la acosaban burlase su inocencia. Y desde que ella se quedó viuda, había jurado no casarse, para acompañarla, célibe él a ella viuda, como célibe también, por la falta de hijos. Contaba esto con una voz quejumbrosa, como si hablase de otro de sus muertos, y el amigo se preguntaba qué nuevo misterio de dolor sería en la vida de la mujer fatal la ausencia del hermano. Lloraba ella al evocar su recuerdo y le nombraba pobrecito, como si hablase del otro hermanito difunto.

Un día llegó a decir:

—Con lo que allí se sufre.

El amigo interrogóla:

—Pero ¿dónde era allí?

Y ella entonces, ingenuamente, le confesó:

—En presidio.

Estaba en presidio, no fuera a creer que por nada deshonroso. Estaba allí por una mala mujer, su novia, a la que había matado por mala. Estaba para casarse con ella, seriamente para casarse. Tenía comprados ya todos los muebles. El era maquinista de los ferrocarriles. Iba y venía con los trenes por los campos, como los marinos con sus barcas por el mar. Se estaba algunas veces varios días fuera, junto a las llamas de la máquina, ennegrecido y huraño. Cuando volvía no se le podía hablar: tenía el genio fuerte de un minero. Ella era una coqueta, bien se lo advertía la hermana al principio de aquellos amores. Luego se lo advirtieron los amigos. El sabía que lo engañaba, pero no quería creerlo. Lo engañaba con un novio que había tenido. Un amigo le dice:

—Esa mujer quiere adornarte la cabeza antes de tiempo.

El contesta:

—Pruebas: si es verdad, la mato a ella; si es mentira, te mato a ti.

El otro le dice:

—Cuando volvamos de este viaje te daré pruebas.

Y se las dió, enseñándole a la novia que hablaba con el otro en la misma casa que habían tomado para la boda. Y el hermano, que era muy serio, mató a la mujer, sin una palabra. Y ella, la hermana, le vió entre guardias civiles y en el banquillo de la Audiencia luego y más tarde, entre las rejas de una cárcel, vestido de amarillo, como cubierto por los jaramagos de la muerte. Se lo habían llevado lejos, y sólo dos veces había podido hacer el largo viaje para verlo en los siete años de su martirio. Ahora ya estaba para cumplir, y si había indulto, podría salir para la primavera. Ya veía si era desgraciada...

Cuando terminó de hablar, pareció ceñir su frente y cuajar sobre ella el nimbo de la absoluta desgracia. Era verdaderamente la madona de todos los dolores; y eran sus ojos las ánforas de todas las lágrimas. El la miró asombrado de la vastitud de su pena y de lo fatídico de su amor. Amar a aquella mujer era como amar a la misma noche llena de lamentos y poblada de sepulcros; hundirse en aquel alma era como sumirse en un pozo de suplicios, y su anhelo juvenil se detenía ante las ofrendas de aquella carne tocada por todos los dolores. Parecía como si la circundasen las furias y la festejasen los cerebros infernales, cobijados en la orla de su negro traje, y como si su negro traje estuviese formado del tejido de la eterna noche. Pero había también un placer acre en asomarse al abismo de tanto dolor y recoger la única flor viva que para el amor había quedado en aquella hondura calcinada. Había un placer acre y último en identificarse con la fatídica mujer y en compartir su fúnebre destino, en descansar la frente sobre aquel regazo que había sido alivio de agonizantes, y dejarse acariciar por aquellas manos, tantas veces heladas por el contacto de los muertos. Y el joven, enardecido por los tristes relatos de la amiga en aquellos paseos por los suburbios, bajo los faroles de luces amarillas, junto a los muros amarillos, sentía la suprema embriaguez de ceñirla entre sus brazos, lleno de un miedo supersticioso, como si por la audacia de su profanación y la luctuosa estrella de la amada hubiese de entrar en el círculo fatídico en que reposaban la madre anciana, el tierno párvulo y el marido...

V

Así, caminando enlazados por aquellas calles últimas de la ciudad, embriagábanse los dos con los peligrosos beleños de la muerte y hundíanse cada vez más en un tenebroso abismo. Poco a poco, el definitivo desencanto de la viuda íbase comunicando al hombre joven, como si él también, célibe aún, hubiese vestido ya luto por todas sus ilusiones. El también, deseoso de identificarse con la amante enlutada, evocaba las sombras de parientes muertos, el padre primero, cuando él era aún un niño; luego los viejos tíos, hermanos del padre, pero tanto mayores que él, de una vejez de abuelos. Había sido una sucesión de muertes que durante cerca de un año tuvieron entornada la puerta de la casa. El era entonces un niño, pero conservaba vivo el recuerdo del horror cadavérico, de los rostros lívidos y de las manos con las uñas rayadas de azul. Esta última circunstancia, sobre todo, le había impresionado entonces y le enternecía ahora cuando la recordaba; y admiraba con la amiga qué cosa tan doliente hacía la muerte de las criaturas más jocundas. Abstraíanse los dos en la contemplación ideal de la belleza cadavérica, tan patética y conmovedora en las criaturas jóvenes que se tornaban como de mármol, esculturas perfectas en los moldes de la muerte y de la deformidad cadavérica en las personas maduras, en las mujeres de vientre hinchado, en los hombres de gargantas descarnadas. Y recordaba ella la forma tranquila y como de cera del hermano muerto y el tumefacto cuerpo de la madre, cuyo alto vientre casi le tapa-

ba la cara para los que la miraban desde la entrada del cuarto mortuorio. Estas consideraciones les infundían un gran amor piadoso hacia los muertos que se volvía sobre ellos mismos y sobre los bancos de los paseos desiertos, los detenía en éxtasis de un romanticismo sensual, de una lascivia fúnebre como la que se revela en los velatorios, entre los hombres y las mujeres que han bebido un café cargado para pasar la madrugada. Y se ceñían ambos tiernamente; y él abismaba sus ojos en la pálida cara de muerta de ella y ella le cogía sus manos, como para aliviarse de una fiebre, y les parecía a ambos que estaban ya sepultos en la única oquedad de un mausoleo.

Así sintieron pasar sobre sus frentes las últimas ráfagas del aire crespo del invierno, del invierno que más de una vez les mostró fúnebres escenas detrás de las ventanas bajas y vieron venir los primeros cortejos de la primavera, en esas noches en que las estrellas brillaban ya manifiestas sobre los tejados. Entonces les pareció como si despertasen de un letargo antiguo. Ella vestía lutos más ligeros y tenía una sonrisa valerosa entre sus lágrimas perennes. El sentía el ascendiente de la primavera que vertía sobre el hechizo fúnebre de aquel amor sus nepentes heroicos. Era ahora más fuerte para aceptar todos los destinos trágicos, y pensaba en la muerte con una exaltación mayor. En aquellos días amaba a la amiga enlutada con una devoción absoluta, sin sentir la advertencia de su pecho hundido ni de los fúnebres presentimientos que su luctuosa estrella le infundía. Excitado por el ardor primaveral, adorábala ahora con un ritmo más vivo y pleno, con una palpitación febril. Extenuábase en sus brazos, agotábase en ellos; y sentía como un ansia jocunda de desfallecer mortalmente sobre el pecho de la amiga, para recibir de ella la suprema piedad y poner sobre su cuerpo un nuevo luto.

VI

A principios del verano, cuando los frutos que se ven en las ciudades son todavía fresas y guindas, ella dióle, con su gesto triste, la noticia, alegre para ella, del retorno del hermano. Volvía cumplido de allá lejos, aviejado, más huraño que nunca, amable solo con la hermana, rencoroso para las demás mujeres, como si en cada una de ellas viese a la muerta por sus manos. Evitaba mirarlas, y sólo para la hermana tenía ojos, como si no perteneciera al sexo pérfido. Se había acomodado provisionalmente en casa de sus patrones; pero encargando a la hermana de buscar una casa para los dos, una casa pequeña y clara en los arrabales, como para un matrimonio. El volvía aviejado, pero fuerte, dispuesto a trabajar para la hermanita, y a quererla, a ella sola, entre todas las mujeres. Y la hermana se estremecía de gozo, de un gozo templado, como todos los suyos, por evocaciones dolorosas. ¡Si lo viera la madre, si viera a su Juan tan querido avejentado por la cárcel!... ¡Cuánto había sufrido el pobre hermano! Ahora ella lo cuidaría, le asistiría solícita y le haría olvidar todo lo pasado, le haría olvidar la vergüenza y los trabajos del presidio. Sería para él como una madre, le velaría el sueño, más largo los domingos, como una madre. Y serían felices los dos solitos... El la quería tanto... En el presidio había trabajado y había ahorrado para ella; y le había traído una multitud de cosas primorosas, construídas por los presidiarios mismos: abanicos de palma, figurillas de madera, pañuelos de nipis y hasta un pañolón de crespón negro. Mostrábale al amigo el fino pañolón que se había puesto ya sobre los hombros y se contoneaba graciosa, con una alegría fúnebre por la luctuosa gala. Le obligaba a apreciar con los dedos la finura del tejido. El le dió gusto y admiró la prenda. Era, en verdad, hermosa la brillante negrura del luto nuevo, que hacía más fresca y radiante la viudez.

Ella, contenta de su aprobación, cogióse a él exultando y sacando con cuidado del bolsillo un pañolito blanco, de calada labor, mostróselo, añadiendo:

—¡Mira, Luisito: para que veas que me he acordado de ti, te lo regalo! Es de los que me ha traído mi hermano.

Y desplegándolo entre sus manos, enjugóle el sudor de la frente, para que sintiese toda su finura. El aceptólo, y, sin saber por qué, le pareció un augurio, como si fuese un pañuelo destinado a enjugar lágrimas o a vendar una herida, el pañuelo ofrecido por la luctuosa criatura.

Luego hablaron del porvenir. Era menester que se viesen ahora con mayor reserva. Ella necesitaba tiempo para asistir al hermano, y no podría prodigar sus noches como ahora. Y también el hermano huraño podría llevar a mal que tuviese relaciones con ningún hombre. Hablaba así él; pero ella rebatía esos escrúpulos. Pensaba el hermano colocarse en los tranvías, donde tendría un trabajo nocturno. Volvería tarde a casa, cuando ya estuviese ella de retorno. Además, cuando supiese que se querían, hasta habría de alegrarse. Ya sabría ella prepararlo; y hasta serían amigos con el tiempo, y ella se vería envuelta en este doble amor. Escuchábala él hablar con tanto aplomo, y sin saber porqué, asaltábale un presentimiento sombrío. Volvía a sentir miedo de la estrella luctuosa de la amiga, de su destino fatal para quienes la amaban, que hacía de ella un centro de dolor y desgracia. Volvía a verla como la primera noche, cuando su mano extendida se retiraba con un temor supersticioso del cuerpo de la viuda; volvía a verla con toda su aureola fúnebre, con su séquito de muertos, unida y ligada como por un voto a todo lo negro y fúnebre de la tierra, con su corazón orientado, lo mismo que sus ojos en la noche, hacia las luces votivas de las necrópolis cercanas, más unida ahora a todos los aciagos enigmas, por el amor al hermano homicida; volvía a verla así, con todo su misterioso hechizo sepulcral, mujer a la que se le ofrendaba un manto negro, y parecíale como si aquel hermano que volvía de la tiniebla del presidio viniese de la tiniebla misma de la muerte para vengar la parte del amor que él había arrebatado a los manes en el corazón de la mujer. Parecíale así, y aquella noche, al besar la frente de la amada, indispensable ya para su vida, sus besos tenían el sentido de una resignada aceptación...

VII

Viéronse desde entonces de un modo más furtivo, no obstante las seguridades de ella. Viéronse en la noche más negra y en lo más lejano y turbio de los arrabales, donde no pudieran ser alcanzados del hermano. El ex presidiario había hallado nuevo acomodo en la ciudad. Se había hecho conductor de ómnibus y curaba sus nostalgias de maquinista, su añoranza de los campos verdes y del azul ilimitado que veía en otro tiempo, desde la garita de la máquina, contemplando ahora desde el pescante las llanuras verdeantes de las afueras y las grandes nubes. Vivía con la hermana, que cuidaba de él y le asistía como a un esposo y le acompañaba en todo el tiempo que le dejaba libre aquel inquieto y alegre oficio. El hermano homicida, el hombre triste y silencioso, en cuyos ojos perduraba como una extática sombra el horror de haber dado la muerte, el hombre a quien la tristeza vestía de negro, después que la infancia le había engalanado con todos sus trajes amarillos, guiaba ahora alegres ómnibus de bodas, pintados de rojo y verde, sobre cuyos pescantes él, alto, grave y hosco, tenía el gesto de un Caronte antiguo, de negro semblante, que guiase una barca fúnebre, pintada de nuevos colores frescos. Así, con este gesto severo del conductor de muchedumbres a la muerte, guiaba él aquellos coches, llenos de jovial bullicio, llenos de juventud hasta en sus amplios estribos, donde saltaban niños, como en

los estribos de los carrouseles, demasiado llenos; y severo, y callado, sin participar nunca de aquella alegría, ni siquiera esos días en que las bestias uncidas ostentaban flores y banderolas en los arreos, hacía restallar seriamente su látigo y abismaba sus ojos en la contemplación de las grandes nubes. Sólo en las paradas, festejaba silenciosamente su alegría de ser libre, con el vino de encendido color que le escanciaban reiteradamente. Vivía en un estado de perenne embriaguez, de una embriaguez recia y grave, de una embriaguez seria que nunca hacía bailar sus piernas ni descomponía su gesto tranquilo; una embriaguez que era una máscara, tras de la cual el licenciado de presidio meditaba largamente un pensamiento misterioso. Había salido de la cárcel más parado que nunca, más reconcentrado en sí mismo, como si no hubiese dejado allí las cadenas que por tanto tiempo hicieron su andar corto y pesado. Sus ojos tenían una fijeza extraordinaria y no se fijaban nunca en las mujeres; y eran bien los ojos de un hombre que con sus manos homicidas había desentrañado el fondo de trapo y de pelote de la rosada muñeca humana. Aquellos ojos sólo se fijaban en las cosas graves y quietas; en la tierra verdeante a lo lejos, en las nubes pesadas y en los ojos de la hermana, llenos de una gran quietud fúnebre, semejantes a los eternos crespones. Como la hermana viuda, él también se había hecho un apasionado de la muerte. Los días de libertad iba con ella al cementerio a visitar los sepulcros de los muertos familiares; con sus manos, que se habían hecho hábiles en el presidio, en el menudo arte de los penados, tallando ingenuas maravillas en la dulce madera de boj o tejiendo aquellos finos pañuelos que enviaba a la hermana; con sus manos mañosas había tallado cruces nuevas para las tumbas familiares, cruces historiadas, con una ingenua y ardiente devoción, que él mismo había plantado sobre la tierra antigua. El, desprendido ahora de toda amistad, velaba sobre aquellas tumbas, y las cuidaba y las ornaba como si fueran tálamos y cunas; ornaba el sepulcro del padre, ya antiguo, y el de la madre y el del párvulo, aún reciente y tierno como la carne misma del muertecito; extasiábase sobre la fúnebre tierra, teniendo a su lado a la hermana, enlutada siempre como si llorase siempre un duelo nuevo; extasiábase junto a la humilde hermana plorante, que sabía tomar tan dulces y últimas actitudes junto a los sepulcros; y no decía nada, pero la miraba tiernamente; y no lloraba tampoco como ella, la efusiva y doliente, pero sus ojos destellaban con una opaca frialdad, más tristes que todas las lágrimas. Pasábase allí sobre la tierra fúnebre sus días de fiesta, hasta la hora de ponerse el sol, esa hora en que deben cerrarse los cementerios, según antiquísima costumbre ritual, porque a esa hora se hacen más ambiguas las casas de los que han de ser sepultados y todo es más oscuro aún en el negro reino de la muerte. Pasábase allí sus días festivos como en su morada de la compañía alegre, y se sentía feliz, como si junto a las tumbas familiares se embriagase con el opio maravilloso de la muerte, y con las alas sutiles de este opio penetraba en maravillosas regiones, más festivas para su fúnebre espíritu que los merenderos del domingo en que se solazaban los hombres de su edad. La muerte, maravillosa región, abría para él sus moradas de eterna quietud, enguirnaldadas de perennes flores y pobladas por una multitud de hombres y mujeres eternos, adormecidos en sempiternas actitudes de silenciosa dicha. Dijérase que la muerte, lago de aguas opacas, hacía claras sus aguas para el hombre caviloso y que en la serena profundidad veía a los amados seres muertos, claros y distintos, como si resurgiesen milagrosamente después de haber sido lanzados de la paz de la vida en aquellas aguas sempiternas. En estas meditaciones, el hombre que había dado la muerte y se había asociado así, con sempiterno lazo, a las intenciones de los fúnebres númenes, se llenaba del sentido

de la belleza fúnebre y concentraba en ella todas sus facultades de creador; y así como los jardineros que cuidan los vergeles de rosas vivas, así cuidaba él aquel su jardín de muertas rosas; y así como tallaba aquellas cruces ingenuas, pensaba en construir un fúnebre palacio suntuoso para sus muertos, un palacio magnífico, como los que se construyen para seres vivos, en el que sus muertos, ahora dispersos en diversos sepulcros deparados por el acaso, estuviesen reunidos, formando una única familia; la esposa resignada y tierna junto al padre fuerte, y entre ellos el párvulo, aún más tierno que la madre, para que de su costado pudiese beber los raudales del sempiterno sueño; para que estuviesen reunidos todos, como una única familia, y les aguardasen a ellos los supervivientes adormidos en deliciosa calma, como en otro tiempo les habían aguardado junto al brasero, en la estancia velada por tibios sahumerios...

★

Así, en estos éxtasis, el hermano homicida, que se había hecho un instante colaborador de la muerte insaciable y había esgrimido su guadaña misteriosa, encendíase en una pasión fúnebre más viva ya que la que sentía la hermana. En la casa fraterna considerábase, no como el hombre fuerte y joven que aún puede acrecentar los retoños de la vida, sino como el hijo de unos padres muertos que tiene su hogar verdadero y su verdadera familia, no el mundo claro de los vivos, sino en la región de los muertos, ennegrecida por las perennes humaredas fúnebres. Habíase consagrado al recuerdo, habíase consagrado a los manes, habíase inflamado en una absoluta pasión mortuoria; y se había también ennegrecido como lo estaban los manes sepultos, se había ennegrecido por su fúnebre devoción después de haber sido el hombre amarillo por la infamia. Su alma de criatura primitiva, capaz de dar la muerte, se había consagrado a los cultos fúnebres con una ingenua devoción; todos sus ahorros consumíalos en objetos de dedicación fúnebre, en coronas de flores mortuorias, en candelillas para arder sobre las sepulturas. Y seguía ahorrando para que sus muertos pudiesen tener un día un familiar sepulcro propio, y no estuviesen hacinados, como entonces, en los sepulcros comunes y promiscuos; no estuviesen mezclados con extraños ni soportasen pesos de otros cadáveres sobre sus pechos delicados. Para esto ahorraba él, hombre sin mujeres ni amor; y por esto era tacaño a veces hasta con la hermana, cuyo ornamento había de ser por siempre un luto sencillo. Y vigilaba él, tan fraternal, el atavío de la hermana y la celaba cauteloso, temiendo de la ligereza femenina una infidelidad a los manes. Y la celaba y la espiaba, temeroso de que la vida, que aún era amplia y juvenil para ella, conmoviese de un vivo anhelo su dormido regazo y agitase con demasiada incitación sus leves lutos. Velaba sobre ella, como si presintiese con su alma de hombre primitivo, dotada de naturales perspicacias, el oscuro misterio de amor que florecía con rosas de vida su seno de viuda; y como si escuchase, él también, en la selva nocturna, llena de sepulcros, la voz maravillosa que en el alma de ella cantaba el triunfo del amor y la incitaba a adornarse con flores rojas y no con negros mirtos. La dulce viuda, que ahora, rejuvenecida por el amor, sentíase como agobiada bajo sus leves lutos, como sepulta bajo su luctuosa negrura, y anhelaba renacer a la claridad de su juventud, milagrosamente viva todavía; la dulce hermana que, advertida por el amor, recordaba que era todavía una mujer y no un negro ángel sepulcral, y volvía a sentir el inocente anhelo de embellecerse y sus lutos hacía claros, con prendas de discreto color, sentía ahora sobre sí la grave mirada del hermano y se cohibía para adornarse; y la fraterna mirada rehuía, temerosa de que fuese adivinado su amor, encendido hasta entonces en las negras moradas de la noche. Veía ahora al amado juvenil en entrevistas bre-

ves y furtivas, a las horas en que el hermano taciturno estaba retenido por su labor, en el oscuro comienzo de los crepúsculos, o en la noche más negra, en que ella, amparada por los nocturnos velos, se evadía de la casa fraterna, burlando el sueño del hermano, pesado de triste embriaguez, aletargado bajo las medidas colmadas de la embriaguez en que se busca el olvido. Veíanse ahora el joven amante apasionado y la mujercita doliente, abrumada de velos negros, brevísimos instantes, en los arrabales que circundaban la casa fraterna, en los campos despoblados, lejos de los urbanos reverberos que hubiesen podido delatarles. Llevaban su idilio al través de los campos, y lo adormecían sobre las piedras blancas que se encuentran por acaso desviadas de los caminos o sobre los montecillos de color rojo, áridos y sin hierba; y con las manos enlazadas se abandonaban a la caricia del aire tibio en que ya se anunciaba el hálito próximo de la primavera; y se extasiaban contemplando las estrellas que, en aquellos páramos, refulgían más abiertas, pero más numerosas que en la calle donde ella vivía antes, con una prodigalidad de luces y una gravedad que llegaba a adquirir un sentido mortuorio e infundía ganas de llorar. Ella comparaba aquellas luces con las de los camposantos, que brillan así en su festivo mes de noviembre, llenas de fulgores discernibles de la ciudad. Ella le hablaba ahora del hermano triste, del hermano que todo su amor ponía en ella y la mimaba con su gesto serio; y la ceñía en los lazos de su amor taciturno hasta hacerla sentir un ahogo. Le hablaba del hermano grave y triste, que espiaba su atavío y ojos como de celo ponía sobre todo color no negro en su traje, sobre toda flor un momento prendida sobre su regazo. Hablaba de él con inmensa piedad y amor, pero también con inquietud, también con miedo, como si tanta ternura triste le infundiese espanto. Porque por los ojos del hermano, que era él mismo un muerto evadido del sepulcro, parecían mirarla y vigilarla los ojos de todos sus muertos, y sobre todo los ojos del marido, que, desde el fondo de la tierra, reclamaba el perpetuo derecho del vínculo conyugal sobre la esposa viva. Advertíase en la mujercita enlutada la saciedad de la muerte, el espanto de los fantasmas que llenaban la casa y se obstinaban en hacer de su vida una negra vía sepulcral, en la que nunca más pudieran florecer las adelfas. Advertíase en ella el ansia de una heroica y alegre evasión hacia la vida, el ingenuo deseo de envolverse, ella, tanto tiempo ceñida por los lutos del desencanto, en el recamado velo de ilusión en que se hacían bellas otras mujeres menos jóvenes. Con ingenuo entusiasmo, inclinaba su alma sobre el albor de la primavera, que ya se hacía notar aun en la noche; y decía al amigo que la escuchaba extático:

—Cuando venga el buen tiempo has de ver cómo yo soy alegre también —admirable también que la unía con las mujeres dotadas de risa—. Dejaré estos lutos y vestiré de claro, al fin, después de tanto tiempo; de claro vestiré, aunque se oponga el hermano. Pero no se opondrá, porque yo haré que él también se alegre y se anime y hable, hable al fin cuando griten alocadas las golondrinas. Aún puede él encontrar amor por el mundo, como lo he encontrado yo; aún puede ser feliz en el tiempo en que todo el mundo lo es, en que basta vivir para serlo. El lo será: y se hará alegre nuestra casa; y toda tristeza huirá de ella cuando den flor los claveles que he plantado, en secreto, en los balcones.

Hablaba así la mujercita y volvían a sangrar sus labios con la sonrisa enrojecida que heroicamente hacía alegres sus lutos. Y él la escuchaba atónito, abismándose en la profundidad de aquella heroica embriaguez de falsa alegría con que la cariátide fúnebre que le amaba quería erguirse y echar lejos de sí las canastillas de fúnebres flores que agobiaban sus hombros, y olvidando todo triste pasado, evadirse de su puesto forzoso junto a los sepulcros. Y danzar libertada sobre la tierra ligera en primavera,

que danza, ligera ella también en primavera, como si nunca hubiesen sido cavados en sus campos sepulcros eternos, sino surcos de efímeras y ligeras espigas. Admiraba el heroísmo de la mujer ingenua que, con voluntad perfecta, se empeñaba en ignorar qué admirablemente había sido formada para servidora de la muerte; qué admirablemente formada, tan pequeñita y tierna, para velar junto a los lechos de muerte y para sentarse, encogida, junto a los sepulcros y gemir con aquella voz aguda en el grito que debía tener ella, de cuerpo tan pequeño como la golondrina; y a pesar del augurio festivo que ella quería dar a sus palabras, él la veía aún más dominada por los númenes fúnebres, y sólo fúnebres evocaciones y fúnebres presentimientos y advertencias le sugería su voz. Y volvía a sentirse misteriosamente elegido para renovar las fuentes del llanto en aquellos ojos mortecinos que sólo por el brillo de las lágrimas podían hacerse comparables a los ojos de las jóvenes; y para hacer vibrar en magníficos alaridos aquella garganta quebrada para las canciones; misteriosamente elegido para infundir aún una belleza fúnebre, la única de que ya era capaz, a la mujercita marchita que se había hecho árida en los cementerios y sólo en el reflejo de las piras funerarias podía hacer rosado su semblante. Sentíase misteriosamente elegido para cumplir este prodigio, y embriagado de desesperada y última ternura, murmurando palabras que ella no entendía, abrazada a la enlutada como si abrazase a su propia sombra sobre los campos de la muerte.

★

Cuando llegó la primavera y dieron su flor los claveles de los balcones, ella se hizo más osada. Sin repudiar del todo sus lutos, vistió una blusa clara y se peinó de otro modo en que su frente era más despejada y sus ojos miraban más directos. Con el pretexto de respirar el aire dulce y tibio, abandonaba la casa por largas horas, haciendo que el hermano tuviese que aguardar su retorno. Manifestaba nuevos deseos de libertad y caprichos que el hermano no le había oído antes. Encontrábase fea vestida siempre de negro. Los domingos insinuaba al hermano excursiones a las afueras floridas, no a los áridos cementerios. Seguía acordándose de sus difuntos; pero parecíale ya excesivo aquel culto de muerte. Por primera vez recordó al hermano que era joven; y recordóle también que había muchachas jóvenes que ahora, en primavera, parecían haber nacido formadas en perfecta belleza. Rodeaba al hermano, que las rechazaba, hosco y cejijunto, de incitaciones al olvido y a la alegría. Algún día de fiesta dejólo ir sólo a la grave necrópolis, pretextando compromisos con las amigas. Dejó ir solo al hermano, taciturno y meditativo, a la morada de los recuerdos, irrevocables, donde las margaritas amarillas se abrían ya con palidez de muerte junto a los sepulcros; dejó ir solo al hermano y ella corrió al encuentro del amigo, jubilosa de mostrársele al fin en la claridad de la tarde, ella, antes vista siempre en las negruras de la noche; de ser vista con toda claridad, no como una sempiterna viuda, sino como una mujer aún joven, digna de ser desposada como una doncella, virgen de nuevo por la larga esterilidad. Jubilosa de sentirse aún joven, recorría con el amigo los jardines de rosas vivas, y olvidaba los prados de asfódelos y abría de nuevo su corazón al hallazgo fogoso de las violetas y los tréboles entre la hierba. Formaba entre las amantes parejas que, como para hacer más largo el tiempo grato, se sientan en los bancos de blanca piedra de los parques. Algunas veces, arrastraba al amigo hasta la orilla del río, donde estaban enclavados los merenderos, perennemente alegres, ruidosos de organillos; y también delicadamente vibrantes de sones de guitarra, en las estancias reservadas, con ventanas casi a ras de tierra.

Ella atisbaba desde fuera a las parejas dominicales que danzaban ávidas la danza en que se consuelan las vírgenes y las viudas como ella; y él

la sentía vibrar, involuntariamente conmovida, como si después de tanto tiempo de estar arrodillada sobre las piedras del recuerdo sintiese ahora un inocente anhelo de saltar y saltar sobre la tierra. Le decía, mimosa, recordando sin duda sus tiempos de novia:

—Tú no me has visto bailar. ¡Si supieras qué bien lo hago! Tenía fama, cuando chiquilla. Y sé también tocar la guitarra y cantar flamenco. Me tienes que oír un día.

Exaltábase de festiva intención; y él, cauto, tenía que apartarla de aquellos lugares peligrosos, y, usando de una afectuosa violencia, conducirla hacia más recatados parajes, bajo los álamos, donde merendaban las familias. Tenía que ser él quien usase de la violencia afectuosa para obligar a mayor recato a la mujer que con súbito desenfreno se lanzaba ahora a la alegría de los trajes claros; y así, con tan heroica efusión, se descotaba ahora el alma, tanto tiempo sumida en el dolor, tanto tiempo escondida bajo negros velos. Sujetábala por el brazo y la contenía, y procuraba intimidarla con el recuerdo del hermano grave y duro, todo entregado al luto por los padres, consagrado al culto de la muerte; del hermano, en quien una vez habían encarnado los designios de los númenes fúnebres y que una criatura bella y joven había ya entregado en sus brazos, exánime, al fúnebre barquero. Trataba de intimidarla con el recuerdo del hermano, que una vez había sido el ministro de las némesis; y procuraba infundirle la suerte de supersticioso temor que sentía por el hombre nunca visto, pero al que se imaginaba ennegrecido por las tinieblas del Hades, más fatídico aún que la hermana plañidera, porque en él el amor a la muerte, el dulce e ingenuo culto de los manes, se había exaltado hasta convertirse en el frenesí de la muerte, en el homicida furor; y se había perfeccionado así, con una horrible belleza mortuoria, pasando así desde el puro éxtasis lacrimatorio ante los sepulcros y las piras, al embriagado furor dinámico sobre las aras inmolatorias. Procuraba comunicarle su supersticioso temor al hermano; pero ella, sencilla y confiada, sonreía, con aquella su cara tan patética, que se hacía blanca para hablar de sus amores... ¡Era tan bueno su hermano! ¡La quería tanto! No tuviera miedo que se enojara si los viera juntos. Al pronto, quizá no pusiera muy buena cara... Pero luego, concluiría por decir como siempre:

—Si es tu capricho, hermana...

★

Le vieron venir hacia ellos como una sombra antigua, como la de Caín en la tarde y en las selvas del mundo primitivo. ¿Quién le dijo dónde estaban ellos, quién le guió hasta allí con tan seguro paso? ¿Fué tan sólo el instinto ciego, que tiene los más claros ojos? ¿O hasta allí le condujo la absoluta voluntad de los manes, la némesis vengadora que había asumido los anhelos del engañado esposo difunto, de los padres olvidados, del párvulo sepulto triste en la muerte por ver profanado el regazo en que durmió sus más puros sueños; la némesis vengadora que había asumido la salvaguardia del voto hecho al esposo moribundo de no amar a ningún otro hombre? ¿Quién condujo hasta allí con tan ligero paso al embriagado de soñar largamente sobre los sepulcros? Estaban sentados sobre el césped, con las manos enlazadas y las piernas ávidas de enlazarse, como en los connubios; estaban olvidados de todo, y sobre todo de él; y le vieron venir de pronto, como una sombra antigua, agigantada en la sombra azulada del crepúsculo. Le vieron venir derecho a ellos, grave y largo, como si le circundasen las sombras infernales y le acompañasen las furias. Y era tan clara su intención vengadora, estaba de tal manera tirante el arco de sus cejas, era tan claro el mensaje de muerte que traía para alguien, que el amigo supersticioso comprendió al instante que era él, el fatídico hermano homicida, que, como primo-

génito, reinaba sobre una familia de manes sepultos. Comprendió que era él, e instintivamente, sobrecogido de un sacro pánico, como si viese llegar la sombra del esposo difunto, del esposo engañado, no obstante el supremo voto obtenido en el lecho de muerte, soltó la mano de la amiga; y se irguió, para huir sin decoro, como huyen los niños amedrentados por las sombras. Se irguió para huir; pero el amor le retuvo junto a la mujercita que, llena de inocente gracia, con una dulce sonrisa confiada, y en un tono de humildad que recordaba los humildes suburbios en que vivía, saludaba al hermano:

—Anda, ¿tú aquí? ¡Qué sorpresa! —y volviéndose al amigo, le indicaba—: Mi hermano—y al otro, un poco confusa, pero llena de naturalidad—: Luisito, un amigo...—y terminó—: Ya ves...

Había recobrado en un momento toda su ingenuidad de núbil, su púdica sencillez de doncella, apenas alterada por el efímero enlace y conservada luego bajo los velos protectores de la larga viudez casta, y miraba al hermano con sus ojos francos, infantiles, entregándose a él como al primogénito de la casa, llena de confiada sumisión. Pero el hermano taciturno esquivaba la plena mirada fraterna, y fijaba sus ojos recelosos en la blusa clara que cubría el pecho de la hermana, y en la mayor claridad profana que en su frente dejaban los negros cabellos recogidos que en otro tiempo, púdica y gravemente, le caían sobre los ojos como un velo más.

Miraba a la hermana, lleno de recelo, y miraba también al intruso, al que era un intruso más en aquel campo abierto, al que era un intruso en aquel hogar de sepulcros, y como un hombre que hubiese saltado en la noche la tapia blanca de una necrópolis, se había introducido en la casta y severa viudez de la hermana; miraba a ambos como si los hubiese sorprendido enlazados en un paraíso fúnebre apretando con el vivo rojo del amor la cándida blancura de las tumbas y requiriese la espada más llameante y larga y caliginosa para lanzarlos del sacro recinto de la muerte. Miraba a ambos, y callaba; pero sus cejas se enarcaban en una cólera callada hasta formar un cúmulo como un tumor sobre sus ojos sombríos; y sus manos se crispaban; y cúmulos de músculos henchidos se adivinaban en sus brazos, bajo la tosca vestidura de luto. Y había en sus ojos un rencor inexorable, como esos rencores que sólo se incuban en los patios de los presidios y acaso en los patios de los cementerios, bajo la tierra y la cal que cubre los sepulcros. Mirábalos en silencio, y la hermana, que le conocía, que conocía sus cóleras profundas y calladas, su taciturna furia mortal, aquella con que había abatido una vez a una criatura joven y bella, hizo por prevenir el estallido terrible de aquella ira silenciosa; y tendióle los brazos y rodeóle con su cuerpo, haciéndose múltiple para ceñirle y probando a aplacarle con voces dulces y con sonrisas suaves, como a una antigua divinidad terrible, como a las sombras mismas de los manes, contra los cuales, por primera vez, se sentía culpable la mujer ingenua. Y, saltando mimosa en torno de él, le insinuaba:

—¿Qué tienes, hermano? ¿Por qué pones esos ojos?

Pero él apartóla de sí con un gesto grave, y con acento de profunda amargura, de una amargura humilde y pobre, le dijo:

—¡Parece mentira, hermana! ¿Por esto te olvidabas de nuestros difuntos y desatendías sus sepulturas? ¿Venías a divertirte con un novio, con un extraño, mientras toda tu familia muerta te echaba de menos? ¡Te has quitado el luto, te has vestido de color! ¡Parece mentira, hermana!

Ella sentía la fuerza del reproche; y ante las palabras del hermano, que parecía hablar en nombre de todos los muertos familiares, de los pobres muertos sin voz, bajaba la cabeza y se reconocía en silencio culpable. Luego, temiendo un arrebato del hermano

iracundo, alzó de pronto la frente y le imploró:

—¡Antonio! ¡Antonio!

El hermano habíase encarado ya con el extraño. Mirábalo con ojos hostiles, llenos de encono, como al enemigo de su familia de muertos, como al hombre por el cual estaban abandonados los sepulcros sagrados de sus difuntos. Fulminábalo con la mirada como a un intruso que se hubiese introducido furtivamente, para profanarla, con el rito de un amor trivial, en la morada de los muertos. Y parecía, con los puños crispados, elegir de antemano el sitio donde había de descargar un golpe infalible. El joven, lleno de pánico supersticioso, mostró de nuevo la intención de huir; pero luego, como si una fatalidad misteriosa le retuviese, permaneció quieto en su sitio, frente al iracundo, como sometido al poder de una némesis ineludible. Tenía la sensación de haber profanado las tumbas, de haber incurrido en el enojo de los manes fúnebres y merecido la venganza de los númenes infernales. La mujercita interponíase entre él y el hermano, gritándole suplicante:

—¡Antonio, Antonio!

Y mirábalé con inquietud las manos, aquellas manos que ya una vez habíanse teñido en sangre, manos de homicida, sospechosas ya siempre, aun en el sueño. Pero el hermano, silencioso, como en sus grandes cóleras, tornó a apartarla de sí con ademán tan violento, que se sintió crujir la pobre muñeca femenina. Ante aquella violencia infligida a la amada, ya no vaciló el amigo, y lleno de ardor generoso, lanzóse hacia el iracundo, con las manos crispadas. Parecíale como que saltaba por encima de tumbas para llegar hasta él hollando rosas funerarias y apagando luminarias fúnebres, de esas que arden en farolillos de cristal semejantes a grandes flores. Tenía la sensación de hollar ataúdes negros y desfondados, tiernos ya como lutos antiguos, y entre los cuales descollaba un féretro infantil, blanco y diminuto, como esos barquichuelos que llevan a bordo los grandes navíos. Su sensibilidad exaltada daba a su gesto de violencia el sentido de un sacrilegio. Y de pronto, desplomóse en tierra, inerte, blando, como si la ampolla de la vida se le hubiese quebrado en el pecho, difundiendo por todo su cuerpo un dulce y último calor.

—¿Qué has hecho, Antonio?—exclamó, asustada, la mujer.

Y miró las manos fraternales, con el temor de verlas manchadas en sangre del amigo. Pero el hermano enseñóle sus manos inermes y enjutas. Estaba él también asustado, y exclamó sincerándose:

—Nada, no he hecho nada, hermana. ¡Ni siquiera llegué a tocarle!

Entonces ella inclinóse sobre el cuerpo del amigo, que yacía inmóvil, blando, con esa dulzura de los cadáveres recientes. Palpóle la frente y el pecho, llamóle a grandes gritos, pegando sus labios a los oídos del muerto, sonrosados y tibios todavía. Luego auscultóle en el lado del corazón. La carne inerte, devolvíale el latido acongojado de su sien. Pero el corazón no latía; había dejado de herir con su acicate generoso el pecho inerte del amigo. ¡Estaba muerto, muerto! Pero ¿cómo la vida habíale abandonado así? Unos instantes, la mujer piadosa examinó aquel cuerpo, que ya se iba tornando rígido, en busca de alguna herida diminuta y oculta. Miróle con toda atención, por entre los rizos de las sienes, donde podía estar escondido un sutil venero de sangre. Pero no descubrió ningún indicio de muerte violenta. Entonces, permaneció un momento perpleja en medio de su dolor. Pero, de pronto, recordando quizá alguna confidencia lamentable e íntima—cuando en el exceso de ternura y en los grandes desmayos nupciales hombres y mujeres se confían temores y aprensiones para ser más amados y compadecidos—, exclamó:

—¡Oh, la aneurisma! ¡Ha sido la aneurisma!

Y proclamaba en la tarde el eufónico nombre griego, que parecía el nombre de una flor o un insecto bello

y que tenía, sin embargo, un sentido tan luctuoso.

El hermano se le acercó, y con tono supersticioso le dijo:

—¡Hermana, le han matado nuestros muertos! ¡Le han matado nuestros muertos! ¡Estaban junto a mí, dispuestos a defenderme! Yo sentía su presencia. Ellos han sido quienes le han matado.

La mujer miróle sobrecogida de pánico. Participaba de su superstición, y creía en sus palabras. ¡Ella también temía ser víctima de sus sombras familiares, por haberlas abandonado! Había hecho traición a su difunto y era como una mujer adúltera. Por un instante sintió impulsos de abandonar aquel cadáver espúreo. Pero luego pensó:

«Ahora, él es también un muerto, y merece la misma piedad que las demás sombras. Yo puedo llorarle sin escrúpulo, pues sería una crueldad que le abandonase en medio de los campos. El es ahora un muerto y merece la misma compasión que los demás; mi amor a él no es ya una traición, pues se funde ya en la comunión de todos los muertos...»

Hincándose entonces de rodillas junto al cadáver, díjole al hermano:

—Antonio, vete tú de aquí; si te ven junto al muerto, recaerá sobre ti alguna sospecha. Vete.

Obedeció el hermano, y a poco se alejaba en las sombras de la tarde, en las sombras rojizas que parecían diseminar un brasero de ascuas mortecinas sobre la tierra. Y entonces la mujer, ya a solas con el cadáver, inclinóse sobre él y ciñóle amorosamente la inerte cabeza y llenóle de besos la cara, de besos menudos como los caracoles que ornan una fría y desierta ribera; y después quedóse como alelada, repitiendo:

—¡La aneurisma! ¡La aneurisma!

Parecía sentir un placer en repetir la palabra técnica y bella. Luego, en un arrebato súbito, exclamó:

—Luisito, Luis de mi alma, has muerto por mi culpa, porque yo doy la mala sombra. Estoy condenada a llevar luto siempre, y a velar sobre las sepulturas. Has muerto por mi culpa; pero yo te juro no querer más a nadie, sino a ti, en la comunión de mis muertos, y cuidar tu sepultura todo el año...

De pronto observó que el cadáver tenía aún abiertos los ojos y se los cerró; luego quedóse arrodillada junto a él en silencio. La muchedumbre del domingo que volvía de los merenderos no tardó en fijarse en la mujer y el cadáver y en formar corro en torno de ambos. En aquel momento salía la luna roja de las necrópolis, y unas niñas gritaban a lo lejos:

—¡Viva la novia!

FIN DE
«LA NOVIA ESCAMOTEADA»
Y
«LA AMADA FÚNEBRE»
DE
RAFAEL CANSINOS ASSÉNS

EMILIO CARRERE

(1881-1947)

EMILIO CARRERE

POETA, *novelista y articulista. Nació y murió en Madrid. Licenciado en Filosofía y Letras. Oficial durante algún tiempo del Tribunal de Cuentas del Reino. De una fecundidad asombrosa, derramada diariamente en periódicos y revistas. Entre 1910 y 1920 fué el poeta más popular de España, y tuvo los discípulos e imitadores a docenas. Llevó una vida bohemia, sentimental y angustiada. Cronista oficial de la Villa de Madrid. El sentido bohemio y poético más desgarrado de la Vida impregnó sus innumerables narraciones.*

Novelas: La tristeza del burdel; El reloj del amor y de la muerte; Elvira la espiritual; La cofradía de la pirueta; La torre de los siete jorobados; El encanto de la bohemia; El dolor de llegar; Aventuras de Amber, el luchador; La Madre Casualidad; El divino amor humano; Rosas de meretricio: La rosa de Albaicín...

EL RELOJ DE SAN PLACIDO

(LEYENDA MADRILEÑA)

EL DIABLO RONDA EL CONVENTO

MAESE Blas de Toledo era un hábil tañedor de flauta; los silbos melodicos de su instrumento sonaban en la rúa solitaria de San Roque, estrecha y conventual, donde el verdín crecía entre riscos y el jaramago llamaba a los viejos ventanales.

Estaba la calle siempre silenciosa. El jardín del convento elevaba sus cipreses verdinegros cual místicos centinelas del aprisco de las blancas corderas de Jesús. Además del monasterio, recientemente fundado por doña Teresa de la Cerda, noble dama que fué la más bella abadesa de la Orden, formaban la callejuela casucas bajas cubiertas de caperuzas bermejas, donde vivían menestrales en las más, y en una de la esquina de la una, gallofos y mozas de la aventura, bravucones y tahures diestros de flor y estudiantones sopistas, más versados en lances de amoríos y cuchilladas que en cánones y latines. Quiero decir que este hostal era buena viña de racimos de horca, lonja del amor y copiosa redada de facinerosos para los señores Alcaldes del Crimen.

La flauta de Maese Blas era el alma melancólica de la vieja rúa, la única

melodía en tan menguado paraje. Era el Maese un viejecillo enlutado de melena aruriñada, los ojos grandes y tristes sombreados por el halda de su enorme chambergo. Vestía ropilla de terciopelo, calzón y zapatos sin hebillas y espada de bruñida cazoleta. Ni joyeles ni piedras preciosas, tan del gusto de la época, turbaban la litúrgica severidad de su vestimenta. Mostacho a la borgoña y perilla caballeresca adornaban su rostro pálido; vivía solo en un sotabanco con un mechinal abierto sobre el tejadillo.

Maese Blas de Toledo estaba muy mal afamado en el arrabal; se le tachaba de brujo y comadre; hubo quien juraba haberle visto volar a las doce campanadas de la noche del sábado, y algún bigardote decía que el viejo amasaba unturas maravillosas para sanar a los tullidos, y que con anís y albahaca, cogidas la primera noche del plenilunio en las tapias del cementerio, hacía un brebaje que aprisionaba el alma de las mozas en el hechizo de los malos amores. Además murmurábase al oído que el sonido de su flauta era el aviso de alguna malandanza para el que lo oía, pues su música era regocijo del Infierno, a cuyo compás bailaban alegremente los diablillos menores.

Una de las personas a quien más inquieta traía la vecindad del brujo era a la hermana Constantina, la tornera de San Plácido.

—Así Dios me salve como creo que ese hombrecillo de negro no es sino un embajador de Satanás. Vea vuestra merced, señor capellán, que desde que se nos vino enfrente no ha habido noche sin sobresaltos en esta Santa Casa. Hasta que no sirva su cuerpo de leña en los braseros de la Plaza Mayor, no habrá aquí más que hermanas posesas por el espíritu malo y en el barrio mujeres malmaridadas, músicas nocturnas y estocadas a porfía. Cuando escucho su flauta me signo tres veces para edificación de mi ánima.

El capellán de las monjas, don Francisco Calderón, varón muy letrado, no creía en sortilegios de flautas encantadas, y se entraba sonriente, sin parar en la crédula simplicidad de la tornera. Y ello fué que la víspera de San Juan, al filo de media noche, un caballero envuelto en negro tabardo y tocado con un amplio chambergo, rebozado más de lo que pedía la noche vernal, dió en pasear, en guisa de rondador, por la calleja de San Roque. Al pasar junto a la hornacina del Santo se descubrió cristianamente y así hicieron dos embozados que le acompañaban.

La tornera que velaba sintió una gran alarma al ver al mancebo galanteador, y aun más creció su inquietud al oír en la calle una suave música de violines y una voz varonil y bien timbrada, entonando una letrilla de conceptos ardientes que hablaban de amor, de flores y de otras cosas profanas que así perturban a las doncellas en el siglo.

La hermana Constantina, fiel guardesa del rebaño, recorrió el huerto, las galerías, los dormitorios. Al pasar junto al lecho de Margarita, sonó su voz cantarina y un poco nostálgica:

—Hermana tornera, ¿sabe qué dulce música es la que ha sonado?

—Duerma, hija mía, no se cure de las tocatas callejeras.

—Es que nunca han cantado en mi oído tan gratos los violines. Me han despertado tan dulcemente, tan dulcemente...

—Brujería debe de haber tal música, que inquieta a las corderillas de Jesús.

—Bruja es la música, hermana, que nos hace llorar sin saber por qué...

Sonó una copla en la calle, y llegaba a la celda con un arrullo melancólico y acariciador:

> Pálida virgen dormida,
> oye mi dulce deseo;
> abre tu reja florida
> a la escala de Romeo;
> cese, niña, tu rigor,
> que sólo pasa una vez
> por nuestra puerta el amor.

Del huerto conventual ascendía una fragancia pagana. Las acacias parecían hileras de blancas novicias al resplandor estelar. Una fuentecilla hu-

mildosa desgranaba su chorro saltarín y parecía que glosaba el dulce estribillo de la trova callejera:

Cese, niña, tu rigor,
que sólo pasa una vez
por nuestra puerta el amor.

La tornera prosiguió la requisa. Verdaderamente la noche, constelada de luceros, tenía una magnificencia oriental. En una noche como aquella, maga de estrellas y de aromas de jazmín, llena de sortilegios galantes, debió de escribir Salomón su inefable *Cantar de los Cantares*. En la pomposa juventud del año, el sentimiento de amor se sublimiza; las larvas del pecado huyen a su cubiles, y el alma y la carne tienen una luminosa exaltación, alma y arcilla son poesía viva y se acercan a Dios. Un alma de poeta en una espléndida noche de verano oye la voz del Infinito y las flores y las estrellas son unos signos milagrosos que escriben por todas partes la palabra ¡Eternidad! La noche es como un suntuoso oratorio entonces, y el alma cae de rodillas y llora. El llanto es lo que más nos aproxima al dulce maestro galileo, que lloró por todos los hombres.

De súbito, cuando la hermana Constantina se tornaba a su lecho, vió una sombra que se deslizaba por la tapia conventual. Entonces se oyó un alarido en el que clamaba el alma austera de veinte siglos:

—¡Profanación! ¡Profanación!

¿Sería mi pecador el que asaltaba los muros del Sagrado, o tal vez sólo una quimera forjada por la imaginación de la religiosa? No se halló rastro del nocturno salteador.

—Sin duda ha soñado su caridad, hermana Constantina—dijo sonriente la joven abadesa.

Era alta y blanca; sus manos exangües y señoriales tenían, al moverse, la suavidad de un vuelo; eran casi transparentes y parecían ungidas de una luminosa idealidad, como las manos de las sagradas organistas. Blancas como azucenas perfumadas de castidad; así debieron de ser las manos musicales de Santa Cecilia y las manos milagrosas y saludadoras de Santa Isabel, reina de Hungría.

Atraída por los gritos de la tornera, hubo de llegar una ronda de ministriles; y al ver tres hombres cantando y tocando músicas junto a las tapias de San Plácido, les intimó a que se diesen a la justicia del rey, nuestro señor, el cuarto de los Felipes, a lo que los tres embozados respondieron poniendo mano a las espadas.

Los corchetes irían en número de veinte; pero los tres trovadores nocturnos así cantaban como repartían cintarazos, y los espadachines les hacían juguete de la punta de sus estoques.

—¡Favor al rey! ¡Favor al rey!

Siete de los corchetes habían mordido la tierra y dos de los galanes quedaban tendidos en el arroyo. Pero el otro era bravo y su espada contenía a los azorados golillas; trazaba círculos vertiginosos, se tendía a fondo rápidamente, y presentaba siempre la punta del acero, conservando la guardia con elegante apostura, como en un torneo de esgrima.

Pero otra ronda que llegaba a toda prisa por la parte de la calle de la Luna hizo comprender al caballero que el lance iba a tener un remate adverso, y rápidamente, de dos cintarazos certeros, apagó las linternas de los guardias. Todo quedó en tinieblas en la calle solitaria.

Pero la otra ronda llegaba; las dos salidas estaban tomadas, y el nocturno galanteador se vió perdido. Entonces se abrió, sin rumor, la puertecilla del tugurio de Maese Blas, y una mano en la sombra le asió de la capa. Después la puertecilla tornó a cerrarse.

Cuando todos los corchetes se juntaron, buscáronle en vano, registraron la calle y se miraban de hito en hito, sin explicarse la desaparición del fantástico espadachín.

Entonces se oyó la voz medrosa de la hermana Constantina, que sonaba detrás de la puerta como desde un mundo lejano.

—¡Era el diablo que rondaba el convento!

Los ministriles, posesos de un terror supersticioso, recogieron a los heridos y diéronse prisa para desaparecer del tenebroso palenque. En este punto se oyó la flauta de Maese Blas de Toledo, que silbaba una música burlesca y extravagante, como una zarabanda fantástica.

EL BRUJO

A la mañana siguiente se supo en toda la villa que el «Diablo en persona» había acuchillado a una ronda de ministriles. Tal menguado aseguraba que le había visto los cuernos; el otro, que de una rabotada le había apagado su linterna, y todos a coro gritaban que le habían mirado desaparecer entre un resplandor de luz sulfurosa, mientras un brujo, que era el espanto del arrabal, tocaba una flauta sortílega a horcajadas sobre la chimenea más alta de la rúa.

Maese Blas de Toledo tuvo pronto una peligrosa celebridad. Don Jerónimo de Villanueva, protonotario mayor de Aragón, era el dueño de la casa donde había anidado el brujo. Acuciado por el clamor del vulgo, determinó hacer volar al pájaro de mal agüero, y por curiosidad de conocer al que así volvía al caletre de las medrosas comadres, decidió ir de noche y solo al sotabanco del Maese.

Era don Jerónimo un caballero maduro, muy galán y bizarro, pero supersticioso e ignorante, más amigo de las armas que de los libros.

Así es que se signó tres veces antes de llamar a la puerta del hechicero.

—¡Ha de casa!—gritó Villanueva.

Nadie respondió a sus llamamientos. Tornó a llamar y aguardó en vano, y cuando desesperaba de ser recibido, oyó el silbar de una flauta que parecía sonar muy distante. Don Jerónimo sintió una vaga quietud. El chiribitil sólo tenía dos pequeñas cámaras, y la música venía desde más lejos. ¿Dónde se habrá ido este viejo endiablado a tocar su flauta?

Tentado estaba de renunciar a su aventura, cuando la puertecilla del tugurio se abrió muy lentamente, sin hacer ruido, como si la abriese una mano invisible. Don Jerónimo sintió un escalofrío. En el umbral no había nadie; el fondo negro tenía un misterio inquietador. La música de la flauta había cesado. Villanueva no era osado de avanzar. Sabía que contra sus enemigos sobrenaturales nada vale la mejor espada de Toledo.

Aquel interior oscuro y misterioso ponía flaqueza en su alma. Entonces se oyó una risita burlesca.

—Pase sin recelo, señor don Jerónimo de Villanueva, que en la escalera se puede resfriar vuestra merced.

El caballero pasó. No había nadie en el cuarto.

—Por aquí. ¿Tan ciego va vuestra merced que no ve a su pobre inquilino?

Maese Blas asomaba la cabeza por el mechinal.

—Estaba aquí en el tejado dando un concierto de flauta en honor de los gatos, mis vecinos.

—¿Luego es cierto que podéis volar?

Maese Blas desgranó su risita irónica.

—¡Patrañas! ¿Me habéis visto volar? Todavía no vuela nadie. Tiempo vendrá en que volaremos como los pájaros. El alma de Leonardo de Vinci se pondrá muy contenta cuando lo vea.

Villanueva no se enteraba del sentido de lo que el viejo le decía. El miedo le hacía soñar con maleficios.

—Estaba en el tejado porque me gusta ver la ciudad dormida envuelta por la luz de la luna. La niebla parece un vaho luminoso prendido de la veleta del convento como un alfiler de plata. Las noches de luna me encantan. Se me ocurren motivos muy inspirados, y la paz de estas alturas, la serenidad de la noche, florecen después en mi flauta en melodías muy agradables. ¿A vuestra merced no le agrada la música? Ahora bajo y le daré a conocer la última pieza que he compuesto.

—¡No, no!—replicó don Jerónimo atemorizado—. El sonido de este instrumento atrae a la desgracia.

—¡Mentecato!—gritó, colérico, Maese Blas—. Pero, en fin, vuestra merced sale perdiendo. No oirá esta tocata, que es lo mejor que he compuesto en mi vida.

El Maese descendió de su peligroso miradero.

—Si pudiera volar no tendría ahora el temor de caerme a la calle. ¡Ea! Ya estamos en nuestro palacio.

Un momento después, un herrumbroso candil de garabato proyectaba sombras fantásticas sobre las tapias del zaquizamí. Una cama paupérrima, una mesa de pino, un sillón frailuno y un gran estante de libros componían el ajuar de Maese Blas de Toledo. La espada, de bruñida cazoleta, billaba en un rincón.

—Dicen en el barrio que sois brujo...

El viejo le miró burlón.

—Tal vez... Pero no busquéis mis retortas ni mis morteros de ungüentos maravillosos. Yo soy un brujo que no va en una escoba a la montaña de Santa Salpingis ni me bebo la sangre de los niños en sus cunas. Sin embargo, yo sé que se podía volar.

—¿Y no teméis al Santo Oficio?

—Sí; tengo miedo al Tribunal de la Fe, y tengo miedo a las leyendas absurdas que inventa la gente. Estad seguro de que pronto «volaré» de vuestra casa. Mientras esté en Madrid seré brujo, me conviene...

—Me han dicho que poseéis el secreto de curar a los paralíticos con sólo pronunciar una palabra diabólica.

—No os han dicho más que tonterías, mi señor don Jerónimo..., y vos las habéis creído. Es natural. Escuchadme, señor. Sé que no me vais a entender una palabra, pero os voy a hablar en descargo de mi conciencia: «Hubo un tiempo en que yo buscaba «lo que querría ver el marqués de Villena», pero al señor Diablo no le ha visto nadie. ¡Patrañas! He descifrado las palabras enigmáticas de Paracelso; me he hundido en los ritos ocultos del antiguo Egipto. He sido mago, ¿os asombráis? Es porque no sabéis que mago quiere decir sabio. Yo sé que los hombres volarán todos, no sólo los brujos. En el cerebro de Leonardo palpitaba esta idea audaz... Ya sé que hay una energía universal, que, dominada por los hombres futuros, será movimiento, fuerza, luz. Morirán las luces de los candilones de garabato y se iluminará el mundo. En la atmósfera está el rayo que ahora nos aterra. Día vendrá en que los hombres esclavicen el rayo y les sirva para alumbrar sus gabinetes de estudio, sus alcobas, sus cocinas. Existe un vapor en el aire que será fuerza que impulsará inmensos monstruos por la tierra y por el mar como por un resorte diabólico. Y esto, que creéis un artilugio de Satanás, será la mayor glorificación de El, que todo lo hizo. Al comprender la magnificencia de su obra, nos acercamos más a Dios. Vuestra fe es ciega; la mía es evidente. La Fe, la ciega doncella teologal, ve con los ojos del espíritu. La verdadera fe es la intuición del misterio y tiene una gran lógica de sentimiento. Yo sé que dentro de algunas centurias un hombre hablará en voz baja y le oirán a millones de leguas de distancia. Yo lo presiento todo, pero no puedo hallar la fórmula de realizar nada. ¡Ah! Este es mi tormento horroroso, que vosotros, felices imbéciles, no podéis comprender. ¿Brujerías decís? Ved mis retortas y mis crisoles. En ese estante nos escuchan. Llamáis brujería a la Química, a la Física, a las Matemáticas. Hay fuerzas naturales desconocidas en el mundo y en el alma humana; yo quiero dominar esos misterios. Por eso me llamáis hechicero, y tal vez me vea con la coraza y el sambenito, para holgorio de la bestia de cien mil cabezas, si no «vuelo» pronto de aquí.

Y la palabra encantada del brujo tenía una honda melancolía.

—¿Y no os podía salvar el diablo, vuestro amigo? Anoche, mientras éste acuchillaba a las rondas, vos tocabais vuestra flauta para espanto de los buenos cristianos.

Maese sonrió burlón.

—Tenéis razón. Anoche hice amistad con el diablo. Es muy amable y muy galán, creedme. Este diablillo me

será muy útil. Muy pronto llegará...

Se oyó en la calle una dulce música de violines.

—¿No os digo? Ya le tenéis ahí. ¿Queréis que os le presente? Y ahora salgamos, señor de Villanueva; mi amigo el diablo me aguarda en la calle, y no es muy cortés hacerle esperar.

Al poner el pie en el umbral, don Jerónimo de Villanueva vió una sombra arrebujada bajo la hornacina del Santo, donde ardía mortecino farol de aceite. Muerto de miedo se refugió en la casa solariega, en la próxima calle de la Madera, detrás del convento de San Plácido.

EL BRUJO MENSAJERO

Era sábado. La esquila conventual había cantado las vísperas con un clamoreo lento y melancólico. Anochecía.

La gentil Margarita descendió al jardín humilde y alegre, lleno de un gran recogimiento. La beatitud de la hora sahumaba su alma de una suave dulcedumbre; parecía encantada en un apacible crepúsculo interior.

Las acacias perfumaban el aire. La fuentecilla, cantarina, decía su eterna cantata monorritmica, cual si glosase la pena resignada, y el dulce misticismo de aquellas vidas iguales, ungidas del ideal del más allá. El hilillo de plata narraba el romance de las vidas monjiles. Juventudes ofrecidas en el aro como azucenas de mayo, con un aroma eterno de castidad. ¿De qué azul luminoso están forjadas esas almas, capaces de las más crueles renunciaciones, cuando aún es primavera en la vida y el amor canta en las rejas de sus más ardientes epitalamios? Un día tras otro día, cuentas del mismo rosario, lágrimas del mismo dolor, se desgrana la vida claustral hacia el misterio de la muerte. La paloma Psiquis vuela en la apoteosis de un rompimiento de gloria; así el alma de las religiosas tiene unos ojos de maravilla que ven «algo» más allá de los menguados ojos de la carne.

Margarita era huérfana. Fué al convento por una dulce vocación y un grave riesgo para su decoro. Nada sabía de las abominaciones del siglo. La infantil inocencia le decía al oído sus baladas ingenuas. Creía en todo, en su celeste blancura espiritual. Era alba, como los cirios, y las rizadas sobrepellices, y los castos vellones del Cordero Pascual. Blanca como las hostias.

Como los lotos misteriosos y como las heráldicas flores de lis, sus pupilas azules tenían la nostalgia eterna de una patria lejana, más allá de los mundos luminosos, y su boca dulce y casta dibujaba una sonrisa de éxtasis, cual si oyese la música inefable de una orquesta invisible. Toda su figura parecía que tenía un nimbo; esa aurora humana y radiante que ven los magos y que los pintores místicos esfuman en torno a los bienaventurados como un dorado resplandor espiritual. Era alta y grácil, y sus manos aristocráticas, céreas y cruzadas de venas azules, parecían las manos de una abadesa noble, muerta en olor de santidad. Tenían una belleza pálida y transparente.

La casta doncella sentía una vaga inquietud. Hacía tres noches que escuchaba las músicas galantes y los consejos del diablo rondador, la flauta mágica del brujo y todas las fábulas ingenuas y tenebrosas de la tornera. ¿A qué postigo llamaría la cantilena del diablo?

Ya era noche. Cantaba un ruiseñor y la tonada del pájaro poeta ponía un encanto nupcial entre las frondas. En el cielo, aborregado, la luna parecía una blanca pastora. El jardincillo era un incensario vernal, lleno de rumor de nidos como una exaltación del misterio de las vidas infinitas. Los árboles tendían sus sombras azules sobre las avenidas de los rosales.

De pronto, de entre un macizo en flor, surgió una figura pequeñita. La niña exhala un grito, y la aparición, con una sonrisa galante, se posó un dedo en los labios. Un gran chambergo le sombreaba los ojos verdes y tristes y la melena aruriñada. Vestía

de terciopelo negro y en la enguantada mano traía el estuche de una flauta. Se destocó gentilmente, hizo una reverencia cortesana y ofreció a la gentil azorada un pliego perfumado. Después, silencioso como un fantasma, desapareció entre las acacias, en el misterio del jardín.

A la media noche la comunidad halló a Margarita desmayada junto a un rosal florido. A su lado había un pliego cerrado. Era unos versos pulidos y apasionados, un gentil madrigal a la belleza de Margarita. El diablo había escrito una muy bella trova mundanal.

La abadesa de San Plácido no creía en demonios enamoradizos; pero acuciada por el miedo ingenuo de las monjas, decidió contar el lance a los señores familiares de la Inquisición.

—Ya verán vuestras mercedes cómo ese diablillo cantará su trova más sentida en obsequio de los varones del Santo Oficio. Mientras tanto oren con fervor, que la oración es el postigo más firme contra los asaltos infernales. Y ríanse del trance, que la risa es salud espiritual.

Finaban esta plática edificante cuando llegó la tornera llorando a lágrima viva y diciendo que el señor don Jerónimo de Villanueva solicitaba permiso para ver a doña Teresa de la Cerda, pidiendo perdón por lo avanzado de la hora; pero el caso era de extremo peligro y gravedad.

Hicieron llegar al punto al caballero, que era comendador de la Orden y tenía derecho a entrar en el claustro.

Don Jerónimo de Villanueva era el fundador del convento de San Plácido. Fué aquél un lance singular que dió origen a muy sabrosas parlas en la corte. El protonotario cortejaba a doña Teresa de la Cerda, doncella bellísima de muy gentiles prendas morales. Al cabo de un año de cerco amoroso, la damita accedió a desposarse con el caballero aragonés. Hubo presentes costosos y de mérito; que todo lo más fino y mejor repujado de los plateros de la Puerta de Guadalajara pasó al palacio de la gentil doña Teresa. Por las noches dió serenatas. Los huertos valencianos le ofrecieron sus rosas más fragantes; los mercaderes judíos, ricas sedas de Constantinopla y de Damasco, y los genoveses, cintillos del más puro metal que trajeran los galeones de Indias: zarcillos, peinetas y collares maravillosamente lapidados por los artífices toledanos de Zocodover.

Así iban los felices preparativos, cuando un día cercano al desposorio hizo doña Teresa solemne renuncia de las glorias y vanidades del mundo. Mucho rogó y plañó don Jerónimo, pero la dama tenía firme vocación de ofrecer su virginidad en el ara, como un exvoto, y toda su vida ardería en el amor a Jesús como un cirio doloroso de mística exaltación.

Se resignó el caballero, y en un terreno de su propiedad, junto al solar de sus antepasados, hizo construir el convento, bajo la advocación de San Plácido y con la suave férula abadial de la piadosa dama que así renunció al lujo y al poderío de la corte; por oculto mandato de su corazón, don Jerónimo solía visitarla, y los que pudieron ser esposos acabaron por unirse en un dulce afecto fraternal.

Cuando hubo entrado en el refectorio, el protonotario habló de esta guisa:

—Cuidad, señora, de vuestras corderas, que el lobo anda de ronda. Esta noche estaba yo de sabrosa plática con nuestro capellán el padre Calderón, y como la noche está calurosa, hice traer a mi criado un cuartillo de aloja, refresco, aunque morisco, muy saludable para los cristianos. Vino la conversación sobre este maldito brujo del sotabanco, y decía que parla en jeringonza y que a mí, en mis barbas, me había dicho que se podía volar. En esto estábamos, cuando escuchamos la música de una flauta. Os confieso que a mí me da miedo esa tonadilla y que creo que atrae el infortunio. «¿Veis?—dije al capellán—; ya está tocando el instrumento a caballo en su chimenea. Pronto habrá duelo que lamentar.» La música siguió sonando, y ¡oídme, señoras!, cada vez sonaba más cerca de mi aposento. Pri-

mero parecía sonar en la calle, después en la escalera y la última vez detrás de los tapices de mi alcoba. El cura estaba pálido y se mostraba tan espantado como yo. «¿Veis cómo hay brujerías?», musité en voz muy queda que apenas oía yo mismo. Y entonces sonó una risa burlona, la risa que yo oí en el sotabanco del brujo, y tornó de nuevo la flauta, alejándose..., alejándose... Llamé a mis criados, trajeron candelabros, y, con la espada desnuda, recorrí la casa. Todo fué en vano: las puertas estaban cerradas; los postigos también; ningún fámulo le vió entrar. Pero el brujo había dejado en su camino un olor de azufre y todos aspiramos esa fragancia del averno. ¡Mi casa está endemoniada!

—Es raro—dijo la abadesa—. Ese brujo también ha estado aquí.

—¿Dentro del convento?

—Sí. Sólo que a vos os ha invitado como músico y a nosotros como poeta. Se ha aparecido a Margarita y le ha dado unos versos de amor.

—Debemos avisar al Santo Tribunal; hacedlo vos, que yo, por mi parte, os prometo decírselo al mismo rey. Dadme esos versos emponzoñados para que sirvan de testimonio.

—Tomadlos, señor don Jerónimo, y estad tranquilo.

—A pesar de la taumaturgia de este lance, yo creo que se trata de un diablillo de carne y hueso, audaz e irrespetuoso, y que ese viejo de la flauta es sólo un medianero vulgar. Yo creo en Dios, señor de Villanueva, y me burlo del diablo.

Y la discreta madre besó la cruz de oro de su rosario.

UN LANCE DE CARNAVAL

Las mascaradas eran casi diario regocijo en aquellos tiempos de gorja, en que los cascabeles de la botarga impedían oír los lamentos del pueblo esquilmado y con hambre.

Siete lustros antes del comienzo de esta verídica historia, ardía la guerra entre Francia y España. Los españoles eran dueños de Dourlens, y siguiendo la costumbre de haber treguas durante las farsas de Carnaval, el general español fué invitado a un baile en la cercana plaza de Amiens, ocupada por los franceses.

Galante y bizarra costumbre, que da idea de la importancia de las Carnestolendas, fiestas que evocan las saturnales romanas y la dominación arábiga; que fué quien introdujo entre nosotros el uso de la carátula.

Era un baile de trajes. Las damas francesas, frívolas y elegantes, extremaban su gentileza y cortesía con los hidalgos de España. El gobernador de Dourlens era el caballero español don Hernández Téllez de Portocarrero, que quedó hechizado ante la donosura de la bella Serafina, la hija del gobernador militar de Amiens. La damita dejóse acariciar el oído por la charla amorosa del noble castellano, quien iba enamorándose de la linda coqueta con una pasión a la española, violenta y avasallante, en cuyo fondo sentimental se abrazan el Amor y la Muerte. Salieron un momento al jardín, y el caballero le ofreció solemnemente su cariño. La amable beldad contestó creyéndolo un episodio galante, sin raigambre en el alma del capitán, que accedería a aquel sentimiento cuando fuese Amiens de España o Dourlens de Francia.

—Acepto la alternativa—dijo Portocarrero—; pero la cortesía exige que no salga la dama de su casa, y así ha de suceder.

Tales fueron sus palabras históricas, que puso en muy bellos versos el poeta de entonces don Pedro Calderón de la Barca en su famosa comedia *Por su rey y por su dama*, y que dió más tarde por verídicas el docto madrileñista y licenciado de ahora don Dionisio Chaulic.

Fué aquél un lance digno del romancero. Don Hernández no sosegaba hasta dar remate a tan difícil empresa. Amiens era una plaza fuerte a cincuenta y dos leguas de París y defendida por catorce mil soldados. Los españoles no pasaban de cinco mil.

A la hora del Angelus de un día de mayo salieron los soldados de Portocarrero, y tras de luenga caminata hicieron alto a poca distancia de la plaza enemiga, en una ermita llamada de María Magdalena. Un sargento nombrado Francisco del Arco, hombre de confianza del general, se destacó con diez soldados. El resto aguardó entre un boscaje. Faltaban dos horas para rayar el día.

Cuando se abrieron las puertas de Amiens salieron los rústicos a sus labores campesinas y asimismo entraron otros labriegos que venían con cestas de manzanas, de nueces y de pan caliente, en equilibrio prodigioso sobre sus cabezas. Disponíanse a entrar en la plaza tres míseros farsantes, todos jalbegados con tiznes y colorines, que hacían corvetas y saltos mortales, gritaban bellaquerías y hacían gestos grotescos con gran algazara del simple concurso. Más lejano, llegaba un carro cargado de vituallas.

En una de sus piruetas, uno de los titiriteros cayó sobre el que portaba las manzanas, que dió de bruces sobre el rústico del pan caliente, el que arrastró en su caída al de las nueces. Y panes y nueces y manzanas rodaron con gran regocijo de los guardianes, que por cuenta propia recogían ávidamente frutas. En este lance tan divertido llegó el carromato debajo del dintel, y uno de los faranduleros, que no era otro que el sargento del Arco, apretó las clavijas de modo que las mulas cansinas no lo pudieran arrastrar y quedase sirviendo de estorbo.

Entonces sonó un pistoletazo. Era la señal convenida, y momentos después don Hernández de Portocarrero entró en la plaza al frente de sus huestes. Antes de que se reunieran los sorprendidos habitantes, fueron acuchillados o hechos prisioneros, y muy en breve el capitán español visitó a la bella francesita para recordarle su promesa.

La galante bizarría de don Hernández cautivó a la doncella, y un mes más tarde se tornaron a la corte de España unidos en matrimonio.

La plaza no se pudo conservar, y de este hecho de armas no resultó nada útil para el señor rey; pero el capitán hizo célebre su audacia y su amoroso rendimiento.

La bella Serafina tuvo dos hijos, uno mancebo, que se alistó en los tercios, y una doncellita, que al rendir sus padres el tributo a la muerte sólo contaba quince años, y que entró para defensa de su honor en el convento de San Plácido, creado un par de lustros antes.

Tal es la historia romántica de amor y de bizarría a la que debió el ser la dulce Margarita, flor de santidad, a quien puso cerco un diablo galanteador, como habrá entendido el amable lector de esta leyenda de amor y de misterio en los dorados tiempos del rey poeta.

EL SEDUCTOR

A la muerte de sus padres, sólo le quedó a Margarita el parentesco de una vieja dama hermana de don Hernández, que vivía en una casa infanzona de la muy noble y erudita ciudad complutense.

Acudió a la huérfana la señora doña Clara Téllez de Portocarrero, que vestía las tocas de la viudez por un señor almirante que vivió siempre en el agua y sólo vino a tierra para hallar cristiano y eterno reposo.

Doña Clara era una dama enjuta, alta, siempre vestida de negro terciopelo con brocados y al cuello gola rizada a la usanza antigua. Tenía el cabello muy blanco, de una albura argentada, y esta corona de plata tejida por los años y las penas prestaba una gran dignidad a su semblante.

Vivía en la plaza y desde sus balcones se veía la maravilla arquitectónica de la Universidad, cuyo paraninfo fué palenque de Teresa, la celeste doctora de Avila. Alcalá de Henares tenía entonces un vivir alegre de estudiantes y soldados, con las picardías y las serenatas de los sopistas y la galanura de los vistosos uniformes.

A la mansión hidalga y melancólica fué a encerrar su juventud Margarita, al cuidado de su tía noble y exorable. A primera hora de la mañana íbanse tía y sobrina a oír misa a un cercano convento de Mercedarias. Dábales escolta maese Juan Botifla, un rodrigón que antes fué marinero del señor Almirante, quien desde Italia le trajo a la corte española. Llevaba el rodrigón, que ya estaba zambo y reparado de un ojo, los rosarios y los reclinatorios de las damas.

Saludaban los mendigos del atrio, extendiendo sus manos sarmentosas; el sol quemaba sus calvas brillantes y hervía en las pústulas y se colaba por los desgarros de sus tabardos andrajosos.

Una mañana no fué solo el rodrigón a darles escolta.

Un estudiante muy galán, con la montera en la mano, terciado el manteo garbosamente y con los ojos encantados en la bonitura de la niña, íbaseles detrás como prendido por un hechizo magnético.

Al salir de la misa, les aguardaba en el atrio, y aquella misma tarde le vió rondar Margarita oculta entre las celosías de su balcón. Por la noche hubo música en la gran plaza, sin que la niña saliese al balcón a agradecer el festejo que por ser tan moza más que agrado dábanle un dulce susto las cantinelas de amor.

Pronto se hizo célebre en la ciudad la esquivez de la niña con el bachiller don Alfonso de Barcelona, que tal se nombraba el galán, mozo muy rico, a juzgar por su atavío y liberalidad. Cierto que en la Universidad no era muy conocido, pues más bien que a cursar letras parecía haber venido a Alcalá a dar músicas a Margarita, a jugar en las chirlatas y holgarse con la truhanería de los sopistas, andando a picos pardos y rindiendo culto al zumo de la vid.

Era guapo el mancebo y discreto en la plática, y tal vez hubiese llegado a rendir la femenina fortaleza, a no ser por su leyenda escandalosa. Ni hubo contestación a sus billetes amatorios ni agrado para sus serenatas, y todas cuantas joyas y flores envió a Margarita le fueron devueltas con la misma severidad.

Así llegó mayo, sin que don Alfonso hubiese avanzado una pulgada por los enojosos eriales del Derecho Romano ni obtenido una sola mirada de la doncella del caserón.

El Concejo de la ciudad acordó celebrar la fiesta de las «Mayas», origen de la cruz de mayo, para la fundación de un hospital, pues el que había veníase al suelo por pura ruina, a más de ser de extrema angostura para los muchos dolientes que allí se aglomeraban. Decidióse que la más florida nobleza femenina postulase a imitación de las fiestas de la corte, donde la cruz de mayo se celebraba desde tiempo inmemorial.

Magüer su austeridad y noble recogimiento, no pudo esquivar doña Clara que Margarita tomase parte en tan piadoso festejo.

Consistía esta rancia costumbre en plantar en la plaza un árbol de espléndido follaje, ornado con pabellones vistosos, flores y cintas y otras alharacas. Sobre el árbol poníase en un sitial la moza más bella de la vecindad o al menos del arrabal y en su torno danzaba el mocerío hasta que se les molían los pies.

La noche anterior se enramaba la reja de la «Maya», y a la mañana venían a buscarla las muchachas con lo mejor y más lucido de su cofre, a mayor lucimiento de la fiesta.

Después sentaban la «Maya» en un taburete que llamábase «La silla de la reina», muy bien ornado con rosas frescas, sederías y festones argentados. Ya la «Maya» en su trono, las mozas tejían guirnaldas de flores y la coronaban: las rosas eran los bellos atributos de la realeza, siendo la reina el símbolo de la Primavera.

Mientras las parejas trenzaban bailes, junto al trono florido, las mozuelas más decidoras, traviesas y apicaradas iban por las cercanías con bandejas, platillos y escudillos de fino pedernal, de china y aun de plata, asaltando a los que pasaban y llevándoles

junto a la «Maya», seguras de que tal vez su gentileza, un Harpagón sería quien no rindiese tributo a su florida juventud.

En Madrid tuvieron fama las «Mayas» de la ermita de San Millán, de la plazuela de la Cebada, de la Morería y de la Puerta de Moros.

Como simulacro grotesco de esta fiesta gentil, algunos bellacos alquilaban una vieja mendiga, la tejían una corona de ristras de ajos, vestíanla con ropas ridículas que exaltaban su senil fealdad.

Al cuello rodeábanle collares hechos con cascarones de huevo; como zarcillos, guindillas o trozos de patata; en la una mano, un gran abanico de los llamados de novia, y en la otra, una bota repleta de vino. Estas parodias groseras las prohibió la Inquisición, bajo pena de emplumamiento propicio y de trabar amistad con la penca del verdugo.

En los días devotos de don Felipe III tenían un gran esplendor las fiestas de las «Mayas», como se comprende por estos versos del poeta Vargas:

> En prueba de que soy bella
> sabed que he sido la «Maya»
> debajo del Alamillo
> de la fuente segoviana
> que el rey Felipe tercero,
> que tiene de galán fama
> prendado de mi hermosura
> arrojó el oro a mis plantas,
> y alargándome las manos
> que dos mundos avasallan,
> me dió un beso en las mejillas
> hechizado de mis gracias
> diciéndome: «Niña hermosa,
> eres diosa de los «Mayos»,
> perla rica de mi corte
> y la reina de las hadas.
> ¡Bendito el florido mayo
> que la dicha me guardaba
> de ver «Maya» que cual tú
> jamás se miró en España!»

Margarita fué elegida por «Maya» en las fiestas floridas de la ciudad erudita. Era realmente la más bella, y con el traje de circunstancias estaba tan gentil y tenía tan angelical hechizo, que todos los galanes de la Universidad y de las milicias quedaron prendidos en dulces redes de enamoramiento.

Vistióse a la manera de las «Mayas» de la corte: jubón roto de veludillo o con cuchilladas de raso blanco, guardapiés de tisú, chapines con varillas de plata y ricos bordados. Traía el cabello, rubio, trenzado con cuentas de perlas; en el cuello, ambarino, dobles sartas de corales y arracadas colgantes hasta los hombros, desde la leve rosa de la oreja. Suntuosas joyas la constelaban de piedras preciosas, y las flores, en guirnalda, completaban su tocado.

Vinieron a cantarle coplas muchos estudiantes, y entre ellos don Alfonso de Barcelona.

No pudo la niña hacerse zahareña, pues la cortesanía le obligaba a responder a sus comedidas palabras, por ser un día tan señalado.

Dióse maña el mozo y fué discreto e ingenioso, y logró hacerle reír y dar honesto divertimiento a los oídos de Margarita, y sabido es que la risa es un buen camino para ganar la voluntad de las damas.

La risa y el llanto son los reclamos a que acuden esos espíritus de mariposa; es de galanteadores avisados primero hacerles reír, que después viene la dulce emoción del llanto cuando florece de veras el amor.

Margarita le habló discreto y un poquito poeta, cosa que no está mal cuando no hay que yantar a costa de las rimas. Don Alfonso no se apartó en toda la tarde del trono de la «Maya», cuando acertó a pasar por allí el señor corregidor, deudo muy cercano de doña Clara, que, al ver al estudiante de amable parla con Margarita, fuése en busca de la tía con gran compunción y apurados extremos.

—Grave peligro tenemos, mi señora doña Clara. Ese estudiante endiablado que corteja a Margarita puede ser el deshonor de vuestra casa si no ponéis un remedio inmediato.

—Ya sé que tiene una leyenda escandalosa de espadachín y de mujeriego, pero Margarita no le da oídos.

—No se fíe vuestra merced, que el

amor es el fuego y el corazón de los jóvenes la estopa. Y ahora es verdaderamente el diablo el que quiere soplar. Cuando os diga su nombre comprenderéis la gravedad del trance. Ese estudiante es...

Y acercándosele al oído pronunció un nombre, que hizo signarse por tres veces a la noble señora.

—¡Jesús! ¡Jesús! ¡Qué gran peligro para los timbres de la familia! Mucho me duele separarme de Margarita, pero esta misma noche saldrá de Alcalá. ¡Cada minuto que se pierda podría acarrear lo irreparable!...

—¿Y dónde piensa vuestra merced guardar tan delicada joya?

—No sé, señor corregidor. ¡Estoy tan aturdida...!

—Mi humilde parecer es el siguiente: En la corte vive una noble y bella dama, deuda de mi casa, que es abadesa del convento de San Plácido. Allí estará libre de los asedios de este estudiante cortejador. Comprenderéis que él no puede unirse a Margarita en el santo nudo matrimonial. ¡Está demasiado alto para la niña, aun siendo ésta de tan esclarecido linaje! Con la ausencia y el tiempo, acaso se borrará de su magín este caprichoso devaneo.

—Bien decís, señor, y que Dios os recompense vuestro noble proceder.

Por esta misteriosa plática del caballero corregidor de Alcalá fué llevada Margarita al convento de que era priora doña Teresa de la Cerda.

Salieron a más de media noche, cuando la ciudad dormía bajo la plata de la luna. Iba la doncella en la compañía de su tía y de maese Botilla. Iban en posta, con seis briosos caballos, que devoraban las leguas.

Pero algún sopista trasnochador los vió salir a hora tan desusada y corrió a advertir al bachiller Barcelona.

Mucho se dolió don Alfonso de aquella huida tan inesperada en el punto en que la fortaleza sitiada había parlamentado y cuando ya acariciaba un atisbo de triunfo.

—Yo no puedo partir de Alcalá, pero para ti no hay ese impedimento. Toma quinientos ducados y mi caballo más corredor. Espíalas, entérate qué refugio tienen en Madrid y tórnate cuanto antes. Si eres listo y cumples mis deseos, no tendrás que estudiar más latines para vivir como un fúcar el resto de tu vida.

Y el sopista fué listo; que el hombre aguza el ingenio, y era el tal uno de los más pingües archiduques de la brivia complutense, y ya era ser algo en el reino de la gallofa, de la trápala y de la trampa adelante.

Al caer la tarde del siguiente día volvió el emisario. Contrarióse don Alfonso al saber que Margarita estaba en un convento, que al fin era un caballero cristiano; pero su amor propio, picado, y su afición a la niña pesaban mucho en su albedrío.

—¡Poco he de poder si no es mía, a pesar de los artilugios de sus deudos! Al finar el curso iré a Madrid, y ya veremos.

Por aquellos días rindió su alma a Dios don Felipe III, y el estudiante don Alfonso de Barcelona tuvo que ir a la corte, por ser en ella persona muy principal; pero diversos negocios y mudanzas de su fortuna le impidieron volver a enamorar a la gentil Margarita de Portocarrero.

OTRO BRUJO EN ESCENA

En el sotillo de Migas Calientes, junto al manso Manzanares, «arroyo aprendiz de río», como le nombró la jácara de la época, había un ventorrillo pintoresco con balconaje de madera roída y una puertecilla con un rótulo de ortografía caprichosa, donde leían los viandantes para que nadie se llamase a engaño:

ALOJERÍA DEL «TONTO DEL BOTE»

Aquí se admiten arrieros, legos y demás gente ordinaria

El *Tonto del Bote* fué un mendigo célebre en la corte. Recogía las limosnas en un bote de suela en la gradilla de San Salvador, la parroquia más antigua de Madrid. En aque-

llos días el pobre estaba santificado; se creía que el mendigo era hermano del mismo rey, y éstos vivían como magnates, sin más duelo que acostumbrarse a vestirse con pingajos y llevar una olla al cinto.

El *Tonto del Bote* tenía fama en la corte.

Una tarde de toros se escapó un bruto de la Plaza Mayor, donde eran alanceados, y llegó hasta el atrio de San Salvador, donde el mendigo distraía sus ocios; se le acercó el astado, vióle detenidamente y volvióse hacia la calle Mayor, donde volteó a un comerciante judío y malhirió a un farandulero que por allí pasaba.

La suerte del mendigo se hizo popular y lloviéronle las limosnas.

De allí a poco se retiró de su holgachona profesión y puso el ventorrillo en el soto de Migas Calientes. Nada tenía de tonto, y sus puntas de tercero y ribetes de ladrón, y pronto se preñó su gaveta de escudos y ducados resplandecientes.

El condumio que allí se servía no pasaba del jigote en escudilla y salsa negra, rociado con vinillo de Arganda en frescas alcarrazas, sin vasos ni cristalería alguna, que hacer tal sólo era un afeminado melindre. Para postre servíanse, acompañado de sardinas, alajú, melcoche y mermeladas.

Lo que más vendía el *Tonto del Bote* en su ventorrillo era la aloja morisca, por lo que su portada ondeaba la banderola blanca cruzada de rojo, distintivo de tales comercios.

Servíase el néctar sarraceno en grandes tazones de vidrio con dos asas, y se componía de agua de arroz, miel y especies.

Era aquélla una noche verbenera. Ante una menguada mesilla de pino refrescaba maese Blas de Toledo, y de vez en vez miraba el camino de la Florida, como si aguardase la llegada de alguno.

Sin ser visto por éste, un hombre aburrujado en una negra capilla fué a tomar asiento en el interior, junto a un ventanuco, desde donde podía atisbar sin ser notado. Pidió un vaso de limonada y aguardó.

Serían las diez de la noche. La fiesta de la verbena resplandecía a lo lejos en fuegos de artificio, músicas populares, bailes y grandes gorjas. El Manzanares pasaba con un ruido fresco y mansurrón por la cercana Puente de Segovia.

Cual dos sombras livianas, dos hidalgos, que tal parecían por su parte sus sombreros plumados, sus ricos joyeles y sus largas espadas, llegáronse a la mesa donde aguardaba maese Blas de Toledo. El músico se levantó e hizo una gran reverencia, barriendo el suelo con su oscuro chapeo.

—¡Señor!

Uno de los recién arribados le habló muy en voz queda, y el espía desesperábase en su escondrijo, cuando se fijó en la facha del segundo caballero, que era zambo, un poco torcido de torso y portaba sobre la nariz unos enormes espejuelos.

—¡Aquí juega gente muy principal!—murmuró el recatado—. Que a hidalguillos de tres al cuarto no se prestaría a servir de rodrigón el señor de la Torre de Juan Abad. Mucho la yerro si no danza en esta pavana de brujerías el señor don Juan de Tassi, que el conde de Villamediana es muy dado a lances de tapadas y de enamoramientos.

En esto iba su discurso, cuando oyó una voz que decía:

—¿Es seguro que por esa puertecilla se va en derechura al refectorio del convento?

—Seguro, señor; es una puerta por donde sale y entra el jardinero. Le he dado cincuenta escudos y está a nuestro albedrío. Tomad la llave de esa puertecilla. Hay que llegar hasta el refectorio. Al lado hay una ventana que suelen dejar abierta las monjas. Por ella he entrado yo y he escuchado a don Jerónimo contar muy allorado a las madres cómo yo había ido a darle un concierto de flauta detrás del cortinaje de su propia alcoba. ¡Os digo que es para reventar de risa! ¡El pobre cree que soy mago! ¡Je, je! Mago es el oro, que me ablanda los fámulos que me dan paso para asustarle en su propia casa.

—¿Y la celda de Margarita?

—Está al extremo de la galería. Dejé prendidas junto al ventanillo las rosas que me disteis para ella y la joya que iba oculta entre el manojo. Gran asombro había causado el presente en el ánimo de la dulce corderilla.

—Entonces, mañana, al filo de la una, ¿podré realizar mi deseo?

—Seguramente, señor.

—No nos traicionará ese jardinero. Sería un escándalo grandísimo que nos aprehendieran.

—La otra noche, a no ser por vos...

Y el incógnito galán se atusó el mostacho, sacó un puñado de oro de su escarcela y se lo arrojó a maese Blas. Este se inclinó, sonriente.

—Gracias, señor...

Los dos galanes desaparecieron camino de la Florida.

El espía no perdió ni una sílaba del diálogo.

—¡Ya tengo el cabo de esta madeja!—murmuró alegremente—. ¡Presto la habré desenredado! Hay un galán rico y poderoso, un brujo, tercero en amoríos, y una gran interés en fabricar leyendas de encantamientos para asustar al vulgo y despistar a la Inquisición. En toda la corte no se habla sino de este viejo de la flauta, y dicen que tiene pactos diabólicos, porque está en dos parajes a un tiempo mismo. ¡Estúpidos! Hay una puertecilla excusada desde el paredón hasta el convento... Bien. Mañana, al filo de la una, tendré el honor de cortarle las orejas al diablo.

Maese Blas de Toledo habíase levantado y caminaba muy lentamente hacia los jardines de la Puerta de la Vega, lugar muy peligroso en aquella época, por ser asilo de gitanos, ladrones y toda la bigardería cortesana. El desconocido le siguió a distancia.

Erase nuestro héroe un caballero joven y de buen porte. Vestía a lo señor; pero su atavío era pobre y estaba muy ajado. Su nombre era don Rodrigo Sarmiento, duque de Híjar; pero el ducado y todos sus bienes estaban confiscados por el rey, y aún no hacía un año que había salido de las prisiones del Santo Oficio. Habíanle acusado de hechicero y de haber querido embrujar al mismo don Felipe IV, y sufrió varias veces el tormento de la cuerda y de las tablillas; pero dicen las crónicas que tal fué su pujanza y resistencia de ánimo, que una noche, después de haber sufrido doce vueltas de cuerda, viendo desvanecerse por el dolor del espectáculo a uno de los jueces, exclamó desde el potro inquisitorial con voz firme y desdeñosa:

—Dad un vaso de agua a ese golilla.

Cuando maese Blas se perdió entre la negrura del bosquecillo, don Rodrigo le llegó a los alcances, y, tocándole suavemente en el hombro, le preguntó con aire de burlesca cortesanía:

—¡Eh, maese Blas! ¿Buscáis, acaso, por estos campos la flor de verbena?

El flautista le miró con recelo.

—Lo digo porque yo la he hallado y puedo ofrecérosla.

—Dejadme en paz—gruñó el maese, y trató de seguir su camino.

—Permitid que os acompañe, maese. No tiene uno siempre la fortuna de topar con personas de tanta sabiduría como vos. Y hay que aprovecnar el momento. Pero ¿no queréis decirme qué hierba tan milagrosa os trae hacia estos parajes tan peligrosos? De fijo que es la flor de verbena. Ya sabéis que tiene poderes mágicos y que ayuda a conocer el pensamiento más íntimo de los hombres.

Maese Blas de Toledo le miró fijamente. Aquel extraño personaje que se le aparecía de noche hablándole el lenguaje misterioso de la magia negra le inquietaba mucho.

—¿Véis? Ya me concedéis más importancia. Un erudito como vuesa merced no ignora que las fiestas populares que se llaman verbenas tienen su origen en un tiempo remotísimo, en que los iniciados en la oculta sapienza llegaban a la media noche cuando claman los buhos, aliados del macho nocturno, a un bosque de hierbas misteriosas a coger la flor de ver-

bena. Pues bien, os digo que yo la tengo y que conozco el pensamiento más íntimo de los hombres. El vuestro, por ejemplo, maese, es para mí más diáfano que el cristal.

Maese Blas de Toledo comenzaba a interesarse por aquel extravagante charlatán.

—¡Mi pensamiento! ¿Sabéis cuál es mi pensamiento?

—Sí. Vuestra merced piensa en el jardín de San Plácido. La tornera se asusta mucho con la música de vuestra flauta, y vos tañéis vuestras más endiabladas tocatas para asustar al vecindario.

—Esas son patrañas del vulgo.

—Tal vez... Ciertamente que el vulgo no sabe que hay una puertecilla misteriosa desde el callejón sin salida, en un rincón, cubierta de jaramago, hasta el jardín del convento; pero yo lo sé.

El maese le contempló asombrado.

Don Rodrigo desgranó una risita irónica.

—Me lo ha dicho la flor de verbena, que todo lo sabe. Sí; hay una puertecilla que aparece clavada, por donde entra y sale el viejo jardinero que se vende por unos ducados, como asimismo los fámulos del señor Villanueva.

—Don Jerónimo es un pobre mentecato.

—Cierto, porque cree en brujerías. Mentecatos hay en gran número en este siglo, desde el rey hasta la última comadre. Es el mal de la época. Pero el mentecato de don Jerónimo es un hombre honrado y crédulo, y vos le estáis amargando la vida con vuestros conciertos detrás de las cortinas de su alcoba.

—¿Cómo sabéis?

Y la voz del brujo tenía un leve temblor.

—Me lo ha dicho la flor de verbena. ¿Creíais que erais el solo brujo en la corte? Pues sabed que tenéis un compañero.

—¡Bah!; ésas son invenciones para asustar a los flacos de espíritu. No hay brujos, ni ungüentos, ni bebedizos. Por eso me interesáis un poco, lo confieso.

—Estáis demasiado bien informado.

—No del todo. Me falta saber cómo se llama el sacrílego doncel que os envía con joyas y ramos de flores a las celdas conventuales, al fantástico espadachín a quien escondéis en vuestro zaquizamí.

—¡Era el diablo!...—murmuró maese Blas de Toledo.

—Pues a vuestro diablo le voy a cortar yo las orejas—gritó don Rodrigo con voz iracunda.

—No os atreveréis: cuidad de no toparos con mi diablico, compadre, para no convertir vuestra gentileza en racimo de horca.

—¿Tan poderoso es?

—Todo lo puede.

—Entonces, ¿podrá evitar que yo ahora, en este agreste paraje, os arranque la lengua para fin de los canes vagabundos? Llamad a vuestro diablo a ver si acude.

Maese Blas repuso sonriente:

—Mi diablo, señor mío, tiene mucho que hacer ahora en la verbena, donde hay bellas comediantas, lances de capa y espada y esposos que topan en los arbustos de la Florida cuando van en busca de su cónyuges andariegos. Además, vuestra merced no le hará daño a este viejo erudito. ¿No es verdad, señor don Rodrigo Sarmiento, que no quiere el mal de este menguado musiquillo?

—¿Me conocéis?

—¿Quién sino el duque de Híjar, hechicero encantado por la Inquisición, puede hablar en Madrid del lenguaje de la magia? Y ahora, buenas noches, don Rodrigo; os felicito por haber hallado la flor de verbena. Yo me voy a tocar mi flauta y os aconsejo, por vuestro bien, que no os pongáis jamás en el camino del diablo.

DERECHO DE ASILO

Hacia el final de la Cava Baja había una vieja posada de caminantes. Los arrieros que llegaban de Avila, de

Burgos y aun de más allá dormían sobre sus jaimas, en el cobertizo o en el pajar, según la estación, del «Parador del Rubio», y a ninguna otra posada se iban, por ser ésta la única bien famada, donde no hubo jamás hurtos ni pendencias graves.

Además, había moza y vihuela y dejábanse tocar de cuantos venían.

Bajo el gran portón colgaba un botijo rezumante.

Grandes vigas azules cruzaban el techo; varios carromatos con las varas en alto llenaban el patizuelo.

Se oía siempre el trajín de la moza morenucha, poco zahareña, cantarina y cascabelera; el chirriar del aceite en la hornilla o el crepitar de la leña.

Tenía el mesón una gran alegría plebeya, hecha de las gorjas de la mocita, de los requiebros de los huéspedes y de los tozos de los arrieros. El sol jocundo, como la risa del arcipreste, caldeaba aquel cuadro abigarrado de alegría y de salud.

En esta alegre posada ocultaba sus penurias don Rodrigo Sarmiento, sin más compañía ni amistad que la del bachiller Chinchilla, estudiantón jacarero y espadachín, más amigo de las mozas y de puntear la guitarra que de los códigos y de los latinajos.

Y he aquí que, al clarear el día 30 de junio, cuando don Rodrigo descansaba en su lecho hospederil, fraguando el plan atinado para desorejar al diablo, compadre del maese de la flauta, se vió despertado bruscamente por un familiar del Santo Oficio, seguido de cuatro cuadrilleros y un escribano.

Aunque era don Rodrigo hombre de temple, se le heló la sangre en las venas. Recordaba los suplicios pasados, las largas horas del potro y el tormento de la cuerda. Consistía éste en atar al cautivo de pies y manos en el potro, dándole en cada pierna dos garrotes, o vueltas de cordeles, apretados a torno, una en el muslo y otra en la tibia, y otros dos garrotes en cada brazo, a voluntad del golilla. Recordaba don Rodrigo el tormento de «las tablillas». Eranse éstas cuatro tabletas como de un palmo, con cinco agujeros cada una. Se hacían pasar por ellos los dedos de los pies y de las manos, y entre las uñas se introducían cuñas de madera a golpe de mazo.

No debía aplicarse el tormento a los caballeros, a los secretarios del monarca, a las hembras encinta, ni a los menores, pero a veces se infringía la ley.

Y así don Rodrigo Calderón, marqués de Siete Iglesias, sufrió seis vueltas antes de ser «degollado por la garganta» en la Plaza Mayor.

Silenciosamente, los inquisidores registraron el ajuar y un estante sujeto con palomillas de pino a la pared, y topado que hubieron con una cajita de píldoras, pusieron gesto de vinagre y dejáronla aparte, a tiempo que otro familiar hallaba un volumen amarillento con las mayúsculas miniadas y muy extrañas viñetas, que tenía por título *Incubos y súcubos y los elementales*.

—¡Puf! Esto huele a brujería a cien leguas.

—Tómelo vuestra merced con recelo, y no se le abrase la mano, y vámonos en buenhora, que ya hemos hallado materia.

Quitáronle la espada al caballero, quien en medio de los soldados del Santo Tribunal salió hacia el palacio de la calle de Leganitos, que era donde la Inquisición tenía sus cárceles. Mucho dolióse del lance el bachiller Chinchilla, y juró en su ánima que haría cuanto pudiera en favor del desgraciado Sarmiento.

Al salir no había ninguna alma viviente en la calle, iluminada vagamente por la luz del alba; pero al torcer una empinada callejuela vióse un hombrecillo enlutado tañendo una flauta, a horcajadas sobre un guardacantón. Al pasar la triste comitiva, saludó el músico madruguero con irónica cortesía:

—Buena mañana, don Rodrigo; mucho placeríame invitaros al aguardiente si no os vierais en tan desabrida compaña. Ya os aconsejé que no os pusierais en el camino del diablo...

Cruzaron por delante de San Pedro el Viejo; subieron por la rúa del

Sacramento, y cuando llegaban frente al pasadizo del Panecillo vieron a un hombre que daba grandes gritos, con un estoque en la mano y en la otra un gran rollo de papeles.

—¡Cuerpo de tal! ¡Que esto no ha de quedar así y ni al mismo don Roldán se lo consintiera! ¡Que este romance es de Quevedo, y lo digo yo, y a estocadas le meteré las rimas al que lo negare!

Y al mismo tiempo hacía eses de un costado a otro de la calle, cual si se hallase convertido en danzante tonel de Valdepeñas.

—¡Figúrense v u e s t r a s mercedes! —dijo, encarándose con los cuadrilleros—, que un mi compadre dice que esta filigrana satírica es de Tirso. ¡Disparate!

Y poniéndose en medio del pasadizo, con los brazos en cruz tapando el paso, exclamó:

—He de untarte mis versos con tocino,
porque no me los muerdas, gongorilla.

Uno de los guardias gritó malhumorado:

—¡Ea, hágase a un lado el loco y deje paso franco!

—¿Loco yo?—aulló el del estoque—. ¡Loco será el bellaco cornudo y malnacido!

El escribano se interpuso, alzando su bastón.

—¡Paso a la Santa Hermandad!

—Bien. Eso ya es distinto. Pero no pasará ni una rata sin haber escuchado esta letrilla, que comienza:

Está hecho un góngora el cielo
más oscuro que su libro...

—¿Eh?—preguntó, cayéndose en sus tumbos de beodo sobre el cortejo—. Ese Gongorilla es un judío; no le gusta el tocino.

—¡Fuera! ¡Pronto! Apalead al borracho si no abre calle.

Entonces el beodo amante de las musas gritó como un poseído:

—¡Voto a Satanás, que os he de arrancar la golilla, asno viejo! ¡Apalearme a mí! ¡A un sobrino del conde-duque! ¡Ahora veréis!

Y cerró a cintarazos con los cuadrilleros, aturdidos, que cuando pusieron mano a las espadas ya estaban magullados y sangrando por nariz y orejas.

El escribano, que era un hombrecillo gordinflón, encaramado a una ventana, decía a grito herido:

—¡Favor a la Inquisición! ¡Favor a la Santa Hermandad!

El loco, que no era otro que el bachiller Chinchilla, fué acuchillando a los cuadrilleros hacia la cercana plaza del Cordón, y entonces don Rodrigo Sarmiento, de quien no podían cuidarse sus guardianes, tan bravamente acometidos, corrió hacia el cercano templo de San Justo y gritó, puesto que hubo el pie en las baldosas del atrio:

—¡Derecho de asilo! ¡Derecho de asilo!

Se alzó un gran clamor en la iglesia, y a poco salieron algunos fieles y un sacerdote. El clérigo le habló dulcemente:

—Estáis en sagrado, hijo mío; nada puede contra ti ni el mismo rey.

En aquellos siglos, el delincuente que se acogía a sagrado, libre estaba por de pronto de las iras de la Justicia, y después solía entablarse un pugilato entre los jueces por recobrar al reo y la Iglesia por salvarlo; en todos los templos se tenía el derecho de asilo, hasta un breve pontificio de 12 de septiembre de 1772, en que se mandó que en cada ciudad sólo hubiese una o dos iglesias con tan misterioso privilegio.

Correspondió en Madrid a la parroquia de San Ginés, para las mujeres, y la de San Sebastián, para los hombres.

Don Rodrigo se acogió al mismo lugar sagrado, donde muchos lustros atrás lo hiciera Antonio Pérez, el ministro de Felipe II, cuando cayó en disfavor del monarca.

Los cuadrilleros, mohinos y acuchillados, tornaron el camino sin el cautivo, y, aprovechando la confusión el espadachín Chinchilla, corrió como un corzo a esconderse en la cámara de su posada; y rasgo de valor fué en

el bachiller, que si fácil tarea era maltratar ministriles, hombres mal armados y sin prestigio, no era así con los soldados de la Inquisición, que tenían jurisdicción propia, y con los guardias de Castilla eran el plantel del ejército regular.

LAS LUCIDAS MOJIGANGAS

A más de mediodía pudo salir don Rodrigo del templo de San Justo. Uniósele en la calle el bachiller, que le aguardaba, y de allí fuéronse a yantar, haciendo muy sabrosos comentarios sobre el lance de la mañana.

—¿Quién será el galán, cortejo de monjas, que así tiene a su gusto a los cuadrilleros del Santo Oficio?—preguntábase el de Híjar.

—Sí que es peregrino suceso. De cierto que el brujo contó a su amo su entrevista contigo, y te debieron juzgar de peligro, cuando te delataron a la Inquisición y el mismo maese fué a ver cómo te aprehendían. ¡Buen chasco van a llevar cuando nos topen esta noche!

—Después del condumio veremos al don Jerónimo de Villanueva, y juro que al filo de la una va a bailar ese brujo a un donoso compás de cintarazos.

Era tarde de fiesta. El portero del cielo celebraba su día, y Madrid se aprestaba a darle la mayor alegría y decoro.

El mojigón, a primera hora de la tarde había salido, según costumbre, de la parroquia de la Almudena. El mojigón era un compadre más harto de vino que de distracciones, ataviado con una túnica con pinturas grotescas y una caperuza como la de los astrólogos en caricatura. Cortaba en la diestra una vara con dos hinchadas vejigas de carnero en la punta.

Un hirviente gentío llenaba los alrededores de la parroquia de San Salvador, en cuyo patio habrían de celebrarse las autos *Sacramentales* o *Misterios* escritos por los ingenios del siglo fray Lope de Vega y Carpio y don Pedro Calderón de la Barca.

Villanas graciosas de pícaros decires y manos sueltas para los atrevidos bigardos, que son como el diablo en lo de tentar la carne liviana; soldados veteranos de Flandes y de Italia, muy fanfarrones y bien plantados, con enormes mostachos sobre el rostro curtido, lleno de cicatrices. Algunos clérigos, menestrales vestidos de domingo y con sus esposas, sus niños, sus sombrillas y sus perritos; chiquillos desastrados, fámulos y mendigos. Se apiñaban para ver el cortejo de los mojigangas, e ítem más al señor rey Felipe IV, con el valido conde-duque de Olivares y la flor y nata de los caballeros de su corte.

Dominado el sordo rumor de la plebe, que se apretujaba, cantaba, bullía, gañía y coreaba, escuchábase el pregón de los mercaderes:

—¡Tortas de mantequilla! ¡Bolas del mojigón!

—¡Confitura del Santísimo Sacramento!—gritaba otro mercader. Y sobre su tablero, cubierto con una sabanilla con encaje, mostraba unos caramelos de forma de estrella.

Cantaban las campanas de San Salvador, de Santa María, donde aguardaban la tarasca, la tarasquilla, el tarascón y los gigantones, pues ellos habían de dar la moda del vestir en aquel año. Los sastres y las costureras competían en el adorno de las efigies grotescas, así como los peluqueros en peinar a la tarasquilla y a los gigantones.

Al sonar las cuatro, salió la procesión. Iba primero el mojigón, dando saltos y haciendo raras contorsiones. Seguíale un ejército de mujeres vestidas de ángel, con una que hacía de Arcángel San Miguel, y otro enjambre de hombres ataviados a la morisca con el tamboril y la gaita de la villa.

—Mira, mujer; ésa es la tarasca —decía un rústico a su costilla—. Mira qué fea es, representa la idolatría.

—Calle, buen hombre—exclamó un viejo—. Es el retrato de Ana Bolena de Inglaterra.

Tales significados se daban entonces a la tarasca, figura de sierpe con varias cabezas.

Iban al frente de la procesión un sacristán y dos acólitos, con túnicas azules y encarnadas a rayas, tocando unas claras campanillas de plata. Parábanse todos en la plazuela de Santa María la Vieja y comenzaba la pantomima, que no era sino un simulacro de batalla entre los ángeles y los moriscos, y, al remate, éstos eran vencidos. La niña que hacía de San Miguel cortaba con su flamígera espada la cabeza de un pelele, que figuraba ser Mahoma, arrojándola a las llamas. Entonces la alegría y el alboroto se desbordaban, aumentando el jocundo regocijo, los saltos y vejigazos del mojigón.

Después seguía el cortejo de la tarasquilla y el tarascón: un poco más allá llegaba una carreta trayendo a los farsantes que habían de representar el auto sacramental, que hacían muecas e imitaban el croar de la rana, el rebuzno del asno o el miau del gato, poniendo rostros muy extraños para que el vulgo riese de lo lindo; detrás iban los niños de las Casas de Caridad, las Comunidades religiosas, la clerecía, caballeros de las Ordenes, Consejos, la real capilla, el arzobispo de Toledo, pajes del rey con hachones, las andas con la custodia y el Ayuntamiento con el palio.

—Mira, mujer: ese caballero de negro, el de la melena rubia, es el rey.

Se oían las frenéticas aclamaciones.

—¡Vítor a Felipe Cuarto! ¡Vítor a la reina Isabel!

Felipe IV sonreía. Iba vestido de raso negro, y pendía su mano, exangüe y enguantada como una mano femenil. El mostacho era rubio, atusado a la borgoñesa, y el amplio chambergo traía un gran plumón, cogido por un joyel de oro y de esmeraldas.

Entráronse en el templo de San Salvador, donde ya estaban dispuestas las comparsas de gitanas, danzarinas y cantoras, para después del auto cantar y bailar hasta el anochecido, como era hábito un tanto profano de la época.

—Vea vuestra merced, comadre mía, qué rey tan guapo y tan galán. No es demasía que desvarïen por él todas las comediantas del Buen Retiro y de todos los corrales.

—Y aquella María Calderón, ¿cayó ya en disfavor?

—¿La *Calderona?* ¡Cuitada! De farandulera trocóse en monja; ahora priva otra que llaman María la *Candado* y mil aventurerillas de verbena y de encrucijada; porque dígame vuestra merced: ¿qué mujer se hará la zahareña ante un porte tan gentil?

Caía la tarde. El sol doraba las adustas y señoriales lejanías de El Pardo, y encendía en oro la cinta del menguado Manzanares, río de jácara, a quien un hidalgo francés arrojó el agua que le sobró en su copón después de haber bebido, diciendo: «Toma, arroyo, para que no te mueras de sed...»

LA CARA DEL DIABLO

Al volver de la procesión hallóse don Jerónimo de Villanueva con dos incógnitos visitantes.

—Sabemos, señor, que el diablo visita vuestra casa por la noche, y que un brujo de la ciudad os quita el sueño con el sonido de una flauta maléfica.

—Cierto, señores, y ya obra un memorial mío, contando el caso, en manos del inquisidor general.

—Señor don Peranino: El Santo Oficio obra esta vez en favor de ese diablo. Además, sería tarde... Esta noche, al filo de la una, oiréis la música del brujo muy cerca de vuestro mismo lecho.

El protonotario temblaba.

—¿Decís que...?

—No os asustéis, señor de Villanueva; os digo que el diablo galanteador pasará esta noche por una puertecilla que sirve para usos de limpieza y entrará en el jardín del convento.

—¿Cómo lo sabéis?

—Lo hemos oído de la propia boca del brujo. Esta noche el diablo habla-

rá de amor con Margarita en su propia celda.

—¡Eso es una profanación!

—A evitarla venimos. Uno de vuestros criados os es infiel. El ha facilitado a maese Blas una llave, con la que puede entrar en vuestra casa cuando se le antoje. Conoce vuestra mansión igual que su guarida, y mientras él toca su instrumento para espantaros, el compadre hará su sacrílego deseo.

—¿Y qué hacer, señores, contra esta conjuración satánica?

Los dos amigos rieron de buena gana.

—Pero ¿vos creéis en brujerías? Ya veréis cómo bailan esta noche delante de la punta de nuestras espadas. Tengo yo mucho interés en verle la cara al diablo.

Don Jerónimo corrió al convento a prevenir a doña Teresa de lo que ocurría, y al retorno invitó a yantar a los dos cofrades para mejor trazar un plan. De fijo que los suculentos manjares y el vino de oro de las viñas jerezanas habían de inspirarles muy dichosos ardides.

Se concertó que don Jerónimo y dos fámulos valientes y fornidos esperasen en la calleja entre las sombras, y aunque los viesen venir les dejarían pasar para cercarles, pues don Rodrigo Sarmiento y el bachiller Chinchilla—que éstos eran los visitantes—acecharían entre las sombras del jardín, para lo que ya había conseguido don Jerónimo permiso de la abadesa.

Y cuando ya estuvieran los diablos salteadores en la ratonera, se encenderían luces y don Jerónimo haría la señal con un pistoletazo.

No le llegaba la camisa al cuerpo al protonotario, y sus amigos le prestaban ánimos, haciéndole comprender que no es de buenos cristianos creer én las hechicerías ni diabluras.

Así pasaron las horas de aquella noche. Había sonado la media de las doce, cuando se oyó una música larga y melancólica en la calle. Era un silbo muy tierno y muy nostálgico.

—Fuerza es reconocer que el maese es un gran músico—dijo Sarmiento—. ¡Lástima es que yo le haya de entorpecer la inspiración esta noche!

Villanueva previno a los lacayos, astur el uno y vizcaíno el otro, y aunque de complicada sintaxis el uno y de pelo hasta las cejas el primero, tenían el aspecto imponente de dos efigies del gigantesco San Cristóbal. Bajaron a la rúa, doblaron por la de la Luna y se apostaron en las tinieblas. Sarmiento y el bachiller siguieron por la del Pez, y la tornera, que les aguardaba, hízoles llegar hasta su escondite en el jardín.

—Parece que se ven blancas sombras de monjas por los claustros.

—Deben de estar muertas de miedo; esta noche finarán sus zozobras. Le pienso regalar las orejas del brujo a la hermana tornera para que las clave detrás de la puerta. Dicen que dan buena suerte.

La esquila del convento sonó la una.

Las hermanas no quisieron retirarse a sus celdas.

Sentían una gran curiosidad y un poco de miedo al saber que el diablo visitaría su santa casa.

—¿Y tiene patas de chivo y lengua de víbora?

—¿Es verdad que huele a azufre, como dicen?

La abadesa sonreía.

—Ya verán sus caridades como todo es patraña. El diablo que nos visite no olerá sino a ámbar y no tendrá un áspid por lengua, que hablará una parla bien donosa. No es nuevo el caso de un galán sacrílego que corteja a una joven reclusa. Recordad al caballero andaluz don Miguel de Mañara y al estudiante Lisardo y al caballero de Gracia, que luego murieron en la gracia divina arrepentidos de su vida licenciosa. Este de ahora, por muy ciego que esté, también tornará al buen sendero. Y entended para siempre que no hay otro demonio que las pasiones, que son las que embrujan el espíritu de las criaturas.

En su escondrijo poco hubieron de aguantar don Jerónimo y sus fámulos; aún temblaba en el aire el eco sonoro de la esquila conventual, cuan-

do se abrió sin ruido la puerta y se asomó al atisbo una cabeza. Creyéndolo todo en reposo, avanzó el cuerpo, y tras él colóse la sombra de un embozado.

Maese Blas encendió una linternilla.

Olía a tierra mojada; en las tapias crecían hierbas verdinegras. Las elásticas lagartijas se deslizaban bajo los pies de los asaltantes. A la mitad del camino oyeron un rumor vago y distante. El brujo se tumbó en el suelo y aplicó la oreja.

—¡Juraría que hay alguien de parla entre esas frondas tupidas!

—Serán algunas monjas desveladas. Démonos prisa, maese, que me salta el corazón hasta llegar a la celda. No veo a Margarita desde que huyó de Alcalá, cuando yo era estudiante, aunque más que a cursar las leyes humanas fuí a aprisionar mi alma en su belleza divina.

Apenas dejó de hablar el embozado, cuando sonó una detonación que hizo retemblar los claustros. Al punto se oyó ruido de voces, de pisadas celerosas, y vióse por ambos extremos del jardín que avanzaban con hachas encendidas.

Muy pronto se oyó la voz de don Rodrigo:

—¡Adelante, y a ellos! ¡Vamos a ver si el diablo tiene las astas tan afiladas como dicen!

—¡Esa es la voz del duque de Híjar!—exclamó Blas asombrado.

El desconocido gritó colérico:

—¿Por qué me dijisteis que se pudría en las cárceles del Santo Oficio? ¡Nos han hecho traición!

—Yo mismo le vi entre los cuadrilleros. ¡Que el diablo me lleve si ese hombre no es brujo de verdad!

El incógnito desnudó su acero; pero al punto se vió cercado contra un roble centenario, sin espacio para defenderse.

—¡Voto a la campana gorda de Toledo, que ya le tenemos cogido! ¡A ver cómo mueves el rabo, diablillo rijoso, que te voy a arrancar los cuernos!

El brujo, temblando de miedo, se aburrujaba a los pies del incógnito, como un falderillo en día de nieve. Espada, puñales, pistoletes y rompecabezas de hierro, formaban en torno de ellos un círculo siniestro.

El bachiller acercó su luminaria al rostro del embozado.

—¡Baja la capa, viejo cornudo, que te voy a quemar los bigotes!

Entonces, cuando todas las miradas estaban fijas en él, el incógnito se desembozó lentamente, con un empaque un poco teatral, y mostró un rostro noble y juvenil, donde florecía una sonrisa galante bajo el mostacho fanfarrón.

—¡¡El rey!!—exclamaron todos los labios.

—Vos conocéis, sin duda. *El alguacil alguacilado*, de nuestro gran don Francisco. Veníais a coger al diablo, y el diablo os ha cogido a vos.

—Perdón, señor—exclamó don Rodrigo, hincando en tierra la rodilla.

—Ya sabéis que vuestra vida pende de vuestra lengua. Si sois parlanchín daréis un buen día al vulgo en la Plaza Mayor «degollado por la garganta», como corresponde a vuestro linaje.

Después el monarca, amigo de las gorjas y de las comediantas, salió escoltado por todos con hachas encendidas.

Don Jerónimo mostrábase mohino.

—¡Pluguiere al cielo que hubiera sido el diablo!—exclamaba.

Y el diablo, rey apuesto y galán, se perdió en las encrucijadas de la villa, seguido del maese de la flauta, que reía a su sabor el remate de aquella aventura.

EL RELOJ DEL AMOR

Anochecía dulcemente en el jardín de las monjas.

La joven abadesa estaba abatida. El padre Calderón y don Jerónimo platicaban a la sombra de un florido boscaje, mientras bebían agua con nieve y guluzmeaban en una fuente de plata, repleta de monjiles y confituras.

—Tal es la situación, señora. El rey insiste en enamorar a vuestra blanca cordera y yo no puedo negarle la entrada en mi casa; así es que me convierto en tercero de su sacrílego capricho, bien contra mi voluntad; así Dios me salve.

—Pero ése es un oficio demasiado bellaco para imponérselo a un noble.

—Bien lo sé; pero si rehuso habrá de tomar mi casa por la fuerza y yo perderé mis bienes, y tal vez purgue a manos del verdugo mi noble rebeldía. Acordaos del suceso fatídico que dió nombre a la cruz del Espíritu Santo.

—Yo bien lo sé—repuso el capellán—. Fué el lance que el señor rey don Felipe enamoraba a una villana casada con mozo de poco aguante, quien enterado de que alguien vendimiaba su viña, salió una noche con otros dos compadres al encuentro del ladrón. Hubo cuchilladas y golpes y algún cintarazo diz que le tocó al rey. El hecho es que una semana después fueron ahorcados el marido y los secuaces en el mismo lugar de la propia afrenta. Tiempos vergonzosos son estos que corren y difíciles para la salvación del alma.

—¡Así Dios nos ilumine, señor capellán!

—¡Amén!

—Continuad, señor don Jerónimo —exclamó la abadesa.

—El rey se dice muy tiernamente enamorado de Margarita de Portocarrero, y que como no ha pronunciado votos, libre es de profesar o de volver al siglo si le place. Promete no hacerle fuerza y sí inclinarla con palabras amables, haciéndole ver lo agreste de la vida claustral y las delicias y faustos de la corte. Al convento ofreciómie colmarle de mercedes y de regalos, entre ellos el de un reloj de fino metal y campana de oro. «Quiero—me dijo—que esa joya de reloj cante las horas felices para mi amor. El que tienen ahora las monjas tiene una voz muy cascada», y se reía con una risa de Satanás.

—¿Tan seguro está del triunfo?

—Sí. Mientras le creíamos el diablo, pensamos vencerle; siendo él quien es..., ¡es imposible!

—¿No le habéis contado el lance al inquisidor general?

—Y se mostró muy iracundo contra la felonía del monarca. Sin duda abrirá proceso, se dará un escándalo... Pero será tarde. Urge una solución de momento, y no la podemos encontrar.

—¿Y qué pide de vuestra merced?

—Que sea su embajada cerca de vos para allanar escrúpulos y venir él después pisando rosas.

Hubo un hondo silencio; las palomas volaban sobre el cielo de retorno al palomar.

Salía el lucero vespertino como una lejana flor de lis. La abadesa meditaba con las bellas pupilas de oro clavadas en el infinito y las manos de marfil exangües y cruzadas sobre la cruz de su rosario. Por las galerías se veían pasar luces y se oía la voz gangueante de la tornera, que narraba una ingenua fábula o leía en un viejo breviario algún episodio milagroso de santoral.

Doña Teresa parecía rezar. Sus labios tenían un suave temblor, y en sus ojos había un fulgor de éxtasis. Estaba muy pálida, y a la luz de la luna, inmóvil y toda blanca, recordaba las estatuas orantes de los viejos retablos y de los panteones.

De súbito se irguió.

—Decidle al rey que puede mandar al artífice que labre ese reloj que ha de cantar sus horas amorosas. No le pongáis mal gesto, y que venga cuando quiera. ¡Dios nos ayudará!

—¿Tenéis algún proyecto?

—Tal vez...

Dió a besar su anillo abaisal al caballero y se retiró al interior del convento. Cantaba la fuente humildosa, y su lámina tersa tomaba la comunión de la luna, casta y ensoñadora, cual rústica rodela de marfil.

★

Maese Blas de Toledo no estaba contento de su situación. Los chiquillos le gritaban por la calle: «Al brujo,

al brujo»; se signaban las comadres al verle pasar; el mercader que le vendía las vituallas hacía la señal de la cruz al tomarle las monedas.

Tenía oro en la faltriquera, que don Felipe IV le pagaba muy bien su tercería: pero estaba un poco triste y decidió pasar un par de horas en una alojería de la calle de Franco, donde se juntaban los poetillas, los cómicos y otras gentes de trueno y de buenas letras.

Al pasar cerca de la iglesia de San Felipe el Real vió gente reunida en las gradas.

Acercóse y supo con asombro oue aquel anochecido había sido herido el conde de Villamediana frente a la puerta del palacio que fué de los condes de Oñate.

Mentidero de Madrid,
decidnos: ¿quién mató al conde?

Murmuraba en voz baja un mozo flaco, aprendiz de poeta:

—Esta décima me huele a Lope.

—¡Chitón!—y le pusieron una mano en la boca.

Poco pudo oír el maese de lo que allí se decía; pero al retirarse oyó otros dos versos que parecían el remate de la décima, cuyo comienzo escuchara antes:

El matador fué Bellido
y el impulso... Soberano.

Alejóse recordando cierta croniquilla escandalosa que decía enamorado don Juan de Tassi, conde de Villamediana y correo mayor del reino, de la reina Isabel. Hablábase de que el incendio del teatro de Aranjuez fuera producido por el galán para tener el honor de salvar a la dama entre sus brazos; se decía de un ciprés del Buen Retiro que sabía de dulces entrevistas secretas; para nadie era misterio que en las últimas justas dijera el rey, admirando la destreza de Villamediana: «Pica muy bien el conde, pero pica muy alto»; y, por último, todos vieron aquella tarde su famosa divisa, que decía: «Mis amores son...», y, después, campando sobre la rica tela, varias moneditas de a real. Mucho preocupó aquel enigma, hasta que el bufón del rey subrayó socarronamente el sentido verdadero del emblema: «Mis amores son reales.» Felipe sintió el alfilerazo de los celos, y se dice que murmuró entre dientes: «Pues yo los haré cuartos.»

Parecióle de mal agüero aquello a maese Blas, y decidió de tornarse a su zaquizamí. Compró al paso jamón, queso de Flandes y una botella de vino blanco, con que regalar su soledad.

Al pasar junto a la iglesia del Carmen vió a dos caballeros conversando, y como uno le pareció el *Fénix de los Ingenios*, y otro el señor de la Torre de Juan Abad, acercóse a ver si cazaba algo de su discreta plática.

—¿Adónde bueno la honra mantuana?—decía don Francisco de Quevedo.

—Al mandar de vuestra merced, señor don Francisco, aunque de nada podré serviros, según soy de menguado y para poco.

—¿De cuándo acá tan desconfiado de sí mismo el *Fénix de los Ingenios?* —repuso Quevedo.

—Desde que dejé encerrado tres galanes en la cámara de una dama y no acierto cómo sacarlos.

—¡Ira de Dios! Prended fuego a la casa, y ellos saldrán sin que aún tengáis que ayudarlos a salir.

Dicen que Lope hizo caso del consejo pintoresco, y así terminó una de sus mejores comedias.

Mucho rió el brujo de la graciosa salida del patizambo poeta, y para mejor festejarlo sacó la botella de vino de su faltriquera y empinó el codo un buen espacio.

En esto cruzó junto al caballero en una mula un maese sangrador, muy su amigote, y le ofreció de beber.

—No puedo, y se estima, maese. Voy a ver a un sastre que está en las últimas.

—Pues corra, hermano, no le vaya a sisar algún minuto.

Le dejó ir y tornó a beber. Después se encaminó a su zaquizamí, recitando entre dientes una sátira de *Tirso de Molina*, el agudo fraile de la Merced:

Va montado en un machuelo
que en vez de caminar, vuela;
sin parar saca una muela;
más almas tiene en el cielo
que un Caligula o Nerón.
Conócenle en cada casa;
por donde quiera que pasa
le llaman la Extremaunción.

Así es como fray Gabriel Téllez dibujaba la silueta de un maese sangrador de su tiempo.

Cayó entonces en la cuenta de que casi había apurado el licor sin haber probado bocado.

—Compraré otra botella—se dijo—, aunque quizá valga más que sean dos.

Y hecha que fué la compra, se hundió en la angostura de su mísero hostal.

—Perra vida ésta, y cuán mísera es la h u m a n a condición. Heme aquí transformado por un par de traguetes de este vinillo saltarín. Estoy casi contento, cuando debiera colgarme de una viga. ¿Qué existencia es la mía? Perseguido por los chicos, por las comadres, y quizá en breve por el Santo Oficio. Todo por fugar a los brujos por unas cuantas moneditas miserables, teniendo que hacer el bellaco papel de tercero, cuando soy el hombre que más caudal de ciencia atesora.

¡Oh, la contrafortuna del talento!

¡Y en bonita época he tenido la ocurrencia de nacer! Soy un náufrago en la sombra.

¡Todo tinieblas, todo tinieblas en el espíritu de los hombres! Los nobles apenas saben firmar; ponen toda su vanidad en rejonear toros y en dar cintarazos. Son más estúpidos que sus caballos de batalla. El amor es sexualidad y andan todas las fuerzas infernales adueñándose de las almas. El mismo rey no vale más que sus vasallos, a pesar de sus pujos de poeta. ¡Ya le daría yo que tuviera que comer con los dineros de sus comedias! La Justicia es el capricho de los poderosos, y la vida de los vasallos está a merced de un mal gesto real o de una dispepsia del conde-duque. ¡Medrados tiempos en que el verdugo es el funcionario más laborioso de la República! ¡En que se quema la carne humana como a sabrosos lechoncillos! Todo es ignorancia y fanatismo, hambre en el pueblo y criminoso egoísmo en los magnates. ¡Qué dirá el dulce Rabí de Galilea al ver cuán son estériles los divinos rubíes de su sangre!

Maese Blas dió término a la segunda botella.

—¿Y yo? ¡Pobre de mí! ¡Más solo que un perro y sin el amor de nadie! Parece que este vino que he bebido tiene la virtud de iluminarse interiormente. No puedo ni siquiera hablar con ninguno, porque ninguno me entiende. Yo he estudiado mucho, mucho... En mi cerebro están los gérmenes de la ciencia futura. Sé bastante de la vida del Universo y de mi propio yo, que es otro cosmos tal vez más abstruso e inquietador. ¡Pero no quedará nada de mí! Mis libros y mis papeles serán quemados el día que yo me muera, o tal vez antes...

Y el viejo enlutado lloraba amargamente.

—Estoy un poco ebrio y me ha dado filosófica y plañidera. Tal vez los locos y los beodos son los que se atrevan a decir las verdades en esta época. ¿Por qué no podré sintetizar en fórmulas terminantes todos estos fantasmas que bullen en mi cerebro? Al menos, tener el orgullo de la gloria, ya que todo lo he sacrificado por saber; que mi nombre quedase en las inteligencias futuras, que me nombraran los labios de las venideras generaciones. ¡Oh, el horrible suplicio de la impotencia! La vida tiene un sentido esotérico; hay una escala de progreso que es luz para la humanidad y aproximación al Creador. Pero los hombres no trabajan; las guerras y la lucha cotidiana por el pan oscurecen los entendimientos. ¡El dolor social es tan enorme! No se tiene tiempo ni energías para estudiar; gracias que no se mueran de inanición las gentes en medio de las rúas. No se puede vivir en este ambiente popular, cruel y estúpido, de nefanda esclavitud. Sólo median los mercaderes, aquellos a quienes Jesús arrojó del templo. ¡Me ahogo en medio de tanta oscuridad!

Andaba a grandes trancos por su menguada covacha. Le fulgían los ojos verdes, tenía encendida la color y se retorcía como un poseído. Acercóse a la mesa y sacó el estuche de su flauta.

—Ven tú, fiel compañera de mi soledad, amante de mi alma solitaria; tú, que eres mi mismo espíritu florecido en silbos melodiosos y melancólicas armonías. Ven, flauta mágica, espanto del vulgo; tú que sabes mis angustias infinitas, tú que has visto llorar al brujo tantas veces.

La acercó a sus labios, y por la vieja flauta se deslizó una lágrima lentamente.

Tomó su instrumento y saltó al tejadillo.

Temblando, sus manos y sus pies se movían con torpeza por tan peligroso pavimento.

—¡Qué paz hay en la noche! ¡Canta el ruiseñor en el jardín del convento! Dichoso tú, trovador de plumas, que cantas tan bien porque estás tan ciego. ¡Eres como la divina juventud, oh pájaro poeta; voy a ayudarte en tu concierto con esta pobre flauta de madera, que es la voz del ruiseñor de mi alma!

Inclinóse para tomar acomodo junto a la chimenea, pero el licor danzaba en el caletre y resbaló... Exhaló un grito, sus manos en garfio buscaron un sostén en el vacío y se precipitó de cabeza en el abismo negro de la calle.

—¡Jesús!—exclamó el mísero flautista.

La flauta se rompió junto al cuerpo del brujo, cual si fuera su voz que no había de sonar nunca jamás.

A la mañana siguiente todas las comadres se reunieron en torno de sus sangrientos despojos. Hubo una que había presenciado la tragedia desde su chiribitil.

—Venía volando el maldecido caballero en una escoba, que yo misma le vi con estos ojos que ha de pudrir la tierra y al entrar en su casa por la ventana, y ¡zas!, se le quebró el caballo de palo y vino al suelo de cabeza. ¡Ya no volverá a hacer mal de ojo el condenado!

—¡Amén!—rezó el gangueante concurso de vejestorios.

Este fué el epitafio que el espíritu de la época, por boca de una comadre, puso en la tumba del brujo maese Blas de Toledo.

LA CITA DEL AMOR

Respiró el barrio gozoso. ¡Al cabo estaban libres de serenatas sacrílegas, de estocadas y olores de azufre! El zaquizamí endiablado nadie quería arrendarlo, y don Jerónimo tuvo que cederlo graciosamente a un viejo remendón que fué osado de habitarlo.

El tío Sacabuco, que tal se llamaba el nuevo inquilino, se arrepintió muy pronto de su audacia. Apenas se acostaba oía tres golpecitos discretos a la cabecera de su lecho; cuando estaba a punto de asir a Morfeo por la cabellera, le tiraban violentamente de los pies. Todos sus muebles, que eran el banco de trabajar y un catre de tijera, producían en la sombra ruidos misteriosos. Unicamente no se enteraba de las insinuaciones brujescas cuando tornaba ebrio, y apenas se hubo percatado de esta nueva virtud del zumo de la vid, decidió no volver a estar ayuno del mosto.

Pero fué el lance que un día se cayó por la escalera y se perniquebró; llevaronle a un hospitalillo, y el vulgo tornó a decir que el ánima del brujo le había malherido porque le estorbaba para sus siniestras maquinaciones.

Y ya para siempre quedó cerrada la yacija de maese Blas; que no hubo cristiano capaz de asentar allá sus reales, ni aun por toda la plata de las Indias.

Mucho dolióse don Felipe IV del mal fin de su compadre; pero, de todas suertes, decidido estaba a rematar su amorosa empresa. Tal vez fuera por ser imaginación de poeta que gustaba de lances extraordinarios, o por el acicate de ese gusanillo de liviandad que muerde de continuo nuestra arcilla triste y pecadora, ello es que don

Felipe no se sosegaba ni comía a gusto, soñando en la peregrina belleza de Margarita.

Aquella tarde mandó un propio a casa de don Jerónimo, advirtiéndole que se apercibiera a recibirle aquella noche en su morada.

Estaba el rey algo amohinado. La Inquisición sabía de su aventura, y hasta había acumulado los folios de un prceso. Don Felipe había recibido en malos tonos al familiar que se lo comunicara.

—¡Fuera donoso que ni aun a mí me dejaran estar tranquilo los golillas! ¡Va a ser preciso que mande hacer un auto público con sus instrumentos de tortura y con sus propias pellejas! ¡Fuera un gran día para el pueblo ver cómo arden las barbas del inquisidor!

Un embozado seguido de otros dos que parecían ser sus rodrigones, dobló la esquina de la calle de la Luna. Al punto se abrió la puerta de la casa solar de don Jerónimo de Villanueva, y el mismo caballero salió al zaguán a recibirle con un candelabro en la diestra.

—¿Duerme todo en la casa?

—Todo, señor; que a mi decoro conviene que nadie sepa de vuestra visita.

Y la voz de Villanueva tenía un deje de vergüenza y de amargura.

Don Felipe le miró al soslayo y cambió el derrotero de la plática.

—Mucho me temía no llegar antes de descargar el chubasco. No fuera muy galán venir empapado en agua como un náufrago a la cámara de una dama.

El cielo estaba negro y torvo; de vez en vez una serpentina de lumbre zigzagueaba a lo lejos.

—Mala noche para los caminantes extraviados, para los que están en el mar.

Comenzaba a llover. En el interior de la mina hacía un calor asfixiante. Iba primero el rey, y en su pos don Jerónimo con una linterna. Salieron al jardín de las monjas.

Don Felipe orientó sus pasos hacia la ventana del refectorio. Saltó al interior con la capa de seda al brazo, bien galán y con el ánima muy serena.

No era tarea muy fácil orientarse en las tinieblas. Tenía que aguardar a la luz de los relámpagos para seguir su derrotero sacrílego.

En el espíritu del rey florecía aquel amor como una rosa de pecado, y diz que era su pecho el más frondoso jardín de las rosas más galantes.

Desde muy adolescente hizo de sus días una amable cadena de nombre de mujer y de versos de amor. Felipe IV era poeta de corazón, aunque su mejor poesía la vivió en vez de escribirla, pues los pasos de comedia que firmara con el seudónimo *Un Ingenio de la Corte,* sólo demuestra gentil fantasía y discreción; pero la llama del genio no alumbró nunca sus estrofas.

Todas sus historias de amor fueron fáciles, por ser el rey el galán y no tener corcovas, ni roja la nariz o torpe la lengua, sino muy al contrario. Ser la amante del rey era el remate de las mujeres de teatro; y esta frivolidad restaba interés a la aventura.

Todo olvidado lo tenía don Felipe, incluso los negocios del Reino, desde que viera a la novicia Margarita. Así su corazón tenía hondas marejadas en las galerías del convento al acercarse al fin de la aventura.

—Nunca he sentido tanta emoción. Parece que se acerca una hora solemne de mi vida.

La lluvia torrencial cantaba en los vitrales, y el jardín parecía envuelto en un turbio fanal. Entre el fragor, sonó el reloj de San Plácido, con su voz cascada y humilde, que parecía un sollozo.

—He de hacer presente al convento de un reloj suntuoso que cante las horas de mi amor.

Y avanzó, decidido, hasta la novicia Margarita.

Se oía un rumor melancólico y lejano, como la monotonía de un rezo.

Muy pronto llegó ante la puertecilla de la celda; el corazón le latía vertiginosamente. Se alisó la melena blan-

da y lacia. Atusó su mostacho conquistador. Sonreía... Aquella puerta era el umbral de su dicha, la cancela de su amor; detrás del misterio de aquella hoja de madera le aguardaba un paraíso de exquisitas emociones.

Su mano aristocrática y enguantada se asió al picaporte audaz e incoherente. La sombra de Mañara, el burlador andaluz, cruzó por su memoria. Felipe IV abrió la puerta.

Un fulgor amarillento le hirió repentinamente en las pupilas. Se cubrió con las manos el rostro pálido y aterrorizado.

—¡Jesús!—y cayó de rodillas, sollozando.

En medio de la celda, sobre un blanco tapiz bordado en oro, había un blanco ataúd lleno de rosas blancas. La novicia Margarita, más bella en la evangélica serenidad del último sueño, yacía con las manos cruzadas, marfilinas y transparentes, al resplandor de cuatro hachas mortuorias, amortajada con un hábito blanco. Entre los dedos pálidos tenía un Cristo de plata.

El rey lloró largo espacio con sincera amargura, junto a la blanca muerta, divinamente pálida, con una celeste belleza ultraterrenal.

Las flores y el olor a los lirios esparcían por la estancia una fragancia religiosa.

Se oía cada vez más cercano el rumor de los rezos.

Por los claustros silentes avanzaba un cortejo de blancas sombras con cirios en la mano y semejando la corte fantasmal de la santa Compañía.

Muy pronto todas las monjas, con sus blancos hábitos y sus tocas negras, excepto las novicias, que eran todas blancas como nardos, llenaron la celda. El clamar de los latines litúrgicos parecía el zumbido monótono de un abejorro gigantesco. Nadie se cuidó de la presencia del rey, arrodillado junto al lecho en actitud contrita. El diablo conquistador unió su voz sincera a los salmodios monjiles.

Ya era alta noche cuando partió, y dicen que hubo de exclamar solemnemente, con la diestra puesta sobre el corazón:

—Yo haré presente a esta santa casa de un reloj que doble a muerto al sonar cada hora para que diga a los siglos futuros de este suceso extraordinario y de la conversión de mi alma. En el jardín del convento le aguardaba el protonotario. Había pasado la tormenta y la luna brillaba como un milagroso lirio de plata.

En lontananza se oía la oración de los difuntos.

EL RELOJ DEL AMOR Y DE LA MUERTE

El mismo rey en persona fué a la covacha del más célebre artífice relojero. Se dió prisa el maese, y una mañana dos vecinos de San Plácido oyeron un angustioso doble funeral.

Pronto corrió la leyenda de boca en boca.

En el mentidero, en las alojerías, en las plazas públicas se dijo que el diablo que rondaba el convento no fué otro que el serenísimo señor don Felipe de Austria.

La Inquisición terminó el proceso contra el rey, pero no se atrevió a dictar el fallo tremendo.

De secreto, con un propio y una caja lacrada, se enviaron los folios procesales a Roma para que el papa resolviera.

Pero súpolo el conde-duque de Olivares y mandó prender al enviado.

Había transcurrido cerca de un año. Una tarde miraba el rey las frondas del Buen Retiro desde el balcón de su palacio, cuando el favorito entróse hacia la regia presencia.

—Señor, mucho me duele tener que remover las viejas cenizas y aumentar vuestra tristeza. Pero mi lealtad exige que os advierta que la abadesa os hizo víctima de un artilugio. ¡Margarita vive!...

El rey se irguió, pálido y adolorido.

—Vive, señor. Yo mismo la he contemplado con estos mis ojos. Esta mañana entré a oír misa del alba en la iglesia del convento. Algunas beatas

enlutadas se esparcían por las naves solitarias. Nadie me conocía allí. El sacerdote se acercó a un ventanuco que hay junto al coro a dar la comunión a las religiosas. Bien aburrujado en mi capa y en rincón penumbroso vi los rostros de las religiosas que iban alzando sus velos para recibir la Eucaristía. ¡Y os juro que vi a la bella Margarita! Creílo al principio fascinación de mis ojos, sombra que volvía del más allá para turbación de mi alma. Pero era ella, tan blanca y angélica, con sus ojos azules como un rompimiento de gloria.

Terminado el sacrificio de la misa, salieron las beatucas. Meditaba en lo extraordinario del lance, cuando acertó a pasar un viejo sacristán.

—Oiga vuestra merced—le dije—; soy forastero y habréis de perdonarme si soy indiscreto. Y le puse cinco ducados en la mano sarmentosa.

—Un caballero tan generoso—me replicó—nunca puede ser indiscreto, y miraba las monedas con sus ojillos vivos y codiciosos.

Pregunté al ensotanado por la veracidad de la leyenda del diablo, enamorado de una doncella noble recluída en aquel convento.

El buen hombre charló de todo lo que sabía, y entre otros sucesos me dijo cómo la abadesa, para librar a la corderilla de las garras del pájaro de rapiña, la fingió difunta, y cuando el demonio cortejador llegó a buscarla a la celda, al verla entre los cirios, dió un bufido y se escapó por la ventana.

Después Margarita quedó en la santa casa como novicia, y, cumplido un año, profesó.

—Ved, señor, la gentil trapacería de la abadesa para burlar vuestro deseo. Os felicito, señor; la dama viva está y aún es tiempo de rematar el idilio interrumpido.

El rey movió la cabeza tristemente.

—Ya es tarde, don Gaspar. Tengo el ánima muy dolida y creo, en mi conciencia, que la noble abadesa de San Plácido ha obrado con tanto ingenio como religiosa entereza. Que viva tranquila en su suave retiro la religiosa Margarita; nunca volverá el diablo a darle serenatas galantes ni a pisar el santuario de su celda. ¡Y es muy bella la hermana; bella como los mismos ángeles de Dios!—musitó melancólicamente.

De sus ojos azules, rodeados de ojeras violadas, pendía una lágrima... Entonces es cuando era más poeta aquel rey trovador.

★

La leyenda es una virgen de cabellos de oro que pasa por las almas derramando la semilla de los ensueños. Después nace una flor azul, la flor de la leyenda, que no muere jamás.

Acaso esta historia de amor, de hechicería y de conversión no fuera así. Los hechos reales pudieron ser otros; pero la maga leyenda los ha contado durante tres siglos como yo le he recogido de boca del pueblo. Y eso será eternamente.

El viejo reloj de San Plácido ha doblado a muerto desde el alto campanario, hora tras hora, para recuerdo de la conversión de un ánima en pecado mortal; como plugo a la voluntad del rey poeta, ha doblado en la altura el reloj del amor y de la muerte.

¡Tan! ¡Tan!

Los gemidos de bronce caen lo mismo que las lágrimas en la misteriosa alma de la noche. La luna, con su pálida cara de clonveresa, se acerca a ver la hora en la vieja esfera del horologio encantado.

¡Es la hora de la leyenda, maligna madrina de los infortunados del mundo!

Los buhos de ojos redondos y fulgurantes vuelan en torno de la vieja espadaña. Son los amigos de las brujas, los que asisten a los conjuros de la noche del sábado y ven cómo se cuecen los bebedizos.

—¿Habéis visto el espíritu errático del sortilego maese Blas de Toledo?

¡Tan! ¡Tan!

Los buhos tejen patrañas de maleficios para espantar a las comadres y giran en torno del fatídico reloj que canta la muerte...

La triste campanada resuena en el fondo de los espíritus.

Pecadores del mundo que ponéis flores de trapo sobre la hirviente gusanera de vuestra carne sensual. Oíd la canción del viejo cuadrante:

¡Tan! ¡Tan!

Místicas golondrinas, pájaros nazarenos que en las cornisas de la torre llegáis a hacer vuestro nido: ¿habéis visto vagar por el viejo jardín del convento la sombra de la hermana Margarita? ¿Verdad que es un alma hecha de azul y de resplandor?

Las comadres de todos los tiempos signáronse al oír la voz del reloj. Y para dormir a los nietezuelos decían con voz emocionada la rancia leyenda:

—Erase un rey galán que enamoraba una monja, y una noche...

La sombra del rey poeta, espadachín y cortejo de comediantas, vaga a las altas horas por aquellos lugares, y al oír el gemido del bronce siente una dulce edificación. Una hora no más duró su sacrílego enamoramiento y cante una espiación por los siglos, como una oración eterna, el reloj del amor y de la muerte.

¡Tan! ¡Tan! Las negras agujas recorren, impasibles, el horario.

Blanca luna, buhos tenebrosos, viejas comadres que oís el tañido funeral: ¿queréis saber qué hora marca el reloj incansable de San Plácido?

¡Es la hora inmortal de la leyenda!

EL DOLOR DE LLEGAR

ELOGIO DE LA MEDIA TOSTADA

La casa de doña María es una reseja entre esa institución inadaptable, antisocial, alegre, soñadora y desvergonzada que los tenderos acomodados llaman desdeñosamente *la bohemia*.

Por sus lechos fementidos, como por el fígón de Próculo, ha paseado sus grotescas bizarrías toda la literatura trashumante de estos últimos tiempos. Melenas absurdas, gabanes increíbles, chapeos arbitrarios, han desfilado ante el gesto huraño de doña María que, ojo avizor y *cobro adelantado*, abría las puertas de su pintoresco palacio nocturno, situado en la calle del Reloj, frente a la plazoleta del Senado.

El literato de provincia que llegaba atraído por el espejismo de la corte solía confidenciar sus primeras emociones madrileñas con aquellos agresivos cabezales; si se supiesen los dislocados proyectos y las lúgubres alucinaciones del hambre de todas las frentes que ellos han sustentado, qué páginas tan intensas podrían escribirse de nuestra melancólica bohemia...

Aquella tarde, inverniza y glacial, la propietaria del palacio daba golpes desde hacía una hora en la puerta de la sala, ocupada generalmente por cinco huéspedes.

—¡Eh, don Oliverio, don Rubín! Que ya son las cuatro.

Un silencio absoluto respondió a la voz agria e imperativa de la vieja patrona que tornaba con su estribillo:

—¡Que son las cuatro y media! ¡Arriba, don Rubín, don Oliverio!

Don Rubín y don Oliverio no se dignaron responder a los requerimientos patroniles.

—¡Valientes desvergonzados! —rumió la hospedera—. ¡Desde las cinco que están durmiendo! Eso se llama estirar los cochinos dos reales...

Y abriendo la puerta con gran estrépito, caminó a tientas hacia la ventana, cuyas maderas abrió de par en par. Una luz lechosa y triste cayó mansamente sobre los menguados camastros y descubrió los desconchados de las renegridas paredes.

—¿Ustedes creen que hay derecho a esto, señores míos?

Don Rubín y don Oliverio levantaron sus enmarañadas cabezas:

—¡No hay derecho, doña María!

—¡No hay derecho!

Y tras esta dual contestación, tornáronse del otro lado e hilvanaron su sueño interrumpido.

—¡Esto es el colmo! ¡A la noche van ustedes a ir a dormir al Prado, que en mi casa no entran!... ¡Mire los señoritos *ahorcados!*

Y salió dando un portazo que hizo temblar toda la casa. Se oyó a lo largo del corredor el renquear de la vieja, arrastrando penosamente los pies y su voz gangueante que gruñía, mientras su mano sarmentosa aporreaba en otra puerta:

—¡Arriba, pronto! Que si no se levanta, le voy a echar un jarro de agua...

Doña María, como se ve, era una mujer ejecutiva. Ninguno de sus huéspedes había podido conocer su flaco sentimental y entre ellos había sutiles zahoris de todas las flaquezas de la vanidad, empingorotados doctores de la adulación y la trapacería. Alguno, que no tenía los dos reales del camastro, la había invocado las cosas más conmovedoras, los afectos más patéticos, el primer amor, la aldea lejana... Todo inútil. Un joven músico, sabiendo que era gallega, quiso adular sus sentimientos regionales y entró una noche tocando en su violín la *Alborada* de Veiga; pero doña María tampoco era accesible por la vía lírica y el violinista durmió aquella noche en un banco de la Plaza de Oriente.

Don Rubín y don Oliverio habían decidido levantarse. Calzáronse los desvencijados zapatos sin herretes y sin trencillas, ajustáronse los calzones astrosos, anudaron las mugrientas chalinas, y don Oliverio, tras de haber restaurado con tiza la blancura de su cuello y de sus puños, se tocó con un gran chapeo de alas caídas y copa puntiaguda. Don Rubín se embozó en un tabardo azulenco al que el uso y la polilla habían dado la poética levedad del tul y caló su estupendo gorro de astracán, que era toda su vanidad y el asombro de los cafés y de los tugurios por donde pasaba su pintoresca figura de conquistador de lo imprevisto. Después encendió su pipa y el humo azul era como sahumerio en aquel ambiente cargado con una vaharada de carne pobre y sucia, de cuerpos hacinados.

—Y ¿qué hacemos ahora, Oliverio? ¿Adónde vamos a comer?

Oliverio el *Gamo* tuvo una mueca melancólica en su rostro cínico de garduña.

—¡Comer! Me parece que hoy no va a pasar eso de una absurda metáfora. Pero, en fin, lancémonos a la conquista de Madrid.

Oliverio el *Gamo* era un tipo pintoresco y anacreóntico. Recordaba a esos escuderos de las novelas picarescas y de andanzas, eruditos, ingeniosos y aventureros como Escipión, el criado de Gil Blas de Santillana. Sólo que en los pícaros de hogaño la mueca de truhán maliciosa y risueña suele ser sustituída por el gesto fúnebre de la angustia y de infinito malestar interior, como si todas las hambres se condensaran en un como aullido de amenaza. Hampón y algo poeta, lo mismo componía un soneto de loa para algún ilustre pollino de rolliza gaveta, que hurtaba un par de volúmenes aprovechando un descuido del librero y confundía su paraguas o su gabán con el de algún amigo. Siempre era sabedor de todos los infundios de la camarilla literaria; era como la crónica andante de la época, y su figurilla flaca y desmedrada era familiar husmeando por entre las mesas de los cafés o hampando por las calles a la conquista de las dos pesetas, arreciando bravamente sobre el Azar, nuestro padre de todos los días.

Era tan insustancial y tan huero de meollo como un revistero de salones: el barómetro de su dignidad pendía siempre dentro de su estómago. Casi siempre servía de secretario y demandadero de algún otro valeroso conquistador de la Vida, y siervo y señor solían estar invitados a almorzar en la mesa de la Casualidad, que es un anfitrión que falta generalmente a la cita, y respecto a la cena..., para algo había de servir la fantasía. En Madrid nadie se queda sin comer; lo

que sucede es que a veces la comida se retrasa..., se retrasa dos o tres días.

Rubín de Nonvela era el seudónimo con que firmaba el otro personaje, dueño y maestro a la sazón de Oliverio el *Gamo*. Era un joven poeta muy extravagante; su mayor placer hubiera sido ir vestido de amarillo o de rojo; tenía alguna reputación en los pequeños cenáculos, donde sostenía valerosamente la inocente pretensión de ser ahijado de la luna. Esto, que era una coquetería muy económica, lo explotaba en sus versos, que solían ser bastante aceptables.

Imprevisor como los pájaros, decía que el ahorro era una roña del alma, una virtud de aguadores y de sirvientes. Para él, lo superfluo era lo necesario: amaba las violetas y los perfumes con sutil voluptuosidad, y, como Gauthier, hubiera preferido un soneto a unas botas. Príncipe de lo inaudito, derrochaba siempre su oro y su fantasía—quizá más fantasía que oro—, y gran devoto de la señorita Bohemia, iba día por día sacrificando su juventud al hechizo acariciador de esa belleza del arroyo, pálida, desmelenada y mal vestida que besa y muerde, blasfema y ora. A esa amante de la taberna, del burdel y a veces de la opulencia, que cuando está borracha de aguardiente canta tan bellas canciones y ama con tanta intensidad, y tan sabia y perversamente que algunos la llaman la Vampiresa porque cuando cesa en sus caricias lo demás ya es labor del gusano; a esa querida de ojos como dos gotas glaucas de ajenjo dedicaba Rubín de Nonvela el gesto alegre en las horas amargas, la risa brava y franca ante la mueca macabra del hambre, y en honor suyo alzaba la copa de vino en cuyo fondo está el secreto aislador del ensueño. Y siempre su perfil grotesco de emperador de lo imprevisto, de prócer de la quimera, de propietario de lo que nunca ha sido ni ha de ser, paseando sus pompas de gran señor de lo absurdo... a veces con las botas rotas.

★

Rubín y Oliverio habían fracasado en todas sus tentativas para sacar dinero. Ninguno de sus amigos tenía un céntimo ni un mal libro que vender; habían agotado el crédito en el figón donde solían comer cuando el buen Dios quería. ¿Qué hacer en tan lamentable situación?

—¿Vamos a casa de Argüeyo?

—¡Hum! Desconfío mucho de enternecer a ese rinoceronte...

—Se le puede buscar la cuerda sensible, le llamaremos nuestro León Vannier, le pediremos la última novela de Trigo para darle un bombo en *El País*. Darán una peseta lo menos los libreros del Horno de la Mata.

—Está muy escamado, y, además, *Nietzsche* es una especie de dragón.

Nietzsche, o el señor Ramón, era el cuñado de Argüeyo, el editor de los escritores *modernistas*. Esta librería, situada en la calle de Mesonero Romanos, era un chiscón muy interesante y muy pintoresco, bien digno de una de esas jugosas y veraces descripciones galdosianas. La tienda era un cuadrado exiguo atestado de libros nuevos y viejos. Detrás del mostrador, *Nietzsche*, borroso, anodino, con su gorra de paño, su cara de color lechoso, con sus lacios bigotes en medio punto sobre la bocaza maliciosa y roncera, espiaba las manos de los clientes literatos, que husmeaban por los estantes revolviendo los libros con aparente curiosidad de bibliófilo e intenciones de prestidigitador.

Su misión principal era impedir el paso a la trastienda a los importunos; cuando alguien solicitaba ver al cuñado, le gritaba invariablemente con su voz gangosa y hostil:

—¡Gregorio! ¿Puedes salir? Aquí te busca un *parroquiano*.

Y ponía en esta última palabra una intención irónica, cuando se trataba de algún escritorzuelo, como diciéndole: «Gregorio, ponte en guardia, que vienen a dar un asalto al cajón.» Y el cajón para *Nietzsche* era una institución perfectamente inviolable.

Argüeyo estaba generalmente en la trastienda. Era un hombre magro, de mediana estatura, con los ojillos ver-

dosces y como avergonzados ocultos bajo las cejas cerdosas de un rubio rojizo. Su gran nariz reposaba solemnemente en sus grandes mostachos; romo de frente, el pelo espeso le bajaba hasta cerca de las cejas. Su movimiento peculiar en sus perplejidades era llevarse vivamente las dos manos a la cabeza y apretarse con energía el cráneo, como si tuviese el injustificado temor de que se le fuera a escapar alguna idea.

Tenía dos delirios inofensivos: el renacimiento de la lírica nacional y la manía de que le perseguían los jesuitas. En su mostrador, era un hediondo mercachifle que estrujaba a los que tenían la malaventura de caer en sus mallas; para pedirle dinero o colocarle un original había que sacarle de su casa y llevarle a un café donde hubiese música. Era un animal muy sensible a la melodía, y después del *raconto* de *Lohengrin* o de un aria de *Marina*—en música era un ecléctico—se le podían sacar cinco pesetas y pedir un bistec con patatas. En esas horas aladas era espléndido como un rajá; se desbordaba su yo sentimental en ingenuas y melancólicas confidencias, y decía suspirando:

—Yo también hice versos en mi juventud. Mi mujer conserva un abanico con una décima mía...

Y algunas veces solía recitar la décima. Entonces era el mejor momento para el asalto. Repartía cigarros, dinero; olvidaba a *Nietzsche*, que era de ordinario la amarra grosera que contenía sus fugas sentimentales, y daba hasta doce duros por un tomo de poesías...

—Yo bien quisiera dar más, pero no hay mercado, no se vende un libro; los jesuítas son enemigos de la poesía modernista... Me están arruinando.

Y entornaba los ojillos grises, asustados de su proximidad con la espantable, con la *apocalíptica* nariz.

Cuando Rubín y su escudero llegaron a la librería de Argüeyo había en la trastienda una greguería infernal, y se oía la voz del librero lleno de santa indignación.

—¡Por los clavos de Cristo! ¡Márchense a discutir a la calle, que tengo mucho tajo y con esta baraúnda no me dejan laborar! ¡Maldita sea la hora en que entró un literato en mi casa!

Había allí hasta siete energúmenos con melenas, que eran peores que los siete pecados mortales.

—Sí, señor, don Dorio; su pesimismo de usted es una *pose* trasnochada. El escritor moderno debe exaltar la vida, borrar de la conciencia colectiva las viejas abstracciones religiosas. Tirar los altares, deshacer las mallas de la moral gazmoña, cantar la libertad del amor como fuente de eterna alegría...

—¡Bah! Yo no tengo fe en el amor —respondió olímpicamente un hombrecillo raído y enclenque, sumergido en un gabán gris que le llegaba a los talones.

—Y, además, ¿usted qué ha hecho? Cuatro artículos para *La Dulce Alianza*, esa revista de Gregorio Martínez, que es lo más cursi que he visto, y estaban *fusilados* del portugués. Hay que trabajar mucho para alcanzar la gloria.

El hombrecillo tuvo una sonrisita conmiserativa, y respondió, encogiéndose de hombros:

—¡Bah! ¡Yo no creo en la gloria! Yo soy un filósofo...

—Pero al menos hay que luchar por hacerse una firma. Hay que conquistar la comida.

—¡Bah! Yo no creo...

Iba a decir: «Yo no creo en la comida», pero Argüeyo le interrumpe empujándole hacia la puerta, en el colmo de la desesperación:

—Márchense de mi casa, váyanse enhoramala. ¡Jesús, qué gente!

—Este filósofo es un idiota—murmuró Oliverio mientras ocultaba en sus bolsillos un ejemplar de *La Mujer de naranjas*, un libro de versos que había escrito un poeta americano, que decían que estaba loco, y otro ejemplar de la nueva novela de Pérez titulada *La amada hace encaje de bolillos*.

—¿Qué haces, desdichado?—murmuró Rubín—; por eso no van a dar ni dos reales—y por cuenta pro-

pia se apoderó de dos volúmenes de Galdós.

En la puerta, les detuvo Elías Rodríguez, *anarquista cristiano y filósofo hiperpsiquico*, accionando furioso con un puñado de cuartillas.

—¡No os indigna! ¡Me han devuelto mi poema titulado *Dios*, diciéndome que el asunto no es de actualidad! Ese director es una *ostra*. Voy a ver si Argüeyo quiere adelantarme algo a cuenta de un libro de magia que le estoy haciendo.— Y desapareció en el interior, con su fabuloso *carrik* atestado de libros y el poema eclesiástico en alto, a guisa de amenaza.

Un librero de lance les dió dos pesetas por los libros hurtados, e inmediatamente compraron tabaco. Con el resto podían comer en algún bodegón, pero decidieron tomar café con media tostada.

El café es la casa de los que no suelen tenerla nunca. La molicie de los divanes invita a rendir culto a la santa Pereza, en sus penumbrosos rincones los pobres artistas vagabundos reposan de los amargos peregrinajes del día y se dejan arrullar por el encanto lejano del triunfo, que aparece dorado y magnífico como una apoteosis. Y esta suave hora de ensueño pone un paréntesis piadoso en el desamparo de sus lastimosas vidas milagreras.

Rubín y Oliverio entraron en el antiguo café de la Luna. En las tardes solitarias el tedio tejía sus melancólicos telares sobre las dos amplias salas, el viejo erudito de todos los días daba cabezadas sobre su *incunable*. Antaño se reunían allí los ingenios más famosos de la época: allí estuvo la pequeña capilla literaria cuyo pontífice era el magnífico don Manuel Fernández y González, y allí trazó sus estupendas, impresionantes y abrumadoras farsas novelescas aquel Ortega y Frías, que ha sido el enloquecedor de tantas ingenuas cabecitas de mujer y cuyos imprevistos episodios de maravilla han puesto un poco de oro de leyenda en esas pobres vidas mansas y vulgares, de obreritas sensibles y pálidas burguesitas que lloran escuchando *El anillo de hierro* y se saben de memoria los versos de «Flor de un día».

De vez en cuando salían de los rincones en sombra claras risas y frescas voces juveniles. Y era que algunos enamorados ocultaban su amor como un pecado, entre la umbría protectora. Pulidas damiselas un poco sentimentales, pomposas jamonas que enloquecen con su gracia picante y su intensidad crepuscular—que ponen tanto fuego en la aventura porque temen que aquélla pueda ser su despedida al amor—, reales-hembras liberales y fanfarriosas, juntamente con sus varios cortejos, ponían una nota amable de misterio y de pecado. Los cafés solitarios y galantes, Numancia, la Universidad y los gabinetes coquetones del Habanero, ¡qué malignas y deliciosas historias de un momento pudieran relatarnos!

★

Después del parco yantar, Rubín se había quedado meditativo, este era siempre el momento de sus devaneos filosóficos. Por las mañanas solía sentir el corazón henchido de un ingenuo deleite, el encanto del cielo azul, el regocijo luminoso del sol, las bellas mujeres que hallaba al paso le hacían sentir intensamente la alegría de vivir. Por la tarde, si la buena Madre Casualidad no se había dignado tenderle un cable, sus paradojas iban tomando un tinte de doloroso sarcasmo, y cuando estallaba su delirio filosófico y sentimental era en la sobremesa de un figón o tras de haber devorado algún liviano condumio, en el banco de una plazuela.

Aquella tarde estaba contento, no tenía donde cenar ni dinero para ir a dormir; su indumento era una gloriosa ruina y estaba roído por deudas misérrimas, que son las que más nos amargan. Pero no importaba... tenía su juventud.

—Hermano Oliverio, cuando, como Marcelo, pueda mirar la vida a través de una botella de buen vino, yo pienso escribir el elogio lírico de la

media tostada. ¡La media tostada es tan literaria...! Ella es la inseparable de nuestros lastimosos años juveniles. la *rubia* compañera de esta bohemia sin Mimí. Los burgueses gordos y bovinos no conocen su encanto, pero quizás a ella deben las letras patrias alguna de sus más intensas páginas artísticas. El café es nuestro único hogar, su ambiente es suave y cálido los divanes nos ofrecen su fraternal regazo; aquí se pueden soñar bellas obras futuras, pensar en las amantes que nunca hemos tenido, que son las más seductoras. Y todo por esta inapreciable tira de pan con manteca, rubia como una princesa del Rhin que se da toda entera, como una meretriz; de tiras esbeltas, que mitiga con su cuerpo harinoso la furia de este formidable lobo que llevamos en nuestro estómago. Nosotros rara vez tenemos dinero para comer y venir después al café donde tan bien se está... Una cosa u otra; en este terrible dilema tú nos acudes y suples la prosa deleznable de las habichuelas con tu liviano cuerpo de buen trigo. Tú eres, por lo efímera, digna de que Tomás de Kempis te hubiese dedicado una meditación; por lo frágil, digno alimento de un poeta lírico. En las noches heladas, tú nos das ánimos para pensar en que ha de llegar la primavera y haces que nuestros vientres deshabitados no lancen aullidos revolucionarios en los camastros de doña María. Gracias a ti yo no me muero *del todo* de hambre y puedo seguir trabajando en estos admirables poemas que me darán la inmortalidad el día en que mis contemporáneos me hagan justicia. ¿Y a quién le deberé mi gloria? A ti, rubia compañera de mi juventud, hermana de mi pipa panzuda; a ti efímera y frágil confortadora a quien dedicaré mi mejor poema el día en que, como Marcelo, pueda mirar la vida a través de una botella de buen vino.

Oliverio, más sensato y con un estómago menos sentimental, pensaba que en el discurso de Rubín, quizás pudiera haber algo de hipérbole.

EL ENCANTO DE UNA NOCHE BOHEMIA

Aquella noche no pudieron topar con la mano mágica de la casualidad, aunque en su busca recorrieron todo Madrid. Ningún amigo se hallaba en su casa, las cartas de petición habían fracasado... Oliverio decidió irse a dormir al Refugio, donde al menos le darían una sopa con huevos y un lecho donde idear algún proyecto para el día siguiente. Rubín, más aristócrata, no quiso confundirse con los mendigos y los vagabundos que en abigarrado montón esperaban la hora de entrada.

Había allí cataduras siniestras de presidio, capas andrajosas y remendadas por las que asomaban los mangantes sus manos sarmentosas con nudosas cayadas de cuyo cuento pendían los botes de la guiropa. Había también mendigas viejas y laceradas ostentando entre sus harapos toda la horrible fealdad de la carne de la mujer en vejez, y algunas más jóvenes con sus crios sucios y extenuados en los brazos, y era entristecedor ver las huellas del hambre y de la miseria en las tiernas caritas asustadas de los niños. Sus cabezas oscilaban dolorosamente sobre el cuello raquítico, débil para sostenerlas; sus bracitos de carne aguanosa y fláccida pesaban a lo largo del cuerpo, y en sus ojos, recién abiertos a la vida, había una sombra de angustia moral y miraban el cuadro en que estaban como si comprendiendo todo su horror quisieran decir a las hembras que les daban el pecho exangüe:

—¿A qué especie de eterna zahurda me ha traído tu lujuria, madre mía?

Rubín vagó después por las calles solas. La luna de enero se reflejaba en las fuentes de los jardines como una moneda de plata, el viento arrastrando las hojas secas alzaba un largo lamento de elegía. Anduvo, anduvo... varias horas y ya alta noche se dejó caer rendido sobre un banco de la Plaza Mayor. Bajo los arcos, en los soportales, vagaban unas figuras de mujer que distraían sus galantes paseatas cantando a media voz alguna

copla canalla, llena de la tristeza negra de aquella noche sin albergue. Rubín sentía en su corazón aquel inmenso dolor de la noche sobre el dolor errante de su vida; pensaba que su juventud, que era todo su tesoro, se estaba gastando estérilmente en las ásperas andanzas de buscar un miserable puñado de calderilla para salir del día, y que en la calle, bajo los canalones, en los quicios de las puertas era imposible hacer nada bello, nada que acreditase su nombre. Se sintió invadido por una amarga melancolía burguesa. El quería *llegar* pronto, tener una casa tibia y cómoda, llena de sol por la mañana, adornada bellamente, con muebles raros, y, ante todo, sobre su mesa de trabajo quería tener siempre un ramo de violetas. La idea de las flores le suscitó otra idea más dulce y más íntima que le hizo encantarse en su melancólica meditación. Pensó en que una mano grácil de mujer renovase diariamente las violetas... Sería una manita pálida y perfumada, en la que las nobles venas azules dibujarían una rosa de ensueño; una mano marfilina, que en las horas de fracaso se posase sobre la fiebre de su frente, con la cándida gracia de un Espíritu Santo, mientras unos ojos muy negros—tenía la dulce obsesión de unos ojos negros—vertían en su pena toda la ternura consoladora de su mirada. Además, aquella mujer había de tener un suave perfume peculiar, que embriagase como la romántica fragancia voluptuosa de las acacias...

En esto iba de sus divagaciones, cuando una mano familiar le dió un amistoso tirón que le tornó a la realidad lamentable de su estado.

—¿Estás haciendo un soneto, infeliz? Te vas a helar antes de llegar a los tercetos.

Era Rodríguez, el filósofo hipersíquico, envuelto en su *carrik* amarillo con su poema religioso en una mano y en la otra un envoltorio con boquerones.

—Estaba... en la luna. ¡Allí se olvidan todas las tristezas, su rayo verde nos hace delirar con dulces cosas, y si la muerte llega en ese momento, qué importa..., se debe de morir muy dulcemente!...

—¡Ay, amigo mio, cómo trina tu violín sentimental! ¡Tú no has cenado, Rubín!...

Y le ofreció el paquete de boquerones.

Caminaban lentamente por la calle de Toledo. Rubín comía en silencio; su melancolía se iba disipando poco a poco; tras de cada bocado se sentía menos triste. Al pasar junto a las ventanas de un sótano, Rodríguez se detuvo: salía de ellos un fuerte hálito de horno, y un intenso olor de cocina, suculento y magnífico, se les entró por los sentidos, enloqueciéndoles.

—¿Hueles? — exclamó Rodríguez, indignado—. Esto parece un insulto a nuestra miseria. Si yo fuese Gobierno, prohibiría estos olores, porque fomentan las ideas anarquistas...

—Indudablemente, después de cenar el hombre es más optimista. Tolstoi tiene razón diciendo que el amor no es más que la resultante de una buena digestion; una tortilla de escabeche puede destruir todo un sistema filosófico. De la calidad de nuestros alimentos depende nuestro concepto de la vida; las lentejas cotidianas han hecho más revolucionarios que todos los libros de Kropotkine, y si Luis Dieciséis hubiese convidado a almorzar a Marat, quizá se hubiera evitado la revolución francesa.

El filósofo estaba mohino:

—Deberíamos desterrar y quemar los restos de Murger, querido Rubín. Nos ha engañado con el gracioso hechizo de sus narraciones: enloquecidos por él, hemos emprendido este derrotero de pobreza y de incertidumbre, que quizás anule nuestras buenas condiciones y nos arrastre a morir en un hospital.

—¿Te he contagiado mi hipocondría, Rodríguez?

—Es que veo claro que me va fatigando esta vida errante y deshuesada. Hay que gozar ahora que somos jóvenes, tener amantes bonitas y bien vestidas. Créeme que un beso de unos labios frescos vale más que la mejor

obra literaria escrita en el arroyo con dolor de corazón. Somos unos pobres misántropos que urdimos nuestras novelas con jirones de nuestra propia alma. Esto es una renunciación estúpida. Ante todo, vivir, y después haremos nuestra obra maestra.

—Pero para tener amantes y adornarlas con sedas y joyas es necesario tener dinero...

—Pues se tiene, sea como sea. Nosotros despreciamos a los tenderos y ellos son los que tienen derecho a reírse de nosotros... La pobreza no es bella, amigo mío. Yo pienso emprender un negocio que en dos años me permitirá vivir holgadamente. Figúrate, se trata de montar una fábrica de conservas, y el éxito del negocio consiste en la exportación de latas de conejo...

—¿Vivo? —dijo el poeta irónicamente.

—Búrlate lo que quieras; pero dentro de poco tiempo tendré cuenta corriente en el Banco, un hotel en la Prosperidad y...

—Y ahora ¿podrías darme algún dinero?

—Ahora no tengo más que cuarenta céntimos.

Y se separaron.

Sí, tenía razón Rodríguez: Murger les había defraudado, y además aquí no hay ambiente... En el desamparo de sus vidas no habían sonado nunca las risas musicales de Musseta ni habían bebido las lágrimas de Mimí, en una hora de dulce reconciliación; ni la locura les había prestado su látigo funambulesco de cascabeles para sus tedios infinitos. Había que rectificar la vida, tenía que buscar una querida bonita y alegre... y algún dinero.

Se había perdido en la red de sucias callejuelas que rodean el Rastro. En San Cayetano dieron las tres; las campanadas caían como lágrimas sonoras en el hueco sombrío de la noche. En el cielo aborregado, la luna era una cándida pastora entre los albos vellones y rielaba en las vidrieras su luz azul y fantasmal. La escarcha abrillantaba las baldosas y penetraba hasta los huesos. Rubín recordó que en la calle de la Esgrima había un cafetín y pensó pasar en él el resto de la noche.

LAS DOS MISERIAS

Al abrir la puerta casi se arrepintió de su propósito. Recibió en pleno rostro como una bofetada plebeya y canalla; el ambiente impregnado de ácido carbónico era de una densidad que podía cortarse, mezclado con la vaharada caliente que exhalaba aquel hacinamiento de carne pobre y heterogénea. Era aquél un cuadro inquietante, de una intensidad gorkiana, típico y abigarrado y siniestro, como una aguafuerte de aquel brujo inmortal que se llamó don Francisco de Goya y Lucientes. Sobre las renegridas paredes resaltaban fanfarriosos algunos retratos de toreros; al fondo chirriaba el aceite pastoso de los buñuelos, y los mozos mugrientos, con su aire de jaque y su peinado de tufos, destacaban su catadura de rufián sobre la llamarada roja de la hornilla, o iban, entre las mesas, tomando razón de la parroquia, con gran fracaso de vasos y bandejas o golpeando con sus puños cuando alguno se dejaba vencer por el sueño.

—¡Eh, el de la bufanda! ¡A dormir a la *posá e la soga!*

A la izquierda estaba el mostrador de mármol, con sus grandes cafeteras de metal reluciente y dos filas de vasos. Detrás, un hombretón rasurado, calada la gorra, con un chaleco de Bayona, fumando una colilla pegada a la comisura del labio, cobraba de los que iban saliendo, sin dignarse mirar apenas, desde su importante sitial, a aquella *canalla* que llenaba su honrado establecimiento, y cuando el quehacer le dejaba un rato de huelga se recreaba contemplando una enorme sortija de brillantes que llevaba en el anular y que en aquel local era un poco temerario exhibir.

En las mesas se apiñaban mendigos y trashumantes. Unas mujeres alegres charlaban ruidosamente con algunos organilleros en un rincón: una de

ellas, que aquella noche se había *echado* por novio a un chulillo bien trajeado, con su pañuelo rojo al cuello y un mechón de pelo reluciente de cosmético sobre las cejas, pagaba el *alboroque*. Los otros, randas, galloferos y chulos sostenidos, recogían las monedas que supo granjearse el encanto físico de su coima o la destreza de sus uñas. Alguno protestaba de la poca utilidad de la noche y la increpaba con su lenguaje soez y pintoresco, mientras sacaba un cigarro de la cajetilla que ella le había traído. El concurso, híbrido, alucinante, se reía con risas desgarradas y brutales.

Rubín se detuvo azorado, buscando con los ojos un hueco desde el cual observar aquel cuadro agrio de color y pujante de naturalismo. Entre el vaho acre y denso divisó a una mujer sola en una mesa. El poeta vió unos ojos negros y medrosos; le parecieron bonitos y se sentó familiarmente junto a aquella mujer.

Era pequeña, flexible, de una debilidad mimosa e insinuante. Los cabellos crespos, de una negrura azulada, se tendían en bandós cubriendo la oreja pequeña de aletas vibrátiles. La boca, de labios finos y pérfidos, era casi perfecta y tenía picantes mohines que hacían pensar en el sabor suave y calino de la lengüecilla de violento carmín lujurioso. Los ojos adormecidos en un halo violeta, tenían una rara lumbre de alucinación, y en su fondo negro de cisterna brillaba como un temblor de luna el resplandor misterioso de su alma. Había en toda ella una mezcla maligna y angelical, algo de ingenuidad y de tentación, y sus manos pequeñitas y largas, que eran tal vez doctoras en amorosas insinuaciones, recordaban las manos pálidas y exangües de las sagradas organistas y de las duquesas de abanico Watteau, trenzadas castamente sobre el fondo negro de la falda.

El poeta se sintió atraído delicadamente por su figurita simpática, exótica en aquel antro asfixiante por la conjunción de tantas miserias, lleno de risas de burdel e incoherencias de manicomio.

Inició una conversación galante y banal. Le habló de sus ojos bellos, de sus manos blancas... Ella parecía abstraída en el fondo de un extraño dolor y le miraba de un modo impreciso. Insistió, rebuscando la frase graciosa o picante, en su gran caudal de paradojas... Poco a poco fueron haciéndose amigos. Ella reía el ingenio grotesco y sentimental de Rubín. ¡Decía unas cosas tan raras...!

Rubín de Nonvela había aprendido a decir las cosas más espantables y más dolorosas de una guisa agridulce, burlesca y melancólica. A eso se llega después de haber rodado mucho por las zahurdas de la mala vida a costa de nuestro propio corazón.

Iban intimando con esa rapidez de los que están obligados a estar juntos minuto tras minuto, en un mismo lugar. Espantaba el hielo de la calle, que ponía largas lágrimas glaciales sobre las verdosas vidrieras. Hasta el amanecer había que estarse allí.

—¿Usted tampoco tiene casa?

Ella tuvo una amarga sonrisa, y respondió un poco avergonzada:

—¡Tampoco!

—El domicilio es una cosa superflua. Mire usted, yo de día *vivo* en cualquier café. Se está muy bien y a veces sale algún camarero admirador y fía... Por la noche, para dormir, en cualquier parte. Lo interesante es vivir.

Rubín quizás mentía para divertir a su compañera. Nunca como en aquella noche cruel había sentido la nostalgia de un hogar confortable y amoroso, con una mujer, tal vez aquella pobre aventurera, otra vida truncada y errabunda como la suya, que tenía los ojos muy negros, como eran los de su dulce obsesión.

Se abrió la puerta y entró un mendigo ciego, enjuto y pálido, acompañado de un perro de lanas de ojos dulces y humildosos. Llevaba una flauta en su estuche de cuero. Algunos le mandaron tocar y le convidaron a *recuelo* con aguardiente. El ciego comenzó a tañer su flauta: la tonada

metálica, silbadora, tenía largas resonancias de una infinita melancolía.

—¿Cómo se llama usted?

—Amelia.

—Pues bien, Amelia: usted está muy triste. ¿Por qué no me dice su tristeza? Entre los dos tocaremos a menos cantidad de dolor.

El dolor de Amelia no era sino el dolor de vivir. La angustia de una vida menesterosa, defraudada, de emociones vulgares; la joven pobre y bonita que sabe que en el mundo hay diversiones, vestidos lujosos, sortijas y collares fascinadores, mientras ella se asesina sus pobres ojos sobre el bastidor de la costura en el hogar humilde. La falta de dinero agria los caracteres, tiene un padre que la golpea cuando vuelve borracho, su madre la obliga a trabajar incesantemente sin tener piedad de sus manos bonitas, de dedos delicados de rosa, punzados cruelmente por la aguja... Al fin llegó un hombre que le habló del otro mundo alegre y fascinador y huyó con él.

Después, el abandono, una semana de lágrimas y de reproches, y a vivir de su cuerpo, como hacen otras. Sólo que ella no era lo bastante hábil para explotar a la bestia lujuriosa y había rodado hasta el fin. Había sido una romántica demasiado sensible a las dulzuras de la pasión; se permitía rechazar ciertas extravagancias de algunos parroquianos, y aquella noche el ama la había puesto, con su ropa, en medio del arroyo.

—Ya ve usted: una historia vulgar, sin interés. Una desgraciada más.

El lance era, en efecto, vulgarísimo. Pero en el fondo de aquel sencillo relato había una emoción tan humana; era el fracaso de una juventud y de una vida en la sima de la miseria y de la desesperación de donde no se sale nunca más: vulgar y trágica, de estas tragedias sin sangre que asesinan un alma.

La flauta del ciego sollozaba en una nota interminable. Parecía glosar con sus añorantes tonadas el dolor de aquella historia sencilla y terrible vertida por una boca pecadora en el oído de un pobre vagabundo; era como la queja de aquel montón hirviente y depravado hundido en su abyección como en un *impace;* almas confusas, sexos agotados, como fontanas abrasadas, el dolor de los largos caminos solitarios, la angustia de las noches carcelarias, la pena inconsolable de las almas, la carroña que roe la pobre carne de sensualismo y de hospital; el confuso sentimiento de vivir sin objeto y el horror a las sábanas de tierra del cementerio...

Todo este horror y esta locura borrosa en las apagadas conciencias, clamaban en la melancolía de la flauta que el ciego tañía, recortando su silueta lamentable sobre el fondo dantesco, monstruoso.

Afuera percibíase un rumor alarmante; abrieron la puerta con estrépito y entraron unos hombres bien vestidos, soeces y arbitrarios. Dos guardias vigilaban la entrada.

—*¡La polilla!*

—¡Vendrán a *cachear!*

Y se hizo un silencio lleno de torvas inquietudes.

El que parecía mandar a aquella gente entornó los ojos en guisa de rebuscar entre los grupos.

—¡Eh, tú, *Chavea,* no te tapes la cara! Sal aquí en medio.

El *Chavea* obedeció, temeroso y reacio.

—¡Arriba los brazos!

Y comenzó el cacheo. Los agentes le tantearon los bolsillos, las mangas de la cazadora, a lo largo de las piernas... Le encontraron una faca y una lima de las llamadas de pelo.

El inspector ordenó:

—¡Atadle bien!

Y los guardias se abalanzaron sobre el ratero.

—¡Maldita sea! ¡Para una vez que se mete uno los *bastes* (1) ya les han ido con el *chivatazo* (2). Y todo por un cochino *parlo* (3), que no vale una *legaña.*

—¡Y a todas éstas, llevadlas tam-

(1) Los dedos, en el caló delincuente
(2) Denuncia.
(3) Reloj.

bién allá abajo! Las daremos una quincena.

Las mujeres rompieron en llantos y blasfemias. Una que tendría diecinueve años y representaba cincuenta, mugrienta, desastrada, como un andrajo de carne, parecía la más afligida y quería arrodillarse ante el polizonte.

—No seas prima, *Triqui;* lo mismo te han de llevar—le dijo otra, con los labios pintados de bermellón y el rostro jalbegado de una manera siniestra.

—Pero ¿qué va a ser de mi madre mientras yo esté *allá arriba?*—contestó angustiada.

—¡Que vaya al rancho!

Uno de los *polillas* se acercó a Amelia y poniéndole una mano brutal en el hombro:

—¡Tú, anda a la cuerda!—gruñó, e intentó arrastrarla hasta el montón de las otras.

Ella se refugió, temblando, contra el cuerpo del poeta. Rubín se levantó.

—¡Esta joven está conmigo!

—Y usted, ¿quién es?—repuso socarrón el agente—. ¡A ver, la cédula!

Rubín no tenía cédula. Para identificar su personalidad sólo podía presentar cuatro o cinco sonetos.

El poeta y su pareja fueron detenidos y formaron en la cuerda de vagabundos, de mendigos, de rameras y de ladrones, caminando en hirviente montón de dolor y de protesta, por el negro desamparo de las calles heladas, bajo la impasibilidad del cielo...

La marcha fué lenta y humillante. Amelia lloraba, cogida del brazo de Rubín. Este pensaba en la injusticia bárbara que trataba a los desgraciados, a los vencidos, como a perros rabiosos, y pensó que los perros acosados debían morder...

Ya en la Comisaría, repartieron a los detenidos en varios calabozos. Amelia y el poeta fueron encerrados en uno donde no había más que un borracho que roncaba en un extremo.

El aire era húmedo y hediondo. Por el tragaluz penetraba un resplandor amarillento y fatídico que caía sobre un montón de paja podrida, única piedad de los carceleros.

Rubín extendió su capa sobre el acervo y reposaron sus cuerpos tundidos. Ella le miraba dulce y agradecida; el poeta atrajo sobre su hombro la grácil cabecita rizada; sentía la suave tibieza de su aliento, junto a su brazo la temblorosa iniciación de los senos pequeños y erguidos, y contemplaba los ojos negros y tristes a flor de labio.

Les unía la misma pena; sus voluntades iban anudándose dulcemente; el oprobio y la angustia del momento había intensificado sus sensaciones. Eran dos caminantes solitarios y tristes; su camino era el mismo... Debían unirse.

—Juntando nuestras dos miserias, tal vez hagamos una especie de felicidad.

Y se besaron con una vehemencia de hambrientos de amor. Fué un largo apasionamiento lleno de lágrimas y de ternura, en el que se fundían sus dos vidas yermas y fracasadas.

—Aún habrá días de sol para nosotros. Viviremos en una casa llena de luz y alegría. Yo interrumpiré mi tarea para oirte cantar y trabajaré, trabajaré para obtener el triunfo, que ya no puede tardar mucho.

Se entrecharon gozosos, alucinados, en un desbordamiento romántico y febril.

—Tú me alentarás en la lucha, y tu cuerpo de muñeca mimosa será para mí solo...

Cuando algunas horas después les dieron libertad, ya el sol dulce de invierno doraba los balcones. La gente matinal iba de prisa a sus quehaceres, se notaba una alegría nueva de vida y de salud, y sobre sus cabezas se extendía como un jirón de gloria el optimismo azul de la mañana.

INTERMEDIO SENTIMENTAL

El señor Rodríguez, filósofo y futuro fabricante de latas de conejo, estaba trinando contra el orden social.

En el Ateneo le habían entregado dos paquetes. Uno de ellos era su famoso poema hipersíquico y trascendental titulado *Dios*, que habían tenido la irreligiosidad de rechazarle por centésima vez. El otro era un ejemplar de la novela de Pérez *Sol de la tarde*.

—*Sol de la tarde*—exclamó Rodríguez—. Café de la noche—y se encaminó a una librería de viejo.

Verdaderamente, tenía motivos para estar indignado. Llevaba cerca de diez años en Madrid, donde había venido a la lucha en busca de una posición social y se encontraba como el primer día. Cierto es que por delante de su cama no era probable que pasara la Fortuna, y él solía estar casi siempre acostado. «Cada hora de sueño—decía—es un timo que le damos a la Fatalidad. Mientras dormimos, somos felices...» Pero la verdad es que Rodríguez era un abúlico irredento; en teoría, era un hombre terrible y emprendedor; debajo de las sábanas ideaba grandes empresas mercantiles y periodísticas. El haría una revolución en el orden ideológico si le publicasen su célebre manuscrito; también era hombre de ciencia, estaba decidido a demostrar que Darwin era una *ostra* con su estupenda teoría de las especies. El hombre no descendía del mono; no, señor; eso era una tontería, él podía probarlo... Pero para ello tenía que levantarse, salir a la calle, y al sacar un brazo de la cama comprendía que nada en el mundo valía el suave placer, tibio y regalón, de su camastro hospederil, y se tapaba la cabeza para alejar todo pensamiento locomotivo y temerario.

A no ser por la pensión que le enviaba su padre, un modesto propietario rural, quién sabe lo que hubiera sido de él; pero el viejo estaba ya cansado en enviar dinero y le llamaba junto a sí. «Ven, hijo mío; aquí no ha de faltarte nada; tu madre llora mucho porque estás lejos de nuestro lado, y Luisa, tu antigua novia, pregunta mucho por ti», le decía en la última carta. Todo aquello era muy sensible y muy razonable; pero ¿cómo volvía él a su pueblo sin haber luchado?

Además, allí iba a aburrirse mucho, no había ambiente, aunque tampoco era muy literario el ambiente que había en su alcoba. Luisa preguntaba siempre por él, aquello era un atractivo, le traía una dulce fragancia de su primera juventud; mas, ¿cómo iba él a casarse con una tosca pueblerina que seguramente no había leído a Carlyle?

En estas incertidumbres divisó a Oliverio el *Gamo*, que iba acompañando a una especie de orangután con sombrero frégoli, rizadas melenas de criollo, traje a grandes cuadros, un gran chaleco de fantasía con bordados chillones, sobre el que brillaba una formidable cadena de dublé. La chalina roja y exorbitante flotaba al viento como un banderín; todo en él, brillante, endomingado y fanfarriroso, le daba el aspecto de un viajante de bisutería de Coimbra o de Figueira da Foz. Rodríguez quiso evitar el encuentro, porque el *Gamo* siempre le pedía cigarrillos.

—¡Eh, querido filósofo! Tengo el gusto de presentarle a Panchito Bengalí, escritor paraguayo.

El americano hizo una profunda reverencia, demasiado exagerada para ser decorosa.

—Viene a estudiar nuestras costumbre—y añadió más quedo—: Es un chimpancé que no se quita nunca el gabán para que no se le vea el rabo.

Rodríguez murmuró unas cuantas palabras de cortesía. El paraguayo tornó a sus zalemas excesivas. Indudablemente; aquel joven tenía la flexibilidad dorsal muy a propósito para ser hombre de letras. Hablaron de literatura; de los literatos amigos, y, como es natural, hablaron pestes.

—¡Ese Dorio es un caballo!

—Pues ¿y Furcinez? Le debían cortar las manos para que no tuviese más remedio que confesar que escribe con los pies.

—¡A propósito! ¿Sabe usted a quién he visto ahora en Los Italianos, comiendo con una muchacha? Se va

usted a asombrar. ¡A ese acéfalo de Rubín!

Rodríguez se quedó maravillado. ¡Ccmiendo... con una mujer! Necesitaba verlo con sus propios ojos. Sin duda alguna el *Gamo* deliraba.

El delirio resultó realidad. Rubín de Nonvela, regiamente vestido, con un gran sombrero de fieltro, cuidadosamente pulido y rasurado, comía en unión de una linda jovencilla de aspecto frágil y de ojos goyescos. Ante ellos se extendía un brillante panorama de ternera con guisantes, botellas de rioja, salchichón...

—El desventurado debe de haber cometido alguna estafa.

Y pensó en entrar a hacerle un discurso sobre la paz de la conciencia y lo transitorio de los bienes mundanales: *Sicut homo, nubes, úmbra.*

—Pero, en fin—exclamó conmovido—, no quiero complicarle la ternera. Como se ve, a pesar de los modernos progresos del anarquismo, aún queda algo respetable sobre la tierra.

En los tres meses transcurridos desde su encuentro con Amelia, Rubín se había metamorfoseado. Se levantaba temprano, escribía, gestionaba en los periódicos la publicación de sus artículos. Era un hombre nuevo, lleno de entusiasmo y de fe; ambicionaba locamente la gloria, que traería aparejado al dinero, y él necesitaba tener mucho para la caprichosa que había encantado su vida. El camino se iba haciendo más suave, más propicio. En los primeros momentos el hambre les había hecho su melancólica visita, pero salió a recibirle su juventud loca de amor y de risas... Los bancos de algún jardín recogieron también los primeros sueños de sus cabezas unidas, pero al cabo, una buena mañana, la Casualidad, la alegre hada del arroyo, se dignó visitarles. Nonvela fué admitido como traductor en casa de Requeja, un librero católico y moral que le dió la versión de una novela de Balzac, encargándole que suprimiese los capítulos demasiado amorosos. Rubín le pidió en seguida dinero a cuenta de la profanación.

Tomaron una casa pequeñita y soleada, y algunos muebles, una cama, una mesa y tres sillas, y adquirieron un perro para que guardase la casa. Todo iba alegremente; él tenía siempre violetas sobre su mesa de trabajo—la única que había—; ella bordaba junto a la vidriera mientras él trabajaba. Al terminar, se daban un beso y, gozosos, encantados, salían a la calle.

Recorrieron, en idilio, las avenidas melancólicas de la Moncloa, a la caída de la tarde, cuando las frondas invitan a la divagación romántica, se oyen lejanas las músicas de los merenderos, y la agonía del sol ensangrienta el Manzanares y dora los ventanales del Palacio. Rubín no escribía versos, los vivía. Como empezaba la primavera, el aire era dulce y lleno de tibias insinuaciones; las acacias, todas blancas como novias, enloquecían con su fragancia sensual y soñadora. A primera noche algún ruiseñor cantaba su epitalamio de cristal en la arboleda y los cucos tejían un comentario irónico al paso de los amantes. La tierra tenía como un trémor de vida y los árboles un rumor de nidos. Ellos hablaban de cosas bellas como mentiras, rimaban el castillo de humo de su cariño con la divina exaltación de la noche primaveral; Amelia sentía una onda purificadora de paz que borraba su vida pretérita, la dulzura de un vivir honrado, fecundo y armonioso. Rubín, con su corazón-poeta de veinticinco años, la decía palabras como jazmines, como nardos y como estrellas. En aquellas horas de dulce encantamiento ponían sus palabras de amor sobre las plagas de la Miseria, del Dolor y de la Muerte igual que un canceroso que pusiera rosas sobre sus llagas.

Amelia era muy caprichosa. Su cabecita loca soñaba con los sombreros y con los lazos y se detenía ante todos los escaparates.

—Es monino, ¿verdad? Cómpramelo cuando tengas dinero. Y Rubín casi siempre se lo compraba. Era una muchacha razonable y no pedía imposibles, y sólo alguna vez, al pasar por las joyerías, miraba tristemente

al soslayo, fascinados sus ojos de chispera.

A él le gustaba verla siempre bien vestida, con lacitos entre sus rizos negros, aprisionados los pies en flamantes zapatos de tafilete. «Nada hay tan triste—decia—como ver a la mujer a quien amamos con un pobre traje raído y las botas torcidas. Además, las sedas y los perfumes se han hecho para la carne blanca y delicada, y las joyas para adorno de su cuello, de sus manos y de su vanidad.» Esto era lo que él llamaba la necesidad de lo superfluo.

Ella amaba el teatro, tanto por el espectáculo como por ser un lugar de exhibición, porque era deliciosamente coqueta, con ese instinto cruel y femenino que sabe que la coquetería es una malla que aprisiona tiránicamente la voluntad de sus amantes. Una coqueta es una mujer siempre nueva, tiene el encanto de lo poseído y sabe inspirar el temor de una infidelidad, mata la monotonía, que es el mayor enemigo del amor, y aunque nos maceren con el infierno de los celos amamos más intensamente a una querida coqueta, tal vez por el placer masoquista de sentirse arañado por sus finas uñas rosadas de gatita mimosa.

Rubín procuraba siempre satisfacer sus deseos y para ello trabajaba cuanto podia. Hubiera querido tener el cerebro de oro, como aquel personaje de Daudet, para ir convirtiéndolo en pulseras y pieles y sortijas, aunque sacase los dedos llenos de sangre al arrancar la última porción de metal con que comprar una bagatela para su muñequita veleidosa.

Una vez que cobró un artículo en una revista, recordó que Amelia le había hablado de cierto sombrero con lazos de raso y gallardas plumas rizadas, y lo compró encantado con la sorpresa que le iba a dar. Cuando salió de la tienda con la adquisición, no le quedaba más que una peseta; la invirtió en un ramo de flores de té.

Para cenar aquella noche tuvo que empeñar el gabán, pero la caprichosa estaba tan alegre...

AMBROSIO NIEL, FABRICANTE DE ALMAS

Elías Rodríguez maduraba su plan de viaje. No tenia más remedio que volverse a su pueblo, a vegetar estúpidamente entre gallinas, puercos y socios del Casino. Había fracasado en Madrid, los editores no querian más que cosas truculentas, pornográficas; los periódicos sólo cultivaban la nota frívola de actualidad y él era un filósofo trascendental incapaz de manchar su pluma... Pero, por otra parte, los acreedores le devoraban como larvas, su alimentación era una quimera, porque como gastaba su mensualidad en libros, la patrona no cobraba y era una especie de Harpagón, y, por último, se había negado a darle de comer.

Rodríguez era un incomprendido. ¡Mas ya volvería él otra vez, y entonces verían si se tragaban su poema religioso!

El próximo mes se trasladaría con sus once arrobas de literatura a la casa paterna, porque tenía once arrobas de libros que mimaba con amor de bibliómano; mientras tanto, pensó que su viaje no era incompatible con ir a cenar a *La Precisa*, un figón de la calle del Barco, donde además esperaba encontrar a *Zarathustra* y continuar su controversia sobre este amenísimo tema «De las cosas y del más allá de las cosas».

Cuando llegó, la sala estaba llena de gente que comía y charlaba con algazara. Había allí obreros, señoritos trasnochados, horteras y pensionistas. En un rincón divisó a *Zarathustra* en compañía de otro señor que mientras devoraba su plato de callos leía unas cuartillas a las que servía de atril la botella del agua.

El camarada de *Zarathustra* tenía una enmarañada melena rizosa, se tocaba con un sombrerillo redondo y abollado; tenía nariz de ratón y ojos anchos y claros con el mirar impertinente de los miopes. Era bajo, rechoncho, sudoroso, con cierto aire grotesco y simpático que completaba un tono de voz atiplada y pedantesca.

Rodríguez vió una melena y se acercó dando a su propietario una palmadita afectuosa. Sin embargo, aquel señor era un desconocido y miró al filósofo de un modo huraño y hostil. ¡Cómo se iba a figurar Rodríguez que hubiera un melenudo a quien él no conociera! Y se excusó cortésmente.

Zarathustra hizo la presentación.

—Ambrosio Niel, fabricante de almas...

Rodríguez le contempló con espanto; el interesado continuó comiendo aquella bazofia, indigna de su elevada y metafísica profesión.

Zarathustra, cínico, maldiciente, pegó la hebra de sus diatribas:

—¡Valiente vida ésta! Hoy he ido a ver a ese cochino de Maroja y no he podido sacarle más que dos pesetas. He estado por tirárselas a la cara... ¡Nos ha fastidiado! ¿Qué querrá que coma con esa miseria? Y además, me lastiman mucho las botas... Me las ha dado ese canalla de Morano. ¡Valiente vida!

Rodríguez observaba con mucha curiosidad al otro sujeto.

—Me choca mucho no haberle visto nunca, señor Niel. ¿No va usted a ninguna reunión literaria? A Candela, a Levante...

—Yo no salgo de mi sótano, señor mío. Yo no me reúno con estos jovenzuelos de ahora; ninguno puede comprender mi arte.

—¿Es usted poeta?

—Sí, señor; el único poeta mundial de este momento histórico. Ve usted, ahora estoy haciendo estos *Diálogos geniales:* trescientas octavas italianas. Se las leeré a usted, si quiere...

Rodríguez, atemorizado, le interrumpió:

—¿Y aún está usted inédito, señor Niel?

—¿Para que voy a publicar mis cosas? El público no me entendería, la crítica tampoco... ¡Este es un país de analfabetos! Yo soy poeta de lo fuerte; de la Naturaleza, del Universo. Estos poetillas de ahora son enfermizos, decadentes. Yo, señor mío, soy un poeta cosmogónico, un fabricante de almas...

El filósofo se volvió a asombrar e interrumpió la laminación de una chuleta de perro que le habían servido asegurándole que era de ternera. Pero él ya sabía que allí al perro le llamaban de ese modo: era una metáfora.

—Sí, señor—continuó el joven cosmogónico—. Estoy escribiendo un libro de prosas que será el Evangelio de la nueva generación. Mi *Fragua de los espíritus* hará una pléyade de hombres rudos, de almas fuertes. Nada de sensualismo: *la mujer es una bestia de cabellos largos y de ideas cortas*, ha dicho Schopenhauer. ¡Aquel viejo era un tío! Nada de sociedad ni de política, ni de filosofía... ¡La vida simple, la vuelta a la naturaleza. Yo haré unas almas que no hablen nunca, que rujan, que muerdan. Los hombres irán desnudos, las mujeres también... Es decir, no, porque no habrá mujeres... Las hembras serán estranguladas al nacer...

Rodríguez comprendió que aquel joven estaba trastornado por la mala alimentación.

Zarathustra, que había terminado de cenar, se levantó.

—Voy a ver si me convida a café ese sinvergüenza de Congosto—y se fué blasfemando de la vida, de los amigos...

El cosmogónico, que se iba aficionando a la compañía del filósofo, quiso obsequiarle y pidió dos tazas de te con aguardiente.

—Aquí me fían, ¿sabe usted? El dueño de este restaurante me ha abierto crédito hasta que yo me haga camino. Quiere unir al mío su nombre modesto y de poder decir el día de mañana: «Si no hubiera sido por Venancio Zurdo, humilde tabernero, no se hubiera escrito este libro glorioso asombro de las edades...»

Rodríguez pensó que debía cultivar la amistad de aquel figonero sentimental y que fiaba tantos años con la esperanza de un reflejo de gloria.

Pero el señor Niel se había propuesto cobrarse el obsequio, y le dijo, mostrándole un paquete de cuartillas:

—¿Usted querría escuchar algunos capítulos de esta novela que estoy haciendo? Iremos a mi sótano.

—¡Aquí mismo! Le oiré con mucho gusto.

En el umbral, apareció la figura pintoresca de Rubín, del brazo de su compañera. Estaba triste, abatido. Aquel día se había dado muy mal; amanecieron sin un cuarto y Amelia se encontraba algo enferma. El editor había interrumpido las traducciones, urgía buscar por otra parte, porque con aquella mujer tan querida le espantaba la miseria.

Elías le escuchaba conmovido. Aquella vida era un poco triste; era preciso ordenarse un poco, y si no ahorrar precisamente, prevenirse contra el hambre. En el orden hay también cierta poesía, y sobre todo se vive con más tranquilidad...

El cosmogónico se impacientaba con su manuscrito preparado.

—Señor Rodríguez; cuando usted quiera...

Y comenzó a leer de un modo altisonante, hundiendo los dedos en la maraña de sus melenas.

—«Serían los doce de la noche, oscura y fría, cuando llegó extranjero a la posada; el desconocido llevaba un pantalón corto y una capa del mismo color...»

Así comenzaba la obra maestra del señor Niel, poeta cosmogónico y fabricante de almas.

UN BARBERO PERIODISTA

La vida de los dos amantes sufría unas lamentables alteraciones. Rubín desdeñaba el ahorro; igual que los gorriones, devoraba con juvenil imprevisión el grano de trigo del presente..., mañana ya se encargaría el azar de proveer el granero. Mientras había dinero en su gaveta sólo pensaba en el encanto de gastárselo todo en cosas bellas y pintorescas, exaltando alegremente el placer del momento, y como las cigarras cantaba al sol, sin acordarse de los largos y negros días del invierno.

El orden y la buena administración —a pesar de la opinión del filósofo— eran virtudes propias de tenderos de ultramarinos y de covachuelistas prosaicos. El era un poeta y tenía derecho a vivir, a vivir con arreglo al rango de su lírica aristocracia. En los buenos días de opulencia, derrochaba con el garbo de un príncipe; aquellas horas doradas, demasiado efímeras, eran alegres paréntesis que ponía en la tristeza de su pobre vida errante, que era como una cuerda floja donde él realizaba, funámbulo estupendo, ejercicios que eran a veces tristes y peligrosos.

Amelia en esos momentos, se mostraba insinuante, mimosa y encantadora, y su loco reír de oro sonaba en los oídos del poeta como un divino carillón de felicidad. Pero en los días amargos de escasez la pobre muñeca se sentía invadida de una negra tristeza, no saltaba la alegre perlería de sus risas, ni sus blancas manitas alisaban la melena desordenada de Rubín.

El solía pensar con melancolía: «¡Si yo tuviera dinero, siempre ella sería dichosa y yo también oyéndola reír», y se lanzaba a la conquista del precioso elemento para su felicidad con un heroísmo de fanático y de enamorado. Al volver a su casa, después de una ciega expedición a lo imprevisto, fatigado, dolido, solía traerla algún presente, un ramito de violetas o una caja de bombones. Ella saltaba a su cuello con ingenuo alborozo de niña mimada y le ofrecía, como premio de sus rudas andanzas la cereza picante de su boca. Pero muchas veces regresaba sombrío y con las manos vacías y Amelia le veía indiferente o tenía la crueldad de un reproche.

Y como la lucha era día por día, Rubín iba sintiendo el hondo dolor del fracaso y de la anulación.

La pobreza le atarazaba cruelmente por la garganta, y el hambre solía llamar a su puerta con su mano lúgubre y espectral. En los periódicos aceptaban con alguna dificultad sus artículos; no tenía firma... La colaboración, para los que comienzan, suele ser un calvario infructuoso y humillante. Cobrar un artículo o unos ver-

sos tiene el aspecto vergonzoso de un sablazo. Es preciso ver al director de la revista, adularle, hacerle la tertulia sin diferir nunca de sus pareceres, y rogárselo como un gran favor. Después de esto, el original va al canasto de los papeles rotos y en casa de aceptarlo le dan al autor tres o cuatro duros.

La lucha *literaria* no existe, tiene un aspecto sórdido y degradante y para llegar a vivir de la pluma más que talento se necesita un estómago resistente. Es cuestión de tiempo más que de valía.

El periodismo profesional es el único recurso, y casi siempre la anulación de las buenas condiciones artísticas. La labor diaria agota; el periódico tiene unas fauces que devoran la energía, el tiempo y el cerebro de sus redactores. En cada *reporter* puede decirse que hay un literato fracasado.

Rubín tenía un amigo periodista influyente, hombre mundano y amable a quien varias veces había pedido dinero, y como la situación era tan prieta, fué a verle una noche a *El Demócrata*, diario del que era redactor-jefe.

—Yo, por mí, no puedo hacer nada, amigo Nonvela. Le presentaré a Rius; no se incomode si le dice alguna brutalidad, porque como es catalán...

Entraron en la redacción. Era una sala larga, con retratos de los antiguos políticos en las paredes y al frente una gran oleografía de la República. A lo largo de la pared se corría un amplio diván de *peluche* granate. En el centro estaba la mesa de redacción, atestada de periódicos, telegramas y cuartillas.

El señor Rius era a la sazón el director-propietario de *El Demócrata*. El mismo confesaba que había sido barbero en Sarriá; sus modales hacían innecesaria tal declaración. Era achaparrado, gordinflón, de manos toscas y cuadradas, y vestía su traje de chaquet con el ridículo empaque de *parvenú*.

Al entrar Rubín, aquel señor grotesco gritaba con una cafetera en la mano, dirigiéndose a uno de los redactores:

—Oiga *vosté*, Amber, ¿quiere tomarse un poco de café que me sobra?

Al enterarse de las pretensiones de Rubín, le inspeccionó de un modo irritante y despectivo:

—*Miri*, si quiere *vosté* entrar en mi *periódico*, tiene que cortarse las melenas. Eso es una porquería.

Su espíritu de antiguo rapabarbas se sublevaba contra las greñas románticas y subversivas de Rubín.

—Hará *vosté* una crónica diaria, vibrante, de interés *social*. ¿Me entiende? Le daré doce duros al mes.—Y añadió imperativo—: Pero nada de literatura ni tonterías. Todos los *castellans* son literatos. El porvenir está en la economía política y en las *finansas*. ¿Me entiende? Y si no le conviene así, se marcha a la calle.

Nonvela se sentó en la gran mesa de redacción y se dispuso a urdir su primera crónica. La pluma rasgaba las cuartillas; iba depositando en ellas su hambre y su fracaso, sus esperanzas vacilantes y la angustia de la mala vida. Resultó su artículo casi anarquista, caliente y juvenil, lleno de imágenes ingeniosas y violentas contra el orden constituído. Al día siguiente denunciaron el periódico.

LA VOZ DEL DIABLO

Muchas veces Amelia y Rubín iban al café de Levante de la calle del Arenal, donde se podía oír buena música, a la que el poeta era muy aficionado. Aquel era el café de los pintores y de los literatos, reunidos en pequeño cenáculo, cuyo pontífice, un ilustre novelista, de rostro nazareno, gran conversador, ingenioso y sutil, solía entretener la velada contando fabulosos episodios de *cuando él cazaba caimanes en los países cálidos*. Era un Tartarín espiritual y elegante que además cultivaba la sátira con un fino y artístico gracejo.

En la mesa contigua a la de los amantes solía tomar su café y leer su periódico un apacible señor a quien el camarero llamaba, respetuosamente,

don Marcelo, con esa viscosa amabilidad de los lacayos ante la gente bien vestida.

Don Marcelo era un señor cincuentón, simpático, de barba canosa y bien cuidada, que le cubría parte de la mejilla, de un color sano y lustroso. Todo él respiraba satisfacción y holgura. Su traje nuevo y cepillado, sus botas relucientes, su corbata simétrica sobre la blanca pechera, su antipático sombrero hongo. Nada denotaba olvido de su persona ni preocupación en la figura de don Marcelo y nada había tampoco en él de original ni peculiar; no se permitía ninguna extravagancia ni particularidad chocante. Era rectilíneo, amansado, cotidiano. Era, en suma, un hombre vulgar, un señor como todos.

Unicamente parecía tener la obsesión de las alhajas. Llevaba las manos cubiertas de valiosas sortijas, con un recargamiento *churrigueresco*, una gran perla en la corbata y una preciosa leontina que sujetaba un sólido reloj de oro.

Cuando Rubín le conoció tuvo la primera idea comercial de su vida.

—¿Cuánto darían por aquel caballero en el Monte de Piedad?

Don Marcelo, por la extraña simpatía de las antítesis, se sintió atraído por la joven pareja absurda y antisocial, que hablaba de unas cosas extrañas que él no comprendía casi nunca.

Una vez que el joven arañaba en sus bolsillos algunos granos de tabaco con que llenar su pipa, don Marcelo sacó su petaca con iniciales de oro y le ofreció una breva.

Desde entonces se saludaron todas las noches y aun tramaron algún diálogo banal sobre sucesos insignificantes.

La música tenía sobre Amelia un poder encantador.

Su cabecita loca y ambiciosa trenzaba los hilos luminosos de un mundo distinto del suyo, lleno de besos, de sedas y de voluptuosidad. Cuando cesaba la alada y melódica fascinación, se le habían ahondado las ojeras violeta y sus ojos tenían una lumbre exaltada y febril.

Y al retorno de uno de estos éxtasis, la caprichosa fijó sus ojos en la espléndida joyería que brillaba en las manos carnosas y anchas de don Marcelo.

Rubín seguía publicando sus crónicas en *El Demócrata*, originando una denuncia casi diaria para el periódico. A Ríus le parecía de perlas, porque hacía de su diario un arma terrible contra el Gobierno, y ese era el mejor procedimiento de obtener la subvención que ambicionaba.

Pero el sueldo era muy mezquino y había muchos días en claro, cuya resolución era un complicado jeroglífico. Uno de ellos, que Rubín se había echado a la calle, a la *conquista de Madrid* más arriesgada y más penosa que la que realizó Alfonso VI, después de haber callejeado estérilmente, de haber llamado en vano a muchas puertas, recordó la figura bondadosa, exorable del señor del café.

—¡Si yo me atreviese a ir a casa de don Marcelo!

Amelia le estaba esperando para disponer la comida. Si volvía sin dinero, la muñequita no se echaría a su cuello, coronando con besos y con monadas su heroísmo de glorioso hampón. Y se atrevió.

En el café le dieron sus señas; ahí cerca, en la plaza de Isabel II, en un almacén de muebles de lujo...

El arte del sablazo es de los más difíciles y se necesita una gran sutileza y un profundo conocimiento de la psicología del *sableado*. Es preciso bucear en su vanidad, en sus orientaciones políticas y religiosas, en su concepto del arte, del *sport*, de la moral... y saber pulsar la cuerda simpática de su flaqueza. Si a un hombre creyente se le discute el Misterio de la Encarnación, ¿cómo le vamos a pedir después que nos haga un pequeño préstamo? Antes de dar el asalto a su portamonedas debemos ensalzar su pasión favorita; esto establece una corriente simpática, y a un hombre que nos ha elogiado nuestro talento o la elegancia de nuestro traje, ¿cómo se le va a negar unas miserables monedas de plata?

Y no hay que despreciar ningún detalle, por trivial que parezca, porque puede serlo fundamental en el individuo que la vanidad es innata y multiforme, y es tan fuerte en el autor de un monumento como en el que sólo la cifra en el corte intachable de su gabán.

Rubín era un doctor en esa ciencia mundana e ingeniosa cuyas lamentables aulas están siempre abiertas en las aceras de la Puerta del Sol.

Así es que don Marcelo estaba perdido. A pesar de su criterio severo de comerciante sobre la inmoralidad de las deudas, el poeta volvió a su nidal con un billetito de cinco duros.

—Pero no te creas que le he arruinado—le decía riendo a su muñeca—, su bolsillo parece un armonioso carillón de plata.

La muchacha tal vez pensó que las campanas de aquel carillón debían de sonar muy bien convertidas en sombreros y en perfumes para adornar su frágil y pecadora belleza.

★

Al correr de sus vidas, don Marcelo fué intimando y hasta se permitió aconsejar a Rubín con su autoridad de veinticinco pesetas.

Era un solterón a quien el cuidado de sus embrutecedores negocios no había dejado lugar para el amor. Como estaba bien alimentado, la lujuria solía inquietar su pobre fantasía de tendero, en su lecho solitario. Pero jamás se había lanzado a ninguna aventura; quizás por timidez o por no comprometer el decoro del gremio de mueblistas. Desde el comienzo de su amistad con los bohemios se sintió dominado por la contradictoria belleza de Amelia. La miraba a hurtadillas, cuando Rubín se distraía siguiendo los penachos azules del humo de su pipa. Le encantaba la dulzura celeste de sus manos blancas y señoriles que se movían con la gracia de un vuelo y le perturbaba el brillo de alucinación de sus ojos profundos y diabólicos.

Ella comprendió la influencia que ejercía con esa sagacidad femenina con que penetran los menores detalles de codicia por sus encantos, y como siempre, sea cual fuere el macho a quien encelan, sintió halagada su vanidad.

Un día que el bohemio debía cobrar su mezquina soldada en *El Demócrata*, Amelia se acercó mimosa, con arrullos de gatita adorada que sabe cómo sus finos dientes hacen sangrar el corazón y su lengüecilla rosa curar las heridas.

—Rubín, hace mucho frío y se me amoratan las manos. ¿Me comprarás una piel, verdad?

Y para afianzar su capricho, le mostraba como dos palomas las manos pálidas que él amaba con una rara pasión inmaterial.

—Mira, son unas pieles como la nieve, que tienen de broche una cabeza de marta.

—Te la traeré, muñeca—y la besó en los ojos, cuyas largas pestañas de raso se abatieron dulcemente sobre la fiebre violeta de las ojeras.

Cuando él iba al periódico, solía esperarle en el café de Levante. Aquella noche Rubín se retrasaba más que de costumbre. Amelia, impaciente, miraba al reloj y mordía nerviosa su pañuelo.

Don Marcelo procuraba distraerla con todo el ingenio que le permitía el fardo de su sentido común y su formalidad de hombre de negocios.

—No se alarme usted. Le habrán entretenido, pero ya vendrá; si no...

Y no se le ocurría nada más espiritual. La contemplaba congestionado, con ojos ávidos de su carne trigueña y calina; pero toda la noche pugnaba por hacerle una insinuación cariñosa, sin que su cerebro borroso y su lengua torpe acertasen a algo más que a glosar el eterno e interesante comentario sobre el mal tiempo.

Dió la una, y Rubín no había venido. Ella iba distrayendo la espera, gozándose en la turbación del apacible almacenista, con la perversidad de la araña que ve acercarse a su víctima

hacia la urdimbre en que ha de comérsela.

Ya se habían quedado solos en el café. Los mozos colocaban las sillas sobre los veladores y agrupaban las botellas; comenzaban a caer estridentes las puertas metálicas. Rubín no aparecía.

En la calle, por entre los *stores*, Amelia vió la figurilla desmedrada y raída del *Gamo*, que husmeaba hacia el interior, con su rostro cínico de garduña.

—¿Qué pasa, Oliverio? ¿Le ha visto usted?

—¡Qué ha de pasar! Que han denunciado *El Demócrata* por el artículo de Nonvela. ¡Ese fiscal es un idiota!

—Pero ¿y Rubín?

—¿Rubín? Le han detenido esta tarde y está en la cárcel. Pero no importa, la crónica es estupenda, termina con una paradoja, que dice...

Amelia rompió a llorar. Sus sollozos, angustiados, histéricos, la produjeron un ataque nervioso.

—Vamos, tranquilícese — decía don Marcelo—. Claro, ese diablo de Nonvela *pone* unos artículos tan revolucionarios, que tenía que pasar esto.

Y le ofrecía la copa de agua con gotas de azahar.

—¡Dios mío! ¡Qué va a ser de mí hasta que él vuelva!

Don Marcelo adoptó su postura más hidalga y exclamó con voz solemne y protectora:

—Usted no tiene que apurarse por eso. Todo lo que necesite...

Amelia, más serena, enjugaba su lloro, lentamente, conociendo el hechizo de las lágrimas sobre sus ojos lindos:

—¡Qué lástima! ¡Y hoy que me iba a comprar una piel!

El almacenista, trémulo, al rojo vivo, balbuceó:

—¡Si usted quisiera... yo... yo... también se la compraría!

Ella bajó los ojos constelados por el llanto. Pensó un poco en Rubín, pero del mar inquieto de su espíritu surgió burlesca, alucinante y milenaria, la voz del diablo, con la misma fascinación con que a la rubia Eva le brindó la dorada manzana del Pecado.

Y la que le ofrecía don Marcelo era de oro de ley, perfectamente canjeable por perfumes, sombreros y sortijas...

Aquella noche, el nido romántico de los gorriones se quedó vacío.

LA NOCHEBUENA, BLANCA

Oliverio el *Gamo*, cínico, despreocupado, con el sombrerillo sobre la oreja, fumando un puro suntuoso, que ofendía a sus botas sin tacones y a su cuello, amarillo por el uso, a cuerpo, con las manos en los bolsillos del pantalón, valeroso bajo la nevada que descendía en blancas lágrimas silentes, se entró resuelto por el portalón de la cárcel celular.

En el patinillo primero, costeado de severos arcos, le cortó el paso un vigilante, con ese gesto huraño y agresivo de los perros de granja y de los polizontes.

—¿Adónde va usted?

—Voy a políticos.

Y siguió adelante, despreciando las miradas inquisitivas del carcelero. Se perdió por los largos pasillos, subió las sombrías escaleras y al cabo llegó a la celda donde, desde muchos días atrás, se aburría horriblemente Rubín de Nonvela.

La celda era una pieza exigua, con puertas a una ancha galería donde afluyen todas las celdas de los presos por delitos políticos, la cual estaba abierta todo el día. Empotrado en la pared el lecho fementido, a su lado, como vertedero, un cubo de latón; ante la ventana de gruesos barrotes en cruz, una mesa con algunos libros y cuartillas.

Rubín tenía la cara verdosa, con esa hinchazón de los presos, producida por la falta de aire libre. Su gesto era duro, triste, de una extraordinaira intensidad, con la amarga hondura de trazos que sólo se ven en los presidios y en los hospitales, en los sitios adonde el dolor, la angustia y la torva desesperación son el espectáculo cotidiano.

Su única tristeza había sido separarse de su querida muñequita. Las primeras noches no pudo dormir, notaba una pesadumbre de plomo sobre su voluntad; sentía pasar las horas negras llenas de raras alucinaciones, como un cortejo de negras brujas. El alma maldita de la cárcel le contaba al oído historias sanguinarias y terribles; oía con estremecimiento los alertas de los centinelas, al principio claros y sonoros, más borrosos después, y la postrera y lejana voz sonaba en la noche como un indefinible lamento de augurio en un mundo distante de pesadilla.

Ansiaba, con terror infantil, que apuñalase el aire la fanfarriosa clarinería de la diana.

En las horas de comunicación abrían las maderas de su reja. Eran aquéllos minutos inmensos de ansiedad, ponía el alma toda en los oídos y espiaba el ruido lejano de pisadas, en las escaleras, en la galería...

—¡De hoy no puede pasar que venga!

Pero terminaba el plazo de comunicar y la gatita no había venido.

Entonces Rubín, aplanado, con angustia infinita de llorar, se tendía sobre el petate.

—¡A ver si mañana...!

Y pasaban los días, los días...

Pensaba, con macerante tristeza, que quizás al saber su prisión, por su cariño hacia él, por su salud delicada, ¡la pobre caprichosa era tan quebradiza!, hubiese caído enferma. Si no, ¿cómo explicarse la ausencia? «Si, estará mala, tal vez en el hospital...» ¡Y pensar que no podía salir y correr a su cabecera a mirarla el alma en los ojos a besar sus manitas tan besadas...!

Y una onda de suprema ternura le subía del corazón, arrasándole los ojos.

Al sentir los pasos que se aproximaban por el corredor, se irguió con ansiedad de su silla, apoyó la frente en los barrotes de hierro de su celda. Apareció la figura del *Gamo* echando bocanadas de humo, jovial y pintoresco.

—No crea que vengo a deslumbrarle con mi caruncho. Tome usted otro. Me los ha dado Bengali, ese paraguayo. Quiere que dé usted un bombo en *El Demócrata* a una novela suya. Le dará cuatro duros. Estos americanos se dislocan por que se hable de ellos en España, para obtener un puesto en las Legaciones. ¡Son unos batatas! ¿Y a que no dicen cuánto les cuesta cada bombo? ¡Qué asco! Mendigan los elogios o los...

Rubín le interrumpió febril:

—¿Y Amelia? ¿La has visto, Oliverio? ¿Por qué no viene?

—¿Amelia?—y puso un gesto escéptico en su boca maldiciente—. Usted conoce la historia de Pierrot...

Colombina en brazos
del marqués se entrega...

Sólo que su Colombina es más democrática y se ha conformado con un pobre tendero... Ahora, querido Rubín, hágale su canción a la luna como el cornudo blanco. Es un consuelo.

Y como Rubín callase anonadado por el horrible fracaso de su cariño, roto por la pobreza y por la frivolidad de aquella criatura tan amada, el *Gamo* creyó de gran oportunidad soltar la espita de su filosofía acerca del amor y del eterno enigma femenino.

—U s t e d e s, los sentimentales, son unos animales inferiores. Hele usted aquí, un escritor de talento, un hombre terrible, considerado como un peligro para el orden social, casi llorando porque le ha dejado su querida. Tiene usted un corazón de zarzuela grande, amigo mío, y al verle tan melancólico, me parece que va usted a romper con aquella tontería de *Jugar con fuego:*

Duquesa de Medina.
tú me juraste amor.

Después tuvo una mueca de grotesco dolor, y prosiguió:

—Nosotros no tenemos derecho al deleite de la hembra; gracias que po-

damos ir comiendo... La mujer es sólo una bestezuela de lujuria y de vanidad; cuando tienen hambre se comen nuestro cerebro o nuestro corazón.

Y después de una profunda meditación ante sus botas destrozadas y su cazadora en guiñapos, exclamó con melancolía:

—¡No hay más remedio que resignarse! ¡El amor es un sentimiento de lujo! Pero hablemos de cosas más positivas. Ríus me ha dicho que esta tarde le pondrían a usted en libertad, que han sobreseído su causa... Claro, como que ese fiscal ha hecho *el cisne*.

Esta forma de expresión le parecía que era más delicada y más poética que decir «ha hecho el ganso». Oliverio era un preciosista.

Cuando se marchó el *Gamo*, Rubín cayó de bruces sobre el petate.

El abandono de su querida muñeca había truncado su vida futura, había estrangulado todos sus sueños... Era un autómata, una voluntad anulada, ya no tenía nada que hacer...

—¡Si al menos fuese cierta mi libertad...!

Y la esperanza ardiente cegó su alma, enloquecida por el horrible mal de los celos, con una roja lumbrarada. La voz tenebrosa de aquel lugar tal vez le insinuó al oído alguna historia siniestra de puñales y de venganzas, y le habló de la voluptuosidad de la sangre caliente, que tiene el bello carmín del vino nuevo...

★

Era casi de noche cuando pudo aspirar a pleno pulmón el viento frío que ascendía de las nevadas frondas de la Moncloa.

Ya estaba libre; ahora, ¿qué iba a hacer? Y como un ciego, que una venda ponía en su razón el dolor desesperado, tomó el camino de la casa de don Marcelo.

Madrid, todo blanco y silente, estaba encantado bajo la nevada. La luna llena, envuelta en un halo ceniciento, ponía reverberaciones de plata sobre los tejados, que parecían caperucitas de algodón. Alguna racha glacial aventaba los copos. Rubín se estremecía al recibir la nieve sobre la fiebre de su cuerpo.

Las primeras luces lejanas se iban encendiendo como quiméricas rosas en el fondo negro de la ciudad. Las farolas públicas dejaban sobre la nieve un reguero luminoso de sangre.

Era la Nochebuena. De los hogares en fiesta descendían hálitos suaves de serena felicidad y sonaban distantes las tonadas ingenuas de los villancicos pascuales. Una ráfaga de leyenda pasaba por las almas en plácida y amorosa fraternidad, nimbándolas de una dulce poesía, toda blanca y suave, como un ungüento milagroso para el cansancio del corazón. En los hogares se esparcía un dulzor de remanso, y a través de las ventanas se oía reír, cantar... Parecía que la ciudad se había vestido de novia para festejar el mito ingenuo, y un aroma de fábula milenaria y florida iba sobre la nieve con el candor de un vuelo de paloma.

Aquella noche afirmaba la dulzura del hogar, del fuego alegre, de los amores tutelares. Rubín de Nonvela se iba sintiendo invadido por la melancolía burguesa, como casi todos los vagabundos, en las noches de fiesta familiar desde el vacío desamparo del arroyo.

«¡Si Amelia no le hubiera traicionado!—y otra vez la onda de dolor le enloquecía—. Ahora estará con él, le cogerá las manos con las suyas toscas de mercachifle... Y todo por un puñado de billetes...» Y en el fondo de su pensamiento el odio fraguaba una represalia contra aquella grosera imposición de la realidad.

La plaza donde vivía el comerciante estaba solitaria y oscura, y las rejas de la casa brillaban como dos pupilas en el negror de la noche. El hielo había cristalizado el agua de la fuente en una lámina de plata bruñida, los árboles se humillaban al peso de la nieve. Aullaba el lobo del viento.

Rubín se acercó a la casa. La puerta

del almacén estaba cerrada, pero llamaría fuerte, con furia, hasta que le abriesen. Sentía necesidad de echarles a la cara aquellas culebras desesperadas que mordían su corazón. Sería la recompensa del ultraje inferido a su vanidad de literato. ¡Oh, aquello era humillante!; dejarle por un burgués estúpido y metódico... Y él creyó que Amelia tenía alma de artista... ¡Qué fraude tan triste y tan ridículo! ¡No era más que una meretriz ambiciosa! Era una... Y, sin embargo, él la seguía queriendo aún, con un sentimiento más fuerte que su orgullo artístico, que su decoro de hombre, pues no podía olvidar a quien, aun engañándole, había puesto un divino resplandor de alegría en la yerma tristeza de su menesteroso vivir. Había abandonado por una vida monótona, sin amor, como tirada a cordel, la juvenil alegría de lo imprevisto, los besos locos de pasión ante la mueca de la miseria, el encanto de sus vidas de pájaro, volando con las alas de su fantasía en una eterna borrachera de azul. Aquella mujer vulgar había deshecho su dorada leyenda de la bohemia. Debía de escupirla, de aplastarla contra aquel sapo rico y estúpido a quien se había vendido.

Y se agarró con rabia a la reja que le separaba de la mujer caprichosa, frívola y perversa, a la que tanto amaba, a pesar suyo.

Sus ojos se hundieron en el interior iluminado.

No había nadie en la habitación, amplia y confortable. Una lámpara eléctrica vertía su blanca luz sobre la mesa del comedor, cubierta por un mantel limpio y adamascado. La vajilla, de fino cristal, se irisa bajo el claror tranquilo de la lámpara. En la chimenea crepitaban los leños. Dos sillones elegantes abrían sus brazos en espera. Sobre la mesa había un ramo de flores de invernadero. Al fondo, por la rendija de un cortinón, se veía parte de la alcoba: un gran lecho señorial de madera con colcha de raso azul, almohadas con encajes. Una suave luz violeta rompía vagamente la penumbra.

Salía de aquel sosegado interior un hálito de bienestar que se diluyó mansamente en el ánimo conturbado de Rubín. Allí la vida debía de ser buena y confortable, muy burguesa y muy monótona, es cierto; pero ¿era muy encantador vagar roído de hambre y de melancolía, rumiando su fracaso, sin tener un hogar en la inclemencia de aquella vida? Rubín sintió fundirse su pena y su rencor en una onda de abnegada ternura.

—¡Pobre muñeca! Ya no morderá el frío tus pálidas manitas. Tendrás todo lo que soñabas, que mi cariño no podía darte...

Y lentamente, como un harapo de carne, sintiendo lo estéril, lo triste, lo grotesco de su pobre vivir errabundo, se alejó de aquella casa alegre y tranquila, perdido en el dolor infinito de la noche bajo la nieve bella e implacable.

La casa de doña María le abrió sus puertas piadosas, sobre el fementido jergón abatió su cabeza triste de visionario, donde tal vez la idea de morir abría sus negras alas alucinantes.

¡Era tan horrible camarada la Miseria! Y él siempre la encontraba, cerrándole el paso del futuro, irónica y brutal con su carátula siniestra, tan hostil al divino retablo de sus sueños.

Rubín no podía dormir.

Otra vez estaba allí entre los hampones y los fracasados; ya no tenía casa, ni amor, ni ansia de gloria.

Como en cortejo de pesadilla fueron pasando los tristes luchadores del arte y de la casualidad, los que ofrecen sus vidas al amor de esa belleza del arroyo, pálida, desmelenada y mal vestida que besa y muerde, blasfema y ora. A esa amante de burdel, de ojos como dos gotas glaucas de ajenjo y tentáculos de araña lujuriante que ama con tanta intensidad y tan sabia y perversamente, que algunos la llaman la Vampiresa, porque cuando cesa en sus caricias, lo demás ya es labor del gusano.

EL DOLOR DE LLEGAR

FRAGMENTO DE UNA CARTA DE RUBÍN AL FILÓSOFO RURAL ELÍAS RODRÍGUEZ

«Tú no sabes, querido filósofo, con qué tristeza he leído tu carta. Me parece la voz del pasado lastimoso, que reverdece tantas y tantas horas, en las que he dejado al pasar un poco de corazón. Me felicitas por mis triunfos recientes, me consideras dichoso porque ya he llegado. ¡Llegar! ¡Qué irrisorio espejismo tan triste el de esta palabra!

»Créeme, querido, que al oír la metralla de aplausos con que el público elogiaba mi labor de tanto tiempo, he sentido ganas de llorar. Lo que hace algunos años me hubiera hecho feliz, hoy ha hecho asomar a mis labios toda la tristeza de la ironía. Parece que esa diosa, prostituta y esquiva, tiene preferencia por los cadáveres.

»Miro el camino andado, recuerdo la angustia de tantos días menesterosos, el vacío infinito de tantas noches sin albergue, y comprendo todo el engaño de esa horrible palabra que pones en tu carta. ¡Llegar! ¿A qué?

»Ya los farandulero han representado todas mis comedias, todos los periódicos solicitan mi concurso, mi nombre es casi ilustre y mi firma es un cheque de gran crédito en el mercado intelectual.

»En mi cuarto, elegante, cómodo, donde los leños encendidos esparcen un dulce calor, hay un espejo. Al leer tu carta felicitándome me he visto al azar sobre el cristal bruñido y limpio. ¡Qué triste espectáculo, amigo mío! Apenas tengo treinta años y una trágica calva ridícula brilla burlonamente al resplandor de mi lámpara. Junto a mis ojos, hundidos y sin brillo, hay una arruga honda que se prolonga hasta la sien, y como un sarcasmo brutal, ahora que *puedo comer*, parece que en mi estómago, dispépsico y gastado, hay un lobo cruel que me martiriza. Eso que tú llamas llegar me ha costado toda mi juventud. Me parece demasiado caro.

»Mi juventud, que no ha de volver más, ha sido sacrificada con necio heroísmo, en aras de mi ideal de arte. Mis años mozos, de soñadora bizarría, han sido un melancólico cañamazo donde el Dolor, la Miseria y el Hambre han bordado sus flores monstruosas.

»Y ya está consumado el sacrificio. Confieso que el recuerdo de todas mis malandanzas me inspira una especie de extraño y melancólico amor, que lo más noble y florido de mi alma se ha quedado en jirones, cuando pasaba por las zahurdas de la mala vida del brazo de la señorita Bohemia.

»Esa pintoresca leyenda del arroyo tiene a su cargo una larga lista de cadáveres. Muchos locos se han dejado morir en los lechos anónimos del hospital; otros andan aún por el mundo, muertos también, con esa muerte interior que produce el fracaso del ideal de toda nuestra vida.

»Es preciso destruir la leyenda de la bohemia. En la calle, bajo los canalones, en la taberna o el ocio del café, no es posible hacer nada bello, nada definitivo. Ya conoces la frase de Baudelaire: «La inspiración es hija del trabajo diario.»

»Sobre mi mesa tengo el paquete de los versos que hice en mi juventud, balbucientes, imprecisos, con la huella de mi vivir absurdo y desordenado. Junto a ellos hay unas violetas marchitas y unos bucles negros, que aún conservan la fragancia peculiar de aquella muñeca tan amada, cuyos ojos goyescos, en cuyo fondo de cisterna brillaba como un temblor de luna el resplandor misterioso de su alma, son el más dulce y triste recuerdo de mi vida. La chimenea abre sus fauces rojas y flamantes. Quiero romper con el pasado, querido filósofo; al terminar de escribirte arrojaré mis reliquias a las llamas...»

Cuando Rubín de Nonvela dejó de escribir, la tarde invernal moría en una espléndida apoteosis de oro. Los brazos de la mustia enredadera llama-

ron al vitral del elegante gabinete, con un melancólico crujido se oían lejanas las notas de un piano.

Rubín cogió los versos, los rizos, el ramo de violetas mustias y adelantó hacia el fuego.

Aquellas reliquias parecían tener un espíritu suplicante, todo el pasado anegó el alma del poeta en una melancólica onda sentimental..., y atándolas de nuevo con su cinta azul y desteñida, las guardó en el bolsillo de su levita, en el izquierdo, el más cercano al corazón.

FIN DE
«EL RELOJ DE SAN PLÁCIDO»
Y
«EL DOLOR DE LLEGAR»
DE
EMILIO CARRERE

CRISTOBAL DE CASTRO

(1880)

CRISTOBAL DE CASTRO

POETA, *periodista, crítico teatral, autor dramático y novelista. Nació en Iznájar (Córdoba). De la Academia de Nobles Artes de Córdoba, y de la Hispano-Americana, de Cádiz. Pluma fecundísima al servicio de los mejores ideales. Ha conseguido triunfos resonantes en el teatro. Y ha ejercido—y sigue ejerciendo—la más ponderada crítica teatral en importantes diarios de Madrid. Su obra es varia, limpia y atractiva. Colaborador asiduo de los más importantes diarios y revistas españolas e hispanoamericanas.*

Novelas: Las insaciables; Lais de Corinto; La interina; Un bolchevique; La gran duquesa; Luna, lunera; Las niñas del corregidor; Mujeres solas; La inglesa y el trapense; La señorita estatua...

LOS HOMBRES DE HIERRO

CAPITULO PRIMERO

UN NUEVO APERADOR

LLAMARON a la puerta. Antoñica, vencida del sueño, se sobresaltó, revirando los ojos.

—¿Quién es?—preguntó, inquieta.

—Gente de pás—dijo una voz cavernosa, contrahecha, que remedaba meter miedo.

—Adelante con los faroles, Peturdes, que te he conosío.

Irrumpió en la cocina cortijera, mal alumbrada por un candil, un hombre sacudiéndose el capote empapado.

—¡Vaya temporal!... De forma que me ha conosío osté... Pos no sé cómo, habiendo disfrasao la voz... ¡Señores, qué diluvio!

—Pos por eso, porque la isfrasas mal... Tan güen cantaor que eres y tan remal ccmo la isfrasas... ¿Llueve mucho?

—Ccmo cuando el arca e Noé... Mi csté cómo traigo el capote.

—¡Josús!, si paese echao en lejía... Anda, arrímate a la candela y echa unas aulagas, que se anime esto.

Peturdes, cuarentón y regordete, con una gran verruga en la ceja, arrojó al llar un brazado de aulagas. Las llamas, elevándose, lamían la campana, donde relucían «los cobres». En dos jaulas, cubiertas con sayuelas verdes, se rebulleron las perdices.

—¿Sabos té a lo que vengo, Antoñica? No se lo pué osté ni figurar. Es que ni figurar.

—Vendrás a lo e siempre. Por el dinero de los peones y por el arregosto de una copita de rosolis. Güeno, quien dice una, dise tres. ¿No erdá?

—Pos no, jeñora. El dinero de los peones, y otras cosas que no son el dinero de los peones, pasan, ende mañana, a poer, ¿de quién dirás té?

Para intrigarla más hizo una pausa aparatosa. Tirando de petaca, sacó del librillo de fumar un papel, que se colocó entre los labios. Luego, llenando de tabaco la mano, comenzó orondamente a despalillar, repitiendo:

—A poer, ¿de quién dirás té?

Antoñica, yendo hacia la alacena para sacar el rosoli, bromeó:

—¡Peturdes, P e t u r d e s! Que eres muy esonrrible. ¿Quedrás jaseme creer que tan espedío?

—Espedío, no. Pero cuasi, cuasi. La cuestión es que, ende mañana, se encarga de tó este laberinto... el niño Jelipe.

—¿Qué dises? ¿Que mi niño se encarga de tó?

—Su niño dos té, sí, jeñora.

—¡Dios mío!... ¡Su Felipe, al frente de la labor!... ¿Era posible? Pero, señor... ¡Una criatura!

—Creatura u no creatura, se encarga. Ende mañana mesmo; eso es. ¿Le paese as té esta salía de bolero? Ocho años y sinco meses, día por día, yevo de aperaor en la casa. Ocho años y sinco meses, Antoñica. Que se dise pronto...

—Que sí, hombre, que sí.

—Yo, bregar con los jornaleros. Yo, meter en sintura a los cagarraches. Yo, ¡por vía la mar salá!

—Que sí, hombre, que sí. Ende luego.

Mostrando las manazas peludas, por el haz y el revés, como en una revista de escuela, plantado en frente de Antoñica, gritaba:

—¿Vos té estas manos? Aquí ande osté las ve, por eyas han pasao muchos miles de duros. Pos no se han queao ni con una perriya. He podío ser rico, y soy probe, Antoñica de mi arma.

—¿No oyes que sí? Masiao sabe tó el mundo quién eres. Y lo que trabajas. Y lo que súas. Eso, pues estar escuidiao. Ande haiga hombres desentes, ayí estás tú. Pero ¿es que don Miguel ta dicho que estás emás en la casa? Me se jase mu cuesta arriba, Peturdes.

—Pos ahí está. Que no me voy; que me queo. ¿Vos té? ¿Vos té, si lo sabía yo? ¡Conoseré yo a don Miguel! Pero ¿cómo me queo? De plato de segunda mesa. Pa eso me queo; pa las sobras. Pa cuando al niño se le antoje. ¿Le paese asté? Lo que yo digo, ¿y la dirniá? ¿Se pué vivir sin dirniá?

—La dirniá, la dirniá... ¿Serás serrao de moyera, Peturdes? ¿No es el niño el hijo del amo? ¿Su único hereero? ¡Antonses! Si te pusiesen por elante otra persona, vaya con Dios. Pero mi niño, que es un santo. Vaya, bébete ese rosolis y aquí no ha pasao ná. Si don Miguel ta dicho que te quees, te queas. Masiao sabes que don Miguel es un santo.

—Pa osté, toíco Dios es santo. El pae, por ser pae. El hijo, porque lo ha criao osté a sus pechos.

—Que lo digas. Y ojalá lo hubiese tenío siempre a mi vera. No se hubiese torsío como se torsió el alma mío. ¡Sentrañas! Estaba que embestía de gordo; soplao, jinchao, con ca moflete lo mesmito que una papueca. ¡Ea! Y de repente, al colegio. Y emprensipiá a perder las carnes, y a rebajársele el color, y a quease en los güesos, porque está en los güesos.

—Eso es. Y a una creatura así, que se clarea por toas partes, échela osté el trajín de la labor; a las madrugás, a las jelás, en tiempo de asituna; a las calinas, en tiempo de triya; a pelease con los gañanes, con los cagarraches, con los mangurrinos. ¡Pa que en una de ésas las líe!

Antoñica, espantada, horrorizada, le mandó callar. ¡Josús mil veces! ¡Que *las liara* su F e l i p e! Hablaría con don Miguel. Apelaría a todo lo apelable. Y eso que don Miguel no admitía réplica. Duro, terco, hosco, férreo, en diciendo que por allí, por allí tenía que ser, aunque se hundiese el mundo. Pero, ¡jeringa!, se trataba de su niño, de su Felipe. Lanzarlo así, a faenas tan duras, era como lanzarlo a...

—Dios me perdone, y mos ilumine a tós, Peturdes. Jaré lo que sea mes-

ter que jaga. Pero es presiso que me ayúes tú, tiniendo pasensia, ¿lo oyes? Agarras a mi niño, lo avivas, lo ispiertas...

—Que sí, jeñora.

—En cuantico veas una falta, tú...

—Escuidios té, que sí, jeñora...

—Por Dios, Peturdes. Pienso que mi niño es una creatura.

—¿No le digo asté que escuidios té?

Cortó el diálogo don Miguel, que, habiendo empujado levemente la puerta, escuchaba desde el umbral.

—¡Alabado sea Dios!...

Peturdes dió un grito y soltó un terno. Antoñica, sacando fuerzas de flaqueza, dijo maquinalmente:

—Por siempre sea alabado.

Lento y áspero mordía el puro, mientras se despojaba del capote de cuello y lo extendía, a secar, en una silla, ante las llamas. Luego, yendo a las jaulas, alzó las sayas de bayeta e hizo fiestas a las perdices. Luego, desabrido, llamó:

—Antoñica...

—¿Qué manda osté?

—Hay que ponerle más lechuga a estos pájaros.

—Le picaré más en seguía. Pero como me dijo osté...

Cortó la disculpa ante el gesto impaciente de don Miguel, que, corpulento y dominante, se paseaba a grandes trancos, mordiendo el puro. Peturdes, presagiando tormenta, se hacía un ovillo entre los montones de aulagas. Antoñica, sacando de la faltriquera una navaja, comenzó a picar las lechugas.

—¿De modo—saltó, entre amenazador e irónico—, de modo que esas tenemos? Mando una cosa y os concertáis para burlarla. ¡Muy bien! ¡Pero que muy bien!

Antoñica miraba a Peturdes, significándole que tuviese paciencia. Peturdes a Antoñica, como si le quedase muy poca.

—Usté—a Antoñica—, con las arropías de siempre: «Cuidado con mi niño, que mi niño es una criatura. Que mi niño...» ¿Una criatura, y entra en quintas este año? ¿Y lo van a sortear el mes que viene? Y éste—por Peturdes—, con que el niño está delicao. Con que no debe madrugar, ni ir a caballo, ni bregar con los jornaleros. ¡Delicao...! Pero ¿está delicao para otras cosas? ¿Está delicao para bailar, para ir al Casino, para jugar a las carambolas, para no faltar una tarde a la tertulia del Registrador, con esa taifa de señoritas de la media almendra? ¿Qué me mira usté?—a Antoñica—. ¿No es verdad? ¿Y tú?—a Peturdes—. ¿Es que yo crío a mi hijo para marqués? Pues no, señor. Lo crío para labrador, como su padre. Como sus abuelos. Como sus tatarabuelos. He dicho que desde mañana será aperador, y lo será aunque se hunda el mundo. ¿Estamos?

—No se sofoque osté, don Miguel —insinuó, tímida, Antoñica.

—¿Sofocarme? Pero esto ¿es sofocarse?—y mordía el puro como si mordiera a una persona—. Ya salió el mal carácter. El espino. El erizo, ¿no?

—¿Quién dise ná?—exclamó impaciente Peturdes—. Acá lo único que habemos hablao no es dengún disparate. Digo, me paese. ¿Le pué sentar bien al niño esos tutes que mos damos acá? ¿Tiene una salud como acá? ¿Pué resistir, ni mucho menos, lo que acá? ¡Antonses...!

Temeroso de haber traspasado los límites de don Miguel, agregó:

—Ahora, que osté lo manda. Y lo del otro: Ande hay patrón, no manda marinero. Acá, con agachar la cabesa...

—Ya salió lo del déspota. El tirano, el verdugo, ¿no? Coge a su hijo y lo lanza al campo, para que el campo lo devore. Pero mi hijo, ¿es de arropía? ¿Mi hijo es de trapo? ¿Mi hijo es de alfeñique? ¡Mi hijo es un hombre! Y los hombres no son de alfeñique. Los hombres han de ser de hierro.

Antoñica, espantada, murmuró:

—De jierro. ¡Digo, Dios! De jierro...

CAPITULO II

EL NIÑO FINOLIS

En torno al calderón de la paila, el equipo de cagarraches preparaba su turno de molienda. Unos metían en el horno trozos de orujo. Otros, levantando la tapa, llenando enormes cubos en el agua hirviendo, los llevaban, balanceándose, hasta el moledero, vertiéndolos sobre la masa que trituraba el rulo. Otros, saltando al hoyo de la presa, bien agarrados a la viga, emprendían su lenta y dura labor, como los asnos en la noria...

Todos eran robustos, hirsutos, jayanes. Todos vestían calzones azules, con abarcas, y llevaban a la cabeza un pañuelo, atado hacia atrás. Todos estaban sucios, pringosos, chorreando aceite y mugre. Todos canturreaban durante la faena individualmente, y al terminar, en los descansos, a grito pelado y en coro.

La madrugada, hostil y fría afuera, vientos, ladridos, era en el molinero recinto tibia, familiar y sabrosa. En la vasta crujía, llena de tinajones, medio enterrados en orujo, olía a alpechín. Por entre las vigas de las prensas volaban, torpes, los murciélagos. Y en el hogar, en torno a la paila, los cagarraches, gustando «la primera cigarrada», cantaban entre palmoteos y jolgorio *La Molinera.*

En Jerez de la Frontera
un molinero afamado,
que ganaba su sustento
con un molino arrendado,
era casado,
con una mosa,
como una rosa.
Por ser tan bella,
el corregidor nuevo
se prendó de ella...

Por el arco del moledero asomó Peturdes su cabezota de jayán, como asustado; un doncel, pálido y fino como un paje, le cuchicheaba su inquietud.

—Anda, Peturdes, vámonos. Otro día vendremos. Anda.

—Ha e ser hoy. Ha e ser ahora mesmo. No hay más remedio, niño. Ahora mesmo.

Un cagarrache, que «guiaba» el coro, echó él solo de la canción:

Responde la Molinera...

Y todos los demás, y él también, prosiguieron:

Vuestros favores admito,
lo que temo es que mi esposo,
nos sorprenda en el garlito,
porque el maldito
tiene una llave
con la que abre
cuando es su gusto,
y si viene y nos pesca
nos dará un susto.

Al terminar la estrofa, Peturdes les gritó, desde el moledero:

—¡Bien, siyeta! Cantáis lo mesmo que estorninos. ¡Por vírchenes los moros!

La paila, alborotada y alborozada, se desató en bullas.

—¡Haigá, Quico! Ven tú, que lo jases mejor.

—Eso es, que venga Juan Breva.

—Acúe, ruiseñor isecao.

Tirando a la fuerza del doncel, lo arrastró a la paila. Los cagarraches, viendo al hijo del amo a aquella hora y en tal guisa, comentaban sorprendidos:

—Mirar quién viene ayí. ¡Mirar!

—¡El Niño Finolis! ¡Madre mía! ¡A estas horas! ¿Qué habrá pasao?

—¿A qué vendrá el Niño Finolis al molino?

—Digo yo que a dale a las vigas no será. Paese un lápis con sombrero.

—Pué que mos lo traigan de cagarrache.

Peturdes, en llegando al corro, presentó a Felipe:

—Cabayeros, aquí sus traigo al nuevo aperaor. El Niño Felipe, hijo del amo. Ende esta noche él es quien manda. Conque... Ya me entendéis. No sus digo más.

Felipe, inquieto, sofocado sin saber qué decir ni qué hacer, reía con risita de conejo. «¡Je, je!»

Los cagarraches, de buen grado, se

hubiesen acogido a la zumba. Pero ¡caray! No se trataba de un cualquiera. Era el hijo del amo. Había que guardarle el aire.

—¡Ea! Pos que me alegro tantísimo —dijo el más cumplimentero.

—Que sea por muchos años. Mos alegramos tóos—añadió otro.

Ocurrente y audaz, como de costumbre, saltó el *Bizco de los Farfanes:*

—¿Mos alegramos? ¿Tóos? Semos catorce... Mucho vino jase falta pa alegrarse catorce hombres. ¿No sus paese?

Fué aclamado, empujado, golpeado. Peturdes, saliendo fiador, declaró que el vino vendría. Más, que estaba al llegar. Y que era regalo del Niño.

—¡Viva el Niño Felipe!

—¡Viva su pae, don Miguel!

Nuevamente intervino el *Bizco:*

—Yo diré viva cuando beba.

Aumentó la bulla.

—Haigá maldita sangre. Si eres múo, revientas...

—Qué esajogao es este *Bisco.*

Entraron dos muleros atarragando, con un pellejo de Moriles. Sobre el pellejo, entrecruzábanse dos bacalaos y unas alforjas con naranjas y medios panes. Felipe, ya más animoso, entró en situación, distribuyendo, con ayuda de Peturdes, comestibles y bebestibles. Los cagarraches, desatados, comían como pupas, bebían como esponjas, escandalizaban como energúmenos. Cortando el bacalao en tiras, lo asaron prontamente en la paila, mondaron las naranjas y prepararon, en dornillos enormes, el delicioso «remojón». A petición del *Bizco* brindaron todos, con los vasos llenos, por el Niño, por don Miguel y por Peturdes, que para ellos, si ya no era el gran aperaor, sería siempre el gran cantaor.

Rugió la grey báquica:

—¡Jolé y jolé, el mejor cantaor de la provinsia!

—De Andalusía...

—De España...

El Niño, impulsado del Moriles, metió cucharada, gritando:

—El mejor cantaor del mundo. ¿Para cuándo lo deja?

Todos apoyaron al Niño, con formidable algarabía.

Peturdes, sin hacerse de rogar, pidió la guitarra, acompañándose él mismo, según costumbre. Se hizo un silencio como en misa. Oíanse el hervir del agua en la paila y el respirar de los cagarraches. Hasta el *Bizco* cerró los ojos, gravemente. Peturdes preludió el «ay, ay» de la malagueña clásica, única, de Juan Breva:

> El amor es un bichito
> que por los ojos se mete
> y en llegando al corasón
> mos da fatigas de muerte...

Entre el frenesí de los cagarraches, el Niño, traspasado por la copla como por un puñal, vagos los ojos de sentimentalismo y embriaguez, se puso en pie, gritando con su vocecilla:

—¡Qué verdad es!... ¡Fatigas de muerte! ¡Qué verdad!

Entonces el *Bizco,* que acechaba la hora horaciana de *In vino, veritas,* le abrazó, con un abrazo «chillado», de borracho audaz y locuaz.

—¡Jolé ahí los enamorados finos! ¿Te enfadarás si te yamo de tú? ¿No? ¿Y si te digo como te disen por ahí: *Niño Finolis?* ¿Tampoco? Semos amigos, ¿eh? ¿Manque tú seas rico y yo probe? Miá que el ser probe no es eshonra. Te lo digo yo, yo. El *Bisco e los Farfanes.*

CAPITULO III

EL SORTEO

Desde el amanecer estaba el pueblo de cabeza. Llenas las dos fondas, la Nueva y la de Victoriano; atestadas las seis posadas; con colmo muchas casas, propiedad de cortijeros ricos, los cuales, siempre que repican gordo, se instalan con sus inquilinos, ejerciendo tan pintoresca enfiteusis.

Casinos, cafés, tiendas, tragaban y expelían sin cesar indígenas y forasteros. Atadas a las rejas veíanse yeguas y mulos, con vistosos jaeces. Las criadas, de punta en blanco, repeinadas y

orondas, traían y llevaban los regalos de Epifanía, gallardeando sus opulencias macizas. Los mocitos, al verlas pasar, rugían, tendiéndoles las capas para que pisasen castizamente. Y los guardias municipales, luciendo el uniforme nuevo, encaminábanse al Ayuntamiento al sorteo de quintos.

Antoñica, que la noche antes no pegó un ojo, inquieta por la suerte de su Niño, andaba desde el ser de día trajinando. Y a cada trajín, un suspiro: «¡Sentrañas!»

Tampoco don Miguel logró conciliar el sueño en toda la noche, entre vuelcos y tumbos, a causa del sorteo inmediato. Pero, sin dar su brazo a torcer, permaneció en el lecho, fingiendo dormir, hasta que bien dadas las diez, y escandalizada de tranquilidad tan pasmosa en un día como aquél penetró Antoñica llamando:

—¡Don Miguel! ¡Don Miguel! Las diez pasás. ¿Me oyos té?

—La oigo, sí. Voy.

—¿Osté recuerda qué día es hoy? Hoy mos lo sortean. ¡Sentrañas! Ahora lo vi a yamar, pa que almuersen ostés volando. ¡Digo, Dios! El día los Santos Reyes me lo sortean. ¡Ojalá saque un número mu altísimo, mu altísimo! Pero ¿y si me sale soldao? ¡Madre mía de la Piedá! Mi Niño, soldao. ¡Mi Niño, en el cuartel, comiendo rancho, durmiendo en un petate! ¡Josús!

Dió tal suspiro, que don Miguel no pudo más y saltó, reventando fortaleza:

—¿Quiere usté dejarse de dramas y traerme el agua caliente? ¡Por vía de San Juan Nepomuceno!

Cuando entró en la alcoba del Niño, el Niño dormía a pierna suelta. Antes de despertarle, dió mil vueltas, hizo dos mil visajes, suspiró tres mil veces. Dentro de pocas horas, ¿qué sería de él? ¿Libre? ¿Soldao? Lo despertó con suavidad maternal y el llanto en los ojos. El Niño, habituado a las ternuras, las pagó con cariñosas cuchufletas, y en paz.

Media hora después, el almuerzo de padre e hijo fué interrumpido por unos forasteros que traían un quinto a sortear. Estando próximas las doce, hora oficial marcada para el acto, los forasteros resolvieron acompañar al mozo; mas don Miguel, en un alarde de tranquilidad, pretextando que nada remediaría su presencia, dejó que se llevaran al hijo. Lo que fuera, ya sonaría. Después de todo, era cuestión de media hora, de una hora.

Se encerró, pues, en el despacho, aparentando tranquilidad y haciendo creer a Antoñica que era un hombre sin corazón.

—¡Digo, Dios! Me lo deja solo al alma mía. ¿Lo estarán sorteando ya? ¿Será de los primeros? ¿Será de los últimos? Vi a asomarme a la puerta, por si viene alguien con noticias.

En tanto, el padre era como una fiera enjaulada. Mordiendo el puro, paseaba por el despacho, presa de un miedo insuperable. La calle, ruidosa y alegre, le encolerizaba. Tener ganas de fiesta y risa, mientras a él se le hacía un nudo en la garganta. ¿Cómo? ¿Hablaban en el portal? ¿Habría noticias?

Súbitamente un grito, un alarido:

—¡Sentrañas!

¿A qué inquirir más? La vieja y devota sirviente había revelado el sorteo.

Y así fué. Instantes después penetraba Antoñica, fuertemente abrazada al Niño y llorando si tenía qué. El propio Niño, impresionado, estaba sombrío y blanco como un papel. Don Miguel avanzó, violento, frenético:

—¿Qué? ¿Soldado? Dejarlo, que no se hundirá el mundo por eso. A bien que hay pocos miles. Si fuera el único... Pero si hoy es soldado todo el mundo. Si rige el servicio obligatorio. Bueno, Antoñica, basta de lloriqueos. Y tú, no te pongas blando, que eres un hombre.

Interrumpió la admonición un ruido de gente, que reía y se rebullía en el portal. Don Miguel, Felipe y Antoñica acudieron, ceñudos. De entre un grupo de muchachuelos adelantó vestido de blanco, como un moro con su alquicel, un zagalón, que se postró de hinojos, juntó las manos y canturreó azoradísimo:

Aquí están los Santos Reyes
con contento y alegría,
aquí está Antonio Trabado
haciendo la cortesía...

Se alzó, entre las sonrisitas de los otros y la irritación de su madre, que los ahuyentaba.

—Idos, esonribles. ¿Hase visto gentusa igual?

Luego, plañendo humilde, dijo:

—¿Hay una limosnita de Santos Reyes pa Antonio Trabado?

Don Miguel dió una peseta. Antoñica, viéndolos ir, tornó a abrazarse al Niño, dramática.

—¡Sentrañas! Sorteao el día de los Santos Reyes... ¡Digo, Dios!...

CAPITULO IV

LA DESPEDIDA

Regresaba Antoñica de la estación de Loja hecha un mar de lágrimas. Lo que se dice un mar, sin hipérbole, Le rezumaban, como las gotas de una jarra, por las descarnadas mejillas, escurriéndose hacia la boca sumida, mojándole la barbilla de sesentona, empapándole el mantoncillo de pecho, que se podía retorcer, como el capote de un cazador en día de tormenta.

Abstraída en sus pensamientos, no pensaba en limpiárselas. Sólo de cuando en cuando, maquinalmente, pasábase la mano, como una esponja, por el rostro, ayudándose de grandes sorbetones, que le llenaban la boca de salado líquido. Luego, agarrada a las jamugas, cabeceando con el traqueteo de la yegua, repetía el patético estribillo:

—¡Digo, Dios!... ¡Digo, Dios!

El *Concho*, que iba de espolique tras la bestia, afinando con su navaja cachicuerna la vareta de olivo, respondía, también maquinalmente, como un kirie:

—¡Jarre, *Sultana!*

La siesta cordobesa jadeaba por la campiña como un can hidrófobo bajo el sol. Zumbaban lentas y monótonas las norias, entre los espejos del río. Latía en las alamedas el «chauchau» de los gorriones. Una banda de grajos se remontó de las lagunas de Balerma, y de una choza, sofocada en la solanera de un melonar, salieron gritos infantiles:

Grajo, grajo volandero,
que tu padre está en el cielo
y tu madre en Alcalá,
y escribe en su carta
que pronto vendrá...
¡Gra!

Antoñica, rebulléndose en las jamugas, comentó desoladamente:

—¡Ay, si jisieran Dios y la Virgen que gorviera pronto mi Niño...!

El *Concho*, duro en sus jactancias de quince años, intervino:

—¿Cómo quios té que güerva pronto, si acaba de irse? Gorverá... cuando güerva...

Y asiendo la yegua de las riendas para que salvase un balate, remató:

—Si güerve... Que no tóos güerven...

Siguióse un vivaz diálogo, en que Antoñica condenó la guerra con todo el ardor de su pena desesperada, y el *Concho*, entre bravucón y escéptico, sentenció que «era cosa de hombres».

—Ostés, las mujeres, tó lo arreglan con yorar. Los hombres semos otra cosa, Antoñica. ¿Hay que pelear? Se pelea. ¿Hay que matar? Se mata. ¿Hay que morir? ¡Se muere veintisinco mil veses pares!

—¡Ay, calla que se me erisa el veyo de oírte! ¿Tendrás valor? Endespués de haber visto a mi Jelipe de mi vida, metese en el tren pa Meliya... ¡Pa Meliya, Virgen de la Piedá...! Ea... Y sin que le valga ser rico, ni ser güeno, ni tener un padre con tantísimas influensias... Como yo le digo: «¡Enfluensias, y dejas té que se le yeven a su hijo!»

—Ahí verás té... Que su padre, siendo su padre, no tiene más remedio que conformarse y bajar la cabesa... Y osté, que ni siquiera es de la familia...

—¿Que yo no soy de la familia? Más que de la familia. ¡Mucho más! ¿Quién ha criao a mi Jelipe? ¿Quién

la dao su sangre, ende que nasió? ¿Quién ha estao, ende que murió su madre, sin separase de él ni un menuto? Y vélo ahora, como yo me lo vide, que me echa los brasos al cueyo y me dise:

—«¡No yores té, so tonta el palo...!» ¡Tonta el palo...! ¿Te paese a ti si no es pa yorar...? Y pa morirse...

Al doblar un recodo de la carretera, dando vista al cortijo Grande, un mendigo de folletín, astroso y barbudo, salió inesperadamente de entre unos álamos:

—¿Me dás té una limosna por Dios?

La yegua dió un respingo, bamboleando las jamugas y subiendo por un repecho. El espolique corrió tras ella, renegando del pordiosero y echándole unos ojos de basilisco.

—¡Por vía Dios, hombre...! *¡Sultana!* ¿Ande vas tú, peal? ¿Con veinte años en ca pata, quiés esbocate?

Asiendo a la yegua de las riendas, sermoneó al mendigo:

—Y osté, bien podía osté mirar lo que jase...

Antoñica intervino piadosa:

—Vamos, hombre... Lo ha jecho sin querer... No te sofoques.

Pero ya el mendigo, irritado, avanzaba hacia el espolique.

—¿Lo que jago? ¿Qué es lo que jago? ¿Peír pa comer? ¿Es que ni peir pa comer va a ser posible en esta tierra? Pos si no va a ser posible peir, antonses...

Se detuvo, rascándose por entre la chaqueta astrosa el pecho jayán, en la furia de Job con la teja. Luego añadió, entre una sonrisita:

—Antonses... no habrá más remedio que robar...

¡Cristo!... ¡Robar!... Y lo decía en un descampado, por la siesta, alto y membrudo, con aquella sonrisita inquietante... Al *Concho* se le heló la sangre en las venas. Sus quince años de mocito enamorador, más amigo de rejas que de pendencias, se turbaron y achicaron al pronto. ¿Qué haría? ¿Callar? Pero ¿podía callar después de aquello? ¿Hablar? Pero ¿qué podía oponerle? Sacando fuerzas de flaqueza, se aventuró a decir, por decir:

—Hombre, robar...

Y bajó la cabeza, esperando el trueno gordo.

Como quiera que el trueno gordo no estallase, la alzó, quedando de una pieza. ¡El mendigo, junto a Antoñica, recibía de manos de ésta la tartera de lata! No dando crédito a sus ojos, tuvo que darlo a sus oídos, ya que en aquel instante la buena mujer decía, clara y distintamente al vagabundo:

—Tome osté, hermano, y coma de lo que haiga. Lo primero es comer...

El pordiosero, entre hambriento y atónito, hallábase en la misma situación que el Grigroire de Banville, solicitado de una parte por la sorpresa y de otra por el formidable apetito. Al cabo, venciendo éste, destapó la tartera en silencio.

—Pero ¿vas té a comer en pie, hombre de Dios? Asiéntese en la grama, que acá no tenemos priesa ninguna —dijo Antoñica.

La buena acción había transformado al vagabundo, y el goloso husmillo a queso y torreznos infundióle optimismo y familiaridad. De suerte que sin más requilorios sentóse en la grama, a la turca, con la tartera entre las piernas, y, viaje va, viaje viene, comenzó a banquetearse sin hablar.

El *Concho* no salía de su estupor. Por disimular su embarazo, daba de palmotadas a la yegua, canturreando entre dientes su copla favorita, la del *Canario:*

Ni el canario más sonoro
ni la juente más risueña...

Antoñica, más diplomática, rebullóndose en las jamugas, echó un capote al prolongado silencio:

—¿Es osté forastero, hermano?

Limpiándose con el reves del puño, mientras por las astrosas barbas le escurría la pringue, el interpelado hiló una historia.

—Forastero, pa servir a Dios y as té. De tierras de Graná, del Padul. ¿Osté no ha oído mentar ese pueblo?

—Vaya que sí... El Padul... Como que allí estuvo, jase años, de boticario, uno de mi pueblo; don Juan Chanfaina.

—¿Don Juan Chanfaina? ¡Cayos té, por Dios! Pos si presisamente don Juan Chanfaina, con mi tío Rafael Trabado, me libraron de quintas... Güeno, líbrame, me libraron; pero como si no... Porque sentí plasa y me juí, de un tirón, a Meliya...

—¿Que osté ha estao en Meliya? —inquirió Antoñica, como si le removieran una llaga—. ¡Ay Dios mío...! Pero ¿en la guerra?

Sintiendo aplacada su hambre y oyendo la pregunta dubitativa, el mendigo se levantó, titánico, heroico.

¿Cómo que si en la guerra? Con el capitán Ariza, en el *Disciplinario*, a tiros desde que amanecía hasta que anochecía... ¡En la guerra...! Pero si había estado en el fuerte de Cabrerizas Altas... Si el general Margallo cayó acribillado de balas a sus pies...

—¡Josús, Josús! —chilló Antoñica, espantada, tapándose el rostro y dando un viraje que hizo tambalearse a la yegua—. Antonces, ¿habrás té pasado muchas fatigas?—añadía, pensando en su Felipe.

El guerrillero disponíase a relatar fatiga tras fatiga, cuando advirtió que el espolique le hacía señas de que no. Rápidamente se hizo cargo y, mientras devolvía la tartera, agotada, rectificó, mañoso:

—¿Fatigas? ¿Peligros? ¡Cuentos tártaros!... Disculpas de cobardes o de ignorantes. ¿La prueba? El... Tres años en el *Disciplinario*, cincuenta y seis hechos de armas, nueve saltos a la bayoneta... y

Arremangándose la chaqueta mostraba los velludos brazos de mangurrino.

—Veas té... ¡Ni un arañaso...! Miento, esta señal, que no es de la guerra, sino de un viaje que me tiró una noche de borrachera mi compadre Potoco. Pero no en Meliya; en mi pueblo, en el Padul... En Meliya, ni un resfriao... ¡Meliya de mi arma!

A la infeliz Antoñica volvióle el alma al cuerpo con la explicación. ¿Qué mejor ni más firme testimonio que aquel hombre, sano, salvo y robusto, después de un sinfín de combates? Luego Meliya no era el temido infierno que ella se había imaginado. Luego su Felipe no estaría expuesto a la muerte, como ella había creído hasta entonces... Luego podía esperar que regresase bueno y sano, como aquel feroz guerrillero, que repetía como si hablase del Paraíso: «¡Meliya de mi arma!»

El *Concho*, no obstante, preguntó con cazurrería:

—¿Meliya de mi arma? Antonces, ¿por qué no güerve osté?

—Pero ¿cómo quios té que güerva? Si soy más viejo que un palmar... Si no me armiten... Si ya no sirve uno ni pa tocar rajeao...

Aprovechó el gesto piadoso de Antoñica para inspirar más lástima. Moviendo la cabeza como un viejo de melodrama, declamó:

—Viejo... Probe... ¡Qué se va a jaser...! Aelante.

Antoñica, transida, patética, rebuscando en la faltriquera, alargóle un puñado de cuartos.

—Vamos, hermano... Tome...

—Que no, jeñora...

—Que sí, vaya... Tómelo pa el camino... Y tangas té confiansa en Dios; que Dios no abandona a sus creaturas.

En marcha ya, el mendigo declaró como despedida:

—¡Meliya de mi arma...!

Viéndole ir, el *Concho*, entre caviloso y escéptico, repetía:

—¡Meliya de mi arma!

Y Antoñica, cabeceando en las jamugas, entre esperanzada y patética:

—¡Meliya de mi arma...!

CAPITULO V

EL OGRO

En la frescura del portal, por la siesta, Antoñica picaba tomates. Tenía la cazuela en las rodillas, y con su navaja cortijera iba desmenuzándolos, desmenuzándolos.

De vez en vez, con los brazos arremangados, se oxeaba las moscas. Luego clamaba entre suspiros:

—¡Madre mía de la Piedá!

El gato, sorprendido, la miraba en un relumbrar de ojos, fosfóricos en la penumbra. Movía la cabeza. Alargaba una pata, hurgándole en el delantal. Entonces, Antoñica interrumpía su faena, la navaja en una mano y el tomate en la otra, inclinándose hacía el animal como hacia un niño que jugase.

—¿Qué, que suspiro? ¡Milagrito que no lloro! Llegar la feria y estar mi niño en Meliya... ¡Sentrañas! Sin comer, sin dormir, sin lavarse, sin esnuarse! ¡Maldita guerra, Dios me perdone...!

Accionaba en briosos manotones, mientras el gato abría y cerraba los ojos.

—¡Jé! ¡Qué feria se presenta! ¿Qué dirías tú si jisiéramos una cosa? Serrar la casa. Irnos a pasar la feria al molino. ¿Eh...?

El gato, adivinando por las ternuras de la voz que le pedían afecto, alargó y retiró la pata varias veces, como jugando.

Ella, entre conmovida y risueña, le amenazaba.

—Estati quieto, estati quieto. Que vas a erramar la casuela...

El portal era largo, estrecho, con sillas de enea, empedrado por chinas del río. Tenía, a sus extremos, puertas con cortinas, una al patio y otra a la calle.

En las paredes, encaladas, entre portarretratos de paja, había algunos cuadros antiguos, renegridos, chupados, con borrosas figuras bíblicas. Un Bautista medio desnudo, por entre cuyas piernas, vigorosas, corría el Jordán. Varios doctores de la Ley con mitras bicornes, disputándose un Niño Dios, subido en la tribuna como en unas andas. Un Expolio, imitando al *Greco*, con un Jesús escuálido entre sayones larguiruchos...

Un vientecillo de tormenta henchía el cortinón de la calle. Las ventanas de arriba cerrábanse violentamente, con portazos. Por los arriates del patio pasaban remolinos de hojas.

—¡Ojalá, Dios!—dijo Antoñica, respondiendo a sus pensamientos de que el temporal aguase la feria.

Pero pensó en los pobres feriantes, en las gitanas, en los titiriteros. ¡Qué iba a ser de ellos si llovía! Arrepentida, santiguóse.

—La Virgen santísima me perdone el mal pensamiento... Y me traiga a mi niño, sano y salvo, de la guerra.

A esta idea, no pudo más. Dejando la cazuela sobre una silla, penetró en la sala baja.

Sobre el sofá, cubriendo parte del testero, había una ampliación fotográfica. Era un soldado, casi un niño, ufano en su uniforme de artillero. Sonreía, cruzado de brazos, con jactancia pueril. Alto, fino, esbelto, doncel, como un Ivanhoe o como un Nigel. Tenía, bajo el ros, ladeado a la sien izquierda, un rostro delicado, femenino. Diríase un seminarista en traje de campaña, o una señorita con disfraz de artillero para ir a un baile de trajes.

Antoñica, plantada ante él, manoteaba expresivamente, sin decir palabra. Contemplándolo, compungida, cerraba los ojos, reprimía un gemido, movía la cabeza como un viejo perlático. Luego, era una mímica incesante, mezclada de hipos. Abría los brazos a lo ancho. Los alzaba hasta la cabeza. Cruzábalos. Descruzábalos. Por fin, ya sin poderse contener, gemía con el corazón destrozado:

—¡Sentrañas!

El gato, arqueando el lomo, se encaminaba hacia su dueña, cuando frente a la puerta de la calle resopló, irritado, erizado. Por debajo del cortinón, un perro chiquitín curioseaba el portal.

—¡Huum!—gruñó el gato, amenazante, estirando el cuello, en una explosión de batalla.

—¿Huum?—parecía interrogar el perro, como diciendo: «¿Quieres guerra?»

De pronto, alzando el cortinón, apareció un mocoso en babatel, comiendo pan y chocolate. Era rubiasco, mofletudo, regordete como un barril de acei-

tunas. Sacaba la pancilla, mostrando el babatel, descosido y con lamparones. Viendo al gato en acecho hostil, alargó el piececillo con alpargata.

—¡Juera!

El gato, dando un brinco, desapareció. Entonces, envalentonado, el perrillo entró en el portal, ladrando si tenía qué.

Con el delantal en los ojos vino Antoñica.

—¡Potoquillo!, si es mu temprano. Si no ha venío don Miguel. Güelve dentro de media hora. Anda...

El chiquitín, sin expresar contrariedad, mordió el chocolate.

—¿No lo oyes, que dentro de media hora? Aspérate, hombre...

Fué a la alacena. Tomó un rosco.

—Vaya, ten... Y tu mae, ¿peinando? Y tu pae, ¿en la zapatería? Ea. Pos güelve luego, a ver qué ta traío el amo de la güerta.

Potoquillo, trincando el rosco, dió media vuelta y salió sin hablar, como había entrado. El perro todavía gruñó un instante, cabeceando ante el cortinón. El gato, ante la salida, acechaba medrosamente.

Una voz varonil gritó en la puerta:

—¿Jarras de la Rambla?

—Tenemos—respondió Antoñica sin mirar.

Descolgó una, con su tapadera de escaña rematada en borlitas rojas. Bebió con avidez, resoplando. Luego fué hasta la reja a dar un vistazo a la calle, llena de empedradores, de chiquillos llevando espuertas, de feriantes clavando escarpias y toldos.

Indignóle la confitera, pomposa en los encajes de su bata azul, ya peinada y con moña de jazmines desde mediodía, en una exhibición pechugona, llamativa, incitante.

—¡Será...!

Lo iba a decir, pero echó a correr hacia el patio. Llamaban con estrépito al postigo.

—¡Huy, don Miguel!

Abrió. La jaca dió un relincho a la querencia. Don Miguel, desde el comodín, preguntaba airado:

—¿Está osté sorda? Mediá hora llevamos en el postigo la jaca y yo...

Descabalgó, entre las disculpas de Antoñica. Una caterva de gallinas andaba entre los pies de la jaca, ante el pesebre.

—Ox, ox. ¿No lo estáis viendo que sus pisotea?—gruñó Antoñica, volcando el esportón de alcacer.

Don Miguel, corpulento, el pavero atrás, el marsellés calado de sudor, comenzó a desparejar la jaca.

—¿Trajeron los dos almocrafres? ¿Vino Peturdes? ¿Hubo carta?

Antoñica informó de todo, mientras preparaba la harina de cebada para el refresco.

—Trajeron los dos almocafres, pero sin componer... Vino Peturdes y se llevó la azalea grande...

Luego, dramática, patética, elevó los ojos al cielo.

—No hubo carta. ¡No quiso Dios que hubiese carta!

Don Miguel, impaciente, brusco, rehusó esquivando blanduras, mientras removía el refresco con la cucharilla.

—¡Por vía San Juan Nepomuseno, hombre! ¿No hay carta? Pues que no la haya. ¿Nos vamos a morir por eso?

—¡Don Miguel!

—Ni don Miguel, ni San Miguel, ¡ea! ¿Es el único que está en Africa? ¡Entonses!...

—No hable usted así, que da frío oírle... ¡Sae Dios la que estará pasando el alma mía! ¡Sentrañas!...

Torvo, rechinando los dientes en una sorda cólera contra el destino, irritado con las blanduras de Antoñica, que eran como una acusación implícita a su energía paternal, renovaba violentamente sus teorías sobre el aguante de los hombres.

—Los hombres no son de alfeñique, pa que usted lo sepa. Los hombres han de ser de hierro. ¡De hierro!

Excitado, convulso, rendido de las emociones y el calor, se dejó caer en el sofá.

—Los hombres han de ser de hierro —repetía, liando un cigarro.

—Es claro. Como usted no lo ha criao a sus pechos, ni le ha dao su sangre.

Se levantó, como un resorte. Cambió la ira por el sarcasmo.

—Como que soy un mal padre. ¡Como que soy de piedra!...

Otra vez los ladridos y Potoquillo alzando el cortinón.

—Ahí tiene usted al de la *Fandanga*. Yo me voy a aviar el gaspacho.

Asomó don Miguel, perplejo. ¿Lo expulsaba? ¿Lo recibía?

—Pero, hombre, ¿ya estás ahí? ¿A qué vienes?

El muchacho, alzando los hombros, se quedó con la boca abierta. Luego, tras un mohín de duda, repuso:

—A ná...

Poco después, Antoñica fué a la alacena por aceite para el gaspacho.

Cruzando frente a la salita, vió a Potoquillo cabalgando en un muslo de don Miguel, y a éste que, vuelta la cara hacia el retrato de su hijo, canturreaba maquinalmente:

Arre, borriquito;
vamos a Belén.
Mañana, domingo,
y al otro, también...

Potoquillo, espoleándole, pedía con su media lengua:

—Ota vez. ¡Anda!

CAPITULO VI

UN TELEGRAMA

¡Qué tres días! Todos los dolores morales galoparon desenfrenadamente sobre aquel espíritu devastado, saqueándolo, entrando a sangre y fuego en él, como una horda.

Primero, la noticia del ataque moro: «Nuevo ataque a Chelalza. Sorpresa nocturna. Los moros llegan a las alambradas. Nuestras tropas les infligen duro escarmiento. ¿Sigue el combate?»

Bebió materialmente el despacho. Era una sed espoleante, angustiosa, dolorosa, por llegar al fin. Una congoja bruscamente iniciada al ver el nombre de la posición donde se hallaba su hijo. Veinte renglones que parecían no acabar nunca.

Cada cifra, cada juicio, le aterraban. Cada detalle le daba frío al corazón. La vista, loca, como el pensamiento, no seguía regularmente los renglones, sino que saltaba aquí y allá, buscando, rápida, nombres propios.

Al leer el último nombre, jadeaba como un atleta al terminar la lucha. ¡No estaba su Felipe! ¡Jaaá!... Y el titánico resuello agitaba el periódico, como un viento. Las manos, agarrotadas al papel, retirábanse con fragmentos adheridos por la presión nerviosa. ¡Su hijo vivía!

Esta idea infundióle una alegría frenética. Sentía impulsos de saltar, de gritar, de abrazar. ¿Cómo no se engalanaba la tierra, estrenando una nueva luz, un nuevo sol?

Súbitamente, el último renglón del parte volvió a inquietarle: «Supónese que continúa el combate.»

¡Supónese! ¡En un despacho oficial!

Le indignó tanta ligereza. Hizo, ingenuo labrador y padre angustiado, una severa crítica de estos partes, redactados por la rutina, con la vulgaridad del hábito, sin el sentido nacional que tienen en ellos cada cifra y aun cada coma.

¿Y si había seguido el combate? ¿Y si en él su Felipe...?

Nuevamente se vió cercado de hipótesis lúgubres, como una res por la jauría. Siempre que sucedía esto, para afrontarlas y vencerlas, apretábase el cinturón, se abrochaba el marsellés, salía al patio sin sombrero, arremangándose, como si saliera desafiado por un hombre.

Antoñica, viéndole así, murmuraba, soplando el anafre:

—¡Ea!... Ya está el león con la calentura.

Y daba mil rodeos por no hablarle, temiendo sus terribles cóleras.

Al día siguiente, amanecido, don Miguel arregló su jaca, tomando el portante a la estación, que distaba tres leguas. Aguardó el tren correo, compró los periódicos y regresó, devorándolos en el comodín.

Iba la jaca pinturera, gallarda, presumiendo, como una mujer bonita.

Cabeceaba entre los álamos del camino, con la elegancia y la finura de un corcel en carroza real. De cuando en cuando relinchaba para oír sus propios relinchos, como esas tiples que se escuchan sus gorgoritos cuando la «lección» de *El barbero de Sevilla*.

Don Miguel, absorto en los diarios, respondía maquinalmente al saludo de arrieros y trajinantes:

—Con Dios, amigo...

—Con Dios, cabayeros...

De pronto, arrugando el periódico, dió una violenta sacudida.

La jaca hizo un extraño, espantada. Aquel letrero llamativo, a dos columnas, había aterrado al pobre padre. «Otro gran combate en Chelalza. Los moros mutilan ferozmente a nuestros soldados...»

Saltó epígrafes. Fué, como un rayo, al texto. Temblaba. ¡Oh, el suplicio de leer nombres de víctimas!... Era como caminar entre muertos, como ir, uno a uno, reconociéndolos, palpándolos. «¡Este no es!... ¡Ni éste!... ¡Ni éste!... Pero ¿será aquél? ¿Será ese otro?»

Venían, en trágico amasijo, jefes, oficiales y tropa. ¿Por qué no clasificarlos debidamente? Cada uno se iría, en seguida a los jefes, a los oficiales, a la tropa, según... Pero no se perdería tiempo en buscar, tan lúgubremente... Cada décima de segundo es, en estas lecturas, siglos de espanto... Debían pensar más en las madres, en los padres, en las esposas, en las novias, en los hijos...

Todas estas ideas zumbaban en enjambre y le aturdían, mientras iba leyendo, saltando nombres, con el vago remordimiento de quien abandona cadáveres al enemigo y a las aves de rapiña.

De repente leyó un «Felipe», y fué como si hubiese visto al hijo de su alma, agarrotado entre unas chumberas, con las manos crispadas en el cerrojo del fusil o pudriéndose al sol...

Sintió un mareo, pero afirmóse en los estribos tan vigorosamente, que la jaca se ladeó, agitando el periódico, como un banderín blanco, de parlamento... Leyó después del nombre de «Felipe» un apellido extraño. Fué un jadeo de atleta... ¡Jaaá! ¡Qué descanso!... ¡Qué verdadera, penetrante, grave alegría!...

Un balido le hizo tornar la cara. En el huerto, junto al camino, vió una chiva atada al tronco de un manzano. Era chiquita, cenicienta, fina como una corza. Lanzaba su balido y se quedaba como esperando la respuesta, inclinando el hocico alternativamente, de un lado a otro, prestando oídos, tiesas las orejas y moviendo el rabo rabón.

Al pie del manzano, en la viña, había un hato de mochilas y serones. Un hombre, en mangas de camisa, llevando el cenacho, se inclinaba, de cuando en cuando, entre las cepas verdes.

Don Miguel detuvo la jaca. Dió voces...

—¡Eh!... ¡Fermín!... ¡Fermín!...

El hombre, con las manos en visera, sobre los ojos, avanzó al camino.

—¡Carailes! Si es don Miguel...

También tenía un hijo en la guerra. También llevaba meses en la misma angustia mortal. Don Miguel solía detenerse en el huertecillo, trabando diálogo con Fermín para estudiar las emociones paternales y compararlas con las suyas.

Era el hortelano hombre adusto, corto en palabras, hostil a las sensiblerías. Reconcentraba su dolor en una dignificación varonil de silencios torvos y puños apretados.

—¡Los hombres deben ser de hierro!...

Don Miguel se veía en Fermín como en un espejo, ante el cual estudiaba su carácter.

—Qué, ¿sabes algo de tu hijo?

Negó con la cabeza, el dedo gordo entre los dientes. Arrugando los ojos, dijo:

—¿Y osté?...

—Eso venía leyendo. ¡Otro ataque a la posición! ¡Otra carnisería, Fermín! Y uno, mientras... ¡Por vía de San Juan Nepomuseno!

Fermín se encogía de hombros, cerraba los ojos, dejaba escapar un amargo «¡pse!» fatalista...

—Es no vivir... Es no vivir...—continuaba don Miguel—. Este parte es del día nueve... ¡Figúrate! Estamos a doce... ¿Qué sabemos lo que ha pasado en tres días? ¡Pueden suseder tantas cosas!... ¡Que no lo matan! ¿Y si me lo hieren? ¡Que no me lo hieren! ¿Y si me lo cogen prisionero? ¡Que no lo cogen prisionero! ¿Y si ha desaparesio y no se sabe dónde está?

El airecillo matinal rizaba los maizales. Oíase el rumor de la acequia. Una bandada de zuritas anubló el sol...

Don Miguel, en el comodín, abrió los brazos desolado.

—Es pa volverse loco... ¡No sabe uno qué jaser!

Rudamente, dijo Fermín:

—Yo sé lo que jaría...

—¿Tú? ¿Qué?

El hortelano hizo chascar dos dedos, en castañuela. Luego, sombrío, comentó:

—Ni eso pué uno... Ni quitase de en medio, pa escansar... Con cuatro hijos, ¡ni quitase de en medio!...

Terriblemente impresionado, regresó don Miguel al pueblo. Todo el día la tesis de Fermín le trabajó el espíritu. El no tenía más que un hijo. Estaba solo... Sin más afán, sin más responsabilidad... ¡Podía descansar para siempre!...

Penetró en la salita. Afrontó, en silencio, el retrato. Empuñó la trágica idea, como un cirujano el bisturí. De pronto alzó los ojos y vió al hijo sonriéndole, sonriéndole...

—¡Un telegrama!... —gritó, despavorida, Antoñica, alargando el papel azul.

—¿Un telegrama? ¡A ver!...

Leyó. Cerró los ojos. Apretó los puños titánicos.

Antoñica dió un grito de horror...

—¡Chis!... Veremos... Veremos... Un desaparecido no es un muerto... ¡Veremos!

Abrió de par en par el balcón. Fué un deslumbramiento de sol, que le obligó a taparse los ojos. Lentamente, se acostumbró a mirar.

Era un parque moderno, anchuroso, con paseos centrales de palmeras y andenes llenos de gentío. Desfilaban tropas. Sonaban músicas y vítores. Sintió ira, pena. Murmuró entre movimientos de cabeza:

—¡Por vía de San Juan Nepomuseno!

A las doce, su amigo, el comandante Leyva, le trajo las primeras noticias... En la oficina indígena no perdían las esperanzas. Todo era cuestión de paciencia.

—Entonses, ¿usted cree?...

—¡No he de creer! Si está, como dicen, en Quebdana, no me parece muy difícil. Los quebdaníes son tratables. Tenemos buenos confidentes y se han hecho en aquellas cabilas muchos rescates. Ahora que yo, como lo que abunda no daña, hago gestiones en los zocos, en las posadas, en el puerto, en donde puede haber un quebdaní...

—¡Dios se lo premie, amigo Leyva! Usted no sabe...

CAPITULO VII

EL RESCATE

Despertó al pasodoble de una charanga. Miró la habitación del hotel; el lavabo, el armario, el balcón por cuyas rendijas entraba el sol... Sentía pesadez en la cabeza y en el estómago. Poco a poco ordenó el tropel de ideas. El tren..., Málaga..., el puerto. El Parque Heredia al atardecer, entre militares y caballos; y aquel olor del mar, tan intenso, tan insufrible. Luego, la travesía, lloviendo a torrentes y con un calor de bochorno. Las ansias del mareo, el salir y entrar del criado, el té con limón... Por fin, el muelle, los primeros jaiques odiosos, las azoteas, las palmeras. ¡Melilla!

¡Y todo este calvario—que a él, robusto, en la madurez de la salud y del espíritu, le había quebrantado tan hondamente—fué recorrido meses antes por su hijo, mozo de cuerpo y al-

ma, delicado, mimado como una niña!

¿Qué sería de él? ¿En qué aduar, bajo qué feroces rifeños estaría en aquel instante?

—¿Cómo que yo no sé? ¡Me han matado un hijo hace dos meses!

Callaron. Fumaron.

—Todo listo. ¡Nada de gracias! ¡Tuviera que ver! Mohamed-ben-Alí se lleva el dinero, el retrato, la filiación. Recogerá a su hijo de usted al anochecer. Se pondrá inmediatamente en camino. Y al dar las once, nosotros, desde el parapeto, encenderemos una luz. Si desde el camino encienden otra, no hay más que hablar... ¡Tiene usted hijo!... Y me voy, que me esperan en la Comandancia... A las diez de la noche vendré por aquí. ¿Conformes?

¡Las diez de la noche! ¡Y aún no era mediodía!

Don Miguel, por calmar sus nervios, se acostó. Dió unas cabezadas en sobresalto, se levantó, volvió a acostarse...

Fumaba. Bebía. Abría y cerraba la maleta. Paseaba por la habitación como un tigre enjaulado. ¡Las once y media!

Almorzó. Fué al café, donde unos vendedores hebreos le atiborraron de petacas, boquillas, cadenas, sortijas.. Compraba de todo para él. «¡Dentro de pocas horas!—decía entre dientes, y miraba el reloj, estupefacto—. ¡Las dos de la tarde! ¿Era posible?...»

Salió al puerto, con el calor, entre grupos de cargadores, boteros y soldados en trajes de mecánica. Presenció la descarga de un vapor mercante y de un torpedero que traía ametralladoras. Pero el olor del mar se le hacía de todo punto insufrible. Tuvo que regresar al hotel.

Por el camino, haciendo esfuerzos de voluntad, abstúvose de mirar el reloj. Media, sin embargo, la luz, creyéndola más débil, casi de crepúsculo. Cuando desembocó en el Parque Hernández, ya no podía contenerse. ¡Las cuatro!

Así, hora a hora, minuto a minuto, aquel día se le hizo eterno. Al cabo, cuando anocheció, y del lado del Gurugú, descendieron sombras sobre los fuertes. Don Miguel, echando mano a la petaca, se halló sin cigarros. Sonrió, viendo aquel modo de fumar, que en horas consumía cajetillas enteras. Penetró en el hotel, para proveerse de habanos de su maleta. El comandante Leyva le esperaba.

—Algo pronto es. Pero, en fin. Como usted está impaciente...

—¡Figúrese, amigo Leyva!

—Bien, pues andando. Pero nada de nervios... ¡Usted parece un hombre, hombre!...

—Creo. Me parece.

Anduvieron bajo la noche oscura, fresca, llena de ruidos militares, de retretas y cantos patrióticos. Dejaron atrás la ciudad céntrica, alegre y conflada, en sus cafés, bares y cines.

Poco a poco, en el barrio hebreo apagáronse los estruendos, los gritos, el simple rumor de los transeúntes en la calle. Mostraron a los guardias el permiso especial de la Comandancia. Salieron hacia la segunda caseta, entre un silencio, interrumpido solamente por el batir del mar en la playa.

Ascendieron al parapeto callados, pensativos, dramáticos, contemplando el campo enemigo y las calzadas por donde avanzaría el rescate.

Don Miguel, mudo, pateaba. El comandante, a media voz, decía:

—Nada de nervios, ¿eh? ¡Cuidado! Los hombres deben ser de hierro...

—Lo sé... Lo soy, amigo Leyva...

De pronto, en el silencio de la noche, del lado de Nador, sintióse como galopar de caballos. Don Miguel aferró a su amigo por la muñeca.

—Vamos, calma... Ya llegará—decía en voz baja el comandante.

Por fin, mareado, débil, lleno de nervios y ternura, don Miguel oyó esta pregunta:

—¿Trae usted cerillas?

Enérgico, domando el temblor, alargó la caja. Oyóse el rascar contra la lija. Súbitamente se encendió, iluminando unos segundos el parapeto. Luego, de un soplo, el comandante apagó la luz.

Y quedaron los dos unidos, aferrándose mutuamente los brazos, conteniendo las respiraciones, escrutando la oscuridad, en un ansia de vida o muerte.

¡Nada! El campo enemigo era, en la noche, como un mar. Algún ruido lejano e indescifrable. Tal vez un ¡ay! de herido. Acaso un grito de chacal, venteando la presa.

De repente, en la lejanía, hacia la izquierda, brilló fugazmente una luz.

Fué como chispa desprendida de una fogata, como un fogonazo de fusil. Lució un instante y se extinguió en las sombras.

Los aferrados transmitiéronse la impresión, como una sacudida eléctrica.

Don Miguel, balbuciente, dijo:

—¿Vió usted?

El comandante, impresionado, recomendaba en voz temblorosa:

—¡Nada de nervios!, ¿eh?... ¡Nada de nervios!

Al fin, distintos y sonoros, trotaron bajo el parapeto dos caballos.

¡Ya no había duda! ¡El rescate!

Descendieron, corriendo a todo correr. Llegaron hasta las primeras casas del arrabal. Poco después descabalgaban un soldado y un moro.

Bajo el farol del cuerpo de guardia, don Miguel, como loco, abalanzóse al militar, los brazos abiertos.

De pronto, retrocede, espantado. ¡Aquel hombre no es su hijo!

—¿Qué?

El soldado bajó la cabeza, cerró los ojos, susurró con un hilo de voz:

—Máteme usted...

Entre el estupor de los circunstantes, confesó, humillado, abrumado. Hallábase cautivo, sin esperanzas de escapar. Sintió que decían un nombre para efectuar el rescate. Vió que nadie acudía. Oyó que nuevamente llamaban. Y entonces se presentó él...

—¡Máteme usted!—decía ante don Miguel, cuyos ojos de loco estaban lejos de la vida...

LA HIJA DE CROMWELL

CAPITULO PRIMERO

EL GAMO DE HAMPTON COURT

Sabes que viene Fox esta tarde?

—Eso dicen. ¡Maldito cuáquero! Vendrá con sus eternas retahílas: «¡El temor de Dios! ¡El infierno!» ¡Así lo ahorquen!...

—Tiene embrujado al Protector. El propio secretario Thurloe, antaño tan firme, es ahora un cuáquero más. Te digo que nos llevan a la ruina. Hoy un soldado es menos que cualquier charlatán religioso.

Dialogaban entrambos centinelas, paseando, arcabuz al hombro, bajo la lluvia fina, como rocío. En sus enlutadas ropillas destacaba el candor de las valonas. Los sombreros, de extensas alas y alta copa, ostentaban la escarapela negra del Protector. Y las botas, hasta la rodilla, se hundían en el barro pegajoso.

—¡Pensar que hemos guerreado para esto! Inglaterra no es hoy más que un hombre con una Biblia en la mano. Y el Protector un maniático atado a la Biblia, como un caballo de Fairfax al pesebre.

—¡Paciencia, amigo! ¡Haberse hecho teólogo! A los soldados no nos queda más que oír, ver y callar, suceda lo que suceda.

—Eso es. Oír sermones, ver pandillas de puritanos, de cuáqueros, de presbiterianos, de salmistas, y callar cuando el Protector se digna revistarnos, sombriamente, ordenando los ejercicios «en nombre del Señor». Oye, tú,

que arrecia la lluvia. Resguardémonos en el pórtico.

La cortina de agua avanzaba por las praderas de Hampton Court hacia el castillo. Bandas de gamos galoparon entre los encinares, corriéndose por las marismas del Támesis. Algún pastor, bajo el capote, apresuró la recogida de sus carneros.

Hampton Court, residencia favorita de Enrique VIII, ahora ocupada por el Protector, era una palacio-fortaleza, cuyas macizas y anchas torres, coronadas de almenas, le daban carácter feudal.

Puertas estrechas, bajas y ojivales, semejantes a brechas de un murallón, conducían a lóbregos subterráneos, cuerpos de guardia y patios de armas. Finas y labradas impostas, corriendo por la majestuosa fachada, separaban los ventanales ojivos, donde la fantasía de raros artífices esculpió delicadamente escudos, armaduras y panoplias. Un pórtico abacial, de bella arquería, estaba ennoblecido de estatuas yacentes.

Sentados sin respeto sobre una de ellas, el arcabuz entre las piernas, los centinelas se aburrían. Uno se abanicaba con el sombrero, echando pestes contra el Protector y los cuáqueros. El otro, más tranquilo, cruzado de brazos, miraba por entre los arcos el aguacero.

—Pues, señor, estamos divertidos. Faltan aún dos horas para el relevo, y me muero de sueño, de hambre, de sed. Sobre todo de sed... de amor...

—A buena parte vienes con el amor. ¡A Hampton Court! En Hampton Court no hay más que luto y rezos.

—Pues bien que hubo amor, y de lo más fino. ¿No era aquí donde el Rey Sátiro se festejaba con orgías? ¿No fué aquí donde Ana Bolena llegó a reunir en una noche siete amantes? A cambio de eso, el Protector reúne cada tarde siete cuáqueros. Es una orgía a su manera. Pero que me cuelguen de una encina si, a este paso, el Ejército...

—¡Chis! ¿Qué es aquello?—interrumpió el otro, señalando hacia la campiña.

—¿Aquello? No veo nada. ¿Dónde?

—¿Ves el bosque de los Caballos? ¿Ves, un poco a la izquierda, el sendero real? ¿Ves?...

—Si te digo la verdad, no veo nada. Tengo tal sed de amor, que sólo veo mujeres en todas partes. Ahora te pregunto, a mi vez: ¿ves aquella nube, entreabierta, como un justillo? Pues es Ana Bolena en su tocador. ¿Ves aquella otra, recostada sobre aquellas encinas verdes? Pues es Catalina, en su lecho. ¿Ves?...

—Eres más libertino que Glócester. Al diablo se le ocurre ver mujeres entre las nubes...

—Pues si no las veo en las nubes, tú dirás dónde. Llevamos cerca de dos meses en Hampton Court. ¿Has descubierto en tanto tiempo alguna mujer? Ni las hijas del Protector. Fuera de aquella vez que vino la más bonita de ellas, lady Claypole, tan rubia, tan alegre. ¿Te acuerdas?

—Figúrate. Fuí yo quien la guió al cuerpo de guardia. Salía de la cuadra vieja, con mis dos cubos, para llevar agua a los caballos. De repente oigo que me dicen: «¡Eh, mocito!» Vuelvo y me veo una amazona que, pie a tierra, tenía su alazán de la brida.

—¡Qué mujer! ¡Si uno la pillara!

—¡Calla, bestia! Pues va y me dice: «¿Y el cuerpo de guardia? Condúceme, que quiero verlo.» ¡Y se reía, se reía que daba gloria!

—Bueno. Ahora, yo. Entra en el cuerpo de guardia y nos sorprende con los dados: «¡Hola, señores! ¡Cómo les envidio! ¿Quién gana? ¿Quién pierde?» Y se reía, como tú dices, que daba gloria. De pronto asoma el Protector. ¡Imagina! Nos quedamos sin respirar. Ella no le había visto y seguía diciendo: «¿Quién gana? ¿Quién pierde?» Entonces él, detrás, agrio y brusco, la tomó del brazo: «Vamos, milady. Que es tarde, milady.» ¿Qué había de ser tarde? Pero se la llevó a la fuerza. Todavía, al salir, volvía el encendido rostro, diciendo que nos envidiaba, entre guiños. ¿Te acuerdas de sus guiños? Así... «¡Cómo les envidio!» Fué un relámpago. En fin...

Había cesado el aguacero. Las encinas lagrimeaban sobre los prados. De entre los almenares voló una nube de cornejas hacia el bosque. Deleitaba el olor a tierras mojadas, a hierbas frescas, a aire húmedo. Los centinelas, dejando el pórtico, salieron a gozar del campo. Respiraban, dichosos, el nuevo ambiente. Seguían loando a lady Claypole.

—¡Qué guiños! ¡Qué malicia de ojos!

—¿Y el cuerpo, que se cimbreaba? ¡Qué cuerpo!

De cuando en cuando oteaban las lejanías. Por los caminos, lentamente, avanzaban carros labriegos, mujeres con el haz de leña a cuestas, algún «cabeza redonda» espoleando el caballejo, algún rebaño de carneros dispersándose en trotes locos hacia el río.

De repente, casi a sus pies, como un proyectil, se agitó un gamo fugitivo. Cayó de un salto, pataleando entre las hierbas, y se incorporó vivamente, brincando, como por resorte. Los centinelas, sorprendidos, corrieron tras el animal.

Tenían la esperanza de que fuese uno de tantos gamos que, escapados al cepo, huyen, desgarrados o heridos, y acaban por rendirse en la carrera. Pudieron advertir que cojeaba, y redoblaron sus esfuerzos. A poco, en un repecho, el gamo desapareció como en una sima. ¿Qué hacer? Miráronse perplejos. Se habían alejado más de dos tiros de arcabuz. Era grave negocio abandonar la guardia. De otra parte, estaban seguros de que, cojeando, agotada, rendida, la res estaba por allí, a dos pasos.

Al fin, entre unos prados de heno, arrollado violentamente por su caída, se delató el pobre animal. Lo hallaron resoplando, los ijares estremecidos, la cabeza entre las patas, acurrucado, humilde. Era un gamo infantil, que alzó el hocico, albo de espuma, y los miraba ingenuamente, con sus ojos claros de niño.

Cruzaron ambos arcabuces, tendieron una blanda cama de hierbas y lo acomodaron paternalmente.

—¡Chiquito! Vamos, vamos...

—¿Estás herido, hombre? Se te curará, se te curará...

A las fiestas, el manso animalito cerraba de gusto los ojos y se dejaba acariciar, como una criatura.

De esta guisa lo conducían a Hampton Court, cuando oyeron a sus espaldas una voz que los dejó fríos:

—¿Así cumplen los centinelas del Protector? ¿Abandonando el puesto?

Sarmentoso, enlutado, enfático, despidiendo centellas de sus ojillos verdes, Enríquez Fox, jefe de los Cuáqueros, gran amigo del Protector y agrio juez de toda alegría, se les apareció como un castigo.

Balbucearon sus disculpas:

—Señor, es que este gamo...

—¡Silencio! ¿Qué ha podido induciros a semejante...?

Enrique Fox interrumpióse bruscamente, afianzándose al gamo, que pataleaba por huir. Los centinelas, a su vez, secundaron al jefe cuáquero. Hallábanse ante el pórtico del castillo.

De repente, se escuchan las trompetas para el relevo. Como rayos, los centinelas, descruzando sus arcabuces, dan a correr. Deshízose la cama. Saltó el gamo, como una saeta.

Detrás, a todo el aire de sus piernas, Enrique Fox, jefe de los Cuáqueros, gran amigo del Protector y agrio juez de toda alegría, corría, como alma que lleva el diablo...

CAPITULO II

LOS NIVELADORES

Cargado de papeles, penetra el secretario Thurloe. En la inmensidad del salón gótico, de artesonados ricos y vidrieras de color, su desmedrada figurilla semeja la de un gnomo escapado de algún tapiz. Avanza a tientas, silencioso y suave, como un ciego. Llega a la chimenea de cariátides y hace una reverencia en la oscuridad.

—Acercaos, Thurloe. ¿Hay respuesta de Mazarino?

—Hay respuesta, y grata, señor. Estudia el «Acta de Navegación»; ofrece no tratar con Holanda y os envía tres Gobelinos con escenas de Josué.

—¿Y nuevas de nuestras escuadras?

—De Blake, venturosas, sobre los piratas de Argel. Penn dice que arribó a la Jamaica. También se recibieron despachos de la Reina de Suecia y del vaivoda de Transilvania, reconociéndoos por soberano de Inglaterra.

—Sólo es soberano el Rey de Reyes. Sea alabado por los siglos de los siglos.

—Amén.

—¿De Irlanda? ¿De Escocia?

—En Irlanda, vuestro yerno, Ireton, restablece con gran provecho el Tribunal de Matanza. En Escocia, Móntrose negocia con los calvinistas. Todo lo de fuera va bien. Tan sólo en vuestra propia casa...

—¡Ah, los falsos! ¡Los ambiciosos! ¡Desgraciados a quienes falta la paz del Señor! Son como briznas secas, como vilanos, como hojas, como espumas, como relámpagos, como gritos. Dice Habacuc: «La mano del Señor me sostiene en la tierra como en el mar.» Y ellos me ven, absortos, como las hormigas al alto roble. Aplastemos el hormiguero, Thurloe. ¡Luces! ¡Que traigan luces!

Sintióse el recio estrépito del sillón, de la mesa, removidos al corpulento impulso. La agria voz, enronquecida de amenazas, iba y tornaba por la oscuridad en bruscos y tumultuosos paseos.

El secretario, habituado a aquellos ataques, aconsejaba sin emoción y por cumplir:

—Calmaos, señor. Reportaos, señor...

Entre aburrido y malicioso, salió a la puerta y pidió luces.

Prontas estaban, aguardando la hora frenética. Dos criados, de ropilla negra, entraron altos candelabros de bronce. A su paso, alumbraban los tapices, los lienzos, las estatuas. Relucían, empavonadas, las armaduras, presentando sus lanzas, como en fantástico homenaje. Brillaron las lustrosas tallas en la monumental chimenea, cuyas cariátides de sirenas sostenían labrados entablamentos, con escenas de amor y cetrería; Venus, rodeadas de Cupidillos mofletudos; jinetes de loriga y casco, alanceando jabalíes.

Al cabo, en la maciza mesa, retembló el golpe de los candeleros, que iluminaron vivamente la escribanía de oro, la Biblia, encuadernada en pergamino por Juan Ulrico de Maguncia, y el crucifijo de marfil, esmaltado de pedrerías por Guillermo Van Oste, platero de Bruselas.

En la penumbra, resoplando, se agitaba el perfil, violento y rústico, de Oliverio Cromwell. Los criados se escurrieron, como gamos ante la tormenta. El propio Thurloe receló más que ningún día y puso un candado a la boca.

—Aplastemos el hormiguero, Thurloe. No soy yo arcilla de los caminos. Es el Señor de las alturas, el Dios de los Ejércitos, *Deus Sabaoth*. ¿Llegaron los Niveladores?

—Aguardan vuestras órdenes, señor.

—Que entren aprisa. Y vos, Thurloe, redoblad las guardias. ¿Sabéis por qué os encargo esto? ¡Ah, los falsos! ¡Los ambiciosos! ¿Ignoráis absolutamente lo que traman? ¿Y os llamáis leal? ¿En verdad reposáis tranquilo, vos, el leal? ¡Se acerca el día! ¡Desgraciados a quienes les falta la paz del Señor! Traed a los Niveladores. Pero, decidme antes: ¿reposáis tranquilo?

El pobre secretario comenzaba a sentir sudores.

—Yo, señor...

Se le atragantaba la saliva. Probó con un supremo esfuerzo:

—Mi lealtad, señor...

Con uno de sus bruscos cambios de genio, el Protector saltó la risa.

—¡Ah, buen Thurloe! ¡Confiad! Aplastaremos el hormiguero...

★

Asomaron en haz, dándose ánimo unos a otros, negras las capas, blan-

cas las valonas, como los «rondadores», de Rembrandt. El Protector les fué al encuentro en una mutación cortés, de buena hombría socarrona, mansa y rural, como en sus mejores años labriegos, antes de Pyn, de Juan Hampden, del Parlamento Largo y de las «Costillas de Hierro».

Viéndole así, chancero, riente, quedaron atónitos. Esperaban hallarle áspero, gritador, amenazador, insufrible. ¡Y les estrechaba las manos! ¡Y les sonreía! Los más, desconfiados, recelaron algún ardid. Los menos, cándidos creyentes, alabaron a Dios por aquel patente milagro.

Venían ministros, generales, almirantes, presbíteros, abogados, teólogos. Toda Inglaterra, o, como dice Clarendon, «todo Cromwell», porque ninguno había extraño a él, o en la sangre, o en el temor, o en la dádiva. Eran presentes: sus cuñados, Fairfax y Dusborow; sus yernos, Falcombrige y Fleswood; su primo, Witlocke; sus íntimos, incondicionales Harrison, Wodrington y Lenthall.

Años atrás, a instigaciones de su amigo y deudo, formaron el partido dicho de los «Niveladores», cuyos «Principios de Gobierno» eran: «Que el país debe regirse por leyes, no por hombres; que las leyes debe votarlas el pueblo, por sus diputados, y obligar a todo ciudadano, sin excepción; que el pueblo ha de estar pronto a empuñar las armas, evitando el ludibrio de un Ejército permanente.»

Mas ahora, ante los hechos de Gobierno, veían, por sus propios ojos, que el pueblo no se regía por leyes, sino por hombres; mejor dicho, por un solo hombre: el Protector; que las leyes no las votaba el pueblo por medio de sus diputados, porque el Protector había disuelto el Parlamento: que el pueblo no empuñaba las armas, ni se libraba del ludibrio de un Ejército permanente, porque el Protector tenía a su devoción personal un Ejército permanente...

Igual abrumadora contradicción advertían entre los «principios religiosos» y los «hechos religiosos». Habían proclamado «que nadie puede obligar a otro a que acate una religión rechazada por su conciencia». Y el Protector había emprendido la furiosa persecución de calvinistas en Escocia, y establecido el «Tribunal de Matanza» contra los católicos irlandeses.

Aprovechando este descrédito, otras sectas políticas y religiosas atacaban a los Niveladores implacablemente. Browianos, cuáqueros, salmistas, independientes' «auténticos», hacían destacar el contraste entre el programa y la conducta del Protector y sus secuaces. Y, en el campo y en la ciudad, en el mercado y en el templo, desde el libelo y desde el púlpito, comenzó el fuego graneado de invectivas, alocuciones, sermones, proclamas...

A favor de tales compañas cobraron ánimos los realistas. Cundía el descontento entre los burgueses, los comerciantes y la misma tropa. Agravaba la situación cierto despego familiar, iniciado por los dos yernos, Flesvood y Claypole, secundados abiertamente por sus hijas, en franca rebeldía contra el Protector. Y aceleraba sus cuidados la inesperada «Representación» que, a nombre de los Niveladores, le enviara aquella mañana, con toda urgencia, el más calificado de ellos: Fairfax.

Como siempre que había de afrontar asuntos graves, el Protector recataba sus pensamientos bajo una doble máscara alternativa de ira violenta o de cristiana mansedumbre. Tomás Nay lo achacaba al Antiguo y Nuevo Testamento, respectivamente. Por el Antiguo, Cromwell se reviste de la majestad hosca y militar de Jehová, *Deus Sabaoth*, Dios de los Ejércitos. Con el Nuevo se nutre la miel pura y cándida ofrecida por los pastores de Belén.

Ello es que el Protector acogió a los Niveladores entre sonrisas; mas bien pronto los confundió con terribles citas proféticas: «¡Ay de los ambiciosos, de los hipócritas, de los fariseos. Son a manera de sepulcros blanqueados...»

Paseaba como un león enfurecido, recitando salmos de Isaías y Habacuc. Encogidos, medrosos, los Niveladores

no respiraban. De pronto, haciendo cabriolas, se dirigió a Wodrington:

—Por cierto, gran tribuno, ¿preferís aún la cerveza negra?...

Maquinalmente, el gran tribuno dijo con la cabeza que sí. Mas su semblante expresaba gran confusión. ¿Era un ardid? ¿Era una burla? Permanecía en pie, atónito, consultando a sus compañeros con miradas furtivas.

A una señal del Protector, se acomodaron en sillones, rodeando la mesa, iluminados por los candeleros.

—Deudos y amigos—dijo Cromwell—: Parece que el Señor ha dicho: «Inglaterra: Tú eres mi hija primogénita, mi predilecta entre las naciones.» Nunca el Rey de Reyes hizo otro tanto por pueblo alguno. Ha añadido un nuevo eslabón a la cadena de oro de sus bendiciones. Nos ha dado la paz con todos los pueblos. ¿Y ha de ser ahora cuando nosotros, los ingleses, descubramos la corrupción, la ambición, las perfidias, el descontento, la rebeldía, las traiciones? ¡Ay de aquellos a quienes falta la paz del Señor! ¿Recordáis la cena de Emaús? Pues en verdad os digo: antes que cante el gallo tres veces...

Calló. El silencio era tan profundo que se oían las respiraciones y el chisporrotear de los candeleros.

—Antes que cante el gallo tres veces...—volvió a decir lento y cruel...

Estalló un tumulto a la puerta. Sentíanse disputas de soldados, voces de mujer, ruido de armas. Entraron empujándose, debatiéndose, mal contenidos por los entreabiertos brazos de Thurloe.

Cromwell se irguió, como a una picadura. Los demás le rodearon para protegerle. Una voz de mujer gritaba:

—¡Paso a la hija del Protector! ¡Paso a lady Claypole!...

CAPITULO III

LADY CLAYPOLE

En la comarca de Saint Ives, que riega el Ouse, hay un lugar llamado Cedar, palabra que en sajón antiguo significa «tinieblas». Nada, en efecto, más ajustado y expresivo para designar un país de nubes, bajas y flotantes, que entoldando el cielo dejan, en pleno mediodía, una descolorida claridad de amanecer.

Las marismas, desarboladas, cubren bastantes millas. Rebaños de carneros pastan, envueltos en la niebla. Bandas de grajos cruzan lúgubres, azotadas por el vendaval. Alguna vieja encina agita su copa, como un paraguas abierto.

En paraje tan escondido y triste se alza un agrietado caserón, semejante a un convento en ruinas. La yedra corre por sus tapias, festoneando los ventanales y cobertizos. Un carro abandonado levanta sus varales al cielo. Una muchacha corre tras unos gansos.

Al trote de la yegua, llega a su hogar Oliverio Cromwell. Descabalga, lento y robusto, conduce el animal a la cuadra, toma a la niña en brazos y penetra, confiado y grave, en su hogar.

Más que hogar es un patriarcado. Tiene la vigorosa sencillez del amor bíblico. Mujer honesta, siete hijos, buenos rebaños y santo temor de Dios. El día se consume en las faenas campestres. La noche corre entre la oración y el descanso. El Señor, contento en sus criaturas, derrama sobre la familia sus bendiciones.

En amaneciendo, la granja se despierta al rudo trabajo. Hombres y bestias, criados y señores, repártense las varias faenas. Chirría el pozo, ladran los perros, golpea el hacha en las encinas. El padre, con los hijos, visita los ganados o se encamina a cazar, al bosque. La madre, con las hijas, siéntase bajo el pórtico a hilar la rueca y loar a Dios, Nuestro Señor.

Por la noche, al gemir del viento, congregados ante la chimenea, algunos labradores vecinos escuchan a Oliverio sus comentarios de la Biblia. Las mujeres hilan y callan. De vez en vez, a un trueno, gritan:

—¡Jesús!

Y se santiguan.

En esta venturosa paz, digna de Abraham o de Jacob, cría Oliverio a sus siete hijos, disciplinados en la rigidez puritana, contenidos por su carácter autoritario y terco, moldeados por su genio, entre sacerdotal y militar.

Sólo Isabel, la hija mayor, eludió victoriosamente esta laminación austera. Fué excepción pomposa y graciosa del grave hogar.

Manifestó, desde chiquita, impulso irresistible hacia las galas y diversiones. Aborrecía la soledad, como una coqueta, y el silencio como un pedante. Las canciones de amor la exaltaban más que los salmos, y por recrearse ante el espejo perdió de merendar varias tardes. Cuando volvía, tan gozosa, sus hermanas lo habían devorado todo...

Inventaba diabluras con los muchachos de su edad. Enterrábanse entre los montones de heno del carro, y cuando el carretero, a pie, distraído, se acercaba al bosque, Isabel y sus amigotes se escurrían, con hierbas en el pelo, hasta ganar la fronda. Otras veces, ya mayorcita, veía la yegua esperando, ensillada, al padre, y montaba, como un calaverilla, trotando hacia Saint Ives, donde tenía amigas y se bailaba de lo lindo.

Carácter tan abiertamente opuesto al de Comwell costó a Isabel muchos disgustos y no pocas palizas. Mas no podía remediarlo. Cada vez que en Saint Ives veía un vestido nuevo, se le iban detrás los ojos. Cada vez que pasaba ante un espejo, se contemplaba y sonreía de satisfacción.

Cuando Cromwell, ya diputado, se trasladó a Londres, aún radiaba majestad la Corte de Carlos I. Alguna ceremonia en White Hall deslumbró a Isabel, excitándola como un vino. Las carrozas, las damas, los capitanes, arrogantes y enamorados, la encendían el rostro. Un joven lord ante ella hizo caracolear el caballo.

Días después, el joven lord la enamoraba. Meses después, Isabel Cromwell habítaba un palacio en las cercanías de Pall Mall, tenía joyas espléndidas y se llamaba lady Claypole.

Lord Claypole era un libertino. Su juventud, digna de escandalizar, ebria, en las *Memorias*, de Hamilton, o en el *Diario*, de Pepys, se estragaba con las orgías de Temple-Bar, donde las *Semanas de amor* evocaban, con su libertad, escenas de Apuleyo.

Tenía por amigos a los corrompidos más ilustres: Arlington, Rochester, Stany, Crew. Y eran sus «damas de alegría» cuantas sirenas escandalizaban Londres, desde Cheapside a Lugadtehill.

A poco de casado, decidió reanudar su vida libre. Mas el carácter de Isabel no se avenía a humillaciones. Surgieron las desavenencias, intervino Cromwell, sustituyó a la confianza el recelo y a la cortesía el desdén. Al cabo, cierta noche, detúvose a la puerta del palacio Claypole una carroza. De ella, en brazos de un joven, descendió el noble y embriagado lord, gritando a su mujer que bajase inmediatamente para ir a la Taberna del Triunfo.

Tales eran los gritos, que acudió gente, rodeando la carroza y murmurando contra el lord ebrio. Este, irritado, tambaleándose, sacó la espada, hiriendo, en su torpeza, al joven que lo acompañaba. Hubo que abrir la puerta, salieron criados y condujeron al herido dentro. La propia milady Isabel llegó, entre avergonzada e indignada.

En viéndola, milord, refrenando las cambaladas y eructos, acercósele entre grotescas cortesías de borracho:

—Milady. ¿Eh? No es nada. Una pequeña cortadura. ¿Eh?

Milady, rígida, callaba, contemplando al herido.

—Milady. ¿Eh? Me perdonáis, ¿eh?

Impaciente, la tomó de un brazo:

—He dicho que me perdonáis, ¿eh?

Irritado, la sacudía, entre el estupor de la servidumbre.

—He dicho, ¿eeeh?...

De repente, el herido se incorporó con gran violencia, empujando al lord, que dió pesadamente en el suelo.

—¡Respetadla, bellaco!

Después, como agotado por el esfuerzo, se derrumbó en el lecho, murmurando, apagadamente:

—Perdón, milady...

★

En tanto el noble lord reposaba de su embriaguez, milady, con el cirujano, atendía al herido. Entre vendajes y tisanas fué, poco a poco, reponiéndose. Al cabo de una hora pudo hablar.

Contó que en King Street había encontrado la carroza; que, atraído por las voces del lord, acudió razonablemente: que, a sus ruegos, le había acompañado hasta el palacio, y que, ya en la puerta, al alboroto, el noble lord le había herido sin querer. Luego, viendo que el lord maltrataba a milady, no pudo contenerse, por lo que pedía perdón...

Isabel lo escuchaba, abstraída. Cuando él cesó de hablar, ella lo contempló atentamente. Era joven, casi un doncel. Tenía la virilidad de un guerrero y la delicadeza de un paje. Rubio, de ojos azules, con grandes ojeras y un aire de fatiga triste, pedía, ya curado, que lo dejasen ir.

—¿Dónde queréis ir a estas horas? —interrogó Isabel—. Estáis herido. Necesitáis reposo. Descansad.

—Imposible, milady. He de irme.

—¡Ea! Callad y reposaos.

—He de irme. Se trata de mi honor, milady.

—¿De vuestro honor?

—Y de mi vida...

Suaves ternuras inundaron a lady Claypole. Su corazón ardía en llamas lentas y románticas. Todos sus sensualismos se deshicieron en lágrimas, como los huracanes en lluvia. Quedó abstraída, pensativa, deleitada en aquella emoción tan nueva...

CAPITULO IV

LA CONJURA

Extendíase en Cromwell el despotismo como la gangrena en el enfermo. Día por día iba absorbiendo el Protector no sólo todos los poderes, sino todos los manantiales del Poder.

El religioso, el militar, el político, hasta el comercial y económico, eran de su exclusiva competencia. Hidrópico de mando, acrecía su inacabable sed. Cercenaba las dignidades, los honores, las sinecuras. Segaba con su hoz de tirano toda cosecha de ambiciones. Malquistábase, en fin, con grandes y chicos.

Llegó un día en que, por consecuencia de grandes impuestos, hubo alzamientos en las calles. Cerráronse tiendas. Corrieron, en tumulto, los *aprendices*, gritando, como en tiempos de Jacobo: «¡Los garrotes! ¡Mano a los garrotes!» Amotináronse los carniceros de May-Pole, los taberneros de Temple-Bar, las turbas del muelle. Harrison, su lugarteniente, tuvo que acudir con presteza, llevando los arcabuceros de Worcester, esto es, la tropa más florida y leal.

Se apaciguó el tumulto en las calles, pero creció el rencor en las casas, tiendas, teatros y hosterías. Londres era un inmenso club de conjurados. Los realistas, aprovechando la ocasión, aparecían por doquier, bien provistos de labia y bolsa. Afirmaban contar con Monk, ídolo de las tropas; con Southampton, caudillo de los presbiterianos; con Price, líder de los Convenidos. Y como, desde hacía tiempo, contaban con los nobles, con las mujeres, con el clero y con la burguesía, al alzamiento popular contra el Protector creyeron llegada su hora.

Por estos días de revuelta, el intrépido Enrique Hewet, mozo como de veinte años, realista de alma y templado de corazón, frecuentaba la hostería holandesa Los Dos Tulipanes, sita en Wexford Street, junto a la iglesia de San Pablo.

El dueño, un veterano que peleó en

Nottingham bajo bandera real, pudo burlar a los espías de Cromwell, y casado con una viuda holandesa, establecerse en la hostería con el nombre supuesto de Franz Liten.

Pronto la fama difundía el crédito de Los Dos Tulipanes. Sus empanadillas de arenques, sus tartas con chocolate de Rotterdam y su malvasía de Canarias le hacían competir ventajosamente con la Taberna del Triunfo y la Tabla Redonda.

No bien atardecía, Wexford Street animábase de carrozas y viandantes. Las damas descendían de sus coches, escalofriadas por la niebla, subiéndose las pieles hasta los ojos. Rápidamente penetraban en el salón bajo, ganaban unos tramos de escalera y se detenían para, desde allí, contemplar el maremágnum de doncellas, modistas, aventureras y cambiantas, mezcladas pintorescamente con lacayos, soldados, aprendices y jugadores.

Esta bizarra multitud, hormigueando entre las mesas, brindando con los jarros, arrullándose, pellizcándose, las divertía y excitaba. Atraídas por sus galanes, subían hasta el primer piso, penetrando en ricas estancias destinadas, próvidamente, al juego y al amor. Allí, entre el *faraón* y la *veintiuna*, se burlaban del puritanismo y amenazaban al tirano. O bien, ocultas por biombos, contenían a sus amantes recitando burlonamente salmos tétricos, para luego asomar desnudas, sin más traje que un antifaz y un cinturón de tulipanes rojos...

El hostelero, largo, bizco y locuaz, atendía igualmente la política y la licencia, alternando, con sus zalemas, a duquesas y actrices, las señas maliciosas a los agentes realistas. De esta manera, al estallar la rebelión fué la hostería centro de numerosos conjurados que acudían, socapa de bebedores, a recibir órdenes secretas. El falso Franz teníales reservada una guarida a la que entraban por el patio, guiados del hostelero en persona. Solían reunirse a la madrugada, cuando en el salón, ya despejado, sólo restaban unas pocas parejas ebrias.

Según iban llegando, los recibía, tomábales la contraseña y conducíalos al patio. Luego, para evitar sospechas, mezclábase a los bebedores, chocando el jarro, cantando y blasfemando con ellos, mientras los criados, medio dormidos, alargaban las cañas apagaluces, haciendo girar las arañas...

Cierta noche, el falso holandés mostraba singular inquietud. Era un nervioso ir y venir, un resoplar continuo, de las mesas al mostrador, del mostrador a la puerta, de la puerta a las mesas. Cada vez que entraba alguien daba como un respingo de curiosidad. Luego, cuando advertía al recién llegado, lanzaba el juramento realista:

—¡Peste de puritanos!

Y volvía, desalentado, a resoplar...

Al cabo, ya muy tarde, apareció, furtivo, sinuoso, recatándose entre el embozo y el antifaz, un hidalgo de bravo porte. Hizo señas desde la puerta. Acudió, como un rayo, el hostelero.

—Soy Hewet. Traigo el documento. Vamos.

Echó resueltamente hacia el patio. Detrás, maravillado, el hostelero resoplaba:

—¿Será posible?... ¿Lo traéis? ¡Alabado sea el Señor! Pero..., ¿venís herido, acaso?

—Sano y salvo, gracias a San Patricio.

Estaban en el patio. Buscó el falso holandés, palpando, en las junturas de un sillar. Hewet penetró en la guarida.

★

Era una bodega subterránea, que olía a humedad. Sobre una mesilla con tintero y plumas de ave tres bujías en tres botellas la mal alumbraban. Unos en pie, otros sentados, en toneles, manoteaban cuchicheando en varios grupos, como hasta veinte hidalgos realistas.

Hewet, sin antifaz, desembozado y mostrando en alto un papel, empujó la puerta secreta.

—Buenas noches. Aquí está el documento.

Produjo enorme sensación. Lo rodea-

ron. Lo felicitaron. Vieron bien si venía herido...

—Sano y salvo, gracias a San Patricio—repetía.

Sir Jorge Ticknor, recogiendo el documento, se precipitó hacia las luces. Leyó con emoción, con intimidad, con fervor ingenuo y trémulo:

—«Carlos Segundo, por la gracia de Dios, rey de Inglaterra, en sus tres reinos de Gran Bretaña, Escocia e Irlanda: A mis leales...»

Se detuvo. Reía y lloraba.

—«¡A mis leales!»

Escucharon tan religiosamente el saludo real como si llegara del cielo, escrito de las propias manos de Dios. Era una arenga viva y brava, en que resplandecían juntamente la dignidad del príncipe y las ansias del despojado. Precisaba el día y la hora del desembarco en Douvres, bajo el pendón de los Estuardos, «para restablecer la fe, el honor y la justicia en Inglaterra».

Llegando a la antefirma: «Dado en mi destierro de Francia, sellado con mi Real sello», sir Jorge se postró de hinojos. Imitáronle los demás. Oyóse el susurrar de los labios en oración.

Luego tornáronse hacia el héroe. Enrique Hewet, pálido, sonreía. Pidiéronle detalles de la milagrosa hazaña. La relató con noble énfasis juvenil, en tonos románticos, recitándola, como una balada del rey Arturo.

Era lunes, había que ir a Calais, entrevistarse con sir Enrique Grenville, recoger de sus manos el documento y traerlo precisamente aquella noche, jueves. ¿Quién se arriesgaba? Todos y cada uno lo pedían. Se hizo el «sorteo de honor» y fué el honor para el más joven.

—Los demás—decía Hewet—tienen hartas veces probado su valor y aquilatado el sacrificio. Yo es fuerza que lo pruebe y lo aquilate.

Era loca temeridad. Cromwell centuplicaba los espías, las delaciones, los careos. Viajar por tierras de su mando, sin acatar su mando, era ir camino de la horca.

Hewet tomó un caballo, dos pistolas de arzón y el pliego que le dió sir Jorge. Con ello, el escapulario de San Patricio y el recio temple de su alma, salía el lunes por la noche, hacia Douvres.

En la barrera de San Pablo acaecióle el primer tropiezo. Había allí un puesto de guardia, que le dió el alto.

—¡Alto! ¿Quién va?

Vió una ronda de arcabuceros que se aburría en la caseta. Un centinela, con el farolillo, avanzó unos pasos. Hewet ciñó las piernas al caballo, se afianzó en la silla, montó ambas pistolas y aguardó entre la oscuridad.

—Los documentos—dijo el centinela a dos pasos.

—Van. ¡Caballo! ¡Quieto! ¡Caballo!...

Lo espoleaba, refrenándolo al mismo tiempo, a fin de excitarlo. El animal se alzaba de piernas. El arcabucero se impacientó.

—¡Los documentos! ¡Despachad!

—Pero ¿no estáis viendo el caballo? ¡¡Caballo!!...

Descargó sus pistolas sobre el desprevenido centinela y espoleó desesperadamente, soltando las riendas. El caballo voló como una saeta. Detrás, la ronda organizaba una batida, disparando sus arcabuces y sonando trompetas de alarma. Hewet se vió irremisiblemente perdido.

De repente, el caballo dió una sacudida violenta y vino al suelo. Dos balas de arcabuz le habían atravesado la pata derecha. El jinete descabalgó ileso, corriendo, como un loco, por el descampado. Sentía a los arcabuceros, oía sus voces en derredor al caballo herido:

—¡Cuerpo del diablo! ¿Y el jinete?

—Habrá rodado al caer. Busquemos, que estará muy cerca.

—Hay que cazarle vivo o muerto. ¡El villano! A poco me mata...

Redobló su carrera. Unas marismas le salvaron. Zambullóse en el cieno hasta los hombros, y se estuvo así una hora, dos horas, sabe Dios...

Escuchó. Nadie. Nada. La noche, negra. El frío. El descampado. Salió, escurriendo agua y fango. Las ropas le pesaban como el plomo. Se tumbó, res-

tregándose contra las hierbas. Sacó el escapulario. Rezó a San Patricio. Más alentado, prosiguió.

Andando, andando, pretendió orientarse. Creyó haber oído cañonazos. escuchó atentamente. ¡Era el mar! Miró hacia donde el ruido y distinguió confusamente una lucecilla. ¿Una barca? ¿Algún bergantín?

Intentó seguir caminando. No pudo más. Cayó pesadamente, como un muerto.

★

—¿Qué es esto?—dijo, al despertar, viendo a su lado un niño como de ocho años, y examinando el pobre ajuar de una cabaña.

En seguida advirtió la sustracción de sus armas, de su dinero, de sus documentos, de su escapulario de San Patricio. Luego pensó si estaría herido, más palpándose bien todo el cuerpo, se tranquilizó completamente. Después, interrogó a la criatura.

Limitóse el niño a decir que su padre, cuando iba al mar, había encontrado a aquel señor tendido, como asesinado. Que lo registró por saber quién era y que había ido al pueblo a dar parte. Añadió algún detalle por donde Hewet coligió que se hallaba a unas tres millas de Folkestone.

Entonces el intrépido realista bebió agua de un cantarillo, tomó varias zanahorias crudas, besó al niño y emprendió su ruta por la costa. Iba mondando las zanahorias, cuando vió venir una carroza con dos caballos y en ella dos elegantes damas de luto. Hewet notó que lo miraban, entre compasivas y curiosas. En verdad, un joven distinguido, de noble traza, con las ropas manchadas y desgarradas, a pie por los caminos y comiendo zanahorias crudas, es siempre un singular espectáculo. Mas en aquellos tiempos de conjuras y rebeliones, incitaba a la averiguación. Así, detúvose el carruaje y las damas le interrogaron, con toda finura.

Hewet, más finamente aún, respondió que daba un paseo. Había salido la noche antes de Londres, a caballo, camino de Douvres. Sin duda se durmió o lo durmieron; lo cierto es que al despertar se halló en el campo, sin caballo, sin armas, sin su escapulario de San Patricio...

—¿Queréis escapularios de San Patricio?—dijo la dama de más edad, casi una joven.

—¿Veis como acerté que es un noble?—exclamó alborozada la más joven, casi una niña.

Hablando, hablando, él se confió a ellas y ellas a él. Eran la viuda y la hija del gran barón Aylesburg, muerto en la batalla de Belkir, cuando peleaba gloriosamente por la majestad del «rey santo» Carlos I. Ofreciéronse a Hewet, brindándole hospitalidad, que aceptó gustoso. Durmió un sueño reparador, y a la noche, con criados de la baronesa, emprendió la ruta hacia Douvres.

Allí se entrevistó secretamente con sir Enrique Grenville, quien le entregó la carta real y le dió instrucciones.

Estudiando las trazas del regreso a Londres, le llegó aviso de Grenville, quien, prevenido por sus espías, expúsole graves peligros. Precisamente, a consecuencia del percance acaecido en la barrera de San Pablo, se habían circulado avisos y reforzado los destacamentos de Belford, Chelmford, Bronford, Windsor, Guilford, Winchester Rochester, Canterbury, acordonando todos los caminos que llevan a Londres.

En su vista, sir Grenville, a nombre del rey, dispensábale del regreso. Pasada la tormenta, Su Majestad resolvería.

Hewet, entonces, se trasladó a Folkestone, consultó con la baronesa, y, por recomendación suya, entró, con disfraz de marinero, en un brick-barca que iba a Londres, con cargamento de maderas. Llegando al cabo Foreland, les sorprendió tan furioso temporal que el patrón hizo embarrancar el buque en una playa, cerca de Canterbury. Allí fueron los náufragos socorridos y llevados a Londres, donde entraron el jueves por la mañana. Hewet llegó a su domicilio, cambió de ropas, y, encaminándose a Los Dos Tulipanes, penetró en la hos-

tería, sano y salvo, gracias a San Patricio...

Redoblaron los conjurados su admiración y parabienes. Organizóse el alzamiento de la ciudad para de allí a tres días, domingo, por contar con los *aprendices* y dar tiempo a que se circulasen órdenes a los blubs. Hízose la distribución de puestos por barrios. Hewet quedó citado con sir Jorfe Ticknor para el día siguiente a la hora de vísperas, en Temple-Bar.

Abandonaba la hostería, bendiciendo su buena estrella, cuando, al cruzar por King Street, vió a un hidalgo, gritando, en pie sobre su carroza. Requerido por él, le acompañó, a fe de caballero, hasta su palacio. Luego, ante el alboroto de las turbas, el lord, ebrio, le había herido sin querer. Luego, al abrir los ojos, vió a milady, suave, rubia, embebecida junto al lecho, como Ginebra junto al lecho de Lanzarote...

CAPITULO V

LA CONCIENCIA

—He de irme. Se trata de mi honor, milady—insistió Hewet, incorporándose en el lecho.

—¿De vuestro honor?—repetía milady, absorta—. Mas vuestro honor, seguramente, será juicioso. Estáis herido. ¡Ea!, dormid...

Suavemente lo reclinaba en el cabezal. El opuso las manos tímidas. Ella las apresó entre las suyas, trémulas de osadía inesperada. Enlazados, lánguidos, desvaídos, no se hablaban, no se miraban. Era un pecado tan ingenuo como una virtud.

Sonó el minueto de un reloj. Desfallecidos, soñolientos iniciaron gemidos de felicidad.

—¡Oh, milady!

—¡Chis! El nombre, no. El nombre, no.

Entre los brazos de milady era el doncel algo tan cándido y sumiso como el cisne entre los de Leda. Lo acariciaba, lo alisaba, como si fuese hecho de plumaje... Gemía él, como un cántico, su ventura:

—¡Oh, milady!

Ella le tapaba la boca, como Cleopatra a Marco Antonio:

—¡El nombre, no! ¡El nombre, no!

Luego, entre maliciosa y risueña, le hablaba al oído:

—¡El libertino! ¡Sabe Dios cuántos amoríos! ¡Cuántas damas!

Volvía a taparle la boca:

—¡Chis!

El, dulcemente sofocado, negaba con los ojos, con la cabeza, queriendo gritar *urbi et orbi*, a la ciudad y al universo:

—Ningún amor. Ninguna dama. Sólo ella, milady, en vida y muerte, por los siglos de los siglos...

En tan blanda fascinación, le confió su alma y su vida. Milady supo la conjura contra su padre.

★

Penetró lady Claypole en el salón de Hampton Court alterada, descolorida, arrollando los centinelas, clamando con espanto y angustia ver a su padre, el Protector.

Avanzó entre los Niveladores, atónita. Cayó de hinojos ante Cromwell, abrazándole las rodillas:

—¡Padre! ¡Señor!

—Levantad, milady. ¿Qué es esto?

La alzó fríamente. Hizo ademán de que despejasen. Salieron los Niveladores más que aprisa. Quedaron solos hija y padre.

Era la oveja descarriada, la hija pródiga. Azotada por vendavales de ambición, cayó del árbol paternal, no fruto sazonado, sino podrido. Vivía aparte, en lo temporal y espiritual. Era sunsuosa, aparatosa, deshonesta, enemiga de los amigos del Protector, amiga de sus enemigos. Reunía treinta años de ingratitud. Anunciaba siempre desdichas.

Cromwell, dispuesto a oírla, no quería verla. Cerró los ojos, cruzó los brazos, aguardó, rígido, sus palabras:

—Vengo a salvar al Protector...

—¡Hola, hola! ¿Y de qué peligros?

¿Y en qué manera? ¿Y a qué precio?

—¡Padre!

—¿Y a qué precio?—insistía sarcástico—. Recordad vuestra última visita a Hampton Court, el día de los cuerpos de guardia ebrios, de los puestos abandonados. Lograsteis el indulto del arrogante capitán Taylor, la pensión de mil libras al guapo sir Alberto Cooper. ¿Por qué no hablar del precio de ahora? Mas, en fin, venís a salvarme. ¡Oh, dicha!

Hablaba sin abrir los ojos, sin descruzar los brazos, rígido, desabrido, hostil.

La hija, mordiéndose los labios, retorciéndose los dedos, se esforzaba en contener las lágrimas.

—Dios—dijo—lee en los corazones. Vengo a preveniros que el domingo, a la hora de vísperas, los realistas se alzarán en armas. Tienen a Monck, a Price, a Southampton. Cuentan con armas y dineros de comerciantes, *aprendices,* proveedores. Aguardan que ese día, a la misma hora, Carlos Estuardo desembarque en Douvres con tropas francesas y holandesas.

Luego, con un hilo de voz, insegura y avergonzada, dijo:

—Sé dónde se reúnen los jefes...

La delación estremeció a Cromwell. Paseó violento y terrible, dando gruñidos de león:

—¡Huum! ¡Huum!

Luego, abierto de brazos, llamó a Isabel:

—¡Hija! Venid conmigo... Perdonadme como os perdono...

Luego, mañoso, escurridizo, barajando el sarcasmo y la ira, declamó su plan de venganza. Sería trágicoburlesco, digno de un sultán o de un califa. Pasearía a los jefes conspiradores, dentro de un jaulón, cada uno con su disfraz. Monck, de gallo. Southampton, de carnero. Price, de burro.

—¿Os parece la mascarada? No se quejará Londres de mis fiestas. ¡Bravos disfraces! ¿Eh, milady? Sobre todo, ese viejo Monck que tanto cacarea...

Calló un instante, pensativo, tétrico, fruncido el ceño, mordiéndose los labios. Miraba vagamente la armadura de Enrique VIII. Inquiría nuevos suplicios...

—¿Y si el verdugo...? ¿Dónde se reunen los jefes?

Esta pregunta, a quemarropa, desconcertó a milady. Pensó en Hewet, enamorado y leal. Tocó alarma en los campamentos de su espíritu. Se aprestó al combate.

—Se reúnen... Pero antes...

—Antes, ¿qué? ¿El precio, acaso?

—No el precio, sino la justicia, señor. Advertid que no es delación por precio. Es desinteresada confesión de un hidalgo a una dama.

—¡Aaaaah! La dama...

Asintió milady con leve inclinación de cabeza.

—¿Y el hidalgo...? El hidalgo...

Padre e hija se afrontaron con miradas duras. Fué cosa de segundos. El Protector cambió de táctica. Suavizó el mirar, las palabras, los modales. Pasó, como solía, de soldadote a religioso.

—Vuestra conciencia sólo es vuestra, milady. ¡Ah, conciencia! Espantoso telar del alma. Tejes, destejes, vuelves a tejer, en un soplo, tapices de ambición con andrajos de ingratitud.

Isabel, aferrada a un sueño, no tenía más pensamiento que Hewet. Había que salvarlo a toda costa. Amenazando, suplicando, mintiendo, matando..., como fuese. Oyo la exhortación del Protector:

—Pensad que corre el tiempo, milady. He de prevenir tropas, órdenes. ¿Qué elegis? ¿Revelar toda la conjura? Pagaréis lealtad con deslealtad. ¿Callaréis por ser leal a vuestro amigo? Seréis encubridora contra vuestro propio padre. ¡Ah, conciencia! Barca sin puerto, ave sin nido, judío errante. ¿Cuándo es tu reposo, conciencia?

Pretendía con tales altisonancias amedrentar a su hija, como cuando hacía treinta años, en Saint Ives, rodeado de comadres y labriegos, repartía infiernos y paraísos leyendo salmos.

Dueña de sí, milady exclamó:

—No está en mí, señor, sino en vos,

fijar reposo a las conciencias. Prometedme la vida de...

—Os lo prometo. El nombre...

—Enrique Hewet.

—¿Dónde se reúnen?

—En Los Dos Tulipanes, junto a San Pablo, en Woxford Street...

—¡Aquí, Thurloe!—llamó Cromwell desde la puerta.

Viendo llegar, despavorido, al secretario, ordenó potente, terrible:

—Pronto. Mensajeros, volando. Harrison, Fairfax, Windrington, Daborow... Acudan todos. Tomad las avenidas. Redoblad las guardias. Nadie repose. Nadie viva, pues que tantos han de morir. Hágase en mí la voluntad del Señor por las palabras del profeta: «¡Jerusalén! ¡Jerusalén! ¡De ti no quedará piedra sobre piedra!» Retiraos, milady. Id con Dios y llevad mi gratitud, hija...

CAPITULO VI

REMEMBER!

Redoblaban, acompasados, los tambores. Por entre el cuadro de las tropas se veía el cadalso. Harrison, a caballo, revistaba los regimientos, contra cuyas filas inmóviles batía el oleaje humano de White Hall.

El palacio lucía en sus ventanas animación de fiesta. La Sala de Banquetes cobijaba con sus artesonados al Protector y sus doce ministros. Thurloe, diligente, recorría las antesalas. Una sección de arcabuceros de Worcester montó guardia en las escaleras.

Maniatados, en pie, mojados de la lluvia, aguardaban los ocho reos. El verdugo, sus ayudantes y Naseby, comisario de Justicia, examinaron cruelmente el tajo, los cordeles, las hachas. Luego, esperaron la señal...

Entre los reos, impávidos de dignidad y firmeza, sir Jorge Ticknor descollaba por su majestad de par, y Hewet, por su juventud agresiva.

—La muerte, amigos, es la libertad verdadera—decía sir Jorge.

—Menos cuando la ordena un truhán—interrumpió Hewet.

El comisario trató de imponer silencio.

—Callad vosotros, los hipócritas, los traidores...

Vibró recio un clarín, acallando lúgubremente los tambores. Todos miraron a la Sala de Banquetes. En la ventana, rodeado de sus doce, el Protector agitaba un pañuelo negro...

★

Poco después los arcabuceros detenían en la escalera a una dama terca y sombría.

—Dejadla. Es lady Claypole. Es la hija del Protector...

Atravesó las galerías. Asomó al Salón de Banquetes. Iba lenta, hierática, como una pitonisa, como una sombra funeral.

El Protector, al verla, dió un grito, se tapó la cara, cayó fulminado en el sillón.

Bruscamente, la bella y suave milady se tornó violenta y furiosa. Venus se convertía en Euménide. Crispada, agarrotada, convulsa, tenía centellas en los ojos y espuma en los labios.

—¿Veis la grandeza, huída; la justicia, avergonzada; el Protector, tirano; el padre, verdugo? ¡Alabado el Señor, que así os muestra, con la verdad, cómo su fortaleza es miedo; su religión, hipocresía; su honestidad, escándalo; su conciencia, guarida de abominaciones!...

Cogidos de improviso, no se determinaron a reducirla. Mas rehechos de la sorpresa, intentaron llevarla del Salón.

—¡Oh, milady! Es el Protector. ¡Es vuestro padre!

Cromwell, sinceramente dolido, aterrado, espantado, gemía con palabras de Job:

—¡Señor! ¡Todas mis fuerzas son tuyas!

Milady, más enardecida, acreció sus furores. Contó cómo, horas antes, el Protector ofrecíale respetar la vida de

Hewet, y cómo horas después, tanta juventud, lealtad y nobleza eran, de orden del Protector, truncadas y afrentadas en el cadalso. Eran tales sus llantos, que partían el corazón...

Cromwell, por uno de sus golpes de audacia, irguióse inesperadamente en todo su imperio.

—Oigo la voz de Dios. Nuevas tribulaciones se preparan. Vedla, perdida la razón, ¿cuántos más serán mis dolores? Hágase tu voluntad, Señor. Llevadla. ¡Pobre hija! ¡Llevadla!

Debatíase, ronca, sudando, gritando palabras frenéticas:

—¡Ay de los ambiciosos, de los hipócritas! ¡Ay del poder que se cimenta en la traición con los propios y en la crueldad con los extraños! Dice Jeremías: «¡Jerusalén! ¡Jerusalén! De ti no quedará piedra sobre piedra...»

Arrastráronla fuera del Salón. Dejaba tras sí el eco de su voz de Casandra:

—¡No quedará piedra sobre piedra! *Remember! Remember!*

El Protector, humildemente, declamaba entre sus leales:

—¡Señor! ¡Señor! ¡Hágase en mí tu voluntad! ¡Pobre hija! ¡Pobre hija!

FIN DE
«LOS HOMBRES DE HIERRO»
Y
«LA HIJA DE CROMWELL»
DE
CRISTÓBAL DE CASTRO

JOAQUIN DICENTA

(1863-1917)

JOAQUIN DICENTA

NOVELISTA, *dramaturgo y periodista. Nació en Calatayud (Zaragoza). Huérfano de padre, casi niño, se trasladó a Madrid, llevando una vida de alegre bohemia y escribiendo para los diarios madrileños de la época. El triunfo apoteósico de su drama* Juan José—*1895—le llevó a la cumbre de la popularidad. Posteriormente alcanzó nuevos éxitos sobre la escena. Estuvo considerado como uno de los maestros del periodismo. Sus artículos arrastraban a miles de admiradores incondicionales. Prosista de gran colorido y de mucha fuerza. Sus novelas son una suma progresión de exaltación, de calidez humana, de idealismos sociales.*

Novelas: Encarnación; Los bárbaros—*1913*—; Galerna; El caudillo; De la vida que pasa; Mi Venus—*1915*—; Una letra de cambio; La gañanía; Los de abajo...

GALERNA

I

AMANECE. Violeta pálido es el cielo. Ni la más pequeña nube hay en él. El mar parece lago, que poetizan las gaviotas con el desperezo de sus alas. Por la cumbre de un monte verde conduce sus vacas el pastor. Chirriante baja una carreta, al pezuñeo cansino de dos bueyes, por los accesos de otro monte. El boyero canta:

> Es la mozuca mía
> la mejor moza
> que hay desde Castro Urdiales
> hasta Reinosa.

Así, esclavizando a la hermosura de su queredora todo el mujerío montañés, canta su cantar el boyero; y van los ecos del cantar extendiéndose por el espacio en himno de amor, que sube y se pierde hacia los orientes de la luz.

¡Amanecer tibio de julio, el aire te embellece con el musicar de sus besos sobre las hierbas enjoyecidas por los brillantes del rocío; con su ir y venir sobre las aguas del Cantábrico, que se deshace contra el rocaje en caireles de espuma!... A tus resplandores va contorneándose el pueblecillo pescador.

Las lanchas boniteras negrean encima de la ría; a pliegues apabellónase el velamen al largo de los palos.

Todo es quietud y dulcedumbre en la aldea, en la campiña y en el mar.

A misa de alba repican las campanas de románico templo. Algunas viejas suben por la cuesta que a la iglesia conduce. Son las primeras parroquia-

nas del oficio dominical. El mocerío duerme, aguardando la misa mayor para exhibirse bajo las naves anchurosas, entre sones de órgano y perfumes de incienso.

Trasnocharon los mozos con el alivio de la fiesta. Fué grande el menudeo de los jarros en las seis tabernas del lugar. La costera empezaba bien y no era asunto de regatear las perrucas, abundando bajo las aguas el bonito. Cierto que precisaba remontar a las veinte y las treinta leguas para darse con él; cierto que, a tan gran trecho de la costa, corren las barcas, si da el tiempo en ser duro, peligros de naufragio. Pero, vaya, que bien relucen las pesetas y bien suenan en los mostradores. ¿Quién repara en perra más o menos cuando se ha pasado todo un invierno de hambre y no se sabe a punto fijo si anochecerá para algún marinero el día que amanece?

Como zaques fueron los mozos a dormir, tambaleándose más que a diario en las barcas suyas.

Tarde se acostaron también las mozas, que armóse baile de panderetas en la plaza, y entre el canto y el repicón, y los danzares y los tentujeos, pasaron guapamente las horas, y moza hubo que para encontrarla sus padres tuvieron que hacer camino a las alturas del bosque de eucaliptos, y algo no grato verían allá los padres de la moza; porque ella bajó lloriqueando y la madre gruñendo y el padre con más votos entre los dientes que lleva un peregrino.

Tarde fué el recojo de los mozos por su diversión; de los padres y madres, por el cuido del mocerío.

De ahí que solamente un puñado de viejas, por no tener en ellas cosa que divertir y fuera de ellas cosa ninguna de cuidar, acudiesen al reclamo de las campanas.

La gente joven no saldría temprano. Ellos, porque el vino de la noche anterior se les enredaba a las pestañas. Ellas, porque el trajín del bonito es sucio, y en desemporcarse echarían dos horas, dándole a los estropajos y al jabón, y otras dos, por lo menos, en acicalarse. No era cosa de hacer el moño a la descuidada; de vestir malamente, amén de la camisa nueva y las enaguas con jaretas, y la chambra con entredoses, el corpiño de lana y la faldilla de percal y el pañuelo de colores vivos, hecho punta en la espalda. Añadan a esto los collares de aljófar, con su cruz de metal dorado, y los zapatos de cordobán y las medias de punto. Añádanlo y digan si no es faena grave la de los domingos, para mozas puestas a andar durante la semana con un pingajo a la media pierna, un camisote al cuerpo, unas chanclas en los desnudos pies y la carne chorreando sangre podrida del bonito.

Aquella modorra de las criaturas comunicábase al total de la aldea, que pregonaba el dormir de los edificios por el cierre hermético de sus puertas y de sus ventanas; el de los hogares, por la falta de humo sobre las chimeneas; el de las barcas, por la soledad de sus cubiertas, y el de las calles, por su silenciosa quietud. Alma viviente, excepción hecha del carretonero y el pastor, andaba por los campos.

El propio mar dormía, enviando a la tierra los ecos de su respiración.

Apartada del pueblo, solitaria junto a la marisma, existe una casuca. Ruinosa es. Las tejas bailan a la más leve invitación del aire; una aspillera sirve de ventana; de puerta, unos tablones, sujetos a la fábrica con dos pedazos de cadena; de chimenea, un tubo de hierro, roído por el moho. Del casuco nace una senda que muere sobre el mar; al pie suyo está amarrada una chalana que tira para bote, sin conseguir su objeto.

Los tablones se derrumban hacia la derecha y un viejo sale del casuco.

De los sesenta años pasará. En forma de collar afeita su barba, que trepa al largo del carrillo para unirse con los mechones de una pelambre gris. Barba y cabellos forman al rostro marco de plata sin pulimentar. Por aquel marco asoma una piel curtida, unos ojillos verdes, unas aguileñas narices y una boca con dientes espaciados y agudos. La nariz rojea, los ojos bri-

llan peleadores bajo los fruncidos cejales, la boca se contrae irónica; dos rayas hondas la limitan.

El hombre es bajo de estatura, patiabierto y vacilante en el andar. Lleva a hombros dos remos; a la espalda, una vela; entre los agudos dientes, la pipa, y en la mano izquierda, un cestillo con avíos de pescador.

Domingo es, y no bien visto por el cura que en domingo, a no ser ello forzosa obligación, salgan al mar los pescadores. Sólo que de poco sirven al viejo las pláticas del cura.

El no oye misa; menos confiesa aún. Cuando el cura pasa por junto a él, se encasqueta de intención la boina y se le queda mirando hito a hito, mientras exclama alto, para que le oiga claramente: «¡A mí, Prim!»

Llámanle en la aldea el *Hereje* por esto de no ir a la iglesia y de mofarse de los clérigos. A más, no le quieren los ricos, porque solivianta a los pobres con arengas revolucionarias. A escucharle, no se dejarían los pescadores explotar. Pero no le escuchan. Tiénenle por maniático, y mejor es punto de burla que de atención para sus compañeros.

Gracias a ello, déjanle vivir los pudientes. El se encoge de hombros ante las burlas y desprecios. Llama imbéciles a los pobres, verdugos a los ricos, y vive solo en su choza de la marisma.

Navegó mucho en sus juventudes; anduvo hasta los cincuenta años de uno en otro país, y cuando, inutilizado por el reuma, dió vuelta al lugarejo, hízolo con un saco de ideas que los aldeanos, no acertándolas a entender, tomaron por declarada chifladura.

Con sus ahorros compró el casuco; con sus habilidades construyó la chalana. La pesca dale sobrado a su vivir, a pagar la suscripción de dos periódicos radicales y a emborracharse todos los sábados por la noche y todos los domingos desde el medio día hasta el anochecer.

Siempre hay en sus borracheras un período de proselitismo.

Los marineros toman a chacota estos discursos, acalenturados por el alcohol.

Si en ocasiones no juegan una mala pasada a el *Hereje*, débese a que el *Hereje* tiene recios puños, y en los casos de apuro da su cuchillo al aire, jugándolo como el más diestro esgrimidor.

Esto de discursear ocúrrele en sus horas de borrachera. Los otros días apenas si cruza con nadie la palabra.

Aislado en su casuca cuando se halla en tierra, aislado en su barca cuando sale al Océano, pasa días y semanas y meses el hombre de la barba en collar.

A aislarse dentro de su bote va el *Hereje* en este risueño amanecer, a confundir sus soledades con las del Cantábrico, a hundir sus remos por la corriente, virgen aún, de la ría.

Mete su carga en la chalana, empújala hacia el agua, arma los remos y echa ría adelante en busca de su pan.

El violeta del cielo va tornándose azul. De naranja se festona hacia Oriente; un resplandor áureo corona la montaña que bajo el Oriente verdea, y dos mirlos silban sus amores en el poético encinar.

La chalana toca las proximidades del enorme peñote que divide la barra. Ante su quilla se tiende inmenso, repujado en platas, el Cantábrico. El marinero iza el mástil y prepara la vela. Vase ésta desplegando como ala que se estira para volar; el viento suave la hincha poco a poco; el timón se hace auxiliar del viento, y la barquilla éntrase en el mar, a tiempo que el sol cimea la montaña y deja caer sobre la cabeza del *Hereje* el beso caliente de su luz.

II

Entre todas las mozas que a la tarde bailan en la plaza, sobresale, por sus encantos, Mariuca.

Sus cabellos, rubios, anudados en moño puntiagudo sobre la cabeza, se rizan en la nuca y bajan a ondas por la frente; relucen las pecas como puntitos de oro encima de la blanca piel,

que el aire marino requemó; acariciadores son sus ojos bermejos; sus labios, entreabiertos por la sonrisa.

A su cuello enróscanse los hilos de aljófar; una crucecilla de oro es tentación sobre las alturas del seno. Remárcase éste con virginal dureza contra el repretado corpiño, que baja por el talle, breve, para morir en las curvas del caderaje; desnudos a mitad van sus brazos, enguantados por los oros del sol; la percaleña falda descubre los arranques de unas piernas robustas; en airoso arco se dibujan los pies, tras el zapatito de cuero.

Gentil es la muchacha, de ademanes graciosos, de habla suelta y alegre.

Ahora tócale repicar la pandera y cantar la copla para los bailarines. Sus dedos corren ágiles por la piel estirada; vibran a compás las sonajas, y la voz fresca de la moza envía al espacio el canto montañés:

> En la barca tuya quiero
> contigo a la mar salir.
> Si tú mueres, marinero,
> contigo quiero morir.
> ¡Anda, que me caigo
> y no me puedo levantar!
> ¡Anda, que me caigo
> a la orilla de la mar!...

A los sones de la pandera y a los acentos de la copla bailan mozas y mozos; ellos, enfrente de ellas, marcando todos el compás con los pies, describiendo ellos con los brazos círculo en el aire, mientras ellas los dejan caer lánguidos, como en pasional rendimiento.

Pausado y cadencioso, con reminiscencias sacerdotales, es el baile de los montañeses. Las mujeres no alzan los ojos, que puestos en la tierra llevan; no sonríen; graves y humildes, parecen ofrecerse al varón en esclavas. Los varones, salientes los pechos, altas las cabezas y contraídos los brazos, recuerdan los antiguos guerreros celtas en sus danzas simbólicas.

Al estribillo de la copla acelérase el baile. Los pies van y vienen en punteos veloces, los brazos se adelantan, las bocas sonríen, los ojos revuélvense provocadores y el abrazo se apunta sin llegar a realizarse, cuando el ¡jujuy! tiembla en labios de la cantora y la ronda termina.

Junto a Mariuca, siguiendo embobado el viaje de sus dedos por la pandereta, el viaje del cantar por su boca, está Pablo, el patrón de la bonitera *Reina de los Angeles*, un mozo de veintiséis años, fuerte como una encina, saludable como el viento del Océano que diariamente le saluda.

Cortejo es de la Mariuca, y para serio va el cortejo, que al terminarse la costera casarán en la iglesia del pueblo. Así lo trataron ellos a los comienzos del estío, así lo acordaron los padres. Sólo falta que concluyan los trajinares del bonito para que el señor cura eché a entrambos las bendiciones y hagan casa, y pasen juntos, dentro de ella, las penas y alegrías que el vivir de este mundo trae a todos los seres.

Por cierto, no habrá ahogos y privaciones grandes en el futuro hogar. *Reina de los Angeles* mide sesenta pies, es brava y puede atreverse con las olas, por los méritos suyos y por los méritos del patrón, calificado como de punta entre los que timonean lanchas por la costa.

A Mariuca gánanla pocas a trabajadora y aseada. Sus padres no la dejarán ir de casa sin los avíos consiguientes de ropa y los menesteres de cocina. También llevará algún cuartejo, que la madre es ahorrona y por el casorio hará derroche y entreabrirá a los regalos de su cría el bolsillo de estambre.

Pablo cuenta con los productos de la costera para arreglar la casa y hacer frente al primer invierno.

De suerte que, al término de la costera, se arreglará todo y serán felices en el hogar que ya tienen apalabrado.

Pensando en aquella felicidad, contempla a Mariuca el patrón de *Reina de los Angeles*. Hay en sus ojos la codicia de poseerla; en sus labios, el temblamiento del deseo.

Gallardo mozo está el patrón. Bien a las claras pregonan la gallardía suya los envidiosos mirares que a Mariuca dirigen las mujeres.

Cae la boina azul sobre sus cabellos encrespados, adoselando un rostro que el Océano bronceó; azules y vivos son sus ojos; fuerte, su nariz; placentera, su boca. Marinera chaquetilla de punto ciñe su cuerpo con el auxilio de una faja; a pliegues cae sobre sus botas de becerro el ancho pantalón; un pañuelo de roja seda aprisiona su cuello, y una sortija de oro luce en el dedo meñique de su mano izquierda, que lleva tatuado encima del dorso un corazón, y debajo de él, esta palabra: *Mariuca.*

Terminada la ronda, apártanse las mozas a un lado, formando corro parlanchín; los hombres encamínanse hacia la taberna que hay debajo de los soportales.

—¡A echarme un trago voy!—dice su novio a Mariuca—. Al otro baile hemos de bailar juntos.

—Anda, hombre — responde Mariuca—, y cuídate con beber de más, que no gastas el vino dulce.

—Descuida—afirma él.

Y se reúne con los mozos.

—¿Y el tu padre?—grita a Mariuca desde lejos—. ¿Dónde metióse que no vile?

—En la bolera anda con el tuyo. Del comer fuéronse pa allá; ya tienen diquiá que se anochezga. Vino no ha de faltarles, que llevó *Grindo* dos azumbres.

Frente al mostrador de la taberna agrúpanse los bebedores, corriendo el jarro de unos a otros y pagando por turno.

Estos del mostrador son los entra y sal, los que rellenan con tinto el espacio de baile a baile.

Hailos más constantes, y ésos ya ocupan sitio en torno de las mesas, acodándose en ellas, retrepándose contra la pared, platicando alto y disputando fuerte, que va para anochecido y hace algunas horas menudea el trageo.

Son éstos casados y alguno que otro mozo viejo; gente formal, en fin, que desprecia cortejares y bailes y busca más positiva diversión.

A no pocos acompáñanles sus mujeres, más disputadoras y más bebedoras también que sus maridos. En ellos suele terminarse la disputa con un jarro de vino; en ellas, con unos mechones de pelo y una tiras de piel al aire.

Todo sale, por gracia del vino, a relucir en las mujeres: perpetuo chisme es su conversación. Allá van los vasos y allá van las ajenas honras, cuando no las propias, hechas pelota, de unos labios en otros.

Bajo aquella atmósfera, enrarecida por el humear de los chicotes y por los vahos del alcohol; en aquel recinto húmedo, mal alumbrado por la luz que viene de fuera o por los candiles que se encienden al venirse la noche, dentro parecen los grupos humanos tertulia de fantasmas. Las voces suenan roncas; las figuras se mueven confusas, entre nieblas.

Ya en el período apostólico de su embriaguez, discursea el *Hereje,* con los puños tendidos. En uno de ellos oscila el jarro; el otro sujeta el mango de la pipa. Seis o siete marineros le escuchan con las manos en los bolsillos y la risa en la boca.

—¡Ah, brutos, más que brutos—vocifera el *Hereje*—: es predicaros como predicar en desierto! (Breve pausa empleada, como es consiguiente, en beber.) Por supuesto—luego de un largo sorbo—, no es vuestra la culpa. Es de vuestra ignorancia, que os impide entenderme y comprender vuestra razón. ¡Pensar que sus bastaba con uniros pa que la justicia fuese reina del mundo; pa que no hubiera en él pobres ni ricos, sino hombres libres que formaran una familia! (Coro de carcajadas entre los oyentes.) Sí, reíd ahora; y después, ¡a trabajar como caballerías! (Nueva pausa del *Hereje,* empleada en pedir otro jarro.) ¡Reíros!—deteniéndose breves segundos para chupar la pipa—. ¡Reíros de mí, desgraciaos!

Da un puñetazo que hace temblar la mesa, y los marineros rompen en carcajadas más ruidosas aún que las anteriores. El *Hereje* se encoge de hombros, vuelve a llenar su jarro, bebe, se limpia la boca de revés, fuma

largo, hace un ademán de silencio y se dispone a continuar.

Pero ¿quién va a oírle? Dos mujerucas, luego de sacarse todo el honor a relucir, vienen a las manos.

Los marineros hacen corro a las borrachonas. Espectadores van a ser del combate. No tratan de evitarlo. Ríen la pelea de las mujeres, como antes rieron los apóstrofes del orador.

Las hembras se embisten rostro a rostro. Sus uñas avanzan en la dirección de los moños y, engarfiándose a ellos, los destrenzan. Al zamarreo van y vienen, de atrás adelante y de adelante atrás, las cabezas. Del moño bajan las uñas a las caras, rasgando la piel, haciendo brotar sangre.

Una de ellas, más fuerte, ase por el cuello a su rival, la empuja y la hace caer de espaldas. Esta no cae sola; asiendo a la otra por el pelo, la obliga a arrodillarse de un vigoroso tironazo.

Juntas ruedan por las baldosas, entre el regocijo de los hombres y el vocerío de las demás mujeres, a quienes los hombres impiden intervenir en la lucha.

Rotas las blusas, remangadas las faldas, quedan al aire pechos de anémica blancura, piernas musculosas, que perdieron la hechura femenil en los martirios del trabajo. Sobre la carne de los pechos dispónense a hacer presa los dientes...

Entonces intervienen los hombres. Pablo levanta a las peleadoras. Echa a una a este rincón, a otra, al opuesto de la taberna, y vuelve al mostrador a pagar su ronda.

Las combatientes arreglan sus vestidos, refrescan sus arañazos y peinan sus repelados moños.

Amigas de las dos ayúdanlas en la faena, comentando la riña a gritos, con peligro de convertirla en batalla campal. Los marineros las jalean, apurando jarros y más jarros.

Para sustituir los clarores del día, que ya no alumbran la taberna, enciende un chico los candiles. A su amarilla luz es más siniestro el espectáculo de la habitación, húmeda y pestilente.

Los pellejos del fondo parecen criaturas degolladas, caídas en tierra, con los brazos en cruz; el derramado vino cumple oficios de sangre sobre las baldosas. Chorrean humedad las paredes; un vaho denso y agrio envuelve el local; dentro de él, como entre vapores de pesadilla, flotan criaturas, groseros en su modelación, soeces en su habla, brutales en sus actitudes. Son a manera de monstruos yendo y viniendo en una nube.

El *Hereje* continúa hablando encima de una mesa iluminado por los fulgores del candilón que arde a sus espaldas.

Predica en desierto el *Hereje*, tambaleando sobre la mesa su cuerpo de Hércules rechoncho, alzando a las vigas su vieja cara de borracho.

Nadie le oye. Y su voz, no oída, suena siempre con proféticos dejos, anunciando el advenimiento de un mundo mejor que se elabora entre maldiciones y miserias, en recintos lúgubres, en ergástulas corrompidas, en abismos negros, poblados por humanidades brutales y feroces.

También salió nuestro mundo de un caos, donde todo cuanto existe hoy, los seres y las cosas, eran bárbaro desdibujo.

III

El baile terminó. En varios grupos se divide la multitud. Hacen unos viaje a los interiores del pueblo; otros echan puente arriba, camino de los campos, que regalan a las criaturas su perfume estival.

Pablo y Mariuca quedan solos junto al pretil del muelle, donde cabecea *Reina de los Angeles*.

—¿A qué sitio vas ahora?—pregunta el marinero.

—A la mi casa—responde ella.

—¿Pa qué vas a ir allá? El tu padre metióse en la taberna de junto a los bolos. En busca suya fué tu madre. Bien la vimos entrar. Los tus hermanos ándanse tamién fuera. El mayor a la busca de la Petrona. ¡Gran pulpo estáse la Petrona! Tu hermano

lleva el número doce. Ello sí, guapuca es y dura como piedra, al decir de los once. Menos mal si tu hermano no sale del cortejo dolío.

—¿A qué tanto lo dices?

—Al tanto que la Petrona ruea de unos a otros, y al tanto de que fruta que ruea mucho, acaba por cucarse.

—¡Animal!

—Bueno. El tu hermano mayor anda tras la Petrona. El pequeño formó coro con más de veinte. Cantando echaron por los atajos que suben hacia la estación. Entoavía se les oye cantar.

En efecto, allá lejos sonaban ecos de canción. Traídos eran hasta la aldea por los pajecillos de la noche:

Flor hermosa del panizo,
¡qué bien te columpia el aire!
De noche voy a cogerte
pa que no me vea nadie

Suena el cantar como reclamo en la noche juliana. Parece hecho con las cálidas emanaciones que brotan de la tierra, con partículas encendidas del aire que recorre la atmósfera.

De la ría suben olores punzantes de marisco; el agua besa dulcemente las peñas, recubiertas de musgo; las barcas crujen a cada balanceo.

—Démonos — murmura Pablo a la oreja de Mariuca—, démonos, si quieres, un paseo por los altos de la marisma. Bien lo podemos dar. Dos meses faltan pa las bendiciones.

Hombro con hombro se retiran del muelle; hombro con hombro van perdiéndose en el camino, hombro con hombro suben monte arriba la senda que a los eucaliptos conduce.

Llégase hasta los eucaliptos por un tapiz verde que las amapolas motean a las veces en rojo. Tiene el aire por aquellos lugares cuchicheos de plática nupcial: los rumores del Océano suenan apagados, temblantes; la brisa sisea entre las hierbas inmediatas al bosque. Este es como templo de movibles arcos, sostenidos por columnas cimbrátiles. Entre las hojas verdes ofician de pontifical los ruiseñores.

Los amantes se han dejado caer contra la hierba; él apoyando el codo en el suelo, puesta la cabeza sobre el codo y los ojos en el rostro de la mujer. Ella no le mira. Vuelta al varón la cara, sigue con los oídos y con el corazón los rumores del bosque.

—Mira—dice él—; mañana, en cuanto se haga día, saldremos a la mar.

—Yo veréte salir dende el muellecillo de la fábrica—contesta Mariuca.

—¡Qué remedio!—exclama Pablo—. Hay que trabajar.

—Hay que trabajar — responde la moza como un eco.

—Ya poco nos queda de aseparar-nos por la noche—cuchichea Pablo, inclinándose hacia la muchacha.

—¡Tontón!—replica ésta—. No hables de ello y deja los días correr. A la cuenta, pronto se pasan los dos meses.

—Pasarán pronto pa la tu persona. No pa la mía, que de ca minuto hace un año. ¿Es que a ti no te sucede igual? ¿Es que no sientes ganas de acortar el tiempo? Ya ves, drento de un poco, a la tu casa tú, yo a la mi barca, y mañana yo a correr por la mar. ¿No te parece cosa triste despedirse así, de esta manera, cuando la mujer va a quearse sola y el hombre va a correr por la mar?

Hay una pausa larga. Ni aun siquiera míranse la hembra y el varón. La mano derecha de él sube rozando la hierba hasta coger suavemente, muy suavemente, la cintura de Mariuca. Avanza después la otra mano, y se torna abrazo la caricia. Ella deja caer la cabeza en el pecho del marinero. Este la contempla con ojos dormilones y va inclinando sus labios hacia la carne virgen que en los brazos suyos palpita.

.....

¿Qué dice el viento entre las hojas del bosque de eucaliptos? ¿Qué pronuncia el aire sobre los tallos de la hierba?

Acaso las palabras que dentro de dos meses ha de proferir un sacerdote en el templo románico. Tal vez son los olores campesinos que brotan de praderías y de huertos, los fuertes va-

hos que ascienden desde la marisma; incienso del templo natural que se yergue sobre el Cantábrico, bajo el relucir de los astros flotantes en lo azul.

Un ruiseñor, columpiándose encima de las ramas, canta el amor de su hembra; un suspiro de felicidad le contesta en el pabellón de eucaliptos...

Amor debe acompañar el viaje de dos sombras que tornan al pueblo abrazadas por las cinturas.

Así las ve marchar desde una umbría el viejo profeta borracho, que vuelve tambaleándose a su choza de la marisma.

En sus labios, amoratados por el vino, hay una sonrisa de bondad y ternura.

IV

Las boniteras marchan a la fábrica.

Alzase ésta a la orilla izquierda de la ría, a medio kilómetro de la aldea, dando frente a un muelle, flanqueado por un vivero de langostas y por los hornos de una abandonada fundición.

Es la fábrica un casote cuadrangular, con grandes puertas y ventanas pintarrajeadas de azul. Trabaja los meses de verano. Durante el invierno constituye una soledad más en aquella vía sin tránsito, que golpean los vendavales y las lluvias encharcan.

Por el estío cambia el cuadro.

Próxima a la fábrica, sobre un montecillo que enfronta con la barra, hay una colonia veraniega, compuesta de unos florecidos hoteles. De julio a septiembre ocúpanlos gentes ciudadanas que llevan tras sí un cargamento de chiquillos capaces de alegrar un mundo, cuanto más un rinconcillo montañés.

Las lanchas de bonito suelen atracar junto al muellecillo de la fábrica. Hácenlo también, por las urgencias del vivero, los pescadores de langosta; y, a mayor aumento de vida, pregónanla con sus cánticos las trabajadoras, con su charla las mozas, reunidas en el vecino lavadero.

Un bosque de encinas poetiza el paisaje. Alta cruz de piedra blanquea en los medios del encinar, precediendo a una ermita que tras las encinas se descubre.

De prisa marchan las obreras a las luces del alba. Una lancha vizcaina llego con abundante provisión y fuéronlas a despertar, que no es faena para descuidada la de preparar y freír el bonito. Púdrese muy pronto, y apenas desembarcado hay que proceder al destripe.

Antes que las en ruta, vinieron otras obreras a la fábrica. Encendidos están ya los hornillos; el aceite humea dentro de las sartenes. Los vascos, puestos en cadena, corren de mano a mano los bonitos.

El encargado los recuenta; los pone encima de la báscula; grita el peso, y las mujeres recogen la carnaza para dar comienzo a su limpia.

El cansancio de la fiesta y el poco dormir de la noche trae mudas y perezosas a las obreras del camino. Restregándose los ojos vienen, abriendo sus bocas con bostezos de a cuarta. Faltó a muchas tiempo para recogerse los moños, y sueltos bailan por sus carrillos y sus nucas.

La Petrona hace punta en el desaseo y el desgreñe. Hinchados, bajo las moradas ojeras, trae los párpados; caídos, los brazos; metidos los zapatos, en chancla.

Hermosa bestia es la Petrona con su alta estatura y su pecho abultado y su caderas recias, que ondulan al arrastramiento de los pies... Forma el desgreñado cabello áspera mata en su cogote.

Mariuca no ríe. Ni siquiera la oyó. A la zaga de todas va, mirando hacia arriba, con pupilas de ensueño.

Como en sueños, contempla la virgen de la noche anterior su amanecer de hembra poseída. Toda completa se recoge en la memoria de la entrega. Para esta memoria vive solo; ella flota en su alma y en sus ojos, que pone estupefacta arriba, sobre el cielo de julio. De allí, cernido por las hojas de los eucaliptos, vino el mandamiento que la hizo rendirse al queredor...

—Díjome tu hermano que saldrán al golpe de las ocho—exclama la Pe-

trona acercándose a Mariuca—. Dios les regale viento. Como echen a remar, cochinas remadas dará el mío. Tentóle mucho al jarro y durmió a limosnas. Gracias que como el patrón es tu Pablo y ha de ser su cuñao, no irán las voces diquiá el cielo.

Llegadas a la fábrica, entran en el patinillo cubierto para cambiar de ropa. Sencilla es la suya de faena: una falda corta, un delantal de lona y un blusón. Las piernas y los pies desnudos, al igual de los brazos.

Mariuca es freidora, y el mayor jornal de la freiduría, el suyo. Bien lo gana; ninguna échale pie en dar punto al aceite y voltear las rodajas dentro del sartenón.

Claro que no es su tarea muy limpia. Algún manchazo deja el bonito entre los dedos; algún tiznajo llevan a cara y manos el hollín de la sartén y los humeares del aceite. Más de una cicatriz ostenta Mariuca al largo de los brazos por obra de las burbujas saltarinas y de los chispazos del cok.

Sucio y malsano es el trajín de las freidoras, que la atmósfera se enrarece con los gases del horno y con el vahar de la fritura; pero aun así y todo, comparado con el de cortadoras y destripadoras, resulta canonjía.

Las destripadoras, metiendo y remetiendo sus facas en el vientre de los bonitos, hundiendo sus uñas en la entraña para arrancarla de un tirón y corriendo con la pieza despanzurrada a lavarla sobre la ría, llénanse de pestilente grasa.

Igual pasa a las cortadoras, que han de cercenar las cabezas de los bonitos y partirlos en rajas para relavarlos después y entregarlos a la freiduría.

¡Las pobres mujeres! Ruda es su labor. No les deja paro si hay carne fresca a desentrañar y a partir. Salta la sangre a sus pechos y rostros mientras verifican el destripe; chorrea a hilos negruzcos por sus brazos y piernas; el agua materiosa de los enjuagamientos tiñe sus vestiduras, y, por si ello no bastara a la repugnancia de los ojos, el repulsivo olor de los peces descuartizados penetra los poros de su piel, hace en ellas habitación y trae con ellas, a quien cerca de ellas discurre, crispaciones de vómito.

Los vizcaínos terminan la entrega del bonito y vuelven a sus lanchas para hacerse a la mar.

El bonito tiene fecha fija. Día que se pierde en el puerto, día es perdido para la ganancia. No se recupera.

Izan los arpeos, alzan los remos y calan el timón. Hay que volver al mar, hay que asegurarse el invierno, hay que ganar el pan de las mujeres y los hermanos y los hijos que aguardan en los puertecillos de Lequeitio y de Ondárroa.

V

Al punto de las ocho están los hombres en la barca de Pablo.

La marea ha subido lo suficiente para el calado de *Reina de los Angeles*, el barómetro marca buen tiempo y el viento permitirá dar vela al trasponer la barra.

—¡Casi que no llegas!—dice Pablo al hermano de Mariuca—. ¡Ea! ¡Desamarra! Y vosotros—sigue encarándose con el resto de la tripulación—, armad los remos. A la cuenta que las botavaras están listas.

Suelta la amarra, y desatracada *Reina de los Angeles*, cada hombre empuña un remo. Con otro más largo dispónese Pablo a gobernar hasta que sea momento de calar el timón.

Los ocho remos se hunden a compás en el agua.

—¡Avante!—grita Pablo.

Y los remos suben y quedan suspensos en el aire para hundirse otra vez. *Reina de los Angeles* cabecea gallardamente; da un crujido, que suena a bostezo, y avanza por la ría.

Son hombres duros, hechos al mar, los tripulantes. De chicuelos comenzaron su oficio, como los de sus viviendas, conocen todos los pasos de la costa.

Del patrón no hay que hablar. Seguro va quien con él navegue; fuera parte, según decir de los marineros, aquello que disponga Dios.

Hierve la marmita encima de la hornilla, cociendo el rancho que debe almorzarse a las diez, cuando acabe la maniobra y se halle en franquía la lancha.

El grumete, hermano de Pablo, revuelve el caldo, que trasciende a ajos y a laurel; los peces brincan entre la espuma.

—¡Hala, que estáis dormíos!—vocea el patrón—. Hay que ganar la barra pronto. El viento sopla favorable ande está el bonito, y no es razón desperdiciarlo. A llegar pronto y a volverse pronto también; con tres veintenas de quintales habemos de tornar. No vale dar motivo a que los vizcaínos nos llamen flojos. Miá la su lancha. Está armándose en el otro muelle. Antes de ella tenemos que salir. Vaya, ¡apretar, gandules!...

—¡Salir antes de los vizcaínos!—gruñe un viejo que rema a popa—. Bien se conoce, presumío, que está Mariuca en la fábrica. Por contentarla quiés pasar delante de los otros. ¡Se merece la presunción! ¡Y vaya por ella!—agrega hundiendo el remo bravamente en el agua—. ¡Vaya por la moza que a la costera del otro año será nuestra patrona!

—¡Vaya!—gritan los marineros, redoblando el fuerte empuje de las palas.

Pablo sonríe a popa, y *Reina de los Angeles* pasa casi rozando con la tierra por junto al muelle de la fábrica.

Para verla pasar dejan su trajín las obreras. La lancha vizcaína lleva diez metros por delante.

Al frente de todas se encuentra Mariuca. Hasta las corvas se ha metido en el agua, que cubre los escaloncillos del muelle. A su espalda yérguese la buena moza de Petrona. La sangre del bonito reluce sobre su pecho de ébano, como un pectoral de rubís.

—¡Buena pesca!—gritan las mujeres—. ¡La Santa Virgen de la Peña sus acompañe a todos!...

—¡Anda con Dios, Juan!—vocea la Petrona—. ¡Y no tardes, que no me gusta de esperar!

Los marineros corean con sus dicharachos la despedida de la moza.

—¡Adiós, Mariuca!...—exclama Pablo.

—¡Adiós, Pablo!—murmura ella bajando vergonzosa los ojos—. ¡Adiós, no entoavía!...—repite—. Voy a darte el último dende las peñas del castillo.

Y sale corriendo por la senda que al castillo conduce. Síguela Petrona, que hace rodar los guijos con sus saltos de bestia brava. Los marineros han llegado frente a la ermita y descubren, al enfrontarla, sus cabezas.

Del antiguo castillo no más queda un cubo donde estableció su vivienda el guarda de la fábrica. Al pie del cubo hay una sucesión de peñotes que las altas mareas cubren. Allí, cuando no a los altos del faro, se dirigen los pescadores para observar el Océano en los tiempos dudosos.

Ahora es bella la mar. En tonos verdes se tiende al largo de las peñas; en tonos azules, que van del turquí al prusia, sube hasta el límite del horizonte. Las olas rompen tenues, el agua es rizosa, el viento suave. Sobre el cielo, libre de nubes, brilla el astro solar; las gaviotas revolotean con perezosa languidez. La peña que divide la barra parece un monstruo que subió de las honduras oceánicas para dormir en la superficie, acariciado por el sol.

Antes aún que la barca llegan las mozas al castillo. Escalan el cubo y bajan corriendo por las peñas. A la última arribaron; la espuma de las olas adorna sus pies con madroños de plata.

Una lancha asoma por la ría.

Es *Reina de los Angeles*. Cumpliendo los deseos de Pablo, adelantóse a la vizcaína.

El patrón la dirige a la barra; desármasen los remos; izanse los palos, y las dos velas, la pequeña y la grande, trepan a su largo con el auxilio del cordaje al resbalar de las correderas.

Descuélganse las velas, deshaciendo rítmicos los blancos pliegues de su lona. Cuando ni un pliegue queda por deshacer, Pablo pone el timón al frente: las velas se hinchan, el aire las

distiende hacia los fondos del espacio, y la lancha sigue viento en popa.

Vuelo es el suyo, que no andar.

Alas de ave cerniéndose encima del Cantábrico parecen las dos lonas.

—¡Adiós, Mariuca!—grita Pablo quitándose la boina y sacudiéndola en el aire.

—¡Adiós, Pablo!—contesta ella agitando los brazos.

—¡Adiós, Juan!—repite la Petrona.

Cuando cesan las voces, los ojos siguen diciendo adiós, hablando silenciosamente.

Ligera va la barca, a saltos graciosos, entre las rizadas espumas, dócil a las órdenes del timón, abiertas de par en par las velas.

Ligera va. Ya pasó de los tonos verdes, ya entra en los turquís, ya se mete en los prusia; ya es punto blanco, apenas visible en el confín del Océano.

Ligera va la barca. Las olas vienen suaves; lánguidamente se deshacen contra el animalote de piedra dormido bajo las caricias del sol...

VI

—¿Dónde bueno?—pregunta Mariuca al *Hereje*, que atracó frente al embarcadero.

—A ver si vendo por los hoteles estas brecas. Pesqué una media arroba, y como la gente de tierra adentro regatea poco, puedo sacarme un jornalillo. Tú friendo, ¿eh?

—Con las últimas rodajas estamos. Ya es razón de que venga lancha. Ha tres días ninguna aporta por aquí.

—Tienen que remontarse mucho pa tropezar con el bonito. A las treinta leguas andará. Luego, bordada a este lao y bordada al otro, hasta encontrarse con el bando. ¡Y si dales por no picar! También lo hacen los condenaos. Ni que tuvieran reflexión. ¡Cómo se burlan del engaño! Morrean, morrean, dando vueltas en torno del anzuelo, sin apretar la boca, llevándose la carnada a cachitos, hasta no dejar rastro. En cambio, otros, ¡plan! Tal que ciegos entran al alfiler; tal se lo tragan, que es preciso rajar las tripas pa sacarlo. A la iguala de las personas, hay de toas clases en los peces: negaos y listos, codiciosos y recelones. Y si la hambre es mucha, más iguales son a las personas entoavía: con todo entran y dan la vida por una cochina piltrafa.

—¡A más de treinta leguas!—murmura la joven con el pensamiento puesto a gran distancia de la charla del marinero—. Aún se tardará dos o tres días Pablo. Menos mal que la mar es buena.

—Buena se amaneció. Pero ayer no gustóme el Poniente. Las nubes eran cárdenas. Una de ellas tiró punta, una punta muy torcida y muy negra, hacia el cabo. Raro ha de ser si no sopla de Noroeste. Ese viento, por flojo que salte, es viento de traiciones. A mayor prueba, esta mañana andaban los aparejos por el fondo, tan pronto a este lao como a aquél. Pa mí que sin sus miajas de marejadón no libramos. Ya te lo diré por seguro al anochecido, en poniéndose que se ponga el sol. Pa quien sabe deletrearlos, los ponientes del sol son gran libro.

—¿Temporal? ¡Y mi Pablo a las treinta leguas! Vaya, que no será ello cierto. Y vaya, que usté lleva mala intención conmigo y quiere entristecerme.

—¿Entristecerte?... Por alegrarte daría las brecas que saltan a mi cesto. Buena voluntad os tengo a los dos, que eres tú buena chica y a él nadie le gana en anchura de alma y valentía con la mar. Sobre eso, muy listo. Así fueran como él los otros, y se harían el cargo. En fin, éste es cantar que no suena pa los tus oídos, muchacha. No a mal decir, a creerlo, dije lo que te dije.

—De manera que a la cuenta de usté, ¿va a echarse encima un temporal?

—¡Bah! Ni ello es seguro, ni es tampoco el primero que Pablo corre: luego, en verano, dan poco que temer. Temporalillos, ¿sabes? Pa meter miedo a los veraneantes, no a los que co-

rremos la mar del enero al diciembre. Alguna racheja. Estate descuidá.

—Dios le oiga.

—El viento y la mar son los que me han de oír. Por lo que dices de querer yo mortificarte y amargarte las alegrías y contrariarte el gusto, de medio a medio engañaste, mozuca. ¡Flojo rodeo hube de atizarme el domingo pa no hacer sombra a los placeres tuyos!

—¿Qué dice?

—Que el domingo, allá entre diez y once, andábame yo camino de mi casa por el ras de los eucaliptos, y andábanse dos sombras, de mujer una sí y otra no, por los propios caminos que yo iba acompañao por unas azumbres. Cogidas por las cinturas iban las dos sombras y repretujándose de firme. Yo, que puedo estar borracho, pero que no estoy ciego en jamás, fuí y me dije: «Viejo, no estorbes a la juventud; déjala ir por la senda arriba y anda tú senda abajo, que cada tiempo tiene su costera y cada edad goza su diversión.»

Enciéndense en vergüenza las mejillas de Mariuca, entorna los párpados y da vuelta entre sus dedos a los picos del delantal, sin tropezarse con respuesta para los dichos del *Hereje*.

—¡Bah! —prosigue éste, golpeando cariñosamente en el hombro de la muchacha—. ¿Qué importa?

—¡Calle!

—Dentro de dos meses os casáis. Adiós, Mariuca. Vuelve a tu freír. Adiós. Voime a la vera de los hoteles a colocar las brecas.

El viejo tira senda arriba. Mariuca entra en la fábrica, y cogiendo una ancha rueda de bonito, le deja caer en el sartenón.

Chirría el aceite al penetrar la carne fresca; vuélvese ésta de roja, blanca; el espetón la zarandea.

Lentamente va dorándose envuelta por el humo pringoso.

VII

Buena va la costera. Tardaron dos días en tropezar con el bonito, pero entra firme y por arrobas embarcan de él los pescadores. El viento ayuda. Es frescachón, y estos peces quieren ver la carnada corriendo sobre aguas bravuconas. Gustán de perseguir la presa, de cobrarla al salto, de atraparla cuando se les huye del morro.

Dóblanse las botavaras hasta el ras de las aguas con los violentos tironazos; distiéndese el cordaje, a las botavaras prendido, cuando el bonito se engancha a los aceros. Tira el animal reciamente para librarse del engaño; tira y afloja astutamente el pescador para retener al cautivo, éste recoletea al lejos. A veces se le ve azulear en la superficie de las olas, a veces queda inmóvil, dejando a flor de espuma su hocico redondo y sus ojos saltones, a veces rebrinca dando aletazos en el aire.

El pescador ciñe a las del pez sus acciones, atrayéndole poco a poco, sin forzar el viaje. Por fin llega la última brazada de cordel a los costados de la barca. El bonito da un tirón decisivo; lo da el hombre también; vence el hombre, y el bonito rueda sobre cubierta retorciéndose, abriendo con espanto los imbéciles ojos, sacudiendo la cola, vibrando las aletas, escupiendo sangre por la brecha que rasgó en su morro el anzuelo.

Un centenar de peces bajaron ya al fondo de la lancha. Relucen allí tal que plomo moldeado en lingotes. De tiempo en tiempo el montón se estremece, uno de los lingotes salta y torna a caer con mortal pesadumbre.

La sangre mancha la cubierta. El trajín pescador no permite su limpia. Más tarde se hará, cuando el bando desaparezca. Ahora los ocho hombres son pocos al subir y desenclavar prisioneros. El grumete ayuda. Pablo mismo descuida las atenciones del timón para echar mano a las botavaras.

La mar es recia; el viento, duro. Pero el cielo está limpio. A cielo azul no hay mar y viento peligroso, sobre

todo en lancha como la *Reina de los Angeles* y llevando un patrón de la práctica y de las agallas del suyo.

Cinco lanchas más pescan en aguas de *Reina de los Angeles*. Una es la vizcaína que dejó Pablo por la popa al salir del puerto.

Para todas hay. Los bonitos hierven tal que *manjúa*. Los hombres, dominados por la codicia de la pesca, sólo tienen ojos para las botavaras, brazos para los cordeles y atención para los anzuelos.

Amarrados los timones, al objeto de guardarlos en línea, corren los patrones un largo y ayudan a su tripulación. Dos horas iguales a las que antecedieron, y anochecido harán rumbo a la costa para llegar al amanecer.

El viento sopla en la dirección que conviene a las ganancias de su tráfico.

En su ceguera, en su mirar continuo al fondo de las aguas y, más que a ellas, a los aparejos que por ellas flotan y a los peces que en torno de los aparejos rebrincan, olvidáronse del cielo los afanosos pescadores; no vieron que a su fondo apareció una mancha negra, un breve círculo de sombra. Aquel círculo fué ensanchando, ensanchando. Ya es nubarrón negro y avanza por el espacio con vertiginosa rapidez.

El viento arreció. Algunas olas escupen su espuma en las cubiertas. Un crujir agrio de los palos despierta la vigilancia del patrón de *Reina de los Angeles*. Alza la vista, pónela rápida en la negrura de la atmósfera, lanza un terno y grita, asiéndose a la caña y encasquetándose con fiereza la boina:

—¡Pronto!... Dejad las botavaras. ¡Arriad la mayor!... ¡Galerna!

No hay que repetir la orden. Las botavaras dan sobre cubierta y los ocho hombres, auxiliados por el grumete, se apresuran a arriar la vela, que cruje al garrazo del viento.

En las otras lanchas realizan maniobras iguales.

Es cuestión de minutos; una sorpresa hasta para el sol mismo, que se halla súbitamente cautivo de las nubes. Hácense éstas profundas, de cárdeno matiz; apelotonadas por el huracán, chocan unas contra otras, formando macizo de tinieblas. Una luz morada filtra de aquel macizo.

El mar se encrespa, respondiendo con los furores suyos al desafío de las nubes. Monte es cada ola, a cuenta de nieve llevan estos montes en sus cimas un penacho de espuma. El viento ruge. Las caracolas de Neptuno tocan a muerte desde el fondo del Océano y mandan al espacio sus ecos.

Las velas mayores, arriadas a un tercio de los palos, gimen con angustia; las menores se estiran como si fueran a estallar; los palos se doblan; el maderamen gime; los patrones han de echar todo el cuerpo sobre la caña del timón para que el timón obedezca: el cielo se ha vuelto carbón; el mar, tinta; el huracán da contra la lona manotazos de tigre.

El grumetillo de *Reina de los Angeles*, empujado por una racha, rueda sobre cubierta hasta las plantas del patrón; éste álzale en alto con uno de sus brazos hercúleos, le pone entre las piernas suyas y le grita:

—¡Fírme ahí! ¡Agárrate a mis piernas!...

El chiquillo rompe en sollozos.

Nunca, en catorce años que lleva por la mar, vió Pablo un galernazo semejante. Apenas dió tiempo de apercibirse a la pelea, y es ella de muerte.

Para facilitar la maniobra, no se amarran las velas; los hombres cuelgan en jaurías, suspensos de sus bordes, atentos a los mandatos del patrón.

Todas las barcas luchan por igual; todas saltan en el remolino de las olas; todas flotan en la negrura; todas quieren huir, librarse de la muerte, alcanzar la costa.

Una, la vizcaína, que navega cerca de *Reina de los Angeles*, es levantada por un golpe espantoso y da su quilla al aire. En el aire gira el timón, falto de gobierno; antes que lo recobre, otro golpe de mar coge la lancha de través y la tumba.

Dos de sus tripulantes, envueltos por la vela, desaparecen súbito: otro, alcanzado por una verga, cae abierto de

brazos; cinco se cogen a la quilla; el sexto nada briosamente. Una lancha que pasa huyendo la galerna, tira un cabo; el nadador hace firme en él, y la barca sigue arrastrándole, recogiéndole a tironazos.

Pablo, que ha puesto proa hacia la costa, ve tumbar la embarcación vizcaína, mira a los hombres asidos a los rebordes de la quilla con uñas y con dientes.

—¡Pásales de largo!—gruñe un pescador viejo, más aferrado que los jóvenes a la vida por restarle menos que vivir.

—¿Pasar de largo?—ruge Pablo—. Poner a ellos la proa. Es preciso salvarlos. Por algo ganamos el pan juntos. Si esos cochinos de la lancha *Pepita* huyen, nosotros no huiremos. ¡A por ellos! ¿Estamos conformes?

—Sí—vocea la tripulación.

Y la peligrosa faena del salvamento da principio.

En la primera bordada pasan cerca, no lo bastante para darles auxilio. Los náufragos les llaman con voces angustiadas, invocando el nombre de la Virgen.

Virar es peligro de zozobrar para la *Reina de los Angeles*, puede cogerla un golpe de través y tumbarla.

Pablo bien lo sabe. Sólo que por algo está su lancha allí.

—¡Todos o ninguno! —grita con arrogante voz—. ¡Firmes a las velas!...

La *Reina de los Angeles* ha virado en redondo.

Tampoco esta bordada sirve; también pasan lejos. Uno de los náufragos se desprende de la quilla, bota sobre una ola, revolotea entre sus espumas y desaparece. Unico rastro suyo es una mano crispada que se agita en el aire.

Hay que virar de nuevo. El patrón lo intenta. Coge el largo, revira y, en aquella bordada, sí, en aquella bordada, salva a los tres hombres.

—No me deis gracias—dice cuando los izan a cubierta—. No es tiempo de dar gracias. Puede que sólo hayáis conseguido una cosa: cambiar de sepultura—. ¡Recoged toda la mayor!—sigue—. ¡Dejad la menor a dos tercios de palo!... Ahora—añade empujando fieramente la caña—, ¡a la merced de Dios!

VIII

Es toda congoja la aldea.

Primero, el nublarse del cielo y el enfurruñarse del mar; después, un telegrama venido de Zarauz con anuncio de tiempos duros por el lado del Noroeste, han puesto al vecindario en zozobra.

Tres lanchas de aquel puerto andan a pesca de bonito; tripuladas van por treinta y cinco marineros. Los más bravos son y los más buenos ganadores.

Las mujeres lloran; los hombres pasan y repasan ceñudos por los altos del muelle; los chiquillos se buscan y cuchichean entre sí; los notables de la aldea comentan el telegrama con todo linaje de vaticinios lúgubres, entre sorbo y sorbo de cerveza; los fabricantes se duelen, mitad por mitad, de los hombres que navegan sobre las olas y del paro forzoso que el temporal significa para sus industrias.

Por junto a la fábrica va desfilando el pueblo; las mujeres, con los mantos caídos sobre los ojos; el llanto temblando en las pestañas y temblando el rezo en las bocas; los chiquillos, parlanchines, revueltos, convirtiendo en juego la romería fúnebre; los hombres, cejijuntos, lentos en el andar, sobrios y esquivos de palabra.

Al enfrontarse con la cruz, las hembras se arrodillan; los varones descubren sus cabezas; los chiquillos se apelotonan como enjambre en reposo

Entre las mujeres camina Mariuca. Pálida y triste, es divina imagen del dolor. Sus manos se cruzan bajo el manto; sus ojos lloran en silencio lágrimas anchas, espaciadas, que caen de los párpados sin que contracción alguna las ayude.

En su Pablo piensa, en el hombre que batalla a leguas y leguas de distancia, sobre aquel mar cárdeno, bajo aquel cielo negro, entre aquel aire rugidor. A las veces vuelve la memoria a

su hermano; pero la sombra del amante, amo ya de su cuerpo, desvanece la otra y acaba siendo absoluta dueña de su imaginación.

También figura entre las mujeres Petrona, mordiéndose los rojos labios, arañando sus manos sin piedad.

Al tocar los escaloncillos de la cruz, Mariuca se dobla como planta batida por el cierzo. Petrona se deja caer de golpe, descargando contra el escalón el mazo de sus choquezuelas.

Se levantan, luego de persignarse, y siguen a la ermita.

La multitud rebosa en el atrio—no es capaz la nave para toda la aldea—. Las campanas llaman a oración. Los cirios arden sobre el altar. Parecen lágrimas de luz.

A la cabeza del cortejo formaron el señor alcalde y los notables. Detrás marchan las aldeanas. Los marineros, flanqueados por los rapaces, cierran la procesión.

Es la ermita humilde. Por cuatro ventanales de vidriería opaca entra en ella la luz; luz de crepúsculo, que difumina las imágenes y entenebrece el ánimo.

En el altar mayor preside la Virgen. Tosca es de facciones, como las marineras que le rinden su culto. Un manto negro cae de su cabeza a los remates de los pies. Ciñe corona de metal y prende a su cintura un rosario de abellotadas cuentas.

En el muro derecho hay un San Pedro rodeado de exvotos.

En el izquierdo preside un Cristo de negra cabellera, barba despeinada y cutis de caoba. El escultor, a falta de mejores recursos, hizo derroche en las heridas. Las de los pies se abren en estrías bermejas; los agujeros de las manos son cavidades purulentas; la sangre brota a chorros, por los labios, de la lanzada.

El *Inri* campea con letras amarillas sobre el remate del madero. A las plantas del Nazareno brilla una lámpara de aceite que chisporrotea al arder.

Ahora está la hostia de manifiesto en el santuario, que la purpurina pretende volver oro. A sus pies oran dos sacerdotes. Revestidos para la ceremonia, imploran misericordia de la Divinidad.

La multitud repite el rezo; al principio, lentamente, casi cuchicheando. Luego suben poco a poco las voces, hasta concluir, por la parte de las mujeres, en destemplados gritos, en sollozos y ayes de agonía.

La patena reluce como un sol de artificio en el fondo del santuario. Tiene el santuario por bóveda un cielillo azul con nubes de carmín, donde aletean ángeles.

Todo es luz y alegría en aquel cielo artificial. En el cielo de fuera, en el que se ve desde las rocas, todo es negrura y amenaza.

Cada vez hácense más densas las nubes, más gigantes las olas, más rudo su chocar contra los dientes de las peñas.

El huracán suena ronco en las cavidades; troncha los arbustos, desgaja los álamos, sacude las encinas, levanta de tierra los guijarros, alza en el suelo remolinos de polvo, llega rugidor hasta el atrio y azota sus columnas, apagando con su voz imperiosa el servil murmullo de los rezos.

El *Hereje* pasa por cerca de la cruz, calada la boina, rápidos los andares, amargo el gesto de la boca. Su cuerpo de Hércules rechoncho desafía los embates del vendaval; su pelambre gris va y viene como un montón de púas.

Al aproximarse a la capilla se detiene, poniendo atención a los murmullos rezadores. Sonríe compasivamente, se encasqueta la boina, encoge los hombros y hace rumbo al castillo.

Un mozalbete desgreñado pasa corriendo por cerca del *Hereje,* y murmura algo que él sólo oye.

El viejo aprieta el paso. El zagalón sigue su carrera. Más la precipita según se acerca al atrio. De dos brincos lo salva, llega a la puerta del oratorio, ásese de su quicio, y con voz temblante de emoción pronuncia una palabra sola:

—¡Lancha!...

IX

Lejos viene, apenas perceptible para ojos marineros, invisible aún para los no hechos a bucear horizontes en horas de borrasca.

No más se descubre la vela. Agítase allá, en la negrura movediza, como un lienzo pedidor de socorro. Esta visión es intermitente; aparece y desaparece sobre una línea blanca que determina los contactos del cielo con el mar.

La aldea entera fué al castillo, olvidando rezos y prácticas, al anuncio de que una lancha arriba en dirección del puerto. Los mismos oficiantes siguieron a la multitud.

Quedó solitaria la ermita, con sus cirios ardientes, con su Virgen de manto negro y corona de mentida plata, con su tabernáculo de falso oro.

Solo quedó el Nazareno ajusticiado, de la pelambre negra y de las crueles heridas. La gente abandona el espectáculo.

En el primer término del roto cubo castellano están el alcalde, los sacerdotes y los notables del concejo. Tras ellos se abre un claro: en el mismo dolor hay para la humanidad sus jerarquías y distancias. A continuación del claro se agrupan viejos y mujeres. Los chiquillos encaramáronse a las alturas; los pescadores, a los objetos de conseguir horizonte mayor, suben hasta el pico donde campea el faro. El espectáculo es imponente.

No hacen falta héroes y dioses, como ordenan los cánones, para el vivir de la tragedia. No hace falta que esos héroes y esos dioses constituyan la acción primaria y sean figuras principales, a quienes el pueblo sólo sirve de coro.

Tragedia, bárbara tragedia es la presente, y el pueblo principal personaje. Pueblo son los tripulantes de la barca que arriba; pueblo la multitud que aguarda. Son pueblo.

Tiene el mar en sus aguas fruncimientos coléricos, arrugas de odio, agitaciones de rencor. Sus calmas momentáneas son acecho; durante ellas el huracán lo eriza. Cuando el acecho se resuelve en un golpe de mar, es éste formidable. La ola sube al espacio, avanza rugidora; cobra mayor fuerza y volumen con las olas que revienen deshechas, se comba en arco verde coronado de espuma, y rompe fiera contra las peñas, transformándolas en catarata.

Bajo el cielo, robándolo a los mirares de la tierra, flotan nubes de hollín que se abren en moradas bocazas para escupir el rayo. El viento, yendo y viniendo de las nubes al mar, es voz horrísona de toda aquella cólera.

No parece ya la barra, como en los días claros, animalote submarino que hizo viaje a la superficie para dormir bajo el beso del sol.

Monstruo es despierto, que amenaza contrayendo su rugosa piel de saurio prehistórico, dando bramidos espantables, arrojando espumarajos por la boca, haciéndose todo él garra y dientes para descarnar y morder.

¡Ah, la barra! ¡La barra!... A la espalda suya corren las aguas mansas, ofreciendo puerto seguro al navegante. Para éste la ría es salvación. Sólo que la barra, en las horas de tempestad, cierra el paso a la ría, lo imposibilita, poniendo en orden de batalla su legión de rompientes.

La barca viene rápida. El viento la impulsa a las veinte millas por hora.

—¡Es *Reina de los Angeles!*...—grita el *Hereje* desde una alta peña, donde se yergue solitario.

A la voz del viejo, tres mujeres se apartan del grupo femenino; desvían con rudo empujón a los ricachos de la aldea, alcanzan el barandal del cubo, trepan a él y saltan por las rocas en dirección del mar.

Una de aquellas mujeres es la madre de Pablo. La última, Petrona. La que precede a la misma madre, Mariuca.

Hasta la última peña, hasta aquella a que brinca, codiciando presa, el oleaje, llegan las tres mujeres. Allí caen de rodillas, con las manos en cruz y los labios estremecidos por el frasear de una salve.

A imitación suya, todas las mujeres se arrodillan; los viejos inclinan sus

frentes; los hombres se descubren al largo de las peñas; los chiquillos guardan silencio. Un sacerdote, levantando al cielo sus manos, inicia la plegaria.

El rezo de la ermita se reanuda ante el mar implacable, bajo la bóveda siniestra del espacio sin sol.

Claramente se distingue la lancha. El *Hereje* acertó. Es *Reina de los Angeles.*

Sobre la cordillera de olas baja botando y rebotando. Juguete es de los monstruos líquidos que la llevan y traen con asesino peloteo. Sus guiadores pretenden enfrontarla con la barra para ganar la ría.

A un tercio de palo va la vela menor. Aferrados a ella cuelgan los tripulantes. El patrón gobierna en la popa.

¡La pobre lancha!

Hace pocos días salió, con otras más, del puerto. El sol la vió partir, enviándola sus risas de oro. En encajes de plata se rizaba el mar ante su quilla. Empujaba el viento con caricia suave sus velas. Cantaban y reían los hombres. Las gaviotas acompañaban su camino en poético certamen de volares.

Ahora, ni sol ni risas.

Huída es el gallardo avance; ala rota la vela triunfal de aquel amanecer; coro fúnebre el canto de los marineros; crespón mortuorio el cielo; verdugos impiadosos las olas. Los cuervos marinos graznan agoreros por cima de la lancha.

Llega ésta a saltos espantosos. Tan pronto se retuerce sobre crestas de espuma como cabecea en el aire, para caer de golpe al fondo de movibles abismos. Ya sale de ellos; ya trepa vertiginosamente a la cresta de otra ola; ya se hunde súbito; ya retorna a surgir. ¡Gimnasia brutal cien y cien veces repetida!

Aterrada sigue la multitud las convulsiones del *Reina de los Angeles.*

Hállase ya muy cerca. Se ven las caras de los tripulantes, contraídos por el horror lívido de la muerte. Colgantes van de la vela, que los zamarrea en montón.

Abierto de piernas, para guardar el equilibrio, incrustadas las uñas sobre la caña del timón, álzase la figura brava de Pablo.

Destocado viene, los cabellos al vendaval, los ojos al frente, imperioso el gesto de la boca. Por entre sus rodillas asoma la cabeza rubia del grumete.

Es el último azar, jugado con arrogante valentía, en el asesino paso de la barra.

La multitud mira en silencio, con los ojos saltando de las órbitas.

Una ola gigantesca corre hacia la *Reina de los Angeles* y rompe contra ella, cubriéndola de espuma. Entre las blancuras rugientes queda envuelta la lancha.

Por un segundo no la ven. Luego surge de un salto, oscila en la atmósfera y rueda a los cóncavos bramadores. Nueva ola la recoge, álzala otra vez y torna a despedirla contra los vanos del espacio. Se ve al timón yendo de un lado a otro, como brazo humano que no halla dónde asirse. Antes de conseguirlo, una ola más, llameante de espumas, se desploma contra la *Reina de los Angeles* y la tumba palo abajo, con la quilla hacia el sol.

Un alarido sale por cien bocas a un tiempo.

Aquí y allá, sobre el oleaje, agítanse brazos frenéticos, rostros lívidos, contraídos por mortal desesperación. La espuma los borra.

Aún queda un hombre encima del mar: Pablo.

Con sus brazos hercúleos se sostiene sobre las olas buscando el paso de la ría.

Otros brazos quieren ayudar a los suyos desde las rocas del castillo: los brazos de Mariuca, extendidos hacia él.

Avanza... Avanza... De repente, un golpe de mar, superior en fiereza al que tumbó a *Reina de los Angeles,* levanta a Pablo, ¡y allá va el humano pingajo a estrellarse sobre los picos de la barra!...

También la espuma lo borró.

Mariuca yace de espaldas, con los brazos en cruz.

X

Mujeres caritativas recogieron de sobre las rocas a Mariuca y echaron camino de la aldea, sosteniendo con los brazos suyos a la viuda del amor de una noche.

Sólo queda el *Hereje* al borde del acantilado.

Con los cabellos esparcidos, el cuerpo de Hércules rechoncho desafiando al vendaval y los recios puños increpando al espacio, es vengativa divinidad tallada en la piedra.

Sus labios se mueven. Sus acentos no se pueden oír. Apagados son por las voces del huracán y por los rugidos del Océano.

¿Qué habla el *Hereje?* ¿Qué frases tiemblan en sus labios?...

¡Quién sabe!... Profeta de rencores parece.

Tal vez emplaza al Océano para que rebase sus límites, para que borre sus fronteras y entre en tierra de hombres a barrer las iniquidades.

¡QUIEN FUERA TU!

I

El reloj de la oficina daba las nueve cuando el ordenanza, que aún pasaba el plumero sobre las mesas, dijo, volviéndose a la puerta que acababa de abrirse:

—Buenos días, don Alberto.

—Buenos y frescos—respondió un joven alto, de negros bigotes a la borgoñona.

El recién llegado penetró en un cuartito frontero al despacho, despojóse del abrigo y de la bufanda de lana que le envolvía el cuello y parte del rostro, dejó ambas prendas cuidadosamente colgadas y volvió a la habitación destinada al cuotidiano trabajo oficinesco. Ocupó unos minutos en calentarse las manos a la estufa, sacó un llavero, abrió los cajones y, arrellanándose en el ancho sillón, puso sobre la mesa lo necesario a su faena. Plumas para diversas clases de letra, lapiceros de distintos colores, regla, raspador, frasco de goma... Nada faltaba; ni la aguja y el bramante que habían de coser los expedientes. Cuando todos estos efectos estuvieron colocados por el orden que pensaba necesitarlos, puso junto a ellos dos o tres legajos de papeles y abrió el tintero. Tornó a observar si había sacado todo lo que su labor reclamaba y, una vez convencido, extendió un periódico sobre la carpeta. Escrupulosamente fué quitando uno a uno los millares de *palos* del tabaco picado de dos paquetes de los de veinte céntimos; desliò muy despacio los cigarros de una cajetilla de cincuenta, lo mezcló todo y empezó a elaborar los veinte pitillos que tenía la costumbre de fumarse cada día; ni uno más.

Alberto Rodríguez y González era el más puntual de los empleados de la casa. Contadas eran las veces que se había retrasado y no pasaban de media docena las faltas cometidas; siempre justificadas y aun previstas con una semana de anticipación. Una mañana decía:

—Estoy acatarrado.

A la siguiente volvía a decir lo mismo, y a las tres o cuatro le indicaba al jefe con cierta timidez:

—Voy a tener que guardar cama.

Y faltaba, y al día siguiente se excusaba con todo el mundo, con el jefe, con sus compañeros, hasta con el ordenanza, que era el primero que topaba al entrar. Pero esto sucedía una vez cada doce meses, y me corro.

Llevaba siete años ocupando el destino. Era la única herencia que le dejó

su padre al morir. Don Anselmo Rodríguez había llevado cincuenta años en aquella oficina. Aún se le recordaba. El hijo se le parecía mucho: en lo físico, salvando diferencias de edades; en lo moral, sin salvarlas. También tuvo la coquetería de la puntualidad, y fué puntual durante medio siglo. Puntual siempre, hasta para morirse.

Quizás no hubiese servido para figurar como tipo en un sainete, porque el sainete tiende a caricaturizar los caracteres y de donde no hay cara no puede sacarse la caricatura. Su voluntad fué la reunión de las costumbres adquiridas. La vida de don Anselmo se deslizó como una comedia plácida, de escenas vulgares, donde no palpitó una pasión grande, un sentimiento hondo; una comedia sin trascendencia ni interés, algo parecido a lo que llaman ahora *comedias de matices*. Y eso fueron las casi innotables variaciones de su existir, matices sobre la uniformidad de un solo color descolorido. Sólo a la hora de la muerte logró el viejo Rodríguez dar la impresión del drama; un drama interior y silencioso que tuvo mucho de grotesco para que pareciese más cruel.

Don Anselmo había entrado en aquella oficina á los veinte años. Como su hijo, fué puntual y rároen las traiciones a su obligación. Trabajador como pocos hasta que los años, acortándole la vista y la memoria, hicieron de él un viejecillo que se levantaba de la cama a las ocho para continuar roncando, desde las nueve en adelante, en el sillón de la oficina. A veces despertábanle pesadas bromas de los compañeros, que le llevaban a maldecir de ellos y de la juventud y a comparar el presente con el pasado. Cuando llegaba a este terreno todos se echaban a temblar. Sabían que era una hora de discurso.

—¡Ah, el presente!—decía—. ¡Ahora ya no son los tiempos aquellos, ya no hay los hombres aquellos! ¡Ni escritores, ni cómicos, ni políticos, ni toreros!

Y allá iban nombres y más nombres: Zorrilla, Vico, Castelar el grande y *Lagartijo* el grande. Siempre que hablaba del tribuno y del lidiador les añadía el adjetivo. Para él ocupaban ambos las cimas más altas de la gloria.

Así seguía hablando don Anselmo hasta que el jefe asomaba la cabeza por la puertecilla verde que separaba la oficina de su despacho, y exclamaba:

—Cállese, Rodríguez. No deja trabajar a nadie.

Un día se lo dijeron. Había que jubilarle. La noticia le cayó como una bomba. Rogó, pidió por Dios, vertió lágrimas... No le hicieron caso. Llegó la jubilación con el retiro correspondiente a su sueldo.

Entonces dió comienzo el drama. Don Anselmo prosiguió yendo diariamente a sentarse frente a su sillón, ocupado interinamente por un advenedizo, mientras se corría el escalafón y se nombraba otro empleado. Rodríguez continuó acudiendo a la oficina durante un mes. Un día les extrañó a todos que faltase. A la otra mañana tampoco fué. Antes de finalizar la semana, dijo uno:

—¿Estará malo Rodríguez?

—No—respondió otro—; se habrá cansado de venir.

Pero no tardó en llegar la noticia. Rodríguez se moría. Aquel hombre había sido hasta hacía un mes una especie de edificio ruinoso apuntalado por las propias costumbres. De aquellos puntales le quitaban uno, y el edificio se hundía inevitablemente. Murió delirando:

—Sección tercera—decía—. Legajo doscientos treinta y tres...

En un reloj sonaron las dos de la tarde. El moribundo abrió mucho los ojos y aún pudo murmurar:

—La hora... Se acabó el trabajo... Hasta mañana...

Su brazo descarnado alzó la sábana sobre el rostro, como si se embozase en la capa raída, y murió a las dos en punto, a la misma hora en que salía de la oficina.

Dejó a la viuda y a su hijo Alberto, que estudiaba por entonces el segundo año de leyes. No había medio de que

continuase la carrera. Mal iban a poder vivir si no tomaban alguna determinación decisiva. La anciana, temerosa de la miseria, más por su hijo que por sí misma, halló la solución. Una tarde se fué a casa del antiguo jefe de su esposo, enterada de que aún estaba sin cubrir la plaza de escribiente que quedaba libre, después de correrse el escalafón al destino que don Anselmo tuvo. Quería aquella plaza para su hijo Alberto, que a la sazón contaba veinte años.

Compadecido el jefe, prometió ocuparse del asunto, y, al poco tiempo, a las nueve en punto, entró por la puerta de la oficina el nuevo empleado, el digno sucesor de don Anselmo Rodríguez y Rodríguez. Como mesa le señalaron la misma de su padre. Abrió un cajón, otro, otro... Al abrir el último, sus ojos tropezaron con los manguitos y el birrete que el muerto utilizó durante muchos años... Los miró atentamente, lloró acaso... Al fin se puso los manguitos, se encasquetó el gorro y comenzó a escribir un oficio. Puso una fecha. La del día. Siete años transcurridos desde ella. Durante este tiempo Alberto quedó solo; su madre también había muerto. Vivía en una casa de huéspedes de tres pesetas, y merced a los ascensos aún le quedaban doce duros al mes para diversiones. No podía quejarse. Careciendo de grandes vicios, el tabaco y el café no le llevaban más de treinta pesetas. Aún podía dedicar otras treinta al ahorro.

Así les decía, satisfecho de su suerte, a los otros compañeros de oficina que habían ido llegando. Alberto acabó de liar los pitillos y comenzó a trabajar. A las diez entró el jefe. Echó una mirada a todas las mesas, y, fijándose en una vacía, preguntó:

—¿Y Salazar?

—Aún no ha venido—le respondieron.

—Siempre ha de sucederle igual. Este Salazar es imposible. Nunca será puntual.

Cerca de las once sonó en la puerta un «Buenos días», dicho alegremente.

—El jefe ha preguntado por ti—exclamó uno, encarándose con el que llegaba.

—Bueno. Es igual—respondió éste, dirigiéndose a la mesa de Alberto y dando un puñetazo en la carpeta, gritó—: Rodríguez, mi buen amigo, ¿sabes lo que acabo de decidir?

—Cualquier atrocidad de las tuyas.

—Has acertado.

—Y ¿cuál es esa atrocidad que has decidido?

El retrasado acercó la boca al oído de Alberto, puso las manos en forma de bocina, y, bajo, muy bajo, murmuró:

—¡Casarme!

II

Luis Salazar era muy distinto a Alberto.

Huérfano a los dieciocho años, quedó en posesión de una fortunita que ascendía, en números redondos, a unos treinta mil duros. Un amigo de los padres fué el encargado de administrársela, amparándose en un documento que le otorgaba la tutoría del menor.

Mal estudiante, gustaba más de las diversiones que de la carrera y prefería pasarse las horas de clase entregado a las caricias de cualquier Venus, caprichosa y barata, en lechos de mancebía, o metido en la tertulia de un café cercano a la Facultad, mostrando su sabiduría en hacer carambolas y poniendo a una carta el producto de la reventa de sus libros. Convencido murió su padre, médico ilustre, de que el muchacho cursaba el tercer año de carrera, y eso que no había pasado del preparatorio: tanta maña dióse en la falsificación de papeletas de examen.

El tutor marcó al huérfano la cantidad necesaria a las exigencias de sus mensuales necesidades. El joven, preso en las redes de un ambiente vicioso, sin dique alguno a sus deseos, dió principio a una vida de desenfreno, de desequilibrio total. Se levantaba cuando el sol se ponía, no durmiendo jamás en la habitación de la casa de

huéspedes, habitación que pagaba por el bien parecer, como por el bien parecer se matriculó en San Carlos.

Los bailes de Panaderos, La Rosa Blanca, la Costanilla y Provisiones fueron frecuentados por él casi a diario, llegando a ser uno de los elegidos por Terpsícore, para la conservación del ministerio que esta diosa representa en el Olimpo. Puso cátedra con sus habilidades de bailarín en aquellos salones. Añádase a esto su desparpajo en el decir un tanto achulado; su conocimiento del gitano *caló;* póngase además sus naturales prendas—alto, flexible como un junco, con moradas ojeras y un rictus de vicioso en la comisura de los labios—y se tendrá la explicación del porqué llegó a ser, en poco tiempo, solicitado por las entretenidas de más renombre y envidiado por los chulos más postinosos de esta Corte de sus pecados y de los míos.

Claro que, no desprovisto de alguna dignidad, gracias a los ejemplos del fallecido doctor, jamás traspasó el límite que separa al hombre achulado, del chulo de oficio. Por no pasarlo, y no le faltaron ocasiones para ello, comenzó a parecerle pequeña la cantidad que le entregaban para sus gastos todos los días con que finalizaban las mensualidades. Acudió al tutor en demanda de una ampliación de dicha suma. El viejo amigo del padre, sabedor de la vida del mozo, se negó a tales pretensiones.

Luis Salazar buscó, indagó, *revolvió Roma con Santiago,* y fué a caer en las redes de un señor muy serio y muy correcto, que se dedicaba al libre ejercicio de la usura. El joven expuso su situación al prestamista. Este habló de un sinfín de inconvenientes, para subir los réditos lo más posible. Al fin le preguntó qué cantidad necesitaba.

—Mil pesetas—respondió Salazar.

—¿Mil pesetas?

Una operación así no merecía la pena. Además, él no era quien daba el dinero. El capitalista era otro señor que no hacía operaciones de menos de tres mil pesetas.

Luis vió el cielo abierto. ¡Tres mil pesetas!... Y aceptó. Después de cumplir ciertas formalidades, de presentar una copia legalizada del testamento y de firmar una escritura en blanco, con fecha posterior, recibió el dinero ante un notario que, indudablemente, tenía participación en los no muy honrados negocios del prestamista. Porque todo hay que decirlo. A pesar de la ley de usura, que marca el 8 por 100 anual como interés máximo, se sigue cobrando el 100 por 100, con amaños que, bordeando el Código, preparan curiales y usureros. Algo les proporcionará esto cuando lo hacen, que delinquir desinteresadamente fuera cosa de tontos o de locos.

Salazar había dado el primer paso en la pendiente de la ruina. Necesitó más dinero y acudió nuevamente al que se lo podía proporcionar. En dos años ascendieron sus peticiones a diez mil duros. Cuando cumplió la mayoría de edad y quiso entrar en posesión del resto de la herencia se encontró con que toda había de poner a manos del usurero a quien, según cuentas exactas, aún le dejaba una deuda de setenta y siete pesetas con ochenta y tres céntimos.

Solo, sin oficio ni beneficio, recurrió a un viejo amigo de su padre. Este apiadóse del huérfano y le procuró el destino de mil ochocientas pesetas que disfrutaba. Acostumbrado a su anterior vivir, no podía sujetarse a esta cantidad, y recorriendo la cuarta plana de un diario toparon sus ojos con un anuncio que decía: *Dinero con reserva a sueldos y pensiones del Estado, Ayuntamiento y oficinas particulares que merezcan toda clase de garantías.*

Allá fué de nuevo a comprometer la quinta parte de las ganancias que le proporcionaba su destino para seguir sus nocturnas correrías de baile en baile, de taberna en taberna, de mancebía en mancebía.

Alberto Rodríguez estaba seguro de que su compañero *la había corrido* aquella noche. Siempre iba retrasado a la oficina. Pero aquella mañana daban las once cuando entró y a tales horas no llegaba más que cuando el vino o las

mujeres le detenían hasta el amanecer. Por eso, cuando se acercó a su mesa, sin hacer caso de la noticia del casamiento, comenzó a sermonearle como tenía por costumbre.

—Esa no es vida, te estás matando, y lo que es peor aún, comprometiendo la seguridad de tener a cubierto las necesidades de tu existir. El jefe está cansado de tolerar que le tomes a broma y faltes a tu obligación sin atender advertencias ni admoniciones. A los oídos de los superiores han llegado las noticias. ¿Qué será de ti si te dejan cesante? Es hora ya de que te normalices.

—Bueno, Rodríguez, deja los sermones para otra ocasión y dame un pitillo, que ni eso tengo ya. Y ahora vas a escucharme. Pero antes necesito que me prestes un duro que debo a un camarero que no tardará en venir a cobrármelo. Hace un mes que le hice el consumo y he dado palabra de pagárselo hoy.

—¿A día tres y ya no tienes dinero? Muy bonito y muy decente. Te lo habrás gastado con cuatro sinvergüenzas y ahora vienes a pedirme a mí... Hasta aquí hemos llegado. No te lo doy. Así aprenderás. Si no lo tienes, lo buscas o lo robas.

Salazar no se inmutó. Sabía que Rodríguez acabaría por dárselo. Aquellos dos hombres, tan distintos uno de otro, se querían de una manera fraternal. Se admiraban mutuamente, quizás se envidiasen un poco. Luis tenía sobre su compañero ese poder un tanto sugestivo que los *golfos* ejercen sobre los jóvenes formales; Alberto rechazaba indignado la vida de su amigo, pero escuchaba boquiabierto los incidentes de sus juergas, un poco molesto de tener la fuerza de voluntad suficiente para no hacer lo mismo, riendo las escenas de tales aventuras cuando olvidaba, de momento, su papel de censor. Salazar se burlaba de que el otro hubiese tomado la vida tan en serio, pero admiraba su equilibrio moral y escuchaba sus consejos y sus reprimendas con un respeto mal encubierto por la broma, molesto también de carecer de la voluntad necesaria para no tomar aquel camino. El juerguista creía reírse del hombre serio, y el hombre serio creía compadecerse del juerguista. Estas dos equivocaciones crearon un afecto mutuo.

La noche que la madre de Rodríguez entró en el período de gravedad que la condujo al cementerio se enteró Salazar al ir a montar en un automóvil, invitado por un amigo para cenar con unas mujeres en la Cuesta de las Perdices. Con gran sorpresa de sus contertulios abandonó la juerga en aquel mismo instante—las tres de la mañana—, y se dirigió a casa de su compañero. Durante un mes, tiempo que la muerte tardó en llevarse a la vieja, iba a velarla una noche sí y otra no para que Alberto pudiese descansar. La noche que no le tocaba quedarse iba por la tarde a la casa. Al lado del joven estuvo en la hora fatal, y junto a él tomó asiento en el coche de punto que detrás de la carroza mortuoria se dirigió un día lluvioso del invierno a la morada de donde no se vuelve.

En otra ocasión fué Salazar quien estuvo en trance apurado. Se había gastado doscientas pesetas que no eran suyas. Tenía que devolverlas en el término de veinticuatro horas. Si no lo hacía se enterarían sus jefes de lo sucedido y lo echarían a la calle; acaso lo procesasen por ladrón. Cuando Alberto lo supo, fué al Monte de Piedad, donde tenía guardadas cuatrocientas pesetas, y dió a su amigo la cantidad que necesitaba.

—¿Cómo pagártelo?—dijo agradecido Luis.

—Lo principal es que solventes la situación. ¿Pagarme? Ya me pagarás cuando puedas y como puedas.

Si a Rodríguez le hablaban de Salazar decía: «Sí; es un golfo incorregible, pero en el fondo no es malo.» Si sucedía lo contrario, exclamaba Salazar: «Es de una formalidad insoportable, pero es bueno.» En aquel «no es malo», y en aquel «es bueno», frases dichas sin darlas importancia al rodar de una conversación, había oculto un desinteresado afecto fraternal.

—Sí, señor—continuó Rodríguez—,

lo buscas o lo robas. Estoy harto de darte consejos.

—¿Y dinero?

—Y dinero, sí, señor. Ya que tú lo dices lo diré yo también. Esa vida que haces es perdonable cuando se tienen veinte años, tú has cumplido los treinta.

—El que me vayas a dar un duro no te autoriza a molestarme recordándome la edad que tengo.

—Déjame de bromas.

—Sí, tienes razón. Yo sé que a mi edad hay que empezar a reprimirse, a dejar esa vida. Eso se logra...

—Eso se logra con voluntad.

—Muy bien dicho, pero como yo no tengo voluntad propia, debo de buscar alguien que la tenga por mí, y...

—¿Y qué?

—Y... me voy a casar.

—Te he dicho que me dejes de bromas.

—No, si es con toda seriedad, me caso.

—¿Lo has decidido de pronto?

—Lo he decidido. Es decir, lo han decidido los padres de mi novia.

—Como no te expliques...

—Verás. Tú sabes que hace cuatro meses conocí en el Retiro, mientras oía la Banda Municipal, a Margarita. Tú sabes que me puse en relaciones con ella por pasar el rato, que el segundo mes, sin saber cómo ni por qué, me presentó a los padres y subí a su casa, que he ido a verla a diario, que nos dejaban solos, que yo...

—Sí; todo eso me lo has ido contando.

—Pues anoche... Anoche fuí como de costumbre a casa de Margarita y, como de costumbre, nos quedamos solos. Vino lo de siempre: el besuqueo, las manos que, como estamos en invierno, se enfrían y buscan calor donde pueden... Esto ha sucedido consecutivamente durante cincuenta y cuatro días. Anoche... anoche...—y Salazar, acercándose a Rodríguez, terminó la frase por lo bajo.

—¿Qué dices?

—Lo que estás oyendo. En el momento culminante, ¡paff!, la puerta de la habitación que se abre violentamente y hacen su entrada el padre, la madre, la hermana, la criada y un viejo amigo del padre... ¡Todos! ¡Hasta *Lili!*

—¿Quién es *Lili?*

—La perra. ¡Figúrate la escenita! En fin, chico, que he decidido casarme.

—¡Qué barbaridad!

—Ya sé que es una barbaridad, pero ¿qué quieres? Si no me caso voy a la cárcel y entre prisión y prisión...

—No me refería al casamiento. Si ella es buena y te quiere...

—¿Buena? Un ángel. ¿Quererme? —Salazar tomó por primera vez en su vida un aspecto serio, quizás un tanto enfático, y terminó—: ¿Quererme? La prueba es reciente e indiscutible: ¡Me ha sacrificado su honra!

III

Salazar presentó a su compañero en casa de la novia. A Rodríguez le fué muy simpática toda la familia.

El padre, don Manuel Garrido, capitán de la reserva, retirado, le agradó por su seriedad, a veces un poco extremada, pero correcta siempre. Los grandes bigotes teñidos dábanle un aire caballeresco que no desarmonizaba con su trato. Comenzó la carrera sentando plaza de voluntario; fué a Cuba con los galones de sargento y, a su vuelta a España, trajo colocadas en la bocamanga las estrellas de teniente, logradas por méritos de guerra. A los pocos meses de su arribo a la patria, se casó con doña Andrea, a quien había conocido en una ciudad castellana donde fué destinado. Allí hizo algún dinero, explotando la inocencia de los campesinos de la comarca. Cuando llegaba la época del sorteo de mozos íbase a dos o tres pueblos que por entonces debían estar en estado totalmente salvaje, porque aun después de pasar algunos años parecen casi primitivos. Creían aquellas gentes que don Manuel era hombre de grandes influencias, capaz de hacer que los números saliesen según le viniera en gana, y acudían a él, haciéndole en-

trega de cuarenta duros para quedar libres del servicio. El hombre, con el dinero en los bolsillos, marchaba a la ciudad acompañado siempre del padre de algún mozo, para que no pudiesen poner en duda sus influencias. A distancia conveniente de su acompañante, charlaba del tiempo con el alcalde y con el secretario del Ayuntamiento. Antes de que la conversación terminase, exclamaba:

—Les dejo, ¿eh? Me está esperando aquel labrador. Es de*** (Aquí el nombre del lugar.) Su hijo sortea este año. Me está dando la lata con que lo recomiende... Figúrense ustedes. Cualquiera le convence de que las recomendaciones son inútiles. Para quitármele de encima voy a llamarle y le diremos que se tomarán cartas en el asunto. Así no volverá a molestarme.

Cuando el labrador se acercaba, decía don Manuel a las autoridades:

—Este es el padre del mozo. No les digo nada.

—Descuide, don Manuel. Haremos todo lo posible—respondían los otros por cumplir.

Y el incauto pueblerino contaba al día siguiente en su lugar que en la cuestión de quintos hacía don Manuel Garrido lo que nadie era capaz de hacer. Llegaba el día del sorteo. Unos mozos salían soldados y otros libres. A los primeros les devolvía sus cuarenta duros, diciendo: «Chico, no pudo ser. Alguna enemistad que tiene tu padre o que tuvo tu abuelo. No es mía la culpa.» A los segundos les daba una palmadita en el hombro, murmurando: «Hecho. Trabajo me ha costado, pero lo he conseguido.» Y todos quedaban agradecidos y él se guardaba sus pesetas. Claro que esto no se lo contaba a nadie el caballeroso capitán retirado.

. Desconocedor de tal negocio y de otros por el estilo, le pareció a Rodríguez el futuro suegro de su compañero de oficina un hombre digno en toda la extensión de la palabra.

De doña Andrea también formó grato concepto; cierto que a las pocas palabras salía la pueblerina, y al corto rato de conversación, la hembra ineducada, de mal encubierta grosería, pero hacía lo posible por ocultarlo, y resultaba bonachona en extremo.

A Margarita la conocía de vista y ya había alabado de antemano sus grandes ojos negros, un poco tristes, su larga y ondulada cabellera y su cuerpo opulento de caderas y senos retadores. En el trato era modosa, extremadamente modosa; a cualquier palabra, por poco subida de tono que fuese, sus mejillas se coloreaban y el rubor la hacía poner los ojos en el suelo. Muy afable, siempre sonriendo con una sonrisa llena de castidad. Desde el primer momento vió que la chica estaba loca de amor por su amigo. No le quitaba ojo. Realmente tenía razón Salazar: le quería; era un ángel.

Pero lo que más atrajo a Alberto, lo que quizás le hizo formar tan buena opinión de todos y de todo, fué Lucía, la hija menor del capitán: rubia, delgada, de correctísimas facciones, de gesto dominador y temperamento nervioso. Era la verdadera dueña de la casa. Nadie la discutía. Le chillaba a la criada, le chillaba a su hermana, les chillaba a sus padres. Y todos la oían sin atreverse a contestar. Un poco molestó al joven empleado el colérico genio de la niña, pero al salir de la vivienda, después de haber enumerado las buenas cualidades de la familia entera, no pudo por menos de exclamar:

—Sobre todo, ¡tienes una cuñada!

Desde entonces fué todos los días a casa del retirado capitán con su compañero de oficina.

Empezaron las veladas, en las que se jugaba a las cartas, sentados todos alrededor de la mesa camilla, con el brasero entre los pies. Otras veces eran los cuentos o los juegos de prendas los que entretenían la reunión. Los días de fiesta marchaban todos juntos a solazarse con las delicias del cinematógrafo o se metían en un café de barrio donde un sexteto amenizaba la tarde. Cuando el sol lo permitía, encaminábanse a los merenderos de los Cuatro Caminos o de la Bombilla, portando una cesta llena de provisiones. En cualquiera de ellos alquilaban una

cazuela y mercaban el vino. Las dos muchachas y los dos amigos corrían en busca de leña mientras los padres disponían todo lo necesario al guiso. Una vez el fuego encendido, el capitán retirado, en mangas de camisa y con los brazos al aire, se acercaba ceremoniosamente a la improvisada cocina como si fuese a cumplir un sacerdocio. El era quien hacía el arroz sin permitir la intervención de nadie. Guisar arroz era su vanidad.

De aquellas veladas, en las que la mesa camilla adquiría oficios de tercera; de las reuniones del cinematógrafo, donde la oscuridad es encubridora de la prostitución discreta; de las meriendas campestres, donde la Naturaleza obra de estimulante al deseo hipócritamente contenido, nacieron las amorosas relaciones de Lucía y Alberto.

Doña Andrea las presintió antes que su marido; ayudó a ellas fingiendo quedar dormida cuando la ocasión lo reclamaba y despertando en el momento en que las escenas del noviazgo tomaban un giro peligroso.

¡Oh, madres semejantes a la doña Andrea de mi historia, sabias urdidoras de redes donde cazar novio para las hijas mozas, heroicas representaciones de la atenta distracción, del dormir con un ojo y velar con otro, de la sordera que todo lo oye, de la ceguera que todo lo ve, de la distracción que todo lo atisba; admirables embaucadoras de jóvenes incautos, maestras en el cada día más difícil oficio de llevar parejas ante el cura, saludad con todo respeto a la engendradora de Lucía, que era una de las más aventajadas profesoras de vuestro arte! Ella conocía el secreto de hacer que los dos jóvenes deseasen la miel; pero ella estaba allí para guardarla como un mastín... Cuando lo creía prudente se alejaba un poco, se abstraía en la lectura de un periódico que ponía entre sus pupilas y los novios; se dormía. Los golosos acercaban los labios al dulce; pero cuando iban a morderlo, el mastín, gruñendo, enseñaba los dientes. No había más remedio que casarse. Si Adán y Eva volviesen a nacer y Eva tuviese una madre así, no se comerían la manzana sin matrimonio; por mucho que la serpiente les aconsejase el pecado. La serpiente no puede nada hoy ante la magna viveza de las zorras sabias.

Y Rodríguez se metió de cabeza en la trampa como antes se había metido su compañero. No era ya una boda, sino dos las que se preparaban en casa del retirado capitán, dos las que se anunciaron a los cuatro meses a las amistades para el mismo día, para la misma hora y en idéntico templo.

El solemne acto se celebró un domingo. Desde las seis de la mañana estaban las novias arreglándose con la madrina, que no era otra que doña Andrea. A las nueve llegaron los prometidos, acompañados del padrino, cargo correspondiente al jefe de la oficina donde ellos estaban empleados; los tres vestían correctamente de levita. La boda se había señalado a las once. Daban las diez cuando Rodríguez, impaciente porque madre e hijas no acababan de salir del tocador, se dirigió en su busca.

Al llegar a la puerta oyó algo que se le quedó grabado muy hondo. Margarita y Lucía regañaban.

—Tienes que darme otro ramo de azahar—gritaba la primera.

—¡Te he dicho que no!

—¡Pues sí me lo darás!

—¡Pues no te lo daré!

—¡Trae!

—¡No!

—Si los llevas tú todos.

—Y no es extraño, ya lo sabes—respondió agriamente Lucía—. De las dos soy la única que, bien o mal, aún puede ostentar razonadamente los azahares.

IV

—Feliz, chico, feliz hasta la exageración—exclamaba Salazar una tarde, a los cuatro meses del casamiento.

Rodríguez le escuchaba admirado.

—Pero ¿es posible?

—Lo que oyes. Margarita me quiere como el primer día. Además me ex-

traña que lo dudes. Por tus propios ojos lo ves cuando nos visitas.

—Sí, lo veo; pero hasta oírtelo decir con ese entusiasmo que no puede ser fingido no pasaba a creerlo. Imaginaba que esa paz y esa tranquilidad y esa armonía que reinan en tu casa no eran realidad más que delante de la gente. Creía que en vuestra vida íntima, cuando os quedaseis solos, surgirían mil contiendas domésticas.

—Te engañabas de medio a medio. ¿Qué motivos tenías para suponer lo contrario?

—Ninguno... Es decir, alguno hubo. Conociéndote antes, sabiendo tu vivir licencioso, tu rebeldía contra todo lo que significase impedimento a tu libertad; tu forma de tirar dinero, teniendo que adquirir trampas y más trampas; la seguridad absoluta de que eras totalmente incorregible, tu carácter, en una palabra..., pensé que no podrías sujetarte, que una vez pasados los dos primeros meses, volverías a tus juergas y a tus borracheras... Creía que, a consecuencia de esto, tu mujer te daría un disgusto cada cinco minutos y que acabaríais por pedir el divorcio.

—Lo mismo me dije yo el día de la boda.

—Por otro lado...

—Continúa: Por otro lado...

—El sueldo es corto; Margarita está acostumbrada al sombrero y a los lazos, y para dárselos tornarías a empeñarte; vendrían las discusiones por falta de dinero...

—Te has equivocado, Rodríguez; mi vida es muy distinta a lo que supones.

Salazar no mentía. Su casa era el Paraíso metido en un modesto cuarto de diez duros. Margarita tenía un carácter digno de la santa más santa del calendario. No gritaba nunca, no se enfadaba nunca. Adivinaba los pensamientos del esposo, y bastábale a éste desear una cosa para que ella la hiciese sin previa petición. Le acariciaba a menudo con zalamerías de gatita mimosa. Era él quien quería estar en su casa el mayor tiempo posible, y ella la que, dulcemente, insinuaba:

—Luisito, nene mío, ¿por qué no vas a darte un paseo o al café a pasar un rato con los amigos? No me gusta verte continuamente aquí metido. Es necesario que te distraigas, que disfrutes un poco. No quiero que te sacrifiques por mí.

—Si no es sacrificio. Si estoy aquí porque a tu lado me encuentro mejor que en ninguna otra parte.

—Eso lo dices porque me quieres mucho, pero yo bien sé que te contraría pasar tanto tiempo encerrado.

—Te aseguro que no.

—Si no me convences. Anda, vete un ratito por ahí. Mira que me disgusto.

Por no disgustarla salía Salazar de su vivienda.

A saber componérselas con los treinta duros que aportaba el empleado a primeros de mes no la ganaba nadie. De un duro hacía tres.

—Hubiese sido un formidable ministro de Hacienda—solía decir el marido.

Nada faltaba en la casa, nada tampoco se debía. Sin embargo, ella salía a la calle bien trajeada, casi con lujo. Siempre tenía tres o cuatro sombreros. Con sus propias manos los confeccionaba, a dar crédito a sus palabras. Igual acontecía con la ropa blanca. Luis no la veía trabajar. No era extraño. A creerla también, se dedicaba a tales labores por la mañana, para no aburrirse mientras él estaba en la oficina. Hasta alguna alhajilla guardaba en el armario. Se las regalaba su madre. El calzado y demás prendas que no podía elaborar lo compraba a plazos en unos almacenes—de los que nunca dijo el nombre—. Cualquiera que viese por primera vez aquella mujer y aquella casa no imaginaría que podía costearlas un modesto empleado de mil ochocientas pesetas. Después de oírla a ella saldría con la convicción de que una mujer arreglada puede hacer lo mismo y aun algo más. Todo tenía su porqué, sin salirse de los treinta duros mensuales.

Con esposa de tales condiciones no era de extrañar que Luis hiciese una vida modelo, ni de esperar que *sacase los pies de la banasta*, cuando en la

banasta se vivía tan felizmente. Sólo por las mañanas, al ser la hora de levantar al oficinista del lecho para que fuese a su trabajo, se oía gritar a Margarita. Si él se retrasaba un poco en comenzar a vestirse, ella se enfadaba, indignándose, desesperándose. ¿Faltar a la oficina? Era lo único que no le toleraría nunca.

—Además...—Salazar sonrió picaresco y dichoso—, Margarita está embarazada.

—Callado lo has tenido.

—Eso creo yo y eso cree ella. ¿Eh? ¿Qué opinas ahora? ¿Puedo pedir más?

—¡Tienes razón!

Rodríguez lanzó un profundo suspiro que causó una gran sorpresa en su compañero.

—¿Acaso tú no eres feliz?

Alberto puso en el preguntante una mirada llena de melancolía. No; no era feliz, no podría serlo jamás. Lucía tenía un genio imposible. Cualquier cosa la sacaba de sus casillas. Menudeaban las contiendas domésticas. Como era rencorosa, llevábase después veinticuatro horas sin dirigir la palabra a su esposo, y como no había día sin disgusto, pasaban sin hablarse la mayor parte de la existencia. Las contrariedades eran motivo de que descuidase su personal aseo y la veía peinada un par de veces cada mes. Lo más mínimo provocaba una rencilla: un objeto mudado de sitio, el cuchillo que chirría sobre un plato, la butaca que se arrastra con demasiado ruido, las gotas de vino que manchan el mantel... Cualquier detalle engendraba el relámpago; luego se desataba la tempestad violenta, borrascosa. Rodríguez no se atrevía a moverse, ni a levantar los ojos siquiera ante la excitación constante de la esposa.

—Es horrible... ¡Horrible!—exclamaba el desdichado marido—. No puedes darte idea de lo que es esto.

—Pero ¿tú haces algo que pueda motivar tales extremos?

—Nada... Nada... Salgo de la oficina y corro a mi casa. Ahí me paso las tardes, a no ser que a ella se le ocurra ir a visitar a sus padres... Me acuesto temprano. No pido nada porque no me atrevo a pedirlo. No la contrario porque...

—Porque la tienes miedo.

—Sí, Luis, hay que confesarlo. La tengo miedo, un miedo enorme.

—Tú tienes la culpa. Impónte. Sé el amo de tu casa.

—¿Imponerme? ¿Acaso supe imponerme a nada ni a nadie? A veces grito yo también, y entonces...

—Entonces, ¿qué?

—Me dice que si no me conviene que me vaya. Figúrate. Como si eso fuese tan fácil hacerlo.

—¿Por qué no?

—Porque a raíz de decirlo, exclama: «¿Qué quejas puedes tener de mí? ¿No soy honrada...?» ¡Ay, amigo mío! Mi mujer cree que el hombre no debe exigirle a su esposa más que honradez y fidelidad, y estoy de fidelidad y de honradez hasta la coronilla... ¿Qué hora es ésa?

—Las dos y media.

—Adiós, chico; hasta luego. ¡Las dos y media! Buena se va a poner Lucía.

Y el desgraciado Alberto echó a correr calle adelante, mientras su cuñado le miraba marchar murmurando:

—¡Pobre Rodríguez! ¡Qué cosas, qué cosas! ¡Pobre Rodríguez!

★

El empleado, jadeante, subió el último tramo de la escalera. Tímidamente tiró de la campanilla, y la puerta se abrió. No fueron unos cuantos, fué un torrente de gritos y de injurias las que le dirigieron al entrar. El, pasivamente, mansamente, se despojó del gabán, arrojándolo contra una silla. Varias veces intentó disculparse. Las voces de su mujer no le dejaron.

—¿Eran aquéllas horas de ir a comer? ¿Si creería que ella había venido al mundo para aguardarle? Pues no, no y no. Ella había comido ya. Si estaban fríos el cocido y la sopa, él se tenía la culpa. Si no los quería así, que ayunase. No era cosa de encenderle lumbre al señorito.

Mientras hablaba de esta forma iba

de un lado para otro, tirando sobre la mesa las servilletas y los cubiertos. En uno de sus ímpetus derramó la sopa sobre el mantel.

Alberto, con los ojos bajos, empezó a comer despaciosamente, callado como un chico ante las iracundias del dómine. Al servirse el vino dejó caer unas gotas sobre la mancha de caldo que acababa de extenderse en el mantel. Allí fué Troya. Las vecinas salían a las ventanas del patio a escuchar a la hija del militar retirado. En el suelo de la habitación sonaron unos golpes. Eran los inquilinos del piso inferior, que se quejaban dando con un palo en el techo.

Rodríguez se acordaba de las frases de su cuñado: «Tú tienes la culpa. Imponte, sé el amo de tu casa.»

Por primera vez desde el día de la boda tuvo un gesto digno. Se alzó de la silla, y gritando: «¿Te parece mal que hayan caído esas gotas de vino?», arrojó contra el suelo la botella, más tarde la sopera y la fuente que portaba el cocido, las tiró hacia arriba, produciendo una verdadera lluvia de garbanzos.

—¡Ya estoy harto! —exclamó—. ¡Eres inaguantable! Ahora mismo te largas con los que te trajeron al mundo, que ellos tienen la obligación de soportarte. Yo no paso de aquí.

Ella, sorprendida, no se atrevió a responder en iguales términos.

—¡Ah, me echas! Me echas a mí, a tu mujer, como si fuese una cualquiera. La culpa he tenido yo, que me he conservado honrada, que te he sido fiel. Si te engañase, otra cosa sería.

—¿A mí? ¿Engañarme a mí?—respondió Alberto, que comenzaba a arrepentirse de su violencia.

—A ti. Ahí tienes a mi hermana. Hizo lo que hizo, y ya ves si es feliz.

—¿Tu hermana? ¡Ya quisieras tú ser como tu hermana!

—Sí, ¿eh? Después de todo no está mal, y que tú lo supieses. Porque al menos, el calzonazo del marido lo ignora.

Alberto quiso decir algo, y se contuvo. Acaso iba a recriminarla por aquellas palabras ofensivas para la mujer de su fraternal compañero. De pronto, vino a su imaginación el recuerdo de la frase que había oído de labios de Lucía la mañana en que se celebró el casamiento. Varias veces la trajo a su memoria, pero nunca se atrevió a preguntar. En aquel momento parecióle que una voz tornaba a repetírsela al oído: «Soy la única que aún puede ostentar los azahares razonadamente.» ¿Qué quiso decir su mujer aquel día? ¿Qué quería decir ahora? Para saberlo, para provocar la indignación de su esposa y hacer que ésta se lo contase todo, aún exclamó Alberto:

—¿Te atreverás a injuriar a Margarita? ¡Es una santa!

—Una santa, ¿eh? Así es la vida. ¡Una santa! Una santa que...

Y comenzó violenta, despiadadamente, a relatar lo sucedido, gritando, gesticulando.

Margarita, antes de conocer a Salazar, tuvo relaciones con un profesor de piano, Urrutia, un hombre un tanto dado a cursilerías, que él llamaba romanticismos.

Era un desesperado. Unido a una mujer vulgar, incapaz de comprender las delicadezas de un alma, decía ser un soñador e infeliz solitario en el desierto de la prosa de su hogar. Margarita gustó de la espiritualidad del maestro.

Los amores espirituales no son más que los carnavales de la carne, los diablillos rojos del apetito y del deseo, que se visten de blanco y se ponen antifaces de color de rosa. Pero, ¡ay!, que un día las caretas se caen, las vestiduras se desgarran, y el pecado, bello y fuerte como un Dios todopoderoso, muestra su desnudo admirable, de donde emergen todos los aromas de la tentación. Margarita, embriagada de espiritualismo, cayó en brazos del profesor de música, sacerdote que la suerte tuvo a bien depararla para su iniciación en el sagrado sacrificio a la Naturaleza, que es la divinidad suprema de todas las fecundidades. Ni que decir tiene que Urrutia, apenas se dió cuenta de lo que había hecho, dejó de ir por la

casa. Los padres se enteraron de lo sucedido—el cómo es lo de menos—, y después de una escena calderoniana que no es difícil de adivinar, se dieron a buscar un medio que reparase el daño. Y lo encontraron. Salazar enamoraba a la chica. Había que formalizar aquello, y el empleado subió a casa de la novia. Después... Ya sabía Alberto lo sucedido. Se quedaron solos. Margarita, conocedora de lo que había urdido su padre, se entregó al novio; al caer contra el sofá, dió un golpe en el muro que separaba aquella habitación de la otra, donde el militar y los testigos aguardaban. Fueron sorprendidos *in fraganti*.

Alberto escuchó aquella historia, relatada en cuatro frases violentas por la indignación de Lucía, y no pudiendo contenerse, murmuró:

—¡Pero tu padre no tiene vergüenza!

—¡Es mi padre!—rugió ella.

Ante estas palabras, pronunciadas como una amenaza, Alberto enmudeció. Después dijo para sus adentros: «Lleva razón, debe de ser su padre, ¡cualquiera aseguraba una cosa así después de escuchar lo de Margarita!; pero su padre no tiene vergüenza!» Y se quedó tan convencido.

Ella no se detuvo.

—Ya lo sabes todo—exclamó—. Defiéndela ahora, llámala santa y trátame a mí, a mí, ¡a una mujer honrada!, como me acabas de tratar ahora mismo. Si, tienes razón, me voy a mi casa, a casa de mis padres, de donde no debí salir nunca, y menos contigo.

Llorando, comenzó a vestirse. Alberto, un tanto asustado de sí mismo por la violencia que acababa de emplear con su mujer, atontado por lo que había oído, miraba a Lucía con gesto de idiota, sin saber qué determinación tomar. Ella continuaba llorando por lo bajo y suspirando hondo.

—Lucía...—se atrevió por fin a murmurar él.

—¡No me hables!—rugió ella—. ¡No quiero oírte! ¡No quiero verte! Me voy, me voy, aunque tenga que pasar por encima de ti para salir de esta casa.

Rodríguez no contestó nada, no podía contestar nada. De un lado, su mujer gritando siempre, amargándole la existencia con su intolerable carácter; de otro, la hipocresía de Margarita y la desgracia de Salazar. Todo iba y venía en tumulto por su imaginación, anonadándole de tal forma que, sin moverse, vió pasar ante sus ojos a Lucía; la miró como abría la puerta de la calle, oyó que ésta se cerraba de golpe, y no pudo más que dejarse caer de bruces contra el mantel empapado de caldo y de vino.

—¡Se ha ido!—sollozó—. ¿Qué va a ser de mí ahora?

V

Claro que la separación no duró más que cuatro días. Al que hacía cinco apareció el bueno de Rodríguez en casa del retirado capitán.

En vano procuró resistirse, inútilmente se esforzó para dominar sus deseos. No pudo ser. Al salir de la oficina, en vez de dirigirse a su vivienda tomó el camino que llevaba a la de los padres de su mujer. No se extrañaron éstos; tampoco se extrañó ella. Lo esperaba.

El pobre Rodríguez había heredado de su padre el amor a las costumbres adquiridas, y lo mismo que aquél se murió de pena la primera vez que le hicieron perder una costumbre, éste enfermaba poco a poco. No podía vivir sin su mujer, con sus gritos y sus denuestos, con sus iras y sus injusticias. Hay veces en que los perros echan de menos el látigo del amo. Rodríguez se había acostumbrado a que le dominasen, y cuando le faltó la voluntad de Lucía y se encontró dueño y señor de su albedrío, comprendió que no servía ni para mandar en su propio ser. Hay quien es esclavo porque no le dejan ser hombre libre; hay quien no es hombre libre porque no le agrada dejar de ser esclavo. Muchos hombres han nacido para ser siervos, y lo son

siempre, cuando llevan las riendas de los caballos de un coche como cuando llevan las riendas del estado. Tan prisionero se es con una cadena amarrada al pie como con una corona sobre la cabeza. La corona tiene forma de jaula.

Alberto comprendía que volver con su mujer era tornar a su lamentable existencia de marido manso. Sin embargo, iba a buscarla. Estaba tan acostumbrado a la intranquilidad y al desasosiego, que la calma silente de su solitaria vivienda le aterraba; cuando abría la puerta imaginaba entrar en una tumba. Después de todo, el violento carácter de Lucía era perdonable; al fin y al cabo, otros, creyéndose más felices, eran más dignos de lástima. Así pensaba el infeliz, compadeciendo a su cuñado.

Luego, ya en el terreno de los optimismos, tampoco hallaba motivo para que Salazar fuese digno de compasión. Cierto que habíanle casado engañándole, haciéndole creer que la joven que con él desposaban iba a entregarle las primicias de su cuerpo. Así lo había creído. Ella demostró, demostraba en todas las acciones de su vida, que tenía delirio por su cónyuge. Lo pasado fué una locura de chicuela, un momento de desvarío, acaso su inocencia, el desconocimiento de lo que hacía, los únicos culpables de que cayese. Prueba de ello que su conducta fué desde entonces intachable.

—Nada, nada — murmuraba Rodríguez al tirar de la campanilla de casa de sus suegros—. Margarita es digna de toda clase de consideraciones: a pesar de aquello Lucía... no es mala... Incapaz de hacer mi felicidad, eso sí; pero no puedo vivir sin ella.

Ni que decir tiene que cuando Alberto salió de la casa, arrastraba en pos de sí a la iracunda esposa, y que no pasaron veinticuatro horas sin que surgiese una contienda. Claro que, convencida ella de que había llegado a ser imprescindible para Alberto, volvió con más brío, si cabe, a endemoniarle la existencia. Cuando las mujeres se marchan, aunque lo hagan con razón, debe esperar el hombre que vuelvan, si tal es su deseo. Buscarlas significa darlas una importancia que ellas toman por inferioridad del varón. Tomar título de inferior es declararse vencido, y se debe tener presente que el hogar es un campo de batalla donde tienden a dominar dos potencias. ¡Infeliz del hombre que capitula! Rodríguez había capitulado el día que fué en busca de su esposa.

Mientras tanto, Salazar continuaba siendo dichoso, más dichoso cada vez. Ya tenía la seguridad—habíasela dado el médico—de que Margarita estaba embarazada. No cabían en ellos el gozo y la satisfacción.

Alberto y Lucía envidiaban la suerte de sus parientes. Aquella envidia acabó en Alberto una mañana en que la casualidad le hizo conocer un secreto del que, aparte de los protagonistas, no sabía nadie nada.

Como de costumbre, se levantó para ir a su oficina. Cuando estaba lavándose la cara, le dijó su mujer:

—Alberto, no tengo ni un céntimo para hoy. Es necesario que veas la manera de enviarme un duro en seguida para poder poner el almuerzo.

Estos apuros de fin de mes eran corrientes para el matrimonio. Rodríguez no se extrañó, y menos aún se molestó. Acabó de vestirse, salió a la calle, y en vez de dirigirse a la oficina tomó el camino que conducía a casa de Salazar. Cuando los dos estaban solteros Alberto era el encargado de sacar de apuros a su amigo: ahora era éste quien, gracias al talento financiero de Margarita, acudía en socorro de Rodríguez cuando se presentaba la ocasión.

Rara cosa en el puntual empleado, había dormido más de lo justo aquella mañana, y cuando entró en el portal de su compañero sonaban las nueve y media en el reloj de torre de una iglesia vecina. No era, pues, de extrañar que la portera le dijese:

—Si va en busca del señor Salazar, no se moleste en subir las escaleras, porque hace un momento lo he visto salir.

Para el objeto que a la casa le conducía no importaba que hubiese sa-

lido su cuñado. Le pediría el duro a Margarita. Así pensando, subió las escaleras. Unos tramos antes que él ascendía un caballero, alto, moreno, de rizados bigotes y elegante figura. Alberto se quedó sorprendido al verle llamar en el cuarto que ocupaban Luis y su mujer. Aún le sorprendió más que el caballero, sin esperar a que abriesen, se dirigió a la puerta de enfrente, sacó una llave, abrió y, silenciosamente, se introdujo en el piso.

Dispuesto a enterarse de todo lo que motivaba tal misterio, Rodríguez no acabó de subir las escaleras. Aprovechando la oscuridad, se escondió lo mejor que pudo en un recodo, y esperó. No tuvo que hacerlo mucho tiempo. A los pocos minutos vió que la puerta de la vivienda donde habitaban sus parientes se abría despaciosa, con todo sigilo y precaución.

Pensó en algún lío de la criada, resistiéndose a creer la verdad. Y la verdad, toda la verdad, apareció ante sus ojos, precisa, clara, terminante. Margarita, envuelta en una amplia bata de color de rosa, que semivelaba las esplendideces de su cuerpo, más bella que nunca, más retadora que nunca, cruzó el descansillo, y empujando la puerta que dejó entornada el elegante caballero, se perdió en el misterio de la ensombrecida vivienda.

Rodríguez se quedó boquiabierto. «¿Qué significaba aquello?» Imaginó una aventura novelesca. Trajo a su memoria un hipnotizador, que valiéndose de cierta dama, sierva de su hipnótica fuerza, llenaba con sus fechorías todos los cuadernos de una novela por entregas.

Era necesario rendirse a la evidencia, y Rodríguez acabó por comprenderlo todo. Intenciones tuvo de llamar al misterioso piso y arrojarle a su cuñada, en pleno rostro, la acusación probada de su infamia. Pero había que evitar el escándalo. Lo mejor era marcharse a la oficina. Por el camino meditaría la resolución más prudente.

¿Llegar, contárselo todo al marido engañado, para que éste los sorprendiese en *in fraganti* delito de adulterio? No; era demasiado violento el golpe para dárselo de una vez al desdichado Salazar. Prepararle, írselo diciendo poco a poco, esto es lo que debía hacer, y esto haría.

Ya estaba explicada la procedencia de tanto traje, de tanto sombrero, de aquel lujo, en fin. Ya veía claro la manera de hacer tres duros de uno, como hasta entonces había hecho Margarita. Así no era difícil conseguirlo. Y luego, muchas zalamerías, muchas caricias... ¡Ah, perjura, más que perjura! Realmente se habían lucido con la elección de esposas. La una, honrada, fiel, demasiado fiel y demasiado honrada, pero con un genio intolerable; la otra, afable, modosa, incapaz de alzar la voz, pero pérfida... Claro que entre las dos desgracias era preferible la suya, al menos no estaba en el ridículo constante de ser señalado por todo el mundo, de que la gente creyese, como acaso creerían de Luis, que era un cornudo a sabiendas.

Alberto, reconstituyendo frases y escenas mientras caminaba, adquirió la certidumbre de que había mucha gente conocedora del suceso. Pudo explicarse las indirectas de Lucía sobre lo que ya le había contado. La extraña manera con que los compañeros de oficina recibían y trataban a Salazar. Se acordó de que un día, a la entrada de éste, hablaban todos en corro por lo bajo, y que al verle gritó uno:

—¡Ya está ahí! ¡Ya está ahí! ¡A la barrera!

Y le explicaron estas frases como si ellas fuesen el final de un cuento que relataban.

Otro día, el pobre Luis tropezó con el sombrero en la puerta de entrada, y uno le dijo:

—¡Qué barbaridad! Vamos a tener que ensancharla.

Y todos comenzaron a reír.

Salazar no se daba cuenta, no podía dársela, ignorante como estaba de los vergonzosos manejos de su esposa.

Rodríguez entró en la oficina rojo de ira y de dolor, poseído de una excitación fácil de conocer.

—¿Qué te pasa?—le interrogó Luis.

—Nada. Absolutamente nada.

—No lo niegues. En la cara te co-

nozco que te sucede algo. ¿Te ha dado otro disgusto tu mujer?

Alberto no sabía contestarle. Luis, convencido de que aquélla era la causa de la excitación de su compañero, murmuró compadecido:

—¡Pobre Rodríguez!

Aquello molestó al aludido. ¿Aún se atrevía a compadecerle? Tentado estuvo de contarle todo lo que acababa de ver. Sin embargo, contempló a su amigo con una dolorosa mirada, y dirigiéndose a su mesa exclamó:

—¡Pobre Salazar!

VI

No era sólo aquello. Según el tiempo fué pasando, Alberto se enteró de más infamias.

Comenzó a notar que el jefe trataba a su compañero con más afecto que el acostumbrado por su carácter serio de hombre que quiere hacerse respetar. Le llamaba al despacho particular, le obsequiaba con habanos magníficos, charlaba largos ratos con él. Todo, desde un día que, por el santo de Salazar, comió don Félix en casa de éste.

A Rodríguez no le pasaron inadvertidos durante aquel almuerzo las atenciones, los obsequios de que fué objeto el superior por parte de Margarita. Ya en el camino de la duda, viendo los extremos a que el jefe llegaba con su subordinado, dió en la idea de saber lo que sucedía.

Y lo supo.

Don Félix hacía visitas alguna que otra vez al misterioso cuarto frontero al de su amigo. Cuando iba a tales visitas dejaba al empleado el encargo de que terminase un expediente que reclamaba urgencia. No fué, pues, de extrañar que al quedarse vacante en la oficina el cargo de oficial primero se hiciese un *enjuage*, mediante el cual Salazar ascendió de golpe desde mil ochocientas pesetas a tres mil. Tanto puede una mujer amante del bienestar de su esposo, cuando pierde la vergüenza por completo.

Pero no pararon las cosas aquí. Alberto sintió la curiosidad de saber quién era el elegante caballero visto por sus ojos el día que descubrió los manejos de Margarita. Después de ir y venir, de sorprender palabras y medias frases, de indagar cuanto pudo, vino a sacar en consecuencia que dicho sujeto era un señor rico y casado, con quien la pecadora mantenía relaciones desde mucho antes de conocer a Urrutia, el romántico profesor de piano. De tales relaciones no tuvieron jamás noticias ni los padres ni la hermana de la adúltera. De donde resultaba que no sólo había engañado al marido, sino que era capaz de engañar a todo el mundo. Supo que el misterioso amante se llamaba don Pedro... ¿Qué más quedaba por saber?

Salazar proseguía en la higuera, como suele decirse. A veces Alberto se encaraba con él preguntando:

—¿Sigues siendo feliz?

—Feliz. Completamente feliz—contestaba el aludido.

Esta respuesta hizo que Rodríguez le callase lo que acontecía. ¿Para qué romper aquella felicidad? No lo sabía, no lo sabría nunca. Margarita hacía las cosas bien, y no era fácil que el marido se enterase de nada.

Una mañana creyó Alberto que se iba a desarrollar la tragedia. Salazar había dejado olvidados en su casa ciertos papeles necesarios a su labor oficinesca del día; se empeñó en ir a buscarlos. Rodríguez tembló. El jefe acababa de hacer una de sus salidas. Indudablemente, a aquellas horas encontrábase en compañía de su cuñada. Previendo la catástrofe, intentó convencer a su amigo de que mandase al ordenanza por los documentos. Todo fué inútil. Salazar cogió su abrigo, se encasquetó el sombrero y chupeteando la punta de un puro salió con aire marcial de la oficina.

Pasó media hora..., una..., una y media... Estaban a punto de transcurrir dos, y Luis no volvía.

Una porción de terribles ideas se agolparon a la imaginación del marido de Lucía. Vió la llegada de su compañero; las llamadas repetidas e inútiles a la puerta de su vivienda; el es-

cándalo, el aviso de un cerrajero que abría la puerta, la soledad de la mansión, la vuelta a la escalera del marido burlado en el momento en que, del piso de enfrente, salía huyendo don Félix. La disputa. La violenta entrada en el cuarto vecino; Margarita cayendo de rodillas ante los pies de Salazar; un tiro que estremece las paredes, un grito trágico, una columna de humo que asciende y el cuerpo de la mujer, que rueda sobre un charco de sangre.

Según iba Rodríguez componiendo el drama, nerviosamente cogía el sombrero y el gabán; a medio ponérselos salió corriendo a la calle ante los absortos ojos de los demás oficinistas. Al llegar al portal se dió de bruces con su compañero, que le decía sonriendo:

—Pero ¿vas ciego?

Alberto se le quedó mirando asustado. Aquella tranquilidad, aquella sonrisa... No cabía duda, Salazar trataba de fingir sangre fría... ¡Era tarde!

—¿Qué has hecho?—exclamó—. ¿Los encontraste...?

—Sí; en mi casa estaban.

—¡En tu casa! ¡En tu propia casa! ¿Los cogiste?

—Sí.

—¿Qué hiciste con ellos?

—Traérmelos.

—¿Traértelos? ¿Dónde?

—En el bolsillo.

Rodríguez dió un salto. Creía que los había hecho pedazos.

—¿Te has vuelto loco?

—El que te has vuelto loco eres tú. Aquí los tienes.

Y diciendo esto puso ante los espantados ojos de su amigo los documentos que había ido a buscar.

Mientras subían las escaleras, Salazar explicó la tardanza.

—Hasta hoy no me he dado cuenta del sueño tan pesado que tiene Margarita. Media hora me he llevado llamando. Ya me marchaba escaleras abajo cuando siento que se abre la puerta y que ella me grita desde el descansillo de la escalera: «Luis...» Se había quedado dormida. No sabes lo nerviosa que se ha puesto al verme. ¡La alegría...! ¡Cuánto me quiere!

Después de esto, contarle la verdad hubiese sido un crimen. Era mejor que la ignorase, que la ignorase siempre, ya que así era feliz, totalmente feliz.

Claro que, a pesar de esta dicha, Alberto seguía prefiriendo su desgracia. Y eso que cada día era más intolerable el genio de su mujer. Llevaba una temporada en que le había dado por vestir como su hermana. Rodríguez no tuvo más remedio que acudir a un prestamista para satisfacer los deseos de su esposa. No hay que decir que cuando el usurero pasó la retención a la quinta parte del sueldo y se encontraron con treinta pesetas menos en la mensualidad, surgieron un sinfín de apuros. Las disputas financieras acabaron por convertirse en batallas. Lucía, que no olvidaba nunca que era imprescindible a su marido, le amenazaba cada cinco minutos con irse. Y él, pacientemente, mansamente, soportaba un disgusto y otro con el convencimiento de que aquella vida era de imposible remedio. Si alguna vez se sublevaba contra las iras injustas de Lucía, ésta repetía su frase eterna:

—¿Qué quejas puedes tener? ¿No te soy fiel? ¿No soy honrada?

Y recogía su honradez y su fidelidad «como recoge un gladiador su escudo».

VII

Margarita había dado a luz un niño. Diéronse a pensar qué nombre le pondrían. Cada uno de la familia tenía su opinión. Doña Andrea indicó el nombre de Manuel, por ser el que llevaba el capitán, abuelo de la criatura. Lucía dijo que debía inscribírsele con el de Alberto, ya que éste iba a oficiar de padrino en el bautizo del neófito. Don Manuel, asegurando que el chico sería militar y valiente, era de opinión que le buscasen un nombre apropiado, y tenía un empeño grandísimo en que le pusieran Aníbal. Este deseo ocasionó protestas generales. Salazar, cargándose de razón, gritaba:

—Debe llevar el nombre de su padre.

Hasta la criada, se permitió decir que en justicia le correspondía el del santo del día en que llegaba al mundo Resultó ser San Epifanio, y lo rechazaron por unanimidad.

Sólo la madre, convaleciente en el lecho, miraba a su hijo y callaba oyendo discutir a los demás. A veces, puestos sus negros ojos grandes, un poco tristes, en el recién nacido, exclamaba:

—¡Cómo se parece a su padre!

Alberto no quería contrariarla; pero no encontraba parecido ninguno entre Luis y el pequeño. Margarita repetía la frase muy a menudo. Luego indicó el deseo de que la dejasen sola con su hermana y su madre. Los hombres discutían demasiado fuerte y sus voces molestaban a la parturienta.

Salazar se paseaba por la casa loco de contento. El capitán corría tras él, queriéndole convencer de que el nombre apropiado para su nieto era el del general cartaginés.

Rodríguez había quedado solo en la habitación contigua a la en que se hallaban su mujer, su suegra y su cuñada. Oyó discutir bajo, pero acaloradamente. Deseoso de saber los motivos de aquella misteriosa disputa, acercó su oído a la puerta y pudo oír a Margarita que clamaba:

—Es inútil. Tiren para donde tiren, se llamará como su padre.

«Menos mal», pensó Alberto.

Luego le asaltó un terrible pensamiento. «¿Como qué padre? ¿Se referirían a Luis? ¿Acaso a Ramón, el caballero elegante que se tropezó en la escalera? ¿A don Félix, el maduro jefe de la oficina?» Cuando estábase haciendo estas preguntas, doña Andrea salió de la habitación y llamándolos a todos, dijo:

—Margarita me encarga que os pida una cosa. Ella tiene gran veneración y gran fe en San Pascual. Quiere que el chico se llame Pascual.

Rodríguez creyó que iba a desplomarse. «¿Quién sería Pascual?» Otro enigma.

Surgieron discusiones, pero Salazar las cortó exclamando:

—Lo quiere Margarita. Basta. Puesto que ella lo quiere, Pascual se llamará.

Y llegó el día del bautizo y fueron a la iglesia, y al volver decidieron comer juntos para festejarlo. Rodríguez notó que su compañero estaba enormemente preocupado.

—Necesito hablarte—le había dicho por lo bajo.

«¿Qué le sucedería? Acaso algún recado de Lucía, que llevaba veinticuatro horas sin dirigirle la palabra.»

La joven esposa llevaba unos días imposibles desde el nacimiento del chico. Tenía envidia de su hermana, y pagaba, como siempre, su indignación con el pobre Rodríguez. Ahora más que nunca. Convencido de que se trataba de aquello, dijo a su amigo cuando se quedaron solos:

—Te escucho.

Salazar, sin decir palabra, puso ante los ojos de Alberto una carta.

—¿Esto qué es?

—Un anónimo. Lee.

Y Rodríguez leyó:

«Para celebrar el solemne día del bautizo, le remitimos a usted esos dos cuernos que por derecho propio le corresponden.

Unos amigos.»

—¿Qué significa este papel?

—¿No lo comprendes? Acompañando al anónimo ha venido esto, y le mostró una caja donde estaban encerrados los expresivos atributos.

—Es una broma de muy mal gusto.

—¡Ay, Rodríguez! Desde que me casé he sido feliz hasta ahora. Pero ahora la duda, la maldita duda, me atormenta. ¿Tendrá la broma alguna razón de ser?

La conversación fué cortada porque doña Andrea anunció que era llegada la hora de que se sentara a la mesa. Al mediar la comida, toda la conversación se la habían dedicado al recién nacido. Lucía, lanzando un profundo suspiro, exclamó:

—¡Un hijo! ¡Qué felicidad!

—¡A ello!—gritó el viejo capitán guiñándole un ojo a su yerno.

—Sí... Sí... Este—murmuró irónicamente Lucía señalando a su esposo—, ni para eso sirve.

Alberto, herido en su amor propio, se aventuró a decir:

—O tú...

Esta pequeña frase, pronunciada por lo bajo, medrosamente, fué la que hizo estallar una de las tormentas conyugales a que ya estaban todos tan acostumbrados.

Lucía comenzó a injuriar a su esposo. Ruegos, advertencias, consejos de toda la familia no bastaron a contenerla. Por el contrario, la indignaban más cada vez. Rodríguez, avergonzado, comprendiendo que callar ante gente era ridículo, hizo un esfuerzo y exclamó:

—Dejadla. ¿No veis la importancia que doy yo a sus gritos? No la hagáis caso.

La iracunda mujer estaba acostumbrada a que su marido aguantase aquellos diluvios de palabras pacientemente, sin protestas. Pasó por la violencia de un día. Por lo que no pasaba, lo que no pudo tolerar fué la indiferencia. Así es que al oír el desprecio con que Alberto la acababa de tratar, sin dar tiempo a que la sujetasen, cogió una gran dulcera de cristal llena de mermelada, la alzó en alto, y sin soltarla, la hizo pedazos sobre la cabeza del pobre Rodríguez.

Todos se echaron sobre ella y la retiraron del comedor. De nuevo tornaron a quedar solos los amigos. Salazar, en tanto que con una servilleta limpiaba el rostro del maltratado marido, le dijo:

—Vamos. No ha sido nada. Un disgusto y se acabó. Lo mío sí que no tiene remedio. ¿Quién acabará con esta duda que me atormenta?

—M a r g a r i t a con sus zalamerías, créelo. Tu duda es pasajera. Serás feliz de nuevo. El genio de mi mujer sí que no tiene compostura.

Luego, clavando los ojos en la abierta caja donde se veían los cuernos que habían regalado a Salazar, murmuró con infinita melancolía:

—¡Ay a m i g o mío! ¡Quién fuera tú!

Y sacando la lengua recogió el dulce que se le caía por la cara.

FIN DE
«GALERNA» Y «¡QUIÉN FUERA TÚ!»
DE
JOAQUÍN DICENTA

VICENTE DIEZ DE TEJADA

(1872-1940)

VICENTE DIEZ DE TEJADA

NOVELISTA *y cuentista. Nació en Madrid. Del Cuerpo de Telégrafos. En 1909 consiguió el primero y cuarto premios en el concurso abierto por* Los Contemporáneos, *con sus novelas breves* Eros *y* El enemigo malo. *De fecundidad sorprendente, en su bagaje de escritor excepcional, suma cerca de tres mil cuentos y más de doscientas novelas breves, géneros narrativos en los que pocos le han igualado. Fué un verdadero* acaparador *de premios literarios, consiguiendo los más importantes en* Blanco y Negro *y* La Novela Patria. *Su inventiva fué inagotable; poseyó un estilo singularísimo, que atraía irresistiblemente a los lectores.*

Novelas: Tántalo; Ninette—*1908*—; Los elegidos—*1910*—; Sin palo ni piedra; Las arras; La nueva sinfonía; El escapulario de Rothschild; La punta del cuchillo; La araña; Como las hojas; ¡Que queman, que queman!; El gachó del arpa; Fiesta mayor; Los rubíes de Himeneo...

EROS

I

CUANDO Manolo abrió los ojos después de aquella violenta noche de amor, aún dormía Pepita.

Debía de ser ya tarde, pues la luz entraba a raudales por las entornadas contraventanas, dibujando en el mosaico de la salita una prolongada línea de oro, unida al balcón por la luminosa estela radiante que formaba el rayo de sol al bañar los corpúsculos del espacio, y en la que éstos, en fantásticos giros, se recubrían de esmaltes y de lumbres, desapareciendo raudos, vertiginosos, hundiéndose en las sombras, al desertar el encendido haz que los dió vida con sus besos.

Entretenido era aquello, y si a los mil y mil puntitos luminosos se añadía el fantástico juego sin fin de las azuladas nubes del humo del cigarro, la loca de la casa poblaba de quimeras, de endriagos y de monstruos la nada que llenaba un mundo: el mundo del ensueño, entrevisto desde los dinteles del éxtasis.

Pepilla dormía aún, acurrucada entre las revueltas ropas de aquel humilde lecho, ungido augusto por sus amores. Su cabeza de angelito sevillano, idealizado por Murillo, se había escurrido de la almohada, en busca del caro apoyo del pecho amado, y así continuó su agitado sueño, intranquilo, profanado por la tosecilla seca, persistente, cruel, que tanto la mortificaba.

Manolo, absorto en la contemplación del encendido rayo de luz poblado de misterios, permaneció silencioso, inmóvil, largo rato, y harto ya de musarañas, volvió la cara hacia su amada, y dejó que su vista descansase plácidamente en el adorado rostro de ella, acariciando con sus miradas el oro de aquellos rizos, lamiendo las fresas de aquella boca, sobando las nieves de aquellos senos... y una tristeza honda, tristeza infinita, íbase apoderando del amante, al contemplar aquel divino tesoro de amor, aquel vaso mirrino que tantas veces había acercado a sus labios sedientos de caricias, aquel nectario, con cuyas esencias tantas y tantas veces había ungido su cuerpo y embalsamado su espíritu.

Pepilla, ¡oh dioses!, estaba herida de muerte. En su pecho, donde sólo el amor cabía, la Esqueletada, ¡sorda a los amores, sorda a los desdenes!, había hundido su implacable segur, que mina, que roe, que araña, que destruye sin compasión, sin tregua, sin descanso...

Robert se lo había dicho ya a Manolo:

—Romeo, te quedas sin Julieta, no hay remedio... Has de ser hombre, y ver en esto la mano providencial que viene a cortar el nudo que a tan anormal situación te tiene amarrado... Amala hasta la muerte... y ámala aprisa, porque hay música para poco baile...

—Pero, doctor, ¿no hay alguna esperanza remota...?

—Ninguna, hijo. Mira, acércate. Aún tengo aquí la última preparación que hice con lo que me trajiste... Han tomado la coloración perfectamente...

Hablaba el doctor impasible, curtido en las vulgaridades de la tragedia, y cuando tuvo ya enfocado el maravilloso microscopio, añadió invitando a Romeo:

—¡Mira qué hermosura...! He de conservar este vidrio...

Asomóse tembloroso el muchacho, miró y vió..., ¿qué sabía él lo que era aquello?; lo vió todo sin ver nada... Un dilatado campo brillantísimo, con luminosas burbujas, que parecían perlas de luz, y entre ellas, dispersos, amontonados, entrecruzados y sobrepuestos, unos palitos rojos, inmóviles, mudos, que nada decían a sus ojos, ávidos de una verdad que no fuera la verdad misma: aquella que en sus oídos musitaba con acentos de amenaza ineluctable: ¡Muerte! ¡Muerte!...

—¿Ves esos bastoncillos?... Son los tremendos, los insaciables, los inviolables *bacillus* de Koch... ¡Los hay a millones de millones!...

Y Manolo no pudo ver más, porque una lágrima piadosa borró de ante su vista todo aquel infinitamente pequeño mundo de horrores.

—¡Ea, ánimo, muchacho!—le dijo el médico, amistosamente, paternalmente, con la autoridad y el afecto de viejo médico de la casa—. ¡Animo, y a ver si es ésta tu primera calaverada... y la última!... No se sale bien de estas aventuras, en ellas se hipoteca el corazón, y luego resulta que se vende hasta el esqueleto. Aún te espera tu padre con los brazos abiertos y con la cuchilla levantada sobre el mejor ternero del rebaño... Y ojo con lo que se hace... Eso que me dices es erotomanía... Cuidado con los accesos de erotismo, que suelen acompañar a estas enfermedades y que abrasan y minan a estas pobres enfermas... Resístete, inventa, discurre... ¡En cada sesión de amor le robas un mes de vida...!

En esto pensaba Manolo aquella mañana contemplando el amado y herido cuerpo de Pepilla, de Pepita la hermosa, de Pepita la amante, de Pepita la buena... ¡Inventar! ¡Resistirse! ¿Quién y cómo rehuye las ardientes caricias del amor de toda una juventud, cuando estas caricias se solicitan y se ofrecen con los labios sobre los labios, con los brazos enlazados al cuello, con la palabra olvido por acicate y la de ingratitud por latigazo?...

Conmovido, Manolo inclinóse cuidadosamente sobre Pepilla y dejó en su boca un beso tímido, compasivo, puro. Y Pepa, sin abrir los ojos, sonrió bienaventurada, y acercándose a su amante, le dijo:

—¿Te crees que no sabía yo que me

mirabas?... Cuando me miras tú, lo noto hasta con los ojos cerrados. Tus miradas caen sobre mí como una esencia que baña todo mi cuerpo... ¡Rey mío...!

—Nenita mía, formalidad... Tranquilízate... Has tosido mucho, vida; apenas has dormido. Ya sabes lo que me ha recomendado Robert: con cuentagotas, rata, a sorbitos... Esto te hace mucho daño...

—¿Y qué importa que haga daño si es tan bueno? Si es cuchillito de oro, que mata acariciando; si te mueres riendo, ¿qué importa morir?... Quiéreme tú «hasta el fin», amor de mi vida, que lo demás no importa... Hasta el fin, que ya no puede tardar mucho... Un poquitín más de paciencia para bregar con esta gatilla que tanto te quiere, que te ha dado su vida y su cuerpo, y su alma..., que te lo ha dado todo..., y después volverás a ser feliz; volverás a tu casa, a tus riquezas, a tu mundo, sin vergüenzas, sin apuros, sin privaciones... ¿Eh que sí, rey mío? ¿Eh que sí, que me querrás hasta al fin?... ¿Verdad que no te doy... asco?...

¿De qué modo protestar, si no se protestaba con una lluvia de besos?

Se amaron una vez más, furiosamente.

Rindiéronse extenuados, cansados, jadeantes. Pepa tosía; tosía, pretendiendo morder su tos con sus menudos dientecillos apretados, devorarla, tragarla para que él no se enfadase, para que él no la riñese...

—¿Lo ves, vida mía?... ¿Ves cómo te matas?—le dijo Manolo acariciador.

—Calla, tontito—contestaba ella sonriendo.

Llamaron a la puerta del piso con escandaloso repiqueo de timbre.

—Es la Rosario con la leche—dijo Pepita—. Déjame que me levante.

—No; estate quieta tú. Yo iré—contestó Manolo.

Y echándose de la cama, descalzo y en calzoncillos, acudió a abrir la puerta.

—Charito, ¿eres tú?—preguntó antes de franquear la entrada.

—La misma, señorito Pereza—contestó desde fuera una vocecita encantadora.

—Pues espérate, que estoy desnudo. Cuando diga que entres, ya puedes entrar, ya está abierto.

Corrió Manolo por el pasillo en busca de la alcoba, y antes de que pronunciara la palabra mágica ya había empujado la puerta Charito, echando a correr tras el fugitivo, riendo estrepitosamente.

—¡Ay, que lo pillo! ¡Que lo alcanzo!

—Espérate, loca; que estoy en paños mínimos...

Zambullóse Manolo en el lecho, cubriéndose rápidamente, y tras de él entró Charito, alocada, con el jarro de la leche en la mano.

—¡Huy, qué vergüenza!, ¡que lo he visto!, ¡que lo he visto!

—¡Que no; que no me has visto!—replicaba Manuel riendo, fingiendo un pudor atroz y un sonrojo de colegiala.

—¡Que sí, que lo he visto!... ¡Y en calzoncillos! ¡Oh!...

—Que no, embusterilla; que yo he corrido más... ¡Eso era lo que tú querías!

—¿Yo? ¡Anda! ¡Pues valiente puñado son tres moscas! ¡Huy, qué tontísimo está el tiempo, padre cura! ¿Pero no les da vergüenza estar en la cama a estas horas?

—Hoy es domingo, Rosarito—apuntó Pepita—. Hoy hacemos vida de señores.

—¿Qué hora es, Charito?

—La de estar ya en la calle, don Lirón; que va usted a sacar pollos en la cama.

—¿Es ya de día?

—¡Huy, qué poca aprensión! ¿Pues no pregunta si es ya de día, y van a encender los faroles?

—¡Atiza! ¡No eres tú nadie!

—Mire usted, ya tengo la portería como una tacita de plata, y la escalera sin tanto así de polvo ni para un remedio, y ya he ido a la plaza, y ya he vuelto de misa, conque usted dirá.

—Sí, que somos unos golfos, doña Movimiento Continuo, ¿verdad, Pepilla?

—Mejor, ¡nos da la realísima gana!

—¡¡Y qué caras!!...

—Charito, ¡que eso no es cosa de mocitas!

—Pues también a mí me da la repotentísima de la gana de decirlo: ¡Y qué caras! ¡Y qué caras! ¡Y qué requetecaras, ea!

A Charito, pobrecilla Charito, se le iban los ojos detrás de la feliz pareja. ¡Qué envidia los tenía...!

Charito era la chica de la portera; la portera puede decirse, pues su madre, vieja y viuda, no estaba ya para nada. Ya pisaba los veinte años la moza... y no pasaba un sastre. Nunca había tenido cortejo alguno, y se comprende, pues la chiquita a pesar de su rostro de nieve y de rosa, de linda boca y de correcta nariz, a pesar de la esbeltez de su talle, estrangulado entre la amplia curva de sus caderas y la prominente redondez de su seno; a pesar de su gracia y de su picardía... resultaba imposible. Y todo, por el defecto de aquellos ojos azules, claros, serenos, pícaros... engastados en los ensangrentados círculos de sus párpados sin pestañas... Era un contra Dios aquello, pues de un rostro divino había hecho una carátula repugnante. Aquellos ojos de perdiz, rojizos, húmedos, resaltaban repulsivamente sobre el nácar de su tez, de finura y de transparencia admirables... ¡Y qué iba a hacer una! Rabiar... y conformarse, ¡que a la fuerza ahorcan, y van contentos!...

—Vamos a ver, Charito—dijo Manolo—. Dame la ropa que está sobre esa silla, que voy a hacer inventario, arqueo y hasta su poquito de balanceamiento... Cuidado con el reloj, que está en la americana.

—¿El reloj?

—Bueno mujer, la papeleta, es lo mismo.

—Ahí va la ropa.

Sentóse Manuel en la cama y volcó sobre la colcha el contenido de todos sus bolsillos.

—La cartera, ni un botón, la cédula vieja, y gracias. Papelotes... La llave de la «caja de caudales»... Cerillas. El cortaplumas... ¡Eh, no toques el pantalón, que tiene el revólver!

Un revólver pequeñito, niquelado, un juguetillo que no valía tres pesetas.

—¿Y para qué lleva usted eso?

—Para cuando tú subas con el recibo.

—Con «los recibosss», señorito, que ya son dos...

—Trae el revólver, Charito, que te los pago en seguida...

—Manolo, no gastes esas bromas... No juegues con eso...

—¿Jugar? ¡Si lo digo de veras!, ¡que suba los recibos, y verá lo que es canela!... Y tres pesetas con setenta y cinco céntimos... Orden del día: ¿qué nos vas a dar de comer hoy, Charito de los mil demonios, patrona insoportable?

—Arroz.

—¡Espantárame yo que no hubiera arroz siendo domingo!

—Arroz, una costillita y doce fresas para cada uno.

—Aprobado. Cena.

—Lo de siempre, por no variar. Sopa de tomillo, verdura y un huevo.

—¿También para cada uno?

—También para cada uno.

—¡Nos matas de hambre, Charito! ¡Mejor están en Bombay!

—Demasiado haces, hija mía; no sé cómo te arreglas.

—Pues con un poquito que falta, un poco que no llega, algo que no pongo y alguito que yo siso, ¡cuenta redonda!

—Eres muy buena, Charito...

—Según para qué: si es para espantar mocitos, no hay otra...

—¡Bueno, se acabó la discusión! Orden del día: después de comer, a paseo, un paseíto largo, que cueste poco... Me corro a convidaros a chocolate con bizcochos; una despampanante sesión de cine en el Palacio de la Ilusión, catorce películas y tres números de *variétés*, veinticinco céntimos; tranvía para subir; la cenita, y a la cama, que hay que madrugar... ¿Se aprueba?

—¡Aprobado!

—Pues ya lo sabes, Charito. Ahora danos eso que tú llamas leche, y mira

si ha quedado por ahí media arroba de pan, pues tengo un roe roe que me devora... Pon el huevo para Pepita...

—No; no necesito huevo...

—¡Pero, hijita, si tienes que alimentarte!...

—¡Vaya si se lo tomará, y ahora mismo!... Voy por los vasos...

—Charito angelical, ¡bendita tú eres entre todas las mujeres!...

—¿Y yo? ¿Y yo, malo?

—¿Tú?... Y bendito sea el fruto de tu vientre...

—¡Sí; ya sube, que está en la cueva!

II

Y hablando, hablando, caigo ahora en la cuenta de que no he presentado a ustedes estos dos caros amigos míos, de quienes, así como de sus andanzas, algo he de decir, además de lo poco que he dejado vislumbrar.

Estamos en Barcelona, y en su ensanche, calle de Aribáu arriba, torciendo a la izquierda, por la de Córcega—que ayer pertenecía a Gracia, pueblo, y hoy a Gracia, barriada, o como quieran ustedes llamarlo—. Pocas casas hay construídas por estos andurriales, y la «nuestra» (la de Pepita y Manolo) se yergue altiva, como una libra de chocolate puesta de canto; alta, estrecha y honda, orientada al Naciente, con cinco hileras de balcones que recrean sus ojos en el jardín del convento del Corazón de María, mejor dicho, de María del Corazón, por el frente; en las soledades del monumental Hospital Clínico, por la derecha; en el bullicio de tranvías y ferrocarriles, por la izquierda, y en la lejana silueta del Montjuich y en la esfumada alcatifa del mar, por el fondo. Por detrás, las galerías de la casa asómanse a las pintorescas lejanías del Tibidabo, a cuyos pies se extienden las barriadas de Gracia y de San Gervasio como alfombra primorosa bordada de jardines y salpicada de torres. El edificio tiene cinco pisos dobles, y en el último, aplastado por la azotea, han colgado su nido nuestros amigos; en un cuartito precioso, con pavimento de mosaico, con agua, con gas, con balcón y con galería, por todo lo cual pagan veinte pesetazas mensuales, «todos los meses». La entrada es un encanto, con artesonados, escalera de mármol, quiosco para la portera... Lo mismo que los inhumanos chiscones madrileños.

Manolo (ya os lo presento) tiene veintidós años, es estudiante de Derecho, huérfano de madre, hijo de don Manuel de las Roviras, un señor que gasta barboquejo, caballero rico, poderoso y terco, aunque no duro de entretelas, terco nada más. Esta cualidad paterna la ha heredado su hijo, sublimada por la educación recibida en el ambiente en que siempre se ha movido; obedecido, adulado, sin traba ni freno que a su libérrima voluntad se opusiera, con criados a quienes mandar, sin un capricho sin satisfacer y con dineros que derrochar en cuanto le viniera en gana.

Cierto día, ante sus ojos, como visión sobrenatural de la mujer soñada, pasó Pepilla.

Apuntaba ya la primavera. En las acacias dibujábanse los cuernecillos rizados de las futuras hojas; los plátanos mostraban sus peludos botones; en los álamos temblaban ya, placenteras, las esmeraldas y la plata de sus inquietas vestiduras. Hervía la sangre, llamada por la mágica voz de la Vida; palpitaban ansiosos los corazones y los libros se caían de las manos.

Llovía, y por la plaza de la Universidad pasó la mocita, sin paraguas y sola. Iba a su casa, de regreso del taller de modista, en que «por ganar la vida perdía la vida» y agostaba la espléndida flor de su juventud y de su hermosura.

Empeñóse Manolo en acompañarla, ofreciéndole su paraguas, derritiéndose en puras mieles.

—*Fasi el favor, jove; no sigui aixis* —díjole en catalán.

—¡Déjeme usted en paz!—contestó ella en castellano andaluzado.

Y la conversación continuó en len-

gua de Castilla, insistiendo él y resistiendo ella.

—¡Ah!, ¿no es usted catalana?

—No, señor; soy de Motril.

—Lo debía de haber conocido en lo dulce que es usted. Ha de aceptar usted el paraguas para que no se me derrita con la lluvia.

—Lo agradezco mucho, pero no gasto coladores.

—¡Eh!, niña, que este agujerito me lo ha hecho el cigarro...

—Yo creía que lo había hecho la bomba del Liceo...

—No sea usted mala...

—Ni usted pesado. Hágame el favor de retirarse.

Y que si fué, que si vino, que si sábanas de lino, el caso es que Manolo acompañó a Pepilla hasta su casa por los laberintos del lóbrego casco viejo de la ciudad.

Pepa (aquí entra ella) era rubia, hermosa, esbelta, con un ángel irresistible, con dos ojos como dos luceros y un empaque como el de una princesa de un cuento de hadas. Manolo no era de despreciar: morenucho, alto, espigado, aunque sin refuerzo, brava nariz, grande boca, gitanos *clisos* negros, elegantón y de distinguidos modales señoriles.

¿Hay que decir que azor y paloma volvieron a encontrarse y que acabaron por quererse? No; no hay que decirlo; que por algo comienzo yo esta historia desde el «tras-tras», siendo esto de «tras-tras» frase de Pepilla, amiga de que le refiriesen las cosas desde su principio.

—Verá usted, llego a la puerta, y «tras-tras»: yo, que llamo..., etc.

Pues a este principio siguió el constante acompañar de Manolo a Pepita, los furtivos paseos de los domingos por los apartados aledaños de la gran urbe, el pelar la pava barzoneando por las calles a prima noche y, por último, lo de colarse el neblí en el palomar muy en serio, emperrado en hablar con la madre de su tormento adorado.

Y fuése enredando la cosa de tal modo, que cuando ellos quisieron percatarse de su situación, halláronse mutuamente presos en las sendas redes amorosas que tan diestramente habían manejado, cual hábiles reciarios en las ensangrentadas arenas del circo. No; no podrían ya vivir el uno sin el otro. Aquello tenía que continuar así, y para toda la vida, para más allá de la vida, para la vida y para la muerte.

Jurólo así Manolo, y Pepa lo juró igualmente, sellando tan sagrado juramento con un beso de amor que estremeció las entrañas de ambos, barruntando un mundo de placer. Y por si el primer sello fuese cosa frágil y quebradiza, diéronse a remacharlo con otro, y otro, y otro, hasta el delirio, hasta la locura...

Vivía Pepita sola con su madre, y esta pobre señora había contraído compromiso formal de morirse pronto, y para comenzar a cumplirlo cayó «más enferma», porque enferma a secas ya lo estaba mucho tiempo había. Pepilla tuvo que dejar el taller para atender a su madre, y como el maná es ya sólo cosa de botica, comenzaron los apuros y se cerró el horizonte con fosquedad siniestra, en la que no se vislumbraba el más débil rayo de luz que las tinieblas iluminase.

Y en aquel cielo encapotado y lóbrego, con resplandores de incendio, con aureolas de gloria, brilló el sol esplendoroso del amor, y Pepilla, feliz, enloquecida, transportada, recogió con sus labios de fuego esta frase que, amorosa y lánguida, se mecía en los ardientes labios de Manolo:

—¡Esposa mía!... ¡Mi mujercita de mi alma!...

Y ella, colgándosele del cuello, respondió frenética:

—Aunque me olvides, aunque te burles de mí, aunque me arrojes a patadas de tu lado, bien hecho está lo hecho, y bendita sea yo que te conocí, y bendito sea Dios que te puso en mi camino...

Dinero no faltaba, que allí estaba Manuel con sus posibles y su maleza. Bien comprendió la enferma de dónde salían aquellas misas...

«¡Pobre hija!, ¿qué iba a hacer ella?» La vida tiene derecho a que se le sacrifique el cuerpo, y cuando el

peligro amenaza, cuando la salida es imposible, en honor a la vida, se arroja el cuerpo por el balcón, buscando la calle... Aquella calle henchida de indiferentes y de logreros, de burlones y de truhanes, que no alargan la mano hasta después de la caída, cuando la víctima no exija, implore; cuando resulte aparatosa y justificada la caridad, que momentos antes hubiera sido imperdonable bobería...

Comprendiéndolo todo, la pobre enferma llamó un día a Manuel a su lado y, ahogada por la emoción, le dijo:

—Le tengo a usted por un caballero. No he de pedirle imposibles... Prométame que mientras ella sea buena, usted no ha de abandonarla nunca..., nunca... ¡Pobre hija mía!...

No faltó quien, con la satisfacción inmensa que proporciona el deber cumplido, fuése con el cuento al padre de Manolo.

Amoríos pasajeros de señorito rico creyólos el prócer, y al hablar con su hijo del asunto y al enterarse del estado a que habían llegado las cosas, ante la firme resolución del chico de no abandonar a aquella mujer, que era su vida entera, la discusión se convirtió en disputa, y las observaciones pasaron a amenazas.

Terne el padre, y muy terne el hijo, ni amainaba el uno ni cedía el otro, y cuando don Manuel sacó el cristo del Asilo Durán, donde se corrige el que yerra, Manolo, sin pestañear, contestó muy entero:

—Enciérrame si quieres, puesto que tienes autoridad para hacerlo. Yo la tengo también para arrojarme por la ventana más alta del asilo.

Y como el padre sabía muy bien que si él se proponía encerrar al chico no habría quien de su idea lo apease, y no habría tampoco quien apease al zagal de la suya de arrojarse a la calle de cabeza, que hijo suyo era y no negaba la casta, optó, pues, por no apurar los extremos, dar tiempo al tiempo, gran forjador de desengaños, y aflojar las riendas a aquel potro cerril que se le encabritaba.

—Los hombres que hacen lo que haces tú—le dijo con inflexible severidad—no necesitan nada de nadie, ¿lo oyes? Eres muy libre para hacer lo que se te antoje, yo lo soy para cerrarte mis brazos, mi bolsillo y las puertas de mi casa. Hemos concluído.

Y San se acabó. ¡Bueno era el pollo para domeñarse a imposiciones de nadie, y poca entereza y poco orgullo tenía él para humillarse a los demás!... ¡Primero se hundía el mundo!

Y el mundo comenzó a hundirse al sentirse roído por la prosa de la realidad.

Incorporóse Manolo a su nueva familia, y sus dinerillos, sus alhajas y hasta parte de sus ropas perecieron en el naufragio.

Buscó rabiosamente dónde trabajar, en lo que fuera, cualquier cosa que diera para vivir, y por medio de algunos de sus condiscípulos—de quienes jamás admitió nada—copió pliegos para los juzgados, dió lecciones de letras en un colegio, llegó hasta a escribir sobres a peseta el millar para una agencia de anuncios. Se defendió heroicamente, y al fin, ¡tan a mano como lo había tenido!, encontró colocación en casa de un notario, padre de un condiscípulo y amigo, donde si se trabajaba de lo lindo, no faltaban a fin de mes veinticinco duretes, que venían de perlas, más tal cual propineja, que servía de perilla...

Murió la madre de Pepa, y Manolo se atrevió a reclamar pequeñas deudas atrasadas, con las cuales hizo frente a los gastos que la defunción trajo consigo... Aligeraron los tórtolos el no muy abundante ajuar de la casa, y por mediación de Charito, paisana y compañera de taller de Pepita, obtuvieron el pisito de la calle de Córcega, donde, si no la abundancia, reinó la holgura, con la vuelta de la paloma a sus tareas.

La madre de Charito primero, y la propia Charito, después, se encargaron del cuidado de la casa y personas del nuevo matrimonio (por tal se hicieron pasar ellos), y así los han conocido ustedes en las primeras páginas de este relato.

No iba mal aquella trinidad voluntariosa, en la que hacía de Espíritu Santo la virgen de los ojos de perdiz, la bonísima Charito, administradora, ama de llaves, doncella, cocinera y hasta consejera áulica de los tórtolos.

Cuando éstos tomaron posesión del nuevo pisito aún trabajaba Rosario en casa de la Verdegay, en la Rambla de Cataluña, en compañía de Pepita y de una docena más de pizpiretas cendolillas, encanto de pollos y desesperación de gallos. Como Manolo trabajaba mañana y tarde y Pepilla cosía tarde y mañana, quedaba la casa a merced de Dios, con las ollas a la funerala y el fogón en disposición de criar musgo. La madre de Charito resolvió el problema y se constituyó en patrona de los recién casados, y cuando los ages de esta buena mujer crecieron hasta inutilizarla, Rosario dejó la costura y sustituyó a su madre, aprovechando las horas que le quedaban libres para el trabajo en casa, en cualquiera de las mil y mil industrias que entre las cuatro paredes de su hogar explota la incansable mujer catalana. Cosiendo pañuelos de seda para Hijos de Berrán y C.ª sacaba Charito su par de pesetejas diarias, que unidas a lo que daba la portería y con el pisito gratis permitían a madre e hija ir tirando hasta que Dios dispusiese otra cosa.

Pero como no hay mal que cien años dure, ni cuerpo que lo resista, ocurrió que cuando menos lo esperaban la Verdegay aligeró de personal sus talleres, y como Pepita había entrado en la casa de las últimas, salió de las primeras. Mala época era aquélla para buscar trabajo, en plena canícula, y aunque algo ayudaba a Charito en sus tareas, no daban éstas lo suficiente para que entre las dos ordeñasen la vaca, quedando el matrimonio reducido a los veinticinco duretes de Manuel, que si daban para vivir apuradamente, no permitían otros gastos, entre los que figuraba, devorador, el de la botica, pues Pepilla iba de mal en peor, y perdiendo a ojos vistas. Un desconsuelo.

La pobre niña pasábase en la portería lo más de la jornada, evitando la horrible escalera, que la fatigaba cada vez más, y días hubo en que ella y Manolo comieron en el quiosco porteril para evitar a Pepita el martirio de la ascensión, dilatándolo hasta la noche, al regreso de Manuel, quien, medio en volandas, subía del brazo a su mujercita.

Por un fenómeno que no es del todo raro en estas enfermedades, a la infeliz Pepilla se le había abierto un apetito devorador, insaciable, canino, y como Robert había hablado de sobrealimentación como gran auxiliar, hacíase lo imposible por ayudar a este enemigo del enemigo grande, y en huevos y en leche se iban los escasos caudales, como agua por cedazo... Se debía en la tienda, se debía al cabrero, instalado en el solar vecino, y los recibos de la casa, no pagados, tomaban aires de colección, poniendo en gravísimo apuro al revólver de Manolo.

Empeoró la situación hasta hacerse insostenible, y un día, Charito, tras mil rodeos y circunloquios, dijo a su amiga:

—Pepilla de mi alma, no sé cómo vamos a arreglarnos. Ya sabes que me ha llamado el casero... Son cuatro recibos ya los que se le deben...

—Y el que está al caer, Charito.

—Y el que está al caer, Pepilla, y dice que no aguarda más. Hay que dejarle el piso libre...

—¡Dios mío! ¿Y qué será de nosotros?

—Será lo que Dios quiera, chiquilla, que Dios no desampara a nadie. Yo, por lo pronto, ya me traigo una combinación entre cejas.

—¿Cuál, Charito?

—Verás, decir al casero que se le pagarán los recibos...

—¿Con qué, hija?

—Con dinero contante y sonante... cuando lo haya.

—¡Ah, cuando lo haya!

—Claro, como que no lo vamos a fabricar nosotras... y, mientras tanto, le dejáis el piso libre.

—Y nos plantamos en la calle...

—Os plantáis en el terrado, en nuestro cuarto.

—Charito, eres una santa.

—Una santa patuda. Para mi madre y para mí nos basta con la salita; en la alcoba os colocáis vosotros, y aún queda casa, ¿qué te parece?

—Me parece..., ¿qué quieres que me parezca?..., que quizá no hiciera yo eso por ti... Yo no soy como tú, Charito; yo soy mala, yo soy egoísta...

—Tú eres tonta de la cabeza, que es un mal muy grande.

—En cuanto venga Manolo, se lo diremos... ¡Si yo me curase...! ¡Si yo pudiera volver a trabajar...! ¡Cómo te lo pagaríamos, Charito de mi alma!

—Pues claro que me lo pagaréis... Como que hago yo esto a humo de pajas... Ya verás, ya verás cómo todo se arregla...

—¡Sí que se arreglará todo!... Todo menos lo mío... ¡Esto sí que no tiene arreglo posible!...

—Chiquilla, ¡si se arregló lo de Caparrota!

—¡Y lo ahorcaron!... Mira, Charito: suprimamos la leche, suprimamos los huevos... Más tarde o más temprano, ¿qué más da? A Manolo le diremos que sigo tomándolo.

—Yo no miento, hija mía; las andaluzas no decimos una mentira así nos aspen. Los huevos y la leche se suprimirán cuando su majestad el Tendero y su alteza real el Emperador de las Cabras nos retiren su confianza. Mientras tanto, déjate querer...

Cuando llegó Manolo, púsole Charito al tanto de la cosa, y el muchacho aceptó reconocidísimo el nuevo sacrificio de la hermosa fea, prometiéndole no abusar de su generosidad, pues revolvería cielo y tierra para salir del paso. Pepilla estaba en el solar del cabrero, paseando por el huerto en que éste había convertido los terrenos baldíos de las futuras edificaciones. Al tal habíasele muerto una hija tísica, y en recuerdo de ella había cobrado amor a Pepita, a quien obsequiaba con grandes vasos de leche espumosa recién ordeñada, sin ponerlos en la cuenta de los que diariamente seguía apuntando. No se apurara por eso la señorita, que ya lo pagarían todo junto. Leche no faltaba, y voluntad, menos. No había que preocuparse en tan poca cosa...

Cuando Charito ofreció su mechinal a Manolo, poniendo el alma en la boca, tanto se conmovió éste, que, tendiendo sus brazos a la muchacha, la estrechó entre ellos y le dió un beso en los labios. ¡Oh dulce beso aquél, beso de hombre, primero que en la flor de aquella boca se posaba! Hasta lo más hondo de las entrañas de la moza llegaron sus mieles, eternamente esperadas y presentidas, no saboreadas jamás, inundando todo su ser con las amables claridades del pecado, disipadoras de las negruras de su noche eterna... Detrás de aquel beso no podía haber nada más que la gloria, el paraíso terrenal..., a cuyas puertas, con la flamígera espada en la mano, estaba Pepita, la amiga; Pepita, la hermana; Pepita, la agonizante, impidiendo la entrada a los intrusos en el jardín sagrado de sus amores.

Desfalleciendo de gozo, doblándosele las rodillas, temblorosa por la emoción, devolvió Charito aquel beso, con todos los ardores de su alma inflamada, y agradeciendo la limosna recibida, agarrándose a su cruz de mortificación, contestó:

—¡Gracias, Manolo, gracias...! Eres muy bueno, es usted muy bueno, son ustedes todos muy buenos...

Y rompió a llorar convulsivamente.

Charito salió a entregar aquella tarde, y a su regreso halló a Pepa sombría, pensativa, reservada... Dióle un vuelco el corazón, pensando en «lo suyo», en «su pecado», no por lo que de pecado tuviese, sino por lo que de perjudicial pudiera tener para su amiga enferma, para la pobre Pepilla, a quien ella, *in mente*, mil veces había vendido y traicionado... ¡Y qué hermosa estaba aún! Espiritual belleza era la suya, realzada por el toque de fuego de sus ardientes labios, por el lánguido mirar de sus ojos melosos, circundados por azuladas ojeras interesantes; por la nitidez de su cutis, suave, fino, señoril; por sus manos,

de cera; por la elegancia de su talle...

No contestó Pepilla muy a derechas a las cariñosas preguntas de Charito, y no comprendió ésta todo el alcance del interrogatorio de ella.

—Charito, ¿dónde vive el casero?

—¿El casero?... Pues en la calle de Aribáu, pero tiene su despacho en la Puerta del Angel... ¿Sabes una fábrica de paraguas que hay cerca del cuartelillo de bomberos?

—Sí.

—Pues allí mismo... ¿Por qué me lo preguntas?

—Por nada, para saberlo.

Calló Pepita, pensativa, y calló Charito, desconcertada... ¿A qué vendría aquella pregunta? Pues, ¡digo!, ¿y esta otra?

—Tú tienes los recibos, ¿verdad?

—Sí, yo los tengo...

—Pues vas a dármelos, porque quiero yo hablar con el amo de la casa.

—Hija mía, si no es más que eso, aquí los tienes; pero te advierto que estos recibos, en tu mano, son recibos pagados, y si los perdieses...

—No te apures, que no los perderé.

—¿Y vas a ir hoy mismo?

—No, mañana... Pero te suplico que no le digas a Manolo ni una palabra de esto.

—Descuida.

—Es una idea que se me ha ocurrido.

—Por mí, puedes estar bien tranquila, ya lo sabes... ¿No ha venido nadie mientras he estado fuera?

Turbóse un tanto Pepa al oír tal pregunta, y a regañadientes contestó:

—No, nadie; no ha venido nadie... A lo menos, yo no he visto a nadie...

—Pues di que no ha venido, porque al no verlo tú... ¿Es que no has estado aquí todo el rato?

—No; es decir, sí... Un momento, como siempre, me llegué al huerto del cabrero. Nada.

Entonces fué Charito la que enmudeció. Mil ideas disparatadas se agolpaban a su mente... El pecado de ella se le antojó pecado ajeno..., de otra..., de Pepilla quizá.

—¿En qué piensas?—le preguntó ésta al verla tan meditabunda.

—No lo sé, Pepa; no quiero saberlo... Disparates, tonterías, locuras...

Y tomando las manos a su amiga, añadió con vehemencia:

—Tú tienes algo, Pepilla; a ti te pása algo... ¿Por qué tienes secretos para mí, que soy tu hermana?

—¿Yo?... ¡Qué loca eres!... ¿Qué quieres que me pase?

—Nada, no lo permita Dios, no quiero que te pase nada; pero..., oyéme bien, por lo que pueda tronar. Para todo, para todo lo de este mundo me tendrás a tu lado..., menos para una cosa: para engañar a Manuel.

—¡Charito! ¿Qué estás diciendo? ¿Engañar a Manolo?, ¿yo?, ¿engañarle yo? ¿Por qué me ofendes de este modo?

—No te ofendo, perdona; no he dicho nada... Ya sé que sólo pensarlo es una locura. Pero me has dado miedo..., me asustas... ¡Eres tan hermosa...!

—¿Qué tiene que ver la hermosura con esto?

—Allá tú, Pepilla, pero no lo olvides. Para todo, a tu lado; sólo para «lo otro», enfrente de ti y en contra tuya.

Echóse a reír la amenazada, y abrazando a su amiga le dijo entre un diluvio de besos:

—No pienses semejantes desatinos. Antes me dejaría sacar los ojos de mi cara y la sangre de mis venas que faltar a Manolo ni con el pensamiento. Déjame hacer, y calla... Tendré dinero, acaso lo tengo ya, Charito..., pero Manuel debe ignorarlo... Tenemos que engañarle entre las dos, sí; entre las dos... ¡Ya ves cómo, hasta para esto he de tenerte a mi lado! Cuando sospeches de mí, entonces habla; pero mientras yo no te dé motivo, calla y ayúdame, ya que Dios ha tenido misericordia de nosotros...

—Pero ese dinero, Pepa, ¿de dónde salen esas misas?

—De la sacristía. No te preocupes, éste es mi secreto. Ya lo sabréis todos cuando yo me muera, que no ha de tardar mucho. Mientras tanto, hazte

cuenta que he encontrado una mina, que me ha tocado el gordo, que se me ha muerto un tío en América...

Y Charito, moviendo la cabeza con aire de duda, contestó chulescamente:

—«Santa Gertrudis parió por un dedo; será verdad, pero yo no lo creo.»

IV

Impenetrable Pepa y complaciente y reservada Charito, urdieron la fina trama en que había de tejerse la futura vida de los amantes. Pepa tenía dinero, no mucho, pero lo suficiente para enjugar piquillos atrasados y, sobre todo, para satisfacer las mensualidades vencidas. Charito seguiría conservando los recibos, como si aún estuvieran pendientes de pago. El casero era una buena persona, que había accedido a esperar hasta el invierno, época en que el trabajo aumenta y con él los ingresos domésticos. Sin embargo, exigía el puntual pago de las sucesivas mensualidades, sin lo cual no había nada de lo dicho. Pago corriente y cinco recibos para amortizar. No era, pues, necesario el cambio de morada, y los palomos no se verían obligados a subirse al palomar de Charito. Esta, además, tenía ya trabajo de largo, y ella cosiendo y preparando Pepilla, dale que le das a la aguja, sacaban su buen jornalito, del que Pepa tomaba no pequeña parte. La situación se iba aclarando. *Sursum corda!* Lo arreglaron así.

Dinero del diablo debía de ser el dinero aquel de Pepilla, pues no parecía más sino que por artes herméticas o diabólicas verdaderos prodigios operaba. ¿Qué era aquello que podríamos llamar el milagro máximo? ¿Se curaba Pepilla? ¿Cómo volvían los colores a su rostro, la luz a sus ojos, las carnes a su seno y la alegría a su corazón? ¿Sería posible aquello, que se veía con los ojos de la cara y se palpaba con los dedos de las manos? ¿Dónde iba a parar la resucitada con aquel tesoro de hermosura que sobre ella volcaba, día tras día y hora tras hora, el mago encantador que la había prendido en sus redes?

Manolo estaba loco de alegría. Cantaba, reía, escandalizaba la casa con sus carcajadas de hombre fuerte y con sus coplas picantes, aprendidas en cines y en teatros, culto rendido al amor picaresco por la juventud pletórica de vida y sedienta de placeres.

—Manolo, que va a llover—decíale Charito cortando las «floriturás» y gorgoritos de su bien timbrada voz de barítono, ligeramente atenorada.

—¿Quiere usted dejarnos ya en paz con ese tango de dos mil demonios?

—Déjalo que cante, mujer—contestaba Pepa entusiasmada—. ¿No te da gusto oírle?

—Sí, hija mía, sí; pero gallina a diario, amarga la olla... ¡Si no cierra boca desde que se despierta...!

—Lo que te pasa a ti, suegra regañona—decía el «divo»—es que se te van los pies de ganas que tienes de darte dos «pataítas» conmigo.

—A usted sí que se las voy a dar yo si no se calla, so tonto.

—¡Charito, que te doy un abrazo!

—Manolo, ¡que preparo la escoba!

Y reíase Pepa, gozosa, y reíase él, y reíanse todos.

—¿Ves?—añadía Pepilla—. Ya me habéis hecho toser. ¡Esta tos, esta dichosa tos que no quiere dejarme...!

—¡No hagas caso, chica! —decía Charito animándola—. Canta aquello de:

> Cuántos se mueren
> que no tienen tos:
> ¡Y a mí que la tengo,
> no me lleva Dios!

—Oye, tú, que yo no quiero que Dios se lleve a mi niña.

—No tenga usted cuidado, que ya se la ha llevado antes el demonio...

—Charito, ¡que te hinco el tenedor!. ¡Que te clavo los cuernos!

—¡Huy, los cuernos! Pepilla, ¿no has oído? ¡Manolo tiene cuernos!... ¡Tiene cuernos!

Sonrojóse Pepa al oír tal palabra en boca de Charito, y recordando antiguas escaramuzas, medio en serio, medio en broma, dijo a la locuela:

—¡Como no sean los que le pone tu novio...!

Y como la puñalada fué certera, callóse la herida, no sin que las lágrimas acudieran a refrescar con sus ardores el encendido fuego de sus ojos encarnizados.

—¿Te he ofendido, Charito? Perdóname. No quise lastimarte. ¡Me duele tanto que digas esas cosas...!

—No te las dije por mal, Pepilla. Perdóname tú, soy una loca...

Y se abrazaron las dos amigas, cordialmente reconciliadas, sellando su firme amistad con un chaparrón de besos.

—¿Y yo?, ¿y yo?—exclamó Manolo llamándose a la parte—. ¿No hay un par de besitos para mí?

—¡La escoba, Charito, la escoba! —contestó Pepilla—. ¡Prepara la escoba! ¡Mujer, hazme el favor de darle un par de escobazos de mi parte!

Y Charito, arma en ristre, perseguía al atrevido, que, dando gritos de madama asustada, se escondía detrás de Pepilla, pidiendo misericordia.

Y así transcurría la vida de este platónico *ménage à trois*, sin que la más pequeña nube volviera a empañar con sus cendales la limpidez serena de su cielo. Hasta que un día...

Un día horrendo, uno de esos días que no debieran amanecer, quedándose el sol enredado en la maraña de los bosques autralianos, la Casualidad, la diosa negada, dueña y señora de los destinos del mundo, puso frente a frente en la plataforma de un tranvía a Manolo y a don Angel, el casero.

Saludáronse cortésmente, como cumple a personas de buena crianza, y Manuel, con frase agradecida, prometió al casero el pronto pago del atrasado piquillo.

No entendió éste de qué le hablaba el pollo, y se limitó a contestar preguntando:

—¿Se refiere usted...?

—A los recibos que aún le debemos y que usted tuvo la fineza de dejar para más adelante.

—Sin duda está usted desmemoriado. ¡Pues si aquellos cinco meses me los pagaron ustedes juntos hace ya bastante tiempo...!

Sonrió Manolo pensando en lo bueno que fuera la verdad de tanta belleza, y creyendo firmemente que no él, sino el casero era quien trocaba los papeles, apuntó:

—Yo soy el inquilino del cuarenta y cinco...

—Sí, señor; del cuarenta y cinco, cuarto, segunda..., lo recuerdo perfectamente. Rosario, la hija de la portera, y su señora de usted vinieron juntas a pagármelos. ¿Y cómo sigue la señora? Parece que adelanta... La prueban estos aires...

Encendióse Manolo hasta lo blanco de los ojos, tembláronle las piernas, nublósele la vista y sintióse desfallecer. Por un supremo esfuerzo de su voluntad poderosa rehízose rápidamente, y sonriendo a la fuerza, obligando a los rebeldes músculos de su cara a dibujar un rictus grotesco, respondió:

—Sí, sí, mejora. Puede que esté yo confundido. No recordaba...

Y la imagen de Pepilla hermosa, de Pepilla traidora, de Pepilla infame, vendida, enlodada, cruzó fulgurante por su exaltada mente, y con la rapidez del pensamiento ató cabos y anudó pormenores y acumuló indicios, y una frase cruel, cual trallazo infernal, le cruzó el rostro con estallidos de afrenta, de vergüenza, de deshonor: «¡Tiene cuernos! ¡Manolo tiene cuernos!...» ¡Oh, sí; Charito lo había dicho, embromándolo con la verdad, y Pepilla había enrojecido y se había enfadado!

¡Lo engañaba, lo vendía! Pepillá se burlaba de él, harta de escaseces y de miserias, hambrienta quizás, aguijoneada por el acicate de su insaciable apetito... Pepilla lo engañaba, y Charito, la perdiz repulsiva, la gata en celo, era cómplice del engaño. ¡Lo vendían entre las dos, demonios encendidos del infierno!

A la primera parada del tranvía echó Manuel pie a tierra, sin cuidar de despedirse de don Angel, desalentado, loco, insensato. Anochecía ya, y los faroles comenzaban a apuñalar

con los haces de sus luces la agonizante palidez del día...

Llegó a la casa frenético. No había nadie en la portería. Subió en un vuelo la interminable escalera, llamó... Nadie tampoco en casa. Golpeó, pateó la puerta, intentando echarla abajo. Silencio absoluto. Subió al terrado y preguntó a la vieja portera impedida. Charito había ido a entregar... La señorita había salido después, sola, hacía un ratito... Acá (ella) le había sentido cerrar la puerta.

Bajó Manuel atropelladamente, enardecido, colérico... Preguntó al cabrero. «No; la señorita no había estado allí desde media tarde, que pasó a cambiar un billete.» ¡Un billete! ¡«Uno» de los billetes por los cuales la infame se había envilecido!

El airado muchacho arrancábase los cabellos. Salió a la calle, hacia Aribáu, por si ella regresaba en algún tranvía. Pasó uno, con luces rojas, como su vergüenza; nada. Pasó otro, con disco verde, como las hieles que amargaban su alma; se detuvo, apeóse de él una mujer..., no, no era ella. A poco la atropella Manolo, creyéndola Pepita, su Pepilla, su Pepa idolatrada, para cuya villanía cien muertes fueran pequeño castigo...

Volvió otra vez a la casa. Pudiera haber regresado por Muntaner. Subió... ¡Sí! ¡Allí estaba! La puerta, entornada, para cuando llegase Charito, y ella, jadeante, dentro. Se oía el pitito de su respiración, ahogada por las hieles de su pecho traidor y villano...

Como un tigre furioso arrojóse Manuel sobre Pepilla, y sin darle tiempo a reponerse del espanto que el portazo y la repentina entrada de su amante le produjeran, asióla por los brazos y, levantándola de su asiento, la abofeteó con estas palabras:

—¡Infame, vil, perdida!

—¡Manolo!—contestó ella implorante—. ¡Manolo mío! ¿Qué ocurre? ¿Qué tienes?

—¿Qué tengo?—contestó el espiritado—. ¡Que rabio, que muerdo, que destrozo! Pronto, el dinero... ¿Dónde tienes el dinero que te han dado por venderme? ¿De quién es ese dinero de Judas que manejas?

—¡Oh!... Charito... ¡Te lo ha dicho Charito!—exclamó Pepa aterrorizada.

—¡Charito es tan vil como tú, y calla también, la infame; pero tú eres más; tú eres una mujer perversa, tú eres una tía indigna de compasión...! ¿De quién es ese dinero? ¿No me oyes?

Sacudíala Manuel sin piedad, zarandeándola como un trapo, y ella, desfallecida, asfixiada, balbuciente, sólo pudo articular, atropellándose:

—¡Prestado..., robado..., encontrado..., pero mío; mío, honradamente... mío, sin faltarte, Manolo...; óyeme..., escúchame..., mío..., mío!

Y a la exaltada mente del enfurecido amante acudió la palabra «recibos», y por concatenación de las ideas, unida, enganchada, enredada en ésta, brilló fulgurante, con resplandores de centella, la de «revólver», la de aquel revólver con que él amenazaba a Charito para recobrar los malditos papeles..., la de aquel revólver, que iba a ser realmente el encargado de saldar aquella deuda, ahogando en sangre la villanía que de manos del casero la había rescatado. Y mientras Manolo, vesánico ya, continuaba repitiendo inconscientemente su eterna pregunta:

—¿De quién es ese dinero...? ¿De quién...? ¿De quién...?

Pepilla, arrodillada ante él, postrada en tierra, sólo pudo contestar:

—¡Perdóname, Manolo de mi alma!... ¡No te lo puedo decir..., no puedo decírtelo!

Y entonces el infierno llevó la diestra mano del frenético amante a la pistolera de su pantalón, y halló en ella el minúsculo revólver, de inocuo aspecto, juguetillo de damisela y, tomándolo insensato en su mano crispada por el furor, blandiólo sobre Pepita, y se movió el gatillo, y sonó el seco disparo..., y la aterrorizada mujer cayó bañada en sangre...

No había sido nada, un estallido no más fuerte que el que produce un fósforo cuando se pisa, y en los oídos de Manolo había repercutido como el más horrísono de los cañonazos... Que-

dóse atónito, inmóvil, ante el inanimado cuerpo de su querida, de cuyo cuello brotaba un hilo de sangre, oscura, negra... Y cuando Manuel pudo escuchar la voz del instinto que estentóreamente gritaba en sus oídos: «¡Sálvate...! ¡Huye...! ¡Escapa!...», con el revólver aún en la mano se dirigió al pasillo, abrió la puerta del piso, vió desierta y libre la escalera y se precipitó a ganar la calle, aguijoneado por aquella imperiosa voz que lo anunciaba sin descanso.

Al salir del portal topóse con Charito, que llegaba tranquila, sonriente, con sus encendidos ojos diablescos, y al verla tartamudeó Manolo, entregándola el arma homicida, como si con ello se descargase del peso de su delito:

—¡Corre... Sube... Muerta! He matado a Pepa... Tengo que matarte a ti... ¡He de matar a medio mundo!...

Y huyó por la desierta calle de Muntaner a la ventura, sin saber dónde, desesperado, desatentado, ciego...

V

Quedóse Charito perpleja, estrechando el revólver, esperando que éste hablase y descifrase el enigma, y ante la mudez del arma, que tornaba a ser juguete, reaccionó de su pasmo, y dándose cuenta de la situación voló escaleras arriba.

Llegó al piso de los tórtolos y halló la puerta abierta de par en par, entró decidida, valerosa, y vió a Pepa exánime, tendida en mitad de la sala, sin dar señales de vida.

Tenía la herida en el cuello, junto al hombro. Era un desgarrón profundo de la piel, chamuscada por el fogonazo. Lavó cuidadosamente la cruenta abertura, y reclinando a Pepa sobre su seno, sentada ella en tierra, comenzó a llamarla dulcemente, amorosamente.

Abrió la modistilla sus divinos ojos, agrandados por el terror, y, viendo a Charito a su lado, incorporóse, y abrazándose a ella rompió a llorar sin consuelo.

—¡Charito, Charito de mi vida, qué horror..., qué espanto..., qué situación la mía!

No pareció curarse mucho de sus exclamaciones la amiga y confidente, antes bien, previsora, cuidadosa de lo que pudiera sobrevenir, como medida de precaución, ordenó imperiosamente, mostrando el revólver a Pepilla:

—Oyeme bien, entiéndeme bien... Hay que salvarlo, hay que salvar a Manolo..., si aún es tiempo. Si acude gente, si viene alguien, «he sido yo». ¿Me oyes? He sido yo, sin querer, jugando con el arma..., se me ha disparado..., te he herido... ¿Me entiendes, Pepa?

—Sí; te entiendo, Charito de mi alma, te entiendo... Mejor será decir que yo misma, sí; yo, yo misma...

—No; tú misma, no, porque tú misma eres sólo una... Diciéndolo yo y confirmándolo tú, somos dos, y habrán de creernos... Yo, yo; he sido yo... Creo que no será nada... Esto se hincha, pero ya no echas sangre... ¿Te encuentras mal? ¿No tienes más herida que ésta?

—Creo que no, ni aun ésta creí que tuviera, ahora sí que la siento..., me escuece, me quema. Ponme más agua.

—Aceite, te pondré aceite de nieve, porque esto no hace mal, y la herida parece una quemadura. Espérate un momento... ¿Puedes quedarte sola un instante?

—Sí, Charito, sí. No tengas temor, ayúdame y me sentaré en la mecedora... No tengo nada más que el susto.

—También te bajaré agua nafe, que es buena para los nervios. Agua de azahar, ¿sabes? Creo que no es nada. ¡Virgen Santísima del Carmen, que no sea nada! ¡Qué no tengamos que llamar al médico!

—No dejes abierto, Rosario; llévate la llave. Tengo miedo. Tengo un miedo horrible... y una pena que me destroza el corazón... ¡Dudar de mí! ¡Ha dudado de mí, que tanto lo quiero! ¡De mí, que por él daría la salvación de mi alma!

Y mientras la herida se entregaba

a sus inútiles lamentaciones, salió Charito, regresando a poco provista de media ambulancia sanitaria. Colocó unas hilas empapadas en aceite de nieve sobre la ennegrecida quemadura y propinó a Pepita un par de cucharadas de agua de azahar, mientras se acababa de hacer una taza de tila, que ya había puesto al fuego. Según vieran, harían. Por lo pronto, bueno era que Pepilla hubiera quedado con vida y que los vecinos no hubieran sentido la trapatiesta ni dádose cuenta del estropicio. Ahora faltaba él, el loco, el endemoniado; no fuera a hacer alguna barrabasada... Suerte grande era que le hubiese dado la feliz ocurrencia de dejar el revólver en manos de Charito.

—Pero ¿qué será de él, Rosario mía, qué será de él, si se ha ido creyendo que me ha matado, seguro de que le engaño por dinero, Charito, por dinero, como si en el mundo hubiera dinero suficiente para pagar una sola de sus miradas, una sola de sus caricias...?

—Pues, hija mía, de esto nadie tiene la culpa más que tú, con tus enredos y con tus tapujos. Hubieras hablado claro, y no nos veríamos como nos vemos.

—¡Pero si es imposible, Rosario; si es imposible...! Y ahora, después de lo que ha pasado, más imposible aún.

—El que te entienda, que te compre. Tú no has hecho nada malo, y lo único que puede llamarse malo es faltarle a él, pues no siendo esto no sería yo la que anduviera con tantos requilorios.

—Es que si yo hablara, Charito, se echaba todo a rodar. Si él supiera lo que yo he jurado guardar secreto, volverían otra vez los apuros y los ahogos y las miserias. No lo siento por mí, no; no lo siento por mí, que teniéndole a él tengo todo lo de este mundo, sino por él mismo, por los malos ratos que pasa, por las vergüenzas que sufre, por lo que padece viéndome padecer... ¿Y si se cansa, Charito, y si se harta ya de mí y me da de lado, que todo puede ser? ¿Tú sabes lo que es esto de vivir encadenado a un ay continuo, de día y de noche, y a todas horas?... Y no corras, que nos cansamos, y no duermas, que tosemos... Ser libre y no gozar de la libertad; ser joven y hacer vida de viejo; ser rico y pasar privaciones, y carecer de lo más preciso y sacrificarse tontamente, para nada, para nada, porque yo me moriré, y todo lo rezado, perdido..., ¡ay, Charito de mi alma, que yo voy a volverme loca! Y antes de que él me deje prefiero un tiro, y veinte tiros, y todos los tiros del mundo, a boca de jarro.

—No te desesperes, mujer...

—No, si no me desespero; si yo tengo un consuelo que él no tiene, y es el de pensar que cuando yo me muera lo sabrá todo y verá que le he sido fiel hasta la muerte y que todo lo he hecho por aligerar su cruz... Mientras que él, ¿qué hará él creyendo que yo soy una mala mujer, indigna de su cariño? ¡No lo veré más, Charito; no lo veré más!...

—Tranquilízate, que él volverá si es de ley. Cuando se le pase el arrechucho, cuando vea que nadie le dice nada, que no se habla de nada de tu muerte, él volverá a rondar por acá, atraído por la curiosidad y por el amor que te tiene, porque, diga lo que diga, te quiere con toda su alma, y ya verás cómo no acaba la noche sin que él venga a llamar a esta puerta... Y ahora, ¿cómo te encuentras? ¿Estas mejor?

—Sí, estoy mejor. Un poquillo me escuece el hombro, pero no es cosa.

—Más tarde te pondré otro trapito. Has de tomar algo, acostarte: yo me quedaré contigo, y mañana, Dios dirá.

—Charito, si en vez de esto quisieras darte una vuelta por ahí... Puede que lo vieras... Estoy en ascuas... ¡Yo no puedo vivir así, con esta intranquilidad, con este sobresalto...!

—Todo se andará, no te apures; pero lo primero es que tomes alimento... Te pondré un huevo en la sopa, y más tarde te haré un candiel con la leche. ¿A ver? Espera, calla... Creo que gritan en la escalera... Sí, llaman...

—¡No me dejes sola, Charito...!

—Cierro y me llevo la llave... Un momento nada más.

Salió Charito, y desde lo alto de la escalera preguntó:

—¿Quién llama?

—Servidor—dijeron desde abajo—. ¿No está la portera?

—¿Qué se ofrece?

—Haga el favor de bajar, que he de decirle dos palabras.

Bajó la perdigona, y se encontró con un hombre serio, mal encarado, con un grueso bastón en la diestra. Si no era de «la ronda» no le faltaba el canto de un duro.

—¿Qué deseaba usted?

—Pues quisiera saber si vive aquí un caballero llamado don Manuel de las Roviras.

—Sí, señor; aquí vive, pero no está en casa.

—¿Y por qué no está en casa?

—¡Toma, porque ha salido!

—No es mala razón.

—Por lo menos es de las que convencen.

—¿Y... su señora?

—Buena, gracias.

—¿No podría verla?

—¿Quién, usted o yo?

—Yo.

—Pues no, señor, porque no estando su marido no recibe a nadie. Vuelva usted mañana.

—¿A qué hora?

—A la de no estorbar, hijo, que parece que me está usted haciendo el padrón.

—Usted dispense.

—No hay de qué.

—Y diga usted, joven, ¿está usted segura de que la señora está «buena, gracias»?

—Hombre, ahora mismo no sé si estará de parto; pero cuando usted llamó estaba yo dándole de cenar, y aún no tenía dolores.

—Y... ¿no ha oído usted que haya pasado algo raro por acá esta noche?

—¿Algo raro? Sí, señor. Ha pasado usted.

—¿Y más raro que yo?

—Es difícil; pero no ha pasado nada, que yo sepa.

—¿Y que usted «no sepa»?

—Que yo no sepa, ¡figúrese usted las cosas que pueden haber pasado, hasta moneda falsa!

—De modo que usted me responde de que la señora sigue sin novedad...

—Sin novedad en su importante salud.

—Más vale así.

—Más vale.

—Pues usted perdone... y «hasta la vista»...

—¡No hay de qué... y la del humo!

Defendiose la mozuela como una heroína, salió el hombre, y como ya era hora, tras él cerró la porterilla la puerta de la calle, no sin asomarse a dar un vistazo por los alrededores de la casa. Subió en cuatro saltos a dar cuenta a Pepita de la entrevista, y cuanto más ésta se lamentaba, más la tranquilizaba Charito, diciendo:

—No seas tonta, mujer, todo esto es cosa de él, que nos ha echado por delante este pasmarote para saber a qué hora es el entierro... ¡Cuando yo te digo que Manolo no pasa la noche fuera de casa! Deja tiempo al tiempo, y ya verás si sale todo lo que yo te digo.

—¡Ay Charito, Dios te oiga, Dios lo haga..., que vuelva, que me perdone, que no me deje..., ahora que falta ya tan poco!

—¿Tan poco para qué?

—Yo me entiendo y bailo sola. Yo sé cómo va esta procesión que me anda por dentro. ¡Morir sin él, cielo mío, sería morir condenada en cuerpo y alma!

VI

Bajó Manolo enloquecido toda la calle de Muntaner, y al llegar a la plaza de Sepúlveda torció a la derecha, enfilando la Ronda de San Antonio.

Siguió andando, andando sin descansar, y barzoneando por retorcidas callejuelas salió a los muelles, por Santa Madrona, radiante al parecer de hermosura, pues más de cuatro mujeres saliéronle al paso, colmándole de

piropos. No estaba el alcacer para zampoñas ni el horno para bollos, y al llegar al paseo de Colón vió un banco desierto y desplomóse sobre él, agotado, abandonado por la tensión de sus nervios. Entonces comenzó a darse cuenta clara de lo ocurrido, de la tragedia que allá en su tranquilo pisito de Gracia se había desarrollado.

Había matado a Pepita, a su Pepilla adorada, a la luz de sus ojos... La había matado, y a sus pies la había visto tendida, ¡muerta! ¡Oh, qué final el final aquel para sus amores! Robarse él a sí mismo y con su propia mano lo que de más caro existía para él en la vida, y en la tierra, y en el universo! Su Pepilla, su amante, su dulce, su idolatrada Pepilla. La primera mujer amada. El primer ensueño de amor, la realización de aquel ensueño, el verbo de su pasión hecho carne, carne tentadora, carne de placer, carne de comunión, amasada con sangre de dos cuerpos y vivificada con el aliento de dos almas que, una vez unidas, nunca más habrían de separarse!

Acudieron las lágrimas a sus ojos, y lloró su felicidad perdida, su amor asesinado; la violencia de él, la traición de ella, «que había dejado de ser buena», como quizás ya, a las puertas de la muerte, lo había presentido su madre.

Y tras esta explosión de dolor y de esta invasión de abatimiento, una nueva idea acudió a su mente exaltada: la del peligro que corría, la de su libertad amenazada... Se vería preso, encarcelado, sentenciado, quizás a una pena infamante, envilecido, recluído entre las sombrías paredes de un presidio inmundo, deshonrado él, deshonrado su padre, su pobre padre, que con tanta resignación había conllevado la degradación de su hijo, enfangado en una vida oscura y licenciosa.

Y la severa figura paterna apareció ante él erguida, muda, acusadora, y al intentar arrojarse a sus pies implorando perdón y misericordia, la sombra augusta tendía hacia él sus brazos y lo estrechaba amorosa contra su pecho.

No lo pensó más, y voló a su casa, a su vieja casa, al dulce hogar donde vió a la luz primera y donde se cerraron a la luz los ojos de su madre.

Un viejo criado franqueó la entrada, y, al ver quién era el aparecido, no pudo reprimir un grito de admiración y de sorpresa:

—¡Jesús! ¡El señorito Manolo!

—Bautista, mi padre... El señor... ¿Dónde está el señor?

—Espere, espere, señorito, por Dios santo. El señor va a salir, acaba de cenar... Hay que prevenirlo...

Y con paternal acento, atrayendo hacia sí al muchacho criado sobre sus rodillas, preguntó confidencialmente:

—¿Muerta, señorito?

Espantóse Manuel, creyéndose ya descubierto antes de confesado, y mirando con terror al viejo ayo, imploró:

—¿Se sabe?... ¿Cómo se ha sabido?...

—Lo pregunto, señorito, lo pregunto porque les quiero... ¡Como estaba tan malita...!

No esperó el muchacho más ni atendió ruegos ni advertencias, y, como un torbellino, se precipitó en el comedor pequeño de la casa, donde comían padre e hijo desde la muerte de la madre de Manolo.

Entró y vió a su padre sentado aún a la mesa, pensativo, solo, con la frente apoyada en la palma de la diestra mano... Arrojóse el muchacho a sus pies y, cual penitente a los del confesor, apoyó sus brazos sobre las rodillas del caballero y prorrumpió en sollozos que ahogaron toda palabra.

Sobresaltóse el abatido señor ante la irrupción del chico y, conforme éste había previsto, púsose en pie, obligando al pecador a levantarse.

—¡Manolo! ¡Manolo! ¡Hijo mío!

—¡Perdón, papá; deja que te pida perdón, deja que me muera a tus pies de dolor y de vergüenza!

—¡Hijo, hijo, hijo!...

—Es horrible lo que me pasa. No puedes figurártelo... Soy un miserable, un criminal... Estoy perdido, deshonrado, envilecido para siempre...

—¿Qué dices? Me asustas, hijo mío. ¿Qué ha pasado?

—¡Me engañaba, papa; me engaña-

ba, me vendía..., lo he sabido hoy..., he enloquecido..., y he matado!

—¡Jesús! Manolo, ¡tú!

—Yo, sí, papá de mi alma, yo... La he matado, la he tendido a mis pies, y daría mi vida entera por la suya; porque la quiero como no se puede querer a nadie en este mundo; más que a ti, papá; más que a ti que te sacrifiqué por ella, porque me ha hechizado, porque me ha enloquecido con su amor que yo creía tan puro y tan firme como el de los ángeles... ¡Y me engañaba; me engañaba; se burlaba de mí... me vendía como Judas vendió a Cristo por treinta monedas de plata!

Un rayo que hubiese caído a los pies del viejo caballero no le hubiera causado impresión más honda que la confesión de su hijo le produjo. Irguióse enérgico, severo, sombrío, y apartando de sí a Manolo, para mirarle cara a cara, le dijo:

—¡Explícate claro: habla claro!... Yo soy quien enloquece, yo quien tiembla... ¿Qué ha ocurrido?...

Refirió el chico a trompicones, a saltos, sus apuros, sus escaseces, sus miserias y la repentina aparición del dinero en manos de Pepilla, el pago oculto de los recibos, el disimulo de ella, su negativa, sus disculpas torpes, y, por fin, su propio arrebato y el rapto de furor que lo había convertido en un homicida...

Desplomóse el señor de las Roviras sobre su asiento y, oprimiendo su cabeza entre sus manos, exclamó:

—¿Qué has hecho, desventurado, loco, ciego; qué has hecho, infeliz; qué he hecho yo, Dios mío de mi alma?... Ella guardaba su secreto por miedo a ti, a tu altivez, a tu orgullo; por amor a ti, por temor a tus apuros, a tus ansias; por endulzar tu vida, sin que tú pudieras volver a amargártela... ¡Tú no sabes cuánto ha habido que luchar para vencer sus escrúpulos, por miedo a tus sospechas, a tus iras...! Ese dinero era mío, mío, ¿lo oyes bien? ¡mío...! Ese dinero se lo daba yo por medio de Bautista; yo, que te perseguía; yo, que te espiaba... ¿Te crees que ganas los veinticinco duros que te da tu colocación, mentecato? Te los doy yo, que no puedo consentir que pases hambre; yo, que quise someterte a la dura ley del trabajo; yo, que quise probar el temple de tu alma y que por eso no te envié a Suiza, a América, al fin del mundo, donde lejos de mí pudieras cometer mayores desatinos... Yo, que sabía por Robert el próximo fin de esta locura; yo, que por amor a ti, quise endulzar los últimos días de esa desventurada, que ha sido buena, que ha sido amante, que ha sido fiel, que te quiso hasta el sacrificio de la propia vida; que ha guardado nuestro secreto, por no abofetearte con él, echándote en cara tu inutilidad, tu pequeñez, tu escasa valía, incapaz de vencer la miseria, gran aliada de la muerte... ¿Qué has hecho, infeliz? ¿Qué has hecho, loco, desgraciado?...

No acertó Manolo a pronunciar una sola palabra. Su corazón se escapaba por los áridos campos de la demencia; su corazón estallaba en pedazos...

—¡Despierta, vuelve en ti!—le gritó su padre sacudiéndolo por un brazo como si fuera un bausán insensible—. No es hora de lamentaciones tardías, ni de ayes estériles; es hora de luchar, de defenderse, de remediar en lo posible el mal causado, y de evitar sus funestas consecuencias... Te buscarán, te buscan, quizás, a estas horas; te prenderán; nos hundirán en la desesperación y en la vergüenza...! El gobernador es gran amigo mío... Veremos... Veremos... ¡Bautista! En seguida, un coche... Volando... El señorito «no ha estado aquí» ¿entiendes?... ¡No sabemos nada del señorito!...

—Pero, señor, por Dios—imploró el viejo sirviente—: Díganme qué pasa...

—¡El fin del mundo, Bautista, el fin del mundo!... Ya lo sabrás, ya te lo explicaremos...

Padre e hijo se encaminaron al Gobierno Civil... Tuvieron la suerte de encontrar visible a S. E. Pusiéronle al tanto de lo ocurrido... En el Gobierno no se sabía nada; no había llegado parte alguno que al caso se refiriera... Quizás lo había soñado el pollo... Acaso no ocurrieron las cosas como él se ha-

bía figurado. Pronto saldrían de dudas... Un polizonte de confianza, de tacto, a husmear por la casa, sin infundir sospechas y a informar por teléfono... Tranquilizarse; no alarmarse sin motivo... Si desgraciadamente la cosa fuera grave, se haría lo posible por suavizarla; se arrojarían salvavidas al náufrago... ¡Estos muchachos impulsivos, violentos!... Aprovechar la lección... aprovecharla... que Dios consiente, y no para siempre...

Transcurrió una hora mortal... Un siglo interminable... Al fin sonó el teléfono...

«...¿Seguro?... ¡Bien: nada más!»

—¡Albricias! ¡No ha pasado nada! Por lo menos la cosa no ha trascendido: no será ello muy grave... Ahora ustedes a enterarse, a arreglarlo... Si algo ocurre, aquí estoy yo: no se desesperen, no se apuren... Adiós, y ¡ojo! pollo, ¡mucho ojo!... Por ahí se empieza. ¡Sabe Dios por dónde se concluye!...

Salieron los indultados y celebraron consejo en el mismo carruaje:

—Sube tú—decía don Manuel—entérate, y no me dejes en esta ansiedad. Yo me esperaré en el coche—una luz en el balcón, será señal de que nada ocurre y me volveré tranquilo a casa... En otro caso, tú mismo bajas a enterarme. Ante todo, que ella ignore esta entrevista nuestra: que todo siga igual que hasta aquí... Engañémosla todos, sin que mi dignidad sufra menoscabo, para que tú mismo no decaigas ante sus ojos... Engáñala tú haciendo el sacrificio de dejarte engañar... ¡Qué menos puedes hacer por esa desventurada! Ya arreglaremos lo del dinero. Te aumentarán el sueldo... No volverá Bautista... Desaparecerá de entre vosotros ese fantasma que tan al borde del abismo te ha colocado... No lo olvides: una luz en el balcón y me iré tranquilo... No te dejes llevar del primer impulso: que te perdone, sin romanticismos, sin comedias... No está la infeliz para golpes como éste... ¡Ea, basta de lágrimas que se dan de cachetes con lo que has hecho... Ya estamos: sube. No te olvides de asomar la luz... Ven mañana a verme. Adiós. Ten valor; ten serenidad... Arriba te espera el dolor y tú eres su único calmante. ¡Adiós, hijo!

Abrazáronse fuertemente y Manolo echó pie a tierra. El vigilante abrió la puerta de la calle, y el culpable subió la interminable escalera, oprimiéndose el corazón que lo ahogaba con sus violentos latidos.

Llegó a su piso; se acercó a su puerta... Quedamente llamó con los nudillos, sin atreverse a hacer sonar el timbre.

Cautelosos pasitos de pies descalzos se dejaron oír por dentro, pasillo adelante... Giró la mirilla y tras ella vió Manuel dos ojos sangrientos iluminados, que inútilmente pretendían horadar las tinieblas exteriores, con sus agudas miradas.

—¿Quién es?—murmuró una vocecita ensordinada, susurrante...

—Soy yo, Charito, yo que me muero... Abre.

—¿Manolo?...

—Sí, Manolo. Abre por lo que más quieras...

—Espera; descálzate; descálcese usted, no haga ruido... Pepita duerme...

Entreabrióse la puerta arrojando sobre el descansillo un rayo de luz, y Manuel, descalzo, tembloroso, deslizóse por la rendija, como una sombra.

Cerró Charito la puerta, suavemente y dejando en el suelo la palmatoria con que se alumbraba, se encaró con Manuel, mirándole de hito en hito, y poniéndole las manos sobre los hombros, le dijo seca y autoritariamente:

—Gracias a Dios que vuelve usted sano y bueno. No ha ocurrido nada, nada; oígame bien: nada; pero los hombres como usted no deben tratar de ese modo a las mujeres como Pepa.

Iluminábalos de abajo a arriba la temblorosa llama de la bujía, y sus alargadas sombras se extendían por las losetas del pasillo, se doblaban trepando por la pared y plegaban en el techo, movibles, inquietas... enlazadas en mentido abrazo furtivo.

—Un poco más—continuó Charito—y la deja usted seca. ¡Negros amores son éstos!... Nos ha dado usted un susto de muerte... y esos dineros mal-

ditos, se los había buscado yo, a pagar un duro al mes... todos los meses.

No le salía la mentira a Charito; pero algo había que decir mientras Pepilla se obstinaba en callar... Había que estar en todo.

—Sí, Charito, ya lo sé... ya me lo figuro—contestó Manuel agradeciendo el piadoso embuste—, Pero ¿y ella, qué es de ella?... Mírame arrepentido; mírame loco; mírame muriendo de ansiedad... ¡Ten compasión de mí!

—Ya le he dicho que duerme. No ha sido nada: una quemadura... Pero no entre usted ahora; no entre sin prepararla. Ya la despertaré yo... Ya haré ruido...

—¿Me lo juras, Rosario, que no está herida de gravedad, que está dormida, efectivamente?

—Se lo juro a usted—contestó la porterilla dando un profundo suspiro—. Se lo juro a usted por... ella. ¡Ya ve si le juro!...

—Me devuelves la vida, Charito celestial, me resucitas, me matas de alegría... Coge la luz y asómala al balcón... Me espera abajo un amigo y ésa será la señal para que se vaya... Tenla un momento junto a los cristales... Aquí te espero yo hasta que me avises; aquí me quedo hasta que tú...

—¡Charito!—oyóse llamar a Pepita...

—¿Qué quieres?—contestó ésta con naturalidad haciendo señas a Manuel para que se callara...

—¿Con quién hablas?...

—Con nadie, mujer; es que bajo de ver a mi madre.

—No me dejes sola; me muero de miedo... ¿No has sabido nada?

—Alla voy: ya te contaré.

Fuése Charito con la luz y acercándose con ella al balcón dijo como si hablase para ella misma:

—¡Qué noche más hermosa! Hay cada estrella que parece un huevo frito.

—Me harás reír, loca...

Oyóse partir un coche, calle abajo, y Pepilla preguntó:

—¿Has oído? ¡Un coche!... ¡Si trajera a Manolo!

—¿Quién sabe?—contestó la porterilla asiendo la ocasión por los cabellos—. No estaba en mis libros que tardase tanto...

—¿Estaba parado, no?

—Sí; creo que estaba parado... ¿No has oído abrir la puerta?

—¡Sí, Charito, sí! ¡Han abierto la puerta!

—También yo juraría que lo he oído...

—¡Si fuera él, Rosario de mi vida!

—No diré que no, hija. Pronto hemos de saberlo...

Y alzando la voz, como quien da una orden, añadió:

—«Si sonase el timbre», no te sobresaltes, que ciertos son los toros.

Entendió Manolo la indirecta, y al poco rato, golpeó con una llave la cazoleta del timbre de la entrada.

Pepilla lanzó un grito, y Rosario acudiendo a contenerla, le dijo:

—Si no te estás quieta, si haces locuras, no abro. ¡Por éstas, que son cruces, que no abro!

—¡Charito, por Dios, que no puedo más, que me ahogo, que me muero!... Que no quiero morirme sin verlo... ¡Abre, o me tiro de la cama! ¡Manolo! ¡Manolo! ¡Manolo mío!...

No pudo Manuel resistir un momento más, y como un loco se precipitó en la alcoba...

—¡Pepilla de mi alma, vida mía! —dijo tendiendo los brazos hacia la enferma.

Y cuando ésta extendió los suyos para recibirlo, entre ambos, por un impulso ciego, irresistible, se interpuso Rosario, y remediando a tiempo aquel insensato arranque que ella misma no se podría perdonar, en brusca transición, derramó sobre el enloquecido amante de su feliz amiga, los hielos de estas palabras:

—¡La herida... la tiene en el cuello!...

Sollozaba Manuel, arrodillado junto al lecho, implorando perdón con lastimeras voces, y Pepilla feliz, transportada, respondía a su amante:

—¿Perdonarte? ¿Perdonarte yo?... Si este tiro se lo hubieras dado a otra no te lo perdonaba yo en todos los días de mi vida... ¡Pero si ha sido a mi, negro mío, corazón mío; si ha

sido a mí, que soy tuya por los siglos de los siglos sin fin!... Si por este tiro daría yo hasta la luz de mis ojos; porque me quieres, porque has creído que te engañaba; como si yo pudiera querer en este mundo a nadie más que a ti, gitano mío, consuelo mío, cielo santísimo, Espíritu Santo de mi alma!...

Los ojos sangrientos de Charito parpadeaban en la penumbra de la alcoba. ¡Todas sus lágrimas no podían entibiar el ardor que los abrasaba!...

VII

A Manuel le habían aumentado el sueldo. Ganaba ya treinta y cinco durazos, que a veces subían y aun rebasaban los cuarenta. Charito trabajaba, y poco a poco iban restituyendo «aquellos» malditos treinta duros, que tan caros pudieron haberles costado a todos. No volvió a tocarse el doloroso punto de lo pasado, y así transcurrieron un par de meses, acaso más.

Hondísima impresión produjeron en el minado organismo de Pepilla las violentas emociones sufridas... La herida careció de importancia, cerróse pronto, y Manuel la cicatrizó con sus besos, y con sus besos iba borrando la rojiza huella de su bárbara locura. Pero Pepilla, desde los días aquellos, al romperse el encanto de las doblas mefistofélicas, comenzó a caer, a desmoronarse, como estatua de sal roída por la lluvia. Era un dolor aquello.

Sólo su hermosura, espiritualizada, divinizada, como la de las Vírgenes del Beato Angélico, de cuello de cisne, de ovalado rostro de azucenas, de largos y afilados dedos florentinos, luchaba aún resistiéndose a la destructora invasión del mal, que minaba, que roía, que avizoraba, que profanaba aquellos dedos divinos, desdibujándolos con la característica porrilla de los pobres héticos. Y si en los ojos retrecheros de Pepa se habían reconcentrado todas las energías de su alma, en sus entrañas ardientes, insaciables, se acumulaban los fuegos todos de su cuerpo, j a m á s sofocados, inextintos siempre. El amor pugnaba, batallaba encarnizado, rabioso, por apurar a tragos, en breves horas, los delicados sorbos de placer que para toda una dilatada vida habíansele prometido, y al acortarse, al consumarse ésta, el amor pedía lo suyo; y, a cambio de ello, ofrecía, derrochaba, los restantes jirones de la despreciable existencia.

Pepa, frenética, arrojábase a la pira que había de consumir su cuerpo, y a ella se lanzaba ungida con fragancia de nardos, engalanada para el eterno festín de sus interminables bodas..., y ella misma, con sus propias manos, acercaba a sus carnes los encendidos leños del insaciable apetito, menos ardientes que el arroyo de fuego que asuraba sus entrañas.

Manolo, espantado, luchaba, se defendía, imploraba..., y los resecos labios de Pepita sellaban su boca, ahogando en ella toda protesta, razones, amenazas...

Eros, triunfante; Hymeros, sensual y fiero, sacrificaba ante las aras de la Vida, riéndose de la Vida, ridículo pretexto de algo más alto, de algo más grande, que con apariencias de medio era fin; el Fin inmortal, eterno, porque él mismo había sido Principio. La Vida era sólo un accidente, el vehículo del Amor; su promesa, en el niño; su recuerdo, en el viejo...

Sobre el fuego sagrado del ara santa cayó una gota de hielo... Crepitaron a su contacto los rubíes de las ascuas, arremolinóse la nieve de las cenizas, y la lumbre revivió con más fuerza... Había s o n a d o la palabra ¡«asco»!

—Asco, sí, Manolo de mi alma... Te produzco asco... Huyes de mí, que tanto te amo, porque te causa asco mi enfermedad, ¡ahora que falta ya tan poco! Te cansas de mí; lo veo, lo toco... Me abandonarás tú antes que la vida... ¡Y falta ya tan poquito!... ¡Tan poco!

—Vida mía, me matas con esas palabras... ¿Asco tú? ¿Inspirarme asco tú, que eres mi propia sangre y mi propio ser y el alma de mi alma?

Y entre lágrimas y caricias sonreía

de nuevo el Amor..., y se oían las secas, las agrias carcajadas de la Muerte.

Los primeros fríos, enviados a Barcelona por el pintoresco Tibidabo como amenazadores heraldos del invierno, se ensañaron con Pepita, moribunda ya. Tras ellos, con ellos acaso, venía la Muerte, esqueletada, hedionda, con tufo de sepultura.

Se pensó en cambiar de clima, satisfaciendo el deseo constante de la enferma; «el viaje» aquel que, como antesala del viaje final, deslumbra a los pobres consumidos. Sí, se realizaría el viaje... Bien cerca, a una hora de la ciudad condal, en un repliegue de la costa de oro, besada por el heroico mar latino, existe un paraíso tibio, sereno... Menton, Niza, San Rafael, tiemblan a su lado... La Costa Azul no ostenta en su joyel gema tan preciosa. Es Caldetas, el pequeño pueblo de Caldas de Estrach, olvidado en invierno por la cursilería barcelonesa, que en él se agolpa para achicharrarse en verano.

Irían a Caldetas... Manolo conocía bien aquello por haber veraneado allí con sus padres. Por menos de nada encontrarían un pisito amueblado, vacíos todos en la fría estación... En la fonda de la Providencia estarían, si no, tan ricamente. ¡A Caldetas se ha dicho!

Entre Charito y Pepilla hicieron los preparativos del viaje. Manolo había pedido quinientas pesetas adelantadas. Al pecho con ellas, no fueran a caer en manos de algún carterista. La cédula de Manolo también, por si acaso. Era la vieja; pero no importaba, acreditaba la personalidad; la nueva estaría en casa de su padre, ellos no se habían empadronado... Así, todo bien oculto en el seno, a prueba de rateros... Ropitas, las precisas; como iban a estar tan cerca, Manuel vendría con frecuencia...

—Tú, Charito, ojo con el piso... No nos roben las alfombras, los cuadros, los tapices... Esconder la plata... Casi era mejor dejarlo abierto de par en par, para no dar un timo a los ladrones. Ya vendrás a vernos, Charito querida; la chica del cabrero cuidará un domingo de tu madre... Despídeme de ella; yo no puedo subir. ¡Qué feliz soy, chiquilla!... ¡Ahora sí que voy a ponerme buena! ¿No has notado que apenas toso..., que ya no toso tanto?... El ahogo maldito es el que me mortifica... Los pies se me han hinchado un poco. Manolo dice que es de no caminar. Allá, allá, caminaremos... Hay jardines, hay playa, hay monte. ¡Un encanto!

Apoyada en Manuel y en Charito bajó Pepilla la escalera. Ya los esperaba un coche, y, poco a poco, pues no tenían prisa, dirigiéronse a la estación de Francia, Ramblas abajo, paseo de Colón, por la Lonja, donde los poetas melenudos celebran los juegos florales...

Pasaron todos al andén, y Charito acompañó a Pepita hasta dejarla sentada junto a una ventanilla, en un confortable departamento de segunda clase. Despidiéronse las amigas llorando; despidióse Manuel de Rosario, y, cuando echó el tren a andar, mientras Pepa agitaba su pañuelo, no más blanco que su mano de nieve, Manolo gritó a la porterilla:

—Que tomes el tranvía..., que no subas a pie... ¡Hasta pronto!...

Y comenzó el andén a alejarse de los viajeros, como en cinta de cinematógrafo, cuando un río despliega ante nuestras miradas una de sus orillas pintorescas.

—¡Ea, nena, ya nos vamos!—dijo Manolo estrechando las manos ardientes de su amada—. ¿Te encuentras bien? Mira, ahora pasamos por debajo del puente de la Marítima, el del Parque, donde nos asomábamos para ver cómo entraban y salían los trenes.

Y Pepilla, encantada, contemplaba la aglomeración de fábricas que por aquellos arenales ha derramado Barcelona, nuncios de su poder, heraldos de su riqueza, pregoneros de su actividad.

Guerra mostraba los mohosos cañones del Campo de la Bota y el Besós, enterrando en la arena su turbia corriente, ofrecía sus riberas pobladas de viveros, salpicadas de merenderos y figones, rodeados de inmen-

sos bancales de verdura, cuidados, limpios, exuberantes...

Pepa, en plena naturaleza, comenzó a sentirse mal. Molestábala el traqueteo del tren—apenas perceptible—y el pegajoso airecillo del mar, poniente salitroso y húmedo, tapaba sus pulmones... Pronto llegarían. Ya estaban en Badalona, patria famosa del famoso Anís del Mono... Iban a pasar el primer túnel perforado en España, el que cerraba el paréntesis inmenso de quietud que para las montañas patrias se abrió en Monte Furado, por otras gentes de otros tiempos. Estaban en Mongat.

Pepita empeoraba. Todo el aire que por la abierta ventanilla del coche se recibía resultaba insuficiente para calmar los anhelos de su angustiosa respiración. Un fuerte ataque de disnea oprimía su garganta con mano de hierro, aplastando su pecho con ferina crueldad. No había aire para ella, congestionada, implorante...

Pasaron por Masnóu, por Premiá, y no cesaba el ahogo, que se convertía en asfixia... Hacia Vilasar cedió un tanto, y se reanimó la enferma, y comenzó a tranquilizarse su acompañante, alarmadísimo.

«¡Dios eterno! ¡Si se le quedase muerta en el tren! Quizás habían hecho mal en emprender aquel viaje... ¡Sí; era una temeridad aquello!»

Acercábase una nueva estación, la primera que en España recibió el saludo del coloso de hierro: Mataró... Entró en su recinto el tren a toda velocidad, confiado en el poder hercúleo de sus frenos de aire comprimido, levantando un torbellino de polvo, y paró en seco, tan en seco, que los vagones se conmovieron con un violento topetazo.

Pepa, desprevenida, se inclinó hacia adelante bruscamente, y, al intentar reponerse y enderezarse, una bocanada de sangre brotó de sus labios, y otra después, y después otra...; aquello era un caño; manaba de él la sangre, negruzca y densa al principio; rojiza y flúida después, constante, sin intermitencias, cortando la respiración, venciendo a la vida.

Lanzó Manolo un grito de horror (jamás él había visto aquello)..., y los viajeros se arremolinaron ofreciendo mil inútiles auxilios. Pepa, con los ojos extraordinariamente agrandados por el terror, agitaba sus manos, asiéndose al espacio, enloquecida.

—¡Un médico!... ¡Un médico, por Dios!—imploró Manolo.

Y varios pasajeros, al ver que el tren continuaba aún parado, en espera de un cruce, aconsejaron a Manuel que no prosiguiera su viaje, que se apease allí mismo, donde hallarían auxilio, médico, farmacia...

—¡Ayúdenme ustedes, por Dios! ¡Abajo!... ¡Abajo, mi vida! No te asustes; esto pasará... Ha sido el tren, el tren maldito... Esto es del estómago, no te apures... ¡Vamos, vamos!

Un mozo acudió con una silla. Descendieron al andén; sentaron a Pepa, que desfallecía, sin que la violenta hemoptisis cesase..., y el tren siguió su marcha, con los viajeros asomados a las ventanillas, contemplando el horrible espectáculo que ofrecía aquella pobre niña, ensangrentada, rodeada de un grupo de hombres aturdidos.

Un viajero joven, nervioso, excitado, sin saber qué hacía, introdujo sus dedos en su boca, y desde la plataforma lanzó un estridente silbido... Silbaba a la Muerte. El protestante desapareció con el tren, que era la Vida.

La aguadora de la estación, que arrastraba el carricoche de su aguaducho ambulante, más práctica que los hombres, acercóse con un vaso de agua bien cargado de aguardiente. Hicieron beber a Pepita unos sorbos a la fuerza, y se ensangrentó el vidrio, y los hilos de sangre dibujaron con ininteligibles signos rojizos una sentencia de muerte en el opalino líquido del vaso.

Algo había que hacer... Entre dos mozos condujeron a la enferma, en la misma silla, a una farmacia lejana. No se llegaba nunca, y las gentes se arremolinaban al paso de la azorada comitiva para ver de cerca «a la señora que había sido arrollada por el tren». Manuel, delante de todos, ca-

minaba aturdido, dando vueltas, yendo y viniendo como lebrel que mira si le sigue el amo, estorbando el paso, queriendo volar con la enferma, lejos de todas aquellas gentes que la aplastaban, que la oprimían; de aquella insoportable runfla de chiquillos que los perseguía como si de titiriteros se tratase.

Llegaron al fin. Sobre la puerta de la farmacia había un Cristo, crucificado quizás por los enjuagues del boticario. Casualmente toparon allá con un médico, el doctor Vilademunt, quien se hizo cargo de la enferma. Se la administró una poción prontamente preparada, y el derrame fué cediendo por efectos de la pócima, por agotamiento de la sangre.

Reanimóse Pepilla creyéndose ya en salvo, y sonrió clavando en Manuel su dulce mirada, de una tristeza infinita.

—¡Me moría, nene mío!... Me iba..., ¡qué mal rato te he dado!...

—¿Lo ves, vida? Ya pasó. No ha sido nada. El cambio de aires... Esa podredumbre era lo que te ahogaba. Ahora te pondrás bien. ¿Verdad, doctor, que se pondrá bien, que la curará usted, que la curaremos todos?...

«Y ahora—preguntóse Manolo—, ¿qué haces? ¿Qué hacemos?»

No era fácil encontrar cabida en una fonda. El hospital, a más de horrorizar sólo con su nombre, no resolvía el problema; tendrían que separarse...

—Si hubiera alguna habitación para alquilar, en alguna casa tranquila, de confianza...

—¡Claro que sí, que la hay!—contestó la Providencia por boca de uno de los circunstantes—. Y bien cerca de aquí; en casa de doña Teresina, viuda de un cura..., quiero decir «mayordoma» de un cura que se ha muerto hace poco... Una buena señora, que tiene una fuente en medio del jardín; un jardín precioso... ¿Se rien ustedes?... Es verdad, la fuente la tiene el jardín, y el jardín, la casa; es lo mismo... ¿Voy a ver si quiere recibirlos?... Si no fuera por...

—No lo deje por dinero; compraré la habitación, compraré los muebles, compraré la casa, si es preciso.

—Entonces, vengan ustedes desde luego. Ya conozco yo bien a esa señora... Es una santa...

Y se instalaron en la casa de la señora de la fuente. Una salita monísima, acribillada de cromos con todo el santoral, todo el martirologio y todas y cada una de las once mil Vírgenes, en sendos cuadros; con una alcoba amplia, enjalbegada, con su gran terrado que caía sobre el jardín famoso, bañado de sol, arrullado por el gorgoteo de un surtidor, que desgranaba las perlas de su líquido airón sobre una ancha taza de mármol.

Recibiólos la señora bisbiseando, con aires monjiles:

—¡Pobrecita, pobrecita, pobrecita!... Como en su casa, hija mía, como en su casa...

Acostaron a Pepa en limpia y muelle yacija, ¡horror!, de matrimonio.

¿Quién habría llevado allí aquel armatoste, con sus esfinges doradas, dando guardia de honor a un obelisco egipcio, decorado con ibis, escarabajos, lotos y demás zarandajas faraónicas?... ¿Sería auténtico el tálamo aquel, y coevo de los Faraones Pastores?...

Mientras se desnudaba Pepita, más tranquila ya, pero con la muerte retratada en el rostro, Vilademunt decía a Manolo:

—Esto se va, caballero. Se va por la posta. Cuestión de días, de horas quizás.

—¡Dios mío!—contestó el apenado amante—. ¿Sin esperanza?

—¡Sin esperanza!

Y asiéndose a la última, añadió:

—¿Y si viniera Robert? ¿Le parece a usted que venga Robert?... La conoce... Es amigo...

Sonrióse Vilademunt, disculpando la poca galantería del aturdido mozo, y contestó:

—No estará mal que venga el doctor Robert. Yo tendré mucho gusto en ponerme a sus órdenes.

—De modo que usted cree...

—Yo no creo nada, amigo mío; pero celebraré que venga. Quizás él no vea el caso tan apurado como yo...

—¡Oh! Entonces vendrá. Vendrá hoy mismo. ¡Lo traeré yo mismo!

—Si usted se va—apuntó el médico—encargue que no dejen sola a la enferma ni un instante. Sería muy conveniente que vinieran a atenderla dos hermanas veladoras...

—Sí, sí, vendrán; que vengan. Hágame el favor, amigo mío, de disponer todo lo necesario, de encargárselo a esta señora... Pepita tiene mi cartera; en ella hay quinientas pesetas, que disponga de ellas a su antojo... Ahora caigo en que el tren se ha llevado nuestra maleta... La reclamaré en la estación. Pepilla, vida mía, me voy a buscar a Robert. Voy a traerte a Robert para que te cure, para que te ponga buena en un decir Jesús. ¿Quieres que venga Robert? ¿Quieres que vaya a buscarlo?

Y la enferma, asiéndose a aquel último rayo de esperanza, contestó:

—Sí, que venga; que venga y que me cure... ¡No quiero morirme, Manolo de mi alma, no quiero morirme!

—¿Quién habla de eso, vida mía? ¡Si ya estás mejor, si ya estás mucho mejor!

—¿Y me dejarás sola? ¿Me quedaré sola?

—Dos horitas nada más, una de ida y otra de vuelta... Si no voy yo mismo, no viene... No me fío de nadie, nena mía... Esta señora no se separará de tu lado... Además, vendrán dos monjitas a hacerte compañía, a cuidarte... ¿No sabes? El tren se ha llevado nuestra maleta... ¿Tiene gracia, verdad?

—Sí..., tiene gracia...—respondió la enferma pensativa.

Y después, como herida por un funesto presentimiento, añadió:

—Manolo, ¡júrame que volverás..., que no me abandonarás!

—¡Jesús, nena; qué cosas dices!... Si no quieres, no voy; ¡pero si no voy, Robert no viene!...

—¡Júramelo y vete!

—¡Te lo juro por esas divinas imágenes que nos oyen!

—Entonces, vete... Dame un beso y vete... ¡Y no te olvides de que me lo has jurado!...

VIII

Sor Asunción, atezada, enjuta, hombruna, y sor Consuelo, carnosilla, vivaracha, de dulces ojazos negros, mentirosos, gachones, hiciéronse cargo de la asistencia de la enferma. Doña Teresina, aprovechando la ausencia de Manuel, punzaba a las monjitas para que éstas, a su vez, hurgasen en la conciencia de la moribunda, a quien Dios podría llamar a Sí de un momento a otro. ¡Ay de ella si no podía responder a la tremenda llamada limpia de pecado!...

—Hermanita—decía sor Asunción a Pepa—, ¿y si pidiéramos a Dios Nuestro Señor el remedio para su mal?..., ¿quiere que empecemos una novena al Niño Milagroso de los Remedios? ¡Si viera qué prodigios hace!... ¿La empezamos?... ¡Pero tendría que confesarse primero, para estar bien pura, bien pura!...

—Sí, sí, hermana... En cuanto vuelva Manuel...

—¿Y por qué no ahora?

—Ahora no puedo, hermana. No pienso más que en él... Cuando él vuelva... No tardará; no tardará... Me lo ha jurado...

Cerró la noche, y Manolo no había regresado aún.

—¿No viene, hermana?... ¿Aún no viene?

—No se hace todo como se quiere, hermanita; esperará a que el médico termine sus tareas... Estos médicos no son como el Gran Médico, Nuestro Redentor; ellos visitan a sus enfermos uno a uno; el Nuestro va a todas partes a la vez, en cuanto Lo llaman... No se apure: hay muchos trenes...

—Me lo ha jurado, hermana.

Vilademunt, después de esperar inútilmente la llegada del doctor Robert, al ver que ni en el último tren regresaba Manolo, ni solo ni acompañado, se dirigió a dar un vistazo a la enferma.

Recibiólo Pepita, excitadísima, desconsolada...

«¿No volvía Manolo? ¿No sabía él nada de Manolo?... La habían enga-

ñado... Aquella casa no era casa, era el hospital, donde la habían encerrado para que allí se muriese sola, sin él... ¡Sin él, que la abandonaba!...

Una piadosa mentira acudió a los finos labios del bondadoso médico:

—No diga eso, hija mía. ¡Vaya si sé yo algo de su esposo!... Sé que ha perdido el tren y no podrá regresar hasta mañana... El doctor Robert tiene un enfermo gravísimo, y como lo de usted no es cosa mayor, pues vendrán juntos en el primer tren... No hay que apurarse...

¡No hay que apurarse, y aquel pajarito se iba por momentos!

Pepilla cayó en un profundo abatimiento. Sólo se le oía bisbisear ahogadamente:

—¡Y eso que me lo ha jurado!... ¡Me lo ha jurado!... ¡Malo!... ¡Tanto como yo lo quiero!

La noche fué horrible. Los accesos de disnea mortificaban cruelmente a la desventurada enferma, arrancándole la vida con sus zarpadas. Al amanecer, el rostro de la pobre niña estaba cárdeno, sembrado de placas oscuras. Una sombra violácea circundaba su boca, a n g u s t i o s a m e n t e entreabierta...

—Pero ¿no viene, hermana?

—Vendrá, vendrá; aún es temprano. Recemos...

—¡Yo no puedo vivir sin él!... ¡Yo que daría por él mi vida y mi alma!

—No diga eso, el alma es para Dios Nuestro Señor..., ofrezcásela; pídale perdón para sus culpas...

—No he hecho mal a nadie..., a nadie... No tengo más pecado... que el haberlo querido mucho... ¡Y me abandona! ¡Me abandona, ahora que voy a morirme!... Manolo, malo... Manolo mío... Rey de mi vida... Malo... Malo... ¿No está ahí Charito?... La he visto entrar con el desayuno... ¿Aún duerme Manolo?...

Transcurrió toda la mañana y no se recibieron noticias del joven. ¿Qué era aquello? ¿Realmente era abandono?... ¿Cómo un marido desampara así a su mujer en trance tal?... ¿Qué habría ocurrido?...

Pudieron arrancar a la enferma las señas de su casa y las del padre de su esposo... No sabía el número... Una casa grande de la plaza de Urquinaona... Don Manuel de las Roviras...

Se telegrafió a ambos sitios: «Señora agonizante, sola. Sin noticias de su esposo. Venga en seguida.»

Y mientras tanto, la infeliz decayendo, expirante con la eterna frase de queja en los labios, con su balido de cordero abandonado...

—¡Me deja morir sola!... Me abandona... Malo, malo... ¡Manolo, malo!...

Y así se deslizó lentamente todo el día, sin que nadie asomase por aquellas puertas.

A los largos ratos de abatimiento, sucedían fugaces momentos de delirio, y Pepita reñía a Manolo por su abandono, y lo perdonaba, y reía con él, y le tendía los brazos amorosos... Y al volver en sí, el puñal de su soledad hundíase fieramente en su pecho lacerado, y rodaban las lágrimas por su mejilla y acudía de nuevo a sus labios la doliente frase: «¡Manolo, malo!... ¡Manolo, malo!... ¡Abandonada!... ¡Sola!...»

Por la noche, acosada por las monjas, recibió la enferma los Santos Sacramentos. El viejo confesor, que alguna vez había sido hombre, lloró con la penitente al husmear en el misterio de aquellos amores, rematados con una ingratitud sin ejemplo.

Hubieran llorado las once mil Vírgenes de las paredes si hubieran sido menos vírgenes y hubieran oído los doloridos acentos de la agonizante, su cordial, su fervorosa frase de perdón, su resignación edificante y conmovedora, su balido lastimero...

—¡Manolo mío!... ¡Manolo mío!...

Y al amanecer del tercer día, ungida por los Oleos Santos, comenzó Pepita a entregar a Dios su alma, perfumada con las azucenas del más intenso, del más firme, del más violento de los amores...

Cuando el señor de las Roviras recibió el telegrama fatídico, retrasadísimo como siempre y por lo de siempre, por falta de personal en Telégrafos, voló en busca de Manuel, temiendo

alguna nueva locura de éste. Charito no sabía nada. Los señoritos se habían ido a Caldetas hacía tres días... No había tenido más noticias de ellos que otro telegrama dirigido al señorito Manolo y que ella tenía allí sin abrirlo... Nada en la Notaría... Habían quedado en que Manuel no volvería por allá... En el Gobierno Civil, nada. ¿Qué era aquello, Dios santo?...

Don Manuel corrió a Mataró en el primer tren disponible; al amanecer del día siguiente a la tarde en que fué expedido el telegrama... Quizás estuviera allá ya su hijo...

Preguntó en la estación. Nadie sabía quién fuese aquel joven por quien preguntaban. La aguadora pensó en la señora del vómito. Dió señas de ella... Señas de él... Sí, ellos eran; y un tartanero condujo a don Manuel a casa de doña Teresina. ¡No se hablaba en la ciudad de otra cosa!

No conocía el señor de las Roviras a Pepilla...

Verdaderamente era hermoso el pobre lirio aquel, tronzado, marchito...

Acababa la enferma de reponerse de un síncope que todos creyeron muerte, y al entrar don Manuel en la alcoba la agonizante abrió los ojos, vidriosos ya.

—Hija mía, Pepita—le dijo el caballero ahogando sus lágrimas—, soy yo, el papá de Manolo..., ¿me oyes?

Pepilla movió afirmativamente la cabeza y alargó una mano.

—Manolo..., malo—dijo—. Me juró... Ya le contaré... Ya le contaré... ¡Un beso..., Manolo mío!...

Y se durmió para siempre.

Explicaron a don Manuel la salida de su hijo en busca del doctor Robert y la absoluta falta de posteriores noticias. Dejó el caballero su tarjeta, ofreciéndose para cuanto se necesitase. Doña Teresina conservaba aún, ¡intactas, señor; intactas!, las quinientas pesetas de la difunta. A ellas añadió mayor cantidad don Manuel; ya ajustarían cuentas, que se pagase todo, un entierro decente, un nicho perpetuo... El volaba en busca de su hijo... Estaba loco...

Depositó un beso paternal sobre la nívea frente de Pepilla, enjugóse las lágrimas y partió desconsolado...

Bautista lo recibió compungido... El señorito estaba allí, en casa..., herido; herido en la cabeza... Lo había encontrado en la casa de socorro... Al bajar del tren, aturdido, resbaló y cayó a tierra... Conmoción cerebral..., ya hablaba..., fuera de peligro... No llevaba documento alguno encima y no sabían quién era... ¡Tres días solito!... Cuidado, precaución, disimulo...

★

Cuando Manolo, después de volcar toda la amargura de su corazón ante el nicho que encerraba los restos de Pepilla, regresó de Mataró con Charito, a quien había llevado a despedirse de su amiga del alma, al separarse de la enlutada moza en la estación de Barcelona, le dijo:

—Charito, no volveré por allá. Todo aquello es tuyo, si de algo más que de recuerdo te sirve. Toma este dinero; paga cuanto se deba y quédate el resto, como un último regalo de aquella a quien tanto quisimos... Adiós, Charito, no te olvidaré nunca. No me olvides tú, pase lo que pase... Cuenta siempre conmigo...

Echóle la pobre niña los brazos al cuello, y bañada en lágrimas acercó los claveles de sus labios a la boca de Manolo, dejando en ella todas las mieles de un apretado beso; de «otro» beso..., ¡del último beso!...

Otro recibió ella en pago; otro que escondió en lo más hondo de sus entrañas... ¡Con sus aromas habría de perfumar durante toda la vida la pobre hermosa-fea su alma dolorida y grande!...

EL ENEMIGO MALO

I

«SICUT ERAT IN PRINCIPIO»

El comedorcito aquel era un encanto por lo reducido, lo coquetón y lo alegre. Un hornito en los helados días del invierno, claros y diáfanos, en los que el sol, colándose por la ancha ventana del sotabanco, vecina del tejaroz, lo iluminaba, lo caldeaba y lo lamía todo el santo día de Dios, como si la tal lucera estuviese, cual la torre de plata del jándalo, orientada a los cuatro vientos de la rosa; y estos cuatro llevasen todos el mismo nombre: Sud, Sur, Meridión o Mediodía, según la geografía reza.

Desde que Dios echaba sus luces sobre la tierra, vencedores de torres y de chimeneas, de tejados y de buhardas, caían sobre el ventanal los amarillentos rayos del sol naciente, acariciadores, tibios, indecisos, quebrándose centelleantes en sus cristales bruñidos por la gamuza, enredando sus hebras de oro entre las flores y las ramas de las macetas que decoraban aquel pequeño pensil de paisaje de abanico, y allí permanecían asurantes, tostadores, todo el día, despidiéndose a la tarde rojizos, azafranados, con resplandores de incendio, cuando Febo trasponía las calvas crestas del Guadarrama, ocultas por los altozanos de la Casa de Campo, y éstas, por el laberíntico enrejado de los parduzcos tejados madrileños.

Verdad es que, en verano, se volvían las tornas, y el comedorcito se convertía en horno, chicharrera, volcán, infierno y otras lindezas por el estilo. Pero tendiendo la recia cortina, ahuecada, fuera del ventanal, sobre los tiestos de geranios que hedían a pescado y a hierro, de verbeneras albahacas olorosas y de malva real enhiesta y vana, entornando las contraventanas de viejo pino, en cuyos nudos dibuja el sol miniaturas de coral y de ámbar; aljofifando el suelo, de anchas y polvorientas baldosas; desertándolo de día y sustituyéndolo a la noche por las sillas del Prado o de Recoletos..., quedaba la solana tan campante, esperando oreada y oronda los soplos helados del Guadarrama, en el «noviembre frío», de los que se reía lindamente.

¡Qué diferencia la que existía entre aquel coche parado y el húmedo y sombrío tugurio de Lavapiés, donde no se acercaba el sol más que cuando tostaban a San Lorenzo, San Cayetano se derretía y Santiago echaba lumbre por las herraduras de su caballo, y aun para esto, torcidito, remolón, de mala gana, como si aún hubiera que agradecerle las vaharadas de calor asfixiantes que con él se colaba en la casa, para desentumecimiento de mosquitos y tapadera de respiraciones! ¡Mala landre sobre esos tabucos bajos, tristes y sombríos, pudiendo poner «la oreja junto a la teja», que es luz, y es aire, y es sol, y es vida.

¡Hasta los muebles; pero si es que hasta los cuatro trastos que en Lavapiés se llenaban de tamos y de moho, «decían más» en esta tacita de plata!

Una mesa-camilla bajo una lámpara de petróleo con prismas de cristal, seis u ocho sillas de Vitoria, un butacón de hule y una máquina de coser constituían, con el indispensable chinero, el ajuar del invernáculo, limpio, bruñido, martirizado por las caricias incesantes de paños, zorros y plumeros. Nada más, si no queremos hacer mención, que sí he de hacerla, de cuatro bambochadas repartidas por las p a r e d e s, representando «naturaleza muerta».

Eran estos bodegones unos cromos infames, en los que había de cuanto

Dios crió: langostas, conejos, perdices, frutas, flores y vajilla; y, entre otras cosas sobresalía en algunos de ellos, un coruscante acetre de cobre rojo, alambrado, que parecía una sandía abierta; una cucharilla de café y un puro encendido, que «se salían del marco»; y unas desbulladas ostras de «jurnio» o de «jurlio», para que pudieran pasar por mariscos de mes con erre, a los que sólo les faltaba hablar... y unas gotitas de limón, del luquete cercano.

Dos maravillas más había a ambos lados del aparador: Un cuadro, a la derecha, con un perrito de aguas pingüe y embarnecido, con su nalgatorio terminado en un pompón rizado, pulseritas en las patas, rufas guedejas de nítido algodón, y su cestillo de flores en la boca. Todo esto tan hábilmente contrahecho y travestido, que bien pudiera creerse que el animalito no arrufaba por no dejar caer la canastilla.

Como timbre glorioso de esta maravilla, o como explicación de algún misterio en ella contenido, veíase en la parte inferior del prodigio una inscripción en oro, sobre cuyas letras caminaba el can temeroso, con vacilaciones de funámbulo. «Petrita de la Lanza», se leía; y como el observador no se conformase con que Petrita de la Lanza fuera un perrito, siquiera tan apañadito y lindo como el allí espetado, ni era fácil comulgar con la rueda de molino de que un perro, por célebre que él fuese, se hubiera llamado así, ¡el gran *Paco*, se llamó *Paco* a secas!, echábase el admirador a buscar aguzando el sentido, y pronto, el de la vista, descubría una deslucida inscripción que a la anterior servía de base, que continuaba... «a sus queridos papás».

La esfinge había hablado: «Petrita de la Lanza», una monísima criatura, había presentado cierto día, «a sus queridos papás» el prodigio aquel... y la cuenta del colegio.

El otro portento, colocado a la izquierda del bufete, era un marcador, encuadrado también con un delirio de alfabetos y de abecedarios góticos, romanos y no sé si siríacos y griegos, retorcidos y estivados alrededor de una rama de albaricoques de bulto, hechos de estambre, que olían a cigarrales de Toledo y hasta a la melaza del hueso dulce.

También ostentaba, ¡ay!, dedicatoria: «Luisita de la Lanza» (segundo dolor), «A su mamaíta.»

¡Oh, vosotros, que en la vida despreciáis las minucias, sin admitir que ellas amasan la vida! ¡Ved cómo ellas os señalan aquí una gran amargura, que en vano intentan endulzar los huesos de estos albaricoques! Ellos van enderezados por una hija a su madre, sin mencionar ya al amado autor de sus días, muerto después de recibir el obsequio canino... ¡Ignoremos la causa de esta muerte!...

Se me olvidaba otro pormenor: Un viejo y derrengado reloj de pared, con las dos pesas enganchadas en una de las cadenas, para azuzarlo en su perezosa marcha, y libre la otra de todo contrapeso, con lo cual quedaba el artilugio en parangón con el célebre de Pamplona; es decir, que «apuntaba y no daba», pues por falta de peso había enmudecido, y las horas y las medias pasaban por él anunciándose solamente por un leve carraspeo de la máquina.

Y ahora sí que nada más.

★

¿He de decir que en este comedor y al amor de esta camilla, cuyas faldas de bayeta verde ocultaban cuidadosamente el bruñido brasero de azófar, se pasaban deliciosamente las veladas invernales? ¿He de indicar que sobre el tapete de hule de la mesa, un mapa de España con todos los reyes habidos y creo que por haber, sirviéndole de ornamento, se colocaban, alrededor de la botella de agua quebrada, henchida de esferillas gaseosas, los indispensables cartones del «loto»? ¿He de apuntar que si «Cara sucia» era aclamado, «El abuelo» reído, el «Setientan dos» recibido con protestas, y el «arriba y abajo» dejado pasar con prudente silencio; eran también ensalzados, ja-

leados y aplaudidos «La patita del perro», «Los dos patitos en el agua», «La edad de Cristo», «La niña bonita» y tantos y tantos números adornados, estofados y pulidos por el ingenio de los jugadores de aquella piña admirable?

Sí, he de apuntarlo, he de indicarlo, he de decirlo, porque me he propuesto referirlo todo.

Allí sonaban las cabalísticas frases de:

—¡Estreno! ¡Estreno!—o, a lo más: *Fidelis* (dejando «lo otro» para la letanía, por mor de las señoras).

—¡Ambo... ato, matarile, rile, rile!...

—¡Terno! ¡Venga, si es de invierno!

—¡Ya estoy a la cuarta pregunta!

—*¡Lotenía!*

—¿Eh?

—Lo tenía, que lo tenía en el otro cartón...

—¡¡Alto!!

—¿Ya? ¡Que se vea, que se vea!

—¡Digo que canten más alto!...

—¡Ah!...

Y de todos los pechos, oprimidos, brota un suspiro de tregua, renaciendo la esperanza, creciendo el interés, aumentando las palpitaciones. ¡Se trata de cuarenta céntimos, que no es broma!

¡Oh, jueguecito cursi, de la cursi clase media! ¡Bendito seas tú entre todos los insoportables juegos de sociedad; manso y sencillo proxeneta de empresas mayores, que dejas libre la mente, los labios libres, libres las manos!...

—Pero ¿están mis números en la bolsa?

—Sí, dulce señora mía. Sus números de usted están en la bolsa, y de ella van saliendo, y con sólo cinco de ellos, puestos en fila, «ha hecho lotería» su cordial enemiga de usted, acaso para alivio del puchero...

★

Las Lanzas, dueñas de la casa, amables sostenedoras de estas tertulias, eran tres: la madre, y dos hijas.

La Lanza madre, doña Gaspara, era una simpática señora entrada en años, fresca aún, y aún guapota, viuda (desde aquello del perrito), natural de Talavera de la Reina, con unas manos orgullo de la familia, que habían servido de modelo a cierto artista famoso, para tallar las de una espiritual Purísima, y de las que uno de los contertulios, procaz e irreverente, decía atrocidades al aplicarlas a ciertos soñados menesteres ocultos. Una señora que decía «faso», «firtud» y hasta «honfre», triturando la *v* o la *b* de tanda, entre sus dientes zahores y su carnoso labio; festiva, ocurrente, présbita y enemiga irreconciliable de fulleros y de tahures, pues por todo pasaba, menos por las trampas en el juego, haciendo mirar y remirar el punto del 6, cuando sus cartones marcaban el 9, y revisar el 8, que, por estar mordido, podía ser tomado por el 3, con daño manifiesto de la interesada, que no contaba entre sus números el de «la Santísima Trinidad».

Sus hijas, Petra, la mayor, modista *in domo sua;* eternamente novia de un mercero, en cuyos libros no habían sido escritas, o estaban ya borradas las palabras *coyunda, yugo, matrimonio, enlace* y otras sinónimas, que pudieran oler a vicaría; perfume, por lo visto, nada grato para aquel lagartón, más largo que un día sin pan, el cual, entre flores y chicoleos, colocaba a la modistilla, factura tras factura, lo más lucido y aun lo más deslucido de la tienda; de aquella mercería bautizada con el pomposo título de «Al todo Madrid», quizás con el exclusivo objeto de hacer bueno aquello de «que te quedas sin gente», pues por ella, como doña Gaspara decía, «no pasa un alma, hija; todos son sastres».

Y Luisa, la menor; bonitilla, ingenua, cariñosa y sensible, madrileña neta, de gran corazón transparente y noble; sabiendo cuanto hay que saber, sin tapujos ni ñoñeces, sin chocarrerías ni desplantes.

Con Luisa tonteaba uno de los «diez mil de a caballo» (habla doña Gaspara), un tenientillo de la última hornada: Enrique Retuerto, bravío, pica-

ro, impulsivo, que tenía sorbido el seso a la muchacha, muy a gusto de la madre, en los comienzos del proceso amoroso de ambos; no tan a su satisfacción después, cuando el volar de los días y el correr de los años iban haciendo ya sospechosa y rara la conducta de Marte, que nunca acababa de decidirse a echar por aquella boca.

De él decía doña Gaspara que hacía como el borrico del gitano:

—...«dicho sea sin ofender al «furro»; lee; pero no «prenunsia».

Y cada vez que el reloj del comedor rezongaba en el punto de cualquier hora, sin pasar a mayores, decía también la de Talavera, con guasa y candongueo chulapos:

—¿Qué hora marca, Retuerto?...

Lo que Retuerto estaría, quizás marcándose sería una habanera, con cualquier moza de «tronío», por las que bebía los vientos; o un duro a una sota, por las que papaba no ya los vientos, sino la mismísima rosa. Erase el tal, un chulapón «con vista de hilo», (loza de Talavera) con poco amor al uniforme por lo que éste tenía de impedimenta, y mucho a la ropita de paisano, que era el gran pasaporte para sus trapicheos, en los que lucía unos *tufos* despampanantes, incompatibles con la seriedad del chacó, *persianas* de movimiento, hirsutas con el traje de brega; lacias y a la funerala, con el de luces.

Uno de los tertulianos, asiduo concurrente a las veladas familiares de las Lanzas, era Aguilita, un chico calladito, rubio, metódico, sin chiste alguno, como no lo fuera el de reír hasta la congestión, los de todo el mundo, por malos que ellos fuesen.

Era el aguilucho empleado en Hacienda, con ocho mil realazos, y se derretía por Luisa, aunque las armas le infundían santo pavor.

Llamábalo la chulita «el séptimo merengue» por lo empalagoso y difícil de tragar, siempre pegajoso y dulzón; pero doña Gaspara, más de cuatro veces, pensando en él y en el remoquete que su hija le había colgado, relamíase la pobre, creyendo tenerlo ya al alcance de sus labios de suegra amante y gulusmera.

Y como no he de necesitarlos, dejo mi cita especial en esta historia a los restantes contertulios, admiradores de los «cuadros de las Lanzas»: como las niñas del Contador, un par de estudiantillos truhanes y avispados, la viudita de un gentilhombre, que, según malas lenguas, tuvo tan poco de lo uno como de lo otro (risa... ferina, de Aguilita), etc., etc., mencionando tan sólo a la Contadora—la mamá de las niñas del Contador—, una dama completamente histórica, no sólo por la suya, que, según dicen, la tenía y de mil flores, sino porque ella misma era el archivo, acervo, cilla y pósito de las historias todas del Madrid aristocrático. Tesoro de linajes, protocolo de rey de armas, cronicón y gaceta de todos los pergaminos de la corte, *chorro* formado por todos los *Gothas* habidos y por haber.

Hablárasele a este Simancas vivo, de la marquesa de Pozo-Seco y de sus derechos al condado de Fuente Fresca y viéraisla radiante abrir cátedra, diciendo:

—¡Calle usted, por Dios! ¡Qué me va a decir usted a mí de *la* Pozo-Seco! Su madre, la condesa de La Aliseda, era hija de la marquesa de los Volmires, de la casa de los López del Fresno, y cuando se casó con el de Fuente Fresca era ya viuda del marqués de Albiduena, padre de *la* Pozo-Seco. ¡Que me lo pregunten a mí! ¡Si sabré yo quién es *la* Pozo-Seco y el porqué del desafío de su marido con el general Pomares!... ¿Se acuerdan ustedes de cuando nos querían traer al príncipe de *Ole-Ole* para sentarlo en el trono de San Fernando VII? *(lapsus linguæ!)*. Pues de entonces viene la cosa. *Papá* (su padre de ella, de la Contadora) anduvo en el ajo con el de Aldibuena, por encargo de la condesa de Tebas, ya saben ustedes... Por cierto que esta señora, cuando era joven, tenía unos andares tan hombrunos que su madre tuvo que trabarle las piernas con una cinta para que no saliese del medio paso!...

La gran fuente alimentadora de es-

te chorro continuo era un individuo de su familia, que tenía gran metimiento en Palacio. Ella lo hacía gran chambelán del reino o cosa así; pero yo sé que el tal era un alabardero; y no un alabardero con toda la barba, sino simplemente con bigote y perilla, como los otros.

¡Las cosas que ella sabía de la señora! Pues ¿y de las niñas? ¡Había que oírlas cuando se reunían para coser ropitas para los pobres!... Se perecían por los cuentos sucios... Sucios «de buen tono», ¿eh? Como aquel de Quevedo, cuando contestó al rey: «Señor, ¿a qué puerta llamará Vuestra Majestad que no le respondan?...» ¡Y lo que se reían!... Luego, la casa había cambiado mucho con los aires de afuera. No era conocida. Hoy día aquello es un cementerio. ¡Y se tira de la cuerda de un modo! ¡Que me lo digan a mí, que he tenido en mis manos, pero que en mis manos, un trajecito del niño, que lo habían llevado a lavar al tinte de los Basilios! Y no vayan ustedes a creerse que era una cosa del otro mundo... ¡Ca! Una blusita de terciopelo *marrón* con cuello y vueltas de encaje inglés, de imitación: de i-mi-ta-ción, así, como se dice... ¡Por cierto que se lo largaron después al de Riva del Eo el día de la *Epifanía!* ¡Qué le querrán decir a *una!...*

De este modo, y en tan compleja compañía, pasábanse en casa de las Lanzas las veladas invernales, desde el levantar manteles, después de la cena, hasta que Retuerto rezongaba la señal para las once, que, algunas veces, servía sólo de golpe de atención para esperar el carraspeo de las once y media y aun de las doce de la noche, momento solemne en que doña Gaspara exclamaba, recogiendo altramuces, fichas y cartones:

—Respetable *púflico*, que hoy ya es mañana. Cada mochuelo a su *olifo*.

Y en busca de los suyos respectivos levantaban el vuelo los cárabos todos de la peña.

★

Los domingos y fiestas de guardar suprimíase la tertulia, sustituyéndola por una escapatoria nocturna a alguno de los innumerables cafés de la coronada villa, y, tal cual vez, a algún teatro, siempre en calidad de *tifus*, quiero decir de *gorra* o, lo que es lo mismo, *gratis et amore*, merced a los billetes «del periódico», como enfáticamente decía Sánchez Mon, uno de los tertulianos, que se las echaba de periodista, y de quien, a ciencia cierta, sólo se sabía que administraba *El Cataclismo*, semanario de una demagogia rabiosa.

Este Mon furibundo, a quien Retuerto llamaba *Pidalimón*, no más sino por darle vaya, extremaba los rigores de sus iras cuando hablaba de Sinesio Delgado, el director de *Madrid Cómico*. Mon hacía versos; los abanicos y los álbumes de sus amiguitas, de ellos estaban acribillados; versos dulzones, coloristas, con la mar de nenúfares, de crepúsculos y... de sílabas de más, cosa por la cual no pasaba don Sinesio, el exquisito poeta; quien, aun siendo vate, no adivinó la gloriosa apoteosis futura de todos esos deslices *surpanasianos*, como aquello de:

...¡Amanece! El fosco cielo
—mente sin las lumbres de la idea—
ve rasgadas las brumas de su velo
por el puñal del lubricán que parpadea...

Cosa capaz de nublarnos el sol para todo el resto del día. Esto no lo tragaba Delgado, y *Pidalimón* no tragaba a éste, emplazándolo *in mente* para el día del desquite, que él llamaba *revancha*, por haberlo aprendido así de Echegaray, a pesar de no ser aún académico el gran don José, cuando ya decía estas cosas.

Volviendo a las escapatorias dominicales de las Lanzas, diré que, las nocturnas, eran precedidas por el indispensable paseíto de la tarde, Alcalá arriba y Alcalá abajo, por los martes de las de Gómez: o por el Retiro, en torno al Angel Caído; o hacia el tiro de pichón, fuera de murallas, ante aquel vasto paisaje castellano que tanto hacía recordar a la

de *Talafera* las dulzuras del terruño nativo; llegando algunas veces, cuando Retuerto hacía rabona, a estirarlo hasta el Puente de Vallecas o hasta las Ventas, donde el rumbo y largueza del mercero pretendiente eterno de Petrilla se alargaba a sufragar el gasto de unas magras de ignorada procedencia, de algo de escabeche, o de unas livianas aceitunas con un trozo de pan y un chorrillo de vino, medio torcido, con su agujita bordolesa, que le daba una miaja de picardía y lo dejaba colar muy ricamente.

Si la cosa daba para ello, a la vuelta tomábase el tranvía, a puñetazo limpio, no más que hasta la Cibeles, y si no daba para tanto, con un par de churros se entretenía el camino, desolado y polvoriento, hasta los Madriles, con gran pesar de doña Gaspara, falta de pies y sobrada de carnes.

—¡Ay Jesús!—decía, jadeante, la pobre señora—. ¡Esa plaza de toros que no *acaja* de llegar!... ¡Se parece a la luna, que camina con nosotras!...

—¡Ya llegamos, mamá!—contestaba Luisita—. Ya se ven las casas de las bolas...

—¡Y hasta el *cinforrio* de El Escorial se *ferá* desde aquí, hija, pero échale un galgo!... ¡Qué dichoso Madrid éste!...

Por la noche, tras la cena, cuando no había billetes para algún teatro, se encaminaban las Lanzas al Imperial, con cierta preferencia, a escuchar los prodigios de virtuosismo que don Luis Amato realizaba en su violín al frente del sexteto; desertando con él y emprendiendo su hégira hacia el café de San Antonio cuando el émulo de Sarasate trasladó allá sus reales.

Pasábase allí muy bien las veladas (el moka era bueno y el azúcar mucho), más en familia que en el Imperial, entre gentes que pronto se conocían e intimaban, hasta llegar a echarse de menos a la primera ausencia y a preguntarse por las familias respectivas con el mayor afecto. Todo ello sin acabar de despejarse las incógnitas, murmurando detrás de cada saludo:

—¡Nada; este señor es empleado, no cabe duda!...

—¡Estas señoras son pensionistas, no marra!...

—El parece catalán; le he oído decir «de» muy bonitas...

—La mamá debe de ser extremeña; dice «ahoguio»...

—¡Buen señor parece éste!...

—¡Dios sabe qué casta de pájaros serán éstas!...

—Veremos...

—Veremos...

Y, por lo demás, ¡la mar de amigos!

Algunas veces las Lanzas se llegaban hasta el café del Vapor, en la plaza del Progreso, lugar de plácidos recuerdos para ellas, por haber residido las damas en Barrios Bajos durante largos años, toda la infancia de las mozas. Y si en el Imperial y en San Antonio se pasaba la velada entre la dulce murmuración y las charadas del *Heraldo*, en el Vapor, a más de esto, se salpicaba con el grato recordar de antiguas amistades que aún por allí aprontaban, como la de Concha, la fiadora, siempre llena de cosas *riquísimas*, que las daba por *un nada*, a pagar un perro gordo al día, una peseta cada sábado o un duro cada mes, según la calidad de lo comprado.

Erase esta Concha un tipo acabadísimo de chulapa rica. Gruesa, limpia, morenucha, con un par de ojos como dos soles, en los que brillaba toda la picardía del mundo. Lucía en todo tiempo un historiado peinado de salón (de salón de peinar señoras, calle de la Comadre, bajando, a la izquierda, en *ca* la Concha del Emilio —q. e. p. d.—), ensortijado, rufo, con profusión de peinecillos y buena mano de bandolina, sostenedora de unas ondas, en las que no se desmandaba un pelo, como si estuviesen dibujadas sobre la frente, con tinta china. En sus menudas orejas, con el lóbulo aflecado por dos o tres rasgaduras, ostentaba pesadas arracadas de perlas barrocas engarzadas en oro salpicado de

oscuras chispas de diamantes, pendiente todo ello de una fina cadenilla que rodeaba el nacimiento del pabellón auricular, reluciente por el minucioso fregoteo cotidiano. Su gran mantón de alfombra con palmas indias, sólo se le caía de los hombros para ser sustituido por el de espumilla negro, en verano, y el pañolón de Manila, polícromo espléndido, con chinitos de marfil, en época de verbeneo, en bodas y en bautizos, o en Viernes Santo, por la mañana, en la Cara de Dios, allá en el Príncipe Pío, y en el Santo Entierro, en San Ginés, por la tarde. Su buena mantilla de casco, de fino Almagro, sacada a relucir en estas ocasiones, cedía el puesto, lo más del año, al recio pañuelo de seda, de esos que no los pasa un cuchillo, y que la brava mujer llevaba siempre echado hacia atrás, en forma de capucha, al desgaire, como si, por azar, se hubiese escurrido del enhiesto moño abajo. Buena falda de percal francés o de tartán, según las épocas, y ancho delantal de cretona, completaban su indumento personal atavío, callando lo de la rica bota de tafilete, de 8,50 en El Talismán, de Barrio Nuevo, o el zapato de charol, fino y pulido, de no mayor precio, ni más lejana procedencia. Sus manos gordezuelas y de regordetes dedos, con las uñas roídas por el trabajo—pues «ella se lo hacía todo»—eran una constelación de anillos chocarreros y relumbrantes, entre los cuales, si no faltaban esmeraldas, diamantes y perlas, no se echaba de menos la sortija de oro con los dientecitos de la chica, ni la de plata con el haba de mar, mano de santo para los dolores de cabeza.

Todo esto, por afuera. Por dentro, un alma muy grande de manola, y un corazón tan grande como el alma, cuyos latidos llevaban aparejados besos y mordiscos a su boca; y, a sus manos, delicadas caricias y *bofetás* de cuello vuelto.

Esta era la *señá* Concha del *Celipe*, y véngase ahora Zuloaga pintando viejas de chocolate con regalo.

Tomaba la fiadora café en vaso, invariablemente, que calienta en invierno, y en verano no hace *de* sudar, con un poquito de leche en la copa del agua, en la cual remojaba los terrones sobrantes, grandes como pedruscos, y aún se guardaba en la faltriquera alguno de ellos para cualquier infantil obsequio a propios o a extraños.

Gran amiga era Concha de las Lanzas; vecinas habían sido en Lavapiés, en la casa de los Santos, y cuando éstas asomaban por el café, la fiadora, noblota y larga como buena madrileña, deshacíase en cumplidos y en agasajos, no permitiendo que a otra mesa que a la suya se sentasen, ni que nadie, sino ella, pagase el gasto.

—¡No faltaba más!—decía la chulapa—. ¡Pues si semos cuasi de la familia, como aquel que dice! ¡Y que no apreciaba poco el Celipe (que esté en Gloria) a las chicas, cuando eran unas monicacas así, que no alzaban un palmo del suelo!... ¡Vamos, hombre! ¡Si paice que estoy viendo a la pequeña cuando le decía al mío: «Teñó Celipe, upa!», y el Celipe la paseaba en hombros por toa la casa, con la chiquilla en pie, más tiesa que un ajo!...

—Pero, hija, Concha; ¡con usted no se puede!... No *famos* a *folfer* por aquí...

—¡Mia que no! ¡Pues estaría bueno! ¡El mejor día me planto yo en su casa de ustés y me quedó allí un verano! ¡Yo soy así: tardía, pero segura!

★

En el teatro se apuraba la colilla, no perdiendo ripio—y no lo digo con segunda—pues llegaban las damas al coliseo al abrir puertas, por impaciencias de doña Gaspara, deseosa de saborear al ¡Ah!... del público al aumentar la intensidad de los mortecinos mecheros; y salían de las últimas, para templarse un poco, antes de echarse a la calle mano a mano con el vientecillo sutil guadarrameño.

Noche hubo que, en Novedades, presenciaron de un tirón, o de dos tiro-

nes, para no pecar de inexactos, *La aldea de San Lorenzo*, representada por la gloriosa ruina del gran Valero, que hacía llorar desde que no podía reír en *La carcajada* y *La niña boba*, por aquella grande menudencia de la Pepita Hijosa, restos de la egregia escena española de nuestros padres; de aquella pléyade esplendorosa de Arjonas, Romeas, Caltañazores y Fernández, de aquellas Matildes, Elisas, Carolinas y Teodoras...

—¡Qué *Falero* éste, hijas!—decía lloriqueando doña Gaspara—. Tenían que sangrarlo cuando hacía *La carcajada!*... ¡Si *hujieseis fisto* cómo se estrenó este teatro que ahora parece un *desfán!* ¡Con telón de terciopelo rojo *fordado* en oro! ¡Un encanto!...

Y en aquel mismo *desfán*, en noche inolvidable, vieron a los dos colosos de su tiempo: Calvo y Vico, hacer juntos la segunda parte de *El zapatero y el rey* como los propios ángeles del cielo!...

—¡Cuando *Fico* quiere, hijas mías, es como cuando le peta a Lagartijo. «El no hay plus-ultra», como decía *fuestro* padre. Lo que hay es que no quieren siempre, que no, que se *reserfan*, y, francamente, nos *jorofan*. Yo he *fisto* las tres partes de esta obra, porque tiene tres. ¡Si *fierais* la tercera—suspiraba doña Gaspara evocando un mundo de recuerdos—, cuando el zapatero le regala al rey unos chapines emponzoñados...

—Y revienta, ¿verdad, mamá?

—¡Como un triqui-traque, hijas!

—¡Me alegro! Me es muy antipático este don Enrique...

—¿No era a don Pedro a quien le sonaba no sé qué hueso?

—Sí, la chueca; el huesecillo de la rodilla. Esto está muy *fueno* en *La «fieja» del candilejo*. Las Contadoras creo que la tienen. Hemos de pedírsela, porque estas *nofelas* históricas enseñan mucho.

—Ya ves, mamá—decía Luisa, la chulita—, como que enseñan los huesos!...

—*Famos*, no has estado pesada—replicaba la madre recogiendo el chiste—. Y a casita, hijas, que apagan. Taparos *fien* la *foca*, que en esta calle sopla un gris que afeita...

San Francisco en su coche,
«Fa» caminando:
unos ratos a pata,
y otros andando!...

¡Cuando lleguemos a casa, nos ha salido ya la *farfa* a todas!...

★

No se le iba por alto a Retuerto que Aguilita se desvivía por Luisa, aunque ésta no le hacía maldito de Dios el caso. Resultábale divertido aquel muchachote ingenuo y claro, a quien mortificaba con sus pullas, jugando con él como el gato juega con el mur.

Una de las Contadoras, que era una sabandija, habíale puesto los puntos al aguilucho y no le dejaba respirar a sol ni a sombra. Durante las veladas, aparejábase con el hacendista haciendo fondo común con él, a pérdidas y ganancias, tocando todos los registros imaginables para encalabrinar al muchacho; enfadándose con él, esperando excusas que no llegaban y que, al fin, daba ella; poniéndole el pie delante, para que cayese la obligada galantería, que ella luego pregonaba escandalizada, o poniéndoselo debajo, para que sobre él cayese la bota del perseguido, con aquello de:

—¡Ay, perdone usted!...

—Sí, sí; ya está usted buen pillete...

Si rodaba al suelo una bolita—y ella ponía los medios para que rodase—, al inclinarse Aguilita a recogerla acusaba ella recibo de un pellizquito furtivo, hijo sólo de sus deseos de recibirlo, y Retuerto, al paño, confirmaba el atrevimiento del arbitrista, exclamando:

—¡Eh, Aguilita, ojo, que me ha dado usted a mí!...

Congestionábase el muchacho, remachando con ello el clavo que en vano pretendía arrancar, y entre la zumba de los contertulios desesperábase él, y crecíase la Contadora.

Otras veces, con alardes del mayor

secreto, preguntaba la sabandija al aguilucho:

—¿Han cantado el sesenta y ocho o el setenta y ocho?...

—El setenta y ocho.

—¡Ay, esperad, esperad!... Y ahora, ¿qué número han dicho?

—El setenta y ocho, el sesenta y tres... ¡Si no están ustedes en el juego...!

Y la Contadora madre, aprovechaba la ocasión para decir toda incomodada:

—¡Jesús, qué empalagosos que están hoy estos muchachos!... ¡Aguilita, lo voy a poner a usted a mi lado!...

Y Aguilita bufaba.

A la salida, como las niñas del Contador tenían miedo a la *solidez* de las calles, suplicaban al del Aguila que las acompañase, aturdiéndolo la sabandija con su conversación y con sus celos, como si la cosa estuviese ya pastada y heñida.

Renegaba el muchacho de su suerte, y de aquella lapa que sobre él había caído, jurando y perjurando no volver a poner los pies en casa de las Lanzas, donde sólo desaires y sofocones recibía; pero llegaba la noche y, un pie tras otro, plantábase antes que nadie, descansando amoroso sus miradas sobre el gracioso palmito de Luisa; acongojándose con sólo pensar en la Contadora, en Retuerto, y en el rayo tardío que habría de acabar con todos ellos.

Dióle a Guerra el naipe cierta noche por indisponerse con Hacienda, y Retuerto, agresivo, mordaz, impertinente, sofocó a Aguilita con sus pildorazos mortificantes.

El militarcillo estaba celoso; no cabía duda, y al hacendista le cabía menos duda que a nadie.

¿Qué habría hecho él para exasperar al otro de tal modo?

Cuando se despidieron en la calle aquella noche los mochuelos, en busca de su *olifo*, y Aguilita, como de costumbre, y contra toda su voluntad, se disponía a acompañar a las Contadoras, Retuerto sorprendió a todos con esta salida:

—Yo también iré con ustedes esta noche. Estoy nervioso y necesito estirar las piernas... Tengo ganas de matar a uno...

¡Diablo!... Este uno era él... ¡Aguilita!... ¿A que le iba a buscar camorra el tenientillo?... ¿Qué hacer en este caso?... ¿Retirarse con cualquier pretexto, antes de que la cosa pasase a mayores?... ¿Qué dirían de él, si tal hacía?... Además, esto era cantar la gallina, de plano, y no habían venido las águilas tan a menos, que cacareasen por los corrales... ¡Adelante, pues!

La sabandija empeoró la situación.

—Aguilita, por Dios; creo que esto va por usted!... ¡Claro!... ¡Si está usted toda la noche comiéndose *a ésa* con los ojos!

—No tenga usted miedo.

—Es que yo me moriría de pena, si ese bruto le hiciera a usted algo...

—No me hará Cardenal de Toledo.

—De Toledo, no; ¡pero de los otros!...

—Ni de los otros.

—Es un bárbaro...

—Y yo otro.

—¿Otro bárbaro?...

—¡Caramba, niña, déjeme usted en paz, que no sé lo que me digo!...

—¡Aguilita, por Dios; por mí; hágalo usted por mí!

—Pero, hija, esto es darme ya los santos óleos. ¿Cree usted que voy a dejar que me coma el coco? ¿Qué se ha figurado usted; que yo no tengo también mi alma en mi almario?

—¡Bravo! ¡Así me gustan a mí los hombres!... ¡Piense usted en mí!

«Remedio santo—contestó para sí el chico—si he de llamar a Talones más que aprisa.»

Despidieron a las Contadoras en la calle de Santa Teresa, no sin que la sabandija diera a Aguilita un apretón de manos capaz de descoyuntar otra menos fuerte que la de éste, y cuando los dos rivales quedáronse solos en la desierta calle, encaróse Retuerto con el del Aguila, diciéndole:

—¿Quiere usted que demos una vuelta por ahí?

—Como usted quiera.

—Supongo que no le regañarán a usted en su casa...

—Hace tiempo—contestó el gerifalte muy entero—que a mí no me regaña nadie.

—Lo celebro.

—Lo celebramos.

Echaron a andar mientras la falleba de un balcón hería con su chirrido el silencio de la noche; era la Contadora chica, que se asomaba para otear la calle, pensando en el viejo cuadro de Domingo, en el que un caballero mete a otro en el corazón todos sus odios, con la punta de su tizona.

Bajaron los incompatibles hacia Recoletos, por Barquillo y Alcalá, sin cambiar frase alguna, canturreando el tenientillo un tango chulesco e indecente; mudo y sombrío Aguilita, que observaba de reojo al cantaor, echando sus cuentas. Retuerto llevaba bastón, y recio; él sólo llevaba la llave de la puerta de la calle, arma no muy temible, pero que bien manejada podría convertirse en llave de dentista, aliviar del peso de las muelas a cualquier ciudadano levantisco.

Al llegar a Recoletos volvió Retuerto a tomar la palabra:

—¿Le parece a usted que sigamos por aquí hasta Colón?

—Vamos hacia Colón.

Nuevo silencio. La plaza famosa estaba desierta; sólo alguna sombra furtiva adivinábase entre los jardinillos ocultándose en las sombras de los aguaduchos, cerrados, recogidos, con las patas de los veladores hacia afuera, apoyándose en la cadena que los sujetaba cual si pretendieran defenderse a coces de cualquier osada acometida. En las abandonadas sillas de hierro del paseo retrepábanse somnolientos dos guardias, ahuyentadores de golfos, de rodonas y de estetas. La noche, noche invernal pero templada, mostraba las maravillas de su manto fosco, salpicado de oro. Media luna menguante relumbraba con destellos de plata bruñida, arañando con sus cuernos los tejados de la Casa de la Moneda, que en cuestión de cuartos, allá se iba con la vieja Selene.

Retuerto amenizaba este amable espectáculo con el acreditado tango desesperante:

Una niña bonita
dijo a su «mama»:
algo me trae mi novio
bajo la capa...

Cruzaron los nocharniegos caminantes la plaza de Colón y emprendieron la conquista de la Castellana, sin previa exploración de voluntades.

El paseo, desierto, aparecía ante ellos largo, largo, sin fin; prolongándose ante los barzoneros como Castilla se ensanchaba ante el caballo del Señor.

«Aquí va a ser ella—pensaba Aguilita con los cañones erizados—. Aquí va a ser ella; en cuanto lleguemos a aquel manchón de sombra...»

Y pasaron el manchón de sombra, y continuaba el tanguito:

No vayas a equivocarte,
en vez de pavo divino (!)
vaya el novio a regalarte
algún animal dañino!...

¡Oh la musa popular!...

«No, pues de aquí no pasa..., junto a estos solares.»

Y junto a los solares, dale que le das al tango chocarrero.

«Será en aquella bocacalle...»

Nada, en la bocacalle tampoco, fuera del moco del *pavo divino*.

¡Era para desesperar a un santo, y para cortar los alientos al más terne!

Cuando ya menos lo esperaba Aguilita paróse en seco Retuerto, y llevóse la mano al bolsillo interior de su americana.

El aguilucho dió un vuelo hacia atrás y empuñó la llave.

Sacó el teniente la petaca y ofreció un cigarro al avefría.

Aceptólo éste: encendiéronlo y siguieron caminando.

¡Ni un alma por el camino!

—La verdad es—exclamó Marte—que está esto para hacer un favor a cualquiera.

—Volvámonos—respondió Plutoncito, con sequedad.

—¿Tiene usted miedo?

—Hombre; miedo, miedo... tanto como miedo, no; pero podrían atracarnos.

—¡No hay quién! Mire usted; yo

llevo esto—y Retuerto mostró un revólver que sacó de un oculto bolsillo de su pantalón—. Y esto—añadió entresacando la hoja de un estoque, que relució entre los dos trozos de la caña—. ¿Y usted?...

—¿Yo?—bisbiseó Aguilita, con temblor de labios—. Yo... no llevo nada...

—¡Cómo! ¿No lleva usted nada?

—¡Nada!—repitió, pensando para su capote: «¡Ahora es cuando este bruto se luce!»

Rehízose, sin embargo, el asustado muchacho, sacando fuerzas de flaqueza y creyendo sorprender en Retuerto una sonrisa guasona, añadió con cierta ironía:

—Es decir... Yo, lo llevo a usted...

Comprendió el otro la pulla, fingiendo lo contrario, y dijo:

—Pues si usted quiere nos volvemos, porque la verdad es que esto impone... ¡Por más que a mí!...

—Pues volvámonos si a usted le parece... ¡Por más que *a nosotros!*...

Por toda contestación dió Retuerto media vuelta y, seguido de Aguilita, que hizo lo propio, emprendió el regreso.

Al llegar de nuevo a Colón, atufado ya el milano por la burla que claramente tocaba, preguntó a su vez:

—¿Y para esto me ha traído usted por aquí?

—¡Querido amigo y correligionario!—contestó con chunga el de a caballo, siendo esto de correligionario uno de sus *timos*—: Ya le dije a usted que necesitaba estirar las piernas...

—Como usted dijo que quería matar a uno...

—Le he perdonado la vida...

—Por lástima...

—Por... capricho.

—Y usted, ¿no tiene primas?—continuó el águila imperial, creciéndose.

—¿Qué quiere decir eso?

—Pues esto quiere decir que «si es broma, puede pasar», pero otra vez me trae usted una de esas primitas, que yo le aseguro a usted que no se le ha de salir el aire...

Dió el fiero gavilán la espalda al burlador, quien por toda contestación soltó una carcajada, acaso, acaso, disfraz de un cacareo, y emprendió la ruta de su nidal, Génova arriba.

A prima noche, a la siguiente, las Contadoras se plantaron en casa de las Lanzas, no sin haber devorado la prensa, en busca de «El crimen de hoy» que debiera empezar así:

«En las primeras horas de esta madrugada...»

Por pronto que llegaron, ya estaba allí Aguilita, con ciertos humos de triunfador y de perdonavidas. La sabandija voló a él para convencerse de que no estaba hecho picadillo, y lamentando no poder manosearlo a su antojo, para cerciorarse de que no le faltaba nada, nada, ¡ni una pluma!

—¡Ay, Aguilita, qué ansiedad!

—¡Ay, hija mía; qué lata!...

Retuerto no pareció por allí aquella noche.

★

Retiráronse a su casa las Lanzas aquella tarde de carnaval fría y plomiza, cariacontecidas, aspeadas y llenas de *confetti*.

El lento barzonear por la ahogada *playa* de Recoletos, henchida, atiborrada de gentes que se estrujan, se pisotean, se chafan y se asfixian para ver cuatro larvas insulsas y chocarreras cuando no repugnantes, las consabidas comparsas de ciegos en calzoncillos o con enaguas, aburadas por la presurosa tenacilla; disfraz horrendo sólo disculpable por la ceguera, que a tener ojos para verse en tal pergenio, arrancáraselos por mal empleados; los eternos griegos o turcos... ¡zuavos, ay! de rojos zaragüelles, azul chaquetilla, antiparas rumanas y borlón sobre el pestoreio, pendiente de la rufa cabellera, tal cual encapuchado dando vaya y zumba a las damiselas de algún carruaje, y los infantes cuando pasan, y los reyes cuando ya han pasado... tenían a nuestras amables amigas rendidas y fatigadas, aburridas, ansiosas de restituirse al seguro asilo de su hogar, más que nunca añorado, aquella tarde alborotada, fría y tristona.

Y allí se fueron; y al desembocar por la calle del Almirante en la del

Barquillo, topáronse las Lanzas con una mascarita que quizás allí apostada las esperaba para darles algun bromazo.

Vestía la larva un coruscante traje de *bebé* de joyante raso azul con lindos encajes blancos; calzaba medias de seda de color de rosa, y sobre ellas, calcetines también azules, bajo descotado zapato de charol con pompón primoroso. Gran sombrero del color del vestido con plumas blancas, sombreando la máscara mofletuda, rolliza, inexpresiva de un mamoncillo pingüedinoso y embobado.

Acercóse el *bebé* a Luisa, y, por primer saludo, rocióla copiosamente de *confetti* haciendo después lo mismo con Petra, y con doña Gaspara, entre grandes risotadas de las porteras del barrio, asomadas a las puertas de sus prisiones.

—*¡Faya!*—exclamó la señora, entre ofendida y satisfecha—. ¡Ya tenemos *froma!*

Y mientras se sacudía los polícromos papelitos, oyó la voz de la máscara, hermosa voz varonil, pastosa y clara que, sin fingimiento alguno, y dando por terminada la broma antes de comenzarla, decía riendo a todo reír:

—Soy Aguilita, que he querido sorprender a ustedes.

—¡Jesús, hijo!... Pues sí que lo ha conseguido usted! *¡Afe* María, y qué preciosidad de traje!

—¿Verdad que no me habrían ustedes conocido?

—No, no; no lo hubiéramos conocido—contestaron ambas hermanas—. Está usted muy propio.

—¡Petra, Luisita; que esto es llamarme criatura y estoy por echarme a llorar!

Y así lo hizo Aguilita, no sin cierta gracia, berreando como un ternero y pateando como un chiquillo mañoso.

Sonrieron las mozas, y doña Gaspara soltó el trapo. Realmente tenía buena sombra aquel demonio de chico.

—Vaya un caramelito—hipó éste—o, si no, no callo...

—Venga el caramelito; pero conste que no me gustan los chiquillos llorones.

—Doña Gaspara, no me desaire usted.

—¡Ca, hijo, qué he de desairar!... ¡Y que son riquísimos!

—De Hidalgo, de aquí al lado. Acabo de comprarlos. Y usted, Luisita, ¿me atrevo?... No creo que Retuerto se ofenda por tan poca cosa.

—Gracias. No lo tomará tan a pecho.

—Son *fromas* que se dan en *Carnafal*—apuntó erudita doña Gaspara.

—¿Uno solo, Luisita?

—Es bastante.

—¡Otro!... ¡Otro, o lloro!

—Toma otro, mujer, que una golondrina no hace *ferano*.

—Ea, venga otro, y vámonos de aquí que estamos llamando la atención.

—¿Quieren ustedes que las acompañe?

—Con mucho gusto; pero no *fa* usted a *difertirse*.

—¡Ca! Si yo lo he hecho sólo por ustedes... Y ¿cómo tan solas?

—Paco anda con la estudiantina...

—¿Y Retuerto? ¿No han visto ustedes a Retuerto?

—No; no lo hemos visto...

—Luisita no quiere convencerse de que es a mí a quien debiera querer.

—Sobre todo hoy que está usted monísimo.

—Alguna vez hemos de parecernos, Luisita.

—¡Anda, hija! *¡Faya* un piropo!... ¡Luego dirás!...

—No diré nada, mamá. Ya sé yo que Aguilita es muy fino, y, según dicen las Contadoras, muy valiente.

—Y muy justo, chulita. Yo, en lugar de Retuerto, no las hubiera dejado solas estos días... Anoche estuve en San Antonio a ver si iban ustedes, y ¡nada!

—No, no salimos.

—Pues se pasa muy bien. Van muchas comparsas. Amato me preguntó por ustedes con mucho interés.

—Nos conoce desde el Imperial. Somos sus admiradoras.

—Y esta noche, ¿tampoco saldrán ustedes? ¡Ea! ¿quieren que venga a buscarlas?

—No, mamá, no está bien.

—¿Y por qué no está *fien?*

—Por Dios, Luisita; yendo con su mamá y con Petra...

—Lo que no está *fien* ni medio *fien* es que nos pudramos entre cuatro paredes. Ya estoy harta de ese dichoso perro de hortelano, que ni se come las coles, ni deja que otro se las coma...

—¡Muy bien, doña Gaspara! ¡Pero que muy bien!—exclamó Aguilita, retorciéndose de risa.

—¡Mamá!

—¡No hay mamá que *falga!* Hija, por Dios; si estamos haciendo *fida* de *ancoretas* por causa de ese mamarracho. Aguilita, si usted es tan *amafle*, esta noche nos acompañará usted a San Antonio.

—Yo no iré, mamá; yo no iré.

—Usted hará como el lorito del portugués: irá donde lo *llefen*...

—No ha de ser ello a la fuerza, Luisita. Yo quiero proporcionar a ustedes un ratito de solaz, pero no un disgusto. Además, yo esta noche pienso declararme a Petrilla, no creo que en esto se meta también Retuerto...

—¡Se librará muy bien!—contestó Petra, siguiendo la broma—, queriendo usted y queriendo yo...

—Pues no se hable más y hasta luego.

—Suplico a usted, Aguilita—dijo Luisa—, que no vea en mis palabras nada ofensivo para usted... Comprenda usted que yo...

—Comprendido, niña. Usted y yo —terminó el *bebé* con toda la seriedad de su careta— ¡como si hubiésemos andado a tiros!

—¡Jesús qué chico éste! ¡Ay, Dios mío! ¡Qué diferencia de *honfres* a *honfres!*...

—¿Hasta luego, doña Gaspara?

—¡Hasta luego!

—¡Y todo para que rabie la señorita... Retuerta!

No me llames cuñada
hasta que encuñe:
que las cuñas son «fuenas»
para la «lunfre»...

¡Adiós, adiós, mascarita!

—Hasta más tarde, señoras...

Retiróse el muñeco, mientras doña Gaspara decía a la *Retuerta:*

—¡Ay, hija mía!... ¡qué suerte la que Dios te pone entre las manos! ¡Y cómo te pesará dejarle escapar tan tontamente!... ¡Cómo te pesará!... ¡Cómo te pesará!... ¡Digo, si te pesará!

Y la chulona, queriendo demostrar una alegría y una satisfacción que estaba muy lejos de sentir, devolvió a su madre la copla de la cuña, en esta forma:

Mi madre me pega palos
porque quiero a un marinero,
y al son de los palos digo:
«¡Vivan la barca y los remos!»

★

Al entrar las Lanzas en el portal de su casa salióles al paso la portera, diciéndolas:

—Oiga usted, doña Gaspara, aquí ha estado la diosa República preguntando por ustedes.

—¿Por nosotras?

—¡Vaya, y que se han perdío ustés la gran cosa! ¡Jesús, y qué humor de gente! Ha venío una señora, u cosa así, muy emperejilá, con una criatura monísima, vestida de diosa de la República, ¿sabe usted?, con su bandera en la mano y su gorro colorao, que talmente parecía un pimiento morrón, y con tóo el pelo por la espalda, y los brazos al aire, lo cual que la chica los llevaba moraos de frío. ¡Pero que la mar de propia!

—*Fueno*, y ¿no ha dicho quién era?

—¿Pos no le digo a usted que la diosa República?

—No salga usted de ahí, que se *ja* a perder.

—Amos, usté quié decir la madre. Pues me dijo, dice: «Dígale usté a doña Gaspara que ha estao aquí la Concha del Celipe, que les venía a enseñar la chica.»

—¡Ay, mujer! Mira tú, ¡la *pofre* Concha!... ¡Pues sí que lo siento!

Y la portera, con gran misterio, susurró en el oído de la de Talavera estas palabras:

—Y que le tenía que contar a usté cuatro cosas de don Enrique.

—¿De don Enrique?

—Del señorito Retuerto...

—¡Ah, *famos!*... Pues muchas gracias, y ya haremos por *ferla*. ¡*Faya* con la Concha!...

Llegaron las damas, jadeantes, a lo alto de la empinada escalera de aquel piso cuarto sin honores, como no fuera uno, el no llamarlo sotabanco, como remachaba la portera.

Entraron en su hogar, respirando con delicia el tibio ambiente del amado rincón, oscuro y silencioso, en el que echándoselas de persona, golpeaba *Retuerto*, el viejo reloj, con su tictac cansado e inmutable.

Desplomóse doña Gaspara en el sillón del comedor, y mientras se despojaba de la mantilla, policromada por los papelitos que por error habían caído sobre ella, Petra la aliviaba del tormento del zapato, introduciendo sus gordezuelos pies en unas antiartísticas y confortables zapatillas de orillo, de enrejado verde y negro.

Era tal la sensación de bienestar que invadía a la buena señora en casos tales, que, invariablemente, y a guisa de acción de gracias, prorrumpía solazada en esta exclamación (rapsodia de algo que ella había oído siendo niña, y arreglo inconsciente de ello, por adaptación al medio):

¿Sabes bailar la «gafota»
y la mazurca polaca?
—Bailo, sí, cuando me ataca
el martirio de la... «bota»...

Fota, según ella; y gota, para el autor.

Mientras cubrían la mesa, extendiendo el mantel sobre el tapete de hule, no sin antes pasar un albero sobre toda la runfla de reyes hispanos, doña Gaspara espetó a Luisa la rociada siguiente:

—*Famos* a *fer*, ánima-mea, ¿tú crees que está ni medio decente lo que hace Retuerto contigo? Tres días *llefamos* de *Carnafal*, y tresitos él sin parecer por aquí. *Ferdad* es que tampoco *fiene* Paco; pero este cuco *fastante* tiene con andar de la ceca a la meca *festido* de mamarracho. Por las noches no hay que decir las que hace ya que su excelencia no asoma por aquí la gaita; que no parece más sino que se lo ha tragado la tierra desde que *tufo* lo que dicen que *tufo* con Aguilita. El café que le sigues haciendo por las tardes nos lo tenemos que *sorfer* nosotras por las noches... Si no fuera por el *pofre* Aguilita, aquí nos estaríamos pudriéndonos sin poder entrar en un mal café en estas noches de estudiantinas y de jolgorios, como no fuéramos solas como las tres Marías. Esto no pué ser, y lo que no pué ser, no pué ser. Además —continuó la ofendida señora—, que ya estoy harta; pero que hartísima de aguantar pullas y rechiflas de la gente. ¿Te crees tú que yo soy tonta? ¿Es que yo me chupo el dedo?..., cuando las tarascas esas de las Contadoras empiezan con su *ora pro nofis* de costumbre:

Un señor de «lefita»
se m'ha perdio...

¿te figuras tú que no sé yo quién es ese señor de *lefita* que se les ha perdio a esas pécoras? Pues la mano tuya o la de Retuerto, que desaparecen del tapete y se esconden entre las faldas de la camilla. ¡Y esto s'hacabao, pero que s'hacabao! Si quiere *enfromar* a la nieta de mi agüela ese Martínez Campos de cría, ya puede ir a reírse de la negra que lo soltó... ¡Jesús, *Afe* María Purísima, que la hacen *desfarrar* a una!

Callaba Luisa, y callaba Petra, que adoraba a su hermana y quien (cocinero antes que fraile) sabía muy bien lo que en la cocina de los pretendientes pasaba.

Cenaron en silencio, dando buena cuenta del consabido estofado de morcillo, aliñado con su golpe de laurel y cebollas y aromatizado con un cortadillo de vino que empezaba a torcerse: pero que para el caso, venía de mil flores.

Un poco de ensalada y unas nueces viejas, y el *recuelo*, o sea, el café de Retuerto, recalentado y estirado con unas lagrimitas de leche aguada, sirvieron de remate a la frugal cena

madrileña de nuestras amigas. Y cuando éstas disponíanse ya a levantar manteles, sonó repiquetendo escandalosamente la campanilla de la escalera, oyéndose golpear en la pared la cadenilla que desde el exterior la ponía en movimiento.

Abrió Petra, y desde el comedor se oyó gran algazara de exclamaciones y de besos, presentándose a poco en escena la mismísima seña Concha, con la diosa envuelta en un mantón de abrigo.

—¡Jesús, hija, tanto *fueno* por aquí! —exclamó doña Gaspara.

—Señora, lo bueno es lo que se viene a ver... Ay, llega una ahogá con estas escaleras... ¡Un poco más, y se meten ustés la luna en casa!... ¡Vaya unas horitas de venir a dar la lata a la gente!, ¿no? Aquí le traigo a usté la chica, que no quería que se quedasen ustés sin verla... La traigo arropá, porque hace un gris que corta... Hemos cenao en la Casa la Moneda, en ca mi cuñá, y la ha dao este pañuelo pa abrigarse. Mire usted.

Y Concha, con gesto olímpico, quitó el mantón a su hija, apareciendo bajo él, cual nueva Friné, la adormilada muchacha.

—¡Hija, qué preciosidaz!...

—Como que está copiá de la del *Motín*. Cosas del Inacio, el pintor. «Y que me tié usté que dejar la chica. Y que yo tengo que vestir a la chica. Y vuelta con la chica.» ¡Y ya ve usté cómo me la ha puesto!... Como decir, dicen que está muy bien, ¿sabe usté?

—¡Pues ya lo creo que está bien! ¡Qué humor de Concha esta!

—Yo siempre la misma. La mar de dispuesta y de espabilá pa todo...

Y dirigiéndose a la mocosa y sacudiéndola por un hombro, añadió:

—¡Amos, chica, saluda! Di, ¿cómo están ustés?

—Buenas, monina—contestaron las Lanzas, agachándose, en cuclillas, en torno a la muchacha.

—Di que cuánto tiempo sin dejarse ver por allá—repitió el apuntador.

Y doña Gaspara, continuando el diálogo en la misma forma, actuó también de consueta.

—Di que es ella la que no quiere perderse por acá.

—Dile que no, que ya no nos quieren.

—Dile tú que es ella la que nos ha olvidado.

—Que no.

—Que sí.

—Pero, chica, habla—exclamó la Concha, harta ya de higos—. ¡Paeces la tonta el bote!... ¡Miusté, ella, que tié un pico que no calla!

—Déjela usted. Está cansada, la *pofre*.

Enderezáronse las chicas, tomando en brazos a la República, mientras Concha, cambiando de tono, decía:

—¡Huy, y lo que hemos corrido! No se pué usté hacer una figuración. ¡Desde las dos que estamos fuera de casa!

—Pues sentarse, que tienen ustedes que tomar algo.

—¡Ni gloria bendita, hija! Estamos, pero que hasta aquí.

—Pues unas galletitas con un poco de *fino fueno*.

—Le digo a usté que nones, doña Gaspara. Yo estoy como si me hubiera tragao un pavo.

—Pero, hija, Concha, para una *fez* que *fienen* ustedes por aquí. Les haremos café.

—¡Quiá, si ya lo hemos tomao, de ahí de Recoletos!... Y además, que nos vamos en seguida, pero que en seguida. Como que en el Vapor nos guardan las sillas, ¿sabe usté?... ¡Ande, vengasen ustés con nosotras!...

—Gracias, Concha; pero hoy es imposible...

—Como usté quiera, la voluntá ya sabe usté que es grande... Pero asientesén ustés... ¡Huy, y cuánto cumplido!

—*Faya*, pues sentémonos todos... Petra, sácale unos *foyos* a la niña.

—Que le digo a usté que no, que va a reventar...

—Déjeme usted a mí, que ya sé yo lo que son criaturas... ¿Verdad que los quieres, monina?

La chica dijo rápidamente que sí, con la cabeza; y su madre, con franqueza y donaire chulapos, exclamó con la gracia del mundo:

—¡Huy, y qué pico de oro de cria-

tura!... ¡No sé a quién demonio sale, porque lo que es a mí!...

—Pero, hija, deje usted ya en paz al angelito. ¿No sabe usted que a gracia de niño y a canto de pájaro no se puede *confidar* a nadie?

—Ya tié usté razón, señora... Y mire usté, doña Gaspara—continuó la chula con cierto misterio—, que se lleven la niña las señoritas, porque tengo que hablar con usté dos palabras reservás.

—Oye. Luisita—ordenó la de Talavera toda alarmada—, llevaos la niña a la sala y enseñarle el *álfum* de los retratos...

Salieron las mozas llevándose la cotorra (que, como la del cuento, no hablaba: pero lo oía todo), y cuando ya estaban en el pasillo, gritóles su madre:

—¡Petra, Luisa, que no me pongáis el quinqué *defajo* del espejo!... Hija —añadió dirigiéndose a la fiadora—, hay que estar en todo, que no hace mucho que me rompieron, por ponerle debajo la luz, uno de cuerpo entero que tenía una luna del grosor de un duro...

—¡Miusté qué lastima!... ¡Y lo malo que dicen que es eso!

—¡Y tanto si lo es! ¡Como que se queda usted sin espejo hasta que lo arregla con otro!

—¡Ya, ya! El cristal es lo que tiene, a lo mejor está usté tan descuidá, pasa un aire, y ¡tras! ¡Pero que muy buenas! Y es lo que yo digo, si me había de dar a mí, que le dé a él, ¿no?, que más hay de su casta que de la mía...

—¡Pocas gracias!... Y *famos* a *fer*, ¿qué es «eso»?

—Pues... na; que una está en el mundo pa ver cosas nuevas, y cada día ve una. Bien me lo decía a mí el mío: «Dicen que en Madrid no se sabe na...» Y se sabe hasta los garbanzos que echa usté en la olla. Créame a mí, este Madrid es un pueblo; pero lo que se dice un pueblo. Lo, que no se sabe aquí es lo que no ha pasao, que lo que es lo otro...

—Tiene usted razón.

—¡Que si tengo razón! Mire usted, ya sabe usted que el mío era de Puente del Arzobispo.

—Algo recuerdo...

—Sí, hija, sí; de Puente del Arzobispo, de los del hueso dulce... ¡Mire usté qué demonio de pueblo, que yo creía que al salir mi marido de él se había quedao sin gente! ¡Sí, sí; sin gente!... Se muda una vecina al cuarto de enfrente al mío, ya sabe usté, y hay aquello de: «Ay, señora, que tanto gusto; y que ya sabe usté que pué mandar, y que patatín y que patatán...» Amos, toas estas pamplinas de buena crianza, y que nos enredamos en aquello de: ¿cómo es su gracia de usted? y ¿de ande es usté?... ¡Pum! ¡De Puente del Arzobispo! Y me resulta que conocía al Celipe, y a toda la familia del Celipe, ¡y hasta a mí, señora, hasta a mí, me conocía de oídas!

—¡Si que es casualidad!

—¿Que si es casualidad? Pues calle usté, que viene el señor Alfonso el prendero y que me sale con que también es de Puente del Arzobispo... Y que llegan unas señoras amigas mías, que las conozco desde el año del hambre, ¡y también son paisanas de la vecina! ¡Rediez, que se conoce que medio Madrid es de Puente del Arzobispo! Pues ahora empieza usté a tirar de estos hilos, y por la hebra le sacan a usté hasta la partida de nacimiento...

—Sí, hija, sí; ya dice usted *fien*, a la corta o a la larga, todos nos encontramos en Puente del *Arzofispo* Ya *fe* usted, de allí era *tanfien* mi padre, que esté en gloria...

—¿Ve usté? ¿Pero lo está usté viendo? ¿Y cuándo en la vida se me ha ocurrido a mí hablarle a usté de esto? ¿Noverdá que en jamás de los jamases hemos tocao este punto? ¿Noverdá usté que no?

—No; no lo hemos tocao hasta ahora.

—Si paece esto cosa de teatro, cuando salen toos los cómicos juntos al final del sainete, na más que pa conocerse...

—¿Y decía usted...?

—¡Ah, sí! ¡Qué cabeza la mía!

Está una atontá, con el jaleo que trae una!... ¿Ande iba yo?...

—*Haflájamos* de... ¡La *ferdad*, hija, yo tampoco sé de qué *haflájamos!*

—¡Ah, sí!, ¡hija, se le va a una el santo al cielo! ¡Decía yo que luego dirán que en Madrid no se sabe na!... Pues a lo que iba, ¿usted se acuerda de la Fermina, la que cantaba en el Banco?

—Sí; aquella que le faltaba un dedo...

—Un dedo y otras cosas, bueno. Pues ahora, últimamente, la hablaba un señorito la mar de rico, a lo que ella decía, con ca brillante como una avellana (pa mí, que ful, ¿sabe usté?), y de estas cosas, que hablando, hablando, porque me la encontré la otra mañana en el Salón de la Concha, me entero de que la pobre se ha quedao a la luna de Valencia, porque se le ha ido el pájaro...

—Pero esto, Concha, ¿qué tiene que ver con...?

—A eso voy, y deje usté estar al burro, que ha comido berros. Pues, como iba diciendo, que hablando, hablando, me fijé en un rosetón de diamantes que llevaba la Fermina en un dedo de los que le quedan.

—¡Pues claro, mujer!

—Tié usté razón. ¡Algunas veces dice una unas burrás!... Pues voy y le digo:

—Chica, ¡qué sortija te canta!

Y ella me contesta, dice:

—Pues está a la disposición de usté, señá Concha.

—Está muy bien empleada—le digo yo.

Y ella me responde:

—Mejor lo estaría...

—No cabe mejoría..., que es lo que hay que decir en estos casos si una no quiere que la tomen por escapá de un encuarte. Conque entonces fuí yo y le dije, digo: «Oye, Fermina, esta sortija la conozco yo...»

Y como aquélla es tan así, como Dios la ha hecho, me dijo, dice:

—¡Pues dígale usté algo pa que no se ofenda!...

—No es mucho lo que la tengo que decir, hija. Que no hace ni tampoco un mes que se la he vendido a una señora de la Plaza el Angel.

—Pos a mí me la han regalao no hace ocho días, y no ha sido precisamente una señora, se lo puedo a usté jurar.

—Cuando tú lo dices, tus razones tendrás.

—Miusté si las tengo, que me la ha regalao «él» de despedida, diciéndome que era de su madre...

—Total, y pa no cansar—terminó Concha, resumiendo—. Que el gachó de la Fermina...

—¡Era *tanjién* de Puente del *Arzofispo!*—estalló doña Gaspara, ya impaciente.

—¡Miá que usté también tié unos golpes!—contestó la fiadora, desconcertada—. ¡Déjese usté de Puente y de Arzobispos, que eso es agua pasá y no muele molino!... ¡El hombre que le hablaba a la Fermina era el señorito Enrique!

—¿Retuerto?...

—¡Verde y con asas, pues alcarraza!

—¡No me lo diga usted, Concha!

—Lo dicho, dicho, y el carro a la puerta.

—*¡¡Aje* María Purisma!!...

—Pero que no marra, ¿eh?... Don Enrique Retuerto, teniente de *a* caballería, que estaba en el Conde-Duque; uno morenito, con tufos...

Volvió a sonar la campanilla de la escalera, y doña Gaspara y Concha suspendieron su conversación al sentir que abrían la puerta y que, tras rápido bisbiseo, jesuseaba Petrilla, toda alterada. Invadieron el comedor la modistilla, pálida y demudada, y Aguilita, congestionado y balbuciente, seguido de Luisa, que no comprendía lo que pasaba, y de la diosa, que chupeteaba caramelos.

Saludó el pollo, aturdido, tartamudeando, y acuciado por las ansiosas miradas «lancinantes» clavadas en él, terminó por soltar el trapo en esta forma:

—Pues... nada, que..., ¿no saben ustedes?... Retuerto...

—¿Qué?

La ansiedad llegó al culmen; palpitaciones, angustias...

—¡¡Que se ha marchado a Filipinas!!...

—*Ite misa es!*—remachó Concha—. ¡Pero que me lo ha quitado usté de la bcca!

Desvanecióse Luisa, acorriéronla, recriminóse duramente al tenientillo, y majestuosa y sibilante oyóse la voz de doña Gaspara, que decia:

—¡La del humo! *¡¡Faya*, y no *fuelja!!*...

Y un año después, la Hacienda se apropiaba, por abandono, de lo que Guerra no había querido apoderarse.

★

Sí; Aguilita, envalentonado por la huída de Retuerto, estrechó el cerco a la inerte plaza, que ni atacaba ni se defendía; como, si muerto el ideal, fuérale ya indiferente el medio.

Luisa estimaba en mucho la fiel amistad del adicto muchacho; no le era éste «ya» repulsivo, sino simplemente tolerable, mientras las cosas se mantenían dentro de los límites de un amistoso afecto. Y cuando este sentimiento pidió el ascenso inmediato para convertirse en amor que reclama correspondencia, Luisa apenas tuvo tiempo de pensar si le convenía, o si podía admitir o no el nuevo estado de cosas; pues doña Gaspara, siempre a la que salta, cuidóse de ir torciendo lentamente la voluntad de la muchacha hacia el lado del sí de la conveniencia, induciéndola a aceptar las proposiciones del enamorado mancebo.

Un empujoncito hacia el éxito lo recibió doña Gaspara con la noticia del ascenso a los diez mil, de Aguilita, y otro, dióselo ella misma al sentir recrudecerse entre sus mantecas el maldito «ahoguío», que la ponía a morir y la echaba en manos de médicos y curanderos y en las garras de sus cómplices, boticarios y prestamistas.

Más que el ascenso fué el «ahoguío» lo que hizo mella en el corazón un poco acorchado ya de Luisa, quien poco a poco fué dejándose convencer, cediendo a las reiteradas instancias de su madre y a los continuos halagos de Aguilita, cada día más rendido y más amante, y hasta a las puntaditas que le clavaba su amor propio, herido y lastimado.

Y no era, no, sólo su amor propio quien con jaras y flechas asaetaba a la muchacha, sino la pécora de la sabandija, la Contadora, furiosa al ver el sesgo que las cosas tomaban, quien la mortificaba sin duelo y sin descanso.

Retuerto, para la sabandija, era un hombre de bien. Retuerto era un caballero «en toda la extensión de la palabra», y si éste había dado la suya, tarde o temprano volvería a cumplirla. Lo que es que como las mujeres del día son así... Además, Aguilita no podía casarse, «no por nada», sino por oposición formal de su madre de él, enterada de ciertas cosazas que habían pasado con el otro... ¡Figúrese usted! ¡Cuando Retuerto había tomado las de Villadiego, si sería de balde! ¡Ca! ¡Por miedo a que lo engancharan!...

Todo esto, «por detrás» y cuando Luisa no podía defenderse. Cara a cara había odiosidades y escaramuzas como ésta:

—Luisita, ¿de quién dirás que hemos tenido carta?—decía la Contadora.

—De aquel señor amigo de tu mamá —contestaba la chulita, enconada.

—¡De Retuerto, hija!

—¿Sí?... Pues guárdame el sello para el chico de la portera, que hace colección de cosas raras...

—¡Pobrecillo!... ¡Dice que se acuerda tanto de nosotras!...

—Es claro, estando donde está, creerá que todo el monte es orégano...

—Hija, parece que pica...

—Por eso toco a banderillas. ¡Todo es cambiar de suerte!...

Puesta ya a rodar, dejóse Luisa ir por la pendiente, al final de la cual la esperaba el gerifalte con las alas abiertas y las garras buídas, para alzarse con ella por los aires. Y al primer vuelo, neblí y paloma dieron en la vicaría; al segundo, en la parro-

quia, y al tercero, en un lindo pisito de la calle de la Puebla, casi esquina a la de la Ballesta, nombre un poco azorante para cualquier azor.

Allí encerró el milano a su tórtola, y allí, entre arrullos y mimos, formaron ambos su nido, no precisamente de granzones y de borras, sino muy aparente y alcorzadito, con una bendición de Dios de cosas buenas que se entraron por las puertas en forma de regalos de los amigos y de presentes de los Aguilas padres, quienes, teniendo el riñón bien cubierto, no permitieron que su único hijo fuese a encender la antorcha de Himeneo en cañones y con plumón, sino con un plumaje digno de las bicepses águilas imperiales, blasón de todo su abolorio y prosapia.

Como si la pobre doña Gaspara no esperase otra cosa para rendirse al postrer «ahoguio», entregóse a él, tan recio e implacable, que dió con ella en el Este (vertedero de Madrid, con su apartamiento enorme, alcahuete del olvido), no sin que acompañasen a la difunta a su última morada unos versos llorones y jibosos de *Pidalimón* y un par de peseteros con los señores del Aguila (padre e hijo), y Paco el mercero, con Sánchez Mon y el portero de la casa.

Y yo no quiero decir que al influjo ultra-terreno de la buena señora se debiera el milagro (aunque mucho pueden las lágrimas y los ruegos de una madre, ante «aquella» que lo es de todos por haberlo sido de Uno); pero el caso fué que se operó el prodigio y que el incansable tendero de «Al todo Madrid», por remordimiento de conciencia o por ternura de corazón, entregó, por fin, el suyo, a quien desde tiempos remotos habíale dado ya alma y vida. Quiero decir con esto, que Petrilla se casó con su eterno pretendiente, y al entrar a reinar en la famosa tienda, lo primero que observó fué la gran baja que los géneros modistiles habían sufrido. Cambios de los cambios.

Pasó un año, nacióles a los Aguilinos un hijo, y, quizás por afinidades heráldicas, toda júbilo fué la gran Toledo; sin que yo pueda negar ni asegurar que éste no hubiera repercutido en Alemania, Rusia, Austria y demás naciones más o menos rampantes y bicéfalas.

Lo cual dió fin—, y yo lo doy con ello—, a la primera parte de esta historia, colándome de rondón en la segunda, que es como sigue.

II

«...*ET NE NOS INDUCAS IN TENTATIONEM*»

Almorzaron en paz y en gracia de Dios los señores del Aguila, y, como de costumbre, mientras Aguilita descendía la escalera en demanda de la calle para encaminarse a la oficina, Luisa se dirigió al balcón para ver salir a su esposo y despedirlo, enviándole un último beso cuando aquél se detuvo allá en lo alto de la calle para recibirlo.

Quedóse un rato la chulilla de pechos al balcón, contemplando absorta el lento ir y venir de las gentes; dejando vagar su espíritu por los amables mundos del ensueño, en cuyas esmaltadas praderas brota la fuente luminosa en que el alma bebe las aguas puras de la ilusión, tan caras a la vida; linfas letales, que calman, que adormecen, que insensibilizan, como el kif y el opio, de azules cendales, encerrados en el canutillo que aspiran los labios, pintándonos un mundo de nácares y púrpuras, en el que todo ocurre a medida de nuestro deseo, en el que los pétalos policromos encuadran en los cálices de las flores rostros amigos, y las brisas suenan en nuestros oídos como rumores de voces amadas.

En ese mundo, en el que el príncipe legendario, depuesta su arrogancia, espera a la pastora que ha de ceñir su casco de laureles, su cuello de abrazos y sus labios con broches de besos. En ese mundo en el que la dama linajuda, altiva y fiera, corderilla mansa rendida por el amor, aguarda al poeta que una vez se abrasó en sus miradas

de diosa ofendida. En ese mundo en el que el amante posee a la amada y en el que el lirio de la castidad se entrega al rojo ababol de la lujuria... Allí, donde el deshambrido encuentra su festín atiborrante; el desnudo, pieles y batistas; el desvalido, el alcázar que guarda su cetro; el humillado, su desquite; el vengador, la bujeta de sus hieles, cuya sola presencia mata; el pintor, su lienzo; el escultor, su figulina; el bardo, su estrofa de bronce y de oro, cincelada sobre placa de marfil.

Como abeja de luz en cuyas alas reluce el áureo polen de los lirios en que ha sorbido mieles y fragancias, regresa el alma de esas locas excursiones, cargada de nuevas energías para la lucha; de gérmenes de esperanza, bebidos en anticipo generoso, de algo que se ignora; pero que se espera, con el lancinante aviso de la corazonada que anuncia dichas seguras, peregrinas por ignotos senderos, en los que quiebra su luz de plata la estrella de nuestro sino inescrutable.

Llena de nuevo el alma nuestro cuerpo ciego, sordo, anestesiado; y éste, despertando de su letargo, recíbela gozoso, con un hondo suspiro de satisfacción, de alivio, de bienestar..., y al abrir los ojos a la luz la vida no es tan pesada, el mundo no es tan grosero; en nosotros mismos hay algo de ingrávido que se resiste a la pesadumbre de la materia, elevándonos con nuestro lastre, como el globo con sus sacos de arena... Un esfuerzo más, y quizás volásemos... Un esfuerzo aún, y volamos, en efecto, y somos grandes, somos sabios, somos artistas, conquistadores, todopoderosos, en brazos de la insania.

Luisa era feliz con su marido. Todo lo feliz que puede serse al lado de una persona amable, fina, afectuosa, que nos colma de caricias y de atenciones, que adivina nuestros gustos, que satisface nuestros caprichos, que bebe nuestros suspiros y enjuga nuestras lágrimas. De una persona que alguna vez, en amoroso transporte, nos ha llevado a los linderos de la dicha, donde acaso hemos creído entregarle toda nuestra alma al adueñarlo de todo nuestro cuerpo. De una persona que ha llegado a fundir su ser con nuestro ser, y a quien hemos ofrendado entre risas y lágrimas la gema preciosa cuajada en el crisol de nuestros amores...

Luisa era feliz. Tan feliz como en este mundo de eterna relación puede serse.

Por Aguilita, el bueno; por Aguilita, el noble; por Aguilita, el amante, diera ella vida y alma; todo: la sangre de sus venas, la luz de sus ojos... Todo: hasta «aquello»... Aquello que tanto dolía, que tanto punzaba, oculto no sabía ella dónde; allá adentro, adentro, como púa invisible hundida en las vivas carnes, que se sabe que existe, adormecida, porque al tocarla duele, muerde, y muerde tan fieramente, que el dolor rebasa los límites del padecer, convirtiéndose en gozo, en placer insano, y nosotros, en ciego impulso de vesánico masoquismo, volvemos a tocarla de nuevo para de nuevo saborear el cruel deleite de su mordedura rabiosa...

Una vieja pasó bajo los balcones de Luisa pregonando *El Liberal* con los últimos partes de Filipinas...

El grito aquel, cansado y plañidero, produjo en Luisa un estremecimiento doloroso.

España continuaba desangrándose en aquellas remotas tierras de eterna ingratitud, traicionada por hombres de instintos tan torcidos como los torcidos ojos de sus caras de ídolo monstruoso. Oleadas de juventud y de vida caían sobre aquellas playas, que el reflujo nos devolvía en ondas de desolación y de muerte. España vestíase de luto con las madres, las viudas y los huérfanos españoles, y la nación entera era una inmensa necrópolis, en cuyas calles, esterilizadas por el ciprés de insaciables raíces, vagaban los espectros ataudados de ravadillo. ¡Ojos negros, dulces y fieros ojos negros de mi patria, en los que el mortecino fulgor de la fiebre ha sustituído al vivo resplandor del entusiasmo! ¡Oh, heroicas y humildes madres españolas,

respirad tranquilas! La villanía va a libraros para lo porvenir de vuestras angustias... Vuestros hijos no serán arrancados de vuestro seno para llevarlos a morir a extrañas tierras... Ellos podrán, tranquilamente, morirse de hambre a vuestro lado...

★

Volvió Luisa en sí con el hondo y apretado suspiro de la «toma de posesión» con que el cuerpo anuncia la del alma. Y después de repasar cariñosa sus macetas, bañadas de sol que las esponjaba, realzando los mil colores de minutisas, de francesillas, de rosas y de claveles, desertó Luisita el balcón, y deslumbrada, reteniendo en sus ojos chispazos del regio luminar, entornó las contraventanas, cruzó cautelosa la entenebrecida sala y arriesgóse por el oscuro pasillo, tanteando las paredes que le servían de guía en aquella negrura.

Al pasar por el recibidor, cuya ventana, de luces interiores, mortecinas, semejaba un lienzo clavado en la pared, en el timbre de escape de la escalera vibró una seca y sonora campanada. Estremecióse la chulita y, entre sobresaltada y aturdida, abrió la puerta.

Luisa, àmusgando e inclinando levemente la cabeza, queriendo horadar las sombras, percibió entre las tinieblas la esfumada silueta de un hombre...

Y cuando sintió en sus espaldas un escalofrío de espanto, en sus mejillas la algidez de un hilo de hielo, en su estómago un angustioso temblor y en su pecho un golpeteo tumultuoso, sin ver aún a quien aún miraba, adiviñó quién era la esfinge vomitada por las sombras, y anhelante, desfallecida, la invocó por su nombre:

—¡Enrioue!...

—¡Luisa!

—¡Jesús!... ¡Qué sorpresa!... ¡¡Tú!!...

—¡Yo, sí!... ¿Qué tienes?

—Nada; no, no es nada...; ya se ha pasado... Un mareo. Es claro, la impresión, el..., la... Entra, pasa a la sala... O aquí, al comedor; no he de tratarte con etiqueta...

¡Si! ¡Era él! ¡El!... ¡Enrique! La espina mordedora que punzaba las carnes. Era él, el rescoldo vivo, amortajado por la fingida nieve de las cenizas mortecinas... Era él: el recuerdo. El: lo pasado, la evocación, el conjuro, la niebla hermética que se condensa y se cuaja, y toma forma, y cuerpo, y vida, y nombre... ¡Era él: Enrique!... El humo aquel de quien habló doña Gaspara, la pobre madre muerta, diciendo que se *fa* y no *fuelfe*. ¡Era el humo, que volvía!

Y volvía empujado por el huracán silbador que muge en la chimenea con aullidos de ánima en pena, de fiera hambrienta acorralada, de endriago horrendo; volvía para invadir el dulce hogar a cuya tibieza un hombre y una mujer enamorados enlazan sus manos y juntan sus bocas..., para oprimir sus pechos con angustia de asfixia; para morder sus ojos, llenándolos de lágrimas; para romper el sello de los labios, la dulce condena de las manos, el ritmo acompasado de los corazones.

Era preciso ahuyentarlo de allí, oxearlo, perseguirlo, arrojarlo por puertas y ventanas... Arrojarlo de allí, aunque en el hogar se sintiese después de su salida cierto frío...

Temblaba Luisa como un azogado; sus dientes entrechocaban con algores febriles, doblábanse sus rodillas y la luz huía de sus ojos, la voz de su garganta, la sangre de su corazón y la razón de su mente. Sobre sus sienes, un enemigo formidable descargaba furiosos martillazos... Sus dedos eran de hielo.

Valióse de la oscuridad para componer su semblante, para rehacerse en violentísimo esfuerzo, y fingiendo un aplomo que no lograba alcanzar, una seguridad que en vano perseguía, continuó con temblores de voz de corderito añorante:

—Por acá..., por acá... Todo derecho...

—Como quieras, hijita—musitaba la esfinge derramando el encanto de su

acento—. Ya estoy hecho a todo... A todo menos a olvidar a quien una vez he querido... ¡Cómo ha de ser!...

Llegaron al comedor. Aún no habían sido levantados los manteles.

Luisa, en rápida ojeada, examinó a Enrique, a «su» Enrique de otros tiempos; a su primer amor, al amor de toda su vida... Lo examinó con las dulzuras de lo pecaminoso, de lo prohibido, como lámina obscena que por azar ha caído en nuestras manos y que la miramos aún furtivamente, cuando nuestros dedos la despedazan, o cuando la llama la consume.

Enrique estaba muy cambiado; tal le pareció a Luisa. Más alto, más delgado, más quebrada su color, más hondas sus ojeras y más grandes, más luminosos, más negros, sus ojos soñadores... Lo miraba rápidamente, antes de quemarlo, antes de romperlo. Debía haber sufrido mucho: enfermedades, privaciones, hambres, acaso... ¡Oh, dulce país de ensueño, donde ella podría acogerlo en su regazo amante, y enjugar su frente pálida, y besar sus labios resecos, y estrechar contra su corazón su cuerpo maltratado, y mecerlo entre sus brazos con arrullos de tórtola, y adormecerlo con sus canciones...

Ya, sí, ya. Ahora mismo. Ya lo rompía; ya lo quemaba, así, así... ¡Oh, sí; debía haber sufrido mucho!... ¡Mucho!... ¡¡Casi tanto como ella!!...

Ofreciéndole una silla, Luisa, bajando la voz inconscientemente, con precauciones de malhechor, con intimidad de cómplice, bisbiseó:

—¡Siéntate!...

—Gracias. Un momento nada más, no te apures: sólo un momento para saludarte, para convencerme...

—¿Para convencerte de qué?

—De que no sueño..., como soñaba «allá»..., de que vivo; de que vuelvo a verte...

—¡Ah!

—Me iré en seguida... Ya te digo que es sólo un momento... Tú eres buena. Luisita... «Mi Luisa...» Tú no me negarás este último favor... Este momento de reposo que te piden mis ojos cansados... Déjalos que se recreen contemplándote... Que se lleven tu imagen adentro, bien adentro, antes de que se cierren para siempre...

«¿Eh? ¿Qué dice este hombre? ¿«Para siempre»?... ¿Qué quiere decir esto?... Morir... ¿Y para morir se viene de tan lejos, y para morir se atraraza el alma de una mujer, y se revuelven las hieles de su pecho y los posos de su corazón?... ¡Y qué me importa a mí... «ya»! ¡Oh! He roto la estampa obscena en mil pedazos, pequeños, menudos, y he dado a las llamas después estos fragmentos...; pero la he visto, la he mirado, y ahora, su recuerdo, conturba mi espíritu y abrasa mis entrañas en fuegos infernales... ¡Calma, serenidad..., dignidad, Luisa!... ¡Pundonor; un poco de pundonor, siquiera!... No sé lo que has dicho; no te he oído; no he querido escucharlo... porque no debo escucharte... Oye cuán fríamente te contesto.»

—Si hubieses venido un poquito antes podrías haber almorzado... con «nosotros»... Acabamos de hacerlo.

—Yo también; ahora mismo. Te agradezco la fineza...

—Permíteme que levante la mesa... Estamos sin criada, que ha ido a pasar las fiestas a su pueblo... Un cuarteroncito de doméstica, no vayas a creerte; pero con unas manos para romper loza como veinte Menegildas de cuerpo entero, juntas... ¿Has tomado café ya?... Puedo hacerte una taza...

—Házmela... Ya sabes que deliro por él... y que es muy bueno «para las fiebres»...

«¡Para las fiebres!... Tengamos la fiesta en paz. Déjame a mí de fiebres... ¿Qué tengo yo que ver con tus fiebres malditas, que no quemarán tanto como esta que a mí me abrasa el alma?... Tampoco te he oído, no; no te he oído...»

—¿Lo quieres solo?

—Házmela..., «de aquéllas», ¿eh?

«¡De aquéllas! ¡«El recuelo», como decía mi pobre madre! ¡No; de aquéllas, no! Aquéllas... se acabaron para siempre... No para ti, ni para nadie... Sigo sin oírte... ¡No te oigo; que no te oigo!...»

—Es cosa de un momento...

Ambos callaron.

Dispuso Luisa todo lo necesario para hacer una taza de café. Retuerto encendió un cigarro y se quedó con la cerilla, ya apagada, en la mano, mirando a todas partes como buscando un sitio oportuno donde arrojarla.

—Echala aquí—le dijo Luisa, y colocó ante él, sobre la mesa, un pequeño cenicero japonés.

Golpeó Enrique suavemente el platillo con la cerilla, haciendo saltar el carboncillo de la cabeza y convirtiéndola en una brochezuela, con la cual barrió los ojos del retorcido dragón que decoraba la porcelana, y después de dar al monstruo varias pinceladas, como si quisiera barnizarlo, dejóle clavado el pincel en la gorja, y suspiró con fuerza, expeliendo el aire y el humo que henchían sus pulmones por una pequeña abertura de su boca, casi cerrada.

Luisa encendió la gruesa mecha del infiernillo, y la opalina llama del alcohol lamió las tersas paredes de la cafetera, aljofarándolas con millares de menudas gotitas de agua, devoradas con avidez por la misma flamígera lengua que las engendrara...

Silencio absoluto.

Levantó Enrique la vista y se encontró con la mirada de Luisa clavada en él. Bajó ésta los ojos, y Enrique se quedó mirándola atentamente, con acariciadoras blanduras de amante, con penetrante fijeza de hipnotizador.

Continuó el silencio. Se oía rezongar el agua, próxima a la ebullición, en el vientre bruñido y vivamente coloreado de la cafetera de cobre...

Cesó el ruido, sustituído por el de un tumultuoso burbujeo, y brotó un chorro de vapor, irregular, intermitente, por el esbelto cañón del receptáculo. Apagó Luisa la llama cubriéndola con la capuchina y soplando los filamentos que pretendían seguir ardiendo, como el pensamiento aplastado por la violencia, y atornillando la tapadera de la lamparilla esperó un momento.

¡Qué batir de corazones! ¡Qué rodar de pensamientos! ¡Qué mundo de recuerdos el que entre ambos personajes se levantaba, aplastándolos con su pesadumbre, juntándolos con sus alas de rosa y de nácar y separándolos con sus garras de hierro y de fuego!...

Cual enjambre de mariposas de luz y de esmaltes desfilaban ante ellos los mil recuerdos de una pequeña parte de su vida, que era su vida toda. Lo único de ella digno de haber sido vivido. Aquello que fué consagrado por el amor, amargado por los celos, embalsamado con los perfumes del beso furtivo, más dulce que las mieles de romero, envenenado por la traición, como la hiel amarga, como el despuntado puñal desgarrador. Aquello, y sólo aquello, había sido su vida, por lo menos, la vida de ella: de la amada, de la amante, de la traicionada, de la ofendida...

Sirvió Luisa el café, en una tacita de china, «de las buenas» (regalo de boda, quizá), azucarólo consultando a Enrique con la mirada y usando para tomar los terrones unas tenacillas de plata (otro regalito). Y cuando Retuerto extendió el brazo, tomó la taza y comenzó a disolver el azúcar, agitando la infusión con la cucharilla. Luisa se sentó, apoyó ambos codos sobre la mesa y las mejillas en las palmas de las manos, y, más tranquila ya, miró a Enrique.

—¿Y Petrilla?—preguntó éste.

—Buena, y en víspera de «bateo». No sé si sabrás que se casó con Paco...

—Sí; ya lo he sabido... ¡«Todo» lo he sabido!... Me he alegrado mucho.

—Entonces, también s a b r á s... lo otro: lo de la pobre mamá...—y a Luisa se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Sí; también lo he sabido... ¡Pobre señora!—contestó Enrique sombrío, y esforzándose por aparecer sereno, añadió—: ¿Y... tu... marido?...

—En la oficina—contestó la chulita, con acento mezcla de indiferencia y de desagrado.

—Lo querrás mucho, ¿eh?... ¡Qué duda cabe!...

—Me quiere. ¡Es muy bueno!...

—¡Ya!... ¡¡Aguilita!!—terminó En-

rique, como si hubiera pronunciado la fórmula de la cuadratura del círculo.

Y comenzó a tomar el café, a sorbitos, pensativo, impenetrable, cruel.

Después de un nuevo silencioso intervalo, de pronto y sin disimulo alguno, como artificio al que se le escapa la cuerda, prorrumpió Luisa en sollozos convulsivos, y deshecha en llanto, sólo pudo balbucir, cubriéndose el rostro con las manos:

—¡Tú tienes la culpa de todo! ¡Tú, sí, tú!... ¡Nadie más que tú!... ¡¡Ingrato!!...

★

Algo iba a contestar Enrique. Sus labios temblaron y su gesto indicaba que la disculpa y la justificación estaban prontas a brotar de su boca, surgiendo en palabras cálidas, broncas, entre nubes de humo blanquecino que se enredaba en los hirsutos mostachos del penitente. Pero aquella voz, impregnada, envuelta en el aroma especial del aliento del hombre amado, que tanto trastornaba y enloquecía a la Lanza, quedóse truncada de pronto, cuando las primeras sílabas de la primera frase tendieron sus ecos por el comedor silencioso.

—¡Fuí un miserable!—musitó Retuerto.

Y al conjuro de esta confesión, la casa y la calle se llenaron de armonías, de acordes sonoros, duros, cristalinos, escapados en clamorosa fuga de la cárcel de un piano de manubrio, que, frente al portal de la casa rompió a tocar escandalosamente la sardana de *Garín*, atolondrando la escalera.

Y en aquella música bravía, potente, cálida, como lo son los cantos regionales, había lamentos de angustia y olvido, frases ardientes de pasión arrolladora, rugidos de la bestia salaz, rijosa, lúbrica, temible..., ayes de arrepentimiento y de expiación, suspiros de desmayo, aullidos de vesania, guayas de súplica, gritos de venganza, rumores de perdón, esplendores de apoteosis...

Y la música aquella, ramplona y empobrecida por el antiartístico medio, se infiltraba en los corazones de los antiguos amantes, invadía su ser, erizaba sus cabellos con ramalazos de eléctrica descarga, temblaba en hielos por espaldas y sienes, y lamía y asuraba en llamas por pechos y rostros...

Mas cuando cesó de súbito la tocata, al terminar de la sardana célebre, y el pianillo preludió un tango lascivo, jocundo, vulgar..., rompióse el encanto, acabó la sugestión, desapareció la poesía y la angustia dió fin; sorprendiéndose ambos confidentes con lágrimas en los ojos y con el hilo de un largo, largo suspiro entre los labios.

Entonces, oportunamente lanzada a escena por el despierto traspunte del Destino, apareció la nodriza, envuelta en prosa.

★

Era esta moza una zafia montañesa, carirredonda, de gran nariz (característica de la raza cántabra), corta faldamenta, bajo la cual, aprisionando unas escandalosas medias blancas, asomaban amenazadores los gruesos zapatos con cordones anudados; ancha de caderas y oronda de vientre, con unos andares de cabeceo de urca que acusaban la influencia del cuévano trajinante, agobiador de espaldas y de lomos, cuna portátil de los hijos de estas bravas gentes, campesinas, buhoneras, contrabandistas y trashumantes.

Al ver a esta mujerona veníase a las mientes, como por carriles, el dicho montañés de:

> Pasieguiña de Pas:
> con la saya rabona,
> y el cuévano atrás.

Sin que yo pueda jurar, sin arriesgarme, que realmente de Pas fuese la prójima.

Como pormenor especialísimo del ejemplar este he de apuntar lo anormal de su «espetera», torcida y puntiaguda, debido a que sólo con un pecho criaba, por haber dejado baldío el otro; si bien éste, el activo, era un seno tan nutrido y amplio como el propio seno de Abraham, sede y asilo de todos los justos.

Encaróse el ama con la señora, y sin más rodeos ni preámbulos, dijo la nutriz:

—Digo yo, que ahora que duerme el niñuco, podría yo ir a por eso...

Luisa vaciló. Iba a quedarse sola... ¡Sola, «con él»!

Lo terriblemente tentador del caso la decidió, como desafiándolo, queriendo demostrar que nada temía.

—Vaya usted — dijo, haciendo un mohín de indiferencia.

Y como si hubiese realizado un gran esfuerzo para dar paso tan peligroso, añadió precipitadamente, pidiendo socorro, reconociendo lo falso y aparente de sus fuerzas y lo real de su debilidad y de su miedo:

—... y no «se tarde» usted..., por si *Nané* se despierta...

Rezongó la campurriana no sé qué, mientras se alejaba, y un seco portazo dió fe de que ésta había salido.

Enrique y Luisa quedáronse solos.

La del Aguila aparentaba serenidad, y sonreía.

Retuerto, congestionado, arrojando fuego por los ojos, mordía nerviosamente el cigarro, y muy ocupado con la tarea de colocar la cucharilla en equilibrio sobre el borde de la taza, haciendo que se balancease, murmuró con fingida indiferencia:

—Es monísimo el comedorcito este.

—¡Pch!; regularcillo nada más. Un poco oscuro.

—No se parece «al otro»..., ¡aquél sí que era alegre!

—Este es interior, y el patio es muy estrecho.

—Sí; los patios en Madrid son muy estrechos.

—Sí, muy estrechos...

—Mucho...

Nuevo silencio. Y, sin embargo, jamás conversación alguna fué más animada. No respondían las lenguas porque hablaban los pensamientos, y hablaban a gritos, vociferando, rabiosos, iracundos, enloquecidos.

«Conque estrechos, grandísimo pillo —exclamaba *in mente* la dama-chula—. ¿Qué te importará a ti que sean estrechos? ¡Traidor, perjuro, villano, salteador de caminos!...»

«¿Qué haces que no lloras—vociferaba Enrique—para que yo te consuele? ¿Por qué no corres para que yo te alcance?»

«No es que yo te oiga, no; porque no te oiría; no quiero oírte; pero ¿es esto todo lo que tienes que decirme, hipócrita, falso?...»

«¡Y la verdad es que la pobre no me guarda rencor! ¡Y qué guapa está la pícara!»

«¡Dejarme como me dejaste, vil; queriéndote como te quería!»

«Debo de parecerle idiota. Estoy que me daría de cabezadas contra la pared!...»

Y los gritos que no se oían, aturdían las cabezas de los que creían lanzarlos, haciéndoles pasarse la mano por la frente, para aliviarlas del peso de sus dislocados pensamientos.

Entonces habló realmente Enrique, tocando otro resorte:

—...Tienes un hijo...

—¡Como un sol!—contestó Luisa, radiante, como echándoselo en cara; abofeteándolo con él; con aquel lindísimo muñeco, que Enrique se había dejado arrebatar por Aguilita; por aquel muñequillo, pregonero de dulces horas de intimidad, de posesión, de placer intenso, absorbente, que no él, sino «el otro» había producido; que no él, sino «el otro» había saboreado; siendo «el otro» ladrón, y ladrona ella, que con fruición lo habían despojado de lo que debía haber sido suyo; de él, de Enrique el malo, de Enrique el traidor, de Enrique el estúpido... De este mismo Enrique, a quien ella, de buena gana hartaría ahora de bofetadas, de cachetes, dejando caer sus manecitas blancas y finas sobre aquellas pálidas mejillas de cañones azulados que pinchan, que cosquillean, que estremecen... ¡Sobre aquellos cañones tan caros a los labios, a cuyo contacto tiemblan las entrañas todas, gozosas, conturbadas, abriéndose al misterio de la vida!

—¿Qué tiempo tiene?

—¿Quién?

—El niño; te hablo de tu hijo.

—¡Ah, sí; el niño!... Pues tres me-

ses; pero aparenta medio año. No cabe en los pañales...

—No lo crías tú, ¿verdad?

—No. No ha querido... «mi esposo». Estaba yo muy desmejorada cuando me lo trajeron.

—¿Cómo le ha llamado el ama?

—*Nané*. Es un nombrecito que yo le he puesto. Se llama Manolito. Manuel, como su abuelo, y de Manuel he sacado yo *Nané*. ¿Verdad que es bonito?

—Precioso.

—Tonterías de madre. Todas las madres somos un poquitín tontas...

—Supongo que no querrás que me vaya sin verlo.

—Lo verás ahora mismo... Está dormidito...

Levantóse Luisa, y Enrique se levantó también, arrojando el chicote dentro de la taza, sin reparar en el cenicero.

El tras ella cruzaron una habitación de paso, y por una pequeña puerta de escape, ella, delante de él, entraron en una alcoba: la del ama.

El dormitorio, sumido en dulce penumbra, con las contraventanas entornadas, apenas dejaba divisar en un ángulo una cama. Sobre ella, envuelto en un mantón de abrigo y recostado en un pequeño cabezal de plumas, dormía un gusarapito, del cual sólo se veía los cerrados ojillos y las romas narices, de redonditas aberturas. Delante del infante, y a lo largo del lecho, la nodriza había colocado por precaución la almohada grande del mismo. La cunita, con sus ropas revueltas, estaba allí a la vera, protestando de alguna gracia líquida de *Nané*.

Para ver al niño inclinóse Enrique, cuyos ojos iban ya amoldándose a la escasa luz ambiente, y Luisa, colocándose entre éste y la cabecera de la cama, inclinóse también para separar con el mayor cuidado las vueltas del mantón que tapaban la carita del muñeco, inexpresiva y mofletuda... Y fijos ambos en la contemplación, con el pensamiento por las nubes y la vista sobre el infante, quedáronse absortos, mirándolo, largo rato..., largo rato.

El aliento de Enrique, abrasador y agitado, envolvía el rostro de Luisa en ardientes bocanadas; y los cabellos de ella rozaban la cara de él, enloqueciéndolo con su perfume.

Inclinóse más Luisa, y Enrique se inclinó más..., y sin saberse cómo, al querer éste dar un beso al niño, presentóse rápida y de improviso la Tentación; apoderóse de Enrique, nubló su cerebro, tomó sus labios y los clavó en la boca de Luisa.

Esta, cual si el beso aquel fuese el rayo que mata, desfalleció sobre la yacija, y cuando los labios de Retuerto, ardorosos, hambrientos, lascivos, sorbieron los suyos propios en irresistible acometida, apenas si pudo articular esta frase, débil punto de apoyo, grito postrero, última súplica:

—¡No, Enrique; no!... ¡No!... ¡No!...

★

Huyó Retuerto como huye el criminal que rueda por tierra asido a su víctima y en ella se apoya para incorporarse, estremeciéndose al palpar la flacidez de aquel cuerpo que tan débil resistencia le opusiera. Huyó como un autómata, aturdido, inconsciente, tratando sólo de caminar largo espacio, de poner tierra por medio, entregado por completo a su instinto de alimaña dañosa que ha ocasionado un destrozo; anhelando alejarse del lugar del suceso, como si apartándose de él anulara o disminuyera los efectos del hecho consumado.

Luisa, enajenada, atónita, lo vió arrojarse del lecho y salir tambaleándose de la alcoba... Sintió sus pasos por el pasillo, dióse cuenta no muy cabal de cómo él tomaba su bastón y su sombrero haciendo vibrar los bronces del paragüero del recibidor... Y cuando oyó el golpe seco que el pestillo de la puerta de salida produjo al cerrarse ésta y el rumor de las pisadas del fugitivo escalera abajo, percatóse claramente de lo tremendo de su situación.

Sintióse morir, y la horrible crisis que hasta al fondo del abismo la ha-

bía arrojado, se resolvió en hondos sollozos, en ahogados suspiros, en hipos convulsivos, en raudales de lágrimas...

Lloró, lloró mucho y angustiosamente; lloró su caída estúpida, su debilidad infame, su honra muerta, su amor perdido, su vida entera, envilecida para siempre... Y lloró también su soledad, su abandono, su fatal infortunio, su desgracia irreparable...

Y el rodar de sus lágrimas llevábase poco a poco el mundo de plomo que creía tener asentado sobre su pecho... y llevábase también, jirón a jirón, la nube que oscurecía su mente, haciéndole contemplar cada vez más claro la magnitud de su catástrofe.

¡Ay! No podría ella precisar el tiempo que estuvo sumida en tan amargas meditaciones, y cuando, lentamente, volvió a la realidad, descendió del lecho sin prisas, arregló su vestido, prendió sus alborotadas garcetas, enjugó pausadamente sus mejillas arreboladas, y sumida en profundo sopor, presa de invencible laxitud, sentóse en una mecedora que junto al «ofendido lecho» estaba, brindando reposo con sus brazos abiertos...

★

Sonó el timbre de la escalera.

Luisa, vuelta rápidamente en sí de su abstracción, se puso en pie de un salto. Y en este preciso instante, con la celeridad del rayo, concatenó la idea de la nodriza, que llamaba, con la del hijo, que dormía, y un pensamiento horrendo cruzó por su mente.

Lanzó un rugido y se abalanzó como una fiera al lecho, arrojando al suelo de una zarpada el largo almohadón que separaba del lugar del crimen el hijo olvidado.

¡Horror de horrores!

Amoratada, chafada, deforme, la cabecita del niño apareció debajo de la almohada, con sus naricitas aplastadas, la boca torcida y los ojos revulsos. Una línea cárdena, fosca, producida por un pliegue del mantón, surcaba una de las mejillas y parte de la frente. La gorrita se había corrido a un lado, dejando al descubierto una orejita plegada y rubicunda, medio tapada por un rizado aladar.

Luisa, frenética, enloquecida, tomó en sus brazos a su hijo, caliente aún, cuya cabeza, flácida, se balanceó pesadamente, cayendo hacia atrás, aplastando la capucha que formaba el mantón... Y cuando la insensata madre oyó de nuevo el timbre de la escalera, que volvió a sonar, colocó el niño sobre la cama, y diciendo: «¡Voy!..., ¡voy!...», abrió la ventana de la alcoba y se arrojó al patio, de cabeza...

FIN DE
«EROS» Y «EL ENEMIGO MALO»
DE
VICENTE DÍEZ DE TEJADA

CONCHA ESPINA

(1879)

CONCHA ESPINA

Novelista *y poetisa. Nació en Santander. Vivió en Chile años de mocedad. La Academia Española ha premiado tres obras suyas:* La esfinge maragata—*1914*—, El jayón—*y* Tierras de aquilón—*1924*—. *En 1925 fué nombrada miembro de la Hispanic Society, de Nueva York. Con su novela* Altar mayor *ganó el «Premio Nacional de Literatura»—1927—. Y con su novela* Un valle en el mar, *el «Premio Cervantes» —1950—. Ha estado varias veces propuesta para el «Premio Nóbel». La mayoría de sus obras han sido traducidas a todos los idiomas. Estilista excepcional.*

Otras novelas: La niña de Luzmela—*1909*—; Despertar para morir—*1910*—; Agua de nieve—*1911*—; La rosa de los vientos—*1916*—; Ruecas de marfil—*1917*—; El metal de los muertos—*1920*—; El cáliz rojo; Siete rayos de sol; Las niñas desaparecidas; Dulce nombre; Copa de horizontes; El más fuerte; Victoria en América...

EL JAYON

I

ROSA DE ZARZA.—EL JAYON.—EL DARDO DE UNA SOSPECHA.—AMANECER...

Entreabrió Marcela un poco la ventana y, sin vestirse, apoyándose en el lecho recién abandonado se puso a mirar con obstinación a los dos nenes que dormían arropados en una escanilla, la humilde cuna montañesa. Eran en todo semejantes: robustos, encarnados, con las cabecitas muy juntas, parecían nacidos a la vez, como esos capullos de las rosas fuertes que se abren en dos botones rojos y ufanos bajo un mismo rayo de sol.

Fuerte rosa de bizarra hermosura, la madrugadora mujer que contemplaba a los niños no trasciende a cultivo selecto de jardín; es joven y arrogante, pálida y tranquila, con el encanto agreste y puro de una rosa de zarza. Su belleza, medio desnuda, se estremece al influjo de una sorda inquietud, y, sin embargo, el rostro, impasible y hermético, no delata la oscura turbación.

Con los profundos ojos clavados en la cuna, Marcela revive, una vez más, sus incertidumbres a partir de la reciente noche en que, dormida con el nene en los brazos, la despertó la voz de su marido:

—¿No oyes?

—No... ¿Qué sucede?

—Escucha...

—Es un niño que llora a la puerta.

—¿Un niño que llora?... ¡Si parece un recental que plañe!

—Pues es un nene pequeñín, como el nuestro.

—¿Un jayón, entonces?

—Sin duda.

—Y ¿qué hacemos?

—Abrir, y recogerle hasta la mañana.

Andrés se levantó, muy presuroso, y la moza vió al instante cómo la oscuridad del campo dormido se asomaba al portón abierto frente a la alcoba matrimonial.

Luego, el llanto de la abandonada criatura resonó más apremiante y sensible dentro del dormitorio.

Incorporada y absorta, Marcela recibió aquel hallazgo lamentable y le acercó a la luz.

—¡Un niño!—murmuró, cuando entre la ropa, escasa y pobre, aparecieron las carnecitas nuevas y rosadas. Y fijándose más en el semblante, sereno de pronto, encendido y bobalicón, añadió confusa—: ¡Si es igual que nuestro Serafín!... ¡Parecen gemelos!

—Todos los rapaces de esta edad se parecen—repuso Andrés, con una voz tan desusada y trémula, que la esposa levantó hacia él los ojos, llenos de sueño y maravilla, y se quedó mirándole de hito en hito.

Pero el mozo bajó los suyos, grandes y tristes; volvió la cara, como buscando alguna cosa, y torpemente fué diciendo:

—Me acostaré en ese otro cuarto para que te arregles mejor con «estos huéspedes»; aquí te voy a estorbar...

Quería sonreír y mostraba una prisa tan inquieta por marcharse, que la mujer le detuvo pasmada.

—No entiendo lo que dices; se conoce que estoy medio dormida...

Manifestóse Andrés más impaciente al repetir:

—Que te dejaré mi sitio libre para tu comodidad.

—¿Y qué hago con el crío?

—Tú quisiste que le abriese la puerta...

—¡Claro! No íbamos a dejarle morir sin un socorro.

—Pues ahora «eso» es cosa tuya.

—¿Cosa mía?... Yo le cobijaré esta noche, y al amanecer tú darás parte en el Ayuntamiento para que le lleven a la Inclusa.

—¿Después de haberle metido en casa?

—¡Ah!, y este amparo, en trance de muerte, ¿nos obliga a criarle?

—Tú verás...

—¿Cómo que yo veré? ¿Te has vuelto loco?

Con el piadoso instinto de las madres, Marcela había colocado, distraídamente, al niño forastero junto al suyo, y el pobre chiquitín se adormecía al dulce calor de la caridad, mientras la moza, ya bien espabilada, sentía el dardo de una sospecha en el corazón, y musitaba con acerbo propósito:

—¡Que le críe la bribona que le echó al mundo!

—¿Bribona?—interrogó el marido, huraño, volviéndose desde la puerta—¿Qué sabes tú?

Iba a salir cuando le retuvo otra vez el acento alarmado de la joven:

—¡Andrés, Andrés, ven acá, no huyas! Tú estabas despierto esperando al jayón: tú tienes preparadas las respuestas a lo que yo te digo sorprendida; tú quieres que guardemos con nosotros a este niño, y disculpas a su madre, que bien puede ser...

—¿Quién ibas a decir?

—Esa... ¡Irene!

Pálido como un difunto, violento de pronto, avanzó el marido hacia la cama, y Marcela, después de mirarle fijamente en los ojos amenazadores, toda estremecida, se echó a llorar.

Cuando él pudo separar las manos de la joven y descubrirle el rostro, ya se mostraba sumiso y afable, aunque le temblaba mucho la voz.

—No llores, mujer. No sabes lo que dices ni lo que piensas—murmuró, acariciándole el sedoso cabello sobre la frente.

Ella, confiándose con mayor abandono a la repentina zozobra, repuso:

—Sí lo sé: pienso y digo la verdad.

Este niño es de Irene... Hace tiempo que no sale de casa, y todo el mundo asegura que su madre la esconde..., no puede ser de otra en el pueblo.

—Y aunque así fuese, una moza honrada no es extraño que quiera ocultar un desliz.

—¿Un desliz?... Eso nada me importaría.

—Pues, ¿qué te importa?

Hubo un silencio largo y difícil. Andrés, sentado en el borde de la cama, parecía haber recobrado la serenidad, y al cabo Marcela expresó con gran timidez:

—Tú la querías antes de casarnos... ¡Quizá la quieras aún!... No se le han conocido *desde entonces* amoríos ni rondador...

—Y todo eso, ¿qué?

—El niño se parece a ti.

—¡Marcela!

—Es igual que el nuestro... ¡Mírale!

Intentó descubrir al intruso, pero el marido extendió la mano sobre él con un movimiento de alarma.

—¡Déjale, se va a despertar!—pronunció con angustia, otra vez perdido el aplomo. Y luego de callar un instante bajo la mirada inquisitiva y llorosa de su mujer, hizo un esfuerzo para decir—: Oye, Marcela: no te negaré que quise a Irene; pero te quise a ti más y la dejé por ti... Nada tengo que ver con su vida ni con su honra, y nada sabía esta noche del jayón. Cuando le sentí a la puerta pensé que balitaba un corderín, ¡ya ves!... Tú dijiste: «Es un niño que llora», ¿te acuerdas?

—Sí, hombre, como que eso acaba de pasar, ¿no he de acordarme?—replicó la muchacha con despecho ante aquellas razones pueriles.

Pero él, evitando otras de más fuste, con mucha lagotería, siguió hablando:

—Bastante hemos aguardado al primer hijo, si ahora tenemos dos, recogiendo a este infeliz, bien los podemos criar.

—¿Y por qué? ¡Dime!—exclamó la moza casi airada, secos ya los ojos y resplandecientes en la media oscuridad del aposento.

Andrés contestó, siempre evasivo:

—Porque tenemos harta cosecha y lucios ganados; porque tú eres caritativa como una santa...

Quería Marcela interrumpirle, y él, puesto ya en pie con definitiva resolución, agotadas las últimas palabras que se le ocurrían, le dió un abrazo y le susurró al oído:

—¡Porque así te querré más y seremos más felices!

Ya salía de la alcoba dejando a su mujer, pálida y muda, cuando se volvió a ella para añadir:

—¡Y no me hables nunca de Irene!...

Después de unas horas de insomnio y estupor, vió Marcela clarear las primeras luces del amanecer y oyó, como de costumbre, salir a su marido con el ganado por la cambera arriba, camino del ansar.

En la torre de la parroquia sonaron unas campanadas tranquilas, y al blando tañer respondieron en los corrales la fanfarria de los gallos y el repique de las abarcas; en los nidos, el revuelo de las plumas; en el aire, los rumores de la fronda; la vida tornaba, áspera y fuerte, a posarse en la aldea, como si en la escanilla de Serafín no durmiese con él un niño extraño y Marcela no velase aquel misterio transida de inquietud...

II

EL ALTAR, LA FUENTE Y LA LUNA.—LA SOMBRA DE UNA MUJER.—LA SEÑAL DE LA CRUZ

No ha pasado todavía un mes y ya el sueño del intruso en aquella cuna tiene los caracteres de una cosa normal. Ya en el pueblo no se habla del último *jayón*, el niño hallado en la reciente noche a la puerta hospitalaria de Andrés. Aunque recayeron sobre Irene las sospechas de aquel abandono, alguien dijo que la moza estaba sirviendo en Santander, libre de calumnias, y que al nene «le habían

corrido» hasta Rianzar, desde un pueblo cercano. Ello fué que los chismes y los rumores quedaron rezagados en el fondo de las conciencias, sometidos bajo la reservada actitud del matrimonio bienhechor. Tampoco era nuevo el caso de recoger a una criatura desvalida en aquellos hogares montañeses, y reconocido Andrés como el más acomodado labrantín de los contornos, se explicaba mejor el hallazgo en los umbrales de su casa, donde, por añadidura, había una mujer fuerte y animosa que aguardó con ansiedad el fruto de sus amores durante cinco años, peregrina de los altares milagrosos y de las fuentes que proporcionan el don de la fecundidad... Sin duda, la madre del *jayón* había encontrado alguna vez a Marcela delante de la Virgen de la Esperanza, en súplica ferviente, con un cirio en la mano y una pena en los ojos; acaso la sorprendió una noche cabe la fontanuca del argomal, bebiendo ansiosa, bajo el plenilunio, el agua llena de la apetecida virtud...

La moza devana conjeturas y suposiciones queriendo convencerse de que el amparo al nene desconocido es para ella un providencial tributo de agradecimiento a Dios, un interés que paga a la inmensa ventura de ser madre. Se muestra a ratos optimista y sonríe al intruso con bondad, casi con gratitud; ha llegado a posarle los labios en la frente y, por supuesto, le cuida como al suyo, cumplidora leal de un deber que tácitamente aceptó y que ya no discute, porque cuando mira al niño como ahora, estremecida y turbada, piensa: «Aunque sea hijo de Andrés, me conviene guardarle para que la afición que le tome no vaya lejos de mí; para que *la otra* no *le tire* y me viva obligado.»

La otra es una mujer de quien siempre Marcela tuvo celos, aunque no se lo confesara a sí misma y no hubiese motivo para tanto.

Ni hermosa ni liviana, Irene es hembra poco temible como rival, y, sin embargo, sus ojos grandes, verdes y húmedos, tienen una rara hondura de aguas misteriosas que produce inquietud y sugestión.

Cuando Marcela ha visto a su hombre distraído y perezoso, con la mirada ausente y el suspiro en la boca, ha deseado más que nunca la llegada de un hijo, y ha pensado con inexplicable augurio en las hondas pupilas de Irene, llenas de encanto y de secreto... Ella fué la primera novia de Andrés, y desde que él la dejó para casarse con una forastera, allí al lado vive retraída y solitaria, marchitándose sin amor, con los profundos ojos abiertos sobre cada reciente hogar... Si Andrés la nombra, le parece a Marcela que revive en los labios del mozo una ternura ungida de remordimientos; si la habla, imagina que todo él se hunde, enamorado, en el abismo de los ojos verdes; pero ni la habla ni la nombra a menudo, y hasta se podría suponer que la huye.

No obstante, la celosa recuerda una vez más en esta mañanita de abril algunas pérfidas insinuaciones de los vecinos, supone que Irene está en su casa escondida, y contempla al *jayón* impuesto en el hogar por Andrés.

—¡Es suyo, es suyo, es *de ellos!* —murmura con el rostro impasible y el alma zozobrante.

Permanece desnuda y absorta junto a la escanilla hasta que siente frío y la hiere en la cara un rayo de sol. Ya es hora de vestirse y trabajar. Antes de hacerlo, tiende, serena, la mano hacia los pequeñuelos dormidos, y les signa en el aire con una cruz.

III

VOCES DE LA TIERRA.—HISTORIA DE UN AMOR.—EL MAL DEL PAIS.—LA PALIDA VENTURA.—NUEVA ESPERANZA

La luz vernal se duerme en el paisaje con amorosa dulzura. Por el bravío espinazo del monte baja a la aldea un hálito caliente, saturado de perfumes libres; flota en la brisa el rumor de las alas y el calor de los nidos; están frondosos los bosques, re-

verdecidas las praderas y los huertos en flor.

A lo largo del angosto valle recibe la tierra en su moreno vientre la rubia semilla del maíz, y corre el Saja espumoso, crecido con la nieve de los puertos, cantando el vasallaje de las fuentes que se le entregan enamoradas al nacer; toda la Naturaleza en celo palpita, escucha y aguarda, trémula de pasión.

Marcela también padece la divina ansiedad de las horas primaverales y vive en un atisbo celoso, ignorando lo que aguarda, escuchando impaciente los rumores del campo, los pulsos de la tierra, las ráfagas del viento. Mientras su marido trabaja en la mies, ella cose en el abierto portal, vigilando la cuna, suspirando con frecuencia. Su pensamiento, que desfallece sometido a la embriaguez del día, busca al amado y quiere penetrarle, saber lo que piensa y discurre, averiguar por qué lleva la frente siempre tajada con una honda arruga.

Andrés ha sido el primer amor de Marcela; el único. Bravía como el monte, ardiente como el sol, quiso al mozo con vehemencia ruda y fiel, desde que le miró a los ojos tristes y pensativos, le vió sonreír con melancolía silenciosa y le escuchó la voz ferviente, impregnada en oculta pesadumbre.

No había razón para que fuese aquel hombre taciturno. Tenía a los veintiocho años algo de hacienda propia, excelente salud, buena figura y avisada inteligencia. Las mozas se perecían por él, los vecinos le concedían en todo una envidiable superioridad y gozaba justo renombre de valiente y honrado.

Pero era un descontento de la vida, un espíritu ansioso, tocado del mal del país, herido por la bruma de Septentrión. A pesar de su escasa cultura, sentía desmesuradas aficiones por libros y periódicos, y hasta se dijo que, a hurtadillas, escribía romances. Toda la poesía triste y honda del campo montañés se le había metido en el corazón y le envolvía los deseos de una niebla de llanto sin lágrimas; así las altas inquietudes sentimentales descendían sobre aquel ánima silvestre como un tormento oscuro, nunca roto por el divino hallazgo de lo sobrenatural.

Cuando Andrés conoció a Marcela en una romería comarcana, quedóse deslumbrado como si por primera vez le bañase, rútilo y potente, el sol.

Era otoño. Comenzaban a morirse las ramas en el bosque y a tenderse las nubes sombrías por el cielo. Ya remansaba el crepúsculo en el campo de la fiesta y aún sobre la seroja descolorida bailaba incansable la mocedad.

Del bullicioso grupo se apartó una muchacha que cruzó la romería para ir a sentarse en el tronco seco de un nogal, acaso con la única intención de que la viese Andrés.

Al pasar junto al joven le soslayó una mirada y una sonrisa, diciendo muy gentilmente:

—Buenas tardes.

—Santas y buenas—repuso el galán, aturdido por la hermosa aparición que, en la blancura del traje y de la cara, parecía recoger del espacio toda la luz.

Y siguió atónito los pasos de la moza, se sentó al lado suyo, olvidó a Irene, con quien se iba a casar...

Tenía Marcela aventajada la estatura, gallardo el busto, clara la tez. Llevaba luto en los cabellos y los ojos; en los labios, carmín; en la risa y el alma, juventud. Su hechizo irradiaba una fuerza tan llena de vida y de gozo, que Andrés, amando a la joven, tuvo por cierta la felicidad y vislumbró la serena alegría de los espíritus apacibles, de los corazones abiertos y puros.

Sin dificultades llegó la boda, y desde la aldea montaraz, colgada como un nido en el bravo alcor, fuese la esposa con su dicha al valle, allí donde, muy cerca, la olvidada Irene escondía su humillación como un delito.

Andrés parecía curado de sus antiguos males, y un aura de ilusión le alzaba la frente, le convertía en comunicativo y risueño. Sólo al hallar a su primera novia, o cuando le ha-

blaban de ella, volvían las melancólicas nubes a circundarle, como si la pobre abandonada fuese todavía un lazo que le atase a las meditaciones tristes.

Pasaron los meses y comenzó a palidecer la luz de la ventura nueva. El matrimonio se impacientaba esperando un hijo, y aquella privación constituía para la esposa un grave quebranto, porque la relacionaba con el duelo de los ojos de Andrés, la bruma ausente que de nuevo envolvía al amado poco a poco. Entonces peregrinó Marcela, devota y creyente, a los pies de la Virgen de la Esperanza, y fué a beber, supersticiosa y simple, en la fontanuca del argomal, bajo la plena luna. Al cabo el deseo tuvo realidad: el agua saludable y la religiosa oración florecieron juntas en una misma cándida fe, y Marcela, enajenada de gozo, sintió que un amor nuevo y sublime emergía, igual que una fragancia, de su carne joven, como si en su corazón se abrieran las hojas de un capullo. Pero no se aclaraban las nubes en la frente de Andrés, y la esposa, con la aguda perspicacia de los enamorados, advertía los esfuerzos de su marido para compartir las ilusiones de ella y recibir al hijo como una bendición. Entre alternativas de zozobra y ventura la imagen tímida de Irene rondó a Marcela como una sombra pálida y tenaz; oyó alusiones mortificantes respecto al único amor de la muchacha, la vió desaparecer del pueblo, oculta o ausente, y sintió cerca de sí, más lejana que nunca, la sombría presencia de Andrés. Al fin el hijo la colmó de goces, tan inefables y sutiles, que olvidó todas las incertidumbres hasta la noche del misterioso hallazgo, hasta que tuvo que albergar al *jayón* en la cuna de Serafín...

Tanto se asemejan los dos nenes, que sólo la madre distingue al suyo del pobre desconocido, a quien han puesto por nombre Jesús. Por su parte Andrés procura no compararlos, apenas los acaricia tímidamente, y repite a menudo, con terca obstinación, que en esta edad todos los niños son iguales.

Como ya apremia el trabajo de la sembradura y aún no están majados en algunas tierras los *cavones*, el mozo se detiene poco en su casa. Vive campo afuera casi todo el día, se acuesta rendido y madruga mucho, pero en el breve trato con su mujer muéstrase cariñoso con una cordialidad llena de matices raros, de tímidos aspectos en que Marcela cree descubrir los resquemores de la culpa y los aromas de la gratitud. Le parece a ella que su marido la mira de otro modo, la reconoce más virtudes y la estima con mayor reverencia. Y aunque esta novedad significaría la tácita confesión de cuanto la esposa teme, pudiera ser, al mismo tiempo, señal de la gran ventura, renacer de la pasión juvenil que a los dos les hizo tan felices. Generosa y enamorada, ella se apresura a perdonar y sufrir, para merecer, y no arriesga una sola palabra imprudente, ni un gesto, ni un reproche que nublen aquella perseguida ilusión.

IV

EL ESTIGMA.—LA SENTENCIA DEL INOCENTE.—¡NADIE LO SABRA!

Cosiendo y soñando, en esta hermosa mañana de abril, oye Marcela que llora un niño, el suyo, sin duda, que es de los dos el que llora más. Corre a buscarle y piensa con orgullo que le tendrá despierto en los brazos cuando al mediodía regrese Andrés. Pero el chiquillo, después de mamar, gime aún, con tal desasosiego, que la madre le desnuda para consolarle, volviéndole a vestir la ropita fresca, olorosa a flores y a sol.

Ya le mece, libre de los pañales, en el regazo, y se engríe con su robustez.

«Es más fuerte que *el otro*», murmura, contemplándole a plena luz, bajo el aire tibio y dulce del meridiano.

De súbito, los dedos ágiles y acariciadores se detienen con inquietud sobre el pecho ancho y saliente del ni-

ño, allí, encima del corazón, y se agitan después envolviendo el tallo dorsal de la criatura. Algo extraño y monstruoso le parece a Marcela descubrir donde creyó hallar fortaleza y reciedumbre.

Acude presurosa a desnudar al otro nene, y, encima de la cama, los coteja, los mide, los junta en una exploración llena de perplejidades y terrores; así la sorprende Andrés, que no repara en el mudo trastorno de la madre ni se aproxima demasiado a los chiquitines.

Largo día de zozobras crueles, y negra noche de insomnio, inspiran a la muchacha una resolución pronta y enérgica. Quiere salir de la duda insoportable, saber si su hijo es contrahecho o si ella delira de pasión y ternura maternal. Envolviendo tales incertidumbres, cierto oscuro propósito entenebrece el alma de Marcela y la obliga ciegamente al disimulo.

Cuando llega el médico, llamado como por casualidad, la joven descubre a Serafín, y pronuncia, con acento en que tiembla muy oculto el terror:

—Mire: está muy hermoso, ancho y grueso, pero llora mucho, parece que se queja..., y como usted pasaba por ahí, me dije: «Pues que haga el favor de verle don Mauricio.»

Don Mauricio, con las gafas sostenidas en la punta de la nariz, se inclina sobre el nene mirándole despacio, le registra con los sabios dedos el pecho y las espaldas, y mueve al fin la cabeza en un signo lamentable.

Marcela le devora con los ojos.

Antes de dar su parecer, el médico pregunta:

—Este niño, ¿es el tuyo?

Y rápida, con acento sombrío, pero firme, responde la moza:

—Este es el jayón.

—Ya me lo figuraba. Porque tú y Andrés sois robustos y normales y este pobre es raquítico: tiene una curvadura angulosa en la columna vertebral, lo que llamamos vulgarmente giba.

Con la voz empañada y brusca insiste la madre:

—¿De modo que es jorobado?

—Eso mismo.

—¿Y no lleva remedio?

El doctor se encoge de hombros.

—Ninguno—dice—. Le pondríamos un aparato, le mortificaríamos, y el chico no se enderezaría. Su lesión es innata, producida acaso por herencia, acaso por un golpe que sufrió la madre, por una presión nociva durante el embarazo clandestino... ¡Vete a saber!

Como nada responde la moza mientras envuelve a la criatura, don Mauricio sigue hablando de «escoliosis osteopática» y otras enfermedades relacionadas con la de Serafín, el niño desgraciado que desde ahora se llamará Jesús.

Diríase que el inocente escucha la inexorable sentencia de su desdicha; de tal manera gime hasta que la madre, muda y febril, desabrocha el corpiño y le ofrece el seno, blanco y duro, generoso.

El buen doctor, algo mocero, a pesar de sus años, y hombre sentimental, se admira tanto de la hermosura de la joven como de su impulso caritativo, y alude:

—¡Ah!, pero ¿le crías tú?

Ella, turbada en este instante por primera vez, murmura:

—Un poco...

—Ha caído el rapaz en buenas manos; más vale así. Vaya, hija, ¡que sigas tan guapetona y de tan noble condición!

Marcela despide a don Mauricio muy amable, y la blancura de los dientes, al querer sonreír, le enfría la púrpura de los labios con una extraña claridad.

Cuando se queda sola acuesta al nene, que se ha dormido, y sale al portal huyendo frenética de la cuna. Lleva en el alma un duelo indecible y en la conciencia una nube cruel. No; nadie sabrá nunca que su hijo, el soñado, el conseguido a fuerza de oraciones y lágrimas, el fruto de un amor impetuoso, de un seno firme y joven, es una criatura miserable, un ser enteco y ruin. ¡Nadie lo sabrá! Allí está el *jayón* para sustituirle y el orgullo

de la madre para envolver en silencio sacrativo aquel trueque fatal.

Marcela, inmóvil, helada bajo la lumbre fulgurante del sol, clava sus morenos ojos en la tierra donde ha puesto una mancha fugitiva el vuelo manso de una paloma. Al otro lado del corral se remece el huerto con blandura...

V

LA RUEDA DEL TIEMPO.—FRATERNIDAD. LA CONCIENCIA Y EL CORAZON.—LOS OJOS VERDES.—VIDAS INFELICES

Han pasado muchos días, lentos y monótonos, sobre la aldea montaraz. Serafín y Jesús tienen ya once años y forman un rudo contraste de lozanía y endeblez. El que pasa por hijo de Marcela es un chicazo alegre y rubio, con la cara redonda como la luna y los ojos verdes como las olas, unos ojos que el padre mira siempre con singular fascinación. El otro es un ser enfermizo y contrahecho, una pobre criatura de mirada y sonrisa tarda.

Entre los dos media, con las afinidades del común hogar, el lazo firme de un cariño devoto que es en Jesús admiración y vasallaje y en Serafín misericordia y amparo. Delante de él ningún rapaz se burla del niño giboso, ninguno le molesta ni le persigue; hermanos se llaman y por hermanos les tienen en el pueblo, donde ya nadie duda la procedencia de Jesús. La misma Irene acostumbra a besarle cuando lo encuentra solo, y mirarle siempre con un ansia muy triste, con una compasión muy dolorosa.

Ya la antigua novia de Andrés perdió los últimos encantos de la enamorada juventud. Sola en el mundo desde que murió su madre, pugna en la vida sin apoyo ni afecto que la sostenga y conforte. Trabaja y sufre entregada al destino con una oscura conformidad acaso encruelecida por la desesperación. Bárbaros empujones de su lucha solitaria la han puesto algunas veces delante de Marcela, en solicitud de un jornal, de un préstamo, de un pequeño favor. Y la esposa de Andrés la ha recibido amable y complaciente, transida por una angustia semejante a los remordimientos.

Tampoco Marcela parece la misma de antaño. Aunque en su posición de labradora acomodada no ha conocido los rigores de la necesidad, vive cavilosa y suspirante, con la mirada siempre fugitiva, escuchando imaginarias voces a través de las horas mudas. De su fuerte belleza le queda todavía una arrogancia en el porte y un hechizo en el semblante, pero sólo como un recuerdo que alumbra la ruina de aquella briosa mocedad. Desde que suplantó los niños con repentina y firme decisión, en impune secreto, en vano busca su conciencia los vestigios de una esperanza; el corazón, incapaz de mentir, la avisa de su delito a cada instante. Al peso de su culpa ve la vida llena de sombras y siente los castigos caer a su alrededor bajo la pupila negra del misterio. Andrés quiere a Jesús mucho más que a Serafín; le quiere con una piedad violenta, irresistible, en la cual piensa la celosa, que descubre redivivo el amor hacia Irene, ya que el padre ama en la criatura triste al hijo de aquella mujer, mientras que al heredero le luce con orgullo pueril porque es bizarro y saludable, pero le mima y educa sin meterle en el alma, con un desvelo frío. Es verdad que a menudo se estremece mirándole; le acerca a sí, rápido y brusco; le aprisiona en los brazos, y se hunde, aturdido, en el abismo insaciable de los ojos verdes: ¡los ojos de la *otra!*

«¿Qué busca en esa mirada?», se pregunta Marcela con loca incertidumbre. Y para mayor tortura, su rival le inspira más lástima que celos. No es a ella a quien Andrés persigue a tientas, en los ojos del hijo sano y en la desdicha del hijo doliente; es al amor fugitivo, al imposible, al enigma. La intuición se lo dice a la enamorada en forma oscura, pero cierta, y sufre ahora, por el cruel abandono de Irene con el doble estímulo del

arrepentimiento y la compasión. Andrés y Serafín debieran ser para la desvalida amor y gozo. Marcela se siente culpable de habérselos arrebatado y padece con el atroz pensamiento de ser una ladrona: el hombre que ella tiene por suyo estaba destinado a Irene, y el niño que la llama madre nació de las entrañas de aquella misma infeliz, a la cual no le queda ni el lejano consuelo de haber alumbrado una criatura bella y dichosa, porque mira en Jesús la prueba de su deshonor, el castigo de una hora de embriaguez.

Y el nene cativo, el inocente condenado a no tener nombre ni madre, oye que le llaman *jayón*, sabe que vive de la caridad y sufre en humilde silencio, mientras la que le dió a la luz del mundo calla y sufre también, con más angustia todavía, y esconde como pecados vergonzosos los impulsos y los gritos de la sangre.

Mil veces Marcela siente la tentación de romper el secreto y confesar su culpa cuando el niño gime atormentado por el doble infortunio. Mil veces la culpable arrastra como un grillete su delito ante los ojos tétricos de Jesús y la mirada atónita de Andrés. En la conciencia turbia de la esposa, riñen ardiente y ferocísima batalla los celos, el orgullo, la vanidad de la hembra, pugnando siempre por sofocar el puro y callado instinto de la madre. Comprende la triste, con un espantoso desgarramiento del corazón, que si mantuvo el dominio de su hogar egoísta, si logró reducir al hombre amado y alzar la bandera de un cobarde y engañoso triunfo, todo ello fué a costa de su propio hijo. Llena de amargura y de horror, de envidias y despechos indecibles, de pesadumbres roedoras, quiere compensarle a fuerza de caricias y llantos, con una ternura desvelada y enferma que la consume poco a poco. De tal suerte le cuida y le llora, como pidiéndole perdón, tanto le envuelve y le regala entre solicitudes y fervores, que el marido la contempla con asombro más reverente y dulce cada día, más empapado en amorosa gratitud.

A los ojos de Andrés la abnegación de Marcela crece hasta fundirse con la santidad. Creyendo, como todos, que ella conoce el origen del intruso, ve, sin embargo, cómo a los dos niños los confunde en una misma gracia maternal, aún más fina, más honda y vehemente junto al desgraciado. Y no sabe el padre cómo bendecir el tributo de amor que recibe, de esta manera tácita y peregrina: rendido, confuso, rodea a su mujer de tiernos homenajes que la entristecen cada vez más, porque no acierta a conformarse con tan gratuita admiración.

Así en el drama sordo de estas vidas infelices sólo triunfa el supuesto Serafín, engañado por la suerte, mecido por una dicha mentirosa...

VI

LAS FLORES DE LA NIEVE.—DICEN LOS PASTORES...—A LA LUZ DE UN RELAMPAGO

El cielo decembrino, bajo y turbio, se entenebrece con ráfagas siniestras. Gime el bosque, desnudo por el huracán; baja de la montaña un helado soplo, y en la vacía soledad del espacio vuelan copos de nieve, palpitantes como mariposas.

Tendido en el tajo de la hoz, el pueblo de Rianzar yace medroso; en lo profundo del estrecho valle muge el río por la honda vaguada, desatado en espumas grises, ensanchando la ronca orilla por fragas y juncales, borrando los azules del ansar y los saetines del molino.

Al mediodía se hacen más espesas las flores de la nevada, rimbomba el trueno y el aire adquiere un gemido áspero y terrible.

Marcela aguarda el regreso de Andrés y de los niños. De víspera subieron al *invernal* de Bustarredondo por el gusto de dormir en la mullida cabaña, beber la leche espumosa, recontar los ganados y gozar de los bravíos paisajes. Quedaron en volver a la mañana siguiente, y Marcela atis-

ba los senderos, llena de incertidumbre, pensando si el temporal les habrá sorprendido ya en la ruta borrosa del monte.

Medra la tarde, cunde la nieve, se rasan las veredas, y todos los confines cobran una misma blancura de sudario.

Unos pastores que bajaron al anochecer, huyendo trabajosamente de la nevasca, dicen cómo al pasar por Soto de la Cruz creyeron oír unos gritos que pedían socorro. No lo pudieron comprobar y se inclinan a suponer que las voces lamentables fueron una ilusión; el *invernal,* medio arruinado en aquel sitio, gemía, sin duda, al acabar de hundirse bajo los atambores de la tormenta.

Pero la esposa de Andrés acoge este rumor con invencible espanto. Va y viene por el pueblo presa de angustia desesperada, y no sosiega aunque los vecinos de más fuste le dicen que el Soto de la Cruz no está en la ruta de Bustarredondo, y que si Andrés se hubiese expuesto con los rapaces en el monte no perdería el rumbo por tan lejano camino.

Marcela nada escucha. Torna a su casa oprimida por aciago presentimiento, y se duele de él sola, en una soledad insoportable, bajo los frémitos de la ventisca y la claridad helada de la noche. No quiere encender luz, imaginando, cavilosa, que rostro al campo yerto está más cerca de los ausentes, y abre de par en par la ventana sobre el valle alumbrado por una ceniza luminosa, embebido en la nieve. Siguen sonando las nubes con rugido pavoroso; la indómita curva de la sierra se yergue amortajada en el paisaje, y abajo, en la honda línea de la hoz, tiene la frescura del agua clamores turbios y agoreros.

De pronto ve Marcela pasar una sombra por la linde blanca del camino, una sombra muda que ella conoce mucho, y sale a recibirle con el irrefrenable deseo de apoyar el desplomado corazón en otro que sufre igual martirio.

Entra Irene en el abierto portal, y con tapada voz pregunta:

—¿Han vuelto?

—¡No!...

La trágica lumbre de un relámpago ilumina a las dos madres y las acerca en instintivo impulso de terror. Se tienden las manos mirándose con ahinco a los ojos, y se sientan, calladas, a esperar.

En la torre de la parroquia plañe una campana gemebunda; cae más menudo y fino el polvo de la nieve; se desgarra una pálida nube y dos estrellas se miran en el cielo, temblorosas...

VII

RAFAGAS DE TEMPESTAD. — LA SELVA MUDA.—EL CANTAR DEL AGUA.—LA HUIDA.—EL GRITO CELTA

De amanecida, rota apenas la mañana, Andrés vió la espesura de las nubes y sintió el frío precursor de la nieve. Un silencio desnudo bajaba del medroso celaje y un hálito de hielo corría por las llecas y el mantillo, como si tiritase el monte.

Ya el pastor dispersaba el rebaño, y la leche fresca rezumaba en las zapitas, acerca de la borona rubia, cuando Andrés despertó a los niños ponderándoles la necesidad de volver al pueblo sin que reventase el nublado.

Hizo Serafín los honores del sabroso desayuno, mientras Jesús lo probaba con esfuerzo y el padre creía descubrir señales dolorosas en el trasojado rostro del enfermito. Tenía el pobre maceradas las ojeras, ardientes las manos, caídos los miembros, apagada como nunca la expresión de las pupilas. Buscándole a él refrigerios y tónicos, por consejo de don Mauricio, subían a menudo al *invernal,* pero aquel día no les acompañaba la suerte, a juzgar por el cariz del tiempo y el talante de la criatura. Para que no se cansara mucho, tomaron el camino lentamente, escuchando las voces de la soledad, mirando al cielo con inquietud.

Muda estaba la selva como si no hubiere aire para un rumor; quietos

los zarzales y las árgomas, todo silente el horizonte gris.

Cuando ya llevaba Jesús jadeante el corazón, galoparon las nubes sobre el viento y una lluvia sesga y helada comenzó a caer. Llegaban entonces al álveo del río más caudaloso del país, donde el niño Saja nace y solloza como un chortal, ablandando con su frescura la aspereza montés. Y quedaron envueltos en los sones del agua, empapados en la fría canción, mecidos por la tormenta que, al crecer, convertía la lluvia en nieve y el viento en huracán.

Una repentina virazón de los aires empujó las nubes hacia el Norte con ímpetu furioso, congelando los cierzos, tapando las veredas, dificultando el camino, en tal forma, que Andrés tuvo que cargar a Jesús en los hombros y tirar de Serafín, animándole con ruegos y promesas.

Decidieron volverse a la cabaña, más próxima que el valle, y tornaron otra vez monte arriba, en recia lucha con el temporal, ateridos, alcanzados por la torva angustia del miedo...

Una hora tremenda llevaban de huída cuando comenzaron a sentirse perdidos, no viendo aún, en torno suyo, las señales del amigo techado: ni la cambera firme entre los setos, ni la braña sativa, ni el ramblizo siempre susurrante, ni los pobos cercanos al pastoril hogar.

Aunque la nieve confundía lindazos y confines, hubiesen conocido bajo la cruel blancura el huello de las parcelas propias, y hubiesen oído, al través de la borrasca, las esquilas del ganado. Pero no; la ruta, difícil y agreste, padecía el azote de los elementos sin decir nada a la memoria de los caminantes: ¡ni un signo amistoso en derredor, ni un toque suave de aljaraz!

Todo era esquivo y nuevo en la calzada serraniega a cuyos bordes el eriazo mostraba un bravío semblante: se adivinaban los abietes hostiles, la guájara rebelde, la espesura mazorral sin tresna alguna de cultivo. Un bosque de salvajes enebros erguía las yertas ramas con pavura, como si levantase los brazos hacia Dios: la nube, cada vez más negra y más baja, se abría en lampos de fuego y horrísonos clamores.

Agobiado por los niños, uno a cuestas, otro de la mano, quiere Andrés huir de aquellos trágicos lugares, buscar un *asubiadero* con la esperanza de que, por lo repentino y brusco, tuviese el temporal poca duración. Seguro ya de haberse extraviado, rendido con el peso de Jesús, avizora ansioso el horizonte y tranquiliza apenas a los zagales, llenos de terror.

Ya Serafín se queja a gritos de no poder andar. Cayendo a cada paso, lloroso y gemebundo, interrumpe la fatigosa marcha del padre, y tiene aquella fuga una expresión inclemente de fatalidad, un siniestro perfil humano sobre la candidez terrible del camino.

No saben cuánto tiempo luchan y desfallecen sin rumbo ni reposo, cuando en una tregua de la ventisca descubren el cobijo de una cabaña, y al tocar sus ansiados umbrales reconocen el *invernal* del Soto de la Cruz, abandonado por ruinoso y abierto a las tormentas, pero, aun así, providente y bienhechor para los tristes errabundos.

Yacen allí más que descansan, transidos, inertes, sin conciencia de la vida, hasta que Andrés logra recobrar los bríos y darse cuenta de su responsabilidad. Entonces mira con espanto a Jesús, que parece un difunto; le toca y está ardiendo; le mueve y está dormido, con un sueño soporoso y letal.

La más desesperada compasión entenebrece al hombre delante de aquel ser que le debe una existencia tan ruin, una infancia menesterosa y comalida, sembrada de pesares, llena de humillaciones y amarguras. Piensa que, al cabo, el hijo se le muere allí, a las inclemencias del cielo, sin que nadie le cuide ni le ampare, abandonado a la más dura suerte. Y reflexiona en lo inútiles que han sido aquella lástima y aquel remordimiento que en una noche inolvidable abrieron al *jayón* la puerta de un hogar...

No sabe cómo servir al niño; da

vueltas, igual que un loco, por la achacosa cabaña, buscando en cada ostugo la vislumbre de una ayuda que está muy lejos de parecer. Si el vendaval empujó por allí algún sobrante de la escamonda, los gajos secos del espino cerval o del residuo del rozo, la nieve y el agua lo han mojado, colándose por las hendiduras, boquetes y algeroces. Y el mezquino acervo que Andrés reúne con avaricia tratando de encenderle para secar la ropa y mitigar el frío, se resiste entre ásperas quejumbres y bocanadas de humo.

Serafín duerme cansado de llorar. Jesús se lamenta sin abrir los ojos, con silbidos en el pecho deforme y temblores en las manos inquietas. Cruje el endeble techado; gime el viento, cada vez más rendido; nace la noche en el fondo de la hoz.

La nieve ha dejado de caer en tolvaneras y rodar en aludes; se desmenuza ahora en copos muy tenues, con atalaje de hada, y sus vedijas sutiles se confunden en la pálida tiniebla, bajo la agonía de la luz.

De pronto unas voces lejanas llegan a los oídos vigilantes de Andrés. Se yergue el desgraciado con toda la atención despierta y sacudida, y vuelve a oír, remoto, un son de relinchada, el *ijujú* celta que perdura entre los mozos cántabros. Quizá pastores o *serrojanes* que huyen a la llanura, cantan para espantar el miedo, con alarde infantil.

Andrés, brusco y esperanzado, responde al bárbaro cantar con angustiosos gritos, y quiere correr hacia las voces peregrinas; pero los zagales, espabilados de repente, no le dejan salir. Un terror inmenso les aturde ante la nueva actitud de fuga que el padre inicia, ahora que ellos, tundidos, no se pueden mover y que la sombra ciega al monte envuelto en pánico blancor.

Claman los muchachos, frenéticos:

—¡Padre, padre! ¡No te vayas, no nos dejes!

Se le abrazan a las rodillas mientras Andrés pide socorro fuera de sí, y ninguna humana voz acude al vehemente reclamo, ningún auxilio llega a través de la soledad. ¡Tal vez los sones errantes fueron una ilusión!

El viento gira hacia el Sur convertido en un noto de repentina blandura, y al dormirse en el éter deja oír la querella del Saja, honda como un llanto inconsolable, y rasga las nubes en un jirón azul: dos estrellas se asoman al cielo, pensativas, para mirar la nieve acostada en la noche.

VIII

EL RESPLANDOR DE LA TRAGEDIA.—CAMINO DEL CIELO.—EL BESO DEL SOL

Palidece una madrugada turbia sobre la claridad deslumbradora del paisaje. El día, que empezó a morir en los hondones, resucita en las cumbres, invadiendo los contornos de la sierra cuando aún es Rianzar valle de sombras.

Andrés no sabe si ha dormido; reina en sus actos el desorden de un sueño, y mira a su alrededor, con aire de sonámbulo, mientras se le esconden los pensamientos en lo más oscuro de la conciencia.

Pronto revive su corazón con profunda congoja, sumido bajo la recia pesadumbre: este día que nace no trae con su luz más que la evidencia del drama, el resplandor de la tragedia.

Ha querido el padre dar calor con su cuerpo a los hijos, y los guarda a su lado, inmóviles, mudos. Jesús descubre, ardiente, el ascua de los ojos, lo único que parece vivir en él; Serafín tiene los párpados caídos y abierta la boca en una respiración cansada. Inclinándose a contemplarlos, siente el hombre deseos de llorar y morir, y oye sin asombro cómo cruje el cobertizo al peso de la nieve. ¡Sin duda va a hundirse! Entonces, desde el trépido umbral, otea los parajes helados con las sendas perdidas y padece la vaga sensación de asomarse al mundo del silencio, en contacto con la eternidad.

Quisiera romper con la mirada los horizontes, salir, con la vista siquiera, de aquella linde cándida y perenne que no concluye nunca.

El viento arrecia y la cabaña vuelve a crujir; parece que las nubes van a rasgarse bajo un punto remoto de viva claridad. Otro brusco remezón de la techumbre obliga a Andrés a sacar los niños, de un salto, fuera del peligro, no sabe para qué. Los deja allí sobre la alfombra helada, y espera absorto que se hunda el *invernal*.

El desplome, el frío y la luz sacuden a los zagales con terrible aguijón. Se levantan como autómatas, sin brío ni conciencia, y Jesús se vuelve a caer.

Serafín llora deshambrido, asustado, maltrecho, y el padre coge al caído en sus brazos y dice al otro con un gesto oscuro:

—¡Anda!

Toma una dirección cualquiera, monte abajo, fiándose al instinto; pero el rapaz no le sigue.

—¡No puedo..., no puedo!—murmura—. También yo estoy cansado y siempre llevas a Jesús. ¡A mí no me quieres!

El desconsolado plañido llega certero al corazón de Andrés, y le acusa de predilecciones invencibles. Tal vez Jesús no sufre tanto como él teme; ya no arde ni se queja, ya no le silba el pecho; será menester que ande un poco. Le posa con dulzura, y repite:

—¡Anda!

Carga con Serafín, que aún gimotea.

—¡No me quieres..., no me quieres!

Y Jesús da unos pasos, vacilantes, detrás de ellos. Después vuelve a rodar con un sordo retumbo, sin decir una palabra.

Acude el padre, aterrado, y al postrarse junto a la criatura conoce que está allí la muerte, *la reina de todos los espantos*.

—¡Jesús!... ¡Jesusín! —clama rota de pena la voz.

Y el niño, con la cara vuelta al cielo, entornados los ojos, lanza una risa aguda y delirante que rebota en la nieve y se aleja sin extinguirse. Al dejar de reír, el alma le resplandece un instante en las pupilas, triste y pura como un cirio, y se apaga de pronto, humedeciendo el cristal de la mirada muerta.

Andrés, con el pensamiento inmóvil al lado del abismo, se inclina a besar la boca exánime de Jesús, y sobre ella se detiene, como si quisiera recoger un murmullo, un sollozo, la última volición de aquel espíritu mártir y solitario que habitó un cuerpo tan infeliz. Pero el hielo de la boca marchita hiere con filo tan penetrante, que el hombre se levanta, crispado, y echa a correr con el hijo que le queda...

Ceñido por la mortaja infinita de la nieve, el cuerpo difunto duerme con solemnidad en el monte, nunca tan santo como ahora que guarda los despojos de un niño.

El viento al crecer, raudo y caliente, provoca el deshielo y ensalza los rumores de arroyos y hontanares: parece que las aguas lloran una pena indecible. El sol ha roto aquel punto claro de las nubes, y, sin miedo al frío de la muerte, se asoma a besar la carne yerta de Jesús.

IX

HORAS DE ANGUSTIA.—LAZO DE DOLOR. LA VOZ DE LA SANGRE

Cuando Andrés llega a su casa, medio enloquecido, ya las vecinas le han arrebatado a Serafín para alimentarle y vestirle antes de que su madre le vea derrotado y hambriento, con el terror hundido en los ojos y la angustia pintada en el semblante...

Todo el pueblo se agita al conocer la tragedia del Soto de la Cruz. Las mujeres lloran:

—¡Pobrecito jayón, pobre inocente, señalado como una víctima desde la cuna!... El párroco dice que el zagal supo elegir el único camino libre y hermoso: ¡el camino del cielo! Y se apresuran los hombres cerca de Andrés para ofrecerle compañía y auxilio. Todos quieren subir a la montaña para rescatar el cadáver; todos se compadecen del amigo que fué siempre ge-

neroso con los demás, valiente y útil en la lucha común por la vida. Nadie ignora, tampoco, que el buen camarada pierde un hijo en el niño *jayón*, y las frases de condolencia adquieren rumores de secreto, matices de aventura pasional que rondan a Marcela, sordamente, antes de que arribe su esposo.

No le aguarda sola; allí está Irene, que no se ha movido del banco donde por la noche se encogió, muda y trémula, agobiada de un dolor humilde, sin palabras ni suspiros, llena de vergüenza y timidez. Una zozobra oscura, más fuerte que su orgullo, la empujó hacia el hogar siempre envidiado, y allí se queda, esclava de la inquietud, quizá temiendo que la echen; quizá sin fuerzas para huir.

A Marcela no se le ha ocurrido evitar la compañía de aquella mujer; al contrario, la necesita y la estimula. Toda la noche trató a Irene como a una compañera de infortunio; la invitó a calentarse y rezar; se estrechó contra ella en el mismo banco, y tuvo tentaciones de abrazarla y pedirla perdón.

Alumbradas desde fuera por la claridad de la nieve, contaron las horas en vigilia constante, y cuando el alba inició las primeras luces, sintieron en torno suyo una turbia sensación de opacidad, una vaga certeza de vivir... Ecos del drama que las reúne en misterioso lazo, posan ya junto a las dos madres. Algunos vecinos que preceden, solícitos, a Andrés, para tranquilizar a la esposa, no saben cómo hablar delante de Irene, y ellas, notando la turbación de los semblantes, padecen crecidas todas sus incertidumbres y nada quieren oír.

Es aquel un minuto horrible de ansiedad, hasta que el hombre, tan dolorosamente esperado, entra y se mira, atónito, entre las dos mujeres.

—¿Y los niños?... ¿Dónde están los niños?—le preguntan desoladas, olvidando que huían de saber.

El paga a Marcela en tal instante su larga deuda de gratitud, respondiendo con heroica generosidad:

—He salvado el tuyo.

—¿Al mío?—Nadie adivina el pánico de esta voz que repite—: ¿Al mío?

Ronco y aciago el acento, Andrés confirma:

—¡A Serafín!

Y no comprende por qué Marcela da un grito desesperado y hondo, como la pobre madre del *jayón*...

X

EL DIA DEL PERDON.—LOS PEREGRINOS. ENTRE DOS ORILLAS.—ALMAS QUE SE BUSCAN.—REVELACIONES.—SOLA EN EL MUNDO.—SUEÑO DE ETERNIDAD

La primavera vuelve, celosa, pujante, con todo el ciego impulso de la vida, y alumbra unas bellas horas apacibles, unas horas que a media tarde se pueblan de rumores de campanas, y ven llegar por los hondos caminos de la vega, grupos de gente grave y silenciosa.

Muchos de estos viajeros, los que vienen del lado ponentino, se detienen a la orilla del Saja, junto a un plantel de *alisas* y el tramo de un puente roto. Entonces una barca, plana y tosca, que se mece sobre el murmullo glorioso de las aguas, llega con el empuje del barquero al lado de los caminantes. Y el ancho brazo del río, cadoso y transparente, se deja cruzar una y otra vez por la nave servicial y deja que en su espejo se miren, entre medrosos y complacidos, los romeros que forman la mística expedición.

En medio de la breve llanura, una iglesia, blanca y pobre, va recibiendo a todos los peregrinos hasta donde le es posible albergarlos, y los menos diligentes en acudir a las voces de la torrecilla humilde se agrupan a la entrada, abierta de par en par, frente al púlpito vestido de viejo brocatel.

La voz llena y clara del predicador se desborda del templo, y rueda, sonora, por los campos en reposo. Dice el carmelita unas palabras sencillas y emocionantes; cosas buenas y dulces a propósito de la debilidad de las mu-

jeres; de la inocencia de los niños; del olvido de las injurias; de la misericordia; de la caridad. ¡Es el día del perdón!

En las tardes pasadas ha desarrollado el misionero todos los temas piadosos que deben traer como consecuencia este sublime final: ¡El perdón! ¡Hay que perdonar las envidias; los agravios, las traiciones!...

Muchos fieles se miran con afán a los ojos como si quisieran verse el alma; otros bajan la frente, otros suspiran con angustia. Y en el atrio, sobre una viga del tejaroz, dos golondrinas recién llegadas de lueñes tierras, coloquian misterios de su nido, sin desconfianzas ni temores. Su manso arrullo besa en el aire las palabras del apóstol: «¡Paz y amor!» Un hálito vernal las empuja por el campo, hasta el río donde la corriente solloza y la barca se mece, como un símbolo, entre las orillas, bajo el tembloroso andarivel.

★

Sola va quedando la iglesia blanca en el fondo de la llanura.

La tarde se duerme con placidez, echada sobre las flores de la campiña, y los devotos se extienden por la vega en demanda de sus pueblecillos.

Con la última volada de las aves y los últimos fulgores de la luz, parece que flotan en el viento misteriosas endechas de amor y de paz, como un himno entonado «al día del perdón».

Dentro del piadoso recinto dos corazones, maduros por las penas, velan y sufren; dos mujeres rezan y lloran. No están juntas, pero se vigilan, y cuando Irene se levanta la sigue Marcela de la mano de Serafín.

Casi a un tiempo llegan al portal, se santiguan de cara al templo solitario, donde laten unas luces pálidas, y se miran, dolientes, bajo la penumbra del anochecer, cobijadas por un cielo sin nubes, florido de estrellas.

—Irene, ¿me perdonas?—dice una voz opaca.

—¿De qué?—responde la infeliz que siente en la misma boca el raudo golpe de su corazón.

—De que te robé la felicidad..., el hombre que tú querías..., el hijo que tú alumbraste...

—¿El hombre?... El se marchó... ¿El hijo?... Yo te le dí... ¡Más tienes que perdonarme tú!

—¡No; que no sabes lo que hice!... El niño... te le cambié—balbuce Marcela.

Vibran las frases en sus labios como una llama, y empuja a Serafín confesando:

—Pero estoy arrepentida. Te le devuelvo; aquí le tienes: toma... Este es Jesús, el *jayón*... ¡No llores más por él!

Un grito que se clava en el aire como un puñal, recibe a la criatura, mientras los pensamientos de la madre se dibujan absortos sobre una oscuridad infinita. Torpe, ávida, prorrumpe:

—¡Mi hijo!... ¡Es mi hijo!... ¿No me engañas?

Quiere abrazarle, y el zagal se resiste con el temor de verse entre dos locas.

—No te engaño—asegura Marcela, y su voz parece que recorre un espacio sombrío antes de hacerse oír—. Este niño es el vuestro, el saludable y dulce, el de los ojos verdes, que embrujan como los tuyos... ¡fíjate!... Cuando Andrés le mira es igual que si te mirase a ti. Tómale; te le doy y me quedo sola en el mundo como estabas tú.

—Yo no pienso en Andrés—murmura Irene con un doloroso balbuceo de ideas, tendiendo siempre hacia Jesús las codiciosas manos.

—La que se lleva el hijo, se lleva al hombre—ruge Marcela, mirando ante sí con ojos sin mirada, y echando al niño en brazos de *la otra*. Y añade—: Quiero morir en paz; yo haré esta confesión donde sea menester, daré todas las pruebas necesarias, expiaré mi delito según la justicia del mundo... ¡Dios, bastante me ha castigado!...

—¡Madre!—llora el rapaz, buscándola.

—¡Esa es tu madre!—responde,

brusca y firme, tornándole al regazo de Irene.

Y allí de cerca, vida contra vida, el niño entre los agitados corazones, vuelve a decir a su rival:

—¿Me perdonas?

—Con toda mi alma... ¿Y tú a mí?

Un fulgor oscuro luce en los ojos agarenos mientras Marcela pronuncia:

—¡También...! Hoy es el día del perdón...

De repente abraza al muchacho que la mira ansioso, y echa a correr fuera del portal. La sigue un acento infantil y desgarrador:

—¡Madre!... ¡Madre!...

Pero ella desaparece muda y ligera, como una sombra atormentada. Un ancho camino de argomal le conduce a la margen del río que susurra bajo el leve cejo de la niebla.

La mujer, cansada, acorta el paso y se refugia en la soledad con un amargo delcite de hurañía y abandono. Se considera ya sola en el mundo, purificada y redimida por el flagelo de la expiación, digna de unirse al hijo mártir en una gloria que no se acabe nunca.

En la cumbre del Soto de la Cruz una fogata pastoril arde, al parecer, junto a las estrellas, y en el cielo enjoyado, se recorta el perfil virginal de la montaña.

Aún palpita el crepúsculo como un gran corazón agonizante caído en el remanso de la noche; sobre el movible cristal del río tiembla y huye la plata de la luna...

TALIN

I

EL PAJARO Y LA NIÑA

Hay en Cantabria un pájaro montés, chiquito y verdoso, liviano y artista, un canario silvestre que anida en los argomales, vive en la soledad y canta en lo más espeso del bosque y de la mies. Como no tiene nombre conocido, le distinguen con el remedo de su aguda canción, llamándole *Talin*.

Una niña, tan agreste como el tal pajarillo, tan cantarina y bella como él, vivía, hace pocos años, en Cintul, un pueblo de aquella comarca, de los más empinados en los alcores, camino de la hoz, frente al Escudo de Cabuérniga. La niña era pobre y no tenía madre; sin embargo, parecía muy feliz. Su padre, un buen labrador, la cuidaba con singular desvelo, y entre las vecinas del barrio, afables y piadosas por lo común, había una, la más trabajadora, lista y servicial, que demostraba a la huérfana especialísimo interés. El peinado, el vestido, la merienda y el postre de la niña, corrían siempre de cuenta de Clotilde, y servirla, y asearla, prever sus caprichos y sus travesuras, era para la moza como una obligación. La chiquilla se dejaba mimar, abusando todo lo posible del encanto que ejercía sobre aquella mujer, del cariño del padre, de la compasión de la maestra, de la solicitud del cura, de cuantas devociones, en fin, supo conquistar con su gracia y su picardía, nada cortas ni vulgares. Sin ser una hermosura ni un modelo de docilidad, conocía el dulce hechizo de hacerse querer. Alegre, inquieta, reidora, aparecía como envuelta en una ráfaga de candor, y tan infatigables eran sus aptitudes para correr y cantar, que, olvidando su nombre, dieron en llamarla *Talín*, lo mismo que al avecilla montés.

Cierto que a la niña para semejarse a los pájaros no le faltaban más que las alas; tenía, como ellos, la frescura del aire donde habitan y la serenidad del sol a quien adoran: llevaba en los ojos un brillo dorado y

caliente, lleno de luz, y parecía conocer los caminos trazados por la bruma y el viento: de tal manera trasponía el monte por los más inaccesibles lugares, y en frecuentes escapatorias, sin miedo a los castigos ni a las alimañas, ligera y menuda, igual que el canario silvestre.

Ya contaba diez años *Talín* y hacía tres que Clotilde la servía de madre, sacrificada por aquel cariño con verdadera abnegación. Hasta que las gentes, poco habituadas, también en las alturas de Cintul, a procederes demasiado finos, acabaron por decir que la moza, soltera y madura, fraguaba su casamiento con Ambrosio, el padre de la niña.

No parecía muy asequible el galán, un cuarentón de carácter independiente y retraído, atento sólo a su trabajo y al celo de la nena; hombre tan avaricioso de palabras que hasta para agradecer los favores se diría que contaba las sílabas. Pero en las obras era muy discreto y cumplidor: gozó fama de excelente esposo, y sus virtudes paternales servían de ejemplo y alabanza en el lugar. Estaba bien conservado todavía. Alto, fuerte, moreno y adusto, mostraba una repentina dulzura al sonreír a su hija, una dulzura que le hacía sonrojarse, y que Clotilde había sorprendido con turbado corazón, imaginando que Ambrosio podía ser muy bueno sin descubrir nunca en los labios una vislumbre de alegría ni en la voz una gota de miel. Cuando le halló una tarde con *Talín* en los brazos, absorto en besarla y divertirla, quedóse tan confusa como él, que huyó sin volver la cabeza, murmurando algunas frases impacientes, mientras la niña explicaba, maliciosa:

—Le da vergüenza que le vean dar besos...

Desde entonces Clotilde sintió delante de aquel hombre una oscura ansiedad que se fué convirtiendo en rara timidez. Ella, tan despreocupada y resuelta para acudir junto a su protegida a cualquier hora, sin reparo ninguno, comenzó a evitar los encuentros con Ambrosio y a poner en sus visitas una mesura llena de precauciones y melindres, cabalmente cuando los vecinos decían que procuraba su boda con el viudo, seduciendo a la nena.

La cual por aquel tiempo corría a más y mejor aprovechando las tardes benignas del otoño, todavía colmadas de flores y de aromas. Eran las últimas delicias del año, y las más codiciadas por eso, aquellas de esconderse entre los maíces crecidos y maduros, bañarse en el remanso azul del ansar, despedir en el campo *sirueño* a las golondrinas que huyen a invernar bajo las alas del sol y subir al monte para aprender romances de los pastores antes de que bajen con sus ganados a la derrota de la mies.

Y en el disfrute de estos arriesgados placeres demostraba *Talín* una admirable experiencia. No había chiquillo de su edad en Cintul que la ganase a descubrir atajos en las cumbres, vados en el río y escondites en el bosque. Igual saltaba la cárcaba de un huerto, que subía al gromo de los árboles. Volaban sus cabellos gozosamente en las alocadas carreras, y volaban sus pies sobre el camino, siempre dispuestos a las aventuras peligrosas y a los parajes lejanos. Nunca se caía ni se lastimaba; volvía de sus excursiones con el vestido roto y la cara sucia, llorando, a veces, para que no la riñeran, y prometiendo no escaparse más.

Pero la misma gracia y prontitud que demostraba para desobedecer y hacerse luego perdonar, le servía de estímulo en la escuela para leer y escribir como ningún otro arrapiezo y tramar un bordado y un encaje con relativo primor. Nadie como *Talín* para ofrecer en la parroquia las flores a la Virgen, muy peripuesta la chiquilla de vestido blanco y banda azul, con un velo pomposo sobre la frente y los bracitos por el aire, acompañando con un movimiento ritual el recitado de los versos alusivos.

Todo lo cual quiere decir que esta niña no era un marimacho, ni mucho menos, sino una criatura ágil y traviesa, inteligente y audaz. Debemos añadir que tenía un carácter generoso, muy propenso a los éxtasis y a las

meditaciones, muy dado a soñar y compadecer, y tan propicio a las cosas peregrinas y sentimentales, que lo mismo la inducía a vagar en la sierra, por los riscos más duros, como las aves hurañas, que a salir delante de la Custodia en las procesiones, llena de beatitud, ceñida de tules, con alas de plumas, emulando a los ángeles, los pajarillos de Dios...

II

EL TORO GILVO

Transmontaban los pastores, ya próximo el verano en busca de los altos puertos, errantes como las tribus primitivas que fincaron la cabaña y el redil a la paz de los dólmenes y menhires, en atisbo de la civilización.

Ibanse todavía musitando romances del tiempo medieval, originados sabe Dios en la cuna de qué bárbara cosmología, calentados en el ascua misteriosa del Cristianismo y entrañados en España por la vena del «camino francés» que inflamaron los peregrinos extranjeros al son del *Ultreya*, el cantar salmódico de Santiago el Mayor.

Fiel remanso de las viejas corrientes de la vida, aún repiten los montes de Cantabria el eco de los más olvidados mitos, y con el remoto sabor de las primeras canciones del mundo, van posando, también, de uno en otro repliegue de sus cumbres, una viva membranza del arte prehistórico: son cayados y abarcas, zapitas y colodras, que reproducen de un modo inexplicable los dibujos grabados en las astas de reno y en los arcanos muros de Altamira; son atavismos sigilosos de la caverna; sagrativas ráfagas de lo pasado; mudos soplos de una humanidad infantil que traslumbra en los pastores montañeses con perfumes del antiguo candor.

Y *Talín*, la niña andariega de Cintul, siente un loco deseo de despedir a los nómadas igual que a las golondrinas, con una alta mirada llena de admiración para todo lo que huye y tramonta más allá de los horizontes, al otro lado de las cimas y las nieblas.

Aguijada por su antojo, ha pensado la chiquilla escaparse al invernal donde los rebaños se reúnen para la partida.

Después de comer, cuando el padre marcha con el carro a buscar leña camino del soto, la nena se escabulle recatándose de Clotilde, que la vigila desde su casa, huerto con huerto, los corrales en un mismo lindazo, y por las callejas silenciosas, entre espinos y saúcos en flor, busca el regazo de la sierra cuya soledad tiene a tales horas un espléndido manto de luz.

Alborea junio muy gentil, con todos los alardes de un precoz estío. El sol, encendido y desnudo, se recuesta sobre el campo nuevo, y las plantas, abrumadas de flores, aroman el ambiente bajo el sosiego torvo de la siesta.

Camina *Talín* a toda velocidad con aire fugitivo. Su paso menudo y frágil, que parece un vuelo, apenas turba el augusto reposo de la hora. Va pensando en un *serrojín*, tan chiquito como ella, que ya veranea con el ganado en la punta de los Cabriles, al otro lado de la montaña, y conoce todas las canales de los puertos vecinos, donde vive el oso y el jabalí, el milano y el azor. Va pensando, también, un poco vagamente, que ha corrido la escuela y la reñirán mucho; quizá la castiguen a estarse de rodillas durante el recreo a la siguiente mañana; pero eso no le importa si consigue antes de que se marchen los pastores aprender todo el romance que el *serrojín* le está enseñando: es una sarta de versos inocentes, donde se cuentan las aventuras de las cabañas emigrantes y se difunden los méritos de cada pasto, la historia salvaje de cada risco montés.

Lleva la niña la mirada siempre horizontal, plena de ensueños; el alma mecida igual que en una cuna; los labios sonrientes a una ilusión sin formas y sin nombre. Sube a un castro, fuera de la sombra que la conducía entre nogales y matas de juncia, y repite, ensoñando a media voz:

Válgame la Soberana,
válgame la Madalena,
que perdí la mejor vaca
que tenía en Villanueva...

Con el mismo rumbo que sigue *Talín* asoma desde lejos la cabaña de Cos, hacia Bustarredondo, para reunirse allí con las demás.

Solicitada por el soniquete de los aljaraces, vuelve la niña la cabeza cuando un toro gilvo, muy joven y retozón, corre en amenazadora actitud al reclamo del vestidito rojo que acaba de aparecer. El vestido huye como una llama conducida por el viento; grita desaforadamente el pastor, renegando del rebelde animal, y la pobre nena, nunca, por milagro, comprometida en un peligro semejante, quiere subir la pared tosca y alta que limita el sendero y promete un refugio. Empujada por el instinto, logra encaramarse en la espinosa linde y ve que al otro lado se hunde, en pliegue brusco, el verdacho sombrío de un renoval.

El toro llega jadeante, la niña salta con los ojos cerrados y queda inmóvil sobre la escamonda, suelto el pelito rubio en torno a la blancura de la cara.

Un instante después acude el pastor cerca de *Talín*, contristado y perplejo, mientras muge el animal blandamente, contemplando con mansedumbre, desde la altura de la cerca, la voladora mancha de vestido rojo, caída en incomprensible quietud.

Una alevilla suave pone su cándida nitidez sobre la frente de la nena; se oye cercano el tenue vagido de un arroyo, y canta entre los renuevos una cigarra loca de sol...

III

LA MADRE

Buen conocedor de los ambajes de la sierra, el pastor llegó a Cintul en un periquete, con la niña lisiada entre los brazos. Era amigo de Ambrosio y conocía bien las travesuras de la pequeña, su vida y sus costumbres; así que, sin vacilar, llamó a la puerta de Clotilde gritando:

—¡Eh, muchacha! Aquí traigo a *Talín* con una patuca rota.

Y era verdad.

El pajarillo perniquebrado se rebullía gimiente dentro del vestido rojo.

Apareciόse Clotilde en el umbral, con cara de susto, y se quedó mirando de hito en hito al hombre y a la niña, demandantes y humildes a plena luz, bajo la masa ardiente del cielo.

La moza no dió gritos ni se entretuvo en inútiles preguntas. Abrió su cama y acostó con sumo cuidado a la nena, que al menor movimiento se quejaba de agudísimos dolores en la rodilla. No tenía más daño que aquél: una mancha grande y oscura y un principio de inflamación.

—Llamaré al médico—dijo Clotilde a su madre y a su hermana que allí detenían al pastor con mil comentarios sobre el percance.

—No le toca venir hasta pasado mañana—le respondieron.

—Pero yo haré que venga.

La escucharon con absoluta incredulidad, y su madre repuso:

—Hoy hará la visita en los pueblos del Concejón, y ni él ni su caballo están para más trotes.

—Sólo en trance de muerte vendría —añadió la hermana.

Se miraron absortos, añorantes de un médico y un caballo más propicios, y el pastor, que ya se despedía, le propuso a Clotilde:

—Yo lo que tú llamaba a la saludadora.

—¡Es una bruja!—respondió la muchacha con desdeño.

—¡Qué ha de ser!

—¡Claro que no!—adujo la madre en son de protesta—. Curaciones como las suyas no las hace el mismo don Julián.

—Y para las caídas y los golpes tiene manos de santa. Hace poco me curó a mí un vello despeñado en un santiamén.

Clotilde se encogió de hombros, mientras la otra joven decía:

—Pero ¿comparas a un cristiano con un animal?

—Para el caso es lo mismo—aseguró el buen hombre, acabando de despedirse, escotero y véloz, en busca de la cabaña que había confiado a los *serrojanes*.

Quedó prendido en el silencio el llanto de la niña, más quejosa cada vez, más postrada y febril, y pasaron la tarde inquietas las tres mujeres alrededor de la cama, hasta que llegó Ambrosio con la testa greñuda, nublado el semblante y amarga la voz, preguntando por su hija y nombrando entre dientes a la saludadora.

Clotilde fué a buscarla y volvió al poco rato con una mujer que no era vieja ni sórdida como las clásicas brujas; al contrario, mostraba un porte agradable y majestuoso, muy influído por la alta categoría de su providencial ministerio. Como no había oficiado nunca en aquella casa, se creyó en el deber de advertir:

—Soy la séptima hija de honrado matrimonio, y por eso tengo en la lengua una cruz con privilegio para curar.

Nadie trató de comprobarlo, y la mujer, con solemnes ademanes, descubrió a la enferma, la examinó cuidadosamente y, no hallándole otro daño que el de la rodilla, puso allí su atención con mucha mezcla de signos, oraciones, saliva y alentadas. A mayor abundamiento aplicó un vendaje encima del golpe, y dijo:

—*Esto* sanará si tenéis confianza en mi virtud... y si quiere Dios.

Puesta así a buen recaudo su responsabilidad, se fué sin admitir unas monedas que Ambrosio le ofrecía.

La nena siguió gimiendo. Le creció la calentura y empezó a delirar. Pretendía huir del toro gilvo en una carrera incesante, angustiosa, y había que sujetarla para que en realidad no huyera. Transida y ardiente, recitaba coplas, romances y lecciones; luego se adormecía en un breve sopor y despertaba otra vez, medrosa, trascordada, para repetir:

—¡Madre!... ¡Madre!...—, tendiéndole los brazos a Clotilde.

—¡Aquí estoy!... ¿Qué quieres? Aquí estoy contigo—respondía la moza, impregnada la voz de un vaho sentimental.

Y la dulcísima palabra se volvía a encender en los ansiosos labios de *Talín* como un cirio en la sombra del recuerdo:

—¡Madre!... ¡Madre!...

Pasaron toda la noche Clotilde y Ambrosio al lado de la niña. El, taciturno y aprensivo, no se atrevía a tocar a la pequeña, pero sus tímidas frases y sus gestos bruscos tenían un hondo significado de ternura en la intimidad del aposento, mientras la mujer, alerta y silenciosa, refrescaba las sienes de la niña, le hacía beber el agua de las flores cordiales y le colgaba al cuello un escapulario milagroso.

A la mañana siguiente no estaba la enferma tranquila ni libre de dolores, pero había decrecido mucho la fiebre y de la aguda crisis cerebral sólo le quedaba la flaqueza de llamar a Clotilde madre, con un empeño mimoso y dulce.

Cuando le quisieron disuadir de su equivocación, la interesada dijo:

—Que me llame como quiera; no la disgustéis...

Por la noche el padre se fué a su casa y se acostó, vestido y desvelado, frente a la cama vacía de *Talín*. Pasó el sueño volando por sus ojos, levantóse al amanecer, y ya el canto de los pájaros, que es la música del cielo, hacía la ronda de los horizontes en cálida sinfonía primaveral.

Salió Ambrosio al huerto y escuchó asombrado el nuevo lenguaje que hablaba la Naturaleza en torno suyo. Hasta los nervios de las hojas parecían estremecerse: era aquél, sin duda, el tiempo de la vida, el renacer de la tierra animada por el perpetuo ritmo vital; el resurgir de todos los amores y las esperanzas... ¡Por eso *Talín* había encontrado una madre!

Y el hombre, sólo y conmovido, no sabiendo qué hacer, se puso a partir leña en el corral, con inesperado furor...

IV

EL SOL

A los tres días de ocurrir la aventura visitó don Julián a la niña por empeño de Clotilde, desaparecido el vendaje de la saludadora, la cual se limitó a decir:

—No tenéis fe y la criatura no sanará...

El médico halló rota la articulación y trató de soldarla con la inmovilidad; pero aumentaron los dolores, continuó la enferma postrada y febril y al cabo de un mes diagnosticaba el doctor una artritis de carácter tuberculoso, enfermedad larga y de un resultado oscuro. Habló de los antecedentes de la niña, cuya madre había muerto de una fiebre héctica, y quiso indicar que la propensión hereditaria de *Talín* se hubiese manifestado, antes o después, con cualquier motivo. Recomendó a la paciente baños de sol, mucha quietud, aire puro y alimentos saludables.

Durante muchos días el caballo cansino de don Julián se detuvo en la única ventana de Clotilde, donde la niña enferma se asomaba al campo y al aire serraniego, bajo la incansable solicitud de su protectora. Desde el camino, sin apearse, le hacía el médico la visita; se marchaba meditabundo, en una actitud parecida a la estampa de Don Quijote sobre *Rocinante,* y seguía la nena tendida en su banco entre almohadas, mirando al cielo y urdiendo historias en la tela invisible del espacio.

Floja y remisa para todo esfuerzo material, padecía *Talín* una aguda exacerbación de impaciencias espirituales, impropias de sus años.

Y acostada, rostro a lo azul, en el silencio campesino, dábase a hilvanar ilusiones con verdadero frenesí.

Ya no sentía en la rodilla el lacinante dolor que tanto la hizo padecer: sólo algunas punzadas en los movimientos bruscos, algunos latidos que la obligaban a forzosa quietud. A medio vestir, con los finos cabellos peinados en dos trenzas acabadas en un hopo rubio y lene, permanecía inmóvil desde el alba a la estrella, abiertos los ojos con extraordinario afán a cuanto fluía penígero y sutil en la gracia del viento. Pájaros, abejas y mariposas, subyugaban como nunca a la niña con sus giros y voces, la risa del éter; hasta las teruvelas y las aludas le parecían desde su postración unas criaturas maravillosas: pensamientos divinos echados a volar.

A Clotilde le daba mucha lástima ver cómo la enferma seguía el rumbo de insectos y de aves, perdiéndolos de vista en los remotos caminos de la altura; imaginaba que también la niña quería huir volando hacia Dios, como un ángel suyo, cansado de la tierra. Ambrosio pensaba lo mismo, con infinito desconsuelo, y los dos tejían una pobre corona de solicitudes en torno al pequeño ser, doliente y humilde, igual que un pajarillo alicortado.

Pero la vida era dura en el terruño. Había que trabajar de la mañana a la noche sin tregua, sin reposo, por encima del dolor y del presentimiento, y *Talín* se quedaba sola junto a la ventana desde el amanecer, aunque la piedad y el amor velasen por ella.

La madre de Clotilde, que desgranaba maíz en el desván, tenía cuidado con parecido esmero de lo más importante de la casa, fuera del establo y el corral: la lumbre, la olla y la niña. A menudo bajaba del caliente sotrabe para añadir garojos al fogón, sazonar el cocido y poner los ojos, observadores, en la enferma. Algunas veces la veía adormentada y sudorosa, con los párpados caídos y el aliento feble. Entonces hacía sobre ella la señal de la cruz mojando en agua bendita, en calidad de hisopo, una rama de laurel, y recobrándose *Talín* se miraban las dos, mudas y cándidas, en las atónitas pupilas. Si la pequeña no quería refrescar los labios ni cambiar de postura, volvía la anciana a deslizarse, pasito, fuera de la habitación.

Al mediodía regresaban del campo los trabajadores para comer; Clotilde siempre adelantada y presurosa; Am-

brosio detrás, cada día más desvelado y tímido.

Andaban a la hierba por aquel tiempo. Solía volver la moza a su casa con un fonje coloño en la cabeza, y el vecino con el guadañil al hombro y la colodra a la cintura; ella subía de un tirón la empinada escalera del pajar, y él rodeaba los huertos asurcanos para asomarse a la ventana donde *Talín* yacía como en un nido, esperando la salud.

Cuando Ambrosio había cambiado las primeras frases con su hija, ya bajaba Clotilde, un poco jadeante, con hilos pálidos de hierba entre el cabello oscuro, las mejillas ardientes, los ojos inquiridores. No tenía más belleza que la de su frescura de campesina y el encanto de esa bondad callada que se vierte en el silencio, como los arroyos que sin dejarse oír apagan la sed del caminante.

Junto a la niña, el hombre y la mujer hablaban unos minutos, sin mirarse apenas: él ponía sus jornales casi enteros en el regazo, infantil, y trataba de expresar a la vecina su gratitud, sintiendo que se le empapaba el corazón de una ternura misteriosa; ella, hablando y sonriendo, un poco azorada y cobarde, servía a la enferma názulas y miel, pan tostado y agua pura del monte. Ya no volvían a reunirse hasta la hora del crepúsculo, cuando brillaba en el cielo la estrella vespertina, *el chacal de la luna,* espiado siempre con asombro por las claras pupilas de *Talín.*

Así pasaron los días florentísimos del valle, bien maduro el aroma de los huertos, rumorosos los dorados maíces en la mies, fastuosa la belleza del bosque y la montaña.

Hicieron los pastores el retorno y se llenaron los caminos con el canto de las esquilas al anochecer. El *serroján,* amigo de *Talín,* acudió al reclamo de la niña para decirle coplas y romances agrestes.

Ya la enferma no se adormecía, torpe y madorosa, en consunción letal. Sobre la bruñida tez los grandes ojos de color turquí se abrían pensativos y audaces como en plena salud; la gracia de la sonrisa y de la voz cobraba con la dulzura antigua un nuevo encanto, una tristeza inefable llena de misterio; el canario silvestre volvía a cantar y a menudo deshacía en los dulces labios como un trino las estrofas aldeanas:

No le quiero
molinero
porque le llaman
el maquilandero.
Yo le quiero
labrador,
que coja los bueyes
y se vaya a arar
y a la media noche
me venga a rondar;
que suba aquella montaña
y corte una rama
del verde laurel,
y a la mi ventana
la venga a poner...

Guardaba *Talín* en la memoria un sartal de cantares y se los iba diciendo con ingenua exaltación a la brisa y a los pájaros, a las hojas rubias que empezaron a caer, al lucero de la tarde, que desde muy temprano comenzó a brillar.

Mientras despertaban las canciones de la nena, dormidas en las horas de dolor, iba el otoño deshojando las frondas, gemía larga y triste la quejumbre del viento, y era menester sustituir la ventana de Clotilde, abierta a naciente, por una puesta al Mediodía en casa de Ambrosio.

En esta última encontró don Julián una mañana a la niña y a la moza, juntas y felices; una cantando, otra cosiendo, las dos con trazas de ser dueñas y señoras de aquel hogar.

Cuando el médico observó a la enferma desde la calle, según costumbre, le dijo a Clotilde, entre afable y malicioso:

—¿Conque al fin os echaron la bendición?... Me alegro, hija; me alegro.

Ella respondió sencillamente:

—Yo tenía que cuidar a esta criatura, ¡y como en mi ventana hace ya frío!...

—Eres buena. Dios te lo premie..., y que nunca te falte el sol.

—Amén—susurró Clotilde, mirando

a su hija con transporte—. Y le pareció que el caballo rosillo de don Julián, llevándose al jinete macilento, caminaba aquel día con cierta soltura y prontitud.

V

EL MAR

Cinco años después era *Talín* una obrerita ciudadana muy soñadora, un poco triste, que sobrazaba dos muletas y cosía ropa blanca de lujo para un gran comercio santanderino. Su larga enfermedad en Cintul dió por resultado que el tumor de la rodilla, al resolverse, dejaba en posición viciosa la articulación, inutilizando la pierna. Y los padres de la niña, desolados ante la invalidez, pusieron su última esperanza en los médicos de la ciudad. Una heroica resolución, más fuerte en Clotilde que en Ambrosio, más decidida y obstinada, les empujó fuera del terruño por caminos llenos de dificultades que parecían invencibles. Todo lo pudieron la caridad y la ternura acendradas en un recio corazón de mujer.

Y una tarde, larga y calmosa, de primavera, el matrimonio y la niña salieron de Cintul, embargados a un tiempo de pesadumbre y de ilusiones. Los padres se despedían con angustia de todo lo amado y conocido; *Talín* dejaba atrás, con inconsciente melancolía, su infancia plena de libertad y de inquietud, con inocente cortejo de cantigas, pastores y romances: ¡su infancia pura, transida, al cabo, por el dolor!

Cuando los viajeros perdieron de vista la aldea cobijada en el enfaldo del monte, aún hallaron amigos los senderos y los valles. Y ya al anochecer, junto al ferrocarril, todavía la cumbre del Escudo se perfiló en el cielo como una mole de tinieblas, diciéndoles adiós.

La niña no había ido nunca en el tren y dejóse llevar maravillada, imbuída por ambiciones indecibles, imaginando que volaba tan ligera como las aves, más segura que ellas en los brazos de hierro del camino.

Aumentaba esta ilusión la sombra naciente en los hondones, que trepaba por los collados hacia la serranía amortajando a la tierra. Ya sólo quedaba sobre el paisaje una franja de claridad: se iban agazapando los pueblos dormidos en la ruta y galopaban los bosques y las mieses como espectros a los lados del convoy. A *Talín*, asomada a la ventanilla con muda impaciencia, le dió en el rostro un aire salado y fresco, y poco después, de la entraña misteriosa de la noche surgía el Cantábrico. La tremenda llanura al recoger de lo alto del cielo toda la luz, brillaba resplandeciente como una sonrisa; allí, junto al coloso, estaba la nueva existencia, el progreso, la ciudad, ¡tal vez la salud!...

Pero las últimas palabras de la medicina no remediaron a la pobre *Talín*. Y acabadas las peregrinaciones a través de sanatorios y consultas, la niña se sostuvo entre dos muletas y volvió a andar, casi a correr.

Ambrosio trabajaba en una fundición y Clotilde en un taller de planchado. Habitaban una buhardilla en casa principal, cerca del puerto, albergue que les fué concedido mediante sus excelentes informes y el apoyo de una buena familia a quien Clotilde había servido en su primera mocedad.

Como los médicos insistían en que la inválida no podría vivir sin aire sano y mucho sol, aquel alto refugio al mediodía, junto al mar, constituyó para ellos un beneficio inapreciable. Allí la niña halló otra ventana llena de luz, abierta al ancho horizonte de la bahía, el encanto desconocido, que fué para la campesina un nuevo amor.

Al principio de su vida ciudadana *Talín* pasó las tardes afinando sus conocimientos en el bordado y la costura. Con excepcionales disposiciones y la aplicación de sus quince años reflexivos, pronto estuvo dispuesta para merecer un jornal. Entonces comenzó a salir muy poco de su casa. Iba los días de fiesta a la parroquia y en contadas ocasiones a las playas y los mue-

lles, para acercarse todo lo posible al mar. Al cabo de muchas tentativas logró embarcarse una vez con otras compañeras del obrador. Fué al Astillero en un vaporcito muy empavesado y alegre, cruzando la bahía entre grandes buques, balandros gentiles y botes diminutos, alejándose hacia donde los montes forman a las aguas marinas una cuna, casi siempre serena. La breve navegación no pudo ser más apacible y segura, y la gozó *Talín* como rara maravilla, con embeleso profundo: correr sobre las olas a la par del viento y las nubes le pareció el placer por excelencia, el disfrute que merecía todos los riesgos y todas las audacias.

Pero al volver al muelle, poseída de la nueva embriaguez, halló a su madre esperándola, tan angustiada y triste, que prometió no embarcarse ya nunca más sin su permiso.

Y no era fácil obtenerle. Clotilde y Ambrosio, pero ella siempre con más vehemencia en los sentimientos, recelaban del mar; le temían como a un monstruo desconocido y le miraban con admiración llena de supersticiones; sus mudanzas, sus acentos, su vida potente y misteriosa, cuanto para la niña significaba atractivo y seducción en la movible llanura, venía a ser para los padres señal de amenazas y de espanto.

Talín no volvió a embarcarse. Era ya incapaz de faltar a su palabra; se iba haciendo una mujercita dulce y seria, y guardaba con recato en su corazón el fermento de sus inquietudes. Por otra parte, el Destino le ponía una cadena en los pies: la muerte la perdonaba a cambio de la libertad. Sentíase la muchacha cautiva entre los bastones que con vigilancia implacable se erguían al lado suyo. Empezaba a presumir de bonita y de mujer, y le dolía cada vez más la humillación de verse compadecida a cada instante, burlada en muchas ocasiones. Lástima o crueldad, siempre con acento amargo se levantaba al repique brusco de las muletas: nunca *Talín* iba por la calle tranquila y alegre como las demás criaturas. Se hizo un poco huraña, no quería salir, y su madre le traía y le llevaba la labor; dejó de tener amigas y acabó por estar sola de la mañana a la noche, lo mismo que en Cintul. Aunque a esta ventana remota no llegaban saludos ni visitas como a las de la aldea, tenía la joven a su lado un gran amigo, un deleite, una pasión: el mar. Se pasaba la vida frente a él, pendiente de su ritmo y de sus cóleras, de su hermosura y de su voz.

Admirándole al compás de la aguja cumplió diecisiete años *Talín*. Era una moza de belleza enfermiza, muy inteligente, muy sensible, de carácter reconcentrado y ávida imaginación; hablaba poco, soñaba mucho y sabía como nadie sonreir.

Llegó a hacer tales primores con los encajes y las vainicas en las holandas y el *nansouk*, que trabajando por cuenta propia se emancipó del taller, y ya muchas señoras trepaban al empinado albergue de la artista en busca de la gracia de sus manos, buenas aliadas del amor...

VI

EL AMOR

Llaman a la puerta con un golpecito discreto, y la bordadora, sin levantar los ojos de su labor, dice:

—Adelante.

Entra una joven de porte distinguido, sonriente, destocada. La inválida se quiere levantar, y la desconocida la sostiene con amable solicitud.

—No se apure, por Dios—luego explica—: Vivo en el principal, y he subido para encargarle unas labores.

—Muchas gracias.

—Me han dicho que hace usted preciosidades.

—No tanto...

Se sienta la señorita en la silla que la ofrecen, mira a la obrera con mucha curiosidad y pasea luego la mirada por toda la habitación, una salita minúscula, resplandeciente de pulcritud, aderezada con cierto interesante ca-

riz: hay en la mesa del centro un canastillo con blondas y otro con flores; en las paredes, fotografías de paisajes; en una papelera, libros y dibujos; sobre la ventana, un arambel bordado en tul y una jaula con un malvís.

La dueña de aquel nido se considera rica; tiene algunos ahorros y dos solos caprichos, que no la empeñan: leer y mirar el mar. Ha hecho del trabajo un arte, que adereza y pule con orgullo y devoción, y esconde el fracaso de su juventud entre cosas bellas y pensamientos limpios, con celosa dignidad, sin que nadie le haya enseñado a padecer ni a sentir. El valor con que se sofrena las ansiedades y cubre las amarguras, pone un exquisito gusto en su sonrisa, y en sus ojos, azules, un claro brillo de corindón oriental. Tiene descolorida la tez, grande y fresca la boca, copioso el cabello rubio, ancha la frente, delicadas las manos, fino el talle. Viste de percal azul; las muletas, a los lados, le hacen guardia de honor.

—¿Cómo se llama usted?—pregunta de repente la señorita del principal.

—*Talín*, para servirla.

—*¡Talín!...* ¡Qué nombre tan raro y tan bonito!—responde, sin ocultar su asombro por cuanto ve y escucha.

—Es el nombre de un pájaro, allá arriba, donde yo nací.

—¿Es usted montañesa?—vuelve a preguntar la curiosa.

—¡Ya lo creo!—dice, con cierto empaque, la niña de Cintul.

Y la vecina, deseando corresponder a tantas averiguaciones, cuenta de corrido, muy alegre:

—Pues yo me llamo Julia: soy madrileña. Mi padre tiene un destino aquí hace pocos meses, y nos hemos instalado en un piso de esta casa. Unas amigas me hablaron de usted, de su habilidad y buen gusto, y como estoy haciendo el equipo, ¿sabe?, pues dije: voy a subir para que me enseñe modelos y ver si no me cobra muy caro...

—¡Ah! ¿Se casa usted?—interrumpió la bordadora con nostalgia.

—Sí; con un chico también madrileño, bastante buena proporción, guapo él, de una gran familia, abogado...

La charla de Julia, gozosa y ligera por demás, quedóse truncada de súbito por un alto rumor; era como si un inmenso abejorro hendiese la dulce brisa de aquella mañana suave.

—¡Un aeroplano!—dijeron las dos muchachas a la vez. Y se asomaron a mirar al cielo, sobre cuyo diáfano tapiz se dibujaba el aparato milagroso como un ave colosal.

—Yo tengo un hermano aviador —murmuró Julia con repentina tristeza.

—¿Y está en Santander?

—No; pero llegará un día de estos; viene de París. Allí le han dado el título de piloto y ha hecho ya muchas pruebas arriesgadas. Es muy valiente, muy sereno..., ¡más buen mozo!... Y buenísimo, además. ¡Lástima de hombre!

—¿Por qué?

—Porque se romperá la crisma sin tardar mucho... Mis padres no le dejaban de ningún modo seguir esta profesión; pero ¡tuvo un empeño tan firme!... ¡Ya se conoce que es aragonés!

—¿Sí?

—Nació en Zaragoza, estando allí empleado papá.

—¿Y cómo se llama?

—Rafael, es un tipo muy interesante.

—Se parecerá a su hermana—dice *Talín*, seducida y halagadora.

Julia sonríe con gratitud y responde:

—Nada de eso; él es fuerte, robusto, muy grandón, y yo, ya ve usted qué menudilla y frágil.

Se yergue, sin duda para desmentir un poco su modesto parecer, y en el vano de la ventana, henchido de luz, queda el perfil de una mujercita pelinegra, insinuante, graciosa.

—No me parezco nada a mi hermano—asegura la joven. Y añade—: Le voy a subir a usted algún retrato suyo.

Luego, cambiando de sitio y de expresión, con suma volubilidad, trata de sus encargos, revuelve los encajes y los patrones, ajusta precios, regatea y consigue cuanto se le antoja; *Talín*

ha sido conquistada por la señorita del principal...

Pocos días después el equipo de Julia ha traspuesto las escaleras, confiado con plenos poderes a la inválida; pero la novia no cesa de subir y bajar con recaditos y consultas, muestras y cintas. Ya sabe de memoria la vida y milagros de *Talín*, los motivos de su dolencia, sus gustos y costumbres.

—Aquí tiene usted novelas de Julio Verne—dice, registrando los rincones de la sala.

—Sí; casi toda la colección.

—¿Es su autor favorito?

—Apenas conozco autores. Ese me gusta mucho.

—Yo le haré conocer algunos modernos.

Y la refitolera deja los libros por un lado para revolver otra cosa.

Quiere aprender calados y puntos, y asegura que no tiene tiempo.

Clotilde, que suele encontrarla allí, se asombra y exclama:

—¡Jesús!... ¡Si parece hecha con rabos de lagartijas!

—Pero tiene buen corazón—arguye con dulzura *Talín*. Y ella no sabe que en sus palabras bondadosas se esconde una fuerte simpatía hacia Rafael, aquel mozo lleno de atractivos que sube por los aires a escuchar la música de los astros y sorprender los secretos de la vida alada. La incitante devoción yace muda y sin forma en la conciencia de la joven, mientras los claros ojos se oscurecen con una sombra fugaz.

Llega Julia, muy alborotada, una tarde de aquéllas, enseñando la anunciada fotografía.

—Aquí está Rafael, mírele. Acabamos de recibir su retrato, hecho después del último vuelo sobre Pau. ¿Es guapo?... ¿Le gusta?...

La costurera clava sus pupilas ansiosas en un rostro franco y varonil, un rostro alegre y dulce a la vez, lleno con el fulgor de la propia mirada. El gallardo busto de Rafael aparece bajo los élitros enormes de la monstruosa libélula, y el aviador sonríe a *Talín*, mirándola, mirándola de un modo extraño y luminoso, inolvidable. Ella sacude con dificultad el dominio de aquellos ojos ausentes, y responde, traspasada de inquietud:

—¡Me gusta!...

Así, en un vuelo ideal, llegó el Amor en forma de aeroplano a la humilde ventana de *Talín:* era el Cupido moderno por excelencia, con los ojos libres en la ruta de la inmensidad; las alas dobles y potentes, señoras de las más altas nubes; por flecha, un tren de aterrizaje, y en el pecho, enamorado de las aventuras, el estruendoso latido de un motor.

VII

EL DOLOR

Desde que Julia introdujo a su hermano en la salita de la inválida no ha transcurrido más de un mes.

Fué una tarde abrileña y moribunda cuando el mozo se rindió, influído por las vehementes ponderaciones.

—Te aseguro que es una muchacha original, muy lista, muy mona; tiene una voz que penetra en la carne, una voz como no he oído ninguna... Está deseando conocerte, sube.

Y la novia le presentó en la buhardilla con pretexto de enseñarle el equipo.

No suponía el aviador que su hermana hubiese logrado tan feliz descubrimiento. En aquel marco de gracia y honradez, vigilada por las crueles muletas, le pareció un arcángel herido la niña de Cintul.

Ella le trataba con embelesadora turbación; hablándole parecía que sus labios tuviesen un nuevo perfume de bondad y temblaba en sus ojos la luz como una llama en el viento.

Llega Rafael cansado de fuertes emociones; la guerra, la aviación, la vida como nunca inquietante de París, le han producido una laxitud que le inclina a las cosas apacibles y dulces con verdadera sed. En el claro refugio de *Talín* halla un remanso de paz, donde la belleza y el martirio se ofrecen al divino goce del sentimien-

to en el rostro de la humana flor. Y allí se queda todas las horas que puede, seducido por la niña con lástimas y ternuras sutiles, que ella traduce al mudo lenguaje de sus ilusiones.

Clotilde se alarma un poco de la asiduidad del señorito: ni los recados que de su hermana lleva y trae, ni el invento frecuente de los dibujos le autorizan para acompañar tanto a la costurera. Aunque la madre no viene a casa más que a comer y a dormir, conoce en el semblante de su hija, abierto y revelador, las visitas del caballero. Todos los indicios se lo aseguran: la muchacha abandona la lumbre y otros domésticos cuidados; cose menos; se compone más; está inapetente; necesita otra vez dormitivos, como en el período agudo de sus males. Después de algunas vacilaciones, Clotilde se encara con ella, y en un tono inusitado por lo brusco, le pregunta:

—¿Se puede saber a qué viene aquí el señorito del principal?

—¡Ay, madre, a nada malo; por Dios, déjale venir!

—¿Tanto te importa?

La niña responde, entre lágrimas:

—¡No sé..., no sé!...

Y la madre, trastornada por aquel dolor, suaviza el acento para continuar:

—Tienes dieciocho años... Todo lo que tú haces me parece bien...; pero ese joven no se ha de casar contigo...

—¡No, imposible..., imposible!—murmura la enamorada. De repente añade—: Yo no me curaré nunca, ¿verdad? Ya no tengo remedio; me quedaré así, deforme, toda la vida.

—La esperanza es lo último que se pierde... Otras cosas más difíciles se han visto... Dios puede hacer un milagro...

—¡No tengo remedio!—balbucía la moza con desolación, mientras Clotilde, evocando a la saludadora, présaga en Cintul, se acusaba, llena de amargura:

—¡Yo no tuve fe!

Y un inmenso pesar se desarrolla en el alma sencilla y fuerte de esta criatura que ha sido madre por el espíritu, en sublime concepción de piedades y amores. Permanece atónita ante el nuevo quebranto de su hija, incurable como la enfermedad que sufre, oscuro y desconocido para la mujer, que le siente gemir en sus propias entrañas y no le comprende. Ella no supo amar sino en forma de compasión y sacrificio, con dádivas y renunciamientos, sin una dulce ilusión para sí misma. Ella ha tenido la sola esperanza de ejercitar el bien en torno suyo, y se consume de pena junto a la irremediable desventura del más querido ser. Todos sus esfuerzos, todas sus abnegaciones no salvan a *Talín* del doble yugo del dolor.

Ya Clotilde no le hace a su hija advertencias ni preguntas; la trata como a la cosa más frágil y sensible del mundo; teme que de un día a otro se le muera igual que un pájaro, se le marchite lo mismo que una flor. Anda a su lado sin hacer ruido, como en la alcoba de un enfermo: la observa a hurtadillas con punzante ansiedad, y al hablarle contiene apenas los temblores de la voz.

Ambrosio percibe de un modo vago la misteriosa pesadumbre de las dos mujeres, y siente el alma llena de perplejidad. Siempre añorante de su vida de labrador, abierta al señorío de los campos, libre y ancha en su misma esclavitud, se va resignando a la disciplina estrecha del taller, y transige, hasta cierto punto, con las costumbres urbanas; pero estos días vuelve de sus tareas un poco más tiznado que otras veces, más sombrío, menos conforme.

Por su parte, Rafael comienza a tener reparos cerca de *Talín*. No es un seductor de oficio ni lleva un mal propósito a la salita blanca de la bordadora, y se conmueve al sentir dilatarse en su alma los pensamientos de la joven con inefable expansión. Buen conocedor de mujeres, descubre en aquélla, sin dificultad, la creciente pasión, con todas sus fases, distintas como las mudanzas de la luna. Y se duele de contribuir al mayor suplicio de la niña enferma, cuando gozaría en rescatarla de la adversidad. La está mirando, él también, como una exis-

tencia quebradiza y expirante, que en un momento se puede deshacer lo mismo que la espuma, volar como un aroma.

Sin embargo, cuando sube a verla, se engríe al persuadirse de que es una criatura singular aquélla que le ama. Encuentra siempre un nuevo encanto en sus ojos espléndidos y graves, donde la luz pone a cada hora un diverso matiz, y en su voz, empañada y caliente, sobre la cual los sentimientos, al amoldarse a la palabra, rozan los sonidos con musicales vibraciones.

Todo en la niña de Cintul parece diáfano, transparente, infantil; no obstante, el hombre que hunde en ella, sediento, la mirada, sabe que hay un arcano, un enigma bajo el amor y el dolor de toda mujer...

VIII

EL AIRE

Hay en Santander un gran aviador, famoso en España, conocido en el mundo entero, y muchos días *Talín* le ve pasar en su aeroplano, seguro por el alto celaje como por un camino real.

Se queda absorta la muchacha contemplando aquel punto remoto, que, abrasado de luz, parece un ave roja, una flámula viva, y es alado bajel desde el cual un hombre señorea las nubes por senderos de palomas, hasta mirar de cerca al sol, como las águilas.

Más despiertas que nunca sus ambiciones, *Talín* quisiera volar también, subir hacia Dios huyendo de sus pesares, quebrantando las cadenas de su pobre vida.

Advierte ahora que su nido tiene la trágica hechura de un ataúd; la sala se yergue sobre el tejado para que el muerto recline con holgura la cabeza, y el resto de las habitaciones se agacha con el cadáver hasta los pies. Ya no consigue borrar la tremenda obsesión, y se ahoga en la estrechez del aposento que ha sido para ella generoso refugio. Ceñida a la ventana, bajo las meditaciones más absurdas, vive con la aguja en la mano y la mirada por el aire, trasoñando quimeras, recordando su niñez libre y audaz, sus escapatorias al monte y al río, a la copa de los árboles, a la espina de las cumbres; le parece que ha sido pájaro o mariposa en una existencia anterior, y confunde su infancia con otra vida que tuvo, no sabe cuando.

La boda de Julia se aplaza hasta el otoño, y la señorita ya no sube con tanta frecuencia a vigilar los primores de *Talín*, que duermen, abandonados casi en absoluto.

El que sube es Rafael, siempre con disculpas que justifiquen sus visitas, como si las considerase impropias. Un periódico, una revista, un libro para que la enferma se distraiga, le sirven de pretexto cada vez que lucha entre huir y aproximarse a la niña doliente, y acaba por ceder a la más suave tentación.

A menudo encuentra a su amiga en la postura habitual junto a la ventana, y nota que sus ojos vuelven del cielo cada día más tristes. Entonces quiere darle ánimos y resistencia, abrirle horizontes de esperanza, perspectivas de ilusión y de salud. La persuade, pensamiento a pensamiento, con habilidad y cariño, como a una criatura inocente, hasta que la sonrisa incrédula de *Talín* se enciende en larvas de pasión, y retrocede el mozo con recelo, procurando llevar por otro camino, más noble para él, aquellas confidencias que le encantan y le mortifican.

Para lograrlo suele irse por las nubes en torno a sus aventuras de aeronautas, y enumera también las cosas finas y elegantes, sutiles como para juguetes, que componen un aparato volador: alambres de acero, vigas huecas, lo mismo que el tubo de un instrumento musical; maderas caladas; cuerdas de piano; tela; celuloide; pintura; barniz...

—¿Nada más?—interroga maravillada la costurera.

—Sí, mucho más; nuestro pájaro

de acero tiene costillas, alas, cola, pulso, corazón...

—¿Como los de carne?

—Lo mismo. Y con mucha más fuerza, mucho más poder.

—¡Quisiera volar!—dice, con antojo vehemente y antiguo, la pobre inválida.

Y el aviador, que la tutea como a una niña, promete:

—Cuando yo suba, te llevaré conmigo.

—¿Va a subir usted?... ¿Aquí?... ¿Es de veras?

—Un día de éstos. Vuestro campeón santanderino me presta su aparato.

—Pero ¿de veras iré yo?

—¡Vaya!..., y si tú quieres no volveremos.

—¡Ah..., no volver!

—¿Te gustaría?

—¡Muchísimo!... El aire me encanta.

—Es el esposo de la Luna, el padre del Rocío, el dios del Bien... ¡Y como tú eres también una diosa...!

—¡De la Tristeza!—interrumpe la niña con un mohín.

—¿No sabes que entre el Aire y la Noche engendraron todos los seres?

—Nada sabía.

—Hasta dicen que el alma es aire.

—¡Jesús!

—Pero escucha: ¿dónde aterrizaremos?—pregunta insinuante el aviador.

Y se acerca a la muchacha, que le oye con una sonrisa llena de aturdimiento.

—¡Porque no vamos a pasar la vida en las nubes!

—¡Si pudiera ser!—exclama ella con angustia. Se deja acariciar una mano, luego la retira algo medrosa, muy conmovida, y para esconder sus emociones, habla trémula—: Diga usted: ¿es cierto que volando sobre el mar se ven en el fondo de las aguas cosas muy bonitas?

Rafael siente en aquel instante una honda compasión por la indefensa criatura; una lástima dulce y fraternal por aquella voz, empapada en matices, que tiembla como las alas de un verso; por aquellos ojos, claros y puros, donde el amor no sabe guarecerse. Se queda mirando a *Talín* con una serenidad comunicativa y mansa, y responde:

—Sí; volando sobre los mares se descubren muchos de sus misterios. Las algas, con los tallos fijos a las rocas y ramificadas en expansiones diversas, forman verdaderos bosques submarinos, que se distinguen muy bien desde la altura. Eso, aquí mismo, en el Cantábrico. En otras aguas hay, además, flores rarísimas y luminosas; lirios y estrellas de mar que alumbran; plantas que son a un tiempo rosas y animales; peces con lentes o faros, rojos y amarillos. Los corales, con sus desprendimientos de caliza producen playas de coral; otras veces el légamo es blanco junto a los sangrientos arrecifes. Y las avenidas fluviales arrojan al mar islas enteras, que se hunden en las fosas del abismo, y hay zonas cubiertas por algas de púrpura y carmín; hay fondos de arena verde y rosa, de fango rubio y azul, de arcilla gris...

—¡El mar!..., ¡qué hermosura!—interrumpe la muchacha con transporte.

Se vuelve a mirarle dormido en la bahía, celando el secreto de sus tesoros bajo una cándida apariencia de cristal.

—¿También te enamora?—murmura algo celoso el aviador.

—También.

—¿Tanto como el aire?

—El aire es más mío.

—¡Tuyo!...—suspira el mozo.

Y se despide con una prisa brusca, mientras se desangra el sol en el horizonte marino y sobre el alero del tejado se baña una paloma en el último fulgor de la tarde.

IX

LA SOMBRA

Guarda *Talín* en el más regalado seno de su memoria la promesa de Rafael, y a pesar de todos los disimulos, Clotilde vislumbra el rayo de sol que atraviesa la frente de su hija desde la guarida de los pensamientos

y se asoma a los ojos en un rehilo de esperanza.

«¿Qué espera?», se pregunta la mujer llena de inquietud. Vigila en silencio, y con su claro instinto de piedad siente cómo la joven va dejando el alma adormecida en una ilusión vacilante, y cómo aquella ilusión se extingue de repente y se nublan los ojos y los sueños de la enamorada en la más negra oscuridad.

Supone Clotilde, por seguros indicios, que el aviador se ocupa ya muy poco de *Talín*, y ve llegar a Julia, acelerada, con una noticia.

—¿No sabe?—le dice a la costurera—. Rafael va a dirigir mañana un aeroplano.

—¿Mañana?

—Sí, ¿se lo había dicho él?

—No le veo hace ya muchos días.

La voz y el semblante de la moza se demudan al responder, pero Julia está muy ocupada en contemplar un hermoso camisón que viste el maniquí.

—Me gusta mucho—afirma—; como éste quiero media docena—luego continúa—: ¡Ah!, pues no le extrañe que mi hermano no suba por aquí. Está en el aeródromo la mayor parte del tiempo, en plena fiebre de aviación, y no habla más que de virajes, motores y cosas por el estilo.

—¿Le dió algún recado para mí?—trata de averiguar la niña, triste, asiéndose al último jirón de su fe.

—Ninguno—responde la señorita, y sigue diciendo—: Mamá ha pedido un coche para que mañana vayamos al campo de aviación, que está, por lo visto, en un lugar precioso llamado las Albricias. ¿Usted suele ir?

—Nunca—balbuce un opaco acento, que sólo a Clotilde impresiona.

—Pues yo aún temo que mamá no se decida. Rafael se empeña siempre en que le veamos volar, y ella se resiste, con un miedo atroz. Ahora parece que ha consentido... Conque ya sabe, como este camisón quiero seis. Es un modelo muy elegante, aunque me gustaría el escote un poco más alto... Ya hablaremos, ¿eh?

Y con la misma prisa que trajo se marcha la señorita del principal, dejando en el pasillo y la escalera el menudo repique de sus tacones.

Clotilde prepara la mesa para comer, sin atreverse a hablar, temiendo que sus palabras lastimen el sombrío retraimiento de la muchacha. Y Ambrosio, que llega a las doce, pregunta con afán a su hija:

—Qué, ¿estás peor?

Ella mueve la cabeza negando, cada vez más pálida y silenciosa, y los padres se abruman ante el misterioso mal que vuelve sobre *Talín* con una clandestina premeditación, sin saber por dónde, cuando ya no le esperaban. Comen a disgusto, observando que la enferma hace esfuerzos inútiles por no sazonar el alimento con sus lágrimas.

—¡Está hética!—se dicen, lo mismo que en Cintul.

La miran como una sombra que se desvanece, y el padre huye rebelándose contra el dolor de la infeliz, que él solo quisiera padecer.

Es domingo, y las mujeres se quedan juntas y solas al pie de la ventana, por donde entran la descolorida luz de un cielo turbio y una brisa que tiene, hoy más que nunca, el amargo salitre de la mar. *Talín* siente en los labios aquella penetrante acidez, que no sabe si acude de su propio corazón. Abre un libro sobre las rodillas, y en él pone los ojos, húmedos de pena, sin volver las hojas ni saber lo que dicen.

La madre cruza las manos encima de su delantal, inclina la frente y piensa en lo lejos que está de aquel espíritu que a su lado sufre y que se le escapa, fugitivo siempre, cada día más distante y remoto. Acaso jamás le tuvo cerca, ni cuando en la casita montés buscó el alma de la niña con halagos y desvelos, hasta ofrecerse por esclava sin reserva ni condiciones.

Clotilde lamenta de pronto, en esta hora, el fracaso de su esterilidad, duda si para merecer el excelso nombre de madre basta un amor hondo y fuerte como el suyo, o sería necesario haber concebido la carne doliente de *Talín*, haber moldeado en las entrañas el corazón de la criatura mortal. No com-

prende por qué la niña que le tendió los brazos en sus dolores físicos, llamándola madre, le hurta lo más sagrado del sentimiento: el espiritual dolor... Quisiera consolarla, medir su pena, saber el camino de su inquietud. Cuanto hay en ella misma de ignorado simpatiza con el misterio y se asoma a buscarle en los ojos azules de *Talín*. Pero conoce que una sombra invencible le celará siempre aquel abismo nublado por unas lágrimas que no acaban de caer... Y retrocede pensando en la madre muerta, en la pobre tísica que nadie nombra, que duerme olvidada en el campo silencioso de Cintul.

—¡Hace frío!—murmura la joven, de repente estremecida.

Una ráfaga de aire, aguda como un puñal, les sacude mientras Clotilde cierra la ventana; el mudo soplo deja sobre las frentes pensativas una agorera alucinación.

Galopan las nubes y comienza a llover, calladamente, con humilde suavidad.

Se escapa el día por todos los caminos bajo la mansa huella de la lluvia, y en la salita se rozan el murmullo de una oración y las alas de un suspiro, hasta que la noche se apaga oscura en los cristales.

Entonces las dos mujeres atribuladas creen percibir un aciago rumor, frío como un chortal, abierto con infinita pesadumbre en el pálido corazón de la sombra...

X

EL TRAMONTO

Nace la mañana tardía, con espeso esbozo de nieblas, y *Talín* la mira crecer bajo la suprema inquietud del que aguarda el mayor goce de su vida con la certeza de que es imposible que llegue.

Los padres se han ido a trabajar a la hora de costumbre, y la muchacha tiene delante su labor y clava con tenacidad los ojos en el espacio donde rueda turbia la luz.

«¡Volar, y volar con *él!*», se está diciendo. Por ver realizada esta promesa inolvidable moriría gozosa, imaginando que dejaba un rastro luminoso en las arenas del tiempo...

Los vellones de la niebla remontan las alturas y abren en las nubes surcos de más viva claridad; se templan los hálitos del viento y la mañana se embellece envuelta en su misma palidez.

El ala fresca de una mariposa roza en la ventana la mejilla de *Talín*, y al solo contacto de este beso puro, siente la joven desbordarse toda su tristeza y su pasión. Sobre el agua movible de los ojos azules pasan las emociones fulgurantes, enloquecidas, empujadas unas encima de las otras por la trémula mano del recuerdo, y la memoria es un ancho camino por donde se deslizan las imágenes de aquella breve existencia, desde los días de libertad y salud hasta las horas oscuras de la invalidez.

Esta vida que alboreó llena de ambiciones y de cantares se resume ahora en un ansioso atisbo del espacio y de la luz, bajo el yugo de las muletas; siempre encendido el pensamiento a la *raita* del sol, y siempre la realidad cautiva al borde de una ventana que sirve de cárcel y tortura. Si alguien viene a prometer la recompensa de un minuto de felicidad, ha mentido aquella voz, y la promesa traidora se convierte en un suplicio intolerable, en un nuevo y terrible desengaño.

De pronto suena el repique de un paso leve y conocido, y entra Julia, como de costumbre, apresurada y risueña.

—¿Quiere usted venir conmigo a las Albricias? Mamá a última hora no se atreve y no tengo quien me acompañe.

—¿Y Rafael?—murmura atónita la inválida.

—Está en el campo de aviación. Volará a eso de las once, y son más de las diez. El coche nos está esperando. ¿Se anima usted?

—¿Sin permiso de mis padres?

—Cuando lleguen a casa estaremos

nosotras de vuelta y se alegrarán de que usted haya dado un paseo.

—¡Voy!—decide *Talín,* y se apoya en los bastones para buscar un vestido.

—Este encarnado—elige la señorita, descolgando en la reducida percha de la alcoba un trajecillo rojo.

La obrerita se le viste con precipitación, y a pesar de su aturdimiento recuerda el toro gilvo que una tarde en el monte se enamoró ciegamente de un vestido colorado.

Esta salida del hogar tiene hoy también, como aquel día funesto, un aire clandestino, el travieso cariz de una escapatoria.

«¡Será la última!», piensa la joven con un suspiro que se extiende por la sala como una despedida.

Desde la puerta vuelve los ojos *Talín* a este nido que hace tiempo le parece un sepulcro; le recorre todo con mirada indefinible, y bajo el peso de una emoción singular traza con mucha reverencia la señal de la cruz...

El campo de las Albricias está cerca de la ciudad, tendido en la llanura, con anchos horizontes de huertas y jardines.

Cuando llegan a él las dos muchachas, un grupo de curiosos rodea el aeroplano, que fuera del hangar se dispone a subir. Es un magnífico «Moranne Saulmier» y tiene en el fuselaje el nombre, como una embarcación: se llama *San Ignacio III.* Parece un monstruoso gavilán; bajo la nervadura de las alas del cuerpo trepida, impaciente por huir, mientras los mecánicos le celan con exquisitas precauciones. Entre ellos surge el aviador, ya vestido para el viaje, bromeando con risueño desdén. De pronto, vuelve la cabeza atraído por una mancha roja que oscila entre dos bastones, y se sorprende al reconocer a *Talín.*

—La he invitado a que me acompañe porque a mamá le entró miedo —explica Julia.

—¡Usted «no se acordó»!—insinúa con amargo reproche la costurera.

—Sí, «me acordé»—afirma Rafael—; pero huía la responsabilidad de mi convite... Huía de muchas cosas—añade con acento un poco estremecido.

—¡No es verdad!—prorrumpe obstinada la joven.

—¿No?... ¿Quieres probarlo? ¿Quieres subir?

—¡Quiero!—contesta, cálida y vibrante la voz, y arrastra el paso tullido hacia la nave, con febril ansiedad.

Rafael manda que acerquen la escalera, y la muchacha pugna en los peldaños cuando el mismo aviador los sube en un instante y desde arriba transporta a la viajera hasta su sitio, con bastones y todo. Ella sonríe fascinada y la gente aplaude al darse cuenta del suceso.

—Pero ¿es de veras?—clama Julia con repentina zozobra—. ¿La vas a llevar, Rafael?

—La llevo—asegura.

Se quita el abrigo y le ciñe al cuerpo grácil de la bordadora.

—No me hace falta—dice la joven, que luce arreboladas las mejillas y los ojos ardientes.

—Arriba tendrás frío.

El aviador ocupa su puesto, y concluyen las maniobras de la partida, mientras Julia refiere a su alrededor, con mucho interés, la historia triste y pura de *Talín.*

Alguien ofrece a la viajera una mantilla, un velo para envolver el peinado y cubrir el rostro contra el azote del aire, a gran velocidad.

—No lo necesito; voy muy bien —responde. Y mirando con orgullo al cielo que se desarrolla sobre su frente—: ¡Qué lástima que no haga sol! —murmura.

—Buscaremos un boquete en las nubes para llegar a lo azul—dice el piloto.

—¿Eso es posible?

—¡Ya lo creo!

—¡Dios mío!—balbuce en éxtasis la pobre inválida, que está en camino de quebrarle al cielo su pálido cristal.

De pronto, el *San Ignacio* resbala sobre la pista y se yergue en el viento que zumba.

—¡Adiós, adiós!—gritan, pegadas a la tierra, unas voces envidiosas.

—¡Ahora sí que soy un talín!—pronuncia, enajenada de gozo la niña de Cintul.

Siete que, al cabo, agita las alas temblorosas y resplandecientes que siempre tuvo en el corazón, y poseída por la inefable ráfaga de libertad, arroja de la nave las muletas, que al caer se clavan en el campo, hincadas hacia la altura como dos interrogaciones.

XI

LA LUZ

La tierra huye, tendida y anchurosa, bordada de surcos y de huertos con apagados tonos de tapiz.

El aeroplano gira sobre la ciudad, y árboles, torres y edificios le apuntan en momentánea persecución, al hundirse bajo el solemne vuelo.

Se dibuja un punto, el seno turgente de los montes; después todo el paisaje se humilla, aplastado como un mapa, sin relieves ni contornos.

El viento ruge, hendido por las alas vertiginosas del aparato; se queja a voces del intruso que le corta y le vence, y que grita a su vez con acento poderoso.

En lo profundo del horizonte, el mar, dormido, calla al inmortal secreto de su existencia, y sobre él se remonta el avión, reflejándose en el quieto espinazo de las aguas. Al mirarle, esfumado entre la bruma, diríase que un bergantín con las velas tendidas había echado a volar.

El cabello rubio de *Talín* flota destrenzado como los airones de la neblina, y la muchacha, ebria de felicidad, se asoma a ver si bajo las aguas traslúcidas descubre la belleza del Cantábrico, algún bosque de flores marineras, alguna playa de color de rosa. Nada distingue, porque el aviador, que ha hecho un precioso picado sobre la bahía, deja, de pronto, que la nave se encabrite, como brioso corcel, y la manda sobre las nubes que en patrullas galopan hacia lo sumo del cielo, queda el aparato mecido en un halo temblboroso de claridad, se rompe en seguida todo el velo del celaje y aparece lo azul, inflamado de sol.

La viajera, en pleno tramonto, arrebatada a las humanas ligaduras en aquel glorioso viaje, siente la vaga estupefacción de vivir, el infinito roce de la eternidad. Rechaza el abrigo que la envuelve y se pone de pie, apoyándose con temerario impulso en el borde de la nave. Sin saber lo que dice, grita, con los ojos ciegos de llantos y de resplandores:

—¡Te quiero, Rafael, te quiero!

Su voz, transida de inquietudes, se deslíe en el aire, que la sorbe y la empapa con inmensa dulzura.

El piloto, a la vanguardia del aeroplano, va sumido en las múltiples atenciones de su ciencia, llena de arte y de riesgo, emuladora de la divina virtud. Lleva detrás de sí a la pasajera; entre ambos, el cristal del parabrisas, y ni la ve ni la oye, muy lejos de suponer que en aquel instante la enamorada se dobla en el vacío, al peso de su corazón.

El *San Ignacio* pierde bajo el envés de las alas el surco de un vestido rojo, que tiembla como una lágrima de sangre, como una gota de sol, y con los brazos abiertos en una entrega brusca, *Talín* se hunde en el mar, hasta el mismo légamo azul...

Vuelve el avión del cielo con firme serenidad; descubre las colinas y los bosques, el caserío y los jardines, la alfombra entera de Santander, aún descolorida por el nublado, y aterriza en un vuelo insuperable, entre los aplausos del público y las muletas de la inválida, semejantes a una interrogación.

Trae el viento el aroma húmedo de la lluvia primaveral; en la linde remota de la pista, un álamo, esbelto y fino, inclinándose a un lado y a otro, parece un dedo que niega.

Sin detenerse, el *San Ignacio* entra en el *hangar* como un ave que retorna al nido.

Allí Rafael quiere felicitar con orgullo a su compañera. Se levanta, sonríe, da la vuelta con las manos ten-

didas, y queda atónito delante de un lugar vacío: ¡No vuelve *Talín* del viaje que emprendió!... ¡El canario montés ha volado con misterioso rumbo, más allá de las cimas que remontan los pastores; al otro lado de las nieblas y los luceros!

Ya la gente se arremolina en torno a la máquina triunfante, y el estupor se divulga ante la incertidumbre de que se haya quedado en el cielo la niña de Cintul...

Acaban de rasgarse las nubes, y en la soledad majestuosa del espacio se levanta, como en supremo altar de inmolaciones, la divina patena del sol.

FIN DE «EL JAYÓN» Y «TALÍN»
DE
CONCHA ESPINA

WENCESLAO FERNANDEZ FLOREZ

(1886)

WENCESLAO FERNANDEZ FLOREZ

NOVELISTA, *humorista y articulista. Nació en La Coruña. En 1903 fué redactor de* Tierra Gallega. *En Madrid, siendo colaborador de* A B C, *se hizo popularísimo con sus diarias impresiones de las sesiones del Congreso bajo el título de* Acotaciones de un oyente. *Miembro de la Real Academia Española. Esta docta Corporación, antes de nombrarle académico de número, premió varios de sus libros. En 1927 consiguió el «Premio Nacional de Literatura» con su novela* Las siete columnas. *La mayoría de sus obras han sido traducidas a varios idiomas. Y es, hoy, uno de los más populares escritores de España.*

Novelas: La tristeza de la paz—*1910*—; La procesión de los días—*1915*—; El poder de la mentira; Luz de luna —*1915*—; Volvoreta—*1917, «Premio Círculo de Bellas Artes»*—; Silencio—*1918*—: Ha entrado un ladrón—*1919*—; El secreto de Barba Azul—*1923*—; Relato inmoral—*1928*—; Unos pasos de mujer—*1929*—; Los que no fuimos a la guerra—*1930*—; Fantasmas—*1930*—; El malvado Carabel —*1931*—; Aventuras del caballero Rogelio de Amaral —*1933*—; El bosque animado—*1943*—...

LA CAZA DE LA MARIPOSA

I

¿No has jugado nunca?

—A la ruleta, no.

—Pues desconoce usted el mayor placer del mundo—terció don Román.

—Será por poco tiempo—aseguró Ricardo Saavedra, y pidió cambio de un billete de cien duros.

En verdad, eran muchos los placeres que Ricardo no había conocido hasta tales días, y nada tenía de particular que se sintiese lleno de gratitud hacia aquellos amigos que le habían revelado generosamente nuevos y deliciosos aspectos de la existencia. Su viaje a Madrid no obedecía a un propósito preconcebido de estudiar los *cabarets*, sino a su deber de intervenir en un Congreso de Protección a la Infancia. Pero su amigo Adolfo Sua-

zo, gozoso de encontrarle después de tantos años de separación, se había hecho acompañar por él en su habitual vida nocturna; y al entrar bruscamente desde el oscuro reposo provinciano en aquel mundo luminoso y alegre, Saavedra se había deslumbrado. Le obsesionaban tres sensaciones que en ningún instante podía desprender de su recuerdo: el sabor del *whiskey*, el olor de los penetrantes perfumes femeninos y el sonar melancólico de las orquestas de *tziganes*. Se acostaba casi de día, se levantaba casi de noche. Y aquel Ricardo de orden y comedimiento iba quedando escondido y anulado dentro de otra personalidad rápidamente superpuesta y que le consideraba con un poco de lástima despectiva.

A uno y otro lado de Saavedra, Adolfo y don Román aguardaban la decisión del jugador neófito.

—¿Dónde pondré...?—preguntó, sonriendo de sus propias vacilaciones.

—¡Qué se yo! Donde quieras.

—Donde usted quiera—apoyó don Román—; el juego está bien claro.

Saavedra cubrió los tres primeros números. Salió el veintiséis.

—¡Naturalmente! —gruñó don Román.

Volvió a jugar, salió el ocho, y perdió.

Don Román no pudo contenerse:

—¡Déjelo, déjelo! Me está poniendo usted nervioso.

—¿Qué? ¿Hice a l g u n a tontería? —preguntó Saavedra, con una sonrisa estúpida.

—Sí —aseguró Adolfo—; se están dando caballos negros.

—¡Ah!—hizo Ricardo, que no entendía nada.

—¡Cómo caballos negros!—rugió don Román—. Fíjense ustedes: primero se dió el treinta y cinco; luego, el veinséis; ahora, el ocho. Sumen: tres y cinco, ocho; dos y seis, ocho... Estaba clarísimo. No me extrañará nada que ahora salga el diecisiete.

La bola cayó en el veintiuno. Después en el doce... Ricardo perdió veinte duros más. Don Román dió un puñetazo en la mesa.

—¡Qué disparate! Debiera de haber ganado usted una fortuna. Ese doce no podía faltar; era una jugada infalible.

—¿Por qué? — inquirió tímidamente Saavedra.

—Porque es el reverso del veintiuno. Ocurre casi siempre. ¿Pero ustedes creen que esto de jugar a la ruleta no requiere práctica y conocimientos especiales?... ¿Cuánto ha perdido? Traiga acá ese dinero; voy a desquitarle en unos minutos.

Don Román tenía sesenta años; el pelo, de un blanco amarillo; el cuerpo, menudo, y nervios aún; bebía como pudiese beber cualquiera, y se alimentaba con emparedados y entremeses. Su vida había transcurrido en lugares de placer. De su antigua riqueza le quedaba lo suficiente para poder tomar todos los días dos *cock-tails*, cuatro copas de coñac y una cantidad imprecisa de *whiskey* con hielo. Había pasado fuera de España casi toda su juventud y aun su edad madura; pero del extranjero no conocía más que los *cabarets*, los grandes hoteles y los nombres de algunos *barmen* famosos. Parece que una existencia tal como la que esbozamos no es trabajosa ni requiere ninguna especial aptitud, y, sin embargo, no es así; a don Román no le había quedado tiempo para ninguna otra actividad, y en el mundo, desde que don Román había nacido hasta el instante en que se disponía a jugar, con arreglo a indicaciones científicas, trescientas pesetas de Ricardo, habían ocurrido muchísimos sucesos de los que él no tenía la más sucinta referencia. Y aun así estaba seguro de no haber alcanzado la perfección dentro de su especialidad. Es muy difícil saber cuándo debe recomendarse delicadamente a un amigo: «Tome usted un *gin-fizz*», y cuándo es oportuno pronunciar este comprometido mandato: «Que nos traigan un *flisherry*.» Por otra parte, sólo un provinciano de paso en la corte puede atreverse a asistir a un *cabaret* sin saber bailar decentemente; y si el juego de la ruleta requiere ciertos especiales conocimientos e intuiciones, el baile exige mucho más. No baila todo aquel

que quiere. Se precisan maestros excelentes, práctica duradera. Y cuando uno domina la materia..., vuelta a empezar, porque ha cambiado la moda: una labor de Sísifo. Claro está que para un observador insistente, en el baile hay muchas revelaciones trascendentales, y el progreso humano admite una esquematización coreográfica. Así, para don Román, la humanidad avanzaba, no por pasos, sino por «puntos» de danza. El había conocido bien la época ñoña de los rigodones, que fué la misma época lamentable y floja del jerez con pastas. Y había apreciado el adelanto que representó el vals boston. Entonces era el champaña el vino predilecto. Dió un salto el tiempo, y surgió el tango. Don Román, ya cuarentón, aprendió el tango; pero el *pericón argentino* pudo más que él. Le alcanzó ya viejo. Eran demasiadas contorsiones para sus huesos mineralizados. Fué entonces cuando se confió a sí mismo este melancólico descubrimiento:

—Me parece que ya he perdido la juventud.

A un filósofo como don Román no podía ocultársele la sutil ligazón que existe asimismo entre las diversas maneras de vida, la sociedad y las diversas bebidas que injiere. Hable usted de la vulgaridad de los hombres y de las costumbres de la Restauración. Don Román le explicará:

—Pero ¿qué quería usted, desdichado? Si eran seres que tomaban jerez con bizcochos...

El champaña (reconózcanlo), el champaña tampoco es un vino serio. Tuvo su época de triunfo gracias al reclamo que le hizo la literatura universal. Pero hoy, ¡vamos!, hoy es la bebida de los rastacueros. A la panzuda botella no se le pide más que el taponazo. Mucha gente que compra champaña se quedaría sencillamente admirada al convencerse (ante el agudo análisis de sus intenciones, esto por un psicólogo como don Román) de que su secreto designio era comprar un cohete. Aprecian lo que de cohete tiene una botella de champaña. Después, beben de aquel líquido espumoso, impelidos por fuertes prejuicios literarios, y se guardan de decir que han sentido un molesto picor en las narices. El champaña es más cursi que una rubia barbita francesa, y es tan absurdo apurar los gases de ese líquido como echarse al coleto el contenido de un zepelín.

Pero he aquí que las bebidas inglesas y los *cock-tails* que esos pueblos que nacen al otro lado del Atlántico ofrecen al mundo como la revelación más patente de una nueva ideología, de un nuevo sentido de la existencia. Hasta que aparecieron, el beber pudo constituir una costumbre o un vicio, pero no se engalanó magníficamente con las características del arte. Pero entre un tabernero y un *barman* hay más distancia todavía que entre un limpiabotas y un pintor. El descubrimiento del vino no puede enorgullecer a la Humanidad. La Naturaleza nos le ofreció casi espontáneamente en la primera ocasión que tuvo. En la edad del bronce nuestros antepasados bebían el vino fermentado de las uvas. Pero sería inútil que la Naturaleza se esforzase en producir un *clover-club*. Fué preciso el concurso del arte humano, y muchos siglos de progreso, y el cansancio del viejo paladar del hombre, porque el tedio es una fuente de inspiración provechosa. Entre el vino y el *cock-tail* existe la misma formidable diferencia que entre un descubrimiento y una invención.

Todos son excitaciones para la fantasía de estos deliciosos venenos. Especialmente el color; sus mil colores, más bellos que los de las más bellas piedras preciosas. Don Román conoció algún hombre que injería ávidamente esos mejunjes por realizar el imposible de *beber un color;* beber el verde-cinabrio, o el rojo-minio, o el azul-cobalto, tan inefables; o el ópalo, o el topacio, o el rubí... Y no tiene usted más que alzar un vaso de *whiskey* con soda y mirar cómo suben, en largas teorías, las burbujitas microscópicas, todas iguales, todas lucientes, para que su imaginación se pueble de ensueños. Como niños que lanzasen al aire pompas de jabón, en una tarde

amarilla y sugeridora del otoño, hay unos geniecillos invisibles que lanzan esas burbujas en el líquido de color oro pálido. Muchas veces, mientras la mujer que está al lado de usted le habla, usted ve que esas burbujitas de la soda son collares de perlas o áureas moneditas que suben a toda prisa para refugiarse en sus bolsillos; o, cuando tocan los zíngaros un *lied* melancólico, el espíritu se siente anegado en una tristeza profunda y sin causa precisa, usted comprende que la teoría de burbujas es como el humo de una antorcha de oro o como lagrimitas extrañamente lloradas hacia el cielo.

★

Don Román distribuyó reflexivamente algunas monedas sobre diversos números. Se incorporó con una lucecita de esperanza en los ojos, pero pronto cambió su expresión por la de una contrariedad irritada.

—¡Ea!—gruñó—. ¡Ahí está el bueno de Laramburu! ¡Ya no se podrá ganar en toda la noche!

Un sujeto alto, joven aún, pero de semblante empalidecido y lleno de arrugas, les saludaba desde el otro extremo de la larga mesa de juego.

—¿Por qué no se puede ganar?—indagó Saavedra.

—Porque es un *gafe*.

—¡Ah!—volvió a hacer Ricardo, cortésmente, aunque tampoco había entendido; y volviéndose hacia Suazo, tornó a preguntar, confidencialmente—: ¿Qué es un *gafe?*

—Es un *cenizo*—contestó el otro, con una naturalidad que hacía imposible continuar la indagatoria.

Se perdió la jugada. Laramburu aproximóse sonriente. Antes de que despegase los labios, don Román le increpó:

—Laramburu, ¿qué le tengo dicho? ¿No ve que estoy jugando, hombre? Haga el favor de salir inmediatamente de la sala.

El recién llegado intentó reír.

—Pero ¡por Dios, don Román!... ¡Parece mentira que una persona como usted tenga esas manías!

—Laramburu—insistió el anciano, sinceramente afligido—, váyase usted, se lo ruego. Es usted mi ruina. No gano una sola vez estando usted presente. Y usted no se quiere convencer, por un amor propio estúpido, y me fastidia. Váyase, hombre; haga el favor.

Laramburu abrió los brazos, en un ademán de resignación hipócrita.

—¡Bueno..., la tiene usted tomada conmigo!...

—No me puedo ir, don Román; de veras. He perdido quince duros, y quiero desquitarme.

—¡Eso!—rugió el anciano, iracundo—. ¡Y viene usted a secarnos a nosotros! Laramburu, empiezo a pensar que le paga la Empresa para esquilmarnos. Si me trae usted un certificado en el que un solo hombre de honor declare haber ganado estando usted junto a él, le dejaré permanecer aquí. ¡Mire! ¡El quince! Ha salido el quince, mi número favorito, y por su culpa no he jugado.

—Pues juegue usted—respondió el otro, hundiendo las manos en los bolsillos y mirando indiferentemente la mesa, con todo el aire de una persona que nunca ha tenido prisa.

—¡Bien!—rezongó don Román—. Vamos a verlo ahora.

Descolgó de la cadena de su reloj un elefantito de marfil, lo colocó entre las monedas que tenía delante y aventuró algunas puestas. Perdió. Repitió la jugada. Volvió a perder. Las quinientas pesetas de Ricardo desaparecieron presurosamente recogidas por la raqueta del *croupier*. Don Román guardó nerviosamente su amuleto y se apartó de la mesa.

—¡Es inútil! Puede más que el elefante, puede más que todos los elefantes del mundo. Es el amo, y se acabó. Hay que tirarse al suelo.

II

En el salón de baile, próximo al del juego donde los tres amigos entraron,

había un centenar de personas. En una plataforma, una orquesta tocaba aires de una cadencia triste, y en el amplio espacio libre entre las mesas varias parejas habían comenzado a bailar. Bailaban gravemente, sin mirarse, sin sonreír; todos, serios; algunos, tristes. Se diría que los violines de los zíngaros estaban embrujados y que aquellas mujercitas pintadas y aquellos jóvenes empalidecidos por la vigilia y el alcohol se alzaron inconscientemente de sus asientos para ser movidos sobre satinado *parquet* por la melancólica melodía, con arreglo, no a su voluntad ni a su arte de bailarines, sino a las decisiones misteriosas de la música, que ora les inmovilizaba, ora les obligaba a avanzar o a encorvarse, como si les abrumase el peso de toda la amargura que expresaban las notas.

Ricardo contemplaba el espectáculo, desentendido de las injuriosas apreciaciones que don Román formulaba acerca de su funesto amigo Laramburu. Había descubierto en una mesa frontera una jovencita a la que más de una vez encontraba en los *cabarets* elegantes. Pensaba Saavedra, mirándola, que su cuerpo podría servir de arquetipo para el gusto moderno; más bien alta que baja, de líneas suaves, casi la de un adolescente airoso. Entre el negro traje y el negro sombrero, la carne morena del escote y la morena cara sin afeites, en la que sólo había acentuado el carmín la rojez de unos tiernos labios, deleitaban los ojos del provinciano.

—Es muy interesante esa muchacha—comentó.

Adolfo siguió su mirada.

—¿Quién? ¿Lyda? Sí; no es fea. ¡Eh, Lyda!

La joven se aproximó, con su andar armonioso. Mostraba al sonreír los dientes, iguales y blanquísimos, y sonreía también con los ojos, inmensos. Cuando atravesó el espacio libre entre las mesas, su esbeltez, su distinción, la hizo destacar como la primera figura de un cuadro en el que todas las demás estuviesen lejanas e inconclusas.

Apoyó en la mesa sus brazos.

—¿Qué queréis?

—Siéntate con nosotros; voy a presentarte a un amigo que se ha enamorado de ti.

—¡Huy, qué rico! ¿Quién es?

Adolfo extendió su mano hacia Saavedra.

—Aquí lo tienes.

Ella le miró rápidamente.

—Me gusta. Tiene cara de primo.

Saavedra, que colocaba a su lado una silla para que se sentase la joven, se rió; pero esta risa no venía a otra cosa que a ocultar su desconcierto. ¡Cara de primo! ¡Vaya una salida confianzuda! Pero ni Adolfo ni don Román concedieron importancia alguna a aquella frase, y Ricardo se tranquilizó. La camaradería de *cabaret* lo autoriza todo, seguramente. Preguntó solícito:

—¿Qué quiere tomar?

—¿Qué b e b é i s vosotros? ¿Solera? Bueno... Pero sin comer no puedo con el solera. Que me traigan emparedados.

La casualidad o los emparedados atrajeron a un nuevo personaje. Una fina mano de uñas pulidas se posó en el hombro de don Román, mientras una voz de notorio acento extranjero saludaba prolongando las eses:

—Buenas noches.

Lianne, una francesa de treinta años, terriblemente perfumada y pintada, con esa congestión que causa en la córnea la frecuente contemplación de los paraísos artificiales, vino a engrosar el grupo. Depositó sobre la mesa su bolso, su polvera y una caja de cigarrillos egipcios, y entre un mordisco, un sorbo al solera y una chupada al cigarrillo, emprendió, en francés, una conversación con el anciano. Cerca de Lyda, Saavedra no sabía exactamente c ó m o comportarse. Le ocurría esto casi todas las noches; su retraimiento provinciano le llevaba a tratar como señoritas a aquellas muchachas que de señoritas se vestían, y cuando su observación del ambiente le recordaba que esto era ridículo, se reconocía incapaz de encontrar el adecuado tono y el justo medio de la char-

la. Especialmente si las mujeres eran andaluzas. Llegaba una andaluza, y él se encerraba en un mutismo heroicamente inquebrantable. Sufría la sensación de que le era imposible el diálogo, porque su lenguaje no correspondía a aquel lenguaje, y llegó a comprender que para charlar con una andaluza de *cabaret* era absolutamente preciso un manual de conversación. Por ejemplo, si una andaluza le decía:

—¡Anda p'ayá, malage; que eres un malage!

El no podía contestar:

—Señorita, yo no soy un *mal-ángel*, créame.

Ni tampoco:

—Mujer, parece mentira que me digas esas cosas...

No. Esta y cualquier otra réplica, igualmente natural, que se le ocurriese dar en castellano puro, no tendría sentido. El bien se daba cuenta de que esa frase requería como respuesta otra que, aunque no expresase nada, comenzase así:

—¡Oigasté, mi arma...!

Pero bueno... «Oigasté, mi arma», y... ¿qué más? ¿Qué más? Porque a él ya no se le ocurría nada. Y aunque tuviese una idea magnífica, rebosante de ingenio, al salir envuelta en su acento navarro estaba ya condenada a fracasar ante cualquiera otra de su interlocutora, siquiera su interlocutora no pronunciase más que estas sencillas palabras:

—¡Ozú con er niño!

Decididamente, no podía hablar nunca con una andaluza de *cabaret*. Y estaba adquiriendo asimismo el triste convencimiento de que tampoco alcanzaría gran fortuna con las de otras regiones. Ahora, mirando a Lyda, exprimía angustiosamente su imaginación para encontrar un asunto de charla. Y no sabía qué decir.

—¿Qué pasa?—preguntó ella al sorprenderle en éxtasis.

—Nada—contestó él sonriendo, como si despertase de una idea muy agradable, que no quisiera exponer por modestia—. Nada... Que me gusta usted mucho.

—¡Olé!—alabó ella, cogiendo otro emparedado.

Este «olé» cohibió un poco a Saavedra; pero hizo un esfuerzo para continuar:

—Es la tercera o cuarta vez que la encuentro a usted, y tenía un vivo deseo de conocerla. Ayer la he visto en Rosales.

—¿En «Rosales»? No estuve en «Rosales». ¡Sí! Es verdad. Estuve en «Rosales», pero muy poco tiempo, con el bárbaro de Aguilar. ¿Sabe usted lo que es un bárbaro? Pues eso es Aguilar; pero muy simpático. Nos fuimos en seguida a la Cuesta de las Perdices. ¡Ay!... No me gustan nada los emparedados por las esquinas, porque se endurece el pan.

Ricardo prescindió delicadamente de esta observación final, para inquirir:

—Ese Aguilar, ¿es su novio?

—¿Mi novio? ¡Vamos! Oye, Adolfo, me pregunta éste si Aguilar es mi novio. Román, tú, Román, ¿has oído lo que pregunta éste?...

Ricardo se puso a beber para ocultar su azoramiento ante aquellos gritos. Lyda parecía dispuesta a llamar la atención de todo el mundo acerca de la inquisición de Saavedra; pero se interrumpió de pronto para decir a Lianne:

—¿Qué cigarrillos fumas?

—Muratti—contestó la otra.

—No. Yo quiero Setos. Cómprame Setos—pidió a Ricardo.

Batió con suavidad un extremo del cigarrillo sobre la mesa y lo encendió inexpertamente, con los labios fruncidos alrededor de la dorada boquilla y un poco extraviados los grandes ojos, que miraban arder las rubias hebras.

—¡Nunca, nunca—murmuró Ricardo, inclinado hacia Lyda—he visto unos ojos como los suyos!

—¿Qué tienen mis ojos?

—Toda la alegría y toda la tristeza del *cabaret*. La alegría de una botella de *whiskey* y la tristeza de un tango argentino.

—¡¡Olé!!—volvió a gritar Lyda tirando el cigarrillo contra la pared, como quien arroja el sombrero al ruedo—. ¡Adolfo, Adolfo!—vociferó—.

¡Román! Oíd lo que dice éste de mis ojos. Venga, otra vez.

Ricardo murmuró, entre ruborizado y colérico:

—No creo que haya dicho nada extraordinario.

—A ver; repítelo—insistió Lyda—; alegres y tristes; no sé qué del *whiskey* y no sé qué del tango...

—¡Qué tontería!—gruñó, disgustado Saavedra, y tragó lentamente una copa de vino, como si buscase en ella el olvido de semejante escena.

Adolfo se levantó, sacudiendo unas partículas de ceniza que habían caído sobre su traje.

—Voy a probar fortuna. Ahora me toca a mí.

—Déjame un duro—rogó Lyda a Ricardo—: quiero ir yo también...

Ricardo le entregó cinco duros. Marchó ella un poco apresurada para alcanzar a Adolfo.

Hubo un instante de silencio en la mesa. Don Román le quebrantó para decir con aquella voz que, más que por los años, parecía apagada por el tedio constante:

—Es muy mona esa chiquilla, ¿verdad?

—Sí—concedió Ricardo, molesto aún—; pero parece un poco bestia.

—¡Dios mío!—rió el anciano—, un poco bestias lo son todas.

El provinciano volvió a apurar su copa y la colocó con violencia sobre el mantel. Protestó:

—No es muy divertido todo esto, don Román; se lo aseguro a usted, ya que lo estoy conociendo ahora. Me parece que uno viene aquí para distraerse. Pues siempre es preciso guardar el sobresalto de que en cualquier mesa vecina haya gente amiga de camorra. La opinión general, por lo visto, es que no hay diversión sin botellazos. Y estas señoritas... ¿Quiere usted decirme si está bien lo de estas señoritas? Creo que tienen el único deber de mostrarse amables. Pues ahí las tiene usted, siempre impertinentes y presumiendo de brutalidad.

Don Román asintió, sonriente:

—Sí, sí. Le voy a decir a usted una cosa: sería muy recomendable pensionarlas en el extranjero o crear aquí una academia... Todo eso es exacto. Siempre he dicho que los españoles carecemos de capacidad para divertirnos, tenemos un concepto demasiado violento y agrio de la vida. Es verdad, es verdad. Hace muy pocos años era imposible pasar la velada agradablemente en Madrid, en la capital de España. Aunque tuviese usted millones y mejor humor del mundo. No había más que aquel abominable Fornos, lleno de políticos y de periodistas que comían tortillas de patata y café con pan. Y mujeres de mantón. Iba allí la gente a *hacer frases*. Eran orgías de ictéricos. ¡Terrible, terrible! Ahora ha cambiado esto algo, pero aún no saben..., aún no saben... Mucha mujer gorda, mucho señorito pendenciero, poca educación... Yo siempre lo dije: pensiones, pensiones; no hay más solución que pensionar a unos cuantos. Llevar al extranjero a unas muchachitas y a unos muchachitos, y que aprendiesen. ¡Dios mío, pero si las ve usted subirse a esos taburetes altos de los bares, y gatean! Las miro muchas veces y me entristezco. ¿Cómo no se les ocurre que la acción de subir al taburete de un bar requiere una gracia distinta a la acción de trepar por una cucaña? ¿Cómo no piensan que beber un *golden-fizz* a través de una pajita no es lo mismo que achicar por una manga de goma un sótano inundado?

—¡Oh!—intervino Lianne—, ¡yo sé bien que todo esto es muy verdad!

—En otros países—siguió don Román—se conoce el placer de vivir, la alegría de divertirse, sin que nadie pierda su corrección... Podría referirle a usted el caso de mi amigo Stroomer. Le aseguro a usted que mi amigo Stroomer no arrastraba una existencia tediosa; pero decidió casarse. Estas rarezas ocurren alguna vez. La víspera de su boda, Stroomer se despidió de nosotros con un banquete. Recuerdo que era en julio y hacía un calor pegajoso; sin embargo, esto sólo sirvió para que encontrásemos el *cup* más agradable. No creo haber tomado

un *cup* mejor hecho ni haber pasado tan encantadoramente una noche entera, es decir, algo más que una noche, porque cuando nuestro camarada Bjorkman abrió casualmente una de las contraventanas, entraron en la estancia los rayos del sol. Eran las ocho de la mañana. A aquella misma hora, la novia de Stroomer esperaba a su prometido envuelta en un vestido gris, de viaje. Comprenda usted cuál fué la consternación de nuestro amigo. Estábamos a mucha distancia de la casa de su novia, y él no podía presentarse así, vestido de frac, sin haber hecho su *toilette*... La situación era horrible para un *gentleman*. Y fué Sissy, de la que se separaba aquella noche para siempre, la que primeramente le asistió con su iniciativa.

—Señores—nos dijo—, es necesario que acompañemos a Stroomer para justificarle.

Y así fué. Atravesamos las calles de Londres a todo correr de nuestros carruajes, y llegamos a las ocho y media a la casa de la novia. Hubiera dado usted cualquier cosa por oír a Sissy. ¡Celestial criatura! Ninguna de nuestras mujeres se habría resuelto a hacer otro tanto, y aun creo que tampoco ella misma si no hubiese bebido tal cantidad de *cup*. Conoció en seguida a la novia, porque estaba, en efecto, vestida con un traje gris de viaje, y a ella se dirigió para decirle:

—He aquí a vuestro prometido; llega tarde, porque la amistad le retuvo; pero yo bendigo este retraso que me permite ser quien os lo entregue. El también me ha amado... Señorita..., yo quisiera daros un nombre muy dulce... No os puedo llamar amiga, porque ni aun estamos presentadas; ni hermana..., ni madre, ni tampoco cuñada, ni sobrina... Esto es horrible. Sin embargo, debe existir algún nombre, porque, ¿quién duda de que tenemos algún parentesco por haber coincidido en amar a Stroomer? Yo os quiero ya como si fuésemos..., como si fuésemos... ¡Dios mío!, ¿qué seremos?

La tierna Sissy se retorcía las manos, con los ojos llenos de lágrimas, y nos miraba a todos como pidiéndonos aquella palabra que le faltaba. Y lo peor era que, aun comprendiendo su angustia, no se la podíamos dar, porque no existía. La emoción más profunda nos dominaba...

—¿Y la novia?

—La novia debía estar también emocionada, porque se retiró sin acabar de oír a Sissy. Entonces le explicamos al padre: «Hemos estado bebiendo *cup*.»

—Y se arregló todo.

—No se arregló nada, porque el padre se enfureció. Era un hombre de tradiciones formales, y no tendría nada de extraño que le pareciese intolerable que el champaña fuese mezclado con trozos de frutas y con agua mineral. He conocido personas que no transigían con eso. Entonces nos marchamos todos dignamente. Todos, no. Bjorkman se quedó dormido debajo de un diván, y no fué descubierto hasta dos días después. Pero Sissy estuvo admirable. ¡Qué mujer aquella! En su caso, cualquier meridional hubiese provocado un escándalo, hubiese arañado a su rival... Y ella, tan correcta, tan dulce, tiernamente desesperada... ¡Encantadora criatura!

Quedó un instante absorto en sus recuerdos, sonriendo a su delicia.

Lianne aprovechó la pausa para intervenir.

—Yo conozco bien todo eso—dijo—. En París he sido amiga de las grandes estrellas; he hecho su vida. Cuando estalló la guerra, vine a Madrid, y ¿qué es lo que yo tuve en Madrid?... Al poco tiempo de estar aquí, me llevaron a una juerga en «moto». «*Et bien*—dije yo—, ¿por qué esto de ir en «moto», que es tan desagradable?» Y me explicaron que, como hacía mucho ruido, la juerga por las calles era mayor... Después, mis amigos rompieron todos los espejos de un restaurante y le pegaron al camarero. Yo decía: «¿Qué sucede? Esto es la guerra.» Pero no era nada más sino que estaban muy contentos. Concluyeron dejándonos a otra señorita y a mí en la carretera, a diez kilómetros de Madrid, a las tres de la madrugada. Mi compañera les

insultó mucho, pero después se reía. «Yo no me río», dije. Y no me reí. Se enamoró de mí el marquesito de San Ambrosio. Entonces yo no podía ni aun tomar el vermut con nadie que no fuese el marquesito. «*Et bien*—le decía—, dame dinero.» Pero él quería que yo me enamorase de él. Todos quieren que una se enamore. «Más yo no puedo», aseguraba. Entonces el marquesito me zurraba (¿no se dice «zurraba»?) para que yo me enamorase. Y yo tampoco podía. ¡Oh, yo no soy como estas muchachitas que hablan así... y piden un bistec y un duro prestado para jugar... ¡Qué vergüenza! Pedir menos de cien pesetas para jugar es pedir limosna, es no tener dignidad. En París...

Pero las declaraciones de Lianne fueron interrumpidas por el regreso de Adolfo y de Lyda, a los que acompañaba un hombre alto y maduro, vestido con ostentosa elegancia. Don Román, cortando la autobiografía de la francesa, llamó la atención de Ricardo acerca del nuevo personaje.

—Fíjese en ése. ¿Le conoce? Es un notable jugador. Persigue el uno, dos, tres, cuatro, cinco y seis desde hace treinta años. Ha estado en los casinos más famosos del mundo.

—¿Qué persigue?—trató de aclarar Saavedra.

—Los seis primeros números; que se den los seis primeros números consecutivamente. Pone un duro al uno; gana y coloca los treinta y seis en el dos; gana, y lo juega todo al tres, y así hasta el seis. Hasta ahora, le ha quebrado siempre, pero no ceja; es un carácter. El día que gane los seis, se hace de oro.

Ya se hallaba próximo a la mesa el jugador notable, y don Román le saludó con efusivo respeto.

—¿De dónde sale usted? Hace tiempo que no le veía.

—Estuve en América, en Mar del Plata.

—¿Bien por allá?

—Medianamente. Pero en nada estuvo que diese el gran golpe. Salieron seguidos los cinco primeros, y a la jugada siguiente cayó la bola al lado del seis.

—¡Ah, caramba!—suspiró don Román.

—¡Ah, caramba!—rugió el otro, dando un puñetazo en la mesa—. Si cae un milímetro más allá... ¡El gran golpe, amigo!

—¡Es muy difícil, muy difícil!—observó don Román con dolorido acento.

—Difícil; pero ¿hay alguna razón para que no ocurra? No la hay. Yo perseveraré siempre. Mis amigos, mi administrador también, me han rogado que desista. ¡No desisto! Por último, me suplican tan sólo que abandone el cinco y el seis. ¡No quiero! Algún día será...

—Bien hecho, bien hecho... Después de tantos años...

—Toda una vida.

—Toda una vida, sí. ¡Admirable, admirable!—apoyó don Román, deslumbrado.

Y como el hombre que perseguía el 1, 2, 3, 4, 5, 6 se marchase, él le acompañó, asiéndose a su brazo para iniciar una evocación:

—¿Se acuerda usted de aquella vez en Montecarlo?...

III

Sí; estaba embrujada, para Ricardo Saavedra, aquella música, que siempre terminaba con un suspiro. A veces, oyéndola, se sorprendía de encontrar humedecidos sus ojos, porque una imprecisa tristeza conmovía su espíritu. Desde el primer día luchaba por concretar aquel sentimiento, y, poco a poco, avanzaba en su interpretación. Era como si fuese descifrando el lenguaje de los violines. Cierta vez, una de aquellas sonatas melancólicas le habló como con dulces palabras:

«¿Estás aquí?... Te esperaba. Hace mucho tiempo que te espero, amigo mío. ¡Qué tristeza la tuya! Sufres ahora la emoción de encontrarte frente a frente con la vida, porque la vida es todo esto que ves. ¿Qué fué de tu juventud hasta ahora? ¿Tuviste aca-

so juventud? Te has encorvado sobre los libros; te has paseado, al anochecer, por los soportales de una plaza; amaste a una muchacha recogida y vulgar... La dudosa sabiduría de los libros, ¿de qué te sirve? En las meditaciones de tu ancianidad, la conciencia de tu saber no te regalará ni aun con una sonrisa vanidosa. Entonces, cuando el hombre no tiene otro placer que asistir abstraído, durante largas horas, a la representación de sus recuerdos, ¿qué escenas pueden hacer ellos vivir ante ti? Buscarán en tu alma y traerán un rostro ingenuo, de sanos colores. «Sí—dirás—; así fué mi mujer en días lejanos; después la he visto palidecer y arrugarse; ella me recuerda la vida igual de un hogar honrado y los dolores que compartimos, más que placeres: el hijo muerto, una angustia económica...; en su vejez vi yo mi vejez, y cada una de sus canas me fué avisando de que la vida pasaba; buscad otras imágenes, recuerdos.» Y te presentarían a ti propio, con las manos a la espalda y un bastón en las manos, transcurriendo lentamente por la ciudad. «Así fuí yo—suspirarás—; tenía entonces el alma llena de imprecisos deseos, el ansia de gozar y un miedo a esta ansia... La lluvia caía y, bajo los soportales de la plaza, paseábamos todos con el mismo paso y nos mirábamos con la misma mirada de fatiga. El placer no vivió entre nosotros. Cumpliamos el mecánico deber de existir mecánicamente. Ibamos, veníamos, trabajábamos; todas las noches elevábamos, maquinalmente t a m b i é n, nuestras preces a Dios. Y comíamos sin delectación el pan nuestro de cada día, en espera de ser llamados al Reino que nuestra oración demandaba. Nada más esperábamos. Eran nuestras existencias como luces encendidas tan sólo para que se pudiesen apagar. Buscad otras imágenes, recuerdos.» Y los recuerdos nada podrán ofrecerte. Entonces pensarás con melancolía: «¡Ay de mí, que he dejado consumir mi vida sin comprender su condición preciosa e irrenovable.»

Así hablaba a Ricardo la música de los zíngaros, y asentía él, con una gran compasión hacia su existencia pasada, y se sentía repentinamente preso de una dichosa turbación, como si hubiese descubierto el gran secreto del porqué de la vida. Aquellas notas eran el rechinar armónico con que se abrían las grandes puertas de oro que guardaban el misterio de la felicidad. He aquí, entre las paredes del *cabaret*, todos los apetecibles elementos de la ventura: amigos sin penas, los licores que dan al espíritu una exaltación maravillosa, la riqueza—hecha bolita de marfil, saltando sobre la rueda infatigable—y las mujeres perfumadas y jóvenes, medio desnudas en sus atrevidas vestimentas, manchados los labios de carmín y los ojos de *kool*, ofreciendo un amor sobre el que los corazones podían pasar sin herirse. Cierto que era un poco triste aquella música, pero este lirismo venía a dar a la ficción amorosa una apreciable apariencia de sentimentalidad. Era... el *bitter* del corazón. Después que un tango sollozaba en los violines—los tangos son, sin palabras, historias de amores desgraciados—, Saavedra sentía la necesidad de querer, una necesidad desbordada y romántica, que le llevaba a decir, con la misma frase que en las novelas:

—Te amo.

Y se lo dijo a Lyda.

—Todos decís lo mismo.

¿Todos? Ricardo invitó a la joven a que le comparase, individuo por individuo, con la Humanidad entera, para ver si encontraba un alma igual. No. El era un hombre serio. El se había fijado hacía tiempo en Lyda. Había luchado antes de hablar... Pero... Ya estaba dicho. Por ella se advertía dispuesto a quedarse en Madrid. Sin ella, marcharía al día siguiente.

Lyda pasó un brazo alrededor de su cuello. Después maulló mimosamente:

—Quiero ostras verdes; pídelas.

—¿Con perlas?

Ella rió:

—Las perlas, aparte.

Ya eran novios. Lyda estuvo formal aquella noche; no bailó. Depositó en él varias confidencias trascendenta-

les: los episodios de un antiguo amor; las probabilidades de ser contratada para cantar. Ella era artista.

—¿No lo sabías?... Pero he trabajado muy poco... Quiero más ostras.

—¡Más ostras!—rugió Ricardo, dirigiéndose al camarero.

—Pues sí... Tengo un repertorio muy bonito. Oye este cuplé.

Inclinóse hacia él y cantó una de esas cien mil canciones, igualmente estúpidas, que fabrican los «maestros» del «género ínfimo». Cantaba mal. Su voz tenía desigualdades insufribles.

—Muy bien, muy bien—asentía Ricardo.

—Ahora no tengo la garganta en condiciones; pero... Es uno de mis éxitos. Lo más bonito de la canción es el traje.

—¡Ah!

—Un traje que me costó... Es distinto al de todas las que cantan esto. Ya te lo enseñaré.

Ricardo hubiese querido dar a la conversación matices más sentimentales, pero aún tuvo que resignarse a oír otros cuplés. Cuando llamó para pagar el gasto, Lyda curioseó en su cartera. Una exclamación avisó a Ricardo la indiscreta maniobra. La joven curioseaba un retrato con una burlona sonrisa.

—¿Quién es ésta? ¿Es tu novia?

Intentó él recuperarlo presurosamente:

—Devuélvemela. No es mi novia.

—Sí; está dedicado. Hijo, es una cursi. No me gusta nada.

Cogió Saavedra la cartulina y la guardó, un poco avergonzado. Disculpóse:

—Es una historia vieja. Hace mucho tiempo que hemos reñido...

Verdaderamente, se confesaba a sí propio que aquellos amores con Inés eran de un provincianismo impresentable. Si sus amigos de ahora conociesen los líricos detalles de aquellas relaciones, se reirían de él: y él mismo pensaba con un poco de tedio en las paseatas por los soportales, todos los días al anochecer, y los domingos después de la misa de doce. A veces, las cartas de Inés estaban dos días sin ser abiertas en su bolsillo o sobre la mesita de la habitación del hotel, y las naderías de aquellos renglones le enojaban.

«Acaso—había llegado a meditar—no quiero a Inés como yo suponía y he procedido con ligereza al comprometerme con ella. Pudiera ser que lo que creíamos amor no sea más que el resultado de aquella vida igual y fatigosa; una distracción disfrazada de sentimiento...»

En cambio, se afirmaba de día en día su seguridad de estar enamorado de aquella mujer conocida en la sugestión de los *cabarets*. Comenzó para él una vida singular, borrosa y dulce como un sueño, transcurrida en los *halls* y los bares de los grandes hoteles y en los *soupertangos*. Muchas otras vidas minúsculas se enlazaron con la suya; conoció la historia—siempre igual—de muchas mujeres; tuvo amigos cuyo nombre ignoraba y con los que se tuteaba al tercer vaso de *whiskey;* descubrió que el sol era un astro molesto e inútil, a cuya luz todo parecía desagradablemente crudo y chillón; su alcoba olía siempre a tabaco egipcio. Jugó, y esto hizo que el dinero perdiera su valor para él, y el trabajo, su dignidad. Para que un médico, un abogado, un trabajador cualquiera, pueda ganar tres mil pesetas, es preciso un esfuerzo, una aptitud, tiempo, suerte... A un jugador puede bastarle el simple acto de colocar sobre un número un billete de cien pesetas. El mayor peligro del juego estriba precisamente en esta terrible desmoralización.

Por esta capciosa amabilidad del azar para con los primerizos, Ricardo ganó frecuentemente y pudo sostener aquella vida costosa sin solicitudes a la generosidad de su madre. No le costaba gran trabajo acceder a los caprichos de Lyda, y aun se anticipaba a ellos. Un día, la joven le dijo, mientras engullía una fuente de almejas, vivas aún, ligeramente torturadas por unas gotas de salsa inglesa:

—Ricardo, tú no me quieres.

Como nunca solía hablar de cariño, Ricardo experimentó una sorpre-

sa encantadora. Se apresuró a contestar:

—¡Qué absurdo, Lyda! Bien sabes que estoy enamorado de ti.

Ella movió melancólicamente la cabeza. Suspiró:

—Más bien creo que eres un cobista.

¡Un «cobista»! Saavedra comenzó a hacer una fogosa apología de sus condiciones sentimentales, pero Lyda le interrumpió, arrojando furiosamente contra el suelo una almeja en cuyo interior había encontrado arenas. Barbotó algunas injurias contra los camareros.

—Verás como todas van a estar así; y yo he pedido almejas, no una playa... Esta no tiene arenas... Menos mal... Y ésta tampoco... ¿Qué te estaba diciendo? ¡Ah, sí! Que no me quieres. Bueno; me quieres un poco. Pero —añadió acentuando su expresión de delicada tristeza—, no te has soltado el pelo.

El la miró, confuso.

—No me mires; lo que se dice soltar el pelo, no lo has soltado. Yo no sé qué contestar a mis amigas. Todas mis amigas me preguntan: «¿Te ha regalado aquellos pendientes que te gustaban tanto?» Y yo tengo que decir: «No; me los regalará uno de estos días.» «Pues no te haría esperar tanto el comisionista de automóviles, que estaba loco por ti.» Las pobres tienen razón al asegurarlo. Aunque yo no voy a dejarte quedar mal.

—Pero—balbució él—, ¿qué pendientes son ésos?

—¿No lo sabes? ¿De veras no lo sabes? Pues todo Madrid está enterado. Pregúntale a cualquiera. Verás: ¡Ofelia!

La joven que respondía a este dulce nombre estaba en una mesa contigua, consagrada a vaciar el azucarero en su bolso para obsequiar a un perro que nadie le había conocido nunca. Acudió con solicitud.

—Ofelia, dile a éste qué es lo que deseo como regalo.

—Unas medias muy bonitas que...

—No es eso, Ofelia. Me refiero a aquellos pendientes...

—Es verdad. Unos pendientes preciosos, con unos rubíes...

—No son rubíes, son brillantes.

—Es igual. ¿Os hace falta este azúcar? Con permiso...

Cogió unos terrones y se marchó. Lyda hizo un gesto de disgusto.

—Habrás comprendido que está loca. Es la única persona de Madrid a quien no debí preguntárselo. Pero voy a llamar a aquel muchacho...

—¡No!—suplicó, aterrorizado, Saavedra.

—Es que ahora ya tengo empeño en demostrarte que es verdad que lo sabe todo el mundo.

—No hace falta. Basta que tú me digas qué pendientes son ésos.

Lyda explicó. Aquella noche Ricardo fué a una sala de juego. Vió a don Román, que tenía ante sí cartoncitos llenos de números, montones de fichas y el elefantito de marfil; y se sentó a su lado.

—Vengo a ganar tres mil pesetas —dijo—. He de hacerle un regalo a Lyda. ¿Qué números salen?

—Todos los que yo quiero. El elefantito se porta bien. Lo pondré entre los dos.

Continuó empujando fichas con la raqueta y recogiéndolas después, multiplicadas. Una mano se posó en su hombro; volvió el rostro. Laramburu, sonriente, le saludó:

—Y ahora, ¿qué dice usted? Hace un cuarto de hora que le estoy viendo ganar, apostado detrás de su silla.

Don Román hizo un gesto de consternación.

—¡Estoy perdido! Laramburu, lo de hoy es muy serio. Le juro que si no gano unos cuantos cientos de pesetas me veré en un compromiso grave. Déjeme en paz.

—Pues yo le digo que los ganará y se curará a la vez de esa manía ridícula.

—¡Al diablo con el terco!—gruñó don Román—. Vengo bien preparado.

Y colocó junto al elefante otro dije representando un gatito negro, con ojos de cristal, y un Buda diminuto, de plata.

La verdad es que el anciano comen-

zó a perder. Entonces añadió a sus amuletos una tortuga. Cuando el *croupier* recogió su dinero, don Román consideró aterrado a su *jetattore*.

—Es la primera vez que me falla la tortuga. Me declaro vencido, Laramburu. Permítame usted tan sólo que le haga una pregunta. ¿Conoce a aquel caballero calvo que juega en la otra mesa?

—No.

—Yo tampoco. Pues bien, ya que usted tiene la extraña necesidad de arruinar a alguien, sin provecho, ¿por qué no va a «secarlo» a él, hombre? ¿Qué más le da?

El *gafe* se encogió de hombros con desdén.

—¿Quiere usted diez duros por irse?—rugió don Román.

Laramburu rió bondadosamente, guardando los diez duros.

—¡Qué locura!—comentó, alejándose.

Ricardo había perdido ya todo su dinero, y contempló cómo su amigo distribuía monedas sobre los números dibujados en el paño verde.

Inclinado sobre la mesa, ya permanecía vacilante, con la pinza del pulgar y el índice suspensa sobre alguna cifra, ya se daba prisa en colocar aquí y allá sus puestas, antes de que la bola cayese. A Ricardo le pareció que tenía todo el aspecto de un hombre consagrado a cazar una mariposa, una mariposa inquieta que se posase ora acá, ora acullá... Don Román la veía sobre el número 10, y avanzaba cautelosamente la raqueta—como un naturalista su artefacto de gasa—hacia el 10, empujando un montón de duros. Pero la mariposa iba a posarse al 31. Don Román la cercaba, la rodeaba con una murallita de fichas, dejaba caer encima un billete para que no pudiese escapar... Y reaparecía el 15. En poco más de un metro cuadrado, aquella mariposa de la suerte se burlaba de todos los asedios. Muchas manos se extendían hacia ella, nerviosa o calculadoramente. Y ella siempre conseguía huir, sin apresurar su vuelo, suave, tranquilo, como si fuese el mismo aire que movían las manos al acercarse el que de las manos se alejaba.

Esta sensación de proximidad y, al mismo tiempo, esta condición incoercible, es el mayor tormento de los jugadores. El despecho del cazador frustrado es grande, pero ninguno iguala al del cazador de mariposas. Disparáis contra un águila, y el águila se va. Pronto no es más que un punto en la altura. Ya no la veis. Apretáis rabiosamente el arma—humeante aún—entre las manos, y seguís vuestra marcha. Pero he aquí que ponéis vuestro empeño en capturar una mariposa que pasó rozándoos las mejillas. Se ha detenido en una flor; os espera. Avanzáis levemente, con la pinza del pulgar y el índice preparada para cerrarse sobre sus alas. Y, a un milímetro de distancia, el insecto vuela; le arrojáis el sombrero. ¡Hela ya cautiva! Pero es un pétalo lo que cogéis bajo el fieltro magullado. La mariposa está sobre vuestra cabeza. Corréis, siempre cerca, siempre a su alcance...; cada segundo os la ofrece, y cada zigzag de su vuelo os la hurta. Es vuestra a cada paso, y no la apresáis jamás. Al fin, caéis sobre el césped, arañados por las zarzas, rendidos, jadeantes, terriblemente vencidos. Y ella está aún allí.

Mientras el jugador tiene un duro, mientras el cazador tiene aliento, cree que puede apoderarse de la mariposa. Esta es la tortura y éste es también el encanto de tal vicio, en el que el fracaso y la esperanza no se separan nunca.

Cuando vieron marchar sus últimas pesetas, salieron juntos los dos amigos. Caminaron algún tiempo en silencio. Don Román dijo, al fin:

—¡Qué se le va a hacer! He perdido mi consignación de este mes. Pasado mañana tendré que ir de campo por veinte días.

—¿Y adónde va usted?

—¡Adónde he de ir! Cuando yo digo que voy de campo, es que me meto en cama. Siempre que me dejan sin dinero..., ¡al campo! Y no vuelvo a levantarme hasta que cobro otra mensualidad de mis rentas. Con

el bolsillo vacío, ¿qué se va a intentar?

—Y en treinta días de cama, ¿qué hace usted?

—Nada. Me suprimo. No soy desagradable y nadie me es desagradable.

—Pero esa vida...

—El mejor tratamiento para la vida, amigo mío, es no pensar en ella. La vida, como la felicidad, no debe ser objeto de análisis ni de meditación. En cuanto se advierte, comienza a ser amarga, porque la idea de la vida no puede existir sin suscitar al mismo tiempo la de la muerte. El ideal es resbalar por ella como por un plano inclinado, sin enterarse de que se está viviendo. Yo procuro hacerlo así, y acaso sufra menos que otros.

Ricardo interrogó:

—¿Nunca ha pensado usted en dar a su existencia otra ocupación más..., más...?

—Más seria, quiere usted decir. No. Si hubiese nacido en otro país, ¡quién sabe! Pero en España es preciso optar por uno o por otro género de costumbres. O es usted un hombre serio o un calavera. Al hombre serio no le es permitido divertirse nunca. Un banquero que fuese aficionado, por ejemplo, a bailar, sería mirado recelosamente, y acaso muchos clientes acudirían a retirar sus fondos. Se quiere en la vida la misma rigidez de caracteres que en las comedias. Un hombre de ciencia, un hombre de trabajo, ha de ser siempre, en todos los momentos, un hombre serio, y la seriedad se interpreta en el sentido de lejanía de cuanto signifique gozo de la existencia. Si usted intenta divertirse un poco, moderadamente, alternando su diversión con una labor grave, la sociedad española se interpone entre usted y su designio y le fuerza a elegir uno de estos dos futuros: o divertirse siempre o ser siempre serio. Naturalmente, yo me pronuncié por lo primero.

—¿Y se ha divertido mucho?

—¿Aquí? Nunca. En España no se divierte nadie. Entre nosotros, la alegría es un sentimiento convencional. Se ha aceptado por unanimidad esta frase: «España es el país de la alegría.» La verá usted aparecer en los artículos, en los discursos, en los romances; la comentamos, la repetimos, la exportamos al extranjero..., y seguimos siendo el país más aburrido del mundo. El hombre de otras tierras que llega aquí pregunta: «¿Por qué creen ustedes que éste es el país de la alegría?» «¡Ah! —le contestamos—. Porque t e n e m o s un hermoso sol.» «¿Eso es todo?» «Sí; eso es todo.» «Bien—puede responder el extranjero—; no negaré nunca que vuestro sol es fuerte; pero el espíritu humano tiene exigencias más complicadas que las de una mata de trigo; a una mata de trigo puede bastarle con vuestro sol para encontrar la existencia alegre; a mí, no. Más bien encuentro vuestro sol heridor y molesto y hasta un poco charro, algo así como una mujer muy llamativa o como un hombre que llevase en el meñique un brillante como una nuez. Os diré que a vuestro cielo uniformemente azul prefiero un cielo con nubes; las nubes son el paisaje celeste, y en un país de nubes o de nieblas se aprende a soñar sólo con mirar a lo alto. Si admito que vuestro sol por ser crudo es alegre, tendré que concluir que los trópicos son la región de la constante carcajada. ¿Tenéis algo más que vuestro sol para divertiros? ¿No? Pues no me basta.» Esto podría decir el extranjero, y le aseguro que no se apartaría mucho de la verdad.

Continuaron a n d a n d o en silencio unos instantes.

—Todo es solemne o triste entre nosotros, amigo mío—prosiguió el anciano—; en ningún pueblo de Europa el amor, la suprema alegría, es tan quejumbroso y tan difícil y tan de cerca emparentado con lo trágico. No es el gracioso niño revoltoso y ciego, sino el fetiche deforme, sediento de lágrimas y de sangre. No hay, acaso, otro país tan torturado por la sed del amor. Somos tristes. He visto en una taberna sevillana un bebedor que cantaba llevando el compás con su vaso sobre el mostrador. Cantaba una desolada canción andaluza, y le rodaban lagrimones por sus tostadas mejillas de cor-

tijero. Aquel hombre se divertía, «corría su juerga». Este tipo es muy frecuente. No me divierto, amigo mío; ni usted tampoco, ni nadie.

—Yo, sí.

—Es una sugestión. El hortera cree también divertirse porque el domingo juega una partida de billar en un café lleno de humo de tabaco. Pero hemos hablado demasiado tiempo de estas cosas... ¿Quiere usted que tomemos en cualquier sitio un *cock-tail* de licor de café? Es muy bueno para excitar los nervios deprimidos. Estoy deprimido. Siempre que resuelvo irme al campo se me agria un poco el humor. ¿O prefiere usted un *gin-cock-tail?* No conozco nada mejor para olvidar las pérdidas del juego.

IV

Tardaron en abrir la puerta.

—¡Ahora voy, ahora!—gritó desde dentro Lyda—. Ten calma.

Y, al fin, descorrió el cerrojo. Estaba envuelta en un kimono de seda color fuego, y sus pies desnudos se ocultaban apenas en unas babuchas.

—¿Cómo has venido tan pronto?

—¿Qué iba a hacer yo solo? He pensado que saliésemos juntos esta noche.

¿Salir?... No quería salir; estaba algo enferma. Hasta juraría que con fiebre. Había pensado en acostarse en seguida.

—Entonces, me quedaré contigo.

Tampoco eso lo encontraba Lyda sensato. Lo mejor era que se marchase otra vez, que se distrajese un poco con los amigos y que volviese después, no muy tarde.

—¿Para qué? Me quedo.

Lyda le acusó entre dientes de ser un «pelma». Luego vociferó:

—Lo que debías hacer era buscar un médico.

—Pero si no tienes ni dolores ni fiebre.

—¡Ah! No tengo fiebre, ¿eh?—clamó Lyda, agraviada—. ¿No tengo fiebre? Entonces, ¿quién la tiene? ¿Tú? ¿Vas a decirme a mí que no tengo fiebre?

Se puso a recorrer la estancia agitadamente.

—¡Si es sabido que no puedo estar tranquila contigo ni un minuto! Siempre te has de salir con la tuya. Igual hiciste con lo de los pendientes. ¿A ver? ¿Se te ha ocurrido traerlos? En cambio, se te ocurre opinar que no tengo fiebre. ¿Sabes lo que te digo? Que en vez de estar ahí con ese aire estúpido, debías correr a encargar a un café cualquier cosa. No he cenado aún, y tengo hambre.

—Lyda, si estás verdaderamente enferma, no debes comer.

—¡Eso! No debo comer. Que se reviente una. ¡Oh, es imposible! Este hombre es un monstruo.

—Haz lo que quieras, Lyda. Que vaya tu doncella al café.

—Mi doncella está acostada.

—Que se levante.

—Levántate tú.

—No me da la gana.

Y Ricardo encendió un cigarrillo. La joven se retorció desesperadamente las manos. Después se arrojó en el sofá, sollozando.

En este instante se movió la colcha que cubría el amplio lecho, y bajo un larguero, medio oculta por los flecos sedosos, apareció una ensortijada cabeza. La cabeza fijó sus negras y brillantes pupilas en Ricardo, y dijo con voz melosa:

—No se asuste usted, caballero; pero me es indispensable salir de aquí.

Forcejeó, desapareció y tornó a aparecer, congestionada. Volvió a hablar:

—Tenga la bondad de auxiliarme. Esta cama es muy baja... No sé cómo he podido entrar...

Ricardo, enmudecido por la sorpresa, había retrocedido hasta la pared. La cabeza, casi apoyada la barbilla en el suelo, esperaba la ayuda solicitada, mirando a Saavedra entre recelosa y cínicamente. Pasado el primer momento de espantado asombro, el joven reconoció en aquellas facciones las de un mulato de gruesos labios y pelo rizoso, alto y ancho, que formaba parte del *jazz-band* de un *cabaret* y

era el encargado de los instrumentos ruidosos y extravagantes: las sartenes, las campanas, los timpanos de madera, las carracas y los cascabeles. Tenía una extraña habilidad para intercalar en el estrépito sonidos guturales que agigantaba con una bocina y que dominaban todo el ruido del baile, provocando una risa estúpida en la muchedumbre.

—¿Qué hace usted ahí?—pudo decir, al fin, Ricardo ceñudamente.

—Nada—aseguró el mulato—; nada: estoy tendido en el suelo.

—¡Salga usted!

—Es imposible... Haga el favor de alzar un poco la cama.

Saavedra volvió sus ojos llameantes hacia Lyda.

—¿Era ésta tu enfermedad y tu afán de alejarme? ¿Merezco yo que te portes así conmigo?

—¿Me quiere usted oír, señor? ¡Chs! ¡Señor!—reclamó la cabeza otra vez, impacientándose.

—¿Qué desea usted? ¡Salga, he dicho, y arreglaremos nuestras cuentas!

—Comprendo que debo explicarme —la cabeza se ladeó un poco para mirar a su interlocutor—, y si usted me ayuda...

—¡Yo le voy a patear a usted los dientes!

La cabeza se retiró un poco.

—Así no acabaremos de entendernos—murmuró—, y yo tengo mucha prisa. Oigame usted...

Fuera de sí, Ricardo dirigió una patada al rizoso cráneo de su rival; pero la cabeza desapareció rápidamente, y en su lugar avanzó una mano robusta que asió la pierna del joven y le hizo perder el equilibrio. Cayó el enamorado sobre la alfombra, y seguidamente desapareció, resbalando con alfombra y todo sobre el piso encerado hasta la misma penumbrosa región donde el mulato estaba. Advirtióse fuertemente sujeto. Lyda dió un grito y corrió hacia la cama, que acaso sirviese de techo a una tragedia.

—¡En mi casa, no!—suplicaba.

Pero el reposado tono de una voz le devolvió la calma. El mulato decía:

—Estése quieto... Comprendo que debí quedarme quieto en este sitio, y le ahorraba a usted el disgusto... Pero..., señor, a las doce tengo que estar en mi puesto. Si yo no voy, no hay *jazz-band*. Son las doce menos cinco... Y usted no se iba.

Las anchas manos del mulato le apretaban dolorosamente las muñecas y veía casi junto a las suyas aquellas pupilas brilladoras. Ricardo tuvo miedo. Calló, después de intentar inútilmente desprenderse.

—Supongo—añadió su rival—que estas explicaciones le dejarán satisfecho.

—Yo no tengo nada que hablar con usted—gruñó.

—Eso es otra cosa. Me parece muy razonable.

—Domingo ha venido aquí a darme lecciones de baile, nada más—afirmó Lyda, levantando un extremo de la colcha.

—¿Ve usted? Estamos conformes. No se portó bien; no, señor. Dos caballeros son siempre dos caballeros, aunque se encuentren hablando, como usted y yo, debajo de una cama; y reconozco que no le faltan a usted motivos para indignarse con Lyda. Pero yo ignoraba... En fin, no vamos a discutir más este asunto... Sobran mujeres... Por mi parte, ahí va esa mano. Domingo Laredo, en el Hotel Argentino... Y ahora, haga el favor..., es muy tarde... Esta cama, tan baja, pesa como si fuese de plomo o estuviese atornillada. Ayúdeme a empujar. Así..., con la espalda...; duro...

Salieron, sacudiéndose el polvo adherido a sus ropas; Ricardo cogió hoscamente su sombrero y se marchó, sin despegar los labios, humillado y con la abrasadora sensación del ridículo. Bajó con prisa las escaleras. Oyó, casi en el portal, las pisadas del hombre del *jazz-band*, que también descendía. Se lanzó a la calle y huyó, afrentado.

V

—Todas las mujeres tienen su negro, Saavedra—opinó don Román cuando

el joven concluyó de contar la grotesca historia—; unas lo tienen en cuerpo y alma, como Lyda, y otras, más recatada y sentimentalmente. Cuando nos traiciona, es con un ser inferior. Cierta vez leí en un periódico que venía envolviendo una botella que las mujeres se enamoran de los hombres superiores, y el fisiólogo que afirmaba esta teoría alababa tal preferencia como una selección maravillosamente instintiva para el mejoramiento de las razas. Alguna vez he meditado acerca de esa lectura. Y es preciso decir que la preferencia existe. La mujer tiene una indudable inclinación cordial hacia el hombre superior. Lo que ocurre es que su concepto de la superioridad es terriblemente erróneo, y este pequeño detalle estropea toda la teoría. La superioridad que la mujer aprecia es aún la misma superioridad que existía en la edad del sílex: la acometividad, la fuerza. Por eso, un torero, un pelotari, un boxeador, tendrán entre ellas ardientes admiraciones. Las pobres desconocen cuál es la verdadera superioridad. Confunden el genio con el mal genio, el talento con la audacia, y así empeora la especie con cada generación. A usted le derrotó ese hombre por saber bailar y por batir a tiempo con sus mazos las sartenes y las campanas del *jazz-band*. No hay duda de que bailando y golpeando las sartenes es superior a usted. Y Lyda se dejó llevar por tal certeza. Lo que Lyda no pensó es que semejante superioridad constituye precisamente la inferioridad de ese hombre. ¡Infelices! ¿Qué les va usted a pedir? Son pobres muñecas... Es preciso no tomarlas en serio nunca; y si, a pesar de todo, se enamora uno, tener la filosofía de Laramburu.

Laramburu sonrió sin excesivo contentamiento ante aquella alusión.

—¿No se ha enamorado usted nunca?

—No: yo he procurado siempre ser un hombre dichoso. Una vez, sin embargo..., se me ocurrió pensar: «Si esta mujer me quisiera, acaso fuese feliz con ella toda la vida.» Pero ella amaba a otro, y se casó con él. Entonces yo me marché de viaje y estuve bebiendo ajenjo un mes. Le aseguro a usted que el ajenjo es un licor insustituible para combatir las preocupaciones amorosas. Le remonta a uno inefablemente sobre todos los dolores humanos. Transcurrieron dos lustros, y yo volví a encontrar a la mujer. Estaba gorda y fláccida. Me habló de que la vida era más cara cada vez y de que su hijo mayor había padecido la escarlatina. La oía. La miraba y me decía a mí propio: «He aquí, Román, pobre majadero, lo que tú creíste que podía ser la felicidad.» Mi rostro revelaba tal contento por haberla encontrado, que ella se creyó en el caso de invitarme a comer. Fuí el amigo íntimo de la casa, el visitante asiduo durante un mes. Los chiquillos, abominablemente educados, trepaban por mí; el padre me abrumaba con su tristeza de hombre aburrido. Y yo me decía: «Aprende, majadero, aprende; para que nunca vuelvas a caer en la tentación.» Todas las tardes rogaba a la señora: «Cuénteme usted... ¿Cómo estuvo hoy la plaza?» «¡Dios mío, Román, la plaza—comenzaba ella—, yo no sé adónde vamos a parar; mi marido tendrá que buscarse otra ocupación para nivelarnos!...» Y yo escuchaba, feliz. «Mire usted, las criadas se han atrevido a pedir más sueldo...; pero le voy a aburrir...» «Se lo ruego —decía yo—, háblele con toda confianza de las criadas.» Al mes juzgué que me había impuesto suficiente castigo, y no volví.

Un clamor que llegaba de la sala de juego alarmó a los amigos. Algunas mujeres salían, despavoridas, mientras los ocupantes del *hall* se alzaban precipitadamente, haciendo tintinear las copas y las botellas, para dirigirse al lugar donde los gritos resonaban. Ricardo, don Román y Laramburu entraron también. Todas las largas mesas estaban vacías, menos uno, alrededor de la cual se apiñaba la gente. Varios empleados esforzábanse en abrirse paso allí donde el grupo era más denso. Una muchachita, pálida bajo el colorete, se había subido a un

sofá, y dos hombres discutían acaloradamente, porque el uno culpaba al otro de haberse aprovechado del tumulto para cogerle su dinero.

—¿Qué ocurre?—inquirió don Román.

—Es una riña—informó alguien.

—No—dijo otro—; es un suicidio. Se ha suicidado no sé quién.

—No, no; es que han querido robar las fichas.

—¡Lástima!—gruñó un sujeto mal vestido—. También estos tíos nos roban a nosotros.

—¡Apártese! ¡Llevadlo al balcón!—gritaron algunas voces.

Y, conducido por varios empleados, inerte, con el rostro cianótico, tal como un muñeco desarticulado, el hombre que perseguía el 1, 2, 3, 4, 5, 6 pasó ante los curiosos.

—¡Gran Dios!—murmuró don Román, espantado—. ¡Es mi amigo!

Siguió a la triste comitiva, pugnando por acercarse. Laramburu detuvo a un *croupier* para interrogarle acerca de lo ocurrido. Explicó. Aquel seños había jugado al 1, y acertado; había colocado todo el dinero al 2, y en el 2 cayó la bola; y luego, en el 3 y en el 4... Luego jugó el máximum al 5. Y cuando salió el 5, el máximum al 6, en pleno, en caballos, en líneas, en la docena, en el color...

Se sentó, muy nervioso, con el rostro entre las manos... Estaba todo lleno de gente esperando la «bolada». Cantaron el número. El se puso en pie bruscamente, con los ojos muy abiertos, extendió los brazos y cayó de bruces sobre la mesa.

—El oyó: «el seis, negro»—dijo un espectador.

—Todos los que estábamos junto a él oímos: «el seis, negro»—afirmó otro.

—Pero lo que salió fué el veintiséis, negro—aclaró el *croupier*.

—Si, el veintiséis. La culpa la ha tenido el empleado por no gritar más.

Fueron diseminándose los grupos. Los amigos volvieron a su mesa en el *hall*. Poco después apareció don Román, pálido, enrojecidos los ojos.

—¡Muerto, muerto!—gimió, sentándose—. ¡Qué horrible percance! Le han reconocido los médicos, y está muerto. No pudo resistir la emoción... ¡Pobre amigo!

Se enjugó el sudor y bebió con mano temblorosa. La visión cercana de la muerte, aquellos ojos abiertos y fijos y aquel rostro azulado le habían llenado de consternación. Su enorme egoísmo se acurrucaba, temblando, en su corazón, poseído de un gigantesco miedo.

—Es una muerte estúpida—comentó Ricardo.

—Sí—balbució él—, una muerte estúpida. Todo esto es estúpido y está organizado para acabar con nosotros... No hay corazón que resista... ¡Pobre amigo! ¡Pobre amigo! Muchos recuerdos nos eran comunes... ¡Dios mio! ¡Era más joven que yo! Le llevaba diez años. ¡Qué horror! ¡Qué horror! Tardaré mucho en olvidar todo esto.

Permaneció algún tiempo más en el *cabaret*, abstraído, moviendo a veces melancólicamente la cabeza. Al fin se levantó, desasosegado.

—¿Se marcha usted?

—Sí, me voy...; no me divierto nada.

—Tome usted otro *whiskey* con nosotros—rogó Saavedra.

Y don Román pronunció estas increíbles palabras:

—No; es un veneno.

Y se alejó, encorvado, repentinamente envejecido, llevando dentro del alma el terrible espectro del implacable perseguidor del 1, 2, 3, 4, 5, 6. Ricardo comentó:

—Va impresionadísimo.

Laramburu, estirando las piernas sobre la silla abandonada por don Román, se encogió de hombros.

—Es un miserable—contestó—. No le apena la muerte de su amigo, sino porque le ha hecho pensar en la suya.

Saavedra rió:

—No os queréis muy entrañablemente.

Laramburu tornó a hacer su gesto de indiferencia.

—Nos despreciamos con reciprocidad. Pero yo valgo más que él. Tengo corazón. Soy un hombre perdido, bien

lo sé; no sirvo para nada que no sea esta vida; no poseo un céntimo; como y bebo porque me convidáis, y juego porque os pido dinero. Soy un hombre perdido. ¿Y qué? Muchas veces duermo al amanecer sobre esos divanes... ¿Crees que me importa? Hay alguien que si quisiera me haría cambiar en un día, en un minuto... Porque tengo corazón, y un canalla que se acueste todas las noches con su corazón, puede levantarse cualquier mañana siendo un hombre decente. Acaso ese alguien no quiera nunca...; pero si yo no esperase..., no sé...

Hablaba sin mirar a Ricardo entristecido súbitamente el rostro arrugado por las vigilias. Callaron los dos largo tiempo.

—¿Otro *whiskey?*

—Sí.

El silencio volvió. Una joven se acercó a la mesa rápidamente y puso su mano sobre el hombro de Laramburu.

—¿Tienes cien pesetas?

—No—respondió él sin moverse.

—Necesito cien pesetas; nos hemos quedado sin dinero. ¿No puedes buscarlas?

Laramburu alzó lentamente la cabeza.

—¿Estás con *él?*

—No.

—Lo he visto. Estás con él... Te he dicho ya...; si fuese otro hombre cualquiera...; pero ése, no...; te lo he dicho...

—Está bien, Joaquín. El domingo tendré la tarde libre. Pensaba avisarte. Pero será inútil que vayas. ¡Al diablo contigo!

Se marchó taconeando. Laramburu agotó el *whiskey*, se puso en pie, con las manos crispadas sobre el mantel manchado por la ceniza de los cigarrillos. Sonrió humildemente para pedir:

—¿Me prestas veinte duros?

Ricardo le miró. No había desesperación, sino ansiedad en el rostro arrugado. El joven buscó en su cartera y le ofreció el billete.

—Gracias. Es ella, ¿sabes?... Comprende... ¿Qué voy a hacer?

Se perdió entre la concurrencia, buscando a la mujer que le hablara. Era la hora más animada del *cabaret;* entremezclábanse las voces, y el humo de los cigarrillos hacía la atmósfera densa y azul. El violín de un zíngaro avisó rumorosamente a los demás violines, y la tristeza de un tango comenzó a quejarse en el salón.

Ricardo escuchó, íntimamente estremecido. ¿Dónde había oído él aquella misma canción? ¿No había sido en labios de Inés, de su novia? Sí; tenía una letra melancólica, que hablaba de un amor infortunado... Escuchó... Todo el ambiente quedó como invadido del lirismo de un amargo ensueño sentimental. Las parejas se deslizaban lentamente por el encerado *parquet,* como poseídas de la misma tristeza de la música; las burbujitas de oro surgían de fuentes milagrosas dentro del *whiskey,* y los violines embrujados de los zíngaros volvieron a hablar al joven:

«¿Estás aquí?—decía la música—. Te espero. Hace muchos días que te espero. Soy la mujercita recogida y vulgar con quien paseaste tantos días de lluvia por los soportales de una ciudad norteña. Soy la misma vida apacible de aquella ciudad. ¿Qué encanto engañoso te retiene todavía lejos de nosotros? Mira a tu alrededor. Debajo del carmín está la palidez de la fatiga, y no hay en estas existencias ningún placer que sea sincero, ningún goce que no pese después como un remordimiento o como una vergüenza, al despertar de su halago. ¿Crees que ésta es la vida grata y amable? Mira otra vez; todo es artificio, y esta alegría está—¿no lo adviertes?—fabricada también y sujeta a tarifa. Compras la alegría, como si la alegría se pudiese comprar. Arrojas tus monedas en la bandeja que te presenta el mozo, como si dijeses: «Veamos cuánta alegría dais por este dinero.» A la puerta esperan las preocupaciones y el tedio es más de una vez compañero de mesa. Entró y se ha sentado silenciosamente, más sombrío que nunca, como si él también hubiera bebido *whiskey*... He aquí la mujer más hermosa del *cabaret.* Al-

borota con su risa el ámbito. En el interior de un coche, al marchar ella y tú solos, os advertís súbitamente extraños. «¿Quién es?», te preguntas. ¿Quién es?... No lo sabrás nunca, ni, en verdad, te interesa saberlo. Sois dos extraños. Se apagará la risa, será difícil y violenta vuestra charla, y cuando un farol ilumine el interior del coche, os miraréis como si antes no os hubieseis visto. Entonces desearías estar lejos y solo. Has creído cerrar la punta de tus dedos sobre las alas de la mariposa, y la mariposa se ha escapado otra vez. Todos sois cazadores enloquecidos de una mariposa que no se deja apresar y que parece estar siempre a vuestro alcance, detenida en los ojos profundos de una mujer, en el fondo de una copa, en los números de la diabólica ruleta... Y la perseguís, y no es vuestra nunca. Bajo el sombrero que abatisteis cautelosamente sobre el musgo donde se ha posado no hay más que hojas secas y ramitas podridas: Lyda, indelicada y torpe; don Román, friamente egoísta; o ese desventurado Laramburu, arruinado, cínico y torturado por un amor de abyección... ¿No oyes a veces cómo se abre en tu alma una gran pausa reflexiva? Entonces tu juventud escucha la galopada de los años. Corren, corren... No hay tiempo para nada. Esta angustia oprime tu corazón. No hay tiempo. ¡Y tantas cosas por hacer aún!... Te parece en esos instantes tener en las manos inútiles riendas de una cuadriga desbocada. «¡Esperad!», dices. Pero los años galopan. La vida es, apenas, un movimiento de cabeza. En la adolescencia miramos a lo lejos, hacia adelante; y poco a poco, vamos volviendo el rostro, hasta que no queremos ver más que el camino ya recorrido. Cuando esto ocurra, ojalá puedas proclamar ante ti propio: «El amor me trajo una mujercita tierna y recogida, que encaneció junto a mí; el vino se calentó en mi hogar para las fiestas familiares; el dinero llegó a mi casa purificado por mi labor; la alegría corrió junto a mí como un escondido y sereno regato; no sabía cuál era su fuente, ni de dónde brotaba su rumor musical; pero ella acariciaba todo mi espíritu. ¡Bendita sea esta dulce y sonriente alegría, silenciosa como si calzase de fieltro, blanda y suave como la aterciopelada mejilla de mis hijos.»

Así habló aquella noche a Ricardo la música de los zíngaros. Y fué como esa hada que, al final de algún cuento, aparece trayendo de la mano a la princesita de quien habían apartado al doncel las malas artes de un brujo.

★

—¡Eh!—gritó una voz—. ¡Ricardo, Ricardo!

La mañana, sonrosada y fresca, acababa apenas de nacer. El agua de riego, copiosamente vertida, se escapaba por un sumidero próximo con un glu-glu que era como el estremecimiento de la calle bajo la fría ducha con que se despertaba. Un balcón se abrió, como un ojo lleno aún de pereza. Los bueyes que arrastraban un carro proyectaban al suelo conos de humo, que se aplastaban contra las baldosas, y los caballos de ómnibus parado a la puerta del hotel sacudían sus cascabeles y golpeaban las piedras con sus cascos, impacientes después del descanso nocturno.

—¡Eh, Ricardo!

Era don Román, que se había parado en la acera opuesta y agitaba las manos enguantadas. Cuando se advirtió reconocido, atravesó el arroyo, evitando los charcos con meticulosos rodeos.

—¿Qué quiere decir esto? ¿Se va usted?

—Sí; a mi pueblo, en el tren que marcha dentro de una hora. Pero ¿de qué antro sale usted a las seis y media de la mañana?

—¿De qué antro? ¡Hombre! De mi casa, de mi propio lecho. Y voy a dar mi buen paseíto higiénico hasta las ocho. Es el primer día de mi nueva existencia. *Aquello* se acabó. Puede usted reírse de mí si le da la gana, pero desde anteayer, desde que vi a mi pobre amigo muerto, no soy el mismo.

¿Qué quiere usted?... Me intimidó, y he pensado mucho... Esa vida nocherriega en locales de aire viciado..., el envenenamiento con el alcohol... No; yo tengo ya mis años, y no quiero rodar cualquier día de estos entre los pies de los bailarines o bajo una mesa de juego, con el rostro azul y los dedos engarfiados. Soy fuerte aún y puedo vivir mucho tiempo.

Saavedra se rió:

—¿Cuánto durarán esos propósitos?

—Siempre; se lo juro a usted: siempre. Tengo ya un régimen trazado: acostarme a las diez, alzarme con el alba, pasear, nada de bebidas... Y créame, estoy encantado de esta mañana tan distinta de las mañanas que he conocido. Es tan tónica, tan optimista... ¿Sabe usted lo que me parece? Que me lava el alma. Hace unos cuantos días, cualquier mañana igual a ésta sólo me sugeriría la idea de una mezcla de ginebra con *bitter*. La verdad es que la ginebra parece haber sido inventada para tomar en estas horas del día... Pero... Se acabó...; no volveré a probarla.

El conserje del hotel le avisó:

—Cuando el señor quiera...

—Un abrazo, don Román, y hasta que la casualidad nos reúna.

Golpeáronse con fuerza los omóplatos.

Ricardo subió al coche. Partió. Por la abierta ventanilla saludó aún a don Román, que, inmóvil en el centro de la calle, agitaba su bastón despidiéndole. De pronto, Saavedra se abalanzó, como si quisiera descolgarse, gritando con voz terriblemente extraña:

—¡Cuidado!... ¡Cuidado!... ¡Por Dios!...

Y volvió a desplomarse en su asiento, ocultando en sus manos el rostro demudado por el horror de una trágica escena.

Un automóvil, salido a gran velocidad de una bocacalle cercana, acababa de aplastar a don Román en aquel su primer día de confortadora vida higiénica.

AIRE DE MUERTO

I

Ustedes son muy dueños de no creer esta historia, aunque, después de todo, no sé qué iba ganando yo con engañarlos; pero mi viaje a las Rías Bajas siempre es grato, y si en las Rías Bajas buscan ustedes la tienda de ropas hechas y efectos para emigrantes «El Gran Chaco», Sociedad anónima de responsabilidades limitada, podrán comprobar fácilmente esta narración.

El caso fué que una lluviosa noche otoñal, el espíritu del portugués Joao Pinto, libre desde hacía tres años de su envoltura carnal, se dirigía de Evora a Estocolmo, para acudir a sabe Dios qué cita misteriosa, cuando advirtió entorpecida la extraordinaria rapidez de su vuelo. El espíritu de Joao Pinto iba tan alto como alta puede ir un águila, y conservaba una absoluta indiferencia entre el negro pavor nocturno, las inmensas nubes que se desflecaban sobre la tierra invisible y aquel galopar sonoro del viento, al que respondían las olas abatiendo, como un tambor retumbante, los arrecifes y los acantilados de la llamada Costa de la Muerte.

El espíritu de Joao Pinto tenía prisa. Así, cuando se notó como preso en una red que dificultaba su avance vertiginoso, experimentó una gran contrariedad. Miró hacia abajo, y vió aquí y acullá las grandes aspas de luz de unos faros que registraban el denso secreto de las sombras sobre el mar,

y vió, muy distantes, las linternas verdes y rojas de algunos vapores que danzaban solemnemente, y vió la franja de fosfórica tenuidad que la espesura creaba en el confín de la Tierra. Nada de esto explicaba el singular fenómeno. El alma de Joao Pinto, cada vez más alarmada, observó que no sólo no podía continuar su marcha, sino que descendía sensiblemente, atraída por una fuerza superior a su fuerza.

Entonces dirigió su atención a lo que ocurría verticalmente debajo del lugar en que ella flotaba. Hallábase sobre un pueblecito cuyas calles estaban apenas señaladas por el débil y amarillento resplandor de unas viejas bombillas. Ni una sombra humana era visible fuera de las casas donde el sueño y el temporal habían recluído a todo el vecindario. Pero la mirada de un espíritu atraviesa los tejados y aun los muros más fuertes más fácilmente que la mirada humana un cristal, y Joao Pinto pudo ver, sinceramente desesperado, a los culpables de que le fuese imposible llegar a Estocolmo con puntualidad.

En realidad, lo que vió no tenía gran cosa de extraordinario. Vió un piso principal y un piso bajo. En el piso bajo, entre las paredes, de las que pendían—en exposición ahora inútil en la oscuridad—camisas, camisitas, camisones, blusas, faldas, trajes de mahón, gorras, pañuelos, guitarras, acordeones, zapatos, y las estanterías en las que se acumulaban cajas de todas dimensiones, y el suelo, en el que se alineaban baúles y maletas, abiertos unos, como si bostezasen para irse a dormir en aquella honda quietud, y cerrados los otros con cierto aspecto hostil, con las cerdas de su piel de caballo o de vaca erizadas, tal como si reflexionasen ceñudamente en lo poco agradable de un viaje en la sentina de un barco hasta Punta-Arenas o Nueva York; entre las sillas de tijera, que extendían su lona casi con la horizontalidad de una hamaca, y los paraguas inmensos, de tela roja, y los vasos de cristal azulado en los que se veía un barco o la torre de Hércules y una leyenda: «Recuerdo de Vigo», «Recuerdo de Villagarcía», «Recuerdo de La Coruña»: en todo el piso bajo, en fin, entre tantos y tantos objetos más o menos útiles, tan sólo un ser vivo, un gato, animaba las tinieblas con el suave ronquido de su respiración.

En el piso principal, el espíritu de Joao Pinto pudo contemplar, en una pequeña y limpia alcoba cuyas ventanas estremecían las ráfagas, el espectáculo, siempre interesante, de una hermosa joven dormida, en la vaga luz de una lamparita de aceite; luego, varias habitaciones desiertas y oscuras, y un gabinete, cuatro personas silenciosamente sentadas en torno de un velador.

Tres cuartos de hora antes que el espíritu de Joao Pinto cruzase sobre las Rías Bajas con dirección a Estocolmo, estas personas estaban así ya, y en la misma y extraña muda actitud, apoyados los cuarenta dedos de las ocho manos en el borde del pequeño mueble, unidos entre sí los pulgares de cada cual y los meñiques con los de los vecinos; callados y quietos, los cuatro seres miraban fijamente el disco de laca del velador, en el que unos chinos cazaban mariposas y unas chinas, sentadas sobre sus piernas, erizada la cabeza de alfilerones, tocaban una rara especie de laúd.

Tres cuartos de hora. El señor Montrove—copropietario de «El Gran Chaco», Sociedad anónima de responsabilidad limitada—padecía mucho porque no había podido fumar. Suspiraba y rompía algunas veces el círculo mágico de las manos, alzando una de las suyas para rascarse la frente. Una vez dijo, con voz casi cavernosa, como si se le ocurriese algo trascendental:

—¡Qué noche de lluvia!

Pero la digna solterona Sofía Sobral—copropietaria asimismo de «El Gran Chaco», que con su hermano don Pedro, el gerente de la Sociedad; su único dependiente, Marcos Formigón, y el citado señor Montrove, había puesto sitio al velador de tres pies, acogió aquella aguda observación con un vivo gesto de contrariedad en su rostro empalidecido y enjuto.

—¡Así es imposible!—gruñó en voz baja, rápidamente—.—. Es preciso reconcentrarse bien.

Todos callaron, y el señor Montrove juntó sus cejas peludas y clavó en uno de los chinos cazadores de mariposas una mirada larga y terrible, que duró más de siete minutos, y se dulcificó después lentamente hasta adquirir esa expresión propia de los ojos de un hombre que no piensa en nada.

A las doce menos cuarto se atrevió a susurrar, como si hablase consigo mismo:

—Me parece que hoy no acudirán tampoco.

Esperaba encontrar un apoyo, promover un movimiento de opinión acorde con su escepticismo; pero nadie le contestó. Entonces suspiró para hacerse perdonar sus palabras:

—¡Será una pena!

Algún tiempo después, la cabeza de Marcos Formigón hizo un violento signo afirmativo, y sus manos desaparecieron de la superficie del mueble, como si se hubiesen caído al suelo. Entonces doña Sofía gritó:

—¡Este chico! ¡Pedro, que se está durmiendo este chico!

—¡Es una vergüenza! —censuró Montrove, que se estaba durmiendo también y que temía que lo hubiesen notado—. ¡Es una vergüenza! No comprendo cómo puede dormir tanto este chico.

—¡Chicoooo...! —amonestó don Pedro en tono de bajo profundo.

Y el círculo mágico se restableció.

En este momento fué cuando el espíritu de Joao Pinto voló sobre «El Gran Chaco» y se sintió atraído hacia él. Se debatió, primero, como un pez que se advierte arrastrado por el sedal o como una gallina en la boca de un raposo que corre hacia su madriguera. Gimió, luchó, pero todo era inútil, y bien lo sabía Joao Pinto. Se resignó, al fin, rezongando:

—¡Vaya un contratiempo fastidioso! Me van a desesperar ahora estos imbéciles.

Entre todo lo que pudiera molestar a Joao Pinto en su nuevo estado, nada había que le irritase más que esta obligación de acudir a mover los veladores en cuanto lo deseasen unos desocupados, y contestar a todas las preguntas estúpidas que le dirigían. Verdaderamente estaba furioso contra esta carga de su extrahumana existencia, y otros muchos espíritus pensaban como él. Raras veces encontraba en redor de aquellos muebles antipáticos gente culta con la que poder echar un párrafo. Casi todos los experimentadores le preguntaban por difuntos que habían sido parientes o amigos de ellos, o le rogaban que les buscase objetos perdidos. Esto era humillante. En los tres años que llevaba de muerto, Joao Pinto tenía muy estimables motivos para sentirse disgustado por tales costumbres.

Sin embargo, no era posible eludirse. Bajó, bajó, atravesó las nubes, y el tejado, y las buhardillas, y el techo de vigas recias; se acercó al velador y comenzó a hacer terribles esfuerzos para moverlo.

«¡Acabemos pronto!», se decía. Y lo obligó a inclinarse.

—¡Oh! ¡Oh!—hizo doña Sofía—. ¡Está ahí, está ahí! ¿Han sentido ustedes?

—Entonces... ¿qué es? —balbució Montrove, creyendo que se había vuelto a quedar dormido y que soñaba—. ¿Ha caído uno?

Decía esto como si se tratase de un conejo que hubiese pisado una trampa. El espíritu de Joao Pinto debió de sufrir, pero continuó moviendo trabajosamente el velador. Marcos Formigón, entre asustado y curioso, miraba el viejo trasto casero como si le hipnotizase. Don Pedro, lívido de temor, dirigía al mueble, con voz un poco temblorosa, las mismas palabras que se dirigen a un caballero para tranquilizarle:

—¡Vamos, vamos! ¡Sooo...!

Esperaba ir a ver al hasta entonces inofensivo y pacífico velador agitarse más y más, y emprender un galope furioso por toda la casa.

Sólo doña Sofía, la vieja supersticiosa, familiarizada con todas las leyendas y cuentos de aparecidos, y a la que se le hubiera antojado muy

natural encontrar un espectro detrás de cada puerta y hasta dentro de los baúles de su almacén, conservó cierta lucidez en aquellos instantes. Nerviosa, con un ligero tic en los labios, habló para recomendar al espíritu que contestase por golpes, con arreglo al método usual en estos casos. Luego preguntó:

—¿Eres el espíritu de Enrique, el de Láncara?

El velador batió dos veces el suelo con una pata, lo que quería decir: «No.»

—No. Entonces, ¿quién eres?

Si Pinto fuese a decir todos sus apellidos, se vería obligado a estar la noche entera alzando y dejando caer el velador. Prefirió contestar, somera y despreciativamente:

—Joao.

—No entiendo—dijo Sofía—. ¿Quién eres?

El espíritu de Pinto, sumido en la desesperación de lo irremediable, pensó que, para abreviar las preguntas, era preferible dar el nombre de algún difunto harto conocido. Respondió esta vez con un sarcasmo que era inadivinable en las patas del velador.

—Soy el rey don Sebastián.

—Es el rey de San Sebastián—tradujo doña Sofía a sus compañeros—; algún personaje: no importa. Vamos a ver—añadió, dirigiéndose nuevamente al espíritu—: ¿Conoces a Enrique Láncara?

—No—batió el velador.

—No lo conoce—susurró Montrove, cada vez más aterrado—. Creo que debíamos dejar que se fuese.

—Aunque no le conozcas, ¿estás enterado de lo que hace mi sobrina Ildara?

El espíritu de Joao Pinto se estremeció presintiendo un largo y fútil relato; hizo girar rápidamente el velador y golpeó el suelo una vez.

—Sí—exclamó alegremente sorprendida la solterona—. ¿Sabes que, en vida, tuvo relaciones con ella?

—Sí—respondió Pinto.

—¿Y que se hizo enterrar con dos retratos que poseía de Ildara?

—Sí—afirmó el mueble.

—¡Dios mío ¡Lo sabe todo, lo sabe todo!—comentó la anciana con júbilo—. Oye, espíritu: deseamos saber si como yo sospecho, la enfermedad que mi sobrina padece se debe al maleficio que, dentro de su tumba, ejerce Láncara sobre esos retratos.

—Sí—confirmó el velador, dando un gran brinco.

—¿Debemos, pues, quitárselos para curar a Ildara?

—Sí.

Doña Sofía elevó sus manos al cielo para bendecir al Señor por el bien de aquellas revelaciones. Deshecha la cadena, el espíritu de Joao Pinto se desprendió apresuradamente del velador, volvió a atravesar el techo y las buhardillas y el tejado y desapareció hacia el Norte, murmurando terribles denuestos. Nunca hemos tenido ocasión de conocer nuevas noticias suyas.

Cuando se convencieron de que su invisible visitante había huído, los propietarios de «El Gran Chaco» y su dependiente contempláronse los unos a los otros con estupor, como si hasta entonces no se hubiesen dado exacta cuenta del singular acontecimiento a que asistieran. Doña Sofía, súbitamente excitada, comenzó a dar rápidos paseos por el gabinete, repitiendo:

—Todo está aclarado. Para que se vea que yo tenía razón. Todo aclarado. ¿Quién tenía razón? Nadie más que yo, nadie.

Los presentes estaban harto acostumbrados a oír afirmar a doña Sofía con cualquier pretexto que nadie tenía razón más que ella. Así, no concedieron esta vez la importancia debida a sus manifestaciones. Don Pedro Sobral y el señor Montrove, aliviados de su miedo por la desaparición del espíritu, sentían esa necesidad de hablar que experimenta el hombre que sale ileso de un peligro y se lanzaron a comentar animadamente el éxito de la sesión.

—Usted no creía que asistiese ningún espíritu—acusó Sobral a su consocio.

—Es verdad—concedió éste, un poco humillado.

—Quizá no admitía su existencia.

Confiéselo usted—retó, ebria por la victoria, doña Sofía.

—¡Oh, no; eso, no! Querida amiga, ¿cómo puede usted decir eso?—protestó Montrove, que temia vagamente las represalias de los espíritus contra su escepticismo anterior—. Me aflige usted; se lo aseguro. Precisamente, yo he conocido un caso interesantísimo.

Bajó la voz para afirmar:

—Yo he sido el confidente de un hombre que habló con un espectro.

Encendió un cigarrillo, y contó:

—Era un amigo mío que estaba empleado en la Delegación de Hacienda de esta provincia, a las órdenes del abogado del Estado. Puedo declarar que este abogado era un hombre honorable a carta cabal, aunque no perdonaba las faltas de asistencia de sus subordinados. A mi amigo le gustaban bastante las diversiones nocturnas, sobre todo cuando podía beber en ellas buen vino blanco del Avia. Nunca he aprobado estas inclinaciones de él, porque el vino tinto de Amandi me parece mejor y traiciona menos. Si me hubiese hecho caso, quizá no habría ocurrido lo que ocurrió. Una mañana, su jefe quiso buscar unos documentos en lo alto de una estantería. «Señor Couceiro—le dijo a mi amigo—, hágame el favor de sujetar la escala.» Couceiro fué a sujetar la escala. «¿Podrá usted?», inquirió el jefe cuando estaba en el primer peldaño. Couceiro, que no había dormido en toda la noche, debió contestar honradamente: «No sé si podré.» Pero contestó que él era capaz de sostener con una sola mano la escala de Jacob. El vino blanco es así. Cuando el digno abogado del Estado se encontraba cerca del techo, flaquearon los brazos de mi amigo y perdió el equilibrio la escala. Cierto es que mi amigo gritó dos o tres veces desesperadamente: «¡Cuidado, cuidado!» Pero su jefe, que iba por el aire, no pudo tener ya cuidado alguno. Tan poco tuvo, que batió una sien contra la esquina de una mesa y murió.

—¿Murió?—preguntó, horrorizada, doña Sofía.

—Sin decir «¡ay!». Naturalmente, Couceiro tuvo un profundo pesar, porque era hombre de gran corazón, y hasta buen patriota, y se daba cuenta de que el Estado había perdido el mejor de sus servidores, para el que no existían horas de reposo ni días de fiesta cuando se trataba de resolver en expedientes voluminosos e inacabables esas cuestiones que a los ignorantes no olvidaba a su jefe; pero aunque no olvidaba a su jefe; pero aunque no lo hubiese intentado, sería inútil, porque una noche (cinco o seis días después de la muerte del funcionario) encontró su espectro en un callejón.

—¿Y qué hizo?—indagó don Pedro.

—Apretó a correr. Era un hombre templado. Otros no habrían podido desclavarse del sitio. A la noche siguiente lo volvió a encontrar. El fantasma le llamaba con sus pálidas manos. Entonces, Couceiro se resignó a no salir de la taberna hasta que amanecía. Y al amanecer (ésta es la verdad) tampoco salió, porque ya no podía moverse. Es lo que tiene el vino blanco. Hay que hacer honor al espectro diciendo que no entró nunca en el bodegón. Pero surgió una mañana junto a la mesa de trabajo de Couceiro, que se había quedado solo en la oficina. Couceiro comprendió que estaba perdido y que aquel fantasma le perseguiría hasta el fin de sus días, pidiéndole cuentas de la existencia que le había arrebatado involuntariamente. Se arrodilló con las manos cruzadas para suplicar. «¡Perdóneme usted! No lo hice a propósito. ¡Mandaré decir misas gregorianas!» Pocos fantasmas hay que se resistan a este ofrecimiento; sin embargo, aquél lo rechazó con una triste sonrisa. «¿Qué debo hacer?», gimió Couceiro. Entonces la aparición dijo con una voz firme, pero que parecía llegar de muy lejos: «El expediente contra el botero José Muiños (a) *Cherepa* y tres más, por contrabando de tabaco, que tenía yo en estudio, se deslizó bajo ese armario cuando caí. Lo busca el señor delegado vanamente. Entrégueselo usted.» Couceiro se puso a gatas y en-

contró el legajo. Después cruzó el dedo índice y el pulgar de la mano derecha, los besó con fervor y aseguró: «¡Será cumplida su voluntad! ¡Lo juro!» La sombra del señor abogado del Estado tornó a sonreír y fué empalideciendo, atenuándose, hasta que se borró. Y no volvió nunca a molestar a nadie.

Los oyentes del señor Montrove suspiraron.

—No quiero quitar mérito a esa relación—opinó doña Sofía—; pero, sin vanidad ninguna, creo que tiene tanto interés lo que aquí ha ocurrido esta noche, y mucho más lo que le sucede a mi sobrina.

—¡Pobre hija mía!—se dolió don Pedro.

—Mañana—ordenó la solterona—debemos reunirnos para adoptar una decisión. Ahora, acostémonos. Son las doce y media. La almohada tiene fama de aconsejar bien, y acaso al levantarnos haya trazado mi plan.

Montrove se acercó a una ventana y miró al exterior. La calle estaba oscura (todas las luces se apagaban a las doce en el pueblecillo); se oía el chorrear continuo de los reposantes canalones sobre las baldosas, el zoar del viento. Montrove se confesó, tras este examen de la noche, que era una temerosa aventura lanzarse en aquellas hoscas tinieblas después de haber estado dialogando con los espíritus. Protestó:

—¡Vaya una noche!

—Ahora llueve menos—afirmó doña Sofía con el optimismo de quien no tiene que salir de casa.

—Sí—concedió Montrove—. Llueve menos.

Y se abrochó valerosamente el gabán. Pero recordó que no debía salir sin encender un cigarrillo, y lo hizo y rehizo con extraordinarios escrúpulos, y lo encendió hasta que la cerilla le quemó los dedos.

Tampoco entonces pudo salir, porque le pareció haber perdido su paraguas. Pero el paraguas fué descubierto en seguida por doña Sofía. Montrove, con este feliz motivo, quiso contar cuántos paraguas había perdido en su vida y cierta anécdota de un día que, estando en Buenos Aires, había sido sorprendido en el campo por un aguacero horroroso. La solterona bostezó tantas veces, que cohibió el ánimo del narrador.

—¡Ea!—dijo éste, al fin—. ¡Pues hasta mañana!

—Hasta mañana.

—Descansar bien.

—Gracias.

—Y que no se alteren los nervios con todo esto.

—¡Oh!—rechazó doña Sofía—. Los míos no se alterarán.

—Ni los míos—bramó Montrove—. ¿Por qué había de alterarme? Yo no me altero nunca.

Pero pensaba con desesperación que ya no tenía más remedio que marcharse.

—Buenas noches.

Marcos Formigón, con los ojos enrojecidos de sueño, dió algunos pasos tras él, llevando ya en la mano la enorme llave de la puerta. Montrove le contempló de pronto con mirada enternecida.

—Formigón—le dijo—, esta lluvia me hace recordar que yo te ofrecí un impermeable.

—¿A mí?—interrogó Marcos, sorprendido, porque jamás le habían hecho tal promesa.

—¡Dios mío, sí! Un magnífico impermeable viejo que ya no me pongo nunca. Siempre que lo veo me digo: «Este es el impermeable que he ofrecido a Marcos, y aún no se lo di.» Mi mujer me lo reprocha siempre. ¡Tengo tan mala memoria!... Pero de hoy no pasa; te acercas conmigo a casa, en un momento, y te lo arrojo por el balcón.

Marcos insinuó:

—Muchas gracias, señor Montrove. Otro día... ¿Para qué se va usted a molestar? ¿No es mejor otro día?

—Otro día me olvidaré. Será ahora mismo. Ponte la gorra. ¡Andando! Te cobijaré bajo mi paraguas.

Y se marchó, arrastrando al joven, asido a él, como si se propusiese em-

pujarlo más pronto hacia el primer espectro que viniese para poder escapar a costa suya.

II

La hija de don Pedro Sobral había admitido los galanteos de Enrique Láncara cuando éste regresó de Compostela con su título de abogado. Todo el mundo sabe que la abogacía es la más inútil de todas las ciencias; pero no se puede negar que desarrolla en sus discípulos una terrible propensión lírica.

Enrique Láncara, cuando apareció, brillantemente licenciado, en su pueblo natal, tenía para la colectividad un valor mucho menos práctico que Marcos Formigón o que cualquiera de los tres guardias municipales que constituían el Cuerpo de Vigilancia de la villa; pero improvisaba versos con cierta facilidad, y él fué el culpable de que el único semanario que se publicaba en el distrito adquiriese, bajo la influencia de su colaboración, un matiz sentimental tan acentuado, que experimentó en poco tiempo cuarenta bajas de suscriptores.

Láncara era hijo único de un matrimonio acaudalado, y los Sobral vieron en él con agrado un futuro marido para Ildara. Pero el idilio duró apenas seis meses. Enrique murió. Muy grave ya, casi agonizante, escribió a su prometida una carta conmovedora, aunque conservaba la misma ampulosa y romántica condición de estilo a que tan aficionado era el joven antes de descubrirse su insuficiencia mitral.

«Voy a morir—decía—, sé que voy a morir. He mandado que entierren conmigo los retratos tuyos que poseo. La tumba no me inspirará temor si está tu imagen a mi lado. Creo en la supervivencia del espíritu y en la posibilidad de que, con pasos callados, pueda seguir los tuyos por la vida. En el viento que te acaricie, Ildara; en la sombra de tu cuerpo, en el rayo de sol que llegue a ti, estaré yo muchas veces. Piensa, al oír el viento, al mirar las sombras o el sol, en la soledad o entre el bullicio de la gentes: «El está aquí...» Y sentirás, aun muerto yo, toda la dulzura de mi cariño envolviéndote.»

Esta carta hizo llorar copiosamente a Ildara y a su tía, y humedeció también los ojos de Montrove y de Sobral. Unánimemente, la Sociedad anónima de responsabilidad limitada convino en que era una gran pérdida la de un muchacho tan sentimental y tan inteligente, y cuando así ocurrió, dos días después, la aflicción de aquellas honorables personas fué sincera.

Pero otra atribulación solicitó sus preocupaciones. Tres o cuatro meses más tarde la salud de Ildara sufrió un visible quebranto. Desmayábase sin pretextos la joven, andaba constantemente empalidecida y como obsesionada por un pensamiento. Perdió el apetito, experimentaba fuertes crisis nerviosas, y el horror que sus insomnios le producían obligó a la solterona a trasladar su lecho a la misma alcoba de su sobrina, y ésta le descubrió al fin el secreto de sus males.

—¡Es la carta, madrina!—sollozó Ildara, ocultando el rostro en el regazo de doña Sofía—. ¡Es la carta!

—¿Qué carta, ángel de Dios?

—La carta de Enrique.

A medida que el débil cariño de aquel breve noviazgo de la joven se iba apagando, el recuerdo de la carta del moribundo se agigantaba en ella, pero con matices diversos. Primeramente, la rememoraba con emoción, agradecida al amor que revelaba y sintiéndose asimismo penetrada de él. Deseaba, en los primeros días, morir ella también, dulcemente, para reunirse al amado. Después fué menos violento su dolor, y repetía las frases de la epístola con una melancolía que ya no le arrancaba lágrimas ni le suscitaba pensamientos fúnebres. Una noche en que el viento del mar sacudía furiosamente las ventanas y se quejaba, lúgubre, bajo las puertas, Ildara pensó en el novio muerto. Pero ahora más lo vió como muerto que

como novio, y tapó su linda cabeza con las mantas del lecho, estremecida de horror.

Desde entonces las frases de la carta fueron para ella no el adiós cariñoso de un enamorado, sino la amenaza de un difunto. Pensaba en la persecución del espíritu de Enrique, y creía sentirlo siempre en su redor, y no advertía, ciertamente, aquella dulzura que auguraban las últimas líneas de la carta, sino un pavor profundo que crecía cada noche y amenazaba con enloquecerla. Era la cautiva de un fantasma. Terribles pesadillas le hacían despertar, jadeando de ansia, con los ojos dilatados, mirando, aterrada, el leve vaivén de las sombras que en su alcoba oscilaban cada vez que oscilaba la llama de la lamparita de aceite. Por una singular especie de pudor, evitó durante mucho tiempo hacer confidencias a su familia. Pero la obsesión se acentuaba. Ultimamente, el tema de sus espantosos sueños era la aparición de Enrique, que intentaba arrastrarla hasta su propia tumba. Cuando doña Sofía oyó a Ildara, meditó un momento, y exclamó:

—Son los retratos. No cabe duda de que todo eso te ocurre por los dichosos retratos.

Lo que doña Sofía no supiese en asuntos de índole sobrenatural no lo sabía nadie en todo el antiguo reino de Galicia, que es seguramente el país que posee un caudal más amplio de conocimientos acerca de brujerías y costumbres de ultratumba. No se escapó a la perspicacia de la solterona una singularidad de los sueños de su sobrina. La primera noche, en su forcejeo con el fantasma de la pesadilla, Ildara se había desprendido de él en la misma alcoba. La segunda noche el espectro la había arrastrado hasta la calle. En la última pesadilla, Ildara había conseguido huir cuando ya veía las tapias del cementerio, blancas y siniestras en la oscuridad. El esfuerzo que hacía para escapar y la alegría de su liberación la despertaban siempre. Doña Sofía recogió atentamente estos detalles, y murmuró:

—¡Hum! Algo quiere ser eso. Algo quiere ser... ¿Y no oyes nunca cantar un gallo?

No. No se acordaba de que en sus sueños cantase nunca un gallo.

Doña Sofía acarició la frente de la joven, y ofreció:

—Yo te libraré de todo. Ten confianza en mí.

Y corrió a tener una conferencia con su hermano.

—¿Sabes lo que te digo, Pedro? Que nuestra Ildara está en muy grave peligro.

—¿Qué tiene?—indagó el padre, alarmándose.

—Tiene *aire de muerto*—diagnosticó la anciana.

—¡Oh!

Don Pedro sabía que aquello no era para tomarlo a broma. Se puede padecer *aire de gato*, *aire de muerto* y *aire de mujer preñada*. Cualquiera de ellos es bastante para ir acabando con uno, poco a poco, sin que los médicos sepan a qué atenerse jamás. Pero el *aire de muerto* es verdaderamente el más temible y el que requiere más complicados y difíciles exorcismos.

—¿De qué muerto?—balbució Sobral cuando se recuperó de su sorpresa.

—De Enrique, el de Láncara.

—Pero Ildara no estuvo ni un instante junto al cadáver. Mal pudo el aire...

—Pero están los retratos dentro de la caja del difunto.

—¡Así Dios me salve! ¡Es verdad!

Montrove, enterado de la misteriosa tragedia, opuso a las afirmaciones de doña Sofía un escepticismo intransigente. ¿A quién le contaban esas paparruchas? El no era un paleto. El había viajado; había estado en la Habana y en la Argentina; visto mundo, en fin. Y en el mundo la gente se muere del corazón, de los pulmones, del hígado y por culpa de estos y de los otros microbios. Pero ¡de *aires de gatos* y de *aires de difuntos!*... ¡Vaya, hombre! Anemia, anemia era lo que tenía aquella chiquilla. ¡Hierro con ella!

Casi convenció a Sobral; por lo menos, éste ya no se atrevió a asentir a la tesis de su hermana. Fué entonces cuando comenzaron las sesiones de espiritismo—infructuosas durante mucho tiempo—, coronadas con el resultado que hemos referido ya y que decidió la victoria francamente por doña Sofía.

La verdad es que ésta, desde aquella noche, abusó un poco de su triunfo, y, a hacerle caso, se diría que en las regiones sobrenaturales no se hacía nada sin consultársele. Sembró la casa de amuletos, colgó una bolsita con dientes de ajo del cuello de Ildara, y más de una vez llevó la inquietud al espíritu de Pedro Sobral, afirmando que había visto el espectro de Láncara, ya en un pasillo oscuro, ya a través de una ventana, ya deslizándose con aire despreocupado entre las pirámides de baúles del almacén.

Trascendieron las noticias de tan singulares ocurrencias, e Ildara dejó de salir a la calle, tanto por el reposo que le imponía su debilidad como por rehuir la curiosidad y la compasión de las gentes. Solía pasar las tardes en el descuidado jardín que se extendía tras la casa, y, al anochecer, un vago terror la empujaba hacia las habitaciones iluminadas ya. Los domingos, Marcos Formigón—que servía en «El Gran Chaco» desde su infancia y que en él vivía como dependiente interno — acompañábala mientras los dignos miembros de la Sociedad de responsabilidad limitada esparcían su ánimo en las deliciosas incidencias de una inacabable partida de tresillo.

Y fué en una de esas tardes de ocio cuando, después de un silencio duradero, inquirió Ildara:

—¿Me contarás la verdad si te pregunto una cosa?

—¿Qué cosa?—indagó prudentemente Marcos.

—¿Es cierto que hace unos días tuvisteis una sesión de espiritismo y pareció el diablo montado en un perro blanco y negro?

—¿Quién dijo tal?

—La criada.

—La criada es idiota — murmuró Marcos despreciativamente.

—Marcos—gimió la infeliz—, yo tengo mucho miedo.

Formigón enarcó sus hombros robustos.

—La verdad es—dijo con agrio humor—que nadie más que tú tiene la culpa de lo que te pasa.

—¿Por qué?

—Eso de los retratos. ¿Quién te mandó darle los retratos?

—Era mi novio.

—Claro..., si..., era tu novio... ¿Y por qué fué tu novio?—gruñó Formigón.

La pregunta era de tal modo simple, que Ildara se limitó a mirarle sorprendida y no contestó. Agregó Marcos:

—Cuando se tiene un novio y se le dan unos retratos y no se rehusa la posibilidad de casarse con él es que se le quiere...

—Hacía unos versos muy bonitos.

—¡Versos, versos! Te juro que no he entendido aún bien para qué sirve eso de los versos. Pero yo iba a decirte: cuando se quiere a un novio, ¿por qué asustarse, vivo o muerto, de él? Si una persona a quien yo quisiera se muriese, desearía seguir viéndola.

—Eso es una atrocidad.

—No es una atrocidad. Yo no les tengo miedo a los muertos. Y para que sepas que es verdad: ¿ves estas castañas de la India que me dió tu tía para librarme de las almas en pena? Pues... ¡allá van!

Marcos Formigón lanzó con toda su fuerza los amuletos por encima de la tapia. Luego cruzó heroicamente los brazos.

—¡Que aparezcan ahora esos señores!

Ildara le contempló admirativamente: pero pronto tornó a mover con melancolía la cabeza y suspiró:

—Bien hablas tú, Marcos: pero mis preocupaciones nacieron precisamente cuando yo pensé que acaso nunca había estado enamorada de Enrique.

—¿Nunca?

—¡Ay Marcos, temo que haya sido así!

Hubo un silencio.

—Eras muy niña—definió el joven en voz baja, amontonando la arena a sus pies con el recio zapato.

—Y fué el primer hombre que me habló de cariño—se disculpó ella.

—Sí, fué el primero—otorgó él—. Y en verso, que manda mucha fuerza.

Otro silencio.

—¿Sabes lo que pienso hacer, Ildara?

—¿Qué piensas hacer?

—No digas nada a nadie...

—No lo diré.

—Pues... me parece que marcharé a América.

—¿Has tenido algún disgusto en casa?

—No. Voy a hacer fortuna. Cuando tenga mucho dinero volveré. Entonces, si me dejáis, seré vuestro socio.

—Papá y madrina se apenarán mucho al saber que nos dejas.

—¡Oh! ¡Aún no tengo nada arreglado! No se lo adviertas. Es preciso que lo sepan por mí.

Volvieron a callar. El dijo:

—¿Es verdad que no quisiste a Enrique?

—Es verdad.

—Y si yo traigo esos malditos retratos, ¿me darás uno tuyo cuando me marche a América?

—Te darán en casa los de todos.

—Yo quiero uno que me des tú.

La miró con sus grandes ojos claros, llenos de bondad, y al advertir una vaga turbación en el rostro del joven, ella se sintió turbada también. Sonrió forzosamente:

—¿Por qué no he de dártelo?

—Imagina que muero en aquellos países y que dispongo que me entierren con él.

Ildara rió. Pero el silencio no volvió a ser roto, porque ambos sintieron como una embarazosa timidez. Al fin, Marcos se levantó y entró en la casa mascullando un pretexto.

En el jardín iba posándose la noche; la luna, con la cara inclinada, asomó un solo ojo sobre la tapia, como para atisbar si los espectros rondaban ya por las vereditas que invadía el musgo o entre los altos eucaliptos cuyas hojas temblaban como de miedo o de frío. Y vió una forma blanca medio tendida en un banco de piedra. Esta forma blanca no ofrecía, en verdad, un temeroso aspecto. Entonces la luna se alzó un poco más y asomó los dos ojos. Y vió que aquella forma blanca era la de una hermosa muchacha que, a su vez, la miraba. La luna está habituada a recibir las confidencias de todos los soñadores, y se entera de lo que bulle en nuestras almas sólo con que alcemos a ella las pupilas. Así, pudo saber claramente que aquella joven pensaba que cierto Marcos Formigón tenía unos ojos muy bonitos y un talle airoso y en que era dulce y valeroso y bueno. Y en que iba a exponerse por ella en la macabra aventura de disputar una reliquia a la Muerte; y en que acaso en aquel viaje a América algo tendría ella que ver también.

Tranquilizada la luna, se alzó más, y mostró la bondadosa sonrisa de su ancha boca. La luna sonríe porque—no lo puede remediar—estos vulgares ensueños, que se le antojan a cada cual únicos e inefables, le causan gracia. Da su largo paseo por las alturas, y va sonriendo y pensando sin encono: «¡Pero, Dios mío, siempre decís lo mismo! Siempre estáis así: mirándome como bobos para contarme que si *él*, que si *ella*... Hormiguitas enamoradas, ¡qué iguales sois todas!»

III

Una noche, después de cenar, Formigón pidió permiso para salir a la calle. La petición era tan insólita, que Pedro Sobral y su hermana se miraron con sorpresa. El gerente de «El Gran Chaco», Sociedad de responsabilidad limitada, dijo, al fin, con tono reservado y grave.

—Puedes salir. Creo, ya que tú lo dices, que te reclamará algún serio compromiso. Sin embargo, estoy en el deber de llamarte la atención acerca de

los riesgos que acechan a un joven que sale por las noches de su casa.

Realmente, todos los peligros que podía correr un joven que anduviese de noche por la villa eran que le mordiese algún perro o caerse al mar si se aventuraba por los oscuros malecones de madera podrida. Sin embargo, Formigón escuchó aquella advertencia un poco ruborizado, baja la cabeza y dividiendo en menudas partículas con su cuchillo unas migajas de pan, ocupación que, por otra parte, cultivan muchos hombres de genio en sus sobremesas.

Doña Sofía era dueña de un espíritu más comprensivo, y ya fuese por propia iniciativa, ya obedeciendo a un misterioso guiño de su hermano, salió al encuentro del joven cuando éste avanzaba hacia el portal, envuelto en su capa, y le preguntó maternalmente:

—¿Necesitas algo?

—Nada.

—No importa. Eres un hombre ya. No está bien que vayas así, sin dinero.

Y deslizó una peseta en la ancha mano de Formigón, que se resistía a aceptarla.

Y hete en la calle a Formigón. El aire era fresco, y cualquier vecino de las rías hubiese adivinado que la marea estaba baja sólo por el penetrante olor a algas que llenaba el pueblo. Corrían hacia el cenit rebaños de negras nubes de formas extrañas; las aspas de luz de un faro simulaban de vez en vez breves relámpagos, y el silencio era dueño de aquel montoncito de casas. Sólo al final de una calle, Marcos oyó distintamente, a través de la puerta pintada de azul de una vivienda de pescadores, el llanto desesperado de un chiquillo y una voz de mujer—la voz de Juana, la *Parrocha*—que gritaba a su marido:

—Manuel, ve a buscar la centolla para que venga a coger a Manueliño.

Y el vozarrón del *Parrocho*, que gruñía con su fuerte acento de las rías, silbando las cedas:

—¡Como vaya a buscar la centolla!... ¡Malos mengues me lleven, sinvergüensa!...

Casi frente al mar—encalmado y negro—, la cortina roja de una taberna transportaba las luces del interior como un farolón suspenso en las tinieblas. Marcos entró. Varios marineros aguardaban el flujo de la marea para hacerse a la mar en sus dornas panzudas. Un hombrecillo de revuelto pelo gris y ojos estrábicos bebía aguardiente de caña cerca del mostrador, forrado de cinc, en el que había clavadas ceñudamente, para escarmiento, sin duda, de las demás que aún andaban por el mundo, algunas monedas falsas.

Formigón estaba tan emocionado como puede estarlo un pacífico tendero bruscamente introducido, por el azar de una aventura, en un ambiente de folletín. La taberna apenas era alumbrada por unos quinqués fuliginosos; los marineros ofrecían, dentro de sus trajes de mar, sensacionales siluetas. Y aquel hombre bizco y diminuto, de revuelto pelo, era, en fin, el sepulturero de la villa.

Marcos lo contempló atentamente, como si no lo hubiera visto jamás, a pesar de conocerlo tan bien como lo conocía el pueblo entero. Ahora le parecía, sin embargo, que en aquellos grises mechones encrespados y en aquel mirar torcido había algo misteriosamente estremecedor.

«Bebe para olvidar», se dijo.

Pidió café con ron y siguió cavilando. Seguramente aquel hombrecillo, que tenía su casa junto a las mismas paredes del campo santo y en comunicación con él, había presenciado muchas macabras escenas. Acaso poseía un alma encallecida ya, curada de horrores, y llamaría a los muertos «mis huéspedes» y pisaría impasible los huesos como los enterradores de las novelas. Muchas veces le había visto ir y venir por las calles, y nunca había pensado Formigón que el sepulturero Chavín fuera un tan siniestro personaje.

Diablo, pero no estaba allí, ciertamente, para filosofar. Saludó al hombrecillo:

—¿Cómo va, Chavín?

—Robusteciendo las canillas—contestó el otro, apurando su aguardiente.

«Es un terrible cínico», observó Mar-

cos para sus adentros, y agregó en voz alta:

—¿Quiere beber conmigo una copa?

—He bebido muchas copas ya—objetó Chavín—; prefiero un vaso.

El tabernero sonrió y llevó un vaso de caña a la mesa de Formigón.

—La salud, ¿bien?—inquirió el enterrador acercándose.

—Bien.

—Es lo principal. Salud y sardinas. Si no hay sardinas no hay nada. Dicen éstos que están las rías llenas de sardinas.

—¡Ah!—comenzó Marcos, al que la noticia no le importaba—. ¡Cuánto me alegro!

—Yo también me alegro mucho.

Bebió el aguardiente.

—Sí, sí; me alegro mucho; soy feliz. La sardina es el sostén de los pobres.

—Así es.

—Y el de los ricos—aventuró Chavín, alentado por el éxito.

—También el de los ricos—concedió el joven.

—¡Y... el de todo el mundo!—gritó el sepulturero, incorporándose casi hasta juntar su rostro al de Formigón—. ¿No hay sardinas? ¡No hay dinero!

Después volvió a adoptar su primera actitud; murmuró: «¡Concho!», como para cerrar con un enérgico broche sus afirmaciones, y se hundió en una meditación profunda ante el vaso vacío. El joven estaba un poco defraudado. Mandó llenar otra vez el vaso de Chavín, y él mismo bebió, carraspeando, una nueva copa de un ron corrosivo.

Cuando los pescadores salieron se cerró la taberna. Marcos fingió una gran contrariedad.

—Lo siento, Chavín. Aún beberíamos algo más esta noche.

—Es muy tarde—gruñó el tabernero.

—¡Es muy tarde, es muy tarde!—remedó Chavín, tambaleándose—. ¿Ha oído usted lo que dijo? Pues me canta el mismo estribillo cada vez que vengo. A mí nadie me impidió nunca que bebiese: ni mi padre, ni mi difunta mujer, ni el señor alcalde. A mí el único que no me deja beber lo que me da la gana es, precisamente, el tabernero. ¿Qué? ¿Está eso bien?...

Marcos encogió los hombros.

—¡Bah! No importa. Llevaremos una botella.

Salieron con la botella.

—La beberemos en su casa de usted.

Atravesaron el pueblo dormido. Silencio en las calles y en las casas. Sólo al transcurrir ante la puerta pintada de azul del *Parrocho*, oyeron el llanto infatigable del chiquillo y una voz de mujer que gritaba:

—¡Vete por la centolla, Manuel!

Y una voz hombruna, llena de sueño, que amenazaba sin fervor:

—¡Lo que es..., como yo vaya por la sentolla!...

El cementerio estaba en la falda del monte, algo distanciado de la villa, junto a la carretera real. Los dos hombres avanzaban cogidos del brazo. Formigón cortó el incongruente monólogo de su compañero para afirmar, como en broma:

—¡Caramba, Chavín; no habrá muchos que le envidien su casa!

—¡Hermosa casa! ¡Casa higiénica!—ponderó balbuciente el borracho—, veo el mar; veo todo...

—Pero los muertos...

—Ahí tiene usted... Eso es otra cosa... ¿A usted le gustan los muertos?... A mí tampoco. Palabra de honor. Nunca he podido acostumbrarme...

—¡Vamos, Chavín! Tanto le importaría a usted entrar en el cementerio de noche como de día.

—¡Un diablo entro yo de noche!

—Si yo le doy ahora veinte duros, ¿es capaz de abrir la tumba que se me antoje indicarle?

—Ni por la salvación de mi alma. ¡El Señor me perdone! Un muerto es un mal enemigo, Formigón, aunque nunca me hayan hecho nada. Todos ellos saben que Chavín los respeta... ¿Por qué no echamos ahora un traguito?

—En su casa, Chavín.

Chavín siguió, dando tropezones, y comenzó a cantar, alborotando a todos los perros de las cercanías. Cuando llegaron al cementerio se santiguó frente a la verja que se abría sobre el lú-

gubre recinto. Poco después, en el comedor de su vivienda—una habitación pobremente amueblada con una mesa y unas sillas de pino—, encendió un candil y colocó unos vasos sobre el sucio tablero. Entonces señaló a su acompañante una recia puerta pintada de ocre sobre la que se veían clavadas muchas herraduras y un cuerno de buey; dos cerrojos de hierro estaban corridos y una llave colgada de un grueso clavo en la misma puerta.

—¡Ahí están!—dijo quedamente.

Volvió a santiguarse y se sentó.

Una hora más tarde, Marcos Formigón se dirigió a esa puerta, descorrió los cerrojos y abrió. Un soplo de aire frío conmovió la gama humeante del candil; chirriaron los goznes. Ni el aire ni el chirrido lograron que fuesen menos sonoros los ronquidos del sepulturero, que dormía absurdamente enovillado bajo la mesa. Parecía que un negro silencio se había cuajado, en un bloque impenetrable, al otro lado de la pared de la casa. La ráfaga se repitió, leve y periódica, como el aliento de un durmiente. Los ojos del joven tuvieron que mirar con fijeza unos instantes para alcanzar a ver la perdigonada de estrellas que taladraban el paño fúnebre de la noche y la sombra alta, grave y monjil de los cipreses. En el umbral, antes de pisar la tierra sagrada, en la que ya adivinaba vagamente la diseminada blancura de las losas, Marcos vaciló. Hizo la señal de la cruz. Y dió un paso hacia las tinieblas.

★

Al día siguiente encontraron su cuerpo en el camino real, con una ancha herida en la cabeza, ensangrentado y sin habla.

IV

Alrededor del lecho del herido, los miembros de la Sociedad anónima de responsabilidad limitada escuchaban con emoción el relato que su primer dependiente hacía de lo ocurrido en el cementerio, y aunque las palabras del joven rebosaban sencillez, ninguno de los tres honorables propietarios de «El Gran Chaco» podía desentenderse de ese interés un poco escalofriante, de esa sugestión del misterio que ya había experimentado leyendo en la tienda algún folletín, en los meses en que la emigración disminuye y las ventas, por tanto, escasean, y los días se hacen inacabables y tediosos detrás del mostrador.

Marcos contó cómo, una vez borracho y dormido el sepulturero, se había apoderado él de una linterna y de una palanca de hierro y se había aventurado entre las tumbas, buscando el panteón de la familia Láncara, el mayor y más presuntuoso monumento de la necrópolis.

No le costó mucho tiempo llegar a él. Si se ha de creer la narración del joven, no le turbaba la fúnebre condición del lugar ni el recelo de que los difuntos le saliesen al paso para impedir la profanación que proyectaba. Iba preocupado porque ignoraba si la trampa de hierro del panteón, que daba acceso al subterráneo donde se realizaban los enterramientos, estaría cerrada con llave o candado que estorbase sus propósitos.

—¿No viste las lucecitas de la Santa Compaña?—le preguntó doña Sofía, interrumpiéndole.

—No.

—¿Ni te tiró de la chaqueta una mano que después resultó ser un hierro de la verja de una tumba?

—Nada, doña Sofía; llegué al panteón sin que me ocurriese nada.

Doña Sofía no pudo reprimir un gesto que quería decir: «¡Es raro!»; pero se calló, y Marcos continuó su historia.

Se acercó al panteón; todo de mármol blanco, sobre el que un ángel, lleno de angustia por la defunción de los Láncaras, apagaba contra el suelo una antorcha de mármol blanco también. Formigón depositó la linterna en el suelo, arrodillóse e intentó alzar la férrea plancha pintada de verde que, al pie del mausoleo casi al mismo ni-

vel del suelo cerraba el sepulcro. Fué el instante de mayor inquietud del joven. Pero la plancha obedeció a su esfuerzo. La levantó, manteniéndola asida con una mano, y pudo ver el suave resplandor de la lamparilla de aceite que en la estrecha cripta alumbraba constantemente un altarcito donde agonizaba, en su cruz, un Cristo de expresión dulcificada por los gustos de los modernos imagineros. Una escala casi vertical permitía el descenso a la cripta. Vaciló un poco el valor de Marcos. Pero (aunque esto no se decidió a confesarlo a los miembros de la Sociedad anónima de responsabilidad limitada) el recuerdo de la promesa hecha a Ildara le animó nuevamente. Entonces, entre la plancha y su encaje, colocó la palanca de hierro oblicuamente, para mantener abierta la trampa y descender. Aventuróse otra vez a mirar. Y en este instante resbaló la palanca, y la pesada y férrea hoja, girando sobre sus goznes, cayó rudamente sobre el cráneo de Formigón.

El golpe le aturdió, tuvo sabor a sangre en la boca y le pareció que la lamparilla del Cristo producía un súbito fogonazo deslumbrador. Luchó contra aquel peso que le oprimía como si su cabeza hubiera sido cogida por terribles tenazas, y logró desprenderse. Se puso en pie, tambaleándose. Del desgarrado cuero cabelludo brotaba abundantemente la sangre. Dió algunos pasos y cayó. Entonces le asaltó verdaderamente el miedo, un miedo impreciso y confuso... Huyó arrastrándose, y le parecía que no saldría nunca de allí, como en una de esas pesadillas en que se corre y se corre, y, sin embargo, no se avanza un milímetro.

Al fin, entró en la casa del sepulturero. Chavín continuaba tendido en el mismo lugar en que le había dejado. Un viento sutil—el viento que venía de recorrer las tumbas y de rezar en los altos cipreses, que eran en los ángulos del cementerio como manos unidas que impetrasen de la altura piedad—entró tras el desventurado... Y él siguió... Entonces no tenía más que un pensamiento, en la confusión de todos sus pensamientos; huir. Rodó los peldaños que separaban de la carretera la humilde morada, y las fuerzas le abandonaron: se desmayó.

—¿Oíste aullar un perro?—inquirió doña Sofía.

—No oía más que así como un gran tumulto dentro de mí mismo.

—Sin embargo, no hay duda de que tuvo que aullar—afirmó ella—. En estos casos aúlla siempre un perro.

En un rincón de la alcoba, Ildara lloraba abundantemente. Había comenzado a llorar cuando entró y vió sobre la almohada el pálido rostro de Marcos, encuadrado en vendajes. Al principio sollozaba fuertemente; pero como esto le impedía oír el relato, prefirió seguir llorando en silencio, con gran satisfacción de los demás circunstantes.

—¿Y cómo diablos se te ocurrió ir a meterte en el panteón de los Láncaras?—gruñó Sobral sin mirar a su dependiente.

—Fuí a buscar los retratos—balbució él.

—Ya adivino que fuiste a buscar los retratos; pero ¿quién te mandaba a ti emprender semejante aventura?

Sobral, sospechando de su hermana, dejó caer sobre ella su mirada reprochadora. Esta mirada no alteró a doña Sofía, aunque tuvo la virtud de hacer ruborizar a Ildara en su rincón. La solterona opinó:

—Supongo que Marcos habrá procedido inspirado por el cariño que nos tiene. Yo no sabía nada...

—Nadie sabía nada—murmuró Formigón, recogiendo disimuladamente una ojeada de gratitud que salió del rincón de Ildara—. Lo hice sin consultárselo a nadie.

—Tal creo—apoyó doña Sofía—, y eso no disminuirá la gratitud que debemos por su buena intención a este muchacho.

—Bien, bien; pero si se divulga lo ocurrido, la Justicia querrá seguramente conocer a este muchacho y a nosotros también. Queda prohibido hablar del asunto a persona alguna.

Y, pronunciadas estas palabras, salió don Pedro Sobral de la alcoba, segui-

do de su familia y del señor Montrove, que se había limitado a escuchar el relato moviendo la cabeza y asegurándose amargamente que todo aquello acabaría en que tendrían que subir el sueldo a Marcos Formigón.

Pese a la reserva impuesta por Sobral, circularon acerca del suceso comentarios y referencias que pronto abultó la fantasía ociosa de las gentes. Se acogió al principio con benevolencia la versión de que Marcos y Chavín se habían emborrachado en una taberna del puerto, y que, acalorados por el aguardiente, habían reñido junto al cementerio. Pero alguna indiscreción de Chavín o de doña Sofía hizo barruntar la verdad, y la villa entera abandonó la hipótesis de la embriaguez, demasiado vulgar y de escasas sugestiones para la murmuración, y propaló con entusiasmo las nuevas noticias.

Casi todas las mujeres de la vecindad se acordaron de pronto que tenían que hacer una compra en «El Gran Chaco», y acudieron a él a revolver cajas, desdoblar piezas de tela, manosear puntillas, golpear baúles con los nudillos para asegurarse de su resistencia y probar toda clase de gorras en las despeinadas cabezas de sus pequeñuelos. Después, con rara unanimidad, declararon que los precios eran cada vez más caros, y que no podían comprar nada. Y, por último, también por extraña coincidencia, preguntaban si era verdad que al dependiente del almacén—retenido aún por su herida en las habitaciones—se le habían metido los diablos en el cuerpo la noche en que había saltado las tapias del campo santo, o si tan sólo ocurriera que la Santa Compaña le había atopado en su camino y le había puesto en la mano el *fachuzo* de pajas encendidas.

En sus conversaciones con doña Sofía, el grave y digno señor Montrove se lamentaba del mal que, según sus sospechas, se derivaría de todo aquello para el negocio.

—Esto sólo puede pasar en España —rugía—, que es un país atrasado. En la Argentina no hay fantasmas...

—¡No es verdad!—protestaba la solterona, indignada—. ¡Hay fantasmas en todo el mundo!

—Bueno—concedía Montrove—; pero, si los hay, no se meten en los negocios de nadie. Allí monta usted un negocio, y puede ir a la quiebra por cualquier razón; pero por culpa de un fantasma, nunca. Aquí, cuando la gente crea que guardamos un espectro dentro de cada baúl, huirá de nosotros.

El único semanario del distrito, aquel cuyas columnas tantas veces habían servido de cauce para el torrente lírico del novio de Ildara, agravó las cosas, publicando una información acerca de lo acaecido. Recogía, idealizándola, la acusación de vampirismo que pesaba sobre Enrique, y aseguraba que Marcos Formigón había penetrado en el cementerio con el propósito de realizar el conocido conjuro contra los vampiros.

«Afirma el rumor público—agregaba—que, próximo ya al panteón, delicada obra de arte que mostramos con orgullo a los forasteros, el atrevido joven vió alzarse ante sí la sombra de nuestro malogrado colaborador. Ceñía su cabeza la corona de laurel que era antaño premio de los poetas gloriosos. Su marmórea palidez recordaba la palidez de la inspiración, que tantas veces había escalofriado su cuerpo con el próximo batir de las alas. Sí. Nosotros vemos a nuestro honrado colaborador tal y como pudiera alzarse de la tumba, si es verdad que los muertos se alzan en ella alguna vez antes de ser llamados al Juicio de Dios Nuestro Señor. Y no de otra manera pudo presentarse. Acaso en la siniestra mano se habría hecho visible aquella lira ideal a la que él supo arrancar en vida acentos de honda ternura.

»Añade la *vox populi* (voz del pueblo) que la sombra del joven e infortunado maestro, cogiendo con misteriosa fuerza al imprudente profanador de su reposo, lo arrojó sobre las tapias, a la carretera, donde quedó malherido.

»¿Qué hay de verdad en todo lo referido? Tan sólo a título de informa-

ción lo acogemos. Los misterios del más allá son insondables, y la incredulidad de muchos hombres a este respecto ha sido duramente castigada; pero también la censurable y pecaminosa superstición atribuye con frecuencia crímenes fantásticos a fenómenos fácilmente explicables. Nosotros, que odiamos la vulgaridad de lo cotidiano, nos advertimos subyugados por el sentimentalismo de esa versión que asegura que el alma del poeta muerto vaga alguna vez dulcemente en torno a la amada vida. Desde luego, si hubo, no ya en todo el distrito, sino en toda la provincia, un poeta capaz de serlo hasta ultratumba, fué nuestro inolvidable colaborador y amigo el joven abogado don Enrique Láncara.»

Así decía el periódico. Montrove, al leerlo, murmuró algunos dicterios; Sobral volvió a repetir que la Justicia terminaría por intervenir en el asunto; pero doña Sofía no tuvo inconveniente en reconocer que aquel relato le había gustado mucho más que *La historia de un hombre contada por su esqueleto*, que había adquirido atraída por las promesas del título, pero que «no le acaba de llenar». Y que era una pena que las cosas no hubieran ocurrido realmente así.

V

El día en que Marcos abandonó el lecho volvieron a encontrarse los dos jóvenes en el jardín de la casa. Ildara fué y vino por los senderos, hasta que, al cabo de muchas vueltas, hallóse junto al dependiente. Entonces habló, ruborizándose:

—Tengo que darte las gracias, Marcos.

El se sorprendió tan exageradamente, que el más bondadoso e inculto profesor del Conservatorio Nacional le desaprobaría.

—¿Por qué?

—Por eso...

—¡Ah!—hizo él, como si las dos breves palabras de la joven hubiesen sido una larga explicación—. No tienes qué agradecerme.

—Sí.

—No.

Ella hizo un mohín de resignación y calló un instante.

—Entonces, nada... Había creído que lo hicieras por mí...

Marcos miró para la copa de un eucalipto.

—Más bien lo hice por tu madrina.

Ildara se alejó unos pasos, pero volvió a decir:

—Comprendo que estás disgustado conmigo por haberte puesto en ese trance; bien sé que tu herida nadie tiene la culpa más que yo...; pero yo..., yo...

Le estranguló la voz un sollozo. Entonces, Marcos, trocada su indiferencia en solícito apuro, quiso tranquilizarla:

—Pero ¡si yo no estoy disgustado...

—¡Sí, sí!

—...ni tú tienes culpa alguna!...

—¡Tengo!

Mostrábase tan atribulada, que él se vió en el caso de cogerle las manos.

—Para que veas que te engañas, te diré que yo mantego mi palabra de devolverte esas fotografías...

—Y yo te lo prohibo.

—...aunque hubieran de costarme la vida.

—¡No irás!

—¡Iré!

—Escucha, Marcos: es inútil. No me importan esos retratos. Hace tres noches que no sueño con *él*.

En esta declaración nadie advertirá que exista ningún motivo para ponerse colorada. Sin embargo, la joven se puso colorada. Formigón movió obstinadamente la cabeza.

—Mi palabra es palabra de rey.

—También dijiste que te marcharías a América.

—Dije.

—Y no te marcharás.

—¿Por qué dices que no me marcharé?

—Porque sé yo que no—afirmó Ildara, casi riendo.

—¿Por qué?

—Porque sé yo que no—volvió a asegurar Ildara, casi llorando.

Formigón le asió las manos con violencia y dijo bruscamente, encorvando su alta estatura para aproximar su rostro al de la joven:

—Me iré a América, porque un pobre dependiente como yo no puede hablar de lo que siente a una señorita como tú, hija de sus amos.

—¡Qué tontería!—murmuró Ildara.

Pero cuando Ildara murmuró: «¡Qué tontería!», Marcos no pudo oírla, porque había abandonado el jardín y se dirigía a sus habitaciones, saltando de tres en tres los peldaños de la escalera que a ellas conducían.

Entonces la joven entró en el almacén, transpuso la puerta de la jaula de madera y cristal en que el señor Montrove cuidaba amorosamente los libros de la casa y sometió al venerable miembro de la Sociedad anónima de responsabilidad limitada a una *interview* — quizá buscando precedentes — acerca de la frecuencia con que en América los dependientes se casan con las hijas de sus principales, tema que el bondadoso señor Montrove no tuvo inconveniente en explanar con aquella prolijidad con que trataba siempre en sus discursos las edificantes costumbres del continente transatlántico.

★

En las habitaciones de Marcos Formigón, el crepúsculo había entrado un cuarto de hora antes que el joven, y en las sombras se adivinaba la vaga y roja luz de unos leños convertidos en ascuas que la solicitud de doña Sofía había hecho encender en la vieja chimenea para preservar al herido del frío y de la humedad del avanzado otoño. Así, todo en la estancia era rojo y negro, y aun el mismo rojo era sombrío, y el negro estaba como teñido de sangre. En aquel confortable ambiente, los dos viejos sillones colocados a uno y otro lado de la chimenea ofrecían tan acogedor y cómodo aspecto, que nadie se atrevería a reprocharles el grasiento brillo de sus brazos ni los desgarrones por los que asomaban los pelotes de crin. Todo tenía el silencio y la pesadez de un sueño profundo, y el mismo ojo de fuego de la hoguera parpadeaba a veces como si fuese a dormirse.

En el brusco tránsito de la luz del jardín a la sombra de su gabinete, Marcos quedó como cegado, y, luego de cerrar la puerta tras él, avanzó cuidadosamente hacia la alcoba. Pero de pronto se detuvo. Destacándose sobre el fondo rojo de la chimenea, había visto alzarse una sombra.

—¿Quién está ahí?—inquirió.

Y una voz varonil respondió, mientras la sombra volvía a arrellanarse en uno de los sillones.

—Soy yo, que estoy esperando.

Marcos intentó retroceder para dar luz y conocer a su visitante; pero éste rogó con acento persuasivo:

—Hágame el favor de no encender... Tengo la ropa bastante deteriorada.

Aproximóse Formigón, y... un profundo estupor le impidió huir, como fué su primer impulso. Frente a él, iluminado de cerca por el resplandor de la hoguera, estaba el espectro de Enrique Láncara. Los ardientes leños, que todo lo coloreaban en la habitación, no alteraban la terrible palidez del aparecido. Marcos no vió en torno a su frente la corona de laurel de que había hablado el semanario, ni la lira, ni tampoco el flotante y lúgubre ropaje blanco que constituye el uniforme de los espectros. Enrique Láncara se envolvía en la toga de abogado con que fué metido en el ataúd y acariciaba la borla de seda de su birrete negro.

—Bien—gruñó—. Ya me ha reconocido usted. Siéntese. Es preciso que hablemos.

El dependiente se dejó caer en otro sillón.

—Comprenderá usted — comenzó a decir nerviosamente el fantasma—que esto no puede continuar así. Vengo dispuesto a que todo termine.

Marcos no sabía qué interpretación dar a las palabras del aparecido, y se estremeció en el asiento. El fantasma continuó, con aire preocupado:

—He vacilado mucho antes de dar este paso; pero me convencí de que

no había más remedio... Señor mío, me están ustedes llenando de oprobio, poniéndome en ridículo. En todo el pueblo no se habla más que de mí. Usted ha ido a molestarme a la tumba, y está dispuesto a volver. Y ese papelucho grotesco ha enjaretado a sus lectores una historia absurda e imbécil... Lo peor del caso es que me consta que una revista teosófica de Madrid va a reproducirla. Quedaré en una situación risible ante toda España... ¡Eso es demasiado! ¡Yo soy un difunto serio, señor mío!

Se agitó hasta el punto de parecer que se ponía encarnado. Agregó:

—Pensé primeramente en visitar al director del semanario para pedirle una rectificación; pero se me ocurrió que acaso fuera peor hacerlo. En fin: como ve, he optado por hablarle a usted, que parece el más resuelto de mis enemigos. ¿Por qué me persigue usted?

—Yo no le persigo a usted, perdone —balbució Formigón.

—Sí; usted me persigue. Sin embargo, yo no le hice mal. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Presentarme con una corona de laurel y una lira en la mano! ¡Eso es horrible. ¿Qué les hice yo, Dios mío?

—¡Caramba!—se atrevió a insinuar Formigón—. Y ¿qué le ha hecho a usted esta pobre muchacha a la que tortura tan cruelmente?

—¿Ildara?

—Sí, Ildara.

—Jamás me he ocupado de Ildara desde que falleci.

—¡Oh! ¡Oh!—hizo Marcos.

—Yo no tengo la culpa de que tenga pesadillas, y si no cenase carne de cerdo poco antes de retirarse a dormir, seguramente sus sueños serían menos desagradables. ¿Puede decir que me vió alguna vez, despierta, a su lado, como me está viendo usted?

—Pero le vió doña Sofía.

—Doña Sofía está dispéptica—afirmó con desprecio el fantasma—. Señor mío, ¿usted puede creer que yo estoy enamorado de Ildara? ¿Hay alguien tan cretino que admita la posibilidad de que un espectro ronde la calle de una moza? En vida, cuando la conocí, la amé por su nombre. Yo era poeta. Ildara es un nombre de princesa antigua o de aureana del Sil, y se me antojó que, siendo así, estaba en la obligación de amarla. La poesía nos hace incurrir en grandes equivocaciones, señor. Hoy puedo decirle a usted que conozco muchas antiguas princesas cuyos espíritus andan por ahí moviendo veladores roñosos. Y en cuanto a las buscadoras de oro del Sil, casi todas son viejas y feas. Esta es la verdad; pero entonces no la comprendía. Si Ildara se hubiese llamado Josefa, nunca la habría amado.

—¿Nunca?

—Nunca—afirmó solemnemente el fantasma.

—¡Oh, nunca!—exclamó Formigón.

—Bien. Parece que está usted enamorado de ella. Cásese usted. ¡Qué más da ésta o la otra! Parece usted un hombre poco inteligente, y será feliz. Tendrá usted dos hijos, cinco hijos... Usted engordará, su esposa engordará... Una mujer..., la ilusión de unos meses, que son un minuto... La gordura molesta mucho *después*...

Subrayó fúnebremente este «después». Suspiró, y dijo:

—Ofrezca usted que no volverá a importunarme.

Marcos vaciló.

—Pero los retratos...

—¡Me olvidaba ya de los retratos! ¡Aquella estúpida carta...! Los retratos no han estado nunca en mi ataúd.

—Usted afirmaba...

—Pero ¡afirmaba el poeta, señor mío; el literato!... Era un *efecto*, ¿comprende usted? Los retratos están entre todos los papeles y recuerdos míos que conserva mi madre. Vaya usted allí. Tercer cajón de la cómoda, a mano derecha. ¡Dichosa literatura! Ella ha tenido la culpa de todo... ¡Decir que yo me he presentado a usted con una corona de laurel y una lira!... ¡Estoy en ridículo!

Frotó sus manos con tal desesperación, que Marcos se creyó obligado a deslizar algunas palabras de consuelo.

—¡No, no! —gimió el aparecido—. ¡Tardaré mucho tiempo en olvidarlo! Yo soy un fantasma serio; yo no soy como otros fantasmas. A algunos espectros que tienen manía exhibicionista nunca les falta sitio donde coger una sábana y una cadena, y se pasean con ellas por las ciudades y por los campos, asustando a los serenos y hasta a la Guardia Civil. Pero yo nunca he querido hacerlo, y si no tuviese verdadera necesidad, tampoco me hubiese presentado a usted..., tanto más cuanto que mi toga está muy estropeada.

—¡Oh!—protestó Marcos, que quería ser amable—. No se le nota nada.

—Sí, sí—se dolió el espectro—. Está inmunda. En el ataúd se estropea mucho la ropa.

Se puso en pie.

—¿Quedamos de acuerdo?

—De acuerdo—aseguró Formigón.

—No sé cómo pedirle que me perdone usted esta molestia.

—¡Bah! No vale la pena...

—Comprendo que he debido prevenirle... Tal vez la impresión...

—Crea que he tenido un verdadero gusto.

—Adiós—dijo el fantasma.

—Usted lo pase bien—replicó Marcos con delicadeza, verdaderamente encantado de las maneras del espectro.

Y se precipitó para abrirle la puerta. Pero por la puerta no pasó nadie. Cuando el joven volvió la cabeza, la habitación estaba vacía. Sólo un soplo de viento avivó un instante la llama de la hoguera, que crepitó, desmoronóse e hizo subir un enjambre de chispas de oro por la chimenea.

Ustedes, creo haberlo advertido ya, pueden dar o negar crédito a esta historia. Marcos nunca tuvo imaginación bastante para inventar su entrevista con el difunto, y, por mi parte, no sé qué iba ganando yo con engañarlos. Nadie puede negar, después de todo, que los retratos se encontraron en el tercer cajón de la cómoda, a la mano derecha, y que Marcos e Ildara, casados ya y con hijos, engordan lentamente detrás del mostrador de «El Gran Chaco», Sociedad anónima de responsabilidad cada vez menos limitada, sin que espectro alguno haya vuelto a visitarlos ninguna vez.

FIN DE
«LA CAZA DE LA MARIPOSA»
Y
«AIRE DE MUERTO»
DE
WENCESLAO FERNÁNDEZ FLÓREZ

JOSE FRANCES

(1883)

JOSE FRANCES

NOVELISTA, *dramaturgo y crítico de arte. Nació en Madrid. Popularizó el saudónimo de* Silvio Lago *con sus magníficas críticas de arte en* La Esfera. *Secretario perpetuo de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. «Premio Nacional de Literatura» por su obra dramática* Judith. *Su producción novelesca es tan extensa como original. Varias de sus obras han sido llevadas a la pantalla y traducidas a distintos idiomas. Gran prosista de estilo muy peculiar.*

Novelas: Dos cegueras; Abrazo mortal; Alma viajera; La débil fortaleza; La guarida; La danza del corazón; Como los pájaros de bronce; La raiz flotante; La mujer de nadie; Adán y Eva; La estatua de carne; El misterio del Kursaal; El muerto; La peregrina enamorada; El café donde se ama; La ruta del sol; Entre el fauno y la sirena...

LA TELEFONISTA

A

EMILIANO RAMIREZ ANGEL

MAESTRO EN LA SUTIL Y ENCANTADORA CIENCIA
DE LAS MADRILEÑERÍAS
NOBLEMENTE LITERARIAS

I

¡CENTRAL!

—...

—Oiga, señorita; tenga la bondad de ponerme en comunicación con el café Imperial.

—...

—¿Eh?

—...

—Sí; un café. Para aquí, para Inquilinatos Estancados. Muchas gracias, señorita. Es usted muy amable.

—...

—¡Vaya si hay de qué! Para usted es una molestia. ¡Ah! Dígale que ya sabe, más leche que café.

—...

—¿Eh? No, no es eso. Es que el café me excita el sistema nervioso. Y ahora con la primavera, pues...

—...

—No, no se ría usted. Es prescripción facultativa. Me lo manda el médico. Eso, y una novia de diecisiete a treinta y cinco años, ¿sabe?

—...

—No lo crea usted. Soy inofensivo. ¿Eh?

—...

—Claro. No se le olvidará, ¿eh, señorita? Bueno, hasta luego y muchas gracias.

—...

—¿Cómo?

—...

—Sí es molestia. Además, resulta más agradable entenderse con ustedes que con el encargado del mostrador... ¡Vete a freír espárragos!

—¿...?

—No, no, señorita. No era a usted eso de los espárragos. ¿En qué cabeza cabe? Era a un compañero de oficina a quien le molesta nuestra conversación.

—...

—Claro. Cómo iba yo a faltar a la señorita... ¿Cómo?

—...

—¡Ah! ¡Muy bien! Pilar. Es un nombre muy bonito, muy... ¡Animal! Es el compañero, ¿sabe? Se empeña en cortarme la comunicación... ¿Y el apellido, señorita Pilar?

—...

—¿Cómo? ¿Marina? ¡Ah, Marquina! Muy bien, muy bonito... ¿Eh? ¿Que pide comunicación el ochenta y ocho, ocho, ocho? ¡Déjelo! ¿Eh? Oiga, oiga, Pilar..., ¡señorita Marquina! ¡Oiga! ¡Central! ¡Central, que no se olvide: más leche que café!... ¡Oiga! ¡¡¡Central!!! ¡Nada! ¡¡Se fué!!

Y Paco Mendoza se separó del teléfono. Luego, al sentarse en la mesa contigua a la de Manolo Ríos, exclamó:

—¡Eres intolerable! ¡Me has hecho meter la pata!

Manolo Ríos se echó a reír. Desde su mesa, don Acisclo murmuró:

—Que poca formalidad tienen ustedes. Lo peor será que nos quedemos sin café.

—Ríos tendrá la culpa, don Acisclo. Y es que le da envidia, ¿sabe usted?, porque a mí, siempre que pido comunicación con el café, se empeñan ellas en avisarlo directamente.

—¡Toma! Y a mí también. Es una costumbre.

Don Acisclo se ajustó las gafas que tenía sobre la frente, y empezando a escribir el «Tengo el honor de poner en el superior conocimiento...» de una minuta, repuso:

—Pues yo no tolero que me hagan esos favores. Luego se toman confianzas esas señoritas y no hay medio de entenderse.

—¿Con ellas? —preguntó maliciosamente Ríos.

—¡Con el Nuncio! Que están ustedes siempre de chirigota. Así nos vemos como nos vemos. Un país que sólo come cocido y hace retruécanos, es un país muerto.

Sonó bruscamente el timbre del teléfono.

Ríos y Mendoza se pusieron de pie de un salto y empezaron a forcejear.

—¡Déjame!

—No. Ahora me toca a mí...

El timbre, penetrante, agudo, insistente, seguía llamando.

Entonces don Acisclo intervino:

—¡Vaya! Ni uno ni otro. Iré yo.

Y don Acisclo, acercándose al teléfono, preguntó:

—¿Eh? ¿Quién llama?

—...

—¡Con el Nuncio!

—...

—No es groseria, es una muletilla. Porque yo tengo muletillas, pero no tengo ganas de bromas, ¿lo entiende usted, señorita? ¿Eh?

—...

—Sí, señora. El Registro de Inquilinatos Estancados. Eso es. ¿Eh?

—...

—Bueno. Tengo lo que me da la gana. Adiós.

Y don Acisclo, al separarse del teléfono, dijo muy indignado:

—¿Lo ven ustedes? Así se las habla.

—¿Y qué querían?

—Nada. Decir que ya habían avisado al café, y ahora les ruego a us-

tedes que no utilicen el teléfono para tonterías.

Paco Mendoza y Manolo Ríos no contestaron. Inclinándose sobre sus mesas respectivas, se pusieron a escribir.

En el súbito silencio sólo se oía el rasguear de las plumas sobre el áspero papel de los oficios.

Por la ventana entreabierta entraba el sol dorado de una mañana de junio. El cielo tenía clara y tersa limpidez azul.

II

Cotidianamente se reunían en la oficina de Registro de Inquilinatos Estancados los tres hombres.

Don Acisclo era el jefe; Paco Mendoza y Manolo Ríos, los oficiales.

Dependían del Ayuntamiento, y un tedio abrumador entristecía sus horas respectivas.

Fuera, al otro lado de la ventana, abierta siempre como una constante aspiración a la libertad, la vida iba ruidosa o humilde, activa o sencilla, mala o buena. Pero con una palpitación y una lógica razón de ser, que, dentro, en el Registro de Inquilinatos Estancados no había.

Eran tres hombres-máquinas, tres autómatas burocráticos, tres prolongaciones del Impuesto de Inquilinatos que allí se detenía y estancaba en legajos, y expedientes de morosos y fajos de recibos incobrables.

Para solaz y descanso colectivo, tomaban café los tres, de uno que avisaba invariablemente al café Imperial. Para solaz y descanso individual tenían distintos entretenimientos.

Don Acisclo hacía pitillos y descifraba los pasatiempos de las revistas ilustradas. Paco Mendoza escribía versos y redactaba anuncios hiperbólicos para una fábrica de camas. Manolo Ríos alternaba sus lecturas: unas veces leía novelas francamente pornográficas, otras veces novelas de misterios policíacos, y en todo momento los innumerables periódicos taurinos; con lo cual se embrutecía por partida triple.

Sin embargo, en el fondo de estas tres psicologías dormidas o adormecidas solamente, surgían fugaces chispazos de rebeldía; era cuando don Acisclo, al oír las confidencias de los jóvenes, pensaba en lo que «podía haber sido». Era cuando Paco Mendoza buscaba un consonante difícil o una imagen poética audaz; cuando Manuel Ríos libertaba momentáneamente su espíritu de las absurdas fraseologías taurinas, o de las truculencias detectivistas, o cuando la demasiado realista descripción de un episodio galante le ponía ante los ojos el amor con desnudeces femeninas.

Paco Mendoza, que era un sentimental, y Manolo Ríos, que era un sensual, pensaban entonces en su porvenir, en algo que rompiera la parda monotonía de sus días siempre iguales.

Por eso el incidente de aquella tarde de junio, en que una telefonista coqueta—quizá gentil, acaso bonita y tal vez propicia a las aventuras—alentó las palabras de Paco Mendoza, desde el oculto misterio de la Central de Teléfonos, sirvió para inquietar a los tres hombres.

Don Acisclo se enfureció; Manolo Ríos sintió espolazos de lujuria en su carne, y Paco Mendoza, romántico, gozó en su espíritu el presentimiento de una futura ensoñación.

III

Aprovechando un momento en que don Acisclo salió a llevar la firma al jefe superior inmediato. Paco Mendoza se acercó al teléfono y oprimió el timbre.

Manolo Ríos, que estaba entonces en plena elucubración policíaca, levantó la mirada:

—¿Qué vas a hacer?

—Ya lo ves: pedir comunicación.

—¿Con la señorita Marquina?

Mendoza tardó un rato en contestar; luego, con voz temblorosa, con los ojos

humildes, estremecido todo él por la emoción, contestó:

—Sí... Pero, oye, un favor... Te ruego, te suplico, que no me interrumpas. Otro día te tocará a ti.

—¿Con la señorita Marquina?

—No, hombre, no. No seas bárbaro. Ahora déjame a mí. Luego ya veremos... Puede que ella tenga alguna amiguita... ¿Comprendes?

Y como en aquel momento vibraba el timbre del teléfono, y como Manolo Ríos estaba en un episodio sugestivo de deducciones policíacas, Paco Mendoza pudo empezar tranquilamente su conferencia.

Al principio fueron excusas triviales de la conducta de don Acisclo. Después la charla se tornó picaresca, ingeniosa, con esos fuegos artificiales de la palabrería que prolongan siempre los callejeros idilios madrileños.

Por último, Paco Mendoza fué enseriándose, adquiriendo su voz aquella opaca gravedad que le acariciaba su propia alma romántica.

De cuando en cuando les interrumpía el timbrazo imperativo de una llamada y la voz impaciente de un abonado. La telefonista contestaba invariablemente: «Tenga la bondad de esperar un momento, que está comunicando»; y seguía, atenta, enorgullecida de la cálida charla de Paco Mendoza.

—...No; no sería usted, Pilar; cuando nos empieza a interesar una mujer, preferimos sus silencios a sus risas. Al principio nos conformamos con divertirlas, con entretenerlas, apareciendo ante ellas como «chicos de gracia». Luego..., al menos a mí me sucede así, somos un poquito más exigentes; desearíamos que no vieran en nosotros más que un «chico de gracia».

—...

—¿Eh? ¿Burlona? No. Su voz me dice lo contrario. No sólo hablan las voces por las palabras que dicen. Hablan también en ellas el acento, el ritmo cantarín con que buscan las ajenas. Usted tiene una vocecita suave y dulce, vocecita de monja, como una que oía los domingos cantar en un convento de mi pueblo durante la misa mayor y que me enamoró con toda esa candidez de los diecisiete años...

—...

—No; no las vi nunca a aquellas monjitas, como a usted no la veo ahora... Pero por su voz la adivino tal como es. Tiene usted voz de rubia... ¿Se ríe? ¡Ah! ¿Luego he acertado? Sí, sí... Estoy seguro de ello. Usted ha de ser rubia, alta, muy blanca, con los ademanes lánguidos y una infinita melancolía en los ojos.

—¿...?

—No; no es usted morena. La voz de las morenas nos causan una sensación diferente. Llega más pronto a los sentidos que al corazón.

—¿...?

—¿Los ojos? ¡Verdes! No me desmienta usted. Han de ser entre verdes y azules. Ojos para celestes sueños y para inquietantes impaciencias. Tan pronto parecerán que acarician como que desdeñan. Pasará por ellos el desdén hecho cabrilleos de oro o mansa quietud de hogar en su azul serenidad de remanso.

—...

—No; no estoy leyendo en ningún libro, sino en mi corazón. Crea usted que no es incompatible depender del Ayuntamiento y ser un poco poeta. Y mire usted qué casualidad. Siempre que he escrito un verso, me brinca ante los ojos, sobre las cuartillas, una figura de mujer alta, rubia, delgada, con las carnes muy blancas y los ojos verdiazules.

—...

—Sí, sí. Así ha de ser usted. Lo he conocido en cómo le temblaba la voz al protestar la primera vez. Mentía usted, alegre de su mentira.

—...

—No es verdad, Pilar. Es alegría, gratitud de que usted sea tan buena, proporcionándome esa alegría. ¿No tiene para usted cierto encanto extraño esta charla en que las palabras fueron al principio como bombones y ahora son como flores? Yo sé decirla, amiga mía, que prolongaría este rato mucho tiempo, retardaría hasta no sé cuándo el momento de vernos...

—...

—¡Bien sabe Dios que no! Estoy seguro de no sufrir un desencanto. Pero ¿y usted conmigo? Yo soy un buen muchacho, Pilar; pero estoy muy lejos de ser lo que llaman un buen mozo. Todo lo contrario. La vida ha sido cruel conmigo. Mi madre lloraba al ver los niños bonitos de otras madres.

—...

—¡Pobre de mí! No es que sepa hablar bien. Es que así, admirándola sin verla, me siento algo más valiente. Pero si alguna vez nos vemos, se encontrará un hombre más soso que feo..., y de feo tengo un rato largo, como dicen los chulos. ¡No le haga usted caso a ese pelma! Dígale que está descompuesto el veintisiete treinta y ocho... ¿Eh? Bueno, esperaré.

Aprovechó el momento para mirar a su compañero; Manolo Ríos seguía ensimismado en la lectura. Un silencio ancho envolvía el despacho.

Manolo Ríos, sorprendido por este súbito silencio, levantó la cabeza.

—¿Has terminado ya de decir majaderías?

—Todavía no, Manolo! ¡Chico! ¡Qué mujer! Esta me parece que es la definitiva.

Manolo Ríos se encogió de hombros.

—Los he conocido primos... A lo mejor es una socia que se sabe de memoria las casas de citas.

—¡Manolo! Eres un animal.

—Y tú un pipi alumbrao. En fin, ¡a mí con seltz!

Y volvió a leer tranquilamente.

Paco Mendoza esperó unos instantes. La voz dulce, cantarina, de Pilar volvió a sonar en su oído.

—...

—Tiene usted razón. Los hay muy groseros. ¿Eh?

—...

—¿Cómo? ¡Es imposible! Yo no me atrevería a proponerlo a usted. Gracias, Pilar. Es usted muy buena. ¿A las dos? ¿En punto? ¿Cómo? ¡Ah! Sí; entendido. Mañana entra usted a las ocho y sale a las dos. Conformes. Esperaré en el portal del Bazar.

—...

—Pues tiene usted razón. A usted sí que la conoceré en seguida. Rubia, alta, etcétera. Pero ¿y usted a mí? ¡Ah! Ya sé. Tendré un ramo de violetas en la mano y un librito pequeño de pasta roja. Mire, éste. ¿Seré estúpido?

Se despidieron como empezaron: riendo con esa contagiosa alegría que pretende disfrazar la emocionada esperanza de un nuevo amor.

Manolo Ríos también soltó la risa. Una carcajada grosera, procaz, que a Paco Mendoza le hizo daño.

—¿De qué te ríes?

—De ti; quieres hacer el Romeo y haces el Colás.

—Mejor. Tú ni para Romeo sirves.

—Yo prefiero Romea... Bueno, hombre; de modo que a las dos en punto en el Bazar de la Unión, un ramo de violetas, un libro rojo, la muchacha rubia, y...

Bruscamente le interrumpió el ordenanza. Detrás de él entró un repartidor de telégrafos.

—Don Francisco, este chico que trae un telegrama para usted.

—¿Para mí?

—Sí, señor. Para el señor Mendoza... He ido a su casa; pero como decía «urgente», le he traído aquí.

Mendoza palideció. Había firmado el recibo con mano temblorosa y ahora miraba estúpidamente el telegrama, sin atreverse a abrirlo.

—Pero ábrelo, hombre—dijo Manolo Ríos.

—No me atrevo... No me atrevo... Los telegramas siempre son para algo malo.

Pensaba en su madre y en su hermana Lucía, hundidas en el fondo de un pueblecillo de la montaña santanderina. Sólo de allí, como un grito de súplica o de adiós, como un jirón de alma, podía venir el telegrama.

Lo abrió y lo leyó rápidamente: «Mamá gravísima. Ven inmediatamente.»

Luego leyó más despacio, deletreando las palabras. Y, por último, toda la angustia terrible le subió en lágrimas a los ojos, en sollozos a la garganta, y le dobló las piernas, tirán-

dole de bruces sobre la mesa de trabajo.

—Mamá... Mamita de mi alma...

Volvía a encontrar su voz la pena de los años infantiles, cuando la madre lloraba por los niños bonitos de otras madres.

Manolo Ríos leyó el telegrama.

—Vamos, chico, tranquilízate... Se aliviará.

—No... Es que está muerta... Mamá..., mamita de mi alma...

—¿Y qué vas a hacer?

Bruscamente se levantó. A través de las lágrimas le chispearon las pupilas.

—Irme. Esta noche misma. Ahora veo al habilitado, le pido dinero y...

Salió dando un portazo. Como loco, como borracho, tropezando con las paredes del oscuro carrejo.

Manolo Ríos dejó el telegrama y cogió el libro encuadernado de rojo.

—Tendría gracia..., muchísima gracia—murmuraba pensando en la telefonista rubia.

IV

Desde las dos menos diez esperaba en la puerta del Bazar de la Unión. Se había ya leído cuatro o cinco periódicos taurinos de esos de cinco céntimos y de los títulos con K. Al oír las dos en el reloj de Gobernación, pensó que era llegado el momento de abrir el librito empastado de rojo y de mostrar bien visibles las violetas. Pero cerró en seguida el libro. «Versos y en francés. Aquel Paco Mendoza acabaría mal, no le cabía la menor.»

Sonrió a la idea cómica, de vodevil, de Mendoza, que ya estaría en su pueblo, mientras él le suplantaba cerca de la novia probable.

Si algún resquemor podía quedarle a Manolo Ríos se le borró por completo al mirarse de reojo en el espejo de Urquiola.

¡Bah! La telefonista no perdía nada en el cambio. Entre Paco Mendoza, flacucho, escuálido, con el traje lleno de corcusidos y el alma de suspiros, y él, buen mozo, bien trajeado, siempre con cinco duros en el bolsillo y ganas de juerga en el cuerpo, una mujer no podía vacilar.

Empezaban a salir las telefonistas con gran estrépito de risas y frufuteos de faldas claras, como una simbólica invasión del verano ya tan próximo. En la calle esperaban los novios, alguna madre... Bastantes se marchaban solas, taconeando gentiles con sus zapatitos viejos y deformados sobre el oscuro asfalto de la Puerta del Sol, arrancándole gotitas del reciente riego.

Muchas, casi todas, miraban solapadamente o cara a cara a Manolo Ríos, que llegó a azorarse un poco.

«Si que debo hacer un papelito de rollo higiénico—pensó—con estas violetas y con este libro que parece vengo de la escuela.»

Tentado estuvo de echarlo todo a rodar y marcharse detrás de la primera que le gustase.

Se contuvo. Esperaría aún. Había pasado el tumulto primero. Ahora salían las rezagadas, poniéndose el velillo sobre las cabelleras negras y rubias. Pero ninguna parecía ser la esperada. Si al principio, viéndole envuelto por la luz de la anchurosa plaza y medio borradas ellas en la penumbra del portal, le miraban con los ojos curiosos al rostro de varonil belleza o con ojos envidiosos al bonito ramo de violetas, en seguida cruzaban indiferentes y se reunían con el novio que esperaba fuera.

Manolo Ríos ni siquiera se atrevía a piropearlas por temor a que le sorprendiera Pilar Marquina. Volvió a abrir el libro y leyó inconsciente, sin entenderlos, unos versos:

C'est una laide de Boucher
Sans poudre dans sa chevelure,
Follement blonde et d'une allure
Venuste à tous nous débaucher.

«La tuya, niño», sintió deseos de exclamar. No había entendido más que lo de «rubia»: *blonde*, rubia; eso lo sabía hasta don Acisclo, que no se distinguía por sus conocimientos filológicos.

De pronto le brincó el corazón. Sí, aquella rubia que avanzaba hacia él

sonriendo debía ser Pilar Marquina. Le miró el ramo de violetas; luego, a los bigotes rubios, y se echó a reír. Le chispeaban las verdes pupilas. Manolo Ríos se le acercó sonriente y llevándose la mano al sombrero preguntó:

—¿Es usted Pilar?

—Yo no. ¿Y usted?

En sus mismas narices le soltó la carcajada. Luego siguió andando hacia la calle Mayor sin dignarse volver la cabeza, en la que el oscuro velillo apagaba un poco los áureos reflejos de la espléndida cabellera.

Manolo Ríos se quedó estupefacto. Miró en torno suyo, temeroso de que alguien se le riera. Pero el único testigo de la escena era el vendedor de periódicos y para éste aquel señorito era sagrado. Le había comprado de una vez seis periódicos taurinos.

«¡Ea!, estoy haciendo el primo. Como si una mujer, después de las tonterías que dijo ayer por teléfono el Colás de Mendoza, le hiciera caso a ningún hombre.»

Y ya iba a marcharse cuando sintió pasos menuditos y taconeadores en la escalera.

Esperó a ver, sin confianza, sin entusiasmo. Una morena, menudita, gordezuela, con el pelo muy negro y muy brillante y los ojos más brillantes y más negros todavía. Para más exaltadora exuberancia carnal, llevaba una blusa de seda roja y al andar rojeaban también las medias entre el parco revuelo de la negra falda.

«¡Qué lástima! ¡Y que no es castiza ni na la niña!...

Pero ella iba directamente hacia él, sonriéndole, poniendo, sobre la sana calidez del rostro, un relámpago de nácar, los dientes blanquísimos...

—¿Me ha esperado usted mucho? —le preguntó.

—¿A usted?—contestó un sí es no es desconfiado, temeroso de una burla como la anterior.

—Digo; creo que será a mí.

—A usted... A usted la espero yo desde que nací. Y muy pronto hará treinta años de eso...

Miraba de reojo a la escalera temiendo que apareciese la otra telefonista alta, rubia, a quien Mendoza ofreció las violetas y el corazón y a quien él estaba dispuesto a dar lo primero.

—¡Pues andando!

—Por mí y con usted, al infierno, negra.

—¡Ay hijo! Eso, no... Que bastante nos abrasamos aquí. ¿Ha visto usted qué calor?

Y sin pedir permiso cogió el ramo de violetas y se lo prendió en el pecho.

—Lo que he visto es una frescura que apulmona...

—¿Sí? Cómprese un poroso.

Y le miraba levantando hacia él la cabecita morena, entornando los ojos negrísimos.

—Lo que yo me voy a comprar son siete docenas de baberos para mirarla a usted sin mancharme la corbata.

—Espere siquiera nueve meses, y se hace el gasto de una vez... Bueno, aquí sobran dos, y usted es uno.

—El otro es el tío de los periódicos...

—La otra soy yo... De bien poquito le sirve a usted estudiar tanto. ¡Digo! Si llega a ser verde el librito.

Manolo Ríos se encogió de hombros.

—Esos los tengo pa leérselos a usted junto al pabellón conforme se va de la nuca a mano izquierda.

—Se agradece; pero soy un poquito tenienta.

—Lo que es usted, es pero que la mar de *fetén*.

—¿El qué?

—*Fetén*, castiza. Conque ¿nos lanzamos a la *rue* o esperamos que pasen las burras de leche?...

Inconscientemente miró hacia la escalera.

—¿Qué mira usted?

—Nada... Si había corriente de aire...

Salieron del portal riendo. Luego se pusieron repentinamente serios. Anduvieron un rato silenciosos.

Ella olió las violetas.

—¡Ah! Muchas gracias. Me gustan más que los toros.

—¡Ay mi madre! ¿También eso?

—¡Digo! Soy madrileña por los cuatro costados.

—Entonces, ¿de Belmonte?

—¡De Belmonte! A quincito la entrada, pasen, señores, pasen... No es por ahí... El soldado romano. ¡Ele!

—Bueno..., bueno... Ya hablaremos de eso..., doña... ¿Cómo?

La muchacha se paró en seco.

—¿Ahora estamos así? Pero... ¿usted no es Paco Mendoza?

Fué a decir que no. Se acordó a tiempo.

—Paco Mendoza soy.

Ella había vuelto a reír con aquella risa burlona, ruidosa, que le ponía relámpagos de nácar en los dientes y temblores venusinos en el pecho, bajo la seda grana de la blusa.

—¡Ah, vamos! Ya comprendo. Pero ¿decía usted de verdad lo de rubia con los ojos entre azules y verdes, muy delgada, con los ademanes lánguidos?... ¡Ay mamá, que languidezco!...

Súbitamente se dió cuenta Manolo Ríos. Como siempre, el infeliz de Paco Mendoza había hecho el *indio* por teléfono.

—¡Yo qué me voy a creer! Usted es Pilar Marquina. Me lo ha dicho Nick-Carter.

—¿Quién?

—Un poli amigo mío. De seguida comprendí que se estaba usted caneando de mí. Le decía rubia y sabía que era usted morena. Le decía los ojos azules y estaba convencido de que tenía usted dos carbones embetunados por pupilas; le decía que alta y delgada y sabía que era usted así, como una bolita de pimienta. ¡Y si viera usted cómo me reía por dentro cuando la llamaba lánguida! ¡Lánguida usted, que debe tener pólvora, azogue y la música de cien organillos en las venas!...

—¡Tiene gracia! Pues yo, ¡que se muera su novia si miento! Palabra que me había creído que era usted un poeta modernista de esos con melenas y todo... Las ganas que me daban de gritarle por el teléfono: ¡Lilas! ¡Lilas! ¡De la Casa de Campo, lilas!

—¿Y no soy así?

Ella le miró torciendo la cabecita morena sobre el hombro.

—Pa mí que no. Pa mí que es usted un guasón de pronóstico.

—¿Y cómo le gusto a usted más?

—Con arroz, y que luego resucitara usted para marcarnos un *tuesten* en casa de Juan. ¿Sabe usted lo que tenía pensado? Llegar, coger las violetas (me gustan las violetas más que los nardos, y los nardos es que me desequilibran); bueno, coger las violetas, dar un poco de coba, y luego... ¡La espantá!

—Pero no contó usted conmigo, que me ciño más que el Juanito.

—Yo ya he pasado a segundas letras.

—Juanito Terremoto, señor.

—¡Ay su madre! ¿Belmontista? Ahora sí que me ha dao usted el té.

—El té y siete bocados y medio en ese lunar que tiene usted en el carrillo izquierdo, la voy a dar en seguida.

—Cuidado con los coches. A ver si asusta usted a ese guardia... Bueno, y ahora a separarnos...

Manolo Ríos miró en torno suyo. Estaban en la calle Ancha de San Bernardo, frente a la calle del Pez. ¿Por dónde habían ido? No lo sabía.

—Pero qué, ¿no quiere usted que la acompañe hasta su casa?

Se puso seria.

—No.

—¿Por qué?

—Porque no. Mi madre no quiere novios. En todo el barrio tengo fama de muy formal. Por ahora es mejor..., ¿no le parece?

Había cambiado repentinamente de expresión. Después de la picaresca charla, de los chulones donaires, asomaba en ella la reflexiva fortaleza de la mujer madrileña.

—Es más: otro día no llegaremos hasta aquí. Yo vivo ahí cerca, en la Travesía de las Pozas.

—Mala calle.

Pilar Marquina tuvo un gesto de altivez.

—Para una mujer honrada no hay calles malas, amiguito. Y si no le gusta a usted, cásese conmigo y me toma un principal con baño y termosifón en el barrio de Salamanca. ¡Nos ha

revacunao el hombre! ¡Con dos cochinas pesetas que gana una, íbamos a vivir en el Palace!

Manolo Ríos le cogió la mano, regordeta y cálida.

—Vamos. No se ponga usted así.

—¡Allá películas! ¿A ver si se cree usted que una se ha criao en el Sagrado Corazón? Además, que eso no quita para que yo sea más decente que la Cibeles. Y basta de charla, que deben de ser las tres y mi pobrecita vieja debe de tener la barriga como para tocar el tambor en ella. ¿Hasta mañana, Paco?

—Hasta mañana, Pilar.

Se estrecharon las manos sonriendo, mirándose a los ojos.

Después Pilar echó a andar muy de prisa por la calle del Pez arriba. Pero de pronto se volvió y llamó con la mano a Manolo Ríos.

—Se me olvidaba. Que mañana salgo a las diez de la noche.

—Me acuesto a las ocho—bromeó él.

Ella hizo un mohín y volvió la espalda. Antes de torcer por la primera bocacalle de la izquierda, volvió la cabeza, y en la carne morena del rostro chispearon, nacarinos, sus dientes.

V

Al rumor de las pisadas de los novios huían levemente asustadas las aves.

Surgían de los macizos laterales, con un áspero estremecimiento de las hojas recién brotadas o una casi imperceptible ondulación de la hierba menuda y bañada de rocío. Urracas que trazaban en el aire una línea negra, gorriones que eran como pedacitos de tierra, saltando enamorados del cielo azul... Luego quedaban temblando sobre una rama, demasiado débil todavía.

Y ocultas en las copas de los árboles, en los macizos, detrás de las espesuras, andando a saltitos menudos sobre la arena de las avenidas, más pájaros. Una gozosa greguería que rimaba a juventud con la suavidad fresca de la mañana y el cielo limpio de nubes y el aroma primaveral de los paseos; con las lentas paseatas de amantes con los trajes claros y las claras risas de mujer que aparecían y se perdían sobre los bucólicos fondos verdes...

Apenas hacía dos horas que amaneciera. El sol se tendía tibio, sin la abrasadora y cegadora luz que tendría después. Por los regatos iba el agua en su fugitiva limpidez de cristales con un gluglú dulce y caricioso.

Manolo y Pilar fueron de los primeros en entrar al Retiro. Ella le mintió a su madre una excursión con varias compañeras antes de ir a Teléfonos. El la esperó en la puerta del Ministerio de Gracia y Justicia, cerrada aún. Casi desierta la calle Ancha. Sólo alguna que otra ramera rezagada, trágico el rostro de payaso enfermo bajo la lívida luz de amanecido, cruzaba de acera a acera, con las manos en los bolsillos del delantal, tarareando una canción obscena.

★

Estaba mediado junio. Ya habían transcurrido veinte días desde el encuentro en el portal del Bazar. Manolo y Pilar se veían cotidianamente. Unas veces a las dos de la tarde, otras a las diez de la noche. Poco a poco ella se fué enamorando del mozo jaquetón y pinturero. No muy exquisita de gustos ni muy cultivada su inteligencia, le seducían los garbosos ademanes, un poco chulos, la parleta ingeniosa y viva, el sensualismo que le brincaba en los ojos, le temblaba en los labios, le engarfiaba las manos, y que para ella tenía la perversa sensación de un perfume demasiado penetrante.

A Manolo Ríos le encantaba Pilar. Era la realización, la encarnación de todas sus aspiraciones. Grata promesa para su sensualidad y grato orgullo para su vanidosa fanfarronería de buen mozo. Tanto como le agradaba su charla inquieta y pícara—que el amor fué, no obstante, enseriando algo y llenándola de emocionadas pau-

sas—, le halagaba ver cómo, después del alma, le rendiría por completo el cuerpo.

Pilar Marquina era uno de esos tipos, tan frecuentes en la mujer madrileña, que unen a la excesiva libertad de palabras y costumbres una altiva y fiera castidad; pero a quienes esa misma libertad, ese habitual roce con el vicio y la obscenidad, las tornan indefensas y envenenadas de fatalidad cuando se enamoran de un hombre y ese hombre es un canalla.

Con igual claridad que su novio, veía ella acercarse el momento terrible en que no podría negarle nada, y, sin embargo, cerraba los ojos, ensordecía su instinto de defensa, temblaba de miedo... y de ansiedad.

En los retornos nocturnos buscaban las calles oscuras y tortuosas. Iban a pasos lentos, muy juntos, cambiando besos que la abrasaban la boca y que luego la desvelaban hasta bien entrado el día. Algunas veces, Manolo quería ser más audaz. Ella le rechazaba débilmente.

—No, Paco... Paquillo mío... Sé bueno... Tenme lástima...

Manolo sonreía. Todo en él era mentira menos el deseo de la mujercita menuda y morena. Todo, hasta el nombre. Al principio, le avergonzaba un poco el engaño. Incluso le dolía ser amado en sí mismo, con el nombre de aquel otro infeliz a quien la muerte de su madre y el arreglo de la menguada herencia retenían en el pueblo santanderino.

Luego se acostumbró, e incluso le satisfacía por las posibles impunidades futuras. Era mejor así. Cuando llegara el momento de volver la espalda, otro sería o parecería ser el culpable.

Crujía la arena bajo sus pies. El la llevaba asida de la cintura y la miraba los ojos negros, el negro lunar de la mejilla izquierda y los labios tan rojos y gordezuelos, sembrados entonces de menudos pedacitos de rosa que ella iba mordiendo.

—Da gusto vivir, ¿verdad, negra?

Pilar levantaba la cabeza hacia el amado, húmedas sus pupilas moras.

—Cuando seamos ricos, tendremos un jardín como éste.

Pilar se echó a reír.

—No eres tú nadie, gachó. Ya di como la Moncloa.

—No me has entendido. Un jardín como este pedazo de Retiro nada más.

—Déjalo, chico. Dos tiestos de claveles, uno de pensamientos, otro de albahaca y otro de hortensia y mi canario. ¿Para qué más jardín? ¡Ah! Y una pecera con un pez de esos dorados...

—Y mis besos, ¿no?

Siguieron andando en silencio. De cuando en cuando atravesaban plazoletas donde había grupos de muchachas y jovenzuelos jugando al ratón y al gato o a las cuatro esquinas; pasaban por delante de un viejo solitario, sentado en un banco, que les seguía con la mirada melancólicamente.

Entonces, Manolo Mendoza la hablaba al oído. Y no lo hacía sólo por amoroso deleite, sino por vanidad, gozoso de que le envidiaran los jovenzuelos o el viejo del banco.

—Mira. ¡Qué bien hace el sol en el agua!

Por el paseo de las estatuas habían salido frente al estanque. Sobre las aguas tersas se rompía la luz solar en brillos y moarés temblorosos. Algunas barcas iban y venían despacio, dejando tras de sí un surco en que el agua y el sol mentían breve y fugitiva maroma de oro. Se destacaban los torsos varoniles en mangas de camisa, las siluetas femeninas vestidas de claro, bajo sombrillas blancas, rojas, azules, como enormes flores flotantes. A la derecha, detrás de la barandilla, se agrupaban los botes vacíos, los botes que tienen lindos nombres de mujer: *Manolita, Mercedes, Lola.*

Y al fondo, a ambos lados del antiartístico monumento de Alfonso XII, las notas plácidas, prometedoras de sombra y de frescor, de las frondas.

—¿Quieres que nos embarquemos, Pili?

—No... Me da miedo...

—¿De qué? Pero ¿no te has embarcado nunca?

—Nunca.

Se le adivinaba, sin embargo, un deseo infantil de embarcarse. Hablaba sin mirar a su novio, le oprimía el brazo, clavándole las uñitas rosadas, de forma de almendra.

—Pero, mujer ¿no me dijiste el otro día que hasta sabías remar y que una vez estuviste a punto de naufragar junto a una de las sirenas de la derecha?

Pilar Marquina se echó a reír.

—Era mentira. Me hago la ilusión de que ha sido verdad.

Siempre la misma. Hablaba de los toros y nunca estuvo en ninguna corrida. Conocía a todas las actrices y cantaba todos los cuplés de las zarzuelillas más en boga y nunca iba al teatro; fanfarroneaba de muy mujer capaz de no asustarse de nada y era en el fondo tímida como una gacela...

—No me gusta que mientas, Pili.

—¿Y a ti qué? ¿Es algo malo? Nos ha *eleztrocutao* el obispo de Sión.

—Bueno, ¿quieres embarcarte?

—Yo... sí quiero..., pero ¿si luego nos caemos al agua?

—Conmigo no te caerás nunca.

—¡Ay! ¡Ojalá!

—¿Ojalá, qué?

—Nada. Que eres más golfo que Romanones.

Tomaron una lancha por media hora.

—Ahí va—les dijo el encargado—la 17. Se llama *Pilar*.

Rieron la coincidencia. Y aún le sirvió a él para un malicioso juego de palabras que la muchacha rechazó con un manotón.

En las primeras vueltas, Pilar Marquina lanzaba gritos de susto. Creía a cada momento que zozobraban. El, por asustarla, se ponía de pie con las piernas abiertas e imprimía a la lancha bruscos zarandeos. Pilar, casi lloraba de terror.

Después, se tranquilizó tanto, que palmoteaba cuando Manolo Ríos, con ¡ejem! que hinchaba su pecho robusto, con impulsos bruscos que le acusaban los bíceps en los brazos desnudos, remaba vigorosamente.

Pasó media hora y otra media hora más. Pilar estaba encantada. Pero de pronto se asustó.

—Mira a ver el reloj.

¡Las nueve! Quedó aterrada. Ya era imposible ir a Teléfonos.

—¡Bah! Por un día—dijo él.

—Sí..., pero ya ves... luego...

—¿Qué?

—Nada. Madre lo nota. ¿No ves que me desquitan las dos pesetas?

—Si no es más que eso, yo te las doy. Tu madre no necesita enterarse.

Era un nuevo lazo que la uniría al novio, que la empujaría más hacia él.

—¿Quieres que desembarquemos?

—Ya... ¿para qué?

Y como el sol empezaba a molestarles, buscaron una de las orillas, a la sombra de los árboles. Allí dejaron inmóvil la barca. Manolo Ríos se tumbó boca arriba y mientras fumaba tranquilamente, Pilar le contaba su vida triste y monótona, las pequeñas miseriucas del trabajo cotidiano... Luego se cansó y empezó a cantar tientos. Su novio la jaleaba:

—¡Así, así te quiero yo... chulona... ¡mi negra!

VI

Como todas las noches, inconscientemente, los pies le llevaron al Central Concert.

Era un café de *variétés*, agradable y propicio a las baratas concupiscencias. Aunque situado en el centro de Madrid, estaba casi siempre medio vacío. En otro tiempo fué salón cinematográfico y se habían habilitado el patio de butacas, las galerías, los palcos, para sostener mesas de mármol o simplemente un tablero en el respaldo de cada asiento para colocar la taza de café o el bock de cerveza del espectador que estuviera sentado detrás.

Un espíritu de bonachona camaradería ligaba a los escasos habituales con las camareras y con las artistas que salían a alternar y que se conformaban con inofensivos vasos de leche o las no tan inofensivas copitas de licor que fingían tropezar con el codo

para que el suelo librara a sus estómagos de envenenarse demasiado.

A la una de la madrugada empezaba el *souper-tango* con precios extraordinarios, con un profesor que enloquecía a las artistas y a las camareras, con cenas, donde alguna vez—para estupefacción de la parca concurencia—se descorchaban botellas de champán.

No eran, sin embargo, estos dos aspectos de la sección de *variétés* y del *souper-tango* lo que sostenía el negocio; sino el juego. En el piso principal había dos salitas. En una se jugaba a la ruleta; en la otra al *baccara*. El espectáculo de abajo era la careta o el cebo del vicio de arriba. Incluso los mismos habituales que se divertían, inofensivamente, con decir palabras de doble sentido a las camareras o regatear los bombones y las flores que regalaban, obligados, a las artistas por el pueril regocijo de sentarlas a su mesa o dar unas absurdas vueltas de tango, sentían cierto supersticioso temor a las salas de arriba, llenas de hombres con ojos de f i e b r e, con gestos sombríos, envueltos en la irrespirable atmósfera, y sudorosos, oprimiéndose ante las mesas donde la bolita roja o las manos ensortijadas del *croupier*, decidían muchas veces de una vida...

Manolo Ríos, que empezó por frecuentar el café, subía algunas noches a las salas de juego, sobre todo los días primeros de mes en que los duros le pesaban dentro del bolsillo del chaleco. Eran sólo cinco o seis días. Después se limitaba a pasar la noche en uno de los asientos altos, en el turno de una camarera de pomposas caderas y ubres enormes. Allí permanecía toda la noche, huraño y vibrante, sin embargo, de lujuria por el desfile de mujeres gordas sobre el escenario. Todas habían doblado los treinta y cinco años y todas tenían esas hinchazones monstruosas que enloquecen a los estudiantillos, a los cobradores de tranvía y a los senadores; lo mismo las cupletistas de voces roncas y ademanes torpes, que las bailarinas con reminiscencias y groserías de «tablao».

De cuando en cuando, alternaban chiquillas precozmente perversas, como la *Canelita*, asexual, de los ojos enormes y plácidos, el pelo cortado a lo paje y los labios llenos de bermellón y de palabras obscenas; muchachitas espantosamente cursis, vestidas con trajes confeccionados por su mamá, como la Boticelli, cantante «a gran voz», de las canciones románticas de Martínez Abades, y cuya figurilla insignificante y cuya suciedad, unida a la negrura del rostro, le valió el mote de la *Bella Excrementito*.

★

Cuando Manolo Ríos entró en el Central Concert, cantaba la Boticelli uno de sus cuplés favoritos, con la sala a oscuras y el escenario envuelto en una verdosa claridad de acuario. La *Bella Excrementito*, vestida de grumete a la moda de las zarzuelas de Arrieta y Camprodón, maullaba:

Aaaaaa booooooogar...
Aaaaaa booooooogar...
y te daré mis laaaabios
sobre laaaaa maaaaaar...

Manolo Ríos, retrepado en su butaca, cerró los ojos. Apenas sintió a la camarera rolliza y de pecho exuberante, que le puso en el tablero la taza de café y la copa de coñac de todas las noches.

No obstante hallarse próximo el mes de noviembre, hacía calor en el café, un calor pegajoso, sofocante, en el que olían, mezclados, el humo de los cigarros, el sudor de los hombres y los perfumes baratos de las artistas...

Manolo Ríos, arrullado por la canción soporífera de la Boticelli, se ensimismó en el recuerdo de Pilar Marquina. Un recuerdo que había llegado a serle odioso y temible. A fines de junio, la muchacha fué suya. De un modo vulgar y violento, en las frondosidades de la Moncloa, una noche clara, bajo los parpadeos irónicos de las estrellas. Después se habían visto varias veces en una casa de ladrillos rojos, próxima a la calle de las Huertas.

Y bruscamente, el aviso de la Naturaleza vino a inquietarles. Consultaron a un médico. Aconsejó que esperasen al mes siguiente para cerciorarse de ello. En agosto ya no dudaron. Pilar estaba embarazada.

Manolo Ríos, cínico y brutal, propuso medios de evitar que la preñez siguiera adelante. Pilar se negó, tan horrorizada y altiva como suplicante y llorosa.

—¿Por qué, Paco de mi alma? ¿No me has dicho que nos casaríamos?

—Sí; pero ahora... no es posible... Habría que esperar...

—¿Cuánto?

—Qué sé yo...: tres, cuatro meses a lo sumo.

—Pues se aguardan. Yo sufriré, disimularé lo que sea preciso... Todo menos lo que me propusiste. Eso sería una infamia. En cambio, qué mayor alegría que un hijo tuyo, que sea tan guapo como tú, tan reladrón como tú y con esa labia tuya para volver tarumba a una, como tú me has vuelto a mí, Paquillo de mi sangre...

Manolo asentía sonriendo. Una sonrisa fría, desdeñosa, que el cendal del amor no dejaba ver tal cual era su novia. Cuando se separaba de Pilar, desataba sus nervios, blasfemaba de cólera y levantaba los puños al cielo.

«¡Hay que molerse! Tan ricamente como estaban y ahora la porquería aquella... Y que la niña lo había tomado por un canelo, capaz de apoquinar con todo. Sí, sí. ¡Como no se comprara un gabán saco!»

A primeros de octubre dejó de ir a buscarla; primero inventó pretextos y ocupaciones urgentes, cuando ella llamaba por teléfono. Después fué don Acisclo el encargado de contestar.

—...

—¿Qué?... Sí, señora. Inquilinatos Estancados, ¿eh? ¿El señor Mendoza? El señor Mendoza no está en Madrid.

—...

—¡Que no está en Madrid! ¡Jinojo!

—...

—Nada. Nada. Don Francisco Mendoza está fuera de Madrid. Y oiga usted, señorita: si vuelve usted a llamar para los líos que tenga usted con el señor Mendoza, doy parte a la Dirección de Teléfonos.

—...

—No tengo que dispensar nada. ¡Que dispense el Nuncio! ¡Abur!

Y cortando la comunicación fué a sentarse a la mesa para reanudar la solución de un jeroglífico comprimido de *Blanco y Negro*.

—¿Quén era? ¿La furcia esa?—preguntó Manolo Ríos.

—¡Sí, hombre! Cosas de Mendoza, que por lo visto no es tan mosquita muerta. Por supuesto, que a esa niña no la quedan ganas de hablar con el Registro de Inquilinatos Estancados. ¡Cómo no hable con el Nuncio!

—Ha hecho usted bien, don Acisclo. Cada palo que aguante su vela.

★

Le sacó de su ensimismamiento el postrer aullido de la *Excrementito:*

¡¡¡Laaaaaaaaaaaa mar!!!

Aplaudieron muchos; patearon pocos, y desde la penumbra de las galerías altas alguien relinchó.

Después encendieron los focos del techo; los músicos se levantaron y en lugar del telón anunciador taparon el escenario las cortinas de terciopelo verde. Había terminado la primera parte.

Manolo aprovechó el descanso para releer las dos cartas recibidas aquella mañana: una de Pilar, otra de Paco Mendoza.

La de Pilar eran dos plieguecillos de color de rosa, perfumados con pachulí, escritos con una letra menudita y desigual, en renglones torcidos y llenos de borrones y de manchas que habían decolorido la tinta y arrugado el papel; lágrimas quizá:

«Querido paco de mialma y de mi bida. Te escrivo con el coracon desecho de pena y Amarjura. No contestas, a mis cartas y quando yame el hotro dia al telefono me contestó el Vestia de tu gefe que no estavas en Madriz. ¡Heso no es berdad! al día siguiente fui

a la hoficina y el hordenanca, me digo, dice: «Don Paco esta fuera. Se marchó ace cuatro meses.» ¡Figurate como saldría llo de ayí: Echa una Madalena. ¿Porqé te niegas a berme, paco de mi Sangre? ¿Porqé mea vandonas? Lla savía llo que meibas a despreciar en cuanto icieras lo que as echo. Víen sabe dios que, por mí: no lo siento. ¡Hes por el pedazo de carne tulla que yevo en las entrañas! Hes por mi provecita madre que la costará la bida cuando lo sepa. ¡Hay, paco, paco! ¿Qé te ice llo para que hasi mea gas tan desgraziada?

»Pero soy huna tonta en yorarr. ¿Berda que tu me quieres? Berda que no puedes olbidar a tu Pili que bibe para ti? Llo te perdono que no me allas visto estos dias porque se que bolberas a mis vracos.

»Tu no sabes paquillo de mialma Como sufro quando beo a mis compañeras alegres y contentas y me preguntan que que me pasa. Tu no sabes con que amarjura yoro por las noches en mi cama muy bagito para que mama no me oiga.

»Lla van a ser cuatro meses, paco de mialma. Cada dia que pasa me da mas berjuenza pensar que pueden enterarse. Meaprieto el corse de un modo que me dan mareos y me se ba la cabeza:

»pero todo lo llebaria con paciencia y con alegría si tubiera sejuro tu cariño.

»pero tu lla no me qieres como antes decias que me qerías.

»Por eso esta es para decirte que llano espero más. Si dentro de cuatro dias no bienes a berme llo ago una varvarida, ¡te lo juro por tu ijo! Llanome importa ni mi madre. Para que qiero bibir sin mi paco, y desonrrada, despréciada por todo el mundo?

»pues mira, paco, ten tanvien tu mucho cuidado, pues no te creas: que a una pobre muger se la puede degar como tu quieres degarme.

»Y si pasan estos cuatro días y no bienes a vuscarme llolla se lo que tengo queazer, de mi no te burlas.

»Perdoname paco de mi paqito. ¿Berda que soy una canaya dudando de ti? tu bendras a buscarme, aras feliz a tu Pili que te qiere mas que a su misma bida.

»Te esperan mis vracos, te esperan mis vesos que tanto te gustan, ladron, rubiales de tu negra.

Pilar.»

La ingenua desesperación, la infinita ternura de esta carta en que luchaban el amor, la vergüenza, la cólera, el miedo y la ortografía, no le conmovió lo más mínimo a Manolo Ríos. Sólo volvió a releer el final paladeando las palabras, saboreando los voluptuosos recuerdos que despertaban en su carne...

La camarera se acercó sonriendo:

—De la novia, ¿verdad?

Manolo Ríos le mostró el párrafo final.

—¡Pchs! ¡Suerte que tié unó!

—Gachó con la niña—contestó la camarera—. Va usted a tener que comprarla un cucurucho de esos colorados que hay para los incendios. ¿Y va a durar mucho eso?

Manolo Ríos se encogió de hombros.

—Por mí: R. I. P.

—Así son ustedes. Primero mucha coba, después «no sé quién eres, jamás te ví»..., como cantan en *Mi Mariana.*

Y se alejó moviendo las caderas, reanudando el cuplé entre dientes, satisfecha en el fondo—ella, la caída, la irredenta—de que hubiera otra mujer más para las mancebías, para los cafés de camareras, para los teatros de *variétés.*

Manolo Ríos abrió la otra carta, la de Paco Mendoza:

«Mi querido Manolo: ¿Qué dirás de mí? Harto derecho te daría mi silencio a dudar de nuestra buena amistad si ese silencio no tuviera razones tan graves y tan definitivas en el futuro rumbo de mi vida.

»Ya sabrás por la carta que le escribí a don Acisclo, la muerte de mi madre. Aún llegué a tiempo de verla enterrar. De verla morir no fué posible. No pudieron mis labios recoger mi nombre, que voló en los suyos con el último suspiro.

»¡Ay Manolo! No sabes qué dolor

tan desgarradoramente mudo y seco me revolvió las entrañas y me golpeó el cerebro durante tres días. Ni una lágrima, ni una palabra, ni un pensamiento. Nada. Como si se me hubiera roto el alma dentro del cuerpo, así como a mi madre se le rompió el cuerpo y dejó escapar el alma...

»Fuí al cementerio como un autómata. Oí—sí, amigo mío, oí—los golpes secos inconfundibles, únicos en su sonido, de la tierra contra la tapa del ataúd, y no lloré. Como no había llorado al verla amortajada, como no lloré cuando salía para siempre de la casa donde naciera y nos dió al mundo a mi hermana y a mí; como no lloré al pedirme la llave en el cementerio y abrir la caja, y besar su frente *demasiado fría*.

»Y, sin embargo, Manolo, yo quería llorar! Me daba asco de lo que imaginaba mi insensibilidad y miedo de las miradas ajenas. Luego me lo han dicho. El bueno del médico creía que me iba a volver loco...

»Por fin, al cuarto día, encontré las lágrimas perdidas. ¿Has visto con qué ansiedad chupa la tierra reseca las turbonadas estivales? Así de gozo sentía yo al notar derretida en lágrimas mi tristeza.

»Luego vino la melancolía, una melancolía santa, buena, que nos reconcilia con nosotros mismos como ese estado tan característico de los convalecientes.

»Y, sin embargo, conforme el alma atravesaba tales estados de tortura, de dolor y de melancolía, iba el cuerpo robusteciéndose.

»A la sombra de los pinos y de los castaños, desde lo alto de estas cumbres tan ingentes, que a veces atraviesan sus cumbres las nubes, en la dulce y eglógica paz de los serenos valles, el organismo recobra sus derechos a una vida fuerte y sana. Los días se deslizan insensibles y todo en torno mío sería absoluta paz si el recuerdo de la muerte no viniera a buscarme en los momentos de soledad campesina y si, lo que es peor, no hallara su sombra a cada instante en todas las habitaciones de la casa.

»Podría resignarme a vivir aquí de la exigua renta que sostenía a mi madre y a mi hermana. ¿Quién sabe? Tal vez encontrara una buena muchacha que tuviera otro tanto de renta y me casara...

»Pero no. Siento la nostalgia de Madrid. En este verano he escrito muchos versos. No de aquellos que servían para anunciar camas y que tanto te hacían reir, sino otros nacidos al calor del alma vibrante y florecidos en la planta suave, adormecedora, del ensueño lejano.

»Pienso publicarlos en un tomo cuando llegue a Madrid. Titúlase el libro *La guadaña y la aljaba*. Porque la muerte de mi madre y el amor romántico a quien tú sabes, los han creado.

»Y a propósito: ¿has vuelto a saber algo de la telefonista Pilar Marquina? Yo la escribí una carta muy larga y no me ha contestado. Tal vez la enfadó que sólo hablara de tristeza, pero yo quería enviarla mi corazón y mi corazón estaba triste...

»No te burles. Pienso en Pilar como en algo supremo e intangible. Si alguna vez hablo con ella me consideraré el más feliz de los hombres. ¿Quieres preguntar un día por teléfono si continúa allí? Anúnciale mi vuelta. Que será muy pronto.

»Porque no te lo he dicho. Vendo la casita, vendo unos prados y la participación que teníamos en la fonda de la estación. Todo ello me producirá muy poco; diez mil pesetas a lo sumo; pero quiero salir de aquí. Además, de las razones sentimentales y de la, quizás cándida sed de gloria, hay otra razón poderosa: mi hermana.

»Mi hermana Lucía, que está en relaciones con un canalla. Creo haber llegado a tiempo de evitar una desgracia irreparable. Lucía estaba loca por él y él... no pensaba casarse con ella, sino hacer como ha hecho con otras muchas infelices, cuyos hijos no tienen padre oficial. Pero es el hijo del cacique. Tú no sabes lo que significa de odiosamente feudal este vocablo *cacique*. Es la absoluta impunidad de todos los libertinajes.

»Así, pues, yo creo que llegaré a Madrid en la primera quincena de noviembre. No sé si habré perdido mi destino. Ruégale en mi nombre a don Acisclo, demuéstrale mi situación y como después de todo, el trabajo no es tan grande en esa oficina, creo que no te habré perjudicado con mi ausencia.

»Y ahora, un favor que realmente es el motivo de esta carta. Adjuntos cinco billetes de cien pesetas y el dibujo de una lápida mortuoria. Le encargué esto último al marmolista cuyas señas verás al dorso del dibujo. Quiero que mi madre tenga una tumba decorosa y bonita...

»Me dice el marmolista que para empezar a trabajar necesita quinientas pesetas adelantadas. Ahí van. Llévaselas y si no te parece muy bien del todo ese modelo de lápida elige otro. Aunque sea algo más caro de las mil seiscientas que me pide, no importa.

»Perdóname que abuse de tal modo de tu paciencia y de tu tiempo. Pero sé lo buen amigo mío que eres y lo lealmente que cumplirás mis encargos. A pesar de gustarte los toros, las *variétés* y las novelas policíacas, eres un buen muchacho.

»Te abraza muy cordialmente,

Paco.»

Como al leerla la primera vez, esta carta de Mendoza le causó a Manolo Ríos una extraña impresión de disgusto y de ansiedad. Los billetes que al principio guardó indiferente en la cartera, ahora le parecían una tentación demasiado fuerte.

Unía a las quinientas pesetas las amenazas de Pilar Marquina, la próxima llegada de Mendoza y pensaba lo conveniente que sería abandonar Madrid.

¿Pero cómo? Los tacones de las bailarinas, los gritos de las cupletistas, no dejaban oír el ruido del piso superior. Pero de cuando en cuando, en los repentinos silencios, se oía el rumor de las salas de juego sobre el café cantante.

Resecas las fauces, con nerviosos hormigueos en las manos, moviéndose inquieto en el asiento, pensaba en la posibilidad de «levantar varios miles de pesetas con aquellas quinientas». ¿Por qué no? Si ganaba, al día siguiente cumpliría el encargo de Paco Mendoza. Si perdía... ¡Bah! Esto acaso fuera lo de menos, después de lo otro, tan terrible, de Pilar Marquina.

Le tocaron en un hombro. Se volvió. Era la *Canelita* con su aspecto andrógino, sus ojos inocentones, la boquita sangrienta.

—¡Qué pensativo está usted!—le dijo ceceando, con un ceceo que ella imaginaba de coquetón buen gusto.

—Ya ve usted... En cosas... ¿Qué quiere usted tomar?

—Nada. Voy a probar fortuna. Me lo ha dado mi viejo.

Mostró un billete de cinco duros.

—¿Viene usted?

Se decidió de pronto.

—Vamos allá...

★

Ganó tres mil pesetas. Lo bastante para salir de Madrid y aun de España. En el tren que le conducía a Cádiz se acordó que no había llevado las quinientas al marmolista, pero no sintió el menor remordimiento.

Encendió un puro y se consagró a la lectura del tomo cincuenta y cuatro de *Pick-Weston, el emperador de los detectives.*

VII

—Mira. Ahora creo que está mejor. He modificado los tercetos. Oye.

Y Paco Mendoza, con su voz lenta y grave, accionando con la mano izquierda, sugestionado por la música de sus versos, volvió a leer a Lucía el soneto:

Toda en sueños, vencida, el alma es un
[camino
bajo el cielo sereno de estrellas de cristal;
surge en ella el deseo, agudo como el pino,
que habrá de ser simbólico en la fiesta pas-
[cual.

Preso el lejano mayo en la escarcha in-
[vernal,
es misterio y enigma la flor de su destino.

¿Será el clavel sangriento, gallardo y pa-
[sional,
o la violeta mística del monje teatino?

Sombra en el alma nuestra y en la ciudad
[dormida;
hay nieve en las ideas; nieve sobre las
[gentes...
No importa si el letargo de la noche glacial

parece que detiene el curso de la vida.
¡Ya granarán los campos! ¡Ya se alzarán las
[frentes
cambiando su elegía por la marcha triunfal!

Lucía no se dejó contagiar de aquel entusiasta optimismo con que su hermano recitó los dos últimos versos. Mendoza la miró fijamente:

—¿Qué? ¿No te gustan?

—Sí; ya te dije esta mañana que sí... ¡Ahora que, dichoso tú que confías en que cambie tu vida!...

Volvió a llorar otra vez. Desde que empezaron a preparar la marcha irremediable no había cesado de llorar. Mientras la casa y los campos cercanos fueron suyos, confió en una posible renuncia del hermano al viaje de Madrid. Luego, vendida ya su hacienda, pero rodeados aún de los viejos muebles familiares, volvió a complacerse en la imposible posibilidad. Poco a poco fué perdiendo el aspecto de hogar la casa que ya no era de ellos. Unos muebles se vendían, otros se embalaban. Las amigas le decían: «¿Cuándo te vas?» En los ojos de las viejucas, que conocieron niña a su madre, veía lágrimas, y el bueno de don Ramonín, el cura, movía la blanca cabeza en un ademán de temor al Madrid lejano y enigmático.

Pero todavía faltaba la más terrible de las certidumbres. Esta de aguardar entre los baúles, las maletas y las cestas, en medio de la habitación que fuera el comedor de la casa familiar, la hora de partir.

Lucía no había salido nunca de la montaña, sólo dos veces en cinco años fué a las ferias de Santander. ¡Madrid era para ella algo tan lejano y tan odioso!...

Sentada en una de las sillas que le dejara una vecina, veía caer la nieve al otro lado de los cristales y sentía abrasar las lágrimas sus mejillas.

—Vamos, Lucía, no llores, hijita...

—Si no puedo contenerme, Paco. ¡Pienso en la pobre mamá que se queda tan sola!

Paco inclinó la cabeza sobre el pecho. ¡Oh! El también pensaba en la madre dormida para siempre en el humilde cementerio aldeano. Una voz interior le decía: «Quédate. ¿Qué vas a buscar que aquí no encontrarás? ¿Por qué has de dar a tu vida un rumbo distinto del de los tuyos? ¿Qué te aguarda en Madrid?»

Sonreía avergonzado de que la hermana pudiera verle esta sonrisa, pero sin poder contenerla. Sí; en Madrid le aguardaba el triunfo de sus versos, le aguardaba, inconsciente de aquel retorno hacia ella, la muchacha rubia de los ojos verdi-azules.

Por eso en aquel soneto que escribió por la mañana engañando la impaciencia de la espera, puso un grito sincero de entusiasmo y de esperanza al final.

Lucía no podía comprenderlo. Ella dejaba todo en el pueblo. Nada la atraía hacia Madrid. Por un momento Paco Mendoza pensó en que tal vez fuera un egoísmo arrancarla de la vieja casa familiar, temeroso de los peligros a que podría exponerla en la corte por alejarla de aquel otro del novio pueblerino.

En el portal sonaron voces de mujer y ruido de almadreñas. Eran vecinas, amigas, que venían a acompañar a Lucía hasta el momento de la marcha.

—¡Qué fastidio!... ¡Yo no tengo ganas de ver gente!—murmuró Lucía.

Paco Mendoza escapó a la habitación contigua, la que sirviera de despacho al padre, y donde él había escrito su futuro libro *La guadaña y la aljaba*.

Se acercó al balcón. Seguía nevando. Tres días y tres noches la nieve caía áspera y terca sobre el pueblo. La huerta era ya una extensión blanca y lisa en la que sólo sobresalían los palos de la cerca, encuadrándola como una enorme tumba. Frontera a la casa subía la enorme masa blanca del cerro, deshecha su cumbre en la grisura

chata del cielo, demasiado bajo. A través del campo iban aisladas sombras de mujerucas encorvadas e informes bajo los mantos negros. Un silencio ancho, envolvente, angustioso, descendía mansamente con la nieve...

Eran las dos de la tarde y ya se presentía la anticipación del crepúsculo. Saldrían ya de noche del pueblo, porque el tren de Santander pasaba a las cinco menos cuarto.

Sólo le dolía a Paco Mendoza no dejar puesta la lápida de su madre, tal como la había imaginado, para perpetuar la filial ternura. Viendo que Manolo Ríos no contestaba a su carta del mes de octubre, escribió al marmolista y el marmolista contestó que no se había presentado nadie a hablarle del asunto. Entonces, ya inquieto, volvió a escribir a don Acisclo, el jefe de su oficina, rogándole que preguntara a Manolo Ríos si había recibido el encargo y el dinero.

La respuesta de don Acisclo le causó una impresión amarga. Decía el jefe que Manolo Ríos había desaparecido de Madrid sin despedirse de nadie, sin dejar huella alguna detrás de sí. Paco Mendoza sintió, tanto como la pérdida del dinero, la felonía del amigo. Pero sin duda contribuyó a entibiar la tristeza de esta noticia otras dos que—avergonzándole, conscientemente, de esta alegría—le regocijaron. Don Acisclo le aseguraba que su plaza no había sido provista aún. Sólo un pariente suyo había entrado en lugar de Manolo Ríos.

En cuanto a la otra noticia, eran sólo dos líneas de posdata que Paco Mendoza se aprendió de memoria y que le desvelaron bastantes noches consecutivas: «Se me olvidaba decirle que una de las telefonistas, Pilar Marquina, ha preguntado varias veces por usted. No sólo desde el teléfono, sino también en la portería de la oficina.»

Al día siguiente Paco Mendoza escribió una larga carta a Pilar Marquina. Temblaba en ella la ansiedad como un pájaro herido. Iban palabras tímidas, como balbuceos, y a momentos, sin poder él evitarlo, unos párrafos tenían exuberante alegría de la vanidad satisfecha.

No tuvo contestación. Pasó el tiempo. Transcurrió el mes de noviembre; empezó diciembre. A la tristeza de su soledad, a la tristeza del pueblo enterrado en la nieve, se unió aquella inquietud casi dolorosa que le causaba el recuerdo de Pilar. La voz interior, que siempre buscó el eco de su alma en los momentos decisivos, le decía que ella esperaba como una virgen prudente al amado, reflejando en las gemas de sus ojos el áureo resplandor de la simbólica lámpara.

Y una tarde, ya vendida la casa y las tierras heredadas de la madre, los dos hermanos hablaron del porvenir. Por primera vez Mendoza le mostró a Lucía aquella nota de la carta de don Acisclo en que aludía al interés demostrado por Pilar.

—Verás qué muchacha más buena. Os llevaréis muy bien. Yo seré muy feliz con ella y contigo que tanto me recuerdas a mamá.

Era, en efecto, Lucía, la reencarnación juvenil de la madre anciana. Tenía la misma voz, lenta y grave, los ojos claros y tranquilos, el cuerpo alto y recio, los ademanes nobles y la ternura expansiva.

—Pero ¿no dijiste que no os habéis visto nunca?

—Nunca.

—¿Entonces?

—¡Y eso qué importa! Su voz no me engaña. Mi instinto tampoco. Ya recuerdas los versos que te leí el otro día: «Yo sé que es como la he presentido; sé que será cual mi deseo quiere...»

—¡Me valga el divino misterio, y qué loco estás, hermano mío!

Paco Mendoza se echó a reír. Luego quedó repentinamente serio e imaginativamente volvió a recordar sus versos:

> Yo sé que es como la he presentido;
> sé que será cual mi deseo quiere,
> y tan seguro estoy de haberla comprendido,
> que muriera de amor si así no fuere...

Primero débiles, imprecisas, más cla-

ras después y con alegre tintineo por último, sonaron las colleras.

—¡El coche! ¡El coche!

Paco Mendoza consultó el reloj. Las cuatro menos veinte.

—¡Pronto! ¡Pronto! No hay que perder tiempo.

Media hora larga de camino separaba el pueblo de la estación. Aún lo retrasaría más el mal estado de los caminos.

Durante unos instantes el mismo bullicio de sacar baúles y maletas, de los abrazos y besos de la despedida, aturdió a los hermanos. Pero al subir al coche, acompañados sólo del cura, de don Fermín, el médico, y de dos muchachas amigas de Lucía, sintieron como nunca el profundo dolor de la separación.

Mal podía Paco reprochar sus lágrimas a Lucía, ni consolar su pena cuando él mismo lloraba y sentía oprimírsele el pecho y temblarle las piernas y latir el corazón...

Seguía nevando. Tercos, espesos, silenciosos, caían los copos. La luz menguaba cada vez más, los faroles del coche vertían manchas amarillentas sobre la tierra blanca en la que las huellas de los pies se borraban en pocos segundos.

—Adiós... madre..., madre de mi alma... madre mía...

Los gritos de Lucía, penetrantes, desgarradores, se clavaban en la carne y en el cerebro de Paco Mendoza.

No se despedía su hermana solamente de la madre muerta, se despedía de veinticinco años de su vida, los más plácidos; se despedía de la casa donde había nacido, de los campos que viera florecer tantas primaveras, de las ingenuas romerías y fiestas aldeanas, de las noches claras del verano en que entraba la luz de la luna a iluminar de azul las primeras inquietudes de amor... Se despedía, sobre todo, de este amor mismo que pudo serle funesto, pero al que desearía volver con la deslumbrada inconsciencia de una falema; se despedía del novio que acaso a la misma hora melancólica en que ella subía al coche para abandonar el pueblo, cortejara a otra moza con iguales palabras que a ella la enloquecieran...

—Calla, mujer; calla, pobrina. Vas a enfermar...

Después de los gritos, le quedó un llanto tímido, suave, infinitamente conmovedor, como el de los niños. Frente a ella el hermano la contemplaba un poco avergonzado. Volvía a pensar en su egoismo. El iba a ser feliz. Años le parecían las horas que faltaban para llegar a Madrid y buscar a Pilar Marquina. En cambio a su hermana no podía prometerle otra felicidad que el reflejo de la suya. ¿Y no sería una infamia obligarla a que soportara el dichoso amor en el rudo contraste del infortunio de ella?

Iba el coche no tan de prisa como fuera de desear. Las patas de los caballos no despertaban ningún rumor. Las ruedas se deslizaban como sobre mullida alfombra. Anochecía rápidamente. A un lado del camino se alzaba la masa enorme del monte como red de azulina blancura. Dentro del coche sólo se oían los sollozos de Lucía Mendoza. Los cuerpos en penumbra, y de cuando en cuando los «¡riáás!» ásperos del cochero rompían el ritmo somnoliento de las colleras...

Al partir el tren se recrudeció el dolor de Lucía Mendoza. Hundido en la noche y adormecido bajo la nieve quedaba el pueblo. Una brusca revuelta de la vía le borró bien pronto.

Paco hizo entrar a la hermana dentro del coche.

—Cierra, cierra esa ventanilla, mujer.

Como un cuerpo muerto se dejó arrancar de la ventana del pasillo, se dejó acostar en uno de los asientos del coche.

—¡Ea! Ahora a dormir... ¿Verdad, nena?

La besó en la frente, la secó los ojos con otro beso...

Luego, sentándose en el asiento frontero, empezó a leer los periódicos de Madrid, que había comprado en la estación.

El traqueteo del tren le sonaba el nombre amado: «Pi-lar...» «Pi-lar...» «Pi-lar».

El dolor y el sueño atrasado de tantas noches pasadas en vela, acabaron por rendir a Lucía. A los sollozos débiles, tristísimos, sucedió la respiración tranquila que levantaba y bajaba suavemente su pecho...

De pronto la despertó un grito de su hermano.

—¡Paco! ¿Qué tienes? ¿Qué tienes?

Tardó un rato en contestarla. Caído de bruces sobre el asiento lloraba. lloraba como no había llorado desde que encontró las lágrimas perdidas el día de la muerte de la madre...

—¡Paco! ¡Por Dios, contéstame! ¿Qué te pasa? ¡Di!

Sin hablarla la entregó uno de los periódicos que había arrugado entre las manos, que estaba húmedo de llanto. Lucía no comprendió aún.

—¿Qué es?

—Lee.

La señaló una noticia. Lucía leyó:

«*Las desesperadas.*—Ayer se suicidó en su casa de la calle del Mesón de Paredes una muchacha telefonista llamada Pilar Marquina. Para cumplir sus siniestros propósitos tomó una fuerte dosis de láudano. Conducida a la Casa de Socorro del distrito, fueron inútiles los esfuerzos de la ciencia por salvarla de la muerte.

»Las vecinas atribuyen a contrariedades amorosas la fatal resolución de Pilar Marquina.»

Lucía quedó inmóvil, muda de estupor y de pena. Como antes su hermano, pensó en que tal vez fuera un delito de egoísmo el pensamiento de retornar al pueblo que le acudió repentinamente a la imaginación.

Sin embargo, abrazados los dos hermanos, unidos en el mutuo infortunio de amor, Lucía murmuró:

—¿Y ahora, pobre Paco de mi alma? ¿Para qué vamos a Madrid? ¿Qué nos espera allí? Nada.

—No, Lucía. Nada, no. Nos espera algo que vale más que nuestros pobres dolores, algo capaz de compensar de todas las amarguras...

Y pensaba en su libro futuro, en el que ahora más que nunca habían de ir abrazadas la guadaña y la aljaba.

VIII

Ya mediado el mes de marzo, una tarde que Paco Mendoza estaba solo en el Registro de Inquilinatos Estancados, entró el ordenanza para decirle:

—Don Paco, ahí fuera pregunta una muchacha por usted.

—¿Por mí?

—Sí, señor. Yo parece que la conozco de algo, pero no recuerdo de qué.

—¿Qué señas tiene?

—Es así, más baja que alta, muy morena, ¡y con una cara de hambre! Trae un chiquillo en brazos...

Paco Mendoza quedó un rato pensativo, con la misma absurda e ilógica vacilación que nos detiene ante las cartas cerradas, esforzándonos en adivinar el remitente por los rasgos de la letra.

—Me preguntó si había vuelto usted a Madrid. Cuando la dije que hacía tres meses, pareció, vamos, como si se alegrara...

Un recuerdo melancólico entristeció a Paco Mendoza. Pensó en Pilar Marquina, la muerta a quien amó sin conocer y que también había preguntado por él. Y fué tan claro, tan decisivo el recuerdo, que telepáticamente se transmitió al ordenanza.

—¡Ya sé quién es, don Paco!... Ya decía yo que esa cara no me era desconocida. ¿Sabe usted quién es?... ¡La señorita Marquina!

—¡¡La seño...!!

Se lanzó como un loco al pasillo. En la portería esperaba la muchacha morena, pálida, enflaquecida, envuelta en un mantón negro que la servía para cubrir a un niño de pecho. Al ver salir a Paco Mendoza se levantó asustada.

—¿Quién es usted?—preguntó él, ronca la voz, desorbitados los ojos...

—Pilar Marquina... Pero ¿qué le pasa a este señor?

Paco Mendoza tuvo que apoyar la mano en la mesa porque sintió que le faltaban las fuerzas.

—Oiga, señor ¿se pone usted malo?

Acudió el ordenanza, y entre él y

la muchacha le condujeron al despacho.

Ya había pasado la primera impresión, tan terrible. Pacó Mendoza mandó salir al ordenanza. Cerró la puerta del despacho. Luego, sentándose frente a la muchacha, le dijo:

—Vamos a ver. Dígame la verdad: ¿cómo se llama usted?

—Ya lo he dicho antes. Pilar Marquina.

—No es posible. Pilar Marquina ha muerto. Pilar Marquina era rubia, alta... Pilar Marquina—mintió inconscientemente—era mi novia.

La muchacha le miraba cada vez más asombrada.

—Diga usted la verdad... ¿Usted quién es?

—Yo, verá usted—balbuceó ella—; yo venía a buscar a don Francisco Mendoza...

—¿A mí?

—No; a usted, no... Al señor Mendoza. Paco era mi novio...

En la vida se cumplía una escena de vodevil. Pero lo que en el teatro pudiera hacer reír al público, era, entonces, en aquella escena sin espectadores, de una espantosa fuerza trágica.

—¡Pero si Paco Mendoza soy yo!

Ahora fué la muchacha morena la estupefacta, la que presintió algo terrible y monstruoso.

—No puede ser... No puede ser... Paco, mi Paco, es otro...

—Y otra también Pilar, mi Pilar...

Se miraban ansiosamente, sintiendo una extraña convulsión sentimental.

—No comprendo...

—Ni yo...

Súbitamente el niño empezó a llorar, la madre intentó calmarle.

—Hijo mío... Calla, mi vida.

Y mostrando el niño a Paco Mendoza, exclamó:

—¿Ve usted? Es hijo de mi Paco...

—¿De un Paco Mendoza?

—Sí.

—¿Empleado aquí?

—Sí. Uno alto con bigote rubio, un poco chulón. ¡Maldita sea su sangre! Espere. Verá usted... Sí, aquí tengo un retrato.

Del bolsillo de mano, un bolsillo de cuero verde, muy raído, sacó una carterita, y de ella, un retrato.

Paco Mendoza le reconoció en seguida.

—¡Manolo!

—¿Cómo dice usted?

—Manolo Ríos. ¡Un canalla!

En seguida se dió cuenta de todo.

—¡Oh, qué infamia! ¡Qué infamia!... Oiga...

Sentado junto a ella, con la voz temblorosa de cólera y de rabia, reconstruyó la aventura. La muchacha asentía llorando silenciosamente, mordiendo el pañuelo...

Cuando Paco Mendoza acabó de hablar, quedó un rato contemplando entristecido, invadido de compasiva ternura por aquella pobre mujer que tanto había pronunciado y amado su nombre. Veía también en ella el ensueño roto, la quimera desvanecida, una Pilar Marquina bien distinta de aquella otra que se imaginara y que creía hundida en la muerte...

—¿Y usted... es..., realmente, Pilar Marquina?

La muchacha movió negativamente la cabeza. Aún encendido el rostro por las lágrimas, se le adivinó el rubor de su mentira.

—No. Yo me llamo Consuelo. Consuelo Ruiz... Como el canalla de Paco..., perdone usted, de Manolo, yo tomé el nombre de Pilar. Pilar Marquina no quiso acudir a la cita aquella porque estaba enchulá con un charrán sinvergüenza que luego la abandonó también. Se mató, efectivamente, y era como usted creía: rubia y con unos ojos azules, ¡más bonitos! Tan pronto parecían azules, como verdes, como de oro...

El niño seguía llorando, y Páco Mendoza le miraba enternecido y pensaba, con esa ilógica y absurda sentimentalidad de los poetas demasiado poetas y de los hombres buenos demasiado buenos, que aquel niño no había nacido de él ni de Pilar Marquina: pero que en memoria de la amada imposible y desvanecida bien podía llevar el apellido de los Mendoza...

EL BERILO AZUL

LA CIUDAD VIUDA

De tantas ciudades viudas del esplendor histórico como somnolecen apartadas del tráfico moderno, vivas tan sólo para la melancólica añoranza, y el cotidiano contemplar de los nuevos días bajo sus galas envejecidas, tres (harto diferentes) suscitan en quien las busca el hondo sentimiento del contraste entre su pompa glorial de ayer y el destino solitario o mercenario presente.

Son Brujas, Santillana y Pisa.

Brujas, escuchándose en las treguas de silencio de las campanas los latidos arteriales de sus canales, y donde las beguinas y los cisnes blancos son como las cuentas del rosario rezado constantemente por la viuda belga.

Santillana, caída en rústica mudanza, abrumada de pétreos símbolos heráldicos, cediendo cada mañana un palacio más a granja o establo, sabia en romances caballerescos y tonadas campesinas, húmedas de niebla, que gusta de cantar la viuda española a los atardeceres, cuando el sol, galán olvidadizo, encalidece frívolamente sus vestiduras pardas, remendadas por los siglos y, sin embargo, perdurablemente bellas en su eternal señoría.

Pisa, en fin, la viuda italiana, cuya expresión más dulce y dolorida me fué dado descubrir primero en una talla en madera del Museo Cívico de San Francesco, y reencontrar luego en una mujer contemporánea, recoleta e infortunada, en la vía Porta Bouzi, a espaldas del *Orto Botánico*, cuyas umbrías contemplaba durante los largos y solitarios silencios.

La estatua evocativa representa a una dama con el atavío y el peinado de los albores del siglo XIV, y a la que Giovanni Pisano infundió humanísima apariencia. Mira nostálgica hacia afuera, ajena a cuanto le rodea; rememora mudamente lo que fué coetáneo en el tiempo de los últimos combates y las primeras servidumbres de la antigua *Madonna sopra l'onda salse*.

Nada de tanto—banderas, tapicerías, esculturas, orfebrería, armas, lienzos y grabados donde la gloria pretérita de la otrora poderosa república gibelina se retrata—que el Museo contiene, dice esa infinita ansiedad de la Pisa superviviente al esplendor histórico como esa dama que acecha inmóvil, detrás de un vitral emplomado, los rumores antiguos en las voces modernas:

pensando e rimembrando il dolce tempo
l'onorate pompe e grandi onori.

Pide al viento la música y atruendo de los retornos victoriosos o el espanto de los asaltos a las viejas torres güelfas. Quisiera oír el acento grave, henchido y potente del Arno, que hace retroceder al mar sin más que darse a él apasionadamente; percibir a las horas pías y virginales los vuelos sonoros de los pájaros de bronce, según salen del Campanil inclinado o de San Piero a Grado, San Paolo o Santa María della Espina; ignora de dónde acuden las turbas, sin color ni belleza, de los rebaños turísticos que alguna vez atraviesan las salas del Museo, y a las que no se digna mirar. Acecha clamores extinguidos, visiones borradas para siempre.

O reencarna su alma femenina en la otra pisana de hoy, a quien el dolor no fué negado; sombra viva concretada a la ribera derecha del Arno, entre las plazas y calles que dividen perpendiculares las vías del Borgo y la de San Frediano y vaga por la amplia de Solferino, que conduce al Cuá-

druple prodigio—el Duomo, el Battistero, el Campanille, el Camposanto—entre una doble fila de mansiones señoriales con los párpados somnolientos de sus persianas verdes entreabiertos, y mal afeitados los muros y losas del suelo de hierbas parásitas.

¿Cuál de ellas era mejor: el símbolo del pasado, o tenía, por el contrario, perenne, resurgida frescura de ser existente entre las ruinas inmóviles y los muertos transeúntes?

Esto es lo que pretende dilucidar el siguiente relato.

EL HOTEL

Llegué a Pisa una tarde polvorienta de primavera. Traía en la memoria el encanto de Génova, la opulenta, que asoma al mar su busto de matrona con las múltiples gargantillas de palacios y frondas. Sufría el ansia de saberme solo y libre de dos turbas coincidentes en el viaje: los trasatlánticos rubios en manada de agencia turística y los estudiantes italianos con sus barbitas y sus gorros de terciopelo puntiagudos.

Dejé colmaran autocares y tranvías, y apenas caí sobre el asiento del coche desvencijado y bajo la sombrilla temblequeante al trote de un caballejo, color y no amenaza de pólvora, me pareció caer al siglo XIX. Hálito somnoliento venía de la vieja ciudad gibelina, como de una provincia del Sur, adormecida en esa centuria que conocí de niño.

Hablaba el cochero indistintamente al caballo, a las moscas, a mí y a los ciclistas que sorteaban el paso, moviendo sus ruedas entre nubecillas de polvo blanquecino.

Llegado al hotel otra vez, la sensación del dulce siglo evocado hoy con la melancolía de la casa natal me recogió como en un regazo materno, como en un retorno imposible ya en España. Era una alcoba grande, fresca y cariciosamente conservada en penumbra, donde el rumor del río sonaba como el agua imaginaria en la oquedad de las caracolas.

Los muebles tenían sesenta, acaso setenta años, y sus formas casi se desdoblaban en las limpísimas y rojas losetas del suelo. Una falsilla lumínica la luz de fuera trazaba en la persiana, de madera verde, entrecerrada delante de la ventana. Junto a un buró de novela de Balzac, un butacón enfundado esperaba y prometía. En un muro, la puerta disimulada de los interiores de ayer, empapelada como el resto de las paredes, daba acceso al cuarto de baño, mucho más joven, biznieto suyo acaso, de los muebles, contemporáneos de la palangana y del jarro de porcelana blanca o florida de guirnaldas sencillas.

No quise nada de cuanto preguntaban los sirvientes. Nada más que saberme solo en la habitación, fresca y umbrosa, rezagada en lo pretérito.

¿Cuánto tiempo estuve sentado en el sillón de la funda, blanca como los encajes de la ventana y del lecho?

No lo sé. Iba entrando en mí Pisa la invisible, la imaginada, la sabida por lecturas, con un glu-glu manso, suave, de caño abierto.

Oía musiquillas ligeras, vocingleo y tumulto de gentes, timbrazos alegres y plebeyos de bicicletas. Y el vozarrón del Arno, que taja en dos la ciudad, lo sermoneaba todo.

La advertencia piadosa de los campanarios al recoger la lumbrada penúltima de la tarde me sacaron de aquella somnolencia grata, deliciosa como la inicial embriaguez de un buen vino bebido sin compañía molesta.

Entonces empujé hacia fuera las persianas de madera y me acodé en la ventana como un vecino sedentario que descansa de la tarea cotidiana, no como el viajero acuciado por plazos fijos, que en realidad era.

La anchura y lenta corriente de las pardas aguas sin transparencia del río empezaba a tener chispas y culebreos de luces. Su acento grave, su canto llano se levantaba más y se dilataba bajo los puentes. A mi izquierda, el más populoso, el Ponte di Mezzo, estaba colmado de hombres

que se recostaban en el pretil para contemplar la marcha del agua y la venida de los paseantes desde la Plaza Garibaldi. Y debajo de mí, en la parte de Lugarno Regio que animan los hoteles, los restaurantes desbordados sobre la acera, las tiendas atrapaturistas, paseaban las pisanas su garbo ingenuo y provinciano.

La noche se llevó pronto aquel bullicio vesperal. Se vació el Ponte di Mezzo, desaparecieron las siluetas y los grupos juveniles de muchachas y de muchachos que paseaban flojamente. Rectángulos luminosos se acostaban en la calle e iban a buscar con su límite recto el malecón de piedra. El barro líquido del Arno se cambió en sombrío acero y su rumor aumentó al recoger la tiniebla cerúlea.

EL HOMBRE

Cuando bajé al comedor, también allí encontré la sensación del siglo XIX, a pesar de los intrusos de Yanquilandia o de Germania, a pesar del *maître d'hôtel*, azogado, parlanchín y gesticulante, con su frac de corte muy moderno y actuando como un prestidigitador ante los carritos de las viandas.

Era un salón rojo de mediacañas doradas, de un espejo rococó, de una consola con reloj bajo fanal y sus candelabros de alabastro. La araña de cristales sirvió en un ayer no muy remoto para luces de gas, y tenía ya su velo de tarlatana roja previsora contra el verano próximo. Un camarero banal, ese camarero anónimo, borroso, de todos los restaurantes hoteleros del mundo, servía a las mesas de los demás. Yo elegí un rincón distante de aquéllos donde los súbditos de Cook prodigaban sus guturaciones laríngeas y tus toaletas nocturnas de falsa elegancia.

La mano de otro camarero me ofreció la lista de los manjares. Una mano fina, blanca, cuidada, de uñas que habían de mirarse por cómo en ella lucía un maravilloso berilo azul, el agua marina grata a los italianos para sus joyas. Pero aquel berilo tenía una limpidez, una transparencia bellísimas. Iba engarzado en un anillo de oro finamente cincelado y orlado de pequeños brillantes. Era una sortija de princesa. ¿Cómo en tal mano de sirviente? Levanté la vista hacia el rostro del camarero, suponiendo ya algo de femenil, de ambigua parodia sexual, en sus rasgos.

Y, sin embargo, el rostro de aquel hombre tenía una noble expresión de virilidad. Dos veces viril, por su hombría indudable y por los años, que le habían encanecido el cabello y salpicado de brillos argénteos la barba.

No era, ciertamente, rostro para tal condición social. Las barbas cuidadas, con masculino orgullo de no sumarse a la simulación contagiosa de falsas juvenilias, que desingularizan a todos los hombres del mundo. La frente ancha, despejada, con marcadas protuberancias superciliares que aún hacía más profunda y de más lejos la mirada de sus pupilas. Diríanse éstas otros dos berilos azules, fraternos del que en su mano atraía la luz en una sonrisa de amanecer sobre un pedazo de mar tranquilo.

Misterio melancólico, remoto y, sin embargo, claro, diáfano, de esa infinita y serena amargura que tienen las pupilas azules en el rostro de los hombres morenos y maduros, fluía de aquellos ojos. Se les comprendía resbalar ya sobre las cosas y los seres ajenos sin curiosidad ni codicia de nada. Venían de otros tiempos, otras pasiones y otras costumbres.

Como también su humilde elegancia de la ropa, unida a la distinción natural del cuerpo y de los ademanes, le hacía parecer más señor de cuantos ocupaban las mesas y podían mandarle como al criado que en realidad era.

Pero le huían. Esto lo comprobé días después, cuando vi que los advenedizos, en turba o solitarios, evitaban las mesas que servía aquel hombre, intimidados, inconscientemente humillados por su indudable superioridad física y espiritual.

Unicamente le buscaban las mujeres solas. Viejas inglesas con las gasas y los sombreros halduds y los tonos de pastel de los trajes marchitamente vaporosos. Aventureras morenas venidas de diversos puntos de Italia al acoso de los extranjeros. Francesas remilgadas o yanquis impúdicas.

Pero también comprobé que a él no le interesaban ni le atraían los episodios galantes, los furtivos capítulos de novela, frecuentes en los albergos que luego se confidencian al otro lado del Océano, las *girls* o las *mistress* al reintegrarse a los hogares fraternos o conyugales.

Estaba más allá de todo eso. Fríamente cortés, dignamente afable, no podía disimular a veces cierto puntillo desdeñoso, sobre todo al servir cierta clase de viajeros *à forfait*.

Como es lógico, no descubrí su modo de ser ni me convencí de la indiferencia amable con que veía desfilar por aquel comedor, rezagado en el siglo XIX, las gentes diversas cuando la primera cena.

Fué a lo largo de días sucesivos cuando allí, y fuera de allí, hablamos de algo más interesante que la elección de platos o de vinos, a las triviales alusiones a la temperatura y a los tesoros artísticos de Pisa con que aderezaba sus ademanes de comediante, cómico sin saberlo, el *maître d'hôtel*...

En la primera noche sólo me atreví a insinuar:

—Su cara de usted no me es desconocida. ¿Lleva mucho tiempo usted en este hotel?

—Mucho. Años, señor.

—Pero antes, fuera de aquí...

—Es posible, señor. Pero el señor, si me ha visto en otros hoteles, no es fácil me recuerde ahora. ¿Ha elegido ya el señor?

Y volvió a tender la mano hacia la carta. Y el berilo azul orlado de brillantes afeminó y enriqueció de nuevo aquella mano cuidada y pálida de diplomático, de cardenal o de escritor.

LA MUJER

Cuatro días después, un domingo por la tarde, lo reencontré libertado de su tarea, más él, en una función del Teatro Rossi. Llovía, y los Museos estaban cerrados. Los cafés próximos a la plaza Garibaldi hervían de gritos y se nublaban de humaredas de tabaco, y sonaban las fichas del dominó sobre las mesas de mármol. Me refugié en el teatro, que ofrecía una revista baclanesca, *Pour vous plaire*, desempeñada por una compañía francesa.

Curioso contraste de la ciudad con el espectáculo. No me parecía realmente estar en la misma de que San Bernardo escribía a Lotario II: «*Dove mai troveremo citta che come Pisa sea nell uscire armata fedele e fedele nel ritornare, sostrenitrice dell Imperio?*», y cuyas flotas en el pretérito poderío secular iban hacia sus dominios esparcidos por el mundo, y cuando sus galeras tornaban colmadas por este Arno que hoy contempla, aburrido y fatigado físicamente, el garrapateador de postales y el devorador de kilómetros con itinerario fijo.

La revistilla lanzaba entre un público cándido, sudoroso e inquieto, sus músicas fáciles y sus parodias de cuadros vistosos y sus bailes monótonos, inarmónicos. De cuando en cuando caía de la altura, como un mugido doliente y enorme, la súplica, la réplica de repetición:

—¡Biiiiisssss! ¡Biiiiisssss!

Y tornaban a salir muchachas relativamente inglesas, o nuevamente una Mlle. Lola, desde lo alto de su *escarpolette*, avanzaba columpiándose sobre los espectadores para que consiguiera un premio aquel que pudiera apoderarse de su pantufla.

Y una vez la dejó caer sobre las piernas de un espectador que no la había codiciado. Incluso la rechazó, tirándola al suelo, adonde acudieron a disputársela tres o cuatro de las filas de atrás, juntando sus risas y sus cabelleras rizosas, demasiado relucientes.

Lo vi entonces. Era el camarero del *Neptuno*, sin el *smoking* de librea. Tenía, en medio del público endomingado, más aspecto señoril que nunca. Su barba, de un rubio oscuro estriado de argento, su cabellera gris, destacaban de ese mediocre conjunto de cabezas en asueto dominical que iguala todos los teatros de Italia a los de España. Se cruzaron nuestras miradas, y me apresuré a saludarle como a un amigo, como a la única posible persona con quien pudiese hablar en el entreacto próximo. El se inclinó sin adulación ni altivez. Luego volvió la cabeza y habló a una mujer que estaba a su lado y que, instintivamente, al serle explicada la razón del saludo, me miró.

Tuve un momento de estupor. Aquella mujer, alta, delgada, era la encarnación viva de la dama que Giovanni Pisano talló seiscientos años antes y permanece detrás de un vitral del Museo Cívico.

Era realmente el perfil puro, digno de una medalla; el seno, alto; el cuello, largo y blanco. Incluso su cabellera, oscura, íntegra, le formaba cual la toca alta de la Desconocida.

En el entreacto la vi levantarse, y entonces aún se afirmó más la identidad con la estatua de la noble pisana de ayer. Sin perder la línea moderna, su traje era una rica y elegantísima vestidura de antaño. Erguida la testa paseó la mirada por sobre la muchedumbre. Yo la veía girar, y ansiaba recibirla en un curioso afán de más seguro cotejo con la mirada vaga y absorta de la estatua. Y cuando, efectivamente, llegó hasta mí aquel distraído y austero mirar, sentí la necesidad de acercarme a la pareja.

El se turbó algo. Temió a ser humillado en presencia de la mujer más gallardamente serena de toda la sala.

Le tendí la mano sonriendo, como un testimonio de reconocimiento a su verdadera personalidad, sin que allí tuviese el ademán la posible molestia para él de protectora llaneza que si lo hubiese hecho en el comedor del hotel.

Aceptó, sonriendo sin servilismo ni adulona alegría. Pero en las pupilas claras pasó como una afable expresión de gratitud.

Y también la vi en los ojos negros de ella cuando, luego de presentármela él como su esposa y de besarle yo la mano, la miré frente a frente.

Era una mujer en la edad matronil, pero sin adiposidades ni fofos derrumbamientos. De cerca, el parecido con la dama del siglo XIV se perdía algo. No tenía su juventud, pero sí la gentilísima y señoril traza de la silueta.

—*Come le e sembrata la musica?* —preguntó con una voz de tal modo rítmica y cantarina, cuya musicalidad hacía más pobre y tosca aquella por la cual preguntaba.

—*E una fatalità, signora.*

—*Una fatalità? Perche?*

—*Perche piove.*

Rió discretamente. A seguida su cara recobró una expresión melancólica que debía serle habitual.

El marido intervino para demostrar había comprendido aquel fatalismo de caer los tres en un teatro de domingo por la tarde para oír musiquilla de revista mientras la lluvia lloraba sobre la ciudad muerta.

—Yo pensaba hace un instante—continuó la dama—en cómo esta lluvia da al Camposanto su fisonomía verdadera. Alguna vez he recorrido así sus galerías de estatuas y de pinturas empolvadas, y le aseguro que tenía más interés el jardín entonces con sus cipreses altos y su hierba libre.

La miré asombrado. Su voz, de suaves modulaciones, de purísimo acento toscano, acariciaba con austera honestidad. Se había sentado, y alzaba hasta mí el rostro grave y armónico.

—*¿Le piace el Camposanto*, señor? —añadió.

Asentí sin palabras, temeroso de acallar la voz cálida, de lenta y melodiosa ternura.

—Es un poco terrible, ¿no es cierto?, esta obsesión cristiana de renunciamiento, del tránsito carnal a la podredumbre definitiva que hay en nuestra ciudad y obligamos a respirar a quien nos visita.

—¿No es acaso esto lo que venimos buscando aquí, señora?

—Pero ¿no les inquieta a ustedes los que vienen de las ciudades vivas, sin esa tradición mortuoria, la idea de que todos aquí somos muertos que andamos, sombras alquiladas para simular una vida ficticia?

No me atreví a sonreír. Ella me miraba fijamente, desde abajo, hondo, en una imploración infinita de las pupilas negras.

—No sé qué decirle, señora. Acaso el que busca el tumulto del Borgo Largo por las tardes y frecuenta sus tiendas no le dé a usted la razón.

—Pero el Borgo Largo, a pesar de tener la iglesia de San Michele en el centro, como este teatro ahora y como la Plaza de Garibaldi en las mañanas, no es la verdadera Pisa. Hay que buscarla en sus calles apartadas, donde el paso de una persona levanta ecos de miedo y de respeto; hay que encontrarla, no en el Battisterio o en el Duomo, sino en las otras iglesias menores; hay que sorprenderla en los jardines y los huertos interiores o detrás de las celosías de madera, donde siempre hay alguien que implora a la muerte, *medicina d'ogni pena*. No está, acaso, en lo que se considera su más cabal representación, en el Cementerio...

—Ciertamente — intervino él —. La sensación victoriosa de la muerte, eso que mi mujer ha supuesto debe obsesionar a visitantes inteligentes y sensibles como...—vaciló. Iba a decir *el señor*, pero, lógicamente, no era entonces el camarero del *Neptuno*—usted, no está limitado a los frescos divulgados por el mundo entero en reproducciones y comentarios de toda índole. No triunfa sólo la muerte en la composición más conocida de ese cortejo de príncipes que de pronto, de retorno de una partida placentera, se encuentra con unos féretros abiertos y la triple imagen del cadáver en sus tres períodos... Aun allí, en el Camposanto que ahora imaginamos está solitario y húmedo de lluvia, no brotan el sentido ascético y la inquietud pesimista de los sepulcros romanos vacíos y de los bustos neoclásicos que el polvo de muchos años ennegrece y deforma. La idea triunfal de lo Ido y lo Desaparecido, de lo que está disuelto en el aire y esfumado en la atmósfera, y nos hace ser a muchos en la ciudad como seres no existentes sino de una vida anterior, surge precisamente, no de lo que se creó para recordar la muerte y de los emblemas funerarios, sino de lo que exalta la plena vitalidad en las representaciones de aquellos instantes en que el hombre no piensa en morir ni en renunciar a cuanto la existencia le brinda de tentador y deleitoso. Más que el *Triunfo de la Muerte*, o el *Giudizio*, o el *Infierno*, me inquietan y angustian esos admirables ejemplos de las costumbres, y las gentes, y los trajes, y las pasiones de siempre de los frescos de Benozzo Gozzoli, o de los menores Andrea di Firenze, el historiador plástico de San Reniero, o de Piero Puccio de Orvieto...

—*Ma...*, qué conversación más extraña ésta, ¿no es cierto?—interrumpió la dama—. Acaso no le agrade a usted imaginarnos así, demasiado preocupados por la muerte.

Iba a protestar; pero la sala se oscureció, y en la orquesta el charlestón final del primer acto se repetía.

—Continuaremos hablando de esto, señora... *Di nuovo, amico.*

Besé la mano de ella, estreché la mano de él y volví a mi asiento.

Se sucedieron los cuadros y los bailables y los valses románticos, que las *comères* de revista francesa no olvidan nunca. Yo pensaba en el Cementerio bajo la lluvia e invadido ya además de la noche; pensaba en aquella dama del XIX, reencarnación de la modelada por Pisano, y cuya donosura melancólica maridaba tan bien con la del enigmático camarero.

De pronto hubo un clamor en la sala que me distrajo de mis pensamientos y me obligó a mirar al escenario y consultar el programa para cerciorarme de que no padecía una alucinación.

No. Era cierta la audacia de los cómicos. Se atrevían a vivir en el es-

cenario la pintura de Gozzoli *La Vendimia*. Músicas y canciones báquicas animaban el sensual episodio. El danzarín de la *troupe* bailaba como el mocetón moreno, desnudo de pie y pierna, sobre la garnacha amaranto; las *John Tiller's Girls* portaban como canéforas los cestos de racimos recién cortados, y se movían con un ritmo antiguo, distinto de las desarticulaciones coetáneas del *jazz* americano.

Y la primera bailarina, aquella inglesa rubicunda y cínica, mimó a la *Vergognosa de Pisa*, que en la *Embriaguez de Noé* muestra su feminea coquetería, tan distinta de aquella otra nobleza de la gentilísima pisana del Museo Cívico o de la que presenciaba el espectáculo desde una butaca con un peinado de otro tiempo y unas vestiduras semejantes a las de un ayer lontano.

—¡Biiiiisssss! ¡Biiiiisssss!—imploraban centenares de voces como un lamento ultraterreno.

De nuevo la farsa grotesca que pretendía animar el momento imaginado por Gozzoli era fehaciente prueba de cómo el arte, aliado de la vida contra la muerte, según lo imagina el *nombre coetáneo suyo*, es paradójicamente aliado de la muerte contra la vida.

Recordé las palabras oídas en el dulce acento toscano de la voz femenil: «¿No le inquieta la idea de que todos aquí somos muertos que andamos, sombras alquiladas para simular una vida ficticia?»

¡Oh! Ciertamente. Sombras de alquiler las danzarinas y las cantantes sobre el escenario. Remotas ficciones de una existencia que no se ha agotado y que testimonia el castigo disimulado, cauteloso y cruel en la prosperidad venida de fuera y que inflige el pretérito a las ciudades viudas de esplendor histórico.

El que sus muertos vivan y sea sólo pensando en ellos por lo que los hombres de otros sitios acudan a enamorarse, no de una mujer parecida a las de Francia, de España o de Alemania, que el foráneo encuentra en las calles y en los hoteles, y en los cafés y en las tiendas, sino a sentirse apasionadamente esclavo y sin esperanza de la mujer que sirvió de modelo a un pintor o a un escultor hace seis o siete centurias, como aquí, mientras el Arno sonaba en igual rumor grave y hondo sus aguas turbias bajo el cielo color de berilo...

Al terminar la función, busqué al camarero y a su esposa. No estaban ya. Se marcharon antes, se desvanecieron acaso como las sombras que me confesaron ser.

Mezclado a la multitud, maloliente a sudor, a ropa mojada y a perfumes pringosos y baratos, salí a la calle.

Había cesado la lluvia. Altas, guiñaban su luz las estrellas. Y comprendiendo que aquella noche no debía reencontrar en el camarero al amigo de la traza señoril y de la sensibilidad inteligente que había descubierto en el teatro, no fuí a cenar al hotel.

EL PASADO

—¿Aún quedará muchos días?

Hizo la pregunta al tiempo que me preparaba y encendía un *Virginia* atravesado por su pajita. Estábamos solos en el comedor, ya muy avanzada la noche y limpias de nuevo las otras mesas.

—Todavía sí.

—¿Tanto le interesa Pisa?

—En ella, todo. Hasta usted, el misterio que adivino en su vida.

Frunció el ceño. Instintivamente tapó con la servilleta su sortija.

—*La mia vita*—replicó en un suspiro—. *povera vita!*

Un gran silencio pasaba por delante de nosotros y escapaba por las ventanas abiertas a la noche, en busca de los rumores encendidos o a morir en el oscuro rumor del Arno. Venía de lo hondo y de lo alto del albergo ya apagado. en manos del conserje nocturno.

—¿Se acuerda—dije—le pregunté la primera vez que cené aquí dónde pudiéramos habernos visto antes? Ahora estoy seguro de que no le encontré antes..., así..., como ahora.

—Cierto, señor... Yo no he sido siempre camarero... Es más, yo no he sido siempre el italiano de ahora... Yo hablo el castellano como usted...

Sonreía, gozándose de mi asombro.

—¿Pero es usted español?

—No, uruguayo. Mis padres eran italianos. Un viejo florentino, profesor de latín, que emigró hace poco menos de medio siglo con mi madre, nacida en Empoli, menuda y tímida, que no dejó de llorar por su ciudad perdida.

Hablaba, ciertamente, el castellano con rara pureza, y no dejamos ya nunca de emplear aquel nuevo motivo de simpatía entre ambos, que apresuró en él la confidencia.

Nos estrechamos la mano como en un encuentro nuevo.

—¿Ve usted? Me parece que recobro una amistad antigua.

—Es usted muy amable, señor... También a mí me parece lo mismo... Es la primera vez, desde hace muchos años, que hablo español. Sólo así, acaso, había de ser posible que dijera a otra persona lo que usted desea oír, lo que llama el misterio de mi vida... *Povera vita!*...

Se pasó la mano por la frente, y en ella lució el berilo: la pupila de un cíclope bondadoso. Los párpados cubrieron los otros dos berilos azules de sus ojos.

Luego miró en torno nuestro, y lentamente fué a apagar la araña del techo. Quedó sólo la lamparita rosa de la mesa, y enfrente, las bujías simuladas de los candelabros de alabastro.

—*Permette?*

Señalaba una silla vacía junto a mi mesa.

—Se lo ruego, amigo mío...

Se sentó sin prisa altiva, sin encogimiento hipócrita.

—También así, hace años, estuve sentado en esta misma mesa, servido en ella por otro hombre. Y, desde entonces, nunca más en esta forma, sino en la condición subalterna que adopté involuntariamente: de pie siempre ante los millares de gulas y desganos que desfilan bajo mi indiferencia... Comprenderá luego el porqué de elegir este oficio, no exento de irónica superioridad. Los camareros aprenden a desdeñar a la humanidad saciando su sed y su hambre. Desde aquí veo pasar las gentes que no reencontraré jamás, cuyas vidas no me importan y a quienes la mía les es desconocida, por fortuna.

Sobre su pechera, blanca, nítida, el reflejo de la lamparita trazaba un resplandor rojizo. Quedaba en sombra el rostro moreno, la barba puntiaguda. Yo, hundido en el diván del fondo, recibía, en cambio, la luz sobre el rostro; entregaba indefensa la expresión de mis facciones a su relato.

—¿... le interesa realmente lo que yo haya podido ser?

—Mucho.

Vaciló. Sus manos, cuidadas, de uñas pulidas, se crisparon sobre la mesa.

—¿Es usted escritor, verdad?—volvió a preguntarme.

—Desgraciadamente—asentí.

—¿No ama usted su oficio?

—Vivo de él. Como el de usted, consiste en saciar la sed imaginativa y el hambre de ideal de las muchedumbres. Como usted, he de vestir correctamente mi prosa para servir a la mesa de los innominados y de los desconocidos devoradores de anécdotas y de palabras, que muchas veces se les indigestan y les impiden dormir, y los emborracha como un *cocktail* demasiado fuerte.

—¿Y quiere usted servirles el día de mañana mi vida?

—¿Por qué no?..., si usted lo consiente.

Le llene una copa del *Montepulciano* habitual en mis comidas. Me llené otra.

—*Tante grazie.*

—*Prego*—respondí a usanza italiana.

Reímos. Luego bebimos lentamente.

—Es curioso. Faltaba esta noche en su *menu* este plato, que el escritor ha de aliñar por sí mismo.

Súbitamente se le enserió el rostro. La voz se le enronquecía.

—*Permette?*

Volvió a llenar las copas. Yo no bebí. Retrocedí a la sombra, defensi-

vamente, mi rostro. En cambio, el suyo, inclinado sobre la mesa, se bañó en luz rojiza. Las pupilas adquirieron un color rosado, que también vino a buscar el berilo de la sortija.

—Y, sin embargo, es vulgar, insípido; precisará ser aderezado mucho para que usted le sirva a las gentes ávidas de platos fuertes... Ya le he dicho que mi padre, Carlos Cairati, fué esa cosa absurda e inútil que es un profesor de latín. Marchó a América para hacer fortuna, como los gañanes aventureros y los horteras, cansado de su miseria vergonzosa en las aulas universitarias. Amaba también la Arqueología y las Bellas Artes... Pero usted sabe bien cómo es inútil, al que eligió un oficio intelectual, libertarse de él. En la América de hace medio siglo, de hace cuarenta, treinta años, sobraban todavía más que ahora (si ello es posible) los profesores de latín y los arqueólogos casados con una mujer tímida, acobardada y consumida por la añoranza de un retorno imposible. A mi padre le debo una curiosidad melancólica por los libros y las piedras viejas; a mi madre, el amor a Italia. Y a ambos, la tristeza incurable de una niñez desvalida, de una juventud sombría, incapaz de valerse por sí misma, contagiada de aquella inútil resignación que mostraban en la lucha contra todo. Mamá murió implorando a la Virgen que de Bartolomeo della Porta hay en la catedral de su Empoli, y a la que suplicaba el buen nacimiento mío, arrodillándose dolorosamente llevándome ya en sus entrañas. Cuando la enterramos, yo propuse a papá volver a Italia; pero él no quiso. Se sentía avergonzado de su fracaso. Temía mostrarse en Florencia a sus amigos, a sus compañeros, a sus discípulos, con aquellas trazas de un viejo pobre a quien su sabiduría no sirvió de nada en medio de los napolitanos y los genoveses enriquecidos en una bendita ignorancia.

«Iremos a Roma o a Milán, las ciudades grandes; nos refugiaremos en Siena o en Pisa, las adormecidas», le decía yo, juvenilmente ilusionado por los libros de mi padre y las palabras de mi madre.

Pero él no quiso. Toda Italia le parecía pequeña para su infortunio. Toda Italia era para él como la amada de la adolescencia, que el hombre maduro e infortunado evita para no sonrojarse de su miseria.

Entonces emigramos a España. Barcelona fué durante años áspera y encantadora, hostil y afable, didáctica y envilecedora con nosotros. Fuímos mi viejito y yo varias cosas, todas humildes, dignas y mal retribuídas. El se consumía poco a poco, y yo me anulaba también en oficinas oscuras, en archivos silenciosos, en bibliotecas enormes. No conocí pronto, ni siquiera a su tiempo, el amor; pero caí en sus abyectos y sucios libertinajes, que son a veces el bárbaro desquite de los soñadores estériles.

Hizo una pausa. Le serví de nuevo el vino, y apartó la copa con la mano, echándose hacia atrás en el respaldo de la silla, como implorando a la sombra. El silencio interior del hotel ya no tenía tanta prisa por escapar hacia la noche libre. Diríase que se detenía aquí, que se acurrucaba como un auditorio invisible y callado en torno de nosotros para oír la confidencia. Y venía también del nocturno húmedo, donde se habían apagado las luces y enmudecido las músicas, otro silencio que huía del rumor fluvial y eterno.

Otra vez la mano sugiriendo sobre la frente la idea de un ojo cíclope, mientras las dos pupilas se escondían bajo los párpados.

—¡Oh, qué lejos! Sin embargo, ¿cómo esta noche me angustia su cercanía, este pasado en que hay tantos motivos de remordimiento y de asco? Sólo usted y los que, como usted, tienen la costumbre de asomarse a las almas de los demás puede comprender hasta qué punto es posible hundirse y elevarse al mismo tiempo; ser el guiñapo humano y la estrella limpia; ir con harapos en actitud de rey; sufrir hambre de pan, de mujer, de dignidad, de reposo, y hartazgo de sueño y soberbia de la soledad propia... Y, súbita, la riqueza: ese milagro oficial

de la lotería que desvela a los españoles. La *corazonada*, que hace jugar como a una carta todo el dinero de una época relativamente tranquila. Y los miles de duros que consienten unir vida y sueño. La voz de mamá me cantó al oído en la primera orgía de repentino rico: «Ve a Italia. Conoce Florencia; reza por mí a la Virgen de Fra Bartolomeo.»

Vine a Italia. Pero me retrasé en Francia, y allí conocí a la única mujer que he querido furiosamente, insaciablemente, en este mundo. La otra, Anna Beatrice, que usted conoce, mi mujer, ha sido la única que he amado con esa profunda y sosegada certeza que sólo adviene en la madurez de las juventudes turbulentas. Pero aquella otra, Ivonne, de hace quince, no, dieciséis años, inflamó para siempre mis entrañas de un fuego inextinto. La saqué de un cafetucho, donde cantaba cuplés canallescos y bailaba los tangos *d'avant guerre* entre hombres zafios y equívocos. Rápidamente entre sus manos se liquidaron los miles de duros. Recorrimos toda Italia, y cuando, precisamente en Florencia, no nos quedaban más que las joyas de Ivonne, se fué con otro hombre.

Llevaba en las entrañas un hijo que me aseguró era mío, y al que yo quise románticamente ofrendar a la Virgen de Fra Bartolomeo... Pero no hubo tiempo. Sobre la mesa de noche de nuestra alcoba del hotel encontré, con la despedida franca, agriamente leal, esta sortija, que yo la compré un mes antes en una joyería de las que hay a la entrada del Ponte Vecchio porque a ella le recordó, dice, mis ojos... «Te la devuelvo—escribió en su carta—porque no me atrevo a sostener su reproche en mis manos. Me parecería que me mirabas aún con esa angustia suplicante que no sé resistir... Puede servirte para hacer un poco de dinero; puedes conservarla, por si alguna vez vuelvo a pedirte que la pongas en mi dedo, como aquella noche embrujada de Fiésole.»

Se cogió su propia mano; acariciaba la sortija. Y en voz lenta, húmeda o de sollozos que no acaban de salir, murmuró:

—Desde entonces, aquí está... Y para siempre. Nada ni nadie ha podido arrebatármela... Después... ¡Bah! Nuevamente el descenso, las tareas mercenarias, las resignaciones jornaleras: nadar en el remanso actual, que ya cuenta diez años. Me casé con Anna Beatrice hace tres. Ella era viuda de dos hombres: uno, que murió en la guerra; otro, que se mató, enfermo de un cáncer en la garganta. Anna Beatrice daba lecciones de piano. Sus manos han agitado el silencio solitario de muchas calles de Pisa, detrás de las celosías verdes, a las horas somnolientas de prima tarde. Su primer marido escribía versos; el segundo cantaba en los teatros provincianos. Los retratos de ambos están en la sala de nuestra casa, en la vía Porta Bouzi, donde alguna vez nos visitará usted antes de irse. No despiertan celos en mí, como no los despiertan en ella esta sortija, cuya historia conoce. Sombras desvanecidas, sombras destinadas a desvanecerse en nosotros como unos rostros en la niebla... Nada importa su recuerdo a nuestro amor remansado en la ciudad del renunciamiento.

Calló. Durante unos minutos, ninguno de los dos habló. Falenas—¿almas?—rondaban la lámpara roja.

—¡Ea, ya lo sabe usted todo!

Le estreché la mano.

—Muchas gracias, amigo mío. Ahora me será más difícil que antes verme servido por usted.

—¡Bah! ¿Por qué?

Pero se levantó súbitamente. Y en una burla amarga, que comprendí inteligente medio de terminar lo difícil de la situación, recogió su servilleta e hizo una inclinación.

—*Allora... A domani. Buona notte, signore.*

—*Se ne va gia?*—pregunté sorprendido.

Volvíamos a hablar en italiano, disipado el intimismo confidencial.

—*Ho fretta, signore.*

—*Sta bene, Cairati. A domani.*

—*A domani, signore.*

Retrocedió de espaldas, respetuosamente, a buscar la oscuridad y el silencio de lo hondo y de lo alto del albergo.

EL PRESENTE

Una mañana, habiéndome entretenido más que otras veces en el Museo Cívico, examinando los viejos grabados y documentos que iban a servirme para una proyectada evocación de la Pisa floreciente, llegué tarde al *Nettuno* y encontré invadido el comedor por una de esas fugaces turbas turísticas que vuelcan las agencias frecuentemente y que, inexpresivas, anónimas y vocingleras, cruzan sin enterarse de nada por los museos, las iglesias, las calles y los hoteles.

Era más numerosa que otras, y llenó, además del largo comedor destinado a tales invasiones y del otro pequeño, donde muebles, ornato y ambiente sugerían la amable nostalgia del siglo XIX, parte del salón contiguo, donde instalaron mesas supletorias.

Desde lejos vi ocupada mi mesita habitual en el rincón del fondo. Y ello, tanto como el bullicio estólido, ofensivo, que promueven esas gentes venidas sin necesidad espiritual desde sus remotas ocupaciones, ajenas al arte y a la sensible inquietud incompatible con los enrolamientos de los rebaños pastoreados por los guías, me hizo dudar entre buscar un sitio libre o marcharme.

No hay nada, ciertamente, que hiera y ofenda a quien gusta de conocer lugares deleitosos y sentir la emoción de sitios unidos por el recuerdo estético como encontrarse en contacto con las turbas reglamentadas por horarios inmutables que sustituyen la energía sensorial y sentimental, de que carecen, con el talonario donde constan anotados de antemano todos los gastos y con la mecanizada autoridad del encargado de la expedición que piensa por semejantes bípedos.

Llega a causar una sensación de malestar físico insoportable el verse en medio de los alemanes, los norteamericanos, los ingleses, que así, en manada, se lanzan a simular el conocimiento de Italia, de Francia o de Suiza. Yo lo conocía bien y decidí escapar.

Pero me detuvo Cairati, que en aquel momento pasaba junto a mí llevando en alto una gran fuente de *minestrone*.

—No se vaya, se lo suplico... Pase a su mesa...

—Si está ocupada...

—Pero he advertido que debían dejar libre un puesto para usted. No hay más que dos... Vaya, se lo suplico.

Sudoroso, inquieto, con una ansiedad extraña, me rogaba. Se había detenido y miraba en torno nuestro como si temiese ser oído y comprendido de los anónimos devoradores de kilómetros, macarrones y asteriscos del Baedeker.

—Precisamente, señor, temía no viniera usted. Vaya, lo pido por favor...

—Es que me molesta «todo esto».

—«Todo esto» ya ha tomado su pienso y va a partir en seguida. Los que están en la mesa no tienen nada que ver con «esto». Vinieron en auto particular. Venga, le explicaré...

Atravesamos lentamente, dificultosamente, entre los comensales, que no dejan sus sacos de mano o sus mochilas, que se retrepan para eructar o para reír escandalosamente, que agitan los brazos y la cabeza, roja de alcohol, de sol y de los azotes del aire en lo alto de los «paseabobos» o autocares.

Cariati acercó su boca a mi oído:

—Me atrevo a suplicarle al señor procure averiguar de ellos cuándo se marchan. Luego le explicaré.

Temblaba su voz. Tenía una expresión de infinita humildad. Su rostro moreno había empalidecido, y goterones de sudor resbalaban sobre las mejillas y la barba como lágrimas.

—¿Qué le pasa, Cairati? ¿Quiénes son esos viajeros?

—Ahora le explicaré... Venga.

Obedecí. En mi mesa estaban sentados un hombre y una mujer. El era un cuarentón alto, fuerte, membrudo. La carnación rojiza, el pelo rubio. Trazas de germano o de yanqui. Ella, una mujer menudita, frágil y elegante; parecía una niña. El contraste con su

compañero aumentaba la sensación de infantilidad.

Nos acercamos a la mesa, Cairati pidió, en francés, permiso para que yo me sentara.

El hombre hizo una leve inclinación de cabeza. La muchacha me miró sonriente.

Cairati, mientras me presentaba la carta, fingía enumerarme los platos; pero me dijo en castellano:

—Es tremendo, señor. Esta muchacha se parece extraordinariamente a la francesa de quien le hablé. ¿Recuerda? Es como ella debió ser pocos años antes de conocerla yo. Un parecido semejante no puede darse más que entre madre e... ¿Comprende usted, señor? Yo quisiera hablarla; pero, ¿cómo? Le suplico averigüe el tiempo que van a estar aquí.

Se excitaba demasiado al hablarme. No evitaba mirar de reojo a la muchacha, y ella empezaba a darse cuenta.

—Bien, sí. Tráigame lo que quiera. Váyase. Que no sospechen...

Hubo un largo silencio entre los tres. Yo les observaba discretamente. A pesar del maquillado violento del rostro se la comprendía casi adolescente, un poco ambigua, con ese aire equívoco de las muchachitas actuales. Pero también el traje, las joyas un poco detonantes en viaje, los ademanes no siempre distinguidos, revelaban a la hembrita de un hombre ineducado.

Este, en cambio, se definía pronto y concreto. Sus manos, que un vello rojizo desdibujaba a la luz, eran grandes, rudas, de dedos cuadrados, sin anillos y con las uñas roídas. Dentro del traje finísimo, de la camisa de seda, el torso y los brazos musculosos sugerían la idea de un atleta. La dentadura estaba casi por entero recubierta de oro. Gesticulaba groseramente al comer grandes pedazos de carne medio cruda. Bebía de una vez los vasos colmados de «Chianti».

En torno nuestro, el tumulto y vocerío aumentaba conforme se acercaba la hora de los postres. Por entre las mesas iba el encargado de la expedición repartiendo la correspondencia.

Los bípedos de ambos sexos, que se distinguían por las faldas o por los pantalones, se ponían las gafas de pasta para leer postales selladas, al otro lado del Atlántico.

Cairati servía silenciosamente, pero sin ocultar su emoción. Miraba siempre a la mujercita. El hombre acabó por notarlo y le retó a su vez con una mirada brusca e impertinente que el camarero no vió siquiera.

Luego se inclinó al oído de ella, y, como si la insultara, dijo algo que no entendí bien. Ella se echó a reir.

—¡Oh! ¡Qué tontería!—exclamó—. ¿Tú crees? No. Pero es divertido. No parece un camarero... ¿Y te has fijado en la sortija? ¡Es maravillosa!

—*Toaa emer ça?*—preguntó él con un acento gutural y un francés irritante.

—Claro que me gusta... Es maravillosa, maravillosa. Volvía Cairati, y al cambiar mi plato, la mano del yanqui se posó bruscamente sobre la suya. El dedo índice, autoritario, apretó contra el berilo azul.

—*Combian?*

Cairati le miró estupefacto.

—*Combian?*—repitió más duramente el yanqui, sin separar el dedo que oprimía la sortija como un tigre.

Cairati retiró la mano en un esfuerzo de asco y de vergüenza. El yanqui frunció el ceño.

—*Moá acheter sa.*

El camarero irguió la cabeza, y mientras, ostensible y cuidadosamente, limpiaba la piedra de la huella dactilar del yanqui, se excusó:

—Perdone el señor. No la vendo.

El otro repitió terco, agresivo:

—*Che di combian. Moá acheter sa.*

La muchacha había dejado de comer. Sostenía la cabeza contra una mano, miraba sonriendo al camarero, divertida con el incidente, que suponía favorable en definitiva para ella.

—Es inútil, señor. No la vendo...

El yanqui se encogió de hombros, sacó la cartera y de ella un puñado de billetes de mil y quinientas liras.

—*Che di combian! Ave vu compri? Coocombian? Moá acheter sa. Ne fe rian le pri.*

—Pero, no, señor. Excuse el señor. No insista, se lo ruego.

El yanqui, excitado, dió un violento puñetazo en la mesa.

—*Moá acheter sa!*

Cairati se enserió súbitamente. Por un momento, en el temblor de sus labios, en la crispación de la mano que oprimió la servilleta, en un inconsciente avance del busto sobre la mesa que acercó su rostro al enrojecido del yanqui, temí no supiera contenerse. No dijo nada, sin embargo; retrocedió sin prisa ni desviar la mirada firme, desdeñosa, de los ojos del yanqui, también fijos en los suyos, y, retirando mi plato, se marchó.

—*Eh! Toa! Garçon! Vian isi!*—gritó el yanqui, dando un nuevo puñetazo sobre la mesa que hizo tambalear las copas y las botellas.

El camarero se volvió a medias:

—¿Señor?

Pero había tal resolución fría y digna en su acento y en su actitud, que la muchacha sujetó por el brazo a su acompañante. Este, resoplando, mordiéndose los labios, exclamó:

—*Rien. Rien.*

En aquel instante se levantaban con estrépito los turistas; recogían del suelo sus sacos de mano, se colgaban de bandolera a la espalda los prismáticos, las máquinas de fotografía, las mochilas. Con ruido de zapatones y de carcajadas agitaban además su vaho de humanidad recién alimentada.

Cuando salieron del comedor, un gran silencio, un consolador silencio, nos desquitó de su presencia desagradable. Sólo tres o cuatro mesas estaban ocupadas.

El yanqui distrajo su rabia en abrir una de las botellas de champan que tenía a refrescar en una mesita inmediata. Hizo sonar el tapón, derramó más líquido sobre el mantel que en su copa...

La muchacha mondaba con los dedos ensortijados una naranja, hundiendo en ella las uñitas rosadas, que se teñían de amarillo.

Creí oportuno el momento para iniciar la conversación:

—Será inútil, señora, que insistan. Ese camarero tiene en singular estimación esa sortija.

El hombre me miró, sorprendido, pronto acaso a enfurecerse.

Fué ella quien me contestó:

—Se la habrá dado una amiga, ¿no? Sin embargo, ya no está en edad de ser un caprichito. A no ser de una vieja de esas de los pequeños anuncios, ¿no?

Y se rió, mostrando su dentadura bella, de adolescente, barnizada la escarlata de los labios por el jugo de la naranja.

—Le juzga usted mal, señora. Ese hombre es una persona digna.

El yanqui se encogió de hombros.

—¡Bah! *En garçon d'hôtel! en gentleman sa?*

—¿Por qué no, señor? Le conozco bien.

—¡Bah! *Pardon, mesié. Leson nu sa*—y poniendo la mano sobre el brazo de ella añadió: *Toa l'oras, Ivonn.*

Volvía Cairati, y al escuchar el nombre de la mujercita se detuvo. Instintivamente se olvidó de todo para sólo mirar con ternura ávida, con una ansiedad melancólica a la muchacha, cuyo nombre evocaba el de la amada pretérita completando aquel extraño parecido de las facciones.

El yanqui recogía los billetes esparcidos sobre la mesa y los metía a puñados en la cartera.

Yo, temiendo un nuevo choque más violento, llamé a Cairati.

—Tenga usted cuidado, amigo mío —le dije mientras me servía—. Ese hombre es un bárbaro.

Cairati se encogió de hombros.

—No me importa. Es ella, sólo ella quien me importa. ¿Ha oído usted cómo se llama? ¡Oh, señor! Estoy seguro. Esta es, acaso...

—Un poco más de legumbres... Y un poco más de discreción, amigo mío. Domínese.

—Es que acabo de saber que marcharán esta misma noche. ¿Comprende usted? Y yo necesito hablar con ella.

—Bien, sí. Espere. Cálmese un poco. Ahora váyase. No vuelva hasta dentro de un rato. Voy a intentar algo...

Pero no fué posible. Cuando me dis-

ponía a preguntarles a mis compañeros de mesa el tiempo que pensaban estar en Pisa, e insinuarles la conveniencia de permanecer allí varios días, se levantaron.

Ella me hizo una inclinación de cabeza. El tiró sobre el mantel un billete de quinientas liras con un gesto de supremo desprecio, y sin saludarme echó a andar hacia la calle arrastrando del brazo la figurilla andrógina de su amiga.

LA HIJA

Aguardé a que Cairati recobrara su verdadero aspecto al cambiarse de traje. Durante unas horas volvía a ser el hombre libre y melancólico que Anna Beatrice aguardaba en su casa de la Porta Bouzi.

Dejaba en el vestuario de la servidumbre el *smoking* negro que en otro tiempo fué su habitual elegancia nocturna y ahora constituía la librea cotidiana. En las calles, siempre turbulentas de rostros nuevos, Cairati tenía la apariencia de un turista más, con otra inteligencia, otro conocimiento de la ciudad y otro señoril indumento que los esparcidos o en piara.

Iba a salir con tanta prisa que no me vió. Hube de llamarle.

—¿Usted? ¿Pero no...?

—No. He preferido no seguirles. Los buscaremos juntos.

—¿Usted lo cree mejor así? ¡A saber dónde estarán!

—No es difícil. En el Duomo, en lo alto del Campanil o en el Cementerio. No me parecen gente de otras curiosidades menos usuales.

—Bien. Pues si no le molesta, ¡vamos!

Tremaba de impaciencia. Miraba a través del cancel encristalado, ávido de la distancia hipotética que nos separaba de la pareja desigual.

Me levanté. Le así del brazo sin cuidarme de la mirada sorprendida del conserje.

—Prefiero hablar con usted en vez de con ellos.

—Sin embargo... Ya le he dicho que se irán hoy mismo. Acaso no vuelvan a cenar. Y yo necesitaba saber...

—¿El qué? ¿Si es su hija?

—Exacto.

—Bueno. Lo sabe usted ya. ¿Y qué?

Se separó, volviéndose a mirarme.

—No le entiendo a usted.

Estábamos en Lungarno Regio. Casi desierto a aquella hora de sol en el mayo naciente.

—Venga, Cairati. Vamos por aquí.

Volví a salir del brazo. Indiqué hacia la derecha, hacia el Puente Solferino.

—No. Si a usted no le molesta, vamos por aquí. Tomaremos el tranvía o un coche. Llegaremos antes.

—Es precisamente lo que no quiero. Deseo que hablemos, amigo mío.

Se resignó cortésmente, acostumbrado a domeñarse y obedecer a los demás.

Lentamente, sujetándole a pesar suyo, seguíamos a lo largo del pretil del Arno. Frente a nosotros, la antañona torre Güelfa recortaba a contraluz su negra y singular silueta.

—Vamos a ver, Cairati. ¿Qué se propone usted?

—Nada. Saber si esa muchacha es la hija de Ivonne.

—Ya le he dicho antes que suponga usted lo es efectivamente.

—Entonces...

—¿Entonces, qué?

Se pasó la mano por la frente.

—No lo sé... Es un ansia que no razona, que no he tenido tiempo de reflexionar.

—¿Lo ve usted? A eso iba yo. Hasta ahora no ha pensado usted en Anna Beatrice.

Se detuvo bruscamente.

—¿Y qué tiene que ver? Esto es un asunto mío exclusivamente.

Pero vacilaba a pesar de la contestación resuelta. Me hurtó el rostro a la mirada. Se acodó en el pretil de piedra a mirar la marcha contraria del Arno hecho barro ardiente de sol.

—Anna Beatrice, amigo mío, es la mujer que le ha salvado a usted. La otra, cuyo rostro ha creído usted reencontrar en esa *poule* entre las zarpas de un enriquecido vulgar, no me-

rece que usted la inmole el buen amor de hoy por la mala aventura de ayer.

—Usted mismo me ha dicho que esa muchacha es la hija de Ivonne, no un caso de parecido fisonómico. ¿Está usted seguro de ello?

—No. Lo supongo. Lo dí por supuesto para conocer sus intenciones respecto de ella.

—No sé... Había que hablarla... Si fuera mi hija tengo algún derecho...

—Ni derecho ni deber. La fuga de Ivonne con otro hombre desligó por completo a ustedes. Ni siquiera puede estar usted seguro de que esa muchacha, cuya relación con el norteamericano es bien fácil de suponer, le sea grato saber, así de pronto, que es hija de un—no se ofenda—camarero de hotel provinciano. En la moral peculiar de estas mujeres que heredan de madre a hija la profesión, la paternidad incierta es muchas veces una bella mentira fastuosa que las enorgullece.

Habíamos vuelto a andar. Cairati iba con las manos en los bolsillos, encorvado, hundida la barba en el pecho.

—Es que también quería saber de Ivonne...

—¿Todavía?

—¿Por qué no? Una mujer como aquélla no se olvida fácilmente.

Se excitó de pronto. Se me puso delante.

—Mire. ¿Quiere que le sea franco? ¡Ojalá estuviera seguro de que esa muchacha no es mi hija! Su cuerpo, sus manos, su voz, sus ojos, su mismo desgarro de falsa ingenuidad. Es tener delante a aquella mujer.

—Aquella mujer ya no es así. Han pasado muchos años, amigo mío. Tantos como cuenta la muchachita que la recuerda con tal exactitud.

—No importa. Si ésa es mi hija, puede decirme dónde está la madre. A mis ojos, será siempre la misma. Estoy dispuesto a perdonarla todo.

—¿Pero sería usted, acaso, también el mismo ante sus ojos y codicia? Escuche usted, amigo mío. Precisamente porque adiviné lo que se proponía de un modo vago y confuso en la primera sorpresa, de manera explícita ahora, es por lo que deseé retrasar un poco el nuevo encuentro con el yanqui. Usted no es el Cairati joven a quien Ivonne abandona una mañana en Florencia hace veinte años. Es usted el Cairati de condición humilde que se gana la vida como puede. Ella escapó precisamente al fantasma de lo que hoy es usted. ¿Cómo había de acogerle, aun estando ella misma vencida de tiempo, envejecidos cuerpo y alma? Nada de cuanto pudiera usted recibir en ese desesperado reencuentro vale lo que la dulce, noble y serena sonrisa de Anna Beatrice cuando le ve a usted volver hacia ella cada tarde y cada noche. Ella ama en usted precisamente al hombre actual, sin avergonzarse de él, ni consumir en urentes vicios el sosiego de sus sentidos. Más de una vez me ha expresado usted, y he podido comprobar en ella, cómo esta mujer admirable sabe ser la esposa perfecta del hombre cuyo pasado hay que cuidar como una enfermedad incurable, y en cuyo presente hay tanta resignada humildanza que conviene animarle cada día de renacidas ternuras. Todo en ella, amigo mío, es la personificación de la mujer que declina sin decrepitud ni miseria fisiológica, sin envilecimiento espiritual. Los dolores, las malaventuras pretéritas no dañaron esa gallardía matronil y esa entereza sentimental que, por dicha de usted, le ha sido dado encontrar a la edad en que menos soportable pudiera serle sentirse desdeñado de las mujeres. Y piense, además, que en las manos, en la voluntad, en la lealtad le usted está a su vez cuanto es ella en el crepúsculo tranquilo y generoso le la existencia.

Levantó hacia mí la mirada, en una expresión de infinita amargura.

—¿Por qué me dice usted eso? ¿No le la lástima de mí?

—No es lástima a usted. Es respeto para los dos, para esa vida apaciguada y sin sobresaltos que ambos tienen derecho a vivir en esta ciudad bendita del silencio y del olvido.

Ibamos por la vía Solferino, solitaria, empapada de luz casi sonora en la desnudez ávida de las piedras musgosas,

de los muros altos, los portones cerrados y las celosías verdes.

—¡En «Pisa la Morta»!—murmuró como un lamento Cairati—. ¿Es vivir esto? ¿Vive ella, siquiera?

—Anna Beatrice vive y vivirá. Es la superviviente de cada siglo y de todos. ¿No ha pensado usted alguna vez en que no son dos únicamente sus muertos, sino innumerables?

Movió tristemente la cabeza. Denegó en el aire la mano y el berilo azul pareció un insecto luminoso posado, fulgente, en ella.

—No me refería a Anna Beatrice, sino a la otra, a Ivonne. ¿Acaso no ha muerto también? ¡Qué enorme paz se derramaría sobre mi alma al saberlo!

—Pero ¿y vive? Es justamente la idea de que vive como una de esas muequeantes gárgolas humanas del dibujante Rouveyre o esas adiposas máscaras que se licúan entre afeites, aromas y podredumbres, ínterin en las viejas de Chass Laborde, la que yo quisiera transmitir a usted para aquietarle el malsano deseo, y, sobre todo, para realizar, como sobre una ménsula o bajo un doselete pétreos, cual las vírgenes o las damas de Nino Pisano, la figura gentilísima, limpia de pecado y de falsía, de Anna Beatrice.

No contestó.

Anduvimos largo rato en silencio, dentro del otro silencio de la Vía, donde dormían palacios y jardines.

Las frondas del Orto Botánico acariciaron nuestro paso con un frescor venido de lo hondo.

Ambos pensamos que al otro lado de los árboles, detrás de las persianas verdes, la esposa de Cairati, inclinada sobre su labor o sobre su piano, aguardaba...

Unos cuantos pasos más y nos encontramos frente a la Plaza del Duomo, invadida por los turistas: Autocares polvorientos, automóviles pequeños, los coches con sus sombrillas descoloridas, formaban cerco a las lagunas de césped y a los canales blancos de los senderos. Hormigueaba el gentío, en torno del Duomo y delante del Battisterio, a lo largo del tapial oscuro del Cementerio. Muñecos humanos bullían en las galerías inclinadas, abiertas sobre el abismo, del Campanil demasiado blanco...

Cairati miraba impaciente a todos lados pidiendo con los ojos las siluetas antiestéticas de la francesa menuda y el americano corpulento.

Entonces sí me dió lástima y le advertí en voz baja:

—Vuelva la cabeza, hacia la izquierda. Ahí está.

Ella nos había visto antes que nosotros, y ya me sonreía invitando a acercarnos. Estaba sentada en una de las mesas de un bar, al lado de una de esas horribles tiendas donde venden reproducciones en mármol de los tres prodigios arquitectónicos pisanos.

Ella sola, pero sobre la mesa dos copas y una botella de *whisky* casi vacía.

Delante, en la calzada, el automóvil de ellos. Un torpedo rojo, ostentoso.

Ella miraba curiosamente a Cairati.

—¿No le reconoce usted?—pregunté.

Se echó a reír.

—¡Oh! Sí, el camarero. Pero si es un señor...

—Ya se lo dije a usted. Un príncipe disfrazado—bromeé.

Cairati protestó.

—No. El camarero nada más.

—¿Sí? ¡Qué lástima!—exclamó ella.

—¿Está usted sola?

—Sí. Mi amigo se ha empeñado en subir a la torre después de beberse todo lo que falta de esa botella.

Miramos los dos a la torre. Instintivamente Cairati debió pensar en una posible caída.

—¿Y le ha dejado usted?

—¡Claro! A mí no me divierte eso, y si se cae lo veré desde aquí tranquilamente sin correr el peligro de que me arrastre.

Lo dijo como una gracia, riéndose en seguida. Luego recordó que tal vez no estuvieran bastante escarlata los labios ni demasiado azules los párpados y se pintó, aprovechando nuestro estupor.

—¿Qué?—dijo guardando los tubitos dorados en su bolso. ¿Me trae la sortija? Me gusta realmente. A ver.

Tendió la mano hacia la de Cairati. Pero él la retiró.

—Un momento, señorita. ¿Se llama usted Ivonne Asselin?

Ella no pudo reprimir un gesto de sorpresa.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Contésteme. ¿Sí o no?

—Pero naturalmente que sí. Es curioso. ¿De qué me conoce usted?

—¿Su madre de usted es Ivonne Asselin?

—Pero ciertamente. Es curioso. ¿Entonces usted es a mamá a quien conocía?

Cairati, pálido, anhelante, no pudo contestar en seguida. Intervine yo.

—Mi amigo ha conocido mucho a su madre antes de nacer usted, señorita.

Ella protestó, agitando sus manos con demasiados brillantes.

—¡Ah, no! ¡Historias de *avant-guerre*, no! Son todas románticas, y lo romántico me crispa los nervios. ¿Otro papá? ¡Sería gracioso! ¡Conozco el truco! Papás que surgen de repente. «¿Tú sabes, mi pequeña? Yo fuí amigo de tu mamá y me enternezco viéndote, hija mía.»

Miré al pobre Cairati. Una expresión de cólera, en vez del espanto angustioso que yo creí encontrar en su rostro, le fulguraba en los ojos, le temblaba en los labios.

—Eres muy ingeniosa, chiquilla—dijo casi mordiendo las palabras—. ¿Y tu mamá que decía?

Me sorprendió el tono de su voz. Era duro, amenazador, autoritario.

La muchacha sintió, a pesar suyo, el influjo de esta voz nueva que le tuteaba de pronto sin la dulzonería pegajosa y equívoca que había supuesto.

—Era ella casi siempre quien los presentaba.

—¿Y... vive tu mamá?

Se le nubló la voz. Desapareció aquella dureza sarcástica y violenta, para ser casi una súplica. Sus pupilas miraban implorantes.

—Pero no. ¿No le dije ya? No le dije ya los greluchones, la sacaban los cuartos. No seguía mis consejos. ¡Pobre mamá! ¡Murió de amor! Como las heroínas de las novelas románticas. Es por eso que yo lo romántico... ¡Puaf! Bueno. Entonces, «papaíto»... ¿me vendes tu sortija?

Cairati se quitó la sortija con un gesto de infinito desprecio y la echó sobre la mesa, al alcance de la mano.

—Tómala. Te la regalo por nada. ¡Vámonos, amigo mío!

Pero ella se levantó de un salto y le abrazó, besándole, entre risas y burlas.

Y mientras luchaba Cairati por desasirse, una mano fuerte, velluda, de dedos cortos, agarró la cabeza de Ivonne y tiró hacia atrás. Luego, el rostro enfurecido, rojizo del yanqui se acercó al pálido del camarero y su boca barbotaba palabras confusas, lanzaba gritos guturales.

La muchacha se echó a reír y le sujetó de un brazo.

—No te pongas así, papaíto. Es que me ha regalado la sortija. Mira.

Le mostraba en la mano el berilo azul. El se lo arrancó y lo tiró al suelo, furioso. Se tambaleaba ebrio y agresivo. Yo cogí la sortija al tiempo que Cairati, rápido, dió una bofetada al americano.

Hubo un momento de estupor entre los cuatro. La muchacha misma se enserió súbitamente.

—Llévese a su amigo—me dijo—. Míster Sealy tiene puños de hierro.

Cairati, erguido, crispados los puños, hacía frente a su enemigo, y el inglés, con una lentitud rabiosa; se quitaba la americana, se subía las mangas de la camisa de seda. Una mueca sarcástica le desnudaba los dientes, que trituraban palabras sin sentido.

Y de pronto, súbitamente, uno de sus puños dió contra el rostro de Cairati. Se abrazaron en una lucha feroz. Vi alzarse el brazo derecho de Sealy y caer contra la sien del camarero. Y éste, aflojando sus brazos, los abrió en cruz, y a no sostenerle yo habría caído contra el suelo. Lo dejé suavemente. Palpé su frente, sudorosa y fría. Sangraban las narices, los ojos se vidriaban. Yo, olvidado de todo, tardé en darme cuenta de que Ivonne y su

amigo habían subido al auto y escapaban.

Había sido tan rápido que no tuve tiempo de evitarlo, y la gente acudió tarde. Grité, supliqué corrieran detrás del agresor. Era inútil. El grupo, cada vez más numeroso, formaba cerco en torno nuestro. De entre el grupo alguien se destacó para examinar a Cairati. Levantó aquella cabeza de tan viriles rasgos y nadie pudo dudar de la certeza de sus palabras:

—Este hombre se muere...

LA VIUDA PISANA

La víspera antes de marchar fuí a despedirme de Anna Beatrice. Me recibió, vestida de luto, en la misma sala donde algunas noches la oímos, Cairati y yo, interpretar a Chopin y a Schubert en el piano, ahora cerrado.

A través de las persianas penetraba una luz de acuario. Desde los muros, viejos grabados del XVI y del XVIII evocaban las fiestas y los combates fluviales de otrora.

Bajo un fanal, una reproducción de la Virgen que en la capilla de Santa María de La Espina lacta a su Hijo, daba una sensación de hogareña paz, de maternidad dichosa en aquella casa de la que le fué negada la felicidad conyugal y los consuelos filiales.

Yo hablé largo tiempo. Ella me escuchaba de pie junto a la ventana, sin mirarme, absorta en su infortunio. Y cuando concluí de hablar, sólo dijo con su acento musical de toscana pureza:

—Dichoso usted, señor, que escapa de nuestro signo; dichoso usted, que vuelve a las ciudades alegres y entre las gentes libres. Ahora comprenderá que somos muertos que andamos, sombras alquiladas para simular una vida ficticia.

La viuda pisana inclinó la cabeza para contemplar en su mano el berilo azul.

Trasunto humano de la ciudad viuda del mar, que cada día busca en la corriente enlodada del Arno aquella limpidez jubilosa y transparente de las ondas sonoras por donde se iban sus nombres y tornaban sus galeras colmadas de riquezas, bajo el *Dignum Signum Urbis Pisanae.*

FIN DE
«LA TELEFONISTA» Y «EL BERILO AZUL»
DE
JOSÉ FRANCÉS

JOSE GARCIA MERCADAL

(1883)

JOSE GARCIA MERCADAL

PERIODISTA, *novelista, biógrafo. Nació en Zaragoza. Doctor en Derecho. En Zaragoza, muy joven, fué redactor de* La Derecha, El Progreso *y* Heraldo de Aragón. *Colaborador de los famosos* Lunes de El Imparcial. *Director de* La Correspondencia de Aragón—*1910—y* La Crónica de Aragón—*1912—. Premiado con la «Medalla de Oro» de su ciudad natal. Crítico de arte y literatura en el diario madrileño* Informaciones. *Fundador de varias editoriales. «Premio Nacional de Literatura» 1935 por su obra* Historia del romanticismo en España. *Su obra es fecunda, varia y original. Dirigió* La Novela Mundial.

Novelas: Los que esperan—*1910—*; El viajero del 7—*en* Los Contemporáneos—; Los cachorros del león—*1912—*; Remanso de dolor—*1912—*; El «paso» de Pajares—...

EL "PASO" DE PAJARES

I

EN MARCHA

ANUNCIÁBASE un día nada caluroso del mes de septiembre. Leve brisa hacía temblequear las copas de los álamos que, firmes y enhiestos, se alineaban a lo largo de las polvorientas carreteras de Castilla, cuando el correo de Asturias detuvo su perezosa marcha en los andenes de la estación leonesa.

De un departamento de primera clase apeóse un joven alto, bien trajeado, que al recoger la maleta de cuero que un señor ya de edad le tendía, puso remate a la despedida iniciada diciendo:

—Lo dicho, señores. A terminar felizmente el viaje, y hasta que nos volvamos a encontrar en Gijón.

—Ya sabe, en el hotel de Covadonga nos tiene—indicó el caballero.

—Y por la mañana, en la playa—concretó la señora, recién asomada a una ventanilla, para curiosear la escasa concurrencia del andén—. No nos olvide; tanto mi marido como yo deseamos conocer sus impresiones.

—No faltaré, señora.

—A ver si le ocurre alguna aventura—apuntó la viajera, a tiempo que unos blancos dientes se ponían de manifiesto por leve sonrisa irónica florecida entre sus labios.

—¡Aventuras en estos tiempos!—exclamó el joven, con tono de conquistador chasqueado—. Allá veremos. Hasta dentro de unos días.

—Hasta la vista—contestaron a dúo los esposos.

Guiado por los demás viajeros que allí dejaran el tren, que no eran muchos, buscó el joven la salida y enderezó sus pasos hacia el exterior, franqueando la puerta donde un empleado, medio adormilado, recogía los billetes. Un sombrero de paja defendía del sol su cabeza, y un suelto abrigo, color marrón, enfundaba su cuerpo. Por uno de los bolsillos del abrigo asomaban los dobleces de una gorra, y las manos se repartían el trabajo, nada agobiante, de portear la maleta y una guía Baedeker, constante compañera en sus desplazamientos nacionales.

No obstante la guía y el estuche de un veráscopo, cuya correa cruzábale el pecho en bandolera, el aspecto exterior y fisonómico del mozo no denunciaba extranjería. Cara la suya muy española, sus maneras desenvueltas dábanle por vecindad la propia capital de España.

Fernando Morales había dado fin aquel mes de junio a la carrera de Medicina en la Facultad de San Carlos, con brillantes notas. Mientras su madre y hermanas pasaron julio y agosto en Zarauz, él, aguantando impertérrito la angustiosa chicharrina de la corte—una corte sin parada ni familia Real—, acompañara a su padre, siempre al pie del cañón de su industria. De regreso en Madrid el sector femenino de la familia, el nuevo médico disponíase a disfrutar un mes de vacaciones, repasando los capítulos de una guía por tierras de Castilla, Asturias y Cantabria.

Una vez fuera de la estación, metióse en el primer ómnibus que halló aguardando. Aparte la angostura interior del coche, nada cómodo, empavorecían el ánimo las tablas de la techumbre crujiendo a la desesperada, quejosas, sin duda, bajo el agobio de dos grandes cajas de las que pasean por los ferrocarriles españoles los viajantes de bisutería. Fernando Morales, en compañía de otros dos señores, quizá los dueños de las cajas, aguardaba a que el vehículo se pusiera en marcha, curioso de lanzarse a callejear por las rúas leonesas, para desentumecer sus miembros desmazalados por la forzosa quietud del viaje, nada breve por cierto.

Aún hubieron de pasar algunos minutos antes de que los tres jamelgos del tiro, escuálidos y de amusgadas orejas, se decidieran a colaborar en el logro de su deseo. Acezados por las destempladas voces de un mozo de larga blusa azul, condujeron el coche hasta la ciudad, con tal traqueteo de los equipajes sobre la techumbre, que Fernando fué temblando todo el trayecto, cosa de diez o quince minutos, por la seguridad de su persona.

Una vez instalado en la fonda, hizo cuanto hace un viajero aseado al llegar a su destino. Pedir agua y una toalla, abrir su maleta para extraer los utensilios de tocador, lavarse, arreglar sus cabellos, con más cuidado si son pocos que si son abundantes; cepillar la ropa, si no se trueca por otra la de camino, y, de paso, aprovechando la coyuntura de haber quedado en el cuarto la camarera, remoloneando para curiosear el equipaje y la persona del nuevo huésped, adjetivar sus gracias, téngalas o no—que en estas divagaciones del sentimentalismo vagabundo la realidad se esfuma siempre entre las nieblas de la fantasía salida a caza de aventuras—, con dos o tres calificativos de los que más a flor de labio se encuentren. Y no cabe decir a mano, porque a éstas no les es dado adjetivar perfecciones, sino apreciar líneas escultóricas y concretar redondeces; pero esto, aunque se haga, no debe decirse, para evitar disgustos conyugales a los viajantes de comercio, turistas, hombres de negocios y demás gentes de las que corretean por esos mundos de Dios, en busca de la distracción o de los *viles* garbanzos, que serán todo lo viles que quieran los plumíferos de la prosa festiva, pero, bien cocidos y no teniendo mejor cosa con que entretener el ocio de las dentaduras, suelen cumplir de manera bastante aceptable el menester de alimentarnos.

Al detenerse Morales unas horas en León, no tenía más objeto que admi-

rar las bellezas artísticas de la capital del antiguo reino leonés, y principalmente su famosa y renombrada catedral. Por eso, apenas despachó el almuerzo, luego de atormentar el estómago con cierto líquido que los leoneses llaman café, achicoria los madrileños y el sentido común agua de fregar, fuese, un pie tras otro, por una calle ancha, dotada de buenos comercios, que, según le dijeran, debía llevarle hacia la catedral. Y como los informes eran verídicos, no tardó mucho en encontrarse ante la puerta de Nuestra Señora de la Blanca, cerrada entonces a los viajeros, como los espíritus reaccionarios lo están a toda clase de progresivas ideas.

Una mujer, sentada junto al dintel de una tienda, vino a sacarle de sus dudas respecto a la hora en que las puertas de la catedral se abrían. Faltaba poco, muy poco, para que se abriesen. Decidió esperar, y, aceptando el espontáneo y galante ofrecimiento de la tendera leonesa, se acogió a la quietud fresca y sombría de su establecimiento, en donde un asiento le fué ofrecido.

Con ánimo de que la espera se le hiciese más breve, y al notar su entusiasta admiración por la restaurada catedral, hermosa creación del estilo gótico en España, la buena mujer transmitióle la leyenda de un topo gigantesco que minaba los cimientos del vasto edificio, narración curiosa y entretenida, señal patente de hasta dónde se extienden la confiada credulidad y extrema sencillez de la gente del pueblo.

Impaciente, Morales salió a la plaza. La luz solar, reverberando en la blancura de la piedra nueva, obligóle a parpadear, nervioso y deslumbrado. Cuando más embebido se hallaba en el examen de las delicadas filigranas que revisten y enjoyan las torres catedralicias, sonaron unas campanadas y, a su conjuro, el ferrado portón del templo giró en sus goznes, quedando el paso expedito.

Agradeció Morales a la buena mujer haberle entretenido con el pasatiempo de su charla, y encaminóse a la iglesia, admirando antes de penetrar en ella las tres arcadas de su maravilloso pórtico, los capiteles, vanos, repisas, mascarones y estatuitas de que se ve adornado, y, sobre todo, el tímpano de la puerta central, lugar donde las bienaventuranzas y los horrores del Juicio final aparecen dominados por la sedente figura del Supremo Juez.

Delicado es el trabajo de las figuras que representan la celestial recompensa de los justos; pero Morales detuvo más su atención en aquellos otros relieves que reproducen el castigo de los pecadores, examinando con detención las extrañas posturas y disparatadas contorsiones que prestó el artífice a las figurillas de los condenados, y las disformes cabezas simiescamente sonreidoras de los demonios que hacen rueda de danza en torno a la hirviente caldera donde los réprobos se tuestan.

Para olvidar tales engendros alucinatorios detuvo sus miradas en la linda imagen de Nuestra Señora de la Blanca, que señorea el parteluz del pórtico. Encantóle la suavidad de sus facciones, la serena dulzura de que son fontana sus ojos y la naturalidad con que se fingen los pliegues en su manto policromado.

Y, sin más detenerse, cruzó el atrio de la catedral.

II

LA DAMA INCOGNITA

La catedral de León recuerda al excursionista un viejo refrán castellano que abarca, en su síntesis descriptiva, las más famosas catedrales de España. Dice el refrán:

> Toledo, en riqueza;
> Compostela, en fortaleza,
> y León, en sutileza.

Asombra la esbeltez de las delgadas columnas que sostienen la construcción leonesa, y causa maravilla se mantenga en pie la inmensa y pesada techumbre que cubre las naves, recor-

dándose con cierta zozobra en el ánimo, una vez dentro, la leyenda del topo roedor de cimientos.

Tal cúmulo de riquezas atesora la catedral, que una vez visitada el viajero guarda de ellas un recuerdo confuso e impreciso, en el que se mezclan las informes y borrosas pinturas murales; el coro, de colosales dimensiones, con sus sillones y tallas de santos y personajes bíblicos; las verjas, repujadas y cinceladas con clásica maestría; los púlpitos, sepulcros y altares de sus numerosas capillas, y otras muchas cosas que allí sorprenden y cautivan.

Hay, sin embargo, una impresión que se conserva fresca e indeleble en la memoria del más atolondrado y olvidadizo; la que se recibe al dirigir la vista a las ojivas y rosetones de los inmensos vanos de sus muros y encontrarse gratamente sorprendidos por todo un mundo de flores y de frutos, de animales reales y fantásticos, de ornamentaciones heráldicas y personajes históricos y bíblicos, que parecen tener vida en aquellas admirables vidrieras.

El sol de Castilla, que tuesta las rastrojeras de los segados trigales, alancea los coloreados vidrios con sus rayos y puebla el interior tenebroso de la catedral con una desvanecedora teoría de irisadas visiones ideales.

Desde este momento el Morales viajero va a transformarse en héroe de aventuras rigurosamente históricas, aunque la Historia no las conserve en sus libros y cronicones. Pero téngase en cuenta lo que es la Historia, señora hinchada de afectación, aquejada de delirio de grandezas, que siempre se tuvo a menos de decir nada de los héroes oscuros, cuanto más de los que se lanzan a la conquista del mundo con una guía y una maleta, en la que encerraron un traje de repuesto y tres o cuatro mudas de ropa blanca.

El caso es que, hallándose Morales ensimismado ante el sepulcro de Ordoño II, fundador de la iglesia primitiva, recordando la traición de que echó mano para apoderarse de los condes castellanos, creyó sentir a su espalda pasos cautelosos que hacia él se acercaban, a tiempo que le iban envolviendo las oleadas de un perfume, triunfante sobre el olor a humedad del templo.

Giró curioso, con ánimo de indagar lo que fueran el ruido de los pasos y la impresión del perfume, y hallóse ante una figura a la que en un principio tuvo por aparición maravillosa, fantástica, hermana o próxima pariente de aquellas imágenes de ensueño o pesadilla que surgen inesperadamente, causando el asombro de los héroes, en las narraciones que con hilo de leyenda tejiera en horas felices el infortunado poeta de las *Rimas*.

Era una mujer hermosísima, de cuerpo esbelto y airoso, que hacía pensar en la fantasía de un poeta heleno, un Sófocles del período ático, ambicioso de superar en sus imaginativos deliquios mayores perfecciones de las bellezas de su tiempo. Joven y elegante, era su cuerpo de proporciones correctas y clásica traza, recordando las manos el cincel griego; moreno el rostro, de forma oval, como el de la Magdalena del Tiziano, en él la frente brillaba despejada y altiva, y eran finas sus cejas, de sobrio y valiente rasgo, y grandes y negros sus ojos, de bondadoso y dulce mirar; la nariz, correcta y delicada; el perfil copiaba delicadezas de camafeo, y su boca, broche de rojos y frescos labios, sin acudir a hipócritas ayudas de lápiz, mostrábase cariñosa, incitante y provocativa, como plástica representación de una promesa de besos eternos.

Era una de esas mujeres que los hombres a cualquiera edad codician, y las mujeres, sin distinción de clases, se detienen a mirar al tropezarlas en la calle. Nacidas para que se las adore, esta clase de mujeres encienden los deseos, provocan las envidias y atraen sobre sí las miradas de todo el mundo.

¡Qué hermosa era! ¡Qué sello de distinción el de su figura, y cuánta delicadeza la que rodeaba los movimientos todos de su cuerpo! Decididamente era muy bella, extraordinaria y abundosamente bella.

El porte distinguido de la incógnita,

la soltura y delicadeza de sus movimientos y el desenfado encantador de su marcha, parecían dejar traslucir en ella a la dama aristocrática que, aun tropezada fuera de los salones donde tiene su reino, conserva aquella apostura y majestad que son inherentes a su elevada condición social. Por lo menos así lo pensaba Morales, embebido en el examen de aquella gloria de mujer.

Olvidándose del sagrado lugar donde se hallaba, atento más que a las maravillas arquitectónicas del templo al cúmulo de perfecciones reunidas en el cuerpo de aquella mujer, la imaginación de Morales comenzó a buscar sujetos de comparación estética adecuados a la belleza que le dominaba; y huyendo en mental exploración por los caminos del arte, dióse a perseguir, a través de los recuerdos de sus lecturas, las huellas imborrables de la forma clásica; para ello hizo desfilar por su imaginación todas aquellas mujeres cuya hermosura ha consagrado la Historia, y en especial las que el arte seleccionó para personificar la suprema belleza, consagradas como arquetipos por haber inspirado las obras de los grandes artistas.

Las mujeres de Nuremberg que sirvieron de modelo a Alberto Durero a su vuelta de Venecia, las sevillanas idealizadas por Murillo en sus Inmaculadas Concepciones, Isabel de Brant, Elena Fourment, María de Médicis, Isabel de Austria y la Lumdem, cuyas doradas carnaciones reprodujera el pincel goloso de Rubens, la Monna Lisa de Leonardo de Vinci, la Bella y la Flora del Tiziano, la Lucrecia de Fede, de Andrea del Sarto, y todas las que, como Magdalena Strozzi, Beatriz de Ferrara, Juana de Aragón, Isabel de Urbino y la Fornarina, contribuyeron a formar con la esplendidez de su belleza el genio incomparable de Rafael, cruzando fueron por el escenario de sus visiones imaginativas, componiendo uno de aquellos desfiles puestos en pie por la pluma prócer de Taine y que muestran de relieve las triunfales magnificencias del Renacimiento.

Al evocarlas diríase que Fernando Morales pretendía llamarlas a capítulo para que reconociesen y confirmasen la extraordinaria belleza de aquella desconocida, que al atravesarse en la ruta de un viajero lograba resucitar en él viejos recuerdos de amores imposibles; los amores idealistas tantas veces florecidos en su corazón frente a los cuadros de los museos, o a sus reproducciones, empequeñecidos entonces por aquella figura de la realidad accesible, que, con la noble apostura de una dogaresa y la airosa majestad de una matrona del Transtevere, ausentábase en aquel instante de su lado, luego de haber contemplado breves momentos la estatua yacente del segundo de los Ordoños.

III

TRAS UNAS FALDAS

Para decir lo que Morales, español de nacimiento, es decir, compatriota de don Juan, y madrileño por añadidura, hizo en aquel punto y hora, preciso será requerir aquella prodigiosa filosofía de Perogrullo, «que a la mano cerrada llamaba puño», admirable compendio de cuanto hay de razonable y de justo en el sentido común de los hombres, y ajustar en un todo su determinación a cánones tan maravillosos.

Deslumbrado por aquella beldad, siguió sus pasos, recatándose primero, de un modo descarado más tarde, resuelto a seguirla hasta el fin del mundo, caso de que hacia tan apartado lugar del planeta a la dama se le ocurriera encaminarse.

El uno del otro en pos, como es fama llegaron Tenorio y Mejía a la taberna de Christófano Buttarelli, dieron varias vueltas por el templo, sin que ella hiciese demostración alguna por la que se pudiera deducir se había enterado o pensaba darse por enterada de tan repentina persecución; y después de permanecer admirando durante bastante rato, ella

las esculturas del coro y Morales la suya, perseguida y perseguidor orientáronse hacia la puerta de salida.

Llegados a la pila del agua bendita, adelantóse el mancebo y ofrecióla en la punta de sus dedos, ligeramente humedecidos, el líquido de las aspersiones. Aceptó ella, al tiempo que leve sonrisa florecía entre sus labios, sin duda agradeciendo tanta fineza en un desconocido y, después de enviar una postrera mirada al templo, salió de él con paso decidido.

Morales, siguiéndola, relamíase de gusto anticipadamente. Según la dialéctica del conquistador la tal sonrisa expresaba un enunciado de innecesaria traducción. «Conforme», decíase el mozo. Y lanzado a la conquista de aquella belleza de primer orden, olvidábase de todo, hasta de que las calzadas del mundo están adoquinadas de desengaños.

Al dejar la iglesia renacieron por un instante en el turista las aficiones artísticas, que le hicieron volver la cabeza un momento para despedirse de los pobres condenados del Juicio final esculpidos sobre el pórtico. Hubo de distraerle cierta sonrisa que imaginó vagar entre los labios de uno de aquellos cornudos, al que volvió malhumorado la espalda, no sin advertir la compasiva mirada de la Blanca, que antes de penetrar en el templo había admirado en el parteluz de la puerta principal.

Al tornar la cabeza en busca de la desconocida que tras sí le arrastraba, vió defraudados todos sus deseos y por tierra la torre de naipes de sus ilusiones. La dama incógnita había desaparecido.

Registró con la mirada la plazuela extendida delante de la catedral, y nada vió que de su angustia le sacase. El sol caía sobre la tierra despiadadamente, cual si lloviese fuego, y ni sombra de persona se distinguía en cuanto los ojos alcanzaban. Parecía como si la tierra se hubiese abierto a sus pies, señalando a la misteriosa el camino de un soterrado alcázar de ensueño.

A grandes zancadas avanzó el don Juan hasta la esquina de la pesada torre del Reloj buscando espacio a su curiosidad en la plaza que domina el palacio del Obispo. Llegó a tiempo de ver a la dama desaparecer por la estrecha boca de un arco, y tras ella se lanzó presuroso sin acordarse para nada de los restantes monumentos de la ciudad que se proponía visitar.

El Baedeker le pesaba horriblemente en el bolsillo, protestando de su abandono. La máquina de retratar bailaba a su espalda diciéndose: «¡Para qué me habrán traído!» Para él no existía en León otra cosa que aquella Dulcinea de la que se sintiera caballero y a la que poco a poco iba dando caza.

Mirando iba la incógnita las viejas murallas rodeadas en su marcha y las pobres casuchas levantadas al abrigo de aquellos fieros restos de la época romancesca. Tras ella Morales, casi pisando su sombra, pensando en que la cosa se iba haciendo demasiado larga. De continuar de aquel modo nada conseguiría, si algo podía conseguirse, y el temor a que la tal aventura se desenlazase ante una puerta que se cierra dejándonos fuera, decidióle a comenzar en toda regla las operaciones del asedio, abordándola y dejando que el sol saliera por Antequera antes que alumbrarse para camino tan trillado como el de los famosos cerros de Ubeda, y sin pensar pudiera, en buenas formas, enviarle a darse una vuelta por aquellos lugares donde se perdió el padre Padilla.

A la vista de las imponentes murallas de otros tiempos, el espíritu se le encendía en fieros impulsos hazañosos. Ruy Díaz y Tenorio se fundían estrechamente en su corazón de conquistador.

Había que dar con un pretexto razonable que le permitiese, sin atrevimientos groseros ni rufianescas osadías, emparejarse a la perseguida y entablar conversación con ella.

La Casualidad, hada madrina de los conquistadores, vino en su ayuda. De las manos femeninas desprendióse finísimo pañuelo, que Morales se apresuró a recoger del suelo y depositar en aquéllas, con una rendida inclina-

ción de cortesía, hermana gemela de aquellas reverencias que fueron patrimonio exclusivo de la corte galante del Rey Sol. Tomó la dama el pañuelo, inclinó su cabeza en cortés gesto, plegó sus labios ensayando placentera sonrisa... Pero no dijo «esta boca es mía». Bien pensado, la declaración holgaba. Morales hubiera deseado dijese «esta boca es suya»...; pero se quedó con las ganas.

¿Cómo explicarse el que ella no profiriese ni siquiera breves palabras de cumplimiento? La turbación acaso. El también se notaba nervioso, fuera de sí, sobre todo para coordinar las palabras en un discurso galante. Sin embargo, la dama, después de la sonrisa a medio iniciar, había seguido su marcha sin más que mirarle de alto abajo.

—Las apariencias engañan—decíase Morales para cobrar ánimos. Y creyó confirmado el dicho al ver que la desconocida, en dos o tres ocasiones, volvía la cabeza hacia la acera por donde él iba, sin demostrar extrañeza por la insistencia de su perseguidor.

A pesar de estar sudando copiosamente, que si fuerte era el sol no lo eran menos las emociones interiores que le atosigaban, pensaba Fernando que bien pudiera suceder el que con tanto sudor estuviese fresco. ¡Por más que su frescura tampoco necesitaba demostración: s a l t a b a a la vista!

Siguiendo su marcha en zigzag a través de un laberinto de callejuelas estrechas y pedregosas, fueron a parar a la plaza Mayor, y desde allí, cruzando por delante de la fonda donde Morales había parado, llegaron a otra en cuyo zaguán la dama misteriosa dejó plantado a su magiar, luego de dirigirle un mudo adiós, que a no estar tan escamado por el mortificante silencio de toda la tarde, el torpe don Juan hubiera traducido por un «hasta luego».

No se arredró Morales por aquel contratiempo. Era preciso jugarse el todo por el todo. Cruzó la calle y penetró en el vestíbulo, preguntando por el dueño de la fonda; mas enterado anticipadamente por el portero de que el curioso era forastero y se había hospedado en otra casa competidora, negóse rotundamente a darle ni la más pequeña noticia acerca de la persona que acababa de entrar, poniendo muy en alto la discreción profesional.

Desesperado tornó a su albergue, renegando del grosero—léase discreto—fondista, del criado soplón, del encuentro con la dama, de su parada en León y hasta de sí mismo y de todos sus parientes, amigos y relacionados que habrían de acompañarle en la esquela mortuoria cuando Dios dispusiera de él para hacerle viajar... hacia el otro mundo.

En definitiva, que aquella aventura se catalogaría en el número harto abundante de las que comienzan y no acaban, como algunos dramas influídos por lecturas de allende nuestras fronteras, en los que cae el telón sin darnos cuenta por otra cosa de que la obra ha terminado.

IV

¡VIAJEROS, AL TREN!

El bello ideal de todo hombre galante que se dispone a emprender un viaje es encontrase en el departamento con una señora que sea bonita y viaje sola, sin rodrigones ni damas de compañía, sobre todo cuando en el trayecto a recorrer se cruzan largos y abundantes túneles. Y no se estremezcan ante esta declaración los celosos guardadores de la pública moralidad, que ello ha de quedar explicado con razones de la más estrecha circunspección.

Las señoras suelen, de suyo, ser asustadizas, y aunque en ellas no siempre el susto refleje miedo, la galantería masculina puede, entre la oscuridad de los túneles y con cariñosas palabras, calmar sobresaltos y sosegar agitaciones nerviosas.

En cambio si, antes de partir el tren, una tercera persona, que en este caso tanto da sea de uno o de otro sexo, cambia en terceto lo que sin su in-

oportunidad fuera dúo, quién sabe si de amor, el ideal del hombre galante pierde la propicia ocasión de convertirse en realidad. Habiendo un departamento reservado para las señoras que viajan solas, es difícil conseguir el ideal precitado, como sucede con todos los ideales; pero lo difícil no es imposible, y nunca faltan señoras que, habiendo leído relatos periodísticos de sorpresas criminales, buscan en los departamentos corrientes una promiscuidad que las autoriza a creerse más seguras.

Pensando en tales filosofías amoroso-ferroviarias, y sin haber olvidado su fracaso del día anterior, penetraba Fernando Morales el siguiente en la estación leonesa para tomar el tren que debía conducirle a Oviedo.

No eran muchos los viajeros que aquella mañana se disponían a cruzar la atrevida obra ingenieril del puerto de Pajares. Una vez en el andén, y por obra y gracia de un maletero, Morales vió transformado en realidad el dulce vagar de sus pasadas filosofías. Era hombre de suerte; las aventuras le perseguían. Don Juan no debió hallarlas tan a mano.

En el interior de un departamento frontero a la puerta de entrada, junto a una de las ventanillas opuestas al andén había sentada una señora, cuyo rostro cubría espeso velo y que, a juzgar por la poca atención que ponía en las idas y venidas de los escasos viajeros que por el andén transitaban, disponíase a viajar completamente sola. Morales se propuso hacerla compañía. Dejó que el maletero colocase en la red su maleta, señaló sitio con el abrigo y, puesto de pie cerca de la portezuela entreabierta, urdió la comedia de que si alguien llegaba a sentir sus mismos deseos de viajar placenteramente, al verle allí le tomase por el esposo.

No se hicieron esperar los precipitados movimientos de los viajeros en retraso, el ir y venir de los empleados dando órdenes, cuantas señales preceden en España a la salida de un tren. Al comenzar la baraúnda, nuestro don Juan ocupó su asiento, gozoso de que nadie hubiera subido a destruir la aventura en plena sinfonía. Por tal tomaba las campanas y silbidos que ordenaban la marcha, contestados por el silbato de la locomotora y el rugido del vapor, ruidos que ponían en tensión sus nervios.

Tan envuelto en su satisfacción se sentía, que no advirtió la entrada en el andén de una mole negra, encaperuzada con un sombrero del mismo color, la cual, empujada por el jefe, hubo de meterse en el coche que halló más próximo, aquel donde Morales y la viajera se encontraban.

Subir el sacerdote en el departamento y arrancar el tren obra fué de un instante. Unos segundos más de retardo y el sacerdote se queda en tierra y Morales en el cielo, en lugar del mismo infierno, donde de improviso había ido a parar, que al ver colarse de rondón al inoportuno se había dado a todos los diablos.

Para tranquilizar su malhumor asomóse a la ventanilla, aspirando con fruición el aire fresco de la mañana. Mientras, a sus espaldas, el clérigo ponía en orden su maletín de viaje y multitud de paquetes que, en la precipitación de la entrada, se habían dispersado sobre el almohadillado de los asientos.

León aparecía a la derecha, bañado por los rayos del sol. En primer término quedaban, junto al Bernesga, el inmenso caserón de San Marcos, prisión, en tiempos de Olivares, del ilustre caballero de la Tenaza; cerca de San Marcos, entre los árboles, divisábanse las chimeneas de una fábrica. A la izquierda, dos líneas de álamos, alejándose sin perder su paralelismo a través de la verde campiña, señalaban la ruta de Galicia. El tren de Astorga había partido minutos antes, y entre las ramas de los árboles quedaban desperdigadas grandes masas de un humo blancuzco, a poco desvanecido.

El espectáculo de la naturaleza distrajo el malhumor de Morales, cuyo temperamento era fuertemente devoto de todas las paganías. Sus ojos abriánse en extrañeza y asombro ante la

brusca transformación operada en el paisaje. Quedáronse atrás las tierras castellanas, pobres en cultivo, penosamente trabajadas, a costa de grandes sudores hechas productivas. Las que entonces veía eran muy distintas, no parecían continuación de aquellas otras descubiertas al atravesar la llanura. Los patatares mostrábanse abundantes y pródigos; pero lo que más subyugaba sus ojos, hechos a no ver más campo que los eriales circundantes de la capital española, lo que más le atraía y encantaba, era la infinidad de prados diminutos, separados por espesos setos y altas murallas de blancos álamos y esbeltos chopos.

Quedábase también atrás, olvidado, el llano. Lentamente, la tierra había ido hinchando su vientre prolífico, y a las lejanas perspectivas de los trigales sucedían los limitados horizontes de los valles cultivados. El tren, siempre ascendiendo, iniciaba la fatigosa cuesta que llega hasta lo alto del puerto, para desde allí culebrear a través de innúmeros túneles, en descenso hacia el solar de Don Pelayo.

Morales dejó la ventanilla por el asiento fronterizo al sacerdote, que, terminaba su instalación y acomodado junto a la ventanilla opuesta a la de la dama, disponíase a repasar las hojas de su breviario.

No habrían transcurrido diez minutos desde que el tren arrancara de la estación leonesa, cuando la viajera, arrancándose el velo que traía puesto, tan tupido que hasta entonces nada dejara traslucir de sus facciones, arrancó a la garganta del madrileño una exclamación de sorpresa y otra de regocijo. Y puesto en tantos arranques, a dos dedos estuvo de arrancarse por peteneras con aquello de

¡Qué bonita que era!
¡Se parecía a la Virgen
de Consolación de Utrera!

Embebido el clérigo en sus rezos matutinos, no pudo enterarse de aquel prodigioso descubrimiento, ni del asombro que en el rostro de Morales hubo de retratarse. Ahora bien; imposible suponer al lector tan escaso de perspicacia que no haya adivinado, aun antes de *correrse* el velo, quién era la viajera que iba a cruzar Pajares en compañía de Morales... y del sacerdote. Mas, por si acaso, vamos a decirlo:

Era... la dama incógnita de la catedral.

V

LA MUDA HABLA

Tú, curioso de toda curiosidad o buen amigo del autor de estas líneas, que, embarcado en el tren de este caminar aventurero y galante, hasta la quinta estación de la ruta has llegado, autorízame a suponerte agraciado de cara y lucido de hechuras; en ambas cosas fío para dar por sentado hubo ocasión en que recibiste a pecho descubierto las miradas de una de esas mujeres morenas y con buenos y expresivos ojos, que Dios puso en el mundo para suscitar envidias femeninas y masculinas desesperaciones. En ese momento emocional sintió tu cuerpo un escalofrío que nada tuviera de desagradable, toda vez que fué seguido de una sensación tan grata, tan francamente deliciosa, que por sentirla pudo haberse perdonado toda la sorpresa del escalofrío primero y cinco escalofríos más. Total, media docena de escalofríos. Pues bien, un escalofrío y una sensación semejante experimentó Fernando al reconocer en su compañera a la incógnita dama de la catedral.

Lo primero que se le ocurrió al verla fué preguntarse adónde iría, si muy lejos o muy cerca. En estas vacilaciones, la señora se levantó para alcanzar un saquito de piel de Rusia. Y antes de que Morales, traduciendo el deseo, iniciase la galantería de ponerlo en sus manos, sacó de su interior un libro y comenzó a leer, o a fingir que leía.

El sacerdote, embebido en las páginas del breviario, no podía enterarse de la actitud sobreexcitada de su compañero. Imagínese la situación del con-

quistador. Hallábase frente a una mujer adorable y adorada; sus ideales de soledad habíanse visto destruidos, y, para colmo de desventuras, ni disfrutar podía de la conversación de la dama, que el hecho de haberse puesto a leer demostraba bien a las claras sus pocas ganas de coloquio. Era para desesperarse.

En su puesto, y contando con la ausencia del cura, un galanteador hubiera comenzado requebrándola finamente; un poeta, hablándola de los encantos del paisaje—que en verdad merecía ser ensalzado—; un curioso, preguntándola si iba muy lejos, pensando en ir él mucho más; un tímido contentárase con mirarla ensimismado, y un atrevido, obrando con mayor sosiego, aguardaría paciente la llegada del primer túnel.

Morales, caso de estar solo, habría desechado todos los procedimientos. El de requebrarla, por temor a que se hiciera la sorda, como se había hecho la muda; hablaría del paisaje, porque no le fuera dado sentir más bellezas que las de su cuerpo de diosa; el preguntarla si iba lejos, por juzgarlo impertinente; el mirarla ensimismado, con ser lo más hacedero, por ser contraproducente comenzar una conquista haciéndose el bobo; y el del túnel, por cierto freno que hubiera puesto en su decisión la vista del timbre de alarma. Pero todo esto eran divagaciones para pasar el rato, dado que la presencia del sacerdote hacía fracasar todos los medios imaginables.

Un cúmulo de preguntas vinieron de nuevo a sus labios. ¿Cómo viajaba sola? ¿Sería soltera, casada o viuda? ¿Adónde iría? ¿De dónde vendría?

Tratándose de una mujer, lo natural hubiera sido que a los pocos minutos de comenzar el viaje ella misma les hubiese enterado de todos aquellos detalles. Pero la viajera en cuestión desmentía con su mutismo la locuacidad que se suele adjudicar a su sexo.

Viendo la inutilidad de cuantos ardides barajaba en su imaginación para tirar de la lengua a la viajera, en el sentido más figurado de la frase, desistió Morales de entablar por entonces conversación con ella, y se dispuso a entendérselas con el cura. ¡Quién sabe si por tabla...!

Entre fumadores nada más fácil que pegar la hebra.

—¿Quiere usted un cigarrillo?—dijo Morales, brindando con su pitillera al sacerdote.

—Muchas gracias, caballero; mas no sé si debo...—contestó el sacerdote, iniciando a medias una excusa.

—Acepte usted, padre; es tabaco habano.

—Vaya, puesto que usted es tan amable... Supongo que a su señora no le molestará el humo—dijo el grueso clérigo, volviendo la cabeza hacia donde la dama se encontraba.

—Este caballero no es mi marido —dijo la aludida rompiendo su prolongado silencio—. Pero, por mí, pueden ustedes fumar: no me molesta.

—Muchas gracias, señora—contestó el sacerdote.

Morales sonrió ante la equivocación de su compañero. Bien mirado, había tenido poco ojo. Aquella mujer, sin dejar de ser joven, representaba una docena de años más que el esposo que el cura le colgara. Sin embargo, pensó en aprovecharse del error y, una vez que la muda había hablado, hacer cuanto fuera posible para impedir su reingreso en la clausura del silencio.

—Observo que va usted muy entretenida. Sin duda, el libro es interesante—apuntó Morales, tendiendo un hilo a su deseo.

—Ca, no lo crea usted—contestó la dama, cerrando el volumen—. Por pasar el rato.

—Efectivamente, el viaje es un poco pesado. Sobre todo si va usted hasta la costa.

—No. Me quedo en Oviedo.

—Entonces llevamos el mismo rumbo—apuntó el joven, con alborozo que no supo disimular—. ¿Y usted, señor cura? ¿También se encamina a la capital?—preguntó Morales, tentando un feliz augur de ansiadas soledades.

—Bien quisiera; pero no me es posible—contestó el interpelado—. Hace un mes, al ascender, me concedieron unos días de licencia, antes de incorpo-

rarme a mi nueva parroquia, y faltan tan sólo dos para terminar aquélla; he pasado veintitantos al lado de una hermana que en León vive, y hoy mismo tengo anunciada mi llegada para encargarme de la parroquia a que fuí destinado.

—¿Es en algún pueblecillo de la sierra?—preguntó, solícita, la viajera.

—Sí, señora. He pasado toda mi vida entre estas montañas, y hace un mes recibí el nombramiento de cura párroco de Santa María de las Vegas de Riosa.

—¡Toda una vida encerrado entre estos riscos! Vaya una distracción...

—En verano es un vivir muy agradable. Lo malo es durante el invierno, cuando todo esto se cubre de nieve y hasta la marcha de los trenes se interrumpe, incomunicándose Asturias con el resto de España.

—¿Y cae muy lejos su nueva parroquia?—preguntó Morales, deseando enterarse del tiempo que habría de soportar la compañía de aquel tercero en discordia.

—Todavía falta un rato—contestó el sacerdote—. Seis u ocho estaciones.

Morales llamó a Job en su ayuda, y haciendo memoria de estar atravesando uno de los más hermosos panoramas españoles, invitó a la dama para que se asomase a contemplar el paisaje.

En verdad que era cosa merecedora de ser vista a todo sabor y despacio, mucho mejor que desde la ventanilla de un tren en marcha. Hallábanse en aquel postrer respingo de la vía férrea hasta lograr encaramarse a la cumbre de Pajares, sin duda alguna, la estación más pintoresca de España.

Era correr por el borde de un abismo, entoldado con multitud de tenues brumas, y ver en la hondonada de los valles los encantos de una naturaleza de ensueño místico, país de égloga, donde la vida se estanca en un remanso de noble paz aldeana.

El roble, el haya, el nogal, el fresno y multitud de otras especies arbóreas borraban ante la vista el ceño duro de los montes, suavizando los perfiles de la cordillera con la muelle fronda tupida de los bosques.

La verde hierba de los prados vestía caprichosamente la tierra de las lomas y, por el hueco de las cañadas, los arroyuelos cantarineaban saltarines, recogiendo en sus álveos el agua caída, por entre breñas y canchales, de las nevadas cimas.

¡La nieve! Todo era blanco en lo alto, de una blancura intensa, improfanable; virginidad respetada hasta por el mismo sol, que nada podía contra sus endurecidas entrañas. Y la blancura se presentaba como delicada blonda al recogerse bajo los peñascales; era muelle colchón de pluma en las hondonadas de las cortaduras, y nácar emaltado cuando, besada por los rayos del sol, brillaba estremecida su lucífera blancura.

De ventanilla a ventanilla, la viajera y Morales charlaban. ¿De qué? Las palabras se las llevaba el fresco airecillo serrano de la montaña, perfumado a lo grosero por el humo que la máquina despedía a hinchados borbotones. Impresiones del paisaje, sinceras en la dama, menos naturales en el caballero, que siempre tendía a desviarlas hacia el tenaz empeño de mostrarse galante.

Entre Busdongo y Pajares, el cura invitóles a compartir su almuerzo. Era un detalle con el que ni uno ni otro habían contado; y en verdad que les hubiera venido bien acordarse, pues se les había abierto extraordinariamente el apetito. Excusáronse en un principio, pero el sacerdote insistió de tal modo, que hubieron de aceptar, comenzando a dar buena cuenta de las preparadas viandas, entre las sombras del famoso túnel de la Perruca.

El almuerzo sirvió para que Morales extremase sus amabilidades con la dama, a costa de las provisiones del cura.

Que un trocito más de tortilla..., que una rodajita de salchichón..., que esta patita de pollo..., no quedaron ni restos.

Y fueron de oír las risas del caballero y las del sacerdote, empujadas por el hormigueo interior de un empecatado vinillo de Toro que se dejaba, gus-

toso, paladear, cada vez que la dama pretendía llevarse a los labios el único vaso de que disponían, haciendo un sinfín de mohines para contrarrestar el traqueteo del tren.

VI

EL CURA HACE COMO QUE SE VA... Y VUELVE

Con razón o sin ella, cuando un desconocido o persona de rango inferior al nuestro violenta las puertas de la corrección y nos tutea, solemos atajarlo con aquello de «no sé en qué plato hemos comido juntos». Y digo plato por no decir bacía, que es como en mi tierra se dice.

Si el plato une, el vaso no debe separar, sino todo lo contrario y aun más que aquél, pues si del plato a la boca se distancian los caminos, en el borde del vaso los labios se unen sobre las huellas que otros labios dejaron.

Así entre la dama, el sacerdote y Morales, todos tres bebedores en un vaso único, epilogando el compartido almuerzo con una charla discreta y animada, confianzuda y honesta, como si en el fondo de la vasija hubieran descubierto el poso de una vieja amistad.

A la dama y a Fernando, el almuerzo parecía haberles sentado admirablemente. No así al sacerdote, el cual, sin saber a qué atribuirlo, comenzó a sentir al poco rato cierto peso molesto en el estómago, y un turbión de espesas nubes de cuando en cuando le cruzaba por delante de los ojos.

¿Sería el puro que Morales le había ofrecido y que a cortos intervalos ponía entre sus labios? No tendría nada de extraño, pues su costumbre era fumar por la mañana no más que un par de cigarrillos, y los puros los cataba en contadas ocasiones, y nunca hasta después de la comida. No debió tomarlo; pero... ¡cómo hacer un desprecio a caballero tan amable! Además ¿y por qué no confesarlo?, le había parecido tan exquisito... La cuestión era que un sudor se le iba y otro se le venía.

Durante un rato guardó silencio, mientras sus compañeros de viaje conversaban de distintas cuestiones madrileñas que él no conocía ni de nombre. El Real, la Bárcena, la misa de los Jerónimos..., para él griego, que nunca le había hincado el diente.

No era posible resistir más, y su inquietud comenzó a ser tal, que Morales y su interlocutora hubieron de advertirla.

—Qué, ¿se pone usted malo?—inquirió la dama, viendo cómo la frente del sacerdote se perlaba de sudor.

—¿Qué es eso, padre? ¿Le ha hecho daño el almuerzo?—preguntó Morales, aproximándose a su compañero de departamento.

—No, no es nada—comenzó a balbucear el indispuesto—, sino que tendré que bajar en la primera estación.

—Debemos estar llegando—dijo Morales, advirtiendo que la locomotora silbaba.

Efectivamente, a los pocos instantes el tren se detuvo en Malvedo, y el sacerdote descendió apresuradamente para ir a solventar un asunto urgente.

—¿Ha visto usted este pobre hombre?—preguntó Morales.

—Sí; pobrecillo...—contestó la viajera—. Pero ¿usted cree que le dará tiempo?

—Seguramente.

Y siguieron hablando de otros asuntos. El sacerdote tardaba, y el tren debía de estar a punto de reanudar la marcha. Morales asomóse a la ventanilla, para ver si le distinguía por alguna parte. No vió más que a un mozo de la estación aproximarse a la campana y dar la señal de salida.

¡Cielo santo! El cura iba a quedarse en tierra. Miró a un lado y a otro, y nada, no aparecía. Y a todo esto la locomotora lanzó un silbido, crujieron un punto los enganches, y el convoy reemprendió su caminata sin ver que se había dejado en tierra a uno de sus viajeros.

—¿Qué hacer?—preguntábanse Morales y la dama, mirando sobre el asiento la teja y los manteos del cu-

ra, y en la rejilla su maleta y demás bultos que consigo llevaba.

Si hubieran sabido la estación en que el cura debía pararse, la incógnita de su deber habría quedado bien pronto despejada. Entregar los efectos al jefe de aquélla, para que a su vez les entregase al cura cuando llegara en el tren siguiente. Pero hablando, hablando, habíales dicho el nombre del pueblo adonde se dirigía, pero no la estación en que debía dejar el tren.

Decidieron, pues, entregarlo todo al jefe de la estación próxima, para que éste lo hiciese llegar a su propietario cuando pasase en algún tren de los que viniesen tras el que había perdido.

Así lo hicieron. Nada más detenerse el tren en Puente los Fierros, Morales se lanzó al andén, y, explicando al jefe en pocas palabras lo sucedido, hizo entrega de todo lo perteneciente al cura y volvió a ocupar su asiento en el departamento.

—Me parece que no podrá quejarse de nosotros—dijo la dama cuando Morales volvió a su lado.

Efectivamente, le hemos hecho un gran favor—apuntó Fernando—. Porque imagínese usted que da la casualidad de viajar solo... El tren se hubiera llevado sus efectos, quién sabe si hasta el mismo Gijón, y allí, al descubrirlos, no hubiera sido extraño que alguien pensase en un accidente o quizá en un crimen.

—¡Tiene usted una imaginación sorprendente!—exclamó la señora, admirada.

—Crea usted que no es para tanto. Además, aunque ello fuera así, hoy debe estar muy fatigada.

—¿Por qué motivo?—preguntó ella, intrigada.

—Por el trabajo que hace dos días trae, desde que mis ojos quedaron deslumbrados bajo las cúpulas de la catedral de León.

—¡Deslumbrados! Es usted artista y le encantaría el templo. ¿No es así?

—No, señora.

—Entonces...

—Encantóme, sí; pero no el templo, sino una mujer que en él vi, tras la que seguí lleno de entusiasmo, y cuya belleza me tiene trastornado.

—¿Y cómo no se ha quedado usted en León?

—Porque la dama de mis pensamientos ya no está allí.

—¿En dónde está?

—Señora, está usted jugando con mi corazón.

—¿Por qué dice usted semejante cosa?

—Demasiado sabe que la dama de la catedral es usted.

—¡Yo!

—Usted misma. ¿Querrá usted hacerme creer que no se enteró de mi persecución y no me reconoció al entrar en el departamento?

—Sí, hombre, sí; me enteré y le reconocí: pero como ha estado usted tan callado creí que se le había pasado la fiebre.

—Si no hubiera sido por el cura...; pero ahora que estamos solos...

—No tan solos, señor mío; entramos en una estación y la casualidad puede traernos compañía.

—Lo dudo; sería el colmo de mi mala suerte.

Sin embargo, a los pocos momentos de parar el tren alguien vino a forcejear en la portezuela, y al abrirse, Morales y la dama quedaron de una pieza. El nuevo viajero era... el cura.

Si mucha fué la sorpresa de ver llegar al sacerdote, no fué menos el embarazo de Morales cuando vió que apenas aquél hubo ocupado su asiento advirtió la desaparición de la maleta y demás efectos.

En los primeros instantes el cura no despegó sus labios, pues pensó en una broma. Aquellos madrileños eran el diablo, y, sin duda, querían reírse un poco del pobre cura de la montaña. Pero cuando Morales, enterado de que su ausencia no se debió a que perdiese el tren en Malvedo, sino a que vino encerrado en el retrete del tren, comenzó a explicarle lo sucedido, su contrariedad fué grande y no menor su pesadumbre.

—¡Y ahora cómo me presento en Pola, donde el alcalde, el maestro y el ama me estarán esperando!

—Ya ve usted, nosotros pensábamos hacerle un favor...—díjole la señora, mostrándose compadecida de su situación.

—No, si ya lo comprendo—apuntó el sacerdote—. Mas es el caso que estoy a punto de llegar y no sé qué decidir...

—Baja usted y telegrafía para que se lo envíen en el próximo tren.

—Si no esperase más que al ama, sí; pero como estarán también el alcalde, el maestro y quién sabe si algún vecino más, no me parece serio hacer mi aparición sin manteos y con la cabeza descubierta.

—Pues entonces—intervino Morales—puede usted continuar hasta la estación siguiente y deshacer mañana el camino.

—¿Y cómo explico luego el no haber llegado hoy?—apuntó el cura, deseoso de esclarecer una proposición que no le parecía del todo inaceptable.

—Pues diciendo que perdió el tren en León.

—¡Una mentira!

—Que casi ha sido verdad...

—Efectivamente, le ha faltado poco.

—Opino como este caballero—dijo la señora—. Lo mejor que puede usted hacer es continuar el viaje hasta la próxima parada.

—Sí, parecerme no me parece mal; pero...—y el cura se rascaba la coronilla—¿cómo paso por Pola sin que me descubran los que hayan bajado a esperarme?

—¡Oh, por eso no se apure usted! —contestóle la señora—. Nosotros nos pondremos en las ventanillas, y usted puede hacerse el dormido en un rincón del lado opuesto, cubriéndose la cara con un pañuelo para mayor seguridad de no ser visto.

—Qué, ¿acepta usted?—preguntó Morales, viéndole encenagado en dubitaciones.

—No hay más remedio—repuso el clérigo—. ¡Cualquiera afronta la chacota del pueblo cuando llegaran a enterarse de mi aventura!

Una tranquilidad relativa volvió a invadir el espíritu del sacerdote. Morales y la dama regocijábanse interiormente del caso, que iba a darles motivo para desmonotonizar un poco el viaje haciendo pasar nada menos que un párroco de contrabando.

Y solucionado el conflicto, los tres reían, reían, mientras el tren volaba, volaba, cruzando túneles y más túneles con una rapidez vertiginosa.

VII

¡AL FIN, SOLOS!

Detúvose el tren en la estación de Pola.

Morales y la dama pusiéronse en las ventanillas para ocultar la presencia del clérigo, acurrucado, todo medroso, en un rincón del departamento, como si fuese un conejo perseguido.

No era mucha la gente que esperaba. Dos campesinos, que apenas el convoy se detuvo encamináronse hacia los terceras para ocupar prestamente su asiento. Y pasmada entre dos hombrines, todos tres con sus ropitas de cristianar, una mujeruca con un gran paraguas rojo colgado del brazo, sacando el avejentado rostro por el hueco de un gran pañuelo de colorines. Anudábase el pañuelo bajo la barba, y tanto se abombaba la falda, que bien a las claras demostraba no andar sola sobre el cuerpo de la lugareña.

La mujeruca y los hombrines miraban el tren como algo que les causase profundo asombro, estupefacción extraordinaria. No eran menester más detalles para comprender ser aquellas tres personas las que esperaban la llegada del cura. Y su confusión no era sólo la del lugareño ante algo sorprendente como una locomotora, sino también, y todavía mayor, la de sentirse intrigados por una ausencia que no sabían explicarse. Sobre todo la mujeruca, metida en un angustioso laberinto de temores y pensando ya en mil y mil disparates de posibles accidentes, desgracias o indisposiciones repentinas. Algo, en fin, anormal y doloroso.

Comenzaban a dar señales de impaciencia, y no fué poca su sorpresa al ver cómo el factor hacía sonar la campana, y que, después de haber desgarrado los oídos al silbido estridente de la locomotora, la hilera de coches comenzaba a desfilar por delante de ellos, quietos en el andén como postes..., como postes que pudieran asombrarse al no ver ni rastro de lo que allí vinieran a esperar.

Aún Morales, que fuera el último en retirarse de la ventanilla, tuvo tiempo de verles salir al encuentro del jefe, braceando apurados y haciéndole partícipe del chasco recibido.

—¡Pobretuca Damiana!—exclamó el *páter*—. Buen rato pasará la cuitada sin poder explicarse la causa de mi ausencia.

Y comenzó a prepararse, pues en la primera estación que el tren se detuviese debía tomar tierra, para deshacer el camino al siguiente día.

No se hizo esperar muchos minutos la estación próxima. Entraba el tren en agujas cuando el sacerdote comenzó a despedirse cortésmente de sus compañeros de viaje, olvidado ya del apuro en que involuntariamente y con el mejor deseo le habían metido.

—Fernando Morales; si va por Madrid algún día, ahí tiene usted mis señas—exclamó el caballero, entregándole una tarjeta—. Tendré sumo gusto en verle.

La dama besó su mano devotamente.

—Si alguna vez tienen ocasión de venir por allá—hubo de decirles el sacerdote, repitiendo el ofrecimiento de la modesta rectoría de la montaña—, me honrarían mucho aceptando la pobreza con que les brindo.

Pensó Morales por un momento que, de no estar sujeto a su rumbo por la presencia de la hermosa dama cuyo rastro seguía, habría podido aprovechar la ocasión que se le venía tan a las manos para tentar el sosiego de un par de semanas de vida campesina. Y en el engolosinamiento de tales soñados derroteros se alzó ante sus ojos el encantador escenario de la vida plácida, devanada a pausados giros en el rincón eglógico de un pueblecillo asturiano.

Hubiera querido descender en una de aquellas menudas estaciones, casitas de juguete plantadas por las Compañías junto a la vía férrea, no se sabe si para que suban y bajen los viajeros, o para que se aburran unos hombres que llevan gorras galoneadas. ¿Subir y bajar viajeros? ¡Como no bajen a pedir un vaso de agua y volver corriendo al tren para no quedarse en tierra! De otro modo no se comprende en las tales estaciones la especie viajero, ave de paso que no se posa más de un minuto en aquellos apeaderos perdidos entre los repliegues de la montaña.

Bajar, sí, en ellos, y volviendo la espalda a la pequeña ramificación civilizadora que nos habla de los grandes centros de población, que nos trae sus latidos en forma de papel impreso, trepar por un áspero caminito de sierra, entre arboledas umbrías y siguiendo a la inversa el curso de cristalinos arroyos saltarines, y marchar de risco en risco buscando la pista de aquella feliz Arcadia, que un ilustre escritor de las Asturias dió por perdida en uno de sus más hermosos libros.

Aquellas casas como nidos, que entre frescos y frondosos ramajes se envuelven; aquellos caminos en sombra, por donde marchan ocultas las carretas, cuya presencia denuncia el chirrido quejumbroso de los ejes; aquellos verdes prados, con sus felpudas alfombras herbosas, sobre las cuales pastan las vacas; aquellos montes repechudos y poblados, que hasta el cielo parecen erguirse buscando el maridaje del verde con el azul; aquellos grandes peñascos, que de trecho en trecho aparecen teñidos con los tonos del musgo. Todo se hubiera unido para ofrecer a sus ojos, con ansia de impresiones tranquilas, un paisaje que es reflejo de un pueblo, característica de una región y elemento inseparable de unas costumbres pastoriles y primitivas.

Pero los ojos de una mujer tenían le sujeto, y por nada ni por nadie hubiérase desviado de la que él tenía

como ruta señalada de su destino sentimental. Por eso, al ofrecimiento del sacerdote contestó con breves palabras de cumplimiento.

La dama, a su vez, dió las gracias por tan extremosa amabilidad, y el cura partió en busca del despacho del jefe, donde pensara dejar sus efectos hasta el primer tren que cruzase en dirección contraria.

Al verse definitivamente solos y reanudar el tren su marcha, Morales, que con tan afanosa impaciencia tenía deseada la realización de aquel momento, sintióse detenido en indecisiones respecto al camino por donde le conviniera seguir. La inoportunidad del cura no había podido serle más funesta. La mañana debiera considerarse por completo perdida, una vez que ni sirviéndose de la conversación le había sido posible tantear el terreno por donde aquellos ojos le arrastraban.

Gracias a los breves instantes que la ausencia del sacerdote les había dejado solos, aprovechados en declarar a la ligera el nacimiento de su pasión y los motivos de su seguimiento. Pero el cura presentóse tan a destiempo, que la charla iniciada hubo de cortarse por lo más sabroso.

Y ahora..., ¿cómo recoger el hilo perdido para con él seguir tejiendo la malla en que intentaba quedarse prendido el corazón de aquella hermosa mujer?

También en ella podían advertirse señales inequívocas de nerviosa inquietud. Desde que la marcha del sacerdote les dejara solos habíase replegado en el silencio, adoptando una prevenida postura y guardando más atención para el paisaje de la que hasta entonces hubo de dedicarle.

Fernando había quedado junto a ella, en el mismo lado del coche, y dejaba volar su imaginación mirando ensimismado el timbre de alarma, como si de allí hubieran de desprenderse las resoluciones que de su indecisión le sacaran al camino de la voluntad.

—¿Se ha quedado usted mudo?—preguntó la viajera, volviéndose del lado del caballero.

—No he querido turbar el desarrollo de sus meditaciones ante al paisaje —contestó Morales, sorprendido al ver partir de su compañera la invitación para nuevas charlas.

La dama, sabedora de las intenciones que a su lado germinaban, debió comprender que en tales momentos el silencio se aprovecha para elaborar resoluciones. Quiso evitar este trabajo, que pudiera traer perjuicio a su sosiego, y no halló cosa mejor que la charla para arrastrar el espíritu de su acompañante por extraviados caminos, desviándole de la intención principal que veía bullir bajo su frente. Y queriendo evitar que su compañero callase y en el recogimiento de su mutismo urdiese no sabía qué plan de diabluras, inició una divagación sobre el paisaje.

Y siguió la charla:

—¡Mis meditaciones! Eso se queda para los artistas o para los teólogos. Yo me limito a la contemplación, bañando mis miradas en el encanto de estos maravillosos valles.

—En verdad que esto es hermoso —repuso Morales—. Mire usted aquella serie de vagonetas, todas cargadas de mineral, que parecen hacer volatines sobre aquel altozano. Pues y allá abajo, aquel plantel de chimeneas tan diversas echando humo y más humo. Esto sí que ya no es lo que más atrás dejamos visto. Hasta las aguas, que en tumulto corren entre los pedruscos del río, parecen haberse tornado negras.

—Es que hemos penetrado en la región de la hulla, en el mundo horrísono de la vida industrial—dijo la dama, mostrando a su compañero, junto a la vía férrea y a orillas del río que hacía rato les venía siguiendo, un hacinamiento de ennegrecidas edificaciones, sobre cuyos tejadillos de chapa las chimeneas se elevaban gallardas, escupiendo al cielo el espeso turbión de unos humos negruzcos.

La imaginación adivinaba, bajo aquellos montes en cuyas entrañas clavaban sus raíces los *carbayos* seculares, las confusas e indeterminadas visiones de las minas de carbón. Cabe las tenebrosas bóvedas de las galerías las

vagonetas irían y vendrían sobre los railes, aguantando el salivear persistente de las filtraciones; y en el fondo, alumbradas por la claridad desfalleciente y tristona de los candiles mineros, brigadas de obreros atacarían la tierra con el golpeteo incesante de los picos, hundidos en la inclemente esclavitud de un trabajo nunca alegrado por el beso del sol.

Para huir de aquellas tristezas evocadas, que le colocaran ante el problema eternamente renovado de las desigualdades humanas, puso Morales sus miradas en el busto espléndido de su compañera de departamento, y las hizo subir después hasta los ojos, divinos ojos negros, que le trajeran al trance apurado de su comprometida situación.

Y al sentirse tan junto a la que tuviera, por dicha suya, y, sin embargo, ¡oh triste paradoja de la adversidad!, tan lejos, por no haber sabido determinarse a marchar por el camino de en medio, ruta frecuentada por los conquistadores de oficio, sintióse un tantico avergonzado de sí mismo y como indigno de lograr venturas y triunfos que a conquistar no acertaba.

En tan pesimista estado de ánimo sorprendióle el silbato de la locomotora, que parecía burlarse de él despiadadamente. Debían estar llegando a una estación o a punto de colarse en la oscura callejuela de un túnel: uno más en la serie interminable que a lo largo del trayecto habían cruzado.

El tren pareció acelerar su marcha. De improviso, sorprendiéndoles, la sombra penetró a tambor batiente en el departamento y se hizo dueña de él casi en absoluto, a tiempo que el tren se hundía en la lobreguez ensordecedora de un túnel. ¿Largo? ¿Corto? Lo que Morales no viera a plena luz del día, hubo de vislumbrarlo entre la semioscuridad del coche, apenas turbada por la macilenta lámpara del techo.

Empujado por la apremiante necesidad de una pronta resolución, arrojóse desatinado a despejar la incógnita, y entre el mareante traqueteo del monstruo en su carrera subterránea, hubieron de perderse dos sonidos de muy distinta especie: el chasquido de un beso y... la explosión de una bofetada.

VIII

SERMON DE PENITENCIA

¡Hágase la luz!... Y la luz se hizo sobre una dama castigadora de un osado y un *caballero* todo medroso en fuerza de verse señalado por el ridículo y por la huella de cinco dedos de mujer.

No le dolía lo material de la defensa, que viejo es aquello de que *manos blancas no ofenden*. Dolíale, sí, y muy intensamente, la imposibilidad en que se hallaba de que la tierra se lo tragase, de poder hurtarse por escotillón al ridículo de su tan embarazosa situación frente a la persona que, arrastrado por el arrebato de un instante aciago, acababa de tratar en la forma más grosera que cabe en un caballero cuando por accidente se encuentra compañero de una dama.

Cuando la luz se hizo, la ofendida mostró en su rostro el profundo desagrado de la ofensa recibida.

—¿Es así como le han enseñado sus padres a respetar a las señoras?—preguntó la dama con voz grave y digna entereza.

—Tiene usted razón. Me he portado como un miserable—contestó Fernando casi con lágrimas en los ojos.

El tono con que fueron dichas aquellas palabras enterneció a la dama. La hizo comprender que no se las había con un conquistador de oficio, y se sintió más tranquila. De todos modos no creyó haberse excedido en el castigo. Mas compadeciéndose de quien se le mostrara más que arrepentido de su falta, aclaró un poco lo sombrío del gesto y dulcificó ligeramente la expresión de sus ojos, antes dilatados por el enfado.

—Merecía usted—dijo—que en la pri-

mera estación denunciara su proceder a la pareja de la Guardia Civil.

—Castigo merezco, pero no será usted tan cruel que me condene a no terminar el viaje en su compañía. Con lo poco que falta... Más castigado estaré con seguir a su lado y verme distanciado de usted por méritos de mi grosería incalificable.

—Si usted la reconoce, ya está bastante calificada. Si todos los hombres pasaran por un momento como el que usted ha pasado y recibieran la oportuna lección que usted ha recibido, sería una provechosa enseñanza para el mejoramiento de las costumbres sociales. En cuanto ven a una mujer que les gusta ya no piensan más que en el modo de brindarle su cariño. Y claro está, pensarlo y hacerlo todo es uno... Luego, aunque la mujer no les dé pie... En fin, no quiero recordar nuevamente lo sucedido para evitarle el bochorno.

—¡Como usted no quiso hacer caso de mi cariño!—exclamó Morales, tentando la razón de una sinrazón.

—¡Vaya una salida de pie de banco! De modo que usted, señor mío, es de aquellos que dicen *me has de querer a la fuerza,* pobres locos que alimentan constantemente la sección de sucesos de los periódicos, figurando como protagonistas en los nunca bastante execrados dramas pasionales... Además, yo no tenía por qué hacer caso de su cariño. Aunque estuviera en situación de aceptar el de un hombre, no hubiera sido cosa de fiar en el que usted quiso ofrecerme.

—¿Por qué razón?

—Por la muy sencilla de que nunca pueden pasar de la categoría de caprichos de momento esos cariños que algunos hombres sienten nacer en su pecho tan de repente.

—¿No cree usted en el flechazo de los andaluces?—preguntó Morales, como si oyese por primera vez razonar de aquel modo.

—Ni en el flechazo ni en otras muchas cosas de pueblo tan dado a la hipérbole. Para los caprichos, sí, ya le dije que sí, pienso que basta y sobra la impresión rápida del momento. Para esos cariños que ennoblecen el corazón y llenan una vida, créame usted cuando le digo que es demasiado débil el cimiento de formación instantánea que usted quiere darles.

—Veo que no pensamos de la misma manera.

—Ni hace falta. Además, usted es muy joven todavía y yo ya soy una vieja.

—¡Una vieja!—saltó Fernando, interrumpiéndola—. Señora, no diga usted eso, que puede Dios castigarla.

—Dios conoce las intenciones y no puede castigarme. A usted sí que le ha castigado, sin duda con la intención de corregirle.

—¿Me cree usted un niño mal educado?—preguntó Morales amoscado.

—Algo hay de eso, espero me perdonará la franqueza. No lo digo por mortificarle, sino con ánimo de que le sirva de lección lo sucedido. Le creo un poco presuntuoso o un mucho romántico. Usted es uno de esos que salen de casa decididos a tropezar con la aventura, cueste lo que cueste..., aunque ello sea un coscorrón.

—¡Sabe usted que me está poniendo que no hay por donde cogerme!—exclamó Fernando, haciendo por tomarlo a risa, aunque la procesión de la contrariedad se le pasease por dentro del cuerpo.

—No hago más que curarle su romanticismo, si es romántico el mal, o afearle su presunción, si ella fué causa de que tras mí siguiese.

—He de confesar que el fracaso del primer día me hiciera calificar el encuentro de desgraciado, ya que fué ponerle a uno la miel en los labios y no dejarle cerrar la boca para gustar su sabor. Pero la casualidad de habernos vuelto a encontrar espoleó mi corazón, y por un instante pensé en que aquello pudiera ser algo así como un aviso del Destino.

—¡Ah, infeliz! ¿Pero usted es de los que creen en el Destino?

—Sí, señora.

—Menos mal. Esto me demuestra que toda su dolencia es romanticismo, lo cual es siempre más noble que la presunción... Pero oígame usted y verá

cómo ni por el camino del Destino podíamos encontrarnos.

—Explíquese.

—Dijo usted que sentía tanto y cuanto cariño por mis ojos—admiración habrá querido decir—, y eso no se compagina con demostrarles una mala intención, tal como la que usted les ha demostrado.

—¡Yo, mala intención! Señora, por la Virgen María...

—Y por las cinco mil vírgenes, señor mío. Mala intención, ya lo creo. Estos ojos están acostumbrados a retratar muy abiertos la felicidad de un bendito hogar, y usted, con sus pretensiones descabelladas, hubiera querido cambiar mi vida de tal forma que no pudiera, sin sonrojarme, volver al lado de los míos.

—¿Es usted casada?

—Sí, señor; desde hace algunos años. Soy profesora de la Normal de Oviedo y vengo de Madrid, donde he pasado un mes largo al lado de mi madre. La pobre es ya muy viejecita, y a mitad de verano nos dió un susto gordo. Parece ser que ya está más tranquila, y por eso vuelvo al lado de los míos. Sólo que no conocía la catedral de León y me he detenido de tren a tren para verla.

—Lo mismo que yo. ¿Y su marido vive en Oviedo?

—Sí, señor; es médico.

—Debe ser poco celoso.

—No puedo contestarle a usted, porque no me he tomado el trabajo de observarle.

—No debe serlo mucho cuando deja que usted viaje sola, exponiéndose a mil y mil peligros.

—Me parece que es usted muy dado a la exageración. Mi marido me conoce lo bastante para estar convencido de que puede vivir tranquilo.

—De usted sí, no lo dudo; pero ¿y de los demás? Hoy ha tropezado usted con un romántico, que cayó en el abismo de la grosería por el arrebato de un momento; pero otro día pudiera usted encontrarse con un cínico, y entonces...

—Sí, es verdad; en estos tiempos todo puede esperarse. La grosería de los hombres—no ponga usted ese gesto, hablo en tesis general—olvida con frecuencia el respeto que se debe a las mujeres. Pero... crea usted que hay ocasiones en que se encuentran con lo que no buscaban.

—La mía, por ejemplo, ¿no es verdad?

—Efectivamente. Y todo por no querer concedernos un poco de discreción y de inteligencia a las mujeres. Crea usted que no hay mujer a quien disgusten las flores del arroyo por muy humildes y sabidas que sean. Lo que molesta y ofende son ciertas expresiones que nos penetran en los oídos y ponen de manifiesto la falta de ingenio en unos; en otros el hedor de sus viciosos instintos.

—¿De modo que usted asegura que la galantería es siempre bien recibida?

—Naturalmente. ¿Dónde vió usted mujer que pusiera malos ojos a un manojo de flores? En ninguna parte. Con que juzgue lo qué será cuando sabe que las flores han brotado por ella y para ella exclusivamente.

Sin enterarse, ligados al engranaje de tan interesante charla, no se dieron cuenta de que la marcha acelerada del tren aproximábales al punto de destino. Fué necesario que el estrépito de las planchas giratorias, sacudidas por el paso del tren, les anunciase estar entrando en la estación de Oviedo.

IX

¡AL FIN, BESOS... INFANTILES!

La incógnita, que en su larga conversación no llegó a dejar caer, en confianza, la semilla de su nombre sobre el surco de la pasión naciente, buscó la ventanilla con el afán de quien, empujado por el corazón, ve llegado el término a sus más caros deseos.

Mucha era la gente que sobre el andén esperaba, y un tanto difícil distinguir entre ella a persona determinada. Sin embargo, la viajera no tardó en exclamar alborozada:

—¡Están, están; han venido todos!

Y había en sus palabras tan grande alegría, que Morales hubo de quedar intrigado, curioso por descubrir el enigma de amor encerrado en aquel «¡han venido todos!» jubiloso.

Antes de que el tren se detuviese, la dama requirió a Morales para que le franqueara la portezuela.

—¿Me hace usted el favor?—dijo, retirándose un poco para dejarle paso.

—Con mucho gusto—contestó Fernando, cuando ya el tren cruzaba ante los grupos de gentes que su llegada esperaban.

Y antes de que se separasen, poniendo en sus palabras un tono de honda y sincera emoción, Morales hubo de decir a su hermosa desconocida:

—¿Me perdona usted?

La dama, mientras ordenaba la rebelión de unos negros *abuelos* sobre la nuca, teniendo los brazos en alto, que le dejaban libres cintura y busto, miróle a los ojos con una mirada que él hubo de sentir llegarle hasta lo más profundo de su corazón, y le dijo:

—Sí, le perdono a usted, porque pudo ser malo... y no lo fué más que a medias.

En el exterior resonaron unas voces cristalinas de ángeles.

—¡Mamá, mamá!—. Y dos niñas lindísimas, semejantes entre sí como dos gotas de agua, abalanzáronse a la portezuela, seguidas de cerca por un caballero bien portado que traía de la mano un pequeñuelo de unos cuatro años.

El caballero hubo de gritarles:

—¡Cuidado, niñas, no vayáis a caeros!

Pero las mocitas, que debían andar entre los ocho y los diez años, no hicieron mucho caso de la advertencia paternal. Agiles como cervatillas, encaramáronse al coche y penetraron en el departamento, a tiempo que su madre, sin cubrir la cara con el velo que había comenzado a ponerse, salía a su encuentro. Colgáronse las nenas de su cuello, y estallaron abundantes y estrepitosos besos.

El esposo, de pie frente al coche, contemplaba la escena y sonreía.

Tras el grupo que la madre y las niñas formaban, Morales esperaba sin prisas, un poco cohibido ante las miradas de aquel hombre, marido de la hermosa, que le miraba sin preocupaciones, totalmente ajeno a la suspicacia de una posible aventura en el trayecto.

¡Si él hubiera podido saber de su ridículo ante la digna de su espantoso ridículo del túnel!

—¡Vamos, niñas, dejad pasar a ese caballero!—díjoles el padre desde fuera, sin demostrar impaciencias por recoger entre sus brazos a la compañera de su vida, señor absoluto en el pleno dominio de una tranquilidad que a Morales le pareciera absurda, ofensiva para la soberana hermosura de la esposa.

—Venid; voy a presentaros a este señor, que ha estado *muy amable* con vuestra madre durante todo el viaje—exclamó la dama al recordar, oyendo a su esposo, la presencia de Morales, que los besos de sus hijas le habían hecho olvidar.

—Aquí tiene usted a mis niñas. ¿Qué le parecen?

—¡Dos ángeles!—exclamó Morales, y un poco más bajo—: Tienen a quien parecerse...

—Dad las gracias, nenas mías—dijo riendo la dama.

—Muchas gracias—contestaron a dúo las niñas.

—¿Me dais un beso, preciosas?—preguntó Fernando, dueño de la situación y queriendo mostrarse cariñoso.

Las niñas quedáronse un poco paradas, ante la petición del desconocido, y consultaron con la mirada a su madre, sin decidirse a obrar por sí mismas. Esta hubo de venir en su ayuda, diciéndolas:

—Sí, niñas mías, sí; podéis besar a este caballero.

Y las niñas le besaron, y fueron besadas en las negras guedejas que les caían por ambos lados de sus caritas de muñecas.

Cuando descendieron al andén la dama hizo las presentaciones de rigor, y el madrileño hubo de advertir la buena memoria de aquélla, que oyera

su nombre sólo una vez, al despedirse del cura.

El marido estrechó su mano y ofreció su casa, sin que Morales prestase atención a las señas dadas, por estar sumamente embarazado con el aparato de aquellos convencionalismos sociales.

—¿Va a estar muchos días en Oviedo?—preguntó la dama, ya en marcha hacia la salida.

—Salgo mañana para Covadonga —contestó Morales.

—¡Tan pronto!—exclamó aquélla.

—Sí, señora. Tengo gran curiosidad por ver el Santuario.

—Es muy hermoso. Por cierto que voy a permitirme la libertad de hacerle un encargo.

—Lo que usted guste.

—Es muy sencillo. Tome usted esta moneda, para que compre una vela y la haga poner ante *la Santina*. Debo agradecerle el haberme sacado con bien de los peligros que nos acechan en los viajes.

Y entregó a Fernando una moneda de dos pesetas.

Una vez fuera, despidiéronse, y mientras el matrimonio y sus hijas se alejaban en un ómnibus hacia el interior de la ciudad, Morales quedó plantado al pie de los escalones que dan acceso a la estación.

Con violentas maneras tuvo que apartarse de encima un tropel de mujeres harapientas, de bocas melladas y rostros avejentados, todas las cuales chupoteaban entre sus labios negras e inmundas colillas.

Mirando a lo lejos, por la hermosa calzada que conduce a la capital ovetense, acertó a distinguir el coche que se llevaba a la viajera, desvaneciendo en el misterio de una ciudad desconocida el rastro de una perdida ilusión. Ilusión que, pudiendo haber sido de amor y de conquista, había florecido amargamente, entre las sombras de un túnel, en decepción y fracaso.

Y, entregando la maleta a un mozo, subió a un ómnibus que le condujo a la ciudad.

EPILOGO

Cuando Ramiro Cervera terminó su relación, todos los contertulios se apresuraron a felicitarle. La *peña* del rincón, pendiente de los labios del narrador, había atendido con impaciencia, acuciada en su instinto por el interés del comienzo, esperando les fuera servido «un plato fuerte». Para algunos, aún chasqueados como el protagonista ante la sorpresa de la bofetada, pareció el relato entretenido. En otros, aunque nada dijeran, el rostro reflejó decepción: esperaban un desenlace de realidad pasional, gozada al vuelo. Mas todos, buenos amigos de Cervera, concertaron sus palabras en un asentimiento de enhorabuena.

—Pero, vamos a ver—dijo un muchacho rubio, de encrespados bigotes—. Todo eso, ¿pertenece a la fábula o a la historia?

—¿No os dije al principio que me lo contó este verano un compañero de balneario?—exclamó el Tácito de la reunión al ver se ponían en duda los fundamentos de su relato.

—Así lo has dicho—añadió otro de los concurrentes—. Pero, la verdad, has puesto tantos detalles, que, la verdad te digo, la cosa me huele a novela.

—Yo no puedo asegurar más—dijo el interpelado—sino que quien a mí me lo contó parecía hombre serio. Yo, como me lo contaron...

Y tras una pausa, empleada para humedecer sus labios con la cerveza de un *bock* puesto delante, prosiguió:

—Con todo, la fama de conquistador de Morales no sale muy bien parada en su «paso» de Pajares; lo cual es razón más que suficiente para creer en su sinceridad.

—De todos modos—exclamó el que llevara la voz cantante de las dudas, no queriendo dar su brazo a torcer—, bien pudo querer quedarse contigo, y tú repetir la suerte con nosotros.

—Como queráis. Verdad o mentira, la aventura no puede ser más interesante.

—Efectivamente.

En aquella tertulia del pequeño café

de Hamburgo, las horas se condensaban en minutos y los minutos en fracciones de tiempo inapreciables. La amistad congregaba allí, tarde y noche, a varios muchachos en torno a una mesa de mármol, y entre sorbos del más o menos aromático café, y conversaciones que tenían de todo, de murmuración unas veces, de discusión artística o científica otras, las horas pasaban insensiblemente, las semanas casi tan de prisa, y algo más despacio los meses y los años.

La amistad de entonces era como suelen serlo todas las amistades entre hombres. Ni muy honda, ni muy superficial. Había entre ellos quienes se relacionaban más estrechamente, por coincidir en aquellas afinidades de que Goethe hiciera mención. Asegurada la unión por sentimientos símiles, fortalecíase el enlace por comunidad de ideas, verificándose una selección íntima, en la que cada uno separaba de entre todos aquel que más se acercaba a su propia manera de ser, para proclamarle rey y señor en los dominios de la amistad verdadera, ensanchada por el corazón a la medida de la bondad del elegido.

Con todo, estas uniones más perfectas se mostraban únicamente en la intimidad de las conversaciones aisladas, cuando, vertiéndose la sinceridad en las palabras y franqueándose en el ambiente de la confianza de que sabían rodearse, los espíritus sonreían ante la grata visión de los corazones unidos por mutuos afectos, y más que con palabras, se expresaba el íntimo sentir con miradas que para los extraños pasaran inadvertidas, siquiera tradujeran el poema callado del corazón, cuyas estrofas son sentimientos acordes rimados en el latir sincrónico de dos almas gemelas.

Congregados todos, huye la sinceridad, desconfiando de caras que le son extrañas; y mientras la charla sigue su curso, flúida unas veces, monótona otras, se está atento para tender la mano al que coincide en gustos y aficiones, siempre que en el curso de la conversación necesite ayuda o reclame auxilio.

En esta tertulia fué donde Ramiro Cervera, recién regresado de su veraneo por tierras de Cantabria, narró la aventura de Pajares, a la que sus compañeros hubieron de añadir algunas objeciones al tanto de su verosimilitud. Así, como viera turbio el ambiente, hizo por desviar la conversación por otros derroteros, consiguiéndolo con poco esfuerzo.

Realmente, escrito el colofón del amoroso relato, poco importaba saber si era producto de la imaginación o reflejo de una realidad. En las historias de amor, visto el desenlace, feliz o infortunado, los epílogos sobran. Como sobraría éste, si el acaso no hubiera reservado una sorpresa para el final, luego de que alguien, pulsando el ambiente, hubo de decir, para iniciar la desbandada:

—¿Qué, vamos a dar una vuelta?

—Bueno, como queráis—repuso Cervera.

El callado ambiente del café se llenó de palmadas. Acercóse al grupo el camarero, con un paño blanco en delantal sobre las piernas, y comenzó a recoger de unas y otras manos la sonora calderilla y alguna que otra peseta, que obligaba a las vueltas. Al ir a pagar Cervera, uno de los contertulios, que no había hecho objeción ninguna a su relato, le detuvo el ademán.

—No faltaba más—dijo—. Hoy, casi eres forastero.

Forcejearon un poco; mas, al cabo, venció la galantería del amigo. Cuando aquél se disponía a reintegrar a su bolsillo la moneda que había sacado, el convidador hubo de decirle:

—¿Qué medalla es esa que llevas de dije?

Ramiro enrojeció, visiblemente contrariado por la pregunta. Intentó abrocharse la americana para ocultar la cadena; pero ya era tarde. Su amigo, inclinado, tendía la mano para examinar el adorno del colgante. Fué una exclamación de júbilo, cual si acabase de descubrir la solución de un problema intrincado.

—¿Qué es eso?—exclamaron los otros amigos, que habían comenzado a moverse, buscando la salida.

—Nada—dijo el que llamara su atención—, sino que este perillán nos ha querido engañar, como si fuéramos bobos. ¿Sabéis quién es el Fernando Morales que hizo «el paso» en Pajares, y el de la bofetada del túnel?

—¿Este?

—El mismo. Miradle la cara; aún me parece ver en ella la señal de la blanca mano de la dama incógnita.

Y, uno tras otro, fueron todos desfilando ante el dije. Engarzada por un filete de oro, aparecía en él una moneda de dos pesetas nueva, reluciente, que el romanticismo de un viajero había elevado a la categoría de reliquia.

FIN DE
«EL «PASO» DE PAJARES»
DE
JOSÉ GARCÍA MERCADAL

FEDERICO GARCIA SANCHIZ

(1886)

FEDERICO GARCIA SANCHIZ

Novelista, *ensayista y charlista. Nació en Valencia. De la Real Academia Española. Ha conseguido fama universal con sus* Charlas, *pronunciadas en toda España y América. Colaborador muy solicitado de incontables diarios y revistas de ambos continentes. Muy joven aún, publicó sus primeras novelas breves*—Pastorela, Historia romántica—*en* El Cuento Semanal. *Sus libros son muchos y sumamente interesantes.*

Novelas: Las siestas del cañaveral—*1907*—; La comedieta de las venganzas—*1909*—; El barrio latino—*1914*—; Al son de la guitarra—*1916*—; La Sulamita—*1918*—; El caballerito del puerto—*1921*—...

EL CABALLERITO DEL PUERTO

PROLOGO

En Madrid, y hace ya bastantes años, hube de acompañar a un camarada en un desafío. La reunión de los padrinos celebróse en el Círculo Militar, y duró hasta la madrugada. Debiendo verificarse el encuentro a la mañana siguiente, el otro representante de mi amigo y yo decidimos no acostarnos y dejar que transcurriese la espera en aquella sala de ajedrez, solitaria y sin más alumbrado que una bombilla, repetida en un espejo, sobre una chimenea en desuso.

Dispusimos que se nos trajeran churros, chocolate y unos tabacos. Como perfectos trasnochadores madrileños, saboreamos dichas golosinas; y desvelado ya, y animándole la hora y la ocasión, mi compañero se dedicó a invocar fantasmas.

El propio conjurador semejaba un espectro. Era aquel marqués que durante cuatro lustros estremeció las noches de la corte con sus apariciones imprevistas y su palidez legendaria: siempre acababa de llegar de un enigma terrorífico, a juzgar por su aspecto. Recientemente lo he visitado en Cannes, en una de cuyas *villas* se ha metido a fraile, sin abandonar sus zapatos con tacón Luis XV, sus camisolas con encajes y su frac con mangas de hacha. Su lívida faz, de labios finos y descoloridos, de ojos grises, está aureolada por la misma cabellera de antaño, blanca y como empolvada. No tiene edad. Dúdase si será la más amable y humorística de las momias, que, galvanizada convenientemente, perpetúa en el mundo el Versalles del Rey Sol, el París del Romanticismo.

Según es fama, el Casino donde nos hallábamos, alojó de soltera a Eugenia de Montijo; y aún conservaba las molduras características de su tiempo

de morada suntuosa, cuando bajo su techo, del que pendían arañas deslumbrantes, la señora doña María Manuela Kirkpatrick empollaba una duquesa de Alba y una emperatriz de Francia.

Refiérese el relato que sigue a esa época ya tan encumbrada familia, habiéndome yo limitado a trasladar al papel lo que escuché de boca de mi informador, y que luego corroboraron personales pesquisas en archivos; impresos, manuscritos o hablados en voz no menos misteriosa que la del inquietante aristócrata.

Jamás ni el odio ni la frivolidad que, como nadie ignora, no olvidó de introducir algún comentarista en la legítima crítica del Segundo Imperio, insinuaron nada que menoscabase la honestidad de la mujer del César. Pero su belleza, su milagrosa fortuna, y aun las ulteriores desgracias, valieron a nuestra augusta compatriota frenéticas adoraciones, que el llamado *espíritu del siglo* contribuía a exaltar de un modo terrible.

Por ella se suicidó el conde Bacciochi, y el conde Goltz, tudesco a la antigua, buenazo, sentimental, se arrastraba como un perro, y un Par de Inglaterra permaneció en un celibato místico. Octavio Feuillet la veneraba, convirtiéndose en su trovador de Fontainebleau, y el filósofo Caro, a consecuencia de una burleta de su soberana, disfrazada con un dominó, en un baile de Compiegne, quedó trastornado para el resto de su vida. No pudiendo sofocar su delirio ambicioso, un oficial marchó a la guerra en busca de la bala redentora. ¿Qué más? La saña con que el príncipe Jerónimo combatía a su excelsa prima no fué sino una nueva demostración de que el amor rechazado produce la ruindad. Interminable, en fin, sería la lista de los idólatras, en la que figuran incluso revolucionarios que conspiraban por celos del marido, aunque dirigiesen sus flechas al tirano...

Próspero Mérimée alude en una carta a un joven andaluz que enloqueció por su prodigiosa conterránea, lanzándose a peregrinar por el universo. Fuertes razones me llevan a creer que el desesperado muchacho y el héroe de mi libro sean una sola persona, cuya tragedia, vislumbrada en su comienzo por el inmortal autor de *Carmen*, conocía a fondo y en todas las fases de su proceso el marqués de quien yo he recibido las aquí reveladas confidencias.

No me propuse intentar la reconstrucción, digamos política, de un período harto discutido, ni siquiera un estudio que añadir a la serie de los dedicados a la emperatriz, ninguno, por cierto, de pluma española. Respetando su memoria de reina, esposa y madre igualmente desposeídas, aceptémosla en su realidad de suprema hembra fatal, y veamos cómo en su país de origen no faltó un hidalgo digno de codearse con los *gentlemen* de distintas razas, a los que una pasión imposible sirvió de pretexto para acreditarse de amantes ejemplares.

He ido componiendo mi histórica novela lejos de la patria, y así no es raro que tanto como el protagonista, me sedujesen lugares y circunstancias de un espejismo delicioso, rebosantes de enjundia peninsular; embriagándome cada día más mi sangre, a través de las ininterrumpidas correrías a que la misma sangre me conduce, puesto que soy y procedo de levantinos, de la casta del errabundo Ulises.

Por último, entrando en la madurez, mi labor, voluntaria, intencionadamente, se aparta de la fábrica como de la torre de marfil. Allá con sus rentas los industriales de las letras. En cuanto a los aislados y orgullosos, a pesar de consagrarse a su egoísta recreo, olvidan que saberse admirado cae muy por debajo, en punto a voluptuosidad, de sentirse querido.

I

DRAMATIS PERSONAE

Dorada ya de verano, pero todavía húmeda de primavera, la mañana brilla como un vaso muy limpio y lleno de jerez.

No es posible mirar el azul, en que reventó el sol su erizo de fuego.

Desde el haz de unos chopos con su corteza de ajorcas de plata, vislúmbrase la ciudad en una panorámica lejanía: ciudad andaluza, apaisada y deslumbrante de cal, y como un barco por sus palos, alanceada por sus torres moriscas.

Entre el bosquecillo y el pueblo hay un desierto inundado de luz, y en que, a lo mejor, levántase una nube de polvo, de que escapa la caravana de unos potros.

El suelo, aquí en la arboleda, tiene la morenez de un pandero, donde el sol echa unas onzas de oro.

Flota, mezclado con el de las frondas, un murmullo de cien paliques simultáneos, y de cuando en cuando resalta el atropellado cencerreo de un animal rascándose apresuradamente.

De improviso, arranca a correr un caballo con un gañán colgado de sus belfos, y relinchando al chasquido del látigo con que lo despiden.

En tanto, otros caballos, y las mulas casi metálicas, yacen en un reposo de campamento; refulgen en la diafanidad del aire, sobre su propia sombra violeta, sacudiéndose las moscas con estremecimientos de la piel o con su hisopo.

Córdoba, Jerez y Sevilla, enviaron al mercado tradicional los más altivos ejemplares de sus yeguadas estatuarias. Sobresale el lote de un ganadero que transformó en cuadras el refectorio de una antigua cartuja, y allí maridó la raza árabe con la indígena, que fué regar la pólvora con sangre.

Pero la palma corresponde a una jaca de un cortijo en la campiña del Guadalquivir. El *conocedor* permanece a su lado como el sacerdote de un ídolo oriental. En torno agrúpase una multitud, en la que figuran el aristócrata, con su casaca-frac, y el siervo, con su manto africano de colorines, y olvidado por un instante de su propósito de adquirir una bestia para la noria, seducido como por una sensualidad erótica. Hasta la religión contribuye al triunfo pagano, gracias a un hermanito de San Francisco que está embobado y con las alforjas vacías.

Un *montañés* ha instalado un tenderete, y no cesa de servir manzanilla, con sus manos peludas, a una clientela que bebe en silencio, brindándose también en silencio la petaca.

Para no privarse del espectáculo, una gitana vieja lavó sus harapos en una caldera, entre las mismas piernas de los curiosos, y como no encontrase secadero, extendió las telas en el costillaje de un burro, al que obligó a salir de la umbría.

Los mendigos rodean la muchedumbre, y uno luce una chupa de soldado, y aquel de barbas bíblicas, envuelto en una capa de yesca, al quitarse el chambergo parece que tira de una costra de roña.

La *Niña*, nombre de la equina divinidad, merece el homenaje.

Avanza un bravo con sus patillas de hacha, su marsellés de velludo, sus polainas flecosas y un pañuelo de seda semiocultando la escarolada pechera. Síguele un galgo de piedra pómez, áspero y gris. La mirada del contrabandista, poco menos que femenina en el rostro pálido y agudo, pósase con voluptuosidad en el caballito, y su diestra acarícialo como a una mujer, y con el tacto con que se maneja un arma pronta a dispararse.

La *Niña* es el fetiche de la feria.

Negra, toda de terciopelo. La testa, de un arabesco anhelante, vibra en los ojos y en las rosas de la boca. Trenza ordenadamente el pecho su almohadillado, y envidiaría una reina su espalda y sus pies de cascos luminosos. La cola se derrama como la noche.

Su dueño crió la jaca por alarde, y no queriendo venderla, púsole un precio retador.

Los días transcurren, crece la fama del caso, y nadie se atreve a recoger el desafío...

Una calesa llega al son de los cascabeles, que ruedan por los arreos del tronco de yeguas como racimos desgranados. Desciende del vehículo, que ha quedado a la entrada del bosquete, inclinándose en el desnivel del terreno, una pandilla pintoresca y ruidosa.

El cojo de la pata de madera, torero inutilizado en una corrida, y un mulato con una guitarra, y otros compadres, escoltan a un doncel de aspecto noble aunque aflamencado, y en quien se mezclan las ropas cortesanas con las populares: el marqués de Aguaviva, célebre por sus calaveradas.

Según refiere el lidiador inválido a un amigo, con el que mantiene el comercio de gallos de pelea, el *Marquesito* venía dispuesto a acabar con las jactancias del propietario de la *Niña*.

Hallábanse los buenos camaradas en Sanlúcar, saboreando unas frituras de pescado en un boliche. Apenas terminaron su merienda, el anfitrión requirió a uno de los muchos remeros del pueblo, y con zalamerías y amenazas, y no reparando en gastos, logró que le confiase su barca. Partieron los expedicionarios en la oscuridad, y al cabo de horas y más horas de navegar río arriba, bordeando las dehesas con toros, tocaron por fin en el muelle deseado. Sin pérdida de tiempo, un coche los trasladó al campo del honor.

—¿Cuánto pide tu amo?

Contestando al señor marqués, no sin sorna, lanza el mayoral la cifra de miles de miles de reales.

Se oye el sonajeo de los chopos, a los que de buena gana hubiera forzado a enmudecer la concurrencia.

—¿Nada más?

Rumores del coro.

—¿Y para eso se *revolusiona la nasión?*

Riéndose con la mueca que le impone el tabaco prendido en sus dientes de lobezno, y cuyo humo aureola la faz amarilla en que relampaguea un destello verde, el *Marquesito* comienza a sacar centenares de sus faltriqueras, arrojándolos sin contarlos en el sombrero de uno de sus parásitos.

—Sobran mil y cien—dice el escudero, orgulloso de su servidumbre.

—Para el responsorio...

—El público parlotea, destacando los cacareos de clueca de la gitana.

Repuesto al punto de su asombro, exclama el cortijero:

—Será preciso consultar con el amo...

El mutilado interviene:

—El trato es trato.

Aprovechándose de la confusión, el de Aguaviva atrae la jaca, que al moverse chorrea lustre y añade esplendor al ambiente.

¡Un estampido, y la *Niña* se desploma, con la cabeza rota, destrozada!...

La ha derribado el *Marquesito*, disparándole una pistola en los sesos, para demostrar el desdén que le inspiran las vanidades del mundo.

En medio del espanto que inmovilizó a sus propios partidarios, el matador, empuñando aún el cachorrillo humeante, adopta una actitud sarcástica.

En esto surge, abriéndose camino a zarpazos, lívido y tembloroso de ira, José Luis, ahijado del prócer que envió la maravilla al concurso.

Joven, fuerte, bello, de una elegancia romántica: tipo del héroe...

José Luis agarra por el cuello al *Marquesito*, derríbalo, y arrástralo en genuflexión fuera del círculo de las gentes, que marchan fascinadas tras el vengador y su pelele, hacia un carruaje de cortinas, entre las que asoman su cara asustada unas mujeres...

Sólo el contrabandista continúa junto a la *Niña*, cuyo cadáver encontró en la crin desbordante y con algunas hebras ensangrentadas, un magnífico velo funerario.

Toda Sevilla comentó la tragicomedia del ferial, adquiriendo, como es lógico, sus personajes un extraordinario relieve.

El *Marquesito* fué pronto relegado a un segundo término, habiéndose acostumbrado ya la ciudad a sus locuras, y de siglos al mayorazgo desenfrenado junto a una madre devota y sin energía, tradicional tipo en el reino andaluz, en que no se extingue la raza donjuanesca.

Por lo que se refiere a José Luis, su hazaña apasionó a un pueblo de fondo moro, que lamentó la pérdida de la jaca como la de un torero o una hembrita en que cifrase su orgullo, llegando la idolatría al extremo de que un fraile de la Merced, mañoso en

artes raras, intentó empajar los restos del animal.

El secreto entusiasmo con que las mujeres admiraron antes que nadie a José Luis, comunicóse a los viejos, que se creían renovados en el doncel, a pesar de considerarse únicos por su participación en la guerra de la Independencia, y uno de los cuales, examinando al héroe, que le descubrió su nieta, apostada siempre en la celosía, exclamó:

—¡Vaya niño bonito!

Entre la juventud, se improvisó su bando, y destacaron émulos que confirmaban su triunfo.

Huérfano; de un relativo abolengo, sin otra fortuna que un pago de viñas en Jerez, habría tenido que ayudarse con fatigosas y humillantes servidumbres para seguir sus estudios, en los que brillaba más por su desparpajo que por su aplicación, a no contar con el apoyo de don Pablo, rico hacendado del Guadalquivir, y padrino suyo de pila.

El mozo frisaba en los veinte años, y era grande y ágil, de mucho aliento, plantándose con petulancia, erguida sobre su pecho altivo la cabeza de águila, de ojos insaciables y una morisca barba corriéndose como yedra en su piel de color de naranja.

Caballista insigne, no se descalzaba casi nunca las espuelas, cuyo tintineo mezclábase a su voz de barítono, que inspiraba confianza, y al más cerrado acento de la tierra.

Entiéndese bien de qué tierra hablamos, y que es la que vence en finura a sus hermanas, la de Cádiz, toda de mármol, de sal y de sol, pañuelo con que la Península dice adiós a los navegantes.

José Luis estaba bautizado en uno de esos pueblecitos que no se sabe si pertenecen al océano o al cielo, tanto azul hay en sus calles, impregnadas de olor de mariscos. A la luz del día semejan los jalbegados cubos de las viviendas cestos de muselinas planchadas y fragantes de claridad, y de noche remansos de la luna. Harén y convento cada uno de los alucinados y hogareños lugares, donde, encerrándose para evitar el contagio corruptor de los barcos de América, aguardan rezando y soñando las novias de los marinos de la Armada, de que es pródigo el país.

Nuestro amigo llevaba en su espíritu el eco de tal callada aristocracia, con los gérmenes amorosos que se respiran apenas una palmera, desperezándose, remueve el aire de los jardines gaditanos.

Sin duda no sospechaba dichos privilegios José Luis, aunque alardeaba de su origen en cuanto surgía la ocasión, acudiendo a declararlo con la fogosidad con que defendería a su dama; y en efecto, la delicadeza que debía a su cuna era de una exquisitez femenina al lado de su personal arrogancia de moro Tarfe, el que por la rabia rasgaba al escribirlos sus carteles retadores.

Había que oír y que ver al cachorro cuando lanzaba su estribillo:

—Lo dice José Luis... ¡el del Puerto!

Buen muchacho, en definitiva, José Luis *¡el del Puerto!* Así gozaba la estimación de las gentes, y en especial la del acaudalado ganadero y labrador, que lo quería como a un hijo.

Patriarca sin tribu, don Pablo consolábase de su soledad con el estudiante. Soledad dramática, pues la muerte destruyó su casa, arrebatándole el hermano, al que veneraba, esposa y prole, no quedando de su sangre sino el último fruto de su matrimonio, una doña Elvira que no vaciló en rendirse a su vocación de profesar en las Clarisas. El abuelo, por tanto, no tenía a nadie en el mundo. De tarde en tarde la monja enviaba una carta de cumplido, en la que demostraba más familiaridad que con su progenitor con el momificado Cristo que constituye el prestigio milagroso del convento de Palencia, que albergaba a la sevillana.

Al mismo tiempo no cesó de crecer su fortuna, alcanzando una fabulosa magnitud. Evocaba las grandezas bíblicas, con sus desfiles de rebaños, que convertían la dilatada llanura en un mar de oleaje sonoro de mugidos y relinchos, espumoso de vellones, crin

y cuernas; las villas y cortijos en que bendecíase al *nostramo* a la hora de la yanta; las dehesas, olivares y trigos que el viento cruzaba fatigándose sin salir del dominio feudal.

Habitaba don Pablo un caserón envuelto en el bullicio de un popular mercado, un zoco. Fantasmas de su propia morada, solía permanecer en su sillón de vaqueta del comedor, con un galgo a los pies, y al invierno cubiertas sus piernas con las faldas de una camilla.

Desde su ascético refugio, alrededor del cual congregábase una tertulia de cazadores, divisaba la Giralda y percibía el rumor de los patios diversos, en uno el ruido de la nuez que se trasiega, en otro las esquilas acordadas de los jaeces de lujo, y que examina el guarnicionero nacido en la mansión señorial, si no imponía su regocijo, pronto sofocado, el lavadero estallante de canciones como de pompas jabonosas.

La torre que simboliza, diríamos que encarna, la inefable gallardía de la ciudad, y los latidos domésticos, encantaban al nostálgico solitario, que no los abandonaba más que para asistir a la misa en la capilla de la alcoba conyugal; o en el caso de trasladarse al despacho del piso bajo, en que se conservan las reliquias del hermano inolvidable: una garrocha, una edición solemne de *El Quijote*, el reloj que le regaló lord Wellington; y en que don Pablo, empuñando la pluma de ave, rivalizaba en laconismo, caligrafía y arbitrariedad ortográfica con aquellos esforzados varones cuyos manuscritos guardan las cajas de sabina y ciprés en el no muy distante Archivo de Indias.

Sesentón y agobiado de pesadumbre, manteníase firme, sin otro resabio del dolor y la edad que la inquietud de su boca, constantemente agitada y resbaladiza como la de las cabras.

Por su mano afeitábase a diario con una de esas navajas sutilísimas que llaman verduguillos, y la cara, enjuta y con secas grietas, azuleaba. Sus pupilas de piedra emboscábanse en las cejas cerdosas, bajo el casquete gris e intacto de pelo. Tocaba en lo gigantesco su estatura, aunque se compensaba con la amplitud del torso y el reposado equilibrio de las actitudes. Vestía como un capataz en domingo, salvo la prestancia en el uso de la ropa. Gastaba pocas palabras, prefiriendo escuchar, mascando un brote de un arbusto aromático. Conducía personalmente su hacienda, y jamás accedió a mezclarse en política y en las empresas que no fuesen del campo. Sobre todo desdeñaba la propiedad urbana, considerándola negocio de advenedizos y usureros. Era, en fin, el último de los patricios que Roma creó a su paso por Iberia, y alguno de los cuales, tocado de ambición, llegó a sentarse en el trono de los Césares.

Decíamos que la tragicomedia del ferial...

Sí, fué comentado en todos sitios, pero en ninguno como en la tertulia de don Pablo.

El viejo escuchaba impasible, moviendo su boca de rumiante, y sólo la involuntaria ternura con que miraba a José Luis, descubría su satisfacción íntima; poderosa, sin embargo, hasta hacerlo olvidar la pérdida del caballo.

Cada vez el mozo revelaba más su temple de primera calidad, desde que al quedar abandonado a sus recursos negóse a recibir protección si el padrino no hallaba modo de resarcirse de sus liberalidades. Hubo de inventar una secretaría, no tardando el amanuense de los comienzos en desempeñarla sin que necesitara instrucciones.

Entre los solitarios acabó por existir una cordialidad profunda, aunque escasa en apariencia. Los dos llevaban su fardo respectivo de no saciados sentimientos, paternales nostalgias por lo que respecta al anciano, y su orfandad el joven. Sin consultárselo soltaron su carga el uno en el otro.

Es fama que aquella legendaria seducción de Margarita la Tornera ocurrió precisamente en la palentina casa de las Clarisas. El día que don Pablo conoció la historia por una carta de *la monja*, como en su rencor designaba a la hija descastada, devolvióle a ésta su bello nombre de Elvira, soñando

en que José Luis la arrebata al claustro; pues sobraban prendas al muchacho para eclipsar al conquistador de hace siglos. Y el desposeído patriarca veíase rodeado de nietezuelos... Perdonadle el sacrilegio a que le indujo su chochera...

Unicamente distanciaba un poco al labrador y el doctorcillo la divergencia de sus inclinaciones en lo que toca al empleo que el hombre debería dar a su vida.

Desencantado por los años y los reveses, y no obstante su ascetismo, quizás a despecho suyo, orgulloso de su hacienda, el sesentón consideraba que nada podía compararse al cultivo del campo, ejercicio heroico en su simplicidad, que proporciona la salud del cuerpo, inspirador de una filosofía serena, y tan ilustre por su abolengo antiguo como el mundo.

Contra esta austeridad del agrómano disparaba el mancebo, imaginativo, locuaz y fogoso, sus ilusiones de gloria, pensando que sólo el triunfo desinteresado en el ágora merecía la aprobación de los dioses.

Muchas veces, de amanecida, en el coche de mulas, rumbo a los cortijos, explayaba José Luis su elocuencia, bajo la sonrisa irónica y complaciente de don Pablo. Y sucedía que el orador terminaba sus discursos de pronto, cautivado por la belleza del paisaje. Entonces exclamaba el abuelo:

—¿Lo estás viendo, infeliz? Aquí se respira la verdad...

Pero toda diferencia borrábase si se trataba de la afición a los caballos, materia que los dominaba como un vicio, convirtiendo en cómplices a los colaboradores de otros asuntos.

El oxidado centauro se desentumeció para mostrar a su cachorro el arte de montar a la española y el de conocer las bestias según su mérito, enseñándole a reducirlo o exagerarlo. Y hasta lo inició en la magia de curar las misteriosas enfermedades del ganado con recursos de brujería.

En cierta ocasión, ganoso el discípulo de lucirse, combinando su innata elocuencia y la sabiduría adquirida, logró endilgar un rocín loco a un gitano.

Parece ser que al enterarse de la jugarreta, lanzó don Pablo una formidable carcajada, que sin duda sonó tanto a causa de que con ella escapaban las que no acertaron a formarse durante seis o siete lustros.

A la tarde llegó la víctima, con su vara y su sombrero de catite, y tras un silencio espantable, sacó de la faja, con parsimonia, unas tijeras grandes como las orejas de un asno.

Temeroso de una agresión, interpuso el prócer su autoridad.

El esquilador tranquilizó a la concurrencia, numerosa y desconcertada, con un ademán que significaba: no vengo a eso. Por el contrario, traíale la idea de rendir tributo al chaval que lo había engañado, y al efecto pidió permiso para entregarle el cetro de su tribu de cuatreros.

Don Pablo, con idéntico empaque, aceptó las tijeras en nombre de su educando, depositándolas en la oficina junto al *Quijote* encuadernado en piel de vaca y el cronómetro de lord Wellington. Luego dispuso que se sirviese un jarro de vino al rey que abdicaba y que halló en el fondo de la vasija unas pataconas.

Ya se comprenderá con tales antecedentes lo que la *Niña* representaba para el padrino y su ahijado. Satisfechos de su obra, no bastándoles el hierro, con gusto hubiesen firmado en el anca como un pintor hace con sus cuadros.

A fe que la jaca era bonita como un Murillo...

Por lo menos así lo dijo un chamarilero que figuraba en la tertulia de los cazadores, gracias a la obstinación con que de años atrás perseguía en el erial una liebre muy vieja, no se sabe si con el propósito de aumentar su tesoro de antiguallas.

Cuando por fin se encontraron sin testigos, suspendió don Pablo el temblor de su barba y llamó cerca de sí a José Luis.

Obedeció el muchacho, bien que a desgana y sin mirar de frente.

—¿Qué te pasa, criatura?

Lo que le pasaba no podía decirlo José Luis, sobre todo a don Pablo, que le llenaba de remordimientos al interpretar como una prueba de lealtad la mayor ingratitud de la tierra, una verdadera infamia.

Ingratitud y traición, palabras contundentes, no corresponden al pecado, que no existía, y en todo caso venial, de José Luis, irresponsable de su conducta, porque estaba loco.

¿Cómo explicarse si no que se hallara arrepentido del rasgo, y más que nada, que maldijese el recuerdo de la *Niña,* a la que odiaba con un estrafalario y personal rencor póstumo?

El caballo habíase convertido en el instrumento de la fatalidad, al que se aborrece mientras seguimos tal vez adorando la verdadera causa de nuestros sinsabores...

Unas semanas antes del cacareado acontecimiento, la diligencia de Granada, con su escolta de miñones, llevó a Sevilla una dama muy principal y sus dos hijas.

Varios títulos de nobleza reunía la señora, siendo conocida por condesa de Montijo. Además poseía el condado de Tebas y el marquesado de Ardalés, con Grandeza de España. Tales y otros honores, así como su fortuna, teníalos de su matrimonio con don Cipriano Portocarrero, segundón afrancesado que luchó por el imperio en los Arapiles, donde fué herido, y terminó aceptando de la Patria un puesto en el Senado, luego de magnificarse con la herencia de su hermano, el mayorazgo, muerto inopinadamente.

William Kirkpatrick llamábase el padre de la venturosa fémina, y era escocés en Málaga establecido, con ocasión de su negocio de vinos y pasas, tarea que no le impedía presumir de su origen, haciéndolo remontar a los legendarios barones de Closeburn.

Según refiere un historiador, el bueno del cosechero otorgó su consentimiento a la boda que le proponía el aristócrata español, con estas palabras: «Si vos descendeis de Alfonso XI, vuestra prometida tiene en sus venas sangre de Roberto Cruce; supongo, por tanto, que Su Majestad no hallará inconveniente para Su Real licencia.» Y en efecto, el socarrón de Fernando VII murmuró al autorizar el enlace: «Consentimos al caballero casarse con la nieta de Fingal.»

Sin embargo, no a los testimonios que remitió el Archivo de Edimburgo, a su belleza, distinción y sagacidad, debió María Manuela Kirkpatrick, en quien mezclábanse los privilegios de su raza con los de su tierra, su engrandecimiento en la sociedad más escogida.

En 1818, un año después de los desposorios, cuando halagadísima y demasiado joven no ha podido desarrollar su espíritu, futuro recurso como la devoción o la elegancia, la condesa sufrió el examen del americano Jorge Nicknor, que viajaba por la Península en busca de datos para sus *Historia de la Literatura española.* El crítico escribía a propósito de su encuentro con la inglesa andaluza: «Sin duda es la mujer más inteligente y cultivada de su país.» Y la valiosa opinión confírmase si pensamos en las amistades ilustres de la dama, como la que siempre le demostró Próspero Mérimée, y la de monsieur Beyle, conocido en el mundo de las letras por Stendhal.

Una virtud sobresalía en el ramillete: la de no extremar la suya la beldad con rigores que colocasen a sus devotos en trances desesperados. En cambio no se distinguía el hogar por la dulzura de sus costumbres, llegando los disturbios a obligar a trasladarlo de Málaga a Granada. Y como no bastase la prudente medida, la condesa dobló sus aficiones a la existencia errante, emprendiendo una serie de visitas a los pueblos extranjeros, con que no tardó en adquirir la jerarquía de gran cosmopolita de su tiempo. Tenía casa en París, en el número doce de la Place Vendôme, por más señas.

En la época de su excursión a Sevilla, viuda ya y en la madurez, no conservaba relaciones que no interesaran a su inteligencia o no fuesen capaces de servirlos en sus ambiciosos proyectos, dedicados en absoluto a sus hijas, a las que adoraba.

A la sazón era una matrona de ros-

tro casi varonil y orlado por los bandós que pendían como unos cortinajes con un camafeo en el pecho, y un vestido de levita y falda de campana, crujiente y tornasolado.

Doña Paquita, el mayor de sus retoños, aérea en su delicada esbeltez, de una gentileza melancólica, y, por su carácter, dulce y apacible, gustaba de adornar con rosas y hojuelas tiernas el cesto de sus trenzas, posándose en una butaca de respaldo en óvalo y con marco de ébano, suspirando sobre un libro, y con un pie enfundado en raso azul, fuera de la crinolina, como una flor desprendida del volumen de versos en que hacía de evocador registro.

Aunque rubia y de ojos claros, su hermana Eugenia encarnaba a perfección el carácter andaluz. Impetuosa, alegre y emprendedora, heredó las cualidades de su madre, enalteciéndolas, ya que en ésta desempeñaron la servidumbre que les imponía el aventurero tránsito de la malagueña, que por su esfuerzo conquistó posición tan elevada, mientras la señorita de Guzmán creció en la opulencia, sin que sus genialidades y halagos hubiesen de seducir interesadamente. La mantilla emboscaba sus facciones irreprochables, improvisando un nicho a su hermosura de imagen de la Virgen, con un reflejo diabólico o femenino en sus pupilas intencionadas. Hechizaba su viveza, manifiesta en la movilidad de sus manos infantiles. A lo mejor erguíase con altivez no fingida. Y ni aun entonces dejaba de brillar su sonrisa, su célebre sonrisa irónica y confidencial.

Acompañaban a las viajeras sus criados preferidos, que se reclutaron en el extranjero y a los que capitaneaba la imprescindible Pepa, contemporánea y paisana de la condesa, y que vió nacer a las *chicas* en la ciudad de Boabdil. Era la solterona, no agriada por su estado, acaso voluntario, fea y graciosa, infatigable, de una lealtad feroz, diestra en cocinar los platos *perchéleros*, devota, llena de supersticiones y un ruiseñor si cantaba coplas, cerrando sus ojillos, desencajando su boca y retorciendo su cuerpo montañoso, sin que resultase ridícula, gracias a la pasión de su alma. Un sobrino que no quería trabajar comíase los ahorros de Pepa, débil por un presentimiento maternal, como a pesar de sus creencias íntimas, un generoso instinto conducíala a no oponerse a las extravagancias de su señora, más bien su amiga.

Imagínese el revuelo que produjo en la levítica Sevilla la invasión de la condesa y los suyos con sus costumbres internacionales, hablando en inglés y en gabacho, discutiendo la política no ya de España, sino de Europa entera, y negándose a asistir al corro de los salones en penumbra y a los patios pegajosos de domesticidad.

Fué un vendaval fatídico de mantos negros, que transformaba a las dueñas en murciélagos, y entre cuyo oleaje temblaba asustada la sevillanita de corazón oriental, sin esfuerzo esclava tras sus rejas, y que sinceramente no comprendía cómo otras mujeres rompieron la pasividad clásica.

Los hombres, recelosos en su ignorancia ante las forasteras oue de improviso comenzaban a parlar en un idioma extraño, o de asuntos indescifrables, guardaban una distancia defensiva, sin contar el espionaje que sobre su actitud mantenían esposas y novias.

En suma: mitad por su deseo y mitad porque así lo exigían las circunstancias, hubieron de habituarse la viuda y sus hijas al trato de los escasos espíritus despreocupados y al ceremonial de una etiqueta inexcusable dada su alcurnia.

¡Ah! Y a la presencia a todas horas de José Luis *el del Puerto*.

La matrona sonreía contemplando el prodigio de este fascinador que ignoraba su poder, y en el que germinaban la bravura de Otelo y las ternezas inefables de Romeo.

De un golpe, el mozo se enamoró de Eugenia, con la instantánea prontitud con que el brillante quiebra la luz que lo hiere y con el mismo fulgor.

Era el deslumbramiento que la be-

lleza debía ejercer en un árabe bautizado y de pocos años.

A la edad de José Luis, subyuga la corrección impecable de los rasgos fisonómicos, que es mucho más tarde cuando la sensibilidad experta busca la inquietud misteriosa en el rostro femenino.

Tampoco sabría el muchacho aclarar si su ídolo ocultaba con su máscara divina la insustancialidad o la perversión, no sospechando siquiera que dicho enigma constituye el fundamental problema del amor, a no ser que concediese de grado que las perfecciones morales siguen inevitablemente a las del físico.

Legítimo ejemplar de la casta hispánica y adorador ruboroso, apenas fijó su vista en el cuerpo, insinuante con sus morbideces de la doncella, bastándole la maravilla de la cara, y a su pasión de caballista hay que atribuir que atendiese a la finura quebradiza de los tobillos, denominándolos cañas, sin irreverencia.

Por último, ilusionábase con la esperanza de que disimulaba sus sentimientos, no adivinados por nadie, en opinión suya, ni aun por la criatura celestial objeto de su idolatría.

Y acaso no se equivocaba en lo que respecta a Eugenia, que aventajándole en malicia, por su natural y por hembra, tenía tales seguridades en su interior de que la esperaba un porvenir soberbio, que en su compañero de Sevilla no acertaba a reconocer, distinguiéndolo con su simpatía acolorada, si no algo así como un juguete de un valor único.

José Luis, escamoteando sus obligaciones con don Pablo, vivía consagrado a la muchacha, y hubo paseos por el río, serenatas, ofrendas de flores, cabalgadas triunfales, coloquios, una corrida de novillos en la plaza diminuta de un cortijo...

No parando ahí, discurrió el galán brindar a Eugenia la jaca famosísima, y al efecto dispuso la excursión al ferial; en un coche iban doña Paquita y su hermana con su institutriz londinense.

Pero acaeció que el marqués de Aguaviva cometiese uno de sus disparates castigándolo José Luis con aquel arrastre afrentoso, a cuyo término ordenó el vengador a su presa que solicitara el perdón de Eugenia, en medio de la curiosidad de la muchedumbre.

¡Válgame Dios la que se armó entre las beatas y las solteronas, y en el seno de las familias! El huracán ya no se contentaba con agitar los proverbiales mantos de duelo y desfigurar las cruces en las carátulas indignadas, que transmitía patrañas de que no salían muy bien librados el recato de Eugenia y la caballerosidad de José Luis.

Alcanzó el rumor proporciones de escándalo, faltando poco para que la Giralda no voltease sus bronces...

La condesa dispuso la partida al instante, utilizando el pretexto de la algarada, que no le preocupaba, en fin de cuentas, y en realidad porque despertando de su confianza en el mozo, comprendió el peligro que éste representaba para sus planes acerca de su hija menor, que podía interesarse más de lo debido por un personaje tan romancesco.

Por la postrera vez caminaban juntos José Luis y Eugenia muelles del Guadalquivir arriba, al crepúsculo.

Prometiéronse amistad y que tornarían a encontrarse al invierno, que el estudiante trasladaríase a Madrid a finalizar sus estudios y emprender la gloriosa carrera a que sin duda le destinaban sus envidiables condiciones...

Hasta ese momento de la despedida no había advertido José Luis la dulzura de la voz de su amada, inefable acento elegíaco que le daba ganas de llorar, haciéndole acordarse de la madre que no conoció, muerta en el parto, mas que siempre era un regazo que le pertenecía en su orfandad.

La palidez dorada de Eugenia contrastaba con el cobre de las morenas sevillanas que regresaban de su tertulia en el banco de mármol de los jardines de la Reina Cristina, y que al vislumbrar a la pareja, suspendiendo su palique y la esgrima del abanico, mostraban su dentadura en una risa centelleante.

A la zaga de sus pimpollos marchaban las señoras mayores, un poco empolvados los zapatos y con las narices dilatadas para cazar el perfume de unos naranjos en flor, aroma que les abría el apetito si no provocaba jaquecas y otras flatulencias.

—Adiós, José Luis... Adiós... No nos sigas...

Cayó el muchacho en un alucinado sopor, y así permaneció hasta que Eugenia hubo desaparecido entre unas palmeras que rodeaban los vencejos con su danza rota y chirriante.

Anochecía; la Torre del Oro comenzó a fundir sus facetas en un bloque; los mástiles de los bergantines trazaban signos cabalísticos en el cielo malva. Allá se oyó un ruido como de unos molinos y ocultando la gama clara de Triana, asomó un vapor con su retorcido penacho de humo y con sus gigantescas ruedas que batían el agua variopinta y espumosa.

Estaba ya desierto el café, pero en alguna de las mesas de pintado pino veíanse aún las jícaras de chocolate y dos gatos monjiles buscaban las migas de bizcocho en la estera de esparto.

Sólo un cliente permanecía entre los espejos y los quinqués con su tufo.

El curioso personaje parecía embebido en la lectura de *El Diario*, no levantando la vista de un anuncio de nodrizas pasiegas.

Por fin pudo admirarse su cara de príncipe moro, con los ojos apasionados y soñadores y la barba aguda.

Era José Luis *el del Puerto*.

En su actitud reflejábase la preocupación...

Había llegado aquella mañana a Madrid, y en el espacio brevísimo de una jornada de otoño, la corte destruyó sus ilusiones, aleccionándole de una vez y con el ridículo.

Apenas se instaló en la fonda, y dejando para otro día la presentación de cartas a sus futuros protectores, corrió a la casa de la señora condesa de Montijo, donde pensaba hallar una acogida tan calurosa, que quizá sus amigas iban a obligarle a que comiese en familia con ellas.

No fué recibido.

Por de pronto, en vez de la casi maternal Pepa, salió a su encuentro el portero del palacete, un viejo gruñón que lo abandonó al pie de la escalera. Y al cabo del tiempo, comunicáronle que la señora condesa descansaba...

Rojo de vergüenza, enfurecido, el nuevo cortesano se alejó, no sin tropezar, en el colmo de las desdichas, con el banquillo de la puerta.

Serenóse, por último, reflexionando sobre la inoportunidad de una visita a tales horas y la diferencia inevitable entre la vida del pueblo y la de la capital.

Las amenidades de la calle, ayudando a su espíritu generoso, no tardaron en desvanecer la cólera del provinciano.

Desembocó en el Prado, lleno de elegantes que se paseaban por un tapiz de hojas secas.

Dominando el rumor de las conversaciones y de los abanicos que esgrimían las madrileñas, con no menos donaire que se aureolaban con la mantilla y el chal de cachemira, destacacaban los gritos de los muchachos que ofrecían una cazoleta con fuego a los fumadores.

En la calzada confundíanse coches y caballeros.

La fuente de la Cibeles presidía el concurso, y al fondo una iglesia armonizaba sus piedras con el cielo de un azul suave.

El sol inflamaba los árboles de oro y hacía brillar las ropas colorinescas; aparte los vestidos femeninos, a la moda francesa, los trajes regionales, como ese de los valencianos con su manta encarnada.

José Luis, un poco sofocado por el polvillo que flotaba en el aire, complacíase en sostener la mirada de las mujeres y humillar la de los lechuguinos, impecables con sus chisteras blancas y sus chalecos bordados en sedas.

De repente descubrió una calesa de lujo, a la que rodeaban varios jinetes. Una matrona y sus hijas ocupábanla, siendo al punto reconocidas con emoción por el forastero.

La dama reconoció también a José Luis, que se apresuró a saludarla, disponiéndose a atravesar la barrera de vehículos, en un segundo arrebato de espontaneidad salvaje.

Con todo su ímpetu, quedó paralizado ante la frialdad con que la condesa de Montijo correspondía a su sombrerazo, no avisando a Paca y Eugenia de la presencia de su inseparable de los días pasados.

Y ahí acabó de funcionar la razón de nuestro héroe, que seguro ya de su desgracia, desmenuzaba inútilmente los motivos posibles.

Recordaba las promesas de ayer, cuando las doncellas, autorizadas por una sonrisa de su madre, le arrancaron el compromiso de venir a buscarlas, apremiándole hasta en el mismo estribo de la diligencia...

José Luis languidecía o se exaltaba; lloró, tragándose las lágrimas, quiso escribir unas cartas, anduvo por la villa, no cenó, y, por fin, entró como en una tumba en el café de la calle de Carretas.

Parapetándose en la esquina, un embozado examinaba la plazuela, y las sombras de la noche envolvíanlo aún más que la capa.

El convoy de unos carruajes solemnes arcaicos, con su respectivo tiro de mulas de panza amplia y flecosa, vivaqueaba en un pintoresco desorden.

Los cocheros, de carrick con varias esclavinas, sin abandonar la fusta, reuniéronse en círculo de cofrades.

De cuando en cuando, el conclave, en que se mezclaba con los aurigas el gastado levitón polonés y la cachiporra de un polizonte de la secreta, celebraba la visita de un criado de casaca y peluca empolvada, portador de un jarro de Valdepeñas, que antes de pasar a la redonda, era bendecido por el lacayo de un obispo...

Velaba un caserón con que tenía encendida su farola del portal, la urna inmensa y abrumada por hojarasca, así como los balcones, inacabable serie de rectángulos sonrosados entre las columnas figuradas con la pintura al fresco.

Las otras viviendas, desiguales por el desnivel de los tejados y en su mayoría con enseñas y abreviados rótulos de industrias, dormían bajo la guardia de una torre eclesiástica que asomaba por encima de las chimeneas su caperuza de pizarra y con una bola de plomo en lo alto.

Dos veces sonaron las esquilas sin que el embozado, a quien no parecía preocupar la amenaza de lluvia, descuidase sus observaciones.

Infatigablemente valsaban las parejas tras las vidrieras y acaso por sugestión del desfile de fantasmas rítmicos, difundíase el eco de unas musiquitas...

Un anciano con un manto blanco, tricornio, medias de seda y zapatos de hebilla de plata, abandonó el sarao apoyándose en un bastón de concha. No tardó en reunirse con el prócer un segundo invitado de juvenil y aguileña facies orlada de rizos, y que atento a calzarse los guantes, llevaba descubierta la pechera, fugitiva con su espuma del frac de botones dorados.

—He de confesar—habló el viejo a tiempo que rozaba al espía—que a mí no me sedujeron nunca ni las rubias ni las listas... Y nuestra amiguita tiene de lo uno y lo otro, y en abundancia... Creo que se escribe con aquel monsieur Mérimée, que yo conocí en casa de tu padre, y que tantas veces te ha sostenido en sus rodillas... Era antipático, como todos los sabios...

Suspendió su marcha y su divagación el buen caballero, exclamando, con un suspiro:

—Sin embargo... Si yo fuese Alba... con sus años...

—Con su ducado y su caudal—insinuó el joven.

—Y con la preferencia que no le regatea la bella...

Doblaron la esquina los murmuradores y cesó de oírse su palique.

A respetuosa distancia escoltábales un enano, al que empequeñecía más un enorme paraguas, destinado a proteger a su hora los plumeros del carcamal.

Había salido la luna, entre unos nubarrones amoratados.

José Luis, siempre embozado como

un conspirador, caminaba bajo la alternativa de claridad espectral y tinieblas medrosas.

Un perro trituraba unos despojos en un montón de basura, y el sereno con su linterna cruzó a distancia canturreando el Ave María...

Los reverberos estremecíanse en la quietud del barrio, única muestra de la vida en suspenso por el sueño, pues las rojizas lamparillas de los retablos con imágenes sagradas, alumbraban rutas místicas.

Espadañas y tapias de las huertas monjiles a que asoma el ciprés cabeceante; mansiones patricias, y las rejas que arrancan del suelo: casuchas celestinescas, con su ventana de cuarterones y unos gatos en el tejado; la herrería en el patio con un parral y un gallo que no tardará en pregonar la aurora...

Cuando pasaba de la calle de León a la de Cantarranas, fué sorprendido José Luis por una mujer, que sobresaltada a su vez huyó sin disimulo, pero que parecía aguardarle al detenerse un poco más lejos.

En efecto: quiso dificultar la marcha del que llegaba por la sombra de los aleros, pegando su cuerpo a la pared.

Un pañuelo a la cara no bastaba a ocultar su belleza.

Temblaba, acaso por el frío, y no habló, confiándose a sus pupilas llameantes.

A decir verdad, una coincidencia fortuita debía ayudarla en sus propósitos, ya que el vaho oloroso y tibio que fluye de un sótano convertido en caballeriza, recomienda esquivar los rigores de la madrugada, guareciéndose en lugar confortable y con una hembra placentera.

Sin embargo, José Luis pretendió evadirse; replicó a las interesadas sonrisas:

—Mira que yo no soy duque...

¡Pobre enamorado! Hemos de comprender su angustia al escuchar a los dos cortesanos que regresaban de la fiesta; la fiesta ignorada por él, que no pudiendo resistir su deseo de contemplar la vivienda de la amada antes de retirarse a la fonda, dirigióse desde el café a la plazuela, hallando el palacete encendido en músicas y luminarias.

Solo quedaba por averiguar si la orden de no recibirle partió de Eugenia temerosa de las fogosidades de su amigo tan comprometedoras para sus ambiciones, o si era táctica de la condesa que arrastraba a la muchacha a una boda contra sus sentimientos.

Caso de que así sucediese, iba Madrid a espantarse con la venganza de José Luis, *el del Puerto*, y vaya la muletilla como un título a falta del ducado.

En un discurso lleno de incoherencias desahogó su rabia el mozo ante la desconocida, la cual, segura de que tropezó con un borracho o un loco, procuraba librarse de la fatiga y el peligro inminente:

—Espera, hermosa... ¿Cómo te llaman?

—Soledad.

José Luis lanzó una carcajada homérica.

—¡Soledad!... ¡Tú!... Tú, que vives en compañía de todo el mundo...

La desventurada se echó a llorar con silenciosas lágrimas.

—Perdona, mujer...

Comenzaron a andar por el laberinto de callejones, extraño el uno al otro y al mismo tiempo ligados por una fraternidad misteriosa.

Resbalaban en el pavimento erizado de piedras.

El nublado cerró y cayerón las primeras gotas de la lluvia que se anunciaba desde el principio de la noche.

Soledad empujó una puerta y entrambos enfilaron a oscuras un corredor, húmedo como una gruta y con un cubil revelado al fondo por una luz...

La de una bujía colocada en una silla y que velaba el cadáver de un niño de pocos meses, abandonado en un jergón.

José Luis, cuya silueta se agigantaba en el muro, interrogó con un gesto a Soledad.

—Es mi hijo... No tengo dinero para enterrarlo... Yo llevo dos días sin comer... No soy una... de esas...

Expresábase con la serenidad del agotamiento.

—Ya ha visto usted que tampoco sirvo...

Soltó el pañuelo que le aprisionaba la cabeza, descubriendo un óvalo de oro en que brillaban los ojos rasgados hasta las sienes y enmarcado por una cabellera negra y copiosa con patillas. No representaba más de veinte años.

★

Con el primer rayo de sol, ayudándole a despertar los pájaros y desvanecer las nieblas de las lagunas, asaltaron la plazoleta unas gentes extrañas, de diversa apariencia y que llegaron por caminos distintos, pero a los que hermanaba la solicitud con que rodearon una casa que allí se yergue por encima de tamarindos y de las más pomposas hortensias azules.

Viejos, jóvenes y niños componían la improvisada tribu, digna de calificarse de babélica gracias al empleo de un *patois* resultante de la mezcla del vascuence, el francés y el castellano.

La misma confusión en las ropas viéndose el pañuelo negro y con dos picos en torno a la máscara de candil de una bruja, el marsellés que ha pertenecido a un escopetero de la diligencia española y que ahora luce un pobre diablo, la boina colorada y zamarras pastoriles.

Casi todos los chicos iban descalzos y tenían pupas en las piernas. Una rapaza apretaba contra su pecho unas florecillas silvestres.

La vivienda, jalbegada y con las ventanas y las descubiertas vigas de color de sangre de toro, ostenta un rótulo en la lengua legendaria *Toki-Ona*, que traduciríamos al romance por *Rincón Delicioso*.

Desde su pedestal de los tamarindos y las hortensias, frondas de seda y colmenas de la luna, contempla la danza majestuosa de los bosques enlazándose y ondulando al trepar a las colinas.

Alamedas y pinares armonizan su espesura, resbaladiza o trémula, y de trecho en trecho arremolínanse los manzanos con el estallido de sus ramas, tan cargadas de fruto, que parecen ensartar las pequeñas esferas verdes y como de cerámica.

Rutas sumisas y amables recorren laboriosamente los caseríos dispersos a capricho, inmensa rosa de nieve deshojada.

En una profundidad sobre la que flotan brumas algodonosas, el espejeo del agua hechizada o muerta.

Silencio y luz nostálgica del aire, y ya en sueños, las cumbres pirenaicas, gasas velando el cristal...

Abrió su puerta la *villa*, y en medio de las aclamaciones de los mendigos, presentóse aquella criada Pepa con una bolsa en la mano. Gruñendo, acordándose de la distribución de la pitanza a las gallinas y las palomas en el cortijo, la voluminosa comadre repartía monedas, y su jerga andaluza acabó por imponerse a la poliglota algarabía.

Semejaba un lego que acompañase a San Francisco, invisible a su lado, aunque bien se manifestaba en el derroche de caridad... Débese la observación a un emigrado carlista, el anciano marqués de Foso, testigo en algunas ocasiones de los procedimientos de la malagueña.

Como otros veranos, la condesa de Montijo eligió para su descanso ese retiro en el declive francés de los Pirineos, y en tanto ella escribía sus cartas a Madrid, París y Londres, diplomático epistolario al servicio de su ambición, Eugenia dedicábase a visitar la comarca y a socorrer a los menesterosos, con un celo que acaso perseguía en realidad el olvido de recientes desengaños. Vinieron solas la madre y su hija menor, separadas de Paca por su boda con el duque de Alba.

Mademoiselle Montijo era venerada por los aldeanos, y los que acudían a la quinta no se resignaban a marcharse sin bendecir a su protectora.

La alegría reflejada en los zarcos ojos de la rapaza de las florecillas, inmóvil y desconcertada con su presente que iba a ser inútil, reveló la proximidad de Eugenia, que, en efecto, sur-

gió con su sonrisa y envuelta en un vestido blanco como en unas alas plegadas.

A empellones impidió Pepa a la tropa besuquear a su ama, la que fingiendo un enfado en que no creían los amotinados obligóles a desparramarse por los senderos.

Y entonces, el país devolvió a la extranjera la limosna que ella le prodigaba, ofreciéndole sobre las arboledas azules y bajo el cielo pálido la venturosa honestidad de su idilio con la mañana nueva: el oro y el carmín del sol, el humo de los hogares humildes, gritos de los pájaros que se esponjan; la brisa fresca, esquilas y mugidos en los retablos no sospechados; y la vaga fragancia del heno, no disipada aún desde la tarde, cuando la hierba aromática palpitaba en las carretas de melancólico chirrido...

Absorta en la contemplación del panorama, no advirtió la llegada de otro mendigo.

Caminaba el rezagado con dificultad, arrastrando su capa, color de tabaco: pero de repente adquiría cierta prestancia, y entonces transformábase en un brigante calabrés.

El sobresalto cedió en seguida al estupor con que Eugenia miraba al vagabundo, arrodillado y con el chambergo en la mano.

—¿Qué locura es ésta?

Más tarde, en el pinar próximo, hablaban la señorita de Montijo y José Luis; es decir, hablaba José Luis, exaltadamente y olvidado de su disfraz, al que daba con sus ademanes una teatral amplitud, mientras ella oía en silencio, como fascinada por la cazoleta donde uno de los acuchillados troncos vertía su resina.

Era el monólogo la glosa de su amor desde que se conocieron en Sevilla, cuando ninguno de los dos pudo resistir a la atracción mutua y que parecía invencible...

El recuerdo luminoso de entonces mantiene en sus esperanzas a José Luis, que para salir de dudas discurrió la estratagema de fingirse uno de los protegidos de *mademoiselle* Montijo, recurso del que esperaba conseguir una entrevista sin testigos, como la que celebraban en aquel momento, y que debía ser decisiva.

Porque la prohibición de acercarse a su amiga continuaba con un rigor absoluto.

No importa que el duque de Alba, un instante deslumbrado por la genialidad de Eugenia y hombre equilibrado en el fondo, terminara casándose con la hermana, apacible y dulce.

Por lo contrario, la condesa, animada con el éxito y siempre firme en su propósito de colocar lo mejor posible a sus hijas, más que nunca ejercía su vigilancia, dispuesta a eclipsar la primera boda con otra de no menor rango y provecho.

Salvo una visita inexcusable, y que renegando de su falta de orgullo solicitó y por fin consiguió José Luis, hubo de satisfacerse éste con los fugaces encuentros del Prado, que le paralizaban el corazón, y los ignorados éxtasis del teatro del Príncipe o la ópera italiana, que ni siquiera presentía el ídolo, entregado a las magias de *La Pata de Cabra* o las melodías de Rossini o, lo que es peor, coqueteando con los petimetres de frac azul y barba en cerquillo.

Claro que intentó comunicarse por escrito, valiéndose de Pepa, que una vez se decidió a transmitir la carta peligrosa. No contestó Eugenia... Como no fuese una respuesta, la mirada fija, profunda, elocuente, que atravesó a su adorador a los pocos días en la misa.

Transcurrió el invierno, deslizóse la primavera, y al comenzar el verano cerró su palacio la condesa, susurrándose en Madrid que se trasladaba a Francia, quizás en un viaje definitivo.

José Luis presenció la partida del convoy y sus montañas de cofres, creyendo en su alucinación asistir a su propio entierro.

Ya no vería más a la mujer en que soñaba a todas horas. Sin duda París iba a prosternarse a sus pies, recibiéndola en triunfo. ¿Qué significaban al lado de tales grandezas los homenajes suyos, vulgares como las palmas del Domingo de Ramos que allí quedaban

en los balcones de la casa abandonada, entre las columnas de pintura?

Despechado, febril, celoso y enamoradísimo, formó un proyecto, que realizó, arrancándose las entrañas, pues hallándose sin blanca por consecuencia de los gastos que le originaba perseguir de fiesta en fiesta a su involuntario tirano, hubo de desprenderse de las alhajuelas de su madre. Embolsó el dinero como se traga una pócima, y después de averiguar lo indispensable, emprendió la peregrinación a la *villa* de las hortensias y los tamarindos...

En ese punto de su arrebato andaba José Luis, y ahí enmudeció en seco.

Asombraba la terrible belleza del infeliz, caído en leonina actitud sobre la capa desgarrada.

Resplandecía con el brillo imperativo de la pasión... Ninguna mujer hubiese sido responsable de echarse en sus brazos.

La que motivó tanta vehemencia se puso lívida.

Unas mariposas blancas voltijeaban en la auriverdosa diafanidad, perdiéndose en el laberinto azul.

El pasmo duró hasta que vino el aire de los bosques.

La oleada de los murmullos se aumentó con un sollozo del amante inexperto y sincero, que no comprendió la verdad, equivocándose al interpretar la palidez de Eugenia, a quien suponía indignada.

José Luis, cuya soberbia se derrumbó como una catarata en su pecho, en lugar de los mandatos que pensaba imponer autoritariamente, imploró con una desesperada ansiedad:

—Me muero de pena... Dime que me quieres...

Aún recobró su grandeza de antes, exclamando:

—Conquistaré el mundo para ti...

La situación y el hombre conmovían a Eugenia, que luchaba por no ceder a un sentimiento pasajero.

Descuidó su diestra en las manos del desdichado, al que no se atrevía a rechazar, por bondad y a causa de una inclinación latente desde que se conocieron, avivada ahora por las circunstancias, pero a quien era forzoso convencer de lo irrazonable de su conducta.

Preparábase Eugenia a desengañar a su camarada, consolándole al mismo tiempo.

Dios lo dispuso de modo distinto.

Detrás de un árbol surgió un anciano, con un redingote y un catalejo: el marqués del Foso, que retornaba de su acostumbrada exploración fronteriza... Y que se llevó a la señorita de Montijo, no sin arrojar una moneda a José Luis, el cual no la recogió, olvidado de su farsa por virtud de la caricia todavía ardiente en sus dedos, caricia que borró el pasado y llenaba el porvenir de ilusiones.

II

ARIA DE BARITONO

En tanto acababa de prepararse la comida solían los invitados formar un corro en la chimenea, donde ardía un árbol entero, y casi siempre se improvisaban partidas de naipes sobre una mesa cubierta con una manta de viaje.

No todos los contertulios jugaban a las cartas, que no faltaba quienes prefiriesen contemplar las llamas violetas en el tronco, ya cuarteado en brasas y que a lo mejor reventaba con un estallido, si no lamentábase con la fuga de aire y de humedad todavía contenidos en sus fibras.

Por contraste con los soñadores, había los industriosos: ese velazqueño hidalgo del traje de pana y de gamuza, atareadísimo en el análisis de una escopeta, y el honorario Vatel, que no contentándose con la abundancia que se condimentaba en la cocina, devolvía su dignidad feudal a la gran campana y su hoguera, torrando castañas o patatas como en la Edad Media asábase un buey delante de la familia del castellano y sus criados.

Por último, en un rincón, que en vano pretendían asaltar las palpitantes claridades que siluetean a los jugadores, convirtiéndolos en negros que adoran el fuego, en el confesonario de los

ángulos del dilatado aposento, el huésped daba audiencia y confianza a aquellos de sus amigos que deseaban consultarle a solas.

Todas las noches componíase idéntico cuadro en la estancia de muros jabelgados, techo con las vigas al aire, pavimento de losas que ablandan las esteras de esparto, un lienzo de antigua y renegrida pintura española, cerámica talaverana en el vasar, muebles de nogal centenarios, candiles y velones.

Destacaban en la pared, dorada y rosa al reflejo de la lumbre, unas puertecitas, de color de chocolate, y una ventana que, si alguien osaba abrirla sin temor al soplo helado que al punto colábase por su rendijas, dejaba ver unos peñascos redondos y las primeras encinas del bosque cuando la luna revelaba y dulcificaba con su fluidez el paisaje granítico hasta en sus frondas.

A lo largo del invierno no se interrumpían las veladas clásicas de los discípulos de Nemrod que acudían al coto, fértil en conejos y perdices, aunque lo de menos allí era la caza.

La finca, situada al pie de la sierra, a una distancia no excesiva de Madrid, pertenecía a un banquero, el cual, solterón, de temple generoso y aun pródigo, y por añadidura mezclado en política, tenía éste y otros dominios abandonados a sus secuaces.

Nunca hallábase desierto el hostal guadarrameño, conocido por *Los Cavitanes*, en recuerdo de los dos soldados hermanos que lo fundaron, y a lo mejor sucedía que se acogiesen al abrigo seguro gentes extrañas, como una vez que se eternizó en su visita un poeta, solitario al fin, y para el que seguían disponiéndose yanta y lecho espléndidos. Un colega suyo terminó por avisarle de su abuso, escribiendo con carbón en la muralla: *Vate, vete.*

Tales irregularidades no chocaban al prócer, que tampoco se andaba con remilgos en sus asuntos públicos o particulares, desdeñando las críticas rutinarias o envidiosas. Había nacido de la nada, y por su genio, sin necesidad de aprendizajes terribles ni de aprovechar negocios como la trata de esclavos, vaya por tráfico lucrativo del momento, llegó a ser la primera figura entre los economistas del país, alcanzando celebridad en el extranjero. Representaba en el mundo de los negocios lo que en el de las armas los generales napoleónicos, poderosos en plena juventud, hijos de su mochila, sin embargo, y por su prestigio, competía en seducción con los artistas.

No le preocupaban las negligencias oficinescas, cigarra que enseñó a administrar a las hormigas. Arbitro de la Bolsa, interesado en empresas internacionales, introductor de adelantos como el ferrocarril, reformador de ciudades, podía tutearse con los príncipes de la Banca de París y Londres, si no recibía acatamiento de ellos. Fué ministro y lo hicieron marqués, domésticas pruebas de sumisión a uno de los entonces raros españoles de nombradía universal. Juntaba a la visión instantánea y exacta, con presentimiento certero del porvenir, la elocuencia de un apostolado, que disimulaba con sonrisas, y la tenacidad en el desarrollo de sus proyectos. Y todo por gracia de los dioses.

—Cuando muera, tendrá una estatua.

—Eso sí—continuaban profetizando a su alrededor—, acabará sin un céntimo.

Acaso no se equivocaban los augures, especialmente al vaticinar el epílogo desastroso. Porque el magnate, bautizado en Málaga la bella, trajo del Mediterráneo, a más de la claridad y la improvisación fácil a su espíritu y de la elegancia indolente de su cuerpo, un insaciable apetito de amor, que le llevaba a mantener en torno suyo favoritas de una fastuosidad de dogaresas.

Compartían con el harén las magnificencias del sultán los bohemios que más tarde serían ilustres, y que por de pronto convencíanle de que editara gacetas o se lanzase a la explotación de un teatro, en el que reservaba a sus queridas los palcos de un lado de la sala, con objeto de que no se descubriesen unas a otras.

Añádanse las caritativas larguezas, y la rivalidad con los aristócratas que sabían arruinarse, y los rasgos que engrosaban fabulosamente el capítulo de imprevistos, y se comprenderá que el multimillonario, cuyo caudal era como las nubes, fecundo y errante, estuviese amenazado de un final lamentable... Sin contar que la fatalidad suele complacerse en esas quiebras de los grandes triunfadores de la fortuna.

En tanto don Agustín de Aubarade, marqués de Aubarade, proseguía su misión de enriquecer a sus compatriotas, a los que consideraba como su familia y con derecho exclusivo a heredarle, haciéndolo en vida; y para sostener el rango, y por su capricho, no cesaba de organizar fiestas en su palacio de la corte o en alguna de sus quintas, como la que poseía en Aranjuez, donde sus odaliscas vencían a los faisanes en esplendor, o paseaban en falúas principescas por el Tajo, al arrullo de serenatas y entre luminarias dignas de Venecia...

Por el contrario, no aceptábanse mujeres en *Los Capitanes*, lugar que el prohombre quiso que no perdiese la adustez de su tradicionalismo castellano, y que, so pretexto de cacerías, servíale de lazareto y aduana en que examinaba a los recién venidos, cuando no refugiábase allí para una cura de soledad.

Misteriosas resultaban las reuniones en el encinar, compuestas de tipos estrafalarios y de las que salían con frecuencia los inmediatos disturbios de la política. Toda la autoridad del marqués no bastaba a contener al Gobierno, que miraba con desconfianza hacia el cortijo; desconfianza justificada en una época de conspiraciones y pronunciamientos.

Aquella noche no se trataba más que de reposarse de una batalla heroica con los conejos y las perdices; y los mismos contertulios que se confesaron con don Agustín limitáronse a hablar en provecho propio. Solicitaban informes bursátiles, préstamos... El omnipotente anfitrión escuchaba distraído concediendo siempre y como se pedía, hasta que se aburrió, y levantándose dejó para luego el despacho de lo que sometiesen a su juicio o a su bondad los pedigüeños restantes.

Fué a sentarse en el banco con la piel de carnero, en el hogar, echando en la fogata unas hierbas secas, que crepitaron, retorciéndose y esparciendo su evocador aroma.

Maquinalmente, el marqués consultó su reloj, y al observar la maniobra uno de los jugadores, mientras sus compañeros y el mirón inevitable calculaban en silencio, dijo:

—Parece que tarda José Luis...

—Ya está ahí—replicó el punto que esperaba la sota, y sus palabras, bien que dirigidas a su ilusión, fracasada, naturalmente, acertaron por lo que respecta a José Luis, que apareció en una de las puertecillas, la que comunicaba con el zaguán, sonoro al paso del caballo.

Llegaba el mozo envuelto en su capote, húmedo como la cara de su dueño, enrojecida además por el frío.

La tibieza de la habitación reanimóle en seguida, tanto como ahogábale el humo de los cigarros.

Con él venía un perro de ganado, jadeante y sudoroso, con la lengua vibrando en su boca abierta, y que al quedarse en la penumbra semejaba un fantasma por el brillo de sus ojos.

José Luis *el del Puerto*, después de saludar al conclave, sacó una cartera que escondía en su pecho, por tal causa extrañamente abultado, y la entregó a don Agustín, acompañando el acto de una mirada de lealtad, a que don Agustín correspondió con una sonrisa afectuosa.

Iba el marqués a enterarse del contenido del estuche, pero un criado con su uniforme, única muestra cortesana en el ambiente de casa del antiguo labrador rico, anunció que la cena estaba servida.

—Vamos allá—exclamó el banquero, devolviendo a José Luis la valija, que examinarían de sobremesa.

La asamblea se disolvió, encaminándose los ociosos en busca del yantar, retirando el cocinero aficionado las patatas de su lecho de ceniza, soplan-

do el cazador en el cañón de la escopeta, como si la besase en la despedida. Luego se levantó el alucinado por las llamas. Sólo los jugadores permanecían inmóviles, retenidos sin que se diesen cuenta por la humillación de la pérdida o la esperanza de una ganancia inacabable.

★

Fama tenía el café de *Los Capitanes*, y justificada en verdad.

Habiendo el banquero obtenido para uno de sus amigos la Intendencia de Cuba, empleo de fabulosas prerrogativas y aún mayores rendimientos, no se contentaba el señor intendente con el envío a su mecenas de los cigarros, el jipi, loros, un negrito y, en suma, todo aquello que constituía el atractivo pintoresco de su virreinato, sino que discurrió la manera de sorprenderle, y, al efecto, remitíale el caracolillo transformado ya en bebida por una mulata de la Habana y encerrado en botellas con caperuza de lacre.

Gustaba el marqués de que un distinto prestigio señalara a sus fincas, reservándose para el cazadero la ofrenda de las Antillas, en que también entraba el ron y el tabaco, voluptuosos excitantes del diálogo en una reunión de hombres solos.

La hora tropical de la velada transcurría en una indolencia deleitosa, improvisándose un casinillo de murmuradores.

Según la costumbre, los huéspedes de la noche a que nos referimos fumaban, parlaban, saboreaban el brebaje aromático y espoleábanse con tragos de licor. No pasaban de la docena y eran familiares en el cortijo.

Uno de ellos, ese de la testa de guerrillero, despedíase de sus camaradas; coronel que no encontrando medio de cobrar sus pagas, aceptó del Gobierno la dirección de un presidio, con derecho a convertir la cárcel romántica, donde los presos tocaban la guitarra y reñían a navajazos, en un taller disciplinado y productivo.

Las circunstancias ponían de relieve al futuro reformador penitenciario, pero no carecían de interés los demás contertulios. Mirad el que calienta con sus dedos la copa de coñac: desde hace cinco lustros llora una desilusión amorosa, pues con ánimo de acallar los reparos de sus parientes a su proyecto de enlace con una suripanta, adquirió un título pontificio a nombre de la infeliz, que un día se despertó *vizcondesa de la Divina Pastora*, delicada alusión a la vuelta al redil de la oveja descarriada. Y entonces fué uno de los parientes quien matrimonió con la rendida beldad. Otro desencanto, aunque no de amor, minaba la robustez de un romano de levita allí presente: el anciano Rómulo Sánchez, originario de Mérida, y que alucinado por su cuna y su bautismo y por su corpulencia sobria que remataba la bola de una testa de cónsul, malgastó su vida en tentativas revolucionarias, llegando a disfrazarse de general en un pronunciamiento. Decíase que era masón, sospecha que le rodeaba de un respeto supersticioso. Contrastaba con el patriota el *Marqués del Bacalao*, como denominaban a un quídam, hijo de una pobre mujer que freía pescado en un figón de Sevilla, mas que poseía tal vitola aristocrática y tal instinto cortesano, que como a su árbitro le consultaban los verdaderos nobles. En cambio, el legítimo descendiente de los primeros linajes, el duque y conde, el maestrante de Ronda, aquel punto que confiaba en la sota antes de la cena, según recordaréis, semejaba un chalán con su lunar ensortijado en la mejilla, y había jugado y perdido el panteón de sus antepasados...

Cada uno de los personajes poseía, en fin, su característica, donosa por lo general, y juntos formaban una pandilla de hidalgos de buen humor. Por méritos reconocidos, figuraba en la comunidad un ruso de aspecto de apóstol, que arribó a España en un bergantín donde hacía sus prácticas de piloto, y aficionándose a los gitanos, se encasquetó el catite, arrimóse a las caravanas y sufrió clausura en el Saladero, tropiezo que no aminoró sus entusiasmos por la existencia aventu-

rera. A la sazón, bajo los auspicios del marqués de Aubarade y al lado de sus cofrades del encinar, que muchas veces resolvían sus dudas, preparaba un diccionario de la germanía.

Un poco apartado de la banda, fastuosa en su mendicidad y nunca abatida, el banquero, sentado a una mesa que alumbraba un velón, examinaba la valija que José Luis había sacado de su capote; perfecta valija diplomática, aún más que las que envían los embajadores, pues el magnate disponía de coresponsales en todos los países y, en consecuencia, de unas informaciones secretas y rápidas, por encima de las del Gobierno.

Desde su escribanía improvisada mandaba en lugares remotos y empresas gigantescas, bastando un trazo de su pluma al margen de uno de los papeles curioseados a la ligera para que en ignoradas comarcas se produjeran catástrofes o reinase la prosperidad.

En opinión de uno de los alegres compadres, historiador en las ocasiones, así Felipe II regía el orbe sin moverse de su asiento y catrecillo de gotoso en una de las celdas escurialenses.

—Si yo fuera Felipe Segundo—replicó el prócer, sonriendo a la lisonja—, lo primero que habría tenido que hacer sería purificaros en un auto de fe...

Prosiguió su labor, a la luz de la llama trémula, que alteraba sus facciones, delicadas y amables; los labios, dilatados, aunque finos; el rasurado mentón, con un hovuelo; la nariz, regular, los ojos, claros, con su guiño burlesco; su frente, luminosa y sin pesadumbres, orlada por los cabellos, ya grises, alisados arriba y revueltos en las sienes con menudos rizos. Más que por vicio de la naturaleza, esa testa de cardenal italiano o de actor favorito de las damas, inclinábase por el hábito de atender con una graciosa condescendencia a sus interlocutores, en su mayoría deseosos de hablarle en voz baja.

La pulcritud resplandecía en su persona, no recargada de atributos ostentosos, reduciéndose su brillo al de la lente que colgaba en su pecho, y sus joyas, a los camafeos en los redondos puños de la camisa, que aureolaban sus manos, blandas y pálidas como las de una mujer.

Leía en silencio los documentos, deteniéndose a meditar un segundo, olvidándose de su cigarro, que ardía por igual y apenas mojado de saliva.

A su lado, pero no mezclándose en la inspección de la cartera, asistíale José Luis, el cual disimulaba torpemente un fervor enternecido.

El muchacho había llegado a ser el valido de don Agustín, y buena prueba, la confianza con que éste comisionábale para recoger su correspondencia, como al día siguiente llevaría sus instrucciones, muchas de palabra, al galope de un bridón, con una pistola al cinto y el perro de un guarda por escolta.

Convencido don Pablo de que su ahijado no regresaría a Sevilla, perdonándole esa ingratitud que explicaban los escrúpulos del cachorro, rabioso por crearse una posición, quiso asegurarse una ayuda, y siendo grande amigo del banquero, con el que ligábale la fraternidad de sentirse entrambos ejemplares en su pueblo, solicitó de él que amparase al ambiciosillo, tan inexperto como arrojado.

Con su perspicacia y su práctica de los hombres, no tardó don Agustín en estimar las virtudes excepcionales de José Luis, y acabó concediéndole la misma familiaridad de que gozó allá abajo.

Por su parte, José Luis se entregó a su nuevo padrino como antes al auténtico, con la ventaja de que la existencia novelesca del marqués de Aubarade aumentaba la fiebre de sus ilusiones.

Otros motivos, bien que celosamente escondidos en su alma, mantenían al bisoño junto a un caudillo de tanto realce. Por tales causas ignoradas necesitaba el mozo abrirse paso, sin pérdida de tiempo, y nadie como el banquero omnipotente podía favorecerle, suprimiendo obstáculos de una ruta gloriosa en el Foro, la Política, las

Letras... Entonces abundaban las carreras deslumbrantes y rápidas como el relámpago, y un discurso conducía a una embajada y un ministerio, o valía al orador el destierro y aun la pena de muerte.

Si algo faltaba, insistiendo en la adhesión de José Luis por su protector, tenía prometido el financiero a su secretario llevarle consigo a París muy pronto, en un viaje a que le impulsaba un colega y compatriota establecido en la ciudad del Sena y cuya considerable fortuna arrancaba de las concesiones caprichosas de Fernando VII: el célebre don Alejandro Aguado, el amigo de Rossini y de... ¡calla, lengua, que vas a traicionar un secreto que aquel a quien interesa defendería con la vida! Lo cierto es que José Luis soñaba en la marcha, y felicitábase de que la casualidad hubiese dispuesto la visita, varias visitas, y banquetes y saraos, ¿quién sabe?...; la intimidad, en fin, con los dueños de la casa que frecuentaba la... ¿Otra vez? Punto en boca y tornemos al examen de la valija.

Entre los legajos de negocios surgió una carta particular. De una ojeada la leyó don Agustín, pasándola luego al cenáculo. Era de un cofrade ausente en su provincia, donde lo reclamaban unas hipotecas y otros enredos, y que escribía lleno de nostalgia.

Comentáronse sus repetidos fracasos de aspirante a un alto cargo público, incomprensibles dada su actividad y su listeza, y, sobre todo, el favor legendario con que le distinguían las mujeres.

—¿No son ellas—clamaba uno de los camastrones—la principal razón de bastantes encumbramientos en lo militar, lo civil y hasta lo eclesiástico? *Ad augusta per augusta...*

A la prosopopeya del bigardo contestó sutilmente el banquero:

—Sí... Lo que hay es que nuestro amigo seduce a las queridas de los ministros, cuando debería procurarse la alianza de sus esposas...

Por primera vez José Luis no celebró un donaire que escuchaba, y ni lo escuchaba, pendiente de lo que traería un pliego que sin duda procedía de Aguado.

El marqués se enfrascó en su lectura, con lo que llegó al paroxismo la curiosidad del mancebo, y, por último, dijo en un tono solemne:

—Una noticia, toda una noticia...

En medio de una expectación absoluta, pronunció las siguientes palabras:

—Señores: El emperador de Francia se casa...

La camada de solterones y de maridos bohemios, no respetando la prosapia del novio, rompió en gruñidos y protestas, oyéndose exclamar a don Rómulo Sánchez, con ciceroniana elocuencia:

—Aseguremos la raza de los tiranos...

José Luis, ante el espectáculo de la rebeldía, lanzó una carcajada que despertó de sus quimeras al ruso.

Sólo el *marqués del Bacalao*, cuidadoso como nadie del protocolo, esperaba el nombre de la princesa elegida.

—Napoleón Tercero—continuó el desatendido magnate—se casa con una española...

De repente enmudecieron los sublevados, no sintiéndose más que la risa que no acertaba a sofocar José Luis. El moscovita miraba con la extrañeza del que no se entera de nada.

—La futura emperatriz es amiga de todos nosotros y está emparentada con algunos de los presentes...

Reventó Falstaff, cuya grasa no ahogaba las impaciencias, y siempre sensible a los lances de amor:

—¡Jinojo! ¡Que se sepa ya de quién se trata!

—De la hija menor de mi paisana la condesa de Montijo, Eugenia de...

El banquero hubo de detenerse bruscamente para acudir a su secretario, que cayó al suelo, derribando su silla.

Ya se incorporó con arrogancia el gerifalte, clavados los ojos en el pliego hacía el que se alargaban sus garras...

En torno suyo crece el murmullo del mentidero. Cada cual tira de sus recuerdos personales, o se extiende en

comentarios. Invócase al padre, con su venda negra en la cara, con la que ocultaba su cicatriz de los Arapiles, donde luchó por el trono de una hija suya, aún no nacida. Discutióse si Eugenia era rubia de miel o rojiza con el fuego veneciano. Alguien la tildó de mosquita muerta y mátalas callando. Otros esforzábanse en afirmar que ya en aquellas jiras a la quinta de Carabanchel, en que se representaban comedias y se cantaron óperas, y se bailaba, y se suspiraba, la señorita de Guzmán adoptaba aires de reina. Incluso se trajo a colación la coincidencia entre su llegada al mundo y los terremotos de Andalucía, por lo que su madre dió a luz en el jardín, en una tienda improvisada, y de ahí deducíanse presagios no difíciles de hacer al cabo del tiempo...

—Pero ¿cómo ha sido la cosa?

A las preguntas en que al fin prorrumpieron los contertulios, no adivinando que obedecían al magnetismo de José Luis, que se moría de ansiedad, y al que amordazaba una vergüenza invencible, rencorosa y púdica, respondió el banquero:

—Mi corresponsal no da los detalles que ustedes me piden... Parece ser, sin embargo, que el emperador ha intentado que Eugenia de Guzmán fuese su favorita, encontrándose con la honestidad y la altivez de la muchacha... y con la diplomacia de doña María Manuela, capaz de embaucar a todos los doctores reunidos de Salamanca... Y si no, recuerden ustedes su época de camarera mayor, en que podía más que el mismísimo Narváez...

Tras una breve pausa, añadió, con un matiz de orgullo patriótico:

—Por lo demás, y aparte la belleza y el corazón, de un valor incalculable, Eugenia de Montijo no es esa pastora de que un príncipe se apasiona en los cuentos... Es grande de España de primera clase... A ver, José Luis, busca ahí en el armario la *Guía de Forasteros*...

El *Marqués del Bacalao* adelantóse, satisfecho de lucir su ciencia heráldica:

—No hace falta... Eugenia de Guzmán es condesa de Teba, marquesa de Ardalés, de Osera, de Moya, condesa de Ablitas, de Baños, de Santa-Cruz de la Sierra, vizcondesa de la Calzada...

Jamás habíase detenido José Luis a analizar la estirpe de su ídolo, que no ignoraba a bulto, y que no le importaba en definitiva. Ahora, después del mazazo de esos regios esponsales, que moral y materialmente lo derribaron por tierra, sentía que los títulos enumerados con énfasis por un pobre diablo eran como paletadas que acababan de cubrir su fosa.

En esto, cogiéndole del brazo, díjole don Agustín:

—Alégrate, muchacho... Vamos a ver si asistimos a la boda... ¿No te gustaría...? Los españoles debemos estar orgullosos... Todo un emperador se rinde a una chiquilla con la que un galán como tú podía haber pelado la pava... ¡Quién sabe, si la hubieses hallado en tu camino!

★

La carroza, toda de oro, es la misma de la coronación de Bonaparte y Josefina, y como entonces, arrastrada por ocho caballos, de idéntico pelo y alzada, y cada uno con su palafrenero, dirígese hacia la catedral.

Otras carrozas no menos deslumbrantes y solemnes acompañan a la primera, a cuyos estribos, acabando de marcar su importancia, cabalgan el caballerizo mayor y el general jefe de la Guardia Nacional de París.

El cortejo, precedido y finalizado por el galope cegador y ruidoso de unos escuadrones, avanza entre salvas, música, voltear de campanas y el entusiasmo de la multitud... Bajo el cielo plateado, en que destaca la rampa de pizarra, con sus mansardas y los tubos negros de las chimeneas, y donde resbalan unas palomas libertadas al paso de la comitiva y que el estruendo de la calle obligó a refugiarse en los tejados.

Las ventanas amenazan desgarrarse como bolsillos demasiado llenos, por

la abundancia de curiosos a ellas asomados. En las escalinatas, desenvuelve la muchedumbre su oleaje, y hay gente en las verjas y en los árboles, colgada como los monos. Amurallan las esquinas vehículos que se transformaron en observatorios. Con dificultad logran contener el hervidero de chisteras, boinas de velludo, melenas, chales, tirabuzones y capotas con lazos, esos soldados con el gorro de piel de oso y el fusil de bayoneta como un pararrayos.

Sobre las piedras aterciopeladas por la pátina flotan las colgaduras multicolores, y el aire está constantemente salpicado por una lluvia de violetas.

En medio de la algazara universal, puede notarse un anhelo enigmático, que se traduce en silencios repentinos.

La emoción del pueblo se extendió a los príncipes imperiales, pálidos en la vitrina de los coches, muñecos de cera.

Pero en nada ni en nadie como en el propio Napoleón contrasta la pompa con sus sentimientos, a juzgar por el rostro, que parece su mascarilla, en su albura de yeso y su misteriosa serenidad. De cuando en cuando una mano enguantada de blanco, involuntaria y nerviosamente, no acaricia, sino tropieza los bigotes afilados, que tiznan, como la perilla y los tufos, la faz lívida. Acaso los menudos ojos sonríen, mientras la boca permanece en su rictus. Y la testa espectral descansa en el busto glorificado por el collar del Toisón de Oro, que perteneció a Carlos V, y el cordón de la Legión de Honor, que fué del corso; entrambas insignias rutilantes en la casaca militar.

—¡El emperador!—murmura la plebe, alucinándose, reconociendo en el descendiente al fundador de la dinastía, de quien los trazos inmortales aparecen distribuídos como reflejos en los príncipes y su augusto primo.

Sólo una persona de cuantas figuran en el desfile nupcial no se halla empequeñecida, y, por el contrario, resplandece en su plenitud: la condesa de Montijo, que asiste a su apoteosis.

Los parisienses contemplan a la matrona, repantingada en su dignidad de suegra de la Francia, y que les intimida un poco...

Sin embargo, y como es natural, las miradas, que se posaron un instante en los diversos personajes, buscan con avidez a *la Española*, según se denomina a la emperatriz, con una mezcla de despecho y de curiosidad romancesca. La fama de su belleza y el milagro de su boda añaden incentivos al espectáculo, ya de por sí irresistible, de la presentación de una nueva soberana. No se olvide tampoco la intriga de un público de currutacas y de grisetas en torno al traje de novia. Por tantas razones, y por un ciego impulso, a la llegada de Eugenia de Guzmán, removíase la masa con una elasticidad prodigiosa, quedaba en suspenso, examinaba sin respirar, y, por último, prorrumpía en vítores, y arrojaba flores y pájaros, espantando los corceles del general y del caballerizo, que caracolean junto a las portezuelas del coche aclamado.

La heroína de tales homenajes ininterrumpidos no muestra turbación ni una excesiva familiaridad, no habiéndose desvanecido su sonrisa dulce y grave, y apenas encendidas sus mejillas bajo los entornados párpados. Sin duda la criolla no tuvo la aérea esbeltez que la andaluza, en la misma carroza que condujo a las dos a *Notre Dame* a coronarse de emperatrices de Francia. Levemente inclinada en el asiento, rubia y virginal, semeja Eugenia un rayo de luz que atraviesa los vidrios. Al lado del uniforme y la involuntaria afectación de Su Majestad, resalta aún más la armonía de la doncella, en quien ha cristalizado el fulgor de su diadema de brillantes y zafiros. Su *petit frac* deslumbra con su pureza constelada de diamantes, y la cola de corte no tardará en dilatar su amplitud, espumosa de encajes antiguos, de los que se desprende el velo con su azahar como una neblina.

Baten los tambores, truena el cañón, cantan los bronces de las iglesias; del cielo de invierno llueve la primavera, y la humanidad enloquece de entu-

siasmo... El cortejo de los escarabajos de oro sigue su ruta entre los edificios negros y las arboledas de humosa copa violácea, deteniéndose por fin en la caverna mágica del templo medieval; el templo, bajo sus torres, sonoro de órgano, vibrante de luminarias, como una granada repleto, y donde monseñor de Sibour, arzobispo de París, rodeado de cardenales y prelados, aguarda en el altar, frente al trono de armiños y con un águila de vuelo épico, aunque inmóvil...

Este dosel ha sido ideado por el célebre Viollet-Leduc. Su nombre corre de boca en boca, mezclado con el del peluquero Félix, y los de Palmira y madame Vignon, las modistas.

Detalle alguno se salvó de la curiosidad del mundo. No se ignora cómo la condesa de Montijo, olvidada al fugarse la pareja imperial en busca de las soledades de Saint-Cloud, no hubiese cenado el día de su triunfo a no socorrerla una amiga, pues el Elíseo, que albergó la víspera a la madre y la hija, y ya derrotado por las Tullerías, no encendió su fogón en la fecha memorable. Así se desvanecen las vanidades cortesanas. Poco tiempo después, doña María Manuela, no resignándose a permanecer en segundo término, regresó a España definitivamente, y con su gracejo de malagueña vengábase de su yerno al no designarle para el resto de su vida sino con el remoquete de *señor Isidoro*.

Periódicos, la estafeta y el telégrafo eléctrico, divulgaron la solemnidad por la patria de la novia, constituyendo los famosos desposorios el tema inevitable de las tertulias con brasero, arpa, soconusco y *agua que serenó barro de Andújar*.

Y alguién había en Madrid que no olvidará la noche del 30 de enero de 1853. Nos referimos a José Luis, el cual apuró entonces su cáliz de amargura.

Antes que todos, y sin consultar diarios ni cartas, conoció la ceremonia, adivinándola con una evidencia tan clara como dolorosa. Por capricho del duende que dispuso el espejismo, rasgos cómicos y pueriles confundíanse con los tormentos. Descubrió una vez el mozo una litografía que representaba la Plaza Vendôme. Al pie de la columna, y diseminados por una calle con soportales, veíanse unos dandies de pantalón gris y sombrero de copa, una dama con su chal y su sombrilla como una flor, y que llevaba de la mano un niño con su faldellín, un jinete tras el que saltaba un perro, y un *cab* guiado por un auriga de británica seriedad. En la plomiza estampa, un pincel risueño iluminó el azul delicadamente; y las ropas de los transeúntes, empleando el verde esmeralda, el carmín, el violeta y un dorado color de tabaco. Las figurillas destacaban con exceso, bien que acudían a restablecer el equilibrio, los arcos repitiendo su curva, que enlazaba la perspectiva, y las ventanitas idénticas y numerosas en las gemelas fachadas. Con una caligrafía de perfiles suaves como cabellos, explicábase, en francés y en inglés, el simbolismo del trofeo napoleónico. He ahí la única documentación de José Luis respecto a la capital de Francia, y que en medio de sus torturas no dejaba de vislumbrar, hasta con las manchas aurirrosadas en el blanco papel, como si el dibujo concretase su pensamiento, que rivalizaba con los homúnculos policromados en no apartarse del escenario parisiense.

Sabido es que la Providencia dispuso que aquellas de sus criaturas que nacieron lisiadas no sospechen su aspecto lamentable con que no desaniman en la lucha por la vida. Del mismo modo, el poeta no cree en el estro de un compañero rico, y ningún enamorado considérase vencido personalmente, si la mujer amada decide casarse con un hombre de más rango o de mayores riquezas.

Convengamos que en el caso de José Luis cabía suponer entrase por algo la posición del pretendiente que lo derrotó, incapaz, a juicio de su inexperto émulo, de apasionar a una andaluza, que encontraría ridículos sus mostachos encerados, y a la que casi doblaba la edad. Lo dicho: el trono con su relumbrón sedujo a la infeliz, como

no resultase a la postre que allí no había más que una maniobra de la condesa.

La ignorancia en que estaba del legendario prestigio del emperador entre las mujeres, y de las rarezas de éstas, excusan a José Luis de su disparatado discurso, obra también del despecho, natural a sus años. Y no se habla de celos porque el muchacho creía no sentirlos, acaso como no duele al penetrar la bala, sino más tarde.

Contribuía a la ausencia de la rabia la inmaterialidad del recuerdo de Eugenia, palpitante, pero ilusorio, no concretado en una concesión íntima, quizá ni autorizado a mantener sus ambiciones. Y los celos son el grito del avaro en su pesadilla o del propietario a quien roban efectivamente.

Si le acosamos llegará a declarar José Luis que en su martirio no significa nada Eugenia, extraña afirmación que, desde luego, no obedece a un alarde indigno de la caballerosidad de su autor, y tampoco exacta, sin embargo. La magnitud del episodio que ha venido a destruir las ilusiones del amante, hace imposible el remedio como la venganza. Sería grotesco exhibirse junto a una emperatriz con la casaca de ministro, por lo demás no tan fácil de conseguir, y meterse a revolucionario revelaría un candor de que se reirían los tontos. Fuerza es resignarse... Pero en la insumisión con que acatándola nos rebelamos contra la muerte que eligió el ser también elegido por nosotros.

Emponzoña la época la preocupación del sino, de que cada cual tiénese por víctima favorita, y la existencia parece un caos que no intenta comprender el humano entendimiento, lanzándose las gentes a orgías dramáticas, cuando no desfallecen en la melancolía o se matan de un pistoletazo. Imaginaos la desventura de un jovenzuelo que sufre un descalabro de las proporciones y el carácter del que abruma a José Luis, que para colmo no había llorado hasta entonces...

Desde la entrevista en la aldea, confiaba el enamorado, sin necesidad de alientos ajenos que lo reconfortasen, con la fe de un cruzado, seguro de hallar a la castellana esperándole en el torreón a su vuelta victoriosa de la Tierra Santa.

De improviso, en el instante que comenzaba a sonreirle el éxito, la revelación espantosa, mortal.

José Luis, con su secreto pudriéndose y gangrenándosele el pecho, huyó a esconderse, postrado en la fiebre como en una yacija de los hospitales, invocando a la madre que no podía oírle...

Menos aún le escuchaba Eugenia, a la que, desechando de pronto sus quimeras fatalistas, requirió desesperadamente, prodigándole caricias que sus manos modelaban en las sombras y en el vacío, requebrándola a la manera de su país y de su casta, que eran los de la fugitiva.

Al fin se desplomó rendido y tiritando en la habitación helada, adonde llegaba el maullido de unos gatos errabundos.

Despertóle el sol de la mañanita invernal, el mismo sol tibio que iluminó en Saint-Cloud el paseo del emperador y la emperatriz.

La augusta pareja, en un faetón que guiaba el propio Napoleón III, haciendo crujir la escarcha del bosque, dirigióse al Trianón, peregrinando por el culto de María Antonieta, cuya memoria enternecía a la que ayer todavía llamaban señorita de Guzmán.

★

Ese macilento figurín del joven infortunado y sensible, que tanto se llevaba entonces, no convenía a José Luis, fogoso como buen andaluz.

En los zocos marroquíes toparíamos a sus semejantes, los vagabundos, con una chilaba pringosa sobre sus carnes reducidas al pellejo, y que derribados al pie de una fuente en cuyo alicatado refulge la linfa, comidos de moscas, como un perro sarnoso compartiendo su lecho de fango, a cada momento pisoteados por las recuas y por el aguador negro con su odre a la espalda, no dejan en su locura, que los aísla de todo, de aspirar el perfume

de unos jazmines o sonreír a una visión embriagadora.

Así caminaba sin rumbo José Luis, rumiando sus nostalgias del bien perdido antes de poseerlo; y ocurríale a lo mejor encontrarse en medio de un corro de los embozados y fumadores eternos de la *Puerta del Sol*, cuando pensaba hallarse todavía en cualquiera de los arenales que rodeaban la villa y corte.

Otras veces parecía uno de aquellos bachilleres o frailecitos de la antigua Salamanca, que se quebraban de sutiles en el análisis de los temas escolásticos.

—Mejor habría sido—murmuraba entre ademanes de músico con su batuta, dando ocasión de algazara a los chicos de la calle—que Eugenia hubiese muerto. Nada como perderla al mismo tiempo que está visible más que nunca; en boca de las gentes, en las redaciones de los periódicos, divulgada por la fotografía y el grabado. Ya ni de viuda podrá ser mía, y no por mí, que la soñaba inmaculada, pero que la tomaría de la cama de un gitano. Y mi desgracia es mayor si se considera que jamás suceden esas bodas de un emperador y una señorita, habiendo reservado la suerte la excepción para mí, que no aspiraba a tanto honor...

Siéndole imposible no entretenerse en sus delirios a propósito de la emperatriz, en diversos tonos, hasta recriminándola por su falsedad, y con celos, que al fin estallaron rabiosamente, de ninguna manera soportaba que a su lado hablasen de uno de los asuntos que de preferencia intrigaban en las tertulias, donde las ingenuas soñaban en el trono al sentarse en el canapé de *reps* verde. De ahí que desertara de los salones, en que le introdujo el banquero, como de las oficinas de los diarios, atentos siempre a recoger ecos transpirenaicos, y de los cafés, por maravilla desprovistos de un charlatán que acababa de regresar de París.

Una tarde creyó reconocer a Pepa, que sin duda trajo consigo la condesa de Montijo, en su retirada llena de altivez. La sangre se agolpó en el rostro de José Luis, el cual iba ya a detener a la criada en quien no veía sino a Eugenia, arrepintiéndose al cabo con una de sus languideces repentinas y fatales.

Excusado decir que no aparecía por el despacho, ayudándole en esto el patrón, que partió precipitadamente hacia el Norte, prescindiendo por fuerza de su secretario, al que suponía enfermo.

Ya no preocupaba su porvenir al mozo desvelado ayer por las ambiciones, porque no le interesaba lo que no fuese su amargura palpitante.

Enflaqueció, descuidó el arreglo de su persona, arrastraba su vida como su capa un borracho. Por desidia no se mataba.

Sólo un deseo tenue e irisado como un hilo de araña entre dos árboles, animábale con efímeras y pequeñas ilusiones. Quiso buscar a Soledad, a la que acaso descuidó en los últimos tiempos, desentendiéndose de su papel de protector, que espontáneamente se atribuyó junto al cadáver del niño que no podía enterrar la madre.

La mujer misteriosa tenía una historia vulgar con apariencias ya pindorescas, ya terribles.

Hija de uno de los soldados que en el año 41 intentaron asaltar el Palacio Real, a las órdenes de los generales Diego de León y Concha, sublevados contra el regente, y que murió en la escalinata a manos de los alabarderos, quedó huérfana *Solita*, como decía jugando su nombre en muy temprana edad.

Poco menos que la prohijaron unas religiosas, educándola en el recato a que se prestaba la discípula, inteligente y humilde. No le tiraba el monjío ni contaba con la dote indispensable. Tampoco escuchaba a los gallitos del barrio, espantándolos con donaires que contrastaban con su conventual dulzura, y con los que traicionábase la heredera de las manolas.

Su cara morena y ardiente inquietaba un poco a las Hermanas, aun no ignorando que Dios lo dispuso, pero atraía demasiado las miradas, como

el seno voluminoso de algunas señoronas que visitaban la comunidad, y que obligaba a la abadesa a permanecer con los párpados caídos, por modestia y horror al escándalo.

Sin embargo, hay que convenir en que la doncella y unas albahacas constituían la debilidad del claustro. Cuando éstas responden a la caricia de los dedos con la sumisión de su aroma penetrante, el diablo, que venía de lejos y en forma de bailarín de boleros y el vito, alucinó a la chavala, raptándola, para abandonarla en seguida, con un Jesusito en sus faldas sin honra.

Singular amistad ligó a José Luis y la *Sole*, no enturbiada por claudicaciones de los sentidos, ni siquiera en imaginación. Ella reanudó su trabajo de bordadora en blanco, y si no bastaba el dinerillo ganado con el arte aprendido en la celda de sor Mónica, que rivalizaba en sus labores de hilo con los orfebres y sus repujados, el muchacho completaba el presupuesto de su protegida. En cambio, asistíale el derecho de acompañarla en sus veladas, privilegio no comprado, que de la mejor gana se le otorgó, sin que importasen los comentarios de las comadres.

Solita no se juzgaba digna de la menor estimación, después de su caída, y como si no fuese suficiente haber sido recogida por la caridad en la calle. Ni su belleza ni sus habilidades la envanecieron en ningún momento. Salió de su triste aventura melancólicamente dulcificada y con su ímpetu de casta domado. Su único orgullo cifrábase en la lealtad que le demostraba José Luis, que llegó a confiarle el secreto de su amor. Pero lo que conseguía entusiasmarle, era un discurso de aquellos en que solía engolfarse el futuro émulo de Demóstenes, gozoso de asombrar a su amiga, que había nacido para la admiración, y que más se exaltaba cuanto menos entendía conceptos ni palabras. Se emborrachaba con el arrullo.

A causa de sus tareas cerca del marqués, o por cansancio no confesado, José Luis terminó por olvidar el camino que meses atrás recorría cotidianamente. Por su parte, la *Sole* no protestó, guardando una gratitud fervorosa al encantador de las mejores horas de su existencia.

Y he aquí a José Luis de nuevo en busca de la esclava, a la que encontró tan dispuesta a la servidumbre consolante, que estaba arrodillada y sosteniendo con los brazos en alto un abanico de plumero, como las legendarias cautivas moriscas.

Verdad que el suntuoso utensilio oriental sustituíase por una escoba; pero el desnudo torso infundía autenticidad de harén a la escena. En una palabra: la bordadora servía de modelo en una composición que representaría a Marco Antonio y Cleopatra.

Durante la ausencia de José Luis, un artista habíase colado en la guardilla, con su peluca rizosa y de globo, sus pupilas soñadoras, un bigotito y una mosca querubinescos, la casaca de terciopelo guinda y ribeteada de seda. En su frente brillaba una lucecita, chispazo del genio confabulado con los sudores de la anemia, y en sus manos marfileñas serpeaban las venas azules. Pobre y casi adolescente, suspiraba por el viaje a Roma. Su cuerpo menudo encerraba un alma preñada ya de cuadros con personajes de epopeya. El profundo color y el perfil altivo de Soledad apasionáronle, como su energía y su misterio. La leona cordera se entregó con un cinismo inocente, fascinada por los croquis visionarios y enternecida por la ruindad física del pintor, a quien rodeaba de maternal solicitud. En el espacio de una mañana, figuraba Lucrecia Borgia o Isabel la Católica, disponía el cocidito en el brasero, traducía sin sospecharlo y en acción fragmentos ovidianos, lanzábase tras los anticuarios con un casco que perteneció a Gonzalo de Córdoba, retornaba con una pócima contra cualquiera de los alifafes del lamentable grande hombre.

Soledad recibió con sinceras y calurosas muestras de alegría a su antiguo compañero, y el maestro, ya familiarizado de oídas con el intruso, no le regateó su afección. No tardó, sin em-

bargo, José Luis, en comprender que estorbaba, como el célibe acostumbrado a monopolizar las atenciones de la hermana siéntese extraño en el hogar que ésta ha fundado con el novio, ya su marido.

El inesperado fracaso aumentó su misantropía, empujándolo hacia todas las desconfianzas, transformándolo en una bestia fugitiva y medrosa.

Arraigó en una de las freidurías de pescado al estilo andaluz de la calle Ancha de Peligros, que enlazaba la de Alcalá con la Carrera de San Jerónimo, ruidosa siempre de zambras, como el callejón inmediato, dicho de los Bodegones.

Maragatos y gallegos con sus vestiduras clásicas, proveedores de las tabernas, circulaban con sus fardos apestosos, labrando un surco sin que cayesen en la tentación de las sirenas con un jabeque en la enharinada mejilla. Alternaban allí los garitos con las mancebías, productivos establecimientos de que la policía cobraba su parte. En el estercolero del arroyo, al pie de las rejas con celosías, revolcábanse gatos y perros, una cabra con que la señora *Remellada* criaba a su mamoncete, ratas, chicos descalzos, mendigos con sus llagas, memorialistas que redactaban la misiva sentimental para el bravo que purgaba en Cartagena, vocingleras matronas que rifaban el lechoncillo o los corales, y otras que ejercían la usura y echaban las cartas.

De noche era un encanto oír el rumor de las guitarras, interrumpido en ocasiones por los gritos de aquel a quien desde una ventana arrojaban el contenido de un orinal, o el ¡ay, Dios mío! de la sombra que se desplomaba con una navaja en el pecho...

A la sazón apasionaba en la almadraba esa de tierra adentro el cisma que se trataba de promover en el dogma del *cante jondo*. Un banderillero apodado *Granadino*, de no mucha destreza y valentía en la lidia, mas por su prestancia notable, improvisaba aires que aligeraban los primitivos, conservando el carácter, como los flecos todavía son de seda en el chal.

En torno a la novedad dividíanse las opiniones, envolviéndose los partidarios de la vieja escuela, sobria y grave, especie de canto gregoriano, en el recuerdo sacerdotal de *Silverio*, como el magistrado incorruptible en su toga; y, por el contrario, los seducidos por la gracia y la brillantez de la decadencia, jaleaban al torerito, atenorado y melifluo, y que contrastaba con el mencionado definidor de *polos, cañas, seguiriyas* y *martinetes*, como un cascabel con una campana.

El flamenquismo, degeneración de la antigua arrogancia de los del bronce, simulacro en público de la valentía, la esplendidez y el amor que antes se desarrollaban sin testigos, iniciaba su aurora con gorjeos de pájaros.

Un círculo de iniciados, en que figuraban *bailaoras* con su escurrida bata de cola, jaques de las casas de juego, chalanes, cómicos, espadas, simples burgueses tocados del mal del día, estudiantones, y hasta un canónico disfrazado y con las descomunales y cerdosas narices húmedas por los estornudos del rapé, circundaban al ídolo, erguido y rígido en su silla como en la del garrote, con un palo en la diestra, escupiendo a intervalos, y que para cantar avanzaba el busto, cerrando los ojos y abriendo del todo la boca, con que semejaba una gárgola.

Una anciana de aspecto de bruja requería a los espadas, ofreciéndoles con cautela grandes retazos de seda centenaria, provinientes de una iglesia desposeída por su sacristán, y en los que por la calidad del tejido resbalaban los cuernos del toro, sin contar la virtud por fuerza milagrosa de su origen.

En una mesa arrinconada abatíase de ordinario José Luis, y la concurrencia terminaba por no verle, dejándole en paz incluso los borrachos.

Algunas noches surgía otro fantasma: el ruso de *Los Capitanes*, incansable en su estudio de la *chipe calli*, y que formaba en el bando de los austeros defensores de la tradición.

La celebridad de la asamblea se difundió de tal modo, que más de una

dama empingorotada visitóla de incógnito, como acudian antaño sus abuelas a los sotillos del Manzanares. En compañía de un caballero hipócritamente ganoso del sigilo, o por parejas de tapadas, la duquesa y la condesa ocupaban unos reservados camarines, a los que se llegaba por un patizuelo estratégico, sin necesidad de atravesar la confusión de colores, humo, vino voces y risas, aquelarre apiñado al fulgor de unas lámparas murientes en su pechina de hojalata.

En consecuencia de las disimuladas devociones, el *Granadino* recibía ofrendas al parecer enigmáticas, como esa sortija con un brillante, joya que exhibía su dueño con pretexto de acomodar la trenza profesional en su cabellera negroazulada.

Las mujeres de la tienda odiaban a las señoras de los camarotes. En tanto el divo presumía con su marsellés grana y sus botinas de charol, ladeaba indolentemente su cabeza de una afeminada finura.

Calle de Atocha,
calle de Atocha,
antes que yo te olvide,
se secará la fuente de la Alcachofa.
Y vámonos,
vámonos,
al café de la Unión,
que es donde paran *Curro Cúchares, el Tato* [y Juan León.

Recreándose en su virtuosismo estaba el concurso, cuando en el pasillo de las dependencias aristocráticas brotó un hombre pálido y descompuesto, que al punto reconoció José Luis por su inesperado paisano el marqués de Aguaviva, el *Marquesito*.

—¡Un médico! ¡Que vayan por un médico!

Apenas arrojó, sin que nadie lo advirtiese, su angustiosa súplica a la cara del osuno *montañés* que regentaba el colmado, el pavoroso personaje regresó a la oscuridad, espectralmente, como había salido.

José Luis, a quien sacudió el encuentro, sigue las huellas del primer culpable de su desdicha...

En un cuarto, una tapada cayó al suelo presa de un síncope. Debe de ser joven, y de tendencia matronil, según se desprende de la robustez de sus piernas, que escapan con su media de seda blanca y su zapato de raso de las faldas en desorden. Lleva un antifaz negro.

A falta del doctor, presentóse un barbero y practicante que se hallaba en el cenáculo.

Entre Aguaviva y el tabernero sentaron en una silla a la desmayada, y el sangrador propuso que se le descubriese el rostro, con el fin de facilitar la respiración. Pero el marqués negó en redondo el consentimiento suyo, y hubo un minuto de perplejidad que llenaron los quiebros de voz del flamenco.

Habría entonces que desabrochar el vestido; así se efectuó, con oportunidad notoria, y del angustiado pecho desbordaron sus globos, en una nube de perfume y encajes, como impulsados por el suspiro de alivio.

Desde su guarida, antes que el *Marquesito* atropelladamente lo ocultara, José Luis vislumbró el escudo de la nación bordado con sedas en el corsé de la real hembra.

★

Cuando José Luis entró en la habitación donde aguardaba su visita el marqués de Aubarade, un joven de aspecto enfermizo y con ropas de cierta elegancia, que tornaba mezquinas el uso y la enclenque figura que envolvían como se ciñe a la mano un guante muy viejo, escribía en la mesa del prócer, de pie, encorvado sobre el tintero de pocillos de plata, uno con arena, y junto al cual había dejado el desconocido su chistera despeinada y monumental.

Al mismo tiempo, uno de los habituales de la casa, periodista ya maduro, y complicado en muchas combinaciones del banquero, en voz baja, aunque de modo que podía entendérsele, abogaba por su amigo, el misterioso personaje de tan delicada apariencia.

—Arregle usted eso, don Agustín... Se trata de un muchacho que lo me-

rece... Es bueno y tiene un gran talento... Y ya digo, no pasa de venial su pecado... Le persigue la desgracia... ¡Si fuesen a dejar cesantes a todos los empleados que dibujan o escriben coplas en lugar de ocuparse de los expedientes!...

Tras una pausa, asaltado por una inquietadora idea, añadió como en broma:

—No vaya usted a creer que lo sorprendieron haciendo una caricatura del ministro... Es poco asunto ése para nuestro artista... Representaba su croquis a la mismísima Ofelia deshojando flores...

En esto, acabada su nota, incorporóse el covachuelista despedido, y la luz del quinqué, con el globo de cristal que iluminaba la estancia, daba extraordinario interés a su rostro, concentrado y ardiente, envuelto en el desorden romántico de la melena y de la barba sedosa, y en el que brillaban los ojos febriles. Su corbata, acasodádiva generosa de un lechuguino protector, no armonizaba con la soñadora bohemia de la testa.

El magnate ofreció su ayuda a quienes la reclamaban y, según costumbre, obsequió con cigarros de la Habana a los pedigüeños.

Picado de curiosidad, seducido por el tipo que elevaba la pobreza a un rango aristocrático, escudriñó José Luis con el rabillo del ojo el papel que contenía la firma de ese incógnito príncipe... No adelantó nada al descifrar el nombre oscuro de Gustavo Adolfo Bécquer...

Y ya se encuentran solos y frente a frente don Agustín y su antiguo secretario. Aquél cerró la puerta, cogió del brazo al mancebo, obligóle a sentarse al lado suyo, en el diván de doradas garras leoninas. Con los párpados caídos esperó el mozo que su padrino terminase de encender un tabaco, operación lenta hasta desesperar, y comenzara su catilinaria.

La introducción no pudo ser más original.

—¿Sabe el caballerito que me va pareciendo un mamarracho y un sinvergüenza?

José Luis sofocó una sonrisa ante el gesto con que don Agustín corregía su humorada.

En un tono grave, bien que afectuoso, paternal, continuó el marqués, emocionando al oidor, de corazón simple al fin y al cabo.

—De buena gana olvidaba su pleito propio: la ingratitud, una más; la ofensa de una fuga no justificada; el abandono de asuntos ajenos; el fracaso, de que se burlaban los maldicientes, la torpeza de haber elegido a quien, en vez del respeto del mundo, la tranquilidad de su conciencia, una carrera honrosa y sin esfuerzo, y la confianza de su patrón, por conseguir la cual realizarían maravillas tantos hombres de mérito, prefería rodar por los burdeles, emborracharse en compañía de mujerzuelas, quizás cobrar el barato...

Insinuó José Luis un vago ademán de protesta, que atajó su interlocutor:

—¿Qué pensabas, que yo no me entero de las cosas? Tú sabes que yo tengo mi policía... Y nunca faltan los informadores de buena voluntad... Aparte que no hay sino mirar ese cara, que parece la de un ahorcado, y ese traje lleno de manchas y de arrugas... ¡Tú, que eras más presumido que una mona!...

Sintiendo la ternura en medio de los golpes, y necesitado de ella, el muchacho iba a entregarse; pero detúvole la afectada indiferencia con que dijo el prócer, encogiéndose de hombros:

—A mí, en fin de cuentas...

A poco, con una vehemencia en que se confundían la tristeza y la indignación, exclamó:

—Si te estoy hablando, y si te he hecho buscar como a un hijo perdido, no es por ti, entiéndelo bien... ¿No adivinas?... Acabaré por convencerme de que no tienes corazón, o te lo han secado con hechicerías tus nuevas amistades...

Fué que allá en su camilla, de la que ya no se apartaba, sospechó don Pablo las irregularidades de José Luis, guiándose por la incoherencia de sus últimas cartas, y por el repentino y

absoluto silencio que ocasionaron las amonestaciones consiguientes. Por último, recurrió a don Agustín, medida que retrasó hasta que la inquietud se hizo insoportable, temeroso de delatar a su cachorro y reacio a confesar la propia debilidad.

—El viejo me escribe que da lástima... Tú eras su ilusión... La verdad, niño, es que nos han engañado a todos...

Los remordimientos acongojan a José Luis, el descarriado, que contempla imaginativamente a don Pablo en su sillón de vaqueta, la boca trémula, y distraída la vista en la Giralda, la torre tutelar, humanizada por una expresión casi maternal de melancolía.

—Yo pienso que lo mejor es que vuelvas a Sevilla, y cuanto antes...

—¡No, a Sevilla, no!

En las palabras del mozo, despertado con sobresalto de sus sueños, adviértese la súplica; pero también una autoritaria firmeza.

El marqués fuma pausadamente su regalía, examina las rosas gigantescas y pálidas de la alfombra...; hállase al borde de uno de sus raros y terribles arrebatos de cólera, que siempre se anuncian con esa calma demasiado apacible.

Propone, insinúa al cabo, sin duda conmovido por el abatimiento del muchacho tras la momentánea rebeldía:

—Vamos, José Luis, cuéntame lo que te pasa... Entre caballeros...

Calla el cuitado; mas abrazándose, insiste don Agustín:

—¿Ya no somos amigos?

No llega la confidencia solicitada, necesaria...

—¿Cuestión de faldas?

Continúa el irritante mutismo.

—¿Una *circe* que nos ha sorbido el seso, con la falta que nos está haciendo ahora mismo?... ¿Una mala pécora que no quiere escucharnos, y en cambio se ha colgado del brazo de un escapado de presidio, bizco y cojo además?

Sonríe el mancebo a despecho suyo, equivocando al pesquisidor, que cree haber encontrado la pista.

—¡Miren que no rendirse a José Luis *el del Puerto!*

—No, no...

—¡Extrañárame a mí!... Entonces... ¡Tate!...

Cruza por la memoria del marqués la de algo a que no concedió importancia en su día, y que acaso era la clave del misterio que se emperraba en no quitarse la careta.

Una de sus odaliscas, cabalmente la que alardeaba de preferida, habíase aficionado al secretarillo, riéndole sus gracias y admirando su temple. Nada tendría de particular que cediendo a uno de esos caprichos característicos en tales hembras, la encariñada con el doncel, atractivo de su persona, y por ser fruto prohibido, llevase su torpeza a pretender una clandestina intimidad, de que no salía muy bien librado el protector de entrambos héroes de la aventura.

José Luis, en su inexperiencia y su hidalguía, y quién sabe si contra todos sus propósitos, seducido por la tentación, desapareció antes que traicionar a su jefe y delatar a la culpable.

La hipótesis honra a su autor por la clarividencia que supone en él respecto al comercio con las mujeres de su serrallo, y por la generosidad del juicio que los hombres inspiraban al banquero después de tantos años de tratarlos a fondo.

Al mismo tiempo revela cómo ni un entendimiento equilibrado y zumbón escapaba a las quimeras de la época.

Para referirse al episodio en que la ruindad y la nobleza enlazábanse como las sierpecillas del caduceo, don Agustín, con la gravedad de un magistrado en funciones, acomodó en su órbita la lente que espejeaba en su pecho.

Convencido de su error, derribó de una mueca pesarosa el monóculo, y su faz sacerdotal manifestaba una preocupación no fingida.

De pronto, rompió sus esclusas la pasión, desbordándose con estrépito, amenazando con devorar su cauce.

Nada fué olvidado, desde la tragicomedia del ferial hasta la sorpresa de Los *Capitanes*.

Con las manos de don Agustín en las suyas, José Luis lloraba, imploraba...

III

EN LOS NIDOS DE ANTAÑO

De pie en la popa, José Luis contempla la tierra de que va alejándose, y en que ha pasado sin interrupción un lustro: ese paraíso extendido y lánguido como una de sus hamacas, la isla de Cuba.

A la luz de la amanecida, el castillo del Morro conserva su nocturna adusted de monstruo vigilante, y los peñascos de la planicie donde termina la ciudad semejan de plomo. Pero del otro lado refulge el panorama de jardines y azoteas, sobre el que ya vuelan danzando las auras.

El bergantín avanza por un mar y un cielo de irisaciones nacaradas, en el vaho del agua y el aire tropicales, todavía mansas sus lonas, y ensayando las jarcias sus primeros arpegios.

Abandonan el puerto de la Habana, escondido tras la fortaleza, sucesivos navíos de tres o cuatro palos, como de largo rumbo, y entre los que un vapor que se dirige a la Florida tiene la petulancia y la timidez de un advenedizo.

Solitaria en el océano, una goleta, paloma que sin duda hubiesen codiciado los piratas, y que acaso ocultará en su buche un cargamento de *ébano*, adquirido en las africanas selvas, y con el que reforzar las cuadrillas de los cafetales y los molinos de azucar.

A poco lanzó el sol sus regueros de oro, cambiando en vidrio los elementos, encendiéndolos en una reverberación que amortigua el choque del oleaje contra el barco, y los crujidos de su arboladura.

Los barriles y las sacas de la bodega del *Paulina* enturbian el aliento marítimo con su policromado y nostálgico perfume.

José Luis se recostó en un cofre redondo, de hierro, contemporáneo sin duda del cañoncito con el cual podía el *brick*, no atacar ni defenderse: pedir auxilio.

Durante su destierro de cinco años, habíase convertido en un hombre de aspecto grave, imponente, con precoces canas en las sientes y la barba, la mirada reflexiva, y sin rebeldía la estatura; síntomas de una adelantada madurez, en que de seguro influyó el ardor antillano, como no fuese todo consecuencia del sufrimiento.

Los bandazos comienzan, y uno de los golpes derriba un cestillo de lianas secas, del que salen mangos, aguacates, mameyes y chirimoyas, ofrenda de los criados de *niña Cuca*, la tan codiciada por su belleza y sus centenes.

Esparciéndose en la lumbre esmaltada, brillan los frutos esmeraldinos o de fuego, y ante el fabuloso espectáculo, gritan y piruetean unos encarcelados monos, acabando por correrse la furia a unos gallos de pelea, cada uno en su jaula, y a los papagayos, que no descansan de alborotar, colgados con la cabeza abajo en sus alcándaras.

Un grumetillo, cuarterón, semidesnudo en sus calzones listados de azul de las haciendas, restablece el orden entre las alimañas de la manigua, provechoso comercio, con el de contrabandear muselinas y tabacos, de los marineros que vuelven de la colonia.

La vista del sabroso y deslumbrador recuerdo también seduce al indiano, que idealmente torna a vestir su frac de nipis y su blanco pantalón, la etiqueta suprema, y a reverenciar a la viuda primaveral, ilusoria con sus tules, desmayada en un canapé, como una mariposa desprendida del grupo que circunda la araña y sus bujías de colores inefables.

La aún adolescente era menuda y torneada, y tenía manos y pies infantiles, pálido el rostro, inmensos ojos negros, la boca purpurina, y los azulados cabellos como un casquete de seda que no tapaba la miniatura de las orejas, dejando que en una descansaran unos jazmines de los llamados de España.

De una arrobadora indolencia, suspiraba, que no hablaba, cautivándola los versos, no leídos a solas por ella, sino escuchados a un declamador, en tanto el abanico remueve en el seno la fragancia íntima de los espumosos encajes... Parecía, en fin, la criolla, una odalisca o una sevillana en dulce.

Aérea y oportunamente denominábanse volantes aquellos coches esquemáticos, de afilados brazos sinuosos, ruedas grandes pero escasas de radios, y caja en forma de concha.

Llevábanlos, arrebatábanlos, dos caballos, uno detrás de otro, montado el delantero por un negro, mitad postillón y mitad capitán general, gracias a su chistera de hule, sus charoladas polainas, sus albos calzones y su casaca galoneada de oro.

Todas las tardes, luego del cotidiano diluvio, en seguida evaporado, y antes de recorrer las tiendas, esperando en el vehículo que el gallego o el santanderino acudan con sus mercancías, la preciosa *Cuca*, a quien disfrazaban de flor sus gasas matizadas de malva, crema o rosa, exhibíase en su tren como en una bandeja.

Palmas reales, magnolios, limoneros, majaguas salpicadas de púrpura, el desperezo de los cactus, los framboyanes de ramas de marfil y un rastro de corolas rojizas en lugar de hojas, amurallaban la calzada con la voluptuosa languidez de sus ritmos, aromas y tonos, enervantes en competencia, bajo el hervor de los pájaros-moscas y los colibríes.

Jinete en una yegua andaluza, solía presentarse José Luis, saludando a la amiga con el aleteo de su panamá, y poniéndose a galopar al estribo, como temeroso de que el esclavo huyera al campo con su tesoro.

Algunas noches, la *china* confidencial de la viudita, introducía al rondador en el jardín oloroso de madreselvas, constelado de cocuyos, y estremecido por la brisa atlántica, soplo reconfortante como un refresco de piña en la siesta morada de los nocturnos americanos.

Había que caminar sigilosamente en pos de la mulata, sombra clara por su nevado vestido, que adivinaba el disperso obstáculo de unas tortugas allí prisioneras.

Una reja alboreaba al fondo del bosque húmedo y tenebroso.

Apoyándose en sus hierros, aguardaba la mujercita, que sustituyó su calzado de raso por unas babuchas mejicanas, conservando el arabesco de las patillas en su cara como el arroz descolorida y luminosa. El palique trenzaba sus rumores, y José Luis, por virtud de una lámpara de aceite, mortecina fosforescencia al pie de una imagen de la Virgen, vislumbraba el lecho de la beldad; entre los encalados muros y el pavimento ajedrezado de mármol, la soñadora niebla del mosquitero verdoso, con unos lazos magníficos y exangües, globo inmaterial en la atmósfera donde sedimentaban la molicie y sus recónditos anhelos.

No disimulaba *Cuca* la ilusión de casarse, llegando a encomendar su pleito a la habilidad de los Padres jesuítas.

El presunto marido limitábase al galanteo, animado en las cuestiones sentimentales de un escepticismo generoso, que no logró redimirlo de su amargura... Precisamente la pasión de la criolla nació de esa sugestiva tristeza, en un principio de furor satánico.

A raíz de la entrevista en que se espontaneó con el banquero, José Luis embarcaba, por su voluntad, a que no se opusieron los padrinos, esperanzados con la influencia de la lejanía y los ambientes exóticos.

Discurrió el marqués la inspección de unos ingenios, y avisó a sus corresponsales para que venciesen la hipocondria del viajero en fuerza de agasajos.

En contraste con los románticos que fundaban sendas familias rindiéndose a las novias más apasionadas y tiernas del mundo, siempre poéticas y casi siempre poetisas, y con los ambiciosos que al cabo de treinta años de labor boyuna, encontrábanse analfabetos, como en los días de su aprendizaje, enfermos de hepatismo, en posesión de un título de nobleza y glo-

rificados por la litografía en las cajas de puros; poblaban el isleño emporio innumerables tránsfugas de la metrópoli, muchos con el uniforme del Ejército o la Armada, y que asombraban a propios y extraños con sus francachelas, sin que se preocuparan de reprenderlos unas autoridades arbitrarias y codiciosas al modo de los antiguos adelantados, de los que sólo se diferencian en no haber alcanzado su empleo por derecho de conquista.

La gran banda de libertinos, tomando el país por suyo, bebía, jugaba, prevaricaba, escandalizaba; pero sobre todo dedicábase al erotismo, ejercicio que inspiran las condiciones del escenario, horno jamás extinto de la voluptuosidad.

No bastándole los idilios normales, asediaba a las cigarreras ambarinas y de labios abultados, en la verde galería de palo de las fábricas, desde la que, apartando una trepadora de campánulas escarlata, se divisaba el harén casi en cueros...; saturándose del tufo de las vegetales membranas, oscuras y zumosas, los torsos de pulpa, con las axilas sombrías por la abundancia capilar, vibrantes los pechos rojos como las naranjas y con el pezón cárdeno y velludo.

En ocasiones penetraba en el barrio de San Isidro, frecuentado por la canalla cosmopolita, donde la Venus de caucho, mascadora de nicotinados tarugos, alquila su celo seboso y pestilente, al resplandor de una llama de óleo de yagua, en una estera, erizándosele el moño, que adorna un cintajo, la mirada en torbellino, huesudo el tambor coxal, y marcando una rumba sus desolladas plantas simiescas, con estremecimientos de las caprinas ubres, que penden hacia el tapiz de juncos... Quizás el cortinón de cretona cederá a un achocolatado bebé, testigo ajeno al simulacro.

Consumirse en una especie de malaria afrodisíaca; he ahí la ley de un clima de alcoba, temperatura de un laboratorio de mestizar que data de siglos.

Y en los intervalos de reposo, la segunda diversión consiste en reñir no embotando los floretes.

El heredero de la aristocracia indígena, con una sedeña camisola, sahumado, de damita el talle, esferoidal y de virutas la peluca, envanecido por la levedad de sus pies y el peso de sus joyas, adonizaba a pesar de las erupciones en su faz viciosa y de expresión insegura. Rencoroso y bravo, aunque de una manera equívoca, fácilmente desenrollaba el ofidio interior, prorrumpiendo en su silbo la lengua bífida. Espadachín insigne, por último, a cada paso retaba a los no menos mosqueteriles peninsulares, ocasionándose duelos a muerte, festejados después con orgías que profetizaban la insurrección libertadora.

Declarado intratable por sus nuevos compañeros, el postrer fugitivo de la patria, arisco hasta cohibir a las personas de mayor indulgencia y habituadas a remediar las desventuras de la juventud, mordaz con las mujeres, que no le ocultaban su antipatía, indiferente en medio de los esgrimidores humillados, atravesó el concurso, no retardándole nadie en la prolongación de su huída misteriosa y patética.

Fué aquel momificado fakir de las afanosas plantaciones, aquel centauro del valle donde pasma la soledad, aquel mago que se recortaba desde las cimas en el crepúsculo sangriento como si pastorease los buitres.

La tropa de siervos, olvidándose del látigo que bañaba las broncíneas espaldas en sangre violeta, improvisando abrevaderos para los moscardones tornasolados, y los emigrantes chinos, piezas de ajedrez en la campiña, se interesaron por el salvaje europeo, desvanecido en el fanal de las melosas lluvias y comparable en la insolación al hueso de una fruta dorada.

Aficionóse a un guajiro, destello de la indiada primitiva, huraño y tímido por fuera, en realidad acariciador e indomable, propietario de un cuartago, una guitarra y un machete, sus medios de vida. Sentados a la puerta de la choza, los rebeldes compartían el tasajo, los cocos y el alcohol de caña y

platicaban de sus amores con largos silencios que embelesaba la luna.

Inesperadamente desapareció, magnetizado por el peligro, siendo al cabo descubierto en la selva. Estaba sumergido en la penumbra evocadora de la serenidad submarina. Un plátano finge con sus láminas el reflejo profundo de las ondas, y componen una singular floración de corales, estrellas y erizos de mar, pulpos y medusas, los cálices etéreos, viscosos, tentaculares, colgantes, pintados, translúcidos...

Yacía exánime y cadavérico, probable presa del reptil cuyas sinuosidades conservaba la hierba o de los ñáñigos, en una de sus espantosas venganzas contra los colonos.

A su alrededor los bejucos enmarañaban la espesura, vértigo de raspas, abanicos, ruedas, racimos, penachos y surtidores, caos de refulgencias, colas de pavo real y fuegos de artificio. En los bambúes amarilleaba un esqueleto vacuno, invadido el costillaje por las campanillas de una enredadera espontánea. Acongojaba el bochorno, y el aire, espolvoreado de polen, picado de insectos, saturado de bálsamo y putrefacciones, pegábase como un sudor no saludable. Una charca, telaraña de nácar, que ya no espejeaba el tránsito de las aves de topacios y rubíes, constituía el alma engañosa de la universal germinación.

Condújose al errabundo a un sanatorio, donde luchó con la muerte, salvándose de milagro.

Al convalecer de las fiebres sentíase muy niño y muy viejo.

El pasado le inspiró una sonrisa de tanta indulgencia, que la adorable *Cuca,* su enfermera voluntaria, se ruborizó, creyéndose idílicamente gratificada por sus inquietudes.

> De Cuba para la Habana
> vi pasar a una veguera,
> bella como la mañana
> del tiempo de primavera...

José Luis duda si todavía se encuentra en los palmerales, advirtiendo al punto que es el cocinero quien entona la cancioncilla en su fígón de cubierta, del que fluye un rumor apetitoso de fritangas.

Acaban de convencerle de su alejamiento de la isla los Algarbes de Portugal que elevan en el horizonte su rocoso acantilado y envían las primeras gaviotas.

El implacable viaje toca a su término. Mediana travesía, con brumas, vendavales y oleadas a bordo. Un mástil desmochado. Pereció uno de los monos, al que se echó al abismo con una bala en sus patas, en atención a su humana catadura.

El cielo y el agua trocaron los adormecedores éxtasis por una plomiza masa bajo el domo acerado. Hace frío. La espuma se encrespa con una violencia cegadora y ruidosa.

Iba el trópico en la nave, pero eclipsáronse sus brillanteces como una mujer desnuda que de pronto se envuelve en las sábanas.

José Luis experimenta idéntico fenómeno de adaptación, y sin solicitarlas, a despecho suyo, atormentándole, resurgen las memorias de su mocedad.

Cuando desembarcara en Cádiz no ha de oír hablar, con el ceceo y la hipérbole clasicos, más que del italiano Orsini y de su atentado contra la emperatriz Eugenia, frente al teatro de la Opera, en Paris.

Los soberanos habían anunciado que asistirían aquella noche a la Opera, y, en efecto, a la hora en que debía comenzar el espectáculo, vióse avanzar el cortejo imperial con la ceremonia de costumbre.

Una mutltitud de curiosos aguardaba en torno al teatro, soportando los rigores de enero a cambio de presenciar la llegada de la augusta pareja.

Pasó el primer coche, ocupado por la alta servidumbre palatina, y asimismo desfiló el piquete de la Guardia Nacional.

Seguía la carroza donde iban Napoleón y Eugenia, teniendo enfrente al general Roguet.

Descubríase el gentío, y la *Española* correspondía al saludo con una mirada protectora.

Entonces fué cuando Orsini y sus dos

cómplices arrojaron las bombas, que estallaron entre las ruedas del vehículo.

El Emperador no mostraba sino un rasguño en su sombrero, como Roguet tampoco sufrió más que en su capote, acribillado por los balines.

La Emperatriz aparecía con una cortadura en un párpado, producida por un vidrio al romperse, y con su blanco vestido manchado por la sangre de un caballo de la escolta.

Pero en vez de solicitar ni aun aceptar auxilio alguno, con una serenidad heroica logró imponerse al pánico universal, obligando a las autoridades a socorrer al pueblo, en que hubo ciento cincuenta heridos, de los cuales murieron ocho.

Ese rasgo entusiasmó a los militares y los cortesanos, y no faltó quien evocase a la inmortal gobernadora de Austria, y adaptándolo al momento repitiese el grito de los nobles húngaros: «¡Viva nuestro rey María Teresa!»

La encopetada aristocracia del *faubourg Saint Germain* no pudo continuar negando su respeto a la *intrusa,* y en cuanto al populacho, acompañó conmovido a la excelsa dama que en un régimen de tiranía, espontáneamente y con sinceras lágrimas, pidió el indulto del autor del atentado, al que excusaban sus ideales de libertad a Italia del yugo extranjero, mediante la conflagración europea que sucedería a la muerte del César francés.

La condesa de Teba sentíase asegurada en el trono y obtenía por derecho propio las aclamaciones de la muchedumbre, que acudía a contemplarla en su *daumont,* camino del Bosque de Bolonia, en cuyo lago patinaba alegre y ligera como un pájaro.

Congratulábase el paternal marido por el éxito de su compañera, y quiso afianzarlo con una disposición de gran resonancia.

Al partir con su ejército para la Lombardía, dispuesto a cumplir el olvidado compromiso que las bombas de Orsini vinieron a recordar de un modo bárbaro, nombró regente a la esposa, que nunca había sobrepasado sus atribuciones familiares elevándola a la política.

Poco tiempo duró la interinidad, pues no tardaron las armas redentoras en expulsar a los austríacos del territorio que esclavizaban, y deslizóse en calma, sin otro percance que una huelga de cocheros, conflicto que resolvió la Regencia sustituyendo los aurigas por soldados.

En dicho período desplegó la neófita un celo no exento de ingenuidades, y que la condujo a aprenderse de memoria la Constitución.

Días risueños, felices, que terminaban con un satisfactorio epílogo la lucha no interrumpida desde la boda y las humillaciones anteriores.

Acaso todavía vislumbraba la Emperatriz el lamentable grupo del emigrado y sus hijas arrastrando su desventura por el *boulevard,* y en tal situación económica, que las señoritas de Montijo tuvieron que renunciar a su deseo de un paraguas.

Transcurren los años y Eugenia vuelve a París, huérfana de padre, con los títulos y la fortuna heredados del tío mayorazgo y deslumbrante de belleza. En el salón de la princesa Matilde, sin proponérselo, se hace notar del jefe del Estado, que otórgale en una cacería la pata del ciervo, honor inesperado y por demás significativo.

Intervienen en la tenebrosa batalla, ya inevitable, un seductor experto y poderoso, que quisiera convertir en su favorita a la encantadora andaluza, las damas de la corte de un déspota sentimental y soltero, y los pretendientes derrotados, como el duque de Osuna, al que la doncella enciende en otoñal pasión, y el primogénito del banquero Aguado, que no cesa de llorar por los rincones.

La virtud de Eugenia acabó por convencer al raposo de la necesidad del casamiento, a pesar de la oposición en que colaboraron los que se consideraban testamentarios del fundador de la dinastía, y la nobleza rancia, dispuesta a no someterse más que a una princesa real.

Desde Madrid la duquesa de Alba oponíase también al ambicioso proyec-

to, temerosa de que se tildase de aventurera a su hermana.

De todo venció la infatigable doña María Manuela Kirkpatrick, celebrándose por fin las nupcias con la sabida pompa.

Y comenzaron los trabajos de la nueva reina por justificar su suerte; esfuerzo terrible aunque disimulado con sonrisas.

La villa de París pensó ofrecerle un collar evaluado en un millón; pero ella dispuso que se distribuyera ese dinero entre los pobres. Desfigurada con unas gafas negras y un manto recorría los barrios miserables, ejerciendo la caridad. Con motivo de la epidemia de cólera y las inundaciones que asolaron ciertas provincias, manifestó una abnegación prodigiosa.

En la sonada visita a Londres, obtuvieron Napoleón y su cónyuge el espaldarazo que definitivamente los colocaba en el rango de los monarcas, al exhibirlos la orgullosa Victoria en su palco de Covent-Garden, bajo los solemnes cortinajes con unas borlas no menos magníficas.

Por último, la aureola de la maternidad.

Cada tarde repetíase la escena conmovedora del paseo del principito en un birlocho de juguete, del que tiraban dos cabras y que rodeaban unos infantiles lacayos con su pequeña chistera y su librea en miniatura.

El Papa Pío IX, representado por el cardenal Patrizzi, bautizó al bebé que se llamaba Luis Eugenio.

Sin embargo, ningún acontecimiento contribuyó a enaltecer a la Emperatriz como el referido episodio de la Opera.

Radiante de elegancia y de hermosura, la afortunada mujer saboreaba su triunfo, no ignorando que era dueña absoluta de un país temido y glorioso.

La *femme du monde* acertó a desplegar una majestad indiscutible. Como ayer su sonrisa, causa ahora asombro su reverencia, la profunda inclinación del cuerpo con que distingue a sus invitados en la Sala de los Mariscales, movimiento que transforma en un espejo su traje de raso blanco y aviva el célebre diamante *Regente*, prendido con unas plumas en los cabellos de oro.

Del pasado conserva la inquietud espiritual, inagotable en su persona por el meridionalismo de origen y que no suele darse en las princesas auténticas desde niñas aherrojadas por la etiqueta.

La de las Tullerías, si exigente al punto de obligar el uso del calzón corto, como en Inglaterra, y de prohibir a las embajadoras que deshiciesen su círculo hasta que la Emperatriz se acordase de saludarlas, compensaba de sus rigores con aquello que los había ocasionado.

Muchas de las fiestas consistían en bailes de máscaras, disfrazándose los hombres con la capa veneciana y con el dominó, y rivalizando las beldades del momento en lujo y originalidad. La famosísima condesa de Castiglione, admirada como una escultura de mármol, presentóse en uno de los saraos con los pies desnudos y abierta la túnica de terciopelo por encima de la rodilla.

Curiosidad que interesará al público femenino es la que refiere en sus *Memorias* la princesa Paulina de Metternich, relativa a Worth, el modisto, a la sazón simple empleado de Gazelin, maestro de la época, y que protegido por la doncella de la influyente señora, alcanzó que ésta luciese en la Sala de los Mariscales una *robe* por él inventada, la cual consiguió tan extraordinario suceso que doña Eugenia mandó llamar al artista. Tratábase de un vestido de tul laminado de plata, con unas margaritas de yema sonrosada en unos copos de verdura silvestre, flores que velaba una gasa blanca, y entallado por un cinturón de raso. Trescientos francos valía el histórico modelo.

La princesa de Metternich, la duquesa de Alba, que habitaba por temporadas su palacio de los Campos Elíseos, la de Sutherland y la de Manchester; la marquesa de Cadora, la de Galliffiet; las condesas de Montebello, Persigny, Morny y Walewska;

las baronesas de Polly y de Rotchschild: he ahí la constelación preferida. Resumen el mapa esos nombres, pero las diferencias del cosmopolitismo desaparecían en lo homogéneo del fausto, la juventud y la gentileza, y del color, ya que eran rubias casi todas las estrellas, o lo simulaban para lisonjear a su directora y amiga. En torno al descote imperial, claro y mórbido, componían una escala de espaldas luminosas, emergentes del cerco de encajes, con el triple collar de perlas y salpicadas por la sombra de los tirabuzones.

Las piedras del Père-Lachaise, que el verdín desune, algún solitario mausoleo de los hortelanos cementerios de la Costa Azul, castillos y abadías perdidos en el fondo de las selvas feudales, guardan la ceniza de la galante llamarada, cuyo rescoldo mantienen los medallones de marfil con diminutos retratos en amarillo y rosa.

Monseñor Bauer, oriundo de la banca, judío converso, eclesiástica dignidad, limosnero de la Corona y predicador, no hablaba a sus embriagadoras penitentes con las advertencias del *Kempis;* de seguro prefería madrigalizar, no descuidando la ondulada melena que desmentía la austeridad de su rostro, ni los pliegues de su sotana perfumada y con una esclavina y una amplia faja de seda.

Los voladores duendecillos que valsaban con los párpados entornados y la boca entreabierta como por un suspiro o un beso, sabían convertirse en apacibles ninfas campestres, al adoptar la falda ancha y corta, aerostática, y la pamela inmensa con sus colgantes cintas de velludo, en ocasiones improvisado cesto con un libro o una flor. Así aparecen en los lienzos de Winterhalter, que compararíamos a las cajas de mariposas disecadas.

Refrenando el tumulto de los bellos oficiales y la petulancia de los cortesanos de estrechas patillas y pantalón *collant;* junto a los chambelanes, ministros y diplomáticos, figuraba un parnaso en *redingote,* a cargo de Mérimée, Octavio Feuillet, Dumas hijo, el pintor Meissonier, el músico Gounod y el arquitecto Viollet-le-Duc. Misión suya era combinar espectáculos artísticos, entiéndase funciones de comedia, repartiéndose los papeles la tertulia habitual de Palacio.

La privilegiada sociedad vivía entregada a sus placeres y caprichos, como la de Versalles, a quien se había copiado incluso la crinolina.

También coincidían entrambas cortes en su escasa afición a la capital. Saint-Cloud, Compiègne y Fontainebleau, constantemente gozaron del favor de la realeza durante el ambulativo Segundo Imperio.

En el mes de noviembre, la floresta de Compiègne sufría el asalto de innumerables caballeros y amazonas, ataviados con tricornios y casacas coloradas, y el estruendo de la jauría y las trompas disipaba el paisaje a lo Corot.

Diversos trenes especiales transportaban por tandas el conjunto de las notabilidades parisienses, sin excluir los sabios de las Academias, tal helenista o arqueólogo desorientado y reumático, ni los extranjeros distinguidos, entre los que pretendían contarse las primeras americanas millonarias y con propósitos de ennoblecimiento.

Viajaban las damas con una abrumadora cantidad de baúles, y algún convidado hipotecó un molino o pignoró las reliquias de sus antepasados al recibir la tarjeta que lo acreditaba de personaje a la moda.

Perseguíase que las ostentosas asambleas revelasen la prosperidad de sus organizadores, no parando hasta la apoteosis.

La misma Emperatriz daba el ejemplo. Con motivo de honrar a uno de los varios monarcas que fueron sus huéspedes, ordenó unos fuegos de artificio en que los cohetes se disparaban por series de veinticinco mil, y que costaron más de medio millón.

Medinaceli, Alba, Osuna y cuantos madrileños concurrían a Fontainebleau, tal vez encontraban el eco de Carabanchel en la grandiosa residencia de Francisco I y Luis XIII, animada casa de campo por el instante. Abundaban los pintorescos y caracte-

rísticos detalles de las jiras en el estilo de las que preparaban antaño la condesa de Montijo. Bailábase al son de un piano de manubrio, que estaba confiado al venerable general Rolin; realizábanse excursiones al bosque en una especie de ómnibus que guiaba el postillón clásico de sombrero de hule y calzas de color de canario; echábanse las migas de la comida a las carpas del estanque, legendarias por el anillo con una fecha que llevan en testimonio de su longevidad.

Doña Eugenia gustaba de aislarse, no compartiendo el frívolo regocijo de su séquito.

Con el botín de una *razzia* del conde de Palikao en China, reprodujo en una sala del piso bajo un trozo del asiático Palacio de Estío, y allí solía encontrarse en amables coloquios con sus amistades predilectas, en medio de unos dragones de cobre, los tableros de laca de Coromandel, porcelanas, banderolas, tamtams, palanquines, collares de jade, la armadura de un samurai...

Desde el canapé donde se reclinaba sin abandonarse, contemplaba la noche, de que era muy enamorada en recuerdo de las de Andalucía, no más fascinadoras que la del parque con sus masas de arboleda y los reflejos de luces variopintas en el lago, y sucedía a lo mejor que eligiera un confidente en el corro de sus íntimos y lo condujese a platicar quedo y en el agua, embarcados en una góndola del Gran Canal o un caique del Bósforo.

En Saint-Cloud no se interrumpía una doméstica mansedumbre, recorriendo la Emperatriz los lugares de su luna de miel en un cochecito con dos *poneys* que gobernaba por su mano, atendiendo a la educación del Príncipe, bordando con sus azafatas en torno a la mesa familiar. Unicamente alteraban el aburguesado sosiego los ministros, que para reunirse en consejo acudían seguidos y cada uno en un *cupé*.

No bastándole el tradicional patrimonio, doña Eugenia ideó rematar los veranos en un ignorado burgo de pescadores, Biarritz, que le debe su ulterior celebridad de playa mundana.

Edificó una *villa* sin tardanza circundada de *chalets* y hoteles de viajeros.

Paseábase a pie con una falda desprovista de miriñaque y el apoyo de un bastón con bellotas.

Las alegrías pretéritas resucitaban al conjuro de unos tamarindos, de una carreta de heno, de un mendigo de aquellos de Toki-Ona, reconocido en el tropel de gente.

No poco influía en la venturosa sobreexcitación el hallazgo de vestigios españoles, profusos en la fronteriza comarca. Una tarde de las que no se dedicaron a navegar en el aviso *Mouette* por el peñascal vascongado, merendaban los palaciegos en una praderita, amenizando el instante unos músicos populares. Ocurrió que tamboriles y pífanos iniciasen un fandango, que resonaba con su alborozo en las montañas. De pronto la Emperatriz se levantó de su asiento en la hierba, y con una inefable armonía, al decir de los testigos, no bailó sino que suspiró la danza de su país.

Cerraba el otoño las vacaciones, pero los festejos no detenían su rotación, inaugurándose un nuevo ciclo que superaba al precedente.

El Emperador, de natural melancólico, ya con alifafes, resentido por las andanzas de su penosa juventud y atormentado por la política, participaba, sin embargo, en el bullicio, autorizándolo, cuando menos, como en las veladas de Fontainebleau, que atravesaba con el característico tambaleo de su marcha el divertido concurso, poniéndose a jugar al ajedrez en la habitación inmediata.

★

No reconoció José Luis el suyo en aquel Madrid que hablaba en voz baja, cuando no apostrofaba en tono declamatorio y con citas latinas, oyéndose siempre al fondo ruido de armas y el bordoneo de los rezos. Conspiradores, ateneístas, cesantes, diputados, generales, beatos, palaciegos, chulos, policías, ojalateros y soplones bloqueaban

con diversos propósitos a doña Isabel II, la que, ya jamona, compartía su actividad entre la penitencia que le inspiraba su miedo al infierno, los impulsos de una política caprichosa, y su esparcimiento personal, a que no osaban referirse los ciudadanos en el seno de sus familias.

Piloteado por su amigo, acudió una tarde el forastero al café de *La Iberia,* y allí oyó hablar de *progresistas* y *moderados,* y tuvo ocasión de habituarse a los nombres de O'Donnell, Narváez, Prim, Sor Patrocinio, Castelar y Pavía, en quienes se cifraban el rencor o la esperanza de los patriotas. Según la fogosa oratoria de uno de ellos, que llevaba bigote de moco de pavo y peroraba conservando en los hombros su capa parda, la madre España, víctima de los neos, suspiraba como nunca por la libertad. Aprovechó el intruso un instante de bullicio para aislarse con su camarada, interrogándole acerca de gentes que le recordaba la tertulia, evocadora de la que ayer reteníale en sus ratos perdidos y supo que muchos de los antiguos compañeros sufrían destierro en Fernando Poo, si no emigraron a París y Londres.

En la calle sentíase José Luis no menos extraño, desorientándole las reformas de la villa y corte, que otra vez alteraba el aspecto de la Puerta del Sol, como si cambiase el decorado de dicho teatro popular en espera de nuevos dramas y sainetes, y no acostumbrándose a la sustitución de mantillas y basquiñas por capotas y miriñaques.

Nostálgico de los días estrepitosos y brillantes del romanticismo, y resabiado por la placentera existencia antillana, el hijo pródigo no se adaptaba a la vida precaria, ni a la adulterada ciudad, experimentando en su ánimo esa opresión del pie encarcelado en la bota después que anduvo descalzo. Como las secundarias, fallaron las ilusiones principales.

No pequeño desencanto fué encontrar a don Agustín caduco y en plena chochera. Sus cabellos platearon del todo; su cuerpo se inclinaba, sin duda abrumado por la giba que no sostenía antes; su paso perdió aquella elasticidad de tanta elegancia. Y daba lástima verlo presumir, cosa que jamás hizo, ignorante o desdeñoso de su decrepitud, que las cadetadas tornaban risible.

Era causa del ridículo en que se hallaba el prócer, una mujercita de dieciseis años, ángel de trenzas rubias, mirada azul, mejillas sonrosadas, voz melodiosa, vestido de muselina y honesta ausencia de joyas y afeites. Llamábase Blanca y nació de la unión desigual de un pintor amanerado y tímido y una arruinada aristócrata, notable por sus genialidades, digamos escándalos. La doncella hubo de concentrarse en una ingenuidad falsa, que ocultaba el frío cálculo de triunfar a toda costa, para resarcirse de las humillaciones de una sociedad que fingía compadecerla, y de la sarcástica situación de su hogar, en que el deplorable artista repetía su eterno cuadro de las golondrinas y las flores, únicos idilios a que podía abandonarse. La fortuna y el prestigio del banquero ofrecían a la solapada criatura los medios de cumplir su venganza.

Dirigía el juego la señora condesa de Montijo, la cual, a más de haber recobrado su influencia en la alta intriga, gozaba fama de casamentera insigne desde las bodas de la Emperatriz y la duquesa de Alba. Este doble milagro ofuscó a la anhelosa juventud, que desertaba del altar de San Antonio, prefiriendo encomendarse a doña María Manuela.

La niña con su modestia y la matrona con su mundología, embobaron al viejo verde, haciéndole creer que a sus años inspiraba pasiones irresistibles. De ahí su petulancia, tan distinta de la melancolía con que algunos ancianos ennoblecen la desdicha de un amor retrasado. La comedia acabaría en casorio, de seguro. Por de pronto, el sultán, adelantándose a los acontecimientos, dispersó su harén, luego de pensionar espléndidamente a sus odaliscas.

En su insensato optimismo, el marqués de Aubarade, ciego a la propia

decadencia, observó con enojosa prolijidad la de su secretario, desahuciándole sin rodeos. Saltó en seguida a su tema, disparatando de lo lindo. ¿Adónde la sutileza, el donaire, la exactitud siempre notorios en sus palabras? Como se desmoronan sin dejar huella las arquitecturas moriscas, afiligranadas y suntuosas, pero de yeso y tierra, la vivacidad del magnate desvanecióse en una fugitiva nube de polvo.

Tampoco Soledad conserva las posiciones de antaño. Escapó el futuro grande hombre, marchó a Roma con sus delirios. Ha prometido volver cargado de laureles. En tanto, no se preocupa de lo que atrás queda. No importa. Hablan del ausente sus reliquias, distinguiéndose por su comunicativa dulzura un lienzo manchado al óleo, retrato plástico de la *Sole* y espiritual del autor, que puso en la obrilla el fuego de una hora apasionada. Unas velas de iglesia alumbran el testimonio del tiempo feliz.

Naturalmente, el genio no envía ni un ochavo. Para mantenerse, no queriendo tornar a los bordados ni servir de modelo, discurrió *Solita* aprovechar su ciencia de las antigüedades, adquirida junto al especialista en cuadros históricos. En suma, gobierna una prendería del Rastro.

Mitad monja, mitad viuda, observa una conducta austera y se envuelve en un manto negro. Está guapísima.

Quien prosperó fué Aguaviva, el *Marquesito*. Habíase transformado en un caballero elegante y puntilloso, aunque delataban su flamenquismo; la abundancia de las sortijas y el modo de rascarse la mejilla con la afilada uña de su dedo meñique, mientras de los despectivos labios fluía el humo de una breva. Gentilhombre de cámara, parlamentario por lujo, casinista de tertulia hasta el amanecer, rico o que lo aparentaba, célibe, afortunado con las mujeres y en el juego, poseía de sobra las cualidades del cortesano. Y aún no se ha declarado lo más importante: su maestría en el manejo de la pistola, que le valió ser considerado como el primero de los tiradores de entonces.

José Luis lo vislumbró deshecho en reverencias y sonrisas, dedicadas al príncipe de Asturias y la infanta Isabel, todavía niños, que en un coche de mulas dirigíanse al Retiro, según costumbre. En la cara gitanesca los ojos verdes añadieron el impudor a su vesanía. Poco después cruzáronse los rivales y no se saludaron.

Así iban desfilando siluetas, como en el epílogo se usa revistar a los personajes subalternos, despejada ya la incógnita del protagonista.

La de José Luis, de tal manera considerábase descifrada y del pasado, que no faltó alguien que manifestara al verle una sorpresa excesiva, creyéndole muerto, y ninguno de su émulos ocultaba su indiferencia por el agotado fantasma, persuadidos de que no les disputaría provecho ni honra en adelante. Y la mocedad lo aceptó como extranjero al que asombrar con sus hazañas, mezcla de ritos masónicos y de simulacros revolucionarios, con que se preparaba el pronunciamiento de cada mes.

En la casa de huéspedes, apacible, reservada a una clientela de calidad, ocupaba el gabinete inmediato al del repatriado un doctor habanero de los que predicaban en la metrópoli la autonomía isleña y la manumisión de los negros.

Intimaron los vecinos, y saboreando el café que sin descalzarse los mitones les servía la misma patrona, doña Saturnina Navaz, pamplonesa, viuda de un brigadier tránsfuga del carlismo rememoraban el antillano emporio. Y al conjuro de la arrulladora palabrería de don Pancho, la consola y su fanal con flores de trapo, el patio que oscurecía la ropa tendida e infectaba el tufillo de las viviendas, el gallego vertiendo su cuba de agua en la tinaja de una cocina, trocábanse en radiosos y fragantes espejismos transatlánticos, que embriagaban a los soñadores.

Apenas interrumpía José Luis el ajeno monólogo, abundoso, desbordante, del trópico. Por dentro desplegaba su facundia, tratando de convencerse de que debía retornar a la manigua, en un destierro definitivo. No se absol-

vía de la corazonada del viaje a la Península, salvo el filial deseo de abrazar a sus padrinos, uno de los cuales no cesaba de incitarle al regreso, ni el otro le olvidaba. No lo impulsó la ambición, a cuyas tentaciones permanecía insensible desde su desastroso renunciamiento.

Humillado en su conciencia por la inesperada mezquindad, callaba un motivo que influyó poderosamente en su idea de perderse de nuevo en los mares: la rabia que le producía la apoteosis de la emperatriz Eugenia, suceso del que la moda divulgaba los ecos en el ámbito matritense. Los acontecimientos justificaban a la desvanecida señora, mostrándola capaz de sus altos destinos, y conforme su gloria aumentaba, más disparatadas resultaban las pretensiones del enamorado, semejante a un comparsa que aspirase a cantar el dúo con la *prima donna*.

La fatalidad opuso su veto a las consoladoras quimeras, obligando a desviar la atención del bohío y su guajiro de las volantas en el parque colonial.

Vino de Sevilla la noticia del fallecimiento de don Pablo, que murió de repente, cuando rezaba en el oratorio doméstico. No padecía enfermedad alguna, y ni siquiera declinó en el crepúsculo normal de la senectud. Construído en piedra, como una fábrica romana, se desplomó sin evaporarse, amontonando sus bloques intactos. El cadáver brillaba con el lustre helado del granito a la luz de la luna llena.

José Luis, al desembarcar, corrió al lado del patriarca, que se esforzaba en ignorar la pérdida de doña Elvira, ya enterrada en el claustro de un convento. De los dos protectores, era el provinciano quien reclamaba de continuo a su ahijado. Quiso éste reemprender la pretérita colaboración, pero sin culpa de nadie fracasaron las tentativas. Por último, solicitó trasladarse a la corte, asegurando que regresaría sin tardanza. El abuelo bendijo a su lastimoso cachorro, sospechando quizás que se despedían para siempre.

Huérfano ahora como no lo fué en su infancia, José Luis dirígese a honrar la tumba de don Pablo en un tren que quisieran alegrar las guitarras y las coplas de los soldados que marchan a la guerra, recién declarada, con frenético entusiasmo, al sultán de Marruecos.

★

En el otoño de 1863, la Emperatriz, repentinamente atacada del mal de nostalgia, visitó la Península, en un viaje medio de incógnito, al que en vano intentaron oponerse los gobernantes franceses, preocupados por las inseguridades de la política isabelina.

Por no ser del caso, no se describen aquí los agasajos con que sus compatriotas recibieron a doña Eugenia, que vivió unas semanas en plena embriaguez de popularidad.

Una mañana se encontraba en una cueva, de fondo lóbrego y abierta al riachuelo que constituía el agua de lejanos manantiales, encauzándose en un desfiladero de tal angostura y elevación que el sol no llegaba a la corriente.

Iba vestida al clásico modo andaluz, con el bolero verde, faja de seda amarilla y calañés afinado con una moña de fantasía, aprisionándole la cara el barbuquejo. Su diestra empuñaba un látigo de los que usan los jinetes.

En aquel sitio y con aquellos atavíos, parecía la capitana de unos contrabandistas.

Se explica lo del traje con decir que fué capricho de la augusta dama recorrer a caballo la serranía de Ronda, en uno ajaezado con espejuelos y borlones, que de seguro no habría soportado en su morisca grupa las amazonas con uniforme mundano. Por cierto que de entonces data la moda universal de la chaquetilla, prenda que se apresuraron a copiar de su directora las elegantes parisienses.

El enigma de su presencia en el cavernoso escondite complicábase con otro misterio: el de que la acompañase su pretendiente despechado, casi su enemigo: José Luis, feroz con sus barbas, y a quien un farol entre sus

pies y con la bujía encendida acababa de dar un aire terrible.

La idea de un secuestro acudía involuntariamente. Y, en fecto, de encierro se trataba; sólo que José Luis no era el carcelero, sino el preso.

La gruta pertenecíale en legítima propiedad y comunicaba con su vivienda. En la sombra se adivinaban los primeros peldaños de una escalera troglodítica; mina en espiral, tenebrosa, encharcada por las filtraciones, estrecha y gélida, que desembocaba en el esplendor y la tibieza de unos jardinillos colgados en diversas terrazas, todas breves y con baranda de mampostería, sobre la que florecían tiestos de clavellinas y geranios. Una casa vieja y noble erguíase en lo alto de la roca excavada, cultivada, invadida, sobresaliendo el tejado no sin dificultad de los picachos cuya base lamía el torrente. Por los calados de las bermejas agujas vislumbrábase el panorama de los montes silvosos bajo una enorme extensión de azul; y desde su trasera presentíase el frontis de la morada, su gran alero, su balconaje voladizo y con perinolas, su escudo, grave decoro de la callecita en que se mezclaban perfumes del campo y del pueblo, y siempre silenciosa, menos cuando en su rocín tornaba un hidalgo del cortijo, o las monjas de la vecindad echaban a rodar la esquila, aguda y perdurable como el llanto de los nenes.

De don Pablo heredó José Luis ese nido de águilas, y allí practicaba un reposado cenobitismo, delegando en apoderados leales la administración de las demás fincas, que debía igualmente a su padrino.

Pensó atraerse a Soledad, ofreciéndole el puesto de ama de llaves, que ella rechazó, ilusionada con el regreso, ya sin duda próximo de su grande hombre.

Pasaron dos, tres años, y la vida ordenada remedió en lo posible los descalabros que tenían arruinada la naturaleza del aventurero, y serenó por completo su ánimo.

Y he aquí de improviso la llegada de doña Eugenia. El ermitaño creíase seguro en su guarida, de que no le sacaron las excepcionales circunstancias, limitándose a disponer en secreto que de su diseminada hacienda se facilitase a la emperatriz una espléndida servidumbre de personas, bestias, vehículos y escenarios de égloga o sarao en la campiña y la ciudad. De lejos seguía la marcha triunfal de la caravana. Hízose un claro en las informaciones, y llevó la primera noticia la propia ilustre excursionista, que surgió en Ronda con su arreo pintoresco y una reducida escolta de familiares, en que no figuraba ninguna mujer. No permanecerían los asaltantes en la villa más que unas pocas horas, continuando a la tarde su camino. Fué obligado prepararles almuerzo, y según los caballeros sevillanos y granadinos del séquito, que no sospechaban lo ocurrido entre doña Eugenia y José Luis, nadie como éste merecía la honra de ser el anfitrión, título ganado con las anteriores y continuas ofrendas, no por anónimas, ignoradas. Aparte el atractivo del castillo roqueño, al borde del *tajo* famoso y con sus amenos pensiles.

Cuenta la leyenda que la galería subterránea sirvió en tiempos para que la favorita de un príncipe moro bajase a bañarse al barranco. Mostró la viajera deseo de conocer el romancesco lugar, apresurándose a complacerla su huésped, alumbrando el descenso con una linterna que temblaba en su mano, hasta chocar a veces con la peñascosa pared.

La medieval tradición encarnaba en la pareja, no obstante sus ropas y la falta de tapices, búcaros, lámparas, ecos de canturias y humaredas de balsámicas resinas, que seguramente embellecieron y suavizaron la piedra donde la hurí recogíase luego de sus abluciones.

Profundo y sugestivo orientalismo infundía al momento la actitud reflexiva y soñadora de José Luis, comparable a uno de aquellos amadores místicos y guerreros arábigos que acariciando con sus dedos el rosario de madera de ciprés contemplaban en un cielo ardiente la media luna de su

gumía o la de los brazos de las almeas.

Al cabo de un siglo de invocaciones, ya idolátricas, ya blasfematorias, que deformaban la imagen verdadera, como de una remota existencia volvía Eugenia de Montijo, sirviendo designios de fatalidad. A solas estaba con su compañero, repitiéndose en cierto modo la entrevista del pinar vascongado, único espisodio real de una situación imaginaria, y que bastó, sin embargo, para destruir la humana fortaleza mejor dispuesta. Mucho y conmovedoramente cambió la sílfide. No indicaban las litografías dispersas por el mundo la expansión y el ablandamiento de la rosa en su madurez. Alargaba sus párpados con una raya de carboncillo, juzgando insulsos los ojos claros, y dejó apagar la luminosidad de sus cabellos, que se evaporaban en una bruma dorada. Su célebre sonrisa altiva y acogedora sutilizóse con un reflejo melancólico.

¿Qué propósito abrigaba doña Eugenia en el instante, acaso deliberado, de enfrentarse con su víctima? ¿Simple curiosidad, caritativo impulso, una coquetería refinada y maligna, la intención de premiar el sacrificio, remordimientos? Por de pronto resaltaba la diplomacia del instinto femenil.

Con un tacto de enfermera, fingió no advertir la derrota corporal y anímica de su loco ni aludió al pasado. Y de acuerdo su dignidad con su perspicacia, que le aconsejaba que no pretendiera subyugar con bagatelas a un hombre de la jerarquía y en el estado de José Luis, adoptó un tono grave en su dulzura, íntimo. Hasta el disfraz, sometiéndose a las circunstancias, atenuó su majeza y sus colorines.

Hablaron como gentes que reanudan el diálogo de la víspera, tuteándose sin precipitación ni esfuerzo, con naturalidad.

Divagaba el coloquio, cuidando de no carecer de un significado oportuno a través de las generalidades.

Tomaba ejemplo del caudal que separaba los cantiles del precipicio, aunque no incomunicándolos, gracias a la espontánea pasarela de unos pedruscos que emergían del arroyo.

Tácitamente contestó doña Eugenia al no enunciado interrogatorio de José Luis, avizorando rencores, desconfianzas y efímeras galvanizaciones de la ilusión.

Exhibió el reverso de su gloria, lamentándose de que París la apellidase la *Española*, con la ira con que dominaba la *Austriaca* a la reina que envió a la guillotina. El *boulevard*, lanzado contra la corte por los partidarios de las dinastías rivales y por los republicanos, no cesaba de injuriar a la soberana, y quién sabe si por fin la turba no reproduciría el asalto histórico y la emperatriz el destino de María Antonieta.

Abroquelado con su impenetrable mutismo escuchaba el juez, atento a no rendirse a las alcurniadas querellas, que le sonaban a penitencia por el pecado de la boda ambiciosa y que no le sorprendieron, salvo oírlas de labios de su interlocutora, pues era ya internacionalmente público el disgusto de los súbditos napoleónicos.

En el vado de las crestas, una provocaba un remolino, convirtiendo en burbujas el trenzado de la linfa, que amenazaba arrastrar el obstáculo.

Fieles en absoluto a su modelo, las palabras terminaron invadiendo y desbaratando la simulada ecuanimidad de José Luis.

El señorío y un orgulloso pudor impedían a la esposa mencionar al imperial caricato, enfermo de un bufo donjuanismo, y cuyas aventuras poblaban las Tullerías de maliciosos secretos a voces, como el del rompimiento del entronizado matrimonio, que por razón de Estado mantenía las apariencias.

Así, pues, corresponde aplicar al desencanto de las pompas cortesanas la frase que pronunció doña Eugenia de un modo distraído:

—Yo no debí marcharme de España...

Interpretó José Luis el suspiro a su gusto, calificándolo de confesión que e vengaba de su fracaso. Y ahí finiquitaron sus agravios, reemplazados

con una vehemencia y una ternura desbordantes.

La muralla, que no hubiese cedido al ataque rudo y tumultuoso, descuidó la poterna, por la que se filtró el sitiador con un perfecto sigilo.

Barruntando el riesgo de una escena apasionada, dijo la emperatriz:

—Esto es muy húmedo... Vámonos...

A la vista de los hidalgos recobró la eclipsada majestad, aunque no con tanta disciplina que no acertase en el resto de la jornada a hechizar con su donosura a sus amigos, y especialmente al reconquistado, que se entregó al inefable placer de saturarse de unas familiaridades en que había soñado con lágrimas de sangre y de fuego.

Cuando la cabalgata se alejó en la anaranjada magnificencia vespertina, entre destellos y precedida por sus alongadas sombras, José Luis, de nuevo encadenado a su suerte, creíase no sólo compensado de sus desgracias, sino favorecido con la ideal complicidad que se desprendía del palique en la sima.

Un incidente curioso disipó su éxtasis.

Avanzaba por la carretera una mujer enlutada, a la que seguía la Guardia Civil, una de las parejas apostadas en los caminos con motivo de las correrías principescas.

La impetuosa, dramática belleza de la prójima, su turbación y la particularidad de que se dirigiese al paraje en que se hallaba doña Eugenia, despertaron la suspicacia de los vigilantes, que se resolvieron a descifrar el caso.

Cortó al punto las pesquisas el señor don José, declarándose valedor de la andariega, en quien reconoció a Soledad.

En cuanto se apartaron los enojosos testigos, echóse a llorar la infeliz, y descubrió la causa de su aflicción con una elocuencia hiposa.

Fué que regresó el grande hombre cargado de laureles y repudió a la musa de sus días bohemios, extremando su afán de destruir los recuerdos al límite de arrebatarle el retrato venerado, no sin añadir el sarcasmo de pagarlo con unas monedas, que ella le arrojó a la cara.

Con la suya, guapísima, esmaltada por el llanto y enrojecida por la luz, trasunto de las Dolorosas reflejando los cirios, Soledad pedía aquel puesto de ama de llaves; asilo, un rinconcito donde enterrarse en vida.

EPILOGO

No se sabe si temeroso de la noche, de la que acaba de salir como de un túnel, corre el tren expreso.

En un departamento de primera despiertan sus ocupantes, y uno se desayuna con chocolate crudo y otro enciende un cigarro y todos recomienzan la plática por el sueño interrumpida, con más intimidad cuanto menos se conocían los interlocutores.

Sólo un viajero no habla. Reclinado sobre una ventanilla y, aunque es verano, envueltas las piernas en una manta zamorana, cuyos madroños se confunden, contempla el paisaje con ojos en que la mancha amoratada de los párpados y la brillantez de las pupilas revelan el insomnio.

Mirando al exterior, en realidad no hace sino observarse por dentro.

Y recuerda la otra vez que anduvo por estas tierras norteñas, no por cierto con la ligereza de ahora, en que el ferrocarril cambia vertiginosamente las decoraciones, y aún sentimos el influjo de la castellana austeridad cuando ya nos alegra el idilio vasco de las cascadas espumosas, de las reverberantes galerías encristaladas, de la verdura húmeda del terreno, montañoso y poblado de vaquitas y niños.

Sin embargo, todavía parece al febril caballero que no marcha de prisa la máquina, desgarrada a silbidos y desmelenándose en su humareda rojiza de chispas, la sombra y el tufo carbonosos que enturbian la virginidad tempranera, marchitando el relente.

Y es que va comido por la impaciencia, igual que le ocurría veinte años atrás y por idéntica causa; no la ilusión, el delirio, la necesidad de llegar

cerca de una mujer: la misma en ambos casos.

Desde la entrevista en el baño de la sultana, José Luis considerábase depositario de los más delicados secretos de doña Eugenia y ligado a ella como nunca, con lazos que le obligaban a una caballerosidad desinteresadamente protectora, al sacrificio quijotesco. Tal ardid encontró el infortunado para ocultar a su propia crítica el nuevo furor con que había caído en su pasión juvenil.

Los acontecimientos v i n i e r o n en ayuda de la ruborosa mentira, pues a poco sucedió que los mejicanos fusilasen al archiduque Maximiliano de Austria, el césar que pretendía imponerles Napoleón III; trágico episodio que ocasionó el descrédito momentáneo del Imperio francés, y del que, así como de la guerra con que se improvisó ese trono, legítima, ya que no blandamente destruído, culpábase a la emperatriz, la cual, en efecto, declaraba suya la campaña por la que tantas lágrimas lloró al cabo.

En la lucha política, entablada sin disimulo por los enemigos del régimen a raíz de dichas adversidades, la soberana halló medio de recuperar el g a s t a d o prestigio, aprovechando la tregua de la Exposición de 1867, que le permitió recibir con su reconocida magnificencia a casi todos los monarcas de Europa, y la apertura del canal de Suez, en la que figuraron representantes del mundo entero, celebrada en 15 de noviembre, día onomástico de la augusta señora, que presidió el acto al frente de una caravana que envidiaría Cleopatra, si el rumor de la gigantesca ceremonia llegó a su tumba.

Apagado y reducido a cenizas este fuego de apoteosis, redoblaron el suyo los detractores.

Tribunos apocalípticos y resbaladizos libelistas cerraban contra la dinastía, respetada hasta entonces por los laureles de Crimea y Solferino, los beneficios a la clase trabajadora, el embellecimiento de París, y también por el arte de los ministros en el soborno y por la dureza policíaca.

En estilo grandilocuente echaban unos en cara al emperador el golpe de Estado a que debía la corona, calificándolo de traición nefanda, y con ironías de una completa transparencia ridiculizaban otros sus ilusiones literarias, sus devaneos erótico-sentimentales, que le condujeron a escribir cartas románticas a cancanistas desertoras de la escena, y su sometimiento en lo espiritual a su mujer, forastera, beata, frívola y con anhelos de grandeza histórica, de inmortalidad.

Nadie en la familia se libró del zarpazo. No valió su niñez al príncipe heredero, de cuyas inocentes manos negóse a aceptar un colegial la medalla que se le adjudicó en un reparto de premios escolares, obedeciendo a su mamá, como una matrona romana heroica en su republicanismo. Al enterarse de la afrenta, la emperatriz sufrió un ataque de nervios, estremeciendo a los chambelanes con sus risas, en que cantaba la locura.

El llamado tirano soportaba con parsimonia la mudanza de las cosas. Viejo, enfermo, acentuó su proverbial reserva, que se ha interpretado como frialdad, recóndita pasión, estoica filosofía, prudencia, reflejo del genio ensimismado del Corso, y simpleza, sandez.

En esto convocóse a elecciones para diputados, la prueba temida y esperada. En las ciudades mayores ganaron los revolucionarios, pero los distritos rurales, siempre del lado del orden, y trabajados concienzudamente, anularon la victoria urbana, otorgando al Gobierno la mayoría. Después de tantas y tan penosas inquietudes, la Corte respiró a sus anchas, abandonándose a la confianza de los buenos tiempos...

Arrullado por el traqueteo del coche como por un pandero africano que de su monotonía obtiene la virtud al par excitadora y sedativa, el abstraído viajante repasa los hechos públicos, en los que ve fases diversas de su problema íntimo.

Surge en el fronterizo Irún la sorpresa del encuentro con aquella doña Blanquita que engatusó al banquero

Aubarade. Totalmente aniquilado el prócer, baboso, paralítico, por fuerza se deshizo el proyecto de boda, y la angelical criatura, acosada por la rechifla que levantó su fracaso, en el colmo del despecho, dejó que la raptara el millonario marido de la amiga que había destacado en el sarcástico grupo. Bella y elegante, con su capota, la entretenida se dirige a Biarritz.

Y no falta la tragicómica evocación paterna, a cargo de las golondrinas en los hilos del telégrafo, tema socorrido del pintor en los álbumes de canto dorado y tapas de terciopelo grana.

Volvamos a lo principal. Como si obrasen de consuno los dos países, las algaradas de Francia estallaron antes en España, alcanzando la sublevación proporciones terribles del pronunciamiento de la Escuadra y de la batalla de Alcolea. Isabel II partió para el destierro, y en Madrid funcionaban las Constituyentes, atareadísimas en discutir al venerable Espartero y al duque de Montpensier, reyes probables. Por último, el general Prim anunció a las Cancillerías extranjeras la candidatura de Leopoldo de Hohenzollern, hermano de Guillermo, el déspota de Prusia. Napoleón se opuso, y diplomáticos apaños resolvieron el conflicto. Transcurridas unas semanas, las Tullerías entran en guerra con Alemania, súbitamente. El pueblo galo no tardó en comprender que sus administradores y caudillos lo arrastraban a una derrota enorme, que lo engañaron con su alarde de pericia y de fuerza y al rebajar la importancia del ejército contrario. De ahí que mientras las tropas, capitaneadas por el emperador, luchaban con gloria y sin éxito en el territorio perdido, los parlamentarios y la multitud se insubordinasen en torno a la emperatriz...

José Luis pone el pie en Lutecia, que por orgullo no quiso visitar jamás, el 4 de septiembre. No le interesa la urbe ni siquiera la Plaza Vendôme, a pesar de la estampa inseparable de su juventud. Si escapó de Ronda y no ha parado hasta hallarse en la capital del mundo es porque Eugenia de Montijo, Ella, está en un trance peligroso, amenazada de sufrir los ultrajes que María Antonieta, quizás su misma muerte. Desoyendo cualquier sugestión de las calles, acude, vuela al lugar elegido, guiándole su ansiedad. La plebe le acompaña en oleadas, y al desembocar en la *rue* Rivoli saluda con voces y cabriolas al gentío allí estacionado, ebrio de sudor, de vino y de patriotismo, y que por encima de sus harapos y sus greñas esgrime palos y fusiles. Detrás de la verja, al fondo de los jardines solitarios y floridos, sobre los castaños que comienzan a dorarse, eleva el alcázar la impasibilidad de sus piedras grises, bajo un azul cielo de seda.

El populacho seguramente festeja su triunfo, acampando sin defensivas precauciones. Como en una feria circulan mercaderes de refrescos y rosas. Muchos soldados de los que formaban la guardia palatina fraternizan con el paisanaje, y limítanse los que no desertaron a retorcerse el bigote, fijos en su cuartel del Louvre.

José Luis se esfuerza en vano por interpretar el argot de los improvisados oradores, entre los que descuella una hembra hermosota y despechugada, que se ha encasquetado un gorro frigio. La magnitud de las noticias contribuye a la desorientación del intruso. Se dice que el emperador cayó prisionero de los alemanes, y que en la Cámara, en medio de un entusiasmo indescriptible, Gambetta acaba de proclamar la República...

Un fiacre que avanza con precavida lentitud obliga al desdichado a apartarse del arroyo, no sin insultar al cochero, que le rozó con el látigo.

¡Las turbas no sospechan, ni adivina José Luis, que en esa caja negra y rodante va doña Eugenia! Precipitadamente, con el auxilio de unos pocos adeptos, y reducido el equipaje a un bolso, la emperatriz huyó de su desierto palacio, por vías excusadas, yendo a dar al Sena. Apremiaban las circunstancias, y hubo que aprovechar el paso del carruaje de alquiler, como a la noche, siempre en grave riesgo y nunca abandonada por la Providen-

cia, la fugitiva aceptara en Deauville el yate extranjero que ha de transportarla a un puerto inglés, el de Cowes...

Algunas horas más tarde, sucio, exhausto, espectral, enloquecido, José Luis fluctúa en el tempestuoso océano del *boulevard*, donde los ómnibus se convirtieron en púlpitos demagógicos, perorando los patriotas agarrados a los árboles y en que arremolinanse aislados motines; el que entona la *Marsellesa*, el que vitorea a un militar, que agita en el aire su quepis; uno exaltado al punto de apoderarse del rótulo de una tienda que luce el escudo napoleónico, rompiéndolo sin demora en mil pedazos.

De pronto, el alucinado errabundo cree que delira al descubrir en la terraza de un café a... Pero no cabe duda, él es: Aguaviva, el *marquesito*.

José Luis ignora que su perpetuo, legendario rival, siguió en la emigración a doña Isabel II, no por lealtad, sino impelido por la penuria y como parasitario y oficioso mosquetero de la realeza en litigio.

Un minuto examínanse en silencio los dos hombres, hasta que el transeúnte, volcando sillas y mesas, invade el reservado; y como en la fecha lejana e inolvidable, sintiéndose *del Puerto*, abofetea, patalea al señoril truhán, que recurre al arbitrio de tildar a su agresor de bonapartista y de ofrecer a la popular borrachera aquel hidalgo de inconfundible traza española, enamorado fanático de la emperatriz.

... Al día siguiente se verificó el duelo, matando a José Luis el primer disparo del campeón.

París, enero de 1924.

EL BAILE

(ESCENAS DEL BARRIO LATINO ANTES DE LA GUERRA)

I

(Tocador de la sala Bullier, en París, en el Barrio Latino. Una camareta de paredes blancas, ya oscurecidas, y, pegado a uno de los muros, un tablero con tres lavabos y otros tantos espejos.)

(Supongamos que un mueblista o un notario tuviesen que inventariar la referida habitación. Seguramente no encontrarían nada más que las antiguallas enumeradas por nosotros. Sin embargo... Las lunas, que perdieron su brillo, como el agua que se corrompe, y que aparecen orladas por un tubo o rollo de peluche granate, salpicado de peladuras; el mármol, con grietas; las enormes jofainas de timbal, esas jofainas que ya sólo se conservan en los atrasados hoteles de provincias, pero que constituían ayer el lujo parisiense de los lugares de placer; los cacharricos de vidrio azul, hasta unas rosas en un búcaro, hasta una tarjeta que alguien abandonó en uno de los espejos, y que amarillea lentamente; se desprende del conjunto de aquellos trastos pasados de moda un sentimentalismo lleno de voluptuosidad.)

(Resucitan los tiempos de Gavarni, con sus grisetas, sus calaveras enchisterados y de levitín, sus damas de las camelias, sus ramilletes de flores románticas, y sus conspiradores, sus duelistas y sus cenáculos literarios. Y hay más que la evocación de los últimos días del amor sin taquilla. Cuando por primera vez penetramos en el recinto que ha olvidado llevarse Cronos con su guadaña, como unas fichas que la raqueta desdeñase en el tapete verde, no sólo lamentamos la pérdida de la edad dorada de los corazones, harto sentimentales, de loretas y bohemios

en lucha con los petimetres, sino que viene a herirnos el sarcasmo del lavabo que sobrevive a multitud de idilios ya desaparecidos en absoluto.)

(La sala Bullier consiste en una gran pista encerada, donde caben sin estorbarse las cabriolas de un millar de parejas. En torno a la pista hay tres refugios: el tocador, la cantina americana y el jardín. Un vals despierta en el pecho de los danzarines una confusión de sensaciones, y flotan en el torbellino la melancolía de una nostalgia indefinida y dolorosa, el anhelo de una vida sin trabas, los sueños de realizar una novela de amor. En el lavabo está la añoranza.)

(Ahora son las diez de una noche que delata la proximidad de la primavera. Ya hace rato que la juventud de la Sorbona del Luxemburgo y de los teatros de segundo orden, y de los más famosos talleres de modisto, pirueteaba enardecida al son de violines y cornetas. Llegan al tocador los ecos de la música y las risas. Una pesada cortina de velludo defiende contra la tumultuosa profanación el arca de los recuerdos. Iluminan la estancia algunas empobrecidas lámparas eléctricas, que se reflejan en los espejos como remotos luceros en las charcas azules. Huele a humedad y a polvos de arroz.)

UN VALS ANTIGUO

MADAMA GERVASIA, *sirviente del tocador.*
Señora, ¿dónde ha dejado usted las agujas?

MADAMA SIMONA, *otra sirviente del tocador.*
¿Oye usted, señora? Es delicioso...

MADAMA GERVASIA.
Casi estoy sorda... Pero adivino lo que tocan mirándola a usted... ¿Un vals de aquellos?

MADAMA SIMONA.
Entonces un vals no era más que un vals... Ahora, un vals de aquellos es mucho más..., es... volver a vivir.

MADAMA GERVASIA.
Yo también quiero oír... Deje que me asome un poco...

(Pausa. MADAMA GERVASIA, *arrastrándose con sus pantuflas, llega hasta el cortinón y asoma su testa, aureolada por una cofia. Los violines suspiran según el afectado lirismo de antaño. Diríanse amantes desesperados que juran matarse. En la pista bullen todos los colores y todos los ruidos.)*

MADAMA SIMONA.
Gustavo silbaba este vals que era un encanto escucharle... Aquella tarde en Saint-Cloud...

MADAMA GERVASIA.
Me marea el revuelo de la chiquillería... Algo oí, un poco... ¿No es *La estrella del crepúsculo?*

MADAMA SIMONA.
Justo... Gustavo decía de este vals que era un *vals con ojeras*...

MADAMA GERVASIA.
¡Sí, es una tonada tan triste!

MADAMA SIMONA.
¡Tan lánguida!

MADAMA GERVASIA.
Dígame, ¿quién es Gustavo? Nunca me habló de ese señor...

MADAMA SIMONA.
Porque hasta hoy no tocaron este vals..., y mi corazón despierta un fantasma para cada música... Gustavo era muy guapo... Tenía unas patillas rubias y el pelo rizado a pequeños rizos... ¡Oh, un hombre de porvenir! Entonces era secretario de un personaje. Casualidades de la vida..., dejamos de vernos, y ya no volvieron a tocar este vals... ¿Quién habrá pedido que resucite la charanga *La estrella del crepúsculo,* mi *Estrella del crepúsculo?*

MADAMA GERVASIA.
Pues a mí este vals me recuerda mi llegada a París... Yo iba con mi tía

a un *carroussel* militar, en el Louvre, y las bandas tocaron la música de moda... ¡Más brillaban y se movían más los uniformes, sables y banderas, y, sin embargo, me mareaban menos que ese alboroto de la pista!

MADAMA SIMONA.
Entonces, sólo nos mareaba una mirada de él, muy fija, muy fija en nosotras.

MADAMA GERVASIA.
¿Y por qué el vals que no me habló de amor en mi juventud sólo nostalgias amorosas levanta hoy en mi pecho?

MADAMA SIMONA.
Y en el mío...

MADAMA GERVASIA.
¡Pero usted ha amado, y mucho, señora!

MADAMA SIMONA.
Esa ventaja le llevo a usted, señora... Las dos añoramos la luz... Usted como un ciego de nacimiento, y yo como quien ha perdido la vista al cabo de los años...

MADAMA GERVASIA.
Somos locas, amiga mía.

MADAMA SIMONA.
Aquí se cambian los papeles... Yo soy loca de nacimiento, y usted, al cabo de los años...

MADAMA GERVASIA.
El final es el mismo.

MADAMA SIMONA.
La vejez, la pobreza, el desamparo...

MADAMA GERVASIA.
Yo, viuda una vez, y usted, abandonada constantemente...

MADAMA SIMONA.
Un abandono no es la muerte... Ya ve cómo vuelven... ¡Hoy ha venido Gustavo, que silbaba tan bien *La estrella del crepúsculo!*

MADAMA GERVASIA.
¿Hubiese preferido usted que se presentara el propio Gustavo en persona?

MADAMA SIMONA.
—¡Sí!... Es decir, no... Al verle todo arrugado y panzón, como estará, no es su vejez lo que yo vería, sino la de mi cuerpo...

MADAMA GERVASIA.
Pero tiene usted el alma siempre joven.

MADAMA SIMONA.
Sí... Es decir, no... ¿Por qué no me distraen de mi reuma, de mis preocupaciones tan mezquinas, las otras músicas, las modernas músicas que suenan en la sala? Lo que hay es que en el cuerpo no queda huella del pasado, el cuerpo se desfigura, y, en cambio, el alma no admite que destruyamos su pasado... ¿Qué es el alma sino la memoria de nuestro ayer?

MADAMA GERVASIA.
Dice usted cosas muy bonitas... Si yo tuviera su talento, en lugar de estarme aquí sirviendo el peine y el jabón, me dedicaría a escribir cartas a los enamorados...

MADAMA SIMONA.
No puedo, me tiembla el pulso... Por lo demás, lleva usted razón... Es que yo he tratado gentes de *sprit*... Enrique, de Enrique sí que me oyó usted hablar, me dictaba sus versos... ¡Enrique! Si yo hubiera querido...

MADAMA GERVASIA.
¿Qué?

MADAMA SIMONA.
Ahora sería yo la directora de *El Faro*, de Argel... Me arrastraba la bohemia...

MADAMA GERVASIA.
Y ahora la arrastra usted...

MADAMA SIMONA.
Pero estoy c o n t e n t a... ¡Amor! ¡Amor! Yo renazco en cada una de

las muchachuelas que vienen a Bullier...

MADAMA GERVASIA.
Somos como ese vals antiguo, *La estrella del crepúsculo*... Ayudamos a los jóvenes a quererse...

MADAMA SIMONA.
Y ellos y el vals nos pagan recordándonos que hemos querido...

(Nueva pausa, silenciosa, y en el silencio se diluye la danza sentimental. Entran en el tocador ELIA, MARGARITA *y* SUSANA.)

OTRAS NOSTALGIAS

MARGARITA, *rubia, de un rubio gris, con los ojos azules.*
Iba solo, ¿verdad?

SUSANA, *rubia encendida, con los ojos verdes.*
Con un amigo... Otro español, quizá.

ELIA, *rubia oxigenada, con los ojos negros.*
¡Eso es ir solo!... Margarita pregunta si no le acompañaba ninguna mujer...

MADAMA GERVASIA.
Buenas noches, señoritas...

MADAMA SIMONA.
¿Toallas? ¿Alfileres? ¿Colorete?

MARGARITA.
¡El infame! ¡Atreverse a venir aquí, donde nos conocimos!

ELIA.
¿Y tú?

MARGARITA.
Es diferente... Yo venía desde antes de conocerle...

SUSANA.
Acaso él viene por eso, para encontrarte... casualmente...

MARGARITA.
¿Tú crees?... ¡Oh, pero yo ni lo saludaré siquiera! Le odio...

ELIA.
¿En qué quedamos? ¿No hemos venido a buscarle... también casualmente?

MARGARITA.
Sí...; pero al verle, he comprendido que me sería imposible decirle ni oírle nada...

SUSANA.
¿Tanto le amas?

MARGARITA.
Es que es muy orgulloso...

ELIA.
Mejor.

MARGARITA.
¿Mejor?

ELIA.
Sí; para complacerse en humillarlo.

MARGARITA.
¡Sí, sí!... ¡Ay, no! Si era yo quien debía pedirle perdón...

SUSANA.
Me das lástima, pobre gatita mía.

MADAMA GERVASIA.
¿Toalla? ¿Alfileres? ¿Colorete?

ELIA.
Míralo, míralo allí... Ahora se acerca Flora...

MARGARITA.
Yo quiero ver...

ELIA.
Ya se separan... Pone cara de aburrido tu español...

MARGARITA.
¿Verdad que es arrogante?

ELIA.
¿Quién, Flora?

MARGARITA.
¿Quién va a ser?... Os lo confieso: me echaría en sus brazos...

MADAMA SIMONA.
Venid acá, moninas mías... ¿Queréis un consejo? Tú, Margarita...

MARGARITA.
Gracias, señora... Tenemos colorete en nuestros bolsos.

MADAMA SIMONA.
Si no es eso... Si es que te veo sufrir..., y acaso yo conozca el remedio de tu mal.

MARGARITA.
¿Usted, señora?

MADAMA SIMONA.
Yo, yo misma... Veamos... Cuéntame...

MARGARITA.
¡Ese español!

MADAMA SIMONA.
Ya, ya comprendo... Te juró amor eterno, y un buen día te olvidó por otra... que valdría menos que tú..., con tus ojos como violetas..., ¡pobre cordera mía!

MARGARITA.
No fué así.

ELIA.
Al revés.

MARGARITA.
Tampoco... Es que los españoles son celosos, celosos, unos moros... Me encontró un día del brazo de un antiguo camarada mío..., ¡oh, camarada solamente!

SUSANA.
Es la verdad, señora.

MADAMA SIMONA.
No me engañéis... Yo comprendo todo..., yo... Oíd, ¿creéis que estáis hablando con vuestro español?

MARGARITA.
No digo mentira... Juro que yo he sido fiel a Fernando... hasta después de regañar...

MADAMA SIMONA.
¿Se llama Fernando? Nombre de rey.

MARGARITA.
Y es altivo como un rey, señora... Cree que yo traicioné su amor, nuestro amor...

MADAMA SIMONA.
No llores... Mal hecho, si no le engañaste...

ELIA.
¡Eso digo yo!

SUSANA.
¡Señora!

MADAMA SIMONA.
No me he expresado bien... No había que engañarle... Pero sí hacerle sospechar...

MARGARITA.
¡Huiría de mí para siempre! ¡Y yo no puedo vivir sin él!

MADAMA SIMONA.
¡Tonta! Los hombres, incluso los españoles, acceden más pronto a pedirnos el absurdo de que les perdonemos su enfado por una culpa nuestra, que a usar de la generosidad en sentido contrario...

MARGARITA.
No comprendo...

MADAMA GERVASIA.
¡Cuánto sabe usted, señora Simona! Yo, en su lugar...

MADAMA SIMONA.
Sí, tontuela, sí... Prefieren reconquistar que amparar a los desahuciados..., decía Enrioue (una personalidad literaria, director en Argel) que, patrióticamente, estimaba en más la recuperación de la Alsacia a la conquista de

toda la Alemania... En amor es lo mismo...

MARGARITA.
Entonces, yo digo a Fernando que le engañé...

MADAMA SIMONA.
Tampoco... Tú niegas, y si se resiste, lloras, y si resiste aún, esperas... que ya vendrá... a pedirte perdón...

MARGARITA.
Pero si es que no hablamos..., no nos vemos... Yo le devolví una carta, sin haberla abierto... ¡Infeliz de mí!

SUSANA.
¡Pequeña, queridita mía, no llores!

MADAMA SIMONA.
Se me ocurre un plan...

(Todos enmudecen. Se oyen los sollozos de MARGARITA *y, a lo lejos, el vals.* ELIA *se asoma a la pista.)*

ELIA.
Ya está Flora de nuevo alrededor del caballero...

MARGARITA.
¡Yo no puedo más! Yo voy...

MADAMA GERVASIA.
Así, de ningún modo, señorita... Las lágrimas destiñeron las preciosas mejillas de usted...

ELIA.
No hace falta... Otra vez se aleja el hidalgo... Va a la cantina...

MADAMA SIMONA.
¡Maravilloso! Escuchad, hijitas... Tú y una de vosotras vais a estar paseándoos con indiferencia, ni muy cerca ni muy lejos de... ese monstruo... Y la otra de vosotras dos se aproxima al español, le habla, le insinúa cómo sufre Margarita, y cómo Margarita no quiere perdonar, a pesar de todo... ¿Comprendéis?

MADAMA GERVASIA.
Yo, no.

MADAMA SIMONA.
Ni hace falta... Y tu, Elia, ¿comprendes?

ELIA.
Ya lo creo... Yo voy, y le digo, y le dejo de decir, y...

MARGARITA.
¡Qué buena eres! Dame un beso.

ELIA.
Dentro de cinco minutos... Fernando nos convida a las tres a *champagne*...

MARGARITA.
Y le enviaremos una copa a usted, señora... y a usted... Vamos nosotras...

ELIA.
Yo me quedo... No conviene que nos vea salir juntas... Además, ¡he de prepararme para la guerra!

MARGARITA.
¡Ah, sí! Que te diga esta señora cómo has de entrar en conversación...

ELIA.
Gracias, no necesito... Permite que me mire al espejo...

MARGARITA.
Ya estás muy guapa... Tu caridad te ha embellecido aún más... ¡Oh, yo te lo pagaré con creces! Verás, a mi vez, he de hablarle a tu polaco...

ELIA.
¿Mi polaco? ¡Que se vaya al diablo! ¡Una idea! Voy a darle celos con tu español...

SUSANA.
No hagas locuras, Elia...

ELIA.
Id, id, y dejadme en paz..., ¡yo soy Napoleón!

MARGARITA.
Hasta luego... No te retardes... No

te mires más al espejo... ¡Si estás hermosísima!

ELIA.
¿Un peine? ¿Un alfiler? ¿La barrita?

MADAMA GERVASIA.
Aquí está todo...

ELIA.
Gracias... Luego pagará el español...

SUSANA.
¿Vamos?

MARGARITA.
¡Tengo una angustia!... Adiós, señora...; deme usted un beso...

MADAMA SIMONA.
Sea... Al fin y al cabo, es un beso de amor... ¡Nunca oí *La estrella del crepúsculo* sin cambiar un beso de amor!

(Marchan MARGARITA *y* SUSANA *enlazadas por el talle.* ELIA *remata su maquillado con la ayuda de* MADAMA GERVASIA. *Se ha agrandado un lunar en mitad de la cara. Sale corriendo, y tropieza con* MADAMA SIMONA, *que contempla la pista en éxtasis.)*

ELIA.
¡Bruja!

MADAMA SIMONA.
¡Diablillo!

(Irrumpen, persiguiéndose regocijadamente, un doncel y una chicuela con silueta de rapaza del Barrio Latino, pero vestida a la moda fastuosa de los grandes bulevares, como una muñeca que hubiesen ataviado por capricho con un traje de duquesa. Chillan y corretean como los vencejos.)

ALLEGRO

LINA, *pelinegra y con tirabuzones, los ojos grandes y los dientes pequeños.*
¡Te quiero, te quiero, te quiero!

JUAN, *italiano, con un perfil de camafeo.*
¿Por qué no viniste hoy a mi estudio?

LINA.
El viejo, que no se apartó de mi lado... Pero te guardé un regalo... Adivina...

JUAN.
Ya comienzas...

LINA.
¡Un cigarrillo de esos especiales que fuma el *monsieur!*

JUAN.
¡Un cigarrillo! ¡Bah...!

LINA.
¡Y una pitillera de plata para... que no se rompiese el cigarrillo en el bolso! Toma.

JUAN.
¡Qué buena eres! Oye, ¿y no notará el viejo...?

LINA.
Tiene muchas pitilleras...

JUAN.
Me tranquilizo... Dame un beso...

LINA.
No, aquí no... Nos miran..

MADAMA GERVASIA.
¿Toalla? ¿Alfileres? ¿Colorete?

JUAN.
No me quieres si no me das un beso...

LINA.
¡Siempre has de salirte con la tuya!

JUAN.
¡Te quiero más que a mi vida! Otro, otro aún...

MADAMA GERVASIA.
Señorita... Caballero...

LINA.
Me voy... Mañana iré a verte..., piensa en mí...

JUAN.
Y tú...

LINA.
No me coquetees más con esa griega, que yo no sé qué se ha creído...

JUAN.
¿Vendrás?

MADAMA SIMONA.
Perdón..., señor...; lleva usted en la cara el colorete de los labios de la señorita..

LINA.
Es verdad... ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

MADAMA GERVASIA.
¿Una toalla?

LINA.
Ven... que yo te limpie...

JUAN.
Te dejo que me manches otra vez...

LINA.
Mañana, mañana... Y ahora y siempre... Adiós, que va a venir el viejo... Adiós, *amore.*

JUAN.
Oyes...

LINA.
¿Qué?

JUAN.
¿Tienes ahí suelto un franco?... Para pagar a la madama...

LINA.
Sí, toma...

JUAN.
¡Tengo unas ganas de ser rico para corresponder a tu generosidad, chiquilla, juguete mío!

LINA.
Sí, cuando seas rico... ya no te acordarás de mí...

JUAN.
¡Que no! Te juro...

LINA.
Yo me vengaré enamorándome de mi viejo... ¡Ay, míralo, ahí llega! Corre...

(Salen disparados JUAN *y* LINA. *El italiano se olvida de pagar el servicio de tocador.)*

MADAMA GERVASIA.
¡Eh, caballero! ¡¡Caballero, caballero!!...

(Aparece un vejestorio panzudo, de frac, condecorado, el bigote teñido y peluquín.)

EN LOS NIDOS DE ANTAÑO...

MONSIEUR GUSTAVO.
¡Lina! ¡Bebé! ¿Dónde andas?... Señora, ¿ha entrado aquí una muchachita morena...?

MADAMA SIMONA.
¡Gustavo! ¿Tú? ¿Eres tú quien ha pedido a la orquesta que tocase *La estrella del crepúsculo?* ¿Te acordabas de mí? ¿Has venido a Bullier a recordar tiempos mejores? Gustavo...

MONSIEUR GUSTAVO.
Señora... perdón... No conozco a usted...

MADAMA SIMONA.
¿Es posible? ¡Y me llamabas con los más dulces nombres, Gustavo! ¿Te acuerdas, una tarde, aquella tarde en Saint Cloud...?

MONSIEUR GUSTAVO.
Repito, señora... Usted se confunde...

MADAMA SIMONA.
Eras más galante entonces... Y debías serlo más ahora, porque has envejecido terriblemente...

MONSIEUR GUSTAVO.
Le ruego a usted, señora, que me diga si ha entrado aquí...

MADAMA SIMONA.
Entonces tenías rizada la cabellera, flexible el talle, la mirada tuya embriagaba... y sobre todo, eras más amable... ¿Por qué has vuelto?

MONSIEUR GUSTAVO.
Por mi mal... Sí, ya te reconozco... Tú eres Simona... Tú has sido una pasión mía... Estuve a punto de batirme por ti... Yo te robé a Enrique Durán, aquel de los versos armoniosos...

MADAMA SIMONA.
¿Lo ves? ¿Lo ves como no me engañaba el corazón?

MONSIEUR GUSTAVO.
Unicamente con el corazón podrías reconocerme... Porque mi aspecto...

MADAMA SIMONA.
Muy elegante... Has hecho carrera... Pareces otro... Pero yo no te he olvidado... ¿Te acuerdas cuando te despeinaba?

MONSIEUR GUSTAVO.
Ya no podría ser...

MADAMA SIMONA.
Lo mismo...

MONSIEUR GUSTAVO.
¡Gasto peluquín!

MADAMA SIMONA.
Mi ternura sería la misma...

MONSIEUR GUSTAVO.
¡Un idilio ridículo!

MADAMA SIMONA.
Un idilio de amistad...

MONSIEUR GUSTAVO.
Imposible, imposible, imposible... Dime, por favor, ¿ha entrado aquí...?

MADAMA GERVASIA.
Sí, ha entrado una muchacha morena...

MONSIEUR GUSTAVO.
Justo, esa... ¿Con quién iba?

MADAMA SIMONA.
Seguramente no es la que usted busca, *monsieur* Gustavo... Esta que dice la señora es alta, grande y se llama Antonieta... ¿Coinciden sus señas con las de su protegida?

MONSIEUR GUSTAVO.
No, no... La mía...

MADAMA SIMONA.
La *suya*...

MONSIEUR GUSTAVO.
¡Es mía!

MADAMA SIMONA.
Yo no lo niego... ¡Pobre *monsieur* Gustavo!

MONSIEUR GUSTAVO.
¿Qué, la viste con alguien, un muchachete, un ladronzuelo...?

MADAMA SIMONA.
No...

MONSIEUR GUSTAVO.
No entiendo a usted.

MADAMA SIMONA.
Ni su *bibelot* le entenderá a usted... Nosotros, usted y yo, somos ya un vals antiguo... ¿Se acuerda usted cuando me dijo que *La estrella del crepúsculo* era un *vals con ojeras?* Han pasado los años, *monsieur*, y ya no es más que un *vals con peluca postiza*...

(Suenan las últimas notas de la arcaica danza de las sensiblerías.

En la pista estalla un grande alboroto de aplausos y hurras. MADAMA SIMONA *coge un peine del tocador y lo pasa por el bisoñé de* monsieur GUSTAVO. *Y* monsieur GUSTAVO *duda si deberá o no pagar la propina de rigor.* MADAMA GERVASIA *se la arrebata de las manos.)*

II

(La cantina de Bullier. Alto y defensivo como una muralla, el mostrador. En los estantes, la mágica policromía del alcohol, con sus tonalidades verdes, doradas, bermejas, grises, que traen a la memoria desde las pupilas que suponemos en las sirenas hasta las más raras piedras preciosas, hasta el brillo del sol. Una ringla de canecos de ginebra. Unos carteles ultramodernos de Capiello, los «affiches» que semejan relámpagos multicolores. Las pantallas de acero todavía añaden crudeza a la de los garabatos eléctricos en sus peras de cristal.)

(Para un hidalgo español, acostumbrado a los cafés oscuros, con sus divanes de terciopelo guinda y con los muelles rotos, un bar a la americana es como una ducha de luz. Y se nos descubre el otro sentido de las bebidas dulces en su amargura y ponzoñosas en su condición de auxiliares del alma humana. Porque en España, en Europa, el alcohol sirve para amodorrarnos. Los yanquis, los argentinos, buscan el estimulante que les enloquece de energía, el soplo mefistofélico.)

(A lo largo de los caminos seculares del viejo continente, en los rincones de las ciudades antiquísimas, los europeos establecen sus grutas o sus palacios de la pereza en donde paladear el «far niente» de las razas agotadas. Nosotros pedimos al ajenjo que nos ilusione con el espejismo de una mentirosa existencia magnífica. Los paraísos artificiales. En cambio, allá, al otro lado del mar, se improvisaron las anaquelerías en mitad de un desierto que se suponía sepulcro del oro, o al borde de una de esas colmenas bursátiles, que ya no es sepulcro, sino altar del oro, y he ahí cómo el alcohol adquiere una misión absolutamente distinta: la de avivar más la mirada nuestra para que desentrañe la realidad, en vez de desparramarla en una radiosa visión de voluptuosidades.)

(Nos aproximamos a la cantina de los licores venenosos, y por sugestión quizá literaria y cinematográfica, mitad por mitad, parece que al apurar una copa del líquido verde, rojo o dorado ya nos transformamos en audaces mineros, en rapiñescas gentes aventureras, en condenados a una vida intensa y fugaz de llamarada. Queremos sacar el pañuelo del bolsillo, y pensamos que la diestra tropezará con la «browning». La embriaguez en una cantina yanqui significa tanto como una maldición por rebelarse contra el cielo. No en balde ha sido habitual de esos adorados infiernos la sombra terrible y lumínica de Edgar Poe.)

(Luego, toda cantina yanqui tiene algo de «music-hall», nuevo carácter, alcanzado al implantarse los retablos de los descampados en la ciudad. Un tipo de c'ac y monóculo, encaramado y exhibido en uno de esos taburetes tan altos, sin más que mostrarse ya constituye un espectáculo de excentricidad. Y las mujeres se ofrecen como ídolos. Flor en la boca del vaso. Espuma. Premio de cucaña...)

(Naturalmente, la cantina yanqui de Bullier ha perdido en valor dramático lo que ganó en afrodisíaca seducción. Por un resto de pudor decorativo se mantiene en el foso un Hércules mostachudo, con la testa al rape, gruesa cadena de reloj, manazas velludas y que no se quita jamás de los labios una pipa con agujereada tapadera de metal. Hay quien dice que el cantinero se caracteriza como los actores del teatro.)

(Por casualidad se halla abandonado del público el tinglado del alcohol. FERNANDO *Álvarez permanece apoyado de codos en el tablero, como si se hubiese dormido de pie. Es un guapo mozo renegrido, las pupilas que refulgen, barba de árabe, dentadura canina. Magro*

y firme. Trazas de artista, bajo el chambergo calabrés.)

*(*ELIA *va y viene, sin conseguir llamar la atención del sonambulesco personaje. Por último, la fortuna acude en auxilio del diablillo. La orquesta ha comenzado a tocar un aire español: nada menos que el pasodoble «Gallito». La sensualidad de tal música es acogida con aclamaciones por una muchedumbre en que hay japoneses, rusos, alemanes, hasta negros. Instintivamente* FERNANDO *ha vuelto la cabeza hacia la pista, y* ELIA *aprovecha la oportunidad y deja caer su bolso al suelo.* FERNANDO *recoge el bolso y la sonrisa de* ELIA. *Hablan. Inmediatamente la muchacha pide al español que la suba a uno de los taburetes, y, ya en su trono, cruza una pierna sobre otra, juega a castañetear un zapato, lo sostiene con la punta del pie, finge que se le va y, al agacharse* FERNANDO, *siente que los dedos minúsculos y revoltosos, a través de la seda de la media, le hacen cosquillas en la nuca.* ELIA *se rie a carcajadas.)*

DIALOGO CASI TRASCENDENTAL

ELIA.
Ni haciéndole cosquillas se ríe usted... ¿Por qué son tan sombríos ustedes los españoles?

FERNANDO.
¡Si yo soy muy alegre!...

ELIA.
Entonces es que está usted triste esta noche. Esa música... quizá... que le recuerda su amante de España...

FERNANDO.
En España no tenemos amantes...

ELIA.
¿Qué, pues?

FERNANDO.
Tenemos novias...

ELIA.
¿Qué son las novias?

FERNANDO.
Unas mujeres que se desean más que la amante más codiciada, y a la que no debemos ni siquiera besarle la mano...

ELIA.
¿Y las tratan?

FERNANDO.
Hasta por obligación... y a horas fijas... y ceremoniosamente... con el permiso y la presencia de la familia...

ELIA.
¿Y el final?

FERNANDO.
La boda.

ELIA.
Casi sin conocerse...

FERNANDO.
Conocemos a las novias siempre como en visita... Luego, de casadas, esas novias ya no están nunca delante del marido como en visita...

ELIA.
¿Había muchos desengaños?

FERNANDO.
España es el país de la resignación... Creemos allí que es comer el mordisquear un queso que llaman manchego; vestir, el cubrir las carnes con estameña; embellecer la casa, adornarla con pinturas realista de cadáveres, y el amor no es de besos, sino de mordiscos...

ELIA.
No comprendo bien; pero me parece que quiere usted decir que en su país se contentan con iniciar las cosas...

FERNANDO.
Menos en amor, que hay que llevar el asunto a un término irremediable...

ELIA.
¿Y usted ya habrá hecho su boda?

FERNANDO.
No.

ELIA.
¿Y no tiene novia?

FERNANDO.
Señorita: yo soy demasiado europeo en mi tierra y demasiado español aquí...

ELIA.
A ver, a ver, expliqueme... Pero antes, ¿me convida?... ¿A qué me convidará usted?

FERNANDO.
Una copa de champagne.

ELIA.
Un vaso de vino andaluz...

FERNANDO.
¿Jerez, el vino de las pasiones que matan en España y de la incurable tristeza en Inglaterra?

EL OGRO DEL MOSTRADOR.
No tenemos Jerez.

FERNANDO.
¿Manzanilla, el mosto de las burbujas que revientan como suspiros?

EL OGRO DEL MOSTRADOR.
No tenemos manzanilla.

FERNANDO.
¿Montilla, el zumo que convierte a los toreros cordobeses, los cetrinos y austeros, en filósofos estoicos?

EL OGRO DEL MOSTRADOR.
Tampoco tenemos Montilla.

FERNANDO.
Entonces...

EL OGRO DEL MOSTRADOR.
Hay Málaga...

ELIA.
¡Yo quiero Málaga!

FERNANDO.
Oloroso, dulce y aterciopelado.

ELIA.
Convídeme también a cigarrillos.

FERNANDO.
¿Quiere éstos, de humo muy azul, que abrillantan las pupilas y adormecen el alma?

ELIA.
¿Todos los españoles son poetas como usted? Oiga: ¿me dará una serenata de guitarra? Quiero que me cuente cosas de Sevilla... y de Granada... Dicen que en Granada hay unas torres bermejas...

FERNANDO.
De oro y de púrpura.

(El OGRO *mostachudo sirve a* ELIA *una copa de vino, en tanto «mademoiselle» enciende con afectada mimosidad un cigarrillo. En el fondo multicolor y refulgente hasta la violencia de la cantina, y en medio de las fogosidades y bravuras del pasodoble, destaca aún más la artificiosidad de la figulina parisiense. La carne es seda y nácar; la peluca, rizada y corta, semeja un clavel imposible, de un amarillo soñado, y únicamente los monos sabrían engarabitarse en las ilógicas y aéreas actitudes de la animada estatuita femenil. Orquídea, cáliz del placer estéril y doloroso en su agudeza, decadente obra de arte, sutil invento químico, criatura angelical y depravada y una sonrisa de candor.)*

ELIA.
Bueno, bueno... No vayamos a olvidarnos de que tenia usted que explicarme por qué resulta demasiado español en París.

FERNANDO.
Es que el amor, la vida entera, en París acierta, como las serpientes, a retorcerse sin que le estorbe la espina... Por el contrario, nuestro esqueleto es rígido, de movimientos simples... En otras palabras: somos rudos, incomprensivos, orgullosos, feroces... y ustedes se deleitan en la complicación.

ELIA.
A usted le ha ocurrido algo terrible a su llegada a Paris... Cuénteme...

FERNANDO.
No, nada... Siempre pasará que el agua escape del cestillo, y que yo no consiga entender y que me entiendan ustedes.

ELIA.
Según... Habrá tropezado usted con alguna tonta...

FERNANDO.
No... Si es la fábula de la raposa y la cigüeña... El plato no sirve para la cigüeña, y la botella no sirve para la raposa... Mis vehemencias, mi ardor, mis apasionamientos, alejan de mí a sus compatriotas, que no son más que reflejos, como el nácar o el moaré... Luego, para nosotros los españoles, el amor es encarcelarnos, y aquí es libertad...

ELIA.
¿Olvida usted que cuanto más exquisita es una mujer, sueña con mayor fruición en el abrazo enorme de los bárbaros?

FERNANDO.
Usted, por ejemplo...

ELIA.
¡Oh, no! Yo ahora no soy más que un filósofo... ¿Sabe usted que yo he asistido a la cátedra de *monsieur* Bergson?

*(*ELIA, *asustada de sus propias palabras, harto graves, extrae del bolso un espejito y una diminuta borla y comienza a empolvarse. Al mismo tiempo, como al descuido, se recoge las faldas, y quedan al descubierto sus piernas, luengas y aniñadas, con sus estiradas medias, transparentes en su negrura, con reflejos de la carne. Se difunde en el aire la fragancia del cuerpo de mujer al removerse.)*

FERNANDO.
Y yo no soy un bárbaro... Soy un moro... Los moros han sido refinadísimos... Por ejemplo, ahora estoy discurriendo una exquisitez que no ha inventado todavía ningún perfumista de los bulevares...

ELIA.
Veamos.

FERNANDO.
Había que inventar un aroma horrible y divino, como un veneno de los Borgias, y que se titulara: *Chemise*... El título indica lo demás... ¡Olor de camisa de fémina!...

ELIA.
¿Y cómo fabricarlo, señor?

FERNANDO.
Se acababan las lavanderas...

ELIA.
Cállese el sátiro... Diga: ¿cómo es el amor en su tierra?

FERNANDO.
Ya le dije que a mordiscos.

ELIA.
Muchos besos, entonces...

FERNANDO.
De sanguijuela...

ELIA.
¿De sanguijuela? No comprendo...

FERNANDO.
Sí, que se agarran y chupan hasta que salta la sangre...

ELIA.
¡Oh, es embriagador!

(Pausa. FERNANDO *intenta acariciar las piernas de* ELIA. *Se escandaliza* ELIA *y tápase ruborosamente hasta los pies.)*

ELIA.
¡Quieto! ¡Que nos están mirando!

(Sobresaltada de repente, la muchacha recorre con la vista el

salón hasta que descubre a MARGARITA *y* SUSANA, *que contemplan a la pareja con notoria inquietud. También* FERNANDO *ve a su amante, y no puede disimular cierta zozobra.)*

FERNANDO.
¿Por qué se sonríe usted?

ELIA.
Tonterías...

(ELIA *finge estar preocupada, y juguetea con el largo collar de gruesas cuentas de ámbar. Entornó los párpados. De improviso se lleva los dedos de uñas afiladas y rojas en su esmalte, a las retorcidas patillas de «española». Y clava su mirada negra en el mozo.)*

FERNANDO.
¿Otro cigarrillo?

ELIA.
Prefiero que me diga usted otra manera de besar a la española... Supongo que también habrá el beso comparable a este vino de Málaga...

FERNANDO.
No...

(ELIA *bebe un sorbo y después acaricia su boca de corazón de barája francesa con la lengüecilla ágil, viva y húmeda.)*

ELIA.
Pues aquí, en Francia, tenemos una serie más larga...

FERNANDO.
Todo el amor en Francia es como un beso... sensualidad y espiritualidad, un roce efímero y que no deja huella...

ELIA.
¿Usted sabe qué es un beso mariposa?

FERNANDO.
No.

ELIA.
¡Pobre recién nacido!... El beso en los párpados, que aletean... como una mariposa...

FERNANDO.
Es verdad...

ELIA.
En cuestión de besos no importan ni la verdad ni la mentira... Sólo el beso... ¿Y un beso ciego?, ¿sabe usted qué es un beso ciego?

FERNANDO.
A pesar de caminar a ciegas en este asunto, ignoro ..

ELIA.
Imagínese usted que yo... es decir, no, la mujer preferida por usted... por ejemplo, la rubia aquella que nos está observando... Creo que se llama Margarita... ¿La conoce usted?

FERNANDO.
De vista... Un poeta de mi país ha dicho que a las mujeres sólo se las puede conocer de vista...

ELIA.
Imagínese que aquella rubia. .

FERNANDO.
¿Por qué no usted?

ELIA.
Porque usted ama la rubia aquella...

FERNANDO.
¿Se burla usted de mí?

ELIA.
Y porque yo tengo mi beso, de uso mío particular y privilegiado...

FERNANDO.
Explique...

ELIA.
Luego... Imagínese que la rubia aquella insinúa un beso con sus labios... Usted cierra los ojos... No sabe dónde irá a posarse el beso de Margarita... Cada poro del cuerpo de usted se con-

vierte en una boca ávida de recibir y devolver la caricia... Y el beso que usted esperaba en el pecho... cae en... la nariz... y le hace estornudar...

FERNANDO.
Efectivamente, ese es un beso ciego... Pero explíqueme el suyo, el único..

ELIA.
Tiene un nombre nada elegante...

(ELIA *coge el estuche de los cigarrillos, enciende uno y lanza una bocanada de humo oloroso. Bebe. En tanto,* FERNANDO *lucha porque no naufraguen sus románticas memorias de* MARGARITA *en la sensualidad de* ELIA. *Y va* ELIA *y agarra de la melena al galán, que se estremece.)*

FERNANDO.
¿Y el beso...?

ELIA.
De peluquero...

FERNANDO.
¿De peluquero?

ELIA.
Ya le avisé... Para rematar un corte artístico de la cabellera, todo buen maestro atenaza con sus dedos el mechón de pelos... así... y de un golpe, ¡zas!, corta la cresta que sobraba...

FERNANDO.
Pero el brazo del peluquero no huele como el de usted, Elia.

ELIA.
Mi beso consiste en prender los labios de usted... bueno, de mi amigo... y rozar con los míos la cresta que sobresale...

FERNANDO.
Ensayemos.

ELIA.
No, que nos miran...

FERNANDO.
Vámonos de aquí...

ELIA.
Imposible... ¿Qué diría Margarita?... Y mi amigo...

FERNANDO.
¿Tiene usted un amigo?

ELIA.
Pero ya estoy cansada de él...

FERNANDO.
Entonces...

ELIA
Hablemos de otra cosa...

FERNANDO.
¡Aborrezco a usted!

ELIA.
Ya salió el español... el bárbaro... Así me gusta... ¿Me asesinará usted con un cuchillo y luego se meterá usted fraile?

FERNANDO.
¡Elia!

ELIA.
¡Oh, divino, divino!... Ahí va mi mano, caballero español... ¿Qué mira usted? ¿Sabe usted leer en las rayas de la mano?

FERNANDO.
Es una vieja sabiduría española la de leer en las manos y en las estrellas...

ELIA.
¿Y qué ve usted?

FERNANDO.
Por de pronto... una mano preciosa...

ELIA.
¿Y qué más? Eso ya lo veo yo...

FERNANDO.
¿Quiere que le descubra su porvenir?

ELIA.
Me interesa mucho...

FERNANDO.
Y a mí... Siempre que encontramos

una mujer bonita, debemos temer que su vida y su porvenir sean los nuestros también...

(ELIA *extiende en el mostrador la estrella de su mano, ahora recogida como una concha. A pesar suyo, le preocupa la inquisitiva mirada del español. El gitanesco misterio se desarrolla solemnemente, y el pasodoble andaluz suena como la canturía de una caravana que se detuvo para presenciar el rito de la brujería, antigua como el mundo.* ELIA *tiembla como una avecica amedrentada. Allá lejos, perdida en el tumulto de la sala,* MARGARITA *rompe a llorar.)*

(JUAN, *el italiano de perfil de camafeo, y* LA GRIEGA, *que no tiene otro nombre, y que es una belleza afilada y ambarina, con peinado de alas de cuervo, un tanto varonil la silueta, con su traje «tailleur», chambergo y en la solapa un clavel de Niza, llegan al mostrador y piden sendos vasos de whisky y soda. Chocan los vasos en silencio.)*

LOS PARAISOS ARTIFICIALES

JUAN.
¿Quién te dijo que han detenido a Francisca?

LA GRIEGA.
Yo que lo vi... Sin duda la han delatado... Francisca estaba aún acostada, cuando llegó la Policía al hotel... Por milagro no se encontraba allí María la Bretona... Ya sabes que ahora andan juntas... Parece que anoche riñeron porque María no se decide a despedir del todo a su hermoso Enrique...

JUAN.
¿La Policía se llevó a Francisca?

LA GRIEGA.
Sí... Registraron y encontraron una caja llena de botecitos de *coco*...

JUAN.
¡Pobre!

LA GRIEGA.
La enviarán a su país, y en paz...

JUAN.
Lo malo es que a nosotros se nos acabaron las provisiones... y a mí se me presenta la ocasión de una venta magnífica... Una dama rusa de los Campos Elíseos...

LA GRIEGA.
¿Paga bien?

JUAN.
Maravillosamente...

LA GRIEGA.
Mañana tendremos opio... Lo trae un marinero que viene de Oriente... Estuvo hoy en el estudio de monsieur Bernard... Ha vendido allí armas y telas... Salimos juntos; me dió tiempo a vestirme, terminada la sesión, y hablamos y nos entendimos... Llevaba un poco de opio encima y me lo ha dado... Pero éste es para nosotros... ¿Vendrás luego a la cervecería? Desde allí saldremos juntos.

JUAN.
A condición de que no remolques a la eterna *Chechete*...

LA GRIEGA.
¡Pobre niña!... Estaremos solos tú y yo, lobo mío...

JUAN.
Es que he de hablarte de un proyecto...

LA GRIEGA.
Mira...

JUAN.
Esconde eso... He visto antes por ahí a ese de la Policía..., ese de los bigotes...

LA GRIEGA.
No le tengas miedo.

JUAN.
Ya ves Francisca...

LA GRIEGA.
Ese es cliente mío... También gasta de la *coco*...

JUAN.
¡Cuánto vales!

LA GRIEGA.
Señor, dos whiskys más.

(En esto llega precipitadamente LINA, *con su indumentaria espléndida. Viene furiosa. En el momento que* JUAN *iba a beber su vaso,* LINA *se lo arrebata y lo echa al suelo. Su furor crece al reconocer la pitillera de «monsieur»* GUSTAVO *en el bolso entreabierto de* LA GRIEGA. *Nadie sorprende la escena.* FERNANDO *y* ELIA *siguen absortos en el juego de la buenaventura. En la pista continúa el baile bulliciosamente.* LA GRIEGA *pretende llevarse a* JUAN.)

BATALLA DE FLORES

LINA.
¡Canalla!

LA GRIEGA.
¿Pero qué le pasa a *madame?*

LINA.
¡Cochino! ¡Embustero! Ni siquiera te cuidas de engañarme...!

JUAN.
No alborotes... ¡por favor!

LINA.
¡Me da la gana!... Que se enteren todos de quién eres... Un granuja... Un farsante... ¿Para esto me quitas mi dinero... el dinero del viejo? Voy a denunciarte a la Policía... que te echen...

JUAN.
Calla, o...

LINA.
Eso... pégame... ¿Y usted, señora, no sabe que *éste* es mío, mío, que no tiene usted derecho a robármelo? ¡Valiente pelandusca será usted también!... ¡Digna pareja!...

LA GRIEGA.
Tú, Juan, ¿de dónde has sacado este salvaje enloquecido?

LINA.
Váyase, váyase pronto... si no...

JUAN.
Te ofuscas... pequeña... Es un compañero de negocios... Y aunque no lo fuese... ¿No tengo yo que soportar al viejo?

LINA.
¿El viejo?... ¡Maldito sea! Lo despediré, sí, lo despediré... Volveré a mi máquina de escribir... Yo te quiero a ti, *amore*, yo te quiero a ti solo... No me eches de tu lado... Yo te quiero a ti...

(LINA *prorrumpe en sollozos, y acaba abrazándose a* JUAN, *que está conteniendo su cólera napolitana de juramentos pintorescos. Intenta desasirse.* LA GRIEGA, *sin darle más importancia al incidente, resuelve marcharse, y antes paga el consumo. Y entonces el ogro, que ha asistido a la batalla sin enterarse, con la cabezota envuelta en el humo espeso de la pipa, considera oportuno manifestar su condición de testigo, con el fin de que no se vaya* LA GRIEGA *sin indemnizarle por el vaso que ha roto* LINA. LA GRIEGA *paga y se aleja como un pavo real.)*

LA GRIEGA.
Hasta luego... Ya sabes dónde...

LINA.
No, no irás... Siempre conmigo... ¡Te quiero, te quiero, te quiero!

(*«Monsieur»* GUSTAVO *aparece en la cantina.)*

CONCERTANTE

MONSIEUR GUSTAVO.
Lina, ¿qué haces ahí?

LINA.
¡Idiota, vieja bestia idiota! ¿No lo estás viendo? ¿No te duele la frente?

(LINA *saca la lengua y hace muecas despreciativas para «monsieur»* GUSTAVO.)

MONSIEUR GUSTAVO.
Ya entiendo...

LINA.
¡Al fin!

JUAN.
Caballero... no juzgue usted mal... Lina y yo somos camaradas antiguos... Hemos vuelto a vernos al cabo del tiempo... Le juro...

MONSIEUR GUSTAVO.
¿Es verdad lo que dice este... señor?... Contesta, Lina.

LINA.
¡Idiota!

JUAN.
No la crea usted... Quiere darle a usted celos...

LINA.
No, no... Yo te quiero a ti... ¡Mira cómo lo beso...!

JUAN.
Vamos, ya basta de bromas, señorita.

MONSIEUR GUSTAVO.
Lina... muñequito...

LINA.
¡A la porra con tus dengues, viejo verde! Me das asco... Quédate con tu dinero... Carcamal... que hueles a cementerio... Anda y alquila una enfermera... y si no ve y hazle caricias a un camello...

MONSIEUR GUSTAVO.
¡Niña, estás loca! ¿Qué has bebido? Considera...

(SUSANA, *compadecida del dolor de* MARGARITA, *y comprendiendo la traición de* ELIA, *atraviesa la pista, llega a la cantina y llama imperiosamente a la amiga infiel.)*

SUSANA.
Elia, necesitaba hablarte ahora mismo... Perdón... caballero...

ELIA.
Ya voy en seguida... Espérame...

SUSANA.
No puedo marcharme sin ti... Te necesito; he dicho que te necesito ahora mismo...

FERNANDO.
Vaya usted... Ya continuaremos otro rato...

SUSANA.
Anda, mujer...

ELIA.
Hasta luego... señor... Fernando...

(SUSANA *consigue llevarse a* ELIA, *y* FERNANDO *las sigue con la mirada. Las dos mujeres se detienen donde está* MARGARITA, *toda compungida y llorosa.* ELIA *intenta retener a* FERNANDO *con un guiño a distancia.* FERNANDO *adivina lo ocurrido, y, sin dejar de reírse por la aventura, compadece a* MARGARITA *y se propone buscarla y consolarla. Luego, en el jardín. Al otro baile. Ya se apagaron los últimos acordes de la tonada andaluza. El gentío retorna a los palcos, a los pasillos, a la cantina. Cerca de la cantina está el complemento del mostrador yanqui, las máquinas automáticas, los aparatos para medir la fuerza, unos bolos. Todo bajo la algarabía colorista de unos trofeos de banderas en percal de los más*

apartados países. El público invade aquel rudimentario parque de atracciones a la americana. Comienzan a sonar los puñetazos de los atletas de la Sorbona y las carcajadas de las peripatéticas del Luxemburgo.)

*(*JUAN *logra desasirse de* LINA *y echa a correr.)*

MONSIEUR GUSTAVO.

¡Linica!... ¿Lo ves? Sólo yo te quiero... y te perdono...

*(*LINA *se apoya en el mostrador, más alto que ella, y se muerde los labios y llora gruesas lágrimas de fuego. «Monsieur»* GUSTAVO *recurre a un procedimiento ingenioso. Compra un estuche de bombones y lo brinda a la chicuela.)*

LINA.

¿Aún estás ahí?

MONSIEUR GUSTAVO.

¿Quién te quiere como yo?... Toma estos bombones... *Suchard*... como a ti te gustan...

(«Monsieur» GUSTAVO *deposita respetuosa y tiernamente el estuche de chocolates en la manecica de la colegiala rebelde. Y la colegiala repite su hazaña del vaso de whisky: lo arroja al suelo y se desparraman los bombones. Una cuadrilla de bohemios observa la comedieta, y ya está formado el corro de curiosos. La fierecilla enamorada, cuando se encuentra rodeada de público, seca sus lágrimas instantáneamente, y prepara su venganza, de teatro guignol, de pantomima. Ha consentido que se le acercase el vejestorio, y de repente le tira del peluquín; medio lo despega. «Monsieur»* GUSTAVO *protesta con unos chillidos muy cómicos. En torno, ríe y aplaude la legión bohemia. Terminan los espectadores por agarrarse del brazo, y cantan y bailan una farandola de mil diablos. Vence al estruendo la risa de* LINA, *tan feliz y tan infeliz.)*

III

(Jardín del Bullier. FERNANDO *ha venido a recostarse en un banco que hay en lo más escondido del bosquecillo. Allí está también la taza con su surtidor, que baila toda la noche en la soledad. El cielo no tiene sus astros, sino que es una vagorosa neblina sonrosada, reflejo de las luminarias de abajo, vaho enfebrecido de la urbe. Mejor se perciben los ruidos de la calle, el bocinazo de un* auto, *una trova marinera entonada a coro por algunos hombres, el reloj de la Sorbona y el silbido del tren en la estación inmediata, que la música y el bullicio de la pista. Están tocando un tango; y la concurrencia admira en éxtasis a las escasas parejas iniciadas en la danza embriagadora, que c o r r e el año 1914. A intervalos óyese la caliente y lánguida gachonería de los violines. En los raros instantes silenciosos resuena el surtidor con el barboteo del agua no pulverizada, no lático de cristal, no desgranada perlería, sino aislados cuajarones que caen como ranas en el remanso. Y en el remanso, tal cual onda amplia y plácida se adorna efímeramente con un chispazo arrancado a cualquier apartada farola.)*

(Tampoco se distinguen los árboles, amasados y confundidos en las tinieblas. Ni el perfume delata las flores, que aún no se abrieron en los arbustos. Huele a humedad. A lo mejor se desliza una sombra; adivínase una mujer en la fosforescencia de unos ojos flotantes. Otra vez es el crujido de la grava. Unas mortecinas guirnaldas de globos japoneses cruzan el aire. El claro resplandor de la sala agujerea en mil puntitos áureos la frondosidad. Breve cielo estrellado. Al final de un sendero se halla la galería, con sus lámparas eléctricas y sus ristras de rosas de papel, tan extrañas de color. Los árboles vecinos de la galería adquieren un verde maravilloso al bañarlos la luz artificial; semejan a los del teatro.)

(Jardín fingido, que requiere la com-

plicidad del nocturno, la música y el amor. Pierrot no necesita nada más para creerse en el paraíso.)

MURMULLOS EN EL JARDIN

(SUSANA *camina como un fantasma, y se envuelve en su chal de gasa con grandes lentejuelas de plata. Por último, descubre a* FERNANDO.)

SUSANA.
¿Me permite usted...?

FERNANDO.
Señorita...

SUSANA.
Vengo en su busca...

FERNANDO.
¿Estamos en París o en Venecia, en la antigua Venecia de los capuchones de raso, una noche de Carnaval?

SUSANA.
Vengo para hablarle de Margarita...

FERNANDO.
¡Ah!

SUSANA.
No se contenta usted con desdeñarla, sino que aún la humilla usted seduciendo a sus amigas...

FERNANDO.
Yo, no...

SUSANA.
Pase el coloquio con Elia... Elia traicionó a Margarita... Pero esos rodeos de usted alrededor nuestro...

FERNANDO.
Yo iba a hablar con Margarita... Al darme cuenta de la infidelidad de Elia, quise confesarme con Margarita, quise traerla al jardín... como otras veces...

SUSANA.
Margarita creyó que rondaba usted a Elia.

FERNANDO.
Y yo acabé desesperándome, en vista de que no se me hacía caso ninguno, y vine aquí a sentirme Pierrot.

SUSANA.
¿En España hay Pierrots?

FERNANDO.
Inevitablemente, porque en todas partes hay Colombinas... Sólo que en España matamos de una puñalada al señor Arlequín.

SUSANA.
Será muy triste el amor en España...

FERNANDO.
Por eso es más voluptuoso...

SUSANA.
¿A usted le gusta ver llorar a su amiga?

FERNANDO.
Cuando no tiene culpa.

SUSANA.
Eso es una crueldad.

FERNANDO.
En cambio, ustedes son crueles en fuerza de no llorar nunca por amor...

SUSANA.
¿Y las lágrimas de Margarita?

FERNANDO.
Literatura, cocaína, champagne, el baile...

(Pausa. Se difunde un eco del tango. SUSANA *es un bellísimo espectro blanquecino, con las motas brillantes de las lentejuelas, con su orla áurea de la cabellera, con sus pupilas sirenescas. Se la creería el alma del nocturno.)*

SUSANA.
Margarita ama a usted.

FERNANDO.
He sido un capricho suyo...

SUSANA.
Margarita vino aquí esta noche a buscar a su don Fernando...

FERNANDO.
Y yo a encontrarla a ella. .

SUSANA.
¿Por qué no se acercó usted a hablarla apenas nos vió entrar?

FERNANDO.
Margarita me ha vuelto la cara...

SUSANA.
Por emoción... Venga usted conmigo... Margarita ya salió del Bullier; pero nos espera en el café de al lado...

FERNANDO.
Es que yo... no siento ya el deseo de verla...

SUSANA.
Elia ha embaucado a usted.

FERNANDO.
Al contrario... Después de las insinuaciones demasiado fáciles de Elia, tenía yo más ganas que nunca de un beso de Margarita... Un sollozo de nostalgia que me ahogaba...

SUSANA.
Vamos...

FERNANDO.
No; quedémonos aquí... Hablemos nosotros...

SUSANA.
Yo no puedo oírle...

FERNANDO.
Basta con que me deje mirarla en silencio...

(SUSANA *se levanta para marcharse, y* FERNANDO *la retiene, sujetándola por el vuelo del chal.)*

SUSANA.
Usted ha mentido a Margarita...

FERNANDO.
Para no mentirle, no voy ahora a buscarla.

SUSANA.
Pero su amor ha sido una mentira.

FERNANDO.
Todo amor no es más que una larga mentira que tejen las pequeñas verdades del momento.

SUSANA.
A mí no me engañará usted, señor.

FERNANDO.
Yo cerraría los ojos para dejarme engañar en seguida por usted, señorita... ¿cómo?

SUSANA.
Susana.

FERNANDO.
Susana... Soñemos... Estamos en un jardín, hay una fuente, una música... en la lejanía, farolas en el aire... Susana, yo le contaba mis penas, unas penas ilusorias, que no existen... Pero usted se conmovía con mi relato... y yo ante la belleza de usted... Siéntese... Vamos a representar una comedieta para nosotros dos solos...

SUSANA.
Me espera Margarita... Lo espera a usted también.

FERNANDO.
Susana... es mejor que yo no vuelva nunca más al lado de Margarita... Estoy convencido... Tengo mis razones... y mi experiencia... Sin embargo, hoy quise que nos reuniéramos de nuevo... no sé por qué... Me pesaba mi soledad... Me dolía en mi orgullo que Margarita pudiese pasarse sin mí, y que no le costase esfuerzo alguno...

SUSANA.
Y ya está satisfecha su vanidad... Ya no le interesa Margarita...

FERNANDO.
Es para evitar el mal mayor de mañana...

SUSANA.
¿Mañana? Se conoce que habla un español, con sus juramentos que perduran más allá de la muerte... El amor es el presente nada más...

FERNANDO.
Entonces, ¿por qué no acepta usted el plan de mi comedieta para nosotros dos solos?

SUSANA.
Porque el amor también es el pasado...

FERNANDO.
Creeremos que nos amábamos a distancia, como las palmeras.

SUSANA.
Ya puede comenzar a amarme así... Porque me voy.

FERNANDO.
Yo iré detrás de usted.

SUSANA.
Yo voy a buscar a Margarita...

FERNANDO.
Me quedo...

SUSANA.
Es inexplicable... Elia pretende separarlo de Margarita, y no consigue sino unirlos más... Yo vengo dispuesta a juntarlos definitivamente... y consigo separarlos del todo... ¿Acaso a usted no le interesa más que vencer obstáculos?...

FERNANDO.
Es que en realidad, Susana, yo no solicitaba a Margarita, sino la ternura de la reconciliación... la procacidad de Elia todavía aumentó mis anhelos... casi místicos... No se ría usted... Pero se ha presentado usted, Susana, y es un sueño que comienza... Se ha presentado usted como si hubiese aparecido la luna, como si ya hubieran florecido los rosales con sus rosas blancas, como si el jardín se llenara de gusanos de luz...

SUSANA.
¡Pobre Margarita!

FERNANDO.
¿Y a mí no me compadece?

(En tal punto del coloquio atraviesa el aire, por encima de la pareja, algo que parece un pajarraco con las alas encendidas. El pajarraco se hunde en la taza. Por un momento flotan unas inquietas y breves llamaradas, que enrojecen el agua y transforman el surtidor en un torbellino de rubíes. Se ha esclarecido el fondo del tazón, y surgen las otras llamaradas de unos peces cadmio y de oro. FERNANDO *se agacha y coge la extraña hoguera caída del cielo. Ya se apagó, y chorrea agua en mil chorritos.)*

SUSANA.
¿Qué será esto?

FERNANDO.
No sé... Veamos...

SUSANA.
Yo creo que es una peluca...

FERNANDO.
Es verdad... Un bisoñé... ¡Si es el bisoñé de *monsieur* Gustavo!

(Ríen SUSANA *y* FERNANDO. *El peluquín vuelve a las aguas de la taza. A poco se sumerge como un barquichuelo inundado.)*

SUSANA.
¡Otro idilio roto!

FERNANDO.
Dos idilios que mueren, ¿no deben redimirse con el nacimiento de un tercer idilio?

SUSANA.
Pregúntele usted a *monsieur* Gus-

tavo si le ha crecido el pelo por haber perdido su peluca...

(SUSANA *se aleja riéndose. En seguida desaparece en la arboleda.* FERNANDO *no ha querido, no ha intentado seguirla. Se deja abrazar por una oleada cálida y mansa del tango. Enciende un cigarrillo. Esta noche ha llegado triste al baile y se marchará más triste aún. Por eso está contento. Fué en busca de una mujer, y quizá ha encontrado el amor. Nadie se liberta de sentirse un poco Pierrot en el jardín de Bullier, allá en el Barrio Latino de «París de Francia...»*)

FIN DE
«EL CABALLERITO DEL PUERTO»
Y
«EL BAILE»
DE
FEDERICO GARCÍA SANCHIZ

RAMON
GOMEZ DE LA SERNA

1888)

RAMON
GOMEZ DE LA SERNA

NOVELISTA, *ensayista, biógrafo, humorista. Nació en Madrid. Ha viajado por todo el mundo Su procacidad y su fecundidad son asombrosas. Joven aún, lleva publicadas cerca de cien obras de las materias más diversas. Todas las modernas tendencias—y las más audaces—de las letras españolas han encontrado en él su modelo y su mentor. La mayoría de sus libros están traducidos a varios idiomas. Su estilo resulta un alarde del barroquismo más sugestivo y original.*

Novelas: La malicia de las Acacias, El dueño del átomo, La Quinta de Palmira, La Nardo, El torero Caracho, Cinelandia, El Novelista, El chalet de las rosas, El caballero del hongo gris, La mujer de ámbar, El secreto del acueducto, Seis falsas novelas, La viuda blanca y negra, La hiperestética...

LA TORMENTA

I

RUBÉN se había dicho aquella mañana al despertar: «¿Qué pasa que parece que hay más luz en el día?»

Se podría decir que en su espíritu, en todo el fondo de su ser había una especie de aurora boreal sobre una placa que se revelaba poco a poco.

Se quedó deslumbrado como ciego de aquella particular emoción que no había sentido nunca. ¿Qué le pasaba?

Se sentía un poco borracho, no como un borracho, sino como un bizcocho borracho, por como el bizcocho borracho está saturado de borrachera y el vino no es esa cosa que hiede en los borrachos, sino perfume ajerezado, perfume natural.

Parecía que en sueños le habían dado a beber esas copitas que dan a los niños los días de santo. «¿Quizá—penso él—habrá sido mi santo en sueños, o habré ido en sueños a una casa en que se celebraba un bautizo o desde cuyos balcones se veía la procesión? ¿Habré tomado parte en alguno de esos guateques?...»

Se acordaba de aquel día en que se celebró una boda en la vecindad de su casa y vió, al pasar por delante de la puerta del piso en que se celebraba, la mesa del comedor llena de crista-

lería, rubia por los licores del *lunch*.

Otros recuerdos confusos, incongruentes, atropellados, surgían en él.

Se acordaba de aquel día en que vió subirse la liga escocesa a la doncella Adela.

Se acordaba de aquel día de merienda en la Moncloa, junto al sitio por donde pasa el tren y que protege una valla requemada. En la luz clara y atardecida del día de primavera se veían fuera de las faldas las piernas de algunas de las mujeres que estaban merendando.

Se acordaba de que en la plazuela de Oriente su amigo Manolo, de los mayores, perseguía a una chica llamada Asunción y que no la dejaba ni un momento, aunque ella daba unas rápidas vueltas para escapar.

Se acordaba del sabor de la correa al ser mascada. ¿Por qué todos esos recuerdos incongruentes y vivos?

—Rubén, que son ya las ocho y media—le dijo su padre desde detrás de la puerta de la alcoba.

Una pereza desobediente le hizo replegarse más en la cama y hundir con más fuerza la cabeza en la almohada. Estaba extendido como si estuviese desmayado, y en sus ojos había algo así como esa espuma de miradas que los llena cuando la vida efervece en voluptuosidad.

No hacía frío, pero Rubén se arropó más. Buscaba una cordialidad mayor y hacía como que se suicidaba por no obedecer el mandato paternal.

¿Cómo ir al Instituto en una mañana que había salido mañana de domingo?

No quería. Pasase lo que pasase, él se hundiría en su pereza y se tiraría en el pozo de ella para que no le pudiesen sacar más. Estaba dispuesto a caer como un aviador que cae con su aparato, hundiéndose con su cama en los espacios interminables y sin fondo de la pereza.

Miraba a la ventana llena de luz que daba al patio, y le magnetizaba cada vez más la luz. Así como algunos días quedaba muy oscura aquella ventana porque tendían arriba las sábanas entenebrecedoras, este día parecían haber colgado unas sábanas de luz, la ropa blanca de los días luminosos.

Estando así, ensimismado como un rebelde, sintió que sonaba el picaporte de su puerta y dió un salto en la cama y comenzó a hacer que se vestía, metiéndose un calcetín del revés, de cualquier modo, pues él quería hacer ver sólo que había ya comenzado.

—¡Pero todavía estás así!—le recriminó su padre.

Rubén se vistió, desayunó, cogió los libros y dió un gran portazo al salir. Había pensado no ir a clase. Bajó la escalera alegre, ruidoso, sintiendo todos los perfumes de la mañana; hasta le pareció que tenía perfume la bola azul en que acababa el pasamanos.

Salió del portal tirándose de bruces sobre la luz del aire libre, saliéndole un silbido espontáneo, de golondrina que se escapa del nido en el primer vuelo del día.

Olvidado de todo, raudo, frenético, en una especie de inconsciencia voladora, sólo a la mitad de la calle se le ocurrió mirar a su casa, por ver si había alguien en el balcón. Nadie. Entonces torció por la bocacalle que conducía al Botánico; pero a mitad de la calle volvió sobre sus pasos y se dirigió al Instituto, pues necesitaba hacer novillos con algún compañero, con Manuel Pagés, por ejemplo, que era el que le había iniciado en el secreto de la vida, el que le había contado en qué consistía el amor.

Manuel Pagés era ese amigo que tiene esa misión en la vida, así como para iniciarle a él fué otro el aparecido en el mundo cargado con esa misión. Que no se culpe al intermediario. Tenía que portarse así fatalmente. Estaba escrito. Tiene una cosa de mal ángel de la Anunciación, o para dejar incólume esa santa palabra, de angel de la «enunciación», ese chico que explica al otro el humano misterio.

Rubén encontró a Pagés esperando la hora de entrar y le indicó la fuga, los novillos que iba dispuesto a hacer.

—Pues vámonos—dijo Manuel Pagés.

Y despidiéndose de los amigos con gestos toreros, se fueron camino del Botánico.

Las calles estaban llenas de periódicos recientes. Era esa hora que se caracteriza por eso. Por todos lados ofrecían el mismo manojo de periódicos.

Era encantador pasar por la mañana seria del trabajo con tan gran desplante, yendo despacito y degustando todas las cosas hacia los ideales *novillos*.

Los que se comen el postre de la mañana, al fin y a la postre, son esos niños que hacen *novillos*.

Rubén y Manuel, del brazo, se iban parando en todos los escaparates.

—¿Y qué reloj escogerías tú?—preguntó Manuel a su compañero, frente al cuajado escaparate de una relojería.

Rubencito estudió los relojes. Le convencían más los que tenían segundero, porque son los que menos parados parecen. Le gustaban los que tienen las horas sobre una especie de granulación de la esfera, porque así vería la hora cuando fuese ciego, «pero el que él se compraría... el que se compraría»... y después de parecer que ya lo tenía elegido por como lo iba a indicar diciendo *ese*, se quedaba de nuevo indeciso y seguía buscando.

—Yo compraría—dijo por fin—, ese que tiene una mujer esmaltada en la tapa—dijo Rubén.

—Y yo—dijo Manuel, decidido a elegir también—, ese que tiene un ciclista que se mueve mientras el reloj marcha.

Ante numerosos escaparates se siguieron parando; pero en el que hicieron una parada mayor fué en el del fotógrafo.

Rubencito veía aquel día de bulto, plásticas, mórbidas, hablando, todas las figuras de los retratos. Todas ante sus ojos aumentaban de tamaño y le recibían en su casa. Eran largas y silenciosas las miradas que los dos jóvenes ponían en las mujeres. El uno miraba las de la vitrina de la derecha y el otro las de la izquierda. Se sentían un poco trémulos ante aquellas miradas que les miraban a ellos solos en la honda portería, que enteramente se les dedicaban, como si fuesen ya doctores o personas de alguna importancia.

Hubo un momento en que los dos coincidieron en una máscara del Carnaval pasado, con su traje de marinera y con el antifaz en la mano.

—Es guapa. ¿Dónde estará?—dijo Rubén.

—Vete a saber... Sólo preguntándoselo al fotógrafo se sabría.

—No. El fotógrafo tendrá orden de no dar las señas...

—Sí... No tiene más remedio—dijo Manuel, con esa cínica rotundidad con que unos chicos sacan ventaja a los otros en las disputas.

—Es probable—dijo por fin Rubén, llevando por otro lado su deseo de que hubiese una posibilidad de encontrar a esa mujer...—. Pero también es posible que sea del barrio y que nos la encontremos asomada al balcón...

Con esa esperanza salieron los dos jóvenes del portal del fotógrafo, panteón expresivo, alegre galería de cementerio.

Miraban hacia los balcones. Las mantas y los colchones asomaban sobre las balaustradas, y alguna mujer con el pañuelo a la cabeza daba grandes zorrazos a las persianas de madera. El polvo salía como el humo por las narices de los hipogostos por las rendijas de las persianas. Rubén sentía los afrodisiacos suspiros de la noche que salían por aquellas alcobas recién abiertas.

Ya cerca del Botánico, después de un largo rodeo, entraron en él como en el Paraíso.

Rubén encontró que no se podía avanzar por sus paseos de perfume que había en sus avenidas. Iban como a ver a esas mujeres desnudas que pintan los poetas en los rincones de los jardines. Para su imaginación exaltatada, con anginas, por decirlo así, en los carnales brazos de marmórea piedra y con palideces de nalga en sus redondeadas aristas, había algo así como la presencia de una maja desnuda.

Las celindas estaban abiertas y eran como un frasco de perfume aceitoso abierto en las narices del transeúnte. Parecía, por causa del perfume de esas flores, que todo el jardín se había echado perfumada brillantina en

el pelo. ¡Oh, mareaba la espesa cabellera oleada!

El riego les sorprendió, porque se levantaba de sus arroyos un sabor a hierba tan vivo, tan agudo, tan evocador, que se acordaba de todas las veces que había pasado en este mismo tiempo por sitios en que la hierba acababa de ser regada. No había encontrado nunca ninguna imagen que, como aquélla, hubiese hecho coincidir en un solo tiempo todos los momentos parecidos del pasado. Se acordaba de la Casa de Campo, de la Moncloa, de los jardines de su pueblo.

Exaltado Rubén por aquella confusión de aromas y escondido de la vergüenza por los grandes árboles altos y tupidos, llevó la conversación hacia el tema que quería explorar una vez más, con más ansiosas preguntas que nunca.

Le hizo que le repitiese la primera versión de arcángel de la *enunciación*, porque entonces todo le resultó oscuro. Hoy estaba preparado de otra manera. Después le preguntó:

—¿Tienen muchos lunares las mujeres?

—Según — contestó Manuel —, unas los tienen y otras no.

—¿Y en su ombligo no tienen nada de particular?...

—Nada... Es un ombligo como el del hombre, quizás un poco mayor, como la entrada de un hormiguero, por ejemplo—dijo Manuel, por decir algo, por echárselas de entendido, por no dar tanta sencillez a la verdad.

Una niña saltaba a la comba en una de las avenidas. La alegría debía de rebosarla en el cuerpo cuando a aquella hora se dedicaba ya a un *sport* de la tarde. Era la niña de medias blancas, que la hacen una cachorrilla juguetona incitante y tonta.

Se veía que era la niña que ha salido bella, demasiado bella, y tiene que derrochar desde muy temprano su belleza.

Era quizás la niña que aquel mismo día había tenido la pubertad, como Rubén, encendido por ese mismo primer día del despertar definitivo, como en la última dentición, peligrosa sobremanera cuando coincide con la primavera como en él, como quizás en ella.

Los dos jóvenes se sentaron en el banco de enfrente. Dos hermanillas menores y más zarrapastrosas que ella daban a la comba con afán. De vez en cuando la cuerda cogía las faldas y las levantaba con malicia, como si estuviese hecha con el largo rabo del diablo.

Ya estaba acertada la mañana al encontrar esa bailarina saltarina en el Music-Hall del jardín. Había momentos en que la visión era tan aérea, que era como si la niña saltase en un rayo de sol. Hubo un momento en que saltó *tocino*, el salto voraginoso, y desapareció un poco en la velocidad.

Ella ya tenía el orgullo defensivo, el cuidadoso no mirar a los hombres que tiene la mujer; pero sus dos hermanillas entablaron conversación con los dos amigos, y ellos insistieron y aceptaron las tonterías con malicias de perrito de portal de las dos niñitas, por hacerse oír de la impasible saltadora.

—*¡Tocino! ¡Tocino!*—decían los dos amigos, como quienes piden el frenesí que muestra más desvelada y más arrebatadora a la joven que salta.

—Cuando salta *tocino*—dijo Rubén—, se le cae el pelo sobre la cara y está encantadora...

—Sí, ¿eh?...—contestó ella con desafío.

Y sin pedir *tocino*, notaron sus dos hermanitas que lo quería saltar, y dieron con fuerza y precipitación a la cuerda, hasta que quedó dentro del fanal de cuerda del *tocino* la niña tupida, que cumplía probablemente aquella mañana, o lo había cumplido hacía poco, el primer cumpleaños de la mujer.

Roto el *tocino*, que es como una ascensión de la que lo salta, como si partiese con la hélice encendida en vueltas, la niña se quedó exhausta, acabada, con el pecho lleno de latidos, como después de una carrera loca, y sin poder más se sentó en el banco de los dos amigos, que se quedaron

turbados como si la hubiesen recibido en los brazos.

Parecía desmayada, accidentada, próxima a morir; pero sonreía para disimular esa descomposición de la belleza que hay en el cansancio.

—¿La pasa a usted algo?—la preguntó Rubén, levantándose para asomarse a los ojos de la niña, que, con la cabeza echada hacia atrás, respiraba del cielo.

—Nada, muchas gracias — contestó ella.

—¿Quiere usted un vaso de agua? —volvió a preguntar Rubén, como si estuviese en el comedor de su casa y pudiese alcanzar un vaso de la bandeja llena de vasos.

—Pero ¿dónde tienes el vaso?—le preguntó Manolo, riendo y queriendo dejar en ridículo a su amigo, para vencerle en la contienda empezada.

Las niñas reían y preguntaban a su vez: «Sí, ¿dónde tiene el vaso? Que diga dónde lo tiene.»

Rubén, realmente, se encontró sin el vaso que había prometido y sintió un fenómeno así como si se hubiese caído y se le hubiese roto algo.

—Hubiera ido por él a la fuente del Prado, donde hay una aguadora con un vaso de cristal—dijo Rubén con cierto romanticismo de caballero que hubiera sido capaz de ir muy lejos por lo que necesitaba para salvarse la dama de sus suspiros.

Ya tranquilizada, ordenado de nuevo el corazón, la bella saltarina pidió a sus hermanitas la comba y la recogió como la que trenza una cabellera, como la que teje la trenza de una hermanita...

Los dos jóvenes, que sabían lo que tiene de hacer la maleta para la partida, el liar la comba, tuvieron arrebatadas miradas para la que peinaba su comba para atravesar las calles camino de su casa.

—Y se irá usted sin decirnos su nombre...—dijo Manolo.

—¿Y para qué quiere saberlo usted? —dijo la joven, mirando por primera vez de frente a uno de los dos, a Manolo.

—Para no olvidarlo — dijo Manolo, más experto en la galantería y sintiéndose el elegido.

Rubén estaba ofuscado. Se le ocurrían cosas apasionadas, pero en voz baja, sumurmujo. Le parecía que todos los perfumes del jardín salían de la niña. Para él se llamaba celinda, era Celinda, la Celinda.

Rubén, arrebatado como en un día de verano, olía, no los perfumes, sino las redondeces, los hombros, los codos, los hermosos capullos de las rodillas. Acariciaba a una de las dos hermanitas, como si ésa pudiese ser una rogativa para merecer la benevolencia de la niña mayor. ¡Pero qué estéril exvoto es ése en la aspiración de las hermanas mayores!

Se sentía desgraciado. Sólo tenían entablada conversación Manolo y la saltarina muchacha, y él había quedado relegado a ser el que entretiene a las hermanitas pequeñas. Eso otro día lo hubiera aguantado, pero en aquel momento no podía ser. Se iba con un buche de lágrimas de desengañado, con una desesperación de ver que siendo el que más necesitaba el amor, es el que no merecía ni una mirada de la pretendida.

Se despidió y se fué despacio por las avenidas llenas de celindas, recordándola a ella, la muchacha de las medias blancas, carnal e inocente.

II

En su casa, Rubén tuvo un desplante de mal humor con su padre. Estaba ciego de pubertad, que es tontería, alarde, vanidad sin razón en absoluto, tergiversación de todo lo que se ve, inexperiencia suma, mucha más inexperiencia que cuando fué un recién nacido.

—Ya perderá ese talante en cuanto llegue a los dieciocho o a los diecinueve años—dijo el padre a la madre—. Es esta la edad más rara del hombre... Dos velos de sangre cubren los ojos y los oscurecen de un egoísmo ingrato... Tenemos que aguantarle mucho y ayudarle a pasar la siniestra

edad... Porque, eso sí, si se quedase en ese estado, en todas partes le tratarían cruelmente... Los hombres no aguantan eso de un hombre...

—Pobre hijo mío—dijo la madre—. Has estado duro con él...

—¡Cómo sois de injustas las mujeres!... ¡Lo que me he contenido por no estrellarle! Nunca me ha obligado nadie a hacer un esfuerzo tan supremo... Cuántas veces me he tenido que decir que era mi hijo y que, por lo tanto, era su rebelión como una rebeldía mía contra mí mismo...

—Nunca le he visto así—dijo la madre, y continuó en tono de disculpa—: pero será cosa de la tormenta que pesa sobre nosotros esta tarde, la primera tormenta del año...

—Yo esperaba que se pusiese así y me daba miedo—continuó el padre—. Ya durante una larga temporada no le podemos hacer ver nada, no le podemos colocar en su sitio... Ya no sabe quién es... Ya no sabe que es el modesto hijo de un empleado... Ya no sabe nada de nada...

—No creo que merezca esas palabras y esos juicios—dijo la madre intercesora, como si fueran a convertirse en rencor aquellas palabras del padre sensato y que se daba cuenta de todo.

—No tengas miedo, hija, de que yo le maltrate... Yo le seguiré perdonando... Pero no te quepa duda de que ahora vamos a tener que sufrir toda la fuerza de sus apetitos... Es el momento más antipático de un hombre éste en que se le redondean los agujeros de la nariz de oler tanto, y en que no tiene ningún rubor de ser el hombre que come y duerme, y que cree que puede imponer a otro hombre, porque su padre es otro hombre después de todo, los apetitos que el hombre sabe reservar y sostener a sus expensas, sólo con el rubor más digno del hombre.

III

Elvira, la sobrina acogida por los padres de Rubén cuando se quedó huérfana, se acercó a Rubén después del regaño con su padre, sintiendo con injusticia de adolescente y de mujer que había sido tratado con injusticia su pobre primo...

Rubén, que estaba desesperado por todo, se dejó mimar por la chiquilla, y se dió cuenta de ello como si por primera vez hubiese rozado su vista... Al tropezarle, en sus consuelos, le había rozado con su seno, en una caricia superior a todas las caricias voluntarias, y eso le había sobresaltado.

—Elvira, abre ese balcón, que me ahogo—dijo Rubén.

Y Elvira, satisfecha de hacer un favor al primo que la hablaba con desconocida ternura, abrió el balcón.

Al volverse Elvira y luchar con la falleba, demostró su garbo de mujer, su condición cimbreante y gallarda a Rubén. Apretó su vientre al balcón con gesto apasionado, con gesto que tomaba un significado de abrazo ante los ojos inyectados de Rubén, y después de tirar del balcón con fuerza, se abrió de par en par y entró toda la fuerza de la vida bajo la tormenta, todo lo que se aglomeraba en el paseo y quería penetrar en los balcones o en los portales para huir de la tormenta.

Como daba la casa a un paseo con acacias, de todas las acacias brotaba ese enjambre de su olor de novia y buscaba sitios en qué meterse. Eran como unas mariposas gordezuelas, unas mariposas de olor, las que brotaban de las acacias y penetraban por el balcón.

Elvira, después de abrir, respiró en el balcón las bocanadas de la tormenta, los copetes de árbol con que hace su rica ensalada, y se volvió hacia Rubén con una mirada de eteromana, porque había aspirado el éter que exhala la tierra florida y abonada bajo la tormenta.

Rubén, que al verla de espaldas miraba las piernas de su prima como si recordase las de la Celinda del Botánico, se quedó confundido al ver que su prima se volvía hacia él. Pero Elvira, como quien vuelve a hundir la nariz en un ramo de flores, se volvió de nuevo hacia la tormenta. ¡Se mar-

chita tan pronto el olor de la tormenta!

Rubén volvió a contemplar a su prima. Era la otra, lo mismo que la otra, sino que más cerca de él, asequible, sin tener que cortejarla, pudiendo tomar su mano sin un largo preámbulo. El se sentía ya desgraciado para las conquistas callejeras, y a la vez sentía la urgencia de tomar por la cintura a la primera mujer.

—Elvira—dijo Rubén con voz imperiosa.

—Qué—contestó Elvira, que miraba a la calle con fervor de muchacha que siente un novio en ella.

—Siéntate a mi lado—dijo Rubén.

Elvira obedeció, porque los padres la habían enseñado sumisión al que era el verdadero heredero de la casa, el tercer dueño.

Sentada a su lado, esperó una pregunta, la proposición de un juego, las cosas sencillas de siempre, todo menos aquella mirada embarazosa con que su primo la reconocía y parecía que iba a decirla: «¿Por qué vas tan sucia?...»

—¿Mirabas a los vecinos de la esquina?—la preguntó Rubén.

—No, Rubén... Yo no miro a nadie —dijo con indiferencia Elvira.

—Como mirabas con tanto interés a la calle...—insistió Rubén.

—Es que con la tormenta todo toma un interés mayor... Yo, los días de tormenta, me creo en otra calle y más en el campo—dijo Elvira.

—Es verdad... Tienes razón... Se está en otro sitio... Yo hasta creo que estoy en un barco en medio del mar... ¿No encuentras que huele a mar?

—Sí—repuso Elvira, abriendo las narices con aleteo encantador—; huele a mar... Y mucho...

—¿Vienes a asomarte?—la invitó Rubén, yendo hacia el balcón.

Elvira le siguió, y Rubén la dejó el lugar de la esquina y se puso muy cerca de ella, apretándola un poco contra el rincón.

—Te pone un poco pálida la tormenta—dijo Rubén, pálido de atreverse a llamar *pálida* a su prima.

Elvira bajó los ojos como si su primo la hubiese llamado algo escabroso. Ella estaba pálida porque las acacias sueltan palidez y dan una mano de gato a las mujeres que pasan junto a ellas en plena pulverización de su olor.

Elvira, sintiéndose pálida, se sintió feliz, y pensando en aquella alusión tan rara en boca de su primo, fué cuando, con ese instinto refinadísimo de mujer que hay hasta en la jovencita, se dió cuenta de cómo runruneaba a su alrededor su primo, con un runruneo que ella recordaba como si a través de los siglos hubiera tenido que encararse muchas veces con la misma asechanza.

Se retocó el pelo, abriendo su flequillo, para conmover más a Rubén con su palidez.

—¿Quisieras estar conmigo sola en una cabaña, en medio de la tormenta? —preguntó Rubén—. Sentiríamos, allí acurrucados, el incienso que levanta la tormenta del campo, y caería sobre nosotros el exquisito olor de la húmeda paja de nuestra cabaña...

—Sí... Me gustaría estar junto a ti en esa cabaña... ¿Vamos?...—dijo ella con sorna y sofoco, mirándole desde su verdadera palidez, palidez complicada de mujer que va a bordo de un vapor en una travesía de luna de miel. Rubén, sin atrevimiento para más, la empujaba contra el cepo de la esquina del balcón, y sentía así como si la envolviese la cintura con un brazo de hierro. Sentía que la muchacha se estaba clavando el cilicio del baluarte, y, sin embargo, empujaba más. Le daba placer ponerle esa huella del hierro en la cintura.

—Las acacias estaban llenas de polvo y la tormenta las va a limpiar—dijo Elvira.

Rubén se sentía fuera del mundo en el balcón, en aquellas afueras que apenas pasaba gente, y hubiera querido confesarla en aquel confesonario volado sobre la calle.

«Mi prima tiene también esta sed que yo tengo—pensaba Rubén—, pues aunque la llevo un año, las chicas son precoces en esto... Me escucha y me siente por todos sus poros.»

Parecía que se había fundido la luz natural del sol, que sus tapones se habían quemado.

—¿Por qué no te pones tu blusa de verano?—dijo Rubén a Elvira—; debes sentir mucho agobio con esa chaqueta de paño...

—Voy a ponérmela... ¿La de las mangas cortas?—preguntó Elvira, ya en el centro de la habitación, mientras se iba hacia el fondo.

—Sí—contestó Rubén, y la vió desaparecer y esperó su vuelta de espaldas a la tormenta, pero envuelto por las olas que se levantaban de ella y como empujado por todo lo que empuja desde la tormenta.

Rubén sentía bajo la tempestad aquella lo que Adán el día de la falta bajo la primera tormenta que se desencadenó en el mundo.

Rubén sentía la ira de Dios antes de haber pecado. La tormenta estallaría sin merecer ellos que las espadas flamígeras se esgrimiesen sobre su cabeza. El sólo esperaba a Elvira para volverla a ver, porque aún no la había reconocido bien, aún no sabía quién era. Había convivido con ella desde pequeño, y hoy tropezaba con su carne color de carne y con sus ojos, unos ojos en los que lo precioso, lo inquietante, lo que brillaba, no era la pupila, sino el blanco de la córnea, ese blanco de esmalte de azulejo que hay en el fondo de los ojos de las turcas, el blanco de los ojos de la elegida del profeta.

«Todo se pone oscuro como en un naufragio, como en una añagaza, como si el remolino de las olas nos fuese a envolver a Elvira y a mí... ¿Se abrazará ella a mí antes de que yo me abrace a ella?... Eso me disculpará de cometer el acto violento que voy a cometer con la que ha convivido conmigo desde la niñez.»

Rubén, al pensar eso, esperaba que Elvira entrase por el fondo de la habitación con sus brazos desnudos extendidos hacia él y queriendo abrazarle.

Pero no. Elvira entró en la habitación tranquila, acabando de abrocharse la blusa, con sus brazos desnudos, pero muy amarillos por los largos guantes de luz lívida que les ponía la tormenta.

Había tardado porque se había empalidecido más con los polvos de su tía y se había pasado el peine mojado por los cabellos resecos, y que antes de las palabras de Rubén podían estar bien, con el descuido de catorce años.

—Ya está—dijo, avanzando hacia el balcón, Elvira.

—Ahora sentirás menos calor—dijo hipócritamente Rubén, y la volvía a dejar el sitio de esquina en el balcón.

Con su pelo un poco mojado se le había puesto a Elvira tipo de gitana; maestra en esos toques, en esas crenchas húmedas que se les queda en el pelo a las gitanas después de peinarse sobre los espejos de los ríos, mojando de vez en cuando el peine en el agua corriente.

—Nada más que de ir al cuarto te han salido unas ondas muy bonitas —dijo Rubén.

—Me he atusado un poco el pelo... Lo tenía como una loca—contestó Elvira con coquetería.

Ya Elvira había descubierto todo el sentido de las miradas y de la predilección de Rubén, y desde ese momento todo serían escaramuzas y achuchones. Parecía haber sido una mujer antes de una niña.

Rubén, *envaselinado* de principios de adolescencia, resinoso, repugnante, pegajoso, sin saber que el mundo es otras muchas cosas, tenía los ojos tiernos, huevudos, deslavazados, llenos de la primera miel...

Día tras día daría en su casa el espectáculo del baboso caracol en plena entrada de la adolescencia mientras vive.

Otra vez en el rincón del balcón Elvira, y otra vez apretada contra la esquina, y él cada vez más trémulo y con la sangre más en circulación, miraban a la tormenta y sentían por en medio de su bochorno esa ráfaga fría que viene de que en lo más alto de la cerrazón se ha abierto una ventana y por ella entra una formidable corriente de aire, esa loca corriente de aire que va golpeando las puertas a través de todo el laberinto de casas

y rompe los cristales como una pedrada.

El nublado sacaba fuera el carácter de las cosas. Se sentían en un barrio demasiado sincero, como en el barrio de los amores libres. Se veía bajo la tormenta que cada uno estaba en su casa y teniendo que resolver su vida. Se sentían más individuales. Mas *uno* y *una*. Los dos como bajo una catástrofe, como los que se reúnen bajo el temor de los cometas o de los temblores de tierra, pues aunque la tormenta sea algo más provisional, el efecto era el mismo, el de querer salvarse, a morir en vano, a perecer bajo el rayo, sin haber sabido cómo es lo sospechado.

El cruzó los brazos sobre el balcón, y una de sus manos, por bajo de su axila, fué a buscar a Elvira. No se atrevía, sin embargo, a tocarla; ¿cómo hacerla una caricia ambigua?...

La unidad era como el imperio submarino de la tormenta. En los relojes de las torres de la electricidad debía estar señalado el *maximum* eléctrico, las doce del día del tormentazo.

Bajo la tormenta, los tranvías que pasaban por la calle transversal estaban nerviosos, fuera de sí. Sus *troleys* estaban excitadísimos, incontinentes.

Parecía ya que no iba a poder durar ni un momento más aquella oscuridad.

Bajo el miedo de la tormenta, ella se amparaba de él, que parecía el marino de la tormenta, el capitán del barco.

—Ya va a estallar... Vámonos dentro—dijo Elvira.

—No... No descarga... Mira por ahí... Ya se ven las estrellas... Ya han descorrido el toldo... Nos ha engañado...

Y después de decir esto, Rubén, con su mano nerviosa, ansiosa, que esperaba en un rincón el momento propicio, dió un pellizco en el brazo de Elvira, y Elvira dió un grito...

Del tercer balcón, que era el de la madre, salía ésta alarmada, dejando caer las tijeras en el suelo del balcón...

—¿Qué ha pasado?—gritó.

—Nada—gritó Elvira—, que me tiene muy nerviosa la tormenta...

—Pues ven aquí a ayudarme—le dijo su tía.

Elvira, sin más explicaciones y como huyendo del hombre cruel, echó a correr hacia la puerta del fondo. Al llegar al dintel, y con la puerta en la mano, le dijo a Rubén:

—Me voy porque ya no hay tormenta. Si vuelven los relámpagos, yo volveré...

Rubén se quedó quieto, con aire de gran naturalidad, subido al balcón como un hombre que ve correr a una niña que se ha convertido en cómplice suya, cuando temía que le acusase de haberla tocado.

La noche amanecía medio despejada, medio cubierta, siempre con su tipo de media tormenta, como un papel de medio luto, con un esquinazo profundamente negro.

IV

Rubén estuvo preocupado durante la cena, haciendo como si estuviese aún enfadado con su padre, aunque su disgusto era el vil disgusto de la especie, el disgusto sensual.

Elvira estaba enfrente de él, al otro lado de la mesa, y sin tocarla con los pies los sentía enredados con los de ella.

Su pensamiento de vista baja—el pensamiento de esa edad es así—iba con una obcecación terrible, que debía de haber cazadores que abatiesen de un tiro de escopeta de bala, en línea recta y disparada hacia Elvira, la indefensa, la que caería, porque nadie podía sospechar que en su despertar no respetase lo más próximo y familiar.

El padre, después de acabar la cena, acarició el cogote del rebelde, queriendo amansar aquella disparatada psicología de mastuerzo. El jabalí de instintos recién despiertos rezongó algo en tono muy bajo, como si se refocilase con la caricia y se dispusiese a ser mejor. Pero no, el pobre padre tendría que aguantar la descarada cría del cerdo, que es la cría del hijo.

El pobre padre paseó entonces un rato en silencio por el comedor. Veía

el defecto del mundo, por el que nunca queda claro su sentido, pues al volver a brotar la fuerza de la Naturaleza en cada ser, sucede que de nuevo se apaga todo, se oscurece toda máxima de buen sentido, se pierde la equidad, se eclipsa, lo torpe campea con tenacidad.

«¡Qué amarga es la vida!—pensaba el padre—. ¡Que no pueda yo suprimir en mi hijo las equivocaciones! ¡Que vuelva a ser el ser irrespetuoso, de desdenes solitarios y reconcomidos que fuí yo! ¡Que sea, por lo menos, normal y corta la adolescencia!»

Llegó la hora de acostarse, y todos se fueron a sus cuartos.

Rubén estaba desencantado por no haber cometido la locura a que le impulsaba la tormenta, aunque a la vez se sentía defraudado de que se le hubiese ido la tormenta sin arrojarle las rosas que lleva en sus carrozas, todos los manojos de rosas de más de cien hojas que ha ido cortando de los rosales lejanos, de las rosaledas de las islas de clima cordial, de clima de vino dulce.

La noche fué vasta, inmensa, de sima profunda, de patio de cárcel.

Dos o tres veces salió por los pasillos para oír respiraciones y para buscar por el balcón que daba a la calle el olor de las acacias, y no sólo el olor, sino la leche de acacia que las acacias prodigan con biberón.

«El mundo va lento y quiere que yo espere—se decía Rubén—; pero yo no puedo esperar, no puedo... Y ahora mismo llamaría con un aldabón al cuarto de ella, exigiéndola un beso antes de morir.»

La angustia de muerte que entraña esa entrada en la adolescencia poseía a Rubén. Como todos los que están en su caso, creía que moriría en seguida, sin poder conocer la vida, y por eso su arrebato era mucho mayor. El ahogo vital que le subía al cuello y le levantaba los hombros le parecía ahogo mortal.

Hubiera pedido socorro en la noche en que había acabado de tener la dentición varonil.

Se agarraba a las estrellas como un desesperado, como el que se agarra a un clavo ardiendo. Miraba al cielo, como si ahogándose en el mar más proceloso pidiese un salvavidas a los que se asomaban a la borda del gran transatlántico, allá arriba, junto a Dios.

Era algo así como la noche de la vendimia de las acacias, y él era el vendimiador, al que su padre no le abría la puerta para que saliese a hacer su acopio, para que se hartase del *pan y quesillo*, que hacia ese día de mayo se da la mejor cosecha. Pensó bajar por el balcón a la calle colgándose de una sábana.

Por última vez en la última retirada hacia su cuarto, estuvo un rato pegado a la puerta de la alcoba en que dormía su madre con Elvira; pero la respiración de su madre, fuerte, con cierto ronquido un poco senil, ocultaba la suave nota del aliento de Elvira. En la insania de esa ceguera que produce la fuerte erisipela de la pubertad, se llegó a quejar de su madre y hubiera tapado su boca, dificultándola la respiración, con tal de oír la otra respiración.

Por fin en la cama, se durmió como muriéndose, como el que se ha acostado con todas las flores dentro de la alcoba. ¡No pudo sacar a los balcones aquel intenso olor de la vida que se había despertado para él aquel día!

V

A la mañana siguiente se despertó como al día siguiente del acontecimiento, con el sinsabor de haber acabado ya la fiesta, pero con el halago de que aún quedarían unos dulces en las bandejas y el recuerdo muy reciente del día antes.

Parecía haber sido operado el día antes y estar convaleciente.

—Hoy tampoco entraré en clase—se dijo, y se vistió con la prisa del que se va a ir de excursión a la sierra de los novillos, las primeras excursiones alpinistas que se hacen en la vida.

¿Elvira?

Se le presentó primero la figura de su prima como una interrogación insistente. «¿Qué me pasa con Elvira?... ¡Ah, sí—se respondió después—, que ya estoy comprometido con ella... Que lo comenzado hay que acabarlo por lo menos.»

Para verla salió de su alcoba antes de acabarse de vestir y de domar los remolinos de su pelo, que había hecho rebeldes la almohada.

Elvira estaba en la cocina, ayudando a hacer el desayuno, y estaba con la blusa suelta y con los zapatos desabrochados... Notó que tenía en los ojos las X del insomnio y del pensamiento que obsesiona y que hace plegar así los párpados con fuerza, como tachando la serenidad de los ojos, la paz que había en ellos antes del primer insomnio, después del primer contacto.

Desayunó y se fué a clase.

La mañana, se fijó Rubén, estaba llena de balcones que se cierran sobre el placer y sobre hombres y mujeres acurrucados en la soledad y dormidos hasta las once de la mañana por lo menos, algunos hasta las tres de la tarde ¡Qué egoísmo y qué modo de acaparar el placer!...

Su sensibilidad, viva en las dos mañanas más suceptibles de su vida, hubiera querido preguntar cosas a las doncellas que habían bajado a la calle para subir el desayuno y pasarlo a la alcoba de balcones cerrados: esa alcoba en que, aunque fuera luce ya el día radiante, se encendía la suave lámpara eléctrica de la mesilla...

Toda la ciudad se burlaba de los jóvenes recién despiertos a la vida exigente y les prometía para después algo de aquello, sin tener en cuenta que podían morir...

«Porque podemos morir sin que nadie nos compense, tenemos que resarcirnos como podamos el día primero de nuestra adolescencia», se decía Rubén, pensando ir por los jardines buscando la mujer desocupada, la que está sentada en el último banco del jardín, el banco de la paciencia.

En la puerta del Instituto se veía que Manolo le esperaba, y del brazo de él se fué hacia el Botánico.

—Chico... Ya soy su novio... Es hija de una portera—dijo Manolo.

—Pues parecía más lujosa—interrumpió Rubén.

—No tenía más lujo que el de su jersey y el de que es la más guapa de las chicas de portera... No tiene más que un defecto. Que huele a gato de portería... Eso es horrible, chico... Si no fuese por eso, me casaba con ella —dijo Manolo.

—¿Y de conversación? — preguntó Rubén.

—Muy bien... Muy graciosa... Me dijo de ti que parecías un chico con dolor de muelas... y que se veía que tomabas demasiado en serio todas las cosas..., y que harás sufrir mucho a la mujer que elijas, porque la tratarías con un cariño adusto... Yo creo que tiene razón... A mí me dijo cosas que ni una gitana me habría dicho mejor... Tiene una amiga que podría convenirte—acabó de decir Manolo.

—No necesito para nada una amiga de nadie... — respondió Rubén —. Yo ayer me comprometí un poco también... y no es tampoco fea mi elegida, y además no huele a gato de portería... Te acompaño, por lo tanto, desinteresadamente, como si yo fuese solo a estudiar botánica.

Charlando llegaron al Botánico.

El Botánico estaba más sombrío que el día anterior. El medio cielo de tormenta era ya más de medio cielo. Todos los árboles exprimían el perfume de sus ramas. Todos se desahogaban bajo la tormenta.

Como en una gran receta de cocina vegetariana, en que los componentes estuviesen en latín, figuraban todas las especias imaginables en el ambiente de cueva que había bajo los árboles.

Las estatuas tenían el impermeable de la tormenta.

Los geranios que nacían en las macetas eran como un ataque de hemoptisis del jardín congestionado.

—Desde ayer está pesando sobre mí esta tormenta—dijo Manolo—. Como no estalle esta tarde, la pego un puntapié y la envío a otra parte... ¿Crees

tú que se puede estar así dos días seguidos, amagando y no dando?

—Sobre mí también pesa...—se contentó con decir Rubén, que menos golfo que Manolo, no sabía tener esos cinismos y esos desplantes contra el cielo que el otro usaba.

—Mirala allí...—dijo Rubén, que buscaba con más avidez que Manolo a la novia de éste.

Los dos se dirigieron hacia el banco.

—Le he dicho lo que tú me dijiste que parecía—dijo Manolo a su novia.

—No... Yo no he dicho eso... No lo crea usted—replicó ella haciendo muchos ademanes.

—No, si no me importa... Yo se lo agradezco... He venido hasta aquí para darla las gracias... Ahora me voy porque ya no salta usted, y como estaba usted bien era saltando. Estos novios que quitan de que salten a las que mejor saltan, hacen muy mal en eso... Es como los que quitan del teatro a las que bailan... Después ya no son nada...

—Mira cómo se ha vengado de ti... No te enfades, hombre — le dijo su amigo.

—Hasta mañana—dijo Rubén, y siguió el camino del día anterior. Por las avenidas cuajadas de flores olía en la dirección justa cada flor, cada planta. Sentía bajo la tormenta lo oruga que se es en esa edad.

Apresuró el paso. Temía que lloviese... Quería llegar pronto a casa para quitarse el traje, que le pesaba como un gabán, como un pesado capote de campo... Odiaba a las mujeres de la calle, las sentía inasequibles, e iba hacia Elvira, que tendría para él la piedad que les faltaba a las otras.

VI

Sus padres se habían marchado juntos porque desconfiaban que la tormenta cayese. Dando los menudos golpecitos con que se logra que la aguja del barómetro se mueva en el sentido de lo más próximo, resultaba que tendía hacia el buen tiempo.

—No llueve esta tarde—dijo el padre.

Y se fueron a hacer algunas visitas que tenían que hacer.

El cielo desmentía al barómetro. Se nublaban un poco los ojos que miraban la tormenta.

Parecía que todos iban bajo un paraguas, y, sin embargo, de ese paraguas es del que caería la lluvia cuando llegase la hora.

Rubén vió salir a sus padres, y después entró para dentro buscando a Elvira. Como salió del balcón de estampido y con ese nublado que pone la tormenta en los ojos, no vió que Elvira estaba de pie en el centro de la habitación, y tropezó con ella como si la hubiera abrazado. Pareció caer un rayo sobre el inquilino de abajo, como chispazo efecto de aquel tropezón.

Las manos de Rubén encontraron en seguida la mano de Elvira para retenerla.

—Mira—dijo Elvira, con esa falsa lástima de sí misma de la que quiere sacar partido de una crueldad y de una herida—, mira... Me he tenido que poner esta otra blusa, porque no se me viese el cardenal que me hiciste ayer... ¿Por qué me diste aquel pellizco?

—Perdóname... No creí que iba a hacerte un ronchón tan grande y tan negro... Fué cosa de la tormenta... Fué la tormenta...

La tormenta movilizaba la decoración de mar picado, y, como en el teatro, primero oscilaba y eran oblicuos los bastidores y después se ajustaban en su sitio.

Todo olía a nueva construcción. Parecían estar en la casa húmeda de los primeros inquilinos.

El gran pienso de la tormenta ya estaba servido para todos.

De los bordales, de esas espigas muy secas y agostadas en mayo que crecen en los solares, y de las que estaba lleno el solar de enfrente, salía un olor sucio, como si se hubiese bajado cien veces los pantalones Sancho en cien esquinas de los solares con rastrojeras precoces.

La tormenta inminente había puesto un velo gris a todas las casas.

Rubén se sentía en el antepalco de la tormenta. Una cortina venía a guarecerles en pleno día en la habitación en que estaban. Eso daba un aire pecaminoso y reservado a la habitación y se sentían como en cierta clandestinidad que les preparaba la misma Naturaleza.

—Ya tiene que caer... Ya no puede oler más... Ya huele toda la tierra... Ya huelen todos los jardines del Universo—dijo Rubén.

—Tengo miedo—le dijo ella.

—Ven al sofá conmigo—le indicó Rubén—. Veremos desde ahí la tormenta, y como estarás muy junto a mí, no tendrás miedo...

Sentados frente al balcón, en el fondo de la sala, parecían asistir a un espectáculo de cinematógrafo..., a la verdadera película titulada *La tormenta*. Se sentían más en el fondo de su casa que nunca.

—Yo huelo todos los aromas de El Pardo y de las Rozas, y hasta de las Navas—dijo él.

Parecía que la tormenta, la lluvia, aguantaba con verdadera delicadeza, para que todos pudiesen llegar a su casa antes de que comenzase su chaparrón. Como un buche de agua contenido en la boca, como un estornudo difícil de evitar, la tormenta contenía las grandes bolsas de agua que hinchaban los carrillos del cielo. Algunos cristales de los balcones brillaban como nácares, de otros se veía su imperfección de color de pescado.

—Vamos a asomarnos un rato... Todavía no estalla—dijo Rubén, y cogiéndola por la cintura, sacó a Elvira al balcón.

Los automóviles, amarillos, pasaban muy tristes. ¡Los caballos blancos resultaban muy blancos y desnudos bajo la tormenta!

Los simones estaban contentos, porque ellos tienen tritones flacos para la tormenta.

Las piedras de la calle, los morrillos con cabeza roma, abrían la boca como besugos.

Se despertaban todos los apetitos y todas las ansias... Las aceras estaban secas, estallantes, como labios secos. Era el momento álgido en que hasta crece el brocal de los pozos, en un deseo de acuciarse en el seno de la tormenta, y es el momento en que los árboles crecen más.

Deslucía el concentrado olor de las acacias el que surgía entremedias de él, el desolado, ¡ay!, de las alcantarillas.

A lo lejos, por los campos de los descampados que se veían desde el balcón de la casa, las tierras tomaban, antes de que se derramase la tormenta, un tinte de campo mojado. Es que las investía el recuerdo de pasadas lluvias. y antes de que les llegase el agua les llegaba el recuerdo.

Había un piar de pájaros llenos de ternura bajo la tormenta. En los aleros, en sus altos portales, se ponían tiernos como las personas y no podían más. Cuando ya estaban bajo el alero es que la tormenta iba a estallar por fin. Los pájaros son los únicos que saben cuándo pueden cruzar aún por el cielo y cruzar de tejado a tejado buscando el soportal de una teja.

Parecía que la inquietud del campo se había calmado. Ya estaba seguro.

En el horizonte, las nubes se desmadejaban en fantásticos flecos de un fantástico mantón.

Las que están sobre la calle se contienen aún un último minuto y miran sobre lo que va a caer. En el centro de su negrura, en lo más alto, hay un claror que es como la linterna de la tormenta.

Es todo como una niña que va a llorar.

Y los lagrimones de la tormenta comienzan a caer en un preámbulo de silencio. Toda la calle se llena de perras gordas, como si las tirase a porradas el padrino de un bautizo.

—Ya chispea... Vámonos dentro—dijo Elvira.

—¡Qué va a chispear!... Viene el diluvio—dijo Rubén.

Ha sonado el primer trueno, que es como la entrada en agujas del tren de la tormenta, el paso sobre la primera plataforma móvil.

Y suena el segundo trueno, que si no tuviésemos otra prueba de que el cielo está deshabitado, sólo con oír su fracaso nos podríamos convencer.

—Suena el trueno a cielos deshabitados, a espacios sin nadie.

¡Por fin!...

Rubén y Elvira se metieron dentro y se acurrucaron sobre el sofá abrazados con arrebato. La habitación estaba oscurísima, con una oscuridad mate de fin de mundo. Se sabía más que nunca bajo esa oscuridad, que eran de la ciudad en que se muere. Todo estaba dentro del gran borrón de la tormenta. Las nubes, amontonadas, formaban una espesa y sucia calaboya, de esas sobre las que toda la vecindad ha vertido el polvo y las telarañas.

—Nadie nos ve—susurró él al oído de Elvira, mientras la besaba en la boca.

Les pellizcaba, les excitaba la electricidad, les acababa de lanzar.

Todo estaba entenebrecido y parecía que el mundo se había derrumbado y se vivía en un rincón de las ruinas del mundo.

Rubén estaba desesperado, como si en la tierra que se hundía, que se anegaba y de la que salían grandes tufaradas de perfume, se fuese a ir sin probar el fruto apetecido. En su despertar, en el día álgido de esa dentición última, que es la entrada en la adolescencia, se encontraba solo con una mujer, pequeña, juvenil, un poco infantil, pero femenina como la primera mujer. ¿Qué edad tendría Eva en el día inicial? Esto no lo especifican los sagrados escritores, pero debía tener muy temprana edad, y la serpiente, que tenía una impaciencia antigua, no esperó al segundo día de su pubertad...

.....

Con el último trueno y con la luz súbita de después de la tormenta, se despertaron sobre la vida los dos jóvenes.

Rubén se repuso y dió el ejemplo de presencia de ánimo yendo hacia el balcón.

Era pavoroso el trecho claro que quedaba en el cielo. Parecía que iba a aparecer por allí Dios y a reconvenirles.

Aún estaba la tierra embadurnada de tormenta, pero la oscuridad de abajo veía ya el cielo, un cielo como un espejo, un cielo en el que la luz estaba adunada.

El telón iba subiendo de nuevo.

La tormenta había sido como un jardinero que sólo necesita media hora para regar los jardines y que además es tan rica que parece que va a salir un jardín en todas las calles.

Rubén, despejado por la ducha de la tormenta, tan despejado como toda la tierra por la ducha que devuelve la razón, veía en su proporción lo que acababa de hacer. Estaba obligado y arrepentido de haberse obligado. ¡Oh, el arrebato de la tormenta!

Miraba las piedras de la calle dibujadas por la tinta china de la tormenta. Por la acera, algunos pobres a los que ha bañado la tormenta, pasaban con tipo de perros que han sido bañados en el estanque.

Había en los charcos burbujas del agua de seltz de la tormenta.

Rubén no quería volver la cabeza, pero sentía a Elvira llorar.

Puesto que lo ha querido, los padres le darán todas las facilidades que niegan para su bien a los hijos, y será el que se casó muy joven y tiene muchos hijos y no enseña nunca a su mujer.

Lo que sea ya lo será de un modo mediocre y será un fracasado de por vida.

EL MIEDO AL MAR

I

Prudencio, el ingeniero de la mina, llevaba ya dos años y medio viviendo en la playa solitaria. El era de tierra adentro, castellano, y había conocido la vida de estudiante en Madrid, en esas calles que ya han desaparecido, con sus casas que entonces se desmoronaban solas y se eternizaban sostenidas por puntales muchas veces y se desconchaban en los pasillos y en las alcobas. ¡Qué inolvidable, qué íntimo y qué simpático todo aquello visto desde la casa de madera en que pasaba su vida!

Otra vez había pasado el veraneo y entraba en octubre casi solo en aquella casa de la *Quincallera*, que también era un hotel durante los veranos. Los veraneantes le echaban a perder su casa campesina y le devolvían un hotel lleno de nostalgias, muy bien educado, con recuerdos galantes en los espejos, con horquillas por los suelos, con ecos de las alegrías pasadas en el comedor, con tarros y frascos vacíos en los tocadores. Hubiera preferido que aquella casa fuese sin transición la del primer invierno que pasó en el pueblecillo marino, sin la compensación contraproducente de los veraneos civilizados.

Prudencio entraba en octubre con un mal humor terrible, y él, que no tenía caballo, se ponía las botas de montar y salía con una fusta corta de jinete, sólo para despejar su mal humor latigueando los zarzales y haciendo caer las últimas madreselvas, que son como piltrafillas de pespuñada carne femenina que las arrancaron al pasar los matojos. De vez en cuando también dirigía contra sí la fusta, y como quien no quiere, como niño, ¡niño demasiado violento!, que hace como quien castiga a su caballo, se zurraba las piernas. De buena gana se hubiese espoleado. Así se quedaba un poco tranquilo y embotaba aquella agresividad que dejaba en él el quedarse.

Alguna tarde de esas del mes del abandono cogía su escopeta para dispararla, no para matar, aunque a veces pareciese apuntar a esos abominables pájaros de las playas, tan salados, tan fríos, tan duros. El apuntaba al cielo de vez en cuando y disparaba.

—¡Mato estrellas!—dijo una vez a un amigo que le encontró, y era verdad, mataba estrellas, las estrellas emboscadas detrás de la luz del día, todas en su sitio como en la noche.

A veces después de disparar su escopeta, se echaba un poco hacia detrás, como si rehuyese la posible caída de la estrella muerta. Iba sembrando de carbones el cielo, pues las estrellas muertas son como cisco que queda en los ojos azules del cielo.

Las últimas alusiones escritas en la playa quedaban en ella, y se acordaba aún como si fuese una cicatriz imborrable de su alma, aquel *Prudencio* en letra de mujer, que no pudo averiguar quién había escrito, como si la que lo hubiese hecho se hubiese desengañado de él sin darse a conocer. ¿Quién sería aquella mujer que un día se prendó fuertemente de él, hasta dar un grito mayúsculo en medio de la desesperada alcoba de Dios que es la playa? Inventó un álbum para recoger las firmas y los pensamientos de toda la colonia, pero no pudo encontrar aquella letra.

Al mismo tiempo que hacía esta evocación de las escrituras a las que tanto tienta el pliego renovado e intacto de la playa, pensaba que era algo desolador también y como la rui-

na de la alegre Pompeya, que todos los años fundaban los veraneantes, ese gran anfiteatro o esa gran fortaleza con muchos patios que forman con la arena los niños más tozudos, los que quisieron hacer dársenas y puertos y escolleras en que se estrellase el mar, en que no penetrase, quedando así vencido el empuje de la alta marea. Pocas huellas quedaban, sin embargo.

Ese formidable fabricante de papel que es el mar, volvía a fabricar las resmas inacabables, inmensas, de satinado papel color siena, inútilmente satinado, pulido y bruñido, para que sólo las pisadas del ingeniero o las de alguna mujer buscando los carbones que echaba el mar a la playa lo invalidasen. El ingeniero, queriendo aprovechar la gran cuartilla de la playa, escribió todos los nombres de mujer de que se iba acordando. Los vulgares, los corrientes, los que están primero, le salieron con facilidad. De vez en cuando se inclinaba y, como el que vendimia, escribía con su corto bastón de jinete los nombres de mujer. Pronto llegó a agotarse, y fué recordando los que brotan con más dificultad.

EULALIA. MARTA. FLORENTINA. PASTORA. TRINIDAD. LUZ. PAULINA. TEODORA. PERPETUA. VISITACIÓN.

Parecía que daban nueva cordialidad a la playa aquellos nombres de mujer. De vez en cuando, sin querer, repetía SAGRARIO, como si fuese el *ora pronobis*, el común aglutinante de todos aquellos nombres.

Pronto se cansó, como si le doliesen las visagras, y lo que le llenó de amargura es que aun habiendo agotado todos los nombres de sus recuerdos, el trecho escrito era insignificante, y la gran playa se burlaba de él. Eso es lo que siempre chocaba con él en la playa, el cómo la playa se lo tragaba todo y le hacía pequeño. El mismo parecía perderse entre la arena como esas sortijas que nunca se encuentran en ellas. Ya estaba allí otra vez el gran vacío del invierno y la burla contumaz del mar, el que no le importaba un bledo de nada.

—¡Me han dejado! ¡Me han dejado!—decía él pensando en los que se habían ido, y pensaba en alta voz, decía sus pensamientos a voz en grito porque era su modo de reanimar contra el mar, de vengarse de su ruido, de no dejarse achantar por él, de curarse la sordera que creaba.

Nadie podía oirle además, porque al otro lado de la playa no se oía sino el mar. ¡Cuántas veces había querido atravesar con los gritos más desaforados, llamando a alguien al otro lado de ese trecho opaco y negado a gritos! En la playa está ahogada la voz humana, está aislada al margen de la vida y al margen del mar, porque las dos cosas es la playa... ¡Cuántas tardes, como un loco, le había ido a hablar al mar y se le había quedado seca la boca como después de una viva discusión, como después de un largo discurso! Ensayaba su inapetencia oratoria. Le consolaba hablar en voz alta y tirar al mar, como esas piedras que incita a tirar el agua, las palabras sobrecargadas de peso y endurecidas por las sales de la amargura.

—Logras borrar mi amor y mi dolor, y como no te quiero tener a ti por ideal, vano cachalote, veo me quieres dejar sin ideal...

La mueca que hacía después de las palabras con que insultaba al mar era de miedo, el miedo del que quiere ser más valiente que nadie y no lo es. Temía una mordedura del mar, que unos cocodrilos extraños le saliesen a ver, o solo quizás que le diesen un coletazo...

—Playa eterna—decía en los momentos de pura tontería, cuando sentía frente al mar el escalofrío de la estulticia—, playa eterna, me induces a una grandeza que no puedo conseguir y no me ofreces como ejemplo nada más que el espectáculo de tu brutalidad, de tu eternecedora epilepsia; invertebrado, completamente invertebrado mar...

Un pugilato de elocuencia se entablaba entre él y el mar, pero él notaba muy bien que como no era propicio el sitio a la elocuencia, como el ambiente era sordo, frío y descreído, la elocuencia era vacua, engolada, con

el tono cavernoso y falso de los malos predicadores...

—Eres enemigo de la frase, mar, porque las deshaces todas, porque no quieres que quede escrita ninguna de las tuyas. ¡Frente a ti es imposible todo cuadro! ¡Pobre pintor de marinas!... Hace algo imposible, hace una cosa triste y amanerada... No le puede retratar al mar... Eres otra cosa que todo lo demás, eres otra cosa que la tierra...

Después de esta última perogrullada, ¡con tanto que pensar, sin embargo!, comenzó a recordar otras cosas, a recordar en voz alta sus cosas íntimas...

—Quiero a Sagrario... Por eso sigo aquí... Por eso te aguanto... Sagrario, con su traje azul marino de entretiempo, ya abrigada parece que ha enjugado un poco su belleza, que ha guardado lo que más brillaba en ella... Está oscura estos días... Debe de tener los senos fríos...

Atardecía súbitamente, como si el atardecer fuese uno de esos turbiones que se asoman a veces sobre el mar. Prudencio, que esperaba llegar al otro extremo de la playa (¡cómo se engaña el paso humano en las playas!), volvió hacia la entrada de la playa, donde dos o tres casetas temblaban de frío hacía días, tiritaban ruidosamente; parecían que comunicaban un parpadeo de frío del que había dentro de ellas. Apretó un poco el paso, porque quería ver los nombres que había escrito antes, cuando la arena era dorada, nueva y tenía luz; en esa hora de hacía un rato que había envejecido tanto de repente y que ya no estaba ni en la misma tarde, sino que era como una hora de *antes*, de lo que vagamente llamamos *antes*. El mismo *perseguidor* que surgía en la playa siempre le cogía esa hora lejos de las casetas, seguía ya sus pasos. Había saltado de los jarales de la orilla, de esos matojales incultos en que el hombre que caza al hombre, aprovechándose del ruido del mar, parece que se esconde. Había bajado la rampa de arena blanca, menuda, seca, con que descendía el pisar hacia la playa y se había colocado ya a distancia en las sombras, que ya eran opacas a su espalda.

En vez de decirle eso que los otros criminales piden amenazadores pero implorante: «¡Ni un grito!», este criminal decía burlonamente a sus espaldas: «¡Grite lo que quiera! ¡Cuanto más grite, mejor!»

Como Prudencio presentía que no le valía gritar, corría. Se había metido por la tierra blanda de la playa, por el sitio en que las pisadas se hunden y es como si se llevasen botas de cojo, de esas cuya suela parecen las de una plancha de fuego central. Su carrera tenía la desesperación de una de esas carreras por los sueños, carreras atosigadoras en que no se avanza, porque también el temor de los sueños es fofo, como hecho con lana de colchón...

Pasó corriendo sobre los nombres de mujer, de mayúsculas, que parecían pedir auxilio y hablar con el cielo, hacer señales a lo alto. Todas sus letras, como si fuesen de esas letras de bulto de las muestras, se irían flotando con las aguas como flotan también los bancos de los bañeros que de pronto se escapan.

Otra vez la excitación de todos los octubres. Sólo le calmaba entrar por las calles de la aldea y encontrar la casa de Sagrario por entre los eucaliptus, que eran como su agua de azahar, como el espliego quemado en la gran habitación de la Naturaleza. Subió aquella especie de entrada al castillo por los fosos, que era la salida de la playa, siempre llena de piedras, agradable tropezón para algunos, después de la blanduzca, de la *hundiente* sensación de la playa.

Sagrario estaba en el jardín de su casa en el lado en que les era permitido reunirse, con la verja de por medio, pues el padre, después de dos años de relaciones, como desconfiaba de aquel lunático y a raíz de una disputa de los primeros días, le había prohibido la entrada en la casa.

—¿Qué te pasa? ¿Otra vez vuelves a tus miedos?—le preguntó ella.

—Esto no pasa... Con el primer día de verdadero otoño me entra y no se me va hasta el primer día de ver la

playa concurrida en pleno verano...

—¿Y no te acostumbrarás nunca?

—Nunca... Este escalofrío es el escalofrío del mar... El mar nos quiere peor que la muerte... El mar nos mata, nos hace engreídos...

—Me haces llorar pensando en cómo odias esto..., en cómo algún día huirás de aquí...

—No huiré sin ti...

—¡Pero a mí me será tan penoso dejar esto!

—No volverás.

—No me digas eso...

—Esta noche me siento más duro que nunca... Lo único que me alegra es poderte arrancar de aquí para siempre, es poder arrancar a la costa una de sus hijas...

—¡Cómo eres!—dijo ella saltándosele las lágrimas.

—Le odio... Me quedo sin voz y sin oído y hasta sin alma... Del lado en que él está no tengo vida, mi vida de hombre... Esa vida se vive tierra adentro... Sólo los que acarician un sueño inhumano o una indiferencia malhumorada aman el mar...

—Yo que no soy ni una cosa ni otra, lo amo también... ¡Qué bello se le ve desde mi ventana todas las mañanas!... Es como un libro lleno de ilustraciones que no dejan de ser diferentes y maravillosas... ¡Cuántos millones de páginas no habré yo vuelto a ese libro!... ¡Y que tú quieras arrancarme a esto!

—¡Ah! Te resistes. ¿Quieres más a tu mar que a mí?

—No, no es eso... Ya te pones intransigente.

—Dame un beso para apagar el influjo de ese mar, cuyo ruido de agua batida no me deja pensar; un beso que pueda con todo el mar...

Sagrario, que no le escatimaba los besos, porque así era de incontinente su corazón, le dió el beso pedido.

—Pero ¿no me apartarás de lo que más quiero?

—Sí.

—Eres cruel—dijo ella llorando otra vez.

—Es que el mar hace violento, injusto... Perdóname... Hasta mañana... Hoy seguiría así, sin poderme contener...

II

Con su repulsión por el mar, Prudencio no dejaba de dirigirse a la playa todas las tardes... Sagrario estaba asustada y había hablado hasta al médico. El médico, hombre siempre a caballo, caminando siempre de una aldea a otra, revoloteante las naldas de su manferland de paño fuerte, como si así ayudase a volar a su caballo, no conocía apenas al ingeniero...

—¿Tendrá la *pelagra?*

—Pero ¿no es la *pelagra* un mal que es sólo de los nuestros? ¿Pueden tenerlo también estos hombres de tierra adentro?

—Ya lo creo... Ha pasado a veces en algunos pueblos de Castilla sin fuentes ni estanques, sin ningún sitio en qué ahogarse, que el que tenía la «pelagra» ha hecho un camino de diez leguas para ver agua, y para ahogarse después en ella...

—Tú sabes que a la «pelagra» le llaman «el mal de la rosa». ¿No?... Pues le llaman de la rosa porque se ponen rosas las manos... ¿Recuerdas las manos de tu novio?

—No, no recuerdo—respondió ella, compungida, temerosa de irselas a ver como por primera vez y para encontrar en ellas un síntoma terrible.

—Bueno... Pues observaselas y si están rosas, avísame... Es una enfermedad peligrosa... Es una nostalgia tan fuerte del agua, del agua de la que salimos en el principio, que no hay casi con qué calmarla...

Sagrario se despidió de don Damián, el viejo amigo que había visto crecer a todas las jóvenes del pueblo...

La vida monótona de Sagrario sólo se salvaba un poco gracias a la amistad con Asunción. Era donde se pasaba la vida, en aquel comedor con un piano y con un ventanal que daba al mar, gran ventanal que parecía ser la pantalla de un cinematógrafo de cinta inacabable.

Sagrario había quedado hoy en esperar a Prudencio en casa de Asunción, que sabía soportar aquella cesta interminable, dejándoles hablar muy en voz baja, pues uno de los principales encantos de Sagrario era ese bisbiseo de palabras menudas, de palabras japonesas, a las que parece que sacaba punta, como se la saca una enhebradora al hilo que enhebra. Hacía eso Sagrario con las palabras para poderlas enhebrar por el ojo de la aguja de su boca fruncida como un pico en la hora confidencial. Prudencio, mirando aquella boca que pespunteaba tan finamente las palabras, que hacía tan delicado encaje de amor, se quedaba embriagado. Le hacía el efecto aquella voz baja de cuando le anduvo en la cabeza una mano de mujer... Sagrario estaba como siempre aprendiendo las piezas más difíciles del piano... Era lejos de todo el mundo y para no conseguir ningún premio, la maestra, suma, cargo paralelo también, como es paralelo el eterno ruido del mar y el eterno sonar del piano...

Estaban satisfechas. Ahora volvían a ser ellas mismas las dueñas de la aldea. Las leales, las fieles, las constantes. Las veraneantes habían huido y al final se había notado que al despedirse estaban demasiado alegres.

—¿Has recibido alguna carta de amigas?

—Sí, una postal de Lolita... Ahí está sobre el piano...

Eran esas cartas y esas postales que recibían casi todos los días, el recuerdo de ese momento álgido del veraneo, y de esas numerosas amigas de caracteres extraños y ruidosos, que ellas no acababan de comprender, y que se iban para volver, aunque muchas veces no volvían porque escogían otro sitio donde veranear y eso era como si muriesen para la otra playa, porque ya no volverían a saber más de ellas...

¡De qué modo recordaban a todas, hasta a las que hacía más tiempo que se habían perdido!

Sus corazones eran álbumes de fotografías de mujer, en trajes sencillos de playa, con fisonomías abiertas y simpáticas, distinguiéndose aun las de tipo más atrabiliario, por sus peinados naturales y como para todos los tiempos, generalmente con la trenza en rodete, sobre un simple peinado en bandos. Ellas escribían siempre a las que les permanecían fieles. Había a veces alguna que no había vuelto más nunca y que cambiaba correspondencia con ellas desde hacía quince años.

Y aunque se viesen no se conocerían, pero se consolaban de estar separadas y recordaban unas horas inolvidables de riqueza, infancia y tranquilidad, o que las había pasado a esas fieles que no obstante su amor por el pueblecillo no volvían, es que habían muerto sus padres y vivían una vida precaria con unos mantos pasados, pasados...

—En este comedor huele a música —dijo Sagrario después de pensar un largo rato en aquellas amigas que escribían, con la postal en la mano, como punto de sus recuerdos. Las postales no dicen nada, pero son evocatrices.

Asunción sonrió. Se hacía a toda prisa un jersey de lana roja para el invierno. El gran ovillo como un balón, de vez en cuando sufría un tironcito de la hebra y se movía como si tuviese vida propia o un gato invisible jugase con él. Tramaba aquella mujer, realmente, un cuerpo de mujer, con ese empaque guerrero «minervístico» que da al pecho el jersey.

Sagrario aproximándose a los cristales del ventanal, puso la frente en ellos como para tener una visión más cristalina de lo que la preocupaba, como para adivinar el más allá y acercarse así más a la playa que se veía lejana y por donde él debía pasear en estos momentos.

El atardecer caía como un telón sobre la perspectiva, telón de cortina de esos que se corren por los dos lados y se cierran en el centro.

«Ya él viene por el camino», pensaba ella. «Le miraré las manos».

Esta idea de que iba a ver por primera vez sus manos manchadas, adoleciendo de una grave enfermedad o, limpias y sensatas, la tenía preocupada. Si le encontraba pelagra sería como si él viniese manchado con la

sangre de un crimen, del crimen contra sí mismo, del futuro suicidio.

Seguía pegando su frente al cristal porque quería amenguar una fiebre de la frente nada más, la fiebre de su miedo. Pegada al cristal además, vencía la tentación de contar a Asunción sus temores y que la mirada inevitablemente indiscreta de la amiga mirase también las manos de Prudencio al entrar.

Ella veía con serenidad el mar que se quedaba oscuro. Quizás nadaba sin miedo, su espíritu, en las aguas negras.

No, no podía comprender la manía de Prudencio y, sin embargo, esta tarde sentía un escalofrío como si él se lo trasmitiese sin razones, sólo el escalofrío. Tenía que emplear nuevos métodos para hacerle amar el mar. Le enseñaría como a un niño a deletrear esa otra lengua, esa especie de *bable* del mar. No podía pensar en que su ventana se abriese toda la vida hacia la tierra, como si en aquel momento hubiese escogido las ventanas que dan a los pinares en vez de la ventana que da al mar. ¡No podía ser! ¡No podía ser! Prudencio venía por delante del ventanal. En vez de entrar como siempre por la puerta que daba al pueblo, hoy venía con ciertas trazas de ladrón, por el camino por el que no suele pasar nadie.

—Asunción, voy a abrir por el jardín a Prudencio—y escapó Sagrario a correr.

En la paz y en el silencio del comedor, como si en su espacio hubiese habido un espejo, se vió el beso, se sintió el beso que es al mismo tiempo el arrechucho de un abrazo. Cuando entró Asunción aún se esponjaba su cuerpo apretujado un momento.

—Aquí está mi niño miedoso—dijo Sagrario dando a las cuatro luces más de la lámpara del comedor, las cuatro luces que sólo existen en esas lámparas para encenderse en la Nochebuena.

—Pero mujer, ¿por qué tanta luz?...

—Apaga, apaga—dijo desabridamente Prudencio como si se hubiese quemado las pestañas, como si lo que hubiese hecho Sagrario hubiese sido echar nuevo alcohol sobre el alcohol ya encendido. ¡Terrible explosión para el rostro sensible y atónito de Prudencio, que venía de contemplar el agorero mar!

Sagrario, después de mirar las manos de Prudencio, como extraña y sorda a las repulsas de los dos deslumbrados, se dirigió a la llave de la luz y apagó las cuatro bombas. Prudencio entonces saludó con cariño a Asunción.

El rostro de Sagrario se serenó, se tragó algo que tenía contenido y su garganta tuvo la conmoción de los cuellos de los pavos cuando se les dan las nueces. Después, llevándose a Prudencio al rincón del ventanal le miró al rostro y le dijo:

—¿Cómo traes los ojos tan abiertos? ¿Qué has visto? ¿Te sientes mal?

—Nada... No tengo nada... Que he estado mirando al mar sin bajar la vista... Yo creo que el mar nos magnetiza... Llevaba este libro por no mirarle, pero este libro no me ha dicho nada, este libro que tantas veces me ha deleitado no era nada en la playa... Ha habido un momento que hasta se me ha ido a perder entre la arena, que hasta se lo quería tragar la arena.

—El mar nos debe enseñar a unirnos, a no dar reposo al cariño... Debías de venir a mí con sed de decirme cosas, con sed de agua dulce...

—Todo es monstruosidad en el mar... He estado en la playa fea, la que está llena de piedras verdinegras, la que tiene esos peñones picados, careados, abiertos como esponjas... Veía todo eso y pensaba el gran quiste, el bozio, el pólipo en los oídos, el cáncer a la vista, que son todas esas cosas de los acantilados abruptos...

—¿Pero por qué lo ves todo tan negro? ¿Por qué no piensas en tu niña?

—¡Pero si pienso en ti!... No me sirve... A ti también te puede el mar y te tira desconsideradamente contra la playa... Cuántas tardes como el de defensor de una mujer, yendo contigo, he sentido que te insultaba, que te hacía alguna grosería, que a veces estando descuidada te llegaba la ola

a los pies y te los mojaba todos... ¡como el «regador» que nos riega intencionadamente yendo por la calle!

Como para cambiar de conversación y despejar la frente de Prudencio, le rogó Sagrario a Asunción que tocase algo, cualquier cosa. Asunción clavó la aguja de miel con que hacía el punto, en la bola roja, como quien clava el alfiler de sombrero en el sombrero que se acaba de quitar.

La tapa se levantó sobre el piano con su gesto de tapa de féretro. La blanca dentadura del teclado, con sus especies de melladuras o carcaduras entreveradas, se rió con esa risa larga, esa especie de escala muda que exhala el piano cuando se abre y coge la luz del teclado.

Asunción, con sus manos de langosta—de las langostas que saltan por los campos—, hizo temblar todas las notas solo al saludar el piano, solo al despertarle.

Prudencio apenas oía. El sigue en la playa, siempre frente al elemento del que se oye el ruido en la noche, como si se debatiese en los pozos profundos de la noche. Es para él el límite del mar en la noche una franja blanca que recorre el mundo por ese lado de parte a parte. De pronto en su rostro ha habido un despertar, algo como si le hubiese picado una mosca en la cara. Se ha pasado la mano por ella y ha dicho dirigiéndose a Asunción:

—¿Para qué tocarás tanto? No sé cómo no ves que tus notas se van al mar, se las englute el mar, las mezcla a su ruido monocorde y tonto... A mí me entristecen los pianos de la playa y ese holocausto inútil que hace la música al mar... Me parece inútil tocar la música en una playa, dar una sensación tan íntima como la de una habitación con piano en un mundo tan vacío como el que está junto al mar.

—Como tú eres de secano, no comprendes que eso mismo me agrada... Poderle dedicar mis notas al mar. ¿Habrá algo más feliz? Pagarle con algo eso que él nos da salvándonos de la monotonía de nuestras vidas... Si un día al asomarme por la mañanita me encontrase en vez del mar un desierto, me moría de pena...

—Sois mujeres al fin y al cabo, y os gusta que os domine brutalmente todo... Por eso admiráis el mar... El mar os apalea.

—Yo no sé cómo Sagrario te puede aguantar... Yo no aguantaría un novio con esas ideas... Hablar así de mi mar...

—¡Tu mar! Es lo único que no es de nadie, ni de él mismo, ni de Dios... Yo le echaría bromuro para que se calmase... Valeriana para que durmiese...

—Déjale, mujer... No comprende al mar, ya se lo enseñaré yo a entender.

—El mismo día de la boda nos iremos de aquí...

—Pero Asunción, sigue tocando. No le hagas caso...

—No... No sé lo que tiene Prudencio con esas palabras renegridas que nos entenebrece, que nos deja sin ánimos para nada... A mí me da miedo ese mar después de oírle...

—Ves como tengo razón... Hasta las casas tienen un frío atroz por fuera, están contagiadas por el mar, tiritan de miedo los cristales... Junto a los cristales hay visitas de seres extraños que trae por casualidad el mar, que el mar es el único que trae y que se planta de pronto a nuestro lado sin poderlo evitar.

—¿Pero de dónde han de venir, Prudencio? No inventes tantas cosas... —dijo Asunción, entre picada y temerosa.

Las dos mujeres miraban hacia los cristales, a los que parecían estar pegados de bruces, como en las jaulas de los gorilas, numerosos seres monstruosos, las manos muy agarradas a lo alto, la cabeza hacia adelante. Prudencio continuó:

—Hay una inseguridad atroz en las casas alrededor del mar... El mar ha cubierto esto y cualquier día, porque eso no se anuncia, hoy, dentro de un rato quizás, el mar, de un modo más espantoso que el fuego, por ser más imponente y no admitir siquiera la

huída, caerá sobre esta casita y pagará así a sus enamoradas...

—Cállate... ¿No ves que estás faltando a Dios?—dijo Sagrario.

Esta tarde, que se me ha vuelto a hacer de noche en la playa, pensaba que en cada sombra de las olas al anochecido viene un cuerpo tendido, un ser largo y oscuro...

Preocupada con lo que iba oyendo, Asunción adelantaba en su jersey. Casi toda una manga había hecho durante la conversación, nerviosa, pimpeleando con su aguja de ámbar, la especie de burritz de caramelo que deben algunos de chupar. En la pausa que se hizo después de las últimas palabras de Prudencio, la carrerilla fué desenfrenada, como si castañeasen sobre la labor sus dedos, como si la pierna nerviosa y tiritando diese a una máquina de coser vertiginosa... Asunción ahormaba cada punto con ensañamiento, con tozudez, cerrando el nudo como para que no se soltase nunca.

Prudencio y Sagrario la miraban abstraídos también, todos tejiendo el jersey de sus preocupaciones sobre la pauta material de un jersey cualquiera, especie de modelo: patrón para la labor de sus pensamientos.

En el silencio que les reunía como tres cabezas sobre el mismo horóscopo, Sagrario abrió de pronto desmesuradamente los ojos... ¿Sería el reflejo del color de la lana?... Miró con más atención... No... Era que las manos de Asunción eran rosadas, muy rosadas. ¿No tendría ella el «mal de la rosa»?... Junto a la alegría de ver las manos de Prudencio tan pálidas, tan blancas, con un exceso de palidez, tal vez tenía la tristeza de ver las de su amiga rosas como una rosa, rosas como no las había visto nunca... ¿Quizás ese amor al mar que tenía Asunción y con el que la había influído tanto, era «la pelagra»? ¿Ese corazón excitable y enloquecido por el mar, procedía de esa excitación por el mar?... ¿Tendría razón Prudencio?

Las manos rosadas, como si cayera sobre ellas la fluorescencia de una lámpara de rosa, temblaban como las manos de un metalizado, de un mercurizado, de un saturniano... A la vista de Sagrario su temblor era ciclón de enfermedad y como el temblor de una vieja. De pronto Asunción levantó la cabeza y los tres se quedaron mirando unos a otros.

—Hubiéramos continuado en silencio toda la vida si no se me ocurre levantar la cabeza...

—Toda la vida, es verdad... Es que estábamos asustados del vértigo de tus manos—dijo Prudencio.

—No digo sino que éste será el jersey número cincuenta y tantos que hago... Pero ya no haré más, sino para mí y a lo más para Sagrario... Nati Alvarez, a la que hice uno hace tres años, no se acordaba que yo se lo había hecho... ¿Habrá mayor ingratitud?... Con lo que cuesta hacer un jersey, con lo que ponemos en él de la propia vida... No vuelvo a hacer jerseys para nadie.

Prudencio volvió a tomar la palabra:

—Pues la misma ingratitud es la del mar... No se acuerda de ninguna de las miradas que se pusieron en él... No se puede uno quejar de la ingratitud de nadie estando la del mar enfrente...

Ya era tarde. El olor de aceite frito anunció la hora en el comedor sin reloj.

—Ya debe ser hora de cenar—dijo Sagrario poniéndose de pie.

—Que os acompañe Nicolasa—. Y Asunción llamó al timbre.

—Nicolasa—dijo cuando entró la muchacha—. póngase la toquilla y acompañe a la señorita.

Sagrario aumentó los besos a su amiga, besándole hasta las manos.

—Mañana, en el Mirador, a las cinco—dijo a su amiga Asunción.

III

—¿Tiene las manos rosadas?—preguntó el médico a Sagrario cuando la vió aparecer, turbada y pálida, en su consulta.

—No. El, no... Pero ella sí—dijo Sa-

grario al doctor, sin darse cuenta de que realmente no decía nada diciendo sólo «ella».

—Bueno; bien, sí, «ella»... ¿pero quién es ella?

—Ella es Asunción, la hija del «químico».

—Pues eso es grave... Iré a ver a su padre... Es una enfermedad fatal... Su antiguo ascendiente al mar o al agua, lo mismo da, les llama con insistencia... Es algo muy difícil de vencer... Yo he visto cuando era alumno en el hospital de la ciudad, a un enfermo que, ya que se le evitaba la proximidad con ningún estanque o taza de fuente, metió la cabeza en un cubo de agua y la mantuvo así, y contuvo la respiración hasta que se ahogó; si no lo hubiera visto no lo creería...

—¡Pobre Asunción! ¡Pobrecita amiga mía!—dijo Sagrario entre lágrimas.

—No, no llores... Veremos de curarla. ¿Pero tú que eres tan amiga de ella no habrás observado nada?

—Ahora sí... Ahora veo muchas cosas... Ahora veo por qué quería que siempre estuviésemos en la playa... Sí; ahora recuerdo que la he visto avanzar hacia el mar desde lo alto del peñón y la he cogido por las faldas, reprimiendo una audacia que no me parecía sino aturdimiento... Me ha pasado que estando en la misma playa, la he visto avanzar hacia las grandes olas y gracias a mis gritos ha vuelto... Hubo un momento en que parecía ir a entrar por una puerta en el fondo del mar, a levantar la cortina y a pasar... Yo creía que todo eso lo hacía por meterme miedo, por reírse después de mí...

—No, pobre... inevitable y fatal... —dijo el doctor sentencioso, mirando al suelo como se mira siempre que se habla de la fatalidad.

—Pobre amiga... Ahora la acompañaré más que nunca... Si antes éramos inseparables, ahora lo seremos más... Yo evitaré que se tire al agua...

—Sólo la vigilancia de una amiga como tú evitará el peligro, pero es necesario prevenir al padre, y, además, que yo vea esas manos.

—No las mire usted con demasiada fijeza... No note ella lo que pasa.

—No, hija... El disimulo del médico es más perfecto que el del criminal.

—Prudencio me quería llevar fuera, lejos, pero no me iré... No me iré... Aun con lo que odia el mar, tendrá que soportarlo o que dejarme...

—No dispute tampoco mucho con tu novio. Ten cuidado con tu novio que tiene la enfermedad contraria, a él le tira la tierra, tan ingrata como el mar, porque también le matará, y un día estará bajo sus olas mansas.

Sagrario salió de casa del médico y se dirigió corriendo hacia la playa, temerosa de que su amiga hubiese llegado antes y estuviese sola en esa peña que en medio del mar era tan buena atalaya, que la llamaban el «Mirador».

Quería encontrarse en esa vuelta «de bicicleta», rauda, ágil, de una curva perfecta desde la que ya se veía el mar... Era la curva que los veraneantes también esperaban torcer con una ansiedad de colegiales, porque hasta no ver desde allí el mar, no acaban de creer que se encontraban otra vez frente a su magnificencia...

Sagrario corría como si fuese a perder, no el tren a la ciudad, sino un supuesto barco que estuviese atracado en la playa y cuya hora de zarpar se acercase.

Desde detrás de los cristales verde pescado, verde serpiente marina, color de tristeza y gelutinosidad verde, que les subía a los de las ventanas en cuanto entraba el otoño, la miraban pasar todas sus amigas y todos sus amigos como si fuese a buscar a Prudencio, temerosa de uno de esos regaños que acababan en lágrimas... Por fin en la curva de bicicleta del camino como enharinado, vió el peñón solitario con su verde terciopelo y sus costillas formidables. Cuando Asunción no estaba era que no había llegado aún, porque ella era lo bastante sensata para no pensar en que hubiera desaparecido después de haber estado. No, es que no había llegado aún.

Sagrario redujo su paso... Miraba al mar, que era siempre más grande,

siempre más grande, el mar que era el de esta tarde, no el de ayer, el mar viajero que ha desembarcado en esta playa esta tarde, pero se marchará esta noche para desembarcar en otra playa mañana, el mar que resume todos los barcos y todas las travesías. «¿Cómo Prudencio puede ver ese otro mar hostil?» se preguntaba ella, frente al inofensivo monstruo, que se sube hasta donde llega y hasta a la hora en que llega...

«Pero él, que se pasea por la playa todas las tardes, podía coger el camino de las otras aldeas, el camino que de algún modo le acerca a su castillo, pero en vez de tomar esos caminos toma el del mar.»

Las piedras eran dolorosas en aquel camino, eran piedras que mordían o que clavaban su uña como alacranes, las piedras díscolas que había lanzado allí el mar como inútiles, las piedras de tierra adentro mucho más agrias que el mar y todo lo que él ablanda, desde el clima a las arenas.

De pronto Sagrario vió a Asunción por el camino. Su grito llamándole fué desgarrador, desflecado como la sangre de una herida, atrapador como un perro que quisiera retener por el borde del jersey a lo que va delante...

Asunción, que iba envuelta en un chal cuyas puntas flotaban, como una larga melena al viento y que daban más vértigo a su paso que el que en realidad tenía, pues esos chales de seda parecen dar tipo de mujer que va en un raudo automóvil a la que hasta va despacio, se paró asustada, como si tuviese que retroceder para socorrer a su amiga. Sagrario corrió por el camino como lleno de chales desprendidos, flotantes, desgajados como se desgaja el humo al humo. Al llegar junto a Asunción, se abrazó a ella Sagrario y la hizo una verruga de besos en el cuello. Ya juntas de paseo, el mar se puso más risueño y era como si las olas jugasen como niños a saltar las unas sobre las otras en un al «marro» inacabable, un «marro» rápido de ahora te quedas tú, ahora me quedo yo, ahora te vuelves a quedar. La gran hoja de almanaque de octubre se leía en el cielo. OCTUBRE se leía en grandes letras como se lee ARCO IRIS en ciertas ocasiones.

★

—¿Y si nos quedásemos en la playa?—preguntó Sagrario como prefiriéndolo, mirando hacia los almohadones de la arena.

—Estamos citadas con Prudencio allí arriba y podría subir al pico desde la otra playa y disgustarse al no encontrarnos.

—Tienes razón... Vamos... Déjame que me coja a tu brazo... No te apartes de mí que me parece que hay bichos por entre esos matorrales del monte, peces feos, peces con patas que se aprovechan un rato de la tierra...

Asunción sonrió. Además de cogerla del brazo le cogía una mano Sagrario, la mano del brazo que la llevaba como sosteniéndolo en cabestrillo.

Sagrario tenía miedo de llegar al borde de la peña como si todos los días hubiese habido barandilla y hoy faltase. Como si el balcón estuviese desbalconado.

Procuró ir despacio como si así, retrasando el llegar pudiesen dar tiempo a que llegase Prudencio.

—Vamos a sentarnos aquí—dijo Sagrario.

—¿Y por qué tan lejos del mar? —preguntó Asunción.

—Por que me siento con algún vértigo y no quisiera estar tan al borde...

—Entonces me acercaré yo sola...

—No, no... Iré contigo...

En este «Iré contigo» que pronunció Sagrario, había el miedo de caer con su amiga, de ser arrastrada al querer sostener a la que se sentía absorbida por el mar... Se sentaron en lo más alto y al borde. Sagrario temblaba y acariciaba las manos a Asunción, sacándola y metiéndola las sortijas, entreteniéndola así para que no mirase a su terrible amante, al que podía raptarla en un momento.

Mirando las sortijas, en la que más se entretuvo es en la sortija que no

puede salir. Asunción se empeñaba en sacarla y Sagrario ya la miraba atemorizada, como si eso pudiese irritar el mal rosa, como si el pensamiento de tirarse pudiese salir de sus manos más que de su cabeza.

—No, no, déjala... déjala...—decía Sagrario.

—No quiero, mujer, porque si no la saco hoy probablemente no podría sacarla nunca... Y tener una sortija que no se saca nunca tiene algo de estar como enterrada ya...

La mano en vez de amoratarse volvió más rosa. Sagrario estaba arrepentida de haber comenzado ese juego, pero por fin la sortija estuvo en su poder.

—¡Oh, qué feliz me siento de estar libre!—dijo Asunción muy exaltada—. ¡Por fin puedo optar por lo que quiera! ¡Me siento desprendida! ¡Volaría sobre el mar como una gaviota!

Se veía que eran cosas dichas con frivolidad, pero Sagrario temía que pudiesen ser ciertas. Prudencio apareció de pronto en lo alto y cerca, porque había subido por el lado que era rampa a sus espaldas. Después de saludar tomó el sitio de Sagrario a su espalda, en el lado del silencio, donde los novios creen que sólo les oye su novia aunque esté muy cerca de la amiga que les acompaña.

—Siempre creo que me pierdo en el atardecer del mar y que no podré volver a ti... Naufrago cada tarde... Ese elefante que hace ejercicios de tragárselo todo con su trompa ha debido cazar muchas veces a los que andan por las playas...

—No te hubieras perdido... ¿No ves que tu mujercita, aquí, sobre el cabo, era como un faro?

—Vivir en una playa, es como vivir al final del mundo, donde termina lo humano... El mar es una mentira, es una cosa irracional que no tiene que ver nada con el hombre. Nada. Es un cielo abuhardillado el del mar...

Sagrario levantó los ojos y se vió que también lo había oído Asunción, porque también levantó los ojos.

—Sí—continuó Prudencio—, ya te he visto quererme desmentir... Has levantado la cabeza hacia donde únicamente es alto... Pero lo que yo digo que ni en el horizonte se une el cielo a la tierra abuhardillándola desde tan lejos, como sucede en el mar...

Sagrario no tenía fuerzas para responder. Se sentía presa entre dos fanatismos, el que latía en su amiga, que hasta deseaba el mar con ansia de muerte, y la del novio que lo odiaba. Ella era la única que veía la serenidad esplendorosa del mar, su cura de todos los males.

—Bueno, ¿y si nos volviéramos?

No contestaron ninguno de los dos enfermos de fanatismo. Prudencio en plena fiebre decía:

—Pero es el caso que no quiero apartarme de él, que lo que me gustaría es estarle gritando siempre, decirle cosas terribles, que rebajasen su orgullo idiota... En sus playas todo es vano y todo espera para la mayor intimidad el ir dentro de los camarotes de la tierra... Al mar lo alabaron los hombres como esclavos, como haciéndose así más fuertes que su miedo... Yo que soy más valiente que ellos le miro de arriba abajo y no le alabo...

—Sin embargo, parece que tú tienes más miedo que nadie... Que el cobarde eres tú—dijo Sagrario sin poderse contener.

Prudencio se puso en pie lívido y categórico.

—Mira, me voy a casa, adiós... El mar es tan villano, tan chulo que abusa de lo femenino, que ha sido capaz de que tú me digas esa frase de taberna y que me hagas más cobarde que él, que tú me quieras a echar a reñir con él... Como no habría otra manera de reñir con el mar que tirarse a su fondo, prefiero reñir contigo y ser menos cobarde que quedándome, yéndome...

Prudencio comenzó a descender la cuesta, la repugnante cuesta de los sapos, porque todos salían a esa hora y parecía andarse sobre ellos.

Un gran dolor mezclado a octubre es mucho más profundo.

Sagrario lloraba, hipaba, y para no ser egoísta ni en su llanto, no dejando de pensar en su amiga, se abrazaba a

ella para enjugar su llanto en el regazo en que se había consolado de tantas disputas con tantos novios. Asunción miraba al mar y eso la resignaba del dolor de su amiga y no la hacía tomar parte en sus lágrimas. Lo veía colmado de lágrimas saladas y dedicado a jugar con ellas...

Se había hecho bastante de noche, aunque no lo había dejado notar una luz silenciosa, disimulada, que, como pocas veces sucede, había encendido su lámpara blanca en cuanto él había apagado su lámpara amarilla.

Prudencio se repetía esa bravuconería de mujerzuela que le había salido a Sagrario en la taberna de la Naturaleza, tan tabernaria en medio de todo como una taberna confinada entre cuatro paredes, echando al hombre tierno y de espíritu delicado contra el hombre bestial, pero fuerte... El que había odiado ese gesto en las mujeres de los mineros, en las disputas de unos con otros, no podía perdonarlo en aquella mujer ni aunque el enemigo fuese algo tan ridículo como el mar. Bajaba como quien huye de la mujer que le quiere retener en el destierro, en la playa nocturna, como de la sirena que le quisiera llevar al mar para arrojarle en él. ¡Abominable sirena!

Detrás, muy despacio, más pegada a su amiga que nunca, iba Sagrario apoyándose con melancolía en Asunción, pero apretando bien su brazo, su presa.

—Le has contestado bien—dijo Asunción—, bien... Yo he estado por ponerme en pie y gritarle: «¡Mentira!» ¡Decir del mar esas cosas! ¡Del mar, que está ya en nuestra alma de tanto mirarle; del mar, que es nuestra infancia, su salud, su alegría, sus leyendas!

—Cálmate, cálmate—dijo Sagrario con miedo.

—Déjale que se vaya—continuó Asunción—. Su empeño era llevarte, humillarte a tu melancolía, a esta melancolía nuestra que es nuestra vida... Su alegría allí en el centro de la tierra es seca y recuerdo nuestro viaje a la capital, como sin un elemento... Somos como las focas ya... No podríamos estar sin tener los dos elementos al lado... Aunque llores estos días, déjale marchar... Peor es que tus ojos estén secos toda la vida y tengan la irritación de esa sequedad, tú acostumbrada a matar esa sed que tienen los ojos y que es tan dulce lavar en el colirio del mar.

Sagrario silenció sus pucheros viendo a Asunción tan sensata.

Después de todo tenía razón. El la hubiera apartado del mar. Iba a estarla escarmentando por su odio al mar. Sin querer iba a llevarla la contra en todos sus gustos, iba a quererla purgar a costa de lágrimas sin cuento, como de un antiguo amor, de su amor por el mar, de su admiración, de su recuerdo. Evitaría sus viajes a la playa. No, no... Soltera sería una mujer consumida, a la que no se acaba de hacer caso en casa de su padre o de su hermano, pero todas las mañanas se asomaría a la ventana de su cuarto para ver el mar, que convidaba a desayunarse con una excursión sobre él.

El suspiro de la mañana frente al mar alcanzaba hasta sus confines. Sus senos se dilataban como los senos del aire sobre el mar.

Mientras andaban hacia la casa de Asunción, silenciosos, encantados por la luna y transportadas por ella a la serenidad de la muerte en un mundo muerto y sereno. Eran como habitantes de la luna en la carretera inlunada. «Así me deberé a ella y la acompañaré y la seguiré y evitaré que se tire al agua nunca... Tengo yo la misión que hubiera tenido si me hubiese ungido lazarillo de alguien.»

—En medio de todo se van a alegrar en tu casa... Se van a alegrar todos... El no era malo, pero lo era para sí... Era como de otro dueño y otra raza... Es preferible que le llores ausente, que no presente y al lado siempre, sometida al suplicio de su voluntad de exprimir en ti los recuerdos y las nostalgias queridas...

Ya en el comedorcito de gran cristalada sobre el mar, se acabó de enjugar Sagrario sus lágrimas.

Me voy a quedar contigo unos días

como otras veces—dijo—. Manda a que pidan mis ropas y mis cosas. Tú me defenderás de quererme ir... porque quererle volver a hacer caso, sería irme. No quiero emprender el camino lleno de túneles que tan difícil es desandar, que se piensa que no se podrá deshacer lo andado como si se hundiesen y se cegasen los túneles después de haber pasado...

Hubo una pausa.

—Yo quiero quedarme contigo... Tomar el baño de mar todos los días y que nos traigan esas cartas y esas noticias de que viene lleno.

El doctor entró en la estancia con el padre y la madre de Asunción.

—Apenas veo a esta chica nunca —dijo el médico.

—No la ve más que su amiga Sagrario. Ellas son las dos inseparables.

El médico miró a Asunción y confundiendo su nueva angustia con la angustia por la salud de su amiga, se dirigió a las manos de ésta. Como para consolar cuanto antes a Sagrario, dijo en voz alta el doctor.

—¡Caramba, la chica padece herpético como la madre! La tengo que recomendar varias medicinas. Esto —dijo cogiendo sus manos—que sólo a algún profano se le podría antojar la mancha de la «pelagra», el mal de la rosa, es vulgar y ligero herpético.

Sagrario sonrió encantada y besó a su amiga, llevándosela para hablar con ella a solas en el hueco de la ventana. El que Asunción no tuviese la pelagra la cercioraba de nuevo en su amor al mar, el que fuese sincero y volviese a ser sensato y a tener todas las razones que ella daba aquel amor al mar que su amiga la había inculcado a ella. Tenía que hacerse perdonar sin decírselo, el haber pensado en que aquel amor era una cosa hija de una enfermedad.

IV

Prudencio, como el que deja una novia, en cuyo noviazgo todos llevaban parte como los que juegan al juego de «se casa o no se casa», habló con los directores de la mina aquella misma tarde, y pretextando un telegrama de su padre, se marchó precipitadamente aquella misma noche. Ni carta de despedida quiso escribir por si la carta le retenía. Quería perder el ruido del mar, la amargura del invierno metido en una caracola. De su novia se apartaba por esas mismas razones y algunas más. Era aquella separación tan fugaz que parecía una cosa mitológica, algo así como la separación de las aguas y de la tierra.

La *Quincallera*, un poco sorprendida por aquella marcha y como si sospechase algo, avisó a la señorita Sagrario.

—Un veraneante más que se marcha—resumió ésta—. Nosotras solo resistimos el invierno aquí... El mar es un poco nuestro divino esposo, el que nos mece y nos aduerme... Antes de dormirnos, cuando estamos allí lejos, en la tierra sorda, tenemos que leer algo... Aquí es él el que nos lee en alta voz y eso basta para dormirse en un sueño reparador.

—Que se vaya con Dios el insultador del mar—dijo Asunción como la que pronuncia el «Amén».

FIN DE
«LA TORMENTA» Y «EL MIEDO AL MAR»
DE
RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

ANDRES
GONZALEZ BLANCO

(1888-1924)

ANDRES GONZALEZ BLANCO

Novelista, *poeta, crítico literario. Nació en Cuenca. Licenciado en Filosofía y Letras. Secretario (Sección de Literatura) del Ateneo de Madrid. Esta docta entidad concedió—1909—el gran premio «Charro-Hidalgo» a su* Historia de la novela contemporánea en España. *Colaborador fecundísimo de diarios y revistas, y polemista de mucho mérito. En el primer concurso de* El Cuento Semanal*—1907—quedó recomendada su novela* Un amor de provincia. *Pese a su temprana muerte, dejó una obra considerable y valiosísima.*

Novelas: La eterna historia—*1910*—; Doña Violante—*1910*—; Matilde Rey—*1911*—; Julieta rediviva—*1912*—; El paraiso de los solteros—*1918*—; Mademoiselle Milagros—*1918*—; Las frívolas y las perversas—*1920*—; Regalo de Reyes—*1923*—; María Jesús, casada y mártir—*1923*—; Alma de monja—*1924*—.

REGALO DE REYES

(NOVELA DE LA VIDA DE PROVINCIA)

I

La imagen de mi tía Victoria, hermana menor de mi madre, es la más concreta y la menos difusa de mi infancia, sepultada en un pueblecillo ribereño de la costa cantábrica donde el oleaje encrespado batía sin descanso y el cielo estaba encapotado casi perpetuamente...

¡Cómo la recuerdo!... Era muy alta, muy esbelta y muy guapa; con unos ojos de miope que le agraciaban más, por el tono íntimo y dulcemente curiosón que daban a su mirada; era en todo su tipo una verdadera gran señora de las que van quedando pocas, en esta sociedad industrializada y corrompida, donde la moral se disuelve y la poesía se esfuma; donde las niñas elegantes tienen modales de *cocotte* y las madres visten como niñas quinceañeras; sociedad triste y avida de dinero, único dios del mundo; sociedad carcomida que se derrumba... Era tía Victoria una señora... como aún había muchas en la

época clara en que nosotros éramos niños...

Una de estas señoras de provincia que ya casi no hay en el día de hoy, tal vez un poco rancias en la sociedad actual, llenas de prejuicios y de manías hereditarias, soñando en pergaminos y en blasones que acaso sólo existían en su imaginación de grandes de España: señoras de alto porte, ridículas quizá a los ojos del observador superficial y escéptico, grandiosas y venerables a lós ojos del poeta, del pensador que las admira y las estima siempre...

Señoras *a la antigua española* como ya no existen; señoras que aún tomaban rapé en tabaqueras de ébano con incrustaciones de oro; señoras que tenían una capillita en casa, donde en los días de gran solemnidad decía misa un capellán anguloso, cazador terrible, que andaba siempre escopeta al hombro por los bosques de Viforcos o de Santiago de Ambiedes; señoras representativas de la aristocracia de provincia, en aquellos días en que tenía tanto merecido relieve nuestra aristocracia...

Señoras que, viviendo siempre en el fondo de una provincia, sometidas a un régimen moderado y casi ascético por la decadencia de los foros y la disminución del valor de los bienes raíces, aún fingían una aparente suntuosidad, un aparato fastuoso compatible con el rango de la casa nobiliaria a que pertenecían...

Porque tía Victoria—hora es ya de decirlo para agrandar la silueta moral de aquella conmovedora mártir—pertenecía a la ilustre progenie de La Riva, la familia principal del pueblo, oriunda por una rama de varonía de los marqueses de Santiago de Ambiedes... Próceres de provincia, maltrechos y caducos, viviendo de pensiones oficiales o de mermadas rentas agrícolas, a expensas de campesinos devotos de la casa, en la supervivencia feudal de los foros o solicitando sinecuras provinciales en la Diputación de Oviedo...

Tía Victoria era una verdadera gran señora, ceremoniosa y etiquetera en visitas, llana y afable con los criados, cumplida y cortés con los iguales, amable y gentil con los inferiores, piadosa y sentimental con los menesterosos... Pero en tía Victoria la llaneza predominaba sobre todo...

II

Cuando había en casa de tía Victoria recepción casi palatina y etiqueta como de corte, cuando el tono de la conversación se tornaba afectado, era cuando venían las primas de Manzaneda...

¡Ah, las primas de Manzaneda! No podré olvidarlas jamás, porque ellas eran toda la vieja España que ya se derrumbaba por entonces al soplo recio del vendaval moderno!...

Eran tres, ornadas de nombres pomposos, nombres visigóticos de reinas de antaño: eran tres: Erundina, Ilduara y Fredesvinda...

Las tres igualmente solteronas, igualmente amojamadas, flacas y secas, con los mismos trajes de estameña, casi siempre hábitos... Si Erundina se adornaba con el hábito castaño del Carmen, Ilduara portaba el hábito gris de Santa Rita y Fredesvinda el hábito morado del Nazareno...

Era una medida prudente de economía doméstica, aunque la pintasen como rasgo de devoción y de modestia cristiana.

Vivían a cuatro pasos de Puertuco, en una vieja torre casi derruída, en medio de maizales y prados verdes, la torre de Manzaneda, de la cual tomaba nombre la familia... Venían poco a Puertuco—de donde sólo distaba la torre tres cuartos de legua—y aunque parecían con ello dar más aire de prosopopeya y ceremonia a sus visitas, en el fondo era porque el vehículo de la casa, una victoria, andaba desfondado y maltrecho, y el pobre jamelgo que le impulsaba, apenas podía con sus huesos, muerto de hambre, sin pienso fijo y metódico, viviendo de arbitrios eventuales—poco más o menos como sus propietarias...

Pero el día que venían ¡era día de

gran fiesta en casa de tía Victoria!... ¡Aquel día se sacaba la vajilla de gala, la de la abuela materna, la más linajuda de la familia!... Era generalmente en la tarde, tarde lluviosa como casi todas las de Puertuco; y mientras la lluvia repiqueteaba en los cristales del mirador de la salona oscura y honda, las primas de Manzaneda, saboreando el rapé que arrancaban a la caja de tía Victoria, hablaban con emoción de los parientes de Madrid... ¡Ah, los parientes de Madrid: Florencio Juan de la Riva, director general de lo Contencioso; María Manzaneda, la casada con el duque de Valliniello; y sobre todo, aquella rubia y espléndida marquesa de Santiago de Ambiedes, que no dejaba de estar invitada a un solo baile de palacio!

Y venía siempre luego, fatalmente, la conversación del pariente más esclarecido en la familia, del que había dado honra y prez al apellido ya glorioso en las arcáicas gestas astures... Este pariente era don Francisco, o como le llamábamos familiarmente, entre nosotros, de padres a hijos, don *Pachín* de la Canal y de la Riva... Don *Pachín* de la Canal era un hermano de la abuela materna de mi madre, vagamente tío-abuelo segundo de las primas de Manzaneda, que se ufanaban con él como con ningún otro retoño de la progenie...

La cosa no era para menos... Don *Pachín* de la Canal había sido—¡descubrios, viejos admiradores de la *España antigua que ya ha muerto!*—virrey en Nueva Granada y adelantado mayor de Indias... Toda la familia veneraba su memoria como la de un héroe o la de un santo...

Gotoso, herido de achaques del clima tropical, regresó a Puertuco a los sesenta años, cargado de reliquias, conmemoraciones y joyas valiosas de su época feliz de representante de nuestro muy amado monarca don Carlos IV y dejó en el pueblo, con los seis años que allí residió hasta que la muerte piadosa le llevó a descansar bajo las flores silvestres del rústico cementerio, una estela de fastuosidad y de grandeza que no se había desvanecido aún cuando yo era niño.

Don *Pachín* de la Canal era, pues, siempre el tema de conversación en las tardes de lluvia, cuando las primas visigóticas de Manzaneda sorbían rapé incansablemente, en tanto que Erundina lamentaba la impiedad de los tiempos presentes; Ildura hablaba de labores de bordado y de costura casera, en que era expertísima, y Fredesvinda, la más joven—joven muy relativa, de treinta y cinco años—maldecía de «los hombres de hoy»..., ¡los bellacos, sin religión y sin patria, y que además no querían matrimoniar por nada del mundo con herederas de apellidos ilustres ya en tiempos de don Pelayo, apellidos de abolengo en la rancia nobleza provincial que se remonta a la batalla de Covadonga!...

III

Solía acompañarlas en las tardes de lluvia otro hidalgo de aquellos andurriales, don Román de Berdicio, cazador, tresillista y comilón voraz, que buscaba asiento en todas las cuchipandas tremendas que allí suelen celebrarse, bien con motivo de las fiestas del Sacramento en los alegres y espléndidos días del verano, bien en ocasión de funerales solemnes de gente gorda, labradores acomodados o indianos que regresaron ricos de América...

Don Román de Berdicio vivía también, como las primas de Manzaneda, en una torre ruinosa, revestida de hiedra y de musgo, con las piedras ennegrecidas por la lluvia, que está a medio camino de Berdicio y Viforcos... Era una torre señera en medio del campo, que se divisaba desde lejos y que aparecía al caminante como un lugar de descanso... Vestigio feudal en medio de los prados verdes, ruina romana en el corazón del territorio inviolado de los cántabros, de quienes el clásico latino dice con tanta tristeza que «no sabían llevar nuestros yugos»...

Cantabrum indoctum juga ferre nostra...

País de pastores y de marineros, Cantabria, entonces como hoy, sabía vivir su vida rústica y apacible, pero no sabía ni quería someterse a la férrea organización romana, con su engranaje complicado de procónsules y de centuriones, entre militar y burocrática... Y quería vivir tranquila y modesta su vida fácil y sin ambiciones, de pastoreo y pesca, a la orilla de su mar bravo y en las hondonadas de sus montañas verdes... Y por eso la dominación de los hijos del Lacio apenas hizo más que arañar su superficie, hollar levemente sus praderías esmeraldinas y dejar cinco o seis huellas visibles en la arquitectura provincial...

Allá en Ablanedo, un acueducto a medio construir para traer el agua escasa y turbia de las lluvias y el fango, desde lo alto del monte Narcea; en Fabricia, dos o tres vestigios apenas perceptibles entre el vértigo industrialista de la población moderna; en los concejos apartados, en los rincones húmedos y frondosos de la provincia, tal cual resto de torre que erigió un procónsul, remedo torpe de la Torre Antonia, de Jerusalén; y allá en lugares remotos, cuando se escarbaba mucho la tierra, en parajes que apenas había profanado la planta humana, la aparición de una moneda del Imperio, donde aparecía el inevitable soldado, el odioso *miles gloriosus* de las victorias imperiales, con el consabido escudo y la clásica lanza y el exergo que rezaba en abreviatura: *Pontif. Maxim...*

Algunas de estas monedas conservaba don Román de Berdicio, que en verdad las estimaba en tanto como chinarros del camino o conchitas de la próxima playa... Pero las conservaba por respeto a las cenizas de sus antepasados y apego a la tradición... En más tenía el título de honor que le correspondía de patrono de la capilla de la Virgen de Viforcos, cuya fundación se debía a su antiguo mayorazgo de la casa, don Jerónimo de Berdicio, que habiendo peleado en Flandes y salido con bien de un naufragio que sobrevino yendo con rumbo a América, al regresar de la Nueva España, donde estuvo a las órdenes del noble virrey conde de Revillagigedo, erigió a sus expensas la capillita que, cerca del caserón solariego de Viforcos, se alza serena y dulce invitando a la oración...

Don Román de Berdicio conservaba gran veneración y afecto a este legado de sus abuelos, sobre el que seguía ejerciendo patronazgo y jurisdicción, llevando el pendón en las procesiones solemnes, teniendo derecho a entrar bajo palio en las festividades y con nicho para enterramiento en aquel panteón de familia... La Virgen de Viforcos, la virgen morena, traspasada de siete puñales, con el semblante torturado y los ojos llorosos y cansados de sufrir—ojos tristes y dulces de mártir española—era venerada en todos los contornos y contaba con la profunda admiración y el culto sincero de todos los hijos de la comarca... Allí acudían todos los enfermos y los afligidos de dolencias malignas, de sarpullidos, eczemas y erupciones cutáneas; los lisiados de mar y tierra, los cargados de trabajos o de días, los nautas que se salvaron de naufragios imprevistos...

Sobre todo, el gran caudal de exvotos, votos fervorosos dábanlo los marineros y las mujeres parturientas... A cada paso, en la sacristía de la capilla, veíanse exvotos con rótulos tan ingenuos y tan caprichosamente ortografiados como éste:

Alabirjen de Biforcos V na mano decera e o frecido por Palmira Rrios Nava, becina de Puertuco, en 25 de Abril de 1887, por aberla salbado de un mal parto.—Que ella se a ala vadu por los siglos delos siglos.—Amen.

O se leían ofertas votivas tan conmovedoras como esta, que es todo un poema primitivo, un romance de mar, rudo y dulce a la vez, como el alma de sus hijos:

Ayándose el becino de esta aldea de Berdicio, de su concejo de Gauzón, provincia y principado de Asturias, Raimundo Antromero y de la Pola dedicado a la pesca del bonito en las

costas que llaman de la Bretaña, fué asaltado por un furioso bendabal que derribó la frágil embarcación en q.e iva con seis hombres más, y haviendo estos hijos de Berdicio luchado brabamente durante seis oras contra el embate de las furiosas olas, inbocando a la Birgen de Biforcos, fueron salbados y consigieron lleguar a nado al puerto que dicen de San Naçario en el Norte de la Francia, donde fueron recogidos por tripulantes de un bergantín español que allí se ayaba fondeado. Y como testimonio de gratitú a la Birjen de Biforcos vinieron descalzos a esta su ermita desde la playa de Berdicio, distante legua y media, y aquí oraron postrados largo tiempo y ofrecieron ser siempre rendidos debotos de esta sagrada Birgen que así les faborezió en tan peligroso y señalado trance.—Y de èllo dejan testimonio con este recuerdo, en Puertuco, a los treinta días del mes de Gunio del año de gracia de mil setecientos y sesenta.

Hay en estas viejas capillas de aldea un perfume de ingenuidad y de dulzura que sólo un espíritu empedernido en la maldad, en la dureza o en el escepticismo puede dejar de percibir... Un perfume rústico de tomillo y romero se mezcla en ellas al perfume oriental del incienso.. Toda la poesía del culto católico y del rito solemne de las ceremonias se enlaza aquí con la poesía humilde y cordial de la Naturaleza; los ramajes verdes de los árboles próximos rozan los cristales de la capilla; y al abrir la puerta claveteada de enormes clavos de hierro oxidado, para que salga una procesión, llega un aroma de heno y de espadaña más penetrante aún que el aroma eclesiástico...

En esta capilla venía a decir misa todos los domingos y fiestas de guardar el viejo capellán, cazador y tresillista, el capellán de Viforcos, adscrito en tiempos de antaño a la casa solariega de Berdicio y a la de Manzaneda, el viejo capellán don Jorge Tremañes, que, desligado ahora de esos deberes semidomésticos de capellán de casa grande, vivía de la magra sustentación que le aportaba una capellanía *ad nutum*, patronato del obispo de la diócesis. En las cercanías, no obstante, se le designaba siempre con el apelativo del capellán Viforcos...

IV

Cuando mamá me decía: «Hoy vas a ir a casa de tía Victoria», para mí era día de fiesta... Me encantaba la figura arrogante y señorial de mi tía; me ilusionaban sus ojos indecisos y sugestivos de miope; me estremecía de emoción la entrada en aquella casona antigua, con grandes galerías cubiertas de retratos sombríos de pátina antigua y severos salones que los cortinajes solemnes entenebrecían, con alcobas recónditas donde el lecho se perdía en una penumbra de misterio, bajo la cándida vigilancia de un cuadro de la Purísima Concepción...

La casa de tía Victoria estaba en la calle principal del pueblo, haciendo rinconada en la plazuela del Reloj... Frente a ella erguíase el edificio que daba nombre a la plaza: la torre del reloj, cuadrada y chata, sin adorno arquitectónico alguno, como un sencillo obelisco conmemorativo de la Eternidad...

Una gradería de seis peldaños daba acceso al portalón de la casa de mi tía, seis peldaños desgastados y carcomidos por las lluvias, por el roce y por el laboreo lento y tenaz del salitre que traía el agua del mar... En los temporales de invierno, cuando el viento Norte sopla desatado y sacude en el muelle los cascos viejos de las pobres lanchas de pesca y las balancea en frenesí de locura y rompe con ímpetu feroz los cables de sus amarras, el oleaje solía llegar, en crespa sacudida de cabellera espumosa de un Tritón enfurecido, hasta el portalón de mi tía... Enfrente del viejo caserón no había edificio alguno y sólo un pretil de piedra separaba la acera opuesta del mar... En las marejadas violentas, el oleaje brincaba sobre el borde del pretil y al ímpetu del choque

con la piedra daba otro salto violento hasta los peldaños del portalón y aun a veces hasta el balconaje del primer piso, cuya baranda de hierro había oxidado y carcomido el agua salobre...

El portalón era uno de esos portalones de pueblo, empedrados de guijarros redondos y chinarrillos puntiagudos, de los que se recogen a la orilla del mar... Dos poyos de piedra a cada lado brindaban descanso a los fatigados viandantes y mendigos nómadas, cuyas voces retumbaban en la oquedad del portalón al pronunciar el quejumbroso «¡Ave María!»... tradicional...

La escalera, espaciosa y de piedra mordida de lascas, subía sin interrupción, amplia y solemne, hasta el tercer piso de la casa; pero al llegar al primer piso lateralmente había una puerta pintada de verde, a un lado de la cual pendía una cadena... Agitándola, una campanilla tintineante sonaba allá arriba y su son argentino se propagaba en ondas sonoras por los ámbitos de los vastos salones, llevando el anuncio de una visita...

Entonces, la anciana ama de llaves de tía Victoria asomaba en lo alto de la escalera y pronunciaba el usual: «¿Quién *ye*?... Y cuando era mi voz infantil la que respondía alegre y cantarina: «Soy yo, Telva»... ¡cómo se abalanzaba mi tía hacia mí desde el descansillo de la escalera a recibirme en sus brazos, en sus brazos amorosos de madre malograda que quizás veía en mí el retrato de hijos que había soñado y que nunca había tenido!

V

Porque el encanto mayor de tía Victoria—y sólo ahora lo percibo a distancia, al través de mi existencia ya sacudida por todos los vaivenes—cifrábase en su vida atormentada de «viuda virgen»... de casada frustrada en flor... Se había casado muy joven, casi una niña...

Había tenido tía Victoria el prematuro desarrollo fisiológico y la precocidad sensitiva de las mujeres criollas. Porque mi tía, aunque de progenie astur por la línea paterna, había nacido en la Habana. Su padre tuvo en la isla de Cuba durante muchos años negocio de plantaciones de azúcar y casa puesta en la calle del Obispo. Casó con una cubana holgazana y dulzona que murió joven...

Me contaba mamá muchas veces que, hasta la víspera de la boda, tía Victoria andaba con el pelo suelto sobre la espalda y jugando a las muñecas en la salona del caserón de sus padres...

La pusieron de largo para ir a la iglesia... Lloró mucho; sentía despedirse de aquella edad de juegos y de alegrías para entrar en una era triste de cuidados y de congojas... El presentimiento del infortunio y de la soledad parecía atenazarle el alma y hacerle más interesante el rostro intensamente pálido, con la palidez virginal de las predestinadas al dolor y al sacrificio...

El marido de tía Victoria fué un capitán de la marina mercante, hombre de unos cuarenta años, tostado por el sol de todos los climas, estigmatizado con un sello de vicio cosmopolita prendido en tantas ciudades donde había desembarcado... El sol de las Antillas le había curtido la piel, y el alcohol, las mujeres y el juego le habían encallecido el alma, como la vida de a bordo le encalleciera las manos...

Cuando hacía la travesía de los puertos del Noroeste a las islas fragantes de Cuba y Puerto Rico—joyas de la Corona de España tendidas indolentemente sobre el mar—al desembarcar en la Habana, nunca dejaba de visitar a su antiguo y respetable amigo don Estanislao de la Riva y Argüelles... Don Estanislao, ya viejo, venerable siempre con sus barbas blancas y sus ojos miopes, era el padre de tía Victoria y de mamá... Mamá ya era entonces mayorcita y con su cara seria y ovalada, sus ademanes de muchacha formalita y modosa, no atraía con cautivante hechizo la atención del marino, que se encandilaba en la contemplación de la nena menor, ya entonces formadita y granada, con tor-

neadas redondeces y una rubia cabellera de reina, flotándole siempre sobre la espalda...

El capitán se acostumbró a las visitas frecuentes, y ya no era una sola tarde para hacer los saludos de rúbrica y preguntar a don Estanislao si se le ofrecía algo para Puertuco: eran horas y horas largas pasadas en la casa de la calle del Obispo, y diaria frecuentación en tanto que el barco estaba fondeado en la bahía cargando azúcar y tabaco para la Península.

En uno de los viajes, con palabra torpe y tartajosa, el curtido rostro rojo hasta las cejas, el capitán explicó a don Estanislao de la Riva y Argüelles, de la noble familia de los marqueses de Santiago de Ambiedes, que estaba enamorado de su hija y que venía a pedir su mano... El buen don Estanislao entendió que se trataba de la hija mayor, de la que luego había de ser mamá—don Estanislao, fuera de sus negocios, estaba siempre en las nubes, como el poeta está en sus fantasías—y se apresuró a comunicarle que desde la tierna infancia, la niña mayor estaba prometida a Ramonín Prendes Pando, de ilustre familia de Fabricia...

Entonces el marino, torpe y tartamudo, en su fabla dialectal, atajó diciendo que se trataba de Victoria, la menor de las niñas...

Don Estanislao no pudo reprimir una exclamación de sorpresa y en el dulce dialecto natal le replicó:

—¡Tú *tas babu*, rapaz, tu *tas babu!*... Victoria *ye* una *rapazina*, apenas si *tién* quince años...

Luego el marino explicó como supo, entre tacos e interjecciones gruesas, que por la misma razón que había autorizado a la mayor para quedar prometida a Prendes a la edad de trece años, no veía por qué Victoria había de eximirse de este privilegio de familia...

Entonces don Estanislao se rascó la cabeza concienzudamente y caviló un instante. Respondió que le era menester reflexionarlo y que al otro viaje le daría la contestación... Era como un negocio extraño que le habían propuesto y que necesitaba meditación y concentrado cálculo antes de zambullirse en él...

Al otro viaje, que fué penoso y duro a causa de las fuertes mareas del equinoccio, y en el que estuvieron a punto de naufragar dos o tres veces, el marino trajo propósito de hostigar con más apremio a don Estanislao; pero no hubo menester de ello, pues mi buen abuelo tenía ya proyectado concederle en firme la mano de Victoria, sin contar con ella para nada, disponiendo de ella como se regala una muñeca...

La niña Victoria no fué consultada... ¿Para qué?... «Era una *rapazina*, no entendía lo que podía ser su felicidad», pensaba a solas el viejo don Estanislao en su bárbara inhibición de negociante frente a los problemas sentimentales... El marino era hombre ya maduro, de respeto, no un mequetrefe ni un silbantillo, como los que podían salirle de pretendientes en la Habana, allá en los paseos del Malecón o en las veladas del teatro Albisu... Ella no tenía más que dejarse guiar, como una niña que era... El marido la haría feliz sin grandes aspavientos de sensibilidad ni de zalamería...

Había acumulado ya un buen capital, tenía muchos años por delante (pues apenas había cumplido los treinta y cinco), y navegando quince años más, podría llegar a reunir una buena fortuna, dada la baratura de la vida de entonces en un pueblo como Puertuco...

—Vas *fazer* una buena boda *¡coime!... non* te quejes...—le susurraba el padre a la niña, si la veía por aquellos días triste y amohinada por los rincones de la casa.

Por otra parte, el novio era un real mozo; daría envidia a sus amiguitas... El capitán era, en verdad, alto, recio, con unos ojos punzantes e inquietadores y un bigote fuerte, erizado sobre los labios duros... Mostraba en la calle un gentil continente que había prendado a todas las mocitas casaderas del pueblo... Sólo su andar era torpe y desgarbado; andar de marino

acostumbrado a renquear muelle y caprichoso sobre cubierta...

VI

Lo mismo que en el andar, era desmañado en la conducta... Creía que en el mundo no regían leyes, que la sociedad era una barca pilotada por él, donde todos le obedecían y servían sus deseos... La piratería y el abordaje eran para él la cumbre suprema del saber, así en las naves como en la tierra...

Con este desdichado casó tía Victoria, aquel capullo de abril que necesitaba tanto mimo y tanto amor para que floreciera y lozaneara en rosa pomposa y maternal...

Daba pena— según me contaba mamá, que fué madrina en su boda— verla ir a la iglesia con su rostro pálido y su cuerpo frágil, del brazo de aquel marinerote curtido que la llevaba como en vilo... Todo Puertuco asistió a la boda, que constituyó un acto solemne... Las mujeres a las puertas de las casucas míseras, temblaban de emoción viendo aquella niña apenas púber en brazos del hastialote marino que parecía llevarla con la desmañada tosquedad con que un oso silvestre querría mostrar ternura a una ovejilla... En algunos corrillos de comadres oíanse comentarios burlescos o duros:

—¡Quita *p'allá, muyer,* si *paez* una *niñina* que va con *el su* padre!...

—¡Arreniego del *diañu, non* debieran *consentise estes bodes!...*

—¡Tú *viste,* rapaza!... ¡La *neña* de don Estanislao, que *ye* de la edad de la *mia* Falina, casada con ese *parafusu,* que *ye* más *moceru* que el diantre!...

Y así por el orden... La boda de tía Victoria con el marinero fué durante aquel día y otras cuantas semanas más la comidilla de las comadres alegres de Puertuco...

Los hombres, en las tabernas, subrayaron la boda desigual con comentarios de mayor brevedad, pero más ásperos... Dijose, a la luz de los mecheros de petróleo y de los candiles de aceite, que el capitán mercante estaba roído por dolencias inconfesables y que dejaba por el mundo, como huella de su paso, un reguero de lágrimas en semblantes de mujeres y de niños abandonados.

Entre dos marinerotes toscos, el *Recachao* y Falín de Peroño, entablóse una fuerte disputa con acompañamiento de tacos y reniegos de toda laya, por si era o no lícito que un hombre curtido ya por la edad y por los vicios concertase boda con una niña tierna y fragante, que podría ser destrozada como rosal que el huracán abate... (Es claro que semejante símil campestre no salió de la mollera cerrada de los dos marineros, que, a lo sumo, si hubiesen sabido mitología náutica, en la parte que por clasificación les atañía, hubieran comparado al capitán con un Tritón membrudo raptor de una Nereida niña...)

Pero ni el *Recachao* ni Falín entendían por su bien una palabra de mitología de ninguna especie, ni marítima, ni terrestre, ni celeste, y sólo sabían, a fuerza de oírlo repetir, que Baco era el mote que el juez del pueblo, don Ladislao, hombre muy leído, había colgado sobre los hombros del patrón de lancha Manín de Samarincha, entregado a perpetua e indecorosa beodez...

Pero sin conocer nada de alegorías ni de mitos náuticos, el *Recachao* y Falín disputaron agriamente acerca de aquella boda... El *Recachao,* que fuera en tiempos subordinado del capitán mercante en travesías puramente mediterráneas, le defendía como a un hombre grande y admirable que imponía su voluntad en el mar como en la tierra y que era respetado por lo que hombres y mujeres más respetaban y admiraban en el hombre: la arrogancia...

—Habías de *habele* visto, *home,* como yo le vi *abondes* veces, *colgao* de una jarcia en medio de un temporal, desafiando al viento... Y otras veces mandando como le correspondía mandar, con el *aquel* de un verdadero capitán...

—*Non* se trata de *esu,* rapaz—gruñía Falín, rascándose la sotabarba rala, crecida en el rostro sucio como el

musgo entre la piedra vieja...—Podrá muy bien ser un gran marinero y ser un mal marido... Lo que yo digo y sostengo *ye* que no hay razón ni ley de Dios que pueda autorizar el casamiento de una rapacina tan *gayaspera* con semejante *mastuerzu* vicioso y que *non* sabe más que beber y más beber...

Y con el desparpajo de aquellos filósofos cínicos que no encontraban solidaridad entre la doctrina y la conducta, ni aceptaban enlace y conexión entre la predicación y la práctica, Falín de Peroño, severo, cejijunto, rascándose la sotabarba musgosa, empinaba uno de los porroncillos que se usan tanto en las tabernas de los pueblos costeros para beber a chorro el vino rojo...

En la taberna sonaba un acordeón enronquecido y melancólico, tarareando una de esas viejas romanzas que los marinos se transmiten unos a otros y que no se sabe de qué procedencia dimanan, pudiendo ser lo mismo de Marsella que de Livorno, de Málaga que de Génova, de Saint-Nazaire que de Vigo, pero que muy frecuentemente suelen ser tristes guajiras cubanas oídas en las travesías por los puertos fragantes de las Antillas...

El *Recachao* y Falín de Peroño terminaron su disputa ya bien entrada la noche, entre tacos y reniegos formidables, cuando el resíduo del tabaco barato y la proximidad de tantos alientos reunidos apestaba el ambiente, y los vozarrones de los marinos elevaban su diapasón, y el humo de las pipas tendía una niebla sobre el recinto, haciendo apenas perceptibles las barretinas azules o verdosas sobre las cabezotas cuadradas, las blusas marineras abiertas por el pecho velludo, las rudas botonas de agua, las sotabarbas grisáceas o negras, y tal cual carita aún poco rasurada de motil casi impúber que empezaba a enviciarse...

VII

La ceremonia fué triste en la iglesia grande y fría; los sones del órgano con su quejumbrosa melancolía parecían acentuar la tristeza; las lágrimas de la novia ponían una nota de dolor y como de algo irreparable, y hasta los propios invitados no ostentaban el júbilo propio de las bodas...

Pronto comenzó para tía Victoria un calvario de sufrimientos. El marido no la dejaba en paz un instante, preocupado continuamente de francachelas, jiras campestres y regodeos en que se liba fuerte y abundante. Toda su ilusión era llevársela de campo por las afueras, y allí, sobre los mullidos prados verdes, entregarse a las más desaforadas expansiones de la animalidad, bebiendo como un gañán y jurando como un carretero...

Tía Victoria, alma delicada, suave y tierna, sufría con esto lo indecible. No podía soportar esta continuada orgía de dos meses en que el marido, entregado al alcohol, al juego y a las comilonas, la hacía copartícipe de sus refocilaciones y testigo presencial de sus desenfrenos, no preocupándose de ella para nada y no teniendo una hora de expansión y de ternura en medio de sus excesos... La luna de miel fué un cuarto menguante para ella; apenas en el horizonte alboreaban tímidas caricias y vacilantes ternuras, los naipes o el vino venían a eclipsar aquella idea...

La pobre tía Victoria, desamparada por el zafio y burdo marido desde un principio, sin conocer del amor más que los preludios y los indecisos tanteos, deseaba que saliera a navegar para ver si volvía regenerado...

Pero el alma bestial del esposo había perdido ya la senda de la redención... Cuando no se regeneraba a solas con aquel ángel de candor y de cabellos dorados, ¿cómo se había de redimir en sus soliloquios bárbaros ante el mar majestuoso y rítmico?...

Por fin salió de viaje a los dos meses de boda, sin haber iniciado a tía Victoria en los misterios del amor conyugal...

La alcoba nupcial fué para ella una tumba donde los ángeles del Pudor y del Silencio guardaban la lápida...

.....

¡Cuán ajena estaba la pobre tía Victoria de que su marido, en algunos momentos de lucidez, había dejado escapar ante su conciencia dolorida frases como estas:

—Pensé redimirme con este casamiento, pero fué una vana ilusión. Soy definitivamente irredimible, y en esto sólo he podido vencerme... No debo, no quiero profanarla... Sería una gran infamia...

VIII

En los primeros meses de separación, tía Victoria, para no quedar tan sola en el pueblo, casadita ingenua, demasiado joven para inspirar respeto, demasiado abandonada para no provocar las extralimitaciones de galanteos de algún que otro libertino lugareño, de los que suelen andar de caza al aguardo, decidió aceptar la invitación que le hicieron las primas de Manzaneda...

Ellas habían sido convidadas por la marquesa de Santiago de Ambiedes a pasar quince días en su palacio, en la capital de la provincia, y creían estar autorizadas para hacer extensiva esa invitación a la prima Victoria, que se acababa de casar y que tenía al marido navegando...

Así lo significaron a la prima Amalia en carta rústica, de ínfima calidad, lo mejor que se expende en el estanquillo de la aldea... Ellas bien hubieran querido, por tratarse de prima tan empingorotada y señorona, que alternaba con la mejor sociedad de Madrid, haberle escrito en finísimo papel de hilo, con las armas de la casa bien timbradas, y acaso allá en lo alto, un grabado menudo reproduciendo la Torre de Manzaneda, altiva y señorial sobre los campos...

Pero las rentas, cada vez más mermadas, no daban para ello y las primas de Manzaneda hubieron de contentarse con escribirle a prima Amalia en el papel usado por el pedáneo de la aldea, por el párroco y ¡hasta por el primo Román de Berdicio!...

La prima Amalia aceptó complacidísima aquella agregación de prima Victoria a la visita en colectividad... Y una buena mañana salieron de Puertuco en la desfondada victoria de las primas de Manzaneda, que desde la aldea viniera a recoger a la invitada...

Eran las siete y media de la mañana cuando el desvencijado vehículo se detuvo ante la casona de la plazuela del Reloj... Caía una lluvia menuda, lenta y persistente, de la que en el país llaman *orbayo* y que es el lote cotidiano de los habitantes de estos pueblecillos ribereños... El cielo ceniciento y bajo oprimía las almas... La plazuela del Reloj estaba convertida en un tremedal, con grandes charcos en medio y a las márgenes montículos de cieno... En la iglesia sonaban a misa las campanas con un son vago, lento e indeciso que se perdía entre las cortinas de la lluvia... Era un amanecer octubreño, tristón y desapacible...

Llegaron las primas de Manzaneda con inenarrables atavíos de viaje... ¡Las pobres solteronas se habían puesto los trapitos de cristianar!... ¡Se trataba nada menos que de un viaje a la capital de la provincia, última Thule del mundo habitado para aquellas almas ingenuas y Finisterre de sus excursiones y correrías terrestres!... Que de las marítimas ni aún catarlas, ya que las tres tenían un santo temor al elemento acuático de que el mundo ha brotado, y ni aun en las claras tardes de verano se hubieran arriesgado a *salearse* hasta la barra del puerto, en esos botecillos combados y frágiles que en los crepúsculos de agosto andan rendidos a la dulce carga de las excursionistas madrileñas y de los remeros gentiles de la mesocracia, que los invaden!...

Erundina, Ilduara y Fredesvinda reputaban soberano extravío surcar «el líquido elemento», como cantaban en las romanzas de zarzuela que les eran favoritas, y hasta no tenían por mujer muy cuidadosa de su decoro a la que se aventuraba en esas embarcaciones en las cuales había que saltar con visible elevación de las faldas y que al zozobrar podían dar al traste con el recato femenino. Las modernas y

locas *yachtwomen* y balandristas, no las conocieron ellas por su fortuna: que de haberlas conocido hubiéranlas tomado por posesas de un demonio interior...

Pero ni aun el viaje por tierra lo estimaban como cosa de persona de buen seso, y hasta en arriesgarse más allá del Monte Palomo, que circuye con sus espesuras y matorrales la blanca feligresía de Santiago de Ambiedes, hallaban indicios de mujer desatinada y de poco juicio... En su vida de moluscos aferrados a la natal peña, en su vida persistente sedentaria, un viaje a la capital de la provincia era un acontecimiento y una empresa tan audaz como la de embarcarse para las Indias...

Así que dieron a este viaje, que emprendían a requerimientos de la prima Amalia, toda la solemnidad y todas las proporciones que el caso requería... Hubo que sacar del fondo de baules octogenarios las mejores galas, ¡tan pocas tenían a escoger!..., y de los rincones de gavetas polvorientas y armarios desportillados fueron saliendo viejos cintajos y desteñidas sedas que lucieron en saraos isabelinos, en bailes de Palacio...

Erundina se colgó a los hombros una esclavina que perteneciera a la abuela Presentación, muerta cuando aún ellas eran niñas; Ildura prendióse a la cabeza una capota con cintas colgantes que adornara en sus verdes mocedades a la tía María Cruz, que a los veinticinco años se encerró en los claustros sombríos de San Pelayo de Oviedo, y Fredesvinda encasquetóse un sombrero pamela, tipo 1860, que luciera su madre en los saraos de la primera duquesa de Valliniello...

Y todas tres ostentaban sobre los hábitos perennes, inalienables ya, que eran el trofeo glorioso de su virtud y de su soltería, las tres caducas prendas de tocado, desentonadas y fuera de moda... Fredesvinda, como más joven y más coqueta, aún se permitió darse en el rostro unos toquecitos de *poudre de riz* que guardaban en cajas descascarilladas por el desuso... Ildura púsose los pendientes de la abuela Presentación, que eran de coral y oro, de valor inestimable; Erundina encajó en su delgado brazo una ancha pulsera de brillantes que había oprimido en tiempos el rollizo bravo de su madre, y Fredesvinda se clavó al pecho un cierre de amatista y plata que perteneciera a la tía María Cruz...

Y así adornadas fantásticamente, con unas botas del Segundo Imperio la mayor de ellas, unos zapatitos casi de raso Ilduara y unos de charol Fredesvinda, salieron de la vieja torre en la bruma del amanecer tardío... y llegaron a Puertuco una hora después.

Pero ¡cómo llegaron! ¡Hechas una lástima!... El barro de la carretera fangosa, saltando sobre los desvencijados estribos de la victoria, salpicara los zapatitos de raso de Ilduara, embadurnara el charolado calzado de Fredesvinda y orlara de cieno la falda bajera de seda morada que ostentaba Erundina, entonando con su hábito del Nazareno...

¡Triste espectáculo el de contemplar a aquellas gentiles damiselas, tan pulcras y tan decorosas, dando gritos de espanto al descender ante la casona de tía Victoria, y verse rodeadas de un mar de cieno, innavegable para su timidez y más con aquellas galas de fiesta!... Hubieron menester de la ayuda caritativa que les prestaron tía Victoria y la vieja ama de llaves, Telva, que el marido había dejado a su guarda y servicio...

Gracias a ellas pudieron desembarcar de aquel bergantín carranqueante que había varado definitivamente en el banco de cieno que era la plazuela del Reloj. Subieron al comedor y fueron obsequiadas con un chocolate suculento que Telva preparara en su honor—el chocolate tradicional servido en tazones de porcelana de China; una vajilla preciosa, regalo del novio, que la trajera para don Estanislao en su primer viaje a Hong-Kong—y realzado con el *esponjado* clásico rebosante de los vasos de leche recién ordeñada...

Las primas de Manzaneda, que tenían como único pecado venial, entre tantas virtudes sólidas y fundamentales, el de ser ligeramente golosas y

aun glotoncillas, se repapilaron con los henchidos y sabrosos bizcochos de limón y canela, las *marañuelas* clásicas del pueblo, los deliciosos *pitisús* y *madamas* que de la confitería de Mariquita trajera de la capital en su viaje de novios tía Victoria, y sobre todo, con el chocolate espeso y la leche fresca... Y media hora más tarde salían para Mariña, a coger el correo de las diez, que lleva a Oviedo las cuatro mujeres, las tres solteras resignadas y la viuda mártir, en el vehículo desvencijado que se bamboleaba por la carretera fangosa...

IX

Entraba siempre a las horas de coro en la catedral... La luz se filtraba tenue y suave por las vidrieras de colores y había en el sombrío recinto un aroma mezclado de incienso y de humedad que confortaba el ánimo y lo rendía a la meditación y al éxtasis... Solía a esas horas haber poca gente: algunas devotas que esperaban turno para confesar con el Penitenciario y el ir y venir atropellado y pueril de los monacillos y niños de coro que pasaban de éste a la sacristía...

Acostumbraba a entrar por la nave de la Epístola y deteníase a orar en la capilla de Santa Bárbara, donde, por ser la entrada de la catedral, el recogimiento era supremo y las voces del coro llegaban lejanas y confusas, sonando sólo de vez en vez con mayor ímpetu el bramar del órgano resoplante... Era como una música antigua y triste que adormecía el alma sin perturbarla, que dejaba libre la imaginación y sólo arrullaba a modo de un oleaje de mar remoto que se escuchaba en una noche de invierno...

A tía Victoria le sugería el órgano el recuerdo de las noches invernales de Puertuco cuando, ya hundida en el lecho, en aquella alcoba nupcial tan desamparada, de aquella casona tan fría y tan solitaria, escuchaba el gemir del mar tras del pretil fronterizo...

Después de orar un rato en la capilla de Santa Bárbara y pasar de soslayo ante las de San Martín, San Roque y San Antonio, casi siempre cerradas, quedábase ante la del Cristo de Velarde a rezar un Padrenuestro.

Luego avanzaba hasta la nave semicircular que rodea la capilla mayor, obra del siglo XIV. Seis capillitas circundan esta nave y en cada una de ellas se conmemora un episodio de la vida de un santo o una advocación de la Virgen... Cruzaba tía Victoria ante la capilla de San Ildefonso y la de la Conversión de San Pablo sin detenerse...

Pero nunca dejaba de arrodillarse ante la capilla de la Virgen de las Angustias, que allí estaba muda y transida de dolor, con las siete espadas clavadas en el corazón... ¡Cómo se parecía a ella aquella Virgen en los ojos cansados de llorar, en el rostro macerado y en la expresión de angustia infinita que el escultor arcaico había sabido poner en esas facciones!... Como todas estas vírgenes del siglo XVII, esta Dolorosa reproducía la imagen de las morenitas españolas que el escultor tropezaría en las viejas calles de las viejas ciudades...

Como la Virgen de las Angustias, también ella tenía clavadas en el alma siete espadas, símbolos del dolor: la espada de la decepción, la de la soledad, la de la tristeza, la del abandono conyugal, la del fracaso de los ensueños románticos, la de la juventud perdida, la del matrimonio estéril y sin la alegría de los hijos...

Era todo un poema de tristeza aquella virgen de ojos mustios, empañados de lágrimas, con la cara pálida de rosal tronchado, aquella virgen tan expresiva en la cual el catolicismo había representado siempre el símbolo del dolor supremo...

Allí pasaba media hora en éxtasis sin que nada la distrajera de su rezo y de su meditación... A pesar de sonar más cercano y potente el rugido del órgano, apenas si allí lo percibía, embelesada en el sueño del dolor de la Virgen Madre... ¡Ella también era dolorosamente virgen, después de ca-

sada, sin haber saboreado el encanto supremo de ser madre!...

A veces quedábase allí postrada, de tal modo embebecida en su rezo que nada del exterior la llegaba: ni el rugir del órgano, ni las voces claras de los seises, ni las voces potentes de los sochantres cantando las antífonas y jaculatorias... En no pocas tardes eran las llaves del llavero sonando por aquella nave semicircular las que venían a distraerla de su oración y a recordarle que, terminadas las horas canónicas, había de salir de la catedral...

Hacía tres rápidas genuflexiones y tres signos de la cruz ante las capillas de San Pedro Apóstol, venerable y patriarcal, de su hermano San Andrés el crucificado a la inversa, y de San Bartolomé... Pasaba ante la sacristía, con su puerta solemne custodiada por estriadas columnas dóricas coronada por un busto en relieve del Salvador, y siempre hacía un alto más lento ante la capilla del Rey Casto, con su arco gótico revestido de doble hilera de blancas estatuas—los profetas barbudos y los apóstoles venerables—y con sus dos puertas de hierro labrado...

Y salía a la calle por la puerta pequeña que bajo la portada magnífica de la Resurrección se cobija... En la plazuela de la catedral moría un sol tibio o caía lenta y menuda la *prúa*...

Casi siempre en la casa que da frente a la catedral, sonaba un piano lento, que más entristecía aquellos fines de tarde otoñal en ciudad norteña... Salía a la Corrada del Obispo y por ella entrábase a la calle Canóniga, donde estaba el palacio (oscuro y macizo caserón de cantería ennegrecida hasta lo inverosímil) de la marquesa de Santiago de Ambiedes...

X

Llevaba ya quince días en la capital desde aquella mañana memorable de lluvia en que saliera de Puertuco con las primas de Manzaneda.

En la ciudad señorial y devota sentíase muy a su gusto, olvidada casi de su matrimonio, sin nostalgias del marido ausente, contenta con su aislamiento y entregada a las devociones... Casi todas las tardes visitaba la catedral en las horas de coro; por las mañanas oía misa en la cercana y achatada parroquia de San Tirso o si hacia mejor mañana, bajaba por la sombría y empinada calle Oscura, hasta el convento de Santo Domingo... Luego, en las tardes cortas y entenebrecidas por la lluvia persistente, solían ir las tres hermanas y ella al convento de San Pelayo, a platicar con la tía María Cruz, ya septuagenaria y medio enchochecida, que les preguntaba siempre «si había revolución en Madrid y si aún reinaba doña Isabel II»...

La monja viejecita, más pálida bajo las negras tocas, era al través del locutorio como un fantasma que se desvanecía... Sor María de la Crucifixión llamábase en el claustro; no había hecho más que dar pompa y énfasis al nombre puro y admirable de María Cruz, que llevan aún tantas mujeres españolas, nombre de mujer destinada al dolor y al martirio...

Su plática era un suave bisbiseo sin altibajos ni notas agudas, durante el cual tía Victoria sentíase como adormecida al arrullo de la paz conventual...

Soñaba entonces con la felicidad monástica... ¡Qué grato sería vivir así en un convento como aquél, con galerías espaciosas y bóvedas resonantes; con pasillos tenebrosos y profundos, de tillado carcomido, donde a lo lejos sonaban los pasos, por apagados que fuesen; con salas capitulares de artesonados severos y artísticos; con locutorios apacibles donde un rayo de sol venía a dorar las celosías de madera envejecida y a resbalar sobre el rostro pálido y las tocas albas de las dulces monjitas!...

Una tarde, al volver de San Pelayo de la visita cotidiana, acompañada de la marquesa, encontráronse al capellán del monasterio, un viejecito arrugado y seco que no podía apenas andar de temblonas y débiles que eran sus piernas y se apoyaba en un báculo

modesto, una cayada rústica de pastor, de verdadero pastor de almas...

Invitóle la marquesa a tomar con ellas el chocolate, y aunque el viejecito, tímido e irresoluto entre tantas señoras, se resistía, al fin aceptó la invitación... Entraron en el palacio oscuro de la calle Canóniga, y el capellán tomó asiento junto a tía Victoria.

Comenzó tía Victoria a interrogarle acerca del monasterio de San Pelayo, de su régimen interior, de su regla y constituciones... El capellán le contaba de la estrechez de la regla, del rango y supremacía de la abadesa, que en otros tiempos era mitrada, con báculo, y que ejercía jurisdicción vastísima sobre todos los monasterios de la comarca...

—Pero ¿es que había muchos de la misma orden en nuestra religión?—interrogó tía Victoria, interesada en la conversación.

—Había tantos, que el padre Yepes, cronista de la orden de San Benito y que fué abad de San Vicente, de este convento que tenemos aquí tan cerca, donde estuvo enclaustrado el padre Feijoo y que ahora la infamia burocrática ha convertido en oficinas del Gobierno civil, de Delegación de Hacienda, de Diputación Provincial y de que sé yo cuántas cosas más; pues el padre Yepes, que sin duda hubo de visitarlos todos, afirma con asombro que «son tantos los nombres de los que topé en los archivos de la Santa Iglesia de Oviedo y de las casas que hay en Asturias de la orden de San Benito, que si no lo viera apenas me pudiera persuadir que en tierra tan estrecha, tan áspera y pobre...» Que así éramos antes—se paró a comentar ante la marquesa y las tres hermanas que le escuchaban atentas, embaídas, por su buena memoria y fácil discurso—. Esto es, tierra áspera y pobre, de pastores y de marinos, así era nuestra Asturias...

Y como la marquesa, las tres hermanas y tía Victoria asintieran y manifestaran escucharle con embeleso, el viejecito capellán, arrobado en su pasión por la historia benedictina, prosiguió:

—...«que en tierra tan estrecha, tan áspera y pobre, pudiera haber tan gran número, porque no hay pueblo de algún nombre o concejo ni aun apenas aldea donde no se halle hecha memoria de que allí estuviera sentado monasterio y para que los curiosos y devotos de aquella tierra consideren que hasta las ermitas y parroquias que agora tienen fueron monasterios de la orden de San Benito, les quiero poner un catálogo sacado de sus mismos archivos...»

—¡Qué memoria tan afortunada tiene usted, don Ramiro!—comentó la marquesa, mirando sonriente al capellán.

El viejecito alzóse los lentes que le caían de la nariz hacia abajo, y comentó en tono afligido:

—Tuve mucha más, señora marquesa, en tiempos de juventud... Tiempos en que sabíame de memoria casi todas las *Cartas eruditas* y páginas enteras del *Teatro crítico* del padre Feijóo...

—Es prodigioso, ¡a su edad!...—subrayó Erundina, ruborizándose mucho, como si hubiese dicho una inconveniencia; ¡de tal suerte había perdido la costumbre de hablar ante personas que no fuesen sus otras dos hermanas!...

—¿Cuál es su edad?—interrogó curiosona tía Victoria

—Noventa y dos años cumpliré para la Epifanía del Señor—respondió el viejecito arrugado.

—¡Es un caso casi milagroso!...—epilogó la marquesa.

—La edad de los antiguos patriarcas alcanzaba centenares de años—comentó Ilduara, que era muy leída en historia sagrada.

—Lo longevidad en aquellas épocas era explicable por muy diversas causas—resumió el capellán—. Hoy las razas se han ido depauperando, empobreciendo de savia; los vicios, la agitación de la vida moderna... Sólo los que llevamos esta vida apacible y mansa desde niños podemos aspirar a vivir unos años más de lo corriente...

—¡Vaya, que usted no puede quejarse, don Ramiro! — dijo la marquesa.

—Loado sea el Señor, no me ha enviado aún enfermedades, en su divina sabiduría, y quizá por ello me mantengo siempre a su servicio... Pero yo me encuentro todos los días dispuesto a entonar el canto de Simeón...

—Todavía voy a enviudar yo, me voy a meter a monja en San Pelayo y va a estar don Ramiro de capellán—indicó sonriendo tía Victoria.

—Don especial del Señor sería que me concediese acogerla a usted como hija en religión...

—Pero ¿tú sueñas con meterte monja y acabas de casarte ahora mismo, criatura?...—interrogó la marquesa.

—La gracia de Dios tiene tantos caminos...—subrayó el capellán.

—No se apure, don Ramirín, que no asistirá usted a la profesión de Victoria... Son aprensiones de ella—arguyó Erundina.

—Chifladuras de niña mimada que se encuentra por primera vez ausente del esposo—agregó Ilduara.

—No le haga caso, que está en plena luna de miel, aunque interrumpida —alegó Fredesvinda, poniéndose al rojo cereza.

—Yo lo que digo es que si alguna vez enviudara, entraría en religión, y desde luego en la orden de San Benito—sentenció Victoria.

—Y lo de enviudar, al fin y al cabo, lo tiene más próximo que otras mujeres—comentó, insensata e inoportuna como siempre, Fredesvinda—. Figúrese, don Ramirín, que el marido es marino y anda siempre navegando...

—No haga caso, don Ramiro, que está fuerte como un roble — agregó Erundina.

—No digas tonterías—le reprendió Ilduara ruborizándose—: andando por el mar, el peligro es constante y las olas no distinguen de edades...

—Pues si algún día se encuentra en el triste estado de la viudez y anhela conocer más al detalle los estatutos de la Santa orden, ya sabe donde estamos—afirmó don Ramiro, irguiéndose a duras penas del sillón.

Ilduara y Fredesvinda acudieron en su auxilio, y la marquesa le reprocho cariñosamente:

—Pero ¿ya se nos va, don Ramirín?... ¿Tan pronto?...

—Señora marquesa, está cayendo la noche y es hora de recogerme, antes de que suene el toque de oraciones en San Tirso...

—¿Vendrá mañana, por lo menos, a tomar chocolate en casa?—interrogó la marquesa.

—No me será posible, señora marquesa, y créame que lo siento... He de ir a oficiar en un funeral muy solemne que hay en Lugo de Llanera... —y tomando un sorbo de café, agregó, como quien resucita un recuerdo histórico—: En la antigua *Lucus Asturum*, donde nuestros antepasados, los primitivos cristianos de Asturias, ofrendaron los primeros cultos que el Dios verdadero recibió en esta tierra, en ese abierto valle que a cierta distancia el Naranco cierra y los lejanos montes de Morcin limitan...

—¿Y cómo le meten en esos trotes, de f u n e r a l y comilona?—preguntó Amalia, condolida.

—Voy por el servicio de Dios al funeral, pero me abstengo de la comilona y bebilona... O como dice el clásico latino, bello aunque pagano:

Abstinuit Cerere et Baccho qui Pythia can-
[tat...

Yo tengo que cantar, no la Pythia, sino el *Dies iræ*, y no podría cometer excesos de comida...

—¡Por Dios, a su edad! ¡Sería un disparate!—comentó tía Victoria.

—Quien creo que ha de ir es un hidalgo próximo a su aldea de ustedes—dijo el capellán dirigiéndose a las tres hermanas—. Dijéronme que se llama don Román de Berdicio...

—¡El primo Román! ¡No falta a una de esas comilonas!—dijo Erundina, con los ojos en éxtasis.

XI

Así fué; al día siguiente, muy de mañana, apareció el primo Román en el palacio de la marquesa... Eran como sobre las siete, porque había tomado el primer tren (ese melancólico tren mixto que sale de Fabricia a las cinco y media de la mañana, que en invierno arranca envuelto entre bruma y lluvia, con los faroles de la ciudad aún luciendo sobre los charcos, y en verano parte entre las primeras claridades del sol y los cantos de los pájaros madrugueros...

Pero todo el mundo en el palacio estaba ya levantado, porque tía Victoria, lo mismo que las primas de Manzaneda, conservaban en la ciudad costumbres madrugadoras de pueblo, y habían acostumbrado a la marquesa, más remisa en el despertar.

Llegó el primo Román chorreando agua, sacudiendo por los pasillos su viejo impermeable color verdoso con capucha, haciendo retemblar en los largos salones sombríos sus botonas de montar...

—¡Cómo saliste tan *céo* de Berdicio!—interrogóle Erundina en giro dialectal, porque el hablar en dialecto era en ella un síntoma de ternura.

—Porque había de llegar a Llanera a las ocho y media y quise antes recalar aquí *pa saludavos* — contestó Román, también dialectalmente—. Y la prima Amalia, ¿no está aún levantada?...

—Está acabando de *marafoñar* un peinado para salir a recibirte—alegó Erundina.

En el fondo, Erundina sentía un cierto reconcomio de aquel saludo, no fuera que el primo Román, soltero y de muy buen ver aún (para sus ojos, que le miraban con cariño, que no para los de nadie más), viniese a caer enamorado de aquella prima Amalia, viuda tan joven, que aún no había llegado a la cuarentena, apetitosa y opulenta, con una dote codiciada por todos los *manguanes* y vividores de la provincia, mil veces por ella burlados...

Porque la pasión sorda y secreta de Erundina había sido desde muy niña el primo Román... No era guapo, ni era arrogante, ni tenía dones del espíritu para embelesar mujeres: era tosco de modales como un aldeano, rusticado en el contacto de tantos años con gentes de aldea, olvidado ya de unos vagos cursos de Leyes sin rematar que había seguido en Oviedo en una juventud tan remota..., ¡ay, tan remota que Erundina no quería evocarla para no confesarse que resultaba paralela a la suya!

Mas con todo, era adorable para el tierno corazón de Erundina. En primer lugar, siempre la había *distinguido y obsequiado* mucho, como ella decía a sus hermanas con ese lenguaje señoril que no se usa ya en los salones... Desde niña hablábale a ella con preferencia a sus otras hermanas; y lo que él hacía simplemente por una concomitancia de edad, lo estimaba ella como gaje de devoción y culto rendido... Y no era así... Era que el hidalgo de Berdicio se sentía familiarizado con Erundina porque ambos tenían (¡oídlo acá, callandito, que nadie lo entienda!) cuarenta y dos años, mientras que Ilduara sólo contaba treinta y ocho, y Fredesvinda no pasaba de los treinta y cinco abriles.... ya se ve... casi una niña...

Siempre que había ido a las romerías, el hidalgo de Berdicio le traía a la prima mayor lo que allí se llaman *los perdones:* el pañolillo de avellanas, el cucurucho de *piosnonos* o *pitisús*, las *marañuelas*..., alguna de estas almendras y golosinas de las romerías asturianas. Esta entrega de los perdones es la más delicada y dulce prueba de galantería que aún queda en Asturias como vestigio de los tiempos caballerescos.

Román de Berdicio dejábase querer, ignorante de todos esos refinamientos de la sensibilidad, y dando a este amor oculto y discreto un lugar accesorio en su vida, bien satisfecha con las partidas de tresillo y las comilonas en las aldeas circunvecinas... Pobre hidalgo de provincia, sabía cuál era su destino: en lo que atañe al amor, las

señoritas de la capital y aun las pocas herederas ricas que hay en Puertuco le desdeñaban por su rusticidad y por su pobreza, y por otra parte él no había de aceptar un matrimonio desigual con una aldeana más o menos dotada, con una de esas hijas de labradores acomodados o de *americanos del pote* que por allí pululaban. Había que resignarse a la orfandad amorosa, a la vida triste del celibatario campestre, sin cariño y sin diversiones... Y se consolaba con las refocilaciones y se refugiaba en la gula como en un sustitutivo del amor que su posición social, extraña y aterida, le vedaba...

Pero aquel día, en el tradicional chocolate suculento que allí le sirvieron antes de partir para Lugo de Llanera, donde había de comenzar a las nueve el funeral, Román de Berdicio tuvo para Erundina palabras de extraño y trémulo afecto, y Erundina supo contestarle con palabras adecuadas a su emoción... Y en aquella mañana de lluvia quedó concertado un noviazgo serio y formal, uno de estos noviazgos de familia que, entre dos solterones ya pasados de los cuarenta, no podía rematar sino en boda...

XII

Regresaron a los pocos días las tres primas y tía Victoria a Puertuco... En la ausencia del esposo, que aún había de prolongarse dos meses, tía Victoria se aficionó a la iglesia. Pasaba las mañanas allí, orando por él, pidiendo a Dios que le volviese a su tierra redimido y bueno.

Las tardes pasábalas en casa, cosiendo o bordando en la solana, canturreando canciones sentimentales de la época, como aquella que empieza:

Yo de un hombre creí ser amada...

En la calma del pueblo, las horas deslizábanse fatigosas y lentas. Tía Victoria las oía sonar todas muy cerca, en la torre del Reloj, que tenía enfrente... Aquel sonar de las horas era un martilleo tenaz en su cerebro, un martilleo que se le metía en lo hondo del alma y llegaba a alucinarla...

Cada hora era para ella un nuevo martirio; le hacía pensar en el marido brutal y olvidadizo que, no obstante, por paradoja de mujer débil, era siempre adorado, cada vez más adorado...

«Ahora estará a solas en alta mar —pensaba—. ¡Dios mío!..., ¿volverá en sí y me tratará, cuando venga, mejor que me trataba cuando se marchó?»

Se aficionó a seguir maquinalmente la ruta náutica del esposo, y con el dedo sobre el mapa-mundi iba recorriendo los mares que el barco de su esposo atravesaba y los puertos donde hacía escala...

Miraba el mar del Norte, el Atlántico, el Pacífico, el Cantábrico, el Mediterráneo, el Adriático...

«Ahora estará en Bremen», pensó a mediados del mes de noviembre. Y parecía querer traspasar la línea azul del mapa y representarse aquella ciudad, ruidosa y elegante, con mujeres muy bellas a quienes cortejaría su marido...

«Ahora llegará al Havre», pensó a últimos del mes. Y ponía el dedo sobre el punto azul o rojo que marcaba la ciudad, como si hubiese querido traspasar desde allí el pedernoso corazón del marino...

Otras veces eran las travesías de América, más largas y más difíciles de seguir. Era primero un punto rojo en una isla que se tendía sobre el mar, como una criolla indolente meciéndose en una hamaca; era la Habana, la ciudad natal de tía Victoria, que le traía a la memoria toda la dulzura de sus primeros años de infancia... O bien era un puntito azul en una isla aún más chiquita, era San Juan de Puerto Rico... O era sobre un continente vasto, en una costa extensa, un punto que marcaba ciudades brasileñas: Bahía, Pernambuco, Río de Janeiro...

Cuando señaló la motita roja de un puerto de Francia, en el brumoso Atlántico, ya se acercaba la hora del regreso del marido...

XIII

Transcurrieron dos semanas y desembarcó el esposo en Fabricia. Al otro día estaba en Puertuco...

Volvía más curtido, más tostado el semblante; en lo moral, peor que se fué... Llegó un momento en que el infame esposo sobrepujó en cinismo a cuanto anteriormente había perpetrado...

Y se le vió a las doce del día penetrar, tambaleándose de puro ebrio, por la puerta adelante de *la casa maldita*.

Todo el pueblo lo comentaba con escarnio para el marido y piedad para tía Victoria...

Ella callaba y sufría en silencio, con esa inmensa virtud de resignación que han tenido siempre las mujeres españolas y que hoy se va perdiendo, merced a las acometidas del feminismo, que es ante todo descontento y protesta...

Tía Victoria era paciente y reconcentrada; tenía ese poder de resistir al dolor sin quejas que tienen todas las almas que viven en su propia savia... Jamás murmuró nada acre ni gemebundo; jamás se irritó contra su marido; ni aun ante las amigas de mayor confianza se desató contra él en improperios; jamás habló de él en sentido desfavorable...

Una sonrisa doliente, un gesto de sufrimiento, un silencio voluntario de sacrificada, era el único comentario a la vida loca del marido, lo único que podía revelar algo de aquel misterio de dolor que en el alma noble y pura de tía Victoria se ocultaba.

Cuando se comenzó a divulgar por el pueblo, remanso de paz donde un drama era algo insólito, la infame conducta del marido de tía Victoria, todos la animaban y la consolaban. Las amigas íntimas de la niñez deploraban su mala suerte en los corrillos que se forman bajo los porches del Cabildo de la iglesia parroquial a la hora del rosario...

Hasta algunos espíritus malignos y libertinos, que no faltan en la localidad (Mefistófeles averiados de villorrio), hacían ante ella reproches al marido, demasiado vehementes para ser sinceros y desinteresados...

Ella callaba siempre, pero cuando algunos de esos reproches la hería con exceso y le pinchaba como en carne viva, defendía a su marido ardorosa y tenazmente, argumentaba contra sí propia, quería mostrar equidad y ánimo viril en lo que sobrepujaba a toda injusticia, atacaba los derechos propios con esa capacidad de abnegación que sólo tienen ciertas almas nobles de mujer...

.....

—Los hombres—decía—son así, y hay que dejarlos... Quizá a veces tienen razón; quizá las mujeres hablamos con excitación y obramos sin justicia: pagamos unas las culpas de las otras, eso es verdad; pero ¿qué se le ha de hacer?... Hay mujeres muy malas, que hacen recelosos y malvados a los hombres...

Jamás se le pasó por las mientes decir, como dicen las insensatas feministas de hoy:

—Ellos han arreglado el mundo a su antojo y en beneficio suyo... Ellos hacen las leyes, organizan la sociedad a su capricho... ¿Y nosotras hemos de obedecerles como esclavas?

Decir esto, pensarlo sólo, le hubiera parecido a tía Victoria un sacrilegio, un atentado íntimo a su esencia femenina, a su alma de mujer.

XIV

Traspasó los linderos del libertinaje aquel condenado marino y entró en los dominios de lo cínico...

Una pelandusca de los arrabales, que tenía el marido en Buenos Aires, fué la escogida para sus libertinajes por el marido de tía Victoria. Con ella inició una vida de desfachatez y de depravación, sirviendo de piedra de escándalo a todo el pueblo...

Como si no estuviera casado, continuó desatendiéndose de sus deberes

con tía Victoria. Llegó a tener dos hijos con la mujer libre, que los incorporó tranquilamente a los otros cinco que a ella le quedaban de su negligente esposo, que allá en Buenos Aires, también despegado de la familia, no velaba por la pureza de su hogar y por el mantenimiento del respeto a la fe conyugal en su ausencia...

Con todo esto, el capitán de barco abandonó por completo a tía Victoria, como si aquel alma pura y aquella belleza excepcional no merecieran más reverencia y más cariño...

Y tía Victoria, resignada, muda, silenciosa, sin exhalar una queja... Su espíritu de sacrificio, su estricto sentido de los deberes de una mujer casada, su noble y delicado corazón, su respeto a la santidad del vínculo y a la permanencia de la fe jurada ante el altar, se sublimaron un día hasta las cumbres de la abnegación patética...

La apoteosis moral de tía Victoria se resume en este acto, que es como el broche de oro de una vida limpida y ejemplar, de una vida admirable de sacrificios y de abnegaciones, de una vida de santidad callada y heroica...

XV

Un año, cuando llegó la fiesta de Reyes, tía Victoria, modesta, sencilla, según su costumbre de siempre, marchó a Fabricia... Era una mañana de lluvia menuda y lenta, la víspera de la Epifanía...

Entró en esa tienda maravillosa que se rotula *El paraíso de los niños*, y que un hombre gordo y risueño regenta...

Allí mercó un dineral de juguetes: muñecas con resorte de las que dicen papá y mamá, de las que abren y cierran los ojos, de las sonrosadas y rubias, de las morenitas graciosas; caritos de madera; ferrocarriles de hojalata; caballos de cartón; pelotas de goma; soldados de plomo; todo un arsenal de chucherías de las cuales habían de disfrutar los niños pobres de Puertuco.

Llegó cargada con estas baratijas al pueblo cuando anochecía. El coche de línea, mal alumbrado de dos faroles mortecinos, en que ella venía sola, iba abrumado por la balumba de juguetes... Aquí y allá, en las miserables viviendas del pueblo, descendía del coche y por su propia mano repartía generosamente aquella felicidad entre los niños... Cuando el vehículo carranqueó sobre el empedrado de la plaza del pueblo, ya era de noche... Cuatro faroles macilentos lucían sobre los charcos de la carretera, al fin de la cual se halla la casucha infecta donde moraba la amante del marido de tía Victoria...

El corazón de ésta se estremeció de emoción al recordar que allí estaba la mujer causa de sus desdichas... ¡Ah, pero también vivían allí unos niños inocentes, hijos del que ella amaba, los cuales carecerían quizá de aquellas alegrías infantiles que ella, como un hada benéfica de la niñez desvalida, iba repartiendo!... Tía Victoria sintió que brotaba en su alma un arranque heroico... «¿Por qué no—se dijo—debo vencerme...?»

En silencio, con cautela, sin énfasis, tía Victoria ordenó al cochero que llevase todo el resto de los juguetes a las señas indicadas y que jurase callar quién se los había entregado...

Y luego, silenciosa, triste, bajo sus tocas de viuda, ¡de viuda virgen!, se encaminó hacia la iglesia, donde las campanas, repicando en vísperas de fiesta, avisaban al rosario.

.....

Los niños, al día siguiente, despertaron llenos de júbilo al encontrarse con aquel diluvio de monerías y juguetes para su solaz y recreación.

XVI

El marido de tía Victoria, cuando adivinó de dónde procedía el regalo y la delicadeza de aquel alma noble,

comprendiendo, aunque tarde, su error, huyó de Puertuco.

En la primera travesía que le correspondió emprender, escribió una carta a la amante, anunciándole que no volvería por el pueblo, donde dos mujeres le avergonzaban con su presencia: la una (que era ella), por el oprobio que había echado sobre su vida y su honra, y la otra (que era tía Victoria), por remordimientos de conciencia...

La amante, desesperada, marchó a poco de Puertuco, y ahora se dice que anda por Fabricia, haciendo vida nada edificante, arrojada ya por el abandono del esposo y por el amancebamiento con el marino, a una existencia sin redención posible...

Cuando tía Victoria se enteró del desenlace de esta triste anécdota, lloró largamente, lloró como una niña... Tres días y tres noches pasó llorando, hundida en su cuarto como en una celda...

Hizo profesión de monja seglar desde aquel día... Una monja sin tocas, pero con rezos, con abstinencias y con vigilias, como en un convento de clausura.

.....

A poco supo tía Victoria que el marido naufragara en su fragata *Leontina*, una noche de borrasca, cerca de la isla de Cabo Verde...

XVII

Tía Victoria vivió muchos años, encogida, arrugada, viejecita, siendo ya una institución en el pueblo, respetada por todos, con más aureola de santidad y de martirio a medida que las canas iban nevando sobre su cabeza...

Vivía siempre en aquel caserón solitario donde yo gustaba tanto de ir cuando era niño; en aquel caserón hondo y sombrío, de pasillos tenebrosos y prolongados hasta el infinito, de salones sonoros como caracolas marinas...

En aquel caserón estaban concentrados todos los recuerdos de su juventud perdida e incompleta. Tía Victoria conservaba todo aquello como al día siguiente de su boda; retratos del marino en apostura gallarda y retadora; daguerreotipos con esa pátina rancia tan encantadora que tienen las primeras fotografías hechas en Europa... Era una colección de retratos que atestiguaban su idolatría perenne por aquel hombre que la había engañado villanamente y la había burlado, condenándola a una esclavitud matrimonial sin recompensa, sin la esperanza del hijo, que resarce a la mujer de todas las penalidades y tristezas conyugales...

Eran retratos de mocedad, cuando él era aún rapaz de bozo incipiente y alumno de la Escuela de Náutica de Fabricia; retratos ya de más tarde, cuando era piloto; un retrato muy bello, en el puente de la fragata *Leontina*, que capitaneó varios años; un retrato hecho en El Havre, con una leyenda evocadora: *Place de la Ferronnerie, 18, chez Charles Boilevau;* otro retrato sobre cubierta de un bergantín de alto bordo, *La Perla de las Antillas*, que él gobernó durante algún tiempo; toda una galería conmovedora de fotografías que iban marcando etapas de la vida del ingrato esposo...

Y luego eran litografías de barcos: la *Leontina*, con todo su velamen desplegado; la *Santa Rosa*, otra fragata que mandaba un coterráneo suyo, compañero de correrías por los puertos europeos; la *María Fedorovna*, una goleta rusa a la que él salvó de un naufragio cierto a la vista del cabo de San Vicente, entre el estrépito del oleaje embravecido y el fragor de una tormenta pavorosa...

Y después, una miniatura de *La Perla de las Antillas*, hecha en la Habana por un artista del tallado, que había copiado el barco en reducción con una maravillosa exactitud... Y por fin unas litografías de 1845 con toda la *Historia de Cristóbal Colón* narrada en leyenda ingenua y representada en doce cuadros...

Entre estas reliquias vivientes del esposo tan querido vivía tía Victoria,

que se conservaba siempre fiel a la memoria sagrada del marino; no del esposo que la había salido, sino del que ella había soñado en sus horas solitarias de los primeros meses de casada, cuando él había emprendido su viaje a Cuba, que fué, a solas por el mar bravío, su viaje de boda...

En la calma del pueblo adormecido, las horas pasábansele a tía Victoria evocando aquellas horas primeras, únicas en que parecía haber atisbado la felicidad sin llegar a poseerla totalmente; felicidad fugitiva que se le escapaba como una Galatea desdeñosa...

Contemplaba aquellos viejos daguerreotipos, ya amarilleados por la acción del sol en la galería de cristales, y evocaba las fechas a que correspondían; cuando vino de Atenas en el primer viaje y le trajo unas joyas valiosas compradas a un mercader judío en Salónica; cuando regresó de la travesía a Rusia y le trajo de Odesa un abrigo de pieles y un gorrito de nieve con el cual estaba primorosa; cuando hizo la primera travesía de América y tardó cuarenta días en el cabo de Buena Esperanza, detenido por las mareas fuertes del equinoccio; y cuando al regreso de Puerto Rico habló, en una noche de expansión, de comprar un cafetal e irse a vivir allá, con un deseo de regenerar su existencia que la conmovió toda...

Con frecuencia venían a verla las primas de Manzaneda, ahora ya por separado. Erundina se había casado con Román de Berdicio, y el matrimonio, estéril y sin la alegría de los hijos, dábales la apariencia de dos amigos o de dos hermanos, que seguían haciendo su vida de mocedad, solitarios y tristes, envejeciendo en la vieja Torre de Berdicio...

XVIII

En la otra torre, en la ruinosa y triste Torre de Manzaneda, seguían haciendo su vida desamparada y seca las otras dos pobres hermanas, Ildura y Fredesvinda... Cada vez más amojamadas, cada vez más secas, cada vez más tristes, eran ahora dos reliquias vivientes de la edad pasada... Hablaban con lenguaje cada vez más obsoleto de cosas que ya a nadie interesaban...

Sólo a tía Victoria servíanle a veces de alivio y distracción en su vida solitaria y conventual. Venían en la vieja berlina de la casa, con los vidrios cada vez más empañados, las ruedas cada vez más desniveladas, los muelles cada vez más desvencijados, el barniz cada vez más descascarillado, las cortinillas cada vez más desteñidas, el caballejo cada vez más famélico, el cochero cada vez más torpe y envejecido...

Y ellas ahora tan solas, tan entregadas a la meditación de su vida infértil y perdida, de su sensibilidad frustrada, de su instinto de maternidad agostado; ya no tenían otra distracción ni otro estímulo para vivir que cambiar de cuando en cuando unas palabras con tía Victoria, en el viejo caserón solitario de la plazuela del Reloj...

Allí distraían un poco las tardes desoladoras pasadas en la vetusta torre y la monotonía de su vida estéril de solteras rancias... Charlaban de cosas viejas, muy viejas, perdidas ya en las brumas del recuerdo, pero que les confortaban trayéndoles a la memoria la juventud perdida, irremediablemente...

Todas estas memorias del tiempo pasado se le iban desvaneciendo a tía Victoria en una bruma, medio de lejanía y medio de ensueño...

A veces, en tardes muy invitadoras a la alegría, en tardes de clarísimo sol que irrumpía por las vidrieras de colores de la galería (la galería encristalada con ese tono llamativo y esa combinación de colores azul, rojo, morado, malva y amarillo, tan característica de las casas de los pueblos marítimos), tía Victoria, en obsequio a las primas de Manzaneda, decidíase a abrir el piano, el antiguo piano de cola desafinado, con las teclas amarillentas ya de vejez y de desuso y con los candelabros oxidados a causa de la humedad de los pueblos costeros...

En aquellas tardes soleadas, que eran bien pocas en invierno y alguna que otra en primavera, revolaban del piano cascado y caduco (cascado y caduco y con la dentadura ya amarilla, como las primas de Manzaneda) fragmentos de romanzas sentimentales de Tosti, serenatas románticas de Scarlatti, tal cual fragmento de *Aida* o de *Lucia de Lammermoor*, algún que otro vals lento de Berger o de Waldteufel, aires melancólicos de Lully o de Haydn...

Por excepción sonaba a veces una guajira o un danzon, aires que tía Victoria aprendiera en su infancia criolla allá en la Habana, perdida ya para la Corona española...

Y alguna que otra tarde, si Fredesvinda e Ilduara se hallaban perdidamente sentimentales, pedían a tía Victoria que tocase algún aire de la tierra, que luego ellas acompañaban *sotto voce*, casi ruborizándose, como si alguien las oyese y pudiese desentrañar sus íntimos sentimientos... Eran canciones ingenuas del país, tales como:

Carretera de Xixón,
cuando yo te paseaba...
Era de noche y llovía,
pero yo no me mojaba...

O bien esta otra canción, que conmovía profundamente a las solteronas sensibles:

A la mar se van los ríos,
palomba revoladora;
non pongas el pie delante,
dexa que ruede la bola...

La voz de Ilduara gemía y se quebraba, como una campana hundida, en las notas altas, y era Fredesvinda quien había de seguir la tonada en voz más lenta y suave:

Dexa la bola que corra,
con aire,
dexa la bola que corra,
ella sola se divierte;
también me divierto yo
cuando voy, morena, a verte...
Con aire...
Cuando voy, morena, a verte
siempre voy con alegría,
pues vivo con la esperanza
de ser *tuyu* y tú ser mía...
Con aire...

La voz le temblaba a Fredesvinda, casi se le nublaban los ojos de lágrimas...

Otras veces eran canciones más tiernas, más entrañables, más empapadas del calor de la tierra madre, por rústicas y por ingenuas... Y Fredesvinda entonaba:

Déxame subir al *carru*,
carreteru de La Pola:
déxame subir al *carru*
que esta noche voy de ronda...

Que *déxame* subir
al *carru*, *carreteru*,
que *déxame* subir
al *carru*, que me *mueru*...

La voz se diluía en el vasto recinto del salón sonoro...

Recuerdo siempre una tarde memorable, grabada en mi memoria con caracteres de fuego... Era una tarde lluviosa y gris... Fué cuando el pabellón nacional se arrió en el castillo del Morro, de la Habana...

Tuvimos la noticia en el pueblo por los periódicos de la capital, que aquel día llegaron más temprano que de costumbre... Leyó el periódico tía Victoria, que estaba a solas conmigo en la galería de cristales... Tía Victoria tuvo un dolor inmenso, un dolor sincero, tanto de patriotismo como de evocación sentimental; un dolor que se me transmitió a mí, pobre niño de diez años, que lloré con ella en la galería del caserón solariego... Lloré por ella, que se conmovía ante el futuro destino de su isla adorada... Lloré por mí y por aquel jirón de patria para siempre perdido.

.....

EPILOGO

Cuando en oscuros cafés de provincia o en ruidosas cervecerías madrileñas se habla de las mujeres con acritud y se lanzan entre camaradas elegantes ironías acerca de la fragilidad

del sexo, de su coquetería, de su deslealtad, de su perfidia, de su inconstancia... yo no soy de los que me quedo rezagado...

Un poco misógino, como todos los solterones, ya en la melancolía amarga del ocaso de las pasiones y del crepúsculo de la juventud, un poco entristecido por no haber hallado la mujer ideal en fuerza de buscarla, fustigo al sexo llamándole con ironía reconcentrada sexo débil, produzco invectivas violentas contra la mujer, vaso de perdición y no de elección; lanzo sarcasmos silbantes contra la supuesta felicidad del matrimonio y contra las siluetas grotescas del *digno esposo* y de la *virtuosa cónyuge*...

Sátiras punzantes, anécdotas vividas o escuchadas, lances de desbarajuste y de peligro por cuitas de amor, historias tristes de pasión, acaecidas a uno mismo disfrazado bajo el anonimato de la tercera persona; dramas sorprendidos en el decurso de la vida, casos vividos y amargos, vuelan en mis labios para zaherir a la mujer, que es *la condenación del justo*, y de quien debemos guardarnos, porque «el que con mujer vive está afanado en las cosas del mundo», repito con San Pablo a los Corintios, y porque es una de aquellas tres cosas insaciables de que nos hablaba el libro de los *Proverbios:*

Tria insatiabilia: mare, avarus, mulier...

Toda la contribución misoginista que empieza en el noble moralismo de los Santos Padres incitando a la abstinencia y a la vigilancia del alma frente a la mujer, enseñando a resguardarnos del deleite antes que a arrepentirnos luego de él y que acaba, claro que desde sus distintos puntos de vista, en los filósofos modernos, ultra-pesimistas y denigradores de la mujer por cansancio, por hastío, por náuseas de ella—tales Schopenhauer y Nietzsche—afluyen a mi memoria y brotan en mi boca para zaherir y vilipendiar al sexo contrario... Todo el misoginismo que atraviesa la historia, desde el misoginismo blando y evangélico, por pureza, por decoro, por alta dignidad santificada, de San Jerónimo o de San Buenaventura, hasta el misoginismo descompuesto y podrido, por fatiga, por enviciamiento, por fastidio del amor venal, por cansancio de la vida agotadora; se condensa en mi mente y me hace pertrecharme de argumentos sólidos, de objeciones agudas, de réplicas vivaces, contra los predicadores de un panfilismo feminista blando, dulzón y sin sentido...

Mas a veces, en medio de nuestras controversias y torneos líricos de teorías en pro y en contra de la mujer, cuando asalta de súbito mi mente el recuerdo de tía Victoria, quedo un momento suspenso, me avergüenzo allá en lo hondo, muy íntimamente, en lo más profundo de mis entrañas. Y entonces enmudezco como por ensalmo y lloro para mis adentros, pugnando por contener las lágrimas que me afluyen a los ojos...

«¡Ah, quién nos diera a todos—pienso y a veces digo en voz alta—, quién nos diera a todos los que en el fondo amamos y respetamos a la mujer... una tía Victoria..., para adorarla en silencio, de rodillas, toda la vida!...»

FIN DE
«REGALO DE REYES»
DE
ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO

ALFONSO HERNANDEZ CATA

(1885-1942)

ALFONSO HERNANDEZ CATA

NOVELISTA, *poeta, autor dramático. Nació en Santiago de Cuba. Cónsul de su país en varios estados europeos, muchos años en España, donde se casó y desarrolló lo más perenne de su obra literaria. Está considerado como uno de los mejores cuentistas en habla castellana. En el teatro consiguió éxitos magníficos, ya solo, ya en colaboración con su cuñado Alberto Insúa. Todas sus obras están traducidas a varios idiomas. De prosa riquísima y limpia, y de inventiva inagotable, honda e impresionante.*

Novelas: Cuentos pasionales; Novela erótica; Fuegos fatuos: Pelayo González; La juventud de Aurelio Zaldívar; Los frutos ácidos; Los siete pecados; La muerte nueva; Una mala mujer; El corazón; La voluntad de Dios; Manicomio; Libros de amor; El bebedor de lágrimas; El placer de sufrir...

LA MADRASTRA

I

LAS dos ventanas estaban cerradas; en la chimenea, llamas de contornos azules alternaban con puntitos ígneos que corrían sobre los troncos carbonizados. Se sentía ulular el viento fuera, y esto daba a la paz de la habitación su valor íntegro. La tibieza, la luz suavizada por la pantalla de la lámpara, el silencio cordial, ponían en el gabinetito el aspecto de esos remansos donde la vida se melifica y donde pierde el tiempo su inexorable precipitación. Enrique dejó sobre la mesa el tiralíneas, arrolló las dos hojas de papel ferroprusiato, en las que una red de líneas blancas resumían su trabajo de tantas horas, puso encima del plano el cartabón de talco y dejó ir luego la vista hasta el rincón donde su madrastra tejía.

—¿Qué tejes? Ya te he dicho que no quiero que trabajes de noche... No tienes necesidad de estropearte los ojos.

—Es una corbata para ti... En seguida termino.

—A mí también me falta muy poco.

—Pues anda; papá debe de estar al llegar, y en llegando él...

Ambos sonrieron. Sin duda él quería hablar aún, mas para darle ejemplo, la aguja volvió a enrollar los hilos velozmente. Antes de que Enrique volviese a coger regla y compás para comprobar sobre la cuadrícula del plano bosquejado por él las últimas distan-

cias, miró a su madrastra otra vez. La encontraba cada día mejor... Los años añadían dignidad a su figura y dulcificaban los encantos tal vez con exceso provocativos, que debió tener en la juventud; ahora mostrábase llena de esa gracia asexual, tranquila, más grata aún al alma que a los sentidos. El resplandor de la chimenea abrillantaba las canas que ya dominaban en el pelo antes negro, y así, inclinada sobre la labor, el perfil delataba inteligencia y mansedumbre. Acaso esta impresión no dimanase tanto de la virtud expresiva de las líneas como de la certeza viva en el alma de Enrique; y esa certeza, que era gratitud, fervor filial, añadía a toda la figura de Mercedes, en aquella noche, un incentivo donde se fundía el recuerdo de todos los favores, de todos los cuidados, de todos los estímulos recibidos de ella durante los años desvalidos de niñez y los casi desvalidos de tierna juventud. Hoy, que después de conseguido su título de ingeniero, estaba Enrique a punto de dar cima al primer trabajo, una emoción latente había avalorado todos sus actos, hasta los más cotidianos: parecíale decir adiós a su infantilismo; le parecía que ya era un hombre... y hubiese querido, por última vez, emplear su voz de muchacho para dar gracias a la madrastra que había sido madre, y que, precisamente por no serlo orgánicamente, pudo ejercer sobre su vida ese influjo del sexo, que es incentivo y acicate. Ella debió sentir sobre sí la mirada de Enrique, porque sin levantar la vista le dijo:

—Anda, anda. No caviles más... Concluye.

La costumbre de obedecerla puso sus manos y su mirada en el papel-tela de azulosa y turbia transparencia y vago olor a farmacia que acababa de traerle el delineante, pero el pensamiento siguió volando indómito y fué hasta los confines de la niñez... Enrique no había conocido a su madre. Hasta donde alcanzaba pura su memoria, veía a Mercedes a su lado: primero, atenta a sus necesidades de niño; luego, sentada incansablemente junto a su cama cuando le dieron las viruelas (que ella adquirió por contagio), y que le habían dejado, en testimonio de su abnegación, algunas depresiones blanquecinas en la piel; más tarde, cuando empezó a estudiar, como su padre estaba fuera de la casa en negocios o francachelas y él se negó a ir al colegio por vergüenza de que lo vieran tan atrasado los demás chicos, Mercedes lo enseñó a leer y lo preparó para el Instituto. Muchas veces había de estudiar ella antes para poder enseñarle, y eso le era grato. El niño le pagaba con un cariño serio, nunca disminuido por veleidades, por amistades nuevas o por juegos; y poco a poco, con el paso de los años, la identidad espiritual se consolidó en lugar de debilitarse. ¿Hubiesen podido vivir de otro modo en aquel caserón donde el lujo sólo alcanzaba a los aspectos materiales? Don César no se cuidaba de otra cosa: era el hombre de presa que cruza por la vida ganando dinero, sojuzgando voluntades pobres y satisfaciendo apetitos. Había sido en su juventud un don Juan; y aun ahora, cuando mermados sus ímpetus por la edad y por los abusos dedicaba aquella antigua vehemencia del amor a la caza y a los negocios, sus manos no podían dejar de temblar algo cada vez que acariciaba una niña núbil. Era listo, sin finura, exuberante, ingenioso, disperso; era todo lo contrario a Enrique hasta en lo físico, pues su estatura, su pecho poderoso, contrastaba con la contextura de su hijo tanto como el carácter. Para don César, su casa era la fonda; nada faltaba en ella; pero en cuanto concluía la cena y descabezaba una siesta después del almuerzo, ya demostraba por irse una impaciencia que nadie osaba contrariar. De este modo, Mercedes y Enrique vivieron veinte años. ¿Cuáles eran los fundamentos de aquel apego en la mujer? ¿Adoptó a Enrique y quiso en él al hijo que sus entrañas no habían podido formar? Ni ella misma habría podido responder a esta interrogación. Su amor estaba tejido con mil detalles conmovedores: de madre, de hermana, casi de novia a veces..., esos detalles que hacen sonreír

o llorar, según el momento, pero nunca reír en son de burla. Enrique no echó de menos a su madre; como don César no tuvo con él intimidad alguna, jamás la sombra maternal se interpuso entre Mercedes y él. La solicitud, siempre alerta, de su cariño, prevenía los menores caprichos de Enrique, conocía sus platos preferidos, le compraba las corbatas, le hacía los cigarros, le marcaba la ropa interior, y todas las mañanas sentábase al piano para despertarlo y le llevaba en seguida el vaso de leche con bizcochos. Cuando él, con esa torpeza violenta de los hombres, no atinaba a abrocharse el cuello de la camisa y ella lo sentía taconear, acudía, y mientras se lo abotonaba, sin pellizcarle nunca, preguntábale, mitad burlona, mitad triste:

—¿Quién te va hacer todo esto cuando te cases?

—Como yo no me he de casar...

—Sí, sí... Vaya si te casarás; en cuanto encontremos una novia que te merezca... Como que yo misma he de buscártela.

—En ese caso, como tendrás influencia con ella, adviértela que ha de venir a vivir con nosotros y que no pretenda meterse a cambiar nuestra vida.

—Claro, una especie de esposa sin voz ni voto.

—Eso es.

Y aun cuando ambos reían, transparentábase hasta en la estridente risa inquietud por una lejana y futura posibilidad... Salían juntos; él no podía estudiar sino cerca de ella, en aquella habitación tan íntima, tan saturada de remembranzas, donde, como se cuida y se endereza un árbol, su espíritu se había ido formando gracias al femenino influjo, recto, recio y delicadísimo a la vez; entre aquellas paredes tapizadas de gris, cuyas flores guardaban apenas marchitos por el tiempo, como ellas mismas, testimonios de cada uno de los cambios memorables de su existencia. Durante largo rato sus manos trabajaron sobre el plano de modo maquinal, desasociadas de la inteligencia, enternecida en dulces búsquedas remotas. De pronto, halló que todas las distancias estaban comprobadas, y dijo involuntariamente:

—Ya está.

Mercedes, que lo espiaba desde hacía un instante, se puso en pie y se acercó a ver el trabajo.

—¡Lástima que esto de los cálculos y de las letras del álgebra no me entren! ¡Eso de que salgáis ahora con que la tierra en vez de ser redonda tiene la figura de un tetraedro o de un demonio!... ¿Te acuerdas antes cómo estudiaba contigo? Hasta el fin del Bachillerato fuí tu profesora.

Enrique, que acababa de peregrinar por el camino del recuerdo, le respondió:

—Hasta el preparatorio. Y nunca he aprendido tan bien... De veras; no hay mejor pedagogía que el cariño...

—Sí, sí... El caso es que esas grandes sabidurías de ingeniero las aprendiste con profesores.

—Sí y no... Porque después también has seguido siendo mi maestra... Sin tú estar ahí sentada, no podría estudiar... Cuando no entiendo algo en el libro, te miro a ti, pienso, y se aclara todo en seguida.

Mercedes sonrió con su sonrisa clara, y la mano de Enrique le acarició el pelo y la frente. El timbre repiqueteó a lo lejos, con un toque largo, seguido de dos toques concisos.

—Es papá—anunciaron los dos al mismo tiempo.

Y poco después se abrió la puerta del fondo, y apareció don César seguido de otro caballero. Mientras se quitaba el abrigo dijo con su desenvoltura de hombre superficial:

—Quítate el gabán, chico... ¿No te lo dije? Los hemos sorprendido en pleno trabajo... Aquí tienes a mi ingeniero y a Mercedes... El señor es Emilio Viosca, amigo antiguo... Hace casi veinte años que no nos veíamos, y hoy me lo he encontrado, de manos a boca, en la primera sección del Politeama... No vayáis a creeros por eso que es un viejo verde... Azul en todo caso... ¡Uf, hace un frío!... Supongo que estará la cena.

El recién venido se inclinó sonrien-

te, y sin saber por qué la madrastra y el hijo quedaron un momento en silencio, con involuntario malestar.

II

Mercedes tuvo que ir en seguida a la cocina para dirigir el aumento de la cena. Como siempre, don César había traído de la calle fiambres, y cuando dijo delante del invitado que no aumentase nada, al sentarse a la mesa y ver preparado el banquete no se sorprendió. Mientras aguardaba, don César y su amigo hablaron volublemente de cien hechos pasados. Debieron ser muy buenos amigos, porque extremaban los signos de afecto y se daban de rato en ratón palmaditas en el hombro..., aunque esto lo hacía don César a los dos minutos de conocer a una persona. Los dos se sorprendían de hallarse tan jóvenes. Dos pollos como en aquellos tiempos, ¿eh? Viosca preguntaba por costumbres y por personas cuyo recuerdo hacía prorrumpir a don César en carcajadas estruendosas que producían en Enrique una repugnancia, un malestar casi físico, apenas velado por el respeto. Al principio de la conversación, después del obligado elogio del *chico*, de su seriedad y de sus capacidades científicas, tributo impuesto por don César a la paciencia de cada nuevo conocido, sin reparar en el azoramiento que esas cosas producían en Enrique, fueron olvidándolo, y las preguntas, las bruscas remembranzas, los comentarios, se sucedían; mientras él, fingiendo repasar sus planos, pensaba con dolor que su padre, como tantas veces, había venido a romperle la emoción de sosiego, de calma profunda. ¡Cuánto no hubiese dado por prolongar solo, junto a su madrastra, aquel silencio henchido de compenetraciones! De rato en rato, las voces de ambos amigos le obligaban a separarse de su abstracción.

—¿Sigues con la pijotera costumbre de cambiar cada año de cara, tan pronto afeitándote como dejándote la barba o las patillas, quitándote el bigote y hasta mudando de peinado?

—Siempre... Cada San Silvestre, cara nueva. Así me parece que vivo más.

—¿Y cuántos negocios llevas ahora entre manos?

—También, como siempre, cuatro o cinco... Tengo yo demasiada presión para dedicarla a un solo asunto.

—Tu hijo no parece de la misma opinión... Ahí lo tienes, consagrado en cuerpo y alma a la ingeniería.

—Aquí, él es el viejo, y yo, el muchacho.

—¿Lo oye usted, Enrique?

—Sí, señor.

—Se llama Enrique por tu padre, ¿verdad?...

—Quiá, por un amigo y socio, que luego me salió un truhán.

—De modo que tú eres aquí el mozo, ¿eh? ¿Y no protesta usted de esa pretensión del gran César?

—No, señor... Si tiene razón. Yo no resistiría la vida de papá ni seis meses.

—¡Suponte que, a veces, se está una semana entera sin salir de la casa!

No salir de casa constituía para don César el superlativo de la renunciación. El necesitaba de la calle, del ir y venir, del cambiar de perspectivas constantemente. Sus negocios, sus mayores placeres, en la calle se resolvían. Necesitaba cada día en varios cafés, tomar varios coches, hablar con numerosas personas. Lo demás no era vivir. Y este dinamismo compensaba los riesgos de una alimentación pantagruélica en su temperamento sanguíneo, y en cuanto prolongaba la sobremesa, el ancho cuello, propenso a las apoplejías, congestionábase, produciendo a Mercedes y Enrique la misma impresión de fortaleza y de inferioridad.

En sus ocupaciones seguía la misma norma: los negocios más dispares los llevaba a término. Viosca supo, con estupefacción, que en aquel momento era empresario de un cinematógrafo, director de la fábrica de hielo y gaseosas y gerente de un Sindicato constituído para llevar agua a varios pueblecitos y más dinero a varios poten-

tados. Tenía tiempo para ocuparse de todo, y según la frase colérica del antiguo empresario del Politeama, hombre de barba hirsuta, que insultaba a las cifras y atraía a las quiebras a fuerza de temerlas, el maldito don César tenía una varita de virtud, y con sólo dar un zapatazo con sus recias del cuarenta y tres, brotaba de la tierra dinero. Sus ternos dotundos eran populares en todas partes. Ya tenía *cosas*, es decir, tenía una concesión de impunidad. Para saber cualquier detalle de la crónica de la población, el más recóndito, el más oscuro, bastaba preguntar a don César. Si alguien le hubiese dicho que siempre supo más de las gentes que nada le importaban que de su casa y su familia, habría, primero, soltado un taco y echado a volar después aquella risa ancha, contagiosa, que era cual una explosión de su cara. De pronto, entre dos respuestas a interrogaciones de Viosca, gritó:

—Qué, ¿va a estar esa cena?

Y una voz apagada respondió desde lejos:

—Sí, podéis pasar al comedor.

Cuando se pusieron de pie, Viosca, dirigiéndose a Enrique, le dijo:

—No sale usted a César. Tiene usted el mismo tipo de su madre, que era la mujer más fina y más linda del mundo... Yo la conocía antes que éste, y hasta conservo aún un grupo, creo que en uno de mis baúles está, donde estamos retratados juntos con otros amigos en una excursión a mis molinos de Aldeaclara.

Mercedes apareció en la puerta. Se había alisado el pelo y puesto una bata distinta, pero en sus manos, un poco rojas, adivinábase el trabajo reciente. Ya en la mesa, don César se prendió la servilleta en el borde superior del chaleco, igual que si desplegara una bandera de combate, y sobre su cara tendióse un gesto inefable de gula. En cuanto empezó la comida se puso a alabar cada uno de los diversos platos, y a afirmar:

—Esto es guisar, ¿eh? Que venga nadie a mejorar esta tortilla de langostinos... Y todo hecho por ella... Como que si no se mete en la cocina, cruzo el cubierto.

Mercedes y Enrique apenas comían: aquel malestar sentido a la llegada del intruso se acentuaba. Cada vez que don César callaba, se sentía el poderoso trajinar de sus mandíbulas y el tintineo de los cubiertos. Ante el pescado con mayonesa las exclamaciones fueron tales, que Viosca juzgó muy ingenioso decir:

—Yo creo que Mercedes logró atraparte por la boca. ¿Te acuerdas cuando me decías que por nada del mundo te casarías con ella?

Y volviéndose hacia Mercedes:

—Porque yo la conozco a usted antes de conocerla, desde el ochenta y ocho, cuando tenían ustedes aquel pisito en la calle del Rey.

Mercedes se puso muy pálida y sus ojos se encontraron con los de Enrique, que había levantado la cabeza. El mismo don César dejó de reír.

III

Aquella noche Enrique no pudo dormir. Más de una vez puso en juego para llamar al sueño toda su voluntad, pero el insomnio fué más fuerte. Los relojes sonaban a intervalos y, de tiempo en tiempo, oíanse pasos en la calle. Al ver que le era imposible dormir, quiso distraer el ánimo saltando de uno a otro pensamiento o enfrascarse en los últimos cálculos de su obra proyectada, y también fueron vanos estos propósitos: una idea tenaz erguíase en los cimientos de su alma y, dominando a los demás, exigía: «Fíjate bien, ese señor Viosca ha dicho que en el año ochenta y ocho Mercedes y tu padre tenían un pisito, es decir, que ya vivían juntos... ¿No murió tu madre a fines del año noventa?»

Las contingencias que esta comprobación podía ocasionar a su vida se le ofrecían sucesivamente como nefastas sombras. En su existencia tan armoniosa, tan rítmica, surgía el primer obstáculo, y Enrique hubiese querido tener el despreocupado egoísmo de sal-

tar sobre él... Un remoto optimismo ofreciale como última esperanza esta posibilidad: «Tal vez haya sido un error, tal vez ese señor Viosca sea un hombre ligero y haya soltado la fecha al tuntún; pero ¿y si era verdad?» Un turbión de reproches se insinuaba. y su espíritu los iba acogiendo contrito; sí, él no era un hombre bueno; él, igual que su padre, aunque de otro modo, era egoísta, venal, porque, dejándose adormecer por las dulzuras de su presente, no se preocupó nunca de averiguar nada acerca de la que, después de llevarlo nueve meses siendo vida de su vida, lo había dejado en el mundo, abandonado a manos ajenas... Al pensar estas palabras, otra vergüenza ardiente cual una herida, le dolió: «¿Merecía Mercedes esa frase? ¿Habían sido manos ajenas las que lo miraron en la infancia, y lo cuidaron en las enfermedades, y guiaron sus pasos por los caminos arduos del bien? ¿Por quién, sino por Mercedes, germinaban ahora mismo en su espíritu las ideas de ética, que jamás trató su padre de inculcarle? El, como hombre de ciencia, como hombre moderno, no debía dar cabida a ideas caducas, y en todo caso, someterlas antes de aceptarlas a examen riguroso. No, lo mejor era desecharlas de plano... Mercedes era para él todo, y no le cabía el derecho de investigar su vida. ¿Qué le importaba si antes de casarse con don César, en vida de su madre...? Eso era imposible... Ligereza, calumnia...» Cada vez que en el curso del soliloquio tropezaba con el nombre de madre, la idea romántica de la maternidad lo dominaba, y ponía en sus ojos cerrados violentamente por el anhelo de ahuyentar las visiones, la tibia humedad de la ternura. Su vida de estudios, su apartamiento de las tertulias alocadas de sus compañeros, la delicadeza de sus ideas, todo, apareciale ahora cubierta de una sombra que mancillaba la ilusoria blancura de antes. «El no había sido un buen hijo, y no podía, por tanto, ser el hombre integro que se propuso ser.» Este pensamiento torturábale con intensidad tal, que lo sentía latir en las sienes, y en vez de buscar lenitivo a su dolor y disculpas a su abandono, los agravaba ahondando en las causas y atribuyendo a sequedad de corazón el largo olvido. «No basta con realizar el mal para ser malo ni enternecerse con las cosas gratas y próximas—se decía—; jamás se me ha ocurrido ir a visitar la tumba de mi madre ni preguntar por ella; jamás se me ha ocurrido indagar por qué ni un retrato, ni un vestigio concreto de esos que todos dejamos detrás al irnos del mundo, se conservaba en la casa.» Y se juzgaba malo, monstruoso, y las interrogaciones se agolpaban en su conciencia queriendo sufrir en un momento el olvido de tantos años...

Cuando ella murió, Enrique no había cumplido dos años, y al nacer su razón no halló en torno ningún asidero para fijar el recuerdo y cimentar su culto. Realizó un esfuerzo para rememorar, y allá, en el lejano confín de su memoria, se vió muy pequeño, aprendiendo las letras en un libro de estampas, cuyo sentido Mercedes le iba explicando con paciencia, entre risas y halagos. Don César debía llevar por entonces su vida de siempre, pues Enrique recordaba que sólo venía a las horas de comer, y que por las noches, mientras Mercedes se sentaba junto a su camita a contarle cuentos, él llamaba «papá, papá», y ella le decía:

—Vamos, Enrique, sé bueno...; papá está en la calle y no viene hasta muy tarde..., está ganando dinero para que tú estudies y seas un hombre... Anda, duérmete.

Y otra imagen de mujer se mezclaba también a su vida en aquellos años, era una criada... Se llamaba Juana, Mariana o Emiliana, no sabía bien; un nombre terminado así. Debía de ser una criada muy antigua, porque mandaba en la casa. Era baja, regordeta, con ojuelos muy vivos, hundidos entre abultamientos de carne. ¿Cómo la figura de esa mujer se había borrado tan por completo de su visión interna? Ahora recordaba que estuvo en la casa hasta que él cumplió nueve años, y que una vez de

regreso de un viaje a la finca de su madrina, ya no halló a la criada en la casa, y la casa era tampoco ya la misma, sino otra más lujosa, con todos los muebles nuevos y que tenía en el testero del salón un retrato al lápiz, en donde su padre y Mercedes aparecían cogidos del brazo; él con sombrero de copa, y ella con una pamela agobiada de flores... Aquel retrato siempre le fué antipático; al principio sin saber la causa, luego por la expresión de goce desmedido que se traslucía en las dos caras inclinadas una hacia la otra. ¿Sería aquella antipatía de la niñez un presentimiento?

De la calle llegó el canturreo de una voz agria... Debía de ser un borracho. Por vez primera ocurriósele a Enrique que quien bebe para olvidar y se habitúa al vicio, es disculpable; un mueble crujió, y tres campanadas se prologaron en el vasto silencio. Pronto empezaría a amanecer y era necesario dormir. Para lograrlo decidió ordenar sus ideas. Todas dimanaban de una proposición disyuntiva cuyos términos era preciso comprobar: o se había equivocado el odioso Viosca, o Mercedes antes de que su madre muriese, tenía ya relaciones maritales con su padre... Al día siguiente decidiría los medios de enterarse de todo...; pero ¿era realmente necesario? ¿No delataban la realidad del hecho detalles antes inadvertidos, que surgían ahora insidiosos, claros, henchidos de significaciones? El cambio de casa, el empeño de su padre en evitar toda relación con la única tía materna que le quedaba —una señora maniática, según don César, que vivía con su marido en un pueblecito distante—. De todos modos era aventurado fiarse de conjeturas. Los problemas de la vida no eran distintos a los de las matemáticas; será preciso buscar la solución, demostrar... En la ecuación moral tan terrible e inesperadamente planteada, la incógnita debía ser despejada de una vez, sin tanteos peligrosos... y en caso de convertirse la hipótesis funesta en realidad, ya decidiría en conciencia si su actitud futura para con la madrastra debía ser la misma, y si su gratitud, el cariño tan vivo en su alma, debían ser tronchados para siempre, y de un tajo, por la muerta... ¿Como fué su madre? Era imposible que fuera más dulce, más comprensiva, más capaz de... Pero esto era divagar, anticipar; de nuevo había decidido encauzar sus ideas y aplazar sus juicios. Todo propósito quedaba en suspenso hasta adquirir alguna certidumbre. En caso adverso, él sería el más sacrificado, pues su vida, sin aquel cariño que lo sostuvo atento desde la infancia le era incomprensible. Aun un rato antes de dormir, revivió las queridas horas lejanas, la voluntad cariñosa y sin desfallecimientos de ella, que aprendió tardíamente el piano para complacerlo y tocarlo sólo para él. No. Mercedes no podía ser mala. El sólo hecho de que viviese con don César, no... pero sí, porque eso era robar el cariño a la dueña legítima. ¡Ojalá todo aquel temor fuera pesadilla disipada por la luz matinal! ¡Ojalá al término de su primera pesquisa la imagen de Mercedes reapareciera impoluta, resplandeciente, como él la tenía sobre el altar de su corazón! En cuanto se levantase trataría de averiguar la verdad; no volvería a tocar sus planos mientras lo turbase la duda... Sonaron las cuatro. Al cabo, las ideas conscientes cesaron de bullir en su mente y se quedó dormido.

Cuando ya muy tarde llegó don César, se sorprendió de hallar apagada la luz de su alcoba, y más aún de ver que Mercedes no lo esperaba despierta, como todas las noches. La llamó dos veces, y como no despegara los párpados, él murmuró mientras se ponía la camisa de lana:

—Fíese usted de las de sueño ligero... ¡Nunca la había visto dormir así!

En cuanto apagó la luz, Mercedes abrió los ojos y lo miró ansiosamente, en la sombra.

IV

Por primera vez desde hacía muchos años, Mercedes y Enrique no se vieron durante toda la mañana. Cuando él la oyó acercarse a la hora del desayuno, tuvo miedo de encontrarse con ella cara a cara, de que leyera en sus ojos la duda, y nerviosamente le gritó:

—No entres... Déjame eso ahí fuera y yo lo tomaré. Voy a salir, y tal vez no venga a comer.

Al oír sus pasos alejarse sintió el dolor de que no le preguntase la causa de aquella insólita salida, y por tendencia pesimista de su espíritu atribuyó a aquel silencio, a aquella fuga, el valor de pruebas de culpabilidad. Todo la delataba: su actitud de la noche anterior, su actitud de ahora... Y, sin embargo, él debía cerciorarse... La posibilidad de que saliese libre de culpa, aparecíasele en la negrura de sus pensamientos cual un resquicio de esperanza. Mientras se vestía iba trazando su plan de investigaciones. Haría todo discretamente, por si resultaban inciertas sus sospechas; de ese modo las manchas de la calumnia no trascenderían a personas de fuera. Súbitamente se le ocurrió la idea de ir a ver a Viosca al hotel donde dijo que se alojaba, y de pedirle por favor que le cediese aquella fotografía de su madre. Sí, tenía tiempo de verlo: aún tardaría dos días en marchar; lo había dicho durante la cena... Pero ¿no era mejor ir en seguida? Sin saber por qué tuvo, desde que se le ocurrió la idea, la certeza de que Viosca llevaba la fotografía en su equipaje. Salió, aprovechando un momento en que Mercedes no podía verle, y ya en la calle encaminóse hacia el hotel. Marchaba a pasos largos, impaciente por ver el retrato, y mientras subía en el ascensor iba sintiendo una opresión, una emoción de cortedad, como si en vez de una imagen minúscula fuera a ver a una persona viva, que pudiese hacerle cargos, echarle en cara una falta irremediable y afrentosa. Cuando entró, Viosca se estaba afeitando y se sorprendió al verlo. Durante un minuto ambos, después de saludarse, no hallaron palabras para empezar la conversación. Enrique se explicó al cabo torpemente:

—Sabe usted... Tal vez venga yo a privarle... pero usted se hará cargo y me dispensará... Como usted dijo anoche que conservaba un retrato de mi madre y yo no tengo ninguno, venía a pedirle, a rogarle a usted...

—No faltaba más, sí, señor... Es una instantánea y no muy buena, de hace la mar de años; creo que la tengo ahí, en ese álbum.

—Acabe usted de afeitarse; ya me la dará.

Y mientras con un crujido leve iba desapareciendo el jabón de las mejillas de Viosca, Enrique miraba el baúl abierto, en cuyo fondo estaba el retrato que tanto miedo y tanta atracción producíale. Hubiese querido retrasar la escena, pero Viosca aceleraba el tocado, y ya la cara sombreada de azul se volvía y se entreabría la boca para decirle:

—Si usted anoche me hubiese dicho, insinuado siquiera...

—No se lo pedí a usted porque...

—Ya comprendo; figúrese... Delante de la madrastra y de César no se atrevió... No les hubiera hecho mucha gracia... Usted sabrá todo, claro es.

—Sí, sí... todo.

De buena gana Enrique hubiera rectificado en seguida: «No, nada sé, pero no quiero saberlo por ti; te odio, viejo abominable, que has venido a convertir en remolino el suave remanso de mi vida... Necesito vencer mis impulsos para no echarte las manos al cuello y apretar, apretar, hasta hacerte escupir esa lengua maldita con la que me has hecho tanto mal.» El gesto estúpido de conmiseración adoptado por Viosca, le obligó a volver la vista hacia otra parte. Cuando lo vió, al fin, inclinarse sobre el baúl, sacar un álbum de gruesas tapas de terciopelo con guardas de cobre y tenderle luego una cartulina, tuvo miedo y el brazo se le agarrotó durante uno de esos instantes inmensos que sólo mide el reloj del alma. Hubiese querido coger el retrato y huir en seguida para

mirarlo a solas. Pero antes de soltarlo, Viosca le dijo:

—Es ésta, ¿ve usted?... En aquellos tiempos se llevaban las mangas así... Fíjese en la cara... Son las mismas facciones de usted. ¿A que se creyo primero que era esta otra señora, la de la sombrilla?

—No, la conocí inmediatamente. No era muy alta, ¿verdad?

—Sí, vaya, es que no se ve bien... Me han dicho que en sus últimos años, con los sufrimientos, se desmejoró mucho... ¡Pobre Enriqueta!... ¿De modo que a usted no le dejaron ni un retrato?

—No, señor... es decir...

—Claro está... Yo estaba en América; si llego a estar aquí, no le pasa lo que le pasó... Por eso, a pesar de las apariencias, su padre y yo no podemos ser buenos amigos.

—Yo le ruego...

—Sí, sí, comprendo... Usted tiene sus mismos ojos... A otra persona cualquiera, yo no le daría este retrato por todo el oro del mundo... Enriqueta y yo—usted me disculpará si se lo digo—nos quisimos mucho; y si su padre no se hubiera metido por medio, tal vez a estas horas yo no sería lo que soy... ¡Cosas de la vida!... Seguramente también a ella debió pesarle.

Una fuerza de astucia incitaba a Enrique a esperar, a transigir con el tono fatuo de Viosca, donde aleteaban ofensivas jactancias, con tal de oír de todo; mientras que otra de dignidad, que dominó al fin, le obligó a interrumpir con aspereza:

—Gracias; le ruego que no me diga nada más. Estoy en una situación en que todo lastima, y sentiría tener que guardar de usted un mal recuerdo... Crea que no olvidaré nunca este regalo, y que si me hace el favor de no decirle nada a mi padre de esta visita, será completa mi gratitud.

—Descuide; pero... ¿se va usted ya?

—Sí; dispénseme... Asuntos de urgencia. Tengo que...

Y salió atropellando los cumplidos. De quedarse un minuto más habría agredido a Viosca, cuya figura y cuyo lenguaje le repugnaban. Al bajar la escalera apretaba con el brazo el retrato que había puesto en la cartera, y durante mucho tiempo anduvo sin darse cuenta, hasta que el ansia de contemplar a solas el retrato lo llevo a un paseo lejano, en uno de cuyos bancos se sentó jadeante. Su cansancio lo llevó a pensar en su salud precaria y a lamentar no ser uno de aquellos mocetones que jugaban al futbol en un prado contiguo. ¡De seguro que en ellos una idea así sería fugitiva, y no roedora como en él! ¡De seguro que el morbo de Hamlet no podría anidar en ninguno de esos cerebros, en los cuales la dura virtud de pensar se halla compensada por el deportismo cotidiano! ¿Por qué había él gustado siempre de vivir entre cuatro paredes, regalado por sensaciones elegantes, con todos los estigmas y todas las preocupaciones de los tipos de decadencia? ¿Por qué su padre no le mandó a la escuela, a mezclarse con los otros chicos, a adquirir allí el aprendizaje de la lucha y de la crueldad en lugar de edúcarlo cual delicada flor de invernadero? Sin duda aquellos sufrimientos de su madre a que aludió Viosca habían influído en su gestación y por refinamiento de la familia se le habían escamoteado las legítimas contrariedades hasta entonces, para herirlo de pronto y troncharlo como hiende el rayo a un tronco enhiesto... Y recordaba su infancia enfermiza, su ineptitud para todo juego de violencia, su felicidad en las largas y muelles veladas junto al piano, bajo la lámpara, en esa quietud en que sólo el pensamiento va y viene lejos del cuerpo inmóvil. Con un ademán subconsciente su diestra fué a coger la cartera, y otra vez el retrato estuvo delante de sus ojos. Sobre el brillo de la superficie había puesto el tiempo una pátina verdosa amarillenta; hacia una de las esquinas la gelatina tenía una vesícula; las figuras empezaban a descolorarse; junto a su madre estaba un anciano de cabeza estrecha y agudo mirar, y al otro lado Viosca con su sonrisa repugnante, la misma sonrisa de hacía poco... La mirada de su madre era melancólica;

quizás fuese ilusión, por saber que había sido infeliz. ¿Quién sería aquel anciano? Brusca curiosidad por cada una de las personas, por cada uno de los detalles de la fotografía, hacía vibrar su ser. Los jugadores pasaron junto a él tumultuosamente, en fuerte tropel de alegría. ¿Hacía frío o fué que al pensar con idea furtiva en Mercedes cruzó por su medula un estremecimiento? Las facciones de su madre no se precisaban; apenas si acercando mucho el retrato adivinábanse los rasgos... El hubiera querido agrandarla, infundirle vida un instante para que le revelase su secreto y no tener que irlo a sonsacar con vilipendio y astucia a los otros. Ya se arrepentía de no haber escuchado de boca de Viosca toda la confesión. Viosca y don César debían ser tal para cual; ofrecían a primera vista tantas similitudes espirituales que a pesar de todas las contingencias posibles habían de ser amigos. ¿Quién hubiese adivinado al verlos reir durante la cena y darse amigables palmadas que antaño medió entre ellos una de esas diferencias que dejan en las almas fuertes insolubles sedimientos de rencor? Su madre, ¡cuán distinta debió ser!... Y por apoyar en algo el flujo y reflujo de su fantasía, se aproximaba y se alejaba el retrato para verlo mejor. ¿No podría un fotógrafo aislar de todas aquellas gentes la figura tanto tiempo ignorada y ya querida, y ampliarla? Al pensamiento de que la figurita aquélla era la mujer que lo había moldeado en sus entrañas, la de ese ser único que todas las religiones exaltan y a quien no pudo él reverenciar, una honda ternura le subía del alma a los ojos; poco a poco se fué acercando a los labios el retrato, con unción, mas la idea súbita de que iba a envolver en aquel beso a los otros desconocidos, al mismo Viosca que con su apostura juvenil estaba junto a ella mirándola interminablemente, le hizo desistir... En su imaginación las dudas se entrechocaban y se convertían en interrogaciones: ¿De qué índole serían los infortunios casi delatados por Viosca con sus reticencias? ¿Cuál fué la calidad, la extensión del cariño entre Viosca y su madre? ¿Tendría Mercedes culpa en ello o sería única causa el modo de ser de don César, su frivolidad, su incuria espiritual que tantos sinsabores habíanle a él mismo proporcionado? No, aquél sugerir y dejar suponer de Viosca era no más que presunción de hombre vano... ¿Su madre y Viosca?... Casi parecíale esto tan inverosímil como que su madre quisiera a don César, como que Mercedes... Y la imaginación completaba con monstruosas visiones las ideas incompletas, y lo llevaba del horror a la esperanza, en un salto doloroso dado cien veces como durante la noche inacabable. E iba por entre el dédalo de suposiciones, tan pronto guiado por el anhelo como por el temor, lo mismo que un ciego que desconfiara de su tacto.

Lo mejor para salir del círculo horrendo de la duda era escribir a su tía una carta; debía de ser muy vieja y por estar ya inclinada hacia el sepulcro no querría mentir. Se levantó, guardó el retrato y volvió a internarse en la ciudad. El frío era intenso, pero a él le ardía la frente. Debía llevar el rostro contraído, porque un compañero con quien se cruzó le preguntó si estaba enfermo. Fué a un café, pidió recado de escribir y tanteó dos o tres borradores: «Querida tía.» El preámbulo para justificar el silencio de toda su vida y la fórmula para que sus interrogaciones no fueran harto escuetas, resultábanle torpes... De pronto volvió a acordarse de Mercedes y escribió rápidamente en otro papel: «No puedo ir a comer ni tal vez a cenar porque estoy ocupado con unos asuntos. Dispénsame.» Antes de mandarlo notó que no había puesto encabezamiento, y en letra demasiado distinta de la otra, como si le costase hacerla, añadió en el margen superior del pliego: «Querida Mercedes...» En seguida vino a su mente la extrañeza de no haberla llamado nunca mamá, y se alegró... Un recadero fué a llevar la carta, y mientras volvía, Enrique, sin consultar el borrador, escribió a su tía dos pliegos de letra menuda, ra-

biosa, en los que de trecho en trecho veíanse muchos tachones. Cuando mandaba al mozo a certificarla, llegó el chico que había ido a su casa. Enrique, en voz baja, le sometió a un interrogatorio:

—¿Quién salió a abrirte?

—Debía ser la señorita... Una señorita alta, de alguna edad.

—Sí... Le dirías que yo estaba con otro señor, como te dije.

—Sí, señorito...

—¿Y no contestó nada? ¿Leyó la carta delante de ti?

—No, señorito; cogió el sobre y lo volteó así, un rato, antes de romperlo... Parecía como si estuviera esperando la carta, porque me abrió antes de llamar. Es una señorita que no debe estar bien de salud...

—Bien, bien... Toma.

El chico recogió la propina y se apartó, no sin mirar de soslayo la taza de café, intacta todavía. Enrique volvió a sacar el retrato, lo colocó sobre el hule de la carpeta y se puso a contemplarlo aún otra vez... Pero la imagen en vez de avivarse se amortiguaba, y en su lugar otra figura viva y doliente ocupaba la visión anterior en la actitud de consumirse, de esperar, de abrir luego una carta, y de leer entre los renglones vulgares de una excusa, con el dolor de quien lee su propia sentencia.

V

Cuando por la noche supo don César que Enrique no había ido a comer y que acababa de recibir una tarjeta advirtiendo que no le esperasen a cenar, se sonrió picarescamente y, entre dos cucharadas de sopa, afirmó:

—Ya era hora de que ese chico empezara a ser hombre. A su edad ya había yo hecho de las mías por ahí... El se lanza más tarde, pero menos mal, porque tiene algunos cuartos, mientras que yo cuando emprendí mis primeras campañas estaba a la cuarta pregunta. Se habrá ido a cenar en alegre compañía, como si lo viera.

—Es la primera vez que falta así —dijo Mercedes con timidez.

Sólo entonces reparó don César en que su mujer tenía los ojos enrojecidos y en que mientras él había concluído su plato, ella no había probado el suyo.

—Nada, que ya te has estado llora que te llora, creyendo que te van a pervertir a tu casto José. Los hombres son hombres ¡qué caray! Tú has tenido la culpa con tus mimos de que el chico se criara así, como una damisela, y de que sólo sirva para andar entre librotes. Mañana le doy una llave para que venga a la hora que le dé la gana.

—Yo lo digo por su salud.

—No te apures, ya le daré yo unos consejitos.

La ligereza de tono de don César lastimaba a Mercedes. Por virtud de una constante comunión espiritual con Enrique, desde la noche anterior dióse cuenta de que la chispa lanzada por Viosca prendió en su espíritu, y cada una de las ideas, de las zozobras, de las angustias sufridas en la noche de insomnio, habían repercutido en su alma. Don César tomó un periódico y se puso a leer mientras concluía la cena; aunque conociera las noticias le gustaba leerlas en los periódicos, su única lectura, como si los hechos, mientras no fuesen consignados en la prensa, sólo tuvieran una existencia metafísica. En cuanto terminó, se puso el abrigo, y diciéndole a su mujer: «Acuéstate en seguida y no te preocupes por esas cosas tan propias de la edad», se marchó a la calle. Mercedes, al verse sola, fué al gabinetito y eligió entre los cuadernos de Enrique uno, cuya escritura fué comparando a la de las dos esquelas recibidas durante el día. Los caracteres uniformes del cuaderno de apuntes de «diferencial», contrastaban con la otra letra, irregular, temblorosa. En verdad, a ella, lo mismo que a Enrique, toda prueba material le era casi inútil y las acometían por esa humana necesidad de apoyar con el no siempre claro testimonio de los sentidos, los fijos avisos del presentimiento. ¡No, aquella

no era su letra tranquila y ecuánime! ¿Por qué tanto sufrir estérilmente? ¡Ah, si pudiera hablar, si pudiera hablar!... Y el paralelismo de sus vidas traduciase no sólo en la fraternidad de ideas, sino hasta en sincronismo de sensaciones y hasta de hechos; mientras Enrique miraba el retrato, curvado sobre el mármol de la mesa, en el café, Mercedes, con la carta sobre el regazo, dejaba caer sobre ella lágrimas que ensanchando y cambiando de color los trazos de la pluma, parecían ser el reactivo de dolor necesario para dar a todas las palabras vulgares toda su verdadera, toda su dolorosa trascendencia.

Cuando dieron las once se acostó. A poco de apagar la luz sintió que la puerta se abría con sigilo; aguzó el oído y casi oyó con el corazón los pasos de Enrique, amortiguados por las precauciones, que poco después se alejaron por el pasillo. El cansancio de la noche anterior y la excitación de todo el día los rindió al sueño, pero muy temprano se levantaron y una misma duda se ofreció a sus espíritus. ¿Debía Enrique levantarse e irse a la calle? ¿Debía Mercedes no llevarle a la cama el vaso de leche con bizcochos? Una necesidad de no ser ingrato, de no adelantarse a condenarla, de prolongar la incertidumbre, contuvo a Enrique, y poco después oyó al piano —¡como tantas mañanas!—cantar una vieja gavota de Haendel, que en vano se esforzaba por parecer alegre. Después hubo un silencio y al cabo sonaron en la puerta dos golpecitos:

—¿Estás ya despierto?

—Pasa... No abras del todo: no he dormido bien.

Enrique estaba vuelto hacia la pared; se había propuesto recibirla así, tan temeroso de verla como de ser visto; pero de pronto sintió la necesidad de leer en su cara y de cerciorarse de que también ella sufría y se volvió con brusquedad. En torno de sus ojos, hondas sombras moradas marchitaban la piel; sus manos temblaron al alargarle el desayuno; en sus labios no logró fijarse una sonrisa. Ante su mirada, Mercedes bajó la vista y en esa actitud hablaron un instante de cosas indiferentes; hasta que, sin querer, igual que cae una fruta harto madura de la rama, cayó de la boca de Mercedes, al fin del diálogo, una frase plena de sentido:

—Anoche te sentí venir... Ni siquiera te acercaste a la puerta a saludarme.

—Creí que estabas dormida.

—Nunca había estado todo un día sin verte.

—Es verdad... Yo también lo pasé mal... Por nada del mundo querría volver a vivir el día de ayer... ¿Y papá?

—A ido a despedir a ese amigote suyo que se marcha hoy. Ya tienes preparado el gabinete... pero ¿te vas también?

—Sí, tengo que hacer, tal vez tenga que hacer unos días y...

—Déjalo para mañana... Mira que ayer no trabajaste nada en los planos.

—Lo que tengo que hacer es más urgente.

—¿Más?... Anda, compláceme; quédate hoy.

Y ante aquel «anda» que le recordaba su infancia; él repuso recalcando la frase:

—No puedo. Voy a llevar flores al cementerio... flores para la tumba de mamá.

Sobrevino un silencio lleno de angustia y Mercedes salió a pasos quedos. Enrique se preguntó en seguida si habría sido cruel, mas una voz violenta, cuyo encono no había oído hablar hasta entonces dentro de sí, le increpó: «No has sido cruel, sino cobarde, porque has pronunciado ante ella el nombre sagrado que debe siempre decirse con orgullo: el de tu madre, el de la verdadera, el de la que tal vez regó tu cuna con lágrimas de sufrimiento... de sufrimiento que ella le causaba.» Y esta voz se imponía a otra voz mas tenue y dolorida, a la voz de su vida eral donde cada bienestar, cada goce puro, cada ascensión en el camino del perfeccionamiento, provenía de la pobre mujer con quien él acababa de ser rudo, casi grosero.

Y la voz blanda abogaba así:

—¿Por qué no rechazaste sus cuidados cuando te hacían falta? Si sólo ser madre es dar la vida, ¿a quién sino a ella la debes cien veces? La vida del cuerpo y la vida mejor, la del espíritu, que sería grosero y espeso como el de su padre, sin su constante cultivo... ¿Cuál de sus hechos para contigo no ha sido digno de una madre? Debes quererla, debes venerarla: ahora que eres ya hombre y la ves más débil que tú, ten la generosidad de olvidar, no trates de saber... Por una sombra lejana vas a traicionar el amor tangible y a ser ingrato, vengativo, felón...

Mientras que la otra voz, la hosca, la fulminadora, repetía inexorablemente:

—No hay más que una madre, una sola... Si tanto quieres, si tanto debes a la que tal vez acibaró los últimos días de la tuya, ten el valor de ser mal hijo, pero al menos confiésalo y di a todo el mundo: Desmiento la ley de la Naturaleza que hasta las bestias siguen y mi madre no es nada para mí y entierro su memoria bajo triple losa de conveniencias... ¡Anda, atrévete!

Iba vistiéndose de modo maquinal; de la calle subían los activos ruidos de la mañana, y al abrir el balcón vió el cielo cubierto de nubes veloces y oscuras que se sucedían sin dejar asomar al sol. Su reloj estaba parado en las doce... A esa hora, la hora en que metódicamente le daba todos los días cuerda, estaba el día anterior en el café... Oyó la voz de Mercedes que daba una orden y tuvo impulsos de llamarla, de pedirle perdón. Si ella hubiese entrado en aquel instante, Enrique se hubiese echado a sus pies y, sin decirle por qué, seguro de ser comprendido sin una sola frase, habríale implorado: «Perdóname, Mercedes; perdóname, mamá, mamá... Tú sabes que yo no he tenido más madre que tú.» Pero Mercedes no entró y un incidente fútil—el tropezar al ponerse la chaqueta, con la cartera donde guardó la noche antes el retrato dado por Viosca—cambió la situación de su ánimo. Durante un minuto tuvo la idea de ir a la estación, de ver al maldito Viosca y de arrancarle de una vez la confidencia que el día antes tuvo repugnancia de oír. ¡Si su padre no estuviera también en la estación!... Además, no. Viosca le repelía; antojábasele que aquella baba que al hablar se le iba agolpando en las comisuras de la boca, debía de ser dañina: baba de serpiente, baba de sapo, y que el nombre de su madre sólo por pasar cerca de ella iba a ensuciarse... No: lo mejor era esperar la respuesta a su carta y no soliviantarse por insinuaciones y suposiciones. Su tía le diría la verdad.

Ya estaba vestido, ya tenía puesto el sombrero y aún no sabía qué hacer. Todo menos quedarse en casa, menos soportar esos espacios de silencio, esa imposibilidad de purificación donde se ahogan las almas cuando no tienen la valentía de afrontar sus destinos. ¿No había dicho a Mercedes que iba a ir al cementerio? Pues iría. La idea de que nunca había visto un cementerio le sorprendió y le dejó de sí mismo mal concepto. Claro, ¡era tan cómodo rehuir los espectáculos de dolor! Y ahora, tarde ya, ¡ay!, comprendía que a su espíritu, para clarificarlo y engrandecerlo, habíale faltado el ácido de esos sinsabores escamoteados a su vida por don César y por la madrastra. El barómetro de su conciencia marcaba las más pequeñas oscilaciones. Dos minutos antes habíasele ocurrido la visita, y ya sentía la necesidad de realizarla sin demora. Debía pagar a su madre todo el anterior abandono, dedicarse íntegramente a ella... Compraría un gran ramo de rosas para dejarlo sobre la lápida, y antes de que se marchitaran iría a renovarlo... Ya estaba en el pasillo y la intención de ponerse una corbata negra le hizo volver el paso hacia su habitación. Entonces oyó de nuevo la voz de Mercedes y quiso apresurar la salida. Cuando estaba abriendo la puerta ella surgió en el extremo del pasillo y le preguntó con voz velada por la ansiedad:

—Hoy no faltarás a comer, ¿no?

Lloraba en la voz tal desamparo, que Enrique no tuvo valor para an-

gustiarla más, y respondió ruborizándose:

—Sí, vendré, vendré.

VI

La escarcha crujía bajo los pasos de las largas avenidas bordeadas de mausoleos; el viento cantaba por entre los cipreses, que llevaban gravemente el compás. A la derecha una pared de nichos daba idea de algo ordenado, doméstico, como si la señora Muerte, buena dueña de casa, se complaciese en minuciosas distribuciones. En las grietas verdeaba la hiedra y en un cuadro de tierra, abonados quizás con restos de prohombres, medraban adelfos y citisos. Algún túmulo, alguna columna, alguna cruz, sobresalían de la tapia que, de pronto, descendía siguiendo el desnivel del terreno, y desde la prominencia veíase bajar por la hondonada, a través de las tierras baldías, el camino hacia la ciudad: un camino color ceniza a cuyas márgenes sólo se alzaban raros árboles ateridos y algún cuchitril donde los marmolistas esculpían a golpe de cincel vanos nombres en las losas de mármol.

Si Enrique hubiese leído a Shakespeare, habría visto otra vez la sombra del príncipe de Dinamarca cogerse a su brazo en la senda áspera de la duda, pues cómo antaño en el cementerio ideal donde reposa Yorik, el sepulturero dió a sus preguntas una de esas respuestas que pasman la sangre y ponen un rictus de desengaño aun en los labios que hayan mordido los frutos de la vida más golosamente. Era un hombre bajo, recio, de barba tupida que le ocupaba casi toda la faz. Al oír de labios de Enrique un nombre y unos apellidos de mujer, la sonrisa abrió en un gesto socarrón su boca desdentada. ¡El nombre de un muerto en la vasta ciudad de los muertos! Valdría tanto nombrar una hoja del bosque, una de las arenas del mar... Apenas si los más recientes, aquellos en cuyo entierro hinchóse la pompa o a cuya muerte concurrieron circunstancias extrañas, se recordaban unos días. Luego venían otros, otros, otros; y era el cuento de nunca acabar. Un muerto es un muerto y es inútil pretender guardarlos en el recuerdo, que al fin sólo los conserva un poquito más que el depósito... «Así, por el nombre, a la verdad, le era imposible darle las señas.» Al fin, por instinto, Enrique tuvo la idea de decirle que era hijo de don César Cifuentes... ¡Ah, eso era otra cosa: don César era un hombre vivo, de carne y hueso, no de podredumbre y gusanos; a don César, por ser persona influyente en la curia y tener metimiento en lo de los teatros y por si con el tiempo podía colocarle un rapaz que ahora estaba sirviendo al rey, bien lo conocía el sepulturero; no sólo lo conocía, sino lo respetaba... sin que eso quiera decir que el día menos pensado, en cuanto hubiera echado sobre él una buena paletada de tierra, lo despreciara y lo borrara de la memoria.

—¿Quería saber cuál era el panteón de su padre? Pues haber empezado por ahí. Los muertos no tienen propiedad, al menos material; en eso son los vivos quienes tallan.

—Mire usted, tire tó derecho por ahí, hasta aquel recodo, y aluego se va por la izquierda y coge la calle que le dicen de Santa Ursula. Allí lo encontrará en llegando, porque es de los primeros. Tiene una cruz y una corona hecha en piedra. ¿Quiere el señorito que lo acompañe?

—No, no; gracias...

—A su gusto.

El trato cotidiano con tal género de dolores había hecho discreto al buen hombre; recibió en la mano callosa unas cuantas monedas y después de ponerlas en la faja, echóse al hombro la azada y entróse por una de las avenidas, canturreando. Enrique siguió el camino lentamente. Bajo el rumor del viento sentíase el silencio del camposanto, y hasta el ruido se desvanecía en la enorme quietud. Por la avenida central avanzaba un cortejo fúnebre: el féretro iba delante, a hombros de los deudos, y detrás ser-

peaba el acompañamiento, cuyos últimos miembros hablaban con animamación y aspiraban a grandes sorbos la alegria de vivir. Por todas partes veianse flores mustias, esqueletos de coronas; algunos pájaros volaban de rama en rama, en busca del refugio contra la inclemencia del frío. Sin darse clara cuenta del origen, Enrique sintió otra vez la misma sensación de atracción y miedo que había sentido en el hotel al ver a Viosca abrir el álbum en donde guardaba el retrato; ahora hubiese querido alargar el camino, llegar muy tarde junto a la muerta. Para tardar más se detuvo a leer algunas inscripciones funerarias: las había sencillas, conmovedoras, enfáticas, grotescas. Enrique hubiese pasado todo el día en leer aquellos documentos monótonos del dolor y de la vanidad. Desde la ciudad trajo el aire el sonido de una corneta, y como si fuera una orden para él, aceleró el paso hasta llegar a la calle donde estaba el panteón de su familia. No tardó en hallarlo; era el tercero. Una losa grande, subdividida en proporciones simétricas—algunas de las cuales estaban en blanco—, protegida por una cruz y rodeada de grueso barandad de bronce formaba el monumento. La primera de las lápidas recordaba a su abuelo, la segunda a su madre. Al leerla, Enrique sintió una emoción dulce, algo que calificó paradójicamente de triste felicidad y que puso en sus ojos una humedad que no llegó a ser lágrima. Luego leyó las otras lápidas: menos una donde estaba el nombre de su madrina, muerta soltera a los cincuenta años, las demás eran de amigos de don César, que había prestado su panteón como quien presta un impermeable. Aquella intrusión y el dejo ridículo del epitafio puesto en la lápida de la que lo llevó en sus brazos de solterona, ávidos de maternidad, a recibir las aguas lustrales, templaron su emoción. ¡Era tremendo su padre! ¿No sería posible expulsar del supremo reposorio a los advenedizos? Las lápidas vacías le hicieron pensar que allí descansaría también él, tal vez más cerca de cualquiera de los extraños que de los suyos, bajo el cielo inmutable. Miró el reloj: era ya casi mediodía. ¿Qué estaría haciendo Mercedes? De seguro pensando en él, de seguro afligida ya por el temor de que también permaneciese todo el día fuera. ¡Cuánto habría dado Enrique por no tener que contrariarla! Y al pensar en ella allí, en aquel sitio donde el recuerdo y el amor de la otra debían acendrarse y adquirir fiero exclusivismo, puso por reflejo del alma en su rostro la púrpura fogosa del rubor. Por un esfuerzo de voluntad concentró el pensamiento: esparció las flores, dobló las rodillas, apoyó la frente sobre la balaustrada y entornando los ojos animó dentro de sí la figurita de contornos imprecisos que estaba en la fotografía entre el viejo de mirada aguda y Viosca.

Y entonces la figurita abrió los brazos y él, como si volviese a ser un niño inerme, se refugió en el regazo materno y cien palabras efusivas se encendieron en su pensamiento y casi brotaron de sus labios: «Mamá, mamá, triste y misteriosa mamá, a quien no he conocido. ¡Ojalá puedas ver desde el otro mundo toda la grandeza y todo el amor que me trae a tu fosa! No soy un mal hijo, ni un mal hombre, mamá; te llevo en el alma, y sin embargo... ¡Porque tus labios no me enseñaron a besar, porque tus manos no me allanaron los primeros obstáculos de la ruta, porque te perdí cuando aún no había nacido para la vida de la ciencia y porque me secuestraron tu memoria, no había hasta hoy pensado en ti; mas sólo un día he pensado con tal intensidad, que casi te resarzo del largo olvido! ¡Perdóname, perdona también a mi padre, y sobre todo, perdónala a ella... si fué culpable alguna vez, en gracia a que luego ha sido tan buena conmigo, con tu hijo, mamá! Yo no puedo aceptar que fuera dura y cruel y que te obligara a sufrir. Creo conocerla, creo que es buena, compasiva, abnegada... pero si me equivoqué durante tantos años, en un minuto sólo desarraigaré de mi alma su cariño. Mi alma está hoy nueva y rezuma dulzura como un

panal, mamá: soy otra vez niño, porque acudo a tu culto y siento envidia de los niños miserables vistos tantas veces en brazos de haraposas mujeres que sólo por ser sus madres, son para esos pobrecitos y envidiados niños como fuerzas de Dios. ¿Cuál era tu carácter, cuáles eran tus gustos? ¿Son, acaso, esas flores que acabo de poner en el sitio donde duermes, las flores que preferiste durante tu vida? Ya ves, no te traje rosas de té, por ser las que prefiere ella... y sólo en el hecho de elegir otras, bien lo sé, le rindo un homenaje de recuerdo. ¿Por qué en esta soledad, en este fervor con que lo pido, no se obra el milagro de que yo oiga tu voz y de que tu vida se me revele? Una palabra bastaría para condenarla o absolverla... ¡y esa palabra no la oyen mis oídos ni mi corazón la adivina! Son peticiones absurdas, pueriles, lo reconozco; todos mis estudios me lo dicen: «El milagro es un espejismo del alma, y que no presenciarás otro que el de ver trastornada tu vida y el de verte vuelto con encono; por fe en ti, mamá, hacia lo que ha hecho de ti un hombre bueno.» «¿Por qué no ha de ser posible que una sola palabra rompa mi inseguridad y que tú digas en el fondo de mi conciencia una de las dos certidumbres? No, es preciso conquistar la verdad paso a paso, tras rudas pruebas erizadas de puntas donde sangra el alma inocente. En esta ecuación sentimental, cualquiera que sea la incógnita ha de dejar un vacío de ilusión en mi alma... ¡Pero sólo en loor a ti, aunque tú no ganes nada y yo pierda lo mejor que tengo en el mundo, su cariño, te juro buscar hasta el fin esa verdad, mamá!»

VII

Los dos días que tardó en llegar la carta de su tía fueron terribles. A la inacción de la espera se mezclaba una necesidad constante de disimulo: disimulo ante don César, disimulo entre Mercedes y él para hacerse creer mutuamente que no advertían el cambio de una vida que había sido hasta entonces tan íntima y cordial; disimulo para consigo mismo. Pasaba las horas encerrado en el gabinete, y poco antes de la hora en que solía llegar don César, entraba Mercedes a sentarse en su asiento, junto a la lumbre. Nada se decían; él apoyaba la frente en las manos y cerraba los ojos para no añadir a su dolor el de verla sufrir; Mercedes, abatida la cabeza sobre el pecho, cruzados los brazos sobre la falda, tal vez buscase entre las llamas del hogar cenizas para apagar lejanos recuerdos que aún abrasaban su memoria. Y a veces, cuando se prolongaba la espera, el silencio oprimíalos de tal modo, que tenían que hablarse, y de súbito, acometidos a la vez por igual necesidad de romperlo, alzaban a un tiempo las cabezas y las palabras se encontraban a mitad del camino. Eran siempre palabras vulgares, escogidas con esmero, y, sin embargo, en muchas ocasiones parecían cargadas de intención: de ese doble sentido que el temor halla en todas las cosas y que causa dolor más intenso que el mismo mal esperado y temido. La corbata de crochet no avanzaba ni un punto; los planos se abarquillaban sobre la mesa; sólo de tarde en tarde la diestra de Enrique, inquieta e inconsciente, iba a posarse sobre ellos y entonces se los sentía crujir, acaso en son de protesta, y él los miraba con pesar.

El mismo don César, cuando llegaba siempre con prisa para comer en diez minutos y salir en seguida a prodigarse entre sus diez negocios y sus cien diversiones, solía gastarles bromas que antes los habrían hecho sonreír y ahora los llenaba de turbación:

—Qué, ¿cómo va ese puente colgante, señor ingeniero? Supongo que no dejará de ser ésta quien le teja los hilos.

O bien:

—¿Cómo han pasado el día mis dos inseparables?

La noche antes de que Enrique recibiera la respuesta a su carta, don César le alargó durante la cena una

postal que sacó ya arrugada, después de haberla buscado en vano entre todos los papeles diversos que se metía en todos los bolsillos:

—Mira lo que me manda el fantoche de Viosca; sólo le faltaba retratarse de moro en el patio de los leones... ¡Habrá tío cursi! Siempre presumió de conquistador... Me dice que te dé especiales recuerdos y que le has sido muy simpático. Menos mal.

Enrique se puso colorado y miró de soslayo a Mercedes.

A la mañana siguiente salió muy temprano para ir en busca del cartero, a quien hubo de esperar mucho rato. Como la carta venía certificada, hubieron de entrar en un estanco para que Enrique firmase el recibo. La carta era abultada, y el sobre, mordido por cinco sellos de lacre, acusaba esa meticulosidad pueril de los ancianos. Enrique lo sopesó varias veces y por el tacto comprobó que venía dentro un objeto duro. ¿Sería un retrato? Sí, al abrir el sobre en el rincón solitario de un café, apareció la fotografía envuelta en tres pliegos de papel comercial llenos de una letra menudita y torcida, cuyos renglones se entrecruzaban al final de la carta. A pesar de su impaciencia, Enrique se detuvo primero a mirar el retrato. La imagen no estaba borrosa como en la instantánea de Viosca; era un busto grande bien conservado; la cara no tenía aquella sombra de irrealidad que era defecto y encanto en el grupo. Los ojos eran almendrados y debieron ser grises; la boca sinuosa se abría en un gesto de complacencia; sobre la frente varios ricitos quitaban ingenuidad a la expresión. Sendos aros pendían de las orejas, y una doble sarta de perlas rodeaba el cuello e iba a perderse en un colgante entre la insinuación de los senos. Dijérase que el retrato chico espiritual y el grande sólo material; a ratos le parecían imágenes de dos personas diferentes. Sin el indudable testimonio de algunas facciones, Enrique no hubiese identificado a su madre en los dos, y, sin saber la causa, deseaba que estuviese más parecida en el retrato chico. ¿Por qué dos momentos de la misma persona hacianla parecer tan distinta? No era sólo la luz, la posición, el vestido, era como si algo interior hubiese cambiado en ella durante el lapso que medió entre los dos. Cuando se atiende a los detalles menudos, a las sombras de presentimientos, a esas infinitesimales sensaciones de doble vista y de efectivas inclinaciones producidas por la concentración y fluctuación del entendimiento. ¡Qué difícil resulta elegir, decidirse! Al fin volvió a envolver la cartulina y la colocó junto a la otra, en la cartera; luego empezó a leer la carta. Era larga, larga, como un suplicio. A medida que avanzaba, sus manos temblaban y un gesto torvo iba nublando su rostro. Mercedes y don César eran tratados con dureza; muchas frases se repetían en un ritornelo de rencor; la ortografía era arbitraria, a veces el estilo haciase seco, incisivo, y a pesar de invocarse en uno de los primeros párrafos el poder balsámico del tiempo y la grandeza de la caridad cristiana, que aconseja perdonar las injurias, el tono íbase haciendo destemplado hasta llegar a esas expresiones cortadas y duras que suenan y duelen como latigazos. Según su tía, don César y «aquella mujer» vivían liados desde tres años antes de morir su pobre hermana y la habían matado a disgustos; porque el desgraciado y corrompido don César en cuanto se convenció de que los cuartos que fué a buscar al matrimonio no existían, le dió una vida perra. Su pobre hermana había sido una mártir, y caliente aún su cuerpo, el monstruo se trajo a vivir a casa a la querindanga, con la cual no se atrevió a casarse hasta mucho después, cuando él ya tendría siete años, y para eso yéndose a consumar la herejía a otra ciudad. Ella quiso reclamar a Enrique para criarlo en su casa, donde no habría hallado holguras ni cosa parecida, mas sí temor de Dios y buenos ejemplos; pero la hipócrita y el sinvergüenza no quisieron y lo mandaron unos días a casa de su madrina, mientras paseaban por París y otros centros de corrupción una luna de miel que tendrán que pa-

gar en su día, porque hay una justicia en el cielo. Bien sabía ella que si él no la había escrito nunca era porque no le dejaron, pues los otros tendrían buen cuidado de apartarlo de cuanto pudiera recordarles la infamia que habían cometido con aquella santa feliz; y sabía también que la pécora, después de conseguir que la echaran la bendición, es decir, la sopa boba para toda la vida, se había encerrado en su casa sabe Dios a qué, y hacía creer a todo el mundo que era una mujer ejemplar y cuidaba al niño como si lo hubiera llevado en las entrañas. Toda la carta era así: variaciones sobre el mismo tema de acusación y odio. «Tú que ya no eres un niño—le decía—, tú que tienes carrera y serás hombre de provecho, no te dejes engañar por zalemas ni vayas a creer en lo que pueda decirte la Marciana, una vieja bruja que arderá también en los infiernos y a la que ellos compraron para que propalara no sé cuantas tropelías. Esa Marciana, que nunca nos quiso aunque se crió en nuestra casa, no paga con la vida las calumnias que le levantó a tu pobre madre».

Los últimos renglones los leyó Enrique de modo inconsciente; eran ofrecimientos vagos y consejos concretos para que no se dejara pervertir por esa juventud descreída de ahora. ¿Por qué no se hacía de los Luises? Debía también mandar decir misas por su madre y practicar como buen cristiano la religión de sus mayores, entregando la dirección de su alma a un buen varón de buen consejo. Cuando le contestase ella le mandaría una carta para un ministro del Señor, jesuíta ejemplar, que podría darle toda suerte de guías morales al par que ayudarle y buscarle un buen empleo en su carrera, pues tenía buenos amigos hasta en Palacio. Enrique sintió repugnancia, algo como una náusea espiritual. Las afirmaciones anteriores zumbaban en su oído y ponían en su cerebro nubes por donde tardaron mucho tiempo en abrirse paso las ideas de la razón. ¿No debía desconfiar de aquellos informes? La acusación era tan impetuosa, tan virulenta, que la parcialidad legítima de una hermana al defender la memoria de otra no era suficiente a justificar ese lenguaje. Si el testimonio de los sentidos, del recuerdo, de la realidad, servían de fundamento al juicio más que el rencor, ¿debía aceptar él contra Mercedes, cuya vida abnegada y diáfana durante veinte años había seguido hora a hora, tales cargos sin someterlos a otra luz? Un poco menos de acrimonia en el tono y en las palabras, y acaso aquella carta habría decidido su actitud futura; pero la necesidad de su cariño, unida a su hábito de demostrar todas las proposiciones sin dar de antemano por ciertas las apariencias verídicas, impulsábanlo a agotar los medios de investigación antes de inmolarse y de ser en adelante, falto del cariño que fué su sostén y su brújula moral, un despojo perdido sin objeto en los vaivenes del mundo..., a no ser que tuviera el valor de confiar la solución de todo al cañón de un revólver. ¿Establecer tantos distingos no equivalía a prejuzgar, a anteponer a la muerta el cariño bastardo? ¡No, no; comprobar no era claudicar! El sostenía su promesa hasta el fin. Lo que ofreció entre hipos de sollozo y férvido musitar junto a la tumba de su madre, quedaba mantenido. Buscaría la verdad, toda la verdad, sin entregarse a un solo testimonio. Aquella Marciana—cuya imagen precisábase ahora en su memoria—, ¿no era precisamente una nueva puerta hacia la escondida verdad? Pues también iría a llamar a aquella puerta sin reparar en el dolor que pudiese hallar tras sus umbrales. Descubriría su paradero, y a no ser que la muerte la hubiese cerrado con su guadaña, él averiguaría su secreto. Era preciso mirar la verdad por todas las facetas, desligarla de toda impureza de error. Y obstinadamente, contrayendo la frente y los puños, se repetía estas fuertes palabras origen de todo el bien y de todo el mal de los hombres:

—¡Quiero saberlo todo! ¡Quiero saberlo todo!

VIII

Siguieron otros tres días difíciles. La mutua ineptitud para el disimulo, signo de rectitud moral, imponíales continuos sufrimientos. Las horas de convivencia con don César eran las peores; a veces la conversación iba tan lenta, tan entrecortada de monosílabos, tan abundante de monólogos de charla voluble sin más finalidad que no dejar espacio a otras palabras comprometedoras, que Enrique y Mercedes pensaban, al escucharse, en esas voces frágiles que oímos trinar en el teatro siempre con el temor de que se quiebren. Si de repente don César hubiese fruncido sus anchas cejas de cepillo y hubiera dicho: «Vaya, vosotros me ocultáis algo; a ver qué pasa», ninguno de los dos se habría sorprendido. Mas a su manera, don César seguía también su ritmo interior, fuerte a prueba de contingencias objetivas, y en nada reparaba. En contraste entre su alegría ruidosa y la necesidad de mutismo, de rumia intelectual de Enrique y Mercedes, hubiera sido manifiesto hasta para un extraño; y es posible que si cualquiera de sus amigotes de la calle mostrase en su carácter cambios menos contradictorios, él le hubiera interpelado en seguida: «¿Qué pijote te pasa? A mí no me la das tú, ¡ea! desembucha.» Pero la confianza en el ajuste de caracteres entre su mujer y su hijo era tal, que no pudo advertir que aquel horizonte siempre tan diáfano, empañábanlo ahora nubes cargadas de peligros.

Con una astucia para la cual no tenía precedentes, Enrique acometió la tarea de averiguar sin preguntarlo a nadie, el paradero de Marciana. Tras infructuosas pesquisas halló en un cuadernito de notas de su padre, que la indicación «Giro a La Puebla», se repetía cada tres meses, y la pequeñez del envío consolidó sus sospechas. Fué a la oficina de Correos y trató de sobornar a un empleado, pero debió de intentarlo sin habilidad, pues el hombre, no sólo negóse a darle detalle alguno, sino le advirtió que en caso de insistir lo notificaría al director. Entonces Enrique sintió vergüenza y se prometió interrogar claramente a su padre. Ya cerca de su casa, otra idea acudió a su espíritu: era preferible agotar antes todas las tentativas de conocer la verdad sin provocar una aclaración de la cual dependían sus futuras relaciones domésticas. El rótulo de una tienda sugirióle el recurso de averiguar si circulaba entre La Puebla y la capital alguno de esos mandaderos llamados ordinarios. Preguntó, le dieron las señas de la casa que se ocupaba en ese género de transportes, y de allí lo mandaron a una posada de los barrios bajos, donde, precisamente aquel día, debía estar el tío *Luto*. Al llegar y verlo en el patio, junto a otros trajineros que, como si los vehículos modernos se hubiesen inventado en vano, realizaban en lentas y largas recuas el intercambio entre sus pueblos y la ciudad, Enrique se explicó el raro mote; era un hombre cenceño, de barba muy tupida y áspera, que crujía metálicamente cuando pasaba por ella su mano callosa en un ademán habitual, y desde sus uñas a las alpargatas, a la camisa, todo era negro en su persona. A pesar de llevar meditadas sus preguntas, el gesto socarrón del tío *Luto* trastornó el orden que Enrique había preestablecido para la entrevista.

—¿Usted es el ordinario de La Puebla?

—Pa lo que el señorito mande y esté en mis posibles.

—Quería saber cómo está la Marciana.

—¿Cuála? Porque hay la mujer del secretario, que es muy cabal, mejorando lo presente, y la Marciana la gorda, la raposa, por mal decir.

—La que yo digo es la vieja, la...

—Ya... Pos está muy bien; dispuesta a morirse un día de estos y a dejar los cuartos enterraos en algún puchero.

—¿Cuánto hay de aquí a La Puebla? ¿Se puede ir y venir en el día?

—Si espera usted el coche pa venir, no; pero con buenos pies pa hacer las cuatro leguas que hay hasta la estación, sí que se puede.

—Muchísimas gracias, tome usted.
—No, señorito...
—Para un vaso de vino.

Algunos trajineros seguían curiosamente el coloquio, y desde la alta balconada que rodeaba el patio, una moza preguntó a uno de ellos si los cántaros de aceite estaban ya listos. A Enrique le pareció haber visto ya otra vez aquel patio empedrado de guijos y aquella escena, en alguna estampa antigua, y su sabor arcaico lo distrajo un instante de sus preocupaciones. Le pareció extraño que aquella escena pudiera conservarse viva y antigua en pleno corazón de una gran ciudad del siglo xx... Este oasis duró poco y la aridez de su obsesión volvió a consumirle... Tampoco pudo dormir en toda la noche, de impaciencia, y poco después del alba salió hacia la estación del Sur, y al pasar junto a la alcoba de Mercedes, una tosecita pareció querer decirle: «No duermo, siento que pasas cerca. ¡Ojalá que no salgas para mal de los dos!» Era la primera vez que salía tan de madrugada, y la ciudad ofreciale un aspecto nuevo: aun en las calles más lujosas advertíase esa actividad, un poco humilde, cimiento de todos los esplendores urbanos: burritos pardos acarreaban la leche, mozas llevaban en cestas, sobre la cabeza, el pan oloroso y candeal, los mancebos de las tiendas barrían las aceras alzando un polvo que empezaba a dorar el sol. Hacía un frío áspero; Enrique iba con paso elástico, de prisa. Del quicio del Hospital surgió una anciana y le tendió la mano y un asmático ruego de socorro. Enrique le dió una moneda de plata, y al mirarle a la cara, notó que la mendiga tenía un remoto parecido con Mercedes: más que semejanza era una posibilidad de semejanza; Mercedes sería sin duda así, si los vestigios del sufrimiento en su fisonomía se prolongasen, se acentuasen, y otra vez, como tantas otras, su conciencia, fluctuó entre las dos sendas abiertas ante él, hacia tan opuestas regiones.

Embebido en su agotador vaivén de reproches, de disculpas, de propósitos, llegó a la estación. El tren iba a partir; por el andén corrían gentes presurosas. Se acomodó en un coche de segunda clase, y cuando se complacía con la idea de ir solo, subió, ya casi en marcha al convoy, un señor rechoncho que antes de llegar a la primera estación le había ya contado su historia. Poco a poco el día fué nublándose; el tren iba despacio; el viento extendía palios de humo sobre las vastas tierras en barbecho, donde rebrillaba la escarcha. Un expreso pasó en dirección contraria, con estrépito de cataclismo; antes de llegar la máquina hubo de detenerse a tomar agua y el coche de Enrique quedó sobre resonante plataforma de metal. Por fin al término de una gran recta, apareció la estación de La Puebla, sola y hastiada en la llanura. Enrique tomó la diligencia, y poco después, mientras daba tumbos por el angosto camino casi de herradura, vió partir de nuevo el tren, jadeando, y a su compañero de viaje hacerle extremosos signos de despedida desde la ventanilla.

La Puebla era uno de esos pueblos hórridos donde el tiempo parece haberse detenido para dejar espacio donde manifestarse el ascetismo laico de una raza ajena a todos los ornatos que desmiente la afirmación cristiana: «El mundo es un valle de lágrimas». Casas de adobes, puertas claveteadas, rejas minúsculas, plazoleta irregular, con charcos de turbias aguas donde se mira un campanario, y al paso del coche, hombres enjutos que andan despacio y contestan al saludo del cochero. Las mujeres salen a ver el accidente del día, las gallinas se engallan ante el forastero y lo curiosean con sus ojos veloces y redondos, como otras comadres; en alguna callejuela hozan los cerdos filosóficamente, y en una ventana dos ojos bellos y extáticos miran, sin que el cerebro se dé bien cuenta, a ver si en el desencuadernado vehículo llega alguien que no viene nunca... algo que no puede llegar. Esto pasa un día y otro y otro y siempre. ¡Pueblos sórdidos, pueblos de España, pueblos para las oblicuas tragedias!...

De pronto el coche se detuvo, y el

mayoral dijo a Enrique mostrándole un portal:

—Aquí es.

Y en seguida gritó:

—¡Marciana, tía Marciana, que vienen a verla! El señorito que le dije.

Enrique traspuso el dintel huyendo de la curiosidad de la gente, y del patio de la casa avanzó una anciana obesa, que apenas supo quién era, lo mandó sentar y cerró la puerta de la calle. Las chispitas de sus ojos, hundidos entre abultamientos de carne, lo observaban taimadamente; veíase que el resto de inteligencia, no abolido aún por la grasa y por los años, estaba en tensión para comprender el motivo de la visita. Antes de que Enrique pudiera decirle nada, comenzó a quejarse de sus achaques y a multiplicar las alabanzas a don César, «que siempre se portó tan caballero con ella y le mandaba cada tres meses una ayudita para ir viviendo; poca cosa, pero...» Enrique recordó de súbito la alusión hecha por el recadero a la avaricia de la vieja, y sacó del bolsillo varias monedas de plata, que la vieja cogió con avidez y se puso a contar, colocándolas sobre la enorme prominencia del seno, hundiendo la cabeza por verlas mejor. Aquella codicia, aquella imagen degradada de la mujer, entristeció a Enrique. Aún no había comenzado sus preguntas y ya estaba casi arrepentido. Dolíale ver entre cuanta gente innoble habíase desenvuelto el drama de su casa. Poco a poco, mientras él iba tras una espiral de circunlocuciones, acercándose a la interrogación concreta, la vieja se iba sosegando; al cabo Enrique se dió cuenta por las lucecillas de sus ojos de que había comprendido y se detuvo lleno de repentino miedo. Con el busto inclinado hacia ella, en espera de las palabras que debían decidir, pasó uno de esos minutos inmensos que el reloj del alma cuenta como si fueran siglos; las manos gordezuelas de la vieja temblequearon apiñando los tizones en el hogar, y al fin, con esa gramática parda de las gentes de su laya, empezó a hablar despacio, asegurándose del efecto de cada frase. Primero dijo, con los ojos bajos, que el socorro de don César no le servía de nada, que lo que le hacía falta era una cantidad de golpe, para salir de apuros: «¡Qué no haría ella por lograr esos seis o siete mil reales!...» Despues de fijado este jalón, entró en materia. Solo arriesgaba las palabras después de pesarlas, de meditarlas; no hubiese arriesgado con más cautela sus monedas. Rápidamente dióse cuenta de que decir de una vez todo al señorito era tercer el cuello a la gallina de los huevos de oro... «Ella había de consultar al párroco, porque aquellas eran cosas mu delicás, y aunque ella sabía que cuando le dijo a don César lo que le dijo hizo bien y no calumnió a la difunta... En fin, el señorito debía darle un plazo para ajustar sus recuerdos y ver si el cura le daba permiso de decirlo tó». Enrique sintió otra vez, igual que en el hotel de Viosca, un ímpetu homicida en las manos; ya le parecía ver hundirse sus manos en el cuello flácido, y hasta sufrió la repugnancia física de tocar algo blanducho, grasiento y fétido... De entre las palabras que la mujer masculló durante más de una hora, torturando su paciencia, entresacábanse varios hechos indudables: la familia de su madre estaba arruinada y la casó con don César creyendo a éste muy rico; en el matrimonio surgieron disensiones causadas por la decepción, y tras dos años de continuas disputas, de divorcio moral, don César supo por alguien—sin duda por la Marciana misma—, que su mujer tenía un amante. ¿Había sido el primero? ¿Fué el único? ¿Tuvo su madre para caer la disculpa de una de esas pasiones que poseen íntegras las almas mucho antes del cuerpo haber cedido, de un lazo de amor roto por el matrimonio urdido por los suyos en contra de su inclinación? Ante tales diversificaciones del problema primario, estrellábase el pensamiento de Enrique. Toda su insistencia no logró deponer la testaruez de la vieja, que acaso con su inteligencia rudimentaria, calculaba ya los pingües productos que podía producirle aún aquella aventura, de la cual sólo por haber tenido el sucio papel de delatora, recibía des-

de hacía muchos años una renta. Cuando Enrique le entregó dos billetes de Banco y le hizo jurara que a nadie, ni siquiera a su padre, diría nada de su visita, ella volvió a repetirle que «en cuanto le diese venia el cura le diría tó con detalles, pa que se convenciera de lo requetebueno que había sido siempre don César y también su segunda mujer; iba ya para veinte años que ni los veía y los quería como si ayer mismo se hubiese separado de ellos». Luego, al oirle decir que se marchaba a pie, trató de disuadirle: «Ella tenía siempre una cama pa su señorito, ¡no faltaba más!» Y Enrique pensó al ver el brillo de sus ojos, en esos hombres cargados de oro que en los cuentos son asesinados por los dueños de los hoteles, y pensó también que si hubiese aceptado la hospitalidad y hubiese visto a media noche surgir en la penumbra las gordezuelas manos armadas de una hoz, por hastío, por asco, como quien se suicida, habría dejado llegar el arma sin defenderse.

Como satisfacía a su egoísmo el no mezclar a nadie en sus cosas, Marciana lo dejó al fin marchar sin insistir en que alquilase una caballería para ir hasta la estación. Otra vez la curiosidad furtiva del pueblo se insinuó en ventanas y puertas; en la plaza Enrique se cruzó con el tío *Luto*, quien le hizo un saludo especial, como si entre ambos mediase un largo conocimiento o un secreto más bien. Ya fuera del caserío el vasto cielo plomizo y la tierra reseca, colaboraron con su ánimo; sólo de largo en largo veíase un árbol aterido, unos surcos de arado, algún pastor con el lento rebaño de merinos; mediaba la tarde, pero la luz era crepuscular y sobre las lejanas montañas presentíanse ya sombras nocturnas. La desigualdad del terreno y la falta de hábito daban a la marcha de Enrique esa inseguridad propia de los beodos; tal vez pensó esto el arriero que se cruzó con él y que ya muy distante, volvía aún discretamente la cabeza para mirarlo. Poco después de la mitad del camino comenzó a llover; el frío, la humedad, la cortina pertinaz de la lluvia al herirle la frente, el desaliento de su alma, le dieron más de una vez el deseo de abandonarse en medio de aquel yermo y de dejarse morir allí. Todo le parecía absurdo, lejano y sin objeto. De su entrevista con la Marciana, quedábale sólo el dolor de ver inculpada a su madre sin ver libre de culpa a Mercedes. El camino no se acababa nunca, y el agua caía y empapaba todo: la ropa, la piel, los huesos... ¡el alma! ¿Llegaría tarde a la estación? No, aún hubo de esperar en el andén a que el minutero del gran reloj de dos esferas recorriese media circunferencia, para ver en el confín la sierpecilla de humo reptar por la tierra, acercarse y detenerse bajo la marquesina. Al subir al coche y poner sobre el tubo de calefacción sus pies calados, le entró frío y un temblor convulso; en vano intentaba reprimirlo: sus dientes se entrechocaron y los tacones repiquetearon sobre el metal con ruido que llamó la atención a los compañeros de viaje. Debía de estar muy pálido porque una muchacha cuchicheó al oído de su madre y ambas lo miraron después con compasión. El tren corría. De uno de los rincones del coche alzóse un hombre del pueblo y yendo hacia Enrique le dijo con voz afectuosa y ruda:

—Tome usted, échese mi manta... Le ha caído el aguacero, ¿no? Como que tiene usted fiebre... y grande. Ande, abríguese.

Y Enrique se dejó envolver como un niño, y, si no hubiese ido nadie más en el coche, se habría echado en los toscos y nobles brazos de aquel desconocido en los que, tan inesperadamente, había vuelto a encontrar algo maternal.

IX

Vencida al fin la gravedad, Enrique no recobró de pronto la conciencia, sino paso a paso, después de varios días de dulce sopor durante los cuales sus sentidos embotados no percibían completas las relaciones entre he-

chos y cosas. Vagamente entre la bruma del ayer, recordaba Enrique su enfermedad: el trajinar de los médicos a su cabecera, la desolación de su padre y los constantes cuidados de una figura, que, incansablemente, resistió a su lado sin rendirse a la desesperación ni a la fatiga; recordaba los pasos tácitos en torno de su lecho, los pronósticos dichos en voz baja y percibidos por él como si viniesen ya de otro mundo. Antes de sentir en el alma la impresión de renacimiento que sigue a esas enfermedades donde estuvo la vida a punto de abandonar el cuerpo, Enrique experimentó en aquel mismo cuarto donde había estado también grave otra vez de niño, sensaciones que contribuyeron a desconcertar su espíritu: si al levantarse se hubiese visto en el espejo, con su traje de marinero y su gorra de ancha cinta con letrero dorado, no habría echado de menos sus años de adolescencia y pubertad. Era una habitación en el piso alto, abierta al mediodía; muchas veces había él estado en ella, y, sin embargo, hasta entonces no percibió los detalles que en su niñez, durante la lenta dolencia preocuparon tanto su atención: en uno de los ángulos del artesonado veíase aún la cisura por donde su candor infantil creyó tantas veces ver entre genios maléficos; se familiarizó de nuevo con las campanas tutelares de las iglesias, y hasta figura curvada ahora de ansiedad sobre él ponía en su mente la dolorosa confusión de estar viviendo una nueva infancia: era el eco al través de los años, de una de esas épocas que dejan en el alma un sedimiento rico en sanciones, y a veces necesitaba mover los brazos, mirar el largo espacio que ocupaba en la cama, llevarse la mano a la cara y palparse las barbas crecidas, para poner el recuerdo de los años vividos, entre aquellas dos etapas homogéneas que aspiraban a confundirse. Antes de hablar, cuando ya sus pensamientos adquirieron contornos precisos, tuvo que ensayar durante dos o tres días las palabras, como si temiese haberlas olvidado; las primeras que pronunció fueron tan dulcemente, tan tenuemente, que parecía acariciarlas con los labios, y aunque sonaron cual un susurro, Mercedes al oírlas se sobresaltó:

—¿Qué día es hoy?

—¡Ah!... No hables, que puede hacerte daño. Es domingo.

—¡Qué sol tan hermoso! Abre de par en par el balcón para que entre bien.

—¡Si vieras qué días hemos pasado!

—Ya vendrán días mejores... No hay que desesperarse. No quiero que te contagies también de esa enfermedad, que fué sobre todo tristeza, desesperación...

—Esta ha sido peor que las viruelas, Enrique.

Y el convaleciente, el resucitado, pensó: «En mis primeras palabras ha palpitado un anhelo de alegría casi en contra de mi voluntad.» En ese momento entró don César. Sólo entonces Enrique notó el cambio físico de ambos: estaban más delgados; en el semblante de su padre había una seriedad, un velo de preocupación que había él visto manifestarse, así. Al oírlo entrar entornó los ojos y, como a distancia, lo vió sentarse, mirar a Mercedes y luego quedar extático con la mirada en pos de un pensamiento que seguía el humo del cigarrillo, sin aquella volubilidad de antes. De la calle ascendía, tamizado por la distancia, el alegre rumor dominical, y por primera vez Enrique sintió la nostalgia de su vida tranquila y acordóse con horror de que la muerte había estado tan cerca de su cama y volvió a pensar en las palabras optimistas dichas a Mercedes; ya esta necesidad de pensar en cosas fragantes, en emblemas de vida, habíale asaltado durante la enfermedad, abriéndose paso por entre el rastro de desilusiones, de negruras, por el recuerdo de aquel gesto que debió crispar su cara cuando se dejó conducir en coche desde la estación por el compañero de viaje, y esta victoria de la juventud no fué franca; el pesimismo iba de reducto en reducto... La primera vez fué de noche, acaso una de las últimas noches de fiebre, que pensó y soñó—no sabía

bien—con claras aguas movedizas, con el sol y el mar y con un viaje muy largo, en una nave de ambas velas siempre henchidas de vientos bonancibles: otra vez fué a mediodía: en el instante de tomar un vaso de leche deseó con violento apetito comer fruta: naranjas alegres casi luminosas, uvas, platanos de largo perfume tropical... Luego recordó parajes en los que casi ignoraba haberse fijado nunca: un muro ardeado, camino de la Escuela de Ingenieros, una glorieta donde cada primavera dos árboles añosos competían en brotes de un verde muy amarillento, tierno, jugoso... Insensiblemente su nariz presentía aromas de flores y en su oído cantaban melodías primaverales; la puerta cerrada de su alma íbase abriendo a los anhelos otra vez, y cada hora, cada recobrada ilusión, eran como cables que volvían a sujetarlo a la ribera de donde estuvo a punto de partir para siempre a la vida. En estos fenómenos no intervenía para nada su voluntad: eran inconscientes, igual que los fenómenos de renacimiento de los árboles de la glorieta: la reflexión, la inventora de complicaciones, seguía dormida... Y así pasaron varios días; uno de ellos, mientras divagaba, los sentidos trajeron su atención hacia su padre y Mercedes, sentados cerca de él. ¿Fué engaño óptico o don César acababa de hacer a la madrastra un signo, una orden muda? Sí, era verdad. Lentamente, con la cabeza baja, ella salió y don César acercándose mucho a su hijo, le preguntó en voz queda:

—¿Estás dormido?

—No, no... Es que estoy así mejor.

—Bueno. Es la primera vez que voy a hablarte seriamente... ¡Ojalá te hubiese hablado antes! Sé que he hecho mal en dejarte de este modo, sin que supieras... No sé cómo empezar. En fin, tú comprendes... Una noche que delirabas nos dijiste todo... ¡Perdóname!

—¡Papá!

—Es que yo pude ahorrarte y ahorrarle también esos sufrimientos... No, no abras los ojos: si me miras no podré hablar; óyeme, así..., así.

Y la confesión fué larga, conmovida. Todo el tesoro de emoción de su alma, intacto a causa de su vida de frivolidades, desbordóse junto a la cama del hijo único a quien vió casi a punto de morir por negligencia suya. ¡Porque su deber era haberle dicho desde hacía tiempo la verdad, antes de que la duda germinase! Con palabra firme, en ese tono que sugiere al interlocutor la inutilidad de exigir juramento, le dijo todo... La Marciana no había mentido: su verdadera madre fué así, mala, y no sólo una vez, sino varias; ella lo ahuyentó del hogar, lo obligó a refugiarse en el cariño de la mujer que había sido luego para él esposa sin mancha, y cuyos desvelos maternos no hubiera podido superar ninguna madre de la tierra. La persiguió por el simple deseo de hacer mal, por el maligno de perjudicar y de ser perversa. «Una madre no se elige, hijo, y nada debes tú pagar de sus faltas; a ti mismo te abandonó en la cuna, se negó a amamantarte y jamás te durmió en sus brazos... Esos cuidados y no el hecho de llevar a la criatura en el vientre, son los que hacen una madre; una madre no es una incubadora.... hay que merecer ese nombre sagrado y cuando se es indigna de él, el nombre no es más que una palabra hueca.» ¿Había sentido acaso Enrique antes de la llegada de Viosca esa voz de la sangre en cuyo nombre intentó romper la armonía de su vida sustentada por el más puro de los cariños? El único pecado de Mercedes consistió en entregarse al amor que la solicitaba, que la obligaba con esa violencia persuasiva de que los hombres disponen, de la que dispondría él mismo cuando más tarde enamorase a una mujer. Además quería decirlo todo, él la engañó, la sedujo, se aprovechó de su miseria y hasta le ocultó su verdadero estado... Durante más de un año ella lo creyó soltero, libre... Si hubo falta fué suya. No, Mercedes había sido buena, santa; ahí estaba toda su vida para atestiguarlo; mientras que la otra... Don César lloraba y las lágrimas eran más tristes al correr por aquel rostro hecho para la risa... ¿Có-

mo pudo dudar de Mercedes? En su caso otra cualquiera al comprender las dudas de Enrique, le hubiese dicho la verdad, toda la verdad acerca de su madre, siguiendo la norma de los más caritativos que anteponen a toda caridad la de ponerse en salvo... Pero, no, ella había preferido arrostrar la sospecha, perder el cariño cultivado durante veinte años, el cariño que era el premio y la razón de su vida, antes que destruir de un golpe la idea sagrada de madre, que todos guardamos en el alma. Esto sólo lo hace una mujer como Mercedes, que es mejor que yo y que tú, créeme. Mercedes es la persona por quien más respeto he sentido en el mundo... y ya ves si he conocido gente. Su dolor parte del corazón... Si tú no vuelves a ser para ella como antes, se morirá, estoy seguro, Enrique... Mira si ella y sólo ella es tu madre, que otra vez le debes la vida, porque te ha velado sin rendirse, sin dejar a nadie tomar su puesto, como yo mismo no hubiese podido igualarla. Te he dicho toda la verdad... como se la hubiera dicho a Dios. Ahora piensa tú en conciencia lo que debes hacer.

Durante el silencio que siguió, varios pensamientos se agolpaban en la mente de Enrique y, dóciles a la modalidad de su espíritu, resolviéronse en interrogaciones: ¿Cómo escuchó sin inmutarse la confesión? ¿Por qué creyó a su padre en seguida y, casi sin argumentos, convencióse de que tenía razón? ¿Es que necesitaba para vivir de una fe? ¿Es que era preciso para el organismo la honda transformación de una enfermedad para adaptarse a las nuevas verdades? ¿Por qué aquella idea de la madre única, tan dominante hasta hacía poco en su conciencia, replegábase ahora, doblegábase casi ante el temor de pagar con sañuda injusticia a su madre real, a Mercedes? ¿Y por qué los días comprendidos entre la llegada de Viosca y aquella hora de felicidad triste en que oía exculpar a Mercedes parecíanle vacíos de sentido?

A la demanda de don César, Enrique no contestó nada; le pareció oír en la puerta un gemido y tendió a su padre las dos manos casi transparentes; temeroso de que aquella aquiescencia no abrazara toda la extensión de su súplica, don César la concretó así:

—¿Volverás a ser el de antes? ¿No le dirás nada? ¿Nos bastarán para siempre estas explicaciones? Es preciso que esto sea como si no hubiese ocurrido, Enrique.

La boca del enfermo se entreabrió dulcemente en una sonrisa: era su respuesta. La inteligencia, cansada de equivocarse en los cálculos, dejaba al fin resolver el problema al corazón.

X

Las dos ventanas estaban cerradas y en la chimenea danzaban sobre la hoguera un poco mortecina llamas de contornos azules; la luz de la lámpara, viva sobre la mesa, se iba debilitando hacia los rincones del gabinete; fuera desencadenaba marzo los vendavales con que protesta, por maldad, del advenimiento de abril y aun otra vez la quietud de la habitación, el silencio cordial, adquirieron allí, por contraste, su valor máximo... Cuando los planos estuvieron de nuevo extendidos sobre la mesa, antes de coger el tiralíneas Enrique miró hacia el rincón donde, en su sitio habitual, estaba sentada Mercedes, también presta la aguja a reanudar la labor de *crochet;* la escena era tan semejante a la noche de la llegada de Viosca, que parecía la misma, y sin el recuerdo acre diluído en los espíritus, Mercedes y Enrique hubiesen podido disfrutar aquella ilusión.

Todavía en las facciones de Mercedes y, sin duda, en las suyas también, subsistían los vestigios del dolor pasado. Muy poco a poco, paralela a la convalecencia del cuerpo, el alma iba fortaleciéndose y la voluntad proponíase cerrar para siempre aquel paréntesis de pesadumbre para seguir el ritmo sosegado de la vida anterior de la verdadera. En un instante ambos desgranaron sin hablar el collar de remembranzas, y de regreso de ese áspero camino en las llamas alanceoladas que

se retorcían en la chimenea, quiso ver Enrique los matices y el símbolo del arco iris. Ni una palabra se habían dicho, porque cualquiera, aun la más expresiva, hubiese tenido menos elocuencia que el largo callar juntos. La explicación no fué necesaria. Explicarse, ¿no presupone un disentimiento anterior? Y ellos, los espíritus gemelos, no habían disentido jamás. Habían sido los otros, los de fuera. Para que no pesase demasiado la inacción, Enrique trazó sobre el plano una recta y a hurtadillas pudo ver la aguja reanudar también la corbata; y este detalle de nimio valor material, fué necesario para que considerasen restablecida la antigua situación. Sin saber por qué volvió a su memoria el grupo de jugadores de *foot-ball* a quienes había envidiado, y le pareció absurda aquella envidia.

Ahora era feliz, con esa felicidad tranquila y hasta un poco grave y monótona que convenía a su naturaleza. El era hombre de interior: su alma, acaso por demasiada aventurera, necesitaba limitar a la acción las perspectivas en que pudiese despeñarse. Su dicha era ésa: estar así, muy cerca de Mercedes, sabiendo que el hilo de un mismo pensamiento iba de frente a frente. Entre ellos, por suprema virtud del espíritu, había logrado crearse esa relación hecha de misterios fisiológicos y morales que parece el mejor atributo de la maternidad. Por una sola vez había sido don César quien pronunció la frase honda, la frase de verdad inmutable: «Mercedes era su verdadera madre.» Nunca más volvería la duda: ella era su madre, la única, la madre siempre mimosa de su alma. Las pruebas de ese fluído maternal eran tan frecuentes que bastaba fijarse en cualquier instante para comprobar una. Ahora mismo, por ejemplo, ¿no había mirado ella hacia la puerta al mismo tiempo que él? Y seguro de obedecer a su deseo por ir a satisfacer el suyo propio, Enrique se levantó, fué a cerrarla y como si los dos se dijeran a la vez, sin hablar:

—Hay que prevenirse contra los peligros de afuera... Es necesario ponernos para siempre a cubierto de otro enemigo... ¡Pero no, ahora ya nadie podrá separarnos: para nosotros no habrá más luz que esta: yo soy tu madre y tú eres mi hijo... Nuestras almas han estado a punto de sucumbir y hemos pagado cara la victoria.

Y cuando la puerta estuvo bien cerrada, Enrique volvió a sentarse, tomó el compás y el tiralíneas, y durante un rato ambos trabajaron con ahinco. Luego, de súbito, los dos se miraron fijamente, trataron de sonreir un momento, y al fin rompieron a llorar.

LOS OJOS ZARCOS

I

Las circunstancias que precedieron los hechos cuyo recuerdo voy a perpetuar fueron vulgares; forzoso es confesarlo para sembrar en el lector la idea de que esta narración ha de ir tan paralela y próxima a la verdad cuanto me sea posible. Conocí a don Eligio, sin que nadie me lo presentase, en un café: sobre el almohadillado rojo y marchito del diván, su cuerpo tenía poco relieve; su cráneo mondo de ingenua redondez, formaba con su propia imagen copiada en la turbia profundidad del espejo dos hemisferios marfilinos. ¿Quién hubiese dicho al verlo ante el vaso de leche con media tostada, que era un hombre casi milagroso? Nada me costaría dármelas aquí de sagaz diciendo que presentí sus excepcionales aptitudes a pesar de la común envoltura carnal de su espíritu y de la raída indumentaria de su carne; pero me he propuesto ser his-

toriador y no novelista, y ello impone cierta continencia. Sólo después de hablar un rato con él, aislado del tumulto de la tertulia, comencé a vislumbrar su personalidad: primero tuve tentación de burlarme, luego un interés malsano fué mezclándose con la risa hasta reemplazarla, y al fin, la admiración entusiasta y pura dejó limpio mi espíritu y fijó en él las relaciones que durante algún tiempo existieron entre nosotros. Cuando salimos del café y quedamos citados, quise resumir en una imagen mi impresión, y pensé en un largo y tétrico pasillo, a cuyo fin, inesperadamente, se abriese la puerta de oro de una mansión de luz, de síntesis y de perfecciones.

Pero la palabra síntesis me trae de pronto la idea de que, antes de exponer los hechos—error frecuente en muchos historiadores—he insinuado mi juicio; vamos, pues, a retroceder unos pasos para llenar la laguna. Acaso convenga completar con rasgos someros el retrato de don Eligio, de quien sólo conoce el lector la brillantez de su calva y el deterioro de su traje. Dentro de esas ropas, hay un cuerpecillo agitado por un tic nervioso, semejante a continuos gritos de alerta de la sensibilidad, y bajo la calva, proindivisa con la frente, unos ojillos rojizos, casi perdidos entre carnosidades; una nariz que guarda reminiscencias judaicas y dos mejillas surcadas por hondas arrugas; termínese el dibujo del rostro con una barbilla casi infantil, pónganse a los lados unas orejas de tamaño excesivo y algo caídas hacia delante, como si quisieran recoger el menor susurro de los labios, y con estos pormenores, más de un pintor sería capaz de acometer uno de esos retratos, delectación de las familias, que con el paso de las generaciones concluyen su vida en cualquier granero o guardarropía de teatro. Para añadir a nuestra primera entrevista alguno de esos detalles menudos que parecen en todo género de narraciones los puntales de la verdad, diré que la tertulia donde conocí a don Eligio estaba formada por jóvenes escritores. Un chico cetrino, de cabeza que no en vano debía tener el aspecto de una selva, propinaba recios puñetazos sobre el mármol, para decir no recuerdo cuales atrocidades a propósito de un poeta cargado de triunfos y de años; otro oponíase a estas censuras imitando a la perfección el rebuzno, y los demás manifestaban con petulante denuedo habilidades por el estilo. De lejos, unos cuantos sesudos burgueses contemplaban, acaso con admiración, el cenáculo, y acaso también alguno de ellos se decía: «De esos jóvenes deben provenir esos artículos admirables e incomprensibles que me dan a diario la tranquilidad de que mi periódico tiene dos columnas menos de lectura...» Estos dos acasos serán los últimos signos de duda en esta narración. Si el historiador titubea, ¿cuál no ha de ser el desconcierto de sus lectores cuando vean aparecer junto al tumulto de los hombres, sucesos de explicación difícil y aun de seres sobrenaturales? El sueño de Carlos XII, el emplazamiento de Fernando IV, las voces oídas por la Doncella de Orleáns y otros acontecimientos de igual índole, deben ser tan indubitables como los hechos a seres que jamás estuvieron en contacto con lo maravilloso, de los cuales ni aun los más suspicaces dudan, fiados en su apariencia, de vulgaridad. De Heredoto a Mommsen, pasando por el seductor Michelet cuya historia de la Revolución francesa parece un cuento de amor, de violencia y de idealismo, la Historia tuvo siempre ese carácter afirmativo, del cual sería aventurado prescindir. Sólo a un hombre tan arbitrario como Pelayo González se le ocurre afirmar que la Historia es un cuento fantástico escrito con nombres verdaderos.

Yo llevaba en la mano la linda novela de H. G. Wells, *When the Sleeper Waker*, y como ninguno de los escritorzuelos cometió la agradable indiscreción de preguntarme oué libro era, lo puse con afectado descuido sobre la mesa y vi oue don Eligio alargaba su mirada hacia él; éste fué el primer hilo invisible de nuestra simpatía. Después de ofrecérselo con un ademán y una sonrisa, le dije:

—Tómelo usted; véalo, si quiere.

Lo estuvo ojeando largo rato, para lo cual se puso unos lentes redondos bordados de concha; estonces pude fijarme en sus manos, manos muy ágiles, muy largas, cuyos dedos parecían tener más de dos falanges. Al devolverme el libro, ya me fue fácil anudar la conversación:

—Si le interesa el género, puedo prestarle otras obras del mismo autor; leyendo usted inglés...

—No, si no leo.

—¡Ah!

Y como sin duda manifestó demasiado mi gesto el estupor de haberlo visto ojear con tal complacencia un libro escrito en idioma ininteligible, repuso mostrándome por primera vez aquella sonrisa que, a pesar de mermarle el bigote virtud, le iluminaba toda la cara infantilmente:

—No se extrañe... Yo, que he leído bastante, no puedo dominar esa curiosidad ante los papeles escritos en idiomas extraños. La idea de que en las páginas hay ideas claras que, por una simple falta de preparación, no entiendo, me sirve para justificar la actitud del público con respecto a mis teorías e invenciones... Porque yo soy inventor y un poco filósofo, ¿sabe usted? Además, realizo sobre las líneas muertas para mí, una especie de trabajo de vivificación, y como la cosa resulta imposible, pues invento sobre las páginas indescrifrables una especie de libro nuevo, y esto me sirve de ejercicio... Creo que con esto no se ofende a nadie.

—¡Qué ha de ofender!

—También me sucede en el teatro y en el cinematógrafo: estimulado por la atención, el cerebro se aparta de la pantalla o de la escena donde está sujeta la mirada, y se me ocurren otras películas, otras obras... ¡qué sé yo!

—Eso es ya menos raro... ¿De modo que es usted inventor? ¿Cosas de mecánica, naturalmente?

—¡Psch...! Hasta cierto punto... Como creo que no son utensilios lo que la Humanidad echa de menos sino organismos vivos, aun a riesgo de trabajar más, encamino mis esfuerzos a reconstruir un descubrimiento cuya fórmula, perdida hoy, debe datar de millares de años... También me ocupo de un asunto de arboricultura, que revolucionará la tierra... Cosillas... ¿Sabe usted también el latín?

—Es lástima: he encontrado un libro de *musa musæ*.

—Apenas los pretéritos y supinos y braco antiguo, que habla de los trabajos de Alberto el Grande, y... ¡si estuviera en inglés!

—Lo veremos de todos modos. Si viene usted aquí por las noches...

—No; nos veremos en otro sitio... Aquí hay mucha luz, mucho ruido y ciertos pensamientos, los mejores, tal vez son tímidos y no se atreven a salir de su madriguera cuando hay barullo... He venido hoy aquí a cobrar una deuda; pero por lo visto no elegí bien la hora; ese muchacho, el que grita, es hijo de mi portera y me debe unas pesetejas... Si usted quiere nos veremos mañana por la tarde, en el parque... Las mañanas las tengo ocupadas.

—Muy bien. ¿Es buena hora las tres?

—Por la tarde, cualquiera... En el segundo banco, bajo los castaños.

—Sí, sí.

Salimos. Poco a poco fuímos dejando detrás al grupo de jóvenes, y como en algunas calles estrechas retumbaban sus voces y entorpecían el curso tranquilo de nuestro coloquio, apretamos el paso. La noche era serena, diáfana, y sobre el polvo de plata tendido sobre el cielo, un lucero grandísimo parpadeaba con brillo casi inteligente. Lo estábamos mirando arrobados, cuando mi nuevo amigo me preguntó:

—Usted no conoce las estrellas, ¿verdad?

—De chico me las enseñó un primo de mi padre que era marino, pero las he olvidado. Se tiene uno que fijar tanto en las cosas de aquí abajo, que la verdad...

—Entonces no sabe si esa estrella es Sirio.

—Pongamos que sí.... ¿por qué?

—Porque está mirando a la tierra con un interés tan solícito, tan indudable, que aquí quisiera yo ver al señor don Ernesto Renán, para decirle

si nuestras vidas importan o no a nuestros planetas.

—¡Qué cosas tiene usted!... ¿Hasta mañana?

—Hasta mañana.

Nos separamos. Como el ayuntamiento alumbra tan mal la ciudad, no pude percibirlo, a pesar de volver la cabeza varias veces; su figura se fundió en la sombra, y por último, ya muy lejos, lo vi destacarse en la franja de luz que proyectaba sobre la calle la puerta de una casuca, donde una mujer intentó en vano retenerlo. He aquí un hombre original, pensé; un hombre de ayer o de mañana, pero no de hoy. Y mi gusto ingénito por los hombres originales, peligrosa pasión de historiador, empezó a fermentar. Yo hubiera querido acortar la noche, atraer el sol, obligarlo a trasponer el cenit, y con dedo invisible, poner en ángulo recto las manecillas de todos los relojes; hubiese querido... Mas, ¿no es esta manera de escribir digna de la ligereza abundante de un novelista e indigna de un casto adorador de Clío? Ahora comprendo que es mucho más sencillo decir que sentía impaciencia porque sonasen las tres de la tarde del siguiente día.

II

Aun cuando el recuerdo del paisaje primaveral solicita con sus incentivos la pluma, debo contrariar toda atracción que me aleje del momento de presentar por completo a don Eligio y de transmitir el estupor que su conversación me produjo. Indicaciones someras de color deben de bastar para que se imaginen cosas tan perennes en la conciencia del lector como el campo y el cielo, y fuera pecar contra la sobriedad insistir en el aspecto flúido del firmamento, en la ternura del verde, en la brisa fragante que paseando por las avenidas y agitando todo, comunicaba aun a las cosas más lejanas una sensación de presencia y de vida. Algún pájaro trinaba jubiloso, ebrio de luz, y desde la charca donde sin ruido desangrábase una fuente de rojizas aguas, las ranas le parodiaban con insidia... Mi maestro, el historiador Sheengt, habría suplido todas estas líneas por frases escuetas que suscitaran representaciones e hiciesen surgir la visión, como surgen chispas de pedernal cuando el acero lo golpea. Un parque; media tarde; primavera... Y nada más. Como no en vano él es maestro y yo discípulo, me hallo, después de haber escrito con exceso, en la necesidad de añadir toques al cuadro. Suponed en este paisaje, mitad urbano, mitad campestre, un hombre que pasea para dar válvula a su impaciencia, y mira al reloj y mira a la cinta polvorosa del camino por donde el amigo esperado ha de venir... ¿Lo habéis supuesto? Ahora, antes de que llegue su amigo, y con prisa, pues no puede tardar, el historiador olvidadizo ha de pedir perdón a la dama Cronología, brazo derecho de la Historia y causa de que tantos cuitados estudiantes se embrollen. Este paisaje, ese hombre que aguarda; esa impaciencia, ese reloj, cuyas agujas dicen que hace cinco minutos eran las tres, ese viejo mal vestido que acaba de aparecer en lo alto del repecho y al verme junto a la verja del parque apresura los pasos sin lograr imprimirles un gimnástico ritmo, tuvieron realidad y concordia en una tarde de abril, allá por el año mil novecientos quince. Y, ahora que nada falta, puedo proseguir descuidadamente.

Don Eligio, antes de llegar, enjugó su frente con un pañuelo de los llamados de hierbas—¿delicado tributo a la cita eglogal o mera costumbre de usarlos?—; luego, me tendió la diestra con benevolencia, y, sin que yo formulara el reproche, lo previno con estas palabras:

—Ya sé que llego un poco tarde...

—No, no...

—Como tengo mucho que hacer y no tengo reloj... Desde que salgo de la fábrica de juguetes, en donde trabajo todas las mañanas, mido mi tiempo por referencias susceptibles de error, pero más baratas que un reloj en todo caso: a las dos y media entran los

albañiles en las obras; a las tres sale la edición de *El Mensajero;* a las cinco llega el novio de mi vecina, y, si no hace mucho frío, ella se asoma, bebe en el botijo y le echa un buchito con antihigiénica coquetería... En fin, que tengo a lo largo del camino de cada jornada distribuídos mis jalones, y así sé siempre cuánto me falta por recorrer.

—¿Quiere usted que nos sentemos aquí?

Nos sentamos sobre un banco granítico, cuyas chispas de sílice encendía el sol, y estuvimos un rato callados, en alerta mutismo que ninguno de los dos osaba romper. Las ramas crujían dulcemente, desperezándose; todo el campo ondulaba con un vaivén de complacencia. Yo, al cabo, temeroso de ese gran descubridor de impaciencias que se llama silencio, le pregunté algo sobre la fábrica de juguetes.

—Trabajo ahí desde hace años por dos razones: porque me da para vivir y porque creo que una labor cotidiana de índole material es el mejor freno para los desvíos de la inteligencia. El pensamiento llega a adquirir una palpitación metódica y, como cuenta con la habilidad de las manos, jamás propone obras erizadas de imposibilidades de ejecución. Por otra parte, el mecanismo de los juguetes, por su pueril ingeniosidad y el fin puro a que se destinan, me agrada. Hay, además, en esa fábrica un defecto, sin el cual yo no sería feliz: la falta de visión del trabajo, que me permite construir los juguetes casi por completo (y como ya podrá ver usted si hablamos alguna vez de mis obras serias), me ha dado más de una idea para el estudio de la anatomía y de la mecánica. Ayer, sin ir más lejos, terminé un forjador machacando sobre un yunque mientras el aprendiz aviva la fragua, verdaderamente instructivo. No puede usted imaginarse la agilidad de las articulaciones, la apariencia de alma en acción... ¡Y pensar que cualquier muchacho romperá ese portento en media hora!...

—Consuélese, pues a Dios y a la Naturaleza les pasa exactamente igual. La falta de proporción entre el esfuerzo y el tiempo necesario para crear y para destruir es lo más triste del mundo.

—No sabe usted cuánto me complace oírle esas palabras, que han sido el origen de todos mis desvelos. Gracias a ellas he podido llegar a donde estoy.

Con movimiento irreflexivo contemplé su estado y, en verdad, no me pareció la meta de una vida luminosa. Mas, temiendo haber impurificado mi juicio con bastardos elementos de lucro y otras de índole material, me pregunté: «¿Es ese banco comunal trasunto del asiento ideológico donde se afirmaba su espíritu?» El se rebulló; luego, me miró hondamente a los ojos, tal vez para ver si hallaba dentro de ellos las llamas frías de la burla; y, después de acicatar mi ansia con una pausa, prosiguió así:

—Mis dos invenciones capitales están basadas en esa terrible desproporción, y son un remedio contra la facilidad de destruir... Puedo decírselo, porque dentro de poco no será ya secreto. Se trata del procedimiento para acelerar el crecimiento, el logro total de organismos vivos. ¿Se da cuenta de la trascendencia? Primero lo estudié en los árboles y ahora estoy a punto de obtenerlo en seres de mayor complicación orgánica... La cosa es ya un hecho.

—¡Ah!

El chispazo eléctrico de mi sorpresa fué tan áspero, que don Eligio creyó útil anteceder su revelación de algunas advertencias. Yo era todo oídos; sin pensar en la contradicción que con mis palabras anteriores hubiera ofrecido mi ira, habría aniquilado a todos los batracios de la charca, y aun al mismo pájaro embriagado de luz, cuya gregueria resonaba en la fronda. Hubiera querido que toda la Naturaleza callase un instante para oír una revelación tan necesaria para ella, y para oírla yo a mis anchas. Otra vez el pañuelo de hierbas volvió a secar de nuevo su frente y recorrió después la calva, perlada de sudor. Como el silencio se prolongaba y podía llegar

a llenarse de equívocos, aventuré uno de esos comienzos de frase que son cauce abierto al caudal del interlocutor.

—¿De modo que...?

Don Eligio cayó en el cepo; los hombres cumbres son, por lo común, incautos para precaverse contra las fútiles de los parlanchines.

—Ya le dije anoche que no eran aparatos lo que necesitaba la humanidad—dijo sonriéndose—, sino humanidad misma en sus tres órdenes fundamentales: animal, vegetal y mineral. El esfuerzo de tantos alquimistas para hallar la piedra filosofal, cuyo hallazgo hubiese concluído por desviar la noción de riqueza hacia valores de más positiva necesidad para nosotros, lo testifica. Yo estoy seguro de que lo hecho por mí, sobre todo en lo que al primero de esos tres reinos se refiere, ha sido ya hecho, y sin la pérdida de documentos referentes a las civilizaciones multiseculares del Asia y de la India, mi esfuerzo habría sido inútil. En fin, el progreso está en gran parte nutrido de resurrecciones, y la idea de perfección que nos da la circunferencia, la forma de los astros, el curso casi circular de sus órbitas y hasta ese parecido a la infancia que tiene la vejez, indican la necesidad de que las cosas vuelvan... ¿Comprende? Para no fatigarle, le diré que mi primer invento se reduce a una inyección, especie de abono que pudiéramos llamar *tiempina*, merced al cual el bosque que se tala en un año podrá repoblarse en dos horas.

—¿De veras?

—Como lo oye usted. ¿No ha visto algunas veces en manos de los chicos esos relojes descompuestos en los que, abandonadas las manecillas a la cuerda, ya sin el freno dosificador del áncora, las horas pasan con rapidez de vértigo? Pues eso es. Mi inyección, sólo me faltan algunos ingredientes para terminarla, entre ellos algunas gotas del elixir de los toaístas, de que habrá usted oído hablar (¡En mi vida! *Mea culpa)*, hará pasar por el interior de la tierra la acción de infinitas horas, de innumerables días, y en un solo minuto la savia vivificará troncos, ramas y hojas con los elementos nutritivos de cientos de años. De este modo, el nivel del tiempo entre crear y destruir será restablecido. ¿Verdad que la cosa es sencilla y sorprendente? Si le interesa, podré darle pronto una prueba.

Confieso que la risa golpeó el interior de mis labios, crispados en el afán de no darle libertad. Ante nosotros, los campos que ceñían el parque mostraban las floraciones incipientes, y yo no podía pensar, sin maravillarme y sin ganas de soltar la carcajada a la vez, en que bastaría a don Eligio ingurgitar medio litro de tiempina con su prolífica jeringa para ver surgir una selva como en los lindos cuentos de hadas. Cien preguntas pugnaban por manifestarse, pero el temor de parecer incrédulo o de ser injusto las contuvieron. El debió entrever por mis ojos la duda, pues me dijo, en tono donde la amargura pretendía velarse con un dejo mundano:

—Puede usted no creerme... Si le hubieran dicho a su abuela, cuando se alumbraba con hachones de sebo, que bastaría dar vuelta a una llavecita para tener un rayo de sol encerrado en un frasco y colgado de dos hilos trenzados, habría puesto la misma cara de usted. Y eso que todavía no le he hablado de mi descubrimiento fundamental, del que... Pero, en fin, si no tiene fe, no vale la pena. Además, como ya le he dicho, podré demostrárselo dentro de muy poco... La semana que viene.

—No, si yo no dudo; si tengo fe.

—El jueves, a esta misma hora, nos reuniremos en mi casa. ¿Quiere?

—Con mucho gusto; dígame las señas.

—Es en la calle del Ejemplo... No me acuerdo del número; la casa de ladrillo junto a la nueva de la esquina; hay una frutería al lado y una funeraria dos puertas antes... En el cuarto piso.

El pájaro y las ranas habían callado, y hasta la brisa, como si también participase de mi perplejidad, se encalmó un momento. Yo, hombre mo-

derno, hombre que deseaba librar su espíritu de las trabas tradicionales e imponerle las disciplinas de la ciencia, siquiera fuera de una tan veleidosa amiga del embustero Arte como es la Historia, no podía comportarme respecto de un hombre a quien podían reservar los siglos futuros honores más merecidos que los tributados hoy a Pitágoras, a Arquímedes y a Newton con la burlona necedad de un villano. Era preciso tener fe, ¡qué caramba! yo tendría fe..., un poco de fe hasta el día de la prueba. A mis aptitudes de historiador ofrecíase ocasión insuperable; tal vez no fué el azar quien me llevó al café la noche anterior.

Nos habíamos levantado y, tácitamente, emprendimos a pasos lentos el retorno. Junto al camino, los terrenos yermos me impulsaron a solicitar para ellos y para bien de nuestra vista una inyección fecundadora. Para dar a nuestro silencio un sentido cordial, ligué mi brazo con el suyo, y, al cabo de un rato, le pregunté con tono confiado, después de halagarle con un testimonio de mi fe:

—Será una revolución en el mundo científico... ¿Y el otro invento?

—¡Bah!—me dijo—. No es invento, sino descubrimiento; creo haber hallado el modo de fabricar hombres.

III

Si don Eligio hubiese habitado sobre una columna de piedra, en medio del desierto, sus hechos, traspasando los arenales, habrían ido repitiéndose entre exclamaciones admirativas de las gentes, hasta tejerle una aureola de fama; pero el inventor de la tiempina vivía en la indiferencia de una gran ciudad, rodeado de hombres hacinados y preocupados y en el cuarto piso de una de esas mansiones modernas que parecen jaulas; es decir, vivía sin gustar las mieles del renombre. Mientras me dediqué discretamente, en los días intermedios entre nuestra entrevista del parque y la memorable de su laboratorio, a sonsacar a sus vecinos noticias suyas a fin de sazonar con detalles biográficos la monografía larvada ya en alma inquieta de historiador acerca de la tiempina y los hombres antibiológicos, pude convencerme de cuánto más fácil es manejar testimonios muertos en los archivos que recogerlos palpitantes de boca de los contemporáneos. Sólo entonces me pareció dudoso el valor de las crónicas, cuya autenticidad había tantas veces *puesto sobre mi pecho*, y un gusano roedor anidó aquel día, a hurtadillas de mi conciencia, en los cimientos de mi vocación. Recuerdo que al volver a mi gabinete de trabajo y pasar la vista sobre las copiosísimas notas que habían de nutrir mi *Historia de los lacedemonios*, los márgenes blancos dejados para dar cabida a nuevas investigaciones, produjéronme una impresión de bienestar cuyo sentido irónico no pude entonces discernir... La primera derrota de mis previsiones fué al notar que nadie conocía como inventor a don Eligio. «El genio—me dije—es modesto, y sólo cuando halla concavidad de una comprensión se abandona, se torna locuaz y se deja ir por el plano inclinado de las confidencias. No pretendo ocultar que en esta explicación había un poco de incienso para mí mismo; y si todos los testimonios no hubieran estado concordes, la habría repudiado sin pena de mi vanidad, fiel a los métodos de enjuiciamiento que para todo hombre de ciencia deben constituir las tablas de la Ley. El frutero conocía sólo de vista a don Eligio, y como jamás le compraba ni le veía mercar muchas provisiones en las tiendas de la vecindad, suponíale empleado cesante o maestro de escuela en ejercicio; el hombre del estanco, militar retirado sin duda, me respondió mirándome apenas, con lapidaria brusquedad: «No fuma, no escribe cartas; no sé nada de él»; el droguero, en cambio, fué prolijo: me insinuó varias opiniones calumniosas, y pretendió relacionar las monedas espurias, mezcladas desde hacía poco a las hijas legítimas del Estado, con la misteriosa actividad de mi amigo. Yo protesté, y él, sin ambages

ni rodeos, me dijo que tanto sulfato de cobre, azufre y acetato de plomo como el buen señor le compraba, no podían ser para nada bueno. El de la funeraria, también un poco historiador a su modo, sólo se interesaba por los muertos y enfermos *susceptibles* de un entierro de primera clase. Nadie, en fin, pudo darme acerca del sabio pormenor digno de anotar, y ni siquiera el jueves, cuando, con el pretexto de inquirir si estaba en casa, estimulé la elocuencia de la portera dándole una propina, pude conseguir dato o reactivo alguno para aclarar su imagen borrosa. La buena mujer abrió los ojos, casi tanto como la mano donde las monedas cayeron, y, después de preguntarme, alarmada, si yo era de la policía, se deshizo en palabras confusas. Hube de jurarle que no sólo guiaba mi interés la más efusiva simpatía hacia su inquilino, sino que lo juzgaba incapaz de cuanto no fuera correcto; alabé su genio, su bondad, su modestia, y, sin darme cuenta de que así aventuraba juicios, cuando mi propósito era ir a buscarlos, tan bien le produje la impresión de conocer a don Eligio de toda la vida, que empezó a preguntarme con avidez:

—¿De modo que el señorito es amigo suyo? Y ¿tiene familia? Y ¿no está un poco, vamos, así, manioso? Y ¿le ha visto el señor la maña que se da para apañar juguetes? Y ¿sabe el señor lo que tiene guardao con tanto sigilo detrás de la cortina y pa qué le sirven esos chirimbolos? Y genio no tié ninguno, créame, son prontos... Debe ser un hombre mu cabal, cuando el señorito se interesa por él. ¿Es verdad que está solico en el mundo, como un hongo?

Si el aluvión de preguntas y adulaciones me hubiera dejado espacio, quizás yo, irreflexiblemente, hubiese dicho la verdad; mas, cuando la falta de aliento le cortó el discurso, yo había ya comprendido que toda duda emitida por mí redundaría en perjuicio del inventor. Y mientras meditaba que la mentira y la verdad no existen en nosotros de modo absoluto, si no se produce en el choque de ideas con los demás, la buena mujer, apoyando la escoba en la bola de cristal que remataba la escalera, empezó a quejarse de los vecinos del tercero, gente «mu desconsiderá y mu creía de su riqueza, que no miraba su calidá, pues ahí, donde yo la veía, era nacía en buenos pañales, y cosas de la vida la habían traído a la perra condición de verse en este oficio de zarrapastrosa». No me habló tampoco bien de los del segundo ni de los del principal, y sólo tuvo frases de alabanza para don Eligio. De súbito me preguntó si yo tenía metimiento en algún periódico, pues «el hijo de sus pecaos se había, desde dos años antes, dejao el oficio y estaba loco escribiendo dramas, artículos y hasta obras pa ponerlas en música... El chico era un sinvergüenza con muchísimo talento y sabiduría, eso sí, y sacaba de su cabeza la mar de cosas, y adivinaba toas las charás de los papeles y había que oírlo discursear pa quedarse embebío; pero no le ganaba ni un céntimo, y con el aquel de alternar hasta le había empeñao un mantón y... en fin...».

Sabe Dios cuántas aventuras más habría tenido que escucharle de no bajar en aquel momento una muchacha joven, muy airosa, que nos saludó al pasar con mucha gentileza. La portera le respondió hecha un almíbar, y este detalle me indujo a creer fuese hija o sobrina del inventor, mas en seguida supe que era la señorita del tercero, «una coqueta de tomo y lomo, con un novio más antipático que un recibo». Lo de la coquetería debía de ser verdad, pues la muchacha, no contenta de mirar de soslayo, giró de pronto al estar en la calle, y, dirigiéndose a la portera, dijo que la modista iba a traerle un vestido de baile y que le rogaba la aguardase, pues volvía en seguida. El gesto mitad iracundo mitad malicioso de la portera, me dijo bien claro que el vestido no existía y era torpe pretexto para venir a fisgonear; yo no quise aceptar esa frase ordinaria, pero hube de sustituirla por observar, pues mientras la joven habló sentí la mirada de sus ojos zarcos ir inventariando las

particularidades externas de mi persona. Escribo esto, no por presunción, sino contrariando mi modestia en homenaje a la exactitud, y para probar que consigno igualmente los hechos favorables y los adversos, añadiré: «Y su mirada me turbó tan ridículamente, que con brusco saludo me despedí, di un tropezón horrendo, y perseguido por su risa apenas sofocada, avancé sin detenerme escaleras arriba, hasta que estuve frente a la puerta de don Eligio.»

El sabio había sentido mis pasos y me aguardaba en el umbral. La conciencia del gran honor que recaería, pasado el tiempo sobre mí, por haberlo visitado en su buhardilla, laboratorio en los días oscuros de su lucha contra la ignorancia, triunfó en seguida de mi azoramiento. De una ojeada ambiciosa quise abarcar toda la estancia; el techo seguía la vertiente del tejado, y por una claraboya caía verticalmente la luz fuerte del mediodía; el techo y las paredes eran calizas; ni un grabado ni otro ornamento turbaba esa sensación de limpieza triste y desamparada que tienen las blancas paredes de las celdas y de las salas de hospital; hasta un rato después no distinguí tenues inscripciones escritas con lápiz. Sobre una mesa apiñábanse panzudas retortas, una lámpara de alcohol, varios crisoles, un mortero de mármol, una balanza, algunos envoltorios, botellas, redomas y numerosos utensilios difíciles de especificar. Un solo diván, que, según luego supe, transformábase por la noche en cama merced a ingenioso artificio, era el único mueble, y gracias a esta ausencia de trastos ofrecía la buhardilla cierto aspecto de orden. El muro de la izquierda tenía un entrante, especie de nicho gigantesco; hecho tal vez para guardarropa, cubierto con una lona muy gruesa, que debió ser en sus buenos tiempos funda de catre o vela marina. De la claraboya, sujeto a tres alambres divergentes, pendía un quinqué de acetileno. Todo esto fué visto en seguida, con ojeada voraz, sin invertir más tiempo que el empleado por don Eligio en decirme, con su sonrisa bondadosa:

—Hoy es usted, a pesar de tener reloj, quien no llega a tiempo. Cuando el sol pasa de esta raya deben de ser las tres y media.

—Sí; dispénseme... Me han entretenido y...

Pero él, con su tolerancia de superhombre, me había absuelto ya, y, cortándome la palabra, me ahorró inventar un contratiempo para substituir mi chismografeo con la portera.

—Siéntese usted, siéntese usted...

Nos acomodamos en el sofá, y entonces pude completar el examen. En un rincón se alineaban varios cochecitos de hojalata, dos juglares y diversos juguetes de cuerda; en el rincón homólogo, una materia al pronto misteriosa y después identificada como serrín, formaba un montículo. El lado más ancho de la lucerna estaba al hilo de la fachada, y si hubiese existido una silla y se hubiera arriesgado a subir el inventor, habría podido permitirse la ilusión de tener un balcón a la calle, al igual de los demás vecinos... Mientras fotografiaba yo en mi memoria estos rasgos de su morada, don Eligio fué a tomar de sobre la mesa una botella y me la ofreció sencillamente:

—Aquí la tiene usted... la tiempina.

Confieso que mis manos temblaron al coger el líquido trascendental. En aquel frasco, hecho con manos toscas para contener vino peleón o cualquier otro villano líquido, encerrábase el germen de selvas sin cuento, y, si por inadvertencia mía se hubiera derramado una gota, no dudo que entre las junturas de los desportillados ladrillos habrían surgido en el acto enhiestos troncos, frondas, flores y frutos de infinitas especies. El elixir aparecía a mi vista con transparencia impura, opalino, y un poso denso iba de un lado a otro al moverlo. No sé si por predisposición imaginativa me pareció la botella casi ingrávida, y en mi fantasía las selvas vírgenes de la India y de América y la colosal selva Negra aparecieron cual arboledas miserables... Pero ¿sería cierto el poder

vivificador? Como para afincar en el espíritu la creencia de una maravilla no hay mejor cosa que citar otra aún más increíble, don Eligio se puso a hablarme de los hombres artificiales y yo le devolví la tiempina sin dudar ya, deseoso de presenciar cuanto antes su experimento máximo. Aprovechando el tiempo que empleó en ir hasta la mesa para colocar la botella, volví la cabeza y traté de leer algunas de las inscripciones escritas sobre el muro; sólo tuve tiempo de descifrar dos, y, según pude comprobar en otras visitas, decían así: «Para el jueves, cuatro docenas de ratas mecánicas.» «El señor Galileo descubrió que la tierra no se estaba quieta.» Cuando se hubo sentado a mi lado otra vez, me interrogó con paternal acento:

—¿Tenemos fe aún?

—Siempre, don Eligio.

—Es que, contra mis cálculos, no podrá ser hoy la experiencia definitiva.

Mi sonrisa debió tener algo de crispatura, pues, sin darme tiempo a responderle, añadió:

—Pero será mañana, sin falta... No olvide usted que sin fe no hay hombre de ciencia... Mire, aquí está el libro latino de que le hablé anoche.

Era un libro de bordes carcomidos, encuadernado en piel amarilla. Le faltaban muchas hojas, y las pastas, muy abarquilladas, ofrecieron una resistencia casi animal a mi propósito de aplastarlas. Después de intentar en vano descifrar algo, don Eligio me preguntó:

—¿Usted no ha oído decir, o no ha leído, que Alberto el Grande hizo un hombre artificial, tan semejante a los verdaderos, que su discípulo Santo Tomás de Aquino, al hallarlo en el laboratorio y oírle hablar, creyó que era obra del diablo, y, armándose de una estaca, destruyó en un solo minuto de ofuscación el fruto de treinta años de labor del filósofo y artífice insigne?

—No; no había oído nada de eso.

—Pues no lo dude usted, es verdad.

—¡Cuando usted lo dice...! Lo que sí leí en una novela de Williers de l'Isle Adam es que el mago de Menlo Park construyó una muñeca tan divinamente animada y parecida a una mujer, que concluyó por pegársela a su enamorado, ni más ni menos que si fuera de carne y hueso, y sin ir tan allá, mi sobrino tiene un libro de cuentos donde se dicen cosas peregrinas de un niño de madera llamado Pinocho...

—Muy bien, muy bien.

Mientras se frotaba las manos con el gozo de ver confirmada su teoría, yo le pregunté sin transición:

—¿Trata usted a sus vecinos del tercero? ¿Verdad que hay también algunas mujeres tan lindas y finas como muñecas, don Eligio?

—Tratar, no trato a nadie... más que a los chicos de la vecindad, a quienes doy alguna vez juguetes—me dijo—. Y en cuanto a la segunda pregunta, he de contestarle con otra: ¿No ha notado usted que muchos hombres tienen caras de animales?

—Y hechos; sí, señor.

—Hablo de aspectos: fíjese: caras de caballo, ojos de oveja, cuello de jirafa, rostros de peces, gestos de alimañas, risa de pájaro, vientre de anfibio, movimientos de araña y de gusano. Sí lo ha notado usted, claro está. Pues eso es defecto de construcción, amigo mío... Porque se empleó para fabricarlos principio animal en lugar del otro, del mío, del que sin duda usó también Alberto el Grande. Lo que no cabe duda es que la chispa de Dios, la imagen y semejanza de Dios, sólo pueden serlo esos contados hombres de vida pura y fuerza creadora tan intensa, que no hace falta esforzarse para sentir su divinidad. Los que el vulgo llama genios son simplemente los verdaderos hombres. Los demás son de origen artificial, y en unos más y en otros menos se ve el defecto: o son brutales, como bestias, o pesados, como piedras. Reproducen porque el sexualismo se imita bien, pero los nervios y el cerebro son fofos, bastos. Imitan los aspectos sin llegar a la llama ideal, a lo abstracto, a lo absoluto; el libre pensamiento lo traducen por no pensar, y el espíritu religioso, por beatería. He oído que

un tal Darwin sostiene que el hombre desciende del mono. Me gustaría conocerle para decirle que coincide en parte conmigo... Del mono y otros animales, muchos; pero de otras sustancias inanimadas en apariencia, otros, los más. ¿No ha observado que algunos tienen también caras terrosas, cuerpos de sarmiento, ojos de jaspe? Ahí está el quid... Cuando usted vea mi ejemplar se convencerá de las ventajas de usar materia prima exclusivamente mineral.

Yo, que comenzaba a dudar de todo, no dudé ni un punto de esas ventajas técnicas. Don Eligio pretendió argüir nuevas observaciones y razones, pero le atajé brutalmente. La teoría nada me importaba, estaba sediento de testimonios. Mi juicio quedaba en suspenso hasta el otro día, y se lo dije con lealtad. Si el historiador dispersa su atención y embota sus armas espirituales en el laberinto formado por las infinitas flexiones de la voluntad, de la inteligencia o del instinto que preceden a cada acción, al surgir los hechos, origen y sujeto primordial de la Historia, lo mejor de su caudal estará consumido. Lo subconsciente pertenece al psicólogo, no a nosotros... Con amical severidad declaré que mi fe permanecería incólume, dispuesta a transformarse en entusiasta culto apenas sobreviniese la certidumbre, mas algo de mi espíritu estaba ausente, distraído. Una invencible prisa por marcharme sugirióme el pretexto de una visita, y de nuevo quedamos citados. Ya en la escalera, me atusé el bigote, desarrugué mi pantalón y emprendí el descenso muy despacio. ¿Persistía en mi ánimo algo del ambiente saturado de visiones de la vivienda de mi amigo? No lo sé, pero juraría que al cruzar el piso tercero la mirilla de la puerta se descorrió con cautela y que al través del enrejado dos ojos zarcos me contemplaban suavemente.

IV

Jamás habría yo quitado a ese relato la autoritaria impersonalidad común a casi todas las historias, si imperativos acontecimientos no cambiaran en su transcurso mi papel de historiador por el de personaje activo. A partir de esta declaración, he de tratarme con el mismo criterio que a los demás: mi personalidad se desdobla; el yo historiador sigue mirando desde lo alto con mirada ubicua; sigue poseyendo la clave de las acciones, el oscuro secreto de las causas, la razón crítica de los resultados; mientras el yo personaje se somete y, mísero sujeto de observación, transige con las exigencias de su inesperado juez. Ha de decirle sus apellidos, sus más significativos rasgos físicos y morales, y en vano trata de esquivarse acogiéndose a la confianza, hija de una convivencia tan estrecha y tan larga, de toda la vida nada menos. La Historia es la Historia, le dice el yo profesional. Sin ese atributo a la indiscreción, ¿no sería harto honorífico ser protagonista de algo en esta vida, donde los más sólo tienen papeles de comparsas? Tan insinuantes reflexiones me han convencido, y, en prueba de ello, estampo cuantas referencias me pide. Procuraré ser imparcial y hacerlo de prisa, como si se tratase de llenar las imperativas casillas del padrón.

Me llamo Carlos Lazi y Robledo, nací a mediados del año 91, el 23 de junio por la tarde... Mis padres son ricos y no tienen otro hijo. He estudiado Derecho con aprovechamiento, después de un largo internado en un colegio de Maidenblandley, y allí, husmeando para distraer el tedio en los papeles del gran hispanista Parcy Mac Elerhs, contraje la enfermedad de historiador. Mis primeros folletos, acerca del poeta Blanco White y sobre los orígenes de los Estuardos, engendraron en mis padres tan disculpable y contagioso orgullo, que desde entonces sólo desean ver desencadenarse cataclismos a fin de que yo los fije con letras de fuego y de oro en las páginas aún blancas de la Historia. Posteriormente, he dado a luz en varias revistas trabajos calificados por los envidiosos de estimables, y ahora proyecto hallar en el Archivo de In-

días los documentos base de una obra fuerte, rica de erudición y audaz de inducciones y forma sobre los indios siboneyes. ¿Es suficiente? Añadiré sin sonrojo que mi vida ha sido muy tranquila, exenta de esos goces prematuros que merman fuerzas al cuerpo y virtud efectiva al espíritu. Mi madre, siempre novelesca, me dice a menudo: «Eres frío, hijo; esos ingleses te han aguado el temperamento como si se tratase de un vaso de *whisky*.» Mi padre, al contrario, sostiene que bajo mi aspecto mesurado poseo un alma vehemente. Ya veremos quién tiene razón. Y ahora, a los hechos.

Al otro día, llegué con anterioridad a la cita, y otra vez la mano de la portera volvió a abrirse para recibir la dádiva. Nada le pregunté de don Eligio; dijérase que cuanto concernía a mi amigo y aun a su propia imagen habíase amortiguado de súbito en mi interés: le hablé de su hijo el escritor, y con absurda generosidad ofrecí hallarle empleo; luego, volví a hablarle de los vecinos, de las vecinas de la casa... No debí velar bien mis preccupaciones, porque al final de la plática empezó a charlar con mucho elogio de los vecinos del tercer piso, y, sobre todo, de la muchacha. «Una señorita de las que quedan pocas, muy de su casa, muy caritativa y muy necesitada, además, de encontrar a un hombre de verdad, eso es.» No se habían aún cerrado sus labios para el panegírico, cuando desde arriba sonó una voz de oro, una voz algo trémula... Su temblor se comunicó a mi alma, y en el erial histórico de mi imaginación encendiéronse de pronto mil rosales. ¿Verdad que sabes quién habla, lector, desde lo alto de la escalera, casi tan celeste como la de Jacob? Serías muy torpe si no hubieras ya reconocido la voz inconfundible de los ojos zarcos.

—¡Portera!... ¡Portera!...

—Señorita Matilde... (Ella es, señorito... Asómese y la verá, si quiere) y en seguida, en alta voz—: ¿Qué mandaba usted?

—¡Ah!... ¿Está usted muy ocupada? Dispense.

—No, no; diga.

—Quería pedirle que me subiera de la cisterna un poco de agua para regar mi tiesto de claveles... Se me mueren los pobres... ¡Ay, qué disgusto si se me mueren!

—En seguidita subo.

Lector, lector, haz examen de conciencia y confiesa si existe algo más tiránico, más delicioso, menos sujeto a leyes que el amor. Es taumaturgo, cuya varita convierte las alegrías en felicidad, las contrariedades en desdichas; es círculo mágico, y para comprenderlo se necesita estar dentro, gozar su hechizo y sentirse tan pronto Titán como desfallecer por una frase, por un gesto, por una mirada que se desvía o se clava en nosotros con marcado desdén. La luna, el aire, las brisas de abril, la augusta tristeza del otoño, cuando esa potencia de exaltación se pone dócil al servicio de los enamorados, y hasta la armonía sideral toma el mismo ritmo de sus corazones. Toda la tierra es tálamo y todo el firmamento dosel; en el gélido rigor de diciembre encuentra la tibieza necesaria para el epitalamio. Y ese amor tan distinto para el brutal deseo (a pesar de sus innegables tangencias) se sostiene inmutable en la constante mudanza de las cosas. Es enfermedad que amarga a todos en la primavera de la vida, mas, por fortuna, pocos la sufren o la disfrutan íntegramente; y esos pacientes venturosos no curan nunca y ven el mundo con ojos distintos; moral de amor, religión de amor, espíritu y carne de amor. Nada pesa en la balanza del alma cuanto el beso furtivo, las manos juntas, los silencios apasionados, el inmenso minuto en que los ojos, extáticos los iris, concentran el mirar y bucean unos en otros, ávidos de descubrir la verdad recóndita. Ni las responsabilidades, ni los peligros, ni aun los años, extirpan los constantes retoños del enfermo de amor: cada día tendrá brotes nuevos e ilusiones imposibles harán subir el alma a los labios, a la pasión agitarse con hervorosa marejada y a los brazos tenderse con el ansia y la solvencia física ju-

venil... Tú, lector, no puedes saber el influjo de voces cual esa nacarina y frágil que acaba de caer en lluvia musical desde lo alto de la escalera. ¿Sonríes? ¿Cómo has de saberlo si yo mismo no lo sabía hace un instante? Sean para su dueña todas las alabanzas de la letanía y las palabras ígneas del cántico de Salomón; que su boca comparta con la de su elegido la miel de los panales; que los obstáculos se amansen al rozarlos sus manos; que las sombras de la vida se clarifiquen al penetrarlas su mirada; que sus entrañas conciban un varón y una hembra perfectos, carne de amor y de dolor y no mentida apariencia de humanidad como la soñada por don Eligio; que su alma sea en su cuerpo cual magnífica esencia encerrada en vaso escultórico; que desde lejos se queme con mi llama y que sus pensamientos formen un seno donde se cobijen los míos. Amén.

El *yo* antiguo, el discípulo de Shelengt, protesta de la exaltación anterior; la califica de énfasis, de lirismo, de hueca pompa retórica, y pretende borrarla; mas el nuevo *yo* se le opone con denodado impulso. O han de coexistir en adelante armoniosamente, sin bastardo deseo de predominio por parte de ninguno o se han de separar también para siempre. Siempre o nunca, he aquí las palabras: el amor, como el odio, no sabe otras. La codicia espera, la lujuria se consume en su propia efímera llama, la envidia acecha, va oblicua y se disfraza, si es preciso, de elogio. Sólo el amor y el odio, anverso y reverso de la medalla donde pone el espíritu su supremo troquel, no acepta treguas ni se conforma con victorias dudosas. En un solo minuto lanza por encima de la borda, sin cuidarse de la furia del mar, la carga acopiada durante toda la existencia. ¿Quiere eso decir que por esa voz y en la llama de los ojos zarcos quemaría el historiador hasta el Archivo de Indias íntegro? No trates de saberlo, *yo* dogmático, más hijo de Clio que de mi romántica madre, lectora siempre emocionada de novelas... Tú mismo me has dicho que Marco Antonio, que Aníbal, que el austero Alejandro... Pero, sí; en esto tienes razón: divago, me anego en digresiones y le robo espacio a los hechos... Perdona, es que en el amor el hecho no es nada y la digresión, por lo ondulante, por lo proteica, es quien le da ese aspecto de inédito en cada ser enamorado. Releyendo esto me viene a la memoria la historia de Tristán Shandy, tan trabajosamente narrada por el clérigo diabólico de Clommel, y... Pero ¿vas a divagar aún?, clama colérico el *yo* antiguo. No, no más, no más... Ahora hechos, hechos, sólo hechos...

Subí las escaleras, y, aunque al llegar al piso tercero sostenía el corazón que ya tenía concluído el camino, la memoria me llevó más arriba; pero he de afirmar, ahora sin duda, sin temor de alucinaciones, que esta vez los ojos zarcos estaban tras de la mirilla para verme pasar, y que el hecho es tan indudable como la muerte del general Prim o el ser la raza de Cromañón una de las primeras pobladoras de España. La puerta de la buhardilla estaba entreabierta, y entré. Don Eligio me recibió con desconsuelo:

—Tampoco podrá ser hoy, amigo mío.

—No importa, querido don Eligio; no importa.

La onda optimista que dictó esa respuesta se vió recompensada por la pura luz de alegría que fulgió en los ojos del sabio. La fe, don celeste, había sido otorgada a su futuro historiador. ¿Significaban algo unos días de espera ante la magnitud del descubrimiento? Valía más aguardar, llevar las experiencias paso a paso y no exponerse a malograrlas con precipitaciones. Yo estaba dispuesto a ir todos los días a verle, sin cansarme, y aun dos veces cada día si era preciso. Su júbilo me impresionó, y, por primera vez, reparé en su penuria. ¿Cuánto ganaba en la fábrica de juguetes? ¿Siete reales? Yo bien comprendía lo exiguo del jornal para sustentarse y atender a la compra de ingredientes. Lo del hijo de la portera no tenía nombre: aquellas nueve pe-

setas hurtadas casi con la promesa de pagárselas dos días después, era una acción inicua, y, de haberlo sabido antes, yo habría ayudado con mucho gusto a comprar las últimas drogas. ¿Creía él que el hijo de la portera aprovecharía para redactor de última fila de un periódico? ¡Claro que era un poco sinvergüenza! Lo de sus pesetas sustraídas no tenía nombre, pero... quizás colocándole se las pagase... Como sentía una necesidad perentoria de ser útil, de protegerlo, y él no entendió la oferta, al cabo de unos minutos le corté una brumosa disertación acerca de los vertebrados para interrogarle:

—¿Tiene usted portamonedas, querido don Eligio?

—No; nunca tuve.

—¡Hombre!

—El portamonedas es un chisme que sirve para perder el dinero todo junto. Y por otra parte, como casi nunca tengo dinero que guardar...

Me convenció; y, entonces, privado del recurso de llenarle el portamonedas con la excusa de verlo, hube de apelar a la llaneza:

—Mire usted... Yo sentiría que fuese a confundir mi buen deseo... Quiero más que vea en él la admiración y el afecto reales, vamos... Es decir... ¡Ea! que no tolero que pase usted tantas privaciones. Con lo que mis padres me dan para gastos menudos, y ayudándole casi me hago un favor, pues evito ocasiones y tentaciones. ¿Comprende? Prestándole a usted me hago un honor a mí.

Tuvo que parpadear varias veces muy fuerte para estrangular las lágrimas, y sus brazos temblaron del deseo de abrazarme. Yo, en aquel momento, le hubiese dado no sólo mi dinero, sino mis ropas, mi juventud, y, de haber sido invierno, habría quemado todos mis manuscritos para darle un poco de calor. Antes de aceptar mis auxilios su dignidad quiso determinar las condiciones. No olvidaré nunca el diálogo, mitad grotesco mitad conmovido, y estoy seguro de transcribirlo sin error, como si lo copiase de algún viejo incunable:

—Cuanto usted me preste lo apuntaremos en la pared, ¿eh?

—Donde usted quiera.

—Y del primer dinero que se gane con la tiempina se cobrará.

—Hasta el último céntimo.

—Además, todo cuanto me preste ha de ser para el trabajo, nada para mí.

—Esa es una condición demasiado dura.

—Pues no acepto otra.

—Un traje se tiene que comprar... Ese empieza a estar inmoral, don Eligio.

—Ustedes, los jóvenes, se fijan demasiado en lo externo.

—Es que se ve también parte de lo interno... Sea razonable. ¡Ah!, y en adelante llevará también calzoncillos... Usted comprende que desde el momento en que me convierto, hasta cierto punto, en comanditario, he de cuidarlo... ¡Los negocios son los negocios!

—Bien, bien. Se hará cuanto usted guste. Pero lo primero que se ha de traer es sulfato de cinc.

—¿Cuánto hace falta?

—Cuarenta céntimos... Traerá también un poco de raíz de Florencia y encargaremos arcilla fina.

—Aquí tiene usted cinco duros. Vaya ahora mismo; yo le espero aquí.

—Lo dejaremos para mañana—dijo titubeando.

—No, ahora mismo; ahora mismo.

Comprendí que una duda le detenía, y, para descubrirla, le propuse capciosamente:

—Si no se atreve a dejarme aquí, iré con usted o le esperaré abajo.

Y él, entonces, de nuevo enternecido, me confesó:

—Todo lo mío es desde hoy suyo, bien lo sabe... Sólo que no quiero que vea lo que hay allí—y señalaba la cortina de lona—. No es por nada, tómelo como coquetería de inventor, pero no quiero enseñárselo sino en el momento decisivo. ¿Me da su palabra de honor de que no mirará?

—Palabra de honor o juramento, elija usted.

—Pues ya estoy en marcha.

Se puso el sombrero y echó a correr escaleras abajo; el júbilo le restituía la agilidad robada por los años. Como en el acto de ejercer el bien hay tal virtud que al darlo nos regalamos un tesoro de alegría a nosotros mismos, yo me quedé contento y me puse a sonreír a las blancas paredes sin saber por qué. No podía estar inmóvil. La tensa superficie de lona no me atraía, y ni por un instante pensé en traicionar su confianza. Di varias vueltas, me tendí voluptuosamente sobre el sofá, leí nuevas e incongruentes descripciones, medí con pasos el ancho y el largo de la habitación. Y de pronto, se me ocurrió una idea fantástica, una idea absurda, que, de seguro, disminuirá en los lectores mi reputación de hombre serio. Y no es lo peor la idea, sino el hecho en que se convirtió en seguida y el cual ocultaría de buena gana si el *yo* histórico no impusiera autoridad para vengarse de la anterior disputa. ¿Debo ponerme en evidencia? Pues cuanto antes, mejor. Oíd: arrastré el diván hasta colocarlo debajo del tragaluz, me subí en él, saqué el busto para dominar bien la calle y, sin dejar una sola gota, vacié todo el litro de tiempina sobre el tiesto de claveles de la señorita del tercer piso.

V

Necesito poner en orden mi mente; con la duplicidad del *yo*, los recuerdos y los impulsos se trastruecan. Escribo hoy de prisa, en mi cuarto, bajo la luz familiar que alumbró tantas horas de estudio. Las cuartillas aguardan, como otras noches, ante mí, en su perjudicial sumisión; mas hoy la pluma no va rápida, y hasta se detiene para tachar de cuando en cuando... A veces, elevo la vista, veo mi cama estrecha, mullida con esmero, las estampas inglesas pendientes de cordones de seda, el estante con libros, el armario en cuya luna otro Carlos Lazi me considera con cómica expresión de estupor... Es difícil ordenar las memorias en esta noche ya estival, a despecho del calendario; por la tarde llovió, y del jardín suben efluvios vegetales mezclados con esa emanación de humedad siempre sensual, y por sensual triste, que es como el aliento de la tierra. Una laxitud grata empereza el ánimo y los músculos... Vamos a trabajar... Es preciso dar cima a este relato... Curvemos el cuerpo, pongamos la pluma sobre la tersa albura y dejémosla ir al compás de las remembranzas...

Para no interrumpir después el curso de los acontecimientos de estos ocho días, analizaré antes algunos datos psicológicos. Quisiera colocar mi alma frente al espejo, mirarla como ahora mi físico y sorprender ese mecanismo sutil que, a espaldas de la conciencia, prepara el advenimiento del amor. Yo había visto muchos ojos lindos, había oído muchas voces aterciopeladas, y, sin embargo, los *ojos zarcos* y *la voz de oro* ganaron la batalla sin lucha. Cuando quise apercibir mis armas ya estaba prisionero. La nariz de Cleopatra no fué roma o excesiva de filo para mal del imperio romano; y para mal de empresas que la modestia me impide ni aun suponer, los ojos de Matilde no se me aparecieron lacrimosos ni su voz dijo sino palabras halagüeñas. ¿Cuándo nació mi amor? ¿Cómo una persona ajena a nuestra vida durante años y años puede en un solo segundo, sin antecedentes espirituales, por la potencia única de la simpatía, mezclarse a ella para siempre e igualarse a padres, a hermanos, a cuanto por ley de sangre o de largo cariño son eco de nuestro paso por el mundo? Mis pesquisas se anulan en la bruma lejana. Aquel hecho tan poco familiar a mi incuria de atusarme el bigote y de rectificar la raya de mi pantalón cuando bajé por primera vez la escalera a cuyo término la había conocido, es significativo... Sin duda, en ese instante, ya la sierpe o la paloma del amor tenía nido en mi pecho; mas ¿por dónde vino? Su vuelo o su reptar fueron tan apagados, que mi alma, por no estar avizor, no la sintió acercarse. Ya está

aquí el amor; bien venido sea. No gastemos tiempo en pedir documentos justificativos a tan imperioso viajero y abrámosle de par en par todas las puertas, a fin de que no tenga necesidad de violentarlas, según su costumbre...

La primera vez que pude hablarla sin testigos, nuestras palabras hubieran sido lamentables de vulgaridad a no ser por los elocuentes silencios que la entrecortaron. Hablamos del tiempo, de mi amistad con don Eligio, de la amabilidad de la portera. El azoro convertía las frases esmeradas en torpes, y ambos debimos semejar a malabaristas desafortunados. Creo que la galanteé y que bajó los ojos, cual corresponde a una virgen prudente. No me ocultó su escepticismo acerca de todo el género masculino, y yo abogué por las excepciones con bravura. Mi alma no se destempló al averiguar que aquella vecina del novio y del buchecito antihigiénico libado en un botijo era ella misma, lector. Los celos pretendieron morderme, pero en seguida (bruma sutil de un amanecer) se desvanecieron; la certidumbre, optimista, me decía: «No te tortures, Matilde será tuya, si quieres; siempre se logra lo que se quiere con fuerte voluntad.» ¡Y como yo tenía ya la voluntad subconsciente de hacerla mía!... Hablamos en la acera, a dos pasos del portal de su casa: los dos íbamos muy de prisa, pero charlamos largo rato, y, durante la plática, el estanquero se asomó, lanzó al vernos un gruñido perfectamente militar y se entró en su tienda, mientras el obeso droguista, desde la acera de enfrente, reía bonachón, con toda su cara de luna. La criada se apartó de nosotros, y su gestecillo picaresco contribuyó a quebrantar mi aplomo. Yo le aseguré que si alguna vez tenía novia, cosa difícil, dado mi carácter, sería para casarme en seguida; que era hombre de una sola mujer, amigo de la vida quieta, y me parecían incomprensibles esas relaciones de años y años, donde el amor se mustia, extenuado de tanto esperar. Volvió aquí a poner la vista en el suelo, y jamás he visto el rojo y el azul casar tan bien como su rubor con las móviles gemas de sus ojos. Iba vestida con un traje claro, uno de esos vestidos leves y baratos que ponen en las turgencias de las jóvenes el atractivo de algo frutal, y, sin embargo, por aquel gesto de pudor, me pareció que, cual Beatriz, estaba *benignamente d'umilta vestuta*. Cuando nos despedimos, al verme ya en el portal separado de ella por unos pasos, le dije en un arranque de contrición y de franqueza:

—Me tiene usted que perdonar...

—¡Yo!... ¿Por qué?

—Porque soy yo quien tiene la culpa de que se le hayan muerto sus claveles.

Y sin aguardar a ver la respuesta de su asombro, eché a correr escaleras arriba... ¡Ah, maldita tiempina, maldita idea de usarla y maldita fe! He aquí el hecho por donde debieron empezar estas recapitulaciones. Quedé hace poco acodado sobre el tragaluz de don Eligio, vaciando sobre la maceta de claveles el líquido prolífico, y cortando el hilo del cuento me dedico a saltar en vez de ir paso a paso, para no dejar baches lamentables. Falta de plan, negligencia, olvido del método tan recomendado por mi iniciador en el glorioso y accidentado campo de la Historia. Debo volver atrás, mas... ¿No tiene tal procedimiento muchos riesgos? ¿No me expongo a incurrir en el tedio, losa sepulcral bajo cuya frialdad quedarían para siempre hechos y comentarios? ¿A veces no basta la contumacia para consolidar el error y trocarlo en verdad? Numerosos ejemplos de religión y de historia podrían aducirse... Nada peor que las fluctuaciones. Puesto que según el sentido etimológico la palabra método vale tanto como *en camino*, sigamos por este donde estoy, sin volver al punto donde se bifurcaron las sendas... Consignaré *in extenso* la escena que siguió al diálogo y a mi fuga para enumerar después en pocas líneas los hechos menudos que llenaron estos ocho días de zozobra, a los cuales ha puesto término la respuesta autógrafa de Matilde a mis dos cartas entregadas a la portera: documen-

to impregnado para mí de emoción empero las dos faltas de ortografía que lo mancillan deliciosamente. En él Matilde duda primero de mi formalidad, acepta en seguida mi proposición de someterse a una prueba, y al cabo, con celeridad digna de su carácter rápido y del poco papel disponible, me dice que sí, que me quiere, que desde ese momento somos novios. ¿Me consientes, lector, posar los labios en esos dos dislates ortográficos antes de proseguir? Ya está.

Hallé entornada la puerta de don Eligio, y entré; pero la buhardilla estaba sola. Como había subido los escalones de cuatro en cuatro, me dejé caer en el diván; mientras jadeaba, algunos detalles llamaron mi atención: en la pila de juguetes terminados había manifiesto desorden, un payaso yacía por tierra, y sobre él, sin lograr quitarle su sonrisa de albayalde y carmín, gravitaban tres tranvías y dos grandes molinos de viento. Miré en torno y vi que la cerradura estaba corrida, como si por distracción hubiese sido echada la llave sin encajar previamente la puerta. ¿Habría ocurrido algo? No, sin duda era descuido de don Eligio. Los descuidos de los inventores son proverbiales, y hay quien atribuye al gran Newton el ir distraídamente con un pie en la cuneta y otro en la acera, cosa menos creíble que el olvido del inventor de la tiempina... Miré con desconfianza, mas nada faltaba de sobre la mesa; los cubos de arcilla estaban junto a la pared, y cerca de ellos vi esparcido un poco de serrín. ¿Estaría el sabio fabricando ya el cerebro del hombre artificial? No concluí este pensamiento burlón cuando la cortina de lona se movió, y al moverse me quitó toda idea de mofa; se movió como si desde dentro la agitase una fuerza humana... Se reirán ustedes al leer que en la medula me cosquilleó un escalofrío. Ríanse, pero es verdad. Estoy seguro de que al más valiente de los lectores se hubiera puesto carne de gallina al ver entreabrirse el cortinaje y avanzar muy pegado a la pared y en dirección a la puerta, un muñeco tan bien imitado, tan parecido a un chico de nueve años, que sin cierto movimiento mecánico y el saber lo que yo sabía, habría jurado que era de carne y hueso. Mas donde mi miedo estuvo a punto de trocarse en terror fué cuando el muñeco, haciendo un mohín cual si fuera a romper a llorar, dijo, mirándome de soslayo, estas dos sílabas con voz humana, sin el menor dejo de esa trepidación odiosa, peculiar de los fonógrafos:

—Yo... Yo...

Si hubiese tenido ojos negros, estoy seguro de que sin aguardar nada más, bajo los escalones aún más de prisa que los había subido; pero el muñeco tenía ojos zarcos, y este detalle, sin saber la causa, me devolvió la serenidad. «¿Será delicado homenaje del inventor?», pensé rápidamente. Y en seguida me acerqué al autómata dispuesto a darle cuerda o a sostenerle si alguno de sus resortes se le entorpecía. Creo que fué entonces cuando el muñeco se puso a llorar desconsoladamente y a decirme entre hipos:

—No diga usted que subí, porque me dejarán sin merienda... Lo que yo quería era un payaso. El me lo tiene ofrecido y nunca me lo da.

Por esta invencible tendencia del hombre a hablar con quienes no pueden entenderlo, yo le contesté, y sólo a los pocos segundos de dialogar me sorprendí de la coherencia de sus palabras:

—Vaya, tranquilízate...

—¡Ay, ay, ay!

—Vamos a ver, espera.

—¡Me van a castigar, me van a pegar!

—Yo no le diré nada... Pero respóndeme: ¿Cuándo te acabó don Eligio?

—Yo me asomé como siempre para ver los juguetes por la cerradura, y la puerta estaba abierta y... Si se lo dice a papá le dará pena.

—¡Ah!... ¿Conque tú sientes también el cariño filial? ¡Es estupendo!... ¿De modo que tú lo quieres?

—Mucho, papaíto es muy bueno... y me lleva a pasear en coche.

Este inesperado hijo me sorprendió sobremanera. ¿Llevaríale la pater-

nidad cerebral y manual a dilapidar mis socorros? Sin duda, algún defecto de construcción impedía al monigote coordinar bien las ideas, y a pesar de su perfección innegable subsistía el muñeco, la máquina. Ya esclavo de la curiosidad, sin miedo alguno, lo atraje hacia mí, hundí los dedos en su cuerpo, blando cual si fuese de verdadera carne, y le dije deletreando las palabras para ver si me comprendía y contestaba sin tergiversar:

—Oye..., yo te daré el payaso si tú me contestas... ¿Cuándo te acabó don Eligio?

No sé cómo hubiera terminado el coloquio sin la llegada del inventor. Al vernos allí se puso pálido, y por vez primera sorprendí un rayo torvo en su mirar. En lugar de empujar al muñeco hacia la cortina le empujó hacia la puerta y lo despidió rudamente. En un solo segundo la verdad triunfó de la engañosa sombra en mi espíritu, y pude percibirla hasta en sus menores detalles. ¿Había yo estado loco? El muñeco era un chico de veras, un chico de carne y hueso y turbulencia, como casi todos atraído por el imán de los juguetes, y al oírme llegar se escondió tras la cortina. La lona que había dejado entreabierta, me dejaba ver ahora un maniquí, que al menos como escultor no acreditaba mucho a don Eligio. De súbito, todo aparecía claro en mi mente: la rigidez de movimientos era miedo, el ir casi pegado a la pared, deseo de ganar la puerta, su cariño filial y hasta los paseos en coches verídicos, verídicos en absoluto. Y por si todo esto no bastase, supe aquel mismo día que los ojos azules del muñeco vivo no eran debidos al azar, sino signo biológico común a todos los hermanos de Matilde y a sus parientes de la rama paterna. Yo habría reído con buenísima gana hasta de mi propia candidez si don Eligio, luego de expulsar al arrapiezo, no se hubiese vuelto hacia mí para decirme con palmaria injusticia:

—Está muy bien, muy bien... Ha venido usted a sonsacar, a traicionar mi confianza, a apoderarse de mis secretos quizás con fines industriales... No esperaba de usted esa conducta.

—Si cree usted que yo he ido a abrir por curiosidad la cortina, se equivoca de medio a medio.

—Está bien, está bien.

—Además, que para ver ese monigote no valía la pena... Y lo de la tiempina, no piense tampoco que me lo creí; si la eché en el tiesto de claveles, fué por el gustazo de verlos secarse.

En sus ojos centelleó la ira, y me preguntó dos veces, como si quisiera aún rechazar mi confesada culpa:

—¿Ha sido usted? ¿De manera que ha sido usted?

—Puede estar orgulloso de su invención.

—¿Y lo echó todo?

—El litro entero, sí.

—¡Infeliz! Es usted un pobre muchacho, desprovisto de espíritu científico. La tiempina no es un riego, sino una inyección, y, además, ¿qué le pasaría a un hombre muerto de hambre si le obligase usted bárbaramente a comerse de una sentada un buey?

Confieso que este sofisma me hizo al punto titubear, pero la razón volvió a sobreponerse. Sentados a los dos extremos del sofá, taconeamos un rato nerviosos, excitados. Si él no hubiera persistido en mirarme con rabia y en contemplar de vez en vez la entreabierta cortina de lona a manera de muda acusación, tal vez yo, fiel a mi natural dulce, habría hallado explicaciones al equívoco y restablecido la cordialidad; mas no fué posible. La escena tenía mucho de grotesco y mucho también de doloroso, pues causas bufonescas nos causaban verdadera tristeza. En la claridad morada del crepúsculo, el maniquí tomaba dentro de su nicho una incertidumbre fantasmal, y la sombra nocturna apoderándose de los rincones, iba tendiendo sobre nuestros espíritus algo de inexorable. El silencio amenazaba convertirse en losa y pesar para siempre sobre nuestra amistad, y ese demonio del amor propio que a todos nos dominó en alguna ocasión frustró las palabras balsámicas. Yo estuve todavía

un rato inmóvil, en espera de que brotase de sus labios una frase de paz, pero él se mantuvo distante, ceñudo. ¿Por qué no habló? ¿Por qué no tuvo siquiera un ademán, que yo hubiera convertido en seguida en rama de olivo? No es mía toda la culpa, si la hostilidad del ambiente volvió a enconar mi ánimo. Su edad disculpaba menos la intransigencia que la mía el arrebato. Fuí rudo, violento, cruel. Me levanté con sequedad, tomé el sombrero, me encogí de hombros y salí sin decirle adiós.

Todavía hoy sufro remordimiento al pensar que el murmullo que oí al bajar los primeros peldaños pudiera ser un suspiro o un sollozo.

VI

Han pasado días y meses desde que puse por última vez la pluma en estas cuartillas, y si no quiero dejarlas truncadas he de completar rápidamente el relato. Preveo que mi actividad va a encauzarse desde ahora por caminos inesperados; mi pensamiento fluctúa, quiere hallar forma perenne en donde vaciarse; mi cambio de vida ha variado todas mis perspectivas espirituales, que hace poco me parecían inconmovibles.

Si en vez de vivir en estos tiempos bárbaros, donde la aviación sólo sirve para ayudar a morir al hombre, hubiéramos vivido en tiempos mejores y se hubiese entrado en casa de Matilde por la azotea, de seguro mi resquemor con don Eligio no habría degenerado en rompimiento; pero para dejarle las cartas a mi novia era preciso entrar en la portería, sufrir la adulonería y las peticiones de la portera, y no sorprenderá que en vez de reconciliarme con el sabio obligase a mi padre a recomendar al literato en agraz al director de *El Mensajero*, realizando así su ideal (logrado por otros tantas veces) de formar parte de una redacción y de saltar casi de la cartilla a la literatura. No pretendí disculparme; fuí ingrato, venal, pero la marcha acelerada que tomó mi vida disminuye un tanto el delito.

Por aquellos días accedió Matilde a mis ruegos de ir a pasear con su criada y conmigo al Parque, y esos paseos se prolongaban hasta tarde y dejaban tan encendidos mis anhelos, que en cuanto la dejaba me iba a casa para esperar la tarde siguiente y acudir de nuevo a la cita. A veces pensé en escribir a don Eligio: estaba seguro de que mis socorros pecunarios habíanle cohibido por delicadeza acercarse a mí, y estaba seguro también de su afecto. No creo necesario insistir ahora en toda la tristeza de esas cartas que debiendo escribirse no se escriben. El amor es un devorador de tiempo y he aquí uno de sus mayores inconvenientes. Mi cariño era tan grande que, no cabiendo en los días, desbordábase en sueños por las noches: durante dos semanas no tuve un minuto de libertad, ni aún de conciencia para observar que ni Matilde ni la portera me decían nada del abandonado. Al fin, le pregunté a ésta, y su contestación fué como melancólica brisa contra las puertas egoistamente cerradas de mi remordimiento.

—Qué, ¿cómo va el gran hombre de arriba? Si le hace falta algo haga usted como que se lo presta y...

—¡Anda!... Si se ha mudao.

—¿Que se ha mudado?... ¿Que se ha ido de la casa?

—Sí,. señor..., no es pa extrañarse así.

—¿Pero cuándo, mujer?

—Hace días... Debía dos recibos.

—¿Y por qué no me lo dijo usted?

—Como el padre de la señorita Matilde no podía verlo, por el aquél de si era anarquista, yo pensé que usté pa estar a bien con su suegro, pues... To lo gastaba en cosas de botica; no estaba bien aquí.

El nuevo redactor de *El Mensajero* tuvo la avilantez de hablarme mal de él, y yo la debilidad de no echarle en cara su estafa. No fué posible averiguar el paradero del inventor; nadie pudo informarme de su nuevo refugio, y mis gestiones en las fábricas de juguetes—no muy insistentes, quiero confesarlo — fracasaron. Como jamás

recibió visitas ni le oyeron hablar de parientes, desapareció todo hilo conductor y quedó irreparablemente perdido para mí en la vasta confusión de la ciudad. En mi recuerdo aparecía semejante a un ser de generación espontánea, y toda imaginación no lograba suponerlo niño, rodeado de una madre mimosa, de hermanos, de parientes... Para mí había surgido de súbito a la vida con una autorrealización de su invento, con su pañuelo de hierbas y su calva siempre perlada de sudor.

Como el amor nos hacía generosos, Matilde y yo concedimos permiso a la criada para pasear a la vez con su novio, mocito pinturero que, merced a una sensata administración del palmito, desmentía el anatema divino: «El hombre ha de vivir del sudor de su frente.» Estimulada por nuestro ejemplo, y en uso de un derecho difícil de negar por el carácter clandestino de nuestras entrevistas, la vimos amartelarse muchas tardes cerca de nosotros, y su pareja parecía un eco de la nuestra. Poco a poco las distancias fueron alargándose, y al fin, la criada sólo la llevaba a la Glorieta, adonde iba yo a recogerla, y luego nos citábamos todos a la entrada de la ciudad y regresaban juntas. Para su padre—Matilde es huérfana de madre, debía haberlo dicho—pasaba las tardes bordando en casa de unas amigas íntimas; y yo, para los míos, adelgazaba a causa de apasionadas e infatigables rebuscas en las bibliotecas... ¡Ay!, esas distancias cada vez más largas, esa embriaguez de libertad, fueron causa de mi enflaquecimiento y de la precipitación de las cosas. A pesar de mi escrúpulo de historiador, no puedo consignar con detalles los hechos eludidos en las dos líneas anteriores, y el lector me disculpará si tiene en cuenta que Matilde es hoy mi esposa legítima. Tales pormenores serían gratos únicamente a quienes van a buscar a los libros incentivos sensuales y se gozan con cuantas explosiones de la Naturaleza frisan el deshonor y la liviandad.

Para dar idea de ellos, vendría bien aquí una línea de puntos suspensivos, recurso de los novelistas; mas me repugna sustituir con cosa tan indeterminada los días más deliciosos de mi existencia y, por otra parte, juzgo esa estratagema indigna tratándose de una obra seria donde la imaginación debe poner muy poco. Baste saber que Matilde me susurró al oído un secreto tan íntimo, tan conturbador, tan henchido de razones de orgullo y sobresalto, que yo, por la noche, después de oír en vano las exhortaciones de mi madre para combatir la inapetencia y suspender trabajos tan arduos que me empalidecían y me ponían bajo mis ojos hondas amplificaciones moradas, tuve el valor de decir toda la verdad y de asegurar con voz patética la disyuntiva de casarme *ipso facto* o de confiar al cañón de un revólver la solución de un problema en el cual mi honor debía garantizar el de la persona que me confió el suyo. Debí estar elocuente: hablé del deber, de la honra; hice de Matilde un retrato que lamento no recordar, y, tan pronto dominador como suplicante, abogué por mi matrimonio. Tal declaración fué un volcán en mi casa apacible. Mi madre, con notoria injusticia, aseguró, sin conocerla: «Es muy poca cosa para ti; si es preciso, te mandaremos a la Argentina para librarte de las garras de esa mujer»; y hasta pronunció la palabra *chantage* con detestable acento, mientras mi padre, acariciándose con insistencia la barba, ordenó: «¡Ea, calma, calma; veamos...! Has hecho mal en tenernos ocultos esos amores... ¿Dices que su apellido es Asenjo? ¿Sabes si el padre es consejero de la Compañía de Ferrocarriles? Bien... Mañana, yo indagaré acerca de esa familia, y, entonces, se podrá decidir... Ahora, vete a la cama... Debes tener fiebre...» Y no sólo tuve fiebre, sino que la tuve altísima, con vehemencia de delirio, y tales amenazas de suicidarme, que mi madre, después de confiscar todas las armas de casa, hasta los cuchillos de postre, pasó la noche junto a mi cabecera, llorando. Todavía hoy, la inesperada exaltación conservadora de mamá y el liberalismo de mi padre, cuya fama de intransigente es exclu-

siva hija de su voz bronca, se me aparecen como contrasentido gracioso en el recuerdo de aquella noche y me dan nuevo testimonio de cuán distinto es tener ideas a aplicarlas. Mi enfermedad duró cinco días, y al recobrar la conciencia, hallé a Matilde junto a mi cama hablando con mamá, cual si se conocieran de siempre, de los detalles del vestido de boda. Sin duda, los informes dados a mi padre fueron satisfactorios, y con su rectitud de hombre que no había tenido jamás la menor concomitancia con la política, fué a ver al padre de Matilde, le explanó la situación y le pidió la mano de la que tantas veces me la había dado ya. ¿Vale la pena añadir más detalles? ¿No será prosaico decir que el padre de Matilde y el mío nos han asegurado una rentita suficiente para lo necesario y hasta para algunas cosas superfluas? ¿Puede interesar a alguien si digo que Matilde llevó los azahares sobre el vestido de inmaculada blancura, con esa majestad que en estos tiempos de democracia sólo ostentan las grandes actrices? ¿Añadiré algún atractivo con decir si en *El Mensajero* apareció un suelto escrito por mano nefanda, dando, entre hipérboles, a los cuatro vientos de la publicidad noticia de mi enlace; si la portera nos despidió en la puerta, como si fuera la autora de nuestro matrimonio: si el frutero, el droguista de cara jocunda y hasta el estanquero salieron a vernos pasar, y si el de la funeraria tuvo la delicadeza de no asomarse?

Los primeros días de matrimonio me pareció como si estrenase otra vida. El viaje de novios tuvo esos atractivos que dependen mucho más de los viajeros que de los lugares. Vimos la catedral de Burgos; enviamos postales desde Hendaya a todos los amigos; visitamos en París los tugurios de la Place Blanche; pasamos media hora en *El Louvre;* muchas en las terrazas de los bulevares y nos retratamos en la torre Eiffel. La guerra interrumpió nuestro viaje, y, según mi suegro y mi padre, ésa ha sido su única acción benéfica, pues estábamos gastando sin tino... De regreso, nuestra casita nos guardaba, coqueta, familiar, a pesar de la novedad de todos los muebles. Gracias, muchas gracias, mamá.

Luego, los días han ido amontonándose. Nuestro amor se clarifica como un vino generoso, se ha completado con el conocimiento, con la estimación mutua, y lo perdido en efervescencia lo gana en densidad. Ahora, Matilde no puede presumir de talle, pero está orgullosa y se pasa los días cosiendo para «el heredero», que ya, impaciente por vernos, se agita dentro de la viva antesala de su existencia. La voz de oro, no lo quiero negar, ha perdido un poco de su encanto al hablarme del precio de las legumbres y de «cómo se están poniendo las cosas»; pero, en cambio, los ojos zarcos siguen pareciéndome dos espejos de maravillosa virtud y, aun a riesgo de enfadar a mis padres, querría verlos reproducidos en el hijo esperado. Estas veladas nocturnas, donde entre puntada y tijeretazo se discuten las prendas personales del nietecito y hasta se le asignan ya normas entre veras y risas, tienen un encanto burgués; y estoy seguro de que los contertulios de café del «notable periodista que oculta su nombre en *El Mensajero* tras el seudónimo de *Lucanor,* se reirían al oírnos, en nombre del Arte, sin saber que se mofaban de una escena aromada por aliento de eternidad. Matilde y mamá suelen rivalizar en solicitud por el nuevo ser, y le auguran tales hazañas que, de cumplirse, dudo pueda su futuro historiador escribir su vida en el tono sosegado que he escrito la mía. Papá y mi suegro suspenden a veces, para escucharlas, sus conversaciones trascendentales, y, a veces también, en medio de las palabras de risa, una onda de ternura nos invade a todos sin causa visible y nos miramos y se nos humedecen los ojos... Por Matilde, estas conversaciones serían constantes y ni se asomaría al balcón; pero se ha puesto serio y ha sido preciso emprender caminatas. Vamos a paso lento—la pobre está entorpecida—y gustamos de pasear por los lugares donde nuestro corto noviazgo tuvo sus primeras expansiones, sin confesarnos que,

acaso por el cambio de estación, ya no nos parecen los mismos.

Por cierto que esta tarde hemos tenido un encuentro grato; fué cerca de casa, yo iba distraído y Matilde me llamó la atención:

—Mira, Carlos, mira...

Era don Eligio, con su mismo traje, con su mismo aire abstraído y feliz. Yo, sin reflexionar, dejándome llevar por mi afecto, le llamé a grandes voces, y él vino hacia mí como si nos hubiéramos separado la víspera. No tuvo ni un reproche, ni una pregunta; miró a mi mujer con extrañeza, actitud todavía más rara a mis ojos cuando le pregunté si conocía la noticia de mi boda y me dijo que no. Hablamos largo rato de generalidades, y ya Matilde comenzaba a advertirme con esos pellizquitos finos, que tanto me enervan y que acaso sea un día el origen de nuestra primera riña, cuando le pregunté:

—Y bien, don Eligio, ¿qué hay de de sus inventos?

—Bien... Todo bien.

—Pero ¿se progresa? No sea reservado conmigo.

—Pues le diré... Lo de la tiempina está en suspenso, hasta poder procurarme un poco de elixir de los toaistas; en cambio, lo de los hombres antibiológicos es ya un hecho.

—¿Qué me dice usted?

Y él, entonces, inclinando la cabeza para dar un tono más confidencial a las frases, me comunicó esta noticia asombrosa:

—¿Ha leído usted esas matanzas de la guerra? Pues no se asuste... Son todos hombres artificiales fabricados por mí. Encontré el medio de hacerlos a cientos, a miles..., y la materia mineral es de lo más barata... ¿Le sorprende a usted? Sin duda, es la misma fórmula del gran Alberto y da gusto verlos ir y venir, afanarse, llorar, matar y morir, como si fueran verdaderos hombres. Pero ¿había usted llegado a figurarse que eran hombres de veras, hermanos entre sí e hijos del hombre fabricado por Dios a su imagen y semejanza? ¡Parece mentira que haya sido tan cándido! ¿Cree usted que si no fueran muñecos trágicos, muñecos sin alma, fáciles de sustituir, irían así a la muerte por cosas tan fútiles?

Nos despedimos, y esta vez tuve buen cuidado de preguntarle sus señas; don Eligio no morirá en el desamparo. Hay en sus manías, quizás convertidas ya en locuras por las privaciones, un fondo de verdad, lucecita perdida entre grandes jirones de sombra...

La pobre Matilde quedó impresionada al oírle: y como en ella la fe en Dios y en todos los dogmas de la Santa Madre Iglesia es compatible con la creencia en las más absurdas supersticiones, me ha dicho, con los ojos dilatados y deseosos ya de creer:

—¿Y será posible hacer hombres así alguna vez, Carlos?

He procurado tranquilizarla a ese respecto, y suponiendo, con malicia, un poco de melancolía en la posibilidad de ver resuelta su duda afirmativamente, le he dicho que no debe preocuparse y que, antes de la implantación del sistema de don Eligio, yo estoy dispuesto, ateniéndome a las más rigurosas fórmulas del antiguo sistema, a oscurecer la gloria de Jeroboán. No me entendió, y tuve que aclarar mi respuesta así:

—No te asustes, nenita... Nuestros hijos no sufrirán la competencia de hombres que no sean de carne y hueso como ellos. Y si tenemos una hembra, procuraremos que no salga sola con la criada. ¿No te parece? La Humanidad, en esto como en muchas cosas, va tan despacio que parece no camina.

FIN DE
«LA MADRASTRA» Y «LOS OJOS ZARCOS»
DE
ALFONSO HERNÁNDEZ CATÁ

ANTONIO
DE HOYOS Y VINENT

(1886-1940)

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT

NOVELISTA, *ensayista. Nació en Madrid. De aristocrática y titulada familia. Heredó el marquesado de Vinent. Estudió en Oxford y en Madrid. Viajó repetidas veces por todo el mundo. Cultivó un género novelesco extraño, malsano, escasamente español, del que son modelos los franceses Rachilde y Lorrain. Sin embargo, puso en sus numerosas novelas un sello personalísimo y muy sugestivo, con el que ganó una gran popularidad.*

Novelas: Cuestión de ambiente—*1903*—; Mors in vita; Frivolidad; A flor de piel; Los emigrantes; El pecado y la noche; La vejez de Heliogábalo; Del huerto del pecado; Vidas arbitrarias; Las lobas del arrabal; El pasado; El monstruo; El momento crítico; El encanto de envejecer; Las ciudades malditas; Oro, seda sangre y sol; El remanso; La curva peligrosa; El acecho; El árbol genealógico; La alegría en el dolor; El crimen del fauno...

EL SEGURO CONTRA NAUFRAGIO

PRIMERA PARTE

I

LA NAVE «ARGOS»

Pasó raudo un auto, envolviéndoles en nubes de polvo; siguióle otro, aumentando la polvareda; otro después, acrecentándola aún.

Las dos mujeres, tal vez un poco tempraneras en su paseo vespertino, pues apenas serían las seis, y hasta sonadas las siete el público elegante de Cantiles no acudía a la *Serpentina*, la carretera costeña, obligado paseo que llevaba, bordeando el mar como una cinta de plata, a la capital provinciana, habíanse echado a un lado vivamente, rehuyendo los remolinos de polvo que alzaba el paso de los vehículos.

Eran madre e hija. Doña Marcelina, la madre, gruesa, avejentada y triste, caminaba con ese aire derrengado, de

vencimiento, que imprime la vida a las personas que han sufrido mucho... *con dignidad.* Maruja o *Marucha,* la nena, leve, graciosa, avanzaba dos o tres pasos delante, ligera y saltarina. Buscando ahora un símil o término de comparación, para la que tiene todo el aspecto de ser la heroína de la presente historia, empezaré por rechazar, por desaforado y desmedido, el tópico de la Judith boticellesca, pues que ni la suntuosidad, ni la consciente despreocupación de la virgen bíblica convenía a la nena, e iré a pararme en la imagen, un poco banal, muy propia de los mediados (allá por el 68 ó 70) del siglo XIX, de la pajarita saltarina, pues que, sin saber la causa, hacía pensar la damisela provinciana en los cuadros de Sala, de Rosales y de Domingo. Sí, decididamente, era una de esas pobres heroínas que habían perdido la dulce timidez, la visión cándidamente artificiosa de las cosas, las ideas puerilmente convencionales, para hallarse, dejadas a sí mismas frente a la vida, en la situación de una domadora abandonada por el domador junto a las fieras acechantes, en posesión de las armas formidables de defensa... que no supiera manejar. Ya no sería Dumas su autor ni Winterhalter su retratista, sino Flaubert, Zola o Galdós quien adivinaría su drama; Corot, Federico Madrazo, Rops o Gavarni quienes fijarían su imagen en el lienzo.

He dicho antes que tenía la madre el aspecto de las personas que saben resignarse... con *dignidad.* Aunque parezca paradójico es más difícil esta clase de resignación, con dignidad ante el sufrimiento, que prescindir de trabas o cortapisas para quejarse del dolor a grito herido. Si el símil no fuese de una vulgaridad abrumadora, diría que sucede con eso como con el malestar físico, que es más fácil de conllevar naturalmente, a la buena de Dios, cómodos, quejándonos cuando nos viene en ganas, que no muy puestos de punta en blanco, tiesos o finchados. Sin embargo, ceder al dolor sin plañir, es resignarse, renunciar a la lucha (creo que fué Nietzsche quien dijo, que, *renunciar a la lucha es renunciar a la vida),* y era justamente lo que con doña Marcelina había sucedido.

Cuando, de familia montañesa, muy noble, de esas que prefieren los blasones a las talegas, casó, llena de humilde y servil amor, con Francisco Javier Ruiz de Alborada y Fernández de las Breñas, siguióle decidida a ser... lo que él quisiese que fuera. Ambos poseían modesto patrimonio, y fácil les hubiese sido proseguir con austera dignidad la vida, noble y aldeana en uno, de los suyos. Pero Paco era ya de esa generación en que el carácter emprendedor y aventurero de los norteños aúnase a un orgullo inconmensurable que les hace encontrar todo poco y fingir, al espoleo de la fantasía, maravillas, ¡ay!, rara vez realizables. Fuéronse, pues, por el mundo; Marcelina con los ojos del alma vueltos al rincón nativo; Paco, enfebrecido de locura de ilusiones y, rápidamente, vertiginosamente, como vuelan las quimeras, pasaron los años en una vertiginosa carrera, y las subidas eran cada vez menos y las caídas, más rápidas, vertiginosas y profundas. Tal vez, si hubiesen caminado de triunfo en triunfo, la imagen del rincón nativo se hubiese ido esfumando, haciéndose más pálida y lejana de día en día, llegando a quedar relegada a ese misterioso álbum de estampas en que guardamos los recuerdos de la infancia. Pero es el dolor, la miseria, la humillación, algo así como un pomo irrompible que guarda e intensifica la huella del perfume que se fué hace ya mucho tiempo. Como padecía, su imaginación magnificaba la vida que fué y agrandaba los padecimientos de la actual. Buena, su amor trocaba las impaciencias y los desalientos en ternura y compasión casi maternal; creyente sincera, sabía que era el deber de la esposa seguir y obedecer al esposo. Así, ni una queja, ni una palabra de impaciencia exhalaban sus labios. Toda su ilusión, toda su ternura, refugiábanse en María, *Mariucha,* Maruja, la nena que al año de la boda fuera fruto de bendición. Algunas veces, sin embargo,

pensando en el porvenir, quedábasela mirando con ojos en que, al través de las quietas aguas de la tristeza, temblaba la indefinible figura de la inquietud como una alimaña informe en el fondo de un estanque. Cuando él la sorprendía así, ocultaba propias desconfianzas, y dejándose llevar de su natural dicharachero bromeaba: «¿Triste? ¡Bah! No me seas *tontiña*, vida... Ya verás como todo se arregla y volvemos vencedores... Pero, en fin, si Dios no lo quiere, Cantiles será nuestro puerto de arribada.» Y puerto de arribada fué. Cuando al fin, tras muchos fracasos y desengaños retornaron, era tarde ya. Los padres de ella habían muerto; Paco volvía al terreno nativo, como tantos emigrantes más, enfermo, tísico. La sentencia era inapelable: duraría poco, en meses, quizá antes, habría de extinguirse. Sólo les quedaba doña Casta Fernández de las Breñas, *tía Casta*, solterona impenitente, apegada al terruño, devota con puntas y ribetes de beatona, pero más buena que el pan y tan *señora* como la misma Isabel de Castilla, la *Católica*. Paco, con serena honradez, con fervoroso y abnegado amor, púsose a arreglar las cosas *para que no les faltase el pan a aquellos pedazos de su corazón*. Indudablemente, Dios se compadeció de él y quiso premiar su generosa rectitud, porque desde el punto y hora en que puso los pies allí, todo le salía bien. No hubo asunto, por intrincado y peliagudo que fuese que no se resolviera a gusto suyo pronta y fácilmente, ni pleito que no ganase, ni pleiteador que no cediera como por arte de birlibirloque. ¿Quién intervino cien veces? ¿Quién convenció a los señorones de Madrid? ¿Quién canceló deudas, pagó abogados, levantó censos...? No se supo claramente nunca. Murmuróse que una actividad inusitada había agitado la casa de doña Casta, que no se sabía qué endiablada tarántula la picara para conseguir que ella, tan sedentaria y apegada a su rincón, fuese y volviese varias veces a la capital y hasta se estirase una al mismísimo Madrid. Pero como era tan agarrada y gozaba de aquella justa y merecida fama de tacaña, nadie pudo creer, pese a los rumores que hacían correr sus enemigos, fuese ella. ¿Que era buena?... ¡Hombre!, ¡claro es que nadie lo discutía!... Pero lo que es agarrada, tacaña, avara e inexorable en cuestiones de dinero, tampoco se encontraría en el pueblo quien lo pusiese en duda. Casos, y no uno sino varios, se citaban que redundaban en pro de tal reputación. Ahí estaba, sin ir más lejos, el de don Rosendo Barrilete, el marido de aquella loca de Elvirita, parienta lejana de doña Casta. Vendiéronle cierta finquilla a la dama con condiciones, a decir verdad, harto ventajosas para ellos, pero por torpeza, dejadez, olvido o que sé yo, pues no quiero creer que por mala fe, además de cargar con cosas que no eran suyas, olvidaron hacer constar unos ciertos gravámenes que pesaban sobre el monte. Era el caso que Rosendo, hombre honrado, pero iluso y enamorado de su mujer, que era como dije ya. una loca, y en materia de trapos no reparaba en nada—jamás vióse criatura que necesitase de más pingajos para ir desnuda—, hallóse de la noche a la mañana en quiebra, y lo que es peor, con ciertas reminiscencias de fraude. Fué entonces cuando, en vez de hablar claro, intentó engañar a la señora. No le denunció ella, es verdad, como podría hacerlo por estafa, sino que pleiteó, y como toda la razón era suya, ganó el pleito, con lo que remataba la situación, poniendo punto a las trapisondas y equilibrios del pariente, el cual entregó a los acreedores todos los bienes que poseía, y como aún quedaba un pico por pagar, y en cambio no le quedaba ni una cochina peseta, volvióse a casa decidido a liquidar con un tiro. Entonces sucedió una cosa extraña: no bien había entrado por la puerta, vinieron a avisarle que un señor desconocido le esperaba. «¡Bah, otro acreedor.», pensó él, que a fuerza de sufrirles veíalos en todas partes, dándose el fenómeno que subraya el dicho vulgar de que los dedos se le antojasen huéspedes. Pero no, el señor, un notario de Ma-

drid, venía a anunciarle que un lejano pariente fallecido en América habíale dejado un capitalito que era justo a lo que subía el montante de sus deudas y la hipoteca que gravaba unas fincas. Por más que se hizo, no se logró poner en limpio quién fuera el pariente. ¿Fabricio?... ¿Feliciano?... ¿Félix?... Nada, que no caían, el nombre empezaba con F o cosa así, pero... ¡vaya usted a saber!; en fin, el caso es que, pese a la inexorabilidad de la pariente ricachona, se habían salvado sin tener nada que agradecerle. Otro caso fué el de Polidoro, el casero, arrendatario de unos prados de la dama. Borrachín, corretón, perezoso, no había forma de que trabajase de verdad. Su pobre mujer y sus hijos pasaron mil fatigas y, aun así, privándose de todo, no les alcanzaba. Como no había forma de que pagase, doña Casta, inexorable como siempre, procedió contra él. Nada menos que por justicia se le desahuciaba. Cuantos esfuerzos hizo fueron vanos; por fin, la víspera del día fatal encamináronse la mujer y los cinco hijos a implorar misericordia. Una piedra se hubiese mostrado más blanda que la señora aquélla, implacable como la fatalidad. Nada lograron, pues, y vencidos, agobiados, llorando, regresaron a la casa que habían de abandonar al siguiente día, para recoger unos míseros enseres y sacarlos... al camino real.

Ya no había esperanza. Cuando, he aquí que un sacerdote, venido de no se sabía dónde, se apea de un auto ante la pobre casa y, solicitando una entrevista a solas con la mujer, le entrega un sobre que había recibido para ella bajo secreto de confesión. Apenas hecha la entrega, monta el cura en el coche y desaparece como por artes mágicas. La infeliz, temiendo una nueva desgracia abrió el encargo, encontrándose dentro... ¡seis mil pesetas! ¡Lo bastante para saldar la deuda y aún quedábanle setecientas! ¡Casualidad igual! Siempre que la vieja se empeñaba en hacer de abogado del diablo, venía un ángel incógnito y lo arreglaba todo.

Cuando Paco y Marcelina con la niña cayeron allí, no diré yo que con una piedra en cada mano, pero sí fríamente fueron acogidos por la señora. En fin, a Dios gracias, todo pareció salirles bien, y como nada le pedían, por otra parte—aseguraba ella con gesto adusto, severo, irrectificable—, hubiese sido como si no, pues nada hubiese hecho por aquellas balas perdidas. Sin entusiasmo ni grandes extremos, a lo más que llegó fué a dejarles libre el paso de su casa, desaparecido el padre, después de larga conversación con ella, de la que, aunque parezca mentira, salió muy confortada, valga la palabra. ¡Que no fuesen a creerse que estaba dispuesta a hacer nada por ellas!... Pero dió la casualidad que, como el padre y esposo velase desde el otro mundo, todo les salió bien, claro que dentro de lo relativo, pues ni les faltó para comer ni para vivir con humilde decoro, ni para vestir con modestia, ni tan siquiera para educar a la chica con ciertos refinamientos. Hasta inglés, francés y piano, tuvo. Por no faltarle nada, ni novio le faltó. En casa de tía Casta conocióle. Aquí comenzaron a neutralizarse los beneficos influjos del hada buena por culpa de las veleidades del picarón corazón. Doña Casta no protegía ni dejaba de proteger amores. ¡Buenas ganas tenía ella de meterse en camisas de once varas! Aunque púdica (y las suyas eran todo lo largas que la decencia y el pudor exigen), once varas eran muchas varas. Pero no estaba en su mano remediar que, la casualidad, pícara casualidad, se entretuviese en poner a Ramoncito Marzales en el camino de Maruja. No era ningún príncipe de cuento, pero su veracidad le obligaba a reconocer que si el chico—alto, bien plantado, ancho de hombros, moreno y con incorrectas facciones que pecaban de angulosas—, intelectualmente, pese a los versos que perpetraba y a algún estudio histórico que gentes entendidas aseguraban que no estaba mal, y aun, que estaba bien (ella ponía en cuarentena la opinión de los señores sabios, que eran todos

unos chiflados), no era ni Cervantes, ni Fray Luis; como familia, era de lo mejorcito de la provincia, de rancio abolengo, y, como persona, impecable... Pero, allá ellos. Doña Casta había tomado la firme decisión de no meterse donde nadie le llamaba y no tenía la culpa de que los muchachos se encontrasen en su casa. No iba a quedarse sin tertulia por la dichosa niña...

De forma y manera que de nada se enteraba, pues ni le iba ni le venía en ello, según aseguraba, cosa que, a decir verdad, compaginaba mal con algo que involuntariamente denunciaban sus ojos. Porque se ha de saber que algunas veces, cuando los chicos hablaban afectuosamente, la vieja solterona envolvíalos en una sonrisa casi maternal, tan suave, tierna y buena, que casi se sentía al tacto. y en cambio, cuando la chiquilla se mostraba desabrida, los ojos que acechaban de lejos, prontos a ocultarse en el matorral de cejas y pestañas, se hacían severos y reprochadores, fulminando indignados apóstrofes.

Aquéllas eran, poco más o menos, quizá menos, las inquietudes o recovecos de la vida espiritual y material de las dos mujeres paradas ahora en la carretera.

Como el tránsito de vehículos no cesaba, y las nubes de polvo iban en aumento, doña Marcelina, caminando siempre arrastrando los pies, con su gesto de resignación, trató sin protesta de reparar los desperfectos, devolviendo a su raída indumentaria, cosida y recosida, la impecable limpieza que constituía su lujo. Marujilla, más joven, más turbulenta, sin casar aún por el inútil forcejeo con la vida, se plantó de improviso y pateó impaciente:

—¡Es insoportable! En este dichoso pueblo ya no queda ni el recurso, el único que había, de pasear.

La sonrisa resignada, hízose compasiva, llena de ternura y tristeza.

—Hija... ¡qué le hemos de hacer! Es la vida moderna; todo el mundo corre, corre mucho, sin estar muy seguro de adónde va.

Rabiosilla, sarcastizó la joven:

—No será por exceso de sitios aquí.

Pero la dama, bondadosa, infinitamente benévola, le habló agitando, como haría con un niño, el revuelo de la ilusión:

—Ahora, hay muchas cosas... muchas cosas más que en mis tiempos. Tenéis el golf, ese que os divierte tanto, el tenis, se baila en casa de la marquesa... Hay regatas, tenéis cine en casa de Hondonares...

Pero lanzada la nena, herida en el punto vulnerable, que era aquí la certeza de su inferioridad, la impresión de su papel secundario, protestó:

—Tenéis... Tenéis... Di tienen y hablarás con más propiedad. Tienen, oyes, tienen... unos cuantos, los que hartos de divertirse en Madrid, en Sevilla, en París, vienen aquí a ver si consiguen no aburrirse.

Con gesto levemente inquieto en la adivinación de aquella tristeza que hacía mucho tiempo presentía como no sé qué nuboso tamiz del espíritu juvenil y que veía condensarse ahora poco a poco, trató de consolarla como a una niña pequeña con el fulgurar de la consabida mentira convencional.

—No digas eso, criatura. Cualquiera que te oyese creería que vivías encerrada, que no ibas, que te hacían de menos, cuando a diario corres de la mañana a la noche.

—Voy—afirmó con fatal resolución la muchacha—voy... como la parienta pobre. Estoy... admitida, como se admite a un intruso a quien compadecemos. El club de golf o el tenis, la casa de la marquesa, el cine...; pero luego, cuando llega la hora, cuando se van a la ciudad a las carreras de caballos, a los bailes del *Atlantic-Palace*, a los toros, a las fiestas de caridad, entonces se suben en sus *Rolls-Royce* o en sus *Hispano-Suizos* y... ahí queda eso. No hay sitio para la pariente pobre y entrometida que está para... para Cantiles. Claro, el sitio de la Cenicienta es... en casa.

Instintivamente, espantada en su clarividencia aldeana de la explosión de aquel carácter, confirmada ahora en su creencia de que la hija sabía de-

masiado, leía demasiado, pensaba demasiado, protestó afectuosamente:

—No digas eso, nenita. Cualquiera que te oyese yo no sé lo qué creería. No tienes derecho a quejarte; no hay fiesta, ni concurso deportivo, ni merendona por aquí en los alrededores a que no te lleven. Todos te guardan muchísimas consideraciones, te miman y cuidan. Si en mis tiempos hubiésemos tenido esa suerte...

Dos o tres pasos más allá, la nena habíase parado decidida. Estaba bonita, muy bonita así. Ya dije que ni teatralmente bella como una heroína de epopeya, ni suavemente galante; bonita como una belleza leve, suave, acariciadora, guardando del tipo regional lo garrido, pero estilizado, ennoblecido por el buril de la raza. Y he de añadir que la modernidad del gesto y atavío no despegaba o chocaba con la labor depuradora de las generaciones creadoras de un linaje, sino que casaba bien, y así, el cuerpo delgado y esbeltísimo, en que apenas se iniciaban las curvas femeninas, parecía más fino bajo el trajecillo de batista rosa, y el óvalo adorable de su melancólica faz de virgen ardiente y estupefacta, cobraba nobleza de camafeo en el contraste de la cabellera castaña apenas rielada de cobre, que cortada a lo adolescente, dábale un aire delicioso.

Con su voz cristalina, apenas empañada por alguno que otro intenso sollozo, habló:

—¡En tus tiempos!... ¡Mamá!, ¡mamá!, ¡no hables así!... En tus tiempos... Pero tú, tan buena, tú que me quieres tanto, tú que has sabido sacrificarte toda la vida, ¿no me comprendes?

Con más viveza de la que era de esperar en aquella criatura, que tan perfectamente daba la sensación de resignado vencimiento, objetó la señora:

—Por lo mismo hijita, por lo mismo. Como sabíamos resignarnos éramos más felices. Poníamos la fe en Dios y aguardábamos algo que acababa por llegar... o que no llegaba nunca.

Pareció escapársele la frase sin querer, pero Marucha se asió a ella.

—Entonces tenías... tenías... ¡Qué sé yo qué!... Algo de que ahora carecemos, una idea casi supersticiosa de las jerarquías, el valor de vivir, no ignorándolo, sino al margen de ello, con un respeto humilde para los derechos de los otros. Verlo todo, pasar al lado de todo y... ¡no tener nada!

La madre reprochó:

—¡Ay!, nena, nenita; con esas ideas, que no sé de dónde sacaste, no podrás ser feliz. Mira, para ser feliz hay que ser buena, que ser señora, que ser cristiana, que todos te respeten y estimen.

Interrumpió sarcástica, casi amarga, ahora:

—Y ¿de qué me servirá el respeto y la estima de ellos?

Se escandalizó la madre ante aquella latente rebeldía que ignorara hasta entonces. Confusamente pensó que la rebeldía llevó para siempre a Luzbel a los antros del abismo y dogmatizó severa:

—Te servirá para vivir tranquila en el temor de Dios. Para ser quien eres, para casarte y tener hijos que sean tu bendición.

—¿Casarme?—rió la chiquilla con ironía cruel para sí misma—. ¿Casarme?... ¿Con quién?... ¿Con Ramoncito? Y ser una señora de aldea, gorda y ridícula, que espera que vuelva el marido, que fué de caza. Y todo con Marzales, tan tontito, tan meticuloso, tan ordenadito. ¡Por nada, mamá, por nada! Prefiero...

Aguda, estridente, había sonado la sirena de un vapor, haciendo que las dos mujeres se encogiesen estremecidas. Doña Marcelina se santiguó atemorizada, con esa timidez instintiva de las mujeres de hace cuarenta años. Maruja, pasado el instantáneo sobresalto rióse:

—Es el yate que ancló ayer, el *Argos*... Mira qué bonito hace.

En medio de la bahía, que abrióse como una concha ideal, veíase destacarse, blanco y elegantísimo, el navío viajero.

Así en los comienzos del crepúsculo

estival, azul y blanco, tenía Cantiles apariencias de vieja estampa de colección. A la izquierda, un promontorio hendía el mar, coronado o remontado por las murallas en ruinas de un cementerio, cerrado por truncadas columnas neorrománticas, en cuyo ángulo norte erguíase un ángel de mármol blanco, pronto a volar hacia el esfumado confín. Tal vez de noche..., pero así, en el poniente naranja, no evocaba aquello la *Isla de los Muertos*, de Boecklin, sino más bien una acuarela romántica. Sobre otra colina, la más lejana, levantábase un edificio enorme, el *Palacio de las Misiones*, todo de rojo ladrillo, coronado de torrecillas encapuchadas de pizarra, un a modo de Escorial, modernísimo, en que faltaba la magnificencia augusta e imponente. Tras él, los montes volvían a empequeñecerse trazando semicírculo ideal, cuya pista era el mar, coronadas todas las alturas por graciosos *chalets* ingleses. Y aquí el paisaje hacíase de grabado británico, quizás un poco banal. Detrás de los promontorios costeños venía el valle en que se veían *villinos* italianos y nobles casonas españolas. Dominándolo todo, abarcándolo todo, un enorme palacio gótico, admirable en sus pétreos encajes que trazaban ojivas, frisos y cresterías en que, enlazados con una flora quimérica, erguíanse rampantes alimañas de la fauna heráldica. Y así, en la arbitraria perspectiva de las casuchas miserables, a cuyas puertas pululaban toda clase de bichos, y, en el mismo plano, pero con diversas proporciones, rodeada de jardines de maravilla la pétrea mole del palacio, destacándose todo en la diáfana claridad transparente de cristal, diríase en la netitud portentosa de las imágenes un paisaje de Patinir o Memling.

Pasado el súbito sobresalto, la nena, con esa versatilidad propia de las gentes muy jóvenes, interrogó:

—Bueno, ¿qué hacemos?

Resignada la madre, abdicó en sus manos.

—Lo que tú quieras—y sin poderlo remediar insinuó un reproche—. Ya te decía yo que era temprano, que todavía no había nadie.

Abrevió:

—Ir, ¿dónde?

La madre se encogió de hombros:

—Tú dirás... A mí no se me ocurre nada. Como no sea... como no sea...

Vacilaba, pero resuelta, sin poder remediar un levísimo matiz de ironía, resolvió la chiquilla:

—Como no sea... ¡A casa de tía Casta! Vamos allá.

Doña Marcelina disculpóse:

—Andar con el calor que hace y el polvo... Además, tía Casta te quiere mucho...

Rióse Maruja:

—No, si a mí me parece muy buena... ¡Tan buena! Ya ves tú, Cantiles, *el puerto de refugio*, tía Casta... *el seguro contra naufragio*—formuló con una ironía que era casi un sarcasmo contra todo y contra todos, empezando por sí misma.

Caminaron un rato en silencio. Doña Marcelina, cansada, preocupada, triste. Maruja, prisionera la mirada de sus ojos bonitos por el yate magnífico, blanco e inmóvil.

Al fin, como si el misterioso monstruo de ocultos deseos la inmovilizase entre sus tentáculos, se paró en firme y, a media voz, casi para sí misma, habló:

—¡Qué maravilloso barco!... ¡Qué suerte, qué felicidad!, ir por el mar en ese palacio blanco, en busca, en busca...

La madre que llegaba, sin darse cuenta, cortó el hilo de sus sueños:

—Hija, por Dios, a este paso no llegaremos nunca.

Maruja suspiró. Después, con oscuro esfuerzo, arrancó de allí y reanudó la marcha.

II

LA CUEVA DE LAS PARCAS

—Es... ¡una porquería!... ¡Una vergüenza!... ¡Un crimen!—decretó doña Casiana Ferreiros, viuda de Andarín.

—¡Mujer!...—objetó tímidamente

Pascuala Camándulas, siempre modesta y apocada.

Pero la Ferreiros, subida al trípode, proseguía lanzando sus anatemas casi, casi, apocalípticos contra el impudor ambiente.

—Debían, debían...—prosiguió—azotarlas por descocadotas, emplumarlas, pasearlas desnudas montadas en un burro, para ejemplo y escarmiento.

En los labios de Chucha Perrón quiso dibujarse una sonrisa de ironía. ¡Pues sí que era un remedio! Como paseasen de tal guisa a las que no guardaban los consejos del pudor todo lo debido, iba a haber un llenazo en Cantiles; de fijo que Biarritz y el mismísimo Deauville iban a protestar.

Como no era tonta mordióse los labios y se contentó con subrayar tan severas palabras con cabezadas aprobadoras. Pero aquella Chucha era una mala cabeza, y hasta si se tercia un poco tocada de volterianismo por culpa de sus frecuentaciones en casa de su encumbrada pariente la duquesa del Solar Vacío, que había convertido la casona solariega en un *cottage* inglés. Su parentesco, lo noble y rancio de su solar y su conducta intachable, hacíanle tolerar y aun solicitar, aunque todas, hablando de ella, se apresurasen a sentar su severa ortodoxia para deslindar bien los campos.

La Ferreiro prosiguió fulminando sus excomuniones:

—Es... ¡bochornoso! Aunque yo no voy nunca a la playa, porque no se me ha perdido nada allí, pasé el otro día camino de casa de la Revereido de Pallarés, que se le había muerto la suegra, y ¡no quiero decirles a ustedes lo que vi! Todas andaban en paños menores o poco menos.

La Fuguiña de Laredo, de veraneo en Cantiles, porque le salía barato (seis pesetas diarias) y le sentaba bien para el flato, sacó a relucir, como no podía menos, a su encumbrada parentela:

—Esos desnudos no son de buen gusto. Mi prima, la marquesa de San Onofre, se lo decía el otro día a mi tía, la duquesa de Rocahendida.

Pero la doctora Pérez Petatillo, baronesa viuda de Petatillo, título ilustre en los anales de la ciencia, y que se lo concedieron a Pérez, su esposo, después de muerto, premiando, no que se hubiese muerto, sino sus méritos y abnegación científica que le hizo coger un tabardillo en nuestras posesiones de Guinea asistiendo a una parturienta salvaje, habló en nombre de la ciencia, como era lo indicado, ostentando ella, como ostentaba, un nombre ilustre en sus anales.

—Sin embargo..., la ciencia moderna cree que los baños de sol...

—¡Qué baños de sol ni qué ocho cuartos!—apostrofó interrumpiéndola doña Casiana, que era partidaria de que los baños de sol se tomasen con impermeable y sombrilla.

La Pantoja Carreño llevada de sus aficiones poetizó:

—El mar..., el sol..., el cielo azul...

Su hermana, más ruda, más *Pentesilea* (diré como aclaración que esta buena señora era reina de las Amazonas), apostrofó:

—Ese es paganismo puro, y el paganismo

> Adoraba becerros y serpientes,
> asquerosas arpías y dragones,
> estos fueron los dioses indecentes
> que alzaron en el muladar de sus pasiones.

Recitó enfática con voz engolada.

Malvina Flor de Rocío, aterróse, tímida y pacata como era:

—¡María Purísima, cuánto pecado!

Pero doña Casta habló con su autoridad ecuánime y ponderada:

—Es indudable que las modas actuales, además de feas son deshonestas. Se ofende a Dios y al buen gusto. Pero las pobres nenas no tienen la culpa... Tal vez sus padres, más por debilidad, que les hace acatar las modas que lanzan en París sin temor de Dios, que por malicia.

—Pero en ese dichoso París—Malvina bajando los ojos y cruzando las manos—todo es una vergüenza.

—Una desvergüenza—apuntó sin lograr contener su consabido espíritu volteriano Chucha Perrón.

—¡Qué horror y qué pena!—tornó

a gemir la Flor de Rocío, como si aquel pecado nefando fuese a pesar irremisiblemente sobre su conciencia y con tal lastre a condenarse sin remisión.

—¡Cuánto impudor!—suspiró la Camándulas—. ¿Y no tiene remedio? —preguntó temblando de espanto.

Pero doña Casta era demasiado ponderada para incurrir en tales exageraciones.

—Sí, remedio hay; son los sacerdotes los señores llamados a aplicarlo. El otro día el padre Toribio, que además de un santo es un sabio, expresábase en parecidos términos. ¿Verdad, Ramoncito?

Voluntariamente insignificante, un poquillo aldeano, pero así y todo, guapo chico, muy formal y discreto, tal vez apocado más por propia voluntad que por natural, Ramón, presente allí como todos los días, con respetuosa veneración por la señora y esperanza de ver a la amada, a Maruja, con quien, casi desde la infancia soñaba, y que con infinita angustia, sentía alejarse de él de día en día, callaba, deseando ser incoloro, pasar desapercibido, alzóse tímido y corto de genio, lleno de respeto por aquellas señoras.

—Doña Casta es exacta. Así dijo el padre, efectivamente.

De las reunidas allí, en casa de la Fernández de las Breñas, la Camándulas, la baronesas de Pérez, Chucha Perrón, las Pantoja Carreño y la Fuguiña de Laredo, constituían el elemento forastero, *cosmopolita*, decían ellas con impropiedad, en que había mucho de pueril petulancia y no poco de ignorancia. Eran aves que el viento traía, aves viajeras que venían en busca de sol y... de economía.

Las otras tres, doña Casta, la Ferreiros y Malvina, eran... eran... Vamos a ver si doy con un símil que merezca la pena. Buscando se encuentra todo y...

Haría falta la pluma de don José María de Pereda, el cantor de *la Montaña*, para dar la fuerte e intensa sensación de la tierruca, ese sobrecogimiento extraño, exento de ironía, de quien penetra en un mundo que fué, pero no en un mundo estatizado, petrificado, fosilizado, sino en un mundo que vive y, por ende, alienta, sufre, llora, ama y goza.

Tras el *Palacio de las Misiones*, en la fachada que daba frente al monte, despeñábase en torrenteras, en que la rara aglomeración de edificios, no sólo dispares, sino antagónicos—casas con pretensiones de modernas; casuchas infectas, blanqueadas de corrales, gallineros y palomares y pocilgas; casonas solariegas, ennoblecidas por pétreos blasones, casas palacios con sombríos pórticos y corridos balconajes, la iglesia, más que antigua, vieja, los restos de un convento, el Ayuntamiento—, impresionaba... El amontonamiento, la arbitraria confusión de estos heterogéneos edificios, formaban callejones empedrados de guijarros que se desplomaban en la plaza, raros laberintos de callejuelas propicias a las historias de lobos y guerreros, plazuelas y misteriosas rinconadas. Una de éstas en plena torrentera, formábanla la casona de los Fernández de las Breñas con sus dependencias y el jardín anexo, de altos y copudos castaños.

Pues bien, es el caso que en los tejados, balconajes y tejadillos, anidaban, al llegar el verano, las golondrinas que venían de lejanas tierras. Doña Casta esperábalas no sólo con la ilusión de que su llegada anunciaba el buen tiempo, sino con una misteriosa ternura tocada de nostalgia. Porque he de hacer aquí una pequeña observación que no pecará de impertinente, pero sí tal vez de literaria, y es, que hay en la vida oscura y triste y conforme de esas solteronas misteriosa atracción por las cosas lejanas y exóticas. Rara será la virgen acaudalada—el trabajo cansa y no deja tiempo para pensar—que no guste de coleccionar calados abanicos de marfil, bordados chales, graciosas figurillas, como si todo aquel mundo quimérico fuese imagen o retrato de su mundo interior, de las sombras luminosas, que no llegarán a plasmar en realidad nunca.

Pues bien, doña Casta amaba las aves lejanas que le traían la visión de

horizontes azules y boscajes de esmeraldas. Cuidábalas, echábales de comer y, al llegar el otoño, con pena las veía partir como si se llevasen con ellas una ilusión. Tenían en la casona sus lugares, que eran respetados casi como cuartos de amados huéspedes y a ellos volvían. Un año, sin embargo, unas más audaces o nuevas hicieron su nido en el escudo de armas que, dentro del patio, ostentábase sobre la puerta de entrada. Doña Casta indignóse primero y habló de echarlas; luego, sintióse enternecida. ¡Bah! Cuando se fuesen limpiaría y no volverían más, como las golondrinas del verso becqueriano que amaba tanto. Pero llegó el otoño, el invierno, se fueron todos y... aquéllas quedaron allí.

Pues bien, algo así sucedía con la tertulia de la vieja. Todas las forasteras, todas aquellas evaporadas, como decía ella, íbanse con los primeros días malos, y allí quedaban tres, las que algún veraneante sabihondo o alguna turista cultilatiniparla habría bautizado *las tres Parcas:* Doña Casiana Ferreiros, la anatemizadora, la señorita doña Malvina Flor de Rocío (cuarenta y ocho años) y doña Casta, buena, aunque hiciese los imposibles por no parecerlo. También caían por allí con mucha frecuencia las de Ruiz de la Alborada, siempre que el frío o la lluvia no se lo impidiese haciendo intransitables las calles, y Ramoncito Marzales, tímido, azorado y cohibido por la presencia de su amor, pero con extraña resolución en los ojos. Se hablaba, si no de cosas muy actuales, de cosas muy interesantes. Se discutían postulados teológicos, morales y sociológicos; se comentaban lecturas; a falta de Spencer, de Einstein, de Bojerson y despreciando a Nietzsche, a Schopenhauer y a Carlos Marx, meditaban sobre San Agustín, Santo Tomás o Balmes, se leían los Ejercicios de San Ignacio y... se recitaban versos, aquí también, despreciando a Rubén, a Baudelaire, a Moréas o a Lugones, extasiábanse con Jorge Manrique, el *Arcipreste*, Teresa de Jesús, Sor Juana Inés de la Cruz, Gautier, Hugo y Leopardi.

Pero aquéllo eran recreaciones invernales, pues, como digo, en plena temporada afluían multitud de visitantes, y hasta a veces, cuando la condesa viuda de Cantiles, señora bondadosa e inteligente, que hacía conscientemente el bien, y que, desde la muerte de su esposo, como una rica hembra medieval, abrazara las tocas de luto, como pudiera haber en otros tiempos sido abadesa de un convento de Damas Nobles, voluntariamente, y con austeridad excluidora de teatralerías ridículas, se dejaban caer por allí, pues si no era aficionada al visiteo, y con él al cortejo de cotilleos o chismes, para la vieja pariente, que sabía buenísima *señora*, fiel, abnegada y generosa, pese a las necias suposiciones del vulgo, hacía una excepción. Obsequiábale entonces doña Casta con sabroso soconusco, acompañado de bizcochos y tortas monjiles, de rico vaso de leche y de fresca agua con espumoso volado o azucarillo.

Aquel día, pues, rebosaba gente la casa. En su butacón de gutapercha (sus achaques no le permitían locuras), la calceta caída en el regazo y vestida con el negro hábito de los Dolores, doña Casta, imponentemente fea, hecha una ese, doblada, retorcida, los dedos en que lucía maravillosa perla rosa engarabitados como sarmientos, el rostro largo, la barbilla colgante, colgante el labio, dejando ver dos únicos dientes y como para completar el aire estaláctico (debía ser reminiscencia de las cercanas grutas o cavernas prehistóricas), la nariz penduliforme, miraba a todas partes con sus ojillos sobresaltados de ratón y agitaba las orejas de soplillo, enormes y movibles. Cerca de ella, embutida en una a modo de sotana que aspiraba a ser un gabán, *arreglado a su manera*, en la cabeza, un cucurucho negro que le envidiaría la madre de Marizápalos, puesta a lanzar modas, montada en asno camino de la Inquisición, la Ferreiros tronaba apocalíptica y Flor de Rocío, haciendo honor a su nombre, se ocultaba casi en un rincón, al abrigo de miradas indiscretas, modesta como una malva, discreta como una violeta.

Cuando más concurrida hallábase la tertulia, abrióse la puerta y entró doña Marcelina seguida de su hija.

Doña Casta acogióla en palmas:

—Hija, me alegro de que hayáis tenido la idea de venir. Vais a probar unas bizcotelas que las benditas madres del Divino Martirio me han mandado.

Ante la acogida, todos los presentes hiciéronse de mieles para las recién llegadas y mientras servidas por Ramoncito merendaban, la conversación generalizóse sobre el veraneo, la relajación de costumbres, el lujo...

—¿Lujo? ¡Callen ustedes, por Dios! —habló la Fuguiña de Laredo—. Hay un lujo que ofende a Dios. Justamente ancló ayer un barco maravilloso en que creo viaja un millonario americano...

—El *Argos*—aclaró Elvirita Pantoja Carreño, siempre informada meticulosa y concienzudamente.

Aldonza gimió poética y soñadora:

—¡El *Argos*!... La nave en que Jasón y los Argonautas partieron a la conquista del Vellocino de Oro.

Marucha, súbitamente sacudida la atención, había dejado de comer y de hacer caso a Ramón y escuchaba apasionadamente.

—¿Y quién es el millonario ése? —interrogó la baronesa de Pérez.

Aquí los datos de todos escasearon y sus informaciones resintiéronse de imprecisión.

Sin embargo, algo pudo aclarar Chucha Perrón:

—Creo que es persona *chic*. Me parece haber oído hablar de él a mi prima la duquesa del Solar Vacío.

—Aquí nadie le vió aún—afirmó la Camándulas—. Dicen que se bañó echándose al mar desde el mismo barco esta mañana y nadando allí. La de Cobrón, que ya saben ustedes lo severa que es en cuestiones de moral, estuvo viéndolo desde su casa con los prismáticos y estaba indignada del traje casi primitivo.

Todas se santiguaron e iban a proseguir comentando cuando en la puerta se presentó la Feliciana, la fámula, cerril como arrancada de un mesón de los que frecuentaba Gil Blas.

—¡Señorita! ¡Señorita!

Doña Casta la miró severa.

—Pero ¿qué escándalo es éste? ¿A qué vienen esas voces?

No logró, sin embargo, imponerse. Aturdida, alocada, turbadísima, la atropellaplatos aclaró algo:

—Es un señor muy elegantísimo... Viene en un *atomóvil* que sacó de la mar muy precioso. Es el amo del barco ese y dice que viene de parte de la señora... de no sé cuántos, amos. De la del cónsul inglés.

Una bomba caída allí de improviso no hubiese causado más asombro. Todas, entre azoradas y encantadas, miraban a un lado y a otro. Sólo la dueña de la casa conservó su calma. Con voz clara ordenó:

—Mujer, no sea usted torpe. Dígale a ese señor que tenga la bondad de pasar.

Un minuto después en el umbral, alto, arrogante, muy rubio, con grandes ojos verdes, elegantísimo, aparecía Jasón inclinándose con devota pleitesía.

III

CON RUMBO A LA COLQUIDA

En la fresca y grata penumbra del gabinete sonaba la voz querida tan pletórica de cosas, que precisaríase profunda penetración y sutileza de percepción extraordinarias para poder definirlas todas, y, sin embargo, instintivamente, percibía Maruja lo vario, ecléctico y también humano, en el sentido de doloroso, angustioso, estremecedor, *esencial*, en una palabra, de lo que escuchaba.

Con penetración muy superior a sus años y el ambiente en que se criara, todos los conflictos, los problemas todos, que su rápida decisión determinaran, delineábanse como esos móviles dibujos de las películas modernas, en que sin sombras, sin claroscuros, sin perspectivas, las cosas aparecen con real netitud. Los conflictos sentimentales,

espirituales, sociales y hasta teológicos, defiriansele después de planteados sin paliativos ni atenuantes. Aun los más grandes, aun el choque de ideas seculares con deseos, destacábanse firmemente. Se diría que todas sus místicas lecturas (ya que distrajera sus ocios, a falta de novelas, con los libros de Santa Teresa de Jesus, con los Ejércicios de San Ignacio, comentados por lumbreras de la Orden, San Juan de la Cruz), las discusiones teológicas oidas en casa de tía Casta, que creyera ella misma no entender, las conferencias del *Palacio de las Misiones*, quedaron sembradas como granos (tomemos un símil de parábola bíblica) de trigo en el fondo de su espíritu, y ahora, de improviso, al calor e intensa claridad de un sol que los hiciera germinar, habían ganado, y... *comprendía*.

—Una boda celebrada así, por otro rito o disciplina que la Católica, Apostólica, Romana, estaba considerada por la Iglesia como un amancebamiento o concubinato, y si algo se había atenuado o relajado la severidad, la experiencia probaba que la Iglesia, siempre sabia, acertó en su sentencia primera.

La voz era clara y enérgica. Tal vez, al pronunciar ciertas palabras de una cruda dureza, en la conversación se entiende, pues que en las exégesis de moral las escriben los padres de la Iglesia, había una imperceptible vacilación, en otras, de dura rudeza, algo así como el sordo y torturado dolor de esos viejos prelados del tribunal de la Santa Inquisición, implacables con la herejía, que de rodillas y en cruz, agonizando de angustia en cada lamento de las víctimas, asistían a la quema de herejes.

Maruja, con la rara clarividencia de que estaba poseída ahora, lo percibía todo en extraña iluminación de posesa. Ella sentía mejor que nadie, pues, que el bisturí autópsico trabajaba en sus propias carnes todo el horror y la angustia enorme, la tristeza que era como la noche negra del alma de que le hablaron los místicos. Tenía fe, pero no una fe convencional, ligera y amable como la de sus compañeras de veraneo mundano, sino una fe firme, inquebrantable, una fe entera. Y, sin embargo, sentíase ella, en el fondo, una pasional que adivinaba en su naturaleza un sedimento de sensualidad, heredado, tal vez, de la abuela María, la pobre poseída del Malo, que muriera loca de amor. También dormía un fondo, en la absurda complejidad de su carácter, de ambición emprendedora que le legara su padre. Y la mezcla, fusión o composición de tales elementos, en que tan sólo la dosificación variaba por momentos, producía la angustia sin fin.

La conversación tenía lugar en el saloncito de tía Casta. Apenas había luz, pues era escasa la que se filtraba al través de los acuosos vidrios, defendidos por espesas alambradas, a que se enlazaban las plantas trepadoras. Olía a incienso, a humedad, a flores marchitas, y en la luz de santuario abandonado, todo parecía más viejo, más triste, más descolorido. La anciana, más encogida, más doblada, más informe, si se admite la frase, que nunca, yacía sepultada en su gran butacón; los sarmientos resecos de sus dedos enjoyados de enorme perla rosa y cabalística esmeralda, enlazados a las cuentas de un rosario de nácar, prisioneros entre ellos. Sobre su cráneo, que relucía a trechos, estirábanse los cabellos de plata; en la intrincada red de arrugas del rostro brillaban los ojillos acerados, al través de los labios resecos veíanse las encías desguarnecidas y las enormes orejas de soplillo dábanle el aspecto inquietante de un ave nocturna. Así, el apodo o mote de *Parca*, con que la obsequiara algún tontaina pedante, o alguna necia sabihonda, era apropiado. Con voz lenta, honda, una de esas voces que dan la impresión de ser el eco de íntimos pensamientos, en vez de sugerir el símil banal del disco de fonógrafo, como la mayoría de las voces, que a fuerza de repetir una serie de tópicos morales, acaban por ser ellas mismas un tópico mecánico, hablaba la vieja:

—Dios sabe, hija mía, que por nada del mundo hubiese querido ver este

momento, que el Señor me hubiese hecho un bien arrebatándome antes de que llegase, pero los designios de la Providencia son inescrutables, y no hay sino inclinarse y decir como el buen Job: «Dios me lo envía, ¡bendito sea su Santo Nombre!...» Y tal vez, como es infinitamente sabio, ¿quién puede decir si ha dispuesto el trago amargo por que paso, sea para bien, para su mayor gloria?

Habíanse sucedido vertiginosamente muchas cosas en los breves días transcurridos desde la llegada del *Argos* y la presencia en Cantiles de Jack Williams. El arribo del lujoso navío, la elegancia y apostura del americano, habían revolucionado a la colonia. Aquellas señoritas tenían sus cortejos *(flirts*, decían ellas, en sus galimatías cosmopolitas) allá en los Madriles, pero sea dicho en honor de la verdad, ninguno admitía comparación ventajosa con el americano. Con la tendencia de las gentes a exagerar, a agrandar, y aun si se tercia, a deformar, añadiendo, cuando no restando, la incógnita de la fortuna del forastero, trocó ésta en fabulosos millones, casi, casi los del conde de Monte Cristo; el yate, bonito, pero un barco de recreo, como hay otros, en rival del de los Hollenzollern, del rey Jorge de Inglaterra o de los Rothschild, en cuanto al dueño... En fin, los príncipes de los cuentos, eran vulgares aventureros en comparación con él.

Como traía dos o tres cartas, y venía a visitar, con objeto de planear un negocio, unas minas situadas por allí cerca, recibiéronle con los brazos abiertos, obsequiáronle, hiciéronle socio del *golf* (único sitio posible), y le llevaron a casa de la condesa de Tierra Caliente, dama que había ido a ocultar sus ruinas físicas y financieras entre las ruinas de Santa Pilaureta, pueblo famoso por su Colegiata, donde era fama que doña Urraca, doña Sisenanda o doña Chuvisvinta, fué a ungirse emperatriz de la Trevisonda, imperio lejano, que no estaba muy segura la interfecta, de donde caía, pero que vinieron a ofrecerla, después de cinco años de viaje a pie (claro que sin dinero), trayendo la corona de hierro, tres frailes y siete guerreros, ya que hasta aquel remoto reino llegara su fama de sabia y prudente. Lo malo que tenía era que la condesa de Mantinea, señora entrometida y metesillas y sacamuertos, se había empeñado en poner aquello de moda (!!), organizando unos tes con mantelillos ingleses de colores, servidos por unas doncellitas de falda muy corta, cofia y delantal de encajes.

Pero, aunque todos echaron el resto, como vulgarmente se dice, pronto dióronse cuenta que la única que en el forastero hiciera impresión fué Marucha.

Tal victorio causó el natural despecho, pero como eran demasiado bien educadas para mostrarlo, y, al fin y al cabo, tratábase de una amiga (a la que, como sucede con todas, no podían ver), sin contar con que ante la curiosidad por conocer el barco, invitábales a una merienda, y llevó su desprendimiento hasta donar, además, una copa para premio del *golf*, hicieron, como se dice vulgarmente, de tripas corazón, y no sólo no mostraron su rabia, sino que, magnánimas, *protegieron* aquellos amores.

Marucha, muy joven, muy sola, encontróse para luchar frente a frente consigo misma. Pasado el deslumbramiento del primer momento en que, como en un sueño, creyó ver realizarse todas sus ilusiones, vino la realidad con la consabida rebaja. Con la clara inteligencia que poseía, agudizada y sensibilizada por el dolor de la pobreza, y el encierro en la soledad aldeana, agravado por los interregnos o paréntesis veraniegos, que ponían ante sus ojos otras cosas de apetecibles, a manera de contraste, y subrayado a sus tristezas, abarcó en seguida la magnitud del problema.

Aquel hombre la amaba, y aquel hombre representaba el amor, la riqueza, la liberación, el desmedido ensanche del escenario en que se desarrollaba su vida, pero... Aunque muy joven y tenida en la inocencia de aquel vivir de doncella noble, que el orgullo y la pobreza recluyen, sabía... No tenía

bastante credulidad en el amor; además, el amor, el que como el carro de fuego del profeta Elías arrebata a los cielos, era una fiebre, un súbito ataque de locura, y ella no *sentía* que lo hubiera allí. El *coup de foudre*, de que hablan los franceses, no se había producido. El tampoco *debía* sentirlo. Muy solo, a bordo de aquel barco fantasma, la había amado, tal vez con el espejismo de la camarada y la amada en una. Si había algún otro secreto motivo eso era para ella una incógnita. Pero por lo mismo que, como por arte de magia, realizábanse todas sus ilusiones, apenas iniciárase la historia, supo: Jack Williams era... protestante. Y el obstáculo inmenso, formidable, abríase frente a ella infranqueable. Ella era católica, católicos fueron los suyos y el pueblo y la religión. A orgullo tenía ser de lo más católico de España. Allá por el siglo XVI distinguiéronse por su férrea inexorabilidad en perseguir herejes. Allí mismo, en el pueblo, aún existía la casa, con fama de endemoniada, en que viviera refugiado el hugonote y donde asegurábase que celebrábase nefandos ritos. Y además del abolengo del ambiente, de la Historia, había algo superior a todo ella, *creía*, tenía una fe fuerte, clara, serena, y, sin embargo...

Era una batalla desesperada entre ideas, deseos, anhelos, esperanzas, tentaciones... ¿A quién volverse en ella? ¿Su *pobre* madre?... Tuvo la oscura sensación de que en el adjetivo aquél está todo.

¡Su pobre madre! No: era eso, una pobre mujer a quien adoraba y que le adoraba a ella, pero pacata, timorata, apocada, incapaz ni de sentir la atracción de la frivolidad, ni la del misterioso arcano, que estaba allí, tras la prohibida puerta de la sabiduría. ¿Los padres del *Palacio de las Misiones?* No, conocíanla poco, muy superficialmente, y para ellos sería una pobre nena, tentada por el demonio del amor o de la frivolidad, y no buscarían ningún sabio teólogo que la convenciese, sino que casi, casi se limitarían a recetarle... baños de ola, porque era lo más parecido a los azotes. ¿Tía Casta?... Tentada estuvo de ir a ella y abrirle su corazón. En el fondo, muy en el fondo del carácter de la vieja, creía adivinar algo. Pero era tal la fuerza de la leyenda popular, que le atribuía inexorabilidad, acritud, incomprensión, egoísta tacañería, que dos o tres veces que estuvo camino de su casa, arrepintióse y se volvió atrás. Por eso aquel día, cuando aturdida de halagos y palabras de amistad, tras las que entrevería la envidia acechante, un poco ebria de ilusiones, casi inconsciente, liberada por un momento de sus preocupaciones, volvía a su casa, para ir a comer al *golf*, ascendida por uno de esos absurdos fenómenos de la vida social, que hace ante la sola probabilidad producirse un inverosímil ascenso a elegante, a muchacha *bien*, con quien se cuenta para todo, al encontrar a la Feliciana, la doncella de la dama, vió el cielo abierto y, sin acordarse para nada del ágape mundano, corrió allí.

Recibióla la señora sumida en la semipenumbra del gabinete, que el crepúsculo hacía aún más espeso, y sin ambages ni rodeos acometió el tema de su llamada.

Sentada en una sillita de costura, casi a los pies de la vieja, Maruja, invitada a ello, se confesó:

Sí, eran ciertos los rumores que corrían de su próxima boda. Aunque hacía tan poco tiempo que se conocían, Jack se había enamorado de ella, que...—y aunque en la semioscuridad no se veía bajó los ojos—también estaba interesada por él.

Con aquel extraño don de autoanálisis sorprendióse a sí misma con una informe convicción de que no ponía ni bastante fuego ni bastante verdad en la afirmación.

No sé si la anciana leyó o no en su pensamiento, pero es el caso que posando la retorcida mano sobre la rubia cabeza, interrogó con acento lleno de bondadosa ternura:

—Pero tú, ¿estás segura, segura de que le quieres?

La misma instintiva inquietud de una posible adivinación de su estado de ánimo la hizo exagerar:

—Segurísima... Le quiero, le quiero... como no quise nunca a nadie.

La perspicacia de la dama comentó:

—No es difícil... porque hasta ahora no quisiste a nadie, criatura.

—A él, sí—ratificó resuelta la chiquilla.

La otra no cedió tan fácilmente:

—No te ofendas; pero me sorprende, ¡Dios mío!, el flechazo... Es... raro; en tan poco tiempo.

Fué un poquillo pedante, como una exegeta metafísica, y citó a Shaskespeare: «El amor es o no es desde el primer momento».

Tía Casta torció la cabeza entre dubitativa y desaprobadora.

—Eso—prosiguió afirmando el tono—, aunque tiene gran importancia... no es todo.

—Es rico—aseguró con un argumento que *allí* sentía no era el decisivo.

—No basta tampoco—observó la señora—: el dinero es algo, pero no es todo, ni mucho menos, en la vida. Puede uno heredar, adquirirlo mal...

—Es trabajador..., honrado—aclaró Maruja.

—Honrado ya es algo—murmuró la tía—, pero ser honrado no es sólo no robar en el camino real, hay honradez y honradez. La honradez sin bondad no es nada.

—Es bueno—aseguró la nena, decidida a no ceder, pero sintiendo la liviandad de sus seguridades.

Doña Casta pareció concentrarse en sí un rato y habló al fin:

—Todo eso es muy interesante. Podría considerarse como prendas personales, pero... Mira—habló resuelta—: en la vida la felicidad es un compuesto de muchas, muchas cosas. Los ratos felices son cosa fortuita, están al alcance de todo el mundo, pero lo difícil es la felicidad. Para ella no basta el amor, ni la ilusión, ni el bienestar, ni la vanidad satisfecha. Hace falta que dos personas se unan para atravesar la vida, se quieran, se estimen, se apoyen, busquen lo mismo, piensen lo mismo, *crean* lo mismo... ¿Religión?

Había la pobre niña bajado la cabecita anonadada. Su interlocutora insistió:

—¿Religión?

De improviso, Maruja ocultó el rostro entre las manos y rompió en sollozos. Luego, un poco tranquilizada fué confesando y dijo la verdad, toda la verdad.

Bien lo sabía la señora, y no se asombró ni se mostró indignada. Fué hablándola con cariño, con mimo, tratando de convencerla.

No era cosa de llorar ni de desesperarse. Ella, comprendía bien que una chica tan bonita soñara con el amor. Ya veía que no era parte interesada, pues que descartaba su candidato, el pobre Ramonciño, que la amaba de verdad, que sufría por ella, pero... ¡qué se le va a hacer! Tampoco la sorprendía que aquel Lohengrin que venía a bordo del buque fantasma la hubiese deslumbrado, y aun, a eso le costaba más trabajo llegar, que quisiese correr mucho, triunfar. Pero la religión...

La hija de Paco, el errabundo, palió:

—Es cristiano.

—Entonces—fué explicando con gran cariño la solterona—, entonces si te quiere de verdad, no hay más que un medio: ¡conviértelo!

Pero el dominio de la rebeldía, animaba el espíritu de la chiquilla.

—¿Y si no quiere?

—No te cases—fué la respuesta sin apelación.

Pero no cedió.

—Puede cada uno conservar su fe.

—¡Nunca, ¿oyes?, nunca!—apostrofó indignada, incorporándose—. La hija de tu padre, la que lleva nuestro nombre, no se casará jamás con un hereje, y si se casa..., si se casa...—balbuceó ahogándose de indignación—habrá muerto para nosotros, será como si la hubiesen llevado a quemar en Valladolid con corona y sambenito.

Maruja se puso en pie y dió unos pasos hacia la puerta. En ella se detuvo un instante, casi vacilando, pero el milagro no se realizó. La vieja dama, rígida, retorcida y encogida como una momia, no hacía ni un gesto, ni un movimiento, ni pronunciaba una palabra.

La muchacha, lentamente, apoyó la mano en el picaporte.

—Adiós.

Salió y apenas se oyeron sus pasos en la calle, la fortaleza abandonó a la vieja y desplomándose de rodillas, monstruosa y grotesca, gimió:

—¡Dios mío! ¡Misericordia!

SEGUNDA PARTE

Dos Sirenas que cantan:
el amor y el dinero.

AMADO NERVO.

IV

LAS SIRENAS

Todo era convencional, maravillosamente convencional. Bajo la cúpula de zafiro punteada de oro, de la que, como un globo de jaspe, colgaba la luna, el tapiz cristalino del mar ondulaba suavemente y las palmeras del trópico balanceaban sus penachos verdes. Pero la portentosa escenografía era poco aún, y, sobre el telón de fondo, los hombres, descontentos con los blancos veleros y los *yachts* que cabeceaban sobre las olas, con las moles magníficas del casino, de los hoteles y de las villas de los millonarios, habían puesto una absurda apoteosis de luz, no los blancos focos voltaicos, sino luces, muchas luces que corrían en guirnaldas entre las hojas de los árboles, siluetaban torres, rielaban de raros matices las cascadas, temblaban nerviosamente, serpenteaban, se encendían y apagaban, sustituyendo la fría albura sideral con un inverosímil iris fragmentario, muy audaz, muy moderno, luz de calentura, de pesadilla, de neurastenia, luz de una intermitencia obsesionante de vida irreal.

La Williams, Maruja, vaciló un momento en la terraza del casino, y luego, alzando con un gesto distraído sobre sus hombros el arbitrario albornoz de gasas rieladas de oro y agobiadas de pieles—portentosas chinchillas que valían cientos de miles de francos—, oprimiólo sobre las marmóreas carnes que, casi desnudas entre los crespones blancos, hacían resaltar sobre su ambarino dorado los hilos de portentosas perlas y, decidiéndose, descendió hacia el jardín.

Estaba muy bella Maruja, pero era otra Maruja diferente de aquella que avanzaba por la carretera bordeadora de los cantiles cantábricos. A ésta sí que podía aplicársele el paralelo con la heroína boticellesca. No sólo era leve e ingrávida, no sólo avanzaba danzante y airosísima, sino que, acrecentando aún el parecido que subrayaban las estofas magníficas y las pesadas joyas, sus ojos eran duros, fríos, y en sus labios había la mima mueca cruel y ambigua que en los de la matadora de Holofernes.

Habían pasado casi tres años desde su boda, aquella *boda que si la iglesia no anatematizaba, anatematizaban los suyos*, y tras la que ella, con un gesto magnífico de desdén, partiera *para siempre* con su marido, a bordo del *Argos*. Meses después, perdida por el mundo en el *yacht*, anclados creo que en Palm Beach o en no sé qué playa elegante de la Florida, recibió la noticia de la muerte de su madre. Como si sólo esperara ver casada a su hija o no pudiese resistir lo que para ella era *el bochorno de aquella boda*, la pobre mujer, en muy pocas horas murió de un ataque cardíaco, amparada y asistida por tía Casta. Ahora; dormía en el pobre cementerio, en el cobijo del Angel que abría sus alas dis-

poniéndose a volar al Cielo. ¿Para qué volver ya? El último lazo que la unía a aquel rincón, se había roto... Algo, sin embargo, protestó dentro de ella de aquella afirmación. En el oscuro desván de sus recuerdos, había una figura que alentaba y vivía; aun en las horas de pena iba hacia ella con una mirada de ternura reprochadora, tía Casta. Y todavía más esfumada, más lejana, perdidos en un bosque de sombras, y también la miraba con unos ojos muy humildes, muy tristes, muy desesperanzados, los de él.

Había, pues, tras un alto conmocionado al recibir la noticia infausta, seguido su camino un poco más triste, más sola, más abandonada aún.

¿Feliz? Ha dicho un gran escritor nuestro, que en la vida no hay felicidad. sino sólo momentos felices y ella había vivido *su* momento feliz. Cuando decidida, pasando por encima de todos y de todo, emprendió su absurda aventura matrimonial, fué feliz. Los desprecios que tapaban envidias, los odios ocultadores de concupiscencias, los desdenes que tapaban el deseo, los anatemas que ansiaban perdonar, formábanle una apoteosis, un triunfo que podía compararse con el de Lucifer, el Angel Malo, el expulsado de los cielos para empuñar el cetro del reino de las tinieblas. Dejaba Satanás de ser el más hermoso de los ángeles, pero un ángel, para ser señor de las Tinieblas; ella dejaba de ser la parienta pobre, la amiga que se invita para que acompañe y se trocaba en señora.

Sin embargo, pasado el primer momento de apoteosis que la rabia de los demás magnificaban, muy inteligentes despierta del sopor por el contacto violento con la realidad, empezó a... darse cuenta.

La cuestión teológica, como si dijésemos, no le atormentaba. Sentíase buena, creyente, fortalecida por fuerte fe y aunque incurriendo conscientemente en herejía, a lo menos en la convencionalidad de su mundo, que no ahondaba mucho en sutilezas teológicas, pues que el arrepentimiento ha de ir acompañado del propósito de enmienda, creía firmemente en su absolución. En cambio, no se sentía feliz; sentimentalmente, hecha la locura inicial, saltando por todo, tenía ¡remordimientos! Su pobre madre, no, era demasiado cándida, una ingenua, como las que pintara Trigo, ingenua *pero honrada;* y soñaba con su dicha y con verla volver triunfante, arrepentida y... *perdonada.* Pero había tía Casta. Y veía, veía a todas horas a la pobre mujer, tan vieja, tan enferma y... tan sola. Desde el fondo de sus noches de insomnio (porque ahora sufría noches de insomnio), parecíale ver en las tinieblas la figura informe, grotesca y monstruosa que le miraba con sus ojos buenos llenos de infinito amor, y veía aún otra figura más lejana, mucho más lejana, humilde y esfumada.

Pero, si del terreno de las especulaciones teológicas y de las fantasías sentimentales, volvía a la realidad, se interrogaba: «¿Soy feliz?», no sabía qué contestar. Aquella no era *su* vida. La fiebre locomotriz que al azar de la moda y de negocios que no acababa de entender les llevaba de un lado a otro, no le dejaba tiempo para analizar sus sensaciones. Venecia, el Lido, Palm-Beach, Biarritz, Deauville, Sevilla, Copenhague, Heligoland, Hollywood, desfilaban como en una cinta cinematográfica. Y sobre aquellos fondos y paisajes, gentes, muchas gentes, en una barroca promiscuidad atrabiliaria. Príncipes, artistas, grandes señores; industriales poderosos, banqueros, cuya voluntad podía transformar el mundo, entraban y salían, hablaban, decían cosas profundas o incoherentes como en el primer acto de una comedia irreal, cuya clave había que adivinar, Jack...

Pasado el primer momento de pasión, de deseo, decía ella ahora con la clara visión de las cosas, una visión demasiado cruda quizás, habíale *sentido* vivir junto a ella. Era un aventurero, un aventurero con *yacht,* con una incógnita de millones, pero un aventurero. Perseguía raras empresas, fantásticos negocios, explotaciones casi inverosímiles. ¿Para qué se había ca-

sado con ella? Formulábase la pregunta, serena, claramente; segura de que *ya* la respuesta no podría cambiar el curso de su vida. ¿Amor? Sí, tal vez, pero no bastaba: no era una de esas pasiones que llenan una vida. ¿Dinero? No lo tenía; quizá él, mal informado, creyera en aquellas fantásticas explotaciones que iniciara su padre, pero no bastaba tampoco. ¿Posición social? La pariente pobre, bien acogida por todos, pero nada más, no era suficiente para cimentar una gran posición. ¿Entonces?

No era feliz... *ya*. El vacío atroz de aquella vida de trapos, joyas, automóviles, aviones, barcos, la soledad en compañía de un mundo que no era el suyo, que ni la quería ni la estimaba, que la miraba curiosamente como a un bicho exótico o como una charada que hay que descifrar, le abrumaban.

Se puede vivir sin amor, sin dinero, sin libertad, pero en la soledad absoluta, rodeada de gentes hostiles o acechantes, no se vive.

Y su existencia entera constreñíase a buscar una verdad que no era sino un espejismo en el desierto y, mientras, aturdirse: el juego, los bailes, los deportes violentos, los *cock-tails*, los cigarrillos. Jugaba y perdía. Aquella misma noche, cien billetes de mil habían quedado sobre la mesa de *baccarat*. Al fin, cansada de perder, echóse la capa sobre los hombros, y con un gesto desdeñoso, sin ocuparse de Jack, que por allí *tallaba* bancas fabulosas en otra mesa, descendió al jardín.

Una quietud inverosímil envolvía todas las cosas, una inquietud casi irreal, quietud de realización plena, la sensación de algo llegado a la plenitud en la inmovilidad cósmica hecha de movilidades. Ni un soplo de aire, ni el vuelo de un ave o una mariposa, de un lado lejana y apagada, la música, del otro, el mar, que en su lento vaivén daba la sensación de solución al problema irresoluble en la relatividad humana.

Apoyóse en la balaustrada y sus ojos vagaron sobre el espejo marino blanco por la luz lunar, de una patética albura de paisaje sideral. Sentía como nunca la sensación de su soledad, de aquella angustiosa sensación que le escalofriaba ahora algunas veces.

—¿Ha perdido?... ¿Mucho?

Volvióse y vió junto a sí a Tornabronsky, el prócer polaco rival de los reyes norteamericanos en apalear millones. Alto, muy fino, muy elegante, apuesto, joven aún, sentíase viéndole, tal vez por sugestiones de nombre heroico, famoso en las cruzadas, la nostalgia del uniforme con plumas, pieles y correajes, hebillados de oro. Vestía correctísimo, impecable, de frac, la albura de la pechera cerrada por gruesa perla rosa, regalo de la gran Catalina de Rusia a un antepasado suyo. Afeitado, ostentaba en uno de sus ojos un monocle y al reír mostraba la doble hilera de dientes blanquísimos.

Sonrió, pasada la sorpresa y con un gesto de desdén murmuró:

—¡Bah! Unos miles de francos.

Inclinóse galante:

—Una mujer guapa, no debía perder nunca.

—Pierdo—limitóse a anotar.

Acentuó su rendida galantería:

—Injusticias de la suerte. Pero hay un adagio, creo que de su tierra, que les predice a los desgraciados en el juego... fortuna en amores.

Una mueca pálida, levísimamente irónica, flotó en los labios descoloridos, sinuosos como el trazo de una boca florentina del *quatrocento*.

—Ya lo ve... Sola y...

Como callase, completó el caballero con una interrogación:

—¿Triste?

No fué categórica; sutil se evadió.

—Estoy... sola.

—Porque usted lo quiere así. Maravillosamente bella, infinitamente inteligente, culta, amable, *chic*, todo el que acierta a verla una vez tiene que quedar prisionero de su encanto.

—¿Todos?—y ponía una ironía desgarrada en su pregunta.

—Todos—afirmó él.

—¿Jack?—tornó a preguntar con sarcasmo.

El caballero polaco se exaltó:

—Es absurdo, inicuo, inverosímil lo

que pasa con ustedes. Tener un tesoro en su mano, algo único, algo que todos le envidian y dejarlo tirado...

Afirmó altiva:

—Está seguro.

—No basta—corrigió él sin darse a partido—. Usted merece más, mucho más; merece un hombre que la quiera, que viva en adoración, de rodillas ante usted, un hombre que la merezca, que sea bueno, noble, abnegado, devoto, que viva para servirla.

Con casi imperceptible acento de amargura denegó ella:

—No existe.

Revolvióse vehemente:

—No diga eso. Es como si un ciego negase la luz del día porque no podía verla.

Hizo con los labios una imperceptible mueca de desdén:

—Será mala suerte mía no haberlo encontrado.

Insensiblemente pretendió él llevar el coloquio a su terreno.

—Muchas veces decimos que una cosa no existe sencillamente porque no queremos verlo. Distraídos en otros pensamientos pasamos junto a la felicidad sin darnos cuenta.

Ironizó ella:

—¿Y yo?

—¿Usted?, ¿usted?...—habló vehemente—lo merece todo. Yo la amo, la adoro, es usted mi ilusión, mi sueño. Si quisiese mi vida entera, sería un esfuerzo para hacerla feliz. Viviría para usted y sólo para usted; todas las maravillas del mundo me parecían poco.

Se expresaba con ardoroso entusiasmo, con pasión contenida, como en una inundación en que los diques no fuesen suficientes para contener el ímpetu de las aguas. Había ido inclinándose en el barandal junto a ella, y su mano seca y quemante oprimía la suya.

—¡Mary! ¡Mary! ¡La amo, la adoro! ¡Es usted mi sueño, mi ilusión! —balbuceó.

La Williams desasióse lentamente, sin indignación, sin furor, una sonrisa desvaída en el rostro, pálido de luna ahora, y subiendo con un lento empuje de los hombros, con el gesto *muy suyo*, el gabán, habló pausada, tranquila:

—No, conde, no. Es usted un gran amigo, pero otra cosa no. En el ensayo perderíamos la amistad sin encontrar el amor.

Y a un ademán desesperanzado de su adorador, añadió:

—Voy a decirle una verdad, una verdad fatal e irremediable: soy honrada y nunca, oiga, nunca, pase lo que pase, dejaré de serlo.

Desmintió él su caballerosidad lanzando un dardo, que si no fuese pedantería insigne compararía con las flechas que al huir arrojaban los parthos:

—Son palabras muy bellas, que la honran..., ¡lástima que quien las inspira no las merezca!

Limitóse Maruja a encoger los hombros. El conde insistió:

—Pena causa que quien posee tal tesoro, en vez de cuidarlo, pierda su fortuna en la ruleta... junto a una aventurera.

El tiro dió en el blanco.

—¿Jack?

—Pierde—aclaró—; pierde mucho. Ahí está la Medowska para ayudarle.

Pero ella se había repuesto, y envolviéndose en el gabán se despedía.

—Hasta mañana.

Luego, lentamente, perdióse en las veredas del jardín.

El ascensor la dejó en el segundo piso, y siempre pausada, un poco mecánica, se encaminó al cuarto. Abrió la puerta y, atravesando el saloncito, dirigióse hacia su alcoba distraídamente. Un *¡buenas noches!* la detuvo, y volviéndose hallóse frente a frente de su marido, que, vestido con pijama malva rayado de verde, hundido en la *rokingchair* fumaba *lucki-strike*, tenía una novela caída sobre las rodillas.

—¿A dormir ya?

El inevitable encogimiento de hombros.

—A leer un rato. Tengo una novela de Benoit...

Hubo una pausa. Indistintamente, empleaban el inglés y el español; pero

ahora la conversación deslizábase en inglés.

Miró Jack el reloj.

—Temprano... Después de cierta hora no hay nada que hacer.

Eran las tres; pero en su vivir incoherente nada tenía el poder de extrañarle. Prosiguió él con tediosa fatiga:

—Nada... Los *cabarets*, tan banales, tan vulgares, con unas pobres criaturas famélicas que sueñan con... comer y, tal vez, economizar unos cuartos para volver a su tierra.

Maruja observó:

—Son feas, tristes y vulgares...

—¿Crees?—preguntó indiferente, como quien no quiere dejar languidecer la conversación.

—Sí, no tienen ni espíritu ni inquietud.

De pronto, por un raro fenómeno psíquico, la montañesita, la española, se encontró escuchándose a sí misma. Y las palabras livianas, incoloras, necias, frecuentes en el raro diálogo compuesto de esos solilouios, se le antojaron feas, sucias, atrozmente deshonestas, indecentes. No, no y no. Pese a su ambular por el mundo, pese a su modernidad, a su cosmopolitismo, sentía repugnancia, asco de su impudor, y percibía clara y netamente la monstruosidad de aquel conversar despreocupado y ligero entre dos esposos.

Iba a añadir cristianos, y en la rara sucesión de clarividencias entrevió el abismo atroz. Cristianos, sí: pero en distintas, antagónicas y aun opuestas confesiones. Creyó entrever la razón del conflicto, el punto de partida, ideal equivocado, falso. Antojósele percibir claramente que el amor era una comunidad de creencias, de ilusiones, de deseos, de esperanzas; el capricho, el gusto, la ambición eran accidentes que no bastaban a llenar la vida.

Con la vertiginosa rapidez con que sensaciones y decisiones se sucedían ahora en su existencia, dueña de una extraña resolución, dejó caer al suelo con gesto de distraído desdén el abrigo, que quedó formando un montón de rosada espuma rielada de plata, y cogiendo una silla sentóse resuelta junto a él.

—Tenemos que hablar—le dijo.

—¿Que hablar?—preguntó él, extrañado.

—Que hablar mucho—afirmó ella, decidida—. Que hablar de cosas serias, trascendentales...

—¿Has perdido otra vez?—interrogó desorientado.

—He perdido—aseguró ella—; pero eso no tiene gran importancia.

Ladeó la cabeza con ambigüedad dubitativa. Luego habló:

—Yo también he perdido... mucho, y... puede que tenga más importancia de lo que creas.

Alzó la frente, distraída de sus zozobras, y le miró desconcertada:

—¿Sí?

—Sí—aseguró—. Las cosas de dinero son tan feas, tan vulgares, tan odiosas, que cuesta trabajo parar el pensamiento en ellas, y se aparta como apartamos los ojos de una babosa u otro bicharraco sucio y repugnante.

Interrogóle:

—¿Malos negocios?

Replicó vivamente:

—Los negocios no son nunca ni buenos ni malos. Resultan o fracasan. Se juzgan *a posteriori*, nunca *a priori*. El negocio mejor del mundo, si fracasa, es malo: el peor, si resulta, es bueno.

—¿Los tuyos?—determinó ella.

—Fabulosos, magníficos, espléndidos, mientras no se demuestre lo contrario.

—¿Y se ha demostrado?

—No, aún son una incógnita. El *trust* del hierro es la empresa más formidable que pudieron soñar los hombres. Poseemos los dos tercios de las acciones. La sociedad anónima que presido es poderosa, una de las más poderosas del mundo, pero...

—¿Pero...?—interrogó ella con escondida inquietud.

—Pero, como todos los negocios que llevan en sí algo de lotería, puede (hay novecientas probabilidades contra mil de que salga bien) no salir, quedan vagas probabilidades de que salga mal, y entonces sería la ruina, el descrédito, la deshonra.

Objetó Maruja, sin gran fe:

—Tú eres rico, y aunque saliese mal...

Atajó:

—Te equivocas. Cuando se arruina uno por unos cientos de miles de francos que ha gastado en lujo, es muy fácil arreglarlo; cuando es por millones, cuando el mundo entero está complicado, imposible; es la... catástrofe.

—Pero tus negocios—interrogó, sin poder vencer la inquietud que se adueñaba de ella.

—Bien. Hace tres días que las acciones suben, suben como burbujas; sin sobrevenir una catástrofe, antes de ocho días las acciones de la sociedad habrán duplicado su valor.

Como sucede siempre en la vida, según se tranquilizaba en este respecto, sus resquemores e inquietudes retornaban.

—Me alegro por ti—habló ella, subrayando la persona—; por ti, que podrás seguir tu vida fastuosa; por ti... y por esa mujer.

La miró extrañado.

—¿Y por ti...?

—Por mí, no—afirmó rotunda—; por mí, no; ni quiero ni puedo seguir así.

—¿Cómo?—preguntó, acentuando la sorpresa.

—Así.

Y como él la mirase con no fingida sorpresa, conminó:

—...O esa mujerzuela o yo.

Era real el desconcierto admirado de él.

—¿Te ha faltado algo? ¿No te guardo las consideraciones debidas?

—No—aseguró rotunda.

—¿No?—formuló con una fingida sorpresa.

Maruja, resuelta, aproximó aún más su silla a la butaca de que no se había movido su marido y se expresó firme, severa, inexorable:

—No, Jack. Yo no soy feliz, no he nacido para esto, no puedo vivir así. Mi marido es... mi marido, ante Dios y los hombres.

Hubo una leve pausa, en que él pareció reconcentrarse en sí mismo. Al fin habló, triste, pero frío, sereno:

—¿Lo que tú dices?... Mira, se puede exigir un sacrificio en nombre del egoísmo formidable del amor, en nombre de la tristeza del desengaño; pero no pueden exigirse las cosas friamente en nombre de esas cosas glaciales que se llaman el deber, el respeto, la ley. Si quieres ver las cosas así sólo puedes pedir respeto, consideración, y yo, jamás falté a ellas.

—Te exhibes con esa mujerzuela—fulminó.

—No es Medea una mujerzuela, es una gran artista de fama mundial, es una *figura* que encontramos en el Casino, con quien jugamos...

Los resabios provincianos empujaron a Maruja por una senda peligrosa.

—No puede ser. O ella o yo. Si lo quieres así, bueno; si no...

—¿El divorcio?—apuntó inexorable.

Creció se.

—El divorcio es contrario a mi ley, a mi religión.

Afirmó glacial:

—No estamos casados ni por tu ley ni por tu religión.

¡El conflicto, el conflicto, atroz, insorteable! Sentía la verdad cruel de aquella afirmación; pero, orgullosa, altiva, casi dolíale más la herida del amor propio.

Púsose en pie y recogiendo del suelo la capa de brocado y pieles, envolvióse en ella al desgaire. Luego miróle desdeñosa de hito en hito.

—Piénsalo—le dijo.

Y pausadamente se encaminó a su alcoba.

V

MEDEA LA ENCANTADORA

Saltó del *Rolls-Royce*, y seguida de Tornabonsky penetró en el aérodromo. Toda de blanco, rielado de plata y recamado de perlas, estaba muy bella. Más perlas, portentosas éstas, se enlazaban a sus brazos y colgaban de su cuello.

El campo de aviación hervía de gente venida de todas partes para asistir al festejo. Sobre la verde *pelouse*, o sea, sobre los tapices de yerba esne-

raldina, apiñábase toda clase de público, contrastando el gayo colorido de los trajes femeninos con los opacos indumentos de los hombres.

La Williams volvióse a medias hacia su acompañante:

—¿Jack?

—Por ahí estará ocupándose de los preparativos del vuelo.

—¿Volará con esa mujerzuela?

El conde rectificó:

—No es mujerzuela. Es nada menos que Medea la encantadora, hija del rey de la Cólquida.

Rió desdeñosa:

—Allá se las llevarían. Probablemente sería una tía también.

Tornabonsky se sintió pedante.

—Es demasiado difícil ir a una exégesis profunda de la fabula... Por otra parte (y hablaba con sutil ironía, con que pudiese hacerlo en el ágora ateniense un amigo de Alcíbiades), todo es..., aquí de Einstein..., relativo. El carro de fuego de Medea y el del profeta Elías, el Vellocino de oro y el Jardín de las Hespérides... Tal vez Jasón, es lo más probable, fuese un aventurero; ella, la hija de un rey poseedor de admirables riquezas. El tal carro, un modo modernísimo de evasión.

Iba a protestar ella, cuando fuerte vocerío y la avalancha de gentes que corrían cerrando el camino que la curiosidad abriera a su paso anunció el vuelo.

—¡Ahora!

Con grandes trabajos franquearon un camino y, al fin, halláronse instalados en los primeros puestos en el momento en que los aviadores ultimaban los preparativos.

En el aparato, menudo, ligerísimo, veíase a Jack, que concluía de arreglarse cerrando el mono gris, encapuchándose, calzándose los guantes y colocándose los grandes lentes de aviador. Junto a él, Medea, embutida también en el mono, mostraba su perfil de esfinge, en que los ojos verdes completaban la ilusión. Con sus manos, largas y exangües, portentosamente enjoyadas, remataba su ataviado cerrando el traje, que, del prodigioso lujo, sólo dejaba asomar el hilo de enormes perlas.

El polaco silabeó entre rendido y suavemente irónico:

—No sufra. Son datos para hacer fallar el divorcio a su favor.

No tuvo tiempo de contestar. Entre la palpitante expectación, el aeroplano, como un ave encantada, como un ave *Roc* que se elevase con su presa, comenzaba a surcar el espacio, llevando la pareja, muy cosmopolita, muy *chic*, modernísima.

Tornabonsky comentó:

—*El ave de Colón* me parece un nombre exagerado para ese pajarito. Más bien, teniendo en cuenta los presagios, *El pájaro de Moctezuma*.

Maruja se estremeció, oprimiéndole el brazo.

—¡Cállese!

Pero el aparato se elevaba majestuoso e iba trazando círculos fantásticos. Ora se elevaba, ora dejábase caer con la majestad de un vuelo plano. Saltaba, ascendía hasta perderse de vista en el espacio, bajaba luego trazando círculos concéntricos.

El público, entusiasmado, arrebatado de emoción, aplaudía; sintiendo a veces el escalofrío del peligro, el latigazo de lo trágico.

—Medea la encantadora—ironizó el caballero—dispene de un *carro* admirable y de un piloto bastante hábil.

Disponíase Maruja a replicar, cuando de improviso una llamarada vivísima envolvió el aparato e hízola cerrar los ojos. Al volver a abrirlos, vió al aeroplano que bajaba raudo envuelto en fuego y, tras cruzar el aire como una exhalación, iba a estrellarse contra el suelo.

EPILOGO

UN POCO NOÑO Y UN POCO SENTIMENTAL, PERO... VEROSIMIL

Con un gesto cansado de vencimiento, Maruja dió algunos pasos por el cuarto, banal, del hotel modestísimo, y volvió a dejarse caer en la butaca

junto a la ventana, arropándose en la amplia bata de franela blanca.

Estaba sin peinar, sin vestir, calzada con unas sandalias. El rostro, nimbado por la cabellera alborotada, aparecía demacrado y pálido, ayuno de afeites ni retoques; la boca, dejada, crispada por una mueca de sufrimiento, y los ojos, enormes, hundidos en las grandes ojeras violetas.

Llovía a mares; el agua, que caía sin fin del cielo gris y uniforme, encharcaba las calles, azotaba las hojas de los árboles y resbalaba por los cristales. Contados eran los transeúntes, que transitaban presurosos, cobijándose bajo los paraguas; de tarde en tarde, algún coche o algún auto pasaba haciendo salpicar el barro de los baches, y todo envolvíase en esa tristeza opresora y otoñal, propia de las capitales norteñas.

La infeliz sintióse triste hasta la muerte. De todas las atroces sensaciones que había experimentado en aquellos meses, el espanto de la tragedia, el rápido derrumbamiento de todo, la miseria, el abandono, la hostilidad, la mala fe y mala voluntad, la peor era aquélla, la de su soledad. Porque estaba sola, atrozmente sola, inhumanamente sola. Cortó las amarras, y el barco de su vida, que vagara primero majestuoso y magnífico, había naufragado.

Por una de esas absurdas asociaciones de ideas que nos turban y desconciertan en momentos críticos, evocó de súbito la tarde en que, hablando con su pobre madre, tuviera las fáciles bromas de chiquilla mimada. ¡Cantiles! Tía Casta, el puerto de arribada, el seguro contra naufragio...

Y evocó la maravillosa aventura de su vida. El mar azul, el *Argos*, el Jasón norteño, la conquista del Vellocino de oro, Medea, el carro de fuego...

De aquella novela llena de reminiscencias clásicas, de aquella historia que requería un viejo poeta de Grecia para narrarla, había hecho una historia moderna, liviana y banal. ¡Y no quedaba nada! La pobre mamá había muerto lejos de ella; Ramón la había olvidado y estaría casado con alguna damisela pueblerina, de la que tendría hijos que fuesen su razón de vida; las amigas de su infancia santiguaríanse al pronunciar su nombre como el de un réprobo; las de los días felices, la recordarían sonriendo irónicas; tía Casta... Sintió una ola de ternura invadirla. ¡Pobre tía Casta! Tal vez habría muerto ya, y si no, ni querría oír hablar de ella. Sin embargo, tía Casta la quería; con dulzura filial recordó la casita, la figura de la vieja, sus palabras...

La emoción iba ganándola. Quizá no era la tal emoción, sino el plasmado o la realización de algo que le trajera allí.

Después de la catástrofe, pasado el dolor y el horror de los primeros momentos de la tragedia, habían comenzado a surgir otras ocultas y tristes realidades. La hecatombe, hasta entonces evitada por el raro misterio de los intereses creados, estallaba. Las acciones de la fantástica sociedad bajaban vertiginosamente; acreedores, asociados, interesados en los negocios, semejantes a la estatua vista en sueños por el rey Nabucodonosor, en que teniendo los pies de arcilla, sin base, se venían al suelo al primer empuje. No hubo humillación ni escena desagradable que le fuese ahorrada a su soledad. Liquidado todo, vendido el *yacht* y los automóviles le quedaban algunos miles de *dollars* y sus joyas portentosas, que constituían una pequeña fortuna. Entonces, sin saber por qué, con el angustioso afán con que un náufrago se ase a la tabla salvadora, volvió los ojos a su tierra.

¡Ilusiones! Allí nadie la querría, ni aun la odiarían; la *ignorarían*, que era peor. Había jugado su vida a una carta y había perdido. Tenía que pagar, que conformarse e irse por el mundo a engrosar la falange de aquellas a quienes una deidad inexorable condenaba a errar sin descanso.

Todo era triste, atroz, abrumadoramente triste; caía monótona, incesante, la lluvia, poniendo una cortina cristalina en la ventana; al exterior, la melancolía plomiza de las capitales

norteñas en invierno; dentro, la espantosa sensación de soledad y de vacío, el olor angustioso de humedad. ¡Y ni una mano amiga que le ayudase a cruzar aquel río de sombras! Bajó la cabeza dejando resbalar una lágrima por la mejilla marchita.

De improviso sonó una voz, una voz maravillosa en la cóncava opacidad, porque era una voz timbrada de amor.

—Vamos, chiquilla, no llores, que aquí tienes a la pobre tía Casta.

Y como en un sueño vió ante sí, adorable y grotesca, ridícula y enternecedora, patética y burlesca, la persona de la vieja.

Maruja irguióse trabajosamente, dió unos pasos vacilantes y se desplomó en los brazos que se le tendían.

La *Parca*, benévola, más vieja, más fea, más extravagante que nunca, vólvióse a la puerta:

—Ramón, hijiño, espera un ratito a que se me calme esta criatura.

FIN DE
«EL SEGURO CONTRA NAUFRAGIO»
DE
ANTONIO DE HOYOS
Y VINENT

ALBERTO INSUA

(1885)

ALBERTO INSUA

NOVELISTA, *autor dramático, periodista. Nació en la Habana. Desde los quince años vivió en España. Licenciado en Derecho. Redactor y colaborador de los principales diarios madrileños y revistas de toda España. Ha viajado por toda Europa y América. Corresponsal de guerra—1914 a 1918—del diario* A B C *en Francia. De una asombrosa fecundidad, sus novelas han sido traducidas a todos los idiomas, y algunas de ellas llevadas a la pantalla.* El negro que tenía el alma blanca—*1922—es una de las novelas del mundo más leídas en los últimos cincuenta años. Posee una original inventiva y una maestría técnica que le han procurado fama universal. En el teatro ha logrado grandes éxitos.*

Novelas: En tierra de santos; La hora trágica; El triunfo; Las flechas del amor; La mujer desconocida; Las neuróticas; El demonio de la voluptuosidad; El peligro; Maravilla; Los hombres; El deseo; El alma y el cuerpo de Don Juan; Un corazón burlado; Un enemigo del matrimonio; La mujer que necesita amar; La mujer que agotó el amor; La mujer, el torero y el toro; El barco embrujado; Humo, dolor, placer; El complejo de Edipo...

EN MEMORIA DE VICTOR BRUZON

I

ERA una carta de mi hermano Luis, médico en Nautilia:

«Querido Ernesto: Te presento a Víctor Bruzón, un barítono de primer orden, que va a Madrid a triunfar. Ayúdale. Tengo verdadero interés por Bruzón, que es un buen amigo. Te abraza tu hermano,

Luis.»

El señor Bruzón sonreía. Era un hombre inmenso, alto, ventrudo. Tenía, sin embargo, algunas cosas pequeñas: la cabeza, la nariz, los ojos, el bigote. Los ojos eran negros y de vivacidad extraordinaria. El bigote, escaso, se desmayaba como el de un chino. En realidad, el señor Bruzón hacía pensar en un mandarín sin trenza y vestido a la europea. En un mandarín precisamente, porque el señor Bruzón tenía no sé qué prestancia, no sé qué aire majestuoso y grotesco a la vez. Yo hacía estas observaciones mientras el señor Bruzón, satisfecho de mi aco-

gida, estiraba los pies (que eran unos pies de gigante, calzados con unas botas de charol deslucidas y resquebrajadas) sobre la alfombra de mi despacho y accionaba con unas manos, también de gigante, para aumentar la elocuencia de sus palabras. El señor Bruzón era elocuente, o, mejor dicho, locuaz. Su voz era limpia y se dilataba con cierta dulzura al pronunciar las vocales. Bruzón esmaltaba sus períodos con graciosos diminutivos, que contrastaban con su figura de cíclope. No se podía menos de sonreír al escuchar de un hombre tan grande unas palabritas tan suaves y melosas.

—Mire usted—me decía—, no se figure que pretendo ganar montones de oro. No, señor; con unos duritos me basta. Que pueda yo llevar siempre un trajecito limpio, tener una alcoba decentita en una casa de huéspedes tranquila y que no me falte para alcuilar un pianito de tres duros. Lejos de mí las vanidades, las ambiciones desmesuradas, locas... Una vida de artista estudioso, una vida apañadita, ¿sabe?

Sospeché que no sólo la cabeza, los ojos y el bigote eran pequeños en Bruzón. Parecía también serlo el ideal. Esto me tranquilizó. Si, como mi hermano Luis afirmaba, Bruzón era un buen barítono, no me sería difícil encontrarle pronto un teatro donde pudiera ganar aquellos duritos que necesitaba.

—¿Usted ha cantado ya en Madrid?

—Sí, señor; es decir, no, señor..., porque no puede decirse que aquello fué cantar... Estuve en la Zarzuela en tiempos de don Julián Romea... de corista. Don Julián Romea me distinguía mucho. ¿Conoce usted *El señor Joaquín?*

—Creo que sí...

—Pues yo creí un papelito en esta zarzuela de don Julián. Yo hacía un vendedor de caramelos, un italiano que lanzaba su pregón..., ¡pirulí..., pirulii..., pirulii!! Un papelito insignificante..., nada...; pero don Julián me felicitó y me dijo: «Amigo Bruzón, le ha dado usted un gran relieve al tío de los caramelos.»

Y Bruzón cerró un instante sus ojos diminutos, con nostalgia.

—¿Y qué otros papeles hizo usted?

—¡Ah, ninguno! Yo era un niño, un niñito... Comenzaba. Pero entre los coristas, naturalmente, sobresalía por la voz. El maestro Caballero lo observó y le dijo a la empresa: «Ese jovencito promete; tenemos un gran barítono para el porvenir.»

—Parece que se ha realizado la profecía de Caballero... Mi hermano Luis me dice...

No me dejó acabar. La americana azul del barítono se derramó por ambos lados de la butaca en que estaba sentado, y dejó ver un chaleco blanco demasiado corto y ceñido al vientre de manera que amenazaba saltar los botones.

Una de las manazas de Bruzón amarilleó sobre el chaleco, fué a sepultarse en un bolsillo interior de la americana, y la vi aparecer de nuevo sosteniendo algo que de pronto me pareció un harapo. Era un cuadernito, descosido, sucio, del cual salían, aquí y allá, trozos de papel impreso.

—Vea usted... Vea usted... Todo, todito lo que ha dicho de mí la Prensa está en este librito...

Bruzón se me aproximaba para hojear el cuaderno, y yo le sentía respirar fuerte, como si desease contrarrestar una emoción.

—Vea usted... Vea usted... Son elogios, bombitos, si usted quiere... De un periódico de Lisboa, de *O Seculo*. De Coimbra, de Oporto... De un periódico de Espinho... ¡Qué éxitos tuve allí! Aquel verano... Figúrese que fuí por quince días al Casino y me contrataron por toda la temporada. Los portugueses son muy cultos, saben apreciar... Hice allí algunos contiños de reis.

—Pero... ¿en España?

—Sí, mire usted... De Cáceres... Mire lo que dicen... De Villanueva de la Serena..., de Zafra..., de Toledo..., de Alcalá de Henares..., de Valdepeñas...

—¿En ciudades grandes no ha cantado usted? ¿En Barcelona, en Valencia?...

—¿Ciudades grandes...; ciudades

grandes?... ¡Ah, sí, señor! He cantado en Palencia, en León, en Astorga, en Pontevedra...

—Siempre conciertos, ¿verdad?

—Sí, señor, sí; siempre conciertos... Un repertorio muy cuidadito... El prólogo de *Payasos*, ¿sabe?, la canción de la estrella de *Tannhauser*... Un repertorio muy cuidadito... En ópera italiana, todas las partes de barítono, todas..., toditas...

Bruzón se rebulló en su butaca. Sus ojuelos brillantes quisieron como atravesar las paredes de la casa.

—¿Tiene usted piano?

No supe mentir.

—Sí, es decir, no... Está desafinadísimo..., inservible...

Quedó inmovil un instante. Y luego:

—En cuanto esté afinadito me lo dice y damos un concertito... Usted está muy bien relacionado..., sí, no lo niegue usted... y podrán venir amigos, periodistas...

Por fin concretó sus pretensiones. Quería las siguientes cosas:

Dar un concierto en el Círculo del Noroeste.

Otro en casa de un conocido crítico de teatros.

Otro en el Ateneo.

Una pequeña audición («pequeñita para no molestar») en Palacio, ante los reyes y los infantes.

Y, por último, un puesto de segundo o tercer barítono en el Real.

—A usted no le será difícil... Su hermano Luis me ha dicho que tiene usted mucha influencia... ¿Cuánto pagan ustedes en el Ateneo?

—¿Va usted a hacerse socio?

—No, digo por concierto.

Tanta ingenuidad me conmovió.

—El Ateneo—le dije—paga con el prestigio que proporciona a los que suben a su tribuna para dar una conferencia, leer un poema o cantar una romanza... El prestigio del Ateneo es inconmesurable; la cultura y amabilidad de sus socios, exquisita, y el piano..., el piano está un poco viejo, pero cuando sólo se necesita para acompañarse...

Y como el señor Bruzón torciese el gesto, desencantado.

—Qué—insistí—, ¿no cree usted en el prestigio que proporciona la docta casa?

—Sí, señor, sí; seguramente... Entonces, en el Círculo del Noroeste, ¿cuánto pagarán?

—El Círculo del Noroeste paga en agradecimiento. Todo artista que pasa por allí escucha aplausos, es recibido por dos vocales y el secretario y suele ser declarado socio de mérito...

—Entonces, señor de Suárez—dijo Bruzón, pronunciando por primera vez mi apellido—, ¿qué hago yo en cuanto se me concluya mi dinerito? Yo acabo de llegar esta misma mañana de Nautilia, en tercera del mixto... ¡Oh, nada de vanidades! En tercerita, ya le digo a usted... Y tengo ahora, en el bolsillo, ¿qué?, unos siete duros, unos siete duritos... Mi hermano Abelardo, que, como usted sabrá seguramente, está con los Berganza, los banqueros de Nautilia, no pudo darme sino cien pesetas para este viaje y alguna ropita que me viene estrecha, porque Abelardo, vamos, es menos hombre que yo, ¿sabe? ¡Cien pesetillas y gracias! Usted sabrá que está casado... Magdalena, su mujer, es una joya... Hábil, discreta... Vea usted, esta corbata de crochê es obra de sus manos. Y no hay quien la aventaje en lo de hacer dulces y licores... Hace una crema de café, amigo Suárez, que ahora, porque me venía definitivamente para Madrid, es que ha querido darme la receta... Excuso decirle que cuenta usted con ella... Pero, claro, Abelardo y Magdalena se han cargado de hijos... Y su hermano de usted, Luis, ¡bien que celebraba la crema de café!... Pues, como le digo, mi cuñada y Abelardo se han cargado de chiquillos... Son siete..., la mayor de trece años, y... claro..., el artista..., el soñador..., Víctor..., yo, en una palabra, les resultaba un estorbo... Yo, que me meto en cualquier parte, que no hago más que estudiar y leer... A mi vuelta de Portugal, Abelardo me recogió en su casa, y mientras no fueron viniendo los muchachos todo marchó bien. Claro que yo, al notar que la presencia del artista, del soñador..., se conver-

tía en una carga..., le dije a Abelardo: Bueno, yo me voy... Y Abelardo me dió el billete de cien, y su hermano Luis, que es tan buen amigo y tan enamorado del arte, la cartita que he tenido el gusto de entregar a usted...

Bruzón tomaba alientos para proseguir. No me fué posible contenerle. Habló, habló cuanto quiso. Cada vez que yo hacía ademán de levantarme, el hombre extendía una mano y un brazo como para impedírmelo. Por fin, como una criada apareciese «para darme un recado de parte de la señorita», Bruzón, a quien yo había prometido cuanto deseaba, se fué, anunciándome que volvería al día siguiente, «para ir a casa del presidente del Círculo del Noroeste, el señor Villate, diputado a Cortes y consejero de Estado».

II

Volvió al día siguiente, a las nueve de la mañana, y tuve que vestirme a toda prisa para acompañarle a casa de don Ricardo Villate, el laborioso político. Villate nos recibió en batín, en su despacho lleno de bustos, de placas de metal y de libros en folio lujosamente encuadernados. Hombre expeditivo y jovial, Villate resolvió en seguida «que el señor Bruzón luciese sus facultades en el Círculo, a cuyo efecto daría las órdenes oportunas». Tanta facilidad y efusión dieron ánimos al barítono para sacar su cuaderno con recortes de la Prensa.

Pulcro y escéptico, Villate rechazó lo más discretamente posible «aquella documentación». Fueron sus palabras. Y como Bruzón, con un gesto de mártir, volviese a su bolsillo el famoso cuaderno.

—No, hombre—dijo el político sonriendo—. Si yo creo todo lo que dice *ahí*. Ahora bien, a un cantante le basta con saber cantar... La Prensa puede despistar a la opinión con un estadista, con un escritor, con un filósofo, haciendo pasar por excelente lo mediocre... Con ustedes los cantantes no es posible... Sueltan ustedes un gallo, desafinan ustedes, y no hay periodista que lo arregle...

Villate nos acompañó hasta la puerta del despacho. En los días que precedieron a la velada en el Círculo del Noroeste, Bruzón no dejó ninguna mañana de venir a verme. Era octubre, un mes de octubre templado y lleno de sol; un tiempo que parecía incompatible con la tristeza. Sin embargo, Bruzón daba a sus palabras un tono de melancolía. Apenas tenía ropa y pasaba las noches en la posada del Peine, en una cama de una peseta cincuenta céntimos.

—Una cincuenta, seis realitos cada noche, es horrible, señor Suárez, horrible. Yo comprendo que le cobren a uno por comer, por vestir; pero no comprendo que haya que pagar el sueño... Debiera haber dormitorios públicos..., ¿qué sé yo? El mundo, indudablemente, está muy mal organizado... Unos, muchos; otros, nada...

Y Bruzón, sin querer, paseaba por mi despacho, si no lujoso, confortable, una mirada que parecía decir: «Tú, en cambio, Ernesto Suárez, abogadillo de tres al cuarto, periodista de menor cuantía y propietario de unas granjas y de unas tierras allá en nuestra provincia, tienes casa abrigada, mujer bonita, hijos sanos, y aquí mismo, en tu despacho, dos o tres sillones y canapés donde yo pasaría las noches tan ricamente.»

Mi familia ha censurado siempre mi simpatía a los proletarios de todo género. Estas amonestaciones y los desengaños recibidos de algunos a quienes favorecí, debieran de haberme endurecido, convirtiéndome en un *perfecto burgués*. Pero he de confesar que cuando voy al Banco, cada tres meses, a cortar el cupón, no lo hago sin una íntima vergüenza y una profundísima reserva mental. El día del *Reparto Social*, las pocas tierras que heredé de mis abuelos y el poco de cuatro por ciento que me dejó mi tío Francisco marcharán gozosos al ministerio de Hacienda comunista, donde habrán de hacerse las particiones... Entre tanto habré de conciliar mi condición de burgués interino y de falansteriano

del porvenir con la práctica de las virtudes recomendadas por Jesucristo. En consecuencia, propuse al señor Bruzón que aceptase un lugar en mi mesa todas las mañanas.

—Mientras no encuentra usted un empleo... Con toda confianza, amigo Bruzón.

Bruzón hizo algunos melindres. No le gustaba molestar... Pero aquel mismo día compartió con mi mujer y conmigo los alimentos sanos y sustanciosos preparados por la Romualda, nuestra hábil cocinera; comparó la merluza de Nautilia con la de Madrid, echando de menos «aquella frescura..., aquel sabor»; hizo un elogio del café casero, y, como le ofreciésemos una copita de Benedictino, proclamó las excelencias de la crema de café «que preparaba Magdalena, la mujer de su hermano Abelardo». Volvió a prometerme *la recetita*. Bruzón comía dulcemente, pero de un modo continuo y voluptuoso. Era de esos hombres sensuales que positivamente son felices en el comedor. Tenía un apetito contagioso...

III

Mi mujer creía recordarlo de Nautilia, donde ella ha nacido.

—Este es uno que decían que cantaba muy bien... Pero yo no sé si lo confundo con un primo suyo, de los Jiménez Bruzón, que también cantaba... Sí, seguramente lo confundo...

También yo creía recordarlo.

—Este tipo no me es desconocido. Este hombre gigantesco y de cabeza chica es algo de Nautilia que vuelve a mi memoria. Si, como yo presumo, Bruzón me lleva diez años, yo le habré visto de niño, por la calle Ancha, por las Avenidas, por el muelle... Tengo idea de haber oído cantar una noche en la bahía a un grupo de muchachos, que iban en un bote con botellas y guitarras... A popa, un joven muy alto y con el pelo alborotado por la brisa se había puesto de pie y cantaba un fado con una voz limpia y suave que vibraba sobre el mar. Recuerdo esa voz, recuerdo que era noche de luna y que a unos cuantos chicos que veíamos y oíamos aquello desde el malecón nos daban ganas de aplaudir y de llorar... Si el joven alto era Bruzón, si aquella voz era su voz... piensa, Merceditas, que yo no puedo desamparar a este hombre...

Mi mujer me miró entre risueña y asombrada. Y yo, sin explicar mis palabras, volví a mi despacho, pensando «que aquel Bruzón me era simpático y que yo tenía el deber de protegerle».

Ocho días después, Víctor Bruzón estaba *incrustrado* en mi casa. Exagero. Bruzón aparecía después de las once de la mañana y se iba a las cuatro de la tarde. Leía los periódicos en mi gabinete y despachaba su correspondencia en el cuartito del escribiente. Había hecho amistad con mis dos hijos mayores (que eran entonces dos chiquitines de tres y cuatro años), y con la nodriza del menor, una buena moza asturiana que sonreía constantemente. La Romualda, desde la cocina, protestaba del convidado. Ella decía del gorrón. Mi mujer, como mi amigo fuera tomando confianza y se permitiese encontrar soso el pescado o un *poco duro* el *beefsteak*, comenzaba a no hablar durante la comida, a fruncir las cejas, a destilar gota a gota, como las mujeres saben hacerlo, la protesta... Yo temblaba por Bruzón. La debilidad de carácter ha sido siempre mi fuerza. No es paradoja. La debilidad de carácter se parece mucho a la blandura de corazón. Hombre débil u hombre bueno, como queráis, yo había abierto a Bruzón mis brazos. Pero cuando mi mujer me hablase francamente, cuando la Romualda expusiese sus quejas, ¿el hombre débil sabría rechazarlas? Y ya pensaba yo en una solución intermedia, en un ten con ten, o *entente* con mi mujer y mi antigua cocinera, cuando unas líneas de Villate me concedieron un respiro. Estábamos a 26 de octubre, y el 29 era el día señalado para el concierto de Bruzón en el Círculo del Noroeste.

IV

Bruzón, contra lo que yo esperaba, se indignó al leer la carta.

—Pero este Villate se figura que un concierto y un discursito de esos que él improvisa en el Congreso son la misma cosa... No hay tiempo en dos días de preparar nada... Esta (y Bruzón llevaba dulcemente, conteniendo la ira, su mano derecha a la garganta), ésta, amigo Suárez, no está bien, no puede estar bien... Esta (y Bruzón acariciaba su garganta como la de una paloma) ha sufrido y sufre... Ya comienza a hacer frío y echa de menos su pañuelito de seda para por las noches... Ya sólo me quedan seis o siete pesetitas, y, naturalmente, no puedo permitirme un vaso de leche, un triste vasito de leche al acostarme... Porque la leche caliente, amigo Suárez, suaviza, tonifica, lubrifica las cuerdas bucales. Porque la leche caliente, como los huevos crudos y como los merengues, contribuyen a la conservación y entretenimiento de la garganta... ¿Qué sabe de todo esto el señor Villate? Todos nuestros políticos son unos ignorantes. ¿Mire usted, señor, que no saber a estas horas que el cantante necesita prepararse, ponerse en condiciones?...

Bruzón rompió a toser. Su cabeza temblaba entre los hombros, sus ojillos lagrimeaban...

—Ve usted... Ve usted... Cómo quedarán esas cuerdas... Las veo... Las estoy v i e n d o rojas, congestionadas, tensas... ¡Ay de mí!

Después del almuerzo, como yo encontrase más sereno y optimista a Bruzón, pudimos preparar el programa. Se compondría de unos trozos de Verdi, de Puccini, de Wágner y de un zortcico y unas canciones gallegas... Las cuerdas bucales de Bruzón, como las de un arpa eólica, sentíanse ya capaces de vibrar a todos los vientos. Para que ensayara con un amigo pianista tuve que prestarle un par de duros. Desde mi balcón lo vi marchar aquel día. Llenaba la acera. Su vientre cónico le obligaba a erguir la diminuta cabeza. Los hombros parecían poco anchos con relación a su estatura. Al andar separaba los brazos como dos alas. Todo esto me obligó a compararle con un gallo. Aquel gallo cantaría muy pronto en Madrid, no a la salida del sol, sino en el escenario minúsculo del Círculo del Noroeste y a la luz temblorosa de unos arcos voltaicos. Le deseé con toda mi alma la victoria. Sí, querido Bruzón, te deseé con toda mi alma la victoria, como a un hermano, como a un hijo... Cerré los ojos y te vi un instante entre resplandores y luminarias de triunfo... Oí tu voz, tu canto... Y fué una armonía inmensa, encantadora...

V

Estamos en el Círculo del Noroeste. Mi mujer y dos matrimonios amigos nuestros, que nos han acompañado para *hacer bulto*, han quedado instalados en el salón. El salón es largo y estrecho, muy estrecho. Un salón-tranvía, según la expresión de los franceses. En las paredes destácanse sobre el papel verde nilo algunos retratos al óleo de políticos y artistas de la región. Una escritora ilustre surge con el pelo dorado y los hombros desnudos de entre unas nubes violetas y unas gasas azules. Los atributos de su genio, unas plumas, un manuscrito, unos libros, van y vienen al través de las gasas y las nubes. Todo envuelto en una guirnalda de mirto y de laurel. Es la obra de un soñador del Noroeste. El retrato de Ricardo Villate; el de Cacicedo, el célebre naturalista; el de don Eufemio, el cacique máximo de la región, han surgido de un pincel muy diferente, acaso más divertido que el primero. Villate, Cacicedo y don Eufemio son tres caballeros del *Greco*, tal como lo entienden los pintores místicos de hogaño... Mi mujer y nuestros amigos los contemplan, mientras yo, en secretaría, cambio unas palabras con Bruzón. Bruzón se ha puesto de frac. El frac es a la moda de hace diez años. Entonces Bru-

zón era por lo visto un hombre delgado. Me parece que el frac va a saltar por todas las costuras, que Bruzón no podrá levantar un brazo, mover una pierna... No obstante, Bruzón habla, grita, gesticula, va y viene, se sienta, se levanta, alza un brazo para enjugarse el sudor, sube una pierna para dejarla caer, rabiosamente, contra el suelo. Porque Bruzón está indignado. Y esta vez con motivo... Bruzón —nos han dejado solos en la secretaría del Círculo—me expone sus quejas, y yo, asintiendo, conformándome a sus argumentos, sólo sé mirarle al cuello de la camisa, a la corbata, a la pechera... El cuello es bajo y de extremos redondos; la corbata, de lazo hecho y de un blanco pajizo, no encaja en el cuello, deja el botón de cobre al descubierto y amenaza con caer pechera abajo; la propia pechera se escapa del chaleco y dos botoncitos de hueso intentan abrocharla en vano: tres veces ya he sorprendido por la abertura la camiseta color crema del barítono «¡Qué importa!—me digo entregándome a la ternura que por caridad o vanidad ponemos en *nuestras obras*—. ¡El sabe cantar! En cuanto abra la boca, el frac estrecho y la corbatita se olvidarán...

—¿Cómo estamos de voz, amigo Bruzón?

Se lleva una mano a la garganta.

—Menos mal, amigo Suárez... Esta se ha portado...

Desgarra, tose falso un momento.

—Sí, parece que se porta... Las cuerdecitas están frescas..., flexibles... Pero este sofocón... Le digo a usted... Ese señor Villate... Este secretario... Pensar que yo era poco para llenar la velada y agregar en el programita el *Ya somos tres*, y no sé qué otra necedad de juguete cómico, por aficionados... Y un monólogo... Y unos cuplés por la hija de uno de los vocales... Es indigno... ¡Si no fuera por usted, amigo Suárez, no cantaba..., vaya si no cantaba!

Un grupo de jóvenes invadió la Secretaría, seguido de un caballero excesivamente movible, de ojuelos brillantes y bigote pintado, que era don Luis Fandiño, secretario perpetuo del Círculo. Los jóvenes, entre los cuales brillaban dos muchachas esbeltas y graciosas, eran los aficionados que iban a interpretar en el Círculo a Vital Aza, a Ramos Carrión, a don Miguel Echegaray o a algunos otros de esos *autores festivos* que comienzan a ser clásicos... Bruzón seguía indignado; pero la frescura juvenil que esparcían los aficionados en torno suyo y las exclamaciones, visajes y palmaditas en la espalda de Fandiño fueron desarrugándole el ceño. Yo también le invitaba a la benevolencia:

—Vamos, querido Bruzón, no sea usted así.

La velada iba a comenzar. El salón estaba completamente lleno. Algunos socios enseñaban a su familia *las dependencias* del Círculo: la Biblioteca, con sus cien volúmenes (informes y discursos de Villate, principalmente), y sus periódicos sobre la mesa de tapete azul; la sala del billar, con su mesa arcaica de troneras; la sala del tresillo...; los lavabos... Todo, en fin. Algunas cabezas curiosas se asomaban a Secretaría, y Fandiño, siempre jovial y afectuoso, exclamaba, levantando los brazos y yendo de un lado para otro con su movilidad extraordinaria:

—¡Ah!, ¿es usted, Barbeito..., con los niños? ¡Muy bien..., muy bien!

—¿Quiere usted pasar, querido Montoto? ¡Ah, viene con su señora!... ¡Muy bien!

Bruzón murmuraba a mi oído:

—Esto es la *soirée* de Cachupín... Esto es un cuento de Luis Taboda...

Salieron los aficionados en tropel. Y Fandiño anunció:

—Luego va usted, querido artista.

Y misteriosamente:

—Pero... ¿no saben?... Venga usted... Venga usted también, amigo Suárez...

Fandiño nos llevó al salón de la directiva, donde sobre la mesa-escritorio en que presidía Villate las borrascosas juntas habían preparado un *lunch*. Los aficionados acababan de pasar por allí causando destrozos en las bandejas de pastas y aliviando de

peso a las botellas de jerez y de cerveza.

Fandiño, haciendo nuevas y más complicadas contorsiones, volvió a abandonarnos.

—Ahí se quedan, ¿eh? Tome algo, querido artista... Yo vendré a avisar cuando le toque...

Y ahora se atropellan y nublan mis recuerdos. Veo a Bruzón rechazando los dulces, notando la falta de unos merengues y haciendo gargarismos con cerveza... Escucho al propio Bruzón ensayando la voz, vocalizando... Oigo algún grito, alguna carcajada, algún murmullo que llegan del fondo del escenario... Veo llegar a Fandiño, rápido como personaje de cinematógrafo, y tomar del brazo a Bruzón... Ambos desaparecen, se volatilizan... El gesto de Bruzón al disolverse, arrastrado por Fandiño, perdura en mi memoria: un gesto de angustia, trágico, y grotesco a la vez... ¿Luego? No sé cómo me encontré en la sala cerca de mis amigos y de mi mujer, después de atravesar por una multitud endomingada que reía y que transpiraba...

—Daría veinte duros porque este muchacho quedase bien...

Yo mismo no me conocí la voz. Mi mujer me miró con unos ojos que querían decir: «No sabía que te diera tan fuerte.»

¡Oh, la impasibilidad cruel de las mujeres!

Yo temblaba por Bruzón, como se tiembla por el hijo que sufre su primer examen.

—Ahí está... Ahí le tienes...

Mi mujer no supo contener una risita, que me produjo el efecto de un arañazo. Ahí estaba... Todo el público rió por lo bajo o sonrió. Bruzón avanzaba hacia las candilejas con su majestad de mandarín, muy serio, muy erguido, un rollo de papel en la mano y un brillo retador en la mirada... Los faldones del frac, la curva del abdomen, el pelo alborotado, unidos a su actitud, me hicieron pensar de nuevo en un gallo gigantesco que salía a saludar al sol.

El público reía... Era demasiada figura para escenario tan pequeño... Bruzón se escapaba del marco, como suele decirse... Su voz, su torrente de voz, anegaría a los filisteos... Y he aquí que una voz dulce y temblorosa, una voz casi femenina, dijo:

—La canción de la Estrella..., de *Tannhauser*...

Y comenzó suave, blandamente:

O bel astro incantatore!

Las multitudes perciben instantáneamente la ironía de los contrastes. Bergson, el filósofo a la moda, lo demuestra en su estudio sobre la risa. El público de burgueses y artesanos del Círculo del Noroeste se adhirió a la teoría del ingenioso pensador francés... Y mientras Bruzón, grande como un rey de la Biblia y noble como una creación de Miguel Angel, cantaba delicadamente, en una voz de terciopelo en los graves y un poco chirriante, como de seda que se desgarra, en los agudos, el público se rebullía en sus asientos, murmurando, ahogando risitas, parodiando la mímica del barítono... Yo me indigné... ¿Qué querían? Y como mi mujer y mis amigos pareciesen compartir el escepticismo burlón de la sala:

—¡No entienden ustedes una palabra!—les lancé al rostro—. Bruzón sabe cantar... Dice con sentimiento... Tiene poco caudal de voz, pero el que tiene es flúido, fácil, transparente... Oigan... Oigan... No tiene una nota agria... Da gusto oír cantar así... Da gusto.

¿Habéis visto a los malos jugadores de billar cuando en el ansia de hacer su carambola siguen el impulso de la tacada con todo el cuerpo? En los trenes que marchan despacio, ¿no habéis *empujado* alguna vez? Creo que me comprenderéis. Yo, aquella noche, empujé con mis gestos todo lo que pude... ¡Bruzón, Bruzón, lo que yo sufrí, lo que yo vibré aquella noche por tu culpa! Dijiste la canción de la Estrella entonadamente. Hubo un momento en que el público comenzó a *entrar en situación*, y entonces tu frac me pareció excelente y tu manera de llevar la corbata una despreocupación

genial... Saliste con fatigas, Bruzón, del prólogo de *Payasos* y te despediste con música de *La Bohemia*, de un viejo gabán imaginario, entre la incredulidad sonreída del público... Todo fué marchando. Aun en las canciones gallegas arrancaste aplausos y ciertas lágrimas, que la nostalgia del país natal prendía en algúnos párpados. Pero naufragaste a la vista de tierra... ¿Fué en *Rigoletto?* ¿En el *Don Carlo?* No sé, no sé... De pronto te faltó la voz y te llevaste las manos a la garganta con una mímica desesperada. Veo tu cara de mártir, Bruzón, tus ojos que giran como defendiéndose del llanto, tu boca crispada que se entreabre como para maldecir y suplicar a un tiempo. Y te veo, Bruzón, desaparecer entre bastidores, con la cabeza hundida en el pecho y el paso dudoso de un borracho... Yo sufrí tanto como tú... El público, esa fiera, no tuvo un gesto de perdón ni un movimiento de disculpa... Fué inflexible. Y era el público candoroso del Círculo del Noroeste. Acaso, acaso, si tú hubieras sido un hombre pequeño y ondulante y hubieses salido a escena *buenamente* con una sonrisita aduladora, de las que parecen decir: «No asustarse, señores, que sólo se trata de pasar el rato», las cosas habrían ido por diferente cauce... Pero tú saliste, he de repetírtelo, engallado, inmenso, como un nuevo *Chantecler* que fuera a lanzar por el pico los versos enfáticos y detonantes de Rostand... ¿Tú qué quieres? ¿Tú qué quieres? Un filósofo japonés ha escrito: «La mitad de nuestra vida depende de nuestro gesto...»

VI

No obstante, ocho días más tarde, armado de tijeras y de obleas, recortaba Bruzón en el cuartito de mi escribiente los sueltos de la Prensa, los retratos, *todito* lo que se había publicado con motivo de su concierto, y lo iba incrustando en su cuaderno, aquel historial glorioso de su carrera artística. Olvidaba Bruzón que la misma noche de la velada yo había redactado aquellos sueltos ditirámbicos y los había esparcido, con algunos retratos *del notabilísimo cantante*, por varias redacciones amigas. Y lo que más le encantaba era la media columna de un periódico de la noche (el mismo en que yo redactaba la crónica de Tribunales), donde se hacía una crítica seria *de sus facultades*. Mis manos pecadoras habían escrito, bajo la inspiración bruzonesca, aquella media columna de crítica seria. Pero ¿hay nada más respetable que la fantasía? ¿Nada más intangible que la ilusión? Lejos de llamar al artista a la realidad, que es de temperamentos crueles y biliosos semejante delito, lo dejé que separase sus robustas alas, irguiese su encendida cresta y volase a su sabor por los etéreos mundos de la fama... Mundos etéreos que, realmente, ¡oh, realidad maldita!, no eran otros sino algunas calles y plazas y algunos cafés y tabernucas, de esas entreveradas de bar a la americana que hoy se llaman *tupis*, de nuestro Madrid... En efecto, Bruzón era ya de los asiduos de la Puerta del Sol, del lado del Ministerio; de la calle de Sevilla, por la acera del Suizo, y de ese pedacito de la de Alcalá. Gran Peña, Lion d'Or, Maison Dorée, que es, con tan pocos metros, nuestro Boulevard, nuestro Piccadilly y nuestra calle de las Sierpes... Bruzón había encontrado algunos amigos *de aquellos tiempos de don Julián Romea*, que paseaban, viejos, cariacontecidos y maldicientes, frente a las ventanas del café Inglés, llenas de cómicos modernistas y de torerillos a la última moda... En aquellos grupos de comediantes *del tiempo viejo* iba haciéndose Bruzón anarquizante rabioso, nihilista furibundo... «El arte está perdido—decía—: todo es femenino, chulesco... Me han enseñado hoy un tenor que parece una Venus, y un torero que, sin duda alguna, amigo Suárez, es hermafrodita. Da vergüenza... Da asco... ¡Esto es el arte, señor Suárez..., esto es el arte!»

Los elogios de la Prensa y los diez duros que obtuve de Fandiño, después de un encarnizado combate de mue-

cas, contorsiones y descoyuntamientos, porque yo gesticulé tanto como el azogado secretario del Círculo, renovaron en Bruzón la confianza en sí mismo... *Aquellos diez duritos* le permitieron pagar por adelantado un mes de habitación en la calle de Tudescos, comprar en la de Toledo alguna *ropita* interior y convidar en cierto *tupi* de la calle de la Puebla a Edipo Pérez, futuro autor dramático, al que debía Bruzón varios favores... Todo lo cual me refería el barítono con su lenguaje mimoso y con el mayor lujo de detalles.

Por mi propia cuenta le había visto alguna vez en las ilustres aceras matritenses filosofando con sus amigos. Parecía llevar la voz cantante. Por su estatura y continente majestuoso sobrevalía de los que le rodeaban, y lo menos en que me hacía pensar era en Platón acompañado de sus discípulos... Era ya noviembre, y Platón, Bruzón quise escribir, en lugar de la toga clásica llevaba, no un gabán largo y grave, ni una capa, cuanto más parda más castiza, sino un vergonzante sobretodo de entretiempo, relamido, rabicortón y color de hoja seca, regalo acaso de su hermano Abelardo... Estas cosas me entristecían.

Pero lo que yo iba a decir es que había observado en Bruzón algunos rasgos característicos en su modo de conducirse en la calle. A saber: cuando hablaba con una persona abría los brazos como para estrecharla en ellos, y los mantenía en aquella actitud con objeto de tapar a su víctima la salida. Usted decía fatigado: «Bueno, amigo Bruzón, que tengo prisa», y usted veía cernerse aquellos dos brazos sobre su persona como dos alas de águila, como dos aspas de molino manchego, como dos obstáculos de hierro... Y usted, sonriendo, se quedaba *un ratito más*. Cuando Bruzón hablaba con dos, su procedimiento era más fácil: situaba al primer señor a su derecha, al segundo a su izquierda y él marchaba un poco delante de los dos. ¿Querían evadirse, apretando el paso? Pues Bruzón abría sus brazos en cruz... Y eran dos barreras que se tendían ante los fugitivos, que a veces, por el impulso de las poderosas extremidades, reculaban dando traspiés. No miento. Esto es histórico.

Y si usted sonríe, le diré más: Bruzón, el hombre-montaña, o el hombre-cerrojo, como usted quiera llamarle en vista de sus maneras de cortar el paso, llegó en esto a cosas inauditas, a proezas dignas de la epopeya. Bruzón, una noche en el teatro de Price y en tiempos de opereta, como viese en un palco a un crítico a quien perseguía con honestos propósitos de recomendaciones y de préstamos, se colocó en la portezuela del palco, la mantuvo infranqueable con sus rodillas y abrió aquellos brazos... El crítico y sus amigos saltaron por las butacas... «¡Sólo así—me refería más tarde Bruzón, indignadísimo—, sólo así pudo escapársemе ese critiquillo de a real la libra!»

Y otra vez, a mí mismo, ¿no fué a sorprenderme a mi sala de armas? Y encontrándome en pleno asalto con el maestro, ¿no se metió entre las espadas, las separó rápidamente y dijo: «Amigo Suárez, oiga usted», con una naturalidad exquisita?

Este era Víctor Bruzón: garganta de jilguero, alma de niño, brazos de titán... ¡Y mientras tú emigraste, barítono hermano, al país donde no existe el tiempo y donde, de seguro, tu blanca voz se acuerda con las de algún seráfico y bien concertado coro, aquí abajo, Fandiño, ese ratón, ha llegado a diputado provincial: Villate, a ministro de Marina, y Edipo Pérez a académico de la Poesía! Dicen que todo consiste en empujar, en meter el hombro... Mentira. Cada brazo tuyo era una catapulta y tu pecho un baluarte... Y, sin embargo...

VII

La velada del Círculo del Noroeste fué, de puertas adentro de mi casa, funestísima para Bruzón. Al día siguiente mi mujer, pretextando una jaqueca, no fué a la mesa, y la Ro-

mualda nos sirvió un almuerzo soso, desabrido: refinada obra de su hostilidad. Bruzón comió silenciosamente un pollo crudo y un frito carbonizado, y yo tragaba saliva con la broma de mi mujer y la Romualda... Fuí derrotado. Mi mujer protestó de *aquel parásito mal vestido y glotón*, y la Romualda me hizo observar que los gastos de la cocina habían aumentado en una proporción considerable... Esto no lo quise creer, y propuse una solución intermedia: que Bruzón viniese a comer sólo por las tardes, de tres a cuatro. Esto le significaría una comida central, entre un desayuno y un café nocturno con media tostada... Yo velaba por Bruzón, a cuya figura y cuya charla me había acostumbrado y, debo confesarlo, en quien *creía*...

—A un muchacho que canta tan bien no podemos desampararle, querida Romualda... Sea usted compasiva...

—¿Un muchacho—preguntó con sorna la Romualda—ese tío tan grande, ese tiazo? ¿Y dice usted que canta? La señorita me lo ha contado todo. señorito, y usted hace muy mal en sostener gandules que luego tienen menos pulmones que un grillo... Y... ¿usted sabe lo que come? ¡Jesús! Con las espaldas que gasta y un rollo de cuerda ahí en la esquina...

Impuse silencio a la insolentísima Romualda y decreté que se sirviese de comer a Bruzón todas las tardes de tres a cuatro... Mi acto de despotismo agravó la situación del barítono. Si es cierto que a veces las mujeres tejen y manejan la malla de los Estados, lo es en absoluto que lo que llamamos orden interior o gobierno de una casa es algo que ellas dirigen, trastruecan y subvierten a su capricho.

También es verdad, y verdad triste, que el gremio cocineril da más importancia a la ternura de las aves, carnes y legumbres que adereza que a la del propio corazón. Sólo un cocinero para vegetarianos podrá parecerme sensible. Desde el momento que se sacrifica un cándido pichón o que se lanzan los cangrejos vivos al cazo de agua hirviendo, todo sentimiento de caridad ha desaparecido. Si yo tuviese que matar para comer, me moriría... Ríanse de mi los hombres fuertes, los caníbales y los cocineros. Como se reía la Romualda con mis reflexiones y mis increpaciones... ¡Vieja malvada! Cuando quise despedirte porque dabas a Bruzón la sopa fría, la carne sepultada en pimienta y el café con sal, mi mujer se indignó y mis padres, desde Nautilia, abogaron por ti, bruja, parca, gorgona, por ti «que eras tan buena, tan fiel y como de la familia».

Bruzón bajó la cabeza cuando yo le dije:

—Es mejor que no siga usted viniendo por las tardes... al comedor...

Y tuvo un suspiro de Prometeo desencadenado cuando agregué:

—Yo le daré algo para que almuerce por ahí..., en un *restaurant*...

Aquella tarde le vi marchar con tristeza. Ya me parecía Bruzón algo propio, de la casa. Algunas veces, en el recibimiento, lo había encontrado de palique con el ama y con alguno de mis chicos en las rodillas. Además, Bruzón era ameno y era servicial. Me contaba *todo lo que pasaba en Madrid* y los comentarios que se hacían en el *tupi* de la calle de la Puebla y en los grupos de la Puerta del Sol. Cuando mi escribiente, un curial misantrópico, no parecía dispuesto a llevarme las cartas al correo o a prestarme otro servicio por el estilo, fuera de sus funciones jurídicas, ahí tenía yo a Bruzón ardiendo en deseos de serme útil. Bruzón mostraba asimismo un ansia viva de saber, y la calmaba con los libros de mi biblioteca. (Años más tarde vi que algunos de los libros que él se llevara en calidad de préstamo no habían regresado a sus estantes. Me dije que acaso Edipo Pérez le enseñaría a conocer el valor intrínseco de los libros, tal como lo establecen en las librerías de lance.) Así, pues, nutrido de cuerpo y alma en mi casa, al irse, ¿no era algo que se desprendía, que se desarraigaba? Y me figuré al barítono (en mi imaginación aquel hombre se metamorfoseaba más que Júpiter en los versos de Ovidio) como un robusto pino arrancado de cuajo por el vendaval... Madrid es tierra cas-

tellana, dura y seca, difícil de esponjarse... ¿Dónde hincaría Bruzón sus raíces si yo le abandonaba?

Comenzó el invierno, y Bruzón no pudo comprarse un gabán.

Ninguno de los míos le servía. De suerte que el hombre levantó el cuello del sobretodo de verano color hoja seca, y se dijo: «Vengan nieves; con este gabancito las resistiremos.» Pero, la verdad, resultaba conmovedor verlo por esas calles, en diciembre, en enero, con las manos en los bolsillos y las gotas de lluvia traspasándole el gabancejo. Esperábamos que todo se remediase después del concierto que habría de dar en el palacio de una de nuestras princesas de la Casa Real. Villate, buen corazón, había solicitado la audiencia. Yo me decía muchas veces: «¡Caramba, debiera cerrar los ojos y comprarle un gabán a este hombre!» Pero... ¿confesaré que debo de haber tenido algún abuelo avaro y que a veces, a veces, mi dinero es perezoso y por demás reflexivo? ¿Confesaré que... no soy rico? Sí, esto debo confesarlo. Entre las aspiraciones de mi mujer y nuestro presupuesto hay un abismo... Y por aquellos tiempos, ¡qué ideas de coche propio, de comidas mundanas y de abonos al Real tenía mi Merceditas! Bruzón no tuvo gaban, pero tuvo unas botas admirables... Referiré la historia de estas botas.

VIII

Quince o más días necesitó mi corazón para ablandarse... Yo veía perfectamente los guiños y visajes de Bruzón para que me fijase en sus pies. Yo comprendía perfectamente sus alusiones a la humedad, a los charcos de lluvia y a los «adoquincitos de este Madrid». Y aunque trataba de hacerme el distraído, la conciencia me hacía dirigir la mirada hacia las desventuradas botas del artista. Eran un milagro de estabilidad y de resistencia. Durante más de dos semanas trotaron por Madrid abiertas, henchidas, riéndose—como dicen los humoristas de la miseria—por todas partes. Particularmente la bota izquierda apuraba su abnegación y su heroísmo zapateriles: la suela se había desprendido del material, dejando los clavos al descubierto. El barítono se ingeniaba para disimular aquella avería, dando puntadas aquí y allá, o atando francamente con un cordel la suela y el material divorciados. Al cuarto de hora de la compostura ya estaba la bota con las fauces abiertas de par en par. Sobre la alfombra verde de mi despacho aquella bota de Bruzón parecía un pez apocalíptico... Una tarde mi corazón se rindió, dictándome estas palabras, que fueron de miel para el artista:

—Querido Bruzón, vamos a comprarnos unas botas.

Yo me había hecho mi composición de lugar: «Le compraré a este hombre unas botas fuertes de becerro, en la calle de Toledo o en la Plaza Mayor, que me costarán trece o catorce pesetas. De ahí no paso.»

Llegamos a la Plaza Mayor. Anochecía. Recorrimos los soportales clásicos sin que Bruzón se decidiese a penetrar en ninguna zapatería.

—Aquí no—me confesó al fin—, aquí no encontraremos nada. Esta es una plaza de provincia y los géneros son tan toscos y pasados de moda, para los paletos. En la calle de Preciados, en un saldo, he visto unas botitas admirables, bien hechitas... ¿quiere ustes que vayamos?

Fuimos. Había anochecido y Bruzón pudo cruzar la Puerta del Sol sin avergonzarse de su calzado. Además, la idea de que pronto iba a tenerlo flamante, le hacía sonreír. El saldo de la calle de Preciados no brindaba sino unas botas amarillas y anticuadas, que merecieron todo el despecho del artista.

—De lejos creí que eran otra cosa... Vamos.

—Pero, amigo Bruzón, tal vez escogiendo...

—No, amigo Suárez; yo necesito unas botitas negras que vayan con el frac. ¿Olvida el concierto en casa de la princesa?

Subimos de nuevo hacia la Puerta del Sol.

—¿Si viésemos en este bazar?—insinué.

Bruzón accedió, y pasamos cerca de una hora en el bazar martirizando a los dependientes. Bruzón tomaba entre sus dedos las botas enormes que le ofrecían, las miraba palpándolas, doblándolas, escudriñando el interior, y concluía por rechazarlas majestuosamente:

—Estas botitas no me convienen.

Se probó varios pares, y, cada vez que lo hacía, las muecas y contracciones de su cara eran tan dolorosas, que concluí por preguntarle:

—Pero ¿qué le pasa a usted, hombre?

—Nada—me respondió—, que estamos empeñados en comprar botitas de becerro y yo veo las estrellas con todo lo que no sea tafilete. Tengo los pies muy enfermitos... Toda esta planta es un callo... Y estos dos deditos...

Sentí ira. ¿Qué quería entonces el grandísimo exigente? ¿Botitas de piel de Rusia? Salimos del bazar sin hablarnos, entramos en la calle de la Montera y al llegar a la Red de San Luis el muy tuno me había reconquistado. En una zapatería de la calle del Desengaño realicé mi obra de misericordia. Las botas eran negras, de un tafilete que parecía seda. Su valor, siete duros. Bruzón esponjaba el pie dentro de las botitas y daba suspiros de contento.

—Gracias, amigo Suárez, gracias. ¡Qué bien se anda! Así da gusto.

Junto a un farol, mirando a sus botas nuevas que chispeaban bajo la luz, tuvo unas frases que nunca se borrarán de mi memoria.

—Parece mentira... lo que hace el calzado. No sé qué me pasa... Se diría que el optimismo reside en los pies.

Yo hacía esfuerzos para olvidarme de los siete duros y compartir tanta felicidad.

IX

Muchas veces, recordando la compra de aquellas botas, he pensado que nada hay en la vida, ni talento, ni fuerza, ni ingenio que garantice la victoria. Con el ingenio que derrochó Bruzón aquella tarde, algunos generales habrían podido ganar sus batallas y algunos estadistas resolver sus conflictos. Algún filósofo debe de haber observado la fabulosa desproporción que existe entre las fuerzas que desplegamos en los combates por la vida y los resultados que obtenemos. Es una observación de ida y vuelta, como los tranvías. Muchos hombres, más ingeniosos que arañas y más prudentes que hormigas, sólo conquistan destinos de seis mil reales, y a veces—¡oh fortuna!—botas de treinta y cinco pesetas. Y muchos hombres, oscuros como topos y torpes como gansos, recogen a manos llenas los dones de la deidad caprichosa. De esto deducen algunos espíritus descontentos los motivos de las luchas y represalias políticas. Error inmenso. La voluntad no interviene en los actos de los hombres; más aún: no existen actos, sino movimientos. Un dios malévolo se ríe de nosotros deslumbrándonos con los espejuelos de la voluntad y del albedrío y consintiéndonos el uso de mil palabras sonoras que no significan nada... ¡Querer, poder, conquistar! Cuando decimos «he hecho esto» el dios malévolo sonríe, porque las cosas que creemos obra nuestra lo son suya, y bien suya. Sólo cuando el mortal reflexivo murmura: «Vaya, esto me ha salido bien», el dios veleidoso y frívolo, que así derrama a la aventura los males y los bienes sobre la tierra, sonríe largamente... Porque ha encontrado un mortal que acata sus genialidades y contradicciones con dulzura y con resignación... Yo le decía al querido artista en sus horas de desaliento:

—Espere usted... Su suerte, como la de todos, está echada. Sea usted un jugador sereno, amigo Bruzón.

Imposible. Aquel hombre inteligente y bueno no había recibido el don inestimable de la paciencia. Viéndose con las botas soñadas y estimando que la augusta dama «protectora de artistas» tardaba en conceder la audiencia, se empeñó conmigo para realizar una

serie de escaramuzas, «unas chapucitas»—decía él—que aumentasen «su nombre y le fueran allanando el camino». Una tarde apareció en mi periódico con un viejecito de ojos azules y perilla blanca, que le acompañaba al piano y se llamaba Hermida. Era un viejecito minúsculo, que andaba de medio lado, como si no quisiera molestar. La antítesis de Bruzón. Yo había prevenido a mi director, al crítico de arte y al fotógrafo. Pero, cuando llegó el barítono, el director acababa de regresar del Congreso con un centón de notas para su artículo de fondo; el crítico de arte ensayaba una opereta vienesa en el teatro de la Comedia, y, en realidad, sólo podíamos escuchar a Bruzón el joven meritorio que hacía «los juzgados», un amigo íntimo del director, que aparecía todas las tardes a aquella hora «por un teatrito», y yo. Sentóse Hermida al piano, suavemente, ocupando apenas un tercio de la banqueta. Tosió Bruzón y dijo:

—Vamos, ésta—la garganta—parece que está bien...

Pero como entrase un mozo de café con una bandeja, se retrasó «por unos minutos» el concierto. De pronto sonó el teléfono y el meritorio debió consagrarse a recibir una conferencia. Entró el fotógrafo para hacer su instantánea apresuradamente. Bruzón arrastró al tenue Hermida a su banqueta, levantó un brazo, abrió la boca... Y eso fué todo. Concluímos nuestro café, y al día siguiente mi periódico informaba al público del éxito de Bruzón «en nuestra sala».

La leyenda iba formándose. Poco después cantó mi amigo en casa del señor Estuche... El señor Estuche era pintor, diputado a Cortes, crítico de teatros, crítico de artes plásticas en general, y árbitro en torneos de esgrima y sus derivados: los lances de honor: pero el señor Estuche decía modestamente que no era sino periodista... Era, sobre todo, afable y bondadoso. Por eso podía ser tantas cosas sin molestar.

Cuando Bruzón, Hermida y yo llegamos a su estudio, el señor Estuche, con su blusa de crudillo, estaba frente al caballete. Copiaba del natural. El natural era una chiquilla encantadora, que Estuche había disfrazado de gitana. En el fondo del estudio había un grupo de muchachos, pintores y literatos noveles, que yo conocía de vista. Era gente risueña. Yo debí parecerles un inglés excéntrico que se pasease por los estudios con un enano y un gigante—Hermida y Bruzón—, porque a duras penas sofocaron la risa. La modelo descompuso la *pose* para disparar una carcajada, que por franca y argentina coreamos todos, menos Bruzón, que me miró ceñudamente, como interrogándome... Yo le expliqué:

—Querido Bruzón... Aquí se respira juventud, alegría... Su cara amarrada desentona. Fíjese: aquí todo es claro y gracioso. Entra el sol, hay flores y telas bonitas. Mire a la modelo en las rodillas de aquel muchacho. Mire al gato retozando con los pinceles del señor Estuche, sin mancharse. Sea usted así, Bruzón: ligero, risueño, hábil; como los jóvenes, como el gato, e irá usted lejos.

No quiso comprenderme. Comenzó a cantar descompuesto, rabioso, lanzando chispas por los ojos y disparando las notas como flechas contra la modelo y la gente moza que retozaba al fondo del estudio. El señor Estuche había cruzado los brazos y escuchaba bondadosamente. De vez en cuando, sorprendido por las actitudes trágicas de Bruzón, sus ojos me interrogaban. Las cuerdas bucales del barítono, objeto de tantos afanes y cuidados, chirriaron ásperamente al atacar una nota aguda. La risa de la modelo se desgranó por el estudio y fué como una invitación a la carcajada, que el grupo juvenil aceptó «a todo trapo». Bruzón sólo sabía girar los ojos y contener bufidos. El vejezuelo Hermida levantó los ojos del piano y sonrió seráficamente. Sonrió, también, con diplomacia, echando a broma el suceso, el señor Estuche, y sonreí yo, mirando a la gozosa caterva de una manera suplicante. «Vamos—les decía con la mi-

rada—, dejen ustedes concluir a este muchacho.»

Solo tú, Bruzón, no sonreiste. Por segunda vez no acertaste a sonreir, no lograste sortear esos obstáculos de la ironía que el público atraviesa en el camino de los artistas. Acaso tú, Bruzón, naciste demasiado tarde. Hubo un tiempo, el de los gigantes, en que el gesto bravo y el continente heroico triunfaron sobre la tierra. A partir de Deucalión y Pirra los hombres fueron ágiles y pequeñitos: sabían arrastrarse y sonreir. Tú eres demasiado serio, demasiado grande... Cuando tú abandonaste el estudio, echando lumbre por las pupilas, como un coloso vencido que renuncia a su venganza, y mientras te seguía el leve profesor Hermida con sus pasitos cortos y sesgados, Estuche me llevó junto a su caballete y me dijo:

—¿Quién es este Goliath, este basilisco? La voz es poca, aunque agradable. Pero con ese volumen y ese genio no se va a ninguna parte.

El señor Estuche era pintor, diputado a Cortes, crítico de teatros, crítico de artes plásticas en general, árbitro en torneos de esgrima y sus derivados: los lances de honor... Y profeta. Las páginas que siguen lo demostrarán.

X

Una tarde de marzo fuimos a casa de la princesa... Pero debo referir antes algunas circunstancias de la vida de Bruzón que precedieron a aquella visita memorable.

Bruzón y Edipo Pérez habían logrado introducirse en la *claque* del Teatro Real. Algunas noches yo subía a verles en los entreactos. Me había acostumbrado, como ya dije, a la charla de Bruzón, y la de Edipo Pérez, el saladísimo bohemio, estaba muy lejos de aburrirme. En los corredores que rodean el paraíso y los últimos anfiteatros, Bruzón ponía cátedra y originaba un cisma cada noche. Cantaba entonces en el Real un barítono célebre que electrizaba con su voz extraordinaria y su juego escénico sapientísimo a la concurrencia. Cuando aquel barítono interpretaba el papel de *Rigoletto*, se oían en el teatro ovaciones inenarrables. Y cuando decía el monólogo de *Amletto*, sólo algunos espíritus difíciles, como el de Bruzón, no se entregaban al frenesí del bravo y del aplauso.

—¡Este hombre desafina!—exclamaba Bruzón en los estrechos corredores de las alturas.

Los aficionados pobres y algunos curiosos del pueblo que venían a la ópera por primera vez, estiraban las piernas y fumaban por allí, preocupados o indiferentes, hasta que los aspavientos del coloso Bruzón y las risitas aceradas de Edipo Pérez les brindaban una distracción.

—¡Ese hombre desafina, señores! Vaya si desafina... La voz no es limpia ni espontánea...

El corro se estrechaba. Las mujeres, sobre todo, oían con la boca abierta.

—Una voz limpia—definía Bruzón—ha de salir de aquí—y se llevaba una de sus manazas al pecho—, y no de aquí—concluía golpeando su anchurosa frente con la mano—. La voz tiene que salir del pecho como de un manantial... Tiene que brotar, que subir, como un surtidor... Y la voz, la vocecita de este hombre, no sube, no brota, señores míos, sino que baja de la nariz... Es una voz empañada... Este hombre no canta, sino que se suena las narices delante del público. ¿Y éste es el ídolo, el *non plus ultra?* Vamos, señores, da grima, da asco...

Edipo Pérez, con su gran bigote, su gran chalina y sus andares de gato, gozaba con los discursos de Bruzón. Hombre amarillo y descontento, Edipo Pérez odiaba toda reputación y todo mérito. Y era el mejor aliado de Bruzón cuando algún aficionado prudente intervenía, con estas o parecidas palabras:

—Vamos, señores, no se pongan ustedes en ridículo. Treinta años hace que vengo al paraíso del Real y no he escuchado un barítono como éste...

Bruzón se crecía al verse atacado. Redoblaba sus argumentos y hasta es-

tablecía comparaciones. «El lo canta así, ¿verdad?»—y remedaba al barítono célebre con la peor intención del mundo—«Pues eso como se canta es así.» Y ante el estupor de los oyentes preludiaba la romanza que hacía poco, y en labios del cantante famoso, les había subyugado.

Abrasado en el fuego sacro de la indignación estética, Bruzón intentó algo insólito en los anales del Teatro: llevar a la *claque* al discernimiento y la libertad de opinión... Y supo conquistar unos pocos adeptos, que se abstenían de aplaudir «al cantante mimado de los burgueses y los nlisteos» —frase de Edipo Pérez—, y que, en una noche inolvidable, a un gesto de Bruzón, silbaron, señores, silbaron al coloso... Había sido un duelo de barítonos. Bruzón contra Titta Rufo... Bruzón cayó, como caen los ángeles rebeldes, desde las alturas. Mucho tiempo después me contaba Edipo Pérez que habían rodado las escaleras «delante de las botas de los secuaces de aquel barítono cursi, que no servía ni para descalzar a Bruzón».

No se crea, por las palabras que acabo de transcribir, que Edipo Pérez tuvo siempre por Bruzón la misma debilidad o igual cariño. En dos ocasiones llegó el bohemio a mi casa «a quejárseme de Bruzón, ese gandul», como si yo fuera padre, tutor o apoderado del barítono.

Edipo Pérez había llegado de un pueblo de la Rioja a Madrid para cursar los estudios de veterinaria. Pero unos versos suyos premiados en el concurso de una hoja semanal, decidieron de su destino. Haría teatro poético. Bruzón, que lo conoció en los momentos en que hacía Edipo tan líricos propósitos, se brindó a protegerle. Le presentó en algunas tertulias de café y en algunos cuartos de cómicos. Surgió de aquí entre Bruzón y el poeta una gran amistad. Los poetas son débiles y despreocupados, a lo que parece. Edipo, a lo menos, era hombre de corazón blando o un convencido de los fueros de la amistad. Hago estas consideraciones recordando un hecho. El siguiente: Edipo recibía de casa de los padres veinticinco duros todos los meses, con más lo necesario para textos y matrículas. Lo primero que hacía Edipo era comprar un abono de sesenta cubiertos en un conocido restaurante de la calle de la Montera, con lo cual podía remediar cotidianamente su estómago por mañana y tarde. Bruzón lo supo y le dijo:

—¿Dice usted que son sesenta cubiertos? Pues podemos comer los dos, a treinta por cabeza...

—Pero, amigo Bruzón—objetó el poeta—, así yo no comeré sino una vez al día.

Bruzón supo persuadirle de que una refacción diaria era más que suficiente para un poeta.

—Con que se levante usted tarde y tome un cafecito para engañar el estomago...

Y durante dos meses Bruzón, que almorzaba, bien en mi casa, bien por ahí adelante y a mi costa, compartió el abono del generoso Edipo. A su vez averiguó el poeta que Bruzón almorzaba, que Bruzón hacía sus dos comidas diarias, «como cualquier burgués sibarita y execrable», y corrió a mi casa, a dolerse de aquella traición. Defendí a Bruzón con textos de Cervantes, de Quevedo, de Mateo Alemán... Hice ver a Edipo cómo Bruzón, sin saberlo, era ese tipo tradicional del famélico, imaginador de tretas y argucias para la conquista del pan, y cómo, descendiendo de la ilustre progenie literaria de los Sanchos, Pablillos y Guzmanes, él, Edipo, devoto de las letras patrias y poeta lírico, debía comprenderlo y admirarlo... Le dije aún que reparase en su volumen y en el de Bruzón.

—Usted, Edipo, es más corazón y menos estómago, y con poco tiene. Bruzón es grande como Gargantúa y su estómago necesita combustible en abundancia.

Rió Edipo. Tuvo a bien decirme que yo era «un señor muy irónico», y, prometiéndome que Bruzón «se las pagaría», se despidió de mí. No habría pasado un mes, cuando una noche llegó a mi casa el poeta, todo desencuadernado, con la chalina hecha ji-

rones, el sombrero lleno de barro y la cara de arañazos y contusiones. Limpiándose el sudor y la sangre, y dando unos suspiros que se diría que iban a vaciarle las entrañas, me dijo:

—A Bruzón, a su protegido, le debo el verme como me veo... Porque su protegido es un borrachín y un vicioso... Su hermano Abelardo le mandó cinco duros, y me dijo: «Voy a convidarle. Edipo, le debo a usted un gran convite.»

Fuimos a una taberna de la calle Ancha, y Bruzón devoró el escaparate y agotó la bodega... Después, señor de Suárez, después nos metimos por unas callejuelas oscuras y... yo no sé cómo... Bueno, ya se figura usted. Bruzón me dijo que él corría con todo... Después... Bruzón echó mano al bolsillo y no tenía ni blanca. Todo había quedado en la taberna... Las mujeres nos insultaron. Salió un hombre de no sé dónde y la emprendió a puñetazos con nosotros... Bruzón es fuerte; pero estaba borracho y daba una en el clavo y ciento en la herradura... Vinieron los guardias, y yo, no sé cómo, pude huir, mientras maniataban a Bruzón. Bruzón, de seguro, dirá mi nombre en la Comisaría, y vendrán a buscarme, y me llevarán a la cárcel...

Lloraba el poeta.

—¡Señor Suárez, señor Suárez, que el tramposo y el «miquero» es él, su protegido, y no yo! Defiéndame... Mire que Bruzón es un borrachín y un vicioso y que usted no le conoce todavía.

Dejé a mi mujer vestida para ir al teatro, maldiciendo a «aquel Bruzón que no acababa de dejarnos en paz», y corrí con Edipo a la Comisaría. Por el camino supe aplacar al poeta, convencerle de que no pasaría nada y de que la aventura de Bruzón no era, en modo alguno, censurable.

—¿Dice usted que comió y bebió copiosamente? Pues el hombre necesitaba su complemento... Hay que tener indulgencia. Dios lo ha querido así. Bruzón es artista, soñador, como él dice, pero es también hombre. Yo no le conocía bajo ese aspecto...

—Pues sí, señor Suárez, dice que se vuelve loco por las mujeres rubias y pequeñitas...

—Tiene gracia.

Edipo no se arriesgó a entrar en la Comisaría. Liberté a Bruzón. Bruzón, aquella noche, por obra del vino y del amor, sonreía... ¡Qué bien constituído estabas para la felicidad! ¡Con qué florida elocuencia, con qué jocosos comentarios me referiste tu aventura! Con tu gabán hoja seca manchado de vino, con tus ojos achicados por la borrachera—que el amoníaco de la Comisaría no concluyera de disolver—dejaste de parecerme un cíclope, un árbol, un gallo, para, en la más bella y fragante de tu metamorfosis, parecerme un fauno. Y Edipo—fíese usted después de los poetas—quería que yo me enfadase contigo. Priapo y Baco te habían divinizado aquella noche y eras, ¡oh, Bruzón!, intangible y admirable...

XI

Una tarde de marzo fuimos a casa de la princesa. Villate nos había citado a Bruzón, a Hermida y a mí a la puerta del palacio, a las siete menos cuarto. A las seis estaban en mi despacho Bruzón y Hermida. Bruzón, con el frac ya descrito, y el frágil profesor de piano, con una levitilla negra, corta y ribeteada que concluía de espiritualizarlo. Nada más graciosamente melancólico que el contraste ofrecido por el hombracho Bruzón y el *homunculus* Hermida. La princesa, de seguro, los miraría con benevolencia: la vida cortesana ofrece, como ninguna otra, pretextos para sonreír y compadecer, y los príncipes, cuando son discretos, sonríen siempre de la misma manera, cosa que equivale a no sonreír, a mantenerse en una plausible y bondadosa neutralidad de espectadores.

Tranquilizado con estos razonamientos dejé a Bruzón y a Hermida en mi despacho, y pasé a mi cuarto. Mientras me vestía escuchaba a Bruzón probando su garganta y Hermida conteniéndole tímidamente:

—Más bajito... Si está usted muy bien de voz.

Cuando volví junto a ellos, Bruzón, que parecía contento y optimista, se levantó de su butaca, extendió los brazos, puso la mirada en mí, luego en el techo, y dijo:

Un dios joven... Parece usted un dios joven...

Bruzón tenía de estas salidas incomprensibles, tal vez geniales... El dios joven era yo, desgraciado mortal, a causa de mi ropa de etiqueta, de mi chaleco de seda, de las perlas de la camisa... Yo confieso que me pavoneé, murmurando hipócritamente:

—Yo no llevo más que la ropa, y ustedes su arte.

Hermida sonrió con un escepticismo resignado. Bruzón comenzó a hablar... Habló de «lo que haría en cuanto la princesa le señalase una pensioncita», de la blandura y fluidez de sus cuerdas bucales, de la impresión que produciría en Su Alteza «su modo de decir». de su hermano Abelardo, «que estaría tan ajeno». Hablaba *ex abundantia cordis*, mecido por la esperanza, viviendo un instante color de rosa.

—Vamos, señores. Son las seis y media.

Mi mujer, «por tratarse de la princesa», nos cedió su berlina. Bruzón la habría necesitado para él solo. Pudimos instalarnos gracias a la exigüidad física de Hermida, entonces oportunísima. Íbamos por la calle Mayor, estrujados y sudorosos, cuando al pasar frente a una confitería Bruzón hizo detener el coche.

—¿Qué hace usted, hombre?

Sin responderme, desbojándome de un codazo la gardenia del ojal y arrancando con una pisada un pequeño gemido al pianista, aquel coloso se lanzó a la acera, entró en la confitería y volvió al coche, agitado y nervioso, con un paquetito blanco en las manos:

—¡Los merengues, los merenguitos!

En la penumbra del coche los merengues y el papel eran una misma nota blanca y movediza manchando la silueta del barítono. Hermida y yo sentimos crujir los merengues en la boca de Bruzón, le oímos paladear y chasquear la lengua. Cuando hubo tirado el papel por la ventanilla:

—No hay nada como los merengues para la voz—nos dijo—. Ahora ésta —la garganta—parece de terciopelo.

Y comenzó a cantar.

El coche de Villate se detuvo, casi al mismo tiempo que el nuestro, en el pórtico del palacio. Villate venía del Congreso, con unos papeles en la mano y un traje de levita gris.

—¿Se han puesto ustedes de tiros largos? Si esta princesa es tan democrática...

Y Villate nos precedió por la ancha escalera de mármol, con un desembarazo que recrudecía en Bruzón el optimismo.

—Bien se ve que está acostumbrado... Estos políticos...

Un ujier se hizo cargo de nuestros abrigos y sombreros. El famoso gabán hoja seca de Bruzón, habiendo recibido las inclemencias todas del invierno, era de una pobreza indescriptible y arrancó al ujier un gesto vago de ironía.

Pasamos a un salón muy iluminado, con muebles y decorado Luis XV y gran cantidad de retratos y adornos.

—Vea usted al Rey...

Bruzón señalaba a las paredes, a los lienzos soberbiamente encuadrados que reproducían personajes de la Familia Real. Y pisando las alfombras muelles y felpudas, aspirando, por un instante «aquel ambiente principesco», Bruzón —nacido, acaso, como Farinelli, para cisne favorito de un monarca espiritual—se inclinaba con blanda reverencia frente a los retratos.

—El rey... ¡Qué mirada inteligente...! Doña María Cristina... ¡Qué augusta señora...!

Hermida no hablaba. Sonreía mirando las miniaturas de una vitrina. Villate hojeaba un álbum de fotografías, y murmuraba a mi oído comentarios mordaces. Un mayordomo nos preguntó si queríamos ver el palacio. Era costumbre en la princesa dar esta prueba de confianza... oficial a sus visitantes. Pasamos, pues, a un suntuoso salón Imperio, a un saloncito de gusto

moderno, a la alcoba de la princesa, alcoba clara y cándida de princesa viuda: al cuarto de *toilette;* al comedor, decorado con tapices de Goya, y volvimos a nuestro punto de partida siguiendo el ángulo de un corredor espacioso, cuyas paredes aparecían esmaltadas con platos encantadores de Ruan, de Talavera, de Sèvres y de China. Recuerdo este corredor florido de cerámica, que daba una impresión de frescura y de gracia. Todo lo demás sabía a cosas vistas, a lujo fácil y corriente. Bruzón no compartía mi tibieza. Todo le arrancaba murmullos de aprobación e hipérboles de entusiasmo. Hacia solemnes inclinaciones frente a un bargueño o un sillón de época. En diez minutos aquel hombre recio había adquirido la levedad flexible de los cortesanos. El mayordomo nos condujo, al fin, al salón de música, donde nos esperaba la princesa. Villate hizo las presentaciones y Bruzón, Hermida y yo besamos la mano de la augusta señora, que nos sonreía afablemente. Con sus cabellos blancos y su talle ancho, la princesa tenía un aire venerable, lleno de majestad. Protectora de artistas incipientes, más que una madre parecía una abuela. Bruzón, como un nietecito, acudía a su regazo. La dama de honor de la princesa no era más alta que el pianista Hermida, pero sí más ancha que la princesa: era una duquesa inteligente y dulce. Y, tanto ella como la princesa, nos hablaban con naturalidad encantadora, desprendiendo a la escena, en lo posible, de solemnidades de etiqueta. Bruzón comenzaba a sentirse como en su casa... Sorprendí a Hermida tirándole de una manga.

Apenas hago memoria del salón de música. Recuerdo el piano de media cola, de laca blanca, un techo alegórico con musas y angelitos y un friso con medallones de grandes músicos. Recuerdo el perfil de vieja de Wagner, la cara enfurruñada de Beethoven, la frente espaciosa de Mozart; pero lo que no se me olvida, desprendiendo la mirada del friso, es el gesto de Bruzón, un gesto de triunfo, un gesto que quería decir: «¡Al fin... al fin!» Bruzón sintió aquella tarde las alas de la Fortuna rozándole en la frente...

Cantó, puesto de pie frente al estrado. Villate estaba cerca de la princesa; yo junto a su dama de honor. Hermida acompañaba al barítono discretamente, rozando apenas las teclas, pensando, acaso, que los pianos no debían sonar... En el salón, de excelentes condiciones acústicas y no muy grande, la voz de Bruzón... ganaba. Las nobles damas le oyeron complacidas. Unicamente Villate hacía gestos en mi dirección, como indicándome que mirase al barítono. En efecto, uno de los puños postizos de Bruzón se salía de la manga del frac de un modo alarmante. Era un proyectil pronto a dispararse contra la princesa. Compartí el susto de Villate. Ya veía aquel endemoniado puño postizo describiendo su trayectoria antes de abatirse sobre la faz augusta de la princesa. Y no me fué posible seguir a Bruzón en sus proezas melódicas.

Ya no me importaba que cantase bien o mal. Mis ojos no se apartaban de aquel brazo, de aquella manga, de aquel puño...

Se levantó la princesa. Volvimos a besar su mano, mientras ella, con su andar bamboleante, llegaba hasta la puerta del salón. Bruzón y Hermida adelantaron por las escaleras, y Villate, deteniéndome en uno de los rellanos, me dijo:

—Ha quedado regular..., bastante bien...; pero la voz es poca para tanto hombre. Y luego, aquel puño... Me pasé todo el tiempo temblando.

Como Bruzón nos sorprendiese en aquel aparte, nos esperó en el vestíbulo con los brazos abiertos. Villate quiso huir... Pero tuvo que resignarse a caer conmigo en la emboscada.

—¿Qué opina usted, señor Villate? Su Alteza ha quedado encantada, ¿no es verdad?

Villate dió un salto. Y entró en su coche, soltando, entre risas, la respuesta:

—¡Sí, encantada, encantada! Ya verá usted.

Bruzón cerró los ojos, apretó los puños.

—¿Qué significa esto?

El equívoco de Villate fué una nube de verano en el cielo de sus esperanzas. «Sí, señor, en serio—nos decía a Hermida y a mí—, ha quedado encantada, encantadita... ¿Me mandará a Italia? ¿Obtendrá para mí un puestecito en el Real?» Y se abanicaba con el sombrero.

¡Cuántas ilusiones concebiste—querido Bruzón—aquella tarde! Yo también imaginé en un principio que le habías caído en gracia a la princesa. Tu voz supo ser limpia y suave en aquellas circunstancias. Tus mismos ademanes no me parecieron descompuestos. Tu puño postizo no llegó a desprenderse del ojal... ¿Entonces? ¿Entonces? Pasó una semana, y «como la princesa no resollaba»—frase tuya—tú no vivías de dudas, de inquietud. Hablé con Villate. Según él, «la princeso sólo protegía a principiantes, a gente joven». Y tú eras «un gallo con espolones, un veterano». Te ocullé caritativamente tan desconsoladoras palabras. Pasaron quince días... Pasó un mes. Volví a ver a Villate. Y me dijo: «He hablado con el secretario particular de la princesa. La princesa no ha dicho nada del señor Bruzón... Cuando la princesa olvida, es que la princesa niega... Amigo Suárez: ese hombre es demasiado grande... Con su misma voz y el cuerpo de ese pianista que le acompaña... al pelo». Y Villate se puso a revolver unos recortes de la *Gaceta*.

Era el fracaso, Bruzón, la mala suerte, eso, que no sabemos cómo se llama, que nos eleva o nos hunde a su capricho. No tuve el valor de decirte la verdad. Una tarde llegaste a mi casa, en el momento en que mis hijos, mi mujer y yo montábamos en un ómnibus camino de la estación del Norte. Mis negocios me llevaban al extranjero por algún tiempo, y yo había creído poder despedirme de ti a la francesa... por cariño precisamente. ¿Con qué cara te dejaba yo desamparado en Madrid? A punto de partir el tren bajaste de mi vagón. En una mano guardabas la última prueba de mi amistad y con la otra te llevabas el pañuelo a los ojos. Después... Pero se trata del epílogo de tu historia y levanto la pluma del papel emocionado. Mis hijos, que han crecido mucho, juegan en mi despacho. Mi mujer se sorprende al verme plumear sobre unas cuartillas azules, que en nada se parecen al papel de oficio. Tú sabes que mi mujer me ha considerado siempre algo loco. A veces me dice:

—Vamos, si las cosas que te pasaron con aquel Bruzón...

Y no sospecha nunca cuánto te quise ni de qué modo admiré en ti, Bruzon, al artista perseguido por la fatalidad. ¡Pobre y heroico amigo mío!...

XII

Pasaron tres años y yo recordaba a Bruzón vagarosamente. Algunas noches había soñado con él. Meses enteros su imagen no volvía a cruzar por mi memoria. De pronto, en la ópera, un cantante me evocaba al artista desaparecido, o al cruzarme en la calle con Edipo Pérez, con Fandiño, con Hermida, con Estuche, con Villate, mi recuerdo se avivaba en tal forma que me lanzaba hacia ellos, con la misma pregunta en los labios:

—¿Se acuerda usted de aquel Bruzón? ¿Qué se habrá hecho de ese hombre?

Fandiño no se acordaba. Villate decía: «¡Ah... sí!» Estuche preguntaba: «¿Qué Bruzón?», y sólo Hermida y Edipo se detenían conmigo unos minutos, recordando al pobre de Bruzón... Hermida sospechaba que se hubiese muerto. «¿No ve usted—argumentaba—que no sabía resignarse, que el orgullo y la bilis no le dejaban parar?» Edipo Pérez parecía mejor informado:

—Se fué de aquí, dando conciertos por los pueblos, con un pianista que se llamaba Ruiz. Recibí unas postales de Manzanares, de Elche, de Godella, según las cuales Bruzón era sacado en hombros hasta la estación, como los toreros favoritos... Aquí en Madrid, poco después de marcharse usted, es-

tuvo a punto de debutar en Parish, con *Payasos;* pero el día de su debut la compañía hizo *crac* y dió cerrojazo, como decía Bruzón... Alguien me dijo haberlo visto en Valencia, y no sé quién, que estaba en Italia, que había ganado enormemente en facultades y que formaba parte de una compañía italiana... Ganas de bromear. Bruzón será siempre el mismo... Para marcharse de Madrid, como no tenía con qué abonar la fonda, tuvo que tirarme su equipaje, un miserable hatillo, por el balcón... Yo le quería, porque era bueno y tenía unas ocurrencias... ¡Cuando silbamos a Titta Rufo en el Real!

Edipo Pérez había progresado. Dos o tres obras suyas se representaban con cierto éxito en teatros de segundo orden, y Edipo había desterrado de sí la chalina, las melenas y el seudónimo. Como todo español tiene cuatro apellidos a mano, nunca falta uno que no sea Pérez, Gómez o Martínez. Edipo había encontrado, en cuarto lugar, un Ponzano que resolvía el problema a maravilla, y se llamaba Pérez Ponzano, don Sebastián Pérez Ponzano, el prestigioso autor dramático—como había leído yo alguna vez en las gacetillas teatrales, sin saber que se tratase de Edipo.

No hace todavía un mes—Señor, ¿es posible?—llegó a mi casa don Sebastián Pérez Ponzano, trayendo del brazo a un hombre esquelético que no reconocí de pronto.

—¿Bruzón? No, no puede ser...

El escuálido gigante, el lívido cíclope, murmuró apenas:

—El mismo.

Acudí a abrazarlo. Entre Pérez Ponzano y yo le pusimos en un sillón al sol, cerca de la ventana, Bruzón nos dió las gracias con la mirada. Con las mejillas chupadas, los ojos mortecinos, la boca blanca y el bigote lacio, Bruzón parecía un agonizante. Nada de vientre ni de carne inútil: la precisa para recubrir los huesos que se denunciaban macabramente en pómulos y articulaciones. Tomé una de sus manos, y ardía con una exudación pegajosa.

—Amigo Suárez..., me muero...

Le contradije resueltamente. Le hice servir un poco de caldo y vino generoso por la Romualda, que estuvo muy extremosa y efusiva con el desventurado. Con un pretexto llevé a Pérez Ponzano a otra habitación.

—Oiga usted. Este hombre se muere. ¿Qué hacemos?

Pérez Ponzano dijo:

—A eso he venido. Llegó esta mañana a mi casa. Yo no puedo tenerlo... Acabo de casarme... Está tísico... Usted puede hacerlo ingresar en un sanatorio, en el hospital...

—Pero si no puede moverse... Y yo aquí, en mi casa, con mujer e hijos..., ¿cómo lo tengo? El Círculo del Norceste tiene una casa de salud... Pero no admiten enfermos de contagio... Si Villate y Fandiño quisieran violar el reglamento...

Parlamentamos unos minutos más. Y yo decidí:

—Tenga usted dinero... Llévelo en un coche a la Casa de Salud del Círculo y yo corro a ver a Villate... ¡Ande usted...!

Entramos en mi despacho. Bruzón tenía las manos crispadas, las piernas rígidas, la cabeza sobre el pecho. Di un grito:

—¡Se ha muerto!

Edipo, levantándole la cabeza respetuosamente, le cerró los ojos. Corrí por mi casa despavorido... Mi mujer, mis hijos, la vieja Romualda y los otros criados estaban poco después frente al cadáver. No pude contener las lágrimas, y cuando mi mujer, que es muy devota, comenzó a rezar en voz alta, me pareció que el muerto era un hermano. Y lloré con redoblada angustia, con dolor más hondo.

En mi despacho se dispuso la cámara mortuoria. Edipo fué a avisar a Hermida, y los tres velamos al buen artista que nos abandonaba para siempre. Cuando al descender la inmensa caja por mis escaleras, un día después, Villate murmuró a mi oído: «Pero, este hombre ha sido un pelmazo hasta su muerte..., mire que venir así, expresamente, a morirse en su

casa», yo no quise responderle... Hiciste bien en marcharte, Bruzón inolvidable, de este mundo de hombres escépticos que no quisieron respetarte ni aun cuando la muerte te prestaba su majestad y su grandeza... Los hombres famosos tienen biógrafos y panegiristas, cuando más bien debieran tener detractores. Porque ¿qué han sido sino grandes afortunados, grandes monopolizadores de la suerte? En estos tiempos que corren, francamente socialistas, los que, como tú, cayeron en la brecha, luchando, son los que merecen el canto elegiaco y la necrología elocuente. Aunque sólo fuera a guisa de compensación, Yo, por mi parte, no hablaré nunca de Shakespeare, de Goethe ni de Cervantes, reyes de la gloria, déspotas de la fama..., sino de los que, como tú, pasan por la vida con las alas rotas... Te faltaba voz, te faltaron alas... Sólo supiste conquistar un afecto, el mío. Y yo, bien mirado, valgo lo que tú. Ya ves el biógrafo que te depara el destino: un abogado, un hombre que escribe en el estilo bárbaro de la curia... Encerraré estas cuartillas en un cajón de mi escritorio, y cualquier día, andando el tiempo, volveré a leerlas. Las leerán también mis hijos, mis nietos tal vez... Te haremos, una tradición, una leyenda entre todos... Ya ves... ¡Ah! Pero ¿qué pueden importarte a ti ahora las vanidades de la tierra, que son humo? Mi mujer te ha mandado a decir unas misas, y Romualda las ha oído contritamente de rodillas... Estas páginas son mi prez, mi letanía, en memoria de tu alma, Víctor Bruzón. Acógelas en tu nueva morada del reino de la paz, de la sonrisa y del silencio.

TRES LINEAS DEL "MATIN"

I

MADAME González y mademoiselle Lolita llegaron a París muy pálidas, muy tristes y completamente arruinadas, una noche de junio de 1903. Venían desde la Habana, por Saint-Nazaire, aún como «personas ricas», en primera clase, sin escatimar propinas y con un séquito profuso de baúles y sombrereras, de cestos y de jaulas. Madame González traía un sinsonte y mademoiselle Lolita un loro. El sinsonte no llegó a lanzar en París sus trinos del trópico: murió en la estación de Montparnasse de nostalgia y de asfixia. El loro, con el tiempo, aprendió a hablar francés.

No fué el sinsonte lo único que París destruyó aquella noche. Las dos viajeras así lo comprendieron. Y en la penumbra del *fiacre* que las conducía hacia un hotel, una de ellas pronunció las siguientes palabras, entre proféticas y burlonas:

—Hija, podemos decir adiós a lo que fuimos. Se acabó doña Caridad Solórzano, viuda de González, y se acabó Lolita Solórzano y Agüero. A mí me llamarán madame González y a ti mademoiselle Solórzano, o mademoiselle Lolita, que les resultará más fácil a estos demonios de franceses... ¿Qué nos importa? ¿No venimos a escondernos?

Y la otra viajera suspiró:

—Somos bastante desgraciadas.

Lo eran, en efecto. En sus épocas de bienestar, casi de opulencia, habían sido, por razones de ambiente y de carácter, más cigarras que hormigas. Y he aquí que «de pronto», como decía doña Caridad muy afligida, «se veían en la calle... sin una peseta». Este «de pronto» había comprendido, no obstante, algunos años, los de la guerra, durante los cuales don Fran-

cisco González—llámesele don Pancho, naturalmente—había perdido sus ingenios y cafetales, sus casas y solares, unos tras de otros, con una regularidad perfecta en la desgracia. Quizá don Pancho hubiese recuperado todo un día. Pero una tarde, al saber que el mejor de sus ingenios había sido arrasado por los españoles, para impedir que sirviese de campamento a los cubanos, y demolido por los cubanos, para vengarse de los españoles, perdió los estribos y la cabeza: quiere decirse que se volvió loco. Y entre curiales y parientes, llamados a intervenir en sus asuntos, dejaron a doña Caridad «en la tea», como se dice en la Habana, o en cueros vivos, como se dice en castellano neto.

Doña Caridad y su hermana Lolita tardaron en darse cuenta «de la magnitud de su desgracia» algún tiempo. Durante largos meses pudieron ir en magnífico landó propio al manicomio donde estaba don Pancho, y cuando don Pancho murió, en uno de sus ataques de delirio furioso, doña Caridad le hizo embalsamar y lo mandó a España en un ataúd primoroso de caoba, para que descansase en su aldehuela de Asturias. Porque doña Caridad era delicada y piadosa y... «don Pancho la había hecho muy feliz».

Parece ser que don Pancho era un buen hombre. Habría hecho sus millones, como los hace todo el que los hace, no parándose mucho en barras, ni concediendo demasiada importancia a la conciencia; pero el caso es, por lo que a doña Caridad Solórzano se refiere, que don Pancho «era más bueno que el pan y de una generosidad sin límites». Sin embargo... doña Caridad había fingido ignorar siempre el punto que no podría llamarse negro, sino mulato, de la vida de don Pancho. Don Pancho—¿quién no disculpa las flaquezas de la carne?—engañaba a su Cachita—Cachita en Cuba es un diminutivo de Caridad—con Tula—diminutivo de Gertrudis—, que era una «mulata clara», digna de un sultán.

Cachita, generosa y honesta, hasta encontraba bien que los hombres, en aquel país lujuriante, satisfaciesen «determinados instintos con aquellas mujeres». Y Cachita, que era más espíritu que cuerpo, se figuraba a su rival como una hermosa estatua en barro cocido, que se animaba y derretía por obra y gracia del dinero de don Pancho. En conclusión, tenía lástima de don Pancho y un sentimiento como de asco y de terror reunidos «por todas las mujeres de color». Menos mal que don Pancho—lejos de imitar al conde de Junco, que vivía en público con una mestiza—cohonestaba sus infidelidades con una discreción infinita y con una ternura y un respeto nobles cerca de la esposa, que le parecía... «una santa».

Tal vez por eso, don Pancho... ¡Cuántas veces el adúltero no era más que un pobre hombre tímido y vicioso que!... Estas reflexiones las iniciaba doña Caridad en silencio, y Lolita, más atrevida como solterona, las desenvolvía. Sí, señor, estaba muy bien que don Pancho las respetase—Lolita hacía el plural ingenuamente—y que se presentara delante de ellas «tan correcto con sus chalecos blancos, dejando las ordinarieces para otro lado». Así como algunos dan con Mesalinas, don Pancho había tropezado con Lucrecias. Doña Caridad era una Penélope sin pretensiones. Cumplía su deber con una facilidad encantadora. En aquel país tórrido y fragante también se dan casos de castidad. Lolita, por ejemplo, pasaba ya de la cuenta: era una Diana cazadora, sin ningún Endimión de tapadillo. Y una feminista recalcitrante.

Caridad y Dolores Solórzano eran hijas de vascongado y de cubana. Finas y delgadas, Caridad era más mujer y más criolla que Lolita. Lolita tenía la boca sutilísima, la nariz y la barbilla agudas; parecía un muchacho. Don Pancho había sido socio del viejo Solórzano, en una compañía naviera. Poco antes de morir Solórzano, viudo desde hacía muchos años, casó a Caridad con don Pancho, echando unas firmas y unas cuentas como si se tratase de comprar un barco. Solórzano tenía en don Pancho una gran confianza, y si la bigamia hubiere sido

admitida, le habría dicho: «Cásate también con Lolita.» Hubo un tiempo en que don Pancho pudo creer este voto realizado. Lo que era para él Caridad, una amiga, lo era también Lolita. Las dos hermanas le atendían, le cuidaban y le presentaban cuentas de joyeros y modistas. Sólo que, naturalmente, de tarde en tarde, Cachita acataba lo que Lolita—¡quite usted, por Dios!—no se habría ni dejado insinuar. Y así fué pasando la vida. Don Pancho «ganaba dinero», dejaba un poco entre las manos de color de oro de su «morena», y el resto entre las de doña Caridad y Lolita, que las tenían, a decir verdad, agujereadas.

Habían sido educadas a la europea en un colegio de Nueva York. Les gustaba ir a misa, regalar flores y mantos a las imágenes, sacar de pila a todos los negritos zambos y barrigudos que les presentaban y hacer frecuentes viajes a los balnearios del Norte (el Norte en Cuba son los Estados Unidos); y a París.

Sin ser vanidosas disfrutaban perdidamente con el lujo. Su casa estaba llena de fuentes de plata y de porcelanas y cristales de precio; los establos, de troncos andaluces y jacas inglesas; los armarios, de ropas de hilo y de encajes. Lolita administraba de un modo fantástico, de memoria. El paquete de centenes—cien centenes, quinientos duros—era su unidad monetaria. Lolita decía: «un paquete, paquete y medio, dos paquetes y pico...» Y cocineros y cocheros, criadas y lacayos, hacían su agosto alegremente. La casa, además, disfrutaba de una corte de parásitos. Ni doña Caridad ni Lolita se ponían un vestido más de tres veces, como las reinas. Don Pancho ganaba y ganaba, moliendo su caña, vendiendo su café, su tabaco y su azúcar...

En tales tiempos y en tal país la vida parecía una deidad borracha e inconsecuente. Don Pancho recibió todos sus dones y sus burlas. Si hubiera sido un francés ahorrativo o un yanqui sensato, tal vez hubiera enderezado la vida a su antojo; pero era un asturiano, loco, vano y mal cristiano, y ya con canas dió en gustar de las mestizas y en no fijarse que la vida pasaba haciendo eses por su lado.

¿En nombre de qué moral podría censurarse a don Pancho? Doña Caridad y Lolita no lo censuraron nunca. Al contrario; cuando la catástrofe fué un hecho, y sólo la esperanza de rescatar una pequeña parte de sus bienes perdidos las sostenía, ellas se lamentaban mutuamente:

—Si hubiésemos sabido guardar...

—Si hubiésemos sabido guardar...

II

A veces las pobres cigarras se ven forzadas a disfrazarse de hormigas. Pero un disfraz no ha sido nunca una metamorfosis... Madame González y mademoiselle Lolita—llámeselas así en adelante, pues que, instaladas en París y en calle silenciosa e ignoradas del barrio de Montrouge, por madame González y mademoiselle Lolita las conocen *chez l'épicier, chez la concierge et partout*—son las cigarras disfrazadas de hormigas en el carnaval trágico de la vida, y dispuestas, eso sí, a quitarse la careta y a salir del hormiguero, para cantar al sol, en cuanto la vida quiera consentirlo.

En sus épocas de esplendor habían pasado algunas temporadas en París, viviendo en hoteles suntuosos del barrio de las plaza Vendôme y arruinando a don Pancho en la rue de la Paix. Al verse en un quinto piso, con dos habitaciones, pasillo y cocina, de la calle del Molino Verde, en Montrouge, ese barrio hermano del de Ternes o Saugirad, por su decorosa modestia y su apartamiento de las pompas y vanidades de París, madame González y mademoiselle Lolita se miraron.

—Pero... ¿es posible, hija?

—Pero... ¿es posible?

¡Vaya! Estaban en el número 42 de la rue du Moulin Vert, a cinco minutos de la iglesia de San Pedro de Montrouge.

Un monstruoso tranvía de vapor las dejaba en media hora en una es-

quina del boulevard Saint-Denis, desde donde podían continuar a pie—obra de veinte minutos—o en un ómnibus de Magdalena-Bastilla, hasta la Opera, si lo necesitaban. En cambio, sólo había diez minutos entre su casa y las fortificaciones, y podrían dar paseos higiénicos sin gastar nada.

Madame Genzalez se prometía vivir confinada en su barrio. Sabía que Montrouge, como otros tantos barrios apartados de Paris, «no era París», y que no era fácil encontrar por la calle de Alésia o la Avenida de Orleáns «gente conocida... de por allá».

No; los cubanos que venían a París, como los españoles, como los argentinos, como toda la población flotante hispanoamericana, se quedaban por el centro, cerca del *boulevard*, cuando pasaban de prisa; o se instalaban en las proximidades del Arco de la Estrella o del parque Monceau, cuando su estancia en París era larga y fastuoso su género de vida.

En Montrouge, como en todos los barrios tranquilos y modestos de París, se encontraban extranjeros: «gente pobre—le explicaba madame González a mademoiselle Lolita—que viene, como nosotras, a vegetar, a vivir en silencio una vida miserable, o gente sencilla que se gana aquí el pan con menos dificultades que en su tierra». De suerte que no era imposible que alguna vez se encontrasen en los bazares de quinto orden de la Avenida del Maine o frente a las tarimas llenas de aves muertas y legumbres, de los tenderos del barrio, con alguna española o mejicana que hiciese sus compras en un francés lacónico y vergonzante; pero ellas, lejos de trabar conocimiento, huirían de estas hermanas en la miseria y el destierro, no por orgullo, sino por egoismo; para no saber de más desgracias que las suyas.

★

En esta disposición de ánimo, llenas de misantropía y de nostalgia del pasado, se sostuvieron largos meses. Su instalación en el minúsculo piso de la calle del Molino Verde se prolongó todo aquel verano. El piso era limpio y luminoso. Sus papeles pintados con motivos Imperio y sus dos o tres puertecitas de vidrios le daban un aspecto de cosa frágil e infantil, pronta a desarmarse. Lolita, que era burlona y sentimental, decía:

—No me atrevo a pisar fuerte, porque me parece que vivo en una caja de zapatos.

Y después suspiraba.

No hicieron falta muchos muebles para llenar la caja de zapatos. Dos camas, dos butaquitas, dos mesas de noche y un armario para la alcoba; media docena de sillas, dos sillones, una librería y dos mesas para el salón. Todas estas cosas eran sencillas y bonitas. De los tres mil francos con que habían llegado las dos hermanas a París, después de puesta «toda la casa», sobraron dos mil trescientos.

Habían traído de la Habana, además del loro—que ya ocupaba su puesto en la cocina, junto a la ventana—mil objetos menudos *(tarecos* decían ellas), muchas fotografías y dos o tres baúles llenos de ropa; restos del naufragio, que sirvieron para arbolar la nueva nave, el bote dijéramos mejor, considerando la fragilidad y pequeñez de la casita.

Las cigarras comenzaron a derrochar ingenio, que era lo único que les quedaba. Cada cosa, por insignificante que pareciese, les sorprendía por la serie de aplicaciones que podía tener. Un baúl, por ejemplo, creyéndose que sólo servía para guardar ropa. Error crasísimo. Un baúl, con una colchoneta de paja encima y una colcha de cretona o cortina de yute a manera de funda, quedaba convertido en un diván. Las sobrecamas de batista y encajes prestaban servicios de *stores*. Con batas viejas de holán, unas tiras de crochet, unas tijeras y un rollo de alambre, se fabricaban visillos y pantallas en un periquete.

Era asombroso. Madame González miraba con estupefacción a mademoiselle Lolita. ¿Quién las había enseñado a hacer milagros? ¡Si parecían nacidas para vivir con cinco francos diarios! ¡Qué risa! El caso era que el

pisito, arreglado por ellas dos solas, iba quedando «lindísimo».

Las paredes estaban llenas de retratos y de grabados y cuadraditos insignificantes. Las acuarelas que Lolita había pintado en el colegio ocupaban por primera vez un puesto de honor, y unos retales de raso, con flores y hojas salidas del mismo pincel, viéronse muy pronto transformados en almohadones. La librería—una librería a la inglesa, a la altura del hombro—conservaba siempre sus cortinillas verdes a medio correr; quedaban desnudos los libros y en el misterio las tazas del té, las copas, los cubiertos, los platos de postre, el azucarero. Era una librería aparador, y aun servía de soporte a un espejo de tres lunas, en combinación con el de la chimenea, que se prestaba a que madame González y mademoiselle Lolita pudieran mirarse a su sabor.

La cocina, de una pequeñez inverosímil, servía de sala de baño y de tocador; un balde de cinc, puesto debajo de la fuente, desempeñaba en la casa todas las funciones hidroterápicas: las cacerolas, peroles y sartenes bruñidos a fuerza de estar limpios, eran otros tantos espejos donde las caras macilentas y expresivas de las dos hermanas se reflejaban deformándose, reduciéndose, iluminándose en un resplandor de cobre, desvaneciéndose en una opacidad de acero. Todo era pulcro y melancólico. Todo sonreía y sollozaba a la vez.

Las camas tenían lazos de cintas marchitas; los manteles habían de doblarse para cubrir la mesita del salón; algunos *bibelots* de bronce, algunas porcelanas, algún jarro de plata que reposaban en las dos chimeneas o sobre dos columnas improvisadas con madera y trapos viejos, tenía el aire de visitantes impacientes que suspiraban por marchar a otras casas, previa una estancia en las vitrinas del prendero o en el escaparate del anticuario.

Sólo una mirada reflexiva, hecha a encontrar en las cosas un reflejo de la vida que las envuelve, habría observado aquel estado de alma lastimero y burlón de la casita. La casita tenía alma como sus dueñas. Aquella pobre alma luchaba entre la realidad y el recuerdo. Unas veces, al anochecido, por ejemplo, todo agonizaba en la casita: los muebles, los adornos, madame y mademoiselle que permanecían inmóviles en sus asientos, con la labor caída en el regazo o el libro cerrado sobre una mano, y el loro, que se rebozaba entre sus plumas para dormir. Luego la lámpara de petróleo, con su pantalla color de rosa, realizaba a medias un milagro de resurrección... La caja de zapatos, a decir verdad, no vivía hasta por la mañana. Y vivía y sonreía a las horas de sol. Porque en París, de vez en cuando, no deja de salir el sol...

III

Curiales, abogados y testamentarios embrollaban en Cuba el famoso pleito en que ponían todas sus esperanzas la viuda y la cuñada de don Pancho González. Estas—que sólo recibían una pensión de ciento cincuenta francos mensuales—vieron desaparecer en pocos meses los dos mil trescientos que restaban del viático.

Era el aprendizaje de París. A pesar de todos sus propósitos de ahorro y de modestia, París las seducía y las engañaba. Unas cuantas visitas a los grandes almacenes, varias noches de teatros y unos cuantos *fiacres*—los *taxi-autos* no existían aún, el Metropolitano estaba en construcción en su mayor parte—, dieron cuenta del mezquino tesoro. En el invierno de 1904, madame González y mademoiselle Lolita, se vieron ya definitivamente pobres, reducidas a sus cinco francos diarios.

Entonces comenzó una vida inconfesable, de miseria silenciosa y discreta. Todos los recursos que París brinda a los desheredados fueron conocidos y puestos en práctica por las dos mujeres.

Madame González, que envejecía vertiginosamente con tales angustias, hasta el punto de representar sesenta y

cinco años, no teniendo sino cincuenta y cuatro, prefirió librar sus combates por la vida dentro de la casa.

—Mira, hija—le decía a Lolita—: tú eres mucho más joven que yo y estás más fuerte. Yo me ocuparé de la cocina, de la ropa, de la limpieza, y tú saldrás a la calle, a ver si encuentras algo...

Este *algo* no envolvía nada de pecaminoso o indigno. No se trataba de que Lolita, con sus treinta y cinco años, su cuerpo anguloso, sus vestidos reformados y sus sombreros hechos en casa, fuera a pasearse por los boulevares o por los soportales abandonados del Palais-Royal. Nada más lejos de las intenciones de madame González ni de las aptitudes de mademoiselle Lolita. Este *algo* era, sencillamente, la busca y persecución de un medio más de vida: clases de idiomas, traducciones, servicios de intérprete, de institutriz.

Más de un año luchó Lolita infructuosamente. Recorrió París desde Montparnasse hasta la Villete, desde la Estrella hasta la Bastilla. Visitó periódicos y casas editoriales hispanoamericanas. Tomó lecciones de dactilografía. Leyó con lupa los pequeños anuncios del *Journal* y el *Matin*, y utilizó en sus andanzas por París los medios de locomoción más rápidos, modestos y peligrosos: la segunda en el Metropolitano y la imperial de ómnibus y tranvías. También anduvo mucho a pie. Tanto que, en cierta ocasión los pobres pies, que eran minúsculos y finos, dieron en hincharse y como en derretirse en una materia purulenta, hasta el punto de que un médico llegó a insinuar si sería conveniente amputarlos. Con lágrimas, higiene y voluntad, madame González curó a mademoiselle Lolita, que pudo reanudar sus empresas de conquistadora.

Una tarde tuvo una gran alegría: un editor la encargaba de traducir al español una novela titulada *La sanglante ironie*, de un señor—Lolita no se acordaba bien—, de un señor Rachilde o Rochil... Al día siguiente Lolita recibió la novela y una carta del editor, en que le pedía las primeras cuartillas que tradujese, para examinarlas, porque «como no tenía el gusto de conocerla...» Lolita y madame González sonrieron. No habían traducido nunca nada: pero... ¿quién no sabía traducir? Lolita dictaba. Madame González, con sus lentes de oro, y pensando en los doscientos noventa y ocho francos que representaba la traducción, a franco la página, escribía... «Se está bien aquí. Las gentes son respetuosas, el lecho es bueno, la cámara convenable. No demasiado de luz, no demasiado de ruido: yo me siento más fuerte, más hombre. Sí, por la primera vez yo me siento calmo... y yo soy en prisión... Mi cerebro disfruta de una remarcable lucidez.»

—¿Qué te parece?—interrogaba, no sin cierta emoción, la voz aguda y cantarina de Lolita.

—Muy bien, hija, continuemos—decía gravemente madame González.

—«Yo soy, en fin, como todo el mundo, en ese famoso estado banal que yo he soñado antes: tranquilidad de espíritu y de cuerpo del individuo que no es, no será más excéntrico.» ¿Qué tal?

—Un poco extraño—confesaba madame González—: pero como escriben tan raro estos demonios de franceses...

Al día siguiente mademoiselle Lolita fué *chez son éditeur* muy sonreída y temblorosa. Un señor español, con el pelo cano y ensortijado, la recibió. Y después de lanzar una ojeada a las cuartillas...

—Señorita—le dijo—, yo lo siento, pero usted ha traducido *motamó*... Esto sigue en francés... Y no sirve...

Lolita recurrió a todo su orgullo para contener las lágrimas. Entre ella y madame González tardaron cuatro días en comprender aquel cabalístico terminacho del empleado del editor, aquel *motamó* que les cerraba una puerta que había comenzado a abrirse.

—Quiere decir—exclamó al fin madame González—, *mot... à mot...* (palabra por palabra). Pues ¿cómo quiere que se traduzca el demonio ése?

Mademoiselle Lolita fué a vender a uno de los muelles del Sena *La sanglante ironie*. Y le dieron—porque es-

taba nueva y apenas deshojada—sesenta y cinco céntimos.

★

Habían hecho correr por el barrio la voz de que daban lecciones de español y de inglés, y la lechera, la panadera, la *dame de l'épicerie,* todas aquellas francesas laboriosas que recibían por las mañanas a madame o a mademoiselle, con su redecilla para las provisiones, estaban dispuestas a encontrarles discípulos.

Por todas partes eran estimadas. El carnicero, en cuya tienda entraban unas dos veces por semana, las saludaba a través de sus terneras desolladas, de un blanco de nácar y adornadas con hojas y flores de papel, con un sonrisa franca y atrayente. Las empleadas de una gran *charcuterie* de la *rue dàlesia,* donde entraban cada quince días por un franco de fiambres surtidos, se interesaban por su salud y sus negocios. El boticario, a quien Lolita compraba éter, agua oxigenada y polvos de arroz, había llegado a hacerles crédito. Y la portera—*madame la concierge,* ese monstruo devorador de propinas y de secretos, que aterra a los habitantes de París—, dulcificaba su despotismo con madame González y mademoiselle Lolita, que eran *tout à fait gentilles,* que no se las sentía, que no recibían visitas, ni manchaban el tapiz de la escalera.

De estas simpatías que las rodeaban, era lógico esperar algo. En efecto, una tarde llegó al quinto piso de la calle del Molino Verde, número 42, un francés rubio y cuarentón que deseaba aprender la guitarra. Lolita y madame González se miraron consternadas. En su vida habían tenido una guitarra entre las manos.

IV

¿Era posible? No, no era posible... Y, sin embargo, ahí estaba, en un pedacito de papel, la cuenta de aquel día. Era la letra aristocrática de madame González:

Leche	0.20
Pan	0.10
Caldo	0,15
Café	0.10
Legumbres	0.15
Carne	0.50
Fruta	0.20
Mantequilla	0,15
TOTAL FRANCOS	1,55

Aún podían agregarse unos céntimos por el azúcar, las especias y el té que «se compraban por junto». De todos modos resultaba que aquel día—que era uno despejado y azul de primavera—, habían vivido con un franco setenta y cinco escasamente. Parecía imposible... Y madame González, sonriendo, recordaba los almuerzos *chez Larue,* las comidas *chez Paillard* o en el *Pavillon d'Armenonville,* las cenas en casa de Maxim, donde el pobre de don Pancho, que no acababa de acostumbrarse al frac, se manchaba la camisa y pagaba notas de cien francos para arriba.

—¿Será que hemos soñado?—le preguntó a Lolita.

Y como Lolita, suspirando, no le contestase:

—¡Bah!—continuó desdeñosamente madame González—, bien sabe Dios que para mí la comida es lo de menos, aunque no deje de ser sabrosa la de estos demonios de franceses..., pero me gustaba comer en sitios lujosos, con música, con flores en la mesa... Me gustaba comer con los ojos esos platos tan bien presentados, esos postres, esas frutas tan bien dispuestas... los *roatbeefs* en sus fuentes de plata, con su tapadera, que parecía un sombrero y su lamparita de alcohol... Y aquellas casa de té de Londres... con tantas cosas ricas para hacer sopas. Y nuestra mesa de la Habana... ¿te acuerdas? Como a Pancho le gustaba tanto la cocina criolla... aún me parece ver una hilera de fuentes grandes, inmensas, con tasajo, con arroz blanco, con picadillo, con plátanos y boniatos fritos... ¿No hueles, Lolita? ¿Te acuerdas del lechón asado? ¡Mira que teníamos gente por Nochebuena! Hace ahora diez años, me acuerdo perfectamente, dimos una cena de sesen-

ta cubiertos. Nos costó tres mil duros. Quince mil francos... Y ahora, ya ves... Leche..., 0,20... Pan..., 0,10. Sólo gastamos al día dos centavos de pan.

Lolita suspiró otra vez. Y madame González hizo punto final con esta frase:

—Y lo más gracioso es que ha sobrado. Guardé la mitad de la leche para el desayuno de mañana.

★

Las cigarras metidas a hormigas llegaron a eclipsar a los perdularios hambrientos y tacaños de don Francisco de Quevedo, y en las tierras próvidas de Pantagruel vivieron—que no en balde eran de origen español—merced al ingenio y a la sobriedad, esos tesoros de la raza. París, donde todos los pueblos han sembrado una semilla, las sonreía, las animaba, como diciéndoles: «No os avergoncéis. ¿Son caros para vosotros mis restaurantes a precio fijo? ¿Aun los *Chartier*, donde por un franco os serviría para que no murieseis de hambre, no son compatibles con vuestra bolsa? ¿Las legumbres cocidas os resultan todavía por las nubes? Pues yo os ofrezco mi *foie gras* barato, la humeante morcilla, los quesitos a diez céntimos, los pasteles de manzana, las tartas de crema, perfumadas de azahar, mi sidra o mi cerveza a quince céntimos el litro. ¿Qué tal?» Y las dos mujeres bajaban la cabeza, confundidas. Era verdad. Con «nada» se podía comer en París... Las dos estaban delgadas, esqueléticas. Lolita, «haciendo un sacrificio», se había comprado un poco de color para las mejillas y una barra de bermellón para los labios. Y explicaba:

—Es que estoy tan pálida... no sé... que la gente me mira por la calle cuando no me pinto.

V

Los vestidos de las mujeres, como las almas, conocen los misterios hondos de la metempsícosis: transmigran de unos cuerpos a otros. También conocen los prodigios de la metamorfosis: la salida de teatro se convierte en falda; de las batas y enaguas surgen blusas y peinadores. Pero nunca hubo mujeres que apurasen tanto la ciencia de la tijera y del retal como madame González y Lolita. Madame González se hizo un traje sastre «aprovechando» una levita y un gabán de entretiempo del difunto don Pancho. Lolita forraba los sombreros de verano, no bien aparecía el otoño, con pedazos de pana comprados en los saldos de los viernes del Bon Marché, a precios inverosímiles. Porque en unos cuantos meses, las que un tiempo se habían vestido en las ladroneras de la plaza Vendôme y de la rue de la Paix, consiguieron poseer la clave—tan convencional—del París ganguero y bullicioso de los grandes almacenes. Los miércoles, por ejemplo, se los pasaban casi enteros en el Louvre, en el *hall* de sederías, hundiendo sus manos finas y temblorosas entre los recortes de *satin liberty*, de tonos vivos y cambiantes, y mareadas por la luz y por el ruido de aquel mundo de la vanidad y de los trapos.

Algunas veces trataban de reunir cuatro o cinco retales idénticos, y ahí se estaban, junto al tablero en que sedas y rasos multicolores se revolvían crujiendo y resbalando entre los dedos femeninos, para conseguir una ventaja de veinte o veinticinco céntimos...

Los días de exposición iban a las Galerías Lafayette, y sabiendo que no podrían comprarlas, se hacían enseñar las blusas espumosas y las batas insinuantes de aquel almacén, hecho para las *demi-mondaines* del barrio de Breda.

Mademoiselle Lolita, más atrevida que su hermana, solía probarse—sobre el vestido, pues su extrema delgadez lo permitía—alguna de aquellas batas amables, que ya, sin salir del almacén, parecían impregnadas de voluptuosidad. Y después, no sin haber soñado un poco ante el espejo, se las quitaba suspirando...

Muy pronto habían detestado al *Pig-*

malion con sus trajes sastres a veintinueve francos, y a la *Samaritana* con su clientela de artesanas en pelo y de *petites bourgeoises* que pagaban a plazos. El buen gusto, el sentido del lujo y la elegancia no las abandonaban en la miseria. Si tenían que comprar algo de ropa blanca esperaban febrero, cuando en todas las vallas de París y en las estaciones del metropolitano aparecían los grandes carteles del Blanc, que preocupaban un poco a las mujeres. Era el mes de las camisas, de las enaguas, de los pantalones... Blanc... Blanc... Y todo París iba como a purificarse cambiándose de ropa interior. Blanc... Blanc... Y los almacenes parecían nevados y floridos de anémonas y azahar, porque la limpieza y la coquetería usan el mismo color que la virtud.

Sentían por los grandes almacenes un amor apasionado y ardiente. Sin dinero en el bolsillo, apercibidas contra la tentación, iban a pasearse por ellos para darse el gusto de acariciar con mirada inteligente las telas bonitas y ligeras, los objetos de tocador y las vitrinas de perfumería. Iban a mirar y a absorber... Sus ojos brillaban, sus narices agudas se estremecían... Luz, olores y murmullos, eran como alimentos para sus sentidos. Desde lo alto de una escalera contemplaban con envidia a las compradoras que, a sus pies, se disputaban «las ocasiones». Era una lucha por la ganga en la que se desplegaba todo género de cálculo y astucia. Se lamentaban de la «maldita suerte», de no tener siquiera cinco francos que dejar en el almacén a cambio de un retal «regalado» o de una pluma «que valía el triple». ¡Las plumas!

Aquel *hall* de Printemps, visto desde el segundo piso, era un bosque fantástico, un bosque de sueño oriental. Las plumas lloronas eran como sauces verdes, rojos, blancos, de todos los colores. Las amazonas temblaban como hojas de palmera. Los penachos y fantasías eran arbolitos raros, plantas enanas de un jardín celestial.

Las *sigrettes* se erguían desafiantes como cactus de Africa, y a través del boscaje multicolor y estremecido iban y venían las mujeres de París, rápidas y menuditas, tendiendo las manos afiladas hacia la frágil y sutil mercancía.

Mademoiselle Lolita murmuraba entre dientes: «el día que yo pueda... el día que yo pueda...», y madame González tenía que llevársela de allí, consolándola: «Vamos, hija, ni que la felicidad dependiese de llevar un plumero en la cabeza».

VI

«París, esa ciudad»—como dice el Romancero, entre respetuoso y escandalizado—ejercía sobre mademoiselle Lolita, y en menor grado sobre madame González, una influencia casi deletérea. Diríase que cada árbol del boulevard o de los lindos jardines de París tiene enroscada una serpiente tentadora. Los parisienses están familiarizados y no muerden, sino a sus horas y con cautela, el fruto prohibido. Son los administradores de aquel paraíso terrenal, donde los Adanes y las Evas llegan, generalmente, del extranjero o del Sur, de ese Midi que surte a Francia de ministros y de tipos grotescos para el teatro... París no pierde nunca la cabeza. Es como esos camareros de las *boîtes* de Montmartre que sirven *champagne* a los trasnochadores que van a embriagarse y a las aves de paso—que caen allí para ser desplumadas—con un gestecillo de desdén y de cálculo... Ser parisién consiste en no serlo..., como se entiende fuera de París. Los españoles que llegan al Quai d'Orsay con dos francos en el bolsillo, y media docena de cartas de recomendación, son más parisienses que André de Fouquières o Le Bargy: no harán «el primo», *la poire* —como dicen las académicas del Moulin-Rouge.

Pero madame González y mademoiselle Lolita, tal vez por defecto de nutrición, sentían el vértigo, el mareo de París, y soñaban con vengarse alguna vez de la miseria y vivir «aquella vida

brillante» de que se hacían eco los periódicos... Lolita devoraba las informaciones mundanas del *Figaro*, los artículos de modas, la crítica y la chismografía de los teatros. A los cuatro años de vivir en París, reducidas a su pensión, sólo tres veces habían estado en el teatro: dos veces en localidades de tres francos, junto al paraíso, y una vez—¡oh fortuna veleidosa!—en dos butacas de balcón, primera fila, de la Porte Saint-Martin. Maravillosas localidades, de a doce francos cada una, que Lolita había encontrado en un tranvía dentro de un sobre, en unión de una serie de postales «solo para hombres». ¡Qué rubor y que alegría al mismo tiempo! Lolita tuvo cierto escrúpulo y hasta tejió una novela... ¿Si habrían dejado caer el sobre junto a ella, a propósito, y luego se encontrarían en el teatro con el autor de la broma, que reclamaría, naturalmente?... Las dos butacas de la Porte Saint-Martin—un papelito con dos números—les parecían una invitación al placer y la aventura. Era cosa de pensar... Al fin fueron al teatro muy compuestas y acicaladas y fingiendo un desembarazo que no sentían. Y no hubo más aventuras que las del escenario, en una de esas comedias líricas y febriles de Henri Bataille...

Pero en la vida, en la pobre vida de las cigarras hubo hasta media docena de aventuras. Las tres fundamentales fueron éstas:

La de Migoya.

La del Printemps.

Y la que Lolita no pudo confesar nunca.

Migoya era un joven cubano que vivía en el Barrio Latino, fumando en pipa, descubriendo a los poetas simbolistas y creyendo, todavía, en los paraísos artificiales. Migoya hacía versos y traducciones. Llevaba melenas y chalina, y era amigo de Paul Fort, el poeta no comprendido de aquel momento.

En una de sus excursiones por las librerías españolas de París conoció Lolita a Migoya. Simpatizaron. La circunstancia del paisanaje borró cumplidos y desconfianzas y Migoya fué una tarde a la calle del Molino Ver de con unas flores y unos versos, en los que madame González halló «un sentido oculto». Estuvo discretísimo y alentó mucho a las dos mujeres. Pronto Migoya fué un íntimo de la casa y comenzó a aceptar comidas que Lolita le brindaba sin insistencia.

Cuando Migoya, que tenía buen diente, comía con ellas, ellas no almorzaban, y cuando almorzaba, no comían. Pero como Migoya no era pájaro, como sus paisanos, sino un elefante devorador, las pobres mujeres quedaban desniveladas durante cuatro o cinco días cada vez que lo sentaban a su mesa. Un día Migoya comenzó a hablar de una revista hispano-americana «que sería un negocio». El disponía de algún dinero... Si doña Caridad y Lolita hubieran podido disponer de algo... La insinuación quedó en el aire poco tiempo.

Sí, era un negocio, los cálculos no podían fallar; pero—se lamentaba Lolita— ¿de dónde podían ellas sacar algo?... Migoya trabajó tan bien la cosa, estuvo tan insinuante y hábil, que una tarde entre Lolita y él llevaron al Monte de Piedad los pocos objetos de algún valor que conservaban las desterradas: un jarro y unos cubiertos de plata, dos o tres sortijas y un rosario de nácar. Dieron cien francos, que unidos a quinientos «con que contaba» Migoya, servían para «sacar» tres números de la revista.

Después vendrían los anuncios, las suscripciones... Lolita debía preparar una serie de artículos de modas y teatros. Y doña Caridad que tradujese algo del inglés. ¡Cuánta ilusión! Lolita veía despejarse el horizonte. Si tenían suerte... Aquel París luminoso y vibrante que la aturdía iba al fin a tenderle sus brazos...

Madame González y mademoiselle Lolita no volvieron a saber de Migoya nunca más...

VII

La aventura del Printemps fué acaso más peligrosa, pero concluyó mejor.

No obstante las seducciones de París y las rebeldías morales que la miseria engendra y justifica, mademoiselle Lolita y su hermana no claudicaron nunca de sus principios de honestidad y rectitud.

Conocieron algunos secretos para ganarse la vida, que otras personas practicaban: servir de intermediarios entre los compradores particulares de su tierra y los comerciantes de París, sobre la base de envolver en los precios la comisión; convertirse en guías de compatriotas ricos y encargarse de los pagos y propinas con insano propósito, y otras varias trampas, igualmente punibles, que sus conciencias rechazaban indignadas.

Y he aquí que Lolita hizo un día, por sugestión e inconsciencia, lo que en frío, lo que reflexivamente no hubiera intentado jamás. Lolita tendió sus manos, pálidas y descarnadas como las de una santa, hacia el bien ajeno. Y fué en los almacenes del Printemps y en una tarde tibia de primavera.

Lolita no había comido apenas por la mañana. París estaba lleno de violetas y de sol. Las mujeres jóvenes llevaban trajes y blusas blancas. En la imperial de los ómnibus, algunos hombres gruesos y sudorosos se abanicaban con el sombrero de paja. Sobre todo, el aire olía a violetas dentro del almacén. Y era una gran venta de encajes, de Clunys y Valenciennes, de Bruselas y Malinas, auténticos y falsos, de entredoses, de Saint-Gall y de tejidos suavísimos y sutiles, hechos en los beaterios de Brujas y de Gante, por las luces beguinas, para las mundanas y las millonarias. Aquella parte del almacén era como un torrente de espuma. Lolita, absorta, hundía la mirada en los blancos abismos que sondeaban las mujeres felices con las manos. Aturdida y mareada, pensaba en cisnes, en palomas, en lirios, en todo lo que fuera blanco y leve como los encajes. Y como no había comido, hubo un momento en que los bordados y encajes la llevaron a pensar en la guanabana y en el anon, aquellas frutas del Trópico de pulpa alba y fragante, y en montañas de azúcar, en merengues, en cántaros de leche vertidos generosamente... Y con los ojos nublados y la gargante seca, impelida, arrastrada por el instinto, Lolita se dirigió hacia los tableros rebosantes de encajes, que le ofrecían calmar la sed de sus sentidos...

Con ademán de sedienta hundió su mano en tanta suavidad. Y ya tenía su presa entre los dedos y se preparaba a ocultarla, cuando otros dedos se posaron firmes sobre su espalda, y una voz burlona la interpeló:

—¡Vaya, vaya, qué sorpresa!

Lolita cerró los ojos.

¡Sorprendida!

Le flaquearon las piernas. Su pobre cuerpo se cubrió de un sudor de agonizante, y bajó la cabeza como un pájaro herido. Apenas si pudo murmurar:

—*Pardon...*

—*Pardon... Pardon?*—remedó la voz burlesca, agregando—: ¿De qué, alma mía? ¿Usted me ha visto bien?

No; no había visto bien.

Era... Lolita calculó en un instante... una de la Habana, una amiga. Y como tenía aún los ojos cegados por el susto y por la nube blanca de los encajes, no vió que la amiga inesperada tenía los ojos y el pelo muy negros y la cara de color de oro. Era Tula, la mulata, la amiga del difunto don Pancho.

Lolita quiso como erguirse, como hacer valer sus derechos de raza y de virtud. Pero la idea de su robo, frustrado gracias a Tula, la hizo humillarse.

La vida establecía entre la *cocotte* y la aprendiza de ladrona una nivelación.

Tula estaba elegantísima y tenía ya esa *sans gêne* que París comunica a las mulatas. Hizo que Lolita—que había perdido todo valor personal—la acompañase a tomar el te en el mismo Printemps, y entre sorbo y sorbo le contó su historia.

—Figúrese usted, hija mía, que Rebolledo, el almacenista de la calle del Obispo, se enamoró de mí y se casó conmigo. Rebolledo es un animá y se puso las botas en la Habana... Botamos el dinero. ¿Por qué no viene usté

y Cachita a mi casa? Yo soy una mujer casá... Y siempre las quise bien a ustede...

Después, Tula paseó a Lolita por los Campos Elíseos y el Bosque de Bolonia, en un automóvil magnífico, y le brindó dinero, teatros, «lo que ellas quisieran».

Lolita, poco a poco, iba recuperando su serenidad. Pero ya el mal estaba hecho y no le quedaba sino desasirse discretamente de la mulata.

En la plaza de la Opera pretextó una visita, y la mulata la dejó a la entrada del Metropolitano. Lolita, que no llevaba dinero, emprendió a pie el camino de su casa—más de la mitad de París—, mientras por los boulevares, que empezaban a fulgir con sus millares de luces, entraba y desaparecía el automóvil de Tula.

VIII

Mademoiselle Lolita guardó cama de la emoción. Madame González no acababa de dar crédito a la historia de Tula.

—Hija—se lamentaba—, ¿es posible que la vida se burle así de nosotras? ¿Qué mal hemos hecho? No nos bastaba pasar necesidades, ahogar deseos de lujo y distracciones, que este París del diablo hace más apremiantes, ni ser burladas por el sinvergüenza de Migoya, sino que aún habíamos de encontrar a Tula en nuestro camino, rica y feliz y brindándonos una limosna... Te digo que es para dudar de que haya Dios en el cielo. Valiente premio el que reciben nuestra dignidad y nuestra honradez... Estamos frescas... Digo frescas..., qué risa..., estamos hechas dos pasitas, una pareja de esqueletos... ¿Y dicen que esa condenada de mulata se casó con Rebolledo y que sigue aún tan guapetona? Yo siempre me he preguntado qué podrán tener las mulatas...

Lolita se lo preguntaba también.

Volvía a ver a Tula con dos grandes brillantes en las orejas y sentada con languidez de favorita en su automóvil. Y se veía a sí misma recorriendo a pie las calles de París, sorteando los *taxi-autos* y los *autobus*, a punto de ser atropellada muchas veces, empujada, golpeada por la muchedumbre; mareada por el infecto olor a gasolina, que era como el aliento de las calles de París; aturdida por los ruidos y trepidaciones de aquel vaivén interminable de coches y tranvías.

Veíase corriendo de un lado a otro despavorida, sin aliento, rozando con las ruedas monstruosas de un camión. Veíanse en los túneles del Metropolitano, en aquellos coches de segunda donde la gente se hacinaba brutalmente y donde el olor de la muchedumbre y el calor amenazaban con la asfixia.

Veíase, en fin, con su aire de víctima, derrotada por la ciudad hostil, donde la honestidad y la honradez eran defectos. Pensaba de este modo lúgubre e iracundo desde la cama, con la excitación y el desvarío de la fiebre. Pensaba en mil cosas trágicas y pecaminosas que no se le habían ocurrido nunca.

Una tarde quiso concluir con su pobre vida, y madame González, a duras penas, le hizo devolver el láudano que había injerido en abundancia.

Luego hubo días de calma. Comenzaba el verano y Lolita, con sus vestidos blancos y sus grandes sombreros de paja, recibía acaso el último resplandor de su belleza. Porque Lolita tenía una belleza a su modo. Belleza de mujer delgada y rápida, que cobraba por su ingenuo desdén hacia los hombres, cierto aire de amazona, que en París—esa ciudad donde reposa el vicio errante—suele ser apreciado. Tal vez Lolita, al comenzar a ser vieja, sintió la tristeza de su juventud perdida, y quiso como gozarla por junto en una hora: vivir un epílogo en lugar de una novela entera.

Ello es que Lolita comenzó a preocuparse de su tocado, que se pintaba las mejillas y los labios y se ponía flores en el pecho. Igualmente histórico resulta que mademoiselle Lolita, una vez acicalada, tomaba una sombri-

lla y un libro, y dejando a madame González con el loro—que ya perdía las plumas de puro viejo—se dirigía a los jardines del Luxemburgo, donde se paseaba durante largas horas, entre los árboles y las estatuas. Nadie la miraba, nadie la decía nada, y ella pasaba con su libro, su sombrilla y sus grandes ojos negros, cerca de los niños que manipulaban con sus palas y azadas en la arena; cerca de las madres, que hacían alguna labor sin perder de vista a la prole, cerca de las nodrizas e institutrices que descansaban al sol.

Por los paseos del jardín iban algunas parejas del brazo: eran estudiantes del Barrio Latino con modistillas o muchachas del boulevard Saint-Michel. En ocasiones iban un largo rato con las caras unidas, besándose. Lolita trataba en vano de no ver «aquello». Sus ojos sin querer, seguían las evoluciones de la pareja enamorada. A aquellas horas el jardín estaba lleno de sol. Los gorriones saltaban en la arena picoteando las migas que algún paseante les ofrecía. Entre el cesped, al pie de la estatua o del busto de un poeta, se arrullaban las palomas. Al través de los árboles surgía de tiempo en tiempo un desnudo de mármol o de bronce: el desnudo de un fauno o de un Apolo juvenil... Mademoiselle Lolita pensaba en muchas cosas vagas e incoherentes: en don Pancho, con sus chalecos blancos; en la Habana, calurosa y azul; en Migoya, leyendo versos raros y con la pipa en la boca. Pensaba en el pasado y en el presente. Abría su libro... Lo cerraba. Y de pronto el recuerdo de Tula como una voluptuosidad, y una vergüenza llenaba su imaginación.

Una tarde mademoiselle Lolita, sentada a la sombra de los plátanos de la fuente de Médicis, leía un libro de versos. Leía sin atención. El Polifemo de la fuente, allá al fondo, espiando colérico a Galatea entre los brazos de Acis, la distraía. Mademoiselle Lolita no había leído nunca nada de Homero, de Teócrito ni de Ovidio. Polifemo le distraía sin pretextos de erudición, sencillamente, como un motivo del paisaje. Y separándose del grupo mitológico, los ojos de Lolita iban a reposarse en el agua de la alberca, oscura y quieta, donde se copiaban los plátanos revestidos de hiedra.

Un hombre de bastante edad y pulcramente vestido parecía distraerse con las mismas cosas que Lolita. Era uno de esos viejos finos y desocupados que se pasean por los jardines a las horas de sol y al anochecer por los boulevares o las inmediaciones del Palais Royal. Este viejo usaba chistera y monóculo y tenía un labio inferior carnoso y de un rojo de sangre fresca: la roseta de la Legión de Honor en la solapa de su levita parecía un pedazo del labio.

Lolita advirtió la presencia de aquel hombre, sin curiosidad, como algo que se atravesaba en su camino. La mirada del desconocido quiso como recoger la mirada indiferente de Lolita, como invitarla a un examen más atento. Y para esto el viejo pulcro sonreía y enseñaba unos dientes demasiado blancos y demasiado iguales... Lolita comprendió. Y toda roja y nerviosa cerró su libro, tomó su sombrilla y se dirigió hacia una de las puertas del jardín.

La siguieron unos pasos lentos sobre la arena. Lolita apresuró los suyos. Los del viejo se apresuraron también. Entonces Lolita tomo su partido: no volver la cabeza, no darse por enterada y seguir el camino de su casa tranquilamente.

Comenzaba a caer la tarde. Lolita entró por la avenida del Observatorio. Los pasos del viejo habían sido ahogados por los de la gente que se retiraba del jardín. Lolita siguió, siempre de prisa, por la solitaria calle de Denfert Rochereau, pensando que el desconocido se habría cansado de perseguirla.

En sus reflexiones se mezclaban el rubor y la melancolía. Jamás se había confesado a sí misma que sus paseos por el Luxemburgo obedecían a una secreta ansia de cambiar de vida, y que, candorosamente, había soñado con algún hombre recto y bondadoso que la hablase de amor.

Ahora la realidad le daba una res-

puesta irónica en la figura de aquel viejo conquistador que marchaba detrás de ella... No era el amor, sino el vicio lo que había encontrado en sus paseos románticos... En lugar del joven sencillo y honrado, el viejo rico y libidinoso... ¿A qué podían aspirar sus mejillas marchitas y sus ojos fatigados de solterona? Y lo que en ella, física y moralmente, se conservaba de virginidad y de candor, se volvía contra el destino. Porque Lolita se consideraba digna de inspirar una pasión, creyendo que su virtud era también una hermosura...

No volvería a pasear. La idea de parecer una aventurera, *une fille*, la ofendía en su dignidad y su pudor. Le daban ganas de llorar como una niña recordando la mirada del viejo tras el monóculo. ¿Y habría mujeres capaces...?

Estaba en la plaza Denfert. Anochecía. Irreflexivamente, movida por una curiosidad instintiva, volvió la cabeza... Allí estaba. El desconocido era incansable: marchaba a un paso rápido y seguro, de hombre joven. Lolita lo encontró elegante. «Debía de haber sido guapo.» Y tenía, desde luego, un aspecto inconfundible de hombre de mundo y de dinero. Mademoiselle Lolita, sin advertirlo, comenzaba a juzgarlo con benevolencia, casi con simpatía. ¿Por qué no pensar que fuese una persona honrada? ¿Y por qué?

Había anochecido. Mademoiselle Lolita cruzaba la avenida de Orleáns. En las terrazas de los cafés los hombres del barrio consumían sus aperitivos. Al pasar junto a las mesas se aspiraba el olor penetrante del ajenjo. Las tiendas, iluminadas, se brindaban a satisfacer la vanidad y el apetito... Lolita vió pasar ante sus ojos las blusas de un escaparate, los sombreros de otro, hasta los fiambres y los dulces de una tienda de comestibles. Un cinematógrafo atraía a los paseantes. El espectáculo aquel, visto tantas veces, cobró para Lolita un sentido nuevo. Aquello era la vida y era la abundancia. Ella y su hermana vivían medio muertas... No vivían. No vivían. Y se tenía derecho a vivir... Ella, ella misma, Lolita, tenía un valor, tenía un encanto... Acababa de comprenderlo. ¿Por qué no?... ¿Por qué no?... Angustiosamente se detuvo frente a un escaparate y esperó... Esperó un momento, anonadada por su propia audacia, apoyándose contra la luna del escaparate, de miedo a caer. Y sintió, al fin, sobre la nuca, el aliento tibio de una boca que murmuraba:

—*Mademoiselle... écoutez...*

Se volvió, Tras el monóculo una pupila dilatada sonreía. El labio rojo se fruncía para hablar. Lolita quiso huir... Una mano la detuvo.

—*Voyons... écoutez... N'ayez pas peur...*

Mademoiselle Lolita, aterrorizada, consiguió huir. Y corrió, corrió materialmente varios minutos hasta que comprendió que se había salvado. Con una mano sobre el pecho, jadeante y escalofriada, entró en su casa. Subió las escaleras arrastrándose. ¡Qué miedo, qué vergüenza! ¡Pensar que había estado a punto de caer ignominiosamente en una aventura callejera!

Tenía cuarenta años y jamás había pensado en los hombres... Y las ansias de vida, aletargadas en el fondo de su ser, y la invitación a la vida de París, de aquel París seductor y monstruoso, se habían reunido para arrancarle lo único que le quedaba: el honor... Naturalmente, con tantas emociones, mademoiselle Lolita volvió a guardar cama. Y aunque madame González le preguntó muchas veces «a qué venía aquéllo» y «qué le había pasado», jamás obtuvo respuesta satisfactoria de Lolita, que había de enterrar consigo el secreto de su aventura inconfesable.

IX

Una mañana la caja de zapatos estuvo a punto de romperse de emoción. Cuando menos se lo esperaban madame González y mademoiselle Lolita, recibieron la visita de una antigua conocida: la Fortuna venía en un sobre, con cinco sellos de lacre, desde la

Habana. Venía envuelta en varios pliegos de papel y vestida de azul: era una letra del Banco Nacional de Cuba, contra el Crédit-Lyonnais, a nombre de la señora Caridad Solórzano, viuda de González y por valor de treinta y ocho mil cuatrocientos cincuenta y seis francos. Los papelotes en que aparecía rebozada la fortuna explicaban las causas y razones de su viaje.

Eran cuentas, inventarios y otros documentos, de todo lo cual se desprendía que el pleito sostenido por doña Caridad había concluido por una transacción. Los colitigantes de la viuda de González, cansados de enviar a ésta una pensión de cinco francos diarios a cuenta de sus pretendidos derechos, ofrecían un tanto alzado y de una vez para siempre, con ánimo de concluir... El apoderado de doña Caridad se ponía en razón y aceptaba... Tomaba con una mano el dinero y con la otra se lo enviaba a su representada.

Claro está que de una mano a otra el viaje había sido más largo y más costoso que de la Habana a París. Entre la Habana y París hay el Océano, con sus ciclones y sus tempestades, y su poco de línea férrea—¡Dios nos libre del Ouest-Etat!—; pero entre las dos manos de un procurador o un abogado hay millares de abismos que sólo se tapan con dinero. Las cuentas que madame González acababa de recibir eran muy detalladas y muy limpias.

Estaban escritas a máquina. Sólo que los conceptos se embrollaban, y, en general, el lenguaje jurídico y mercantil de «aquellos papeluchos» tenía un sentido oculto, como los versos de Migoya, que las pobres cigarras, con la sorpresa y la alegría, no se tomaron el trabajo de descifrar. Lo que hicieron fué vestirse a toda prisa, meterse en un automóvil de plaza y llegar al Crédit-Lyonnais, casi muertas por la emoción y la impaciencia.

Dos horas después regresaban a la casita de la calle del Molino Verde con sus treinta y ocho billetes de mil francos, un puñado de monedas de oro y hasta una docena de cajas y paquetes, que contenían otras tantas compras. Las cigarras habían salido cantando del Crédit-Lyonnais. Era el mes de mayo. El boulevard embriagaba con sus puestos de flores y sus árboles revestidos de hojas nuevas.

Se oía hablar español por todas partes. Era el mes de los billetes de ida y vuelta, de las ferias y de las músicas militares. París, dispuesto a bostezar en el verano, exprimía los frutos de la primavera. Esta explosión de vida encontró a las cigarras con dinero en el bolsillo...

¡Oh, deseos contenidos, oh, sofocadas ansias de placeres honestos y apetitos pueriles!

Aquí, en el mismo boulevard des Italiens, el *pâte de foie-gras* de tres francos, la crema exquisita que todo París compraba en aquella casa, que era un templo para los golosos. Más allá, *chez Boissier*, ese ladrón, el paquete de bombones de quince francos. Después unas blusas y unos chales en la casa Liberty. Y, sin salir del boulevard, guantes y perfumes, zapatos y periódicos de modas, butacas para un teatro de los Campos Elíseos y flores: oscuras rosas de Francia, claveles de Niza y violetas, violetas, violetas...

Iban mareadas en el *taxi-auto*. ¡Cuánto sol! ¡Qué cielo más azul! ¡Cric-cric-cric!—cantaban las cigarras del mundo entero—. ¡Cric-cric-cric!

La duda fué rápida: ¿Se mudarían de casa? No. No se mudarían. La caja de zapatos, además de que les iba bastante ancha, había sido buena con ellas, muy simpática... Cerca de nueve años habían vivido allí. Dos o tres veces ellas mismas le habían blanqueado el techo, y renovado, a trozos, el papel. La casa debía participar de la alegría de sus dueñas y sentir el cambio: se comprarían alfombras, algunos muebles y cortinas y una asistenta vendría por las mañanas a dar la cera, a sacudir el polvo, a frotar los dorados... No podría quejarse la caja de zapatos. Al loro, «aquella misma tarde» se le compraría una jaula nueva... Como la vida que comenzaba.

★

La duda fué rápida. ¿Ahorrarían? No. No ahorrarían. Iban a vivir, a calmar aquella sed de vivir que habían soportado cerca de nueve años. Iban a vengarse de la miseria... y a gastar, a gastar. ¿Después? En sus almas de cigarras, la verdad sea dicha, este *después* hallaba un eco debilísimo, casi nulo. ¿Después? Ya verían. Un nuevo pleito... Un trabajo cualquiera. Reflexionaban de prisa, volublemente, como dos chiquillas. El poco dinero recibido les parecía un tesoro inextinguible. Aquella noche fueron a uno de los teatros de los Campos Elíseos, con los chales y las blusas y los zapatos comprados en el boulevard. Su contacto con el París alegre y gastador acabó de sorberles el seso.

Después del teatro fueron a Montmartre, donde no habían estado desde los tiempos de don Pancho, y pasaron, con sus tipos escuálidos y aristocráticos, por dos *ladies* excéntricas que se divertían a su manera entre las *cocottes* y los *noceurs*. Lo cierto es que, de pronto, los antiguos hábitos de riqueza despertaban en ellas, como de un sueño de la víspera. Lolita pidió fresas (diez francos la docena) y un *champagne* de dos luises botella. Y éste fué el punto de partida.

Al día siguiente se encargaron dos trajes sastre, de paño azul, ligeros y sencillitos, en casa de Paquin. Eran mil seiscientos francos los dos. En casa de Bechof y David adquirieron *toilettes* de teatro; en casa de madame Carlier, rue Royale, unos sombreros pequeñitos y unos muy grandes *chez* madame Reboux, rue de la Paix. En junto, entre la plaza Vendôme y la de la Opera, gastaron unos seis mil francos. Con cuatro mil más se adecentó la casita, se llenó el armario de ropa blanca y se adquirieron *mil cosas indispensables*, de las que habían podido prescindir durante nueve años.

No volvieron a andar a pie. Ya estaba París lleno, plagado de automóviles de plaza. No había más que levantar el brazo para llamarlos. Lolita no ignoraba que los *taxi-autos*, como los hombres, tienen clase: los de bandera blanca son carísimos, para millonarios; los de bandera roja son burgueses, de un precio admisible; los de banderita azul son bohemios, andan a tropezones y con el motor medio borracho, pero cuestan poco. Lolita acababa de olvidar todo su saber de antaño, cuando andaba por París como una hormiguita, tratando de ahorrar cinco céntimos en un gasto de quince.

¡No faltaba más! El primer automóvil que encontraban al salir de la casa las paseaba por París y por el Bosque y las esperaba *corriendo el contador*, mientras tomaban su té en la Cascada o su almuerzo en Armenonville.

Fueron a todos los teatros que no habían cerrado aún, muy bien peinadas, con penachos en el pelo y unos escotes que brindaban a los espectadores próximos a ellas lecciones de anatomía. No faltaron a la feria de Neully, ni a las carreras de Auteuil, y en este mundo cosmopolita que comenzaban a frecuentar encontraron antiguos conocidos de la Habana, que las invitaban a tomar el té en los *Palaces* en que vivían.

Volvieron a pagar facturas terroríficas en casa de Paillard y de Larue y a satisfacer sus caprichos en los almacenes. Eran como dos presidiarios que recobraban la libertad, como dos hambrientos en las cocinas de un magnate. Volvieron a tener parásitos...

Lolita había olvidado sus íntimos anhelos de un *flirt* que amenizase su vida. París reclamaba todo su tiempo, y jamás un hombre podría producirle, con sus falsas protestas de amor, las divinas emociones que París le proporcionaba... Porque París, tanto a ella como a madame González, *les sabía* a cosa reconquistada.

Era como la salud y la fuerza después de las enfermedades largas. Tal vez los ciegos que recobran la vista tengan una sensación igual. Los nueve años de penuria producían esta temporada de bienestar, porque la dicha suprema estaba en poder acordarse del pasado como de un enemigo y reírse de él. ¡Qué gestecillo el de Lolita, hecho de ironía y de desdén, al pagar las cuentas y al dejar a coche-

ros, acomodadoras de teatro y mozos de restaurante las propinas generosas! ¿Acaso, acaso, mademoiselle Lolita no procedía a tontas y locas, sino siguiendo los derroteros de un plan? Misterio. Ello es que ambas hermanas dilapidaban sus últimos cartuchos entre cantos y risas. Y que el *champagne* helado les seducía de un modo tan eficaz, que una noche unos caballeros argentinos que frecuentaban l'Abbaye de Thélème tuvieron que conducirlas a su casa.

Y llegó el mes de julio. Todo el mundo se marchaba de París. Los amigos de madame González y Lolita, españoles e hispanoamericanos ricos, preparaban también sus maletas. Unos para Trouville, otros para las playas belgas o el norte de España.

—¿Y ustedes?—les preguntaban.

—¿Nosotras?—respondían.

Y un momento afectaban reflexionar... ¡Ah, era cosa de pensarlo!

★

El 15 de julio de 1912, madame González y mademoiselle Lolita concluyeron de arruinarse por segunda vez... Un disfraz no ha sido nunca una transformación. Las cigarras no pudieron, no, pasar cantando *el verano entero.* Cuando había más sol y era más azul el cielo; cuando era, en fin, más verano, los élitros estaban rotos y deshechos... Se había acabado la cuerda y era llegado el momento de enmudecer.

¡Oh, campos verdes; oh, luz; oh, sol! De nuevo el silencio, las nostalgias, la sombra. ¿El hormiguero otra vez..., otra vez? No..., no..., no...

El 16 de julio de 1912 los periódicos de París aparecieron llenos de noticias y artículos sensacionales. Era uno de esos días de congestión informativa. Amenazas de Alemania, asuntos de Marruecos, revoluciones en América del Sur, proezas de apaches, duelo entre escritores, accidentes mortales de aviación, escándalos de princesas y violinistas, de reyes en el destierro y estrellas de *variétés.* La crónica negra y la crónica verde ocupando todas las columnas de todos los periódicos. En el *Matin,* entre las *nouvelles en trois lignes,* leímos unos pocos curiosos aquel día la siguiente:

«Rue du Moulin Vert, quarante et deux, deux cubaines réduitis à la misère, les dames Gonzalez, s'asphyxient avec le gaz. Leurs corps ont été conduits à la Morgue.»

Era el epitafio de París, esa ciudad, ese monstruo, a dos de sus víctimas más inocentes. Yo que traté un poco a doña Caridad y Lolita, restituyámosles ya sus nombres nacionales, hubiera ido a la Morgue a decirles adiós. Pero la entrada en la Morgue ya no es pública. El Juzgado selló la caja de zapatos, y un guardia envolvió en un periódico el cadáver del loro, que se había asfixiado también. Varios cubanos y españoles conseguimos, con una suscripción entre nosotros, que doña Caridad y Lolita fueran a reposar en sepultura propia. Migoya, ese facineroso, estaba en el cementerio aquella tarde, vaya usted a saber si con una elegía en el bolsillo. Tula depositó sobre la sepultura de *sus amigas* una corona de rosas blancas. Y yo, que no dejo de ser sentimental, me prometí a mí mismo hinchar aquellas tres líneas del *Matin* hasta que adquiriesen las proporciones de una novelita. He cumplido mi promesa, que es también un desagravio... Un Balzac o un Galdós merecían doña Caridad y Lolita como biógrafos... Las pobres cigarras, las pobres...

FIN DE
«EN MEMORIA DE VÍCTOR BRUZÓN»
Y
«TRES LÍNEAS DEL «MATIN»
DE
ALBERTO INSÚA

RICARDO LEON

(1877-1943)

RICARDO LEON

Poeta, *novelista, ensayista. Nació en Barcelona, se crió en Málaga y triunfó en Madrid. Miembro de la Real Academia Española—1912—. Esta docta Corporación premió su novela* El amor de los amores*—1911—. En muy poco tiempo alcanzó gran fama, logrando ser considerado como uno de los maestros de la novela y del lenguaje. Su estilo representa una exquisitez arcaica y casi lírica. El Banco de España—del que fué funcionario competente—costeó una edición de lujo de sus obras.*

Novelas: Casta de hidalgos*—1908—*; Alcalá de los Zegríes *—1908—*; Comedia sentimental*—1909—*; Los centauros *—1912—*; Humos de rey*—1918—*; Amor de caridad*—1920—*; Hombre nuevo*—1922—*; Varón de deseos; Las siete vidas de Tomás Portolés*—1931—*; Las niñas de mis ojos; Jauja *—1932—*; Rojo y gualda*—1933—*; Bajo el yugo de los bárbaros*—1935—*: Cristo en los infiernos...

OLLA PODRIDA

I

Allá en los tiempos del antiguo régimen caciquil (que Dios, nuestro Señor, los tenga enterrados para siempre, amén) había en cierta capital española (de Andalucía, por más señas) un gobernador civil, instrumento y hechura de oligarcas, espuma y flor de caciques; un Poncio de los de pelo en pecho, cara dura, ropa elegante, manos puercas, uñas de gavilán y carta blanca para toda clase de concusiones, pucherazos y bellaquerías en diez leguas a la redonda.

El excelentísimo señor don José Luis Porcel y Gutiérrez de Bergantes (que así se apellidaba, nada menos) era lo que solían llamar un *luchador,* uno de esos vividores mezcla de jaques y tahures, políticos y caballeros de industria, gentes de mundo y de negocios, pícaros de club, aventureros de salón, parásitos de gabinete, que bullían por doquiera en la corte al olor de las ollas podridas del Estado, ayer tan sabrosas y abundantes.

Hidalgo por su casa, con muchas roncas y pocos dineros, ducho en todo jaez de arbitrios y deportes (famoso espadachín y no menos famoso en los anales de la política de olla podrida), era y es, pues vive aún, uno de los

hombres más solemnes, más estirados y farfantones que hubieron bastón de borlas en España y en Portugal.

Enemigo de chanzas y donaires, muy pagado siempre de esa gravedad exterior que en todo el mundo, menos en tierra de andaluces, parece condición indefectible de las altas jerarquías y funciones, del juicio, el seso, la autoridad y madurez, no perdía el empaque y la tiesura ni en los más cómicos trotes de su vida de insigne zascandil. Pese a lo cual, allí donde gozó a mansalva los privilegios de su patente de corso; allí, donde abundan, como en ninguna otra parte, los hombres agudos y zahoríes, los ingenios mordaces y socarrones, todos le aborrecían, pero nadie le tomaba en serio; ¡a él, precisamente, que en lo serio, finchado y arrogantón era la estampa de Artagnan!

Alto, macizo, morenote, aguileño, los ojos rasgados y oscuros, la boca grande y voraz, con un bigote mosqueteril y una magnífica dentadura, tenía Porcel entre sus muchas y lucrativas profesiones la de buen mozo, harto provechosa y eficaz para quien poseía como él tan poca vergüenza y tan gentil estampa. No es necesario decir que en estas lides de amores, como en las otras lides, procuraba siempre escurrir el bulto sin dejarse prender, no ya el corazón (¡que le fuesen a él con amores románticos y complicaciones sentimentales!), pero ni tanto así del bolsillo ni siquiera del pelo de la ropa. Su especialidad, en punto a las mujeres, consistía en explotar a estas dos: las incasables y las malcasadas. Tenía un arte supremo para satisfacer a las señoras descontentas de sus maridos, cuando los maridos ejerciesen influencia política, valimiento económico y social. Eran de ver aquí sus dotes diplomáticas, su fino y seguro tacto, su caballerosa reserva y discreción. No menos admirable habilidad tenía para consentir y entretener con galanteos y ficciones de noviazgo a solteronas y mocitas feas, cuando las tales fuesen hijas o hermanas de personajes influyentes, habiéndose de advertir que todos los amores y amoríos de Porcel, éstos y aquéllos y los de más allá, duraban con matemática exactitud lo que le durasen a Pepe Luis las prebendas, subvenciones o cargos públicos para los cuales eran las infelices damas ganzúa y señuelo cerca de sus maridos, de sus hermanos o papás.

Merced a tan ingeniosos ardides fué diputado a Cortes, consejero de varias compañías, gobernador civil de primera clase, caballero gran cruz, y esperaba ser director general, subsecretario y ministro de la Corona. Pero como la audacia, la codicia y la impaciencia le espoleasen con más ímpetu en la madurez que en la juventud, llegó la hora del sazonado agosto en que Porcel, por atajar sus caminos, pensó que el más derecho, más corto y más cristiano estaba en la vicaría, siempre que fuese allí para casarse con opulenta heredera.

Y como lo pensó, lo hizo. Allá, por tierras de Jaén, donde tenía su feudo electoral, topó en una de sus andanzas caciquiles con cierta señorita que a sus muchos recatos y virtudes (se llamaba así) unía por la fortuna de sus padres, hidalgos labradores y mineros, no sé cuántos millones de pesetas. Cabalmente al año justo de tomar posesión de su gobierno en Andalucía, fué a pedir la mano, por cierto no muy blanca ni apetitosa, de tan rica doncella, con la cual regresó poco más tarde, casados ya y en plena luna de miel, para instalarse como príncipes en el palacio de la Aduana, residencia oficial y suntuosa del gobernador en la ínsula de su mando.

Parecía natural que las satisfacciones y deleites de su boda (para él negocio redondo, mas para ella harto picudo) amortiguasen, ya que no la soberbia, la codicia del mandarín; pero la cabra tira al monte, y Porcel tiraba a cuanto fuese ambición, lucro y dinero. Cambió de costumbre, pero no de carácter; acentuó más bien su fatuidad y tiranía.

Desdeñoso ya de las rapacidades a cara descubierta y en inferior escala, ya no subían sus lacayos a las timbas con billetes de a mil para ponerlos a

una carta en nombre de su excelencia y recoger los billetes, con linda y copiosa prole, de mano de los banqueros. Ya nadie le pudo ver a medianoche, terror de garitos y mancebías elegantes dondequiera que hubiere con qué pagar benevolencias o rigores de la moral y de la ley. Muy en su punto como recién casado y con mujer tan virtuosa y honesta, desvió los tiros, apuntó a otras bancas, granjeó en política de más alto vuelo, seguro el muy truhán de que los mismos atajos que llevan a unos hombres a la cárcel, a la vergüenza pública, suelen conducir a otros, en ciertos ambientes y regímenes, a la silla del prócer y a la poltrona del ministro.

II

Aunque todos los ciudadanos de aquella ilustre ciudad, famosa por la hermosura de sus mujeres, por el ingenio de sus varones, por la excelencia de sus vinos, por el azul incomparable de su cielo, amén de sus virtudes cívicas (la primera en el peligro de la Libertad), estaban hechos a sufrir potros y yugos de tiranos, ancas y desafueros de caciques, ya no podían aguantar con paciencia las fechorías y bravatas de aquel Poncio, mezcla de malandrín y fanfarrón, buitre vestido con plumas de pavo real, que ni aun tenía la picara virtud que otros tienen de ser un pillo con donaire, un guapo con salero, capaz de hacerse perdonar a fuerza de gracia sus muchas ofensas a la justicia.

Todas las gentes de bien y aun las socarronas y maleantes, nada conformes con que el señor gobernador cobrase el barato a costa y en desdoro de los rufos y retehombres de la ciudad y sus afueras, hicieron causa común para desembarazarse de Porcel. Pero el insigne y fachendoso truhán tenía raíces tan hondas en Madrid, tales apoyos y cooperaciones en el Ministerio de la Puerta del Sol, que los esfuerzos de la ciudad entera se estrellaban contra él, sin conseguir otra cosa que envalentonarle y fortalecerle.

Campañas de Prensa y de opinión, manifestaciones públicas, huelgas y motines callejeros, burlas, desaires, remoquetes, silbos, pedreas, cencerradas, conjuras caciquiles, atentados personales; nada sirvió, como no fuese para dar motivo a nuevos atropellos y mandobles, para imponer con más fuerza en la ciudad y toda su provincia, sobre la cerviz de jueces y alcaldes, ciudadanos y campesinos, señores y pecheros, la autoridad de aquel gobernador con pujos de procónsul y hábitos de bajá de siete colas.

Una noche, cuando ya, por cansancio y escepticismo de las gentes, estaba a punto de extinguirse el fuego sagrado de aquella cruzada popular y su excelencia, seguro ya de la victoria, se holgaba, en términos de su jurisdicción, en una famosa montería con cierto personaje de Madrid, hubo en el Liceo (casino el de más lustre y señorío de la ciudad) un notable incidente, un pintoresco episodio, que si en un principio no trascendió de allí, por parecer entonces que tenía más visos de broma sin consecuencias, de andaluzada ingeniosa, que de propósito valiente, formidable y vengador, hubo de dejar memoria en los anales de la muy liberal y hospitalaria urbe, así como en la vida pública y privada del excelentísimo señor don José Luis Porcel y Gutiérrez de Bergantes.

En el salón más espacioso del casino, arrellanados en sendos butacones de cuero de Córdoba, a la vera de un ancho ventanal, coche parado en el sitio más elegante y bullicioso de la población, tenían su peña y mentidero hasta una docena de señores, casi todos maduros, independientes, regocijados y zahoríes; todos de calidad por el linaje, por el ingenio o por el oro; andaluces castizos y, como tales, de travieso humor, duchos en zumbas y paradojas e ironías, capaces de hacer reír a los difuntos, de improvisar en un dos por tres una de esas frases, uno de esos motes, uno de esos bromazos terribles que ponen al lucero del alba en ridículo para siempre, que dan al traste, de un solo golpe de sal,

con la más soberbia y empingorotada reputación.

—¡Y que unos hombres tan cabales —decía uno de ellos, comentando las tropelías de Porcel—hayan venido a meterlos en cintura y a darles en la cara ese charrán!

—Esto es una vergüenza — añadía otro de los contertulios—, un ultraje para todos y cada uno de nosotros, para la ciudad entera, para el ingenio andaluz...

—Y una deshonra para el Ku Klux Klan...

Porque es de saber que aquella tertulia se llamaba así en honor de sus tres miembros más famosos: Carreño, Casini, Casilari, triunviros de la ciudad, príncipes de la gracia y emperadores del buen humor, cuyos tres apellidos formaban con su primera sílaba las tres misteriosas K K K del Ku Klux Klan americano.

—¿Es que no hay hombres aquí para darle en la cresta a ese valiente? ¿No hay ya pajolera gracia para quitarle los moños a ese bajá de siete colas?

A esta sazón llegaba a la tertulia, más grave y tieso que el propio gobernador de la provincia, Arturo Zegrí, un rico hombre de Alcalá (Alcalá de los Zegríes), un gran señor venido a menos por sus muchos pecados y malaventuras, político de afición, ducho en el arte caciquil, ex alcalde de la ciudad, ex ganadero, ex diputado a Cortes, ex presidente del casino, empresario de teatros y director de un periódico, un hombre universal, en fin, libre, maduro, solterón, con sus puntas y ribetes de pícaro y de tahur, y, con todo esto, uno de los más ternes, populares y socarrones del Ku Klux Klan.

—Para un hombre, por guapo que sea, basta con otro que lo sea también. Y éste soy yo.

Dijo así más erguido que nunca, guapo y garboso, como en efecto lo era: no de buen talle ni de mucha talla, y sí un poco grueso y panzudo, pero con *una cabeza de artista,* de bucles rubios y rizados, y unos ojos grandes y azules y unas barbas de oro, y una expresión majestuosa que hacía harto contraste con sus hechos y dichos y tradiciones picarilles.

—¡Yo solo me basto para ponerle los puntos sobre las íes al señor gobernador! ¿Qué tiempo me dais ustedes para echarle de aquí?

Hablaba con énfasis y campanuda seriedad, como casi todos los tertulianos, pues era cosa notable que allí, donde jamás se hablaba en serio, aquellos zumbones de siete suelas parecían por su aire dogmático y su pachorra exterior jueces en ejercicio o doctores de la ley.

—¿Para echarle de aquí?—preguntaron no sin asombro—. Año y medio llevamos de aguantar a su excelencia... Si tú te lo cargas en mes y medio, habrá que reírse de don Gonzalo de Córdoba.

—¿Mes y medio? Pero ¿qué *se creéis ustedes* que es el gobernador? ¿Confundís a Monipodio con el Gran Capitán?... ¡Quince días me bastan para acabar con él!

—¿Quince días?—comentaron todos con una brava risotada.

Era ya muy tarde aquella noche y estaban ya solos en el salón *los doce, los cabales.*

—¿Quién de ustedes se apuesta—galleó entonces el de Alcalá—quince billetes de a mil, uno por cada veinticuatro horas, a que antes de los quince días le hago tomar el tren?

—¿Sin billete de vuelta?

—¡Sin billete de vuelta para él ni para mí!

—¿Pero hablas en serio?

—Por mi salud. ¿Qué más queréis?

—¡Más vivo! Yo apuesto—repuso el más valiente o adinerado de los doce—. Jstedes, caballeros, sois testigos. Aquí va un cheque de quince mil pesetas. Quedará en depósito en la caja del Liceo.

—Para mí, si dentro de los quince días le hago a *ese hombre* presentar a dimisión.

—Convenido. Pero es menester, para que todo se haga como Dios manda, señalar condiciones...

—Las mías se reducen a dos. Pri-

mera, que todos guarden el secreto. Segunda, que todos me ayuden.

—¿No decías que te bastabas tú solo?

—Yo solo, claro que sí. Pero a un hombre, cuando es un caballero y tiene, pongo por lance, uno de honor, le hacen falta padrinos, un juez de campo, un médico, por si hay hule y si estira la pata, unos amigos que le lloren, una carroza a la Federica con sus *pitejos* de casaca y peluca y alguna gente detrás para que no se escape el difunto.

—¿Pero es que piensas morirte?

—Un vivo como yo no muere, pero si muere, resucita... Pero es que soy muy precavido, y sé que vale más un por si acaso que quince mil pesetas te daré...

—Supongo que no harás la tontería de querer batirte con el gobernador. En primer lugar, porque *ese hombre* es un hacha lo mismo con el sable que con el florete y la pistola... Donde pone el ojo pone la bala o mete el estoque hasta la cruz... Y en segundo lugar, porque una autoridad en funciones, en vez de mandar padrinos, manda un par de alguaciles o una pareja de la Guardia Civil...

—Se dan casos... Pero yo no pretendo batirme con nadie..., digo, si no me provocan. En fin, yo puse por primera condición el secreto. Ustedes no *habéis* de saber más de lo que yo les diga. Y lo que sepamos ustedes y yo, se lo ha de tragar la tierra. ¿No es así?

Luego de ajustar todas las condiciones se firmó el acta de la apuesta, que firmaron todos, y con el cheque, en un sobre lacrado, se le entregó al cajero.

—¡Quince días! —concluyó Zegrí sentenciosamente—. ¡En menos de quince días se hacen saltar coronas y cetros imperiales, cuando más el bastón de caña de un gobernador civil!

III

Doña Virtudes Argentales de Porcel era una señora de mediana estatura, morena, enjuta, nerviosa, de regulares facciones, pelo castaño, aire modesto y melancólica expresión; nada elegante, pero sin tachas de mal gusto; ni tonta ni demasiado lista; ni guapa ni gentil, pero tampoco desapacible ni fea: una mujer, en suma, de las insignificantes y comunes; de esas que, según don Francisco de Quevedo, son menester para la felicidad del matrimonio. De pocos menos años que don Pepe Luis (él ya pasaba de la edad de Cristo), parecía a la vera de su esposo, tan tieso, finchado y arrogantón, más flaca y mediocre todavía.

Pero detrás de tan humildes apariencias había un verdadero carácter, una mujer sensible, apasionada, vehemente, con humos de altiva y de celosa, y tan pagada de sus virtudes y calidades, que más aún que en lo exterior estaba en lo moral a muchas leguas de su marido.

Unióse a él ciegamente enamorada, sin conocerle a fondo, seducida (mujer al fin) por las artes y los relumbrones de aquel ilustre vividor. Hija única, muy regalada y consentida, de padres ricos y ya viejos; ganosa ella de casarse y nada lince para descubrir las intenciones ajenas, tenía con todo un tan profundo sentimiento de rectitud, una tan hidalga dignidad, que no sufriera de Porcel, aun queriéndole como le quería, ni tanto así en menoscabo del honor.

Pronto las violencias de aquellas luchas caciquiles, de aquellas campañas sin cuartel entre las gentes de la ciudad y su desaforado gobernador pusieron de relieve a los ojos de la incauta señora no pocos de los antiguos entuertos y bellaquerías del buen mozo, con harta decepción y escándalo de su cristianísima Virtudes. Y en el hogar de su excelencia retumbaron también, como un eco y reflujo de las tremolinas exteriores, las primeras escaramuzas conyugales.

Para mayor desencanto, desde que llegó a la ínsula de sus sueños, vivía la pobre dama (¡tan pobre, tan feliz, en medio de su opulencia y con todos sus humos de gobernadora!) en una

atmósfera hostil, en un aislamiento medroso, bajo el desdén humillante de las señoras de la ciudad y sin otra compañía que la de algunas cursis o poco escrupulosas; apartada de su nativo hogar y de sus padres; envuelta en la común execración al cacique; perseguida dondequiera que fuese por desaires, burlas y hasta groseros anónimos; acorralada, en fin, como una mala mujer, en las vacías y suntuosas habitaciones de aquella morada triste, más semejante para ella a una prisión que al palacio de la primera autoridad civil.

Y a todo esto, iba camino de cumplirse el año de las bodas sin que hubiese ni barruntos de sucesión que afianzase, conforme a las miras de cada cual, la presente y dudosa fidelidad del marido y los futuros millones de la mujer, y así andaban los dos mohinos, desconfiados y recelosos, ya convertidas en hieles las mieles de sus primeras lunas, a punto ya de que estallase el conflicto de sus vidas, llenas de tedio, desesperanza y acritud.

Pues en tan calva ocasión, y por los días aquellos en que el imprudente y arriscado Poncio tiraba al monte con sus amigos de Madrid, entróse una mañana por las puertas de su palacio una mujer, andaluza de rumbo, con mucho golpe de mantilla de blonda, zarcillos de oro de chipé, sedas crujientes (que no percales ni almidones) y con un rorro en los brazos; una mujer entre plebeya y señora, de agitanada hermosura, cabos negros, aires de emperatriz y flamenquísima estampa (lo que se dice una real moza), la cual, adelantándose por las habitaciones de su excelencia, pidió con altas voces y vivas señales de inquietud ver al señor gobernador.

—No está—dijeron los criados, sorprendidos de ver allí tan guapetona y soberana hembra.

—¿Cómo que no está?—saltó lo mismo que si la picase una víbora—. Tengo que verle al instante. Decidle que estoy yo aquí... ¿Mi nombre? No hace falta. Demasiado lo sabe el muy bribón... Con darle mis señas...

Y al decir así pavoneó su magnífica persona con el orgullo y la majeza de un pavo real.

—Pues el señor gobernador se fué de caza y no viene hasta la noche... Si quiere usted que avisemos a la señora gobernadora...

—¿Qué gobernadora ni qué ocho cuartos de jureles?—repuso en actitud singular, mezcla de olímpica arrogancia y de plebeya ordinariez—. ¡Aquí no hay más gobernadora que yo!

Atónitos la miraban los criados sin saber qué pensar de tan gallarda y atrevida dueña, cuando la muy ladina, que vió coyuntura, moviendo sus pinreles primorosos, chiquitos y bien calzados de relucientes charoles, se fué derecha a los aposentos de doña Virtudes, que a la sazón, a solas con sus doncellas, se disponía a almorzar.

Y como intentase la servidumbre atajar los pasos de la intrusa, que ya estaba muy adentro, fué tal escándalo el que armó, que la señora de Porcel, a cuya estancia hubieron de llegar las voces, los gritos y portazos, salió con sus doncellas a la galería.

—Pero ¿qué quiere esa mujer?—preguntó doña Virtudes, menos asustada que curiosa, al ver delante de sí aquella espléndida y garbosísima furia.

—¿Qué he de querer?—exclamó la tal, encarándose con la dama, la cual parecía al lado suyo más fea y triste que un dolor—. ¿Qué he de querer sino buscar a ese hombre, que después de engañarme miserablemente ahora me huye y me abandona con este angelico de Dios?... ¡A ese mal hombre, que es el tunante más embustero y más ruin de todos los tunantes que pueda haber en el mundo!

—Pero ¿quién es ese hombre?—balbució doña Virtudes, que ya *la tenía tragada*, y, sin embargo, no quería creerlo—. ¿Qué es lo que dice esta mujer?

—Ese hombre—repuso la buena moza, con la voz penetrante como la punta de un puñal—es el excelentísimo señor don José Luis Porcel, gobernador civil de la provincia y padre de esta inocente criatura.

Fuese que el churumbel se diera buena cuenta de lo crítico del trance

o que le oprimieran más de lo justo las manos de la moza, lo cierto fué que comenzó a rebullirse y por último rompió a llorar con unos berridos lastimosos que partían el corazón.

—¡Hijo de mis entrañas!—repuso la madre, llorando—. ¡Mírelo usted! —añadió, metiéndole el niño por las narices a doña Virtudes—, ¡mírelo usted, y qué precioso! ¿No es verdad que se parece a su padre? Tiene un no sé qué y una fachenda y unos ojillos *atravesaos*... Y se llama también como el granuja de su padre: Pepe Luis.

Estaba a todo esto la señora de Porcel que un color se le iba y otro se le venía, hasta quedar más verde que un limón y a punto de doblarse toda bajo la pesadumbre de los celos, de la tristeza, la repugnancia, la indignación y la cólera que le subían de lo más profundo de su espíritu al golpe de tan cruel e inesperado ultraje.

Clavada en el suelo, junto al umbral de sus habitaciones, no sabía qué hacer ni qué decir ni cómo hurtarse al chaparrón de aquel escándalo, inevitable ya, producido en presencia de toda la servidumbre; ni sabían tampoco los criados, llenos de asombro a la par que la señora, echar de allí a viva fuerza a una mujer que traía, amén de tales disturbios, un pobre niño en los brazos y un raudal de lágrimas en los ojos.

—¡No llores tú, hijo de mi vida! —siguió diciendo con grandes voces las mujer, que era de las de rompe y rasga—. ¡No llores tú, que aquí estoy yo para ajustarle las cuentas al ladrón de tu padre y hacerle pagar todo lo que debe! ¡Pues buena es la madre que te parió para que venga a torearla, no ya el gobernador civil, sino el presidente del Consejo de Ministros! ¿Qué se figura ese guasón? ¡A fe que yo no soy una cualquiera, que me criaron en muy finos pañales y tengo más humos que Guzmán el Bueno y más coraje que doña María la Brava!

Y todo esto y mucho más se lo decía, con gran lujo de aspavientos, sollozos y actitudes teatrales, como si se lo dijera al niño, a la infeliz doña Virtudes, que, ya sin fuerzas para tenerse en pie, pugnaba en vano por cortar la escena y retirarse a sus habitaciones.

—¡Cállese usted! —dijo por fin—. ¡Déjeme en paz! ¡Yo nada tengo que ver con semejantes historias!

—¿Que yo me calle?—respondió la intrusa, cortándole los pasos y las palabras y los alientos—. ¡Qué más quisiera él! Pero no, no callaré la boca... ¡Si me han de oír hasta los sordos! A voz en grito lo iré diciendo por esas calles, lo iré pregonando por España entera y, si es preciso, de rodillas delante de Su Majestad el rey... ¡Hasta que me hagan justicia y me paguen esta *desaborición!*

—¡Váyase usted de aquí!—repuso doña Virtudes, con menos brío que indignación, tratando de volver por los fueros de su orgullo y dignidad—. Ya he dicho que nada tengo que ver con tales porquerías... ¡Allá usted con... *ese hombre!*

—¿Y usted quién es para decir que me vaya?—desafió la moza dando unos pasos más adentro—. ¿Es usted el ama de llaves?

—¡Imbécil!—terció uno de los servidores, más leal o impaciente que los otros, saliendo a despejar el campo—. ¿Se atreve a insultar a la señora del gobernador?

Allí fué la de San Quintín.

—¿La señora del gobernador?—saltó la de los charoles, roja de ira y de sorpresa, más brava que una leona—. Pero ¿se ha casado ese charrán? ¡No puede ser! ¡Eso es mentira! ¡Si me dió palabra de casamiento y se obligó con esta criatura!... Si lo tengo escrito de su puño y letra en estos papeles...—y al decir así zarandeó en el bolso unos papelotes—, y *juraо* por las cinco cruces de sus manos, que... ¡malas puñalás le den en ellas y en mitad del corazón!... Pero ¿es verdad lo del casorio? ¡Mentira! ¿Qué mujer decente, si no tuvo un mal tropiezo, como yo le tuve, se iba a casar con ese tahur?... ¡Señora—concluyó, abofeteando con las palabras a doña Virtudes—, si es usted su mujer, si en un cuarto de hora de alegrías (que

cualquiera lo tiene) la pisó ese gallo como a mí..., para qué más castigo ni más tormento que el verse casada con semejante rufián!

No había concluído estas palabras, cuando sintió sobre sus carnes pecadoras, por cierto muy duras, rollizas y exuberantes (dicho sea en honor de la verdad), los tientos de los criados que la agarraban, ya sin miramiento alguno y aun con la torpe y socarrona intención de palpar los tercios y las mollas de la rica hembra, para arrojarla de allí. Mas antes de que lo pudiesen lograr se revolvió con ímpetu, y echando lumbre por ojos y boca y fulminando la sin hueso, amén de los dientes y las uñas, como una fiera al amor de su cachorro, fueron de ver y oír sus tarascadas y bramidos.

—¡Ay, que me da la alferecía!—gritó por fin, como si estuviera a punto de morirse—. ¡Que me da!... ¡que me da!

Pero a quien le dió la alferecía fué a la pobre doña Virtudes. Rotos los nervios, desencajada, convulsa, cayó sin sentido en los brazos de sus doncellas, mientras la de rompe y rasga, más dura y lince, guardando su patatús para mejor ocasión, escurría el bulto, se salía a la calle y tomaba las de Villadiego con sus blondas y sus charoles y sus sedas crujientes y su precioso churumbel...

IV

No hay que decir la cara que puso el señor gobernador cuando aquella noche, al regresar del campo y pasar los umbrales de su hogar, vió a su mujer toda encendida y llorosa, traspasada de indignación y de angustia y al mismo tiempo firme y altanera, ya con pleno dominio de sí, preparando su ajuar, sus ropas y baúles, como quien se dispone a un largo viaje.

Porque precisamente lo primero que hizo doña Virtudes por la mañana, cuando volvió del soponcio, fué telegrafiar a Jaén llamando a su padre a toda prisa, resuelta, con firme y rotunda voluntad, a separarse para siempre de su marido.

En vano fué que don Pepe Luis, al enterarse de todo (y había que ver su pasmo y su furor entonces), jurase, no ya por las cruces de sus manos puercas, sino con todos los bríos de su alma, que *aquello* era sin duda un infame ardid, una grosera calumnia, una encerrona preparada por sus enemigos; que él, aunque en lances de amores y cuando estaba soltero fué *uno de tantos*, ni tenía hijos ni galanteó jamás a moza alguna de la plebe, y menos en Andalucía; que él, como gobernador civil y hombre de honor y marido leal, no pararía hasta descubrir a la impostora y ponerlo todo en su punto, más claro y más patente que el sol.

En vano, sí; porque doña Virtudes, que era mucho más celosa, digna y obstinada que lince, siguió creyendo a pies juntillas la historia del churumbel, y dando por evidente, conforme al testimonio de la buena moza y a la pública voz y fama, que su marido era un bribón, capaz de aquel y de otros innumerables desafueros, presentes, pasados y futuros, incompatibles con la virtud del matrimonio, la paz del hogar, la ley de Dios y la dignidad de una mujer pundonorosa.

Al día siguiente llegó el padre de doña Virtudes. El buen hombre, que lo era de verdad y que venía como para que le ahogasen con un cabello, trató a solas con su hija de convencerla para que, a fuer de buena cristiana y esposa prudente y apacible, perdonase la culpa si la hubiere, y en todo caso, dada la posición de su marido, como primera autoridad de la provincia y la actitud hostil de la opinión, no se diese la recia campanada de una ruptura que, en tan crítico instante, vendría en cierto modo a difundir y corroborar *aquello*, amén de toda suerte de calumnias, supercherías y difamaciones.

Todo fué inútil. No hay argumentos que puedan persuadir cuando la fe se pierde. La triste señora ya no veía en su marido sino lo que era en el fondo: un vulgarísimo truhán, cuya

presencia le repugnaba y le ofendía. La venda que tuvo en los ojos para mirarle se le había caído para siempre. Junto al finchado Porcel ya no podría nunca doña Virtudes olvidar la imagen, tanto más aborrecible cuanto más hermosota y desgarrada, de la hembra del churumbel, gitana vestida de señora, digna pareja, al fin, de aquel bellaco vestido de caballero.

—Con ese mal hombre—dijo doña Virtudes a su padre, y fué razón definitiva que selló los labios del viejo—, con ese mal hombre, acabaría yo por convertirme en una mala mujer.

Pocas horas más tarde, sin que valiesen contra la firme y fría voluntad de la gobernadora, tan resuelta a dejar de serlo, súplicas, juramentos ni desesperadas razones del padre y del marido, salía doña Virtudes, con todo el recato posible y con el autor de sus días, camino de Jaén y de los brazos maternales.

Y en el hogar desamparado y roto de su excelencia, donde tales maleficios había producido una mujer, aquella brava y misteriosa mujer de rompe y rasga y de pelo en pecho, quedóse el gobernador solo, ceñudo y triste, menos triste por su soledad que por la ausencia de los millones que con su esposa se le iban de las uñas, pero dispuesto, y lo juró con muchos votos y maldiciones gitanas, a vengarse, con crudo y ejemplar desquite, del ingenioso y facineroso ardid con que le herían en lo más caro y sensible de su corazón... y de su bolsillo.

V

Pero todas las iras de Porcel, convertido desde aquel punto y hora en una especie de Trepoff sediento de venganza: las buscas y rebuscas de la Guardia Civil, las diligencias e inquisiciones de la policía, fueron ociosas para seguir el rastro de tan oscura maquinación.

En balde y contra todo derecho fueron perseguidas no pocas gentes de bien y multitud de buenas mozas, más o menos gitanas y de cabos negros y zapatitos de charol, de la ciudad y sus arrabales. ¡Son tantas las mozas de rumbo en aquel dichoso país! Pero la auténtica, la enigmática, la zahorí de las blondas y las sedas crujientes y el lindo churumbel, no dejó más huellas de su formidable y atrevidísima persona que un navío en el mar. A no haberla visto y oído y hasta palpado la servidumbre del Gobierno Civil, creyérase que la tal era un fantasma nacido de la vehemente y celosa imaginación de doña Virtudes.

Un solo rayo de luz, un mero atisbo y presunción, sin pruebas materiales, pero de mucha consistencia moral, se pudo haber de tales pesquisas y averiguaciones: que Arturo Zegrí (de quien por cierto se sabía que anduvo tiempo atrás en amoríos con una espléndida cañí, Pastora Heredia, a la sazón ausente) se jactaba en público de bastarse él solo, a fe de guapo y de lince, para acabar con el señor gobernador, y que en el casino, en el famoso Ku Klux Klan, había pendiente una apuesta (con gran secreto planteada), pero que a muchas leguas trascendía a mofa y escarnio de la autoridad civil.

Lo primero que se le ocurrió a Porcel, cuando lo supo, fué meter en la cárcel a los más alegres y regocijados socios de la tertulia del Liceo o mandar que les diesen, a medianoche y en lugar seguro, una de aquellas palizas mortales tan bien acreditadas en luchas y episodios caciquiles. Pero meditándolo con más pulso y madurez, pensó que tales y como andaban allí las cosas y las gentes, zumbonas y festivas, pero también de armas tomar, una violencia por mano de esbirros contra caballeros de fuste, muy populares y de brava condición fuera capaz de levantar hasta las piedras del arroyo, y más en tiempo de zaragatas y alegrías en que a la par de los festejos del verano había barruntos de huelga general.

No se necesitaba ser muy agudo para prever que al cabo un hombre como don Pepe Luis, frenético a la sazón, nada ingenioso ni sufrido, más que valiente, temerario, siempre dis-

puesto a vengar hasta la sombra de una injuria, valido de su destreza en toda clase de esgrimas, espadachín y tirador famoso, habia de echar por la calle de en medio y seguir el camino donde le esperaba, ojo avizor, el buen Arturo Zegrí.

Claro que una autoridad, de cualquier especie que sea, para acudir a esos terrenos y tomar la lanza, ha de dejar a las puertas del campo su bastón de caña; pero como Porcel era tan ducho en saltarse a la torera todas las leyes, igual las civiles que las canónicas y penales, juró descabellar con su estoque a una docena de socios del Liceo antes de presentar la dimisión. Pues bueno fuera, pensaba él, que encima de tomarle a chunga y de arrancarle de los brazos y los millones de su esposa, y perseguirle de esta suerte hasta en *lo más sagrado* de su hogar, hubiese de perder el momio de un gobierno civil de primera clase y volver a Madrid, ni soltero, ni casado, ni viudo, lo mismo que el gallo de Morón! ¡Y todo por culpa de dos o tres guasones que ni siquiera sabían esgrimir un florete ni manejar una pistola! ¡Ya les daría él justo castigo y por su propia y arrogante diestra, marcándoles a punta de hierro con unas cuantas cruces en la cara o rompiéndoles un hueso de un balazo para que toda su vida se acordasen del señor gobernador!

El hecho fué que el mismo día en que el Poncio tuvo sospechas y vislumbres de la actitud de los del Ku Klux Klan, quiso la suerte, o tal vez la propia industria y previsión de Arturo que a prima noche y en sitio apacible y solitario topase con él y pecho a pecho don José Luis Porcel y Gutiérrez de Bergantes.

Venía el mandarín acompañado del presidente de la Diputación, nada amigo suyo por cierto, aunque por las relaciones oficiales se solían juntar alguna vez. Dos polizontes les seguían a distancia. Iban con Arturo dos caballeros de la flor y espuma del casino.

Lo que sucedió entonces fué cosa prevista, inevitable, fatal. Así que vió a su enemigo, Porcel no pudo contenerse. Toda la sangre se le subió a la cabeza; toda la ira a la boca. Estalló en insultos de los más afrentosos, terribles y soeces de cuantos pueden imaginarse en lengua de jácaro español. Y esgrimiendo los puños y el bastón de borlas hubiera allí mismo dado cuenta del pobre Arturo Zegrí, pues era más fuerte y más sañudo que él, a no mediar los amigos y los polizontes y el presidente de la Diputación, cuyas gafas, pues era tan corto de vista como de talla y de genio, pagaron y atestiguaron con sus vidrios rotos la furia de aquel encuentro singular.

VI

Aquella misma noche, cuatro solemnes, ceñudos y enlevitados caballeros, secretamente reunidos en misterioso lugar, concertaban el lance en que según los códigos del honor (¡oh, qué cosa tan seria, tan frágil, tan delicada y sutil es el honor de los caballeros!) había de darse entera y cabal satisfacción a las graves ofensas inferidas al señor don Arturo Zegrí por manos y boca del excelentísimo señor don José Luis Porcel.

Conforme a la extrema gravedad de las injurias tenía que ser la reparación. Todos los padrinos, luego de cruzarse las primeras y corteses palabras, lo entendieron así con admirable unanimidad, noble tristeza y perfectísimo conocimiento de las leyes, usos y costumbres de la moderna caballería.

Otrosí: los representantes de don Arturo, con amplios poderes, al igual de los testigos de don José Luis, tenían el derecho de elegir las armas y señalar las condiciones.

Rápidamente, irreprochablemente, se llegó a un acuerdo. ¿Armas? Como en este caso había manifiesta superioridad de parte del ofensor, los delegados del ofendido pidieron, para igualar en lo posible a los combatientes, que el duelo fuese a pistola. ¿Condiciones? A trece pasos, a pie firme, con vendas en los ojos, y a disparar de medio en medio minuto a

la señal del juez, y sin tregua ni término hasta que uno de los dos quedase absolutamente fuera de combate. Nada más justo, equitativo ni honroso.

Item más: el lance, a la salida del sol y en los jardines de San Andrés, célebre hacienda en los alrededores de la ciudad y en donde ya habían muerto a mano airada una porción de caballeros de la Tabla Redonda.

Cuando don Pepe Luis supo las condiciones del lance bramó de indignación y de cólera, y estuvo a dos jemes de recusar a sus padrinos tachándoles de babiecas o parciales. El, que pretendía no un duelo a muerte, pues era tan ducho para nadar y guardar la ropa, sino un torneo y simulacro en que pudiera, como famoso tirador, libre de riesgo, seguro de poner la bala donde ponía el ojo, apuntar a su inocente adversario y elegir el sitio donde, sin quitarle la vida, le señalara y estropease para siempre, se veía a punto de correr un peligro mortal, a un ciego y azaroso tiroteo en que el más hábil podía caer bajo los tiros del más torpe. ¡Y todo por culpa de aquellos dos imbéciles, no pudo hallar mejores padrinos, hombres modestos y de buena fe, y, por ende, incapaces de autorizar con su presencia una bellaquería disfrazada con el manto y las ínfulas del honor!

Al fin y a la postre, lo perentorio del caso, las razones de los padrinos, la situación de la ciudad, cada vez más hostil, más indomable; la impaciencia del gobernador, que, con tantas y tan absurdas complicaciones, tenía la cabeza loca y la negra honrilla como un dogal en la garganta, le llevaron, quieras que no, a jugarse el todo por el todo, ya amaneciendo con suaves y misteriosas luces en los jardines de San Andrés.

Ya estaban allí, madrugadores, Arturo Zegrí, sus padrinos, un juez de campo y dos médicos, amén de las pistolas, el botiquín de urgencia y demás prevenciones para mandar a un alma cristiana al otro mundo en un periquete y de la manera más gentil, honrosa y caballeresca posible.

Zegrí, muy terne, con sus barbas de oro y su perpetuo aire zumbón, casi tan finchado como su excelencia, paseaba por el jardín, fumando en pipa (era un estoico) y tan tranquilo como si se hallase en el Liceo, en su sillón del Ku Klux Klan.

Porcel, en cambio, pálido, fosco, soberbio, más que don Rodrigo al pie de la horca, martirizaba nerviosamente sus bigotes mosqueteriles, mirando de reojo a todo el mundo con siniestra y rencorosa actitud.

A punto de salir el sol (era una espléndida mañana de agosto), medido el campo, listas las armas, puestos los lidiadores frente a frente, cada cual en su sitio y papel con admirable puntualidad y concierto, se dió principio a la tragedia.

En honor a la verdad, cuando Porcel, conforme a lo pactado, vió que le vendaban los ojos y se halló a ciegas frente al cañón de una pistola, sintió por primera vez en su vida un miedo irresistible (¡oh, la valentía de los jácaros y espadachines y matasietes a la hora de la verdad!), unas ganas atroces de arrancarse la venda y emprenderla a tiros con todos aquellos malandrines que le traían, indefenso, a matar o a morir. Fué menester que apelase de nuevo a los impulsos de la negra honrilla y la vergüenza torera, a las ayudas tónicas de su cartel de guapo y de su alta y no dimitida autoridad para mantenerse a pie firme y en espera de la voz de ¡fuego! en aquellos minutos angustiosos.

Fué el lance rápido y cruel. Después de un breve silencio, sólo interrumpido por la melodiosa algarabía de los pájaros en el bosque, por el rumor de una fontezuela, por los alegres desperezos matinales, se oyó una voz, una palmada, dos detonaciones, un grito. Arturo Zegrí soltó la pistola, se llevó las manos al pecho, se desplomó en la tierra, todo cubierto de sangre...

Médicos y padrinos se precipitaron sobre él.

—No hay remedio, señores — dijo, después de reconocerle, el propio médico de Zegrí—. Nada se puede hacer.

Ha muerto. Precisamente, fatalmente, la bala le ha dado en el corazón.

VII

Una oleada de asombro, de indignación y de protesta se levantó a las pocas horas por toda la ciudad y llegó con sus frenéticas espumas a los umbrales del Gobierno Civil. Fué menester a cintarazos despejar la plaza y contener a la muchedumbre, que, a voz en grito, quería poco menos que linchar al gobernador.

—¡Ha matado a Zegrí!—se oía por todas partes—. ¡Abajo los caciques! ¡Muera Porcel!

Todas las clases sociales y las fuerzas vivas, la prensa, el comercio, la industria, la aristocracia y la plebe, se unieron entonces en aquella protesta clamorosa. El Liceo, el Club malacitano, las redacciones de los periódicos, y aun muchas casas particulares, pusieron en sus balcones colgaduras negras. Se telegrafió a Madrid para que destituyesen a la autoridad homicida, burladora de todas las leyes de Dios y de los hombres. Se interrumpieron los festejos públicos. Se organizó una manifestación imponente. La Casa del Pueblo decretó la huelga general.

Escondido el gobernador en sus vacías habitaciones, abrumado por tantos y tan fatales acaecimientos, presa del terror y la angustia de aquella tragedia inesperada, triste y solo, desamparado de todo el mundo, prevenía maletas y papeles para huir en cuanto le fuese posible, seguro ya de que, sin dimisión o con ella, estaba de sobra y muy a riesgo en la ciudad.

Resuelto a fugarse como el diablo le diese a entender, mandó preparar un automóvil que aquel mismo día le condujese, por los sitios menos visibles, fuera de la provincia y de su malograda jurisdicción. Mas quiso el diablo, sin duda, que el automóvil no se hallase dispuesto, por inconvenientes de la huelga, hasta última hora de la tarde, con lo que estuvo tragando hieles, pesadumbres y humillaciones casi todo el día, transido de impaciencia, de cansancio, de remordimiento y de inquietud.

Llegó por fin la hora de la liberación para él y más aún para los súbditos del malhadado y siniestro Poncio.

Sin ser advertido, a su parecer, salió por la puerta falsa con intención de ganar a toda prisa la carretera de Madrid. Mas no bien hubo escondido su triste figura en el fondo del coche, lanzado a buen correr por las angostas vías, cuando se oyó un estruendo formidable, una serie de broncas detonaciones que retumbaban aquí y allí como si fuese blanco toda la ciudad de un espantoso bombardeo.

Tembló Porcel, sobrecogido hasta en las raíces del corazón, y se le pusieron de punta los cabellos de su carne. Creyó que la tierra se le hundía bajo los pies o que estallaba al paso de su coche una máquina infernal. Una gran muchedumbre, galopando por las calles con estrepitoso vocerío, a compás de aquellos retumbos imponentes, corría en todas direcciones.

El auto paró en seco.

—No se puede pasar—dijo el chófer.

—¿Qué ocurre?—preguntó más muerto que vivo el ex gobernador.

—No sé decir a su excelencia; parecen cañonazos o bombas de dinamita: para mí que hay revolución...

—Tuerce por otra calle; sal por donde puedas. Todo menos parar el coche—concluyó Porcel, ya con el alma en un puño.

Tras largos rodeos fueron a dar a una plazuela, donde el fragor de los tremendos rimbombazos sonaba todavía con más cercana y espantosa furia. El coche se volvió a parar entre el hervor y el oleaje del gentío, que allí también cundía con recia marejada. Los truenos eran cada vez más profundos y terribles. No parecía sino que andaban sueltos y desencadenados allí todos los demonios del infierno.

Después de muchas vueltas y revueltas, cuando ya Porcel creía llegada

la hora de rendir a Dios la cuenta de sus innumerables fechorías, halló camino franco y gente de paz que pudo darle razón de los zumbidos temerosos que aún resonaban a lo lejos.

—Es la traca—dijo una moza de la plebe—. Como han *suspendío*, por *mor de la juerga* y de las malas *partías* de ese charrán del gobierno, las fiestas de la ciudad, algún guasón le ha *pegao* fuego a la traca, y la gente, como es aquí tan *divertía*, pues anda corriendo la pólvora por esas calles y pidiendo de paso la cabeza del *gobernaor*...

Así se lo soltaron y en sus propias barbas, sin conocer quién era, al mismo y triste Porcel.

Corrido de tan vergonzosa y ridícula aventura, volvió a recatarse en el fondo del coche, pareciéndole siglos los minutos que tardaba en salir a campo libre.

Ya estaba a punto de conseguir su intención, cuando al desembocar en el último cruce volvió a detenerse el automóvil tras la muralla del gentío.

—¿Qué ocurre ahora?—preguntó Porcel con nuevo y agudo pasmo, pues ya no se oían allí los estampidos de la traca.

—Señor, es un entierro...

Al oir tal, la sangre se le cuajó en las venas. Al través de la muchedumbre creyó ver, como por una especie de presentimiento y clara intuición de la conciencia acusadora, la horrible imagen, toda ensangrentada y mortal, del pobre Arturo Zegrí, caído en el césped, con los brazos abiertos, la cabeza mustia, partido el corazón, tal como le viera, no sin entrañable pesadumbre, por la mañana en los jardines de San Andrés.

Y era, en efecto, lo que tenía delante de los ojos el entierro de Arturo Zegrí, la conducción de su cadáver. ¿Qué nuevo y lúgubre y misterioso azar volvía a poner frente a frente, en aquella hora del supremo adiós, a Porcel y a Zegrí, al matador y a su víctima, en presencia del fervoroso duelo que acompañaba a los despojos mortales al través de la ciudad?

Porcel, desfallecido de angustia, con el terror de aquella escena desgarradora, quiso retroceder. Pero la multitud rodeaba el auto. Ya no había escape ni salida posible.

Millares de almas se congregaron allí. El entierro era a la par un testimonio del sentimiento popular y una manifestación de protesta. Con orden y silencio admirables, entre una doble hilera de gentes y de luces, desfilaba la triste comitiva: al frente, una carroza fúnebre de seis caballos empenachados de luto, con gran escolta de mozos y palafreneros; detrás del coche y en caja descubierta, el cadáver de Zegrí, a hombros de sus amigos, y cerrando la marcha, una multitud imponente.

Quiso también el azar que en la precisa coyuntura en que pasaba el féretro por delante de los ojos, llenos a la vez de espanto y de malsana curiosidad, del azoradísimo Porcel, más pálido todavía que el muerto, se detuviera la comitiva funeral por la aglomeración de la gente y la estrechura de las calles.

Y entonces sucedió, a la vista de todos los presentes, algo tremendo, maravilloso, increíble, que espantó las almas, rompió las filas de la muchedumbre y heló la sangre en los corazones, como una visión del otro mundo, del mundo terrible y milagroso de lo sobrenatural.

Ello fué que de la caja fúnebre se incorporó de repente el cadáver de Zegrí, bañado de sangre y de mortales livores; abrió los ojos, abrió la boca también, y con la mano tendida hacia el automóvil de su excelencia, le gritó con voz ronca, lúgubre y sepulcral, voz de ultratumba, de purgatorio y de castigo:

—¡Buen viaje, señor gobernador!

VIII

Han transcurrido ya muchos años, no sé si más felices o mejores, de tan extraordinarios sucesos, y todavía se recuerda por todo el mundo (pues tuvo resonancia universal) cómo Arturo

Zegrí, que aún vive (y viva cien años para lustre y regocijo de su patria y escarmiento de caciques), logró con fértil y socarrón ingenio ganar la apuesta famosa y poner en fuga, en menos de una quincena, al finchado y desaforado gobernador de la provincia.

Notables fueron la audacia, sagacidad e industria, la previsión y el malicioso artificio con que Zegrí, agudo psicólogo también para calar y prevenir los pensamientos del adversario, le supo envolver en sus mismas redes, metiéndole el diablo en el hogar, soplándole los millones de doña Virtudes y toreándole de capa y espada y en sus propios terrenos, hasta llevarle al del honor, y allí, con unos cartuchos de inocente pólvora y una vejiga de sangre (sangre también inocente de cordero o de cabrito), a previsión oculta debajo del chaleco, jugarle una terrible bufonada con visos y conmociones de tragedia.

De tal suerte se organizó la batida, que desde el punto y hora de la apuesta quedó el Gobierno Civil a la merced de un sutilísimo espionaje. No daba paso ni decía palabra el gobernador que al punto no lo supiese Zegrí. La mala voluntad que aun los servidores más íntimos le tenían a su excelencia favoreció los avances de aquella picaril conjura, tan en secreto llevada que todo el mundo, fuera de los alegres socios del Ku Klux Klan, tuvo por ciertos e infalibles el desafío y la muerte de Zegrí hasta el preciso instante de su maravillosa resurrección.

Por cierto que a Porcel, abatido y zarandeado por tan crueles tribulaciones, puesto allí a la vergüenza pública, gracias a las pérfidas maniobras de un chófer desleal tuvieron que sacarle de su coche y conducirle a la casa de socorro, víctima de un patatús. No era para menos el horrible susto que le dió Zegrí, la espantosa visión de aquel *cadáver* incorporado en el féretro, la lúgubre resonancia de aquella voz de ultratumba que parecía repetir:

> Los muertos que vos matáis,
> gozan de buena salud.

No hay armas como las del ridículo para poner fuera de combate a los hombres, cuando los hombres tienen más humos y flaccs y picardías que virtudes y ejercen, por añadidura, ministerio y autoridad sobre las gentes.

Tan en ridículo quedó, fuera y dentro de Andalucía, don José Luis Porcel y Gutiérrez de Bergantes, que, aunque a raíz de los sucesos todos los códigos y leyes y tribunales de honor le parecían pocos e insuficientes para perseguir y descalificar a los autores del bromazo, tuvo que huir aquella noche y más que de prisa y para siempre, amenazado muy en serio y corrido de las zumbas y estrepitosas carcajadas de la ciudad entera. El solo fué quien, de derecho y de hecho, quedó descalificado e inútil, no ya para gobernar ínsulas de primera clase, pero ni siquiera para regir un humilde ayuntamiento rural.

De un solo tiro, y de pólvora, si no perdió la cabeza, porque la tenía muy dura, perdió su cartel de guapo, su bastón de borlas, el acta y el distrito de Jaén y los millones de doña Virtudes, pues, aunque, para alivio de males, volvió la esposa al redil años después, murióse luego y sin prole y sin dejarle a su marido un triste maravedí. Sin duda, aparte de lo mucho que sufrió por culpa de aquel Gutiérrez de Bergantes, supuso doña Virtudes al hacer su testamento, que los tales millones fuesen a dar en las manos de sabe Dios qué mozas de rumbo y churumbeles de extranjis. Pues es de advertir que como era la dama tan celosa, tan poco lince y testaruda, no creyó jamás que *aquello* fuese un ardid, una calumnia, como Porcel se lo juraba hasta por la Cruz del Sur, y se fué de este mundo la buena señora creyendo a pie juntillas en la historieta de la gitana y el churumbel.

Hoy ya no existen, porque allí, como en todas partes, anda el buen humor de capa caída, ni el famoso Liceo ni el no menos famoso Ku Klux Klan, ni muchos de los actores y espectadores de tan histórica y memorable tragicomedia. Mas para siempre queda-

ron muy vivos el escarmiento y moraleja de aquellos «lances de honor», así como las aventuras y desventuras de Porcel, la muerte y resurrección de Zegrí, amén de la fiesta popular, banquete y olla podrida con que se celebraron las honras fúnebres del Poncio, su muerte política y civil en aquella ciudad, que era entonces, y Dios no consienta que lo sea mañana, olla podrida también, olla de Egipto más que andaluza ni española, para satisfacción y regodeo de vividores, caciques y bergantes de todo jaez...

FIN DE
«OLLA PODRIDA»
DE
RICARDO LEÓN

RAFAEL LOPEZ DE HARO

(1876)

RAFAEL LOPEZ DE HARO

Novelista, *ensayista, autor dramático. Nació en San Clemente (Cuenca). Doctor en Leyes. Notario de Madrid. En* El Cuento Semanal *publicó dos novelas primorosas:* Del Tájo en la ribera *y* Vulgaridad. *Su fecundidad es asombrosa, pues lleva publicadas treinta y tantas novelas largas, unas setenta novelas breves, cuentos incontables, y estrenadas más de cincuenta obras escénicas. Su firma ha prestigiado—y prestigia—los más importantes diarios y revistas de España. Maestro de la técnica novelesca, imaginación inagotable y feliz, ha conseguido situarse entre los grandes narradores españoles contemporáneos.*

Novelas: En un lugar de la Mancha—*1907*—; Dominadoras —*1907*—; Batalla de odios—*1908*—; La novela del honor —*1910*—; El salto de la novia—*1910*—; Sirena—*1911*—; Poseída—*1911*—; Entre todas las mujeres—*1911*—; La imposible —*1913*—; El país de los medianos—*1913*—; Las sensaciones de Julia—*1914*—; Muera el señorito—*1916*—; El más grande amor —*1917*—; Los nietos de los celtas—*1918*—; La Venus miente; Un hombre visto por dentro; Yo he sido casada; Fuego en las entrañas; Adán, Eva y yo—*1939*—; Interior iluminado...

INTERIOR OSCURO

EL HOMBRE ENLUTADO

El hombre enlutado entró en el *cabaret*. Yo lo reconocí inmediatamente. Se había dejado crecer la barba negra, fuerte, vidriosa, que traía recortada en punta—cuando iba afeitado sus quijadas tuvieron un tinte azuloso—, y estaba pelado al rape, con aspecto de cepillo su cabeza redonda; las cejas, ásperas, le crecieron, frisándose, conjuntas, y además de todo eso, empezaba a engordar: combo el chaleco, los hombros anchos, sin línea los pantalones, que ningún sastre acertaría ya a cortarle con elegancia. La vida campestre, allá en la fábrica de aserrar maderas, enquistada entre peñascos, en una cortadura de la sierra, a cien kilómetros de la ciudad menos lejana, le embastecieron así. Traía el atezado montaraz. Entró en el *cabaret* con la desorientación deslumbrada del pueblerino y observé cómo no sabía qué pedirle al camarero.

En el joven negociante, enjuto, nervioso, de vitola estilizada, que yo tra-

té cinco años antes en la capital de provincia, habíase operado tal mudanza. Sin embargo, yo lo reconocí inmediatamente, instantáneamente. Era Conrado Albrit. Conrado Albrit que, desde su rincón serrano, hacía una escapada a París, después de cinco años de montaña, y que se encontraba en él aturdido por de pronto. Habría que oírle hablar el francés. Sería necesario instalar en la aserrería alguna nueva máquina y nuestro hombre aprovechó la ocasión para hacer este viaje y divertirse. La prisa que traía por divertirse se vió en el acto: se acercaron a su mesa dos tanguistas de las más aparatosas. Se las habría pedido al camarero al mismo tiempo que el *champagne*. El camarero, con su doble vista de camarero de *cabaret*, descubrió en la cartera del lugareño la munición de billetes españoles, fotograbado el monasterio de El Escorial, y le sirvió al deseoso lo más *epatante* del *cabaret:* Pancha, la negra africana, y Elida, la rubia escocesa. Pancha, la de piel de foca, mórbida y reluciente, la de los ojos terribles y los labios violeta, y Elida, oro, nácar y perfume. Los billetes españoles volarían como pavesas.

Conrado Albrit vestía de luto riguroso: riguroso luto español que no perdona ni un botón; luto mate, de humo de imprenta, de carbón lijado, luto de paño negro de Castilla, absoluto, negativo, total. En toda la persona del enlutado sólo brillaban sus pupilas, las dos gotas recientes de sus pupilas, acabadas de extraer del tintero, y el pivote de su barba que tenía un brillo de cristal. ¿Por qué no se habría deslustrado con esmeril las pupilas y la barba? Destacaban como aplicaciones de azabache en dalmática de lacayo a la Federica.

¿Por quién vestiría luto tan completo y ostentoso Conrado Albrit? Por su madre. Yo descartaba la idea de que pudiese aquel luto ser tributado a otra persona. Se explica que, recién muerta su madre, pueda un hombre joven ir a un *cabaret*. No es simpático el enlutado, pues, o solamente viste, como una librea, su dolor, o, en todo caso, lo trae al *cabaret* a que lo profanemos los demás. El *jazz-band* debe herir el alma cuando se tiene todavía en el tímpano las notas del *Dies iræ*. Pero se explica uno mucho menos que un viudo reciente busque mujeres, música y *champagne* al poco tiempo de haber dado a la tierra el pálido cuerpo de la esposa. Sin embargo, esto no es infrecuente.

La segunda, la tercera botella de *champagne*. Pancha y Elida, sur y norte, parloteaban, movían los brazos, tendían los cuellos y daban coletazos con sus cuerpos flexibles, como una anguila y una trucha en torno al cebo; Albrit reía ya a carcajadas, mostrando el doble arco de sus mandíbulas, la dobre herradura de marfil, y en sus ojos negros centelleaba algo siniestro y pávido, de caníbal. ¡Qué lucha! ¡Qué lucha la del hombre bestializado que no puede volverle la espalda a una sombra!

ELLA

Hija ella era de un catedrático del Instituto y se llamaba Margarita. La primera vez que la vi llevaba el pelo en dos trenzas que la caían por delante de los hombros hasta las rodillas: dos trenzas de un color castaño muy oscuro, casi negro, sedosas, bruñidas, que eran algo maravilloso. La gente no solía darse cuenta de lo linda que era la muchacha porque su pelo magnífico asumía toda la atención. A veces aquellas trenzas parecían talladas en nogal, pero con más frecuencia sugerían la idea de un bronce antiguo. Aquellas fastuosas trenzas enmarcaban el rostro de Margarita, perfilado y candoroso como los que suelen verse en las tablas flamencas. Margarita poseía unas finas cejas, casi rectas, horizontales, hechas de dos pinceladas, y unos ojos rasgados violentamente, asiáticos. Las pupilas tenían transparencias de ámbar oscuro y de gotas de ron. Todo esto no la hubiese hecho una chiquilla excepcional sin la tez prodigiosa de amanecer. Supongamos que había nacido sin ningún

color y que tomó el que tiene el horizonte cuando la alondra se eleva y faltan unos instantes para que en el confín de la llanura aparezca el sol. Existen también algunas rosas que retienen en sus pétalos esa luz.

Pues bien: aquello de las dos trenzas duró poco. No había pasado una semana cuando Margarita apareció en el paseo con el pelo «subido», esto es, en jerarquía de casadera. Todo el mundo, sus amigas principalmente, esperaban que al suceder esto, Margarita perdería más de la mitad de su belleza. No sucedió así: fué como desmontar un brillante. Por muy hábil que sea el orfebre, por primoroso que el engaste se haga, nunca luce tanto un brillante como suelto y solo sobre el terciopelo azul de la vitrina del joyero. Tal sucedió con el rostro de Margarita. Nos enteramos todos aquella tarde de que tenía la nena una garganta lene, sonrosada, esbelta, deliciosa, y de que era perfecto el óvalo de su cara. Es ocioso añadir que anotamos muchas cosas más en la que se nos presentaba de pronto en plan de mujer.

Yo fuí el primero que hablé con ella.

—Hemos perdido sus hermosas trenzas, Margarita.

—No crea usted que no he sentido tristeza al sacrificarlas. Ha sido necesario entresacar mucho pelo para hacerme el moño.

—¡Qué lastima!

—Con lo que me han cortado le harán una peluca al Niño Jesús.

—Ayer todavía saltaba usted a la comba, aquí mismo.

—Sí; es verdad.

—Ha dejado usted de ser una niña.

—Me propongo no dejar de serlo nunca.

—La vida, sin embargo...

—¡Oh! Yo creo que no dejando de ser niña me irá mejor. Quiero conservar esa situación de niña a cuien todos sienten la obligación de proteger... y mimar. En cuanto vean los demás que puedo valerme por mí misma, se acabará eso.

Por regla general, el día en que una chiquilla se pone de largo—entonces todavía se ponían de largo—oye dos o tres declaraciones amorosas, que son como el primer fogueo en la vida de combates que empiezan. Yo me abstuve, me reservé mi declaración para más adelante, aunque me había enamorado de Margarita.

¿Por qué obré así? Porque me había enamorado. Esto merece una sucinta explicación. Margarita era hija de un catedrático del Instituto, de quien todos sabíamos que vivía atenido a su paga. Detrás de Margarita existían tres hermanillos más, para quienes ella tenía que hacer oficios de madre, puesto que el catedrático era viudo. Margarita, sujeta por tanta obligación, no había podido hacerse ni maestra, ni contable, ni profesora de piano. Poseía una cultura bastante completa y hasta excepcional, dado que el padre instruía incesantemente a sus hijos, pero Margarita no se había preparado para la lucha de un modo conveniente. En resumen: la solución de su problema estaba únicamente en el matrimonio.

En cuanto a mí, era a la sazón estudiante. Me faltaba un año de carrera y después tendría que ganar unas oposiciones. ¿No era imprudente empeñar una palabra? ¿Y si no podía cumplirla? Debo decirlo todo. Influyó también en mi reserva el miedo. Sentí que si me hacía novio de Margarita, me casaría con ella. Y me asustó un porvenir de escasez y de trabajo. Todas las personas de mi familia me predicaban que casarse con una pobre era una temeridad. Ya nos educaban entonces así.

¿Que fué mezquino mi comportamiento? Sin duda. Pero haberme puesto en relaciones con Margarita para dejarla plantada un par de años después, sería mucho peor. He ahí mi disculpa.

No le hice el amor aquella tarde. No le hice el amor, a pesar de que ella varias veces se puso colorada y bajó los ojos—¡qué acerados radios las pestañas!—. No le dije nada comprometedor y nos separamos. Me quedé viendo llegar la noche por el cauce del río, hoz adelante, entre los riscales eminen-

tes, sobre la vega frondosa, bajo el cielo lívido. Me quedé muy triste, con el vago presentimiento de haber renunciado cobardemente a la felicidad.

EL MADERERO

Cuando el bedel me dió la última papeleta, me dijo:

—Que sea enhorabuena. Se acabó. Ya es usted abogado.

Y yo pensé: «Ya soy abogado. Ya le puedo hacer el amor a Margarita.»

Durante aquel curso yo había estudiado con más fe y ahinco que nunca. Para poder declararme, ser novio de Margarita, era necesario acabar la carrera. Me apliqué con perseverancia. En el transcurso del período académico dos veces fuí a la provincia: en las vacaciones de fin de año y en las de Carnaval.

El invierno fué crudo y blanco; nevó casi incesantemente desde Nochebuena a Reyes sobre la ciudad arrecida y silente, toda encaperuzada de armiños. Desde el tren parecía una cantera de mármol en que se amontonaran los labrados bloques. La hoz abría entre macizos cándidos su tajo profundo, en donde los árboles, desnudos de hoja, tomaron el aspecto de fantásticos almendros en flor. En conjunto, el panorama tenía una belleza grandiosa, pero que entonces no me interesaba a mí. Por las calles, tortuosas y costaneras, los transeúntes eran raros. No hubo ni bailes ni paseos. Los estudiantes nos refugiábamos en los casinos y estábamos deseando volvernos a Madrid. Sólo vi a Margarita un par de veces a la salida del templo. Iba embutida en su abriguillo de paño, humilde, pobretón, y cruzó ante mí como recatándose. La infeliz guardaba sus ahorros para los trajes de verano, que se lucen mucho más. Entre el cuello subido de aquel abrigo barato y el sombrero—del año anterior—rafaguearon sus pupilas al saludarme, y esto fué todo.

En Carnaval tuve más suerte. Se dió un baile de máscaras en el Casino, al que ella concurrió; pero no para bailar ni para lucirse. Como muchas señoritas, a la mitad de la velada, dió una vuelta por los salones, se enteró de lo que sucedía y se marchó sin descubrirse. Esto era lo que hacían, simulando desdeñar la fiesta, y en realidad, porque no podían costearse disfraces caros como los que llevaban otras más afortunadas. Fácilmente se me hubiera escapado inadvertida si, en previsión de su fugacidad, no espero en el vestíbulo. La conocí al pisar ella la escalera. ¿En el modo de andar? ¿En los ojos? ¿En la risa? En ese algo magnético que me denunciaba siempre su proximidad. Ella pasó a mi lado sin mirarme y se escabulló en el salón de baile. Venía con varias amigas, disfrazadas con dominó de raso azul—los dominós de raso azul que aparecían todos los Carnavales—. La perdí durante unos momentos angustiosos y temí que desapareciera sin decirme nada. ¡Qué tonto! ¡Si ella fué al Casino para decirme lo que me dijo en seguida!

Se acercó a mí y me saludó, atiplando la voz:

—¿Qué haces? ¿Cómo no bailas?

—No tengo pareja, mascarita... A menos que quieras serlo tú.

—Gracias. Pero me lo dices porque sabes que no he de bailar. De este modo quedas bien sin compromiso.

—Quítate el antifaz y te diré otra cosa.

—También sabes que no puedo quitarme el antifaz.

—Pues a una máscara no puedo decirle más de lo dicho. Te aseguro que no te conozco.

—Ya lo he notado. Por eso te atreves a tanto «sin saber quién soy».

—Mascarita, estás profundamente equivocada. Yo quiero decirte algo sabiendo quién eres. Lo que temo es que tú no lo quieras oír.

—Amigo mío, eso es demasiada habilidad. Te ha oído una máscara, que es lo mismo que si nadie te hubiese oído. ¿Comprendes?

—Sí, mascarita; comprendo.

Y ahora dijo ella lo que se proponía decir:

—¿Estudias mucho?

—Con entusiasmo, mascarita.

—Así, pues..., en junio te veremos hecho un abogado.

—Sí, mascarita; en junio.

—Las personas que te quieran bien se pondrán muy contentas.

—Una de ellas, ¿no serás tú, mascarita?

—Desde luego.

—Prométeme que me darás la enhorabuena.

—Una máscara no puede prometer.

Vino otro de los dominós azules y se la llevó. Luego toda la pandilla salió del Casino bulliciosamente.

Y aquella noche me jugué de nuevo la felicidad por una timidez mía inexplicable. ¿Por qué no insistí en que se quitase el antifaz? Hubiese bastado llamarla por su nombre y pedirle que me hablase con su voz. No lo hice. Y ella juzgó que yo, como uno de tantos, me limitaba a mirar, a piropear, a discretear, sencillamente con la hija del catedrático, con la señorita sin fortuna. Por despedida me espetó su despecho.

—Adiós, amigo. Que sigas... tan formal.

VERANO

«Ya soy abogado, ya le puedo hacer el amor a Margarita», pensé, y emprendí el camino hacia la querida ciudad.

¡Con qué alegría la descubrí, entre las montañas, en el momento en que el tren, tomando una curva, le da al viajero la impresión de haber corrido un promontorio con facilidad de tramoyista! La ciudad se recortaba en el cielo azul con precisa nitidez; el caserío, escalonando la cúspide, subsana la catedral gótica, cuyas agujas pinchaban el cristal; en el llano, las barriadas modernas, entre jardines, y al fondo, la serranía, anfractuosa, la densidad verdiazul de los pinares, las picudas cumbres rocosas, el misterio de los valles umbríos. Todo resplandecía. La mayor parte de los edificios eran blancos, pulcros, con su revestimiento de cal, que recordaba la nieve, junto al granito de las fábricas medievales que doraba el mediodía. En la limpieza de una roca, la catedral, de ojivas como espadas, era deleite de la luz, repujada, custodia de piedra afiligranada en cornisas, gárgolas, cúpulas y flameros. ¡Qué cosa tan frágil, tan aérea, desde el tren, la grave masa que de cerca subyuga con su riqueza y majestad.

¡Pobre de mí! ¡Llegaba tan contento y en el andén mismo me esperaba el infortunio!

—¿Sabes?—me dijo un camarada que a esperarme salió—. Margarita se ha puesto en relaciones con uno de esos madereros que nos están dejando sin pinares.

Si llego a tener en mis manos mi flamante título de Licenciado en Derecho, lo hago pizcas.

Era verdad. Margarita no me había esperado, Margarita tenía ya novio. El mundo se acababa para mí. Mi pobre madre, cuando entró aquella tarde en mi habitación, leyó en mi alma de corrido. Yo estaba sentado en el lecho, húmeda la almohada de mi llanto y esparcidos sobre los muebles los trajes, los zapatos, las corbatas con que yo pensaba lucir en el paseo la importancia de mi personalidad. En la mesa, las notas de la licenciatura y la caja de papel que, impaciente, me hice timbrar con el «abogado» debajo de mi nombre. ¡Para qué todo aquello si Margarita tenía otro novio ya!

—Hijo mío—me dijo mi madre—: es el precio de la libertad. Te habías dejado cautivar demasiado pronto. ¿Y tú sabes, criatura, cuántos millares de mujeres hermosas hay sobre la tierra?

Yo no respondía, y entonces mi madre, con certera intuición, supo añadir.

—Tienes derecho a sufrir y es saludable; pero al ridículo no tienes derecho. ¡A vestirte y al paseo cuanto antes! ¿No ves que, empezando por el maderero ese, todos van a burlarse de ti?

El resorte de mi amor propio funcionó rápidamente, que es muelle de

acero, y me puse a vestirme y a acicalarme. Mi madre me ayudaba con solicitud.

—Además, hijo, tienes que hacerte cargo de una cosa. Esa chica no está en el caso de perder el tiempo. Su padre es viejo y anda mediano de salud. La apremia colocarse. El maderero ese dicen que es rico por su casa. ¿Iba ella a desperdiciar la ocasión? ¿Y si luego tú no te decidías?

—Es claro—dije—. Yo nada en concreto prometí.

Mi madre, cuando ya estuve dispuesto a salir, dejó caer en mi ánimo las últimas palabras.

—Sin que sea pensar mal de esa muchacha, cuando es un enigma el sustento, se calla el corazón.

—¿Quieres decir que se casará con el maderero sin quererle?

—Con el maderero o contigo, ella aseguraría su porvenir. Para ella, el matrimonio es... como para ti la carrera.

Me presenté en el paseo con mi traje de última moda y mi vanidad. Supe disimular bastante bien el rescoldo interior de mis celos y de mi envidia. ¡Qué diablo! Debía comportarme como un hombre, como un triunfador. La semana que sigue a la terminación de la carrera no hace uno ni dice más que tonterías. Esta es la verdad.

CREPUSCULO

Margarita llevaba un traje de batista azul y un sombrero de paja. Estaban de moda aquel año unas faldas plisadas, de tablas menudas, semejantes a las de los quitasoles chinos. A cada evolución de Margarita, aquella falda tenía un revuelo de frivolidad. Su dueña conversaba con el novio en bisbiseos de una coquetería inaguantable. Al pasar frente a mí por primera vez me miró de soslayo rápidamente y ya no me volvió a mirar. Si mi inexperiencia no fuese tanta y mi despecho tan cegador, yo hubiese comprendido que, no obstante aparecer ella sólo atenta a su noviazgo, el principal papel de la comedia me correspondía.

Me comporté como un solemnísimo botarate haciendo piruetas y pronunciando en voz alta palabras de doble sentido, pullas que hubiesen provocado la riña si el maderero llega a estar en antecedentes. Pero él ignoraba que yo hubiese pensado en su novia. En realidad, este designio mío, que yo juzgaba clave de la gravitación universal, sólo era conocido por tres personas: Margarita, mi madre y yo.

Me acerqué a Lola Perales y me puse a parlar con ella y a cortejarla descaradamente. Lola Perales coqueteó desde el primer momento. La coquetería de Lola Perales era de una amargura y desprecio que yo entonces no podía comprender: coquetería de millonaria que se sabía a sí misma repugnante con su figura desgonzada —un tumor frío en la cadera, incurable, la hacía renquear—, su boca enorme, de dientes que apenas asomaban rotos en la encía pálida, y sus ojos sin pestañas, irritados siempre; coquetería sarcástica de quien juega con los estafadores haciéndoles bailar lo mismo que bailan los perros, en dos pies, meneando la cola, la mirada avarienta y las fauces en guardia, cuando se les enseña desde lo alto un pedazo de pan. Sin embargo, Lola Perales llevaba, albergadas en aquel organismo lamentable, unas entrañas de mujer, y en momentos, al calor de un cortejo audaz, se olvidaba de que era tan rica. Acabaría comprando la ilusión con su dinero.

Margarita me vió al lado de Lola Perales, me miró y sentí ese velo socarrante que nos anubla y nos enrojece cuando nos sube al rostro la vergüenza. No pude más. Me alejé del paseo.

Y salí de la ciudad. El hermoso escenario de la hoz, confinado por las moles de piedra, veía morir la tarde melancólicamente. Frente a mí, de cumbre a cumbre, se tendía el viaducto de hierro como una tela de araña y, en lo hondo, la vega tenía un verdor intenso, oscuro. Belleza. Tristeza. El *Angelus*.

ESTAMOS EN EL «CABARET»

Volvamos al *cabaret*. La imaginación retorna de su viaje por el pasado —un *raid* portentoso—y nos encontramos de nuevo en el *cabaret*. Todo lo acaecido desde que Margarita recogió sus trenzas magníficas, hasta que yo abandoné la capital de provincia, ha sido evocado y revivido en un instante. La memoria consigue, sin esfuerzo, estas concreciones. He aquí cómo el pasado, el largo pasado, vale por un momento del presente. No tenemos en cuenta el infinito valor de los momentos, y así, en nuestra insensatez humana, los vemos transcurrir con indiferencia. El viandante hace un alto en el camino y mira hacia atrás. Ve una gran extensión, la ve, la recorre instantáneamente con los ojos; pero ¡qué fatigado está de haberla recorrido con los pies! El pasado ha consumido nuestras fuerzas, y luego es un panorama, no más.

De pronto, Conrado Albrit me miró, me reconoció y vino hacia mí resueltamente.

—¡Caramba! ¿Usted por aquí? ¡Qué alegría!

Me abrazaba con sincera cordialidad.

—¿Es que no me recuerda?

—Sí; Conrado Albrit, maderero. ¡No he de recordarle!—y deshaciendo el mal efecto de mi primera pasividad, le abracé con fuerza—; yo también me alegro mucho de encontrar un compatriota amigo.

—¿Está usted solo?

—Sí. Solo, aburrido, caí en este *cabaret*, y me entretenía en mirar.

—Pues véngase a mi mesa. Le convido. Pediremos más *champagne*... y más mujeres.

—Más mujeres, no. Yo no necesito ninguna.

—Ya veremos eso, querido.

Pancha y Elida, con su fino instinto, me clasificaron en seguida y no me hicieron chispa de caso. A Albrit, en cambio, se desvivían por complacerle.

No era yo sólo. Todos los concurrentes al *cabaret* sentían la molestia de ver allí a aquel hombre vestido de luto riguroso. Era una nota fúnebre inoportuna e insultante; un *morir habemus*, un *mane thecel phares*, que disonaba en el conjunto como un acorde de misa de *requiem* que se interpolase en el estruendo del *jazz-band*. Los concurrentes se fijaban en aquel hombre tenebroso del traje de luto, que hablaba a gritos un francés detestable, que reía sonoramente y que bebía como un camello, y parecían decirle: «A nosotros no nos interesa que se le haya muerto a usted toda su familia; nosotros hemos venido aquí a divertirnos, y nos está usted corrompiendo la noche con su indumento funerario. Ya sabemos que nos tenemos que morir, pero no es asunto de esta ocasión. Además, usted insulta a sus propios muertos. Lárguese.»

Pero Albrit se reía sin ninguna circunspección, con esa estupidez del provinciano que llega a París con mucha prisa de una bacanal.

Yo le dije a Elida:

—Le resultará antipático este compatriota mío.

—¡Oh, oh!—dijo ella—, es como un cuento del Aretino escrito en una esquela de defunción; pero yo, por sus billetes españoles, le serviré, si me lo pide, a la luz de un cirio.

Puse por pretexto quehaceres al siguiente día—aquel mismo día, puesto que en él habíamos entrado—para dejar al hombre, cuyo luto, como el carbón en la hornilla, humeaba y atufaba ya. Se estaba emborrachando por momentos y acabaría por ser expulsado del salón. Si un español iba a dar escándalo semejante, que lo diese solo. Me despedí diciéndole:

—Cuando usted quiera, nos volveremos a ver.

Nos dijimos las direcciones de nuestros alojamientos y salí a la calle. Conrado Albrit juzgaba incorrecto mi proceder; lo comprendí por su última mirada.

¿Y a mí qué? No tenía ninguna razón para ser amigo de aquel hombre que en el *cabaret* pretendía hacerse pasar por bandolero español.

—Yo soy un bandolero español—decía—, que he venido a París desde Sie-

rra Morena. Allá tengo mi partida, allá quedó mi caballo andaluz, mi manta de colorines y madroños y mi trabuco naranjero. *Mansetes:* traigo mucho dinero de los caminantes a quienes desvalijé, y en el hotel tengo por docenas los mantones de Manila y las mantillas de Almagro, para regalárselas a la más complaciente de vosotras. También traigo castañuelas y navajas de siete muelles.

Elida le preguntó si sabía tocar la guitarra.

—Y cantar soleares y tientos. ¡Olé!

—¡Olé, olé!—corearon las francesas.

Alguien trajo una guitarra en que Conrado empezó a rasguear con un estilo de gañán de Mataperros.

Y entonces fué cuando yo salí a escape. Lo más curioso era que muchos tomaban en serio las atrocidades de Albrit. Vi a un sujeto que anotaba todo aquello en su carnet. De seguro publicaría sus «impresiones de un viaje a España».

No; yo no tenía ninguna razón para ser amigo de semejante insensato, a quien, no obstante mi aversión, necesitaba ver de nuevo. Tomé buena nota de su residencia de París.

Yo necesitaba saber a ciencia cierta por quién vestía Conrado Albrit aquel luto riguroso. La pregunta estuvo a flor de labio muchas veces, pero no llegué a formularla. Sin ningún rubor declaro que tuve miedo a la contestación. A cada intento de aventurar la pregunta sentía yo en la espalda, a lo largo de la columna vertebral, el contacto, el paso de algo ingrávido y frío, de algo estremecedor como un soplo de aire de cripta, de cripta de panteón. La Muerte trazaba con la punta de su índice una rúbrica sobre mi medula que vibraba al igual que el bordón de un contrabajo al roce de un arco invisible.

El hombre de luto, semejante a una de esas siluetas que recortan en cartulina negra los siluetistas de café, emborrachándose en un *cabaret* de ínfima laya, entre hombres abyectos y mujeres perversas, mientras estridía el serrucho del *jazz-band* y le daban puntapiés al aire unas bailarinas con mallas caducas y caras de cartón; el hombre de las carcajadas de carraca que contaba burdas mentiras, era, para los demás, un tipo raro y chusco. Para mi era el heraldo de lo espantoso.

Empecé a advertir ese fenómeno de desdoblamiento de los borrachos y de los moribundos. Yo era dos yo: el yo, mío, habitual, mi persona, espectador de la escena deplorable, y el otro yo, ciscado de miedo. «Me está haciendo daño el *champagne*. Es claro. No tengo costumbre de beber»—pensaba mi yo normal—. «Debo irme.» Mientras mi otro yo, empavorecido, helado por el terror, quería preguntar y se encontraba mudo. Pero... ¿no es cierto que vi entrar en el *cabaret* y colocarse detrás del hombre de luto, la figura pálida, transparente, astral de Margarita? La vi y la prueba de que la vi es que la recuerdo perfectamente. Entró silenciosamente, levitante, fluídica. Estaba muerta. Había dejado allá, en lo oscuro y angosto su cuerpo humano, y se servía de la forma plasmada en éter, para presentarse en el *cabaret* y colocarse detrás de su marido, frente a mí. Traía suelto el manto de moaré de su mata de pelo maravillosa; estaba pálida, como la cera de los exvotos, y los ojos de topacio me miraban, me hablaban. «Ya lo ves—me decían sus ojos—he muerto porque no podía vivir una vida sin amor al lado de este hombre que viste de luto por mí y que ha venido al *cabaret* huyendo de mi recuerdo. Es inútil. Le acompañaré siempre. Tú crees que me estás viendo en el espacio y no es así: me estás viendo en el pensamiento de mi viudo. Le oyes los embustes con que pretende aturdirse, pero le ves el pensamiento en que únicamente estoy yo.»

Confesaré, por fin, que este fué el motivo de mi fuga. Dejé a Conrado ebrio, rasgueando en la guitarra y con el espectro detrás.

Y me hice conducir a mi hotel. El chofer del taxi creyó que transportaba a un extranjero borracho y me estafó al cobrarme.

LA PREGUNTA

Pasaron varios días sin que yo volviese a tener noticias de Conrado Albrit. Lo probable era que la Pancha y Elida hubiesen dado cuenta de él y de sus billetes y que estuviese ya mi hombre camino de España. ¿Por qué no le hice aquella noche la consabida pregunta? ¿Por qué no le busqué más tarde? Por miedo. Después de mi alucinación en el *cabaret*, mi miedo se había agrandado hasta llegar a obsesivo y cruel, como esos terrores que nos atormentan en la infancia.

En Galicia existía—no quiero decir que existe para que no se enojen conmigo otra vez algunos de los moradores de aquel bellísimo país, al que yo quiero tanto—la superstición de la *compaña* o *estadea*. Más que una superstición es un poema, tal vez el más bello poema de cuantos ha creado la musa popular del mundo entero. En el ámbito del valle de paraíso—suaves curvas, tupidas frondas, hialinas fuentes, ruiseñores—, cuando la noche llega y el *luar* trasmuta montes, cañadas y ríos en nieve, plata y diamante, cuando la cantiga extiende su melodía en las ondas diáfanas y el *aturuxo* corre de una a otra concavidad hasta lo remoto, el campesino solitario, que vuelve a su lar, ve una teoría de almas que han fingido su forma inmaterial, modelándose en el resplandor de las estrellas. Marchan en línea recta, una tras otra, las almas, los trasuntos etéreos de los que vivieron otrora la vida terrenal: caminan en hilera, llevando cada uno una antorcha flamante. ¡Fantástico rosario de luces trémulas, línea de puntos ardiente que traza una recta indefectible de la cumbre al cauce, del pinar al prado, que sigue sobre la lisura reverberante de las playas y que se pierde en el infinito de la superficie de espejo de los mares. El campesino, genuflexo y tembloroso, reza. Si el fúnebre cortejo pasa, se esfuma, se disuelve en la claridad del plenilunio, la maravilla no tiene más consecuencias que su propia sublimidad. Pero si de los fantasmas caminantes uno se aparta de la formación y viene y le ofrece al pobre mortal despavorido la antorcha que no es posible rehusar, entonces el alma del campesino parte con la *compaña* y su cuerpo, quedando en este mundo, se amustia, se enflaquece, cae en un silencio de hechizado y no tarda mucho en perecer. Tal es el mito que mil preciosas páginas ha inspirado y del que aquí se da la noticia insignificante que al caso viene.

Pues bien: yo me sentía como el campesino que ha visto la *estadea*. Temía yo que uno de los espectros rompiese la terrible formación y se acercase a mí a ofrecerme la fatídica antorcha de perpetua luz que no es posible rehusar. Y este espíritu oferente sería el de ella, el de Margarita, que iría a decirme: «No quisiste unirte a mí en vida, sígueme ahora muerta por toda la eternidad...»

No quise unirme a ella en vida traicionando mi inclinación. Fuí cobarde. Si yo hubiese hablado aquella noche de Carnaval. ¡Ah, la espantosa semejanza entre el dominó azul y la veste impalpable de uno de los fantasmas del cortejo sin fin!; si yo, más tarde me hubiese interpuesto, ella no se habría casado con el hombre de luto; mía hubiera sido. ¿Por qué tuve tan poca fe en mí mismo, en mi porvenir? Nada justificó tan amedrentada desconfianza y obtuso pesimismo. Salí de la capital de provincia, expatriado por mis celos, y al poco tiempo me daba su mano la fortuna: abogado de una gran empresa, un acierto resonante, un nuevo cargo, y en el transcurso de cinco años, gerente, con pingüe sueldo, dietas espléndidas, automóvil y frecuentes viajes por Europa a todo tren.

Joven, sano, con dinero de sobra, y las mujeres, sin ningún valor sentimental para mí. Cuando esto le sucede a un hombre, puede ser un santo; pero a mí me faltaba la redentora vocación. Ni santo ni hombre, nada; mi cuerpo, en su grosería, como caverna deshabitada en que las aguas estancadas se pudren.

Si el hombre de luto lo vistiese por su madre o por su hermano, si viviese

ella, mis terrores se desvanecerían. Mi paz dependía, pues, de que ella viviese, y aun sobre ello, de que fuese feliz. En el fondo, me sentía culpable de su infelicidad y de su muerte, si acaeció, y esta era la causa de mi inquietud.

Margarita me quería a mí, y me hubiese esperado si aquella noche de Carnaval formulo yo mi promesa, si empeño mi palabra. No lo hice, y de este error mío arrancaba la cadena de errores que nos amarró a los dos a nuestra desgracia. Ella, cegada por el despecho y a la vez apremiada por la necesidad, supeditó su vida a la de un hombre de tan poca sensibilidad como el hombre de luto, se vendió, sencillamente, llamemos a las cosas por su nombre, se vendió por un mendrugo. Pensando más piadosamente, se casó por orgullo, por no quedarse soltera después de mi desaire. Sea como fuere, yo la empujé al precipicio de un matrimonio sin amor. Las consecuencias estaban a la vista: el tormento de esclava, la desesperación, la enfermedad, el desequilibrio de una vida destrozada y la muerte, por fin. No había que darle vueltas: si ella había muerto, su asesino era yo.

¿Y podría yo vivir en tal incertidumbre? Con una idea fija, de crimen, alojada en el cerebro, me volvería loco irremediablemente. Mejor que la duda angustiosa, mejor que el péndulo de la duda de pared a pared de mi cráneo, sin reposo posible, sería la verdad. Ante la verdad yo haría algo, buscaría de algún modo la expiación de mi culpa y su perdón, asiéndome, en el naufragio moral, a la fe que dormía en los cimientos infantiles de mi vida. Las madres nos ponen la fe en un escondrijo del corazón, para que la encontremos cuando haya quedado vacío todo lo demás. Saber, sí o no, libre o cautivo de mi mala acción, saber...

Busqué a Conrado Albrit. No estaba en el hotel indicado, pero estaba en París. Le dejé recado; volvería a visitarle a las ocho de aquella misma noche, y le rogaba—dudé, antes de añadir en mi tarjeta—encarecidamente que me esperase.

A las ocho en punto volví. Conrado me aguardaba en el *hall*.

—¡Querido amigo!—me dijo abrazándome—. Yo había olvidado la dirección de usted. ¿Cómo encontrarle? Su tarjeta me ha dado un alegrón. ¿Comemos juntos, verdad?

—Bueno—respondí—, pero es temprano. Podíamos antes tomar en la terraza un *cock-tail*.

Salimos a la terraza, sobre el trajín de la calle resplandeciente y populosa, que me hubiese entretenido en otra ocasión. Lo que yo me proponía era descifrar el enigma antes de sentarme a la mesa. Mi dilema era éste: o no comer, o si comía y venía de postre la verdad temida, dar un estallido.

Un buen *cock-tail* le prepara a uno a cualquier evento.

Conrado Albrit vestía de color, un traje flamante—¿de almacén?—, y ostentaba una corbata chillona. Además, se había afeitado.

Le dije:

—Pero... ¿no estaba usted de luto la otra noche?

—Sí, señor; acababa de llegar, y no había tenido tiempo de transformarme. De luto vine y de luto me pondré para volver a España. Mientras esté en París vestiré de color, porque no hago una vida de luto precisamente.

Le pregunté, por fin:

—¿Y... la causa del luto?

—Mi mujer. La pobre dejó de sufrir hace quince días.

ESTUPEFACCION

Tardó algún tiempo Conrado Albrit en decir más; quedó pensativo, con la mirada en vaguedad, sin visión. En cuanto a mí, no podía articular una sola palabra. Sentía como si el zarpazo de un tigre me hubiese vaciado las entrañas: así, hueca, dolorida, y fría la cavidad de mi pecho. Estoy seguro de que suspendió su ritmo mi corazón.

Ella había muerto. Hacía quince días «que dejó de sufrir». La veía yo yacente, blanca, con los ojos cerrados,

sobre el marfil las pestañas de seda; la frente, lisa, yerta; el hermoso cabello, despeinado, sirviéndole de almohada. Después, la tapa que cae, y después, la tierra que cae sobre la tapa con un redoble fúnebre. Y después..., a los quince días, creo que es espantoso lo que sucede. Y era lo que estaba sucediendo.

Conrado habló:

—Usted juzgará como quiera mi conducta, pero en mi caso quisiera yo verle, amigo mío. Tres años de lucha, de no dormir, de no descansar, de oír un quejido inacabable. Porque llevaba la infeliz tres años muriéndose: desde que no pudo ser madre. El hijo no llegó a nacer, salió muerto, y la dejó, a la madre frustrada, sólo viva ya para el dolor físico. Mi conciencia está tranquila. No escatimé esfuerzo ni sacrificio, no eludí ninguna molestia. Fui su enfermero incesante, siempre vigil, solícito. No quiero alabarme. Mas ha de saber usted que he dado el más alto ejemplo de abnegación. Ella misma se fué bendiciéndome, ella misma me dijo que volviese a vivir yo después de aquel calvario. Han sido tres años ¡eternos!... Usted me juzgará como quiera, mal, de seguro. Pero yo necesitaba esto, la orgía, la inconsciencia, para no ser arrastrado por la vorágine de dolor que ha destruído mi hogar.

Otra pausa, y añadió:

—Me parece que salgo de una caverna. Tengo que restablecer el equilibrio.

—¿Tanto sufrió ella?

—Imagine usted que todos cuantos la rodeábamos llegamos a desear que acabase, y que el verla expirar, empezando por la Sierva y siguiendo por el médico, todos dijimos: «¡Gracias a Dios!» En fin, el mismo sacerdote dijo también: «¡Gracias a Dios!» Y sepa usted—concluyó—que a este viaje me han empujado todos también. «Váyase, huya, desatúrdase. Si continúa usted aquí se volverá loco».

Le vi tan desencajado, con tal expresión de tragedia, que le dije:

—Tiene usted razón. No hablemos más de ello. Esta noche le prometo hacerle olvidar.

Apuró el *cock-tail* de un trago.

—¡Olvidar! ¡Olvidar!... Sólo embruteciéndome olvido. ¡Soy un miserable!

Pidió otro *cock-tail* y se puso a beberlo a pequeños sorbos. Ya no hablamos. Yo no sabía qué decir. Mi drama interior era minúsculo si lo comparaba con el drama de aquel hombre que tan odioso me había juzgado en el *cabaret*. Siempre nos parece más grande lo que tenemos más cerca.

Sin embargo, sin embargo... Ella había tenido una muerte de mártir. ¿No habrían sucedido las cosas de otro modo siendo mi mujer? ¿No influiría en su desastre físico su desastre moral? Cuando el resorte de la vida está roto, se descompone toda la máquina. Sin alegría no hay salud. Contenta ella, feliz, ¿no habría vencido a la enfermedad? Mi culpa aumentaba. Inopinadamente exclamé:

—¡Pobre Margarita!

—¿Cómo?—me miró sorprendido Conrado Albrit—; ¿usted ha dicho Margarita?

—Es claro.

—¿Usted cree que yo me casé con Margarita?

—¿No?

—No, hombre; no. Aquellas relaciones no llegaron a formalizarse. Margarita no me quería, se engañó al decirme que sí y me engañó inocentemente. Cuando nos dimos cuenta de que estábamos representando, aunque de buena fe, una comedia, la comedia del sentimiento, terminamos amistosamente. Yo me casé en mi pueblo, con mi prima, con la que la familia me tenía destinada. De Margarita no sé..., soltera creo que sigue.

Imagínese mi estupefacción.

EN BUSCA DEL PASADO

Al día siguiente emprendí mi viaje de regreso a España. Volvía yo a la patria con esa alegría egoísta de quien acaba de salvarse de un gran peligro.

Una vez iba yo por cierta calle de Madrid. En aquella calle acababa de ser derribado un edificio y el solar raso fué circundado con una valla. Como la calle era muy céntrica, la industria anunciadora elevó aquella valla para llenarla de cartelones. En uno de estos cartelones se puso un anuncio luminoso de gran vistosidad. Las lámparas eléctricas se encendían sucesivamente, y la ilusión óptica era la de que una mano invisible escribiese con luz y dibujase rápidamente. Me detuve algunos instantes a contemplar el ingenioso mecanismo, y en seguida continué mi paseo. Apenas me habría separado dos metros, cuando la valla, derribada por una ráfaga de viento, se desplomó. Si hubiese yo permanecido tres segundos más frente a ella, me aplasta al derrumbarse aquel enorme biombo de tablas y de hierro.

La certidumbre de haberme librado de una muerte segura me alegró tanto, que hice de aquella noche una fiesta. Pues algo semejante me sucedía ahora. Si la muerta hubiera sido Margarita, yo hubiese perecido aplastado por la adversidad, no hubiese sobrevivido a la catástrofe de mi conciencia. Al saber que la mujer del hombre de luto fué una desconocida, sentí que me había salvado del manotazo de la Enemiga por segunda vez.

Lo que yo debía hacer después de tal aviso, no ofrecía dudas: debía buscar a Margarita y casarme con ella, debía hacerla feliz. Esa era la intención con que volvía a España.

Apenas me detuve en Madrid una noche. Con estrellas corría mi automóvil por la carretera que conduce a la capital de provincia que ya conoce el lector. Yo había tomado el volante. El motor, magnífico, funcionaba con un zumbido monótono; los faros sacaban de la noche la cinta de carretera, que mi Buick engullía vorazmente; pasaban a los lados, los árboles como filachos de una correa sin fin, y bajo mis plantas advertía yo la grata fugacidad que embriaga al automovilista. Yo iba cantando.

Al caer la tarde columbré en la lejanía la amada ciudad. A mis espaldas se ponía el sol, un sol enorme, de rojez de naranja, con lo que yo veía la cordillera, los densos pinares y las rocosas cimas pintados de un color de ámbar maravilloso. Entre dos de aquellas pirámides se reveló la ciudad, cuyo blanco caserío empingorotado resplandecía como sobre el bronce de un tríptico se destacan las ciudades bíblicas esculpidas en marfil. Las arboledas que marginan el río se ceñían a la población, y al reparar en ello, porque el sol se había hundido y la luz era azulosa, el cuadro me sugerió la imagen de una custodia de plata, colocada sobre un plinto de terciopelo.

Más cerca. Las casas escalonando el cerro se dibujaban ya con precisión. En una de aquellas casas estaría ella, la que no fué mi novia y sería pronto mi mujer. Venía la noche. La ciudad aparecía como en un telón que de pronto acribillaron mil luces. Más cerca. Los árboles vecinos al río, robustos, juntaban sus ramazones formando un túnel. Otra vez los faros de mi automóvil iban como perforando una selva fantástica. Por fin hice sonar el claxon en la calle del Comercio. ¡Con cuanto orgullo! Cuando crucé por última vez esta calle, en mi anterior época, era yo un peatón que se apartaba al oír el bocinazo de los demás.

Fuí al Casino.

—¡Ah, sí, Margarita! La hija del catedrático—me contestó el amigo a quien pregunté como de pasada—. Pues, chico, se jubiló el catedrático y se fueron creo que a Madrid, aunque no estoy seguro.

Mis investigaciones no descubrieron más. Margarita desapareció de la ciudad y la estela de su recuerdo íbase borrando. Fuí a la misa de doce, y al salir, como antaño, esperé a la puerta del templo. Las mismas caras, un tantico avejentadas, el mismo ambiente. Algunas que dejé solteras, llevaban ahora a su lado el marido y de la mano un angelote. Con todo, aquella salida de misa era como si desde la anterior presenciada por mí no hubiesen pasado más de ocho días. Esperaba yo a cada momento que Margarita apa-

reciese. Pero el templo quedó vacío... y ella no salió.

Lo mismo en el paseo. El cuadro conservaba su luz, sus perspectivas, sus figuras. Cielo purísimo, aire sutil que llegaba plácido a los vértices del pulmón, analéptico respiro de la serranía; frondas rosales; el río de aguas claras que permitían ver, temblorosos, los chinarros en el fondo del álveo, el paso de flecha de una trucha. Arriba, en el fastigio del roqueado ingente, las casas inverosímiles, el castro, la ciudad romántica, cuyos palacios insurgen coronando cumbres hasta donde el viajero no imagina por qué escarpes se puede subir. La grandiosidad de un escenario, único, primoroso en sus detalles, como construído por cíclopes y cincelado después por orfrebres minuciosos. El mismo, invariable el cuadro..., sin ella. No estaba ella.

Sus amigas me contestaban vagamente.

—Se fué, y lo que pasa: primero, cartas frecuentes; más distanciadas, después, y por fin..., nada.

Unas suponían a Margarita en Madrid, y otras en un pueblecito del Norte, al arrimo de parientes lejanos; otra amiga, por último, tenía una idea de que la hija del catedrático andaba por Barcelona, colocada de mecanógrafa... o de carabina.

Nada; el vacío que dejan los que se ausentan es muy semejante al que dejan los que mueren: una oquedad, primero, poblada de recuerdos, y desierta en definitiva.

Un telegrama de negocios me llamó a Madrid.

ELLA OTRA VEZ

Jamás me gustó mentir. Lo cierto es que no hice nada más por averiguar el paradero de Margarita. Los negocios de la empresa que yo dirigía se multiplicaban y se complicaban progresivamente. Tenía ya a mis órdenes una legión de empleados, era partícipe del capital, me estaba haciendo rico en rápido auge. El dinero, y con el dinero, el lujo y los placeres los poseía en abundancia. De lo único que andaba escaso era de tiempo.

Cuatro años más, cuatro años desde que encontré en París al hombre de luto, es decir, ocho años a partir de aquel baile de carnaval.

Algunas veces pasaba más de un mes sin acordarme de Margarita. Observé que la reaparición de su imagen en mi memoria tenía una relación evidente con mis éxitos económicos. Mientras planeaba una especulación y luchaba por conseguir el calculado beneficio, el recuerdo sentimental permanecía ausente: toda mi atención y mi actitud hallaban empleo en los trabajos, algunas veces tortuosos, encaminados a mi fin. Eran temporadas laboriosas, zozobrosas en ocasiones, durante las que mi pensamiento maquinaba constantemente. Lograda la ganancia, no me alegraba el triunfo ni el aumento de mi poder. Caía en una dolorosa depresión, en una postración de cansancio, como si acabase de vencer en unas carreras pedestres. Ya era dueño de unas docenas de millares de duros más. ¿Y qué? El recuerdo de Margarita acudía para contestarme: «Nada». Y tenía que emprender una nueva combinación para alimentar de emociones la insaciabilidad de mis nervios.

Mi médico solía decirme:

—En una de éstas caerá usted en la neurosis de los negociantes.

—¿Qué debo hacer?

—Descansar.

—No me hable usted de descansar, doctor. El descanso es para mí un abismo.

Mi médico me miraba con aire de conmiseración.

—No quiere usted que desmenucemos sus sentimientos desde el origen. De seguro, existe alguno que es necesario conocer, aislar y eliminar, como haríamos con un veneno. No quiere usted, peor para usted.

A mí me parecía que mi médico, extraviado por ciertas lecturas, pretendía extralimitarse.

—Recéteme usted otra cosa cualquiera, menos el descanso y la psicoanálisis. Son dos medicinas que me niego a tomar. Inyecciones de fosfo-

rrhenal y opoterapia, las que usted quiera, doctor. Drogas morales..., ¡ni pensarlo!

Mi médico se encogía de hombros y me emplazaba.

—Ya nos veremos, amigo mío.

Pero yo hacía un viaje de negocios y regresaba como nuevo.

—¿Qué dice usted a esto, doctor?

—Digo que ya nos veremos, amigo mío.

En uno de aquellos viajes de negocios fuí a Barcelona, en Barcelona visité a unos banqueros, corresponsales de mi empresa. Hablábamos de minas.

—Va usted a ver los análisis de esos pedruscos—dijo mi corresponsal, e hizo sonar un timbre.

Y el timbre hizo acudir a una empleada.

Y la empleada era Margarita.

—Traiga el *dosier* del asunto minas de Ros.

Margarita desapareció. Habíamos disimulado los dos tan bien, que mi corresponsal no se dió cuenta de nuestro sobresalto.

De lo que me dijo mientras la empleada volvía con los documentos pedidos, no recuerdo nada absolutamente. Recuerdo la lucha denodada de mi mente, que se oponía a admitir la realidad. Yo no quería creer, yo me negaba a creer que aquella empleada fuese Margarita; yo rechazaba, tenía por falso el testimonio de mis ojos, que acababan de mentir. Como guerrero sitiado en su castillo, mi pensamiento elevó los puentes, cerró las poternas, inundó los fosos, erizó de ballesteros las almenas y obstruyó toda entrada al enemigo, dispuesto a morir antes que rendirse. ¡No era ella, no! ¡No podía ser!

Y sí era. Reapareció con la carpeta, que entregó a mi corresponsal. Reapareció pálida, tan pálida como si estuviese muerta. Y se fué.

Tampoco recuerdo ni una palabra de lo que hablamos después.

—¿Se siente usted enfermo?

—Sí; un poco. El cansancio del viaje. Más vale que dejemos esto para mañana. Voy a dormir; durmiendo pasará este mareo inoportuno.

—¿Le acompaño a usted? ¿Le envió mi médico?

—No; gracias. Hasta mañana. Mañana resolveremos esa cuestión.

MI MEDICO Y YO

No había más remedio. He tenido que hacer ante mi médico una especie de confesión general. Estos médicos de ahora no se contentan con desnudarle a uno, con verle por fuera y por dentro, con examinar todas las piezas de nuestra máquina de vivir; exigen, además, que les mostremos el alma, y entran en ella cortando, desbridando, sin contemplaciones. Ya no son estos médicos los *físicos*, como se les llamó hasta ayer mismo. Hogaño escudriñan más. Y es mucho más cruenta y temible esta vivisección. Para que no sintamos el bisturí en la carne, existe el cloroformo; para el espíritu no hay anestésico posible. He sufrido, pues, la dislaceración de mi alma, la requisición de mis recuerdos y de mis impresiones más íntimas. Estoy como el hombre que hubiese asistido a una sesión anticipada de su juicio final. El médico ha abierto mi cráneo y ha visto al microscopio todas mis células cerebrales. Pareja exploración ha hecho en mi corazón. Todo yo soy dolor y contumelia.

—Bien—dijo mi médico—; ya sabemos lo sucedido hasta que usted encontró a Margarita en el despacho de su corresponsal de Barcelona. Adelante.

Adelante. La orden de mi médico era imperiosa, ineludible. ¡Y a mí me costaba mucho trabajo hablar! Regresé de Barcelona en un estado lastimoso, desmoronadas mis energías, tan extenuado y feble como si una hemorragia copiosa amenazase mi vida. Hube de abandonar mis ocupaciones, y allí me hallaba, tendido en el diván, inerte, sin más vitalidad que un muñeco de trapo. Adelante...

—No puedo. Otro día.

—Hoy. Hemos de llegar hoy al final.

Hablé lentamente.

—Espié, como un estudiante, a su

salida del escritorio. Me acerqué a ella, me puse a su lado. Ella esperaba que yo empezase nuestra conversación, y yo no decía nada, no tenía nada que decir. Una amnesia total, doctor. Había olvidado todas las palabras del idioma. Caminábamos. Ella seguía esperando que yo iniciase el diálogo, y yo no rompía a hablar. Caminábamos. Yo la miraba, sin darme cuenta de quién era aquella mujer, ni de por qué iba yo con ella. No la conocía, no tenía con ella ninguna relación, y, sin embargo, me veía obligado a andar junto a ella. Pensé: «No es una mujer, es una sombra: mi sombra. Por eso va a mi lado silenciosamente. Las sombras son mudas.» Pero se trataba de una sombra muy semejante a una mujer: a una mujer que, a su vez, era muy semejante a Margarita. No debía engañarme. Por grande que fuese el parecido, esta que daba los mismos pasos que yo no era Margarita. Y no era Margarita porque *no quería yo*. Si yo quisiera, aquella sombra, tan semejante a una mujer, se materializaría y *sería Margarita en realidad*. Pero yo, fíjese usted, doctor, en esto, yo *no quería querer que fuese Margarita*. Caminábamos. De pronto sentí un frío intenso, un frío doloroso, como si, abierto mi pecho, alguien tocase con un trozo de hielo mi corazón. De continuar aquel contacto, se me helaría el corazón y se pararía. Ondas de terror me recorrían, pasando por la raíz de mis cabellos. Lo vi tan claramente, doctor, que aún me parece la verdad. Yo caminaba al lado de una muerta, Margarita era una muerta. Pálida, marfilina, con los labios morados, cadáver. Esta era mi espantosa situación: yo caminaba por las calles de Barcelona al lado del cadáver de Margarita. Tropecé y...

—Cayó usted en sus brazos. Lo demás no tiene importancia. Ella le llevó a usted a la casa de socorro, le dejó en manos de los médicos y corrió a avisar a sus jefes, que le trasladaron a usted al sanatorio y me telegrafiaron a mí. El accidente, en sí mismo carecía de gravedad.

—No la he vuelto a ver. Ni ha preguntado por mí. ¿Qué piensa usted de esto, doctor?

Mi médico esquivó contestarme.

—¿Qué piensa usted de ella y de mí?

—Amigo mío, usted se enamoró de Margarita cuando ella llevaba sus largas y hermosas trenzas de pelo castaño. Se enamoró usted de ella, y tenemos que ella fué la primera y la única mujer que le ha hecho a usted sentir como hombre. Si usted habla, aquella noche de carnaval hubiesen quedado novios: al acabar usted su carrera se habría casado con ella y todo hubiese sucedido normalmente. Pero su egoísmo y su codicia de usted lo dispusieron de otro modo. Usted quiso eliminar de sí mismo a Margarita, hacerla pasar de amada a nadie, «matar» aquella inclinación. Recuerde con cuanta insistencia le ha asaltado la idea de haber cometido un asesinato.

—¡Pero doctor...!

—No se asuste. Cuando expulsamos de nosotros mismos el sentimiento de amistad, de cariño o de amor hacia una persona, decimos y nos lo proponemos que esa persona «ha dejado de existir para nosotros». Ahora bien: una persona sólo deja de existir cuando muere. Sucede, por lo tanto, que «matamos» a quien hemos borrado de nosotros mismos. Olvidar y matar, en nuestro mundo interior, son una misma cosa. Quedamos, pues, en que usted, en su ánimo, para su ánimo, «quiso matar a Margarita».

—Quise «suprimirla», excluirla de mis afectos. Eso es verdad.

Matarla; es más adecuado este verbo. Véase por qué aceptó usted con tanta facilidad la idea de la muerte real de ella, la idea de que fuese una verdad humana aquello que «ya había sucedido» en su conciencia de usted.

—En ese caso, doctor, yo, ¿en qué me diferencio de un asesino?

—En el puñal. Esta verdad es vieja, de Platón: los malos hacen lo que los buenos se contentan con soñar. Usted, dormido y despierto, ha soñado que Margarita estaba muerta.

—Soy, pues, un miserable.

—Exactamente: es usted un miserable.

—¿Y qué debo hacer ahora?

—El médico ha conseguido que usted elimine el veneno que le estaba matando. ¿Ha reconocido usted, ve usted bien claro que no se diferencia de un asesino presidiable más que en el puñal? Pues ya está usted c u r a d o. Ahora...

—Ahora mismo le voy a escribir a Margarita.

—Eso es cosa de usted. De todas maneras, debo advertirle que Conrado Albrit la busca.

—¡Ah! ¡Pues voy a telegrafiarle!

Me puse en pie de un brinco. Había recuperado mis fuerzas, mi salud, instantáneamente.

Mi médico es un sabio.

FINAL

—¿Qué haces?

—Voy a quemar estas cuartillas.

—No será alguna novela.

—Una novela, sí.

—¡Bah! No puedo creer que un hombre de negocios como tú pierda el tiempo en escribir una novela. Y suponiendo que la hubieras escrito, no me explicaría que la fueses a destruir precisamente la víspera de tu boda.

—Te diré. La escribí, sin ánimo de publicarla, desde luego, para leérsela a mi novia. Pensé más tarde que sería mejor leérsela a mi mujer, y ahora pienso que lo más acertado es quemarla. Margarita no debe saber lo que hubo en mi alma. Como novelista no me había de admirar, y como hombre iba a despreciarme tal vez. ¡Al fuego!

—No — el novelista profesional le arrebató al hombre de negocios las cuartillas—; permíteme que lea tu obra.

El amigo del novelista dudó, pero su vanidad de autor se impuso.

—Como quieras.

—Y si está bien, como espero, la publico.

—Bueno. Le cambias los nombres y los lugares y la publicas. Y más adelente, pasados algunos años..., tal vez le descubramos a mi mujer quién es el protagonista.

El novelista profesional lanza a la voracidad del público la narración. Ni el amigo querrá nunca que su mujer se asome a las pequeñeces de un pasado tan morboso, ni habrá lector alguno que tome en serio este final.

EL HOMBRE QUE SE VIO EN EL ESPEJO

REALIDAD + ARTE + ILUSION = BELLEZA

El pintor dió un paso atrás, le volvió la espalda a su obra y la miró en un espejo de mano detenidamente.

—¿Y eso para qué?—preguntó Gerardo.

—El espejo—respondió el pintor—capta los defectos, los declara y acusa escrupuloso e implacable, como también señala las perfecciones manifestándolas generoso; con lo que resulta el mejor crítico y ayuda del artista. Tiene además la ventaja de que cambia la orientación de la imagen y es como si nos la presentara a otra luz. Todos los cuadros, igual que *Las Meninas*, debían poderse contemplar así. Cuando vaya usted al Museo haga la observación: en el azogue, mejor que en el lienzo, es donde se aprecia la maravilla de estar pintado el aire, el espacio, la diafanidad.

—Perspectiva.

—Eso sería poco. Velázquez pintó el

contenido atmosférico de la perspectiva. Como yo quisiera pintar aquí el contenido psicológico de la modelo, lo invisible. El espejo me dice que lo conseguiré.

—Es curioso—exclamó Gerardo, y tomando el espejo a su vez, comprobó lo que oyera. Tres Ernestinas se ofrecieron a su examen: La Ernestina real, que posaba en la plataforma; la Ernestina pintada en la tela, y esta otra Ernestina, pequeña y lejana, que temblaba en el óvalo de cristal con preciosa nitidez. La atención del amante pasó de la humanidad al arte y del arte a la ilusión refinando las sensaciones hasta obtener la última, casi inmaterial, lo mismo que se pasa en las alquitaras de la flor a su esencia y en la vida de la vigilia al ensueño. Ernestina, la que respiraba sobre aquel diván de damasco rojo con su traje de noche de raso azul, color de cielo de verano en noche de luna; Ernestina, la de carne y de nervios, era el amor al alcance de la mano. En el lienzo sólo existía el rostro de Ernestina, su estilizado trasunto todavía sin contornos precisos. El peinado se desvanecía, el escote se esfumaba y lo demás eran trazos, rayas, que no obstante su vaguedad, sugerían ya las formas concisas y plenas de ese tipo de mujer que las modistas llaman «señora joven», para un director de cine demasiado gruesa, pero que Miguel Angel juzgaría perfecto. El pintor estaba acertando a fijar el tono flavo, encendido, de la cabellera, la garza claridad de los ojos y aquel resplandor remotamente anaranjado, aquel color de alborada, de su piel. Principalmente el pintor había acertado en la boca. No en la boca que veía todo el mundo, pura, fresca, alegre, signo de la personalidad de Ernestina para los observadores superficiales. No. El pintor había dicho: «Nada de boca en flor, la quiero ver en fruto», a lo que Ernestina, intuitiva, obedeció sellando los labios y haciéndoles avanzar en la actitud de emitir un sonido de flauta. Aquella boca, así, sólo Gerardo la había visto hasta entonces. ¿Cómo aquel demonio de pintor pudo adivinar en el rostro de Ernestina la posibilidad de un gesto tal que ni el propio marido de ella conociera tal vez? Aun los espectadores de menos imaginación sentirían, al contemplar el retrato, un impulso recóndito de robar aquel beso.

—Es una lástima—decía el pintor—que este retrato tenga un destino tan recatado, que sólo su dueño lo haya de ver. Hemos plasmado con los pinceles algo sutil, como si hubiésemos pintado un perfume, y esto sucede rara vez.

Ahora Gerardo buscó el retrato en el fondo del espejo. En el espejo la imagen de la imagen se deshumanizaba, llegados a una increíble inmaterialidad el dibujo y el color, más allá de la vida y del arte; aunque parezca imposible, más allá del amor. Sublimada, quintaesenciada la apariencia, las personas de más pobre imaginación, mirando el retrato en el espejo, se habrían de preguntar a qué divinidad ofrecía Ernestina, en tránsito místico, todo su corazón; qué sílaba de plegaria juntaba así sus labios, o qué reliquia milagrosa se disponía a besar.

Gerardo relegó el espejo para decir:

—Me parece que estás cansada, Ernestina. ¿Lo dejamos por hoy?

—No, no—protestó ella—. Si tu amigo quiere seguir, yo puedo. Es necesario acabar esto cuanto antes.

El pintor quería seguir. Estaba en una de esas horas propicias y la debía aprovechar. Silencio. Ernestina, sobre el diván de damasco rojo, los ojos muy abiertos, el cuello tendido, una mano estrellada en el pecho y en la otra sosteniendo una flor, permanecía inmóvil. Los pinceles iban de la paleta al lienzo, de los pegotes sucios de la paleta a los matices pulcros de la obra. Labor de rosal que de la tierra extrae forma, delicadeza y color. Un hombro de Ernestina se iba redondeando.

Gerardo, en tanto, fumaba aparentemente aburrido. En verdad, analizaba la impresión que le había dejado el retrato visto en el espejo. Sentiría siempre la tentación de mirarlo así para hallar en él aquello que Ernestina se callaba y que el pintor acaso iba a

reproducir en la suprema inconsciencia de la inspiración que lleva a los artistas de alma a alma sin que lo adviertan ellos mismos. Su propósito era colocar el cuadro en aquel despacho, murado de libros, casamata y refugio de su labor más importante, vedado a todos por regla general. Allí tenía sus obras predilectas, sus cuadernos de notas, su archivo de documentación secreta; allí se encerraba para tramar sus maquinaciones políticas o preparar sus discursos; cuando entraba allí le parecía encastillarse en su propio cerebro. El retrato tenía esperándole un sitio entre las librerías. Un doble marco, bien disimulado, lo escondería a la vista de los pocos que para conferencias muy reservadas llegaban hasta allí. Gerardo, a solas, podría hacer girar el paisaje encubridor y contemplar a Ernestina, perdurablemente copiada en su gesto más incendiario. Pero sentiría la tentación de mirarla en un espejo y entonces volvería a denunciarse la medula de sacrificio y de dolor, el fondo de tormento que existía bajo la tosca máscara de voluptuosidad. Y pensaba Gerardo que semejante descubrimiento no se lo iba a agradecer al pintor.

—Te voy a traer—le había dicho—una señora para que le hagas el retrato. En cuanto la veas vas a conocerla. Nadie sabe, ni remotamente sospecha, que engaña a su marido, y cuento con tu complicidad, con tu palabra de honor, que tengo por empeñada.

—Desde luego. Pero ¿qué harás con el retrato?

—Nadie ha de verlo más que yo.

Sin embargo, el pintor trabajaba afanosamente porque no era una mujer lo que estaba retratando: era una pasión, pecado y atrición a la vez: el gran conflicto de una carne y una conciencia. El lienzo permanecería escondido, ignorado durante algunos años, los que fueren, en la vida de una obra de arte un segundo, para triunfar un día, no importaba cuándo. Otras obras famosas tienen historia parecida; de *La Maja desnuda* y *La Gioconda* se dice, pues a veces el genio, imitando a la Naturaleza, se esconde para producir lo más hermoso.

Por su parte, Ernestina, tan quieta y tan artista a su vez, por gracia de la inevitable vanidad, pensaba que aquel retrato iba a ser la prueba de su amor loco y de su traición negra que en el lienzo quedarían escritos para siempre; con lo que se jugaba el honor, y la vida tal vez, por satisfacer un capricho del amante. La abrasaba su vergüenza de haber llegado a depravación tanta; pero, al mismo tiempo, que un hombre ilustre, domador de la suerte, la quisiera tener ante sus ojos siempre, la complacía.

El pintor miró a su modelo, y el pincel, saltando del hombro a las sienes, fijó un rictus con el entusiasmo del entomólogo que clava en el cartón el único ejemplar de la especie más rara y preciosa.

DOS HOMBRES

A las diez y media Gerardo dijo:

—Ni un minuto más. Tengo a las once una visita en el Supremo.

Sin replicar, Ernestina pasó al tocador para cambiarse de vestido y reaparecer a los pocos momentos transformada en una burguesita que ha salido de compras: traje sastre, zapatos troteros, boina y un bolso grande. De la dama insinuante y descotada que iba a pervivir en el lienzo quedaba el rostro, más no; ni recuerdo de la expresión. Pasaría por una empleada de almacén, pues sabía llevar por las calles su belleza con tan modesto porte que a nadie llamaba la atención.

Gerardo se asomó al balcón del estudio para verla, diminuta en la acera, tomar un *taxi*.

—Si tenías algo que hacer podías habernos dejado a nosotros. Yo estaba en vena hoy—dijo el pintor.

—Es que ella...

—No me expliques. Siempre en estos casos sucede el absurdo de que el celoso sea el amante. Naturalmente: piensa el ladrón que todos tienen su condición.

—Creo que me puedo fiar de ti.

—¡Eh! Que te vas a manchar.

Maquinalmente había cogido Gerardo el manojo de pinceles, que dejó con la rapidez de un ratero sorprendido.

El pintor dijo:

—Oye: si vas a emborronar mi obra, adviértemelo y no sigo.

—¡Pero hombre!

—Ese movimiento tuyo me ha escamado. Iba a hacer tu mano lo que todavía no te atreves a pensar.

—Te concedo como pintor el primer lugar; pero como psicoanalista ni el último.

—Espera. El retrato no correrá peligro en cuanto lo tengas, bien escondido, en tu poder. Tu tentación de destruirlo respondía al enojo que te causa dejar a tu amiga conmigo a solas, aunque sea en efigie. Sabes que ahí, en el lienzo, la amo y soy más dueño de ella que tú. Acabaré el retrato cuanto antes para tu sosiego. ¡Cómo te ha enamorado esa mujer! Es sorprendente. Te iba a aconsejar que la divorciases y te casaras con ella, pero me doy cuenta de que no podías hacer disparate mayor. Con un amor demasiado ardiente puede ser el hogar, literalmente, un hogar en que te abrasaras.

—¡Bah, bah!...

Gerardo tomó su sombrero y sus guantes y se despidió con prisa.

—A las Salesas, a escape—ordenó al chofer.

En el Palacio de Justicia entró don Gerardo Gormar, abogado de primera cuota, ex ministro y jefe de la más importante minoría parlamentaria. Esperábale impaciente su primer pasante, Enrique Pomares, ex subsecretario, diputado también. Pomares tenía la toga puesta.

—¿Qué? ¿Ibas a informar?

—Como usted no venía...

—Pues hala, entra. Conoces el asunto mejor que yo.

—Pero no soy usted y se trata de un asunto de ruido. Además tenemos enfrente al catedrático de civil.

—¡Ah! Yo no sabía... Entraré.

Y mientras se endosaba la toga y se hacía cargo de las notas, tan cuidadosamente tomadas por Pomares, añadió:

—Pero esta tarde, en la Cámara, llevarás la voz de la minoría. Yo no puedo asistir a la sesión.

—Digo lo que del pleito: no tengo categoría.

—Tienes obligación.

Los ujieres llamaban «a sala». Gerardo, con su prestancia de siempre, marchó del Colegio de Abogados al Tribunal entre la admiración y murmullos de los litigantes y curiosos que parecían intrusos en las galerías, concierto suntuoso de mármoles y bronces, adecuado escenario a personaje de la parsimonia y atuendo de Gerardo Gormar, alto, fuerte, de perfil tajante, quijada robusta, ojos negros. Tipo de señor feudal castellano, atezado por los cierzos y endurecido por las lides. Una armadura adamasquinada iríale a su garbo tan bien como la toga. El Greco no hubiese desdeñado retratarle. A los cuarenta años sus cabellos grises no denunciaban provectad; mas parecían calcinados por el calor de fragua de sus sesos.

Enrique Pomares le dejó ir solo al maestro. No escuchó, como otros días, los informes ni esperó para elogiar el de esta parte, criticar el de la otra y calcular las probabilidades del fallo. Otro quehacer le reclamaba con acucio: preparar su intervención parlamentaria de la tarde. La verdad era que en esta ocasión, como en tantas otras fallidas, estaba prevenido porque, conociendo a Gerardo, contaba con la orden de sopetón. Varias veces había procedido así, lanzando a su pasante a estrados sin previo aviso: «Supone —pensaba Pomares—que todos somos como él, capaces de improvisar un magnífico discurso.» Y lo debía de suponer, en efecto, puesto que su pasante salía siempre del empeño airosamente. Como hubiese sucedido esta mañana. Pomares tenía al dedillo la cuestión litigiosa. Lo mismo que el tema de reforma agraria del debate parlamentario. Siempre estaba prevenido Pomares acechando su momento. Pues bien: su momento llegaba.

Embebecido en tales pensamientos

se encontró en la puerta de su casa cuando dijera que el auto apenas había empezado a rodar. El ascensor fué un relámpago. Pomares entró tirando en cualquier parte su sombrero.

—¿La señora?

—Salió.

—Bien. Yo no estoy para nadie, absolutamente para nadie.

Se encerró en su despacho y se enfrascó en la faena de ordenar apuntes, trazar un guión de discurso, perfilar, pulir y fijar en la memoria las frases destinadas a producir un efecto.

También convenía ir pertrechando de réplicas a probables interrupciones. Lo mejor era llevarse un acopio de contraataques valederos en cualquier caso, como por ejemplo: «El ingenio de su señoría puede cortar el hilo de mi palabra, pero es inofensivo para mi argumentación»; o bien: «No contesto inmediatamente a su interrupción para no malograr el elocuente discurso que, sin duda, va a pronunciar en seguida defendiendo tan original punto de vista.» Decía los incisos accionando, midiendo el volumen de voz y la justeza del ademán como un cómico que ensaya a solas. Parecía un bello loco en su celda. Se había despeinado, enmarañando los hilos de tinta—azulnegra, de estilográfica—de su pelo electrizado como el del gato que recordaban los ojos verdes en que fulgía la ambición. Con sus veintinueve años era un muchacho, Trajo al bufete y a la política todo el optimismo y pujanza de sus campeonatos de esquí o de natación. Ernestina, cuando eran novios, le solía decir: «Si aplicas todas estas energías al estudio triunfarás, porque tienes acometividad, desparpajo y talento.»

Ella fué quién, apenas casados, declaró que se aburría en la Sierra, en las piscinas y en los tes; ella le imbuyó a Enrique la idea de entrar de pasante en un bufete famoso; ella, en fin, enfocó las ilusiones de su marido. El ímpetu del deportista hacía lo demás.

Cuando su doncella le dijo que el señor había regresado inopinadamente, no la vió, bajo el colorete, palidecer. Dueña de sí misma, fué al despacho.

—¿Cómo? ¿Qué haces aquí?

—Esta tarde hablo en las Cortes, en el debate de reforma agraria.

Ernestina se hizo de nuevas.

—¿No era Gormar quien...?

—Eso creíamos todos; pero dice que no irá a la sesión y me ha endilgado a mí el mochuelo, como siempre, sin avisar. ¿Quieres dejarme, nena? Tengo que pergeñar un discurso... de cualquier modo.

—Claro que te dejo. Prepárate, documéntate. Esta tarde lograrás un éxito.

—Tú tienes fe en mí.

—¡Siempre!

—Que no te engañes. Y anda, déjame—la empujaba suavemente hacia la puerta—, ¡que nadie me interrumpa!

UNA MUJER

Ernestina pasó a sus habitaciones y se encerró a su vez. La vitola de empleadilla, retirada con desgaire, descubrió prestamente sus finas ropas interiores. Nadie hubiera supuesto, viéndola en la calle, tanto lujo bajo tal sencillez. Un pijama amplio y tenue la vistió de muñeca. Linda muñeca pensativa.

Aquella tarde la pasaría con Gerardo en el «escondite». El marido tenía su afán en el Congreso, lo que aseguraba, como otras veces una junta o un viaje profesional, la impunidad de los amantes. Gerardo era prudente, ladino y poco aficionado a complicaciones. Así, pues, mientras Enrique pronunciaba un gran discurso, ella... Crujieron los dedos, los brazos, los hombros, igual que sarmientos en hoguera, al retorcerse las manos Ernestina. ¿Cómo había podido llegar a esto? Ella no quiso, ella no quería, a ella la atormentaba el pecado, ella se rebelaba y, sin embargo, la traición seguía, se reiteraba; sin embargo, vivía Ernestina en el profundo infernal de la más negra traición. ¿Cómo había podido llegar a esto? Recordó. Gerardo era amigo de los padres de Ernestina, cuya casa frecuentaba mucho. Ernestina

se veía, chiquita, carirredonda, bucles de oro, en las rodillas de Gerardo, que le traía bombones y juguetes, que jugaba con ella sentándosela en el hombro, muy alta, o llevándola en su coche, muy acurrucadita. Entonces Gerardo tenía el pelo negro y carecía en absoluto de formalidad, cantaba, reía, bromeaba y no había nada serio para él. Asistió Ernestina a la evolución de aquel hombre, lo fué viendo aplomarse, orientarse, ahincarse y triunfar. Cuando lo eligieron diputado por primera vez, Ernestina quiso felicitarle saltando a colgarse de su cuello, como de costumbre, pero él se lo impidió suavemente: «No, nena, no. Ya eres una señorita.» El rubor le encendió a ella toda la sangre. Su primer inolvidable rubor. Desde entonces, a las golosinas y juguetes sucedieron flores y bolsos, estuches de tocador, perfumes. Coincidieron fechas señaladas. A la puesta de largo de Ernestina asistió Gerardo, recién nombrado ministro, ya con unas canas precoces en los aladares. Entonces la miró de alto en bajo y le dijo:

—Estás guapísima, eres una estupenda mujer—y añadió—: Nos haces viejos a todos, querida.

—Ahora estáis de moda así, un poco maduros. Puedes hacerme el amor.

Durante un año se vieron poco. Gerardo, ministro, trabajaba mucho, luchaba y no tenía tiempo que perder con las amistades. Para darle la noticia ella tuvo que recurrir al teléfono.

—Allá va la bomba: tengo novio formal.

Al otro extremo del hilo debió caerse algo, un pisapapeles o tal vez el mismo auricular. Gerardo tardó en responder.

—Algún *sportman,* algún virote de esos de *hockey, cocktail* y *craverna.* ¿No?

«Si yo le gustaba—pensaba hoy Ernestina—, ¿por qué no se casó conmigo? Yo le hubiera dicho que sí; yo me hubiese dado cuenta a tiempo de que estaba enamorada de él... ¡La diferencia de edad! ¿Pero es que ahora para el crimen es un obstáculo la diferencia de edad?»

Otra vez en torsión crujieron los brazos de Ernestina, dignos de una náyade.

—Es—le contestó aquel día—eso que dices en apariencia. En realidad es un abogado del que tú harás un hombre de provecho. Si no cuento con tu ayuda, no me caso.

—Cuenta, cuenta. La cuestión es que seas feliz tú.

De vuelta del viaje de novios, Enrique Pomares empezó a asistir al bufete de Gerardo, que ya no era ministro. Inmediatamente Pomares tomó con entusiasmo el empeño de adiestrarse en el manejo de las leyes. Nuevo cauce al torrente de sus energías. Como había ganado el campeonato de esquís lanzándose a velocidades vertiginosas y dando saltos inverosímiles, los que daría una pulga que tuviese el tamaño de un hombre; como había ganado el campeonato de natación con la ágil y escapadiza agilidad de una nutria, así, audaz, y fácil a la inmersión; así, parabólico y sinusoide, ganaría uno y cien pleitos; que, al fin, con frecuencia y pese a todas las teorías y al buen deseo de Astrea de mantener el fiel de su balanza, un pleito es un *match.* Todo, por ende, fué bien durante los primeros dos años. Pomares ascendió a primer pasante. Gerardo era el protector, el jefe y, sobre todo, el amigo. Muchas veces se convidaba a comer, el solterón, en casa de sus protegidos; hicieron juntos excursiones, viajes. Gerardo era como el hermano mayor de los dos, el guía, el mentor; insensiblemente lo gobernaba todo: la formación técnica de Enrique, el tono de su hogar, su prestigio externo. Especialmente en lo atañadero a modas llegó a ejercer una verdadera tiranía. «¿Pero vas a caer en la tentación de «platinarte» el pelo? Así como lo tienes, de miel metálica, valga el símil, es único. ¿No te parece, Enrique? Prohíbele semejante profanación.» Otras veces: «Criatura, no aciertas nunca con el carmín que le va bien a tus labios. Ensaya este que yo te busqué, a ver qué pasa.» Otras, en fin: «Vamos a ver ese desfile de modelos y chitón. Yo elijo... y pago.»

¿Se daba cuenta Ernestina del pe-

ligro? No, no se daba cuenta: no lo sospechaba; le parecía aquello todo tan natural como la salida diaria del sol. Los rosales tampoco se dan cuenta de lo que va a acaecer en sus yemas por obra del sol.

La política vino a complicarlo todo, a enredarlo. Un día Enrique volvió a su casa disgustado, despechado.

—Lo que menos podía esperar de Gerardo. ¡Lo que menos podía temer!

—¿Qué pasa?

—Se niega a incluirme en la candidatura.

—¿Cómo?

—Dice que se hablará de favoritismo, de nepotismo, puesto que soy su primer pasante. ¡Pretexto! ¡Monserga! Yo me tengo bien ganada el acta. El partido espontáneamente, sin sugestión de nadie, por aclamación, me ha designado.

—Y Gerardo—dijo Ernestina incrédula—, ¿es quién no quiere...?

—No. Y yo no lo aguanto, Ernestina, no lo aguanto. A mí no me truncan ni Gerardo ni cien Gerardos la carrera. Ya puedo emanciparme, ya tengo mi clientela personal y mis amigos, mis «fuerzas» en la juventud del del partido...

—Enrique, ¡eso sería una ingratitud!

—Por eso me callo: porque pienso que todo se lo debo a él. ¡Pero también es una injusticia lo que me hace ahora!

Enrique se paseaba por aquel despacho cuyas paredes, ocultas por tanto libro, no se veían.

—No será—dijo Ernestina—. A mí no me niega Gerardo una cosa así. Déjame hacer.

Pomares no se dió cuenta del peligro. Es ciega la ambición.

—Yo no me humillo a suplicar. Tú, dada vuestra amistad de siempre, ya es distinto.

—Probaré.

—Tiene que ser en seguida. Esta tarde ha de lanzarse la candidatura. La Asamblea del partido, para cortar discusiones, le ha dado a Gerardo un voto de confianza.

Ernestina fué aquella tarde a ver a Gerardo. Diputado el marido que hablaba tan bien, que valía tanto...; una posición política, cargos, pronto un bufete pingüe... Eran las puertas de la celebridad, del lujo, del poder, las que Gerardo quería cerrarles. No lo consentiría ella, no. No admitiría excusas...

—¿Qué te pasa, chiquilla? ¿Es que no funciona el ascensor? Llegas desencajada, anhelosa, te brillan de un modo raro los ojos. Siéntate. No me digas nada, siéntate. Respira. ¿Qué te daré? ¿Bromuro o champán? En la duda, champán.

Ernestina, que no sabía por dónde empezar su alegato, le dejó hacer a Gerardo, le vió buscar por sí mismo, en aquel armario-licorera, la botella y las copas; le vió descorchar evitando el ruido del tapón.

—Quiero hablarte de...

—¡Silencio!... No me dirías nada a derechas en el estado en que te veo. Bebe.

—Es fuerte.

—Es seco. Otra copa.

—Para que me dé ánimos.

—Bien.

—Ya tienes otra cara; ya eres otra; ya eres tú. Dime qué te pasa. ¿Trifulca conyugal?

—No. ¿Quién piensa? Verás, Gerardo...

Ernestina habló segura de tener ganada la partida. Todo era que Gerardo había querido que fuese ella quien se lo pidiese. ¡Como si no se lo fuera a agradecer lo mismo!

—Entendámonos—replicó él—: ¿Me lo pides por tu marido o por ti? ¿Eres tú quien desea ser, figurar, mandar? ¿Es tuya la ambición? Porque si eres tú, si es a ti a quien elevo, a quien encumbro, nunca creeré que estás bastante alta. Dime que me lo pides tú y para ti y está hecho.

Lo que ella imaginaba. Gerardo quería hacerle a ella el favor; era como un recuerdo y un tributo a la antigua amistad; que no la creyese ella transformada por muchos méritos que el marido hiciese. Sus ojos se anegaron de gratitud bajo la mirada a fondo del bienhechor. Y fué un impulso. De ni-

ña, cuando ella le pedía a Gerardo una golosina o un juguete, él solía preguntar: «¿Qué me darás tú a mí?» De niña, ella contestaba siempre: «Un beso.» Ahora no sonaron ni la pregunta ni la respuesta, pero inconscientemente—inocentemente—Ernestina puso aquel gesto que copiaba la sagacidad del pintor.

LA CADENA

—Si te gustaba tanto, si estabas enamorado de mí, ¿por qué no te casaste conmigo?

Gerardo expelió el humo, lo vió disolverse en la penumbra, bebió un sorbo más de Oporto y dijo:

—Mujer; te voy a contestar esa pregunta para que no me la hagas más veces. La culpa de que yo no sea tu marido no la tiene nadie más que tú.

—¿Yo?

—Tú solita. Andaba yo rumiando la idea. «Si es una chiquilla, si le llevo quince años...» El día en que te pusiste de largo la cosa estuvo en un tris. Una frase tuya, «puedes hacerme el amor», me decidió casi; pero en seguida te enquillotraste oyendo los piropos estúpidos de tus camaradas de *sport*, «bestial», «pocha», «aerodinámica», que te hacían reír encantada y te lanzaste a bailar esas cosas negreras que bailáis ahora y que yo no acertaría jamás a componer de un modo pasable. Acabó la fiesta sin que volvieses a mirarme ni una vez. Comprendí que eras de otro tiempo, de otra generación, que pertenecías a otro mundo y renuncié. No olvido la tristeza con que volví a mi despacho oficial aquella tarde.

—Si yo hubiese podido adivinar...

—Lo de siempre. Que todos fuésemos sinceros absolutamente, que nadie recatase su sentir, que se nos viese lo que pensamos, y la vida sería otra cosa. Pero vivimos mintiendo o callando nuestra verdad cada uno, lo que es otro modo de mentir; vivimos engañándonos siempre. Hasta a nosotros mismos. El hombre, único animal que habla, es el único animal que traiciona, momento por momento a sus semejantes. Los demás animalitos de Dios son unos solemnes embusteros frente a su enemigo o su presa: se emboscan, toman la apariencia del medio: el tigre, de la luz presada por el ramaje, el armiño se confunde con la nieve, el camaleón se adapta al color de la rama; o bien se enmascaran, los más inofensivos, tomando esas apariencias tremebundas que para meter miedo inspira el miedo; pero entre congéneres ninguno es fementido como el hombre. Un perro no le oculta jamás a otro perro su simpatía o su aversión, no disimula sus intenciones: a pelear o a ser amigos, esto es todo. Sólo el hombre es capaz de hipocresía ante el hermano, ante la amada. El hombre intenta engañar hasta al Dios en que cree. Somos así. Aquella tarde tú no tuviste para mí una mirada ni yo una palabra para ti. Y nos engañamos los dos. Bueno. Ahora somos felices mediante otro engaño. ¿Qué le vamos a hacer?

Estaban en el *escondite:* un entresuelo decorado desvergonzadamente, según era su destino. Todo tapizado, guatado, alfombrado, áfono, con lujo de divanes fofos, de cojines fonjes; todos los cristales, granulados y gruesos, verdes, que apenas dejaban pasar la luz diurna en débil claror glauco de fondo de mar. A Ernestina, una vez allí, le parecía haber descendido siete estados bajo tierra. Se escondían para amarse, como los topos. Sólo era blanco brillante el departamento de la *toalé,* en donde mármoles, porcelanas, metales, espejos y chorros de agua ofrecían pureza a la impureza.

Ernestina se envolvió, se arrebujó en el *kimono* negro que tenía bordado un dragón dorado y se hizo entre los cojines un ovillo, como una niña asustada.

—¿Por qué no dejamos esto, Gerardo? A mí me van faltando las fuerzas para fingir y estoy enferma. Tú dices que la mentira es de nuestro natural. Yo digo que esta mentira me envenena la sangre.

Gerardo volvía a fumar, a expeler el humo en círculos azules que flotaban en el ambiente, se deformaban livianos pasando de ceros a ochos, a nueves, como si quisieran escribir en el efímero cantidades infinitas, y se disipaban por fin. Poseía Gerardo una habilidad especial para hacer dibujos con las volutas parvas, cintas de tul anudándose y desanudándose, vagas, fluctuantes, prontas a diluirse y no ser, como los hilos de las vidas humanas. Gerardo volvió a fumar.

Ella, después de un silencio, añadió:

—Me denunciaré en el momento menos pensado. Ayer estuvo a punto de escapársele tu nombre.

—¿Cuándo?

—No importa cuándo. Como te llevo en mi pensamiento, en cualquier ocasión. A solas te nombro, te nombro, te nombro. Digo: «Gerardo, Gerardo, Gerardo...» Tú conoces mi mala costumbre de nombrarte desde aquel día, desde aquella hora en que sorprendida, loca, en un delirio, casi grité: «¡Gerardo!» Las tres sílabas son como el sonido de nuestro amor, de nuestro delito, y, sin quererlo, brotan de mis labios, suben a mis labios, yo no sé si desde el fondo de mi sensibilidad o desde el fondo de mi conciencia. Lo que sí sé es que esas tres sílabas van a ser mi perdición.

Gerardo se puso en pie, se puso en guardia como el bandolero que está en su cueva y oye un ruido sospechoso.

—Te divorciarás en seguida. Es el remedio.

Ella se irguió a su vez. El *kimono* perdió todo su carácter queriéndose despegar de las rigideces de una estatua.

—Eso, que parece lo más valiente, es lo más cobarde, Gerardo. Mi marido me quiere, es bueno, es leal, es todo un caballero. Y es obra mía. Yo le he enseñado a vivir, a querer, a ser feliz, a trabajar; yo le recibí como un chiquillo atolondrado y le hice un hombre cabal. ¿Qué sería de él sin mí? ¿Por qué le he de hacer el mayor daño? ¿Qué culpa tiene él de que yo sea mala? ¿Quieres que corte de un hachazo una vida tan hermosa? No lo haré, no sucederá por mi voluntad, aunque cualquier día pueda suceder por mi imprudencia. Vamos a evitar la catástrofe. ¿Por qué no ser buenos nosotros también? Ya me has tenido, Gerardo, ya conseguiste lo que deseabas. Haz lo que tantos hacen, lo que es tan de vosotros los solterones, los cazadores de virtudes: déjame. No te lo voy a reprochar. ¡Tú no imaginas cuánto te lo voy a agradecer!

Gerardo opuso fría, firme, inexorablemente:

—¡No!

Ella declinó, resignada. Y luego, humilde, dijo:

—Ya es hora de irme.

Se oyeron los resoplidos de grifos y perfumadores, el siseo de sedas, el taconeo de quien dejó las pantuflas, se calzó de calle y va y viene en reducido espacio; el cric-cric de un armario que se cierra, por fin, y Ernestina reapareció en pergeño de gran dama. El doble *renard* y la celosía de un velo, que, como para ocasiones así, vuelve a estar de moda, defendería su rostro.

—Adiós.

—No olvides que mañana, a las diez, en el estudio.

—Mañana...

—A las diez. Creo que será la última sesión.

Era ya noche. Ernestina recorrió ligera los malos pasos, abocó a una calle principal, detuvo un taxi. Y gastó una hora más en la visita que pudiera servir de coartada.

—El señor ha llamado por teléfono varias veces. Encargó que, cuando volviese la señora, le llame al Congreso en seguida.

Llamó.

—¡Hola! ¿Qué hay?

—¡Crisis! He derribado al Gobierno, Ernestina.

—¿Tú?

—Mi discurso. Un éxito estruendoso, nena. La mayoría, rota. Ya te contaré. Por de pronto, crisis. Y es preciso actuar, situarse, trazar una línea de conducta. Buscamos a Gerardo y no se le encuentra por ninguna parte. Se

comenta que no acuda, los enemigos empiezan a hablar de escapatoria, de haberme lanzado a mí y esperar él, cauteloso, el resultado. ¿Tú no sabes dónde puede estar a estas horas?

—¡Oh!—gimió como herida—. ¿Por qué lo voy yo a saber?

El teléfono había callado. Providencialmente. Enrique hubiese podido oír el repiqueteo velocísimo del corazón de su mujer.

El teléfono volvió a hablar.

—¿Me oyes, Ernestina?

—Sí.

—Corté porque acaba de llegar Gerardo. Bueno. Ya sabes. ¡Contentísimo! Después hablaremos. Adiós.

EL ESPEJO

Gerardo consultó la hora. Aún tenía tiempo de llegar a la última parte de la sesión de Cortes y de intervenir en el debate, tal vez. Procedió de prisa. Y en un periquete estaría en la calle, a no ser que... Al fijar sus cabellos grises, tono de acero cromado, se miró, como siempre, en el espejo. La cosa más inocente es mirarse al espejo. Se trata de un acto frecuente, casi instintivo, sin más fin ni trascendencia que la de guiar la hoja de la *gillette*, peinarse o hacer el nudo de la corbata. En estos cotidianos menesteres Gerardo se miraba al espejo como todo el mundo. Lo que aconteció aquella tarde fué que Gerardo *se vió*. Visión rapidísima porque, en el acto, Gerardo se dió cuenta de que *se veía*, y puso la máscara que tenemos siempre puesta, hasta cuando, a solas, nos miramos en un espejo. En el espejo, Gerardo hallaba normalmente al Gerardo que veían los demás. Al otro, al auténtico, al que permanecía escondido detrás del gesto social, detrás de la *cara*, al otro lo sorprendió la mirada de Gerardo un fugacísimo instante, menos de una milésima de segundo. Pero suficiente tan breve ocasión para que Gerardo diese un paso atrás con el espanto más crispante. Había visto un Gerardo odioso, protervo, sádico, vil; un individuo que tenía los ojos bizcos y en los labios, retraídos y violáceos, la expresión de la más sañuda crueldad y de la salacidad más repulsiva; un candidato al patíbulo. Había encontrado allende el cristal, asomándose a la ventana del espejo desde el otro lado del ser, la presencia insultante de uno de esos hombres que llevan el asesinato en los lagrimales y a quienes se siente el impulso de aniquilar inmediatamente. Imposible imaginar nada tan abyecto, tan ofensivo, como el rostro de aquel malvado que el azogue y la luz, delatores implacables, le habían mostrado al amante de Ernestina. Seguramente Caín, sediento después del primer homicidio, quiso beber de bruces en la clara fuente, y en ella *se vió*. Y seguramente dió un salto y corrió espeluznado, sin beber. Desde que le sucedió aquello a Caín, los hombres, hasta para mirarse a sí mismos, saben componer el gesto, mienten. Página inicial de la historia del espejo y de la sociabilidad humana.

Sin embargo, hay muchos hombres, casi todos, que después de haberse mirado millones de veces en el espejo se mueren sin haberse *visto*. Hay algunos que llegan a verse, pero desprecian el aviso. De éstos quiso ser Gerardo, y lo fué. «¡Qué estúpida alucinación!», se dijo. Y continuó arreglándose. Hizo, con la gracia habitual, tres vueltas encontradas, el nudo de su corbata de última moda, clavó la perla muy bajo, se perfiló, se perfumó, se caracterizó, en suma, para su importante papel de jefe del partido, posible jefe de Gobierno, y marchó a la Cámara.

La minoría *gormacista* se reunió inmediatamente. Pomares, con la velocidad adquirida en su discurso, dió cuenta al jefe del contenido de su intervención, de las réplicas y dúplicas de la situación creada como consecuencia de todo ello. Los reunidos aplaudieron a Pomares otra vez.

Pero Gerardo apagó los aplausos con un ademán y tomó la palabra. Ante todo felicitaba a Pomares con legítimo orgullo «porque la dialéctica y las galas de este joven tribuno son

—decía—flores cultivadas en mi jardín». Con indulgencia paternal tenía a la vez que perdonarle su inexperiencia parlamentaria. La crisis era lamentable. Dividir la mayoría fué una temeridad. El partido, en aquellas circunstancias, no debía asumir el Poder. Y así Gerardo, mazazo tras mazazo, pulverizó el discurso de su pasante ante la estupefacción de la minoría.

—Redacte usted—concluyó dirigiéndose al secretario del partido—una nota oficiosa anunciando que mañana pronunciaré yo un discurso fijando nuestra posición.

RIVALES

Por la mañana asistió a la sesión de pintura que puso fin al retrato de Ernestina y por la tarde a la del Congreso, donde pronunció uno de sus más famosos discursos. Sofisma tras sofisma, maquiavelismo tras maquiavelismo, se las compuso de modo que sin desautorizar lo dicho por Pomares lo volvió completamente del revés, y lo que empezó siendo un ataque formidable al Gobierno se convirtió, gracias a la taumaturgia de Gerardo, en grandiosa fábrica, con apariencias de granítica, para su sólido sostén. No en vano Gerardo tenía reputación de estadista. Un estadista ha de poseer destreza de prestímano, ha de saber escamotear limpiamente la cuestión.

Pero no contaba Gerardo con que la réplica hubiese de partir de sus propias filas. Pomares pidió la palabra y con noble arrogancia juvenil se rebeló contra aquella farsa y la desbarató por el procedimiento expeditivo de enseñar el juego. Fué el de Pomares un discurso claro, conciso, arrollador. No valían subterfugios ni habilidades. La minoría iba a ser arrastrada a votar una ley contraria a los principios fundamentales, a la entraña de la doctrina del partido. Allí dentro, en los ámbitos del compadrazgo y de la intriga, podía suceder lo que fuera, un cambio de nombres en la lista de cargos; fuera de allí, en España, gravitaría una ley sobre los pacientes hombros del ciudadano indefenso. Escándalo en el salón de sesiones. Crisis.

Ya supondrá el avisado lector que al día siguiente se intentaba la formación de un Gobierno de los llamados de coalición, y que, pues había fracasado ruidosamente, Gerardo era el encargado de presidirlo.

El despacho de Pomares estaba lleno de gente. Venían muchos diputados a ponerse a sus órdenes, acudieron reporteros, el timbre del teléfono no descansaba; todo eran enhorabuenas, apretones de manos, adulaciones y alharacas: la marejada espumosa que rodea siempre la emersión de una figura en el oleaje político. Pero ninguna de aquellas llamadas era la de Gerardo, ninguna era su visita ni venía de su parte. ¿Iría a formar Gobierno dejando a Pomares preterido? Para todos tal evento era inverosímil. Pomares representaba una importante fracción de diputados, *era una fuerza*. Y sobre todo era *una palabra* de temer. Por otra parte, *dada la composición de la Cámara* y ante *los problemas pendientes*... Así, manejando el argot parlamentario, los amigos del nuevo *líder* veían pasar las horas y languidecer las esperanzas. Entre tanto, se iban sabiendo nombres de futuros ministros.

A las dos de la tarde, cuando la falta de noticias marchitaba ya casi todas sus ilusiones, Pomares estaba a solas en el comedor con su mujer.

—No lo tomes así, nena. Vendrá otra ocasión. Nosotros podemos esperar.

—Sí, ¡pero sería un triunfo tan hermoso!...

—Sin duda.

—No le creo capaz a Gerardo de hacer eso.

—Yo sí. Ahora que oye lo que te digo: si forma Gobierno postergándome, se lo derribo, como hay Dios.

—¡Y harás bien!

—Empiezo a comprenderle a ese hombre. Al principio era otra cosa, era todo lealtad y generosidad. Yo le veneraba; yo lo daría todo por él,

puesto que todo creía debérselo. Pero de pronto, de la noche a la mañana, cambió, se torció; de bienhechor se convirtió en enemigo solapado, traicionero. Me hacía informar en cosas difíciles, comprometidas, cuando suponía que no estaba yo preparado, con la pésima intención de que me estrellase, sin reparar en que ponía en peligro intereses importantes confiados a él. Gracias a que me di cuenta en seguida de la maniobra y no me cogió descuidado jamás. Pues bien, cuando yo salía adelante, con brillantez, no tengo por qué ser modesto entre nosotros, cuando yo me lucía, le daba a él un disgusto, que no siempre conseguía disimular. Alguna vez le he sorprendido un gesto de odio, de rabia, de lividez, que duraba lo que la de un relámpago, porque se domina, pero que no pasó inadvertido por mí. En resumen, Ernestina: ese hombre me aborrece, y yo me pregunto por qué. ¿Qué le he hecho yo?

—Te envidia.

—Tiene talento, fama, figura, salud; es un gran orador; gana el dinero a montones; lo es todo. ¿Qué me puede envidiar?

En este momento sonó la llamada del teléfono, y un criado vino a decir:

—Es a la señora. De parte de la modista.

Ernestina sintió aquel *frío de una hoja de acero en las entrañas* de que habló Bécquer; según los fisiólogos de hoy día, la contracción espasmódica del plexo solar; vulgarmente dicho, la punzada de un presentimiento.

—*Alló*, madame.

—Soy yo, Ernestina. ¿Te oye él?

—Sí, madame.

—Esta tarde, a la hora de siempre, allí.

—Pero...

—No faltes.

—¿No tiene usted que decirme algo más?—arriesgó.

—Por teléfono, nada más. A la hora de siempre. En punto. No me hagas esperar ni un momento, porque tengo mucho, muchísimo que hacer. Sólo podré dedicarte el tiempo preciso.

—Pues déjelo, madame. Otro día iré a probarme; mañana, por ejemplo.

—Te espero hoy. Es necesario.

—Bueno, madame, iré.

—Y ahora retírate, porque voy a volver a llamar.

—¡Ah!

—Hasta luego.

Oyó que colgaba él. Del pasillo al comedor, ella consiguió el disimulo. Tenía ya costumbre.

—Era la modista. Yo no estoy de humor esta tarde; pero ella tiene sus compromisos, sus horas.

—Ve. Así te distraerás.

El teléfono sonaba otra vez.

—Es al señor. De parte de don Gerardo.

Pomares corrió al aparato.

—¡Hola! Necesito hablar contigo esta tarde. ¿A qué hora puedo ir a tu casa?

—Le dispenso la visita... protocolaria. Dígame por teléfono qué quiere de mí.

—No es para tratado así el asunto. ¿Quieres estar en mi despacho a las ocho?

—Desde luego, estaré.

—Un ruego. Si tardo un cuarto de hora, media hora, tarde lo que tarde, espérame. Supongo que te harás cargo de...

—De todo.

—Hasta las ocho.

—Seré puntual.

Con lo que Pomares volvió al comedor sin saber a qué atenerse.

—¿Qué?—preguntó Ernestina.

—Me escama esto. A las ocho en su despacho, que le espere si tarda. Puede ser para el acoplamiento de carteras; puede ser para pedirme que renuncie a ser ministro por esta vez. ¡Qué sé yo!

—Difícil es calcular—dijo ella.

CANALLA

Ernestina leyó la hora en su reloj de pulsera, las siete. No venía Gerardo, no podría venir, no tendría tiempo. Además, en un día como aquel,

cuando una legión de periodistas avisados y audaces seguirían todos los pasos del encargado de formar Gobierno, aquella cita, aquella orden, era una temeridad. ¡Si un reportero descubriese!... ¡Qué espanto! Pero no, Gerardo, comprendiéndolo así, no vendría. De un momento a otro llamaría al teléfono (a aquel teléfono que no figuraba en la lista oficial) para dejar en libertad a Ernestina, que ni los guantes se había descalzado en espera de tal permiso.

Sino que en vez de repicar el teléfono grilló el llavín y se oyeron los pasos del amante.

—Hola, ministra.

—¡Gerardo! —exclamó ella, esquivándose.

—¿No te alegra la noticia, mujer?

—¿Por qué no se la diste a él cuando le hablaste?

—¡Bah! El no me interesa. Es un vanidosillo que imagina merecérselo todo. Olvida que sin mi protección estaría pagando la última cuota. Ya lo has visto: se permite gallear. No lo destrocé de un papirotazo pensando en ti. Te llevaba en los sentidos, respiraba todavía tu aroma, no se había enfriado en mis labios tu último beso, ¿cómo iba a causarte un mal? El no significa nada. Dejémosle en su engaño, en su envaimiento, que se admire a sí mismo. Ministro será. Si pudiese hacerlo archipámpano, ¡también! Mira hasta qué punto llega mi generosidad, que le prestaría un poco de talento.

Iba Gerardo a su designio con los brazos abiertos.

—Ven acá, preciosa. Y que no se queje el novel ministro. Si buena mujer le robo, buena cartera le doy.

Abrazó el vacío. Ernestina le había evitado con salto de fantasma y estaba ahora frente a él, fantasma!: con esa cara de figura de cera que resulta de la palidez bajo el maquillaje y con los ojos tan quietos, tan vítreos, tan espantosos como los de las figuras de cera. A Gerardo le recordó una María Antonieta de barraca de feria junto a la guillotina.

—¡Ernestina!

—¡Canalla!

Para pronunciar y subrayar la palabra canalla es preciso separar los labios, atirantarlos, adelgazarlos, mascar el insulto, enseñar los dientes y retraer las mejillas; es un vocablo que desgarra el gesto dándole un hachazo; con lo que la boca de Ernestina, encanallada para decir *canalla*, la elle en las muelas, era una boca rabiosa, todo lo contrario de aquella boca *en fruto* que copiara el pintor. Sin embargo, Ernestina estaba hermosa. Hay un punto de coincidencia, una culminación, un límite a la expresión de los gestos humanos en que se juntan y confunden todos los paroxismos: el del odio, el del amor y el de la muerte. Amar, odiar y morir son tres finales. Ernestina estaba hermosa diciendo:

—¡Canalla!

—Mujer, ¿a qué viene eso? ¿No fué por una cosa así, por conseguir una posición social por lo que...?

Restalló una bofetada ignominiosa.

—¡Canalla!

Y escupiéndoselo enloquecida, ¡canalla, canalla, canalla!, salió Ernestina del *escondite*. El portazo hizo retemblar todas las cristalerías.

Gerardo esperó un tiempo, que no le denunciara la rubicundez candente de su mejilla. Luego, con toda calma, tomó su sombrero y salió. Al llegar a su casa, con una ironía que ellos no podían entender, les dijo a los periodistas:

—Vengo de hacer una importante gestión fallida. No obstante, confío en formar un Gobierno *de amplia base parlamentaria*.

Y esquivando saludos y preguntas se escabulló, dió un rodeo por sus habitaciones particulares y llegó a su despacho, a su retiro. Allí estaba el retrato de Ernestina, obra maestra del famoso pintor. Gerardo hizo girar el bastidor que lo ocultaba. Tan reciente la imagen de la Ernestina real, en convulsiones de ira, por el vocablo vil desgarrada su infantilidad, esta otra Ernestina amoriada, oferente, de la mirada inmensa y la boca en tentación, avivó el incendio. «No te perderé, no. Aunque fuera preciso asesinar.»

El retrato volvió a su misterio detrás del paisaje sin valor. Gerardo pulsó un timbre.

—Que pase el señor Pomares.

Y lo abrazó.

—Te felicito, muchacho. No voy a enjuiciar tu conducta ni a reprocharte nada. Que no tiene entrañas la política es un dicho vulgar. Aquí no somos el jefe y su pasante, el viejo amigo y su protegido predilecto. Todo esto se acabó. Somos dos hombres públicos. Vamos a prescindir de toda cuestión de índole personal. Por si lo olvidas, te diré que en ocasiones como la presente ésa es nuestra primera obligación. ¿Conformes?

—Conformes. Hablemos solamente de la crisis.

—Y concretamente. Los periodistas llevan la cuenta de los minutos que dura cada conversación. Al grano. Deseo contar, para la formación de un Gobierno *de amplia base parlamentaria con la colaboración* de tu flamante partido. ¿Qué contestas?

—Que... en principio, estamos dispuestos.

—En principio. Ya vas siendo político. Del programa no tenemos que hablar. Ya lo conoces. En el fondo es el de siempre: salir del paso. Tratemos de personas. Os ofrezco una cartera y parte alícuota de Directores generales, Subsecretarios, Gobernadores, etcétera. El ministro designalo tú entre tu gente. Porque...—aquí Gerardo hizo una pausa—, porque, desgraciadamente, ese ministro no puedes ser tú. Has ascendido a primera figura, y las primeras figuras en estos casos se quedan al margen.

Pomares comprendió la jugada, y contestó al punto:

—Por descontado. Ahora sepamos de qué cartera se trata. Mi... *flamante* partido exige la de Gobernación. Necesitamos *controlar* la política del nuevo Gobierno.

—¡Hombre!

—Está dicho.

—Tú sabes que eso es tanto como negar la colaboración.

—Es *condicionarla*.

—Piénsalo bien.

—Está pensado.

—Mira que diré en la Cámara la verdad.

—Yo le contestaré.

Gerardo perdió la paciencia:

—Oye, Enrique: no te hago ministro porque no me da la gana.

Pomares perdió el respeto:

—No será usted presidente porque no quiero yo.

—Hemos terminado.

EL DRAMA

Pomares iba a replicar algo cuando le cortó la palabra un secretario entrando bruscamente.

—Dispensen. Le llaman de su casa, señor Pomares. Con urgencia.

—Dígales que esperen, que voy en seguida.

—Se impacientan tus amigos—dijo, avieso, Gerardo—. Háblales por teléfono. Consúltales el caso. Anda. Yo te dejo solo para que lo hagas con libertad.

—No se trata de la crisis—intervino el secretario—. Es la señora de Pomares, que...

Un silencio. Cada uno de los dos rivales tuvo un pensamiento instantáneamente. Pomares pensó: «¿Por qué cometerá esta imprudencia Ernestina? ¿Qué puede suceder?» Y pensó Gerardo: «Ya está arrepentida. Ya es mía otra vez.»

—Con más razón si es ella. Háblale. Y si no, deja, ¿quieres que le hable yo?

Pero el secretario se vió obligado a decir más.

—No está ella al aparato. Parece que se trata de un accidente—y lo soltó al fin—grave.

Pomares no quiso oír más. Salió a escape.

Gerardo, tras breve hesitación, iba a hacer lo mismo.

—¿Qué les digo a los señores de ahí fuera?—preguntaba el secretario.

—Dígales lo que quiera. ¡Al diablo la política!

No obstante tal repulsa, al abrirse

paso entre los grupos que llenaban despachos y antesalas, tuvo que dar una explicación.

—Asunto urgente de índole privada, señores. Mañana continuaré mis gestiones. Ninguna noticia más por hoy.

Iba a arrancar ya el coche de Pomares cuando lo abordó Gerardo metiéndose en él sin pedir permiso.

—¡Ante una desgracia o lo que sea, lo demás no importa. ¡No importa nada ni la política, ni la nación, ni el mundo entero.!

Pomares callaba. Iba casi saliéndose del asiento, como si con mirar el camino lo fuese a abreviar. Gerardo, en cambio, no podía callarse.

—¿Qué puede haber sucedido? Un accidente de circulación, de seguro. Habrá ido a cruzar una calle sin mirar, sin darse cuenta, loca... Es una mujer así: se ciega.

Subieron juntos en el ascensor. Entraron en la casa a la vez.

La droga no le había dado tiempo a Ernestina para llegar a su lecho. Yacía en el tocador, sobre la alfombra, junto al gran armario, supina, con los brazos en cruz, el gesto tranquilo, sellados sus labios, que habían exhalado el alma en un soplo. Al caer, la arista de un mueble en su nuca se anticipó al veneno, cuya intervención atestiguaba un pomo vacío sobre la mesita de cristal.

Gerardo se arrodilló, buscó el pulso, el latido del corazón, el aliento.

—¡Se ha matado!—gritó por fin—. ¡Se ha matado!—y llevándose las manos a las sienes, queriendo abrirse el cráneo, repitió—: ¡Se ha matado Ernestina! ¡Ella! ¡Se ha matado! ¡Está muerta!...

Pomares permanecía en el umbral, quieto, como si lo hubiese petrificado la impresión. Y pues Gerardo lo miraba invitándole a que dijera algo, a que hiciera algo, entró, cerró la puerta, con la llave, con el pasador, lentamente. Después, en voz baja, le clavó a Gerardo su pregunta:

—¿Por qué se ha matado? ¿Por qué?

—Es lo que yo te iba a preguntar a ti. Eres su marido, debías conocer todos sus pensamientos. ¿Por qué se ha matado?—maravillado de lo rápido y eficaz de la réplica, seguro ya en su papel, añadió Gerardo levantándose, accionando, dominando la situación—: Son las cuentas que tenemos que ajustar, Enrique. Ella no tiene padres, pero quedo yo, su amigo, y por ellos hablo. Te la entregamos para que la hicieras feliz, creíamos que era feliz y se descubre que su desesperación la ha llevado al suicidio. Bien cerrada está esa puerta. ¡Bien! A solas, delante de ella, cuando tal vez nos oye todavía, me vas a contestar. ¿Por qué se ha matado? ¿Por qué?

Una manga de riego contra un castillo de fuegos artificiales lo apaga, extingue sus fulgores y deja su esqueleto de tablas desnudo a toda lumbre con las ruedas parándose poco a poco. Así la ira y la intención homicida de Pomares. Sus sospechas eran recientes, inmediatas; las despertaron aquellas palabras de Gerardo en el coche, las fomentó su actitud, su arrebato de dolor ante la muerta. Pero todo era natural, todo era noble. Gerardo era el amigo, el gran amigo que conoció a Ernestina desde siempre, que casi la vió nacer, que la tuvo en sus brazos, que la quería, en suma, como algo suyo, hermana, hija, que la llevaba largos años en el corazón. Gerardo fué luego el protector, el bienhechor que acepta la elección de la niña adorada y acoge al amado por ella y le enseña el camino del trabajo, le orienta, le ayuda..., hasta que él, ingrato, presuntuoso, empieza a rebelarse. Esta era la verdad, la amarga verdad que Pomares creía ver acusándole ante el cadáver de su mujer, que se había matado y que muerta, muda, estaba allí, por una causa que tal vez no descubrirían nunca ninguno de los dos. Se derrumbó todo el coraje de Pomares.

—¡Por fin!—exclamó el otro—. Llora, llora mucho. Temía que no rompieses a llorar.

—Perdóneme usted, Gerardo. Estaba loco, pero fué sólo un momento.

—Llora, muchacho, llora.

Pomares había caído sollozando junto al cuerpo de su mujer y junto al

gran armario que tenía tres lunas biseladas. Y en ellas Gerardo *se vió* por segunda vez.

LA IMPLACABLE

Declinó el encargo de formar Gobierno. Lo formó otro jefe de minoría, que llevó a Pomares al ministerio de la Gobernación, precisamente por indicaciones de Gerardo.

—Hay que darle algo en que pensar, algo que le obligue a espantar el espectro, o se volverá loco. Yo le he dicho la verdad, que he conseguido descubrir. Su mujer se mató porque varios médicos, examinando una manchita que tenía en la sien y que ella ocultaba hábilmente con un rizo, diagnosticaron un lupus tuberculoso. No sé a cuál de ellos se le escapó el nombre técnico que le sirvió a la infeliz para buscarlo en las enciclopedias. Allí vió su belleza sentenciada. La mancha se extendería cubriendo el rostro de costurones y desolladuras repugnantes. Prefirió morir a verse fea, y lo comprendo. Le hice al marido la revelación de esta verdad, que le ha libertado la conciencia sin amenguarle el dolor. Da lástima verle. Hagámosle ministro, y de Gobernación. Allí la política, el orden público y las cien mil chinchorrerías de cada hora serán su remedio.

Pomares fué, pues, ministro. Un ministro simpático a la opinión, porque la leyenda del suicidio de Ernestina, heroísmo de una belleza, hizo fortuna. Sobre todo entre las mujeres.

En cuanto a Gerardo, las cosas tomaron otro rumbo. Declaró que se apartaba temporalmente de la política y que se proponía pasar una larga temporada viajando para estudiar de cerca los problemas internacionales. La Prensa adicta aplaudió el gesto: era un sacrificio generoso para evitar la escisión de un partido gubernamental. Durante el paréntesis, el ilustre jurisconsulto se documentaría concienzudamente, y cuando España lo necesitase lo tendría a sus órdenes. La Prensa enemiga calificó el hecho de fuga después del fracaso.

No le interesaban a Gerardo aquellas apreciaciones. Lo que le interesaba era *no volverse a ver*.

—Oye—le dijo a su ayuda de cámara—. ¿Te atreves a afeitarme?

—¿Cómo no, señor?

Desde entonces Román afeitaba a su señor, le peinaba, le anudaba la corbata, ocurría, en fin, a todos los menesteres que una persona no puede realizar buenamente sin el auxilio de un espejo. Desde entonces la vida de Gerardo fué otra, fué vida del hombre que *no se puede ver*.

El viaje a París lo hizo en automóvil, porque le espantó la idea de verse en el coche-cama, que tiene un espejo inevitable; en el coche-comedor, que tiene varios espejos. El automóvil permite caminar sin encontrarse uno consigo, sobre todo si, como hizo Gerardo, se desmonta el espejo retrovisor. En París ya el peligro era constante. Gerardo se las componía para evitarlo. Iba siempre sobre aviso, descubría en las paredes el cristal pulimentado, la superficie de agua quieta, y antes de que pudiese entrar su figura en el ángulo de reflexión daba disimuladamente un rodeo o volvía la cabeza. Cuando se encontraba en mayor apuro cerraba los ojos. Lo curioso es observar que antes Gerardo pasaba ante millares de espejos sin advertirlos, que antes no se miraba jamás en ellos o, si se miraba, hacíalo tan descuidadamente que no retenía la impresión. Por eso no se había dado cuenta de la cantidad de espejos que existen en todos partes acechando al que pasa para presentarle su fisonomía. Espejos en los salones, en los cafés, en los comedores, en las tiendas, en los escaparates..., dondequiera espejos. Hay personas que se van mirando en los espejos, en los cristales de escaparates y vidrieras, en las mil cosas espejeantes, como el charolado de los coches, los bronces de adorno, las hojas de los cuchillos en las ferreterías, los mármoles de los zócalos y hasta el asfalto cuando lo acaban de regar. Esas personas, esos Narcisos impenitentes, vuelven a su casa sin haber perdido la razón y hasta se miran con

avidez en el espejo del perchero. Hay personas que al entrar en un ascensor buscan la luna inmediatamente y suben contemplándose, con lo que les parece más corta la ascensión. Hay una mayoría de ciudadanos *espejófilos*. Sometido a prueba semejante, Gerardo estaba seguro de enloquecer. ¿Cómo otrora pudo vivir, moverse, entre tanto espejo sin sufrir la atormentadora alucinación? Resulta que antes no miraba los espejos, es decir, no pasaban los espejos más adentró de sus retinas, no le incidían, no penetraban fendientes. perforantes, en su cerebro los rayos de luz de rebote de los espejos. ¿Por qué ahora los espejos le llamaban la atención a sus fondos infinitos, le atraían con sus reflejos centelleantes y torvos? ¿Cuántos Gerardos? Una muchedumbre de Gerardos esperándole siempre, viniendo hacia él, saliendo de todos los marcos, de todas las puertas; millones y millones de Gerardos que se emboscaban en cada pared, en cada plano, en acecho del momento de asaltarle, de captarle la mirada y crucificarle en ella. Su vida era ya la huída loca de una persecución incesante, próxima, contumaz. Recurrió a beber. En el cuello de las botellas, en la copa, en el champaña mismo, aparecían los Gerardos haciendo muecas de burla. Y las mujeres llevaban en sus retículos unos espejitos traidores que fatalmente salían de su encierro cuando Gerardo se iba a decidir.

Aquellos Gerardos, aquel Gerardo, porque todos eran *él*, se presentó por primera vez, como los fantasmas, en el espejo del *escondite*. Entonces fué un momento. Le bastó a Gerardo darse cuenta de que estaba allí para que se borrase. Pero este Gerardo de ahora no se iba. Desde que apareció en las tres lunas, de pie, junto al cadáver de Ernestina, parecía que pisando el cadáver de Ernestina, desde entonces este Gerardo odioso, bizco, criminal, patibulario, saltaba de uno a otro espejo, estaba detrás de todos los cristales y temblaba en las linfas de todas las fuentes.

¡Ah! ¿Cómo no lo había pensado antes? En el campo no hay espejos. Gerardo pidió con ansia:

—¡El coche!

Le trajeron el coche.

—Voy solo, conduzco yo—le dijo al chófer.

Y salió al campo. ¡Oh, qué bien! En el campo no había espejos. Había frondas, prados, nubes, cielo... Gerardo se sentó en un acirate, respiró a sus anchas y contempló soliviado el anochecer. El problema estaba resuelto: viviría en el campo. En una casa sin espejos, ni cristales, ni fuentes, ni arroyos... ¡En la soledad!

¡Animo! Ahora todo consistía en hacer un esfuerzo, volver a París, ir a una agencia, comprar una finca y... ¡Pronto, pronto! Se metió en el automóvil, lo puso en marcha. Noche ya, encendió los faros. ¡Hala, hala! Los árboles, con su cenefa blanca, desfilaban a cada lado vertiginosamente. El aviso de un coche que pedía paso, el resplandor de otros faros detrás. ¡No le dejaría paso! Otro coche de frente, el resplandor de nuevo... ¡Pero si aquel bruto de chófer había vuelto a montar el espejo retrovisor!

—¿Eh? ¿Tú otra vez? ¿Tú?...

.....

Los vendedores voceaban por las calles de Madrid:

—... con la muerte de don Gerardo Gomar en un accidente de automóvil.

En cuanto el pintor lo supo, fué al despacho de su amigo y se llevó el retrato a su estudio.

DOS AÑOS DESPUES

—Verá usted. Era una sorpresa que ella quería darle. Me encargó el retrato en secreto, y en secreto lo hice. La pobre, como sabía que su belleza iba a durar poco, quiso sin duda perpetuarla.

—¿Va usted a proponerme que le compre el cuadro?

—No. Lo que deseo es el permiso para mandarlo al Salón.

—Mándelo—dijo Pomares—; pero sin

el nombre. Ponga sencillamente *Retrato*. Y nadie la reconocerá. Yo mismo le confieso a usted que no le encuentro parecido. Esa boca así, en botón, no es su boca.

El pintor se despidió de Pomares, que pronto sería presidente y de quien se decía que iba a casarse con una morena.

Ganó el cuadro una primera medalla.

Fué lo único que salvó.

Abril, 1936.

FIN DE
«INTERIOR OSCURO»
Y
«EL HOMBRE QUE SE VIÓ EN EL ESPEJO»
DE
RAFAEL LÓPEZ DE HARO

JOSE LOPEZ PINILLOS

(1875-1922)

JOSE LOPEZ PINILLOS

NOVELISTA, *dramaturgo, periodista. Nació en Sevilla. Redactor en Madrid de* El Globo, España, El Liberal *y* El Imparcial. *Director de* El Liberal, *de Bilbao. Popularizó el seudónimo de* Parmeno. *Su teatro, fuerte, sincero, patético, le colocó entre los primeros dramaturgos de su tiempo. También estuvo considerado, en justicia, como uno de los maestros del periodismo y de la crónica de su tiempo. Sus novelas, como su teatro, son densas, audaces, fuertes, casi violentas, y están llenas de humanidad y de interés.*

Novelas: La sangre de Cristo—*1907*—; Doña Mesalina —*1910*—; Las águilas—*1911*—; Frente al mar—*1914*—: Ojo por ojo—*1915*—; Cintas rojas—*1916*—: El luchador —*1916*—.

CINTAS ROJAS

I

EN cuanto partió el mozuelo, Rafael Luarca, que espiábale con los ojos entornados, se incorporó y tiróse de la yacija. El sol hundía ya el rosicler de sus espadas matinales en la choza y teñía de púrpura el camastro y metíase por el túnel sombrío que daba a la cuadra. Fuera, desafiábanse los gallitos, roznaban al fresco las dos mulas bajo el palio de un vetusto alcornoque, algareaban las golondrinas, meciéndose en el viento, y las abejas salían de sus oscuros laboratorios para comenzar su mirífica labor.

Rafael liaba cachazudamente un cigarro cuando oyó la voz de su tío.

—¡Eh, Arguasí! Güenos días. No pases sin saludá, que no soy un lobo.

—Perdona, hombre, que no te vi. Güenos y santos.

—¿A Córdoba?

—A la feria, a mercá un muleto.

—Pos suerte.

—Quéate con Dios. Ya te traeré a Sintas Rojas atasajao, pa que duerma la tajá.

Rióse Alguacil, y el tio, riéndose también, replicó:

—¡Lo que es hogaño!... Como el Sintas no descubra un Perul hoy por la mañana, me paese que ni le verás el pelo.

Luarca, irritado, bramó como si le pudiesen oír:

—¡Lo descubrirá! ¡Un Perul y sincuenta roíos Perules!

Y, temblando de impaciencia y de ira, apartó el rústico armatoste del lecho, que era de trozos de olivo sin

descortezar, abrió el arca que protegía y extrajo de su vientre las prendas con que se engalanaba en las ocasiones de gran solemnidad: el sombrerín sevillano alicorto y brillantísimo, el pantalón de pana fina como el terciopelo, la chaqueta de lanilla azul, las botas de cuero azafranado, los calcetines con dibujos verdes, los calzoncillos de algodón blancuzco, tan recios que no los llevaría más recios el rey, y la camisola de pechera bordada, que sólo podían planchar en los talleres de las artistas cordobesas. Se vistió en un vuelo; guardóse, por coquetería, una saboneta de níquel que no andaba desde que, para probar la solidez de su mecanismo, se la estrelló en la nariz al relojero ambulante a quien se la compró; metióse en la faja el compañero de Albacete, y se plantó en la puerta. Su tío, el pilongo señor José, que almorzaba sentado junto a las mulas, llenóse de admiración.

—¡Vaya un brazo e mar, jinojo! —exclamó clavando en él sus ojuelos.

Cintas Rojas pagó el elogio con un mohín despreciativo.

—¿Un brazo e mar? —articuló—. ¡Una charca yena e ranas! ¿Ande tengo yo el dinero pa ser un brazo e mar?

—Las hechuras valen más oue el dinero. Aquí está quien lo dise, Rafaelico.

—¡Hechuras, hechuras!... ¡A vel si ha nasío la que me dé un chavo por las hechuras! ¡La iba a jartal de hechuras!

El vejete contestó sonriendo:

—Pos abre los ojos y orfatea, que tú encontrarás.

Y de seguro habría encontrado alguna jamona que le protegiera, seducida por su estampa, si su verbo cerril y montuno y su carácter bronco y bravío no hubiesen ahuyentado al amor. Era huesudo y fibroso, de complexión hercúlea, propenso a la cólera, caridelantero y vociferador. Tenía la mirada insolente, la nariz agresiva, la boca enérgica y el entrecejo peludo y aborrascado, propio para subrayar las actitudes furibundas, y envanecíase de ganarle en vigor a los bueyes y en tozudez a los mulos.

—Güeno—dijo después de unos instantes de vacilación—. ¿No me quié osté ayudal?

Meneó el viejo la cabeza melancólicamente, suspiró y rompió a hablar sin mirarle:

—¡Lo que son los testarúos, San Rafaé de mi arma!..., tripas como cañones de órgano..., ¡y me píe que le ayude!

Se atizó un manotazo en el pecho, cual si se enfureciera, y agregó:

—¿Otavía te he ayudao poco? ¿No te he tenío aquí to el ivierno?

—¿Jorgando?—preguntó con amenazadora lentitud el hastial.

—¡Trabajando! Pero ¿nesesitaba yo trabajadores pa labral este pañuelo?... No es que me duela el pan que te comes, ni que te eche en cara el que te lo comas. Si no que..., ¡jinojo!, lo que es se tié con desil, con ojeto de que las palabras no se le claven a uno en el gañote.

—Está bien, tío.

Callaron, y el viejecillo, que torturábase acometido a la vez por los consejos de la miseria y por las instigaciones de la generosidad, rompió el silencio, formulando penosamente una interrogación:

—¿Te hasen dos reales?

—¿Dos reales? ¿Dos reales de una ves?

—Menos da una piedra, Rafaelico.

—Pero si es que me se figura mucha cantiá, tío. Con dos reales compro yo en Córdoba la mesquita y un coche con cuatro cabayos y un levitín, y me hasen gobernador y no güelve usté a verme. No, no quió los dos reales.

—Pos me has dao una pedrá.

—Lo sé... y me largo pa no darle otra. ¡Salú!

Atravesó de un bote el soladillo, torció por el olivar, desdeñando la estrada, y, minutos después, corría por las tierras de los Merinales, hacia el caserón del marqués, seguro de que habríase refugiado en la campiña para huir del alboroto de la feria. Había laborado en el cortijo, donde pagaban

largamente y trataban con humanidad a los jornaleros, y como se despidió sin reñir con los dependientes del prócer, esperaba que le admitieran otra vez. Y, caso de admitirle, ¿qué se opondría a que accediesen a un sencillo ruego? Le hacían falta diez duros. Esos diez duros se los descontarían poco a poco de su salario, y nadie sufriría el menor perjuicio. ¿Se los negaría el marqués, a pesar de sus millones?... ¡Bah! Del marqués, raro, taciturno y gruñón, no se podía decir que fuera avariento. No, no se los negaría.

Tuvo la suerte de que el dueño de los Merinales, que acababa de llegar a la finca, le recibiera, y con algunos titubeos, hijos de su afán de expresarse con finura, comenzó a exponer su pretensión:

—Ya sabe el señó marqué que he estao dos años en el cortijo de los Salas... Güena gente, sin despresiá al señó marqué, por más que don Lui se las tira de plancheta, como si fuá título.

—Al grano.

—Al grano. Como me tuve que dil en noviembre, cuando ya tenían asituneros en toas partes, pos, siendo yo quien soy vareando, ni cogí la vara. Y figúrese osté: la santa inverná entera y plena, en la chosa e mi tío, donde no engordan ni las arañas, y sin un metá.

—Al grano, al grano, Cintas Rojas.

—Pero si estoy en er grano, señó marqué. He dicho lo que he dicho pa desil que por la pará de este iviernó, que es cuando yo ahorro, me veo con el agua en la nué y pataleando pa no ajogarme. Y digo ahora que me ajogo si el señó marqué no me echa una mano.

—¿De qué manera?

—Empresiándome dies duros y metiéndome en la casa.

—Yo—afirmó gravemente—no soy usurero.

—Ni yo me lo he imaginao, señó marqué. Si osté me empresta, le emprestará a uno de sus mosos y no pa reventarlo, sino pa haserle un favó.

—Es que tú no eres un mozo mío.

—No quedrá osté tomarme.

—No quiero tomarte.

La frialdad seca e hiriente de la repulsa alteró al gañán.

—¿Y puó sabel por qué no quiere tomarme, don Sarvadol?

—Lo puedes saber. Por insolente y por guapo.

—Güeno, cristiano. No se solfure osté, no se vaya a tragá los dientes. ¿Son de muerto?

Don Salvador, sin inmutarse, tiró de un cajoncillo, sacó una pistola, y, encañonando a Rafael, que encogióse de hombros respectivamente, repuso con lentitud:

—De muerto sí que van a ser los tuyos, si no te largas.

—¡Cá!—barbotó el amenazado—. ¿A que no dispara osté? ¿Y a que si dispara no me atina?... ¿Van los dies duros?

El marqués bajó la browning, y Luarca se echó a reír.

—¿Ve osté cómo no dispara?... Tiros, a las perdises, que se asustan, señó marqué. *Condios.*

Le volvió el traspontín, y retiróse con fanfarrona calma, escupiendo blasfemias y mirando de reojo a la servidumbre del señorón, y en el zaguán del caserío, para presumir de guapeza, se detuvo y encendió un cigarro. El manijero, que llegaba en aquel instante, le interpeló con zumbona alegría:

—¿Qué te trae por estos andurriales, Faé?... Pero da una vuerta, pa que te miren mis ojos, que vienes más bien jateao que un capitán generá, mardesío.

—Una vuerta y sien vuertas—exclamó Cintas, girando y pompeándose.

—Qué, ¿a la capitá?

—Como que no hay feria sin mí. Ya me ha yamao el siyetero del gobernadol.

—Pa ti es er mundo, Sintiyas. Yo, con que mañana me dejen dil un rato, me conformo. En la plasa mos veremos.

—Ayí mos veremos.

¡Claro que se verían! ¿Se había compuesto él para maravillar con su fausto a los gorriones y los zorzales?...

Con aquellas botas, con aquel sombrerillo, con aquel terno y con todos los demás lujosos arreguives había ido seis años a Córdoba, desde que conoció a *Guerrita* y pasmóse ante la belleza sin par de las luchas del coso, y seguiría yendo para discutir encrestado y para golpear entigrecido en defensa de su héroe, y para animarle con sus baladros y glorificarle con sus palmadas. ¡Qué gran torero el torero cordobés, y qué magnífica, qué asombrosa fiesta la cornuda!... Hombres que entraban en el coso con el gesto desafiador, y que se insultaban o saludábanse gritando: toros que mugían al sentir la bárbara picadura del hierro, y que corneaban con una cólera infernal; caballos que huían relinchando y mordiendo, pisándose las entrañas desgajadas; manchurrones bermejos en la arena; cádaveres de brutos que se estremecían y, para completar el cuadro, olor de vientres partidos y de sangre, rostros exaltados por la temeridad o empalidecidos por el pavor, y palabras que restallaban como látigos y mordían como víboras, que hacían a los lidiadores buscar el triunfo en el riesgo. Cintas Rojas, que salió de la primera corrida medio loco de emoción y dispuesto a trucidar al que no se prosternase ante el Guerra, desde entonces sólo pensó en su ídolo y sólo se conmovió al referir y comentar sus portentosas hazañas. Con los ojos velados y la voz ronca, hablaba en las gañanías del pase de pecho, del brinco entre los pitones, del par quebrando y del volapié con que los había aturdido de admiración el coloso, y tenía para elogiarle apasionamientos y delicadezas femeninas. ¡Era tan gallardo, tan fornido, tan ágil, tan sereno y tan valeroso el matador!... A fin de ahorrar el dinero indispensable para verle abatir a los astados, se martirizaba el año entero, privándose de la borrachera de los domingos, de la gargantada de mostagán antes de comer y de las jocundas excursiones navideñas, y ni los picantes estímulos del Carnaval le hacían abrir la bolsa. No: él, mientras segaba, vendimiaba o vareaba, y mientras esgrimía la márcola, el arado o el escardillo, fortalecíase recordando a *su* lidiador y rechazaba así mil viles sugestiones. Pero ¡cómo se desquitaba después! Durante la feria, ¡con qué dulces bellaquerías rascábase el herrín de su forzosa virtud!... Disputas y rugidos, hasta quedarse afónico; vinazo batallador y agudo aroma de sangre, hasta tener los nervios como alambrillos electrizados, y hembras y alcohol, hasta caer deshecho. ¿Y por un *planchetilla* como Salas, que le había despedido cobardemente, y por un idiota como don Salvador, iba él a quedarse en el campo? ¿Quedarse él, habiendo criaturas con billetes y con duros?...

Se despidió del manijero, y alejóse sin dirección. ¿A quién recurriría? Cerca de los Merinales no escaseaba la gente con dinero: el señorito de La Garbosa, don Bonifacio el canónigo, tío Juan el acaparador... Pero tío Juan y el señorito estarían en la feria, y al canónigo, por el recelo de sus parientes, no había quien se pudiera acercar. No le quedaba, pues, más que su compadre, y su compadre, que era tan testarudo como él, se había cerrado a la banda. «El año, malísimo, le tenía con una soga al cuello; aún no contaba con los cien duros que le exigirían por San Juan..., y debía juntarlos y comer.» Avaricia y pocos deseos de servirle. ¿No costaba el mismo trabajo juntar quinientas pesetas que ciento diez duros? ¡Pues entonces!... Que se apretara un poquitín más la soga el avaro, que para eso era su compadre, o se expondría a que le obsequiaran con un disgustillo. Chuleos con él, no. Claridad, las cartas boca arriba.

Y con la decisión de ponerlas dejó atrás los Merinales e hizo rumbo hacia el Cortijuelo.

II

Tío Rafael Narices, tío Pedro el *Sordo* y Sebastián el *Cumplío* interrumpieron el trabajo cuando les saludó. Narices, que las tenía gigantescas y

que se ufanaba del irregular desarrollo de tan interesante facción, era un viejo musculoso, de aventajada estatura, alentado y alegre; tío Pedro, cuarentón, corto de palabras y de grandísima prosopopeya, realizaba el milagro de recobrar el oído siempre que le convenía oír y distinguíase por la poca extensión de su correa y por la facilidad con que pasaba de los razonamientos a los trastazos; y el *Cumplío*, cenceño como una espada y bullicioso como unas castañuelas, destacábase por la exquisitez de su cortesía entre los garzones de molino y cortijo.

Fué el primero que habló:

—Pa servilte, compañero.

—Y yo a ti, *Cumplío*, y a la compaña.

La parte más joven de la compaña, el *Sordo*, se limitó a bajar el testuz, y la parte más vieja, tío Rafael, apretóle la mano y le regaló con una broma:

—Pos yo, como no te empreste la narí pa que te luscas en el ferial...

—Grasias, amigo. No sabría yevarla con los reaños de osté.

Sebastián aprobó:

—Anque la sabrías yeval, porque tú eres mu macho, no has parlao malamente.

—Dios te lo pague, *Cumplío*.

Ofreció tabaco; los labriegos confeccionaron unas trancas enormes y encendiéronlas con voluptuoso regodeo, y el cuarentón, para pagar la fineza, obsequióle con un capcioso aguardiente.

—Empina, que es gloria de Rute.

—Sí que es gloria—afirmó, después de paladear el líquido, pasándole el botijuelo al *Narices*—. Bien se trunfa aquí.

—¿Trunfar y trabajamos en feria? —preguntó irónicamente tío Rafael—. ¡Que diga mi yerno si trunfamos!

—A verlo voy. ¿Está en el caserío?

—En el caserío está.

El caserío, albo como una pella de nieve y posado con redomada malicia en un alcor para dominar las tierras del Cortijuelo, no era muy grande; pero tenía una clara sala para el amo, su mujer y el pequeñín, con su buen arcón y su lecho, que sostenía cuatro colchones; otra para la abuela y la mocita; una covacha, en la que arrullábanse con sus ronquidos el *Narices* y su nieto; una hermosa cocina con poyos, en los que los jornaleros dormían como lirones; amplias cuadras, sobrados espaciosos y extenso corral. Sus muros, de glebas apisonadas y pedruscos, no hubieran resistido victoriosamente el estallido del más liviano proyectil de cañón; pero atajaba el ímpetu brutal de los ventarrones y los taimados ataques de la cellisca, y los dueños del Cortijuelo podían reposar tranquilamente, mientras aullaban los lobos del viento y el granizo tamborileaba en las tejas. Y, por último, su lujo era el lujo simple de las paredes enjalbegadas, del metal brillador, del ganado limpio, del averío craso.

Cintas Rojas se detuvo un momento frente a la casita. El sol, atravesando la frondosidad de una higuera, teñía de un oro verdoso el soladillo. Un grajo alicortado escarbaba, buscando orugas junto a los polluelos, tan encogido y pusilánime como si jamás hubiese navegado entre las nubes con sus alas enteras y como si nunca hubiera abierto su pico rojo para graznar en libertad. «¿Qué harían en el caserío?» Escuchó atentamente, y percibió el borbotar de un puchero, el glu-glu de un cántaro al vaciarse y el repique sonoro de un almirez. Después oyó una ronca tos, y en seguida, unos gritítos musicales, que le hicieron sonreír: «¡Ay, la vieja mala, que ya está tosiendo! ¡Ay, que le voy a da una soba!» Era Rosario, la mocita, que, desde el granero, donde estaría peinándose, gritaba a fin de que la abuela, refugiada en su habitación, oyese el gracioso regaño. La madre trabajaría en la cocina, y los hermanillos detrás de las tapias, en la era o en la linde del alcacer, jugarían con sus corderos. Mas ¿y *el?* ¿Había sido él quien vació el cántaro? ¿Lo encontraría allí, entre faldas? ¿No le podría hablar sin testigos?... Pero, después de todo, con que le diese el parnés...

Avanzó decidido, procurando que ablandara su rostro una expresión

afable, y entró en la casita. La dueña hallábase sola, y esto le animó.

—Gente de pá, señá Antonia.

—Dios le guarde, Sintas.

—¿Y ese bicho malo?

—En er corrá lo tiene osté. ¿Le hase farta?

—Pa haserle a osté un favó.

—¿Cuá favó?

—Dejarla viuda.

Antonia, por atención, sonrióse para celebrar la chanza, y dijo, fingiendo una chusca medrosía:

—Enteramente, no me lo mate osté.

—¿Por qué no?

Pasó riéndose al corral, y se encaró con el cortijero, que, en el colgadizo, componía la rueda de un carro. El cortijero, Rafael Luque, era un hombretón agreste, boquirrasgado y cervigudo, que tenía los remos de púgil y el tronco de atleta. Lo recibió cordialmente.

—Güenos días, pinturero.

—Hola, compadre.

—¿Encontró osté?

—Hasta ahora, no.

—Entonses, ¿cómo viene su mersé tan aseñoritao?

—Porque pienso encontral.

—Enhoragüena.

—Otavia, no. La enhoragüena me la dará osté después de darme los duros.

El hombracho le miró fijamente con el rostro ensombrecido, y sin chistar reanudó su tarea.

—Qué—insistió Cintas Rojas—, ¿no piensa osté dármela, compadre?

—No pienso dársela y me duele. Y me duele tamién—añadió—que sea osté tan desconsiderao.

—¡Hombre!—exclamó entre burlón y ofendido el pedigüeño.

—Lo soy—articuló con sequedad Luque—. Y como osté lo es iguarmente, me asombra que se porte osté lo mesmo que un chiquiyo. Le dije que no había juntao ni lo que tengo que pagal, y ésa es la fija. Yo no engaño nunca. Tiempo ha tenío osté pa enterarse.

—Y me he enterao. De lo que no me había enterao es de que su palabra fuera de rey. Cuando osté dise *no*, ¿ha de sel *no*, compadre?

—Cuando digo *no*, como ahora, porque desil *sí* es imposible, ha de sel *no*.

—¿Imposible? Con dies duros menos, ¿pedirá osté limosna?

—Con dies duros menos, me veré obligao a reunil dies duros más.

—Pos con reunirlos...

—¡Ya está! ¡Es muy fásil reunirlos! ¡Como ahora yueven duros!... Y güeno va. No me dijuste osté, compadre.

—¿Yo a osté, no, y osté a mí, sí? ¡Viva la República!

—No sea osté pesao, compadre.

—¡Pos venga er dinero!

—¿Has perdío la cabesa? Sintas, no se ponga osté así. Cualquiera pensaría que no me conose osté y quiere acoquinarme.

Pero el gañán, sin aplacarse, le replicó engallado y con el ceño aún más torvo:

—Yo no le quiero acoquinal. A mí no me importa que osté se acoquine. ¡Lo que me importa es yevarme los duros!

Lo aseveró con una pujanza tan descomunal, desnudando tan cínicamente su pensamiento, que el cervigudo, ya en guardia, comenzó a encenderse en ira.

—Piense osté un minuto y fíjese en mis farsiones—barbotó con un sarcasmo hijo de su bizarría—. Fíjese y repare que no son de hético, ni de niño, ni de collón.

—Sean de lo que sean, ¡quiero mis biyetes!

—¿Por riñones?

—Osté desidirá.

Luque, muy pálido, con la jeta contraída y con un ascua en cada ojo, levantó sus puños como batanes para caer sobre él, y la excitación del peligro hizo que de pronto se agrandase y adquiriese alas en el cerebro tenebroso de Cintas Rojas la negra larva de una vil idea: matar. ¿Por qué no se le había ocurrido antes? ¿Por qué había saltado durante quince días de desprecio en desprecio y de humillación en humillación? Acaso ¿eran sus amigos aquellós verrugos? Y si no lo

eran, ¿qué contenía su furia?... ¡Matar, matar!... Sacó la faca, la desenvainó con una hábil sacudida para no perder tiempo, y arrojóse contra su rival, que, sorprendido, retrocedió para coger algo y defenderse, bramando de cólera.

—¡Ay, cobardón! ¡Ay, maldita madre, traisionero!

Pudo empuñar una piedra y erguirse; mas sólo se irguió para ahorrarle camino a la cuchilla, que hundióse en su garganta con la celeridad de un rayo y que zigzagueó como un hurón en una madriguera, partiendo ternillas, vasos y carnes. El púgil, con la pesadez de una encina desarraigada, vaciló un punto, llevóse las manos al cuello, por el que surtía a borbotones la sangre, y se desplomó, mientras que el aire encerrado en sus pulmones se escapaba por la horrenda brecha, sin poder llegar a la boca para engendrar palabras de odio y agonía.

Cintas Rojas, un poco empavorecido por la rapidez con que había segado aquella vida, tembló al oír la voz de la casera: «Ya voy, Rafaé.» ¿Rafael?... En la familia eran tres los Rafaeles: el padre, el esposo y uno de los hijos; mas para la señá Antonia no había otro Rafael que su compañero, y al muchacho le decía *Falico*, y al *Narices, pae*. Dirigióse, pues, al degollado, como si le hubiese oído llamar. «Ya voy, Rafaé.» Que viniera, aunque viese, porque después de haber visto, no vería un segundo más. Acercóse a la puerta y escuchó. Las gallinas cacareaban, y en la carretera zumbaba el cencerro de un liviano con la fatiga tediosa del camino. Volvió a sonar el glu-glu del cántaro, volvió a toser la vieja y volvió a reñir la niña: «¡Por vínchile, por vínchile, que no hay una viejarrona peor mandá!...» Y, por fin, se presentó la mujer, y el *guerrista*, sonriendo cándidamente para que no desconfiase, la detuvo.

—¡Arto ahí, güena mosa!

—¿No me ha yamao mi mario?

—¿Su mario?

Los ojos del montaraz, sin que su boca dejase de sonreír, recorrían como dos hienas hartas las ubres y el cuello de la cortijera, buscando indecisos el lugar donde sepultaríase el diente de acero.

—Su mario—declaró después de una pausa—ya no la pué yamal. ¿No le dije a osté que venía a dejarla viuda?

La señá Antonia le examinó con un principio de sobresalto. ¿Qué ocultaba aquella sonrisa? Detrás de aquellas palabras de burlón, ¿qué podía haber? Y aquel silencio del corral, que no rompía su esposo, ¿qué significaba? Y en aquella mano diestra que su interlocutor escondía, ¿qué hubiese leído?

—¿Hay mieo, comadre?—exclamó el hastial.

Y aunque lo preguntó con un brillo siniestro en la mirada, la mujer, tranquilizándose de súbito, se echó a reír.

—¡Sería grasioso!—manifestó avergonzada de sus sospechas—. ¿No oyes tú, Rafaé?

—Tampoco puede oíl.

—Pero ¿me lo ha matao osté der to, der to?

—Tan der to, que los enterraos no están más muertos.

Y la cortijera aproximóse al colgadizo y miró, y se le abrieron terriblemente los ojos y una inspiración de pavorosa angustia le contrajo el pecho, y antes de que lo dilatara para enviar el frenético alarido a las fauces, la cuchilla hízola enmudecer.

—¡No, escandaleras, no! —mascujó, meneando el hierro, el verdugo—. Aquí no se da er soplo. Descanse osté.

Cayó para descansar eternamente, y quedóse encogida junto a los pies de su compañero, que, con su gigantesca humanidad, llenaba el colgadizo. El caño de sangre que salía de su garganta mezclábase con la que, tapizando el suelo de rojo, lo convertía en un hediondo almagral. Una contracción espasmódica sacudió el cuerpo, que enderezóse e hizo brotar un ronquido de la tráquea rota, y Cintas, fríamente, tornó a herir. Luego, con la calma de un diablo, como si estuviese en un matadero frente a dos ovejas degolladas, encendió un pitillo y entregóse a la meditación. Lo más importante lo había ejecutado, puesto que Luque,

cuyo rostro parecía ya de mármol, sólo molestaría, antes de pudrirse, al cura y a los sepultureros. Y lo había ejecutado con tanta destreza, *madrugando* para evitar el combate e hiriendo con la sabiduría de un matarife, que el río que circulaba por las venas del hombretón, al desbordarse impetuoso, no le pudo manchar. Un leve sarpullido en la botas, que borraría con un trapo húmedo, y un goterón en los pantalones; pero la pechera, la cazadora y el chaleco estaban como se los puso de limpios. No había, pues, que lamentarse de la suerte. Lo que aún debía realizar era duro, pero no difícil: coger las llaves, matar a la vieja, que hallábase en las últimas: a la muchacha, que se moriría del susto, y a los chiquillos, que sucumbirían como corderuelos, y salir pitando con los duros.

—Y na más—profirió en voz alta—. Eyos se lo han buscao. Por dies roíos duros..., ¡que es lo que da grima!

Secó la faca en el vestido de la cortijera, se descalzó y metióse en el caserío, a tiempo que la vieja tornaba a toser.

—Pero, mujé, ¿no has tomao una pastiya?—gritó la moza.

—¡Pa lo que me van a servil ya! —murmuró con una vocecilla temblequeante la anciana, segura de que no la oiría su nieta—. ¡Ay, Señol, Señol!

No la separaba más que un tabique del facineroso, que percibió su alentar asmático y los crujidos que le arrancaba al sillón al rebullirse.

—¡Ay, Señol, Señol!

¿Por qué se quejaría la momia?... ¿Qué esperaba con sus noventa años? Siempre la había visto en su madriguera o en la cocina, junto al fuego, suspirando, clamando o sulfurándose, sin comprender que era una boca inútil, un estorbo... Por malignidad la hubiese perdonado, para que viese cómo se vegetaba en los asilos y aprendiese a tener paciencia. Con indignación trepó lentamente por la escalerilla, apoyándose en la colaña y asentando poco a poco los pies, a fin de que no gimiese la madera, y penetró en el sobrado. Rosarito, que, sin blusa y con un pecho fuera de la camisilla, estaba peinándose frente a un ventanuco, no le sintió, y el archidemonio quedóse a dos varas de la moza, súbitamente cohibido. Un recuerdo le incendió la imaginación, deslumbrándole con su claridad de relámpago: trabajaba él en la viña del canónigo; una noche, después de un festín, estalló una tempestad, y Rosario y otras muchachas que pernoctaron en el caserío, entretuviéronse, recogidas ya en su dormitorio, en medirse las pantorrillas, sin sospechar que los gañanes, que agujerearon previamente las tablas del granero, recreábanse con las bellezas que mostraban con tal candor. La del Cortijuelo, que era la doncella más fornida, entusiasmó a Luarca, y desde entonces hubo menos corcovos en la conducta del jayán cuando visitaba a la familia de su compadre. ¡Aquellas pantorras tenían tan lechoso blancor y tan aterciopelada opulencia!... Las había visto en sueños; pensando en su lindura habíase quedado embaído muchas veces durante la vigilia, interrumpiendo su labor, y había acabado por acariciar la idea de que algún día el único que pudiese contemplarlas sería él. ¡Y ahora, por un miserable avariento, tendría que destruir a la dueña del tesoro!... Pero, en vez de hacerle vacilar, la ira le infundió ánimos para proseguir su ultrainfame tarea.

—¡Rosario!—murmuró.

La mocita se tapó el pecho, volvióse vivamente y, desasosegada y ruborosa, intentó huir.

—¡Sintas, por Dios!... ¿Pa qué ha subido osté?—balbuceó temblando.

—¡No chiyes!—ordenó, arrinconándola, el asesino—. ¡Caya y no te muevas!

—Pero si osté...

—¡Caya o mueres!

La moza rompió a llorar, despavorida, y, aunque muy bajito y conteniendo los sollozos, continuó hablando:

—¡No está bien lo que va osté a hasel conmigo!... ¡Osté, que nunca me ha dicho na, que no me quiere!... ¡Y perderla a una sin cariño es un pecao mu remalo, Sintas Rojas!

¿Perderla?... El desalmado se asombró; pero sin enternecerse ante la dulce y resignada criatura, que, no escuchando otros avisos que los del pudor, temía por su virginidad más que por su vida, decidióse a poseerla y a degollarla después, inexorable.

—Ven—dijo, cogiéndola por la cintura y arrastrándola hacia un montón de trigo.

—¡Sintas, Dios no le perdonará!

—Anda, ven, tontona... ¡Pos si te quió yo má!... Anda...

—¡No, no, no!... ¡Si me quisiera osté, no haría esto! ¡Y pué venil mi madre!...

—¡Que ha de venil!

—¡Váyase osté! ¡Sintas, por lo que más quiera!

No, no se iría, y ya que Rosario había confundido la hoz de la muerte con la flecha del parvulico ciego, no esgrimiría la faca hasta que no se hubiese apagado el fuego lujurioso que socarrábale. Ella lo encendió con sus palabras, puesto que él, hombre decente, sólo subió para matar.

—¡Echate ahí!

—¡Sintas!...

La derribó, tumbóse junta a ella en el trigo, y, después de haberla sofaldado, comenzaba a acariciarla, cuando hízole palidecer un aullido superdiabólico, de una violencia espantable: un aullido en el que vibraban el odio, el miedo, el dolor y la ferocidad, y que hubiese hecho temblar al sano, gemir al doliente y llorar al moribundo. Se acercaba con idéntica prontitud que si hubiese cabalgado sobre el lomo invisible y terrorífico de un ciclón, y Cintas Rojas, seguro de que le anunciaba un riesgo y convencido de que tendría que luchar para vivir, segó con firme pulso, de un solo corte, el cuello que había besado, empuñó una pala y se puso en acecho.

—Es *Coroné*—murmuró sombríamente—. *Coroné*, que los ha debío de venteal.

Y *Coronel*, un mastín con quijadas de tigre, atravesó ululante la casita, llegó al corral, metióse en el colgadizo, y al ver los cadáveres de sus dueños, retrocedió arqueándose, con la testa gacha y los pelos erizados, y empezó a gañir, oprimido por el terror. La viejecita llamó empavorecida, y el monstruo, encorajado, precipitóse por la escalera con la pujanza fatal de una exhalación. Había que apagar voces y gañidos; había que restablecer el silencio, apuñalando, triturando o pulverizando, porque alarmar a la gente equivalía a sucumbir. Desembocó por la puertecilla, ansioso de acometer, y no tuvo más que los instantes precisos para levantar la pala y descargar el golpe sobre el perro, que, azuzado por el instinto, le atacó loco de furia; pero el animal abatióse con la nuca rota, y al extinguirse su horrendo ululato, la calma quedó restablecida.

La enferma continuaba llamando: mas con tan débil voz...

—Rosarito... Antonia... Hijas...

A una vara del solejar no la hubiesen oído, y el verdugo no se intranquilizó. Que llamara, puesto que nadie podía acudir; pero alguien acudió: alguien que, a juzgar por el leve ruido de sus pasos y por el sosiego con que silbaba, debía de ser muy poquita cosa y debía de estar por completo desprevenido. Mas, si sospechaba, ¿le faltaría vigor para correr desalado y para gritar anhelante? Y ¿cómo escaparía él, si la campiña entera, bajo la presión del espanto, cercaba el Cortijuelo?... A fin de perseguir en buenas condiciones al de los silbidos, si huía, se calzó y *empalmóse* la faca para salir a su encuentro; mas el recién llegado habló, y su vocecilla le contuvo. Era el hijo mayor de los cortijeros, un zagal de once años, inocente como un palomo, al que no había que temer.

—¡Agüela, agüela!—chilló alborozadamente—. ¡Ya paresió mi trabuco! ¡Estaba en er vayao!

—¿Y tu madre?—preguntó la anciana.

—¡Qué sé yo!

—¿No está ahí contigo?

—Aquí, no, señora.

—¿Ni tu hermana?

—Ni mi hermana.

—¿Y no ha salío tu padre del corrá?

—Que yo sepa...

—¿Ni Sintas Rojas?

—Yo no lo he visto.

—Entonses—articuló penosamente la mujer, después de unos segundos de silencio—, ¿quién ha entrao?

—No sé.

—¡Señol, Señol!—exclamó la vieja con angustia.

—¿Te has puesto mala?

—Mala estoy, hijo mío. Dime, y ahora, ¿por qué no auya el perro?

—Menos lo sé.

—¿Qué hases?

—Na. Si hubiera estopa... Me gustaría encontrarla pa cargal mi trabuco.

—Yama fuerte a tu padre.

El niño gritó:

—¡Pae, pae, papá!...

—¿No contesta?—interrogó la anciana.

—No contesta.

—Yama a tu madre y más de recio otavía.

—¡Mae, mamá!... ¡Maéee!...

—Parese que no te oye—susurró la abuela.

—No me oye—afirmó el chico, pasmado.

—Poś yama a tu hermana.

—¡Sarito!... ¡Rosaritóoo!... Pero no yores tú.

—Si no yoro... Si es por la tos pícara... Yama otra ves.

—¡Rosaritóoo!

—No, no te responderá. He tosío yo milenta veses sin que me riña...

—¿A que se han largao tos a la huerta del *Sordo?*... ¡Voy a asomarme a la tapia!

—¡No, no, Falico! ¡No entres en er corrá! ¡No entres, gloria mía!

Pero cuando llegó la gimiente prohibición a los oídos de la criatura, ya había llegado una garra a su boca, y ya el gélido acero calentábase en la sangre que alimentaba su corazón. ¡Cómo escuchó la anciana, con oué arrojo se quiso levantar, y con oué helados sudores de agonía pretendió mover sus inútiles piernas!... ¡Cómo examinaron las paredes sus ojos, cual si fueran pajarillos con ansias de escapar, y con qué increible energía la sacudió el deseo de que la Hedionda no la arrancase de su sillón!... ¿Oyó el ronquido acérrimo y horrible que brota de una tráquea abierta al salir el aire que quiere y no puede ser maldición, alarido o sollozo? ¿Notó que el influjo de una fuerza sobrenatural hacía lividecer la luz y enturbiaba y enfriaba la atmósfera?... ¿Percibió algún roce viscoso o algún olor pestilencial?... Tal vez no: mas, al aparecer el desalmado, bien claramente leyó en su sonrisa felona y en su fatídica mirada que se había presentado la Muerte, y sólo apeló a la divina misericordia.

—¡Dios mío!—gimió con un pavor infinito—. ¡Señol Dios mío, arrecoge mi alma!... ¡En el nombre del Padre, en el santo nombre del Padre!...

Y la cuchilla dió fin a la obra del terror.

Cintas Rojas apartó de un puntapié el cadáver, más liviano que un costal de plumas, y conformóse con formular una pia reflexión: «Ahora está un poquiyo más muerta que estaba.» Un poquillo más muerta, y él mucho más sereno, jubiloso y confiado. Tan absoluta era su confianza, que salió incautamente del trascuarto, y no vió que un corpezuelo alegrábase bajo los cobertores de su camita con hórrida febrilidad, no sintió el rumorcillo de unos dientes rechinantes, ni le puso en guardia el sordo tamborileo de un corazón chiquitín, espoleado por el espanto. Todo iba bien. En el caserío no alentaban más pulmones que los suyos, y nadie le podía denunciar. Y los que aún respiraban entre los olivos ¡tardarían tan poco en caer!... Le habían visto, le habían hablado, le acusarían de seguro, y hasta si llegaban a sorprenderle, arrojaríanse contra él, como fieras, para destrozarlo. ¡No, no! ¡Pala y acero! ¡Cráneos hundidos y gargantas abiertas de par en par! Ni perdonaría como un tonto, ni se afligiría como un cobarde, ni procedería como un bruto. Tenían que sucumbir uno a uno sin estrépito y sin defensa, aterrados y sorprendidos, igual que los demás.

Asomóse a la puerta y voceó:

—¡Eh, tio Rafaelico!

—¿Qué hay?

—Que le quié hablal su hija.

Corriendito voy.

Oteó, avizorando, desde la ventana de la cocina, y vió al *Narices* subir ágilmente por el recuesto, y se fijó en que tarareaba una copla.

—Uno que mardito si se figura que va a morir—mascujó—. Ahí viene a toa máquina y cantando, como si fuera a una boa y no a un entierro, después de habel escuchao a *Coroné*. ¡Que tengan las criaturas menos estinto que los perros!

Y, efectivamente, el vejancón, rejuvenecido por la tibieza, la luz y el perfume de mayo, ascendía con jocunda rapidez, lleno de sol, sin sospechar que de su boca desdentada no volverían a salir más canciones, ni que sus ojos no tornarían a hundirse en el azul resplandeciente de los cielos, porque cada uno de sus pasos era un golpe que daba a fin de abrir su fosa. En el solejar paróse y acarició al grajo, que le conocía.

Hola, compañero, patas de bailarín. ¿Hay gasusa?

El de las patas de bailarín percutió con su pico encarnado los pantalones del labriego, y graznó jubilosamente:

—¡Guá, guá, guá, guá!...

—Ya sé que te yamas Juan, hijo.

Cintas, escondido, oprimía la pala de tal modo impaciente, que se tuvo que contener para no plantarse fuera del casucho y agredirle.

—¡Guá, guá, guá!...

—Anda, ven, bonito. Buscaremos unos pitracos.

Primero entró *Juan*, con las alas abiertas, balanceándose cómicamente, y después el *Narices*, que se reía a carcajadas y se inclinó para atraparle. Y así, como si buscara un tajo para ofrecer el cuello, recibió el golpe atronante, y mordió la tierra desnucado.

Juan, con manchurrones bermejos en su casaca de luto, escapóse grajeando, y Cintas Rojas, por un refinamiento de previsión, llevóse a rastras al caído, lo degolló en el corral y tapó con una zalea la sangre que emporcaba el suelo de la cocina. E inmediatamente atrajo a otro condenado.

—¡Eh, tú, Cumplío!—bramó estentóreamente—. ¡Cumplíoo!... ¡Jay!...

—A la olden—exclamó el interpelado.

—Dile al Sordo que venga. Y jíncale argo pa que se dé prisa.

El Cumplió replicó riéndose:

—Jíncaselo tú, que yo no vargo pa jincal.

¡Claro que se lo hincaría! Y con gusto, porque el tío Pedro, tan hombretón como su compadre, presumía de serio y de riñonudo, y a él le estomagaban los riñonudos y los serios. Para formalidad y valentía, el hijo de su madre. Y si no que contestaran con sus brechas los seis que ya se hubiesen guardado muy bien de hablar.

Atalayó nuevamente, junto a la ventana, y contempló al Sordo que, vencido el repecho, acercábase con majestad.

—¡A él!—murmuró preparándose.

Pero el cuarentón, a quien sin duda había sorprendido el silencio, se plantó frente al caserío, como un mulo receloso, y anunció a voces su presencia:

—¡Aquí está un hombre!

El forajido se indignó. Aquel blanco, ¿por qué no entraba? ¿Qué se había olido? ¿Qué cosa haciale temer?

Tras de repetir su humilde o altivo «¡Aquí está un hombre!», el Sordo continuó gritando:

—¡Rafaé!... ¡Tío Falico!... ¡Señá Antonia!... ¡Jay!...

No se atrevió el verdugo a chistar, y el jornalero, con la inquietud pintada en el rostro, después de fijarse atentamente en la casita, exteriorizó sus sospechas formulando en voz alta una desagradable suposición:

—O se han dío, o se han quedao sordos, o toitos se han muerto de repente.

Pero como su ánimo era firme, en vez de retroceder, extrajo bríos de la inquietud y de la sorpresa para avanzar, y arrancó una vardasca y dirigióse con lentitud hacia el casucho.

—¡Amos a vel!—exclamó.

—¡Ni a vel ni a oil!—dijo Cintas, derribándole de un zurrido pasmoso—. ¡A morir, sorrastrón!... ¡A morir a mis plantas!

Le degolló sin necesidad, como al tío Narices, al lado del colgadizo; le

tiró sobre el mastín, y con una impavidez orgullosa examinó el tremendo cuadro. Había seis difuntos, contando a *Coronel*, que tenía más caletre, más vigor y más redaños que muchas personas, y entre aquellos difuntos, cuya sangre formaba ríos y lagunas en el corral, había dos—Luque y tío Pedro—que en vida hubiesen derrotado a dentelladas a un lobo. Y, no obstante, allí estaban. Vencidos por su astucia; pero igualmente los hubiera vencido su valor. «Esto—pensó con un sórdido engreimiento—no lo ha hecho nadie con *humanos*. Y con toros, ni el Guerra, que, para estoquear siete, tuvo que lidiar tres corridas un domingo.» Y, en cambio, él, en menos de una hora, con una rústica pala y un cacho de acero, mas con mucha habilidad y mucha decisión, había despabilado a dos temerones, a un sesentón que tenía tantos hígados como narices, a un can de horrífica fiereza, a una estantigua mortecina, a un chiquelo y a dos mujeres... Ocho que fenecieron a sus manos en aquella dura función sin que le auxiliase un chulillo ni le animase una palmada. Pero era igual. Ya aplaudirían al matador cuando su hazaña se descubriese, los mismos que hubieran tocado a rebato para perseguirle, con la intención de verle patear en una horca. Le aplaudirían con su curiosidad, con su rabia, con sus estremecimientos nerviosos, con su lividez, con su pavor.

Sonriéndose, halagado por estos pensamientos, llamó a Sebastián; mas no se escondió para asesinarle por la espalda, sino que, deseoso de estudiar el efecto que produciría su obra en el espectador desprevenido, decidió mostrársela, preparándole así, de paso, a fin de que feneciera cristianamente.

—Cumplío—díjole en cuanto penetró en la cocina—, ¿tiés fuersa de nelvios?

—Regulá tar cuá. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque vas a mamarte una solpresa.

—¿Y quién va a dármela?

—Tos.

—¿De qué modo?

—Hombre, si te lo digo, adiós solpresa. Ven al corrá—añadió riéndose.

—Vamos.

—Ten cuidaíto, que hay sangre en las losas—advirtió amablemente, al fijarse en las manchas Sebastián—. Ha rabiao el pobre *Coroné* y han tenío que matarlo.

—¿Y ahora me lo dises?—chilló el jornalero con súbita emoción—. ¿A que *Coroné* le ha mordío a arguien? ¡Esa era la solpresa!

Entró a escape en el corral, y Cintas Rojas oyó un grito breve y desentonado, que se apagó en un «ay» roto.

—¿Y tú estabas regulá tar cuá de nelvios?—barbotó—. ¡Cumplío, eres una liebre!

Pero el Cumplío no era una liebre, porque una liebre siquiera habría podido correr; era una estatua: la de la congoja, el asombro y el terror. Con la cara de yeso, con las manos yertas, con el corazón helado, apartó sus miradas de los cadáveres, como si le atrajesen los terribles ojos de Cintas, y quedó fascinado ante el compañero que convertíase de pronto en el más cruel vestiglo.

—¡Eres una liebre, una roía liebre! —repitió el protervo, lisonjeado por el glacial pavor que le inspiraba al infeliz—, ¡Vergüenza te debía dal!

Asintió a cabezadas el labrador, que, maleficiado por las pupilas del monstruo, sentíase incapaz de huir, y sollozando, cayó de rodillas.

—¡No me mates!—gimió con la voz ahilada y el rostro mojado por el llanto—. Yo siempre fuí tu amigo.

—No quió yo amigos tan fulastres.

—Pero ¿me vas a matal así?

—Así, y lo siento, porque la cosa es asquerosiya. Paeses una beata, Cumplío.

—¡Perdóname, Rafaé!

El miserable se enfureció:

—¿Te has güerto loco?... ¡Anda y saca er cuchiyo y defiéndete, manté! ¡No seas peol que una triste jormiga! ¡Defiéndete, o te breo a guantás!

—¡Pégame, pero no me mates! ¡Acuéldate de mi vieja, Rafaé! Con tantísimo como te ha besao cuando

eras chiquitejo, ¿la vas a dejal sin pan?

—¡La dejas tú, que no te defiendes, cobarde!

—¡No pueo, no pueo!...

—¡Has un podé, mantesón!

—¡No, no pueo!

—Pos entonses, si quiés moril como un sacristán, resa. Y se acabaron las pamplinas. He matao aquí a to bicho viviente: a la viejarranca, ar niño, a *Coroné*... Ahora te toca a ti. No vas a quearte pa simiente de rábanos.

—¡Perdón, Rafaé!

—Pa que estés corriendo jasta que te topes con un sivi... No, que te pues cansal mucho! Y alarga la gaita.

—¡Rafaé!

—Ayúame, que pa argo eres fino, criatura.

—Pero ¿de veras quiés matalme?

—Mira si es de veras.

—¡Señol mío Jesucristo! —balbuceó Sebastián horrorizado, al ver el lívido resplandor de la cuchilla—. ¡Virgen de la Sierra, ampárame!

—¡Aquí, no! ¡En er sielo, Cumplío! ¡Y no llores y alarga la gaita de una ves!

Con la mano zurda le forzó a mostrar el cuello, empujándole en la frente, y mientras el desventurado, de rodillas, con una congoja sobrehumana y un miedo letal encomendábase a Dios, de una fiera puñalada y un limpio tajo le puso en condiciones de llegar a la consoladora y terrible fuente de la misericordia y el castigo.

Rematada victoriosamente su tarea, Cintas vió en el reloj de su compadre que aún no eran las diez, y quedóse maravillado. Había procedido con una celeridad portentosa, y le sobraba tiempo para todo, ya que, sin apresurarse a paso de andarín, poníase en la capital, desde el Cortijuelo, en poco más de hora y media. Podía, pues, operar con calma, y, con la lentitud del jornalero rendido que coge su salario, abrió el arcón de Luque, dió con los duros —treinta menos del centenar, efectivamente—guardóselos y tumbóse para descansar en el poyo de la cocina. ¡Se estaba allí tan bien, al sol, que, después de unos días de lluvia, calentaba sin socarrar!... ¡Y disfrutábase entre aquellos muros de una paz tan gustosa!... El puchero, al hervir, cantaba, pidiendo que lo espumasen; las gallinas se atracaban de ciertos oscuros cuajarones, temerosas de que las persiguiera el escobón; la perdiz brincaba en su jaula, ansiosa de que la sacasen al solejar... Parecía que una mujer iba a espumar el puchero, que una moza iba a oxear las gallinas y que un hombre iba a colgar en el emparrado la perdiz... Pero entre aquellos muros, en aquel ámbito luminoso y apacible no alentaban ya mujeres, ni mozos, ni hombres, ni viejos, ni muchachos, puesto que la familia entera—su pasado, su presente, su porvenir—había sido exterminada. ¿Entera?... Y de súbito el tigre se acordó de su ahijado, y se incorporó con viva inquietud. ¿Qué sería del Antoñuelo? ¿Cómo no había visto al pequeñín, que jamás se apartaba de su madre? Mas en el acto le tranquilizó su memoria: Al nene, enfermito, querían trasladarle a la ciudad para que le examinaran los médicos, y seguramente estaría ya junto a la hermana de la Antonia, tragando jaropes. Lo celebró, porque—puesto que si le hubiesen favorecido con los diez duros habría continuado siendo una mosca—, sino por egoísmo, habría asesinado al chiquituelo, como a los otros, para impedir que le delatase. Y el chiquituelo ¡era tan riñonudo!... Comprendió que pensando en la criatura acabaría por enternecerse, y para que su debilidad, que le desarmaba, no le hiciese incurrir en tal flaqueza, quiso fortalecer con algún reparo su estómago. La carne del puchero, sancochada y pitracosa, burlábase del más perruno apetito; pero los morcones invitaban a hincarles el diente, y Cintas cortó uno y, suspendiendo toda labor mental, púsose a comer. Y ¿qué ocurrió de pronto? ¿Qué ruidillo fué aquel que pretendió competir con el de sus mandíbulas?

«¡Toc, toc, toc!»

Con la boca abierta, escuchó sin percibir nada; mas, en cuanto la cerró

para masticar le sorprendió nuevamente el ruidillo:

«¡Toc, toc, toc!»

«¿Goteras sin llovel?», dijo para sus adentros.

Y sí eran goteras: goterillas humildes, globitos de líquido escarlata que habían estado presos en unas venas para mover un corazón, y que, al recibir la libertad, habían atravesado un montón de trigo y unas tablas que agujereó la carcoma, y caían sonoramente y en un tapiz de sol bordaban un lago de carmín.

«¡Toc, toc, toc!»

¡Cosa más ridícula!... Esta vez descubrió el valiente la causa del ruido, y el descubrimiento, si bien no le azoró, tampoco sirvióle para acendrar su bizarría. El triste goteo nada tenía de insólito, ni de sorprendente, ni de amenazador, y, sin embargo, turbóse el asesino.

«¡Toc, toc, toc!»

Siendo tan pequeños los globitos, ¿por qué caían con igual velocidad que si fueran de plomo y por qué sonaban tanto al estrellarse?... ¿Y por qué razón enrojecían de tal manera la luz? ¿Y por qué prodigio resplandecían en el suelo como ascuas?... Temió que aquella sangre, que hubiera teñido de rojo los sueños del más pétreo criminal, ruborizara la casita, y los árboles, y las nubes, y para que no le vendieran el milagroso rubor, salió prestamente del caserío y alejóse.

III

Tío Alguacil protestó riéndose a carcajadas:

—¡No, hijo, Sintiyas; que van a tenel que llevarme atapajao! Y entonces ¿quién te yeva a ti?

—Güeno. Pos nos tragaremos al penúrtima.

—¡Si nos hemos tragao ya veinte! ¡Si jasta la verruga de la narí la tengo ya borrachuela!

—¡Y qué importa!

—¿Tan sobrao andas? Pos si desia tu tío que como no descubrieras un Perul no te podrías movel der campo.

—¿Y qué más Perul que mis ahorros? ¡Treinta chulés como treinta soles, que estaban enterraitos sin que la misma tierra que los tapaba lo supiese! ¡Treinta chulés que, cuando los haiga machacao, me van a produsil treinta dolores de barriga!... Pero ¿quién no ve ar Guerra?

—¡Lo que tira la afisión!—dijo benévolamente el tío Alguacil.

Cintas Rojas palmoteó y púsose a berrear:

—¡Niñiooo!... ¿Estás dulmiendo, roio sangón?...

Hallábanse en el patio de una taberna, junto a un velador lleno de vasos, entre campesinos y chalanes.

—¿Has llegao hase poco?—preguntó el viejo.

—¡Quite osté! A las dose. Ya he pasao por la calle der matadol, pa ve su casa, y por la de Gondomá, pa asomalme ar Clú, y he dado por el Gran Capitán mas güertas que un mulo de noria. En estos días, la custión es no privarse de ningún gusto.

El «niño», un merdellón como un granadero, presentóse y se disculpó con amabilidad.

—Disimulen ostés. Pero es que ni con seis cuelpos cumpliría uno en estas horitas. ¿Qué van a tomal?

—Lo mesmo—respondió Cintas Rojas.

—¿Pa los tre?

—¿No he dicho que lo mesmo?... Y por el aire, que me voy a los toros, arma mía.

—Por el aire.

Como la gente se apresuraba a partir, el zangón, menos atareado, sirvióles con relativa rapidez.

—La convidá, cabayeros... Uno pa el señó—dijo poniendo un «chato» de montilla frente al tío Alguacil—; otro pa osté, y otro pa el amigo, que va a andal... ¡ay, cómo va a andal!

«El amigo», que era el reloj descompuesto de Cintas, brillaba en el fondo de una ancha copa, llena hasta los bordes de vino, como un quimérico crustáceo.

—Qué—propuso el anfitrión—, ¿le ayuamos al cangrejete?

—Tú—repuso el invitado, haciendo un mohín de repugnancia.

—Pos hasta verte, Cristo mío.

Apuró la copa de tres o cuatro gargantadas, sin tomar aliento; fingió que por descuido tragábase la saboneta, y para redondear el chiste, se la escupió al rostro al camarero, y, agradecido a las frases de loa, se retiró después de adquirir una hogaza, unas botellas y unos fiambres.

Frente a la plaza se despidió el tío Alguacil.

—Diviéltete, Sintas.

—Si hay papeletas, le convido a osté.

—Pero ¿no sabes que me asusto de los cuelnos?

—¡Por vía del hombre de estopa!...

En el tendido apiñábase de tal modo «la afición», que no ya en las filas altas, sino en las bajas, donde tomar asiento equivalía a prescindir del espectáculo, era difícil colocarse; pero la dificultad no preocupó lo más mínimo al jornalero, que encajó el nalgatorio en el primer sillón de barrera que encontró desocupado, tan tranquilo como si fuese suyo.

—Güenas tardes... a los guerristas —exclamó envolviendo en un saludo de hombre urbano una profesión de fe de hombre intransigente.

Sus vecinos, caballeros de gran vitola, le miraron sin replicar, y ya apretaba el ceño para repetir el saludo con más energía, cuando un hidalgo muy gordo, que mostrábale un papelito, le interpeló:

—¿Tiene la bondá?

—¿La bondá de qué?

—De dejarme mi sitio.

—No, señol. No tengo la bondá.

El gordo le miró estupefacto.

—Pero, amigo...

—No hay amigo que varga. He yegao antes que csté, y no hay quien me levante.

—Eso lo veremos. ¡Acomodador! ¡Eh, aquí!

Acercose el acomodador.

—¿Qué se ofrese?

—Que me coloque usté. Ahí va la papeleta.

—Póngale usté un marco—mascujó Cintas, riéndose.

El acomodador, pávido, dióle unas vueltas al billete, y exclamó con simpática ingenuidad:

—¡Señores, yo soy er nuevo!, ¿están ostés?... Es mi primel día de acomodaol, y no sé ná de estos lios. Ostés dispensen. Naide nase sabiendo.

—¡Pero si aquí no hay lios!—afirmó el labrador—. ¡Aquí lo que hay es que yo no me muevo! Desaminen ostés la plasa. ¿Voy a matal a una criatura por un asiento de tendío?... ¡Pa eso la mato por uno de barrera!

—¿Qué ha dicho de matar?—preguntó, encolerizándose, el pingüedinoso—. ¿Quién me va a matar a mí?

—El primerito que le saque del perneo. ¡Y no gruña osté, don Tiriya, que lo voy a ponel flaco de un dijusto!

—¿A mí, so tío bestia?

Sin arredrarse, abalanzóse al gañán, que alzó la diestra para recibirle con una puñada; pero le contuvo «el nuevo», y los otros espectadores, por egoísmo, cortaron la cuestión.

—¡Pero, caballeros!

—¡Por Dios!

—¡Parece mentira!

—¿No me ha amenazado?—gritaba el gordo.

—¿Y no ha querido echalme?—argüía el jayán.

Pero sonaron los clarines, y como en el señor adiposo no podía ser mayor la fugacidad de la cólera, ni en Cintas más grande el deseo de aplaudir a su espada, aplacáronse y, con arreglo al laudo de sus vecinos, se arrellanó en el asiento el que lo había pagado y sentóse en el espaldar su primer ocupante.

Al salir las cuadrillas, el jornalero, deslumbrado, tembloroso, como enloquecido, empezó a gritar:

—¡Olé!... ¡Vivan los reaños de Córdoba!... ¡Viva la tierra der toreo!...

Cuando los lidiadores soltaron los capotillos, se encaró con el Guerra, llenando la plaza con su vocejón estentóreo:

—¡Duro con ese del esparto, Rafaé! ¡Ponlo como una breva maúra, pa que lo saque yo en un espoltón!

Hubo algunas exclamaciones imprecatorias; mas las ahogaron las pal-

madas y las risas, y el modrego triunfó. Y desde entonces, con la resistencia de una máquina y con un encono salvaje o un júbilo irracional, charló y discutió con los de su bando y los del bando enemigo, interrumpiendo de vez en vez la chachara para dirigirse a los lidiadores y elogiar, ofender o rugir. Al aproximarse *Guerrita* a su primer toro, como el *Espartero* había matado al suyo con tanto valor que el forajido no le pudo insultar—omisión que teníale desasosegado—para vengarse, obsequió al de Sevilla con un consejo en el que no brillaba precisamente la benevolencia:

—¡Apriende ahora, Esparteriyo, que no sabes ni andal! ¡Apriende ahí, pato!

Y, para ignominia y afrenta del consejero, no sólo recibió «el pato» una lección de andar, sinó varias lecciones de huir, porque el *Guerrita*, asustado por la artera condición del cornudo, lo toreó a brincos, con la agilidad de un titiritero, y a traición, como hubiese derribado a una pantera un prudente padre de familia, lo asesinó, hundiéndole en el cuello la espada.

El público, menos varias docenas de esparteristas atrabiliarios, que silbaron al matador y aplaudieron al toro, encomió al héroe cordobés por su destreza y su sabiduría. ¡Con qué habilidad atizó el golletazo y qué pronto vió que su enemigo era un sinvergüenza con el que nadie se podía lucir!

—¡Quinqué, señores!—voceaba Cintas Rojas, bajándose con el índice el párpado inferior de su ojo derecho—. ¡Quinqué roío, porque el toro sabía más que dos escribanos!

—¡Eh, si le toca al del esparto! —gruñó el obeso con regocijada picardía.

—¡Pos lo despeasa! ¡Qué barbaridá de güey!

En cambio, la tercera res, más taimadamente cautelosa, más corpulenta, más fuerte y más cobarde, no le pareció muy difícil de vencer al campesino, y cuando el lidiador sevillano, después de dominarla con su muletilla como un pañuelo y con su leonino corazón, la abatió tumbándose en el testuz y metiendo la espada y el puño en las agujas, limitóse a murmurar despreciativamente, mientras manifestaba «la afición» su tumultuoso entusiasmo:

—¡Casolidades!... Un hombre que va al susidio y que no se muere porque otavia no le ha yegao la hora de moril.

Y añadió con benignidad al retirarse al estribo el vencedor:

—¡Bien, pato, bien!... ¡De riñón de mono güélfano! Manda un parte pa que le pongan corgaúras a la Girarda.

Expresábase con tranquilidad, disimulando muy risueñamente su despecho; pero su amor propio herido manaba sangre. ¿Derrotaría a su campeón, todo arte, reciedumbre, valor y dominio, aquel torpe hombrezuelo de piernas de lana, que no había aprendido más que un quite y tres pases y que siempre se jugaba la vida al matar? ¿Y celebraría tal desdicha la indecorosa y descastada multitud?... Miró al callejón para no ver al torero, que seguía saludando, ni al público, que continuaba jaleándole, y una palabra suelta que llegó a sus oídos hízole escuchar con viva atención. La palabra, «crimen», la había pronunciado un guindilla que, con mucho respeto, dirigíase al señor gordo, y éste, interesado, le interrogó:

—Pero ¿es tan espantosísimo, Serafín?

—Figúrese osté: ocho mueltos.

—¿Y los asesinos?

—Todavía no hay detayes. La cosa ha pasao en una fincuela que se yama el Cortijuelo. Se sospecha de una partía de gitanos.

—¡Jesús, Jesús!

—Disen que hay mueltos en toas partes: en la cámara, en la arcoba, en er corrá... ¡Una carnisería!

—¡Jesús! ¡Malditos gitanos!

A Cintas Rojas se le metió en el cuerpo la alegría de todo el sol que alumbraba la plaza. ¡Gitanos, sí, gitanos! Ya tenían ocupación jueces, carceleros y verdugos.

Se alejó el guindilla, y el adiposo don José, estremeciéndose, murmuró:

—¡Ocho!... ¡Será horrible, horrible!

¡Sintió unas tentaciones de desmentir al barrigudo!... ¿Por qué horrible? ¿No había que morir alguna vez? ¿Qué era lo horrible: la muerte?... ¡Bah! El hambre, el dolor, la enfermedad... eran demonios que no habían penetrado en el Cortijuelo. ¡El Cortijuelo!... Se acordaba del caserío vagamente, como si desde que lo visitó hubieran transcurrido unos años y no unas horas. La tos de la anciana, el pico encarnado de *Juan*, los bramidos del compadre, la equivocación de la mocita, los sollozos del de la fínura... Y luego el goterón, lo único que le había alarmado: «Toc, toc, toc!» Lo demás... ¡Le parecía tan viejo y tan oscuro lo demás!... Y, sin embargo, todo asombraría a la gente, que estremeceríase, aterrada, como el barrigón. Si le hubiesen revelado de pronto la hazaña del que oprimíale entre sus pantorrillas, ¡con qué brinco de ciervo habríase levantado don Pepe para huir!... Le regocijó la idea, y, conteniendo la risa, deshizo el envoltorio de los fiambres y el pan y le invitó:

—Un bocao, amigo.

—Gracias.

—Sin grasias. Y ostedes—añadió encarándose con los del laudo—piquen tamién. Yo en los toros tengo que convidal a los que estén a mi verita. Pero lo hago de güena fe, y como lo hago de güena fe, meriendan conmigo o pelean conmigo. Ostés elegirán.

—Hombre, yo—manifestó jocosamente don Pepe—, entre un cacho de jamón y una torta, la verdá, me quedo con el jamón.

—Pos al jamón.

Hizo el reparto Cintas, y enorgullecido y excitado por lo que ocurría en el redondel, comenzó a emborrar ávidamente. El cuarto cornudo, bravísimo, acometía con ciega furia, soportaba los puyazos con tanta insensibilidad como si fuera de bronce, y empujaba, volteaba y abría en canal a los jamelgos con una violencia incontrastable. El campesino, fuera de sí, .moviase como si desde su asiento quisiera ayudarle al bruto a despachurrar caballos, romper tablas y hundir costillas de picador, y gritaba enajenado:

—¡Jay, toro!... ¡Tú, toro bravo!... ¡Dale, dale a esos tumbones!... ¡Duro ahí!...

El Guerra, en un quite, arrodillóse y le limpió el hocico al animal, y este rasgo de audacia pasmó al labriego.

—¡Olé! ¡Olé, y viva la madre que te parió, rey der mundo! Pero ¿habéis visto ostés cómo le ha limpiao los mocos ar bicho, iguá que si fuese una criaturiya?

Y agregó, amenazando con una botella al Espartero:

—¡Anda a cogel esparto, tío sirote, mantesón, que me caigo en la torre del Oro y hasta en er Girardiyo!

Mientras banderilleaban a la res, Guerrita, que había saltado al callejón para que le amarrasen un macho, aumentó su júbilo con unas palabras inolvidables. El gordo, que era amigo del lidiador—y tal superioridad hízole crecer un metro en el concepto del cortacabezas — le interrogó cariñosamente:

—¿Te gusta el berrendiyo, Rafaé?

—Como que es canela de la fina. ¡Grasias a Dios, que ya está uno jarto de marrajos!

—A ver si hay suerte.

—¡No la ha de habel!—replicó soberbiamente el artista—. Le voy a dar un pase ayudao, otro ar naturá, pa preparar uno de pecho, otro por arto y otro ayudao por bajo, pa que se me cuadre. Y como se me cuadre, entro, me doblo esta uña en er morriyo, y de la estocá lo jago calbón.

Y así fué. Guerrita, ejecutando lo que había anunciado, dibujó en un minuto los cinco pases y atizó, acometiendo como un rehilete, una estocada tremenda, y una ráfaga de exaltación delirante privó de sentido común a diez mil criaturas. Cintas Rojas, llorando, pataleando y aplaudiendo, aullaba bravías singularidades:

—¡Viva Córdoba!... ¡Viva San Rafaé su patrón y viva er califa!... ¡Eso es toreal y matal, cochinos! ¡Jorobalse ahí! Tomal ahí torre del Oro der que sortó por el día er moro! ¡Morilse ahí de asco!

Los otros señores y don José, pálidos o enrojecidos, chillaban cuanto podían

y fraternizaban ya con el fierabrás del cuchillo, que parecíales un hombre de una vez, lleno de simpatía y con unas despachaderas que tumbaban de espaldas. Charlando afectuosamente, comentaron el triunfo del hábil lidiador al apagarse el estrépito de los aplausos, sin envenenar los elogios con censuras para el matador oscurecido, al que hasta Cintas Rojas pareció compadecer, y así, obsequiándose mutuamente con finuras, y bebiendo en la misma botella, y agasajándose con los fililíes de la amabilidad, hubiesen estado hasta el término de la función si no los hubiera separado un horrendo accidente: Guerrita, el coloso, el portento, el invencible, se descuidó como un torerillo vulgar, y una res estúpida le volteó igual que habría volteado a un pelele, y le hizo una pelota entre sus pitones y le arrojó a tierra con selvático furor. ¡A él, a Guerrita!... Don Pepe y los demás señores que alternaban con el campesino fuéronse a escape para interrogar a los médicos; algunos «aficionados» lamentáronse como histéricas; otros reconvinieron con excesiva confianza a la Divinidad, y hasta que se supo que el glorioso campeón no había padecido más que leves contusiones, nadie se preocupó de lo que pasaba en el ruedo. Y menos que el guerrista más próximo a la locura, un vejete cuya nariz decoraba una verruguilla bermeja, que con un niño macilento en los brazos, entre bigotudos y graves guardias civiles, recorría la plaza con lentitud mirando al público.

El Espartero estaba ya toreando con su muletilla, y Cintas Rojas, a quien el dolor de la catástrofe le había afilado la lengua, le hostigaba con la flor del repertorio de sus insultos. El primer pinchazo del torero lo castigó con una risilla sarcástica y varios juicios ponzoñosos, y después, al herir con más profundidad el lidiador unas cuantas veces, se apresuró a vaciar el fardel de sus insolencias, sus groserías y sus procacidades para que, si rodaba el cornudo, no se le pudriesen en el cuerpo. Mas el toro, fuerte como una montaña, no quería rodar, y con tres estoques en el morrillo y tragándose su propia sangre, se apoyaba en la barrera, a fin de no caer.

—¡Qué maltirio! —rugió el labriego—. ¿No te da lástima, tripas de coldobán? ¿Ni a degoyal has aprendido, sirote indesente?

Y entonces le oyó el pequeñín enfermito, y se alebró entre los brazos del viejo de la verruga y rechinaron sus dientes de pavor.

—¿Qué te pasa, Antoñuelo?

—¡Ayí, ayí!

Los guardias rodearon al niño.

—No llores, hermoso. ¿A quién has visto tú?

—¡Al compadre! ¡Nos va a matal!

—Pero ¿dónde le has visto?

—¡Ayí, ayí abajo!

Y le descubrieron todos.

—¿Es tío Alguacil? —preguntó un guardia.

—Sí es.

—Vamos, buena suerte.

Pusiéronse de acuerdo, y en seguida, en cuanto llegó una pareja al callejón, apostóse otra detrás del banco, y un sargento interpeló al miserable:

—¡No se mueva, Cintas!

Pero Cintas Rojas, que no le sintió y que ni siquiera había reparado en los tricornios, no pensaba en fugarse: Cintas Rojas, frente al matador que, descompuesto y airado, pinchaba al toro en el hocico para que agachase el testuz y le permitiera descabellar, bramaba con indignación generosísima:

—¡A la jorca, a la jorca! ¡Eso no se hace con un toro, asesino!

FRENTE AL MAR

I

¡Tigta!... ¡Tigta!... ¡Jiiio!...

Una violenta manotada levantó la cortina de lona, y Manolito el cosario metióse de un brinco en el fonducho.

—Santag y güenag, cabayerog. ¿Y ése? ¡Tigta, ladronaso! ¿Ande t'hag egcondío?

Sacudió unos puntapiés en el mostrador, entre las risotadas de los bebedores, y Bautista, calmoso, grande, pingüe y velludo como un gorila, apareció en la puerta de su cuchitril, despechugado, luciendo su camiseta corcusida y sus pantalones exornados con sietes, cuchillos y remiendos.

—¿Qué pasa? Y dime: ¿no podríag tú hablar mejó? La ducasión no cuegta dinero.

Manolito le impuso silencio con un ademán imperioso.

—¡Una siya—exclamó—y ayúame! Ahí tieg una güégpeda que viene fatigá.

Los bebedores oyeron los resoplidos de unas cabalgaduras, el llanto de un pequeñín y la llamada impaciente y quejumbrosa de una voz femenina, a la que replicaba otra áspera e iracunda: «¡Ay, Madre del Rosario!... ¡Posadero!» «Pasiensia... ¡Me zullo en Crigtina y en su madre!»

Salieron el fondista y el cosario, crujió la silla, y a poco entraron una mujer con un niño de pecho y un hombre con dos pequeñuelas cogidas a su cazadora. La mujer, en cuanto cayó la cortina, se detuvo, cegada por el súbito cambio de la luz a la sombra, y vacilante, sin reconocerle, contestó al saludo de un viejecillo que, al verla, exhaló un grito de sorpresa:

—¡Purita!... ¡Arsenio!... ¿Qué tal? Pero ¿cómo por egtog andurrialeg?

—Un capricho—dijo el de la cazadora, zafándose de sus hijas—, A remojarnog el tragpontín como cá quigque, don Teodoro.

—Ah, pero ¿eg ugté, don Teodoro? —interrogó Pura—. ¿Eg ugté?

Avanzó con la diestra extendida, sentóse en un banquillo, y como si el encuentro del anciano hubiera recrudecido un reciente dolor, comenzó a llorar convulsivamente. El hospedero y la parroquia rodeáronla alarmados, y los más piadosos pusiéronse a consolar a las niñas, que también sollozaban. Pero el marido les tranquilizó.

—No hay que molegtarse. Tonteríag de señorag, que son d'arfeñique.

—Sí, d'arfeñique—gimió la hembra—. Toito el día ar só, con egtog serafineg... y anda que te anda... y pinog y pinog... y arena y arena... ¡Scmcs mú tontag!

Abrazó al mamoncillo nerviosamente, y para acallarlo dióle el pecho, tapándose con una «María Antonieta» de tul.

—¡Toma, gloria de tu madre, rey de siete mundog, piojiyo de la Virgen!... ¡Toma, que vag a tragar hiel!

—Y ¿por qué jié? Cuarquiera pensaría que nog ha ccurrío una catcmbe.

—¡Ay!, ¿te parese poco, hijo de mis entrañag?

—Me parese ná.

—¿Ná? Figúrese ugté, don Teodoro, que pitamog ancche del pueblo. Tracatrá, tracatrá, nog pone er tren en Agnalcásar, y subimos al coche, y arrea para la marigma, y jala, jala por la marigma alante, y a la una en er palasio. Er tiempo, una bendisión... Egtrellag, luna y un fregquito que ni de encargo. Pog a dormí. Al arba, yegó la galera con log chigmeg, y de punta. El armuerso, y arsando. Por el coto, bien; pero, hijo de mi sangre, yegamog a log pinog y empesó Crigto a padesé. Que si lag mulag egtán can-

ság, que si se hunden lag ruedag, que si por aquí, que si por ayí... venga un degcansito y vaya otro degcansito, y varasog a log animaleg, y herejíag de los carreterog, de esag que se oyen con horripilasión, y hagta las dose no dejamog atrág el úrtimo árbo. Y ¿qué nog pasa entonseg? ¿Qué dirán ugtedeg? ¡Pog que la galera s'atagca y se echan log mulog reventaitog!...

—Se echaron dog—rectificó Arsenio.

—¡Dog o dog mil, lo migmo da! El caso eg que se echaron, y que pa quitarleg peso tuvimog que bajar de la galera, y que Senio degcargó log colchoneg, y que arrempujó er pobresito mío, com'un burro, y que tó fué inútil. Y con treg criaturag, andando y queándose clavá en l'arena, plantifíques'ugté en la playa. ¡Virgen de lag Angugtiag y Doloreg! A log veinte pasog, togtaita, sin aliento, di una porrada...

—Y nog arcansó Manolito—agregó Arsenio—y aquí egtamog. ¡Vaya una trigedia!

—Sí; pero si no nog arcansa, ¿qué eg de nosotrog? ¡Diog lo sabe!

Riéronse don Teodoro y el fondista, y ella, algo cortada, explicó sus temores:

—¿No hay en Oñana lobog, y sorrog, y jabalíeg, y viborag, y hasta borricog sarvajeg?

El mamoncillo, arrugando la nariz, moduló unos gruñidos, y Pura, entusiasmada, le besó chillándole:

—¡Ay, mi renacuajo, que eg un Cagtelá! ¿No veg, no veg, Senio, cómo rebugna el arma mía? ¡Ay, mi corasón! Rebugna, rebugna tú, encanto. ¿Cómo hase el ruchito?... ¡Jah!... ¡hu-jah!... ¡hu-jah!... ¡Ay, mi sielo chiquirritín!

Robliza, espigada, redonda de caderas y firme y alta de pechos, era Purita una hembra tentadora, un poquitón gachona y algo vanidosilla. La blusa, empapada en sudor, ceñíase, modelando su busto de Juno, y el ascua de la seda bermeja parecía incendiar sus ojos de endrina, llenos de candor y de dulzura. Tenía rojos, húmedos y gruesos los labios, áurea la cabellera lujuriante, pulido el cuello, blanquísima la color.

Arsenio, con la gravedad de su perfil acarnerado, con sus mejillas gredosas, sus ojos verdes, fríos e inmóviles, sus pelos jaldes, su cogullada lustrosa y su nariz encendida, no inspiraba grandes afectos. Resoplaba más que un gorrino, enrojecía a veces, sin que nadie adivinara la causa de su rubor, y al andar, alcanzábase como un penco entorpecido por los años, y se enfadaba atribuyendo sus tropezones a las deficiencias del piso. Carecía del sentido de lo cómico, y era incapaz de percibir la doble intención de un elogio maligno, de una censura irónica o de una humoristica parrafada, y esta indigencia mental acarreábale frecuentes disgustos y convertíale en blanco de feroces bromas.

Una de las chicas pidió agua, y un gentil caballero con el bigote a lo kaiser, el rostro pálido y las manos femeniles, apresuróse a servirla. A su gallarda inclinación de cabeza, respondió Pura con un lindo gesto, y con un flechazo de los ojos interrogó a su marido: «¿Quién es?» Ella recordaba la frente de marfil; los dedos afilados, ceñidos por sortijas primorosas; la voz melíflua, aterciopelada; el escualor del talle y la robustez del pecho... «¿Quién es?» Arsenio encogióse de hombros; el caballerito galante volvió a ocupar su sillón, y la buena moza, después de meditar un rato registrando los cajoncillos de su memoria, dióse por vencida. El fonducho excitaba su curiosidad. Era una enorme tienda de madera y lona con techo de cinc. Entre las dos puertas, en un amplio cuadrilátero, había veladores de pino, sillas con el asiento de cuerdas, mecedoras y taburetes. Junto a unos tremendos bocoyes, estaba el mostrador con barrilitos de aguardiente y panzones tarros vidriados repletos de pestiños y rosas; y detrás erguíase la estantería, con sus depósitos cristalinos de grageа y su fila de botellas aristocráticas. El resto de la fonda ocupábanlo las habitaciones, hechas con tabiques de lona y amuebladas con catres y palanganeros de hierro.

Bautista quiso saber si los viajeros se quedaban, y Pura protestó vivamen-

te. ¿Ella dormir en un aposento sin techar? ¡Vamos, Señor! En su choza, aunque los muebles no llegaran y tuviese que roncar sobre el santo suelo.

—¿Eg ya tarde?

—No. Todavía...

—Porque como ha ido Manolito con sug begtiag...

Habían dado las cinco en el reloj de la capilla, y las cocineras trafagaban en sus tendajos, catando salsas y espumando pucheros. Las cigarras entonaban su estuosa sinfonía entre los pinos, y el mar, amodorrado, mugía mansamente. Levantóse de pronto un seco vientecillo terral, y ondeó la cortina empujada por una de sus ráfagas, y un espantoso hedor a muerte, a podredumbre, envenenó la atmósfera. El mozo pálido, acometido por violentas arcadas, bebió una copa de ron, encendió una breva, y luego de empapar en agua de Colonia su pañuelo, interpeló a una especie de cetáceo que le contemplaba retorciéndose de risa:

—Señor conde, señor conde de mig culpag... ¿ya empesamog?

La blanda reconvención arrancó una carcajada al personaje, cuyo vientre moviase a oleadas, amenazando estallar.

—Pero, hombre, Luig, ¡por vida de briogbaco y del chápiro asul! Si egto eg para morirse.

—De agco. Digo, el que en veg d'un egtómago tenga la moyeja de una abubiya...

—Hombre, yo, Luisito...

—Lag personag son más delicadag —afirmó con retintín el mozo.

—¿De verag? ¡Pue multa!—bramó el gigante—. A ver, Bautigta; vino por cuenta de ese hermano, para que se baje de la parra.

Otra pestífera bocanada infestó la tienda, y el conde y sus amigos oprimiéronse las narices, sacudidos por una alegría loca.

—¡Que m'ajogo!

—¡Compadreg, maldito sea el cosido y el ladrón que lo inventó!

—¡Bautigta, quema asúcar, o pórvora„ o rayog!—¡Así me parta uno por el eje!

—Jumen ugtég—aconsejó el fondista—. Jumando no se nota er jeó.

—Sí; pero lag que no fumamog... —exclamó Pura—¿qué asemog?

—Yo—dijo Luis—si ugté me permite que la ofregca Colonia...

Miró a don Teodoro solicitando que le presentara, y el viejo apresuróse a complacerle.

—Luig Hermida, un gran muchacho. Arsenio González y su egposa.

Pura se ruborizó, y los hombres estrecháronse las manos.

—¿Egtá ugté bien?

—Selebro mucho...

—Yo tengo el gugto de conoser a la señora—aseguró Hermida.

—Y yo también le conogco. Ahora migmo egtaba pensando... Pero mi memoria, ¡huy, qué memoria!

—¿Recuerda ugté a doña Lusía, la maegtra?

—¿Ay, eg verdá! Tonta de mí. Ugté eg el amigo de Fernándeg. ¡Mira, Senio, el amigo del primo Enrique!

Aproximáronse el gigante, un cuarentón robusto y un mozalbete dueño de unas bravas narizotas, y los tres fueron presentados.

—El señor conde del Toril, don Andrés de la Cabuérniga y don Antonio Palomino.

Cambiáronse cumplimientos y saludos, y la conversación, lanzada por otro cauce, extinguióse. El del Toril, un simpático animal todo pestorejo y papado y nalgatorio y bandullo, para disimular su timidez, arrancó uno a uno los granos de una espiga, hasta dejar la cañilla pelada y las glumas, poniendo en la magna operación toda su inteligencia. Don Andrés lució sus mañas de hombre práctico, liando un puro como una cigarrera, después de deshacerlo y de sacar mil porouerías de sus entresijos, y don Antonio, un gansarón con tanta nuez como narices, más pomposo que una col y más reflexivo que un saltamontes, entonó entre dientes una cancioncilla, golpeándose acompasadamente las perneras.

El rompió el silencio con una observación gallarda:

—¿Ha vigto ugté qué pegte, señora?

—La he olido—replicó exagerando graciosamente—. Eg para reventá. ¿Hay, tal veg, argún bicho muerto?

—¿Argún bicho? ¡Mileg de bichog! ¡Montoneg de bichog! ¿Verdá, Luig?

Todos se disputaban la palabra para demostrar su ingenio, y Palomino, menos agudo que el cogujón de una colchoneta, divagaba lastimosamente, escarbando en su yermo cerebral; y el conde arriesgaba, valeroso, chistes ininteligibles; y don Andrés, afinando, sutilizando sus medios de expresión, para evitar la groseria, hundiase en un pecinal de insinuaciones puercas, paradojas semisucias y metáforas malolientes.

Purita, enemiga de filiíes retóricos, confesó que, a pesar de los soberbics discursos que había escuchado, estaba en ayunas, y don Teodoro aclaró el misterio.

—¿No se acuerda ugté de lag cayejuelag de Carrión?

—Me acuerdo; pero...

—Y ¿qué dejan en esag cayejuelag log chiquiyog?

—Pog... dejan..., dejan...

—¿No cae ugté? Cuando no pasa nadie, de ncche, ¿qué dejan log cochinog?

—¡Ah!—exclamó Pura—. ¡Qué horró!

—¡Bueno, pueg lag cayejuelag de Matalagcañag egtán ahí, detrág de log serrog, y en soplando el vientesiyo de tierra...

—¡A jumá!—interrumpió Bautista.

La señora celebró la interrupción, y animados por las carcajadas, Toril y Palomino enzarzáronse en una de sus disputas. El de la nuez, temperamento anárquico, por la voltariedad de sus ideas, defendia la absoluta libertad de los veraneantes. Nada de leyes, jinojo. Allí vivían como los indios en sus bosques, libres de jueces. de guardias. de concejales, de alguaciles; sin códigos, sin ordenanzas, sin prohibiciones; con las ventajas de la civilización y sin sus inconvenientes. El cetáceo, que pretendia reformar las costumbres de la playa, indignábase con el anarquista y le aplastaba bajo la ingente mole de sus razonamientos.

—¿De manera que aquí no tenemog códigog, ni jueseg, ni guardiag? Parese mentira que una persona ilugtrada, Antoñito, diga esag barbaridaeg... ¿No eg un código la consiensia? Y la dignidá, ¿no eg un jueg? Y nosotrog, degde el primero hagta el úrtimo, ¿no somog aquí guardiag, y no defenderíamog la honra y er dinero de log demág, para que log demág defendieran nuestra honra y nuegtro dinero?... ¡Carambo, Antoñito!

—Si, tomando así la cosa...

—¿Pueg cómo habíamos de tomarla? ¿Y lo de lag ventajitag de la sivilisasión, recarambo? ¿Eg una ventajita que nog agfixiemog por susiog?

—Y ¿quién lo remedia?—preguntó con aire de triunfo Palomino.

—¡Ugté, yo, Perico el de log Paloteg!—repuso el aristócrata—. ¿Cómo? La boca me duele de pregonarlo. ¿No venimog a Matalagcañag dog o treg mil criaturag? Pueg con pagar un duro por cabeza reunimog dog o treg mir durog; y con dog o treg mir durog, una Junta de hombreg honradog, ¿no levantaría log mejoreg retreteg de Egpaña?

—Y ¿cómo se iba a formar la Junta? —objetó Luis—. ¿Querría alguien ser cabayero de log retreteg?

—Además—añadió don Teodoro—, ¿qué señorita visitaría el egtablesimiento?

—¡Peor eg—gritó el reformador perdiendo los estribos—que las criadag saquen al amaneser prosesioneg de basines, y que log peloterog le revuervan a uno lag tripag con... con lo que no he de desir!

—¡Si todo se arregla en el mundo, conde!—proclamó Antoñito—. Yo prescindiendo de log cigcaderos públicog, que a ugté le entusiagman, resolvería el problema con un sensiyisimo consejo.

—¿Cuál?

—«Log bañigtag de Matalagcañag, cuando realisen siertog menegtereg indipensableg, pensando en la salú y en el egtómago de la colectividad imitarán a log gatog.»

—¡Hombre!—exclamó don Andrés.

—Sí, a log gatog, aunque ugté se

admire. ¿No nog dan lecsioneg de higiene y de pulcritud? Y, aparte la rasón, ¿qué somog nosotrog sino animaleg inferioreg a eyog? Ugté eg un animal; y yo, otro animal, y el conde, otro animal; y el señor, tan animal como nosotrog.

El «señor», que era Arsenio, plantóse de un bote frente a Palomino.

—¡Oiga ugté: yo no soy gato, yo no soy animal; a mí no me insulta ni mi padre que resusitara!

Pura dió un grito, y los hombres, paralizados por la sorpresa, miráronse con estupor.

—Yo no he querido ofenderle—balbuceó Antonio—. He dicho que eg usted un animal; pero rasional, ¡cuidado!

—¡Pog ni rasional! ¿Qué eg eso de rasional? ¡Vaya una digcurpa!

Palomino se repuso, y no atreviéndose a irritar a la fiera, ni resignándose a quedar apabullado, intentó evadirse, cincelando un axioma:

—¡La locura eg irregponsable!

¿Cuántas vueltas, cuántos saltos de trucha, cuántos brincos de clown y cuántas zapatetas de pelele ejecutó el infeliz higienista entre los brazos incansables de su injusto enemigo? El sordo retumbar del primer puñetazo y los estallidos de las bofetadas primeras aumentaron la estupefacción de los que presenciaban el lance; y cuando intervinieron, Palomino que, bailando como una peonza, había derribado veladores y sillas, gemía bajo el mostrador, sin babuchas, con una cordillera de chichones en el colodrillo, y con el pañal sobre las narices y entre las manos.

—¡Un revólver! ¡Venga un revólver!—aulló, sin abandonar su refugio.

Arsenio debatíase con furia, cercado por su mujer, don Teodoro y Luis; las niñas lloraban; don Andrés y el conde, coléricos, defendían el mostrador. Bautista esgrimía una bárbara cachiporra, exhalando terribles gañidos.

—¿Qué eg egto? ¡Mardita sea mi sangre y er sancarrón de Mahoma!...

Por fin, entre Pura y don Teodoro aplacaron al suspicaz energúmeno, y Antoñito, avergonzado, marchóse con don Andrés.

Hubo una pausa molesta. El aporreador escupía maldiciones por lo bajo: «¡Habráse vigto er señorito basín!» Pura zollipaba sin consuelo, y los demás, todavía nerviosos, mirábanse atortolados.

—¡Don Luig, ya he apartao lag sopag!—anunció el fondista—. ¿Se come?

—Dentro de dieg minutog. A las sinco—ordenó don Teodoro.

—¿Lag sinco ya?—preguntó el del Toril—. Hagta luego, entonseg. Adiog, señora; adiog, amigo, y calma, no hay que ser tan picajoso.

—Le diré a ugté—articuló algo corrido Arsenio, aprovechando la recomendación para explicar su conducta—; le diré a ugté: yo, en otra parte, dependo de quien me paga; y si quien me paga me aprieta la muserola, pueg pa eso me paga. ¿Egtamos? Pero aquí somog en asoluto veraneanteg: el veraneante A o el veraneante B. ¿Comprende? Yo no soy un paria, y eso de que se me yame animal con toag sug letrag, sin un motivo, porque sí...

—Pero si Antonio no quiso ofenderle...

—¡Si es de lo mág alfeñicao y de lo mág poquita cosa que se encuentra!...—agregó don Teodoro.

—Conforme—aseveró Luis—. Muy bueno, una paloma sin hiel; pero muy entrometido y muy lenguarag, y demasiado bromista. ¿Tiene confiansa con egte señor?... Y no se hable mág del asunto. ¡A la mesa!

Retiróse el conde, palmoteó Hermida y apareció una vieja con una sopera humeante. Bautista levantó el cortinón, y un dardo de oro inflamó el vino de las copas, quebróse en los cristales y engarzó en luz los gayos colorines de las grageas.

II

Apenas entraron en su tienda, presentáronse unas muchachitas con varios colchones y frazadas, que les ofrecía la hermana de Luis.

—Mi señora—dijo la más parlanchina—, que tengan ugtég el honó de

tomar egto, mientrag yegan sug chigmeg. Y de parte de don Luig, que leg aguarda pa senár.

Volvieron las criadas con una mesa, dos sillas y un quinqué, Y Pura, venciendo el cansancio, decidió visitar a su favorecedora.

—Debemos dar lag grasiag. ¿No te parese, hijito?

—Por mí... ¡Vamos, resifoneg, qu'egtoy ya de mujereg!...

Recorrieron unos centenares de metros a la orilla del mar, entre orondos burgueses y señoras emperifolladas que les fusilaban con los ojos, él destrozándose a puntapies los calcañares, bailando la danza del tropezón, y ella recogiéndose altivamente el vestido. Una ringla larguísima de chozas y tiendas culebreaba frente a las aguas. Junto a la capilla, que lucía un reloj en el frontispicio y un esquilón en la techumbre, esponjábase el palacio de Bautista, orgulloso de su letrero: «Fonda de los Labradores»; a la izquierda veíase la botica, de gualda tela impermeable, y a la derecha la carnicería, de fuertes tablones de pino, con su corral y su despacho, y la panadería con sus serones y sus añacales a la entrada. Detrás de esta ringla extendíase otra, formando una plazoleta, y más adelante, en dirección al coto, unos chozajos temblones brindaban sombra y frescor a la pobretería trashumante.

A diez pasos de la farmacia alzábase la choza del cuñado de Luis. Tenía cuatro habitaciones pequeñitas, una despensa y un amplio comedor en el centro. Una lámpara de petróleo colocada sobre un pajecillo, y dos quinqués clavados a uno de los machones, luchaban con las sombras del crepúsculo. El mueblaje era modesto: sillones de mimbre, bancas lustrosas, mecedoras de rejilla, una mesa de roble, un piano, un trinchero vetusto...

La de Hermida les recibió cariñosamente.

—Ya sé, ya sé que han hecho ugtedeg un viajesito de ole con ole.

Pasaba de los treinta; mas su terso rostro de una frescura primaveral, sus flancos enmagrecidos de hembra estéril, y sus ojos risueños, conservaban las gracias de la primera juventud. Su esposo, un varón mostachudo, recalvastro y barbitaheño, aproximábase a la vejez. Se llamaba don Isidoro Carrascosa, había estercolado muchos cementerios recetando jaropes y disfrutaba de un pingüe caudal.

Con la de Hermida charlaban doña Salud Garcés, imponente mole grasienta y sudorosa; el farmacéutico, don Juan Becerril, ninfo de voz acaponada; tres señoritas narigudas, redichas y frágiles, primas de Antoñito; la hermana del conde, doña Cruz Miranda y su hija Mercedes. Don Isidoro discutía con don Andrés; y un clérigo joven, don Anastasio Muñoz, al que adjudicaron sus amigos el remoquete de *Virutas,* por la facilidad y la rapidez con que se inflamaba su corazón bravío, distraíase ensayando en la guitarra el *Vals de las olas.*

—Es bonito, ¿verdad?—preguntó, dirigiéndose a González.

—Sí; ¿cosa nueva?

—En mi pueblo..., yo soy de Argamasilla..., en mi pueblo lo saben hasta los pájaros.

—Y en Asturias—manifestó don Andrés—hasta las chinches.

—Eso será un desir—manifestó Arsenio—. Porque lag chincheg y los pájarog... ¡Vaya, que ni ar demonio se le ocurre semejante esageración!

Virutas sonrióse con afabilidad, creyendo que bromeaba, y llamó al boticario.

—Amigo Becerril, ¿cómo es?

Olas que al llegar...

Desafinaba, y el ninfo, enrojeciendo de júblio, le corrigió.

No, Muñosito, fíjese...

Oooo... lag que al llegar,
plañíderag muriendo a tug pieg.

Pura caíase de sueño, y para que no la rindiera el zumbido dulzón de la guitarra, despidióse lo mejor que supo. Luis y don Juan, llevando a las niñas, dejaron al matrimonio en su tienda, y aún no se había extinguido el

rumor de sus pasos cuando González, tembloroso, lívido de rabia, comenzó a desbarrar.

—Egtarág contenta, pichona.

—Lo egtoy.

—¡Claro! Ya lo desía yo. En no teniendo dignidá...

—Pero ¿qué pasa? ¿A qué viene ahora?...

—¡Mira, no levanteg la vog, porque me siego y...

Completó la amenaza con un par de morocadas al aire, brincando como un borrego loco, y se apartó con desdeñosa hurañía de su mujer.

—¡Quita, sorra!

—¡Pero, Senio, entrañitag, por Diog!... ¿Por qué ereg así?

—¡Por qué ereg así!... ¿Y la vergüensa, mula? ¡Qué pasa!... ¿No me insurtó esa privá de la nueg? ¿Y no s'ha burlao de mí ese cochinaso der cura?... Por supuegto, que no le sacudí un capón en la coroniya por regpeto a doña Carmen... Mir'ugté, ¡riñoneg!, que de log pájaros que saben música... Pog ¿y el otro con lag chincheg?... ¿Se creerán que yo me chupo er deo? ¡Por vía der palomo sagrao!...

Barbotando atrocidades dejóse caer sobre un colchón, y ordenó a Pura que le imitase. Ella mató la luz y acostóse vestida.

—¿No te degnudag?

—¡Si quiereg!... Pero aquí, ya veg tu, el lienso se rompe d'un tijeretaso. Mañana, poniendo el forro...

Arsenio revolviase iracundo, conteniéndose para no envedijarse en una discusión; pero vencida la prudencia por la acometividad, se incorporó de un bote.

—¡Egcucha!—berreó, mordiendo las palabras—. ¿T'hag empeñao en que te caliente, salerosa?

—¿Yo?

—¿Va a entrar alguien, burrasa? ¿No defenderían nuegtra honra y nuegtro dinero pa que nosotrog... ercetera?

—Bien; pero yo no egtoy acogtumbrada...

—¡Ah, la señora archipámpana!... ¡Pog no eg ná, ni gagta ringorrangos su mersé! ¿Y log pajeg? ¿S'han quedao en la galera?

Se bataneó sañudamente las costillas para desahogarse, y abandonando el tono irónico articuló una recomendación.

—¡Duérmete, Pura! Te conviene, pimpoyo. ¡Duérmete!

La hembra, acostumbrada a soportar el genio de su tirano, ni chisto siquiera. Mas encalabrinóse con los sucesos del día, y una fiebre de crítica que estudiaba menudencias, clasificándolas y eslabonándolas, auyentó al sueño de sus párpados. El mar grande, sí, señora— ella no pretendía disminuir su mérito—, no tenía el grandor desmesurado que la anonadó en sus pesadillas. Antes de verlo, Pura se lo había figurado azul como el manto de una Purísima, lleno de buques que navegaban en hileras, siguiendo, igual que los burros de los arrieros, a los vapores livianos que marcaban el camino... Y su decepción al contemplarlo desde el monte, verdoso como la piel de un lagarto, sin buques, con dos o tres barquichuelas de bazar y cerrado a la derecha por una faja de rocas, fué aplastante. Quitando la playa y un cacho de coto y unas «legüecitas» de marisma — pensaba — quedaría mejor... Pues ¿y el pueblo? ¿Y el pueblo con su iglesia de tela, y sus barracas de matojos, y sus tiendas de lona? ¿Qué ocultaría allí una mujer si agujereaba un pillete el tabique de su cuarto? ¿Y las misas? ¿Revestíase el cura del *Vals de las olas*, o se presentaba de taparrabo y casulla?... Al infeliz de Palomino le dedicó un recuerdo. ¡Les odiaría de un modo!... ¡Virgen, responder a una broma con una brutalidad!... Y lo de los gatos haría reír a un muerto. Sí, damitas escuchimizadas, ¡tierra sobre la podredumbre!... En Luis no quería pensar. ¿Quién se hubiese imaginado al amigote de Enrique, modosito, barbiponiente, endeblucho, con aquellas espaldas de cargador y aquel bigote rabitieso?... Que sería como la seda: fino, fino, fino... ¡Y el mozo la miraba con una insistencia!... Pero ya podía arremangarse el bigotín, que mientras alen-

tasen sus gurripatos, Arsenio estaría libre de las molestias del desmogue. Y eso que su marido... Volvióse hacia donde roncaba y le condenó en una frase:

—Arsenio, Senito, ereg un caribe.

Sonaron, lánguidas, unas campanadas. Un piano desgranó en el silencio de la noche los suspiros de un aria sentimental, y luego una voz de barítono, recia y vibrante, elevóse como una espada de luz entre las tinieblas, y sacudió los corazones y despertó los ideales dormidos. Del mar partían chasquidos secos, sollozos musicales, trallazos líquidos, y Pura, arrullada por el gorgoriteo del monstruo, perdió el hilo de sus pensamientos y quedóse traspuesta.

III

Al alba llegó la galera. Las niñas abrazáronse a la criada como si hubiese corrido espantables riesgos, y Pura la felicitó.

—¡Ay, qué monteg, hija! Cuenta. ¿Cómo lo han pasado ugtedeg?

—Pog sin dormí, sin pegar los ojos un minuto. ¡Mág griyog en aquer piná, señorita!... ¡Huy, qué de griyog!... Y er nene, ¿rebugnó ayé?

—¡Y en la fonda nada menog! ¡Si lo hubierag vigto, Rosario!... ¡Angelito!

—¡Si eg un serafín!... ¡Si eso eg lo mág mono que ha parío madre!

Un resplandor azulado brotó detrás de los pinares, y rápidamente fueron blanqueando la arena y el mar. Los carreteros comenzaron la descarga, y una hora después, vestida la tienda con su lanilla oscura para que, al encenderse las luces, no se transformara en farol, reclinábase el amo en una mecedora flamante, mientras la dueña completaba con los últimos toques la instalación y extraía las ropitas lujosas de los tripones excusabarajas, y abría el arcón de los comestibles, dividido en casilleros y cajones, y libraba de sus grilletes de tomiza al averío condenado a perecer.

Dos criaditas pasaron braceando, orgullosas de sus rígidos bañadores de bajeta purpúrea, y hundiéronse en el agua con temor voluptuoso. Se abrieron puertas y se alzaron cortinas, y armó su tenderete el panadero, y varó la barca de Sanlúcar llena de frescas vituallas, y los hortelanos pregonaron sus verdes mercancías, y el carnicero afiló sus cuchillos, y las beatas pedigüeñas, recatándose bajo la albura de los griñones, principiaron su labor...

Había gente en la fonda y se marchó Arsenio, leyéndole antes la cartilla a la muchacha.

—Mucho orden, Rosario. Aquí todog somog personag desentísimag, y no consiento gritog, ni siyeteriag, ni egcándolog. ¡Ojo!

A las siete, algo animadillo, charlando por los codos y tropezando más que nunca, regresó con Luis, don Teodoro y el boticario, y con un tremor en las manos de malísimo agüero, pidió el aguardiente y las tortas.

—Avívate, Pura, que venimog deshambríog y vamos a caducar de sé.

El viejo y Becerril hablaban de un enamorado que se suicidó en la playa, salpicando de sesos a los bañistas, juzgándole de muy diverso modo. El farmacéutico, apoyado por González, le condenaba.

—Lo que ugted oye, señor mío: un loco de atar. Pueg qué, ¿acaso un cuerdo se mata por una hembra? ¿No hay mil que digan sí, por una que diga no? ¡Jinójoles!

—Bueno—argüía don Teodoro—; pero si esa que dise «sí» no eg nuegtra media naranja...

—Pueg se queda uno degcabalado.

—El que pueda—dijo gravemente Luis.

—Podemog todog—afirmó el ninfo.

—Una mujer—añadió Arsenio—no vale ni la recortaura d'una uña.

—¡Grasiag, marido! —exclamó Purita.

—Sin grasiag; eg la verdá. Compárenla ugtedeg con una cochina... Pog una cochina no enrea, no eg alabansiosa, no se conchaba con sug amigtadeg pa jeringar a su verraco, engorda con lo que tira ugté... y luego, ugté aprovecha log egperdisiog que la

dió, comiéndosela enterita. En cambio, una mujer mormura, chigmorrea, se traga la biblia... y ¡vaya ugté a cobrarse!

—Ugté eg un filósofo. Yo—insinuó Luis—, por algunag mujereg, por sierta mujer, vendería mi salvasión eterna.

—Irág tú a matarte como el otro, por rijosiyo, por lila?—preguntó Becerril.

Hermida negó con un gesto. No, él esperaba confiado.

—Y ¿quién eg la novia?—interrogó Pura.

—No eg novia.

—Entonseg...

—Eg una hembra que yo quiero hase... qué se yo cuántos añog.

—¿Y eya?...

—Eya no lo sabe; pero lo sabrá.

—Sortera... naturalmente.

—No.

—¡Ay, Luig, Luig!

Volteó la esquila, y don Isidoro, Carmen y la de Garcés invadieron la tienda. Carrascosa se maravilló de la prontitud con que se había instalado, y las damas encarecieron la solidez y elegancia de los muebles, casi todos sin estrenar. La de Hermida resistióse a beber; pero doña Salud, que rezumaba a chorros, la emprendió con el aguardiente, vaciando a gargantada limpia las copas. Volvió a llamar el esquilón; cruzaron niños emperejilados y mamás severamente vestidas, y Pura y sus amigos engrosaron las corriente que iba a desaguar y a empantanarse junto a la capilla.

—*In nomini Patris, et Filii...*

El celebrante era *Virutas*, y aunque no se presentó ceñido por el taparrabo—lo que en cierto modo garantizaba su pía seriedad—, Pura estuvo inquieta, temiendo que, por equivocación, en vez de un devoto *Dominus vobiscum*, lanzase un alegre gorgorito:

—«Oooo... las que al llegar...»

Terminada la misa aproximáronse a Carmen las espátulas narigudas—María Josefa, María Antonia y María Jesús—que se comían a Luis con los ojos, y Carrascosa invitó a los reunidos.

En la diafanidad luminosa del cielo, de un azul casi áureo, el rojo sol de agosto, el sol de la fiebre y la sed, disparaba sus centellas plúmbeas, y la arena y los juncos adquirían un matiz gualdo, y una opacidad ambarina las aguas, y un suave tono de encaje antiguo las espumas.

Caminaban en fila, aprovechando la sombra proyectada por las tiendas. Purita iba la última, y Luis se acercó a ella rumiando un pretexto para entablar conversación.

—¿La cansa el nene? ¿Quiere ugté...?

—No, hijo; grasiag. ¡No faltaba mág! Ande, ande con lag mositag.

—¿Le molegto?—dijo con tristeza Luis.

—¿Molestagme?... ¿Por qué?

—¡Cuando me degpide!...

—Eg que... Vamog, con franquesa, Luig... No, no m'atrevo.

—¿A qué? ¡Atrévase, criatura!

—Pog... una curiosidad: ¿eg arguna de lag treg Mariag la que le hace a ugté tilín? Lo pregunto porque, ya ugté sabe: el onseno, no egtorbá. ¿Eg arguna?

—Son solterag.

—Sierto, hijo. ¡Qué memoria!

—Y feag. La que yo quiero... ¿Ugté se ha fijao en la Purisima de Muriyo?

—¡Cay'ugté, hereje!... Y casada... ¿No le da a ugté miedo del infierno?

—Con eya el infierno eg la gloria. Y sin eya... ¡Ay, si le aconsejara ugté que me mirase con caridá!...

—Pero yo ¿la conogco? ¿Quién eg? ¿Cómo se yama?

—Se yama Pura. Eg ugté migma.

Sorprendida por la osada declaración, retrocedió con viveza y detúvose unos segundos examinándole.

—¿Qué ha dicho ugté, Hermida?

Inquieta, indecisa, con prudencia cautelosa, intentó bromear, protestando risueñamente; pero había en el gesto del mozo tan enérgico deseo, tan punzante súplica, y resplandecía su mirada con tal lascivo ardor que, ruborizándose, le suplicó que la respetara.

—Caye ugté, Luig. ¡Por lo que mág quiera!

Su debilidad animó al galán, que avanzó exaltado, queriendo dominarla, seguro de que la pasión de sus frases

la domeñaría, y entonces despertó en ella la mujer del pueblo con sus desgarros y sus bravuras.

—¡Apártes'ugté, «sinvergonsón»!

En la choza de Carmen se tranquilizó. Luis, como si se hubiese librado de un enorme peso, galanteaba a las narigonas, jurando que no se casaba con ninguna porque no podía casarse con las tres, burlábase de su cuñado y engreía con sus piropos a doña Salud; y viéndole tan sereno después de la borrasca, hasta llegó a sospechar que hubiera urdido, Dios sabría con qué fines, una indigna comedia. «¿Se habrá chungueado conmigo para contar el paso y que me tomen por tonta?» Con tal suposición, cerrábase la herida abierta en su decoro; más sollispábase de nuevo y otra vez volvía a sangrar: «Miren que el de los bigotillos atreverse...» Y reconstruía con delectación la escena. Durante un buen rato, hizo lo posible por entristecerse. «¡Jinojo! Proponerle a una casada... ¿Por quién la habría tomado el muy titere?» Pero no lo consiguió, y para no avergonzarse de su alegría, firmó un pacto con su conciencia. «Ahora diviértete sin penas, que a eso has venido, y si el tenorio insiste...» ¿Qué haría? ¿Denunciarle para que Arsenio le embistiera... es decir, embestirle, no: para que Arsenio le agrediera, y para que él, ni corto ni perezoso, le tumbara de un tiro?... Y veíase desmelenada ante el cadáver sangriento de su esposo, en cuyas pupilas habíase cuajado la imagen de su matador, y oía el llanto de las pequeñas y los rebuznitos del chiquitín. «¡No, mi alma, no rebuznes, que ya no tienes padre!»

Una pregunta de la de Garcés la volvió a la realidad.

—¿No egcuchó usté anoche a Hermida?

—¿Anoche?... ¡Ah! ¿Fué ugté el que pasó cantando? Muy bien.

Arsenio, aunque no le había oído, asintió.

—¡Superiorísimo! Cosa de teatro. Yo, también...

—¿También canta?

—Eso disen.

—Pueg entonseg le aplaudiremog en mi chosa—exclamó doña Salud—. Hoy invito yo.

—Y nosotrog mañana—repuso González—. Conque a ver quien se luse.

La de Garcés recibió sin pestañear la impertinencia, y las Marías clavaron en Luis sus ojos escandalizados, pidiéndole que castigase al gañán: pero Luis le abrazó, y entonces ardieron arreboladas las mejillas de Pura...

¿Por la impertinencia?... ¿Por el abrazo?...

IV

A los quince días los niños empezaron a embarnecer. El pequeñín, el pollito culón, como decía Pura, no renunció a la teta, golosina exquisita; pero la tomaba de postre, luego de haberse atiborrado de manjares suculentos. Las nenas cogían caracoles y desenterraban coquinas, o vigilaban a los gallos, para oxearlos e impedir que asaltasen a los valientes peloteros y se engulleran su horrible carga.

Pura, molesta al principio, habituóse a vivir entre sus paredes de lienzo, y acabó por encontrarlas tan sólidas para la defensa como los más fornidos muros, e infinitamente mejores para la comodidad y el regalo del cuerpo. Al acostarse, la acariciaba el estruendo de la sinfonía estival, y adormecíase invadida por muelles sensaciones. Los grillos algareaban, pautando con sus uñas la arena; el mar gemía la blanda canción de las horas de calma: los buhos siseaban solemnes, siguiendo el luminoso vuelo de las luciérnagas, y la ronca del gamo y el gañir del can se fundían con el estridor de los élitros vibrantes. Con la aurora despertábase el averío, y escalaba aleteando el techo de cinc, y desperezábanse las gordas gallipavas y las esbeltas pollitas, y clarineaban los machos pendencieros... Luego, el orto del sol empalidecía las nubes y salpicaba de nieve las crestas movedizas de las olas.

Arsenio se domesticó un poco. Las simpatías de su mujer servíanle de

escudo, y el grado con que le trataban grujió las asperezas de su carácter desapacible, forjado rudamente por la soledad. Aficionose al visiteo y a la parola, y el roce con gente avispada pulió de tal modo su espíritu, que logró conocer el sentido figurado de algunas frases, y distinguir de una verdad un embeleso, y apreciar una descripción humorística, y contrastar el valor de un aserto cómico. Esta mudanza, èn parte, fué, obra de la discreción y la prudencia de sus relaciones, que, escarmentadas, suprimían las bromas y dulcificaban la maledicencia delante de él.

En dos semanas sólo había chocado con el clérigo.

—Oiga ugté, señor cura—le dijo—. ¿No aseguraba ugté que el conde era tan tragon que se iba al coto a embaular beyotag entre los jabalieg? Pog no eg sierto.

—¡Claro que no!—replicó *Virutas*.

—¡Si ya lo sé! ¡Se lo he preguntao al migmo conde!...

—¿Que usted...?

—Si, yo.

—¡Bah! Usted se burla.

—El que se burla eg ugté, que m'ha tomao de pito, ¡so embugtero!

Virutas, poco sufrido y caliente de sangre, alzó la mano, y sin la providencial mediación de don Isidoro, que contuvo a González, allí hubiera quedado deshecho.

Desde aquel día nadie cultivó la sátira hablando con el palurdo, al que miraban, si no con respeto, con miedo y piedad. Por Luis, que sabía adularle, envolviendo en palabras carrasqueñas el elogio, y que le deslumbraba con su ostentación, sentía un profundo afecto. Admiraba su gentileza, su generosidad, su calma inalterable, la armonía de su voz, el desdén oue le inspiraba el dinero y la facilidad con que lo recogía diariamente.

—En egta playa—decíale a su esposa—hay un macho, uno na mág. Pero un macho tan machísimo, y tan largo, y tan cabal, que vale por siento.

—¿El conde?

—¡Qué conde ni qué rayo! Luig. Ahí donde tú lo veg, tan peinaito y tan oloroso com'un marica, tié un rejo y unog riñonasog que tiran d'egpardag, y una sabiduría que ya, ya.

—¿Ese?

—Ese, que se pudrirá de rico. Y sin carrera, ni arte, ni ná. ¡Con sug puñog! Echando cartag ensima d'una mesa y tirando la boliya de la ruleta... ¿Quieg ofisio mág degcansao?

—¡Ah! ¿Conque eg jugadó?

—El que toma la fonda. Don Andrég, er *Santanderino*, su aparsero, y él, son los amog; pagan unog ayudanteg, que se llaman «crupiereg»... ¡y a cosechá miyoneg!

—¿Y si no ganan, Senio?

—Ganan siempre. Tienen pá resigti, y ya lo resa er refrán: «De enero a enero...» ersétera. Mág de treinta mir durog ha metio en caja.

Hermida, como si hubiese olvidado el castigo que Pura le infligió, tratábala con naturalidad perfecta, y era el primero en celebrar sus gracias y el que más orgulloso mostrábase de su intimidad. Bonachón, servicial y cariñoso, nunca aludió a su fracasada aventura: pero en ciertos momentos, observándola, acentuábase la palidez de su semblante, y un mordisco iracundo hacia blanquear sus labios bajo el dosel del bigote.

Reuníanse en la tienda de doña Cruz. Al oscurecer, las mocitas que habían ido a las ruinas de la torre para coleccionar conchas nacaradas, y las matronas que siguieron en sus excursiones por los cerrillos arenosos a la gente menuda, cogiendo retamas y lirios, pedíanle hospitalidad. Los caballeros tomaban café en el fonducho y no acudían hasta las once. Y mientras, las señoras, libres de su fiscalización, discutían los temas escabrosos que alborotaban a la comunidad, y ponían, a guisa de epílogo, un comentario acedo, condenador o indulgente, a los escándalos que rompían la tediosa igualdad de sus horas.

Con la presencia de los hombres animábase la tertulia. A veces, alguno, para solemnizar su suerte en el tresillo, o cualquiera otro suceso favorable, enviaba por el jerez y los pasteles recién comprados en Sevilla, y los de-

más, ardiendo en noble emulación, le imitaban entusiasmados, y las mesas de doña Cruz hundíanse abarrotadas de jamones extremeños, cofines de frutas, tarros de compota, aves asadas, lenguas con sus dulces albardillas rubias, empanadas, quesos, botellas... Entraban en la tienda, encendíanse las luces, se abría el piano, y los cantantes escombraban, dispuestos a lanzar tremendos berridos o suspirillos conmovedores; los agudos prensábanse el ingenio, para que destilase invenciones donairosas; los lerdos se amustiaban, convencidos de su torpeza, y las muchachas, con una jocundidad explosiva, reían sin saber por qué.

María Jesús, que empuñaba el cetro del flamenquismo entre el señorío, empezaba siempre el festín con una malagueña:

—¡Ay!... ¡jay!... ¡ayayayá!... ¡yayayáy!...

La queja sensual enardecía a los hombres, y, colorados, nerviosos, gritaban hasta enronquecer.

Después de cenar, tocaba Mercedes la famosísima gavota *Estefenia*—Tarararero, tarararero, tararari... ¡tará!—; destrozaban las niñas cualquier coro, y el médico y doña Salud cantaban «su» dúo. Sin el dúo, sin los paseítos sandungueros de don Isidoro y los quiebros de la de Garcés, no había fiesta completa.

—¿Egtamog, salerosa?

—Egtamog, emperador.

Y el viejo, arremangándose la cazadora y braceando, berreaba:

—Al salir el toro tocan,
el chiquero se abre ya...

Doña Salud agitaba el perícon como un capote y respondía:

—¡Páralo ahí, Joseliyo;
páralo ahí; güeno va!
—¡Vaya un bicho, cabayerog!

exclamaba Carrascosa con un bufo temblor en las pantorrillas.

Y su compañera enarcaba las cejas, maravillada:

—¡Qué poer y qué cornág!

Lo más chusco era la indignación de Becerril, que se encolerizaba viendo a la pobre doña Salud tirar cornaditas al aire como una vaca mocha.

—Pero esa viejarruca, señoreg!...

Hasta que lo ridículo cedía el paso a lo sublime, y entonces, resplandeciente, el farmacéutico asordaba con sus agudos atiplados:

—Una góndola fuéeee... mi cuna,
el Adriático méeee... arruyó,
y sin miedo ni péeee-na alguna,
mi tranquila niñez pasó.

V

Arsenio pensaba dar un banquete en honor de Luis, el día de su santo; pero el capataz de la finca que administraba escribióle participándole que su protector y jefe estaba enfermo de cuidado, y anticipó el ágape para agasajar al amigo antes de irse al pueblo. La dolencia—una fiebre gástrica—no le alarmó; y seguro de que el achaque sería vencido por la fortaleza del paciente, casi se alegró del contratiempo, puesto que le deparaba una ocasión para demostrarle su cariño al buen caballero que le favorecía.

Sentáronse a la mesa con el matrimonio, y Hermida, Carmen, Carrascosa, las tres Marías, doña Salud, don Teodoro, Antoñito (con quien se había reconciliado González), *Virutas* y Becerril. Las nenas comieron en la cocina, y Pura, indultada de las impertinencias infantiles, confiada en Rosario y con un auxiliar listísimo—el jorgolín del jugador—apenas tuvo que levantarse para atender a sus invitados.

La comida, sin refinamientos culinarios, sencilla, sólida y profusamente rociada con un vinillo rojal de clara estirpe sanluqueña, proporcionó a Pura la mayor de las satisfacciones, porque los comensales tragaron como ogros y dividiéronse en bandos al apreciar el aderezo de las viandas. Y así, mientras declaraban las narigudas que las frituritas de sesos no tenían rival, y Carmen decidíase por el estofado, y

Luis por la paella, el cura, relamiéndose, votaba por la pepitoria, y Becerril y don Isidoro, chupándose los dedos, defendían la salsa sabrosísima de los calamares. Arreció la pelea al servir Rosario los postres; pero una fuente descomunal de natillas que presentó Pura los puso a todos de acuerdo, y al ver las iniciales del obsequiado, trazadas con finísimo polvo de canela, sobre una mágica palabra, «A m i s t a d», estalló un formidable aplauso.

—¡Bravo! Eso es delicadeza—gritó *Virutas*.

Las Marías se conmovieron, y González, devorando media inicial, confesó que su mujer no era una bestia.

Tomaron el café al aire libre. Hundíase el sol, ensangrentando las aguas y el cielo, y un olor trasminante a resina y sal diluíase por el ambiente. La placidez de la digestión comenzada alcorzó a *Virutas* que, aunque enemigo jurado de inútiles blandenguerías, compuso un evangélico sermoncillo, inspirado por el lento navegar de una barca de pesca.

—¡Aprendan ustedes! — terminó —. ¡Tantos sufrimientos y peligros para adquirir un triste mendrugo!

Don Isidoro protestó en nombre de la burguesía, esgrimiendo los más vulgares tópicos del egoísmo.

—¿Y nosotros, caráfilig? ¿No arrogtramog peligrog después de habernog liquidado la moyera sobre montañag de libroteg?... ¡Carafilig, míreme ugté sin un pelo en la flor de la edad! Y no me quejo, Señor.

—En el mundo—agregó filosóficamente Palomino—cada criatura nase con su puegto señalado. Esog pegcadoreg, que son unog brutog—no quiero injuriarlos—pegcan; y ugté, cura; y don Anagtasio, canta sug misag; y yo defiendo mig pleitog...

—¿Y don Teodoro?—preguntó Carmen, burlonamente—. ¿Hase algo?

—Don Teodoro—repuso el agredido—degcansa. Y meresiéndolo, hijita mía. Porque don Teodoro, ese ricacho comodón, ha recogido egtiércol en lag carreterag, y ha sudado en Cuba mág que sien negrog, y todavía recuerda lo que eg no comer teniendo hambre.

—¡Jesúg!—exclamó Pura, impresionada.

—Sí; todos padecemos—afirmó el curita.

La réplica de don Teodoro enterneció a las mujeres, y los hombres, envidiando la victoria del viejo, diéronse a imaginar historietas dramáticas que pudieran relacionarse con su vida. Antoñito aseguró que también conocía por experiencia los tormentos de la gazuza, y contó un episodio inverosímil; *Virutas* declaró que había cursado la carrera siendo seminarista y fámulo al mismo tiempo, y don Isidoro hilvanó unas repugnantes aventurillas de hospital, que a él le parecían trágicas. González, para no ser apabullado por la franqueza de sus amigos, rasgó el telón que ocultaba su existencia, con gentil desenvoltura.

—Pueg yo, cabayerog, ni he lidiao con cadávereg, ni m'he quedao con las tripas vasías; pero, en el aquel del sufrir, echen ugtedeg y no se derramen. Porque hay cosag que, «vamog». ni en lag novelag.

Interesó el proemio, y González fué escuchado con una atención religiosa.

—*Desirme*—prosiguió en tono confidencial—: eso de que el padre de uno crea que no eg padre de uno y quiera matarle a uno, ¿se ve todog log díag? Pog mi padre, que egtará en los profundog infiernog, y ayí se pué jorobar, me cogió por lag piernag cuando no había cumplido siete meseg y ¡pum! a la armógfera. Si no eg por un montón de pajotes, egpicho.

—Sierto—aseveró don Teodoro.

—¡Y luego!... De verag; no m'he divertío mucho. Mi juventú, en el campo—en la casiya que nog dejó aquel hombre—yendo a la egcuela toag lag mañanag y a misa log domingog. Juergag, pocag; dinero, ninguno... Y a log veinte añog se me va la madre, y en el entierro, un señor, que se me arrima y me dise: «Tenemog que hablar.» Era la suerte...

—¿Cómo? — interrogó C a r m e n —. Aquel señor...

—Don José Linero. Me compró la

casiya y me hiso administrador de su hasienda.

—¿Y eso?

—Por su parentegco con mi madre, por simpatíag..., qué sé yo por qué. La suerte.

Aclaró aquel punto con prolijas explicaciones, y narró sus cuitas de soltero campesino, preocupado siempre por la idea de la mujer y sin habilidad ni valor para conquistarla, y al hablar de su casamiento intervino Pura.

—¡De eso no te quejarág, sorro!

No se quejaba, porque su mujer, sin méritos para que la beatificasen, competía en bondad con las criaturas más netas de corazón y más simples de intelecto. Pero si él nada podía referir, no le ocurría lo mismo a Pura. Le retozaban en el alma mil pícaras memorias de sus tiempos de amor, y apoderóse de ella un irrefrenable deseo de resucitar lo pasado.

—¿A que no asiertan ugtedeg cómo me pretendió mi Senio?... Pues... ¡Ay, si égte eg mág raro!...

—¡Eh, tú!—gruñó el marido—. Pocag pamplinag.

—¡Que hable! ¡No faltaba mág! —gritó doña Salud, apoyada por las narigudas.

—¡Anda, muchacha!—dijo Carmen—. Si se molegta, peor para él. ¡Egtog tiraniyog!...

Pura vió sonriente a su esposo y, envalentonada por el vino y el poquitín de cognac, se decidió:

—Pueg... no te enfadeg, Senio... Pueg... verán ugtedeg. Mi marido, que tomaba el pendingue al oír el «*Ite missæ*», en cuanto se enamoró, hijag míag, empesó a darse unog plantoneg en el porche y unos paseog por la plasa, capaseg de rendir a un potro. Pueg, señor, que nosotrag, lag sorterag, pensamos: «ese peg ha mordido.» Pero ¿en qué ansuelo? Porque él paseaba y se ponía claveles en el ojá...

—¡Mentira!—interrumpió Arsenio—. ¡Yo claveleg!

—Bueno, una sola veg.

—¡Se ponía calveleg!—repitió Hermida, riéndose—. Y ¿qué mág?

—Pueg que pa él como si no esigtiéramog lag mosag, porque no quitaba los ojog de la veleta. Y claro, la guasa naturá: «Fulanita, ¿te ha convidao la torre?» «¿Convidá?» «¡Como se casa!» «¿La torre?» «Sí, la torre. ¿No l'ha salido un novio?» Pueg ni por esag. El, anda que te anda, y cavila que te cavila, mág cayao que un muerto.

—¡No, que iba a *bainear* egte cura! —gritó González.

—¡Silensio!—ordenaron las damas.

—Una mañana..., ¿t'acuerdag, Senio?... Una mañana, mi madre, Dios la haya perdonado, se degpatarró al sali de misa; y como la infelig egtaba *hechita* un toné, bregaba yo por levantarla, cuando me la veo enderesarse como isá por una grúa, y me encuentro con su mersé a la vera. «Agradegco mucho...» «¡No hay de qué!» Y salió pitando com'un rejilete. Pero al otro día, egtupefasión: el novio de la torre que se cuela en mi casa. «¿Cómo egtá la enferma?» «¡Si no egtá enferma, ni lo permita el Artísimo!» Se cayó y se fué. Y a la tarde siguiente, otra te pego: «¿Y la enferma?» Bien, sin enfermedad.» Y una semana degpué, y un meg, y dog meseg, y treg meseg degpuég, idéntica pregunta: «¿Y la enferma?» Y yo: «¡Si no hay enfermedá!» Hagta que un día, harta de verle huir mág colorao que un pavo, dijele: «¿Cuál eg su grasia, amigo?» «Arsenio Gonsáleg.» «Y ¿qué busca ugté aquí?» Y con mág miedo que si yo fuera el verdugo, va y me suelta la preguntita. «¡Ah! Pero ¿eg que ugté s'ha empeñao en que enferme mi madre?» ¡Jopo! No volvió. Y ahora yega lo bueno: me solisitaba un muchacho, se enteraba el hombre de la torre, y ¿qué se imagina ugté que hasía, Luig?

—No asierto—respondió el interrogado.

—¿Qué hasiag, Senito?

—¡Toma!—repuso—. ¡Pegarle!

—Ya lo oye ugté. Sin un insulto, sin una provocasión... «¿Eg ugté Sutanito?» «Sí.» ¡Pum!...

—¡Naturalmente!—refunfuñó Arsenio.

—A la cuarta palisa me habló don José, nog casamog, y *aquí pag y degpuég gloria.*

—Yo era muy corita—repuso González—. Pero, viviendo entre ensinag y lobog, Señor mío Jesucrigto, ¿quién eg er guapo que se aserca a una mujer? Y ¿quién domina log requiloriog der saludo fino y de la palabrita melosa?... Yo, no. Pa mí, esag filigranag son letra muerta. Y no por brutalidá, ¡cuidado!, que mág torpeg que yo log hay detrág de cada esquina, aunque no aquí, en egte cojoyito de la elegancia, sino por falta de costumbre.

Aplaudióse la sencillez y la modestia del anfitrión, y éste, animado, se lanzó por el sendero escabroso de las grandes confesiones. El era un pobretoncillo: dos mil pesetas de sueldo y casa. Total, el pisto asegurado, manejándose con prudencia... ¿Baños? ¡De pies y en un barreño! ¿Viajes? ¡Desde el caserío al pueblucho, y gracias! Pero una casualidad, es decir, un arranque del benditísimo don José... «Arsenio, ¿cómo lo pasas?» «Pchs... Vamog tirando.» «Es preciso que te avíes. Siembra Biré por tu cuenta.» «Pero ¿y el trigo, y lag yuntag, y log jornaleg?» «Con lo que recojas me pagarás.» Y así lo hizo, y se embolsó mil duros como mil soles, y compró la tienda y los muebles, y allí estaba en medio del señorío, con una satisfacción...

La presencia de Manuel interrumpió el discurso.

—Qué, ¿traeg carta, Manolito? Pura, la coñac pa Manolito.

—Carta no traigo.

—¿Hay novedadeg? ¿Sigue mejor don José?

—Ya no egtá malo. L'entierran mañana.

Fué un golpe horrible. Arsenio, alelado, contraído el semblante por una mueca de angustia, masculló una maldición.

—¡La vara der Patriarca!...

Y en seguida, sin despedirse, loco de ansiedad, apartó de un manotón a doña Salud, montóse de un brinco en el mulo del cosario y se perdió en las tinieblas.

VI

Pura, visitada frecuentemente por Carmen, la de Garcés y las narigudas, estuvo tres días sin salir. Al cuarto, en la hora plomiza de la siesta, una mano enjoyelada alzó el telón y presentóse Luis.

—¿Qué tal, Purita? ¿Y ese diablo?

—No sé; no ha escrito... Asiento.

Los pequeños dormían. Un calor tórrido caldeaba el cinc de la techumbre, y los muebles crujían al dilatarse las maderas, y el lienzo estirábase requemado. En la playa, aplastada por la lumbre solar, sólo se oía el graznido clamoroso de las gaviotas.

—¿Y Carmen? ¿Echada?

—Segteando..., pesadiva... Pareseque ahora se va a multiplicar el matrimonio. A la vejeg, viruelag.

—¡Ah! ¿Sí?... Pero eya no eg vieja, hombre de Diog.

Hermida afanóse por cimentar sobre el liviano tema una charla agradable; mas, apenas iniciada, su interlocutora le cortó los vuelos.

—Bien, no hay que digcutir; yo no deseo pelearme con ugté ni de mentirijiyag.

Procuraba ocultar su inquietud fingiendo desparpajo, y Luis notó la maniobra.

—¿Qué tiene ugté?

—¿Yo? ¿Por qué?

—Eso me pregunto.

—Nada, hijo.

—No, egtá ugté sobresaltada.

—¿Eg ugté el coco?

En el acento, más que en las palabras, vibraba cierto temor que no excluía la burla, y Hermida, comprendiendo la inutilidad de los prólogos, entró de lleno en el asunto.

—Pura..., ¡ugté no me quiere bien!

—Ni mal.

—¿Ni mal?

—Vamog, quererle, lo que se yama quererle, ni chigpa. Egtimarle, ¡qué sé yo!... Ugté eg amigo de mi egposo..., y al fin una...

—¡Sí, yeva ugté razón!—exclamó Luis, interrumpiéndola.

—Entonseg...

—Yo tengo que suplicarle a ugté, de rodiyag, que me perdone.

Por primera vez le hablaba de *aquello*, de la bestial declaración. La hembra reconstruyó mentalmente la escena, y alucinada, vióse junto a una choza, con su hijo en los brazos, asaeteada por unos ojos brunos, y sintió el mosconeo del miserable: «Se yama Pura. Eg ugté migma.»

—Yo me porté indignamente, infamemente. ¡Lo conogco! Y, sin embargo...

—¡Ah! ¿Va ugté a digculparse?

—¡Voy a digculparme, sí!—afirmó con soberbia—. ¿Ugté sabe lo que eg meterse un cariño en lag entrañag?...

Pura se irritó.

—Pero ¿cómo ha brotado ese cariño? ¿En un segundo?

—¡Si eg viejo! ¡Si yo me enamoré de ugté hase ocho añog, en casa de la maegtra!... ¡Si he yorao yo por ugté hagta que se me secaron los lagrimaleg!

—¡A otro perro, Luig! ¡Ugté yorar!

—¿De manera que miento?

—No he dicho...

—Dígalo ugté, y pégueme si se le antoja.

—Me podía lagtimá. Y... ¡arto a la guardia!—añadió gravemente—. Si ugté se encaprichó o no se encaprichó...

—¡Me enamoré!

—Bueno; pueg si ugté se enamoró, chito. A mí no me importa esa deggrasia, que no puedo evitar, y le advierto, por si se le ha orvidado, que pasé va por la iglesia y que mi marido digfruta de una salú bárbara.

—Y yo me alegro.

—¡Pueg a cayar!

—¡Dezpuég de sinserarme!

—Como eso eg imposible...

—¿Impcsible? Egcúcheme ugté... Y por delante la verdá: yo soy un cabayero, en algunag ocasioneg tal vez me siegue la pasión...

—Le siega, le siega, hijo.

—Pero en el fondo, créame ugté, en el fondo guardo la inocensia de un resién nasido.

—¡Y tan guardá! Porque, anteg que a ese fondo se yega ar de un poso airón.

—¡Pura!

—¡Luig!

—No abuse ugté de la degdicha...

—¡Tilín!... ¡Tilín!... ¿Una limogna pa un minero cojo?

—Conforme. Nog reiremog.

—Sí, mág vale—afirmó ella con seriedad—. Yo no soy tan inocente como ugté, porque yevo un ratito en egte vaye de lágrimag. Y como adivino sug pensamientog...

Extendió el brazo hacia la puerta, y el galán alborotóse.

—¿Me echa ugté?

—Mi egposo—dijo, evadiendo la respuesta—no egtá aquí; la conversación le ofende... Así eg...

—Pedir perdón, ¿eg una ofensa?

—Sí, porque ugté pide perdón para seguir ofendiéndole.

—¡Lo niego!

—¡Como si no lo negase ugté! Y contégteme: ¿no eg una vivanía intrigar contra un hombre confiao, mág infelig que la infelisidá migma?

—De acuerdo. Una vivanía.

—¡Hola!

—Pero yo, con tal de vivir...

De una garfada aborrascóse el cabello. Se levantó, y silencioso, apretados los dientes, dió algunas vueltas como si madurase una resolución, y de súbito encajó la puertecilla y en dos trancos colocóse junto a Pura, impidiendo que huyese.

—¡Quieta!

—¿Qué eg eso, Luig?...—murmuró espantada—. ¿Se ha vuelto ugté loco?

—¡Ugté, ugté me ha vuelto loco! ¡Maldita sea la hora en que la vi!

—¡Pero, Hermida, por la Santa Virgen!

—¡Ni por Crigto, su Hijo! ¡Ni por tog log santog de la corte celegtial! ¿Va ugté a quererme?

—Yo... le he dicho...

—¡No me ha dicho ugté nada! Casorio, religión, honra..., nada, no me importa nada. ¿Amigtá? ¡Me río de la amigtá; no hay amigtá! ¡Y me río de ese idiota, y de sug valentíag, y de la madre que lo parió, y en sug josicog la beso a ugté, y le saco el alma a bocaog si me mira!

Un terror fascinante que la para-

lizaba, que entorpecía sus sentidos, adueñóse de Pura. Percibía la respiración de las nenas, el canturreo de Rosario, la queja rítmica de unos pescadores que halaban del copo: veía las agujas de sol que atravesaban los lienzos; sentía ascender los gritos a su garganta y luchar en ella por hendir los aires; quería gritar, correr, defenderse: pero, como si le aherrojara una pesadilla, permanecía muda e inmóvil ante el rostro desencajado de su amador.

Luis, con la voz enronquecida, repitió la pregunta:

—¿Sí, o no?

«Rosario puede venir. ¡Si entrase alguno de esos pescadores!», pensaba la hembra.

—¡Sí, o no?

Pasaron unos segundos. Una risilla irónica sacudió al tahur, que, frío, calmoso, dominando sus nervios, llevóse la diestra al cinto y formuló una advertencia cortés:

—Salga, que quizág se manche de sesog.

Y al relucir, sombrío, el pavón del revólver, Pura recobró la palabra y el movimiento.

—¡Luig!... ¡Ay, Luig, Luig!...—gimió sujetándole.

—No..., déjeme..., si yo..., ¿qué le importo yo?...

—¿No ha de importarme?

—¡Déjeme, Pura!...

—¡No le dejo!

Le abrazaba temblorosa, anhelante, con los ojos nublados; y él, creyéndola vencida, la estrechó contra su pecho, acariciándola frenéticamente.

—¡Pura, mi gloria!... ¡Tesoro mío!... Pero si estoy chalaíto por egtá divinidá de sintura y...

Ella tapóse las mejillas, sollamadas por un aliento de bestia en celo, y le repelió con vigoroso ímpetu; pero el macho, quemándose en las brasas del deseo, levantó el cuerpo, de opulentísima y turbadora macicez, y entróse en el dormitorio.

—¡Suelta, ladrón, maldito!

—¡Mi alma!...

Unos dedos epilépticos arrancaron presillas y rompieron ojales, y la sequedad de unos labios convulsos, hambrientos y salaces que se posaron en su frente y se durmieron en su boca y se desmayaron en la blancura nívea de su garganta, provocó un alarido angustioso:

—¡¡Rosario!!

Aún luchaban cuando apareció la criadita, que, al ver a Pura debatiéndose entre los brazos del jugador, acometióle con braveza.

Las pequeñas despertaron.

—Mamá, ¿quién grita?

Y Luis salió tambaleándose como un ebrio, y desplomóse, sollozando, la mujer.

VII

Aquella misma noche retornó González. Malhumorado, fosco, ni preguntó por sus hijos ni saludó a Pura.

—A comer.

—¿Vieneg cansado, Senio?

—No. Yo soy de corcho—replicó sarcásticamente—. ¿No lo sabeg?

—¿Qué te pasa?

—Oye, Purita—dijo cogiéndola por las muñecas y zamarreándola—, oye; no me jeringueg. Vengo cansao. ¿Egtág ya contenta? Pueg a comer. ¿Te digo mág?

De improviso, rompió a llorar con infinita angustia. A Pura le flaquearon las piernas y se apoyó en un mueble para no caer.

—¡Te han degpedido!

No respondió. Toda la rudeza del asno travestido de tigre licuábase ablandada por el infortunio, y su tronco potente estremecíase con el fluir y refluir de la pena, y sus puños saltaban como pájaros agonizantes, y su pobre cabezota vacía amparábase entre los bíceps de hierro, atribulada e irresoluta.

—¡Log niñog! ¿Qué va a ser de log niñog?

—Ya encontrarág. No te apureg, hombre.

Pura, preocupada, herida por el atropello del tahur, reaccionó al recibir el nuevo golpe, y del propio desmayo extrajo fortaleza. La debilidad de su

marido la amedrentó. Era indispensable reparar aquella energía vacilante, evitando su total ruina, y aparentó una bizarra confianza.

—Al fin y al cabo, la arminigtrasión... nog daba el pan; pero tasadito y echando tú log bofeg y asacaneando como un mártir. De modo que, mirando así la cosa... cualquier negosio, con menog trabajo, ha de produsirte doble. Y sin regponsabilidadeg, Senio.

—¡Toma!—gimió convencido.

—Y además que, por don José, el alma y el corasón y la vida; pero por el Linerito y doña Mohineg..., ¡lo que eg yo!... Verág tú cómo te yaman log de Genil, en cuanto se enteren de la tragtada.

Le limpió los ojos aguanosos, le besó maternalmente sacudiéndole palmaditas en la papada, como a un chico enfurruñado, y las caricias devolvieron al bruto su punzante rustiquez.

—Bueno. ¿Qué dinero tieneg?

—De eso te iba yo a hablar. Cuatrosientog realeg en la cajita, y aquí... una, dog, seig pesetag.

—Y yo, dogsientog durog...

—¿Nog vamog?

La proposición sacó de quicio a González.

—¡Pero qué mula, qué mulísima ereg, mujé! ¿Adónde? ¿A la cochitrina del pueblo? ¡No lo tumbara un terremoto!... Aquí, aquí, que hay gente gorda y de pagta, y puég alcansar un acomodo. Arrimate a quien te dé y no a quien te quite.

Cenó gargantuescamente: un pollo, unas lonchas de jamón, un dornajo de ensalada de pepino, y repapilándose con el último trozo de flan, se marchó a la fonda.

—Senio, mucho cuidado. No te confieg mág que a lag personag de confiansa.

La recomendación de Pura le hizo escupir con desprecio. «¡Siyeterísimag mujereg!» El iba a contarle sus desgracias a un desconocido, a un cualquiera... ¡Vamos, Señor!... En el fonducho tomaban café el conde, don Teodoro, Antoñito y *Virutas*, y bebían gaseosas el de la Cabuérniga y uno de sus dependientes. Y como todos eran de confianza, Arsenio se desahogó con tan amable compañía. El hospedero y otro bato de su laya, también escucharon sus confidencias, y acabó por llamar a Becerril y a sus contertulios, para exponerles el caso con enorme profusión de explicaciones y detalles.

—Ya no se trata de mí—deciales—; se trata de la jugtisia. Problema: el propietario don José Linero, o el propietario A, *requiegca;* y el arminigtradó, Arsenio Gonsaleg, o el arminigtradó B, visita...

—Al heredero H—apuntó el conde.

—Jugto. Y ¿qué faena se carga el heredero H con el arminigtradó B?

—Perrísima, amigo. ¡Indesente!

—¡De serdo, mardita sea mi sombra!

A las once, desfilaron Becerril y sus amigos. Don Teodoro, sin administrador y con fincas, se deslizó sin mirarle. *Virutas* le invitó:

—¿Vieneg a la tertulia de doña Cruz?

—Luego.

Una matrona con trazas de campesina se asomó a la puerta gritando: «Juan... ¡Juan!», y Bautista empuñó su cachiporra para ahuyentarla. Al fondo de la tienda, un vivo resplandor hacía amarillear el lienzo. Tintineaba la plata, y de vez en cuando el estallido de una interjección destacábase vigoroso entre las frías voces de los tahures. «Entrés.» «¿No va más?» «¡Juego!» Señoritos de aldea, burgueses, pelantrines, mohatreros y sollastres, entraban remoloneando y salían entristecidos o resplandecientes, con la color biliosa o aborrachada.

A medianoche, el *Santanderino* y su compañero sustituyeron a Luis. Hermida, un tanto receloso y hurgándose en el cinto, vió avanzar a González: pero el gesto del pobre diablo le tranquilizó, y le estrechó efusivamente las manazas.

—¡Luisito!

—¡Arsenio! ¿Y esa egcursión?

—¡Cay'ugté? Er prinsipio der fin. Pura..., figúrese ugté. Una *yantina* que me he pasao una hora consolándola... ¡Sesante, Luisito!

—¡Caray! ¡Por vida de...!

—¡Sesante y sesante y sesante! Y

por ahí triyoneg de piyog con sug manificag arminigtrasioneg, empapujándose el buche y robando el copón... Y uno... en soledá...

—Eso eg ofender, Arsenio. Yo soy amigo de ugté; mág amigo de lo que parese; y lo que ugté nesesite...

—No, si yo...

—Pero seriamente. Yo no hablo por cumplir. Mi bolsiyo, mi casa, mig relasioneg, de ugté son.

—¡Luisito!

Conmovióse González y se le atascaron las palabras en la gorja.

—Ugté..., ugté... eg un hombre...

—El movimiento se demuegtra andando... y ahora hablaremog. ¿Tiene ugté prisa?

—Ninguna.

—Pueg a egtirar lag piernag, que hay tela cortada pa charlar un semegtre. ¡Bautigta!

—Don Luig...

—Que nog avíen unag perdiseg y una tortiya.

Anduvieron silenciosos un largo trecho. Casi todos los veraneantes dormían, y las chozas, sin luz, defendidas por sus burdos esterillos, perdíanse en la oscuridad. En la tienda de Pura gimoteaba el pequeño, y en la de doña Cruz desvaneciase Becerril, estridulando como un grillo monstruoso:

> • Una góndola fuéeee mi cuna,
> el Adriático meeee... arruyó...

La pareja de carabineros desleíase de entusiasmo.

—Ya egtá Becerril en su góndola —dijo Hermida.

—Sí, eg un cantaó...—repuso Arsenio—. Y... a lo que importa—agregó después de una pausa—, si ugté no se opone.

—Pueg lo que importa eg que viva ugté ccmo merese. ¡Y na mág! ¿Se iría ugté del pueblo?

—Sin volver la cabesa.

—Entonses, ligta la barca.

González no se atrevía a dar crédito a sus oídos.

—Pero ugté...

—Yo, enfardelando quinse o veinte mil duros por temporada, todavía no tengo mág finca que mi cuerpesito; pero conogco gente.

—Y entre esa gente...

—Hay quien paga contribusión por media caye en Córdoba, como Rafaelito el *Judío*, mi aparsero, y quien egplota log mejoreg *chamisog* de prégtamog en Seviya, y quien pué galopar por derecho medio día sin salir de tierra que le pertenese.

—Y esog...

—¡Esog le colocan a ugté, o pierdo yo mi nombre!

—Pueg si me colocan, hágase ugté cuenta de que, pa mí, eg ugté el Ornipotente con toag sug piarag de ángeleg y serafineg!

—¿Por una tontería así?

—¿Tontería, ¡resifoneg!, yama ugté a resusitar a un muerto?

Detúvose, y solemnemente, con lágrimas en la voz, formuló una pregunta:

—¿Quiere ugté haserme una mersé?

—¡Y mil!

—Pueg vamog a tutearnog, y venga un apretón de hombre bueno.

Se abrazaron, y como un vientecillo húmedo comenzara a batirles, refugiáronse en la fonda y se embistieron a los fiambres, emborrando con voracidad de gallináceas.

Bautista se retiró después de servirles el café, y Luis, encendiendo un habano, reanudó la conversación.

—Y ahora, amigo Arsenio, he de contarte algo que, la verdá..., aunque no deja de ser honroso...

—¿De qué se trata?

—De una apuegta.

—¿Y a mí?

—A ti... te interesa. Mira, eg una broma pesadita. Quizá yo me haya *exedido:* quizá te enfadeg tú...

—Contigo, nunca; por nada, sea lo que sea...

—Eg que... si no hubiéramog complicado a Pura...

—¿A mi mujer, Luig? ¿Qué bromag son ésag con mi mujer? ¡Egplícate!

Habíase incorporado nervioso, con un temblorcillo de animal carnicero en la mandíbula inferior, y Hermida se puso en guardia.

—¿Veg, veg cómo...?

—No, no me enfado; me inquieto.

—¡Ah! Cuidadito. Yo sufro que te enfadeg; pero que te inquieteg, no. ¿Por qué esa inquietú, dansando yo en la broma?

—Si, eg sierto.

—Fué una balandronada de..., de uno, de Juan el *Bocón*, de Perico *Bolag*... Yo refiero el milagro, pero no degcubro el santo. *Ese* reparó en tu egposa, y como entre hombreg no se regpeta ná, pueg vino aquello de «¡Jesú, qué ojog!», y «¡Crigto, qué pechuga!», y...

—Alante.

—Y el *Bocón*, que debe haber nasido en una carretera, afirmó que sería como lag demág, es desir, que junto a un gaché resuelto... «Esa señora—repliqué yo—eg la Virgen María.» Apogtamog: se escondió detrág de tu tienda para sentirme comiquear: trabajé yo a Pura, y, chiquiyo, ¡ni la Virgen eg mág desente!

—¿Y na mág?

—¿Te parese poco?

—Buen sugto me he chunado. Créeme: si ese individuo insulta a Pura, ¡me bebo su sangre!

—¡Naturalmente! Y te arvierto que hondurag mág sanag que lag del muchacho, *nanai*. Puso en lag nubeg a Purita: pagó sin chigtar... Y a propósito, tug quinientag pesetag.

Ofreció un billete a González, obligándole a guardarlo casi a viva fuerza, y añadió sonriente:

—A cobrar. A mí no me gugtan liog de dinero. Yo hise la apuegta con la condisión de que había de partir contigo. Si no, ¿cómo? ¿No eg Pura tu mujer?

El argumento convenció a González, y, un poco atontado, retiróse, no sin oír una recomendación final:

—Ni una sílaba a tu egposa..., ¿entiendeg? Así, cuando te relate el drama, nog revolcaremog de risa...

VIII

Expiraba agosto. El sol fué cediendo en su combate con el mar, y aunque por las mañanas su hálito de hoguera desecaba los charquillos que dejó la creciente, trocando en cagafierros los grumos de arena humedecida, y aunque desde el cenit fulminaba sus rayos sobre las olas y deshacía las nubes en el cielo, al soplar la brisa enfriábase su greña de luz, y por las tardes navegaba inofensivo.

Las noches ya eran del mar. Un remusguillo punzador barría la playa y colábase en tiendas y chozas, quimerista y ululante, y el pueblo se fué amustiando. Las tertulias languidecían; ya nadie pensaba en cantar a la luz de la luna, ni en galantear bajo el parpadeo argentado de las estrellas, y las batistas espumosas y las sedas livianas arrugábanse en los baúles, y crecían los lechos, paramentados con peludos cobertores y colchas tupidas. Algunos pelantrines habían partido, y la pobretería que llegó después de la recolección, y los ricachos burgueses que sentían la nostalgia de los pisos duros, los horizontes limitados y las paredes espesas.

González, insensible a la frialdad del tiempo, veía transcurrir los días ociando frailunamente. Una semana después de su viaje, recibió Luis una carta del *Judío*, y al recorrer la prosa mazorral, llena de promesas, Arsenio creyó desvanecerse de alegría.

—¿Qué te parese Córdoba?—le dijo a su mujer.

—No la he visto...

—¿Y te gugtaría visitarla?

—Según... Pero ¿a santo de qué...?

—¡A santo de que voy a colocarme ayí, tontaina! ¿No comprendeg? ¡Digo, si nog enserramog en el pueblo!...

—¿Y por quién te colocag?

—Por uno que eg mág que amigo mío, hermano... ¡Aunque no le quierag tú!—agregó maliciosamente.

Pura, resuelta a evitar un lance sangriento, no recogió la insinuación; pero como siempre que su esposo loaba a Hermida, agrió el gesto, ceñuda y silenciosa.

No hubo más cartas: ni del cordobés, ni del usurero sevillano, ni del terrateniente prócer. Arsenio, menos engreído, amohinóse, y comenzó a tras-

nochar. Aumentó la dureza de su carácter pedernalino y la secura de su palabra díscola y la lobreguez de su mollera zonza, y dió en la flor de creer que sus conccidos le recibían para explotarle y que Pura le arruinaba con sus dispendics.

—Entre esos gorroneg y tú, ¡bibliag!

Perdió el apetito, dejó de frecuentar la reuniones de doña Cruz y riñó con sus hábitos de esposo casero, dominado por una preccupación constante. Si su mujer le pedía unas pesetas, herido en su afán de miserear, engallábase rabioso... «Pero ¿qué t'has figurao tú, rucha?» Si le suplicaba que la acompañase, rechazábala adusto. «¡Pa que organisen una senita con nuestrog jamoneg!» Si lloraba, ofendida, insultábala, aullando de cólera.

—¡No puedo mág, no puedo mág, Senio!

—¡Revienta! ¡Muérete!

¿Era vesania? ¿Era perversión? ¿Era sólo estupidez? La hembra, que le despreciaba a ratos y a ratos le temía, compadecíale también en ciertas ocasiones, y le emocionaban sus paseos melancólicos y sus monólogos de enajenado. ¡Si estuviese enfermo!... Alarmóse, consultó con Carrascosa y supo la verdad. Arsenio jugaba, y con fortuna tan adversa, que en cuatro o cinco sesiones se había dejado en el tapete más de doce mil reales. La pérdida originó el mal, que no perturbaba el cuerpo, sino el espíritu, abatido y apenado.

El descubrimiento la asombró. Aquel dinero, ¿de dónde procedía? ¿De la ruleta o del monte, que se lo llevaron? Sin acostarse, aguardó al vicioso, y le acometió aprovechando su sorpresa.

—Siéntate, que hemog de hablar.

—¿Hablar, a egtag horag?

—¡A egtag horag!

—¿Y con esa cara de jué?—dijo Arsenio jocosamente, procurando disfrazar su inquietud.

—¡Tú juegag!—afirmó Pura, planteando la cuestión.

El acusado resistióse a confesar.

—¿Al marro?

—¡Tú juegag!—repitió la acusadora.

—¿Y qué?—exclamó, exaltándose—. ¡Juego! ¡Me juego lo mío, y lo tiro si se me pone entre seja y seja!

—¿Lo tuyo, o lo ajeno?

La turbación, más grande que la brutalidad, refrenó la ira, y González guardó silencio.

—¿Lo tuyo, nada mág que lo tuyo? —insistió Pura—. ¿Se convirtieron en doce mil log cuatro mil realeg que guardabag? ¿Parieron, quizá?

—Yo tengo amigog...

—¡Luig!—exclamó ella palideciendo.

—Sí, Luig.

—Debí figurármelo... ¡Ese... ladrón!

—¿Ladrón? Tú ereg una incsente...

—¡Ladrón, ladrón, que te pregta lo que te ha de robar! ¡Ese... canaya!

Arsenio se sonrió, y ella, que se había detenido para no provocar a la fiera con sus revelaciones, excitada por su calmosa indiferencia, en un momento de vengativa sinceridad, escupió la denuncia crudamente.

—¡Ese canaya, que ha querido engañarte conmigo!

Creyó que al oír la acusación botaría su marido como si le hubiesen cruzado la cara, pero su sonrisa no se borró.

—Lo sabía.

Y fué ella la que se incorporó de un bote, pálida y temblorosa, dibujando un mohín de asco, y la que le interpeló con desesperada violencia.

—¡Dime que no, Arsenio! ¡Dime que no lo sabíag! ¡Dime que no hag pedido favoreg...!

—Lo sabía y log he pedido.

—De manera que tú... Entonseg tú... ereg...

—¿Qué soy?

—¡Lo último!—gritó valerosamente.

En los ojos de Arsenio fulgió una llamarada lívida, y sus manos se contrajeron, prontas a golpear, y alzáronse con furor parricida; mas los ojos se apagaron y los puños cayeron mansamente.

—No te pego. Te valen tug naguag.

—¡Pégame, pero niega eso!... ¡Niégalo; por log niñog, Senio de mi vida, por mí!—suplicó sollozando.

Consiguieron las lágrimas lo que no había conseguido la energía, y el bruto explicó su conducta.

—¡Si no te quiere ese hombre, puerca!... ¡Si te habló pa demogtrar tu honradeg!

—¡Quiá!

—Por una apuegta... Uno dijo que seríag como todag; sartó Luig, apogtaron... y ahí tieneg.

—¡Quiá! Y tú, ¿hag creído ese embugte?

—¿Por qué eg embugte? ¿Se ha de enamorar de ti to bicho viviente?

—Ese, por lo menog...

Brillaron de nuevo los ojos de González y se crisparon sus manos: pero esta vez el cuerpo femenino probó su terrible empuje, y al rendirse Pura a su crueldad, escapó con el temblequeo de una bestia desjarretada.

IX

Después del atropello, el matrimonio no volvió a disfrutar de una hora de paz. Víctima y verdugo se esquivaban; ella, sombría y tristona, y él, cabizbajo y abstraído. Veíanse durante las comidas y hablaban lo indispensable.

—Han traído hoy meloneg—indicaba él.

—Se comprarán.

Y callaban, espiados por los ojitos recelosos de las niñas.

—¿La sal?—solicitaba Pura.

—La sal—decía él, sirviéndola.

A la caída de la tarde solía pasear con las nenas por la playa, y luego metíase en la fonda. Las partidas eran insignificantes. Faltaban los jugadores corajudos y temerarios que pretendían violar, osados, a la Fortuna a fuerza de valor, y los cobardes, empujados por la avaricia y contenidos por el miedo, arriesgaban sumas pequeñísimas con vergonzosa cautela.

Luis y don Andrés se aburrieron, y el *Santanderino* lió sus bártulos y se marchó con sus auxiliares, entre las maldiciones de los despojados y las sonrisas de los ganancioso. Animáronse las tertulias, reforzadas por los quimeristas adoradores del azar, y doña Cruz cerró brillantemente la temporada de fiestas. Pura y Arsenio no salían. El, aplanado, sin alientos, membraba las noches de fiebre perdidas juntos a unos braserillos áureos, siguiendo el galope de unas bolas que deshacían caudales y acrecentaban miserias; y ella, observándole, viendo cómo se le fundía la voluntad, pensaba con espanto en lo porvenir.

Una mañana, al retirarse Palomino y las narigonas, que ponían tierra por medio, reclamaron las niñas:

—¿Y nosotrog, papá?

—¿No nog vamog?

—Sí, habrá que irse—murmuró.

Disponían de ochenta pesetas, y como sólo el viaje importaba más y tenían que alquilar una casita y reunir unos duros para manejarse hasta que él obtuviera la ansiada colocación, Arsenio decidióse a molestar nuevamente a Hermida, y un poco avergonzado se dirigió al fonducho. Pero Luis, requerido con urgencia por sus socios, había levantado el vuelo. Dejó una tarjeta: «Voy a Córdoba. Si me necesitas, ya sabes. Abrazos.»

Todos comenzaron a imitarle. Primero partió *Virutas* con Becerril y don Teodoro, caballeros en raudos pollinos; después, Carmen y Carrascosa, en ligeras mulas, y, por último, en un carro enorme, doña Salud y las de Miranda, escoltadas por el del Toril, que oprimía el vientre de un animoso cuartago.

—Pero ¿y ugtedeg?—preguntaban los viajeros—. ¿No arranca ugté, Pura?

—Todavía no—replicaba la infeliz—. ¡Eg egto tan hermoso!

—Sí; pero el frío... y la soledá...

—No. Todavía...

Y valerosa, endulzaba con su gesto risueño el amargor de las despedidas.

A diario formábanse largas caravanas y transponían los cerros, pinos y blanduchos, bestias de labor, pacientes y vigorosas; jaquitas recortadas y veloces; asnos cachazudos, y petulantes rocines. Las jardineras, con su carga señoril, frágiles y esbeltísimas, desaparecían pronto entre cascabeleos y trallazos, y las galeras, con los colchones coronando la estiba, con el averío en la bolsa y el mastín a la zaga, se alejaban chirriadoras y crujientes, bamboleándose con majestad.

Cuadrillas de campesinos descaperuzaban tiendas y chozas, apilando matojos y juncos cerca del mar, y recogiendo cuidadosamente vigas y machones, alcayatas y tornillos, lienzos y láminas de cinc. Ya nadie afrontaba el peligro de los traidores relentes y de las alboradas frigidísimas, y los labriegos, con sus retoños (micos desainados y negruzcos) bañábanse a vísperas con el agua templada por el sol.

Septiembre, más cobrizo que rojo, presentóse con su randal de calina y su palio de nubes, y recién nacido robó al viento su humildad y a las olas su transparencia. Su soplo apresuró la desbandada, y el de la panadería y el matarife, con los trebejos de hurtar, trasladáronse a sus pueblecillos; y los pescadores huyeron en busca de más ricos mercados; y una tarde, el guarda de la capilla y dos obreros desmontaron el cimbalillo y el reloj, arrancaron la techumbre, empaquetaron el altar y la lona, ennoblecidos por el viejo latín de los Evangelios, y zarparon al oscurecer en una barca que se llevó en su vela albeante toda la luz del día moribundo. De la fonda, sin mostrador, sin letrero y sin toneles, sacaron también los camastros, y una mañana amaneció con la armadura al aire, entre esqueletos de viviendas a medio deshacer.

En el lugar que ocupó la de doña Cruz, la arena hundida indicaba el sitio donde estuvo el piano, y en el fonducho veíanse las huellas profundas de los bocoyes, y la estantería, y el trinchero... Pura acordábase del medio dia urente de su llegada, de la visita a Carmen, de los festines con dúos, *trabalenguas* y barcarolas, y su imaginación embellecía lo pasado, haciéndolo revivir. ¡Oh, las misas del cleriguillo flamenco, y las morocadas inocentes de doña Salud, y los alaridos del buen boticario... «Una góndola fueeeé... mi cuna...» ¡Oh, las excursiones al coto, y los paseos nocturnos, y las cenas íntimas al fulgor de las estrellas!...

Rosario. catequizada por unas familias de pelantrines que retornaban a sus hogares, se despidió.

—Señorita—dijo con timidez—. Yo... lo siento mucho, pero egtoy argo mala, y como ugtedeg...

—¡Ah! ¿Te vag?

—¡Como ugtedeg...! Y como egtoy argo mala...

—¿Y me dejas con log niñog?... ¡Bien, bien, mujer!

La pagó, volvióse de espaldas altivamente, con el rostro inflamado, y al oír las campanillas de los animales, que arrancaban con ímpetu, nublárons ele los ojos.

—¿En qué piensas, Senio? ¿Qué aguardag? ¡Mis hijog no se mueren aquí! ¡No son lobog!

—Sí; pero Manolito avisó mág de cuanto ha... y el carro no viene.

—Pueg egcribe otra veg. ¡Avívate! ¡Mis hijog no se mueren aquí!

Escribió al *Linerito* y a Hermida, y entregó las cartas, para que las franquease, al barquero que les surtía de pan... Transcurrió una semana. Las hembras de los guardianes del coto, las últimas bañistas, internáronse en el bosque, y los abandonados no volvieron a percibir ni el sonido consolador de una palabra. La barquilla no recaló más en aquellos parajes, y Arsenio tuvo que recurrir a los carabineros para proveerse de teleras petrificadas y de verduras. Y tostando los mendrugos, a fin de enternecerlos, y economizando la carne de la postrera gallinuela a costa de las coquinas mariscadas en la bajamar, pasaron otros tres días. Al cuarto, les despertó el bramido del vendaval. Los herreruelos cantaban anunciando la borrasca, y movíanse telones brumosos, y se reunían y se espesaban en el horizonte nubes caliginosas. Chispeó algún rato; luego evolucionaron los nubarrones, separándose y juntándose, y el cielo fuliginoso se enfoscó más, y se derrumbaron las sombras con la rapidez de pedruscos desgajados, y el fragor de un alarido formidable flameó sobre la tierra y el mar.

A medianoche amainó el viento, y Pura recostóse; pero el sordo tamborileo de la lluvia, que se estrellaba en el cinc, y el retumbar de los truenos, mantuviéronla despierta. Un concer-

tante infernal de aullidos, crujidos, bataneos y veces emergía del Océano y rodaba en su inmensa vastedad. Al alba conmovió el aire una espantosa detonación; las olas, como si encarcelara cada una a un monstruo inteligente y malvado, se encrespaban, se erguían, y con bárbara furia arrojábanse contra la arena, que parecía retroceder, temblorosa. La tienda vibraba, rudamente combatida, y de improviso, alcanzada en el techo por un mazazo colosal, abatióse, gimiendo, y González, con las pequeñuelas arrebujadas en un cobertor, y Purita con el chiquitín, huyeron pisando espumas y detuviéronse al amparo de unos matojos.

Una hora después aplacóse la tempestad, y brotó en el cielo un resplandor lívido. El mar, de un verde alimonado, hervía en las convulsiones finales de su cólera, jugando con los maderos que depositó en la playa. Junto a la tienda yacía un sillón de mimbre, y la mesa asomaba sus patas, que habían atravesado el lienzo.

—¿Entramog?—suspiró la madre—. El niño tose..., tiene frío...

No pudo reprimir los sollozos, y Arsenio blasfemó:

—¡Ese cochino!

—¡Por la Virgen, Senio!

—¡Cochino!—repitió exaltándose—. ¿Qué le han hecho egtag criaturag?

Cortó la lona y refugiáronse en el dormitorio. Pura cambió de traje y encaróse con su marido:

—¿Almorsamog aquí o en log serrog?

—¿Eg que...?

—Eg que nog vamog. ¡A pie, arragtrándonog, como sea!

—Son muchos kilómetrog, Pura. Y yo confío en Manué.

—Bueno; quédate. Yo no confío, y me voy.

—¡Ese cochinaso!—volvió a mugir González—. ¡Ese ladrón!... Y deje ugté tiraog log muebleg y la ropa... ¡Cochino!

Pura llenó de comestibles un fardel y empezó a guardar en los baúles sábanas y colchas y vestidos, cuando, de pronto, sonaron tintineos de campanillas y rechinar de ruedas, y un poderoso relincho les conmovió como la armonía más celeste.

—¡El carro!... ¡Nuestro carro!... ¡Ahí egtá!

Y era un carro; pero no el de Linero, sino el de Luis, que descabalgó gallardamente, parando con un silbido a su alazán, y que corrió hacia ellos tendiéndoles las manos.

—¡Qué noche, válgame Dios!

Arsenio le abrazó y las nenas le besaron.

—Ya veg; lo migmo que perrog.

—¡Pueg ánimo! —exclamó Hermida—. ¡Fuera trigtesa! Ugtedeg se vienen conmigo, y adelante con log faroleg.

—Pero ¿y mi colocasión?—preguntó González.

—¡Déjate de miseriag! Tú serág mi socio. Y ahora, de prisa o nog mojanog.

Envolvióse Pura en un mantón y se acomodó en una yegua mansa. Luis y su *socio* montaron en los bridones, cada uno con una niña, y alejáronse a buen paso. En el pinar, Arsenio, loco de júbilo, se detuvo para gozar de la fecundidad del suelo, y se revolcó y pateó como un buche. Las abubillas erizaban sus gazortas tricolores, y merodeaban los tordos, y los arrendajos ensayaban sus farsas asesinas...

—¡Egta eg tierra!—dijo el infeliz—. Y egtog son bichog *humanog*, con uñag y dienteg y picog... ¿No te alegrag, mujer?

Ella no le miró. Irguiéndose, apoyada en las jamugas, veía a los carreros doblando lonas y amarrando listones, y al restallar el látigo, terminada la faena, un sollozo convulsivo hinchó su pecho.

—¡Senio, Senio, nuegtra última casa!...

FIN DE
«CINTAS ROJAS» Y «FRENTE AL MAR»
DE
JOSÉ LÓPEZ PINILLOS

EDUARDO MARQUINA

(1879-1946)

EDUARDO MARQUINA

NOVELISTA, *poeta, autor dramático. Nació en Barcelona. Sus primeras crónicas aparecieron en* La Publicidad, *de Barcelona. En 1899 estrenó su primera obra escénica:* Jesús y el diablo. *Desde esta fecha logró en el teatro éxitos numerosos y magníficos. La Academia Española premió sus dramas* Doña María la Brava, En Flandes se ha puesto el sol, La ermita, la fuente y el río. *Viajó por todo el mundo, dando conferencias y recitales poéticos. Miembro de la Real Academia de la Lengua.*

Novelas: El beso de oro; Agua en cisterna; Almas anónimas; Dos vidas; El beso en la herida; Maternidad...

CORNEJA SINIESTRA...

I

ESTA mañana, el labio fino y elegante de Isabela Wagner tenía aquel soberbio pliegue de desdén que daba, en las grandes ocasiones, tanto valor a su fisonomía interesante.

Desde que salió del hotelito provinciano y modesto, pero limpio y confortable, que el organizador de la *tournée* le había impuesto en tres cartas diferentes, previniéndose a tiempo contra los humos y manías de grandeza de la menuda artista, Isabela Wagner había podido comprobar, de una manera inequívoca, que iba por Bayona llamando la atención.

Más de una vez se habían vuelto a contemplarla gentes que se cruzaban con ella por la calle, y en una plaza unos chiquillos, dejando de jugar con el agua de la fuente, en que se ponían como nuevos, habían hecho en voz alta comentarios y habían tenido gestos picarescos y maneras ocurrentes que no le dejaron ninguna duda a Isabela Wagner sobre la impresión que había causado en ellos, con su cabecita en bucles cortos y su gorrita de pieles.

Y aquel relieve que tomaba en las pequeñas villas su figurita interesante y menuda, le hacía a Isabela Wagner adorable la provincia. En humildes rincones de provincia incubaba ella sus mejores sueños, y en las páginas más exaltadas del «diario» de su vida, que cuidadosamente llevaba, se leía indefectiblemente: «Bayona, Angers, Strasbourg, Bologna, Edimbourg, etc.» Los grandes desengaños, los abatimientos indefinibles, los choques mortales con la realidad austera, las lecciones sangrientas, las derrotas claramente vistas y cuidadosamente, voluntariamente, artificiosamente disimuladas en aquel «diario», que al fin y al cabo ella sola

había de leer, eran para París, para Berlín, para Londres, para Viena.

El concierto, la noche antes, en la Sociedad «Sainte Cécile», había sido pasadero. No cantó bien. El implacable espíritu crítico que llevaba dentro nuestra personita en materias de arte la amonestaba implacablemente de que no había cantado bien. Pero era la voz la que falló, no el sentimiento. El sentimiento en la expresión, en el medio, en la exteriorización de su arte, tal vez sí... No, no era aquello lo que ella «llegaría a dar»... Pero lo íntimo del arte, este sentimiento interno que precede a la obra y que está hecho de conocimiento y de emoción; este sentimiento, que es como el pan de tierra donde la planta del arte echa raíces, este sentimiento lo tenía Isabela Wagner en grado tal, se sentía tan rica de él, tan llena de él y tan nutrida, que antes de la prueba, si se comparaba, *in mente*, con los más grandes artistas de su tiempo—y ella, con una curiosidad voraz, había oído y había analizado a los mejores—, no acertaba a declararse inferior a ninguno y los miraba compasivamente a todos.

Su alma, agazapada en la raquítica envoltura de su figuración y de sus medios, era como un hogar bajo cenizas. Y aquellas propias cenizas impasibles, ininflamables, que impedían al rescoldo expandirse, manifestarse, comunicarse a los demás en la comunión de la obra artística, lo mantenían incólume, incandescente, cada día más intenso, más vivo y más difícil de llevar, tan violento y voraz, en el pobre corazón de una mujer.

Isabela Wagner cuidaba con una astucia simpática de los detalles llamativos y picantes en todo el atavío exterior de su persona. Así, aquella cabecita suya tan varonil y arrogante, y al mismo tiempo tan delicada y suave, con los cabellos cortos, airosos, de un rubio quemado, ligeramente ensortijados en las puntas. Así, su gorrita de pieles, que le daba la apariencia de una rusita emigrada, de las que estudian en las Universidades y llevan planes siniestros en el entrecejo de sus pálidas frentes eslavas. Así, aquel trajecito *tailleur*, a grandes cuadros blancos y negros, y la blusita de seda blanca con galón japonés, y el cuello siempre descubierto, suave, fino, blanco y ligeramente cansado, doblándose a veces, no se sabía si por coquetería o por miedo a su propia esbeltez, sobre el cuerpo raquítico como el cuello de los cisnes...

Isabela se disculpaba algunas veces, en su trato con las gentes cultivadas, a quienes resultaba interesante, de aquella veleidad suya por los menudos detalles llamativos. No era vanidad; era natural inclinación, gusto, costumbre... ¿Qué sabía ella?

No; jamás confesó a nadie la verdadera razón de sus coqueterías. Aquella almita suya, inteligente y ambiciosa, necesitaba rendir, dominar, subyugar, imponerse. Y como en el ápice mayor de su ansiedad y su ambición, en los mejores momentos de su arte, indefectiblemente, los medios le fallaban, recurría a las astucias menudas del traje, a los hierros y oficinas del peluquero, a las tijeras de los sastres, a todo su pequeño arsenal de mujer para lograr en la calle, en los salones, aquellos triunfos rápidos, aquellos movimientos de curiosidad, aquellas muestras de extrañeza, aquella sensación de interés que la aturdían unas veces, que la ofuscaban otras, que en ocasiones llegarían a ruborizarla, considerándose objeto de la atención de todos, pero que eran como la gota de agua que pedía el rico del Evangelio para su pobre ambición, contorsionada y retorciéndose de sed en el infierno de su impotencia.

A la mañana siguiente del concierto en «Sainte Cécile»—decididamente, bastante pasadero—, contenta de aquel trajecito a cuadros que estrenaba—por cierto que estaba sin pagar, pero ella debía arreglarse—, sintiendo que su figurita crecía en el provincialismo incoloro de Bayona—y hay que reconocer que aquellos provincianos tenían gusto en arte, porque la obligaron a bisar *Los tres bohemios*, de Listz, que París no apreciaba—, Isabela Wagner se juró a sí misma que su vida estaba

a punto de cambiar, que se acercaba el triunfo definitivo, que el día de la consagración ya era inminente.

Pasaba en aquel momento por su lado un fuerte mocetón vasco-francés, que, extrañando un poco el atavío de la mujercita, pronunció con sorna unas palabras brutales en su jerga incomprensible...

Y estaba tan bien dispuesta Isabela Wagner, que, segura de que el mocetón acababa de echarle una flor a su manera, sonrióle agradecida...

El mocetón, soez, se alejó riéndose de ella.

Era doloroso; partía el corazón; pero ésta era la vida de Isabela Wagner en una síntesis aguda... ¡Pobre muchacha!

Las palabras que ella creía galantes del mocetón vasco-francés habían acelerado generosamente el ritmo de la sangre en su pobre corazón de criatura aislada, sin familia y sin amor.

Repasó sus desengaños... Aquella pasión de cinco años con su maestro ilustre... La vida de estudio, de labor, de aprendizaje en la provincia para hacerse digna de él... Las dificultades vencidas, la técnica del arte asimilada trabajosamente, dominada a duras penas, recogiendo como fórmulas de eficacia mágica los consejos que el maestro, de cuando en cuando, dejaba caer en sus raras cartas, devotamente recogidas, aprendidas y contestadas... Luego, las piadosas advertencias de sus conocidos de la capital... El silencio de su amigo... Las sospechas... El viaje precipitado... Aquella brusca y teatral llegada a París el día mismo en que el maestro ilustre acababa de unirse en matrimonio con una americana archirriquísima... La explicación inevitable, dolorosa, solemne... Y como remate, la sangre fría del maestro, su egoísmo bajo y su proposición canalla; aquella odiosa proposición, que la Wagner todavía no sabía dónde le había herido más: si en su honra de mujer, viéndose maltratada, o en su devoción al maestro, viéndole indigno...

Fué por entonces cuando adquirió Isabela esta pequeña pistolita de nácar que lleva siempre en su saquito de viaje...

Por cierto que le costó trabajo convencer al muchacho que le vendió el arma de que la cargara...

Ella no sabía manejar armas... Tenía miedo de hacerse daño al manipular para cargarla.

Cuando, ingenuamente, ha explicado luego estos detalles a algunos de sus compañeros de arte, todos han pensado, sonriendo socarronamente:

«¡No hay cuidado! Esta no es de las que se matan... ¡Tiene miedo a hacerse daño!...»

Y, efectivamente, Isabela va sobreviviendo al desengaño. Ya la separan tres años de aquel día. Se ha entregado a su arte, no piensa más que en su arte; está segura de triunfar, ha esperado siempre su triunfo... Pero esta mañana, más... Aquí en Bayona, más que nunca... Después del concierto en Sainte Cécile (porque decididamente cantó bien, cantó de una manera genial, tuvo que bisar), después del concierto y del aplauso, no duda ya... ¡Lo tiene por fin!... ¡Oh, triunfo, triunfo! ¡Y cuánto había tardado!

Había sol, mucho sol; todo el sol del mediodía por el centro de la calle... Tanto, que Isabela Wagner, aun a riesgo de pasar inadvertida, ganó los soportales que por aquella parte de la ciudad le ofrecían un refugio...

Y como era necesario llevarse un recuerdo de Bayona, y en aquella mañana el interior contentamiento se le traducía en una vaga excitación sensual; y como aquellas botellitas con letras doradas, menuditas y prestigiosas, donde se leía *Jazmín, Heno, Mimosa, Violeta,* etc., le parecían elegantes y le recordaban otras inasequibles para ella, que había visto en rincones aristocráticos de París, entró en aquella perfumería provinciana y se gastó completo su *cachet* de la noche anterior, trescientos francos, en un fútil frasquito que olía vagamente a sándalo...

La *dame du comptoir* miró, con cierta curiosidad, a la desequilibrada muchachita que acababa de dejar todas

sus ganancias sobre el mostrador con una esplendidez patricia...

—Dime—preguntaba luego al *groom* que, hierático, había franqueado la puerta a la Wagner—: ¿no es *también* baja y tiene este perfil judío... la última querida del gran duque Wladimiro?...

El *groom* se encogió de hombros.

Mientras tanto, en la calle, camino de su hotel modesto, avizorado el apetito por el largo paseo matutino y envolviendo en su pañuelo de batista la botellita recién adquirida, para que, dentro del saco, no fuera a chocar con el arma de nácar y se le quebrara, Isabela Wagner pensaba:

«¡Lástima de hotel raquítico y mediano! Hoy tengo un apetito de princesa y comería faisanes, ganso, sollo y tortuga del Adriático. ¡Si estuviera en París!... Hoy le pediría a cualquier amigo de *la banda (la banda* la constituían para ella unas cuantas celebridades artísticas, en cuyo satélite se había convertido), le pediría a cualquier amigo de *la banda* que me pagara una botella de champaña...»

Ya estaba en la escalera del hotel... Una alfombra raída... Plantas verdes, disecadas... Un criado, con un *smoking* amplio... Olor a cocina provinciana desde el primer rellano...

Pasando, dijo Isabela al hombre del *smoking:*

—Almorzaré en mi cuarto... No tengo apetito... Un *buillon,* un poco de pollo..., nada más...

Estaba irritada, avergonzada, humillada en aquel medio, indigno de ella...

Recordaba otra vez todas sus tristezas, todas sus contrariedades. Hasta miró con ira el traje aquel que acababa de llamar la atención, pensando que no podía pagarlo...

¿De dónde sacar trescientos francos?...

Pagado su gasto en el hotel, quedó lo necesario para el viaje.

Y como no tenía propina para la camarera que la noche antes le había vestido el traje *imperio* de concierto y había encontrado *muy bella* a la señora, sacó el frasquito del envoltorio en que lo había puesto y, al salir para la estación, se lo dejó en las manos como recuerdo a aquella buena muchacha.

La *buena muchacha,* completamente defraudada, miró el frasquito, miró a la dama de la gorrita y se quedó diciendo con desdén:

—¡Pobre señora!... ¡Creerá que no sé que le ha costado, a lo más, un franco cincuenta!

Decididamente, tampoco los criados de los hoteles provincianos habían nacido para comprender a la Wagner.

II

En el pequeño cuartito tenía Isabela Wagner un piano, dos sillas, un lavabo estrecho, una otomana que le servía de lecho por las noches y una pequeña mesita atestada de libros y papeles, donde solía escribir.

Sobre el piano, en una marquetería cursi, con un ramo de siemprevivas y una cinta negra, el retrato de su madre, que había muerto trágicamente.

En el espejo de la chimenea, sujetos por un extremo en la rendija que dejaba el marco, muchos retratos y postales... Sobre el mármol de la chimenea, puestos con cierta coquetería, el retrato de la reina Amalia de Portugal y el de la infanta Isabel, que la habían protegido.

Isabela Wagner, a pesar del apellido alemán, que era su orgullo, había nacido en Madrid, de familia española. Su infancia no careció de cierto bienestar, surcada a veces la apacible mediocridad en que vivían por ráfagas pasionales y amenazas de catástrofes, nacidas, o de las desavenencias de sus padres, que ya no se amaban, o de agitaciones y luchas políticas en que el padre solía intervenir...

Pero no había llegado la niña todavía a su mayor edad, cuando aquel relativo bienestar se desvanece para siempre... ¿Qué fué?... Isabela recuerda con horror aquellos días confusos, de una duración extraordinaria, que hacían interminables los acontecimientos... La tarde siniestra, la escena vio-

lenta, más violenta que de costumbre, el grito de su madre... El desorden de toda la casa, el ir y venir de los criados, el entrar y salir de vecinos... Luego, ella llorando... ¿Por qué lloraba ella?... ¿Qué inevitable abandono presentía entonces?... Y unas amigas que la visten de negro... Y muchas precauciones para entrarla en el cuarto, y mucha buena voluntad y muchos aspavientos de las amigas para que no vea lo que tiene que ver, lo que es necesario que vea, porque lo ordena el juez: el cadáver de su madre en una gran mancha de sangre, que empapa la alfombra viscosa, mate.

—¡Horror!... ¡Madre mía!...

Y la quiere besar... Y entonces tiran de ella... Y el juez se opone... Y unos hombres desconocidos le preguntan cosas, cosas íntimas, cosas que ella no quiere decir, de su padre, de su madre...

—¡Déjenme, déjenme!...

Y a su padre no lo vuelve a ver... En su lugar, un señor extranjero, Herr Wagner, judío, representante de una casa de máquinas, muy rico, muy raro, que Isabela no recuerda si le inspiraba curiosidad o repulsión, la lleva a su casa, la cuida, la mima, dirige su educación, le da maestros... La niña, en una precocidad malsana que la agota antes de tiempo, compone música a los once años... Herr Wagner le enseña alemán... En aquella almita efervescente se evaporan todos los sentimientos normativos, informadores... El dolor y la tragedia le han arrebatado la familia; y la promiscuidad de lenguas le mata el sentimiento de la patria; aquella pobre criatura es en el mundo un tallo suelto, sin árbol que lo nutra; no tiene tradición, no tiene pasado donde recogerse y beber las inspiraciones de la raza... Llega casi a olvidar el español, y el alemán no le dice cosas entrañables, porque no es la *voz de sus muertos*.

Los negocios de Herr Wagner, su padre adoptivo van peor cada día... Los amigos le abandonan, y la deliciosa criaturita, hasta ayer orgullo y lujo de la casa, que pasó la niñez halagada, mimada, querida de todos, yendo de rodilla en rodilla, de sillón en sillón, sobada como un corderito blanco, delicadamente mantenida y cuidada como una flor, comienza a aburrirse solitaria en los grandes salones vacíos, en el caimiento de sus huecos vestiditos blancos, que se deslucen y se ajan...

Herr Wagner envejece, sufre, desespera y bebe.

La bancarrota, a pasos agigantados, se aproxima. Una noche—Isabela ha cumplido aquella mañana trece años—el viejo protector la llama y dice:

—Tengo que abandonar Madrid. Hoy mismo salgo. Me voy lejos. No puedo obligarte a que me sigas. Me queda tan poco dinero, que con él podrás tirar un año apenas... Yo procuraré rehacerme en América, y sabrás de mí...

Herr Wagner tenía los ojos vidriados de lágrimas... A Isabela le dió mucha angustia el dolor de aquel hombre y pensó con mucho miedo que iba a quedarse sola, más sola que nunca, sin ningún apoyo desde aquella noche...

—¡Pobre amigo mío!—dijo con afecto sincero, naturalmente dolorida, y teatral—. ¿Por qué quiere dejarme?... ¿Le estorba su amiguita, su hija, como usted me llama?... ¡Lléveme con usted!... Ya soy una mujer; le ayudaré a luchar...

Y aquella noche, misteriosamente, como dos criminales—Isabela recuerda que se dijo a sí misma con horror: «parecemos dos criminales»—, salieron ambos de Madrid...

El pesar, la larga travesía sedante, la vida a bordo, en una especie de familiaridad que ella desconocía... Isabelita tuvo entonces su primera pasión de mujer, bruscamente muerta en flor cuando, al llegar a América, salieron a recibir al objeto de sus ansias una mujer y dos chiquillas.

Y por primera vez también, desde el día siguiente de su instalación, el arte. Isabela dió conciertos. Gustó mucho; su perfil, su glorioso perfil, ligeramente hombruno, que recordaba en trazos dulcificados la cara de Listz, se hizo famoso. Ganó dinero y se formó mujer. La corrosiva dejadez de Sudamérica acabó de difumar en su espíritu

todos los que pudieran parecer retoños de una voluntad matada en germen.

Por una astucia de las que ya entonces constituían trazo relevante en su carácter, cuando estaba confeccionando el programa de su primer concierto, se le ocurrió escribir, a seguida de su nombre, el apellido prestigioso de su protector... Le pareció que aquello iba a sonar bien, y sería llamativo... Herr Wagner aprobaba... Y desde entonces, Isabela Wagner consideró como suyo este nombre de batalla...

Comenzaba a hacerse su círculo; tenía afecciones que halagaban su vanidad... Las buenas familias de la localidad solicitaban su concurso para *soirées* y fiestas de beneficencia... Un poeta exquisito rimaba en un soneto «verleniano» la verde inquietud de los ojos de Isabela... Por entonces, Herr Wagner la dejó un día abandonada, sin despedirse de ella, sin mandarle una carta, sin decirle una palabra explicativa...

Hace unos días, antes de su concierto en Bayona, Isabela ha sabido por una casualidad que su protector murió en Cádiz, no hará mucho.

Isabela Wagner, sola en Méjico, hizo examen de conciencia. Tenía algunos ahorros; sus amigos, sus camaradas, como ella los llamaba, porque siempre ha tenido afición a emplear esta palabra, que hace del cariño una cosa intelectual y fría, le aseguraban que era una excelente artista. Hincó por la primera vez en sus entrañas su diente envenenado: la ambición.

Isabela Wagner una mañana tomó un barco para Europa y, con sus escasísimos ahorros, a los pocos meses se instaló en París, rue de Calais, número 2, en el quinto piso de una casita amueblada, al lado mismo de la casa en que murió Berlioz...

Isabela conocía a algunos grandes maestros y profesionales de su arte... Había tenido ocasión de saludarles en Méjico, cuando pasaban *rari nantes*, en *tournée*... Los fué visitando; almorzó con algunos; hizo música con otros; pidió consejos a los mejores; abrazó a los demás, entusiasmada, en los camerinos de los teatros, las noches de concierto...

Su figurita delicada y picante, su cultura, su afición a la filosofía, su desamparo y su cosmopolitismo de *déracinée*, la hicieron popular. Estaba entonces en lo mejor de su edad, y todavía la reflexión ni el convencimiento de su mala estrella le ahogaban su espontaneidad... Un maestro ilustre brindóse a perfeccionarla en su arte... Había que empezar de nuevo. Tenía una escuela deplorable, incolora, sin estilo, indigna de ella...

Comenzaron las lecciones.

Isabela Wagner se enamoró de su maestro... Y como tenía cierta afición a las actitudes teatrales, a las resoluciones magnas, a los conflictos de conciencia en que intervenía la razón, dando siempre las peores soluciones, le dijo una tarde:

—Me avergüenzo de acudir a estas lecciones... Te doy el espectáculo de mi torpeza, de mi ignorancia... Vas a despreciarme... Además, esto es feo; me repugna... Un infinito pudor, desde que te quiero, me impide manifestarme a tus ojos como soy; no puedo ser la discípula delante del maestro... Es demasiado tormento para mi orgullo de enamorada... Mira: voy a sepultarme en un rincón cualquiera de provincia, donde pueda ocuparme todo el día en el cultivo de mi personalidad. Me haré digna de ti y no me acordaré de que te quiero hasta que mi amor pueda mirarte frente a frente.

El maestro ilustre sonreía un poco. Pero Isabela Wagner estaba pálida; apretaba sus dos labios finos en un mohín de energía y partía su frente serena—lo mejor de su rostro—una arruga saliente y vertical... Quiso el maestro besarla y ella se escapó...

Fué, en la vida, su única lucha de amor.

Cuando, de regreso de la provincia, después del horrible desengaño, Isabela Wagner gastóse los últimos francos que le quedaban de sus ahorros de América en comprar aquella pistolita de nácar que parecía un *bibelot*, su situación era tan apurada y triste que,

realmente, durante unos días pudieron calcular los que la conocían que iba a suicidarse.

¡Oh, tuvo una enorme personalidad aquellos días!... Todo el París artista buscó a Isabela para recoger de sus labios el relente a cosa trágica y fatal, que expandía su menuda personita, marcada ya con el prestigio de la muerte y del crimen.

La Wagner no estuvo un momento sola, y la ambición, tal vez la vanidad, la salvó entonces.

Creyó en la duración del interés aquel que disfrutaba... No pensó que era su trágica y teatral resolución la que por un instante le conciliaba la atención de aquel público de frívolos... Supuso que su arte, su cultura, su amor a la filosofía y su ciencia de la vida todavía podrían valerle para hacerse un nombre... Creyó en todas aquellas buenas palabras que escuchaba; estrechó con efusión todas las manos que le tendían; leyó a Marco Aurelio, a Epicteto, y haciendo realmente un milagro de voluntad, se decidió a luchar de nuevo.

Horrible cosa: desde aquel momento su personalidad perdió, para París, todo interés.

Un empresario (alemán y judío) aceptó sin vacilar unos programas para una *tournée* por Holanda que la Wagner le proponía.

Por entonces se dijeron entre los del oficio cosas horribles en París.

—Este bárbaro judío de Wartheim conoce su interés...

—¿Lo dice usted...?

—Por la contrata de la Wagner.

—¡Ah, sí!... ¡Interesante personita es la pequeña!

—Y además...

—¿Qué?

—Además, si realmente comprende su situación y se salta el cráneo..., ¡piense usted qué reclamo para Wartheim!

—Es verdad: un negocio.

No se realizó «el negocio». Tal vez por esta razón le fué muy difícil a Isabela firmar una nueva contrata... Estuvo «parada» más de un año... Con una terca voluntad de desgraciada vocalizaba cuatro horas diarias, como si estuviese preparándose constantemente para un concierto problemático, que no llegaba nunca.

Lo humillante, lo horrible, lo mortificante en la lucha de Isabela era la falta de medios materiales. En la privación se le aumentaban los deseos. En la imposibilidad de satisfacerlos aguzaba sus caprichos hasta la tortura física. Se le agriaba el humor: envidiaba. La primera noche que en un concierto el triunfo de una compañera, al que asistió, pálida, contraídos los labios, llorosas las pupilas, dióle la evidencia de que en su corazón comenzaba a abrir la boca este monstruo viscoso de la envidia, pidió tres francos a un camarada, se metió en un coche y lloró, se golpeó y se arañó implacablemente de vergüenza y de dolor.

Quiso renunciar a aquella lucha desproporcionada. Resignóse a entrar en una casa, donde la encargaron de hacer la educación musical de dos chiquillas...

Fueron unos meses de reposo... Por entonces comenzó en ella el culto enfermizo a su madre, y sacó del fondo de una caja aquel triste retrato con las siemprevivas, que ya hasta su muerte presidió desde el piano la horrible frialdad de su cuarto de soltera...

En su relativo bienestar, Isabela Wagner se rehizo un poco... No pagó sus deudas, pero no contrajo nuevas. Durante unos meses pareció entregarse con furor a sus discípulas, abandonando todas las quimeras de su vida. Fué más juiciosa. Renovó sus lecturas, robusteció su inteligencia, ensanchó el círculo de sus relaciones, fué una amiga nueva para sus amigos, que apreciaron mejor su cultura y su valer, en vista de que no solicitaba su protección ni les acosaba con los apuros de dinero en las mesas de las cervecerías, a última hora, después de una discusión de arte.

El desinterés con que por aquel entonces acudía Isabela a recitales y audiciones, proporcionó a sus amigos una sorpresa agradable: la de su seguro juicio crítico. Esta intelectual, en el

verdadero sentido de la palabra, sin medios para exteriorizar su arte, pero dueña de toda la preparación, de todo el conocimiento y de toda la emoción que exige el juicio, comenzó a adquirir fama de pericia crítica, y ya su opinión la solicitaban y la cotizaban muy sinceramente sus camaradas de «la banda».

¡Ah, si aquel paréntesis no se hubiera cerrado tan pronto!... Pero la boga de Isabel Wagner creció demasiado: volvió a envalentonarse nuestra amiga, y a las pocas semanas, eficazmente apoyada por aquellos de sus compañeros a quienes sus juicios halagaban, lograba una contrata, por el Mediodía de Francia, para quince conciertos, acompañando a un pianista famoso que salía en *tournée* artístico-industrial, pagada por una casa constructora, para lanzar una marca nueva de «gran cola».

En el último de estos conciertos, en Bayona, al día siguiente de su mejor éxito en la Sociedad «Sainte Cécile» la hemos conocido.

Isabela enseñó a sus amigos de París algunos periódicos de la localidad que la colmaban de alabanzas. Los más buenos sonrieron. Una mala lengua, de las que pasan por el mundo haciendo crímenes morales, sin que haya posibilidad, con la ley en la mano, de darles castigo, propuso que se organizara un banquete a la «estrella de Bayona», y aquel apodo intencionado y ridículo acabó de arruinar el porvenir de Isabela.

Como había dimitido su plaza de institutriz para reanudar su carrera de arte, hallóse otra vez en París sin apoyo material y sin otro medio de subsistencia que la buena voluntad de sus amigos. Isabela empezaba a cansarles. Tenía, además, en contra suya esta atmósfera de repulsión en que envuelve la mala estrella a sus tristes privilegiados. Su cara vigorosa y hombruna adquiría el tono amarillento y fatal de los biliosos. Era fúnebre. Cuando pretendía aturdirse, tragar bien sus lágrimas, reír, olvidarse, para no cansar a los demás en los teatros, en las salas de concierto, en las cervecerías, solían decir de ella:

—No tiene conciencia.. Otra, en su lugar, habría muerto.

Nuevo cambio de orientación. ¡Oh, la vida, como dice Amiel, tritura, hasta convertirlo en harina infecunda y volátil, el grano de trigo de estas almas desdichadas y conscientes! Uno de sus amigos más leales, *monsieur* Momejean, director de una revista de arte, le propone la colaboración en ella como crítico musical, recordando su boga de otro tiempo. En la espera del triunfo, otra vez aplazado, Isabela Wagner acepta. Y Momejean, que es hombre práctico y le tiene un cariño sincero, le ofrece como retribución un cuarto en la casa, donde vive con su familia, un plato en su mesa y una pequeña cantidad mensual.

Este cuartito es el que ya conocen mis lectores. Desde él ha visto esta mañana Isabela Wagner, mientras vocalizaba—el cuartito da a un patio interior—, que en el piso de enfrente, donde sabe ella que está instalada una «pensión de familia», se abrían unos postigos, y un muchacho joven, tal vez más joven que ella, tímido y sentimental, de un vago aspecto provinciano, se asomaba a la ventana, apoyaba el codo en el alféizar, la cabeza en la palma de la mano y la escuchaba con embeleso religioso.

Isabela se ha ruborizado un poco; ha dejado de cantar, se ha pasado la mano por la cabecita en rizos y—sin saber por qué—ha besado el retrato de su madre.

III

Crepúsculo... La ventanita de aquel cuarto, abierta, porque estamos en verano... A lo lejos, el ruido de París. En la pequeña mesita rinconera, una lámpara de petróleo. El tac-tac discreto de un reloj de bolsillo, abandonado sobre un libro abierto, como si su dueño, impaciente, le interesara ir midiendo el tiempo minuto por minuto. Humedad y olor a tinta de imprenta. Sobre la mesa, revueltas y llenas de

notitas negras, las pruebas de un artículo. Isabela, atentamente, apoyada la frente en su mano izquierda, las corrige.

De cuando en cuando se detiene en su labor: consulta el reloj, derrama sobre el cuarto una mirada circular, sonríe con delicia extraña en ella, se lleva la mano al corazón—pobre animalito torturado—, como si quisiera hacerle una caricia, y vuelve a su lectura y vuelve a sus pequeñas notas.

Contra la costumbre de Isabela, su cuarto está en orden. Resplandece el piano bruñido en un rincón y está abierto, sobre sus teclas blancas, el poema adorable de Schumann *Amores de una mujer*, por el *lied*, que empieza:

Alma noble, frente altiva,
corazón leal y puro...

Encima de la chimenea, emergiendo de la oscuridad como una vía láctea, una guirnalda de rosas blancas, que decora el mármol.

Pasan unos instantes. Alguien llama discretamente a la puerta del cuartito. Ojeada al reloj. Isabela parece extrañada: se levanta, vuelve a pasar la manita delicada por su cabeza ahuecándose los rizos, coloca la lámpara sobre su «*Gaveau*, cuarto de cola», y dice volviéndose a la puerta:

—¡Entre!

Es Momejean. Viene también con pruebas de la imprenta en una mano. Lleva todavía los lentes en la otra, como si hace un instante hubiese estado leyéndolas y se acercara a consultar a la Wagner algún detalle. La muchacha ha tenido un imperceptible mohín de decepción.

—¿Es usted, mi querido director?

—Sí; yo, hija mía. No he podido contenerme. Acabo de leer un artículo sobre la *Sinfonía doméstica*, de Strauss. ¡Qué hermosa página! No la creía a usted capaz de tanto. ¡Qué elogio del hogar ha escrito usted! ¡Qué bellas cosas! ¡Cómo está comprendida, adivinada, intuída—no encuentro otra palabra—, la vida de familia, la poesía singular de lo doméstico! Es usted otra mujer, querida niña. ¡Qué lejos estamos de la bohemia estéril que la agitaba a usted! Parece un milagro. Mi enhorabuena, mi sincera enhorabuena.

Y encantado, bondadoso, paternal, el viejo Momejean abrazaba tiernamente a su colaboradora, besándola en la frente.

—¿De verdad le gusta a usted el artículo, querido director?—preguntaba luego Isabela, paladeando aquellos elogios de que tan avara se había mostrado siempre para con ella la opinión.

—Es una joya, palabra de honor.

—¿Y cree usted que la poesía del hogar está bien comprendida, señor Momejean?

—Para mí vale la obra de Strauss. Es otra *Sinfonía doméstica* en prosa francesa. ¡Oh, no lo dudo! Van a reproducir el artículo todos los colegas alemanes.

Isabela sonreía, encantada...

Momejean, intrigado, cariñoso, inquiría:

—Pero ¿de dónde le ha salido a usted, amiga, esa alma nueva? Porque, ya fuera de elogios, hay en el artículo algo que no es literario, que no es retórico, que no es filosófico, que no es del crítico, sino de la persona; algo sentido, tan profundamente sentido, que me ha removido las entrañas, palabra de honor, querida amiga. Y ese algo ¡es tan diferente de la Isabela Wagner que todos conocíamos! Es una nueva concepción de la vida.

—No tanto, no tanto.

—Permítame, querida amiga: es una nueva concepción de la vida en usted; ha hecho usted una obra tan sana, tan natural como estas flores que tiene usted sobre el mármol de la chimenea... y que tampoco habría usted tenido hace unos días. ¿Qué le pasa?

Hubo un silencio.

Un silencio elocuente.

Momejean está visiblemente interesado. A Isabela le agradaba aquel interés paternal de su viejo amigo y retardaba con evasivas su confesión, paladeando sibaríticamente el encanto que parecía tener para ella la entrevista.

—¡Oh, eso son exageraciones de usted, mi querido director! No me pasa nada. El artículo tiene un buen estilo y nada más. Estas flores las tengo sobre mi chimenea porque estamos en verano, y no las habría tenido hace unos meses porque en invierno las rosas cuestan caras en París. Palabra de honor que nada más, como usted dice.

—Pero ¿esa intuición de la poesía doméstica...?

—¿Cuál?

—Esa, esa que usted describe...

—¿Cree usted que el hogar apacible de mi viejo amigo Momejean no basta para darle a un alma delicada y fina la sensación exquisita de esa poesía?

—¡Oh, no! ¡Oh, no! No quiera usted despistarme. En su artículo de usted hay dos cosas que no las da mi hogar: juventud, esperanza. No..., éste es un hogar de viejos laboriosos y resignados; nada más, Isabela. Y no ha bebido en él su artículo. ¿Quién se lo ha inspirado a usted?

No pudo contestar Isabela, porque en aquel preciso momento, muy discretamente, volvían a llamar con los nudillos en la puerta del cuartito.

Momejean se puso en pie.

Isabela dijo otra vez:

—¡Entre!

Y mientras el viejo director, haciendo sitio al que llegaba, se perdía por el rincón del piano y se calaba los lentes para leer sobre la partitura de Schumann el adorable *lied*, que empieza:

Alma noble, frente altiva,
corazón leal y puro...

penetraba en la estancia un muchacho tal vez más joven que Isabela Wagner, tímido y sentimental, de un vago provincianismo simpático, con mucho rubor de sangre en el rostro juvenil, unos ojos azules y apacibles, las manos tendidas para estrechar las de Isabela y todo el corazón en la vehemencia y lealtad del gesto aquel.

Momejean, sin quitarse los lentes, observaba sonriendo.

Isabela, sonriendo también, dijo:

—Mi amigo Alberto Bois. El señor Momejean, mi director.

Y en seguida, mientras los dos desconocidos se daban las manos, añadió:

—Adorables estas rosas, Alberto...; pero yo quiero reñirle. ¡Ha debido usted arruinarse! En adelante..., en adelante, si hemos de ser buenos amigos, pocos disparates de éstos..., ¿eh?

El señor Momejean aprovechó la turbación de Alberto, que se encogía de hombros, disculpándose, muy ruborizado, para despedirse...

Levantando en alto las pruebas del artículo y como si tratara únicamente de detalles técnicos con su colaboradora, dijo a Isabela:

—No tenemos que hablar más, querida amiga... Ya no necesito explicaciones... El artículo está comprendido y la felicito doblemente... Palabra de honor.

Se inclinó, volvió a inclinarse delante del joven y salió del cuarto.

La Wagner sonreía con beatitud...

.....

Y entre las sonrisas, una lágrima tan fina, tan imperceptible, tan sutil, que no podía descubrirla otro que Alberto.

IV

El tren hace ya un rato está formado.

Falta únicamente engancharle la chata locomotora eléctrica que ha de arrastrarle, reptando, por las entrañas de París, hasta dejarle al aire libre, en el primer apeadero, fuera de los límites oscuros del Quai d'Orsay.

Por el andén sombrío, bajo de techo, lúgubre en la pesada armazón férrea, circulan escasos pasajeros.

Periódicamente descienden y vuelven a subir los ascensores, en cuya plataforma van los equipajes facturados... Se desenvuelve por el largo subterráneo el fragor de las vagonetas donde los mozos de estación acarrean estos equipajes desde el ascensor al tren.

Los focos eléctricos expanden una claridad silente, brusca y pasmada, a

cuyo influjo parecen más descompuestos y extenuados los rostros de los viajeros, ya combatidos y triturados por el dolor de las fatales despedidas.

Isabela y Alberto—la mano en la mano—, muy juntos, en voz muy baja, hablan, recorriendo el andén a pasos lentos.

Es Alberto el que se va... Isabela ha hecho todo lo imaginable para disuadirle de aquel viaje; pero todo ha sido inútil. El muchacho quiere ir unos días a su provincia, hablar con sus padres, que se muestran un poco reacios, convencerles, recibir su bendición, arreglar sus negocios—porque es rico—, volver y casarse con su Isabela.

—¿Para cuanto tiempo me dejas?

—Para un mes escaso, Isabela; no puedo más; te lo digo ingenuamente.

—Haces mal en emprender este viaje, Alberto; yo también te lo digo ingenuamente.

—¡Oh, no me lo repitas, Isabela! No sabes el daño que me haces. No tengo fuerzas para resistirme más... Y este viaje es necesario, créeme. Mis padres no te conocen, te temen... Yo no sé qué necias cosas les han dicho, les han escrito...

—¿Por qué las creen?...

—¡Oh, no, Isabela, te lo ruego; con ese despego, no! ¿Ellos qué saben? ¡Pobrecitos viejos!... Ellos no te conocen. Desean mi felicidad por encima de todas las cosas de este mundo.

—¡También yo la deseo!...

—¿Pero ellos qué saben?...

—Pero tú corres a tranquilizarles a ellos y me dejas a mí sola en este París, que ya me da miedo si no lo veo apoyada en tu brazo, créeme...

—¡Isabela!

Y el muchacho pronunciaba este nombre con tanto agradecimiento como dolor.

Decididamente era más joven que la Wagner, y aquella mujer que, por la primera vez en su vida, amaba con toda la vehemencia de una pasión retardada, voluntariamente ciega, le habría arrastrado a las mayores locuras, como en una seducción.

—No, amigo mío, no. No quiero que sufras; ya no insisto más—añadió Isabela, compadecida de él—. Ve a tu provincia y defiende mi pleito ante tus viejos: si sabes darles a entender nada más que la mitad de mi cariño, hemos triunfado...

—Triunfaremos; bastará con que les cuente el mío.

—¡Vanidoso!

—Y tú a tus cosas, Isabela... ¿Verdad que comprendes bien lo que te he dicho?... ¿Verdad que no me guardas rencor?... ¿Para qué dar nada tuyo a los demás?... Ni tu voz, ni tu arte, ni un momento de tu vida... ¡Yo la necesito entera!... ¿No la merezco?

Aquella condición era dura para impuesta a un alma como la de Isabela; tenían en aquel momento los ojos del muchacho un fervor de devoción tan grande, que la mujer, cerrando los suyos a todo lo que no fuera él, hubo de responderle:

—¡Sí!...

La cabeza de Isabela había caído sobre el hombro de su amigo. Aunque, en aquel rincón, estaba oscuro el andén, el mozo aparecía cohibido.

—Oyeme, Isabela—dijo para salir de aquella situación—: no sabes cuánto te agradezco lo que acabas de prometerme... Nunca había podido arrancarte esta promesa...

Isabela había levantado la cabeza y sonreía, satisfecha de su generosidad y de la alegría que acababa de proporcionar a aquel niño grande, que, además de su amor, era un poco su hijo.

—¿Estás, pues, decidida, amor mío?... ¿Romperás con tu antigua vida, con tus camaradas, con «la banda»?—proseguía él.

¡Oh, en su sencilla imaginación de provinciano tímido, aquella famosa «banda» se le representaba a Alberto siniestra como un nuevo ejército de Atila, que algún día habría de presentarse demoledor, incontrastable, a las puertas de su futuro hogar!

—Sí: romperé con «la banda», con mis amistades, con mi arte, con mi música, con todo mi pasado; no viviré más que para ti.

El dolor de la despedida, colocando el corazón de Isabela en un ápice sen

timental, le hacia ser, tal vez, más expresivo de lo que en realidad hubiera sido.

Los mozos de estación circularon por los andenes con grandes faroles en las manos, llamando a los viajeros.

Sintió la Wagner que el corazón se le encogía dentro del pecho hasta producirle dolor físico. Un sollozo le invadía la garganta, y dos lágrimas redondas, llenas, le bañaron ambas pupilas y se condensaron rápidamente en los párpados, para resbalar en seguida por su rostro, horriblemente pálido...

Se habían acercado al tren.

El muchacho le tenía ambas manos cogidas y las oprimía cariñosamente.

—No tardaré... No dejes de escribirme... Yo te escribiré también... Cree que mis buenos viejos me agradecerán el viaje... y todo irá mejor... Isabela..., no llores... ¿Por qué lloras?

—¡Señores viajeros...!

—¡Adios!

Le besó ambas manos y quiso ganar el estribo precipitadamente.

—¡No; así, no!

Y obligándole a abrazarla con una furia que asustó a su amigo, Isabela pegó los labios a los suyos, palideciendo y perdiendo en el rapto el calor de la vida. No había tiempo ya. Andaba el tren cuando Alberto se agarró al estribo...

Isabela permaneció tambaleante en el andén, aguantándose con el puño crispado en una columna, sus ojos llenos de lágrimas, fijos en los de Alberto, avanzando los labios y el busto como en un estertor para hacerle unas últimas protestas de amor y de abandono, que no llegaba a articular...

En el gran cauce negro parpadeó por última vez el fanal rojizo del convoy.

Isabela había apoyado la frente en su puño crispado contra la columna y procuraba serenarse sollozando.

No quedaba alma viviente en el andén.

Y el bondadoso señor Momejean, que arriba, en un coche, aguardaba la salida de Isabela para restituirla, acompañándola, a su casa, no las tenía todas consigo viendo que el movimiento de gentes iba descendiendo y que su protegida no subía.

Saltó del coche y descendió al andén. Allí estaba Isabela convulsionada, desesperada, inconsolable, haciendo indecibles esfuerzos por aquietarse y serenarse antes de salir al aire libre.

—Pero, ¡amiga mía, hija mía..., palabra de honor: no es para tanto!... ¿A qué viene...? Ni que la despedida fuera eterna... Le volverá usted a ver, querida amiga; le volverá usted a ver...

—¡Tal vez no!

Y la Wagner volvía a su llanto.

—¿Cómo que no?

—Le separarán de mí...

—¡Bah! Son sus padres; no son sus enemigos...

—No; los enemigos están aquí—y la Wagner se señalaba el corazón—; los enemigos están en mí misma... ¡Y yo me quedo sola!... ¡Sin él que me defienda!

Momejean la llevó casi abrazada hasta su coche. A aquellas horas, con todos los faroles encendidos, cuando atravesaron uno de los puentes del Sena y la Wagner vió, de refilón, por la ventanilla el agua del río mate y viscosa en toda su extensión y oyó el chapoteo de sus lengüetazos en los estribos mohosos del puente, tuvo un estremecimiento involuntario, y le volvieron al alma todas las amarguras de su pasada vida, y sintió unas ansias de definitivo descanso, y pasó por la conciencia de ella algo como el anuncio de una fatalidad...

Cerró los ojos.

Momejean pensó, bondadoso:

—Alabado sea Dios; se va calmando...

V

Habían pasado ocho días...

Tenía Isabela Wagner tres cartas de Alberto. En una gradación de sensaciones que para él tal vez había pasado inadvertida, y que, a no dudar, era involuntaria y espontánea, las tres cartas, despojadas de sus dulzuras sentimentales y de sus halagos cariñosos

en la clarividente percepción de Isabela Wagner, doblemente aguda entonces, porque el dolor de la ausencia y el egoismo de la pasión hacian más penetrante su facultad intuitiva, las tres cartas, digo, significaban:

La primera carta:

«Todavía no he vuelto en mí del alegrón que me diste el día de nuestra despedida. Realmente aquella vida no era digna de ti. Además, ¿a qué cansarte?... Tú no habías nacido «para eso». Tú estabas hecha para mí y nada más que para mí, en la voluntad del Señor Dios... ¿Ves?... Mis padres tenían razón... No eras tú, sino tu vida lo que les daba miedo... Reconoce que no andaban tan desacertados; has de reconocerlo, porque tú misma me has prometido cambiar de vida y renunciar a tus quimeras... ¿Ves?... Tu retrato ha causado muy buena impresión... Sobre todo la gravedad de todo el rostro y estos tristes ojos tuyos que parecen tan sumisos... Un detalle que olvidamos: tu cabeza... Sí, tus bucles cortos—te lo he dicho muchas veces—son un amor de cabezuela loca... Pero ya comprenderás que en una mujer de su casa desentonan. ¡Oh, no! ¡No veo a madame Bois con rizos cortos! Tú tampoco, ¿verdad?... Mi buena madre ha tenido una frase justa, justa... «Ni sus hijos la respetarían...» Y luego, la adorable vieja te ha encargado una docena de peinadores de *nasú*, con grandes encajes, que son una perfección de cosa *chic*... Y, ya tú ves, no te servirían si persistieras en conservar tus rizos cortos... Porque—¿me lo has dicho o lo he soñado yo?—ahora te peinas, como los hombres, en las peluquerías... ¡Oh, no, no! ¡Abandonar tu cabecita a otras manos que a las mías! Mi buena madre se horripila. Y yo también...

»Todavía otra cosa en que mis padres no me llevan la contraria: el sitio de residencia... Creen, como yo, que debemos tomar un hotelito en el campo, cerca de París, por ejemplo, en Colombes, Gargenville, etc... Ya sé que tú persistías en tu manía de vivir «en el centro»... Pero después de tu resolución... ¿para qué?... ¡El centro!... El centro de nuestra vida somos nosotros mismos: y en nosotros, el corazón, este corazón, etc., etc., etc.»

La segunda carta:

«Llegaron ayer los peinadores... Yo quería mandártelos en seguida, con una carta de mi madre... ¡Imposible!... La buena señora, en la abundancia de su corazón, quiso poner tantos consejos, que la carta tomaba proporciones alarmantes... Después de dos horas de escribir encontró que faltaba lo principal... Está loca, loca contigo; la «hija pródiga—dice—a quien hay que hacer de nuevo...» Perdona sus temores; nacen del afecto que te tiene y que me tiene: nada más... Cada día se le ocurren nuevas advertencias que hacerte... Tendrás en ella una buena consejera, amiga mía. Ya tú ves: cuarenta años de matrimonio en la más perfecta paz... Ella dice: «como no he tenido ninguna ambición, no cuento un solo desengaño...» Con todo eso, ¡un carácter!

»¡Ah!, me decía ayer: «Puesto que habéis ya decidido no vivir en París..., ¿por qué no escogéis un rincón alegre y tranquilo en la provincia?...» ¿Ves?... En esto mi madre mira únicamente por tu bien... Ella misma me lo ha hecho notar, sabiendo la alegría que me daba. Puesto que has de romper con tus antiguas relaciones, te será más agradable vivir lejos de ellas, donde no tengas que hacerte ninguna violencia para evitarlas... Es cosa de pensarlo..., ¿eh?... Siguiendo tus indicaciones, yo he empezado a adquirir algunos muebles antiguos para nuestro salón... Principalmente, una vieja consola deliciosa y un armario normando imponente. ¡Ah!..., mi madre propone una medida radical para curarte de tus manías: no tener piano en casa... ¡Pobre vieja! No se da un minuto de reposo... Sería una idea, ¿verdad? Gracias por el sacrificio—al revés—de tus cabellos... ¿Crecen más?... Sueño hacer con tus trenzas una cadena que me dé tres vueltas al corazón; a este corazón, etc., etc., etc.»

La tercera carta:

«¡Una buena noticia!... Tengo resueltos mis asuntos... Una nueva semana en la provincia para concluir mis compras y vuelo a tu lado... ¡Si supieras!... Vuelvo en este momento de casa del notario. Mi madre ha tenido una idea delicada... Como regalo de boda acaba de comprar, en tu nombre, la casa frontera a la en que ellos habitan... Sólo veinte pasos nos separan... «Así—me ha dicho—, si os resolvéis a habitar la provincia, ya sabéis dónde caer.» No te escondo que me daría una alegría inmensa fijarme aquí contigo... Porque París..., cuarenta veces te he dicho que me era antipatico París... Todo el mundo te conoce en la capital... Y a mí me da ira que te conozcan y te saluden personas a quienes yo no trato... Provisionalmente, las compras que vaya haciendo las deposito ya en «tu» casa... ¿Das permiso?... Siempre estamos a tiempo de hacer el traslado, si luego decidimos otra cosa... No puedes imaginarte cómo me siento aquí tranquilo de corazon, etc., etc., etc.»

Aquella noche, Isabela Wagner, concluida por tercera vez la lectura de la tercera carta, escribía en su «diario»:

«Era fatal. Los corazones, como las plantas, como los animales, como todos los seres vivos de la creacion, tienen su atmosfera, fuera de la cual no pueden vivir. Y la atmósfera de mi corazón es el dolor. He querido salir de él. Había cerrado los ojos para entrar en la felicidad, como otras los cierran para entrar en el martirio... ¡Pobre Isabela!... La realidad se impone, y mi realidad es demasiado dolorosa... O resignarme a perder mi felicidad, la puertecita pequeña de felicidad a que todos tenemos derecho en este mundo, para conservar mi corazón, mi espíritu, mi alma..., o avanzar los labios, nada más que los labios y las manos, para tomar y morder unas migajas prosaicas de esa felicidad, precisamente cuando ya no puedo gustarla, porque me habré arrancado de antemano el corazón... ¡Pobre Alberto!... ¡Y pensar que no sabes, que no puedes saber, que no comprenderías nunca los dolores que me cuestas!»

VI

Era el tercero aquel día.

¡Oh, no es tan fácil romper con toda una vida en la que hemos ido dejando pedazos de nosotros mismos en forma de compromisos, de derechos, de representaciones nuestras! Porque todas las formas de vida no son más que conjuntos de actos humanos que están allí pacíficos, mientras que con nuestra conducta respondemos de ellos y los confirmamos; pero que se yerguen, adversarios, y vienen contra nosotros, como hijos contra el padre que reniega de ellos en cuanto pretendamos renovar la vida, cambiar de orientación...

Conoció Isabela aquel desquite de su antigua vida aventurera, y lo conoció en su aspecto más bajo, más plebeyo, más prosaico, más soez.

Ella no sabía cómo, pero había corrido por París la noticia de que iba a cambiar de posición, y llovieron sobre ella los acreedores... Sólo ellos faltaban.

Con una frase macabra—hacía algún tiempo que Isabela tenía propensión a las ideas fúnebres, a las imágenes de cementerio, a las cosas siniestras de la muerte—, con una frase macabra había escrito la Wagner en su «diario»: «¡Qué odiosos!... Son como gusanos nacidos de la descomposición de mi pasada vida y que vienen a disputarse las últimas piltrafas del cadáver de mi felicidad imposible...»

Aquel día era el tercero. El día anterior había tenido que recibir a seis. Dos camaradas de «la banda» que le habían dicho cínicamente:

—Pues si tu marido, tan rollizo, no te sirve para pagar tus deudas, ¿qué «vamos» a hacer de él?

Una buena viuda, dueña de la pensión de familia donde la Wagner habitaba antes de trasladarse a casa de

su director, muy pacatamente le había obligado a firmar un pagaré, la fecha de cuyo vencimiento, hábilmente calculada, debía coincidir con los primeros días del matrimonio.

La modista de sombreros le había amenazado con presentarse a embargarle las joyas en casa del notario el día de su casamiento, si antes no le satisfacía los atrasos.

Igual amenaza por parte del dueño de un restaurante, donde había cenado seis meses seguidos sin pagar.

El editor de música confeccionó unas letras escalonadas por el mismo procedimiento que la viuda de la pensión.

Su confeccionador de ropa blanca —el primero de hoy—había sido más sincero. Sabía las señas y el nombre de Alberto Bois. Pensaba hacerle una visita en cuanto regresara de la provincia, si la señorita Wagner no encontraba antes una combinación segura para pagarle. Y no había de inquietarse la excelente señorita Wagner: él sabía tratar a los hombres en estas circunstancias delicadas...

Su zapatero tuvo más habilidad...

—¿Qué calzado necesitaba la señorita para el «acontecimiento»?

Isabela cayó en el lazo. Le tomó medida. Escogió modelos, pieles, rasos, etcétera.

Y ya, al retirarse, el hombre regordete dijo, como si se tratara de un detalle insignificante:

—Las facturas las uniremos para después de la boda, ¿verdad?

—¿Qué había de responder Isabela?...

Pero todo aquello representaba un buen montón de francos... Isabela calculaba veinte mil. ¿Qué pensaría Alberto, tan ordenado, tan juicioso, tan provinciano, tan «hijo de familia»?...

Y no había más remedio; su primera conversación de prometidos había de llenarla entero este asunto desagradable y repugnante... ¡Oh, Isabela, con el aristocratismo natural de su alma delicada, le hacía ascos a aquella explicación banal y antipática de negocios que, inevitablemente para muchos días, tal vez para siempre, barrería toda la poesía de su amor!

Cualquier sacrificio le parecía en su alma preferible a entrar con él en detalles semejantes...

Y, por este motivo, le pareció tan oportuno, tan correcto, tan hombre de mundo, tan espiritual, hasta tan inteligente su modisto—el tercero de hoy—cuando vino a proponerle, como los demás, su «pequeña combinación».

—No, no venía a hablarle de deudas; porque, bien pensado, la señorita Wagner no tenía deudas con él...

Isabela sonrió, incrédula. Era su acreedor más fuerte.

—Me parece usted galantemente olvidadizo, señor Pion.

—No tiene usted deudas conmigo; verá usted... La señorita Wagner piensa casarse; perfectamente. Me han dicho que la señorita Wagner hace un cambio ventajoso de posición. Perfectamente. La señorita Wagner, por un contrato serio, me reconoce su acreedor por la cantidad que arrojan mis facturas atrasadas y un diez por ciento más.

—¿Dice usted...?

—Aguarde un poco... En el mismo contrato se compromete a surtirse exclusivamente en mis talleres y me otorga el derecho de ir descontando paulatinamente la deuda total mediante el aumento de un treinta por ciento en cada una de mis facturas semestrales, hasta el agotamiento definitivo.

Aquello le parecía a la Wagner muy puesto en razón...

—Pero mi marido...

—Su marido de usted no sabrá nada; el contrato es entre nosotros dos, sin otra garantía... Está en el interés de usted cumplirlo religiosamente para evitar el escándalo...

Isabela vacilaba todavía...

—Ya ve usted—añadió *monsieur* Pion muy sutilmente—, yo estaba tan seguro de que la señorita Wagner aceptaría, que me había permitido traerle ya dibujos y modelos—completamente en su gusto, sobrios, artísticos—para el traje de ceremonia...

Isabela no resistió a la tentación de dar una ojeada.

—Este me gusta—dijo, señalando al

azar un modelo que tenía algo de túnica griega en la elegante flojedad y abandono de sus pliegues...

—Perfectamente; es el que pensaba proponer a la señorita. Perfectamente con el cabello corto...

—No; voy a dejarme crecer las trenzas otra vez.

—Por eso mismo; es lo que iba a hacer notar a usted... Precisamente con el cabello corto no me atrevo a recomendarlo; pero ya con el cabello normal, recogido en diadema ondulada, con cintas en aro, el moño alto, perfectamente dentro del clasicismo griego—y el modelo lo está—, no tiene igual el traje...

Isabela, con la vista vaga, estaba meditando... Ensoñaba, procuraba hacer la evocación del día grande... Se veía, materialmente se veía con el traje aquel blanco, suave, en *crêpe acordeon*, exquisito, blando, del brazo de Alberto...

Oportunamente preguntó *monsieur* Pion:

—Entonces, ¿decididos?

—Sí, sí; creo que sí; ninguno me gusta como éste...

—En cuanto al contrato...

—Es verdad—dijo la Wagner, volviendo bruscamente a la realidad...

—Eso es. Como, de hacerlo, vale más hoy que mañana, también me había permitido traerlo, por si la señorita Wagner quiere firmar...

—A ver..., a ver...

Pero ¿a qué leerlo? ¿No sabía de sobra el contenido?... ¿Podía acaso escoger? ¿No era aquélla la única manera de evitar la entrevista odiosa con Alberto?...

Cortó en seco sus vacilaciones; cerró—como ella decía—los ojos para entrar en la felicidad, tomó la pluma y firmó.

Salió *monsieur* Pion ceremoniosamente, haciendo muy profundas cortesías y dejándole copia del contrato.

A las dos horas Isabela Wagner, con una celeridad febril, de un solo aliento, sin detenerse a pensarlo un instante por miedo a arrepentirse, acababa de escribir una última carta al último de sus acreedores.

A todos ellos les había propuesto la misma «pequeña combinación» que acababa de otorgarle a su modisto, enviándoles firmado un contrato, que en sus líneas generales copió del que le había dejado *monsieur* Pion.

Llamó; se presentó la muchachita de los Momejean.

—Estas cartas al correo; pronto, pronto. El señor director tendrá la amabilidad de dar los sellos... ¡Ve de prisa!

Y desapareció la muchacha.

Isabela Wagner, con ambas manos, se echó atrás sus bucles y se miró al espejo. Estaba lívida...

¿Qué había hecho? No lo sabía. Lo esencial es que la entrevista odiosa, aquella disección de su pasado innoble de trampas, de líos, de falsedades, de mentiras, que había de hacer con Alberto, con su buen Alberto, no existía ya...

Le quedaba un regusto amargo en el alma, algo como un remordimiento. ¿Qué sería? Maquinalmente se acercó al rincón de su piano. Está, como de costumbre, abierto sobre el atril el adorable poema de Schumann *Amores de una mujer*.

Isabela leyó, cantando en voz baja:

Alma noble, frente altiva,
corazón leal y puro..

¿Era la música?... ¿Era la letra?... Isabela no sabía; pero no dudaba ya. El remordimiento comenzaba a hacerse claro: incontrastable y claro... «Alma noble», y ella acudía a apoderarse de aquella alma noble con la villanía entre sus brazos... «Frente altiva»: ¿no pretendía ella manchar con un engaño cobarde aquella «frente altiva»?... «Corazón leal y puro.» Y en este corazón, como en un estercolero, vaciaba ella todo el peso inmundo de su vida aventurera, injertando en él, no lealmente, no solemnemente, no valientemente y cara a cara, sino por bajo mano, escondiendo la intención, valiéndose de la hipocresía y la doblez, el tallo bastardo de su pasado de trampas y embustes...

Y la cosa no tenía ya remedio... La

soldadura estaba hecha..., y todas las bajezas, todas las amarguras, todas las inmundas pequeñeces de ayer pasaban inevitablemente, en pequeños canales, en invisibles y fatales ramificaciones, a sembrar la mentira, el engaño y la falsía en su vida de mañana.

¡Y ella pretendía cambiar!... ¡Pobre Alberto! ¡Lo había dicho ella la noche de la despedida: que sus peores enemigos los llevaba dentro de su corazón!...

Se desplomó, materialmente deshecha, sobre su otomana... y lloró amargamente, inconsolablemente, como no había llorado nunca, sobre las ruinas de todas sus esperanzas imposibles.

VII

Estaba ella entera, en aquel golpe de audacia. Era su última brazada contra el infortunio adverso que amenazaba tragársela. Escribió las palabras finales y firmó la carta con el mismo pulso entero de sus mejores días de ambición.

Acababa de vaciar su alma.

Todo se lo dijo a Alberto. Su repugnancia a vivir lejos de París; su negativa rotunda a entrar en relaciones con la familia de él, cuya enemiga adivinaba: su deseo de conservar algunas de sus relaciones, las dignas de ella y dignas de él; ella no había de engañarle; su decisión de no abandonar su arte ni su vida, los compartiría con él; ¿podía pedir más?... Y después de todo, el paso grande, el decisivo, el más odioso... Toda la relación de los apuros de su vida, y sus deudas, y las exigencias de sus acreedores. Y todavía más: la cobarde resolución que había adoptado: el compromiso bajo, repugnante... Y en seguida, su dolor, su remordimiento; las lágrimas de aquella tarde: la vergüenza de haber correspondido tan mal a su lealtad y su franqueza... ¡Pobre Alberto!... Iba a hacerle sufrir mucho con esta horrible carta... Pero lo prefería así. La ruptura inevitable en estas condiciones, llegando, como llegaban, a tiempo de evitarlo todo, no la sacrificaba más que a ella... El podía ser feliz... Tenía derecho a serlo, ¡pobre amigo!... Ella, no; ya en la cuna le habían dado el dolor por compañero, y el dolor es un marido celoso que no quiere a nadie al lado... Lo sabía ella, y no anhelaba más dolor que el suyo; que Alberto la perdonara... Había tenido la pretensión de ser feliz... Era éste su crimen, un crimen disculpable...

Isabela Wagner quedóse más tranquila después de enviarle a Alberto esta carta. Como una viuda se disponía a hacer los funerales a su amor, preparando trabajosamente la renovación indispensable de su vida a base de estrechez, de privaciones, de renunciación, en un culto devoto, enfermizo, diario, al adorado muerto.

Vieron en su rostro las huellas de aquellos combates los buenos esposos Momejean, y se dijeron una noche:

—A Isabela le ocurre algo grave...

—Veo que Alberto no vuelve de la provincia—aventuró Momejean.

—Tienes razón—le dijo su mujer; se habrá ido a «eso»...

Y Momejean, asintiendo:

—¡Probrecilla!... ¡Ella lo presentía aquella noche!

.....

A la mañana siguiente, muy temprano.

Momejean, en su despacho, trabajaba febrilmente, porque sale el número del *Monde Musical*, su bimensual querido.

Llamando previamente con los nudillos en la puerta, se presenta la muchacha:

—Un telegrama, señor.

—¿Para mí?

—No, para mademoiselle Wagner; pero como duerme todavía...

—Pues, ¡anda, anda...; entra en su cuarto, despiértala...; que lo lea en seguida!

Y el bondadoso señor Momejean se queda pensando:

«¡Pobre muchacha!... Tal vez sea una buena noticia... Pero tal vez sea la sentencia definitiva... ¡un telegra-

ma!... Siempre asusta un telegrama.»

Se encoge de hombros y sigue trabajando.

En seguida, como tiene un cariño paternal a la Wagner, se interrumpe para decir:

—He sido un necio... Debí abrir el telegrama... Si es una mala noticia, como creo, ha debido mi mujer de írsela dando poco a poco..., de dorarle la píldora... En su situación, con su carácter arrebatado... Palabra de honor: ¡he sido un necio!

Lo malo es que aquel día sale el número, y el señor Momejean no tiene más remedio que acabar su artículo, el fondo, relegado siempre al último momento para comentar la actualidad.

Pero decididamente no puede ya más. La impaciencia le atosiga, le arrebata las ideas.

Bruscamente pone punto y firma.

Sale con las cuartillas en la mano y dice a la muchacha, con quien se tropieza en el pasillo:

—¡Volando, a la imprenta! Que no puedo escribir más. Atiende bien: que espacíen bien las líneas, y si todavía queda blanco, que pongan un retrato... Cualquiera... El de Charpentier, por ejemplo... Este siempre tiene actualidad... ¡Qué demonio!... Alguna tontería habrá hecho en la quincena... ¿Comprendido?

—Comprendido, señor.

—Pues ve volando... ¡Ah! ¿Se ha levantado la señora?

—Sí, señor; está en su cuarto.

—Bien, muy bien,

Y Momejean se dirige al cuarto de su mujer, arrastrando sus llamadas pantuflas por la alfombra verde del pasillo y recogiéndose la bata holgada con sus dos manos temblorosas para andar más libremente.

—¿Has visto a Isabela esta mañana, querida?

—Sí.

—¡Ah! ¿La has visto?

—Sí; ¿por qué?

—Nada; ¿cómo estaba?

—Como siempre: un poco pálida. Hace un momento que ha salido de casa. Me ha dicho que volvía a almorzar... ¿Por qué preguntas?

—No, por nada; se ha recibido un telegrama para ella... Y como aquí temíamos...

—Es verdad... No, pues no creo... Ella no me ha dicho nada del telegrama... Y parecía tranquila, ya te digo...

—Mejor, mejor... ¡Pobre muchacha!... Hoy sale un número excelente de la revista...

.....

Isabela no dormía en su cuarto, como había dicho la muchacha, cuando entraron a llevarle el telegrama.

No se había desnudado aquella noche. Se había tendido vestida sobre la otomana, a hacer planes; los tristes y miserables raquíticos planes que cabían en su vida misérrima desde que, hacía tres días, había enviado aquella carta.

Cuando vió el telegrama le dió un salto el corazón.

Lo destrozó casi, para abrirlo precipitadamente:

«Leída carta: acepto todo. Inútiles observaciones mis padres. Primero tú. Salgo rápido. Eternamente tuyo,

Alberto.»

—¡Amor mío!...

Fueron las primeras, fueron las únicas palabras que pronunció Isabela después de leer el telegrama. Y sucedió un raudal de lágrimas.

Y la infeliz muchacha quedóse después muda, con los ojos vidriados, como si las últimas lágrimas se le hubieran congelado sobre las pupilas, espantosamente abiertos y fijos, inmóviles...

Tenía la frente bombada, dilatada, sin una arruga, como si la intensidad y grandeza de los pensamientos que entonces bullían allí la mantuvieran en tensión...

Con esta precisión y clarividencia tan suyas, aprendidas en la escuela de sus desengaños constantes: con el frío análisis cruel, acostumbrado a regir su vida, huérfana de todo sentimiento, entraba Isabela audazmente en su futuro por las puertas de aquel telegrama...

Después de todo..., ¿qué?... El arranque de Alberto era natural... Amaba, y en el primer brusco conflicto lo sacrificaba todo al amor y a la posesión de la mujer querida... Hasta aquí todo iba bien... La sangre mandaba, y la sangre triunfa siempre... Pero ¿después?... ¿Por qué había de ceder Alberto en sus pretensiones que tan naturalmente le salieron de sus entrañas?... Y volvería a exigir..., volvería con una autoridad que no tenía ahora; con derechos que, aunque él no quisiera, le harían odioso; que convertirían en culpable toda resistencia. ¡Dios mío!... Y estaban ya en lo triste... Todo su amor convertido en una correspondencia de derechos y deberes... Triunfara quien triunfara, ya, entonces, ¿qué importaba?... La verdadera felicidad sería imposible... Alberto sufriría... Y volvía a llorar Isabela, pensando en esta posibilidad fatal que haría sufrir a su Alberto... Buscando el consuelo que necesitan todos los corazones infantiles y generosos, recurriría a sus padres nuevamente... Y éstos procurarían hacerlo suyo de nuevo... Sí, la compañía de un hombre dulce y leal como Alberto se desea siempre... Y la acusarían a ella, para separarlos más... Y un día y otro día insistirían tercos, egoístas... Y Alberto acabaría por creerles... ¡Oh! ¡Isabela no quería pensar en la posibilidad del trance aquel...! Pero era fatal... Alberto era más joven que ella; ella envejecía rápidamente... En la persecución del triunfo, que no llegaba nunca; en la noble lucha que iba a emprender desde aquel momento por su arte y por su amor, envejecería todavía más... No le daría hijos a Alberto... Su cuerpo sería infecundo, como lo había sido su alma... De esta tenía Isabela una perfectísima conciencia... Y entonces ella, envejecida y rebelde; él, joven, agriado y sostenido por los suyos, vendría la separación horrible... Y de este telegrama de hoy, de este dulce grito de amor que valía una vida, no quedaría nada, enteramente nada..., ni siquiera en ella el derecho a protestar, porque, ya para entonces, reconocía que en su sangre joven tendría Alberto su derecho... y que la sangre triunfa siempre...

¡No! ¡Mil veces no! Debía contentarse con la promesa aquella que tenía entre sus manos... «Eternamente tuyo», había escrito Alberto, y eternamente lo sería si sabía renunciar a él...

¿Qué buscaba?... ¡Ah, sí!...

Alberto le anunciaba su salida. Tal vez iba a llegar de un momento a otro. Y era preciso no esperarle, escapar... ¡huirle!

Si le veía, si le hablaba, ¡estaba perdida!... Ya no sería dueña de sí misma. Y entonces la vida implacablemente, día por día, tomaría desquite de aquella promesa, de aquel minuto de satisfacción triunfal que ella, indigna, había logrado arrancarle... ¡No!...

¿Qué más buscaba?...

Porque esta última parte de sus reflexiones la había hecho Isabela Wagner mientras se vestía su traje de calle.

¿Estaba todo? Sí.

Hubiera querido un retrato de Alberto; pero no lo tenía aún... Quedó en mandárselo desde la provincia... No importaba. Ella llevaba en el alma aquel retrato. No había miedo que se le borrara.

¿Y ahora? ¡Ah, sí! Su saquito de viaje. Porque lo mejor era salir de París. Escapar; no sabía adónde, pero ¡escapar!

¿Qué era esto?... Algo que había en el saco de mano, resbalando por el fondo, un ruido seco...

Cambió la cara de Isabela como una transfiguración... Callóse hasta su aliento y se volvió de espaldas al espejo, como si también se escondiera de sí misma en el momento aquel solemne.

Había cogido algo de dentro del saquito de viaje: se había metido el telegrama por la abertura del cuerpo, sobre el corazón..., y había salido.

VIII

El pobre señor Mcmejean acababa de llevarse las manos a la cabeza, creyendo enloquecer...

—¡Qué desgracia! ¡Qué espantosa desgracia! No, muchacha; no decirle nada a mi mujer. ¡Que no lo sepa! ¡Pobrecita mía!... ¡Y decir que yo lo he presentido! ¡Palabra de honor!

El agente continuaba explicando el hecho:

—La infeliz ha debido de suicidarse al atravesar el Puente Nuevo... El cochero, al oír la detonación, ha detenido el coche. Hemos acudido..., ya no había remedio. La bala había entrado por el pecho, partiendo el corazón. En el mismo asiento del coche se ha encontrado este papel.

—¿Un papel?

—Sí, unos renglones...

—¡A ver!

—No; lo de siempre: «Que no se culpe a nadie de mi muerte. Eternamente tuya, *Isabela*.»

Asomaron lágrimas en las pupilas paternales del señor Momejean.

—¡Pobrecita!—repetía—, ¡Pobrecita! ¡Palabra de honor!

—Además de una tarjeta con la dirección de su casa de usted, le hemos encontrado a la infeliz un telegrama.

—Me lo imaginaba; ¿qué decía el telegrama?

—No ha podido leerse. Ella debió llevárselo a la boca para besarlo en los últimos momentos; ha debido salir el tiro y, en la convulsión ha apretado los dientes, mordiéndolo... Un poco de sangre, que debe proceder de los pulmones, ha llenado la boca y ha manchado el telegrama. ¿Sabe usted de quién podría ser?

—Estoy seguro. Amaba a un muchacho que la abandonó... Este muchacho está en la provincia y hoy le ha mandado ese telegrama en que, probablemente, acabaría de desengañarla.

—Está bien: lo ordinario—concluyó el agente.

Y se marchó.

¡Lo ordinario!... ¡Lo de siempre!... Arrebato de mujer despechada... Con estos comentarios banales y equivocados recogió París el acto de Isabela Wagner, la noche de aquel día en que había querido morir para no desperdiciar un amor puro en la desgracia y la miseria de su vida...

El señor Momejean fué más piadoso...

Y su piedad, por ir a fijarse en algo nimio, fué casi irónica.

—¡Hija mía!... ¡Y la misma mala suerte siempre!... Ha ido a escoger para suicidarse el mismo día en que sale el «número»... Ni siquiera podemos dar su retrato.

EPILOGO

En cuanto a Alberto, sus padres le convencieron hábilmente de que Isabela se habría suicidado por considerarse indigna de él...

—¿Lo ves?—decía su madre—. ¿Y sostendrás que te quería?... ¿Te habría dado este dolor? ¿Tenía más que caer de rodillas y besarte los pies agradecida?

Alberto movía la cabeza, negando, los primeros días... Luego comenzó a tener una duda, y, finalmente, como ya el pobre cadáver de Isabela no podía hablar para disiparle aquella duda, se quedó con ella.

Y así es como, no habiendo tenido una sola migaja de amor mientras vivía, no tuvo tampoco un culto de devoción después de muerta la infeliz y pobremente descarriada Isabela Wagner, que nació con la «corneja siniestra», como habrían dicho nuestros padres.

LA CARAVANA

I

El cuarto de los directores en el teatro de «La Monnaie», de Bruselas, está al final de unos pasillos desmantelados y largos en la parte baja del edificio, un poco rancio.

A aquellas horas, la una y media de la madrugada, quedaba poca gente en el local.

Una tras otra se habían ido abriendo las puertecitas menudas en los corredores de los tres pisos, ocupados por los camerinos de los artistas, y una tras otra se habían ido apagando las bombillas eléctricas en los cuartos y las lámparas de brazo en los pasillos.

Crujieron, por la escalerilla estrecha y fementida, los volantes coquetones y atrevidos de las tiples ligeras; arrastraron su magnífica opulencia los mantos y los abrigos de las sopranos; pasaron, lamiendo los hierros de la barandilla, las falditas lisas de las figurantas y niñas del coro, y se arremolinaron en los rellanos estrechos las cabecitas de pájaro de las bailarinas, todas arrebujadas en sus chales de blonda barata, con los labios encendidos de carmín y los ojos brillantes, al atisbo de la pícara aventura que rondaba a la puerta del teatro. Venían chascando en esto las botas de charol del tenor, que se había subido el cuello del gabán de pieles y no se atrevió a quitarse el pañuelo de la boca para saludar al grupo maleante. Sonaron en seguida los pasos graves y pausados del barítono, un danés, que había sido mal recibido por el público, y que a grandes gritos regateaba la propina al mozo del pasillo.

El conserje, sentado al pie de la escalera, junto a un fogón de antracita adosado a una vieja chimenea de leña, descabezaba un sueño.

La mujer del portero entró a darle en el hombro.

Levantó el conserje la cabeza.

—¿Quién falta?—preguntó la mujer.

El conserje no sabía a punto fijo... Detúvose a escuchar.

Sonaron en el segundo piso, encima mismo de la portería, unos chillidos, unas risas apagadas.

—Esas... ¿Quién va a faltar?... Las de todas las noches... ¡Parece mentira tanta porquería!—ronroneó el conserje, restregándose los ojos.

—Pues da aviso a los señores directores... ¡Bastante me costaría a mí!

—A mí sí me costaría...

—¡Claro, la propina que te dan todas las noches! ¡Buen alcahuete estás!

—¡Los directores!

II

La exclamación del conserje produjo su efecto. Desapareció la mujer del portero, dejándole en paz. Sin embargo, los directores, cuyo despacho acababa de abrirse cuando el conserje dió la voz de alarma, no salían todavía. Limitáronse a dar una voz al conserje para que acudiera al despacho.

Levantóse el viejo funcionario; recompúsose sobre los huesos el viejo levitón, raído y mustio: tomó la gorra en una mano y limpióse los labios con un gran pañuelo azul que tenía sobre el mármol de la chimenea y que introdujo después en su faltriquera, sobre el pecho; adoptó un aire de marcha digna y oficial, y tosiendo un poco, gorra en mano, penetró en la Dirección, previa llamada con los nudillos de la mano izquierda en las tablas de la puerta.

El despacho de los directores estaba

a tales horas recalentado y sombrío; viejos y espesos cortinajes de pana carmesí recubrían puertas y balcones; desaparecían los muros bajo infinitas series de retratos, donde podía seguirse la historia de la escena lírica de los diez últimos años. Había en el fondo una chimenea de mármol negro, y en ella, un fuego enorme, prendido y chisporroteando. A ambos lados de la chimenea, sendos divanes, de terciopelo carmesí también, y sobre los divanes, almohadones, desfigurados unos y los otros sobados por el uso.

En un rincón del despacho se había levantado una mampara en ángulo, formando cuadro con el de la habitación. La mampara tendría de alto unos dos metros por cuatro de lado. Presentaba la mampara, en su parte superior, una cenefa de cristales opacos. A través de estos cristales, y por lo alto de la garita, sin techo, escapábase entonces una luz mortecina y amarillenta, donde flotaba, en espirales, el humo de una pipa, que debía de fumar alquien a quien, de cuando en cuando, se oía carraspear dentro del recuarto mientras volvía hojas de un libro.

El despacho, bastante espacioso, quedaba en la penumbra. Estaba apagada la gran araña central. No tenía más luz que la que alumbraba en la garita y la roja claridad que a intervalos, al prenderse un tronco de leña, salía provocante y rojiza, de la chimenea.

Había en todo el cuarto, con los restos de una opulencia desmadejada y rancia, un ambiente oficinesco, apestando a tabaco belga, de elaboración plebeya y sin aroma.

Un hombre alto, huesudo y elegante, de cara recia y bigotes soldadescos y nutridos, estaba medio tendido en uno de los divanes y parecía buscar en el techo, con la mirada fija, el invisible enigma de un infinito aburrimiento.

Tosió de nuevo el conserje para avisar a los señores directores de su presencia en el despacho, gorra en mano, y salió de las profundidades de la garita iluminada una voz imperativa:

—La Buzzi..., ¿se ha marchado ya?

—No, señor; digo, «no la he visto pasar»—replicó el conserje, temblando de que aquella endemoniada Buzzi se hubiera echado a la calle mientras él dormía.

—Entérese usted... Necesito verla; que no se marche sin pasar por el despacho. ¿Qué hora es?

—Las dos muy cerca—replicó el del diván, clavando en el reloj sus ojos aburridos y desperezándose...

—¿No mandan más los señores directores?—murmuró el conserje...

—Nada más—replicó la voz oculta—. Búsqueme a la Buzzi.

—Sí, señor...

III

El conserje salió del despacho, se caló la gorra y echó andar por el pasillo...

«Menos mal, si la encuentro», iba pensando al subir por la escalerilla...

En el segundo piso, hacia el final del corredor, había un cuarto abierto. Hacia él se dirigió el conserje.

Delante del espejo, inclinando el cuerpo elegante y blando para verse bien, una mujer acababa de colocarse en el sombrero un velo verde, de atrevido y riquísimo color.

El conserje avisó a su modo, tosiendo, de su presencia.

La artista se volvió con sobresalto.

—¡Ah! ¿Es usted?

—Sí, señora Buzzi. Los directores desean hablar con la señora. No se marche la señora sin pasar por el despacho.

—No tenga usted miedo, no me marcharé. Me han de pagar.

—¿La señora no se queda de pensionista en la casa?

—No; he venido en representación nada más... Salgo mañana de Bruselas.

—¿Manda algo la señora?

—Quisiera que me bajasen el «mundo» hasta la calle... ¿Habrá gente todavía en el teatro?

—Siempre quedará el portero... y entre los dos...

—Está bien; se lo agradeceré...

—La señora necesitará un coche.

—Eso es; supongo que los habrá en la plaza todavía.

—¡Uf! ¡Toda la noche!... Todos los restaurantes están cerca del teatro..., y como la gente rica da en comer a última hora... Hay también artistas de la casa... ¿La señora ha de ir a algún restaurante todavía?

—No; voy directamente al hotel. Salgo mañana temprano de Bruselas. Por eso quiero llevarme el «mundo». No lo olvide.

—Descuide la señora.

Sacó la hermosa mujer de un saquito de piel verde una diminuta borla de polvos, sacudióla con un airoso movimiento y se la pasó por la cara, para borrar las últimas huellas del *maquillage*.

Pensó en bajarse el velo, y, arrepintiéndose después, volvió a dejarlo caer por detrás, en graciosa cascada, desde lo alto del sombrero, hasta cerca de los hombros.

Todavía, con una barrita de carmín, dióse a los labios, que eran finos, bien delineados y purpúreos.

El conserje aguardaba, filosófico.

—No apago—concluyó la artista—; usted queda con el equipaje.

Y llenando el aire de una emanación intensa a heno del campo, hecho perfume, pasó la diva por delante del conserje, que, con aire pacato, no se apartó del marco de la puerta, procurando rozarla.

IV

—Mis queridos directores...—dijo la Buzzi haciendo sonar generosamente la campana de oro de su voz del Mediodía en la somnolencia del despacho rancio.

—¡Oh querida!—murmuró, saliéndole al encuentro, el hombre del diván.

—¡Papá Kardenhak!—concluyó la artista abrazando y besando al figurón—. ¿Y nuestro burgués?... ¿Se fué con los fondos?... ¿O está aquí todavía?

—¡Está aquí, está aquí, cara señora Buzzi—interrumpió la voz oculta dentro de la garita—, y la aguardo a usted con todo preparado ya...

—¡Oh amable papá Meritz! ¡Y este chambón de Kardenhak que acaba de llevarse las primicias de mis besos!... ¿Cuántos miles de francos, señor Meritz?...

—Venga usted, venga usted; hemos de hablar...

—¿Alguna celada?...—preguntó, no sin intención, la resuelta joven.

—¡Bah! «Marche» usted, en todo caso, señora Buzzi... Con él no hay peligro... Y en definitiva..., ¿sabe usted? ¡Tiene la caja!...

La Buzzi se sabía de memoria todas estas groserías, más o menos disimuladas... Conocía a su mundo de empresarios y directores... Sabía lo que eran estas batallas de última hora, en la viciosidad de la madrugada y en un cuarto con divanes el día de un despido, cuando todas las sordideces de la explotación y la avaricia se juntan a todos los deseos de la lascivia y de la carne.

En otros tiempos, la Buzzi habría contestado con una brutalidad a la grosería aquella con que el gran señor aburrido de Kardenhak tanteaba el terreno... En otro tiempo le habían costado a la Buzzi sus «prontos» de alma rústica algunos descalabros en su carrera.

Pero ahora, no. Corsa en el fondo, era italiana en las maneras. Ya tenía diplomacia y mundo aquella «tragediante», a quien las circunstancias y la preponderancia de las almas bajas, cuyo apoyo necesitaba, habían hecho ligeramente «ccmmediante».

La Buzzi guiñó un ojo a Kardenhak, que sintió sobre la piel una descarga eléctrica, y entró en la garita a entendérselas con Meritz, pensando en su interior, pero con absoluta evidencia: «Estos dos canallas se han avenido para fastidiarme.»

V

Meritz era un viejecito meloso, baboso, ridículo, sobón y felino... Estaba

con la cabeza metida en un gran libro cuando penetró la Buzzi en el recuarto.

Meritz se levantó a medias, encorvándose ceremonioso para saludar a la diva; cerró el libro de cuentas, tiró de un cajoncito, de donde sacó un sobre cerrado y abultado, y señalando a la Buzzi una silla en qué sentarse, dijo empalagosamente:

—¡Lástima, lástima, señora Buzzi, que no haya podido tomar usted parte en la función de mañana!...

—Ustedes conocían mis compromisos de antemano. Desde Bis Baden les puse una postal...

—Es cierto, es cierto; pero no la conociamos a usted... ¡Oh, de lo contrario, habríamos hecho todo lo imaginable para obligarla más en el contrato!... ¡Qué *Carmen* hoy, señora Buzzi!... Mañana habríamos acabado de llenar el teatro...

—La sala estaba llena...

—No, no del todo... Había algunos huecos... ¡Oh, muy pocos!... ¡Una hermosa sala!... Pero el contrato de la señora Buzzi, que en otras circunstancias nos habría salvado, ahora acaba de arruinarnos... Nos ha faltado tiempo para aprovecharnos de su concurso brillante, querida señora... Hablando como los cazadores, hemos levantado la liebre sin cobrarla... Puede decirse que estas tres representaciones han sido la «réclame» para el verdadero negocio que iba a comenzar mañana, si usted hubiera podido detenerse...

—Desde Bis Baden les avisé...

—Cierto, cierto... sabíamos ya que la señora Buzzi no podía concedernos más que tres representaciones... Y tales eran nuestros deseos de hacer justicia a sus méritos, que ya lo ha visto usted, con manifiesto quebranto de nuestros intereses pasamos por todo y fuimos al peligrosísimo contrato.

—Perdón, señor Meritz; quien pasó por todo fuí yo entonces; ¿no recuerda usted? Me ponderó usted tanto el perjuicio que le causaba no concediéndole más que tres representaciones de las seis que me pedía, y tiene usted una manera de hacer consideraciones tan machacona y lastimera, señor Meritz, que llegaron a exasperarme sus cartas, no por lo que decían, sino por tener que leerlas... ¡Tan largas!... Y, contra el parecer de todos mis compañeros, una tarde ya cerré los ojos y dije: «¡A Roma por todo!» Tenía ganas de conocer Bruselas; el teatro de La Moneda es una buena nota, y firmé el dichoso contrato, ya lo sabe usted, rebajando en un tercio mi *cachet* acostumbrado.

—Sí, sí, señora Buzzi; tuvo usted la bondad de hacerse cargo de la situación. Y yo la quisiera ver ahora tan razonable como entonces...

—Pero ¿no hice bastante?—interrumpió la Buzzi, recelando ya alguna tacañería inesperada en aquel zorro viejo.

—¡Ay! Bastante, no. ¡Usted no sabe, usted no sabe cómo están estos negocios! ¡Ah! Con voces como la suya, con artistas de su talla y con espíritus abiertos y generosos como la señora Buzzi, serían camino de rosas los negocios de teatro: pero, desgraciadamente, no es así; la señora Buzzi es única en Italia, es única en Bruselas...

—Razón de más, señor Meritz, para que usted no me descuente méritos.

—Claro, claro, pero no ahora; ya ve usted, nos hemos equivocado; esto ha sido un fracaso, un fracaso como negocio, se entiende. Un triunfo para usted. El terreno está preparado, el campo está sembrado para recoger el año que viene. No sea usted impaciente. No nos ahogue ahora, y el año que viene estaremos en condiciones, nosotros, de remediar los descalabros de hoy, y usted, de añadir el negocio a sus laureles... El señor Kardenhak, mi compañero...

—Señor Meritz, yo tengo mi contrato...

—¡Oh! Vamos, vamos, señora Buzzi; si usted no quiere transigir, no hablemos más. El contrato está claro y lleva usted la razón: no hablemos de ello. Sólo que, por el momento, no hay dinero en caja para satisfacer el compromiso... ¿Qué más pide usted? Yo había querido evitarme esta vergüenza...: pero he tenido que llegar

a ella... ¡No tengo más dinero! Vea, vea...

Y, dejando el sobre abultado sobre la mesa, el viejecito Meritz tiraba de un cajón, de otro cajón, revolvía papeles, mostraba saquitos de mimbre, con algunas miserables monedas de níquel; hasta se palpaba en los bolsillos para demostrar a la señora Buzzi que nada sonaba allí dentro, y lanzaba ojeadas de desolación a la caja de caudales, completamente abierta y sin otro huésped dentro que unos libros gigantescos.

Un ligero tinte de carmín coloreaba de ira las mejillas de la Buzzi... Le temblaba ligeramente el labio inferior, plegado entonces deliciosamente en un mohín de desprecio.

No se le ocurrieron palabras con que poner un comentario a la grotesca escena de que Meritz acababa de hacerla espectadora.

Miraba fijamente al hombre despreciable, que no parecía inmutarse bajo la condenación de tan noble ira.

Y como la Buzzi fué la primera en encontrar intolerable aquella situación equívoca, levantóse bravamente, cogió el sobre que estaba en la mesa y preguntó al zorro belga secamente:

—¿Cuánto hay aquí?

—Dos representaciones, señora Buzzi; le quedamos a usted deudores de la tercera. Está entendido. Usted reclamará. Está en su derecho. Y, en caso necesario, llévenos al juez. ¡Qué desgracia!... Yo..., nosotros... Si usted...

La Buzzi le había vuelto la espalda sin responderle.

La puerta del recuarto estaba cerrada y la Buzzi, temblando de femenina indignación, no daba con el mecanismo necesario para abrirla.

Acudió el viejecito.

La Buzzi se echó a un lado, esperando que abriera.

Meritz puso efectivamente la mano en el pomo de la puerta, y antes de abrir dijo todavía:

—Un consejo, señora Buzzi. Es posible que todo pueda arreglarse... Ahora lo pienso... Sí, sí; no sea usted niña... Procure hablar con Kardenhak esta misma noche... Dígale lo que hay... Mi compañero es rico, aparte del negocio...

Era el golpe final... Todas las circunvoluciones de la anterior escena, toda aquella palabrería hipócrita y empalagosa había servido para llegar a este momento.

Después de las melosidades de actitud y gesto, después de aquellos elogios y zalamerías que constituyeron el núcleo del diálogo anterior, y que a la Buzzi le recordaron ahora los lengüetazos de ciertos carnívoros relamiéndose el hocico antes de clavar los dientes en la víctima, el zorro, bruscamente, dando un salto, acababa de descargar la zarpa innoble sobre aquella conciencia de mujer.

No contestó ella. Pasó por delante de Meritz, que meloso, se inclinaba saludando, sin mirarle siquiera.

Crujió la seda de su traje en su apresuramiento de fuga instintiva... Salió la Buzzi del recuarto como de una covacha donde hubiera sorprendido una serpiente. El gran despacho de los directores estaba completamente a oscuras. Nadie en él. En el fondo, bajo el marco negro de la chimenea, la luz encarnada, profunda, de unas brasas... Una pupila en la oscuridad... A la Buzzi le dió un salto el corazón...

VI

Los que en aquellas horas de la madrugada se aventuraron a cruzar la explanada que hay en la ciudad baja, delante de la estación del Mediodía, enfrascándose por aquellos charcos y lodazales indignos de la urbana compostura del resto de Bruselas, pudieron extrañarse de aquel coche parado en el gran desamparo de la avenida solitaria, al pie de la puertecita del Hotel Esperance.

Había llegado aquel coche hacía unos momentos trotando apresurados sus dos fláccidos caballos en la soledad y resonancia de las calles, a la madrugada.

Sólo había luz en el restaurante Es-

perance donde aún comían dos ingleses, y en las salas de la estación, cuya mole negreaba en el fondo de la explanada.

El coche, que venía de lo interior de la ciudad describió una curva rápida y entróse por la avenida para detenerse a los pocos pasos, bruscamente, a la puerta del hotel.

Descendió primero un hombre. Llevaba alto el cuello de su gabán de pieles y al descender, su «couvre-chef» exagerado tropezó con el marco de la portezuela.

Desde el coche dijo una voz femenina:

—Tire del cordón... ahí mismo, a la derecha... en la puerta.

El hombre buscó unos momentos hasta dar con el cordón de llamada: en el portal se hizo una luz amarilla y la puerta se abrió instantáneamente; dió un chorro de luz en la acera, iluminándole al hombre la mitad del cuerpo, parte del carruaje y los hocicos espumantes de ambos pencos.

Volvió el hombre al vehículo, y, doblando la alta y huesuda figura, tendió la mano para ofrecérsela galante a la dama que estaba dentro, y que casi sin apoyarse en ella saltó afuera.

Fué imposible reconocerla en su rápida y corta travesía hasta el portal: llevaba un chal de plumas y cintas liado al cuello en doble vuelta, y con un pañuelo de encajes apelotonado en riquísimo montón, se tapaba la boca cuidadosamente, mientras se desfiguraba la cara, contrayendo todos los músculos faciales para no respirar.

Hasta hallarse en lo interior del portal no fué posible examinarla.

Entonces, ya al abrigo de todos los aires traidores de la madrugada, que venían preñados de asechanzas y afonías, desabrigóse el cuello elegante la elegante mujer y se quitó de los labios el apretado pañuelo de encajes.

Cayó sobre ella una cascada de luz procedente del brazo que iluminaba el portal, y comenzó ella a darle órdenes al cochero para que entrara y acondicionara en el portal el «mundo», la «grosse malle» que llevaba en el pescante.

Nuestros lectores habrán reconocido a la Buzzi.

El cochero parecía hacerse de pencas encastillado en su trono y negándose a abandonarlo, con la borrachera que llevaba encima.

Ya a aquellas horas no parecía dispuesto a acudir el personal de la fonda.

Impacientábase la Buzzi dando en el suelo con sus menudos zapatitos de charol.

—Señor Kardenhak—dijo de pronto y con una risita contenida y alegremente perversa, dirigiéndose al hombre huesudo del gabán—, ¿no podría usted probar a ayudarme?

Kardenhak vaciló algunos instantes. Inspeccionó la calle para convencerse de que nadie la cruzaba. Se quitó los guantes, dirigió a la dama una mirada incendiaria, como los caballeros antes del torneo, y acabó, al fin, por cargar valientemente con el «mundo», transportándolo, grotescamente abrazado a él, desde el pescante del cochero al pie de la escalera, en el portal.

Unas carcajadas argentinas de la Buzzi, que materialmente se retorcía de risa agarrada al barandal, acabaron por atraer a un mozo soñoliento.

El mozo despertó para reírse también, aunque modosamente, de la extraña figura que hacía el director.

Hasta el cochero se empinó para verle mejor, riendo y dando manotadas desde su pescante.

—No es usted seria, señora Buzzi, no es usted seria—decía Kardenhak, no resolviéndose a tomar en trágico las carcajadas de la Buzzi, pero amostazado un poco de que, a aquellas horas, tuvieran humor de «pagarse su cabeza», como dicen los franceses, o de «tomarle el pelo», como decimos por acá.

Depositado el «mundo» en su sitio con ayuda del mozo soñoliento, Kardenhak trataba de reconquistar su aplomo y su prestigio, limpiándose el gabán lleno de barro y volviéndose a calar los guantes con filosofía.

Entre tanto, la Buzzi daba instrucciones al mozo vigilante para que la avisaran a las siete de la mañana y

trasladasen a la estación oportunamente todo su equipaje.

—No lo olvide usted: arriba, en las habitaciones, tengo tres maletas más.

—¡Eh, señores!, ¿qué hago yo? ¿Puedo retirarme? ¿Quién paga?

Era el cochero.

Le contestó la Buzzi:

—Aguarde usted.

Y dirigiéndose a Kardenhak le tendió su mano franca, noble, limpia y graciosamente.

A Kardenhak le desorientaba aquella mujer.

—¿Me despide usted?—se atrevió a murmurar con torpe indecisión.

—De ninguna manera—continuó la Buzzi, dueña del terreno—. Si quiere usted descansar en mis pobres habitaciones, le invito a tomar media taza de leche caliente... Partiré con usted mi colación de última hora. Pero le hago observar que la noche va ya de vencida: que mañana tengo que viajar; que he cantado esta noche y que no voy a ser una dueña de casa espiritual, porque tengo un sueño horrible.

El cochero se había envuelto en una manta de pies a cabeza, disponiéndose a una espera indefinida.

Los caballos, inmóviles en la oscuridad, bajaban los cuellos al peso de las grandes cabezas soñolientas.

El mozo, diligente, había desaparecido.

Kardenhak, desorientado todavía, pero tan codicioso como desorientado ofreció el brazo a la diva.

VII

Lo primero que extrañó a la Buzzi, cuando del brazo de Kardenhak puso la planta en el pasillo del segundo piso del hotel, fué ver luz en sus habitaciones.

No dijo nada, pero le sorprendió la observación.

Soltóse gallardamente del apoyo que su director le había ofrecido, y abrió, no sin cierta curiosidad y sobresalto, la puerta marcada con el número 9. A aquel cuartito le llamaba ella su salón.

Y era una habitación cuadrada, que separaba su dormitorio de su cuarto-*toilette*, donde tenía su baño y su ropero.

De aquel cuartito número 9 es de donde salía luz, con gran extrañeza de la Buzzi, que por aquel entonces estaba en Bruselas completamente sola.

En lo interior del cuarto había un fogoncillo de antracita confortablemente mantenido al rojo vivo. Sobre él, en un jarrito de porcelana y algo retirado del centro del hogar, para que se mantuviera caliente sin hervir, humeaba la leche de la última colación.

Una lamparilla eléctrica iluminaba una mesita con papeles revueltos. Sentado a aquella mesa estaba un hombre, escribiendo nerviosamente, y tan abstraído, que no se dió cuenta de la brusca aparición de la Buzzi.

Esta, al verle, fué a él sin vacilar, con los brazos abiertos, exclamando:

—¡Cómo! ¿Aquí, Ivanoff? ¿Cuándo has llegado? ¿Me esperabas? ¡Estás flaco!

Abrazáronse Ivanoff y la Buzzi.

Había quedado en el pasillo Kardenhak, aguardando a que le dieran permiso para entrar; decididamente era poco afortunado aquella noche.

Como con la precipitación y la sorpresa la mujer había dejado la puerta abierta, el llamado Ivanoff fué el primero en darse cuenta de que un hombre parecía aguardar en el pasillo.

Contrarióle el descubrimiento, a juzgar por la expresión que tomaba su rostro, y volvióse interrogativo a la Buzzi, que estaba radiante, casi en éxtasis, con los ojos fijos en él y comiéndoselo con ellos, como se dice vulgarmente.

La mirada de Ivanoff le recordó a la diva el empalagoso compromiso adquirido de partir su última colación con Kardenhak.

—¡Y hoy precisamente!—murmuró golpeando con el taconcito agudo el *parquet* de madera barnizada.

Pero como el hielo de la situación tenía que romperse de uno u otro mo-

do, llegóse hasta la puerta para invitar, con sólo un gesto, a Kardenhak.

Este penetró en el cuarto, descubriéndose.

La Buzzi, presentándole a Ivanoff, dijo sencillamente:

—El señor Kardenhak, director de La Moneda.

Y volviéndose a Kardenhak le hizo la presentación del extraño personaje que estaba en el cuarto con otras dos palabras más sencillas todavía:

—Mi hermano.

Ivanoff tuvo una imperceptible mueca de sorpresa.

VIII

Invitados por la Buzzi, con un gesto amable, los dos hombres se sentaron.

La joven dama, con desenvoltura y viveza, se había despojado de su abrigo y de sus chales.

Caían blandamente las ropas sobre un diván, derramando a ondas cálidas aquel intenso olor a heno hecho perfume, que ya en el pasillo del teatro mareó al conserje.

—Escasa ha de ser la provisión para los tres—decía la Buzzi—; pero no importa, la partiremos como buenos amigos...

—¡Oh, yo, señora, voy a retirarme! —dijo Kardenhak con cierta displicencia, comenzando, por fin, a darse cuenta de la equívoca situación en que se hallaba.

—¿Se va usted?... ¿Por qué?...—gritó la Buzzi, que ya había entrado en su cuartito-*toilette*, dejando a los dos hombres frente a frente.

—He cumplido lo que me proponía, que era no dejarla llegar sola hasta estos extremos de la ciudad a tales horas... Estuvo usted bastante desacertada al elegir el hotel. ¡Este está tan lejos del centro!

—Pero cerca de la estación... En todas partes hago lo mismo. Entro en los sitios preocupándome principalmente del día en que tendré que abandonarlos. ¡Somos así los vagabundos! ¡Siempre queremos tener la tienda al borde del camino!...

—Es el modo de huir fácilmente de los que quisieran retenerlos y de encontrar con la misma facilidad a los que vienen a buscarlos! ¡Son ustedes los vagabundos unos grandes sibaritas!

—¿Espiritual a estas horas, querido director? ¿Qué novedad es ésa?

—No quiero que me insulte usted más: me marcho, criatura maligna —dijo a gritos Kardenhak y procurando encerrar su despecho en la forma galante de una malevolencia escéptica y urbana.

—¿Sin partir la última colación? —contestó la Buzzi todavía.

Se oía un rumor y crujimiento de ropas que caían, cintas que se soltaban y broches que chascaban en la rosada decoración del cuarto-*toilette*, cuya puerta estaba entreabierta.

—¡Sin partir nada!—concluyó Kardenhak levantándose y tomando otra vez su majestuoso *hauteforme*, que había dejado sobre la mesa.

Ivanoff seguía escribiendo.

—¿Definitivamente sale usted mañana, señora Buzzi?—preguntó otra vez Kardenhak.

—Definitivamente... En el primer expreso.

—Tal vez nos veamos en la estación... ¿No manda usted nada?

—Nada, señor director; a ese pobre cochero, una propina buena de mi parte. ¡Me ha proporcionado tan buen rato, obligándole a usted a cargar con el «mundo»!

—¡Infame!... Hasta mañana, entonces...

—¡Hasta mañana!... Dispénseme que no salga—dijo la Buzzi, asomando nada más que la cabeza por la rendija de la puerta—, porque... En fin: ya lo comprende usted...

—Está comprendido. ¡Adiós, gran artista!... ¡Caballero!...

Profunda inclinación a Ivanoff. Profunda inclinación de Ivanoff, que se levanta, dejando de escribir.

Muy dignamente, Kardenhak gana la puerta.

La Buzzi, que le mira alejarse, ríe con una desvergüenza intolerable.

—¡Oh, señor director! ¡Qué gran

aire tiene!... Digno de un capitán flamenco!

—¡Infame!...

La puerta vuelve a cerrarse... Se oyen los rítmicos pasos majestuosos del capitán flamenco que se aleja, abandonando la plaza. Un reloj da tres campanadas en el gran silencio del hotel.

Ivanoff se vuelve a la Buzzi, que le contempla con una cara rebosante de vida y mediodía.

—Pero ¿qué farsa es ésta, especie de bruja abominable?...

—Nada, ya te contaré; pero antes, toma.

Y corre al cuello de él, envuelta en una bata holgada, suave, flotante, de un color gris violado, que vagamente sugiere la idea de las nieblas suavísimas y finas, pegándose a los contornos redondeados y puros de una colina con nieve.

IX

—¡Qué infamia!—murmura Ivanoff después de oír el relato que con toda crudeza le ha hecho la Buzzi, a quien él llama Agueda, de los incidentes de la noche.

—Pues como te lo cuento ha sucedido—acaba Agueda—. Sin duda, Kardenhak esperaba que yo, resentida, le reclamaría a él la representación que, de acuerdo con él, ha dejado de pagarme el viejo zorro del teatro... Estas gentes son así..., tan mezquinas como viciosas... ¡Qué cuadrilla!

—¡Qué mundo! ¡Qué asco!—murmuró sordamente Ivanoff—. ¡Sólo yo estoy en lo justo!

Y luego, sonriendo con cierta amargura:

—El valiente conquistador se habrá marchado contrariado de encontrarme aquí...

—Como le he dicho que eras mi hermano...

—¿Lo habrá creído?

—No; ha creído que eres mi amante...

—Pues se ha equivocado también...

—Es verdad; se ha equivocado también—dijo la Buzzi con cariñoso dolor.

—¡Agueda!—exclamó bruscamente Ivanoff, tomándole las manos.

—¡Iván!—dijo ella, sintiendo un abandono de todo el cuerpo a la presión de aquellas manos que quemaban.

—¿Cuántas veces nos hemos encontrado por el mundo este año, Agueda?

—Tres; las recuerdo bien. La primera, en Moscú, en nuestro club. ¿Recuerdas... aquella noche siniestra del prodromo en el barrio? Habíamos proyectado un concierto a beneficio de los estudiantes, y la indignación y el dolor nos aguaron la fiesta... Todas aquellas noches habías venido tú al hotel a enseñarme en tu lengua, palabra por palabra, el *lied* de Borodin... ¿Recuerdas?...

En tu manso país, lleno de encantos...

—Este país está muy lejos, Agueda...

—También me lo dijiste aquella noche. Tuvimos que atravesar, para llegar al club, las calles sembradas de cadáveres... Mucha sangre en la nieve... ¡Qué dolor!... La noche antes había aparecido ahorcado el cuerpo de Gapone, que, la última vez que nos encontramos en París, en la casa de madame M***, llevaba una barba suave y sedosa de Cristo; tenía unas manos transparentes y finas de momia, y se concentraba y lloraba sin sollozos, sin contradicciones, nada más que con l á g r i m a s silenciosas, oyéndome cantar...

—¡Pobre Gapone!... ¡Qué infame olvido ha amortajado su memoria!... ¡Qué doble piedra de sepulcro!... ¡Qué ingrato es el mundo!... Pero los que le olvidaron deben temblar, Agueda; Gapone no ha muerto bien: era de los hombres que viven muchas vidas... ¡Oh, nadie me arrebatará esta idea!... Tenía el gesto implacable de Lázaro resucitado...

Cuando Ivanoff entraba en esta agitación extraña, que cristalizaba en sus ojos de una manera luminosa y obsesionante, la suave mujer, que le quería, solía tomarle la cabeza con las manos y dejarle en la frente un beso largo.

Ivanoff aceptaba con delicia aquella caricia redentora, y solía decirle, después de recibirla:

—Gracias; me has vuelto a hacer humano.

Toda esta enfermiza exaltación del joven eslavo tenía a la Buzzi, en el fondo tan natural y realista, fuera de sí y suspensa de él.

A veces, realmente emocionada y compadecida de las angustias morales de aquel muchacho infeliz, que parecía vivir todas las torturas de su raza, se sobreponía la Buzzi a sus propias emociones, procuraba distraerle, charlaba, gritaba, cantaba, reía por él, y con una infinita compasión, amándole como una loca, le servía y le cuidaba como una madre.

Otras veces, incapaz de resistir el torrente sentimental que venía rugiendo en las palabras de Ivanoff, se dejaba arrebatar por él; lloraban los dos juntos, se hundían en la profundidad de un proceloso pesimismo, y aquella crisis los rendía y los unía, cada vez más, como una batalla de amor.

Y, de todos modos, el poema sentimental de aquellas dos almas, que andaban desorbitadas, dando vueltas alrededor del mundo, en virtud de una incomprensible ley de inercia, como si buscaran un desconocido hilo de engarce, era un poema enfermizo, desigual, sin ritmo, dolorosamente intenso y espantosamente vago; un poema en constante formación, que llevaba dentro, por un modo extraño, toda la fatalidad misteriosa de las simas y del que todavía no habían podido precisar una forma ni habían llegado a formular una palabra...

X

—Aquella noche—continuó la Buzzi después de besar a Ivanoff en la frente—, la Policía, que andaba buscando víctimas, penetrando a deshora en el local, nos estorbó el concierto. ¡Qué miedo pasé!... ¡Horrible! Sin saber cómo, me encontré en un coche con un comisario ruso a mi lado, que parecía alemán y me hacía preguntas en francés. Afortunadamente, tenía la conciencia limpia y en orden mis papeles. Me llevaron al hotel; el comisario hizo un registro en mis papeles, tan arbitrario como minucioso. Yo empezaba a estar ya más irritada que asustada. Se me ocurrió avisar por teléfono al teatro, y vinieron alarmados y solícitos a los pocos momentos el director, Syloti, mi agente en Rusia, y Hasonow, mi amigo desde aquella noche en que tú me lo presentaste. Estos tres caballeros se entendieron en ruso con el comisario, que por fin se retiró pidiéndome excusas en una jerga incomprensible. A la mañana siguiente supe por tu carta, que me trajo Tatiana, tu precipitada fuga.

—Yo tenía la conciencia limpia, como tú; pero no tenía en orden mis papeles.

—Y ya no volví a tener noticias tuyas hasta París, aquella noche del concierto ruso en la Sala de los Agricultores. Haces mal, Iván, en olvidarme de este modo siempre que estamos separados.

—¿Olvidarte?

—Claro; no me escribes nunca.

—No, jamás. ¿Cómo voy a confiar al Estado, a quien odio, lo mejor de mi alma, que es el cariño que te tengo, Agueda? ¡Que te escriba! ¿Sabes tú lo que me pides? ¿Voy a dejar que te lleguen mis verdades, mis santas y dolorosas verdades, por el camino oficial de todas las mentiras?

Volvía Ivanoff a exaltarse; pero ahora le escuchaba la Buzzi embelesada, sin parpadear.

—¡No!—prosiguió el joven—. ¡Nunca! Cuando tengo necesidad de verte, de oírte, de hablarte, de comunicarte mis ideas o de consultarte mis propósitos, me aislo en un rincón del campo, o me reconcentro asomado a la ventana de mi cuarto y en la alta serenidad de alguna noche. Así dejo que desborde de mí, en efluvios cálidos, intensos y casi materiales, la confesión o la consulta que he de hacerte, y pido al aire humano, o pido a los astros compasivos que se encarguen de llevar a ti y de hacerte comprensi-

vos y claros estos efluvios de mí mismo. ¿No los has sentido llegar alguna vez furiosos, imperativos o acariciadores, cuando menos los esperabas, a veces entre los aplausos mismos de todo un público que te ovaciona?

—¡Oh, sí, los he sentido, Iván!—respondió radiante la mujer, como si en aquel momento se le revelara inequívoco el enigma de capitales momentos de su vida hasta entonces en vano interrogados—. Aquella misma noche de la fiesta rusa en París, hace ahora un mes, yo tenía la evidencia de que había de encontrarte, Iván. Nada sabía de ti, nada me habías dicho, nadie me había traído noticias tuyas. Supe por mi agente que estabas desterrado, que la Policía te buscaba; nada más. Y, sin embargo, aquella noche me puse, al ir al concierto, el mismo traje de crespón blanco adornado con piedras que llevaba el día en que te conocí, la única vez que me has llamado hermosa...

—Es verdad; aquel día yo no estaba muy sereno.

—No me dijiste nada o casi nada la noche de la fiesta rusa en la Sala de los Agricultores... Y, sin embargo, canté aquella noche el *lied* de Borodin...

En tu manso país, lleno de encantos...

con las mismas palabras rusas y con la misma entonación con que tú me lo habías enseñado...

—Cantaste como una diosa de la fatalidad. Por eso me marché sin despedirme.

—Todos vinieron a felicitarme y a todos los dejé, desorientada y loca, refugiándome en mi coche... «Esto se acaba», me dije entre mí; no me tiene ninguna consideración; le soy indiferente; juega conmigo o me desprecia. Es todo de sus ideas y de sus rebeldías. Yo iba pensando estas cosas cuando tú pasaste por la acera entre la turba de tus compañeros. Entonces acababa de decirme Samirow, el que había organizado el concierto: «No sabe usted con qué emoción le doy las gracias; es para costear el viaje de tres muchachos que deben salir mañana hacia Rusia con pasaporte falso. Van sorteados; ya debe usted suponer por qué. Los verdugos encuentran verdugos...» Yo tenía una espantosa angustia; tú pasabas, pálido, como si huyeras. En aquel momento tuve una adivinación horrible y casi me desvanecí. Tú acababas de saludarme con la mano, sonriendo..., sonriendo de una manera tristísima. Saminow dió al cochero mi dirección. Yo tenía clavados los ojos en una sombra negra que iba alejándose en la oscuridad. Arrancó el coche... No supe más de ti; después de este segundo encuentro, ni unas líneas de despedida. El silencio, la inquietud, la duda horrible hasta hoy. Pero no me importa, Iván; te acabo de encontrar por la tercera vez en este año; estamos lejos del mundo, lejos del tiempo, lejos de todos en este rincón de Bruselas: los dos juntos, hablando los dos. Todas mis angustias me parecen bien empleadas para llegar a este momento.

Había caído su blanda cabeza en el hombro del muchacho eslavo, que, pálido, humillaba la suya para contemplarla con ojos llorosos.

—¿Cuánto tiempo estaremos juntos, Iván? ¿Qué le das a tu pobre Agueda? ¿Cuántas horas a la dueña de tu vida?

—Pocas.

—¿Pocas?—preguntó la mujer, levantando la cabeza con positivo desencanto.

—Antes de rayar el día nos habremos separado.

—¡Y yo que renunciaba ya a mi viaje de mañana!

—No, Agueda; si mañana tenías dispuesto salir de Bruselas, debes salir; bien pensado, es lo mejor.

—Me marcharé—respondió Agueda suspirando y reteniendo desde aquel momento con voluntad tenaz todos los abandonos sueltos de su arbitrio.

XI

Agueda se había levantado, y con un gesto indefinible tuvo aquella recon-

quista de sí misma que suelen exteriorizar las mujeres en ciertos momentos, ordenando con sólo un gesto vago la descompuesta libertad de los trajes flotantes, de las cintas y de los propios cabellos; pasaron sus dedos de marfil, lustrosos y blancos, por el incendio rojo que tenía Ivanoff en su cabeza abatida; con la mano siniestra apretaba Agueda la seda de su riquísimo *pegnoir* contra el vivo y macizo prodigio de su cuerpo; en realidad, aquella mano en aquel sitio era una muralla, una defensa.

—Has hecho mal, Iván—dijo Agueda con un reproche dulce, con una voz lejana, soterrada—, en no advertirme antes que nuestro encuentro debía durar horas solamente. Al verte instalado aquí, yo había creído que por fin encontrábamos los dos la hora de calma que buscamos para amar.

—Una hora, la tenemos—respondió Ivanoff clavando sus ojos en la mujer con una fiebre y una codicia que ésta no le conocía.

—¡Una hora!... Pero hemos convenido, Iván, en que nuestra hora ha de ser eterna. Somos los dos viandantes de una caravana inquieta que, a través del mundo y de los hombres, de todos los pueblos y de todas las razas, va buscando la Meca donde hacer culto a su ideal. No desperdiciemos nuestro amor en los recodos del camino; hablemos de él mientras andamos, para hacer con él nuestro reposo a la llegada. Me lo has dicho muchas veces y te he dado la razón. En esta vida errante, si me quitaran la esperanza de este reposo final, ¿qué me quedaría? ¿Por qué me miras de ese modo, Iván? ¿Por qué me tientas? Si todavía tienes camino que andar, ¿por qué quieres detenerte?... Piensa que luego no seremos dueños de separarnos; piensa que, a gusto o a disgusto, donde esté nuestro amor estará nuestro término. Y ni tú ni yo podemos detenernos todavía.

—¿Por qué?

—Tú mismo lo has dicho. Dentro de una hora...

—En el fondo, ¿por qué no podríamos uno y otro abandonarlo todo para no pensar más que en nuestro amor?

—Y en el fondo, ¿quién nos dice que este amor nuestro no se alimenta de la misma inquietud de nuestra marcha y no nace de la misma privación de nuestra vida? ¡Quién sabe! Estamos hechos a los encuentros inesperados en las revueltas del camino... A los delirios fugaces y a los inmensos recuerdos paladeados deliciosamente. Vivimos de espíritu de amor, sin mezcla de materia. Déjame, Iván; dentro de una hora nos habremos separado. Y yo pienso, cuando no te vea, en la delicia secreta y corrosiva del deseo.

Los brazos de Iván cayeron con desaliento. Había intentado abrazar a la mujer, y las manos de ella le habían rechazado victoriosa y voluntariamente.

Ahora sonreía ella y le imponía silencio y juicio, poniéndose sobre los labios purpurinos la nieve de sus dedos.

El fogón de antracita acababa de apagarse. Agueda sintió frío. Dió un reloj, en el silencio del hotel, cuatro campanadas.

Una imperceptible crispación recorrió las facciones del eslavo.

Agueda, ya en completo dominio de sí misma, tomó el jarrito que estaba calentándose al hogar, puso dos vasos de cristal sobre la mesa y volcó, mitad por mitad en cada vaso, el contenido tibio y blanco de aquel jarro.

—Toma—le dijo a Iván—, que estando en plena realidad vivimos ahora en plena leyenda. También con leche de sus camellos se obsequian al encontrarse en el camino los peregrinos errantes de las caravanas que van y vienen a la Caaba.

—¡Nuestra Caaba está lejos, Agueda!

—Ha de caer un mundo y ha de levantarse otro sobre sus cenizas para que la encontremos, Iván.

—¡Es verdad; y caerá!—dijo Ivanoff con un acento extraño.

Habían apurado en silencio los dos vasos.

Agueda se había internado en su dormitorio, y durante unos instantes,

mientras Ivanoff acariciaba con sus dedos fláccidos y vagos su vaso y clavaba sus ojos en el vacío, inmóviles, oyóse dentro del cuartito un rumor discreto y blando de ropas trasegadas.

—¿No me dices adiós?—gritó Agueda al cabo de un momento.

XII

La deliciosa mujer, resignada y tranquila, se había acostado.

Cuando entró Iván en el cuarto, sacó ella sus dos brazos de entre el montón blando de las ropas, y unos segundos aún permanecieron ambos abrazados.

—No me olvides—dijo la mujer al separarse.

—¿Olvidarte?

Ivanoff se había sentado familiarmente en la misma cama, a los pies.

Una melancolía infinita había sucedido a su codicia de antes.

Miraba a aquella débil mujer, él que se preparaba a hacerla sufrir tanto, como un padre a su hijo.

Entonces sintió la necesidad de decirle cosas agradables.

Hablaron de pequeñas y menudas frivolidades.

La Buzzi reía, reía argentinamente, removiéndose en su cama, como un animalito en el campo, al contarle a Ivanoff la escena de Kardenhak en la calle con el «mundo».

Ivanoff también sonreía, casi paternal.

Le preguntó a la Buzzi por sus nuevas contratas.

Hablaban de los compañeros comunes; de escenas de viaje.

Descendieron a detalles prácticos, caseros casi; la Buzzi estaba bien de dinero. En cambio, Ivanoff...

La Buzzi se empeñó en que Iván no se fuera sin dinero.

Estas escenas eran entre ambos muy comunes. Aquellas dos almas, que en su comercio sentimental tenían pudores exquisitos, incomprensibles para el resto de los mortales, eran, respecto a todos los casos materiales de la vida, de una libertad y de una sencillez de trato primitivos.

Desde su cama, hincando el codo fino en la menuda almohada, le indicó la Buzzi al esclavo el sitio en que se encontraría el dinero.

Quiso complacerla Iván también en esto.

Fué a buscarlo. Cuando regresó a su sitio, después de unos instantes, Agueda había entornado los ojos.

Ivanoff contuvo la respiración para mirarla.

La mujer, sonriendo con beatitud, volvió a entreabrir los párpados.

—No hagas caso—dijo—; estoy rendida.

—Duerme, vida, duerme. No me marcho.

La Buzzi dió una vuelta. Se incorporó. Se besaron otra vez.

Ahora había vuelto a abatirse el cuerpo de ella, y el misterio del sueño comenzaba a consagrarlo por entero.

—Dame una mano, Iván. Me dormiré más a gusto. ¿Cuándo volveremos a vernos?

—Pronto, pronto. Duerme.

—¡Qué ganas tengo de descansar, Iván!

—Calla, calla... Descansa.

Un pequeño movimiento todavía; la mujer besaba la mano con que Ivanoff oprimía las suyas. Luego quedó inmóvil. La respiración, desigual al principio, se fué haciendo rítmica. De todo aquel cuerpo emanaba un relente tibio de juventud y de reposo. Dormía...

Ivanoff contuvo hasta la respiración algunos momentos.

Luego, poco a poco, con infinito sigilo, por no despertarla, retiró su mano.

Suspiró ella. Volvió Ivanoff a quedar inmóvil.

Pasaron unos segundos. Agueda no daba señales de vida.

Iván apagó la luz; tomó su abrigo, su gorra de pieles; en una mirada circular dió su adiós a todo. Volvió al dormitorio; andando de puntillas llegó otra vez a la cama, besó a la mujer en la frente... Se le llenaron los ojos de lágrimas..., vaciló; volvió a decidirse.

Bruscamente echó a andar; salió del

pasillo; descendió la escalera; pidió que le abrieran la puerta, escondióse el rostro con el cuello de su gabán.

Salió a la calle. En una esquina, dos hombres le esperaban.

XIII

Bruselas es una capital viviente por las mañanas, desde las primeras horas.

Madruga, se echa a la calle, compra, vende, intriga, lee periódicos, los discute, hace su provisión de tabaco en las innumerables expendurías, se detiene a hablar con madame la *concierge*, que ha sacado a las aceras la alfombrilla del portal, y en los barrios extremos se acerca a los muelles de su ría, soplándose los dedos en el frío y la niebla azul de la mañana, y haciendo triunfar los interiores en plena luz, con la marcha tambaleante, las ropas zafias, las caras rojas y las gorras casi holandesas de sus hijos.

Por la mañana, saben todos los viajeros que es Bruselas la ciudad de los ruidos infinitos.

Enfilando las calles en cuesta, para pasar de la ciudad baja a lo que llaman ciudad alta, el río de gente popular, que lleva en los trajes los colores llamativos, legado nuestro, todavía va arrastrando con él los menudos carretones de mano, peculiares en Bruselas, donde se hacen casi todos los transportes, y de los que tira, además de la mujer que generalmente los lleva, un perro cualquiera, ya adiestrado en el oficio y uncido al carretón por una sabia combinación de cordajes que cuelgan de la panza enlodazada y sucia del pesado artefacto.

De este modo ha resuelto Bruselas, convirtiéndolos en animales de labor, el problema de los perros callejeros.

Por las mañanas, los carretones, que durante el día se dedican a la pequeña industria, transportan casi exclusivamente la leche y las flores, todavía dos motivos de *kermesse*, dos asuntos de bodegón en esta ciudad, con abolengo de burgo, adorablemente popular, gloriosamente rancia, democráticamente moderna, burguesa y socialista, en un pujante y activo hormiguear de pueblo sobre el recinto fuertemente ordenado y mantenido de una sabia y vigorosa gestión municipal.

Bruselas es la ciudad más interesante que hasta ahora he visitado.

La vida moderna apunta allí consciente, rica y llena de exigencias, casi exclusivamente por el lado popular. La burguesía belga es neutra en la contienda, gracias al predominio en que deja la pasividad gubernamental a los educadores religiosos.

Y en cuanto a la nobleza rancia y de abolengo, se mantiene tan fuera del palenque vital, que aún llevaría con gusto, incapaz de sentir su inactualidad, los gorros de pieles puestos en boga en nuestra España por la camarilla de nobles flamencos que trajo a nuestra patria el rey Felipe.

Hay en Bruselas, concretando los términos del problema en que está allí planteada la cuestión vital, tres monumentos típicos: la Casa del Pueblo para las reuniones y la labor socialista, famoso en el mundo; el rancio desmadejado palacio real, ahora en renovación, y entre los dos, gris y poética, untuosa de humedad y azul de incienso, la mole gótica de Sainte Goudule, donde la burguesía tiene su corazón, bautiza a sus hijos, asiste a los divinos oficios y reza por las tardes.

Ganivet, espíritu viajero, muy raro entre españoles, no les perdonaba a los belgas, cuya vida compartió algún tiempo, por necesidad de su carrera diplomática, ni su falta de tacto social ni sus desaciertos y crasas ignorancias en punto a estética.

Hay que tener en cuenta que era Ganivet un andaluz agresivo, incapaz de dejarse penetrar a estas alturas por el sentido graso y el relente de bodegón, por así decirlo, que emana de la vida belga.

Esta renovación, que, como he dicho, parte de abajo única y exclusivamente, ha de ofrecer por fuerza en todas sus manifestaciones el sello de su origen.

Y esto es tan cierto, que ahora, cuando ya la vida belga está dando al

mundo formas exclusivamente suyas, los comentadores de esta fuerza nueva le dan el nombre de *energía belga*, tomando solamente en consideración lo que tiene de cantidad vital y descartando lo que pueda ofrecer de calidad intelectual o modalidad estética.

Los belgas entran en el mundo nuevo como sus abuelos en las *kermesses* flamencas, todavía un poco ebrios de cerveza, con la pipa zafia en los labios y metiendo sus brazos en la carne blanca de la vida, con el gesto aquel, a un mismo tiempo rijoso y *bon enfant*, apresador de redondeces, que Van Ostade, Teniers, y finalmente Rubens, inmortalizaron.

XIV

Aquella mañana ofrecía Bruselas un aspecto especial. La vida parecía haberse intensificado todavía en la ciudad intensa.

Corrillos de curiosos y mujeres se estacionaban con cualquier motivo, trabando conversación al aire libre.

Las *concierges*, interrumpiendo sus ocupaciones aparatosas, iban y venían de corro en corro, distribuyendo solícitas el pan de sus comadrecs y noticias a las hambres excitadas de la pública curiosidad.

Todo el mundo tenía cara de irse preguntando cosas, y los agentes de orden público pasaban, avizores, rozando los grupos y abriendo los oídos a todos los rumores de la vida pública, como si persiguieran una pista misteriosa.

Con el día habían comenzado a salir extraordinarios los periódicos anunciando el suceso de la madrugada.

Todo el mundo en los barrios bajos se había echado a la calle en busca de sensaciones, y los obreros, en algún rincón de café matinal, apurando cerveza, discutían a empellones y con palabras torpes antes de dirigirse a sus trabajos.

Un infinito desaliento, una sorda irritación encorvaba sus espaldas y ensombrecía sus ojos.

XV

Aquel pobre muchacho que en la noche no había sabido como arreglarse para ayudarle a descargar, sin reírse, su inusitada carga al bravo capitán-director M. Kardenhak, llamaba ahora discretamente con los nudillos en la puertecita del número nueve, avisando a la señora Buzzi de que la hora de arrancarse al sueño había ya llegado.

Pasó algún rato hasta que la Buzzi, apenas despierta, se dió cuenta, coordinando sus ideas, de que aquel tacteo insistente de la puerta iba directamente contra ella y su reposo, y le significaba la orden de ponerse en marcha nuevamente; hija de caravanas, como decía la noche anterior, hasta que la sociedad fuera de otro modo, o ella capitulara con la sociedad.

Hacía unas dos horas únicamente que dormía la Buzzi.

Había dormido deliciosamente, y ahora, mientras iba ajetreando por el cuarto, cerrando sus últimos sacos de mano y haciendo su *toilette*, repasaba la deliciosa mujer los sueños que durante su breve reposo la habían visitado, y de cuando en cuando interrumpía todo movimiento y se sonreía.

«Decididamente—iba pensando—, ayer noche le he visto conmovido. Me habló con más cariño que nunca y parecía desengañado de sus cosas. ¡Pobre espíritu enfermo, cuántos cuidados necesita!»

Los blancos brazos de Agueda andaban ahora por los altos de su figura espléndida tejiendo en el aire, como una diosa mitológica, el velo nocturno de sus trenzas italianas.

«Me parece que el niño se cansa de correr y vuelve a casa. Bien mirado, yo también necesito descansar. El mundo no es tan malo como nos empeñamos en creerlo, y un rincón u otro encontraremos donde vivir los dos en nuestro amor.»

Aquella inquieta figura de la artista errante iba buscando ya relieves caseros, y en el fondo de sus ojos negros, embargados de un nuevo sentimentalismo, apuntaba la domesticidad.

La juglaresa moderna se cansaba de andar. El vagabundismo, esta enfermedad de todos los siglos, comenzaba a cicatrizar en ella bajo los bálsamos tranquilos del amor.

«¡Qué infelices son!—seguía la Buzzi, pensando en todos aquellos compañeros de los que había hablado con Iván, mientras se adormecía—. No aman. Siguen andando porque no aman. Ellos hablan de su arte y de su gloria. ¡Qué locura! ¡Esta gloria que apenas basta a consolarnos de no tener amor!»

Y entonces recordó una frase de Iván; una frase tristísima que Iván le había dicho muchas veces, a propósito de su arte y del fervor con que las gentes la escuchaban:

«¡Pobre Agueda! Cuando los hombres quieren que ciertas aves canten más y con mejor afinamiento, les sacan los ojos. De su mayor dolor extraen aquellas pobres aves sus mejores cantos, recordando el sol. Y así nos pasa a todos, Agueda, y así te pasa a ti. Los dioses, codiciosos de tu canto, te han arrancado los ojos del alma y estás condenada eternamente a no ver la luz de gracia de la felicidad. No te importe, cantarás mejor. Yo canto también a mi manera. Si el mundo fuera un paraíso, tú andarías de noche por los árboles, y yo me arrastraría al sol por los caminos. Tú dirías a la luna tus canciones, y en los deliquios del paraíso real se diluirían las armonías de tu voz de ciega. Yo me arrastraría acechando a los hombres, y en los recodos de los caminos, enroscándome a los troncos, les silbaría la tentación eterna, escupiendo a su cara de satisfechos en reposo la inquietud de mi espíritu réprobo y rebelde. ¡Mira tú—seguía diciendo Iván en la memoria de Agueda—; mira tú de qué pobres elementos está compuesta la doble caravana que da vuelta a los muros de la orgullosa Jericó! Vosotros, los del arte, vais de Occidente a Oriente ciegos, sin ver las cosas impuras, y haciendo sonar en los oídos de los hombres las baladas de la armonía esencial. Nosotros, los de la rebelión, bajamos de Oriente a Occidente nutridos de todas las impurezas de la realidad, condenados por condenarlas, y diciendo nuestras canciones, que para anunciar lo por venir tienen que blasfemar del presente. Muchas veces he pensado, Agueda, que nuestras dos caravanas, las únicas que de una manera regular dan vuelta al mundo, podrían compararse a la procesión aquella de la gente bíblica que daba vueltas a los muros de Jericó. La tuya hace sonar trompetas de oro, la mía hace sonar trompas de hierro; pero la tuya y la mía, Agueda, van al mismo fin: los muros de Jericó no resistirán ni a tus cantos ni a los nuestros, y la ciudad maldita se hundirá!»

La Buzzi gozaba lo indecible repasando, siempre que tenía un momento de soledad, todas estas vagas profecías del eslavo, que tenían un prestigio inefable de liturgias incomprensibles para su alma de mujer.

Se aprendía párrafos enteros de algunas de sus cartas, o copiaba sentencias de algunos de sus escritos, que había visto en revistas francesas, para repetirlas como jaculatorias.

Pero aquella mañana, bien impresionada como estaba por las emociones y el encuentro de la víspera, no llegó a impregnarse con tanta eficacia como otras veces en la amargura que emanaba de aquellas salmodias de Ivanoff.

Las recordaba con delicia por ser palabras de él, como habría podido recordar las líneas de su fisonomía dolorida para amarlas, sin fijarse en el dolor que reflejaban.

Por que la Buzzi tenía sus planes desde la noche anterior.

La hija de caravanas había conseguido hacer una fortuna; y, aunque sin comunicárselo todavía a Ivanoff, pero decidida a hablarle de ello cuando volvieran a encontrarse, aquella vagabunda tenía ya sus planes sobre la ciudad de Jericó. La cigarra comenzaba a pensar en la conveniencia de improvisarse hormiga.

Y se decía que había llegado el momento de alquilar una casita con jardín en Jericó. Ya había recogido, pasando, hacia tiempo, algunos datos sobre las

casas de Banca y el funcionamiento de cheques y cuentas corrientes en aquella maldita Jericó. Ya comenzaba a detenerse morosa, en muda y discreta labor de selección, a inspeccionar los escaparates, suntuosos o míseros, de las tiendas de Jericó.

Y como en aquel momento acababa de echarse a la cara su velo de viajera y tomaba en las manos su saquito, entró en el cuarto el mozo atolondrado de la víspera para llevarle a la estación el equipaje. La Buzzi, deteniéndose gentil, casera, delante del fogón de antracita, discreto compañero de su soledad en aquellos fríos de Bruselas, preguntó:

—¿Son belgas estos muebles?

—Sí, señora, belgas; están comprados en...

—Apunte aquí—dijo la Buzzi entregando al mozo su librito de notas y un lápiz diminuto.

El muchacho escribió una dirección.

Y la Buzzi volvió a quedarse con todo, después de leer cuidadosamente la razón social de aquella casa, y sonrió satisfecha y complacida.

Había resuelto el problema de la calefacción en Jericó.

XVI

Siempre que le he hablado a la Buzzi, después de algunos años, de aquella famosa noche de Bruselas que he relatado en estas páginas, me ha dicho lo mismo:

—En cuanto salí aquella mañana a la calle me di cuenta de que algo grave iba a ocurrirme.

—¿No le extrañó a usted la ausencia de Ivanoff al despertarse?

—No; me tenía acostumbrada a aquellas apariciones y desapariciones súbitas; aquella anormalidad de movimientos era lo normal en él. Sobre la mesita del cuarto me había dejado una carta en cuyo sobre había escrito: «Para leer en el tren.» Sonreía yo recordando los disparates de una biblioteca jocosa de viajeros que lleva el mismo título, y me guardé la carta aquí, en el pecho, como una golosina, dispuesta a paladearla en el vagón. Entonces estaba todavía confiada y serena. Mi intranquilidad comenzó poco después, al salir a la calle, al ver a la gente.

XVII

La Buzzi notó en el aire de la calle las misma anormalidad que ya hemos hecho advertir a nuestros lectores en un capítulo anterior.

Entonces acababan de salir a la calle algunos periódicos con información completa, y la gente se los arrebataba materialmente de las manos a los viejos y a los pilluelos vendedores. Un gesto de consternación se pintaba en el rostro de los que se detenían en la misma calle a devorarlos.

La Buzzi me ha dicho luego que por dos veces, en el cortísimo trecho que va desde el Hotel Esperanza a la estación del Mediodía, la palabra *atentado* había llegado a sus oídos, llevándole, sin saber por qué, un sobresalto al corazón.

Tal vez una pregunta le habría sacado de dudas; pero su inexplicable aturdimiento era entonces tal, que no se atrevía a preguntar.

La aguardaba en la estación el mozo con el equipaje y el billete.

La Buzzi recuerda que al verlo le dijo, gritando casi:

—¡Aprisa, aprisa; al vagón: me encuentro mal!

Se abrió la mampara que da salida a los andenes; una racha violenta de aire frío, azotándole el rostro, la hizo reaccionar.

A lo largo del andén, dando paseos lentos, irreprochable en su levita negra y su gabán de pieles, Kardenhak deambulaba.

Al verla, se acercó a saludarla sonriendo.

A la Buzzi aquella sonrisa extraña de Kardenhak volvió a ponerle frío en las entrañas.

XVIII

Efectivamente, Kardenhak debía de saber algo (algo ¿de qué? La Buzi lo temía todo), porque hablaba y sonreía irónico.

Aquella conversación, cuyo sentido la Buzzi no acababa de penetrar, era un tormento insoportable para ella.

Desde luego adivinaba en el aire y el acento de Kardenhak la satisfacción del hombre que ha recibido una ofensa y que se presenta luego al ofensor gozoso de hacer ante él discreta ostentación de venganza.

Kardenhak hablaba recio y trataba a la Buzzi con una conmiseración caballerosa.

—La veré a usted en París. Otro día hablaremos. Hoy ya comprendo...

—Pero ¿qué?

—No, no; no tema usted. Yo no sé nada; yo no he visto nada. Yo no diré nada.

Y acercándose al oído de la Buzzi, como si quisiera darle a la diva una razón cabal de aquel silencio que ella no le pedía, pero que él iba a guardar, concluyó triunfante, ya en un pie de libertad con ella en el que la noche antes no se habría mantenido:

—¿Cómo quiere usted que hable, si la adoro a usted?

Volvió la Buzzi con indignación la cara.

—¡Oh, lo que es esto...!

—Lo esperaba usted, ¿verdad? Pues bien: yo le aseguro a usted que no esperaba *lo otro*.

—¿Qué lo otro?

El tren iba a arrancar; no tuvo Kardenhak sino el tiempo necesario para llevarse los dedos a los labios indicando a la Buzzi que callara mientras pasaba un comisario, que ni siquiera les miró, y para alargarle con la otra mano un periódico doblado, murmurando:

—Ahí va todo. ¡Y el retrato!

Y luego, siempre con aquel aire zafio de capitán flamenco que desde el comienzo hemos apuntado en su desdoro, gritó desde el andén, a punto en que un empleado cerraba con brusquedad la portezuela:

—¡Hasta París!

La Buzzi no contestó siquiera. Se puso en pie y apareció su busto meridional y rico en el marco negro de la ventanilla.

Kardenhak sobrio, se descubrió dos veces, sonriendo.

La Buzzi sonreía también, diciendo adiós con la mano menuda y enguantada.

Tenía la coquetería de las despedidas aquella viajera, cuyas costumbres sociales se reducían casi a saludar y a despedirse.

El tren movióse con estrépito. Al cabo de algunos segundos desaparecía por el otro extremo de la vía.

XIX

La Buzzi estaba sola en el vagón. A medida que el tren la iba apartando de Bruselas, volvía la diva a su tranquilidad y al dominio de sí misma. El sobresalto que la embargó desde que vió la calle, se iba calmando, pero, en cambio, se le aguzaba, insistente y viva, una femenina curiosidad.

Desdobló aquel periódico, donde, según las palabras del fantasmón Kardenhak, iba todo, «hasta el retrato», y engolfóse unos instantes en aquellas páginas azules, húmedas de la imprenta todavía.

La cara de la Buzzi reflejó en pocos momentos toda la gama de la angustia y del dolor humanos.

Volvió a darle en el rostro entonces aquella palabra *atentado*, que ya en Bruselas le había herido los oídos, sobresaltando, sin saber por qué, su corazón.

Todo se aclaraba ahora.

Según el periódico, hacía unas horas, aquella misma madrugada, un atentado espantoso había estado a punto de cometerse en el palacio real. Fracasó el intento porque la máquina infernal había estallado en las mismas manos del que la llevaba, descuartizando al agresor e hiriendo gravemente a uno de sus cómplices.

Y el periódico añadía: «Aunque es difícil identificar al agresor, que ha quedado, como hemos dicho, con el rostro acribillado, por ciertos indicios de vestuario y por el rubio rojizo (la Buzzi se estremeció, palideciendo) de los cabellos, creemos nosotros que se trata del anarquista ruso que llegó ayer a nuestra ciudad, y de cuya llegada tuvimos nosotros conocimiento, dando el quién vive a nuestra Policía.

»Por si puede ser útil para el esclarecimiento de esta causa oscura, reproducimos en tercera página el retrato del supuesto agresor, que ya dábamos ayer. Parece que respondía al nombre de Iván y llevaba un pase de periodista francés en la cartera.»

Estas últimas palabras no las leyó la Buzzi. Había entreabierto con mano temblorosa el periódico, mirando, como sin querer en aquella tercera página, siniestra para ella, donde iba a ver definitivamente la confirmación de sus sospechas.

Descubrió, en efecto, la mancha negra de un retrato. Tuvo ella un movimiento maquinal, casi epiléptico, y el periódico, crujiendo entre sus dedos envarados, rígidos, quedó arrugado sobre su falda.

La Buzzi perdió de vista al mundo. Quedó con la mirada fija en el vacío, insensible, hierática, con los ojos parados, abiertos...; espantosamente pálida.

Le dolía horriblemente el corazón. Por unos momentos fué aquel dolor el único indicio de vida que había en su cuerpo.

Llevóse la mano al sitio dolorido y tropezó con un papel... ¡Su carta!

Costóle a la Buzzi terrible esfuerzo el llegar otra vez a conquistar la serenidad necesaria para abrir el sobre y leer aquella despedida.

En el papel había pocas palabras. La infeliz mujer las leyó de una vez, sin recorrerlas:

«Adiós, adiós otra vez, pobre y adorada criatura mía; no sé lo que pasará, no sé adónde voy. Piensa que de todos modos mi cita es la misma: volveremos a vernos

En tu manso país, lleno de encantos...

Iván.»

Y vino entonces la reacción: fuentes fueron aquellos dos ojos negros de la Buzzi, que durante una hora no cesaron de llorar. ¡Toda su vida vacía para siempre! ¡Ni una esperanza! ¡Ni un estímulo en ella! Andar, andar sin deseos ya de detenerse nunca. ¡La caravana! ¡Hasta morir, la caravana!

Pasaba en pelotones grises por delante de las ventanillas el humo de la máquina. Tomaba el sol aquellos prismas tenues y los doraba unos momentos, irradiando su luz en el vagón. Los cogía luego el viento para jugar con ellos y disiparlos sin piedad.

Y la Buzzi lloraba, lloraba amargamente con los ojos fijos en el doble juego. ¡Pobres mundos deshechos, pobres astros disipados, pobres humos disueltos en el aire! Eran toda su vida, eran todos sus sueños; su esperanza, su amor, su tranquilidad, su mansa regeneración, su casita adorable de Jericó que se desvanecía!

Madrid, febrero 1907.

FIN DE
«CORNEJA SINIESTRA...»
Y
«LA CARAVANA»
DE
EDUARDO MARQUINA

AUGUSTO
MARTINEZ OLMEDILLA

(1880)

AUGUSTO MARTINEZ OLMEDILLA

NOVELISTA, *dramaturgo, biógrafo. Nació en Madrid. Doctor en Derecho. En el inicio de su juventud empezó una labor literaria tan varia, interesante y sugestiva como fecundísima. Es autor de treinta y tantas novelas largas, de un centenar de novelas breves, de unos quinientos cuentos, cuarenta obras teatrales y una docena de biografías. Tan asombrosa labor no va en menoscabo de la calidad. Ha dirigido durante muchos años* Los Contemporáneos, *la colección semanal novelesca de más larga vida en España. Es digno sucesor de los mejores novelistas españoles del siglo XIX.*

Novelas: Memorias de un afrancesado; La caída de la mujer; La ley de Malthus; El tormento de Sísifo; Donde hubo fuego...; El templo de Talía; Siempre viva; El plano inclinado; En coche de plata; Todo por él; Resurgimiento; El mal menor; La rama de muérdago; Las circunstancias agravantes; La poesía del recuerdo; Pajarita de las nieves; Las perversas; Una mujer en su casa...

EN COCHE DE PLATA

I

CAMINO DE LA OPULENCIA

CUANDO pasaba por delante de la portería, Marieta dió las buenas tardes muy afectuosa. La señora Pascasia se asomó inmediatamente a la entrada de su infecto chiribitil.

—¿Se va usted ya, señorita?

—Sí, he traído algunas cosillas que pudieran romperse con el traqueteo del carro: chucherías, figuritas de biscuit que tengo encima de mi tocador; no me gusta encomendar a nadie su transporte.

—Ya, ya se comprende—repuso la portera, socarrona, sin acabar de creerse aquello de las figuritas de biscuit, traídas para alhajar un cuarto interior de siete duros: aseveración tanto menos verosímil, cuanto que ella pudo atisbar, cuando Marieta y su criada subieron, un rato antes, que la cesta de que eran portadoras sonaba a cacerolas y pucheros...—. Y qué, ¿les gusta el cuarto?—prosiguió la señora Pascasia, ávida de inquirir detalles acerca de sus nuevos inquilinos y no sabiendo por dónde comenzar la indagatoria.

—Sí..., no está mal: es bonito... No puede pedirse más por tan poco precio; es baratísimo. Demasiado pe-

queño, eso sí; acostumbrados como estamos a habitaciones más espaciosas, eso es un inconveniente; pero mi hermano necesita, para sus negocios, aparentar escasez. Por fortuna, no durará más que una temporada; se trata de un pleito, me parece, surgido en una cuestión de minas... Asunto de millones, ¿sabe usted?... En cuanto se resuelva, tomaremos alguno de los pisos exteriores, el principal, que es el que más me gusta... Si es que mi hermano no se decide a comprar un hotel, como tiene pensado...

—Ya, ya; se comprende—volvió a decir el cancerbero hembra, con unas ganas feroces de reírse de todo aquello.

—Conque adiós, señora Pascasia. Hasta mañana, que volveremos con otro viaje...

—¿Más figuritas?

—Sí, eso es; las que están en la consola del gabinete—dijo Marieta, sin advertir la zafia ironía de la portera.

—Pues que vaya usted con Dios, señorita.

Salió Marieta, seguida de su criada, una treintarrealera abominable. La señora Pascasia se metió en su zahurda. Una vecina que entraba, vió a las que salían en aquel momento.

—¿Las nuevas vecinas? — inquirió, asomándose al cuchitril.

—Sí, señora.

—¿Y qué tal gente?

—Pues..., ¡lo que yo me maliciaba!... Pancihuecos y con pretensiones...

A paso ligero Marieta encaminábase a la casa en que había vivido hasta entonces, último residuo de sus pasadas comodidades; un piso de veinticinco duros, con cuatro balcones a la calle, desde donde podía ver a Rodolfo, su novio, con el cual tendría que interrumpir toda comunicación en el nuevo domicilio, si Dios no lo remediaba... Pero Marieta era optimista, con el optimismo que emanaba de sus dieciocho años y de su linda figura. Cierto que alguna vez se entristecía al ver que caminaba cuesta abajo, hacia un despeñadero cuyo fondo estaba no ya muy profundo, sino muy alto, en alguna guardilla miserable de aquéllas que recorrió en otros tiempos más felices, cuando visitaba a los pobres con limosnas de la conferencias de San Vicente de Paúl... Pero, ¡bah!, no era cosa de ponerse triste. Ya vendrían tiempos mejores. El día en que las minas produjesen, todo estaba resuelto; nadarían en la abundancia, vivirían en mansión opulenta; aquella modestísima indumentaria con que la pobre Marieta tenía que conformarse, trocaríase en profusión de soberbias *toilettes;* nada de mezquindades, nada de andar a pie, ni en prosaico tranvía, ni siquiera en carruaje de los corrientes. «Iremos en coche de plata por esas calles...», era la frase habitual de don Remigio, un buen señor de gran experiencia mercantil, que fué quien indujo a Esteban, el hermano de Marieta, a que emplease en acciones de minas los cuarenta mil duros a que aproximadamente ascendía la herencia de don Heliodoro, el padre.

Aquel señor fué la providencia de la familia, gracias a él serían millonarios, saliendo de la oscura mediocridad a que estaban habituados mientras vivió don Heliodoro, muy bueno, eso sí; pero ¡tan tacaño!, ¡tan cicatero!

Doña Segismunda, la madre de Marieta, fué la primera en alentar a su hijo para seguir las indicaciones de don Remigio, que había de darles la posesión del cetro de oro. Esteban vacilaba ante el temor de emprender especulaciones mercantiles, aunque de éxito tan evidente (¡lo aseguraba don Remigio con su experiencia!), comprometiendo, no ya su propio peculio, sino el de madre y el de Marieta, mejorada por el padre. Doña Segismunda venció sus escrúpulos, ¿no se trataba de enriquecerlos a todos? Nada de temores ni reservas: dinero llama a dinero; el mejor negocio es ruinoso si se emprende sin capital. En breve espacio se siguió el expediente de necesidad y utilidad, indispensable para reducir a metálico el papel del Estado correspondiente a Marieta; los cuarenta mil duros de don Heliodoro fueron canjeados por numerosas acciones de La Chiripa, soberbia mina de cobre,

con yacimientos anejos de galena y de óxido férrico. En un ángulo del despacho de Esteban fué instalado un aparador de roble, construido *ad hoc* para contener las muestras de minerales; en su frontis, con letras de bruñido níquel el mueble ostentaba el nombre de la mina, palabra mágica henchida de promesas: La Chiripa. Doña Segismunda no estaba conforme con esta denominación trivial, pero, de acuerdo con Esteban y con don Remigio, otro gran accionista, convinieron en cambiarle el nombre tan pronto como pudieran adquirir el total de las acciones, sustituyéndolo por el de Santa Segismunda, mucho más sonoro y agradable. Eso sí: Esteban fué nombrado interventor de la sociedad anónima explotadora de los prodigiosos yacimientos, cargo de excepcional importancia, con un sueldo, por de pronto, de quinientas pesetas mensuales, que luego aumentarían en proporción de los beneficios. Pero las ganancias no llegaban nunca: cuantas veces los prácticos aseguraban que estaba próximo el filón, los hundimientos, las filtraciones de agua, las mil peripecias de toda mina en comienzos de explotación, retardaban el éxito. Lejos de aumentar, redújose el sueldo del interventor a la mitad..., a la cuarta parte... Esto no desanimaba a los audaces especuladores. *La constancia lo allana todo,* era su lema. Todo sería cuestión de esperar. Esperarían. En esta atmósfera de absurdo optimismo, Marieta respiraba esperanza, y si alguna vez sentía disculpable impaciencia viéndose derrotada, sin ropa interior, haciendo prodigios de habilidad y economía para llevar la exterior siquiera decorosa, era suficiente que se mirase al espejo para que sus pesares se desvaneciesen. ¿Cómo tener mal humor con una cara linda? Preferible era la escasez con palmito que la opulencia con fealdad...

Inconscientemente, mientras caminaba a sus lares, Marieta rememoraba la triste odisea familiar. Ya al mudarse a la casa que al día siguiente abandonarían, dieron un bajón; pero el tremendo era éste de ahora: ¿adónde irían por aquel camino? ¿Al hospital? ¿A un asilo?... ¡Bah! Ya vendría el ansiado éxito de la mina. Serían ricos *por chiripa,* como le decía su novio, un chico muy ingenioso, autor cómico de gran porvenir. ¡Fuera penas! La tristeza afea mucho. No era cosa de perder aquel gesto sonriente que constituía el encanto de su rostro.

Y sonrió, mientras daba un pequeño rodeo para no mancharse en un charco los zapatos de charol, su único lujo: cinco duros había pagado por ellos, ante el escándalo de su hermano, que consideraba un cargo de conciencia despilfarro semejante. Pero su trabajo le costó a la pobre, cerca de un mes estuvo bordando, hasta desojarse, para que en el convento de Santa Isabel la entregasen treinta pesetas, con las que adquirió los lindos zapatitos y unas medias caladas, cuya posesión compensó con creces tan arduos esfuerzos. Rodolfo, el novio, la había escrito un soneto, dedicado a estos seductores atavíos, titulándolo *El pedestal de mi dicha;* y ella, al mirarse al espejo, después de contemplar la cara, que sin necesidad de adobos era bonita, daba un brinco hasta los pies, pasando por alto el raído vestidillo, que, como la misma Marieta aseguraba, si se le colocaba en la puerta de la escalera se iría derechito al Rastro.

Varios transeúntes piropearon a Marieta lo único piropeable:

—¡Vaya unos pinreles pulidos, nena!

—¿Tiene usted la amabilidad de darme un pisotón, que no me enfado?

Ella, sonriendo sin procacidad, andaba y andaba, taconeando airosamente. La zafia treintarrealera le iba a los alcances. De pronto, la menegilda, tomando una resolución, abrió los brazos para encajarse la toquilla, con un aleteo de pajarraco, y dijo:

—Oiga ustez, señorita...

Marieta se volvió; la voz de la maritornes hízola descender desde los espacios siderales de su optimismo.

—¿Qué quieres, ratro?

Patro carraspeó, no sabiendo por dónde empezar.

—Pues... misté, señorita, la verdaz: que esto no pué seguir así.

—¿Esto? ¿Y qué es esto?

—Pues... toas las cosas. Esto de comer de mala manera y trabajar talmente como una burra; esto de que llegue fin de mes y le digan a una que le guardan el sueldo, como si una no viera que no hay qué guardar...

Marieta se revistió de toda la dignidad heredada de doña Segismunda.

—Eso quiere decir que no estás contenta con la casa, ¿no es así?

—No, señora, señorita; es que... la verdaz, me ha salido un acomodo mejor; me dan cincuenta reales, y hay compañera... Yo, si me suben el sueldo, me quedaría.

—Es inútil; quedas despedida desde este instante.

Habían llegado a la casa. Marieta dió las buenas tardes a la portera, que contestó con un gruñido elccuente. Doña Segismunda adeudaba los dos últimos recibos de alquiler.

II

DON RODOLFO DE SPINOLA

La puerta del piso estaba entornada. Muchas veces solían dejarla de esta suerte, en la seguridad de que nadie sería osado a penetrar con propósitos de latrocinio, ya que nada había digno de excitar ambiciones, en aquel desquiciamiento doméstico, que dejó de ser escasez para convertise en miseria.

Marieta empujó la puerta, penetrando en el recibimiento, casi a oscuras, cuyo recinto hubo de atravesar con las manos extendidas, temiendo tropezar con algún mueble, en el desorden de una mudanza preparada para la mañana siguiente. Ya en el pasillo, creyó escuchar dos voces, procedentes del comedor: la una de su madre, estaba cierta; la otra..., ¿de quién, santo Dios? Conocíala, y vibraba en su oído con agradables modulaciones..., pero no recordaba... Juraría que era de Rodolfo, el novio, el poeta autor del soneto *Pedestre;* pero ¿cómo estaba allí, si aún no se había pensado en autorizarle para entrar en la casa? Conforme avanzaba, crecían sus dudas: al llegar al comedor se confirmaron las suposiciones. Era Rodolfo. Presuroso, alzóse de la silla y acudió a estrechar la mano de su novia, que, sorprendida, quedó en el umbral.

—¡Oh, Marieta!...

Doña Segismunda cortó la intención del literato.

—Calma, joven amigo; mucha calma. Pasa, hija mía, pasa y siéntate..., si es que hay dónde, porque con los preparativos de la mudanza todo está manga por hombro. Sin duda te habrá sorprendido ver en casa a este caballero; yo te explicaré su presencia en dos palabras. Mientras estabas fuera, le vi pasear por la acera de enfrente; recordé que en nuestro nuevo domicilio no habrá facilidades para que te asomes al balcón, y como no soy egoísta, quise darle y darte la satisfacción de allanar obstáculos, autorizándole para que entre en casa.

—Yo aseguro que mis propósitos eran pedirle a usted esta merced hace tiempo. Marieta es testigo.

—Lo sé; por eso hice lo que hice. No he de ocultar a usted que me agradan estas relaciones, ya que es usted hombre formal, trabajador, a lo que parece.

—Mis jefes pueden hablar por mí, señora; el director de la Sociedad Eléctrica del Oeste me honra con su deferencia.

—¿Lleva usted mucho tiempo en las oficinas?

—Desde que se creó la casa, cuatro años.

—¿Mucho sueldo?...

Don Rodolfo vaciló, vivo carmín coloreó sus mejillas, fláccidas.

—No, señora; cien pesetas al mes.

—Poco es eso; pero no importa. Dios mediante, Marieta llevará al matrimonio pingüe aportación. Pienso dotarla en quinientas mil pesetas.

Don Rodolfo abrió los ojos hasta querérseles saltar de las órbitas. ¿Trataría de *tomarle el pelo* aquella señora?... Pero no; parecía hablar en serio...

—Ello no será de momento, ciertamente—prosiguió doña Segismunda—.

Depende de negocios importantes... En el interin, ustedes se tratarán, conveniéndose de que se quieren y de que congenian.

Don Rodolfo, más dueño de sí mismo, creyó oportuno un golpecito de autobombo.

—Aunque mi sueldo es efímero, cuento con otros ingresos: soy escritor, espero abrirme un porvenir con la pluma.

—Bien, muy bien; me parece muy bien.

—Hoy mismo, sin ir más lejos, publica un artículo mío *La Ilustración Hebdomadaria*... Aquí lo traigo, por si Marieta lo quiere leer...

—Y esto, ¿le vale a usted dinero?

Don Rodolfo se pavoneó.

—Veinte pesetas, que acabo de cobrar.

Y mostró cuatro relucientes duros, que extrajo del bolsillo del chaleco.

—Bien, muy bien; me parece muy bien—repitió doña Segismunda, tomando el periódico y hojeándolo.

Marieta, por encima del hombro de su madre, avizoró para leer el artículo, escrito de seguro pensando en ella. Don Rodolfo, en tanto, contemplaba a su novia, tan bonita. El, más que feo, era grotesco: larguirucho y escuálido, de mejillas hundidas y pescuezo interminable, en el cual surgía la nuez, una nuez enorme, que subía y bajaba de un modo alarmante cuando hablaba o tragaba saliva su poseedor; dijérase que debiera causarle sufrimiento físico aquella inquietud del formidable cartílago subiendo y bajando, como si fuese un ratón encerrado en el estrecho tubo del gaznate. Don Rodolfo seguía con avidez en el rostro de las lectoras la impresión de su artículo.

—Me parece muy bien—juzgó solemnemente doña Segismunda.

—Es muy gracioso—dijo Marieta, mostrando al sonreír un coralino estuche de perlas.

—Ahí tiene usted, don Rodolfo de Spínola—exclamó la señora entregando el periódico al joven, añadiendo—: Es el de usted un apellido ilustre.

Don Rodolfo sonrió. En efecto, sonaba bien aquello de Spínola; pero, recorriendo con rapidez su progenie, no recordó ningún prohombre entre sus antepasados; su padre, médico rural; dos tíos, abogados; labradores humildes, otros parientes; un fiel de fechos, tatarabuelo suyo, recordábase como la mayor eminencia de la familia. Esto, no obstante su sonrisa, significaba conformidad con las palabras de la señora.

—Así se llamaba el conquistador de Breda—prosiguió doña Segismunda, pronunciando con énfasis las sonoras palabras que delataban su cultura, de que estaba orgullosa.

—¡Ah! Sí..., el marqués de Spínola—dijo don Rodolfo, recordando el cuadro de las lanzas. Y, para deslumbrar a su interlocutora, añadió:

—Fué ascendiente mío.

Doña Segismunda aprobó con grandes cabezadas.

—Bien, muy bien; me parece muy bien. Yo también tengo ilustre progenie. Otro antepasado nuestro mereció, asimismo, la honra de ser retratado por Velázquez.

Don Rodolfo se mordió los labios, por no reírse intempestivamente. Se le había ocurrido preguntar a doña Segismunda si aquél su antecesor retratado por Velázquez era el bobo de Coria... ¿Qué hubiera contestado ella? Claro es que Rodolfo nada dijo, si bien se prometió apuntar la frasecita en el cuaderno de los chistes, por si era utilizable.

En el pasillo se oyó la carraspera de Patro, que daba así fe de vida. Marieta recordó la conversación con la doméstica.

—¡Ay, mamá! Ya no me acordaba...

Y en dos palabras refirió a su madre lo ocurrido.

—Entra, Patro—dijo doña Segismunda con su acostumbrada solemnidad—. ¿Es cierto que quieres irte?

—Yo... sí, señora, la verdad; porque una...

—Bien; basta—interrumpió la dama, temiendo indiscreciones que don Rodolfo no debía escuchar—. Haz lo que gustes: mi deseo hubiera sido conservarte hasta el instante en que la opulencia llegue a esta casa. Entonces sabría recompensar tu abnegación,

si la tuvieses. Peor para ti. Puedes marcharte.

Patro continuaba inmóvil.

—He dicho que puedes marcharte.

La maritornes se puso en jarras.

—¡Natural, que me marcharé! Pero antes, tiusté que apoquinar.

—¿Se te debe algo?

—¡Cómo que si se me debe! Me se debe tóo... De dos meses y medio que yevo en la casa, no he visto más que quince riales que a fuerza de fuerzas pude sacar pa un corsé...

—¡A fuerza de fuerzas!... Por hacerte un favor, te guardábamos el sueldo, para entregarte el día de mañana un capitalito. Es igual. Desdeño tus reticencias. Vuelve a la noche, cuando esté mi hijo, y te entregará lo que se te resta.

—¿Volver? ¡Magras! No me muevo de aquí como no se me pague hasta el último chavo. Y si no se me paga, me oirán los sordos.

—Pues ahora no puedo: no tengo suelto en este instante.

—¡Suelto, suelto! Ni atao con soga...

Doña Segismunda mudaba de colores.

—¡Oh, qué zafia y qué soez!—murmuró como disculpándose, mirando a don Rodolfo.

Don Rodolfo tuvo un rasgo.

—Señora, si en algo puedo serle útil...

—¡Oh, no: gracias! No faltaba más... Pero sí: déme usted tres duros: mañana se los devolveré, o esta noche, si le urgen.

—Con mucho gusto...

Don Rodolfo entregó las tres cuartas partes del artículo recién cobrado. Doña Segismunda saldó su cuenta con Patro

—Ahí tiene usted. Y no vuelva a acordarse de nosotros en la vida.

—¡Yo qué me he de acordar, señora!

Y se fué pegando un portazo.

Una frívola conversación arrastróse perezosa corto rato. No tardó en despedirse don Rodolfo: sentíase algo enfermo: un frío glacial habíale invadido, ¿en el cuerpo?..., ¿en el alma?... No: en el bolsillo del chaleco, tan inopinadamente desvalijado por doña Segismunda.

III

CENA OPIPARA

Avergonzada, Marieta, esquivó quedar frente a frente con su madre. No estuvo bien hecho aquello, no; ¿qué habría dicho Rodolfo, ante el abuso de confianza de que fué víctima? ¿Con qué cara recibirle en días sucesivos, sin devolverle su préstamo?... Porque aquellas quince pesetas, nunca más volverían a poder del joven escritor: ¡Si lo sabría Marieta! Sin contar con la impolítica decisión de meterle en casa no habiéndolo él pedido. Tampoco estuvo bien esto: preciso era confesarlo, aunque fuese agradable para ellos, ya que facilitaba sus amores... ¿Qué pensaría el pobre muchacho, Señor, qué pensaría? Lo más probable era que volviese grupas y la dejase compuesta y sin novio. Es decir... ¡compuesta!... ¡No estaba mala compostura!... Pero no: eso no; Marieta estaba segura de que Rodolfo la quería un poco... y sobre todo, que le bailaban los ojos al mirarla... El célebre soneto *El pedestal de mi dicha*, acudió, rotundo, a su memoria:

Es minúsculo plinto charolado...

¡Demonio! Era cosa de descender del pedestal; se estropearía dejándolo para dentro de casa. entró en su alcoba para cambiar de calzado. A tientas, llegó a la mesilla de noche, buscó los fósforos, y encendió un cabito de vela, tan minúsculo como el «plinto charolado». A la mezquina luz, contempló el sobre de una cartita que, al marchar la había dado Rodolfo, con rapidez furtiva. «Queridísima mía...—con la mano izquierda sostenía la carta; con la derecha, desató el lazo sedeño de un zapato—: Cuando a solas contemplo tu imagen, tu bella imagen, que habré de desgastar a fuerza de besos...» Se había formado un nudo en la cinta. Tuvo que sentarse en la cama para deshacerle, dejando la epístola sobre el embozo, con el fin de utilizar las dos manos, Ya estaba

Ahora el otro. Despojóse luego de las medias caladas, tan rompedizas, y las sustituyó por otras viejas, parduzcas, con soletas; seguidamente se calzó las alpargatas de andar por casa, blancas, de albañil... ¿Qué diría Rodolfo si las viese? ¡Valiente pedestal... de yeso! Con mucho mimo limpió el polvo a los zapatos sandungueros, y colocando dentro de cada uno la respectiva media, los guardó en la parte baja de la mesa de noche. Ahora la carta. «Queridísima mía...» La voz de doña Segismunda dejóse oír, desde el comedor:

—¡Marieta! ¿Qué haces?

—Voy, mamá.

Guardó la carta debajo de la almohada; la leería luego, al acostarse. ¿Por qué no ahora, si nadie se oponía a sus amores?... Marieta sonrió, haciéndose esta pregunta; pero convino consigo misma en que las cartas del novio pierden todo su encanto si no se leen a solas.

Pasó al comedor, donde doña Segismunda, con las gafas en la punta de la nariz, releía *La Ilustración Hebdomadaria*, dejada sobre la mesa por Rodolfo, a la luz menguada de un quinqué de petróleo.

—¿Por qué no venías?

—Me estaba descalzando.

Marieta se sentó, cuidando de hacerlo en una de las pocas sillas capaces de soportar el peso de una persona: casi todas padecían cojera.

Hubo una pequeña pausa.

—¿No estás contenta, después de ver mi intervención en tus amores?

Marieta se mordió los labios, sin contestar. Al cabo, su respuesta fué otra interrogación:

—¿Qué idea te dió para llamar a Rodolfo, mamá?

La señora contempló a su hija por encima de las gafas.

—¡Cómo que qué idea!... La idea de formalizar tus relaciones: la de poner los medios para que te cases. ¿No son esos tus deseos?

—Sí, mamá: pero esta resolución no debió haber salido de ti, sino de él...

Doña Segismunda inclinó hacia atrás el robusto tronco, disponiéndose a fulminar un rotundo anatema sobre la irreverente que así osaba discutir sus actos.

La silla crujió de un modo alarmante. En el recibimiento sonaron pasos. La dama detuvo su exabrupto.

—Santas y buenas noches.

Era don Remigio el que llegaba. El administrador-gerente de *La Chiripa*, tenía todas las trazas de un mendigo: harapiento, astroso, iba arrastrando al andar unas botas agujereadas; su rostro sonriente, de viejo marrullero, asomaba entre los pliegues de una bufanda mugrienta, ocultadora de la aún más sucia camisa; la cazadora, plantel de manchas, exhausta de pelo, tenía las mangas transparentes, próximas a dejar paso al codo del prohombre; los pantalones, remendados por las nalgas, lucían más flecos que un pañolón de Manila. El rostro de doña Segismunda se serenó, al ver al intruso.

—¿Hay algo nuevo, don Remigio?

—Grandes noticias, señora; grandes noticias.

Antes de darle tiempo a comunicarlas, sonó en el pasillo un andar fuerte, seguro, apuesto.

—Ahí está mi hijo—exclamó la dama.

Apareció en el umbral la gallarda figura de Esteban, el hermano mayor de Marieta. Su aspecto contrastaba con el de los demás; era la antítesis de los que le rodeaban: realzando su natural gentileza, vestía irreprochable levita con fantástico chaleco; flamante *huit reflets* coronaba su testa; botina de paño café medio cubría la bota charolada, y completando la elegante indumentaria, el *gentleman* empuñaba con la misma mano los guantes grises y el bastón con argentada empuñadura.

—¿Cenaremos pronto?... Tengo prisa...

Doña Segismunda se puso en pie, soliviantada. ¡Cenar! ¡Pues es verdad, que había que cenar! Distraída con unas cosas y otras, no se acordó de semejante asunto. Disculpóse ante el hijo un tanto autócrata, alegando en descargo suyo la circunstancia de haberse despedido la doméstica... Pero

podía descuidar Esteban; en un momento prepararía la cena. Madre e hija zascandilearon por el pasillo, hacia la cocina; no había carbón, ni aceite...

—Grandes noticias, don Esteban; grandes noticias.

—Cuente usted, don Remigio.

—Dió resultado el anuncio. Nueve cartas en la Lista de Correos; vea usted: tres de ellas, me inspiran confianza; dos sobre todo. Habrá capital; levantaremos *La Chiripa;* al fin, iremos por esas calles de Dios *en coche de plata*... Si hubiese tenido ropa, habría visitado a estos señores que nos brindan su apoyo; pero así... sería matar el asunto.

—¡Naturalmente! Yo iré mañana. Esta noche he de ver a Ansúrez en casa del marqués del Crepúsculo Vespertino. Con su ayuda conseguiremos que las acciones sean cotizables en Bolsa. Si antes de ello logramos acaparar un número bastante para tener mayoría...

—Nos será fácil; los accionistas están deseando vender; las darán por lo que queramos; nadie cree en *La Chiripa,* ¡nadie, más que nosotros!

—Gracias a eso, adquiriremos acciones suficientes a bajo precio; una vez logrado, si Ansúrez nos sirve, el triunfo es indudable.

—Lo será. Nadaremos en millones.

Marieta, tímida, apareció en la puerta.

—Don Remigio..., ¿querría usted hacerme un favor?

—El administrador-gerente se levantó solícito de la silla.

—Usted dirá.

—¿Puede usted bajar a la tienda de la esquina por un litro de aceite?... Diga usted que lo apunten.

—Con mil amores... salvo en lo de que «apunten». Ayer dije lo mismo al traer las patatas y por poco me «disparan».

—Mamá no encuentra dinero...

Esteban intervino, magnánimo.

—Ni es necesario; apenas tengo apetito. ¿Hay huevos en casa?

—Sí... creo que sí.

—¿Algún fiambre?

—Longaniza, que sobró de ayer.

—Es suficiente. Dile a mamá que basta con eso.

Acudió doña Segismunda con un envoltorio que contenía el pringoso embutido. Marieta extendió un número doble del *Heraldo* sobre la mesa, por vía de mantel. Encima colocaron los manjares: la longaniza, dos libretas, varios huevos crudos. Esteban vació dos de éstos en una copita y se los bebió de un trago, arrojando las cáscaras al suelo.

—Lo que no hay es vino—musitó Marieta.

Don Remigio gruñó levemente; su roja nariz borbónica aleteó, estremecida.

—¡Si no fuera uno previsor!...

Salió un instante, volviendo acto continuo con una botella de *morapio,* del que escanció a los demás sendos vasos. Para sí reservó el receptáculo de mayor cabida: una lata de pimientos, con el borde hábilmente desbastado, para no cortarse la boca. La refección fué breve. Esteban pasó a su cuarto para coger el abrigo. Luego, vino al comedor a despedirse.

—No tardes mucho, hijo; mañana hay que madrugar para la mudanza.

—No preocuparse de mí; probablemente no volveré esta noche.

Retiráronse todos. Don Remigio extendió en el pasillo un jergón de paja de maíz—el lecho en que soñaba sus opulencias.

Marieta encerróse en su cuarto; encendió el cabito de vela tan minúsculo como el «plinto charolado», y a su luz agonizante leyó la carta del novio, antes de dormirse. Y soñó que se casaba con don Rodolfo de Spínola, y que vivían muy felices con los veinte duritos mensuales, sin acordarse de coches de plata ni cosa que lo valiese.

IV

HARPAGON

Antes de las ocho, se despertó Marieta, vistiéndose apresuradamente.

¡Buen día de trajín se preparaba! Llamó a su madre, y se puso a empaquetar objetos, auxiliada por don Remigio, tan práctico en aquellos domésticos menesteres como en los más arduos asuntos financieros. Al atravesar el pasillo, observó Marieta que la alcoba de su hermano estaba vacía, y sin deshacer la cama. ¿Qué belenes traería entre manos el muy trapalón? Para él era el mundo...

Apareció en el umbral de su cuarto doña Segismunda, tambaleándose, medio dormida, en traje de brega, con un pañuelo de algodón a grandes cuadros liado a la cabeza, desgreñada.

—¿Avisó usted el carro, don Remigio?

—No, señora: voy ahora, en un periquete. Nada de carro de mudanzas: un carrito de dos pesetas y un par de mozos para cargar; con dos duros despachamos. Hay que ahorrar todavía.

Una sospecha cruzó por la mente de la dama.

—¿Tiene usted los dos duros, don Remigio?

—¿Yo? ¡Qué he de tener!

—Pues, entonces...

Guardaron silencio durante unos segundos: sólo se oían los golpes que daba Marieta al desarmar su cama. No tardó la señora en adoptar una resolución.

—No importa. Vaya usted a avisar el carro, don Remigio. Y, al pasar, diga a la portera que haga subir al primer trapero que asome por la calle. Venderemos algunos trastos para pagar el transporte de los demás. Así como así, la nueva casa es pequeña...

Obedeció el administrador-gerente. Doña Segismunda trajinó un rato. Acordóse de las esteras, que debían estar en la guardilla, y envió a recogerlas a Marieta, quien no se hizo repetir la orden, y echó a correr, escaleras arriba, chancleteando sobre los peldaños sus blancas alpargatas de albañil.

El pregón del trapero sonaba en la calle:

¡El traperoooo baratoooo!
¿Hay algo viejo que vender?...

Doña Segismunda había preparado algunos trebejos: el banco del recibimiento, la mesa de la cocina, varias sillas tapizadas en mal uso, un escritorio desvencijado...

Llegó el mercader de inmundicias, con su saco al hombro.

—¿Qué se ofrecía?

—A ver cuánto da por todo esto.

El industrial husmeó el montón de objetos averiados.

—Seis pesetas—dijo, lacónico.

Doña Segismunda se escandalizó.

—¡Seis pesetas! ¡Qué disparate! ¡Sólo esta silla las vale!

—Usted verá. Yo no doy ni tan siquiera un céntimo más.

—¡Pero hombre de Dios!...

—Lo dicho.

—Pues no hacemos trato.

Comenzaba a bajar la escalera, terco en su última palabra, el industrial de la mugre.

—Espere usted un momento, hombre... Necesito dos duros a todo trance... Le daré algún otro objeto para que me complete...

—Eso es otra cosa.

Doña Segismunda se internó por el pasillo, en busca de algo no muy necesario de que pudiera desprenderse. Ante el cuarto de Marieta se detuvo. ¡Ya estaba! La mesa de noche. Así como así las alcobas de la nueva casa eran muy reducidas. La condujo por sí misma al recibimiento, donde el trapero había ya empaquetado los otros cachivaches: conformóse con la adición, e hizo entrega a la dama de los dos duros consabidos, apresurándose a cargar con la impedimenta, escaleras abajo.

—¿No da usted siquiera un par de pesetas más?

—Ni tan siquiera un par de céntimos.

—¡Harpagón!

Doblaba el trapero el primer tramo al oír el singular epíteto. ¿Por qué le llamaría «pagón» aquella señora, si él apenas pagaba sus adquisiciones?

A pesar del dicterio, doña Segismunda quedó muy satisfecha de su industriosa habilidad para allegar fondos. Al poco rato, bajaba Marieta con

las esteras, y subía don Remigio con los mozos: el carro aguardaba abajo. Mientras el administrador-gerente vigilaba a los cargadores y dirigía su faena, las damas pasaron a lavarse un poco y disponerse para la marcha. No tardó en salir al pasillo Marieta, soliviantada, agitadísima:

—¡Mamá, mamá! ¿Y mis zapatos?... ¡Mis zapatos nuevos!...

A través de la puerta, respondió la dama:

—¡Yo qué sé! Tú sabrás dónde los has puesto.

—En mi mesa de noche.

Hubo un breve silencio trágico.

—Pues, entonces... despídete de ellos.

—¿Por qué?

—Porque están camino del Rastro... Se los ha llevado el trapero, a quien he vendido la mesilla de noche.

Marieta no contestó; arrimada a la pared del pasillo, dejó correr acaso las más amargas lágrimas de su vida. ¡Era mucha desgracia la suya! Un par de zapatos perdidos, causó en su ánimo más mella que la dilapidación de su fortuna, disuelta en los quiméricos negocios. Tragando lágrimas y conteniendo suspiros, tuvo que calzarse unas botas descarcañaladas de doña Segismunda, dentro de las cuales bailaban sus pies menudos. Y así llegó al nuevo domicilio, avergonzada, para meterse en un rincón a llorar su desventura.

V

LA CONCIENCIA DE HARPAGON

Cerca de las dos de la tarde, llegó Esteban, muy satisfecho. Dió a su madre un billete de cien pesetas, y doña Segismunda apresuróse a llamar por el patio a la portera para que subiese comestibles en abundancia con qué reparar las fuerzas.

Don Remigio, olfateando «negocio», se aproximó a Esteban en son de conciliábulo.

—¿Cayó el capitalista?

—Cayó.

—¿Cuánto?...

—¿Qué falta le hace saber la cifra exacta? Eso para usted—. Y arrojó sobre la mesa cinco billetes de veinte duros, que el administrador-gerente se apresuró a recoger murmurando reconvenciones.

—Don Esteban, yo merecía mejor trato... Usted no ve en mi su *alter ergo*, como debiera...

El apuesto doncel no se dió por aludido.

—A más de estos dos mil reales, recibirá usted media docena de botellas de ron, que he encargado para obsequiarle.

Los ojos del financiero se encandilaron.

—¿Ha dicho usted de ron?...

—Y dos tarros de ginebra.

—¡Oh, espléndido, espléndido, don Esteban!—. Y se frotó las manos de gusto, chasqueando la lengua, ante la perspectiva del alcohol.

Pronto estuvo la mesa preparada. Una comida encantadora, con todo el encanto de una feliz improvisación. Doña Segismunda sabía disponer un *menú* cuando encontraba dinero a mano. ¡Oh, el día que ella pudiese, ya verían si era sibarita o no lo era! Brillat-Savarín y Martínez Montiño, dos adolescentes inexpertos a su lado. Todo fiambres: mortadela, chorizo de Pamplona, pavo en gelatina, emparedados, una terrina de *foie gras*, mermelada, plátanos... Cerca de la mitad del billete había desaparecido; la señora Pascasia recibió por el mandato un par de pesetas, que la hicieron mejorar su concepto acerca de los nuevos vecinos. Excepción hecha de Marieta, que no podía olvidar su contratiempo, todos mostráronse joviales y decidores en grado sumo: doña Segismunda recordó la frase de un pensador asegurando que «un estómago lleno se parece mucho a una conciencia tranquila». Todos asintieron, notando cernirse sobre sus frentes un rosado fulgor de optimismo... Esteban miraba el reloj con frecuencia, como contando los minutos que aún tuviese que estar en la casa... Marieta planeaba también:

—Si yo le pidiese cinco duros a mi

hermano, tal vez me los diera, ya que parece tener dinero fresco...

No bien terminó la comida, Esteban cogió el bastón para marcharse. Marieta le alcanzó en el pasillo:

—Oye, Esteban: ¿querrías darme cinco duros?

Y le contó el lance del trapero, a consecuencia del cual quedó descalza. El hermano la miró desdeñoso, con su aire de superioridad acostumbrado, interrumpiéndola:

—Mira, niña, no tengo tiempo para oír tus cuentos chinos.

Y se fué, mientras Marieta, en el pasillo, lloró de nuevo sus tristezas. También ella deseaba casarse, para tener quien la diese otro pan menos amargo que aquel que la echaban en cara. ¡Oh, si ella supiese ganarse la vida! Pero su educación—la eterna educación frívola de todas las mujeres españolas—no la permitía luchar por la existencia honradamente. Y devoró en silencio la ofensa del hermano, disuelta en lágrimas.

Anochecido llegó don Rodolfo de Spínola, a quien las veinticuatro horas transcurridas no pudieron borrar la impresión de sus tres duros maltrechos. Su sorpresa fué enorme cuando doña Segismunda, con sus aires de majestad acostumbrada, le devolvió las quince pesetas.

—Aquí tiene usted, mi joven amigo. Y perdone mi franqueza de ayer.

—¡Señora, por Dios! Todo aquello en que pueda serle útil...

Sentíase agradecido a la dama, como si aquella cantidad no fuese reintegración, sino donativo: ¡tan perdida la había dado! Y, dando expansión a su regocijo, habló de sus proyectos literarios, de las probabilidades que creía tener para estrenar una obrita en el salón Indochino, donde había empezado a actuar una compañía de zarzuela chica.

—Me parece muy bien—aseveró doña Segismunda—. El teatro produce bastante, y puede ofrecerle a usted un porvenir. ¿Es obra seria la que usted prepara?

—Jocosa; muy jocosa. Se titula *Seguidillas manchegas.*

—¿Habrá baile, por consiguiente?

—No; no señora. Es decir, baile habrá, pero no se refiere a él el título... Es un título guasón... ¡Cosa graciosa, muy graciosa!... La escena, es en el pasillo de una fonda. Al frente, hay una puerta, con un letrero que dice: Número ciento. Es a las altas horas de la madrugada. En la cena, los huéspedes han comido de postre queso manchego averiado; les hace daño, y tienen que salir todos al... pasillo. Con este motivo, ocurren unas escenas graciosísimas.

—Ingenioso, ingenioso—aseveró la dama, mientras Marieta empezaba a temer por la persona de su novio, si llegaba a estrenarse tal engendro.

Don Rodolfo, encantado, siguió mostrándose expansivo.

—Hay unos cuplés, que se harán célebres: los cuplés de la palmatoria. Figúrese usted que la tiple, tiene un novio, escribiente de una notaría; y da la casualidad... ¡Ja, ja, ja!

La risa le interrumpió, ante la fuerza de la situación cómica evocada. Y al reír, la nuez colosal de don Rodolfo subía y bajaba por su garguero de un modo alarmante. Sonó la campanilla. Marieta fué a abrir, volviendo a los pocos instantes.

—Mamá, un hombre pregunta por ti.

—¿Dijo quién es?

—No; desea verte para entregarte una cosa.

Penetró el intruso, a quien tardó en reconocer doña Segismunda. Era el trapero de por la mañana, pero aseado, con la cara limpia, desprovisto de la pátina de suciedad indispensable para ejercer su profesión. Traía un paquete en la mano, y lo dejó sobre la mesa, mientras sonreía, mostrando unos dientes verdosos, totalmente en consonancia con su indumentaria matinal.

—Pos ná... que encontré en la mesilla esos zapatos, y me malicié si les harían falta, y me dije, digo: pos una cosa es el negocio, y otra cosa es la honradez. Conque pregunté en la otra casa y me dieron las señas de usté. Lo cual que he venío, y que ahí

están; y si hay voluntá de gratificarme en algo...

Marieta resplandecía de gozo; hubiérale abrazado, de buena gana. Doña Segismunda envolvió al trapero en una de sus miradas olímpicas.

—¡Bah!—exclamó, desdeñosa—. No valía la pena. Calzado en uso; desechado tal vez... Por eso no le gratifico, buen hombre...

El buen hombre dejó de sonreír, y se fué, pasillo adelante murmurando:

—Si yo lo llego a saber...

VI

UNA VISITA

Aquel paréntesis de tranquilidad pecuniaria fué aprovechado de muy distinto modo por Marieta y los suyos: Esteban, siempre irreprochablemente vestido, paraba en casa menos que nunca, dándose el caso de no aparecer por ella durante varios días seguidos; el administrador-gerente, botella en ristre, afanábase por apurar el alcohólico obsequio de su consocio, quedándole tiempo escasamente para decir, entre trago y trago, con voz enronquecida y tartajosa: «¡Ahora, ahora sí que va de veras lo del coche de plata!...»; doña Segismunda, soñando sus quimeras de vivir fastuoso, el día que su hijo le entregaba el dinero, hacía traer ostras, trufas, sin perjuicio de conformarse con pan y queso a la comida siguiente; Marieta, con su alegre inconstancia juvenil, sentíase dichosa pensando en la visita cotidiana de don Rodolfo, de quien, poquito a poco, se iba enamorando muy de veras... Varios domingos, pasearon por la tarde en Recoletos, muy satisfechos al sufrir las apreturas de la gente, que servían de pretexto a encantadoras aproximaciones... Sentíase feliz la niña con tan poco; al regresar del paseo, muy juntos, llevando a la zaga a doña Segismunda, renqueante y gruñidora, el alma de Marieta era invadida por la dulce placidez melancólica que parece emanar de las calles madrileñas en los anocheceres domingueros, cuando los faroles de gas empiezan a ser encendidos, lanzando su mustia claridad sobre las calles, entenebrecidas por la cerrazón de los comercios...

El dinero, como todo lo bueno, duró poco. Comenzaron a notar su escasez observando que Esteban se morigeraba relativamente; ya no faltaba ninguna noche; comía con la familia; encerrábase en el despacho con don Remigio, encareciéndole la necesidad de allegar fondos para adquirir nuevas acciones hasta alcanzar la anhelada mayoría...

Y el administrador-gerente, cuyas botellas dieron fin, recuperando con ello la lucidez de espíritu, lanzóse a la calle en busca de capitalistas, puso anuncios en los periódicos.

Hubo un día en que a las cuatro de la tarde aún no se habían desayunado. La cena de la noche anterior se redujo a sendos trocitos de queso rancio y una libreta para todos. Por un prodigio de abnegación, resignábase a trabajar y mal comer la doméstica, una muchachita alcarreña, recién venida, que no había servido en ninguna parte y se encariñó con sus amos. Sin ánimos para nada, ni aun siquiera para bostezar, Marieta y su madre aguardaban la llegada de Esteban o de don Remigio, para comer algo, si es que traían fondos. De súbito, la campanilla sonó, estridente. La muchacha fué a abrir.

—¡Gracias a Dios!—dijo doña Segismunda—. Será Esteban.

Marieta escuchaba hacia el pasillo.

—No—repuso—; no es voz de mi hermano. Es voz de mujer. Parece que pasan al despacho.

Volvió la doméstica.

—Es una señora, que pregunta por usted.

—¿Dijo su nombre?

—No... Que es de confianza, que pasaría donde estuviesen...

—Has hecho bien en pasarla allí. ¡Esto parece un hospital robado!

Doña Segismunda se encaminó al despacho. Pero a medio pasillo se detuvo, y volvió al comedor.

—¿Hay algún mondadientes por ahí? —preguntó a Marieta.

—No sé... Mira a ver si en el palillero...

—Sí: hay uno. No es cosa de mostrar interioridades de la casa.

Y se fué, pasillo adelante, limpiándose los dientes, que si de algo estaban sucios, no era ciertamente de comida, mientras su figura y su rostro recobraban la majestad característica en la dama. Al ver a la visitante, descendió varias gradas de su trono.

—¡Toma! ¡Pues si es la Benita!

—Como la muchacha no me conoce, me pasó aquí, con toda ceremonia...

La Benita, antigua costurera de la casa, hogaño envejecida y medio ciega, ganábase la subsistencia humilde sirviendo de señora de compañía a la condesita de la Algarroba. Conoció de niña a doña Segismunda, tratándola con la confianza consiguiente, merced a lo cual creíase autorizada para inmiscuirse en las interioridades domésticas de la viuda de don Heliodoro.

—¿Qué es de su vida, Benita? Tanto tiempo sin venir...

—¿Para qué? Yo tengo muchas ocupaciones; la condesita no me deja sosegar: paseos, novenas, tiendas, reuniones... ¡El acabóse! A vosotras, tampoco os faltará que hacer. Para daros cuatro cuartos de conversación, no valía la pena. Hoy vengo para algo práctico... Pero, antes de nada ¿qué tal van vuestros negocios?

Doña Segismunda se pavoneó: el palillo escarbó en los dientes hasta hacer sangre en las encías.

—¡Oh! Admirablemente. Esteban se propone adquirir más acciones hasta tener la mayor parte en sus manos. Y el día que eso ocurra...

—Sí, ya sé; iréis en coche de plata; me lo has contado muchas veces. Pero ¿no hay nada práctico? ¿No vendéis la dichosa mina, que Dios confunda?

—¿Qué hemos de vender? Comprar siempre...

—¿Con qué dinero?

—¡Bah! Eso es lo de menos, Benita.

—¿Cómo que es lo de menos? No andaréis muy sobrados cuando tenéis que vivir en este cuartucho... ¡Bendito Dios! ¡Si tu pobre marido levantara la cabeza!

Doña Segismunda sentía extinguirse la calma.

—Mire usted, Benita; más sabe el loco en su casa...

—Sí, ya sé que me llamarás entrometida. Puedes figurarte que sólo vuestro interés me guía. Y si otra cosa crees, peor para ti.

—Yo no creo nada; pero...

—Lo que sucede, es que desde que enviudaste, vais de tumbo en tumbo. Los dichosos negocios por un lado, y por otro ese Esteban, que me parece que no anda muy derecho...

—¡Alto, ahí, Benita! Por eso no paso. Mi hijo podrá no ser muy afortunado como negociante, pero por lo demás...

—Por lo demás... Ayer oí referir en casa de la señora condesa, que Esteban se ha gastado mil duros en una joya para la *Jamoncitos*, esa sinvergüenza que bailotea en no sé qué teatrucho...

—¡Imposible, Benita!

—Procura informarte, por si acaso. Sería una triste gracia. Y ahora, a lo que vengo, vengo. No sé lo que te parecerá; pero allá tú. Una parienta lejana de la señora condesa, está siguiendo un pleito de importancia, y no puede pagar casa mientras duran sus apuros: creo que está buscando un par de habitaciones para vivir con alguna familia decente... Yo me acordé de vosotros; por lo menos, una ayuda para pagar el cuarto. ¿Te convendría?

Doña Segismunda se había puesto en pie, majestuosa, trágica; el mondadientes crujió entre sus dedos, que hubieran querido estrangular a la atrevida.

—Benita, no tiene usted derecho para ofenderme. ¿De cuándo acá he de convertirme en patrona de huéspedes?

Su voz temblaba, iracunda.

—No, mujer, no es eso; no me has entendido: se trata de una señora de alta posición, que, por no vivir sola, desea verse entre personas de su clase...

El razonamiento hizo alguna mella en el ánimo de la dama.

—Sin embargo...—dijo, recelosa, pero más dulcificada.

—Desengáñate, es una proposición muy razonable. Ella comería por su cuenta; os pagaría la casa; seríais amigas...

Doña Segismunda oyó dar las cinco; su estómago clamaba ansioso, protestando de su vacuidad. ¡Las cinco y sin haber comido en todo el día!...

—¿Qué, te decides?

—Lo pensaré... Lo consultaré con Esteban... Vuelva usted mañana por la contestación.

—Pues, hasta mañana.

Se fué Benita. Doña Segismunda quedó pensativa un buen rato. En su cerebro, entorpecido por la debilidad del estomago, barajábanse varias ideas, no muy halagadoras. ¡Una huéspeda! ¡Sin comer en todo el día! ¡Su hijo tirando el dinero con una golfa, mientras ellas se morían de hambre!... Esta última idea prevaleció; y, ansiosa de investigar su veracidad, la señora entró en la alcoba de Esteban. Sobre el lecho había una americana del ausente. Doña Segismunda registró los bolsillos, presurosa. En uno de ellos encontró un retrato, que el cínico no tuvo la caritativa precaución de ocultar. Representaba una mujer de procaz hermosura, con artístico traje de *chanteuse*. Estaba dedicado: «A mi espléndido amigo Esteban, en recuerdo de una noche. Currita.»

VII

LA MARQUESA DE ROBLEDAÑOS

Pocos días más tarde, instalóse en la casa la recomendada de Benita. Fuéronle cedidas las mejores habitaciones, en las que colocó su cama—un hermoso lecho de nogal tallado, con lambrequín, que a duras penas pudo caber en la no muy anchurosa estancia—, un armario de luna y un gran cofre de cedro, con férreas abrazaderas; a esto se redujo todo su ajuar. Era la intrusa una mujer vistosa y aun bella, próxima a la cuarentena, si bien su hábil disimulo hacíala parecer mucho más joven. Su simpatía era extraordinaria; su don de gente desde el primer momento se impuso a todos, desde doña Segismunda, que la vió entrar con algún recelo, hasta don Remigio, que cepilló cuidadosamente su raído terno para presentarse ante la dama. Llamábase ésta Leonor Dávila; pertenecía a una familia ilustre; su difunto marido, el marqués de Robledaños, obedeciendo —según ella— a indicaciones de sus sobrinos, habíala desheredado, dando lugar a un ruidoso pleito, que a la sazón se estaba tramitando; de aquí la estrechez en que la dama vivía.

La verdad era muy otra. Cuando el marqués de Robledaños se casó con Leonor Dávila, era ésta una mujer de vida galante, que con sus adorables truhanerías volvió el juicio al aristócrata—treinta años mayor que ella—, llevándole a la coyunda... y después al deshonor. Porque la hermosa marquesa, lejos de olvidar sus antiguos hábitos, siguió rindiéndoles culto, dando lugar a que, sabedor de ello el marido, y después del escándalo consiguiente, se alejase de ella, dictando el testamento que a la sazón se discutía. Era, pues, necesario para Leonor, vivir entre personas de moralidad acrisolada, para quitar fuerza a las argumentaciones de sus contrarios, basadas en la conducta equívoca de la bella. Desde que doña Segismunda conoció la historia de Leonor—la que ella contaba, naturalmente—, le otorgó todo su afecto; una especie de afinidad electiva la ligaba a ella con la cadena de sus ambiciones irrealizables, de sus delirios de grandezas, de sus ansias de poderío, cohibidas por la implacable realidad. En cuanto a Marieta, sin sentir entusiasmos hacia la intrusa, transigió con su presencia; en su bondad que desconocía la idea de la rebelión, aceptó como hecho inevitable la estancia de Leonor en la casa; mas un secreto impulso—el instinto de la mujer que se reconoce inferior a otra en hermo-

sura—la inducía a mirarla con cierta prevención inconscientemente. Un rasgo del carácter servicial y afectuoso de la dama, vino a sellar definitivamente las amistades entre Marieta y Leonor.

Las entrevistas de la niña con don Rodolfo de Spínola, seguían celebrándose cotidianamente, con asistencia de doña Segismunda, y, alguna vez, de la marquesa. Sabedora ésta de las aficiones literarias del joven, hízole un día exponer sus proyectos, sus esperanzas. A la sazón, don Rodolfo estaba desilusionado: aquellas *Seguidillas manchegas,* nacidas entre optimismos, habíanle proporcionado disgustos monumentales, al serle devueltas por los directores artísticos de varios *cines* y *colis*, que desechaban la obra sin haberla leído, según es costumbre en tales casos. Don Rodolfo, en un principio, lejos de desesperar, había perseverado en sus propósitos, y todas las semanas producía algún engendro dramático, que corría la misma suerte que aquél. Los ojos del literato, al narrar sus desventuras, parecían más saltones que de costumbre, y el ratoncillo encerrado en su gaznate emprendía unas carreras formidables. Leonor lamentó sinceramente el calvario de don Rodolfo.

—Ya, ya sé lo que se pasa para *llegar* en la vida del arte—dijo, suspirando con añoranzas—. Sobre todo, los autores, generalmente, sufren muchas desazones. Pero al cabo, el que vale, triunfa, y el éxito le compensa de las amarguras pasadas. Enrique Bedoya, que es muy amigo mío, me ha contado más de una vez anécdotas curiosísimas...

Los ojos de don Rodolfo se abrieron hasta casi saltar de las órbitas.

—¿Dice usted... que Enrique Bedoya es amigo suyo?

—Muy amigo. «El rey del cine», como él se llama bromeando. Por cierto que ése no tuvo que luchar; de la noche a la mañana, se hizo autor, y estrenó diez o doce obras el primer año, más de veinte el segundo, y ahora... todo lo que quiere; no pasa semana sin que estrene algo.

—Entonces... ¿tendría usted inconveniente en darme una tarjeta de presentación para él? Perdone usted el atrevimiento; pero hay que apelar a todos los recursos...

—¡Pues no faltaba más! ¿Cómo no se me ha ocurrido antes? Ahora mismo...

Y en un momento llenó de garabatitos una tarjeta blasonada que fué a buscar al arca de cedro. Don Rodolfo se deshizo en palabras de gratitud, que ella aseguró no merecer por tan poca cosa. Marieta depuso desde aquel momento su inconsciente hostilidad hacia Leonor. Era servicial, era buena, se interesaba por ellos, contribuía en la medida de sus fuerzas a preparar la emancipación soñada; aquella boda, que sería para la niña un paraíso en la tierra, junto al hombre amado.

Pocos días después, Leonor habló a Marieta del asunto.

—¿No sabes?... He visto a Bedoya; me habló de tu novio. Dice que tiene ingenio, que puede hacer mucho. Por de pronto, creo que van a ensayarse dos obritas suyas.

Así era, en efecto. Don Rodolfo vino aquella tarde resplandeciente, refiriéndolo. Un melodrama chulesco, *Desolación*, y una astracanada regocijadísima, *¡Mañana sale!*, estaban admitidas en dos cines, y al día siguiente, se pasaban de papeles para estrenarse en seguida. Bien es verdad que Bedoya había exigido para ello firmar las obras con don Rodolfo y cobrar las tres cuartas partes de los derechos de representación.

Marieta no se atrevió a ir a los estrenos, que se verificaron con dos días de intervalo solamente. Leonor estuvo con doña Segismunda, y a fe que pudieron regocijarse de haber asistido a dos de los éxitos más estruendosos registrados desde que existen *colis* en el mundo. Los autores salieron multitud de veces a recibir los plácemes del auditorio, que había hipado de llanto en *Desolación* y llorado de risa en *¡Mañana sale!* Don Rodolfo se deshacía en genuflexiones y saludos. Bedoya, olímpico, harto hacía con ex-

hibir en el escenario su gentil figura, irreprochablemente trajeada.

Leonor volvió a casa por demás satisfecha. Dió la enhorabuena a Marieta, que rompió a llorar emocionadísima, y prodigo sus encomios a Rodolfo, felicitándose de haber contribuído a su bautismo de aplausos. Llegaría muy lejos, estaba segura; y ella era perito en la materia. ¡Había visto tanto de la vida de bastidores!

Las entrevistas de los novios iban siendo muy rápidas. Presenciábalas generalmente Leonor, en representación de doña Segismunda, muy atareada con los quehaceres domésticos.

Poco a poco, Leonor se iba imponiendo en todo. Excepción hecha de Esteban, que paraba en casa menos que nunca, todos en la casa miraban a la marquesa como un oráculo.

La marquesa estaba encantada entre tan estimable familia. Plácidamente deslizábase su vida; por la mañana al levantarse del lecho, entre diez y once, dedicaba buen rato a escrupulosos lavoteos, delatores de sus costumbres de mujer hermosa que deseaba conservar su belleza y acrecentarla en lo posible; vestíase en seguida con todo esmero y se echaba a la calle, de donde no regresaba hasta más de las dos, hora de comer. Vuelta a salir luego, hasta las siete, en que regresaba para no moverse de casa hasta otro día, a no ser que fuesen todos al teatro. ¿Qué hacía en sus cotidianas, inevitables escapatorias? Misterio. ¿De dónde sacaba para vestir con tan exquisito gusto y riqueza? Misterio también. La señora Pascasia, la portera, hubiera podido decir algo acerca de estas cuestiones; que ya sabía ella seguir de lejos a una persona para enterarse de adónde va e indicar de qué pie cojea: sin contar con que cierta colega suya, portera de una casa en que Leonor había vivido tiempo atrás la refirió con todo lujo de detalles sus aventuras y galanteos con varios empingorotados señorones... Pero la señora Pascasia—prudente y discreta ante todo—¿qué adelantaría con divulgar secretos que no eran de su exclusiva pertenencia? ¿Daba escándalos la señora marquesa en la casa donde habitaba? ¿Tenía nadie derecho para pedirle cuentas de lo que hacía, siendo una mujer viuda, dueña absoluta de sus actos? ¿Había nadie tan amable y dadivoso para con la señora Pascasia, entre todos los inquilinos de la finca, que no eran pocos? ¡Pues entonces!... Si la señora marquesa era un tanto casquivana, allá ella: en no escandalizando a los vecinos.

VIII

GRANDES ACONTECIMIENTOS

Ya llevaba Marieta una temporada desmejorándose ostensiblemente. Los disgustos, la constante intranquilidad, la deficientísima alimentación, dieron al traste con su saludable aspecto de antaño, sustituyendo mate palidez a los lindos colores de su cara, en tanto que los vestidos se le quedaban anchos, delatando un constante enflaquecimiento. Pero sobre todo, desde que habían entrado los fríos se notaba enferma. No podía subir la escalera sin notar honda fatiga; apenas tenía gana de comer; de vez en cuando una tosecilla seca la conmovía el pecho... Un día, al llevar el pañuelo a la boca, después de haber tosido advirtió un esputo sanguinolento. La congoja que esta observación la produjo, fué indescriptiblemente. Para evitar a su madre el susto consiguiente, nada dijo, y como, por fortuna, pasaron varios días sin que se repitiese el mismo síntoma, acabó por olvidarlo, abstraída por los acontecimientos... ¡Grandes acontecimientos a fe! Esteban y don Remigio cuchicheaban con frecuencia, barajando nombres, altas cifras, exhibiendo cartas...

Un día dijo Esteban que había alquilado el piso principal de la misma casa, vacante a la sazón; y, obedientes como corderos, mudáronse al principal, como lo hubiesen hecho a la guardilla, si el autócrata lo ordenase. El cambio de domicilio, no implicaba mejora de fortuna; aunque siguiendo su

costumbre, no dió explicaciones, ellas creyeron colegir que se proponía montar oficinas de algo, para un negocio grande al parecer. Las mejores habitaciones fueron alhajadas con sobrio lujo: mesas, estanterías, divanes... Hizo traer una máquina de escribir, e indicó a Marieta que debía adiestrarse en su manejo, a lo que se apresuró la niña, deseosa de ser útil en algo a los suyos. Doña Segismunda, esperanzada una vez más, volvía a entrever el argentado vehículo de marras. En el portón de la escalera, colocaron un letrero de esmalte que rezaba en gruesos caracteres: *Centro Universal de Contratación Minera.* En la puerta de la sala-despacho destinado a Esteban, otro letrero: *Señor Director.* Y en la del gabinete: *Señor Director-Gerente.* En el otro gabinete fué instalada la máquina de escribir, sin más moblaje. Todo ello se trajo a crédito, sin entregar una peseta. La gallarda presencia de Esteban, su palabrería, hicieron el milagro. Los conflictos vendrían luego, cuando hubiese que pagar.

La marquesa continuó viviendo con ellos. ¡No faltaba otra cosa! Doña Segismunda estaba encariñada con Leonor, tan distinguida como desgraciada. Además, sin ella, hubieran vuelto los tiempos horribles de no comer y carecer de todo, que, por fortuna, gracias a la bella aristócrata, cesaron ya.

Nadie habló de tomar empleados. Por las mañanas, colgaban en la percha del recibimiento, seis u ocho sombreros, para que los que entrasen creyesen que pertenecían al personal de la casa. Marieta recibió la consigna de sentarse a la máquina de escribir en cuanto se levantase, para que se oyera desde el despacho el *ti-qui, ti-qui* de los macillos. Por escribir algo empezó a copiar un novelón de Alejandro Dumas que halló en su armario. Después, cuando hubo adquirido soltura en el manejo del aparato, puso en limpio, con el esmero consiguiente, las obras dramáticas de su novio que aún permanecían inéditas. En poco tiempo, llegó a ser una gran dactilógrafa.

Los negocios de Esteban marchaban prósperamente. ¿Qué negocios eran los suyos? Nadie podía asegurarlo con certeza: pero iban bien, porque tenían dinero en abundancia. Entraban y salían varios señores: dos o tres, como agentes; a otros les llamaba *capitalistas.* Pero allí no se hacía nada práctico, ni escribían un solo pliego de papel, ni se notaba la existencia de una oficina más que en los sombreros de los supuestos empleados y en el *ti-qui, ti-qui* de la máquina manejada por Marieta.

Don Rodolfo marchaba de victoria en victoria. Había estrenado otra piececilla, esta vez solo, con lo cual su personalidad crecía en importancia extraordinariamente, y preparaba con Bedoya una obra lírica para su teatro *Grande.* En ella concentraba todas sus esperanzas; los ensayos le absorbían mucho tiempo, y cuando iba a ver a la novia, hacíalo de prisa, sin pasar a su lado aquellos interminables ratos de los tiempos en que luchaba por darse a conocer y se asomaba al ideal por los negros ojos de su novia, que le miraban húmedos de ternura. Marieta encontraba aquello natural, después de todo: ya normalizarían la vida cuando se casaran... Lo que no le pareció tan lógico, fué el desdén marcadísimo con que empezaron a tratarse Rodolfo y Leonor; sin una causa que pudiera justificar su actitud, pasaron bruscamente de la efusividad que siguió a los primeros éxitos de Spínola, debidos a la oficiosa mediación de la marquesa, a aquel frío continente de entrambos, sin justificación posible. Marieta, con su habitual diplomacia interrogóles por separado. Don Rodolfo se encogió de hombros.

—Es una presumida inaguantable esa buena señora—dijo.

Leonor no fué más explícita.

—Se ha puesto muy tonto desde que le aplauden—fué toda su explicación.

Y siguieron saludándose fríos, correctos, ceremoniosos.

Una mañana, a través de la puerta de la sala-despacho, mientras Marieta dirigía a Rodolfo una larga epístola llena de ternezas que resultaban un poco ridículas escritas a máquina, oyó

a Esteban hablar calurosamente con don Remigio. Sin darse cuenta, escuchó la conversación.

—Le digo a usted que es necesario a todo trance ese dinero—exclamaba Esteban.

—Creo que no le conviene a usted tomarlo en esas condiciones.

—En la forma que sea, lo necesito.

—Exigen el cuarenta por ciento.

—No importa. No hemos de pagarlo...

—Y además, piden que se reciba en concepto de depósito, por medio de escritura pública.

Hubo una pequeña pausa. Esteban vacilaba.

—No importa—dijo al cabo—. Me son imprescindibles esas quince mil pesetas.

—Allá usted, don Esteban: yo me lavo las manos pero creo que hace usted mal en eso.

No oyó más. ¡Quince mil pesetas! ¿Qué haría su hermano de todo aquel dinero? Porque lo que es con ellas no se lo gastaba...

La explicación la tuvo aquella misma tarde, por casualidad; Rodolfo las acompañó a dar un paseo, y al cruzar la Castellana, tuvieron que detenerse para no ser atropelladas por un magnífico *milord* donde cómodamente arrellanada, se exhibía una mujer galante de espléndida hermosura. Doña Segismunda creyó reconocerla:

—¿Quién es esa? Juraría que la he visto en alguna parte.

Don Rodolfo se apresuró a contestar, dándose tono de hombre versado en achaques de gran mundo:

—Es la *Jamoncitos*, esa bailarina que hace furor...

Y, aparte, a Marieta:

—Esta es la que se gasta el dinero de tu hermano, según dicen.

El estreno llegó, constituyendo un nuevo triunfo. Decididamente, don Rodolfo estaba en vena.

La pobre Marieta pasó un mal rato, pues quiso asistir a la representación; mas pudo resarcirse con el éxito, que la hizo olvidar hasta la tosecilla que, pertinaz, la aquejaba, con frecuentes esputos de sangre.

Por esperar a Rodolfo que había prometido acompañarlas a la salida, se quedaron a ver la última función.

Antes de acabar, subió al palco Rodolfo. Todas le felicitaron con entusiasmo: la misma Leonor, siempre tan displicente con él, parecía devorarle con los ojos, cuando se sentó al lado de Marieta, que, en su emoción cariñosa, apenas acertaba a decir algunas vulgaridades. A la salida, emparejáronse Rodolfo y la marquesa, y fueron juntos largo rato, de charla efusiva. Marieta los contemplaba satisfecha, viéndolos reconciliados. Era más natural aquello, que no la sorda hostilidad de antes. Cerca de su casa, Rodolfo volvió al lado de su novia, mientras Leonor marchaba detrás con la madre.

—Ya veo que habéis hecho las paces—dijo la niña.

El novio no supo qué contestar, preguntando agresivo:

—¿Por qué lo dices?

—Por nada... Porque habéis venido charlando desde el teatro.

—Naturalmente... Empezó a hablarme del estreno... No era cosa de hacer una grosería con ella...

En la puerta se despidieron. Enhorabuenas, apretones de manos...

—¿Vendrás mañana?

—No sé si podré... Tengo junta en la Sociedad de Autores.

Subieron. Doña Segismunda recordó, preocupada que no había visto a Esteban desde el día anterior. La doméstica, medio dormida, les franqueó la puerta.

—¿Ha venido el señorito?—interrogó doña Segismunda.

—No, señora: no vino nadie—y después, recordando—. Es decir... han traído una carta para usté.

Sin explicarse la causa, doña Segismunda sintió un vuelco interior, en el fondo de las entrañas.

—¿Una carta? ¿Dónde está? Dámela pronto.

Estaba en la repisa del perchero. La señora la cogió, temblorosa, y rasgó el sobre, comenzando a leerla a la luz difusa de la lámpara del pasillo. Leonor y Marieta, que se habían in-

ternado hacia sus habitaciones, oyeron un grito angustiado, y al acudir, hallaron a doña Segismunda, medio desvanecida en el banco del recibimiento.

—¿Qué tienes, mamá?

—¿Qué sucede?

La señora mostró con el dedo la carta, que se había caído a sus pies.

—Esa carta... ¡Tu hermano!... ¡Hija mía!...

Marieta se abrazó llorando a su madre. Leonor, más serena leyó:

«Mamá: Tal vez no vuelvas a saber de mí en la vida. No te pese. Mejor es eso que verme deshonrado..., y así me verías si no me escapase. Mis negocios eran ficticios: no tenían más base que mi ambición, que no pudo hallar derrotero por el buen camino, y lo buscó en mala senda. No me culpes: culpemos a estas necias ilusiones que todos—y tú la primera—hemos alimentado vanamente. Yo necesito vivir en un ambiente de opulencia, de despilfarro, de ostentación y carezco de alimentos para ello. Perdida la fortuna de mi padre en la busca legal de la riqueza—por medios equivocados, lo reconozco—tuve que sostener mis gastos apelando para con los demás a los mismos procedimientos de que antes había sido víctima.

»Una aventura desdichada—que por un rastro de respeto filial no he de referirte—ha precipitado los acontecimientos. Sin ella, sería lo que antes: un mal hijo, un mal hermano, un tramposo... pero no un estafador como ahora.

»Adiós, madre. Perdóname, y que me perdone Marieta, para quien no he tenido nunca un vestigio de afecto fraternal.

Esteban.»

Hubo un largo rato de silencio profundo. Los sollozos lo taladraban, de vez en cuando, con trágico borbotear. Leonor propuso:

—¿Por qué no avisan ustedes a don Remigio? El sabrá algo.

Doña Segismunda asintió:

—Sí, sí; dice usted bien; voy a despertar a don Remigio.

Y quiso levantarse, para ir a la alcoba del administrador-gerente, que ahora dormía con mayor comodidad que antaño, en un catre de colchoneta.

No tuvo tiempo la señora para realizar su propósito. Se oyeron fuertes pisadas en la escalera. Un campanillazo enérgico vibró fatídico.

—¡Dios mío!—murmuró Marieta.

—¿Quién es?—dijo la marquesa desde el ventanillo.

—¿Vive aquí don Esteban Ruiz-López.

—Esta es su casa; pero no está aquí.

—No importa. Abran a la justicia. Traemos auto judicial.

Hubo que obedecer. El pelotón policíaco penetró en el recibimiento. Registraron la casa, recogiendo los papeles y documentos—muy pocos—que pudieron hallar. Don Remigio fué sacado a empellones del catre. En la escasa lucidez de sus sentidos—el administrador-gerente se acostaba con una botella de *whisky* a la cabecera—no acertaba a explicar lo que ocurría.

—Hay orden de llevarle a usted ante el juez de guardia: está usted también complicado.

Su lengua estropajosa, ensayó disculpas:

—Yo demostraré que no he sido... ha sido él, don Esteban, él solo... Yo se lo decía: «Don Esteban, que eso no puede ser...»

A medio vestir se lo llevaron, vociferante, mientras las mujeres quedaban temblorosas, gemebundas, envueltas en el hálito de la fatalidad, ensañada con ellas.

IX

ANANKÉ

Se impuso un cambio radical de vida. Sin Esteban, que, ya que no otra cosa, las diese esa *sombra de hombre*, indispensable a toda mujer inepta para valerse por sí sola en la lucha por la vida, fué preciso que pensaran en el porvenir, tan negro. Por de pronto,

cambiaron de casa: a más de ser excesivamente costosa, era un bochorno saber que los vecinos y la portera estaban enterados del terrible trance. Leonor seguiría con ellas siendo de su cuenta el pago del alquiler; en lo sucesivo comería fuera, igual que al principio. Era forzoso buscar alguna ocupación decorosa con que subvenir a las escasas necesidades de alimento y vestuario. Marieta, aprovechando sus conocimientos de mecanografía, encontró un destino de dactilógrafa en una casa de comercio, con dos pesetas diarias—el mismo sueldo que nominalmente le asignó el Centro Universal de Contratación Minerva, de triste memoria. Doña Segismunda, por mediación de la Benita fué admitida como señora de compañía por la baronesa del Mogollón, advenediza inaguantable, que deseaba exhibir por doquiera a una sobrina para ver si la casaba pronto. El sueldo era mezquino: seis duros mensuales. pero, sumados ambos ingresos, tenían bastante para vivir, acaso con más holgura que antes. ¡Ay! Lo malo era el descenso moral, como decía doña Segismunda, añorando los tiempos aquellos en que aún soñaba placenteramente con el coche de plata. Marieta, por el contrario, aceptó gustosa su nueva vida; ¡qué dicha para ella sentirse útil, verse en condiciones de no deber nada a nadie! La tos parecía hallarse estacionada: no disminuía, pero no iba a más, la demacración, sí, aumentaba. El espejo era cruel con la pobre niña: ¡estaba más feucha! En cambio, esmerábase con su persona todo lo posible, vistiendo regularmente, y calzando bien según era su gusto. Con el producto de los muebles vendidos, habían podido equiparse, que harto lo necesitaban las pobres. Y así, al ir a sus trabajos respectivos, haciéndolo sin temor a que las gentes las desdeñasen por deficiencias de indumentaria.

Lo que Marieta lamentó en el alma fué el forzoso enfriamiento de sus relaciones. Todo el día ocupadas madre e hija, no podían celebrarse las eróticas entrevistas durante las tardes como antes de la hecatombe. Por las noches, hora hábil para ellas, Rodolfo estaba atareado en escenarios y saloncillos cada vez más dentro de aquel ambiente que tan propicio le era. Hubo de dejar las visitas del novio para los días de fiesta: pero ¡qué remedio! Así se cogían con mayor deseo. Rodolfo lo dijo poéticamente, improvisando una copla en contestación a las lamentaciones de Marieta:

> Cuanto más larga es la ausencia,
> con más gozo vuelvo a ti;
> cuanto más dura el nublado,
> más brilla el sol al salir.

Marieta, muy halagada, sonreía, regañando cariñosamente al ingenioso amante:

—¡Ya estás tú buen hipócrita! Mucho decirme ternezas, y luego sabe Dios si me la estarás pegando con alguna corista...

Don Rodolfo se ponía cómicamente serio, y juraba por el éxito de la primera obra que estrenase, que, caso de engañar a su adorable Marieta, no sería con una vulgar dama del coro, sino, por lo menos, con una primera tiple.

La niña reía, mirando amorosa al prohombre, cuyas palabras, gestos e ingeniosidades le servían de consuelo, durante la interminable semana, para aguardar al domingo sin excesiva impaciencia. Un curioso fenómeno verificábase en don Rodolfo, inadvertido a los ojos amantes de Marieta, pero no a los de su madre, ducha en mundología, y era que, a medida que la personalidad del literato se destacaba, adquiriendo algún relieve que pudiera permitirle cierto desahogo pecuniario, iba eludiendo las conversaciones de boda, con que antes deleitábanse los dos novios. Por eso, cierto día, doña Segismunda abordó de frente la cuestión delicadísima, aprovechando un instante en que pudo hablar a solas con el futuro yerno. Era preciso decidirse: el tiempo pasaba; la situación de Marieta no consentía grandes dilaciones... Don Rodolfo se puso ferozmente serio: estiró los puños de la camisa, tosió un par de veces con imperti-

nencia, y, haciendo protestas de su formalidad y caballerosidad nunca desmentidas, aseguró que entraba en sus cálculos contraer coyunda tan pronto como le fuera posible soportar el pesado fardo matrimoniesco: ello, pudiera ser dentro de dos... tres años a lo sumo; cuando adquiriese una posición suficiente para sostener su casa con decoro. Doña Segismunda no quedó muy convencida de la sinceridad del ingenioso Spínola. Este, por su parte, mostróse ante Marieta disgustado. ¿Es que se desconfiaba de él? ¿Acaso se ponía en entredicho la bondad de sus intenciones? La niña hizo los mayores esfuerzos para sincerarse ante Rodolfo: podía creerla; no era cosa suya. sino de su madre, que con el mejor deseo habló sin contar con ella... Debía estar tranquilo; ella le esperaría cuanto tiempo fuese necesario: tres, diez, veinte años, queriéndole siempre...

La soberbia incipiente de don Rodolfo, a raíz de este suceso creció cien codos, descendiendo otro tanto la humildad de Marieta, cada vez más agradecida a su novio de que siguiera queriéndola—o fingiendo cariño, por lo menos—mientras ella, cada vez más ojerosa y desvahida, avanzaba lentamente, en su implacable dolencia...

No por eso se resistía al trabajo. Todos los días, a las nueve, salía de su casa con rumbo a una de las más céntricas vías, hacia el establecimiento en que prestaba sus servicios. Era un almacén de automóviles, montado por representantes de poderosa casa extranjera. La tienda, anchurosa, decorada con sobrio lujo, tenía en el centro un departamento formado por grandes vidrieras, donde el Comptoir hallábase instalado, y en él la máquina de escribir en que Marieta lucía sus habilidades dactilográficas. El trabajo no era rudo; los jefes amables y comedidos; lo molesto para la niña era aquella odiosa exhibición entre cristales, como pajarera, para que todos los transeúntes pudieran contemplarla a su sabor, mientras ella, paciente, seguía con su *ti-qui, ti-qui* interminable... Temía Marieta que su novio se opusiera a que ella desempeñase aquel empleo, precisamente por esta circunstancia del escaparate; pero Rodolfo, con gran magnanimidad—que a doña Segismunda le supo a indiferencia—la tranquilizó limitándose a decir, humorista como siempre, que iba a parecer que tenía por novia a un lorito.

La marquesa, en los últimos tiempos, volvió a rehuir todo trato con Spínola. Esto entristecía a Marieta, cuyo ideal era la concordia de todos, la buena armonía entre cuantos la rodeasen.

Una tarde, al llegar la joven mecanógrafa al establecimiento donde desempeñaba sus servicios encontró cerradas sus puertas. ¿Cómo podía ser aquello? Interrogado el portero de la casa, habló de una fiesta en que reuníanse todos los individuos de la colonia inglesa de Madrid: los dueños del almacén allá fueron, entre sus compatriotas, a celebrar las añoranzas del terruño en fraternal ágape. Marieta regresó a sus lares, preguntándose la razón de no haberle avisado aquella media festividad, evitándola el viaje desde su casa: algún olvido de míster Howars, sin duda. Así como así, aprovecharía la inesperada holganza para terminar un pañuelo de seda que bordaba para regalarlo a Rodolfo el día de su fiesta onomástica, ya próxima. Recogió en la portería la llave de su piso, dejada por doña Segismunda al salir para acompañar a la incansable sobrina de la baronesa a una *matinée* aristocrática del Español. Lentamente, subió la escalera, lamentando que Rodolfo no hubiese tenido noticias de su holganza: de seguro que, a saberlo, hubiera rondado la calle—ya que, por fortuna, en esta casa también tenían balcones—. Y, maquinalmente, tarareó los mohosos compases de *El anillo de hierro:*

¡Ven, Rodolfo, ven, por Dios;
no desdeñes mi pasión!...

Introdujo la llave por la cerradura y abrió la puerta blandamente. Sus pasos suaves, enhuartados, condujéron-

la a lo largo del pasillo. Al pasar ante las habitaciones de Leonor, creyó oír ruido. ¿Habría ladrones? ¿Estaría tal vez enferma la marquesa? Inconsciente, agachóse y miró por el ojo de la llave. ¡Qué era aquello, Dios mío!

El estrecho campo visivo, enfocaba al gran armario de luna. En su espejo, reflejábase la cama de Leonor, amplia, señorial, con su lambrequín adoselado, como un trono de amor... ¡Oh, qué asco! ¡Qué asco y qué infamia!

Y no sólo vió, sino que oyó. Era Leonor la que decía, tal vez aludiendo a algún rumor que hubiesen escuchado por el pasillo:

—Oye... Si viniese ahora tu novia...

Crepitaron dos carcajadas. Crujieron dos besos. Don Rodolfo dijo seca, cínicamente:

—Peor para ella...

La niña no quiso ver más; no quiso oír más; ¡pluguiera al cielo que no viese ni oyese tanto! Se aferró al picaporte, que no cedió por estar corrido el pestillo, y golpeando con manos y pies la puerta, bramó, enloquecida:

—¡Cochinos!... ¡Cochinos!... ¡Canallas...

Quiso gritar más injurias: quiso derribar la puerta a empellones. No pudo. Flaquearon sus ánimos. La traidora enfermedad, hasta entonces agazapada en la penumbra, hizo su aparición fieramente. Con el último improperio, escupió Marieta una bocanada roja. Y otra, y otra más. Faltáronle las fuerzas, y cayó al suelo, ante el umbral de los traidores. Por su boca, trágicamente contraída, borbotaba la sangre. Una terrible hemoptisis, dejó casi exangüe su endeble cuerpecillo.

X

EN COCHE DE PLATA...

Madre e hija, refugiáronse en una guardilla, en cuanto Leonor se ausentó de la casa, bajo pretexto de un viaje. Don Rodolfo no visitó más a su novia. ¿Cómo pudo ser aquello? ¿A qué achacar felonia tan grande? Deshizose doña Segismunda en invectivas, y admiró la calma de Marieta ante el vil comportamiento de su adorador—calma aparente, encubridora de horribles tempestades interiores. La verdad, la repugnante verdad, fué ocultada por la niña en un rasgo sublime de respeto a su madre y de amor a su ex novio.

Después del violento ataque, Marieta quedó en un estado de postración indescriptible. Tuvo que abandonar su destino, y la madre, por cuidarla, no acompañó más a la sobrina de la baronesa en sus peripatéticas lucubraciones. Imposibilitadas ambas para el trabajo, la miseria se cernía sobre aquel hogar. De ella pudo librarlo la Benita, recabando de la condesa de la Algarroba y de sus aristocráticas amigas, los medios pecuniarios suficientes para impedir que doña Segismunda y su hija muriesen de hambre. Y así pasó el verano: un verano terrible, cuyo tórrido calor no bastaba para que Marieta dejase de tiritar a impulsos de la fiebre.

Hasta que cierta mañana del mes de octubre, en que la Naturaleza sonreía bajo las melancólicas tintas otoñales, una carroza blanca se detuvo ante la puerta. El sol, lanzando sus rayos sobre el vehículo, fingió en él destellos argentados... Marieta, la humilde, la exenta de ambición, fué la única que, cumpliendo las predicciones de don Remigio, atravesó las calles de Madrid *en coche de plata...*

REDIMIDA

I

LILI

Pisando quedamente sobre la blanda alfombra de terciopelo, cuyo grosor amortiguaba el ruido de los pasos, Currita se aproximó a la cuna y escuchó, reconcentrando en el oído todas las energías de su ser. La respiración de la niña era más sosegada que la última vez en que investigó análogamente, en su eterno ir y venir de la butaca a la cuna, persiguiendo un síntoma, un vestigio, por leve que fuera, de alivio en la paciente. Conteniendo su propia respiración, observaba la de la adorada nena, enferma de bronquitis... ¿A ver? Una..., dos..., tres..., cuatro... ¡Respiraba muy de prisa! La maldita fiebre seguía aún calcinando el débil cuerpecillo... Levantó la colgadura de tul, y la tenue luminaria de una lámpara veladora, pendiente del techo, esparció su rosácea tonalidad sobre el rostro infantil, un tanto congestionado por la calentura.

—¡Dios mío! ¿Estará peor?

Puso en práctica la última prueba que estaba a su alcance: la del tacto. Extendió la diestra, posándola con suavidad insuperable en la frente de la niña. La primera impresión fué satisfactoria: no tenía mucho calor. Pero pronto cambió de parecer; juraría que la frentecita abrasaba.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Para qué la observaré si no soy capaz de decir cómo la encuentro?

Desesperada, se tumbó en una meridiana, decidida a no acercarse más a la cuna, a menos que la niña lo reclamase. Era atormentarse inútilmente y molestar a la criatura con las incesantes operaciones inquisitivas. Lo mejor sería comprarse un termómetro clínico, para poderlo aplicar a cualquier hora; pero, mientras tanto, tranquilidad, quietud, ¡paciencia!

Cinco minutos más tarde ya estaba en pie nuevamente. Y otra vez repitió sus observaciones, oyendo, mirando y palpando a la niña, para seguir, a pesar de ello, sumida en idéntica desesperante incertidumbre.

—¡Dios mío! ¡Cuánto tarda el médico!...

Atenuado por la distancia, tintineó, allá en el pasillo, el timbre eléctrico de la escalera... Púsose en pie Currita, galvanizada por la impaciencia.

—¿Será el doctor?

No tardó en aparecer en el umbral del gabinete, asomando por entre los cortinajes, el rostro picaresco de Bibiana, la eterna compañera de Currita—su doncella, su amiga, su consejera, su administradora...

—¿Es el médico? Que pase, que pase al punto...

Bibiana hizo un gesto negativo.

—No; es el conde, que quiere verte.

Currita se encrespó.

—¿El conde? Pero ¿a qué viene? ¿No sabe que no he de recibirle? ¿No le tengo dicho que mientras mi hija esté enferma no quiero verle, ni a él ni a nadie, más que al que ha de ayudarme a devolver la salud a la nena? ¡Qué se vaya en seguida!...

Procurando paliar el ex abrupto de Currita, Bibiana asintió, añadiendo:

—Lo sabe; sabe todo eso; pero el hombre, en su deseo de mostrar interés por la niña...

—Que te pregunte a ti; tú le contestas, y asunto concluído.

Siempre prudente y previsora, Bibiana insistió:

—No basta eso, Curra; de sobra sé que tienes razón; pero hay que darle a cada cual lo suyo... El conde es una buena proporción; no es cosa de disgustarle...

—¡Que se disguste, pero que se vaya! No quiero verle ahora.

—Fíjate, Curra, que no te conviene ponerte a malas; no sólo por ti, sino por esa niña, a la que tanto quieres...

Ante la invocación, Currita pareció reaccionar; pasóse la mano por la frente trastornada por la pesadumbre, y repuso:

—Sí..., dices bien... Le recibiré. Pero sólo un momento. Anda, dile que pase a la sala y que me aguarde; tú vienes aquí, para estar junto a la nena mientras yo vuelvo.

Obedeció Bibiana, muy satisfecha por haber evitado rozamientos perjudiciales para todos. ¡Qué demonio! No a diario se encontraba un conde como aquél, con tanto dinero y tanto rumbo para gastarlo. ¡Un verdadero conde, en suma! Le hizo pasar a la sala, muy solícita.

—Tenga la bondad de esperar un instante el señor conde; la señora viene al punto.

Mientras, Currita, muy a la ligera, se había preparado: lavó con la toalla los ojos, enrojecidos por dos noches de insomnio; pasó la borla de los polvos sobre las mejillas; sujetó con el peinecillo algunas crenchas rebeldes; vertió una gota de *Stilli-Flore* sobre los encajes del *deshabillé*... ¡Era indispensable hacerlo así, obligada por las exigencias del oficio! Bibiana reapareció, pisando sin ruido, con suavidad felina.

—Ya está en la sala.

—Ahora vuelvo. No te separes de la cuna.

—Descuida.

Una última mirada a la enfermita, y salió, atravesando el gabinete azul y el *fumoir*, hasta llegar a la sala, espléndidamente ornamentada con profusión de luces y de espejos. Retrepado en un diván, con la muelle actitud del que paga y conoce los prestigios que esto implica, halló Curra al conde, que se levantó al verla.

Era un hombre aún joven, pero envejecido por los excesos. Llevaba puesto un magnífico gabán de pieles y no se había despojado del reluciente *huirt reflets*.

—Hola, Emilio. Perdona si te recibo aquí solemnemente. Pero ya sabes: mientras la niña no esté buena, no puedo dedicarme más que a su cuidado.

—¿No está mejor?

—Sí..., creo que sí... Ahora descansa muy tranquila, pero no sé; hasta que no la vea correr y jugar, como siempre...

—Pues nada, que se alivie; mi deseo era enterarme de su estado y saludarte.

—Gracias, Emilio.

—¿Necesitas algo?

—No, nada. Gracias.

—Pues adiós, Currita.

—Adiós.

Casi en la puerta, se volvió el conde, indeciso, ávido de decir algo y no sabiendo por dónde empezar.

—¡Ah! Por si acaso alguien te viene con el chisme... Esta noche tal vez vaya al baile de la Prensa. Me han comprometido Paquito y *Vendaval*, que tienen un palco. Te lo advierto, porque como todo se sabe...

—Haces bien, Emilio; eres muy dueño.

—Es que yo soy muy delicado para estas cosas, y así como no me gustaría que tú me hicieses una picardigüela, tampoco quiero que tú tengas motivo de disgusto...

—¡Oh! ¡Por Dios, Emilio! Repito que eres muy dueño.

El conde sonrió, y había en su sonrisa un algo de despecho.

—Eso prueba lo interesada que estás por mí.

Curra no pudo reprimir un gesto de impaciencia.

—Mira, Emilio, no es ésta ocasión para entablar discusiones. Ya me conoces, y has de tomarme como soy. Y ahora, adiós. Dispensa, ¿eh? Pero el cuidado de mi hija me reclama.

—Anda con Dios, mujer; mañana volveré a ver si hay mejoría.

—Te lo agradezco; pero si no quieres molestarte, manda un criado.

—No es molestia; vendré yo mismo.

—Como quieras. Adiós.

Volvió Curra a la alcoba, mientras el conde salía de la casa. Bibiana, cum-

pliendo las órdenes recibidas, no se había separado de la cuna.

—¿Ha ocurrido algo, Bibiana?

—Nada, mujer; ahora parece que se mueve un poco...

En efecto, la niña, algo inquieta, se revolvía en el minúsculo lecho. Al cabo entreabrió los ojitos y murmuró con voz tenue:

—Quero agua...

Diósela su madre, veloz, en un vasito argentado. Después de beber, la enfermita volvió a quedar amodorrada.

—¡Dios mío! ¿Estará mejor? ¿Estará peor? Ni a tocarla me atrevo...

—Déjalo, mujer; ya poco puede tardar el médico, y él te lo dirá.

Volvió a sonar el timbre. Fué corriendo Bibiana, y a poco reapareció, anunciando:

—El doctor Núñez.

—¡Gracias a Dios!

Entró el médico, un hombre relativamente joven y ya famoso, mirando inquisitivamente a Currita a través de los áureos espejuelos, como queriendo inducir, por la fisonomía de la madre, la marcha del padecimiento de la hija.

—¡Oh, doctor! Véala usted cuanto antes; dígame la verdad... Yo estoy loca de inquietud, de impaciencia...

—¿Tomó la medicina?

—La tomó sin rebeldías, sin violencias, la pobrecita de mi alma.

—Perfectamente. ¿Y alimento...?

—Lo que usted ordenó. Parecía tomarlo con gusto.

—Perfectamente. Vamos a ver a la enfermita.

Se habían aproximado a la cuna. Currita descorrió las cortinas de tul y encendió una potente lámpara, cuya proximidad hizo que la niña se revolviese, parpadeando.

—¡Se va a despertar!

—Mejor; era preciso verla despierta.

Y sin dar tiempo a que el sueño abandonase a la niña por completo, comenzó a reconocerla. La pulsó en los dos bracitos. Posó el estetoscopio sobre el pecho, auscultándolo detenidamente. Sacó luego el termómetro, colocándolo en la axila inguinal de la enferma. Currita seguía los movimientos del doctor con mal reprimida ansiedad. Viéndole cruzarse de brazos, en espera del lapso indispensable para que el termómetro cumpliese su cometido, le interrogó ansiosa:

—¿Está mejor? ¡Dígamelo, por caridad!...

El doctor nada dijo, limitándose a sonreír enigmáticamente. Su silencio acreció la alarma de Currita.

—Pero ¿es que se ha agravado? ¡Por la Virgen, contésteme!...

—No, no es eso; es todo lo contrario. Los síntomas que acabo de observar indican que la niña entra en el período de franca convalecencia.

—¿De veras?

—Falta completar los datos obtenidos con la temperatura, que ahora mismo vamos a ver.

Tomó el termómetro, elevándolo a la altura de los ojos para leer la cifra marcada por la columnita mercúrica. La niña, ya despierta del todo, contemplaba las operaciones del doctor con la curiosidad reflexiva que suelen adoptar los niños en determinadas circunstancias. Curra, con las manos cruzadas en ademán de súplica y los ojos dilatados por la emoción, ni a respirar se atrevía, pendiente de la lectura del termómetro. El doctor sonrió triunfalmente, y mostrando el frágil instrumento a Currita, exclamó:

—Vea usted: tiene poco más de treinta y seis grados; la fiebre ha remitido por completo; no llega ni a la temperatura normal.

Curra se deshizo en manifestaciones de júbilo: rompió a reír, palmoteando; abrazó a la nena; llamó a Bibiana para comunicarle tan fausta noticia...

El doctor, entre tanto, escribía pausadamente una receta.

—Debe tomar aún, cada tres horas, una cucharadita de esta poción... En verdad que no me explico ni los entusiasmos de ahora ni las zozobras de antes... ¡Cualquiera diría que acabábamos de vencer dificultades enormes! Dentro de dos días la nena estará completamente bien; pero como su enfermedad fué leve, esto no implica ningún triunfo, como las alegres mani-

festaciones de usted parecen indicar...

—No importa, doctor. ¡Gozo tanto viendo a mi hija buena! ¡Temo de tal manera que alguna enfermedad me la arrebate!...

—Dios mediante, no será ésta; lo garantizo. Pasó en absoluto toda posibilidad de complicaciones. Lo cual equivale a decir que esta noche no tiene usted pretexto para no descansar como es debido.

—¡Oh! ¿Quién piensa en mí? Estando ella buena...

Disponíase ya el doctor a salir de la estancia, cuando la voz de la niña dejóse oír, en un gorjeo:

—Oye, médico: ¿no me das el caramelo?...

Todos rieron al ver que la nena recordaba al galeno su costumbre de obsequiar a sus clientes infantiles. Y entre la algazara hilarante marchó el médico, dejando cumplida la humanitaria tarea de volver la tranquilidad a un hogar, quebrantada por el miedo a la Parca.

Harta de dormir, en un resurgimiento de energías, tan frecuente en los niños enfermos, habíase sentado en la cuna, y, cuidadosamente arropada por su madre, manifestó su propósito de divertirse.

—Quero mis juguetes... Que me taigan mis juguetes...

Obedeció Bibiana, disponiendo inmediatamente sobre la cuna un tinglado como puesto de feria. Y volviéndose a Currita, le dijo, regañona, enérgicamente:

—Mira, Curra: tú me vas a hacer el favor de acostarte en seguida y dormir; ya has oído al médico que puedes hacerlo. Tienes una cara que parece que te han vomitado los gatos: ojeras, mal color... No es cosa de que te estropees sin motivo. Ya no tienes veinte años, y hay que cuidarse.

Curra se encogió de hombros, indiferente.

—¡Pero si no tengo sueño!

—Ya lo tendrás. Me enfadaré contigo si no me obedeces.

Sonriendo, medio burlándose de la cuidadosa Bibiana, se aprestó a seguir sus órdenes. Cenó primero frugalmente, según costumbre en ella inveterada, como prescripción para conservar incólume el tesoro de su belleza. En seguida se metió en el lecho, ávida de descanso después de varios días de incesante vigilia tormentosa. Bibiana había dado a la nena su alimento, una tacita de leche tibia; arropó con mimoso esmero el cuerpecito de la convaleciente y apagó las luces de la alcoba.

—¡Ea!, hasta mañana, nenita. Y tú, Curra, a dormir mucho.

*

¡Dormir! ¿Quién pensaba en dormir? Las grandes emociones, buenas y malas, indistintamente, alejan a Morfeo de nuestros párpados. ¡La nena estaba curada! Muy en breve, sus gorjeos inundarían la casa, sus juegos la alegrarían, creando con el santo sahumerio de la inocencia aquella mansión de liviandad y de vicio.

De vicio, sí. Currita no trataba de paliar con eufemismos su verdadera condición: era una meretriz, con más suerte o más picardía que otras, pues supo encumbrarse, mientras tantas y tantas morían en un hospital o se pudrían en un presidio. El mundo entero había aplaudido su procacidad, que no su arte, se había prosternado ante su hermosura, rindiendo parias a su descoco. A sus plantas humilláronse testas coronadas, cerebros de artistas, calvas relucientes de orondos potentados. Y ella, olímpicamente desdeñosa, tomó de todos lo único que podía conmover la ruindad de su alma: el oro, para labrarse un pedestal en que mejor lucieran sus lascivos encantos (la luiuria de su mirada y la amplia redondez de sus caderas, causa ocasional del remoquete de la *Jamoncitos* con que era universalmente conocida)...

Carrera triunfal había sido la suya; desde su ruidoso *début* en el Salón Indo-Chino, ¡cuánta peripecia, cuánto incidente, cuánto amor mercenario! Pronto se hizo célebre en España, donde circularon con profusión sus re-

tratos en tarjetas postales, en fototipias de cajas de fósforos, en portadas de libros sicalípticos, en periódicos ilustrados, en cromos sueltos... Cuando, en busca de éxitos mundiales, transpuso la frontera, su renombre se extendió con rapidez inusitada. Europa entera hubo de prosternarse ante sus esculturales pantorrillas. Y por su camerino del Acuarium, de San Petersburgo, y del Moulin Rouge parisiense, y de los *kursaal* berlineses, millonarios y próceres desfilaban amorosos. Los yanquis anhelaron conocerla, y el empresario organizador de la *tournée* la escrituró con mil dólares de sueldo desde el momento de embarcar en El Havre hasta el de su regreso al Viejo Continente. Las ganancias, no obstante lo oneroso del contrato, fueron colosales, y ella, ambiciosa siempre, no contenta con su asignación había enamorado al empresario hasta desplumarlo lindamente... A su regreso, Europa se conmovió, como si del viaje de un soberano se tratara; pudo vanagloriarse de haber logrado que a diario los grandes órganos de la Prensa europea hablasen de la *Jamoncitos*, no sólo para preponderar su belleza, sino para hacerse eco de sus excentridades, de sus caprichos, ya citando su colección de joyas, digna de una testa coronada, ya encareciendo la magnificencia del último tronco adquirido para ella por un príncipe ruso o un archimillonario japonés, ya reseñando con todo lujo de detalles el palacio suntuoso con que otro manirroto cualquiera la obsequiaba en la *Côte Azur*... Se dió el caso de que un cronista célebre, entre irónico y sincero, dijese en cierta ocasión: «Dos personalidades sostienen actualmente el prestigio de España ante Europa, en dos nombres se condensa la admiración mundial hacia el pueblo español; esos dos nombres venerandos, esas dos personalidades prestigiosas son los de la *Jamoncitos*, nuestra excelsa bailadora de tangos dislocantes, y del *Tripita Chico*, el incomparable matador de reses bravas.»

¡Ay! ¡El *Tripita Chico!*... Otro recuerdo, y a fe que no muy agradable...

En pleno éxito carnal, pletórica de cheques y de brillantes, tuvo Currita la humorada de establecerse en España definitivamente. Sentíase hastiada de su vivir exótico, y entre los aplausos producidos por manos extranjeras, añoraba la patria, que desde lejos parecíale más apetecible que nunca. Y como lo pensó lo hizo. Súbitamente, su espléndido *chalet* de la avenida de los Campos Elíseos apareció cerrado, con un letrero anunciando su venta. Coches y carruajes fueron enajenados también. Y una bella mañana primaveral llegó a Madrid, instalándose provisionalmente en las mejores habitaciones de uno de los más céntricos hoteles, ante la expectación del novelero público matritense, ganoso de chismorreos y novedades. Madrid se emocionó, sobrecogido por tan inesperado acontecimiento. Llovieron sobre Currita reporteros y fotógrafos, ávidos de recoger sus impresiones acerca de los sucesos de actualidad en amenísimas interviús y de honrar las páginas preferentes de las revistas ilustradas con la efigie de la celebérrima bailadora, que había cobrado cien mil francos al príncipe Papatoff, de Varsovia, por treinta minutos de conversación reservadísima... Los brillantes de la *Jamoncitos* fueron tema obligado de todas las conversaciones; se discutieron arduamente los rasgos de su fisonomía, la autenticidad de sus caderas; tuvo fervientes partidarios y acérrimos detractores; recibió miles de epístolas amatorias, y la buena Prensa publicó un comunicado en que varios pudibundos jóvenes se lamentaban de que tan descocada mujer atrajese la atención pública, ¡ay, Jesús!, dando prueba palmaria de la corrupción actual, merecedora del fuego sagrado.

Fué por entonces cuando se rindió pleitesía a su belleza del modo estupendo que ella pudo imaginarse nunca. Era un día de Jueves Santo, en que el sol habíase complacido en otorgar sus ígneos besos a la corte española, que, según tradicional costumbre, se lanzaba a la calle con móviles más profanos de lo que pudiera inducirse, dada la festividad del día. La

calle de Alcalá, llena de coches, enarenada y pulcra, era plantel de bellezas femeniles, tocadas con la clásica mantilla española. Allá, en las escalinatas de San José, apiñábase la multitud, disputando a empellón limpio la entrada al templo, que pudo ser visitado sin molestia por la mañana. El amplio portón de las Calatravas era también insuficiente para dar cabida a los fieles, entre los cuales, más de un viejo libidinoso se escurría para dedicarse a placeres de tacto... Y he aquí que cuando era mayor la afluencia de gente por el centro de la amplia vía, se produjo un movimiento de alarma entre los pacíficos paseantes. Voces, gritos y carreras sembraron el pánico, y se vió que algunos agentes de la autoridad corrían hacia un apretado corro de gente que pugnaba por avanzar, consiguiéndolo a duras penas. No tardó en convencerse la muchedumbre de que no se trataba de nada terrible: como llamarada de pólvora cundió la noticia:

—Es Currita Trévelez, que pasea con mantilla blanca.

—¡La *Jamoncitos!* ¡La mujer más hermosa del mundo!

—¡Ole las hembras castizas!

Y no había hombre que no prorrumpiese en alguna frase admirativa ni mujer que no se parase para contemplar a la célebre hermosura, que cruzó, sonriendo, por entre la multitud como una diosa ante la turba de sus adoradores... ¡Oh, aquel hecho imborrable, de qué modo halagó su amor propio de mujer!...

Tres días después se inauguraba, como todos los años, la temporada taurina. Próximo a la presidencia, el palco de la *Jamoncitos* sirvió de blanco preferente a todas las miradas. Fué su éxito de aquella tarde digno corolario del conseguido el jueves anterior. Y ella tuvo su Waterloo, provisionalmente, al menos, en aquel ambiente de apoteosis...

Viendo al *Tripita Chico* recibir un toro con arreglo a los cánones del arte de Montes, entre una salva estrepitosa de aplausos delirantes, Curra quedó prendada del matador. Sus instintos de meretriz mostrábanse entonces, admirando al macho, como ya en otras ocasiones hubieron de manifestarse (en Nueva York hizo locuras por un atleta de circo, y en Londres se dejaba zurrar por cierto boxeador famoso, que murió de un puñetazo, en plena lucha). Hizo que el *Tripita Chico* le fuera presentado; le amo locamente... ¡Y tan locamente! El muy marrajo, aprovechándose de la pasión de que era objeto, no tuvo inconveniente en desvalijar a Currita, ni más ni menos que ésta había hecho con los incautos que la enriquecieron...

Aquellas valiosas preseas de que Currita mostrábase justamente orgullosa fueron pignorándose y vendiéndose para atender a los caprichos y exigencias del ídolo con coleta. Bibiana, desesperada, reñía a diario con Curra, poniendo de relieve su incalificable estulticia. ¡Tirar así por la ventana el producto de tantos años de suerte! Y no era eso lo peor, sino que, emperrada en aquel absurdo devaneo, negábase a aceptar los ofrecimientos amorosos que otros hacíanla. En vano la prudente Bibiana proponía la mejor solución en una amable simultaneidad:

—¡Pero, mujer de Dios!, con decir a los unos que vengan por la tarde y reservar la noche para el *arrastrao* ese, que así se lo lleve un perro en la boca...

Era inútil. Currita, ciega en su inconcebible aberración, no transigía; mientras su torero la quisiera, sería sólo para él, en cuerpo y alma, sin que nadie compartiese su posesión ni en un instante...

Hasta que sobrevino lo que era de esperar. Cuando las alhajas de Currita se habían ido, una tras otra, de *caza al Monte*, según la frase jocosa de su desmanotada dueña, el *Tripita Chico* desapareció de la escena. Bibiana respiró tranquila, y Curra, después de algunas lágrimas y varias maldiciones, decidióse a buscar el desquite, cosa fácil, habida cuenta de sus encantos, siempre apetitosos.

Varios *paganos* de mayor cuantía restablecieron el menguado crédito de

Currita, deteniendo la inminente bancarrota. El banquero Regúlez, sobre todo, fué el encargado de poner a flote el navío zozobrante de la hermosa artista, que volvió a brillar, acaso con menos alhajas que antes, pero luciendo tan suntuosas toaletas y arrastrando tan magníficos trenes. Y, curada de pasiones con el cauterio del reciente desengaño, se propuso aprovechar los años que aún le quedasen de juventud y belleza, poniendo en práctica los saludables consejos de cierta doña Socorro, en cuyo domicilio, constituido en templo de Afrodita, había hecho Curra las primeras armas *profesionales:* «Para que una mujer saque partido de su hermosura debe tener en cuenta la siguiente máxima: mucha limpieza, buena comida, no preocuparse por nada y tratar a los hombres a puntapiés...»

Y he aquí que por entonces surgió el caso imprevisto, estupendo, abrumador: ¡se había quedado embarazada! La primera impresión que en ella produjo el hecho insólito fué de estupor y de sorpresa. ¿Cómo había sido aquello? No acertaba a darse cuenta, ni aun de la persona a quien debiera adjudicarse la responsabilidad del acaecimiento. ¿El *Tripita Chico?* Bien pudo ser, pues aún estaba muy reciente la ruptura de relaciones con el héroe de la tauromaquia. Pero también pudiera atribuirse al banquero Regúlez.... o a Enrique Bedoya, el autor cómico, que había la visitado por aquella época..., o a *Vendaval*, un muchacho graciosísimo, a cuyas simiescas truhanerías no supo resistirse días antes, o... pero ¿quién era capaz de averiguarlo?

En la duda, optó por no atribuir a nadie en particular la causa del hecho. Y seguidamente nació en su ánimo una ira feroz, inenarrable, contra aquel obstáculo que la fatalidad colocaba en su camino de triunfos eróticos. ¿Cómo librarse de aquel enemigo que surgía en sus entrañas, implacable profanador de su belleza? A despecho de Bibiana, temerosa de mayores daños, ensayó mil procedimientos para huir del peligro amenazante: pediluvios calentísimos, drogas y potingues aconsejados por sabihondas comadres... Todo inútil. Alguien la indujo a que diese grandes saltos, y se pasó varios días encaramándose a una mesa para dejarse caer al suelo pesadamente. ¡Nada! Pero, señor, ¡tantas mujeres como habría en el mundo deseosas de prole!

Lento, implacable, fatal, llegó el alumbramiento. Nació una niña, Curra, exasperada por el padecer, en su odio contra la criatura, la rechazó sañudamente.

—¡Que se la lleven! No la quiero... ¡No la quiero!

En vano doña Socorro, que acudió para cuidarla muy solícita, procuraba disuadir a la mala madre:

—Pero, mujé, no seas tonta, quédatela; siendo niña, no te dará guerra, y te hará compaña. Ya verá, en cuantito cresca, qué mona se pone...

Pero Curra no se dejaba convencer. ¡Que no! Hubo que pensar en la solución más aceptable. Como no era cosa de echarla a la Inclusa, se buscaría un ama, fuera de Madrid, para que se encargase de la crianza y después del cuidado de la mocosa. Cuando fuese mayor, ya verían... Se encontró la nodriza forastera. Antes de llevarse a la niña, Bibiana creyó prudente que ésta se despidiese de su madre. Curra accedió, indiferente. Entraron a la nena en el gabinete donde la hermosa convalecía. Al aproximarla a ella la criatura prorrumpió en un vagido que hizo enternecer a doña Socorro.

—¡Pobresita mía! Mírala como yora al verse esampará...

Y la voz de la Naturaleza resonó por fin en el alma de Curra.

—¡Hija de mi alma! No seré yo quien te abandone...

Y rompió a llorar, abrazada a la niña, que también lloraba. Emocionadas, Bibiana y doña Socorro vertieron sus lagrimitas correspondientes. Fué aquélla una escena por demás sentimental. Doña Socorro, entre suspiro y suspiro, murmuraba:

—Ya verá cómo no te pesa, mujé; ya verá cómo se hase su huequesito en tu corasón...

Y así ocurrió. Curra fué sintiendo

hacia la niña el cariño de todas las madres, exacerbado en ella por su temperamento pasional y por la ausencia de puros afectos en su vida de crápula. Vió en su hija la única ventana posible para asomarse al mundo de la honradez, añorado aun por los más abyectos seres, y la amó con delirio... Por la primera vez de su vida comenzó a avergonzarse de su pasado, y quiso, en lo posible, regenerarse. Dejó de bailar y de exhibirse procazmente en públicos espectáculos. Cesó de cometer las brutales locuras que antaño la hicieron célebre. Propúsose vivir con una formalidad... relativa. Porque retirarse en absoluto era imposible, tan recientes sus ruinosos devaneos con el torero. ¡Oh, si aún conservase los famosos brillantes, sólo pensaría en dedicarse a su nena, feliz con verla a su lado! Pero tenía que rehacer la fortuna, totalmente dilapidada. Y con propósitos de sensatez en ella desconocidos, escogió sus amantes; habían de ser hombres maduros, poco exigentes con ella y poseedores de gran caudal, para no arruinarlos a pesar de los dispendios que por causa suya hiciesen. No quería ocasionar de nuevo hecatombes como las que antaño la envanecieron... ¡Qué horror! Espantada, estremecida, recordaba algunos de sus crímenes... Aquel muchacho que por satisfacer un capricho de ella robó a su padre fuerte suma, dando lugar a que el anciano enloqueciese... Aquel recién casado a quien apartó de su esposa, llevándole consigo, hasta que, totalmente desvalijado, lo abandonó, poniéndole en el caso de apelar al suicidio. El banquero Regúlez, arruinado por su causa, que arrastró a mil infelices en la bancarrota. ¡Y tantos más, cuyo recuerdo era espantosa pesadumbre de su conciencia!

Pero todo eso había pasado para no volver. Su hija la salvaba, la redimía, la dignificaba ante sus propios ojos. Hasta reunir un capitalito para ella soportaría el trato con los amantes. Después descansaría, emancipándose de aquella vida odiosa, dedicada únicamente al cuidado de su nena, de Lilí, adorable niña, bello capullo de mujer encantadora.

★

Si no hubiese tinieblas no brillaría tanto el sol. Si no hubiera enfermedades, la salud se estimaría en poca cosa. Viendo restablecerse a Lilí después del breve padecimiento, Curra gozó más, infinitamente más, que en otras temporadas en que la niña no sufriese mal ninguno. Se aproximaba el cumpleaños de la nena, y todo eran preparativos y proyectos para conmemorar el quinto aniversario de su natalicio. ¡Cinco años ya! Mentira parecíale a Currita, contemplando a su hija, espigada y fuerte, que fuese aquel mismo pedazo de carne tumefacta que estuvo a punto de rechazar en un momento de locura. ¡Oh, adorada Lilí! Todo el cariño del mundo era poco para compensarla de aquella perversa tentación...

Llegó el día. Bibiana sorprendió a la nena llevándole a la cama un hermoso perro de juguete que daba un gracioso gruñido al tirarle de cierto cordel oculto entre las abundantes lanas del cuello. Doña Socorro, que seguía entrando en la casa por una afectuosa condescendencia de Curra, también aportó su óbolo, una cestita con caramelos y bombones. Los criados no hicieron esperar su correspondiente regalo, en expectativa de la espléndida gratificación con que Curra sabía corresponder a toda prueba de afecto dispensada a su hija. Poco antes del mediodía, varios empleados de un bazar llamaron a la puerta conduciendo una verdadera juguetería en varios cestos repletos de preciosidades: muñecas, pianos, carruajes, polichinelas, minúsculas baterías de cocina... La nena palmoteaba de entusiasmo ante aquella avalancha, que iba ocupando mesas y sillas. Su madre, en tanto, leía una esquelita blasonada que uno de los mozos habíala entregado.

«Monísima Lilí: Mil felicidades te deseo. Espérame a la hora de comer; quiero acompañaros hoy a la mesa.

para que me digas si son de tu agrado los juguetes que te envía

Emilio.»

Poco después llegaba el conde, que fué objeto de vivas manifestaciones de júbilo por parte de la nena, deseosa de mostrarle su agradecimiento. Curra, en su gabinete, se embellecía para presentarse ante el generoso protector, que tan bien sabía entenderla. El conde había tomado a Lilí sobre sus rodillas y acariciaba la blonda cabecita, llena de lazos entre los sedosos bucles.

—¿Qué es lo que más te ha gustado, nena?

—Me ha gustado todo, pero más que nada, la muñeca que dice *papá* y *mamá*.

—¿Y el automóvil que anda solo?

—También, también. Y los muebleciitos para la casa de muñecas.

—Y ¿qué me vas a dar por haberte traído tanta cosa?

—Muchos besitos... Todos los que tú quieras...

Le abrazó, mimosa, besuqueándole la cara. Y el sempiterno libertino tuvo entonces un elogio brutal para la niña:

—Estás muy mona, Lilí: cada día más mona... Dentro de diez años no tendría inconveniente en entregar a tu madre cien mil pesetas porque me dejase entrar en tu cuarto a medianoche.

La niña le miró sorprendida.

—¿Para qué? ¿Para jugar?

El conde se echó a reír, muy divertido.

—¡Eso es! Para jugar, preciosa...

En aquel momento se oyó la voz de Curra, que, iracunda, llamaba a su hija:

—¡Lilí! Ven ahora mismo.

Y había en su voz inflexiones desconocidas.

La niña acudió, bajando de las rodillas del conde. Temiendo un regaño, se disculpaba, llorosa:

—¿Hice algo malo, mamá?... Perdón; fué sin querer...

Curra la acarició, tratando de sonreír inútilmente. Y la mano acariciadora temblaba de cólera.

—No has hecho nada, hijita; ve con Bibiana, que te entretenga.

La niña obedeció. El conde se había levantado para saludar a su amante. Pero Curra no dió lugar a ello. Con enérgico ademán señalaba la puerta al aristócrata:

—No te acerques a mí. Vete de mi presencia. Ese es el camino de la calle.

El conde quedó suspenso.

—Pero ¿qué te ocurre, mujer? ¿Qué nueva genialidad...?

—No es genialidad. Es decisión irrevocable. O te vas o seré yo quien se vaya ahora mismo.

El noble sonrió, insultante.

—¡Ah, vamos! Has encontrado quien te pague mejor.

Curra se encogió de hombros.

—Tienes derecho para decirme cuanto quieras. No he de ofenderme por ello. Pero vete.

—Sin una explicación...

—Sea. Es que no quiero que nadie pueda decir a mi hija lo que acabas de decirla hace un momento.

El conde se echó a reír.

—¡Ah! ¡Es por eso...! Pero, mujer, una broma...

—Convenido: una broma. Pero no quiero que pueda repetirse.

—Yo te prometo...

—Es inútil. Te suplico que te vayas.

—Pero ¿qué piensas hacer?

—Lo ignoro, aún no lo he meditado. Cambiar de vida, desde luego. Trabajar para mi hija. Vivir decentemente, dignificarme.

El conde sonrió, irónico.

—¡Infeliz! ¿Piensas borrar tu vida? ¿Pretendes destruir el pasado?

—No lo sé. No sé lo que quiero ni lo que haré después. Lo indiscutible es que deseo no seguir, como hasta ahora, viviendo a merced de un hombre, convertida en instrumento de placer, en objeto de lujo.

—¿Tienes queja de mí?

—Menos que de nadie, te lo juro. Pero es igual. Repito que te vayas.

—Está bien. Me voy. Sólo he de advertirte que si cambias de parecer, me avises.

—¡Oh! No cambiaré, descuida.

—Sin embargo, no lo olvides. No te

guardo rencor, y te estimo a pesar de tus genialidades.

—Gracias.

—Adiós.

Salió el conde. Curra quedó inmóvil un buen rato, baja la frente, los brazos caídos a lo largo del cuerpo. Pronto apareció Bibiana, a cuyo perspicaz instinto no hubieron de ocultarse algunos indicios de la inopinada escena.

—¿Qué has hecho, Curra?

—Lo que he debido hacer mucho antes.

Y aún amplió sus propósitos de deshacerse de muebles y preseas, adquiridos con el vicio, entregando su importe a los pobres, y, limpia del impuro bagaje, trabajar para mantener a su hija. Todo antes que seguir exponiéndose a que otro pudiese decir a Lilí palabras análogas a las pronunciadas por el conde. ¿Cómo no haberlo previsto? ¡Qué horror, qué asco!...

Bibiana, siempre prudente, intervino con el peso de su sensatez. No era cosa de acalorarse. Curra debía madurar una resolución tan definitiva antes de llevarla a cabo. El conde era una gran proporción... Pero una réplica de Currita la hizo desistir en su empresa.

—Es mi última palabra. Si piensas sermonearme, te equivocas. El que lo quiera así, que lo tome, y el que no, que lo deje.

Bibiana fué haciendo concesiones. Pase lo de despedir al conde, si era su gusto; pero con lo de tirar por la ventana los ahorros que tuviera no podía transigir.

—Pues aunque no transijas. Me quemaría las manos... Creería deshonrar a mi hija conservándolo...

Pero Bibiana tuvo un argumento rotundo:

—¡Buena manera de querer a tu hija! Matándola de hambre...

Y Curra, convencida, se batió en retirada. Tenía razón Bibiana, después de todo. Conservaría los bienes tan mal adquiridos que, según la celosa administradora, se extenderían, aproximadamente, a unos setenta mil duros, reduciéndose a dinero joyas, muebles, carruajes... Lo liquidaría todo, y después huirían lejos, muy lejos, donde nadie la conociese, donde la maldita popularidad que antaño la envanecía tanto, no constituyese para ella un eterno baldón de ignominia.

Y abrazándose a Lilí, Curra lloró largo rato: lágrimas que tenían la amargura de los recuerdos vergonzosos y el dulzor de las lisonjeras esperanzas fundadas en la idea de un porvenir oscuro y pacífico, junto a aquella adoradísima nena, que no sabía llorar, imitando a su madre, o reír ante los preciosos juguetes, regalo del conde, que ya no comía con ella, a pesar de habérselo prometido por carta...

II

EL ESPECTRO DEL PASADO

Juanito Fábregas (a) *Vendaval* salió a la terraza del Gran Casino easonense de pésimo talante. Llevaba persiguiéndole la mala racha cerca de un mes y eran ya varios miles de pesetas los que había dejado sobre el verde tapete, en la dulce tarea de tirar a un tal Jorge de los apéndices auriculares. Sentóse ante un velador y pidió un vermut. Cruzando indolente las piernas, retrepado en su silla, procuraba ocultar la preocupación producida por los reveses de fortuna bajo una máscara de escepticismo. A su alrededor, alegres como pájaros en primavera, centenares de niños corrían por la vasta planicie: se celebraba aquella tarde un festival infantil, y cada minúsculo concurrente llevaba embrazado el juguete que le correspondió en la tómbola suntuosa. De cuando en cuando hendía los aires un cohete, o salía volando un globo revestido de formas grotescas, siendo saludada su aparición en las altas regiones por una exclamación jubilosa de la muchedumbre. Y entre la regocijada greguería destacábanse a duras penas los acordes de la orquesta, que, parapetada en el quiosco, lanzaba sus alegres notas.

El insigne *Vendaval* se aburría lastimosamente. Entre sorbos del vermut y chupadas al puro murmuraba de cuando en cuando:

—¡Lástima de otro Herodes!

Y se disponía a abandonar el bello Casino cuando le pareció distinguir entre la multitud que paseaba en la planicie de *Alderdi-Eder* a Luisito Rugama, por mal nombre *Tomiza*, su íntimo de la peña. Haciendo bocina de sus manos, gritó estentóreamente:

—*¡Tomiza! ¡Tomiza!*

El interpelado detuvo su marcha y avizoró. Un nuevo llamamiento de Juanito Fábregas le hizo mirar a la terraza.

—¡Ah! ¿Eres tú, indecentísimo *Vendaval?*

—El mismo, sin par *Tomiza.* ¿Desde cuándo en guipuzcoanas tierras?

—Desde anoche.

—¿Piensas estar mucho tiempo?

—Tres mil quinientas pesetas. Y no halles incongruente la respuesta, porque tanto pueden durar dos meses como dos horas. Depende del *baccara* y del mujerío. ¿Qué tal se da el naipe este verano?

—Para mí, malamente. Llevo perdidos cerca de mil duros. Pero hay quien gana; más de doce mil pesetas se llevó anoche el marquesito del Crepúsculo Vespertino. Quien pierde mucho es la condesa de Robledaños.

—Poco tiene que perder ésa. Y de mujerío, ¿qué tal percal hay?

—Pasadero. Las de siempre, y alguna recién ascendida: la *Malaguita,* que ya está buena de aquello; Amalia Vázquez, la del Salón Cosmópolis; la *Titi*...

—¿También la *Titi* encontró primo?

—Nada menos que el marquesito del Crepúsculo... Por eso está él tan afortunado en el juego...

Hablaban a gritos para dominar el tumulto reinante: *Vendaval,* desde el balaustre de la terraza; *Tomiza,* del lado de allá del enverjado. *Vendaval,* cosa rara, tuvo una idea.

—Pero, hombre, *Tomiza,* ¿por qué no subes?

—Pues mira que t i e n e s razón... ¡También es gansada!

Y dió la vuelta, buscando la puerta del Casino. *Vendaval* quedó acodado en la baranda. Frente a él, el nutrido grupo de veraneantes que había permanecido escuchando el concierto con que el Gran Casino obsequia al público easonense, comenzaba a desfilar en dirección a la Alameda, donde la banda municipal preludiaba una de sus piezas favoritas. A su espalda, el *mare magnum* infantil atontaba con su gritar inacabable. Y a su derecha, complementando la gama de sonidos, en un compendio de todos ellos, tristes y alegres, horrísonos y arrulladores, el Cantábrico, lamiendo el malecón inmediato, como si, arrepentido de los furores prodigados en la Zurriola, fuese a besar la arena de la Concha, todo contrito...

Tomiza llegó junto a *Vendaval* presuroso:

—¡Chico, chico! Gran noticia. ¿A que no sabes a quién acabo de ver ahí mismo, en el extremo de la terraza, hecha un vejestorio?

Vendaval, displicente, se encogió de hombros.

—¡Tantas pueden ser! Ya no somos unos pollos, y por nuestra jurisdicción han pasado muchas.

—Es que la cosa es despampanante.

—Como no hables claro...

—Pues, ¡pásmate! Nada menos que la *Jamoncitos.*

Vendaval dió un salto, en el colmo de la sorpresa.

—¡Currita! ¿Estás seguro?

—¡Vaya si lo estoy! Nadie me gana a buen fisonomista. Está muy cambiada. ¡Calcula! Como que hace ya cinco años que desapareció, igual que si se la hubiese tragado la tierra. ¡Nada menos que cinco años! Estaba ella entonces con el conde del Recajo, bien me acuerdo. De la noche a la mañana no la volvimos a ver por ninguna parte. ¡A ella, que tanto gozaba exhibiéndose! Como que alguien habló de suicidio, de desaparición misteriosa, de rapto novelesco..., ¡qué sé yo!

Vendaval se había quedado taciturno.

—¡Pero, oye!, ¿es que te ha emo-

cionado la noticia que acabo de darte? —dijo *Tomiza.*

—No es emoción precisamente; es sorpresa. Es que, unidos a esa mujer, hay recuerdos imborrables de mi vida.

—¡Ja, ja! ¿Piensas reanudar idilios rotos? Te advierto que está bastante vieja.

—Pues no tiene edad para ello.

—Yo te diré: debe de tener... unos seis años menos que tú...

—Déjate de cálculos por comparación, que resultan peligrosos. Curra tendrá ahora... de treinta y seis a treinta y ocho años.

—Ya es suficiente para retirarse al ostracismo.

—Por lo visto, se retiró hace tiempo. Vamos a verla; tengo curiosidad.

—¿Nada más que curiosidad?

—Por ahora, nada más.

Se aproximaron, procurando no ser vistos, a un grupo formado por una dama de buen aspecto, severamente vestida de oscuro; en su rostro contrastaba la tersura de la tez, aún fresca, con el blanco prematuro de los cabellos, abundantemente canosos. *Vendaval* tuvo dudas:

—Oye, tú, *Tomiza;* me parece que no es.

—¿Qué no? Fíjate en los ojos; algo cansados, pero hermosos siempre.

—No sé... No sé...

—Fíjate en las caderas; son inconfundibles. Y si te parece poco, repara en su dentadura incomparable.

Vendaval se convenció.

—Tienes razón. No me cabe la menor duda. ¡Qué cambiada está!

Hubo una pausa.

—Esa niña será su hija—dijo *Vendaval.*

—Seguramente. Por cierto que se te parece un poco.

—¡Hombre, qué disparate!

—Ya sabes que estuviste en candidatura como presunto papá.

—¡Bah! Quién se acuerda...

De pronto dijo *Tomiza:*

—Mira, vamos a ver si se le ha olvidado su antiguo nombre... Porque es de suponer que lo haya sustituido por otro al morigerarse.

Y sin que *Vendaval* pudiera impedirlo, su amigo gritó:

—¡Curra! ¡Currita...!

Ella se volvió al punto, como sacudida por una corriente eléctrica, pálida, azaradísima.

—¿Lo ves, lo ves? — dijo *Tomiza* riendo.

Curra había visto a los dos amigotes, y los reconoció en seguida. Rápidamente se puso en pie, y, arrastrando a su hija, salió del Casino, sin que las indicaciones de Lilí sirvieran para nada.

—¿Por qué no esperamos a que termine la tómbola, mamá?

—No, hija mía; vámonos pronto. No podemos aguardar más.

Cruzó por delante de los dos amigos, bajos los ojos, torvo el ceño. Al pasar, Lilí fijó su mirada pura, inocente, en la de *Vendaval,* que no pudo contener un estremecimiento por demás extraño. Sin embargo, nada dijo que pudiera delatar su emoción estúpida. *Tomiza* se reía de bonísima gana, encantado por su broma. *Vendaval* quiso imitarle, pero no pudo; su risa no pasaba de dientes afuera.

★

Ya en la calle, caminando a buen paso hacia el hotel Palais, Curra, mordiéndose los labios de coraje, prorrumpió en lamentaciones que la niña no podía entender:

—¡Ya lo temía yo! ¡Por algo no quería volver a España!

Lilí, con la inquietud de sus diez años precoces, interrogó a su madre:

—¿Sucede algo, mamá?

—No, hija mía...

Llegaron al hotel. Mientras preparaban la cena en las habitaciones que ocupaban (Curra no quería bajar al comedor por miedo a exhibiciones peligrosas), lamentábase la triste con su siempre fiel Bibiana:

—Pero, mujer, ¿puede darse mayor desdicha? De nada sirve que hayan transcurrido cinco años recluidas en aquel destierro de Angulema... Inútil también mi propósito de desfigurarme

haciendo encanecer mi pelo con lociones de éter... Llego a España, me presento en público por primera vez, y en seguida me escupen a la cara mi nombre, mi odioso nombre, que resuena en mi oído como un insulto...

Y rompió a llorar, estremecida, convulsa.

—Prepara los equipajes, Bibiana. Nos marcharemos a Angulema en el primer tren—dijo entre sollozos.

Pero Bibiana se opuso a semejante decisión con un arranque digno de sus orígenes chisperos:

—Pero ¡vamos! Más tonta serás si haces caso de eso... Yo que tú, echaba ya por la calle de en medio. ¿Qué te han conocido? Mejor. ¿Faltas tú a nadie, por un si acaso?

—No, mujer; pero al conocerme evocan mi vida, recuerdan mi pasado, y nadie puede creer en mi rehabilitación.

—Pues que no crean. Ellos a no creer y tú a seguir siendo buena. ¡Pata!

—Y ¿no comprendes el perjuicio que con ello se le sigue a mi hija, a esta pobre criatura, que ninguna culpa tiene, y sobre cuya cabeza caerán pecados ajenos? «De tal palo, tal astilla», pensarán al verla a mi lado. ¡Y yo muero de vergüenza y de rabia al suponer esa idea en la mente de los demás! ¡Oh, si pudiese desfigurar mi cara como he transformado mi espíritu!...

Currita (detalle casi desconocido para el público) era viuda. Allá, en los comienzos de su vida coreográfica, la había llevado al altar un pobre hombre, al que ella abandonó sin escrúpulo para lanzarse de lleno a sus crapulosas costumbres. Cuando Lilí vino al mundo aún vivía el esposo de su madre; como hija legítima, pues, fué inscrita la nena en el Registro Civil, apareciendo como padre suyo un buen señor que hasta ignoraba su existencia. Poco después el marido de Curra, un tal Andrés Rodríguez, murió, tan oscuramente como había vivido. Curra, al expatriarse, hízose llamar por doquiera la *señora viuda de Rodríguez*.

Insistió Bibiana en sus consejos de despreocupación, pero no pudo disuadir a Curra de los suyos de alejamiento. Quedó acordado el retorno el día inmediato. Lilí, que escuchaba desde la alcoba, rompió a llorar desconsoladamente.

—¿Qué te pasa, hija mía? ¿Por qué lloras, nena?

Lloraba porque, con la precipitación del viaje, no era posible visitar el monte Ulía, del que tanto la hablaron varias niñas en el Casino, y al que Curra ofreció llevarla. Bibiana intervino:

—¡Vamos! También tendrás humor de disgustar a la niña... Di que sí, preciosa, mañana irás al monte ese. ¿Qué más nos da retrasar el viaje un día?

Currita accedió, y ya más tranquila Lilí, no tuvo inconveniente en cenar y acostarse, pensando en las bellezas de la excursión que se avecinaba.

No quedó defraudada en sus ilusiones. Tal paseo bien vale un viaje a la bella Easo. El monte Ulía es una de tantas colinas como abundan en la región vasca, dotada de vegetación exuberante, de pintorescos panoramas y de más que regular altura: más grande que el Urgull, más lindo que el Igueldo, no tenía una diferencia sustancial que le hiciese preferible a estos dos montículos, cuando una fuerte y arriesgada empresa fué comprándolo parcelariamente. Y una vez adquirido en totalidad, con rapidez inusitada se transformó de rústico paraje en parque delicioso; edifícase en la cima un *cottage* con refinado restaurante; trázanse paseos y veredas en forma de vericuetos fácilmente triscables por los piececitos de las damas, no muy duchas en arduos escarceos alpinistas; conviértense las rocas más elevadas en rústicos miradores que dominan enormes distancias; asfáltase un campo de tenis, cuélganse columpios y trapecios; establécese un tiro al blanco y otras diversiones de sociedad, y como complemento de todo construyese una admirable línea ferroviaria de atrevidísimo y perfecto trazado, volviendo curvas rapidísimas, salvando precipicios insondables, bordeando unas veces el mar, que se estrella contra las rocas

doscientos metros más abajo, atravesando otras veces frondosos pinares que saturan el aire con su azoado aroma...

No bien la jardinera eléctrica comienza la ascensión, dejando a un lado el camino de Rentería, que hasta entonces ha seguido, la población va quedando a los pies del excursionista, como si, colocada en enorme escotillón, fuérase hundiendo rápidamente. La nueva plaza de toros, casi tan grande como la de Madrid, disminuye de tamaño, como un aro de goma oprimido por mano gigantesca. Las calles que allá quedaron, tras el Urumea, empequeñécense también como por arte de magia. Y en esto, una curva de la vía coloca el coche encima del mar, que a tanta altura parece inmóvil... Otra curva. Ahora se atraviesa un bosquete de coníferas: los ojos miran al cielo, hacia el cual se cree caminar; los pulmones se ensanchan con la inhalación benéfica que de consumo suministran la brisa del mar y el aire del campo.

Nuevo giro. El panorama de los alrededores de San Sebastián muéstrase con toda su bella perspectiva. Aquellos cipreses en miniatura que sombrean un plantel de terrones de azúcar marcan la mansión del *no ser*, la necrópolis easonense; una rosquilla colorada que en lontananza se divisa, es la plaza vieja; sembradas en el monte, siempre verde, acá y acullá, lindas y menudas, como casitas de nacimiento, cien villas veraniegas dejan ver su faz risueña.

Vuelve a surgir el espectáculo de la ciudad, más pigmea y mezquina que antes; dijéranse las manzanas de casas, perfectamente recortadas en ángulo recto, pequeños tarugos de un rompecabezas infantil que algún niño se hubiera entretenido en colocar, remedando el plano de una ciudad ilusoria. La avenida de la Libertad se ve surcada por numerosas puntas de alfiler, son coches que ambulan por ella, ¡qué insignificantes! La gran plaza de toros, desde la altura, parece de juguete; atestada de espectadores, en día de corrida, no se percibe la presencia de la multitud sino por el tono oscuro de gradas y tendidos. Tal vez griten, pero sus voces no se oyen; acaso disfruten, pero su alegría no se advierte. ¡Pobres seres humanos, cuán insignificantes desde arriba!

El mar, en cambio, cuanto más lejano, parece más grande. ¡Como que es lo único que en este bajo mundo nos acerca al Infinito! La verde sabana inmensa confúndese en el horizonte con el cielo. Desde la roca del Aguila, una vista de lince puede columbrar la brumosa perspectiva de Biarritz. El fresco vientecillo de las cumbres, saturado de sales marinas, aguza el apetito...

Curra y Lilí ocuparon una mesita en la terraza del restaurante, bajo el amplísimo toldo de lona, que a impulso de la brisa se ondulaba, con un cascabeleo de las anillas de sujeción. Comieron patatas *soufflés*. Bebieron sidra. Lilí, muy locuaz, dijo a su madre:

—¿No has visto unos burritos lindamente enjaezados? Yo quiero pasear sobre uno de ellos...

Currita accedió. Y al punto Lilí cabalgaba sobre las jamugas del hipogrifo, cuya brida llevaba un *groom* a modo de palafrenero. La niña reía, complacida por el leve traqueteo de la calbagadura. La madre reía también, viendo feliz a la hija de sus entrañas. De pronto, Curra dejó de reir. Junto a ella había surgido una voz que heló la sangre en sus venas:

—Anda con Dios, Currita...

Era Emilio, el conde del Recajo, su amante postrimero, que se aproximaba a saludarla.

—¿Es que no quieres conocerme, mujer?

Ella trató de huir, esquivando el encuentro.

—No sé quién es usted... Sin duda me confunde con otra...

El conde sonrió al verla tan turbada.

—No te confundo, criatura, ni es fácil, con lo bien que te conozco. Pero si deseas que no te salude, es otra cosa; estás en tu derecho. Sin embargo, te voy a dar un consejo: cuando quieras pasar inadvertida, procura

no reírte, tu hermosa dentadura te delatará siempre.

Y se alejo, mientras ella, anonadada, se mordía los labios hasta hendirlos con aquellos dientes admirables, malditos delatores de su pasado... Súbitamente echó a correr hacia Lilí, que la esperaba largo trecho distante, a mujeriegas en su burro.

—Oye, Lilí — interrogó presurosa —, ¿tú recuerdas si era en San Juan de Luz o en Biarritz donde veraneaba míster Durand, mi dentista?

Lilí no recordaba.

—Bien, no importa. Bibiana lo sabrá, seguramente.

Y, ya más tranquila, prosiguió el paseo junto a Lilí. Subieron a la roca del Aguila. Regresaron después, visitando el tenis, el tiro al blanco, los columpios... Hasta que, al fin, se instalaron en la jardinera del tranvía, que, descendiendo sin más impulso que su propio peso, les hizo contemplar nuevamente el sugestivo panorama, casi más encantador que a la subida: las luces de San Sebastián, ígneos puntitos colocados simétricamente, dan aspecto fantasmagorico a la bella ciudad, que semeja el decorado de una *féerie* desarrollada en los países donde crece el loto y las *geishas* cantan danzando...

★

Aún era muy temprano para el paseo vespertino, y la encantadora Biarritz yacía en la dulcedumbre comatosa de las horas de siesta. Una dama enlutada, indiferente al calor, dirigíase al férreo puentecillo que comunica la orilla con la roca de la Virgen, horadada por el mar, que, incansable y sañudo, la bate siempre. La paseante era una mujer indefinible; su cutis era terso, sus ojos negros, hermosísimos; pero las crenchas de su cabellera blanqueban escandalosamente, y su boca se hundía como la de una anciana, juntando casi la barbilla con la nariz en la absoluta carencia de dientes y muelas.

Hacia el promedio del puentecillo se cruzó con un caballero, que la miró un segundo, indiferente. Ella, después de pasar, sonrió satisfecha.

—¡No me has conocido, conde, no me has conocido!...

Y agitó, gozosa, una cajita que llevaba en su diestra, produciendo un ruido extraño, como chocar de huesos. Ya dentro de la gruta, se detuvo, mirando al mar embravecido por una de las oquedades de la roca. Hizo ademán de arrojar al mar la cajita... Pero antes de hacerlo, la abrio, contemplando su contenido: era un sistema dentario completo, treinta y dos bellísimas piezas blancas, limpias, perfectas, admirables; los finos incisivos, alargados; los caninos, un tanto obtusos; los molares bicúspides, con sus pequeños picos graciosos; las grandes muelas tricúspides, sin una picadura, sin una mancha de sarro...

Cerró la caja. Con violento impulso la arrojó al agua, que la tragó espumeante.

Entonces, la dama enlutada, frente al mar, que, incansable, proseguia batiendo la roca inconmovible, lanzó una carcajada estridente, gritando:

—¡Vencí al pasado! ¡Destruí al pasado!

Y se reía como una loca, mostrando el negro agujero de sus fauces, desprovistas de dientes y de muelas.

III

FINIS, CORONAT OPUS

Poco antes de terminar la misa de once se habían reunido en el atrio de Santa Clara los más distinguidos representantes de la juventud masculina de Mazorca. Todos muy majos, muy peripuestos, como cumple a pollastres provincianos en días de fiestas: las almidonadas tirillas sirviendo de dogal a los gaznates; el traje nuevo, con las arrugas del pantalón cuidadosamente conservadas; el chaleco, más corto que largo, y la cazadora, menos amplia de lo que a la magnitud de su poseedor correspondiera; el bastoncito flexible en la diestra y los

guantes *de respeto,* siempre asomando por la boca de un bolsillo.

Allí estaban Paco Pérez, el hijo del boticario de la plaza; Pepe López, sobrino del médico titular; Emerenciano Sáez, próximo pariente del juez de primera instancia... Y, rodeado por todos ellos, que le admiraban como a un dios, Luisito Illana, primo segundo del registrador, llegado de Madrid recientemente. ¡Nada menos que de Madrid!

Mazorca entera se había conmovido hasta sus cimientos arqueológicos, y aun las vetustas murallas mogrebinas hubieron de bambolearse ante la idea de que Luisito Illana, un joven madrileño, pisaba el pavimento mazorcano y residía dentro del recinto de tan preclara ciudad. Paco Pérez, Pepe López, Emerenciano Sáez y sus colegas en murmuración y vagancia, ocupaciones clásicas de la vida pueblerina, se dedicaron a admirar al forastero, que, en puridad, no tenía gran cosa de admirable. Pero el hecho de proceder de Madrid dábale marchamo de elegancia, distinción y superhombría; sus ternos, adquiridos en un bazar de ropas hechas, eran tenidos por modelos de confección y de buen gusto; sus sombreros, uno de paja y otro flexible, de a diez pesetas cada uno, produjeron una verdadera revolución en el pueblo, dando lugar a que cada pollastre reclamara de sus padres o tutores los precisos emolumentos para escribir a un sombrerero de la capital en demanda de análogos atavíos capilares. Se copiaron los gestos de Luisito Illana; se repitieron con elogio sus dicharachos, un tanto chulescos, y sus chistes, un mucho insípidos; sir Jorge Brummel, en la época de sus grandes triunfos parisienses, y Petronio, el soberbio *arbiter elegantiarum* de la Roma pagana, no fueron tan admirados, tan enaltecidos ni tan ditirámbicamente incensados como lo fué en Mazorca Luisito Illana, primo segundo del registrador de la muy noble ciudad...

En el atrio de Santa Clara, adoptando actitudes de gran hombre, el madrileño recibía el homenaje de la juventud mazorqueña o mazorcana, extremo lexicográfico aún no resuelto por don Lesmes Undarreta, cronista de la región, mientras los jovenes indígenas le suministraban toda clase de noticias locales, en un discreteo sutilmente expresivo. Las madamitas mazorquenses, ¿por qué no mazorquenses, señor Undarreta?, iban saliendo ya de misa. Y en tanto los pollastres daban a Luisito Illana todo lujo de pormenores y detalles acerca de sus bellas conterráneas, más de un corazón femenil quedó prendido en los foscos bigotes del joven madrileño.

—¿Y aquella rubita de ojos azules? —inquirió el dictador.

—Es Paquita Solera—apresuróse a contestar Emerenciano Sáez—. Dieciocho años, hija única, veinte mil duros en olivas y tierras de pan llevar.

—¡Pchs!—comentó el madrileño despectivamente—. ¿Y aquella que ahora sale?

—Estrellita de la Hoz—repuso Paco Pérez—. No es buen partido: tiene siete hermanos, y los padres tienen tres fincas hipotecadas.

—¿Y esa otra?

—Juanita Parra—contestó Pepe López—. Es muy mona; de las más bonitas de la provincia. Pero ha tenido muchos novios, y con todos hablaba por la reja a las altas horas de la noche... Cuando no había transeúntes ni alumbrado...

—Además, el día que herede sólo cogerá cuatro cuartos; el padre se está jugando el caudal—añadió Emerenciano Sáez.

—No es buen partido—repitió Paco Pérez.

Y las saludaban a todas cariñosamente, con alardes de fraterna cordialidad.

De pronto, Luisito Illana lanzó una exclamación de sorpresa.

—¡Demonio! Esta sí que vale un potosí...

Los pollastres mazorqueños se miraron unos a otros sonrientes.

—¡Ya lo creo!

—¡Ahí es nada! Lilí Rodríguez...

—La perla de Mazorca...

—Como que no tiene desperdicio;

huérfana de padre; con más de quinientas mil pesetas en papel del Estado (me consta porque un primo mío está empleado en la sucursal del Banco de España en Minares, donde tienen los títulos depositados); educada a la perfección; bonita, que no hay más que pedir, y, a mayor abundamiento, no ha tenido ningún novio...

—¡Hombre, hombre! Merece pensarse el asunto—indicó Luisito Illana.

—No ha tenido ningún novio... antes del que ahora tiene, y con el cual se casará muy pronto.

—¡Demonio! ¡Vaya una plancha! —suspiró Luisito—. Lo siento, porque no hubiera tenido inconveniente en hacerla feliz.

—Ni ella ni su madre son de Mazorca — explicó Emerenciano —. Vinieron hace ocho o diez años, cuando Lilí era una niña y acababa de quedar huérfana de padre, según creo. La madre, una pobre señora muy religiosa y muy simpática, transida de dolor al verse viuda, quiso huir del mundo, buscando un retiro lo más aislado posible. Nada mejor que Mazorca, que, con una sola entrada y ninguna salida, guardadas sus espaldas por la sierra, parece que está construída en los confines del mundo... Y aquí se quedaron. Vino con ellas una criada, Bibiana de nombre, que a su lado sigue. Creció la niña, cada día más hermosa. Y hace un par de años entró en relaciones con Fernando Triana, que acaba de doctorarse en Derecho, y con el que se casará dentro de poco.

—¡De modo que el novio es Fernando Triana, al que conocí ayer en el casino?

—Precisamente. Un buen muchacho, muy listo, muy estudioso. Ha seguido por lujo la carrera; su madre no le dejaba casarse hasta tener el título, y doña Francisca, la madre de Lilí, le puso la misma condición. ¡Buena parejita! Los dos son ricos, y, al parecer, se quieren... Y, ¡cosa rara!, las suegras se llevan a maravilla y la hermana de Fernando ha simpatizado mucho con Lilí, su futura cuñada...

Al otro extremo del atrio, Lilí y su madre charlaban con la madre y la hermana de Fernando...

La mayor cordialidad reinaba entre ellas. Al cabo, salió de la iglesia el novio, y al chocar su mirada con la de Lilí hubo en los corazones de entrambos un glorioso repique.

—Ya está todo arreglado—dijo Fernando—. El domingo empezarán las amonestaciones.

Entonces se pusieron en marcha hacia sus hogares respectivos. Delante, los novios. Detrás, la hermana de Fernando, junto a las dos viejas. Los pollastres circundadores de Luisito Illana saludaron, como también éste, a la familia venturosa.

—¡Es la felicidad que pasa!—dijo Pepe López en un arranque de lirismo.

Y decía verdad. Las caras de todos ellos resplandecían de gozo. Tal vez más que ninguna, la de doña Francisca, la madre de Lilí. Correspondiendo al saludo de los pollastres, les dirigió una sonrisa, que resultaba un tanto grotesca al mostrar el negro agujero de su boca, totalmente desprovista de muelas y dientes...

★

Como piedra blanca se marcó en la muy noble ciudad de Mazorca la fecha en que celebráronse las nupcias de Fernando Triana con Lilí Rodríguez. Las más empingorotadas familias mazorquenses honraron el acto con su asistencia, luciendo flamantes atavíos encargados a modistas y sastres de Granada, de Sevilla, y aun de Madrid. Se repartieron cuantiosas limosnas a los pobres. Se hicieron donativos al hospital, al asilo de ancianos y a la casa-cuna. Cundió por la provincia entera la noticia del suceso y llovieron felicitaciones y regalos. El señor obispo de la diócesis, sorprendido ante la edificación y piedad de los contrayentes, les envió la bendición, extensiva a sus parientes más allegados.

No faltaron las correspondientes hablillas propias de tales ocasiones; las niñas casaderas de la localidad sintiéronse un tanto heridas en su amor pro-

pio, viéndose candidatas a solteronas, mientras Lilí, una advenediza al fin y al cabo, se llevaba el mejor partido de la población. Y, por su parte, los pollastres en estado de merecer envidiaron a Fernando, que se casaba con una muchacha tan linda, tan bien educada y con tan excelente dote. Pero todo eso carecía de importancia; unos y otros reconocían, a la postre, que los nuevos esposos eran merecedores de la felicidad que sobre ellos prometía cernirse.

El día de la boda, la iglesia de Santa Clara resplandecía, *hecha un ascua de oro*, según la frase consagrada, que hubo de emplear, relatando ampliamente la fiesta, *El Clamor de Zeaba*, en un florido artículo que remitió Pepe López, mojando en almíbar su *bien cortada pluma*.

Un incidente hubo digno de recordación. Al firmarse el acta matrimonial, Luisito Illana reparó en el nombre y apellido de la madre de Lilí.

—¡Trévelez! ¡Francisca Trévelez!... —repitió, como evocando algún recuerdo.

Doña Francisca lo oyó.

—¿Que conoce usted mi apellido? —dijo la señora con una sonrisa ambigua, mezcla de temor y afabilidad.

—Sí, señora, conozco el apellido, y hasta el nombre. ¡Una coincidencia, sin duda! Recuerdo a cierta Currita Trévelez, mujer mundana que dió mucho que hablar hace ya bastantes años. En viejos periódicos ilustrados he visto su retrato. Pero supongo que no será parienta de ustedes.

—¡Oh, por Dios, qué idea!—exclamó doña Francisca, que había palidecido.

Poco después, Fernando Triana se aproximó al madrileño para reconvenirle cortésmente:

—¡Hombre, Luis, parece mentira! Es usted tremendo en sus bromas. Mi suegra está medio enferma de resultas de una frase de usted.

—¿De una frase mía?... Le juro a usted que no me explico...—se sinceró Luisito Illana, que, efectivamente, había hablado sin propósitos de malevolencia.

—¡Pues ahí es nada! ¡Con lo mirada que es la pobre señora! Ya supongo que habrá sido sin intención...

★

Mientras la misa nupcial celebrábase, doña Francisca, en un rincón del templo, cayó de hinojos sobre su reclinatorio. Y hundiendo el rostro entre las manos, vertió lágrimas sin amargura, en un acceso de felicidad. Porque, viendo dichosa a su hija, se consideró redimida de sus culpas pretéritas. Redimida por obra y gracia del Amor; no por amor a un hombre, como Margarita Gautier, ni por amor a un Dios, como la arrepentida de Magdala, sino por su amor de madre, el más grande, el más puro, el más santo de todos los amores.

FIN DE
«EN COCHE DE PLATA»
Y
«REDIMIDA»
DE
AUGUSTO MARTÍNEZ OLMEDILLA

PEDRO MATA

(1875-1946)

PEDRO MATA

NOVELISTA *y periodista. Nació y murió en Madrid. Durante algunos años fué redactor de* A B C *y* Blanco y Negro. *Con la novela* Ganarás el pan *logró el primer premio en el importante concurso de la* Biblioteca de Novelistas del siglo XX—*Barcelona, 1906—. Otra novela suya,* Corazones sin rumbo, *consiguió también el primer premio otorgado por el Círculo de Bellas Artes, de Madrid. Entre 1918 y 1930, fué Mata, quizá, el novelista español más popular. Se multiplicaron las ediciones de su obra, llegando a vender de alguna de ellas más de cincuenta mil ejemplares.*

Novelas: La Catorce; El misterio de los ojos claros; Los cigarrillos del duque; Un grito en la noche; Muñecos; Irresponsables; El hombre de la Rosa Blanca; Chamberí; Sinvergüenzas; El hombre que se reía del amor; Más allá del amor y de la vida; Más allá del amor y de la muerte; La celosa; El pájaro en la jaula; El amor de cada uno...

LA EXCESIVA BONDAD

I

SOBRE la mesa de noche sonaba el despertador estrepitosamente.

Sin moverse del lecho, Joaquín Hernández extendió el brazo, puso la mano sobre el timbre, que al contacto cambió el tono metálico en un opaco repiquetear de castañuelas, buscó a tientas la palanquita y lo paró. En seguida se tiró de la cama; se puso los pantalones y las botas, metió heroicamente la cabeza en la jofaina, mediada de agua fría, y se dió en la nuca una ducha de esponja. Después acabó de vestirse y salió al comedor.

—¡Venancia!

—Señorito...

—¿Qué demonios le pasa al vecino de arriba que ni duerme ni deja dormir?

—¿Quién? ¿Don Fermín?

—Don Fermín o don Narices. Quien sea. Un tío que está toda la noche: «¡ay!..., ¡ay!..., «aaaaay!...» Toda la noche!... No hay manera de conciliar el sueño. Llevo tres días sin pegar los ojos. ¡Estoy hecho pedazos!

—No me diga usted nada, señorito Joaquín. Lo comprendo. Todo el mundo en la casa se queja de lo mismo.

Ayer me dijo don Eustaquio que como don Fermín no se muera pronto o no se ponga bueno, se muda.

—Y es para mudarse, Venancia.

—Pero, ¡cómo, señorito Joaquín! ¿Usted también?

El señorito Joaquín sacó el reloj, miró la hora y dijo secamente:

—Bueno, bueno, que es tarde. ¿Está el desayuno?

—Siéntese usted que ahora mismo lo traigo.

En efecto: a los cinco minutos humeaba sobre la servilleta puesta en pico un tazón rebosante de café con leche, cubierto con dos medias tostadas. La Venancia se echó de pechos en la mesa y, mientras Joaquín iba mojando sopas, le fué poniendo con su charla gráfica y pintoresca en antecedentes de don Fermín y de su enfermedad.

Don Fermín García era el vecino del segundo; un señor viejo y de muy mal carácter que había sido en tiempos de la República jefe político de la provincia de Gerona, luego empleado en Hacienda y que ahora, jubilado, vivía con el producto de su pensión en compañía de dos hijas ya un poco talluditas y bastante feuchas, que por las trazas iban en camino de quedar para vestir imágenes. El pobre señor padecía un reuma articular que, cada vez que iba a cambiar el tiempo, le ponía a morir y era el causante de los ayes, lamentos y gemidos que de tal modo perturbaban el descanso de la vecindad. Contaban las hijas que cuando al pobre le acometía el ataque, se pasaba las horas en un grito, pidiendo por favor que le mataran, que acabaran con él, que le dieran un revólver, que le trajeran un veneno y otras barbaridades por el estilo. Las dos muchachas tenían que tirarse de la cama, vestirse de cualquier manera y estar toda la noche en la alcoba de su padre dándole friegas de alcohol alcanforado y aforrándole en bayetas sahumadas con espliego, únicos remedios que el viejo consideraba eficaces para aliviar la penosísima dolencia, y que, dicho sea en honor de esta farmacopea primitiva, alguna que otra vez solían dar resultado. Generalmente, estas exacerbaciones dolorosas duraban de quince a veinte días. Pasado el acceso, el enfermo recobraba el ánimo y reanudaba la vida habitual, más firme y más terne que nunca. Nadie que le encontrara en la calle diría al verle tan tieso, tan erguido y tan mal encarado que era el mismo que veinticuatro horas antes suplicaba con lamentos desgarradores la piadosa visita de la Muerte.

Las dos mujeres vivían con el viejo aburridas y sacrificadas. Egoísta, déspota, autoritario, receloso, de una tacañería y una mezquindad verdaderamente sórdidas, las tenía poco menos que clausuradas, sin dejarlas ir a ningún lado ni tratarse con nadie. Ni siquiera les quedaba el recurso de asomarse a los balcones, porque el cuarto era interior y sólo tenía ventanas a un patio. Vivían muy estrechamente, sin criada, ni asistenta, ni lavandera ni nadie absolutamente que las ayudara en los menesteres domésticos. No supieron jamás lo que era una modista. Ellas se lo hacían todo. Feliciana, la mayor, iba a la compra y actuaba de cocinera. La pequeña, Balbina, llevaba el cargo general de la casa. Como el viejo no les daba un céntimo para sus atenciones ni había manera de sisarle porque se sabía las cuentas al dedillo, las pobrecillas, para obtener unas pesetas, se dedicaban a hacer encaje, y desde la mañana hasta la noche, todo el tiempo que les dejaba libres las ocupaciones caseras, estaban detrás de la ventana, con la almohadilla sobre los muslos, entretejiendo randas y dale que le das a los bolillos. Así estaban ellas de lacias, melancólicas, flacuchas y descoloridas.

A medida que Venancia iba hablando, Joaquín caía en la cuenta de quiénes eran sus vecinos. Al viejo le conocía muchísimo de vista. Le había encontrado infinidad de veces en el portal y en la calle. Era un viejo muy viejo. Lo menos debía tener setenta y cinco años; chiquitín de estatura, enjuto de carnes y el rostro cenceño y apergaminado, lleno de escoriaciones y de manchas herpéticas. La nariz, so-

bre todo, parecía una cáscara de naranja. Entre las arrugas de los párpados escocidos y pitañosos brillaban los ojillos malignos y escrutadores, y la boca sin dientes se sumía como una cuchillada bajo las cerdas ásperas de un bigote de miliciano nacional, amarillo de puro culotado. Sin conocerle, sin saber quién era, sin haber tenido la menor referencia de sus antecedentes, a Joaquín siempre le fué el vejete antipático y repulsivo.

A ellas, en cambio, las conocía muy poco. Recordaba que alguna vez, después de comer, al afeitarse, le había llamado la atención el alegre repiqueteo de los palillos de madera y al levantar los ojos había visto, ya a una, ya a la otra, tras los vidrios de la ventana. Por cierto que el parecido era tan grande, que estuvo algún tiempo creyendo que no era más que una y aun después, ya sabiendo que eran dos, sin acertar a distinguirlas. Fué preciso que llegara el buen tiempo y se abriesen al aire y a la luz las ventanas del patio para que Joaquín, al ver asomadas juntas a las dos hermanas, pudiera empezar a hacer comparaciones. No fueron muchas ni muy interesantes. Las dos hermanas se llevaban poco y ninguna de las dos valía gran cosa. Si la mayor por ser más vivaracha parecía a primera vista tener más atractivo, fijándose un poco se veía inmediatamente que la pequeña le aventajaba en simpatía, por ser la suya más dulce, más reposada y más serena. Lo único bueno que tenían las dos eran los ojos: grandes, almendrados, profundamente negros, de una negrura aterciopelada, melancólica y triste. Parecía al mirar como que acariciaban. Siempre que Joaquín al levantar los suyos tropezaba con ellos, sentía inevitablemente un dulce estremecimiento de emoción. Lo mismo daba que fuese una o que fuese otra la que le mirase. Para el caso era igual. La emoción era siempre la misma.

Desgraciadamente, fuera de los ojos, los demás atractivos tenían poco de cautivadores; la frente chica, la naricilla chata y respingona, la boca grande, y, sobre todo, el mal color. Ambas estaban paliduchas y anémicas. Además, ninguna de las dos era ya niña, ni muchísimo menos. Si no habían doblado la curva peligrosa de los treinta años, debían de andar muy cerca de ella.

Interesado por el relato de la Venancia, Joaquín quiso saber más pormenores.

—Y ¿qué? ¿No tienen novio?

—¡Qué van a tener, hijas de Dios! El año pasado, la Balbina empezó a tontear con un muchacho de la vecindad, un linotipista del *Heraldo*, un partido magnífico, no vaya usted a creer. ¡Como que se saca el chico siete u ocho pesetas diarias!... usted verá... Bueno, pues el padre, en cuanto se enteró, cogió al muchacho en la calle y le armó un escándalo que le volvió tarumba, diciéndole que él había sido gobernador y que sus hijas eran unas señoritas que no se peinaban para artesanos... ¡Para artesanos!... ¡Mire usted que el tío!... ¿Cuándo podía aspirar a una cosa mejor?... ¿Qué más podían pedir él y su hija que un muchacho como ese, tan decente y tan trabajador, y con ocho pesetas diarias?... ¡Hijas del sol!... Así que están los tiempos para desdeñarlas... Si le digo a usted...

—Y ella, ¿qué hizo?

—Qué iba a hacer la pobre criatura, si el viejo la clavó las ventanas, así como suena; no crea usted que es exageración, clavadas, cristales y maderas para impedir que se asomase. Diga usted que el muchacho fué demasiado decente. Ya ve usted si sería decente que se mudó de la casa, sólo porque la chica no tuviese disgusto con su padre; y porque la otra, a quien, después de todo, ni le iba ni le venía en el asunto, no sufriera también las consecuencias de estar siempre encerrada y a oscuras. Conque se marchó el muchacho, el viejo volvió a abrir las ventanas, y ahí las tiene usted a los dos haciendo encaje de bolillos y consumiendo su triste juventud. Como no salen apenas a la calle no hay esperanzas de novio. Y en la vecindad, después de lo pasado, cualquiera se atreve. Si le digo a usted que...

La Venancia dió un gran suspiro, apoyó las palmas en la mesa y se incorporó lentamente. Joaquín miró el reloj y dió un salto en la silla.

—¡Demonio! Las nueve y veinte... Me parece que no cojo ya el parte.

II

Se plantó en el Ministerio en dos zancadas, subió de tres en tres los escalones, y tuvo la fortuna, al doblar el recoveco del pasillo, de darse de bruces con el ordenanza:

—Señor Hernández, firme usted. Ha llegado usted a tiempo.

Firmó sobre la mesa de la portería y entró en el negociado.

—Ahora mismo se acaban de llevar el parte; ahora mismo—le dijeron—. Todavía le puede usted alcanzar.

—Gracias—contestó—, le he podido pescar en el pasillo.

—¿Ha firmado usted?

—Sí, he firmado.

—Vaya; más vale así.

—Encima de la mesa tiene usted una carta—le advirtió un compañero.

—Me parece—dijo otro—que es de la Secretaría particular.

Joaquín dejó el gabán en el perchero, cogió la carta, rasgó el sobre y leyó:

«El secretario particular del ministro de Hacienda B. L. M. a don Joaquín Hernández y le manifiesta de orden del señor ministro, que S. E. desea hablarle, y le recibirá en su despacho, hoy miércoles, de doce a doce y media.»

Alargó los labios con un gesto de extrañeza, se encogió de hombros, se fué a la mesa del jefe, y sobre la carpeta cubierta de papeles puso el besalamano.

—Don Francisco, ¿usted sabe algo de esto?

Don Francisco se caló las gafas, pasó rápidamente la vista sobre el papel, y contestó no menos asombrado:

—No, hijo mío; yo, ¡a cuento de qué!

—Hombre, por si acaso había usted oído hablar de algo.

—Ni una palabra. ¿Usted no sospecha?

—En absoluto.

—No está usted en condiciones de ascenso, ¿verdad?

—¡Quiá! Me faltan siete meses.

—¿Ni ha pedido usted nada?

—Nada. ¡Yo qué voy a pedir!

—Entonces, no sé.

Movidos por la curiosidad se habían ido acercando todos los compañeros, y formaban un semicírculo alrededor de la mesa del jefe. Joaquín y don Francisco les pusieron en antecedentes y cada uno aventuró sus comentarios que, como es de suponer, no aclararon las dudas.

—¡Para qué nos vamos a romper la cabeza!—dijo al cabo Joaquín, guardándose el besalamano en el bolsillo—. Ya lo sabremos.

Sentóse ante su mesa, desató un expediente y durante largo rato se enfrascó en la lectura. Después extendió unas cuartillas y se puso a escribir:

«Excelentísimo señor:

»Visto el recurso de alzada interpuesto por don José Fernández Aracil, director gerente de la Sociedad «La Fortuna», contra el acuerdo de la Delegación de Hacienda de Granada que le condenó al pago de 32.572 pesetas...»

Clavó la pluma en la perdigonera, se echó sobre el respaldo del sillón, entrelazó las manos y se quedó ensimismado y pensativo, fijos los ojos en una densa nube blanca que flotaba como un penacho de humo sobre la línea recta y dura del tejado de enfrente. Sacóle de su abstracción su vecino de mesa.

—¿Usted no conoce personalmente al ministro?

—No le he visto nunca.

—Dicen que es un hombre muy agradable, muy efusivo...

—Eso dicen.

—Esté usted seguro de que si le llama es para darle una buena noticia.

Joaquín, sin contestar, cogió la plu-

ma y reanudó la interrumpida nota. De tal manera se enfrascó en el trabajo, que no levantó ya la cabeza en toda la mañana. Sus compañeros tuvieron que advertirle:

—¡Eh, señor Hernández, que son las doce! ¿No va usted a eso?

Instintivamente se sacudió la ceniza del traje, se atusó el pelo, tanteó si la corbata estaba en su sitio, se inspeccionó las uñas, se abrochó los botones de la americana y bajó al Ministerio. Entró decidido en el gran salón rojo.

—Soy Joaquín Hernández—dijo al secretario.

—¡Ah, sí, sí!; en efecto, el ministro le tiene a usted citado. Tendrá usted que tener un poco de paciencia. Ya ve cómo está esto. Como ayer hubo firma y mañana hay Consejo en Palacio, la gente se aprovecha. Los miércoles son días terribles. Pero, en fin, le verá usted. Todo es cuestión de media hora de espera. Usted no tiene prisa, ¿verdad?

—Ninguna.

—Pues siéntese usted.

—Si le parece a usted me voy y vuelvo.

—No, querido, nada de eso; no se mueva, que hay que aprovechar.

Se sentó en un diván y aguardó. Estaba el salón lleno de gente; unos como él, solos y sentados; la mayoría de pie, formando corrillos junto a las consolas y ante los huecos de los balcones. Vió muchas caras conocidas; altos empleados del Ministerio, diputados y senadores. El secretario particular iba de un grupo a otro charlando, riendo y tomando notas en un *blok* de cuartillas. En cuanto salía un visitante echaba a correr hacia el despacho del ministro, volvía a surgir y gritaba desde la puerta sin dejar de la mano el *blok* de notas:

—Don Fulano de Tal.

Desfilaron cuatro o cinco visitas sin que a Joaquín le llegara el turno. De pronto el ministro apareció en el salón. Era un hombre alto, de porte distinguido y maneras muy elegantes. A pesar de sus años, daba una sensación vigorosa de fortaleza y juventud. Tenía la mirada muy viva; la expresión muy enérgica; en las mejillas frescas y rosadas, sin una arruga, la barba blanca, completamente blanca, parecía postiza. Se quedó junto a la vidriera del primer balcón y allí fué recibiendo a los visitantes que se le aproximaban. La entrevista era muy breve; se limitaba a un apretón de manos, entrega de una nota, dos frases rápidas en voz baja, otro apretón de manos y fuera. Joaquín iba a acercarse, pero el secretario le detuvo con una advertencia confidencial:

—No tenga usted prisa. Espérese a lo último. Los últimos serán los primeros.

Se acercó por fin. El secretario le presentó:

—Don Joaquín Hernández.

El ministro le miró de alto a bajo, le estrechó la mano, y sin soltársela, le arrastró hacia el despacho.

—Venga usted por aquí que tenemos que hablar.

Le hizo sentar en un sofá, a su lado, le obsequió con un pitillo que sacó de una cigarrera de plata, le puso una mano sobre el hombro, se le quedó mirando y le dijo por fin:

—Vaya, hombre, vaya... ¿Conque es usted Joaquín Hernández? Cómo iba yo a sospechar que le tenía a usted bajo mis órdenes. El otro día, en el Senado, me lo dijo Tavira. Pero, hombre, por Dios..., ¡qué cosas!... Bueno, yo he pasado una nota al personal y me han informado que no está usted en condiciones de ascenso... Pero yo quiero servirle a usted. Por eso le he llamado. ¿En qué puedo serle a usted útil?... Pídame usted lo que quiera. ¿Qué quiere usted de mí?

Joaquín se había puesto muy pálido. Con una mano se enjugó los ojos y con la otra estrechó efusivamente la del ministro.

—Gracias..., muchas gracias..., ¡muchísimas gracias!

—¿Dónde sirve usted?

—En Contribuciones.

—¿Está usted a gusto?

—Sí, muy bien.

—Con franqueza. Ya le digo que tengo verdaderos deseos de servirle. Pídame lo que más le convenga... una

secretaría particular, una agregación, una misión especial, incluso no venir a la oficina... Ya sabe usted que en estas cosas de asistencia soy un poco exigente, pero para usted habrá trato de nación más favorecida.

—Señor ministro— crea usted que quedo reconocidísimo a sus bondades, de todo corazón; pero, desgraciadamente, hoy por hoy, no puedo aspirar a nada. Más adelante... ya veremos. Hoy no me queda más que resignarme con mi suerte.

El ministro se levantó.

—De todos modos, ya sabe que siempre tiene en mí un amigo incondicional, y dispuesto a servirle. Cualquier cosa que de mí necesite, no tenga reparo en venir a verme. No hace falta que Tavira intervenga para nada. Directamente de usted para mí.

—Señor ministro, muchas gracias.

—Adiós, amigo Hernández.

Se despidió muy conmovido. Subió las escaleras tambaleándose y en el primer rellano se tuvo que pasar la mano por los ojos y encender un cigarro para serenarse. Al entrar en el negociado, los compañeros le rodearon curiosos.

—¿Qué era eso? ¿Para qué le llamaba a usted el ministro?

Joaquín los satisfizo con una breve y trivial explicación y para evitar nuevas indiscreciones, volvió a sentarse ante la mesa, y terminó el comenzado informe:

«... el oficial que suscribe tiene el honor de proponer a V. E. se sirva acordar que se confirme en todas sus partes el fallo de la Delegación de Hacienda de Granada y se desestime el recurso de alzada interpuesto contra él por don José Rodríguez Aracil.

»V. E., no obstante, acordará.»

Puso la fecha y firmó: *Joaquín Hernández.*

Nada más. Siempre firmaba así. Y, sin embargo... él era algo más; tenía derecho a llamarse algo más. El se llamaba y era:

Joaquín María Hernández de Henestrosa Tellez-Gullón y Alvarez de Bohorques, marqués de Guadalar, grande de España y... oficial tercero de Hacienda pública.

III

Cuando don Javier Hernández de Henestrosa y Alvarez de Bohorques, marqués de Guadalar, casó en segundas nupcias con doña María del Pilar Tellez-Gullón y Fernández de Manzanedo, condesa de Olarín, tenía muy cerca de sesenta años. Agotado, decrépito, consumido por una larga vida de disipación y de libertinaje, llegó al matrimonio hecho un verdadero harapo fisiológico, alcoholizado y medio reblandecido de la medula. Contaban los que conocían a fondo los secretos de sus intimidades, que esta caída lamentable del marqués de Guadalar en el envilecimiento y en la crápula, tenía como justificante un fracaso sentimental de amor. El marqués de Guadalar se había casado, muy joven, con una de las mujeres más bonitas, más graciosas, más inteligentes y más elegantes de Madrid. Enamorado apasionadísimo de su mujer, y ella de su marido, el matrimonio fué en los primeros meses el caso más envidiable de felicidad conyugal. Pero esta dicha, como la mayoría de las dichas verdaderamente grandes, duró poco; terminó el día en que dió a luz un niño muerto, la marquesa de Guadalar. Tuvieron que operarla y aunque por fortuna los médicos, después de una lucha desesperada con la muerte, consiguieron salvarla, la infeliz quedó completamente inútil para aspirar, en lo sucesivo, a la más santa misión de la mujer. Para el marqués de Guadalar, la noticia fué un golpe tremendo que le dejó abrumado. Joven, fuerte, vigoroso, de un temperamento excesivamente sanguíneo y sensual, se encontró ante el pavoroso dilema de tener que engañar a su mujer, como cualquier despreciable libertino, o exponerse un día a la gravísima responsabilidad de una imprudencia inevitable en un hombre tan pasional como

él. El marqués de Guadalar hizo prodigios de energía para domar las exigencias imperativas de su temperamento. Se aturdió con viajes, se lanzó a los deportes, se sumergió en negocios que distrajesen su inteligencia y fatigasen su actividad. Todo fué inútil. Tenía que caer y cayó. Mas, ya que la caída era irremediable, el marqués quiso, al menos, salvar el corazón, ponerle alto para que no se contaminara en la caída. Puesto que había que caer, que fuese sólo la carne, la carne miserable: el alma, no: el alma era de su mujer. Por eso, en lugar de buscarse una amante que pudiera con sus encantos, con sus gracias, con el trato y la costumbre, incluso con su buen comportamiento, ir conquistando, poco a poco, el afecto que a su mujer pertenecía, el marqués de Guadalar se dió a las hembras placenteras del amor mercenario, al escándalo y al alboroto, la guitarra y el vino. Sus orgías hicieron época en Madrid. Se las ponía como término de comparación, cuando se quería dar idea de algo verdaderamente crapuloso. Duraban ocho, diez, doce días. Al cabo de ese tiempo, los criados iban por él, le llevaban a casa en un coche, le daban una ducha y le metían en la cama. Se estaba en ella treinta y tantas horas. Cuando por fin se levantaba, sereno ya del todo, iba a la habitación de su mujer, caía de rodillas ante ella, le pedía perdón, y con frases de exaltado lirismo, llenos de lágrimas los ojos, comiéndosela a besos, la juraba y la perjuraba que no quería a nadie más que a ella, que ella era exclusivamente la dueña de su amor. Durante un par de semanas, el marqués de Guadalar volvía a ser el compañero cariñoso, el caballero correctísimo, el esposo modelo, orgulloso, como ninguno, del santuario de su hogar, todo atenciones y delicadezas, mimos y ternuras para su mujer. De pronto, un día desaparecía de nuevo y volvía otra vez a encenagarse.

Murió la marquesa de Guadalar, y el marqués, más necesitado que nunca de aturdimiento y de olvido, embrutecido por el hábito y encanallado por la costumbre, continuó haciendo la misma vida cada vez con mayor desenfreno. En uno de sus paréntesis de serenidad, conoció a la condesa de Olarín. Fué en el balneario de Panticosa. El marqués había ido completamente sólo en busca de alivio a las molestias pertinaces de un catarro crónico que le traía maltrecho y quebrantado, y la condesa acompañando a una parienta suya, medio tísica. Los tres intimaron muy pronto. La condesa, que estaba a punto de transponer la edad en que todavía las mujeres conservan la esperanza de hacer un matrimonio por amor, y que no tenía una linda peseta, vió en la persona de Guadalar la realización posible de sus ambiciones y se dió tal maña en conquistarle, que cuando terminada la cura regresaron a Madrid en el mismo vagón, eran ya novios. De nada sirvieron al pobre hombre los sanos consejos y las leales advertencias que le hicieron amigos y parientes para disuadirle de la boda. Se empeñó en casarse y se casó.

La de Olarín, en cuanto se vió marquesa de Guadalar, montó su casa en un tren de ostentación y de boato, tan fastuosamente escandaloso, que todo el mundo comprendió, desde el primer momento, que el matrimonio iba a la bancarrota. Y en efecto, así fué. En los cuatro años que tardó Guadalar todavía en morirse, ella se dió tal prisa en derrochar, que cuando, ya fallecido él, los albaceas se dispusieron a hacer las liquidaciones testamentarias, se quedaron aterrados ante la disolución de la fortuna. Apenas si pudieron salvar momentáneamente de la catástrofe una renta de diez o doce mil pesetas. Como con esta cantidad la marquesa viuda no podía vivir en la Corte, se trasladó con su hijo Joaquín a un pueblecito de la provincia de Guadalajara, en donde tenían los de Guadalar la casa solariega. Allí estuvieron hasta que Joaquín cumplió doce años. Entonces le llevaron al Colegio de Chamartín. La marquesa desapareció y no se volvió a saber una palabra de ella. Pasados algunos años alguien contó que la había visto en

París haciendo una vida muy poco edificante.

Un pariente lejano del marqués, el duque de Tavira, compadecido del abandono del muchacho, solía en época de vacaciones sacarle del colegio, traérsele a su casa y llevárselo con él y con sus hijos a veranear por las playas del Norte o a presenciar las ferias andaluzas. El fué quien en cumplimiento de un deber penoso, pero imprescindible, cuando comprendió que Joaquín estaba ya en edad de darse cuenta, le puso en antecedentes de su situación, procurando endulzarla con el lenitivo de ofrecerse a él leal e incondicionalmente como un padre. Joaquín soportó el golpe con noble y serena estoicidad. Después de meditarlo mucho, decidió tener una entrevista con su madre. El director del Colegio le facilitó las señas y el duque de Tavira, a quien consultó el caso, le dió el dinero necesario para el viaje. La entrevista se celebró en un castillo de las cercanías de Amberes, propiedad de un belga, último amigo oficial de la condesa de Olarín. Joaquín tuvo que pasar por la humillación de encontrarse frente a frente con este caballero, a quien, naturalmente, no conocía y al cual la visita inesperada del hijo de su amante, cogió también desprevenido y de sorpresa, y aunque como hombre de gran mundo, correctísimo y muy inteligente procedió con tacto exquisito, la escena entre los dos resultó muy violenta. Con su madre apenas pudo hablar. Convaleciente de una pulmonía que la había tenido en los umbrales de la muerte, la condesa de Olarín no estaba en condiciones de afrontar las consecuencias de una explicación con su hijo. Lo único que Joaquín pudo sacar en claro fué que su señora madre había dilapidado hasta el último céntimo el escaso patrimonio que al muchacho le correspondía y que ella había administrado como tutora y curadora.

Joaquín volvió desolado a Madrid. Vivió unas cuantos meses en casa del duque de Tavira, pero decidido a no ser gravoso a nadie y a afrontar con sus propios medios los embates de la vida, que tan dura se le presentaba, sin decir palabra a nadie hizo oposiciones a unas plazas de oficiales cuartos de Hacienda pública que vió anunciadas en la *Gaceta de Madrid;* sacó el número 2 y hallóse colocado en la Dirección General de Contribuciones. Se despidió de Tavira y se fué a vivir a una casa de huéspedes. A los cuatro años, sin haberlo solicitado, sin haber hecho la menor gestión, encontróse ascendido. Supuso que habría sido cosa de Tavira, y fué a darle las gracias. El duque le recibió muy frío y le dijo que no había intervenido para nada en el asunto, ni pensaba intervenir jamás, porque estimaba un bochorno para la familia, que el marqués de Guadalar, grande de España, se resignase a ser un empleaducho de Hacienda.

—Está usted equivocado, señor duque—le contestó Joaquín—: el marqués de Guadalar no existe. Pregunte usted en el Ministerio y se convencerá de que allí no le conoce nadie. No busque tampoco en el escalafón ni en el almanaque del empleado. Es inútil. No hay más que Joaquín Hernández y Tellez, oficial de Hacienda, por oposición.

IV

La casa de huéspedes, a la cual se trasladó Joaquín desde el soberbio hotel del duque de Tavira, estaba en la Torrecilla del Leal, muy próxima a la plaza de Antón Martín. Era una casa destartelada y vieja, a la que un reciente revoco y unas copiosas reformas interiores habían dado un aspecto muy decente de seminueva, haciéndola aparecer como de planta. Claro es que esta apariencia engañadora no pasaba de la fachada y de la escalera principal, pues, en cuanto se metía uno portal adentro y transponía una cancela de cristales, se perdía en un laberinto de patios, pasillos, galerías y corredores. Aquella verja de hierro, con cristales esmerilados, era nada menos que toda una divisoria social. De cancela afuera, la clase media. De portal adentro, el pueblo y el vulgacho.

La casa de huéspedes estaba en el segundo. Tenía tres habitaciones exteriores a la Torrecilla y dos a la calle de Santa Isabel. Cuando Joaquín llegó estaba libre una de estas últimas, precisamente la que hacía esquina, y desde luego se quedó con ella por lo alegre y por lo soleada; pero era tan molesto el estrepitoso desconcierto que armaban en la calle desde que amanecía, las vendedoras del mercado, que al poco tiempo permutó con otro huésped y se fué a vivir a una habitación interior. No salió perdiendo gran cosa en el cambio, pues si bien es cierto que se quedó sin balcón a la calle, en cambio, la nueva habitación era mucho más espaciosa y más independiente por estar al comienzo de la casa, mientras que para llegar a la otra había que atravesar todo el pasillo y además, como tenía comunicación con el gabinete de al lado, aunque la puerta estuviera cerrada, del uno al otro se oían perfectamente las conversaciones, por muy bajo que se sostuvieran.

La habitación, como queda dicho, era tan grande que cabían en ella holgadamente una cama casi de matrimonio adosada a un rincón, un armario de luna de dos cuerpos, un lavabo, una mesa, un baul y todavía quedaba espacio suficiente para unas cuantas sillas y un estantito de nogal en cuyas tablas Joaquín acondicionó hasta tres docenas de libros. Todo ello, más la comida, si no muy selecta ni muy variada, sana, sabrosa y abundante, se lo daban por catorce reales diarios o sea veintiún duros al mes, a los que había que añadir otro más por lavado y planchado de la ropa. Al principio, como el pobre no tenía más que dos mil pesetas anuales, hubo de hacer prodigios de habilidad para atender con los treinta y seis que le quedaban libres a todas sus necesidades de soltero, pero como no hay bien que por mal no venga, estos hábitos de economía ejercidos durante cuatro años le sirvieron tan a maravilla, que cuando le ascendieron a diez mil reales casi se consideró un potentado al verse con un superávit de catorce duros. Casto, sobrio, metódico, muy pulcro, muy aseado, muy cuidadoso de toda su persona, llegó a ser un ejemplar admirable de perfecto soltero. Su vida era de una dulce, honesta y encantadora sencillez; de casa a la oficina, de la oficina a casa, de casa a una amena tertulia de café, en el de Zaragoza, con unos compañeros de hospedaje, estudiantes de Medicina e internos de San Carlos, un paseo, si el tiempo era propicio, y si no, una sesión de teatro o de cinematógrafo; vuelta a casa a cenar, siempre a su hora y después de cenar a la cama. Esta vida, tan saludable como monótona, se deslizó sin variación alguna hasta un verano en que los estudiantes de Medicina dejaron de ser estudiantes para ascender a médicos, obtuvieron la licenciatura y se fueron a ejercer su profesión cada uno por su lado. Para Joaquín la ausencia de estos muchachos excelentes con los cuales convivió tanto tiempo en fraternal camaradería, fué un golpe muy doloroso. Les había tomado grandísimo afecto. Eran los únicos verdaderos amigos que contaba en Madrid después de su separación radical del mundo aristocrático. Por segunda vez en la vida, se encontró tan aislado y tan sólo, que hubo un momento que pensó en pedir el traslado a provincias. Le detuvo el temor de que si en la ciudad a que le destinasen, por cualquier causa no estuviera a gusto, acaso le fuera muy difícil el volver a Madrid. Además, su instinto le advertía que sólo en las grandes capitales puede un hombre pasar inadvertido.

Resignóse, pues, a seguir en Madrid, pero cada vez se hizo más retraído y más huraño. Disuelta la tertulia de café no quiso sustituirla por ninguna otra y la mayoría de las tardes si no salía a dar un paseo se quedaba en casa. Exacerbósele la afición a la lectura y la sugestión de la letra de molde en íntimo consorcio con la soledad y la melancolía empezaron a intoxicarle la imaginación y se puso a hacer pinitos literarios. Se fué apasionando poco a poco y la pasión acabó por convertirse en necesidad imperiosa. Rara era ya la tarde que salía de casa.

Entonces fué cuando el dulce y se-

guido repiqueteo de los palitos de madera con que la Feliciana y la Balbina entretejían sobre las almohadillas tras el limpio cristal de la ventana, los finos hilos del primoroso encaje comenzaron a distraerle y le obligaron a levantar los ojos, primero, con indignación por aquel ruido que perturbaba su trabajo, después con curiosidad de conocer a las obreras, más tarde con simpatía, y, por último, con extraña emoción ante el choque de aquellas miradas dulces y melancólicas que resbalaban sobre él con la suavidad de una caricia. A fuerza de escuchar el dulce ruido, todas las tardes y a la misma hora, como en definitiva el hombre es un animal de costumbre, de tal manera habituóse a él que ya más que molestia era una especie de arrullo que le invitaba a trabajar. Y así, de este modo, entretejiendo ellas las randas de sus encajes, él los párrafos de sus escritos, los tres las monótonas horas de su vida, fueron pasando tardes y más tardes.

V

En la misma acera, dos puertas más arriba, tenía en un cuchitril su taller de zapatero remendón el señor Cayetano. El señor Cayetano era un hombre que poseía unas manos primorosas para hacer composturas y unas admirables cualidades distributivas y calculadoras para equilibrar los ingresos de su trabajo con las necesidades de su vida. Jamás dejaron de cuadrarle en su presupuesto el Debe y el Haber. El secreto de esta maravillosa administración estribaba sencillamente en que el señor Cayetano vivía al día, pero no con la inconsciencia imprevisora de los gorriones que todo lo fían al regalo generoso de la Naturaleza, sino con la conformidad del escéptico que ha llegado a la convicción de que el hombre más rico no es el que posee más dinero, sino el que tiene menos necesidades. El señor Cayetano había limitado las suyas a lo indispensable para sobrellevar lo que él llamaba esta indecente vida, es decir, a mal comer, peor vestir y engañar de cuando en cuando al estómago con el calor de unas tintas de Manzanares, Arganda o Valdepeñas, único exceso, lujo, vicio, diversión, holgorio y entretenimiento que se permitía. Si a esta sobriedad casi ascética hubiera tenido la fortuna de unir un poco más de amor al trabajo y otro poco de espíritu ahorrativo, es indudable que hubiera concluído por ser un hombre de dinero, pero en este punto estribaba precisamente su filosofía. Persuadido de que el trabajo es el castigo más duro que gravita sobre la desdichada humanidad, el señor Cayetano, ya que no podía en absoluto emanciparse de él, hacía cuanto estaba en su mano para dejarlo reducido a lo estrictamente imprescindible. El señor Cayetano no trabajaba más que cuando no tenía dinero. Mientras conservara en el bolsillo una sola peseta era inútil que nadie pretendiese hacerle coger la lezna ni calzarse el tirapié. En vano llovían sobre él protestas y reclamaciones. Tumbado en una larga silla de lona, la colilla en los labios, las piernas cruzadas, las manos en la nuca y al alcance de la mano la botella de tinto, el maestro de obra prima oía impasible las imprecaciones de la parroquia.

—¡Pero señor Cayetano, va a poder ser!..., que hace tres días que tiene usté mi bota... total pa un mal cosido..., ¡hay que ver!

—¡Qué quieres, hija! No he podido todavía meterme con ella.

—¡Pero si son tres días!

—Mañana serán cuatro.

—Mire usté que me la llevo...

—Llevátela.

En una de estas soluciones de continuidad tuvo don Fermín la desacertada ocurrencia de encargar a la Balbina que bajase un par de botas al señor Cayetano para que las pusiese medias suelas y tacones con la expresa recomendación de que le corrían mucha prisa, lo cual era verdad porque en aquellos momentos no disponía de otras y mientras no se las devolviesen compuestas le era imposible salir a la

calle. El señor Cayetano se hizo cargo de estas importantes razones y se comprometió a otorgar al calzado de don Fermín turno preferentísimo. Pasaron veinticuatro horas y las botas no estaban arregladas. Transcurrió otro medio día y el señor Cayetano continuaba sin tomarse siquiera la molestia de quitarlas el polvo. Bajó dos o tres veces la Feliciana, otras tantas la Balbina y por último, personalmente, don Fermín descompuesto y nervioso. Don Fermín tenía muy mal genio. Autoritario y cascarrabias, la menor contrariedad le sacaba de sus casillas. Se plantó en el taller hecho un energúmeno y le soltó al zapatero una rociada de sonoras impertinencias. El señor Cayetano, que a su vez no estaba hecho a aguantar ancas de nadie, le contestó en el mismo tono; enzarzáronse de palabra; tras las palabras vinieron los insultos; don Fermín enarboló el bastón; el otro le tiró una horma que le dió en las narices y le hizo ver las mismísimas estrellas; don Fermín, a su vez, agarró una banqueta y la lanzó contra el zapatero, con tal ímpetu y tanta puntería que le alcanzó en mitad de la cabeza, y haciéndole perder el equilibrio dió con su cuerpo en tierra. Levantóse como un gato y armado con la primer cuchilla que halló sobre la mesa se lanzó tras don Fermín que, al ver el movimiento, de dos saltos incomprensibles había traspuesto la puerta y ganado la calle.

Al estrépito y a los gritos acudieron unos transeúntes y mientras unos atendían a don Fermín, que sangraba lamentablemente por las narices, los otros lograron sujetar al irascible zapatero, que en el paroxismo del furor pedía a grandes voces que le permitieran rebanar los hígados de su parroquiano. No sin gran esfuerzo los transeúntes y algunos industriales convecinos que habían acudido también al ruido de la lucha pudieron desarmarle y con suaves y amistosos empujones le metieron en el taller y cerraron la puerta. En este preciso momento llegó Joaquín Hernández que regresaba de la oficina. Compadecido de la desdichada situación del vejete se hizo cargo de él, le llevó a la portería más próxima, pidió una palangana de agua fresca y a fuerza de sorbetones consiguió que se le cortara la hemorragia. Después le cogió de un brazo y como a un padre le acompañó hasta su domicilio con la piadosísima intención de que las dos muchachas, que debían estar ignorantes de lo sucedido, no se asustaran al verle entrar en tan infeliz y deplorable estado.

Y he aquí cómo gracias a este inesperado y conmovedor incidente el señor marqués de Guadalar traspuso el umbral, para todo el mundo inasequible, de la casa de don Fermín García, ex gobernador civil de la provincia de Gerona.

VI

Se hicieron muy amigos. El vejete, que conservaba unas ideas muy borrosas de las peripecias de su lucha con el zapatero, creía de buena fe que le debía a Joaquín nada menos que la vida. Atontado por el dolor que le produjo el golpe, aturdido por la enorme cantidad de sangre que le brotaba de la nariz y le empapaba la pechera y las manos, el pobre hombre no se dió cuenta clara de que, cuando Joaquín llegó, ya se había conjurado el peligro y puesto el zapatero a buen recaudo; por el contrario, estaba absolutamente persuadido, y así se complacía en proclamarlo, que su vecino había sido el primero en interponerse y en salvarle la vida acaso con exposición de la propia. Cuantas razones quiso aportar Joaquín para disuadirle de su error fueron inútiles; sólo sirvieron para afianzarle en su creencia y aumentarle la gratitud.

—Nada, joven, es inútil; no se moleste usted... Todo eso no sirve más que para demostrarme que es usted excesivamente modesto. Siempre fué la modestia cualidad característica de los héroes.

Joaquín no tuvo más remedio para que don Fermín no se disgustara que aceptar el brillante papel de héroe y

de salvador, papel que en medio de todo y sin que el propio Joaquín se diera cuenta de ello estaba justificado hasta cierto punto porque el vejete le había tomado al zapatero un pánico tan horrible que no se atrevía a pasar por delante del cuchitril sin ir acompañado. Es más; al día siguiente de la disputa, como las famosas botas, causa y origen de ella, habían quedado en el taller, la Balbina fué a recogerlas, pero el señor Cayetano, que mantenía vivo el espíritu de venganza, no se las dió.

—Dile a tu padre que si quiere las botas y tiene riñones que baje por ellas.

Pronunció la frase con un tono tan agresivo que la pobre chica, acobardada, no se atrevió a insistir. Se marchó con el propósito de llamar a un guardia, pero antes quiso consultar el caso con Joaquín y fué a buscarle a la casa de huéspedes. Joaquín, que estaba en su cuarto en mangas de camisa, se puso una americana, descendió a la calle, entró en el taller del zapatero y no se sabe qué vería en su actitud el señor Cayetano que sin rechistar le devolvió las botas. Esta heroicidad acabó de redondear el elevadísimo concepto que tenían formado del joven don Fermín y sus hijas.

Accediendo a sus amables requerimientos, Joaquín se ofreció gustoso a subir todos los domingos por la tarde a tomar una taza de café con leche, un café exquisito que hacía la Feliciana tras una serie de complicadas operaciones; ella lo tostaba, ella lo molía y ella preparaba personalmente la infusión poniéndole en vez de agua, leche, con lo cual resultaba la mezcla verdaderamente deliciosa, suave, aromática y tan espesa que «se podía cortar». Joaquín, a quien le gustaba muchísimo el café, todos los domingos al probarlo se deshacía en ditirámbicos elogios que Feliciana agradecía satisfecha con la íntima convicción de que eran merecidos.

—Para esto del café es usted la reina.

—¡Qué gracioso! Para esto y para muchas otras cosas más que usted no sabe. Ya se irá usted enterando poco a poco.

En efecto: un día le convidaron a comer y pudo convencerse de que las habilidades culinarias de la Feliciana no se limitaban a la aromática bebida. Era una cocinera excelente. Muy limpia además. Como su hermana. También en este punto las dos eran iguales. Nada podían echarse en cara ninguna de las dos. Si la Feliciana tenía su cocina como un tazón de plata, el resto de la casa relucía como un ascua de oro. Muy limpio todo, lustroso, muy pulido, lo mismo los muebles que los suelos, los dorados que las ropas de las camas, más blancas que el ampo de la nieve. Y ellas también muy limpias. Se adivinaba en seguida, sólo con mirarlas, con fijarse un momento en los detalles íntimos: los descotes, la nuca, las orejas, los dientes, los brazos constantemente arremangados, las blusas de batista, sin una mancha, los delantalitos de satén, siempre impecables, los zapatos a todas horas como acabados de lustrar.

—¿Y se lo hacen ustedes todo?

—A ver...

—Son ustedes dos joyas.

—Para un pobre.

—¿Por qué para un pobre?

—Porque esos son los que necesitan mujeres que se lo sepan hacer todo. Los ricos, ¿para qué?

—Rico o pobre, ustedes harían la felicidad de cualquier hombre.

—Yo me creo que sí.

—Pues, a ello.

—¿A qué?

—A casarse.

—¡Ah, hijo mío, no será por falta de ganas!

—¿Tiene usted muchas ganas de casarse?

—Hombre..., ¡pchs!..., no digamos que digamos, pero tampoco digamos que digamos.

—¿Y por qué no se casa usted?

—¡Ay!..., porque no encuentro quien me quiera. Se conoce que no tengo gancho.

—Pues no es usted del todo fea.

—¿Verdad que no?

—Yo la encuentro a usted muy pasaderilla.

—Y yo también. Todas las mañanas, cuando al peinarme me miro al espejo, se lo digo a mi hermana: «Niña, tú y yo no seremos dos preciosidades, pero las hay mucho peores que nosotras... ¡y se casan!

—¡Ya lo creo!

—Pues nosotras, ya usted ve..., solteritas.

—¡Si le digo a usted que están los hombres!...

—¡Si le digo a usted!...

Estas conversaciones eran siempre con Feliciana; la mayor, Balbina, más vergonzosa, más prudente, se limitaba a escuchar y a sonreír. Mientras su hermana iba y venía vivaracha y resuelta recogiendo las tazas y doblando el mantel, ella se sentaba en una silla, estiraba las piernas, cruzaba un pie sobre otro, metía las manos en los bolsillitos del delantal y se quedaba mirando fijamente a Joaquín.

—¿Que pasa? ¿Por qué me mira usted de esa manera?

—Por nada.

—Dígame usted algo.

—¿Qué quiere usted que le diga?

—¿No tiene usted nada que decir?

—Nada. Yo soy muy calladita.

—¿Muy calladita o muy reservadota?

—Las dos cosas.

Sí, era muy reservada. Cuantos tanteos más o menos habilidosos trató de hacer Joaquín para inquirir su carácter y conocer su modo de pensar, se estrellaron ante la discreción de la muchacha, que siempre tenía a mano para eludir una pregunta, por difícil que fuese, un efugio ingenioso y una evasiva oportuna y feliz. Unicamente un día en que no estando don Fermín presente—delante del viejo no eran posibles ciertas intimidades—Joaquín se atrevió a hacer una alusión demasiado directa al joven linotipista del *Heraldo*. Balbina se puso muy colorada y, contra su costumbre, contestó desentonada y desabrida:

—Ya me figuraba yo que le habrían a usted ido con el cuento.

—Pero, mujer, ¿qué tiene eso de particular?

—Tiene y no tiene. Según lo que le hayan contado a usted.

—A mí no me han contado más sino que estaba usted loca por él.

—¿Loca... yo? ¡Vamos, hombre, a usted le han engañado!

—¿Entonces todo eso de las ventanas?...

—Cuando yo digo que a usted le han contado un cuento...

—¡Ah!, pero ¿es mentira?

—¿Usted quiere que yo le diga la verdad? Pues se la voy a usted a decir. Yo no he querido nunca a ese muchacho. Empezaba a quererle un poquitín cuando reñimos. Antes... ¡ni esto! Le dije que sí y empecé a tontear por dar en la cabeza a la gente..., porque todo el mundo estaba en contra mía. ¡Por eso! Porque yo soy así. Basta que una cosa se me ofrezca fácil para que no me interese. En cambio...

—En cambio le gustan a usted los imposibles.

—Me gusta todo aquello que sé que no puede ser.

Joaquín la miró a los ojos. Ella resistió la mirada serena, impasible, sin pestañear.

La entrada de Feliciana interrumpió la escena, que empezaba a ser comprometida y peligrosa. Joaquín, un poco confuso, balbució una excusa y se despidió. Feliciana le acompañó hasta la puerta. Antes de abrirla, en el recodo del pasillo, le tendió la mano.

—No nos tenga usted tan abandonadas. Suba usted a vernos más a menudo.

—No lo hago por miedo al qué dirán.

—No le importe a usted eso.

—No, si no es por mí, es por ustedes...

—¿Por mí? Yo quisiera verle a usted a todas horas.

—¡Feliciana!

—¡Joaquín!

Se estrecharon las manos y sin decirse una palabra más, se miraron al fondo de los ojos. También como Balbina, Feliciana resistió la mirada impasible, serena, sin pestañear.

VII

Por primera vez desde su conocimiento con las hijas del ex gobernador, Joaquín entró en su casa pensativo y caviloso. Por primera vez cayó en la cuenta de los graves riesgos a que exponía su libre condición de hombre soltero si continuaba sosteniendo la amistad de aquellas dos mujeres que, a juzgar por todas las señales, tan hambrientas estaban de marido. Por lo mismo que no era, ni muchísimo menos, un paladín en lides amorosas, comprendió que cada día que pasara le iba a ser más difícil librarse de la red que para cazarle las dos habían tendido. El descubrimiento más que indignación le produjo amargura. El había empezado a frecuentar el trato de aquellas dos muchachas con absoluta buena fe, sin segunda intención, impulsado por un noble sentimiento de simpatía, atraído por el encanto de su bondad y de su sencillez, incluso de su misma insignificancia. Jamás le pasó por las mientes la sospecha de que aquel afecto, completamente desinteresado, pudiera salirse de los discretos límites de una honesta y discretísima amistad. Sólo ahora, al considerar la insistencia acariciadora de algunas miradas y analizar el equívoco sentido de algunas frases, comenzó a darse cuenta del grave error que había cometido. Fuese por la forzada reclusión a que el padre las tenía sujetas—siempre fué la abstinencia engendradora del deseo—, fuese por las ansias desesperadas de casarse que a toda mujer acometen al trasponer la curva de los treinta sin haber tropezado un novio en el camino, fuera sencillamente por esa fatal ley de las afinidades electivas que a todos nos afecta, era indudable que aquellas dos infelices criaturas habían dado un excesivo y equivocado alcance a las inocentes galanterías, a las ingenuas confianzas, y, sobre todo, a la asiduidad de su vecino. ¿Cómo convencerlas de su error? ¿Cómo persuadirlas, de que no había tal cosa? Joaquín no se encontraba con ánimos bastantes para arrostrar las consecuencias de esta explicación cara a cara. Continuar sorteando con más o menos habilidad el escollo de una declaración, seguir haciendo a sabiendas y con malicia lo que hasta ahora había hecho ingenuamente y con completa buena fe: jugar a dos barajas le parecía además de cruel, peligroso y contraproducente. ¿Cómo demostrar preferencia por una sin ofender gravemente a la otra? Puesto incluso en el trance de tener que elegir, ¿por cuál decidirse? Y, sobre todo, ¿para qué decidirse si al fin y al cabo, y esto era lo más curioso del asunto, no le gustaba ninguna de las dos? Sentía por ellas una gran simpatía, pero nada más. Como mujeres, ni estéticamente ni eróticamente le decían nada al corazón ni a los sentidos. De haber sido él Adán y cualquiera de ellas Eva, es posible que el mundo hubiera tardado en perderse unas semanas más.

Claro es que al fin se habría perdido, pues lo mismo en este caso que en aquél, no fué Adán quien solicitó a Eva, sino Eva la que solicitó a Adán. ¿Quién es capaz de resistir a la amorosa solicitud de una mujer? Este era precisamente el gran peligro que Joaquín temía y del que a todo trance se quería escapar. A la altura a que habían llegado las cosas la menor imprudencia podía exponerle a un grave compromiso del que no hubiera manera de zanjarse. Para prevenirlo, lo mejor y más prudente era dejar de concurrir a la casa, si no de una manera radical, porque esto habría sido sospechoso también y poco digno, alternativa y paulatinamente.

Llegó, pues, el primer domingo y Joaquín no subió. Llegó el segundo, y aprovechando la circunstancia de que don Fermín se hallaba en cama con uno de sus consabidos ataques de reuma, estuvo un cuarto de hora en la alcoba del viejo y con la excusa de no molestarle, se marchó. Vino el tercer domingo y no subió tampoco, y el lunes, al volver del ministerio, la Venancia le descerrajó a quemarropa esta noticia que le dejó patidifuso:

—Señorito Joaquín. ¿no sabe usted lo que pasa?

—¿Qué pasa?

—Pues que se ha muerto don Fermín.

—¡Que se ha m...!

—Esta mañana. Poco después de marcharse usted a la oficina vinieron a avisarle.

—¡Pero mujer! ¿Cómo no me envió usted un recado?

—¡Señorito Joaquín, yo qué sabía!...

—¡Qué barbaridad!... ¡Pobres mujeres!

Sin detenerse a comer, bajó de dos zancadas la escalera, cruzó el patio y tomó la interior. Encontró, como es de suponer, a las dos huérfanas aturdidas y desoladas, llorando a lágrima viva en la alcoba del muerto, tendido en la cama y sin amortajar todavía. En el acto se hizo cargo de la situación y prescindiendo de miramientos y consideraciones, cogió a Feliciana del brazo y se la llevó a la cocina:

—Bueno, vamos a ver: ¿qué dinero tienen ustedes?—Y como la pobre mujer toda confusa bajara la cabeza, agregó rápidamente—. No se preocupen absolutamente de nada. Yo me encargo de todo.

—¡Joaquín!

—Ya liquidaremos todo esto cuando estén ustedes más tranquilas. ¿Se ha avisado a la funeraria?

—No, todavía no...

—Bueno, pues hasta luego. Vuelvo en seguida.

Efectivamente, a los veinte minutos estaba de regreso con la noticia de que todo se había ya arreglado y que al día siguiente, a las diez de la mañana, se verificaría el entierro. Entonces cayó en la cuenta de que no había comido. Bajó a su casa y volvió a subir a la del muerto muy entrada la tarde. Feliciana, que le aguardaba impaciente, en cuanto le vió entrar le hizo una seña y se le llevó aparte.

—Oiga usted, Joaquín; tengo que contarle una cosa. Esta tarde, después que usted se marchó, al preparar la ropa con que se iba a amortajar al pobre papá, mi hermana creyó notar en el forro del chaleco como unos papeles: sin decirme nada lo descosió y sacó estos tres billetes de veinte duros. Mírelos usted. Yo siempre sospeché—agregó con una muy voz dulce, un poco enronquecida aún por los sollozos—que el pobre papá debía tener dinero ahorrado, porque él, Dios le perdone, siempre fué muy miserable, pero nunca pudimos saber en dónde lo tenía. ¡Como que lo llevaba consigo! ¡Pobre papá! ¡Las cosas de que se habrá privado para ahorrar estos sesenta duros que, al fin y a la postre, van a ser para él! Porque claro es que ya no podemos aceptar su ofrecimiento, aunque lo agradecemos lo mismo, ¿eh?, lo mismo... Con la intención basta... Nosotras le estamos reconocidísimas. Nunca, nunca olvidaremos su buena intención.

—No hablemos de eso, mujer.

—Yo quisiera ahora pedirle un favor.

—Todo lo que usted quiera.

—Ya que ha sido usted tan bueno que se ha ofrecido voluntariamente a encargarse de todo, hágame el favor de seguir como si no hubiera pasado nada. Quédese con este dinero, pague todo lo que haya que pagar y ya liquidaremos, como usted decía antes, cuando estemos más tranquilas.

—Lo que usted quiera, pero...

—Se lo ruego a usted, Joaquín. Yo no tengo en estos momentos la cabeza para ocuparme de nada. ¡Son tantas las cosas que se me vienen encima!... ¡Qué va a ser de nosotras! No sé, no sé cómo vamos a poder salir adelante.

—¿Qué jubilación tenía su padre de usted?

—Veintiocho duros.

—¿Nada más? ¿Pues no había sido gobernador?

—No llegó a cumplir los dos años. Le faltaban tres meses. Por más que trabajó no pudo conseguir que le volvieran a nombrar para completarlos. Papá fué siempre muy desgraciado con los empleos. Perdida la esperanza de volver a ser gobernador, aceptó un destino de doce mil reales: le ascendieron a catorce, después a dieciséis, y cuando le faltaban cuatro meses para hacer los dos años de dieciséis, le dejaron cesante. Después tuvo otras mu-

chas cesantías y le volvieron a nombrar muchas veces, pero nunca pudo ya pasar de catorce. Por último, cuando tenía ya treinta y cuatro años de servicios y hacia el número tres en el escalafón para ascender por antigüedad a jefe de Negociado, le jubilaron.

—¿De modo que se quedó con el regulador de catorce y tres quintos? Entonces les deja a ustedes una orfandad muy chica...

—Pues, según papá, no llega a doce duros..., unas cincuenta y ocho pesetas para las dos... ¡Usted verá qué va a ser de nosotras!

—No se disguste usted ni se preocupe por eso. Todo se arreglará.

—No sé cómo.

—Yo tampoco. Pero tengan ustedes confianza en mí. Yo les prometo seriamente que todo se arreglará.

VIII

Al día siguiente al volver del entierro, Joaquín tuvo una larga conferencia con su patrona.

—Mire usted, Venancia, como usted es una mujer muy buena y además de un gran sentido práctico, le voy a consultar un asunto y a pedirle un consejo. Pero va usted a ser franca conmigo, ¿eh?, a contestarme con entera sinceridad. De otro modo no me sirve el consejo.

—Ya me figuro de lo que va usted a hablarme. De las chicas de arriba, ¿no es eso?

—Justo.

—¿Que se va usted a casar con una?

—No, señora; no me pienso casar con ninguna por la razón sencillísima de que no me gusta ninguna de las dos. No es eso lo que le quiero consultar. De manera que no aventure usted juicios y hágame el favor de escucharme. Esas dos pobres chicas se han quedado, como usted sabe, con la muerte de su padre, en situación muy triste. La pensión que les queda no llega a doce duros, y lo que sacan del encaje no pasa de seis; en total, unos dieciocho. Con esta cantidad, tal como está la vida, es muy difícil que puedan salir adelante honradamente si no se las ayuda. Yo quiero ayudarlas de una manera decorosa y digna, que no las humille, ni las comprometa, ni las obligue a nada. Son dos muchachas decentes y como a tales hay que tratarlas y que favorecerlas. Mi plan es el siguiente: Verá usted. Ellas tenían el propósito de mudarse en seguida, en cuanto pasara el novenario, a otro cuarto más barato y más chico, a un buhardilla. Yo les he dicho que no se muevan, que sigan aquí, y puesto que las dos son muy hacendosas y muy trabajadoras y muy mujeres de su casa, que pongan huéspedes. Yo, desde luego, me voy con ellas.

—¡Señorito Joaquín!

—Mire usted, Venancia: usted sabe perfectamente que yo soy un hombre muy formal; en todo el tiempo que llevo en su casa, ni usted ha tenido queja de mí, ni yo de usted. No vamos, pues, a regañar ahora. Usted tiene su casa acreditada, a usted le sobran huéspedes y mi ausencia no le puede perjudicar gran cosa. En cambio, para esas dos mujeres, yo puedo ser el principio de una solución. Hágase usted cargo.

La Venancia frunció los labios, encogió los hombros, se rascó la cabeza, y después de todos estos expresivos aspavientos de perplejidad se decidió por fin a responder a su huésped, que había empezado a liar un pitillo en espera de la contestación:

—Pues... ¿usted no tomará a mal lo que yo le voy a decir?

—No, mujer, al contrario; quiero que me hable con entera franqueza.

—Si no le conociera a usted, señorito Joaquín, y no supiera lo honrado y lo decente que es usted, si se tratara de cualquier otro, lo primero que pensaría es que iba usted de muy mala ley con esas dos pobres mujeres. Tratándose de usted, señorito Joaquín, lo que me figuro es que va usted engañado.

—¿En qué sentido?

—En el sentido de que se va usted a meter en un lío muy gordo, del que van ustedes a salir todos muy mal.

usted y ellas. ¿Qué cree usted que pensará la gente cuando vea que, sin más ni más, se va usted a vivir con dos chicas solteras?

—Que piense lo que quiera. Nosotros tendremos la conciencia tranquila, y eso basta.

—No basta, señorito Joaquín. En el mundo no basta ser bueno, hay que parecerlo. Además, ¿está usted seguro de que el demonio no las enredará? Al fin y al cabo son dos mujeres de buen ver y usted es un hombre joven... Mire usted, señorito Joaquín: si usted estuviera enamorado de una de ellas, yo le diría a usted, ¡qué caramba!, después de todo son ustedes libres, dueños de sus personas y no perjudican a nadie. De manera que, adelante con los faroles, y salga lo que salga... Todo está bien cuando se trata de cariño. Pero si no hay cariño de por medio, si a usted esas dos muchachas no le gustan, si lo hace usted sólo por compasión, ¿para qué se va usted a meter en un lío? Piénselo usted bien, señorito Joaquín, piénselo usted bien. Por cariño, todo. Por bondad, no. La bondad exagerada es a veces muy perjudicial. Créame usted, señorito Joaquín, que yo conozco mucho el mundo; no hay nada peor que ser demasiado bueno.

—Sí, sí; puede que tenga usted razón, pero no me puedo ya volver atrás: me he comprometido.

—Siempre hay tiempo para rectificar.

—¿Después de haberse hecho las pobres la ilusión?... No estaría bien. ¿Qué pensarían de mí?

—Lo que usted quiera, pero en este caso atienda usted por lo menos el último consejo. Múdense ustedes en seguida; váyanse a otro barrio donde no les conozca nadie. Es la única manera de evitar murmuraciones y malas lenguas. Aquí todo el mundo tendría que hablar. En otro barrio, aun puesto en lo peor, la gente lo aceptará como cosa hecha y no chocará a nadie.

—Puede que en esto tenga usted razón.

—Yo me creo que sí.

No hablaron más. A los ocho días Joaquín encontró en la calle de Juanelo un piso segundo con dos balcones, que rentaba once duros. Hizo el contrato a su nombre y se mudaron. Nadie le preguntó en aquella casa qué parentesco tenía con las dos mujeres. El, sin embargo, para no desentonar, se puso un traje oscuro y una corbata negra.

Con el dinero que sobró de las trescientas pesetas encontradas entre los forros del chaleco de don Fermín, después de pagar el entierro y la mudanza, y algunos ahorros que él tenía, Joaquín compró una cama de Viena, se arregló un despachito y vistió a las dos mujeres de pies a cabeza. Las prohibió terminantemente que siguieran haciendo encaje y quiso que tomaran criada, a lo cual se opusieron las dos rotundamente, alegando que para hacer las cosas de su casa no necesitaban a nadie, y que las criadas sólo sirven para llevar y traer chismes y enredos.

—En cuanto a lo segundo—dijo Joaquín—tienen ustedes muchísima razón; pero en lo que se refiere a lo primero, tarde o temprano, no habrá más remedio que tomarla, si, como yo espero, van viniendo más huéspedes.

—Bueno—contestó la Balbina—, pues cuando vengan ya lo pensaremos. Entre tanto, bien estamos así.

Joaquín no insistió por el momento, pero a los quince o veinte días, planteó de nuevo la cuestión.

—He hablado con un compañero de oficina que no se encuentra a gusto en la casa en que está. Le he expuesto las condiciones de la nuestra y parece que está decidido a venir. Mañana o pasado le traeré.

La Balbina contrajo el rostro con un gesto muy expresivo de disgusto y la Feliciana se levantó de la silla:

—Mire usted, Joaquín; yo le agradecería a usted mucho que no trajera a nadie. Al menos, por lo que a nosotras se refiere, no necesitamos a nadie. Vivimos muy a gusto solas con usted. Con lo que usted nos da tenemos suficiente. No aspiramos a más. Ahora, si es que usted quiere irse, eso ya es otra cosa.

—No, mujer; ¡yo que he de querer irme! Yo me encuentro muy a gusto aquí, pero es necesario prevenirlo todo. Hay que estar siempre en la realidad. Figúrense ustedes que un día cualquiera, contra mi deseo, por un traslado, por una enfermedad, por cualquier cosa, se quedaran ustedes solas otra vez. ¿Qué sería de ustedes? De ninguna manera debemos exponernos a esa eventualidad. Por eso yo quiero prevenirlo. El muchacho de quien les hablo es muy formal, muy serio; respondo de él. Si no fuera así, no me atrevería a recomendarlo. ¿Qué reparo pueden ustedes tener en admitirle? En último término, ¿no estoy yo aquí para mirar por ustedes y evitar, si fuese preciso, que nadie se propase?

—No es eso, Joaquín—insistió Feliciana—, con nosotras no se propasa nadie, ni en ese terreno necesitamos que nadie nos defienda. Nos bastamos nosotras.

—Entonces, ¿por qué?

—Pues... porque no queremos conocer caras nuevas.

—Todo eso son tonterías. Aquí se hará lo que yo diga, que será, en definitiva, lo único que tendrá sentido común.

Se despidió de muy mal humor y se fué a la oficina decidido a resolver el asunto con su compañero y arrancarle una contestación categórica. El otro, que estaba un poco rehacio, acabó por decirle:

—Querido Hernández, cuanto más amigos más franqueza. Yo quiero ir a esa casa, pero deseo antes saber, perfectamente bien, las condiciones en que voy, no resulte que luego por ignorancia *meta la pata* y tengamos un disgusto. ¿Usted con cuál de las dos está?

—¿Yo? Con ninguna.

—Entonces, ¿qué hace usted allí?

—Pues pagar mi pupilaje como en cualquier otro lado.

—Ta... ta... ta... ta...

—¡Ah! ¿De manera que usted pretendía ir a esa casa con la ilusión de...?

—¡Hombre, naturalmente! Si no, ¿para qué?

—Pues me alegro muchísimo saberlo, porque ya no va usted.

—Será porque usted no quiera.

—Claro que es por eso.

—¿Ve usted cómo es preferible plantear las cosas con entera franqueza?

—Tiene usted razón; es preferible.

Llegó a casa muy irritado, y en un arrebato de expansión y de sinceridad, relató lo ocurrido.

—¿Lo está usted viendo?—dijo la Feliciana—. ¿Ve usted cómo todos son unos sinvergüenzas?

—Sin saber por qué—agregó la Balbina—a mí me estaba dando en el corazón que ese hombre era un tío.

—Completo. Y, sin embargo, algo hay que hacer. Esto no puede seguir siempre así.

Las dos se quedaron mirando fijamente, pero ninguna le contestó nada. Por primera vez, desde que vivían juntos, la comida fué triste y silenciosa y no hubo sobremesa. En cuanto sorbió el café Joaquín se encerró en su despacho y estuvo leyendo hasta que le faltó la luz. Entonces se asomó al balcón. Desde él vio salir a la Balbina, cruzar la calle y doblar la esquina de Mesón de Paredes. Poco después, y sin que se diera apenas cuenta, una sombra se reclinaba junto a él sobre la barandilla del balcón.

—Joaquín, tengo que hablar un momento con usted.

—Usted dirá, Feliciana.

—Usted quiere irse. Usted no se encuentra a gusto con nosotras.

—¿Yo?

—Sí, Joaquín; usted está arrepentido, pesaroso de lo que ha hecho. Es natural. Somos una carga demasiado grande para usted. Usted empieza a comprenderlo y no sabe cómo desprenderse de nosotras. Y yo voy a facilitarle a usted la solución.

—No diga usted tonterías, Feliciana.

—No, Joaquín, no son tonterías; desgraciadamente es la verdad. Usted está harto de nosotras. Hizo usted lo que hizo en un momento de compasión, de lástima, y ahora está arrepentido; tiene usted miedo de comprometerse, cree usted que esto puede atarle para toda la vida... Y en esto está completamente

equivocado. Usted es libre y nosotras también. Nada hay que nos sujete... Puede usted irse cuando quiera. Ya nos las arreglaremos como podamos.

—¡Pero qué majaderías está usted diciendo! ¿A qué viene todo esto?

—Viene a que yo soy muy agradecida ¿sabe usted?, muy agradecida, pero soy también muy orgullosa. Yo soy capaz de dar hasta la vida por corresponder a lo que se hace conmigo de buena voluntad, pero por sacrificio, por obligación, no quiero nada...

—¿Y quién le ha dicho que sea por sacrificio?

—Su actitud de usted.

—¿Mi actitud? ¿Y cuál es mi actitud?

—La de un hombre que no quiere enterarse de lo que por él estoy sufriendo.

—¡Feliciana!

—Joaquín, yo te quiero con toda mi alma... Si tú no estás a gusto, si crees que te salimos demasiado caras, si no puedes con este gasto, no nos des nada... Yo no necesito nada de ti. Ya nos las apañaremos como podamos. ¡Pero no me dejes, Joaquín de mi alma, no me dejes, que yo no puedo vivir sin ti!

Instintivamente se habían ido separando del balcón. Ya en el despacho, envueltos en las sombras del crepúsculo, Joaquín sintió que unos brazos le anudaban el cuello y unas lágrimas tibias le mojaban la cara.

IX

Cuando Balbina regresó de la calle los encontró abrazados todavía. Tan embelesados estaban en su amor, tan embaídos en su felicidad, que no oyeron el ruido de la llave, ni el abrir y cerrar de la puerta, ni las pisadas en el pasillo, ni se dieron cuenta de que había entrado en la habitación hasta que la tuvieron delante. Los tres se quedaron a cual más aturdido y más confuso. Feliciana sentada en las rodillas de Joaquín, las mejillas arreboladas, alborotados los rizos del flequillo; Joaquín la corbata deshecha, los ojos muy brillantes, y Balbina recostada en el marco de la puerta, inmóvil como una estatua, pálida y temblorosa. Hubo un instante de angustioso silencio. Feliciana fué la primera en reponerse. Con un esfuerzo poderoso hizo una mueca que pretendía ser una sonrisa y, poniéndose en pie, dijo a su hermana:

—Perdona, rica; no te esperábamos tan pronto.

Balbina ahogó un suspiro, se mordió los labios, dió media vuelta y desapareció. Joaquín se levantó muy disgustado.

—Por Dios... ¡qué tontería hemos hecho!

Feliciana le miró estupefacta.

—¿Cuál ha sido la tontería?

—Hombre, esto de tu hermana. ¿Qué necesidad había de que se enterase? Ha sido una imprudencia.

—¡Pchs... qué le vamos a hacer! Así como así, tarde o temprano tenía que saberlo... Puede que yo se lo hubiera dicho esta misma noche. Más vale que se haya enterado ella sola. Así me ahorro la mitad de las explicaciones.

—¿Qué pensará tu hermana? ¿Por dónde se saldrá?

—¡Ay, hijito!, que se salga por donde quiera. Me da lo mismo. Yo hago lo que me da la gana. ¡Pues no faltaba más! ¡Hasta ahí podrían llegar las cosas!

—Figúrate tú que se disgusta.

—Pues tendrá dos trabajos, porque esto es como la leche de oveja: se toma o se deja.

—Me parece que haces mal en ponerte así. Vais a tener un disgusto.

—¡Pues no te preocupas tú poco! ¿A que va a resultar a última hora que estás enamorado de mi hermana?

—No digas tonterías.

—Joaquín de mi alma, no me hagas padecer, que yo te quiero mucho.

Joaquín le cogió la cara, la dió un beso muy fuerte y para evitar nuevas imprudencias encendió la luz.

Balbina se había encerrado en su cuarto. Dijo que le dolía mucho la cabeza y no quiso cenar. Comieron, pues, solos Feliciana y Joaquín, al principio

algo violentos, afectados por la impresión del reciente disgusto, temerosos a cada instante de que Balbina volviera a surgir inopinadamente; más poco a a poco el deseo y la confianza fueron desvaneciendo los temores y acercándolos el uno al otro; juntaron las sillas, juntaron los cuerpos, juntaron las bocas y la cena acabó en amoroso y dulce idilio. Después de haber bebido por última vez en la misma copa y endulzar el sorbo con el último beso, Feliciana le dijo a Joaquín:

—¿Tú qué vas a hacer ahora?

—Lo que tú quieras.

—Bueno; pues mira: acuéstate. Yo voy a ver si convenzo a mi hermana.

—Pero por las buenas, ¿eh?, por las buenas. No vayas a echarlo todo a rodar.

—Déjame, mi vida, que yo se lo que me hago.

Joaquín no insistió. Encendió un pitillo, se fué a su despacho, se asomó al balcón, se acodó sobre la barandilla y estuvo largo rato entretenido en mirar el desfile de los transeúntes. De pronto una violenta ráfaga de aire le sacudió con un escalofrío; se apartó del balcón y se acostó. Como no tenía sueño, cogió un libro que había sobre el mármol de la mesa de noche—un tomo de una edición barata de las obras completas de Balzac—y trató de leer inútilmente, porque la atención sobreexcitada con los acontecimientos del día no estaba para delectaciones literarias ni análisis de ajenas complejidades psicológicas que, por muy atractivas que fuesen, no llegaban a igualar el capítulo real que en aquellos instantes él estaba viviendo. Entornó el libro y con un dedo entre las páginas, levantó la cabeza y aguzó el oído. No se oía nada, ni una palabra, ni el más leve rumor. Llegó a sospechar si Feliciana se habría acostado como todas las noches, en su cama de siempre, junto a la de Balbina y aunque esta determinación le parecía la más lógica, perfectamente natural, incluso la más digna, la sospecha le hirió con el dolor de un desengaño: el primer desengaño del amante cuando la amada falta a la primera cita. Pero en el momento en que ya resignado iba a matar la luz para intentar dormirse, se abrió la puerta y entró Feliciana. Se acercó de puntillas a la cama, se sentó en el borde, y le dijo:

—Ya he convencido a mi hermana.

—¿Qué le has dicho?

—Pues que yo te quiero mucho, que tú me quieres mucho a mí y que no hay nada en el mundo que nos separe.

—Y ella, ¿qué ha dicho?

—Nada; ¿qué iba a decir?

Se echó de pechos sobre él, y le besó en la boca.

—¡Joaquín de mi alma..., nene..., mi vida!..., ¿verdad que me quieres mucho?

Joaquín sin contestarla la estrechó contra su corazón. Ella apagó la luz y empezó a desnudarse. Se desnudó tan de prisa que cuando él quiso recordar la tenía en los brazos.

X

Nada hay en amor más agradable que las sorpresas de lo desconocido. ¡Quién había de decirle a Joaquín que aquella pobrecita mujer tan insignificante en apariencia iba a revelarle en el secreto de la intimidad tan dulces y sabrosos encantos: desde el prodigio de la piel, turgente y fina como un traje de seda, hasta el torrente caudaloso de apasionamiento y de ternura con que su amor se desbordó! Fué por lo grata tan desconcertadora la sorpresa que al despertar al día siguiente y verse solo tuvo que hacer un esfuerzo de memoria para cerciorarse de que no había soñado. Nunca se había sentido tan satisfecho de vivir. Se vistió cantando, almorzó con grande apetito y se fué al Ministerio llena la imaginación de azules esperanzas y el corazón rebosante de sanos optimismos.

Pero no había hecho más que llegar al Negociado y sentarse ante la mesa, cuando un ordenanza entró a advertirle:

—Señor Hernández, aquí fuera hay un muchacho que pregunta por usted.

Salió al pasillo y se encontró con el chico de la portera.

—¿Qué hay?

—La señorita Feliciana, que vaya usted en seguida a casa.

—¿Qué ocurre?

—No sé. A mí sólo me han dicho que vaya usted en seguida.

—Bueno, di que allá voy.

Cogió el sombrero y salió disparado. Se plantó en la calle de Juanelo en diez minutos. Feliciana en persona salió a abrirle. Estaba la pobre mujer tan pálida, tan descompuesta, tan nerviosa, que Joaquín, al verla, se quedó sobrecogido, con el presentimiento doloroso de algo muy desagradable.

—¿Qué pasa?

Ella se echó a llorar, y entre lágrimas, ayes, suspiros y sollozos, le contó lo ocurrido.

La noche anterior, en la conversación que tuvo con Balbina, creyó haberla dejado, si no convencida, por lo menos resignada y condescendiente ante la nueva situación, inevitable ya, del hecho consumado. Sólo, en este sentido, pudo ella interpretar las ardientes lágrimas, el estrecho abrazo y el largo y dulcísimo beso que coronaron la entrevista. Las últimas frases con que las dos se despidieron: «¿Verdad, chatita, que no me guardas rencor?» «No, ¿por qué?... Si tú le quieres y él te quiere a ti... Anda, vete; vete con él.» ¿Qué otra significación podían tener que esta del consentimiento y la conformidad? Pero esta mañana se levantó Balbina con una cara tan demacrada, tan desencajada, con una expresión tan extraña en los ojos, que Feliciana, al verla, se asustó. «¿Qué tienes?», le dijo queriéndola coger las manos. Balbina se desprendió con una brusca sacudida y contestó muy seca: «No tengo nada. ¡Déjame!» Se vistió y se marchó a la calle. Volvió a subir al poco rato y se encerró en su habitación. Como tardara en salir, Feliciana entró a ver lo que hacía. Tenía un vaso en la mano y con una cuchara removía el líquido. Al entrar Feliciana, instintivamente trató de ocultarlo, y este movimiento instintivo fué el rayo de luz. Se arrojó sobre ella: «¡Qué vas a hacer! ¿Qué has echado ahí?» Balbina rompió a llorar: «¡Déjame!... ¡Déjame!...»

Se abrazaron y estuvieron llorando mucho tiempo juntas.

—¡Hermana mía, hermana de mi alma!, ¿qué ibas a hacer?

—Matarme para que seáis felices... Conmigo no lo podréis ser nunca. Yo también le quiero. Le quiero todavía mucho más que tú...

Joaquín la oía aterrado. Pálido, tembloroso, escuchaba la relación sin saber qué decir. Ella le miró fijamente, intensamente, y al ver que no la contestaba agregó resuelta y decidida:

—Ya comprenderás, Joaquín, que después de lo que ha sucedido, tú y yo no podemos continuar. Yo te quiero mucho, muchísimo, con toda mi alma: pero yo no puedo sacrificar a mi hermana. Además, tú la quieres a ella..., la quieres más que a mí... Aquí no hay más que una solución. Yo soy la que debe sacrificarse. Yo me voy.

Se abrió la puerta y entró Balbina.

—¡No, no, no, no... eso no! Soy yo la que se va.

—Soy yo.

—Yo.

—¡Pero no estás viendo que es a ti a quien te quiere!

—No, que es a ti.

—Soy yo la que estorba; la que debe irse.

—No, no; soy yo la que se va.

Las dos lo decían muy humildemente, pero muy firmemente, muy afligidas, pero muy convencidas, llorando a todo llorar. Joaquín se interpuso entre las dos, irguió la frente y dió un tremendo puñetazo sobre la mesa.

—Aquí no se va nadie. Ni tú... ni tú. Aquí no se sacrifica nadie por nadie. Aquí os quedáis las dos, juntas, unidas, queriéndoos como siempre, como buenas hermanas. Aquí no hay más que uno que deba marcharse, y soy yo.

Las dos le miraron aterradas.

—¡Joaquín!

—¡Joaquín!

El se puso muy pálido; vaciló un momento; se pasó la mano por los ojos y por fin:

—No; tenéis razón. Yo no me puedo

marchar tampoco. Sería una cobardía y una canallada. Os habéis confiado a mí y yo no puedo abandonaros. Pero yo no quiero envidias, ni llantos, ni disgustos, ni celos. Para mí no hay una que valga más que la otra. Las dos sois iguales para mí. A las dos os adoro de la misma manera. Si me quedo ha de ser con esta condición ¿Queréis que me quede?

—¡Quédate, Joaquín!

—Sí, Joaquín, ¡quédate!

EL MISTERIO DE LOS OJOS CLAROS

I

Era la una y media de la tarde. Me acababa de quitar los puños y la americana para lavarme las manos antes de comer, cuando sonó un campanillazo tan estrepitoso y tan violento, que no pude reprimir un apóstrofe de indignación. ¡Qué barbaro! Y tal como estaba, en mangas de camisa, me lancé a la puerta decidido a dar al mal educado visitante una lección de cortesía.

Pero no hubo modo, porque no hice más que abrir, y se me apareció una criada descompuesta y nerviosa.

—Mi señorito, que si puede usted subir un momento, que la señorita se ha puesto muy mala.

Y sin aguardar contestación echó a correr escaleras arriba. La tuve que llamar.

—¡Eh, muchacha, muchacha..., que no me ha dicho usted en dónde es!...

Se dobló sobre la barandilla.

—¡Ay, es verdad!... Usted perdone... Estoy como tonta. Aquí en el segundo, en este mismo lado. Por Dios, suba usted en seguida, que está muy mala.

Oí el ruido de una cerradura, el abrir de una puerta y otra voz de mujer aflautada y chillona.

—¿Qué es eso, Agustina? ¿Qué pasa?

—¡Ay, doña Lola, mi señorita que se nos muere!

—¡Qué dice usted, mujer!...

—¡Ay, sí, sí!..., que está muy mala..., que yo la veo muy mala.

—¿Pero qué ha sido?

—Si no lo sé... Si no lo sabemos. Se nos ha quedado como muerta... Doña Lola, por Dios, haga usted el favor de pasar, que está mi señorito solo.

—Allá voy..., voy en seguida... ¡Jesús!... ¡Jesús!...

Sonó la barandilla con un largo trémolo; hubo un rápido repiqueteo de tacones, un revoloteo de faldas, un portazo, y la voz aflautada se perdió en los pasillos con la repercusión de un eco que se extingue: «¡Jesús!... ¡Jesús!... ¡Jesús!...»

Volví a entrar en casa, y mientras me vestía de nuevo, llamé a la cocinera:

—Ramona, ¿quién vive arriba?

—¿Dónde? ¿En el segundo? Un matrimonio, los señores de Aguilar. El está empleado en un Banco. Es un señor muy raro, todo calvo, con una nariz muy larga. Le habrá usted encontrado muchas veces en la escalera.

—Me acaban de avisar que la señora se ha puesto enferma.

—¿Doña Carmen?

—¿La conoce usted?

—De vista. También el señorito debe conocerla. Es una morena muy simpática, con unos ojos muy grandes, siempre vestida de negro.

—¡Ah! ¿Es ésa? En efecto; parece muy simpática.

—Y muy buena. En la vecindad todo el mundo la quiere muchísimo. ¡Pobre doña Carmen!... Y ¿qué es lo que tiene?

—No lo sé. La muchacha no ha sabido explicarse. ¿No la ha oído usted?

—Oí que llamaban; pero como salió el señorito a abrir, no hice caso. Me quedé friendo las patatas, y con el ruido de la sartén no se oye.

—Bueno, pues hasta luego. Vuelvo en seguida.

—Señorito, baje usted pronto, que están las patatas fritas y se van a poner hechas una lástima.

—En cuanto me dejen.

Gané en dos saltos el tramo de escalones y llegué al segundo. La puerta del cuarto estaba abierta, y en el recibimiento no había nadie; pero como la distribución de la casa era igual que la mía, me lancé resueltamente por el pasillo. En medio de él encontré a la criada.

—Señorito, aquí está el médico. Señor doctor, pase usted por aquí.

El marido salió a recibirme.

—Usted perdone, vecino, que le importune con tanta prisa... Acaso estaría usted comiendo... Pero se trata de un caso de urgencia. Yo le ruego...

—Nada de cumplidos. Dígame qué pasa.

—Mi mujer se me ha puesto enferma de pronto. Debe ser un síncope, un ataque al corazón, una apoplejía...; no lo sé. Habíamos concluido de comer, estaba tan tranquila, y de pronto se me ha quedado como muerta.

—¿Se ha caído?

—No, señor; estaba en la butaca y ha seguido en ella en la misma postura, con los brazos extendidos, los ojos muy abiertos..., toda rígida. Al principio yo creí que era un síncope; la llevé a la cama, la aflojé los vestidos, la eché un poco de agua...; pero llevamos más de media hora y no vuelve en sí.

—¿Quiere usted que la veamos?

—Sí, sí, ya lo creo. Ahora mismo. Para eso precisamente le he molestado... Hágame el favor..., por aquí.

Me condujo a la alcoba. La enferma estaba tendida en la cama, boca arriba, inmóvil, desatadas las cintas de las ropas, floja la falda, desabrochada la blusa y el corsé. Era una mujer alta, bien formada, morena, de un moreno pálido y traslúcido, como de cera, como de porcelana. Procedí en el acto a reconocerla, y aunque desde el primer instante todos los síntomas me dieron la impresión clara de un caso cataléptico, no quise, sin embargo, aventurarme a diagnosticar sin tener previamente la convicción profunda. Fué, pues, el examen muy detenido y muy completo. El marido, a los pies de la cama, recostado en la barandilla, seguía ansiosamente mis operaciones sin atreverse a hablar ni a interrogarme, un poco desconcertado ante la minuciosidad del reconocimiento.

A medida que avanzaba en él me iba convenciendo más y más. No cabía duda: era una catalepsia. Los síntomas no podían estar más precisos ni más determinados: la tonacidad de los músculos: la impasibilidad cérea de la cara; los movimientos regulares del corazón; el pulso casi normal; la respiración absolutamente tranquila. Era interesante el caso, y más interesante aún la mujer. Desde luego me pareció mucho más hermosa que cuantas veces la encontré en la escalera. Los ojos, sobre todo, tenían una expresión indefinible, un no sé qué misterioso y extraño que, a pesar mío, me sugestionaba y me atraía. Muy grandes, muy rasgados, muy abiertos, muy fijos, como si mirasen más allá de las cosas, parpadeaban y lloraban ¡llanto abundante, que corría por las mejillas sin un gesto, sin una contracción! Y era aquel llanto la única sensación de vida en aquel rostro de cera todo muerto. Y era en el fondo de aquellas pupilas impasibles donde se había refugiado el misterio. Recordé haber leído —por lo que a mí se refiere, declaro con toda sinceridad que jamás se me presentó ocasión de comprobarlo clínicamente—que hay casos en los cuales a pesar del ataque sigue persistiendo el funcionamiento mental: sensaciones, procesos de ideación, sensibilidades afectivas, determinaciones voluntarias... ¿Sería este caso de ésos? ¿Tendría esta mujer noción de cuanto le ocurría? Y si era así, ¿qué lucha se libraba tras la marmórea impasibilidad de aquel rostro de esfinge? ¿Qué terrible misterio se escondía en el abismo de los ojos claros?

Me sacó de mis meditaciones la voz suplicante del marido:

—Bueno... ¿qué?

Sin contestar le cogí del brazo y me le llevé de la alcoba.

—Cuénteme usted cómo ha ocurrido esto.

—Pues... nada...; lo que antes le dije: no tengo nada que añadir. Habíamos acabado de comer, muy bien, muy contentos..., como siempre. Mi mujer se sentó en la butaca, cogió un periódico y se puso a leer. Yo seguí en la mesa haciendo pitillos. De pronto, alzo la cabeza, la miro y la veo con la nuca en el respaldo de la butaca, los ojos muy abiertos, los brazos extendidos, como si todavía sujetara el periódico, y el periódico caído en el suelo. Me levanto, me acerco, la llamo... «¡Carmen!... ¡Carmen!...» No me responde... Entre la muchacha y yo la llevamos a la cama, la desato la ropa, la aflojo el corsé..., la echo agua..., recuerdo que hay un médico en la vecindad, y le llamo a usted.

—¿Ha tenido algún disgusto esta señora..., algún susto..., una emoción violenta?...

El pobre hombre me miró asombrado.

—Absolutamente ninguno.

—¿Está usted seguro?

—Que yo sepa al menos... Estos días pasados parece que sí, en efecto, la noté un poco disgustada... Pero hoy, no. Hoy estaba más contenta que nunca.

Había tal ingenuidad en sus palabras, que me dejó azorado. Y rápidamente, para rectificar la indiscreción, si es que la había, proseguí:

—¿Es la primera vez que le sucede esto?

—La primera.

—¿No ha sufrido nunca ataques nerviosos, síncopes?

—No, señor.

—¿No ha observado usted en ella manifestaciones histéricas?

—Ninguna. Es decir, sí; he observado algunas cosas raras. Mi mujer ha sido siempre muy excitable y muy nerviosa. Sobre todo de algún tiempo a esta parte, la noto un poco..., no sé cómo decirle a usted..., un poco... extraña. Tan pronto está contenta como triste. Salta de una alegría estrepitosa, impropia de su formalidad y de sus años, a una melancolía agresiva y huraña, que la hace huir de todo el mundo, hasta de mí..., y todo ello de pronto, sin motivo justificado, sin causa que lo explique... Canta, llora, ríe..., me suscita disgustos sin venir a cuento... Algunas veces no he podido contenerme y se lo he dicho: «Hija mía, yo creo que estás loca.»

—¿Qué edad tiene su mujer de usted?

—Treinta y dos años.

—¿Hace mucho que se casaron?

—Nueve.

—Y... ¿desde cuándo viene usted observando en ella estas... anomalías?

—¡Ah!, pues desde hace poco..., relativamente muy poco..., unos dos años...

—¿No han tenido ustedes hijos?

—No, señor.

Un taconeo estrepitoso nos obligó a volver la cabeza, y como un ciclón entró en el gabinete una mujer desencajada y trémula.

—¿Qué pasa?... ¿Qué ha ocurrido?... Me acaban de avisar... ¿Qué tiene mi hermana?... ¡Carmen!... ¡Carmen!... ¿En dónde estás?

Entró en la alcoba y se arrojó sobre la enferma, estrujándola entre los brazos, comiéndosela a besos.

—¡Carmen, mi Carmen!... Soy yo... ¿No me conoces? Contéstame... Soy yo..., Luisa... Tu hermana—rompió en un sollozo y se dejó caer sobre la almohada—. ¡Carmen!... ¡Carmen!... —luego se incorporó y me miró a la cara—: ¿Qué es esto?

—Un ataque de catalepsia, señora.

—Bueno, ¿pero esto es... es grave?

—No, señora... tranquilícese usted. Afortunadamente no hay gravedad, ni muchísimo menos.

—¿De veras?

—De veras.

—No me engañe usted. Digame toda la verdad. Yo soy muy fuerte.

—Le digo a usted, señora, que puede estar completamente tranquila.

Alzó los ojos y exhaló un suspiro.

—Dios le oiga a usted.

Para acabar de tranquilizarlos del todo los llamé aparte y en voz baja les expuse el caso con todo el detalle que me fué posible.

Mi explicación debió satisfacerles, sobre todo a ella, porque a medida que

yo hablaba, su rostro iba poco a poco cambiando de expresión, se suavizó la rigidez de sus facciones y sus ojos llorosos se quedaron secos. El marido, más ecuánime, se limitaba a mover la cabeza y asentir.

—¿De manera—me preguntó ella cortando impaciente mis explicaciones—, de manera que no se puede predecir cuánto durará esto?

—No, señora.

—¿Y no se puede hacer nada para que termine, para que esta mujer vuelva en sí?

—Nada... Esperar.

—Pero ¿nada?.... ¿nada?... ¿Absolutamente nada?

—Nada.

—¡Qué raro!

Me miraron los dos con tal desconfianza, que no pude menos de decirles:

—Ustedes, seguramente, tendrán médico de cabecera.

—No...; es decir, sí, tenemos el de la sociedad, pero no sabemos quién es... Como, gracias a Dios, no le hemos necesitado nunca...

—No importa. Podrían ustedes llamarle. Para mí no hay molestia ninguna. Al contrario; me satisfaría mucho que otro compañero la viese... y hasta, si ustedes quieren, yo no tengo inconveniente en cambiar impresiones con él... Acaso yo esté equivocado.

El marido me miró un poco inquieto.

—¿Usted cree necesario celebrar consulta?

—Por mi parte, no. Ya les he dicho que de no sobrevenir complicaciones, que no espero, el caso no me parece que ofrezca gravedad. Pero, en fin, para mayor tranquilidad de ustedes...

—No, no..., de ninguna manera... Si usted no lo cree necesario...

La hermana intervino.

—Bueno, entonces..., ¿qué hacemos?

—Nada, esperar. Desnúdenla, acuéstenla, y... ya veremos... Si el ataque, como es de esperar, dura poco, no hay nada que hacer. Si, desgraciadamente, se prolongase, ya veríamos la manera de alimentarla; en fin, yo, con el permiso de ustedes, me voy a comer y volveré dentro de un rato.

—¿Volverá usted, doctor?

—Volveré.

Me acompañaron los dos hasta la puerta. Cerca de ella, en el extremo del pasillo, nos salió al encuentro la vecina de la voz chillona.

—¿Pero qué es eso, don Felipe?... ¿Qué tiene su señora?... Me acaba la muchacha de contar... ¡Pobre doña Carmen!... Dígame dónde está... ¿Se la puede ver?

—Si, doña Lola; pase usted por aquí.

Ante la puerta entornada de la calle la hermana y yo nos quedamos un momento indecisos. Nos dimos la mano y nos miramos a los ojos con el deseo de decirnos algo.

—Doctor, suba usted pronto. ¡No la abandone usted!

Sin contestarla me incliné hacia ella, y en voz baja, muy quedo:

—Usted quiere mucho a su hermana, ¿verdad?

—Sí, mucho.

—Usted conoce todos sus secretos.

Se echó a temblar y se puso muy pálida.

—Sí..., ¿por qué?

—Su hermana de usted ha debido sufrir esta mañana una emoción muy fuerte.

—¿Usted cree?...

—Una emoción muy violenta..., un disgusto muy grande... Usted, que conoce todos los secretos de su hermana, ¿ve la posibilidad de que, en efecto, haya podido tener un disgusto?

Me estrujó las manos y me clavó las uñas.

—Por la Virgen, doctor, ¡ni una palabra!

II

A juzgar por los informes de Ramona, únicos antecedentes que por el momento me era dable inquirir, la señora de Aguilar era lo que se llama una santa mujer. Muy seria, muy formal, muy trabajadora, muy limpia, muy ama de su casa, muy cariñosa con la servidumbre, muy buena con todos, muy amante de su marido, constituía un ejemplar admirable de per-

fecta casada. En este último punto del amor al marido hice gran hincapié con Ramona, aunque, naturalmente, con toda la necesaria discreción para que no pudiese traslucir mis sospechas. Los informes fueron definitivos. Se quieren mucho, *se llevan* muy bien. Podrá haber, ¿cómo no?, esas pequeñas rencillas, esas insignificantes disputas que tienen que surgir forzosamente entre dos personas que conviven bajo el mismo techo; pero son disgustillos pasajeros, nubes de verano que no dejan huella. En los seis años que viven en la casa no se les ha oído una palabra más alta que otra, ni un escándalo, ni una riña, ni una disputa seria..., nada. Y eso que él es bastante raro; gruñón, cominero, métomeentodo; miserable y tacaño, toma la cuenta a las criadas, lleva el cargo de todo; no tolera que se gaste un céntimo sin su autorización. Otra mujer estaría con su marido así sacrificada, protestaría y se rebelaría; ella, no; ella calla, se conforma, no dice nada, deja hacer... Es una señora muy sencilla, sin pretensiones; viste siempre de negro, muy modesta, con un velito... Sale muy poco; algún que otro día a hacer una visita..., a casa de su hermana; los domingos, a misa y por la tarde a paseo con su marido. Se acuestan temprano; de diez a diez y media. Se tratan con poquísima gente. Con la vecindad, lo estrictamente necesario. «Buenos días... Buenas tardes...» Una santa mujer; lo que se dice una santa mujer.

Estos son los informes de Ramona, informes definitivos, de una importancia verdaderamente trascendental si se tiene en cuenta que mi cocinera posee, la pobre, una de las lenguas más malitas que hay en este mundo. Para ella no hay acto noble ni conciencia limpia, hombre bueno ni mujer honrada; todos son iguales; todos caen heridos y maltrechos bajo los dardos venenosos de su malicia y su perversidad. ¿Qué fuerza, pues, tan poderosa de virtud acoraza a esta santa mujer para que en ella se emboten las suspicacias viperinas de la murmuración y del descrédito? ¿Qué vida tan diáfana, tan transparente es ésta que ni siquiera una sospecha la consigue manchar? ¿Puede llevarse la hipocresía hasta el límite de engañar, de desorientar a todo el mundo? ¿Es posible que toda una vida de humildad, de bondad, de resignación, de mansedumbre, no sea más que una máscara de fingimiento y de mentira? Pero si no es así, si verdaderamente la historia de esta mujer es intachable y limpia, si no hay en ella más que la que se ve, ¿por qué la actitud de terror de su hermana? ¿A qué su gesto suplicante «¡Por la Virgen, doctor, ni una palabra!»? Ni una palabra ¿de qué? ¿Qué historia es ésta de la que no se puede hablar? ¿Qué dolor es éste tan intenso y tan hondo, y tan intenso y tan callado, que hasta la carne se conjura para no revelarle? ¿Qué hay tras la inexpresiva inamovilidad de aquel rostro de cera? ¿Qué visión trágica han tenido esas pupilas que después de ella se han quedado impasibles como si mirasen más allá de las cosas? ¿Qué terrible misterio se ha escondido en el abismo de los ojos claros?

A las seis de la tarde volví a subir a casa de la enferma. En el gabinete había tres o cuatro señoras. A juzgar por sus trajes caseros, debían ser todas de la vecindad. Y, en efecto, lo eran. En cuanto me fijé un poco, recordé haberlas visto en la escalera o asomadas a los balcones. No había ningún hombre; ni siquiera el marido. Este detalle, al principio, me sorprendió bastante; pero un rumor de voces que venía del otro extremo de la sala me hizo comprender en seguida que los hombres estaban en el despacho.

Entré sin anunciarme. Como siempre, se produjo ese inevitable momento de estupor que causa en todas las casas la presencia del médico. Cesaron las conversaciones, y todos los ojos se clavaron en mí. ¡Cuanto trabajo me ha costado acostumbrarme a estos silencios largos, a estas mudas interrogaciones de los ojos en las casas de los enfermos! Pasé de largo y me metí en la alcoba. Luisa, la herma-

na, me aguardaba ya. Sin boa y sin sombrero me pareció más hermosa y más joven. Miré a una y a otra para comparar. Eran iguales: el mismo tipo, el mismo gesto, la misma cara, los mismos ojos. Me asaltó una duda: ¿cuál de las dos sería la mayor?

—¿Sigue lo mismo?

—Igual, doctor.

—¿No se ha movido?

—Nada.

Me acerqué a la enferma, la pulsé, la auscultó, moví sus brazos. Verdad; todo seguía igual, la misma tonacidad de los músculos, la misma impasibilidad cérea de la cara, la misma regularidad en los movimientos fisiológicos.

—¿Le han cerrado ustedes los párpados?

—Yo, doctor. Me dió miedo ver sus ojos tan abiertos. Pero es el caso que ahora, así, me da más miedo aún. Me parece que está muerta.

—Vuélvaselos a abrir.

—No me atrevo.

—¿Quiere usted que los abra yo?

—No..., no...; déjela usted así... Así me hago la ilusión de que está dormida.

—Y lo está. Después de todo, esto no es más que un sueño.

—¡Ay!, pero demasiado largo. Y eso que...

—¿Qué?

—Nada.

Bajé la voz.

—¿Qué había usted pensado?

—No... Nada.

—Sí... Había usted pensado algo.

—No, de verdad...; nada... ¿Qué quería usted que pensase?

—¿Quiere usted que se lo diga yo?

—¿El qué...?

—Había usted pensado que hay sueños de los que acaso valdría más no despertar.

—¡Chist!... ¡Por Dios!

Volví al gabinete, dispuesto a despedirme.

—¿Se va usted, doctor?

—Si usted no dispone otra cosa...

—Espere un momento; llamaré a mi cuñado.

—No, ¿para qué? Déjele. Desgraciadamente, no tengo nada nuevo que decirle. Como usted ve, todo sigue lo mismo. Esta noche volveré.

Dió un grito de alegría.

—¿Volverá usted? Sí, sí; no deje de venir. Suba pronto. Cuando está usted aquí me encuentro más tranquila.

Una de las señoras me interrogó:

—Diga usted, doctor: ¿a qué cree usted que puede obedecer este ataque?

—Dice mi marido—intervino otra—que estas cosas responden casi siempre a una impresión violenta, a un susto..., a una emoción... Pero aquí no ha habido nada de esto.

Instintivamente miré a Luisa. Sus ojos se clavaron en mí tan suplicantes, tan anhelantes, que me desconcerté. Tuve necesidad de acudir a un pitillo para reponerme. Ya más tranquilo, más dueño de mí:

—Señora, la catalepsia, como la mayoría de las manifestaciones histéricas, es para nosotros una afección que está todavía envuelta en los velos impenetrables del misterio. Conocemos sus síntomas, pero no sabemos una palabra de sus causas. Hay catalepsias por hipnotismo. Hay catalepsias autoprovocadas. Basta mirar con insistencia un objeto brillante, concentrar la vista en un punto fijo. Los faquires indios caen en ella mirándose el ombligo, y los frailes del monte Athos contemplándose la punta de la nariz. Luego está el histerismo. El histerismo, señora...

Metido ya en este campo, no hay que decir que solté rienda suelta y galopé a mis anchas. Tan amena salió la conferencia, que nos dieron las ocho de la noche.

Cuando me despedí, Luisa me estrechó las manos. Fué aquel apretón de manos todo un testimonio de agradecimiento.

III

Ramona tenía razón. El señor de Aguilar era, en efecto, un hombre un poco raro. Dos detalles sueltos que sorprendí en él en cuanto puse aquella noche los pies en su casa, me hicieron

comprender la exactitud de los informes de mi cocinera. Fué uno el empeño tenaz y sistemático que el buen señor ponía en no consentir que hubiese más luces encendidas que las estrictamente necesarias para no romperse la cabeza. Fué el otro el gesto huraño, el tono autoritario y desabrido con que trataba a las señoras, empezando por su cuñada. Si lo primero podía tener disculpa en un exceso de economía doméstica, lo segundo era una falta de educación y de galantería que me molestó mucho. Yo tengo una opinión muy lamentable de los hombres que tratan severamente a las mujeres y a los niños; me parece que donde no hay ternura no puede haber bondad. Yo no diré que este criterio, al elevarlo a la categoría de regla general, no se convierta en una apreciación injusta y gratuita; pero soy así, no puedo remediarlo; hombre que trata mal a las mujeres y a los niños para mí es un ser despreciable. Todo esto quiere decir, naturalmente, que el señor de Aguilar no me fué muy simpático. Si se hubiera tratado sólo de él, mi estancia en la casa no habría durado más de tres minutos. Pero, en cambio, las dos mujeres me atraían con una fuerza irresistible. ¿Cuál de las dos me atraía más? Las dos. Eran tan iguales, tan parecidas, tan exactas, que mirándolas tuve un momento de alucinación y llegué a creer en un desdoblamiento: me pareció que no era más que una, una sola que aparecía y desaparecía ante mis ojos, al esfuerzo poderoso de mi evocación, unas veces viva y otras veces muerta.

¡Qué laberintos tan intrincados y tan recónditos tiene esta fuerza misteriosa de la simpatía! Yo no conocía a ninguna de aquellas dos mujeres; no sabía ni una palabra de su historia, jamás hasta entonces me las había encontrado en el camino de mi vida, y, sin embargo, me consideraba como ligado a ellas; diríase que estábamos sujetos por un lazo muy fuerte, por un afecto muy antiguo, de muchísimos años. Cuanto más las miraba más increíble me parecía que no nos hubiéramos visto nunca. Yo habría jurado que habíamos hablado mucho y muchísimas veces.

Un condiscípulo mío que tiene acerca de las cuestiones afectivas ideas un poco extravagantes, pero muy consoladoras y muy bellas, cree que los pensamientos revolotean como las mariposas; dice que cuando en el espacio se encuentran, chocan y se repelen si son contrarios; se juntan, se confunden, se abrazan y se besan si son afines. A partir de aquel día, siempre que salen a revolotear se buscan como dos amigos que se dieran cita; más claro: dos personas se ven por vez primera y se encuentran mutuamente simpáticas, es que sus ideas se encontraron antes y coincidieron, charlando mucho, se hicieron amigos y se revelaron todos los secretos. Por eso hay personas que al encontrarse por primera vez, a pesar de no haberse visto nunca, se conocen perfectamente y no tienen nada que decirse: es que sus ideas-mariposas, en sus locos revoloteos, ya se lo habían dicho todo.

¿Será verdad esta bella teoría? ¿Por qué no? ¿Qué inconveniente hay para que no lo sea? ¿Qué sabemos nosotros de la vida afectiva? Cuando nuestros pensamientos v u e l a n, ¿quién sabe adónde van? Aquel pobre pedazo de carne anestesiada que permanecía sobre el lecho inerte, inmóvil, ¿pensaba?, ¿sentía? ¿Habrá alguien tan osado que se atreva a afirmar en redondo que no? ¿Quién puede asegurar que entre aquel cerebro y el mío no había en aquellos instantes una transmisión de pensamiento? ¿Quién puede decir que las ideas de aquella mujer y mis ideas no estaban en aquel momento charlando en el espacio? «Si no fuera así—pensaba yo—, ¿cómo podría explicarse esta fuerza irresistible de simpatía que siento por estas dos mujeres a quienes no conozco, a quienes no vi nunca, que no sé quiénes son?» Simpatía, pura y exclusivamente simpatía. No era piedad, no era curiosidad, no era interés. Y no hablemos de otros sentimientos más bajos. Juro por mi honor que mirándolas no tuve un solo deseo impuro, no pasó por mi imaginación un pensamiento pecaminoso. Era

simpatía, era afecto, un afecto muy sincero, muy honrado y muy hondo.

No sé cuánto tiempo permanecí al lado de la cama. Debió de ser mucho, porque Luisa, alarmada, me llamó la atención.

—¿Qué piensa usted?

—No... Nada.

—Me asusta verle tan callado y tan serio. Acaso cree usted que esto se prolonga ya demasiado, ¿verdad?

—No, no es eso, tranquilícese usted.

—Llevamos catorce horas, doctor.

—Y no veo ningún síntoma de que termine.

—Pero ¿esto va a ser eterno?

—Nada hay eterno, señora. ¿Señora o señorita?

—Señora.

—¿Es usted casada?

—Viuda.

—¡Ah!...

Me volví hacia el marido. Sentado en un rincón, en el gabinete, con las piernas cruzadas, el codo en la rodilla y la cara en la mano, el señor Aguilar hacía esfuerzos heroicos por resistir el sueño que le cerraba los párpados y le abría la boca con bostezos de a cuarta. Era curioso el caso de este hombre. No podía decirse que la enfermedad de su mujer no le importase; al contrario, estaba verdaderamente afectado; pero su dolor era un dolor sordo, mudo, que sólo se exteriorizaba en la palidez intensa del rostro y en los surcos profundos de las ojeras, cada vez más profundos y más negros. Al principio, mientras hubo gente en el gabinete, le vi andar por toda la casa, de un lado para otro, cauteloso y sombrío como un gato por un vasar; pero a las once, en cuanto se despidió la última vecina, se hundió en el sillón, alzóse el cuello de la americana, se encasquetó la gorra, sepultó la mejilla en la mano, y allí se quedó inmóvil, quieto. Ni una sola vez se le ocurrió ir a la habitación de la enferma. Unicamente cuando el ruido de mis pasos le anunciaba que yo venía de ella, levantaba la cabeza y me miraba.

—¿Nada?

—Nada... Todo está igual.

Acabó por darme lástima.

—¿Por qué no se acuesta usted? —le dije. Y como me pareció que vacilaba, insistí—: Acuéstese. Por lo mismo que es indispensable que haya siempre una persona a su lado para que no se encuentre sola cuando vuelva en sí, y esto puede prolongarse sabe Dios hasta cuándo, es conveniente que se pongan ustedes de acuerdo para sustituirse. Yo creo que uno de los dos debe acostarse.

—Sí, sí; el doctor tiene razón. Anda, Felipe, acuéstate.

—Pero ¿y tú?

—Yo no tengo sueño.

—Yo tampoco. Es que me duele mucho la cabeza.

—Razón de más.

—Bueno; pero si ocurriera algo, ¿me llamarían?

—En el acto.

—Entonces, sí, con el permiso de ustedes, voy a echarme un rato vestido.

—Puedes desnudarte.

—No; si lo que deseo es estar a oscuras. Tengo una jaqueca que no veo.

—¿Quiere usted que baje por un poco de antipirina?

—No, no; muchas gracias. Esto se pasará. Vaya, buenas noches.

—Que usted descanse.

El marido se fué, y Luisa y yo nos quedamos en el gabinete. Uno enfrente de otro, nos miramos largo rato en silencio; uno de esos silencios interminables y angustiosos, precursores de las verdades íntimas. Un reloj dió las dos.

—Y usted, doctor, ¿por qué no se acuesta?

—Me pasa lo que a usted, señora; no tengo sueño.

—¡Oh, pero es distinto! Usted tendrá mañana que trabajar..., ver a sus enfermos...

—Estoy ya acostumbrado.

—Como usted quiera. Yo lo que deseo es que por nosotros no se violente usted...

—No hay violencia. Si me diera usted un poquito de café...

La vi azorarse toda.

—Café... ¿Dice usted que café?... El caso es que..., que no sé si lo ha-

brá. En esta casa, doctor, nunca hay nada de nada. En fin, voy a ver...

Lo dijo con un tono tan dolorido, que me llegó al alma. Y rectificando inmediatamente, la detuve de un brazo.

—Deje usted... No se moleste... No vale la pena. Era un capricho tonto.

—No, si yo también lo tomaría con muchísimo gusto... Y es posible que lo haya. Este hombre es tan raro... Voy a ver...

—Bueno; si no le hay, bajo yo un momento a mi casa, lo hago y lo subo. ¿Usted me permite?

—Con muchísimo gusto. Pero antes vamos a ver si lo hay aquí.

Como si este detalle del café hubiera sido una revelación, en el acto me di cuenta de otros en los cuales no me había fijado en el primer momento y que, sin embargo, tenían todos idéntica significación. Todo en aquella casa revelaba una miseria muy grande o una muy sórdida tacañería; los muebles, deslustrados y antiguos; los cuadros, deslucidos y viejos; las alfombras, raídas; las lámparas, sencillas tulipas colgadas del techo; las ropas de la cama, modestísimas; la camisa de la enferma, una camisa de algodón, sin una cinta, sin un encaje, sin un bordado, sin un entredós, sin más adorno que una puntillita de centímetro y medio. Todo muy limpio, todo muy aseadito, todo muy cuidado; pero todo muy viejo y muy pobre.

Luisa entró contentísima en el gabinete.

—Encontré café. Lo había. Se está ya haciendo... En seguida lo traen. Lo tomaremos aquí, ¿verdad?

—Donde usted quiera.

Fué un momento a la alcoba a ver una vez más a su hermana, y luego se sentó enfrente de mí, colocando una silla entre ambos a manera de velador.

—¿Está bien así?

—Muy bien.

—¿No tiene usted sueño?

—Yo no. ¿Y usted?

—Ni pizca.

Y como ya no teníamos nada más que decir, callamos otra vez. Otro silencio largo, que al fin interrumpió Agustina con la bandeja del café.

—Déjela usted aquí, en esta silla.

—¿Desea algo más la señorita?

—No; acuéstese. Ya la llamaré si hiciera falta.

—No, no, señorita Luisa; de ninguna manera. Yo no me acuesto. ¡No faltaba más! Estando así la señorita... ¡Ay! No, no.

—No sea usted niña, que tiene usted que trabajar... Si hiciera falta, yo la llamaré...

—De ninguna manera...

—Como usted quiera.

—Hasta luego, señorita.

Empezamos a tomar el café sin decir una sola palabra. De pronto, Luisa se estremeció, alzó la cabeza y se quedó escuchando atentamente.

—¿No ha oído usted?

—¿El qué?...

—Me parece que ha suspirado...

—No...

Dejó bruscamente la taza, se levantó y en dos saltos llegó hasta la alcoba. Regresó muy triste.

—Nada, ¿verdad?

—Nada.

—¿Sigue lo mismo?

—Igual.

Se sentó de nuevo en la butaca, se pasó la mano por los ojos y volvió a quedar callada y pensativa. Luego, al cabo de un rato, bruscamente:

—Oiga usted, doctor. Esta mañana me dijo usted que este ataque que sufría mi hermana debía obedecer a una impresión violenta...

—Sí.

—¿Sigue usted persistiendo en esa idea?

—Sí.

—De manera que usted cree que mi hermana ha debido sufrir...

—Una emoción muy fuerte..., un susto, una impresión brusca... Algo que le ha sacudido de pronto.

—Usted cree...

—¿Usted no?

—¿Yo?... Yo no sé, doctor... Yo estoy loca...

—Bueno; pero vamos a ver. Usted que conoce todos los secretos de su hermana puede saber mejor que nadie

si, en efecto..., hay posibilidad de que...

—Sí..., sí: posibilidad, sí..., ¡ya lo creo!... En la situación en que está mi hermana... Doctor, ¡por Dios! Yo estoy hablando con usted con toda confianza... Un médico es como un cura, ¿verdad? Se le puede decir todo...

—Se le puede decir todo lo que pueda decirse...

—Gracias, doctor; muchas gracias. Es usted un hombre muy leal y muy bueno. Pues, sí; es posible que haya habido un disgusto... Hay motivos para que le haya... Pero yo, concretamente, no sé nada.

—¿De veras?

—Se lo juro a usted. Ni una palabra. Hace catorce horas que lo estoy pensando y que me estoy volviendo loca.

—Sin embargo...

—No me pregunte usted nada, doctor. No podría contestarle a usted.

No insistí. Encendí un cigarro y me acomodé en la butaca: pero no contento aún, temeroso todavía de que mi mirada la importunase, cogí un periódico que había caído sobre una silla y me puse a leer. De pronto escuché un grito.

—¡Jesús!

—¿Qué pasa?

—Déjeme usted..., por Dios..., un momento...

Me arrebató el periódico de las manos, se lo acercó a los ojos, lo estrujó entre los dedos y lo dejó caer otra vez.

—¿Qué es eso?... ¿Qué le pasa a usted?

Horriblemente pálida, desencajada, con los labios muy apretados, los ojos muy abiertos, me miró fijamente y estalló en un sollozo:

—¡Pobre Carmen!... ¡Pobre Carmen mía!...

Se levantó tambaleándose, entró en la alcoba y se arrojó sobre su hermana.

—¡Carmen!... ¡Mi nena!... ¡Nenita de mi alma!... ¡Pobre nenita mía!...

Y enlazada a su cuello, las caras juntas, rompió a llorar desconsoladamente.

Yo cogí el periódico, le doblé y me lo guardé en el bolsillo.

IV

Al otro día, cuando a la una regresé a casa después de la visita matinal, me encontré con la sorpresa de que la enferma había vuelto en sí. Me lo contó Ramona.

—No había hecho el señor más que salir cuando bajaron a llamarle para decirle que doña Carmen había vuelto del ataque. Pero ¡en qué estado, señor! Más valía que no hubiera vuelto.

—Pues ¿qué pasa?

—Que se ha quedado tonta.

—¿Qué?...

—Tonta del todo. Idiota. No habla... No contesta... Se le cae la baba... Se ensucia sin darse cuenta...

—¿Usted la ha visto?

—Yo, no; pero me lo ha dicho la Agustina. Creo que da una pena... ¡Pobre doña Carmen!

De dos botes me planté en el segundo. La propia Luisa salió a abrirme. Venía toda pálida, con los ojos hinchados de haber llorado mucho. Al verme se le llenaron otra vez de lágrimas.

—¡Ay, doctor, qué cosa más horrible! ¡Qué ganas tenía que viniera usted!

—Lo sé, señora; me lo han contado todo.

—Una cosa es contarlo y otra es verlo. Venga usted, doctor, venga usted a verla. Ahí está.

Sí, allí estaba; sentada en un sillón, vestida con una bata gris y una toquilla azul sobre los hombros; la cabeza sin peinar, doblada sobre el cuello; la boca, entreabierta; el labio inferior, caído; las manos, colgando sobre los brazos de la butaca; los ojos, fijos, intensamente fijos en los cristales del balcón... ¡Pobre mujer!

El marido y la hermana me miraban ansiosos. Como el día anterior, Luisa fué la que rompió el silencio, imperativa y seca:

—¿Qué es esto?

—Nada, no se asusten ustedes...; no es nada. Una nueva manifestación histérica que ha adoptado esta forma extraña de depresión moral, de pertur-

bación pasajera de las facultades anímicas...

—¿Perturbación?

—Sí; perturbación en el sentido de desequilibrio, de alteración... Pero, en fin, yo confío en que esto será una cosa pasajera...

—¿Usted cree?

—Sí, señora; pasará como pasó *lo otro*... Será algo más largo, más doloroso, más triste... Pero pasará.

—Doctor, no nos engañe usted. Díganos la verdad.

¡La verdad! ¡Y quién podía decir la verdad, la terrible, la desnuda verdad! ¿La sabía yo acaso? Yo podía juzgar por conjeturas y suposiciones, pero ¿la verdad?... La verdad estaba allí, únicamente allí, en el fondo de aquel pobre cerebro desquiciado y roto, tras la serena impasibilidad de las pupilas, tras el abismo de los ojos claros.

—Esto es pasajero... No se asusten ustedes... Curará... Es cuestión de tiempo..., de constancia... Mucha paciencia..., mucho cuidado..., mucho cariño...

—Bueno, sí; pero además...

—No tenga usted miedo..., tranquilícese usted... Haremos todo lo que sea preciso... La entonaremos..., la tonificaremos... Ahora vamos a dejar que pasen estos días...; luego, poco a poco..., ya veremos. Acudiremos a los grandes tónicos: la estricnina, los cacodilatos..., y si esto no diera resultado, apelaremos a la opoterapia..., los jugos vitales..., el tiroides, el orquídeo... En estos casos suelen dar resultados maravillosos.

Se acercó a mí y me estrechó las manos.

—¡Doctor, doctor..., cúrela usted!

El marido también se acercó a mí.

—Y diga usted: todo esto, ¿será muy caro?

No le contesté.

V

Todos los días, al volver de la visita, antes de comer entraba en su casa. Prefería esa hora porque el señor de Aguilar estaba en la oficina. Había reanudado su vida habitual, y gracias a ello me evitaba el disgusto de verle. Luisa, en cambio, lo había abandonado todo, su casa, sus hijos, sus ocupaciones, para concretarse por entero al cuidado de la pobre enferma. Llegaba a las nueve de la mañana, se marchaba a las dos, volvía a las tres y se estaba hasta cerca de las nueve. Ella era quien levantaba a la enferma, la vestía, la desnudaba y la volvía a acostar. Los domingos venía con sus hijos: una nena de diez años y un chiquillo de doce, aquel día se quedaban todos a comer.

La enferma mejoraba muy lentamente, pero mejoraba. Siguiendo el plan de reeducación que yo propuse, empezaba ya a balbucir algunas palabras y a conocer algunos objetos familiares; sus movimientos eran más libres, más espontáneos; sabía llevarse la cuchara a la boca y limpiarse los labios con la servilleta; su mirada, más brillante y más clara, se fijaba ya y seguía el movimiento de las cosas. A veces se reía.

—Mire usted, doctor, parece una niña. Es como si acabara de nacer.

—Lo mismo.

Un día, Luisa me recibió con gran alegría.

—Esto va muy bien, doctor; esto marcha. Ya es coqueta.

—¿Cómo?

—Sí, señor. La he colocado esa flor en el pecho; la he dado un espejo para que se mirara y se ha puesto muy contenta. Carmencita..., ¡rica! ¿Verdad que estás muy guapa con esa flor?

La enferma nos miró sonriendo y movió la cabeza.

—Sí..., sí... Guapa..., guapa...; sí... Me dió tanta pena que volví la cara.

Luisa, más valerosa, insistió:

—Sí, rica, sí: estás muy guapa..., muy guapa... Todos los días te traeré flores.

—Permítame usted que se las traiga yo.

—¡Qué bueno es usted, doctor!

—¡Qué buena es usted, Luisa!

La enferma siguió repitiendo:

—Guapa..., flores..., flores..., guapa..., guapa...

—¡Cómo le pagaré todo esto que hace usted por nosotras!

La cogí las manos y la miré a los ojos.

—El día que su hermana esté completamente buena, ya se lo diré a usted.

Se puso toda roja y bajó la cabeza.

Carmen seguía repitiendo:

—Flores..., guapa..., guapa..., flores...

Era una mañana de primavera, perfumada y alegre. Una franja de sol atravesaba los visillos y caía como una caricia sobre la enferma. Esta levantaba la mano en el polvillo de oro, y al verla roja al trasluz de los dedos, reía y reía.

—¡Qué contenta está!

—Y usted, ¿no está contenta?

—Yo, también. Mucho.

Poco a poco fuí dejando las visitas de mis enfermos para por la tarde, y anticipé la hora de la mañana. Hubo días que llegué a las once. Hubo un día que llegué a las diez, y es posible que hubiera concluído por llegar a las nueve si Luisa no me llamara al orden, temerosa de la murmuración de los vecinos. Por la misma razón no tuve más remedio que poner también algún pequeño coto en la prodigalidad de mis obsequios, regalos insignificantes, chucherías que le traía a la enferma y que ella acogía loca de alegría, batiendo las palmas como una criatura. La pobrecilla se había acostumbrado de tal modo a estos regalos míos, que todas las mañanas, cada vez que sonaba el timbre (ya se daba perfecta cuenta de lo que era un timbre), preguntaba a su hermana: «¿Es él? ¿Es él?» Y en cuanto me veía se levantaba y venía a buscarme. «¿Qué me traes?... ¿Qué me traes hoy?» Yo me reía y dejaba que me registrase los bolsillos. Esta familiaridad, esta corriente mutua de confianza y de cariño, más que la misma asiduidad de mis visitas, era lo que despertaba la murmuración de las gentes.

—Si se tratara sólo de mí—me dijo Luisa—, crea usted que no me importaría. Afortunadamente, yo soy libre y puedo disponer de mis afectos como se me antoje. Pero fuera de aquí, en mi casa; aquí, no. Yo no quiero que nadie pueda tener la sospecha de que usted y yo nos valemos de la casa de mi hermana y de su enfermedad para nuestros sentimientos egoístas. Eso no sería digno ni de usted ni de mí. El día que Carmen esté completamente buena, yo le recibiré a usted en mi casa; vendrá usted a ella cuando quiera, a la hora que quiera. Afortunadamente, yo no estoy en la situación de mi hermana. Yo puedo tener el valor de mis actos y de mis afectos... ¡Ah, si ella lo hubiera tenido!...

Era la primera alusión que desde la noche aquella del café se atrevía a hacer al terrible misterio. Mas tan vaga, tan vaga, que no me daba luz. Intenté, imprudente, una habilidad, una habilidad, y me estrellé en ella.

—Perdóneme, pero no hablemos de eso. De mí pregúnteme cuanto quiera; se lo contaré todo. De mi hermana, no.

Siempre el misterio. El terrible misterio por todas partes. Jamás la indomable voluntad de Luisa me lo revelaría. Tendría que adivinarlo yo solo, en la lenta resurrección del alma enferma, en el pálido resurgir de la memoria desquiciada, en la serena impasibilidad de las pupilas, en el abismo de los ojos claros. ¡Cuántas veces los miré ansioso! ¡Cuántas veces me retraté en ellos, buscando anhelante un reflejo de luz! Pobres ojos claros, ojos de niño, serenamente cándidos, que nada podían decir porque nada sabían. Ojos impenetrables, tan vacíos para mí de sentido como aquel periódico que recogí una noche estrujado por las manos de Luisa. En aquel periódico estaba descifrado el misterio; allí le encontró Luisa, allí lo encontró Carmen, y yo, torpe, no le supe encontrar. Le leí mil veces, desde el editorial a los anuncios, me lo aprendí de memoria y no lo descifré.

Una mañana salimos de paseo; una hermosa mañana de abril, florida y clara. Al principio, Carmen se mareó un poco, hasta el punto que tuve que indicar al cochero que caminara al paso. Pero luego, cuando ya en el

Retiro nos apeamos y anduvimos un rato por el Angel Caído, bajo la grata sombra de los árboles cuajados de botones, entre el perfume intenso y fuerte de las flores de acacias, no sólo se repuso del todo, sino que pareció recobrar nuevo vigor y lozanía. Se irguió todo su cuerpo; levantó la cabeza; su mirada adquirió un brillo, una expresión de inteligencia que hasta entonces no tuvo; sus movimientos eran rápidos, resueltos, decididos; hasta las palabras salían de su boca con una fluidez que nos dejó asombrados.

—¿Pero usted ve?... ¿Usted ve?... ¡Es asombroso!

En efecto, lo era. Y nuestro asombro, por lo menos el mío, fué mayor todavía cuando a la vuelta subimos por la calle de Alcalá. Al desembocar en la Cibeles, nuestro coche tuvo que echarse a un lado para dejar franco el camino a un batallón de Cazadores, la guardia saliente de Palacio que regresaba a su cuartel. Venía la charanga tocando un pasodoble zarzuelesco, alegre y marcial. Al oír la música, Carmen volvió rápidamente la cabeza, se incorporó en el asiento como si fuera a levantarse y se quedó mirando muy fija a los soldados, que pasaban casi rozando con las ruedas del coche. Luego, al cabo de un rato, muy bajo, muy quedo, tan quedo que apenas si la oí:

—Son cazadores—dijo.

—Sí, rica; cazadores. Son cazadores... ¡de Llerena!

—¡De Llerena!

Cerró los ojos y la vi sacudirse con un estremecimiento convulsivo. Luego volvió a mirar.

—¡Cazadores de Llerena!... ¡Sí!... ¡Sí!... ¡Sí... ¡De Llerena!

Era como si despertase de un sueño.

Miré a Luisa.

Se había puesto muy pálida, muy pálida.

VI

Al otro día no pudimos salir de casa porque llovía de una manera formidable, y lo propio ocurrió en los siguientes. El tiempo se metió en agua y nos estropeó las ilusiones como si fuesen flores de papel. Pero todo pasa, y el temporal pasó, y de nuevo volvió a lucir una mañana perfumada y florida.

—¿Quiere usted que salgamos de paseo?—me dijo Luisa.

—Se lo iba a usted precisamente a proponer.

—¿Como el otro día?

—Igual. Sólo que no iremos al Retiro, porque estará muy húmedo.

—¿Adónde, entonces?

—A la Castellana. ¿Le parece a usted?

—Me parece muy bien.

Fuimos, pues, a la Castellana. Llegamos hasta el Hipódromo, y luego dimos la vuelta por el camino de Chamartín. Carmen iba más contenta que nunca, con esa alegría inconsciente de los niños y de los enfermos ante la caricia generosa del sol. Como el día del Retiro, sus grandes ojos claros se encendían con relámpagos de clarividencia; unas veces miraban muy abiertos, otras se contraían como pensativos. Parlanchina y locuaz, no daba un instante de reposo a la lengua. Su charla era infantil, deshilvanada, incoherente, pero seguida y suelta, sin torpeza en la frase ni balbuceo en la palabra. Todo le sorprendía gratamente; todo era para ella motivo de contento y de novedad. No hacía más que reír, reír, reír... En cambio, a Luisa, pocas veces la vi tan preocupada y tan silenciosa. Desde que subimos al coche se refugió en un rincón bajo la penumbra de la capota, apoyó la cabeza en la mano, y allí estuvo inmóvil, pensativa, sin pronunciar una sola palabra. De cuando en cuando, un estremecimiento la sacudía de pies a cabeza, se le crispaban los dedos y se le abría la boca con bostezos nerviosos.

—¿Qué tiene usted?

—Nada.

—¿Está usted mala?

—No.

La cogí una muñeca.

—A ver... ¿Me permite usted?... Está usted muy nerviosa... ¿Qué le pasa a usted?

Miró a su hermana, luego me miró a mí; se mordió los labios, dió un gran suspiro, y, por fin, con palabras entrecortadas, a media voz, con tono indiferente, para que Carmen no se diera cuenta:

—Muchas veces me ha hablado usted de que acaso una impresión..., un recuerdo..., la vista brusca de algo..., ¿comprende?

—Sí.

—Se acuerda usted de lo del otro día..., los... soldados.

—Sí, ¿qué?

—Pues que..., si usted quisiera..., hoy podríamos..., podríamos intentar... Yo hace muchos días que lo vengo pensando, pero... no me atrevo..., me da miedo...

—¿De qué?

—No sé... De que acaso la impresión sea demasiado... ¿Usted no teme que...?

—Según... No sé... ¿De qué se trata?

Miró a su hermana. Volvió a mirarme a mí. Volvió de nuevo a suspirar.

—¡Qué nerviosa estoy!... No sé qué hacer... Por un lado quisiera y por otro... ¿Qué hacemos?

—Pero si no me dice usted de qué se trata...

—Se trata de ir a un sitio que ella frecuentó mucho..., ¡mucho!

—¿Nada más?

—Nada más...

—Entonces...

—¿Usted cree...?

—¿Por qué no? ¿Qué sitio... es?

—Una casa.

—Bueno; pero en esa casa habrá...

—Nadie.

—¡Cómo! ¿No...?

—Nadie.

—Alguien abrirá.

—Llevo yo la llave.

—¡Ah!...

Me miró suplicante.

—Doctor, ¡por Dios..., por Dios, que me confío a usted!

—Supongo que esas palabras no son una duda, Luisa.

—No, no..., perdón. Vamos. Dé usted las señas al cochero. Padilla, veintitrés.

Estábamos junto a la estatua de Castelar. Fué, por tanto, el trayecto muy corto. A los cuatro minutos escasos el coche se detenía ante una casa nueva, de ladrillo rojo, enclavada enfrente de un enorme solar. La calle estaba desierta. Los balcones, cerrados. Sólo en uno de arriba, en el último piso, una criada se asomó un momento, sacudió una alfombra y se volvió a marchar. Descendimos del coche y subimos hasta el entresuelo. Al llegar al rellano, Luisa me dió una llave.

—Tenga usted... Hágame el favor... Yo no podría. Estoy muy nerviosa...

Entramos, yo delante, Carmen detrás. Luisa, que iba la última se encargó de cerrar, y como el pasillo estaba a oscuras, buscó a tientas la llave y encendió. Era la casa moderna, muy bonita: el suelo, de *parquet;* las puertas, altas; los techos, lisos; los ángulos, redondos; calefacción central: la instalación de timbres y luz, nuevecita. El pasillo, estrecho y largo, moría en el comedor, decorado con muebles estilo inglés, de roble muy claro. La lámpara, magnífica; los cuadros, buenos; soberbio el reloj. Bandejas repujadas, platos de Talavera y de Manises; en un rincón, una palmera enorme; sobre un macetero, delante del *stor,* una orquídea seca; bajo la mesa, un tapiz oriental, grueso y mullido. Pasamos del comedor al gabinete; un gabinete todo azul, primoroso como un camarín. Mi profesión me ha llevado a muchas casas; he entrado en muchas habitaciones, las he visto lujosas, suntuosas, soberbias; lo que no he visto nunca ha sido un gabinete más lindo, más encantadoramente íntimo que el gabinete aquel.

Ya después de él, todo lo demás, nada. Ni la alcoba Luis XV, ni el cuarto de baño, ni el tocador... Nada. ¡Qué g a b i n e t e!... ¡Qué gabinete aquel!

Y Carmen, ¿qué?... Carmen pasó por el comedor indiferente, sin darse cuenta; pero al llegar al gabinete azul se quedó bruscamente parada, los ojos inmensamente abiertos, mirándolo todo. Su mirada, larga como una súplica, como una caricia, iba lentamente de la alfombra al techo, del techo a la alfombra, de la alfombra al *stor,* del *stor* a las sillas; resbalaba por las pa-

redes, se posaba en los cuadros, se reflejaba en el espejo, iba deteniéndose, como si las besara una por una, en las figurillas de la chimenea. Torció la cabeza y se quedó escuchando. Luego avanzó muy quedo; llegó a la chimenea, puso el oído junto al reloj, un primoroso reloj de porcelana de Sajonia, parado en las seis; se volvió hacia su hermana, y muy tranquila, con tono absolutamente natural:

—Se ha parado. ¿Qué hora es, Luisa?

—Las once y media.

Alzó la tapa de cristal, puso el reloj en hora, le dió cuerda y volvió a escuchar.

Tic-tac..., tic-tac..., tic-tac... Mi emoción era tan grande, que sentí el tic-tac... dentro del corazón. Luisa me oprimió el brazo.

—¡Doctor!

—¡Chist!... Déjela usted.

Entró en la alcoba. Iba muy despacio, en línea recta, automáticamente, como una sonámbula. Al llegar al lecho torció de pronto y se dirigió al armario de luna. Abrió las puertas de par en par y empezó a echar sobre la cama montones de ropa, ropa blanca y ropa de vestir; soberbias batas de terciopelo, crujientes batas de seda, enaguas bordadas, camisas de batista, primorosas de encajes y entredoses y lazos. Durante largo rato estuvo contemplándolo muy fija. De pronto tembló toda; se echó hacia atrás, se llevó las manos a las sienes y cayó de bruces sobre la cama, abrazada al montón de ropa, llorando a todo llorar.

Luisa quiso correr. Yo la detuve.

—Déjela usted... Déjela usted que llore. ¡Ojalá hubiera llorado antes!

VII

Se conocieron un día en medio de la calle, un día de otoño, al caer de la tarde, entre dos luces. Ella bajaba por la de Fuencarral, sin prisa, lentamente, muy entretenida en la contemplación de los escaparates. En la esquina de las Infantas creyó notar que un hombre la seguía. Al llegar a la Red de San Luis adquirió la convicción completa. Era un hombre de treinta y tantos años..., treinta y tantos si estaba algo aviejado; quizá cuarenta, si los *llevaba bien*. Vestía con elegancia y era su porte distinguido y gallardo. Muy correcto, muy discreto, se limitaba a andar por la acera de enfrente sin cesar de mirarla. Sólo una vez atravesó la calle por delante de ella, se detuvo un momento con el pretexto de liar un cigarro, y al sentirla llegar la deslizó una flor en el oído. Ella se azoró y apretó el paso. En la Puerta del Sol, entre el revuelo de la gente, creyó haberle perdido y volvió la cabeza. Sus ojos se encontraron frente a frente en un choque de miradas penetrantes y agudas como dos cuchillos. Sintió en el alma una impresión extraña, una angustia muy grande; el corazón le dió un golpazo, y toda roja se deslizó entre dos tranvías y echó a correr por la calle Mayor.

Como durante un rato muy largo no le viera, llegó a suponer que habría ya desistido de seguirla; pero no se atrevió a volver la cabeza para comprobarlo, temerosa de que fuera detrás y lo interpretase en otro sentido. ¡Qué cosa más rara! A ella le habían seguido muchos hombres, y muchísimas veces; estaba acostumbrada a todo género de asedios galantes y persecuciones callejeras, y, sin embargo, nunca se había sentido como ahora azorada y confusa. Jamás perdió la confianza y la serenidad. ¿La seguían?... ¿Y qué? Tanto peor para ellos. Ya se cansarían. ¿Se acercaban? ¡Bonita era ella para aguantar impertinentes y moscones!... ¿Por qué, pues, temblaba ahora? ¿Qué extraña sugestión tenía aquel hombre? ¿Qué había en su mirada para conmoverla de aquel modo? Y una idea loca que salió de pronto revoloteando en el cerebro le dió la respuesta: «Hay lo que tú no tienes... Hay amor, hay ternura, hay ganas de quererte mucho, mucho..., ¡mucho! Como tú te mereces.» En vano las otras ideas sensatas, las ideas juiciosas y razonables de la virtud, de la honradez, de la fidelidad, se erguían indignadas, tratando de ahogar con sus protestas a la loca. La loca seguía

gritando: «Hay amor... Hay felicidad..., ese hombre te los trae. No le dejes huir. Mira que el amor y la felicidad sólo pasan una sola vez en la vida... Ese hombre viene decidido a quererte. Mírale a los ojos y le verás... Mírale... Anda, tonta, aunque no sea más que para convencerte de que no se ha ido..., mírale.»

Y para convencerse *nada más* volvió la cabeza y le miró. Y él entonces atravesó la calle, y poco a poco se fué acercando a ella, hasta ponerse al lado.

—¿Le molestaría a usted mucho que la acompañase?

Ella bajó la cabeza y se cubrió con el manguito.

—Es usted una mujer encantadora.

—Retírese usted..., hágame el favor.

—¿No me deja usted que la acompañe?

—No, no..., de ninguna manera... No puede ser.

—¿Por qué?

—Porque no.

—¿Puedo a usted comprometerla?

—Sí...; mucho.

—¿De veras?

—De veras.

—Entonces... Un momento. Yo necesito hablar con usted. Si no puede ser ahora, dígame cuándo.

—No, no...; imposible..., no puede ser... Hágame el favor de retirarse..., se lo ruego.

—¿Va usted a su casa ahora?

—No. Voy a casa de mi hermana.

El sacó el reloj.

—Son las cinco y media. ¿A qué hora saldrá usted?

—¡No..., no!... ¡Imposible! *Hoy* no puede ser.

El cogió al vuelo la palabra.

—Mañana entonces... ¿Dónde?

—¿Mañana?

—Sí, mañana. Dígame dónde y me voy.

Se habían detenido junto a un escaparate. Ella miraba a todas partes, recelosa, asustada...

—Está usted nerviosa...

—Estoy violentísima.

—Bueno, pues... abreviemos... Mañana.

—Bueno..., sí...; mañana. ¿A qué hora?

—A la de hoy, ¿quiere usted?

—No, más temprano. A las cuatro.

—Mejor... ¿Dónde?

—¡Jesús!... No sé. Yo no sé.

—¿Dónde vive usted?

Y como ella vacilara:

—No, no pregunto la calle; pregunto el barrio.

—Fuencarral... arriba.

—Entonces en el extremo opuesto... En...

—No. Mañana, a la cuatro, en la glorieta de Bilbao, junto al quiosco. Yo le veré a usted desde el balcón y bajaré.

Y asustada de sí misma, como arrepentida de pronto, quiso echar a correr.

El la detuvo.

—¿De veras?

—De veras.

Se miraron a los ojos y se estrecharon la mano como una promesa.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Aquella noche Carmen no durmió. La pasó toda en claro, revolviéndose entre las sábanas, agitada y nerviosa. Dos o tres veces su marido la increpó indignado:

—¿Puedes estarte quieta? ¿Se puede saber qué te pasa esta noche?

—¡Ay, hijo, no sé! Estoy muy nerviosa.

—Estás insoportable.

Mordió la sábana y se mantuvo quieta, toda encogida, dominando los nervios, sujetando la carne, que vibraba con sacudidas dolorosas. A las siete de la mañana estaba de pie, desfogando su irritación en terribles golpazos a los muebles. Se desayunó y echó el desayuno en un terrible vómito de bilis. No pudo comer. Cuando su marido se marchó estaba tan temblorosa, tenía tanto frío, que se tuvo que ir a la cocina y sentarse al ladito del fogón. A las tres empezó a vestirse. A las tres y media, vestida ya, se preguntaba aún: «¿Iré?... ¿No iré?...» A las cuatro menos cuarto la pregunta era ya otra: «¿Vendrá?... ¿No vendrá?...»

Yo quisiera seguir esta historia día

por día, hora por hora, minuto por minuto; mas ¿para qué? ¡Para qué, si desde aquel momento no hubo entre ellos más que felicidad, y la felicidad no tiene historia! Lo interesante en la vida es el dolor, el sufrimiento, que incuban la emoción y traen el drama; pero la felicidad, la felicidad humilde, plácida, tranquila, sin gritos, sin sorpresas..., eso no le importa a nadie más que al que lo siente. Y en el amor de aquellos dos seres, nacidos para amarse, no hubo más que alegría y felicidad. En los dos años que duró este amor sólo vivieron para adorarse el uno al otro. Las únicas discusiones que tuvieron fué por cuál de los dos se amaba más.

—No es posible—decía ella—, no es posible que tú me quieras como yo a ti... Yo ya no puedo quererte más. Pero ¿y tú?... ¿Qué has encontrado en mí para quererme de este modo?

—¿Y tú en mí?—contestaba él muy serio.

—Es distinto. Yo estoy loca por ti, me tienes loca. Pero es natural; tiene que ser así. A mí no me ha querido nunca nadie. Yo he sido siempre muy desgraciada, muy desgraciada, Pepe. En mi casa yo era la cenicienta, me pegaban mis hermanos, me pegaba mi padre; mi madre me hacía trabajar como una burra. Yo fregaba los suelos, yo lavaba la ropa, yo planchaba, yo hacía las camas, once camas, Pepe, once camas todos los días. Me hacían levantar a las seis y me acostaba a la una, rendida, hecha pedazos... Mi hermana no podía hacer nada, porque estaba muy mala...; creían que estaba tísica. Mi madre, harto tenía que hacer con la cocina y con los huéspedes. Porque teníamos huéspedes. A papá le habían dejado cesante y estábamos muy mal. Yo no podía salir a la calle porque no tenía ropa que ponerme. Me vestía con lo que me daba una señora muy buena que vivía en el principal: ropas usadas de sus hijas. A mí no me da vergüenza contarte estas cosas, Pepe. Te las cuento para que veas cómo es verdad, cómo yo he sido siempre muy desgraciada. Me casé para emanciparme y di con mi marido. Mi marido es muy bueno, me quiere... a su manera, una manera muy rara que no es la que yo necesito. Yo he nacido para que me mimen, para que me acaricien..., y mi marido es seco como un leño, duro como una roca. Jamás ha tenido para mí una atención, ni una ternura, ni una galantería... Egoista, vive exclusivamente para él. Gana dinero, tiene dinero guardado, y, sin embargo, nunca ha consentido en comprarme nada, nada... Tú ves cómo yo voy... ¡Si le debía dar vergüenza dejarme ir así por la calle!... Tú lo ves... Mira esta falda, zurcida, recosida... Tú has visto mis camisas, hechas por mí..., de algodón..., de lo más barato..., sin un adorno... No me consiente ni una cinta... Yo me hago las camisas, yo me hago los corsés..., yo me hago la ropa; mira, ves, todo a mano, todo hecho por mí, con estas manos; con estas pobrecitas manos mías, tan feas, tan estropeadas de tanto trabajar...

Y él la cogía las manos y se las besaba.

—¡Pobrecitas manos!... ¡Pobres manitas mías!...

—¿Ves, ves cómo no tengo más remedio que quererte? ¿Comprendes ahora que esté por ti loca?... Pero tú, joven, rico, dichoso, ¿qué has encontrado en mí para quererme tanto?

—He encontrado lo que anduve buscando toda mi vida: la felicidad.

—¿Por eso me quieres?

—Te quiero por todo: por buena, por desgraciada, porque has sufrido mucho..., y, además, porque me gustas mucho, porque eres muy hermosa.

—No, hermosa, no. Si no lo soy. Si yo no valgo nada. No me digas que me quieres por eso, porque me da miedo de que encuentres otra más hermosa que yo...

—Entonces por buena...

—No, que tampoco soy buena... Este cariño nuestro es una infamia... No me recuerdes que soy buena.

—Entonces, ¿por qué?

—Quiéreme sólo para hacerme feliz.

—¿De veras eres feliz?

—Muy feliz..., muy feliz... No es po-

sible que lo sea ya más... Me has llevado a la gloria. Estoy loca de felicidad, loca... ¡Loca!...

Y era verdad. No exageraba. Era tal la alegría que la rebosaba del alma, que en su casa, muchas veces, tenía que esconderse, encerrarse en su cuarto para que la criada no se lo conociera. Se echaba de bruces en la cama, se abrazaba a la almohada y la estrujaba con besos frenéticos. «Te adoro... Te adoro... Te adoro...» Los días que tenía que verle, uno a la semana, los viernes, no comía, no hacía nada, no podía hacer nada..., ni coser, ni planchar, ni limpiar el polvo... Era una excitación tal, un estado de nerviosismo tan crispante, que los dedos se le atenazaban y se le nublaba la vista y le zumbaban los oídos. Algunos días se escapaba a la calle de Padilla, y allí sola, limpiaba la casa, ¡su casa!, la verdadera, la única. Se desnudaba toda; se quitaba la ropa que llevaba puesta, su pobrecita ropa vieja y zurcida, la camisa de algodón, las medias bastas, y se vestía de nuevo con las otras crujientes de seda y de encajes, y ataviada con ellas paseaba por las habitaciones, desiertas, como pudiera hacerlo una reina en su palacio, presumida, orgullosa, contemplándose en los espejos bajo el chaparrón esplendoroso de todas las luces encendidas. Luego, otra vez volvía a desnudarse y a vestirse su camisita de algodón, sus medias lisas, su falda zurcida, y se marchaba a la otra casa, a la *otra*, a la de su marido. Y ya en ella, ¿qué le importaba nada? ¿Qué le importaban los muebles viejos, desconchados, las alfombras raídas, todo aquel menaje de tacañería y de miseria? Lo suyo era lo otro, la calle de Padilla, el comedor inglés, la alcoba Luis XV, el gabinete azul, las camisas de encajes y las batas de seda.

Se veían los viernes. Además, algunos miércoles y algunos lunes él pasaba por la glorieta de Bilbao. Era sólo un momento; se detenía ante el quiosco como si aguardase un tranvía, la saludaba con los ojos y luego echaba a andar.

Y llegó un lunes y no pasó. Y llegó el miércoles y no pasó tampoco. Ella sufrió horrorosamente, pero esperó fortalecida por su santa fe. Y llegó el viernes. Y cuando, después de comer, mientras su marido hacía pitillos sobre la mesa, ella, para ocultar su excitación, cogió un periódico y se puso a leer; sus grandes ojos claros, sus pobres ojos claros, nacidos para que un un hombre se mirase en ellos, hallaron estas líneas:

†

EL SEÑOR

Don José Heredia Carvajal

y Sánchez de Cortázar

MARQUÉS DE PELEGRÍN

COMANDANTE DE CAZADORES
DE LLERENA

HA FALLECIDO

R. I. P.

Esta fué la impresión brutal, inesperada y trágica que tuvieron unas pupilas una tarde que esperaban hallar amores y ternuras. Este fué el secreto, el terrible secreto que quedó escondido tras la serenidad de unas pupilas que se quedaron impasibles como si mirasen más allá de las cosas. Este era el misterio de los ojos claros.

Y ésta fué la historia que Luisa me contó una tarde en el cuartito de la calle de Padilla, sentados en el sofá del gabinete azul. ¡Qué historia tan vulgar!... ¡Qué amarga y qué triste!

FIN DE
«LA EXCESIVA BONDAD»
Y
«EL MISTERIO DE LOS OJOS CLAROS»
DE
PEDRO MATA

GABRIEL MIRÓ

(1879-1930)

GABRIEL MIRÓ

NOVELISTA. *Nació en Alicante. Licenciado en Leyes. En 1908 alcanzó, con su novela* Nómada, *el primer premio del concurso abierto por la famosa revista* El Cuento Semanal. *Colaborador de* A B C, *de Madrid, y* Caras y Caretas *y* La Nación, *de Buenos Aires. «Premio Mariano de Cavia» 1925. Su fama, entre las minorías, fué extraordinaria, casi ejemplar. Prosista singularísimo y brillante. Secretario de los Concursos Nacionales de Literatura del Ministerio de Instrucción Pública.*

Novelas: La mujer de Hojeda—*1901*—; Hilván de escenas—*1903*—; La novela de mi amigo—*1908*—; Las cerezas del cementerio—*1910*—; El abuelo del rey—*1915*—; Dentro del cercado—*1916*—; Libro de Sigüenza—*1917*—; El humo dormido—*1919*—; El ángel, el molino y el caracol del faro—*1921*—; Nuestro padre San Daniel—*1921*—; Niño y grande—*1922*—; El obispo leproso—*1926*—; Años y leguas...

NÓMADA

A MI PADRE.

que murió el mismo día—6 de marzo de 1908—que se publicó este cuento.

Y yo he sido el oprobio de ellos; viéronme y menearon sus cabezas.

(Salmo CVIII.)

I

DESPACIO y en coloquio piadoso con el ama Virtudes, ovillaba doña Elvira la recia madeja de lana azul, para seguir urdiendo los doce pares de medias que ofreciera en limosna. Servíanle de devanadera las rollizas manos del ama.

Era la señora vieja, cenceña, grave, de habla compugida de priora; y la criada, mediada de años, maciza, con pelusa de albérchigo en las redondas mejillas, luminarias en los ojuelos grises y pechos poderosos y movedizos, que doña Elvira no miraba sin decirse: «¡Para qué tanto, Señor! Es ya insolencia.» Y el visaje lastimero

del ama parecía replicarle: «¡Y yo qué culpa tengo!»

—Ama Virtudes, me temo que llegue el frío y no podamos entregar al señor rector los doce cabales.

—¡El frío! ¡Y hasta que anochece cantan aún que revientan las cigarras en las oliveras!

—Atienda, ama, que estamos en septiembre y se han de acabar para Todos Santos.

—Pues para entonces dé la señora los que haya, que bien serán ocho, y los otros en la Purísima, que es cuando es menester el abrigo.

—Dar en veces...—y detúvose doña Elvira, porque la hebra se había enredado en los pingües pulgares del ama Virtudes—. ¡La quebrarás!... Dar en veces la promesa no me agradaría... ¿Lo ves?... Se ha roto. ¡Claro! Es que te distraes, ama.

—¡Es que fuera me creo que habla don Diego!

—¿Dices de don Diego?

Y la señora quedóse mirando el ovillo gordo y azul como un mundo de Niño Jesús.

—Sí. ¡La voz de mi hermano!

Jovialmente ladró un perro y sonaron espuelas.

—¡Oh, ama Virtudes, Nuestro Señor no quiere mi paz!

Luego las dos mujeres pusieron la labor en un rubio cestillo y comenzaron el rosario.

Pasó un lebrel, que se detuvo, resoplando, en el regazo del ama; sus fauces, abiertas y encendidas, simulaban reír; meneaba la cola solicitando caricia; pero ama Virtudes rezaba.

Don Diego quedóse en la puerta de la sala. Roblizo, sanguíneo, sólo en lo corvo de la nariz y en los rasgos altivos de la boca había semejanza con su hermana. Iba enlutado y se tocaba con un filtro inmenso.

—Decían fuera que estabas ya en tu dormitorio, y aún no dieron las ocho en el pueblo. Ahí fuera son todos unos miserables. Me reciben como si vieran al Enemigo.

—Estamos rezando el rosario, Diego.

—¡Siempre que vengo te encuentro rezando, hermana!

Y el caballero sonrió; sentóse en una butaca y exhaló una espesa y blanca nube de humo de su cigarro.

A sus pies tendióse el perro.

—Estamos rezando, Diego.

El caballero descubrióse, y reclinando la cabeza, rapada y sensual, en el borde del ancho respaldo, se quedó mirando las vigas.

En el segundo misterio, el lebrel tuvo pesadilla y comenzó a gañir y estremecerse. Los senos de ama Virtudes palpitaron tan violentos y pujantes, que la señora los contempló iracunda.

—¡Señor, Señor!—suspiró el ama cruzando los brazos; pero no lograba serenarse.

Don Diego condujo el perro a la cocina, ya oscura; el mastín de la heredad arrufó ferozmente, arrastrando la cadena sobre los cantos. Ladraron las dos bestias enloquecidas; gritaba don Diego y respondíale zahareña una voz de mujer.

La señora besó la cruz de abalorio, y dijo:

—¡Ama Virtudes, Nuestro Señor no quiere mi paz!

Ama Virtudes, que ya había recuperado la suya, gimió beatísima:

—¡Señor, Señor!

II

En otro tiempo fué don Diego alcalde de Jijona. Varón opulento y llano, trazó festejos peregrinos, hizo grandes mercedes. Tenía dos galeras para ir con sus amigos a holgar en las masías, y caballos veloces que montaba como un indio. Casó en razonable edad con una castellana, tierna y hacendosa como la sabina o calabresa de Horacio, y engendró una niña delgadita y pálida. Creció la hija; siempre estaba callada, y sus ojos viajaban, sin saciarse, por los campos y el cielo. Cuando llegó Pascua Florida, la vistieron de blanco. Su padre, al mirarla, reía secándose las lágrimas, y la llamó rama de almendro en flor. «¡Si no me atrevo a besarla para que no se deshoje!»

Y el tifus la deshojó. Murió la niña

y murió la madre. Don Diego blasfemaba con locura, pero sufragó misas y plegarias hasta en la capilla de su principal masía, en la ermita de San Sebastián y en el humilladero de San Antonio; y rezó muchas tardes con su única hermana, doña Elvira, que se mantuvo siempre en doncellez y habitaba una heredad blanca, acribillada de ventanitas y luceras y tapiada como un convento.

En los estrados de las casas señoriales de Jijona, en los portales de las humildes, platicaban las gentes del apartamiento y aflicción de don Diego. Este, hombre fuerte, alborozado y aturdido, que jamás supo paladear la miel de la vida, aún desbordante de contento, sufría reciamente cuando aquél se disipaba, y el recuerdo del bien, apenas gustado, le ceñía de dolor el alma como un cíngulo de fuego.

—¡Señor—decía—, si es que yo no me daba cuenta; y me marchaba y no las he gozado! ¡Señor, devuélvemelas; ahora que sería todo padre y esposo! ¡Lo juro! ¡Señor, yo qué sabía!

Y el afligido vagaba por los corredores, por el comedor y las salas de su casón, gritando los nombres de las muertas. Seguíale siempre el perro, alto, flaco, caminando lento y entristecido, con tanta humana tristeza en sus nobles ojos que parecía pensar: «¡Si yo pudiese llorar sin que tú, amo mío, me oyeras!»

Una tarde, rezando con su hermana, sintió don Diego que la angustia, angustia crasa, toda hiel, le ondulaba hasta en el penetral de su alma, y cortó un credo con sollozos. Doña Elvira, para mitigarle, dijo dulcemente:

—¡Si Nuestro Señor se ha acordado de tu mujer y de tu hija y ha dispuesto de ellas, es porque así convendría, hermano! Murieron nuestros padres, morirás tú, moriremos todos... ¡Todo ha de morir! ¡Pues cúmplanse los designios del Altísimo!—y luego prosiguió—: Padeció bajo el poder de Poncio Pilato...

Don Diego cruzó a saltos el aposento. Pronto los cascos de su potro cavaron el camino de la heredad en galope frenético, mientras el caballero murmuraba:

—¡Y por qué el Altísimo no se habrá acordado de mi hermana!

Cuando por las noches llegaba a su mansión, ama Virtudes, ama porque lo fuera de la niña muerta, lo recibía suspirosa. La frente y los carrillos del ama relucían de grosura. Sus ojos, entonces, eran todo lumbre. Mirábala don Diego preguntándose: «¿Qué habrá dentro de esta pobre orza de manteca, siempre encarnada y resudando?» Seguidamente padecía remordimiento de la grosera desviación de su amargura.

Alumbrábale ama Virtudes hasta su alcoba, dejándole una candela prendida y agua en un hondo copón de vidrio rizado. Luego intentaba llevarse el perro, y éste, que, aunque manso, era socarrón y malicioso, derribábase en la alfombra y le entregaba sus brazuelos, como diciendo: «¡Arrástrame si puedes!», y entornaba los párpados para no ver a su enemiga. La cual no podía.

Desnudábase don Diego, y el lebrel le enviaba su mirada húmeda y grande. Apagada la luz, sentía el caballero un vaho caliente y sonoroso. De súbito, el arcaico lecho de caoba lanzaba un crujido de ruina, y el perro hundíase enroscado en la blandura.

Lo supo ama Virtudes y lo contó a doña Elvira, que distrajo la lección de los *Anales de Nuestra Señora* y estuvo meditando despaciosamente. Después pronunció:

—Dime, ama Virtudes: ¿y no será esto la cruz que te ha deparado el Altísimo?

¡Ay, si! La señora hablaba sabiduría. ¡Era su cruz! Y suspiró:

—¡Señor, Señor!

III

De margen a margen de la acequia se cruzaban las junqueras, altas y negruzcas. Pasaba el agua, panda y limpia. Las suelas del calzar de don Diego se habían tenido de suco de hierbas.

Alzó las fuertes manos y combó una rama del avellano que le nublaba el sol, y la mordió y aspiró la fragancia de la corteza herida. Lejos, un chopo temblaba sobre los cielos gloriosos de azul profundo en soledad de nubes. Era una mañana de junio.

Don Diego se sentaba, se tendía; estregaba su boca en la frescura del verdor; enfurecido, pasábase el pañuelo por la nuca, por la frente y las sienes persiguiendo hormigas invisibles.

—¡Pues yo debo de tener hormigas, y me entran y llegan a los mismos huesos! Pero ¿dónde están?

No estaban. Bañóse a puñados toda la cabeza. ¡Y la comezón, sin alivio! ¿Sería su sangre? ¡Oh, huía de la tristura de su casón; moría su alma en el trampazo de los recuerdos de dichas disipadas; sufría! ¡Y su salud era espléndida, y su sangre le regaba espesamente, y todos sus poros parecían abrirse codiciosos de deleite!

Pasó un ganado que le dejó ambiente de majada. Detrás iba el pastor haciendo pleita.

—Salud, don Diego—le murmuró.

Ya remotos, destacábase el cabrón brincando pesadamente entre las hembras dóciles, apretadas por el sendero.

Pasaban mujeres campesinas, anchas, fuertes, de trenzas opulentas y senos maternales.

—Salud, don Diego.

¡Salud! ¡Si estallaba de salud! ¿Cómo podía decirse que el sufrimiento enflaquece y mata a la misma mocedad, si él tenía cincuenta años y desgarrada el ama, y le borbotaba la vida como al avellano mordido y al morueco bravío?

Dejó el paisaje. En el pueblo juntósele un amigo. Fueron al casino; pidieron ron y fumaron puros.

—Te estás cebando, Diego—dijo, de antuvión, el camarada.

Diego le odió y se odió a sí mismo, porque era verdad. «Aquella quietud suya—añadía el otro—no daba sino fuerza para padecer con fuerza...» ¿No sería preferible abandonarse a la misma vida, otorgándole lo que pide? ¡Qué iba a hacer! ¡Acabaría por reventar! Don Diego se vió reventado, llenando un féretro gigantesco, puesto en su tumba entre un ataúd blanco, afilado, y otro negro, largo y estrecho...

★

Cenó. Ama Virtudes le oyó silbar y salir.

Don Diego contempló la noche, llena de astros. Uno grande y pálido le dió congoja. Y buscó el refugio del casino. En una sala había ruleta.

—¡Bravo, don Diego!

—¡Por fin, don Diego!

Fué acogido alegremente.

Muy tarde llegaba a su portal. Abrióle ama Virtudes.

—Pero, ama, ¿por qué me espera? ¡Si tengo llave!

Ama Virtudes iba ataviada como de día; su cuello, de doble ola de carne, trascendía de colonia reciente; en sus orejas vislumbraban el aljófar y coral de sus arracadas de nodriza, y su cabello, surcado por raya en medio, se plegaba con picarescas gracias de tenacilla. «¿Qué habría en lo hondo de esta manteca rezumante?», se preguntó don Diego. Y la estuvo mirando, mirando. Ama Virtudes sentía que las gallardas cúpulas de sus pechos se alzaban.

—¿Sabe, ama?—repitió don Diego—, no me aguarde más. Yo tengo llave.

El ama suspiró y no dijo palabra. Y todas las noches lo esperaba.

Don Diego acabó por casi morar en el casino, fumando puros, sorbiendo ron y jugando frenéticamente.

Vendió su gran masía; después, otra, y a poco, la última.

Súpolo doña Elvira. Noticiábale ama Virtudes las ventas postreras, y ya prorrumpía en su invocación al Señor; pero aquélla le contuvo pidiéndole súbita, desencajada:

—¿Por cuánto dices, la última?

Y como era exigua la cifra, quedó en abatimiento la señora.

—¡La perdición, ama Virtudes, la perdición!

Don Diego, siempre robusto, ahito de casino, pensó con Juan Ruiz:

... que una ave sola nin bien canta nin bien llora,
el mástil sin la vela non puede estar toda hora,
nin las verzas non se crían tan bien sin la noria...

Y aunque no había leído ni el nombre del famoso arcipreste, conoció mucho a doña Venus, y hubo hembras placenteras.

Y en el recogimiento de las salas señoriles y en las cocinas patriarcales de las masías comarcanas, en las calles y en los caminos, se murmuró menudamente de la vida de escándalo del caballero. Sobre él llovieron avisos prudentísimos de graves señores y consejos de amigas de la muerta.

Todo se lo contaron a ama Virtudes, que se presentó a don Diego sin arracadas ni olores y lacias las bandas de su cabello, despidiéndose de su servicio, porque pasaba al de la señora doña Elvira.

«¿Se habrá enterado — pensó don Diego—de que he vendido hasta mi pobre casón, y escapa villanamente de mi ruina? ¡Dentro de esta orza de manteca sólo había codicia!»

Codicia y otra cosa que no averiguó nunca don Diego.

Era distraído caballero.

IV

Ya no era corregidor. Agostósele el caudal. Y casi con los últimos dineros encargó a Valencia dos ampliaciones fastuosas de los retratos de las muertas. De lo cual recibió fiero enojo doña Elvira. No, no era posible apiadarse del pródigo. Y ya lo acogió siempre rezando, para evitar todo cuento de lástima y súplica de auxilio.

Deciase don Diego: «Mi hermana es una miserable... Los criados de mi hermana son unos pobres diablos, y son también unos miserables, porque no reflejan únicamente la frialdad de su señora, sino que añaden odio natural y alegría grosera viendo menesteroso al encumbrado.»

Sintió entonces otra soledad, que no era la noble, íntima y romántica que ennoblece y alumbra y ama el espíritu en tribulación por muerte de los amores, sino soledad hecha por las gentes dentro de ellas mismas.

«¿Y si me colgara de un olmo, del de mi patio, por ejemplo?—se dijo al despertar una mañana—. ¡Matarme, no!... Pero ¿y si me marchase muy lejos...?» Y vió como un campo inmenso: en lo cercano, seco y oscuro (y aquí estaba él); y en el confín remoto caía el regocijo del sol cruzando de oro florestas lujuriantes. ¡Oh, tierras apartadas! ¡Oh, tierras nuevas!

Dañábale la visión de los montes natales, hoscos montes de umbrías sativas y laderas con muros de albañilería para contener las parras que rinden los famosos racimos invernales.

Evitaba las huertas y cañadas antes amigas, porque él no tenía ya terrazgo suyo.

Y huía de las gentes... Los hombres de Jijona, esos fenicios del turrón, alborozados y audaces, y las mujeres de Jijona, esas hembras de trenza tendida, pálidas como la fruta descortezada de sus almendros, le miraban...

Desde las ventanas del maldiciente casino, tacaños amigos de hacienda cuantiosa, señoritos baldíos y hasta los mismos ajedrecistas, terribles como agoreros, le miraban.

Los pobres policías lugareños, cuyas blancas o grises alpargatas destacaban crudamente con el uniforme (lo notó siempre don Diego), menoscabando acaso la autoridad de los arreos, también tornaban la cabeza para mirarle y malsinar...

Acercábase el Corpus, festejado en este lugar con maravilloso ardimiento. Tienden los jijonencos sogas de balcón y fenestra a balcón y fenestra fronteros, y cuelgan espesamente las calles, nublándolas, con albendas, fundas de cabezales y sábanas bordadas y humildes, con livianas tellizas, recios cobertores, camisas y enaguas lisas y randadas, zagalejos rozagantes, medias blancas de abuela, rojas, negras, azules, de piernas fuertes; con todas las ropas y lencería de los hogares, que, mirándolas, mueven a pensar en tá-

lamos de cumbre imponente, en lechos blancos de doncella, en cuerpos secos, bisuntos, rollizos, nerviosos, limpios, placenteros; en la mocedad, en la senectud...

Los corazones de las mujeres de Jijona se acucian y envidian en este día eucarístico.

Y don Diego, que imaginaba ese delirio de júbilo y emulación y que contemplara un gran rato vacíos sus arcaces, en cuyos ángulos se habían podrido los membrillos puestos por la muerta, ansioso, transido, vendió su caballo, regaló su lebrel y huyó del lugar...

—¡Oh, tierras desconocidas y apartadas! ¡Oh, santas tierras, refugio y alivio de las ansias del hombre lacerado!...

V

En el cabriolé de la diligencia viajaba don Diego, un curita y su madre, mujer de pueblo, cruzado el busto por pañolón pintoresco y rancio, de suaves pliegues. El polvo del camino había puesto como blusa de molinero el hábito del presbítero. La madre guardaba bajo su delantal el sombrero afelpado del hijo, y cuando les cegaba una tolvanera, decía:

—¡Mira que no traerte gorro para ti ni caja para el sombrero, siendo el nuevo!

El curita siempre contestaba:

—Es el no pensarlo, madre.

Enternecían a don Diego estas menudas tribulaciones, y aborreció al mayoral, que ladeaba la cabeza para celarlas con calma y burlería.

La diligencia se detuvo en una venta grande, de paredes tostadas, para remudar de bestiaje. Se veía apartado un pueblo blanco, reposado entre el vaho de bancales segados. Era una llanada.

Algunos viajeros se acercaron al capellán y estuvieron hablándole: sus gestos eran iracundos, terribles. El curita volvióse a don Diego:

—¿No ha oído? Dicen que nos van a enganchar un caballo loco.

Un señor gordo, con lentes negros, donde se espejaba la venta y el cielo en lindas miniaturas, habló de acudir a las autoridades del lugar cercano.

Don Diego contempló el pueblecito, que dormía en la paz campesina, alumbrado por el buen sol. ¡Autoridades allí!... ¡No era una lástima! ¡Como en todos, autoridades y gentes con ruindad, con agobios y malquerencias en medio de la calma y alegría geórgicas!

Por el portalazo del hostal asomaron las bestias apeladas casi todas, blancas, con salpicaduras cenicientas, como tomadas de la tierra de los caminos. Reposadamente, sueltas y solas, se acercaron al abrevadero, pilón largo y angosto, verdeante como una acequia y techado con vieja parra de uvas polvorosas picadas por los pájaros. Pero el agua no se vertía allí con estruendo y libre, sino mesurada tacañamente desde una caja que encerraba la espita.

Esta muestra de sordidez irritó a don Diego más que el peligro del caballo loco. ¿Quién no se fingía al ventero, antes de dar con el arbitrio de la prisión del agua, notando sus hurtos o pérdidas, agrio de palabras con los viandantes, con su mujer, con los hijos, maquinando siempre: en la cama, en la cantina y sentado a su puerta durante el crepúsculo?

La madre agua, que regocija nuestros ojos, que suaviza y encalma nuestros nervios, que sólo oyéndola nos parece sentir su fresca delicia, presentaba también a don Diego rapacerías, codicias de los hombres.

De súbito le distrajo el vocerío de la gente. Al uncirlo, se había encolerizado un caballo; coceaba, bramaba, saltaba proceloso.

—¡El loco, el loco!—gritaron despavoridos hombres y mujeres.

Y el mayoral reía socarronamente, murmurando:

—¡No hay cuidado, no hay cuidado!

Todos le miraban con rabia. El de los anteojos propuso el abandono del coche y quedar en aquella solana.

—¡Al amparo del Señor!—agregó la madre del presbítero.

Don Diego se contenía para no al-

borotar la contienda. Jinete y bridista o auriga intrépido, amaba las audacias. Gustosamente le daría dos puñadas al cochero por vengar las angustias del clérigo y su madre, y aun otra al hostelero, porque sí. Pero éste se había entrado y aquél no admitía pendencia. Nada más reía bellacamente, y no de don Diego, que terminó por decirse: «Es que este hombre no habla, no insulta, no atropella; goza se esfuerza haciéndose odioso... ¡Y no es menester!...»

Rodó la diligencia cruzando viñales y rastrojos. Los pasajeros seguían gritando amenazas. Los caminantes la miraban pasmados.

—¡Van locos!—dijo un mendigo.

Y un labriego que azadonaba cerca replicó desperezándose:

—¡Habrá comido en la venta!—y siguió cavando.

El estrépito y bazuqueo del coche; las campanillas de las collaras, que sonaban según el trotecico de las bestias; el zumbar de moscas y la canción salmodiante del zagal rindieron las fieras voluntades, y fueron las cabezas reclinándose en las tablas mugrientas y los ojos cerrándose. Si un trampal o un remiendo de grava del camino atollaba o sacudía el carruaje, la gente despertaba buscando, con pupilas espantadas, el caballo loco.

Menguó la marcha. La diligencia se había parado.

—¡Si eso ya lo pensaba yo!—dijo con gran voz el hombre de los lentes.

El curita, asido nerviosamente a un brazo de don Diego, alongaba el flaco cuello para mirar, mirar. La madre invocaba a San Rafael y a San José.

Y el mayoral se reía en silencio.

—¿Qué pasa, qué pasa?

—Nada; que se había soltado una brida del delantero.

Aunque decían del caballo delantero, todos miraban al caballo loco.

Y cuando el coche se detuvo en el primer pueblo, los viajeros se derramaron por las calles: quiénes buscaban al alcalde, quiénes rodeaban al párroco, que saliera a retirar de la valija *El Siglo Futuro*.

El administrador de postas y coches en aquel villaje dispuso la remuda de la bestia aborrecida. Y el mayoral desenganchó y llevóse un humilde caballo de orejas mustias, mirada triste y ancas hundidas y huesudas, de recio pelo amasado por el sudor. Después salió, risueño, tirando de otro animal, en cuyas quijadas doblábase un bálago largo y nudoso traído de pesebre.

La gente se amotinó. ¿Qué era aquello?

—¡Fuera el loco! ¡Que se lleven al loco!

Y todos los brazos señalaban al caballo que había saltado y coceado en la venta.

—Pero ¡si el loco—exclamó el mayoral entre una carcajada que le inflamó hasta la frente—, el loco es el de antes, que está ya en la cuadra!

Don Diego miró con desprecio a los viajeros, bajóse del cabriolé, acarició al caballo odiado por tantos corazones, entró a los pesebres, se abrazó al pobre loco y lo besó llorando...

VI

Delicia exquisita y bienhechora para la carne y el alma debía ser recibir en la piel, en la nariz, en la boca, en la mirada, la frescura de aquel prado francés de heno espeso y jugoso que hollaba don Diego, porque, contemplándolo, olvidó por un momento el nómada caballero toda su malparanza. En su pueblo, lo más parecido a esto era un vasto plantío de alfalfa de su gran masía y los alcaceres de las haciendas de su hermana...; pero no, no era comparable, porque en Jijona no había anchura, y a los verdores atusados de la sementera seguían tierras peladas. Aquel prado era una soledad vastísima, mullida de terciopelo esmeralda, que exhalaba un leve humo de niebla, ondulando dulcemente en el confín, donde pacían vacas rojas y se alzaba una torre de pizarras agudas.

Don Diego había envejecido. Su barba estaba abundosa, crespa y cándida como una ola rompiendo en pe-

ñascal, y su cabellera, larga, hirsuta y blanca como una encina nevada.

A poco de expatriado, rodaba el caballero de Consulado en Consulado español. Y así arrastró sus hambres por tierras americanas, y arribó a la vieja Europa. Vió artistas y hombres de sabiduría: de ellos, calvos; de ellos, con barbas y cabelleras proféticas, como las suyas. Y ya las quiso tiernamente, porque al volver a su patria, vencido y miserable, ellas guardarían la evocación de su vida peregrina, horra de miradas tenaces de paisanos.

Una noche, en Francia, jugó y hubo fortuna. Comió refinadamente, bebió vinos perfumados como frutas, y sintióse fuerte y ganoso de amor placentero. Llevároníe amigos nuevos y alegres a un hotel. La dueña le presentó una hermanita suya, según dijo.

Quedaron solos la niña y don Diego. Se miraron; quiso ella hablar, y él le pidió que no hablase. Después la besó en los ojos y en los cabellos; le entregó diez luises que le quedaban; quiso besarla más. Y el aventurero sollozó. Entraron los camaradas y hubo júbilo de burlas. ¡El pobre viejo!...

Y esta memoria le acompañó mientras sus pies se hundían en la pastura tierna y espesa. Detúvose y balbució:

—¡Ella era tierna como este heno y tenía catorce años, como mi nena!

Y contempló la lejanía melancólica.

En el crepúsculo llegó a Burdeos.

Y el señor cónsul lo remitió a España.

VII

Remataban el cabo peñascos monstruosos, infernales, de la color y rudeza del hierro. Llegaban verdes, anchas, las olas, de cumbres como torsos redondos y palpitantes; hacían su avance de fiereza humana; dentro de ellas chocaban rugidos espantables; se precipitaban y, alzándose, caían tronadoras sobre las rocas; y al separarse rendidas, se descubrían los abismos, las cavernosas raigambres del peñascal; y hervían, tejiendo blondas, las espumas, sonando como las mieses maduras.

Tendido en el hueco de un peñasco saledizo, cavado por las aguas, sorbía con avidez don Diego la sal y el estruendo, y la respiración untuosa de las entrañas del mar. Pasábale una ola, y el nómada besaba ambiente y espuma, y su barba y cabellera mojadas y lacias; y enternecíale verlas como plantas marinas, goteando mar en las penas, por cuyos surcos bajaban arroyos y trenzas de agua con sus canturrias y retozos, que hacen los buenos y dulces arroyos de las sierras, padres del césped.

Miró don Diego los costados del roquedal, grietos, mordidos, llagados por la devoración de las aguas. ¿Cuántos siglos tendrían las pobres rocas? ¿Tendrían dos siglos? Más. ¡Lo menos cinco! ¿Cinco siglos? No servía contar. La cifra, ante lo magnífico, no expresa... ¡Entonces las pobres rocas tenían siglos, siglos, siglos! Y desde que fueron sólo allí habían estado; quizá siempre allí, sintiéndose ceñidas por brazos de oleaje. Y las corrientes de aguas, dejadas arriba por la ola, les caían como lágrimas que escaldaban y abrían sus mejillas.

El tenía sesenta años, y había amado, había placido de la vida jubilosa, había llorado. Empobreció; cruzó tierras extrañas; resistió su aflicción los alborozos y faustos de los pueblos y el silencio y soledad de los paisajes; y, entre tanto, las aguas rodaban por estas pobres rocas; cuando nació su hija, las aguas caían por ellas; cuando murieron sus amores, cuando abandonó Jijona, también las aguas derramaban por las rocas...

¡Señor, cuánto, cuánto le había sucedido, le había pasado en sesenta años, y a este pobre peñascal tan sólo le había pasado y le pasaba el agua del mar, sin brotarle la alegría de una hierba!

Y don Diego se conmovió de lástimas que le hicieron retorcerse en la roquedad de su peña. Afligióse imaginando el hastío enorme de las rocas; se *vió* trozo de roca y le pareció que, siéndolo, era más de la Naturaleza...

¡Señor, sentirían, sentirían ellas, correrían debajo del mundo, de todas las cosas, un infinito y delicadísimo sensorio y un alma universal!

Y sonó en el cielo un grito, una quejumbre, y vió sobre su frente una gaviota que, asustada del hombre, retrocedió hacia el mar.

El nómada se alzó. Inmóvil, esparció sus ojos hasta el horizonte, perdido en un misterio de brumas y de tarde acabada.

Tornábase negro el acantilado. Era como una ingente basa de aquella estatua plasmada por el cincel del dolor.

Resplandeciente, rápido y fantástico como una isla alada, como un palacio legendario, pasaba un transatlántico. Adivinó el hidalgo levantino alegrías y goces de viajeros, damas envueltas en fragancias, y hubo en su alma resurrección de ansiedades epicúreas, y luego tristeza lancinante y llorosa, fingiéndose abandonado de aquel bello barco de la dicha, que iba apagando la distancia...

Apartóse del mar. Oíalo lejos y muy hondo. Miró a la altura constelada, y desde el faro, hosco mástil cuyo fanal relumbraba como un topacio enorme, descendióle un camino de polvo luminoso, blanco y leve, que atravesó la noche. Y al rodar otro destello volvió a nacer el delgado cendal de luz, que tenía la pureza de esas lumbres que pintan la piedad desde el cielo a la frente de los ungidos por Dios.

Súbitamente, don Diego se anegó en dulcedumbre. Sobre él bajaba también la gracia del Señor. Sentía como la delicia que pudiera penetrar en un árbol sediento al ceñirle el riego.

Le parecía que por los senderos de la luz llegaba serena música de órgano, expandiéndose en el viento...

¿Cómo en aquel yermo sonaba un órgano? ¡Si no podía ser! Allí no había templo, ni monasterio, ni otra mansión sino el faro terrible y negro, un índice de coloso. Y, pues, el nómada no sabía de Pitágoras y no sospechó nunca el ritmo o armonía del Universo, y resonaban en ráfagas, limpios y religiosos, los acordes de órgano, órgano habría. Convencido de ello, don Diego avanzó, cayendo y arrastrándose por los agrios peñascos en busca del milagro de las melodías.

Llegaba a la torre cuando el armonio producía un trémolo celeste. Y se apagó brusco, roto. Entonces abrióse la puerta del faro y perfilóse la silueta de una mujer enlutada. Vió al nómada y cerró. Luego reapareció, seguida de un anciano que vestía blusa de mecánico, holgada y larga como una túnica.

Aunque las ropas del caballero daban barruntos de mendiguez, tenían hechura hidalga; y las sencillas palabras de salutación que balbució al levantarse del peldaño donde se postrara para escuchar, y el verlo viejo y empapado de olas, movieron el ánimo de la doncella y del torrero a ofrecerle descanso y abrigo.

No manifestaba el vestíbulo del faro indicio de lo que cautivara a don Diego en la soledad. Su menaje oficial; lo reluciente de los metales; un intenso olor de parafina y materias lubricantes; letreros técnicos de latitudes y altitud, y un hondo ruido de muela harinera que producía la rodadura de la lámpara, enfriaban el corazón romántico. Y sentíase al entrar lo que puede sentirse en los escritorios de una fábrica o en una oficina del Estado.

Crispóse de indignación la boca de don Diego. ¿No era lástima que en paraje tan grandioso y fiero habitasen los hombres como en cualquier dependencia de la alcaldía de Jijona? Si él fuera de eso, de eso... no se acordaba. ¿Cómo se llamarían los hombres que cuidan de los faros? Y lo preguntó.

El anciano de la blusa contestóle que torreros o faristas.

—Es verdad. Pues, señor farista, si yo lo fuera quemaría estos trastos; y ese armonio que usted tiene oculto lo pondría junto al portal para ver el mar, las montañas y el cielo mientras tocase.

El del faro, que debía de ser hombre impresionable, imaginativo, contempló con interés al nómada, el cual

adolecía entonces de un horrible quinqué, pendiente de la sopanda del techo. Hacía la luz quietecita, humilde, de velón, como si supiera, cuitado, los pulcros esplendores del fanal que se esparcía en brazos amorosos por las inmensidades. Una misma sustancia los nutría, y él sería siempre quinqué colgado, con sus míseros garabatos de hierro y su tubo flaco, de cintura de vieja irascible.

Esto también se lo habló al de la blusa, que miró sonriente y compasivo al quinqué humanizado por el forastero.

Pasaron a otro aposento, donde estaba el órgano. Era éste una caja inmensa de maderas rudas, vírgenes y de tuberías oxidadas. Pisó el nómada los fuelles, hundió su puño en las teclas, y se produjo una algarabía de voces nasales, como si hubiese espantado un nidal de gaviotas.

Don Diego les habló de los órganos de la catedral de Colonia, de Nuestra Señora de París, de San Marcos de Venecia. Mentó a los maestros de la música que él viera y admirara. Y dijo de sí, de sus aventuras, y este nuevo Ulises prendió entusiasmos de lástima en aquel buen Alcinoo de la blusa y en el pecho de aquella Nausicaa enlutada.

No le sentaron en silla de clavazón de plata ni le sirvieron regios manjares; pero le dieron con largueza vino calentado, cecina y sopada de leche, que ordeñó la doncella de una cabra blanca y velluda que balaba en el patio.

El torrero también cenó con el huésped. Intimaron. El era el organista en aquel templo de la noche, y él quien en los ocios labrara el órgano y un piano que en otra pieza se veía con funda bordada. Desde su mocedad vivió en faros. Amó el servicio en islas y torres encumbradas, y su mirar profundo parecía hecho para apacentar siempre por las soledades de las aguas. Fué en la última isla que habitó donde su mujer le había abandonado. Y desde ese retiro presenció cinco naufragios. Era fatídica la isla; una losa de roca brotaba de ella y se tendía submarina hasta lejanamente, y contra esta laja, agazapada en el mar, se estrellaban los buques. El último siniestro fué en tarde estival; las aguas tenían una paz azul. Era buque de emigrantes. Lo vió montar, encabritarse sobre la peña; aullaron roncas las sirenas. Acudieron barcas pescadoras; pero la muchedumbre de náufragos, que levantaba una vocería angustiosa, estridente, agarrábase a las bordas, y ante el peligro de zozobrar, las barcas hendían los montones y grupos humanos, y sólo eran recogidos los dichosos que quedaban flotando a los lados. El buque tuvo subida su proa dos días sobre los peñascos. Se hundió lento, cabeceando dulcemente.

—Yo lo vi una mañana de calma acostado entre las aguas, y lloré. ¡Cuánta tristeza!

Y el torrero lloraba también diciéndolo. Algunos pescadores de los que acudieron a este naufragio no eran hombres sencillos ni honrados, porque después ya no le quisieron, ¡a él, que en las furias del mar, cuando las barcas no podían salir a la pesca, les leía y tocaba el piano y el órgano! Y es que hicieron pillaje en el buque; llevaban relojes de oro y se odiaron por envidias.

La doncella los dejó para subir la cena al torrero, que hacía el primer turno de guardia. Era casado, pero su mujer estaba postrada de dolores.

—Por eso yo le cedo la primera guardia y mi hija le cuida.

Tierno y efusivo, añadió:

—La pobre se ha hecho delgadita y blanca, blanca, porque pena... Y como sube tantas veces los setenta peldaños de torre..., pues tiene unas piernas tremendas de gimnasta.

Los dos viejos sonrieron suavemente. Bebieron vino, ya tibio, y quemaron el tabaco de sus pipas.

Don Diego extrajo de su seno una miniatura de su hija y la mostró al amigo.

—¡Lástima de hija!

Orlaban la miniatura pequeños diamantes, defendidos con heroicidad y abnegación de la miseria. Pero el nó-

mada preveía la venta, y besó el marfil.

El músico le habló de su doncellita. Estaban concertados sus desposorios con un mozo de padres labradores ricos, cuyas haciendas, de vastas obradas, se hallaban a tres leguas, que caminaba el novio todas las noches para llegar al faro. La calzada orillaba la costa; había atajo por dentro de las grandes sierras, pero reducido como una cornisa, saliendo en las altitudes sobre los abismos; era horrible y nadie lo pasaba. Y este mozo, que ansiaba sus fiestas nupciales y les trazaba la vida campesina de todos juntos, pronto se cumpliría un mes que había desaparecido. Desde las ventanas y terraza de la casa, desde la voladiza galería de la linterna, la hija atalayaba el camino, que en lo remoto entrábase en manchones negros de fronda. ¿Qué iba a hacer él para curarla de su pena, que le acababa muda, seca?

—¡Amigo, amigo, ni un gemido ni una lágrima!

Y el cuitado mordió su barba corta y blanda.

—¡Ahora que estábamos aprendiendo las *Siete palabras,* de Haydn! Las conoce, ¿no?

Y el anciano sentóse ante su órgano.

Brotaron acordes dulces, lentísimos; luego, un haz de notas tímidas, rizadas. Trémulos, los dos viejos se dieron la mirada húmeda y hermana. «¡Oh, si ellos fueran compañeros de vida en aquel yermo!—exclamó, entusiasmado el músico—. ¿Cómo eran los órganos de San Pedro, de Roma? ¿No los había visto? El construiría uno inmenso... Había de ayudarle. ¡La música, la música!... Sí; don Diego fué infortunado; pero había también gozado mucho en sus años errantes... ¿Y el violonchelo? ¿Le gustaba el violonchelo? ¿Sí? Pues pensaba hacer uno. Tenía ya las láminas combas de madera y el modelo en cartones... Se lo mostró. ¡Por qué no vivirían juntos!»

El nómada participaba de la cordialidad del artista. Dolióse de no saber de música, de no tañer nada. «¿Y no sabía nada, nada en este arte?», le preguntaba cariñoso, sencillo, el organista. Y una vanidad de muchacho tentó a don Diego, y dijo que cantaba.

—¿Canta? ¿Sabe cantar? Pues yo le pondré acompañamiento a cuanto diga.

Y ya se apercibía, sacando registros, trabajando los fuelles; mas desmayó en tristeza.

¡Su hija sufría, y la voz—que le perdonase don Diego—, la voz no era como el órgano, que no borra ni interrumpe el recogimiento! El sonido del órgano resbala sobre el fondo de los silencios sin rasgarlo.

Los dos amigos tornaron a beber del vino, ya frío. Y encendieron sus pipas.

—¡Oh, si fuéramos camaradas! —dijo ahora el nómada.

Y el amigo murmuró que su soledad se sentía más que la del hidalgo, porque siempre era la misma. Andar, andar, se acompaña de la renovación de gentes y pueblos.

—Es que yo—gimió el errante—ya quiero la compañía de las almas, porque ahora que resuena en la mía siento fortaleza. ¡Un alma, un alma para mi alma!

Don Diego coincidía entonces con Carlyle en que lo vetusto y más intenso de todas las realidades era el alma humana, «voz del Creador del mundo que habla todavía con nosotros».

—¿Acaso él—añadió el hidalgo—no vivía con otro hombre amigo, compañero de faro?... Mientras que...

—El otro, el otro—interrumpió, frenético, el artista—sólo habla del escalafón de torreros, de introducir reformas en el Cuerpo que le permitan ascender brevemente... ¡Se muere porque me jubilen pronto!

Y luego, dulcificado por la tristeza, sin ira, confesó que el otro y él no se amaban. Era hosco. Había intentado acercárselo tocando en el órgano *El rèy que rabió,* que era lo que más encarecía, y nada. Nunca le había alabado su música ni las obras de sus instrumentos... Tampoco manifestaba advertir los cuidados y finezas de su hija...

Marcaba el reloj la hora del cambio

de la custodia del fanal. Fuera, en la noche, el vendaval arrastraba sus alaridos por las cumbres y honduras.

La puerta del faro estaba abierta, porque la doncella había salido, creyendo oír en el viento la voz del amado.

Los dos amigos apuraron las jarras y cargaron las pipas.

Retumbó el órgano hondo y rudo en una deprecación de voces de hombres primitivos.

—¡Maestro, amigo!—gritó, congestionado, don Diego—. ¿Qué es esto tan grande, tan maravilloso, tan bárbaro?

La armonía tronaba rugidora, salvaje.

—¡Esto es mío, mío—aulló, terrible, el músico—; es mío: oración de olas de peñascos, de gigantes, al son!... Pero el otro no me deja, no me deja acabarlo, porque se desinquieta su mujer, que padece de neuralgias.

El otro surgió por la puertecita del hueco corazón de la torre.

Quedó espantado del delirio de aquellos dos hombres.

La hija advirtió al padre que había pasado la hora del relevo.

—¡No hay relevo!—exclamó el nómada—. ¡Que alumbre el faro solo y libre!

—Usted no debe de conocer los reglamentos y ordenanzas de...

Don Diego cortó el enseñamiento del recién venido con las primeras notas de *La Marsellesa*, cantadas desaforadamente. Pero el músico se abrazó a él, pidiéndole el silencio por su hija... Había de subir; el otro le denunciaría.

—¿Sí? ¡Pues arriba! ¡Yo también subo!

El segundo torrero se puso delante de la entrada de la columna. Era gravísima la responsabilidad...

No pudo acabar. El nómada le apartó con desdén; hundióse en las tinieblas, seguido del músico y estalló una risotada, que, entre la piedra, sonaba empañada, lúgubre, como de hombres sepultados vivos...

VIII

Una gasa infinita besaba toda la tierra, azuleándola blandamente. Las montañas eran como altares ciclópeos donde se quemaba el incienso de las nieblas. La espalda del cabo se alejaba abrupta, pelada. Lejos, un pino centenario, torcido, de ancha fronda, hacía más intensa la soledad. La costa retrocedía y avanzaba randada de espuma. Detrás del vaho matinal se adivinaban otras sierras livianas y azules, como masas de nubes. Y el mar liso, con un tesoro de monedas de sol en el horizonte oriental, subía al cielo fundido en concordia purísima que enterneció al nómada.

La brisa ondulaba y alzaba las torrenciales blancuras de la barba y cabellera del hidalgo, que sonreía bondadoso, pareciéndole el airecico un nieto que jugase con la magnífica cabeza del abuelo.

Desde aquella cornisa del fanal creía hundir la mirada en todo el mundo y señorear la serranía, el mar, las nieblas, las pobres naves que en lontananza semejaban deslizarse por el cielo... Allí se era casi ave, ¡venturoso!

Rodeó la cúpula y halló la doncella, que recorría con ojos atormentados todo el camino, hasta que se ocultaba en tierras arboladas.

El hidalgo, respetando la dolorosa ansiedad de la amante, retrocedió y despidióse de las inmensidades. Se alojaba ya dos semanas en el faro, a despecho y odio del ordenancista, que expuso a su jefe lo desordenado y peligroso de tal posada. El músico hubo de imponérsele bravamente y defender el ejercicio de su albedrío; el subalterno quejóse a la Dirección y acusó escándalos, y en el faro se recibió noticia echadiza de pronta inspección.

Don Diego fué al pueblo, cambió la orla de diamantes por dineros, y en rendimiento de gratitud de la acogida fraternal hecha a él, extraño y miserable, llevó a la torre tabaco, cerveza, viandas y un pomo de rosas pálidas, atadas con cinta de seda, que ofreció gentilmente a la hija del músico.

Aquella noche, embriagados de música, de tabaco, de cerveza, se tutearon, y aflicciones, disciplina y turno de servicio, todo, todo fué olvidado.

Y al repasarlo imaginativamente ahora, el hidalgo reía de la iracundia del torrero tracista de reformas.

Repitió su alma el adiós a las magnas soledades y buscaron sus ojos el cóncavo peñón en que recibiera el deleitoso y amargo bautismo de las espumas de esta costa bravía.

Venía ya anchamente por las sierras un viento poderoso. El agujón del pararrayos y los balaustres y el piso metálico de la rotonda tembloreaban con quejumbres.

Una gaviota, con las alas inmóviles, precipitóse en las aguas del sol.

Las bellas puericias, tan fáciles en el viejo caballero, trajéronle el pensamiento de que sería peregrino poner un alcahaz sobre la linterna y ver brotar y acudir nubes ruidosas y felices de palomas. Ardió en deseos de tan hermosa visión, y ya que no podía las veras, quiso presenciar su simulacro. Entróse al fanal, bajó con presura las seis barras de acero de la escalera y tomó de una mesita que había en la cámara del custodio de la luz un brazado de papeles. El segundo torrero, que estaba engrasando el rodaje, gritó a don Diego que dejase el hurto; pero el nómada trepaba ya delirante, salió a la rotonda y a los cielos, y cuando el mísero farista abalanzábase sañudo sobre el hidalgo, dió éste al vendaval una nevada de papel que rodeó espesamente la cúpula; se remontaron trizas y hojas enteras y huyeron libres, raudas, gloriosamente al mar.

Rechinaron las mandíbulas del hombre del faro. Su mirada tenía odio, y sus labios, saliva. ¡Aquellos papeles eran sus cuentas y anotaciones meteorológicas, ordenadas y puestas trabajosamente en limpio para presentarlas en la visita de inspección recelada!

El nómada, enloquecido de entusiasmo, no oía injurias ni rechazaba las sacudidas de manos furiosas. Dilatadas las pupilas, erguidos sus brazos, estremecida su cabeza, gritaba ronco, desfallecido de ventura:

—¡Allá!... ¿Las ve? ¿Las ve? ¡Vivas, vivas!... ¡Aún vuelan!... ¡Allá!...

IX

Las raíces del pino, negras, robustas, monstruosas, después de torcerse desnudas sobre las montañas, se enterraban y aparecían enormes y colgadizas en la desgarradura de un antro. El tronco, rendido hacia el mar, tenía la corpulencia de los árboles que viera don Diego en los bosques de Indias. Y la copa era un palio redondo, grueso, de verdores joviales, aterciopelados, hoscos y profundos. En los claros del ramaje se asomaba la alegría del cielo, y todo el árbol guardaba rústicas sonatas del caramillo de Pan, fragor de olas y canciones del viento.

En el mullido de pinocha caída descansaba el nómada de su primera jornada de la tarde.

La partida del faro la imaginó él como despedida de ancianos patriarcas. Abrazaría al amigo hermano, besaría a la doncella entre los ojos: la frondosa cabeza del nómada se inclinaría para dejar el beso de adiós en la cabeza de la virgen dolorida de amor desventurado. ¡Como a una hija! ¡Besar un viejo la frente de la hija de un viejo amigo es el ósculo de dos paternidades! El la hubiera besado entre los ojos. Así lo vió en un lienzo del Museo de Burdeos: *Le Départ*, de León Perrault. Mirándolo, bendijo su corazón al artista. El nómada prescindía de las figuras del esposo y de la madre: quedaba el sencillo portal en un trozo de pared ruda, por cuyo cantón trepaba una vid. La cabeza del padre era de apóstol, y con la mano diestra se allegaba dulcemente a la hija para imprimir su beso entre los ojos.

Y su despedida del faro no había sido de esta manera bíblica porque en su instante—y recién aún aquella antojadiza demasía de arrojar los documentos de servicio del ordenancista—llegaron tres serios señores en una lan-

cha vapora, y todo el faro fué solicitud y obediencia para ellos, los cuales ordenaban mucho. Llamaban por los apellidos a los torreros, miraban a la doncella como a un empleado. El músico se convirtió totalmente en farista; estaba transfigurado. Sumiso ante los graves señores, le miraba como si no le conociera; el segundo le miraba triunfante y rencoroso, y los recién llegados le observaban con desconfianza.

Y abandonó, desgraciado y yerto, aquel asilo donde encontrara noches antes la regaladora, la inefable calidez de dos almas buenas. ¡Infortunadas almas, anhelosas y nobles, que habían de mustiarse y reducirse por timideces y atamientos de la vida de artificio!

Removióse en su agreste cama aromosa y descansó la cabeza sobre una redonda hijuela de la raigambre como en un abrazo amigo. Y amó al árbol. ¡Santas raíces que en sequedad roquera sorbían vida para un coloso bueno que daba perennal abrigo, blandura de seroja, música y fragancia! Raíces que renovaban el lozaneo de la cúpula del árbol y hacían hermosura, ¿por qué las del hombre no chupaban siempre los jugos generosos que mantienen la venustidad del alma? ¡Los hombres, los hombres, ni eran perversos ni ángeles, sino cruzados de todas condiciones, según se asentaban sus raigambres movedizas! El torrero de la mujer reumática; doña Elvira, su hermana, y otras almas de parecido linaje, ¿qué zumos sorberían, o no sorbían nada porque estaban hincados sin raíces en la vida?

Quedábale a don Diego poca tarde y longura de camino hasta el pueblo, y ganoso de llegar a él antes que cerrase la noche, renunció al apacible ámbito del pino soledoso. Y alzóse y volvió a caminar. Había tomado la trocha, porque el camino costanero que él trajo y pasó para mercar en el pueblo viandas y flores hacía grande rodeo.

El atajo desaparecía luego por profunda rasgadura de la sierra, troncado en cornisa; de cuando en cuando se rompía y era preciso pasar sobre troncos puestos de antiguo por algún cabrerizo.

El silencio, las tinieblas de las simas, el verse en soledad que no era de cumbre, de mar ni de llanura, donde la luz llueve alegre y bendita de los cielos y la voz puede llegar a otros hombres, sino en hosca soledad mural, entregado al antro sin posible amparo de nadie, hizo flaquear el corazón del nómada. Tenía miedo. ¿Miedo a morir? Y levantó sus hombros y se doblaron sus labios con desdén. No le apuraba morir. Y el miedo mojaba de sudor la raíz de su cabello y sus arterias amenazaban estallar. Sentía angustiosamente como su sujeción, su inferioridad a la tierra, esa tierra tan dócil que el hombre domina, abre, ciega, labra y exprime; pero la sierva tierra alguna vez pierde su mansedumbre y se revuelve contra el hombre, monstrándole su poderío, y entonces el silencio de los abismos tiene grito, y las grietas y cavernas, miradas terribles de Dios. Y el corazón del hombre siente su pequeñez y teme.

El nómada se hallaba a la mitad de la hondura. Puso la mano sobre su costado izquierdo. Alentóse. ¡Después estaba la delicia de las claridades, la acogida de todo el crepúsculo! Y siguió la ruta de los antros.

A poco, en su desamparo, recibió un contento bueno de animación, de compañía. De lo alto bajaba dulzura de esquilas y balidos, y, alzando la mirada, vió perfilarse en el azul dos cabras bermejas que contemplaban quietamente el fondo de los montes.

De pronto llenóse el ámbito de un espantoso estruendo de alas, y subieron despavoridos dos pájaros negros, que huyeron graznando por el jirón de cielo. La senda estaba rota y tronchado el pasadizo de leños. Asomóse el nómada y aspiró un hedor de sepultura reciente y abierta. Escudriñó más, y don Diego gritó, aterrado, delirante.

Bajo sus pies, a la mitad de la tajada vertiente, brotaba una peña enorme, y allí había un muerto. Estaba respaldado en la montaña; tenía las

piernas torcidas, quebradas, devoradas las manos, y su cabeza, ya esquelética, vuelta hacia las cumbres. Las huecas órbitas de sus ojos parecían mirar el día y a las dos cabras, que, asomadas en la altitud, acaso le vieron todas las tardes desfallecer, crisparse y morir lentamente.

El nómada retrocedió, transido, sollozando. ¿No sería el despeñado el amante de la doncella que, por anticiparse la dicha, eligió la abandonada senda y murió de hambre, y sed, y locura, colgado sobre el abismo?

Cuando el errante caballero escapó de los antros y subió junto al árbol centenario, besó su corteza y derramó llanto dichoso. ¡Oh la agonía del hombre caído vivo a la mitad de la hondura..., y el cielo pasando sobre él su esplendor azul!... ¡Señor, qué horrible! Pero su alma estaba alegre: su mirada se expandía, gozadora de infinito, y sus pulmones se embriagaban de ambiente libre sahumado de resina.

Lejos, erguíase el faro como pilastra de templo ruinoso, y en el fanal, el sol poniente encendía una hoguera...

X

Por las mañanas soleábase don Diego en la ribera, y sus ojos seguían la mansa ondulación de las rojas aguas del río. Fatigado de zahondarse en la arena, sentábase bajo los álamos desnudos, árboles románticos muy amados del nómada.

La ciudad era triste, umbrosa. Caían sobre sus calles solitarias las lentas campanadas de los templos, y los sones religiosos rodaban por la vega. La ciudad siempre reposaba bajo el tañido de las torres. Sus tejados y los suelos criaban hierba.

De las tapias de muchos caserones prorrumpían palmeras de ramas desmayadas y cipreses negruzcos y desbordaban las viejas hiedras.

El Instituto estaba en un antiguo convento; la Audiencia, en otro, y en un vetusto palacio ducal había fábrica de randas y tocas, un círculo conservador y Academia de Bellas Artes, cuyo presidente honorífico era el prelado.

Por las tardes, don Diego, vestido de sayal, servía de modelo en el estudio privado del maestro de la sección de Pintura.

Los señores canónigos, avezados a la tertulia del pintor, alabaron la grandeza y amargura que denotaba el modelo. Y su ilustrísima, que visitara una tarde el estudio, atraído por lo que del cuadro comentaban sus familiares, afirmó que aquella desolante actitud del modelo estaba, sin duda, inspirada en las amargas frases con que el profeta anuncia a Babilonia su ruina. Y como era varón que recitaba bellamente los los textos sagrados, alzó los brazos, sacó el pecho, donde relumbraba la joya de la cruz, y pronunció el inicial de la profecía:

—¡Virgen, hija de Babilonia, desciende y siéntate en el polvo; siéntate en el suelo; no subsiste el solio de la hija de los Chaldeos, porque no serás llamada, en adelante, delicada y tierna!

Seguidamente, para los señores canónigos, repitió el texto en latín.

Don Diego recordó que el pintor no había dicho nada de Isaías ni de ninguna virgen hija de Babilonia. Y, sin embargo, el maestro sonreía con lisonja y reverencia al señor obispo. ¡Su ilustrísima lo había adivinado! El asunto estaba tomado de aquellas palabras. El fondo del cuadro sería azuloso y en él se esfumaría una ciudad murada.

Cobraba don Diego cuatro reales por su inmovilidad.

Por las noches departía con un compañero de alojamiento, amanuense de escribano.

No le quedaba ya blanca de la venta de los diamantes; pero tenía pagadas las cincuenta pesetas de hospedaje de aquel mes, que era el de diciembre.

La señora huéspeda, enjuta, amarilla, picada de viruela, de moñito ralo y canoso, como hecho de hebras de araña y manos de muerte, tenía la codicia hincada en los profundos de su pecho. Servía miserables escudillas, que

enojaban su furia al escribiente. Y don Diego, regocijado y zumbón, celebraba la sapiencia económica de la señora.

Dormían los dos hombres en la misma alcoba. Todas las noches, al retirarse, sacaba el amanuense de su cofre de piel cabruna un atadijo y de éste una alcuza; vertía aceite en una lucerna y prendía la mariposa.

—¿A usted no le molesta la luz para dormir?—le preguntó al hidalgo cuando se conocieron.

—A mí me da igual todo—dijo don Diego, y en sus insomnios veía sobre la pared el espectro del curial.

«¡Si yo, al dormirme—pensaba el nómada—, me muriera sin sentirlo, no sería una hermosura para mí, un grave contratiempo para la rapaz patrona y horrible susto para este individuo, que debe de tenerme miedo!»

Llevaba veinte días de huésped y de modelo. Había ido a aquella casa recomendado por un canónigo.

Su condición errabunda se rebelaba de la quietud y de la disciplina de horas para la comida, para el maestro, oyendo la charla de los señores eclesiásticos.

—¡Pues me iré mañana!

Y, pronunciada la promesa, acomodábase para esperar el sueño sobre ruidosos jergones de hojas de mazorca.

Pero, al despertar en el grato calor de la frazada y helársele la mano que sacaba para asir la pipa, emperezábase su voluntad, tenía compasión de sí mismo y... no se iba.

De repente abríase la puertecita de la alcoba y asomaba, despacio, la cabeza de un viejo.

Aquella cabeza menuda, de nariz y barbilla de israelita hambriento, con brasas en los ojos, que se agitaban sepultados entre pellejos de pergamino y orejas dobladas por un sombrero duro, enorme, hundida la copa por un puñetazo brutal; aquella cabeza inquietó y aun aterró a don Diego las primeras mañanas.

Tras la cabeza aparecía un cuerpecito ruinoso, estrecho, de cuyos hombros subidos, de asmático, colgaba un abrigo del verde de la oliva; los pantalones, estrechos, rugosos, daban a las piernas semejanza de alambres rizados, y las botas eran de paño, monstruosas.

El viejo parábase delante del escribiente: sus mandíbulas se agitaban, y la piel de sus mejillas se andaba, se inflamaba. Su voz era un silbo.

Don Diego no podía escucharle.

Aquel viejo tendía su diestra huesuda. El curial, siempre apacible, estaba entonces torvo, y sin mirar al implorante, tomaba una moneda de las ropas dejadas en los hierros de su camastro y la tiraba en la cavidad de la mano del viejo.

Antes de cerrarse la puertecita asomaba otra vez el horrible sombrero, la nariz y la barba, estremecidas por el batir macabro de las quijadas, y las dos brasas miraban al hombre acostado.

Un día vió el nómada a este viejo salir rápido del negro cancel de la catedral. Andaba a largas zancadas por alcanzar al amanuense; y ya juntos, el viejo hizo la misma mueca; trabajó sus mandíbulas y alargó la mano como en el dormitorio. El escribiente arrojóle una moneda y se apartó. El otro quedóse mirándole la espalda; después, sus ojos, donde se mezclaban furias y amarguras, se fijaron en el cielo.

El hidalgo le siguió. ¿Iría a embriagarse el viejo? ¿Buscaría mendigas viciosas?

Don Diego había de caminar velozmente, porque el espiado daba trancos de ave zancuda.

Cruzaron dos calles agobiosas. El hidalgo se detuvo y se arrepintió de sus pensadas injurias, porque el viejo había entrado en una tahona y salió mordiendo un pan. ¡Señor, el viejo tenía hambre! ¿Es que el visaje de la maldad y el del hambre eran iguales? ¿Qué no habrían pensado en él, del nómada, las gentes? ¿Por qué los hombres eran fáciles para juzgar con vilipendio a los hermanos? Una ruin catadura de la carne nos despertaba el ansia de descubrir un nido de vilezas. ¿No habría perversidad y engaño en tales imaginaciones?

Cuando llegó a su hospedaje, preguntó a la señora por el viejo. La respuesta asombró al nómada.

El viejo era padre del amanuense.

—Pero ¡si se odian, se odian!

—A mí qué me dice; cuénteselo usted a ellos.

A la señora huésped no le importaba que se odiasen... y él se angustiaba.

Al salir de la cocina sus pies tropezaron con un gigantesco pavo, atado con una soga a los travesaños de una silla.

Don Diego recibió otra sorpresa increíble: ¡pavo allí!

No lo compró la señora. Los tiempos no daban para gulas; pero la Virgen se había acordado de ella la víspera de Nochebuena, y con un solo billete de rifa, un solo número, ¡el 17, San Antonio Abad!, le había tocado el animalito, que estaba ricamente cebado.

Por la noche, ya en la cama, el amanuense dijo al hidalgo que lo viera aquella tarde. ¿No había ido a la academia?

—¡Ah, ya!—dijo don Diego—. Fué cuando hablaba usted con..., con...

—Sí, con ése; con el viejo.

—¡Con el viejo! Pero ¿no era su padre?—exclamó el nómada.

—¿Padre? Engendrar no es ser padre—replicó, horrible, el amanuense—. Engendrar sólo, no; en este caso, un hombre podría ser hijo de un mico y de una loca.

—Pero ¿de veras se odian ustedes tanto, Dios mío?—gimió don Diego.

Los labios del curial se crisparon y sonrieron ferozmente.

—¿Sabe usted por qué duermo yo con luz junto a mi cama? ¿No? Pues porque tengo miedo en las habitaciones oscuras. Y es que el viejo, cuando yo era chiquitito, me encerraba semanas enteras en un cuarto lóbrego, y él, por un agujero, hacía voces de condenados y almas en pena. Otras veces me amarraba las manos y los pies, y, mientras me pegaba, se reía infernalmente, injuriándome como a un hombre. Y mi madre murió martirizada... ¡Don Diego, don Diego, ódiele!

El nómada se cubrió con la frazada y sollozó. ¡Señor, y a él, que amaba inmensamente, se le habían muerto los amores de su alma!...

XI

La ciudad estaba regocijada. Los muchachos golpeaban adufes, cantaban villancicos y pedían aguinaldos.

Don Diego aguardaba en el comedor al escribiente para comer reunidos el yantar del primer día de Pascua. Pero la señora huésped entró a decirle que aquél estaba invitado a la mesa del escribano.

—Pues comeré solo—murmuró don Diego.

Y añoró las felices y opulentas Navidades con la esposa y la hija en su vasto comedor de Jijona.

Volvió la señora y puso un plato ante don Diego.

El nómada retrocedió de asco y de espanto.

La señora huésped le había servido la cabeza del pavo a medio torrar; el cuello del animal aún tenía lívidas y sangrantes las verrugas y carúnculas, y apenas chamuscados los cañones de las plumas; los ojos abiertos y enteros, el moco lacio y el pico entornado hacían una mueca humana dolorosa.

Don Diego envolvió el manjar en su pañuelo y abandonó el hospedaje.

★

El maestro había de dar las postreras pinceladas a su cuadro para Año Nuevo. El lienzo estaba adquirido por el prelado. Y en aquella santa tarde de Navidad el maestro acabaría la figura. Anunciole la visita el señor obispo, a quien acompañaría el gobernador, muy docto en achaques de arte. El pintor había preparado un delicado refrigerio.

Los canónigos bromeaban, sorbían rapé o fumaban.

El nómada se había ensayalado.

Repentinamente se hizo un respetuoso silencio. Y los visitantes pasaron

al estudio. Quisieron que el maestro prosiguiera pintando, y el artista, sonriendo, obedeció.

El gobernador hacía catalejo de sus manos para estudiar, desde lejos, el cuadro y el modelo. Y ya estudiados, tosió y no se le ocurrió nada que expresara su parecer.

Entonces el prelado le manifestó el asunto, y acabó por levantar los brazos y decir con amargura:

—¡Virgen, hija de Babilonia, desciende y siéntate!...

Su ilustrísima se interrumpió indignado; los señores canónigos gritaban; el maestro había palidecido, y el señor gobernador desahogaba un golpe de tos furiosa.

¡De la diestra de Isaías colgaba una horrible cabeza de pavo!

XII

Se apoyaba don Diego en un bordón de cuento de lanza; de su fardelejo salía una cántara desbocada; su boina era costrosa y reluciente de podre; las ropas, mendigadas, y por las orillas de sus alpargatas desbordaban los dedos, tan deformes, que todos parecían gordales.

—¡Yo no me he visto tan miserable como ahora en toda mi vida de vagabundo!—dijo, y contempló el camino andado, que se perdía, torciéndose por campos desiertos.

Se acercó al remanso de una acequia para limpiar su alcarraza, y sonrió dichosamente, mirando en el agua su cabeza romántica.

Uno de esos perros errantes, sin raza, desorejados, que hozaba en un estercolero del bancal cercano, huyó al percibir a don Diego; éste lo llamó, y el animal, que se había detenido para observar al hombre, tornó a la huída, y al correr cojeaba, porque sentía el dolor de una herida vieja.

—¡Ven aquí—le gritaba el nómada ex alcalde—, ven; si yo no te haré nada, si yo te quiero!

El perro desapareció. «¡Otros hombres te habrán apedreado y quizá castrado! ¡Qué sentirás de nosotros cuando nos huyes!» Y don Diego llenó su cántara de agua del remanso.

Cerca comenzaban los tapiales de una aldea levantina. El enjalbiego de las casas cegaba y aun olía a cal, porque era aquel día domingo, y las mujeres, en la víspera, acabaron de emblanquecer cuando ya habían salido los murciélagos y brillaba el filo de oro de una luna nueva.

Don Diego tenía hambre; pero le repugnaba pordiosear. ¿Y si cantase rapsodias de pueblos lejanos, como él recordaba que hacían otros hermanos nómadas? Eso era más altivo y artístico también; le ayudaban sus melodías y barbas. «¡A la una..., a las dos... y a las tres!...» Y rompió a reír. Tomó de nuevo aliento, prometióse gravedad, y entonces... lloró. A la tercera vez pudo cantar. Desde las bardas de un corral le miraron inquietamente dos palomos; sonó alegre estrépito de alas, y las dos aves pasaron sobre don Diego, resplandeciendo al sol...

En la plaza, los lugareños, muy mudados, platicaban o jugaban en grupos.

La voz del peregrino se hizo ancha, tremante y dominadora; ya se suavizaba como la de un bardo viejo al evocar una terneza, o rugía al maldecir, como la de los tejedores de Silesia.

Todos le contemplaron. Mirábanle pasmados la lanza, que parecía trazar febriles signos en el aire, y le miraban con ahinco el gesto de su boca para inquirir el misterio de su palabra bárbara.

Había en un peldaño umbroso de la iglesia viejos campesinos que, cuando mozos, segaron en tierras de Argel, y los demás volvíanse a ellos, consultándolos; mas los viejos reían, mostrando los desdentados alvéolos, y alzaban los hombros y no decían nada, porque tampoco entendían al cantor. ¿De qué patria sería este hombre extraordinario? Y le fueron cercando. Los ojos de don Diego se encendieron de esperanza. ¡Oh, la admiración al misterio de sus rapsodias, a su cabeza

y a su bastón ferrado, levantaría la piedad, la dulce piedad de los aldeanos!

De pronto, un grito y un trueno rodaron en la paz de la tarde... Clamaba un cornetín, retumbaba un tambor.

Todos corrieron maravillados y gozosos, buscando lo nuevo. Y el caballero quedó abandonado, y su canción se rompió.

Vibraba el cornetín, resonaba el tambor; un cornetín oxidado que empuñaba un hombre, ceñido por un traje rojo, diabólico, de acróbata ambulante, y un tambor de témpano blando y cordeles mugrientos, puesto en el suelo y tañido por una mujer seca, menuda, de vientre enfermo.

El ex alcalde aproximóse a la gente, espesada en ruedo.

El volatinero se plegaba, se deslizaba ondulante como las sierpes; descoyuntado, andaba imitando una araña enorme. Luego irguióse y botó loco, espantoso, inflamado de sol...

Alzáronse alaridos de entusiasmo.

Mientras el hombre se raía con la mano el sudor, la mujer pedía, tendiendo un platillo de azófar. Y entonces fué cuando los ojos de los dos hombres nómadas se vieron, y al recibir y dar la mirada, don Diego se angustió. ¡Señor, los hombres no se amarían nunca como Tú, Maestro, dijiste que se amaran!

Y don Diego volvió la espalda a la plaza, y entróse por una calleja húmeda. Sobre un tronco seco, aserrado, de olmo, descansó. Allí el silencio zumbaba. Piaban gorriones en los sobradillos y abajo, en la calle: y a don Diego le parecía oírlos entre las malvas y ortigas de un cementerio aldeano.

Por una cantonada aparecieron muchachos vestidos con trajecitos de domingo. Iban merendando. Y se detuvieron para ver al nómada. Mordian el pan untado de aceite o de miel, y seguían mirando, mirando.

Don Diego se fijó en un niño de ojos tímidos, inmensos, donde aleteaba su almita triste; su boca tenía la línea del sollozo; sus manos eran largas y femeninas. Llevaba ropas de fiesta, pero ajadas; le oprimían y eran grandes. «¿Por qué le habrán vestido de hombrecito?—se preguntó don Diego—. Iría mucho mejor de marinero... ¡Si yo hubiese tenido un hijo!» Y el miserable fantaseó trajes infantiles azules, con airosos cuellos blancos y áncoras bordadas en las mangas; los zapatos, de charol..., y miró el calzado del niño: eran unas botas arrugadas, con remiendos... «Pero a esta pobre criatura, ¿por qué le pondrán estas botas tan... grandes..., tan botas?» Y lo miró con intensa ternura, y le sonrió. Los otros muchachos rompieron en carcajada. ¡El viejo, el tío de las coplas, se burlaba del hombrecito! Un muchachote de recia quijada pisó con su zapatón rojo y nuevo un pie del niño triste, mostrando, al abollar el cuero, lo sobrado de la bota. Otro le quitó la gorra de visera y extrajo torcidas de periódicos que dentro pusiera la madre o la abuela para achicar la prenda...

Don Diego se levantó iracundo. Algunos escaparon. Otros, sumisos, le contaron que siempre se reían en las tardes de fiesta, porque aquel chico era el menor de su casa... y le ponían lo de sus hermanos. *¡Ensima* tiene tres!...

Lloraba con hipo el escarnecido.

Don Diego quiso aliviarle y no pudo hablar.

Abrióse la ventana de la casa-abadía, que estaba enfrente, surgió una cabeza bonachona, tocada con solideo.

Preguntó. Los niños tornaron a explicar la burla. La cabeza volviase a todos gravemente; su voz reprendía a los talludos, alentaba al que gemía, y terminó la plática con San Mateo:

—¡Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra! ¡Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados!

Cerróse la ventana.

Y don Diego miró al hombrecito, que seguía llorando sin consuelo...

XIII

Cuando don Diego hubo sufrido la humillación de ver registradas sus alforjas, sus faltriqueras, y revisados sus pasaportes, sin haber mostrado ni un arranque de su altivez ecuestre, estuvo cerca de creerse en abandono hasta de sí mismo; pero al abatir los ojos vió las sombras de sus barbas y cabellera en el camino soleado, y su boca se dulcificó con la noble sonrisa que también brillaba en su alma. Y, ya sin ira, miró alejarse a los guardias. ¡Los pobres cuadrilleros, qué rapados iban!

Y siguió caminando. Se hallaba en campos alicantinos.

En la ciudad tenía deudos, y les pediría viático hasta Jijona. ¡No podia más! Ya sólo ansiaba el retiro de un desván en la hacienda de su hermana, donde aguardar el tránsito a la dichosa paz de la muerte. ¡Andanzas por mares y pueblos, allí las rumiaría su memoria; y la hermosa y blanca maleza de sus barbas y cabellos sería cuidada como santo relicario de su odisea!...

Y el nómada llegó a Alicante.

Hay en el mercado alicantino famosa colonia de jijonencos vendiendo frutas, hortalizas y macizos de turrones, que, bajo la verde o roja niebla de las gasas, enemigas del mosqueo, destilan la miel calentada por el dia.

Don Diego pasó entre sus paisanos estudiando los gestos y el habla de todos para enlazar recuerdos. Repentinamente se detuvo. Había reconocido en un jijonenco viejo y herpético, que enrollaba cartuchos de calderilla, a un su antiguo masero, al que perdonara el pago de las rentas de cosechas desgraciadas.

El vagabundo retrocedió; púsose delante de este hombre, y le dijo, mirándole a los ojos:

—¿Te acuerdas del señor don Diego?

Al viejo masero se le deshizo el duro que estaba liando.

¡María Santísima, el amo, el señor don Diego!... ¡Si *aquello* era un aparecido!

La nueva difundióse raudamente.

—¡El señor don Diego! ¡El señor don Diego!—se repetían gritando los vendedores.

¡Cómo no habían de proteger al desvalido, siendo sus almas piadosas!... Vida ruin fué la del señor don Diego; amó con escándalo, disipó su caudal; su hermana apartósele y le negó socorro; pero ellos olvidaban generosamente este pasado de oprobio para atender la ancianidad desamparada, porque no ayudaban o socorrían sus costumbres, sino al hombre, ni más ni menos que predicó el Estagirita.

Y le rodearon y le hablaron mentándole su perdición.

¡Ya estaba viendo, ya estaba viendo adónde le habían traído sus grandes culpas!... ¡Bastante se lo avisó doña Elvira y don José, el abogado, y el señor rector!...

Estremecióse desventuradamente el nómada bajo la explosión de recuerdos y de enseñamientos.

¿Por qué, Señor, se habría él declarado al viejo masero, que con las manos hundidas en la esportilla de los cuartos le gritaba de diez en diez monedas:

—¡Ay señor don Diego, señor don Diego!...

—¡Dejadme!—voceó terriblemente el afligido.

Mas eran buenos cristianos y nacieron en el mismo lugar del miserable..., y no le abandonaron.

Acudieron guardias inquiriendo. Todo se lo contaron a los guardias que se apartaron con las manos cruzadas a la espalda y meneando gravemente sus cabezas.

Los otros estrecharon a don Diego; animáronle con cariñosos empellones, y a la fuerza lo entraron y sentaron en el sillón de una barbería del puerto.

—¡Al rape, maestro!

El maestro y su mancebo empuñaron máquinas y tijeras relucientes.

—¡Amigos, hermanos; no, por Nuestro Señor! ¡Dejadme, matadme, pero no me ultrajéis!

—¡Miseria, señor don Diego; todo eso es miseria!

Ni cómo había de entrar de esa

manera en casa de la señora doña Elvira... Casi toda, se podía decir que toda, la hortaliza vendida aquella mañana en la plaza estaba arrancada en las huertas de la señora.

—Mire, don Diego: nó *cal* (1) que diga—añadió el masero.

—¡Al rape, maestro!—dictaron muchas voces.

Aulló don Diego súplicas, injurias, blasfemias. Entonces algunas manos robustas y callosas taparon la boca del caballero; otras lo afianzaron al asiento. Y el holocausto comenzó.

Su barba de profeta, sus cabellos nobilísimos cayeron lentamente en espesos toisones, y fué emergiendo un cráneo reducido como aparece un peñón al desbordársele la nieve que lo agrandaba con blancas turgencias.

Eran buenos sus paisanos; pero no pudieron reprimir la risa al ver motilado medio cráneo del señor don Diego. Golpeábanse los muslos y se daban codazos reventando de bulla...

¡Si es que no podían contenerse!

—¡Esta—dijo un jijonenco—, ésta sí que es la verdadera cabeza del señor alcalde don Diego!

Cuando los sayones libertaron la pobre testa, el mártir alzó medrosamente la mirada, y al devolvérsela el espejo sintió como un crujido de dolor en todas sus entrañas... ¡Todo estaba acabado! ¡Allí, en su cabeza ruda y pequeña y en su cara ancha y raída, se le presentaba el pasado lugareño desde la muerte de los santos amores a su manumisión casi de alma soñadora! ¡El había roto las ataduras de un pueblo, y del miedo a la miseria, para manifestarse altivo y no parásito, y ser libre, como el Nazareo, hijo de Maué, quebró las siete cuerdas tejidas con nervios recientes y húmedos para mostrar su fortaleza!... ¡Oh, si aún huyese!...

Pero esto se lo había inspirado el aleteo último de su corazón; y quedó en deliquio angustioso. ¡Todo estaba acabado!

—¡Ahora, señor don Diego—dijeron sus paisanos—, al pueblo, a la heredad de doña Elvira.

—¡Amigos, hermanos—plañía el mísero—; así, no; ya no me llevéis; ahora..., tiradme al mar!...

Y se palpaba con manos trémulas su cráneo rapado...

XIV

La cristiana señora esclareció con un blanco lenzuelo los empañados anteojos; se los puso y miró sobre ellos la tarde campesina, fría y pálida. Luego prosiguió leyendo: «Vallcebre: Te doy gracias, Madre amadísima, por la grande merced que me has concedido. Anoche sentí un acerbo dolor en el corazón; recurrí a Ti ofreciéndote publicar en los *Anales* el favor si me lo quitabas, y apenas acabé de rezar el *Acordaos*, ya no sentí dolor. Hoy, al darte las gracias, te ruego acojas bajo tu protección a quien Tú sabes. Y ruego a todos los asociados que recen un *Acordaos* por mi intención...»

—Vamos, pues, ama Virtudes: «Acordaos, Virgen santísima, que jamás se oyó decir...»

Y la oración fué rezada muy paso hasta quedar en un suspiro.

—¡Yo no sé, ama Virtudes, yo no sé cómo hay impíos en la Tierra!... Y antes que se me olvide: me he fijado, ama, que cuando rezas el *Acordaos*, siempre dices «*enjamás* se oyó decir», y no es *enjamás*, sino *jamás*. ¿Te acordarás?—preguntó, sonriente, doña Elvira.

—¿Y yo decía *enjamás?* ¡Señor, Señor!

Seguían en los *Anales* los dones otorgados por Nuestra Señora a devotas de Valencia, Vigo y Zaragoza.

Acabada la lección, quedaron las dos mujeres en silencio.

Llegaba del camino el rodar fatigoso de un carro.

A doña Elvira le pasmó grandemente ese ruido. Su vida de soltería no era sólo de plegarias y apartamiento; curaba también de su hacienda y sabía menudamente de las faenas campesi-

(1) Viene a significar *es inútil.*

nas en sus tierras. Aquella tarde, los hombres de la heredad ministraban los riegos de los bancales hortelanos, y las mujeres estaban todas en la gran cocina; unas heñían la masa del pan y otras colaban. La casa olía a leña quemada...; pues los carros no salieron y las bestias reposaban en los pesebres... El camino terminaba en la finca... Luego allí venía el carro, y carro forastero...

—Ama Virtudes, ¿no será el hermano limosnero del convento?

—Vino el lunes, señora; pero bien pudiera ser el hermanito.

—Pues, si vino, no es, ama Virtudes, y además queda poca tarde.

—Entonces no será, como dice la señora.

Ese camino por el que paseaba plácidamente doña Elvida en el vareo de las oliveras para reprimir, con su honesta presencia, el bullicio de la gente; ese camino, comienzo del mundo tan temido y odiado de la señora, ¿quién podía entonces transitarlo con intención de pernoctar en la heredad?...

—Si te asomaras, ama Virtudes, podríamos saber qué carro es ese que llega.

Ama Virtudes se confesó que no se le había ocurrido hacerlo, y sin embargo, apetecía saber lo mismo que la señora.

Salió del aposento, y pronto vino con noticias estupendas; el carro llevaba copiosa compañía de hombres a pie, y dentro iba el señor rector. ¿Qué era aquello?

La paz de la heredad poblóse de voces y ladridos.

Y doña Elvira vió entrar en la sala a los más graves y conocidos varones de Jijona.

El señor rector apartóse al estrado con la dama, y estuvo hablándole; señalaba al techo—pero debía de referirse al cielo el índice del señor rector—. Y doña Elvira, compungida, plegadas las manos y trémulos sus labios, musitaba:

—¡Que entre, sí, señor rector! ¿Yo qué he de decir? ¡Que entre!

Entonces apareció don Diego. Ya no iba astroso, sino mudado con traje pardal muy recio.

Miráronse los dos hermanos, observados por los hombres de Jijona, por los maseros, por las mujeres, por los muchachos.

Una vidriera daba paso a una alcoba honda, y aquí se refugió prontamente don Diego. Subióse vestido sobre la cama y hundió su cara en el cabezal.

Fuera murmuraron. Los señores acompañantes comentaban la sequedad del encuentro de los hermanos. Desde el pueblo a la heredad vinieron preparando la escena para que resultase edificante de ternura. El aventurero se arrodillaría a las plantas de su hermana, y ésta lo levantaría, otorgándole su gracia.

Mas don Diego estuvo frío y hosco. Asomábanse a la yacija de nómada esquilado, y le aconsejaban arrepentimiento. Pasaron otros y le amonestaron, meneando solemnemente sus cabezas.

Después rodeaban a la afligida señora.

Y el señor rector dijo su estudiado discurso:

—Todos, señora mía, subimos nuestro calvario, y, sobre su cumbre, hemos de ofrendar al Señor la blanca y herida paloma de nuestra alma. Alégrese, regocíjese, señora mía, porque esta prueba del temple de su caridad ha de traer el milagro del rescate de una extraviada oveja...

Las palabras del señor rector sabían a hostias y vino rancio de misa, y embriagaron místicamente sus entrañas. ¡Qué era aquella flama de sus mejillas! ¡Veíase admirada y compadecida por tantos excelentísimos varones!

—¿Y mi perro, mi *León*, dónde está? ¡Yo se lo di al notario—gritó don Diego desde el refugio—, y han de devolvérmelo!

Y el notario, que se hallaba en el coro de acompañantes de la señora, le dijo:

—*León* murió; le dieron zarazas.

Doña Elvira y ama Virtudes respiraron.

Llegada la noche, fueron las visitas dejando la heredad.

Y ya sola la cristiana señora, y sin caricias de palabras y panegírico, sintió un enojo seco y helado.

—¿Qué tiene la señora?

—¡No sé, no sé, ama Virtudes!

Ama Virtudes salió.

De súbito, la señora tuvo miedo; don Diego estaba murmurando. ¿Tendría fiebre? Se escuchó un sollozo roto. Tornó ama Virtudes templando una tisana humeante. Al ludir la cucharita con la taza, hacía un sonecillo como de esquila de rebaño.

—Esto le hará bien, señora.

Doña Elvira puso levemente los labios en el borde de porcelana y sorbió. Luego alzó los ojos.

—¡Oh ama Virtudes, Nuestro Señor no quiere mi paz!

Y prosiguió bebiendo, mientras don Diego tenía hipo y ama Virtudes suspiraba:

¡Señor!... ¡Señor!...

Alicante. 1908.

LA PALMA ROTA

I

Llora usted, maestro—decía bromeando con dulzura don Luis, el viejo ingeniero, a Gráez, el viejo músico, pálido y descarnado por enfermedades y pesadumbres.

—¡Oh, no es para tanto!...—repuso irónico un abogado muy pulido y miope con lentes de oro de mucho resplandor.

—¡Yo no sé si lloraba...; pero estas páginas resuenan en mi alma como una sinfonía de Beethoven!

Y luego, el músico, pasando de la suavidad a la aspereza, volvióse y dijo al de los espejuelos:

—¡Que no es para tanto! ¡Qué saben ustedes los que viven y sienten con falsilla!

Y Gráez acomodóse en su butaca para seguir leyendo. Tenía en sus manos un libro de blancas cubiertas: *Las sierras y las almas*, y encima estaba con trazos de carmín el nombre de su autor: Aurelio Guzmán.

—¡Nos lo va a proclamar genio; y eso le falta a Guzmán!

—¿Tan orgullosa es esa criatura?—preguntó Luisa, que atendía silenciosa enfrente de Gráez.

—Ustedes le conocen mucho. Ha sido compañero de su hermano.

—Apenas nos vemos. ¿Cuánto tiempo hace que no entra en esta casa, Luisa?—preguntó el padre.

—¡Oh, no recuerdo!

—Ni a ninguna—añadió el de los lentes.

—¿No son las águilas amigas de la soledad?

El abogado sonrió levemente como significando: «¡Nos resignaremos a que Guzmán sea águila y todo lo que le plazca a este señor!»

—¡Bendito sea el que resucita lo bello a la ancianidad y le mueve a amar el mismo dolor!—murmuró Gráez, y dejó salir gozosamente su mirada a los campos.

Bajo de la ventana estaba el huerto grande y frondoso, regalador cuidado de Luisa. Después de las cercas, dócilmente se tendía el valle de Aduero en llanura verde, espesa de mieses, viñales y olivar; vera ancha, umbrosa, rasgada por un río orillado de álamos; tierras fuertes, encendidas, olorosas de fertileza. Alejado en un yermo herreñal, se levantaba un torreón decrépito y rojo al sol poniente. Una palma muy fina subía gentilmente, y se doblaba en lo alto como un brazo, protegiendo con la gracia de sus ramas la rota corona del almenaje.

El licenciado de los anteojos, despidióse y salió.

—¡Qué saben ellos de esa alma ceñida siempre por nieblas de santo misterio, esas mismas nieblas que pasan delante de sus páginas!...

Don Luis sonreía. La hija miraba la tarde; pero en sus labios, en sus ojos, en su frente, había preocupación y tristeza.

*

Cuidaba Luisa de todo en el hogar desde que murió su madre y su hermano. Quedaron rotos los dulces coloquios de doncellez. La plebeya condición espiritual de un hombre, su amor primero, le selló alma y labios. No tuvo ya intimidades ni expansión aliviadora de ensueños y aflicciones. Tornóse desconfiada, fría, y gustaba mostrar aumentada su impasibilidad. El apartamiento y la adoración a la música la acendraron exquisitamente. Era altiva; y llegaba a rendirse de ternura por lo que no atendían los demás. En arte padecía celosa intransigencia. La música era el más supremo y alado. Las demás artes necesitaban de medios de expresión más humanos o terrenos; de modo que los músicos-genios perdían para ella la carne y hechura de hombre, quedando en un misterioso androginismo, o, mejor, angélicamente, sin sexo; música humanada, algo inefable, como el arte amado.

Don Luis, un ingeniero de serena inteligencia, se retrajo en su hogar desde que le hirió en los profundos del corazón la muerte de la esposa y de la hija, hija regocijada y animadora en los quebrantos. Otro hijo.

Alfredo sustituía, en lo activo y trabajoso, al padre. El cual, anualmente, y con lo guardado por la eficacia de su vida sencilla, viajaba estudiando las maravillas de la ingeniería y oyendo los conciertos de triunfales *virtuosos*. Acompañábale Luisa. Y en los hoteles, en los paseos, en los viajes, decíanse su parecer y censura, llegando a deliciosa discusión de camaradas.

En París asistieron al glorioso concierto del maestro Gráez, el viejo violonchelista.

Salieron extenuados de sentir. Caminaban muy callados. Era una tarde de abril, y París aromaba de violetas, de primavera, de dicha. Apoyábase el padre en el brazo de la doncella.

—¡Estás temblando!—le dijo Luisa.

—Tiemblo de gozo... ¡Ha sido un español!...

—¡Ah!, ¿era un español?

—¿No te entusiasma, no estás orgullosa?

—Para mí sólo era un músico, ni hombre siquiera.

Luego, humanando al artista, sintió fraternal ternura; y vencida su helada apariencia, aquella frialdad de distracción y altivez, oprimió las manos del padre, diciéndole:

—¡Es muy hermoso que sea nuestro!

De París pasaban a Bayreuth.

Próxima la partida del tren, cercaron el departamento, ocupado por el ingeniero y su hija, gentes bulliciosas, graves, descuidadas, opulentas. Estallaban arpegios de risas y voces femeninas que prometían la delicia de cuerpos fragantes como jardines, de blancura de magnolias y luna. Mezclábase el habla rápida y trinada parisiense con patricias palabras castellanas; y un hombre gallardo, suntuoso, de labios bermejos y pupilas de carbones encendidos, parecía, cuando hablaba, reventar en su boca un bulbo azucarado y jugoso, derramándose la miel del lenguaje de la Toscana, de cuyas doradas ánforas del idioma sacó la dulzura de su cortesano el galanísimo conde Baltasar Castiglione.

Enmudeció el grupo, y despidióse de damas, artistas, diplomáticos, un viejo alto, enjuto, de mirada noble y entristecida, cejas muy rectas, nariz, bigote y barba grandes de hidalgo y melenuda cabeza tocada por amplia boina parda, puesta con abandono, que mostraba la cima pálida de su frente. Vestía un negro traje, un ancho y largo gabán, casi blanco y velludo.

El padre y la hija se transmitieron su alegría mirándose, porque el nuevo viajero era Gráez.

Salió el tren a la verdura terciopelada y húmeda del paisaje de Francia.

Gráez iba también romero al santísimo lugar de Wagner. Y lazos de patria y de religión artística acercaron efusivamente aquellos corazones, que se estremecieron y anhelaron unidos, cuando de los bosques de Bayreuth parecía elevarse a los cielos ideálicos la sagrada forma del dios hecho música para los hombres de buena voluntad.

Allí Luisa vió al viejo músico tierno de lágrimas por desfallecimientos de soñador y amarguras de padre; allí le vió gozoso, y expansivo, y áspero y zahareño como ave de abrupta cumbre.

Gráez era viudo, y también tenía, como el ingeniero, una hija. ¿Por qué —se admiraba Luisa—no iba en las peregrinaciones artísticas del músico? Se lo preguntó al amigo en la santidad de una tarde. El viejo había sollozado aspirando en el silencio la tristeza dejada, como un perfume de corazón abrasado, por el *Nocturno 13* de Chopín. «¡Oh mujer excelsa en cuya alma prende el arte alas de sublimidad, y no te reduce ni marchita como a mi hija!»

Un noble gozo iluminó a Luisa, escuchándole. De nuevo le preguntó por su hija.

Gráez lo confesó.

El violonchelo, la suma de las voces del sentimiento de lo dulce y magno elegido y amado entre todas las expresiones de su arte, el violonchelo le quitaba la hija, porque lo augusto y religioso de su sonoridad le quitaba la hija, porque lo augusto y sonoridad la había llevado a vocación enfermiza de claustro. ¡La misma música de Gráez, una sublime creación de los Salmos a un Dios que infunde constantemente la vida, a un Dios que sólo puede presentirse en el arte, en el amor, en los profundos dolores, en raptos inefables; su música era incentivo para que la hija buscase a un Dios adorado entre cirios ardientes! «Aún es novicia... ¡Quizá broten hojas nuevas en el mustio rosal de su alma antes que se cumpla la profesión!»

Juntos retornaron a España. Y en Madrid se despidieron con promesa de avisarse para siguientes viajes.

Mas pasado un año fué el mismo Gráez quien trajo sus noticias a la paz de Aduero.

—¡Oh maestro, qué envidia me da usted!—exclamó Luisa al abrazarle filialmente—. ¡Usted, que vendrá de paso a recogernos: es decir, a tentarnos y hacerme sufrir, porque nosotros no salimos este año!

—¿De modo que tampoco salís vosotros?

—¿Cómo tampoco? ¿Es que usted no se marcha?

—Yo vengo a quedarme mucho tiempo al lado de ustedes.

—¡Y los conciertos, y los viajes..., y la gloria...!

—Me he jubilado yo mismo. ¡Todo acabó!...

Y bajo el sol de la vida del artista se interpusieron nubes de dolor que apagaron su frente y sus ojos.

Después, el amigo le ofreció un aposento en su hogar.

Le prometían soledad, independencia. La hija le pidió que aceptase. Harían música por las tardes, por las noches; saldrían al campo. Ella, aunque aliviada de aquel romántico deseo de retraerse, no frecuentaba lugares de reunión y divertimiento.

No consintió Gráez.

—He venido a Aduero por ustedes. Pero también elijo con egoísmo de viejo este pueblo cálido y tranquilo. Estoy enfermo y el mal me vuelve indómito, insoportable.

—¡Enfermo, dice, y quiere que le dejemos solo! No y no. Vendrá con nosotros y le cuidaré yo como una hermanita de la Caridad...

Y Luisa detuvo su comparación, que asociaba la idea de la rota paternidad de Gráez.

Pero Alfredo inutilizó la delicadeza por equivocada cortesía, y le preguntó de la hija.

—¡Oh!, muy bien. Se ha empeñado en ser santa. Hasta mañana.

—¡Maestro!...

—Vendré todos los días.

La dulce acogida de aquella casa presentaba al artista el desamparo de la suya.

Reuníanse todas las tardes. Luisa

tocaba el piano o también conversaba. En los últimos años había hecho parcial abdicación de su carácter. Aceptaba las visitas de los amigos del hermano, aunque algunos momentos la cansasen. Eran nada más hombres.

Los espíritus raros, indomables, extraordinarios, sólo los comprendía siendo músicos. De aquí el sentirse lastimada cuando oyó hablar del solitario escritor, y diputarle de altivo, de loco, de desdeñoso y dulce. Deseó que no lo fuese... ¡Y el maestro, el mismo Gráez le había ensalzado casi sacrílegamente!... ¡Su libro, grande y conmovedor como una sinfonía de Beethoven!... ¡Bueno; pero qué sabía el pobre viejo de cosas literarias!...

★

—¿Llora, llora usted, maestro?, habré de preguntarle otra vez—pronunció dulce y risueño el ingeniero.

Y es que el músico escuchaba una página del libro de Guzmán, leída ahora por Alfredo.

Luisa pensaba, con torcedura de su voluntad, en el escritor, comparando el enternecimiento de Gráez, cuando ella hacía entrega de toda su alma en los *Nocturnos* del atormentado polaco, con el que descubría el anciano oyendo y leyendo páginas y hablando del novelista casi desconocido... ¡El maestro sentía más ahora! ¡Oh, el pobre maestro estaba realmente enfermo! «¡No era para tan...!» Y se contuvo para no coincidir con el abogado de los lentes.

—¿Os acordáis cuando venía a esta casa siendo muchacho, y aun siendo ya crecido?—dijo don Luis, volviéndose a sus hijos.

Luisa quedó callada, recordando, recordando.

Alfredo contó de épocas pasadas. Guzmán había sido compañero suyo de colegio y de Facultad en Madrid. Entonces perteneció el artista a la verdadera picardía de las aulas. Burlaba, contendía, se disipaba en vida ruidosa.

Oyéndolo, Luisa percibía un íntimo alivio. «¡Al fin, como todos los vulgares y anónimos! Los hombres grandes desde la niñez se manifiestan.»

El hermano proseguía: «En sus disputas y locuras parecía desbordarse de sí mismo. Llegaba a un delirio de alegría, y de pronto buscaba lo apartado, entristeciéndose como si sufriera una desgracia horrenda. En el tercer año de carrera salió de nuestra confianza, se nos perdió.»

Alfredo siguió hablando del solitario, atendido fervientemente por el músico.

Ya agotadas las memorias de Aurelio, entretuvo a Luisa un recuerdo suavísimo de infancia: amigos de su hermano y amigas de ella se juntaban, haciendo un ruedo, y jugaban a prendas. Algunas tardes participaba Guzmán, ya casi hombrecito... ¿Cuántos años tendría?... Doce o trece; y ella..., ella, veinte. Y cuando le daban a él la penitencia de contentar a las doncellitas ofreciendo nombres de novios, al acercarse a ella, Aurelio se ponía muy encarnado, se limpiaba el sudor de la frente, tosía, temblaba y no le hablaba palabra. Alentábale Luisa: «¡Madre mía!, ¿tan difícil de contentar soy yo?» ¡Oh! Entonces, las mejillas de Aurelio parecían de fuego. Y tartamudeando, aventuraba: «¿Se..., se contenta usted... con..., con quién se contenta usted?...» Los demás se impacientaban, gritaban, reían. «¡Siempre que llega a Luisa, tropieza y se hunde!...» «¡Si aún no me ha dicho ni un nombre siquiera!» Aurelio, muy azorado, balbucía: «Bueno, se contenta..., se contenta... Bueno, ¿se contenta... con..., conmigo?» Y antes que ella negase o asintiese, el cuitado pasaba a otra amiguita. Luisa, riéndose, gritaba: «Pero si no le he dicho ni que sí ni que no... ¡Pobre criatura!...»

Suspendió Luisa la pueril añoranza, porque Gráez se marchaba.

—Toma, hija mía—le dijo al despedirse, y le entregó el libro.

—¿Qué quiere, maestro?

—Te pido que leas recogidamente a este hombre.

Quedó la doncella contemplando el volumen: dobló sus páginas primeras. Y de súbito se fruncieron sus labios

y su frente, dejó el libro sobre una mesita de oloroso ciprés y se sentó ante el piano, diciéndose: «¡No lo leo!»

II

Huérfano Aurelio Guzmán, quedó en la dolorosa compañía de una hermana de su madre. Murmurábase en Aduero que amarguras por hijos siniestros, ya muertos, habían enflaquecido el juicio de la señora. Pero su demencia no era de gritos y furias, sino sosegada, de lágrimas y mutismo. La razón alumbraba intermitentemente su cansado ánimo, y entonces se cuidaba con un ahínco febril de aquella casa grande y triste.

Aurelio la trataba filialmente, lleno de compasión. Y la enferma, siempre aterrada, llorosa, recogida en sí misma, dió en hablarle con sumisión de sierva. No le tuteaba, y decíale *señorito Aurelio*. Pedíale el joven, fingiendo risas y lacerada su alma, que viese en él al huérfano, al hijo de la hermana. «Figúrese que yo la llamase a usted doña María del Carmen, en vez de mamá Carmen, que usted lo es ahora, porque murió mamá Dolores. ¿Se acuerda usted de mi madre? ¿Por qué no me contesta? Míreme. Piense que estoy solo. Dígame, ¿me oye? Pues figúrese que yo le dijese doña María... ¡Qué feo, qué frío!, ¿verdad? ¡Aún es más feo y más frío lo que usted me llama!... ¿Lo dirá más? ¿Verdad que no? ¡Si usted me quiere mucho!...» Lloraba la anciana, exclamando:

—¡Oh, señorito Aurelio, señorito Aurelio!...

—¡No, por Dios, no!—gritaba el huérfano—. ¡No lo diga!... Llore; llorar, sí, y, llorando, dígame hijo, cuénteme todo lo que siente... ¿Se le aprieta el corazón, le duele? Pues llore; expansiónese, abráceme, béseme, llámeme hijo...

—¡Ya no hay hijos, no quedan hijos, señorito Aurelio, en toda la Tierra!...

Y Aurelio se encerraba en su cuarto, angustiado de soledad interna. Se maceraba su espíritu y su carne en prolongadas vigilias de intensos trabajos y tristezas.

Por las mañanas entraba muy despacio doña María del Carmen a la alcoba del escritor, retrocedía y, desde la puerta, llamaba al dormido:

—Señorito Aurelio, señorito Aurelio...

Murió la pobre loca sollozando. Y desde entonces quedó Guzmán al cuidado de una criada muy devota y muy seca, que asistiera a las bodas de los padres de Aurelio. La fámula le tuteaba, rezongaba de todo mandamiento, le aconsejaba, le reñía.

Don Aniceto Ibáñez, el más famoso abogado de la provincia, era el único allegado suyo. Casó con una mayorazga prima del padre de Guzmán, y la hacienda de la esposa sirvió de fundamento a empresas y bufete del señor Ibáñez, figurita inquieta, menuda, ratonil. Nacióle una hija, delgada, rubia, bella; y en el pueblo, altos y humildes la distinguían con el título de la *Princesita*.

Muy de tiempo en tiempo pisaba el escritor los umbrales de esta casa. Sus tíos no sosegaban de molestarle y avisarle. ¿Qué cuentas hacía para el porvenir? ¿Era vida sana ni decente encuevarse en su casón, huído de todos?

Escuchaba siempre calladamente Adelina, la gentil *Princesita*.

—¡Y aún dices, prima mía—clamaba Aurelio, agobiado de predicación—, aún dices que soy de alma nevada, sin cariño ni alegría para vosotros, porque os visito poco! ¡Si ya lo ves! ¡Venir aquí es hacer ejercicios espirituales!

—Pero es precisamente por eso. ¡Claro, han de aprovecharse del milagro de tenerte cerca, y te lo dicen todo de una vez!

Muerta doña María del Carmen, entendió Ibáñez en la testamentaría sin recibir ayuda del sobrino, a quien había de enviar escribientes y procuradores; y a él mismo le costó buscar al artista y ponerle los folios a su firma.

Comentaba el doctor en las comidas el abandono y pereza de aquella criatura, que no parecía sino que fuese hijo de emperador o dueño de minas de oro, según se comportaba, cuando

verdaderamente había llegado a su perdición. La esposa propuso que se le llamase.

La respuesta que trajo el mensajero agrió al señor tío más que la contumacia de un litigante. Aurelio había dicho que, si no era muy grave el asunto, iría al día siguiente, porque estaba trabajando.

—¡Trabajando..., trabajando mi sobrino!... ¡Que no venga! ¡Que no venga!

La esposa suspiraba:

—¡Esa criatura, esa criatura!

La *Princesita* entró a su dormitorio, diciéndose que no tenía razón su primo; pero que tampoco la tenía su padre para tanta mohina.

★

Mañana cálida, profunda, de transparencia y quietud que parecía una pausa, un remanso del tiempo y de la vida; mañana de invierno levantino recibió amorosamente a Guzmán. Su calle, ancha, blanca, luminosa, acababa en el comienzo de los campos. Venían de los viciosos y dilatados alcaceres ráfagas de alegría y fortaleza. Sonaba lenta y pura una campana, y el tañido salía al paisaje, y era como perfume de cristianismo y de inocencia, y se alejaba, esparciéndose hasta prender y deshacerse en la paz de la llanura, allí donde los sembrados se juntan y funden con el cielo.

Creía sentir Aurelio en todo su cuerpo un beso caliente y paternal de sol, que le contentaba su vida, imaginándola como otro campo alumbrado, gozoso y tierno.

Picoteaban palomas en las verduras y granzas caídas de los machos llegados tempranamente de las huertas al mercado. Y al pasar Aurelio, volaron las nobles aves y estalló en el azul el aplauso gozoso de sus alas.

Cruzaba el escritor la plaza del Apóstol, arbolada de acacias, que en primavera se llenaba de blancura y fragancia. Los edificios eran viejos, oscurecidos por la umbría de los altos muros, lisos y morenos, de la abadía de San Pedro.

Soleábanse ancianos; había rebullicio de chicos al recaudo de padres y niñeras. Salió un sacerdote flaco, agilísimo, muy apresurado, porque quizá acababa de celebrar y estaba en ayunas, y los niños le rodeaban para besarle la mano y pedirle medallas y estampitas.

Observaba el escritor la fingida sonrisa del pobre capellán, cuando de súbito y a su espalda, oyó su nombre. Volvióse y halló a Alfredo; más apartada, Luisa.

—Perdona, pero quiero felicitarte. He leído tu último libro.

—Gracias.

—No importa el tiempo que hemos dejado de tratarnos y tú de venir por nuestra casa para que te queramos siempre. Pero ven, acércate; es Luisa, mi hermana... ¿No la recuerdas?

Aurelio se descubrió. Ella le presentó su mano enguantada, larga y leve.

—Te he llamado también para anunciarte una visita. El maestro Gráez...

—¡Oh!, el maestro Gráez; sí, sí; leí que estaba en Aduero; supe vuestra amistad. Hasta pensé en ir a vuestra casa por...

—¿De modo que, gracias al famoso músico, te hubiéramos visto?

—¡Es verdad! ¡Acabo de cometer una torpeza! Perdón...

—Y ¿por qué no viniste? ¡Te has separado enteramente de nosotros!

Mientras ellos hablaban, miraba Luisa al escritor.

Era Aurelio alto, esbelto; iba enlutado; tenía el cabello abundoso, crespo y de un bello color de oro oscurecido. Pálido, afeitado; sus facciones, ya parecían iluminarse exaltadamente, ya mostraban abatimiento y cortedad infantil, presentando a Luisa sencillos recuerdos. Hallábale ahora veladas semejanzas con rostros de pinturas de arcángeles y místicos, y retratos de príncipes y artistas de la antigüedad, contemplados en templos y museos. Las líneas de la boca tenían pasión y amargura; los lados de su frente y las sienes, de más limpia palidez, y su mirada, bella, lenta, como cansada, manifestaban infortunio y grandeza. Y así iba a confesárselo Luisa:

pero ella misma se dijo que las alabanzas y las murmuraciones oídas de aquel hombre le llevaban a singularizarle y ver imaginativamente prendas mentirosas.

—Tienes entusiasmado a Gráez. Espéralo.

—No; iré yo a verle.

Tornó a ofrecerle su intimidad y compañía, adolecido de su vida solitaria.

Sintió su hermana lástimas suavísimas, y las retrajo y las venció, mostrándose fría; artificio de indiferencia, de altivez, que convirtióse en atamiento de su carácter y casi engendró naturaleza.

Aurelio, conmovido ante la oferta de amor de aquel amigo, tanto tiempo alejado, y miedoso de toda expansión, por obra de desgracias y por las ironías de las gentes, notándose próximo a declarar su enternecimiento, que aumentaba la mañana dulce, diáfana, religiosa, apresuró su despedida.

Rápidamente se miraron Aurelio y Luisa.

«¡Qué orgullo!» «¡Qué sequedad!», pensaron uno de otro al separarse.

★

Desde las vidrieras de su balcón vió la *Princesita* a Aurelio, entregándole toda su mirada. ¡Qué delgado, qué blanco! ¿Estaría enfermo? Salió a recibirle.

—¡Ay, cómo está mi padre contigo! —le suspiró donosamente compungida.

—¿Y yo qué he hecho, hija mía?

—Lo mismo digo yo. Ven, ven.

Y le condujo a un gabinetito abrigado con alfombras y zaleas y espléndido de sol.

El doctor leía periódicos. La plática tuvo extremada severidad.

—Pero ¿es que te crees rico?

—Yo no lo sé; pero vamos...

—¡Cómo vamos! Si eres pobre, y tanto, que no se tardará el día en que hayas de trabajar en mi estudio...

—¡Ah, no, señor!... ¡Ahora que me trazo viajes y la publicación de libros...!

El abogado dejó la estancia y a poco vino, trayendo manojos de papeles. Leyó documentos y cifras. El caudal del artista era exiguo, algunos miles de pesetas: aceite para un año de lámpara, según frase del tío, que tornó a marcharse para no oír locuras. Solos quedaron la hija y Aurelio. Y ella le pidió que hiciese algo por contentar a su padre.

—¡Si es que no sé, pobrecita mía, no sé!—le decía su primo sonriendo.

—Pues él nos ha confesado que si cambiases te querría más y sería tuyo todo lo de esta casa.

Aurelio quedóse meditando. Y de improviso exclamó:

—¿Recuerdas aquel libro azul que te leí en el campo?

—¿De poesías, donde hay una del sueño del poeta, ciego de llorar, con un balazo en la frente, y otras de los hijos y la mujer del difunto pastor que ven la mano del muerto?...

—Sí; de Enrique Heine. También te leí su vida. El poeta renunció a los millones de su tío el banquero Salomón, por no resignar su alma, y se apartó de su lado.

—¿Y tú harás lo mismo con mi padre?...—y lo pronunció la doncellita con pena y candor.

—¡Oh, yo no soy Heine..., ni tu padre es Salomón!

Aurelio tomaba periódicos; los abría y luego los dejaba para mirar la mañana. Su prima le contemplaba enternecida.

—He visto a Luisa Castro—murmuró él después con descuido, distraídamente—; tú la tratas mucho, ¿verdad?

—Sí, somos amigas; pero ¡es tan rara!, tan... no sé cómo decirlo; nunca se la ve por dentro. Y eso que ahora no puedo quejarme; es más cariñosa, habla, sale con nosotras, toca el piano delante de todos... ¡Qué atento me escuchas!

Pasó la madre ¡y estuvo mirando con mucha lástima a Guzmán!

—Pero ¿qué tienen ustedes? ¿Es de veras que sufren por mí? ¡Yo me enmendaré!

Al oírlo, la *Princesita* aplaudió gozosamente, como niña premiada.

—¡Ya veréis: ganar dineros es muy sencillo; he de viajar y hacer libros sin perjuicio de mi hacienda!

Luego, nervioso, alborozado, dijo:

—¿Por qué esto tan cerrado, con alfombras y pieles, teniendo el día tan dulce abrigo y pureza?

Y rápido, abrió las hojas del balcón y salió a la mañana.

«¿Qué le sucedía?», se dijeron ellas, mirándose. Fué la *Princesita* a su lado. Y en el comienzo de la calle distinguió a Luisa y Alfredo, que retornaban de su paseo campesino.

III

Pasmábanse en Aduero de que Gráez hubiese recibido en otros tiempos el crisma de la gloria. ¿Era éste el solicitado de opulentos y de príncipes de los grandes pueblos, cuando allí se le veía remoto a toda magnificencia, prefiriendo la compañía de un hombre demasiado mozo y escritor, sin fama, por añadidura? Porque el maestro buscó la amistad de Guzmán sin medianero que los acercase o hiciese la presentación. Guzmán fumaba y leía. La rancia fámula le avisó la llegada de un peregrino señor. Y apareció Gráez.

Aurelio le contemplaba amorosamente; la frente del anciano tenía majestad, su cabellera romanticismo y sus ojos sabiduría y ternura.

—Soy Gráez, el violonchelista.

—¡Maestro!

—Y he venido porque sé su soledad, porque le he leído y le quiero.

—Pero ¡si esto es inmenso!

Los dos artistas se abrazaron.

—¡Qué alegría, qué fuerza, qué infantilidad en lo más hondo de mi vida! ¡Oh, maestro, ya ve usted cómo los hombres pudieran ser felices con sólo amarse!

Después tuvo Aurelio que leerle cuartillas de su libro futuro. La grande y penetradora ventura de saberse escuchado, de sentir el acercamiento de aquella alma, apagóse en lo más efusivo de la santa lección.

—¡Me da vergüenza; hoy no debo leer! ¡Si usted supiera lo que me distrae! Pasé el día imaginando un medio; un arbitrio para ganar dinero. Dicen que no soy rico. Y asómbrese: ¡voy a hacer un Almanaque de anuncios!

—¡Un Almanaque anunciador!

Y el maestro miraba, dolorido y admirado, a ese hombre-niño que él creía lejos de toda preocupación grosera. Piadoso, le hizo delicadamente el ofrecimiento de su abundante medianía.

—¡Ni pensarlo!

Además, necesitaba y deseaba mostrar su talento práctico. Estaba decidido. Entonces, el viejo, recordando su pretérita vida de puericias e inquietudes bohemias, gritó con ardimiento:

—¡Pues yo seré colaborador de ese glorioso Almanaque!

—¡Usted, maestro!

—¿Qué es preciso hacer?

—Lograr anuncios.

—¡Pues vamos de portal en portal de mercaderes!

Y sonó el estruendo de sus carcajadas. Fuera, la buena mujer se persignaba con susto.

Ya en las calles, aquella fusión y aquel continuo exclamar y reír de los ilusos prendían el comento y la burla.

—¿Por cuál t i e n d a comenzamos? —preguntó Gráez.

Vieron cerca la muestra y la mampara, galanas y vistosas, de una peluquería, frecuentada en otra época por Aurelio. Era el salón de suprema elegancia de Aduero.

—Voy a pasar; pero usted no, maestro. Aquí conozco, y teniéndole delante no sabría negociar. Espéreme en ese banco.

Consintió el músico. Y Guzmán avanzó solo. Vibró el timbre. Nada más estaban los oficiales y el dueño.

—¡Don Aurelio! ¡Usted por mi casa!

—¡Don Aurelio, Dios le guarde!

Don Aurelio había perdido todo su humorismo.

—Pues... yo venía, amigo mío...

El dueño lo sentó; dió una orden con los ojos a un menudo aprendiz, que miraba codicioso la espesa y rebelde cabellera de Guzmán. El rapaz

marchóse, y luego trajo los largos algodones para el cuello, el paño para los hombros, la fazaleja gruesa y velluda, todo recién planchado y plegado.

Sentíase Aurelio atado recíamente por timidez' tosca, pesada, como de labrador. Y muy cohibido, dijo':

—¿Me permite? Le confieso que yo no...

—Comprendido. Ya sé; conozco todos los gustos. No tocamos el cabello. ¿No es eso? Bien. Venga agua tibia.

—Tampoco quisiera...

—Como usted guste. Entonces, agua fría. Muchos la prefieren.

Y Aurelio, vencido, diciéndose del sandio y mentecato, entregóse a todo el talante de su primer cliente, y murmuró:

—¡Aféiteme y haga de mí lo que quiera!

Lo celebró y tuvo el dueño por suma complacencia de Guzmán. Y le habló de política, de toros y de escándalos... Después presentóle billetes de rifas y de lotería de Navidad.

Tentóse los bolsillos el escritor. Aún llevaba el lápiz entre sus dedos, apercibido para las notas de su Almanaque. Tenía seis pesetas, y las dió en pago de servicio y de lotes, que regaló a los mismos rifadores.

Las cuidadas cabezas de los peluqueros se abatieron al salir el arbitrista.

Juntos ya Gráez y Aurelio, pidióle aquél noticias con risueña mirada; pero el escritor no decía palabra.

—¡Qué?, y el negocio, ¿principió triunfalmente?

—¡Oh, maestro! ¡Me han afeitado, y gracias que no me raparon!

Y quitados de todo pensamiento de anuncios y ganancias, buscaron la serenidad del ancho valle.

★

Andaban por las blandas veredas y lindes de los huertos. En el pálido ambiente de crepúsculo se deshacían cantos de alondras. De las balsas y acequias surgía un fresco ruído y un aliento de agua y olor de abundancia. Cruzaron tierras añojales, secas y encendidas, que terminaban junto a los sembrados. Lejos vieron destacarse dos siluetas.

Fijóse el músico, y afirmó:

—Vienen hacia nuestra senda el ingeniero y su hija.

A la vez don Luis, que había reparado en ellos, decía:

—Uno es Gráez.

—Gráez acompañado: ¡no es posible!

—Digo que es Gráez. ¡Los ojos cansados distinguen en lo lejano, en todo lo lejano!

Pronto se reunieron.

—¡Nos ha abandonado ya, maestro! —reprochaba Luisa al viejo Gráez.

—¡Señor violonchelista, señor violonchelista!—decía el ingeniero, moviendo su cabeza.

—¡Esta criatura tiene la culpa!

El escritor abrazó a don Luis.

—Yo de usted me acuerdo siempre con grandísimo cariño. Siendo muy chico, en su casa y desde la calle, no me cansaba de verle trabajar en sus planos, llenos de misterio para mí.

Hablaron del pasado.

—Usted... o tú, tú, ¿verdad? Tu debes de tener la misma edad que Alfredo.

—Yo tengo veinticinco años.

Y Luisa, que iba delante con Gráez, pensó melancólicamente: «¡Le llevo siete años!»

—¿Qué me dices de mi amigo, de mi único amigo?—le preguntaba el músico.

—¿De quién?

—De Aurelio.

—Gracias por lo de único.

—¿Y el libro suyo que te dejé?

—¿Le digo la verdad?

—¡Claro que la verdad!

—No lo he leido.

—Muchas gracias.

—Estamos en paz.

—¿Qué pasa, qué contienda es ésa? —les gritó don Luis.

Volvióse Gráez.

—Esta hija es irreducible. ¡Aurelio, dígale a Luisa que no sea así!

—Pero, maestro, si yo no sé cómo es. Además, que sea como ella quiera.

¡Da lástima que las almas se retuerzan!

Travieso y apresurado, el sendero se deslizaba, como si le hubiesen empujado a la orilla de un hondón praderoso, y luego corría por bancales llanos junto a un margen alto y largo encrespado de cactos y zarzamoras. El grupo se deshizo en lenta hila. Detúvose Luisa y contempló, ladeando gentilmente la cabeza, el muro bravío de ramaje.

—Allá, en lo alto, quedan tres moras; ¿las veis?

—¡Las últimas!—exclamó Gráez—. ¡Ellas tendrán todos los jugos de la mata!

—¡Pues vamos a cogerlas!—propuso el escritor.

No era posible, le advirtieron. Las defendían altitud y pinchas feroces. Pero Aurelio, agarrándose de un recio mugrón de vid, trepó infantil y audaz, hendiendo una ola de zarzas que se estremecía recrujiendo.

Gritábanle que bajase, y él locamente subía.

—¿Quiere usted venir, o subo por usted?—le dijo ya serio el músico.

—¡Suba, suba!

Y continuó entrándose por la espesura. Ramas enemigas, espinosas, le ceñían como sierpes todo su cuerpo, le llegaban al cuello, asían de la fronda de su cabeza, le ocultaban, le ahogaban. El sombrero del novelista, un sencillo fieltro oscuro, rodó por un cardizal. Las manos de Luisa lo ampararon; suaves tocaron donde ciñe la frente, y pareció aspirar algo de la vida de aquel hombre. Guzmán seguía riéndose y quejándose del dolor y sujeción de los abrazos de espinas. Su traje sonaba como si lo aserrasen las erizadas varas. Pudo doblar la rama deseada y conseguir los frutos. Cayó a la senda con las manos y mejillas arañadas y ensangrentadas.

—Es usted mucho más loco que yo lo fuí a sus años—decíale Gráez, limpiándole el cabello y la frente.

Y Aurelio, rendido, agregó:

—Aquí están las moras. ¿Es usted, Luisa, quien las pidió?

—Yo las he visto, pero no las pedí. Pero ¡Dios mío, qué manos se ha hecho usted!—y la voz de la mujer ondulaba ternura—. La corbata se le ha desceñido... ¡Venga, venga aquí!

Dócilmente le presentó Guzmán su pecho. Y las manos de la mujer, pálidas y graciosas, anudaron la negra chalina del artista.

—¡En casa le reconoceré todos esos cortes y arañazos, porque le advierto que soy una curandera habilísima!... Pero ¿por qué es usted de ese modo tan...?

—¿Le desagrada?

—No es eso, sino que prefiero los temperamentos más tranquilos, más iguales...

—Entonces no nos semejamos en nada. Lo siento por usted.

Llegados a la casa del ingeniero, quiso despedirse el escritor, y los dos ancianos no le dejaron, forzándole a subir.

Dispuso el padre que preparasen agua calentada para lavar suavemente las huellas de sangre que tenía en las mejillas y en las manos el artista.

Luisa prendió la luz de la lámpara de la retirada estancia, cuyas ventanas se abrían a la llanura verde y pomposa.

Seria y callada, la doncella parecía olvidada de la promesa de curarle. Y Gráez llevóle al novelista, que presentó sus manos a la mirada de Luisa.

Ellas las tomó con las suyas, largas, blancas, como de un tibio alabastro. Tenía inclinada la cabeza, y el *herido* aspiraba, con ansia de que penetrase hasta el corazón, la fragancia de limpieza, de distinción y castidad que subía de los negros cabellos y de los hombros de la mujer.

—¿Le duele? ¿Le lastimo?—susurraba, mientras sus dedos levísimos de pianista oprimían la carne para extraer las pinchas.

Brotó un rubí de sangre, que Luisa enjugó con un copo de algodón.

—¿Le duele?

Su voz acariciaba; sus dedos y el aroma de su carne daban a Aurelio sensación de dicha, de adormecimiento de niño arrullado, de delicia de jardín, de ser muy bueno y sencillo, de

aflicción de lágrimas, de belleza de paisajes lejanos... ¡Oh, qué sentía él, que sólo supo los ásperos cuidados de su vieja sirvienta, que olía a limpieza y plancha de mucho almidón y tiesura! ¿Qué vago, invasor, secreto y alado deleite era aquel que le emblandecía los huesos, y se mezclaba con su sangre, y se adueñaba dulcemente de su alma?

—¡Completamente curado!

—¡Tan pronto!

Y ella, separándose, dijo con donaire:

—¡Vamos! El solitario, el altivo, sabe ser cortesano cuando quiere.

Fuera prorrumpieron voces y risas femeninas.

Gráez y Guzmán se levantaron.

—No se marchen—instóles don Luis—. Es visita muy llana. Aquel abogado que usted, maestro, conoce y las hermanas...

No le escucharon.

Luisa había salido para recibir a los visitantes.

En la puerta se encontraron todos.

—¿Se marcha usted, maestro?

—Nos marchamos los dos—dijo secamente Guzmán.

Ella se distrajo, mezclándose risueña y gentil con las amigas.

IV

Otro dia habían acudido a la noble casa de don Luis los que en Aduero amaban y sabían de música, porque el apuesto letrado de los anteojos presentaba a un amigo suyo venido de la corte y apreciado como pianista insigne.

—Usted debe de conocerlo—decíanle a Gráez.

Y Gráez no le conocía.

Las hermanas del abogado fueron muy temprano, ataviadas y gozosas. Adelina la *Princesita*, después, con su madre. Y aquéllas contaban entusiasmadas del forastero; y cuando llegó él con el hermano, con Alfredo y dos oficiales de la guarnición, rígidos de puro elegantes, le hablaban y reían, diciéndoles donaires y secretos, manifestando de ese modo su intimidad.

Gráez y Guzmán llegaron los postreros.

Miráronse los reunidos, diciéndose su asombro de ver al escritor allí en tarde de fiesta, de gente.

Acercábale la *Princesita* con sus ojos toda el alma, afanosa de él.

Recogió Luisa la impresión que la entrada de Aurelio dejaba en todos; y no supo por qué quiso que el pianista lo fuera maravilloso.

Ella los presentó:

—El maestro Gráez.

Dijo luego el nombre del músico cortesano, adornándolo de alabanzas. Y casi displicente nombró al escritor de esta manera:

—Aurelio Guzmán..., aficionado a la música.... digo..., me parece.

Aurelio palideció y retiróse al saloncito de la ventana sobre el huerto.

¿Había fingimiento en la aversión que le manifestaba aquella mujer? Le desalentó el recuerdo de la tierna cura de sus manos, heridas por las malezas del margen. Si entonces aceptó que ella fuese amorosa y solícita verdadera, había de admitir también en otras ocasiones la verdad de la esquivez... ¡Oh, no hacía ella farsa de afectos! ¡Bastaba verla sencilla hasta en sus ropas! Todas sus amigas, la misma *Princesita*, recién brotada de la niñez, habían esmerado su atavío aquella tarde. Luisa, no: Luisa nunca excedía de una moderada elegancia, señoril, íntima, esfumada suavemente de toda crudeza y tiranía de modas.

Desde la estancia ruidosa del piano, que estaba paredaña, le observaba Luisa.

—¿Y ese milagro de tener aquí a vuestro amigo de antes? ¿Te resulta? —le preguntaban ellas.

Enrojeció oyéndolas Luisa. Y sabia y fuerte dominadora de sí misma, quedó serenamente distraída.

—¿De quién habláis?

—¡De Aurelio, mujer! ¿De quién quieres que sea?

—¡Ah, sí, Aurelio! Le conocíamos de antiguo. Después le perdimos; y ahora ha vuelto traído por Gráez.

—Debe de ser muy original... Dicen que...

—Sí; tiene su carácter; pero..., al fin, un hombre como todos...

—Desde luego, hija, que no será un dios.

—¡Ni mucho menos; ni héroe ni demonio griego!—comentó el abogado, que había acudido al ruedo femenino.

Sentóse su íntimo al piano; y lo reconoció con acordes y rizos de escalas, aparentando distracción y descuido, ladeando su cabeza para sonreír y hablar a las hermanas del amigo. Era muy gallardo y sabía encender el interés de oírle con lentas actitudes y preludios y acordes.

El ingeniero buscó a Gráez y a Guzmán. Ya estaban sentados en venerables butacas puestas junto a la ventana preferida. No quisieron salir. Y el concierto empezó con música laberíntica, difícil, estruendosa.

Tocó el madrileño con mecánica limpieza, y al terminar pasó Luisa su mirada a la siguiente estancia, y vió que Guzmán y Gráez estaban distraídos fumando y hablando.

Zumbó una colmena de alabanza. Sonreía el pianista, enjugándose el sudor de su frente morena. El mozo letrado le celebraba chillando:

—¡Esto es un artista!

Y miraba, desdeñoso, a los apartadizos.

Tocó más el admirado; y resultó lo mismo.

Luisa sentíase mortificada, despechada.

¡Oh, tenía razón Aurelio en su indiferencia! Pero ¡quién era él para saber de música! ¿Había de descollar siempre entre todos los hombres?... Y se arrepintió, humillada de la espontánea confesión de la singularidad del novelista. Pero la distracción, la frialdad de Guzmán en lo que despertaba el entusiasmo de la otra gente, ¿no las habría imitado de Gráez? Fué hacia Gráez; ni miró a Guzmán.

—¿Qué tal, maestro?

Gráez la miró con asombro. ¡La mujer selecta, tan rigurosa de juicio para el arte, se manifestaba conmovida de una simple máquina de notas!

Y ella, extremando la ficción, le porfiaba:

—¿Qué me dice, qué le parece el pianista?

—Lo mismo que a Aurelio; que es un mozo muy guapo.

Luisa se asomó distraídamente al huerto. Luego volvió a la estancia del piano y entabló coloquio risueño con el músico.

Sufrió Aurelio un apagamiento de tristeza en su corazón, y por mitigarse quiso bajar al huerto. Invitó a Gráez y salieron.

Viéndolos.. sin mirarlos ni desatender al forastero, se preguntó Luisa:

«¿Será capaz..., serán capaces—se corrigió con presteza—de marcharse?»

Estaba el jardín en silencio y misterio de abandono romántico. Hiedras y madreselvas subían trenzándose por los muros. La tierra eran blanda y musgosa; y bajo las magnolias, las acacias y los castaños de Indias crujían las pisadas al romper la seroja caída. Trepaban por los troncos sarmientos de parras y rosales arbustéños. No había el artificio de cenadores, ni fuentes de taza de generalife, ni cuadros de flores disciplinados a la inglesa, sino abrigo y bóvedas umbrosas de jazmineros y vides; plantas en macizos desbordantes y rebeldes, y rústica fontana de huerto, manando por un caño de piedra y en la umbría de la fronda; allí dentro, siempre temblaba la agreste lira de armonía del campo, de soledad, de aldea que tañen las abejas...

—¡Qué descuido tiene esto de belleza!—dijo Aurelio—. No sufren las plantas y todo parece abandonado; es lugar de idilio, de un idilio que pasó... ¿Le gusta, maestro?

—Pues todo es obra y traza de Luisa.

—¿Lo quiere y lo cuida así ella?

Y quedó contemplando aquel jardín, que participaba de la selecta espiritualidad de la mujer. Olía el huerto a ella, como ella dejaba fragancia de jardín de misterio.

No pudo decirse en qué momento prorrumpió esta mujer de entre todas las mujeres; y la vió singularizada, sola, precisa, frente a su vida. No la adivinó ni sintió amiga, ni hermana,

ni amante. Aislada, sin atraerle ni rechazarle; velada, insinuante, inquietadora. No fué el incentivo de su belleza lo que le atara al pensamiento de ella. Dechados de hermosura no le habían rendido el alma y los sentidos como Luisa, que estaba lejos de serlo. Luisa era alta y pálida, coronada de gracia por el sencillo prendido de sus cabellos negros, que hacían vislumbres azulosos: no tenía la boca diminuta, pero sí encendida, plegada serenamente en el silencio y de línea infantil y de amargura de evocación al sonreír; sus sienes eran de artista; sus dientes, de pureza de flor; sus ojos, oscuros, más que grandes, bellos y lentos en el mirar, se llenaban algunas veces de lumbre y soberanía.

Gustaba de vestir las telas delgadas y de amplia y peregrina hechura, que hiciera misteriosa su carne; por eso, cuando la rapidez o el descuido de una actitud no buscada confesaba alguna línea de su cuerpo, daba suprema tentación, sin degenerar su castidad. Suma de gracia y distinción eran sus manos y sus pies. Sensación de caricia y perfume de aquellas manos guardaba siempre el escritor en las suyas; y mirándolas renacía tan poderosamente que creía gozar su caricia, y la dulce quimera llegaba, derramándose por todos sus nervios a lo más escondido de su alma.

¡Sus pies! ¡Pies para hollar céspedes, espumas de olas, tapices, mármoles arcaicos y gloriosos! ¿Por qué una tarde de paseo campesino los espió afanoso de saber su huella? Y eran tan leves, que apenas se fijaban en la tierra. Descubrió una vez el estrecho sello de su planta, y lo deshizo y cogió de su polvo sembrándolo en el aire. No supo entonces si la aborrecía. ¡Cuerpo armónico con su espíritu! ¡No pensaba el artista en su alma sin desear augustamente su cuerpo, ni miraba su cuerpo sin ansia de penetrar en su alma! La inmensa y cabal posesión de aquella mujer la imaginaba como una celestialidad inefable. Y esta posesión no la impurificaba fingiéndose caricias; tenía para él recato, nieblas de cumbre y de tristeza.

¡Y esa mujer que encendía su alma estaba arriba hablando con dulzura a los tibios, a los externos, a los frívolos! A él no le admitiera nunca en espiritual comunión; no se sintió acogido. Al contrario, ella placía de mostrarse indiferente, descuidada y aun esquiva a las preferencias y emociones suyas... ¡Era plebeyo, era vulgar el linaje de su alma! ¡Baja, vulgar! ¿Y siéndolo le inquietaba hasta angustiarle?

Descendió al silencio del huerto música de melancolía de leyenda, de contento aldeano, de sierras verdes; rústica música abrazada con música princesa, olorosa de hierbas de montañas, de granja y de jardín ducal, melancolía de crepúsculo de tarde y de mañana azul, divina, lírica, de Grieg. No parecía tañida por manos, sino que sólo sonase por la eficacia del alma artista, sin medio de fuera.

—¡Ahora es ella quien toca!

Puso atención Gráez, y luego murmuró:

—Luisa es.

—En años ya lejanos la oí mucho; aún vivía su madre y su hermana; yo venía entonces a esta casa. Después también la oí muchas noches desde la calle, y con la caricia de la música en mi alma llegaba a mi cuarto y escribía.

Le contempló sonriendo paternal el viejo Gráez, y dijo:

—¿Habré servido yo para acercarlos?

—¡Antes para apartarnos, que viéndola ahora tan cerca no encuentro en ella a la imaginada, a la retirada en su alma y en su arte como ha sido!

Al desleírse la última nota, Gráez subió.

Volvía a tocar Luisa. Comenzaba la página nostálgica de *El viajero solitario*. Y vió, presintió la entrada en la estancia del viejo amigo como una sombra, que buscó el refugio apartado de la ventana abierta a la soledad del huerto y del valle.

El maestro había llegado al refinamiento enfermo, doloroso, de su sensibilidad. Evitaba oír música delante de gentes nuevas; y la de Grieg le exprimía el corazón y la médula; le daba congoja. ¡Oh, los santos recuer-

dos del gran lírico! Fué su amigo hermano desde su primer viaje glorioso a tierras de Berghem.

Lo sabía Luisa, y cuando terminó, evadió las forzadas felicitaciones de los amigos, los plácemes sucosos del pianista, y buscó al maestro.

Gráez lloraba, y Luisa lloró.

—¡Qué buena, qué grande eres! ¡Qué dúo de almas encontré aquí en ti y Aurelio!

¡Surgía Aurelio mezclado con una alabanza a ella!

—¿Es que se ha marchado Guzmán?

—¡Le llamas Guzmán como los otros!

Y ella, recuperada, vuelta a su apariencia fría, dijo riendo:

—¿Y cómo quiere que le nombre entonces?

—Como antes, como cuando erais pequeños: Aurelio... ¿Qué os pasa?

—A mí, nada... A mí nunca me ocurre nada.

Gráez la miró lentamente, y vióla distinta de aquella que fuera a su lado y lloró con él estremecida por la doliente brisa, recogida en su piano, de las verdes montañas noruegas.

Muy despacio, entristecido, murmuró el músico:

—Aurelio sigue en el huerto. Apenas pusiste tus manos en el teclado, supo quién tocaba; él me lo dijo.

Esta vez no lastimó a Luisa el acierto del escritor. Y apartóse probando en lo más sagrado de su alma un suave contentamiento.

Una amiga la llamaba.

—Ha subido Guzmán buscándote. Está solo en aquel balcón...

Hízose Luisa distraída y mezclóse en la regocijada charla de los demás. Pasaba cerca del balcón indicado, y la misma amiga le repitió de modo que pudo oírlo Aurelio:

—Luisa, Guzmán te buscaba...

Entonces ella se acercó, sintiendo toda la mirada del novelista en sus ojos.

—¿Me buscaba, dicen?

—Sí. Ha tocado usted por todos sus amigos. Es posible que yo no sea ni amigo siquiera. Pero toque usted ahora por mí, prescindiendo de todos, por mí y para mí solo.

—¡Por usted solo! ¡Si yo no toco por nadie!

Y sonreía, pero sus ojos mostraban la emulación de su alma con la del hombre.

—¿De modo que no quiere usted?

—No es que no quiera; es que no puedo, no siempre se puede. ¡Como no es usted artista, acaso crea esto un pobre capricho de mujer!

Se separaron sin mirarse.

Guzmán desapareció. Alguien llamábale después, y cuando supieron que se marchara sin decirlo ni despedirse, comentaron lo áspero y singular de su carácter.

Y mortificada Luisa de la atención que siempre inspiraba Aurelio, trajese desabrimientos o elogios para él, atravesó en la plática mintiendo:

—No acertaron ustedes; ¡no hay tanta rareza! Le buscaron con prisa desde la calle, y me encargó que le disculpase.

La *Princesita* recogióse junto a su madre. No se explicaba por qué en presencia de Luisa sentíase muy débil y veía a su primo distinto y alejado.

V

Gráez pidió a Madrid sus muebles, sus ropas y libros; adquirió casa y se hizo enteramente provinciano.

Aurelio y la familia de Castro ayudaron al orden y arreglo de las habitaciones; y en el gabinete de estudio del violonchelista había siempre, desde que se inició la primavera, el precioso adorno de un búcaro con flores y ramas olorosas del huerto de Luisa. Algunas tardes era ella, acompañada del padre, la portadora del obsequio, y hallaban al escritor trabajando o soñando ante una mesita de maderas prietas y hierros oxidados, mueble de celda de abad o de austero aposento de hidalgo, mientras el viejo artista improvisaba o leía. Allí se respiraban mezclados olores de café, tabaco y de flores mustiadas.

Llegaba Luisa; renovaba el agua y el ramo, y en la estancia se producía frescura y como una brisa suave, nueva y dulce de jardín y amor.

Jamás se interesó ni preguntó Luisa al escritor por su trabajo. Y él imaginaba la bella y venturosa escena de leer su prosa aún caliente, palpitante y trascendiendo a madreselva, como hijo recién nacido purísimo no visto ni tratado por ojos burladores y placeros... Leerle a aquella mujer, sentirla estremecerse y vivir y alentar sólo por la virtud y esencia de la vida que él creó...

Su indiferencia no era irónica ni desdeñosa; era... no podía decirlo; no conseguía adjetivarla, porque la calificación la hubiese explicado, y esto era su ansia: definirla... ¿Vendría la indiferencia de vulgaridad como la de los otros? Y antes que menospreciarla, admitiéndolo, siquiera lo afirmase en raptos de enfurecimiento, creía mentido su desdén. Pero ¿por qué fingía ella?

La deseada escena de la lectura, trazábase una tarde, cuando vió cerca de su frente las manos de la mujer que traían la gracia de las flores; eran rosas y varas de nardos, que difundieran fragancia de dicha, de caricia, de un espiritual sensualismo inefable... Alzóse Aurelio, y ella puso su índice de imagen sobre su boca, exigiéndole silencio para no interrumpir a Gráez, que tañía abstraídamente su música de los Salmos.

Quiso él anegarse en amor de ella y sentiase trémulo de despecho, agresivo, infortunado. ¡Oh, sería sólo él culpable de todo por su altivez y brusquedad! Entonces, apagando la voz, sumiso, entristecido, le murmuró:

—¡A mí nunca me da usted flores! ¿Qué le he hecho yo? ¿Por qué no coge usted flores para mí solo y me las da para mí siempre?

El tono de la petición y sus palabras pusieron una sonrisa en los labios de ella.

—¡Vamos, hoy es usted muy bueno; habla y pide flores y todo!

Quebróse como un delgado vidrio la dulce fe de Aurelio. Más que ternura, veía en las palabras de Luisa condescendencia y aun familiaridad, pero de hermana grande. Debieron de transparentarse en su mirada la duda y pesadumbre de su espíritu, porque ella, contemplándole con ingenuidad, añadió:

—¡Anda, ya se me ha enfadado usted!

—¿Por qué se me aparta usted cuando yo me acerco?

—Pero, hijo mío, si yo no huyo de nadie.

—¡Hijo mío! ¡Señor!

—¡Ah, también le molesta a usted eso!—repuso Luisa haciéndose asombrada.

—¡Yo no sé; me molesta todo! Y me exalta, me crispa, me entristece que me mezcle con los demás. ¡Ese *no huyo de nadie* me hace hasta desventurado!... Yo hablaba de la esquivez y rebeldía de su espíritu para el mío. Si viene usted a mí, es irónica y con sonrisa. ¡Y, sin embargo, yo algunas veces la *veo* al lado mío, y otras, casi siempre, muy distante, muy apartada..., muy apartada..., hasta parecerme muy chiquitina, disminuída! ¿Cómo lo explicaré? La veo... así... como si la mirase con gemelos puestos al revés, los cristales anchos puestos en los ojos...

—Y ahora, ¿me mira usted con esos anteojos como Dios manda?

—¡Ahora no puedo verla; me ha ceñido usted una venda hablándome en bromas!

—Pero ¿se pueden decir en serio todas esas cosas?

Y se marchó, llevándose el búcaro para quitar el ramo marchito.

Después salieron todos.

Próxima la casa del ingeniero, Aurelio volvió a pedirle:

—Yo quiero flores de su huerto.

—¿Le gustan?

—¿Las suyas?

—No; si le gustan las flores... Allí las tiene usted todas; siegue, corte las matas.

La miró, y pesaroso de sus humildades y dulzuras, le dijo altivamente:

—¡Guarda usted sus mieles para esos amigos semejantes a...!

—Sí, sí; semejantes a mí; ya me lo dijo otras veces.

—Semejantes a usted... Acaso crea...

—¡Oh, yo no creo nada!

—No he terminado. Digo que acaso crea usted que yo envidio a esos señores tan pulcros, tan finos...

—Sí, señor; muy finos...

—¡Me tiene sin cuidado! Y no me refería a envidia de la cortesía y elegancia de esa gente, sino a la de que usted hable con ellos y no conmigo. No los envidio. Me alegra que me separe y excluya. Yo no soy para caminar en rebaño.

—Usted es demasiado orgulloso.

—¡Bendigo mil veces el orgullo mío! Mientras guste de los términos medios no podrá conocer mi alma. ¡Son los tibios, los espíritus medios, repudiados por el mismo Jesucristo!

—Pero ¿os reñís otra vez?—les gritó el maestro Gráez.

—¡Ni siquiera nos reñimos!—repuso Luisa con desdén.

—¡Iba yo a contestar lo mismo! ¡Y confieso que casi me duele la coincidencia!—dijo Guzmán haciendo una leve risa.

—¡Pues a mí me da igual que coincidamos o no!

Cuando se despidieron, ella saludó al escritor con fineza, indiferente, olvidada de todo. ¡Y Aurelio padecía inmensamente! «¡Si fuese hombre esa mujer, cómo me odiaría!»

Y, sin embargo, durante mucho tiempo, dejaba su trabajo al escuchar los pasos cautelosos de su enjuta criada, confiado el romántico de ver en las seniles manos las flores cogidas sólo para él.

Y Luisa nunca le envió esas flores.

VI

Un camino ancho, nublado por las altas frondas de álamos blancos y añosos, cruzaba el valle. Por los espacios de los troncos arrancados o caídos, penetraba gozosamente el día de la llanura, la buena llanura de hierba espesa, oscurecida a la sombra de los árboles, y lejos, rizada y rubia de alegría bajo el sol esparcido.

El camino llegaba a los casales y aceñas ribereños. Tenía el río orillas de misterio tupidas de renuevos chopos y olmos viejos ya cortados; y servían de puentes y vadera leños allanados que alcanzaban la otra margen, descansando en frescos medallones de verdor y carrizos, emergidos de la corriente mansa y somera. Después seguía la llanada suave, generosa, atusada de pastura; parecían sus tierras recién creadas, vírgenes; y los humos azules y tranquilos de las caserías, los de los sacrificios de Abel, gratos al Señor.

A la derecha del camino, ya pasado el río, la dulce vera subía y ondulaba haciendo un altozano humilde; y encima se murmuraban quejas y rumores, enlazando sus brazos, tres pinos olvidados, ramosos desde la raíz. Y en el cielo de crepúsculo y en las noches inmensas y nevadas de luna, eran como tres monjes recogidos en oración o tres peregrinos muy viejos, muy tristes, inclinados por cansancio y pesadumbre de recuerdos.

Paseo de la privanza de Gráez y de Aurelio eran aquel camino arbolado y las frondosas riberas; y algunas tardes llegaban a lo alto del otero.

Amigos fueron de molineros y labradores. Entrábase el camino largo trecho entre tapias y bardas de huertas; era lugar de silencio y tristeza de claustro. Sólo una casa honda y baja rasgaba y apagaba el júbilo de las blancas paredes; tenía ventana con reja espesa de prisión, y dentro, en las tinieblas de cueva, a veces se encendía una llama azul como de relámpago. ¿Quién habitaba en esta lobreguez temerosa? El músico y el escritor no lo sabían, y cuando pasaban cerca de la reja, ellos saludaban amables.

—¿A quién saludamos?—solía preguntar Gráez al novelista—, porque yo saludo viéndole saludar; pero ¿a quién es?

—Yo no lo sé, maestro.

Y es que en sus paseos solitarios, antes de la llegada del músico, Aure-

lio, abstraído por aquella casa profunda, quedábase mirando la ventana; y una tarde había adivinado, detrás de los espesos hierros, un cráneo calvo; debía de ser de viejo mecánico, y la llama honda y azul sería de fragua. Aurelio dijo adiós; algunas veces le respondía una voz cansada; otras, silencio. Nunca el viejo salía a su portal. No quiso saber de él, gustando del misterio de aquel hombre de la angostura. Deseó Gráez enterarse y no lo consintió Guzmán.

—Dejémoslo, maestro... Así podemos creerlo un armero terrible, un droguista hebreo, un sabio, un Fausto desventurado, ignorado de todas las gentes. ¡Y si al preguntar de él o al hablarle hallamos que es un herrero vulgar, amigo de contiendas políticas, de fisgas y de bellaquerías, o sencillamente buen hombre, ¿no sería lástima deshacer nuestra quimera?

Sonrióse el músico... Y siguieron saludando a *Fausto*.

★

Contó el violonchelista en la tertulia de don Luis de Castro el remate del ingenioso Almanaque anunciador que se trazara Aurelio, y dijo también de su desconocido amigo del casal siempre cerrado.

La *Princesita*, que estaba con Luisa, le pidió a Gráez que la llevase por aquel paraje. Don Luis se asoció; le imitaron las hermanas del solemne abogado, que preguntó a Luisa con risa torcida:

—Y a usted, ¿qué le parece todo esto?

—Yo también iré.

Vino Guzmán y salieron todos.

Solitario, callado, estaba el camino de los álamos blancos, y en el fondo del magno silencio quejumbraba metálica una carreta que avanzaba entre los sembrados, pasando sobre el azul su alegre carga de verdor.

Penetraba en el alma de Guzmán la mansedumbre, la quietud de los anchos campos. Sentíase generoso, purificado de no sabía qué pecados; pero perfeccionado, bueno y ganado de infinita serenidad. ¡Qué dulce y fraternal coloquio podría gozar en esa tarde con la amada mujer! Y la esperaba; él iba postrero y solo. Ella vendría a su lado, tierna, llena de la gracia que parecía descender del cielo, gracia para amar y ser amado inmensamente. La paz de la llanura y el místico recinto de los fuertes árboles, y la templanza del aire aromoso, y la gloria del azul que inspiraba el deseo de alzar los brazos y presentar el pecho y desnudar la frente y ofrecerse a la luz y a la tranquila alegría y beatitud de la tarde del cielo, todo llamaría a la mujer, rindiéndola a su amor, que en todo palpitaba amor muy grande, y por él la mirada devota del artista llegaba a percibir dentro de la armonía de la visión otro íntimo y concertado ritmo de su subida pureza, que no parecía sino que sonasen y lo oyesen los ojos como algunos exquisitos oídos *ven* los colores de la audición. Y de la peregrina armonía y eterna hermosura henchía Aurelio el espíritu y formaba la carne de *Ella* para gozar y amar en la mujer de su compendio; pareciéndole que llenaba un vaso de aquella sensación del universo desbordadora, que no podía beber en su mar infinito...

Luisa caminaba despacio, rodeada de risas y palabras frívolas o maldicientes.

De tiempo en tiempo participaba del bullicio y levedad; a veces la sorprendía Aurelio distraída en contemplación; entonces, el ascua de fe revivía en el corazón del hombre.

Ya terminaba la alameda sosegada y romántica, y Luisa no apeteció su compañía, sus confidencias. ¡Ella reía, decidía y prometía excursiones, meriendas, pasatiempos y placeres! ¡Igual que todos! ¿Dónde entonces la selección y proceidad de aquella alma, creída así por las gentes y confesada augusta por él mismo? Y quiso llamarla vulgar, y retorciéndose en su deseo, no lo satisfizo. ¡No era vulgar, sino vulgarizada! ¡Vulgarizada! Y dentro de esta palabra resonaba todo un pasado de grandezas y cumbres de alma

de la mujer. Y en aquella perdida altitud, cuando era toda ella, ¿a quién amaría? ¡Nunca a él, al que no hablaba, del que no recordaría siquiera! ¿Amaba él a la mujer que fué, cuya posesión jamás había de cumplirse? Enemigo de su dicha era el tiempo, odioso enemigo inaprehensible. No había en este amor vilezas, infidelidades, celos, desdenes definidos, singularizados. Nada. Y sintió tristeza y piedad infinitas de ella, de la mujer que veía él espiritualmente degenerada, apagada; y sintió tristezas de egoísmo al repetirse en exclamación, en grito de su alma: «¡No la poseeré nunca! ¡Oh, gozar su carne, animada, viva, redundada del alma de mi deseo, de la ya perdida! ¡Viva,. mía!» Y Aurelio, delirante, llamó:

—¡Luisa..., Luisa!...

Ella se volvió a mirarle.

Guzmán se había detenido. Los demás le imitaron.

—¡Luisa!

Entonces ella vino lentamente a Guzmán.

Comenzaba la calleja de los blancos muros.

—¿Qué quiere?

Y él, inmóvil, no habló. ¡Cómo decirle su padecimiento!

—Pero ¿qué quiere?—le preguntaba Luisa, ya con pesar de su complacencia.

Y dijo Aurelio palabras infantiles, estremecidas como un aleteo.

—¿Por qué me trata usted así? Usted, a la que hablo...!

—¡Y para eso me llamaba!

Y, rauda y alegre, le dejó.

Andando entre el cercado, oyeron resonar sus pasos. Las voces, las risas parecían rechazadas. Deseaban salir a la amplitud agreste... Gritaron las mujeres. Todos se detuvieron, se espesaron, buscándose por un sentimiento de miedo, de flaqueza... De la angosta casa del encerrado sacaban un ataúd largo, liso, enorme, miserable, como de ajusticiado o de mendigo. Salieron hombres humildes. Cerraron la puerta. La casa quedó muda. Dentro no lloraba nadie.

—¡Oh, maestro! ¡Nuestro *Fausto!* ¡Se lo llevan! ¡Y pudimos darle nuestra compañía, acaso la única de su vida!

Y Aurelio quiso separarse de todos y seguir el cadáver; pero su mirada sorprendió la de Luisa, puesta con fijeza y dolor en el ataúd que se iban llevando los hombres silenciosos por el camino de los álamos; y la piedad volvióse hacia ella. Olvidó desdenes, frialdades, y quiso darle la confortación de su palabra. Dulce, sencilla, le escuchó entonces la mujer. El muerto los había acercado.

Ellos se olvidaron de la gentil *Princesita*, que los seguía sumisa, dolorida, mirándolos. Siempre los miraba, y si otros ojos la observaban, distraía los suyos, parpadeando encendida.

Los del grupo descansaban en el portal de un molino y vocearon a Luisa y Aurelio. Y como se volviesen, repararon en Adelina.

Propuso él seguir hasta el collado de los pinos, que desde allí se recortaba redondamente. Al otro lado dijo el artista que se hacía una torrentera umbrosa de olivar; después, y ya casi en el llano, manaba una finísima fuente.

—¡Sí, sí; beberemos como corderos! —dijo Luisa.

Lo gritaron a los demás. Y todos quisieron de aquella agua.

Distante y hollando la verdura, caminaban, siguiendo a Guzmán, Luisa y Adelina.

Subieron por la cuesta, blanda de pasto jugoso, y en la altura rieron como muchachos al resbalar por el oro del alhumajo desprendido. Y, de pronto, la *Princesita* dió un grito y púsose muy pálida, mirando hacia el aire, donde temblaba una mariposa grande, negra como un crespón.

—¡La sentí mucho tiempo volar sobre mi frente! ¡No os riáis, que yo sentí grandísimo susto! ¿Tú no crees, Aurelio, en fatalidades?

Bajaron por la torrentera, doblada en ese, dentro se espesaban oliveras centenarias, inmóviles, sin oreo de ramaje. Los troncos estaban heridos, cavernosos, desgarrados por las feroces zarpas de los siglos, y parecían árboles

distintos. Pero aquellas mitades inclinadas desesperadamente atrás, se pedían retorciéndose fundirse, completarse en un solo árbol.

—¡Luisa, Luisa!—dijo Aurelio—. ¡Qué tormento tan hondo y humano parece conmover a estos olivos!

Y el artista puso sus manos en los pedazos de un tronco, exclamando:

—¡Oh, si yo fuera fuerte para juntarlos!

—¡Es ya tarde!—pronunció Luisa con íntima amargura.

—¡Tarde!—gimió Aurelio, oyendo en la mujer la voz de un ángel nuncio de desgracia y verdad—. ¡Tarde! ¡Siquiera hubo un tiempo en que estuvieron esas mitades de árboles unidas y dichosas!... ¡Y las almas que llegaron para siempre tarde a las puertas de otras almas!

Besó Guzmán en los troncos heridos.

—¡Cómo lo quieres todo! ¡Tú no eres como los otros hombres!—le balbució su prima, acercándosele desfalleciente de ternura.

Luisa los vió muy juntos. La mirada de la doncella casi niña había sido recibida, bebida por los ojos de Aurelio. ¡Los dos eran más jóvenes que ella! Parecióle aquel hombre más hermoso que nunca, sabiéndolo querido. ¡Oh, su frente era de genio; su boca, de apasionado! ¡Cuánto podía amar, cuánto habían de amarle!...

Y de los labios de la mujer brotó un quejido, y toda su carne se contrajo de frío de terror.

Guzmán fué hacia ella anhelosamente.

—¿Qué es? ¿Qué tiene, Luisa?

Ella, sonriendo, dominada, soberana ya de sí misma, repuso tendiendo y señalando con su sombrilla espumosa de encajes:

—Allí. ¿La ven? Quizá es la misma que asustó a Adelina. ¡La mariposa negra de los augurios!

—¡Y usted ha gritado como... otras mujeres!...

—No. Yo he gritado como ninguna..., ¡como nadie!—y quedó rígida, desventurada, suprema.

—¡Tiene usted la palidez y amargura de las adelfas blancas!

—¡Amargo yo!

Luego le tomó las manos, diciéndole:

—Cerca está nuestra fuente. Venga conmigo. Es un manantial terso, óvalo de agua, trémula mirada de agua. ¡Beberemos agua recién nacida! ¡Venga conmigo!

Y corrieron a la llanura.

—¡No me dejéis sola, Aurelio, Luisa!...—les gritó la *Princesita*, y los siguió derribándose por la fragosa torrentera.

En el suelo de peña brotaba el manantial: lámina de agua virgen con fondos de pedrezuelas pulidas que chispeaban claror del día. Las orillas se afelpaban de corta hierba y por debajo se deslizaban hebras de luz haciendo sonecillos de abalorios cristalinos.

Allí se arrodilló Luisa, y el agua dió su imagen dentro del cielo espejado. Hundió sus manos, y el agua se rizó bellamente, y de ella fué cogiendo y llevándose a la boca. Sus dientes, sus labios, la redondez de su mentón y su garganta gotearon sartas diamantinas, y parecía habérsele deshecho entre su carne todo un tesoro de collares y joyas.

Fuente de alegría le brotaba en el corazón; sentíase pequeña, codiciosa de acostarse encima del manantial y enjugarse después descansando sobre verdor pradeño, inocente y libre, rústica y primorosa.

—¡Como cordera dije, y quiero beber!

Y tendióse y bañó su cara. La delicia estalló en risa y la risa hirvió en burbujas. Agua de su risa, con sabor de su aliento, ansió Guzmán, que la miraba enloquecido. Ella irguióse y quedó sentada sobre la orla de verdura. Su boca, con la humedad, brillaba encendidamente.

—Déme usted de beber, samaritana —y, rogándolo, temió Aurelio una negación que rompiera la escena venturosa.

Luisa, sin mirarle, llenó el cáliz de sus manos sonrosadas de frialdad, y

lo ofreció al sediento, diciéndole, sencilla:

—Acérquese y beba.

Sorbió Aurelio, besando el agua y el borde del vaso de carne. Pero su sed y su júbilo se apagaron pronto.

La mirada de Luisa no era de amante; mostraba resignación de enfermera. ¡Debió de sentirse besada, y sus manos no temblaron de deleite ni enojo!

Gritadores, alborozados, bajaban del otero los amigos. Luisa les dijo riendo su placer campesino. Lo oía Aurelio como un cuento de felicidad esfumada, remota.

La *Princesita* contemplaba a los dos desde su soledad.

Había comenzado el crepúsculo. Encima del río descansaba la niebla.

VII

Ya pisaba el portal del ingeniero, y Aurelio se detuvo; volvió la espalda y se fué apartando de aquella mansión. Amigas de Luisa que cruzaban por la opuesta acera viéronle otra vez detenerse, retroceder y allegarse nuevamente a la misma casa. Ellas sonrieron hablándose y mirando al escritor.

Vacilaba la voluntad de Aurelio; la sentía reducida por otra ancha, fuerte y dominadora. «El que ama criatura, tan bajo se queda como aquella criatura, y en alguna manera más bajo, porque el amor no sólo iguala, más aún: sujeta al amante a lo que ama.» Y estas recordadas palabras de San Juan de la Cruz le hirieron, viéndose rendido. Protestó en su corazón embravecido y altivo. El, sí; él amaba, pero sin pérdida ni menoscabo de sí mismo. Más que cautiverio rahez, sufría su alma amargura y piedad de la amada. ¡Siempre enemigos, desemejantes, distanciados; si se acercaban en dichosos momentos, era para luego separarse como aproximación de onda a la ribera! ¡La evitaría! Y recordó esta promesa al transponer su umbral; y alejándose de él, arrepintióse de no haber entrado. ¿Por qué no había de hacerlo?

Y llamó. Una vieja criada como la suya abrió la cancela.

—¡Ah, el señorito Aurelio!

Y él se dijo: «¡Parece pronunciar mi nombre con dulzura derivada de mayor dulzura, como oído muchas veces!...» ¡Pero no; ella no podía transparentarse con nadie! Cuando quiso preguntar por Gráez, hallóse solo en el vestíbulo.

Estaban abiertas las siguientes estancias, y a lo hondo se ofrecía el jardín goteado de luz de la tarde, y de allí entraba alegría de follajes y olor de jazmines húmedos.

Arriba andaban pasos tardos, seniles; abrían sonoramente las maderas de un balcón que semejaba desgarrarse; tronaba un golpe hondo, macizo, de butaca del estrado... Y las pisadas se alejaban y otros balcones crujían con pesadumbre de vejez y grandeza.

En otro tiempo también escuchó Aurelio en su casa los mismos rumores al comenzar los crepúsculos estivales, la hora sosegada y melancólica del oreo. Pasan las señoras y fámulas ancianas a las salas de sillerías enfundadas con lienzo blanco y rizado por la plancha; la lámpara, el espejo, los óvalos de los retratos, se apagan bajo nubes de gasa; encima de la consola brilla el fanal de un reloj muerto; y alguna tarde, al crujir un mueble o trepidar los muros por la carrera estrepitosa de un coche enorme, despierta de su mente el reloj y vibra su campanita helada, como si hubiese vertido una gota de oro..., y vuelve a morir. La criada, en tanto, abre los nudosos maderos del balconaje; y entra luz de tristeza y se percibe como una invasión de silencio y de ambiente fresco, pálido, y todas las estancias se pueblan de vida antepasada...

Entonces pensaba el escritor en los muertos de aquella casa. La hermana de Luisa, alta, morena, de carne rosada, parecía hecha, cuajada en lumbre y risa; la madre, de perfil purísimo de dama de empolvado cabello, un poquito gruesa, siempre vestida de negro; tan dulce, que sin conocerla

viéndola, se adivinaba que era madre. Muchas tardes le daba ella la merienda, y le sonreía y besaba siempre que cruzaba por la plaza de las Acacias; él estaba sentadito en un banco mirando a Alfredo y otros amigos, que jugaban o cambiaban sellos de sus colecciones. «Y tú, ¿no tienes álbum de colección?», le decía, mirándole como las madres miran a los huerfanitos. No, no tenía álbum; no recogía sellos. Las hermanas y la madre cuidaban y arreglaban el libro de Alfredo; ¡a él no: mamá Dolores ya había muerto, y la pobre mamá Carmen no podía: y el padre siempre viajaba..., y la criada era tan torpe!...

—¡Madre mía Santísima! ¡Si ya no recordaba del señorito Aurelio! —gritó a su espalda la sirvienta de Luisa—. ¿Por qué no pasó al jardín? Allí está regando Luisa, la señorita Luisa, con la doncella... Venga...

—No, si no quiero pasar. Dígale al señor Gráez que le espero...

—¿Qué señor Gráez? ¡Si no hay nadie más que la señorita.

—Entonces me marcho.

—¡Qué ha de marcharse así, después de esa antesala que hizo!... Venga aquí...

Y, diciéndolo, entró en busca de Luisa.

Guzmán tomó el sombrero y, al retirarse, vino del huerto la voz cálida y selecta de ella. «¡Aurelio!» se oía en la tarde, tamizada la palabra por los frutales. Y después: «¡Aurelio!», recogido ya el nombre por cortinajes y paredes.

Llegaba blanca, leve, fresca de plantas y tierra rociada, nimbado su cuerpo de fondo de crepúsculo delicioso de huerto.

Despacio, muy tímido, se acercó él. Verde claror derramóse en la frente fina y pálida del hombre; frente dulce, triste y señorial, que recordó a Luisa la de algunas estatuas contempladas en Florencia. Los cabellos abundosos y revueltos de Aurelio resplandecían como un cobre dorado; sus ojos, sus cejas, sus sienes, su boca, todas sus facciones hallábalas Luisa dulcificadas, como de niño desgraciado y enfermo. Y enternecida y mirándole, le murmuró:

—¿Qué tiene?-

—¡Yo!

—Sí, sí; ¿qué tiene, qué siente hoy?

Aurelio la contempló, acercándose más, aspirando ávidamente la fragancia de jazmines y de tarde. ¡Vestida de niebla y jazmines semejaba! También la vió él muy niña; sus ojos, entregados a los suyos; la palabra, candorosa, suavísima; su cabeza, pueriliza da por el peinado de su cabello espléndido, negro, que le caía en trenza, descansando en la casta insinuación de sus caderas.

—¿Y usted, usted qué tiene, qué siente también hoy? ¡Me parece una hermanita mía, muy pequeña, muy débil, necesitada de mi alma!

—¡Y a mí me pasa lo mismo! Le encuentro a usted muy dócil, muy bueno y muy triste...

—¡Huele usted a jazmines, a carne de flores blancas, a hermana-esposa!

Ella le mostró, dentro de su finísimo delantal, una reciente nevada del jazminero. Aurelio rindió su cabeza, aspiró y, exaltado de dicha, hundió su boca en el blanco y florido regazo, y besó delirantemente flores, encajes y manos de mujer. Y, al levantarse, llevóse en su cabellos pétalos y fragancia.

—¡Si son los jazmines los que huelen a usted! Dan aroma de pureza; ¡no podrían oler así si no fueran blancos; huelen a blancura; huelen a después de un beso santo, supremo, de amor! ¡Dios mío, si fuésemos siempre niños!...

La vió palidecer y sonreír amargamente. Estaba transfigurada.

—¿Se acuerda de cuando se hirió las manos con las zarzas?

El cálido vino de recuerdos de la acariciadora curación embriagó el alma y la sangre de Aurelio. Miró la cabeza de la mujer y, arrebatado, intensivo, pidió:

—¡Yo quiero besar su cabello; yo quiero besarlo!

Volvió la amada a sonreír, y, ladeándose, tomó su trenza y la puso en las manos de Aurelio. Palpitó toda la vida de Guzmán al recibir la dulce y negra

opulencia, y en su suavidad descansó los labios y la frente. Y, desfallecido de besar, todavía pidió:

—¡Quiero besarlo en su cumbre, en su nacimiento; éste es menos suyo!

Y ella, obedeciendo tierna, niña, inclinó su cabeza, ofreciéndosela. Aurelio la adoró, la aspiró y luego dejó un beso muy lento, muy hondo, dentro de una tibieza regalada...

—¡Si fuésemos niños siempre, dijo usted antes! Como niño le trato, ¿verdad?

—¡Como niños los dos, Luisa!—exclamó él, angustiándose al presentir el tránsito conocido de la efusión a la frialdad.

—¡Oh, no; a mí no me está bien! Acérquese a la luz, y mire aquí en mis sienes. ¡Sin besar ya! No finja. ¡Tengo ya hebras blancas!

Sonaba ruidosa en el huerto la aspersión del riego sobre hojarascas. Y Luisa retrocedió, animada y alegre.

—¡Me van a deshojar los rosales! ¿Me ayuda usted a regar, o se marcha?—y desapareció en la fronda.

Aurelio no pudo hablar. Salió al vestíbulo. Se marchó. Pena y altivez se recruzaban en su alma. ¡Como a un niño le trataba ella! ¡Ni siquiera coqueta se mostraba con él!

Pensó en los besos. Y le pareció haber besado a otra mujer que no a Luisa...

VIII

Gráez y el ingeniero conversaban en un ángulo del comedor, sorbiendo tazas de una dorada y aromática infusión de hierbas. Luisa miraba los grabados de una revista musical.

Cortaban la plática de tiempo en tiempo los ancianos para escuchar la lluvia, que resonaba en las vidrieras, lluvia otoñal, lluvia de paisajes lejanos y humosos; de tierras y caminos dorados de hojas; de cielo espeso que baja a la serranía y se enreda en la arboleda, y todo está cruzado por la urdimbre del agua, que finge un antiguo tapiz.

Se hizo tormentosa la noche, hirviente de recia lluvia, aullada del viento. Canales, tejaroces y gárgolas vertían caños. Se oía la angustia de los árboles, el gemido de todas las cosas; tronaba el cielo duro, seco, metálico; los vidrios de los balcones se estremecían, y retemblaban los muros profundamente.

Salió Luisa a la estancia que daba al valle.

—¡Maestro, no se puede mirar al cielo; todo es una hoguera de relámpagos!... ¡Los pobres caminantes!...

De súbito gritaron los tres, rindiendo sus cabezas; Luisa se amparó en su padre. Había reventado un trueno macizo, que pareció despedazarse sobre la techumbre como si se hubiera desgajado una montaña. Después, al erguirse tranquilizados, vieron delante a Aurelio, vencido de lluvia, enfangado; y sus ropas y sus cabellos pegados a la carne, que parecía labrada por un cincel de rayo.

—¡Su entrada ha sido bíblica, como si descendiera del Sinaí!—exclamó Gráez riendo y ganoso de distraer a todos de los rugidos y amenazas de la noche.

—Da lástima mirarle. ¿De dónde sale este hombre?—decía el padre de Luisa. Ella trajo con qué enjugar y abrigar a Aurelio, y le contempló, olvidada de la tormenta.

Hacía largo tiempo que él no entraba en esta casa. Le hallaron una tarde en la romántica alameda con la *Princesita* y su madre. Aurelio habló escasamente con Luisa, y ella sintió que se doblaba su alma. La mudanza, el menosprecio que denotaba aquel hombre no parecía de fingimiento. Adelina tenía lumbre de alegría, belleza de dicha. Luisa hizo hábilmente su comedia de dulzuras y levedad, y fueron para Adelina sus palabras más regaladoras.

Ya confortado Aurelio, tuvo que contar por qué viniera tan combatido de la tempestad, y dijo que ésta le forzó a salir para mirarla. Pensó que Gráez estaría contemplando desde sus ventanas el incendio del cielo. Le buscó; dijéronle dónde estaba. Pero él se fué a los campos; regresó huyendo, y aquí

había buscado refugio y compañía. Gráez, don Luis y la hija le vieron más huérfano, más abandonado.

De la estancia próxima entró una llama inmensa y lívida.

Cayó con estruendo de ruina que se descompuso en estampidos vibrantes.

Aurelio se levantó y hundióse entre relámpagos. Le llamaron pidiéndole que lo cerrase todo.

Por los cristales de la ancha ventana penetraba la visión sublime de la noche de fuego. Clamaba el vendaval pavoroso, magno como un coro de profetas angustiados, diciendo castigos y maldiciones del Señor. La llanura se encendía de un livor trágico y la palma del yermo veíase entre resplandores siniestros doblarse como de infortunio humano, y su ramaje se agitaba, se crispaba, se rendía, braceando desesperadamente en la soledad. Aurelio gritó:

—¡No cierro! ¡Da terror y júbilo mirar! ¡Luisa, Luisa, Luisa! ¡Oh, venga! ¡Se aumenta nuestra vida; se es fuego, trueno, noche, o se pierde todo nuestro ser, no es nada! ¡Luisa!

Retumbó un trueno. Se oía el vocerío de mujeres espantadas.

—¡Luísa!

Gráez y el ingeniero acudieron abajo para mirar la calle. Luisa, atraída por el grito supremo de delirio y entusiasmo de belleza que daba Aurelio, fué hacia él.

Un relámpago poderoso la alumbró toda azuladamente. Plegó las manos, hundióse en sí misma, aterrada. Y Aurelio avanzó y recogió en sus brazos el cuerpo adorable.

Las lumbres incesantes, siniestras, la teñían de lirios morados, de un color de sufrimiento. Aurelio se sintió traspasado de piedad infinita y divina.

—¡Oh mujer, que pareces hecha sólo de alma, de alma dolorosa y agónica! ¡Todos tus pasados dolores y tristezas florecen en ti esta noche! ¡Luisa, Luisa! ¡Toda la creación parece retroceder y condensarse dentro de esta noche! ¡Todos se aterrorizan y nosotros amamos en el espanto sublime!...

Y Aurelio ciñó su talle y alzó a la mujer como un holocausto. Ella gimió, quiso huir. Aurelio la atrajo, y abrazada, la presentó a los relámpagos, diciéndole:

—¡No, no quiero que usted se marche; está conmigo! He olvidado sus frivolidades, todos sus desdenes. ¡Somos fuertes y grandes! Y al levantarla, cuando no pisaba la tierra, cuando sentí la dulzura de su cuerpo y de su vida, mantenida en la vida sólo por mis manos, en ese instante yo me he dicho: «¿Y es esto, sólo esto, que ya no está en la tierra lo que me hace dichoso y desventurado y se apodera de mí, todo, todo? ¡Señor!»

Un trueno horrendo ahogó la palabra del amante. Luchó la mujer por arrancarse de los brazos de Aurelio, y él la estrechó más.

—¡Oh, no se vaya! ¡Yo nunca te he dicho cómo te quiero! Conmigo, temblando, deshaciéndonos de emoción... Resuenan también nuestras almas grandiosamente... Hay una vida muy honda, que no se sabe si es trágica o dichosa, de demonio y de Dios, secreto de vida, olvidada, desconocida, porque vivimos la externa y ruidosa; y en estos momentos padecemos la conmoción y presentimiento de aquélla... ¡Sepárate de la vida que nosotros hemos hecho desabrida y pobre; atiende conmigo ese murmullo de la del misterio dentro de la noche fuerte y grande. Yo quiero besarte, besarte en tus ojos, en tus sienes de artista, de infortunada, que se parecen a las mías: en tu boca doblada de ansiedad, de angustia; en tus dientes...!

Y Aurelio la besaba con locura. Ella ladeó heroica su cabeza para impedir el temido beso en los labios; y la diestra del hombre oprimió dulce y tenaz las mejillas de la amada: atrajo el codiciado sitio y su boca se fundió con la boca trémula, seca, ahincadamente sellada de la virgen.

—¡Bésame tú, bésame!

Ella, rígida, yerta, balanceaba su cabeza negando. Y Aurelio gustó la humedad íntima y cálida de la boca ansiada, entreabierta ya por la fuerza de la suya. Entonces creyó que empe-

zaba a deshojar y apoderarse de su virginidad.

Ardió un relámpago. Y Aurelio la vió azulada, contraídos de amargura los labios, cerrados los ojos, y lágrimas en sus pestañas, consternada, retorcida entre sus brazos... Imaginó que el dúo grandioso de sus almas ante lo sublime podía caer y degenerar en violencia truhanesca sólo por la frialdad trágica de la mujer. Y el amante sintió un extraño apagamiento de sus ansias; y dejó el pobre cuerpo.

Luego, dulce y tímido, balbució:

—¿Me perdona? Perdón, Luisa... Pero ¿me quiere, me quiere?

No pudo, no quiso mirarla; esperó su palabra contemplando la noche de maldición. El inmenso paisaje de llanura surgía hasta en sus confines del misterio, entre el fuego lívido de nubes cavernosas, abismales, agrietadas por espadas y sierpes convulsas y cegadoras... Se abrió la oscuridad con herida de centella, y Aurelio vió desgarrarse la solitaria palma de la lejanía.

—¡Luisa! —gritó afligidamente, y volvióse a ella. Estaba solo.

IX

Amaneció un día gozoso, de magnificencia de sol y de azul. Los anegados campos eran trozos de espejo de los cielos; el verdor que aún tenían los árboles estaba enternecido y vislumbraba de lluvia prendida; el aire poblábase del alborozo de alas de palomas y gritos de golondrinas; los templos y las casas, apagados, ennegrecidos de tan húmedos, aparecían más vetustos, recortándose en la alegría de la mañana; y sobre el fondo del silencio del paisaje resbalaba el trueno fresco, espumoso y profundo de la avenida reciaí del río.

Aurelio y Gráez paseaban por las afueras. Sentía el escritor contento de pureza, de inocencia, y en todo hallaba un aroma y sonrisa de juventud.

—¡Maestro! ¡Verdad que le parece ser hombre recién creado? ¡Yo, sí; o acabado de salir del Arca del elegido por Dios para repoblar la Tierra! ¡Lástima que no pase sobre nosotros la banda gloriosa del arco iris!

Reía Gráez de las exclamaciones del mozo. Cuando retornaron a Aduero, aún las gentes comentaban, desde sus ventanas y portales, lo espantoso de la noche. Llegaron a la casa de don Luis; percibieron un conversar alegre desde el vestíbulo. Arriba estaban los amigos de los hijos. Y el apartadizo Aurelio no evitó la reunión, antes pasó a ella apresuradamente, porque ansiaba recoger de los ojos de Luisa el sagrado rubor recordándose besada; y luego, mirándole, le confesaría el rendimiento de su alma; él la había resucitado; mostraríale ella una dulce tristeza que había de encenderse en gozo mirándose y amándose.

Entraron Gráez y el escritor.

Luisa hablaba donosamente del pasado terror. Acogiólos risueña y efusiva, diciéndoles con humorismo:

—¿Fueron a sus casas en góndolas o a nado?; porque yo me encerré y no supe su regreso...

¡Era ella misma la que aludía con frivolidad y descuido al último momento de la escena amarga y adorable! Guzmán pensó irónico en la imaginación de rubores, de pesar y amor. Lo aborreció todo; anheló rasgar las nieblas de aquella alma y verla entera y descubierta. Acercóse, y muy despacio le murmuró:

—Venga conmigo junto a la ventana de anoche.

—¿Para qué?—dijo ella sin apagar la voz. Y la publicidad de estas palabras, que desfloraban lo íntimo del ruego, hirieron hondamente a Aurelio.

—¿No se acuerda de la pobre palmera herida?

—¡Ah, sí, es verdad!—Y, volviéndose a los demás, murmuró:

—Tiene razón Aurelio... ¡Vamos dentro a contemplar una víctima de anoche!

Los vió alejarse el artista, como profanadores de un místico recinto; y era Luisa la que los llevaba. ¡Oh, bastaba

ya de ser mendigo de amor! Aguas vivas de amor había pedido a fuente exhausta para su boca... «¡Pero si la he besado! ¡Ella me dió sus manos, su cabello! Y besé su frente, sus sienes, sus ojos, sus labios, dentro de su boca... y ella no me rechazó con asco ni odio. Los recibía sumisa, entristecida, castísima... ¡Quizá con demasiado entristecimiento y obediencia! ¡Acaso por repugnar a su espíritu selecto el arranque dramático-vulgar de las mujeres ofendidas por audacia de los hombres! Besos de enfermo o de niño fueron los míos para ella... ¡No me ha querido nunca!»

No sé si este soliloquio manifiesta a Aurelio muy flaco psicólogo; es posible, porque los escritores, los artistas, por geniales que sean, cuando no labran interiores ajenos y viven, cuando actúan sólo humanamente, suelen ser tan pobres hombres como todos los pobres hombres.

La idea de alejarse para siempre alumbró de esperanza su alma. Iba a salir de aquella casa. Notó que el rebullicio del grupo subía del huerto; habían dejado las ruinas de su sagrario. Estuvo atendiendo; no oyó la voz ni la risa de ella. Y quiso verla desde *su* ventana. Y al pasar, un sol de antigua alegría calentó su vida. Luisa estaba allí, sola, inmóvil, suprema, contemplando la mañana del valle. Viendo la aparición de Aurelio no se inflamó en rubores por recuerdo y miedo de ofensa, por deseo de amor. Tranquila, dulce, le dijo:

—¡Qué pena da la pobrecita palma! ¿Se ha fijado? ¡Tiene ahora un encanto amargo, de desgracia!

Entonces Aurelio detúvose ante ella, y sin exaltación ni quejumbres murmuró:

—¿No siente usted cansancio o remordimiento de lo que ha hecho usted con su misma alma?

—¡Oh, ya empezamos!—dijo irónicamente Luisa.

—No: ya terminamos. Es mi despedida. Vea que hablo serenamente. No soy el loco, el aturdido, el apasionado. Hace un momento ansiaba rasgar el misterio de su alma. No lo había, Luisa: es que yo me negaba a mirar. Usted no ha querido; usted no ha podido entrarme a una gloria de amor. ¡Nuestro amor, sí, ha sido nuestro! Nuestro amor no acaba como el de Falk y Svanhild; ellos prefieren que el sol de su amor se apague en la mitad del día, cuando es más espléndido y poderoso. ¡Usted no me ha dejado ver nuestro sol siquiera!...

Luisa sentía en sus entrañas el frío de la palabra de Aurelio.

Lenta, y con apariencia de bromas, pronunció:

—Es verdad. Pero usted es muy niño. Mujer más joven que yo sabrá encender ese sol que usted dice, y curarle de lo que usted ha creído *nuestro* amor.

—Me ha curado usted misma, Luisa.

Ella miró a la llanura, hacia el árbol herido.

—Luisa, ¿mira usted la pobre palma? Contémplela y verá por qué es bella la muerte. No nos daría esa impresión de doliente hermosura si la palma fuese naturalmente triste, caída y rota. Es el recuerdo, la imagen de su perdida gentileza lo que amamos en el árbol o nos mueve a verlo bello en su ruina. Yo—dijo retirándose el artista—he querido en usted a la muerte, la *otra* alma sin abdicaciones; o quizá la de ahora, palma rota, tronchada por sus mismas manos, que me traía la dulce evocación de la palma valiente, entera, toda.

Sola quedó Luisa. Su mirada se esparció en la llanura; llegó a la palma rota, y contemplándola, la vió transformada en mujer; y era ella misma, alumbrada y henchida de amor; más joven; con fe y ansiedad en sus ojos; y ella besaba a Aurelio en su frente de gloria, en su cabello, en sus mejillas, en su boca de apasionado, de niño excelso, príncipe y cruel. Y el alma de Luisa se torció de dolor de celos, celos incurables, malditos, feroces, celos de sí misma.

X

.....

Gráez se detuvo; y volvió otra vez sus ojos hacia el confín de la llanura. Un vellón de humo se deshilaba en el azul... Y desapareció el correo.

Y el músico siguió caminando, penetrado de la soledad, del desamparo del paisaje.

Un bando de grajos alzóse de la sementera gañendo aciagamente. Volaron esparcidos; y pronto fueron espesándose, oscureciendo un trozo de la tarde; y bajaron a un bancal paniego.

Las tierras pasadas por las aves negras parecían recibir un misterioso apagamiento de malaventuranza que únicamente percibía el viejo Gráez. ¡Qué aves de tristeza volaban sobre algunas vidas dejándoles las sombras de sus alas, que engendran el sufrir aun en lo que tiene humilde, leve o placentera apariencia para las otras gentes!

Se internó en la ciudad. Atravesó por la plaza de las Acacias. Entonces tañía lenta una campana de la abadía de San Pedro.

Un voz femenina, suavísima, llamó a Gráez; y éste vió a la *Princesita* y su madre.

—¿Se marchó... por fin... Aurelio? —le dijo la doncella estremecidamente.

La madre añadió:

—¿No se querían Luisa y él?

—No sé—repuso con aflicción el anciano—. Al despedirse Aurelio, me confesó que había llegado tarde al alma de Luisa.

«¡Tarde!—pensó la *Princesita* ahogándose de pena—. ¡Tarde llegó también mi alma a la de Aurelio!»...

FIN DE «NÓMADA» Y «LA PALMA ROTA»
DE
GABRIEL MIRÓ

ROBERTO MOLINA

(1883)

ROBERTO MOLINA

NOVELISTA *y articulista. Nació en Alcaraz (Albacete). Auxiliar de Farmacia en Madrid, Barcelona y Valencia. Colaborador de diarios y revistas importantes de toda España. En 1913, su novela,* Un veterano, *alcanzó el primer premio en el concurso organizado por la famosa revista madrileña* El Libro Popular—*que dirigía Gómez Hidalgo—, al que concurrieron más de quinientas narraciones. Después de tal éxito, Roberto Molina ha ganado justa fama por sus siguientes novelas y sus incontables admirables cuentos. En 1924, su novela larga* Dolor de Juventud *alcanzó el «Premio Nacional de Literatura».*

Novelas: El suceso de Montevalle; La infeliz aventura —*1930*—; Aventura de juventud—*1943*—; Peñarrisca —1943—; La ciudad milenaria...

UN VETERANO

CAPITULO PRIMERO

VISIONES DE HOSPITAL.—LA PRIMERA IMPRESION.—EL SANITARIO DE GUARDIA

I

La sala de Medicina del Hospital militar de..., estaba dividida en los siguientes locales o departamentos: primero, sala general de Medicina; segundo, sala de Tuberculosos y tercero, sala de Tifus. A la primera sala iban a parar los enfermos de afecciones generales y de escasa gravedad, y las denominaciones que hemos dado a los otros dos departamentos de la clínica, dan clara idea de las enfermedades que padecían los infelices soldados que las ocupaban.

En la primera sala había, junto a un inmenso balcón que daba al jardín del hospital, la mesa del cabo, en donde se despachaba la documentación, firmaba el jefe de la clínica y más tarde hacían tertulia en torno los sanitarios, enfermeros y enfermos amigos. En las salas segunda y tercera, más pequeñas, más silenciosas y más tristes, sólo se advertía la sombra de un hombre que paseaba su malhumor, o devoraba su impaciencia, o leía, o bien se recostaba desaprensivamente en una cama: era el sanitario de guardia.

La primera impresión que experimentaban los quintos, que todos los años por los meses de febrero o marzo ingresaban en el hospital, era de

tristeza. Primero, la visión de aquel patio cuadrangular, húmedo y de escasa luz; el trajín de cocineros de arremangados brazos y blancos gorros en la cabeza, que acudían al pozo central del patio a llenar de agua sus vasijas; sanitarios medio descalzos, sucios, saliendo de la cocina y devorando con la vista las viandas que conducían en latas portátiles; aquellos enfermos casi desnudos, con la barba crecida y hundidos los ojos, tomando el sol asomados a las ventanas, y aquel conventual repique de la campana de conserjería, tocando a visita, a rancho para los sanitarios, a paseo o a silencio. Después la angosta y húmeda escalera, constantemente barrida y fregada por los soldados que servían a su patria, lavando con agua las baldosas del piso y otros más sucios menesteres. Y, por último, conforme se ascendía escalera arriba—yendo al dormitorio de los sanitarios, pero antes de llegar a él—, la penosa visión de aquellos rostros pálidos de los enfermos de Medicina, y el sentimiento de terror y de aprensión al leer a la derecha, en la puerta de otra sala, las iniciales T. P., cuyo enigmático sentido se encargaba de descifrar algún sanitario viejo, diciendo a los quintos:

—Aquélla es la sala de Tisis. Ayer tarde se murió uno, y esta noche habrá que llevar alguno al «cuarto de las patatas».

«El cuarto de las patatas» era el depósito de cadáveres.

Siempre cruzábamos frente aquella sala aligerando el paso y salvando de un salto los pocos escalones que faltaban para llegar a la compañía. Una vez allí, escupía uno como arrojando unos imaginarios microbios prendidos al pasar, y aspiraba con avidez el aire puro de la altura, que entraba por los inmensos ventanales.

¡Ah!, pero la tristeza era inevitable. En el silencio de la noche, cuando, por la falta de hábito, los miembros se resentían de la dureza de aquellas colchonetas de esparto, los ojos no podían soportar la luz toda la noche encendida, y la memoria repasaba las sucesivas operaciones del día—ponerse el uniforme, aprender los primeros movimientos de la instrucción, haber oído los primeros artículos de las Obligaciones del soldado y los primeros del Código de Justicia Militar, haberse oído llamar de tú con insolente audacia por un veterano, haber perdido, en fin, toda la personalidad—, la imaginación medía el largo camino que era necesario recorrer hasta pagar a la patria aquel tributo de sangre, que no era precisamente de sangre.

Entonces se oía el martilleo lejano de una tos persistente o la queja dolorosa de algún enfermo desvelado. Alguna noche me sorprendió ver cómo un sanitario saltaba del lecho, invadía calladamente las camas de los compañeros, buscando algo bajo los colchones o en las taquillas de la ropa, encontraba medio panecillo y volvía, cauteloso como un ladrón, a comérselo bajo las sábanas. Y otras, empujaba la puerta un sanitario de servicio en las clínicas y decía al imaginaria:

—Ven a echarme una mano, que se ha muerto ese tifoideo.

Efectivamente, minutos después podía verse cómo bajaban por la escalera tres hombres, llevando en una camilla el cadáver de un soldado.

El vigilante nocturno del hospital —un empleado civil—alumbraba con su farol y rompía la marcha. Dos sanitarios llevaban la camilla, y al descender unas veces, y otras al dar la media vuelta en el rellano de la escalera, el cadáver cambiaba de posición en la camilla: ya tocaba con los pies al sanitario delantero o bien la cabeza en el extremo opuesto colgaba fuera, abierta la boca y oscilando un instante con una mueca trágica.

II

En el mes de marzo de 19... hice mi entrada, como soldado sanitario, en el Hospital militar y, por excepción, antes de los quince días me hallaba prestando servicio en la clínica de Medi-

cina, Tisis y Tifus. Era aquél un invierno muy crudo.

Había muchas pulmonías, bronquitis y otras enfermedades. Estaba el hospital atestado de enfermos, y muchos de ellos eran nuestros propios compañeros, los sanitarios antiguos, próximos a ser licenciados. Fué preciso, por tanto, que se nos instruyese rápidamente y prestásemos el servicio de clínicas.

Los primeros días fueron realmente angustiosos. La vista de aquellas inmensas salas con dos filas de camas, en que la ropa, en verdadero desorden, se caía: aquellos enfermos que saltaban del lecho desnudos y descalzos, y formaban corrillos escupiendo y fumando, sin cuidarse para nada de sus compañeros de enfermería; los otros, los más graves, que permanecían silenciosos y tristes, abandonados a su suerte; el olor de los medicamentos, la repugnancia, la necesidad de respirar aquel aire, de hacer allí toda la vida, en fin, se presentaba a la imaginación como algo imposible de vencer. Y nuestra natural cortedad contrastaba con el cinismo, la osadía y desaprensión de los sanitarios veteranos. Comían sin escrúpulo alguno pan o fiambre de la taquilla de un enfermo; dormían la siesta en una cama, en la que tal vez había muerto un soldado el día anterior; miraban impasibles la agonía de un desgraciado y, tal vez, más tarde, junto al cadáver, seguían indiferentes la conversación interrumpida por la faena mecánica y macabra de amortajar al muerto.

Pero no era monstruosidad moral, desprecio de la muerte, negación total de un sentimiento de piedad y profundo respeto ante el difunto, no; sino sencillamente ese estado de inconsciencia, insensibilidad, producido por el hábito. ¡Oh! Si hay algo capaz de hacerse dueño de nosotros y cambiar poco a poco nuestro temperamento, nuestros gustos y hasta la intensidad de nuestros sentimientos, algo que posea el secreto poder de transformar nuestro espíritu, es el hábito. La familiaridad con el enfermo mata el miedo al contagio. La costumbre de ver cadáveres agota el miedo. Tan cierto es esto que sólo así puede explicarse el acto de profanación que aconteció por aquellos días, cometido por un sanitario.

Acababa de ingresar en la sala de Tisis un sargento de Cazadores. Su lastimoso estado, su desnutrición y la miseria fisiológica de aquel hombre que se ahogaba y apenas tenía fuerzas para moverse por la sala, presagiaban un próximo fin. Era un hombre muy simpático, obsequioso con los sanitarios, ameno y ocurrente cuando alguna ligera mejoría de su estado le permitía conversar; y por estas dotes de carácter le estimábamos y acompañábamos muchos ratos. Complacíase en enseñarnos algunas prendas de vestir que guardaba sin estrenar, tales como ropa interior, pañuelos de seda, etc.; pero, sobre todo, llamaba la atención unas botas de charol que acariciaba con cariño y no se ponía nunca, porque—decía entre bromas y veras, presintiendo su muerte—deseaba que se le amortajase con ellas. Efectivamente, poco tiempo después, al apretar los fríos, se agravó a eso de las nueve de la noche, y a las once y media había fallecido. Conforme a su deseo, se le amortajó con las ropas que él había, precisamente, dispuesto y, desde luego, con las botas de charol.

Sin embargo, durante esta operación no faltó la protesta sorda de algún compañero que expuso la idea de amortajarle con los vestidos de menos valor y repartirnos los otros como buenos compañeros. Había uno—un extremeño taciturno—que miraba codiciosamente las botas.

—Mal vendidas—murmuraba—, quince pesetas.

La mayoría y, desde luego, la autoridad del cabo de sala, se opusieron al indigno despojo; y el cadáver del sargento, en una camilla, fué transportado al «cuarto de las patatas». Eran las once cuarenta y cinco o doce de la noche. La comitiva se componía del sereno y dos sanitarios conductores. Había que descender ciento veinte escalones hasta llegar al patio. Luego cruzar éste, entrar en el jardín.

atravesarlo, pasar el departamento de las cuadras y cochera para llegar, al fin, al Depósito. Una vez allí, se colocaba la camilla en el suelo, se encendía una lamparilla que había en un pequeño altar, se cerraba la puerta y asunto concluido. La oscuridad de la noche, el mugido del viento agitando el ramaje, la función de aquellos tres hombres conduciendo el cadáver caliente aún, el eco acompasado de las pisadas cruzando la interminable escalera y los estrechos pasillos, no infundieron temor a un hombre que silenciosamente seguía a la fúnebre comitiva. Con increíble audacia, al llegar al Depósito, entró sin ser visto, se ocultó como pudo, esperó a que salieran todos, oyó el chirrido de la llave al cerrar, y entonces se acercó serenamente al muerto, le quitó las botas, le puso otras viejas y haciendo escalón de la camilla, saltó a la ventana y entró en el hospital.

Naturalmente que al siguiente día fué descubierto el hecho y preso el autor. Nosotros, los quintos, nos horrorizábamos.

—¿Un muerto?—decía él tranquilamente—. Cuando llevéis vosotros, como yo, treinta y cinco meses prestando servicio en las salas de Tisis y Tifus, ya me lo diréis...

Pero nosotros, terriblemente impresionados, sumidos en dolorosa meditación, temblábamos por nuestro triste destino, que tan violentamente ponía a nuestra vista el continuo y anonadante espectáculo de la agonía, la muerte y la nada...

III

Los primeros días se deslizaban con dolorosa lentitud. La cantidad del trabajo igualaba a la repugnancia con que ejecutábamos las órdenes. Y, ¡qué órdenes! Desde el cabo de sala hasta el último enfermero, todos se consideraban con derecho a dar órdenes.

—¡Quintos, a barrer la sala!

—¡Quintos, a fregar cristales!

—¡Quintos, a reparto de comidas!

—¡Quintos, a subir agua; quintos, a dar fricciones, tomar temperaturas; hacer hojas clínicas, papeletas de cabecera, etc., etc....!

Y hasta los enfermos viejos—soldados veteranos—mirándonos compasivamente, nos decían:

—¡Pobres quintos!

Y otros:

—Borregos, infelices; ¿a qué habéis venido?

He aquí la manera cómo son recibidos en los cuarteles los hijos del pueblo, cuando van a pagar su tributo de sangre a la patria.

Sus propios hermanos de servicio, que los esperan con inmenso deseo porque ellos representan la promesa de un próximo licenciamiento, se complacen en amargarles ese difícil aprendizaje del servicio militar; difícil, no por lo complicado de su estudio, sino por lo penoso de la adaptación a aquel medio ambiente. El hombre allí, el soldado, lejos de ser hombre, un ser humano con sentimientos humanos también, en presencia de los novicios que llegan, se convierte en bestia, se venga como puede de todo el odio recogido y guardado durante los años de su vida militar, y se sacia abusando y maltratando a los quintos. ¿Es esto falta de civilización o es propio de la naturaleza humana? Todo el mundo sabe la multitud de pruebas, burlas, vejaciones y malos tratos de que son objeto los quintos el primer mes de su ingreso en filas. Los jefes, con el fin de evitarlo, dan previamente enérgicas órdenes, que son oídas con respetuoso temor..., pero que son más tarde olvidadas completamente. Parece que entre los soldados y las clases inmediatas hay un secreto acuerdo. Las novatadas se dan, todos se enteran y nadie lo sabe. Un quinto se acerca al cuarto de un sargento y dice:

—¿Da usted su permiso?

—¡Adelante!—ruge el superior, retorciéndose los mostachos.

—Sabrá usted que anoche, cuando dormíamos, me echaron un plato de agua sobre la cabeza.

—¿Cómo es posible? ¡A ver, que venga el imaginaria que estaba de servicio!

Y el quinto añade:

—Y esta mañana me han faltado los zapatos, la bolsa de aseo y las polainas...

—¡Hola, hola! Eso es más grave. Y ¿cómo se lo explica usted? Veamos, ¿cómo se lo explica usted?

—Sencillamente, porque me han robado.

—¡Mentira!—ruge el sargento—. Es usted un mal soldado. No cuida usted bien de su ropa y falta usted a la Ordenanza. Aquí no se roba a nadie. ¡Aquí no hay ladrones, mamarracho!

Y con un par de bofetadas da fin a la catilinaria y lo despide.

Verdaderamente estas escenas encienden en el corazón de los nuevos defensores de la patria el amor al servicio y el cariño a sus inmediatos superiores.

IV

El trabajo abrumador que pesaba sobre nosotros los primeros días de prestar servicio en sala, tenía una compensación en la noche. Al toque de lista—a las ocho—ingresábamos en la compañía y descansábamos hasta las seis de la mañana siguiente: pero la necesidad de cubrir bajas creó también la necesidad de hacer guardias de noche en las clínicas, y fuimos incluídos en el turno de guardias. Este servicio, que el Estado paga con quince céntimos de «sobras» y—cuando se presta en las salas de infecciosos—aumenta con una gratificación de veinte céntimos diarios para aguardiente, es tan penoso e importante para el que lo haya de ejecutar a conciencia y con escrupulosidad, que no se paga con ningún dinero, como suele decirse.

A las diez de la noche, cuando van cesando las conversaciones, se acuestan todos, acaban las tertulias de sanitarios y comienzan a dormirse; una sala de enfermos presenta, a los ojos del observador, un cuadro sombrío y triste y toda la rica variedad de gestos y muecas de que es capaz la humana fisonomía.

A esta hora el sanitario de guardia hace, por segunda o tercera vez, el recuento de sus enfermos. La enfermería, alumbrada por una o dos pequeñas lámparas de luz eléctrica, que penden del techo, está en una suave penumbra hacia el centro y en los extremos en completa oscuridad.

El sanitario de servicio, cuando está haciendo el recuento, advierte que un enfermo le hace guiños y visajes. La hora, la semioscuridad, el silencio y la quietud del ambiente le sobrecogen. El enfermo gesticula y aprieta los dientes con furia. Indudablemente es presa de un ataque y tal vez son éstos sus últimos momentos. El sanitario se acerca más y ve que aquel hombre tiene los ojos cerrados. Un enfermo contiguo, a quien—por el contrario—los dolores reumáticos obligan a tener los ojos muy abiertos, dice:

—No le haga usted caso, sanitario. Está durmiendo. Tiene un dormir muy raro. Efectivamente, aquel enfermo está dormido.

Junto al reumático, a quien sus dolores no dejan dormir, hay, en la cama siguiente, un bulto informe que se mueve y gime. Oculto bajo las mantas, la almohada sobre la cabeza y tapado completamente, aquel hombre ronca de tal suerte que parece que llora. Y más allá, siguiendo adelante nuestro examen y aguijoneados por la curiosidad, contemplamos rostros dormidos que, desfigurados por el sueño, ofrecen al observador una fisonomía nueva, distinta de aquella con que ordinariamente los conocemos. Todo el mundo, alguna vez al mirar el rostro alterado de un amigo durmiendo, se ha preguntado un instante con extrañeza: «¿Quién es éste?» Ya, Balzac, en la *Fisiología del matrimonio*, teniendo en cuenta estas observaciones, señala como circunstancia favorable para garantizar el amor de la esposa «el poseer una dulce fisonomía durante el sueño».

Hay hombres que duermen con los ojos abiertos. La luz, al reflejarse en las pupilas, ofrece siniestros reflejos. Los ojos aquéllos que no ven miran a todas partes, y el rostro inmóvil y dormido, más que humano, parece una mascarilla inanimada o una cara de

muerto. En una sala de enfermos, a la hora en que todos duermen, la idea de la muerte, evocada por las fisonomías macabras y heterogéneas, flota en el ambiente y pesa como una promesa sobre los espíritus que velan. Hay hombres que hablan cuando duermen. Otros que guiñan los ojos entornados. Otros—puestos los labios a manera de fuelle—soplan; y algunos que —sonámbulos—se arrojan del lecho y despiertan al sentir el frío de las baldosas.

CAPITULO II

UN ENFERMO.—EL VAGON DE QUINTOS.—LA GLORIA, EL HEROISMO, LA MUSICA Y EL SOL.—NOVATADA DEL PLATO.—¿TENGO CARTA? ¡MI NOVIA Y MI MADRE! EL CONTRABANDO

I

A la caída de la tarde de un día tristón de últimos de marzo, la campana de conserjería tocaba «¡tan, tan, tan!...», llamando al cabo encargado de recibir a los enfermos que ingresaban. Poco después, apoyado en el brazo de un enfermero y acompañado del cabo, hacía su entrada en la sala de Medicina un soldado del regimiento de Infantería de Mallorca.

—¡Sanitario de guardia!—gritó el cabo.

Y a tan imperioso llamamiento acudí yo, que estaba en un rincón de la sala conversando con otros camaradas.

—Presente.

—Un entrado—me dijo señalando al soldado enfermo—. Dele usted entrada con «grippe», que es el diagnóstico que trae.

Distraídamente tomé la «baja» (documento expedido por el médico del regimiento) y, me disponía a señalarle cama sin reparar en el «entrado», cuando advierto que éste me mira fijamente, se incorpora y me da las manos con alegría diciéndome:

—¿Es usted? ¿Es usted? ¿No me conoce? Soy su paisano...

—¡Hola, Enrique! ¿Usted por aquí? ¡Ni me había fijado! ¿Qué tiene usted? Venga, venga conmigo. ¡Qué sorpresa!

—Me he resistido mucho hasta venir al hospital; pero no he tenido otro remedio. Menos mal que tengo un paisano sanitario. Ya no estaré tan solo.

—No hay por qué apurarse. Tiene usted en mí un buen amigo.

Y en seguida le preparé una cama en el mejor sitio de la sala y le ayudé a que se acostara.

II

¡Qué excelente muchacho era el pobre Enrique! Yo lo había conocido en la capital de nuestra provincia, a donde nos reconcentraron un mes antes a todos los reclutas para ser destinados a Cuerpo. Después, como nuestros pasaportes llevaban la misma ruta y el mismo lugar de destino—aunque diferente Arma—, hicimos el viaje juntos en el mismo coche, y nuestra naciente simpatía se convirtió en amistad.

Entonces comenzó a darse a conocer, refiriéndome algo de su vida. Cursaba el primer año de Derecho cuando le llamaron a filas. En su casa habían hecho con él ciertos desembolsos, y no quiso que le redimieran. Además, nada tenía que temer él en la milicia: se sabía ya la Ordenanza (que había tenido la precaución de estudiarse antes del ingreso), y sobre todo, no era un ignorante. En la primera ocasión se presentaría a exámenes de cabo y más tarde a sargento. Otros podían temer más que él. Decía muy animoso:

—En cuanto me ponga el uniforme me busco imediatamente una cocinera que me redima del rancho diario... Y eso que me acuerdo mucho de la otra, mi verdadera novia... Esta—añadía, enseñándome un retrato—, que ha llorado más estos días...

Y así transcurrió el viaje, haciéndonos mutua relación de nuestra vida pasada, presente y futura. Recuerdo que al llegar a cierta estación en donde había de incorporarse a nuestro tren otro

vagón de quintos, procedentes de otra zona, un piquete de soldados que en la estación los despedía nos saludó a todos al arrancar el tren tocando la Marcha Real. Era la alegría de nuestra juventud que se desbordaba, que palpitaba al dejar una estación en donde unos jefes nos habían llamado hijos... Y nosotros sentíamos ser ya algo representativo de un pueblo que sueña en reverdecer laureles de otros siglos.

Enrique me dijo:

—Mire usted que haber dado yo vivas al rey... ¡Tiene gracia!...

—No sé por qué—le dije.

—Porque yo soy republicano, y anticlerical, y socialista y anarquista, y hombre que quiere ser culto y moderno —me contestó con brío y entusiasmo.

Mas yo entonces, sin contradecirle, repliqué:

—¡Bah! ¡Hace un sol tan hermoso!...

Efectivamente, hacía un día primaveral. En las estaciones nos saludaban las mujeres. Un estruendo de gritos y de risas estallaba al ponerse en marcha la máquina, y nosotros, muy lejos de pensar en las miserias y privaciones que nos aguardaban, sólo veíamos a través de nuestro entusiasmo ese brillante cortejo de fantasmas y mentiras que son el atributo perpetuo de la gloria militar. La Patria. ¡Morir por la Patria! ¡El heroísmo! ¡El triunfo!... Un uniforme hecho jirones... El pueblo que aclama, y la mujer que anima, aplaude, agradece y premia...

Y es que el hombre a los veinte años, cuando lo llevan al servicio militar, es lo necesariamente puro, honrado y dócil para ser obediente, no rebelarse nunca, sufrir siempre, creer en las recompensas al sacrificio y al heroísmo, soñar con la gloria, desearla sintiendo ansias de heroísmo, llorar de emoción oyendo un paso de ataque y lanzarse al peligro con inconsciente ceguedad.

III

Cuando estuvo acostado me dijo:

—Ahora comprendo que no sirvo para soldado, que no tengo una constitución todo lo necesariamente robusta para soportar sin quebranto las penalidades e incidencias del servicio. Esto mismo que me ha traído al hospital, este dolor de cabeza y esta fiebre sin importancia, en mi casa me hubiera hecho reír, me hubiera tenido sin cuidado; pero allí, en la compañía, ante la brutal indiferencia de los compañeros, es otra cosa. He sentido el terror de enfermar seriamente lejos de mi familia, y para impedirlo en lo posible he venido al hospital.

—Ha hecho usted muy bien. Aquí no tendrá usted cuantas atenciones necesita, porque hay muchos trabajos, pocos sanitarios y, sobre todo, poco interés por el prójimo; pero en lo que dependa de mí, ni que decir tiene: somos amigos.

—Gracias—me replicó—. No creo que sea gran cosa mi padecimiento. He cogido frío. Una impresión muy viva recién dormido... ¡Una brutalidad de los veteranos!—me dijo con ira a media voz—. ¡Si el capitán lo hubiera sabido!... Yo he debido dar parte a mi capitán, pero porque no pagase un inocente... Ha sido el «plato», ¿sabe usted? Yo estaba dormido y al despertar no vi a nadie. Si hubiese dado cuenta, el primero que paga es el imaginaria. Y ya comprenderá usted, el imaginaria es incapaz, es otro quinto como nosotros, que lo nombraron accidentalmente para aprovecharse de su ignorancia, distraerle, abusar de él y hacer que sobre él recaiga la responsabilidad si damos parte nosotros... ¡Canallas!... Esos veteranos son unos canallas.

Y me contó que le habían puesto el «plato» y había cogido un enfriamiento. A eso atribuía su enfermedad.

Explicaré brevemente en qué consiste la novatada del «plato».

Una hora o dos después del toque de silencio, cuando todos duermen, dos o tres viejos soldados, reunidos en conciliábulo secreto, están ejecutando la siguiente maniobra: a un plato de los del rancho atan una cuerda por las asas, una cuerda de la necesaria resistencia para soportar el peso del pla-

to lleno de agua. El plato así dispuesto se cuelga en la percha de la víctima, precisamente encima de su cabeza. Previamente se han destorcido, de uno de los extremos de la cuerda, junto a las asas, los cabos que la componen, y al destorcerse, por la abertura de los cabos, se introduce y sujeta una cerilla. Así todo dispuesto se cuelga el plato, préndese fuego a la cerilla y rápidamente acurrúcanse todos en sus camas y se hace mortal silencio. La cerilla luce todavía unos momentos, alumbrando el rostro de su víctima. Los conjurados, seguros del éxito, miran con avidez aquella luz que se extingue y que, cual la mecha de una granada, hará estallar bien pronto una explosión de risas y blasfemias. La lucecita se consume, quema la cuerda y entonces se vuelca el plato lleno de agua sobre la cabeza del confiado e infeliz durmiente.

La noticia de estas bromas horribles no trasciende nunca a los jefes. Queda en el secreto de la compañía. Nadie se atreve a la denuncia. La compañía entera lo miraría con desprecio.

Recuerdo que una vez un recluta poco avisado se atrevió a decir, al director del hospital, que había chinches en el dormitorio. El director, cumpliendo con su obligación de velar por el bienestar de sus soldados y oír sus quejas, pasó revista un día y preguntó uno por uno:

—¿Tienen ustedes alguna queja? ¿Desean algo? ¿Están ustedes contentos?

Y un infeliz, cargado de razón, dijo:

—Hay chinches en las camas.

¡Nunca lo hubiera dicho! El director llamó al sargento de semana, y le hizo responsable de la limpieza. El sargento, rojo de vergüenza, llamó al cabo de cuartel y después éste, con la colaboración moral de toda la compañía, llamó al imprudente hablador, le propinó algunos pescozones y le hizo fregar diez camas a él solito. Rara vez los jefes saben la verdad de lo que pasa en los cuarteles. El «no hay novedad» es la frase eterna con que todos responden a las interesadas y paternales preguntas de un superior.

Cuando acabamos la conversación entraba en la sala el capellán del hospital. Era un viejecito culto y simpático que no regañaba nunca sino cuando no asistíamos a la misa de los domingos. Mi amigo Enrique, viéndole entrar, dió media vuelta en la cama, se tapó con el embozo y dispuesto a fingir un profundo sueño, me dijo:

—¿Ya está aquí el capellán? No quiero que me hable. Todo son monsergas y mentiras. Me molestan los cuervos...

IV

Mi pobre amigo no se mejoraba. La fiebre, que al principio se mantuvo entre treinta y ocho y treinta y ocho y medio, llegó algunos momentos a cuarenta grados. Había comenzado a delirar, se le iban ennegreciendo los dientes, tenía la lengua saburrosa y con una costra repugnante... Los sanitarios, experimentados, decían:

—Este pasará muy pronta a Tifus.

Hablábamos algunos ratos, sobre todo por las mañanas cuando se despejaba. Yo fingía cuanto me era posible para animarle: pero él había comenzado a perder la esperanza.

—No sé, no sé. Creo que no me voy a poner bueno. ¿Ha venido el cartero? No me escribe nadie. Si no fuera por usted, ¡qué solo estaría!... ¿Tengo mucha calentura? Deme usted agua...

—Todo eso es aprensión—le replicaba yo—. Es una fiebre un poco tenaz, pero que ha comenzado a decrecer.

—No, no. He perdido muchas fuerzas. Si esto no cesa, no sé qué será de mí. ¡Y estos platos tan sucios!... Esta ropa se me cae... Ayúdeme usted... Así. Gracias. Me repugna todo. Deme usted agua fresca.

—Tome un poquito sifón y una cucharada de esta medicina.

—No, me repugna el sifón.

—Aprensión de usted. Es esto precisamente lo que le conviene. Lo ha dispuesto el médico.

—Quiero algo fresco. Agua con azucarillos. Hágame el favor.

—No es posible, no hay azucarillos.

—Pues deme usted agua fresca, aunque sólo sea con azúcar y unas gotas de ron. Quiero beber algo que sea dulce...

—Lo siento mucho, pero no le puedo complacer. No hay ron ni azúcar.

—¿Tampoco hay? Ni azucarillos, ni azúcar, ni ron. ¿Por qué?

—Porque no se ha pedido en «planilla». ¿Olvida usted que es soldado antes que enfermo? Aquí no hay sino lo que el médico manda.

—¡Es verdad!—exclamó con tristeza—. Me olvidaba de que soy militar. ¡Si al menos hubiera hermanas! ¿Por qué no hay monjas en este hospital?

Y le referí cómo había contestado un jefe de clínica a una pregunta semejante que le hizo un caballero, visitando un día el establecimiento:

—«Pues no hay monjas porque no quiero disgustos entre ellas y los sanitarios. Además, hay algunas muy propensas al contagio. Una he conocido yo que sólo por pisar un algodoncito se puso muy grave.»

—Sin embargo—añadió mi amigo sonriendo—, son muy necesarias y muy útiles. Para cuidar enfermos no hay como las mujeres. Yo, de todo lo que huele a iglesia, religión y convento, con lo único que transijo es con las monjas enfermeras. ¡Qué buen servicio me prestarían ahora! Todo eso que me ha contado usted deben ser calumnias; pero aunque no, todo se lo perdonaría en gracias al buen servicio que hacen. Hay que estar enfermo y en un hospital para comprender la necesidad de una mujer abnegada y desinteresada, créame usted.

—Lo creo, lo creo—añadí yo—. Son calumnias, todo calumnias...

En aquel instante entraban sus compañeros de regimiento, que diariamente hacía la visita de Hospital, y le entregaron unas cartas. Con ansia las leyó y me dijo:

—Son de mi madre y de mi novia. Me dicen que por qué no escribo, que si ya no las quiero, que si me sucede algo. Mi novia, celosa, me recrimina porque la he olvidado. Piensa que tengo otra mujer aquí. ¡Una novia! Una fiebre que me va a matar, es mi novia ahora. ¡Si ellas supieran, si ellas supieran!—exclamó derramando una lágrima.

Todavía transcurrió una semana sin que el enfermo se agravara ni experimentase mejoría alguna; pero a mediados de la siguiente, y después de dos o tres días limpio de calentura, la mañana de un viernes el médico dijo:

—Dénle ustedes una sopa ligera y disminuyan la dosis de leche, si es que le repugna. Eso va mejor, muchacho. Anímate y te mandaremos a casa con permiso.

Un relámpago de alegría iluminó sus ojos.

—¡Con permiso! Abandonar el hospital, sano y fuerte... ¡Ir a mi pueblo!... A ver, deme la mano... Así... Quiero incorporarme un poco... ¡Oh! No, no. Me mareo. Estoy muy débil. ¡Cuánto voy a tardar en reponerme! —dijo, un poco desilusionado.

—La convalecencia será lenta; pero el peligro ha desaparecido, que era lo importante—repliqué, para mantener en él la esperanza.

Desde que se inició la mejoría nos tuteábamos. El continuo trato, la intimidad, nuestra juventud y la mutua simpatía, nos hizo más amigos y borró el grave tratamiento de «usted», impropio de nuestra condición de soldados. Además, por aquellos días, un desgraciado incidente que me puso en serio aprieto y del cual me salvó mi amigo Enrique, contribuyó más a estrechar nuestra amistad y me obligaba doblemente para con él.

El capellán del hospital, don Antolín —como él quería que le llamáramos—, el viejecito don Antolín, el simpático y culto don Antolín, me había distinguido desde el primer momento. Por no sé qué cierta o mentida bondad de mi fisonomía, o que él creyó ver en mi fisonomía, un día me dijo:

—Usted tiene cara de buen muchacho. Usted debe ser hombre formal, virtuoso y creyente. No temo equivocarme si digo que no está usted viciado ni encanallado como la mayoría de esos compañeros de usted, condenados blasfemos. ¿Me engaño? Usted será —¡oh, eso sí!— un buen católico, un

buen hijo de la Iglesia, ¿no es cierto?

Y yo, desde aquel instante, por instinto de conservación y bienestar y, sobre todo, por cariño y agradecimiento a don Antolín, hice todo lo posible por parecer lo que él quería que yo fuese, y merecer la protección que había comenzado a dispensarme.

A las primeras conversaciones me enteré de que no sólo era un sacerdote de la Iglesia, sino que era uno de sus defensores más ardientes y decididos, capaz por esto—como los antiguos mártires—de llegar al sacrificio. Don Antolín era un furibundo defensor de la buena Prensa. Creía que la misión de la Prensa, más que política y docente, era una misión católica, eminentemente católica. Sentía un odio feroz hacia los grandes diarios, los más leídos, los más populares, que no eran ciertamente los de la buena Prensa: y, sobre todo, los combatía, no por sus tendencias más o menos constitucionales o republicanas, sino por su anticatolicismo, por sus ataques a la Iglesia y por su ateísmo.

Cuando hablaba de esto don Antolín no parecía el viejecito bondadoso y risueño que veíamos por la sala dando dulces consejos, con voz suave y persuasiva. Don Antolín, como los antiguos monjes de la Tebaida, como los mártires del cristianismo en Roma, predecía con voz profética y clamante la próxima caída de los nuevos gentiles y resurgimiento esplendoroso de la Iglesia de Cristo. El buen capellán para satisfacer sus ansias de ideal, necesitaba hablar de esto, entusiasmarse combatiendo al enemigo, que en nuestra conversación era siempre la mala Prensa. Comprendía que la Prensa —hoja barata y difundida a los cuatro vientos—es hoy evidentemente un poder, un gran poder, quizá el más decisivo para crear estados de ánimo, y estimaba que el pueblo en la época presente había sido llamado a intervenir en los destinos del mundo. Por eso decía él:

—El pueblo será lo que la Prensa sea, lo que la Prensa quiera que sea. El día en que la buena Prensa haya triunfado, haya llegado al alma del pueblo, aquel día se habrá operado el Renacimiento de la Iglesia Católica.

Y don Antolín hablaba conmigo de todo esto con tanto más placer cuanto que según decía (y era verdad), no encontraba en el hospital ambiente apropiado para la difusión de su doctrina; no le escuchaban en sus pláticas con aquel fervor y entusiasmo necesarios para que la buena semilla fructifique. Efectivamente, lo mismo cuando tocaba a misa que cuando anunciaba una conferencia, tenía un auditorio exiguo. Nadie podía ir. Todos tenían ocupaciones imperiosas. Hasta los enfermos convalecientes, que hacían tertulias y corrillos, se fingían indispuestos y se acostaban. Solamente acudíamos los sanitarios francos de servicio, y era porque el sargento había dado la orden diciendo:

—Hoy no hay paseo; don Antolín tiene plática.

No entiendo por qué fatalidad hay tan pocos espíritus que están conformes con lo legislado y que sean amigos del cumplimiento de su deber. Una de las órdenes más severas que había en el hospital, era la de que los enfermos no tomasen otro alimento que aquel que hubiera previamente ordenado el jefe de la clínica; es decir, el médico de cabecera. Se comprenderá la lógica de esta orden y la lógica y humanidad de su cumplimiento. Faltar a ella era doblemente punible: la vida del enfermo podía correr peligro. Pues bien, olvidando estas naturales consideraciones, progresaba el contrabando. Se prohibía la entrada de frutas, licores, etc., etc.: pero si algún enfermo tenía dinero y deseaba lo prohibido, no le faltaba la colaboración de quien—con todo secreto—oficiase de contrabandista e introdujese los alimentos decomisados. ¿Quiénes eran? Nadie lo sabía y lo sabían todos. Así se daba el caso de que soldados mejorados hoy, mañana estaban graves sin saber por qué. Yo—no lo digo por vanidad—combatí cuanto pude a los «contrabandistas»: y los combatí en secreto y con razonamientos, sin rebasar los límites del compañerismo, pero inspirado en un sentimiento de

humanidad que la ignorancia de algunos no alcanzaba a comprender.

Pero no estaba prohibido solamente el contrabando de alimentos. Don Antolín había impuesto otro contrabando, que perseguía y castigaba con dureza: el contrabando de la m a l a Prensa.

En cierta ocasión, un sanitario que le servía de asistente, monaguillo y casi camarada (porque el buen sacerdote, en su ingénita bondad, no hacía gran caso de distinciones jerárquicas y nos trataba con familiaridad de compañeros), que estaba a su servicio hacía más de un año y del cual se hallaba satisfecho, perdió repentinamente la influencia y apoyo de don Antolín, porque advirtió un día «que tenía algunas prendas de su equipo envueltas en diabólicas y repugnantes hojas de un periódico poco respetuoso con la Iglesia». Mas a pesar de la prohibición de don Antolín, como este contrabando era muy fácil y se hacía diariamente, yo mismo (y me acuso y me arrepiento, por si este hecho contribuyó en algo a precipitar la catástrofe), yo mismo, digo, era también algo aficionadillo a ciertas publicaciones de la mala Prensa, solía con todo secreto devorar sus más sabrosas columnas.

Y aconteció que un día el diablo —que por algo dicen que anda suelto, y debe ser verdad—me indujo a comprar un número de un semanario, el más impío de cuantos se publicaban y publican: un periódico que no parece que tenga otra finalidad, ni otro placer, ni otra obligación que combatir a la Iglesia. Un periódico que publicaba en su primera plana un grabado horrible, impreso allí con perversa intención, representando el suplicio que la Iglesia había hecho sufrir a Giordano Bruno, mártir de la libertad de pensamiento. Este periódico era *El Motín*.

Como he dicho antes, el diablo, natural enemigo mío, me indujo a comprar un número de la poca piadosa publicación, y yo—pecador e irreflexivo—la compré. No había transcurrido ni hora y media cuando ya, vuelto a ocupar mi puesto de servicio en la sala de Medicina del hospital, había leído de cabo a rabo *El Motín*, y sin detener aquí la marcha de mi mal pensamiento, lo había dado a leer también a mi amigo Enrique, para el cual esto representaba un soberbio regalo. ¡Nunca lo hubiera hecho!

Los dos, con el periódico en las manos y confiadamente sentados en la cama, hacíamos comentarios heréticos, cuando de improviso, sin darnos tiempo para ocultar la prueba de nuestro inmenso delito, apareció allí mismo, junto a nosotros, la figura entonces altiva, severa, asombrada, amenazadora y apocalíptica de don Antolín. Rápidamente mi amigo y yo nos dimos cuenta de lo que nos aguardaba. Dispuesto ya a jugarme el todo por el todo, cogí *El Motín* y lo rasgué; pero don Antolín, tratando de impedirlo, dijo:

—Es inútil ya, es inútil. Habéis manchado vuestras almas con la baba de Satanás. Ni el fuego redentor y purificador bastará a lavar vuestro pecado.

Pero mi amigo, mi grande amigo, mi bueno y generoso amigo, que estaba en el secreto de mis relaciones con el capellán y del aprecio en que me tenía, comprendiendo que aquel solo motivo bastaría para provocar mi caída, mi violenta caída, rompió el silencio y dijo:

—Padre, cualquier castigo que quiera usted imponer por esta falta, recaiga sólo sobre mí, porque yo sólo soy el culpable. Un paisano me ha traído este periódico, y en este momento, el sanitario aquí presente, me advertía del peligro en que me hallaba de caer en pecado mortal y me aconsejaba que lo quemase.

Yo—¡oh, qué cobarde fuí!—me agarré desesperado a aquella salvadora mentira que me devolvía el prestigio a los ojos de mi protector, a quien, a pesar de todo, yo quería mucho. Y don Antolín, mirando severa y ardientemente a Enrique, añadió:

—Tu pecado es tan grande, que en este momento no acierto a precisar la penitencia que merece.

Y a mí, con no menos severidad y

sin tutearme como acostumbraba, me dijo:

—Ha debido usted ser más escrupuloso en el cumplimiento de las órdenes de vigilancia que le tengo dadas. ¡Queme usted eso inmediatamente!

CAPITULO III

LA SALA DEL TIFUS.—LOS BAÑOS. EL DELIRIO

I

No necesito esforzar mucho la memoria para evocar aquella sombría sala de Tifus. Era una vieja habitación cuadrangular, de techo elevado, piso recubierto de tosca baldosa, una inmensa ventana que daba a unos corrales, un pequeño cuartitoalacena para frascos, escobas y otros menesteres, un gran baño de zinc adosado a la pared de la derecha, cinco camas viejas que sabían mucho de cómo se muere, y todo esto, esta triste mansión de reducido perímetro, tenía por entrada una puerta pequeña, muy pequeña, que oponía serias dificultades a la salida de una camilla cuando dos enfermeros tenían que cumplir esta tarea. ¿Qué destino había tenido aquella sala en otros días, cuando todo el edificio era un convento? No sé. La sala de Tifus era la más escondida del hospital. Para llegar a ella había que cruzar un laberinto de pasillos. Aquella sala en más de una ocasión nos sirvió de escondite y de refugio. Pero si el nombre de la clínica inspiraba respeto, el ambiente infundía terror. Colgaba del techo una pequeña lámpara de luz eléctrica.

Durante el día la ventana estaba cerrada a intervalos—contraviniendo órdenes superiores, que por razones de higiene disponían que estuviese abierta—; pero los sanitarios sabían ser precavidos antes que higienistas y evitaban que se repitiera el caso legendario ya—de antiguo y resabido ou era—de un enfermo delirante que se arrojó por la ventana.

La primera vez que yo entré en la sala de Tifus experimenté una terrible impresión, preparada, sin duda, por los compañeros, que querían reír a costa de un quinto. Era una noche en que acababan de amortajar a una víctima del tifus, un pobre soldado de cazadores. Yo venía de la calle y no sabía nada. Dos viejos sanitarios, que parecían muy atareados aplicando un vendaje, se preguntaban por el algodón y por la gasa hidrófila y no sé qué otras cosas, y en viéndome entrar me dice uno:

—¿Quieres hacer el favor de traerte el algodón, que me lo he dejado en Tifus?

—¿Tifus?—dije yo—. ¿Es aquella salita escondida que hay pasando por Tisis?

—Sí, sí, aquélla.

Efectivamente, sin saber lo que me aguardaba me encaminé a Tifus. A medida que iba acercándome, el silencio, las toses persistentes, la luz que iba siendo muy escasa, ponían en el ambiente una cierta predisposición al miedo. Además, antes de llegar a la sala (sin duda puestos de acuerdo los sanitarios que prestaban allí servicio), me había parecido advertir sombras que se cruzaban a lo lejos y luego se ocultaban a mi paso. Todo esto me llamó la atención y me inquietó un poco; pero el amor propio y el temor al ridículo me impulsaron hacia adelante.

Cuando entré en la sala de Tifus no pude—por la diferencia de luz—ver nada por el momento. Sobre la mesilla de la cama número cuatro, el débil resplandor de una bujía alumbraba la estancia. Habían apagado la lámpara que colgaba del techo y no vi en el pequeño salón sino las sombras de cinco camas, en las que parecía removerse cinco inquietos tifoideos.

Ligeramente, a mi derecha, me pareció ver una camilla; pero sin detenerme, lo primero que hice fué encender la luz eléctrica. Y al encender miré recelosamente a la camilla. ¡Oh, cómo asusta la muerte! Veía yo a pocos pasos de mí, algo confusamente en la penumbra, un cuerpo depositado en la camilla, vestido de uniforme; pensé en

seguida que se trataba de un bromazo y en que aquél sería un compañero guasón vivo, «demasiado vivo», y a pesar de todo sentí miedo, un miedo invencible que me dejó clavado en el sitio, inmóvil, mirando fijamente a la camilla. En mi confianza de que el presunto cadáver no era tal, quise hablarle y hasta recuerdo haberle dirigido alguna frase irrespetuosa y fanfarrona; pero el supuesto muerto no daba señales de vida. Avancé un paso y vi que las pupilas, heridas por la luz, brillaban, mirándome. Comenzaba a dominarme el terror. ¿Sería un muerto? Me coloqué a la derecha, después a la izquierda, y aquellos ojos me miraban siempre impasibles, tristes, persistentes. Todo eso fué obra de pocos segundos. Antes de que un minuto transcurriese, adaptado ya a la luz de la estancia, pude percatarme de que aquel rostro tenía la rigidez de la muerte. El bromazo me lo habrían dado, pero no con un vivo. Aquel soldado, inmóvil y frío, que iba a ser conducido al «cuarto de las patatas», me daba espanto, más que si (por bromear, asustándome) se hubiera tendido en la camilla un compañero gracioso y guasón. Ya no busqué las gasas ni pensé en el motivo que me había llevado allí. Busqué la salida para huir de aquellos ojos abiertos que me perseguían; pero antes de salir, habiéndome parecido que algo se movía por la izquierda, recibí una impresión indefinible: balbuceando, gesticulando y emitiendo sonidos guturales, fuertes e intermitentes, el enfermo de la cama número cuatro arrojó las ropas y se levantó. Ante mí apareciósе la figura esquelética, alta, febril, y vacilante de un tifoideo que—completamente en cueros y poseído de delirio—venía hacia mí, diciendo:

—¡Yo lo he matado!... ¡Yo lo he matado!...

II

¡Qué recuerdos conservo de la sala de Tifus! Era el cuarto más abrigado del inmenso ex convento, y allí, al calor de la estufa, cerca de aquellas cinco camas de tifoideos e indiferentes a su delirio, he pasado ratos alegres, ratos tristes... Hemos celebrado acontecimientos notables, como un ascenso, la noticia de un licenciamiento... He pensado en mi futuro incierto y he devorado más de un desengaño y de una pena. Y una de las más grandes ha sido ver morir allí en el número uno, en aquella infame cama número uno, a mi buen amigo, a mi pobre amigo Enrique. ¿Cuál fué la causa de la recaída?

No lo sé ni él lo dijo nunca. Sin duda cometió algún exceso, comió algo prohibido... No sé. Ello es que una tarde, cuando ya llevaba cinco o seis días paseando por la sala, se sintió indispuesto y se acostó.

Tenía los ojos brillantes, los pómulos rojos y secos los labios. La piel quemaba. El termómetro marcó 39'8.

—¿Qué tienes? ¿Has comido algo? ¿Qué sientes?

—Nada... No sé, déjame—respondía.

Avisé al médico de guardia, le recetó un antitérmico y pasó la noche muy desasosegado. A la mañana siguiente el jefe de la clínica, alarmado, dijo:

—Este muchacho ha comido algo. ¿Has comido algo?

—No.

—Está bien. ¿A ver la receta de anoche? Perfectamente. Que tome esa fórmula hasta terminar. Dieta absoluta. Temperaturas—y luego, lejos ya de la cama, añadió—: No me gusta nada esta recaída: Mucho cuidado con él. Si le visita algún compañero o paisano, ¡mucha vigilancia! Son tan ignorantes, que piensan hacer un bien al enfermo trayéndole comida y lo que hacen es matarlo. Toda vigilancia es poca.

Al quinto día, como la fiebre no disminuyese y el estado del enfermo inspirase al doctor serios cuidados, dispuso el tratamiento de baños fríos, para lo cual pasó a ocupar la cama número uno de la sala de Tifus. Por el momento amodorrado por la fiebre y casi delirante, no se dió cuenta del traslado de sala; pero a la hora del baño, cuando le desnudábamos y sin-

tió el frío del agua, se irguió espantado.

—¡No, no! ¡Sacadme de aquí! ¡No quiero, no quiero!—y comenzó la lucha, que era preciso sostener siempre que teníamos que administrar este tratamiento.

¡Qué espectáculo más doloroso! Es necesario haberlo presenciado para darse perfecta cuenta de ello. Los enfermeros de la sala (empleados civiles) se acercan al enfermo a quien hay que bañar. El enfermo, con cuarenta grados de fiebre, la piel quemante y el pensamiento sumergido en el caos de su delirio, no se da cuenta de lo que le pasa. Ve que lo destapan, que lo sacan en brazos y él no protesta; pero en cuanto cae dentro del baño se arma la de San Quintín, una verdadera batalla. Los enfermeros lo sujetan y el sanitario de servicio hace uso de la esponja. El desdichado paciente grita, jura, maldice, suplica y—por último—rendido al fin, llora. Cuando le sacan del baño y vuelve a la cama, la temperatura ha descendido y la cabeza está más despejada. Es el momento en que el paciente se da cuenta de donde está.

Los enfermeros entonces vacían el depósito de cinc y se disponen a dar el segundo baño de la serie al desdichado a quien corresponda. Pero esto es tarea más difícil. Escarmentado éste con el espectáculo que acaba de presenciar cuando bañaban a su antecesor, vocifera, amenaza y escandaliza antes que se acerquen a él. Como el tiempo apremia, la orden es inflexible y hay que zambullir a aquel soldado, los enfermeros se apoderan de él a viva fuerza. Alguna vez sucede que el tifoideo es un gañán de armas tomar y reparte algún cachete, pero la orden se cumple y el baño se administra.

Seis días llevaba mi amigo en aquella sala, sometido al tratamiento hidroterápico y no se mejoraba. Al contrario, se había debilitado mucho, no dormía nada y en algunos momentos, presa del delirio, no me había reconocido. Comencé seriamente a temer por su vida, y pensé en avisar a su familia; pero como no sabía nombres ni señas, tuve que esperar a que en un momento despejado—las primeras horas de la mañana, generalmente—me lo dijera. Efectivamente, una mañana entré y me preguntó:

—¿Cómo se llama esta sala?

—Sala de baños—le contesté.

—¡No, no!—me replicó vivamente—. Esta es la sala de Tifus. Lo he oído decir a esos hombres que juegan. Yo creo que no salgo vivo de esta sala. ¿Por qué no vienes por las noches? ¡Oh! A la media noche es cuando te necesito.

Le expliqué la imposibilidad de salir de la compañía a la media noche.

—Dentro de unos días comenzaremos a prestar servicio en clínicas, y entonces estaré contigo casi todas las noches.

—Yo quiero que vengas—insistió—para que no me aten, para evitar que me aten.

—¿Como es eso? No comprendo el que te aten. Tú deliras.

—Sí, es que deliro y por eso creo que me aten, pero que me atan es cierto. Y no es a mí sólo. A aquel del rincón también lo atan, y a ése y a ese otro.

—No digas disparates—le repliqué—. Ahora hablemos de otra cosa. No es que estás grave ni mucho menos, pero comprendo que tu pobre madre, sin saber de ti tantos días como hace que no le escribes, estará alarmada y es necesario que le escriba yo. Dime cómo debo dirigir la correspondencia y le escribiré.

Pero mi amigo, con gran sorpresa mía, se negó en absoluto a que yo escribiera y me negó las señas. Y dándose perfecta cuenta de que el motivo de mi pretexto no era otro que el cuidado que su gravedad me inspiraba, exclamó:

—¡Pobre madre! Yo escribiría si pudiera decirle que estoy muy bien. Mejor es que no sepa nada, que no sepa nada hasta que no tenga remedio.

Por las noches, después del toque de silencio, estábamos todos los reclutas en la compañía y no salíamos de allí ya hasta el toque de diana. Yo, preocupado por la suerte de mi amigo,

dije a mi compañero de cama, un veterano:

—Tengo un amigo en Tifus que delira. Esta mañana me ha dicho que a la media noche lo atan a la cama.

—Pues chico—contestó el veterano—, si no delira más que eso dile que no delira, que lo amarran de verdad.

—¿Cómo es posible?—exclamé asombrado.

—Sencillamente, que el cubrecamas, hecho soguilla, se lo cruzan por encima de las mantas y el enfermo queda inmóvil dentro de la cama. Así, si le da el delirio por echarse en el suelo o por saltar por la ventana, no puede hacerlo. El enfermo se libra de la muerte y el pobre enfermero se libra de la terrible responsabilidad. Esto parecerá poco humano—añadió viendo mi asombro—, pero es de necesidad cuando hay algunos de esos que les da por levantarse desnudos y pasear el hospital por las noches. Como el enfermero que presta servicio ha de atender a varios, además tiene sueño y generalmente antes de entrar de guardia lleva unas copas en el cuerpo, tiene que ingeniárselas para pasar la noche un poco tranquilo. Y ese *Quimet* el enfermero civil de Tifus, ¡es más borrachín!... Nada de esto te asombre. Es práctica corriente y sabida entre veteranos. ¿Que hay un furioso de quien no es posible fiarse? Se le amarra bien con el cubrecamas y así puede uno descabezar el sueño. ¡Ah!, tú te extrañas de todo esto y te escandalizas, ¿no es cierto? Pues ya me lo dirás cuando seas veterano y hayas «pelado» guardias en Tifus, si tienes la desgracia de que te destinen definitivamente a esa sala.

Y me contó que una vez un enfermo delirante se levantó de la cama y se arrojó por el balcón al patio. Otro, abandonó la sala y se lo encontraron debajo de una cama, en Medicina. Otro, se arrojó por la ventana al corral y se mató. Pero de todos los relatos que hizo mi compañero de cama, el que más vivamente me impresionó fué el siguiente, que tuvo un final cómico. Es interesante:

Una noche el sanitario de guardia se quedó un momento vencido por el sueño. Un tifoideo delirante se levantó en cueros como estaba (los sometidos al tratamiento de baños están desnudos bajo las sábanas), salió andando por el pasillo, bajó la escalera y se metió, silenciosa y automáticamente, en la sala de Cirugía y venéreo.

Apoyándose en la cama, a tientas en la semioscuridad del salón, daba traspiés el infeliz tifoideo, desorientado en aquella enfermería desconocida para él. El sanitario de servicio en aquella sala, sentado a la mesa escribiendo, vió la silueta de un enfermo que se movía de acá para allá, y creyéndole perteneciente a su clínica le mandó desde allí que se acostara.

—¡A ver ése, qué hace! ¡A la cama!

El desdichado tifoideo, acostumbrado a obedecer y falto de fuerzas, se acostó en la primera cama vacía que encontró. Nadie en la clínica de Cirugía y venéreo se apercibió de la llegada del intruso. El sanitario de guardia continuó en su mesa despachando la documentación.

Media hora más tarde, el practicante de guardia en Tifus, despierta y nota la falta de un enfermo, y alarmado, como es natural, se lanza en su busca. Llama al vigilante nocturno del hospital y comienzan entre ambos las pesquisas, pero el enfermo no aparece. Lo reconocieron y miraron todo: pasillos, retretes, rincones, patio... Todo, pero inútilmente. ¿Qué hacer? ¿Dar cuenta al médico de guardia? Eso valía tanto como acusarse de descuido. El sanitario tembló al pensar en el castigo que le esperaba. Y entonces, en aquel minuto de irresolución y de angustia, concibió una idea diabólica y la puso en práctica. Fué como sigue: el vigilante y el sanitario, indecisos sobre qué partido tomar, se hallaban en un pasillo, junto a Tisis, deliberando. El vigilante, hombre cachazudo y glotón, que había cenado bien y era incapaz de discernir nada, miraba estúpidamente su farol. El sanitario aprovecha aquella distracción y se lanza en busca de un imaginario enfermo que pretendía haber visto cruzar a lo lejos, junto a Tifus. Y

para que le oyese el vigilante, gritaba:

—¿Dónde te has metido, bribón? Estamos ya locos, buscándote. ¡Valiente susto nos ha dado!—y otras frases por el estilo.

El vigilante, que oyó estas interjecciones y estos gritos, no quiso saber más.

—Ha aparecido. ¿eh?

—Sí—contestó el sanitario de guardia—. Estaba escondido detrás del depósito del agua.

El vigilante se marchó pensando en que había aparecido, pero el enfermo no había aparecido.

El plan del responsable sanitario era éste: considerando que el enfermo aquel se había arrojado por la ventana, y temiendo el consiguiente castigo, concibió el propósito de fingirse repentinamente indispuesto y darse de baja. Como era más de media noche y todos estaban adormilados, llamaría al cabo de sala y éste, desde la cama, nombraría a otro cualquiera, que seguramente desde la cama también contestaría, haciéndose cargo de la guardia y, de mal talante, entre una interjección y una blasfemia, daría vueltas en el lecho hasta matar el sueño y la pereza. Efectivamente, así sucedió. Llegó la mañana siguiente, tocaron a visita para Cirugía y venéreo, entró el jefe de la clínica, y pasando de uno en uno tocó el turno a nuestro héroe, el tifoideo fugitivo de la noche anterior.

El personal que estaba al servicio de la sala, como dormía algo más de la cuenta y se le echaba encima la visita sin haber preparado lo necesario para las curas, todo eran carreras, apuros y prisas, y en lo que menos habían reparado era en que tenían un huésped anónimo en la clínica. El tifoideo, como no tenía muy firme la cabeza y estaba de bastante gravedad, no solía contestar muy de acuerdo con las preguntas. Con la obsesión de los baños recibía con hostilidad a todo el que se le acercaba, creyendo ver en él al sanitario de la esponja fría, y en aproximándose la hora de dárselos se ponía furioso, gritando al primero que se echaba en cara:

—¡Fuera de aquí! ¡Tú me vas a matar! ¡Yo no quiero baños!... ¡Tómalos tú!..., etc., etc.

Por otra parte, también el doctor que hacía la visita era un hombre viejo, de agrio carácter, debido a un padecimiento crónico del estómago, y como estaba casi ciego tenía que auxiliarse del cabo de sala, que—dicho sea de paso—era también médico.

Aquella mañana debía tener mucha prisa el doctor, porque hacía las visitas volando.

—A ver qué tiene éste—dijo, señalando al tifoideo.

En cuanto el cabo vió aquel rostro desconocido, miró al sanitario de guardia con asombro, como preguntando, ¿quién es este prójimo? Pero se mantuvo en silencio, por evitar el escándalo. A su vez, el practicante de servicio dirigió al cabo la misma interrogante mirada; mas como no era cosa de entrar en explicaciones en aquel momento, salió del paso leyendo en alta voz—como siempre—la libreta de medicamentos y adjudicándole la medicación de otro paciente—cápsulas de copaiba..., inyecciones de permanganato.

—Está bien—dijo el doctor—, que siga con lo mismo.

El enfermo, que oyó hablar al médico y pensó, muy lógicamente, en la caricia del agua, manoteó sin respeto alguno a la galoneada bocamanga del doctor y articuló:

—¡Tómalos tú!

El jefe de la clínica, al oír la inesperada y audaz respuesta, ajustóse bien los lentes y le miró de hito en hito, preguntando:

—¿Qué ha dicho usted?

Mas el tifoideo, que seguía manoteando y gesticulando como si lo fueran a meter en el baño, continuaba su letanía:

—¡Tú me vas a matar! ¡Tómalos tú!...

—Pero ¿está loco este chico?—rugió el avinagrado doctor, montando en cólera—. ¡Dieta absoluta! ¡Silencio!

Y no obstante, el infeliz muchacho estaba tan lejos de la realidad, que continuó en su jerga las inoportunas

frases de «¡Tú me vas a matar! ¡Tómalos tú!» Entonces, el doctor reparó en que aquel enfermo no tenía papeleta de cabecera. Le preguntó su nombre y el de su regimiento; pero salió por los cerros de Ubeda, la escena comenzaba a ser cómica. Era imposible saber quién era aquel intruso. Pero el enigma se descifró en cuanto se supo que había desaparecido el número tres de la sala de Tifus.

—Ya ves tú—acabó diciendo el veterano—si es prudente amarrarlos algunas veces.

—¿Es posible? ¿Es posible?—repetía yo escandalizado.

Y mi vecino de cama, comprendiendo que deseaba bajar a la sala, me dijo:

—¿Tienes tabaco?

—Sí, toma.

—Ahora entrarías de buena gana en Tifus, ¿verdad?

—Sí.

—Pues yo te acompaño. El imaginaria es amigo. No dirá nada.

A los pocos minutos estábamos en la sala. Estaba casi a oscuras. La bombilla de luz eléctrica había sido cubierta con un trapo negro. Quitamos el trapo, y a nuestra vista se ofreció un cuadro originalísimo y tremendo. En la cama número cinco dormía vestido el enfermero de servicio. A la derecha, en la cama número uno, estaba mi amigo Enrique, despierto. Al verme me llamó, y a las primeras palabras comprendí que deliraba. No me había reconocido: me dijo que tenía una culebra rodeada a la cintura, que le esperaban en el café, que estaba preso injustamente; al mismo tiempo me llamaba el paciente de la cama número tres, y el otro, y el otro. De haber entrado solo, me habría sobrecogido el miedo.

Aquellos rostros febriles, a la media noche, se me presentaban completamente desconocidos. Todos querían saltar del lecho, todos querían huir como si los impulsara un presentimiento de la muerte. Y entonces mi compañero me dijo, haciendo referencia a mi amigo, el enfermo número uno:

—¿No sabes cuál es la culebra de que habla éste? Pues mírala. Es que lo han amarrado con el cubrecamas —añadió, desatándolo—. Si no lo sujetan es capaz de levantarse, soñando que va al café, y se hiela de frío en mitad de la escalera.

CAPITULO IV

LA CONFESION.—EL AGUA BENDITA.—¡YA ERES VETERANO!

I

Días antes de que mi amigo se agravara, y a raíz del incidente de *El Motín*, el capellán, meditando sobre la penitencia necesaria para lavar el pecado cometido por la lectura de la herética publicación, y no hallando suficiente el ordinario uso de los rezos, optó por someter al extraviado espíritu al tormento de una severa plática, encaminada a demostrarle el peligro de perdición eterna que corría de continuar por el camino emprendido. El buen padre hablaba inspirado en el santo deseo de iluminar las tinieblas de aquella alma con la luz de la fe. Pero mi amigo, más ligero de cascos que precavido y prudente, manteniendo en su conversación los respetos al jefe, no fué igualmente respetuoso con todo lo que él había dado en llamar «monsergas» y «mentiras». Cometió la herejía de dudar y someter a discusión ciertos puntos de fe, y don Antolín, el piadoso don Antolín, herido en lo profundo, lo despidió con ira, y acto seguido dijo al médico:

—Al enfermo número tantos debe usted aislarlo. Padece una enfermedad moral contagiosa. Es un grave peligro para la salud del alma de sus creyentes compañeros. ¡Es un ateo!

Mas el doctor era volteriano, y—por no desairar a don Antolín—le aseguró que tomaría en cuenta su prudente aviso; pero después lo olvidó.

Desde aquel momento, cuando don Antolín entraba, no quería ver a los «cuervos», y dormía.

Pero desde que había ingresado en

Tifus, y sobre todo la mañana que se cursó el parte oficial de gravedad, don Antolín, cumpliendo los deberes de su alto ministerio, se acercó cariñosamente al enfermo. Enrique, postrado y moribundo, había recobrado el dominio de su inteligencia. No deliraba ya. Parecía hallarse en aquel período de lucidez precursor de la muerte. Yo había comenzado a hacer guardias en la clínica, y aquel día estaba de servicio. Temiendo un próximo y fatal desenlace, le aconsejé discretamente que era necesario avisar a su madre, pero él, tenazmente, obstinadamente, se negó.

—No, no, no. No podrá venir, no tendrá tiempo de venir... Y si no puede venir, ¡qué desesperación la suya, pensando en que me muero!

Por la tarde, cuando don Antolín había hecho dos o tres visitas, me llamó Enrique.

—El «cuervo» quiere confesarme—me dijo—. No sé qué hacer para quitarme esa sombra de encima. Me da miedo verle. ¿Qué hago? Quiero que se vaya.

—Lo que debes hacer es confesarte. No estás para eso, pero ya sabes lo que son los curas. Él me ha rogado que te convenza. Déjate confesar... ¿A ti qué?

—Tienes razón—respondió—. Pasaré por esa pamplina. Necesito quitármelo de encima. Sin duda quiere justificar la nómina.

Y en seguida anuncié al don Antolín la buena disposición del moribundo, y le confesó.

II

El médico había prescrito unas inyecciones de cafeína, pero no fué necesario hacer uso de ellas. Pasó la tarde relativamente tranquilo, aunque dentro de la gravedad. Pensaba en la muerte, parecía tener conciencia de su estado, pero no perdía la esperanza de vivir. Discurría bien, hablaba de sus proyectos para el futuro y constantemente quería que le tomase la temperatura. Volví a insistir en mi deseo de avisar a su madre, y otra vez se negó.

—¡Está tan lejos! No podrá venir... Además, siento cierta tranquilidad y parece que la enfermedad ha hecho crisis. En este momento no me duele nada. Una gran debilidad y un ligero picor en la garganta, eso sí. Quisiera beber algo: sifón, leche...

Estábamos solos. Eran aquéllos unos días en que no ingresó en la clínica ningún tifoideo, y los compañeros de días pasados, ya mejorados, habían vuelto a la general de Medicina. La tristeza, más que tristeza terror de su soledad, la experimentaba más por las noches. Como yo, por atender a mis quehaceres, no podía acompañarle constantemente, sucedía que se pasaba solo muchas horas del día y de la noche. Aquella tarde, no sé si por presentimiento de la muerte o por miedo, me rogó que estuviese con él el mayor tiempo posible. Se lo prometí. Precisamente estaba yo de guardia aquel día y aquella noche.

En el momento en que pidió sifón o leche llegó un enfermero de Medicina y me avisó que tenía que dar entrada a un soldado enfermo que acababa de llegar. Estaba anocheciendo, iba a dar luz, pero en Medicina gritaba la imperiosa voz de un superior:

—¡Sanitario de guardia!, ¡sanitario de guardia!

Y salí a escape para Medicina.

La operación de dar cama al entrado, inscribirle en el registro correspondiente y demás menesteres del caso, me entretuvo unos quince o veinte minutos. En este intervalo cerró la noche, se encendieron las luces y, acordándome que mi amigo había quedado abandonado, escapé a Tifus. Entré y dije alegremente:

—¡Ya estoy aquí!

Y sin mirarle encendí la luz; pero al volver la cabeza quedé espantado: el pobre Enrique se estaba muriendo.

¿Qué había sucedido? Yo lo hallé destapado desde medio cuerpo, la cabeza hacia atrás, fuera de la almohada, apoyada en los hierros contra el occipucio. Abiertos los ojos, empapados en sudor el pelo y la camisa.

entreabierta la boca y manchadas por el vómito la barba y las sábanas. El caso me pareció gravísimo y mandé aviso al médico de guardia. ¿Qué había sucedido? Lo que el doctor había temido cuando advirtió por la mañana:

—Beba usted poco. No ingiera usted grandes cantidades de líquido. Ponedle hielo. Hay que evitar el vómito.

Y el pobre, rendido, sintióse morir, y dejándose limpiar y colocar cómodamente en la cama, murmuró con voz casi imperceptible:

—Ahora sí que me muero. Hasta ahora no lo he creído. Si me repite el vómito, no lo resisto. He bebido sifón y me ha matado.

Cuando el médico de guardia lo vió y dispuso la medicación necesaria, dió orden de que avisaran al capellán para administrarle los Santos Sacramentos, porque aquel muchacho no pasaba de la noche. Al poco rato se presentó don Antolín. Enrique me apretó la mano y me miró suplicante:

—¡Ese hombre, ese hombre otra vez! Todo es comedia y mentira. Quiero que me dejen morir en paz.

Pero no era ésta la opinión del buen sacerdote. Entraba y salía, musitando un rezo. Le daba piadosos consejos y lo trataba con muy dulce ternura. El enfermo se daba cuenta perfectamente de todo y renegaba con voz apenas perceptible:

—¡Hasta última hora! ¡Cuervo, cuervo, no me dejarás en paz!

Y llegó el momento solemne de dar al moribundo los auxilios espirituales.

No olvidaré nunca la interesante ceremonia. Todavía me parece estar oyendo los campanillazos anunciadores de que Nuestro Señor se acercaba. Fué un momento religioso. Todos los enfermos que podían y todo el personal franco de servicio seguía en procesión al sacerdote y al monaguillo de la campanilla. Enrique, oyéndola, sintió un sagrado terror, que se revelaba en aquel blanco rostro exangüe y en aquellos ojos hundidos, cuya mirada parecía salir de las profundidades de su alma. El sacerdote entró. Nos arrodillamos. Transcurrieron unos minutos tremendos y solemnes. Los faroles que sostenían unos soldados, nuestra contrita y respetuosa actitud, la voz dulce y profética de don Antolín y el olor del aceite de las luces, todo nos daba la sensación de que el salón aquel era ya una cámara mortuoria.

Enrique oía y miraba a don Antolín con atención profunda. Don Antolín cuando hubo terminado, viendo sobre la mesita de noche un vaso lleno de agua, lo bendijo. Después, dirigiéndose a mí, me ordenó:

—Si pide agua, désela de ésta.

Y salió, seguido de toda la comitiva. La Iglesia había cumplido su misión y el capellán su deber. Ahora podía morir tranquilo.

Pero al quedarnos solos, cuando dejaron de oírse los campanillazos que anunciaban el paso de Nuestro Señor, Enrique me hizo seña de que me acercara para pedirme algo que me produjo una tremenda impresión de asombro y pena. En el herético espíritu de aquel desdichado, la Divina Forma había operado el milagro de la redención.

—Dame el agua bendita—me dijo—. Y con fe, con vehementísimo deseo de vivir, con ansia, apuró hasta la última gota.

—Si esto no me salva—exclamó—me muero, ¡me muero!

¿Qué milagro produjo este fenómeno? El incrédulo, el ateo de cinco minutos antes, habíase tornado creyente. El que se había reído de la Fe pensando en la Ciencia, abandonado ahora por la Ciencia ponía su esperanza en la Fe. Y cuando yo temía, como era natural, un vómito, con asombro vi que el enfermo, sereno y convencido, sin sentir molestia alguna, me dijo:

—Me ha sentado muy bien el agua. Me parece que estoy mejor.

¿Puede explicarse esto por un fenómeno de sugestión? ¿Aquel ateo era ya en realidad un creyente? ¿Abjuraba de sus errores al borde de la tumba, como Voltaire y tantos otros? ¿No nos acercaríamos más a la verdad diciendo que era el ansia de vivir, el deseo de que algo sobrenatural le prestase

un socorro que no podía esperar ya de las fuerzas humanas? ¿No es esto muy humano también? Es imposible que nosotros, en estado de salud, podamos acertar con una explicación que a todos satisfaga. Yo mismo dudaba de la conversión que estaba viendo, y él, balbuceando una oración, me apretaba la mano pidiéndome que creyese en la otra vida como él creía, que rezara por él, que fuese a visitar a su madre cuando muriese, y que deseaba que en el cielo nos volviéramos a reunir otra vez y para siempre...

III

Enternecido por oírle, abandoné la sala. Entré en Medicina. Mis compañeros, viéndome preocupado, sonreían.

—¿Has preparado el aguardiente? Hay que beber, quinto, hay que beber. Cuando lleves algunos meses ya será otra cosa...

A las diez de la noche observé que me habían dejado solo.

Aquel enfermo se moriría a la madrugada. Lo había pronosticado el médico, y los veteranos ratificaron el pronóstico. Yo hacía aquella noche mi primera guardia de cuida; no llevaba un mes de servicio, desconocía mi obligación en caso de muerte; necesitaba ayuda y me habían dejado solo. ¿Por qué?

Todas las noches hacían tertulia en la mesa de Medicina o junto a la estufa de Tifus cuatro o cinco compañeros, y aquella noche, que me eran de necesidad, ni el enfermero de servicio aparecía por ninguna parte.

Al principio esperé. Estarían de tertulia en otra sala; pero las horas transcurrían, no se presentaba ningún compañero y probablemente iba a encontrarme solo a la media noche en aquel salón solitario con mi pobre amigo muerto. Sentí un escalofrío de terror y tuve miedo de entrar en Tifus. Arriba, en la compañía, oí murmullo de conversaciones, y subí a preguntar por uno de los compañeros antiguos que más confianza me había merecido. Fué inútil. El imaginaria, un muchachote soez, me dijo:

—¿Tienes *canguelo?* No te apures. Cuando acabe *su faena* lo amortajas, llamas después al vigilante y lo lleváis al cuarto que sabes. Si es la mar de sencillo—me dijo, soltando una risotada.

Indiferentes al tremendo drama de aquella noche, todos me abandonaban. ¡Oh, la simpatía humana de que habla Samuel Smiles! El hombre, cuando ha llegado a semejante estado de insensibilidad, tiene el alma comparable al fondo cenagoso de un charco de agua de lluvia: la superficie parece un espejo, pero al remover el fondo con la mano se convierte en balsa turbia y sucia. Sentí ira y desprecio. Aquellos hombres carecían de sentimientos humanos.

Armado de valor, venciendo continuamente una legión de fantasmas que mi terror creaba, me preparé a aceptar serenamente mi suerte. Entré en Tifus y cambié unas palabras con Enrique. Salí. Hice maquinalmente el recuento de mis enfermos. Volví a Tifus. Mi amigo quería hablarme, quería contarme lo que acababa de soñar.

—¿Pero has dormido?—pregunté.

—Sí, he dormido, y he visto a mi novia. Me escribía una carta diciendo: «Querido Enrique: Aunque ya no me escribes, me acuerdo mucho de ti. Estoy deseando que cumplas el servicio militar y acabes tu carrera para que nos casemos. Tu madre está mejor de sus achaques. No puede ir a verte, pero puede esperarte.»

El desdichado soñaba despierto. Al poco rato comenzó a respirar de un modo particular y fatigoso. Más tarde supe que aquello era el estertor de la agonía. Abrió mucho los ojos y me preguntó si estaba allí. Había perdido la vista. El estertor aumentaba y repercutía en el pequeño salón. Sacó los brazos fuera de las ropas y tentaba, buscándome. Me asusté. Un miedo invencible se apoderó de mí. Me pareció que en la pared de enfrente, detrás de una cama, la esquelética muerte, con su guadaña (tal como la han ideado nuestros dibujantes) esta-

ba allí, aguardando que yo saliera para apoderarse de su presa.

Fueron unos minutos horribles. Daba un reloj las tres de la madrugada, y un perro ladró en el corral vecino. La temperatura descendía, y yo sentí frío bajo mi guerrera de rayadillo.

El moribundo me había cogido la mano y no me la soltaba. Con aquellas manos con que él se agarraba desesperadamente a la vida estaba yo ligado con la muerte. ¿Qué hacer, Dios mío? ¿Qué hacer para ahorrarle el tremendo suplicio de morir? ¡Oh, la fe, la fe! ¡Si Dios lo salvara, si Dios le hiciera dulce esta agonía, al menos! ¡Qué duro es morir! La cara hipocrática, los ojos abiertos, la nariz que aletea y se afila, secos los labios y en todo el rostro una angustia, una angustia...

Y horrorizado, sin valor para esperar el último momento, escapé, llorando y asustado, como si a mí también me persiguiera la muerte.

IV

No sé cuántos minutos transcurrieron. Oculta la cara en las manos, me había dejado caer sobre una cama. ¡Qué horrible era enfermar allí y sucumbir solo! ¿Dónde estaba el cariño de los hombres, la simpatía, la amistad y el apoyo mutuo? ¡Qué gran lección acababa de darme la vida al ponerme en contacto con la muerte! Yo mismo, el amigo único, le había abandonado también en el supremo instante. El terror, el miedo insuperable, el salvaje egoísmo me habían apartado y me habían hecho derramar lágrimas, temiendo por mi propio destino...

Cuando volví a la sala había expirado ya. Dos enfermos de Medicina, amigos de curiosear, me acompañaron. Los ojos del muerto miraban en dirección a la puerta de entrada. ¿Me habría visto salir? En aquel tremendo minuto, el último, ¿había tenido conciencia de su soledad? Le cerré los ojos. Y al ladearle la cabeza vi unas cartas que asomaban bajo la almohada. Eran de su novia y de su madre. Dos de aquellas cartas contenían el misterio de sus negativas respecto al viaje de su madre. Una decía: «Desde tu ingreso en el hospital me escribes poco. Hace seis días que no recibo carta tuya. Me horroriza pensar que te hayas agravado. Mejor quisiera que fuese por olvido hacia tu pobre anciana, como hacías cuando estudiabas en Madrid. ¿Dices que son dos días de tren y que estoy achacosa y me expongo a morir con los fríos que hacen? Yo no quiero vivir si tú te mueres.» Y otra, de más atrasada fecha, rezaba: «Cuídate mucho, no caigas enfermo. Piensa que no te he criado yo para que te mueras en un hospital. Me acuerdo de cuando eras chiquitín y te dormías en mis brazos y me quitabas el sueño llorando. Entonces nadie me arrancaba a mi Enriquito para llevárselo tan lejos...»

En aquel momento entraron los compañeros veteranos de la clínica, comprendiendo que estaba ya bien dada la *novatada de la muerte*. Uno de ellos, viéndome en el ángulo de la sala disimulando el llanto, me dijo, dándome una cariñosa palmada en el hombro:

—Que no se diga que lloras. El muerto descansa para siempre, y tú tienes que acostarte y descansar para la faena de mañana. Toma, échate un trago de aguardiente.

Y como estaba desfallecido y temblaba de frío no rechacé la oferta.

—Ahora — añadió jovialmente — hazte cuenta que acabas de tomar la alternativa. ¡Eres ya un veterano!

TINIEBLAS

I

EL MAESTRO Y EL DISCIPULO

De aquella fiesta que se anunciaba con tanto ruido y trompetería chillona de carteles, hipérboles en los artículos de prensa, anuncios luminosos y conversaciones apasionadas, brotó la chispa que iluminó la mente en tinieblas. Federico Mejía quedaba encargado del establecimiento esta tarde, sin otra compañía que un dependiente joven, y un chico para los recados y para atender al teléfono. El encuentro de los equipos internacionales empujaba hacia el *stadium* a millares y millares de entusiastas aficionados. El cajero habíale dicho a primera hora: «Hoy no pierdo el partido. Mañana me dará usted la cuenta, Federico. Usted es un muchacho formal.» Federico respondió con una sonrisa que era una mueca grotesca. Agradecía a su jefe la confianza y el elogio, pero íntimamente se sintió muy cerca de un peligro que ni él mismo definía claramente, por ofrecerse la imagen entre una niebla de apetitos, dudas, rotundas negaciones, interrogantes enigmáticos, resplandores de suerte y de triunfo y toda esa gama de colores con que el diablo viste a la tentación para hacerla deseable. Federico era la honestidad, la seriedad, el cumplimiento matemático del deber en el cuidado y atención a la tarea diaria, en la subordinación sin bajeza. Gozaba justamente de la estimación del cajero y de los dueños del almacén. Era serio sin sequedad, amable sin adulación, sencillo sin *pose*, limpio, ordenado y de buen carácter, aunque un tanto reservado. Aquella tarde quedó muy poco personal en los almacenes Columbia y Compañía. Federico hizo un ligero arqueo y anotó en un papel unas cifras. Detrás de los esmerilados vidrios del escritorio descansaban el libro de caja, el mayor y unos catálogos con los últimos modelos de armarios. Desde la ventanilla miraba el salón, poblado de burós, de librerías y mesas de oficina. La casa habíase acreditado en poco más de dos años, y la contrata para unos ministerios nuevos, lograda por concurso, aseguraba para mucho tiempo el trabajo de sus talleres. La ciudad parecía haberse volcado sobre la elipse del *stadium* y sus alrededores. Un silencio impresionante cubría la próxima plaza, de ordinario tan bulliciosa. Y en la hora luminosa de la tarde estival esta quietud creaba una suerte de modorra muy dulce. Las tenaces moscas, diligentes despertadoras, movían con ira la mano nerviosa e irritada de Federico. Luego, como un espectro, aparecía una dama que iba examinando en silencio las sillerías, los muebles de estilo, preguntaba unos precios y salía despacio murmurando. El dependiente y el chico estaban en la puerta, callados, proyectada su alma hacia el circo de los atletas. Cerca de ellos, en la acera, pensativo y derecho como un centinela, había un guardia filósofo.

Federico siente de pronto toda la tristeza de su vida. Ha sido menester esta tarde, la quietud de esta tarde, para que él vea bien la realidad, sin ensueño ni niebla que la disfrace de mentira.

Tiene treinta años. Dentro de nada tendrá cuarenta, cincuenta, sesenta. Posiblemente habrá fallecido antes. ¿Qué es él? ¿Qué será de él? Se responde a sí mismo con la sonrisa que es una mueca triste. Parece como que hasta entonces no hubiera vivido con voluntad de vivir, despierto y atento a la vida, sino que se hubiesen deslizado traidora y calladamente esos

treinta años vacíos, esos seis lustros de rutina, sin perspectivas de grandeza. Porque Federico amaba la libertad, el honor, la gloria, y comprendía un poco tarde la poderosa responsabilidad del dinero, la estrecha alianza del oro a todas las formas del éxito; la victoria resuelta, triunfal y fácil del hombre cuya voz resuena acompañada a dúo perfecto con el dicho mágico sonido metálico.

Federico, en el recinto estrecho de su oficina, se siente como un encerrado en una cárcel. Tal vez no es viejo aún, pero camina hacia la vejez con prisa. La idea de *cárcel* vuelve a él como un moscardón de funestos presagios. No es libre, como no lo son la mayoría de esos entusiastas enronquecidos de gritar en el circo. Es el hambre, primer estímulo para el conocimiento, lo que le tiene sujeto al escritorio del almacén; es el frío de los días invernales; es la necesidad de un cobijo para sentir siquiera unas horas la alegría tónica de la soledad con los suyos y consigo mismo; es, en fin, el amor biológico, terrible y supremo estímulo.

Federico siente un ligero malestar, tuerce un poco la línea de su pensamiento y enfoca su lente hacia otros panoramas: la infancia, alejada ya y borrosa; la juventud, pelea furiosa de los sentidos, indecisión, desorientación, vacilación constante, como un ciego que apoya su cayada en suelo extraño. Recuerda un pueblecito agrícola, unas viñas, las huertas, el río y una montaña rocosa, primer escalón de una sierra. Hay en su memoria la visión de un viaje en diligencia, un viaje de catorce horas, en fecha de exámenes, cuando cursaba el bachillerato. El escolar, ambicioso de galardones, se desentiende del paisaje y toma los libros. Una lugareña dama viajera, admirada, exclama: «Es por demás lo que estudia este chico. Ni con ser obispo se conformará.»

Federico, al recordar ahora, dibuja otra vez la mueca grotesca. La frase de la dama de viaje se despoja de su sentido profético y se cubre de ironía. Porque hay distancia visible entre un obispo y el empleado de caja que esta tarde forma triángulo con el dependiente y el botones.

★

La ola de silencio impone su poderío en el vasto salón, donde los muebles de lujo se alinean en formación militar. Leves chasquidos vibran, resuenan y parecen prolongarse. Pesadamente, con pesadez casi física, el calor y el silencio parecen aplastar aquellos barnizados y tallados fantasmas de nogal, de cedro, de ébano. «¿Qué escenas no reflejará la luna de este armario de cinco mil pesetas?», pensaba Federico.

Este sacó de la carpeta unas cuartillas donde horas antes escribiera unos versos. Los leía complacido y recitábalos en voz baja.

ARCO IRIS

Cae la tarde. La lluvia ha cesado.
Sobre el cielo de azul desvaído
la oriflama de sol de poniente
arco iris esmalta, bellísimo.

A la izquierda se asoma la luna
con su cara risueña y muy blanca:
una rosa en sus dientes de nieve,
y en los ojos un guiño de maja.

Meteoro celeste luminico,
arco iris de siete colores.
Sobre el pálido raso del cielo
no adelanta su sombra la noche.

Las estrellas aun duermen.
Selene,
danzarina, jugando, retoza.
Coge el arco por ambos extremos
y se pone a saltar a la comba...

Tras un momento de indecisión, dudando si dar por terminado el poema o añadirle una estrofa, guardó en la carpeta las cuartillas. Ausente años ha del mundillo literario que iluminó de ambición su juventud, escribía ahora de tarde en tarde, y hacíalo en secreto, como el que cede a una tentación vergonzosa. Convencido de su incapacidad para soportar una vida de bohemia, se acogió a este empleo, que

permitíale sostener su casa. El hogar, con sus necesidades, sus pequeños goces, sus zozobras, su capacidad de refugio, su esperanza en los hijos; en fin, el poema de dolor y alegría que es el hogar de la clase media le absorbió, le gobernó las potencias, imponiéndole sobre la poesía del ensueño sin blanca, la prosa del comedor, rodeando la mesa los niños, mientras la esposa va sirviendo los platos; la prosa del comedor, cuando los niños duermen, y, bajo la lámpara, la señora zurce sus medias y el esposo lee los periódicos.

Unos pasos próximos quebraron la meditación de Federico. Era don Manuel, que recalaba en la tienda, de regreso de su tertulia del café. Don Manuel iba toda las tardes a La Estrella. Tenía allí su mesa y sus amigos. Eran jóvenes que le llamaban *maestro*, leían sus crónicas, sus novelas, y pedianle un consejo, una recomendación para *colocar* algún original y el inevitable prólogo del primer libro. En otro tiempo, Federico había acompañado también a don Manuel diariamente. Pero ahora se veían a menudo, porque la amistad de don Manuel con los dueños de los almacenes permitíale aquel descanso junto al escritorio, donde la superior autoridad del maestro ponía su comentario definitivo en la nota política del día, en el suceso ruidoso, en el libro de resonancia. Transcurrida así una hora, media hora, don Manuel se alzaba trabajosamente de la butaca, salía a la plaza y dirigíase a su domicilio, que estaba próximo.

—Aquí vivió don Manuel de Monturión — decía Federico, cuando al acompañarle algún domingo le suscitaba la idea de que éranle debidos por el olvidadizo Municipio el homenaje de honrar con su nombre una calle y poner junto a los balcones de su despacho una lápida con la correspondiente inscripción y retrato. Pero don Manuel sonreía suavemente, sin protestar con falsa modestia ni sentir amargura por la preterición.

—¿Te acuerdas de Psamético, de Ciro, de Temístocles?—decía don Manuel sonriendo y tuteándole con amable familiaridad desde la cumbre de su prestigio y de sus setenta años—. Aparte la inevitable cita—decía—por haber ingresado en el registro funeral de las antologías y de la Historia, ¿cuántos son los que leen frecuentemente a Virgilio, a Horacio, al Dante, a Milton, a nuestro propio Cervantes? Todo es nada, amigo mío, y a pesar de que he alabado siempre tus talentos para la poesía, comprendo todo el caudal de buen sentido que te va apartando de una carrera que exige don de sufrimiento para soportar la injusticia; don de olvido para las injurias de la envidia, y el don de heroísmo para proseguir sin esperanza.

A don Manuel veíasele envejecer, debilitarse, y sus amigos temían por su vida. Sus últimos originales acusaban asimismo este derrumbamiento. Se le estimaba por la media docena de libros y comedias que habían edificado su prestigio; pero los últimos originales, ¡qué pobreza, qué vejez no acusaban también! La juventud íbale perdiendo ahora el respeto, le lanzaba de vez en cuando un saetazo en los periódicos y atrevíase a preguntar si en la Dirección de Clases Pasivas de las Letras se firmaría pronto el expediente de jubilación de don Manuel. El parecía ignorar tales burlas, y trataba con bonachona cortesía a estos chicos, escuchándoles con gesto de gran señor que desciende y conversa familiarmente, da un consejo, hace una observación afortunada y augura un porvenir rebosante de triunfos y de gloria. Sin embargo, la juventud no agradecía esta deferencia, esta visible humildad y tolerancia de un hombre que por tantos motivos merecía respeto. Comenzados los ataques al viejo tronco poderoso, dábanle hachazos, renovábanse en la cruel tarea de abatirle, descortezando, desgajando furiosamente el ramaje, hiriendo hasta lo profundo del tronco con el puñal de la befa, de la negación, en un deseo nada oculto de verle morir.

Pero ¿y el drama íntimo, doméstico? Sólo Federico había logrado sorprender la terrible frialdad de aquel hogar,

donde no había madre, esposa, hijos ni sobrinos; la ausencia de unas manos que le sirvieran con bondad. Ama Casilda era el gesto de reserva gruñona, la recelosa mirada que espía; la suspicacia perpetuamente ofendida; la altivez antipática; el rezongo y mosconeo sordo, que se manifiesta en golpes de puertas, descuidos estudiados, la comida fría o retrasada, el «yo no puedo más», el «se me trata sin miramientos», «he perdido mi juventud al servicio del señor», «el señor se vuelve injusto con Casilda», «cuántos como el señor se considerarían dichosos con hallar para su casa una señora que sabe gobernarla, que es hija de familia venida a menos, pero que puede y sabe honrar y cuidar como es debido una casa como ésta, y aunque fuese la casa de un señor administrador de Rentas, como era mi tío...».

Don Manuel callaba. A veces se permitía responder dulcemente a ama Casilda. La gloriosa ruina que era don Manuel se esforzaba por desestimar aquellas cóleras de su criada, en considerar sin posibilidad de ofensa la constante mordacidad de su sirviente, su desamor e irrespetuosidad visibles, singularmente cuando había visitas.

—Disculpen ustedes el humor de Casilda—decía el anciano escritor a sus amigos—. La pobre tiene demasiada paciencia con este impertinente viejo. Lleva tantos años a mi servicio, que bien puede tratarme como quiera. La he suplicado que continúe, pero ella me quiere abandonar. No se lo perdonaré nunca si lo hace.

—Pero ¿es posible, don Manuel? Casilda no se irá—decían.

—Nadie sabe qué puede ocurrir—respondía tal vez la aludida si se percataba de que hablaban de ella—. Una no es de bronce para soportar ciertas cosas... Además, que cuando se ha servido tantos años a un señor soltero, una ha comprometido, sin darse cuenta, tantas colocaciones y *apaños*, porque una mujer como yo, *educada*—decía, subrayando esta palabra—, *educada*, que es hija de familia decente venida a menos, ha perdido, sin duda, oportunidades que luego nadie agradece...

Decía esto con voz cargada de despecho y de rencor, golpeando la puerta ruidosamente al salir... Los amigos de don Manuel, que tal oían y veían, mirábanse asombrados...

—Pero ¿cómo no despide usted a esta tarasca, maestro?

—¡Oh! —exclamaba él, levantando al techo los ojos, en un gesto de dolorida resignación que tenía cierta comicidad—. Es cosa dificilísima. La he despedido ya muchas veces, ofreciéndole la indemnización que quiera; pero, llegado el momento, me ha hecho una espantable escena de lágrimas y gritos, amenazando con arrojarse por el balcón, acusándome de ingratitudes, de inverosímiles ofensas, de ilusorios perjuicios... ¡Qué sé yo!... Y, por último, se ha negado a irse. Me pedía que llamase a una pareja de guardias para arrojarla fuera.

Los amigos comprendían bien el proceso íntimo de los arrebatos histéricos de ama Casilda. Habíase hecho a la idea de que este solitario hombre de letras la desposara en su vejez, como tantos otros solterones. Pero quizá aquellos que así se comportaban tuvieran motivos obligados que no existían en este caso.

Mas el drama íntimo y terrible que abatía a don Manuel no era precisamente doméstico. El anciano escritor entraba de día en día en una zona de indiferencia y de silencio que le cercaba en amenaza de asfixia. Todos los grandes honores y homenajes que habíanle aureolado de gloria y cascabeleo sonoro un día: la Academia, los banquetes de consagración, de celebración de momentos triunfales... Todo desvanecíase en una lejanía de olvido total. Ahora, recuerdos, simples recuerdos. Ibanle olvidando y abandonando casi todos los contemporáneos que en otro tiempo le acompañaran con su adulación o con su respeto. Sólo un grupito de muchachos le seguía, le rodeaba, más que por comprensión inteligente, por curiosidad, acaso por interés de recibir de él una

ayuda con lo que todavía restaba de autoridad a su nombre.

—Federico—decía el bondadoso señor—, no temas dejar en segundo término tu pasión por la poesía. Nada hay más ingrato y tal vez más vano que la ambición literaria. Tú no sospechas tu propia dicha, la felicidad de hallarse en esa zona de sombra donde la envidia no penetra. Permanecer. Permanecer, con el poeta, *ni envidiado ni envidioso*, es la única forma posible de felicidad en este mundo. Si yo volviese a empezar...

Federico no aceptaba la opinión del maestro. Considerábase fracasado para el arte, y esto le marcaba ya para siempre su huella de tristeza...

—Si yo volviese a empezar...—repetía don Manuel.

—Pero ¡usted dice eso! Usted, que lo ha logrado todo, lo ha gustado todo...

—¡No, no, no, amigo mío; no! ¡Qué sabe usted de mis privaciones, de mis dolores íntimos, de mis renunciamientos... Precisamente he compuesto un poemita...

—¡Léamelo!—dijo el contable.

—Sí—respondió—, porque hoy me siento tan triste... Todo es nada, querido y joven amigo, acaso el único amigo verdadero que tengo. Para alcanzar a ser quien soy, ¡qué de dolores íntimos! Es el poema de mi gran fracaso. Por esto te digo que vas muy bien por tu camino de sombra. No apetezcas nada, no sueñes con nada perturbador y deslumbrante. La sombra, la penumbra, el olvido del mundo. No ser envidiado, ¡no ser envidiado jamás! Este es el verdadero triunfo, el gran talento del hombre. Así como al aproximarse uno a la muerte conoce que el cuerpo no es nada, cuando se alcanza esta fría cumbre donde estoy, con su ventisca, su tempestad rugiente, conoce uno también que el triunfo tampoco es nada... ¡Dichoso el hombre sabio que se acoge a una retirada mediocridad, donde el ojo amarillo de la envidia no le baña con su dardo bilioso! Ahora, escucha. Es un poema para todos los viejos:

¿Y PARA QUÉ?

De tantas cosas te has privado...
La sed de tanto te ha encendido...
Los apetitos que has ahogado...
Y ¿para qué?
Para caer en el olvido
definitivo en que has caído.

Las frutas frescas que en tu mano
puso el azar y repudiaste
por un impulso puritano...
Y ¿para qué?

Si tanto, tanto deseaste
aquello mismo que negabas
con un desdén tan soberano...
Y tanto, tanto que anhelabas
lo que apartabas negligente
con vago gesto indiferente...
Y ¿para qué?

Nadie advirtió que tu pureza
era expresión de fortaleza,
una viril renunciación
y hasta una forma de riqueza,
de plenitud e inspiración.

El ansia ardiente por la fama
que te abrasó como una llama
toda la vida, ¿para qué?

¡Nadie te nombra ni te ama!
Si en ti hoy no es nada lo que fué,
¿por qué has vivido y para qué?

Don Manuel se levantó, después de un silencio lleno de recuerdos. Federico respetaba y comprendía a este grande hombre.

—Es admirable, don Manuel. Aunque usted se considere viejo, ese poema es una valentísima y hermosa prueba de lo contrario.

El anciano escritor se despedía de Federico y alejábase despacio, camino de su casa.

—Ahora me espera Casilda, amigo mío. Si siendo solamente mi criada me trata así, ¿cómo me trataría de ser mi esposa?

Don Manuel concluía este interrogante haciendo con la diestra en alto un gracioso gesto, como un garabato burlesco.

Federico, ahora solo, quedaba en la vastedad de aquel almacén caldeado por el sol, vibrando de mosconeo molesto el aire caliente, entre chasqui-

dos de madera reseca y olores de barniz y de pintura. Desde el escritorio, la plaza, bañada de sol, era como una estampa de una ciudad ecuatorial de un país imaginario, pero cargada de siglos y siglos. En la puerta, el *botones* y el dependiente permanecían quietos, tristes y mudos, entregados a quién sabe qué fantásticas quimeras.

Y el espíritu creador de los momentos dramáticos, invisible y amenazante, rodeaba la frente pálida de este joven, que habíase quedado quieto, la mirada en lo alto, el pensamiento en lejanía, el mentón sobre la palma de su diestra.

II

TENTACION

A la hora de cerrar el almacén, el cajero no había regresado, y Federico hízose cargo de la existencia en caja, del importe de unas facturas cobradas y de las ventas de la tarde. Total, catorce mil doscientas pesetas, que prefirió llevarse consigo, porque creía más seguro en su bolsillo el dinero. Ya en la calle, le asaltó una idea: detúvose un momento, y, resuelto ya a ejecutarla, entró en un escritorio público. Simplemente, era que había pensado cenar fuera de casa esta noche y le mandaba aviso a su mujer. Se veía con dinero, tuvo ese capricho, y se echó a reír como un muchacho que hace una diablura. Sin embargo, una vez en el comedor, tuvo el presentimiento de que iba a sucederle algo desagradable. Pensaba en Jiménez, un conocido de vida irregular que habíale llevado la semana última a casa de Remigio, donde se jugaba en secreto Federico había perdido cinco duros esa noche, y no se resignaba. Iba ahora por la calle, recordando esto, ajeno al popular tumulto. De las aceras, húmedas de riego, se elevaba un vaho caliente. Entró en un bar, donde estuvo un rato viendo desde una mesa el exterior movimiento de coches y tranvías. Tenía cierta desazón inexplicable. Tantas veces como de lejos había mirado los grandes comedores sin aproximarse, y ahora se decidía, cerrando los ojos, como el que cede a una tentación seductora. Se levantó, echándose a la calle, resuelto.

El salón-comedor, deslumbrante de espejos que recogían y enviaban en todas direcciones la cegadora luz de sus focos, tenía sus ventanales abiertos y rebosaba de damas y caballeros. Las damas, en mayoría muy notable. Los elegantes comensales parecían reunirse allí no precisamente para comer, sino para charlar y oír música, observación que hizo Federico viendo el desdén con que leían la lista, de cuyos platos luego apenas probaban. El comió con apetito, bebió un poco, siempre alerta sobre sí y consciente de su responsabilidad esta noche.

«Posiblemente—pensó—, ninguno de estos señores tiene en sus bolsillos tanto dinero como yo.»

Tomaba café, encendió un cigarro y pidió la cuenta. Y continuando su monólogo, dijo:

«¿Y si me acercase a casa de Remigio?... Aún me duelen aquellos cinco duros.

Quedóse callado unos minutos, y luego, a causa de los vinos probablemente, soltó una risotada. Se dió cuenta por la cara que puso el camarero y por cómo se volvían los de la mesa de la izquierda. Reaccionó, duplicando ahora su habitual seriedad, y pagó la nota. Quedóse un poco en la sala aún, pensativo, apoyado el mentón sobre el pulpejo. Diré mejor, en actitud pensativa, porque en realidad no pensaba en nada. Tan no pensaba, que sintió de repente una oleada de sueño. Fué un instante sólo. Se puso de pie, salió a la calle, vaciló un momento en la puerta y torció hacia la ruta de su domicilio. Se tocaba los bolsillos, tranquilizándose por la presión de los brazos. Se daba cuenta de su propia importancia esta noche, y, en una visión como de relámpago, se imaginó, aterrado, que podía ser víctima de un robo. Pero todo esto eran argucias y simulaciones de susto que hacíase a sí mismo para estorbar la visita a casa de Remigio. Mas cuando ya estuvo de-

cidido sacó su portamonedas y tomó dos duros de los que eran suyos, poniéndolos en un bolsillo del chaleco.

—Si rescato los otros cinco, bien. De lo contrario, me haré cuenta que son siete los que había perdido.

Seguía andando, andando, y repetía:

—Habré perdido siete.

Minutos después, cuando atravesaba un paseo con mucho arbolado, se sintió repentinamente acometido de congoja, y hubo de ocultarse en un paraje solitario para que no le viesen llorar. Era un desconsuelo infinito que no había sentido nunca, como si pesara sobre su cabeza la más horrible desgracia. Serenado luego, entró en un bar y tomó café puro. Es curioso que no se formulaba ahora interrogación alguna de extrañeza, como si aquel súbito llanto tuviese un motivo y del cual no dudase. En seguida olvidó sus lágrimas recientes, sonrió y se puso a silbar. Había llegado a casa de Remigio, y halló en la puerta a Jiménez, que disputaba con dos caballeros. La aparición súbita de Federico fué providencial para el otro, que se le acercó, contándole en secreto algo de mucha importancia. Federico le dió a su amigo aquellos dos duros que él pensaba arriesgar en alguno de los varios *recreos*. Y los dos caballeros, al parecer satisfechos ahora, saludaron atentamente al marchar.

★

Ni por un momento se piense que he querido presentar a Federico borracho. Nada de eso, aunque, sin duda, estaba un poco alegre. Hay, sin embargo, que suponer una causa, tal vez demasiado profunda e invisible hasta para este extraño amigo; pero una causa que explique ese llanto súbito y esa resolución de irse a jugar cuando precisamente su voluntad parecía actuar resueltamente contra este propósito.

Jiménez tomó afectuosamente el brazo de Federico, empujándolo hacia el ascensor; pero éste se separó, retrocediendo hasta la puerta. Jiménez le contaba el incidente con los caballeros, explicándolo como deuda de juego, y díjole después.

—Pero ¿no entras?

—No; esta noche, no.

Jiménez advirtió algo raro en aquel rostro, y hasta en el hecho de hallarle allí a esta hora, y quiso conocer el secreto de su amigo. Federico, un poco agitado, parecía luchar consigo mismo.

—Pero ¿tú no venías a casa de Remigio? Ya estás presentado, luego no comprendo tus escrúpulos.

—No—dijo Federico—, no venía precisamente aquí. Nos hemos visto por casualidad.

Jiménez puso rostro incrédulo y sonriente a esta explicación de su amigo. Sospechó, con lógica, que Federico arrepentíase de haber llegado hasta allí. Encontraba en el rostro de su amigo un gesto singular no advertido nunca, una vivacidad en la mirada, en extraña alianza con una idiota sonrisa que se disolvía en el aire en cuanto Federico cambiaba la expresión de la boca. Pensó que habría tenido un disgusto acaso con Dolores, a quien conocía Jiménez mucho por la amistad de ella y su esposa. Apartáronse a un lado para dejar paso a una señora acompañada de dos caballeros, todos con traje de etiqueta, como si regresaran de un baile.

—Es doña Julia—dijo Jiménez, viéndoles entrar en el ascensor—. ¿No la conoces?

Federico miraba perplejo al grupo, que en este momento se elevaba. La señora agitó su abanico de un modo displicente, distraído, pero que podía también interpretarse como un gesto, más bien una seña. Luego, abierto el abanico, lo colocó sobre su rostro, a manera de una máscara.

—¿Has visto?—dijo Federico.

—Es riquísima. La acompañan su esposo y su hermano. Luego te hablaré de ellos. Si subes a casa de Remigio, te los presento.

—Pero ¿ella...?

—¿Por qué no? Ella no juega, pero se distrae viendo a los demás. Su hermano hizo saltar la banca una noche, pero eso no volverá a suceder. Ahí se

juega por distracción, pero no para arruinar a nadie.

Ahora Federico tomó el brazo de Jiménez y le dijo:

—Me siento algo indispuesto.

—¿De veras? Lo que tú tienes es un miedo pueril... ¿Qué te pasa?

—Acompáñame al bar de la esquina. Tomaré un té.

Echaron a andar, y Federico reparó en la cojera de su acompañante, que tan bien conocía, pero haciéndolo como si lo advirtiese por primera vez. Jiménez se había destrozado el pulgar del pie derecho disparándose un tiro del modo más chocante. Cierto día, tendido en un sofá, se miraba la reluciente punta del zapato. Como paseara obstinadamente una mosca, sacó la pistola, apuntó a la mosca y se atravesó el pulgar. Pero Federico parecía haber olvidado esto, y aparentaba ignorar los otros defectos de Jiménez: que a los treinta y dos años había liquidado ya su propia fortuna y la de su mujer. En la actualidad vivía del crédito. Conservaba aún relaciones sociales de importancia, pero se le veía ya en la pendiente.

Llegaron al bar, y Federico, después del té, se sintió aliviado. Sacó para pagar un billete de diez duros al que iba pegado otro de quinientas pesetas. Esto que vió Jiménez, abrió los ojos con gesto de asombro. En seguida disimuló, como si no hubiese reparado...

Federico, al tomar la vuelta del billete, le dió a Jiménez veinticinco pesetas y le dijo:

—Hazte cuenta que juego yo esta noche. Toma, pero no me obligues a que vaya.

Por absurdo que parezca, su amigo no quiso tomar los cinco duros. Probablemente, se los hubiera pedido unos minutos después: pero en este momento se sentía como ofendido. Miraba a Federico, y pareciale que era otro del que creía conocer. Habían salido del bar y se encaminaban a casa de Remigio, aunque tal vez movidos sólo por una voluntad inconsciente. Estaba la noche en calma y soplaba un viento quemante. Tan abstraídos se hallaban uno y otro, que no oían los gritos de los vendedores de la Prensa, que publicaba el relato de los encuentros del *stadium* y varias fotos de la fiesta. Iban callados, como dos amigos que ya no tienen nada que decirse. Al llegar a la puerta, Federico hizo un movimiento de sorpresa y dijo:

—Te he dicho que no entro, y no entro.

Hablaba con voz cargada de cólera, pero no se despedía. Jiménez respondió:

—Pues por falta de dinero no es. Tú sabrás por qué.

—Sí, yo lo sé—respondió Federico, alarmado al creerse descubierto.

—Lo siento, porque hubieras conocido a doña Julia.

Pasó entonces por la calle un coche y bañó de luz a los hombres con sus faros potentes. Los interlocutores permanecían frente a frente, como contándose noticias de interés, pero en realidad empeñados en una muda pelea de pensamientos que no eran tan opuestos como ellos mismos imaginaran. Federico respondió:

—Otra noche me presentarás a esa señora. Hoy prefiero que me acompañes.

—¿Que te acompañe adónde? Me están esperando ahí.

Federico se sentía terriblemente desamparado y cobarde esta noche, y apretó el brazo de su compañero con un temblor inexplicable. Empujó a Jiménez contra la pared, y mirándolo con ojos de odio, resonó su voz velada y colérica:

—Lo que tú quieres es perderme, ¡canalla!

Reaccionó el otro entonces, asombradísimo, y apartándose:

—¿Me insultas, majadero? Voy a creer que estás borracho. ¿De dónde vienes y qué te sucede?

—Sí, sí, Jiménez; no niegues que lo que tú deseas...

Jiménez miró a su amigo con lástima y se apartó.

—Anda, toma un coche, y a casa. Mañana nos veremos.

Mandó parar un taxímetro, y lo empujaba hacia él; pero cuando Fede-

rico se agachaba ya para entrar retrocedió de un salto, como espantado. Había tenido de pronto la visión macabra de una sepultura. El recinto oscuro del carruaje le proyectó la imagen de una cripta, con sus escalones y sus nichos. Dió una voz y se agarró con sus brazos trémulos a Jiménez.

—¡No, no! Ese coche, no. Prefiero que subamos.

Jiménez dudó un instante; pero después, con un encogimiento de hombros y un gesto de desprecio, echó hacia el ascensor. Federico le seguía. Miraba de un modo vago y marchaba como un sonámbulo. No hablaban. Paró el ascensor y entraron en la casa. Había unas veinte personas distribuídas en dos mesas. No hicieron mucho caso de ellos, y como Jiménez creía borracho a su acompañante, pensó apartarse de él en seguida. Pero Federico le tomó del brazo y le decía con acento cordial:

—Perdona mis inconveniencias de antes. Te he ofendido a ti, que eres mi mejor amigo esta noche; pero te aseguro que no sé lo que me pasa.

—Distráete un poco, ya que has subido; pero te conviene irte pronto. Yo también me quiero marchar en seguida.

III

EL HOGAR

Cuando Dolores leyó el *continental* que le enviaba su esposo se quedó extrañadísima. En hombre como él, que no salía de noche, que no alteraba sus costumbres y cuya conducta era casi irreprochable, aquella idea de cenar fuera debía de tener causa, y una causa de extraordinario interés. Tan absurdo le parecía que hubiéranle invitado como que él invitara a nadie. Una ojeada al comedor definía de modo elocuente la situación económica de esta familia, compuesta de ocho personas. Los seis niños manifestaban también su profunda sorpresa por la ausencia de papá, y se sentaron a la mesa muy seriecitos. La cena de esta noche, si no precisamente triste, se colmaba de un silencio que parecía un presentimiento doloroso. En la pared derecha colgaba, mortalmente mudo, el reloj, que había sufrido un violento balonazo y esperaba ser llevado a la clínica de los relojes. La bombilla eléctrica, desnuda de lámpara ni aparato alguno de adorno, alumbraba todo lo miserablemente que podía. El aparador, sin cristales, descubría la reducida vajilla, con ejemplares mutilados. Cojeaban algunas sillas, renqueaba la mesa, y la raya vertical del espejo partía en dos el rostro que osaba enfrentársele. No había deudas por milagro. Pero milagro doble, porque tanto Dolores como Federico eran doctores en las ciencias económicas. Tenían, además, una virtud rara en estos tiempos de rebeldía: la conformidad. Conocieran o no a Marco Aurelio, eran sus discípulos. Y gracias a esta poderosa virtud marchaban por la cuesta, que no camino, de su vida sin abandonarse a la desesperación. Porque aunque Federico estaba colocado, y no muy mal, el número de hijos daba al traste con la singular ventaja de un empleo de ayudante de caja en los almacenes Columbia y Compañía.

Se acostaron los niños, y quedó sola Dolores en el comedor. Sobrada tarea la solicitaba remendando camisas. Hasta el cuarto subían los gritos y risas de la calle, y por los tabiques se filtraban los rumores de la vecindad: discusiones acaloradas comentando el partido del *stadium* y voces en el patio. Luego, cuando la noche avanzaba, despejábase de vecinos la calle, silenciábanse las viviendas y los porteros apagaban las luces de la escalera. Entonces comenzó de veras la inquietud de Dolores. ¿Qué motivo habría tenido su esposo para cenar fuera? Precisamente aquella mañana habían hecho cuentas ambos, armonizando lo que restaba del presupuesto del mes con las necesidades de mayor urgencia. Acaso habíale invitado el cajero, en celebración de algún acontecimiento. No podía ella pensar que Federico, por mero capricho, hubiera roto esta noche la armonía normal de sus buenas cos-

tumbres. Ciertamente que salía de tarde en tarde alguna vez, pero nunca faltaba a la comida, al acto de reunirse con todos a la mesa, conversando con ella y con los niños, momento de comunión y de callada alegría que en esta casa se observaba con la unción emocionada de un acto religioso. Dolores aceptaba con tranquila resignación su vida sin atractivo ni prosperidades a cambio de esta hora de paz en la mesa, de este sentir convertido en risas el amor de su vida. Era aquél un hogar en donde el tener, si no lo necesario, lo indispensable, bastaba para que la paz se señorease de la familia, y parecían haber recibido todos esa divina mirada de esperanza con que Dios saluda a sus criaturas predilectas. Dolores fingía no ver el puesto de inferioridad que su marido tenía en los almacenes Columbia, particularmente si recordaba su cargo de jefe en la Banca Veranda, cuya quiebra imprevista le obligara a aceptar el actual empleo. Federico había tenido también en otro tiempo ambiciones más altas y nobles, porque trabajó dos años en un periódico y hasta publicó algunos libros; pero como entre su ambición y la adusta y miserable realidad que él tocaba se abría un horrible abismo de sufrimientos, de injusticias a soportar, de envidias y otras bastardas pasiones, retiróse oportuna y silenciosamente, recogiéndose en su hogar. Puso entonces precio a sus conocimientos mercantiles, y se alistó en esa falange numerosa de contables, dependientes y demás variedades de la empleomanía que sirve a la industria, a la banca y al comercio. Sin embargo, en el secreto de sí mismo solía de vez en cuando ceder al deseo inspirado de su espíritu, y escribía unas cuartillas que luego guardaba con esa cómica timidez de muchacho que esconde el borrador de la primera carta a su novia.

A las doce dejó Dolores la costura y se asomó al balcón. Algunos vecinos esperaban el sueño conversando de una a otra ventana. La calle parecía también un tanto amodorrada y quieta bajo la luz de las estrellas. Mil preguntas sin respuestas se formulaba la esposa, y parecía dispuesta a no dormirse hasta el retorno del ausente. Entró en la alcoba de los chicos y los miró un rato dormir con aquella dulzura, inocencia y seguridad en su sueño, y mirándolos bendecía a Dios y le pedía que no los desamparase. Puso un poco orden en el comedor y después pasó al despacho en busca de un libro. Había en esta pieza un estantito atestado de volúmenes y una mesa cargada de papeles. Curioseaba Dolores por ella, y al abrir la carpeta halló unas cuartillas, tal vez escritas la noche anterior, que decían:

«Van pasando los años y se alejan los lau-
[ros.
De desesperanzados, se van quedando ex-
[haustos
todos los sueños y todos los entusiasmos.

La juventud se aleja. La madurez avanza
Los voceros del éxito, irónicos, se callan.
Las esperanzas: ¡novia que quedó aban-
[donada!

Entre tanto, nosotros, tímidos, sonreímos...
Es la sonrisa triste que sabe el sacrificio
y que de la injusticia ha probado el suplicio.

No bastan el talento, la fe, la honestidad,
un deseo de Arte, de pureza y verdad,
un ansia de supervivencia y posterioridad.

Hay que tener el otro talento: el de lanzar
la obra, darle crédito y saberla elevar
y popularizarla: talento singular.

Como Vercingetórix, el valeroso galo,
he rendido mis armas y he aceptado el fra-
[caso,
a pesar que del triunfo me iluminó el re-
[lámpago

un propicio momento, un día ya distante,
cuando la ilusión era todavía mi amante
y era mi primavera confiada y fragante.

Hoy el saber perder es mi sola sapiencia.
Tengo de quien tomar ejemplo y experiencia:
¡De España, la perdidosa por excelencia!

España, que es mi cuna y mi esencia y mi
[savia.
España, cuya grandeza de ayer verán ma-
[ñana
las generaciones por venir. ¡España, España!

¡Saber perder! Hermoso y doloroso premio. Si para la injusticia tengo el desdén supremo, no olvido, no, la hermosa frase de Galileo: «Y sin embargo»...

Y sin embargo, yo, que bien sé lo que llevo conmigo, mi tesoro en secreto contemplo y, en extraño espejismo, a veces veo o sueño que el hermoso navío, con sus velas al viento, viene veloz y alegre hacia mi propio puerto.»

IV

TRIUNFO Y AVENTURA

A la una de la madrugada, Federico había envejecido diez años. Todos los jugadores rodeaban a este hombre pálido e inspirado que parecía un sonámbulo. En el salón de Remigio no interesaba en este momento doña Julia, a pesar del prestigio de su belleza y de sus jugadas caprichosas, y los *puntos* calculadores y fríos que solían ser el eje de la atención quedaban oscurecidos ante este personaje casi ignorado, gran creador de situaciones dramáticas y de momentos de apasionado interés.

Había empezado de un modo ya indolente, ya receloso, con posturas de cinco duros, para alcanzar el rango de gran jugador dos horas después, sugestionando a todos cuando arriesgaba a una carta sus enormes ganancias. El primer *golpe* serio lo dió decidiéndose a la postura sensacional de mil pesetas, sensacional en este desconocido sujeto, a quien nadie creía poseedor de esa suma. Apuntó a la sota, y ganó. Con una asombrosa naturalidad dobló la cifra en la siguiente jugada, y así, en una arriesgada serie de dobles posturas se halló con cuarenta mil pesetas. ¡Ocho mil duros en media hora! Federico parecía despertar de una pesadilla, y apartóse un poco de la mesa, pasando a una salita contigua, donde le sirvieron un refresco. Jiménez le seguía como su sombra, pero Federico le respondió ásperamente, diciendo que necesitaba estar solo un rato. Jiménez se retiraba, respetuoso, con los cuatro o cinco jugadores que habían querido acompañarle y preguntar qué procedimiento era el suyo.

El ayudante de caja de los almacenes Columbia creyó ver de pronto en un maravilloso espejo la ruta triunfal de su destino. Hizo un cálculo fácil, y consideró cuántos golpes serían precisos para detenerse en este ciego combate con el azar. Al salón de Remigio habían llegado nuevos *puntos*, y el juego lograba ese estado de emoción que le prestan las jugadas cuantiosas, las que deciden en segundos el destino funesto o triunfal de los jugadores. Federico acercóse de nuevo a la mesa, todavía indeciso. Consideraba cuánto debía a la suerte, y se hizo el propósito de retirarse con sus ganancias. Pero le contuvo una operación mental que hizo y le fué favorable. Sentíase, además, molesto por la indiferencia de aquellos que momentos antes parecían mirarle con respetuoso asombro. Acercósele la señorita Julia, sonriéndole y deseosa de entablar amistad. El salón tenía un murmullo vital, sordo e intenso. Pasaban los camareros con bandejas cargadas de refrescos. Sonaban los timbres, discutíase la licitud de una postura, y los gananciosos daban fuertes propinas. El *croupier*, indiferente, extendía las cartas, abonaba o cobraba, y pedía barajas nuevas. Los señores recién llegados abrieron juego con trescientas mil pesetas de banca. Se discutió respecto a la cifra máxima en postura, pero hubo desacuerdo. La discusión se cortó ante la voz de Federico, que extendía la mano para poner diez mil pesetas a una carta. Se sintió mirado por todos, y el silencio subsiguiente le halagaba como un aplauso. El novel jugador estaba sereno y como ajeno al espectáculo. Caía de nuevo en ese sonambúlico estado anterior, y permanecía mudo, impasible, sin responder a las observaciones y sin querer sentarse. La suerte le fué adversa, y dobló la cifra. Jiménez quiso darle un consejo, pero la mirada de Federico era como un disparo de puñales. Hízose juego, ganó, repitió la postura con el total de ocho mil duros que tenía sobre la mesa, volvió a ganar, dobló una vez

más, y tuvo en su poder ciento sesenta mil pesetas en pocos minutos. Federico, en su palidez cadavérica, estaba admirable de impasibilidad. Un soplo inspirado resplandecía en sus ojos y en todo su perfil marmóreo. Cobró sus ganancias y separóse un poco de la mesa. De repente resolvió huir, como si viera sobre él un grave peligro, y se marchó a la calle. Tan de prisa lo hizo, que nadie lo advirtió.

★

Estaba en un reservado de un restaurante de lujo. Ante sus ojos tenía 172.200 pesetas. Restando las 14.200 de la caja, le quedaba un total de 158.000. Separó la cifra anterior, que consideraba sagrada, y puso en otro bolsillo sus ganancias. Estaba abstraído, bebiendo a sorbos una limonada, sin pensar detenidamente en su cambio de fortuna. Extrañábase él mismo de no sentirse contento. Miró la esfera del reloj frontero, y señalaba la una y cuarto. En el restaurante había un silencio extraño, quebrado a veces por unas palmadas potentes, un grito de mujer o el estrépito de vajilla arrojada al suelo por un grupo de señoritos borrachos. Federico recordó entonces cierta escena de una romántica novela donde un jugador ganancioso conoce en un salón alegre a una inocente muchacha llevada allí con engaños, la acoge, la protege, se casa con ella y hace en sus bodas un maravilloso viaje a la India milenaria.

De este ensueño de folletín le arrancó un femenino grito y unas voces rudas de hombre ebrio. El delgado tabique filtraba una desagradable escena de injurias, voces hirientes, ásperas, brutales. De pronto se oyó estrépito como de sillas golpeadas sobre la mesa, interjecciones de braveza tabernaria y el acento de desafío de dos hombres que salen y se les oye alejarse veloces por el pasillo, y luego, en el silencio, el doloroso y blandísimo gemido de una muchacha, lamento ahilado, fino, con vibración de susto, con trémolo de canturia doliente, de terror, de desamparo. ¿Quién sería aquella muchacha cuyo llanto dulce y delgado se diluía en el silencio e inspiraba una lástima viva, una ternura, una paternal y amorosa simpatía al afortunado jugador? Federico tuvo un impulso de pasar a la estancia contigua; se levantó, asomóse al pasillo, en penumbra; pero dudaba. A lo lejos cruzaba un camarero en lentos pasos indolentes, sin la menor preocupación por la escena mentada. Era como si la ignorase, o tal vez que su repetición todos los días, todas las noches, le privase del interés dramático que suscitara en el ánimo de Federico. Este, tras breve indecisión, se volvió a su cuarto, cuando la puertecita inmediata movió sus puertas batientes y ligeras como dos alas, asomando entre ellas una rosada carita de ojos lacrimosos y luego se dibujó la elegante silueta de la niña gimiente, que posaba sobre Federico el asombro lumínico de sus ojos bañados en transparentes lágrimas.

—Caballero—dijo con gesto implorante—, ¿salieron por ahí, no es cierto?

Federico, fascinado, miraba a la dulcísima aparición, sin responder.

—Caballero—repetía el hada de la noche—, permítame usted que le cuente lo que sucede. Concédame por unos minutos su protección, antes de que la Policía pueda venir. ¡No me deje sola, caballero! Autoríceme para pasar a su cuarto y me serene un poco. En seguida me marcharé, para no comprometerle; pero estoy ahora tan nerviosa, que no podría andar.

—Señorita — exclamó Federico con voz ahogada y conmovida, doblándose en gesto de respetuoso homenaje, y se apartaba para dejar pasar a la desconocida. Iba a llamar al camarero, pidiéndole una bebida para su visitante, pero ella detuvo el ademán, tomándole suavemente el brazo:

—¡No, no! No llame usted. Me bastará un sorbo de agua. Estoy tan cansada...

—Siéntese y no tema—dijo él—. ¿Dijo usted que vendrá la Policía? ¿Son amigos de usted esos hombres que han salido?

—Sí, señor.

—¿Sus amigos..., sólo amigos?...—se atrevió a musitar Federico.

Ella no contestaba. Habíala tomado una congoja que la estremecía, la agitaba en suspiros, vibrando sobre la silla el doblado cuerpo sufriente. Federico sentía despertársele una vivísima compasión.

—No me responda, señorita, a las impertinentes preguntas que he formulado sin derecho ninguno—decía—. Cálmese, que nadie la ofenderá en mi presencia. Dígame lo que desea, qué puedo hacer en su obsequio, en qué puedo servir a usted. Tengo abajo el coche, y la acompañaré adonde usted quiera. Llevo algún dinero conmigo, y, si puedo, sin lastimar su delicadeza, ofrecer a usted dinero..., desinteresadamente, claro está...

La señorita alzaba los ojos para agradecer con una sonrisa entre lágrimas la generosidad del desconocido.

—Muchas gracias. Ni sé lo que me sucede ni lo que debo hacer, ni siquiera lo que deseo. ¡Ha sido tan extraño todo esto! Sólo desearía de usted, si ello no le ofende..., que, de venir la Policía, tuviese usted la generosidad de decir...—y se quedó cortada, sin acabar su pensamiento.

—¿Decir qué?...—musitó—. Hable.

—No tengo derecho, bien lo conozco. Usted es un caballero honesto, que está aquí esta noche por excepción, sin duda, y se alarmará si le digo...

—No se detenga, señorita—decía Federico, inclinado hacia la llorosa desconocida.

—Decir... que me conoce, que somos amigos, que he venido en su compañía, que somos novios, si no le molesta... Será una mentirilla inocente, que durará hasta que la Policía se aleje..., y luego me separaré de usted, me iré sola.

—Haré como desea y con mucho gusto de serle útil, señorita. Pero, cuénteme..., o, mejor, no me cuente nada de lo acaecido. Vea si, además de esa inocente mentira que me pide, puedo servirla mejor... Es cierto que estoy aquí por primera vez. Hay demasiadas sorpresas para mí esta noche. Vea usted el dinero que llevo. Es mío, absolutamente mío. Hace dos horas no más yo era un desdichado a quien abrumaban cuidados domésticos, inquietudes económicas, deseos imposibles, necesidades insatisfechas... Pero esta noche el hada fortuna ha tocado mi diestra y me ha hecho rico. No le ofrezco todo, pero remediaré con desinteresada esplendidez su necesidad o su capricho. Usted nada me deberá, no me volverá a ver, y seré como uno de esos encantadores de los sueños infantiles... Entre el tropel de rufianes que acaso la rodean y la ofenden, yo habré pasado ante usted como un verdadero caballero de otros tiempos. ¿Quiere usted mil pesetas, dos mil, tres mil? ¿Necesita usted más todavía? Quisiera arrancarle de la dominación que adivino de esos hombres. ¿Puedo hacerlo? ¿Acepta usted mi oferta? No siempre a un caballero se le ofrece lugar y ocasión de serlo plenamente, con desinteresada y gentil generosidad. Esta noche soy por unos minutos su amigo, su protector noble y limpio.

Con gracioso y elegante gesto, Federico extendía ante ella unos billetes de mil pesetas. La desconocida se había quedado seria, muy seria, como abrumada por la sorpresa, por la profunda extrañeza, por el hechizo irresistible de un rasgo que nunca sospechara, y cuya grandeza ofreciasele en la magnitud de su espléndida realidad. Alzóse resuelta y puso sobre los hombros de Federico sus dos blancas manos de enjoyados dedos, mirándole con amorosa gratitud. Federico se hallaba como sumergido en la onda luminosa y encantada de un maravilloso ensueño. Las pequeñas manos que se apoyaban en él le parecían como dos lirios. El hombre, suavemente embriagado de dicha, sólo veía perfecciones en la bellísima muchacha que parecía rendírsele. Consideraba que ella era como la más dulce música, la poesía misma, el amor y la gracia. Había olvidado el incidente que le sobresaltara minutos antes, y pareciale que ambos hallábanse muy lejos de la ciudad, en otro mundo lejanísimo, donde la belleza de flor, la inocencia, la dul-

zura inocente de una muchacha no se hallasen a merced de la atrevida garra de un rufián. «He aquí la felicidad—pensaba—. Por esto se desea el triunfo, se lucha, se conciben los grandes sueños, se realizan los hechos audaces... Es el premio, el maravilloso premio del hombre.»

—Gracias, gracias—le repetía la señorita, mirándole con amorosa atención—. En verdad que hay malvados, pero en verdad que hay también caballeros. Todo sucede como en el «cine», como en el teatro, como en las novelas. Me voy a separar de usted, porque podría serle funesta mi compañía, y quiero que conserve de mí un recuerdo casi tan dulce y puro como el que yo desde este momento guardaré de usted. Para que vea que le quiero quedar deudora, deme usted diez duros nada más, ya que tanto dinero tiene. Sólo este billete, y me voy.

—Pero ¿se va usted, a pesar de que teme que la Policía...?

—Es mi sola manera de corresponderle, de cambiar gesto por gesto, nobleza por nobleza. Mi contacto podría serle a usted funesto, mi breve compañía acaso le comprometiera. Me voy, y no me siga.

—Pero esos hombres de antes. Esos que se desafiaron...

—No me encontrarán... O tal vez sí. Mi vida está, a pesar de todo, harto ligada a ellos o a otros. Pero usted es hombre de otro espíritu, de otro mundo distinto. ¡Adiós, adiós! Sea feliz. Le pago con este beso—y le apretó suavemente la cabeza a Federico, besándole con fuerza, con dulcísimo suspiro de amor, la serena y blanca frente, cargada de resplandores.

Federico, aturdido por el estupor, no impidió que la desconocida escapara pasillo adelante, y oía a lo lejos el taconeo rítmico de sus pisadas, que se iban diluyendo en la distancia callada de aquel entresuelo del restaurante, envuelto en las sombras y en el silencio somnoliento y cobarde de la media noche.

V

EL REVERSO DEL GRANDE HOMBRE

Al pasar frente a la casa de don Manuel, Federico se sorprendió ante los iluminados balcones y la presencia de un hombre que apoyaba sobre la balaustrada sus antebrazos, doblado el busto en actitud pasiva, como si dormitara. Nuestro joven, que reconoció en seguida al maestro, mandó parar y apeóse, en un deseo de comunicar a su venerable amigo la extraordinaria novedad que le embriagaba.

Miró a lo alto, alzó el brazo y saludó con alegre gesto:

—¡Don Manuel, don Manuel!

Este, como regresando de países de ensueño, se removió un poco, y miraba a Federico, dudando de conocerle. Era tan sorprendente que nuestro contable se apeara de un coche ante su vivienda... Don Manuel, a quien aquejaban sufrimientos e inquietudes graves, tardó un poco en recobrarse y proyectar su atención hacia el joven que desde la calle hacíale un respetuoso y ágil saludo, como un deseo de hablarle.

—¡Don Manuel, don Manuel! ¿No me conoce?

—Pero ¿eres tú, Federico? Verdaderamente, había dudado... Sí, había dudado... ¿Cómo es posible que tú, a estas horas...? Pero algo te sucede, sin duda, cuando...

—Sí, señor: sí, don Manuel. Y si no fuese por la hora que es y por no molestarle, le contaría a usted maravillas.

—Por la hora no lo dejes—respondió el maestro, un tanto intrigado—. No puedo dormir. Peor aún: no puedo acostarme. Pero si en verdad deseas hablarme y quieres subir, con mucho gusto.

—¿No le molestaré, don Manuel?

—Nada de eso, amigo mío. Lo que no sé es dónde Casilda habrá puesto la llave de la puerta, si es que no...

Pero ya acercábase despaciosamente el sereno, con el tintineo de su grueso manojo de llaves. Todo lo observaba

el maestro desde sus balcones, y extrañó doblemente el ver que Federico no despedía al coche, sino que dábale órdenes de aguardarle. Más para extrañar que el desvelo de don Manuel era la rareza de aquella visita a horas tan desacostumbradas. El calor poblaba las aceras de sillas y de vecinos desvelados que combatían con limonada fresca o con el agua de los botijos rezumantes la temperatura de horno de la calle. Por un momento, ante el brevísimo diálogo anotado, las curiosas lenguas de las comadres callaron. Eran ahora bisbiseos, réplicas de unas a otras.

—E! buen señor aguanta demasiado.

—La tal Casilda es una antipática insufrible.

—Dicen que le han oído chillarle de un modo... Sus motivos tendrá.

—¡Qué va a tener, Jacinta, qué va a tener!... También tú eres de tu pueblo.

—Se han dado casos, Cayetana, se han dado casos...

—Sí, pero son otros casos... Otros señores y otras Casildas, que no ésa...

Don Manuel olvidaba por un momento su disgusto ante esta novedad de presentarse Federico a media noche. Toda su cólera ante la insolencia y resolución de su sirviente habíase ido disipando, y se diluía en excusas dictadas por el propio egoísmo y comodidad, por el deseo de orillar aquel conflicto creado por la vanidad ignorante de una mujer que se creía indispensable y castigaba a su modo la indiferencia honesta y el honesto y culpable respeto de su señor. Por días se acrecía el humor agresivo de Casilda este verano. Complacíase en molestarle, en desobedecerle, contrariando resueltamente los deseos de don Manuel, siempre en actitud ofendida, siempre el áspero ceño, la impertinencia replicona, la reticencia sarcástica, el mosconeo gruñón, la irritada palabra... Aquella noche, ama Casilda parecía enloquecida. A la paciente resignación del anciano acumulaba ella toda su artillería ofensiva: sus audacias burlonas, sus ofensas burdas y resueltas, sus «cómalo así el señor, si quiere, o si no, no lo coma»; «pensará el señor que Casilda es una criada como cualquier otra»; «cuando yo me vaya, que va a ser muy pronto, va a saber el señor lo que pierde»; «las proporciones que se han ido como de las manos por pasar tantos años junto al señor, que quién sabe lo que habrán pensado las gentes... Pero ya me voy hartando, y haré mi real gana. Esta noche no tengo tiempo para entretenerme en quitar la mesa. Con permiso o sin permiso del señor, Casilda toma la puerta y se va al teatro con Eduvigis, mi sobrina, que me espera. Yo volveré a la hora que se me antoje, y en paz. Me da la real gana, y nadie tiene sobre mí derecho ninguno...»

Don Manuel, de no sentirse ya tan abatido, tan para poco, tan irremediablemente viejo, ahogara en sus brazos coléricos a la insufrible mujer; pero bien la sirviente conocía la flaqueza de su señor, y también cuán necesaria érale en la casa; necesaria, se entiende, al considerar la irresolución del anciano, su terror a verse de pronto abandonado y puesto en trance de buscar quien reemplazase a la arpía colérica. Había quién sabe qué costumbre imperiosa y poderosa que obligaba a don Manuel a soportar los gritos y reniegos de Casilda. Acaso una nueva sirviente dócil y educada no colmase la necesidad de este hombre obediente al terrible poder de la costumbre. Tan fácil como parecía arrojarla de su casa, imponer su autoridad de señor, erguirse ante la furia insoportable, y a su pesar, la toleraba, la perdonaba, la temía, prefiriendo el tono dramático que vibraba en el ambiente de aquella casa al silencio que podía sucederle, al respeto y quietud que, sin duda, traería la presencia de otra mujer.

—Don Manuel, usted dirá que no son horas... Hace cinco minutos no sospechaba que podría verle esta noche. Es una felicidad para mí; pero, verdaderamente, si no acierta a tomar el coche esta ruta...

—Nada de explicaciones, hijo. Estás en tu casa, y hasta me haces mucho bien con tu visita. Salvo que con-

sidero... Si no es que te ocurre desgracia, que Dios no lo quiera...

—No, no, don Manuel. Todo lo contrario, ¡todo lo contrario, maestro! ¡Una suerte enorme, enorme!

Y miraba en derredor, como si temiera testigos indiscretos. Interpretando don Manuel el gesto, dijo:

—Estoy solo, Federico, ¡solo! Casilda estará para llegar. La pobre sufre mucho con mis impertinencias y molestias. Para que se distraiga un poco, la he obligado a que salga y vaya al teatro con su sobrina Eduvigis. Puedes hablar con libertad.

Federico consideraba aquella humana ruina, tan muy otro que el don Manuel de las tardes, a la hora de su tertulia, recién afeitado, limpio, sentencioso y ocurrente. Ahora, en traje de casa, con aquel aire de agotamiento, la palidez terrible del rostro, los hundidos ojos tristísimos... Alguna vez había pensado Federico en esto que ahora se le representaba con tan abrumadora fuerza: la soledad de aquel hombre... El maestro podía morir cualquier noche, y se vería solo, terriblemente solo, a merced de la cólera vengativa e insensata de la ignorante Casilda.

—Pero siéntate, Federico. Veo que te aguarda el coche. Cuéntame qué cosa sea esa gran suerte. Si no te engañas, me alegraré muchísimo.

El contable, antes de considerar y desarrollar en minucioso y despacioso relato lo acaecido desde su encuentro con Jiménez, sacaba billetes y billetes, vaciando el bolsillo donde guardaba las ciento cincuenta y ocho mil pesetas.

—No pensará usted que este dinero...—decía Federico, queriendo sonreír ante el asombro serio de don Manuel—. Soy culpable de un mal pensamiento.

—¿Has jugado, acaso, hijo? Porque sólo este mal pensamiento puede explicar...

Afirmaba Federico, en suave meneo de cabeza, y conoció que, a pesar de su suerte, el anciano reprochaba la ligereza del joven y parecía temer ahora por él quién sabe qué peligros.

—No lo haré más, maestro. Pero Dios ha querido favorecerme, y esta gran suerte pone a mis hijos en mejores caminos de porvenir.

Y le contaba la ausencia del cajero, la ocurrencia de irse a cenar al hotel Lisboa, el encuentro con Jiménez, la fascinación de las primeras ganancias... Y luego, el incidente del restaurante, la señorita...

Pasada la sorpresa, don Manuel consideraba despacio el relato de Federico, y sentía disipársele aquella severidad inicial.

—Si no reincides, hijo—le decía—, si verdaderamente eres tan hombre para conformarte con esto, sin desear más... Si puedes vencer las nuevas tentaciones, me alegro mucho.

—Ya sé—decía el joven—que esto no me liberta de la esclavitud del trabajo, pero me abre perspectivas de bienestar. Puedo establecerme por mi cuenta, puedo asociarme con mis jefes... Daré a mis hijos carreras brillantes. Me pongo a cubierto de la angustia de una repentina cesantía...

—Es verdad, es verdad. Pero ¡qué sorpresas tiene la vida! Me complace saber que tus nuevos pensamientos son nobles. Tus hijos, tu trabajo... Este dinero, aunque para tu sencillez es una fortuna, bien pronto te va a parecer poco, si no cortas los vuelos de la fantasía. Yo he tenido alternativas frecuentes en mi vida económica. Tan pronto me veía deshecho, abandonado de mi público y en potencia propincua de morir en un asilo, como el estruendo de un éxito abría la fuente de mi ambición y de mis esperanzas. No pierdas la sencillez, hijo, si quieres que esta riqueza no trueque en hiel su dulzura. Haz el bien en la medida que puedas; derrama, aunque sea en pequeños sorbos, el bien entre los verdaderamente necesitados, que ése es, sin duda, el premio que Dios exige de aquellos a quienes, como a ti, ha favorecido tan singularmente.

—De acuerdo, maestro—decía Federico—. De las rentas de este dinero apartaré una cantidad para limosnas.

—Limosnas...—dijo don Manuel—.

Hazlas, pero olvida esa palabra. Si el dinero no sirve para crear a su paso la alegría, no sirve para nada. Está bien remediar el hambre, pero está mejor disipar la tristeza. Las necesidades materiales se bastan con poco; pero ¡las hambres de consuelo! El dinero puede, en momentos, comprar el mínimum de libertad para una felicidad transitoria, desde luego, pero felicidad al fin.

★

El maestro parecía recordar. Federico, mirándolo con respetuosa simpatía, advirtió en seguida una cosa que para él era como un descubrimiento: viéndole de cerca, reducíase de pronto aquella grandeza que el renombre creara, y parecía un personaje oscuro, vulgar, casi un personajillo; mas este fenómeno duraba momentos, porque continuando en su compañía, veíasele como surgiendo otra vez en su simbólico relieve y volumen al maestro, y por virtud de su palabra, de su sencillez, de su cortesía, de su misma humildad, íbase elevando, se crecía hasta recobrar la grandeza que le era propia.

La noche penetraba por los abiertos balcones, con su caliente y penoso silencio de estío, dejando ver entre las azoteas próximas la celeste lejanía de estrellas vivas. Llegaba a lo alto del despacho algún grito lejano, que se alejaba como saeta sonora que huye. Don Manuel habló:

—Yo he deseado el dinero porque disipa tantos terrores de los hombres, tantas tristezas... Conocí a un buen señor que era la bondad misma, la bondad y la humildad; era la nobleza, la docilidad, el espíritu de trabajo. Poseía las cualidades nobles que deseamos en nuestros amigos, en nuestros servidores, en las personas que son como el coro que nos acompaña, que conoce nuestros actos trascendentales, gusta y comenta nuestros momentos de emoción, los hechos inolvidables... Conocí a este hombre cuando yo era tan pobre de dinero como riquísimo de esperanzas. Una vez sorprendí toda la miseria de su casa: su esposa, enferma; su hija, cubierta de harapos; su cuarto..., renuncio a describirlo.

—Manolito—me dijo al verme—, ¿cómo vienes a esta pobre casa, hijo? ¿Qué te trae por aquí?—Y me hablaba con una alegría tan viva, tan sincera, que me conmovió todavía más que la terrible realidad que contemplaba.

—Pasaba por ahí—le dije—y se me ha ocurrido. Como es domingo, supuse que estaría usted en casa.

—Gracias Manolito. Te lo agradezco mucho; te lo agradecemos todos mucho. Verdaderamente que nos haces felices. Mi esposa está algo delicada, y aquí Marujilla también; pero yo me siento mejor, casi tan lleno de salud como un señor concejal.

Para aquel buen hombre, un concejal era como el símbolo de la salud, de la riqueza, de la felicidad.

—Soy feliz como un señor concejal, Manolito. Con cinco duros yo, no tengo envidia a nadie; con cinco duros pagaríamos al casero (que buena razón tiene en pedirme lo suyo), le compraría un vestidito a Marujilla y sería más rico que un señor concejal.

Mientras me hablaba este bendito hombre se fué aclarando el cuarto, o, por mejor decir, íbanse dilatando mis pupilas y reparaba en un camastro de tablas donde se rebullían unos trapos y más lejos advertí a Marujilla, que era como un puñado de vedijas de lana, tal como estaba acurrucada en un rinconcito del cuchitril, que de reducido apenas había podido avanzar yo un paso desde la puerta.

Aquel buen señor sólo deseaba cinco duros para socorrerse en uno de los momentos más terribles de su vida, porque lo que yo ignoraba entonces era que de un momento a otro llegaría el Juzgado para desahuciarle, para tomar aquellas tablas donde la esposa se ahogaba lentamente, y las dos sillitas de esparto deshilachado, y dos o tres perolas de barro, y acaso un jarrito de hojalata... Tomar todo aquello y arrojarlo a la calle. Y lo supe en seguida, cuando asomó la portera seguida del alguacil y dijo:

—Señor Lorenzo, que ya tenemos aquí a los señores de Justicia.

El silencio más doloroso y elocuente me descubrió de pronto la espantosa verdad, y dije:

—A este hombre no se le saca de aquí, porque yo pagaré lo que se deba.

El guardia suavizó su patibulario gesto de «corchete», la portera me sonrió, y en cuanto a Lorenzo, me tomó del brazo y me apartaba y decía:

—Pero Manolito, ¿es posible? ¿Tanta consideración te merecemos? Mira que acaso sean tus ahorros para libros, para hacerte un grande hombre que vas a ser, y puedes por causa nuestra perjudicarte mucho, hijo.

Yo di seguridades a los señores del Juzgado de que al día siguiente recogería los recibos pendientes y logré que se marcharan... Pero lo trágico era mi imposibilidad material de cumplir mi palabra, porque no tenía sino unos cuarenta céntimos en metálico y solía comer por turno en casa de mis tíos, visitando a unos detrás de otros a las horas oportunas, sin que ni ellos ni nadie conociese mi verdadera situación. Ya ves cómo a veces, si no la felicidad, al menos con dinero se aminora mucho la desgracia. Excuso decirte que a este pobre hombre evitaba encontrármelo en lo sucesivo y pensaba en él con remordimiento y con espanto. Con mi palabra sólo había aplazado por uno o dos días lo inevitable.

Don Manuel calló, y Federico veía el rostro del maestro, que cobraba una animación y una claridad como de inspirado. ¡Qué días triunfales habían seguido a este anciano desde la fecha lejanísima del episodio que contaba!

★

—Otra vez—dijo—encontré en un asilo de ancianos a don Jerónimo, un ochentón tembloroso, aterrado y flaco, reducido a los puros huesos... Como que no le reconociera si el director del establecimiento no me dice:

—Tenemos aquí a su paisano don Jerónimo Villar, don Jerónimo el periodista, o, mejor dicho, el libelista...

—¿Don Jerónimo?—exclamé—. ¿Vive aún don Jerónimo.

—Lo verá usted inmediatamente. Está avisado de su visita y se ha puesto contentísimo. Hasta ha llorado de emoción. Le recuerda, ya lo creo. Conserva la memoria como en sus buenos tiempos.

Mi acompañante no se equivocaba al pensar que me gustaría volverle a ver, pero tampoco era capaz de conocer hasta qué punto el comienzo de mi vida literaria estaba ligada a este hombre notable y temible, este «libelista». ¡Cómo el señor Villar había aplaudido mi primer libro, mis primeros artículos! ¡Fué, sin él saberlo, quien decidió resueltamente mi vocación! Todos tenemos en nuestra historia íntima un hombre así. A veces hay también una mujer. Don Jerónimo escribía en la prensa provinciana artículos tremendos contra los adinerados caciques, contra los poderosos terratenientes y los gobernantes crueles, violentos y sin caridad. Encarcelároнlo más de una vez. Lo soltaban y volvían a detenerle más tarde. Ostentaba estas persecuciones como blasones nobiliarios. Alguna vez recibió una credencial para servir en la Diputación, en el Ayuntamiento, en Hacienda... Pero él, si llegó a tomar posesión de uno de estos cargos, permanecía en ellos días o semanas. Era un espíritu libre, indómito, con un temible sentido crítico y una pluma de «libelista» que nadie pudo comprar nunca. Cuando me hallé junto a él, lo reconocí, a pesar de ser tan otro del que recordaba yo en la distancia de cuarenta y tantos años. Le reconocí y comprendí que era el momento de pagarle una deuda muy antigua. Apartéme un poco para hablarle a solas, nos sentamos y le dije:

—¿Qué puedo hacer por usted? ¿Quiere que le recomiende al director?

—¡No!—respondió—. Es un bandido.

—¿Quiere usted que le mejoren de habitación, de comida...?

—¡No, no!—me dijo—. Sólo deseo

salir de aquí, que me dejen libre. No he nacido para ser asilado.

Aquí se descubría de nuevo el rebelde espíritu de don Jerónimo, el que lo hizo célebre y temible.

—Con dos pesetas diarias tengo de sobra para vivir libre, ¡libre! Si es verdad que eres tan célebre y tan rico, hazme este favor.

No vacilé. Célebre, Dios sabe si lo era o no; pero ¡rico!... Aquel aparatoso viaje triunfal mío realizábalo porque la Empresa del teatro me pagaba el viaje y el hotel, porque yo era, además, huésped de honor de las autoridades. Pero podía, sin embargo, cumplir el supremo deseo de aquel hombre. Hube de vencer no poca resistencia del Patronato, pero una mañana acudí al asilo y me llevé en coche a don Jerónimo, instalándolo en una hospedería barata, donde vivió aún unos dos años. Decíanme que era un disparate, que el libelista volvería a sus ataques, se emborracharía... ¡Y qué importaban ya los artículos satíricos de un viejo decrépito, sin lectores, sin asunto para sus diatribas, porque los tiempos eran otros, otras las personas, las preocupaciones, las ideas dominantes... Aquella fué la mayor satisfacción de un viaje de esos que llaman triunfales, con aparatos de visitas, banquetes, discursos y fotografías...

—Hay tantas cosas que obtener con dinero—dijo Federico, después de una pausa—. Muchas veces me he preguntado cómo no se le ha ocurrido a usted comprar una finca de campo, tener una espléndida casa rodeada de huertos, con caballerizas, coches, perros de caza, criados... Uno de mis tíos, que se arruinó en negocios de Bolsa, tenía en Jaén un hermoso cortijo. Diez años contaba yo cuando vi aquella hermosura, y no se me ha olvidado.

Don Manuel sonreía. La presencia de Federico había disipado las tristezas que le agobiaran momentos antes. Paseaba por el despacho, deteníase ante la librería, se sentaba para alzarse momentos después, parecía próximo a la inspiración, cuando la palabra rebelde hácese dócil y brillante, cuando proyecta su claridad en el más oscuro pensamiento y las ideas toman colores vivos y adquieren relieve hasta parecer que se las toca.

—¿Una finca de campo, dices? ¿Y dónde, en qué país? Porque hay en la tierra tantos lugares de belleza donde desear la posesión de un palacio rodeado de lagos, bosques y montañas... He preferido viajar y apenas conozco una partecita de Europa, un pedacito de Africa y alguna gran ciudad americana. Pero la alegría no se compra con el billete de ferrocarril ni se la encuentra siempre en esa agitada fuga de lugares que imaginamos como de ensueño. La grande alegría no necesita de horizontes lejanos ni de puestas de sol en paisajes de turismo. La gran alegría es la de crear: crear riqueza, crear el bien, crear belleza, crear, ¡crear para perdurar! Y luego disipar el terror y el dolor, y acaso ésta es la suprema creación de dicha, la gran fuente de alegría.

A Federico habíansele humedecido repentinamente los ojos. Sentíase tan contento, tan deliciosamente dichoso de oír a don Manuel, de hallarse en su compañía, de merecer su afecto, su amistad, su consejo... Y simultáneamente, pensaba también en Dolores y en los niños... ¿Cómo le contaría la estupenda novedad? ¿Lo diría al llegar, antes de dormirse, o sería preferible diferir hasta la mañana siguiente la gran revelación? Veía su casa, con sus muebles viejos y el humilde tono de pobreza que se imponía en la primera mirada. Veía a Dolores, que estaría probablemente esperándole, poblada la mente de incertidumbre, de interrogantes por su ausencia... Surgían como relámpagos fugaces proyectos y proyectos, ambiciones antes dormidas que ahora desperezábanse y le acuciaban, le exigían un puesto en la lista de los nuevos deseos. Todo esto pensaba y a la vez oía atentamente al maestro, que hacíale el honor de tratarle con tan paternal confianza. Don Manuel, que era todo él ternura, había envejecido sin la compañía ni la amistad íntima de nadie. Cuantos jóvenes literatos ensaya-

ron trabajar cerca de él como secretarios, habíanle abandonado luego de alguna pequeña traición. Don Manuel, tolerante y comprensivo hasta donde era exigible por aquella sed de perdón y de disculpa que embalsamaba las más crueles horas de su vida, sonreía a cada defección. La crítica, o, por mejor decir, las plumas que en los diarios desempeñaban sin vocación este papel, habíanle hecho daño muchas veces. Su reputación íbasela haciendo el público, esa masa anónima que juzga a veces con excesiva severidad, a veces con ligereza frívola y pueril, pero siempre de un modo desinteresado, espontáneo, porque en el público no concurren las circunstancias de índole personal que mueven con suavidad o con dureza la pluma del periodista encargado de tan importante función.

—Yo publicaría ahora mi libro, si usted no piensa que es un gran disparate—decía Federico.

La pasión literaria (dormida, que no muerta) agitábale precisamente en este despacho todo recubierto de fotografías de celebridades, de objetos de arte, de recuerdos. El talento del joven poeta reducía el ímpetu de su vuelo a causa, no de su timidez, como erróneamente suponían sus amigos, sino por su funesta humildad, creadora de la terrible duda, negación de su propio mérito, desconfianza de sí mismo.

—¿Y si fundáramos una revista? —dijo el joven de pronto—. ¿Qué le parece a usted la idea? Sería acaso la mejor aplicación de este dinero. Actualmente no hay nada que valga la pena. Usted mismo lo ha dicho.

—Sí, sí—decía don Manuel—, pero es cosa arriesgada. Podría no tener éxito, a pesar de tus buenos deseos, y esas pesetas no bastan. Hay que ser un poco conservador, Federico. Ese dinero hay que defenderlo, en vez de ponerlo en el riesgo que piensas.

—Pero si yo no veo el riesgo, y menos si usted me autoriza para poner su nombre.

—¿Mi nombre?

—Como colaborador, don Manuel.

—Mi nombre no tiene ya la fuerza y resonancia que generosamente suponen—respondía él con tono amargo—. ¿Piensas tú que ignoro la incomprensión de los jóvenes, su crueldad, su ignorante desprecio? Pero, ¡ah!, pasarán ellos también por mi senda. Estoy en el tercer acto del drama, en el acto en que se dispone el desenlace y en que cae definitivamente la cortina. No, no. Prefiero que publiques el libro. En la edición no arriesgas mucho. Y guárdate de repetir mañana esa ocurrencia de la revista, porque en seguida te verás rodeado de un enjambre de proyectistas aduladores que, con tal de ver su nombre en público y cobrarte unos duros, son capaces de todo.

★

Don Manuel sacaba su pañuelo y pretendía taponarse la nariz para contener una epistaxis molesta que le aquejaba de vez en cuando aquel verano. Este episodio cortó el diálogo, y Federico pensó traer una palangana con agua. Pero don Manuel denegaba con el gesto, mientras permanecía en la molesta actitud casi cómica, apretada la nariz con el pañuelo. La sangre era extrañamente copiosa, y el joven poeta sintió una vaga alarma. Don Manuel sentóse en su vieja butaca de cuero, apoyando la cabeza en la diestra.

—No te inquietes, Federico. Anoche me ocurrió igual. Padezco esta molestia casi todos los veranos. Por cierto que con la ausencia de Casilda..., como no sé dónde tiene guardados mis pañuelos...

Federico advirtió en el maestro un cierto desfallecimiento y le rogó que se dejara llevar hasta el sofá.

—Tendido se corregirá esto antes. Permítame usted que pase yo al dormitorio en busca de una toalla y agua. Creo que un paño mojado sobre la nuca...

Don Manuel obedeció en todo, porque habíale tomado de pronto un extraño miedo a morir.

—¿Pero será posible morir por una cosa tan simple y tan ridícula?—pensaba.

Sentíase debilísimo y sudoroso. Federico entró en el cuarto inmediato y vió lo inesperado. Era como si uno pasa detrás del escenario, donde se acumulan en revuelto y sucio desorden los cachivaches, muebles y lienzos. ¿Aquel era el dormitorio del maestro célebre? Estaba la cama deshecha. Veíanse las sábanas rotas. En el armario, casi vacío, no había ropa blanca, toallas, ni pañuelos ni nada. Halló en un rincón una camiseta y fué corriendo al despacho para auxiliar a don Manuel. La sangre, a pesar del pañuelo, habíale manchado el rostro y la mano. La empapada camiseta le fué aplicada a la nuca y luego a la nariz, en nuevo taponamiento. Don Manuel dejaba hacer a Federico y se le veía extrañamente aterrado. El joven arrojaba de sí su propio miedo para que reaccionara el anciano. Pensó en darle algo de beber, un vino tónico, café acaso. Dirigióse a la cocina, cuyo aspecto rimaba armónicamente con el dormitorio. Todo era desolación y miseria. Recordó haber oído que aplicando a las piernas sinapismos o compresas calientes se contenían las epistaxis más rebeldes, pero nada podía hacer en aquel trance. Habíasele subido el pantalón al echarse y descubría unas piernas flaquísimas. La gallardía aparente del maestro cuando a la tarde se encaminaba a la tertulia tenía estos tristes y débiles cimientos. ¡Cuánta tristeza no se amparaba medrosamente en la arrogancia del hombre a cuyo paso por la calle brotaba alguna frase admirativa y miradas respetuosas!

—Soy una ruina, como ves, hijo. Sentiría morir ahora, por el disgusto tuyo.

—¿Qué dice usted, don Manuel? ¿Morir, y de una cosa tan ridícula? Por el contrario, esto mejora, como usted ve.

Efectivamente, cesaba la hemorragia. El discípulo fué limpiándole el rostro con la mojada camiseta y a poco don Manuel se alzó y sonrió. Parecíale haber salvado un serio peligro.

—Ahora ya me conoces mejor y ves cuán para poco estoy y cómo no soy nada digno de envidia. ¡El Arte, el Arte! ¡Aunque eres artista, no dejes el comercio! Apoyado en esta realidad sólida, puedes de vez en cuando ascender, como en periódicos viajes de placer, a las celestes esferas de la poesía; pero no olvides ese punto de apoyo: el pie sobre la prosa firme de la vida: el comercio, la contabilidad, la técnica de cualquier empleo, una profesión lo menos poética posible.

★

El hombre cuya experiencia dictaba este consejo y cuya realidad económica presente hemos entrevisto, tenía una historia de grandeza, de resonancia y de esplendor que parecía más bien una leyenda. Nunca Federico habíase atrevido a mentarle nada de esto, a pesar de la simpatía y confianza que el maestro le demostraba. En el despacho de éste, que Federico viera tantas veces, hubo durante años un retrato de una actriz que era como la musa que inspiraba a don Manuel sus mejores comedias, poemas y novelas. Porque la celebradísima artista había ofrecido en los mejores teatros de Europa y América la obra escénica de don Manuel. Era en los tiempos en que la madurez triunfal de este hombre se multiplicaba en fotografías, en mármoles y lienzos, poblando las revistas de arte y letras, las paredes de las redacciones, las editoriales y saloncillos de teatros. Federico recordó mucho tiempo y con vivísima envidia admirativa cierta foto de un *magazine*. El, sentado en un gran sillón, y a sus pies, sobre almohadones, la aludida actriz, que lo miraba con sus bellos ojos y cuyos brazos desnudos apoyaba en las rodillas del maestro. ¿Qué había sido de aquella mujer, cuyo nombre dejó de pronto de leerse en la prensa? Federico comparaba este pasado de grandeza con el tristísimo presente. En la historia de don Manuel—o en su leyenda—había anécdotas galantes, desafíos, peligros, audacias, gestos de gran señor que desprecia el dinero y lo gasta con espléndida liberalidad.

A este propósito se contaba el epi-

sodio siguiente: Con ocasión de un viaje a una hermosa ciudad levantina, el maestro recibió en el hotel la visita de las personalidades literarias de la capital: periodistas, escritores, poetas. Acompañábalos un señorón—don Obdulio—que tenía fama de muy rico y organizó éste en obsequio de don Manuel una jira al campo. Tenía don Obdulio una hermosa finca de recreo. Era en la falda de un montecillo, cerca de un cristalino río cuyas aguas miraban vigilantes dos filas de álamos centinelas. Rodeada la finca de huertos enriquecidos de exquisita fruta y recibiendo en la lejanía el fresco aliento salino del mar, don Obdulio podía estar justamente orgulloso de aquella posesión que parecía de ensueño. Se llamaba Villa Elvira, en recuerdo de una hija que residía en el extranjero. En primavera, una alegría profunda agitaba la campiña, poblándola de musicales rumores. La luz tenía una poderosa dulzura para crear el más puro color rojo de los claveles, el azul de las campanillas, el blanco nieve de los lirios, el rosa, el morado, el amarillo y sobre todo el verde de la hoja que tiembla y de la hierba fina y suave que el sólo verla era una caricia. ¡Qué policromía riquísima y deslumbradora! Pero ¿y la línea espejeante del mar que bajo el sol se multiplicaba en estrellas, en cegadores resplandores de luz?

Don Manuel quedó maravillado. Los periódicos de la capital publicaban fotografías y artículos de la fiesta y el rico propietario sintió ser aquel el momento más feliz para él, cuando su vanidad insaciable veíase colmada de dicha. ¿Cuándo, en cuarenta y cinco años de vida, se había hablado tanto de don Obdulio como en este día inolvidable? El dichoso anfitrión, halagado por la creciente popularidad que la compañía del poeta creaba en derredor suyo, no se avenía a que cesara todo este ruido el día que don Manuel abandonase la ciudad. Y entonces comenzó a pedirle dulcemente que no se fuera, que residiese una temporada en Villa Elvira, y como don Manuel rehusara en principio, insistió más y más su acaudalado amigo, y tanto rogó y suplicó, que don Manuel hubo de acceder, pero con una condición: volvería dos semanas después, acompañado de unos amigos argentinos, que habían llegado a España en viaje de turismo. Don Obdulio parecía enloquecer de dicha. Si sólo don Manuel había promovido tan sabroso alboroto de prensa, ¿qué no sucedería cuando se presentara acompañado de tanta personalidad ilustre? Accedió, rebosando gratitud en la palabra y en los ojos y puso a su disposición varios automóviles, toda la servidumbre y el ruego de que se sirviera de todo con prodigalidad.

Pero la avaricia... ¿Qué milagros no haría la vanidad si no lo estorbase a veces el áspero freno de la avaricia? Porque don Obdulio, aunque rico... La vanidad tenía sus apetitos, pero la avaricia calculaba con la contabilidad de Harpagón.

★

Llegó la fecha en que apeáronse del tren don Manuel y hasta media docena de personalidades. Sin detenerse apenas en la población, marcharon seguidamente a Villa Elvira. Eran dos caballeros y cuatro señoritas que les acompañaban. ¡Qué regocijo ruidoso el de las niñas al verse en aquel paraíso! ¡Qué orgullo el de don Obdulio!

—Señorita, esta finca me costó en principio dos millones de pesetas, pero en mejorarla me llevo gastado otro tanto. Señoritas, señores, este huerto es famosísimo en todo el Levante español. Produce las mejores peras, las naranjas más dulces y los melocotones más sabrosos de la región. Desde esta altura, señoritas, se divisa el panorama más bello «del Levante español». En todo el «Levante español» no se crían unos claveles como éstos... Por cierto—añadía mirando a don Manuel—que se hubiera podido hacer aquí una bonita foto para la prensa. ¿No le parece? Aquí las señoritas, los señores, el hombre tan ilustre que es usted y mi modesta persona, todos

bajo este cielo, que es el más hermoso «del Levante español»...

Los invitados no comprendieron el oculto sentido de aquella perorata, ni don Manuel advertía cuán vehemente era el deseo de su rico amigo. La novedad de la llegada bastara a distraerles más de lo que el interesado anfitrión supusiera; pero como éste no acababa de conformarse, repetía el disco, hasta que, a los postres, don Obdulio habló francamente de mandar a la ciudad los coches para que viniesen a tomar unos dulces y unas copas los reporteros y los fotógrafos. A esta petición, aparentemente ingenua, se opusieron en coro de chillidos las niñas y más seriamente don Manuel, porque sus amigos, que deberían hallarse en París en estos días, no deseaban lo más mínimo darse a conocer en la prensa, ni permitían que ésta los mentara. Y aquí un psicólogo, por torpe que fuese, notara en seguida el disgusto, mejor, disgustazo, de don Obdulio, que no pudo reprimir esta exclamación:

—¡Pues ya es tontería! Con lo que me gusta a mí que la prensa hable de mi finca y de las personalidades a quienes traigo invitadas... ¡También es capricho de las niñas!...

Don Manuel le contuvo diciendo que sus amigos no necesitaban, para su celebridad, que la prensa de la provincia les mentase, y que en manera alguna se permitiría la visita de los tales.

—Aquí les he traído para que descansen y se recreen unos días en estas bellezas de España, pero viajan de riguroso incógnito.

Don Obdulio no supo disimular su despecho y se levantó de la mesa, abandonó el comedor y regresó a la ciudad sin despedirse. Al principio, distraídos con la charla, no advertían que se prolongaba su ausencia; pero como al fin don Manuel preguntara, el criado que disponía el servicio de mesa dijo cómo habíase marchado sin poder despedirse y que le había ordenado se hallaran dispuestos los coches, por si los señores deseaban regresar temprano a la ciudad y «tomar habitaciones en el hotel», porque en Villa Elvira «no había comodidades para las señoritas».

—En fin—concluía don Manuel (que contaba a Federico)—, la grosería más necia que te puedes imaginar. Me invitaba y aceptaba a mis amigos a trueque de una publicidad de su persona y de su finca. En cuanto supo que eso no era conveniente, nos despidió con la galantería más original «del Levante español», como él repetía a cada momento.

Rieron la anécdota, y luego Federico, que buscaba el modo de ofrecerle dinero, articuló en vacilantes palabras su buen deseo. Don Manuel sonrió, denegando:

—No, no. Casilda lo devoraría todo inmediatamente. Y por cierto que avanza la noche y no regresa. ¿Tendré la suerte de que no venga ya?

—En mi casa, maestro, habrá siempre para usted un cuarto, un cubierto y toda una familia para servirle..

—Gracias, amigo mío. Pero esto no tiene remedio. Si ella se va, si desaparece, ya veremos. Y a pesar del consuelo infinito de tu bondadosa compañía, creo que se te va haciendo tarde. Guárdate el dinero y mañana hablaremos.

El joven no se decidía a dejarlo solo. Una profunda y repentina lástima hacíale olvidar todas las emociones de la noche.

«Si Dolores no se opone—pensaba—. busco otra casa y me lo llevo con nosotros.»

En aquel momento se oyó ruido por la parte de la escalera. Un campanillazo alborotado vibró en la noche. Don Manuel se estremeció, aterrado. Adelantóse Federico a abrir. Era Casilda.

—¿Usted aquí?

—Soy yo.

—Pues me extraña.

—A mí no.

—Nada de gritos, Casilda—vociferó desde el despacho don Manuel.

—El señor ya me maltrata. No acabo de entrar y se me insulta. Así paga el señor a esta víctima de la fidelidad.

Entróse airada en su dormitorio y

golpeó la puerta con cólera. El maestro hizo un guiño sonriente y dijo:

—Siempre así la pobre. ¡Está tan harta de aguantarme!...

—Siento dejarle a usted. ¿Quiere que me quede?

—No, no. Vete, que te estarán esperando en casa. Vete tranquilo, descansa, y mañana te espero. Enhorabuena y que mis consejos te hagan el bien que deseo. No sé si dormiré, pero el reposo me hará bien.

Se asomó al balcón el joven e hizo seña al sereno, que charlaba con el chófer. Las curiosas vecinas callaron al ver a Federico que salía. En el balcón, una flaca silueta saludaba con el brazo.

VI

LA CATASTROFE

Creía haber dado las señas de su casa, pero se halló de nuevo y sorprendido ante la puerta de *Remigio*. Discutía con el chófer, dudaba, y finalmente, resolvió subir unos minutos. Su presencia fué bien acogida. Más bien le parecía que había causado sensación. Jiménez, adulador y zalamero, acercósele:

—¿De dónde vienes?

—De tomar un poco el aire.

—¿No has ido a tu casa?

—Todavía no, pero me iré en seguida.

—Yo te acompañaré.

Este era el momento de mayor brillantez en la sala. Habían llegado unos cómicos, un empresario de circo y un argentino varias veces arruinado y que acababa de heredar a otro de sus tíos. Se jugaba sin alterarse, sin perder la corrección ni alzar mucho la voz, aunque sobreviniese la ruina de uno. Era de buen tono la cortesía, la impasibilidad y la elegancia en el momento de mayor fracaso. *Remigio*, cuya era la casa y el salón de juego, tenía en su despacho buena provisión de armas y se decía que cuando marchaba de su casa un jugador desesperado, recibía de aquél un paquetito conteniendo un billete de cinco duros y una pistola. No daban mucho crédito a ese cuento ni había memoria de ningún suicidio. *Remigio* solía entenderse con la Policía y sostenía su negocio con orden, sin que se hubiese producido escándalo nunca. Hombre fuerte y buen psicólogo, conocía en seguida esa fauna indeseable de tahures que medran en derredor de las mesas y los arrojaba de allí sin miramientos.

Federico, de pie, miraba el juego con una curiosidad fría e indiferente. Hizo «de memoria» algunas posturas, con mùy varia fortuna, y de pronto le pareció sentirse en aquel particular estado de espíritu que tenía mucho de videncia. Consecuentemente, puso cuatro mil duros a un rey y en el acto imitaron su juego todos cuantos le conocían, circunstancia en la que presintió desgracia. Así fué. En la jugada siguiente dejáronle solo estos últimos perdidosos, pero ya su mala estrella habíale arrebatado el doble de la postura anterior. Un nuevo intento de desquite le arranca cuarenta mil pesetas, y en la siguiente jugada recobra parte de lo que acaba de perder. En pocos minutos había adquirido la sala ese estado emocional que saben crear siempre los grandes jugadores, y Federico se creyó en posesión de las facultades que le dieran antes tanta suerte. No se resignaba a la pérdida sufrida y acometió audazmente con cifras de cuatro y cinco mil duros. Pero su estrella habíase eclipsado, sin duda. Sentíase como centro y eje de la atención electrizada de cuantos presenciaban el formidable combate (para él, duelo a muerte) entre él y el imposible *croupier* vestido de *smoking*, con su blanquísima pechera, su sonrisa cortés y sus cuidadas manos, que extendían despacio las cartas sobre el verde tapete.

Federico se pasó por la frente el pañuelo y sacó unos billetes. Estaba frío y pálido. Quien le mirase creeríale entregado a vigorosos ejercicios de cálculo, pero verdaderamente no pensaba en nada, ni por un momento tuvo conciencia de que aquella persecución tras un ilusorio desquite arrastrábale

a la catástrofe. Puso mil duros y ganó. Puso tres mil después, que recogió con su raqueta el empleado. Y ahora ya, tal vez enloquecido, pero con una locura fría y quieta, fué dejando de dos en dos cuantos billetes le quedaban. Cuando hubo perdido el último se apartó de la mesa. Nadie se le acercaba para ofrecerle dinero ni consuelo. Buscó a Jiménez con la mirada, pero ya éste, viéndole en desgracia, le huía. Bajó a la calle a pie, despacio, con aire indiferente, se fué hacia su casa. Todas las escenas de esta noche eran como un sueño. En el curso de pocas horas había pasado de la modestia económica en que vivía a la posesión de unos treinta mil duros, y de esta fortuna, luego, a la miseria y la deshonra. El eco de sus pasos resonaba en el silencio de las calles desiertas. Dolores, desde el balcón, lo vió de lejos y presintió desgracia. Pero en lugar de adelantarse al dolor posible, resolvió hacerle frente con buen ánimo. Habló a Federico desde arriba, echándole la llave, que cayó botando sobre la acera. Y le habló con voz serena, amigable y consoladora. Se disponía así para una lucha que no sabía definir, aunque la presentía oscuramente.

VII

TINIEBLAS

No gemían, no había lágrimas en los ojos de estas dos estatuas frías que pugnaban por elevarse un poco de aquella sima donde la desesperación les empujaba de súbito. Federico, tras breve lucha, habíase confesado a Dolores. Confesión plena, detallada, sin atenuantes, como de quien está dispuesto a imponerse, en pago de la culpa, el sacrificio de su vida. Pero Dolores miraba hacia la alcoba donde los seis inocentes eran tal vez en este momento actores dichosos de algún ensueño de oro. Consideraba la desgracia en todas sus dimensiones, con las consecuencias inmediatas y seguras de la prisión de Federico y de todas las otras derivadas de aquélla. Y las aceptaba, con su cortejo de miserias, a cambio de que restárales una esperanza para después, a cambio de que viniese el desdichado que paseaba lento por el comedor, secos los ojos brillantes y frío el rostro de yeso. De donde Dolores, cuyos argumentos acusatorios hervían en el perfil trémulo de sus labios se deprimía y devoraba, escondía las saetas de cólera contra el imprudente, y, elevándose en heroico vuelo, consolaba y vigilaba al hombre en quien podía temer un acto vindicativo contra sí mismo. Ella veía anticipadamente las escenas de escándalo que iban a sucederse: denuncia del cajero, prisión de Federico y condena subsiguiente, abandono de este cuartito, ahora tan adorado; interrupción súbita de la obra educadora de los niños, y el frío, el desamparo, el hambre, acaso la limosna. Carentes ambos de allegados pudientes e inmediatos, la desgracia llegaba con oportunidad para una espléndida cosecha de miseria.

*

Federico cortó el ritmo de sus pasos y se asomó al balcón. La noche alcanzaba ese punto de quietud majestuosa cuando los últimos noctámbulos se han retirado y sólo se oye algún lejano grito. En lo alto, el maravilloso azul cobijaba la ciudad en su sueño y parecía mirarla con sus millones de ojos lumínicos. Sensación de infinito, de serenidad, en esta hora solemne, saturada de poesía, de aliento, de eternidad.

Un sollozo apagado, tristísimo, le arrancaba del éxtasis. En un rincón del comedor, encogida en el suelo y hecha un ovillo, como esas mujeres que se acurrucan en los quicios de la calle, Dolores se tapaba el rostro con las manos y esforzábase en contener unos sollozos que se derramaban. Estaba el comedor sin luces, pero recibía de la calle una claridad que permitía localizar bien un mueble, un sillón, un cuadro. Todo esto, tan sencillo y barato que ella pensara renovarlo pronto,

cobraba entonces un sentido de intimidad, de cariño forjado en años de muda contemplación; un sentido de vida ligada ya para siempre a la propia vida de aquella mujer que paseaba por las paredes una mirada de ternura y de despedida. Presentía que había de abandonar todo aquello, ahora tan querido, tan fijadas en la retina las imágenes, donde cada cosa tenía una historia de adquisición: que si el reloj sacado a plazos, que si la máquina comprada de ocasión a unos vecinos que se iban fuera, y los tapices turcos con escenas árabes, y la sillería, tan estropeada ya, porque el trajín de los niños era capaz de destruirlo todo... Ella, que no hacía una hora miraba todo aquello con disgusto, deseosa de arrinconarlo en la guardilla y renovarlo cuando lo consintiera un ahorro posible o un ingreso extraordinario, paseaba sus aterrados ojos por el amado recinto, que parecía compartir con ella su dolor, como si tuvieran alma la mesa y el tapete nuevo, con su centro de flores artificiales; los cuadros y el aparador, donde se guardaba con cuidadoso mimo un juego de café de china, sólo usado con ocasión solemne cuando iban amigos de Federico o alguna visita de cumplido.

—¿Qué haremos ahora?—dijo Dolores, procurando serenarse y disipar las sombras de desesperación que veía poblar la mente del esposo—. Yo creo que si llegasen a perdonar tu falta y los jefes consintieran en desquitarte mensualmente una cantidad, aún podríamos salvarnos. ¿Tú qué piensas?

—No pienso nada, ¡nada! Hace una hora me encontraba en el despacho de don Manuel—ya sabes quién es—, y le daba cuenta de nuestra gran suerte. Me hizo prometerle que me vendría directamente a casa, que no volvería más a... Pero lo maravilloso es que yo deseaba venir en seguida, tenía una impaciencia mortal de comunicarte esta gratísima novedad... ¿Cómo me he visto de pronto a la puerta del casino? ¿Cómo, a mi pesar, he cedido a la tentación de entrar en la sala, atender al juego y resolverme a probar mi suerte otra vez? ¡Tenía más de treinta mil duros! ¿Tú sabes lo que es eso, los proyectos que he creado esta noche, los sueños de bienestar para todos, de porvenir para los niños, de nuevas esperanzas, de seguridad en la vida, de alegría, de resolución, de grandes iniciativas? Pero todo esto, que era vanidad tal vez, lo sacrificaría, lo olvidaría, lo daría por soñado, a cambio de que ese otro dinero de caja, esas catorce mil doscientas pesetas de que he dispuesto tan miserablemente... ¿Qué diré, qué responderé cuando me acusen, si yo mismo me acuso con mayor energía y el castigo que tengo no podrá superarlo ni la cesantía, ni la prisión, ni nada? Porque sois vosotros, mi crimen contra vosotros, mi mayor suplicio, y este tormento nadie me lo puede arrancar ya jamás.

—Anda—decía Dolores, empujándole suavemente hacia el dormitorio—. Descansa un poco, y pensaremos... Yo creo que si mañana a primera hora fuese yo a casa del cajero y le hablase delante de su esposa y me arrodillara ante ellos y los suplicase...

La infeliz sintió ahogada su voz por una ola de congoja, y se apoyaba en los brazos del esposo, los brazos que desearan ser muy fuertes para luchar con los peligros que pudieran amenazarla.

—¡No, no!—dijo Federico, porque sabía bien que esta humillación y esta súplica no frenarían el ímpetu colérico del jefe, que no vacilaría en denunciar inmediatamente la grave falta, descargando sobre el auxiliar las culpas que aliviasen la parte de responsabilidad que también cabíale al cajero por la ligereza de abandonar su puesto en la oficina, confiando a su segundo aquello que sólo a él estaba confiado.

★

Brilló una luz en un balcón frontero, en la casa de unos vecinos sus amigos, y fué para Dolores motivo de recogimiento humillado, de orgullo abatido por la desgracia.

—Es en casa de Enrique...

—Sí—dijo ella—. Supongo que no me habrán oído.

—Y qué más da... Mañana lo sabrán todo.

—Estuvimos hablando Juana y yo hasta la una y media. Extrañada de verme en el balcón, me preguntó por ti. Díjele que cenabas fuera, que te habían invitado tus jefes.

—Hiciste bien.

—Ella, tan impertinente y tan orgullosa... A Enrique le han ofrecido la dirección de la casa en Valencia, pero se ha negado. Prefiere su puesto aquí, por no abandonar las otras comisiones. Complacíase en referir grandezas, y dice que si se le arregla a Enrique otro negocio que tiene en estudio, comprarían el hotelito de Las Rozas.

Apagóse la luz que había brillado un momento, y callaron. Dolores no podía reprimir un sentimiento de envidia al recordar a la vecina de enfrente, con quien conversara de balcón a balcón algunas noches. Tan poco esfuerzo como parecía poner aquel hombre en sus asuntos, que le rendían cuantiosos ingresos, y Federico, en cambio, a pesar de su laboriosidad y su talento, no recibía el necesario premio. Heríale a Dolores en lo más vivo de su orgullo la vanidad casi ridícula de aquellos amigos, a quienes alguna vez visitaban, cediendo al insistente requerimiento de Juana, que deseaba, con la exhibición de sus compras o de los regalos recibidos y el terco relato de sus esperanzas, humillar amablemente a los sencillos vecinos, que se les veía abrumados por su carga de hijos y el consecuente cortejo de necesidades.

—¿Piensas tú que Enrique...? Acaso él te pueda ayudar, asociándote a alguno de sus negocios.

Federico no respondió. No quería disipar con un soplo brutal las últimas neblinas de ensueño que cobijaban la mente de la abatida madre, seis veces fecunda. Enrique nada podría ni nada querría con un hombre acusado de estafa y seguramente condenado. Pensaba en los amigos, los enumeraba, examinando sus posibilidades de ayuda, y no veía esperanza ninguna de apoyo. Pero Dolores, en este acto del drama, en este momento del relato, no estaba en el fondo sin fondo de la terrible realidad de su situación, de los peligros que rodeaban a su esposo, de la caída vertical y violenta de su reputación, de la catástrofe que teníale cercado, sin salida posible. En aquella hora, tras el estupor del momento primero, evadida ella un tanto del círculo dramático, vagaba su pensamiento de unas amistades a otras, de unas a otras relaciones, tanto en demanda de una luz salvadora, de un apoyo, de protección económica al menos, cuanto porque todavía la dominaban sentimientos primarios, como la vanidad y la envidia, y aterrábala el parecer de estas amistades, la opinión de aquéllas, la pérdida casi segura de consideraciones hasta entonces tan dignamente merecidas.

—¿Adónde iremos?—decía—. ¿Adónde iremos que no nos persiga la acusación de quienes deberían compadecernos? ¿Qué haremos para impedir tanta ruina como nos acecha?

*

Recordaba ella cómo el domingo anterior había estado en la Guindalera y había visto a Faustina, que de soltera sirvió en su casa, cuando criaba al tercero de sus hijos. Faustina había conservado buena amistad con sus antiguos señores, y los visitaba alguna vez. Dolores, este domingo, pasando cerca, pensó en ella y llegóse un momento. La pequeñez y ahogo de su cuarto la aterró, moviéndola a lástima, y comparaba entonces su bienestar presente con la vida tristemente miserable de su sirviente.

—¡Cuánto mejor estaba, señorita, cuando yo les servía, que no ahora, en esta miseria. Mi marido (que bien la señorita me lo anunciaba) no es hombre de ganar mucho ni de salir de su paso. Está una tan aburrida de vivir, señorita, que a no ser por el temor de Dios, creo que...

Y Dolores recordaba esta noche la escena y veía el interior lóbrego y ahogado de la vivienda de Faustina, y

dudaba si, en su derrumbamiento inminente, le sería dado a ella hallar para sus hijos en desgracia aquello mismo cuya visita le horrorizaba.

—¡Ah, Faustina, Faustina! ¡Si pudiera cambiar por tu suerte mi suerte presente—pensaba—. ¿Quién tendrá lástima de mis hijos cuando se diga que su padre está preso y las voces acusadoras de las gentes le cubran de infamia?.

Federico, ajeno a ella, ajeno a su propio dolor, permanecía sentado, callado, mirando acaso hacia una lejanía interior o quién sabe si en un estado transitorio de ausencia de sí mismo, evadido momentáneamente del círculo infernal. Y Dolores, mirándole tan absorto, tan aparentemente resignado y vencido, perdió el poderío de sus frenos y dejó abierto el surtidor de la ira.

—¡Infame, infame!—dijo, acusándole con voz saturada de un repentino odio—. Mil veces infame, porque has causado nuestra deshonra. Si por un solo instante hubieras pensado en los niños, en esta casa, en nuestra modestia, que más bien es miseria, en nuestras propias deudas, ¿habrías arriesgado una cantidad tal que es para nuestra pobreza una fortuna? Y si es cierto que habías llegado a reunir el dinero que dices, si esa suerte no es un infame embuste, ¿qué nueva ambición te llevaba a desear más, si acaso no merecías aquello?

Federico, recobrándose, la contemplaba con una hondísima pena, porque al conjuro de su voz habíase hecho luz en las tinieblas de su mente, y conoció que, si bien con morir no los salvaba, con sobrevivir a la deshonra alejaba de ellos toda protección. Conoció que la compasión era ya el patrimonio único de sus hijos, y para que no les faltase esta ayuda de caridad él debería concluir la novela de su vida esta noche.

Apartó suavemente los brazos rígidos que en gestos desesperados subrayaban las justas acusaciones de Dolores y dijo:

—Déjame solo una hora. Tengo que escribir unas cartas antes de que amanezca. Es mi recurso único, y te ruego que me dejes.

—¡Unas cartas! ¡Unas cartas!—decía ella, sarcástica—. Unas cartas, ¿a quién? Como no sean para el juez de guardia... ¡Miserable! Unas cartas pidiendo compasión, cuando has tenido en tu mano la felicidad, la independencia, la vida fácil y colmada. Unas cartas ahora, que la suerte está echada y no nos queda otro recurso que morir todos, todos, todos...

Parecía ahora una euménide. La turbiedad apasionada, el oscuro y removido subsuelo, el irritado fondo de su alma, transitoriamente cegada por el irreflexivo odio, ponían llamas quemantes en sus ojos y en su voz sonidos hirientes.

—Sabías cómo vivimos muriendo, y te has atrevido a disponer de un dinero que no te pertenecía. Y si hubieras sido tú solo la víctima... Pero ¿y los niños? ¿Y yo?... ¿De qué raza de padre eres, que te has atrevido a abandonarlos y los dejas en la miseria del arroyo, mezclados a la postulante pobretería sin albergue y con una marca de vergüenza sobre sus nombres?

Federico desviaba el rostro de aquellos dardos de fuego que le asaeteaban y esforzábase por apartar de sí a la mujer enloquecida. Reprimía su natural reacción ante la brutalidad del ataque, pero se afirmaba en la resolución de acabar, de que sus ojos se cerrasen antes de que pudiera flaquear su decisión frente a las luces de esperanza del alba, ya tan próxima.

El hombre dominó con fuerza los débiles brazos amenazadores y se dirigió al dormitorio de los niños. Quería verlos por esta última vez, aunque su resolución padecía ataques de flaqueza y todo él era vacilación y angustia. Entraba ella detrás, y allí, en Dolores triunfaba la ternura, la irresistible piedad ante los seis rostros infantiles amparados en la inocencia de su sueño. Cayó de rodillas, alzando a lo alto sus miradas, mientras él, huído, se hundió en la tiniebla del pasillo, hacia el despacho.

★

¡El despacho! ¡Qué mirada más profunda a estas paredes, a estos libros, a estos retratos de autores universales, a esta mesa! En la carpeta estaba su último poema. Un enérgico grito subrayaba en este momento su desdén. La poesía, el arte... ¿Y el dolor, el suyo, el desamparo, sin otro remedio que morir? ¿Qué poeta, qué psicólogo, qué artista daría la sensación de esta tortura, la ceguedad de esta tiniebla, la tristeza infinita de esta soledad? Por qué sentíase tan solo, tan solo, tan solo... Tomó una cuartilla para escribir: «Querido maestro.» Se detuvo, porque alguien llegaba para enturbiar este momento con su cólera.

—¿Qué haces?—le dijeron en voz baja y blanda, casi en voz de susurro y con un timbre nuevo, como de paz.

—Déjame—murmuró él sin volverse, estirando el brazo para que ella no se le acercara.

Pero ella había apagado ahora la luz y se retiraba despacio, como si él durmiese un dulce sueño fecundo que había que respetar. «¿Qué haces?», resonaba en el oído sensible del hombre que se apoyaba sobre la mesa, en el cuarto ahora en sombra. «¿Qué haces?» Y mentalmente dictaba los términos de su carta al maestro, acusándose, acusándose, acusándose, y encareciéndole un recuerdo de caridad para sus hijos inocentes.

«¡Los hijos!—pensaba—. No son un tópico de folletín, no, sino la mayor verdad del amor y viva fuente de ternura.»

Habíase levantado de la silla para ir a verlos otra vez, pero se sintió cansadísimo y le aterraban las acusaciones de Dolores. ¿Qué serían sus hijos? ¿Qué les diría él en la carta que iba a escribirles? Por un momento se sintió como ausente de allí, en un estado de irrealidad, de olvido profundo. Ayudábale el silencio que se densificaba en las tinieblas, percibiéndose algún chasquido seco y el rumor áspero de la carcoma que devora el viejo mobiliario. Frente a él, el espejo, que recibía la tenue claridad estelar, le reflejaba como una mancha, como una masa negra; pero se vió de pronto y se conoció y se espantó de sí mismo, porque Dolores, que acechaba sigilosa, callada como una niña dulce que juega al escondite, abrió otra vez la puerta de improviso y dió luz. El se vió allí enfrente, la miró a ella en el espejo y se juntaron de un modo singular sus miradas, ya muy antiguas, que eran miradas de los tiempos lejanos de juventud, cuando el amor todavía sin frutos se enjoyaba de rosas, de promesas, de risas, de juramentos y de suspiros anhelantes. El recibió la descarga de aquel caudal de recuerdos emocionados, y en el espacio de segundos, de fracciones de segundo, la vió como el primer día en casa de sus amigas, cuando, al conocerla, se sintió ya irremediablemente suyo. No tenía ella una silueta elegante ni un rostro perfecto; pero al oírla, al contemplarla mezclada al coro jubiloso de las otras muchachas, al recibir el rayo de luz de sus ojos... ¿qué era aquel atractivo, el halo invisible que parecía circundarla y la destacaba, la embellecía con una belleza no definida, imposible de aprisionar por el pincel? Todo lo vió entonces en el espejo, cuando ella entraba de nuevo o acaso proyectado en el otro espejo de su mente.

Dolores, que estaba junto a él, a su espalda, y parecía penetrar todo este proceso de recuerdos, conoció la resolución de despedida que brillaba en los ojos del infeliz, y se arrepintió de su crueldad, de la injusticia de su cólera. Un fuerte latido de emoción la agitaba en sollozos, y cayó a sus pies, suplicante.

—¡Perdón, perdón! Te he injuriado cuando más necesitabas de apoyo y de fortaleza. ¡Fede!—dijo con palabras que eran como un gemido al sentir que él la alejaba con su mano—. Olvida mi ira y compadéceme como yo te compadezco. Serenémonos y busquemos una lucecita entre las tinieblas.

Al otro lado de la calle brilló de nuevo luz en uno de los cuartos fronteros, y Federico, entonces, apagó su lámpara. Tenía miedo de ser visto desde alguna parte, porque sentíase debilísimo y cobarde en esta hora de suprema resolución. La voz de la esposa,

con su nuevo acento, lo iba ganando en oleadas de emoción. La gentil imagen antigua, cuando el amor de novia la enjoyaba de rosas y de luces, ¡cuán diferente de la marchita realidad de esta noche de fiebre, con la huella del sufrimiento en el pálido perfil agotado! Apretaba Dolores un pañolito con sus dedos, que eran como frágiles tallos blandos: dedos sabios en la doméstica tarea y artistas para tejer, con su caricia dulce y casta, una nube de ensueño sobre la inocencia en reposo de los niños. Apretaba el pañuelo, como exprimiendo sobre él su amargura y enlazadas las manos, caían a lo largo los brazos, en lánguido abandono.

—¡Fede, Fede mío!—gimió, arrodillada, cogida a su brazo, tirando de él, que se aferraba a la mesa, defendiendo los restos finales de su energía—. Fede, ¡mírame, oye! No nos abandonemos ahora recíprocamente, ahora que más nos necesitamos. ¡Fede, Fede mío, ven a mí!

Pero éste, asustado del poderío de aquella suave ternura, debatíase, reunía sus fuerzas para no caer en la debilidad de una emoción nada viril.

—¡No, no, Dolores! Déjame solo un rato, media hora de soledad, para ordenar mis pensamientos...

Pero ahora, traicionándose, volvióse hacia ella, cuya frente buscaba el apoyo protector de sus rodillas. Le acarició él la cansada cabeza como acariciaba en otros tiempos sus cabellos, y dijo:

—Debo pagar mi culpa, Dolores. Ten piedad de mí, y no me arrebates el poco valor que me resta.

—¡Piedad de ti, Fede!—gritó, en maternal exaltación, reprimiendo en seguida su fuego, como temerosa de invisibles testigos.

—¡Si mi corazón te compadece y te perdona, como tú me has perdonado! ¡Si es que quiero limpiar tu frente de los malos pensamientos que va creando tu terror! ¡Fede! Si hemos caído en la sima, saldremos de ella, y si es que no hemos de salvarnos, pereceremos junto a ti.

Sollozaba dulcemente, descansaba la frente en fiebre sobre las inertes manos del esposo. Era su llanto como una lluvia blanda, cuyo rumor tenía sonoridades de susurro. El la oía, la oía en la tregua de paz, cuando más el silencio se fundía con la noche cálida. Un recuerdo le iluminó y le venció: eran imágenes dispersas, sin conexión para reconstruir plenamente el episodio, pero con fuerte relieve evocador: En la distancia de doce años, tarde de novios y de campo. Paseando junto a una acequia, ella resbala y hunde sus pies en el agua poco profunda. Un grito de susto, un esfuerzo breve del novio, y ella salía de la acequia. Había que secarse, y se sentaron sobre una peña. El sol les bañaba plenamente. Por inexplicable reacción de susto, por cansancio o quién sabe por qué, ella sintió de repente un profundo sueño, y apoyaba, como ahora, su cabeza en las rodillas del amado. Sueño de tres, de cinco minutos. Despertó, lo miró a él y sintió vergüenza.

—¿Nos han visto?

—No. Ni aunque nos hubieran visto.

El calor había secado sus zapatos y sus medias. Se alzaron para continuar despacio, en retorno a la ciudad. El sentía en sus brazos agradecidos la dulce huella de la cabeza dormida. Y saltando en el tiempo, este recuerdo, esta noche le limpia los fúnebres propósitos. La cara marchita y húmeda de lágrimas sintió la caricia de las manos de Fede. El miraba con ella doce años de amor y de dolor. Y en la oscuridad, ella conoció que había vencido, y se alzó, se abrazó con fuerza para defenderlo.

—Iré a la cárcel—decía, teniéndola sentada en él con la ternura misma con que solía acunar al más pequeño de sus hijos. Dolores, radiante de dicha, como renacida a la esperanza, se apretaba y se reducía, queriendo hacerse muy pequeña para mejor merecer esta felicidad.

—No irás, no irás, y no sé por qué; pero me dice el corazón que no irás. Y si es que vas, pensaremos en ti, te visitaremos y sabremos vivir para esperarte.

—Pero te abandonarán nuestros ami-

gos; te vas a sentir tan sola ya, mientras yo vuelvo...

—Me acompañará tu recuerdo, tu imagen querida, la esperanza de verte. Vivirás tú, y esto será vivir nosotros. ¿Qué sería de nosotros si tú no hubieses de regresar nunca, Fede? ¿Has pensado bien en eso, adorado mío?

Hablaba ella, ahora contentísima, y le cubría de besos la frente para disipar las últimas ideas de suicidio.

—Tú no eres un malvado, y te han de perdonar. No lo dudes. Pero si son tan crueles que no te abren camino de redención, sufriremos alegremente.

El se asombraba de aquel valor que sentía renacerle, y conoció que no es nada el triunfo, ni la riqueza, ni la vanidad, que tanto embriagan a los hombres, como este saberse amado y conocerse necesario para la vida y la dicha de los que nos aman. Y llegando a esta cumbre se hizo humilde y deseó que el día se adelantase para comenzar con su vergüenza la expiación de su delito.

De la calle, ahora, subía hasta los balcones un llanto de niño, una voz gimiente de mujer y la áspera autoridad de un guardia, que le prohibía dormir sobre los bancos del próximo jardín público.

—Tendré al niño en mis rodillas, y yo estaré sentada. Déjeme sólo una hora, sólo una hora—decía, suplicante.

Pero el guardia subrayaba su negación con adjetivos tabernarios.

—Gente sin albergue, ¡malo, malo! Habrá que ver lo que hacen algunas personas vagando toda la noche de un jardín a otro, de un banco a otro. ¿No os valdría más dormir en vuestra casa?

Pero la madre no recogía el acento irónico y nada caritativo del agente municipal. Vencida de una fatiga horrible, arrastraba calle adelante su cansancio y tomaba en brazos al niño. Y durante unos minutos resonaron suavemente, con dolorida queja tristísima, los gemidos de la miserable mujer sin albergue.

Arriba, en la dramática negrura del cuarto, Federico y Dolores se apretaban las manos con fuerza.

★

Por el balcón entró la tenue claridad del alba, y se miraron entonces con extrañeza, como si no se conocieran. Venía la mañana sobre un cielo purísimo, y parecía increíble la realidad del drama que les tenía aprisionados. Y como él negárase obstinadamente a reposar, ella decía, con la dulzura de voz de una madre que espera la prisión de su hijo:

—Echate un poco, Federico. Mira que hoy te espera un día horrible, un día de sufrimientos y vergüenzas, y necesitas resistirlo. Mira que te ofenderán, acaso te atormenten, y es necesario que tengas fortaleza.

El la miró de pronto de un modo extraño, como si mirase a su madre y fuese él un niño que ha cometido una falta en clase, y parecía salir de una región nebulosa y caer ahora en la verdad de este dolor que no era pesadilla, sino que era tan real como el ritmo lento de sus pulsos.

La miró, le puso la mano en la cabeza y cayó de rodillas luego pidiéndole perdón, perdón, aun comprendiendo que esa vana palabra no tendría el poder de restituir a ella y a sus hijos el honor, el pan, el vestido y el techo. Y fué ahora cuando las lágrimas consoladoras parecían aliviarles un poco.

VIII

EL MILAGRO

Entonces sucedió una cosa... Estaban en el comedor. Federico miró distraídamente el periódico, que estaba sobre la mesa... Quedóse un punto perplejo, como recordando... Dolores le miraba, y no comprendía qué suerte de pensamientos animaban aquel cerebro atormentado. Otra ojeada al diario, y el rostro del hombre se transfiguraba. Era como si del profundo seno de las tinieblas brotase una luz de salvación.

—¿Qué piensas?—preguntó ella, como si pudiese esperar una grata respuesta.

Pero él levantóse de súbito y entró

en el despacho, seguido de la esposa, que le tomaba los brazos, como aprisionándolo.

—¡Dolores!—gritó él con una voz llena y nueva que no parecía suya.

—¡Dime!

—Déjame que abra el cajón de la mesa. Creo recordar...

Abrió y tomó un papelito que guardaba, doblado. De pronto se hacía luz en su memoria y renacía. Recordó que el día anterior había sido de sorteo, y veía su número de abono impreso en la hoja del diario que publicaba la lista. ¡Sí, sí, era verdad! Su décimo, premiado con quince mil pesetas! ¡Era verdad, era verdad! Ambos, temblando, confrontaban guarismo con guarismo, y les parecía que sombras grotescas les nublaban la pupila. Se sentían desfallecer de emoción, y apoyábanse en sí mismos. La voz huía de aquellos labios, que desearan gritar tan alto su resurrección. Ella, al fin, venciendo la obstinada mudez, rasgó su tabique de silencio que la ahogaba y dió el alarido salvador, clamando:

—¡Milagro, milagro!

Después cayó en un breve desmayo. Federico habíase recobrado, y se sintió asistido de una energía invencible.

—¡Milagro!—dijo—. Tienes razón. Pero esta noche no la podemos olvidar nunca.

—¡Ni podemos ni debemos, Federico!

—¡No, no!—decían ambos, comunicándose su energía en las manos entrelazadas.

Federico esperó que abrieran los Bancos para negociar el décimo con el descuento que exigieran, a trueque de tener en su poder aquella mañana catorce mil doscientas pesetas. Acudiría a la Banca Petrús, cuyo gerente había sido su compañero en la Banca Veranda. Se lavó la cara, dispuesto a echarse a la calle en cuanto fuese hora. Serenados ya, se miraban, disimulando su sorpresa. Uno y otro habían envejecido mucho durante la noche. Eran ellos mismos; pero, a causa del dolor y de su tremendo poder de purificación, tenían en el rostro la huella de una experiencia que no podrían olvidar.

FIN DE
«UN VETERANO» Y «TINIEBLAS»
DE
ROBERTO MOLINA

EUGENIO NOEL

(1885-1936)

EUGENIO NOEL

NOVELISTA, *ensayista, crítico y periodista. Nació en Madrid. Estudió algunos años de latín y filosofía en el Seminario de San Dámaso. En 1909, al estallar la campaña de Marruecos, se alistó como voluntario, y desde África envió unas crónicas—agrupadas más tarde con el título de* Notas de un voluntario—*que causaron sensación nacional. En España y América, en teatros y ateneos, durante muchos años, arriesgadamente, combatió el flamenquismo, el señoritismo y la fiesta taurina. Por tales campañas fué insultado, agredido y hasta encarcelado. Su léxico es riquísimo y muy castizo; su estilo, de una fuerza inaudita, y está lleno de colorido.*

Novelas: Alma de Santa; El «allegretto» de la Sinfonía VII; La reina no ama al rey; Los frailes de San Benito tuvieron una vez hambre; El rey se divierte; Las siete cucas; Musarañas...

RAYITO DE LUZ

Si pudiéramos obtener una historia completa y clara de todo lo que ha pasado en el espíritu de un niño desde el comienzo de su vida y de sus sensaciones hasta que se desenvuelve en él el uso de la razón, de cómo actúan sus facultades infantiles y de cómo surgen y maduran las diversas nociones, opiniones y sentimientos que encontramos en nosotros mismos cuando llegamos a ser capaces de reflexión, sería éste un tesoro de historia natural, que arrojaría más luz sobre todas las facultades humanas que los sistemas de los filósofos acerca de ellas.

(REID: *Ensayos.*)

UN rayito de luz este nene rubio, como esos alegres angelotes de la incomparable *Cantoria*, del Donatello, de Santa María del Giori...

Ahí, está, entre su armario inmenso de juguetes, que llega ya al techo, y su banco de carpintero, que le hicieran a medida.

No tiene cuatro años y quiere ser ingeniero ya. Sabe serrar y limar. Nada de educación mnemónica. Le Bon lo ha dicho, como Ferrière, que desea la cultura del niño psicológica y social a la vez. Es delicioso verle, con su escuadra o cartabón minúsculos y su chato lápiz largo de obrero de carpintería, trazar gruesas líneas en las tablas antes de serrarlas, y meditar muy preocupado si usará la sierra de espiga, el fuerte serrucho inglés, la sierra alemana o la sierra de contornear.

El bolsillo de su mandil no puede con las herramientas que soporta; porque el nene, cuando trabaja, las pone ahí. El lo ha visto así en alguna parte sin duda; Tarde tenía razón al hablar de las leyes de las imitaciones inexorables. Pero de lo que no habla Tarde es de que un niño, tan pequeñín como éste, sabe que eso se llama cuchara, y esto otro, taladro, y aquello, tres puntas, y el que empuña junto el berbiquí, fresa. Además sabe diferenciar un raspador de una sierra para enchapar, y un guillame sencillo de un guillame doble, y un cepillo de una garlopa, y un compás simple de un compás de espesor.

¡Oh, no sabéis lo dulce que es tener un nene rubio con las melenillas hasta los hombros; oír su voz melodiosa y fresca que canta como una pulga, que se atrevió a picarle, llevó unos buenos sopapos, bien agarrada de las orejas; ver aquel bracito, tan blando y tan lindo, limar, que un herrero no tendría pero que oponer; contemplarle atento y concentrado ante un problema que le asaltó en su trabajo! ¿Qué son más tarde todas nuestras dificultades comparadas con las que los niños han de resolver?... ¿Qué es el interiorismo, de Milhaud, junto a esa atención suprema de la voluntad que ensaya enroscarse al espíritu como los músculos en torno de los huesos?

Limando, canta, y, cantando, calla de pronto. ¡Ah!, su vocecilla que es todavía suya, que nada debe aún a nuestro lenguaje, se esconde azorada ante el obstáculo del oficio. Bernard Pérez, en su libro *El niño de tres a los siete años*, y Egger, en otro magnífico sobre el despertar de la inteligencia, no nos hablan de ello. Y ahí tenéis al nene con sus limas plana, triangular, escofina y escoplillo, en una mano, el hierro en el husillo de las muelas del torno, descifrando un punto oscuro.

Los juguetes del armario están inconsolables. No les hace caso el nene tiempo ha. Ese niño se ha acostumbrado a regir su vida como si hubiera leído a los epagógicos de nuestros días y despreciara los epistemáticos de otro tiempo. ¡Y con lo bonitos que esos juguetes son!...

Pero, qué queréis... Sully tenía razón; hay una ciencia del niño, todo nene es una cosa aparte; él sabe lo que hace mejor, vaya, mucho mejor que si conociera a John Dewey.

Los juguetes quieren jugar con él. ¿Cómo, siendo tan adorables, no les hace caso? ¿Es que los niños no son ya como los pintaron en sus deliciosas estampas Aldin, Dulac, Métivet, Rackham, y, sobre todo, Heatls Robinson y nuestro Sancha? Sin duda son de otra manera; son como quieren que sean esos educadores inexorables que se llaman Cornings, Tarieta, Johnson y Henderson...

Esa caja de terribles soldados de artillería; la caja del *Arquitecto moderno*, con sus mil trocitos de madera en colores diversos; el organillo de manubrio, con sus piececitas inefables, su *Sambre et Meuse*, su *Regen des Vaches;* el tiro de seis caballos montados por payasos y cairelados con docenas de cascabeles; el circo y los toboganes; los muñecos pintarrajeados en trapos a caballo en perros rellenos de serrín; todo eso, gesticulando en los anaqueles del armario, parece que se impacienta y llora el desvarío del nene, de un niño que no llegó a la edad que Hall, Woods y Hutchinson llaman de los intereses inmediatos concretos, de un chiquillo que debía sorprender en sus juguetes los rasgos humanos que Charles Le Brun vió en las buenas bestias, y Nicholson en las letras de los alfabetos.

Mientras los preciosos juguetes del armario quieren jugar con él, el nene

rubio trabaja. Las fierecillas del álbum de Benjamín Rabier, no tienen cara más feroz que estos juguetes desdeñados.

Y no es que la edad cronológica, de Binet, haya sido superada por la edad psicológica de Hero, es simplemente que el niño encuentra placer mayor en trabajar que en husmear por el armario y dialogar en alguna de las tres clases de sonidos, de Aristóteles, con esos artefactos tan luminosos y excéntricos fabricados según los consejos de los educadores a los artesanos de la juguetería y las baratijas.

Quisiera yo ver aquí, ante el nene, a Max Enderlin para que añadiese algo nuevo a su significación de los juguetes en el alma de los niños, a Ladislao Nagy, para que se entusiasmara de admiración ante esta fase singular del interés infantil puro.

Uno de los adornos del armario se empotra en la cabeza de un oso que fué despanzurrado sin piedad; al lado, un mono con la librea de los zínganos que tocan los valses lentos de Worsley, pone su mano desteñida, sobre el capirote de un arlequín cuyos faldellines o zaragüelles casi tapan una caja de dulces, desde luego vacía. Un baby de madera surge de esta caja llevándose los dedos a los labios, y tiene al mismo tiempo su carita tan inteligente expresión, que parece dar la razón a nuestro Turró, a nuestro Pi y Suñer. Más lejos o más cerca, arriba o abajo, colgados o en montón hay todo un paraíso, escopetas con flechas, bolitas de colores, barquilleras, coches con sus troncos enjaezados, redes con pelotas de goma que tienen el encanto y la apariencia de enormes bombones, palas, cubos, espadas, látigos, rompecabezas, carretas, peonzas armónicas, un timbre colosal que arrastran con orgullo dos alazanes, pianillos, aros, cajas de pinturas, cornetas, un acordeón, una gigantesca esfera del Mundo, que estuvo, «un día», llena de caramelos y que pende del armario, «hoy», con los hemisferios cambiados, como si Matías López la hubiera encargado a los pacifistas de Versalles...

Y el nene rubio vuelve la espalda a todo eso; y hasta el oso ruso se tapa las orejas para no oír el agrio sonido de los cortafríos, los atizadores, las brocas y las cizallas, el dulce traqueteo del mazo en las toscas acopladuras de más o menos encaje, ajuste, espiga o cola de milano, el roce de los edentajes, el desbaste por la gubia de la madera sobre el torno, el aserrar áspero del bocfil...

Qué le vamos a hacer... No es tiempo de literaturas ni de azofaifas; hay que caminar de prisa. Meumann, Pihlmann y Troschim han dicho eso a los niños de hoy, y en paz. Y si dudáis que sea ello posible, leed, si os queréis tomar esa molestia, el trabajo de Gottlieb Friedrich sobre el genio observador psicológico de los niños. Hoy son así y los vemos así; antes, los literatos los veían como nos ha descrito miss Innes que convenía a esos señores verlos.

Meter un clavo en la madera sin que el clavo se tuerza al primer martillazo, serrar un trozo de pata de mesa sin que los dientes del serrucho hagan notar la falta, en el banco, del barrilete o la calza, limar un pedazo de hierro y verle platear al paso de la escofina, ¡oh!, eso es para el nene de cuatro años tan delicioso como era antes a todos los niños poner en fila soldaditos de Nuremberg. Los tiempos son los nuevos tiempos. Ellen Keid, en su *Siglo de los niños* pedía para ellos un ambiente de belleza. Su padre puso a ese nene, detrás de él tan hermoso armario, porque creía en el influjo de los colores y las formas: y el nene se ríe de su padre y de la caricíosa Ellen Keid.

Apenas se levanta, ya pide su mandil de obrero, y a trabajar. Hay que lavarle la cara allí mismo, en el banco de la labor, y separar la prensa de encolar y el calderillo para ponerle, ante los grandes ojos de donde el sueño no se fué del todo, la escudilla del desayuno.

¿Y sabéis quién se lo manda, quién le ha enseñado a eso? No lo creeréis; él mismo. Su padre no ha tenido en ello ni arte ni parte. Por el contrario, su padre le quiere tanto que cayó en todos los lugares comunes de la pedagogía sentimental y hasta fué tan

bobo que anotaba en cuadernos las leyes que creía regulaban su crecimiento y naturaleza moral. Decía Goethe que los hombres son limitados por fuera pero ilimitados por dentro; esto en los niños llega a puntos de asombro. ¡Oh, diarios de Preyer, de Compayré, de Romanes... tan lejanos como las literaturas infantiles de Amicis! Sólo parece tener razón la señora Montessori. La autoeducación; he ahí el secreto. Ni Kindergarten, ni Casa dei bambini, ni Jardines de la infancia, ni Escuelas del bosque; «nada de diversiones propias de niños enfermizos», dice Ferriani, y el nene rubio lo dice también.

Un día pidió un banco de carpintero y hubo que hacérselo en veinticuatro horas. El menestral que lo hizo se quedó mirándole al nene largo tiempo sin saber qué partido tomar y con los ojos como platos. Después pidió un yunque; se le ha preguntado para qué quiere el yunque y ha contestado que lo quiere, y en paz. El aire de su respuesta ha demostrado que quien pregunta es él y nada más. William Boyd no se equivocaba en su trabajo *Las preguntas de los niños*. Menos mal que este buen inglés asegura que no pasa de la edad de cuatro años ese gesto de curva ascendente.

Un día cualquiera, al andarle en los bolsillitos, el padre va a tropezar con un recibo sindicalista. No os riais; es lo único que le falta al nene rubio para ser un obrero completo de nuestros días.

Un rayito de luz este nene rubio tan bello como esos alegres angelotes danzarines de la incomparable *Cantoria*, del Donatello... Pero ¡qué distancia entre ellos y él!... Tanta... tanta, como de aquellos tiempos a éstos, como de aquellos serenos días en que el Arte regía la vida de los hombre a estos días en los que el hombre no puede creer ya sino en su duro trabajo inexorable.

Martillando, martillando siempre..., ensamblando piececitas, ensayando, en las maderas, bosquejos de jabalcones, carriolas, virotillos, ristrales, riostras; talones y sopandas, tramando armaduras a golpe sin duelo que estremece la casa entera.

¡Ah, nene rubio!, esa señora que te da la razón, esa admirable discípula de Guido Bacelli, tiene un lema que la portera de la casa se ha encargado, en otro lenguaje, de recordar al padre: «Haz lo que quieras a condición de que no moleste a tu vecino.»

*

¡Bravo, bravísimo!... ¿Eh, qué tal? ¿Tiene o no tiene ese nene sangre de virtuoso en las venas? ¿Han visto ustedes cómo, una vez el violín en sus manitas, su divina cara se baña de una expresión deliciosamente pedantesca? Y eso que el violín costó unas cinco o seis pesetas. Por los manes de Tartini, ¿qué sería si el dichoso violín fuera de Stradivarius, de Guadagnini, un Montagnana, un Guarnerius?

Ven aquí que te coma a besos, hijo mío. Pero... tú, ¿qué sabes de pasiones, de sentimientos y de sensaciones para darnos ya la máscara de su expresión, los grutescos de sus vibraciones? ¿Dónde te han dicho que la inspiración es proporcional al grado de aptitud para sentir al unísono con los fenómenos que nos conmueven, a la facultad de transformar esas emociones en sonoridad?

Ved esa cara del nene y decid si ese niño no ha visto en alguna parte tocar a Isage, a Sarasate, a Joachim, a Petschnikow, a Vecsey, a Marteau, al mismo Paganini...

¿Qué necesidad tiene ese niño de leer el libro de Hébert? Su mano se conduce como si hubiera leído su anatomía en Levacher o en Gruveilher. Nada de movimientos inútiles; una disociación perfecta de los movimientos musculares. No necesita de los consejos de Marmontel, nada tiene que enseñarle Demeny.

Es verdad que ese arco roza las cuerdas de una manera un tanto diabólica; mas, qué queréis, el niño es pequeñín y las cuerdas de su instrumento asustarían a un Savart, a un Rambeaux. Unicamente a fuerza de resi-

na ha podido el nene hacer que suenen y vencer las leyes de la vibración de las cuerdas, las leyes famosas de Nerseune y de Taylor. Pero suenan, y eso es suficiente, más que suficiente, para que, amigos míos, su padre no eche de menos a Thibaud, a Kubelik, al mismísimo Kreissler; sí, señores, al Kreissler del *Ronano*, de Beethoven.

¡Ah, si esas cuerdas fueran de Angelo Angelicci!, pero no olvidéis que el violín todo entero apenas pasó de un duro de precio y que el precio, no el niño, tiene la culpa de que las cuerdas de *mi, la, re,* y *sol* desobedezcan los principios de la tensión y de la resistencia, todo ese galimatías de que el número de vibraciones ha de estar en razón inversa de su diámetro o de las raíces cuadradas de su densidad.

Si Beriot hizo maravillas era porque tocaba un Maggini; Servais y Sarasate poseían Stradivarius; Paganini, un Guarnerius, como Vieuxtemps: ¿qué hubieran ellos hecho sobre un violín como el del nene? ¿Qué hubieran hecho ellos, vamos a ver, con un arco que, en vez de un mechón de crines blancas de caballo, tiene unas hebras de hilo de algodón?

Y, sin embargo, el nene no se arredra y ahí le tenéis venciendo las dificultades más formidables, luchando a brazo partido con una caja que es una carraca y hasta permitiéndose el lujo de hacer con los sonidos lo que le da la gana; igual, igual que el más perfecto de los virtuosos. ¿Y por qué no ha de atreverse el nene, cuando el mismo Sarasate, en el *Allegro del Concierto*, de Beethoven, se permitió tejer en el divino tema las sorpresas más difíciles, más suyas?

¡Oh, es en eso en lo que he conocido que mi nene está en la posibilidad del virtuosísimo más audaz! Mirad, hace lo que quiere; la delicadeza, la elegancia con que hace lo que le da la gana, es magistral, incomparable. Sthendal adivinaba esto cuando decía que en música todas las faltas que se cometen por exceso de pasión pronto se perdonan, como en el amor sucede con las que tienen por causa amar con toda el alma. Y todas las faltas que comete el nene en su violín son por exceso de pasión, de una pasión de un corazón de cuatro años pero absorbente, avasalladora, hasta el punto de que si el violín tuviera ojos, ya se los habia sacado. Figuraos que, a veces, sorprendido él mismo de lo singular de su genio, deja de tocar y mira y remira su violín como si lo viera por vez primera, liándoselas a trastazos con él, o metiendo por las efes la contera del arco, con el sano propósito de hacer saltar la tabla armónica.

Exceso, exceso de genio; no lo dudéis. Es genial, sumamente genial y del más acendrado virtuosismo extrañarse uno mismo del instrumento que toca. ¿Y qué velocidad de dedos, por Viotti y Monasterio, qué vertiginosa rapidez la de ese angelito, qué mar sonoro y tumultuoso, cuando le da por ahí, y el cuerpecillo bascula hasta perder el equilibrio y «las cuerdas agitadas por mágico poder»—como se decía de las de Paganini—saltan cada una por su lado?...

Con qué gentilísima gracia se burla mi nene del ritmo y del tiempo, ¡oh, un virtuoso no lo haría mejor!, y el huraño Beethoven acertó sin duda cuando en una de sus cartas llama absurdas esas denominaciones de allegro, andante, adagio, presto, y demás. Kalbrenner ha dicho que la velocidad no es fruto de un número enorme de ejercicios, sino de la ligereza, y ésta, ideal, flúida, es la que posee mi nene en un grado tal, tan elevado, que quien la escucha no sabe lo que oye; lo mismo, lo mismo que en los virtuosos ilustres.

¡Ah!, pero si no se oye, se ve; y he ahí la cuestión. Hoy la música se ve más que se oye, y, como mi hijo parece saberlo, heme aquí embobado viéndole con ese violín en las manecitas, empeñado en hacer música visual y pictórica, ni más ni menos que un virtuoso de los de fama indiscutible.

Bellos ojos los suyos, esos grandes ojos negros, extasiados ante el gramófono cuando él mismo pide los discos de grandes violinistas para hacer él *lo mismo* luego. Quiroga, Szigeti, Cos-

ta, Heifetz, Manén debían contemplar a este pequeñín oyendo el *Movimiento perpetuo*, el *Tamboril chino*, el *Zapateado* o la *Tarantela*..., para *ejecutarlos* él luego, en el sentido criminal de la palabra.

Ejecución que suele con harta frecuencia ser completa, pues en ella entra el propio violín. Como que llevamos ya unos cuantos sacrificados a las tenazas y los martillos.

★

¿Cómo educar este muñeco?... Diablo, diablo... Ahí está el monísimo nene rubio, casi en cueros, sobre un pedazo de alfombra entre sus juguetes, y cuanto más le miro más ganas me dan de entregarle estos librotes para que... los destroce con sus manecitas. ¡Habráse visto niño más desvergonzado! ¡Pues no se está educando a sí mismo, sin pedirme opinión el muy tunante!...

Esforzaos, como yo, para entender eso del desenvolvimiento natural del niño, del método orgánico de Jhomson, de la escuela de Fairhope; andad, desojaos, como yo, para comprender una sílaba del grado de educabilidad de Herbart. Mientras perdéis el tiempo con Froebel, Fechuer, Tetens, Wundt y Satanás, él, el nene, os mirará como me mira a mí, riendo, burlándose, sí, señor, burlándose de la más deliciosa y lamentable manera.

Lamentable, lamentable..., ¡qué fuerte e impropio es este adjetivo!... Vamos a ver, ¿es lamentable que la boquita más mona de este mundo sonría al veros tan preocupados con el asociacionismo inglés, en las curvas del trabajo mental de Kræpelin, en la psicología cuantitativa de la muy respetable señora Yoteyco?...

Porque el nene sonríe de eso, no cabe la menor duda; *sabe* que os estáis ocupando de él, que, por su causa, más os convendría que a él aplicaros vosotros mismos la curva de la honorable señora Yoteyco para la fatiga ergográficamente medida. ¡Ah, qué gasto inútil de fuerza mental ese de querer entender el alma de un niño que se tiene delante de los ojos y que es un pedacito de vuestro corazón!...

Y todavía este maldito librote me dice que mi nene puede reducirse a una ecuación. ¿Que podéis esperar de un hombre que se llama Weber Fechuer? Diablo, diablo..., o estos hombres de nombres tan raros no tienen hijos, o, señor mío, ¿cómo es posible, teniendo un ángel de éstos profundizar en psicogramas, en *tests*, en la genialidad personal, de Jacnes, en el tacto espiritual del maestro de Natorp, en las diferencias de Kirpatrik, en los trabajos del doctor Tissié, en la sustantividad de la paidología, de Chrisman, el tipo de mentalidad, de Binet y Simón, los endemoniados pensamientos de un Meunan, de un Claparéde, de un Stern, de Sikoursky.

No ha de reír el nene... Mientras yo leo las cosas más extrañas, él, sobre la alfombra, martillea la cabeza de un militarote que haría las delicias de Tanemberg y Claussevitz, con el puño de un sable. Malos tiempos corren, querido mío, para esos fantoches que tu golpeas. ¿Es que lo sabes, es que adivinas todo eso de la intuición de Pestalozzi, la percepción de Rosmini?...

Los niños son de una mentalidad bien realista, dice precisamente aquí, en este libro tudesco que tengo ante mis ojos. Sin duda, el ángel rubio presiente lo que está pasando en Europa; es muy posible. Tiehem, Brahm, Stanley, Münsterberg, hablan de estas posibilidades. Ni sé lo que me digo. Sólo sé que su visión empaña mis ojos en lágrimas y que cualquier movimiento suyo tiene para mí una trascendencia enorme. Motivos musicales parecen envolverlo todo, y contemplándolo oigo dentro de mí notas de el *Cuarto de los niños*, de Mussorgsky; de *Juegos de los niños*, de Schumann; de *En el hogar*, de Esplá...

Después de todo, la señora Pizzigoni, en su escuela de Glüsolfa; las escuelas de bosque alemanas, las escuelas libres, las *Landersichchungsheine*, del doctor Liszt; las del doctor Roddie, las *Ecoles des Roches*, ¿qué hacen sino lo que yo hago en estos momentos, ver, simple-

mente ver qué cosas te ocurren? ¿Cuál es la raíz de la originalidad, cómo reacciona ésta ante el influjo educativo? ¿Qué encierran esos gestos tuyos, tan graciosos, tan candidos?

En otro librote, que acabo de leer, me dice un holandés que los persas no veían sus hijos por primera vez hasta el día en que cumplían los siete años. ¿Sería posible esto? Será posible pasarse la vida sin sentir esos años cristalinos, ese tiempo dulcísimo, que sumerge el espíritu en la propia infancia, que inspira tan profundos e indefinidos pensamientos, sólo ponderables en almas como la de Rymsky; ¡oh, adorables, cien veces adorables sus *Poemas de niños,* en corazones como el de Debussy!, ¡oh, su divino *Children's Corner* escuchado a través de una maga interpretación de Risler!

Ahora no golpea el nene al espantable soldado con el puño del sable; de la vasta caja ha sacado su manecita encantada nada menos que una locomotora, y con ella qué estropicio en la cabezota de serrín. Y ríe el nene y me mira y con su lengua de trapo murmura no sé qué cosas en ese divino lenguaje que parece dar la razón a Lagardelle, consonantes y vocales sin diferencia en su articulación, música dulcísima de un entendimiento puro, receptos de Romanes, abstracciones de Tain, de Pleyer, encanto de quien lo escucha.

Los libros..., los libros valen menos que tus juguetes. Dejemos a Bain, a Gley, a Vaschide, a Dewey, a Sarto; tú eres tú, querido nene; un hombre, no un hombrecillo, un hombre nuevo. Sin duda, has venido porque tienes algo que decirnos. ¿A qué estudiar el valor de las ciencias normativas para tu educación? ¿No eres tú, por ventura, un ser aparte, como la clásica figura de Langer nos muestra a los niños?

A un lado, a un lado estos librotes. Mira, nene: toda la mesa está llena de ellos, tan llena como de juguetes tu alfombra.

El mejor libro, ¿no será verte jugar? ¿No será el más insignificante juguete tuyo de un valor superior a todos estos libros tan inflados de sabiduría? Adorable silueta, monísima esa figurilla tuya entre tanta baratija. ¿Qué necesita ella del método Froebel para divertirse? Cuando más gozas, ¿no es cuando estás más solo, cuando nadie te ve?

Habla, habla con esos juguetes tan lindos, querido mío. Una palabra tuya significa tantas cosas... ¡Eh, picaruelo!, bien defendido estás, un perro a cada lado, los colocaste tú así; cerca hay un caballo grande, grande; para subirte en él hay que acercarte un sillón, pero tú quieres el caballo así, grande, muy grande. ¿Por qué? ¡Ea..., dejemos los porqués; vuelta a los libros dichosos! ¿Por qué los hombres modernos estamos preocupados en saberlo todo? ¡Oh, esos caballitos bayos tirando de un enorme timbre! Tiene gracia, mucha gracia, que nada menos que dos caballos empleen su esfuerzo en tirar de una cosa tan inútil. Mas tal vez el verdadero mundo deba ser una cosa así. Ese timbre colosal da, al marchar, unos sonidos preciosos. ¡Tenéis los niños un oído tan *vuestro!*...

Aquí tengo yo sobre la mesa un libraco que habla mucho de ello, un viejo libro de Sgger.

Cuando uno quiere ser feliz se vuelve niño, y entonces, ¡ah entonces!, qué bien suenan esos timbres, qué dulcísimas son esas cajitas suizas de música como la que tú te has guardado en el bolsillo. Y como esos ruidos son esos bolos, esos monos ingleses, esas panoplias con sus herramientas minúsculas, esos carritos con tanta campanuela, esas marionetas que, puestas en los dedos, nos ridiculizan de tan severo y profundo modo a los hombres grandes, a los grandullones que leen librotes como éstos, como éstos, hijo mío, en los que yo pretendo encontrar el secreto de... arrebatarte tu risa celeste; esa risa que es, como tus monos, como tus moharrachos y fantoches, como tus esquiloncillos y cascabeles, que suena como tu cajita suiza de música, como tu armónica alemana, como tus carillones...

Yo, que te quiero tanto, tanto; que lloro de placer viéndote entre tus juguetes, estoy estudiando en estos li-

bros el medio de sustituirlos. No he escarmentado, hijo mío, y soy tan malo, tan hombre, que ando buscando en las ideas de otros hombres recursos lo suficientemente fuertes para arrebatarte tu felicidad y hacerte ¡todo un hombre!...

Pronto, pronto, un hombre; es la consigna, hijo mío. Los hombres se gastan hoy a escape y hay que tener otros almacenados. Un hombre al que el Destino golpee en la cabeza como tú a tu militar de serrín, un hombre de esos que olvidan, como yo he olvidado, que la delicia de esos juguetes no vuelve jamás.

Bien es verdad, nene rubio, que los hombres nos consolamos pronto; con saber que Elbinghaus ha encontrado que la curva del olvido es logarítmica, ya estamos alegres. Y estos juguetes de las ideas nos entretienen de la desgracia de haber tenido maestros que nos separaron de los otros.

Es como si una mano mala quitase el laúd al angelito divino del Rosso Florentino y colocara su cabeza apoyada pensativa en las manecitas, como el ángel de Rafael, en la Madona de San Sixto.

★

Mientras cae la nieve se hace la cena. El encanto inagotable de los Belenes. Esa noche tan mala es la noche buena por excelencia. El nene toca y danza, como los angelitos de Ghuirlandaco en Santa María Novella, cerca del árbol que entre sus escarchas, cadenetas y guirnaldas ofrece lindísimas fruslerías traídas de Oriente por hombres muy buenos, por padrecitos algo brujos que los pintores sorprendieron gracias a que los artistas suelen vivir cerca de los tejados. A veces, el nene se sube también al tiesto que sostiene el árbol, como el pequeñuelo de la alegoría del Giambellino, y todo amenaza irse abajo.

Un día, allá por el año 750 de Roma, en Palestina, Asia, donde han sucedido siempre las cosas más bellas, tan bellas que casi siempre resultó que no sucedieron, nació un nene al que le estaban reservadas misiones verdaderamente excepcionales. Hace ya centenares de años que los niños celebran ese feliz suceso. Probablemente nunca, nunca, dejarán de celebrarlo. ¡Ay de ellos el día en que no se acordaran, al llegar los últimos días de diciembre, de que en tal fecha nació el admirable Consolador! Entonces la poesía habría huído del mundo. Entonces los sabios habríanse salido con la suya; esos sabios que tienen la culpa de que cada vez sintamos menos las cosas, seamos menos niños. Porque llega un tiempo, maldito tiempo, nene mío, en que nos echamos a reír cuando nos hablan de los magos barbudos cargados de juguetes y si apenas vemos en los relatos otra cosa que la maestría con que fueron descritos.

Los poetas, los hombres de letras, cuidarán, velarán porque esa fiesta no perezca. ¡Es tan dulce arrimarse al calor del fuego mientras el nene juega y canta, y recordar entre turrones y panderetas que se fué como ese nene es!... Como él, creímos que el buen rabí nazareno había nacido así, en el pesebre de un clan, entre un buey respetuoso y una mula pensativa, entre ovejitas y luminarias, entre angelillos y pastoretes. Esos hombres de barbas tan luengas como los gnomos de los cuentos, son reyes; se encontraron los tres sin buscarse en el desierto caldeo, y no se asombraron de esperarse unos a otros sin haberse citado. Ya reunidos marcharon a Belén guiados por una estrella de hojadelata con cinco puntas y un rabo muy largo. Van sobre dromedarios, en unos *hadan* esplendorosos, y dos son blancos y el otro es negro. Le llevan al niño Jesús juguetes admirables fabricados en Nuremberg, árboles cuajados de muñequitos, de trenes, de soldados de plomo, de escopetas que tiran balas de corcho, como debían ser la de los hombres también, de tamborcillos y además dátiles dulcísimos de el Shelebbi, que al pasar por la Arabia cogieron en los *nakhil*...

Los niños lo saben todo, ¿verdad, nene rubio? Entonces había trenes como hoy y túneles y puentes colgan-

tes, y ese rey mago de la India no había leído una palabra de los Puranas de los Upa-Angas, que escribiera Vyasa, ni conocía el Ramayana, ni el Mahabharata. Los pastores comían migas canas o gachas como los rústicos de hoy, y precisamente bajo un árbol, para que al aparecérseles el ángel de la buena nueva tuviese ramas donde colgarse y no se cayera al caldero o se hiciera pedazos. En los estuarios las lavanderas bregaban de firme con coladas y palas mientras se bailaba en los cotos a pesar de la nieve. Los angelitos espolvoreaban los árboles y praderas y madreñas de bosques con escarcha, para que el mundo se vistiera de blanco. Y en un picacho, najarra sólo accesible a los aguiluchos, el feroz Herodes, saliendo de una ciudadela de trapo arrugado ordenaba a sus sicarios y jayanes matar niños, muchos niños, todos menos el que quería matar, como sucede en todos los cuentos que se han contado en el mundo...

¿Eh, nene?... El pícaro Augusto quiso saber cuántos súbditos tenía y, para empadronarse, salieron en un borriquito María y José, y anda que te andarás llegaron a este país tan bonito, donde los caminos están cuidados con arena finísima. Por ellos vienen los que llevan alguna cosa al niño Jesús, quiénes jamones, otros jaleas, otros tortas, pero jamones casi todos. Los judíos no comieron ni comen carne de este inmundo bicho, pero aquella noche sucedió eso, y tanto peor para nosotros si no sucedió.

En los cruces de los caminos unas pobres mujeres venidas de Castilla la Vieja se colocaron a vender castañas asadas. Cuando hace frío al nene rubio le gusta llenarse las manos con castañas calentitas, y si eso es tan bueno, ¿por qué no había de suceder eso aquella noche?... En los lagos bogaban barcos de dos chimeneas, y el humo era de algodón, y por los cerros subían como tanques los automóviles cargados de viajeros de la casa Cook. Eso sería o no sería, pero así lo ve el nene en los Belenes y le parece de perlas. Si no estuviera todo eso ahí, los niños lo echarían de menos. ¿Los niños sólo?... Y los grandes también. Esas cosas y sucesos imposibles, esos absurdos deliciosos, esos anacrónicos y fantásticos muñecos y paisajes, qué dulzura derraman sobre el alma inquieta turbada por la verdad.

El buen labriego castellano, con su jamón a la cabeza, no se asusta ni pizca al toparse en su camino con un candelabro judaico de siete brazos, en los que arden a escape con el pabilo colgando velitas de tres colores. Más allá, una aldeanota asturiana se ha caído delante de un tren, y ¿por qué ha de sorprenderse? Aquella noche deliciosa los ángeles andaban sueltos por la tierra, las montañas eran de tela barnizada; las rocas y collados, de corcho; el agua, de cristal; las ciudades, de cartón; los borreguitos, además de sus cuatro patas, tenían una peana para que se sostuvieran mejor, y aquí y allá se paseaban orondos cerca de los calderos unos pavos, ansiosos de que los cocieran en ellos.

La verdad, nene mío, la verdad... ¿Qué será la verdad? Dios quiso ser hombre, a ver qué endemoniado asunto era el ser hombre, y nació en cualquier parte. Los niños saben mejor que nadie qué cosa es ser Dios hecho hombre. Los ángeles despertaron aquella noche a todos, a reyes y bichos, a rústicos y á soldados. Los hombres dormían a pierna suelta, sin saber que entre ellos había nacido el Mesías; siempre en la Tierra ha sucedido lo mismo, todo lo que vale algo ha surgido sin darse cuenta nadie, y no pocas veces se han enterado cuando ya no había ni rastro. Pero los ángeles avisaron a los perezosos, y allá fueron todos a ver qué cosa era un hijo de Dios. Y viendo que era como todos los niños, se echaron a bailar. Al menos así los ha puesto el nene ante el portal de Belén.

Al amor de la lumbre, los gritos alegres del nene rubio alejan los cuervos de la incertidumbre. Mientras el alma acongojada se pregunta por qué no será verdad que Dios tuviera un hijo, el nene coge al pastor reacio y lo sube de un tirón desde el caldero de las gachas a la puerta de Belén. Y esa

mano de cuatro años coge un soberbio automóvil de metal lleno de señoritas con sombreros enormes y lo coloca al lado del pastor, en el radio de luz roja que la bombilla eléctrica de Edison proyecta sobre el niño Jesús. Nadie se asombra allí. Si esas criaturas de metal o de barro pestañearan, el niño se regocijaría en vez de asustarse. Lo que siente él es que el niño Jesús no juegue con él, que todo ese Belén no palpite de la alegría que le retoza en el cuerpo.

Cuando las aspas del molino manchego voltean en las colinas del Hebrón merced a una cuerda graciosamente disimulada; cuando el agua salta en surtidor por obra de un simple artificio y la lluvia salpica los campos en que Booz se enamoró de Ruth, el niño encantado aplaude y saca en su cuna de barro al hijo de Dios y lo pone cerca del molino y del agua para que lo vea. Y las panderetas y las zambombas acompañan el asunto. Si todo el nacimiento se moviera con vida propia no se asombraría mi nene, no. La boca llena de golosinas, ¡con qué ternura mira el nene todo eso!... ¡Con qué ternura hemos mirado todos ese tinglado tan bello! Mas un día saltó al pecho quién sabe qué garra desconocida, y desde entonces no hubo paz.

Allá, dentro de la conciencia, una voz ordenó al espíritu marchar hacia la verdad sin más contemplaciones. Y el alma halló con desconsuelo que en tiempo de Jesús no había automóviles, ni trenes, ni en Genesarills ni en el mar Muerto bogaban vapores de hélice, ni en los caminos alumbraban bombillas de luz eléctrica...

Ahora el nene ve como un día vimos nosotros. La nieve cae. Hace mucho frío. Mientras la nieve cae se hace la cena.

Y la misma, la misma voz que nos dice: «Tú no tienes derecho a alegrarte, porque no sabes de cierto si Jesús nació siquiera...» Esa misma voz pone en los labios del nene rubio una pastorela dulcísima.

★

Un rincón de la sala pagado a precio de oro. Es el tercer recital. Se le ofrecieron miles de pesetas por otro concierto; el artista no quiso acceder. Para escucharle se han vestido las mujeres fantásticos trajes de vestidos rarísimos. Los cuerpos de esas mujeres deslumbradoras parecen envueltos en tapices de Bokhara, en delirios suntuarios de Bilibine el ruso, de Wittold el polaco.

Es un homenaje a él. Por él esos brocados, esas túnicas de seda color de azafrán, color mostaza, color de flores exóticas, color de marfil; esos atavíos de raso, esos mantos que parecen urdidos con physalis del Japón; esas pieles cibelinas, Chinchilla, Kolinsky...

Son mujeres de Rops, de Guys, de Renoir; obsesiones de luz y exaltaciones de color de un Blamise Young, de un Gustavo Klimt; líneas, esmaltes, decoraciones de Anglada, de Bakst, de Orlik, de Münzer...

Todo lo merece él. Ese murmullo delicioso habla de él, de sus manos divinas que lleva siempre envueltas en un manguito, de la fortuna inmensa de sus *tournées*. ¡Oh, cómo interpretaron esas manos tan bien cuidadas la formidable *Grosse Hmoll Sonate*, de Liszt, y la obra maestra de Beethoven para el piano, la *Hammer Clavier!*... ¡Qué ritmos, qué colores, qué pastosidad, qué morbidez argéntea del sonido!... ¡Qué manera maga de fundir unos sonidos en otros sin que los sonidos parciales de cada cuerda armónica se rozaran o hirieran!... Todos hablan de ello.

Venerables señores de impecable etiqueta recuerdan, posponiéndoles a él, a Yoritz, Rosenthal, a Porro, D'Albert, Bussoni, Paguo, Paderewsky Saüer... No, ninguno como él. Hoy le esperan en las obras modernas, tienen una inquietud angustiosa por oírle en estas obras de nuestro tiempo, de técnica rica, trabajada y pulida hasta que ella misma deja de ser un medio para ofrecernos la sorpresa de serlo todo. Le esperan en esas obras, en esas dificultades.

¿Cómo las vencerá? ¿Qué tal *Rag*

Time, de Strawinsky; que tal *Haleidoscope,* de Goosens; qué tal el *Llanto lejano del fauno,* de Dukas; el *Homenaje a Debussy,* de Malipiero; la *Tumba de Couperin?...* ¡Ah, qué efectos tan inesperados, qué contrastes sacó este hombre anoche en el *semplice* del andante *spianato* de la polonesa en *mi bemol!* ¿Quién ha interpretado a Chopin como él? Mackart y Kleczynsky se hubieran admirado de aquella digitación portentosa en la que cada dedo desempeñaba un trabajo prodigioso e independiente. Es el virtuoso por excelencia.

El padre ha traído al nene rubio, que mira atónito el ámbito de fuego del teatro. ¿Qué va a pasar allí? En el escenario, solo, magnífico, aguarda al virtuoso un piano, un *Alicuot,* que la casa Blühner fabricó para él, un piano científico en el que los sonidos se producirán con la delicadeza y profusión de una gama de colores, un piano afinado momentos antes por un especialista que acompaña al virtuoso con esa sola obligación, y que es a su vez en ese oficio un virtuoso educado por Avoni.

Aquel bellísimo pianoforte cuya trama de cuerdas parece un ala de querubín asirio, tiene para el nene un indecible encanto. ¡Ah, qué *pam pim* tan ideal!... El tenía en casa y tiene otro como ése, muy pequeñito, arrinconado entre locomóviles viejas y limaduras y virutas. ¡Y el nene que creía que aquello no servía para maldita la cosa!... Sólo alguna jovencita, que anda como puede entre los ritmos y tiempos de Czermy y las ediciones Tausig, de Clementi, mira el precioso mueble con ojos como los del niño en los que hay estupor, envidia y miedo.

Miedo sobre todo. ¿Qué rara realidad puede salir de allí? Y el nene mira a todas partes, bien apretada en una suya una mano del padre.

Pero lo interesante es él, y él está allí. Los murmullos y los aplausos le han envuelto, apenas ha salido, en una aureola de gloria. Le esperan aquella noche en pasajes que entrañan dificultades enormes y saben de antemano o se lo figuran que los vencerá. No le animan, le felicitan por anticipado.

El es un hombre hermoso, melenudo, vestido con severo traje irreprochable. Sus maneras son las de un gran señor. Es una delicia verle saludar; qué movimientos tan elegantes, tan soberbios en su aparente humildad cortesana. Qué maestría la de ese hombre para disimular, en una modestia de seducción irresistible, el orgullo de su inmenso amor propio.

Anda como debe andar y no de otro modo; al sentarse, un murmullo de admiración acoge aquel movimiento tan incomparablemente ejecutado. ¿Y el silencio? ¿En qué lugar de la tierra y por qué causa se produce silencio tan absoluto? El nene, que le seguía *comiéndosele* con los ojazos abiertos como nunca los vi, se inmuta ahora de ese silencio brusco.

Y ha sido él quien ha pedido ese silencio con su actitud, con un imperceptible gesto, con sólo acercar sus manos al teclado.

¿Las obras? Las obras son lo de menos. El lo es todo; su pulsación, la limpieza de su mecanismo, su tecnicismo estupendo. Lo demás..., ¿importa alguna cosa lo demás? ¿Quién va dispuesto a sentir las obras? Pasión, brío, suavidades, ondulaciones, el calor, el aire, lo que hace la mano derecha, lo que hace la mano izquierda, la dificilísima posición del cuerpo en ese vendaval de armonía, o en esas agitaciones trémulas y exquisitas, eso es lo que intriga. El autor de la obra interpretada, ¿qué significa en estos momentos? ¿Por qué no hemos de conocer esa obra a través del temperamento de este hombre?

A través de un temperamento... Carácter, individualidad poderosa, eso, eso es lo que todos buscan. Debussy, Fauré, Szymanowsky, Ravel, Prokofiefl, Scriabine, sí; pero vistos a través del genio y de la voluntad de este hombre tan pulcro, tan elegante, que gana tantos miles de duros, que durante años y años ha estudiado durante veintitrés horas diarias cómo debe ejecutarse un *rubato,* un *legato,* un

meno mosso..., como es posible relegar en el corazón de los oyentes las bellezas claras de la obra de arte a los milagros de una ejecución estupenda que nada dice al alma, pero que la turba y la aturde...

Y por Nin, que el nene lo ha entendido. Todo el camino, del teatro a casa, el nene rubio ha ido tarareando el diablo sólo sabe qué reminiscencias prendidas en sus nerviecillos durante el recital, agitando el cuerpo y las manos en el aire y hasta copiando el movimiento especial de la cabeza para echarse atrás unas melenas que el cosmético inmovilizara horas antes.

Este es el movimiento que el nene imitó mejor y de mayor buena gana. Sin él, tal vez no saliera bien un efecto...

Y ya en casa, en la leonera ibérica, en la *nursery* de los ingleses, el caos. El *pam pim*, que así llama al piano, ha salido en mala hora del olvido, y a trastazos y golpes ha quedado solo en medio de la leonera, solo y magnífico como el otro.

Magnífico... Según se mire. Es un mamotreto rojizo que le llega al nene a la barbilla cuando el nene está sentado, con una docena de teclas y otros tantos martillos, cuyo efecto en el alma haría las delicias de Jaell, pues así tendría un capítulo más en su libro sobre la música y la psicofisiología.

Y ante tal *Erard* el nene se pone muy decidido a copiar al gran virtuoso de la Comedia, y allí... podía Hébert, el autor del *Arte para desarrollar en los niños el sentimiento musical*, allí podía repetir aquello de que el valor del virtuoso no está jamás en razón directa del número de horas pasadas en el piano.

¡Qué ha de estar!... Gesto, canto y brazo ponense allí en erupción, y el nene recuerda la lección integral. Qué lástima no poseer un metrónomo, sería la idealización de la velocidad y el señor Fishbacher podría guardarse sus consejos a pianistas jóvenes.

Pero lo gracioso no es ello. El nene se pasea delante del piano moviendo la melena y, cuando le parece, se sienta de nuevo en el santo suelo; y vuelta a la ejecución, y otra, y otra vez, en pie, pasándose y atusándose los rizos bellísimos rubios.

Hasta que..., pena da escribirlo, el niño abre la tapa de la caja armónica y examina el telar de los martillos, el mecanismo interior; y, tal vez, por esos misteriosos influjos de que habla Dogiel, del ritmo sobre el sistema nervioso, allí es la última hora del piano. Los coeficientes respiratorios y circulatorios de la música, ¡oh Vaschide o Lahy!, se transforman en una obra maestra de carpintería y aquello de Beethoven: «la velocidad de los dedos hace huir toda inteligencia; toda sensibilidad», resulta traducido a que en un instante los dedos del nene rubio hacen desaparecer hasta la sombra del *pam pim*.

Es un nuevo virtuosismo, qué queréis. Weingartuer o el diablo se molestarían un poco; pero han destrozado en tan poco tiempo esas manecitas y esas minúsculas herramientas el *pam pim*, que este trabajo y este ruido consuelan del otro ruido y del otro virtuosismo.

AMAPOLA ENTRE ESPIGAS

Ella entonces, bajando su rostro, inclinose a tierra y le dijo: «¿Por qué he hallado gracia en tus ojos para que tú me reconozcas, siendo yo extranjera?»

Levantóse luego para espigar. Y Booz mandó a sus criados, diciendo: «Coja también espigas entre las gavillas y no la avergoncéis; antes echaréis a sabiendas de los manojos y la dejaréis que coja, y no la reprendáis.»

Libro de Ruth (versículos 10, 15 y 16 del II.)

I

ALLEGRO MA NON TROPPO. UN POCO MAESTOSO

¿Cuál de las dos tías adoraba más a su sobrina?... ¿Y a cuál de las dos tías quería la sobrina más? He ahí el problema. El registrador de la Propiedad don Raimundo Cesáreo de Peñaflor, que sólo hablaba para decir cosas trascendentales, afirmaba no haber visto en su vida felicidad doméstica semejante. A él, solterón de raza, viejo tenorio en ruinas, se le caía la baba contemplando aquel nido de tres pajaritas, dos de ellas tan viejas como él.

—No me explico—decía en el casino—el encanto de aquella casa. Todo está en su sitio y todo está limpio. ¿Limpio?... ¡Resplandeciente! Nada sobra, nada falta y nada estorba. Ni una arruga, ni una lágrima, ni una mancha.

Y así era, en realidad. Lo difícil consistía en saber si la tía Adelaida quería a la sobrina más que la tía Ezequiela. En cuanto a enterarse de la preferida por Margarita, o Marga, como todos la llamaban, eso hubiera sido imposible.

Acostumbrados como estamos a llamar a nuestra tierra valle de lágrimas, ¡qué cuesta arriba se nos hace creer en la felicidad ajena!... ¿Verdad que no creemos en ella, que nos resistimos a aceptarla o reconocerla, que presentimos en ella escondida una víbora cualquiera, un misterio cuidadosamente guardado?

Pues no, señor. En aquella casita no había misterios embaulados ni víboras escondidas entre las flores; lo que allí había era la muchacha más linda del mundo y dos cincuentonas guapas, rebosantes de dicha, amables y tan requetebién educadas, que el viejo Franklin las hubiera puesto en su *Manual de educación* como insuperables modelos.

Todas las tardes, hacía algunos años, el señor cura entraba en aquella casa, y desde que entraba hasta que salía, la voz del armonium, o del piano, o del arpa, frecuentemente las tres juntas, charlaban esas divinas cosas que la música dice a las almas.

Los campesinos pasaban andando de puntillas y, aunque nadie había en la puerta, se quitaban el sombrero.

—Están en su misa—decían.

Nadie y por nada hubiera interrumpido aquel concierto cotidiano. Se sabía que nadie debía entrar, y nadie entraba. Por lo demás, la puerta estaba abierta como siempre.

Nunca se había echado el cerrojo en aquella puerta. Bastaba con levantar

por fuera un sencillo picaporte a cualquiera hora del día para entrar sin más requilorios. Sonaba un timbre y aparecía, invariablemente, la señora Ezequiela, que, fuera quien fuese el visitante, hacía los honores de la casa con tan sencilla y profunda delicadeza, que se solía decir en el pueblo:

—Para salir de aquella casa, hay que echarle a uno.

Una mañana había ocurrido cierta escena espantosa en la población. Sucedió que las lluvias reblandecieron la tierra de los alrededores y un desprendimiento había sepultado a los moradores de una de las cuevas. El vecindario se puso a excavar y logró sacar vivos dos mujeres, un niño y un viejo, pero en estado lamentable. Los cuatro recibieron, durante dos meses, en aquella casa feliz, la asistencia más cariñosa. Marga hizo más todavía: una vez curados, siguió dando lección al niño, por el que cobró un inmenso afecto.

¿Y por quién no? Su alma encantadora quería remediarlo todo por ella misma. Su vida armoniosa, su salud admirable, el fuego de su sangre pedían un trabajo intenso. Ayudaba en el hospital a las hermanas de la Caridad, visitaba los pobres en sus zahurdas, socorría menesterosos, encontraba quehacer en las escuelas. Pero donde su actividad increíble desarrollaba eficacia y virtud era en el campo. Idolatraba esas vastas extensiones de tierra que dan pan a la ciudad, año tras año, sin que la ciudad devuelva al campo otro abono que el estiércol. Era frecuente ver a Marga entre recios muchachos, curtidos por el sol y el frío, dándoles lección de mil cosas agradables. Se habían acostumbrado a ella tanto, que acudían a su lado en cuanto la veían de lejos. Ella saltaba libremente entre ellos, encendida su cara como una amapola, fresca, graciosa, siempre hablando y riendo, con un bombón en los labios, flores en las manos, luz del cielo en los ojos. Su atrevimiento hubiese espantado a una señorita mema de esas que inventaron el galanteo y la coquetería. Les ponía las manos en los hombros, y aquellos jóvenes varoniles la miraban extasiados, cortando en seco toda audacia probable aquellos ojos claros, de irresistible franqueza, severos en su desbordamiento de vida y alegría.

Los trataba como a niños y les reñía si estaban sucios. ¡En el campo y no estar sucios!... Pues no, señor...; nada pide como el campo limpieza. Tenía la elocuencia del corazón, sabía hablar muy bien y les demostraba eso. Por agradarla, se esforzaban en estar limpios, y ello ocasionaba lances de inagotable placer. Les hablaba de Dios y de la ciudad, gorjeando como un pájaro. Ponía su empeño en que supieran leer, y su ingenio en alcanzarlo se hizo merecidamente célebre. Enseñó a leer y a escribir al tío *Lamecantos*, y esto, que en realidad fué un milagro de la voluntad, la dió fama de hechicera.

Sus dos tías colaboraban sin esfuerzo en esta obra. Jamás la aconsejaron cosa alguna. Adivinaban lo que quería, y sólo sabían besarla con apasionamiento en los ojos. La tía Adelaida, que era muy esbelta y debió ser muy hermosa, acostumbraba a coger entre sus manos la divina cabeza de su sobrina, y así la contemplaba mucho tiempo.

Un día de verano volvió con sus campesinos algo tarde. Venían cantando, muy alegres, ella en medio. Había colocado espigas y flores en los sombreros de todos y entraron en el pueblo como un vendaval de fuerza y bullicio. Les llevó a la bodega, que era muy pequeña y la mejor cuidada del pueblo, y les dió de beber cuanto quisieron. Para ello se subía hasta el borde de las enormes tinajas de Guareña y Castuera, y los que sostenían la escalera volvían los ojos a un lado para no verla las pantorrillas, que ella no cuidaba de cubrir.

Quitó de cuajo muchas costumbres imbéciles; venció innumerables envidias y comadreos, y obtuvo triunfos infinitos sobre un ambiente hostil y refractario a las grandezas del espíritu con sólo el prestigio de su belleza y de su audacia.

No acudía a otro medio. Venció las

críticas y los cabildeos con el orgullo de su poderosa juventud, y su conducta inmaculada oscureció las groserías y desvaneció las suspicacias. Los jóvenes la adoraban.

—Cuanto más brutos son, más me quieren—decía ella riendo.

Su alma deliciosa no era nada simple, sin embargo. Aquellos jugueteos de niña mimada respondían a profundas convicciones y no a caprichos sentimentales. Leía mucho.

—Leo más de lo que me conviene —solía decir.

Su gran amigo era el señor cura. Este hombre empezó su misión en la feligresía de mala manera. Las mujeres notaron que no era amigo de novenas y cofradías, y como esto les restaba un tiempo precioso que emplear en tan santa obra como es emplear el tiempo en algo, la disciplina eclesiástica se relajó y las murmuraciones llegaron al obispado. Luego se fueron acostumbrando y le dejaron en paz, que era lo que él quería, y pasaba muchas horas en el órgano y en el armonium. Los carteros habían enseñado el sobre de una carta suya, que decía así:

A Dom Laurent Jansses, O. S. B.
Rector del Colegio de San Anselmo, en el Aventino
ROMA.

Esto les tranquilizó mucho; un cura que escribe a Roma no es de temer. Además, de las chifladuras que el pueblo perdona más pronto, la música ocupa el primer lugar.

Adelaida había enseñado el piano a Marga; Ezequiela, el arpa; el señor cura la enseñó el armonium. Pero no así como así. El buen sacerdote entendió a su discípula, y la *sumergió* en el océano de la música religiosa, ese *canto che parla* que decía San Gregorio. La dulzura y elevación de esas melodías suspiradas en largos alientos fortificaron el alma de Marga, de sí ya nada débil, dieron vigor a los sentimientos de aquel corazón puro que nada temía. Se arriesgó aún más el profesor, y la dió a conocer esas obras últimas de todos los músicos grandes que han resultado sus obras maestras: Oratorios, Requiems y Misas, que son como aspiraciones a lo desconocido de almas depuradas de toda escoria por una larga serie de ensueños dolorosos.

La discípula se abandonó entera. Mientras tocaban quemábase incienso en la habitación, y las notas, empapadas en el perfume litúrgico, volaban hacia el Dios desconocido, llevándose sus almas, que, al descender al cuerpo, no eran ya las mismas y parecían traer consigo aromas y pensamientos de lugares donde no medra el mal.

Aquel misticismo sano y claro no aletargaba. No hablaba de misterios ni revelaciones. No hacía sangre. Insensiblemente quitaba peso al cuerpo, daba vigor al ensueño, abría las facultades del alma a los cuatro vientos del espacio, aireando con ráfagas del infinito los escondrijos del corazón, torpemente ensombrecidos por educaciones fatales.

¡Qué lejos estaba Marga de los delirios disparatados de aquella *Oración de una Virgen*, de Badarzewska, aporreada día y noche en el piano por las señoritas memas, sus amigas!... El sacerdote no velaba el corazón de la doncella con aspavientos celestiales o pudores deletéreos; le engrandecía, le daba robustez, le hacía capaz de concebir sublimes intenciones. Y Marga no soñaba..., hacía músculos, se asomaba al más allá con valor supremo, y su oración era deseo vivo.

—Debe ser fuerte, Marga, muy fuerte—decía el señor cura.

Aquella música, que a otros habla de tinieblas, la inspiraba amor, un amor dulcísimo, pero extraño. No caía en adoraciones monacales ni en piedades ascéticas; hasta sentía un exceso de sangre.

—A veces siento como si creciera... —murmuraba Marga.

Era su oración una plegaria. ¡Mas qué plegaria!... Un alma joven, llena de vida brava, recibía en plena cara los acordes sutiles, los armoniosos rayos de ese abismo sonoro que es en el océano Dios y en la gota, palabra interior; que es en *Parsifal* el *Durch*

Mitleid wissend Der reine Thor, y era en ella canción de vida, una Salve rara a sí misma.

En la existencia cotidiana, estas aspiraciones armoniosas tomaban mil formas a cual más encantadoras. Lo adoraba todo; en la acción más insignificante ponía su alma entera. Gritaba:

—¡Pero si aún no di de comer a las gallinas!...

Y corría salvajemente, a riesgo de tropezar en los mil chirimbolos esparcidos en la casa de labor; llenaba de cebada su delantal o su falda, y, gozosa, temblorosa de emoción, como si aquello fuera un acto sublime, repartía los granos entre las alimañas como si sembrara...

En el hospital se curaban los enfermos con sólo verla. Su alegría era contagiosa. La llamaban de todas las camas. Para todos tenía una frase de fe. Odiaba la muerte y la amenazaba con sus manecitas enguantadas, gruñendo amorosamente:

—Mientras yo esté aquí, no se atreverá a venir.

Y lo curioso era que estando ella allí la muerte no se atrevía a nada.

Iba por las calles rodeada de niños como una Carlota, de Goethe, y les repartía estampas y bombones, de los que era muy golosa. También les besaba, limpiándoles antes los hocicos y murmurando bajito:

—Quisiera que fueran todos míos...

La gente salía a las puertas.

—Ha pasado Marga—decían.

No tenía tiempo de acudir adonde la llamaban. Todos querían tenerla entre ellos mucho rato, cosa que nadie podía conseguir.

—Tiene la agilidad y la gracia de una avispa—comentaban.

En cuanto llegaba a una casa, siempre encontraba algo que hacer, y sus exclamaciones de espanto a la vista del más pequeño desarreglo embobaban a las gentes.

Una envidiosilla le dijo un día:

—Hija, si todavía se creyera en las hadas..., tú serías ahijada suya.

—Eso es una tontería—contestó—. ¿Sabes quién me ha enseñado a ser hacendosa y buena?..., pues las abejitas y las señoras hormigas.

El registrador de la Propiedad don Raimundo Cesáreo de Peñaflor la paró cierta vez para decirla:

—Querida Marga, tú eres una criatura escapada de un cuento chino.

Cierta niña muy guapa y muy pobre cayó en cama con calenturas tifoideas. Marga la cuidó sin importarle el contagio *un comino*, como ella decía.

En una reunión el señor juez la felicitó calurosamente, notificándola que había sido propuesta para la cruz de Beneficencia. El excelentísimo señor alcalde, allí presente, dió por consumada la concesión. Ella tuvo el valor de decir esto:

—Quien merece la cruz es la enfermita. Ha estado a punto de morirse a causa de la mala higiene pública, y, sin embargo, ha sabido vencer esa fatalidad. Ella es quien merece la cruz.

Durante muchos años se comentó la mirada del excelentísimo señor alcalde.

Marga poseía una voluntad de hierro. Muchos se preguntaban si aquella alma cristalina no se rompería en mil pedazos cuando el Destino dejara caer en ella sus brazos de piedra.

II

MOLTO VIVACE

La fortuna de las tías de Marga era escasa. Se reducía a la minúscula finca que habitaban y a una renta nada grande que dejó a la tía Ezequiela su marido, un magistrado caído en desgracia mientras actuó por no humillar la santidad de la ley a las bajezas criminales de la política. Muy bien administrada, esa renta les otorgaba un vivir decoroso nada más.

Con esa renta y su casita vivían las tres mujeres en un verdadero paraíso. Quien entraba en sus habitaciones quedaba maravillado ante aquella limpieza asombrosa. Los muebles, de sobrio trazo español, eran muy viejos. Nada sobraba allí, y tan bien colocado es-

taba todo, que daba la sugestión de la abundancia. Una hechicera policromía bañaba el ambiente desde las alfombras, en que un león se come a una gacela, hasta las láminas arcaicas litografiadas por Bécquet. Las cómodas y armarios no habían sustituido allí a las arcas, y las cortinas poseían aún ese viejo encanto indefinible que hacía de las habitaciones de nuestros mayores delicados santuarios. Se respiraba allí nobleza, castidad y cierto recogimiento. La preciosísima curva áurea del arpa convertía este recogimiento en dulce bienestar, en quietud soñadora y melancólica.

Marga vestía bien. Seguía las modas con curiosidad, y, negándose a los lápices endiablados de pintores fracasados convertidos en modistos, se hacía ella misma su ropa «con cuatro trapos», así decía ella; buscando para su forma el patrón del medio ambiente, las líneas de su cuerpo, el estado de su alma. Logró así dos cosas: vestirse según la estación, inspirándose en ella, y realzar con la sencillez la seducción de su inocencia, la fortaleza de un cuerpo libre de pecado. Esta sinceridad altiva en poco disminuía la renta de sus tías.

Unicamente las limosnas alteraban este buscado equilibrio.

Algunas veces, Marga, sentada en el balcón, pensaba en estas cosas.

Sus tías, sin que ella lo supiera, habían hecho algunos ahorrillos para *llegado el caso;* pero cuando pensaban en él se llenaban sus ojos de lágrimas. ¿Sería cierto que un extraño vendría a llevársela?... Aquella vida encantada sería rota por un desconocido que... Y, al menos, las quedaba el consuelo de un casamiento digno de Marga. Algo sabían ya en ese sentido... Pero ella no quería oír hablar de separaciones, ni de cambios de estado, ni de otros amores que los de su alma... Cada vez estaba más hermosa, los hombres la miraban más; ella parecía no darse cuenta de nada... Entre esos hombres había uno: Pedro Juan; un partido excelente...

Las tías, en silencio, es decir, sin que ella supiera que detrás de ella se conspiraba para hacerla más feliz todavía, buscaban soluciones, procuraban adivinar en su corazón. ¿Quién sería el elegido por aquella alma resuelta y temible cuando de ella misma se trataba? Pedro Juan valía mucho; era abogado, el eterno abogado español, pero con muchos millones en los Bancos y un asiento en el Congreso, más tarde en el Senado, y con todas esas interrogaciones de oro que siguen a un abogado rico y joven, por memo que sea... Sin contar, también, que Pedro Juan no era memo; había enviado un informe notable sobre tributación de alcoholes a una Comisión mixta y escrito, en buena prosa, una excelente Memoria sobre aprovechamiento de aguas, visto desde el campo de la Legislación. Marga, en la capital, del brazo de ese hombre, era una aparición radiante. Sí, Pedro Juan era el que convenía... Y para que todo fuera completo, el muchacho era lo que se llama un tipo: guapo, elegante, alto, bien formado, no llegado aún a la cima escabrosa de los treinta años.

Aquellas dos mujeres, puestas a la tarea de embriagar de felicidad a su sobrina, siguieron adelante. Pedro Juan era, sin duda alguna, el deseado, ese sueño hecho varón que embarga el alma femenina al final de la adolescencia...: pero había otros: el hijo de don Sidonio el usurero, dueño futuro de un capitalazo. Este hombre tenía en su mano al pueblo entero: las muchachas tendían lazo a su cachorro; verdad es que Marga había dicho de él cosa crueles: pero... su casa era un palacio, el viejo palacio de los duques, y la bocina de su automóvil aterraba la comarca con su orgullo triunfador. No, no, jamás capitularía Marga con el avaro, el odioso destripador de terrones que, en malas cosechas se hizo el amo, y en las buenas renegó de todo sentimiento y ley... ¿Quién quedaba entonces, quién? ¡Ah!, el animal del hijo del tío *Lamecantos*... Y se reían las dos, como dos frailes ante un barril de vino, sólo con recordarle. ¡Pobre Nicolasón!... El *Buey de oro* lo llamaban, y buey era... ¡Qué bruto, Dios santo!... Al campo todos

los días, y a segar en verano como un gañán cualquiera. La proeza de Marga era inolvidable. Hasta la sierra de Gredos se había reído al saber que Marga logró que tío *Lamecantos* supiera firmar. El Ameal de Pablo, la cumbre más brava de la sierra, se creía delicada al lado de Nicolasón. Zaino, huraño, forzudo y feo... Feo, lo que se dice feo de remate, no, pero desaliñado y áspero como la cabra montés de Cuchillar de las Navajas, con el pelo cerduno caído sobre la frente y los ojos grandotes, negros como el boquete del Risco de la Ventana... ¡Y qué manos!... Corridas de toros podía haber en ellas y sobraba sitio... Su dinero tenía, eso sí, más que el picapleitos y el usurero juntos. A lo largo y a lo ancho se caminaban doce leguas y todo era del *Buey de oro*...; sus rebaños nadie los podía contar a excepción de *Lamecantos*, que los contaba por los dedos y tardaba seis años... No, no; preferible era el hiena del usurero. y, mejor que mejor, Pedro Juan, siempre fino, atento, con un porvenir más luminoso que el oro de su hijuela...

Algunas veces Marga pensaba en estas cosas...

No como sus tías. Quería amar o ¿amaba ya? Y en ese caso, ¿a quién? No lo sabía. Y en esa inconsciencia encontraba su alma una dulzura enervadora. Se abandonaba a ella, ebria de dicha. Pedro Juan se la había declarado de sopetón. Nada había dicho a las tías, porque estas cosas no deben decirse. Vino hacia ella flamante, guapísimo, con una camisa recién planchada y un zafiro en la corbata. ¿Zafiro o topacio?... ¡Qué pena no saber distinguir las piedras preciosas...! Y se sentó en el borde de la silla muy requetebién, como se debe aprender allá en la capital, detrás de esa sierra tan alta. Al principio no sabía hablar, pero luego...

Y recordando las frases de amor, Marga se estremecía. Tenía muy buena memoria y no las olvidaría tan fácilmente; además, las decía de un modo... «Señorita, es usted la más encantadora de las mujeres.» Le temblaba la voz un poco y parecía tener lágrimas en los ojos. «La amo a usted con todo mi corazón...» Esto le salió muy bien. El picarón lo ha debido decir muchas veces. «La juro que haré milagros para ser digno de su amor...» Hola..., hola..., ¿con que no lo es hoy?... Tuve que separarme de él. Y cuando me volvió a ver se sonreía...

Marga pensaba en estas cosas. Se echaba en cara el egoísmo, sentido por primera vez, de que sus tías nada sabían. Era el primer secreto que guardaba en su corazón. Ya comenzaba a ser hipócrita. La daban tentaciones irresistibles de llamarlas y contarles el suceso. Sin embargo, con grande asombro suyo, estaba sola bien. Su cabecita se recogía en el pecho como la de las palomas. Sentía deseos de ocupar poco sitio. La parecía que era demasiado alta, y se encogía suavemente. De pronto se acordó de *Buey de oro*, y sonrió. Estuvo largo tiempo contemplándole en su imaginación. Era un oso, un verdadero oso; tenía vello en las narices, en las manos, en los ojos y en el pecho, aquel pecho que Pedro Juan cubría con una camisa tan fina y tan blanca. ¿Y el cuello? ¡Qué bárbaro..., el de un toro!... Pensó en las manos, y se conmovió como si realmente hubiera sido tocada por ellas. Pedro Juan tenía al declararse un guante de piel de Suecia en una de ellas y la otra era blanca como las mías... Los ojos son negros, con negro de tinta..., no; de tinta, no, de...

Marga se levantó de un salto. Miró fijamente la lejanía azul como si atisbara en ella alguna cosa o forma, y exclamó, riendo:

—¡Qué bruto es!

Sus dos tías vinieron a buscarla Las esperaban abajo, en el saloncito de música, el registrador de la Propiedad don Raimundo Cesáreo de Peñaflor, que traía una misión *solemne* que cumplir y no quería *desembuchar* si no era ante las tres.

Marga corrió, como era su costumbre de niña atolondrada. No obstante, no corrió como otras veces; bien sabía ella por qué.

Don Raimundo se negó a tomar na-

da de las dulces chucherías que le ofrecieron aquellas tres mujeres encantadoras, y no aceptó el permiso de fumar que, en gracia a lo *solemne* de su misión, le fué concedido.

—Yo entro—dijo casi tartamudeando—en todas las casas del pueblo como en la mía, y cuando vengo inmerecidamente a ésta, no sé lo que me ocurre. Es todo esto tan bonito; bonito, no, qué sé yo, tan como debe ser, que temo mancharlo...

Las excusas de las mujeres le atolondraron más. Por fin se decidió, como quien pasa un río con agua al cuello, y habló así:

—La verdad es que es bonita Marga.

Fué dicho esto con acento tan melancólico, que más que emisario de una cosa *solemne*, parecía ser él la cosa misma. Las mujeres rieron.

—¿Bonita?..., es poco; Marga no tiene comparación con nadie.

—Pero, don Raimundo, ¿es eso lo que me tenía usted que decir?

—No, hijita, no; eso ya lo sabías tú. Yo vengo a...

Las tías de Marga sonreían del temor del gran hombre. Marga palidecía un poco, adivinaba algo muy grave a través de aquella indecisión.

—Bueno: pues vengo con una de esas misiones que si se echan a perder por no saber cumplirlas, lo dejan a uno... mal de la cabeza.

—Don Raimundo—dijo tía Adelaida—sabe que cuenta con nuestra amistad.

—Gracias, doña Adelaida. Yo por ustedes tengo una admiración sin límites, y no creo que en toda España exista una familia semejante.

—Muy amable, como siempre.

—Eso quisiera, doña Ezequiela, poder demostrarlas un poco nada más de lo mucho que siempre les he reverenciado a ustedes.

—Nos consta, nos consta, y lo estimamos en todo su valor.

—Ese cariño facilita un tanto la dificilísima labor que se me ha encomendado.

Las tías de Marga acabaron, como su sobrina, por preocuparse.

—Bueno; lo mejor en estos casos es arriesgarse a vida o muerte. Yo, señoras mías, aunque, como es sabido de todos, no merezco estas distinciones, he sido delegado, en atención a lo mucho que quiero a Marga...

Las tres mujeres se miraron un poco alarmadas.

—No digo yo que sea el que más la quiere en este pueblo, pero que nadie la quiere como yo, eso...

—Don Raimundo...

—¿Y quién es capaz de no querer a este ángel? ¿No vale Marga por sí sola cien fortunas como la del tío *Lamecantos?*

Este nombre, lanzado sobre el alma conmovida de Marga, calmó su agitación, devolviéndola su graciosa altanería. La imagen del palurdo *Buey de oro* se colocó entre ella y don Raimundo, y sonreía extasiada. No pudo contenerse, y exclamó en alta voz:

—¡Qué bruto es!...

Sus tías la interrogaron, asombradas.

—¡Quién ha de ser!... Nicolasón.

Don Raimundo probó, una vez más, a cumplir su *solemne* misión.

—En fin, vayamos al nervio del asunto. Lo mejor en las cosas graves es abordarlas cueste lo que cueste. Ya sabe uno que contrae grandes responsabilidades, porque... si no se acierta y marra el negocio, quien asume las consecuencias, que en este caso serían espantosas, es uno.

—Nos tiene usted en vilo...

—Perdón, doña Adelaida. Yo creo que dar las malas noticias es tarea fácil; pero eso de que llegue uno, pongo por ejemplo, a pedir a un amigo...

Doña Ezequiela miró a su hermana, lo que trastornó a don Raimundo.

—Así como quien... consulta con uno un amillaramiento..., le proponga el inmerecidísimo honor de venir a esta casa, que es verdaderamente santa, y le diga a uno: «Querido Raimundo: tú eres el único que me puede hacer el mayor favor que se puede pedir a un amigo...»

—De modo—insinuó doña Adelaida—que el padre de Pedro Juan...

—Es un hombre, señora, que, fran-

camente, no está bien, sabe lo mucho que nos une desde hace años, y, sin oxte ni moxte, allá va, no tiene otro más a mano, y he de ser yo quien venga a esta casa a decirlas que, como dice el padre de Pedro Juan, hay cosas que no tienen remedio.

—¿Que hay cosas que no tienen remedio?—preguntó cómicamente Marga.

—Sí, hijita mía; sé que eso de tener una cara como la tuya no tiene remedio. ¡ea!, y creo que ya he dicho todo lo que tenía que decir.

—Pero ¿qué va usted a haber dicho, don Raimundo?

—¿Qué? ¡No he dicho yo que eso de ser la muchacha más bonita de España no es lo peor que puede suceder en una casa!

—¡Qué cosas tiene usted... ¿Y quiere que le entendamos?

—¡Pues eso me faltaba! Haber dicho lo que tenía que decir y no saberlo decir...

Las tías de Marga le suplicaron concretara más.

—Lo que se ve a través de sus palabras es que don Cándido ha resuelto alguna cosa interesante respecto de nosotras. ¿No es eso?

—¡Y tan interesante!... Como que se le ha metido en la cabeza a Pedro Juan la cara de Marga, y su padre le ha dicho que no quiere en casa romanticismos, y que lo mejor es cortar por lo sano.

No es posible pintar el asombro de aquellas mujeres y la embarazosa situación que sucedió a estas palabras. Marga miraba la curva preciosísima del arpa y caían sus miradas por las cuerdas, sacando, allá en su espíritu, sonidos de cada una de ellas.

—Es un hombre ese hombre—añadió alterado don Raimundo—capaz de enviarme al Papa con la orden a rajatabla de que abandone el Vaticano y se venga a España a vivir en familia. Es así, doña Adelaida; cree que todo el monte es orégano. Esos ricos son insoportables.

—¿Entonces Pedro Juan ama a Marga?—preguntó doña Adelaida.

—¿Que si quiere ese pedazo de atún a Marga?... ¡Y que no es el hijo como el padre! Pues ha tardado en decírselo a ella misma lo que yo en desembuchar el recado de su papaíto.

—Pero, hija mía, ¿sabías tú...?

Marga inclinó la cabeza, afirmando.

—Nada nos habías dicho.

Don Raimundo se conmovió al oír aquella frase. Jamás reconvención alguna fué dirigida con mayor amor. Sus tías la cogieron las manos y, mirándola tiernamente, volvieron a decir:

—Y tú nada nos habías dicho...

—Eso no se dice—exclamó don Raimundo—; cosas de tener la cara más linda del orbe. Ese gaznápiro de Pedro Juan llegará a ministro. ¡Y que no ve ese niño lo bueno a leguas de sus ojos!

—Nada nos había dicho, don Raimundo...

—Y ha hecho pero que muy rebién. ¡ea! Eso sólo lo dice Pedro Juan a su padre para que este señor le encargue al memo del registrador amillare para su hijo la finca de esa cara serrana.

—Pues nada nos había dicho...

Aquellas mujeres sentían sólo, en aquel instante, que Marga las hubiera ocultado cosa de tanta trascendencia.

—¡Y que no es nadie Pedro Juan!... Ahora querrá estarla diciendo todos los días la escena del sofá, y aquí me tienen ustedes, mis buenas señoras, rogándolas de parte de don Cándido una entrevista...

—¡Oh, no; no tan pronto, no!—exclamaron las dos tías de Marga.

—Me figuro para qué será. Sin duda es para que permitan ustedes a Pedro Juan hablar con Marga.

—Ella, ella es quien tiene que decidir...

—Marga no decide nada sin sus tiítas—exclamó la deliciosa muñeca abrazándose a ellas y besándolas con efusión. Ellas refunfuñaban:

—Y nada nos habías dicho...

III

SCHERZO

En medio del campo había un árbol. Era una vieja carrasca de hermosa copa, plantada cuando *vinieron los franceses*, famosa en la provincia entera, pero célebre verdaderamente porque a su sombra Marga había enseñado el abecedario a tío *Lamecantos*.

¡Y que no fué labor de romanos!... El tronco del árbol vetusto era millón y medio de veces más blando que la cabeza del palurdo millonario. Marga no se arredró: sembrar las veintisiete letras castellanas allí era imposible, pero no era imposible clavarlas. Y las clavó y remachó tan bien, que tío *Lamecantos* sabía leer, no digamos que de carrerilla, no sea que la mentira se la lleve el diablo; pero *trompezando* aquí y levantándose allá, ciento daba y raya al más barbián de la escuela primaria de don Benito. ¿Que cómo fué el milagro? Sería necesario un libro para explicarlo. El caso es que Marga emprendió la labor poniendo en ella toda su alma. Sentada al pie de la carrasca la esperaba con la paciencia de una oveja. Su hijo, el bruto de *Buey de Oro*, venía con él, y mientras tío *Lamecantos* daba lección, él contemplaba embobado aquella mujercita, linda como una cereza, capaz de retener a su lado a su padre.

Esto solo ya era un prodigio. Tío *Lamecantos* era un hombre que no había perdido jamás el tiempo. La misma mañana de su boda se fué a escardar mientras vestían a la novia. Y ahora estaba allí, cerquita de Marga, sudando a chorros, todo tembloroso de equivocarse, sufriendo, resignado, los golpes de aquella manecita que le castigaba fieramente la más pequeña torpeza. Le tuteaba, sin compasión a sus cabellos blancos, como una nieta a su abuelo.

—¡Llevamos ya diez días con esa letra!—gritaba furiosa.

Y tío *Lamecantos*, de nueve varas de alto por cinco de ancho, temblaba al escuchar aquel apóstrofe terrible.

—¿No te da vergüenza, so gandul?

Sí que le daba vergüenza. Era cosa de morirse de risa viendo aquel roble, todo trémulo, con el silabario en las rodillas de bronce, los ojos abiertos como platos soperos, deletreando a trompazos con resoplidos de foca, forcejeando con la espantosa dureza de su memoria. A veces arrojaba de sí el libro cosa de una legua, y la tiranuela le obligaba a ir por él, a sentarse de nuevo y a seguir el calvario, quieras o no.

El mimo de Marga le embelesaba. El gracejo de sus comparaciones le ponía fuera de sí y su risa bamboleaba la carrasca. Para que retuviera la forma de las letras buscaba imágenes campesinas que fueran de su dominio mental, y los resultados eran sorprendentes. Sus caricias hacían lo demás. Cuando sobre su piel áspera de rinoceronte pasaba la seda de aquella manecita, el gigante veía más claros los endemoniados rasgos de las letras y se le ponían los ojos turbios.

—Si aciertas esta letra, te doy un beso—decía.

Y el roble abría los ojos dos cuartas y mordía los labiazos hasta hacerse sangre, rascándose el cogote como un niño pequeño.

Su hijo, Nicolasón, de pie ante ellos, contemplaba muy serio el grupo encantador.

A veces levantaba sus ojos Marga hacia él, y le decía:

—Después, tú.

El *Buey de Oro* gruñía, satisfecho, esperando algo inquieto.

Marga le examinaba con descaro infantil, y siempre concluía por reírse. Era más alto que su padre y un poco menos que la torre de la iglesia. Sus muslos, acusados vigorosamente por el calzón estrecho de los campesinos del lugar, hubieran resistido un golpe de hacha. El pelo, como el vello, le crecía libremente y caía sobre su ancha frente a modo de flequillo, sombreando dos ojos negros enormes. Su boca era firme y el labio inferior de una sorprendente energía. Rasurado a lo labriego, aquel macho humano poseía una cara de nobilísima belleza, de re-

cios trazos, a los que un rudo trabajo ligaba carne fibrosa. No había espíritu alguno en aquel rostro varonil, pero sí una irresistible simpatía.

Marga le miraba durante mucho tiempo, y se le reía en sus barbas. Muchos días volvían al pueblo los tres, y Marga, en medio de ellos, parecía una niña.

Desde el árbol se veía la sierra de Gredos y el pueblo: Un arroyuelo bullicioso corría cerca, y olían tan bien sus riberas, y era el agua tan fina, que Marga amaba al arroyuelo tanto como al árbol. Pasaba allí tiempo haciendo ramos de esas hierbas humildes de nombres groseros, que huelen mejor que los perfumes más caros de las ciudades.

Cierto día se la ocurrió pensar que olían a *Buey de Oro.*

El arroyuelo tenía su cuenca diminuta, y en su talud acostumbraba la bella Margarita a sentarse. Leyendo, leyendo, sentía peso en el corazón. Dejaba el libro en las ramillas de los enebros enanos o en las sabinas, y se abandonaba al encanto del paisaje sin entenderle, sin querer explicárselo, creada su alma por los aromas acres de las plantas humildes. Buscaba con los ojos su casita y la ventana detrás de la cual tenía ella su armonium, y le oía. Aquel aliento armonioso era como el olor de aquellas plantas silvestres: decían al espíritu las mismas cosas imprecisas y dulces. La sangre bullía como el arroyo aquel, tan alegremente, deslizándose sabe Dios hasta dónde. Cogía el libro de nuevo y leía, la mano en los senos como las santas de las iglesias. ¡Qué difícil es en el campo interesarse por otra cosa que por el campo mismo!... El libro era dejado de nuevo con desconsuelo. Esos amores de ciudad, ¡cuán enrevesados son, qué tortuosos los deseos, cómo parecen los sentimientos envenenados por el deseo de acabar pronto! Ellos son hombres representativos y ellas damas cortesanas; la inmensa ciudad lo ampara todo y todo lo oculta. Se vive allí muy de prisa. Hay que ser muy listo, porque vienen detrás muchos. El amor desaparece en los trabajos que cada día trae. Una equivocación, y el edificio de naipes se desploma... sin ruido siquiera.

La abeja interrumpió el soliloquio. «Ya está ahí la señora abeja—se dijo Marga—, sea bien venida. He ahí una combinación de rojo y oro bien aprovechada. Lleva el agua sin verterla en los élitros; va contenta a casa. Es una abejita obrera; no tiene tiempo de amar. Hay que hacer miel, mucha miel; eso es todo. ¡Qué hermoso libro escribiría esa abejita si pudiera! ¿Qué clase de alma tendrá?» La abejita volaba rumorosa y torpe. «Va cargada en exceso y anda despacio, parece flotar; el aire puede más que ella. Dan ganas de ayudarla, pero eso la enfadaría mucho. Está orgullosa de servir para algo, y el Infinito cuenta con su pequeñez y su discreción. Se posa en las florecillas, no para descansar, eso sería humillante, sino porque, aunque no puede con más, quisiera llevar a su celdilla todo lo que ve.»

Marga, encantada, seguía anhelante los movimientos de la abeja. Recordaba los cuentos; en ellos, las señoras abejas no tenían inconveniente en llevar a sus panales las almas de los niños. La colmena era un palacio encantado con su reina, y los miserables zánganos de Corte, muy bien vestidos y muy gordos a costa de las obreritas. Los niños salían del palacio encantado y pensativos. Se habían puesto tristes en un sitio tan bonito. Por eso, sin duda, las abejitas eran negras y doradas.

Sonrió Marga de sus pensamientos. Al levantar los ojos de la abejita y ponerlos en el cielo, sintió cierto escalofrío. ¿Por qué? No lo hubiera podido expresar, casi no lo sentía, pero comparaba las dos cosas: la inmensidad y el insecto. ¿Qué relación tenían; cómo y por qué se necesitaban? La fuerza del espacio atesoraba la belleza de la abejita, cuyo oficio es hacer miel... Y Marga pensaba, asociando detalles insignificantes, en estas cosas y otras, que eran como su propia alma. Veía la gran ciudad detrás de la sierra y su pueblecito, la abeja y Dios, su minúscula personilla

y el bruto de *Buey de Oro*... Los bigotes de Pedro Juan asomaban detrás del armonium, detrás de la sierra, detrás del corpachón de don Raimundo Cesáreo de Peñaflor.

Buey de Oro vino hacia ella desde el árbol. Traía en la mano un hatillo de tomillos y romero y, colgada del hombro, una hoz. Se sentó a su lado, hundiendo un metro la tierra, y sacó el Silabario de su padre, mugriento y sucio que daba asco. Ella le preguntó:

—Oye, Nicolasón, ¿por qué huelen tan bien estas plantas tan feas?...

—Porque son muy fuertes—contestó aquel peñasco humano.

Abierto el Silabario, era delicioso observar cómo los dedos de Marga salvaban ágilmente los lamparones y manchas de las hojas.

—Hay que comprar otro en casa del tío Eusebio—dijo.

Nicolasón, que, como su padre, no se gastaba un céntimo por nada ni con nadie, dió un salto y quiso ir por otro.

—En dos zancadas me planto allí y en otras dos vuelvo.

Marga lo retuvo. Sentía al lado de aquel pedrusco cierta sensación de seguridad. Se imaginaba que ella era la abejita y aquel hombronazo la inmensidad protectora. Se imaginaba muchas más cosas, pero las rechazaba con decisión. ¿Y el otro?

Mientras enseñaba al analfabeto pedazo de bronce no dejaba ella de pensar en su destino. Pedro Juan caminaba de prisa, a estilo de la ciudad. Había anunciado su visita, una visita ceremoniosa, casi oficial. Le gustaba mucho Pedro Juan; habían de ser los dos muy felices, el uno al lado del otro siempre, sin separarse de sus dos tías, por supuesto. ¡Qué buenas eran! Tenía dos madres. Desde que el registrador estuvo en casa, lloraban demasiado, y aquel exceso de felicidad que se entraba de rondón en el nido era ocasión de lágrimas.

Nicolasón no era, ni mucho menos, el tío *Lamecantos*, y había que andar con pies de plomo. Aprendía con relativa facilidad, y él, que en nada ponía cuidado, a excepción de las faenas agrícolas, no se hubiera perdonado la vergüenza de parecer premioso en la asimilación.

—Tengo ganas de saber leer—decía *Buey de Oro*.

—¿Para qué, Nicolasón?

—Para saber qué dicen esos librotes que lee usted.

Esto era ocasión de que leyera ella en alta voz. Nicolasón entonces oía una armonía divina. Le parecía el cielo más azul, mejor cuidadas las tierras; tenía casi seguro que la cosecha sería muy buena. No sabía qué cosa oía; oía y nada más, y era bastante. El, tan poco amigo de languideces, se escurría talud abajo y, apoyando su cabeza en las manos, escuchaba el timbre de voz y la cantilena de la lectura como un aire suave que le daba más vida a una vida nueva. Vistos de lejos, parecían dos novios.

—Nicolasón, ¿cuánto dinero tendréis?

—No lo sé: eso es cosa de mi padre.

—Dicen que no sabéis siquiera lo que tenéis.

—Todo lo que se ve hasta el calcaño de la sierra, es nuestro; y lo de allá, todo ello, y eso de la parte del monte aquel que parece un fraile...

Su brazo señalaba los lugares. Marga miraba los lugares y el brazo. No sé qué relación encontraba ella entre aquellas leguas de propiedad y el brazo aquel nudoso, fuerte, velludo, de perfección estatuaria. Y entonces, sin saber por qué, sentía orgullo de estar cerca de tal hombre o del brazo de aquel hombre.

—Sé fuerte, Marga, sé fuerte—la decía el señor cura.

¿Por qué se sentía ella inclinada a la fortaleza, ella tan frágil, tan abejita? ¡Oh, si ella tuviera el dinero del tío *Lamecantos*!... No zascandilearía, no, por las calles angostas de la ciudad, vestida a la última moda, envuelta en manguitos y pieles; la gustaría poseer tierras, muchas tierras; decir como Nicolasón: «Todo lo que se ve es mío»...

—Pues el día que todo eso sea mío..., ya sé lo que tengo que hacer.

Marga miró a Nicolasón. Los nobles ojos negros del varón rudo acaricia-

ban las inmensas tierras labradas parecidas a retazos de tapices de colores diversos cosidos unos a otros. La conciencia de ser el dueño de todo aquello iluminaba con llamaradas extrañas las negras pupilas del mozo. Repetía exaltado:

—El día que todo eso sea mío...

—¿Qué harás, Nicolasón?

—¿Que qué haré? Toma..., eso bien lo sé yo, y no se lo digo yo ni a mi padre hasta su hora.

Rió Marga. El la miró con leal y profunda mirada.

—¿Y si yo lo quisiera saber?—preguntó mimosa:

—Entonces lo diría—dijo resignado.

Palmoteó Marga locamente. Nicolasón contemplaba su alegría con altiva dejadez. No cedía nunca, ni gustaba que le contrariasen.

—Quiero saber lo que haría si fuera tuyo.

Nicolasón se levantó y ayudó a Marga. Su manecita se perdía en la manaza del gigante, dura y callosa como si fuera de tierra.

Erguido sobre el talud, parecía un patriarca joven. Su hermosura, que en las calles del pueblo se achaparraba en plastón vulgar, masa de barro y hierro, imponía allí. Dijo:

—Cuando mi padre me deje todo eso..., todo eso será de usted.

Y su brazo nervudo, desnudo hasta el hombro, iba lentamente señalando en el espacio leguas y leguas de prados, dehesas, lomas y las faldas robadas a la sierra a fuerza de tesón.

IV

ADAGIO MOLTO E CANTABILE

¿Cuál de los dos?... ¿La ciudad o el campo? A uno de los dos había que decir que no. Sus tías veían con muy buenos ojos a Pedro Juan, cada vez más asiduo, más enamorado. Su camisa planchada, su traje impecable, los brillantes de sus sortijas, su magnífica posición social, llegaron a triunfar de las tías de Marga.

—Te ama mucho—la decían—y es muy guapo.

Ella continuaba como antes. Sus campesinos, sus niños, sus obras de caridad, su armonium ocupaban su tiempo. Encontraba en muchas reuniones a Pedro Juan, y la gente comenzaba a hablar. Era un noviazgo del agrado de todos. Los millones de don Cándido eran el marco ideal para la hermosura de Marga. No había uno solo que no deseara aquel matrimonio, del cual esperaban todos beneficios sin cuento.

—Habrá que ver lo que hace ese diablillo con tanto dinero—decían.

Y el diablillo aparecía con sus campesinos al anochecer, entrando en el pueblo como un vendaval de vida y bullicio, los sombreros llenos de espigas y de flores, su divina cara roja como una amapola.

A don Cándido no le gustaba mucho esta expansión, y decía a su hijo con la autoridad de un padre rico a su heredero forzoso:

—Creo que va siendo hora de que avises a tu futura mujer que esos juegos campesinos son algo inconvenientes. Esa Arcadia, hijo mío, va siendo ya ridícula.

Pedro Juan, que no tenía autoridad alguna sobre su alma nerviosa de Marga, habló a sus tías del asunto.

—No nos atrevemos—contestaron.

—Yo me encargo de ello—dijo el padre al saberlo.

—Ten cuidado, papá; Marga es demasiado sensible.

—Confía en tu padre, que no se ha equivocado nunca, hijo mío.

Marga leía cada día más. Parecía interesarla mucho los problemas del campo. Una vez exclamó de este modo sublime:

—¡Oh, qué felicidad ser hermosa!... ¡Cuánto bien se puede hacer con ello!

Sus tías se la comieron a besos, admiradas de este arranque cordial, revelador de una intensa grandeza de alma.

—Estoy aprendiendo a manejar millones—las decía.

Entre tanto, Pedro Juan la escribía cartas y más cartas de un amor vehemente y sincero. Era un joven madu-

ro a quien la hermosura y la gracia de Marga habían herido en pleno pecho. La posesión de aquel prodigio de candor y donosura, de un alma consagrada al bien y al cultivo de su belleza interior, le traían loco.

«¡Cómo brillará ese zafiro a mi lado allá en la capital!», se decía.

Y se la imaginaba regiamente vestida, siendo la ilusión o la envidia de todos.

—Esa mujer tiene que ser mía pronto o yo muero—decía a su padre.

—Lo será, hombre, lo será. No corras. Tú la convienes más que ella a ti.

—¿Pero no ves, papá, que no hay modo de arrancarla que me ama? No me huye, pero lo que hace es peor: me enloquece. Me mima, se acerca a mí hasta quemarme; me consulta sobre música, sobre libros; hasta de dinero habla..., de cómo se emplea el dinero para que produzca más.

—¿Eh?... Por ahí, por ahí. Ella es un ángel, ciertamente; pero vive a dos pasos de la sierra de Gredos.

—No hables así de ella. No la conoces, papá. Marga es una diosa.

—Que vive a dos pasos de la sierra de Gredos...

—Ella quiere el dinero para lo que menos te figuras tú.

—El matrimonio la hará cambiar.

—¡El matrimonio! Poca prisa tiene Marga de casarse. Y si no me caso con ella, me pego un tiro.

—¡Atiza!... Acabas de verla por primera vez, como quien dice, y ya...

—Y ya no sé vivir sin ella. Por eso mismo que estoy de mujeres más harto que Barba Azul, la adoro. No es una mujer..., es algo que no existe, que no se ve ni en los sueños.

—Sí, sí, Marga es admirable.

—Pues quiero que sea mía.

—¿De quién va a ser si no...? ¿Del animal de *Buey de Oro?*

Este argumento *ab adsurdum* le calmó un tanto.

—Oye, papá: creo que debías apresurar mi petición de mano. Sus dos tías están por mí. Esas mujeres son dos almas celestiales.

—Veremos si dices lo mismo cuando te cases.

Pedro Juan era hijo único. Su padre adoraba en él, y como lo veía avanzar bravamente y sin muchos escrúpulos «tras la sierra de Gredos», el orgullo de padre adinerado no tenía límites, como su amor por su vástago.

—Pediré su mano: pero alláname el camino—dijo.

Pedro Juan salió decidido a lograr con ella una entrevista. Por la noche volvió loco, furioso, y se encerró en la habitación. Trabajo le costó al padre forzar la puerta.

—Eso es portarse sencillamente como un gañán, hijo mío.

—Tú eres, papá, el que vas a lograr con tus dilaciones que me tenga que matar. Hoy la he visto con Nicolasón, y ese bestia no es tan estúpido como nos figuramos.

—Celos.

—Lo que quieras. Cuando te quedes sin tu hijo lamentarás no haberme hecho caso.

Aquella misma noche don Cándido llamó al registrador, y ambos determinaron «dar la muñeca al muñeco».

Y aquella misma noche recibía Marga una carta interminable de Pedro Juan tachonada de puntos suspensivos y amargas recriminaciones.

Marga tenía el alma muy grande, y comprendió. Sentía de todo corazón haberle dado «alas». Llamó a sus tías, y enseñándolas aquella carta, las rogó que le convencieran. Ella no amaba a nadie. Era muy temprano. Quería, y era decisión suya irrevocable, prolongar el idilio de su adolescencia.

Mirad, tías: ya se atreve a decirme que a todo el pueblo le parece mal mi conducta con los campesinos, que no soy ya una niña... Afirma que me ama, y me lo demuestra prohibiéndome ser como soy.

Aquella nube de verano se convirtió en chubasco. Don Cándido y don Raimundo llevaron las negociaciones con tal habilidad que fué preciso volverlas a su estado primitivo para no fracasar ruidosamente. Pedro Juan pidió perdón humildemente por su im-

paciencia y se declaró esclavo de sus deseos.

Desde el día en que Nicolasón había dicho a Marga, con su rudeza nativa, qué haría cuando fueran suyos todos los campos de su padre, la inclinación de su alma por Pedro Juan sufrió un buen golpe. Con su tacto exquisito, rica prenda de su alma de armiño, supo fingir que nada recordaba, y continuó educando a su «oso».

Este «oso» sabía ya escribir. Sus patas no eran rivales de las manos de Iturzaeta, pero sus palotes causaban el asombro de su padre.

—Esa muñeca es capaz de volver los sesos agua a un escribano—decía tío *Lamecantos*.

Leer, leía ya. Marga descubrió en aquella cabezota un entendimiento poderoso. Su mejor cualidad, la voluntad, fué desarrollada a conciencia. El «oso» aprendió que ser hombre encierra muchas complicaciones, y comenzó a estudiarlas una a una bajo la vara mágica de aquella hada. Sabía que se debe contestar a todos los saludos, aunque no convenga, y usar en el trato de cierta urbanidad, aunque eso no dé un grano más al celemín. Fué muy difícil hacerle comprender el valor del traje. Sin quitar, eso no, lo típico a la indumentaria de los hombres del valle, quiso Marga que *Buey de Oro* hiciera honor a su dinero. La mañana de un domingo los buenos campesinos se quedaron «como quien ve visiones» al contemplar transformado a Nicolasón. El paño de su traje negro era paño fino y no pana o velludo; los botones, de plata; la faja, de seda, como las medias, y los zapatos, de «ciudad». Un ancho sombrero de fieltro, obediente en la forma a las bellas costumbres antiguas avileñas, daba a su rostro hermosísimo de macho magnífica expresión.

Ninguna de las jóvenes del pueblo había visto «en jamás» mozo tan guapo.

La cadena del reloj era de oro, como el buey que pendía de ella a manera de dije. Su cayada, de forma legendaria, era poco pesada y nueva; la camisa, de rizada pechera, airosa y rica.

Todo este equipo había sido cuidadosamente encargado por Marga e impuesto al «oso» por ella. El dejaba hacer.

El pulido Pedro Juan no tuvo inconveniente en acompañarle aquel domingo, y el conserje del casino propaló, estupefacto, que el hijo del tío *Lamecantos* había cambiado un billete de veinticinco pesetas.

Por la noche corrió esta increíble noticia:

La pobrecita mujer de un guarda, baldado por el reuma en uno de los montes de tío *Lamecantos*, que estaba abandonado «como un perro» desde que se puso enfermo, recibió veinte duros, todos del Gobierno Provisional, y este manuscrito: «Para el enfermo, y ya irá más por el mismo camino.»

Al día siguiente esta mujer, toda atribulada, se fué a la sacristía de la parroquia mayor y consultó con el señor cura, amigo de Marga, lo que debía hacer con aquel dinero, que, sin duda, era del diablo.

El señor cura la devolvió las monedas, diciendo que las gastase como Dios manda, y conoció en el manuscrito la mano torpe y voluntariosa del *Buey de Oro*.

Nicolasón marchaba a pasos de gigante, sin hacer caso de nadie, y todos le vieron caminar con cierto aire de importancia. Su labio inferior estaba más fruncido que de costumbre, y esto daba a su semblante un bello interés.

Hay que confesar, en honor a la verdad, que no era el mismo en pleno campo; pero poco a poco sus colonos y sus gañanes observaron el cambio. Salía más a caballo que a pie. Daba órdenes en vez de ejecutarlas y trabajar «como el que más»; y se tomaba la molestia de preguntar por las familias de sus asalariados, cosa que siempre le había tenido sin cuidado alguno.

Salían de las casas para verle pasar, y las «comadres se hacían cruces», no creyendo lo que veían.

Lo curioso era que tío *Lamecantos* no había cambiado en nada.

Nadie se atrevía a decirle cosa alguna, y el señor Cándido, que se arriesgó a interrogarle, recibió esta respuesta:

—Sí; se emperejila... Debe ser el casorio, la polilla del casorio.

Otro día se supo en el pueblo un suceso extraordinario.

Como el edificio del hospital tenía una de las alas en muy mal estado y les caía el agua a los enfermos, el Ayuntamiento habló de repararlo «al año que viene»... *Buey de Oro* se presentó en casa del médico y le entregó un sobre que contenía mil duros. El médico estuvo a punto de morirse; pero el edificio se arregló. El Ayuntamiento en pleno fué solemnemente a casa de tío *Lamecantos*; pero éste, en la puerta, dijo con enfado que su hijo andaba en la sierra y que él no era «responsable» de las «alagartadas» de su hijo.

Mas el estupor rayó en locura general cuando una tarde se oyó en la carretera un mugido horroroso y vieron una locomóvil arrastrando dos máquinas agrícolas grandes como casas. Se supo que eran para *Buey de Oro*, y esto les anonadó completamente.

Cada vez que las tías de Marga la decían una cosa de estas, la divina muchacha se ponía muy seria.

Nicolasón no salía jamás de noche, y nunca Marga tocó el piano por la noche tampoco. Algunos oyeron el piano y vieron al hijo de tío *Lamecantos* convertido «en poste» delante de la casa de Marga.

V

ADAGIO DIVOTO

Al llegar aquí vienen a nuestra memoria estos dos versos del Dante:

Io vidi più fulgor vivi e vincenti
Far di noi centro e di se far corona.

El armonium divinizaba a Marga. Aquella chiquilla traviesa que hacía renegar de la Arcadia al bueno de don Cándido, se transfiguraba ante el armonium, y era entonces un alma aureolada con el fulgor más resplandeciente. Pedro Juan, que la había visto así, aseguraba que era una cosa extrahumana. El brillo de sus ojos se hacía metálico, más vivo el carmín de sus mejillas, más hondos el entrecejo y el hoyuelo de su barbilla. Pero aquel espíritu sin mancha no se perdía en vagos misticismos. Nunca era más humano que entonces cuando el genio de Bach inspiraba en ella esas dulces congojas, pasos dados adelante, pero dados en espiral, como la ruta de los astros. Mendelssohn. Schubert, Schumann, Vergoleso, Victoria, Palestrina, la eran familiares. El espíritu iluminado de estas almas altísimas se fundía con el suyo, bañaba su voluntad de una fuerza constante e inexorable, casi religiosa. Su travesura gentil se convertía en audacia. Vislumbraba. Sin definir, ni intentarlo, entreveía rasgos sublimes de formas que eran luego en su alma actos.

—Están en su misa—decían los labriegos.

Bella frase. Era una misa de nuevo género, un sacrificio incruento. La música la llevaba muy lejos. De nada tenía que arrepentirse; no era expiación su vuelo ni penitencia su plegaria. Su sangre generosa, en el cáliz de su cuerpo, se ofrecía a la Fuerza, fuente de vida y creación. Su dios se llamaba Energía. Libre su corazón de tormentos, sin pesadumbres pasionales, tan sana que no padecía enfermedades imaginarias ni histerismos interesantes, buscaba en el armonium lo que en el arroyuelo, lo que en la abejita. Sus interrogaciones al Infinito tenían el encanto de nombres trazados en los cristales cubiertos de vaho. Ignoraba que hubiera trascendencia en la meditación, y, aunque leía mucho, su entendimiento caminaba hacia la inmensidad sin entenderla. La salud la negaba todo terror. Odiaba los misterios. Su corazón quería amor, pero un amor vivo, claro, sin intrigas ni protestas ni comedias. Cuando marchaba por las calles del pueblo rodeada

de chiquillos, creemos haberlo dicho y necesitamos recordarlo, solía decir:

—Quisiera que fueran todos míos...

Su voluptuosidad era fecundidad. Su juventud era la abundancia de una Ceres o la Venus Genetrix. Desnuda tenía las líneas carnosas de Pomona y sus senos el cono mórbido de la Belona india. Su alma era como su cuerpo. Aquella franqueza suya que tanto llamaba la atención, era seguridad. En una gran ciudad esta gigante flor de vida se hubiera agostado asfixiada por los miasmas morales. Allí, al pie de la sierra más brava de España, era una amapola entre espigas, roja, y negra, y alta, sangre fresca, de color de púrpura, vestido de su alma imperial. Tenía de la lugareña la bravura y de la señorita el refinamiento; la música de su armonium había arrancado su aspereza a su primitivismo y evitado a su alma las necias preocupaciones de una vida social demasiado entretenida.

Por decirlo de una vez, el armonium la hablaba de *Buey de Oro*. Su finura nativa, su exquisita naturaleza la inclinaba a Pedro Juan. Este joven sabía hablarla de cosas sugeridoras. No le descubría la gran ciudad ni las felicidades llamativas de una vida de alta sociedad, pero acertó a despertar en ella sensaciones de ansiedad, de viajes, de arte, de impresiones renovadas, veloces, para que el tedio o el desgaste no anidara en ellas. Su belleza varonil, sin ser masculina de veras, realzaba estas ideas de futuro bienestar. Nicolasón hablaba poco o nada. Su cuerpo de acero rechazaba toda comandita o comunión. Se hallaba siempre bien solo. Era frecuente verle «echadazo» a la sombra de la vieja carrasca contemplando estúpidamente la sierra o el cielo. Su padre tenía unas cuantos millones de duros, y le había enseñado a no gastarlos «ni en agua». Como a los demás les hacía rabiar esta miseria de alma, él la cultivó tanto, que su tacañería asustó a la región. Marga, a quien toda labor difícil entusiasmaba, emprendió la tarea de «podar» aquel ser de las selvas, y poco a poco fué viendo en él lo que ella pedía a Dios en su armonium: la Fuerza.

Como siempre, la Fuerza se rindió a la Belleza. La inmensidad necesita a la abejita. Nicolasón sintió que estar cerca de Marga era mejor que estar solo. Su nobleza le daba la creencia de su poco valor, y como sabía que valía muy poco, la ofreció sus tierras. Marga las había aceptado sin decírselo a nadie, ni a él mismo. Probó a educarlo, y ya hemos visto cómo lo consiguió. A medida que le vencía se hacía ella su esclava. Cada rasgo de Nicolasón, fruto de su tarea, era un cíngulo más que la atraía a él, un vínculo nuevo y fuerte. Pedro Juan se desvanecía en su alma como si nunca hubiera existido. El león domesticado descansaba su enorme cabeza en el pecho de Marga.

Dar a la Fuerza una orientación, conducirla por el cauce sereno de la Gracia, domeñar la rebeldía y tornarla creación: he ahí la labor de la abejita armoniosa. El chopo humano venía a escucharla todas las noches, sumiso, más que sumiso, cegado por la gracia del alma de Marga.

El armonium la llevaba hacia él. El venía a escuchar el armonium, que tanto bien le había hecho.

—¿Estás ahí, Nicolasón?

—Aquí estoy.

Y aquellos dos seres hablaban en idilio extraño. El, nada decía; ella desbastaba, implacable.

—Hay que poner árboles en la plaza, Nicolasón; sin ellos está muy fea.

—Se pondrán—decía él.

—La casa de las eras está en venta: quiero que la compres para que viváis allí tu padre y tú. Donde vivís ahora es una cuadra.

—El padre no querrá, Marga.

—Es preciso que quiera... ¿Lo entiendes? Lo quiero yo.

—Entonces le llevaré arrastras a la casa de las eras.

—Y además la tienes que amueblar a lo español, con los mismos trastos que se usan por aquí, pero nuevos, flamantes. De eso me encargo yo.

—Lo que tú quieras, eso quiero yo.

—Oye, Nicolasón: ¡serán muy gra-

ciosas las escenas que te ocurrirán con tu padre! Cuéntame, cuéntame.

—Sí, muy graciosas. Echa pez.

—¿Pero qué te dice?

—Que estoy más loco que un cencerro.

Marga reía estrepitosamente, como si nunca hubiera reído.

—¡La verdad es que el pobre *Lamecantos*!...

—Cómo le obligamos a gastar dinero y salirse de sus costumbres...

—¿Y no estás contento, Nicolasón?

—¡Oh, muy contento, Marga! La gente me mira ya de otro modo.

—Y llegará a adorarte. Hay que hacerles mucho bien.

—A mí sólo me importas tú.

—Pues yo quiero que te interesen los demás.

—Ya me intereso, Marga.

—Más, más. Gasta mucho dinero, lo quiero yo. Lo principal es que desaparezca esa fama de tacaños que tenéis tu padre y tú. Os he buscado criados; debéis tenerlos, como el padre de Pedro Juan.

Nicolasón sabía que Pedro Juan amaba a Marga, y ésta, para lograr algo difícil, no tenía más que nombrarle.

—Más que él tendré de todo.

Y dialogando así una noche y otra noche; trabajando los dos sobre el alma de hierro del tío *Lamecantos*, lograron maravillar al pueblo. El viejo no quiso tocar sus vestidos, pero accedió a todo lo demás. Cuando Nicolasón no podía vencer, Marga iba a su casa, se sentaba en las rodillas del abuelo inexorable, y sus manecitas y su «lengua de trapo» ablandaban sesenta años de maldad y miseria.

—Tío *Lamecantos* no llevará más las cuentas de la casa—dijo un día.

Y, en efecto. Vinieron carros, y en los carros grandes cajones con etiquetas esplendorosas, en torno de los cuales se formaban grupos nutridos de lugareños asustados al ver tanta máquina.

Marga no se ocultaba ya; como una de esas encantadoras jóvenes yanquis, a quienes sólo importa el fin que se propusieron, vigilaba los envíos, escribía en las máquinas, trajinaba, animando a los criados y embriagando de dicha a *Buey de Oro*.

El millonario tuvo su secretaría, sus oficinas, su gran casa, sus criados, sus coches y cuanto boato y tren de lujo era necesario para arrancar del pueblo la idea de miseria que tenía de *Buey de Oro*. Un automóvil formidable coronó la serie de las transformaciones.

Los labriegos se quitaban los sombreros cuando pasaba tío *Lamecantos*. Este, al principio, se detenía burlón y agresivo, y preguntaba con acento grosero:

—¿Qué, me vas a pedir algo?

Poco después contestaba a los saludos, como su hijo.

Las tías de Marga, atónitas al observar el trabajo de su sobrina la interrogaban desconcertadas:

—Pero, hijita, ¿qué te propones hacer?

Ella las besaba en los ojos, diciendo:

—Estoy aprendiendo a manejar millones.

Y todos las tardes, como siempre, el señor cura, ellas y la sobrina continuaban sus conciertos. El arpa, el piano y el armonium, en *trío* embelesador, arrancaban de la tierra aquellas almas sencillas, felices y justas, y las llevaba a las regiones del bien supremo, del que tomaban a manos llenas serenidad y fortaleza.

Los campesinos pasaban, quitábanse el sombrero y decían:

—Están en su misa.

VI

ALLA MARCIA

La envidia contribuyó en lo que pudo a la gran obra. Don Cándido, por no ser menos que tío *Lamecantos*, visitó al alcalde y al señor cura, interesándose por el pueblo, cosa que jamás pasó por su imaginación. Pero su hijo le había arengado con tonos forenses.

—Es preciso, papá, vencer a *Buey*

de Oro. Marga tiene la manía de hacer bien, sigámosla en esa ruta, no nos retrasemos. Ese bestia hace lo que ella quiere. Hagamos nosotros lo mismo sin que ella lo mande.

Y, para sus adentros, Pedro Juan murmuraba:

—¡Si ella me hubiera pedido eso mismo!...

El señor cura llevó a colecturía a don Cándido y le mostró los pobres a quienes corría más prisa el socorro. El mismo Pedro Juan fué a llevarles el dinero.

Marga se enteraba de todo esto y bailaba de alegría.

—¿Ves, Nicolasón? Pedro Juan ha repartido unos miles de pesetas entre los necesitados. ¿Por qué no haces tú lo mismo entre los campesinos?

—Dime qué de he hacer, Marga.

Y el plan concebido por ella se ejecutaba.

—Coge—le decía *Buey de Oro*—de nuestros bienes cuanto quieras y haz con ellos lo que se te antoje.

—No, tienes que ser tú—decía ella.

Y así, lentamente, enseñó a *Buey de Oro*, que de patán huraño y miserable, se convirtió en un hacendado instruído. Aquel rostro añadió a su simpatía y fortaleza la conciencia de ser. Su vigor adquirió encanto y desenvoltura. Leía mucho, como Marga, y su entendimiento, labrado bien, daba, como las tierras bien tratadas, frutos de bendición.

—No es el mismo—se decía la gente.

—¡Qué hermoso es ese hombre!—exclamaban las mujeres.

Los comerciantes e industriales viajeros salían de sus oficinas deshaciéndose en elogios.

—¿Pero es *Buey de Oro* con quien hemos hablado?

Marga observaba su obra, temblorosa de emoción. Le adoraba y no recordaba haberle dicho jamás una palabra de amor. Seguíale paso a paso en su transformación y sentía ganas de arrojarse en sus brazos. ¡Qué bien hermanaban en el león la preocupación y la fortaleza!... ¡Qué bello estaba el *Buey de Oro* con su traje de campesino rico!... Pedro Juan, el atildado abogado millonario parecía a su lado un maniquí grotesco. Marga tenía el remordimiento de haberle escuchado su declaración de amor.

Cuando se inauguraron las escuelas que *Buey de Oro* ofreció al pueblo, habló Pedro Juan. Todo el pueblo estaba congregado allí. ¡Oh, fué un triunfo inmenso para el hijo de don Cándido!... Marga, sentada en el estrado entre sus dos tías, seguía, extasiada, la palabra cálida del joven. Pintaba éste la felicidad que da el estudio al espíritu y cómo la enseñanza convierte las selvas en ciudades... «No basta amar el campo para que el campo os rinda la cosecha—decía Pedro Juan—, es necesario cultivarlo bien; así los pueblos.... no basta amarlos, es preciso que en la escuela se instruyan para que sean dignos de su época y laboren por su país»...

Buey de Oro, escuchando estas cosas, miraba a Marga. Su recia cara decíale la envidia sublime que sentía de Pedro Juan. Hubiera querido hablar como él. Nobilísimo, se creía en aquel momento menos digno de Marga que él. Marga debía creerlo, asimismo, porque no pestañeaba escuchándole.

Un aplauso unánime, enorme, premió la palabra de Pedro Juan. Todos se apresuraron a felicitarle. La misma Marga corrió hacia él y estrechó su mano. El no se atrevió. Cerró los ojos para no ver a Marga cerca de su rival, y, cerrados los ojos, la veía mejor.

—Quisiera haber sido él—le dijo después.

Ella se quedó mirándole mucho tiempo, como si examinara por dentro el estado de aquella grande alma.

—Tú, Nicolasón, eres cien veces más notable que Pedro Juan. El habla bien de lo que tú has realizado. Y ese es el verdadero valor: ¡el tuyo! Tú no hablas, haces.

—Entonces, Marga, ¿por qué le mirabas de aquel modo?

—En nada puede ofenderte ese homenaje mío a su talento.

Se habló en el pueblo mucho de este suceso. Todos recordaban per-

fectamente que *Buey de Oro* había permanecido en un rincón sin acercarse al abogado cuando, abrumado por las felicitaciones, repartía saludos y abrazos. Marga quiso atajar el mal.

—Busca a Pedro Juan y dale excusas, Nicolasón. Alabó tu obra, la ensalzó, y bien sabes que él me amaba.

—Yo no hago eso.

—¿Y si yo te lo pido?

Venció, como siempre. Nicolasón buscó a Pedro Juan. ¿Qué sucedió entre ellos? Nadie lo ha podido saber jamás: ni *Buey de Oro*, ni don Cándido dijeron palabra del caso; pero sí se dijo que Pedro Juan había salido precipitadamente para la capital y Nicolasón llevaba vendada una de sus manazas.

★

Pocas semanas después, sobre el talud del arroyuelo, no lejos de la carrasca plantada «cuando vinieron los franceses», *Buey de Oro*, extendiendo su brazo, señalaba a Marga sus dominios.

—Todo es ya tuyo, Marga.

—¿Y sabes, Nicolasón, lo que yo voy hacer con todo eso?

Buey de Oro pasó uno de sus brazos por la espalda de Marga y la estrechó contra su corazón. La abejita, volando torpe y hacendosa, el agua en los élitros, sin que se derramase una gota, murmuró cerca de ellos Dios sabe qué frases.

—¿Sabes lo que voy a hacer con todo eso, Nicolasón?

—Lo que tú hagas estará bien.

—Se lo daremos a los campesinos. Eso no era tuyo ni hoy es mío: es de ellos. Nosotros tenemos bastante con nosotros mismos.

Buey de Oro la besó en los ojos. Ella vió en los de él la inmensidad protectora; él vió en los de ella la abejita hacendosa roja y negra, la amapola entre espigas.

—«Nosotros tenemos bastante con nosotros mismos.»

FIN DE
«RAYITO DE LUZ»
Y
«AMAPOLA ENTRE ESPIGAS»
DE
EUGENIO NOEL

JOSE ORTIZ DE PINEDO

(1881)

JOSE ORTIZ DE PINEDO

Poeta *y novelista. Nació en Jaén. Alto funcionario del Ayuntamiento de Madrid. Colaborador de numerosas revistas literarias de toda España. Una de sus primeras narraciones fué publicada en* El Cuento Semanal. *De él ha dicho Cejador: «Prosista natural, ameno y castizo, siempre agradable y que retrata la realidad bien condensada.» Su fecundidad es asombrosa. La selecta* Biblioteca Patria *premió varias veces sus narraciones.*

Novelas: El sendero ideal; Rosa de Sevilla; La santa ilusión; El espejo de su alma; La emoción desconocida; La graciosa gaditana; ¡...y la vida se va!; Muchachas; Las rosas de ayer; Duende amor...

CASA DE AMOR

I

Hallábase situada a unos siete kilómetros del pueblo, en pleno campo desierto y un tanto apartada de la carretera. Escondíase entre un bosquecillo de olmos, castaños y *eucaliptus*. Un atajo angosto y sinuoso, por el que apenas podían caminar parejos dos carros de labranza, conducía a la finca. En redor el paisaje era espléndido y dulce. Tocando el norte de Castilla, tenía su vegetación ubérrima algo de la suavidad y la blandura de los húmedos campos astures y galaicos, y al propio tiempo la luminosidad casi meridional de los cielos castellanos. El ancho espacio de la vasta llanura sembrada y arbolada, era la única edificación. Dijérase recluída en zahareña soledad egoísta de su paz y su silencio, refractaria a todo contacto.

No se trataba de ningún castillo medieval, jirón de la Historia o testigo bizarro de gestas heroicas. Tampoco de noble casa solariega, asiento de próceres famosos y de todos conocidos. Menos aún ofrecía el gesto mundano y frívolo de las villas y chalets de recreo. Mas reunía en sí algo de las tres fisonomías: recia arquitectura, traza señorial, aire entre pomposo y aldeano. Pequeña para castillo, grande para hotel, quedábase en casona campesina de no muy vieja fecha: comienzos del siglo anterior o, a lo sumo, postrimerías del XVIII.

En cuanto a su origen y pertenencia primitiva, nada en concreto. El velo de misterio que la envolvía en la actualidad espesábase más cuanto más pretendió ahondar la investigación. Precisamente el misterio constituía la naturaleza del bello inmueble. A la manera del bosquecillo que casi lo borraba a la vista de lejos y de cerca,

un halo de leyenda lo bañaba, extraña atmósfera de amor y de muerte, y dentro de la leyenda no una versión clara y definida como tantas historias milagreras o novelescas, sino versiones diversas y todas nebulosas.

En un solo extremo coincidían éstas: en asegurar que el misterioso palacete no había sido habitado jamás por sus dueños. Mejor dicho, tan sólo un día hubo de albergarlos, una trágica noche de bodas. Cerrado desde entonces, y ello databa de antigua fecha, nadie había vuelto a pisar sus estancias a excepción de algún que otro curioso traído por su misterio y de alguien que, ignorante de la leyenda o desdeñoso de ella, intentaba alquilarlo. Ninguno, sin embargo, pese a las facilidades del arriendo, acababa por consumar el propósito. ¿Por qué motivos? Ello era un misterio más.

Villamil—Alberto Villamil, gran figura, *sportsman*, miembro distinguido de los clubs elegantes del Madrid de ahora—como hombre muy a tono con su siglo, no creía poco ni mucho en patrañas legendarias. Más bien era un espíritu burlón ante la suerte de novelerías y misterios. Sentido práctico y materialista, reñido con el más leve matiz soñador. De ahí que, camino de la casona misteriosa, a noventa por hora de su magnífico *Rolls*, no sintiese otra inquietud que la de llegar cuanto antes, ni otro interés que el convenir el alquiler de la finca, tan propicio a sus fines.

El solitario atajo le supo a placer. Realmente, era aquél un sitio encantador por lo escondido. Ni una sola choza en cuanto abarcaba la vista. Encontraba muy natural que la imaginación de las gentes hubiese tejido una leyenda de una casa tan poéticamente situada. Desasida del resto del mundo a la manera de los antiguos castillos enhiestos en la cima de los promontorios, la nueva civilización no respetaba su soledad en absoluto, imponiéndole de vez en cuando la visita fugaz de los aviones que pasaban sobre ella con sonoro zumbido. Fuera de esto, en efecto, la campesina mansión ofreciase como envidiable y deleitosa «torre ebúrnea».

Echó pie a tierra, y mientras el mecánico lanzaba en torno una mirada aburrida, temeroso de larga espera, Villamil, no viendo en la puerta del tapial llamador alguno, golpeó fuertemente. Transcurridos unos segundos, como nadie acudiese a abrir, volvió a llamar. Nuevo lapso, y la puerta que se abre al fin, dejando ver a un vejete apergaminado.

—¿Qué desea el señor?

—Tengo entendido que se alquila esta casa de campo. ¿Es con usted con quién podré tratar del asunto?

—Un servidor es el guarda de la finca; pero es con el señor administrador con quien el señor habrá de entenderse.

—¿Y vive aquí también?

—Aquí no vive, ni ha vivido nadie jamás, más que un servidor y el guarda que había antes de venir un servidor, y que se murió. El señor administrador vive en el pueblo, en Sombroso, a siete kilómetros de aquí.

—De allí vengo. De haberlo sabido... Pues usted me dirá dónde tengo que preguntar por el administrador y cómo se llama. Salgo ahora mismo en su busca.

—Perfectamente. Pero antes invito al señor a que pase a conocer la finca.

—No es necesario. Basta verla por fuera para asegurar que es magnífica. Precisamente la que yo estaba necesitando.

—Perdone el señor, pero sin verla detenidamente, sin saber...

—Ya digo que no es preciso. Me encanta tal cual es.

—El señor disculpará que insista. No se trata sólo de conocer la quinta. Sino de que este servidor ponga al señor al corriente de algo que a ella atañe.

—Ya, ya me figuro. Va usted a decirme que existe una leyenda acerca de la casa. Pues tampoco me interesa; perdono la leyenda y voime directamente a tratar con el administrador.

—He de advertirle al señor, por si quiere ahorrarse el viaje, que antes

debe oír a este servidor. Si después de escucharme insiste en el arriendo, no digo nada; porque cuantas personas han venido, en el transcurso de muchos años, con este mismo objeto, apenas ha abierto la boca este servidor han desistido de su propósito.

—Yo no pienso desistir del mío por muchos horrores que vaya usted a contarme con relación a esta casa. Pero, en fin, todo será perder diez minutos. Veré la finca y me referirá usted esa historia espantosa...

Villamil terminó la frase riéndose. El vejete, muy afable, rectificó la ironía.

—Nada de espantosa, señor. No es para asustar a nadie. Para dar qué pensar, sí.

El guarda había entornado la cancela y, cediendo la derecha a Villamil, atravesaron el frondoso parque que circundaba el palacio.

II

Amplia graderia de piedra, manchada de verdín, daba acceso a la casa. En el umbral abríase una puerta de doble hoja, con cristales de color rojo y verde, ya deslucidos. Dentro, grandes estancias entarimadas con pocos y severos muebles antiguos. Barg u e ñ o s, cornucopias, panoplias, óleos, tapices, damascos, bronces, viejas porcelanas... Todo empolvado y desvaído, denunciando el abandono absoluto en que se hallaba, lo que parecía añadir vejez a su vejez. Las frondas del parque rozaban las vidrieras de los altos ventanales robándoles la luz, y aun en pleno día las vastas salas de la quinta permanecían como en penumbra crepuscular.

Villamil recorrió los dos pisos—inacabable desfile de salones, destartalados los más—sin ninguna emoción. Nada le decía al ánimo el alma de todas aquellas cosas—retratos de antiguos señores, armas caballerescas, sofás y sillones vacíos con leve huella de haber sido ocupados. Otro que no fuese él acaso no reprimiese una mirada interrogante al espíritu de aquellos muebles, curioso de las vidas pretéritas allí albergadas siquiera fuese unas horas. Villamil dejaba resbalar sobre ellos una ojeada indiferente.

—¿Qué le parece al señor el palacio?

—Admirable, admirable—contestó Villamil, maquinalmente, con aire distraído.

—Como comodidades, no tiene: me refiero a las comodidades que ahora se estilan por el mundo. Aquí, como verá el señor, todo está viejo y gastado.

—Cierto, sí...

—No hay cuarto de baño, no hay luz eléctrica...

—Eso se instala fácilmente.

—En este salón de música existen, como el señor puede ver, un piano de cola, un armonium, un arpa... me figuro que medio estropeados.

—Música vieja... Tampoco me preocupa.

Deteniéndose ante otra estancia, cuya puerta aparecía cerrada, el viejo murmuró:

—Aquí tiene el señor la clave del misterio. Esta es la alcoba nupcial donde... Pero antes de oír la historia vea el señor la habitación.

Y así diciendo, abrió de par en par la doble hoja de labrada madera.

Villamil, sin mayor interés que hasta entonces, miró al interior. Una amplia estancia tapizada de rojo con pomposo lecho matrimonial cubierto de damasco. Sobre una mesa dos grandes candelabros de bronce, cuyas velas mostrábanse por igual apenas consumidas. En la cabecera del lecho un óleo atribuido a Rafael representando a una de sus «madonas», un busto de la Virgen con el cándido lirio de la Anunciación en la mano.

—Esta es la alcoba destinada a los señores duques de Sierranueva, y que por azares de la suerte no llegaron a ocupar. La cama está intacta, tal y como estaba dispuesta para la noche de bodas, hace más de medio siglo. Nadie ha tocado siquiera el damasco que la cubre. Nadie tampoco ha movido de su sitio estos candelabros, cuyas velas hubieron de encenderse en

espera de los nuevos esposos y apenas ardieron unos minutos, como lo demuestra el hecho de estar tan poco consumidas.

Villamil escuchaba con vaga sonrisa.

—Los señores duques llegaron a la quinta para celebrar en ella su matrimonio y pasar la luna de miel. Con ellos vinieron desde la Corte muchos invitados, toda ella gente principal, como el señor puede suponer. La ceremonia tuvo lugar por la tarde, a última hora, y hubo después gran cena y brillante baile, que duró hasta bien entrada la noche, una hermosa noche de primavera. Ardían como un ascua los salones de la planta baja, abiertos sobre el parque. Buena parte de éste estaba también iluminado a la veneciana. Los invitados repartíanse entre el salón del baile y el jardín. Y cuéntase...

El narrador marcó una pausa, sin duda para hacer más solemnes las revelaciones de su relato ante el gesto ambiguo del visitante.

—Y cuéntase—prosiguió cambiando el tono—que el señor duque de Sierranueva, esto es, el novio, que él era quien llevaba el ducado, al internarse en el parque, como buscando breve respiro a la fatiga de la fiesta, hubo de sorprender a la novia, a la reciente esposa, en brazos de otro caballero... Hay quien asegura que la traición no tuvo lugar en el parque, sino en la propia alcoba de los nuevos esposos donde, avisado por alguien, presentóse el duque súbitamente. Y no falta, por último, quien afirme que el traidor, lejos de ser persona de calidad, era un simple lacayo, que la nueva duquesa tenía hacía tiempo a su servicio. Por mi parte, señor, me resisto a creer esto último, no porque dude de la audacia entre gentes de mi humilde condición, sino porque no concibo en una alta dama, hermosa y poderosa, aberración tan torpe. De una u otra manera, ello es que la traición existió y que el señor duque, ciego de amor y de coraje, estranguló a su esposa, y, a renglón seguido, batiéndose en duelo con el seductor entre estas mismas frondas del parque, le atravesó el corazón de una estocada. Los que creen en la existencia del lacayo, dicen que en la propia alcoba lo mató de un balazo...

Hizo el guarda otra pausa, y agregó:

—Antes que apuntase el alba, el señor duque, con las personas de su familia y los invitados, abandonaron la quinta, y veinticuatro horas después el señor duque salía también y para siempre de España. Se echó tierra al asunto, y este palacio, abierto para sólo un día, volvió a cerrarse. Y cerrado continúa quién sabe si para siempre también. Las casas son como las personas, y sobre algunas pesa, fatalmente, la desgracia...

—Trágica es, en efecto, la historia —comentó Villamil, irónico.

—Mas como dije al señor, no es para asustar a nadie. No es historia de miedo, de fantasmas, que son las que verdaderamente asustan a las gentes.

—Y de ahí que ahora me explique menos aún, por qué, como usted afirma, nadie se decide, conocida la historia, a alquilar la casa. No hablándose en ella de fantasmas ni duendes...

El guarda sonrió.

—Sin duda existen, señor, para los que piensan tomarla. Como los que vienen son generalmente recién casados...

Y el viejo miró a Villamil con ojos socarrones. Alberto rió.

—Ya. Supersticion... Maridos que temen la traición conyugal, y en cada oscuro de este parque o detrás de cada tapiz esperan descubrir un amante... Yo no soy de esos, a Dios gracias. Por algo dije a usted que, oyese lo que oyese, tomaría la casa. Vamos allá... Mi mecánico debe haberse dormido... Todavía tengo tiempo, antes que cierre la noche, de llegar al pueblo y ver al administrador. ¿Dice usted que en los soportales de la Plaza... don Lope Guindo...? Perfectamente...

III

Vieja plaza de pueblo castellano, sórdido y tristón. La iglesia parro-

quial, que apenas puede tenerse en pie. Una fuente en el centro de tosca taza circular, de ancho diámetro. La plaza entera formada con soportales; pilastras de piedra, suelo de guijos, seis u ocho callejas afluentes torcidas y un tanto empinadas; chirriar de carros y caballerías.

La escalera que conduce a las habitaciones de don Lope Guindo—¡famoso señor!—dijérase dispuesta para ejercicios acrobáticos. Pina, angosta, retorcida, difícil como un diablo. Villamil, luego de mil sudores, logra dar cima a su ascensión. Ya está frente a la puerta de don Lope, una puerta chiquita con breve mirilla en el centro, de hierros en cruz. Cuelga a un lado el cordón de la campanilla. Tira de él. No suena. Tira más fuerte... Sigue sin sonar. Pero la puerta se abre. Surge una rapaza, toda sonrisa y simpatía.

—Esta campanilla no suena nunca, pero sabemos que llaman por el ruidito que hace el cordón... ¿Qué desea el caballero?

—Ver al señor Guindo.

—¿A don Lope? Pase el señor. Voy a avisarle. Aguarde un momentito, que salgo en seguida.

Villamil encuentra a esta zagala harto fina para un poblacho. Tres segundos de espera y la moza que reaparece invitándole a entrar.

—Pase el caballero. Por aquí...

Cede el paso y vuelve a eclipsarse con graciosa viveza.

Villamil se encuentra ante un hombrecillo todo sonrisa también como la muchacha, muy viejo, muy arrugadito; ojos maliciosos, expresión simpática y una pequeña sotabarba, entre rubia y cana, que ya nadie usa en el mundo y que su poseedor gasta sin duda como un resabio del siglo XIX. Viste un traje raído y limpísimo y luce una corbata de nudo hecho, completamente deshilachado. Villamil colige que este buen señor tan extravagante, sin duda, estima una incorrección el estar en casa sin corbata, mas al propio tiempo su espíritu económico no le consiente el uso de otra más nueva.

La habitación en que se halla don Lope está abarrotada de libros y ofrece cierta semejanza con su persona. Es un amplio recinto encalado, con grandes estanterías simétricas en sus cuatro testeros. Los numerosos volúmenes aparecen escrupulosamente catalogados, pero casi todos, a juzgar por los lomos y tejuelos, acusan una vejez lamentable. Cubre el pavimento una esterilla pelada, y la mesa, carpeta y tintero, como asimismo el sillón que ocupa don Lope, muéstrase igualmente en la mayor ruina. La estancia, como su dueño, da la impresión de esas fachadas carcomidas y lavadas por la lluvia.

Don Lope se adelanta a recibir a Villamil con exquisita cortesía. Le invita a tomar asiento en otro sillón frailero contiguo a la mesa. Sobre ésta pende una bombilla eléctrica, encerrada a manera de pantalla en un cucurucho de papel de seda verde. La luz es suave y deja medio en penumbra los ángulos de la habitación.

—Usted me dirá en qué puedo tener el honor de servirle.

—Me dicen que es usted el administrador del palacio de Sierranueva.

Don Lope sonríe con leve malicia.

—Así lo llaman, en efecto.

—Por lo visto, no es de ese modo como debe nombrarse.

El señor Guindo—llevándose la mano al nudo deshilachado de su corbata con movimiento característico en él, no se sabe si para mantenerla derecha o, simplemente, acariciarla—murmura:

—No, ciertamente. Los señores duques de Sierranueva no han poseído jamás esa propiedad, que el vulgo los atribuye hace muchos años, no se sabe por qué.

—Ya. Pues yo creí... Pero sean quienes fueren los dueños de esa finca, supuesto es usted quien la administra, con usted he de entenderme al objeto que aquí me trae, que es el de tomarla en arriendo.

Los ojos del señor Guindo acentuaron un poco su brillo burlón.

—¿Le ha interesado a usted la casa?

—Extraordinariamente. La encuentro ideal.

—Sin embargo, carece de ciertas comodidades.

Villamil le ataja.

—Sí, cuarto de baño, luz eléctrica... Ya me lo ha dicho el guarda. No me importa.

Don Lope murmura, reflexivo:

—El guarda... Ha hablado usted con el guarda... Y a pesar de haber hablado con él, viene usted en mi busca.

Villamil ríe.

—Ya, ya sé que cuantos intentan alquilar la casa, apenas el guarda abre la boca desisten de su propósito sin llegar a ver a usted.

—Así es, en efecto. Lo que de la casa se cuenta basta para espantarme las visitas.

—Pero yo, señor, no creo en leyendas—en ésa ni en ninguna—, y de ahí que haya venido a visitarle. La trágica historia que el guarda me ha referido—con decidido empeño, por cierto—me ha parecido una patraña desde el principio al fin.

Don Lope sonríe aún más.

—A mí también me lo parece.

Villamil le mira con alguna sorpresa.

—También a usted ¿eh? Lo que no me explico es cómo no perteneciendo la finca, según usted me dice, a los duques de Sierranueva, la famosa historia que el guarda me ha encajado les atribuye la propiedad.

—Más de una vez he llamado la atención sobre ello a Jerónimo, el guarda. Pero el buen Jerónimo se resiste a obedecerme en eso. Dice que él no engaña a nadie, que está en la obligación de poner en antecedentes de la casa a cuantos desean alquilarla, para que nadie luego, si la toma—lo que hasta ahora no ha ocurrido—, pudiera llamarse a engaño al saber por fuera una leyenda que pudiera serle desagradable. Los guardas anteriores a Jerónimo hacían lo mismo. Como usted ve, el de ahora se limita a recoger la herencia repitiendo la historia como modesto cicerone... Con ello no hace daño a nadie.

—Hace daño a la finca en primer término y también a sus propietarios.

Acentúase de nuevo la sonrisa simpáticamente maliciosa del señor Guindo.

—¡Bah! Los señores propietarios del inmueble no tienen el menor empeño en arrendarlo.

—Siendo así, ¿por qué cuando uno se acerca a pretenderlo no le dice el guarda que no se alquila? Sería más lógico.

Don Lope, tras una pausa meditativa y un toquecito a la corbata, responde:

—Por lo visto, los señores propietarios—y les aplaudo el gusto—se interesan en perpetuar el misterio de ese palacio permitiendo su arriendo.

—¿Qué misterio? ¿No me ha dicho usted que tampoco cree en la historia de marras?

—Y se lo repito. No creo en semejante leyenda. Pero eso no quiere decir que el palacio no ofrezca su poquito de misterio. ¡Oh, ya lo creo! (Y don Lope, al decir esto, ya no sonríe.) Un misterio exquisito... No me refiero precisamente a ese dormitorio donde, según la leyenda que el guarda refiere a los visitantes, aparece intacto el lecho conyugal y ligeramente consumidas las velas de los candelabros que habían de alumbrar la noche de bodas. ¿Pero se ha fijado usted acaso en la pintura que preside el lecho? Es un óleo atribuido a Rafael. Un busto de la Virgen María, lleno el semblante de dulzura y gracia, mostrando en la diestra el blanco lirio de la Anunciación que el Arcángel acaba de entregarle. ¡Quién sabe, señor, si este lienzo bíblico tiene alguna secreta relación con ese lecho nupcial intacto y esos candelabros que aún parecen aguardar la llegada de los nuevos esposos!

—Veo que es usted poeta—comenta Villamil algo despectivo.

Don Lope vuelve a su suave sonrisa.

—No lo niego. La poesía fué siempre mi mayor vicio. Me atrae como nada. Sobre todo, la *verdadera*, la que se basa en cosas reales, materiales, humanas; la que funde lo ideal y lo terreno con soldadura misteriosa como

en la historia del llamado palacio de Sierranueva.

Viendo el giro que tomaba el diálogo, Villamil pensó en abreviar la entrevista.

—Bien, señor. Concretemos, si a usted le parece. Yo vengo dispuesto a alquilar la casa. Usted tendrá la bondad de decirme en qué condiciones.

—Con sumo gusto. El arriendo mensual de la finca importa ciento veinticinco pesetas.

—¿Nada más?

—Nada más.

—Es regalado. Todo un palacio con un gran parque, por veinticinco duros al mes.

Don Lope, todo sonrisa:

—No le extrañe. Es el precio que los dueños fijaron hace más de cincuenta años. Como usted no ignora, era muy otro entonces el valor del dinero.

—Pero ahora han podido los dueños poner el alquiler a tenor de las circunstancias.

—Se ve que el asunto no les preocupa gran cosa. Como además nadie ha alquilado nunca la casa...

—Seré yo su primer inquilino.

Don Lope acaricia su corbata y clava irónico sus ojos en Villamil.

—Tendré un verdadero placer... como humilde administrador de la finca. ¿Piensa usted ocuparla durante mucho tiempo?

—¿Me obliga el contrato a tiempo determinado?

—No, por cierto. Podrá usted habitarla un mes o un año, lo que guste. Mi pregunta está relacionada con el mueblaje. ¿Toma usted la casa amueblada o piensa amueblarla usted?

—No, no, tal como está.

—Si se trata de ocuparla poco tiempo, realmente no vale la pena—ni el trabajo—de arrinconar tanto mueble en los desvanes.

—Naturalmente. Yo no pienso utilizarla más que la temporada de verano, ¿sabe usted?

El señor Guindo, con nuevo toquecito de corbata, arguye:

—He de advertirle a usted, por si le hubieran informado mal, que este pueblo no es estación de verano. Aquí hace mucho calor.

—Ya, ya lo sé.

—Sin embargo, en la casa, grande como es y rodeada de árboles, no debe sentirse demasiado.

—Eso creo. Y como yo voy a habitar en la casa y no en el pueblo...

—Perfectamente. Ahora, señor, permítame una pregunta; que le ruego no achaque a curiosidad, sino al natural deseo de saber a quién arriendo la finca. ¿Son ustedes mucha familia?

—¡Oh, no!... Poquísima..., casi nadie...

La sonrisa de don Lope se hace más burlona.

—Me lo había figurado. Probablemente no serán ustedes más que dos; quiero decir su esposa y usted.

Villamil titubea.

—No, mi esposa no... todavía. Pero ¿sabe usted? Pienso casarme inmediatamente.

—Ya. Y pasar la luna de miel en el palacio de la Sierranueva. Le aplaudo el gusto. La poesía del lugar—ahora no me negará usted que tiene poesía—es lo más a propósito para unos recién casados. Soledad y misterio... Cierto poético misterio que envuelve el palacio. No esa trágica leyenda de traición que el bueno de Jerónimo le ha referido, sino otra, otra...

—¿Existe otra leyenda más acerca del palacio?

—Existe, sí, señor. Y en esa creo yo, *he creído* siempre.

Ante el temor de que don Lope fuese a contársela, Villamil hizo ademán de ponerse en pie. Con suavidad cortés, el señor Guindo le contuvo.

—Yo agradecería a usted, caballero, que me permitiese referirle esa leyenda, la verdadera leyenda del palacio.

Villamil tuvo un gesto de cómica resignación. Antes el guarda, ahora el administrador... Estaba de Dios que todo el mundo le contase lo que maldito si le importaba. No pudo, sin embargo, reprimir una pregunta previsora.

—¿Es muy larga la narración?

—Brevísima, señor. Mas me creo en el deber de hacérsela desde el momento que se decide a habitar el palacio.

—¿Con la esperanza acaso de que desista del propósito, como cuantos oyeron la del guarda?

—No, por cierto. Mi leyenda es más dulce. No hay en ella traición ni engaño. No hay más que amor y desgracia. Amor sobre todo... De ahí que lo que el vulgo nombra palacio de Sierranueva, llame yo sencillamente, llevado de mi vicio poético «Casa de Amor».

Villamil, cambiando de postura dispóniase a soportar la nueva leyenda. El señor Guindo, acariciándose el deshilachado nudo, comenzó así su relato:

—Oiga usted lo verdaderamente ocurrido en el palacio...

IV

—Aunque no a Sierranueva, como antes le dije, la finca pertenece a unos duques cuyo nombre no hace al caso, que residen fuera de España desde luengo tiempo. No ha sido habitada, en efecto. Se construyó y alhajó para que el primogénito de los duques abuelos, hoy abuelo a su vez, que a la sazón vivían en Madrid con sus padres y que se disponían a contraer matrimonio, pasase en ella la luna de miel. La falsa leyenda se apoya, como usted ve, en algunos datos verdaderos. Pues bien, las proyectadas bodas no llegaron a efectuarse por ciertos fundados escrúpulos del propio señor duque, el cual, desengañado y dolorido, abandonó la Corte con propósito de no volver a España, propósito que ha venido cumpliendo. Y he aquí una casa relegada por el capricho de la fortuna a la soledad y el olvido de sus dueños. ¿Qué de extraño tiene, no habitándola nadie, que la pueblen fantasmas? No ignora usted, señor—aunque en ellos no crea—, que trasgos y duendes traban pronta amistad con los palacios deshabitados. Y puesto que el que fué destinado para albergue dichoso de los amores de su amo, blando y regalado nido, sede propicia a la ventura y el ensueño, quedaba desamparado y estéril, la fantasía popular nunca ociosa le tejió sus leyendas cual si con ello quisiera suplir la historia de que carecía.

El señor Guindo no daba a su relato la menor solemnidad ni su vocecita afable perdía tampoco el dejo irónico. Su diestra, blanca y pergaminosa, continuaba asimismo posándose de cuando en cuando en la arruinada corbata.

—La deshecha boda ducal dió origen a los más disparatados comentarios y las más aventuradas conjeturas. Pronto echó a volar con otras la leyenda que ha escuchado usted de labios del guarda. Pronto también corrió la especie entre las gentes sencillas de la comarca que en el palacio había duendes. Sin embargo, yo, por mi parte, puedo asegurar que, al menos, había uno..., uno, *que todavía está allí* vagando entre los árboles del parque, en las penumbras de los salones. Y creo más; creo que allí estará siempre, mientras el palacio exista, hasta el día próximo o lejano en que la piqueta lo eche abajo.

Villamil, pese a la solemne afirmación de que *todavía erraba* un fantasma en la casa, seguía el relato con aire indiferente.

—No muy distantes del palacio había por entonces unas cabañas, y en ellas dos familias rivales como capuletos y montescos y también otros Romeo y Julieta, vástagos respectivos, cuyo amor pretendía fundir el encono de sus deudos. Como quiera que los amantes veíanse con dificultad, siempre a salto de mata, idearon ampararse del palacio para en él celebrar libremente sus entrevistas. El galán logró hacerse con una llave que abría cierto postigo de la tapia, y a favor de las primeras sombras de la noche penetraba en el parque donde, protegidos por la espesura, platicaban largamente. Parece ser que burlando la descuidada vigilancia del guarda de entonces, acostumbrado a no recibir la visita de nadie, los enamorados invadían la casa y discurrían

por los salones prendados sin duda de su lujo y boato, gustosos de su abandono, soledad y silencio, curiosos de todo lo que para ellos constituía notable novedad y sorprendente hechizo, campesinos como eran rústicos y pobretes, aunque moral y espiritualmente acusasen sus almas delicadas claro linaje, supremo señorío. Es indudable que Susana y Guillermo, que así se llamaban los amantes, hollaron más de una vez con pie furtivo la famosa alcoba nupcial. ¿Qué dirían a sus ojos atónitos el lienzo de la «Madona», el lecho intacto, los candelabros apenas encendidos? ¿Conocían ellos la naciente leyenda del drama conyugal o, ignorantes de ella, forjaban otra, más dulce y amorosa, en el vasto palacio deshabitado?

Don Lope marcó una pausa a su interrogación, y prosiguió de este modo:

—Lo absolutamente cierto—para mí al menos—es que Susana y Guillermo vivieron allí, entre los árboles copudos o bajo las altas techumbres de las salas, las únicas horas felices de su existencia. Que un día y otro discurrieron el medio de vencer la hostilidad paterna de ambas familias para poder ellos juntar sus vidas. Que un día y otro desalentados, viendo imposible el ensueño, refugiábanse en su propio amor... Y cuantos aseguraban que en el palacio había duendes—tal vez por haber sorprendido de lejos las sombras de los amantes al entrar o salir del postigo o en el marco mismo de algún balcón perfiladas por la luna—, no se equivocaron. Cierta noche, el guarda de la finca descubrió al pie de unos rosales en un breve sendero del parque, que el claro de luna alumbraba, los cadáveres de los amantes fuertemente abrazados... Habían puesto fin a su vida por no lograr ponerlo al odio recíproco de los suyos, que imposibilitaba su amor. Un puñal hubo de traspasar sus corazones... La sangre en que se anegaban era el río precioso de sus venas que afluía al mar, inmensamente triste, de cuantos amantes desgraciados sucumbieron del mismo modo al peso de su desgracia. He aquí la leyenda, señor. La cierta, la verdadera. Un poco romántica como del tiempo en que tuvo lugar. Nada tenebrosa, conforme le dije. Toda ella llena de pasión y dulzura hasta en la misma muerte, que los sorprendió abrazados... ¿Comprende usted ahora por qué llamo yo al palacio «Casa de Amor»? Nunca habitado por nadie, sólo del amor fué cobijo. El que parecía destinado a albergar vidas ilustres, fué trono y dosel de un amor campesino y humilde. No pudo, sin embargo, caberle al palacio destino más bello. Susana y Guillermo se amaron mucho... Sacrificaron ellos sus vidas, mas en el palacio aún existe un «duende», existirá siempre... el Amor. Vaga por los jardines, yerra por los salones, huésped perenne e inevitable, amo y señor del palacio mientras éste subsista. Casa de amor es esa, como ve: casa de amor...

V

De regreso a Madrid, a «noventa por hora», iba Alberto Villamil profundamente indignado. ¡Dichoso don Lope! ¡Menudo «tostón» le había aguantado luego de la otra tabarra del guarda! Menos mal que hubo de lograr su propósito: alquilar la finca.

Contando ya con el nido, tan sólo le faltaba acabar de convencer al pájaro. ¡Aquella mujer era tan extraña y contradictoria! Una aventurera, desde luego no. Moderna, muy moderna en cuanto al sentido de independencia. Pero ¿verdaderamente sincera? ¿Honesta en absoluto? Nada —ni el más leve indicio—podía probarle lo contrario. Mas esta independencia de la mujer nueva deja siempre el gusanillo de la duda.

Isabel, emancipada desde los dieciocho años, había corrido un poco de mundo. París, Londres... Viajaba sola y sola vivía, en un confortable gabinete de la Pensión Suiza, instalada en un rascacielo de la Avenida Reina Victoria. Su madre, en quien adoraba, había muerto. De su padre no se recataba en afirmar que era un canalla, el mayor canalla del mundo. De esta

aversión le había nacido sin duda su despego y desdén hacia los hombres, a los que creía sobre poco más o menos como su padre. Con el caudal materno que éste hubo de entregarle casi a viva fuerza, Isabel vivía con discreta holgura. El padre, mujeriego y gastoso, presumiendo de gallardo, era un politiquillo del antiguo régimen de los que aspiraban a la categoría de ministrables sin pasar nunca de las Subsecretarías. La emancipación de su hija le pareció cosa de las nuevas corrientes, a las que no había por qué oponerse y, de paso, lo dejaba a él en mayor libertad de acción para sus trapicheos.

Villamil había conocido a Isabel en los salones de té adonde solía concurrir sola casi siempre. Le atrajo desde el primer momento por su belleza más que perfecta, sugestiva, sin encanto llamativo empero. Pintada sin exceso, elegante sin afectación, seria, severa, sin adustez; y en toda ella un aire de mujer inteligente y superior tan lejos de la gazmoñería femenina de antes como de la antipática masculinidad de la de ahora. Un justo medio de fortaleza carente de prejuicios. Exteriormente, fría y despectiva. Dentro, un corazón sin las acostumbradas ilusiones de la señorita burguesa; dulce acaso aunque no dejase traslucir sus empeños, triste tal vez aunque tampoco transparentase su intimidad. Lo que más ostensible se hacía en ella era un fondo de lealtad y rectitud casi austeras.

De conversación amenísima y culta, hablando correctamente el francés y el inglés. Un poco aficionada a la buena literatura sin caer en la tentación de cultivarla. En cuanto al amor, poseyendo teorías fundamentales. Abominaba de él como vicio y como comercio. El mismo matrimonio no le imponía respeto cuando la mujer se casaba por cálculo y sin afecto. Parecíale esta venta tan bochornosa como la otra. Mas tampoco tenía a la virginidad por culto de vestales. Opinaba que la mujer que no sintiese la vocación del hogar, debía darse al hombre no solo por amor, sino también en caso de verdadera atracción física y espiritual. Ella, por su parte, no cifraba su orgullo en morir virgen y consentía en entregarse, nunca en son de aventura al paso, pero sí por sincera complacencia.

Villamil había disertado con ella largamente acerca de este tema. Ella, sin timideces hipócritas ni tampoco alardes impúdicos, había aceptado en principio sus proposiciones. Vivirían juntos. ¿Para siempre, juramentándose? No creía en juramentos. Creía, sí, en amores que duran lo que dura la vida, firmes y leales, mas no por el hecho de haber sido juramentados. Creía también en el amor conyugal. Y por creer en todo esto, creía asimismo—aunque parezca contradictorio a primera vista—en el amor libre. Divina libertad la del amor. Preciosas ligaduras las divinas y terrenales del matrimonio. Preciosa también la escisión del divorcio cuando no existe realmente la necesaria coyunda espiritual de dos seres. Y preciosa, por último, la coyunda libre, que a nada se sujeta y se ata y se desata bajo el solo imperio de la voluntad. Este era su credo en cuanto al amor.

Pero ella no era una mujer fácil. Había que dar tiempo al tiempo. No trataba precisamente de que él—Alberto—hiciese méritos para lograr lo que se proponía. Nada de premios, como en la escuela, a la perseverancia. Le parecía estúpida esa vanidad femenil de hacerse rogar para lo que no debe ser gracia, sino correspondencia, afecto que paga otro afecto. El tiempo que ella se tomaba era para afianzarse, para llegar al fin sin la menor reserva, gustosa y confiadamente.

Larga fué la prueba. Como que ya iba corrido más de un año en pláticas y entrevistas que a él le devoraban de impaciencia. Fué entonces, decidido a no aguardar más, cuando se le ocurrió la idea de alquilar la quinta de Sierranueva, que hubo de descubrir en una de sus excursiones automovilísticas.

—Isabel—díjole en la primera oca-

sión—. Para *nuestro* amor he encontrado un nido ideal.

Ella rió del hallazgo.

—¿Nido... o guarida?

—Nido. Un nido delicioso. Dígame usted que lo acepta y corro a tomarlo. Al descubrirlo desde la carretera, paré el coche para preguntar a un labriego quién vivía en aquella casa. Me contestó que nadie, y que se alquilaba. No poseo hasta ahora otros informes.

Convinieron al fin el plan. Alquilada la casa, saldrían una tarde de Madrid para tomar posesión de ella. Allí pasarían su luna de miel, los meses del verano, si el calor no apretaba. Disponían de un vasto jardín para pasear, podían también hacer excursiones en el auto. Luego levantarían el vuelo, y en vez de volver a la Corte viajarían un poco, supuesto que a ella le encantaba. Por último, el retorno a Madrid. Un pisito en cualquier vía arbolada y espléndida del ensanche, y a vivir dichosamente.

A este programa, que Alberto expuso con gran entusiasmo, hizo ella escépticas rectificaciones.

—Sí, muy bien... La luna de miel en el campo si el hastío de él lograba triunfar de toda una temporada veraniega. El viajecito al extranjero quedábase, pues, en un término problemático. En cuanto al pisito en Madrid, ¡ay!, le parecían felicidad y fidelidad harto duraderas.

Alberto protestó ardorosamente de semejantes hipótesis. Isabel reía, afirmándose en ellas.

VI

El asombro del guarda, el bueno de Jerónimo, no tuvo límites, cuando vió entrarse por las puertas del palacio a la servidumbre de los nuevos inquilinos: una cocinera, una doncella y un mayordomo. Alberto Villamil todo lo hacía a lo gran señor y, por otra parte, no merecía menos semejante hospedaje. «¿Es decir—rumiaba el viejo guardián—, que hay por fin alguien que se atreve a afrontar el *peligro* de la finca? Gentes a quienes la tragedia de los duques no les intimida como a tantos, como a todos. Bien se ve que los nuevos señores no son nada supersticiosos y que desprecian además cuanto cuentan las historias. Razón tenía, en efecto, el señor al asegurarse que por mucho que yo le dijese nada le haría desistir de su propósito.»

Mas el vejete no desechaba su preocupación. Eso de que el palacio fuese ocupado al cabo de los años le parecía qué se yo, algo así como una profanación. Creía él que la casa aquella estaba destinada a no ser nunca habitada, *en jamás de los jamases*, y que el habitarla era atentar a su misterio y hasta a algo que le parecía providencial.

Cuando al día siguiente vió descender del auto a los señores, torció el gesto. Muy guapa ella y muy elegante y muy simpática, pese a sus pocas palabras y a la mucha seriedad de sus ojos hermosísimos; pero ¿de veras eran recién casados? ¿De cierto habían contraído matrimonio días antes? Había un no sé qué, tanto en él como en ella, que le hacía dudar. Sin embargo, bien se guardaría de decírselo a nadie. Y cuando el señor administrador, que tan mirado era para todo, lo propio y lo ajeno, no había tenido inconveniente en firmarles el contrato, señal de que se trataba de personas decentes y de que estaba todo en regla.

Isabel recorría los jardines, del brazo de Alberto, con ojos complacidos.

—Realmente todo esto es delicioso. Puede usted sentar plaza de explorador.

—Isabel, por Dios. ¿De *usted* todavía a estas alturas?

—Todavía, amigo mío. Tiempo nos quedará para tutearnos. Hasta ahora no hemos pasado de buenos amigos, dos amigos excelentes que de su amistad cordialísima aspiran a hacer un amor. Un amor de novela.

—Mas si el guarda o los criados se percatan del tratamiento...

—Ante ellos no me olvidaré del tuteo.

A la luz del atardecido discurrieron un poco por el parque. Sendas enarenadas, boscaje espeso, alguna glorieta con su fuente seca, y todo abandonado, huérfano de cuido. Vejez melancólica, poesía agreste.

Recorrieron después el palacio. Isabel mostróse verdaderamente encantada, mas que de la riqueza de los salones de sus muebles vetustos, de sus detalles rancios. La servidumbre había borrado un poco el polvo de los objetos, mas era inextinguible la pátina de tantos años.

—¡Qué gusto el vivir entre todas estas cosas tan viejas, tan olvidadas! ¿Y dice usted que nadie ha habitado nunca esta casa? Tendrá su historia entonces, una historia novelesca como la de todos los palacios deshabitados. Será curioso conocer la de éste.

—La de éste, *mujercita mía*, es una historia trágica, que el guarda me *colocó*, quieras o no, la tarde que vine a ver la finca.

—Nada me había dicho usted.

—¿Para qué referir historias tristes? Y si tú eres supersticiosa...

—No lo soy. Pero me agradan las historias, las leyendas. A ver, cuénteme usted la de esta casa. Por disponerme a vivir en ella me interesa más que ninguna.

Un tanto reacio, Alberto dijo:

—Luego, de sobremesa, te la contaré. Aunque preferiría no contártela.

—¿Pues...?

—Porque se trata precisamente de una noche de bodas trágica, y celebrando nosotros hoy nuestra noche de bodas...

—¿Teme usted que nos contagie la tragedia? Veo que es usted el supersticioso.

—No, no; temía por ti, sólo por ti. Oirás la historia, la leyenda, con todo lujo de detalles. Y por si alguno se me escapa, interrogas tú misma a Jerónimo, el guarda. Se ve que el vejete goza refiriéndola. Precisamente llegamos a uno de sus supuestos lugares de acción. Mira..., esta será nuestra alcoba nupcial. Fíjate en el damasco que sirve de colcha. Nadie lo ha tocado desde hace muchos años. Esta es la única habitación que he hecho que respetara la servidumbre. Ya te explicaré el motivo. Es un capricho... Fíjate también en esos candelabros...; como verás, las velas han ardido muy poco. Pues según la historia famosa, permanecen igualmente intactas desde entonces... En fin, ya oirás completa, querida mía, la célebre leyenda, que asusta a tanta gente y a mí me deja frío. Bajemos al comedor... Nos espera la cena. Nuestra cena de novios... ¿Tienes tú apetito?...

VII

No fué una cena alegre, contra lo que Alberto esperaba, y aun la propia Isabel, que tan complacida se sentía desde que hubo de pisar los jardines de la quinta. En el vasto comedor, severamente tapizado e iluminado a la antigua con grandes candelabros, flotaba una atmósfera de tristeza. Sobre la chimenea de mármol negro agrupábanse algunas porcelanas de Sajonia y el Retiro. En medio, un reloj de ágata mostraba su esfera *como muerta*, con las agujas paradas desde hacía tantos años. Dijérase que en la soledad del palacio se renunciaba gustosamente a medir el tiempo. Estaba servida la mesa con rica loza y fina cristalería de la que ostentábase en dos grandes aparadores de caoba labrada colocados en uno de los testeros. Un búcaro de Bohemia, rebosante de frescas rosas, adornaba la mesa esparciendo su aliento primaveral. Al propio tiempo, por los abiertos balcones que daban acceso al parque, penetraba el soplo caricioso de la noche.

Esforzábase en vano Alberto para distraer de su melancolía a Isabel. Charlaba por los codos, atolondradamente, ensayando chistes, diciendo chanzas. Isabel, dominada de una extraña languidez—sin hacerle caso ni apenas comer—, exclamaba de vez en vez:

—Es particular... ¡Qué bienestar tan raro, tan *nuevo*, encuentro aquí! Creo

que viviría en esta casa, sin salir para nada, toda mi vida.

—Pues por mí, toda la vida. ¡Poco felices que vamos a ser aquí metiditos!

Intentaba Alberto que Isabel bebiese más *champán*. Ella sólo consintió en apurar una copa.

—¿Temes emborracharte?

—Estoy acostumbrada a beber seis u ocho copas sin marearme siquiera. Pero es que esta noche no me apetece. Siento tal bienestar que nada echo de menos.

Iba mediada la cena. El mayordomo pidió permiso para entrar. Traía una carta sobre una bandeja.

—Señor. El guarda me entrega esta carta que dice acaba de recibirse para el señor del administrador de la finca.

Villamil cogió la carta y la dejó sobre el mantel.

—No te he hablado del administrador. ¡Si vieras qué tipo tan curioso! ¿Qué me dirá en la carta? No quiero abrirla ahora por si nos indigesta la cena con cualquier prosaica exigencia del arriendo. Por más que en el bolsillo llevo con su firma el duplicado del contrato.

Cuando de sobremesa quedáronse solos, Isabel requirió a Alberto para que refiriese la historia de la casa. Confesaba que sentía por ella la más viva curiosidad.

—Estás triste y quieres aumentar tu tristeza oyendo esa historia.

—No; triste no; es una extraña beatitud la que experimento, una dulzura que nunca sentí, algo del *espíritu* de esta casa que impregna mi espíritu.

Refirió, al cabo, Alberto, en tono indiferente, la leyenda que oyera de labios de Jerónimo sin omitir detalle, con los dos epílogos, el del duelo en el parque y el de la cámara nupcial. Isabel frunció los labios con mueca de duda.

—No creo en tal leyenda. Además, no tiene poesía. Creí que era otra cosa.

—Celebro tu incredulidad, que viene a reforzar la mía. Ahora te explicarás el por qué ordené a los criados que para nada tocaran el famoso dormitorio de los duques. He querido permitirme el capricho de que seamos nosotros los que estrenemos con nuestras bodas ese lecho, intacto durante tantos años, y que alumbren nuestra dicha esos candelabros que ardieron apenas.

Alberto callóse adrede la otra leyenda, la que don Lope reputaba por verdadera y que todos ignoraban. Temía que su romanticismo viniese a aumentar la melancolía de Isabel perturbando la felicidad que le esperaba.

Isabel como en sueños, repitió su comentario.

—No creo en la leyenda, no tiene poesía. Y, sin embargo, en esta casa, en este ambiente hay *algo*..., algo que no acierto a explicar y que nos domina envolviéndonos dulcemente. ¿No percibe usted esta sensación?.

Arrullándola, murmuró él:

—Mi sola sensación eres tú, Isabel. Tú, que me envuelves, que me emborrachas...

Como iniciara un abrazo, *el primero*, ella le rechazó suavemente, riendo.

—Tiene usted poca sensibilidad, amigo mío. Mucho auto, mucho fútbol, pero en cuanto a imaginación...

—¿No te gustan los hombres como yo?

—No me ha gustado *de veras* ninguno, ni de ésta ni de ninguna manera.

—Sin embargo, tú me has asegurado más de una vez que yo te gustaba.

—Y no te he engañado. De no ser cierto, no te hubiera hecho caso, como a tantos, no hubiera accedido a unirme a tu vida, no me encontraría aquí contigo.

El ceño de Alberto, fruncido un instante, se desarrugó.

—¡Bendita seas, *hurañita* mía!

Isabel abandonó la mesa. Villamil, que había cogido la carta de don Lope disponiéndose a rasgar el sobre, se detuvo al oír a Isabel.

—¿Le parece a usted que demos un paseo por el parque? La noche convida a ello.

—Con alma y vida. Realmente está la noche deliciosa — repuso Alberto echándose la carta al bolsillo.

Salieron al jardín por el mismo comedor, bajando los tres peldaños que

le daban acceso. Adentráronse del brazo, por la espesura, que la luna alicataba con finos arabescos. Isabel detúvose ante un rosal amarillo para cortar una rosa, que Alberto le arrebató bromeando.

—No te la devuelvo hasta que me des un beso.

Ella pareció no oírle.

Anduvieron largo rato, silenciosa y pensativa Isabel, nerviosamente locuaz Villamil como para ahuyentarla la melancolía. Dos o tres veces, en rapto amoroso, intentó el galán ceñirla por la cintura, y otras tantas fué rechazado ásperamente. La última vez no pudo ocultar su desabrimiento.

—Supongo, querida, que no has consentido en venir aquí, al cabo del tiempo, para esta mojiganga.

Como despertando de un sueño, ella dijo:

—Tiene usted razón. *Esto* es lo convenido, y me someto. Pero no le engaño si le digo que aquí, sin saber la causa, me siento incapaz de consentir la más pequeña caricia. Subamos a acostarnos...

E inició la vuelta al palacio, baja la cabeza, opaca la voz, encendida en rubor, víctima resignada de un doloroso sacrificio.

VIII

Entraron por la puerta principal. Tomaron la alfombrada escalera que conducía al primer piso y en cuyos rellanos varias estatuas de bronce parecían darle guardia de honor. Avanzaron por el ancho pasillo hasta llegar a la alcoba. Del brazo, como recién desposados, penetraron en ella. Isabel detúvose, pálida, sin atreverse a avanzar. Alberto, alegremente, trató de reanimarla.

—¿Tienes miedo? ¡Qué chiquilla! ¡Tú, tan entera para todo...! No me habrás engañado y soñarás con fantasmas...

Hablando así, Alberto se había acercado al velador donde estaban los candelabros. Sobre él arrojó la rosa que traía en la mano. Registróse después los bolsillos.

—No sé dónde he metido las cerillas.

Al tropezar con la carta que se había guardado, la dejó también sobre la mesa.

—¿Sabes? Es que quiero encender estas famosas bujías... Que alumbren, al fin, unas bodas.

Isabel avanzó hacia él.

—No. Respete usted esto.

—Si es tu gusto... Nos velará ese repujado y anacrónico quinqué. Será preciso instalar en seguida la luz eléctrica. Pero tenía yo el capricho de *vivir* el palacio tal como está, como quien dice en su propia salsa.

Y agregó, mimoso:

—Me engañaste... Veo que eres terriblemente supersticiosa.

—Nunca lo fuí. Pero ahora, al ir usted a encender esas velas, me ha estremecido, no lo niego, una superstición. Algo parece decirme que estas velas no deben encenderse de nuevo, *a lo menos por nosotros*.

Alberto rió.

—¿Por qué no por nosotros?

—Eso es lo que no sabré explicarle.

Isabel, que había perdido no sólo su alegría y su habitual serenidad, sino también el dominio de sí misma, sentíase cada vez más poseída del extraño espíritu del palacio, singularmente en la estancia aquélla. Con ojos curiosos y asombrados la iba examinando minuciosamente. Al posarlos en el óleo de la «Madona» coloreóse su palidez con las tintas del embeleso.

—¡Qué pintura tan delicada!—comentó—. Alberto, ¿se ha fijado usted en la expresión de esta Virgen? No conozco yo imagen más admirable. ¡Qué dulzura de fisonomía!

Alberto fingió una admiración, que estaba muy lejos de sentir, contemplando el cuadro.

—¡Oh, es un óleo soberbio! Atribuido nada menos que a Rafael, según el administrador.

—¡Una «Madona» inefable!

Como Alberto se aproximara excesivamente para mirar el cuadro, ella le

esquivó rápida y se acercó al balcón de la alcoba.

—¡Qué delicia de noche!—suspiró—. Mejor que acostarse, mejor que dormir, será pasarse la noche en este balcón.

Alberto se había acercado y, al igual de ella, se acodaba en el barandal.

—Sopla un airecillo tan rico... Y es tan agradable—vea usted—el alargar la mano y alcanzar las ramas de los árboles...

Villamil se encontraba molesto y hasta se creía en ridículo. ¿Qué pujos románticos le habían entrado de pronto a aquella mujer tan libre de prejuicios y gazmoñerías? Mas pensó, cauto, que todo se reducía a refrenar sus impaciencias y esperar un poco. Ya se cansaría ella de admirar la poesía de la noche que tan inopinadamente la había atacado. Por lo visto, Isabel quería ilustrar su noche de novia con un prolegómeno poético... Después de todo, ¿por qué contrariarla? Y, poniéndose a tono, comenzó a decir unas cuantas vulgaridades acerca de la noche y de la primavera. Luego, entre mil protestas de amor—que realmente no sentía por ella ni por ninguna otra mujer, llevándole a ésta solamente un deseo sensual—, púsose a trazar el itinerario del viaje para cuando Isabel se cansase de la vida de campo. Ella, abstraída, apenas si se enteraba de cuanto iba diciendo. Unicamente rompió su mutismo con este comentario:

—Pero ¿de veras creerán los criados en nuestro matrimonio?

—¿Y por qué no? Ninguno me conocía antes, ni a ti tampoco. A todos se les dijo que acabamos de llegar de Barcelona, donde ha sido la boda.

—¡Hum!—exclamó Isabel burlona—. ¡Qué burdo es esto!

—¿Tanto te preocupa, tú, tan libre de prejuicios siempre, que pueda descubrirse nuestra situación?

—En absoluto; lo mismo me da. Pero no creo en la candidez de la servidumbre. Y menos en la del guarda de la finca. Me ha mirado de un modo tan especial... A buen seguro que mañana mismo irá a contarle al administrador sus sospechas.

—¿Y qué? Firmado el contrato, tiene que respetarlo.

—Por mi...

—Por ti... ¿qué?—inquirió Alberto, receloso de nuevo.

Isabel le miró fríamente y repuso:

—Nada.

Hubo un largo silencio. Villamil calló adrede como dándose por resentido por la hostil actitud de ella. Luego, separándose del balcón, púsose a pasear por la alcoba. La impaciencia le consumía. Una sorda irritabilidad le brotaba por dentro. Le daban ganas de empezar a puñetazos con los muebles. Creíase burlado y hasta pensaba en sacar el auto de la cochera diciendo: «Ahí te quedas, niña, y diviértete con tu abuelo, que no aguanto más». «Mujer más ridícula no la he visto...» Pero, ¡ca!; eso sería perder la batalla. Y ni aun por las malas estaba dispuesto a renunciar a la partida. Empeñaba en ello no sólo el deseo, la atracción física que Isabel despertara en él, sino el amor propio enardecido en aquella conquista de más de un año.

Ella, mientras, ajena a la situación, abandonábase en su ensimismamiento poseída del inefable bienestar que sentía en el palacio. Con la mirada perdida en el boscaje, soñaba. Algo irreal la circuía, oprimiéndola dulcemente. Parecía nadar su espíritu en una atmósfera radiante y hasta su cuerpo dijérase que experimentaba la ingravidez deliciosa que producen ciertos tóxicos. Soñaba vagamente con el amor. ¿Con el que le ofrecía Alberto? No; Alberto no era el amor. Era la amistad, la simpatía, a las que pensó ofrendarse con un criterio libre de mujer moderna. Pero no era el amor. El amor era algo que parecía estremecerla ahora, ser dulcísima, luz que traspasaba su cuerpo, música que cantaba en su corazón, recuerdos y esperanzas confundidos y hasta deseos de llorar en la embriaguez de su ternura... ¿Era la noche, el palacio bajo la luna lo que así le hacía sentir, o era un fantasma fascinador que la

rondaba por las frondas y los salones?

Transcurrían las horas. Debía ser ya más de la medianoche. El silencio que anegaba la casa parecía ahondarse a cada paso del tiempo. La servidumbre descansaba desde hacía largo rato. En la soledosa quinta, tan aislada de los parajes habitados, sólo velaban los extraños héroes de aquella galante aventura.

Alberto se había acercado de nuevo a su bella amiga.

—¿Todavía no tienes sueño?—interrogó irónico.

—Todavía no—repuso ella con naturalidad—. ¡Qué agradable, qué dulce debe ser, desde este balcón, ver cómo amanece!

—Muy hermoso, sí... —murmuró echándola el brazo por la cintura, ya en plan de ataque, resuelto a acabar con semejante comedia. Isabel hurtó el cuerpo, rápida, mas el abrazo varonil era ya cadena vigorosa que la aherrojaba. No pudo zafarse. Estaba prisionera. Al cabo, de una sacudida logró evadirse. Los brazos, viriles, la prendieron de nuevo, y esta vez, abatiéndola el busto sobre el barandal del balcón, intentó besarla. Ella se defendía bravamente, forcejeando, y echaba la cabeza atrás, fuera de la baranda, huyendo a la caricia.

Entablóse un combate encarnizado y silencioso en el balcón primeramente, dentro después, donde en la refriega fueron a parar. Existía por parte de Alberto manifiesta superioridad física, mas las fuerzas de ella se multiplicaban a cada nuevo ataque del galán. Cuantas veces, jadeante, lograba él trenzarla el cuerpo, ella conseguía desasirse y, en su defensa, no se limitaba ya a esquivar la caricia audaz, sino que acabó por golpearle en la cabeza, cubriéndole de puñadas, clavándole las uñas con furia felina. Llegó un momento en que la hembra, sintiendo que el cansancio la agotaba, enloquecida de súbito espanto, gritó con acentos desgarradores:

—¡Socorro...! ¡Socorro...! ¡Socorro...!

Intentó él taparla la boca. Como no lo consiguiera y los gritos resonaran estridentes en la casa y la noche, corrió a echar el pestillo de la puerta de la alcoba, más que por miedo al escándalo por poder continuar la lucha que al fin había de darle la victoria.

Isabel, al sentirse libre de los brazos crueles, rápidamente ganó el balcón y se arrojó al parque. Ya iba Alberto tras ella cuando sonaron repetidos golpes en la puerta del dormitorio. Oyéronse voces distintas.

—¡Señor, señor! ¿Qué pasa? ¿Qué ha sucedido?

Alberto, suspenso un instante, corrió al balcón y miró hacia abajo. Nada vió. La altura era escasa y no podía matarse una persona. Pero herirse, probablemente. Sin embargo, Isabel no estaba allí.

Como las llamadas y las voces continuasen, fué a abrir la puerta. En el umbral aparecieron el guarda y la servidumbre. Estaban todos a medio vestir. Pintábase el miedo en sus gestos.

—¡Señor! ¿Qué ha pasado? ¿Y la señora? ¿Qué le ocurre? ¿Dónde está?

Miraban con estupor el lecho intacto. Villamil no acertaba con las excusas.

—Nada... No ha ocurrido nada... La señorita... que le ha dado un ataque... y se ha arrojado por el balcón.

Todos quisieron salir en su busca. Villamil no lo consintió. El solo iría a recogerla. Ellos podían retirarse a descansar.

Los criados se miraron, supersticiosos. La leyenda del palacio que Jerónimo hubo de contarles en la cocina la noche anterior, no era ninguna patraña. Lo que acaba de ocurrir en la alcoba de los señores, del nuevo matrimonio (no ponían éste en duda los criados), relacionábase, sin duda, con la leyenda. Pero—se preguntaban interiormente—¿qué es lo que había ocurrido?

Ante las reiteradas órdenes del señor, hubo de retirarse la servidumbre a sus cuartos respectivos. Tan sólo el guarda resistió el mandato. Fingió que se marchaba también, pero siguió de

lejos, y amparándose de la arboleda, los pasos de su huésped.

Este fué a buscar a Isabel al pie del balcón. Nada... Examinó toda aquella parte de los jardines sin hallar rastro alguno. Recorrió después el parque entero. Pasó ante la cochera que encerraba el auto. Cuando se disponía de nuevo a entrar en la casa, el guarda se le acercó.

—Perdone el señor, pero yo no podía dormir tranquilo sin que el señor encuentre a la señora.

—En el parque no está. No he dejado un árbol ni un rincón sin inspeccionar. Debe haber vuelto a ingresar en la casa. Traiga usted una luz para recorrer todos los salones.

Los recorrieron todos. Nada... Isabel no parecía. El guarda exclamaba a cada paso:

—¡Cosa rara, señor!—y pensando para sí en la trágica leyenda de los duques, repetía en voz alta—: ¡Cosa rara, cosa rara!

Fatigado, deshecho, volvióse Alberto a la alcoba luego de despedir a Jerónimo. Al entrar, instintivamente, se aproximó al balcón para mirar de nuevo abajo, asido aún a la esperanza de descubrir a Isabel. Durante unos instantes permaneció acodado en la balaustrada, con la vista fija en la arena del jardín. Penetró luego en la alcoba y se dejó caer en una butaca. Inmediatamente sintió cierta *hostilidad material.* La estancia aquella, el palacio entero parecía rechazarle. Decíale, además, el presentimiento que nunca volvería a ver a Isabel... La había perdido para siempre.

IX

Quiso dormir un poco en la butaca. Imposible. Pese a su agotamiento, los párpados se negaban a cerrarse. Miraba estúpidamente el techo, las paredes, el suelo de la estancia. En vista de que el sueño era imposible y de que hasta la butaca le era hostil—no acertaba en ella con la postura—, la abandonó y se puso a pasear la habitación. En una de las vueltas detúvose junto al velador. Tropezó su mirada con la carta de don Lope. Maquinalmente la abrió. Comenzó a leerla, ausente el pensamiento, embargado aún por las impresiones que acababa de recibir. Mas pronto absorbió toda su atención lo que en ella se decía, con aquel dejo irónico y burlón tan propio del señor Guindo.

Decía así la curiosa epístola:

«Cuando días pasados me honró usted, señor, con su visita, para tratar del arriendo de esa finca, se me olvidó decir a usted que, según presumo, no va a servirle ésta maldita la cosa en *cuanto a fines a que piensa destinarla.* Estoy seguro, señor mío, absolutamente seguro de que en el llamado palacio de Sierranueva *no va a pasar nada,* ya usted me entiende. ¿Por qué? Pues porque también se me olvidó decir a usted otra cosa—¡pícara memoria mía!—. Se me olvidó, al referirle la auténtica y verídica historia de ese palacio, un detalle del final, pero detalle importantísimo. Este: que al practicarse la autopsia de Guillermo y Susana, los desgraciados amantes de mi leyenda, pudo comprobarse la virginidad de la muchacha... Así, pues, las diarias entrevistas celebradas por los novios en el abandonado palacio, eran absolutamente castas, y el abrazo en que se unieron, al morir, abrazo purísimo.

»*Tal vez por esto,* y en memoria de la enamorada Susana, me *figuro yo* que la «Madona» que preside el lecho ducal vela por la pureza de cuantas mujeres intenten sacrificar su honestidad en semejante recinto. ¿Milagro? Sin duda. Yo, al menos, creo en él a pie juntillas. Es inútil todo intento de seducción en esta casa, que está llena del dulce aroma penetrante de un amor desgraciado. En ella no son posibles ni el engaño ni la traición ni la impureza. El duende que aún la habita es el Amor... Las sombras de Susana y Guillermo yerran por ella y para siempre. Casa de amor verdadero es tan sólo; casa de amor...»

LA OTRA ORILLA

I

El aire calmo de don Goro había desaparecido. ¿Qué pudo ocurrir para que el viejo médico de Montañeda caminase con aquella agitación irreprimible? Acababa de dejar atrás las últimas casas del pueblo, y avanzaba por la ribera del río, verde y mullida, con larga fila de álamos blancos. En el cielo de la tarde septembrina, color malva, asomaba el primer lucero. Pronto se apagarían los últimos reflejos solares. Al otro lado del río, breve y poco caudaloso, se abría el camino real, y por la diestra parte alcanzábase a ver el claustro románico del monasterio de los Dominicos, cercado por su huerto. La refracción solar trocaba de oro la columnata.

Don Goro, que iba a recorrer en cinco minutos el espacio que separaba del pueblo la quinta de los Lérez y en la cual solía emplear él un cuarto de hora largo, dábale vueltas en la cabeza al grave negocio que allí le llevaba. Su habitual humor habíase nublado súbitamente. La zumba suave de su palabra cambiábase ahora por reflexiva tristeza. ¡Con lo que él quería a los Lérez! De toda la vida, desde que don Sixto sentara allí sus reales para estar al frente de la hacienda que acabara de heredar, pingüe propiedad en viñedos y bodegas, que hacían de él, el terrateniente más rico de la comarca. En la quinta adonde se dirigía, que don Sixto hubo de construir veinticinco años antes y bautizar con el nombre de su mujer—Teresa—había asistido a los dos alumbramientos de ésta para dar al mundo sus dos hijas: Rosina y Alicia.

En aquella casa, toda venturas y placidez, una de esas mansiones donde la vida se desliza rítmica y serena, entregado cada cual a sus quehaceres y cuidados, cerníase de pronto la desgracia. La fatalidad dejaba caer sobre ella su sombra torva. Y precisamente en las horas más felices, en vísperas de bodas, cuando faltaba una semana para que Rosina se uniese a Félix Lucena, financiero catalán, sujeto excelente. ¿Cómo decir a aquella familia, a aquella novia enamorada sobre todo, que ya no sería posible el venturoso suceso porque hacía una hora escasa que en el propio Montañeda y en su cuarto de la fonda, Félix Lucena se había suicidado?

En la carta que el suicida dejó escrita explicaba los motivos. La Banca barcelonesa cuyo Consejo de Administración presidía él, acababa de producir un crac y aunque creía haber realizado una gestión honrada, no podía él sobrevivir al hecho de que su nombre quedase en entredicho. Habíase presentado una denuncia por quiebra fraudulenta: se abriría un proceso, y aunque él tenía la conciencia tranquila y estaba seguro de la actuación legítima del Consejo del Banco, no se sentía con fuerzas para soportar prueba semejante.

Al tener noticia don Goro de labios del propio juez del contenido de la carta, no pudo reprimir su indignación, Ante el cuerpo del suicida, que él como forense había de someter a la autopsia el día siguiente, prorrumpió en exclamaciones. Era una lástima que aquel muchacho, por un exceso de pundonor, se hubiese dado un pistoletazo mientras tanto pillo vivía siempre trampa adelante.

Daba ya vista a la casa. La entereza de don Goro flaqueó de golpe al divisar tras la verja del huerto a la familia reunida. Don Sixto regaba unas matas; doña Teresa y sus hijas ocupábanse en coser las últimas prendas del equipo de novia, más por el gusto de la tarea que por la necesidad del

menester, pues que Rosina contaba con un magnífico *trousseau* traído de Madrid. Don Goro pensó en dirigirse a don Sixto, que andaba cerca de la verja, para prevenirle: mas al empujar la cancela ya se había él alejado sin advertir la llegada del médico. Al propio tiempo las tres voces femeninas apresurábanse a darle la bienvenida.

—¡Adelante, don Goro!

—Buenas tardes. Aquí tiene usted una silla.

—¿Qué trae usted de bueno?

Don Sixto vino a su encuentro. El médico, plantado ante sus cuatro amigos, no acertaba a decir una sola palabra.

—¿Qué le pasa a usted? No tiene usted buena cara.

—Siéntese, descanse. ¿Se encuentra usted mal?

Logró, al fin, rehacerse un tanto.

—En efecto, no me encuentro muy bien. Y he de hablar con usted, querido don Sixto.

—Pues ya puede usted empezar.

Don Goro, tras una pausa, añadió:

—No, ha de ser aparte. Con permiso de estas señoras.

—¡Diablo! —exclamó don Sixto—. ¿Secretitos usted? No acostumbra usted a gastarlos.

—Ciertamente, no acostumbro. Pero hoy las circunstancias mandan. Y para eso vengo.

—Pues vamos dentro, medicazo (que así solía nombrarle el padre de Rosina).

Entraron en la casa. Al quedar solas, madre e hijas comentaron la extraña visita de su amigo. Fué Rosina precisamente la primera en hablar.

—Algo raro debe de pasarle a don Goro, él tan alegre y zumbón siempre.

—Y venía como agitado—observó Alicia—. El, que es tan calmosito...

Doña Teresa, tras un breve silencio reflexivo, añadió:

—Quiera Dios que no sea nada malo... y que no nos alcance a nosotros.

—Es verdad. Dios lo haga—murmuró Rosina con involuntario suspiro.

—Dios lo haga, sí—repitió Alicia.

La madre, sintiendo un ahogo, detuvo un punto su labor. La continuó después, disimulando el esfuerzo. No se atrevió a descubrir a sus hijas el negro presentimiento que la rondaba.

II

Todo Montañeda conmovióse con el suceso. Cuando Rosina, luego de las mil precauciones de don Goro para comunicarle la noticia, conoció entera la verdad, sufrió un ataque nervioso tan agudo que la obligó a guardar cama. En ella hubo de permanecer enferma más de quince días, agitada por fiebres altas y delirios constantes.

El padre del suicida, que habitaba en Barcelona, fué informado por telégrafo de la desgracia e inmediatamente se presentó en el pueblo, a tiempo aún de dar sepultura al cadáver. En unión de otro hijo que estaba en Nueva York trabajando como ingeniero, componía toda la familia del muerto. Don Félix, que se llamaba como éste y era un viejo alto y cenceño, con cara de salud y juveniles bríos, apenas acabada la fúnebre ceremonia, que soportó con gran temple, se hizo conducir a la capital vecina para coger al paso el primer tren que le devolviese a su casa, rehusando el reposo que en la suya le ofrecía el que había estado a punto de ser su consuegro.

La quinta de los Lérez sumióse de pronto en la tristeza. Una sombra trágica pesando ya sobre la vida de Rosina; su boda deshecha; rotos los amores de su corazón; atacada de profunda melancolía que en vano intentaban aliviar las caricias y consuelos de sus padres y hermana, las cariñosas recomendaciones de don Goro como médico y como amigo.

—Mira, hijita—le decía éste—. Vivir es una obligación. Muy desagradable, te lo concedo, pero no más que otra cualquiera. Estás en el deber de sacudir esa tristeza que te come y pensar que tienes muchos días por delante y una cara bonita. No te digo más, pero es suficiente.

En vista de que nada se conseguía, don Goro aconsejó a su amigo que

cogiera a su hija y se la llevara a Madrid o a otro sitio cualquiera un par de meses. Cambio de aires y escenario hasta echar fuera la pena roedora de la enamorada novia. Así lo hizo don Sixto, no sin vencer con dificultad la resistencia de la enferma. Mas tampoco este viaje dió el resultado apetecido. Durante las tres semanas que permanecieron en Madrid, Rosina asistía como una sonámbula a los teatros, a los cinemas, a los paseos. El tráfago cortesano resbalaba sobre su espíritu sin lograr interesarle. Rosina seguía viviendo por dentro su drama en medio del ruido y la animación. Don Sixto comprendió que era inútil continuar la prueba y a Montañeda se volvieron.

Rosina comenzó a hacer una vida retirada y hosca. Ella que sólo acostumbraba a oír misa los domingos, dió en ir todas las mañanas a la del alba en la capilla de los Dominicos. Encerrábase luego en su cuarto a coser para después de la comida hacer lo propio hasta la hora de cenar y de recogerse. No pisaba el huerto. Rehuía el trato de las amigas, a quienes ahora recibía Alicia, disculpándola.

—Tenéis que perdonarla; cada día está más rara... Yo creo que no anda bien de la cabeza.

Apenas desplegaba los labios durante las comidas ni parecía enterarse de lo que hablaban los demás. Comía poco y a nada ponía reparo. Nada encontraba soso o salado como otro no lo advirtiese. Hacía labor de un modo mecánico, cosiendo por coser, aprisa, casi, atropelladamente. Pero de cuando en cuando quedábase abstraído con la mirada clavada en la lejanía, tras el cristal del balcón, y la costura sobre la falda.

Algunos días dedicábase a la tarea de sacar y volver a meter en el amplio armario de nogal que tenía en su cuarto, la ropa blanca de su ajuar de novia. Cuidadosamente, iba tomando las blancas y suaves prendas dobladas con simetría y gusto, y las colocaba a lo largo del lecho hasta cubrir su superficie. Luego, con la misma parsimonia, volvía a acomodarlas en el armario; y esta operación la realizaba en ocasiones hasta dos o tres veces y siempre con el mismo gesto ausente y dulce, con el mismo cuidado amoroso. Nueva Penélope, tejía y destejía, sin darse cuenta, la tela inacabable de su ilusión.

Pasaba otros ratos frente a un pequeño retrato, el único que conservaba del novio suicida. Sentada en su secreter, los codos sobre el tablero y la cabeza entre las manos, sumíase en la muda contemplación de la cartulina puesta de pie en el fondo del mueble. Luego la guardaba en el propio escritorio o bien se la escondía en el pecho. Alguna mañana la doncella que hacía el cuarto, la encontró bajo las almohadas, y Alicia la descubrió otras veces, ya entre las hojas del libro de misa, ya en el bolso de su dueña.

El retrato desapareció un día. ¿Se le perdió en la iglesia, en el camino al sacar el pañuelo, en el huerto de su propia casa cuando alguna vez hubo de colocarlo sobre el ancho barandal del balcón y pudo el aire llevárselo? Rosina nada dijo de la pérdida; anduvo, sí, durante unos días buscando y rebuscando afanosa en todos sus muebles, por todo el huerto y a lo largo del camino que recorría cada mañana. Al cabo pareció tranquilizarse.

Su figura se iba adelgazando. Ya no era la belleza con redondez un poco maciza y campestre, sino la silueta ahilada, más blanca y mórbida, con las pupilas oscuras abrillantándose en círculos nazarenos. La vivacidad y alegría de su semblante habíanse apagado por completo. Era ahora un rostro opaco con dos luces tristes e inmóviles.

Don Goro la observaba atentamente. Recetábale fosfatos y sustancias alimenticias que su madre cuidaba de administrarle en las comidas, sin que Rosina opusiera resistencia alguna pero seguía desnutriéndose, depauperándose. Y en cuanto al espíritu, cada vez parecía invadir más a la carne, abrasándola, consumiéndola. Su honda reconcentración, su despego absoluto de las cosas materiales, su total divorcio con la realidad, había llegado a lo máximo. Callada siempre, o no contestaba a lo que se la decía o se limitaba a usar de secos monosílabos. Más que

una persona era un fantasma de la casa, una sombra mecánica, silenciosa y esquiva, que permanecía a solas casi todo el tiempo y que, en fuerza de ahilamiento, amenazaba con esfumarse.

La preocupación de don Goro era mayor cada vez. Pensó que don Sixto se largara a Madrid con la enferma para consultar a alguna eminencia médica, y así se lo hizo saber. Mas no confiaba él gran cosa en las eminencias médicas para casos como éste. El mal venía de dentro, y la ciencia suele estrellarse con esta clase de enfermos. El corazón y el cerebro—añadió—son órganos que la Medicina no puede tratar mas que por el procedimiento medicamentoso, y aquí lo que hace falta es cosa muy distinta, que nada tiene que ver con los potingues: cura espiritual, cura de alma y de corazón: lo psíquico más que lo fisiológico.

III

El camposanto de Montañeda hallábase poco distante del pueblo. Para llegar a él había que cruzar la vía del ferrocarril por un paso a nivel y andar luego algún trecho. Se levantaba a la derecha de un camino orillado de olmos y acacias cuya fronda tupida formaba una especie de túnel con el largo y fronterizo tapial del cementerio. Terminaba éste en un ancho torreón, resto de un castillo que hubo de derruirse y que adosado al sagrado lugar servíale de dependencia a la par que de vivienda al sepulturero.

Hacía ya rato que había oscurecido. Nadie pasaba en tales momentos ni por el camino pegado a las tapias ni por la calzada paralela a éste, hollada minutos antes por los últimos carros de labranza que volvían al pueblo. Una silueta avanzaba, furtiva, hacia el torreón. Al llegar a éste, golpeó en el breve postigo, forrado de hierro, que daba acceso a la vivienda, puerta independiente de la entrada al camposanto. Franqueóse el postigo. Apareció en él un viejo macizo, el pelo crespo y cano, rasurada la cara y un tanto encendida: Boni, el sepulturero de Montañeda desde hacia cuarenta años.

—¿Qué desea la señorita? Buenas noches. Pase, pase la señorita.

Conocía a Rosina como a todo el pueblo. La invitó a tomar asiento en una silla de paja, haciéndolo él en su despellejado sillón frailero. La habitación era altísima de techo, de recios sillares, pavimentada con anchas losas que el viejo había cubierto incompletamente con estera de esparto. Además del postigo lateral que daba al camino, abríase una ancha puerta de cristales que comunicaba con el camposanto, a través de la cual veíase éste con sus afilados cipreses y sus sauces péndulos en la penumbra nocturna. Centraba el aposento una mesa rectangular, sin tapete alguno y llena de cachivaches, entre ellos un martillo, una caja de clavos, una botella y otra caja de latón con tabaco picado. Había también un quinqué de petróleo que mal alumbraba el tenebroso recinto.

—La señorita dirá en qué puedo servirla.

Rosina expresó su deseo: visitar la tumba de Félix Lucena. Ignoraba el lugar donde reposaban sus restos y quería rezar una oración ante ellos. Al mismo tiempo abría su bolso y sacaba del portamonedas un duro, que Boni recibió con codiciosa satisfacción. Como Rosina intentara facilitar pormenores para que supiese de qué enterramiento se trataba, el abuelo le atajó.

—Ya, ya sé a quien se refiere la señorita; al pobre caballero que en su cuarto de la fonda, hará cosa de dos años... Un caballero muy simpático, que más de una vez hubo de toparle cuando iba a casa de la señorita. Pues venga, venga a verle...

Llegóse a un rincón y tomando el farol que estaba en el suelo, prendió la mecha y echó a andar delante para mostrarle el camino, cementerio adentro. Este era bastante espacioso y se dividía en tres patios. Predominaban en él la sencillez y austeridad características de los pueblos, sin perjuicio de alguna que otra nota chillona y algún que otro mausoleo de relumbrón debido a la póstuma vanidad de los

ricachos. La sepultura de Félix Lucena hallábase en el último patio, en el lugar más apartado. El viejo y Rosina atravesaron el fúnebre recinto a la luz del farol, cuya llama oscilante era como enorme fuego fatuo en la noche sin luna.

—Aquí es—dijo Boni, deteniéndose ante una losa de mármol sin otro epitafio que una cruz negra y pequeña, el nombre y la fecha. En torno a la losa un festón de hierba, sin flores allí crecidas espontáneamente. El padre de Félix hubo de escribir poco después de la desgracia ocurrida, a don Sixto, rogándole que en su nombre se ocupara de la colocación de la lápida, comisión que don Sixto llevó a cabo sin que de ella tuviera Rosina la menor noticia.

Ante la sepultura del amado, Rosina permanecía de pie, clavados los ojos hipnóticos en la piedra. Ni se arrodilló, como tantas mujeres en casos tales, para murmurar una plegaria, ni se humedecieron sus ojos con el fácil llanto de las enamoradas. Al viejo sepulturero no dejaron de chocarle estas circunstancias, asociándolas al hecho asimismo extraño de que, al cabo del tiempo, fuera aquella la primera visita que la desconsolada novia hacía al cementerio. A la luz de su farol que desarrollaba un halo blancuzco y tristón, observaba Boni la honda palidez de la visitante y sus pupilas de hiriente fijeza, agrandadas por aquella obstinada contemplación inconsciente.

Casi tuvo que arrancarla de allí; no llevaba trazas de separarse de la losa, insensible a los primeros requerimientos del guardián para abandonar el sagrado sitio. Poco después, vueltos al torreón, la extrañeza de Boni subió de punto. Rosina deseaba algo más importante. Deseaba nada menos que ver los restos del que fué su novio. El sepulturero denegó con una mueca de enojo.

—Imposible señorita. La señorita no sabe lo que dice. La tierra es cosa sagrada; sin permiso del juez no hay hombre que la toque a no dar con sus huesos en la cárcel.

Rosina, luego de expuestos sus deseos, callaba.

—Además, suponiendo que fuera posible lo que no puede serlo, ¿qué iba con ello a sacar en limpio la señorita? La desilusión, y no otra cosa. ¿Cree la señorita que quedará mucho entoavía de lo que fué aquel caballero? Probablemente los huesos mondos y lirondos. Los gusanos se dan prisa a trabajar... más que nosotros. Claro es que hay cuerpos que al cabo de los años los ve usté como el día que los trajeron, pero la mayor parte pronto se vuelven lo que somos, un puñao de huesos..., de tierra..., na en resumen.

—¿Cree usted que no quedará de él más que el esqueleto?—preguntó Rosina con vago acento.

Boni no lo creía así, pero por acabar de una vez con el macabro antojo de la exhumación, afirmó:

—Es lo más seguro. Ya usté ve dos años...

—Mejor entonces—murmuró opacamente la enferma. Y añadió brillándole los ojos con lumbre metálica—: No, no quiero verlo..., no quiero verlo...; pero quiero otra cosa..., otra cosa, ¿sabe usted?, otra cosa que usted puede facilitarme... sin que nadie lo sepa... ni que yo se lo descubra a nadie..., otra cosa, y si usted me la da yo se lo pagaré bien. Tengo alhajas, tengo dinero.

¿Qué otra cosa podía ser, a cambio de la cual tentaba la codicia del sepulturero? Y fama tenía por cierto de codicioso y avariento. Cuando Rosina declaró su deseo, el viejo Boni la acribilló con la mirada. ¿Estaba loca aquella mujer? ¡Singular capricho! ¿Para qué quería *aquello?*

Lo quería para guardarlo donde nadie lo viese y bajo siete llaves, como depósito precioso. ¡Era algo que deseaba hacer suyo para siempre; prenda que le pertenecía!

—¡No! Eso no, señorita—la atajó Boni—. *Todo* pertenece a la tierra; no se la puede robar ni una mala uña.

Sin embargo, el carcelero de los muertos habíase quedado caviloso. Algo rumiaba para sus adentros. ¿Sería capaz a la profanación a que le instaba el delirio amoroso de Rosina? En

alguna ocasión se había rumoreado en el pueblo acerca de sacrílegos despojos y macabras rapiñas cometidas por el viejo sepulturero; pero éste disfrutaba de la mejor opinión entre todos, pareciendo irreprochable su conducta al cura y las autoridades. No, no era posible que Boni—al decir de los más—se atreviese a quitarles a los muertos un solo botón.

Mas, por otra parte, la codicia del viejo había sido espoleada al vislumbre de joyas y dinero. En cuanto a las joyas, el temor le hacía prever el peligro de la adquisición. ¿A quién vendérselas? Habría de ser fuera del pueblo, del cual no había salido en todos los años de su vida, y el solo hecho de un viaje sin causa conocida resultaría sospechoso. No; nada de joyas comprometedoras. El dinero, que bien guardado, nadie sabe si existe.

Luego de estas reflexiones, Boni acabó por rechazárselas asimismo, asustado de su posible trascendencia. Sentía miedo a la responsabilidad. Ni el bastón del juez, ni los tres picos de los civiles le habían hecho nunca gracia. Mas la ambición seguía royendo como carcoma en su cabeza, y al cabo de otros minutos de lucha subconsciente, creyó haber encontrado una fórmula satisfactoria y nada peligrosa. Sí, todo podía arreglarse. La señorita tendría lo que deseaba a condición, naturalmente, del mayor sigilo, del más profundo secreto. Dentro de cuatro o cinco noches podía volver por allí para llevarse *el objeto*.

En tanto Rosina se perdía entre las sombras del camino como una sombra más, ingrávida y silente, el enterrador, con la mano aún en el picaporte del postigo, viéndola desaparecer, gruñó para sí:

—¡Bah!... Un puñao de duros bien vale *el capricho*. Capricho que después de tó...

IV

Paño de rico terciopelo azul servíale de sudario. Envuelta en él, semejaba un copo de amarillento marfil. Guardaba el macabro despojo en el gran armario nutrido con la ropa blanca del *trousseau*. Sumíase entre tanta blandura, en tan tibio regazo, con la gravidez de una joya en la guata de su estuche. Y bien mirado joya era, la más preciada, la de más quilates para el mundo. Dentro de aquél cráneo mondo y hueco, había existido una inteligencia, un alma, una luz.

Durante el día el fúnebre tesoro se ocultaba en su prisión, más por la noche, cuando todos se retiraban y la casa dormía, las manos febricientes de la enferma lo sacaban del escondrijo, lo colocaban sobre el secreter amorosamente, y de éste modo, como sustituyendo al retrato perdido, los ojos alucinados de la novia lo contemplaba largo espacio. Más aun, las suaves manos de Rosina, temblorosas de ternura, ceñíanse a los parietales, los oprimía como en esa caricia de la madre que coge entre sus manos la cabeza del niño.

Y si San Jerónimo medita sobre la deleznable vida terrena frente al testimonio de la calavera, la enamorada enferma piensa en todo lo contrario, en el amor humano. Y dijérase que, fijas sus pupilas en las órbitas vacías durante grandes lapsos, celebraba con él mudos y apasionados coloquios. Sí, ella le hablaba y él respondía, sin duda. Mutuo lenguaje sin voz ni sonido, todo alma, todo luz, no manchado por nada material. Diálogos ultraterrenos, sin palabras, incapaces por humanas de la necesaria expresión; sostenidos por un flúido inefable que es claridad, melodía y perfume, y en suma, la única posible elocuencia entre el espíritu que interroga desde este mundo y el que responde desde la otra orilla...

Etérea y sutilísima es la linde que separa ambos mundos. Es como una vaga pincelada en el azul, lo que separa el sueño del despertar, la huella apenas visible que abre en el agua, al rozarla, el ala de la gaviota... Para un cerebro enfermo como el de Rosina, para una imaginación como la suya visionaria, morbosa, aún es más débil la linde, y de ahí que la salte y cele-

bre con él delirantes coloquios. ¿Qué sabe ella de realidad y de quimera de demencia y desvarío? Sólo sabe de su amor... Para ella no hay más que una verdad: su amor; y una sola mentira: lo que a su amor se oponga.

Todos aman la imagen viva y, aun amando mucho, les es repulsiva la carroña. Sólo Rosina ama a ésta calavera que es para ella como vaso de alabastro donde arde una luz. Cuántas noches azules, abierto el amplio ventanal a la frescura del huerto, alumbrada la alcoba solamente por la lampara en figura de mochuelo que descansa sobre el secreter, pasa la pobre alucinada frente a la calavera. A modo de celda conventual muéstrase la estancia; encaladas las paredes desnudas, un crucifijo de ébano a la cabecera del lecho; en sombra todo menos la zona de pálida claridad rojiza difundida por las anchas pupilas, como enormes rubíes del mochuelo. Y en este halo rojizo, descansando sobre el paño de terciopelo, la marfileña calavera. Un silencio profundo, en el que a ratos tan sólo se percibe, como latido de la noche vernal, el rumor de los élitros; el aliento del huerto embalsamando con el efluvio silvestre la espaciosa alcoba, y el cielo estrellado, augusto, risueño, que adormece la pena y endulza la duda.

Una misteriosa relación parece establecerse entre la calavera y el infinito: diríase un camino ideal que arranca de esta bóveda de hueso y por el vano de la ventana cruza el espacio hasta perderse en el azul... Entáblase también íntimo coloquio entre la calavera y el infinito. Por la desdentada boca habla la materia vencida, la tierra, la muerte; el azul le contesta con palabras de estrellas sólo para ella comprensibles, con su misterio, con su hermosura soberana, con su música de astros, con sus fragancias que el espíritu percibe. Quién sabe si la calavera se embriaga de amor como con ella el alma de Rosina; embriaguez de infinito, de aromas y luces increadas, de armonías imposibles para el mundo..., éxtasis, deliciosos, inefables, que son a un tiempo toda la tristeza del amor y toda su honda sed saciada para siempre.

Y más de una noche el alba ha sorprendido a la insomne visionaria con los codos sobre el secreter, la cabeza entre las manos, los ojos desorbitados, fijos en las otras cuencas vacías... ¡Largas y febriles noches de amor!

V

Alicia hubo de sorprender el misterio del cuarto de su hermana. Don Goro había llamado la atención de la familia sobre la falta de descanso de Rosina. Advertía en ella señales de fatiga, de sueño precario. Se imponía la vigilancia. Era indudable que, aunque Rosina se recogiese temprano, no descansaba lo preciso. Posiblemente se dedicaba a leer o a rezar.

La primera noche que Alicia, en zapatillas y a oscuras, dada ya la una, se aventuró por el pasillo, vió que el montante de la alcoba de Rosina no aparecía iluminado, lo que demostraba que el globo eléctrico pendiente del techo sobre la cama estaba apagado. Quiso, sin embargo, cerciorarse de que su hermana dormía, y llegando a la puerta de la habitación levantó suavemente el picaporte. No cedió la hoja; Rosina había echado por dentro el pestillo. Observó entonces Alicia que el cristal del montante, visto de cerca, recogía vagamente un resplandor. Al escudriñar por la cerradura de la puerta, sin llave, alcanzó a ver, aunque de modo incompleto, la extraña ceremonia a que Rosina se entregaba. A la mañana siguiente dió cuenta de lo ocurrido a sus padres, y avisado don Goro, convinieron primeramente en la necesidad de comprobar la posesión de la calavera, cuya adquisición no se explicaba. La propia Alicia se encargó de registrar el cuarto de su hermana aprovechando la ausencia de ésta durante la comida. Con horror descubrió en el armario ropero el macabro secreto, que respetó en el mismo sitio en que lo hallara, conforme había prevenido el médico, quien ordenó asimis-

mo que se dejase a la enferma en absoluta libertad para que pudiese continuar sus extravagantes vigilias.

En cuanto a la calavera, ¿cómo pudo llegar a manos de Rosina? Lógicamente pensaron antes que en nada en el tío Boni; mas tanto el médico como don Sixto y doña Teresa estaban muy lejos de suponer la verdad. En principio creían al enterrador incapaz de un delito de tal índole. Por otra parte, ¿en qué forma había llegado a manos de Rosina el lúgubre despojo? No recordaban que nadie llevase para ella ningún encargo. Dedujeron, pues, que fué ella misma quien metió en la casa lo que sólo a la tierra pertenece. Y de deducción en deducción, acabaron por suponer como segura la visita de Rosina al cementerio, su entrevista con el sepulturero y el trato convenido. A cambio de algún dinero, del que Rosina poseía para sus gastos, el tío Boni, recomendando el mayor misterio, profanaría la sepultura del suicida. ¿Del suicida? ¿A quién, si no a él, podía pertenecer la calavera? En el terreno de la hipótesis, que al mismo médico contaminó supersticiosamente, figurábanse la escena sacrílega.

A favor de las primeras sombras de la noche y a presencia de Rosina, el enterrador procedería a la exhumación. Acaso la enferma neurótica pretendiese únicamente extraer alguna prenda de los amados restos: un trozo de la mortaja, una flor seca de las que arrojaron al féretro, y viendo que la fosa tan sólo conservaba ya el esqueleto en estado de disección, sobrevino el horrible antojo de apoderarse de la calavera. El tío Boni resistiría seguramente a la demanda, pero, al fin, la codicia le haría transigir en la confianza de que, guardado el despojo en sitio seguro, como seguramente se le prometería, nadie podría descubrirlo.

Para reforzar sus argumentos, don Goro refrescó la leyenda que corría por el pueblo acerca de los delitos del sepulturero y su codicia inconfesable. Sí, abría las sepulturas; se aseguraba que el tío Boni robaba a los muertos ropas y alhajas, que vendía clandestinamente.

Pronto sabría la verdad. Inmediatamente pondría el hecho en conocimiento del juez, y si, como presumía, era culpable el enterrador, de sus culpas respondería en la cárcel.

En cuanto a Rosina, había que adoptar rápidamente una resolución. Su estado cerebral tomaba una fase en extremo peligrosa. Procedía recluir a la enferma, pese a todo, en una casa de Salud, donde sometida a observación y convenientemente tratada, tal vez recobrase el juicio que le iba faltando.

Reconociéndolo así, don Sixto y doña Teresa no opusieron la menor objeción. Mucha sería la tristeza de tener que separarse de ella, pero no mayor que la que ya desde hacía dos años experimentaban viéndola consumirse moral y físicamente. Por otra parte, las esperanzas que don Goro les daba de una posible curación atajando el mal a tiempo, les decidieron al ingreso de Rosina en un sanatorio.

Don Goro fué a ver al juez y le puso al tanto de lo ocurrido. El juez, un andaluz de mucha gracia que en funciones de su ministerio adoptaba la más cómica solemnidad, le hizo ver al médico la trascendencia escandalosa que podía tener de comprobarse en todas sus partes, el suceso. Por cariño a los Lérez, pues que él también se consideraba un buen amigo de la casa, opinaba que debía abordarse el asunto con la mayor prudencia. Por lo tanto, nada de llamar con el alguacil al tío Boni ni que éste fuese requerido para presentarse en el despacho del señor juez; equivaldría a que el pueblo entero armase inmediatamente una novela. Los dos, él y don Goro, irían aquella misma noche dando un paseo hasta el camposanto para interrogar al tío Boni.

Así lo hicieron. Cuando el enterrador abrió el postigo y vió ante sí al juez y al médico, se le nubló el gesto. Mala visita era aquélla y a tales horas. ¿Qué tempestad barruntaba? Con azorada cortesía apresuróse a brindarles asiento, pero ambos permanecieron de pie. Había que aprovechar el tiempo.

—Vamos a ver, tío Boni—exclamó

el juez, iniciando el interrogatorio—. ¿Qué gente hay aquí en estos momentos?

—Pues la mujer y un servidor de ustedes. Lucio, mi sobrino, vino cuando cenábamos y marchó después. La mujer, en la cama la tien ustés ya; anda mal de las piernas y también se quejaba de dolores por too el cuerpo. Lo de siempre, el reuma y los muchos años. Así es que estoy solo pa lo que se ofrezca.

—Perfectamente. Pues vas a contestarme a unas cuantas preguntas. Preguntas que te hace, fíjate bien, el juez.

El recelo ensombreció aún más la jeta del tío Boni.

—¿Suele venir por aquí a rezarle a algún muerto la señorita de Lérez, la hija mayor de don Sixto?

—No, señor juez; no viene nunca.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—No recuerdo haberla visto nunca rezando a nadie.

—¿Y recuerdas haber ido tú a casa de don Sixto alguna vez con algún motivo...; por ejemplo, un encargo que te hubiese hecho secretamente la hija mayor de don Sixto?

El gesto del tío Boni se anubarró del todo. Comprendió el sepulturero que aquel mal paso estaba descubierto.

—Señor juez, yo no pisé enjamás la casa de don Sixto.

—¿Ni te valiste de nadie, de tu sobrino Lucio, por ejemplo, para llevarle a la señorita ningún... encargo?

—De nadie me valí pa mandarla na.

El juez, luego de una pausa inquisitiva, añadió:

—En ese caso, ¿cómo te explicas tú que en poder de la señorita de Lérez se halle *algo* que está bajo tu custodia y que pertenece a la tierra?

El tío Boni vió que había que hablar claro. Todo lo dicho por él era cierto, pero resultaba inútil el intentar desfigurar los hechos. Valía más contar las cosas tal y como habían sucedido. Luego de rumiarlo un poco, murmuró:

—To lo que le he dicho al señor juez es la verdad pura. Ni yo me he movido del cementerio ni mandao nengún encargo a nadie. Pero... la señorita de don Sixto ha estao aquí dos veces. No pa rezar en nenguna sepultura. Pero ha estao dos veces...

—Y ¿qué más? Cuéntalo todo tal y como haya sucedido.

—Estuvo dos veces la señorita. La primera vez pa decirme... *su capricho*. lo que deseaba de mí. La segunda vez pa llevarse lo que deseaba.

—¿Cuánto te pagó por el servicio?

El enterrador se puso pálido. La idea de que pudiesen arrebatarle el dinero parecía conmocionarle más que la responsabilidad contraída.

—Pues me pagó la señorita..., no me recuerdo bien.

—¿Cuánto le pediste tú?

—Yo na le pedí a la señorita. Ella me dijo que me daría unos duros.... unos billetes... Y me los dió... sin contarlos, sin saber lo que me daba.

—Es posible, sí—exclamó el médico—. Fuiste tú quien los contó después.

—¿Y cuánto era?—interrogó el juez.

Por el tono de la pregunta, no se atrevió el tío Boni a rebajar la cantidad recibida. Trabajosamente confesó:

—Fueron... cuarenta duros.

—Caras te haces pagar las calaveras. ¿Y no pensaste que de ese atentado podrías responder con la cárcel?

El enterrador deslizó aviesamente, sabiendo que comenzaba a pisar terreno seguro:

—A lo que parece... tampoco reparó en ello la señorita.

Don Goro apresuróse a recoger el reto.

—La señorita está loca. ¿No te diste cuenta de ello? ¿Crees tú que con la cabeza sana iba nadie a pedirte lo que ella te pidió? Tan loca está, que la semana que viene la llevaremos a un manicomio. Pero tú no estás loco, tú tienes los sesos bien y, por lo tanto, eres el único responsable de este fregado.

El tío Boni torció el gesto. No pisaba terreno tan firme como suponía.

El juez prosiguió su interrogatorio:

—¿Fué a presencia de la señorita cuando abriste la sepultura de don Félix Lucena?

El enterrador miró al juez de modo ambiguo. Reposadamente murmuró:

—Pa na he tocao yo la sepoltura esa.

El juez y el médico se miraron. Hubo un silencio.

—Entonces... — prosiguió el juez —, cuando le entregaste la calavera que, según dices, no es la que ella te pedía, ¿te creyó bajo tu palabra?

—Na me dijo que pareciera dudar de mí. Y ahora me lo explico. ¿No asegura aquí don Gregorio que la señorita está tocá de la cabeza? Sí que me pareció algo raro el capricho, pero los hay tan raros... Y estando loca la señorita... A un loco se le engaña mejor que a un sano. Y así ha sío.

—Esa calavera, ¿a quién pertenece entonces?

El tío Boni se encogió de hombros desdeñosamente.

—Cualquiera lo sabe... Del osario la saqué... Del hoyo grande... Adonde va to lo que sobra y nadie se cuida de conservalo. De donde sacan otros, yo no, que respeto mucho mis muertos, pa los médicos como don Gregorio, no sólo calaveras, sino esqueletos con toos sus huesos, sin que les falte uno, pa que luego estudien, como dicen que estudian, lo que tenemos dentro del cuerpo...

Las manifestaciones del tío Boni eran completamente verosímiles, y en ello coincidieron el juez y el médico. Sin embargo, imponíase la comprobación para acabar con la duda y resolver ya a sabiendas en asunto tan delicado.

El juez ordenó al enterrador:

—Coge las herramientas, que vas a abrir la sepultura de don Félix Lucena.

El tío Boni aprestóse a cumplir la orden. Con los trebejos ya; acercóse al juez.

—Anda delante.

Precedidos del sepulturero, don Goro y el juez penetraron en el camposanto.

VI

Era noche clara. La luna encendía en cándido resplandor el sagrado lugar. Una tristeza mansa emanaba del aldeano cementerio en la dulcedumbre estelar. La muerte no inspiraba en aquellos momentos y tales ámbitos ideas tenebrosas, sino la confianza de un reposo en paz. Era como un jardín más, como un huerto humilde y amorosamente cuidado, este camposanto sencillo, con sus sendas blancas, sus rosales silvestres, su fina hierba salpicada de florecillas. Don Goro hubo de recorrerlo gustosamente.

—Ganas dan de quedarse a vivir aquí—exclamó con melancólico humorismo—. Entendámonos, no bajo tierra, sino encima de ella, como un inquilino vulgar y, en último caso, aunque fuese en calidad de sepulturero. Los muertos, querido juez, son buena compañía. No molestan como los vivos, carecen de infamias y de chinchorrerías; se muestran tal y como son, leales, sinceros. Es sensible que muchas personas tengan necesidad de morirse para mostrarse nobles y dignas. Aquí tiene usted a todos estos buenos amigos, tan discretos, tan quietecitos... Yo quiero mucho a los muertos, incluso a aquellos que en vida no me quisieron a mí bien o me jugaron alguna que otra mala partida. Ahora se dan cuentan de que hicieron mal y que obrar defectuosamente no conduce a nada práctico, y no digo fuera del mundo, sino precisamente dentro de él. Yo, al menos, siempre he creído que la hombría de bien y la bondad triunfan de todo o triunfan al cabo, y si no triunfan, pues da igual, porque me río yo de las ventajas que proporcionan muchos triunfos. En fin, estoy divagando; pero es que esta tranquilidad que aquí se respira y la hermosura de esta noche le hacen pensar a uno con horror que necesariamente habrá de regresar al fastidioso avispero donde todo se vuelven picotazos.

Llegados a la sepultura de Félix Lucena procedió el tío Boni a su apertura ayudado del médico y el propio

juez. La lápida cedió pronto haciendo palanqueta, y entre los tres hombres depositáronla cuidadosamente en el suelo. El tío Boni continuó solo su faena. La azada fué echando a ambos lados la tierra que cubría la fosa y que se veía apelmazada y dura, no pareciendo que hubiera sido removida recientemente. Al dejar al descuierto la tapa del féretro, vióse que estaba roída, despellejada, blancuzca. El escaso fondo de la huesa permitió que el tío Boni, sin necesidad de nueva ayuda, abriese el ataúd. Asomáronse a él el juez y el médico. La luna lo alumbró con su pálida antorcha; un vientecillo suave lo oreó durante unos instantes con sus besos.

No había sido profanada la tumba. Cierto que en este caso, según supuso el tío Boni, los gusanos de la muerte se habían dado prisa en su obra destructora, aniquilante; pero de los míseros restos humanos aún quedaba el esqueleto completo y hasta algún vestigio de las ropas con que vistieron al cadáver.

«He aquí—pensó don Goro, contemplando tristemente aquellos p o b r e s huesos—cómo un sentimiento de dignidad, un rapto de pundonor, eso tan sutil, tan leve, que tantos y tantos hombres desprecian en el mundo, suprime de pronto una vida, siega un horizonte risueño, mata para siempre una actividad laboriosa, priva al mundo de un ser necesario, ensombrece otro hogar y otras almas y hace enloquecer a una dulce criatura... ¡Pobre amigo! Yo te saludo con respeto. No merecías tú, tan pronto, que tus huesos pudieran exhumarse una noche de luna tan clara, tan admirable como ésta; en que fuera de este recinto, en esta misma aldea, y lejos, en las grandes ciudades del mundo, rien el amor y la vida...»

—Cierra la caja y avía—murmuró el juez, íntimamente satisfecho, como don Goro, de que el tío Boni no les hubiese mentido.

La codicia de éste pudo saciarse (y a eso se reducía todo) mediante un engaño. Existía delito, pero no el que temían, y salvado lo importante, la justicia, en holocausto a la amistad y el dolor de una familia dignísima, hacía por una vez la vista gorda. De sancionar el hecho sobrevendría el escándalo, siempre hiperbólico, de los pueblos; el propio enterrador, por justificar la falta, desfiguraría lo sucedido. Era preferible indultarlo con el silencio.

Cuando la fosa estuvo recubierta de tierra, el juez y el médico ayudaron de nuevo a colocar la lápida, no tanto para facilitar la operación como en memoria del difunto.

Todavía delante de la sepultura, dijo el juez al enterrador:

—Que no te vuelva a ocurrir vender un solo hueso ni a locos ni a cuerdos. Por esta vez...

El tío Boni respiró a sus anchas. No era el aire de la libertad, es que pensaba en su dinero, tesoro intacto, cuya posesión, refrendada nada menos que por el señor juez, le derretía de gozo íntimo.

Atravesaban el cementerio. El tío Boni, con sus fúnebres bártulos, iba detrás. Al transponer la puerta y salir al camino, no se vislumbraba una sola luz en el pueblo. Montañeda dormía desde dos horas antes. Era casi medianoche. Plácidamente, a la luz de la luna, gustando de la delicia de la soledad y el reposo campestre, el juez y el médico regresaron al pueblo.

VII

Pocos dias después lleváronse a Rosina a una Casa de Salud pretextando un viaje de recreo. Fueron con ella su padre y don Goro. Ingresó en el establecimiento sin oponer resistencia alguna ni darse cuenta de lo que significaba. Quedaría en observación durante algún tiempo, sometida a un régimen especial. El médico director autorizó a don Sixto para que visitase a la enferma una vez al mes, de no aconsejar otra cosa el estado de ella. Con las manifestaciones que le hizo don Goro acerca del origen y proceso de la enfermedad, el frenópata dió un

diagnóstico muy favorable. Las estadísticas arrojaban en casos parecidos un tanto por ciento de curación bastante considerable.

Rosina, al quedarse sola en la Casa de Salud, cayó en un estado de ensueño permanente. Su misantropía se hizo más dulce y la inmaterialización de su ser más aguda. Absolutamente desligada de su vida anterior, no era como esos enfermos mentales que en lapsos de lucidez evocan con tristeza su hogar y los seres queridos. Dijérase nacida a un mundo nuevo, creación de un sueño de opio, sin la menor reminiscencia del pasado. Acodada en la ventana de su celda o sentada en un banco del jardinillo del establecimiento, iba viviendo su quimera.

Primeramente paseaba por la orilla bordeada de álamos de un río claro y caudaloso, dejando a su espalda la campiña verde y jugosa en cuyo fondo se levantaba un monasterio. Semejábase a la ribera que conducía a la quinta de los Lérez y a la residencia románica de los dominicos; mas ella no se daba cuenta de la semejanza, y era la subconsciencia quien administraba fragmentarios materiales reales al paisaje de ensueño.

Después, el río se ensanchaba, crecía, hasta convertirse en piélago profundo, diáfano, azul. Rozando la curva armoniosa del horizonte columbrábase una manchita blanca: era una isla desierta, posada en el mar como un cisne en el lago. A los reflejos del sol parecía de oro. En esta isla vivía *él* como único habitante. Se alimentaba con frutas; dormía al abrigo de espesos árboles; gozaba de una temperatura grata, invariable; una luz suave, serena, lo alumbraba todo.

En este islote habitaba el amado. Ella le veía desde lejos. Escuchaba su voz, su voz alegre y prometedora, que el aire le traía. «¡Pronto voy contigo, amor mío! Espérame.» La novia esperaba, sentada en la ribera, a la sombra de los álamos verdes, sentada en la playa sonora, fijas las pupilas clarísimas en la dorada lontananza.

Otras veces, como el amado no llega, como ninguna vela surge en el camino azul de las aguas, es ella quien corre a su encuentro, y arriba al islote en un barco más raudo que el deseo... Y salta a tierra, ligera y jubilosa, pronta a caer en los brazos del amado. Mira en todas direcciones... y a nadie ve; grita, triunfal y emocionada: «¡Félix! ¡Félix!»; pero nadie contesta. ¿Cómo es posible? El amado está allí: ella lo sabe, lo ha visto, ha escuchado su voz cuando la llama desde lejos, desde la otra orilla... ¿Dónde está ahora? ¿Dónde se esconde? La novia recorre la isla entera anhelosamente. Le busca entre los árboles, entre los macizos floridos, entre las peñas, por todas partes... Y no lo encuentra. A sus llamadas amorosas responde el silencio y un efluvio de flores, un delicioso aliento perfumado, que es como el alma de la isla...

Sin lograr verla, la barca la devuelve a su ribera, y apenas pisa el fresco césped nuevamente llega hasta ella la voz del amado: «¡Pronto voy contigo, amor mío! Espérame...» La enamorada no se acuerda de su inútil viaje, de su estéril exploración, y torna a buscarlo... ¿Juego cruel de un genio diabólico? No... Es que la dorada isla que la visionaria presiente y descubre es reino suprasensible, región ultrahumana de la que nadie vuelve y que por un fenómeno de inefable videncia la enferma materializa.

En tanto, la quinta de los Lérez está más melancólica que nunca. Padres y hermanas de Rosina duélense de su ausencia. El cuarto de la alienada aguarda la vuelta de su dueña, dadas las esperanzas de una posible curación. Todo en él permanece dispuesto como el día en que Rosina lo abandonara para marchar a la Casa de Salud. Intactos el lecho, los muebles, los objetos todos. Tan sólo uno hubo de desaparecer: la calavera. Se incautó de ella don Goro para entregársela al juez y que volviese al osario de donde la extrajese, como mercancía, la codicia del tío Boni. Mas pensó luego, y así se lo hizo saber al propio juez y a los padres de Rosina, que debía llevársela a su casa de solterón para que le hiciese compañía. Realizaba un

doble acto de piedad y egoísmo. De piedad porque de la misma manera que algunos matrimonios sin hijos sacaban y prohijaban a una criatura de la Inclusa, se creía él con derecho a recoger, a *adoptar* aquella pobre calavera anónima, robada al hórreo botín humano de la fosa común. Ya que la habían sacado de allí, no quiso él que volviese a las tinieblas. Y egoísmo era también, añadía, porque si bien es cierto que una señora calavera, lo mismo en el cuarto de un estudiante de Medicina que en el despacho de un doctor, añade un testimonio más a su ciencia, él nada tenía que estudiar en ella, humilde médico de pueblo, rutinario y practicón; pero tenía, eso sí, mucho que aprender de su compañía inestimable, como San Jerónimo o el más ignorado y silencioso de los anacoretas. Y en la mesilla de noche la colocó, como testigo de vista y centinela de su sueño, para dedicarla cada noche y cada mañana una mirada amistosa y hasta para *consultarla* en casos difíciles de conciencia. «Siempre hay muchas cosas—terminó diciendo—que contarle a una calavera. Lo que ocurre es que nos las callamos por miedo a nosotros mismos.» Humorismo melancólico el de don Goro.

VIII

La celda de Rosina en la Casa de Salud aparece suavemente iluminada por la luna. Es más de medianoche. El apaisado ventanal de la celda está abierto al jardinillo del establecimiento. Este reposa en profundo silencio. Con el isocronismo de un péndulo percíbese el leve latido del surtidor del jardín.

La enferma esta noche se siente desvelada. Para distraer el insomnio se ha levantado. En la ventana disfrutará un poco la dulzura de la soledad y de la hora. De repente advierte la presencia de *alguien* que ha entrado en su cuarto sigilosamente. Vuélvese... y lanza un grito de asombro y alegría. Mas este grito que ella cree que ha brotado agudo, apenas si ha sonado como un suspiro. La sorpresa la paraliza. Es *él*... Es Félix Lucena quien viene a visitarla. Su voz, tan conocida, susurra tenue:

—¡Rosina! Aquí me tienes ya... ¿No me esperabas? ¿No te anuncié que vendría?

Ella le tiende las manos, que él oprime dulcemente y conserva entre las suyas. Por las venas de las de Félix corre la sangre fresca y juvenil de la vida.

—Te esperaba, sí, te esperaba, Félix. Te aguardaba a todas horas. Mis sentidos, mi espíritu, se agudizaban espiando tu llegada. ¿Cómo no te he sentido entrar? ¿Por dónde has llegado? ¿Venías por el jardín?

El huésped sonríe.

—No lo sé..., sólo sé que estoy aquí, a tu lado... ¡y para siempre!

—¿Para siempre?—gime Rosina—. ¿De veras estás conmigo para siempre? ¿Para no separarnos nunca? ¿No me engañas? ¡Son tan tristes las despedidas! Cuando te marchaste..., no recuerdo adónde..., tengo tan débil la cabeza..., me quedé tan triste, tan desconsolada... ¿Por qué se ha ido Félix? ¿Y cuándo vuelve? ¿Y por qué no me escribe? Otras veces, cuando te marchabas, escribías todos los días. Y *esa vez*, no. ¿Por qué no me has escrito, dime? Experimento la sensación..., rara..., extraña..., de haber estado separada de ti mucho tiempo..., que sé yo, semanas, años. ¿Cuánto tiempo ha sido, Félix?

—No lo sé, amor mío. Yo tampoco tengo buena memoria. Y contigo siempre me pasa lo mismo: un minuto que no te vea, es un siglo; un siglo mirándote y oyéndote hablar es un minuto. Para nuestro cariño no tiene el tiempo medida.

Se hallan muy juntos, de pie, apoyados en el ventanal. Abajo, en el jardinillo, el rumor de la fuente suena dulce. Arriba, en el firmamento, boga la luna en un halo de rosa. En la noche dormida la brisa es como un suspiro.

—Ahora vienes de muy lejos, ¿verdad, querido mío?

—De muy lejos, sí.

—Vienes de la isla..., de esa isla que he columbrado yo tantas veces como un puntito blanco o de oro en el horizonte. Dime, ¿cómo se llama esa isla?

—No tiene nombre; es la isla sin nombre. Lugar de descanso en medio del mar, del mar inmenso, siempre en lucha. Tú crees que la has visto, y no la has visto; no ha hecho más que adivinarla tu deseo; esa isla es invisible... Y, ¡cosa rara!, es al propio tiempo inconmensurable y pequeñita. Está uno en ella como dentro de un estuche de madera, tirado a lo largo; no es recinto mayor. Y al propio tiempo siéntese uno en el aire, ingrávido, flotando en el infinito..., un átomo perdido en lo infinito...

—¿Dices que no he visto esa isla, que la he presentido solamente?

—No es posible otra cosa.

—Entonces los viajes que he realizado a ella, las veces que la he recorrido entera buscándote, llamándote?

—Ilusión de los sentidos, creación inconsciente de tu deseo. Por eso no me encontrabas nunca.

—Pero ¿y tu voz, tu acento inconfundible anunciándome tu llegada, prometiéndome este momento?

—Eso sí es cierto, mas no sabré explicártelo.

—Mis recuerdos son un poco confusos. Juraría que en una de mis visitas a la isla te vi... dentro de ese estuche a que te referías... ¡No, no, no eras tú, era otra cosa que no acierto a precisar..., algo sucio, triste, feo...! ¡No, no eras tú! Pero, en cambio, otras veces, abandonabas tu isla para venir hasta mí, como ahora..., pero no como ahora, sino de otro modo que no sé explicarte. No eras tú, ni era siquiera tu sombra..., era..., ¡sí, ahora recuerdo, ahora veo claro!, era tu cabeza..., tu rostro nada más..., tus ojos..., tus labios..., tus sienes..., que yo tenía entre mis manos. Y hablábamos, hablábamos mucho..., de distinto modo que ahora hablamos..., hablábamos dulcemente, pero tristes, muy tristes; no alegres y felices como ahora. ¿Tú no recuerdas esos diálogos?

—Los recuerdo. Diálogos sin palabras humanas, con palabras de luz, de música, de aroma. Estas palabras nuestras, las de este momento mismo, dicen tan poco, expresan las cosas tan torpemente... ¡Rosina, yo quisiera poder hablarte ahora como entonces, con aquellas palabras que lo expresan todo, y no puedo, no puedo decirte nada de lo que siento en estos instantes. ¡Qué angustia! ¡Qué fastidio!

—No te atormentes, amor mío. Sé lo que quieres decirme, es lo mismo que estoy sintiendo yo. No lo pueden expresar nuestras palabras, pero lo expresa nuestra emoción, que es también luz, fragancia y melodía... ¿Verdad que estamos en vísperas de la gran aurora, ante la puerta de oro que ha de franquearse a nuestro paso?

—Sí..., estamos ya en el umbral..., dentro de unas horas, o de unos instantes, no lo sé..., el mundo será nuestro, la vida será sólo para nuestra felicidad.

—Sólo para nuestra felicidad, dices bien. Pero ¿qué ha sucedido, que obstáculo se ha opuesto hasta ahora en nuestro camino? Yo conservo la impresión..., un recuerdo vago, neblinoso, de que estaba preparada para nuestro día feliz, para un largo viaje... Espera..., sí..., que tenía aquí dispuesta mi...

Rosina se ha retirado de la ventana y escudriña su habitación.

—No..., no es aquí... Yo tenía mi gran armario..., mi ropa blanca..., bordada..., doblada..., dispuesta para... ¿Dónde está? ¿Quién se la ha llevado? ¡Ah! Alicia, sin duda... Mi hermana Alicia, que habrá entrado aquí, que...

—Déjalo... No te excites... Ya lo encontrarás... ¿Qué más da?

—Es verdad, ¿qué más da? Lo importante es que mañana..., muy pronto..., acaso dentro de una hora... Mira: una claridad suavísima bordea las nubes..., es que amanece, ¿verdad?

—Pronto amanecerá, sí... Y con el alba...

—Con el alba... ¡Félix!... ¡Félix!... Tus manos..., tu sombra..., ya no siento..., ya no te veo... ¡Félix! ¡¡Félix!!

Otras manos se han escapado de las

manos de Rosina como agua que se va entre los dedos; una sombra juvenil y gallarda resbala y se desvanece en el aire gris matinal... El alba asoma, tenue, en el cielo... La celda de Rosina súmese en débil penumbra. Rosina en su lecho duerme plácidamente. Silencio. Quietud... El ventanal apaisado de la estancia está abierto. Junto al alféizar, sobre el *linoleum* del pavimento, diríase que existen huellas como de alguien que hubiese pisado allí recientemente.

IX

Luego de tantas horas a bordo, estas horas de tren le fatigaban y aburrían. Estaba deseando llegar, cumplir el objeto de su viaje y volverse a su puesto. España, según había podido observar a su paso, aunque breve, por Barcelona y Madrid, se hallaba muy cambiada de como él la dejó años antes. La fisonomía de Madrid, al menos, era muy otra. Se había progresado notablemente y adquirido un dinamismo más en consonancia con la actividad europea producida por la postguerra. Esto le placía precisamente porque él nunca fué un español apático, abúlico, de la anterior España retardataria, sino uno que hallando estrecha la esfera para su desenvolvimiento individual emigró a otro ambiente más propicio. Ahora miraba con cariño a su tierra madre; pero la cordialidad no excluía el deseo de reintegrarse a la labor industrial que venía desarrollando, más fecunda y mejor remunerada que en su patria.

Faltaban unos minutos para que el rápido llegase a la estación en que debía apearse el viajero. Previno éste su elegante maletín de cuero en el pasillo del convoy, y bajando el cristal de una de las ventanillas, se acodó en ella, atalayando en la lejanía la próxima estación. Era un fornido mozo de treinta años escasos, de buena talla, suelto ademán, rostro serio y simpático con gesto que denotaba entereza y resolución. Cuando el tren se detuvo momentos después, saltó ágilmente al andén, lo cruzó sin titubeos, como si el lugar le fuese conocido, y fuera ya de la estación, encomendó el maletín a un rapaz que le salió al encuentro.

—Llévame a la mejor fonda que haya en este pueblo, muchacho.

Atravesaron un pequeño paseo que se abría al pie de la estación y luego una calle corta, desembocando en la Principal, donde estaba la fonda más importante de las tres que había. Alquiló allí una habitación, aseóse un poco, y orientado por el rapaz que volvió a encontrarlo a la puerta de la fonda, se dirigió al casino de los «señores», sito en la misma calle, en cuya terraza sentóse a tomar un *vermouth* para entretener el tiempo hasta la hora del almuerzo. Apenas se hubo sentado, un señor bajito, de rojiza barba entrecana y ojos ahuevados, que unas cuantas mesas más allá sorbía su caña de cerveza y empuñaba en la otra mano grueso bastón de cayada, al verle, con el vaso en el aire quedóse supenso, atónito.

—¡Aparición semejante! —pensó—. Juraría... ¡Es el mismo! ¡El mismo exactamente!

El viajero hubo de observar la impresión que su presencia causaba en el señor de la garrota. Luego de vacilar un poco, acabó por abandonar su sitio y dirigirse al desconocido.

—Caballero, va usted a perdonarme la libertad que me tomo, pero...

El desconocido le acogió con la mayor cortesía.

—¡Oh, no! Nada tengo que perdonarle. Al contrario, me dispensará usted un favor. Tenga usted la bondad de sentarse en mi mesa. Precisamente pensaba dirigirme a alguien para informarme...

El señor de la garrota se había sentado y cada vez era mayor su asombro.

—Advierto que mi presencia le ha impresionado a usted un poco.

—Así es, caballero. Le estoy viendo a usted, le tengo delante de los ojos y no acierto a explicarme...

—Lo comprendo. Y por la cara que

pone usted me figuro que he venido yo a remover en su memoria un recuerdo triste.

—Tristísimo, señor. Por muchos conceptos.

—Para mí lo es también mi llegada a este pueblo.

El interlocutor interrogó, supersticiosamente:

—¿Es... *la primera vez* que viene usted a este pueblo?

El viajero se le quedó mirando con extrañeza, mas sin duda adivinó después la superstición de aquella pregunta.

—La primera vez. No recuerdo haber estado nunca. Y vengo con el solo propósito de realizar un deseo hace tiempo acariciado lejos de España.

.....

La quinta de los Lérez estaba de fiesta desde hacia unos días. Rosina había abandonado la Casa de Salud. ¿Totalmente curada? Al año de su ingreso en el establecimiento, el médico director dijo que podía ya dar de alta a la enferma. Sin embargo, para mejor asegurar la curación, había permanecido aislada todavía unos meses.

Reintegrada a sus lares, comenzó a hacer una vida activa de trabajo y de distracción. En unión de su hermana hacía diarias excursiones al campo, dedicábase a quehaceres domésticos, cosía durante largo rato, o bien se entretenía en regar y cuidar el huerto. El pasado parecía haberse borrado para ella. Era su memoria como un espejo desvanecido que ninguna imagen puede ya reflejar. Dijérase nacida a otra existencia enteramente nueva e inédita.

Sin embargo, pese a su equilibrio mental, no había recobrado la alegría, aquella alegría íntima, no muy expresiva exteriormente, pero viva e intensa, que iluminaba su espíritu. Diríase que por dentro sentíase *opaca*.

A veces, en medio de una conversación animada, callaba de repente quedándose pensativa. Era sólo un instante, una pausa de recogimiento durante la cual acaso su amnesia dulce respecto al pasado intentaba rasgar algún velo. Un chispazo no más de clarividente: «¿Había estado soñando? ¿Dónde se encontraba?» De su locura apacible, silenciosa, nada sabía. Había olvidado todas sus miserias.

Y a veces también Alicia observó, no sin miedo y sin que inmediatamente lo pusiera en conocimiento de don Goro, que Rosina, con ademán instintivo, buscaba *algo* por su alcoba, hacia el armario y el secreter especialmente.

—¿Qué buscas, Rosina?—habíale preguntado Alicia, temerosa.

—No sé..., no sé..., no me acuerdo —contestaba ella.

Don Goro había dispuesto, en evitación de una recaída peligrosa, que estuviese constantemente acompañada y distraída.

.....

En el huerto, donde se encontraban don Sixto y doña Teresa, hizo don Goro la presentación del viajero.

—José Luis Lucena..., hermano de Félix. En realidad no era necesaria la presentación. El parecido con Félix es asombroso.

—Ciertamente—murmuró don Sixto.

—Recuerdo—dijo doña Teresa—haber oído a su hermano que eran ustedes gemelos.

—Al venir a España con un mes de licencia no he traído más objeto que abrazar a mi padre en Barcelona y visitar luego este pueblo para conocer, como ya lo he hecho, gracias a la mucha amabilidad de don Goro, ya que así le llaman, el sitio donde reposa mi hermano y el cuarto que ocupó en la fonda. Otro deseo me queda por realizar—añadió—. El tener el gusto de conocer a Rosina... Pero don Goro me dice que sin el consentimiento de ustedes...

—Por nuestra parte, encantados—exclamó don Sixto—. Ahora bien, don Goro, mejor que nosotros, dirá si es prudente tratándose como se trata de un parecido tan exacto, vea a usted Rosina.

Y dirigiéndose al médico, agregó:

—¿Cree usted que su presencia podrá suscitar en ella dolorosos recuerdos?

—Rosina está completamente curada—respondió don Goro—. No creo, pues, que la presentación ofrezca peligro alguno. Al contrario, estimo propicia esta circunstancia precisamente como prueba decisiva de la curación realizada. La presencia de José Luis no debe despertar en Rosina el más leve recuerdo. El pasado no existe para ella. Ha nacido a una existencia nueva.

Don Goro acertó a medias nada más. Cuando Rosina vióse en presencia de José Luis, pasóse la mano por los ojos como ahuyentando una pesadilla, y exclamó, casi en un grito, jubilosa, sorprendida:

—¡Tú...! ¡Eres tú...!

No veía en él al hermano gemelo ni en los senos más íntimos de su espíritu y su memoria quedaba el menor rastro de la tragedia. Veía en José Luis a Félix redivivo, triunfante. Creyó y siguió creyendo toda la vida, como esposa de José Luis poco después, que era *él*..., el viajero imposible, que regresaba para volver a su lado desde la *otra orilla*...

FIN DE «CASA DE AMOR» Y «LA OTRA ORILLA»
DE
JOSÉ ORTIZ DE PINEDO

RAMON PEREZ DE AYALA

1881

RAMON PEREZ DE AYALA

NOVELISTA, *ensayista, crítico. Nació en Oviedo (Asturias). Abogado. De la Real Academia Española. Embajador de España en Londres. Su novela* Tigre Juan *alcanzó en 1927 el «Premio Nacional de Literatura». Su obra es variada, compleja y muy importante. Pérez de Ayala está considerado, dentro y fuera de España, como uno de los mejores prosistas en lengua castellana y como un crítico excepcional. Una de sus novelas breves,* Luz de domingo, *compite con las mejores de todas las épocas.*

Novelas: Tinieblas en las cumbres—*1907*—; A M. D. G. —*1910*—; La pata de la raposa—*1912*—; Troteras y danzaderas—*1913*—; Prometeo—*1916*—; Belarmino y Apolonio—*1921*—; Luna de miel, luna de hiel—*1923*—; Los trabajos de Urbano y Simona—*1923*—; Tigre Juan—*1926*—; El curandero de su honra—*1926*—; Bajo el signo de Artemisa...

LUZ DE DOMINGO

¡Quál ventura serie esta, si ploguiese al Creador,
que assomasse essora el Cid Campeador!

(Poema de Myo Cid.)

I

¡Rincon de mis dias felices! — ¡Mi casa, mi vieja casa!
Por los palacios del Rey — cierto que nunca os trocara,
¡Cuarto de mis noches solas! — ¡Cama humilde, amiga cama!
Por los Reyes y Príncipes, — cierto que nunca os dejara.
Quiero mejor estas ropas, — tejidas de estopa basta,
que las sábanas del Rey, — de lencerías y holandas.
Mejor quiero estos jergones, — de hoja de maíz y lana,
que los colchones del Rey, — con pluma de cisne y garza
Mi cabezal está lleno — de fina hierba aromada;
lleno de tiernas memorias — e ilusiones del mañana.
El Rey en su cabezal — se reclina y no descansa,
que le acosan mil cuidados — y mil temores le asaltan.
¡Cuántas noches, con mi amor — soñé que me desposaba...!
¡Rincón de mis días felices! — ¡Mi casa, mi vieja casa!
Si no fuera por casarme, — cierto que nunca os dejara.

Ya estaba vestido Cástor Cagigal con sus mejores arreos, bien rasurada la barba y el oscuro cabello alisado y lustroso.

Llevaba traje azul marino, botas de charol, corbata de raso carmesí, y prendido en el nudo, de forma de corazón, un alfiler de oro y pedrezuelas de colores diversos, que representaba dos caballos al galope y una fusta de tantas vueltas y cabalísticos rasgueos como rúbrica de notario. Este alfiler era regalo de su novia.

Miró Cástor en torno, la habitación en donde se hallaba, pensando que muy pronto dejaría de vivir en ella. Contó por los dedos y en alta voz: «Hoy domingo, lunes, martes, miércoles, jueves y viernes. Total, seis días más.»

Suspiró. Con los ojos acarició los blancos muros de la estancia, las vigas color añil de la techumbre, las cosas silenciosas y humildes que allí moraban: la cama de caoba, casi tan ancha como larga, alta de más de un metro, con cuatro corpulentos colchones, colcha de crochet y cubrepiés de mil colorines, obrados la una y el otro por las manos primorosas de doña Predestinación, allá en su juventud; luego la cómoda, también de caoba, tripuda y de señoril traza, el gran espejo que la coronaba, enfundado en tul verde, el arcón de talla, la butaca de gutapercha, la pila de plata, la palma pascual, las cortinas de encaje, y, a través de la puerta entreabierta, la sala en penumbra y muebles tapizados de lana roja. Era un aposento limpio, claro, atrayente, recogido, hogareño. No parecía pertenecer a una casa de huéspedes.

Aquella casa era o servía de única fonda, posada, hospedería o parador en Cenciella, que así se llamaba el pueblo. En el piso bajo había un tenducho abastecido con promiscuidad de géneros ultramarinos, géneros catalanes, ferretería y quincalla, paquetería y su poco de taberna. Casa, parador y tienda pertenecían a doña Predestinación, viuda de un tal Hermenegildo Celemín. En el parador habitaban de asiento solamente dos huéspedes: Cástor Cagigal, secretario del Ayuntamiento, y Deogracias Alpaca, director de la banda municipal. En raras ocasiones, posaba algún viajante de comercio. A doña Predestinación no le hacía maldita gracia el músico. Era un hombre de cuarenta años, esquelético, amarillo, impertinente; hablaba con voz de cascajo, tosía de continuo y escupía en todas partes. Además, pagaba una peseta menos que el secretario. Cástor había cautivado desde el primer momento a doña Predestinación por su figura aventajada y cenceña, su rostro dulce y aniñado, sus ademanes tímidos, sus ojos pensativos y sus palabras llanas. Día tras día, la huéspeda fué encariñándose con él. De sobremesa y no estando presente el señor Alpaca, venía la señora a sentársele al lado y le interrogaba solícitamente sobre su vida pasada. Cuando supo que no tenía padre ni madre, doña Predestinación se enterneció hasta sollozar.

—¡Pobrecito! ¡Pobrecito!—exclamó, acongojada, como si se tratase de un niño de pecho abandonado, y echó mano de la servilleta de Deogracias, a fin de enjugarse los ojos. Lo cierto es que a la sazón Cástor tenía veintiocho años.

Poco a poco, en diversos capítulos o sobremesas, Cástor fué refiriéndole su historia a doña Predestinación. Era hijo de labradores pobres, en la provincia de Salamanca. De niño había ido a servir a la ciudad, en casa de un abogado, que le enseñó las primeras letras. Luego él, por su cuenta y hurtando horas al sueño, había hecho el bachillerato y la carrera de abogado con matrículas de honor. Concluída la carrera, había ingresado en una academia preparatoria de Valladolid, como pasante, con mezquina pitanza. En Valladolid, sin saber cómo, le había entrado una gran afición a pintar al óleo. Se había comprado una caja barata y aprendido a pintar por sí propio. En cierta ocasión leyó en el

Boletín Oficial de la provincia de Pilares que estaba vacante la plaza de secretario de Cenciella, con dos mil pesetas. La solicitó, desamparado de todo favor e influencia, y sin esperanzas de conseguirla. Y la obtuvo precisamente por no tener aldabas. Desde que había llegado a Cenciella se consideraba feliz. Antes no había hecho otra cosa que estudiar, trabajar, habitar viviendas miserables, comer con escasez y soñar siempre. Soñaba con un paisaje muy verde, melancólico y caricioso, precisamente como el de Cenciella. No había tenido amigos ni amores, como no fuera también en sueños, ni conocido juegos, solaces o diversiones. En Cenciella apenas tenía qué hacer. Por el día salía a pintar. Al atardecer se recogía a leer o a estudiar preparando inciertas oposiciones. Al mes de tenerlo de huésped, doña Predestinación le llamaba «hijo mío», y le cedió la alcoba que había sido matrimonial y la sala, para que en ella recibiera visitas y acomodara sus libros, papeles y pinturas. Cástor se sintió, por primera vez en la vida, como en casa propia, en su hogar. No tardó en enamorarse desapoderadamente de una moza del pueblo, Balbina Carbajo, también huérfana de padre y madre, que vivía con su abuelo, el señor Joaco, un viejo adusto y avaro, que había pasado su juventud en América. Gozaba el viejo un mediano pasar; pero obligaba a su nieta a trabajar de costurera, dentro de la casa. Era Balbina la muchacha más hacendosa del pueblo y acaso la más linda. Cástor no se atrevía a confesar sus amores a doña Predestinación; pero ésta no hubo menester de confesiones, que en seguida lo adivinó todo, y lo que no adivinó lo averiguó a la vuelta de pocos días. Doña Predestinación se sintió conmovida en sus entrañas y resolvió conducir a feliz cabo aquellos amores, que le merecían la más tierna, decidida y llorosa aprobación. Como Cástor temía al viejo, doña Predestinación fué quien pidió al señor Joaco la mano de Balbina. ¡Era de ver qué peripuesta y emperifollada se presentó doña Predestinación en tan solemne coyuntura! Andaba por los cuarenta y cinco años, y estaba todavía tersa, lozana y garbosa. Tanto, que Deogracias Alpaca le hacía rosca sin pizca de disimulo. El señor Joaco aceptó como excelente proporción al secretario. Quedó fijado el día de la boda para la última semana de abril. El matrimonio viviría con el abuelo. Al volver de casa del señor Joaco, doña Predestinación besó en la frente a Cástor y le habló de tú. Lloraba y sonreía al propio tiempo. Desde aquel día, doña Predestinación se puso triste. Deogracias Alpaca se afanaba en animarla, diciéndole chanzas y requiebros, a que ella respondía con ojos irritados y palabras ásperas. Había pasado un año en todo esto.

Y había llegado la última semana de abril, el día de la tercera proclama de Cástor y Balbina. Era domingo. Había amanecido despejado, maravillosamente despejado.

II

¡Mañanas de abril y mayo, — galanas y con amor!
Cantan las aves del huerto — desde que amanece Dios.
El verderón canta aína. — Canta aína el verderón.
Por gozar de tanta gloria — sale madruguero el sol;
pero ya estaba mi niña — asomada en el balcón,
que anoche no durmió nada — ni tampoco dormí yo.
¡Mañanas de abril y mayo, — galanas y con amor!
La más galana de todas, — la mañanita de hoy.
El de hoy, el sol más galano, — que es el día del Señor.
La campana de la Iglesia — a ti y a mí nos llamó.
¡Cuál repica la campana — dentro de mi corazón!
Con mi mocina, a la Iglesia, — a tomar los dichos voy.
¡Mañanas de abril y mayo, — galanas y con amor!

La mala culebra
dejó oir su voz.
Durmió durante el invierno.
Despertóla la calor.

Cástor contempló con pena su aposento. Le tenía apego; vaga manera de amor y gratitud. Le dolía dejar de vivir en él.

Suspiró nuevamente. Abrió el balcón, que daba a un largo corredor voladizo, sobre la plaza del pueblo. Cástor salió al corredor. El sol, derretido en el aire abrileño, le envolvió, le anegó, le penetró hasta los huesos y el alma, con sabroso escalofrío. A Cástor se le había figurado siempre que la luz del día de domingo era luz distinta de la luz de los demás días entre semana. La luz de domingo era luz patética, en tanto la luz de los otros días era luz apática. Pero la luz de aquel último domingo de abril era, para Cástor, más patética que nunca. Con las manos en el barandal del corredor y los ojos entornados, deleitábase abarcando confusamente en la memoria el año de su vida en Cenciella; un año de ventura colmada.

Tocáronle en el hombro. Era doña Predestinación.

—¿Quieres entrar a que hablemos un momento, hijo mío?

—Como usted guste.

—Cierra el balcón. Cierra las puertas de la sala. No quiero que escuche ese mastuerzo de Alpaca.

—¿Es un secreto lo que usted va a decirme?

—No hay secreto y sí hay secreto. Vamos a ver: ¿qué piensas hacer hoy? Dime punto por punto lo que piensas hacer.

Cástor meneó la cabeza con gesto de contrariedad.

—Si te molesta decirme lo que piensas hacer, prefiero que n a d a me digas.

—No es eso, doña Predestinación. Es que hasta este momento no me había acordado de lo que tengo que hacer por la mañana. ¡Qué gaita! Figúrese usted... En todo el año no llegan a media docena las sesiones que se celebran en el Ayuntamiento. Yo hago el acta cada semana simulando que ha habido sesión. Y hoy, precisamente hoy, el día de mi última amonestación, que debía pasarlo entero con mi novia, se le ocurre al alcalde convocar sesión por la mañana para el reparto de Consumos; de manera que ni a misa podré ir con Balbina.

—A esto te digo: primero, que procures que en el reparto salga yo bien

librada, que el año pasado me reventaron, y segundo, te pregunto: ¿crees que esa molestia que te causa el alcalde es involuntaria, o es, por el contrario, intencionada?

—¿Intencionada?

—¿No sabes que el alcalde anda mal con el señor Joaco, porque quiere, hace tiempo, comprarle la huerta que coge un ángulo de la heredad del alcalde, y el viejo, dale, que no la vende como no le pague dos veces su valor?

—Y eso, ¿qué tiene que ver?

—¿No sabes que el alcalde amenazó al señor Joaco?

—Chismes de pueblo.

—¿No sabes que los dos bandos de la política, los Becerriles y los Chorizos, se aborrecen de muerte?

—Así es, por desgracia.

—¿Y no sabes que los Becerriles murmuran que tú estás de parte de los Chorizos y les ayudas en sus chanchullos?

—Eso no es verdad.

—Pero los Becerriles lo murmuran.

—Yo soy imparcial, y, sobre todo, soy honrado. Al fin y a la postre se convencerán unos y otros.

—¿Y no sabes que los Becerriles, los hijos y sobrinos del alcalde, con el aquel de ser hidalgotes y cacicotes y tener la sartén por el mango, y con lo animales que los hizo Dios, harán cualquier barbaridad que se les meta entre ceja y ceja?

—Y a mí eso, ¿qué me importa?

—Que Leto, el mayor, cortejó a Balbina, eso no lo ignoras.

—Ella no le hizo caso.

—Tórtola del Señor, ¡qué le iba a hacer caso a ese monstruo de Satanás! Es un bribonazo, un bribonazo. ¿Callas? ¡Dios te bendiga! Ni de los que quisieron dañarte aciertas a decir mal. Sí, Leto la cortejó, y luego su hermano, el zancarrón de Tarín, y después otro hermano, el puerco de Ñan, que engañó a Telva, la del estanco. Los tres la cortejaron, uno después de otro, y los tres con mala intención. No te digo esto, hijo, por lastimarte. No quiero hacerte sufrir, sino ahorrarte penas y prevenirte de peligros. Anoche, después que subiste a acostarte, estuvo abajo, en la tienda, Longinos el *Gracioso*, que le dicen de remoquete, el criado o espolique, o lo que sea, de los Becerriles. Todo se le volvía hablar con reticencia, del día de hoy, y que si iba a acontecer una que fuera sonada, y me miraba, con ojos tan maliciosos y repugnantes, que me daban asco y miedo.

—¿Qué va a acontecerme? Nada. Todo lo que usted ha dicho es cierto; pero desde que está acordada nuestra boda ya no han vuelto a perseguir a Balbina.

—¿Que no?

—Bueno; le han hecho algún reproche, o se han quejado alguna vez que otra, pero no la han vuelto a perseguir. ¿Qué les interesa a ellos Balbina?

—¿Te parece poco? Están rabiosos. A otro asunto: ¿te ha convidado a comer el señor Joaco?

—No, señora.

—¡Jesús, qué cochino tacaño! ¿A qué hora comienza la sesión?

—A las diez.

—¿A qué hora acabará?

—Yo qué sé. Alrededor de las dos. Con eso del reparto de Consumos no se cansarán nunca de discutir.

—En resumidas cuentas: te vas ahora a misa de nueve. De la iglesia derecho al Ayuntamiento, y nada de ver a tu novia. Del Ayuntamiento vendrás a comer. Por la tarde no saldrás de casa de Balbina. Y a la hora de cenar ya enviaré yo gente de confianza que te acompañe, a ver si se atreven esos criminales.

—Descuide usted, doña Predestinación; la obedeceré a usted en todo —respondió Cástor con dulce docilidad.

En su alma no habían penetrado las inquietudes y sobresaltos de doña Predestinación.

—¡Dios te bendiga! ¡Dios te bendiga! Eres un ángel. ¿Cómo no te ha de proteger Dios? ¡No habría justicia en el cielo!

Salió Cástor camino de la iglesia. Apenas puso el pie en la calle, había olvidado enteramente los advertimientos, prevenciones y cuidados de doña Predestinación.

III

Ved aquí los caballeros. — Quede allá el estado llano.
Estos lucen señorío. — Los otros son los vasallos.
Estos persiguen a caza. — Que otros adoben los campos.
Estos juegan la ballesta. — Que otros rijan el arado.
Caballeros hidalgotes — aposentan en palacios.
Sobre el dintel de la puerta — tienen escudos labrados;
cobijo para los canes, — cuadra para los caballos.
Vino y yantar en la mesa — están siempre aparejados.
A falta de hacienda propia, — la quitan a los villanos
Por señores absolutos — ha tiempo se han titulado.
Derrocaban los molinos, — robaban harina y grano,
prendían los molineros. — Por doquiera hacen estrago.
Ponen las mozas encinta, — cuernos a los maridados.
No hay hembra con que no yazgan, — por fuerza si no es de grado.
¡Ved la flor de la hidalguía — y la nobleza de antaño!

Camino de la iglesia, Cástor dió un rodeo, a fin de pasar ante la casa de su novia.

—¡Balbina! ¡Balbina!

Abrióse una ventana que tenía en el alféizar un tiesto de campanillas moradas, y asomó Balbina, jovial y mañanera, ataviada con sus trapillos más majos. El pelo, rubio acaramelado, le caía en dos trenzas por la espalda, y estaba sujeto por mitad de la cabeza con una cinta azul celeste. La garganta desnuda, con una hilera de corales en rededor. Un mantoncito de merino, cruzado sobre el pecho. Dábale el sol de cara. Con la mano ponía sombra en los ojos.

—No te esperaba tan tempranin...

—Antes de ir a misa no quise dejar de verte. Mira—y con el dedo señaló los dos caballos que galopaban sobre el corazón de la corbata.

—Ya, ya—Balbina sonrió orgullosa. Los nevados dientes deslumbraban con la luz del sol—. ¿Te gusta?

—Más me gustas tú, que eres como una azucena.

Y sí que evocaba la simbólica flor, por la gentileza, la castidad y la gracia.

—Calla, falaguero—sus mejillas enrojecieron como frutos que sazonasen milagrosamente—. Entonces, ¿no volverás por la mañana?

—No podré. Habrá sesión larga. Vendré después de comer. ¿Y tú?

—Yo iré a la misa mayor, a las últimas amonestaciones. Luego vendrán conmigo las amigas. Mi güelo compró pasteles y vino blanco.

—Me guardaréis algo...

—Claro, hombre...

Oyóse dentro de la casa una voz que gritaba:

—¡Balbina! ¡Balbina!

Balbina respondió:

—¡Voy, güelo!—Y, luego, volviéndose a Cástor—: Adiós, que me llama mi güelo.

Apenas se retiró Balbina, apareció el señor Joaco en camiseta. Era un viejo enjuto, de cejas toscas y gran bigote blanco, combado y lleno de ímpetu, como espumoso salto de agua.

—Buenos días, yerno. Hoy sí que hay luz de domingo, como tú dices. Bueno, ¿ves la luz de hoy? Pues en América siempre es lo mismo. ¡Viva América!

Y desapareció.

Cástor se dirigió a la iglesia a oír misa. Al salir acercósele el señor Nicolás el *Perinolo*, jefe del bando de los Chorizos.

En el pueblo había dos bandos polí-

ticos que se odiaban a muerte y se hacían tanto mal como podían. El bando democrático, de los Chorizos, y el bando aristocrático y caciquil, de los Becerriles. Componían el bando democrático todos los industriales y comerciantes de la localidad. El nombre derivaba de la única industria del pueblo, que era la matanza, con sus anejos los negocios de embutidos, cueros y zapatería. Los Becerriles no tenían fuerza propia. Eran simplemente rústico instrumento de los gobernantes y los poderosos, residentes en la capital de la provincia y en Madrid. Constituían una vasta familia. Todos ellos ostentaban escudo en sus casas. No trabajaban, ni hacían cosa de provecho. Eran grandes cazadores, tahures, borrachines y querellosos. Cometían con impunidad todo linaje de desafueros. Durante muchos años habían sido los tiranos del pueblo, apoyados por los gobiernos. Pero, estimulados por tanta demasía y vejación, los Chorizos se habían unido en un bando tan firme y voluntarioso, que amenazaba concluir con los Becerriles. Algunos personajes políticos de la capital y de Madrid habían entablado ya negociaciones con los Chorizos.

—Decididamente, el alcalde se ha vuelto loco—dijo el *Perinolo*.

El apodo le venía de la configuración del cuerpo, achaparrado y pingüe. Iba vestido con muchas ínfulas. Sobre el vientre, enorme cadena de oro, con que jugaba, ensortijando los dedos, inflados y bermejos.

—Mire usted, señor Nicolás—replicó Cástor—, no juzgo conveniente que nos vean juntos. Mi posición es muy delicada. No es nuevo para usted que los Becerriles murmuran que yo estoy de parte de ustedes.

—Es que tendrá usted que inclinarse de nuestra parte. Decídase usted, y no sea niño. Ellos no le pueden destituir así como así, aun cuando ahora manden. Pero lo principal es que el porvenir es nuestro. Se ha acabado el reinado de los Becerriles.

—Todavía no, señor Nicolás. Ya sabe usted que mi simpatía está con ustedes; pero...

—No sea usted niño, y declárese de una vez a nuestro favor. A lo que iba. Para la sesión de hoy tenemos mayoría.

—¿Mayoría?

—Sí, señor; porque sabrá usted que Fermín, Sabino y Justo se han ido a Pilares, a la riña de gallos. Al parecer, tenían apostadas no sé qué peleas para hoy. Faltándoles estos tres votos a los Becerriles, la mayoría es nuestra. El alcalde se pondrá muy gafo. Pero ¡plin! De manera que prosperará nuestro reparto de Consumos, y no el de ellos.

Iban acercándose a la Casa Ayuntamiento. A la puerta, en dos corrillos, aguardaban que comenzase la sesión los concejales de uno y otro bando. En un corrillo estaban el alcalde, don Senén Becerril, sus cuatro hijos, Leto, Pipo, Tarín y Ñan, todos cuatro concejales, gracias a Dios, y sus tres sobrinos, Doro, Lalón y Nin, concejales también. Los siete Becerriles jóvenes se parecían mucho: en lo altos y huesudos, casi gigantescos, Tarín más que ninguno; en el rostro, descarnado, severo y frío; en el rubio estoposo de pelo y barba; en el vestir, como al descuido, con trajes usados de pana y botas de campo, y en el aspecto montaraz de cazadores. Los Chorizos eran hombrecillos de corta alzada y rostro satisfecho. Todos estaban endomingados.

—Por usted estábamos esperando para empezar, señor secretario—dijo el alcalde con voz seca.

—¿Conque hoy es la última amonestación? Vaya, vaya. Estará usted muy contento, ¿eh?—preguntó Leto a Cástor, riéndose de modo avieso y sarcástico.

—Sí, señor—respondió Cástor brevemente.

—Pues enhorabuena—y con la manaza le dió unas palmadas en el hombro—. La moza es guapa, ¡vive Dios! Regalo de príncipe.

Antes de comenzar la sesión, el *Perinolo* pudo deslizar en el oído de Cástor:

—Me huelo que habrá tormenta.

IV

Aunque de sueños no fie, — el alma transida esta,
que con mis ojos mortales — vi una paloma volar,
blanca como nieve pura — y sin sombra de maldad.
Llevaba llanto en los ojos. — El pico era de coral.
Siete halcones detrás de ella, — mal aquejándola van.
Retrújose hacia mi pecho, — por huir de daño tal.
Del corazón en la cima — se me vino allí a posar.
Siguenla los siete halcones. — Por mi pecho, éntranse ya
El pecho me han quebrantado. — Sobre la cuitada dan.
Con sus garras la desgarran, — y a mi corazón igual.
¡Cuánta sangre! ¡Cuánta sangre! — No cesa de borbotar.
La sangre de ella y la mía — se han revuelto en un caudal.
Hay sueños que quedan sueños — y otros que salen verdad.

Por las breñas, monte arriba, — cabalgan siete hidalgotes
sobre cuártagos y mulas, — dando al aire alegres voces.
Ya se alejan, ya han traspuesto — la cumbre de los alcores.
Descollando contra el cielo, — cernianse siete halcones.

Dadas las dos de la tarde, Cástor llegó a casa de doña Predestinación. Venía pálido y abatido. Alpaca había comido ya, y estaba de sobremesa, fumando una tagarnina y gargajeando sin cesar. Se disculpó por no haber aguardado a Cástor.

—Como es fiesta, no he podido esperar. Tenemos ensayo a primera hora. Sabrá usted que esta tarde tocaremos un vals que he compuesto yo, y que dedico a usted y a Balbina. No dejen de asistir ¡Ea!, me voy. Enhorabuena.

Antes de salir, volvióse a doña Predestinación, la miró con ojos dolientes, y exhaló un sollozo.

—¡Ay! ¡Cuándo nos darán a usted y a mí la enhorabuena!...

—¡Vaya usted enhoramala, mamarracho!—gruñó doña Predestinación, que deseaba quedarse a solas con Cástor.

En saliendo Alpaca, preguntó anhelosa:

—¿Qué ha ocurrido?

—Una tremolina de dos mil diablos. Allí estuvieron vociferando, insultándose, dando puñetazos sobre las mesas, hasta que los Becerriles comenzaron a derribarlo todo, y así concluyó la sesión, sin haber decidido nada.

—Y a ti, ¿te ha ocurrido algo desagradable?

—¡Pchs!... Propiamente desagradable, no. Al llegar al Ayuntamiento, Leto me dió la enhorabuena con cierto retintín. Luego, a mitad de la sesión, yo tuve que intervenir, a causa de la cuota del señor Joaco, que le querían poner los Becerriles doscientas pesetas...

—¡Qué desalmados!

—...fundándose en que ha pedido por la huerta a don Senén siete mil duros.

—El doble de lo que vale; el mismo alcalde lo ha dicho.

—Claro que sí. Es lo que yo indiqué. Entonces Leto me dijo unas cosas...

—¿Amenazas?

—Yo no entendí lo que quería decir. Por el tono parecían amenazas. No le di importancia, porque se veía que estaba acalorado, y no sabía lo que decía...

—¡Jesús! ¡Jesús! ¡Qué sayón! Tú

no le tengas miedo: porque, ¿qué te puede hacer?

—Es lo que yo pienso: ¿qué puede hacer?

—Pero, de todos modos guárdate, que son muy brutos.

Callaron largo rato.

—¡Te vas, te vas!...—murmuró de pronto doña Predestinación, con los ojos húmedos, y aludiendo a la presunta boda.

—¡Vaya, vaya, señora! Me voy, y me quedo. Me voy de esta casa y, no vaya usted a creer, que bien lo siento...

—Ya lo sé, hijo.

—Pero estoy a dos pasos. Vendrá usted todos los días a vernos.

—Iría de buen grado; pero ese señor Joaco es un grosero.

Con el bocado en la boca y la caja de colores en la mano, Cástor salió para casa de su novia. Doña Predestinación rompió a llorar en quedando sola.

Balbina estaba esperando en la ventana.

—Me tenías impaciente.

—Es que la sesión se prolongó mucho, y terminó de mala manera.

El abuelo hizo que Cástor le contase menudamente toda la sesión. Cuando oyó lo suyo, se puso en pie, con los puños apretados, y, mirando una carabina que colgaba de la pared, murmuró:

—Como ese buey me imponga tal cuota, lo escabecho.

—¡María Santísima!—exclamó Balbina—. Sosiéguese, güelo, que todo se ha de arreglar bien. ¿Para qué hemos de disgustarnos hoy? Vamos a ver, ¿cómo pasaremos la tarde? A usted, güelo, lo que más le gusta es ir a casa del maestro a jugar a las cartas.

—¿Y os voy a dejar solos en casa? ¡Qué diría la gente!

Cástor, encendido de rubor, se adelantó a explicar:

—Nosotros saldremos por delante. Hay que aprovechar al aire libre esta luz de domingo. Yo pintaré.

—¿Quién os compaña?

—¿No cree usted que, casándonos en esta semana, podemos salir solos, sin escándalo?

El viejo no dilató convencerse. Su inclinación a los juegos de naipes ayudaba no poco a que se convenciese sin esfuerzo en este punto.

Cástor y Balbina bajaron al huerto, detrás de la casa, y de allí salieron al campo. Llegaron hasta la pomarada de la ermita del Cristo. Era una ladera, revestida de menuda y aterciopelada hierba verdegay y plantada de muchos manzanos, entonces en flor, que descendía suavemente hasta el río. Sentáronse los novios en el prado, y Cástor se apercibió a pintar. El río, que era muy caudaloso, movía un rumor ecuánime y profundo. Entre los manzanos, todos cubiertos de blanco, columbrábase la ermita del Cristo, con el porche de infantil arquitectura, la puerta de barrotes pintada de almagre, y dentro una lucecita dorada, que temblaba en la sombra.

A tiempo que pintaba, Cástor soñaba en voz alta, con el corazón vuelto hacia lo porvenir.

—Haré oposiciones a la Judicatura —le decía a Balbina—. Seré juez, magistrado, presidente de Sala, presidente de Audiencia. Tú serás la presidenta. ¿Qué te parece?

Y Balbina, embelesada, volaba a su lado, sin rezagarse, cruzando la región sutil de los sueños. Así pasaron dos horas.

—¿Sabes, Balbina, que he descubierto que voy pintando muy bien? A lo mejor resulta que soy un gran pintor. Lo prefiero a ser presidente de Audiencia. ¿Qué te parece esto que he pintado?

—A mí me gusta más que las cosas de verdad de donde lo has tomado.

—Pero ¿tiene esta pintura luz de domingo? Eso es lo esencial. Mira: todo el aquel de ser pintor consiste en distinguir la luz de cada día de la semana, más que en distinguir los colores. ¿Quién no distingue el rojo del azul y del amarillo? Pero hay muy pocos que distingan la luz del domingo de la del viernes o el miércoles. ¿Te figuras que dividir el tiempo en siete días de la semana fué un capricho de

quienes hacen almanaques? Nada de eso. No más capricho que dividir en siete colores el arco iris. Las cosas son como son, sólo que los hombres tardamos en verlas. El sol de entre semana tiene una luz que alumbra, y aun calienta, pero no anima. Entre semana, el sol no mira a la tierra.

—Explícame cómo es eso.

—Muy sencillo. ¿No te ha ocurrido algunas veces que los ojos de una persona están fijos en ti, o lo parece, y, sin embargo, luego has hallado que aquella persona no te miraba, sino que estaba mirando en tu dirección, pero más lejos, mucho más lejos?

—Verdad.

—Pues lo mismo el sol. Entre semana parece que está mirando a la tierra; pero mira mucho más lejos. Acaso cada día mira a un planeta distinto. Para el resto de los planetas, es una mirada vacía sin alma. Pero el domingo, el sol mira a la tierra; su mirada se mete por los poros de la tierra, la baña de luz, y todo se estremece.

—Algo dependerá de que esté nublado o despejado, ¿no crees tú?

—Nada. Te pondré el ejemplo contrario de antes. ¿No te ha ocurrido alguna vez sentir con toda seguridad, estar cierta, de que a tu espalda alguien te está mirando? Tú no puedes ver al que está detrás de ti; pero sabes que él te está viendo.

—Sí, sí, y es muy raro.

—Pues lo mismo la luz del domingo, aunque esté nublado. No podemos ver el sol; pero sabemos que nos está mirando.

—También puede ser que...

—Espero lo que me vas a decir: que entre semana trabajamos, y en domingo holgamos; ¿no es eso?

—Sí.

—Muchas veces yo he tenido que trabajar en domingo. La luz era la misma luz para mí; la misma luz, llena de alma y penetrante como una mirada. Desde que estoy en Cenciella, apenas trabajo ningún día de labor. Y, sin embargo, la luz de entre semana me parece siempre cansada, distraída, lejana, como si no fuera propiamente para mí. ¿No estás conforme?

—¿Qué sé yo? Tú eres muy leído y sabidor. Yo soy una pobre lugareña.

—Esa impresión de la luz de domingo la he sentido ya desde niño. ¡Se me hacía tan dolorosa, tan dolorosa la tarde del domingo! Más dolorosa que para nadie, porque otros despiden el sol ese día, como todos, hasta el día siguiente, y yo lo despedía hasta ocho días después, hasta el próximo domingo.

El sol estaba ya en el ocaso. La flor blanca de los manzanos se había sonrosado. Un haz cilíndrico de rayos ponientes brillaba oblicuo a la tierra, como una lanza de cobre bruñido, descansando en la horquilla que un tronco hacía al bifurcarse en ramas. Una estrella asomó a la superficie del cielo, haciendo guiños a la lucecita de la ermita, que ahora resplandecía más y también se dijera que había salido a asomarse a la puerta.

—¡Qué serenidad! ¡Qué hermosura! ¡Y qué dolor en la Naturaleza!...

—¿Por qué dolor, Cástor?

—Porque la luz del domingo se va, se va, y todas las cosas adivinan que se va para no volver más. No ya el domingo que viene: jamás, jamás volverá. Para las flores de estos manzanos es el último domingo, porque el que viene ya no habrá flores. Para las aguas de ese río, el último domingo, porque el que viene serán otras aguas. Otra será la luz de la ermita. Otros seremos nosotros. Es nuestro último domingo.

—De solteros—bisbiseó Balbina, con los ojos bajos.

—Ya no seremos dos, seremos uno... ¡Cómo te quiero, alma mía!

—¡Cómo te quiero yo, mi Cástor!

Oíase la banda de música, en lontananza, tocando un vals estridente, con mucho metal. El río rodaba, con rumor peregrino, como si pasase un astro en la vecindad del aire.

Balbina y Cástor, abstraídos en mutua contemplación, no echaron de ver que unos hombres se acercaban. Uno de ellos se destacó hasta donde la pareja se hallaba. Era Longinos, el vie-

jo pícaro, edecán y bufón de los Becerriles.

—Aquellos señores, mis amos, desean hablarle, señor secretario.

—No vayas, no vayas. Huiremos, gritaremos—cuchicheó Balbina al oído de su novio, asiéndole temblorosa del brazo.

—¿Por qué no, boba?—respondió Cástor, sonriendo y poniéndose en pie.

—No te apures, mociquina, que no se trata de hacer mal, sino de dar gusto.

Cástor se acercó a los siete Becerriles, que le aguardaban con expresión distraída, las manos en los bolsillos del pantalón. Cuando le tuvieron al lado, tres de ellos le sujetaron por la espalda y le maniataron. Cástor no hizo ningún movimiento de defensa. Estaba como alelado. No entendía qué pretendían hacer con él. Con voz dolorida y serena preguntó:

—¿Les he maltratado yo alguna vez, de palabra, de obra, ni siquiera de intención? Entonces, ¿por qué hacen esto conmigo? ¿No comprenden que esa pobre mujer estará aterrada viendo esto? ¿Por qué le hacen sufrir?

Sin responderle le taparon la boca con un pañuelo, que le anudaron a la nuca. Luego le ataron al tronco de un árbol, volviéndole de cara hacia una parte en donde otros tres Becerriles tenían también sujeta y amordazada a Balbina. Trajeron a Balbina como a cuatro pasos de Cástor, el cual todavía no acertaba a comprender de qué se trataba. La derribaron en tierra, entre los ocho, sin decir palabra. Balbina luchaba con tanta desesperación que no podían dominarla. Forcejeaban por mantenerla inmóvil, rezongando palabrotas, hasta que la muchacha quedó rendida, como exánime.

—Tú, Longino, vete a atalayar, no sea cosa que se presente alguien de improviso—ordenó Leto.

Oíase aún el vals compuesto por Deogracias Alpaca.

—No nos podemos quejar. Tenemos música—observó Ñan, con risa apagada y burlesca.

Y uno tras otro, los siete fueron infamando a Balbina, a la faz de Cástor. La muchacha había perdido el sentido. Cástor tenía clavados los ojos en la luz de la ermita. En su cabeza, vacía de pensamientos, había dos palabras solamente, repetidas infinitas veces, a compás de la recia palpitación de las sienes: «¡Jesucristo, ampárala! ¡Jesucristo, ampárala!»

.....

—¡Longinos!—gritó el ciclópeo Tarín.

Longinos llegó corriendo.

—Creí que no concluías...—dijo Longinos sin resuello. Añadió—: Ahora falto yo.

—Vaya, vaya; echa para adelante —rugió Leto, dándole una patada en el trasero.

—¡Caray, qué goloso! Eso no era lo convenido—murmuró Longinos, haciendo visajes ridículos y rascándose la región contusa.

Leto retiró el pañuelo que amordazaba a Cástor, y le dijo:

—Espero que, por el bien de todos, de esto nada se sabrá. Adiós. Le deseamos feliz luna de miel.

A uno de los Becerriles, Doro, se le antojó que la aventura necesitaba de algún complemento cómico y agudo. Coronó la afrenta con la mofa, tomando la paleta de Cástor y pintándole la nariz y las mejillas de rojo, como payaso.

—¡Infame!... ¡Dios te perdone! —masculló Cástor, mirándole con ira y luego bajando los ojos.

Doro se le quedó mirando unos instantes, como dudando si abofetearle. Considerándolo mejor, enarcó las cejas, miró al soslayo, volvió la espalda con desprecio, y fuése junto con los demás, perezosa y descuidadamente, las manos en los bolsillos del pantalón, altanero el talante.

Oscurecía.

Al volver Balbina en sí, sentóse en la pradera, pasó las manos por los ojos, púsose en pie y corrió enloquecida hacia el río. Cástor comprendió que se iba a arrojar al agua. Concertando todas sus fuerzas, gritó angustiado:

—¡Balbina! ¡Balbina! ¡Balbina! ¡Por Dios te pido que me desates,

Balbina se detuvo, echó paso a paso ladera arriba, con la cabeza como tronzada sobre el pecho. Llegóse adonde estaba Cástor. Poco a poco fué desamarrándole. Sin acabar, cayó al pie del árbol. Había perdido el sentido nuevamente. Cástor se desató del todo y se inclinó sobre el amado cuerpo de su novia, que yacía doblado y marchito. Se abrazó a ella llorando. La estrechaba furiosamente contra el pecho. La besaba con frenesí. Y aquéllos eran los primeros besos que le daba...

Empezó Balbina a recobrarse. Abrió cansadamente los ojos. Con apagado aliento osó preguntar.

—¿Te casarás conmigo?

—¡Oh, Balbina!

Casi le faltaba la voz.

—¿Cómo me has de querer ya?

—¡Más que nunca, más que nunca! ¡Más que nunca, azucena mía! ¡Casta azucena mía!—se apresuró a responder, atropellando las palabras, arrebatado de amor y de dolor, y atrayendo la cándida cabeza de la amada hacia su corazón, con tanto ahinco como esmero, para no lastimarla, como si realmente fuese una azucena.

V

Hasta la silla del Rey — llega de gente un gran golpe.
Por todos habla un buen viejo. — Estas fueron sus razones:
«Justicia pedimos, Rey, — en los siete forzadores,
que Rey que no hace justicia — no debe vivir en Corte,
ni pasearse a caballo, — ni haber con la reina amores.
Nosotros somos el reino, — que no tú y todos tus nobles.
Somos el cuerpo y el alma, — dichos y hechos, voz y acciones.
Cosechamos, de las viñas, — vino con que hinches tus odres.
el aceite de tus orzas, — el trigo para tus trojes.
Tejemos porque te vistas. — Alzamos casas y torres.
Para solazarte, cantan — juglares y trovadores.
Para guardarte, se han vuelto — lanzas las selvas de robles
Por defenderte, en soldados — se tornan los labradores.
Y así nos pagas, el Rey. — Malos alcaldes nos pones.
Hijas y haciendas nos fuerzan, — violentos y robadores.»
El Rey respondiera: «Vedme — el más triste de los hombres.
que la corona no es mía — y vivo como en prisiones.
Ellos mandan en el reino, — los malos gobernadores.
Vosotros, fieles vasallos, — afilad presto las hoces
y haced cumplida cosecha — de cabezas de traidores.»

Aquella tarde de domingo, como a cosa de las cinco, los siete Becerriles y su espolique Longinos, cabalgando cuártagos y mulas, habían cruzado la plaza de Cenciella, no sin detenerse a decir a unos y otros que partían en aquel instante a los montes de Tabardiña a una cacería de robezos que duraría más de una semana. Así, habían preparado la coartada. En tarde de fiesta, el pueblo entero acostumbraba congregarse en la plaza a disfrutar de la música, el baile y otros regodeos. Fuera ya de poblado, los Becerriles dejaron las monturas en un lugar vacío y ruinoso y fueron en busca de Cástor y Balbina. Consumada la hazaña, cabalgaron otra vez y se ausentaron, muy jactanciosos de lo bien que les había salido. De esta suerte, nadie en el pueblo conoció ni sospechó lo sucedido. Balbina había llegado

a casa antes que su abuelo, y se había acostado. Al venir el viejo, la muchacha disimuló como pudo, y dijo que era una indisposición de poca monta. Como el domingo era día de mucha bullanga y rebullicio en las tabernas, Cástor pudo apañárselas sin inspirar suspicacias a doña Predestinación. El resto de los días hasta la boda, Balbina continuó enferma, pero Cástor se opuso a aplazar el casamiento. Apenas casados, tomaron un coche con rumbo a un puerto de mar. Allí permanecieron doce días. De vuelta, Balbina se hallaba más animada, más fuerte. Ya oscurecido, entraban en Cenciella. Concluída la cena, Balbina se retiró a reposar del cansancio del viaje. Quedaron a solas Cástor y el señor Joaco.

—¿Por qué no me habéis dicho? —preguntó el viejo, con rostro desencajado, ojos de fuego y voz bisbiseante.

—¿Es que sabe usted ya...?

—Lo sabe todo el pueblo. El viejo sarnoso, Longinos, lo contó en la taberna del Parrulo.

—¡Ay, mi pobre Balbina!—sollozó Cástor, poniendo los ojos en alto.

—Y pobre tú, y pobre yo. Todos, todos, todos.

—¡Ay, mi pobre Balbina! ¿No habrá justicia en el cielo?

—El cielo está muy alto. En sus cosas no debemos meternos nosotros que vivimos acá abajo. Acá abajo ya es sabido que no hay más justicia que la que uno se toma por su mano. Yo ya los hubiera matado a todos ellos—aseguró con inequívoca veracidad, fijando los iracundos ojos en la carabina.

—No, no. Sería matarla a ella.

—Ante todo, la venganza.

—Ante todo, ella.

—Si me he detenido es porque considero imposible conseguir matarlos a todos, uno por uno. Por lo tanto, no queda más que entregarlos al juez y sacarles una buena indemnización que los parta.

—Y que vaya la causa a la Audiencia, y que ella se vea obligada a referir el hecho horrible con sus propios labios a los jueces y al Jurado, y luego la publicidad en los periódicos...

—Se ocultó el rostro entre las manos. ¿No comprende usted que esto es matarla?

—¿Entonces?

—Yo no sé cómo; pero no hay sino hacer que Balbina olvide.

—¿Qué importa que olvide? La deshonra no pasa aunque uno la olvide, mientras los demás la recuerden.

—Pero ¿es que ella está deshonrada? Los deshonrados son ellos.

—Todos.

—No, y mil veces no.

—Pero ella, de seguro, se siente deshonrada, como yo me siento. Y si tú no sientes lo mismo, es que no tienes sangre en las venas.

—Tengo el corazón despedazado, señor Joaco; pero mi razón permanece serena. Alcanzo la enormidad de nuestro infortunio, pero no puedo admitir que es irreparable, como usted piensa... y como piensa Balbina, aunque no se haya atrevido a decírmelo. A una blanca paloma le quiebran las alas y ya no podrá volar más. ¡Oh, qué duelo sin lenitivo! Ya no podrá volar más. El espejo en que me miro se rompe en mil pedazos. ¿Cómo los juntaré? Eso es lo irreparable. Pero el alma de Balbina, blanca paloma que adoro, limpio espejo en que me miro, parecerá que está alicortada y rota, pero no lo está, no puede estarlo. Volará algún día como antes, y yo me miraré en ella como siempre. Se cura la mordedura de la víbora, ¿y no se han de curar los ultrajes de los malvados?

Y a tiempo que hablaba lloraba, deshecho en ternura.

En esto, oyóse de la parte de fuera horrísona matraca y estrépito de cencerros y latas furiosamente aporreadas. El pueblo se divertía dando una cencerrada a los novios y enderezándoles, a gritos, burlas puercas y ruines.

El señor Joaco empuñó la carabina, arrojóse a la ventana y disparó. Cástor, que fué en su seguimiento, consiguió desviarle la puntería hacia el cielo.

Los cencerristas se dispersaron, alharaquientos. Pero en el vocerío sobre-

nadaba un alarido rabioso. Cástor se inclinó sobre el alféizar y vió a doña Predestinación, desmelenada y fuera de sí, que, enarbolando una estaca, perseguía a unos mozallones, y según corría y les descargaba de vez en vez un garrotazo sobre el colodrillo, aullaba:

—¡Cochinos! ¡Rastreros! ¡Maricas! ¿Y vestís vosotros pantalones? ¿Por qué no vais adonde los Becerriles y los arrastráis y los desolláis vivos?

VI

«Vasija quebrada y rota — nunca de agua se llenó.
Rosa pisada de zuecos — es tierra, que ya no es flor.
Agua que molió molino — no muele molienda de hoy
La golondrina no vuela — cuando las alas perdió.
Antaño un sol se ponía. — Hogaño sale otro sol.
Perro al que cortan el rabo — se queda en perro rabón.
La doncella con mancilla — no es doncella, vive Dios.
Aunque le sierren los cuernos, — el cabrón sigue cabrón.»
Por las puertas de las casas — con ronca y sonante voz.
así iba cantando un ciego, — cazurro, viejo y burlón.
La niña, que lo escuchaba, — desfallecía de dolor.
El amante la besaba. — con llanto en el corazón;
que la niña estaba encinta. — ¿Encinta de un forzador?

El alcalde, raposo colmilludo, vió en seguida que, si los Chorizos tomaban por su cuenta como cuestión política el ultraje de Balbina, la égira de los Becerriles en Cenciella se había acabado para siempre. Como hombre de buenas agarraderas en la capital, con extremada diligencia se aplicó a alejar de Cenciella a los recién casados. Dos días después de la cencerrada, Cástor fué nombrado oficial de la Diputación provincial de Pilares. El matrimonio y el viejo apresuráronse a abandonar el pueblo. Se instalaron en una casita de los suburbios de la ciudad. Cástor pasaba la mañana en la oficina. Por las tardes sacaba a su mujer de paseo. Primeramente, por las afueras; pero aquel paisaje les recordaba el paisaje de Cenciella y les atormentaba verlo. Entonces, pasearon de allí en adelante por calles solitarias y fuera de mano. Balbina estaba continuamente triste. Seguía siendo blanca paloma alicortada. Muchas veces, Cástor le pasaba la mano por la frente, con suave efusión, como si quisiera desarraigar de su pensamiento la mala hierba de amargos recuerdos. Balbina murmuraba agradecida:

—Tu mano es dulce y buena como el ala de un ángel; pero ni las alas de los ángeles pueden serenar mi memoria.

La tristeza de Balbina se reflejaba en Cástor y el abuelo. Se agravó la tristeza al presentarse señales inequívocas de que Balbina estaba encinta. La propia incertidumbre sobre la paternidad les mordía a los tres, si bien ninguno se aventuraba a declararlo.

Los compañeros de oficina de Cástor no tardaron en descubrir el secreto de su vida. Rara era la mañana en que no encontraba dentro de su carpeta caricaturas y coplejas alusivas. Todo lo sobrellevaba con resignación, mientras la noticia no se propagase hasta su barriada. Un día, el abuelo le dió, con gran misterio, un periódico local, masculando iracundo:

—¡Mal rayo parta al miserable cagatintas...!

En el periódico, un literato provin-

ciano refería la afrenta de la pomarada de la ermita, no a la manera castellana y justiciera del poema del Cid, sino contrahaciendo el estilo irónico y lascivo de Boccaccio. Y la nueva de la afrenta cundió hasta el barrio donde Cástor y Balbina vivían.

Cástor decidióse a la búsqueda, por *Gacetas* y *Boletines*, de alguna secretaría en un pueblo remoto. Dió al fin con una, en Tejero, pueblecillo de tierra de Campos. Lo solicitó y esperó.

Se acercaba el alumbramiento. El señor Joaco tomó aparte a Cástor.

—Hay que avisar a una comadrona.

—Un médico, mejor.

—No, no. Una comadrona. Eso corre de mi cuenta.

En los ojos del señor Joaco brillaban funestos presagios. Añadió:

—¿Qué has pensado tú hacer con lo que nazca?

—Yo, la verdad..., no he pensado nada—balbuceó Cástor.

—Nunca piensas nada, Cástor.

Y nació un niño. La madre, advertida de un oscuro presentimiento, no consintió que apartasen al hijo de su lado ni que nadie le tocase.

Fuera de la estancia, el viejo cuchicheaba con Cástor.

—De todas suertes, hay que hacerlo desaparecer.

—No lo consentiré, señor Joaco. No lo consentiré. Sería un crimen. ¡Pobre madre!

—¿Y eso lo dices tú? Que lo dijera yo, que el crío, al fin y al cabo, es de mi sangre... ¿Pero tú?

—Es el hijo de Balbina, y basta. Pero, además, ¿qué culpa tiene la pobre criatura?

A pesar de sus designios sanguinarios, el abuelo se encariñó en seguida con el mamoncillo, y de seco y áspero que era, se trocó en empalagoso, sobón y sensiblero. Cástor sufría más que nunca. Quería querer al niño, y se le figuraba que no podía hacerlo. No quería quererlo, y se le figuraba que lo quería, a pesar suyo. Y ahora era Balbina quien le pasaba a él la mano por la frente, con callada simpatía.

Le fué otorgada a Cástor la secretaría de Tejeros cuando Balbina había salido de convalecencia. Determinaron ponerse en viaje al punto. Con los ajetreos de los últimos momentos, y empaquetando ya los bártulos postreros, Balbina rogó a Cástor:

—¿Quieres, para ahorrar tiempo, ayudarme a fajar al niño?

Lo tenía en el regazo, desnudo de medio cuerpo abajo, berreando y moviendo las sonrosadas pernezuelas. Inclinóse Cástor sobre él, embargado de emoción dulciamarga. De pronto se puso lívido. Quiso hablar y le faltó la voz.

—¡Cástor, Cástor!—suplicó Balbina.—¿Estás enfermo?

Cástor hacía señas al abuelo para que se acercase, y cuando lo tuvo junto así, comenzó a desabotonarse el chaleco, a subir la camisa y luego la camiseta, hasta que dejó desnudo un costado. Con el dedo señalaba una mancha roja, de contorno dentado, como la hoja de un clavel. Luego condujo el dedo a otra mancha semejante que el niño tenía, también en el costado. Y al besar a su mujer y a su hijo, el corazón quería salírsele a los labios. ¡Su hijo!

VII

Dejaron atrás las tierras — verdes, los húmedos valles,
las afelpadas praderas, — los profundos castañares,
los negros ríos morosos, — montañas y peñascales.
Dejaron las tierras grises, — en donde el sol nunca sale;
la neblina insinuativa, — que finge ensueños falaces.
No vuelven atrás el rostro. — Huyen, huyen anhelantes.
Y el fantasma del recuerdo, — les persigue, a los alcances.
Salen a la ancha Castilla — por el puerto de Pinares.
La tierra es púrpura y oro, — de amapolas y trigales.
Ancha es Castilla. Su cielo — es de seda azul joyante.
No hay fantasmas. No hay neblina. — Todo es puro, claro y grave.
Un sol de justicia alumbra — las hazas de ocre y de almagre.
Sol de justicia. ¡A Dios plegue — que no sople el cierzo infame
y las cosechas malogre, — y traiga consigo el hambre!

¡Hambre de justicia!
Hambre negra.
Hambre insaciable.

—¡Qué felices somos!—exclamó Cástor, abriendo los brazos en cruz y mirando al cielo.

Acababan de cenar. Llevaban más de un año de vivir en Tejeros, queridos y respetados de todos los vecinos. Cástor repitió:

—¡Qué felices somos!

—¡Sí, sí!—respondió Balbina, esforzándose en sentirse feliz saciadamente. —Nunca esperé llegar a ser tan feliz, después de...—Y como si una gran tiniebla invadiese la estancia, prosiguió con acento apagado—: Después del último domingo de nuestra vida verdadera.

—¡Calla, calla!—rogó el viejo.

—¿Por qué? Prueba de que estamos casi curados, es que hablo de ello. ¡Cuántos días, cuánto tiempo, pensar en ello me abrasaba la cabeza; y antes que mentarlo, hubiera preferido la muerte! ¡Sí, somos felices, Cástor mío!—añadió, oprimiéndole la mano—; pero la luz de domingo no ha vuelto todavía a brillar.

—Ya brillará, Balbina. Confía en Dios.

—Sólo en América brilla siempre —masculló el viejo.

Sonaron entonces en la puerta con los nudillos.

—Adelante.

Entró el médico del pueblo.

—¿Qué tal Joaquinito? ¿Durmiendo ya? Todos ustedes, ¿bien?—(sentóse, enjugándose el sudor—.) Callen ustedes, vengo más fastidiado... Acabo de curar a un viajante de una descalabradura que le hizo el tío Berrueco. Es un viajante de una fábrica de sidra, de Pilares.

El señor Joaco, Cástor y Balbina palidecieron. Sin echarlo de ver, continuó el médico:

—¡Qué hombres hay, Señor! ¡Cuántas lenguas venenosas!—(hablaba con los ojos bajos—.) Dice que les conoce a ustedes, no de vista, sino de nombre. Comenzó a contar no sé qué novelorio en el estanco, y el tío Berrueco, que le oyó, ¡zás!, de la primera trompada, en tierra descalabrado el calumniador.

Hubo un silencio. Balbina lo rompió, diciendo con entereza:

—Lo que ese hombre ha contado es verdad.

El médico se puso en pie, con ojos pasmados:

—¿Y no ahorcaron a los siete forajidos?—y tendió las manos hacia Cástor y Balbina, con sobrio y varonil ademán de adhesión.— ¡Oh, pobres amigos míos! ¡Qué tragedia!

En este punto entraron arremolinadas varias vecinas, que corieron a abrazar y besuquear a Balbina, chillando, irritadas:

—¡Qué infamia! ¡Qué infamia! ¡Calumniador!

Balbina comenzó a sentirse mal. Hubo necesidad de retirarla al lecho. Las vecinas salieron silenciosamente.

Ya avanzada la noche, estaba Cástor sentado junto a la chimenea, con los codos en las rodillas y la cabeza entre las manos. Se le acercó el abuelo.

—Oye, Cástor, ¿sabes lo que he decidido? Voy a vender mis bienes. Por el huerto y la casa sacaré al alcalde de Cenciella siete mil duros. Si se resistiera, le amenazo con llevar a todos los suyos a la cárcel. Luego nos vamos a vivir a América. Tú eres inteligente y honrado. Te enriquecerás allí. Balbina olvidará al fin. Vamos a otro mundo, a otro mundo distinto de éste; vamos lejos, lejos, lejos, lejos...

VIII

Pobre Castilla la llana, — que no puede ver el mar.
Pobre terruñero, adscrito — a la gleba de un erial.
Con quebranto, de vosotros — me parto. Con Dios quedad.
Pueblo sobrio, pueblo hidalgo, — prez de hidalguía cabal;
triste de ti, que la infamia — llegó a meterse en tu hogar.
Adiós por siempre. Me parto — no sé adónde. A un más allá.
Partíos todos conmigo. — Sembrad las tierras de sal.
Maldito de Dios el pueblo — que se deja amiseriar,
que humilla su cuello al yugo — y moja en llanto su pan.
Malhaya aquel que, cobarde, — se deja mal gobernar.
Quédense los regidores — solos, un tal para un cual.

¡Cómo sopla alegre el viento! — ¡Qué azul y blanco está el mar!
El galeón se impacienta — cual potro ensillado ya.
Marinos levan el ancla — con gritos de libertad.
Las velas tiemblan como alas — congojosas por volar
del reino de la mentira — al reino de la verdad.
Timonel, rige la caña. — Corta la amarra, rapaz.
Salió mar adentro el buque, — con rumbo a la Eternidad.

Ya está zarpando el buque. La tierra se va alejando. Balbina apoya la cabeza en el pecho de Cástor. El niño duerme en brazos del viejo. La tierra se va alejando. La tierra, aquella tierra maldita que pesaba como una fatalidad sobre el corazón de Cástor y Balbina, se va alejando, se va desmaterializando, se va disipando. Ya ha desaparecido. Los pechos respiran. Es mediodía. El cielo está pulcro y sin tacha. El sol se mira en el mar y se sumerge en su seno.

—¡Qué luz tan hermosa!—exclama Balbina.

—¿Qué día es hoy? Con los apuros del viaje hemos perdido la cuenta—dice el abuelo.

—Yo no la he perdido. Hoy es domingo—dice Cástor.

Pasa a lo largo de la toldilla un camarero con varias cartas en la mano, cuyas direcciones va pregonando:

—Justo Matute... Pedro González y González... Cástor Cagigal...

Cástor se adelanta hacia el camarero. Le tiemblan las piernas. Pregunta, vacilando:

—¿Cómo es que hay una carta para mí?

—En la valija de última hora que trajeron en el momento de zarpar el buque.

Cuando Cástor ve el sobre, se tranquiliza al momento, porque ha reconocido la escritura de doña Predestinación. Lee la carta en voz alta a su mujer y al abuelo.

«Querido Cástor: Sé que ha estado aquí el señor Joaco, aunque no tuvo la cortesía de visitarme. Es un grosero. Sé también que os vais a América. Ingrato. ¿Por qué no me habéis escrito, diciéndomelo? Que seáis muy felices, tan felices como merecéis. Acaso te haya contado el señor Joaco que los Becerriles van de mal en peor, y que ahora mandan los Chorizos. ¡Y cómo mandan! Desde que te has ido de mi lado te he echado tan de menos... Te he querido como una madre, y así te querré siempre. En este momento estoy llorando. Me he encontrado tan sola, tan sola, que me he visto obligada a tomar una determinación, y tú eres la primera persona a quien se lo confío. Sabrás que me casaré con Deogracias. Cuando se le conoce a fondo, es bueno. Del vicio de escupir se ha corregido mucho, gracias a que siempre le estoy predicando. Aún no ha aprendido a escupir dentro de la escupidera, porque eso comprendo que es muy difícil, pero escupe cada día más cerca. Sobre todo, ¿qué hace una mujer sola y sin hijos, sin su único hijo, que eras tú? Dios te bendiga. Dios te bendiga. No dejes de escribirme desde América, y dime si es verdad, como aseguran, que por allí las mujeres andan desnudas por las calles. Adiós, hijo. Abrazos a Balbina y el niño, a quien ya no conoceré. Se me parte el corazón. Adiós. Dios te bendiga, hijo.

Predestinación Sánchez.»

—Eso es—comenta el abuelo; recuerdos a todos, y a mí que me den morcilla. La grosera es ella..

Un pasajero viene a sentárseles al lado. Ofrece un cigarrillo al viejo y pregunta:

—¿Adónde van ustedes?

—Adonde nadie nos conozca y no se tenga noticia ninguna de lo que dejamos detrás de nosotros—responde el viejo, gruñendo desabrido,

—El mundo es muy pequeño, y a todas partes llegan noticias de todas partes—dice el desconocido, retrepándose indiferente en la silla de lona y hablando como para sí.

Navegaron durante tres días. Aquella mañana Cástor se había levantado temprano, a fin de visitar y conocer las curiosas interioridades del navío. Al atravesar el pasaje de tercera, donde los emigrantes iban apelmazados, como en rebaño, oyó que le llamaban por su nombre:

—¡Don Cástor! ¡Don Cástor!

Eran hasta seis vecinos de Cenciella, con sus mujeres y prole.

—Salimos huídos del pueblo. Allí no se puede vivir. Ya ve usted que cuando los Becerriles aquello iba mal. Bien lo sabe usted y la pobre Balbina. Pues con los Chorizos, mucho peor.

Cástor no quiso decirle nada a Balbina. Sintió como si el corazón se le envenenase de perpetua e incurable ignominia. Nada le dijo a Balbina; pero ella lo descubrió por sí misma dos días después.

Era el décimo día de navegación. Las cuatro de la madrugada. El buque chocó contra una roca, y a los diez minutos el mar lo había devorado como el fuego un manojo de hierba. Salváronse, con otros pocos, el abuelo y el nieto. Cástor y Balbina se dejaron morir dulcemente, abrazados el uno al otro, como un solo cuerpo. Y así, confundidas las dos almas, en un aliento, volaron al país de la Suma Concordia, en donde no existen Becerriles ni Chorizos y brilla eternamente la pura e increada luz dominical.

LA CAIDA DE LOS LIMONES

I

Ayer eran dos rosas frescas,
blancas y bermejas,
como leche y fresas.
Hoy son dos pobres rosas secas,
de carne marchita y morena.
Ayer, espinas por defuera,
como adorno y para defensa.
Hoy, en el corazón las llevan
clavadas, como duras flechas.
Todos se humillaban a olerlas.
Ahora, todos las pisotean.
¡Ay, las dos pobres rosas secas
que ya todos las pisotean!
¡En qué paró tanta lindeza!

La historia que voy a referir acaeció algunos años ha. Vine en averiguar el curso y circunstancias de ella porque su desenlace, que fué lo primero que conocí, me interesó poderosamente.

Estudiaba yo por entonces el doctorado de la Facultad de Derecho. Novato en los recovecos y sinuosidades de la corte madrileña, después de no pocos y peregrinos alojamientos en hoteles, fondas, casas de viajeros, casas de huéspedes y otros asilos de la misma calaña, que no bien en ellos había aposentado me apresuraba a mudar, cuando por caros, cuando por feos, cuando por sórdidos, llegué de recalada a casa de doña Trina, excelente señora alcarreña, de muchas libras, corazón meloso y no mal abastecida despensa.

En la mesa redonda solíamos acomodarnos hasta una treintena de pupilos, muchos de asiento, los más de paso, todos gente llana y buena pagadora.

Recuerdo una particularidad de aquella casa. Y es que nunca faltaba algún enfermo que había venido a Madrid a que le hiciesen una operación quirúrgica, o que acababa de salir de ella, con lo cual el vaho de aceite frito, que es el aliento o husmillo específico de los hogares españoles, cedía una parte de su soberanía al olor del yodoformo. Y no se sabía qué era peor. También era harto frecuente la estancia, en viaje de novios, de alguna pareja provinciana, que nos daba coyuntura para la vaya y la envidia.

Presidía la mesa, por derecho consuetudinario, un diputado provincial de Colmenar de la Oreja, hombre engreído y tonto si los hay, que alardeaba de tratar mano a mano con toreros y políticos, y poseía una nariz que no se cansaba uno de mirar, porque no encajaba en ninguno de los patrones o arquetipos comúnmente admitidos en las narices humanas.

El trato, en la gran mesa redonda, era sobremanera abierto. No había recién llegado que a los postres de la comida no picase en el palique general, dirigiéndose, desde luego, a cada cual por su correspondiente nombre o apellido. Los huéspedes volanderos eran, por lo común, gente rústica y simple. Creíanse obligados, de buenas a primeras, a referir menudamente su vida y con derecho a escudriñar en la vida de los otros comensales.

En una ocasión, a la comida del mediodía, aparecieron, promediando uno de los costados de la mesa, dos mujeres de edad nada moza y muy semejantes de rasgos. Durante el almuerzo permanecieron las desconocidas con la cabeza baja, los ojos abatidos sobre el plato. Comieron con extremada parvedad. No se mezclaron en la conversación; antes se echaba de ver que la rehuían. Eran como dos esfinges. Estaban como ausentes de todas las cosas en torno de ellas. En vano el jefe del partido republicano de Tarazona, ciudadano de desparpajo descomunal y barba ubérrima y bipartita, en forma de teta de cabra, rompió por tres veces el fuego oratorio contra las tácitas

señoras. Dieron la callada por respuesta, y el interlocutor quedó corrido. Otro tanto le acaeció a don Raimundo Perejil, canónigo de Atocha, varón manso y oficioso. Consecuentemente, la conversación comenzó a desmayar, como vela sin viento. Sentíanse todos por vaga manera cohibidos. No cesaban de fisgar en el rostro de las damas, primero con recelo y a hurtadillas, luego con todo desenfado e insolencia.

No bien hubo terminado la comida, el que más y el que menos andaba al retortero de doña Trina, curioseando acerca de las incógnitas señoras. Caso raro e insólito. Doña Trina, que era ciertamente admirable en muchos linajes de virtudes, pero nada discreta, excusóse con respuestas ambiguas y hábiles. Allí había un gran misterio.

A la hora de la cena, las desconocidas se mantuvieron en la propia actitud impenetrable. Y lo mismo los días siguientes. Al fin, ya nadie les hacía caso. Pero a mí me seguían inquietando. Me llegaron a preocupar. En la mesa, con tanta cautela como tenacidad, me aplicaba a espiarlas, esperando descubrir alguna clave o cifra con que esclarecer aquel arcano.

Eran de edad indefinida. Estaban entrambas dentro de ese dilatado lapso de tiempo que abarca desde el punto en que la mujer comienza a perder juventud, lozanía e incentivo, hasta el acabamiento de toda gracia de feminidad y hermosura, edad que va de los treinta, y aun menos, a los cincuenta, y aun más, desenvolviéndose con tan sutiles y personales gradaciones que es punto menos que imposible calcularles los años entonces, y a eso suelen acogerse ellas para disimularlos y mermarlos. Aquellas dos mujeres, lo mismo podían llevarse cinco años, que diez, que veinte. Eran muy parecidas. La piel, moreno mate, color corteza de pan. Sin estar flacas, bajo la piel se acusaban enérgicamente los huesos del cráneo. Las cejas rectas, de efigie romana, ensambladas por estrecha zona intermedia de cabellos ralos. Los párpados henchidos, inflados, y de escasa pestaña, tenían hechura de boca, como labios gordezuelos, entreabiertos: esos ojos que conservan, hasta muy tarde, expresión entornadiza y pueril, y en la edad madura se truecan al pronto en típicos ojos de vejez, rugosos y papandujos. La boca apretada. Vello asaz copioso sobre el labio superior y en la quijada. La diferencia de edad se delataba porque la una estaba más acecinada, más turgente la otra; los párpados de ésta sostenían todavía llenos, como tumefactos, así como los de aquélla iban apilongándose ya; el vello, sedeño y vaporoso en un rostro, se correspondía con el vello hirsuto y áspero del otro rostro. El cabello, igual en las dos, partido en la cumbre y adherido a las sienes, adornaba la cabeza con noble austeridad. Eran humildemente dolorosas. Su dolor, cualquiera que fuese la causa, sugería la idea de un destino mujeril malogrado, algo así como la tristeza de la virginidad vetusta. O, como se dice en el duro lenguaje de cada día, tenían toda la traza de ser dos solteronas. Era evidente que pertenecían a buena familia provinciana y que habían venido en contadas ocasiones a Madrid. Vestían sencillamente, de color nazareno, y mostraban, por ciertos detalles, ser personas de gusto poco educado.

II

En la campal llanura de los cielos,
dos campeones búscanse sin fin.
Uno es el día, el blanco caballero.
Otro es la noche, el negro paladín.
Se persiguen, mas no se encuentran nunca
Sobre la tierra, cabalgan de paso.
Y según pasan los anuncian
las campanas en los campanarios.

El *Angelus* del alba canta:
«La noche huye. La noche ha huido».
«El día se pierde en la distancia».
Llora el *Angelus* vespertino.

Talán, talán.
Campana de plata.
Ha nacido un nuevo cristiano.
¡Oh blanco misterio!

Talán, talán.
Campana de bronce.
¡Oh negro arcano!
Llevan un hombre al cementerio.

Corría la primera quincena del mes de mayo. Por las tardes, acostumbraba recluirme en mi aposento a preparar mis asignaturas. Entre lección y lección, buscando unos minutos de descanso y esparcimiento, pasaba al cuarto de costura de doña Trina. A la sazón, la hija única de doña Trina, Mariquita de nombre, casada desde hacía cosa de un año, aguardaba el primer fruto de bendición para antes de terminar el mes. En el cuarto de coser todo era laboriosidad, algazara y blancura, preparando la canastilla para el crío. Doña Trina reventaba de gozo, y yo gozaba también viendo y oyendo a la buena señora.

Era doña Trina eminentemente maternal y sedentaria. Estas dos salientes características de su temperamento se patentizaban, a modo de alegoría flagrante, en sendas correspondencias orgánicas: desaforado busto y asentaderas desaforadas. En mitad de aquel maremágnum y aborrascada muchedumbre de lencerías, granos de oro, puntillas y tiras bordadas, doña Trina destacaba, majestuosa y sombría, como buque de gran porte engolfado entre espumas.

La único que turbaba el albo reposo eran ciertas disquisiciones polémicas sobre el sexo de la criatura. Mariquita quería que fuese niño. Doña Trina no podía consentir esto. Se aducían argumentos de una y otra parte. Una vez, Mariquita concluyó:

—¡Pues yo quiero que sea niño, ea! ¡Lo quiero yo, y basta!—E hizo mimosos pucheritos.

—Calla, calla, locuela, que no sabes lo que te dices—respondió doña Trina, con caviloso entrecejo y acento de severidad.

¿Cavilosa doña Trina? ¿Doña Trina, severa? Esto era para mí extraordinario y sorprendente. Prosiguió:

—¿Un niño? Es decir, un hombre.. ¡Qué horror! ¿No tienes ahí el ejemplo de esas pobres señoras? ¿Quién nos dice que, siendo hombre, no va a salir como ése?

Doña Trina se dió cuenta que yo estaba presente. Llevándose la mano a la boca, se interrumpió.

Una tarde, al entrar en el cuarto de costura, hallé una novedad que me sobrecogió al pronto. Mezcladas con las piezas de lo blanco había algunas piezas negras de lana y satén. Las dos señoras desconocidas, acompañadas de una costurera, cortaban en las telas de luto. Doña Trina y Mariquita cosían con ardimiento los blancos atavíos, sin reparar en el contraste. De tiempo en tiempo, hablaban con las damas misteriosas. Por donde averigüé que la de más edad se llamaba Fernanda, y la más joven, Dominica. Me acurruqué en un rinconcito, para no distraer.

—Por lo menos dos vestidos, uno para cada una, tienen que estar terminados para el sábado, a las doce en punto—dijo Dominica.

—Y también para las diez estarán listos—respondió la costurera.

—A las diez, ¿para qué? Ha de ser al mediodía. Al mediodía, Fernanda.

Dominica suspiró.

—Al mediodía, Dominica—r e p i t i ó Fernanda, escuetamente.

Hubo un largo silencio. Volví a mi aposento, pero no pude estudiar. No sosegué hasta que, tomando aparte a Mariquita, le pregunté:

—Dime, Mariquita: ¿qué quería decir aquello del mediodía en punto?

—Pues que antes del mediodía no estarán de luto, y desde el mediodía ya estarán de luto.

Yo callaba, meditabundo y acongojado. Mariquita añadió:

—¿No comprende usted? Lo comprenderá cuando yo le diga que esas pobres señoritas que tanta curiosidad le inspiran son las señoritas de Limón, de los Limones de Guadalfranco.

III

Vieja ciudad de piedra cincelada
y de barro el más deleznable.
Eternidad eternizada
y vanidad de lo mudable.
Nidal en el risco señero
donde un más allá se avizora.
Nidal del arrojado romancero.
Nidal de halcones y águilas de otrora.

—¿Por qué en el polvo del sendero
así yaces, buen caballero?
—Apuré hasta las heces mi vino
en el cáliz de mi destino.
Dormir, morir. Nada más quiero.
Apreté entre mis ávidas manos
el haz fabuloso y rotundo
que forman los mares livianos
y las tierras firmes del mundo.
Y todo fué un fútil empeño
—dijo el hidalgo moribundo.

Están posados en su cabeza
la mariposa del ensueño
y el escorpión de la pereza.

Guadalfranco es una vieja ciudad española, capital de la provincia del mismo nombre. La provincia entera es sierra fragosa, con llanadas de altura y ríos encañonados, como torrentes. En el corazón de la fragosa sierra, sobre peñascales cortados en tajo, se alza la vieja ciudad. Aunque no más de veinte leguas alongada de la corte del reino, cae, sin embargo, tan fuera de mano, que para llegar hasta ella es fuerza emplear un día con su noche; media jornada de fatigoso y asmático ferrocarril, hasta Tendilla de los Burdéganos, y desde aquí la otra media, de poco diligente diligencia.

Para pintar hasta qué punto de menosprecio y oscuridad han caído las de un tiempo en todo el mundo renombradas provincias y ciudad de Guadalfranco, baste trasladar aquí un sucedido, en donde se revela lo ignoradas que ahora están, aun de los mismos españoles. Mentóse por ventura en cierta tertulia madrileña la ciudad de Guadalfranco, cuando uno de los del círculo, persona de famoso donaire, cortó diciendo:

—Alto ahí. Si de Guadalfranco se habla por burla, puede pasar. Si se me nabla en serio, no lo admito, porque yo soy de los que están en el secreto.

—¿En qué secreto?

—En el secreto de que la provincia de Guadalfranco no existe.

—¿Que no existe?

—No, señor, no existe: vamos, que no hay tal provincia de Guadalfranco. ¿Ha estado usted alguna vez en la provincia de Guadalfranco?

—Cierto que no; pero tampoco he estado en Pekín.

—Es que Guadalfranco se supone que está a las puertas de Madrid, como quien dice, y no en el Celeste Imperio. ¿Conoce usted alguna persona que haya estado en Guadalfranco?

—En este instante no recuerdo...

—¿Conoce usted algún natural, hombre o mujer, de Guadalfranco?

—La verdad, que yo sepa...

El hombre que estaba en el secreto fué haciendo, uno por uno, a todos los presentes, las mismas preguntas. Ninguno había estado en Guadalfranco; ninguno conocía a nadie que hubiera estado allí ni que en Guadalfranco fuera nacido.

—¿Lo ven ustedes?—prosiguió con chanza, muy seriamente—. Guadalfranco no existe. Es una provincia que inventó Sagasta. Es una provincia que tiene existencia en el presupuesto del Estado, una existencia imaginaria, pero carece de existencia real. Busquen ustedes en las guías de ferrocarriles, y verán que ninguna línea penetra en la provincia de Guadalfranco, sino que pasan bordeando sus fronteras. Fronteras imaginarias. Como que no se despachan billetes para el país de las hadas... Sagasta inventó esa provincia, y el caso fué como sigue: Volviendo una de las veces a gobernar, aplicóse, como es de rigor, a repartir profusamente entre secuaces, amigos, paniagudos y familiares, cuantas prebendas y bicocas le brindaba el presupuesto; pero halló que no tenía bastante que dar a los muchos que le mendigaban, y eran innumerables las quejas y aun amenazas que recibía. Pero aquél era un gobernante de inagotable industria y contundente inventiva. En tan extremado trance, ocu-

rriósele hacer una nueva clasificación territorial de España, añadiéndole una provincia más, que sacó de su cacumen: la provincia de Guadalfranco, con su orondo y tierno obispado, su hospitalario cabildo, su gobierno civil y delegación de Hacienda, abarrotados de empleadillos, etc., etc., con que dejó satisfechos a los amigos que antes se habían quedado de vacío. Los destinos de la provincia de Guadalfranco son los más gustosos y holgones, porque para ejercerlos no es menester salir de Madrid. Todos los empleados son como el obispo de aquella diócesis: burócratas *in partibus infidelium*.

Algunos de los oyentes, poco versados en geografía, aceptaron esta farsa como verdadera historia. Se hacían cruces y exclamaban:

—¡Las cosas que pasan en esta desgraciada nación!

¡Son tantas las ciudades españolas que parecen inventadas por Sagasta!... Ciudades que un tiempo fueron heroicas, esforzadas, activas y abundantes, hoy sólo tienen una existencia imaginaria y soporífera.

En un censo que data de Felipe II, consta que Guadalfranco, la villa, encerraba dentro de sus muros fuertes cuarenta mil casas con otros tantos vecinos. Era celebrada en todo el mundo por sus lanas y paños, el temple de sus aceros y el adobado y ambarado de pieles. Dignatarios pontificios, señores florentinos, senadores venecianos, nobles franceses, ingleses y tudescos calzaban con ostentación guantes de Guadalfranco. La agricultura florecía asombrosamente, merced a mil ingeniosos artificios con que los moriscos regaban y cultivaban la tierra, la cual era fecunda, sobre todo, en alcornoque.

Hoy en día, Guadalfranco no cuenta arriba de veinte mil moradores. Las industrias de paños, aceros y pieles han desaparecido. La agricultura está abandonada. Muchas de sus casas están deshabitadas, ruinosas y entre ellas bastantes palacios señoriales y emblasonados. En el recinto de la ciudad hay sesenta iglesias, la mayor parte retiradas del culto, y más de cien conventos, casi todos de monjas. De la riqueza y esplendor antiguos no quedan sino los alcornoques.

En Guadalfranco subsisten familias de rancio linaje; pero venidas tan a menos, que, en general, han abdicado todo timbre de hidalguía. Aventajaba a las demás en abolengo y encumbramiento de sangre la casa de los Uceda, que arranca del reinado de don Juan el Segundo. El fundador del linaje fué un don Eutropio de Uceda, de dilatada sucesión, ninguna legítima, pues de su mujer, doña Guiomar de los Arcos, no consiguió tener hijos. Como dama de doña Guiomar, fué desde Avila de los Caballeros a Guadalfranco, Juana Orbaneja, mujer de origen oscuro. Don Eutropio, sintiendo que se perdiera su línea con él y pasase la casa a la descendencia de sus hermanos, tuvo amores con Juana Orbaneja, doblemente adúlteros, por ser en vida de doña Guiomar y estar desposada la dama con Lope Peralejo. Fruto de estos amores, nacieron varios hijos, que fueron legitimados por mercedes reales. Durante muchos siglos disfrutó la casa el privilegio de sepultura en la iglesia de San Bartolomé y Santiago, convertida hoy en establos del cuartel de la Guardia civil, así como de dos asientos distinguidos en el presbiterio, uno para el jefe de la casa y otro para su mujer. Esta noble casa padeció incontables vicisitudes, fué perdiendo bienes de fortuna, arrastróse en decadencia solapada, encubierta y humillante. En la segunda mitad del pasado siglo, agotada la línea masculina, no quedaba del linaje sino una doncella de veinte años, Fernanda de Uceda, hermosa y de buen porte, que habitaba el viejo casón solariego en compañía de dos tías ancianas, doña Florentina de Uceda, doncella también, y doña Amparo Urbina, viuda, sin hijos, de un Uceda. Las dos viejas y la niña vivían pobremente, con disimulada estrechez, retiradas del trato de gentes. Las pocas veces que salían era a la iglesia, de matinada.

Sucedió que uno de los socios de cierta Empresa corchotaponera hubo de caer en Guadalfranco, a poner en rendimiento los muchos alcornoques, que

vegetan por aquellos contornos. Llamábase Enrique Limón. Era joven, de arrogante planta, amigo de meterse en todas partes. La llegada de Enrique Limón a Guadalfranco, la caduca ciudad, fué como la apertura de un nuevo periodo histórico. Instaló una pequeña fábrica, para lo cual tuvo que traer alarifes de otras partes, porque en Guadalfranco se habían olvidado las artes de albañilería y construcción.

Los vecinos de Guadalfranco, desde tiempos añejos, pasaban lo más de la vida alebrados y escondidos en sus madrigueras o covachas. No se conocían espectáculos o diversiones públicas de ninguna laya. Limón lo primero que hizo fué fundar un casino y contaminar a los guadalfranqueños con los deleites del café, las emociones del juego de naipes y los arrebatos de las discusiones políticas. Hizo que vinieran periódicos de Madrid, y hasta una comparsa de faranduleros. Fué elegido diputado por Guadalfranco, y llegó a ser amo y señor de la ciudad y de la provincia.

Un día que Limón salió a la calle muy de mañana, cruzó con las Ucedas, que venían de misa. Era la calle tan angosta que, abriéndose de brazos, se tocaba con las manos entrambas bandas. Limón pudo ver de cerca, a su entero talante y sin pecar de osado, el rostro de Fernanda. En un punto quedó prendado de la niña y se determinó en hacerla su esposa. A su vez, Fernanda se enamoró del forastero. Antes de concertarse la boda hubo grave desavenencia y litigio entre las dos tías, porque una de ellas rechazaba al pretendiente y no le quería admitir en la familia, so pretexto que era de sangre plebeya. Este cerrado y puntilloso criterio lo sostenía doña Amparo, la viuda, que era advenediza y ni más ni menos noble que Limón. Por el contrario, doña Florentina diputaba muy cuerdamente que todo eso de linajes y blasones son zarandajas y ranciedades sin sustancia, y ya que Limón parecía caballero de buenas prendas, apasionado de Fernanda y con dinero bastante para remozar el lustre de la casa, si le daba por ahí, no había por qué rechazarle. Claro está que triunfó doña Florentina.

Casó Fernanda de veintiún años. El marido le sobrepujaba en diez. Era muy bella Fernanda. Su mayor encanto consistía en los ojos, cuya forma y lineamiento recordaban una boca de niño, con ambos párpados gordezuelos y color rosa, a manera de labios. Los entornaba que se dijera que escuchaba con ellos, como si bebiese las palabras y aun el alma, si miraban amorosos.

—El matrimonio fué grandemente fecundo. Al primogénito, que fué niña, se le bautizó con el nombre de la madre. Año por año sobrevenía otro hijo. No parecía sino que el linaje de los Uceda apresuraba su extinción con esta tardía abundancia, como acontece con las heridas, que el derrame más copioso trae consigo la muerte. Fernanda, la primogénita, sobrevivió. Sus hermanos morían todos a poco de nacer. Trece fueron muriendo así, hasta que se logró otra niña, llamada Dominica. Tenía entonces la madre cuarenta años. Estaba ya marchita y flaca; no le quedaban sino huesos y pellejo. Enrique Limón, que con el andar de los años se había hastiado de Guadalfranco y del hogar, vivía lo más del tiempo en Madrid, descuidando de mala manera sus negocios. Lo único que atendía y afianzaba más y más era su cacicato. Seis años después de nacer Dominica, y cuando nadie lo esperaba, la señora de Limón tuvo otro hijo, un varón, al cual se le puso el nombre de Arias, en recuerdo de un antepasado glorioso, conquistador de vastos reinos en las Indias occidentales. La madre murió de sobreparto. La criatura, aunque enclenque y enfermiza, se aferró a vivir.

Y así, los Limones de Guadalfranco quedaron reducidos al padre y los tres hijos.

IV

Albas nacaradas. País de las hadas.
Nadan entre aromas las blancas palomas.
Quimeras rosadas guardan encantadas
los sabios Merlines en limpias redomas.
El príncipe lindo pasea el jardín.
Al diestro, la reina, con gran capirote.
Detrás, la nodriza conduce al mastín,
vestida con túnica de verde anascote.
El señor Jilguero, trovero laureado,
canta mil lisonjas al príncipe real:
«El mundo es un vasto país encantado
y Tú eres del mundo Señor natural».
Pero, el Mirlo negro, siniestro Doctor
que silba y no adula, un presentimiento
de pronto ha tenido. Exclama: «Señor,
que nunca se rompa este encantamiento.»

En el punto de nacer Arias estaba ya Fernanda en los veintidós años, sazón casadera. No habían escaseado pretendientes, en su mayor parte hacendados lugareños y labradores ricos. Pero, fuera que no le agradaba la traza, bien que le disgustase la baja condición de sus enamorados y cortejadores, ello es que a todos respondió con desdén. Su carácter era árido e imperativo. Usaba de muy pocas palabras. Desde muy niña acostumbraba asistir a cuantas reuniones celebraba su padre en la casa, con edecanes, sicofantes, mandatarios, subalternos y vicarios del feudo caciquil. Era un arrapiezo, nadie paraba mientes en ella. Agazapada detrás de un mueble, más que escuchar bebía las palabras, mirando a todos atentamente con sus ojos en forma de boca. Hasta que un día, siendo ya mujer, se encerró con su padre a decirle, con ademán seguro y seco, que lo que había que hacer, en cierto asunto grave, era tal cosa, y que ella conocía la situación del cacicato mejor que nadie. Así era. A partir de esta conferencia, el señor Limón compartió el gobierno de la provincia de Guadalfranco con su hija Fernanda.

La inesperada y tardía llegada al mundo de Arias contrarió a Fernanda. Muerta la madre, ¿cómo llevar con paciencia las incomodidades e inquietudes que consigo acarrearía la crianza del esmirriado hermanito? Fernanda hizo venir un ama, que relegó, junto con Dominica y una criada vieja, a lo más apartado del caserón, en ciertas estancias traseras, pegadas al huerto, de manera que la tropa menuda no le hurtase tiempo ni le fastidiase en quehaceres de gobierno y afanes caciquiles. Conforme Enrique Limón iba envejeciendo, Fernanda se convertía en la verdadera cacica. Veía al pequeñuelo de tarde en tarde, cuando más una vez al día, y a veces pasaba una semana sin verlo, no por falta de afecto, sino por lo muy atareada que andaba siempre. El chiquillo era agraciado, sonriente, dulce y amable en su debilidad. Cuando Fernanda, de raro en raro, le tomaba en brazos y le besaba, sentía enmollecérsele el corazón. Era la primera ternura que había experimentado en su vida. Poco a poco fué encariñándose con él. Le consagró un amor firme, aunque poco palmario y exterior.

Dominica adoraba a su hermanito. No consentía estar separada de él un minuto. Antes de dormirse había de tenerlo en el lecho, al lado suyo, asiéndole de la manecita. Su encanto era cogerlo en brazos, empresa extremadamente dificultosa, dados los cortos años y fuerzas de la niña. Arias mostraba de su parte mucha afición a Dominica.

Otro amor de Dominica era un perro ratonero, cenizoso y lanudo, llamado Delfín. ¡Perro más marrullero!... Cuando se ponía en dos pies, semejaba un gnomo barbudo y jocoso.

Al cumplir Arias los dos años, y no hubo manera de destetarlo hasta entonces, la nodriza quedó a su servicio, como ama seca, y trajo a vivir al caserón a su hijo, el hermano de leche de Arias, el cual se había criado en el campo. Llamábase Bermudo, y reventaba de salud, rusticidad y rubicundez, tanto como Arias adolecía de flojedad y delicadeza. Bermudo era bien mandado, sociable, con esa adhesión muda y constante de algunas especies de animales domésticos. Seguía por dondequiera detrás de Arias, o se acostaba a sus pies, lo mismo que Delfín. Arias poseía, sin duda, peregrino hechizo de su persona. Quienes le rodeaban le rendían culto. Era como un centro misterioso de atractiva adoración.

Los habitantes de la parte trasera del

palacio gastaban todo el día en el huerto. Esta vida de aire, sol y descuido parecía convenirle a Arias. Con el tiempo fué fortaleciéndose.

Así transcurrieron algunos años monótonos.

Arias, como un príncipe, hermoso y benigno. Dominica, la reina madre; madre a la par que niña, por gracioso milagro. Bermudo, al modo de mastín del príncipe. Además, un gnomo, velludo y riente. Luego la vieja nodriza, y un hada bondadosa y providente, revestida con el pergenio de criada vieja. Y más allá de aquel mundo quieto, el mundo de las disputas, de los tráfagos, presidido por la adusta Fernanda y el viejo papá, que muy de tarde en tarde caía por Guadalfranco a visitar los estados y dar un beso a los hijos.

V

Todas las olas se deshacen
contra el muro de lo infinito.
En el mar infinito se caen
y se pierden todos los ríos.
Las hazañas y los desmanes
se derriten en el olvido.
En la barca de tus afanes
vas con la corriente del río,
vas aguas abajo, a ahogarte
en la sima de lo infinito.
¡Quiera Dios que no te remanses
sobre la presa del molino!

Arias era lánguido, desidioso, amigo de soñar gratas quimeras y prodigiosas aventuras. Había aprendido a leer y a escribir muy presto. No se cansaba de leer. Lo que leía y las imaginaciones que fraguaba se las iba contando a su hermana Dominica y a Bermudo. Al caer de la tarde y de la sombra sentábanse los tres al pie de un duraznero del huerto, sobre la hierba. Arias refería fantaseadas aventuras, con palabra inflamada y tan plástica, que, por momentos, Dominica, con voz ronca, interrumpía, murmurando:

—¡Qué hermoso es lo que dices, Arias! ¡Y qué verdadero! Parece como si lo viese con mis ojos.

Bermudo nada decía. Escuchaba con los labios apretados. No alcanzaba a entender; pero sentía en el pecho de sazón a modo de entusiasmo y bárbaros deseos de aullar y estrechar a Arias entre los brazos, con amor infinito. Por aquel tiempo tenían diez años Arias y Bermudo.

Luego, Arias comenzó a escribir versos. Cuando los leía, al pie del duraznero, lloraba él y lloraban Dominica y Bermudo.

En una ocasión llegó a manos de Arias una historia de la conquista de la Nueva España. Encendida el alma en generosa audacia, declaró a su hermana y amigo que estaba resuelto en huir de casa a descubrir y conquistar países, para que los gobernasen su hermana Fernanda y el rey de España. Quería oscurecer la fama de los antepasados. Dominica se alarmó. Procuró disuadir a Arias de tan peligrosa empresa. Arias no admitía contradicción. Le irritaba que los demás no se plegasen a sus designios.

—No te pido consejo, ni menos permiso, ni mucho menos que me acompañes—dijo, rabioso. Calló unos momentos. Después, arrepentido de haber tratado duramente a su hermana, la acarició y mimó, pintándole, con palabras llenas de vivacidad y fascinación, la epopeya futura, de la cual ellos habían de ser campeones y héroes señalados. Y Dominica, enterneciéndose, se abandonó sabrosamente al propio desvarío e insensatez de Arias.

—Yo seré como la doña Marina de Hernando Cortés—suspiraba—. Navegaremos por mares de plata, donde dicen que hay grandes peces dorados. Pasaremos la línea del Ecuador, donde están esos pájaros marinos que duermen volando, porque jamás se posan, y, con las alas extendidas, son tan grandes, que tienen tres metros de punta a punta.

Bermudo, que, si bien poseyendo, como cada quisque, la propiedad de la palabra hablada, parecía haber enajenado el usufructo de ella, rompió a hablar, por primera vez, en los conciliábulos del huerto.

—Eso..., eso... Y yo, ¿qué voy a hacer? ¿A mí me dejáis en Guadalfranco?—berreó, con voz como mucilaginosa y en grumos.

—Tú vendrás con nosotros—respondió Arias, imponiéndole, con soñador abandono, la mano sobre el crespo colodrillo, a la manera de consagración—. Serás mi abanderado y cornetín de órdenes.

Bermudo se puso en pie de un brinco. Comenzó a hacer zapatetas en el aire, emitiendo sofocados gruñidos de alborozo.

—Pero ¿dónde estáis, gandules? ¡Arias! ¡Dominica! ¡Bermudo!—gritó la nodriza, desde una ventana que se abrió en la casa—. Ya es hora de cenar...

Aquella misma noche, la mozuela y los dos niños huían a conquistar nuevas tierras para el rey y para la adusta Fernanda. Era noche de luna. Descendieron el tajo. Desatracaron una barca, y, como no supieron regirla, la corriente los arrastró aguas abajo unas cuantas leguas, hasta que la barca embarrancó en la presa de un molino, en donde los hallaron al día siguiente.

Esta fué la primera y última aventura en acción. Las demás fueron aventuras de fantasía, en la penumbra vespertina del huerto. Y, sobre todo, recitaciones de los versos de Arias.

VI

Una vez, erase que se era .

Erase una niña bonita.
Le decían todos ternezas
y le hacían dulces halagos.
Tenía la niña una muñeca.
Era la muñeca muy rubia
y su claro nombre Cordelia.
Una vez, érase que se era...

La muñeca, claro, no hablaba.
nada decía a la chicuela.
«¿Por qué no hablas como todos
y me dices palabras tiernas?»
La muñeca nada responde.
La niña, enojada, se altera.
Tira la muñeca en el suelo
y la rompe y la pisotea.
Y habla entonces por un milagro
antes de morir, la muñeca:
«Yo te quería más que nadie,
aunque decirlo no pudiera.»
Una vez, érase que se era...

Una vez sola en la vida se querellaron seriamente Arias y Dominica. La causa fué Delfín, el perro barbudo y travieso como un trasgo o como un gnomo. Delfín estaba ya viejo, achacoso y aquejado de reumatismo; pero, lejos de abotagarse y agriarse con la edad, el muy zarramplín consumaba nuevas picardías e inventaba marrullerías inéditas con que hacerse acariciar y querer de Dominica. Los dos niños, Arias y Bermudo, no disimulaban sus sentimientos hostiles hacia el festivo y reumático gnomo. A Bermudo le era simplemente antipático. Veía en Delfín una criatura vanidosa, insolente, aduladora, vil y traicionera. Los sentimientos de Arias eran más complicados. Primero tenía celos del Delfín, a causa del amor que Dominica le dedicaba. Luego comenzó a experimentar una especie de temor supersticioso. Conforme Delfín se iba haciendo viejo las barbas le encanecían. No hay sino un linaje de ancianidad que no sea venerable: la de los brujos. Los brujos, cuanto más viejos más repugnantes. Esto lo sabía Arias. Se le figuraba al niño que el perro barbudo estaba animado de un espíritu consciente y perverso, que era un brujo arteramente enmascarado con inofensiva externidad de perro ratonero. Los ojos de Delfín, verdes, penetrativos y sarcásticos, hacían temblar a Arias. El temor, por último, se convirtió en odio.

Delfín, que era muy sagaz, observaba con meticulosa precaución la táctica de estar siempre pegado a las faldas de Dominica. Había aprendido por experiencia que cuando se apartaba de aquella benigna fortaleza y asilo tutelar, si daba por caso con Arias, recibía de él el más denodado puntapié. Y así, Delfín había escogido para sus picardías y travesuras las ocasiones en que Arias dormía, o bien por hallarse de mucha conversación con Dominica y Bermudo no hacía atención en otra cosa; que ya el perro barbudo y galopín había observado atentamente este fenómeno.

Por el modo de mirarse Arias y Delfín, Dominica llegó a averiguar que

no se llevaban bien. Un día, el viejo gnomo cayó en el regazo de Dominica, al cabo de rauda y parabólica excursión aérea. Como no es privilegio perteneciente a la naturaleza canina el de volar, Dominica no pudo por menos de pasmarse viendo que Delfín acudía hasta ella por tan sutiles y no acostumbrados derroteros. Por otra parte, Delfín no celebraba con petulantes gañidos su triunfo momentáneo sobre las leyes de la gravitación; antes venía quejándose y doliéndose tristemente, rabo entre piernas. Delfín no había volado por propio esfuerzo o antojo. El motor había sido ajeno a su voluntad e industria. Residía en el pie de Arias. Así que le cayó el perro en el enfaldo, Dominica envió su mirada en la dirección hacia donde espiaban de soslayo los húmedos y afligidos ojos de Delfín, y vió, detrás de unos matorrales de lilas, el rostro de Arias, sonriendo con fruición aviesa.

—¡Arias! ¡Arias! ¿No te da vergüenza abusar cobardemente de un pobre animal indefenso?

Habló Dominica, halagando al maltrecho gnomo y poniéndose en pie, ofendida en el amor y alto concepto que a Arias profesaba.

Arias palideció. Adelantóse, rompiendo por entre la mata.

—Es un bicho que me odia, y yo le odio. Terminaré por matarlo.

—¿Qué dices, Arias? No harás tal.

—Sí haré, y ahora mismo.

Arias, embravecido y exasperado, cogió a Delfín por el cerviguillo y lo arrojó contra el muro, con toda su fuerza. El perro dió sobre la pared con la cabeza y se desplomó en tierra quebrantado y como moribundo. Desde el sitio donde yacía inmóvil, miraba a Arias con pupila resignada, amorosa y suplicante, como si le dijese: «No me importa morir. Estoy ya tan viejo... Soy una plepa. Pero ¿por qué te has ofendido conmigo? ¿Por qué me has maltratado siempre? ¿Por qué me has querido tan mal? Yo siempre te he querido, Arias, hermano de Dominica. Aún recuerdo cuando eras tan pequeño como yo, que no podías andar... y yo te hacía reir, y tú jugabas conmigo».

Dominica escondió la faz con las manos, gritando:

—¡Apártate, Arias; no quiero verte! ¡Apártate, Arias; no quiero verte!

Arias no escuchaba a Dominica. Arrepentido de su arrebato, corrió a arrodillarse junto a Delfín, y con lágrimas le decía:

—¡Perdóname, Delfín, perdóname todo lo que te he hecho sufrir! ¡Esta mano con que te arrojé me cortaría porque tú vivieras...!

Su acento era tan veraz, que Delfín, reuniendo todas sus energías, movió el rabo y las orejas, significando gratitud y otorgamiento de perdón. Si Delfín perdonaba, ¿cómo no iba a perdonar Dominica? Abrazáronse los dos hermanos llorando, y se inclinaron a abrazar al descalabrado y abrumado perro, que en aquellas terribles circunstancias ya no se le representaba a Arias como un brujo, sino como un santo apóstol y mártir.

Delfín no murió de aquello. Pero quedó muy desencuadernado y rengo. En los últimos meses de su vida fué casi más amigo de Arias que de Dominica.

VII

¡Poder! ¡Poder! ¡Oh vino de divina
borrachera! El más alto de los bienes.
Beleño del olvido, con que ungida
la frente, nacen alas en las sienes.
¡Mando! ¡Poder! ¡Oh monstruo que hasta
alzas, para robar una gavilla [el cielo
de estrellas, tus dos brazos altaneros!
Y, sin embargo, son tus pies de arcilla.
¡Loca soberanía! Por lograrte,
por gozarte un instante nada más,
los hombres venden a su propia madre
o dan en prenda el alma a Satanás.
Se te hinojan, los buenos y los malos.
cabe el estribo de tu palafrén.
¡Poder causar al enemigo un daño...!
¡Poder brindar al allegado un bien...!

Arias, merced a influencias y recomendaciones de su padre, había hecho por libre el bachillerato y la carrera de letras, sin haber saludado un libro de estudio ni haber aprendido cosa de provecho. Perseveraba en sus conatos

poéticos. Su ambición era vivir en Madrid y publicar versos en los periódicos. Gran parte del día estaba dentro del casón, tumbado en un sofá, leyendo poesías y novelas, acaso cavilando anhelos imposibles, tal vez emborronando cuartillas. Bermudo, mozarrón fornido y hermético, descansaba en el suelo, hecho un ovillo, junto al sofá. Dominica hacía labor, al lado de la ventana. El culto de Dominica y Bermudo por Arias no había padecido menoscabo ni en un adarme. Hubieran dado la vida por él. Arias no tenía amigos. Cuando salía, cruzaba a buen paso las calles de la ciudad, hasta llegar al campo. Bermudo iba a su zaga, como un can. Sólo por la noche le placía vaguear en el poblado. Las ventanas de los pisos bajos estaban abiertas; las moradas, con luz. Se veían los interiores profundos; escenas de familia. Se oía rumoreo de charlas quedas, risas, voces de discordia, el llanto de un niño, un piano, una guitarra, una canción. En vez de una ciudad de piedra y barro, se palpaba una ciudad en carne viva, con el pecho roto y el corazón desnudo. Y toda aquella vida múltiple y recóndita se sustentaba, en alguna manera, de la voluntad de su padre y de su hermana Fernanda. En ellos residía la dispensación del bien y del mal. Y llegaría un día, ya no lejano, en que él, Arias, heredase el feudo paterno y el arbitrio soberano sobre la ciudad de carne y sangre. Los serenos, según pasaba, le saludaban servilmente.

—Buenos noches, don Arias.

Pero don Arias, extraviado en la niebla de sus quimeras e imaginaciones, ignoraba que el feudo paternal se agrietaba y desmoronaba. La ciudad y la provincia aborrecían la opresión caciquil. Retemblaban soterradas fuerzas sediciosas, a punto de estallar. Corría impresa una hoja clandestina titulada *La Tía Cacica*, con soeces insultos contra Fernanda. Había muchedumbre de pronósticos que auguraban la caída de los Limones. De esto, Arias nada sabía ni sospechaba. Bermudo, por acompañarle en todo, vivía también a ciegas. Dominica vislumbraba vagos presagios. Don Enrique y Fernanda abarcaban hasta las más escondidas raíces el alcance del mal, lo de prisa que se propagaba, los daños que traería aparejados. Luchaban a la desesperada, previniendo peripecias de la adversa fortuna. Escapándoseles en Guadalfranco la tierra firme donde pisar, se acogían con redoblado ahínco a las agarraderas de Madrid, y extremaban sobre el feudo, por reducirlo, las muestras de mando. Pero estas agarraderas acaso les faltasen en un instante. El estaba ya muy viejo. Ella era desvalida mujer. Cuando menos lo pensaban, se les sumó un refuerzo. Próspero Merlo, joven abogado de altaneras miras, inteligencia despejada y lengua flúida, comenzó a visitar con asiduidad la casa de los Limones. Afilióse, desde luego, en el partido, por la cuenta que le tenía, y fué en la ciudad y en la comarca el más elocuente y fervoroso vocero de la causa caciquil. Probaba a quien quería oírle lo paternal, saludable y suculento del régimen del cacicato.

Una noche, don Enrique reunió a sus hijos y les habló así:

—Estoy muy viejo, hijos míos. Mi vida toca ya su término. Pronto os abandonaré. Vuestro porvenir me inspira no poco sobresalto. Los bienes que me habéis de heredar son escasos. Fernanda está enterada. Fernanda está enterada siempre de todo. Es una alhaja, una verdadera alhaja. Vosotros, Dominica y Arias, quiero que respetéis su autoridad, no tanto por los años cuanto por los méritos. Fuí mucho más rico que soy; no porque haya malbaratado mi patrimonio, que también era vuestro, sino porque lo empleé en recabar para vosotros algo que vale más que las mismas riquezas: el poder. Y vale más que las mismas riquezas porque no siempre las riquezas se bastan para dar el poder, en tanto el poder atrae las riquezas cuando se lo propone y las persigue. Si por adquirir poder y mando perdí hacienda, y en teniéndolos no acerté a ganarla, fué porque lo primero necesitaba afirmar el poderío. El usar de él en beneficio propio lo dejo a vuestro cuidado, par-

ticularmente al de Fernanda. Si os mantenéis unidos, nadie, por más que se obstine y os combata, os derribará del mando. Si os apartáis unos de otros, los Limones dejarán de ser lo que siempre han sido en Guadalfranco, los enemigos se cebarán en vuestra caída, perderéis todo bien de fortuna y mendigaréis de puerta en puerta. Tú, Arias, tienes gran imaginación; te deslumbra y marea desde lejos la gloria artística y el aplauso de los papeles impresos. Pero yo, con largos años de vida y de experiencia, te digo que eso no sirve para llevar el pan a la boca, y que es pura bambolla y mentira. Por tus hermanas y por ti mismo, escúchame. El día que yo falte, ¿Fernanda qué podrá hacer sin un hombre de su casta al lado, que dé la cara, y vaya y venga, y asuma la jefatura visible del partido? Quiero que seas tan heredero de mi acta e influencia como de mi apellido, confío en Dios que has de empinarte más alto que yo sobre los cimientos que para vosotros asenté. Medra, hijo mío, en alzada política. Y verás cómo los periódicos te publicarán entonces cuanto escribas, aun cuando sean puras sandeces, y te llamarán portento, y serás hasta académico si con tan poco te conformas. No quiero ocultaros que la amistad de Próspero Merlo me parece preciosa, y que yo deseo que se trueque en parentesco.

Aquí Dominica bajó los ojos. Arias se volvió a mirarla con mezcla de asombro y enfado.

—¿Bajas los ojos, Dominica, dulce y buena Dominica? ¿Qué se le ocultará a un padre, y más a un padre que es hombre avispado en el comercio con tan diversas gentes? Si bien debo declarar que en esto, antes de que yo echara de ver nada, el propio Merlo me hizo indicaciones indirectas, pero bastantes explícitas.

—Es que a mí, papá, no me ha dicho aún...—balbuceó Dominica.

—Pero te habrá mirado de cierta manera.

Dominica se ruborizó.

—Merlo me parece hombre de elevadas miras y hermosa palabra, lo cual vale tanto como tener el porvenir amarrado por los cabellos. Además, es, cabalmente, un guapo mozo. De que te quiere, claras son las prendas. ¿Qué más puedes desear para marido? Advierte, dulce e inocente Dominica, que los años vuelan, que no eres una niña, y que otras, a tu edad, han renunciado ya a la esperanza de casarse. Doy por hecho que os casaréis y que yo lo he de ver. De esta suerte, los cuatro unidos en una sola voluntad y buen deseo, seréis acatados y temidos, la prosperidad se os entrará por las puertas y perpetuaréis en Guadalfranco el blando y beneficioso yugo de los Limones.

Silenciosa emoción reinó en la estancia. Bermudo, en la parte de fuera, sentado en el suelo, apoyado en la puerta y escuchando por la rendija, se enjugaba unas lágrimas. ¡Oh, si en tal ocasión hubieran podido ver a don Enrique y a Fernanda, tan decorosos y respetados, tan ostentosos de virtudes familiares y cívicas, los que en la hoja clandestina les llamaban «vampiros del pueblo», «viejo garañón», «tía cacica», «doña Trotaconventos» y peores lindezas!...

Cuando quedaron a solas Dominica y Arias, éste se plantó frente a su hermana y la apostrofó, con acento entrecortado, llameando los ojos:

—¿Por qué no me has dicho nada? ¡Ah, hipócrita!

—Yo te juro, Arias—respondió Dominica, quejumbrosa y sumisa, tejiendo los dedos de ambas manos, como para la oración—, te juro que nada sabía. El me mira, sí, me mira, como nadie me había mirado, y cuando me mira no sé qué hacer: toda me desazono. Yo no podía pensar que me amaba. Por mi salvación, que jamás me lo ha dicho ni dado a entender. ¿Qué te iba a contar yo? ¿Que me miraba? ¿Que estaba enamorado de mí? Me hubieras llamado, y con razón, tonta, presuntuosa, fatua. Ya tengo veintiocho años. Nunca pensé en los hombres ni esperé casarme. Ahora que papá... Bueno; tú ya lo has oído como yo. Pero, si tú no quieres, si Próspero

no te gusta, no me casaré; no me casaré, Arias.

—¿Cómo me ha de gustar? Ni que tuviera telarañas en los ojos. Es un estúpido, un entremetido, un sinvergüenza, que sólo busca hacer carrera. Pero ¿te figuras tú que te quiere ni tanto así?—dijo Arias, colérico, manoteando.

—No te enojes, Arias, no te enojes conmigo: Tienes razón—añadió Dominica, tristemente—; yo estaba ofuscada. ¿Cómo me ha de querer? No soy joven ni bonita.

—No es eso, Dominica. Eres bonita y eres de sobra joven para casarte. Lo que ocurre es que Merlo es un sinvergüenza, un sinvergüenza, un sinvergüenza.

Y Arias salió a la calle, seguido del silencioso y fiel Bermudo. Volvió ya tarde. Al pasar frente al cuarto de Dominica vió luz debajo de la puerta. Después de los accesos de furia era obligado que Arias se transportase a un estado de infantil renunciamiento y ternura. Llamó con los nudillos en la puerta de Dominica.

—¿Qué buscas, Arias?—preguntó Dominica. Tenía los ojos enrojecidos.

—Dominica, te he lastimado antes. No sabía lo que decía. Perdóname. Yo sólo deseo que seas venturosa. Lo repentino de la noticia, el temor de perderte, el dolor de separarme de ti, me sacaron de tino.

—Temor de perderme... Dolor de separarnos... Aunque me casase no me perderías ni nos separaríamos. Pero no me casaré.

—Te casarás. Si te he dicho que Merlo es un sinvergüenza, ahora me desdigo. Antes no hablaba yo; hablaba en mí un espíritu malicioso que, a veces, me posee, me empuja y me dicta palabras que no están en mi corazón, un demonio que me adueña y me vuelve insensato. Ahora, repuesto, soy yo quien habla, y hablo con entero juicio.

—No me casaré, Arias. No creo que Merlo sea un sinvergüenza. Pero considero imposible que me quiera. Ya soy vieja y no soy nada guapa.

—¿Quién que te vea y te hable no te ha de querer perdidamente?—exclamó Arias, poniendo las manos en las sienes de Dominica y atrayendo su cabeza para besarle la frente.

Dominica sonrió.

—Esa es pasión de hermano. Nadie me querrá como yo he soñado.

—Te querrá, Dominica. De seguro te quiere ya, tanto como apeteces. De seguro seréis felices.

Y después de una pausa:

—Y tú, ¿le quieres?

—Yo todavía...—bisbiseó Dominica, con labios trémulos.

Arias se echó a reír. Risa suave y halagüeña, que le manaba de lo más profundo de las entrañas.

—Bueno, bueno. Me parece que esto marcha bien.

La abrazó y besó otra vez en la frente.

—Buenas noches, Dominica.

—Buenas noches, Arias.

VIII

¡Amor! ¡Amor! Antorcha inmarcesible
que un viento huracanado desmelena.
Sin tu insensata luz fuera invisible
cuanto acontece en la mundana escena.
¡Amor, como la tierra viejo!
¡Mozo como la tierra, Amor!

Esta noche es de gran festejo
en el castillo de Elsingor.
El Rey y la Reina, en su silla,
miran a los faranduleros.
Está en pie la camarilla
de cortesanos lisonjeros.
Y está Ofelia, la candorosa,
Ofelia la amante y la pura.
Y Hamlet, de faz tenebrosa
donde se asoma la locura.
Hamlet empuña de repente
la antorcha que le alumbra la escena,
y la gira furiosamente,
como una honda con una piedra.

¡Amor! Alumbras, manso o furibundo,
antorcha roja o recogido foco,
la tragicomedia del mundo...
Pero estás en las manos de un loco.

Todas las tardes, a eso de las seis, Próspero Merlo acude al casón de los Uceda, y está de amorosa plática con Dominica hasta la hora de cenar. La

boda se ha acordado para el otoño, en los comienzos del mes de octubre. Corre ahora el mes de julio. En la provincia de Guadalfranco hace una temporada tórrida. Pero la habitación en donde Próspero y Dominica sustentan sus paliques es fresca, húmeda y sombrosa. Las paredes están encaladas, la techumbre pautada con vigas de madera negruzca; los intersticios de las vigas, abovedados. Las dimensiones de la estancia son espaciosas, señoriales, al modo de cuadra arcaica o salón de respeto. Un ajuar somero, distribuído con raleza. El piso, de ladrillos rojos, regados, y algún ruedo de estera. Dos grandes ventanales, con reja, que arrancan del suelo y declaran el espesor de los muros maestros. Macetas floridas al pie de los ventanales. Detrás de la reja, una calle solitaria y angosta, y un muro frontero, pintado de amarillo. Huele a tierra mojada y a malvarrosa. Se oyen las campanas de la catedral y piídos de gorriones.

Próspero y Dominica se sientan en sendas mecedoras, guarecidos en un ángulo oscuro. Autoriza el cortejo con su presencia la vieja nodriza de Arias y madre de Bermudo. No pocas veces se hallan en la estancia don Enrique y Fernanda, que cuchichean sobre negocios de mucha monta. Por raro caso, aparecen Arias y Bermudo. ¿En dónde se meten Arias y su leal y hermético secuaz? Nadie lo sabe. Nadie procura indagarlo. Una rosada y dichosa era se preludia en los anales de los Limones. Para la próxima legislatura don Enrique cuenta con llevar al Parlamento a su hijo Arias y a su presunto yerno. Con los calores, han remitido las palpitaciones sediciosas. La hoja clandestina ha dejado de circular. Se cierne sobre Guadalfranco una paz octaviana. El señor obispo, plácido y cogitabundo; los señores canónigos, contemplativos y canoros; el gobernador civil, ponderoso hidalgo; el gobernador militar, bizarro caudillo; el coronel de la Guardia Civil, hombre de mano dura y ceño de un solo trazo; en suma, todos los puntales de la sociedad son hechura de don Enrique y están por su voluntad sostenidos en equilibrio y ensambladura provisorios, como el andamiaje de que usa el arquitecto para erigir su fábrica. Don Enrique y Fernanda se sienten satisfechos. Próspero Merlo se siente satisfecho. A su bufete acuden pleiteantes en romería. Los pleitos se fallan automáticamente en su favor. Será diputado. Pero la más satisfecha es Dominica.

Llegó Merlo a la hora consabida y puntual. Viste un traje de dril, color garbanzo; zapatos de lona. Entra con la chaqueta y el cuello de la camisa desabotonados. Por el descote de la camisa asoman negras, flamígeras y culebreantes hebras de cabello, porque el abogado es hombre de pelo en pecho. El sombrero de paja en una mano; en la otra, un abanico de enea, semejante a un soplillo, con que se airea el sudoroso rostro. Es más bajo que alto, rudimentariamente tripudo, la tez de un moreno retinto, los mostachos amenazando a Dios y a los hombres, los dientes iguales y blancos, los ojos a propósito para abrasar almas femeninas. Por lo menos a Dominica le ha abrasado el alma, con un fuego inextinguible que lastima y deleita, que anonada y no consume. Cuando Merlo no está en la casa, Dominica no sosiega, va y viene de aposento en aposento, como en busca de algo que se le ha olvidado, sale al huerto, muerde unas hojuelas de hierbabuena, entra de nuevo en casa, se sienta, y al punto se levanta. Tan pronto le dan deseos de reír como de suspirar. Ha perdido el sueño. Cuando Merlo viene, redobla el desasosiego de Dominica. Quisiera mirarle de cerca, de hito en hito, y no osa levantar los ojos del suelo. Si le mira, quisiera apartar los ojos de los de Próspero, por recobrar el aliento que le va faltando, y no puede recoger fuerzas con que retirarlos. Habla Próspero. Próspero habla siempre. Su lengua está dotada de la virtud del movimiento continuo. Es una lengua argentina que tañe sin cesar, como en un vértigo de primavera. Es una Pascua florida inalterable. ¡Y qué cosas le dice a Dominica! Dominica le escucha como enajenada de los sentidos.

Alguna vez, Merlo toma a Dominica de la mano. Dominica la sustrae, con ojos suplicantes, como en un desmayo de agonía, porque teme morir. Y si el noviazgo dura mucho, Dominica se morirá. Ha ido perdiendo carnes y colores, ajándose y desmadejándose. En dos meses ha avejentado varios años.

Pero, en medio de esta transustanciación gloriosa y dolorosa del alma de Dominica, permanece un núcleo de oro incorruptible, el culto de toda su vida, la esencia de su niñez: el amor a Arias. En las horas agitadas de la noche sin sueño, Dominica piensa, por raro accidente: «Si Arias se enemistase con Próspero, me matará la pena.» Por fortuna para Dominica Arias estimula alegremente los amores con Merlo. Arias corresponde a la adoración en que Dominica le tiene. También él adora en Dominica. Sólo anhela su felicidad. Por eso, en presencia de Dominica, sonríe, chancea, le propone cábalas para lo por venir. Pero, estando a solas, Arias sufre mortal angustia.

El espectáculo de los amores de su hermana le ha despertado alma y cuerpo al amor, también a él. Está constantemente enardecido, con el espíritu y la materia en tensión tormentosa, como perturbado. Por eso se esconde. Primero ha sido un amor inmaterial, absoluto, desencarnado: el amor a la mujer. Erraba desolado por las calles. Creía enamorarse súbitamente de cuantas mujeres veía. Componía versos apasionados y sensuales, tan pronto iracundos como lastimeros. Al cabo, el amor desbocado y a tientas se ha concentrado en una mujer. Arias no sabe quién es. La ha visto tres veces, detrás de una reja. Y ya, desatentadamente enamorado, no se atreve a pasar más por allí. Se encierra en su cuarto. Pasea de arriba abajo. Se mesa los cabellos. Habla solo. Ruge ahogadamente. Bermudo, por de fuera, pegado a la puerta, escucha, aprieta los puños, revuelve los ojos amenazador. ¿Qué podrá hacer el pobre Bermudo por aliviar a Arias? ¿Qué le sucede a Arias? ¿Quién le hace padecer? ¡Oh, si Bermudo agarrase entre sus manazas al culpable que así martiriza a Arias! Pero el pobre Bermudo no acierta a comprender la tramoya del dramático tinglado. Por fin, Bermudo se decide a hacer uso del don de la palabra, de que tan avaro es.

—¿Qué te sucede, Arias? ¡Por Dios, que me lo digas! ¿Puedo yo hacer algo por ti?

—¿Qué has de poder hacer tú?

—¡Quién sabe!... ¡Por Dios, que me lo digas!

—Estoy enamorado, Bermudo.

—¿De quién?

—¿De quién ha de ser? De una mujer.

—¿Quién es?

—No sé cómo se llama.

—¿Por qué no le dices que estás enamorado? Ella estará también enamorada de ti. ¡Pues no faltaba más!

—No me atrevo, Bermudo; no me atrevo—murmura Arias, arañándose las mejillas.

—Dime dónde vive, y yo la robo y te la traigo aquí. ¡Lo juro por mi salud!

—Calla, bárbaro. ¿Qué sabes tú de estas cosas?

—¡Te juro, Arias, que te la traigo aquí cuando tú quieras!

IX

¡Oh noche venenosa! Cada estrella
es una gota de veneno.
Cada estrella es la rubia simiente
de un mal pensamiento.
Matriz lóbrega de los crímenes todos:
del estupro, del adulterio,
del homicidio, del robo,
de la cobardía y del miedo.
Noche enemiga de los humildes,
alcahueta de los perversos.
Origen de todos los males,
porque, acogidos a su seno,
animales y hombres se ayuntan,
y, encendidos de un furor ciego,
perpetúan la vida en la tierra.

Suena la esquila del convento.
Es hora de maitines. Pasan
los santos monjes a sus rezos.
«De los pecados de la noche,
¡líbranos, Señor y Dios nuestro!
¡Que cante el gallo matutino
y caiga Lucifer al infierno!»

Ki-ki-ri-ki.
Amanece otro nuevo día.
Pero alguien ya no podrá verlo.

Conforme avanzaba el verano, además del palique de la tarde, Merlo solía venir por la noche a hablar por la reja con Dominica. Una tarde, de las últimas de agosto, en que, por raro caso, se hallaba en el salón toda la familia de los Limones, al tiempo de despedirse dijo Merlo:

—Esta noche, después de cenar, tengo que ir a casa de la viuda de Candelero, que ha llegado del campo, con su hija.

—¿Han vuelto?—preguntó don Enrique.

—¿Cuándo han llegado?—preguntó Arias.

La niña de Candelero era la mujer por quien Arias andaba fuera de sí. Había averiguado su nombre poco antes, casualmente.

—Según parece, esta tarde—respondió Merlo—. Me escribió la viuda, citándome con urgencia para esta noche. Es cuestión del pleito que tiene con su hermano. Dice que me trae no sé qué datos y pruebas. Como mujer vieja, es liosa e impaciente.

—Pero es rica y dispone de más de cien votos—comentó Fernanda.

—Precisamente en tu distrito, Próspero—agregó don Enrique.

—Es rica y avara. Por no gastar, ni criados tiene. Vive sola con su hija.

—¿Solas?—preguntó Arias, con sorpresa y anhelo.

—Completamente solas, a lo que entiendo—respondió Próspero.

—Gracias a la exquisita tutela de los Limones dos mujeres pueden vivir solas y seguras en Guadalfranco, aunque sean ricas—aseveró don Enrique.

Después de una pausa, añadió:

—Me parece haber oído que la hija es monísima.

—Yo, si les he de ser a ustedes sincero, no he reparado en ella—declaró Merlo, dedicando una ojeada propiciatoria a Dominica.

Se despidió.

Al día siguiente, la viuda de Candelero y su hija aparecieron en su casa asesinadas, cosidas a puñaladas. La hija tenía veintisiete heridas y presentaba señales evidentes de haber sido forzada. En la casa se encontraron el abanico de enea, el bastón y otros objetos que pertenecían a Merlo. El sereno declaró que había visto a Merlo salir de la casa cerca de la medianoche.

Próspero Merlo fué reducido inmediatamente a prisión; de público se atribuyó al crimen un móvil político. Promovióse en la ciudad una algarada. La muchedumbre se dirigió airadamente al palacio de los Uceda, a los gritos de «¡Abajo los Limones!» «¡Mueran los Limones!». Fué menester guarnecer el palacio con tropas de la Guardia Civil.

Dominica cayó enferma. No consentía a nadie a su lado, sino a Arias. Lloraba sin consuelo.

—Pero ¿tú crees, Arias, que es posible? ¿No estoy soñando? ¿No es una terrible pesadilla? ¡Despiértame, Dios mío, aun cuando sea un despertar en la sombra de la muerte!—sollozaba Dominica, con voz desfallecida.

—Estoy cierto que Próspero no ha sido—respondió Arias—. No lo digo por darte ánimos. Estoy cierto que no ha

sido. Debe de haber alguna funesta equivocación. Pero no temas. Ya que no descubrirse lo que haya pasado, que esto lo reputo demasiado misterioso, por lo menos todo se arreglará con las influencias de Madrid.

Don Enrique recibió también el golpe en medio del corazón.

—Esto se ha acabado, Fernanda. Se ha acabado todo. He acabado yo, porque este disgusto me quita la vida. Se ha acabado nuestro predominio en Guadalfranco. Se ha acabado todo. ¡Pobres hijos míos; fuerte e inteligente Fernanda, dulce Dominica, Arias, débil y candoroso!

—No, papá, no—repuso Fernanda con entereza—. En último término, ¿qué tenemos nosotros que ver con ese miserable de Merlo? Felizmente no estaba casado con la pobre Dominica. La desgracia es sólo de Dominica, y nuestra, por lo que nos toca en el alma. Pero catástrofe política, ¿por qué?

Merlo, desde la cárcel, escribió a don Enrique una epístola prolija y enfática, donde protestaba de su inocencia, aguardaba que Dios desenmascararía los verdaderos criminales, y, entre tanto, impetraba humildemente el amparo de don Enrique, en cuyas manos todopoderosas colocaba su causa. Don Enrique estrujó la carta con furia, masticando dicterios contra el astuto y carnicero Merlo. Arias salió a defenderle, con tanta pasión y arte, que don Enrique y Fernanda se dejaron convencer. Don Enrique dijo:

—Concediendo que sea inocente, ¿qué podemos hacer?

—Revolver Roma con Santiago, emplear toda la influencia en Madrid para echar tierra sobre el asunto y poner a Merlo en libertad.

—Eso es imposible. Lo primero es descubrir al criminal.

—No; lo primero es arreglarlo en Madrid.

—Hijo mío, ésa es pretensión superior a mis fuerzas, que ya me van faltando. Te la encomiendo a ti. Vete a la corte. Usa de cuantos medios te sugieran tu juventud y tu ingenio. Vas en mi nombre, y es como si fuera yo en persona.

—¿Yo? No sirvo para eso, papá... —replicó Arias, indeciso, con la cabeza baja.

—Servirás si te lo propones. Alguna vez has de comenzar. A mí me quedan pocos días de vida. De ti depende vuestro propio destino, el tuyo y el de tus hermanas. Piénsalo bien.

Dominica escribió a Merlo que no le creía homicida y que le amaba más que nunca. Pasaban los días. El juzgado instruía el sumario. Todas las pruebas estaban en contra de Merlo. La ciudad bullía con manifiesta exasperación. Había alborotos frecuentes. Murmurábase que los Limones urdían cohechar la justicia.

Dominica continuaba en cama, enfermando más y más. Don Enrique se amilanaba día por día. El tímido y perezoso Arias dilataba su viaje a Madrid. Pasaron así tres meses. En esto, don Enrique falleció.

X

En principio era la sombra:
la sombra letárgica y caótica;
un anonadamiento; la nada cóncava.
No había colores ni formas.
Surgió el verbo. Surgió la voz maravillosa.
Y con la voz se hizo la luz, aparecieron las [cosas.
se desplegó la acción, nació la historia.
Se hizo la luz, con dolientes congojas.
Todos los alumbramientos dejan las entra- [ñas rotas.
Se hizo la luz. Se ve la sangre roja
sobre el cuerpo virginal que se desploma.
Y, no obstante, había noche tenebrosa.
Porque la luz era el verbo dentro de la som- [bra

Caía la tarde. La sombra iba embebiendo y saturando la alcoba de Dominica. Como si la sombra se adensase, cuajándose de improviso, apareció Arias, silencioso, alterado, estremecido.

—¿Qué tienes, Arias?—preguntó Dominica, incorporándose en su lecho.

Arias se sentó a los pies de la cama.

—Tranquilízate, Dominica. Tranquilízate y deja que yo me vaya tranqui-

lizando. Necesito hablarte. Dame un poco de agua.

Dominica ofreció a su hermano un vaso de agua azucarada que estaba en la mesa de noche. Arias prosiguió:

—Dominica, sabes bien cuánto te quiero; cuánto te he querido siempre. No puedo consentir que seas desgraciada. Vas a casarte con Próspero. Vas a casarte inmediatamente. Le pondré hoy mismo en libertad.

Dominica escuchaba sin clara conciencia de lo que oía. No pudo reprimir un movimiento impaciente. Prosiguió Arias:

—Aguarda unos segundos, y se esclarecerá tu alma. Desde aquí iré ante el juez, a quien declararé que yo asesiné a la viuda de Candelero y a su hija.

Dominica se inclinó a coger a su hermano por las muñecas.

—¡Arias! ¡Arias! ¡Arias! ¿Deliras? ¿Estás loco? ¿Qué vas a hacer, hermano? ¿Quién te creerá? No acepto tu sacrificio. Yo te desmentiré. Todos verán que lo has inventado. ¡Despierta, Arias, despierta!

—Ten calma, Dominica. No es sacrificio. No es invención. Es la verdad.

Se hizo la noche en la alcoba. Arias se había hundido en la oscuridad, una oscuridad que parecía ya eterna. Dominica le oía solamente como si la voz de Arias llegase desde otros mundos. Su voz ya no era la voz amada y familiar.

—Las asesiné yo, ayudado por Bermudo. El sereno que nos abrió, poco después de haber salido Próspero, confirmará mi declaración. No sé cómo fué. Yo estaba insensato. No era yo mismo. ¿Te acuerdas del pobre Delfín cuando quise matarlo? Pues lo mismo. Cuando entré en la casa no iba con intención de matarlas. ¡Lo juro por el amor que te tengo! Después, durante el primer mes posterior al crimen, me olvidé de que había sido yo. Cuando oía hablar de la cosa horrible, establecía en mi espíritu vagas relaciones, como entre nieblas, o como si lo hubiera soñado. Llegué a pensar que lo había soñado, que el sueño se me imponía como realidad, que mi razón desvariaba... Tuve miedo. Ayer le pregunté a Bermudo: «¿Has soñado, Bermudo?» No le pregunté nada más que esto. Bastaba. Bermudo me dijo que no con la cabeza. Ahora todo se me presenta claro otra vez, como de bulto. ¡Sí, es verdad!—continuó después de una pausa—. Yo estaba enamorado de esa mujer. Enamorado no es la palabra. Más que tú de Merlo. Más, porque tu amor recibía como compensación otro amor semejante al tuyo. Y el mío era un amor imposible. ¿Imposible por qué? ¿Qué sé yo? Era algo superior a mi voluntad. No me atrevía a declarárselo. Intenté escribirle mil cartas, y todas las rompí. Quise mirarla, por dárselo a entender, y no podía, hermana, no podía, no podía. Sólo ante la sospecha de que ella no me quisiese, la sangre se me helaba y luego se me arremolinaba en las sienes, en los ojos, me daba sabor en la lengua. Ni siquiera me atreví a preguntar a los vecinos quién era y cómo se llamaba. A mediados del mes pasado se marchó de Guadalfranco. Entonces fué cuando Bermudo se enteró de que era la hija de la viuda de Candelero. Todas las noches, Dominica, todas las noches he ido a su puerta y me he echado en tierra a besar el umbral en donde ella pisaba, y he besado las rejas de su casa más veces que estrellas tiene el cielo.

Otra pausa:

—Aquella noche estuvimos espiando que Próspero saliera. Primero pensé llamar con los nudillos en la ventana. En seguida mudé de parecer. Lo mejor era entrar. Pero en tanto me decidía o no, pasó algún tiempo. Nos abrió el sereno. Entramos. Como no conocía la casa ni iba como van los salteadores, encendí una cerilla, seguimos zaguán adelante y subimos las escaleras. En lo alto asomó ella. Estaba en camisa. Desde donde nosotros estábamos se le veían las piernas. Yo adiviné al punto que Lola (no sé si te he dicho que se llamaba Lola) iba a huir, a salir a la ventana y despertar a los vecinos. «Sujétala», ordené a Bermudo. Le estoy viendo. Bermudo saltó como una alimaña, la trincó por detrás y le tapó

la boca. Corrí a sostenerla yo mismo con mis brazos. Era tan suave, tan tibia, tan dulce... Aún se me derriten las entrañas al recordarlo y siento que todavía la tengo entre mis brazos. La fuí cubriendo de besos, y porque no gritase, le besaba y le mordía los labios al mismo tiempo. Todo esto era a oscuras. Yo iba perdiendo la razón. No fuí dueño de mí. Requerí la ayuda de Bermudo, y así sacié mi deseo. Apenas me daba cuenta de nada. Desde el fondo de la casa llegó la voz de la madre. Decía, aún la estoy oyendo: «Pero, Lola, ¿qué haces? ¿En dónde estás?» Y como nadie le respondió, vino en seguida. Traía una palmatoria en la mano. Quedóse muda. Cayó la vela al suelo, pero siguió ardiendo. Me vi perdido. El mundo se me echaba encima. Yo mismo saqué la navaja del bolsillo de Bermudo y asesté una puñalada a la vieja. Lola se había incorporado. Estaba como a cosa de tres pasos de mí. Me escupió y se lanzó después sobre mí, como para sacarme los ojos. Todo sin decir palabra. En todo el tiempo no dijo una palabra. Jamás llegué a oír el sonido de su voz. Si hubiera hablado, creo que no la hubiera matado; se hubiera hecho la luz. Pero no habló, no habló. Antes de que me alcanzase, ya tenía la navaja hundida en el pecho... Y así muchas veces, muchas veces, muchas veces...

Y la sombra densa que colmaba el aposento estaba para Arias y Dominica poblada de visiones.

—Yo nunca he deseado mal a nadie. Mis ambiciones eran generosas, nobles. ¡Cuántas veces me he sentido enfermo porque el corazón no me cabía en el pecho! ¡Me ahogaba este corazón tan grande y violento! He sido perezoso porque sabía que jamás llegaría a ejecutar acciones tan altas como yo anhelaba. ¿Por qué maté a Lola? ¿Cómo la maté?... Salimos Bermudo y yo de la casa. No nos hablamos. Vinimos a acostarnos. Yo dormí como un plomo. Al otro día se me había olvidado todo. Cuando recibí la noticia del crimen, creí recordar confusamente. Dije entre mí: «Luego negarán que los sueños son verdad», creyendo haber tenido en sueños el presentimiento. Y así viví muchos días. Pero todo se ha concluído ya. Adiós, Dominica. Sé feliz. Cásate con Próspero. Adiós, Dominica.

Arias besó en la frente a su hermana, que se hallaba yerta de espanto, y salió corriendo. Dominica quiso arrojarse a detenerle. Cayó sin sentido al pie del lecho.

Merlo fué puesto en libertad, pero no se casó con Dominica.

Le escribió una esquela que, al pie de la letra, rezaba así:

«Comprenderá usted que, después de lo sucedido, para mí ha dejado usted de existir.

Próspero Merlo.»

Frente a tanto infortunio, Dominica concentró sus energías y se sobrepuso a la adversidad.

El proceso judicial duró más de un año. Arias y Bermudo fueron condenados a muerte. Al conocer la sentencia, Fernanda y Dominica fueron a la cárcel a ver a su hermano por última vez y luego se ausentaron de Guadalfranco.

XI

Brilla el sol con un nuevo hechizo.
Tañe la campana argentina.
Es la campana del bautizo.
Llora de gozo la madrina.

De pronto el cielo se ha nublado.
Repica el fúnebre esquilón.
Tañe por un ajusticiado
la campana de la prisión

Apuremos el vaso colmado
con el vino color de miel.
En el fondo del vaso hay guardado
sabor de cicuta y de hiel.

Tan-tan. Tan-tan.
Las campanas en los campanarios
anuncian al caballero blanco.
¡Oh misterioso arcano!

Tan-tan. Tan-tan.
Las campanas en los cementerios
anuncian al caballero negro.
¡Oh sombrío misterio!

Aquella mañana desperté sin que nadie viniera a despertarme. Otros días acostumbraba traerme el desayuno a la cama una de las criadas de doña Trina, la *Prisca,* moza alcarreña, de rostro esférico, cogote cúbico, torso cilíndrico y faldamento cónico. Con estos calificativos geométricos quiero dar a entender que la *Prisca* no daba impresión de criatura racional, ni aun irracional, como otros ejemplares que cumplen en los oficios domésticos. Era más bien una cosa en cuya forma aparente se representaban ciertos caracteres simbólicos: la solidez, la exactitud, la fortaleza, la regularidad. Venía a ser como la cristalización de aquellos agentes oscuros, benéficos e irresponsables que hay en la Naturaleza para el servicio del hombre.

Miré el reloj. Era cerca del mediodía. Tenía ordenado que me trajeran el desayuno a las ocho. Tiré con furia del cordón de la campanilla. Acudió la *Prisca.* En la esfericidad de su rostro se insinuaban algunas arrugas o convulsiones errantes, a manera de rasgos faciales que un sentimiento humano sacudiese. Sin estar seguro de acertar, interpreté las muestras expresivas como manifestación de contento. La novedad disipó mi enfado.

—Explícate, *Prisca.*

¿Explicarse *Prisca?* Pues no pedía yo nada...

—¡Ea!, *Prisca,* ayúdame a entender.

Prisca agitó los brazos, riéndose con acometidas nerviosas y aflautadas. Luego me impuso silencio. Escuché. En el pasillo oíase apresurado taconeo. *Prisca* llenó el buche de aire y disparó a decir:

—La Mariquita tiene dolores—y rió nuevamente, a su estilo.

—Pues no veo que sea cosa de risa el que tenga dolores la Mariquita.

Pero *Prisca* persistía en reírse. Me quedé mirándola. No era propiamente una risa de hilaridad. Era una risa cordial, de emoción.

—Te adivino, *Prisca,* te adivino. Deseas comunicarme que ha llegado el momento en que la Mariquita va a tener un hijo.

Prisca asintió con la cabeza.

Me levanté. Me vestí. Salí al pasillo, en donde crucé con doña Trina, que iba como transfigurada, y no me hizo caso. Salí luego a la calle y no volví hasta la hora del almuerzo. El alumbramiento de Mariquita se presentaba laborioso. La comida de aquel día dejó bastante que desear. Los criados andaban de aquí y acullá, sin punto de vado, a las órdenes de doña Trina, como si no hubiera huéspedes en la casa. Nosotros mismos pusimos la mesa, trajimos las cazuelas de la cocina y nos servimos a la usanza de los figones. La charla, naturalmente, versó todo el tiempo sobre el trance en que Mariquita se hallaba. Por este motivo nadie se percató de que las dos enigmáticas señoras no habían acudido al almuerzo.

Mariquita dió a luz un niño, feliz y trabajosamente, a las seis de la tarde. La comida de la noche estuvo mejor atendida. Tampoco aparecieron las señoras enigmáticas, ni se echó de menos su falta. Era un sábado.

Antes de acostarme leí los periódicos de la noche. Todos publicaban, por lo menudo, la muerte en garrote vil de Arías Limón y Uceda y su criado Bermudo. La lectura me transió de horror. Desde tiempo inmemorial no se habían verificado en Guadalfranco ejecuciones capitales. Hubieron de emplear para el caso un verdugo improvisado e ignorante de sus deberes, un mal aficionado de verdugo, que prolongó la agonía de los reos por espacio de una hora. La población entera cercaba la prisión, en tanto ajusticiaban a los dos reos. Como tardasen en arbolar la bandera negra, signo de que ya estaban muertos, la muchedumbre se amotinó y quiso tomar la cárcel por asalto. Al izar la bandera fúnebre, el motín se agravó. Temían los amotinados que se les hubiera engañado. Recelaban que se hubiera fingido la ejecución para luego poner en salvo al hijo del aborrecido cacique, procurándole la huída a Portugal. Por cerciorarse, derribaron la puerta de la prisión y, uno por uno, todos los habitantes de Guadalfranco fueron viendo con sus propios ojos a los dos ahorcados.

Quiénes los ultrajaban, quiénes se mofaban, algunos los escupieron en el rostro.

En el almuerzo del domingo, doña Trina agasajó a sus huéspedes con un principio extraordinario, frutas de sarten, dulces de confitería, vino de Jerez y copitas de coñac. Las dos señoras desconocidas (desconocidas para los demás huéspedes, no para mí) asistieron al almuerzo vestidas de luto. El diputado por Colmenar de la Oreja tenía consigo, como invitado, a un novillero catecúmeno, apodado *Huevillos VII*, y se mostraba muy engreído con semejante amistad y compañía. Nos vaticinó, con singular aplomo y jactancia, que, «a la vuelta de muy contados meses, *Huevillos VII* se iba a comer crudos a *Bombita* y al *Machaco*». El jefe del partido republicano de Tarazona, de barba ubérrima y bipatirta, como teta de cabra, manifestaba aquel día la susodicha barba particularmente tupida y voluminosa, algo así como una buena ubre momentos antes del ordeñe. Todos empinaban el codo con gentil frecuencia. Todos hablaban y reían a un tiempo. Todos hacían votos fervientes por la salud y felicidad de Mariquita y el recién nacido. Una vez que doña Trina surgió en el comedor, todos se levantaron a ovacionarla y aclamarla. Todo allí era jubilante, bullicioso y gárrulo.

Pero las dos damas desconocidas no levantaban los ojos del plato y apenas si llevaron bocado a la boca.

De sobremesa hubo un minuto de silencio y fatiga. Don Raimundo Perejil, el canónigo, que estaba en aquellos momentos con el brazo apoyado en la mesa y la frente en la mano, comenzó a hablar, meditabundo:

—Lo que es la vida. Nosotros tan alborotados. Y, sin embargo... ¿No han leído ustedes en los periódicos la ejecución de Guadalfranco?

—Ha sido una sanción pistonuda —entró a decir el jefe republicano, con frase nada tribunicia—. Les estuvieron apretando el gañote más de una hora, y los malditos no querían estirar la pata.

Las dos señoras enlutadas se pusieron en pie precipitadamente y salieron con vacilante andar. Alcanzaron a oír todavía la última frase del hombre de la barba ubérrima:

—Por supuesto. Les está bien merecido. Eso es lo que hay que hacer con todos los caciques.

Doña Trina se puso pálida. Comenzó a hablar, tartajeando:

—¿Es que... ustedes... no sabían... que esas señoras son las hermanas de Arias Limón y Uceda?

A todos sobrecogió mortal estupor, menos al republicano, que atizó un puñetazo en la mesa, emboscó entre las cejas los ojos y dijo con feroz acento:

—¿De modo que esa mosca muerta, la más vieja, es la que llaman en los papeles «la Tía cacica», la peor de todos los Limones? ¡Qué lástima no haberlo sabido antes, para soltarle un ex abrupto. Como que a ésa también la debieron ahorcar. Y a la otra mojigata, que, al parecer, era encubridora. ¡En este país no hay justicia!

FIN DE
«LUZ DE DOMINGO»
Y
«LA CAÍDA DE LOS LIMONES»
DE
RAMÓN PÉREZ DE AYALA

EMILIANO RAMIREZ ANGEL

(1883-1928)

EMILIANO RAMIREZ ANGEL

NOVELISTA, *poeta y periodista. Nació en Toledo y murió en Madrid, ciudad de sus amores y de la que siempre se consideró hijo. Y Madrid le cuenta entre sus más preclaros panegiristas. En 1907, su novela* La Tirana *le consiguió una rápida celebridad. Dirigió revistas y colaboró en las más importantes de España. En 1924, un artículo suyo,* El balcón de los pájaros, *consiguió el «Premio Mariano de Cavia», la más alta distinción para periodistas españoles. Y la Real Academia Española otorgó el «Premio Chirel» a su libro* La Villa y Corte pintoresca. *Nadie como Ramírez Angel hizo tanta poesía con las cosas y los sucesos madrileños más sencillos e intrascendentales.*

Novelas: Después de la siega—*1908*—; La voz lejana; Penumbra—*1911*—; La tragedia del comedor; Los ojos abiertos—*1916*—; Los ojos cerrados—*1923*—; Vuelos de golondrinas; Uno de los dos—*1926*—; Ella y él se buscan...

DE CORAZON EN CORAZON

I

EN el aire húmedo de la noche las tres voces sonaron diáfanas, precisas.

—Hasta mañana, doña Mercedes.

—Adiós, mujer. Anda, cierra ya, que hace fresco.

—Vaya—gritó don Juan embozándose rápido en la capa y formando con ella un cucurucho rematado por el sombrero—; vaya, que descanséis. Buenas noches.

Don Juan, su mujer y Elena echaron a andar calle abajo. La puerta de la casa se cerró sin ruido, y en la cerradura quedó preso un diminuto redondel de luz.

La vieja ciudad llevaba durmiendo dos horas largas. Al revés de las grandes capitales, ni era trasnochadora ni se estremecía hasta cerca del alba, entre suspiros de luz y bacanales noctámbulas. Los serenos se aburrían en el quicio de los portales, repasando un grasiento periódico o chupando perezosamente un cigarrillo. La vieja ciudad estaba hecha a una vida discreta y mansurrona, y solicitaba con fiebre tempranera el halago del sueño. No había que correr mucho para advertir prestamente este recogimiento misterioso de las calles, este lucir agónico de los farolillos, esta sonoridad rara de las aceras, donde no había pisada, a ciertas horas, que dejase de parecer tardía y alarmante.

La casa de doña Mercedes, estrecha y bajita, revocada de amarillo y cuarteada de grietas, hallábase como apretujada entre dos edificaciones recientes y orgullosas que lucían su vestido nuevo de ladrillos rojos con una correcta formación de balcones chiquitos y cucos. Decrépita y malamente atendida, parecía que iba a derrumbarse en un desmayo de sus muros, desmayo muy de casa vieja que se conmueve románticamente oyendo la triste canción de las centurias que pasan. Bajo su alero, saliente y negro, habían vivido muchas familias de gorriones. Las maderas carcomidas conocían de sobra cómo suenan las piadas de la primavera y las lluvias del invierno, y, oyéndolas, se habían tornado negras, con una negrez más melancólica a medida que los soles de los veranos sucesivos iban luciendo con insolente obstinación.

Esta casa, al lado de las otras modernas y presumidas, cerraba la plazoleta, única verdaderamente espaciosa de la ciudad. En seguida abríase una calle ancha al principio, que bajaba en tortuosa curva, estrechándose de tal suerte al final que parecía que las aceras y los balcones fronteros se habían enamorado y concluían por unirse en un beso fraterno de bohardillones con tiestos y caras de mujer. La calle era larga, y a la primera curva seguía otra un tanto violenta, como si los edificios hubieran sentido en remota fecha dolorosa convulsión. A lo último y a mano derecha, lucía un farol sostenido por un brazo de hierro, hasta donde trepaba una enredadera ociosa que en una reja rasante con la acera se apoyaba; y junto al farol había un azulejo con un número, y bajo el azulejo, un portal ancho, donde se acurrucaba la sombra para pasar la noche. Entrando por este portal, a la izquierda, se hallaba la vivienda de don Juan y los suyos.

Los pasos de los tres caminantes sonaban con ritmo acelerado. Primero, los graves y recios de don Juan; después, los más desiguales y tenues de su mujer, doña Raimunda; por último, los ligeros, menuditos, de Elena.

—¡Pobrecillos! —exclamó doña Raimunda prosiguiendo en voz alta algún monólogo comenzado imaginativamente—. Me da no sé qué pensar cómo han quedado.

—Y Fernando, ¿qué va a ser de él? —murmuró Elena al través del pañuelo con que preservaba su boca de aquel airecillo marzal y traidor.

—Ahora sabrá lo que es el tener padre—sentenció don Juan, asomando la nariz roja y los bigotes escarchados por encima del embozo. Salíale de las ventanas nasales una humareda sutil, que parecía más espesa cuando pasaba bajo la lividez de algún farol.

Callaron los tres como escuchando la voz de cierta meditación unánime. Y entonces sonó un reloj lejano; uno de esos relojes que de noche parecen más viejos, más desconocidos, y que en las grandes poblaciones no se oyen casi nunca.

—¡Me ca... igo y me levanto!—musitó don Juan. Era su exclamación favorita, la que él consideraba como la más biliosa y la más inofensiva. Exclamación muerta, pasiva, que era nuevo ímpetu en sus alegrías y rotundo apóstrofe en sus contrariedades—. ¡Si son las doce ya!

Instintivamente apretaron el paso los tres. Don Juan iba del brazo de su señora, bajo el calorcillo de la capa; Elena, alta y ligera, caminaba delante. Aprisionaba sus crenchas con una *nube* crema y llevaba las manos en los bolsillones costeros de su abrigo, un poco viejo. Proseguía el silencio. Elena, pensativa, iba mirando las losas de la acera, más blancas en aquella noche despejada de marzo.

A la derecha, libre aquella parte de casas, limitada la calle por un barandal de hierro, divisábase la parte más baja de la población, la barriada, misérrima y confusa, de las afueras. Era un hacinamiento de viviendas chatas, feas, sucias, que blanqueaba medrosamente a la luz temblorosa de las estrellas. Desde una de las ventanas del patio de su casa, Elena veía un trecho de este caserío, que aún conservaba en sus tejados, en sus muros, en su laberíntica simetría un rezago del alma árabe. Más allá, como huyendo

de estas lobregueces y estas mezquindades, corría una doble hilera de morales y acacias, y siempre rebrillando mortecinamente, pasado aquel montón de tejadillos y callejones donde algunas luces parpadeaban como perdidas, insinuábase el río, ancho, sereno, con sus márgenes distantes, en cuyos bordes crecían algunos zarzales y se levantaba tal cual álamo blanco. El río, caudaloso, traidor, de apariencia inofensiva, pasaba lejos de las últimas casas de aquel arrabal, pero el rumor clamoroso de sus aguas percibíase distintamente. A la izquierda, en lo alto, como empinándose para mirar mejor la pobreza de los barrios extramuros y burlarse de la colérica serenata del río, hallábase la ciudad con sus callejuelas retorcidas y estrechas, y aquellos palacios ruinosos y nutridos conventos ante cuyos portalones un siglo caballeresco miraba aún de soslayo.

—Doña Raimunda continuó:

—Yo, créeme, Juan; lo siento solamente por Mercedes. ¡Pobre mujer! La verdad es que nunca supuse que pudiera ocurrir en tan pocos días una desgracia así. Porque Enrique estaba muy fuerte aún, ¿verdad?

—¡Oh! ¡Ya lo creo! Siempre fué lo mismo. En el regimiento era el más decidor, el más borricote. Y eso que, ya ves tú qué rarezas, cuando sirvió conmigo, a poco de ascender a sargento, aún seguía así de finito.

Y sacando don Juan la diestra de debajo de la capa, irguió ante los ojos húmedos de su mujer el dedo miñique.

—Luego, sí—continuó don Juan—; luego empezó a engordar de una manera asombrosa. Y así ha seguido muchos años. La verdad es que... ¡me ca... igo y me levanto! ¡Quién lo iba a decir!

Aludía a «aquello», al caer en la cama como herido del rayo, al respirar ahogándose, al cerrar los ojos una vez y no tornar a abrirlos. Todo esto en menos de una semana, tan inesperado, tan de pronto, sin el consuelo de una enfermedad dilatada que, aunque merma los ahorros, prepara el ánimo para recibir la sensación tremenda. Don Juan sentía que se le enturbiaban los ojos.

¡Ah, aquel Enrique de antaño, el camarada del regimiento, el amigo rudo y noble, mano ancha, de escogido; que es caricia en ciertos trances y es asidero, sostén, en otras! Era el último rezagado de una generación fuerte y bondadosa que ya no volvería más.

—¡También te digo que p u e d e s echarte a buscar ahora un amigo que te dure veintitantos años!

Elena se volvió hacia don Juan.

—¡Ay, papá! Tú también tienes la manía de tu época. Como si ahora no hubiese tan buenas gentes como antes.

—¡Quita de ahí, mujer! Ni para descalzarnos. Lo tengo dicho muchas veces: en el cuartel hay muchas amarguras y miserias; pero amistad que atrapas, amistad que se te hace vieja en el pecho. Que te diga, que te diga tu madre cómo ha sido el pobre Enrique con nosotros. Lo que no me cabe en la cabeza es qué diablo hizo este hombre para tener el hijo que tuvo. ¡Es que ni la sombra! Bien dicen que de una oveja blanca sale un cordero negro .. No, y a mí que no me digan; Fernando ha matado a su padre con esa conducta suya tan..., ¡no sé cómo calificarla! ¡Sí, señor; lo ha matado!...

Como un estribillo trágico, aquellas palabras se dilataban en el cerebro de don Juan, a lo largo de sus melancólicas evocaciones. El chico era una mala cabeza, sin seso y sin tanto así de la dignidad y vergüenza que su padre tuvo toda la vida. ¡Ah! Pues como no se enmendara ahora, iba a quitar de en medio a su madre, y en seguida.

—Pues a mí me parece que Fernando...—insinuó Elena.

—¡Tú qué sabes, muchacha!—afirmó, destosiendo, don Juan—. Vosotras no veis nunca más que el lado bonito de las cosas: el más falso, precisamente...

Habían llegado a la casa. La luz del farol trazaba sobre el muro un rectángulo temblón, de cuyos cuatro vértices surgían otras tantas barras de sombra

que se esfumaban en la oscuridad. Chirrió la puerta, y un suspiro húmedo hizo chirriar la llama de la cerilla que don Juan se había apresurado a encender.

Toda la noche, insomne y afligida, pasó Elena en su alcoba. No era sólo la reciente desgracia de los amigos queridos, la yerta visión del ausente, el chisporrotear medroso de los cirios, ese aire frío que aventan las alas de la muerte. Era algo más, que pecaba de impreciso, de inquietador en fuerza de aparecer tan vago.

Cuando al día siguiente Elena y su madre se encaminaban hacia el cuarto sombroso de doña Mercedes, las sentenciosas palabras de don Juan zumbaban en el oído de la muchacha como un *ritornello* implacable: «Vosotras no veis nunca más que el lado bonito de las cosas; el más falso, precisamente...»

Su monólogo le ofrecía reproches, pero le proporcionaba disculpas. ¡Bah! Cosas de su padre. Ella era así y no podría parecer nunca de otro modo. Aparte de que juzgaba que el buscar el lado bonito de las cosas, el arrancarles una risa o beberles un suspiro, era vivir bajo la tiranía de esa hada buena que se llama juventud. Para eso su padre era cincuentón y gruñía por nada y miraba, mejor, se empeñaba en mirar a la vida con una torvedad inexplicable. Los viejos, que ya han gustado copiosos acíbares, tienen la funesta obsesión de mirar a las palabras por el reverso.

Las dos mujeres marchaban calle arriba, a la hila de los edificios viejos, con sus muros de mampostería, por los que se deslizaba el sol, inflamando, al pasar, algunos hierbajos siempre secos que habían surgido, no se sabe cuándo, entre las junturas de las piedras. Los aleros, salientes y oscuros, recortábanse bajo el cielo azul y limpio, como lavado por los últimos chaparrones primaverales. De las puertecitas tenebrosas, a ras de la acera, brotan canciones, lloros de niños, golpes sordos de planchas sobre ropas que albean en la penumbra; repiquetear nervioso de un zapatero, montado en su *burro* de madera, entre cuatro paredes chiquitas cubiertas de *Lidias;* soplo gigante de fuelle, y saltar loco de chispas y claros sones de yunque, cerca de una mula que casquetea impaciente y de dos labriegos que fuman a la puerta.

Elena pensaba si estaría Fernando en casa. Casi nunca paraba en ella, y el caso es que por la calle no se le veía tampoco. «Es temprano; puede que le cojamos aún.» ¿Y para qué? La muchacha no lo sabía precisar; pero le gustaba que estuviera él siempre en su casa, lejos de los amigos locos y... tal vez de ciertas amigas. Además, aunque no charlasen de nada, aunque no se mirasen, aunque Fernando estuviese en su cuarto escribiendo o tumbado en el diván, Elena sentía una rara sensación de paz, y las visitas a aquella casa se le antojaban siempre harto breves.

Cuando doña Raimunda llamó a la puerta, sonó un carraspeo furioso en el pasillo, y Fernando, abriéndola, gritó:

—¡Adelante, adelante!... Ya iba mamá poniéndose cargante porque tardaban ustedes. ¡Oh! ¡Como si llorando pudiera arreglarse todo!

Allí estaba, al final de la sala, destacando, sobre el fondo borroso del cristal del balcón, su silueta afligida y negra de viuda inconsolable. Sobre la mesa, un portfolio de desnudos impúdicos abría sus hojas apaisadas, exhalando un acre olor de tinta de imprenta y de honda lujuria. Fernando le cerró precipitadamente; pero Elena conservaba ya la imprecisa visión de unos torsos enérgicos e inconfundibles de mujer.

—¿Qué hacías?—le preguntó.

—¡Pchs! Ojeando papelotes. Me aburría. Se nota demasiado la falta; es...

Advertíase que hablaba como un mal actor que no ha desentrañado bien el profundo alcance de su papel. «Se nota demasiado la falta...», y esto dicho con tono corriente, sin esa sordina que pone la amargura en la voz. Realmente, Fernando notaba poco esta falta: lo mismo podía referirse al padre benévolo, blando de carácter, a pesar de

sus efectistas enfurecimientos crónicos, que al mueble valioso desaparecido de la casa en una de las desbandadas que a veces inicia la miseria.

Chasquearon unos besos. Después las mujeres sentáronse junto al balcón, mirando abajo, a la plaza, sobre la cual gentes atareadas bullían sin pisar apenas los pedruscos, cubiertos de un barro fino. El cuarto era espacioso, pero el balcón pecaba de mezquino para dejar pasar el triunfo de aquel cielo azul, lleno de un sol inofensivo de primavera. Quedaba penumbra en los rincones, apagando el tímido rebrilleo de un marco de fotografía, la caja metálica de un reloj despertador que se pasaba el día dejando caer sobre el mármol de la cómoda un tic-tac febriciente, sin horadarle nunca. Y en un ángulo, apenas si se distinguía un ancho sillón con sus brazos extendidos y su panza tersa, como un viejo plácido que gozara su digestión al amparo de aquel claroscuro delicioso.

Doña Raimunda trenzó en seguida el palique con su amiga, un palique calmoso, hecho más bien con suspiros y silencios. Desde que doña Mercedes quedó viuda, madre e hija iban todas las tardes a acompañarla un rato. De noche permanecían juntas, silenciosas hasta que llegaba don Juan. Pero entonces Fernando se marchaba, no se sabe adónde, porque para ninguna de aquellas familias era un secreto el desvío, un tanto lindante con el rencor, que a don Juan y a Fernando les separaba. Ni uno transigía con el genio irascible y la poquedad de luces intelectuales, ni el otro con ciertas audacias y fatuidades que le exasperaban hasta lo indecible. Tenían la habilidad de esquivarse mutuamente para no producir una escena, mucho más dolorosa en aquellas circunstancias.

Las mujeres eran otra cosa. Hablaban con Fernando y hasta le reían ciertas aventuras que llegaban a conocer, bien por confesión jactanciosa del interesado, o por ajenas murmuraciones. Era este mozo la debilidad de doña Mercedes, su punto vulnerable de madraza, su admiración callada, oculta, de mujer que, a despecho de todo, ve a su hijo buen mozo, jaranero, muy aficionado a las hembras y habituado a una vida bohemia, tejida de atrevimientos, con tal cual zurcido torpe de sensatez. El «don Juan» eterno, gallardo, libertino, que no muere nunca en el alma femenina; ese «don Juan» que envuelve su corazón como una bandera de conquistador valeroso, y que de púberes les fascina y de viejas se ofrece perpetuado en el hijo, cual un amable jirón de su pasado.

Como viese Elena que su madre y doña Mercedes animábanse en la cháchara, se acercó a la mesa junto a la cual Fernando, recostado en el sofá, liaba un cigarrillo.

—¿No sales hoy?

El hizo un mohín dudoso. Después miró hacia el balcón, humedeciendo con la lengua el filete del papel de fumar.

—¿Y tu padre?

—Ya sabes, en la oficina. Ahora trabaja mucho, demasiado.

—Eso es bueno, chiquita. El dice muchas veces que el trabajo dignifica. Lo triste es que envejece pronto.

—¡Bah! Déjale. Ya le conoces—murmuró Elena, procurando desviar la conversación—. Tú también trabajarás algún día como él—añadió dulcemente.

Callaron. Era el silencio obligado de siempre apenas se veían juntos. La eterna pregunta irónica acerca de papá, las cuatro frivolidades de ritual, y después, el mutismo pesado, yerto, que parece romper la conversación de forma tal que no pueda recomponerse ni prolongarla. Era en estos instantes cuando Fernando chupaba vorazmente el cigarrillo, guiñando los ojos ante la humareda copiosa, tarareando por lo bajo algún *couplet* licencioso y regocijado que apestaba a mujerzuela.

—¿Qué cantas?

—Nada, chiquita. Cosas de Madrid.

Elena ya sabía a quién evocaba con aquellas palabras «cosas de Madrid». Por su cerebro, súbitamente entenebrecido, pasaban nombres caprichosos, musicales, de mujeres... Mujeres que no conocía, pero que se le antojaban perversas, atrayendo, como una vorágine

funesta, a todos los novios, y dejando solas y entristecidas en Madrid a las pobres nenas que soñaban con estar junto a ellos a todas horas. Fernando las habría conocido allá en sus correrías por la corte y Barcelona, en esos salones inmensos donde tal vez la orquesta ejecuta un histérico *can-can* y las mujeres, borrachas y casi desnudas, corren entre grupos de hombres enardecidos. Ella tenía siempre muy presente cierta lámina litografiada que vió una vez repasando aquel tomo de *Ilustraciones* que don Juan conservaba en su biblioteca junto a la *Ley Hipotecaria* y el *Alcubilla*. Además, Fernando, en momentos de alborozo, cuando él, en levantado tono, glorificaba a la vida ante las abiertas bocas y los ojos asustados de aquella mujeres, había hablado de estas noches de zambra, de estas bailarinas perversas, de estas *coupletistas* encantadoras y de las gentes mozas que pasan el día durmiendo y se disipan en un vivir noctámbulo, que peregrinea desde los esplendores de un *music-hall* al cuarto perfumado y discreto de una pecadora.

—¿No sabes, chiquita? Ahora voy a cambiar de vida. Tal vez me marche de este pueblo; acaso me quede en él. Pero es preciso luchar, hacer algo para merecer la consideración de esas gentes burguesas que, a los que nos pudrimos en la oficina, nos llaman vagos. Así no puedo continuar. Además de que mi situación, por desgracia, ha variado, como tú ves, bastante.

Sí; era preciso. Hablaba ahora quedamente, en una cariciosa transición, acercándose más a Elena, fundiendo su voz persuasiva, llena de esa suavidad que se pone en todo proyecto, con el olor acre de su aliento de fumador y de enfermo del estómago. La muchacha le oía sin lograr reprimir cierto nervioso desasosiego, como si el porvenir que la ambición de Fernando quería rasgar fuese para ella una ineluctable amenaza. El no hacía nada práctico con aquella vida anormal y viciosa; consumir sus energías, envejecerse, convertirse en uno de esos seres malditos que repudian en todos los hogares sanos y que se ven, en trances supremos, espantosamente solos. Había perdido a su padre, y aquella sombra de bondad y de amor que la muerte hubo de arrebatarle parecía que la llevaba dentro, oscureciendo su corazón, infiltrándole esa tristeza y esa soledad que anida en los lugares deshabitados... Estaba resuelto. Desde mañana, vida nueva. Lejos los amigos desalmados, lejos los lugares de perdición; lejos, más lejos, esos amores fáciles, esas mujeres vampiros que roban la buena fe y la pureza. ¿Sabía ella hasta dónde llegaban sus pensamientos? Pues con ser tan andarines y tan impetuosos, iban a caer, arrodillados, ante una mujer, ante una de esas novias dulces, todo ojos serenos, todo risa interior, todo ternura, que muchos hombres vulgares se llevan. El sentía ahora una envidia rencorosa hacia estos hombres. Le seducía el aquietamiento dichoso de ciertos hogares donde hay una lámpara que vierte su luz sobre la mesa redonda del comedor, en las friolentas noches invernales, y un chiquitín que se restriega los ojos llenos de sueño y una mujer que le coge en sus brazos y le mece y, cantando bajito, se le lleva a la cama...

Doña Mercedes y su amiga se habían levantado, y revolviendo unos papelotes en la inmediata habitación, proseguían cuchicheando. Fernando, silenciosamente, encendió el cigarrillo apagado durante aquel largo monólogo sentimental y aproximóse al balcón. Elena, despacio, levemente emocionada, se fué a su lado.

El sol, de color de tragedia, transfiguraba los tejadillos más grises y más altos. La gente seguía bullendo por la plaza. Percibíanse rumorosamente los pasos, las voces, ese estertor final que estremece las calles de toda población durante la hora soñolienta y mortal del crepúsculo. Sobre los cristales húmedos del balcón, Elena reclinó la mejilla, y aun en la semioscuridad de la tarde pudo distinguir Fernando una sonrisa incrédula.

—Hace mucho tiempo que no te veía tan romántico. Mañana a estas horas pensarás de otro modo, en el café, o en el Casino...

El denegaba con la cabeza. Lo había pensado bien, palabra de amigo. Quería buscarse una posición, un medio honrado para poder ganarse la vida; sacar, aunque fuera de entre el polvo y la vetustez de una oficina, limpia y radiante, una paz, una ventura. El removería papeles y expedientes lleno de la actividad de un iluminado que trabaja con la vaga ilusión de encontrar un idilio entre dos minutas. Y después, a atrapar la mujercita deseada; una mujercita como ella, como Elena, por ejemplo, resignada, amante, sin opiniones, pero con risa propia, que fuera en la vida del matrimonio como el subrayado de una palabra musical y olorosa.

—Tú te burlas, Fernando...

El insistía, exaltándose gradualmente. Oprimía las cálidas manos de la muchacha. Discretamente, como sabiéndose inoportuna, se marchaba la luz. En la oscuridad, el reloj nervioso seguía tictaqueando y el ancho sillón prolongaba su sueño.

—Lo que oíste, chiquilla. Una muchacha como tú. Esta mañana pensaba en ti. Tú te mereces un hombre bueno, trabajador, sano, muy sano. Voy a emprender una marcha por la vida para ver si hallo otra nena que pueda ser tu hermanita menor...

Elena se limitó a sonreír, con una sonrisa ancha, muy ancha, que salió de su alma y tuvo que achicarse hasta cubrir el rojo pálido de los labios. Miraba fijamente a Fernando. Intentó hablarle, y no pudo. El cristal del balcón filtraba en su mejilla una humedad bienhechora. Las manos de él y de ella seguían nerviosamente trenzadas.

—¿Y dices que vas a marcharte? —musitó al fin Elena.

—Eso he pensado. No lo sé aún. Precisamente te recordé esta mañana. Sin saber por qué, a mi decidido plan de cambiar de vida, de removerla desde lo más hondo, asocié el nombre tuyo. Y allá en mi cerebro, donde tantas ideas se levantaban y bullían y chocaban, tu nombre se estaba quieto, bien claro y preciso, como esperando...

Hubo entonces un insólito, un nervioso apretón de manos. Fernando estaba muy próximo a ella, como hundidos en el hueco menguado del balcón y cercados por la luz penosa del sol poniente. Elena iba a hablar, pero sobre sus labios cayeron mansamente los de Fernando, y apenas si la carne inició un susurro.

El cielo oscurecía rápidamente. Sonaban más claros, más inconfundibles, los rumores de la calleja empedrada. En el aire denso del crepúsculo brotaban, como flores maravillosas de luz, los mecheros de los faroles. En la habitación inmediata se inició un caminar tácito, y doña Mercedes penetró en la sala con un quinqué iluminado, seguida de su amiga.

—¡Mira, mira qué formales están! Bien podíais haber pedido luz o haberos venido con nosotras.

Fernando se retorcía el bigote, tarareando maquinalmente. Elena balbuceó unas frases, mientras doña Raimunda se ponía la mantilla. Colocado el quinqué sobre la mesa, llenando de claridad delatora la estancia, Elena se fué hacia la cómoda, como curioseando el reloj, y Fernando, junto al balcón, miró a la calle.

II

Calada la gorra, el cigarro sin lumbre bajo el recio bigote encanecido, tarareando el coro de los marineros de *Los sobrinos del capitán Grant*, don Juan aquella mañana iba de una habitación a otra, sosteniendo con la diestra una silla alta de paja.

Era su ocupación de todos los domingos. Dar cuerda a los relojes de su casa: el grande, encerrado en una caja estrecha y larga que allá, en el pasillo negro y sin luz apenas, movía lentamente su péndulo, rematado por un brillante redondel; el de madera negra que rimaba con su tic-tac tranquilo las comidas y las veladas a prima hora en el comedor; el chiquitín de la mesa de despacho, sostenido por dos pilares de mármol gris, bajo cuya esfera una grotesca rana, sostenida en un trapecio, subía y bajaba incansable, alternativa, mostrando la cómica

satisfacción de su bocaza, eternamente abierta. Estos relojes, grandes y chiquitos, apresurados o solemnes, conocían bien las manos escrupulosas de don Juan. Si su tictaqueo monótono hubiera gozado de la gloriosa polifonía de la voz, seguramente ellos dijeran con verbosidad muchachil cómo el buen oficinista les hundía en sus entrañas complicadísimas y sutiles la llave, que giraba con parsimoniosa atención, previa una lenta consulta entre las diferentes esferas y su *Roskoff* de bolsillo, cuyas manecillas marchaban fielmente al compás del reloj de la plaza de la Constitución de aquella vieja ciudad. El del pasillo, vetusto pero noble amigo del Tiempo, a cuyo caminar tácito ajustaba el suyo, era recuerdo de los padres de don Juan: el del comedor habiale correspondido en una rifa, y el del despacho, ya fabricado con arreglo a los modernos gustos, frágil, frívolo, como muy a propósito, no para contar los minutos, sino para dejarlos pasar inadvertidos, era regalo de Andresín Olivares, el escribiente de la Procuraduría donde don Juan, gracias a la agobiadora decrepitud del propietario, hacía las veces de sustituto.

Andresín, diligente y servicial, ayudaba a don Juan en su solemne operación. Todos los domingos, ya se sabía: a atender a los relojes y cuidar a los canarios, aprovechando las únicas mañanas que le dejaba libre la dirección y marcha del bufete. Ponía en ellos una escrupulosa atención, y si los relojes caminaban bien y los pajarillos saltaban ágiles, don Juan comenzaba desde entonces a gozar del domingo.

Aquella mañana, rápidos y charlatanes, trajinaban desde el pasillo al comedor y desde el comedor al despacho. Cuando, abstraído don Juan en corregir algún retraso, la lumbre del cigarrillo se apagaba—un cigarrillo contrahecho, requemado y apestante—, Andrés ya estaba dispuesto con un fósforo encendido. Y mientras Palacios, volviendo la espalda al reloj, se ponía casi en cuclillas para alargar los labios y succionar bárbaramente el pitillo, Andrés, con el brazo extendido, sosteniendo la cerilla, le contemplaba sonriendo vagamente, gozando con voluptuosa intensidad aquel rato de placidez en que don Juan se tornaba muchacho y daba suelta a su volandero buen humor en brazos de la más desapacible filarmonía. Ahora tarareaba desenfadados, locuelos compases de *Robinsón*.

—¿Qué tal día hace hoy?

Andrés miró hacia la ventana, mientras sostenía con los brazos la silla sobre la cual don Juan elevaba su silueta vulgar de oficinista. Un deslumbrante ramalazo de sol limpiaba la pared de enfrente, y aunque no se veía desde aquel rincón de piso bajo, adivinábase un cielo azul, diáfano, salpicado de las motitas oscuras de los gorriones.

—¡De primera, don Juan! Cuando salí de casa esta mañana, hacía casi calor.

—Sí, sí; no estás tú mal pájaro. Lo que tienes es gana de lucir el sombrerillo de paja y de ver la primera corrida de novillos. Con tal de presumir, os reís de la salud. Lo mismo dice Elena. ¡Pues no quería salir hoy con traje claro! Oye, ten un poco fuerte, que voy a bajarme. Un minuto y segundos iba retrasado.

Sujetó Andrés la silla, bajó don Juan y respiró ruidosamente. Había terminado. Quitóse la gorrilla, pasó la ancha diestra sobre la frente, se rascó un poco la nuca, según su habitual costumbre, y se acercó hacia la ventana, luego de haber llevado Andrés la silla por el pasillo.

—¡Ea, toma un cigarro, que bien lo has ganado!

Encendieron los dos, y sonrientes, satisfechos, prosiguieron atisbando la calle al través de los calados visillos. Querianse como padre e hijo. A pesar de las voces autoritarias y de las reprimendas de la oficina, don Juan, aquí en su casa, era otro, y en definitiva, después de sus réplicas y de sus voces, no tenía otra voluntad que la de Andrés, aquel muchachote honrado, un poco tímido, pero humilde y trabajador como pocos.

Era la hora del medio día. Al amanecer había lloviznado un poco; pero después los nubarrones grises corrieron presurosos, y ya como en vergonzosa retirada se diseminaban, abriendo claros boquetes azules. El sol empezó a lucir: un sol amarillo, tibio, enamorado de la población gris y caduca. Aún, al final de alguna calle, cierta gárgola quimérica vertía un hilillo de agua que caía sobre las piedras de la calle con plañidero sonsonete.

Por los arrabales, trepando sobre las casas oscuras, leprosas, la primavera avanzaba con sus ropas limpias, endomingada, buena. En un patio sucio, lleno de chiquillería legañosa y macilenta, un almendro abría sus brazos, mostrando la ofrenda de sus florecillas deslumbradoramente blancas.

Don Juan pensaba, ante aquella acera de enfrente, rebosante de claridad vivísima, en el paseo de la tarde. Ya, pasados los vientos locos de marzo, disfrutábase una temperatura bonancible, que llevaba más ruidosas piadas a las jaulas de los canarios y más oleadas de luz a los estantes, llenos de viejos papeles de la oficina. Prudente y un tanto aprensivo, aún le quedaba el temor, sin embargo, de un cambio brusco de temperatura, de uno de esos catarrillos pertinaces con que se recibe a la primavera, tan gentil y bonita, pero cortejada por un prosaico clamoreo de toses y estornudos. A pesar de todo, la indecisión era breve. Doña Raimunda y Elena gustaban de aprovechar cualquier sazón para escapar al campo o meterse en la barca, y río adelante, marchar de merienda junto a las ruinas del castillo de Galariana, sitio pintoresco y apartado, más allá de las últimas casucas de la población. Ya varios domingos habían salido, como todos los años, entre las protestas ardientes de don Juan, quien luego, al anochecer, tornaba alegre y conforme, jurando que «él no pensaba que la tarde hubiese quedado tan espléndida».

—Pues sí, chico, llevas razón. Parece que va a hacer buen día.

Por el pasillo se inició un *frou-frou* de faldas de mujer: faldas incoherentes, entre místicas y profanas, de las que surgía, con el sano olor de la carne, intenso perfume de violeta y apagadas emanaciones de incienso. Entraron en la estancia Elena y su madre.

—¡Papaín!—la muchacha palmoteaba—. ¡Qué día, qué día, papaín! Saldremos, ¿verdad?...

Don Juan sonreía.

—Qué, venís sudando, ¿verdad? Casi voy a creer que estamos en agosto.

—Tú cree lo que quieras; pero tu hija te asegura que hoy hace un día delicioso.

—Y tu mujer también—añadió doña Raimunda acercándose a su marido y alargando su mano a Andrés, a tiempo que éste le saludaba—. ¿A que usted opina como nosotras?

El muchacho, procurando sonreír con desenvoltura, musitó un «¡Ya lo creo!», que pareció convencer a don Juan definitivamente. Luego los cuatro, agrupados ante la ventana, permanecieron silenciosos, respetando ese rito augusto que en los días inciertos de primavera impone el sol.

Se oía cantar a los pájaros. La rana del reloj que había sobre la mesa del despacho parecía saltar con más cómicos ardimientos.

Elena fué la que se decidió, observando la mirada de incredulidad y temor que don Juan arrojaba hacia fuera.

—¡Verás, hombre de Dios, verás! —Y abrió la ventana, y un rumor de calle soleada, de multitud gozosa, entró raudo en la habitación—. ¿Lo ves?

El aire era tibio y parecía que en el fondo de la tortuosa callejuela había un jardín con acacias nuevas. Todos callaron, tal vez temiendo un nuevo obstáculo. Pero don Juan miró las caras asustadas de su mujer, de su hija, de Andresín; se quitó la gorrilla, se rascó la nuca, miró arriba, miró abajo, oyó los canarios otra vez, y dijo resuelto:

—¡Ea, pues saldremos: sí, señor, saldremos esta tarde!...

★

De pie en la barquichuela Elena, Andresín y el barquero, esperaban a que don Juan y su mujer se acomodasen cerca de la popa. Luego les tocó sentarse a los dos. La embarcación oscilaba, dilatando las aguas serenas con la concavidad lustrosa de sus costados. El barquero empuñó vigoroso los remos, y la orilla principió a alejarse.

Elena y Andrés, cerca de la proa, un poco distanciados, miraban ávidamente aquella extensión de agua, adormecida y tersa, que la lancha iba cortando entre finos burbujeos. Caían los remos con un *¡chas!... ¡chas!* rítmico, dulce, como cariñosos manotones, y sartas de gotas transparentes corrían a lo largo de la madera, descendiendo silenciosas. El río era ancho, de aguas turbias de un ocre denso, sobre las que se proyectaba, encendiéndolas a ratos, el sol pálido de la tarde. En las orillas erguíanse álamos esbeltos, con hojas chiquitas y lustrosas. Algún sauce inclinábase grisiento, sepultando sus melenas en las aguas adormecidas en un remanso. Luego venía la confusión pintoresca de las zarzamoras indómitas y peladas; de los juncales de un verde brillante, sobre los que zumbaba un ejército de libélulas. Arrullábales el croar festivo de las ranas, que asomaban un instante su panza blanquecina para desaparecer luego en el centro de un círculo tembloroso y tenue, abierto por su hinchado cuerpo en las aguas.

Elena quería aprenderse la visión amable de aquel día primaveral. El sol era otro. La población parecía diferente, mucho más altanera y seductora desde la colina sobre la que se asentaba como un trono. El campo era una sonrisa que iba desdoblándose; una sonrisa multicolor, fresca, perfumada, salida de la bocaza negra de la tierra, de la bocaza azul del cielo. No había hojas apenas en los árboles; no había apenas verdura en las huertas; no había apenas florecillas en los caminos; y, no obstante, sentía la muchacha un encantamiento singular, como si todo aquello que faltaba fuera a distribuirlo, en un instante y en sus lugares respectivos, una mano piadosa, mano de enamorado y de poeta. Cuando ella acabó su breve sueño se encontró frente a los ojos asustados de Andrés. Y sin hacerle caso:

—¡Da gusto ver el campo! ¿Verdad, papaín?...

Y después hundía sus dedos finos en el agua, que parecía seda, mansedumbre y frescura. Su sombra oscurecía la tersa superficie con una silueta indecisa, formada de leves curvas diminutas.

Andrés pugnaba por decir algo, algo de lo mucho que confusamente acudía a sus labios, como un airado motín de palabras que aun no se atrevían a sonar. Establecía una relación plácida, sedante, entre el río ancho y mansurrón y aquellos ojos de Elena, ventanitas oscuras donde el sol de la tarde ponía un adiós de oro. Su pensamiento volador y rumoroso flotaba en torno a la cabeza gentil de su amiga, como aquellas libélulas indecisas que daban vueltas en torno a la verde esbeltez de los juncos.

Pero no se resolvía. Murmuró cuatro comentarios; habló con monosílabos—pasos breves con que las emociones caminan—, y ni a bordo de la barca, ni ya entre las ruinas del palacio, consiguió perfilar la más torpe galantería. Su adoración, que pecaba de vieja, no sabía, como vieja que era, otra cosa que suspirar y decir puerilidades.

Y eso que se vieron alguna vez solos. Cerca de unos árboles altos, de complicado ramaje desnudo, habían quedado don Juan y su mujer preparando la merienda. Elena y Andrés vagaban entre los muros derruidos, salpicados de hierbas bravías y parásitas. Aun, entre tanta desolación, se perfilaba una columna truncada de alabastro, un arco medio roto. Bajo los herbazales grises distinguíase la señal de alguna fuente que debió de tener un chorro mórbido y una canción y un ambiente embalsamado. Tal vez junto a este surtidor el moro Abderramán pasó muchas horas sin evocar nostálgico aquellos alcázares cordobeses donde pasó su infancia. Pajarracos agoreros anidaban ahora entre los

muros; lagartijas rápidas resbalaban sobre las piedras, frente a aquel mismo sol que árabes pupilas despidieron muchas tardes desde la altura de un ajimez.

Bajo aquellas ruinas dormía el alma fuerte y soñadora de una raza, el hechizo de una edad remota que huyó entre músicas y centelleos de armas. Sin saber por qué, mientras Elena caminaba ágil, arrancando, al azar, florecillas silvestres y estremeciendo aquel lugar muerto con la música salvaje de sus gritos y risas, Andrés la seguía en silencio, más emocionado aún, como si ascendiera por sus pies, cual sanas raíces de un árbol, la savia poderosa de un amor centenario, del amor árabe, fuerte y mortal, que las piedras y los años habían sepultado en aquellos lugares, bajo la marcha distraída y cruel de muchas generaciones.

Todo convidaba a una declaración suprema, definitiva. En el aire, saturado de leyenda y de zambra, de ardimientos y de languideces, se bebía amor. El sucio alicatado de algunas paredes, decía reposos y voluptuosidades de camarín femenino. Las rotas ventanas hablaban de soñaciones y tiernos coloquios frente a la extensión ancha y susurradora del río. Además, sentíase la melancolía de los lugares abandonados, donde el alma pide una mujer para ungirla con confidencias y miradas. No solamente el cielo tiene crepúsculos. La tierra los tiene también: crepúsculos de murallones derruídos, de piedras olvidadas, de surtidores rotos, de camarines vacíos, de columnillas polvorientas; crepúsculos donde una edad se pone, donde un silencio ancho brota lentamente, donde no hay sol que se desgrane en policromías maravillosas, pero la tierra se hace gris, y el pasado extiende ramalazos de oro y de sangre en las almas.

Andrés y Elena se vieron juntos. Surgió el aplazamiento de siempre: «Mañana, mañana se lo diré.» Y cuando, avergonzado de sí mismo, rojo de ira y de amor, iba tal vez a rezar la primera majadería de enamorado, Elena echó a correr, atraída por un grupo de florecillas azules, blancas, que se mecían entre dos piedras enormes. Con lo vertiginoso de la brusca carrera, a punto estuvo de caer en el suelo, en aquel suelo santo e injuriado. Y entonces Andrés corrió hacia ella, la sostuvo con sus manos, elevándola para evitar la caída. No se atrevió a elevarla más con la candente elocuencia del amor que deja de ser anónimo. Y en vez de largo poema, hubo un fugitivo apretón de manos fortuito, que Andrés procuró alargar mucho, mucho tiempo.

III

A lo largo del pasillo, del despacho, del comedor, de la cocina, de las alcobas, se paseaba aburrido y torvo el silencio. *¡Tic!... ¡tac!*, gruñía el reloj grande, rimando el letargo de los muebles. Por las ventanas avanzaba medrosamente la luz mortecina de la calle. Todo nadaba en una semioscuridad soñolienta. En cuanto promediaba la tarde, notábase en la casa una quietud de cripta, y las paredes, los muebles, los cuadros adquirían una gravedad magnífica, que inducía a hablar en voz queda y a hacer tácitos los andares. Mutismo singular que mora en ciertas casas vulgares, donde, sin embargo, parece que va a ocurrir algo insólito, algo enorme. Todo respira expectación, ansiedad, y cuando cruje algún mueble, o principia a gemir amenazadora la campana del reloj, diríase que aquello insólito, enorme, ha llegado ya; que el cataclismo es inminente; que una vida, que todas las vidas de los moradores van a romper en elegías o en triunfos, y violentas, poderosas, saldrán al aire negro de las habitaciones para correr por las calles, bajo la cántiga alentadora del sol... Pero el crujido del mueble ha cesado ya; el reloj ha gruñido cuatro campanadas, y todo ha seguido inmóvil, tenebroso, acobardado. El silencio continúa paseándose por la casa, y a veces se detiene en un rincón, o bajo la venta-

na, o en el regazo de un sillón y se convierte en sombra.

¡Pobre reloj de estos hogares tranquilos, con padres viejos y una muchacha soñadora! En vano repite su tictac de resignación y de esperanza. Nadie le hace caso, ni aun las horas. Periódicamente, tres veces al día, congrega a los moradores en el comedor para que susciten un diálogo insulso y un lamentable crujir de mandíbulas. Otras veces, por la mañana, sólo oye una voz colérica, hombruna, que va y viene durante unos minutos: «¡Vamos, daos prisa! ¡Bien podíais haber llamado antes! ¿De qué os sirve el tener reloj en casa?...»

Doña Raimunda y Elena hallábanse en el patio, junto a la barandilla de maderas verdes y carcomidas que limitaban el corredor. Aunque el piso, hacia la puerta de entrada por la calle, era bajo, al otro lado, en virtud de los notables desniveles del terreno, quedaba a la altura de principal. Esta circunstancia ofreciales la ventaja del corredor espacioso, casi al ras del tejadillo de la casa de enfrente, por encima del cual se dilataba una perspectiva pintoresca que comenzaba en la grisura de las edificaciones y concluía en el murallón de fronda de la arboleda lejana, no sin haber saltado antes las aguas inmóviles y brilladoras del río.

Elena, inclinada sobre el bastidor terso, hundía la aguja, que sacaba por debajo con rapidez nerviosa. Doña Raimunda, gruesa ya, un tanto rojizo el rostro, como con amago de congestión; la cabellera insinuando el fugitivo plateado de alguna cana, permanecía en pie, acodada sobre el barandal, mirando hacia el patio. El sol caía oblicuamente por la parte del río, trazando sobre las limpias losas del corredor una a modo de pauta enorme, hecha con barras diagonales de sombra.

Propicia ocupación es la de bordar —y más aún la de bordar un pañuelo para un padre buenazo, aunque alcance poco de sutilezas de labor—cuando el pensamiento tiene ganas de caminar buscando la senda borrosa de otro pensamiento. Son muchas puntaditas en la tela, pero son más ansiedades en el corazón. Y dejando el trajín de los dedos y la algarabía interior, el pensamiento de la muchacha trepa por los tejados, desciende a las aceras, bulle confundido entre las multitudes, abre tímido la puerta de un café, atisba junto a los tapetes verdes de los billares, sale de nuevo a la calle, sube una escalera penumbrosa, se hunde en un pasillo sin luz, entra despacito y religioso en una alcoba que huele a tabaco, donde hay un pequeño estante con libros, y una corbata olvidada en una silla, y un álbum de bellezas desnudas sobre la cama vacía... Desfallecido y apenado, el pensamiento de la muchacha emprende otra vez el regreso, y aun mira a todas partes; registra a los grupos de gente que vagan por las calles, atisba al través de algunas ventanas, torna a curiosear junto a las cortinillas del Casino, trepa después hasta los tejados, corretea, se detiene, vuelve a saltar, llega al patio, se deja caer en el corredor, y por fin párase a descansar en aquella cabecita de enamorada, a tiempo de que aún los dedos siguen trajinando y la aguja perfora incansable la blanca tersura del pañuelo...

¿Dónde está Fernando? ¿Qué hará? Elena se ha acordado de él súbitamente, sin saber por qué.

Precisamente ahora estaba pensando en la excursión dominguera de días atrás, en aquel paseo por el río, junto a otro muchacho de mirar inmóvil. A ella no se le oculta la silenciosa adoración de Andrés. Siente muy cerca de sí como la respiración penosa de un alma, harto tímida, que traduce su ronca anarquía en un suspiro tenue.

Pero desde la tarde en que Fernando, al epilogar una de sus habituales audacias, había cubierto con sus labios hartos los labios nuevos de Elena, la muchacha sintió como que en su pecho ocurría una mudanza insólita, y que en lugar de corazón le había quedado un madrigal. El oído, enamorado de la pérfida voz, recogía otra vez las melancólicas palabras: «Desde mañana, vida nueva... Lejos los amigos, los

lugares de perdición, los amores fáciles... ¿Sabía ella hasta dónde llegaban sus pensamientos? Pues con ser tan andarines y tan impetuosos, iban a caer, arrodillados, ante una mujer; ante una de esas novias dulces, todo ojos serenos, todo risa interior, que muchos hombres vulgares se llevan...»

Doña Raimunda platicaba, entre tanto, desde el corredor, con la vecina de enfrente. Charlaban de naderías, de esas puerilidades con que las mujeres avienen a las horas mientras los maridos refunfuñan en las oficinas. De improviso, el palique vino a dar en la flor de la actualidad inevitable: las fiestas próximas.

—¿Sabe usted que, por fin, van a inaugurar la estatua de don Manolito?

Doña Raimunda nada sabía de aquello, que ya traía revuelta a la ciudad. Aquel *don Manolito* había sido en Madrid, años atrás, hombre notable que llegó a rellenar varias veces, con su corpachón grasoso, la dulce poltrona de un ministerio. Fué orador ilustre, y su nombre ocupó sendas páginas de los diarios, atacando, a la vez, de un agudo histerismo a los lápices de los caricaturistas. Amador de la tierra en que había nacido, procuró aprovechar todas las ocasiones políticas para favorecerla, proyectando, desde las nutridas columnas de la *Gaceta*, una luminosa mirada de piedad y de amor hacia aquella ciudad misérrima, donde siempre se le llamó cariñosamente *don Manolito*. Ahora, con motivo de la feria, el Municipio, queriendo honrar su memoria de algún modo, había acordado descubrir una estatua suya, elevada en una plazoleta, que llevaba el nombre del esclarecido señor y que, además de la estatua, tenía cuatro acacias verdes durante todo el día y seis faroles amarillos hasta media noche.

—¡Anda, pues va a armarse menudo holgorio!—siguió la vecina—. Concurso de orfeones, teatro, baile, fuegos artificiales..., ¡qué sé yo! Y de regalo, ¡pásmese usted!, va a asistir a la inauguración de la estatua su autor, ese escultor que se llama... Eso es: Retamares... no; espere, espere; si lo he leído esta mañana...

—¿Quien, Gregorio Olivares?—preguntó doña Raimunda.

A sus mejillas fofas había subido un salpicado rojizo, casi cárdeno.

—Sí, señora: ¡el mismo! Creo que tiene mucho talento. En Madrid está ganando una millonada. Dicen que le había encargado la estatua el Ayuntamiento de aquí, y que, para dar mayor realce a las fiestas, le han invitado a que venga. Mi esposo ha visto fotografías de esa estatua y se ha quedado sorprendido. ¡Es don Manolito, clavado, clavado! No se puede pedir más.

Apoyada sobre la barandilla, doña Raimunda no oía ya las vulgares exclamaciones de la vecina. Elena había interrumpido su labor, e inclinada hacia el patio, pudo enterarse de la última parte del palique. Su madre, de espaldas a ella, roja, congestionada, vagamente convulsa, pretendió disimular su penosa situación. Se alisó el cabello, guardó un instante silencio, y preguntó al fin:

—¿Y dónde dice usted que ha leído eso?

La vecina, gozando ese trivial deleite que desazona a muchas mujeres cuando tratan de aparecer útiles y obsequiosas, desapareció de la ventana y volvió a poco con un periódico que, bien dobladito, arrojó hacia el corredor, cerca de doña Raimunda.

—Ahí lo verá usted. En la primera plana..., a la derecha...

Doña Raimunda no entendía. Murmuró un «¡gracias!» rápido y, pretextando no ver bien, se hundió por el pasillo hacia la sala.

Elena siguió en el corredor bordando. Todavía la luz era clara y además corría un airecillo grato. Gustaba entonces de estar sola. La vecina trajinaba por las habitaciones, canturreando.

Pasó el tiempo. Sonaron unas campanas lejanas, y por el patio cruzó un murciélago. De improviso, a la derecha, junto a un tejadillo, surgió la luna. Una luna grande, redonda, bermeja, sin aureola ni nubecillas a su vera. Luna de cielo provinciano, harta

de correr mundo, que se entretiene en vagar a ras de los bohardillones sobre la grisura yerta de los tejados, y se enreda entre dos chimeneas chatas, mostrando su cara redonda, como un aro de oro pronto a romperse ante la primera soñación que salte por él.

La tarde había huído en uno de esos crepúsculos tranquilos de fines de marzo. En el cielo, de un azul verdoso, brillaban algunas estrellas—esos clavos de plata donde muchas pupilas soñadoras cuelgan tantas miradas pueriles—. El río empujaba, cada vez más lejos, el rumor amenazante de su caudal copioso.

¿Hasta cuándo hubiera permanecido Elena así, inmóvil, ante el bastidor?...

La luna avanzaba insensiblemente. Ya había abandonado los tejadillos; ahora estaba suspendida sobre el río, encima de unos álamos, diluyendo el oro de su sonrisa en las aguas susurradoras. Un murciélago pasaba, huía, tornaba a pasar por delante de ella, en primer término, agrandando y recortando sus alas membranosas.

Por fin llegó doña Raimunda. Venía más repuesta, con otra expresión.

—¿Dónde andabas, mujer? Ahí están doña Mercedes y Fernando, que vienen a despedirse.

Elena retrocedió instintivamente, como si no hubiera oído bien.

—Pues qué, ¿se van?

Y luego, avanzando por el corredor, atravesando la cocina, a lo largo de los pasillos sombrosos siguió preguntando, detrás de su madre:

—Pero ¿se van de aquí? ¿Y dónde? ¿Por qué?

Antes de llegar a la sala, Elena recibió unos besos efusivos, húmedos, de doña Mercedes, que esperaba en pie con el largo manto de viuda. Acababan de llegar. Después, la muchacha, temblorosa, sintió las manos de Fernando, que le oprimían las suyas, y oyó su voz clara, apestante a tabaco; su voz valiente y serena, que decía:

—Sí, chiquita, nos vamos de aquí. ¡Desde mañana, vida nueva!...

★

La noche ha transcurrido en paz. Después de la cena, don Juan se ha puesto a trabajar y doña Raimunda, alegando no sé qué repentino dolor de cabeza, se ha ido al lecho. Elena debe de estar durmiendo.

La madre, desvelada, piensa. ¡Piensa en tanto! «Aquello está ya muy lejos.» La casualidad le ha suscitado, con los informes de la vecina, una ingrata rememoración: la casualidad que, a veces, se complace en ir desdoblando las almas para que puedan contemplarse de nuevo las tragedias más recónditas, las buenas horas idas, ahora secas y pulverizadas.

Doña Raimunda, en plena fiebre de lirismo, miraba a su pasado. ¡Aquel Gregorio Olivares de otros tiempos!... ¡Ay, su juventud, vestida con un amor hondo y atolondrado! ¿Dónde estaba aquella juventud y qué se había hecho de aquella vestidura?...

La mocedad es un mesón azul y blanco, alzado en esa llanada lúgubre donde varios caminos se buscan, se besan en un cruce y se van después, amarilleando, cubiertos de polvo y de misterio. *Aquello* estaba ya muy lejano. Pasó una mañana clara ante el mesón azul y blanco de una juventud; entró a descansar un momento de la luenga jornada y siguió después su ruta, siempre con la inmortal risa nueva en los labios sedientos.

Doña Raimunda, veinte años antes, había sido este mesón. Tenía él una puerta y esta puerta daba a un camino largo, y por este camino pasó él, Olivares, el presentido, el viajero que no pasa por allí más que una vez tan sólo. Por entonces a ella la llamaban Munda, era habladora, con pelo negro y ojos de luz, y tenía en sus labios un asilo rojo para las ingenuidades, y en este asilo una hermanita dulce: la hermana Sonrisa.

Ella y él se quisieron hondamente. Olivares era un mozuelo avispado, romántico y embaucador. Mentía con las muchachas deliciosamente. Aficionado al dibujo, trazaba nerviosas líneas sobre el papel, consumiendo el lápiz de la misma suerte que, perfi-

lando pasiones sobre el alma de las mujeres, gastaba el tiempo.

Cerca de Munda, tal vez llegó a mentirla tan sabiamente, que creyó haberse enamorado de ella. Acaso vió los ojos profundos, serenos y claros como remansos, y se detuvo una temporada para reflejar en él su airosa figura de conquistador.

Pero, más tarde, el genio de siempre se hastía de aquella quietud tan de amor primerizo, y emprende otra vez el vuelo. Olivares tiene un corazón velero que gusta de recorrer muchas latitudes. El amor aquel se parte en dos pedazos, libertad y congoja, y Gregorio sigue camino adelante y Munda le ve partir bajo la dolorosa convicción de que no habrá de volver.

Munda está triste. Los días pasan en caravana silenciosa. La tristeza se acabará: así le argumentan los padres, las amigas. «El tiempo es un curandero maravilloso»—aseguran unos—. Y no falta una voz jovial, moceril, que reflexione: «Los años son los piropos de las amarguras.»

De pronto salta un nuevo amor. Ese amor aburguesado, comodón, que surge del fondo polvoriento del camino, llega al mesón azul y blanco, avanza por el dintel, se sienta a descansar un momento, y se pasa, sin sentir, toda la vida dentro de él. No se llama Gregorio Olivares, sino Juan Palacios. Y es tímido, vulgar, candidote. Amor pronto a anidar en cualquier alma; amor para quien, lo mismo una vulgaridad que una quimera, están lo suficientemente altos.

Munda se ha casado. Vive resignada; pero dentro de su corazón, allí donde la tiranía conyugal no llega, tiembla una nostalgia. Se ha unido a este hombre sin repugnancia, aunque sin idolatría, y con el tiempo se ha habituado a él. Lo que no pudo hacer el flagelante cariño, lo ha logrado la traidora costumbre. Puede precisarse cuándo se siente la ausencia de una aventura, pero nunca se sabrá cuándo empezó a cristalizar una rutina...

Vieja ya, y madre de Elena, *aquello* debía haberse extinguido definitivamente. Junto a su hija, que ya suspira con frecuencia elocuente, y cerca de su marido que, cuando no bosteza se queja del reuma, y cuando no se queja del reuma gruñe por la comida que se retrasa o blasfema contra la excesiva aglomeración de papeles en la oficina, ha tenido, sin embargo, ocasión doña Raimunda de enterarse, a trechos y en largos intervalos, de la gloriosa ruta del Olivares despreocupado y lagotero de antaño.

Es un escultor de poderoso renombre, y vive en Madrid. Los periódicos hablan de él, publican su retrato, sus obras, detalles de su vida. Una aureola de gran ciudad y de fortuna le envuelve.

Mientras, doña Raimunda languidece en esta población gris, mansurrona. Todo su amor de hoy, para su unigénita; toda su piedad y su gratitud, para don Juan, que es rudo, pero bueno; que no es como «el otro», pero que se desvela por los suyos y para ellos vive. Ella ha resuelto olvidar lo pasado. Y hay días en que se ríe y se reprocha por sus líricas murrias de otros tiempos.

Y ya, cuando la vida doméstica marcha por su cauce, ¿por qué la casualidad interpone aquel obstáculo? Con las fiestas coincidirá la llegada insólita del escultor, y el alma de doña Raimunda tiembla aún, entre soplos de una juventud que ya no tiene y de un amor que no pudo saborear. No es Olivares el que vuelve: es su pasado.

Sin saber por qué, la mujer se estremecía en el lecho. En aquel inesperado trance, la virtuosa casada, siempre dócil ante las cóleras y rutinas de su marido, rebelábase indomable, abriendo en las purezas de su vida una herida profunda que manaba adulterio. Pero adulterio espiritual, que nadie sorprendería nunca: no ya don Juan, abstraído con su oficina, su reuma, sus relojes y sus canarios, sino el mismo Olivares, cegado con las bengalas de su presente dichoso.

Era tarde. Demasiado tarde. Ante la congoja de doña Raimunda, Gregorio Olivares era cual un repique de glo-

ria cabalgando sobre el filo de la media noche.

★

La ceremonia había concluído. Mientras don Juan y Andresín la presenciaban desde un balcón, libres de los pisotones y enojos de la multitud, Elena y su madre prefirieron estar cerquita, más curiosa la una y más sentimental la otra.

Pero cuando la gente se desparramó entre rumorosa confusión, doña Raimunda y su hija viéronse alejadas, perdidas, cada cual en un ángulo opuesto de la plaza. Libre, providencialmente, doña Raimunda vaciló un momento y luego se dejó arrastrar por la muchedumbre. Quería *verle* de cerca, un segundo nada más, y después incorporarse, pasiva y resignada, a su vida de siempre.

Sin saber cómo, hallóse entre un grupo de curiosos que cuchicheaban. Allí, en aquella casa iba a entrar Olivares, el artista aclamado, el autor de la estatua del inolvidable *don Manolito*. Todos pugnaban, luchaban por verle mejor, en el desasosiego pueril de esas multitudes que sudan y se afanan y disputan por un capricho que para ellas tiene fuerza invencible de necesidad. Doña Raimunda, temblorosa, pálida, aguardaba cerca del portalón oscuro, confundida entre el grupo.

Ufanábase vagamente de aparecer tan inadvertida, ella, que años antes había estado tan cerca de aquel artista cuyos menores movimientos observaba la gente. Quería mirarle por vez última, ver en él a su mocedad como en alucinación de moribunda. Y abrigaba también la ilusión trivial de que acaso Olivares pudiese reconocerla y mezclar el estruendo de su vida presente una memoria melancólica, una visión de la novia ingenua y dulce de los veinte años.

«¡Ahí está! ¡Ahí está!» La gente se empujó de nuevo y doña Raimunda quedó en primera fila.

Olivares avanzaba. Se hizo un silencio hierático. Todos se empinaban para verle mejor. Doña Raimunda desfallecía. Se apoyaba en los espectadores que tenía detrás, para no caerse de emoción.

El escultor, acompañado de otros señores enlevitados, llegó cerca de ella, camino de la casa. Era ya viejo y llevaba los bigotes untados de cosmético. Arrugas lamentables acuchillaban su rostro, pulcramente afeitado. Avanzaba el artista lentamente, ducho en el arte de exhibirse ante las muchedumbres curiosas. Luego, se detuvo.

Doña Raimunda creyó morir, morir asesinada por una dulzura. En aquel momento Olivares, distraído, la miró, frunció los ojos como procurando apresar una evocación rebelde y débil. Luego..., luego, nada más. La gente que se precipita tras el artista; doña Raimunda que lucha por no ser arrollada, y en estos segundos de dolor, de ira, de dulcedumbre, el hombre ilustre que avanza por el portalón y la sombra que lo desvanece de pronto.

IV

Mientras García, en su mesa de rincón inclinábase hacia los papeles, mirándolos al través de sus gruesas gafas, Andrés levantó la tapa de su pupitre, sacó furtivamente una cuartilla llena de tachaduras y requirió la pluma. Don Juan, a pesar de su puntualidad de siempre, no había llegado aún.

Andrés se dispuso a continuar «su obra» cerca de la ventana, tras cuyos altos cristales florecía un cielo azul salpicado de nubecillas blancas. Llevaba con aquel soneto más de una semana. ¡Aquel soneto que había de leer Elena en el día de su santo, temblorosa de emoción y de misericordia!...

> Eres bella, y de todos admirada,
> divina Elena, de mirar sereno.

¡Ah, consonantes reacios! Y pensar que, gracias a ellos podría conquistar a Elenita y enterarla de su pasión recóndita, absolutamente inédita!

Pasó un rato. García continuaba escribiendo con la cabeza a un palmo del papel, ofreciendo la concavidad lu-

ciente de la calva. Andrés mojó de nuevo la pluma, miró a la ventana, miró al techo y, por fin, escribió casi otro renglón:

De cintura ideal...

Mentalmente revistaba los hechizos de Elena. Pero el maldito consonante no acudía. «Los labios rojos, cintura breve, seno espléndido...» ¡Ah! Ya estaba, ya, atrapado. «¡Esto marcha, Andrés!...» E iba a concluir el verso:

De cintura ideal, turgente seno...

cuando se abrió la puerta del despacho, entró una voz recia que dijo:

—¡Buenas tardes!

Y detrás de la voz recia, avanzó don Juan.

—Vamos, vamos, Andresito, que hay mucho trabajo y yo tengo que marcharme hoy pronto.

El muchacho dejó caer la tapa del pupitre con golpe detonante y aprestóse a la lucha. Adiós musas, y amores, y proyectos.

—¿Qué, van ustedes de paseo?—preguntó.

—No; vamos a ir al teatro. Han convidado a mi mujer y a la chica, y tengo que cenar pronto para acompañarlas.

—¡Ah! ¡Don Juan!—repitió solemnemente Andrés—. Buena obra van a ver ustedes. *Un drama nuevo*. Oirá usted aquello de

¡Tiemble la esposa infiel, tiemble la ingra-
que el amor y la dicha me arrebata ¡ta

Y al decir esto, el muchacho extendía la mano, como apostrofando rudamente a alguien.

—¡Bueno, bueno!—interrumpió don Juan—. Déjate de majaderías. Papel de dos pesetas. «A la Sala...»

Y se puso a dictar mientras removía una carpeta llena de pliegos que olían a prosa y a miserias.

Reinó un grave silencio. Era la hora eterna de todas las tardes, la hora llena de sol a un lado de la ventana, llena de rutinas oficinescas al otro. Andrés escribía rápidamente. Don Juan se paseaba a lo largo de la habitación. Y así pasaba el tiempo, y se iba la luz, y se quedaba oscuro el cielo.

García, en su rincón, trabajaba sin descanso. Todas las tardes, casi a la misma hora, don Juan interrumpía sus paseos para acercarse hasta la mesa del pobre hombre y ofrecerle un cigarrillo. Y formulaba la pregunta de todas las tardes:

—¿Qué hay? ¿Cómo va eso?

García limpiaba la pluma en un pañito, cogía el cigarro, y echándose atrás, murmuraba en un suspiro ancho, de trabajador que reposa:

—Bien, bien. Mañana puede firmarse. ¿Sabe usted que es más larguito de lo que parece?

Y en seguida García se aprestaba a escribir otra vez, bajando la cabeza, ofreciendo, hacia el sitio donde Andrés se hallaba, la eterna brillantez de su calva. Era un hombre activo, poco hablador, escrupulosamente limpio. Durante su permanencia en el despacho, con nada se entretenía. De vez en vez, cuando fumaba, cogía el pliego, alzábalo con una mano y arrojaba un soplo de titán para aventar la ceniza del cigarro. Otras veces—y con esto cesaban los obligados instantes de reposo—, mientras cambiaba de pliego, ajustaba lentamente la falsilla, se quitaba las gafas y poníase a limpiarles los cristales con un pañuelo que, a prevención, llevaba en un bolsillo. Entonces, con exacta precisión, miraba a Andresín, miraba a don Juan y miraba a la ventana por último, con ese nervioso guiñamiento de ojos peculiar a los que tienen cansada la vista.

Aquella tarde, contra su costumbre, García habló demasiado. Una sarta copiosa de palabras, con lamentosa voz. Don Juan, poco habituado a la observación psicológica de sus subordinados, sintió, no obstante, un asomo de sorpresa.

Fué una cosa insólita. García abandonó la pluma, olvidó los papeles y mirando a su jefe con fijeza, exclamó:

—¿Y no me dice usted nada de lo de hoy? Supongo que ya lo sabrá usted... Ha sido un verdadero horror.

Don Juan se detuvo. Andrés, arrojando a su vez la pluma, se apercibió a oír la ramplona palabrería del escribiente.

—Hombre, no sé.

Hubo una pausa.

—¡Pues si lo sabe ya media ciudad! —siguió García—. ¡Un verdadero horror! Yo estoy que no sé ni cómo me salen las letras de la pluma. Amigo don Juan, ¡he visto hoy, hace pocas horas, a una mujer cosida a puñaladas por su marido!

Don Juan lanzó un ¡ah! envuelto en un suspiro de gozo. «Sí, hombre, sí. El crimen de la calle de las Tenderías. Le había hablado algo de él un conocido suyo, cuando venía hacia el bufete. Pero ¿cómo había sido aquello?»

—Cosas de los celos, don Juan. Siempre los celos. Un verdadero horror.

Y empezó a dar detalles espeluznantes de la vulgar tragedia.

Hacía muchos años que no se conocía ni un crimen, ni un robo entre aquellas gentes pacíficas. Los periódicos locales languidecían, sudando sopor y hastío a lo largo de sus columnas, mal rellenas de gacetillas que hablaban del «enlace celebrado entre el conocido joven Fulano, hijo de Zutano, con la bella señorita tal o cual», o de que «en el vecino pueblo de *** la Guardia Civil había detenido a un sujeto indocumentado que resultó ser un obrero sin trabajo.»

Y de improviso, en aquella vida provincial, llana, sin ondulaciones de pasión ni verdura de emociones, una planta bravía, erizada, que brota. La hoja de un cuchillo escribe una leyenda de sangre y de duelo en aquel vivir pardo, en aquel aire inmóvil. El pueblo habla una sola vez y habla entre rugidos de criminal. Cuando abre los ojos a la vida, a la vida inmensa, febril, multiforme, es para leer asombro y bullicio de tragedia en los soñolientos, bondadosos periódicos locales...

En un momento, todo había cambiado. Ahora, los labios barboteaban chismorreos, las almas se sentían preguntonas. En los cafés sonaban voces y humeaban cigarros, y aquellas sencillas gentes que vegetaban en el Casino junto a los secos golpes de las bolas del billar, o que andaban con tácitos pasos bajo las frías bóvedas del templo, agrupábanse febricientes y habladoras en torno a la casa del crimen. Un empleado había sorprendido a su mujer en flagrante adulterio; y, sin tiempo apenas para entendérselas con el amante, en un momento de épica indignación legendaria, había apuñalado bárbaramente a su esposa. El suceso no podía ser ni más vulgar ni menos humano. Pero aquella ciudad, que aún tenía murallas y había visto muchas veces cómo la clamorosa ventura se quedaba al pie de ellas, sin poder escalarlas, advertía ahora atónita cómo el adulterio, más impetuoso, más fuerte, las salvaba, penetrando por las retorcidas callejuelas y vertiendo una estela copiosa de sangre. Hasta el amor tenía que disfrazarse para llegar allí.

—Pero ¿se llevaba bien ese matrimonio?—preguntó don Juan.

—Como dos tortolitos. ¡Calle usted. hombre!... Ella parecía una excelente mujer... ¡Pobre marido!... Yo, créame usted, no sé qué haría si me viera en un trance semejante.

—¡Me ca... igo y me levanto!... —continuó Palacios—. ¡Pues es verdad! Debe ser la cosa un poco peliaguda.

—Porque, dígame usted, amigo don Juan: ¿qué hace uno si al volver a su casa se encuentra con un guisado como éste? ¿Contra quién de los dos adúlteros se arremete primero?...

Don Juan meditó un momento. Luego refunfuñó:

—Cierto, cierto: la cosa es peliaguda—, y siguió dictando a Andresín.

★

Acabaron pronto, y don Juan salió hacia su casa rápidamente. Así cenaría con su mujer y Elenita algo más pronto y podrían llegar al teatro con la puntualidad que apetecía.

El relato del escribiente había hundido a don Juan en una de esas meditaciones procelosas donde las almas sencillas se aturden y quebrantan. El, que no había pensado jamás en tener

celos, divagaba ahora acerca de ellos con peligrosa porfía.

«¡Este mundo envilecido y ruin! Don Juan siempre se excedió en sus previsiones. Pero... el confiarse muchas veces es expuesto. «Lo que no pasa en cien años pasa en un minuto.» Lo cierto es que él estaba todo el día en el despacho y no pensó nunca en que su mujer pudo, si no faltar—faltar, no—, verse en la rampa del pecado. El ignoraba qué es lo que hacía su mujer; no la veía más que por la noche, harto de trabajar y lleno de cansancio. Pero todas las almas tienen un duende; quiero decir que todas las casadas tienen un cuarto de hora. Sin embargo... ¡Ea, ea, Juan, tú deliras! ¿Qué temores ridículos son estos de última hora? Tú sueñas, y lo que es peor, sueñas un poco tarde...»

Apretó el paso. Encendió el cigarrillo, medio chamuscado ya, y siguió adelante. Pero sin saber cómo, tornó a pensar en «aquello». Claro que Raimunda era vieja ya, y fué una honrada compañera en todos los trances, crueles o bonancibles, de la vida conyugal. Mas ella había sido joven y hasta tentadora, Juan. Dentro siempre de la previsión, ¿por qué no se le ocurrió pensar, una vez tan sólo, que su mujer pudo haber tenido un desliz? Insignificante, sí, señor: hasta sin ser ella la verdadera culpable. Pero pudo haberle tenido. Bueno; y entonces. ¿qué hubiera hecho él?

Este era el problema planteado por la charla inoportuna de García. Don Juan se veía ya en su casa sorprendiendo a los adúlteros. ¿Contra quién arremetía primeramente? Se registra los bolsillos. ¡Oh, marido imbécil! Ni un cortaplumas. Además, ¿qué apóstrofes lanza al amante? ¿Qué hace con ella?... Y don Juan, confuso, paralizado, no halla epílogo digno de su caballeresca condición, y ya ve a la infiel pareja avanzar valerosa, pasar por delante de sus narices y tomar la puerta.

«¡Señor, Señor y qué cosas piensa uno a veces! ¿A qué vienen ahora estas necedades? Yo bien sé que nadie puede decir «de este agua no beberé»; pero ese demonio de García me ha trastornado. ¡Ea, vamos corriendo a casa, que es tarde!»

Ya ante el portal, iba a entrar, cuando se detuvo atónito. Acababa de salir un hombre, y don Juan creyó hasta haber oído el ruido violento de un portazo. Evidentemente aquel desconocido salía de su casa, del piso bajo, y tal vez acabara de dejar a Raimunda. ¿Y quién podía ser, si nadie, nadie iba a visitarle más que a la oficina?

Don Juan iba tras él maquinalmente, sin darse cuenta de ello.

Estaba segurísimo de haberle visto salir de su casa. Además, hay *corazonadas*.

Pero de pronto pensó que Elena debía de estar con su madre. Esto derrumbaba sus maliciosas sutilezas. No suponía a su hija cómplice en ninguna infidelidad. ¡Nena suya! «Vamos, vamos, Juan. Vuélvete a casa, porque estás haciendo un papel poco airoso. Si tu Raimunda te viese, ¡cuánto no iba a reír!...»

Estaba bastante lejos de su vivienda. Miró el reloj, y advirtiendo lo tardío de la hora echó a correr. Al llegar a casa salió a abrir la puerta su mujer, nerviosa y con cara fosca, lívida.

—¡Vamos, marido, que ya es hora! ¿No te acordabas de que tenemos que ir al teatro?

—¡Sí, señora, sí me acordaba!—don Juan se enardecía, como era su costumbre, en cuanto oía reproches injustificados—. Pero cuando no he venido antes es porque no habré podido.

Contenía a duras penas su furor. Don Juan curioseaba el cuarto, buscando un indicio revelador o simplemente algo mal colocado o dispuesto para estallar en vociferaciones. Todo, sin embargo, estaba en orden.

—¿Y la niña?

—Salió.

—¿Cuándo ha salido?—gritó colérico.

—Esta tarde. Vinieron a buscarla las hijas de doña Patro para que cenase con ellas, y allí estará esperándonos. Por supuesto, que ya a la hora que es, llegaremos al teatro cuando esté ba-

jando el telón. Menos mal que vamos pocas veces.

Doña Raimunda reprimía también dificultosamente su enojo de mujer aburrida que sueña todo un año con distraerse dos horas en un teatro. La retrasada y brusca llegada de su marido acabó de exaltarla más.

«¡Ah! ¿Conque Elena había salido aquella tarde? ¡Me ca...igo y me levanto! Luego su mujer estaba sola cuando él vió al desconocido abandonar su casa. Luego muy bien sus sospechas podían tener un fundamento sólido.» Todos aquellos detalles, incluso el mal humor de doña Raimunda, contribuían a robustecer su opinión. «Aquello había que aclararlo. Pero mucho tacto, Juan. Aquí de la taimería y de la cautela del hombre que no se aventura a dar un golpe en falso. Calma. Sobre todo, no dejarse arrastrar de la primera impresión, que siempre suele ofuscar más de lo debido.»

—¿Vas a cenar o no?—preguntó doña Raimunda impaciente.

—No, no ceno—masculló—. Vámonos.

—Tú lo sentirás; sobre todo tu estómago—murmuró la mujer.

Salieron a la calle. Echaron a andar silenciosos, huraños.

De pronto habló don Juan, con rencor intenso.

—Otra vez que no vuelva a salir Elena, como no sea contigo.

Doña Raimunda calló. Continuaron andando.

Cerca de la casa donde Elena y las amigas esperaban desde más de dos horas, don Juan tornó a borbotar, de golpe, como rompiendo un violento soliloquio:

—¿No ha ido nadie más a casa esta tarde?

Y miró un segundo a su mujer, con fijeza de extraviado, procurando leer, leer claro y doloroso, en su cara imposible.

—No; no ha estado nadie más.

Siguió el silencio. Don Juan iba a estallar, a arrojarlo todo: dudas, bilis, reproches, blasfemias. Pero supo ser héroe y ser prudente. «Calma, Juan, mucha calma. Mañana, pasado, habla lo que quieras. Otro día podrás averiguarlo todo. Ahora sería insensato y contraproducente. Elena espera. Y sobre todo, a pesar de todo, la niña que no oiga nada, que no se entere de nada.»

V

Primeramente pasó por la calleja una sombra ancha. Después, una ráfaga iracunda silbó, empujó cuatro papeles anónimos, hizo un remolino y los hundió en él, elevándolos, llevándolos muy lejos, en una danza cruel y violenta. Sonó, en algún lugar distante, un portazo. Y de repente, en silencio, con lentitud, comenzó a llover.

—¡Vaya! ¡Por fin tenemos agua! —murmuró, displicente, doña Raimunda, que trajinaba en el comedor.

Llovía en gotas menudas, largas, que fingían un lienzo gris deshilachado. Era la última chaparrada de la primavera.

En la calle, bajo la turbia luz, rebrillaba azulosamente el empedrado. Sudaban los muros de los caserones gotas largas, culebreantes. Los aleros lloraban quedamente en hilillos rizados que rebotaban, deshaciéndose en espuma, sobre la acera. Y alguien pasaba rápido, bajo su paraguas reluciente, donde apenas la lluvia suscitaba un rumorcillo singular, como de tela que se desgarra poco a poco.

En mala sazón venía este aguacero manso y menudito. Elena tuvo que huir del patio, refugiándose en el despacho de su padre para continuar leyendo un libro chiquito y apesarado: la *Graziella*. Suspiraba, a lo largo de la lectura, con el quebrado ritmo de la gentil trabajadora de coral. Y cotejando aquella vida doliente de la enamorada de Prócida, con la suya; viendo cómo la lluvia caía y caía obstinada, hipócrita, echaba muy de menos aquel mar latino y azul, harto desdeñoso, pero también harto más consolador que estas callejas tortuosas de la ciudad.

Elena sentía descender sobre su corazón una llovizna sutil, llovizna de tristeza, de desolación. Bajaba desde lo alto de su cerebro; eran recuerdos

menuditos, como si un pasado feliz se rompiera en miles de gotas, anegando su pecho de enamorada.

Habían pasado muy cerca de dos meses desde que Fernando con doña Mercedes partió hacia Madrid, fascinado por esa bruja que se llama «vida nueva». Partió risueño, un tantico desdeñoso. Al fin, para aquel mozuelo habituado a un vivir incoherente, errabundo y cosmopolita, poco significaba dejar un pueblo y trasladarse a otro. Mucho más cuando este pueblo no trasnocha, se arropa en vulgaridad y duerme una existencia sin sueños ni pesadillas.

«Ya te escribiré alguna vez, chiquita», había dicho la voz hipócrita de Fernando. Pero la carta, amada ya antes de recibida, no quería llegar.

Fernando no se acordaba de ella. Además, ¡Madrid está tan lejos! Pero, entonces, ¿por qué él habló una tarde de dulces proyectos, de arrepentimientos y de rumbos diferentes? ¿Por qué, después de su cálida peroración cerca del alma trémula de Elena, puso sobre los labios, secos por la fiebre, el colofón romántico de un beso?...

Doña Raimunda cosía junto a la ventana. La hija fingía leer. Su pensamiento viajaba, y a cada viaje que hacia tornaba más vestido de sombra. «Fernando me olvida. Fernando me ha escrito tal vez; tal vez él no tiene la culpa de aparecer tan ingrato. Seguramente se perdió su carta en el correo...» Pero, a poco, la idea primitiva triunfaba: «Sí, sí; me ha olvidado; se burló de mí...»

¿A quién recurrir demandando consolanzas? Ante los ojos de don Juan y de doña Raimunda, Fernando siempre fué un jovenzuelo abominable, una de esas flores de liviandad que germinan, sin agostarse nunca, entre las macilentas rocosidades de la vida. Tenía la fuerte aureola de los malditos, de los rebeldes. Era uno de esos hombres que recuerdan aquellos insectos luminosos que perforan la negrura de un camino. De lejos, tembladora claridad; pero de cerca, un gusanillo repugnante.

No: no hallaría ni consuelos ni indulgencias en sus padres. Por eso ocultó siempre su adoración hacia Fernando. Tendría que resignarse, vivir de una manera tácita, alquilar su corazón al primer aventurero de amor que pasara cerca de él. Habría de acceder a unirse con un muchachote zafio, bueno y tosco, que comenzara por ser grato a todos y concluyese por cautivar a Elena. ¡Necia manía la suya de apartarse del camino ancho—por donde todas las rutinas marchan en rebaño—para torcer en busca de un atajo, solicitando las emociones dulces de lo nuevo y sano! Los atajos se llaman ensueños, y por estos atajos pasan realidades rezagadas que van borrándolos poquito a poco.

★

Seguía cayendo la lluvia. A veces cesaba. Los charcos cabrilleaban apagadamente. Elena, de reojo, miraba a su madre. Doña Raimunda cosía, removiendo la ropa. De vez en vez alzaba la cabeza, atisbaba hacia la calle y suspiraba. Y después volvía a caer la lluvia sutil, sin susurros, sin prisa, como si en tan larga estrofa de dolor, un verso fuera aquella calle y otro verso fuera aquel cuarto.

★

Suspiraba doña Raimunda. También su pensamiento trotador y ágil recorría lugares lejanos. Iba desde su mocedad hasta el estudio de la corte donde Gregorio Olivares, a golpes de cincel, arrancaba a la piedra pasiva ondulaciones cálidas de verdad y de ensueño. Habían pasado las fiestas, había vuelto el escultor famoso a su rincón familiar, habíase disipado la tentación siniestra y ridícula de aquella mañana en que doña Raimunda, apretujada y confundida en el portal, vió pasar la figura, un poco aviejada, pero gentil aún, de Olivares. Sólo quedaba la estatua de *don Manolito* en la plazoleta irregular, con sus faroles tristes y sus acacias héticas.

¿El, en aquellos instantes, a pesar de los años transcurridos, reconoció a aquella mujer que le miraba con ojos ensanchados por un amor extemporáneo y tardío? Los periódicos locales publicaron su retrato, un retrato en el que se mostraba más jóven, más acicalado, más «hombre de genio». Después, pasados dos días, una tarde bajó en un coche, entre cuatro señores graves y enlevitados, aturdido por la algazara de chiquillos, desocupados y curiosos, camino de la estación. Allí, junto a la parda ringlera de vagones soñolientos, se dijeron cuatro discursos de trapo y lentejuela. Sonó algún viva, se arremolinó la gente, tosió una campana y el grande hombre subió a su departamento. Un poco después, ya soliviantado el tren apenas hubo atisbado la pradera, el pañuelillo del grande hombre flameó nervioso, y otro poco más tarde aquel tren giró en una curva y se marchó para siempre.

Quedó de todo esto bien mezquina huella. El recuerdo, la lucecita viva de siempre, la añoranza sedante que se pega al corazón de una mujer y, a su arrimo, crece y, como la mujer misma, se hace vieja también. También.

Don Juan nada supo antes ni nada supo luego. Elena no conocía tampoco aquellos romanticismos tardíos de su madre. Ella, ella misma había sentido copiosas ganas de reír, de injuriar a su dolor, juzgado impíamente como chochez de decrépita. Sin embargo, el recuerdo tornaba a caer en su corazón, partiéndose en mil pedacitos, hecho lluvia menuda y terca como la de aquella tarde.

Doña Raimunda callaría siempre. ¿A quién referir sus tristezas? Amaba a su esposo, a este don Juan fácilmente irritable, pero tierno y sencillo en el fondo. El, con su mansa condición, con su ternura tosca, pero inquebrantable, había demolido aquel mesón azul y blanco donde ningún amor era buen parroquiano.

Poco a poco, fué cuajando la noche. Elena dejó de leer. Doña Raimunda abandonó la costura. Y seguía lloviendo.

Allá lejos, un reloj cantó una hora. Aquí cerca, otro reloj tornó a cantarla. Silencio. El agua continuaba cayendo. Las dos mujeres, envueltas en la penumbra densa, suspiraron. Y quisieron mirarse a los ojos para leer un *algo* que hablase por ellas, y no pudieron verse.

—¿Encendemos la luz?—preguntó la hija.

—¿Y para qué?—musitó la madre—. Todo está hecho. Hasta que venga papá...

Agrupáronse más cerca de la ventana. Pasó el tiempo. Volvió a cantar otra hora el reloj lejano, que el del comedor repitió un segundo después. La luz menguaba...

—¿Enciendo, mamá?

—¿Qué falta hace? Digo, como no quieras seguir leyendo...

—No, yo no; era por si tú pensabas coser un poco más.

Callaron. Y sin embargo, sentían fuertes deseos de hablarse, de contarse muchas, muchas cosas simples, insignificantes, ridículas. Tal vez sentían ese afán melancólico de charlar de todo y de nada que acomete a algunas personas cuando se hace de noche, y todas las faenas de la casa se han atendido, y llueve sin fuerza en la calle. Acaso quisieran contarse algo más trascendental.

Ya se disponían a ello. Quizá fué obra del crepúsculo. Quizá que ni una ni otra podían resistir más. El silencio, la lluvia, invitaban a los labios para hacer la confesión suprema.

—Oye, mamá...

—Decía yo, hija mía, que...

Hubo una pausa nueva y sonó un suspiro doble. Se miraron ellas en la sombra.

—¿Qué te pasa?

—¿Estás mala, hija?...

Por fin se resolvió la muchacha. Abrazóse a su madre, y besuqueándola llorosa, las crenchas rozando la cara ardiente, el palabreo angustioso, cortado por un hipo histérico:

—¡Sí, mamá; sí, mamá de mi alma! Yo no puedo más. No quiero callártelo más. ¡Fernando, Fernando, que no me escribe, que no se acuerda de mí, y yo le quiero con toda mi alma!... Lle-

vo así no sé cuánto tiempo. El no es malo, no es malo, ¿verdad? Yo he querido olvidarle, echarle de mi corazón para no disgustaros a ti y a papá; pero no puedo, no puedo... ¡Si supieras cuántas ganas tengo de llorar!...

Doña Raimunda, apartando con sus manos temblonas los rizos que sobre la frente de Elena caían, murmuró dulces palabras de consuelo. Con no poco asombro de la muchacha, la madre, suspirando, murmuraba melancólicamente:

—No llores, no llores, mujer. ¿Crees que no me imaginaba algo de lo que te sucede? Sí, hija mía; pero esto se te pasará pronto. No me repliques; se pasará pronto. Fernando no te conviene; es loco, tiene más mundo que tú, y su alma no podrá nunca caminar al lado de la tuya. ¡Ay, pobrecita mía!... Tu madre sabe muy bien, demasiado bien, cuán triste cosa es esta de verse enamorada. Tú también lo sabrás.

Elena escuchaba conmovida. No lloraba ya, pero exhalaba largos suspirones. Madre e hija, cogidas de la mano, se miraban entre las tinieblas sin verse.

—Sí; pero Fernando...—se atrevió a balbucir.

Doña Raimunda denegaba con la cabeza.

—Eso son penitas de muchacha. Deja, deja que pase el tiempo, y me darás la razón. Los hombres como Fernando no convienen. Esos hombres no pueden ser nunca, en la vida de las mujeres, más que novios, novios de una temporada, de una buena edad de risas y de atolondramiento. Debes pensar en otra cosa, en un muchacho sencillo, sin la cabeza a pájaros, sin muchas ambiciones, trabajador y formal. Créeme, hija mía. Tu eres ya una mujer y me has hecho vieja, y un poco sabia, a mi modo, claro es. Cásate con ese novio que yo te aconsejo, y serás feliz. Mira, voy a hablarte como no te hablé nunca, porque nunca llegó para nosotras una tarde como esta. Andrés es un chico, por ejemplo, que puede convenirte. Modosito, bueno, vulgar: vulgar, pero bueno...

—¡Andrés!—exclamó Elena, retrocediendo—. ¡Andrés! Ese es ya demasiado vulgar, mamá...

—No lo creas, hija mía—arguyó suavemente doña Raimunda—. Sólo los hombres vulgares saben ser buenos esposos. Tú le querrás, no lo dudes. Y si no le quieres, te acostumbrarás a él...

Hubo un silencio penoso. La madre suspiró hondamente otra vez. Enternecida, iba expansionándose paso a paso, procurando adiestrar a su hija en aquel arte, que ella en tal alto grado dominaba, de ver pasar a la vida como una cosa que interesa poco.

—Sí; Andresín debe ser tu marido. Te querrá mucho, a su manera; pero te hará feliz. Como tu padre, será un esposo modelo. Es posible que también sea de un genio un poco brusco; que gruña por nada, que no transija con esas frivolidades que llenan nuestras almas; que salga poco a paseo; que sea metódico; que tenga algunas chifladuras disculpables, porque todos las tenemos. Pero a su lado vivirás en paz, y engordarás, y, junto a los chiquitines que tengáis, irás envejeciendo. ¿Para qué ambicionar otra cosa?... Yo también tengo mis secretillos; es decir, no; yo también tuve en mi mocedad un amor a otro Fernando como el tuyo. Pero, ya ves, luego conocí a tu padre; vi que era más formal y más buenazo, y me casé con él. No te niego que, hace algunos años, le recordaba de vez en cuando. Pero aquellos devaneos de la juventud se olvidan pronto. La vida es así. Lo más bonito es lo que nunca tenemos cerca, lo que ha de ser para otros.

Elena no comprendía bien a su madre, a pesar de lo cual, oyéndola, observaba que sus deseos de llorar de nuevo iban aumentando. Ella no quería a Andrés. Le parecía insufrible, sin juventud, sin ese «no sé qué» de Fernando, que era atracción y era soñar en él a todas horas. ¿Que Fernando era un calavera?... Ella no podía evitarlo: le quería y le quería. Para eso pintan al amor ciego, y sus razones

tendrían los que así lo pintaron por primera vez.

La madre, dulcemente, con voz más serena, trataba de convencerla. Sí; era ciego el amor, ciego de puro impetuoso. Por eso andaba tan despistado: por eso, desde remotas fechas, sin rumbo fijo y sin conciencia de sus pasos, iba en busca de un corazón y entraba en otro; y pasando cerca de todos ellos, en vano trataba de adivinar aquel donde habría de alojarse para toda una vida.

Doña Raimunda, con palabrería humildosa y clara, iba bordando en el alma de su hija una elegía intensa a la ceguedad de este amor, a ese madrigal errante que salta de corazón en corazón y a todos los une en un lazo de duelo y de nostalgia, y a todos corteja un momento, y a todos abandona después. A veces llega tarde; a veces se adelanta imprudentemente, y jamás tiene el don de ser oportuno. ¡Pobre niño ciego!... Los corazones limpios, sanos, frescos, te esperan, y tú no sabes verlos... ni adivinarlos aún.

Callaron de nuevo madre e hija. Cerca de la ventana lucía un farol, y la lívida claridad alcanzaba hasta sus rostros. Aún el agua caía, ya con más pereza. Doña Raimunda pensaba en su marido, metido en la oficina, tal vez riendo a ratos con Andresín, a ratos reprendiéndole por su indiferencia hacia la ortografía, segunda mujer de don Juan. Le era fiel, absolutamente fiel. E iniciaba una sonrisa triste recordando que su esposo, días antes, le confesó haber dudado de ella, a raíz de un crimen por celos, sucedido en la ciudad cuando la noche aquella en que fueron al teatro vió salir del portal a un desconocido, que luego resultó haber visitado a los vecinos del segundo.

Alentaba ahora a su hija.

—Tú te casarás con Andresín—insistía—; esta casa será vuestra, porque tu padre piensa invertir en su compra los ahorrillos que tiene hechos. Se ha privado muchas veces hasta de ir al café, de fumar, de merendar conmigo en el campo. Aquí viviréis como nosotros, y como nosotros os haréis viejos. Hay que ser prácticos. Eso dice papá. ¿No recuerdas su frase de siempre? «Vosotras, las mujeres, no os empeñáis más que en ver el lado bonito de las cosas; el más falso, precisamente...»

Elena iba convenciéndose. Su madre tenía razón; pero ¡era una razón tan desconsoladora!... Ella, ¿a qué negarlo?, había pensado en otra cosa: en una música; en una quimera, en un rayo de sol, en un salto de su alma hacia no sé qué lugares de gozo. Creía que si tenía veinte años era para siempre y para darles lo que apetecieran.

—Verás: te voy a ser franca, completamente franca. Ya que tú me has hablado así, voy a sacar, para que las juzgues, todas las tonterías que tengo dentro del corazón.

Pero cuando se disponía a continuar, cuando aquellas dos mujeres iban a apartarse un momento de su vida, para soñar y reír y divagar a solas, sonó un campanillazo.

Elena corrió a abrir la puerta, y penetró don Juan. Alguien encendió la luz. Todo cambió en un segundo.

El buen hombre venía chorreando, entre resoplidos y juramentos, esparciendo la ingrata humedad de la calle.

—¡Vaya una noche perra!—murmuró—. ¿Está la cena? Pues, ¡hala, hala!, que vengo loco de la oficina y tengo mucho que hacer luego.

Y refunfuñando del trabajo, del tiempo y de los negocios, salió al pasillo y dejó abierto el paraguas para que escurriese toda el agua de aquella tarde infernal.

Noviembre, 1906.

SANTIAGO EL VERDE

I

DE LA CALLE DE QUIÑONES A UNA CENA DECISIVA

Los chicos de las escribanías, cargados de expedientes, abandonaban el salón de Procuradores, situado en el viejo convento de las Salesas Reales y atravesaban la calle, camino de la Casa de Canónigos. Eran las cuatro de la tarde. Confundidos entre los rapaces marchaban en grupos abogados, procuradores, oficiales de relatoría, alguaciles del Juzgado y toda esa gente de traza diversa que bulle en el mundo pintoresco y tentacular de los litigios.

Las horas de audiencia habian finado aquel día.

La fosca Themis, señora obesa y sobornable, hacía un alto en su labor para luego refugiarse en el cuarto del señor juez de guardia, donde intentaría reanudar su sueño, roto de vez en vez por las solicitudes del Código penal. Los magistrados de la Audiencia y de la Casa de Canónigos cambiaban con gesto victorioso sus terribles birretes por los inofensivos tubos. Unicamente en alguna sala de lo criminal los señores jurados, con la boca abierta y el corazón cerrado frente a la severidad pomposa del juicio oral, añoraban su paseo de hombres felices que ríen, fuman, charlan y bostezan bajo la vulgaridad protectora de un sombrero hongo.

Los chiculos «notificantes» se precipitaban hacia las escribanías de primera instancia por los pasillos del edificio, largos y sumidos en eternas tinieblas. Eran bizarros mozalbetes, adolescentes muchos de ellos, a quienes sus jefes empleaban en los humildes trámites de la administración de justicia, en España harto compleja y cachazuda, retribuyéndoles con sueldos decorosos, que oscilaban entre uno y cuatro reales diarios. Vestían casi todos estos mocitos con cierta chula elegancia, y, exceptuando algunos a quienes los pantalones venían estrechos y largos (estaba creciendo el hombre), los demás lucian sus abotinadas perneras de odalisca, su gorra de plato y hasta ese cuco pañuelito de seda roja, que ciñe, sin retorcerle, el pescuezo de nuestros ilustres organilleros.

Santiago Morales, oficial segundo de lo criminal de la escribanía de actuaciones del Juzgado de primera instancia e instrucción del distrito de *** que titulaba don Jenaro Cruz, hizo entrega a este honorable funcionario de un montón de expedientes, cuyas providencias acababa de notificar.

Don Jenaro, orondo y sonriente, recordando el arancel, se hizo cargo de tan preciosa carga y comenzó a comprobar si las notificaciones estaban legal y debidamente hechas. Como en el recinto actuaban dos escribanos del mismo Juzgado, en la mesa inmediata, otro jefe, frente a su dependiente, realizaba idéntica tarea. De vez en cuando sordos gruñidos surgían de aquellas mesas.

—¿Por qué no ha firmado el procurador Pérez González de Rodríguez?

—No ha venido esta tarde.

—Con ésta van tres. Así no se puede continuar. Este ejecutivo corre prisa. Como no firme mañana pongo una diligencia y en paz. Ya me voy cansando yo.

Santiago, sin hacerle caso, fué a su mesa de trabajo a extender varias papeletas de citación que tenía pendientes en un sumario por lesiones. Entonces vió que Trujillos, el oficial primero de la escribanía, le guiñaba, como seña convenida, un ojo, y después abría la puerta y desaparecía por el pasillo.

Santiago salió, siguiendo a su compañero.

En la sombra charlaron rápidos.

—Ahí tienes los mandamientos de libertad para esa Pura Martí y su madre. Acaba de firmarlos el juez.

—¿Voy ahora?

—Sí. Arrea. Y ya lo sabes: nada de coger dinero allí, ni de esperarlas a la puerta, ni de tomar café con ellas. Ya vendrán por aquí y sudarán. Tenemos que tomarlas otra vez declaración.

Santiago no pudo reprimir una sonrisa.

—¡Pronto se ha despachado esto!

—Tú verás. Precisamente debes hacérselo presente a esas vivas para que den la pasta. Pero ojo con colarse. Tú pides comunicación con ellas, les dices lo que hay, encargándoles que vengan, y luego dejas los mandamientos en la dirección.

—Así lo haré. Descuide.

—De paso, te llevas ese sumario del robo de la calle del Reloj, y que te firme la notificación del auto de procesamiento Paca Romeral, que está en la celda cuarenta y seis. Apuntado lo llevas en la cubierta, con lápiz. No amueles, que el juez ha preguntado por ello.

Calló después Trujillo. Atisbó, y viendo que en aquel momento no pasaba nadie, sacó su bolsillo de plata y entregó a Santiago tres duros.

—Toma eso. De don Sabino.

—¿El de la falsificación?...

—El mismo. ¿No te dije yo que habría para café?...

Después empujó a Santiago, y los dos entraron en el local de la Escribanía.

Don Jenaro continuaba gruñendo. Santiago, que le conocía lo bastante para no hacerle caso, cogió los papeles que le había indicado Trujillo y el sombrero, apercibiéndose a salir.

—¿Quiere usted algo, don Jenaro?...

—¿Adónde vas?

—A la cárcel de mujeres, a recoger unas firmas.

—¿Está corriente todo?—refunfuñó. Trujillo intervino:

—Es eso de que le hablé hace un rato. Va corriente.

Don Jenaro, que tenía una fe casi ciega en su oficial primero, modificó el gesto duro que iba preparando.

—Vete con Dios. Y a ver cuándo vuelves.

Ya en la calle, Santiago apretó el paso, calle del General Castaños arriba, para tomar en la de Génova el tranvía, hasta la Glorieta de San Bernardo.

Cerca de los jardinillos se encontró a su íntimo amigo Anselmo Heredia, que conducía una gran bolsa de damasco rojo.

—¿Adónde vas?

—A dejar esta toga de don Nicolás Calderón. ¿Y tú?...

—A la cárcel de mujeres. Llevo los mandamientos para que pongan en la calle a una procesada que quita la cabeza. Vente.

—No puedo. Luego nos veremos en los Jardines, ¿no?

—¿Qué ponen?

—*Aida*.

—Hasta luego. Iré. Ya estaba harto de *Lucías* y *Giocondas*.

Santiago respiró, inundado de cierto gozo i n e f a b l e. Verdaderamente, aquellos ratos que pasaba en el teatro de los Jardines del Buen Retiro, oyendo tenores italianos, naturales de Sabadell, y sopranos procedentes de saldos líricos, eran los únicos agradables en su vida, abocada a un cinismo que le repugnaba, de curial.

El no había nacido para «aquello». Aún recordaba la voz queda, susurrante, del granuja Trujillo: «¿No te dije yo que habría para café?...», bajo las tinieblas propicias de los corredores de la Casa de Canónigos. Por otra parte, era hasta cierto punto un excelente compañero. Todas las tardes, al salir de la escribanía, Trujillo le daba varios duros o pesetas que sacaba de su bolsillito clásico de plata. Alguna vez Santiago veía entre sus manos un «pápiro» de cincuenta. El negocio, así, bajo la tutela de la ley, tentaba; Trujillo, sin embargo, no era tan audaz como otros oficiales de escribanía. Sacaba lo que podía, pero sin comprome-

terse demasiado. Las gentes que van a parar a la Casa de Canónigos son de cuidado. Litigantes temerarios, procesados por trapacerías, raterías o crímenes, precisa someterlos a una diplomacia especial, porque, aunque conocen el prestigio irresistible de unas monedas ofrecidas a tiempo, pueden comprometer a su favorecedor cuando éste, exclusivamente codicioso, exige más de lo que la ética *sui géneris* de tales negocios permite. En el país tenebroso y tolerante «de las gratificaciones» existen también Códigos severos, provistos de sanciones para toda extralimitación.

Aunque Santiago condenaba con la mayor energía semejantes procedimientos para atrapar un duro (Santigo Morales sustentaba un criterio bastante romántico acerca de la dignidad), aceptaba las pesetas que a título ladino de propinas le brindaban.

Como todos los curiales, «disfrutaba» uno de esos sueldos que los particulares, empresas bancarias, casas de virtud, asociaciones honorables y tribunales de Justicia, secundando lo establecido por el Estado, fijan a sus subordinados para que el absurdo tópico del honor vaya disipándose. Santiago tenía quince duros mensuales, y, por añadidura, una madre que le tenía a toda hora la comida dispuesta, lavada la ropa y mullido el lecho. Con estas amables estacas el tisicuelo rosal de la vergüenza no se desvía viciosamente. Gracias a unas y otras cosas el dependiente de don Jenaro ejercía con habilidades blondinescas r a r o s equilibrios sobre el cable, siempre flojo, de la claudicación. Fumaba, bebía, procuraba, a pesar de su celibato, hallar colaboradoras recatadas para la propagación de la especie, y hasta vestía sin alardes chulos, «decentemente», como los suicidas de cuyas muertes los reporteros tomaban nota, allá de madrugada, en el Juzgado de guardia.

Precisamente este verano, Santiago había adquirido un terno verdoso, color muy de moda, y un lindo Borsalino, de tono aceitunado, que le daban cierto prestigio poco frecuente en aquel mundo de oficinistas pobretones. Sin embargo, los compañeros, comidos de envidia, le adjudicaron el remoquete, un poco zumbón y exacto por el vitando colorido del traje, de *Santiago el Verde*.

Morales embocó la calle de Quiñones. Pensó, regocijado, en aquella Pura a quien iba a libertar y de cuya bonitura conservaba débil memoria. ¡Eran tantas las procesadas a las que tomaba declaración en la sala de comunicación de la cárcel, o en la escribanía, todas las tardes!

A la puerta del viejo edificio, soldados, mendigos que esperaban las sobras del rancho, y deudos de las presas, se confundían bajo la paz, un poco nociva, de esta calle de Quiñones.

Al entrar Santiago con los papeles bajo el brazo, varias pordioseras que le conocían como oficial de un Juzgado de instrucción se deshicieron, según costumbre, en bendiciones.

—¡La Santísima Virgen te acompañe!...

—¡Dios te proteja, salao!...

—¡Anda con Dios, y que siempre vengas como hoy, buen mozo!...

Aquellas ulcerosas, prostitutas, gandulonas, inválidas o hamponas (que siempre a la puerta de esta clase de edificios vive otra Corte de los Milagros) ponían en sus bocas laceradas una ternura insólita, presintiendo que el recién llegado era portador de una de esas hojas impresas, firmadas por un juez de instrucción, que abren, como llave áurea, las puertas de las prisiones.

Entró en la dirección, entregó a un viejecillo los mandamientos y, provisto de la correspondiente papeleta, pasó a la salita o celda de comunicación habilitada para la justicia, que tenía una mesa, un sofá, dos sillas, una ventana por cuyos cristales pasaba el vocerío prolongado de las reclusas y, en frente, una alta reja que da a un pasillo.

A poco aparecieron por él dos mujeres. En la habitación iba dilatándose la penumbra. Santiago no las veía bien.

—Buenas tardes—murmuraron ellas con hipócrita mansedumbre.

—Buenas. ¿Pura Martí? ¿Ana González?

—Servidoras—dijeron a un tiempo—. ¡Ah! Pero ¿es usted Santiaguito? —repuso la madre—. ¿Qué tal? ¿Qué me cuentas, hijo?...

Detrás de aquella reja, la anciana evocaba una nueva especie zoológica.

—Ahí están los mandamientos de libertad.

—¿Para nosotras?

La voz de Pura, la hija, sonó entonces musicalmente.

—¿Para quiénes quiere usted que sean, madre?...

Santiago se acercó a la reja. Los ojos de la chica brillaban de júbilo. Era realmente bonita.

—La verdad es que si la veo antes, no tardo tanto en venir a darle esta buena noticia—dijo el curial, galante.

—¡Calle usted, que creí que nos moríamos aquí de viejas!... ¡Olvidadizo! Yo bien me acordaba de usté.

—¿Si?...

—Mañana hará ocho días cabales que nos envió usté a esta asquerosa casa.

—¿Yo?

—Bueno, usté o el señor juez. Tanto da.

—Oiga, Santiago—intervino, astuta, la madre—. ¿Y no tardaremos mucho en salir...?

—Ahora mismo. Lo están despachando.

—¡Si se lo dije a ésta cuando salimos del Juzgado! ¡El señor Trujillo es un buen amigo! ¡Y usté, no se diga!... No se puede usté imaginar la extorsión que nos han hecho. Pero en fin, la justicia triunfa siempre. Y yo sé lo que he de hacer. A agradecida no me gana nadie.

Santiago seguía mirando a Pura. Ya recordaba. Cada vez gustábale más aquella buena moza, cuyos ojos, rasgados y morunos, brillaban entre la penumbra sucia del cuarto como dos aspilleras en la sombra de una torre.

—Mañana o pasado tienen ustedes que ir a la escribanía.

—Espérenos—dijo la madre.

El curial recordó las insistentes recomendaciones de su compañero Trujillo.

—Ya nos veremos. Mañana...

—No; ahora... Espérenos—suplicó la hija.

Y Santiago, seducido crecientemente, cedió. Trujillo no sabría nada...

—No tarden.

—En seguidita salimos. Coger la ropa, nada más.

Quince minutos después se reunían los tres en la Glorieta de San Bernardo. Allí tomaron un coche.

—A la calle de Embajadores, número... A escape.

Santiago denegaba aún:

—No se moleste, Ana. Ya iré a verlas...

—¡No es molestia!—repetía la madre, deseosa de congraciarse definitivamente con el oficial de la escribanía—. Quiero que cenemos juntos.

—Pero...

—Nada, nada. ¿O es que tiene usted cita con la novia?—preguntó Pura con dulzuras irresistibles de Dalila.

Rodaba el coche. Bajo las sombras del crepúsculo, Madrid, lleno de luces y rumores, prescindía de aquel alquilón donde Santiago, cerca de Pura, olvidaba la recta administración de justicia, la seriedad de los autos de procesamiento y las cautas recomendaciones de Trujillo.

Aquella noche, Anselmo Heredia recorrió los Jardines del Buen Retiro inútilmente, buscando a su amigo Santiago. Gritaban Amneris y Aida, la esclava etíope, en el escenario; jugaban las señoritas del *coin*, durante los entreactos, bajo un tinglado de lienzos y vigas; tocaba la banda del rey en el *Kiosko* central... El reloj del Banco de España dió las once, las doce...

Santiago no parecía. Y eso que Heredia le buscó con fraternal interés. Tenía que pedirle dinero.

II

DESVENTURAS POR QUINCE PLIEGOS

Anselmo Heredia había llegado a Madrid un año antes, desde Segovia. Allí había vivido aburriéndose bastante al lado de su abuela, única pariente

que conservaba y a quien quería vagamente porque cobraba todos los trimestres la renta, no muy exigua y siempre apetitosa, del cupón.

Pasaba, sin embargo, los inviernos en Madrid, porque en la Universidad Central asistía algunas veces a las abominables clases de Canónico, para justificar ante su abuela y protectora los gastos, cada vez más crecientes, de la carrera de Derecho. Aficionóse a la vida bullanguera de la corte, se hizo madrileño de hecho, y recordó, con sentimental ternura, a las burguesitas que allá en el *Salón* segoviano escuchaban, con imbécil buena fe, los piropos de los artilleritos en ciernes.

La voltaria jamona doña Fortuna dispuso de repente otra cosa. Murió la abuela de Anselmo, legándole varias consolas, cornucopias, arcones y retratos mohosos y veintitantos mil reales en doradas monedas, de todo lo cual, como cosa vieja, hizo Anselmo una discreta reducción en billetes bancarios, de la más rigurosa y flamante actualidad.

En el salón *Bleu*, en el salón *Rouge*, en el salón *Jaune* y en todas esas mezquitas, sanatorios, catedrales y prostíbulos más o menos pomposos donde las caderas femeninas ofrecen con su paréntesis de carne un asilo a los indolentes sensuales, inadaptables, desesperados, o, simplemente aburridos, Heredia dejó un reguero de monedas, procedimiento que anuló el de los pobres artistas obstinados en labrar cierta huella perdurable sobre el agua, tercamente removida, de una generación.

Heredia se divirtió todo lo que pudo. Pasado aquel deslumbramiento de pocos meses, advirtió, algo asombrado, que la Universidad Central continuaba establecida en la calle Ancha, y que en las aulas de la Universidad seguían los señores profesores explicando, perseverantes y heroicos, el Canónico y el Administrativo.

Le faltaban tres años aún de carrera. Había cedido los libros a varios compañeros. Había gastado el dinero, y estaba totalmente solo. Vió a los compañeros; pero como a ellos les seducían también las chicas de los salones, cualesquiera que fuese su color, resultó que los libros de Heredia habían ido a parar a una de esas librerías estupendas de la calle del Horno de la Mata, donde toda la juventud literaria y valiosa de nuestros días archiva, hasta que la Fama disponga lo contrario, sus ediciones.

Entonces Heredia se acordó de su amigo Morales, a quien conoció en una de sus juergas fáciles de noctámbulo. Heredia no tenía qué comer, precisamente cuando por una ironía muy frecuente, sus funciones digestivas eran de una normalidad extraordinaria.

Santiago Morales poco podía hacer en favor suyo; recomendarle a algún señor abogado para que aceptase en su bufete a Heredia. Pero Heredia no había acabado la carrera. Además, nada resolvía el fracasado bachiller aprendiendo a zurcir un escrito de conclusiones o un recurso de casación por quebrantamiento de forma. Heredia, que tenía estómago como los poetas y como los diputados a Cortes, empezaba a ser uno de esos villanos que desprecian la sustantividad jurídica de un bello escrito de réplica o la belleza penetrante de un madrigal ante la perspectiva de un bisté cuidadosamente rodeado de patatas.

Heredia se resistió. Puso el pie en esa rampa que la malaventura unta de jabón vitando. Dió sablazos poco profundos a algunos antiguos camaradas de la Bombilla. Permitió que los tacones de sus zapatos sufrieran divergencias horribles y avergonzadoras. Se mantuvo con varios cafés, de los que rogó al camarero del Colonial, también antiguo conocido, que tomase buena nota por si llegaba el día dorado de la solvencia. Conoció, en fin, esas pequeñas humillaciones y apremios, de importancia, por lo cotidianos, que impone a algunos hombres cierto instinto ancestral llamado por los sociólogos educación.

*

Pasaron los días. Heredia examinó, fría y claramente, su situación. La ne-

cesidad, que es positivo elemento pedagógico y un estimulante de las energías mentales, le hizo reconocer una vez frente al magno problema de la nutrición, que el llevar los tacones torcidos no reviste la menor importancia. Y por no caer en la bohemia triste y horrorosa de Madrid, bohemia de uñas negras y zancajos y estafas sin donaire e ingeniosidades sin jabón, Heredia, que tenía una letra bastante cursiva, entró como dependiente de una de las procuradorías más acreditadas de Madrid.

Cuando lo supieron algunos pocos amigos suyos, le miraron compasivamente. ¡Heredia, covachuelista!... Y cierto poeta, con quien se tuteaba, le escupió una frase mordaz. El trabajar era cosa de dependientes de comercio, boticarios, editores, tenderos de géneros ultramarinos y demás animales. El, con morder su pipa, cuidar su gesto de incomprendido y dejar que crecieran sus apéndices capilares, tenía bastante. Sin embargo, Heredia pensaba, frívolo y humilde, que sin leer libros de versos se puede engordar y aun ser feliz, y que dentro del complicado dentaje de la vida, los poetas «malditos» pierden bastante prestigio frente a la prosaica relación del *menu* de una fonda. Sobre todo teniendo en cuenta que los mismos poetas, desde Anacreonte a don Juan de Dios Blas, comen, y lo que es un poco más triste, digieren con regularidad abrumadora.

La vida de Heredia fué, desde entonces, monótona. Aquel ambiente de oficina, al que no estaba acostumbrado, le sublevaba. Encorvado hasta las nueve de la noche ante el pupitre, copiaba escritos, autos y sentencias larguísimos. Eso sí: con puntualidad matemática percibía su mesada de sesenta pesetas. Muchas veces se llevaba a su cuchitril de la travesía de San Lorenzo trabajo extraordinario. Por cada pliego de *veinticuatro* líneas (según la ley), el procurador le daba cincuenta céntimos. Así obtenía a fin de mes cinco o seis duros más.

En Morales halló un buen amigo. Fuera de las horas de oficina salían juntos. Su amistad se trabó fuertemente. Heredia, oyendo lamentarse a Santiago de la mayoría de sus compañeros, gente cínica y sobornable por un puñado de calderilla, sintió hacia su amigo cierta efusión invencible. En el fondo, eran dos rebeldes. Bajo las naves del Palacio de Justicia sorprendieron confabulaciones absurdas, venalidades inconcebibles, prevaricaciones que originaron más de un proceso célebre. Había también gentes honradas. Pero el tufillo nauseabundo del papel sellado corrompe y enturbia muchas conciencias, singularmente en el personal subalterno. En cuanto a las miserias de la gente togada, allá el Colegio de Abogados o la Fiscalía del Supremo, con sus conciliábulos de foristas sin pleitos ni bufete, obligados a patrocinar negocios más esquinados y oscuros que los que procesados y curiales concertaban en la sombra, nunca extinta, de los corredores de la Casa de Canónigos. El hambre y la codicia hacen una trágica glosa de todo el enjuiciamiento nacional.

A las dos de la tarde, Heredia bajaba a las escribanías para repartir los pedimentos firmados por su jefe. Luego en las relatorías de la Audiencia y en las del Supremo hacía idéntica operación. Eran cerca de las tres cuando entraba en el salón de Procuradores, patio cubierto por una enorme montera de cristales y que en otros tiempos fué jardín conventual. Allí, el rumor de doscientas conversaciones simultáneas apagaba el ruido seco de los expedientes que los «notificantes» arrojaban sobre las mesas, no muy nuevas, de los procuradores.

Entonces llegaba Paco Nieto, oficial mayor, compañero de Heredia. Era un tipo delgado, amarillo, con toda la difícil fisonomía de un nipón. Chato, bajo el fracaso de su nariz caían los hilos mal trenzados de su bigote. Caminaba a saltitos y era uno de los más juncales frecuentadores de la *Flor, Costanilla y Norte*. Lucía, con mal disimulado orgullo, su traje de alpaca negra, de americana de altas hombreras y pantalón de infladas perneras, abotinadas en sus extremos.

Entre los dos existía ciento rencor

creciente. Nieto, que era el que apodó a Morales *Santiago el Verde*, oyendo expresarse a Heredia con cierta corrección impropia de su modesto cargo, le llamaba, familiar y burlonamente, *Don Belianis*.

Delgado era lo que algunos de sus colegas llamaban gráficamente «un ansioso». Abonando en nombre de sus jefes las minutas de honorarios a ciertos letrados, percibía espléndidas propinas. Cuando se ganaba una apelación o un recurso, el cliente le obsequiaba con otra gratificación. Se encargaba también de gestionar declaraciones de herederos. Tramitaba «menores cuantías» redactando los escritos necesarios, para lo cual se valía de algún procurador y abogado complacientes que los autorizaban con sus firmas. Administraba casas, gestionaba la venta de algún inmueble o ultimaba alguna hipoteca, amén de buscarse una sabrosa administración judicial.

Todo lícito; pero todo productivo. Cuando podía, el sagaz Delgado ocultaba a Heredia las gratificaciones que los litigantes daban para la dependencia, quedándose con ellas íntegramente. Tuvieron los compañeros disputas repugnantes. La caza del duro suscitaba incidentes dolorosamente grotescos.

Heredia estaba harto de aquel cínico. A punto se vió muchas veces de deformarle el cráneo definitivamente.

Aquella tarde, Delgado, después de redactar a Heredia las providencias recaídas en los pleitos en tramitación, que Heredia copiaba en un cuaderno con tapas de hule, exclamó:

—Qué, ilustre *Don Belianis*, ¿quiere usted ganarse unos dulces sí que también sonoros «machacantes»?

Hablábale así siempre, con zumbón énfasis.

Heredia hizo un gesto de conformidad.

—Hay que hacer dos copias de una demanda.

—Según los pliegos que tenga.

Sacó el curial un abultado escrito.

—Es corta. Quince pliegos escasos.

Heredia, ojeando el manuscrito, le rechazó prestamente.

—No puedo hacerlo. ¿Usted cree que en una noche es fácil tirarse treinta pliegos?

—Son quince deliciosas pesetas.

—Como si fuesen treinta. Yo no me mato más.

—Pues el jefe la quiere para mañana.

—Que lo hubiese dicho antes, amigo Paco.

Estaba harto. Mal pagados los encargos, y con prisas.

—Bueno, *Don Belianis*. Tendrá usted la dignación de contárselo al jefe. Yo me abluciono las manos. Pero entienda que no está usted en lo cierto. Luego se queja usted de que los curiales viven malamente. Si se atienen al sueldo...

—Si se atienen al sueldo, como yo, lo pasan mal. Si se las buscan por toda clase de medios, como usted, viven mejor.

Delgado palideció hasta el azafrán. Pero no abandonó su zumbonería.

—Paréceme, *Don Belianis*, que voy a tener que mentarle a su señora madre. Hace tiempo que le tengo alojado en la mismísima boca del estómago.

Heredia se había levantado, iracundo. Su mano derecha acariciaba el tintero.

Entonces llegó el jefe. Se enteró de todo. Flemático, sin alterarse, el procurador dijo a Heredia que tenía que hacer para aquella noche las dos copias. Heredia afirmó que no podía. Y disputaron. Y Heredia fué despedido del bufete.

Por la noche se lo contó a Nicolás, en la taberna de la calle de Juan de Mena, donde se repartían las tarjetas de la *claque*. Los dos amigos eran «alabarderos», esa asociación benéfica que improvisa éxitos clamorosos y sin la cual el arte escénico perdería su más alto prestigio.

En la taberna charlaron. Santiago apenas escuchaba. Acababa de dejar a Pura.

—Chico, me estoy colando. Es una preciosidad de mujer.

Paco Dávila, el jefe de la *claque*, pasaba lista. Los alabarderos salían por parejas, con una tarjetita impresa que servía para los dos. Dávila, que

era un valenciano ligeramente bruto y no estaba muy seguro de que *La traviata* fuese de Verdi o de Bretón, aquella noche vociferaba indignado:

—¡A ver esos, que no se vayan! Esperarse todos.

Todos callaron. En el silencio se oía caer el chorro de agua sobre la pila del mostrador.

—Señores, ya estoy harto de haser la misma recomendasión! A ver si va a poder ser que la empresa no me ponga las orejas colorás. Esta noche va *Hugonotes*, en lugar de *Bohemia*, por indisposición del tenor Eurico. Señores: aquí se viene a aplaudir, digo yo. Señores: tengo dicho que se me mire a mí para en cuanto mueva las manos, ¿estamos?, me hagáis un aplauso serrao. Sobre todo en el dúo final. La otra noche sonaron cuatro palmadas. Yo sé de quiénes eran. Caballeros, ¡a ver si va a poder ser! ¿O es que habla uno griego? ¡*Che*, con los señorones!...

Había una pausa. Dávila, con los ojos inyectados, mordiendo el puro, estaba imponente.

—¡Aquí se viene a aplaudir!—añadió rugiendo—. ¡Para eso pagáis ustedes una peseta a la semana! A ver esta noche ese dúo. Tú, Díaz, la otra noche te quedaste dormido, y hasta que sonó el tiro, al acabarse la obra, no despertaste. Yo soy amigo de mis amigos; pero esto no puede seguir en esta forma. Al que no le convenga, que lo deje. ¿Ha oído, Díaz?

Sonó entonces una voz humilde:

—Verá usted, amigo Paco; yo...

—¡Si yo aludo a todos y a ninguno! Es que la empresa «me se» queja. El dúo de *Hugonotes* se está cantando aquí mejor que en el Real, y se aplaude menos. ¡A mí la empresa me paga para algo! ¡Conque, lo dicho, señores! ¡Y a ver si va a poder ser!...

Nadie replicó. Dávila se levantó, estiróse el chaleco, y, con el puro en la boca, mirando al frente, pasó entre la doble fila de alabarderos. Detrás de él, los mozos, algunos elegantemente vestidos, comenzaron a desfilar, camino de los Jardines. Bajo los árboles de la entrada, la banda del Regimiento del Rey tocaba un pasodoble, torero y jovial.

III

LOS TRAIDORES OJOS NEGROS

Algunas mañanas Santiago llegaba tarde a la oficina. Don Jenaro le recibía refunfuñando. Santiago se disculpaba, tímido. En el fondo, el jefe tenía razón.

Otras veces Heredia preguntaba a su amigo:

—Pero hombre, ¿dónde te metes? Sales de la escribanía y nadie te vuelve a ver el pelo. Por las noches voy a tu casa y no has ido a cenar. Hay que oír a tu madre. Me parece que estás entusiasmándote demasiado con Pura. Para un rato, esa mujer está indicada. Pero para enamorarse de ella como un estudiante de quinto de bachillerato, no.

Como un mozalbete de instituto se había enamorado de Pura. Morales lo confesaba. Una repentina crisis de romanticismo le hizo olvidar los amores fáciles del baile del Norte, las noches bullangueras de las Ventas, y aun cierta cupletista del Japonés, de la que llegó a entusiasmarse una temporada que le sorprendió con numerario.

Desatendía sus negocios: desdeñaba el dinero. Trujillo se desesperaba. Aquel muchacho era imbécil. Precisamente entonces «había negocio»: el juez examinaba poco la firma y se despachaban los sumarios que era un gusto.

A Morales le faltaba tiempo para ver a Pura. Un simón le dejaba en la calle de Embajadores, frente a San Cayetano, Santiago subía las escaleras de dos en dos, y tiraba de la campanilla nerviosamente. Pura salía a recibirle. Besándose por el pasillo llegaban al comedor.

El padre estaba fuera todo el día. Era oficial de una pastelería de la calle de Mesón de Paredes, donde comía y cenaba. Volvía a su casa al promediar la noche, después de jugar su partida de mus en el café inmediato del Vapor.

La madre se marchaba muchas tardes, pretextando visitas. Santiago comprendió que procuraba así, discretamente, dejarles casi solos. Casi, porque aunque Pura tenía dos hermanos, el mayor nunca estaba tampoco en casa, y la menor era una niña de seis años, que pasaba la tarde en el balcón, jugando con el gato.

Aún Santiago no había llegado a conocer al padre. Oyó a las mujeres quejarse de su mal genio, y condolerse de que trabajaba mucho. A veces la madre decía a Pura: «Hoy no viene padre porque está de bizcochos». Pero este detalle no bastaba para perfilar el íntegro carácter del pastelero señor.

Jamás se preocupó el curial en aquella casa de otra cosa que de su novia. Creyó de buena fe el embrollo, según decían ambas mujeres, que les llevó, inocentemente, a la calle de Quiñones. Morales, interesado por Pura, la visitó con frecuencia. Salieron juntos, solos. La chica parecía considerar, con creciente simpatía, las solicitudes del curial. Y una tarde, al regresar del Retiro, se hallaron, sin saber cómo, frente a cierta casa de la calle de las Huertas, y entraron.

Cuando salieron se tuteaban, y Santiago creyó en la felicidad de algunos momentos.

Otras tardes iban al café de la Paz. Entraban por la calle de este nombre, a un piso bajo con seis veladores de mármol y un camarero discreto. Aquel sitio era conocido con el nombre de «Vicaría». Otros lo llamaban «el café de los mancos».

Se pasaba el rato bien. Santiago soñaba a su manera. Pura le escuchaba mirándole de hito en hito poniendo en sus ojos una embustera lumbre de pasión.

Cuando se quedaban en casa, y la madre había salido, Pura remendaba ropa blanca. Entonces suspiraba melodramáticamente. Había sido modista de sombreros en la calle del Carmen. Ahora estaban en la vacación. Para el invierno tendría que emprender su oficio. Santiago protestaba.

—No irás mientras yo lo gane. Hablaré a tu padre.

—¡Mi padre!... No le conoces. Tiene muy mal genio.

—Nos iremos juntos, a vivir.

—¿Juntos? ¿Por detrás de la iglesia? ¡Pero, chiquillo, tú estás loco!...

Callaba él y Pura removía, suspirando, la costura.

—Estamos muy mal, Santiago. Mi padre gana poco.

—¿Y tu hermano?

Los ojos de la chica se nublaban. Morales empezó a notar que su novia eludía hablar de aquel hermano.

Una tarde salían la Pura y el curial de la alcobita próxima, donde aprovechando una de las ausencias de la madre, habían bebido una copa bien colmada de amor, cuando Santiago dijo de pronto:

—Oye, y tu hermano, ¿qué hace?

Pura, sorprendida, no supo qué contestar al pronto. Durante un momento suspiró entrecortada. Por la calle, al través de la pomposa hortensia del ventaneo, flotaba la voz de una vieja que rifaba, con naipes, unos melones.

—¡Llevo unos melones por un perro chico!... ¡Vaya unos melones! ¡Qué melones voy a dar por un perro chico!...

Santiago esperaba, fumando. Presentía algo desagradable.

—Dime: ¿qué hace tu hermano? ¿Trabaja? ¿No os ayuda?... Porque ya es un mozancón.

Entonces, Pura rompió a llorar.

—¡Está matando a mi padre!... No quiere trabajar ni hace caso de nadie... Es... es un sinvergüenza—y arreció en sus sollozos—. ¡Dios mío, yo no sé qué va a ser de nosotros!...

Aquella ambigüedad impacientaba a Santiago.

—Habla, mujer; explícate. Y no llores más, que yo, si puedo, os ayudaré. Ya lo sabes de hace tiempo. Anda, cuéntame...

Atropelladamente, Pura refirió lo que ocurría. Su hermano era un mala cabeza. Nadie sabía «a quién había salido». No trabajaba, a pesar de que el padre le molía el cuerpo a golpes. Ahora se dedicaba a organillero. Y pocas noches antes, en el Centro de pianos del Divino Pastor, había tenido una

cuestión con un camarada apodado el *Corbata*... Hubo sangre... El chico estaba en la cárcel. Su causa radicaba en una escribanía del Juzgado de la Universidad. ¡Cuando lo supiera su padre!...

Un poco asqueado, Santiago secó los lindos ojos de su novia y procuró consolarla. Intervino en el lance, habló con el oficial de causas de la escribanía indicada, y a los pocos días, como las lesiones producidas por el organillero no eran graves, se le libertó.

Cierta tarde, paseando por Amaniel, Pura y Santiago se sentaron a la sombra del acueducto de Isabel II. De las huertas cercanas surgían bocanadas húmedas, y la paz del sitio invitaba a confidencias líricas y efusivas. Se oía cerca el croar burlón de las ranas, y más allá de los setos de zarzamoras, ya florecidas, sonaban los tercos pianillos de los ventorros.

Pura miraba las puntas de sus pies, al final del espumoso borde de las enaguas. Hizo un mohín de disgusto.

—¿Qué te pasa?

Ella suspiró, ingenua.

—¡Cómo están los zapatos!... Y lo peor es que no tengo otros..., que más me gusten.

Al regresar a la corte, Santiago le compró unos gentiles zapatitos de tafilete, con tacones altos, de esos que suenan a gloria por las aceras de Madrid.

Pura se enojó; pero acabó por aceptarlos.

Después de los zapatos fueron las peinas, y los cubrecorsés y las blusas... Santiago procuraba tener contenta a su novia. En un reservado de «Niza» el muchacho reiteró su ensueño.

¿Por qué no vivir juntos? El hermano seguía, pasado el primer momento de escándalo, en la casa, tirando heroicamente del organillo por las calles madrileñas. El padre jugaba demasiado al mus. Por lo visto los bizcochos y los suizos y los hojaldres daban mucho para el órdago, pero poco para la casa...

Pura, asustada, protestó:

—¡No conoces a mi padre, Santiago!... ¡Menudo genio tiene! Es que se teme. Porque el día que le coja de mal humor le rompe las costillas a mi hermano. Y si supiera lo que me propones, era capaz de cualquier cosa, incluso de ir a presidio por un mal golpe!...

A Santiago le despistaba un poco este padre pundonoroso, digno, según su esposa e hija, de figurar en el *Romancero*. Pero los ojos, anchos y suaves de Pura, eran irresistibles.

Gastaba mucho dinero el infeliz curial. El sueldo lo entregaba, casi íntegro, a su madre. Había que recurrir a las propinas, a los tenebrosos convenios de los pasillos de la Casa de Canónigos.

Insensiblemente se hizo más cínico. Todo su afán era lograr dinero para costear los gastos crecientes de su novia. La madre, doña Ana, fingía no saber nada, no ver nada. Santiago receló algo que le dió náuseas. ¿Estarían explotándole?...

Sin embargo, los ojos negros de Pura tenían una fascinación singular. En vano Heredia, enterado de algo, se lo advertía a Morales. «Este pobre *Santiago el Verde* estaba enamorado como un vulgar recaudador de contribuciones».

Habían pasado las vacaciones judiciales. Después del discurso pomposo del señor ministro, en el acto de la apertura y de la bien documentada Memoria del señor fiscal del Supremo, los Tribunales reanudaron su alta misión de administrar justicia.

La gente regresaba de los balnearios del Norte, y los rateros también, apercibidos a proseguir su provechosa campaña de otoño. De los castaños y acacias de la plaza de las Salesas caían las últimas hojas amarillas. Algunos dignos magistrados, al encaminarse hacia sus respectivas Salas, para roncar sobre las leyes, durante un luminoso informe de cualquier letrado, se sentían ligeramente melancólicos. La demás gente de curia era, por lo corriente, poco sentimental, y no le importaba mucho que septiembre tronase iracundo, deshojase los árboles y sembrara a la hora del atardecido, la magia lu-

minosa y febriciente, de las primeras lluvias.

Entonces se preparaban en la Audiencia las causas voluminosas del cuatrimestre, los jurados empezaban a percibir sus dietas, y la gente se agolpaba en las amplias salas para presenciar los lances, siempre morbosamente atractivos, de los juicios orales.

Los chicos de la prensa aún no habían establecido su actual Centro, testimonio simpático de amor a la antropología y de celo profesional, en cuyo Museo existe un arsenal de «piezas de convicción» que han pertenecido a anormales célebres en la criminología madrileña. Son bagatelas que pueden proveer pintorescamente cualquier tingladillo del Rastro, pero a las que el recuerdo de un crimen que alcanzó gran notoriedad concede un positivo valor de raza, de época y aun de ambiente.

Los forenses afilaban sus bisturíes para las autopsias: los alguaciles repartían buen puñado de citaciones, y los pasillos de los Juzgados estaban invadidos por un ejército de litigantes, abogados, testigos y encartados. La actividad era enorme. A veces, entre la muchedumbre pasaban tipos muy conocidos entre la gente curialesca. Durante muchos años fué popular en la Casa de Canónigos y en la Audiencia, cierta señora regordeta y rojiza, siempre vestida de luto, terror de los procuradores y abogados que tenían «turno de oficio»...

A fines de aquel mes se cometió cierto robo de una audacia maravillosa, en una tienda de préstamos de la calle del Barquillo.

Los ladrones fueron varios, a cual más atrevido. Mientras uno sujetaba, a las seis de la tarde, la manivela de la puerta, otro rompía de un martillazo el cristal del escaparate, cogía el lienzo de terciopelo sobre el que palpitaba el misterio de cien piedras preciosas, y con tan rico botín en la mano corrió hacia la inmediata calle de Piamonte. Allí, otro «compadre» esperaba, sentado, como un honorable pocero, sobre la boca de la alcantarilla. Los tres rateros, rápidos cual el rayo, desaparecieron por aquel escotillón municipal.

El dueño de la tienda, los dependientes y varios transeúntes, apercibidos de tan encantadora aventura, corrieron, dando las naturales voces, tras los cacos. Algún polizonte tomó parte activa en la persecución. Requirió luego el auxilio de varios guardias; y autoridades, horteras, más algunos curiosos improvisados en beneméritos agentes de vigilancia, se metieron por aquel trágico agujero que acababa de tragarse una fortuna fabulosa.

A lo largo de la sombría alcantarilla, la persecución fué lance que ningún señor poeta épico ha cantado debidamente. Los ladrones iban muy delanteros. El prestamista, hombre, como todos, de gran corazón, derramaba un copioso llanto inédito, ofreciendo un espléndido premio, entre las tinieblas, para estimular a los policías, que corrían como liebres.

A los pocos minutos se detuvieron. Sobre sus cabezas se abrió un boquete luminoso y redondo como una luna llena, grotesca en aquella noche artificial de la cloaca. Era una boca de alcantarilla. Encontraron una escala, y, a la luz de bastantes fósforos—la señora viuda de Lizarbe, como fabricante de ellos en Tarazona, no llevaba camino de la inmortalidad—divisaron en el suelo algunos estuches de alfiler de corbata. «Por aquí han huído», pensaron los esbirros. Y subieron, seguidos del jeremiaco prestamista. Estaban en la acera de los pares de la calle de la Florida. La gente que transitaba por aquel sitio, viendo surgir tantos hombres, sucios y anhelantes, se detenía intrigada. Formóse un grupo. Pero los ladrones no aparecieron.

Poco después se supo que la escala y los estuches olvidados en aquella boca representaban una hábil estratagema de los bandoleros. Ellos habían continuado su huída subterránea, yendo a parar al piso bajo de cierto cuarto que previsoramente alquilaran en una calle chamberilera, llamada irónicamente de las Virtudes.

Santiago Morales intervino en este célebre proceso. Durante un mes anduvo loco, escribiendo requisitorias, autos, declaraciones, diligencias, mandamientos y providencias.

Cuando veía a Pura era aprovechando los pocos minutos que le dejaba libres la tramitación de aquel sumario enorme, donde intervino, como supuesto cómplice, hasta el *Chato de Jaén*.

Le acosaban los periodistas. A pesar del secreto del sumario, algún repórter amigo de Morales, dió, en sus informaciones, detalles preciosos. Santiago, en las Salesas, era el curial más agasajado y requerido. En la Cárcel Modelo, acompañando al juez instructor y al escribano, escribió como un incansable. Tostado, a la luz de un absurdo y brumoso mechero de gas...

Pasados bastantes días pudo disponer de unas horas. Corrió a ver a Pura. La encontró llorando, sola.

Ante las instancias de su novio, la muchacha refirió sus cuitas.

—Mira, Santiago: ¿para qué mentir más tiempo? En casa hay muchas necesidades. En la pastelería no se vende nada. Mi pobre padre está desesperado. Mi hermano no se acuerda de nosotros. Está ahora en Méntrida, con el piano. Yo tengo que trabajar...

—¿En tu oficio?

—No... Se gana poco. Mi madre ha encontrado colocación.

—¿En qué? ¿Dónde?

Pura vaciló aún. Pero, tranquilizada demasiado pronto, repuso:

—En la cervecería Escocesa de la calle Alcalá, de camarera.

Santiago se quedó pálido. No supo más que preguntar:

—Pero, infeliz, ¿conoces ese oficio?

—He sido camarera ya—añadió ella—. El año pasado... Se ganan buenas propinas. Mi padre...

—Tu padre es un sinvergüenza —sentenció Morales, soltando un taco demasiado expresivo.

Entre los dos amantes se cruzó una mirada relampagueante y buída como una espada.

—Creo que no tienes motivos para ofender a mi padre—murmuró Pura.

Pero Santiago, sin inmutarse, replicó:

—Tengo la vanidad de entender que le he calificado acertadamente.

Y callaron después. Parecía pesar sobre ellos la amenaza de un rompimiento.

Anochecía. La ventana del bohardillón recortaba un rectángulo de cielo oscuro, inflamado en el sidéreo resplandor de un crepúsculo de otoño.

Por la calle de Embajadores, la voz de la vieja que rifaba comestibles entre las comadres del barrio, repetía indiferente y poderosa:

—¡En el caballo de bastos han caído los melones!... ¡En el caballo de bastos...!

IV

GAJES DEL OFICIO

Positivamente, Heredia reconocía en sus frecuentes vigilias, que no hay cosa más absurda e incómoda que tener dignidad.

¿Para qué sirve este lastre de la conciencia, que pesa demasiado? Los escrúpulos son castillos dorados y solitarios, donde muchos hombres aprenden a morirse de hambre. Aprender a morirse, así, por la difícil adquisición de comestibles dentro de los medios reputados como lícitos, es una asignatura demasiado violenta. Heredia, cuando estudiaba para abogado, loaba la sabia previsión de una ley o encarecía largamente la bondad conservadora de un Real Decreto. Ahora, derrotado, cesante, hambriento, aislado y mal vestido, «modificaba sus conclusiones». Los Códigos son, como las artistas del teatro, deslumbradores según el sitio desde donde se miren.

El era un hombre decente, digno, escrupuloso, romántico, pundonoroso e integro, en todos los tremendos sentidos del vocablo. Pero ante los escaparates de las casas de comidas formuló todo un sistema filosófico altamente amoral. El hambre es un implacable corrector del estilo. En sus

entrañas, entre el hígado y el estómago, floreció el rosal fragante del cinismo. Tuvo una gran tolerancia para toda ilegalidad. Su ética sufrió derivaciones inesperadamente seductoras. La estafa al *Cantinero* le pareció un bello poema de picardía. Consideró los timos del portugués y del entierro, y cien más de que tuvo noticia durante su vida de covachuelista, como provechosos signos de evolución social.

Porque Heredia, con hambre y con decoro, no podía vivir. En vano buscaba colocación, agotando sus últimos restos de hombre bien educado. Nadie le atendía. Le sonrojaba el «sablazo», el parasitismo, el hurto y la estafa. Pero, dotado de tan excelsas cualidades cuando iba a refugiarse en su tabuco de la travesía de San Lorenzo, la vista se le nublaba, las piernas negábanse a sostener este complicado andamiaje de virtudes, y al oler por el camino cualquier fritanga, el hombre sentía insensatos deseos de violar las leyes, redactadas, discutidas y aceptadas sola y exclusivamente por los ahitos.

Su amigo Santiago le ayudaba. Jamás Heredia le había pedido dinero. Pero muchas noches, caminando a su vera, charlando de esas frivolidades livianas que suscita una digestión feliz, Heredia se tambaleaba. Y Santiago llegó a advertirlo. Y procuró averiguar la causa de aquella oscilación que rompía las inmutables leyes de la gravedad. Y Heredia confesó, con todos los debidos respetos, y aun empleando un eufemismo, que llevaba día y medio sin que en su boca se formase la gloria indescriptible del bolo alimenticio.

Aceptó el socorro de Santiago, no sin vencer cierta repugnancia. El, que era un exigente en cuestiones de arte dramático, aplaudía ahora interiormente aquellos cohetes retóricos de *La Pasionaria:*

> —Y como el tiempo no venza
> esa enfermedad extraña
> debe usted salir de España.
> —¿Qué es lo que tengo?
> —Vergüenza

A pesar de todo, Santiago había aceptado una carga excesiva. No sólo mantenía a su madre y a su amigo Anselmo, sino que el drama de la calle Embajadores solicitaba, con creciente intensidad, su ternura.

No permitió que Pura fuese al *bar*. Le crispaba la idea de verla con la cabeza llena de ricillos, el espumoso delantal y la risa complaciente, brindando al parroquiano «un doble dorada».

Creía a Pura una excelente muchacha, indigna de tolerar la charla pecaminosa de la gente noctámbula, en un establecimiento de tal índole. Trabajaría: robaría, si preciso fuere... Pero Pura continuaría en su casa, sin que la faltase alimento y vestido.

Fué entonces cuando el oficial de la escribanía, Trujillo, observó en Morales sobresalientes condiciones para «apañar» gratificaciones. Solía reunirse el muchacho con «sus clientes» en un café cercano a la plaza de las Salesas. Allí se modificaban tramitaciones, se redactaban providencias propicias y se imponía un cauce algo tortuoso, a la serena y firme corriente de la ley.

En una querella por injurias, que dió bastante juego, Santiago conferenciaba a horas distintas con querellante y querellador. De los dos enconados luchadores arrancaba pingües recompensas.

El curial no vacilaba. Fríamente ponía precio, y crecido, a sus favores. Había monstruosos regateos. Los encausados protestaban, pero concluían deslizando las monedas prefijadas. Y Santiago corría a ver a Pura, a entregárselas.

Sin embargo, en la madre notaba cierto humor sombrío, que se traducía en contestaciones desabridas y «gestos de vinagre».

Santiago no adivinaba la razón de aquel malestar permanente. En ratos de confidencia, Anselmo se lo advertía.

—Mira que Pura no es como crees. Mira que el padre es un farsante y la

madre una Celestina... Mira que te están engañando miserablemente.

El curial no le hacía caso. Todo lo soportaba por el amor a aquella mujer que tenía unos mohines deliciosos y unas caderas inenarrables.

Heredia entraba en la casa, también. Le presentó Santiago, condolido de la situación de tan entrañable amigo. Allí, al menos, tenía libros y revistas que Morales compraba, y que podían disipar el tedio crónico del cesante. Además, huérfano y solo, en aquella casa le brindaron calor doméstico y familiar.

Cuando Morales despachaba pronto en la oficina, o no tenía que tomar declaraciones a los procesados sin libertad, iba a casa de su novia. Allí estaba esperándole, muchas veces, Heredia. Escribía sus cartas, se preparaba a unas oposiciones gracias a la bondad de Santiago que le dió para adquirir los libros necesarios.

El curial mandaba traer la cena de un café próximo. Santiago invitaba a su amigo. Todos comían, sentados como una familia burguesa, bajo la vieja lámpara del cuarto.

Allí hacían planes, comentaban las peripecias de algunos procesos. Después salían Pura, Santiago y Anselmo a ver una piececita.

Morales era feliz. Ya se había acostumbrado a aquella vida de curial, que tanto le repugnaba pocos meses antes. Al separarse de madrugada los dos amigos, Heredia aprovechaba un momento de buen humor.

—Oye, Santiago: ¿tienes dinero?

—¿Cuánto necesitas?...

—Para comer mañana. A doña Mercedes (la vieja que le cedía hospedaje en el bohardillón de la travesía) le debo la mensualidad última; pero que se aguante.

Morales le entregaba unas pesetas.

—Arréglate con eso: no tengo más ahora.

—¡Qué bueno eres, Santiago!—exclamaba con acento melifluo Anselmo—. ¡Cuándo podré corresponderte!

—No te apures. Lo que hace falta es que se te arreglen tus asuntos. Hoy me dijeron en un Juzgado Municipal que tal vez necesiten pronto un escribiente.

—¡Allá veremos!... —suspiraba el otro.—¡Esas oposiciones, chico!...

Como se veía muy mal, tenía en ocasiones, solicitudes cómicas.

—Oye, Santiago: ¿te quedan unas perras gordas sueltas?...

—¿Qué te pasa?

—Jabón: que no tengo jabón. Doña Mercedes, esa patrona repugnante, es bastante desaseada.

Y cuando no era el jabón, tan indispensable, por otra parte, como el mismo sustento, eran esas cosas que, bajo la égida de doña Miseria, parecen confabularse sañudamente. Botas que revientan, calcetines que se pudren, camisas que se descosen, botones que se caen, puños que se ensucian, peines que se pierden, barbas que crecen, erupciones de la piel que brotan de improviso, constipados que se atrapan, y alas de sombrero que saltan inopinadamente...

A todo, con docilidad superhumana, atendía Santiago. Pero los gastos aumentaban...

Aun Heredia, que quería, como es natural, fraternalmente, a su amigo, murmuraba a ratos, con miras económicas:

—Déjalo, Santiago; me pasaré sin pasadores en la camisa. Te saqueo demasiado. Aun así, no sé cómo sacas tanto dinero. Un día va a enterarse el jefe o el juez, de todo, y vas a ir a la cárcel...

Nunca pensó Santiago que su gran amigo pudiera engañarle. Tenía en él una fe absoluta, a pesar de que Heredia le pedía dinero quizá con frecuencia sospechosa.

—¿No te dí ayer noche dos duros?

—Es verdad—respondía el cesante, bajando los ojos.—Pero hay trances horribles, ridículos si quieres. Ya sabes que no sólo el estómago tiene exigencias inaplazables. Hay otras perentorias también...

—¿Bebiste?... ¿Jugaste?... ¿Te sedujo alguna linda corbata?...

—¡Oh! No se trata de vicios tan insignificantes, Santiago. Tú has visto conmigo el año pasado, en los Jar-

dines, cierta opereta titulada *Le carnet du diable*. ¿Recuerdas los lances cómicos que, según el libretista, provocaba la abstinencia amorosa?... *Voilá!*

El curial soltaba la carcajada, comprendiendo.

—¡Ni media palabra más, querido!... ¡Pobre Anselmo!... ¡Tienes mucha razón!...

Aquellas noches, serenas y tibias, de comienzos de otoño, ejercían en el pobre muchacho una extraña influencia afrodisíaca. Trascendentales visiones de erotismo poblaban sus noches. El bohemio se revolvía entre las sábanas, cara al inclinado techo del camaranchón, que amenazaba aplastarle.

La patrona, doña Mercedes, roncaba desapaciblemente. Heredia evocaba, enardecido, los tiempos lejanos en que esta vieja de hoy fué moza garrida y pinturera, de caderas anchas y firmes pechos... Y, a falta de otros desahogos indicados, Anselmo, asociando desoladamente ideas, lloraba de bruces sobre la almohada.

Al fin, *Santiago el Verde*, era más feliz, probablemente con menos derecho. El afecto hondo que sentía hacia él no le impedía reconocer que su amigo tenía un cerebro de trescientos gramos. Pero la felicidad es así. Sólo simpatiza con los toscos, los ruines, los cretinos. A los hercúleos les concede cierta infernal atracción genérica: a los insensibles les colma de oro; a los incultos les otorga el brujo y excelso don de la voluntad, que lo puede todo...

★

Cada cuarenta días, el jefe de Santiago servía una guardia de veinticuatro horas en el piso bajo de la Casa de Canónigos. Al sonar las doce de la mañana en el reloj de las Salesas, cesaba un Juzgado y le sustituía otro, que permanecía en el reducido local, lleno de olor a moho y a papel, hasta igual hora del siguiente día.

Muchas de estas guardias transcurrían con relativa tranquilidad. No siempre los maridos ultrajados sorprenden a sus señoras en el flamante y humano delito de adulterio: no siempre se le ocurre a un desesperado saltarse la tapa de los sesos: no todos los días se estafan doscientas cincuenta mil pesetas a un honrado prestamista. Las delegaciones enviaban sencillos atestados de lesiones leves, producidas casualmente o en riñas tabernarias, o de timos de perdigones o de accidentes del trabajo... Entonces el señor juez, el escribano y los subalternos podían retirarse, allá a media noche, a dormir en las camas que existen en el propio local, después de haber informado a los periodistas para que redactasen su monótona crónica de sucesos...

Santiago tenía poca fortuna cuando le correspondía la guardia. Poco después de cenar, sobre la mesa misma de la oficina, cuyas manchas, descosidos y roña cubría la blancura misericordiosa de un mantel (esta cena la mandaba hacer el jefe en su casa), comenzaba el trajín.

Por el largo corredor avanzaban parejas de guardias con abultados sobres de las delegaciones. Los detenidos entraban en unos cuartos calabozos, blanqueados de cal, y exiguos. A la puerta, sentados en dos banquillos, vigilados por los alguaciles, quedaban los testigos de cargo y de descargo.

Santiago instruía las primeras diligencias en impresos especiales. Dominaba bien su oficio. No obstante, cuando el caso, por su importancia, lo requería, pasaba al despacho del juez y, dictadas por el mismo magistrado en persona, extendía las actuaciones pertinentes.

Hubo guardias de trabajo activísimo, anulador, en que entraron treinta y treinta y cinco sumarios, casi todos «de juego». Los atestados se amontonaban sobre la mesa; los pasillos hervían de gente. Sonaba, terco, el teléfono, anunciando la comisión de nuevos delitos; el cochero preparaba malhumorado el carruaje oficial del señor juez, y los reporteros preguntaban, bullían, temiendo que les «pisaran» una información preciosa.

Entre las obleas, el tintero y los pliegos escritos, sin encuadernar aún, aparecían relojes, pistolas, navajas, papeletas de empeño, gorras, llaves inglesas, palanquetas y sobres hinchados de periódicos. «Piezas de convicción» que andando los procesos se hacían famosas, como la plancha de la Cecilia Aznar o el maletín del jorobado Carengia.

Una mañana de mediados de octubre, Santiago entró de guardia. La tarde y la primera mitad de la noche transcurrieron sin graves incidentes. Santiago estaba asombrado. Don Jenaro roncaba en la pieza inmediata. El ordenanza y los alguaciles de turno tomaban café en el vestíbulo, junto a la bien cargada estufa.

Entreteníase el curial en escribir una carta, extensa, almibarada, y si se quiere retórica, a Pura. Cada vez la adoraba más, con ardimientos que nunca había sentido. Desde tres días antes quiso verla, y un exhorto urgente del penal de Ocaña atareóle al punto de que le fué imposible.

Heredia le daba noticias de la casa. También, por razones poderosas de gratitud, entregaba a Pura las románticas misivas que Santiago le escribía entre los «Resultandos» y «Considerandos» cotidianos.

Hacia las once de aquella noche, en el coche oficial, regresaba el Juzgado del Hospital General, donde había tomado declaración a un herido de arma blanca. El juez y el escribano iban dentro del carruaje, y Santiago, llamado entre los curiales el *Verde*, acompañaba al cochero en el pescante.

Ya en el despacho del juez empezaron a ordenar las diligencias. El magistrado, hombre jovial y excelente, bromeaba con don Jenaro.

—Le tengo miedo, querido. Hemos empezado la guardia, y siempre que me toca con usted tenemos jaleo hasta después de las doce de la mañana.

Don Jenaro, bobalicón, sonreía.

—Es verdad, señor juez. Y maldita la gracia que me hace.

Paseó una mano por su lustrosa calva como para estimular una confidencia.

—¡Si tuviese esa suerte para lo civil!... Tres dependientes tengo atareados ahora con lo criminal. Llego ya al número quinientos y pico de sumarios. En cambio, mayores cuantías, ni medio. En cuanto cae uno, desisten las partes, sin llegar al período de prueba.

De pronto, cortando la lacrimosa charla del escribano, empezó a sonar el timbre del teléfono. Era un repiqueteo largo, apremiante. Cesaba para continuar luego con furiosa impaciencia.

El mismo juez corrió al aparato, colocado en la pieza contigua. Cambió varios monosílabos con la voz lejana. Don Jenaro y Santiago escuchaban anhelantes.

—¿No lo decía yo?—exclamó el magistrado dirigiéndose al actuario. Y ordenó breve a Santiago:

—¡Que no desenganchen, a escape! Prepárenlo todo para salir ahora mismo.—Luego, correspondiendo a la discreta mirada interrogadora del escribano repuso, mientras escribía en un papel las señas:

—Tenemos un doble suicidio en cierta casa de la Costanilla de... Avisa la Casa de Socorro.

Salió el coche, galopando. Morales veía, latente, su «mala pata». Apenas había podido concluir su carta para Pura.

Algún repórter, que por casualidad estaba allí, emprendió dentro de otro carruaje de punto, la persecución del coche del Juzgado. A juzgar por lo rapidísimo de la partida, el asunto debía ser importante. Cinco o seis columnas, al día siguiente.

La noche era templada. Algunos transeúntes, que salían del teatro, volvían la cabeza, o saltaban hacia la acera ante aquel torbellino judicial. El cochero arreaba locos fustazos al tronco.

Llegaron a la funesta casa de la Costanilla, cuyos cuartos han sido reseñados más de una vez en procesos sensacionales. A la puerta un grupo de curiosos rumoreaba. Al ver al Juzgado se abrió una doble fila de caras,

y entre ellas pasó, rápida, la comitiva.

En la casa había un escándalo enorme. Acudió primeramente la dueña, gruesa y alta, quien consternadamente, dió a la autoridad judicial los escasos antecedentes que conocía. Hacia las once de la noche había llegado un hombre «bien vestido» y una mujer «no mal parecida», pidiendo cuarto. Se les dió el segundo, número 16. Encerráronse, y cuando la hospitalaria casa yacía en un silencio casi litúrgico, sonaron dos detonaciones casi simultáneas. Acudieron las criadas y la dueña, porracearon el cuarto; oyeron débiles gemidos dentro. Abrieron la puerta, mientras se avisaba a una pareja—una pareja distinta de las de aquella casa, de las gubernativas—y hallaron en el suelo, sobre un charco de sangre, al hombre y a la mujer agonizantes. La dueña no los conocía y, según informes que había pedido a la servidumbre, no se les oyó gritos ni voces que hiciesen presumir un altercado.

Pasó el juez al cuarto del crimen. El forense, a quien un guardia había avisado, examinó a los que en el suelo yacían. Certificó la muerte, que fué casi instantánea.

Sobre la cercana mesilla de noche, un sobre llamó la atención del juez. Lo abrió y leyó rápidamente: «Señor »juez de guardia: No se culpe a na»die de nuestra muerte. Hemos sido »muy desgraciados y acordamos ma»tarnos. Yo me llamo Alfonso Menén»dez, y tengo una carnecería en la »calle...»

—¡A ver, la dueña!—gritó el magistrado—. ¡Que no salga nadie de esta casa!... Hay que tomar declaraciones a todos en cuanto se cumpla el trámite legal del levantamiento de los cadáveres!...

—Las cuatro o cinco parejas que en casa había, en casa están, señor juez. Abajo esperan, si V. S. no dispone otra cosa—murmuró el ama, humilde y consternada.

Santiago, con el juez y el escribano, pasaron a una habitación del piso bajo, donde comenzaron a ordenar las primeras diligencias. Tratábase de uno de tantos dobles suicidios por amor, que algunos amantes realizan a horas intempestivas, con evidente intención de mortificar, por última vez, a las autoridades.

Fueron conducidos los cadáveres, en el furgón, al Depósito, una vez identificados absolutamente. Amanecía cuando comenzó el desfile de testigos, contrariados bastantes por lo especial del sitio en que se vieron precisados a deponer.

Hinchada tenía la mano el infeliz Morales. Don Jenaro bostezaba.

Salió un testigo y entró otro. Un alguacil les daba acceso a la habitación, mientras los guardias vigilaban a los restantes.

Al formular el juez el consabido: «Cómo se llama usted?», frente al mozo que acababa de entrar, Santiago levantó, estupefacto, la cabeza.

—Nicolás Heredia y González.

—Diga el testigo lo que sepa acerca del hecho de autos.

Morales y Heredia se vieron:

—¡Hombre!... ¡Santiago!...

Aunque el encuentro no tenía nada de anormal, la sorpresa de ambos amigos fué enorme.

Heredia estaba rojo. Morales, lívido.

—Yo había venido con una amiga... —comenzó el cesante.

—¿Cómo se llama?—inquirió el juez.

Heredia vaciló, enrojeciendo hasta el blanco.

—Realmente, no lo sé... Es una de esas mujeres complacientes que se conocen, como sabe V. S. en un rato de zambra...

Siguió declarando, sin poder reprimir cierta inquietud. Santiago, acordándose del *Otelo* que había aplaudido en los Jardines, no acertaba a escribir. Un vago presentimiento le helaba la sangre.

Que quedó definitivamente coagulada en sus venas cuando el juez ordenó al alguacil que pasara la «amiga» del testigo.

Santiago estuvo a punto de caer de bruces, sobre las diligencias instruídas.

Delante de la puerta, inmóvil y siempre bella, estaba Pura Martí.

V

DEL CORAZON, DE LA CABEZA Y DE OTRAS COSAS

En la calle de Santa Isabel Santiago encontró a su gran amigo Heredia. Eran cerca de las ocho de la noche.

—En tu busca iba—dijo el curial, que estaba intensamente pálido.—Vente conmigo. Tenemos que hablar bastante.

—Hombre, no he cenado... Espérate y...

—No tengo por qué esperarte. Si no has cenado te aguantas. No sería tampoco la primera vez.

Heredia tuvo una sonrisa cínica.

—¿Ironías ahora, querido?

—Ni ironías ni narices. He dicho que te vienes conmigo, y vamos a hablar muy en serio.

Santiago temblaba de cólera. Heredia, advirtiéndolo, se puso a su lado, y juntos siguieron calle arriba, hacia Antón Martín.

En la plaza tomaron el tranvía. Santiago sacó su pitillera y encendió un cigarro, sin ofrecer otro a su amigo.

—¿Adónde me llevas?—exclamó éste, recelando.—Te veo alterado. ¿Qué pasa, hombre de Dios?

—¡Y aún me lo preguntas!—rugió el curial.

Comprendió Heredia, y, flemático, se dispuso a seguir hasta lo último aquella escena que empezaba a reputar poco sublime. Hacía cuarenta y ocho horas que Santiago les sorprendiera en el delicioso refugio de la Costanilla. Heredia, presintiendo discusiones enojosas, no pareció ni por las Salesas —para eludir los apóstrofes de Santiago—ni por la calle de Embajadores —para disipar la probable tribulación de Pura—. Metido en la cama, en su casa de la travesía de San Lorenzo, pasó el día contando cuentos a doña Mercedes, y compartiendo con ella unas divinas patatas guisadas.

Durante el trayecto los dos amigos guardaron un rencoroso silencio. Santiago perfilaba frases, construía períodos rebosantes de indignación para el amigo infiel y la novia ingrata; escogía y desechaba epílogos que rematasen dignamente tan villano proceder.

Cien veces deploró como buen curial no haber amparado sus amores con Pura bajo la debida sanción legal. Vivir fuera de lo reglamentado tenía quiebras dolorosas, como aquella. De haberse casado con Pura, dos noches antes hallándola con otro hombre, íntimo amigo suyo por añadidura, hubiera podido usar del derecho que, como esposo ultrajado, le concedían las leyes. Y aun habría podido descerrajar dos tiros a los culpables. Porque recordaba cierto artículo del Código penal que dice: «El marido que sorprendiendo a su mujer en adulterio, da muerte en el acto a ésta y a su cómplice, incurrirá en la pena de destierro»...

Había sido un imbécil. Dolorido y desencantado, resumía su situación en cierta frase vulgar: «Le habían engañado como a un chino».

Llegaron a la Puerta del Sol. La animación en aquel sitio era enorme, lleno de luces y estrépitos. Voceábanse los primeros diarios de la noche; pasaban rientes y charlatanas las modistas; los tranvías eran asaltados por gentes felices que iban a cenar.

Heredia se detuvo, bostezando melancólicamente. Pero su amigo le cogió de un brazo, arrastrándole.

—He dicho que vienes conmigo. Llegamos en seguida.

Y subió con él a otro tranvía: el de Pozas. En las curvas de las calles Mayor y Bailén, descendieron los amigos. Santiago continuaba tirando de la americana de Heredia, llevándole hacia la oscura fronda de los jardinillos, tristes y secos, de la Cuesta de la Vega.

Aquello era ridículo. El cesante protestaba.

—¡¡Ven!!—rugía, tozudo y colérico, el curial.

Ya en aquel paraje desierto, moderaron la marcha. Los faroles municipales apenas rompían las tinieblas del camino. El viento arrancaba a las copas de los árboles un susurro lúgubre. Sentadas junto a la barandilla de los jardines varias parejas de novios con-

versaban misteriosas. Heredia, marchando resueltamente al lado de Morales, sentía, con el ulular del viento y el celestinaje de la sombra, cierta inquietud perfectamente folletinesca.

De repente Santiago se detuvo. Estaba en plena explanada, a la hila de la verja del Campo del Moro, bajo la macilenta claridad de un farol de petróleo.

—Te he traído aquí para decirte que eres un canalla.

—¡Hombre!...—interrumpió Heredia, asombrado—. Yo creo que para calificarme con esa ligereza podías haber buscado un sitio menos lamentable.

—Déjate de bromas, Anselmo, que hoy no podrían hacerme ninguna gracia. Tú te has portado conmigo miserablemente. Y hay que aclarar todo esto, o de lo contrario, prepárate, porque vengo decidido a que nos rompamos la cabeza.

—¿Rompernos la cabeza nosotros? ¡Pero tú estás loco!

—Así, como suena, Anselmo. Eres un sinvergüenza. No sé ni cómo tengo paciencia para no darte una pateadura. Si me hubiesen dicho alguna vez que ibas a pagarme con tanta ingratitud lo que, poco o mucho, pero siempre lleno de cariño, he hecho por ti; si me hubieran dicho que hipócritamente me saquearías y acabarías por venderme...

—¡Alto, alto ahí! —dijo Heredia tranquilamente—. ¿Es que vas a aludir ahora a nuestro encuentro de anteanoche?... Porque en modo alguno tienes derecho a injuriarme.

—¿Cómo que no?... ¿Cómo que no? —vociferaba Santiago alzando los puños amenazadoramente—. ¡Esto me faltaba!

—Mira, Santiago; vamos a un café y allí hablaremos. Aquí esto está muy húmedo; además, si sigues dando gritos van a detenernos. Vé allí, por el camino, los tricornios.

—Estoy resuelto a lograr, por los procedimientos que sean, una reparación. Tú sabes cuánto he querido y quiero a Pura.

—Ese ha sido, cabalmente, tu error. Pura es una mala mujer.

—¡Y aún la insultas, cobarde!... —rugía Santiago—. ¡No he visto nunca mayor cinismo!... Acaba pronto, porque estoy viendo que voy a romperte la cara!

—¡Infeliz!...—murmuró Heredia, envolviendo a su amigo en una mirada melodramática—. Tú quieres pegarme, y yo no tengo ganas de duplicar, como merecías. ¿Qué íbamos a conseguir con unos puñetazos? Ir conducidos a la Comisaría, como unos vulgares albañiles. Reflexiona, por Dios, Santiago. Estamos tratando de hechos irremediables, que no bastarán a modificar ni tus voces coléricas ni mis bíceps poderosos. Palabra de amigo.

Morales no se avenía a aceptar aquel tono conciliador, indigno de un hombre legítimamente ofendido. Heredia se impacientaba:

—Bueno; pues ya te lo dije. Esto es ridículo, absurdo, teatral, triste: sobre todo triste. Yo no me pego contigo. Haz lo que quieras. Pero aquí hace mucho frío, y no me parece sensato prolongar violentamente lo que puede ser una charla confidencial, apacible y amistosa.

—Habla. ¿No comprendes que vivo en un infierno?

—Vamos andando hacia casa de Pura. En el camino lo sabrás todo.

Y entonces Anselmo tiró de su amigo, hacia la calle de Segovia para subir por las Vistillas. Santiago fumaba, nervioso, pitillo tras pitillo.

—Dame tabaco, ante todo, y escúchame con calma. Verás...

Serenamente, el cesante empezó a hablarle de tan ingrato asunto. Es verdad que había pernoctado con Pura en la casa de la Costanilla, después de cenar con cierta esplendidez. Mas ella había estado engañando a Santiago durante algún tiempo, de acuerdo con la madre. El padre era un granuja sin pizca de decoro. Con tal de que la chica ayudase a los gastos de la casa, los procedimientos le importaban siempre muy poco. Pura había sido bailarina del Real, camarera, señorita del *coin*, acomodadora, y, la temporada última, aguadora en el Prado. ¿Cómo Santiago pudo creerla casi una bur-

guesita cursi y sentimental, de esas que se pasan la tarde haciendo encaje de bolillos o destripando el piano con la *Polonesa* difícil de Chopin?... Anselmo conocía a la madre y a la hija mucho mejor que su candoroso amigo. Eran dos pájaras; alcahueta la vieja, muy ufana de lucir su palmito, la moza. Encontraron a Santiago, advirtieron su enamoramiento brusco e imbécil; vieron que tenía dinero e influencia en la curia para los manejos del hermanito, y Pura, confabulada con la madre, hizo la farsa de dejarse querer.

—Recuerda lo del hermano... Piensa en los duros que te han costado tales amoríos...

—Pero ¿y tú?... ¿Y tú, mi mejor amigo, por qué me engañaste también?...—sollozaba Morales.

Heredia se encogió, cobarde y desoladamente de hombros.

—Yo entré en aquella casa por tu buena amistad. Mientras trabajabas en el Juzgado, yo estudiaba, escribía cartas; leía... Porque Pura salía muchas tardes y muchas noches... Esto me duele decírtelo, pero es así. Pura tenía un arreglito...

—¿Con otro hombre?

—Con otro, o con otros. Llegué a saberlo porque a última hora no se recataron madre e hija en discutirlo delante de mí. Fueron disputas poco honestas, que al principio me ruborizaron. Pura, comprendiéndolo, me sonrió una tarde expresivamente. Me compró. Me hizo su cómplice con una mirada prometedora. Yo, querido Santiago, estaba en una situación peligrosa. Te he ocultado muchas miserias. Pura sorprendió «mi cuarto de hora». La carne, acicateada por la castidad, da bárbaras acometidas a nuestras más nobles y firmes convicciones. Yo no tengo novia ni manceba, Santiago; Madrid, a las seis de la tarde, en la Carrera, tiene fragancias capitosas de camarín nupcial; a las ocho de la noche, con la salida de las modistas, tan frescas y gentiles, recuerda insistentemente páginas desacreditadas de faunos y de ninfas; a la madrugada, el tormento es intolerable, sobre todo para los que no tenemos una moneda que acalle el siseo elocuente y fascinador de cualquier hetaira callejera... Medita un poco y me darás la razón. Te debo bastante, y por nada de este mundo hubiera cometido contigo una ingratitud. Pero ten en cuenta lo dicho, y júzgame. Por lo demás, todo esto, como decía un amigo mío, «es muy humano»...

Callaba Santiago, advirtiendo en Anselmo cierto tono de sinceridad. Un hondo rencor a la vida iba secuestrándole. Entonces empezó a recordar detalles que parecían abonar las afirmaciones de Heredia.

—Todo eso, de ser cierto, me parece excusable—dijo—; pero no justifica por completo tu conducta. ¡Parece mentira que por un poco de ¿cómo diría yo? por un poco desasosiego lujurioso, se prostituyan los hombres!

—Precisamente has puesto el dedo en la llaga, querido—continuó Heredia—. Veo que esta noche, entre tu obcecación y mi gana de cenar, voy a sentirme moralista, y de los más severos. Estás inhabilitado para hablar de prostitución en este caso.

—¿Por qué?—atajó Santiago, exaltándose nuevamente.

—Porque incurriste en el mismo pecado de que me acusas. ¿No has costeado, pródigamente, todos los caprichos y necesidades de esa mujer? ¿Y de dónde has sacado el dinero? ¿Por qué medios que tú, si has de ser lealmente franco, debes considerar ilícitos?... ¿No has estado, y estás, a punto de ir a la cárcel por infidelidad en la custodia de documentos, por defraudación, por prevaricación, por cohecho, por falsedad y aun por estafa?... Desengáñate: aquí no hay más que tres casos sociales que escapan a la sanción demasiado seca y sistemática del Fiscal. Aun hasta Pura alcanza mi piedad. Ella, prostituída por el dinero que no tiene: tú prostituido también por el amor a una mujer, que no alcanzabas; yo prostituido, como vosotros, por razones circunstanciales; por un poco de lujuria mal satisfecha... Después de todo, cualquiera de esas tres cosas merece que los hombres y

las mujeres pierdan cualidad tan elástica y liviana como la del honor. Y no me hagas proseguir, porque haría una crítica demasiado pintoresca de todas las rimbombantes e inhumanas leyes compiladas por los señores Medina y Marañón. Esta vida, que tú te obstinas en considerar enorme, sublime y suntuosa, no es más que una miserable bagatela.

Casi Santiago, que era un excelente hombre, iba convenciéndose. Aun acostumbrado al escepticismo zumbón de Heredia, no le creía por completo.

—Vamos a subir a casa de Pura. Lo aclararemos todo, así, frente a frente. Y si fuese verdad...

—¿Qué ibas a hacer, bobo?... Eres un chiquillo. Se te ha pegado el aire, asnal y grave de tu jefe. Parece que cuando hablas te calas el birrete. Iremos a donde quieras; pero abrevia. No olvides que no he cenado.

Llegaron a la casa cuando en San Cayetano sonaban las diez. Subieron: Santiago, a saltos; Heredia, más cachazudo, de escalón en escalón.

—¡No corras tanto!...—le gritaba.

Anhelante, tembloroso, pálido de rabia y de emoción, Santiago tiró de la campanilla. Esperó, aplicando el oído a la cerradura.

Un minuto después reiteró su llamamiento con más violencia. Dentro no contestaron. Por las sienes del curial corrió un sudor de agonía. ¿Qué había pasado en aquellas cuarenta y ocho horas? Y renegaba de los suicidas, que le obligaron el día anterior a pasarlo despachando citaciones y copiando el minucioso informe de los forenses, sin darle tiempo para venir a esta casa y aclarar con Pura lo ocurrido.

—Me parece que no están—murmuró Anselmo, mirando por el ojo de la llave—. No hay luz.

Llamaron otra vez, sacudieron la puerta. En la soledad de la casa los fusiosos g o l p e s resonaron medrosamente.

—Mira. Vámonos. O han salido, o están durmiendo.

Santiago b a r b o t ó un juramento. Aquello era una burla. Y tiró por tercera vez de la campanilla, que quedó, allá dentro, en el pasillo, sonando briosa y tenaz.

En aquel momento sintieron pasos por la escalera. Una voz áspera advirtió:

—¿Quién llama?...

Era la portera que subía después de haber cerrado la puerta de la calle. Al ver a los dos amigos dulcificó su voz.

—¡Si no hay nadie, señoritos!...

—¿Han salido?

La portera hizo un gesto de extrañeza.

—S'han mudao. Pero ¿no lo sabían ustés?... Esta mañana, bien trempra-no, salió danzando el carro.

—¿Y adónde se han ido?—preguntó Anselmo.

—Pus mire usté que no lo dijeron. Creo que fuera de Madrid. La Pura iba a Toledo o a Avila, a un café de camareras que van a poner allí. Al memos eso ha oído mi chica.

Santiago dió un salto y huyó escaleras abajo. Heredia le siguió en la oscuridad. Sobre sus cabezas resonaba la voz de la portera.

—¡Aguarden ustés, que les abra!...

Ya en la calle, Santiago y su amigo se miraron. Había en los ojos del curial la opacidad acuosa del humillado. Silencioso avanzó por la acera. Tropezaba con los transeúntes. Se retorcía las manos...

—Abrázame—dijo Anselmo plantándose frente a él—. Abrázame y no vuelvas a pensar en esa mujer. No vale la pena.

Morales no le oía. Pasaron frente a un café, anegado en la claridad de varios globos eléctricos. Heredia, siempre razonable, continuó, deteniéndose:

—Mira, vamos a cenar, que ya es hora—. Pero retrocedió, rápido—. No, aquí no, que hay gramófono.

Y penetraron en la penumbra de la calle de los Estudios.

VI

DONDE LA AUTORIDAD, CUMPLIENDO CON SU DEBER, PONE UN EPILOGO GROTESCO A CIERTOS DRAMAS

El revuelo que se produjo en las Salesas fué extraordinario. En menos de una semana se descubrieron aquellas anormalidades que leguleyos y «chupatintas» vituperaron con feroz unanimidad. No hubo compasión para los caídos, y en una sesión secreta, celebrada por la Asociación de dependientes judiciales se adoptaron acuerdos de verdadera gravedad, que, con el saneamiento del personal subalterno evitara casos tan humillantes para la clase.

Primero fueron los cuatro oficiales de Relatoría complicados por defraudación, falsedad y estafa en el abono de dietas e indemnizaciones a los jurados. La prensa, que había guardado un discreto mutismo, publicó luego informaciones veladas, que permitían adivinar lo audaz y provechoso del negocio. Se había falsificado nóminas enteras, inventando testigos falsos y procesos que no existían. El Supremo nombró un juez especial, encargado de dilucidar lo ocurrido. Los cuatro curiales pasaron a la Cárcel Modelo. Corrían rumores de que en el escandaloso negocio iban a ser procesados relatores, magistrados y varios secretarios de la Audiencia. La simulación del cobro legal de dietas databa de ocho a diez años.

En «procuradores», en el «reparto», en los Decanatos respectivos había comentarios enardecidos. En voz baja se indicaban nombres de dependientes que rompían declaraciones, extraviaban exhortos, suplantaban firmas. Muchas gentes dignas, que en las diferentes oficinas de la Administración de justicia prestaban sus servicios, clamaban pidiendo se castigase sin contemplación a los delincuentes, si los había. Pero que no pagasen todos por uno; que supiera la opinión a qué atenerse y no calificaran sistemáticamente de ladrones a todos los curiales. Es verdad que había abogados que cobraban minutas crecidas y hasta algunos se quedaron con valiosos inmuebles a cambio de honorarios; también era cierto que en aquellos antros de la casa de los juzgados se consumaban convenios poco legales... Mas la excepción no confirmaba la regla.

Y entonces fué cuando, redoblada la vigilancia, excitado el celo y convertido cada curial en polizontes de sus caros colegas, fué encartado Santiago Morales, con legítima sorpresa de sus jefes, que le creían un bendito.

En vano alguien, compadecido, procuró salvarle. Los cargos contra *Santiago el Verde*, aumentaban en cada folio. Muchos camaradas suyos babearon sus envidias agravando la situación del infeliz escribiente. Y cierto procesado, desde la cárcel solicitó declarar contra aquel mozuelo ambicioso, que le había pedido cantidades excesivas a cambio de favores no otorgados.

El pobre Santiago se vió amenazado seriamente. Don Jenaro le despidió de la Escribanía. Trujillo, una tarde, le recomendó confidencial y efusivo, que se ausentara de Madrid rápidamente. Según había oído, el juez iba a decretar su detención provisional. Urgía, pues, la fuga o el ocultamiento en sitio seguro, si no quería pasar una temporada larga en el «hotel de la Moncloa».

Y acabó su indicación lamentándose amargamente.

—¡Pero cómo no me hiciste caso!... Eres «un pequeño». En estas cosas había que obrar con mucho tacto. Tú no te recatabas para alternar con unos y con otros, y ahí lo tienes. Te la has buscado por «primo».

★

Se vió en la Castellana, solo, engañado, perseguido. Por el amplio andén corrían las hojas secas de los árboles. El cielo, cubierto de nubes oscuras, presagiaba lluvia. Algunos coches cerrados rodaban lentamente, ba-

jo el crepúsculo, camino de la frivolidad y rebullicio de la calle Alcalá.

Santiago chupaba vorazmente del cigarrillo. Por primera vez en su vida sintió ganas de llorar con puerismo femenil. ¿Qué hacer?... En su casa nada sabían. De Heredia no quería acordarse; de Pura no tenía noticias. Todas sus amistades, en cafetuchos, prostíbulos, bailes y ventorros eran superficiales, de esas que persisten cuando se tiene dinero o influencia. Además, ¿quién se avendría a ocultarle en su casa sabiéndole buscado por las Delegaciones de todos los distritos?...

Lo había dicho siempre: no servía para curial. En aquel medio ambiente de las Salesas todos los que, como él, no poseían título académico y cobraban un sueldo irrisorio, vivían emparedados entre el hambre y el presidio. La augusta función de la justicia tenía cierto frágil y vitando relumbrón teatral. Por amor a una mujer y caridad hacia un amigo estaba amenazado de ir a la cárcel. Y, sin embargo, los que ahora más le censuraban o se condolían taimadamente de su fracaso, eran, también, unos redomados bribones, que, ganando ocho o diez reales mantenían queridas, se abonaban a los toros, lucían flamantes ternos, fumaban puros enormes y tiraban el dinero en *Los Andaluces* o en casa de Juan...

Siguió avanzando maquinalmente. A medida que las sombras nocturnas llenaban el paseo, Morales sentía cierto pavor invencible. Temblaba al pensar que podía, si no tomaba una resolución rápida, entrar en el «Abanico» al día siguiente, custodiado por una pareja, la cabeza abatida, el paso premioso.

¡El, que tantas veces pisara con aire triunfador aquellos rastrillos y celdas de comunicaciones, en tardes luminosas, familiarizado con celadores, tricornios, cerrojos y blasfemias!...

En la plaza del Obelisco se detuvo desorientado. Era noche cerrada. Aquella tarde el tiempo corría con desesperante rapidez. Miró en torno suyo, abrumado. A lo largo del paseo empezaba a surgir la extraña flora luminosa del alumbrado. Varios albañiles, en grupos, regresaban de Cuatro Caminos charlando o canturreando. Sus blusas blancas, sus chaquetas oscuras tenían airosos movimientos de libertad.

Del centro de la plaza el Obelisco surgía recto, fantasmal, reforzando en Morales la nociva sensación de su aislamiento. Como fascinado miró la aguda pirámide tan alta, tan erguida; tan sola...

★

Aquella noche, en la Prevención gubernativa—local bajo de techo y de paredes medio cubiertas por un zócalo de maderas grasientas—, la orden del día reiteraba se redoblase la vigilancia en el Viaducto.

Eran muchos los desesperados que atentaban contra su propia vida dando un salto demasiado mortal por la barandilla. La prensa arremetía contra el servicio de vigilancia, harto deficiente. Prevenía, pues, la orden general, que la pareja encargada de impedir todo suicidio, por negligencia o distracción no lo evitasen, sufriría el arresto correspondiente «sin perjuicio de adoptar otras medidas».

Casares, el guardia de primera, se lo advirtió a su compañero.

—Ya lo sabes, tú. Conque ojo, que yo no estoy porque me pongan una mala nota en la hoja de servicios.

Era el tal Casares un guardia excesivamente celoso en cuanto al cumplimiento del deber se trataba. Oriundo de la Pola de Labiana, su revólver de reglamento tenía mayor alcance que su cerebro. No obstante, en el Cuerpo era estimado, y el capitán de su compañía no ignoraba que, a pesar de su mentalidad problemática, era un subalterno fiel, dócil, amante de la disciplina y sufrido como pocos.

Este dignísimo guardia estaba llamado a cumplir aquella noche una misión providencial y chistosa.

Ya en el Viaducto, y hecho el relevo, Casares y su colega empezaron esos paseos lentos e inacabables, que tan varias y apacibles filosofías deben suscitar bajo la teresiana más humilde.

Los dos hombres miraban, avizores y ágiles. Por el puente pasaban gentes felices, y tan profundo respeto tenían a la muerte, que ni a asomarse al pretil se resolvían.

Para ellas el Viaducto era simplemente, un alarde de ingeniería que, salvando los accidentes topográficos de la corte, ponía en comunicación un barrio con otro. Sin embargo, la pareja vigilaba, por si algún ciudadano más soñador, veía, en aquel puente, uno de esos trampolines que el Azar brinda para saltar hacia el reposo eterno.

La noche, huracanada y tempestuosa, amenazaba lluvia. Soplaba el viento con corajuda tenacidad, abatiendo las capas más altas de los árboles, que rozaban el pretil. Allá abajo la calle de Segovia descendía, llena de puntos luminosos, prolongándose hasta el límite del horizonte, donde se suscitaba de vez en vez el fugitivo livor de los relámpagos.

Iba Casares a pedir lumbre a su compañero para el cigarro, cuando echó a andar precipitadamente.

—¿Qué es eso?

—¡Ven, hombre!... ¡Arrea, tú!... Mira, a la izquierda!...

Un hombre rondaba junto a la barandilla en el sitio indicado por Casares. Su azoramiento y sus miradas breves en todas direcciones delataban la presencia de un suicida inminente.

—¡Corre, que es nuestro! ¡Eh!... ¡Caballero!... ¡Haga el favor!—gritaba el guardia sujetándose el machete para correr mejor.

En aquel momento apenas pasaba gente por el Viaducto. Aquel hombre había elegido un raro momento favorable.

Rápidamente Casares, al verle trepar por el pretil, resuelto a lanzarse por el abismo, pensó en su carrera, en el arresto, en el pan de sus hijos, en el prestigio del uniforme... Lo pensó a su manera, y, cuando llegó cerca del desconocido, viendo que éste se hallaba a punto de caer del otro lado del puente, tuvo una resolución estupenda.

Sacó el revólver y, apuntándole, gritó mientras tiraba desesperadamente de sus ropas:

—¡No sea usted bruto! ¡O se detiene o le pego un tiro!...

Morales—porque era el pobre Morales—se quedó aterrado, en lo alto de la barandilla, con las piernas colgantes.

Fué un momento de grotesca sublimidad, que sólo los psicólogos aclararían prolijamente. El guardia, resuelto a impedir una muerte, brindaba un balazo; el desesperado, decidido a suicidarse, sintió miedo ante el cañón, enérgicamente enfilado, del revólver.

Y sin poder pronunciar palabra, sin acertar a moverse, permaneció contemplando a ocho o diez curiosos que se habían agregado a los guardias, y le porfiaban a que descendiese de tan peligrosa altura.

Tuvieron que tirar de él los guardias. Ya en la acera, Santiago bajó la cabeza y se dejó llevar a la Delegación. Decididamente, Dios, que es otro vigilante magnánimo, le reservaba para más altas empresas...

Septiembre-1-910.

FIN DE
«DE CORAZÓN EN CORAZÓN»
Y
«SANTIAGO EL VERDE»
DE
EMILIANO RAMÍREZ ÁNGEL

PEDRO DE REPIDE

(1882-1948)

PEDRO DE REPIDE

NOVELISTA, *autor dramático, articulista, poeta. Nació y murió en Madrid. Licenciado en Derecho y Filosofía y Letras. Redactor de* El Liberal *y* La Libertad *en Madrid. Colaborador muy solicitado de las principales revistas españolas. Cronista oficial de la Villa y Corte. En la línea de Larra y de Mesonero Romanos, inmortalizó escenas y costumbres madrileñas, «cuadros vivos» de la época de un valor excepcional. Viajó por todo el mundo, residiendo en Venezuela de 1937 a 1947. Sus novelas evocan todo el encanto y el espíritu de la capital de España.*

Novelas: Los cohetes de la verbena; La indiscreta enamorada; Fatalidad: La Negra; Los espejos de Clío; El maleficio de la U: Los pícaros de Amaniel; Cartas de azafatas...

EL SOLAR DE LA BOLERA

I

YA no existe el baile de Luciente, gala y prez del barrio de las Tabernillas; ni el del Norte, mapa de todas las flores chisperescas del barrio de las Comendadoras; ni el del Morrongo, ornato culminante un día de la calle de Buenavista; ni tampoco (así son de fugaces las glorias de la tierra) el baile de la calle de Arango, que fué en un tiempo el glorioso recinto de la majeza chamberilera. Pero, gracias sean dadas a la alegre musa danzarina, no han de faltarla templos a su agitada devoción. Para todo chulo que se estime, la Costanilla por antonomasia es en Madrid la de San Pedro. Al decir la Costanilla, a secas, no se podrá entender que sea la de los Angeles, ni la de los Desamparados, ni la de San Vicente, ni la de los Capuchinos, ni la de las Trinitarias, ni la de San Andrés. Es únicamente la de San Pedro; y al decir así, la Costanilla, quiere decir que se nombra al más nombrado de los bailes de ahora. Y no se quede atrás el de la Flor, que impera en un viejo palacio de grandes balcones ancestrales; ni el de la Rosa Blanca, galante algazara de la calle de Tudescos; ni el de La Flor de Chamberí, sucesor de las glorias del baile de Arango; ni tampoco se deje por apartado ese Olimpo, antípoda del griego, que se abre en pleno campo goyesco, en la calle de Doña Urraca, a la margen misma del camino de San Isidro.

Todo este vario y ameno catálogo tenía muy presente Manolo el *Ebanis-*

ta, amén de los bailes accidentales, durante el frío en locales de tiendas desalquiladas, y en el verano aprovechando los solares y las rasas planicies de los juegos de bolos. Y si de ninguno de esos sitios había que enseñarle el camino, los pies se le iban solos hacia aquella bolera de la Ronda, que el sol alegraba en el invierno y el baile en el verano. Poca guarda era para el solar la del señor Felipe, que allí vivía en la casucha que le hicieron adosada a una de las medianerías colindantes, pero mejor pudiera guardar ese solar el viejo que la personita de su sobrina, aquella Antoñilla, hija de su alma si de no de su carne. La chica y un hermano de la chica fueron la herencia que le quedó al señor Felipe cuando murió su hermana. Y el viejo pudo verles a ella hecha mujer y a él hecho hombre.

Cuando acabó el verano acabaron los bailes en el solar. Comenzaron los puestos de melones, y los chicos a jugar al peón. ¿Por qué los chicos no juegan al peón más que en otoño? Es un misterio. Pero hasta que llega septiembre no les entra la afición. Y al tiempo que con los primeros vientos otoñales, echaban también los chicos sus cometas en las Vistillas o en el cerrillo de San Blas, se deshacían las ya descoloridas cadenetas de papel de colores, que adornaban el solar desde el tiempo de las primeras verbenas.

Entonces Manolo el *Ebanista* no tuvo ya que bajar hasta la Ronda. Vivía él en la calle de Argumosa, y cuando a las seis salía del taller tenía el tiempo necesario para llegar a su casa, cenar, arreglarse y bajar a la esquina de la calle del Salitre. Antonia era planchadora, y trabajaba en un obrador de la travesía de San Lorenzo. A las ocho, las noches que no velaba, pasaba por allí camino del solar, y salía del obrador muy de prisa, y en cuanto llegaba a aquella esquina, la prisa se la iba y el *Ebanista* se la acercaba, y despacio, despacio, llegaban al final de la calle de Valencia, y habla que te habla, muy arrimaditos, ella a la pared y él a ella, se estaban hasta que Antoñilla decía más con la boca que con el sentimiento:

—Bueno, cacho de pelma...

—¿Qué?

—Que tú has *cenao* y yo no. Y aunque esté contigo, si siquiera hubiera pan y cebolla...

—*¿Tiusté debilidá?*

—¡Tengo narices!

—¡Qué has de tener! ¡So chata! Y vete aprisa, que se enfría el jamón.

Y ella se arrebujaba en su mantoncito y se iba hacia el solar, y él se embozaba en su capa muy jacarandosamente, y subía calle de Valencia arriba, hacia Madrid, al cine, o a la tasca, o a ver lo que caía, que andando por ahí siempre sale algún tropiezo, y hay que aprovechar la vida.

II

El *Pollo de San Andrés* era en el mundo varias cosas importantes. Era de la *claque* de Eslava, y dígase esto lo primero, por ser la única cosa efectiva en que él tenía la comodidad de ocuparse. Era, además, una gloriosa esperanza de la tauromaquia, más o menos gallardamente probada; en un principio en la plaza casi familiar de la China, después de una merienda, luego en Vallecas y en las Ventas y más tarde en Tetuán, llegando a extender su radio triunfante hasta algunos pueblos de la Mancha, a los cuales llegaba su fama volando, y él, menos afortunado que su fama, debajo de un asiento del tren. Pero sobre todo, lo que le hacía más estimable era su calidad de hermano de Antoñilla, la del solar. Con ella y con su tío el señor Felipe vivía en la bolera, siendo el exacto meridiano que marcaba en aquella casa la hora del almuerzo con una puntualidad que nunca pudo tener para llegar a los muchos talleres, adonde con una constancia digna de mejor causa y de mejor sobrino, iba llevándole el buen viejo.

El grave senado de la *claque* de Eslava tenía su lugar de reunión y parlamento. Una pintoresca taberna en un

ángulo de la plaza Mayor. Una taberna antigua donde entre el vaho neblinoso de su ambiente no se distingue si sus concurrentes llevan gorra o calañés, y sombrero ancho en vez del viejo castoreño. Al lado del mostrador hay un pasillo y al fondo de él una habitación que es como el cenáculo y *sancta sanctorum* de la casa. Allí se acababan de reunir todos los compañeros del *Pollo*, y allí acababa él de ceder su tarjeta de entrada en el teatro a un amigo, mediante la justa indemnización. Salió solo, fuese hacia la calle de Atocha, y antes de llegar a Santa Cruz sintió que alguien que venía corriendo le daba suavemente en un brazo, y menos suavemente en la espalda.

—Gachó, ¿haces gimnasia?—dijo al que se le acercaba tan amable y cortés.

—Es que estoy cogiendo facultades —le contestó el *Chulo de Pinto*, que era el recién llegado—. Pero oye, *ninchi*, ¿no estás ya en el teatro?

—He *dao* la tarjeta por *quincito*.

Y el *Chulo de Pinto* se puso a hablarle de la fortuna que les iba a sonreír el próximo verano, sin falta. Torearían en Valdemoro, torearían en Fuenlabrada, quizás en Torrijos, y puede... (esto lo dejaba caer gravemente el aficionado como una noticia trascendental) puede que también, allá para septiembre, toreasen en Talavera.

—¡Ya ves..., en Talavera!

—No. Si no hay como trabajar bien y limpio y con guapeza. Y el cartel se hace solo.

—Nunca está de sobra que lo empujen a uno.

Esto lo decía el de Pinto sin acordarse de las muchas veces que el toro se había encargado con él del negociado de los empujones.

—A nosotros, lo que nos quita de torear en muchos sitios—dijo el *Pollo de San Andrés*, poniéndose muy tieso—, es que no queremos más espada que el *Chico de las Vistillas*.

—Sí, que *tiés* razón; que si no fuera por la amistad con ese y porque no nos salen otras corridas, torearíamos lo que nos diese la gana; pero que lo que nos diese la *muy*. ¿Sabes?

Por el Callejón de la Audiencia venían, en tanto, dos mozas mal peinadas con la cara pintada y el mantón al desgaire. Chancleteando, se pusieron delante de los toreros.

—¡Anda, la *Malhuele!*

—¡Pues mira la *Correcalles!*

—¿Dónde van los buenos mozos?

—A perderos de vista.

—Sois la mar de suaves, niños. El que os toque, se raspa.

—¿Te has *raspao* tú?

—*¡Usté* está en la *yerba!*

—Bueno, señoras, que nos vais a dar el té.

—Así os ahorráis el ir a tomarlo de *madrugá* al puesto de Antón Martín.

—Oye, chaval; tú, *el de San Andrés*. Vaya un cuñadito simpático y cabal que te has *echao*.

—¡Manolo el *Ebanista!* Esta noche le hemos visto con tu hermana. ¡Chiquillo, qué envidia me daba verlos queriéndose como es debido, mientras una *tié* que andar por ahí!

—La que se pudrirá de envidia y de rabia es la Paca la *Volante*, que andaba loca *perdía* por él. ¡A ver! Buen tipo, trabajador y *honrao*. *Miá* tú qué mal rato.

—Pero un hombre como ése, no puede querer más que una chica decente como la hermana de éste. Un hombre así, no ha nacido *pa* chulo, ni *pa* fijarse en ninguna de nosotras.

—Si una estuviera *honrá*...

—Lo has *pensao* temprano.

—En fin, chicos, ¿no convidáis, ni *ná?*

—¡Ni *ná!*

—No se os caerá un pitillo tan siquiera.

—¡Huy, qué roñosos! ¡Hija, qué asco de hombres!

Y chancleteando como vinieron, y tarareando un cantar, se metieron por la calle de la Bolsa. Ellos, hurgando en los bolsillos, encontraron tabaco que podría servir para un cigarro. Al primero que pasó le pidieron un papel de fumar, ese papel de fumar que es, lo mismo que la cerilla, una especie de contribución mutua sobre el

paso de los ciudadanos por las calles de la corte. Y el *Chulo de Pinto* y el *Pollo de San Andrés* pusieron un eslabón más a la cadena de su fraternidad con aquel pitillo, en cuyo disfrute turnaban como los partidos en el poder.

III

El señor Felipe cerraba el solar y la puerta de su casa, y se acostaba sin esperar a sus sobrinos. El chico venía siempre de madrugada, cuando venía, y la chica tenía permiso para salir a la puerta de la valla a hablar con Manolo el *Ebanista*. Además, hacía una temporada que el viejo había observado que en el obrador de Antoñilla velaban más a menudo que antes. Ello era que las más de las noches la muchacha no volvía hasta bastante tarde. Y siempre con el *Ebanista* al lado. Y luego, a la entrada de la bolera, hablaban todavía.

Y hablaban como criaturas que juegan a cosas de los grandes. Y hablaban de su boda futura y de la casa que tendrían, una casa encantada por el sol y por el reír de un niño. Un niño que les nacería con toda la cara de su padre. Y su querer alzaba en un momento un edificio de dicha y de alegría, como no podría levantarle en mucho tiempo la fuerza de los hombres en aquel terreno yermo del juego de bolos, que esperaba en vano los cimientos de alguna construcción.

Y cuando se callaban, era que empezaban a decirse lo mejor. Y se lo decían con los ojos, con el mirar, que baja por una escala de luz hasta el fondo de las almas queridas.

IV

—Vamos, anda. Que eres tú poco *chicharra*. Di que no se te puede hablar.

—Pero si lo que te digo es la pura. ¿Cuánto te da el *munecipio* por sostenerle los faroles de la Puerta del Sol?

—Me da...

—Te dan las doce *tós* los días en la *Visera*. Y el cocido a la funerala.

—¿Eres mi... administrador, por un casual?

—Soy... el que te dice que te podía dar *lacha* de irte todas las noches a tu casa sin llevar un triste jornal al *abueliyo*.

—¿Y cuando gane una *carretá* de duros en una corrida?

—No te corre prisa.

Y el *Pollo de San Andrés* se recostaba otra vez en el farol, despreciando olímpicamente a Manolo el *Ebanista*, que viniendo del taller donde trabajaba, en la calle de Fuencarral, para ir a su casa, veía todas las tardes al hermano de Antoñilla adornando con su figura garbosa la *Visera*, ese trozo de acera ancha que hay delante del Hotel París entre la Carrera de San Jerónimo y la calle de Alcalá. Allí, como en la esquina de Espoz y Mina, como en la puerta de Levante, brotan todos los días, desde principio de la tarde hasta las tres de la madrugada, los cadetes de torero. Y allí, donde han brotado, permanecen impertérritos hora tras hora, mientras en la acera del Oriental están clavados los republicanos de toda la vida, que permanecen esperando el hombre desconocido que traerá el triunfo, y el conocido que pueda pasar por allí con dos pesetas. El trozo de la calle de Alcalá a la de la Montera, es el de todas las industrias lícitas e ilícitas. El de la Mallorquina y el del Bazar de la Unión, el de las citas, también de más o menos licitud. La acera de Gobernación es la de los policías y la de los que esperan, paseando, algo que no llega jamás. Pero la del Hotel de París es feudo de los Costillares del porvenir. Apenas si lo dejan compartir con ellos al transeúnte que va al estanco, o al limpiabotas, o al café. Y como si admitieran en su territorio una colonia ajena, dejan sólo un espacio al que vende unos maravillosos perros recién nacidos, o al que después de fijarse bien en la cara de la persona

elegida, le dice insinuosamente al oído: «¡Una sortija con brillantes... muy barata!» Y no faltan las dos mujeres muy chulas y serranas que van riendo y echando a un lado y a otro miradas de «date preso», y buscan las apreturas, donde las sigue y se las arrima un caballero, que al salir luego a sitio despejado se encuentra aliviado del peso del reloj, o agarrotada la cadena, o huído, ¡ay!, para siempre, el alfiler de la corbata. Y el que propone un negocio tentador a un forastero, o el que va muy de prisa y tropieza con el que lleva algo de valor encima. Y luego se ve al público constante acogerse de cuando en cuando a las tabernas de las entradas de la calle de Alcalá, y de Espoz y Mina, y de Montera y de Carretas.

En la *Visera* estaba día y noche el *Pollo de San Andrés*, con la incipiente coleta mal escondida bajo la gorrilla, y con las manos metidas en los bolsillos, y tiritando en la frialdad de las noches permanecía luciendo su cuerpo gitano, y esperando con la fe de un hebreo, no se sabe si el Mesías, o el maná, o un chaparrón de chuletas asadas. Aquella noche que se le acercó el *Ebanista* estaba solo; pero no tardaron en llegar el *Chulo de Pinto* y el *Cocidito Chico*, que venían llenos de admiración y con su poquito de envidia:

—No hay como ser *mataor*. ¡Gachó, y la suerte que tienen algunos hombres!

—¡Nuestro espada! Ahí le *tiés* en el Universal. Se está dando un festín. Vaya un *entrecó*, y la casa de La Equitativa imitada con patatas fritas.

Y a los tres aficionados se les abrió la boca como por resorte. Manolo la conservó cerrada prudentemente, y en esto se presentó en el grupo, muy compuesta y resplandeciente, la Paca la *Volante*, que venía rechinando la falda de seda, y traía un gabán lleno de pliegues, que parecía un acordeón. Manolo se embozó en la capa, y dando las buenas noches a los toreros, echó a andar por la Carrera.

La Paca le siguió con la vista, y dijo a los otros:

—¿Se va porque he *llegao* yo?

—Se va porque se iba.

—¡Quiá, hijo; se ha *marchao* por mí! Pero no sé de qué tiene ese que darse a valer con las mujeres.

—Sabrás que le habla a mi hermana—la dijo el *Pollo*.

—¡Milagro! ¡Pues no presume ni *ná* con la blusa debajo de la chaqueta —y al decir esto, la *Volante* accionaba meneando el bolsillo de mano, en el que sonaban duros.

—¡No te peines, que no es *pa* ti!

—Es lo que decía anoche la *Correcalles*.

—¡Qué *tié* que decir esa piojosa! ¡Si yo tengo los hombres así!... Formando cola como en las fuentes en verano.

—A la puerta de la casa de ese que se acaba de ir, eras tú capaz de estarle esperando un año entero.

—¿A mí...? ¡Ese chulo de baile! ¡No me gusta el género!

—¡Si estás *chalá* por él! Se te conoce en los ojos.

—¿De baile...? ¡A propósito!—dijo alguien que llegaba.

—¡Anda, quién viene! ¡Bendita sea la madre de los toreros serranos!

Era el propio y celebrado espada de la cuadrilla de aquéllos el que acababa de aparecer. Era el *Chico de las Vistillas*, que venía contoneándose con el cordobés hacia la frente y luciendo su capita bordada y sus botitas de charol con caña de color café. Y la *Volante* le recibía con ese saludo y acercándose a él, mientras el *Chico* la retiraba galantemente, diciéndola:

—*Usté* no se ha *purgao* hoy, que *tiusté* la lengua sucia y está mal visto.

—¡Ay, Jesús! ¡Vaya un timito!

—Lo que *tié* la señora es tufo.

—¡Y es de Chinchón!

—¡Que os den dos duros! ¡Adiós!

—Oye, automóvil: ven. ¿No hablabas de baile? ¿Irás al nuestro?—dijo el de las Vistillas.

—¿A cuál? ¿A ese beneficio que os dais en la Costanilla tú y el *Faroles?*

—¡A ver! Ya sabes cuándo es. Irá el *Ebanista*. Te lo advierto por si quieres asistir.

—¡Guasa!

—Y allí no irá con la blusa. *Pué* que no quiera bailar más que con la hermana de aquí, del *Pollo;* pero verle, le verás de cerca.

—¡Gachó! No sabéis hablar más que de cosas tristes.

Y entonces fué cuando, sin más despedida, volvió la *Volante* la espalda, y crujiendo la falda sedeña y meneando los plegados del gabán, echó a andar hacia la calle de Espoz y Mina arriba, porque para la Carrera todavía no era hora.

V

Era el amanecer, y el baile concluía. Aquel vasto local que había sido hervidero de parejas desde las tres de la tarde, tenía sólo ya algunos rezagados que bailaban a sus anchas en la sala despoblada, si eran bailar aquellos saltos y aquellas vueltas sin compás, que entre risas y abrazos daban los últimos giros a la música, que a duras penas hacia sonar en el organillo el brazo cansado que manejaba el manubrio.

El salón del baile de la Costanilla es grande. Dase en él desde la misma estrecha y revuelta escalera. A la entrada, y a la parte de la fachada que da a la calle, está el tablado del piano. A la izquierda de la entrada se encuentra el lugar destinado al refresco y refección, lugar que con una palabra desagradablemente extranjera se llama (ya en estos sitios solamente) el *ambigú.* Luego se extiende el salón, y sólo allá en su fondo, al lado del rincón de la izquierda, hay una puerta pequeña.

Era aquella la noche en que el *Chico de las Vistillas* celebraba allí con el *Faroles* un baile en beneficio suyo. En el *ambigú,* con no quedar mucha gente, quedaban más personas que género. Desde el tinto del copeo hasta las botellas de Agustín Blázquez, todas las existencias líquidas se habían trasegado al interior de los concurrentes de todos los sexos.

Bailábase ya sin bastonero. El bastón, alto como una pértiga y coronado de flecos, estaba apoyado en un rincón, y aquel hombre que lo había llevado durante la noche, poseído de lo augusto de su misión, estaba poseído ahora por algunas nada augustas azumbres del tinto, que habían hecho corambre de su cuerpo.

La Nicanora, la cacharrera de la Cava de San Miguel, formaba corro con la *Eme,* así llamada por su dulce y eufónico nombre de Emeteria, y con María la *Ministra* y Juanilla la *Cañamona,* las pajareras de Puerta de Moros. Paca la *Volante,* que iba con la *Rubia del Rizo,* saludó al pasar a la Nicanora, quien la devolvió el saludo como por compromiso y dando a entender que no la hacía mucha gracia.

—¿No era vuestra modista la Paca? —preguntó a las pajareras.

—Sí. Pero desde que anda en esos trotes...

—Pues esta noche está que no cabe en el pellejo.

—Como que no ha conseguido *na.* ¡Bailar con el *Ebanista!*

—Y que ha sido él quien la ha *sacao. ¡Quemao* como estaba!

—Sí, luego hablamos, y somos las mujeres las primeras que tenemos la culpa. *Miá* tú que ya hemos visto lo que ha hecho su novia la Antoñilla. Bailó con él al principio y luego se ha *liao* a bailar con el *Chico de las Vistillas.*

—Como era el *beneficiao,* no podía negarse.

—Lo que no podía era hacer de menos a su novio. Di que todas son iguales. Así es que él, pues es claro, le ha *faltao* tiempo a cogerse a la *Volante.*

Y siguieron pasando revista cariñosa a las demás mujeres que quedaban en la sala. Y fué el comentario más grande y más seguido el que dedicaron a la *Reina Clavel,* que andaba por allí con dos o tres al retortero, ya casi legendaria, y cuya historia de sus amores con el *Niño* había salido en papeles de novela y era ya célebre y por todos conocida (1).

En esto, Antoñilla y el *Chico de las*

(1) Véase *Del Rastro a Maravillas,* novela del mismo autor.

Vistillas pasaban bailando muy ceñidos. En el *ambigú* estaba el *Ebanista*, y la *Volante* fué a juntarse con él. Sólo quedaban escasos grupos, donde se chillaba y se cantaba. El *Chulo de las Once* empezaba una bronca con el *Chulo de Pinto*, y le hicieron achantarse por la buena. El piano se había callado y algunos seguían bailando sin echar de menos la música, hasta separarse jadeantes y mareados. Por el salón flotaba un vaho espeso que casi se podía cortar. Un ambiente pesado que se formaba con cien olores. Humo de tabaco, y olor a vino y a perfumes baratos de mujer, y todo ello mezclado con un fuerte y acre olor humano que trascendía a cubil en época de celos.

El *Pollo de San Andrés* se había marchado hacía unas horas con dos furcias distinguidísimas de la aristocracia de la calle de la Arganzuela. Y cuando ya fué tarde, su hermana le buscó en balde para decirle que la esperara y la acompañase al salón. Tenía miedo de que el *Ebanista* la dijese algo con mal modo. Cuando menos lo pensaba dióse con él de bruces. Ella quiso llevarse la ventaja, y fué a ver si se tapaba, diciéndole:

—Ya te he visto bailar con la *Volante*.

—Y ya te he visto yo también—la contestó el otro—bailar con el *Chico de las Vistillas*. Gachó, os cegabáis en las vueltas. Bien decían que el beneficio era *pa* él.

—Pensé que no te enterabas.

—A ver si tú te has creído que yo estoy en la higuera. Pues he *bajao* hace un rato. Ahora te acompañará él a tu casa.

—Me está esperando.

—Maldita sea la... Y que ponga uno su cariño en ciertas personas...

En esto alguien le llamó:

—¡Manolo, Manolo! ¿Vamos?

Era la *Volante*. El *Ebanista* fué a buscarla. Poco después salían juntos. Al salir vió Manolo a la Antonia hablando con el *Chico de las Vistillas*. Y por no volver otra vez la cabeza echó delante, diciendo: «Vamos», a la Paca, que le acompañaba triunfal.

Antoñilla entró en el *ambigú* con el torero, que ya la cortejaba en toda regla. Y ella fué la primera en decirle, poniéndose muy tierna:

—¿Me da usted una copa?

—Y dos pesetas.

—Vengan.

—¡Tengo que cambiar!

—Guasa viva.

—¿Y *quié usté* otra copa?

—A mí, sin prisa.

—Si es que no la gusto...

—*Usté* ha *estao* en presidio. ¡Se lo conozco a *usté* en la cara!

Y se quedaron mirándose fijos el uno al otro.

Dos chicas que habían sido compañeras de taller de Antoñilla la decían luego:

—¡Anda, so ansiosa! ¡Que eres manca aprovechando!

VI

La taberna estaba desierta y medio a oscuras. Era poco más de mediodía, y como tiempo de principios de verano estaban entornadas las maderas del escaparate. La *Rubia del Rizo* entró, tomó un vermut y preguntó por Paca la *Volante*.

—Hace media hora que vino y se marchó—la contestó el echador.

—Ha madrugado más que yo—dijo la *Rubia*.

—Como que no se ha *acostao*—repuso el otro—. Anda ésa muy *desvelá*.

—¿Y su *Ebanista?*

—Ha venido con ella. No se *puén* separar.

La taberna se había ido poblando poco a poco. Había allí varias mujeres de la vida, algunos chulos y dos o tres hombres.

Había dos hombres notables en la reunión. El *Chaval* y el *Corzo*. Dos apreciabilísimos ladrones que estaban allí con sus queridas y hablaban de sus asuntos. A poco entró un policía que iba por allí algunas veces. Una mujer sufrió algún sobresalto al verle y sorpresa al notar la amabilidad con que trataba a todos los reunidos.

—¿Qué traerá éste?—dijo una jovencilla.

—¡Cacho de tonta! Como cumpliese con su obligación, empezaría por no venir, y si entrase aquí por su deber, sería para repartir la concurrencia entre la Moncloa y la calle de Quiñones.

Mujeres de la vida que habían madrugado y hombres de mal oficio que combinaban allí sus asuntos, se reunían en aquella tasca. Fulleros, tomadores del dos, espadistas, descuideros, mecheros, en cuya brillante rama del arte de la rapiña figuraban en mayor parte las mujeres; todas esas clases de próceres iban por allí alternando con la chulería mansa del vago que vivía de sus encantos personales y de las respetables señoras que desenvolvían su existencia con la agravante de nocturnidad. Era una digna asamblea de gente de personalidad mixta en aspectos varios. Común de dos, cuando menos. Apreciable senado, puesto juntamente bajo la guardia de Venus y la divina protección de Mercurio, que es el dios de los médicos y de los ladrones.

Abrióse la puerta y aparecieron Paca la *Volante* con Manolo el *Ebanista*, que ya no trabajaba, y la *Araceli*, que era la querida del *Chaval* y venía a buscarle. En esto salía un chulillo de la trastienda, y yendo hacia la calle, saludó a todos al pasar. La *Rubia del Rizo*, dijo muy picada:

—¿Tendrá valor de mirarme...?

Y la *Araceli* le contestó tranquilamente:

—Anda, mujer, que no tenéis que echaros nada en cara.

Animábase la reunión y animóse más con la entrada de la Paca la *Volante*, que venía con el *Ebanista*. La *Araceli*, al verla entrar, se levantó, haciéndola una seña. La *Volante* dijo entonces al *Corzo* y al *Chaval*:

—Manolo se queda con vosotros. Aquí almorzaréis.

Manolo aceptó como bueno lo que disponía la señora, y se quedó con los otros, mientras ellas se iban. El *Chaval* advirtió que el *Ebanista* estaba como triste y preocupado. El *Corzo*, con la filosofía de una larga experiencia, dijo, dándole una palmadita en la espalda:

—El *manús* es novato, pero ya se irá haciendo. ¡Chico, danos otras!

VII

Florecieron los granados en el Retiro y en la Moncloa, como si su rojo florecer fuera una señal de sangre y de pasión. Vinieron los ardores de trópico para los días soleados y los alientos africanos para las noches calinas.

Las horas de sol en que no se vive esperando la llegada de la noche, así también ardiente, pero al menos siempre amable y propicia para el consuelo de los ardores. La alegría mañanera en la calle, porque en verano se habla más alto, y se ríe más, y se oye a cada paso un cantar, y hay una estación de reposo en cada trecho de sombra o ante el puesto de horchata, mientras se oye un murmullo continuo de encanto de vivir, y pasa el burro de las flores, y el hombre que lo lleva modula su pregón largo y cadencioso, como de un vendedor en el zoco de los abuelos árabes.

Y las noches de los paseos largos de los amantes, y la alegría de las verbenas. Con ellas volvieron los bailes también a la bolera de la Ronda. Y se hicieron nuevas cadenetas de papel de colores para adornarlo. Y se llevó un organillo maravilloso, donde sonaban platillos y cascabeles y una porción de cosas. Y hubo fiesta y jaleo, y el señor Felipe decía a todos:

—Aprovecharos, aprovecharos, que luego es tarde. Y que *pué* que el año que viene no lo veamos.

—Vamos, hombre, que no se acabará tan pronto el mundo.

—Yo sí me habré *acabao*. Pero el que de seguro se acaba es el solar. Dicen los amos que van a edificar aquí muy pronto.

Y el pobre viejo lo decía muy triste. Si edificaban, él ya no tendría aquel rinconcito donde meterse y al cual tenía el cariño de un hidalgo a su vieja casa. Allí había vivido, y todos sus

recuerdos estaban allí. Todo el horizonte de su vida no pasaba más allá de las vallas que limitaban el solar. Allí había visto crecer y hacerse mujer a su Antoñilla, y ella, que le había recompensado tantas veces de la amargura del vivir, era también ahora otra de sus preocupaciones. La única, porque al chico, al golfo impenitente del *Pollo de San Andrés*, habíale dado ya por cosa perdida. Pero Antoñilla era su obsesión. Habíanla echado del taller de la travesía de San Lorenzo, y trabajaba en un obrador de la calle de Zurita, donde tampoco llevaba trazas de durar mucho. Cuando el señor Felipe supo que su sobrina había dejado de hablar con Manolo el *Ebanista*, lo sintió de verdad. El era un hombre formal y bueno, y la cosa iba tan de veras, que la boda estaba segura. Y cuando el viejo se enteró de aquellos trapicheos con el torerillo, fué grande su dolor. Y más aún cuando, al intentar regañarla, ella, aquella Antoñilla que le llamaba abuelo y no pensó nunca más que en atenderle, hubo de contestarle, llena de cariñosa cortesía:

—Bueno, y a usted, ¿qué? ¿Es usted mi padre? ¡Pues entonces! Yo hago de mi cuerpo lo que quiero. ¡Pues a ver!...

No faltó quien avisara de otras cosas al señor Felipe, que no ignoraba ya tampoco la vida que, por su parte, llevaba Manolo el *Ebanista*. Y quien le dijera que se anduviese con cuidado, porque la chica se le iba el mejor día.

Al primer baile y al segundo no faltó el *Chico de las Vistillas*, que hacía así valer su cariño a la tonta que se lo creía, porque, como los bailes eran los domingos, él la decía siempre:

—¡Mira, chiquilla, cómo estaré yo por ti, que hasta me estoy perjudicando en el arte! Por no dejar un solo domingo de venir a bailar contigo, estoy perdiendo de torear *un* porción de corridas por ahí fuera y, ya ves, un carro de dinero que tiro por ti.

Y se quedaba tan tranquilo el grandísimo ladrón, cuando no había aficionado que no estuviese toreando aunque fuese en una capea de Zamarramala, y a él no le había dicho nadie nada ni por compromiso.

VIII

Una noche, después de un baile, vino alguien a advertir al señor Felipe aquel aviso que tantas veces le dieron, de que tuviese cuidado con la chica. Estaba ya el viejo en su guarida, y salió al solar, donde aún quedaba gente. Un grupo de hombres que bebían, y sentadas en un banco, que corría a lo largo de la medianería de uno de los lados, había unas cuantas mujeres que hablaban a voces. El señor Felipe miró cuidadosamente y no vió a su sobrina. Corrió a la puerta que daba de la valla a la calle, y a poco trecho vió a la Antoñilla hablando con el *Chico* y otra mujer. La muchacha, al apercibir a su tío, no prolongó la conversación, como temiendo que se acercara al grupo. Fuéronse el torerillo y la mujer, y la Antonia volvió al solar.

El señor Felipe la recibió serio, pero sin alterarse. Llevósela a la casa, y allí la preguntó:

—¿Me vais a dejar aquí *pa* que me muera solo? ¿Te vas a ir con ése, *verdá?*

—Nadie ha dicho nada de eso.

—Lo digo yo. Pero, mira, todo mi daño sería la sorpresa de no verte una noche en casa, ni al otro día, ni al otro. Y ese daño ya le llevo encima, con saber que podrías hacerlo. Ahora ya estoy prevenido. Y ni yo puedo valerme contra eso ni puedo confiar en el sinvergüenza de tu hermanito. Te lo digo para que sepas que lo sé. Ahora, si quieres irte, vete. La *señá* Eugenia me ha dicho que, si quiero, vendrá a cuidarme. Si esa vida te tira, ¡anda con Dios! Ya no hay que pensar tampoco en tu novio de antes, en el *Ebanista*, que también es otro que tal.

Ella nada contestó al viejo. Hubo un momento en que las lágrimas se asomaron a sus ojos; pero tuvieron, sin duda, miedo de las cosas que veían, porque se retiraron en seguida.

El viejo la dijo últimamente:

—Yo ya no quiero saber nada. ¡Nada más!

Y se encerró en su cuarto. El solar quedaba vacío y la puerta permanecía abierta. Antoñilla sintió que aquello era como una invitación. Y salió al solar, y del solar salió a la calle. Y echó a andar con paso apresurado y firme. Se veía que no había dudado mucho tiempo para elegir camino.

IX

Todo es fugaz en la vida, y hasta las mayores grandezas vienen a menos. Así nadie podrá extrañarse de que el *Pollo de San Andrés*, de individuo de número que era de la *claque* de Eslava, hubiese descendido a ser supernumerario en la *claque* de un cinematógrafo.

Era un cine maravilloso. Pasaban sobre el lienzo de proyecciones unas películas, trágicas o grotescas, y luego había representaciones teatrales. Dramas y todo. Cuando el *Pollo de San Andrés* entró en la *claque*, un drama era el punto culminante del programa. También había zarzuelas, porque allí reinaba una eclecticismo encantador. De haberla conocido, no hubiera don Agustín de Roxas Villalpando dejado de incluir aquella barraca en su *Viaje entretenido*, como delicioso escaparate de su museo farandulero. Y cuando el público llenaba ese local, aquella enorme superficie de cabezas canallescas, en la atmósfera de humo y vaho, es una admirable aguafuerte de Goya.

Un hombre se desgañitaba en la puerta preconizando las excelencias del cartel, y en tanto que un timbre llamaba repetida y prolongadamente al público, el empresario establecía sus audiencias en la taberna próxima. Allá, en el escenario, el primer actor, dispuesto a comenzar, se asomaba por un lado del blanco lienzo que sirve de telón y de receptor del cinematógrafo preliminar, y si no veía toda la cantidad de público que le era necesario para su lucimiento, exclamaba muy serio:

—Hoy hay poca gente; hoy no me pinto.

Y haciendo cabriolas desaparecía entre bastidores.

Luego había capítulo reunido para decidir de qué manera había de hacerse el drama.

—No, pues mira—decía la dama al primer actor—; anoche se hizo en serio, que es como se debe hacer, y no gustó. Hoy hay que hacerlo en cómico.

—Sí, es verdad—respondía él—; yo conozco al público. Hoy hay que hacerlo en cómico.

Y aquella noche, precisamente, el público se indignaba en serio, así como se había reído la víspera del mismo drama.

—La tiple se equivoca—decía enfadado el director.

Débese aquí advertir que la que hacía de primera actriz dramática era la tiple cómica.

—Y no sabe accionar—proseguía el hombre.

—Eso será en escena—le contestaban—, que lo que es entre bastidores, bien sabe ella lo que hace. ¡Vaya, y mucho! Ahí sí que no se equivoca.

Algunas veces solía ir el *Chico de las Vistillas* al cine aquel, donde encontraba fijamente al *Pollo de San Andrés*. Hasta que una noche, el director, que había notado, ¡oh, escarnio!, que la *claque* era un elemento perturbador y se burlaba en alta voz de los actores, en lugar de aplaudirles, como era su noble ministerio, cogió a los señores de la *claque* y los puso a todos de patitas en la calle, y de golfos que no había por dónde cogerlos. Era justicia.

Ello había sido dos o tres noches antes de aquella en que Antoñilla, saliendo del solar, ya tarde y a la ventura, pensó en encontrar allí a su hermano, y quizás con él al *Chico de las Vistillas*, a quien tan pocos momentos antes había dejado. Con tal esperanza encaminóse al cine. Apagaban ya, cuando ella llegaba, los arcos voltaicos de la entrada; la calle

estaba solitaria y sólo se veía a dos artistas del coliseo que estaban sentados campechanamente en el umbral de la puerta de la casa de en frente. Porque los artistas de aquel establecimiento eran la sencillez misma, y no conocieron el orgullo en su vida.

Determinóse Antonia a preguntar por su hermano en el vestíbulo del cine. Allí la dieron la noticia de la desaparición de la *claque*.

—De manera que ya no hay *claque* —dijo ella.

—No, señora. Pero si quiere usted, se hace.

—Es *usté* muy amable.

De dentro llamaban entonces a los dos de la puerta, y al quedar sola la Antoñilla echó a andar calle adelante. Esta vez no andaba ya con paso tan certero como cuando, media hora antes, había salido del solar.

X

Entonces ella pensó en qué otro lugar podría encontrar a cualquiera de los dos que buscaba. Su hermano o su novio. Y al cabo, recordando una taberna de la calle de Toledo, más abajo de la plaza de la Cebada, y donde solía concurrir el *Chico*, apresuró su paso.

Al pasar por una esquina la encontraron dos mujeres que solían ir a los bailes del solar.

—¿Adónde vas tan *súpita?*

—¡Al Cuerno!—les contestó la Antonia sin detenerse.

—¡Ay, hija, descuida, que no te volveremos a decir *na*, si no es por memorial! ¡Nos ha *fastidiao* la muy cochina, que tiene la buena educación en los pies...!

—Pues no la estorba para andar.

—Ni miaja; ahí la tienes corriendo por las calles a estas horas, una criatura sola, *pa* que se metan con ella.

—No todas podemos decir lo mismo.

—Claro, ¡quién fuera criatura!

—*Verdá.*

La Antoñilla se había ya alejado y no podía oírlas. Por otra parte, cuando la preguntaron que adónde iba tan de prisa y contestó que al Cuerno, les dijo la verdad. Iba al «Cuerno de la Abundancia», que éste era el título pomposo de la taberna adonde se dirigía; una taberna fastuosa que había en la calle de Toledo, esquina a la Sierpe, y era la mejor y más grande de aquellos contornos, con muchos adornos en la portada y en el interior y un gran escaparate, que era una tentación. Repleto de carnes y pescados frescos, y frutas espléndidas, y conservas maravillosas, todo ello digno del refectorio de Abadía de Thelême, y cuya sola vista podía servir de aperitivo al estómago más triste y desganado.

Era una taberna que servía de reunión a un público heterogéneo y pintoresco. Gentes del Matadero, mercaderes de la plaza de la Cebada, chalanes del mercado de caballerías y labradores de los pueblos de los cercanos términos de Navalcarnero y de Getafe; toda esa laya era concurso de frecuencia continua en la taberna del señor Juan y de Soledad. Y hase de decir que, aparte de los que seriamente tenían aquel lugar como su bolsa de contratación y de los que buenamente acudían con vientre de fraile Jerónimo a engullir las suculencias del escaparate, había una buena parte de parroquia que acudía sólo por ver, aunque fuese de lejos y un momento, a la tabernera, más codiciable y apetitosa todavía que los manjares excelentes que en su casa se solían servir. Y era mayor el incentivo porque la tabernera, mucho más joven que su marido, jamás gustó de estar en la taberna y nunca se la vió con el mandil casero andando por el establecimiento, sino que las pocas veces que se la podía ver era cruzar por la trastienda cuando, hecha un brazo de mar, con su pañuelo de crespón en verano y su admirable alfombrado en los buenos días de invierno, se la miraba bajar de su cuarto, que estaba en el entresuelo, y muy repeinada, con muchas horquillas, que rutilaban en el pelo negrísimo y brillante, haciendo

sonar la enagua almidonada y crujir la falda de seda, y pisando menudito con sus pies brevísimos divinamente calzados, salía unas veces por la puerta de la calle de la Sierpe, y cuando lo hacía por la calle de Toledo era por el portal, no dando jamás a los parroquianos el gusto de que la contemplaran salir por entre ellos.

«Pues ahora me voy a ese Cuerno del demonio—se dijo la Antonia—. Milagro será que ése no se haya ido por allá a dar un vistazo a la tabernera. Al grandísimo pingo de la tabernera.»

La idea de que la ocurriese una nueva decepción, como en el cine, la aterraba. Aquella noche se iría ella con el *Chico*. ¡También era tonta! ¿Por qué no se citaron cuando, poco antes, se habían visto junto a la valla del solar? Pero ella, sin embargo, caminaba con cierta seguridad de hallarle. La intuición amorosa, que es la estrella de Oriente que guía a las caravanas reales en los reinos de la ilusión.

XI

Llegaba Antonia frente a la calle de las Velas, cuando vió venir de frente al *Chico de las Vistillas*. El venía divertido y no reparó en ella hasta que la vió plantarse ante él, cortándole el paso.

—Pero, chiquilla, ¿adónde vas?

—A esa taberna de ahí abajo.

—¿A la de Soledad?

—A la de Soledad, precisamente.

—¿Y se *pué* saber...?

—¡Anda! ¿Pues a qué iba yo a ir a casa de la *Platerita?* A beber no sería. A comer, tampoco. ¡Digo! Y creo que no iría a encargarle ningún collar al amigo del ama.

—¿Venías por mí?

—Creo yo que sería por ti.

—¿Y quién te ha dicho...?

—Me lo supuse. Como eres de la afición y te tiran los cuernos, me dije: pues en esa casa está.

—Y tú, ¿no vuelves a tu casa, prenda?

—Para volver no necesitaba de haber salido.

Se cogieron del brazo y echaron a andar juntos. Para el día siguiente ya verían. Y por aquélla, no hubo de faltarles un techo hospitalario.

XII

Vivía la Antoñilla con su torero allá cerca del portillo de Gil Imón, en un cuarto interior, que era para ella como si viviera en un país de encanto, lejos de cuantos la conocieron en una vida anterior. Y hubo un día en la época cuando su luna de miel, que el *Chico de las Vistillas* tuvo el capricho de que Antoñilla se retratara. Ella tuvo entonces también su empeño en que, sobre la cómoda de su cuarto, estuviese su imagen presidiendo la habitación, como dueña y señora que de ella era, y más aún, en que su hombrecillo pudiese llevarla en el bolsillo para envidia de algunos y achares de otras.

Fuése Antoñilla a retratar. Claro que para ello no habían de elegir una fotografía de primer orden, llena de lujo y de *confort*. Fuéronse la planchadora y su novio a una fotografía casi humilde, pero deliciosamente encantadora.

Una fotografía es un libro abierto para el estudiador de vidas y costumbres. Exposición de caracteres y de almas. Mesa de disección psicológica. Uno de los grandes entretenimientos para un espíritu observador es el estudiar los escaparates de los fotógrafos. La ridiculez humana está allí en la mayor variedad de sus manifestaciones.

Las dos o tres fotografías elegantes y aristocráticas que hay en Madrid no ofrecen interés en ese sentido. En ellas el fotógrafo es un artista que no consentiría posturas grotescas a su público, que, por otra parte, es de cierto *chic*, uniforme, y a quien se retrata como se retrataría a un maniquí vestido por un modisto de la rue de la Paix. Pero las otras fotografías donde va todo el mundo, ésas son las

que están llenas de un admirable encanto.

Así era aquélla, alegre y soleada, adonde subieron Antoñilla y el *Chico*. No tenía ascensor, ni negrito a la puerta, ni tapices de Oriente en las paredes y en los suelos. Al empujar su puerta se sentía un olor a hogar tranquilo, de bueno y plácido vivir, aroma que trasciende al guiso humeante de la cocina y aroma de casa sencilla, limpia y bien cuidada. Oyendo el ruido de su puerta, aparece una mujer joven, y al verla, el visitante siente como si fuese a turbar una paz familiar. Ella pregunta qué es lo que desea la persona que entra. Y el parroquiano contesta que acude a retratarse.

—¡Ah!—responde ella.

Y se ve que, sin duda, no está muy acostumbrada a que la gente suba. Y con voz de alegría llama entonces a su marido, joven también, y que se halla en el interior de la casa. Los dos son muy habladores; pero ella es más, naturalmente.

Y aquella sensación de placidez y bienestar resulta bien en la salita que sirve de museo, pobladas sus paredes y sus mesas con retratos de muestra. Parece aquello como un cementerio de vivos. Y se piensa al contemplarlo en todas las alegrías, las ilusiones, las tristezas, las esperanzas, los desengaños y los recuerdos que significan todas aquellas cartulinas donde, hasta las más aparentemente cómicas y las más inadvertidas, han tenido un valor, y un enorme valor quizás, en la historia de una vida.

Y el joven fotógrafo de esa fotografía siente la vocación y el orgullo de su arte. ¡Qué satisfecho de sí mismo conduce a los clientes a su taller, tejas arriba! Su taller, donde hay un pedazo de balaustrada de madera imitando piedra y con una guirnalda de flores de papel a ella entrelazada. Y el crucifijo y los dos libros gordos que tienen a su lado sobre una mesa cuando se retratan los curas y las niñas de primera comunión. Luego, para mayor decoro del lugar, está la efigie de un caballero de Calatrava, sobre su pie portátil de metal y sirviendo de punto de mira al que se retrata.

El joven fotógrafo, así que tuvo a Antonia y su acompañante a tiro de discurso, dejó advertir su formal empeño de que le escucharan una conferencia sobre su profesión y otra sobre su vida particular. Pero ellos encontraban más interesante el registrar con la vista la sala de los retratos y a pasar revista a los de las paredes y a hojear el álbum, trágico y cómico al par, como el dolor decisivo.

Aquella salita de las indiscreciones, como los agujerillos en los tabiques de los gabinetes particulares de un *restaurant*. Allí donde entra la dama con su mantillita y con el galán, tapado hasta los ojos por la capa, y el primer retrato que se echa a los ojos dice:

—¿Qué veo? ¡Mi marido con la otra! ¡Jesús, qué frescura!

Y el galán la contesta:

—Descuida, mujer, que si vuelve se encontrará el retrato en donde estás conmigo, y siempre hay una compensación.

O la otra que es recibida atenta y solícita por la fotógrafa habladora y el fotógrafo amable, que la enseñan muestras:

—¿Americanas? ¿Postales? ¿Visitas? Como ésta. Mire usted, una cosa de gusto.

Y la interpelada, al ver la cartulina que la enseñan:

—¡Mira, la muy perra, dónde está! Para eso me pidió la grandísima bribona el mantón de Manila. ¡Para venir a retratarse con mi hombre! Y luego no ha sido ni para mandarme la papeleta. Si todas son unas indecentes.

—Sí, señora—repone la fotógrafa—, y todos los hombres unos sinvergüenzas. Mire usted éste...

Y el fotógrafo, aludido:

—¡Cleta, por Dios!... Más valía que estuvieras adentro, que se está pasando aquello en la cocina. ¿No te da el olor?

Y cuando la salita queda sola, aquellas fotografías tienen, de seguro, una sonrisa. Unas de otras y todas de todo.

Luego que Antoñilla se hubo retra-

tado, bajó a la sala que servía de archivo y de museo. Entonces el sol bañaba de lleno el aposento. Desde el alto balcón veíase, al pasar la gente por la calle, la vida desde arriba. Y parecía cómo el que miraba desde allí se sentía en posesión de secretos y de misterios, como se mira de alto abajo a las gentes, y como desde un mundo superior, cuando se sabe algo que ellas ignoran.

Fué entonces cuando Antoñilla, siempre curiosa, quiso mirar el álbum otra vez, registrándolo más despacio, mientras su novio hablaba con el fotógrafo junto al balcón, y fué entonces cuando la crueldad de aquellas páginas tuvo para ella un dolor afilado como un puñal. Junto a un retrato de la *Volante* había un retrato de Manolo el *Ebanista*. ¡Qué majo estaba el condenado! Y por un momento aquella imagen, que fué en otro tiempo bien amada, tuvo sobre ella un extraño poder. Era como si los ojos del retrato la miraran y su boca la hablase. Por eso cuando el *Chico de las Vistillas* la dijo al fin:

—Pero ¿qué tienes tú que mirar tanto? Pues anda, que no eres curiosa ni *na*. ¡Vaya un pelmazo!

Ella cerró de golpe el álbum, como si cerrara una puerta por donde a hurto de las gentes hubiese misteriosamente pasado un crimen.

XIII

Silenciosos venían por la calle de Santa Isabel; silenciosos torcieron por la de Buenavista, y no se oía más que el ruido de sus pasos, y luego no turbó nada más el silencio de la alta noche que el chirriar de la llave en la cerradura de una puerta. Así llegaron aquella noche a su casa el *Ebanista* y la *Volante*. Cerraron el portal y, encendiendo él una cerilla, comenzó a andar delante de ella. El aire que entraba por la puerta del patio les apagó la luz; él comenzó a subir a oscuras, y ella se cogió de su brazo. Apretóle contra su cuerpo y, acercándose a su amante, dejó pasar un beso entre los dos. El apartóse desabrido. Fué a tiempo de que un breve fulgor llegaba a la escalera desde las ventanas del patio. Era una lámpara recién encendida en uno de los cuartos del corredor, donde unos trabajadores, padre e hijo, se levantaban para ir a tiempo a su faena en la fábrica de gas.

—Ya están madrugando los *tiznaos* —dijo la *Volante*.

—Dichosos ellos—contestó el *Ebanista*—; al menos habrán dormido tranquilos. A su trabajo van y a nadie piden nada, y con lo suyo se conforman.

—*Gachó, paeces* un juez.

Sonaron pasos. El farolero del sotabanco bajaba a trabajar también, y pasó por su lado sin saludarles. Ellos llegaron a su cuarto y abrieron. El, sombrío y entristecido, se dejó caer sobre una silla. Ella le preguntó:

—Hijo, ¿te hace falta árnica? Te traeré un quince.

El no contestó. La *Volante* siguió diciendo:

—Te pide el cuerpo baile, *¿verdá?* Y como ya no vas por la bolera, y esta noche tenían juerga allí...

El levantó los ojos hacia la Paca, y ella tuvo miedo de aquella mirada, que relampagueó como un puñal. Sin embargo, tuvo valor para decirle:

—No me hablarás de esa mujer...

—Quien no tiene para qué acordarse de su nombre eres tú.

—Puede que valga más que yo la Antonia. Ya lo creo. Por lo menos, eso le parece al *Chico de las Vistillas*.

Y él, lanzándose sobre ella con gesto de fiera, la echó las manos al cuello, y la gritó:

—¿Te *quiés* callar?

Ella callóse, y él entró en la alcoba sin decirla palabra. Desnudóse despacio y se acostó. Un rato después entró ella también para acostarse.

Ninguno de los dos dormía. Ella intentó algunas veces acercarse a su amante, y otras tantas se vió rechazada por él. Luego, el silencio de la noche se vió roto por voces y ruido en el piso de arriba.

—Son la *Araceli* y el *Chaval*—dijo la *Volante*—. Les habrá *quebrao* algún negocio, y están en bronca.

Y era, en efecto, un mal negocio de los vecinos. Desde la escalera, si alguien hubiera pasado entonces, hubiese podido oír la voz enfurecida del *Chaval*, que decía más alto de lo que consentía la prudencia:

—Me río yo de estos señoritos de *bimba* que llevan la cartera llena de aire, como la tripa. ¡Y que trabaje uno *pa* esto!

Era, en efecto, una cartera *blanca* la que se había tomado la molestia de robar, y no era la primera vez que le sucedía.

El *Ebanista* se apercibió de lo que les pasaba a los de arriba, y no hacía más que decir a la *Volante:*

—Ahí *tiés*. Ahí *tiés* a tus amigos. Y aquí me *tiés* a mí, que lo estoy viendo y no lo creo.

—¿Por qué estás conmigo, entonces? Di, rico, mono, precioso, ¿Tengo yo miel *pa* que se me peguen los hombres? Sí, todos sois iguales. ¡hambrones, más que hambrones! ¡Vagos! Anda, vete a hablar con la del solar, a ver si ibas a llevar ese traje que llevas.

—Por darle achares a ella, que en mala hora miró a otro; nada más que por eso se me ocurrió mirarte a ti, so perra. Y luego, *tiés* razón, siempre le tira a uno el ir bien vestido, y llevar un duro, y no trabajar, que al que más y al que menos le duelen las manos. Y no volví al taller y me *desaparté* de mi casa, y me eché a esta vida cochina.

—No, hijo, no. No quiero yo consentir que por mí se perjudique un hombre. ¡Hala!, andando; ya *pués* vestirte y marcharte al solar, que aún no es de día, y *pué* que llegues a tiempo de echar un baile.

—No me lo dirás dos veces.

Y diciendo y haciendo apartó las vestiduras de la cama, y cogiendo su ropa empezó a vestirse a tientas. Luego encendió una vela. Ella, que no le consideraba tan resuelto, le miraba creyendo que se detendría en su faena, y no quería dirigirle la palabra. Cuando vió que estaba ya casi vestido, la *Volante* se lanzó de la cama y comenzó a vestirse también. Estaba rabiosa, y le decía como si le escupiese las palabras a la cara:

—¡De dónde! ¿Cuándo he visto yo que un hombre se levante de mi *lao* y me deje así? ¡Gachó, pues no te das tú poco a valer! ¡A ver si vas a presumir conmigo al cabo del tiempo!

El acababa de vestirse. Había llevado la luz a la sala contigua, y con un peine se arreglaba el pelo ante el espejo. Ella, al ver que no le hacía caso, se desataba:

—Pues mira, como que no los hay, hombres de postín y del cartel, que están, pero que *deseandito* de hablar conmigo. Anda, que si te pongo el cocido al fresco...

—Manos tengo *pa* ganármelo como Dios manda.

Manolo abrió la cómoda para coger un pañuelo suyo. Había algún desorden y empezó a revolver hasta encontrar el que buscaba. Ella llegó hasta él de un salto y le sujetó por detrás los brazos.

—No, niño, no. Tú no *tiés pa* qué meter ahí la mano.

—Me da la gana.

La contestó él en tono tan serio, que ella le soltó, temiendo que se desasiera a la fuerza y la golpeara. Nunca la había puesto Manuel la mano encima, pero le encontró tan resuelto, que entonces le temió. El *Ebanista* tocó entonces cosas extrañas en el cajón. Sacólas entre los dedos, y quedó sorprendido. Eran cadenas de oro, pulseras de pedrería, sortijas, pendientes. Y lleno de asombro quedó mirando fijamente a la Paca. Y ella decía balbuciente:

—Es..., digo, son..., mira..., la verdad. Cosas de la *Araceli*, que me las trajo esta tarde muy de prisa para que las guardara.

—¡Para que las guardaras!... ¡De mala parte sabía yo que venía ese dinero que me ponías en la mano! ¡Anda, para que vayas a casa del sastre! ¡Anda, para que lleves esto en el bolsillo y no quedes por debajo de nadie! Pero no creía yo que venía de otra parte peor. Ya debió hacérmelo

sospechar tu comadreo de siempre con la *Araceli*.

—Bueno, mira. La verdad, Manolo. Ya ves, hace un momento que te hablaba con rabia. Con toda la rabia que tenemos las mujeres cuando nos hacen de menos. Pero ahora es otra cosa. Ahora es porque te he querido, y porque te quiero. Por eso te pido que te vayas. Si quieres despreciarme, despréciame. Pero vete. Ya que lo has visto, vete. Por egoísmo, porque no me dejarás al saberlo, no me he determinado yo a decírtelo antes.

Y rodeándole el cuello con los brazos, le miró con una mirada profunda y admirablemente amorosa. El tuvo para ella otra gran mirada de piedad, detrás de la cual se sentía algo de ternura. Y ese diablillo juguetón, o geniecillo del bien, que es el alma y espíritu del amor, pasó por aquel ambiente canalla, como cuando pasa blandamente por las camadas de los lobos.

XIV

—Pero quita, mujer. Suéltame. Ahora sí que siento ganas de salir. De respirar otro aire. Tú también, tú también debías salir.

Manolo apartó de su cuello los brazos de la Paca. Encima de una silla estaba un ligero velo que la *Volante* había traído a la cabeza. Manolo le cogió y se lo entregó a ella. El cogió su gorra, se la puso y se dirigió hacia la puerta. Llegaba cerca de ella, cuando la Paca le dijo:

—Calla. No hagas ruido. Parece que se siente andar en la escalera y hablar. Y el ruido de las conteras de unos bastones apoyándose en el suelo al andar. Oye. Se detienen aquí, delante de nuestra puerta.

Manolo nada decía. Sólo escuchaba, y pronto oyó cómo daban golpes en la puerta con un bastón. Impaciente y resuelto, sin investigar lo que quería quien llamaba, lanzóse a abrir y vió cómo tres hombres preguntaban por él y por la mujer con quien vivía.

—¿Quién lo quiere saber?

—¡La autoridad!—le contestaron.

XV

—La cena me la llevas a la taberna, y a ver si va a poder ser que, a las siete, tenga yo *planchá* toda esa ropa.

—¿Vas de boda?

—Puede.

—¿Quién es la novia?

—La hija de un sereno, que se casa de noche *pa* que no la vea su padre.

Y sin decir más, el *Chico de las Vistillas* salió del cuarto y bajó las escaleras de tres en tres. El *Chulo de Pinto* le esperaba en la puerta de la calle. Hacía frío y, casi tiritando, echaron a andar.

—Oye, tú: ¿valdrá embozarse con la papeleta?—dijo el de las Vistillas.

El otro no contestaba por no abrir la boca. El *Chico* le iba explicando sus combinaciones.

—A las siete vuelvo a casa a ponerme guapo, y luego me voy a ver a la gorda. A la Nicanora, la cacharrera. A ver si la sacó aunque no sea más que un *pápiro* de los de a cinco.

—¡Ah, pero todavía...!

—¡Anda! Más que nunca. Y ni por esas adelgaza.

—No, frescota sí que está. Tiene un...

—¿Qué te pasa?

—Y unas...

—Pero ¿qué es eso? ¿Estás dibujando en el aire?

—Es que hablaba con mímica.

—Creí que te estabas marcando un par bien puesto. No como en *Fuenlabrá*, que le colgaste al toro un palo junto al rabo.

—Bueno, déjate de historias tristes. Y la Antoñilla, ¿qué dice de todo eso?

—¿Qué ha de decir ni qué ha de hacer si está *chalá?* Aguantarse, y *na* más. ¿Y el estar conmigo no vale nada? Cuántas quisieran...

—Que las dejaras en paz.

La infeliz de la Antoñilla quedaba en tanto arriba sin dar paz a la mano ni a la plancha. Vivía, desde hacía cuatro meses, con el *Chico de las Vistillas*, y había mudado de taller unas cuantas veces en ese tiempo. En todas partes cumplía mal, y acabó por no

trabajar para fuera, planchando en su casa y cuidando de aquel cuartito interior donde vivia con su hombre en la calle de San Bernabé, cerca del portillo de Gil Imón, habiéndose alejado de su barrio antiguo para que el señor Felipe no diera con su escondite fácilmente.

Pronto empezaron para ella los disgustos. Su trabajo era el único que sostenía la casa. Su novio se levantaba al mediodía, almorzaba y se iba. Por la noche, las más de las veces, la obligaba a llevarle la cena a la taberna donde solía estar. Y las más de las noches también Antoñilla le esperaba en balde hasta las tantas de la madrugada, hasta que el sueño la rendía, y cuando a la mañana extendía los brazos buscándole, se encontraba sola en la cama y miraba dolorosamente el sitio vacío.

No tenía Antonia más que una compañía y una amistad. Su vecina Lola, una camarera de Naranjeros que vivía en el cuarto de al lado del suyo. Algunas veces había querido llevarla al café con ella, pero Antoñilla nunca quiso. Temía encontrar allí alguna vez a la *Volante*, y quién sabe si al *Ebanista* mismo. El recuerdo de aquel hombre que fué su primer novio la atormentaba a veces, y cuando la Lola, que conocía la historia, quería hablarle de él, Antonia cambiaba en seguida de conversación. Por la culpa de ella riñeron, y por culpa de ella vivía Manolo con la Paca. Por su propia culpa vivía ella como vivía. Pero no se quejaba, y cuando veía volver a casa al *Chico de las Vistillas*, diciéndola cosas que él sabía decir en casos oportunos, todo otro pensamiento se la iba del magín y no quedaba sitio en él más que para su hombrecillo.

Pero aquella pronta visión de amor se alejaba en seguida. Y venía una requisa detallada de cuanto les quedaba de valor en un baúl que les servía de cómoda y de armario y de caja de caudales. Para que no hubiese diferencias entre los dos, y en holocausto a una justa igualdad, ella tenía empeñado el mantón, lo mismo que él tenía empeñada la capa. Día llegó en que no quedó más materia pignorable que las planchas, y entonces hubo para la amorosa pareja el caso de pensar en si podrían desayunarse con un poco de almidón que había quedado en la cocina.

XVI

No se sabe a ciencia cierta qué arcángel sería el que una tarde fué servido de tocar con su celeste dedo cualquier parte del corazón, harto terrenal, del *Chico de las Vistillas*. Ello fué que volvió triunfante a su casa, diciendo que iba a torear en tal y cual sitio y que tenía *pasta*.

La Antoñilla estaba en el corredor hablando con la Lola, cuando el otro verificó su aparición, con gran sorpresa de las mujeres, que no le esperaban, y en aquel mismo instante se entretenían en ponerle verde, elogios que hacían extensivos a todo el sexo masculino en general.

Venía el *Chulo de Pinto* acompañándole, y como habían traído coche, que esperaba en la puerta, y les pedía el cuerpo jaleo, organizóse al instante la partida para la juerga. Y en un momento se arreglaron la Antonia y la Lola.

—*¡Hala p'abajo!*

Y luego:

—*¡Cocherito, tira!*

Se arrancó el *simón*, y sus tres ocupantes, sentados al desgaire, iniciaron por lo bajo cante y palmoteo.

Así empezó el viaje, con estaciones forzosas de cuando en cuando, con aquello de *danos otras*, y *a las señoras, lo que pidan*.

Tratóse de ir a cenar a casa de la Concha, y a todos les pareció una gran idea. La Lola iba encantada con el *Chulo de Pinto*, al que nunca había podido ver, y se había hartado siempre de llamarle *asaura* y *malange*, y de tirarle melocotones en Tetuán siempre que le veía en el ruedo; y la Antoñilla, con el optimismo del sino, estaba convencida de que no había nacido criatura comparable al *Chico de las*

Vistillas. Era ya más de anochecido cuando dejaron el coche en la calle de Sevilla y dieron con sus cuerpos en casa de la Concha. Cantando entraron ellos; riendo entraron ellas.

Por la parte de la taberna hicieron su entrada para mayor aparato, y nunca lo hubieran hecho, porque toda la concurrencia que había era de conocidos, y ronda va y ronda viene, era cuento de no acabar. Al fin, pasaban a elegir cuarto donde comer, cuando alguien, dejando que fuesen los otros tres delante, detuvo a la Antoñilla para decirla por lo bajo:

—Ahora sí que estarás contenta, que bien te ha *pagao* ése el haberse ido con la *Volante*.

—¡Ay, hijo, no me debía *na!*

—¿No lo leíste? Los papeles lo trajeron. En la cárcel están los dos. ¡Quién lo había de decir! ¡El *Ebanista*, ladrón!

—Pues si es ladrón, ya es algo. Peor es no ser *na*.

Esto contestó Antoñilla, y todos los vapores del vino se la fueron como por arte de encantamiento. Apartóse de quien la había dado la noticia y metióse hacia adentro como si fuese a reunirse con sus compañeros de fiesta. Buena fiesta la diere Dios, que pasando por el corredor de los reservados salió a la calle por la otra puerta, respiró fuerte al verse al aire libre, y como si en la historia de su vida hubiese habido una laguna que se cubriera de repente, vinieron a su memoria los días tranquilos de su vida, cuando él, el que estaba preso, la esperaba en la esquina de la calle de Argumosa, a la salida del obrador, y la acompañaba hasta la Ronda. Y como si repitiese algo aprendido en una pesadilla, iba diciendo muy bajito:

—¡Mi Manolo, mi Manolo, en la cárcel!

Y empezó a andar, a andar, sin saber hacia dónde. Cuando se detuvo, miró a qué lugar había llegado. Estaba en la Ronda, delante de la valla de aquel solar de la bolera.

XVII

¿Podría verle? Ella necesitaba verle, aun a riesgo de que él no quisiera hablar. Eso lo pensó todo el día, sin querer consultarlo con el señor Felipe, que con una gran bondad habíala recibido sin querer preguntarla de qué parte venía. Habían pasado cuatro meses desde que ella desapareció, y el viejo la esperaba todas las noches. Así, cuando la vió volver, nada la dijo.

Aquella tarde sintió Antonia la obsesión de la cárcel, que la atraía, que la llamaba imperiosa y misteriosamente. Antoñilla salió, el viejo la miró como si la interrogase con los ojos, y ella le contestó con la palabra:

—Descuida; anochecido estoy aquí.

Temió la desgraciada ir por la calle de la Princesa, como si tuviera miedo de que la cortaran el paso. Fuese por la calle de Rosales, y al subir a los desmontes que rodean la cárcel apercibió la algarabía que venía desde sus rejas. Por detrás de la prisión había mujeres que hablaban a gritos con sus hombres, presos, y ella sintió una especie de piedad fraternal por aquellas hermanas suyas en dolor. Hay una gran belleza en esos idilios a distancia en que un aliento ardiente de amor y de infortunio pasa entre dos almas por encima de las murallas y de los aires, y de los temores y de las pudibundeces sociales.

Una voz venía desde una reja alta, y diluyéndose en el ambiente llegaba hasta la tierra libre:

—¡Chata! ¡Chatilla! Que no te veo. ¡Vete más para allá!

Y ella se iba a un montículo y se alzaba de puntillas sobre su corta cima. Y llegaban otras. Y la voz de su hombre se perdía en el confuso vocear que venía desde las celdas todas. El la gritaba las cosas que había de traerle al otro día en el cesto de la comida; ella le anunciaba un viaje:

—¡Que mañana me voy a Talavera!...

Y llegaban dos soldados del rondín. Ella, humilde, les sonreía amablemen-

te... En esto se oyó el galopar de dos caballos. Las otras parladoras gritaron: «¡Los romanones! ¡Los romanones!» Y huyeron. Los romanones llegaron cuando la mujer que había quedado trataba de convencer a la milicia de a pie de que la dejasen allí. Los guardias de a caballo, muy poseídos de su alta misión, se enfadaron de un modo atroz y arrojaron a aquella pobre Eva de su triste paraíso. La sociedad estaba salvada y los reglamentos cumplidos. Ante todo, la paz de los burgueses y sus reglamentos. Sí, señor. Allá, en el fondo, la sombra del Guadarrama se recostaba dantesca bajo el cielo de un crepúsculo cárdeno. En todas las ventanas de la cárcel se vió luz, y aquel muro sombrío con aquellas ventanitas iluminadas, parecía un cementerio donde en todos los nichos hubiese fiesta.

Y Escarraman queda en su jaula sin haber podido dar sus adioses a la moza de jácara que se va a Talavera a holgarse como en tiempos del arcipreste. Talavera es un lugar de predilección para tales damas. Las mujercillas de alguna estofa, cuando se las tuerce la aguja de la corte, se marchan a Lisboa. Las de grado menor se quedan en Talavera; así como los chulos, cuando se sienten laboriosos, se meten a trabajar en la estación del Mediodía. ¿Por qué no en la del Norte, o en la de las Delicias, o en la de Arganda, o en la de Navalcarnero, o en la de las Pulgas? No, señor. Tiene que ser del Mediodía, precisamente. El destino marca en la vida rutas ineludibles y fatales.

Antoñilla paseó hasta el anochecer por aquellos contornos, sin acercarse adonde estaban las mujeres que hablaban con sus galanes encerrados. Y aun viendo las distintas desgracias que pesaban sobre ellas, las envidiaba, porque las veía hablando cada una con el suyo, que la contestaba a gritos, como una proclamación pública de su amor.

Tampoco durmió Antoñilla aquella noche. Determinábase a pedir permiso para hablarle en el locutorio; pero la idea de encontrar a otra mujer allí la destrozaba. Al fin su buen pensamiento pudo más, y madrugando al otro día, hizo un almuerzo que metió en la cesta, donde guardó algún tabaco también. Fuése a la cárcel, donde tuvo que esperar a la puerta, juntamente con otras que habían acudido al mismo fin. Y al cabo supo que la comida había llegado al preso, y supo también lo que la interesaba. La hora en que podría verle.

Al fin le vió. Apareció Manolo tras la reja, y ambos tuvieron una mutua expresión de cariño en sus rostros, como si en vez de los meses transcurridos se hubieran apartado el día anterior. Y el *Ebanista* la saludó, diciendo:

—Tú tenías que ser la que viniera a verme.

—Claro. ¡Como esa mujer está *guardá* también!

—No. En seguida la soltaron. Ella se arregló en seguida la libertad provisional, y luego hará que no la prueben *na*. ¿No ves que le habla a un juez? Pero habiéndola *soltao* a ella tendrán que soltarme a mí también. Y ya ves, no ha sido para venir a verme, cuando por ella me veo donde estoy. Pero descuida, que esto, que parece un mal, puede que sea un bien. Saldré de aquí, y esa mujer *pa* mí se ha muerto, y se ha muerto con ella la vida que yo llevaba.

—Yo, ahora, estoy en el solar con el abuelo. ¿Y no sabes lo que hay? Van a hacer en el solar una casa. Gracias a que los amos son buenos y le dan dinero al viejo para que busque donde meterse.

—Donde meternos, Antonia. Porque yo salgo de aquí y me voy con vosotros. Se acabaron las chulerías y el mal vivir, y vamos a vida nueva, buena y *honrá*.

—Sí; mira. Trabajaremos. Nos iremos a otro barrio donde no conozcamos a nadie, para que nada nos recuerde la vida que dejamos. Tendremos un cuartito lleno de sol para que esté el abuelo.

—Y *pué* que algún día corretee por allí un chiquillo.

—Y yo trabajaré en casa, esperando a que venga mi hombre del taller. Y

cuando salgamos, saldremos juntos, por el campo, donde no tropecemos gente.

Y parecía como que el triste recinto del locutorio se llenaba de una gran luz de bondad y de amor.

XVIII

Un día el señor Felipe, que había salido a pasear por la mañana, volvió a los Cuatro Caminos, donde vivía hacía ya un año con Antonia y Manuel. Era domingo, y los chicos, vestidos para salir después, le esperaban con la comida humeante sobre la mesa en aquel cuartito que, como había querido Antonia, recibía el saludo del sol todas las mañanas. Sólo faltaba aquel chiquillo que un día triste, detrás de la reja del locutorio de la cárcel, había deseado Manuel.

El viejo les contó su paseo. Había tomado el tranvía y se había ido a la Ronda. El pobre tenía la querencia del lugar.

—Ya está casi terminada la casa —les dijo—; aquel solar se fué. Bien ido está. Sólo servía *pa* bailes, que nada de bueno traían. Vosotros lo sabéis. Pero ahora, si viérais... ¡Qué casaza! Parecen tres casas, una encima de otra. Sobre aquella tierra pobre y muerta del solar han hecho esa hermosura. Y han *dao* más vida a todo aquello, y al hacerla han *dao* de comer a mucha gente.

—Yo no quiero bajar por allá abajo—dijo Antonia.

—Ni yo tampoco—añadió Manuel.

—Pues mirad; vosotros también habéis *ganao* como el solar. Y habéis *levantao* una casa nueva, que ha sido vuestra nueva vida. ¡Si no hay tierra, por mala que parezca, que no pueda servir para cimiento de un palacio!

Antoñilla miró a Manuel. Y él dijo al abuelo:

—¿Me deja usted que la abrace?

—Abrázala.

Y Manuel pasó suavemente la mano por la cintura de Antonia.

Entonces un rayo de sol que entraba llegó como una bendición al vientre de ella, sagradamente crecido, que era como una promesa y como una bienandanza. Como la promesa de que un día de encantamiento de sol, igual que aquél, habría una risa de niño que acompañara a aquel trino de pájaro que se desgranaba cristalino tras la vidriera del balcón.

FIN DE
«EL SOLAR DE LA BOLERA»
DE
PEDRO DE RÉPIDE

JOSE MARIA SALAVERRÍA

(1873-1940)

JOSE MARIA SALAVERRÍA

NOVELISTA *y ensayista. Nació en Vinaroz (Castellón de la Plana), de familia guipuzcoana. Y vasco se consideró él. En su juventud desempeñó los más distintos oficios en España y América. Y en nuestra patria y en las repúblicas hispanoamericanas dió notabilísimas e incontables conferencias. Sus artículos, llenos de profundidad e interés, aparecieron en los principales diarios y revistas españoles. Muchas de sus obras están traducidas a distintos idiomas. Fué limpio y claro prosista y pensador de enjundia.*

Novelas: Nicéforo el Bueno—*1909*—; Páginas novelescas—*1919*—; El oculto pecado—*1924*—; Viajero de amor —*1926*—; El muñeco de trapo—*1928*—; El rey Nicéforo...

MUNDO SUBTERRANEO

I

QUIEN ERA YO Y COMO PENETRE EN LA MINA

SEÑOR: Mi nombre es Antonio y soy hijo de José Juan Urrutia; pero todos me han conocido por el apodo de *Gorri*. En el pueblo es costumbre llamar a las personas por un sobrenombre, y yo me vi obligado a seguir la ley general; como tenía el pelo rubio y la tez muy sonrosada, me apodaron *Gorri*, que en vascuence quiere decir bermejo. ¡Eso era entonces, en mis buenos años de juventud! Después de aquel drama horrendo en que me tocó ser el héroe principal, ni mis cabellos son rubios ni mi rostro sonrosado! He perdido la frescura y estoy completamente cano, como usted ve. Pero, en fin, ¡gracias que puedo contarlo!...

Pues, señor, yo trabajaba en las minas de Gallarta y era uno de los mejores *barrenadores* de todo el partido de Somorrostro; ganaba cinco pesetas de jornal, lo que me permitía tener siempre el humor contento y la bolsa dispuesta para beber, comer y cantar alegremente. Los compañeros me querían mucho. Sin embargo, había un peón que no me podía tragar, como vulgarmente se dice. Este peón era de tierras adentro, de aquella parte de León que linda con Galicia; le llamaban Ferrero, y era un perfecto tipo del hombre ambicioso, autoritario y enredador. Desde el primer día en que nos vimos nuestras dos personas se pusieron de punta, y poco a poco concluímos por odiarnos mutuamente.

Yo era anarquista y Ferrero socialista. Claro es que mi anarquismo no llegó nunca al terreno de la práctica, sino que se mantenía dentro de los términos legales; siempre fuí enemi-

go de la violencia y todavía más enemigo de la sangre. Pero me gustaban las teorías anarquistas, acaso porque en ellas encontraba yo un aire semirreligioso que se acoplaba muy bien con mi carácter entusiasta y soñador; además, el socialismo, tal como lo predicaban mis compañeros, me resultaba una cosa vulgar y ordinaria, una cosa como de borregos asociados. Nunca tomé parte en los *mitins* socialistas ni quise nunca agremiarme y colaborar a la obra de unos cuantos ambiciosos que hacían de las huelgas y *mitins* un arma para sus proyectos personales.

Uno de estos ambiciosos era Ferrero. Tenía fácil palabra, hermoso gesto tribunicio, condiciones de mando y de organización; a los dos meses de llegar ya estaba el hombre erigido en cabeza de motín y en jefe de partido. Se metió en la junta directiva de la agrupación socialista, se hizo nombrar cajero y, al mismo tiempo, intrigaba dentro del grupo de Bilbao. En una palabra, el hombre iba abriéndose camino muy santamente para llegar, en menos de dos años, a lo que otros habían llegado antes; es decir, a tener una cantina y ser concejal en el Ayuntamiento.

Pues como decía, el tal Ferrero y yo nos cobramos mutuamente un gran odio. Ferrero me acusaba de perfidia y aseguraba que mi intento era minarle el terreno y ponerle en evidencia ante los operarios; también me acusaba de traidor, de cómplice de los capataces; decía que yo cobraba un *plus* bastante considerable con el único fin de desbaratar las asociaciones obreras, y que los contratistas me mimaban porque yo era un espía suyo y un servidor de la tiranía. Me llegó esto tan a lo vivo del alma, que aquella noche, víspera de la catástrofe, entré en la taberna decidido a reñir francamente con él y a romperle la cabeza, si llegaba el caso.

Entré en la taberna y pedí un cuartillo de chacolí. Todo el establecimiento estaba cuajado de gente, y toda la gente, por lo que pude observar a la primera mirada, era adversaria mía. Ferrero estaba de pie, junto al mostrador, y los compañeros le rodeaban como siempre, alelados ante su hermoso gesto y su arrogante oratoria. Me vió Ferrero, y sus ojos tomaron un tinte siniestro; comprendí que su odio llegaba a su grado máximo. Pero yo no me intimidé. ¡Qué diablos!... Mi oratoria era bien pobre, apenas si entonces pronunciaba el castellano medianamente; pero yo tenía confianza en mis razonamientos, y si no bastasen mis razones, allí tenía mis puños, que eran de calibre superior. Entré, pedí un cuartillo, llené el vaso y lo trasegué de un golpe. Después...

Naturalmente, la disputa no podía retardarse. Disputamos, nos dijimos palabras gruesas, nos insultamos en lo más vivo y, finalmente, el Ferrero, animado por la presencia de sus entusiastas amigos, levantó el brazo e intentó pegarme. Entonces yo di un brinco a un lado, levanté el puño, y ya iba a machacarle las narices de un formidable golpe, cuando el tabernero que era paisano mío y que tenía sobre mí gran ascendiente, se interpuso y me sujetó el brazo.

—¡*Gorri*, márchate!...

Si otro cualquiera en aquel momento se hubiese atrevido a sujetarme, de seguro que lo hubiera pasado mal: pero se trataba de mi paisano y me aguanté. Salí, en efecto, de la taberna, pero no sin retarle a Ferrero con destempladas voces.

—Nos veremos mañana—grité.

—Sí, mañana nos veremos; te espero mañana después del almuerzo... —respondió Ferrero furiosamente.

Me fuí a casa y me acosté en seguida. Tardé algo en dormirme; aquella violenta escena con Ferrero había alterado por completo mi naturaleza mansa, más propicia a los movimientos alegres que a los trágicos. Me temblaban las mejillas, me cosquilleaban las manos; no podía sosegar. Hubo momento en que decidí levantarme y buscar a Ferrero para acabar cuanto antes aquel conflicto, le rompería las narices y luego descansaría... Hasta que logre dormirme.

A la mañana salimos todos para la

mina, con ese gesto pesado y de abrumador disgusto que usan los obreros en las primeras horas del lunes. ¡Cuánto vino, cuánto baile, cuánta fantasía el día anterior! ¡Y cuánto trabajo por delante hasta alcanzar otro domingo! Pero no había más remedio que resignarse; en la mina estaba el pan, y sin pan no podíamos vivir. Hala, pues; nos fuimos a la mina.

Buen tiempo hacia aquella mañana del mes de marzo. Corría viento caliente del Sur. El cielo era de un color brillante, y el mar, que se extendía a lo lejos por bajo de las montañas, presentaba también un color bellísimo. Por el abra del río pasaron uno, dos, hasta tres vapores, humeando por sus gruesas chimeneas; una balandra, con todas sus velas al viento, jugaba cerca de la costa lo mismo que si fuera un ave marina. Hacía muy buen tiempo... Me detuve en lo más alto de un promontorio y allí permanecí un rato completamente embebido. Ya no me acordaba de Ferrero, ni de la disputa en la taberna, ni del desafío que teníamos concertado para aquel día; el aire libre y la contemplación de la Naturaleza me habían restituido a mi ser natural.

En mi alma despertaban los recuerdos de la niñez: el recuerdo de mi aldea, de mi madre, de las vacas de mi caserío...

—¡Eh, *Gorri!*—me gritaron los compañeros.

Y tuve que despertar de mi ensimismamiento para unirme con el grupo. Llegamos a la boca de la galería. Teníamos que montar en una vagoneta y meternos dentro, hasta una profundidad de cuarenta metros, en donde nos aguardaban ya los otros operarios. ¡Con qué disgusto emprendimos la faena! Nos había tocado en suerte el peor trozo de la mina, y acaso también el peor trozo del coto minero, puesto que en la comarca se hacen los trabajos a cielo abierto lo mismo que en las canteras, y sólo por excepción se usa el sistema de galerías. Cuando se trabaja al aire libre, el cansancio, claro es, molesta mucho; pero al menos le queda a uno la satisfacción de ver el cielo, de ver las piedras y las caras de los amigos; mientras que en la galería no se ve nada, como no sea un rostro rojizo o una pared de peña viva, y allí dentro, a fuerza de golpear y de oír dar golpes directamente, nada más que los golpes, concluye uno por aburrirse y quedarse como adormilado. Allí dentro se hace uno malo sin querer; las más negras ideas suelen allí dentro girar y dar vueltas en la imaginación, hasta consumirle a uno.

Pues entré en la galería, llegué al fondo, agarré mi barreno y cuando miré a los compañeros de cuadrilla, ¿a quién dirá usted que vi? Era Ferrero, el mismísimo Ferrero. ¡El corazón me dió un vuelco al verle!

«¡Malo!—me dije para mi capote—; sospecho que el día ha de acabar siniestramente...»

Sin embargo, procuré disimular la emoción y no dije nada. El tampoco chistó; sólo vi que me miraba de soslayo y que plegaba la boca con un gesto indefinible.

Allá veríamos lo que ocurría.

Se marchó el capataz, retiraron la vagoneta, agarramos los aperos y, ¡duro!, nos pusimos a trabajar.

II

COMO OCURRIO LA CATASTROFE

Llevábamos más de una hora trabajando, sin que en todo este tiempo se nos ocurriera hablar una palabra. Cuando Ferrero, volviéndose de pronto cara a mi lado, exclamó:

—Hoy van a ocurrir grandes sucesos, si es que no fallan las noticias que me han dado.

Como todos los de la cuadrilla sabían lo de la disputa en la taberna y lo del desafío, nadie se atrevió a chistar; mis compañeros, en efecto, sospechaban que los sucesos serían grandes aquel día. Yo no chisté tampoco; conocía mi carácter, y conocía, además, la influencia nefasta de aquel ambiente de las galerías, que hace malos a los hombres más pacíficos. Me

contenté con enarbolar mi barreno y arrearle a la peña un golpe más fuerte que los anteriores.

Entonces Ferrero, que estaba sin duda bajo la influencia del ambiente, creyó necesario responder a mi golpe de barreno con otro golpe semejante: levantó el picachón lo más alto que pudo, extendió los brazos... Francamente, la postura y el gesto de aquel hombre me inspiraron un repentino terror, había que verle con los ojos muy abiertos, la boca temblando, los músculos tendidos en un esfuerzo máximo, y la luz del candil, que le daba de frente... Parecía un fantasma, una imagen del odio y del crimen.

Tanto me impresionó aquel hombre, que creí prudente apercibirme y estar alerta, no fuera que me atacase en un brusco arranque de ira y me aplastase los sesos. Me preparé, como digo, a todas las contingencias posibles. Observé a Ferrero que, con los brazos en alto se disponía a golpear la roca; le vi agachar el cuerpo, vi caer el picachón, oí el golpe, tremendo golpe, capaz de romper una muralla. Y en seguida...

No tuve tiempo más que para saltar a un lado; si no llego a ponerme en guardia ante el temor de un ataque de Ferrero, allí mismo me aplasta una enorme piedra. ¡Qué ruido, qué confusión, qué oscuridad y qué espanto!... Aunque me tocase vivir quinientos años, de seguro que no volvería a sentir el terror que sentí en aquel momento.

Lo que ocurrió fué muy sencillo. El terreno en que trabajábamos era de construcción irregular, mezcla de piedra caliza, tierra y bloques sueltos de mineral; era un terreno falso, y necesitábamos operar con cierta prudencia. Pero Ferrero, poseído por aquel ímpetu de rabia, no se acordó del terreno ni de la mina, y pegó un golpe tan formidable, que se desgajó un gran bloque de mineral, y tras del mineral se vino abajo la tierra, y detrás de la tierra se desgajaron otros pedruscos, y con el ruido y el temblor de aquel primer hundimiento, el terreno se conmovió por todas partes.

Yo estuve más de un minuto oyendo ruidos y recibiendo el choque de algunas piedras aisladas. Un minuto es un espacio de tiempo muy breve, pero en aquella ocasión cada segundo que pasaba equivalía para mí a una eternidad. Tan atento estaba yo, de tal modo tenía despiertas mis facultades de observación, tan grande era la tensión de mi mente, que contaba las pulsaciones de mi corazón una por una. y el espacio que había entre una y otra pulsación se me figuraba larguísimo... A cada punto esperaba el golpe definitivo, la muerte... Entre el rodar de las piedras, mi oído se afinaba hasta un grado supremo de potencia: quería *oír* a la muerte... ya que no podía verla, porque la oscuridad se hizo total, absoluta, imponderable; ya que no podía ver a la muerte, quería oír el zumbido de la piedra que llegase hasta mi frente, me la rompiera de un mazazo y me aplastase después todo el cuerpo. No me atrevía a moverme; no quería ni siquiera respirar. Miraba al fondo de aquella noche profunda, y abría mucho los ojos, con la esperanza de ver..., ¡qué loca y absurda esperanza! Uno, dos, tres—contaba los latidos de mi corazón—. ¡Ahora!... ¡Ahora!..., pensaba a cada latido, esperando a la muerte. ¡Si aquello dura solamente cinco minutos, allí mismo me vuelvo loco!

Pero la muerte no vino. Cesó de moverse el terreno, se aquietaron las piedras, todo se tranquilizó. Aún permanecí algún tiempo sin atreverme a mover la cabeza, sin salir de mi horrorosa tensión. Poco a poco también mi ánimo, como el terreno, llegó a tranquilizarse, y finalmente pude volver sobre mí, respirar con libertad, mover el cuerpo, extender los brazos.

Avancé un paso: nada. Di otro paso: mis manos tropezaron con la roca. Seguí palpando la pared de granito, y de pronto la piedra se movió... Se me erizó el cabello; el corazón dió un brinco, como si fuera a escaparse del pecho. ¡Otra vez se derrumbaría el terreno!... Pero no: el terreno quería descansar.

Entonces me entró un deseo senti-

mental, una congoja de niño, un miedo de muchacho perdido entre las sombras de la noche. Jamás, como en aquel instante, sentí tan de veras la necesidad de la compañía; entonces fué cuando comprendí bien a lo vivo la ley humana que nos impele a asociarnos, a comunicarnos unos a otros nuestros sentimientos, ideas y amarguras.

Sentí un gran impulso de ternura; hubiese querido hablar con algún semejante, contarle mis impresiones y llorar con la cabeza apoyada en su pecho...

Llamé, temblando la voz y oprimida el alma de anhelo:

—¡Pedro!... ¡Vázquez!... ¡Jorobeta!... ¡Narciso!...

Por último llamé a Ferrero:

—¡Ferrero, Ferrero!...

Si llega a contestarme, seguro estoy de que le hubiera besado. Pero nadie me contestó. ¡Dios mío, qué angustia!

Seguí palpando las paredes. De pronto mis piernas tropezaron con algo que no era piedra ni arcilla: me agaché... ¡Un hombre! Le cogí entre mis manos, palpé su cuerpo. ¡Dios mío, si viviese!... Pero estaba frío, el corazón no latía; ¡tan muerto como una piedra!

Entonces comprendí lo amargo de mi trance. Todos mis compañeros habían perecido; yo solo me había salvado. ¡Y yo mismo perecería muy pronto dentro de aquel sepulcro horrible, en medio de los cadáveres, a cuarenta metros del aire libre!...

Me senté sobre una piedra y lloré a lágrima viva.

III

LO QUE INVENTÉ PARA NO MORIRME

En esta vida nos cansamos los hombres de todo; lo mismo de reír como de llorar. Me cansé, pues, de verter lágrimas y, pasado un rato, púseme a meditar sobre mi situación, sobre mi vida, sobre la muerte, sobre infinidad de problemas.

Yo fuí hasta entonces un muchacho vulgar, que no se detuvo nunca a mirar la causa de los fenómenos, ni me preocuparon gran cosa los conflictos de la metafísica; era un buen muchacho, sencillamente, ni más sabio ni menos ignorante que los demás. Pero mi estancia en aquel horrible sepulcro me cambió de tal modo la naturaleza, que me convertí en un hombre distinto; aprendí entonces más ciencia que la que pudiera haber adquirido en diez años de estudios universitarios y, sobre todo, aprendí a pensar, aprendí a perseguir ideas hasta su más alto límite, siguiendo la trayectoria del pensamiento con el mayor de los arrojos. Así como antes las cuestiones metafísicas me tuvieron siempre sin cuidado, entonces, no; entonces fué como un fenómeno de retroacción, por virtud del cual todas mis potencias intelectuales se volvieron sobre sí mismas y se dedicaron a escudriñarse, a contemplarse fijamente.

Cuando me cansé de llorar, lo primero que me pregunté fué lo siguiente: «¿Podré salir de esta tumba? ¿Moriré?... ¿Qué habrá detrás de la muerte?...»

Le dí varias vueltas a mi pensamiento en torno de estas preguntas, y no resolví nada; mi inteligencia era demasiado pesada para poder sostenerse mucho tiempo en aquellas alturas. Me cansé de pensar, lo mismo que me había cansado de verter lágrimas, y finalmente concluí por sentirme desmayado, soñoliento; las numerosas emociones del día se encargaron de mi pobre organismo y lo sumieron en el más profundo de los sueños.

Dormí profundamente; ¡quién sabe la cantidad de horas que dormí! Debieron de ser muchas, porque, al despertar, me sentí poseído de un hambre inaudita. Tan grande era mi apetito, que me levanté nervioso e inquieto, igual que los seres inferiores cuando sienten la premura del hambre. Mi hambre era, más que humana, hambre animal. No podía sosegar, no podía tampoco fijar mi pensamiento en ningún otro punto: comer, comer; yo quería comer...

Pero ¿dónde encontraría un miserable mendrugo de pan? Estaba solo, perdido bajo tierra, incomunicado del resto de los hombres. La sombra era total. Masas de piedra, suspendidas en torno mío, amenazaban caer y aplastarme. Cualquiera de mis movimientos significaba un peligro. ¡Dios mío!...

Esta exclamación, dicha con un tono infantil, aumentó aún más mi impaciencia; dije ¡Dios mío! del mismo modo que los niños exclaman, cuando les ocurre un trance apurado: «¡Madre mía! ¡Virgen mía!» En aquel momento me sentía yo tan abandonado y tan pobrecito como un niño que pide ayuda a su madre, y no se me ocurría cosa mejor que lamentarme y clamar, invocando a Dios y a mi difunta madre.

Pero esta situación de ánimo duró un momento nada más; pude rehacerme, gracias a un poderoso esfuerzo de mi razón, y salir de aquel estado de infantilismo y de acoquinamiento. Me rehice, digo, y como primera providencia me dediqué a explorar el aposento que la suerte me había dado. Antes que nada, era preciso conocer el lugar para luego conducirse como el caso lo exigiera.

Con grandes precauciones, midiendo bien los pasos, moviéndome muy despacito, comencé a palpar los objetos y a examinarlos uno a uno, poniendo en el tacto los ojos, a semejanza de los ciegos. Me animaba una esperanza, que consistía en lo siguiente: los seis obreros de la cuadrilla veníamos provistos de nuestros correspondientes almuerzos; unos los traíamos envueltos en un papel, otros metidos en una tartera de cinc, y los habíamos colocado en diferentes sitios de la galería. Ahora bien; la cuestión consistía en indagar los rincones, hasta ver de tropezar con uno de los almuerzos. Y, en efecto, me lancé a la busca de ellos con una tenacidad heroica.

Heroica, porque el hambre me torturaba de un modo feroz y porque mi desfallecimiento crecía. A pesar de todo, seguí indagando sin detenerme, y lo que valía más, sin apresurarme, puesto que a cualquier movimiento imprudente podían desprenderse los pedruscos sobre mi cabeza. Recorrí todo un lado de mi sepulcro sin encontrar nada de provecho; tratábase de la pared lateral de la galería, que quedó incólume después del desprendimiento. Seguí palpando el terreno, que ahora se convertía en una mezcla de arcilla y de mineral, y no perdoné ningún pedrusco ni la menor concavidad o hendidura. ¡Tampoco hallé nada!... Ya iba a desistir y ya iba a abandonarme a la desesperación, cuando resbalé sobre el suelo viscoso; puse las manos para no caer, y mis manos tropezaron con un objeto blando que crujió. Lo palpé apresuradamente... ¡Me había salvado!

Quité la envoltura de papel, y hallé una botella con vino, un pan y un trozo de pescado dentro del pan. Si dijera que comí, mentiría; no fué comer aquello, sino devorar. Y después que le di reposo a mi hambre, satisfice también la sed bebiéndome de un trago el vino de la botella. Con esto me sentí sosegado, y todas las negras ideas volaron de mi cerebro. Bien es verdad que entonces no se distinguían mis ideas por lo sublime de su vuelo; mi estado era en aquel momento el de un ser inferior, el de un perfecto animal. La comida y el vino, dando reposo a mi vientre, me sumieron en una especie de suave inconsciencia, inconsciencia que poco a poco se convirtió en verdadero sueño. Y por segunda vez me dormí.

Cuando desperté, mi primera aspiración fué la luz. Aquella sombra total, acompañada de aquel silencio absoluto, me producía una angustia indescriptible. Era necesario encender luz, ver los objetos, ver mi cuerpo..., ver, en una palabra. Pero ¿cómo lograr la luz? Yo no fumaba, yo no tenía costumbre de llevar cerillas conmigo. Pero así como encontré el almuerzo, también podía encontrar cerillas; el caso era buscarlas. Y me puse otra vez a palpar las piedras.

Observé que el aire no era tan limpio como anteriormente; respiraba

mal, sentía una repugnancia indecible... Pero no tardé en explicarme el infecto olor: los cuerpos de mis compañeros comenzaban a corromperse.

Una idea, saltando de súbito desde el fondo de mi cerebro, me hizo temblar despavorido. ¡Llegaría un instante en que la necesidad me obligase a comer la carne de mis compañeros; y para entonces, si no lo evitaba, la carne se corrompería del todo!...

Afortunadamente, aquella tétrica idea desapareció. Vino en mi auxilio la lógica, que me dijo: con los cinco almuerzos que quedaban en la cueva podía aguantarme diez días, para cuya fecha ya me habrían sacado del peligro las gentes de fuera. ¿Y si los almuerzos se corrompían también?... Pero no; las carnes condimentadas podían resistir muchísimo tiempo, y en último lugar me quedaba el pan, que mojado en vino, bastaría a conservarme la vida. El caso era buscar los almuerzos, y para esto necesitaba primeramente procurarme luz.

Seguí indagando. Pero esta vez no tuve que cansarme mucho; mis piernas tropezaron con el cadáver de un compañero, a quien registré los bolsillos, aunque necesité armarme de todo mi valor para dominar la repugnancia. ¡Allí estaban las cerillas!...

Tardé bastante en encender una: de tal manera me temblaban las manos. ¡Qué emoción la mía! Al hacerse la luz, mi emoción aumentó considerablemente; sentí primero pánico, luego una inmensa compasión. Mi cueva, mejor dicho, mi sepulcro, semejaba el episodio de una pesadilla de enfermo: a la pálida luz de la cerilla pude ver un espacio de unos siete metros de lado y alto como de cuatro metros; una masa de escombros caía hasta el suelo en forma de talud, y aquellos escombros eran los que cerraban la boca de la galería, y por entre los escombros sacaban los cadáveres, quién un brazo, quién un trozo de espalda, quién la cabeza rota y medio putrefacta.

A la vista de aquel horrendo espectáculo las lágrimas asomaron nuevamente a mis ojos. ¡Pero no era ocasión de llorar! «¡Ánimo!», me grité a mí mismo, a tiempo que la cerilla, acabándose, volvió a sumir la cueva en sombras.

IV

LUZ PARA EL CUERPO Y PARA EL ALMA

Me sentí animoso y con fuertes ganas de trabajar; yo no sé qué extraño soplo de energía vino a confortar mi espíritu. Acaso consistiera en la luz, cuyas virtudes imponderables comprendí entonces bien de veras. La cuestión es que me sentía lleno de actividad.

Lo primero que se me ocurrió fué reunir todas las cosas útiles que pudiera encontrar y conservarlas el mayor tiempo posible; me hice el propósito de considerarme como un marinero a quien las olas arrastran sobre un barco roto, y como tal marinero, necesitaba ponerme a ración de pan y agua. «¡Ea, *Gorri*, manos a la obra!», dije con valeroso acento; y lo gracioso fué que lo dije a viva voz, y aún fué más gracioso el placer y el coraje que me produjeron mis propias palabras, tal como si las hubiese pronunciado un ser extraño a mi persona. ¡Ah, sí! Era, efectivamente, mi ser interior, el ser que todos llevamos dormido en la profundidad de nuestro individuo, y aquel ser hermano mío despertaba en el duro trance y venía a socorrerme, y lo que vale más todavía, a iluminarme.

Vamos por partes—murmuré en seguida—. Primeramente necesito reunir todas las lámparas, con su correspondiente aceite; después debo desnudar a mis compañeros y formar con sus vestidos una cama en que abrigarme; luego necesito guardar la comida, y, finalmente, enterraré los cadáveres para evitar el olor nauseabundo.

Apenas me tracé este plan, cuando me puse a ejecutarlo. Desde el primer momento vino en mi auxilio la fortuna: el cadáver que me había concedido los fósforos tan espontáneamente, me proporcionó también la lámpara; no tuve más que hacer sino arrancársela de la mano, entre cuyos aga-

rrotados dedos la tenía sujeta. Encendí la mecha, suspendí el candil de una angulosidad del techo, y ¡hala, hala!, me lancé a la busca de utensilios.

El cadáver primero quedó registrado en un instante. Era el de Pedro; ¡buen muchacho, excelente camarada y arrogante conquistador!... Aún llevaba el pelo cortado graciosamente por una raya lateral, con dos coquetones *tufos* que le cubrían las sienes y sombreaban sus bonitas orejas. ¡Pobre Tenorio, infeliz galanteador de las covachas y caseríos de Somorrostro! ¡Ya no volvería a lucir, en las mañanas de domingo, su rojo clavel sobre la oreja, ni la resobada onda de pelo sobre la frente, ni aquel aire jactancioso de mozo guapo y fanfarrón!...

En fin, le arranqué la blusa y la camisa de franela, una navaja de muelles, un espejito redondo, y lo demás que llevaba lo desprecié por inútil; consistía en algunas monedas, en cigarrillos de papel y en una carta amorosa.

Inmediatamente me dirigí hacia el segundo cadáver. Su brazo derecho emergía de entre el amontonamiento de piedras y barro, y como el resto del cuerpo permanecía oculto del todo, semejaba aquel brazo el gesto supremo de un náufrago a quien las olas se van a tragar definitivamente. Palpé el rígido brazo, examiné el puño, que lo tenía violentamente apretado, miré el color de la camisa, y no conseguí averiguar nada; removí el terreno con un picachón, apareció el hombro... luego la cabeza... ¡Era Ferrero, el mismísimo Ferrero en persona! ¡Pero cómo estaba de estropeado el infeliz! ¡Y qué horrorosa agonía debió de padecer el desgraciado! Su rostro amoratado, su boca muy abierta, sus pupilas saliéndose de las órbitas, la contorsión del cuerpo, todo indicaba claramente que Ferrero, mi irreconciliable enemigo, había muerto asfixiado.

Pero si pena me producían los otros compañeros, mi adversario me causaba un dolor inenarrable; hubiera deseado encontrarle vivo, contarle mis dolores, mi angustia, y hubiese querido además reconciliarme con él y estrechar su pecho contra el mío, ¡de tal forma había cambiado mi naturaleza moral! Sentíame invadido de una ola sentimental y de un deseo loco de amar, abrazar, besar a alguien y de llorar sobre el pecho de alguien... Un extraño fenómeno de orden espiritual se estaba desarrollando en mi pobre persona de minero; me parecía que entonces comenzaba a vivir realmente, y que hasta entonces no hice otra cosa que rodar por el mundo como una piedra.

Seguí trabajando enérgicamente, hasta que vi coronada mi obra. Terminada ésta, me senté a descansar e hice un inventario riguroso.

Los cinco cadáveres de mis compañeros estaban ya enterrados: un montón de ropa me convidaba con su abrigo y con su blandura; tenía cuatro candiles, provistos de una cantidad regular de aceite; tenía una marmita con agua, dos botellas y una bota llenas de vino, cuatro pedazos de pan y un número respetable de pescado frito, carne con pimientos, bacalao, queso y tres ciruelas pasas. También poseía un reloj. Pero ¿qué uso podía yo hacer de aquel instrumento? Ignoraba la hora, el día en que vivía, e ignoraba también el curso del día y de la noche. Sin embargo, quise darme el lujo de tener una hora convencional para mi uso exclusivo, y así puse en movimiento el reloj y lo coloqué en sitio seguro.

Después me forjé un plan de economía y otro plan de distracciones. Comería muy parcamente, cada ocho horas justas; encendería la luz siempre que tuviese necesidad de ello, y el resto de las horas me las pasaría meditando o durmiendo; procuraría no malgastar los fósforos que, escrupulosamente contados, me dieron un total de 73. Y para darle suelta a mi necesidad intelectual, leería un par de horas después de cada comida.

Consistía mi menaje libresco en lo siguiente: un número de *El Socialista;* media hoja de *El Imparcial;* un pliego con cuatro páginas de una revis-

ta de propaganda evangélica, denominada *La Hormiga de Oro*.

Me senté sobre el montón de ropas y leí de cabo a rabo la media hoja de *El Imparcial*. ¡Qué raro efecto me causaba la lectura de aquellas noticias, muchas de ellas truncadas cuando más interés tenían! Me parecía que llegaban hasta mi pobre calabozo los mensajes del mundo, los ecos, las novedades, las controversias de la vida de los hombres; y aunque las noticias que leí todas se referían a una fecha muy remota, sin embargo, a mí me parecieron como sucedidas en aquel mismo instante. Un telegrama, por ejemplo, decía que en San Petersburgo los revolucionarios habían asaltado un puesto de policía, y yo seguía la relación del suceso con creciente interés, me emocionaba con las incidencias del atentado: y de repente el telegrama se interrumpía; entonces pasaba por mi imaginación una especie de ola romántica y me creía asistir a un tumulto popular, entre gritos, espadas y antorchas..., hasta que la razón venía en mi auxilio haciéndome comprender mi estado, mi esclavitud y mi horrible encarcelamiento. ¡Qué triste se me representaba la vida de los condenados! ¡Qué ansia de libertad, qué anhelo de sol y de aire me atormentaba entonces!

De repente, cuando más poderosa era mi ansia de libertad, pensé que yo podía con mi propio esfuerzo salir del calabozo. ¿No tenía yo brazos, espíritu y herramientas? ¿Pues a cuándo aguardaba? Mejor que permanecer inactivo, consumiéndome con las mil ideas y fantasías, debía trabajar y librarme yo mismo, yo mismo...

Me invadió una extraña soberbia, un ímpetu de voluntad y de confianza en mis propias energías. Cogí el pico, ataqué los escombros que cerraban la galería, y sin parar ni un instante trabajé por espacio de cinco horas. Por fin, rendido y sudoroso, sin poder apenas respirar de grande como era mi cansancio, tiré la herramienta y caí sobre el montón de ropa, y allí me quedé dormido como un peñasco.

V

TROPIEZO CON UNOS AMIGOS

Cuando me cansé de dormir tuve un encuentro portentoso, estoy por decir que providencial.

Figúrese, señor, que sentí correr por mi rostro algo que se parecía a una caricia... ¿Quién podía ser el que me acariciase? ¿O es que continuaba durmiendo, y lo que se me figuraba una tierna caricia no era más que uno de tantos episodios de mi sueño?

Pero la caricia continuaba. Era algo así como un escarabajeo muy suave, muy delicado, un a modo de contacto ligerísimo e insinuante. Si las hadas han acariciado alguna vez a los mortales, indudablemente que su caricia se parecía a aquel tácito escarabajeo de mi rostro.

En fin, encendí la luz y miré a mi alrededor para cerciorarme de que no soñaba. En efecto, no soñaba: me palpé detenidamente y vi que me hallaba tan despierto como el sol. Pero el escarabajeo continuaba..., y ahora se trasladaba a la mano derecha... Acerqué la mano a la luz ¡y todo el misterio encantado se vino al suelo! Tratábase, sencillamente, de una legión de hormigas, las cuales se quedaron enterradas del mismo modo que yo, y de la misma manera que yo se dedicaban a husmear dentro de la cueva para no morirse de hambre.

En el primer momento sentí una gran decepción, un inmenso disgusto; tal como estaba preparado mi ánimo para recibir todo lo maravilloso, aquella solución de las hormigas me descorazonó. Yo hubiese preferido que la caricia suave e insinuante fuera hecha por alguna hada o por un genio misterioso. Pero después de un rato mi disgusto se convirtió en contento. Y fué que las hormigas aquellas, con ser unos animalillos tan insignificantes, me procuraron el placer del que más necesitado estaba: el placer de la compañía.

En menos de cinco minutos se ope-

ró en mi corazón una verdadera vuelta sentimental. Cada una de aquellas hormiguitas significaba para mí un mundo de ternura. Veía en ellas el mismo destino mío; igual suerte nos esperaba, las mismas zozobras nos consumían, idéntica catástrofe nos había amenazado. En suma, que por un fenómeno de simpatía y de daltonismo imaginativo, yo llegué a conceder a cada una de las hormigas la misma capacidad intelectual, el mismo sufrimiento mío. Ahora, al acordarme de aquel suceso insignificante, una sonrisa acude a mis labios; pero entonces no era la mejor ocasión para sonreír. En aquellas horas crueles, oscuras, infinitamente silenciosas, cualquier suceso insignificante se agrandaba, se transformaba, rebasando las lindes de lo real y sumiéndose en el plano de la fantasía.

Pues bien: ya tenía amigos, ya no estaba solo en el sepulcro. Aunque mis amigos abultaban bien poco, esto no importaba; mi imaginación les daría un volumen conveniente y a la medida de mis deseos; y aunque mis amigos no eran muy abundantes en medios de expresión, esto tampoco era un obstáculo: si ellos no hablaban, hablaría yo por ellos; y el asunto se arreglaba admirablemente. Por otra parte, si las hormigas no hablaban, en cambio sabían bullir con una gracia y una celeridad inauditas. Y, en fin de cuentas, ¿para qué le sirve al hombre su inteligencia sino para usarla en los casos excepcionales? Yo podría domesticar una, dos, varias hormigas, y en cuanto las domesticase, ¡qué íntimos y tácitos coloquios los que tendríamos!

En seguida puse manos a la obra. Primero necesitaba escoger la hormiga más vivaz, inteligente y comprensiva, cosa que no me fué muy difícil; precisamente me estaba fijando en aquel mismo momento en una hermosa hormiga que, habiéndose disgregado del grupo de sus hermanas, avanzaba decididamente por mi brazo derecho con dirección a mi rostro. «¡Esta es la elegida!», pensé. Y tal como ocurre en los poemas religiosos primitivos, le concedí a aquella hormiga la primacía sobre todo el pueblo subterráneo, y la ungí con mi palabra divina. «Tú eres la cabeza y el verbo de toda la grey subterránea, el Moisés que ha de subir al Sinaí sagrado para hablar cara a cara con el mismo Dios...»

En verdad que mi elección no fué gratuita ni impertinente. La hormiga caminaba de un modo denodado por mi brazo adelante, llegó hasta la cumbre de mi hombro, atravesó valientemente el cuello de mi camisa y se plantó en mi rostro. Dió allí algunas vueltas por las mejillas, y al fin se detuvo en mi bigote, al borde de los labios.

Sin duda la hormiga había tropezado con alguna miga de pan o de carne, y se hallaba comiendo. Pero yo no quería atender a los consejos de la realidad; preferí suponer que la hormiga se daba cuenta de mi elección y que acudía a sellar su amistad en mis propios labios. La dejé hurronear entre mi bigote, y luego la cogí suavemente con los dedos y la depositó en la palma de la mano. Como apretase a correr, asustada de aquel lugar solitario y estéril, puse en mi palma unas migajillas de pan, y así logré detenerla.

La hormiga comió hasta saciarse; debía de tener un hambre inmensa. Cuando calculé que su apetito podía haberse saciado, cogí una hebra de hilo y me serví de este ligero tentáculo para comunicarme con mi amiguita. Yo quería proceder de modo que con sólo el movimiento o el tacto de la hebra, pudiese comunicarle al animalillo la expresión de mi ternura. Para ello usé de toda la delicadeza imaginable. Temblaban mis dedos de emoción, y yo aspiraba a infundir esta emoción en el cuerpo del animal, y unas veces le rozaba la cabecita, otras veces le acariciaba el lomo, otras veces le hurgaba en la boca; y cada uno de los movimientos de la hebra iba acompañado de una voz, de una exclamación, de una sonrisa.

Claro es que mi empeño era pueril; claro es que mi empresa, si acaso pudiera ser realizada, requería muchas

horas, muchos días de trabajo constante; pero yo no sé si me engañó mi deseo: el caso fué que la hormiga empezó a corresponder a mis expresiones en una forma rudimentaria. Con sus patitas delanteras cogía la punta de la hebra y la llevaba a su boca: daba un tironcito, y luego se ponía de pie sobre sus patas de atrás... Corría sobre la palma de mi mano, y detenía su carrera para ponerse a escarbar en mi piel. Después levantaba la cabeza, me miraba con sus ojillos saltones... Entonces yo —¡no me da vergüenza el decirlo!—, le dedicaba las palabras más mimosas de mi repertorio amoroso.

Así estuvimos un gran rato, completamente abstraídos en n u e s t r o juego.

En esto, he ahí que mi amiga sale disparada, corriendo a todo correr. En vano le tocaba con la punta de la hebra, en vano también le interceptaba el camino; la hormiga sorteaba los obstáculos, desoía mis requerimientos y corría como una desesperada por mi cuerpo abajo. Aquella inaudita carrera me inspiró una fuerte curiosidad; quise averiguar el motivo de una decisión tan repentina, que tenía todo el aspecto de un acto consciente y meditado.

Le dejé, pues, libre y franco el paso, y seguí atentamente sus movimientos. Vi que tomaba tierra, y que sin titubear corría por una especie de cañada abierta entre dos pedruscos; llegó a un descampado y allí se orientó hacia la izquierda; corrió un poco más, y finalmente dió con su cuerpo en el pie de un gran pedrusco. Encima del pedrusco había yo dejado una tartera de cinc con alguna comida, y es natural, todas las hormigas se habían congregado en torno a la tartera y al pedrusco.

Pero lo admirable del caso, lo que a mí me dejó encantado, es cómo mi amiga salió de la palma de mi mano para confundirse con el tropel de sus hermanas... Y pensaba yo entonces cuán grande era el instinto de aquel menudo animal, que así logró encontrar el hormiguero patrio, y pensaba todavía cuán heroica era la acción de aquella hormiga, cuán imperativo el mandato de su conciencia, que estando tan recreada y mimada en la palma de mi mano, en cuanto oyó el grito del deber no dudó en dejar todas las riquezas y todos los placeres para unirse a sus hermanas y sobrellevar con ellas la misma suerte...

Todas las hormigas, en cuanto vieron llegar a la extraviada, acudieron una tras otra y la rodearon, la acosaron, tal como si estuviesen interrogándola. Ella estaba inquieta y parecía atender los requerimientos de sus hermanas. Después, cuando se hartaron de comunicarse entre sí, como buenas trabajadoras que eran volvieron a su obra, que consistía en trasladar migajas desde la tartera hasta el hormiguero. Y mi amiga, aunque estaba harta con la comida que le serví, se puso también a trabajar con más ardimiento que ninguna.

Traté de restituirla a la palma de mi mano; le tendí la hebra de hilo, la desvié del sendero; en vano todo. La hormiga no hacía caso de mis protestas y continuaba su labor con un entusiasmo incomparable.

Viendo aquel pueblo diminuto, aquella congregación de voluntades, aquel cortejo de sacrificios, de valor, de energía; viendo aquella patria de seres inteligentes, unidos por una amorosa y fuerte solidaridad, ¡cómo se abrió mi mente a las ideas generosas, y cómo comprendí la idea universal del sacrificio mutuo, del necesario lazo cordial que obra en imperativos de deber!... Entonces comprendí bien claramente la necesidad del amor y de la ayuda, que unen a los seres en el camino de la vida y los defienden contra las embestidas del dolor.

VI

MEDITACIONES

El ejemplo de las hormigas no fué infructuoso; creí que yo debía también emplear en alguna noble empresa y

aprovechar el tiempo dignamente. Me acordé de los papeles impresos que había salvado de la catástrofe y calculé que ninguna obra sería más noble y útil en aquella ocasión que darle algún pasto intelectual a mi espíritu.

Por cierto que de aquellos sombríos días me nace a mí esta afición que ahora siento a toda clase de estudios. ¡No hay mejor colaboradora para afinar las potencias del alma como la desgracia! En aquellas mortales horas de mi encierro subterráneo aprendí yo a pensar, a sentir, a juzgar los problemas más transcendentales de nuestra vida.

Como antes dije, tenía en mi poder tres clases de literatura: medio número de *El Imparcial*, un ejemplar de *La Hormiga de Oro* y otro de *El Socialista*. El número de *El Imparcial* me lo había leído de cabo a rabo; no así los otros dos ejemplares, que, por cierto, eran bien antagónicos. Parece que el destino se había gozado en traer a mis manos las dos ideas opuestas, antitéticas, del pensamiento moderno, sin duda para que mi inteligencia las comparase en aquella profunda soledad. Pero así como en cualquiera otra ocasión yo hubiese echado a barato las elucubraciones imaginarias o arbitrarias de los dos periódicos antitéticos, entonces no se me ocurrió ni por un momento tomar a broma las exageraciones radicales de *La Hormiga de Oro* y de *El Socialista*. Al contrario, me hundí en la lectura de los dos periódicos con la misma unción de un creyente cuando se pone a interpretar los conceptos de un libro sagrado.

Primeramente me leí *El Socialista* de cabo a rabo, sin perdonar una letra; me zampé el encabezamiento, las condiciones de suscripción, los anuncios, todo. ¡Con qué avidez y con qué entusiasmo seguía yo la fantástica literatura de aquellos ingenuos y arrebatados escritores! Leía los artículos y mi alma parecía anegarse en olas de generosa esperanza. Me hablaba el periódico de un tiempo futuro en que los hombres habían de caminar por senderos de amor; un tiempo feliz y luminoso en que reinaría la justicia, en que los odios habrían desaparecido, en que no ocurrirían ya más revoluciones ni guerras; un tiempo de bondad, de afecto mutuo, designado para unos hombres que serían como translúcidos, exentos de todo mal y de todo sentimiento arbitrario...

¡Créame que en diversos momentos me vi obligado a interrumpir la lectura, de tan fuerte como era mi emoción! El lugar, la debilidad de mis nervios, la fiebre que empezaba a roerme, mi conflicto pasional con Ferrero, la muerte de mis amigos, todo esto contribuía a conservarme en un estado de sentimentalismo agudo, y de anhelo angustioso. Así es que las hipótesis de *El Socialista* caían en mi ánimo a la manera que cae una semilla en un terreno abonado, fértil, esponjoso.

Después cogí el otro periódico, *La Hormiga de Oro*. ¡Y vea usted, señor, lo paradójico de las cosas de este bajo mundo! Cogí el periódico, lo leí atentamente; ¿y podrá usted creerme?... No sentí ninguna gana de protestar ante unas ideas que lógicamente habían de ser contrarias, más bien enemigas de las que acababa de admitir con tanto entusiasmo.

Pero el suceso es muy fácil de explicarse. Lo que yo sentía en aquel entonces, cuando leí las elucubraciones de *El Socialista*, no era seguramente una convicción intelectual, una conformidad con las teorías socialistas, hija de la lógica y del raciocinio. No; lo que sentía era sencillamente una «conformidad sentimental...» Y como mi persona flotaba en aquel momento en verdaderos océanos sentimentales, y como lo que yo buscaba no era la convicción de la lógica, sino la del sentimiento, claro es que al pasar a leer el número del periódico propagandista cristiano no vi ningún tránsito, ninguna clase de abismo. Por el contrario, no hice más que deslizarme, desde un plano de sentimiento terreno, a otro plano de sentimiento divino.

En fin de cuentas, ¿de qué se trataba en ambas publicaciones? De un futuro glorioso; de una vida más pura, justa y amorosa; de un tiempo en

que no habría odios, guerras, tiranías, corazones perversos. *La Hormiga de Oro* me hablaba también de los problemas sociales, se interesaba por las pobres masas obreras, se indignaba con la aberración de la tiranía, proponía remedios contra las desigualdades sociales y abogaba por la creación de núcleos sociales que tuvieran por jefe e inspirador al padre de todo amor, al guía de los afligidos: a Cristo. No había más diferencia que ésta: la elección del capitán. Los de *El Socialista* abogaban por un capitán laico, los otros por un capitán divino; pero fuera cual quisiera el capitán, lo cierto es que ambas partes lanzaban sus maquinaciones por el porvenir adelante, a la conquista de un futuro de amor.

Cuando terminé de leer los dos periódicos caí en largas meditaciones. De la lectura había sacado una verdad inconcusa, firmísima, absolutamente cierta, cual es: el mundo está gobernado por un plan de injusticia; el mundo está, además, inundado por una ola de dolor. Aceptada la existencia de esta ola dolorosa, me expliqué fácilmente el sinnúmero de predicaciones populares o filosóficas, todas ellas encaminadas a perseguir y anular el dolor. Desde Jesucristo, el padre de los desgraciados, hasta los modernos propagandistas sociales, todos se habían levantado contra aquella ola dolorosa que agobiaba al hombre, y en el fondo todos eran unos y los mismos.

Pero al par de esta ola dolorosa había un estado de cosas que se sustentaba precisamente sobre ese mismo dolor: eran los conculcadores, los prevaricadores, los concupiscentes, los expoliadores, los tiranos, los dominantes, los egoístas, los crueles, los insensibles. Esta secta de hombres, que se transmitían el poder desde el principio del mundo, eran los que impedían la expulsión o mitigamiento del dolor. Contra ellos, pues, había que lanzarse. Desde Jesucristo, que los ultrajó, hasta los modernos rebeldes, todos eran unos y los mismos.

Finalmente, saqué como última consecuencia lo que sigue: que si el dolor está acechándonos a toda hora y eternamente, para combatirlo con fortuna no existe arma más poderosa que el *amor*, ayudado por la justicia y por la inteligencia.

VII

ME INVADE EL DESALIENTO.—CUESTIONES METAFÍSICAS

Todos los episodios de mi vida subterránea terminaban de la misma manera: me invadía el sueño y caía abrumado, para despertar más cansado y abatido que antes de dormirme. Cada vez respiraba peor, a cada momento sentía más pesada la cabeza, más flojos los miembros.

Al despertar ahora me acordé de mi propósito anterior: el de abrir por mi mismo ún boquete que me condujera al aire libre. Pero apenas acudió la idea del trabajo, cuando toda mi voluntad se abatió, desmadejada; era una temeridad remover escombros, abrir un boquete, buscar la libertad por mi propio esfuerzo.

Me acordé también de las hormigas, fuí a verlas, ¡ya no estaban allí! Probablemente mi cuerpo aplastaría el hormiguero mientras dormía, y los animalitos se buscaron un hogar más seguro y escondido.

Acaso fuera efecto de mi agotamiento físico, acaso consecuencia de la revolución moral que en mi alma se estaba tramando; lo cierto es que me asaltó un disgusto de todo, una desesperanza total, como si las más pesimistas ideas se dieron cita en mi cerebro. ¿Para qué trabajar, para qué remover los escombros? Aunque trabajase durante quince días seguidos, yo sólo no podría remover aquella montaña que llenaba la galería: pronto se me agotarían las provisiones y el aceite de los candiles no tardaría en consumirse. No me quedaba más coyuntura que esperar; tal vez estaban ya trabajando mis compañeros desde fuera. Pero si los hombres me habían abandonado, si los capataces creyeron que el mal era irremediable, si nadie se cuidaba de

perforar la galería, entonces lo mismo daba que yo moviese el pico y el azadón como que me estuviese quieto. Mi fin era bien sencillo e irrebatible: ¡morir!

No bien cruzó por mi mente esta idea, cuando todo mi cuerpo tembló, desde la raíz del pelo hasta la punta de los pies. ¡La muerte!... Si he de decir la verdad, hasta aquel momento yo nunca había pensado en la muerte de una manera seria y positiva; era un mozo nervudo y sano, vivía libre y entre hombres por lo general descreídos; la muerte, en una palabra, no me había nunca enseñado el rostro, y yo viví como vive la mayoría de los hombres, en un completo estado de inconsciencia. Como la mayoría de los hombres, yo me sentía inmortal: la muerte no entró nunca en mis cálculos. Pero una vez que la muerte se me presentaba tan de cerca y tan perentoria, mi alma se puso a temblar, y de repente se aglomeraron en mi cabeza todos los problemas metafísicos que hasta entonces andaban dispersos o como olvidados.

Yo nací en un hogar cristiano. En nuestras aldeas vascongadas la gente no tiene sino dos ideas, que consisten en trabajar para comer mucho, y rezar para ganar el cielo; aquella buena gente siente con la misma fuerza el temor a la miseria como el temor al infierno. De manera que a mí me educaron dentro de esa dura moral vascongada que dice: trabaja y reza. Siempre he trabajado con valor y alegría; en cuanto al rezar, ya no podía decir lo mismo. ¡Son tantos los entretenimientos que ofrece la vida! ¡Y son tantas y tan diversas las teorías que le asaltan a uno, invitándole a renegar de lo que se ha creído y a creer en nuevas y fantásticas fórmulas!... Ello es que la cuestión de Dios, la cuestión de ultratumba y otra porción de cuestiones adyacentes, hacía mucho tiempo que no importunaban a mi cerebro de mozo sano y libre. Pero acudió, como digo, la idea de la muerte, y repentinamente me vi asaltado por una multitud de ideas correlativas, lo mismo que si hubiesen estado escondidas, aguardando a que la fortaleza de mi salud flaquease; y en cuanto me vieron débil, falto de fuerzas y de aliento, allí se me presentaron todas. ¡Morir, tener que morir, y tan joven!...

Me entró una congoja tan grande, que quise llorar y no pude hacerlo. Me acordé de mi madre, la pobre viejecita que nunca se cansaba de rezar a las Ánimas; me acordé de mi padre, hombre austero y robusto, sano de cuerpo y de alma; me acordé de mi *caserío*... Me acordé de las vacas que yo cuidaba en la niñez, y de los grillos del monte, y del campanario, y del tamboril: de todo me acordé, y una ola de melancolía pasaba por mi alma, al mismo tiempo que los recuerdos se sucedían. ¡Adiós juventud, campos, aldea, madre y campanario! Yo me moriría como un perro, sin una caricia ni una mirada amante.

¡Dios!... Nuevamente me asaltó el mismo temblor de antes, pero ahora creo que con mayor intensidad. ¿Qué ideas tuve yo respecto de Dios? No podría explicarme con fijeza; Dios había sido para mí un algo remoto... un algo fantástico a quien se teme... un no sé qué...

Inmediatamente del temblor sentí un frío muy fuerte, un frío que me hacía castañetear los dientes, como si tuviese calentura. Tuve miedo; pero un miedo pueril, una especie de miedo a los fantasmas, como el que sienten los niños viéndose en una habitación oscura y desierta. Temía que alguien anduviese en derredor mío y que me fuese a tocar improvisamente...

Creció mi terror; me puse de rodillas sigilosamente. Con la cabeza gacha y los ojos muy abiertos, empecé a rezar el Padrenuestro...

Di un grito feroz. ¡Alguien me había tocado!...

No pude resistir más el miedo, y, sacando fuerzas de mi flaqueza, encendí rápidamente una cerilla.

¡Es claro! ¡No había nadie!... ¡Ojalá hubiera sido lo contrario! Fuera Dios, fuera un fantasma, fuera el mismo demonio, yo hubiera agradecido la visita de *alguien* en aquella espantosa y fúnebre soledad.

Para evitar un nuevo arrechucho de miedo, encendí la candileja y me dispuse a leer el resto de mi biblioteca. También creí conveniente comer alguna cosa, para de este modo fortalecer mi ánimo. Lo peor fué que mis provisiones comenzaban a estropearse y a consumirse; de aceite andaba muy mal, y el agua tampoco la tenía de sobra; en cuanto al vino, probé a beber un trago con objeto de reconfortarme, y tuvo que arrojarlo otra vez: tan agrio estaba. Las viandas se me habían corrompido en gran parte; el pan, para poder comerlo, había de remojarlo en agua. Con todo y con esto, comí una poca cosa y bebí agua con verdadera avidez. Me sentí algo mejor. Una vez que se fueron mis temores fantásticos, me acurruqué junto a la candileja y leí. Y a medida que leía, mi atención se apartaba de los problemas metafísicos y de los terrores pueriles, y hasta llegó un momento en que me olvidé del lugar, de la hora y del peligro en que vivía.

Tan abstraído estaba, que no me fijé en el candil; ¡el candil, Dios mío, que se agotaba, que se agotó por último, y que me dejó en la más negra de las oscuridades!

Sólo me quedaban siete cerillas, que unidas unas a otras, me podrían alumbrar a lo sumo cinco minutos; ¡y mi vida en aquella sepultura acaso se prolongaría dos, cuatro días!... Estaba, pues, condenado a oscuridad completa. Y lo más fácil sería que de aquella oscuridad aparente saliese para la otra oscuridad efectiva, para la noche de la muerte. No me quedaba ya ninguna esperanza; me moriría como un pobre gusano.

Efectivamente, me hallaba tan exhausto de fuerzas, tan abatido de cuerpo y de ánimo, que ante la idea de la muerte me encogí, cerré los ojos y tomé la actitud resignada del que se va a morir pocos momentos después. Comenzaba a flaquear mi razón. Luego, gradualmente, las ideas se fueron debilitando y no fueron ya más que retazos sueltos que saltaban y desaparecían, mezclábanse y daban vueltas: los telegramas de *El Imparcial*, las controversias de *El Socialista*, los evangelismos de *La Hormiga de Oro*, todo esto flotaba vagamente, como sucede en las las noches de junio con las luciérnagas o gusanos de luz, que brillan y se apagan tenuemente.

Hasta que se apagaron del todo y caí en un estado de franco delirio.

Se me ocurrió encender una cerilla, y lo primero con que tropezaron mis ojos fué el reloj que había colgado de un saliente de la roca. Ver el reloj y figurárseme que era un reloj descomunal, como de diez metros de diámetro, todo fué una misma cosa. Se me apagó la cerilla, pero yo no lo advertí; seguía viendo la esfera del reloj con igual claridad que si fuese de día. Y los números y las agujas del reloj comenzaron a moverse, y las agujas daban vueltas con una asombrosa rapidez, y los días, los años, los siglos se sucedían vertiginosamente. Y lo curioso del caso es que aquello no me producía a mí ninguna duda; yo *miraba* transcurrir el tiempo muy convencido de que sí, en efecto, el tiempo se deslizaba delante de mí y que los siglos pasaban unos tras otros...

Entonces me asaltó una idea tan terrible, tan angustiosa, que aun ahora no puedo recordarla sin estremecerme.

Se me ocurrió pensar que yo, mi modesto individuo, había retrocedido a contrapelo del tiempo, y que, dando un salto de cientos de siglos, me encontraba en el fondo de una pirámide. ¿Cuándo leí yo, u oí contar algo que se refiriera a las pirámides egipcias? El caso es que yo me consideraba una momia... Y tan a conciencia representaba mi papel, que quise mover un brazo y no pude; quería respirar con fuerza, y no podía respirar... Yo era una momia, yo era un Faraón que estaba enterrado bajo una pirámide; todo lo que se refería a mi vida de obrero era una pesadilla, y el sol y las gentes que había visto hasta entonces nada más que sueños eran. Lo único cierto era mi estado de momia, y aquel momento de lucidez o de clarividencia, por virtud del cual conocía yo mi verdadero ser, era una especie de despertar en medio del sueño; pronto volve-

ría a dormirme otra vez, a sumirme en la eternidad de los siglos...

Y la convicción de que yo era una momia y de que volvería a anegarme en una eternidad de muerte, me produjo tal horror y tanta tristeza, que las lágrimas saltaron a mis ojos. ¡Volvería a morirme! ¡Pero qué muerte!... ¡Hundido en una remota sepultura, ignorado de las gentes, escondido en la profunda caverna de los Faraones!... ¡Y pasarían los siglos, cientos y miles de siglos pasarían, y yo allí me quedaría muerto!...

Nuevas lágrimas saltaron a mis ojos. ¡Ay, pronto volvería a dormirme, digo, a morirme!... Y es cierto que me dormí, así, encogido como estaba, lo mismo que un niño enfermo.

VIII

EL DESPERTAR

¡Qué extraño fenómeno!... Me restregaba los ojos, me palpaba el cuerpo, por ver si continuaba durmiendo; encendí una cerilla, para convencerme de la realidad de las cosas; volví a agacharme, ¡y no, no había duda! ¡Era un ruido de metal!

Pero era un ruido tan leve, tan sutil, que sólo un hombre que se hallase en mi lugar y en mi estado podría percibirlo. Era un ruido metálico; más que ruido era una vibración que se percibía a ratos, a breves pausas. ¿A qué obedecía?...

Encendí otra cerilla—¡la penúltima!—y examiné la caverna por todos lados. Al decir que la examiné quiero decir que la recorrí con la mirada, porque ya ni casi moverme podía de tan débil como estaba. De pronto di un grito y todo mi cuerpo tembló al influjo de una inmensa alegría. ¡Ya encontré la explicación del ruido!... Pues sencillamente, el ruido salía de allí mismo, de junto a mi cabeza, ¡de los railes por donde antes habíamos entrado yo y mis compañeros, montados en una vagoneta!...

La idea del rail saltó en mi mente asociada con otra idea luminosa, resplandeciente, salvadora. Esta idea luminica decía así: «los railes que tengo a mi lado comunican con el exterior, y en el exterior hay gente que golpea los railes, y esa gente debe de andar cerca... ¡luego me he salvado!»

En seguida se me ocurrió pensar que acaso las vibraciones del rail obedeciesen a señales que desde fuera me hacía la gente... Me levanté, no sin trabajo, empuñé el picachón y di tres golpes en el rail, con toda la fuerza que pude; al momento me agaché, puse la oreja sobre el rail... ¡Uno tras otro, con el mismo compás de mis golpes, sonaron tres vibraciones metálicas!

¡Estaba salvado! Pronto vendrían mis amigos a estrechar mis brazos, y yo estrecharía los suyos; y otra vez vería el sol, los campos, el mar... Tal era mi alegría, que estuve a punto de volverme loco; me frotaba las manos, me reía a mis solas, me incorporé y di una zapateta, y para halagar mis oídos con aquella vibración que era para mí como una divina música, estuve mucho tiempo dando golpes en el rail y escuchando en seguida la respuesta.

Inmediatamente a mis golpes, sonaban los golpes de afuera, y esto me entretenía y alegraba lo mismo que si estuviera conversando con el mundo; en realidad, eran los mutuos golpes de rail como lazos de simpatía y de acuerdo que nos tendíamos, a través de la tierra, el mundo y yo.

Pero llegó un momento en que los golpes cesaron. Di un fuerte azadonazo sobre el rail, me agaché... ¡no contestaban! Supuse que el golpe había sido débil. Volví a levantar la herramienta, puse en mis brazos toda la fuerza de que disponía, descargué el golpe, corrí a tenderme sobre el rail... ¡tampoco respondieron!

Sentí un gran frío en la espalda; sentí ganas de llorar: me quedé perplejo, asustado, inmóvil, sin saber a qué causa atribuir el silencio. Sin embargo, aún no me rendía la evidencia: otra vez descargué un azadonazo con toda mi fuerza, y luego otro, y un tercero y un cuarto; ¡no me contesta-

ron! Y entonces, como un musulmán moribundo, me acurruqué en un rincón, me hice un ovillo el cuerpo, crucé los brazos y quedé sumido en un mar de tristeza. Todas las conjeturas, las más opuestas y las más negativas, se dieron cita en mi cerebro; saltaba una, y en seguida venía otra a sustituirla. Pero me daba tanto miedo el pensar, estaba tan fatigado mi corazón, que todo mi esfuerzo mental lo puse en alejar las conjeturas, las ideas, los pesimismos, las esperanzas, todo; no quería pensar nada, ni saber nada. ¡Si había de morirme, quería morir en paz, como un borrego! Cuando quisieran descargar el golpe, que lo descargasen. Cerré, pues, los ojos; cerré la puerta del pensamiento...

Oí un rumor especial a mis pies, algo como un latido acompasado: era una cosa que escarbaba y que al mismo tiempo golpeaba; en fin, como si anduviese un topo dando cabezadas subterráneas. Las emociones anteriores me dejaron tan sin fuerzas, que no quise dar oído a nuevas esperanzas; así es que no hice gran aprecio de aquel golpeteo de topo. Pero no, el rumor era cierto; allí ocurría algo excepcional...

En fin, me levanté como pude, busqué el sitio en donde sonaba el rumor, ¡y allí fué mi asombro! ¡Como que una mano, una garra, algo había tocado mi pie! ¡Alguien me había tocado!...

«Vaya, vaya, querido *Gorri*, es preciso hacerse fuerte!», me dije a mi mismo; y en efecto me armé de valor, eché fuera el terror supersticioso que quería volver a cogerme, y tanteé por el lado de donde vino la mano o garra que golpeara el tobillo. Si era la mano de un fantasma, ¡bueno!; le brindaría mi amistad y él me haría compañía.

Me agaché, como digo, y poco tiempo me bastó para enterarme de que no se trataba de fantasma, sino de cosas bien positivas. Mis manos tropezaron con un tubo de hierro, un tubo en cuya punta había un tapón de madera. Arranqué el tapón precipitadamente, acerqué los labios a la boca del tubo... ¡Ah! ¡Entonces sí, entonces pude afirmar que estaba en salvo!

¡Con qué fruición respiraba el aire que venía a través del tubo! ¡Cómo se llenaban de vida mis pulmones, a la vez que mi espíritu se llenaba de alegría, de dulce agradecimiento, de inefables ideas! Aquel aire, como si fuese un compendio de todas las cosas amables que hay sobre la tierra, aquel aire fresco y que yo entendí era natural, me traía perfumes y ecos de flores, de hierba húmeda, de vacas, de niños que parlotean, de campanas que cantan; mi primitiva naturaleza campesina resucitaba poderosa, y mi imaginación buscaba con preferencia aquellas imágenes de la infancia, en la montaña, en la casa humilde y feliz de mis padres... ¡Por qué salí yo nunca de aquel rincón tranquilo!

Pensando e imaginando todo esto, entre el aire de fuera, la emoción y mi debilidad, hicieron que me desmayase. Pero duró muy poco mi desmayo. Al despertar oí voces.

—¡Contestad, amigos!... ¡Eh!... ¿No queda nadie?...

Puse la boca en el tubo y dije, porque gritar no podía:

—¡Sí, queda uno!... ¡Soy yo, *Gorri!*...

—¿Qué dices? Habla más claro...

Hice un esfuerzo, y grité:

—¡Soy yo, *Gorri!*

—¿Cuántos quedáis?

—Yo solo he quedado.

—¿Eh?...

—¡Yo solo!...

Sucedió una pausa de silencio; sin duda estaban fuera comentando el suceso, y haciendo las consideraciones y aspavientos que son de rigor.

—¡Oye!—volvió a gritar la voz de fuera—¡oye! ¿Cómo estás? ¿Qué te hace falta? ¿Qué quieres que te enviemos?... Yo soy Pancho, el capataz.

—¡Buenos días, Pancho!—dije yo entonces. Y aquel «buenos días» fué para mí como una restitución a la vida social; el «buenos días» lo pronuncié sollozando de ternura... ¡y he de advertir que el capataz y yo éramos fervientes enemigos!

—¡Buenos días, Pancho! ¿Qué día es hoy? ¿Qué tiempo hace?... ¿Me sacaréis pronto de aquí?

—Sí, te sacaremos pronto; nos falta muy poca cosa... ¡Ea, ten ánimo! Pero contesta, di lo que necesitas.

—Pues bien; si pudiérais hacerlo, mandadme algo de comer; pero antes que nada, ¡agua fresca!...

—¿Estás malo? ¿Estás herido?

—No estoy herido; pero tengo mucha fiebre... tengo una debilidad muy grande, ¡y sobre todo una tristeza...!

—Bueno, bueno; anímate, que en seguida te mandaré socorro. ¡No te apures, hombre!... Oye, mientras te traemos agua, leche, té y caldo, aquí tienes a *Chortena,* tu amigo, que viene a hablarte...

¡*Chortena* dijo, *Chortena* el eibarrés, el hombre más chistoso, más cordial y más pintoresco de toda Vizcaya!... No me cabía el gozo en el cuerpo. ¡Ay, cómo se bañaba mi alma en verdaderas olas de ilusión, de alegría, de ternura!

—*¡Eh, Gorri! ¿nun aiz?...* (1)—oí que decía *Chortena.*

Hablaba en vascuence, sin duda para hacerme más cordial el saludo, pues nosotros, los vascongados, cuando andamos por países lejanos, entre gentes que hablan idioma distinto del nuestro, sentimos una sensación particular al oír palabras de nuestra lengua natal; se nos figura que en esas palabras nativas viene encerrada toda la tradición de nuestra casta, más el recuerdo de la niñez y el nombre de la madre.

En seguida se puso *Chortena* a actuar de bufón; y tan perfectamente lo hizo el condenado, que a los pocos momentos había conseguido hacerme reír. Inventó yo no sé que cantidad de cuentos y chismografías; me reveló un secreto de faldas, a las que era bastante aficionado el bueno de *Chortena;* me dijo que el sábado anterior tuvo que salir por la chimenea de una casa para librarse de un celoso marido, y añadió que el domingo por la mañana...

(1) ¡Eh, Gorri! ¿Dónde estás?

—Pero dime—interrumpí yo entonces—: ¿en qué día estamos? ¿Cuánto tiempo llevo yo aquí metido?

—Hoy es miércoles—me respondió *Chortena* y llevas, por consiguiente, nueve días justos enterrado. ¡Buena encerrona, amigo! Un poco más y te conviertes en topo.

Oí que *Chortena* se reía. Pero yo no le pude acompañar esta vez en su buen humor. La consideración de mi encerrona me había vuelto a las ideas tristes. Sin duda lo observó mi amigo, porque se esforzó en sus bromas y exageró los cuentos y chismes, intercalando entre los cuentos algunas canciones bufas.

—Oye, *Gorri:* ¿has oído en tu pueblo cantar la *purrusalda* escandalosa? ¿No? Pues escucha:

Azpeitico nescacha
camisán zuluá,
andic aguerizayo
lavezomurruá,
¡ay, ay, ay!...
¡lavezomorruá! (1)

La voz de Pancho, el capataz, sustituyó a la de *Chortena.*

—¡Hola, *Gorri!,* prepárate, que aquí te traemos algunas cosas.

En efecto, al poco rato vi desembocar por el tubo un alambre grueso, y en la punta del alambre una botellita estrecha. Destapé la botellita, bebí: era leche azucarada. Apenas la había bebido, cuando apareció otra botellita, y luego otra; y luego aparecieron bizcochos, y caldo, trocitos de gallina, y jerez...

—¡Dadme agua, por favor!...

Me sirvieron el agua dentro de un tubo de hojadelata, y el tubo hizo cuatro viajes, y aún me quedé con ganas. ¡Oh, aquel agua fresca, limpia; aquel agua cogida tal vez de un arroyo, bajo el cielo azul!... Pedí aceite y me lo enviaron; cargué el candil, encendí luz y ya entonces me consideré menos desgraciado. El resto del día me lo

(1) La moza de Azpeitia
tiene un agujero en la camisa;
por allí se le ve
el... ¡ay, ay, ay!...

pasé con el oído pegado al tubo, escuchando las bromas y sandeces de *Chortena*, que hizo maravillas en su oficio de payaso. ¡Pobre *Chortena!*

Estuvo admirable: contándome chismes, narrándome cosas inverosímiles, allí se pasó el día, sin fatigarse y sin que se le agotara la vena cómica. Hasta que llegó la noche.

—¡Hasta mañana, *Gorri!* Que duermas bien...

—¡Adiós, *Chortena*, hasta mañana!

El capataz, los obreros mis amigos, unas mujeres que llegaron de Gallarta atraídas por la curiosidad, todos pasaron por el tubo dándome las buenas noches. Se fueron, y yo me quedé solo otra vez metido en aquella sepultura.

IX

¡LIBRE!...

No conseguí dormirme hasta muy tarde. Las emociones del día me habían producido una excitación nerviosa tan grande, que temí que reincidieran las alucinaciones.

Primero dispuse mi cama prolijamente; me tendí, y traté de olvidarlo todo; pero en vano. ¡La duda, la espantosa duda no me dejaba sosegar! ¿Era cierto lo que vi y oí durante el día, o era puramente una ilusión? ¿Estaba despierto, o tal vez había sido todo un sueño?...

Para convencerme de la realidad, varias veces apagué y encendí la luz, varias veces palpé el tubo y varias veces me froté los ojos; cuando más convencido estaba, cuando más tranquilo me veía, apagaba la luz y tendíame a dormir... ¡Y nuevamente me asaltaba la duda, la terrible duda!

En fin, agobiado de fatiga y con la cabeza ardiendo; febril, medio loco, caí en una especie de modorra, y en este estado me sorprendió el día.

El día no, porque hasta mis ojos no llegaban sus resplandores; me sorprendió la voz de *Chortena*, el cual se desgañitaba gritando:

—*¡Gorri, Gorri!* ¿Qué haces? ¿Por qué no contestas?...

—¡Ay, *Chortena* querido! ¡Me siento muy malo!

—Pues ¿qué tienes? ¿Qué te pasa?...

—No sé lo que tengo; siento frío, sueño, miedo de morirme...

—¡Ja, ja, ja!—respondió *Chortena* a mis quejidos.

¡Y vea usted lo que son estas cosas de las alucinaciones y de las melancolías! Aquella carcajada, que bien puedo llamar homérica, hizo en un momento lo que no hubieran hecho las más dulces y persuasivas palabras. Me sentí consolado, animoso, y sentí, sobre todo, la realidad de las cosas: todas mis dudas se fueron volando ante aquella risa, que hizo en mi ánimo el efecto que hace la luz del sol en las pesadillas de un enfermo.

—¡Ay, *Chortena!* He pasado muy mala noche; temí que todo era un sueño, que tú eras un sueño...

—¡Ja, ja, ja!—volvió a decir la franca risa de *Chortena*.

Me dieron leche mezclada con café y un poco de ron. Pedí agua, y me la sirvieron tan fresca, que no me cansaba de beber; tuvieron al fin que negármela por miedo de que reventase. Y continuó *Chortena* pegado a la boca del tubo, contándome las cosas más inverosímiles.

De vez en cuando le interrogaba yo:

—¿Cómo van los trabajos? ¿Han arrancado mucha tierra?...

Y me contestaba invariablemente:

—Ya queda muy poco; de aquí a diez minutos...

El condenado de *Chortena* no podía resistir a la tentación de convertir en chiste mi anhelo y mi agonía.

—Ya queda muy poco...

De tanto oír estas palabras concluí por no darles ningún valor, y terminé por resignarme y esperar a cuando Dios quisiese. De pronto... ¡Ah, sí! ¡No era una ilusión, no eran ruidos vanos que inventaba mi deseo! Allí cerca sonaban golpes, y eran golpes de picachón... La gente estaba cerca ¡y la libertad no podía retrasarse mucho!

—Ten cuidado ahora, *Gorri*—me gri-

tó *Chortena*—. Sepárate del lado de acá, porque están atacando la boca de tu cárcel, y puede ocurrir algún hundimiento parcial. ¡Ea, hasta luego!...

Me retiré al fondo de mi cueva, y allí me estuve inmóvil y pegado contra la roca, reteniendo la respiración, por miedo de que mi aliento contribuyese a conmover las tierras. Los golpes de picachón seguían sonando más claros y distintos cada vez. Yo contaba los golpes y esto me proporcionaba una pueril satisfacción. Cayó una piedra, oí que rodaba a mis pies... ¡Me quedé helado!

En fin, me encomendé al cielo, puse la mano sobre el corazón, cerré los ojos, apreté los labios...

—¡Sea lo que Dios quiera!—murmuré.

—¿Qué haces, *Gorri*?—oí que decían—. ¿Estás rezando?

Supuse que era *Chortena* quien me hablaba a través del tubo; así es que no contesté. Pero nuevamente dijeron:

—¿Qué haces, hombre?...

Abrí los ojos entonces y me vi forzado a cerrarlos en seguida; una claridad inusitada inundaba mi cueva. Y enfrente de mí, a dos pasos, se abría sobre la pared de tierra un boquete irregular, por donde aparecía la cara de un hombre.

—¿Quién eres tú?—murmuré sin moverme todavía.

—Pero ¿no me conoces? Soy *el Chato*, hombre...

—¡Ah, sí!...,

No sabía lo que me pasaba; no acertaba a moverme ni a coordinar mis ideas, ni podía darme cuenta de mis emociones.

«¿Estaré loco?», pensé...

—Ahora ensancharemos el boquete para que puedas pasar.

En efecto, en menos de cinco minutos aquellos bravos muchachos abrieron una puerta en el muro de tierra: y arrastrándome muy penosamente, atravesé aquel boquete y caí en brazos de mis compañeros. Y en brazos me llevaron por la galería, y al llegar afuera, al aire libre, me dejaron en pie; y todo el mundo—habría, mal contadas, dos mil personas en la boca de la mina—, todo el mundo se agolpó a mirarme.

Miré delante de mí. Caía la tarde; el sol se acostaba en el hueco de dos colinas; las cumbres cercanas, rozadas por los últimos rayos solares, semejaban montes de oro; y a lo lejos el mar, el ancho, el azul, el sereno mar, se abría a mis ojos como una profunda continuación del cielo. Y en medio del mar un barco navegaba a toda vela, y las velas se doraban también, como los montes, con la última luz del sol...

No pude resistir mucho tiempo aquella sublime contemplación de la Naturaleza; mis ojos estaban muy débiles, mi corazón latía con fuerza, como queriendo salírseme del pecho, y mis oídos crujían como si fuesen a estallar.

Todo lo que veía y escuchaba producíame un efecto terrible; todo adquiría a mis ojos y oídos un valor descomunal. Perdí, pues, el conocimiento; pero, al tiempo que me desmayaba, sentí una emoción tan singular, un agradecimiento y una ternura tan grandes por todos los seres y cosas de la tierra, que me arrodillé, y así, de rodillas, es como permanecí desmayado...

EL VAGABUNDO INAPETENTE

(DEL DIARIO DE UN ARGENTINO SENTIMENTAL)

I

Hoy he visto a un amigo mío, un amigo antiguo y silencioso, que no me ha dirigido nunca la palabra. Pero el lenguaje hablado no es indispensable para la amistad; hay seres que no se hablan y resultan, sin embargo, muy amigos. Más elocuentes y más íntimas que las palabras son esas inefables formas de comunicación que a veces sólo consisten en una mirada, y otras veces ni siquiera tienen la materialidad de una mirada.

Uno de estos amigos tácitos es el que yo vi ayer. Se trata de un vagabundo. Le conozco desde hace mucho tiempo, y es tanto el interés que me inspira su persona, que sigo con atención su vida, sin que él, por su parte, tenga conciencia de mi interés. No me conoce, no sabe que existo; pero yo le sigo paso a paso a lo largo de su miserable carrera. Y él, ¿quién sabe si se siente seguido por mi oculta simpatía? ¿No podrá suceder que la simpatía, producto del alma, posea cuerpo, volumen y densidad, como cualquier otro producto menos sutil? ¿No ocurre a veces que nos sentimos rodeados de un algo aéreo, inexpresable, que la plebe suele nombrar con motes supersticiosos, los antiguos lo interpretaban como función misteriosa de los genios y a nosotros nos produce perplejidad, dudas y conjeturas no confesadas?

De tarde en tarde cruza a mi lado el vagabundo, y entonces puedo observar su situación, su traza y el avance que da el pobre hombre en su camino de ruina. Marcha velozmente al desastre; cada vez lo encuentro más destrozado y enfermo. Pero su enfermedad no es corporal ni de esas que se curan con emplastos y menjurjes; es una enfermedad del alma, un mal de la voluntad. Está enfermo de la raíz, eso que yo llamo la raíz del organismo moral; su voluntad padece mal incurable, y como comprendo que nadie podría sanar a mi amigo, lo abandono tristemente a su ruina.

Mi amigo el *atorrante* (1) está lleno de profundidad, y es seguro que su vida, si pudiese contarla él mismo con alguna sindéresis, resultaría un drama intenso, superior al que imaginan arbitrariamente los escritores. Algunos pormenores de su existencia los conozco con entera exactitud. Sé, por ejemplo, que ese vagabundo padece de inapetencia. Siempre que tropiezo con él, invariablemente veo asomar por el bolsillo de su chaqueta un mendrugo de pan; otras veces lleva los bolsillos atiborrados de mendrugos.

A primera vista parecerá que el pobre hombre es un glotón más bien que un inapetente; pero yo sé que no es un glotón, que no tiene nunca hambre, que se muere de inapetencia. Me ha bastado verle comer. Le he sorprendido en varias ocasiones comiendo un trozo de pan, y precisamente el modo de morder su mendrugo me ha dicho cuanto necesitaba saber. Muerde el pan con un aire distraído; royendo, mejor que comiendo. El glotón suele comer a grandes bocados, con delectación suprema, con un brillo especial en los ojos; la gula es inconfundible; mientras que el inapetente roza el pan con los labios, como un pajarito, como un niño harto.

Mi hombre come así, distraídamente, sin ilusión alguna, como quien obedece a una ley necesaria y fastidiosa.

(1) En los países del Río de la Plata se llama así al vagabundo, al gandul, al golfo.

Tal vez no se entera de que está comiendo. Ha ido por las puertas o por los asilos y le han llenado de pan las manos; de pronto recuerda que es necesario comer, y el pobre hombre se pone a mordisquear su mendrugo. Va caminando mientras come. Se nota en seguida que su imaginación anda lejos del pan, y que de todo se acuerda menos de comer. Sus dientes, flojos y escasos, rozan el mendrugo: sus mandíbulas estrechas, mandíbulas de aristócrata, se mueven con pereza, y su estómago no se entera siquiera de la feculenta masa que le arrojan. Todo en él es distracción, lentitud y pereza. Los órganos materiales se hallan atrofiados, casi muertos; su parte física padece de una pereza de moribundo. En cambio, la parte espiritual, ¡con qué vibrante lozanía se mueve!

Es mi amigo un ser que anda en los linderos de la demencia. De tanto no comer y fatigarse mucho, la porción espiritual de su persona se ha agrandado a expensas de la materia. Ya no es un hombre: es una imaginación que camina por las calles. Lleva siempre el aire de aquel que aguanta un diálogo perpetuo consigo mismo. Es de los que hablan solos. Y para conversar mejor con su yo interno, encorva las espaldas, inclina la mirada al suelo. De repente, sin ningún motivo ostensible, suele alzar la mirada hacia las cosas transeúntes, se detiene y recorre con los ojos el mundo exterior, con un gesto indefinible.

Para expresar de algún modo este gesto, tendríamos que evocar al buzo, cuando asciende desde el fondo del mar, se quita la escafandra y vierte una mirada vaga y circular sobre las cosas. Es la mirada del soñador, esa mirada buceante que se complace con las maravillas del mundo imaginativo.

Así, pues, mi amigo el *atorrante* vierte a veces una de esas miradas circulares, llenas de susto y estupefacción. Acaso el correr de un tranvía o el empujón de un transeúnte le ha despertado de su coloquio interior; entonces el hombre se detiene, su alma sube a la superficie, se asoma a ver el mundo de los fenómenos reales y se llena de susto y asombro.

¿Qué cosas le pueden asustar y admirar? Las cosas de su derredor son apetecibles y soberbias, y todos los demás hombres las encuentran codiciables. ¿Cómo es que a él le producen susto y sorpresa? Los edificios son altos, fuertes, y dentro de ellos hay estufas, cocinas y muelles sillones; los tranvías son providentes, pues sirven para llevar a las personas sin fatiga y para abreviar el camino de los negocios; el cielo es grande y variado; las personas tienen rostros gruesos y animados; el mismo frescor invernal sirve para apresurar la digestión y hacer que el acto de la comida sea más agradable. ¿qué puede sorprenderle y asustarle, entonces, a mi amigo el vagabundo?... ¿Será que la raíz de su filosofía discrepa de la filosofía usual? Probablemente tendrá una moral para su uso propio, y esa moral es la que ocasiona el choque entre su alma y los fenómenos ambientes.

Las demás personas viven como los peces dentro del agua; creen, como indudablemente cree el pez, que nada hay tan lógico y aceptable como los fenómenos ambientes. Consideran que una casa de siete pisos es el mayor acierto que ha tenido la sabiduría humana; para conseguir la posesión de las cocinas, despensas, camas blandas y demás regalos que se esconden dentro de las casas, las gentes van trotando en busca del éxito, peleando unas con otras, engañándose y matándose, si es preciso. De esta fiebre común surge un resultado magnífico: la civilización. La civilización consiste en la suma de todos los factores puestos en tensión y lanzados hacia un fin de triunfo por un camino de lucha. Los factores se lanzan a correr y combaten gloriosamente. Están gruesos, colorados; ríen, comen, negocian, atesoran, crían a sus hijos, leen periódicos, discuten la política. Y el todo civilizado, el conjunto ideal de la civilización, marcha gloriosamente hacia la cumbre.

Pero en la guerra hay unos seres míseros a quienes se da el nombre de

aspeados: se cansan de andar, se rezagan, y el ejército pasa, y ellos se quedan a merced del enemigo. También en esta lucha de la civilización hay unos seres aspeados que no pueden seguir, que se sientan a un lado del camino, hasta que la miseria los hace prisioneros. Mi amigo el vagabundo es un aspeado.

Ya no tiene salvación, es tarde para salvarlo. Ha tirado las armas y está enfermo de la imaginación, y, por ende, de la voluntad. Ha comprendido que las bellas cosas que inventa el hombre para vivir bien no valen lo que cuestan. Es posible, además, que la consideración de tantas crueldades como son precisas para lograr la conquista de esas bellas cosas haya conmovido su alma, buena y tímida. No se sentía bastante duro para dañar a nadie; tenía una incapacidad absoluta para la crueldad, y sin crueldad no puede haber lucha ni triunfo, porque las cosas, en la vida, se logran arrebatándolas, ¡esa es la necesaria verdad! Tampoco se sentía bastante enérgico para caminar; se ha quedado a la vera del camino, dejando que la ola humana marche trágica y triunfante.

Se ha apartado con modestia; pide un mendrugo de pan y lo mordisquea maquinalmente. Se le ha ido el hambre. Pero es seguro que mi pobre amigo nunca tuvo hambre. Si hubiera sentido hambre alguna vez habría peleado con las otras gentes. No tenía hambre, era incapaz de hambre. Y, sin duda, lo que capacita al hombre para el triunfo es el hambre, alguna calidad de hambre, sea hambre de gloria, de dominio, de ostentación, de sensualidad o de pan. Tener hambre o no tenerla: ese es el problema del hombre y de los pueblos. Desgraciado el hombre o el pueblo que carece de hambre, porque está vencido.

Mi amigo el vagabundo se halla inapetente, sin gana para mascar su mendrugo; nunca ha sentido apetito de nada; su inapetencia es innata y constitucional. Cada día lo encuentro más derrotado y débil, y su coloquio interno debe de ser cada día más violento, porque los gestos, la mirada, las palabras mismas que se le escapan adquieren mayor viveza y apasionamiento. Su discusión interna debe de haber llegado al punto transcendental. Y cuando se detiene y vierte aquella vaga, circular mirada de sus ojos sobre las cosas ambientes, hay en su rostro yo no sé qué paroxismo de estupefacción. Hasta que un día cualquiera, como un perro sin amo, se sentará en la margen de la vida y entregará dulcemente su alma inadaptada...

¡Oh Espíritu Supremo! ¿En qué rincón florido de tu cielo acoges las almas buenas de los derrotados, de los inadaptados, de los expulsados?

II

¡Cuántas noches, mientras guiaba mis pasos por las desiertas calles de la ciudad, he pensado en ese vagabundo amigo mío! ¿Qué suerte será la de él, ahora que el frío y la lluvia cierran las puertas del cielo, ahora que el egoísmo de los hombres cierra las puertas de las casas?

Triste y cruel es un día sin pan; pero una noche sin abrigo es algo que sobrepasa los límites de lo amargo. Además, la noche trae en su misma esencia el sentimiento de lo tétrico, el terror de la soledad y del abandono. Por más años que transcurran sobre nuestras frentes, siempre conservaremos un resto de las supersticiones infantiles. La noche provoca en nuestra alma un temor pueril hacia el misterio de la sombra, hacia las contingencias de las tinieblas, y en la noche nos sentimos recelosos, inquietos o apocados.

Cuando somos niños buscamos un refugio en el seno de nuestras madres; cuando llegamos a ser hombres, nos cobijamos dentro del amor y de la familia. Pero los pobres, los abandonados, los vagabundos, los «solos», esos, ¿en qué seno ni en qué rincón amoroso y tibio encontrarán un escudo contra el terror?

¿Qué hará mi amigo el atorrante? ¿En qué rincón de desesperanza esta-

rá ahora mi pobre vagabundo? Así he pensado muchas noches, cuando más fuerte soplaba el viento invernal. Las puertas las han cerrado herméticamente, y detrás de las puertas de las casas han cerrado los hombres las puertas de su corazón, todavía más herméticamente. Las calles son avenidas desiertas por donde pasa un río de aguas heladas. Se siente en el aire como un roce de alas: debe de ser el genio sombrío y estéril del egoísmo, que vigila las calles de la ciudad para que ningún sentimiento piadoso traspase el umbral de los hogares y vaya a perturbar el sueño de los felices. De tarde en tarde se divisa el reflejo siniestro de la espada de un policía; su reflejo, como un ojo alerta, parece escrutar y amenazar los rincones, acechando el paso de los miserables, de los rotos, de los perros sin amo, de los niños sin madre, de los hombres sin hogar, de las mujeres sin honor, de los ladrones y de los asesinos.

En esas horas frías en que la ciudad duerme, protegida por las leyes y por la universal avenencia de las gentes que se llaman honradas, en esas horas suelo yo dedicar un recuerdo a mi amigo el vagabundo. Me lo figuro abandonado en cualquier escondrijo, aguardando a que el día le despierte, ¡ese amargo día, celador del mundo, que pone en movimiento a todos los vagos, y que, a semejanza de un severo vigilante policíaco, les dice a los rotos y a los humildes, imperativamente: «¡Ea, circulad!»

Pero hoy, a prima noche, un desengaño inaudito ha venido a sorprenderme. Mi amigo el atorrante no estaba aterido en un rincón oscuro; mi amigo andaba errante por la ciudad. Y estaba borracho...

Espíritu sagrado del vino, alma maternal del alcohol, ¿de qué dios infinitamente bueno eres hijo? Tú viniste a subsanar el error de ese otro dios infinitamente poderoso, autor del cielo y de la tierra. El Dios poderoso hizo al hombre, y lo puso en los caminos del mundo; pero allí lo abandonó a su destino, para que luchase con los otros hombres, sus hermanos. Y le concedió el privilegio del dolor, de la desilusión, de la tristeza, de la melancolía. Entonces, viniste tú, espíritu piadoso del alcohol, y refrendaste la obra aciaga del Criador. Tú acoges a las almas de los desventurados y las envuelves en la inconsciencia. Les borras la huella de la melancolía, y les quitas esa espina dolorosa que se llama pensamiento. Sin ti, ¡oh vino!, ¿cómo podrían soportar los desheredados la angustia de haber nacido?

Mi amigo estaba en el centro de la calle, y un grupo de risueños señores le rodeaba. Indudablemente los señores lo conocían. Eran gentes patricias de la ciudad, que salían de un banquete para dirigirse a un teatro, bien abrigadas y con los rostros sonrosados. Pasaban, y viendo al atorrante se dignaron saludarlo. Yo les oí reír y celebrar las cómicas ocurrencias del borracho. Oí que le llamaban por su apodo. Al final, uno de los señores sacó del bolsillo una moneda de veinte centavos y se la entregó al vagabundo. Luego se alejaron todos, bajo la luz de los mecheros de gas. Sus carcajadas sonaban de un modo delirante. «¡Adiós, *piojoso*, adiós!»

Entonces yo me acerqué al vagabundo y le increpé:

—¿Qué haces ahí, *Piojoso*? ¿Por qué te emborrachas, miserable?

Pero en lugar de responderme, el vagabundo se entretenía en cabecear, como el titiritero que en el centro de la cuerda tensa hace esfuerzos por mantener el equilibrio. Cuando su cuerpo adquirió el conveniente verticalismo, el borracho puso la moneda sobre la palma de la mano y la miró detenidamente a la luz del farol. No pudiendo descifrar el valor preciso de la moneda, la escondió en el bolsillo del chaleco.

Entre tanto el miserable beodo cabeceaba y extendía los brazos en forma de balancín, a la manera del saltimbanqui cuando quiere mantenerse en equilibrio sobre la tendida cuerda. Logró poner en orden su desconyuntado cuerpo y se dispuso a caminar. ¿Adónde iba? ¿Qué deseo le solicitaba, o qué necesidad le impulsaba a mo-

verse? ¿El sueño, el frío, el hambre, o acaso la sed de vino?

—¿Adónde vas, pobre hombre?

Pero el vagabundo, con una mueca difusa de su boca, me expresó estúpidamente la inconsciencia de su movimiento. ¿Qué sabía él? Marchaba por marchar, iba hacia adelante, a cualquier lado. ¿Sabe la piedra, adónde la arrastran? ¿Conoce una hoja el destino misterioso de la brisa que la empuja? Una cosa es irresponsable de su propia actividad. Se mueve una rama, porque el viento quiere que se mueva; nos movemos los hombres, porque así lo desea nuestra necesidad. Necesidad de comer, de dormir o de procrear. Nosotros somos la hoja y el viento es la necesidad. Todo consiste en sentir más poderosa o más ligera necesidad. Necesidad, ¡oh sagrada necesidad! Tú lo puedes todo, de ti proviene todo. Necesidad de amor, de poderío, de gloria, de dinero, de belleza, ¡oh necesidad, oh santa necesidad!

En aquel momento, los señores alegres que se rieron antes con las cómicas torpezas del vagabundo, volvieron a cruzar la calle, y desde lejos, entre carcajadas, gritaron brutalmente:

—¡Eh, *Piojoso*, márchese a dormir la borrachera!

Sin duda alguna que en el cuerpo del vagabundo había más piojos que perlas. Pero el piojo no tiene un solo valor, tiene dos: uno es el valor venenoso de la herida que infiere al cuerpo, y otro es el valor venenoso de una herida moral infligida al orgullo. Tener piojos es una doble desgracia. El hecho de tenerlos condena a un hombre a rascarse, y luego le condena a sentirse rebajado en el nivel social. La palabra piojoso, gritada por aquellos señores alegres al atorrante, me produjo un efecto deprimente, aunque no fuera dirigida a mí. Tal ocurre, por ejemplo, con las flechas o con las balas, que rebotan en el cuerpo a quien van dirigidas, y hieren a un espectador; porque hay palabras que poseen una fuerza hiriente más poderosa que las mismas armas arrojadizas.

Sentí en mi corazón el ultraje, y volviéndome hacia el borracho, con acento indignado le apostrofé:

—¡Miserable! ¿Cómo consientes que te humillen los señores desocupados? ¿Cómo te resignas a ser un payaso, que hace divertir a las gentes?

El vagabundo se encogió de hombros. Parecía querer decirme: «¿Y qué quieres que haga si pesa sobre mí toda la montaña de las jerarquías sociales, además de la fatalidad de mi pobre destino?» Y después de tambalear un rato, el vagabundo tomó la embocadura de la calle, lanzándose a caminar con toda la rectitud que su embriaguez le consentía. Yo le seguí en silencio.

En la soledad de la triste calle, el extremo de la sombra del vagabundo se confundía con mis pies; detrás de mí marchaba otra sombra, la mía, como un apéndice que desea huir, y que sin embargo no resiste a la tentación de morder el cuerpo.

Todo era silencio y vacío en la calle. Transcurrida una calle, otra se abría ante nosotros, llena de la misma soledad. Los focos eléctricos trazaban en el piso una zona de luz viva; pero entre una y otra de estas zonas había una tregua de penumbra en cuyo seno se columbraba tal vez la silueta de algún gato receloso, de esos nocturnos gatos que el imperativo del amor lanza a temerarias, a veces trágicas aventuras. El gato, cuando nos veía pasar, se guarecía en la zona de penumbra, y ojo avizor, el lomo curvo, las garras apercibidas, aguardaba la probable acometida nuestra. Porque los gatos, egoístas y crueles, conocen al hombre y saben que el hombre es como ellos: egoísta rapaz. Unicamente el perro, eterno iluso, está engañado en sus juicios sobre el hombre, y lo ama siempre.

El atorrante pasaba de una a otra calle con decidido ademán. A veces titubeaba, como aquel que ha perdido el rumbo. Trazaba algunos vaivenes incomprensibles, deteníase un momento, palpaba una puerta cerrada y luego seguía andando. ¿Qué buscaba en aquellas puertas? Lo que la noche le negaba: abrigo. Pero quién sabe si lo

que él buscaba con más ahinco era el abrigo cordial del amor... La noche estaba cerrada. Para los vagabundos no había rincones de amor. ¡Sigue tu camino, hombre desgraciado, que la ciudad está sorda!

En el cielo brillaba la luna metálicamente. Era una luna corva, como la hoja de un cuchillo fenomenal. Su luz blanca y fría cortaba lo mismo que el acero. Allá lejos, cerca del horizonte, unas nubes grandes y abombadas recibían de soslayo la luz lunar, y sus perfiles se iluminaban de un modo fantástico. El alma que contemplare aquellos divinos perfiles de las nubes remotas, se figuraría una suerte de interpretaciones poéticas. Es así como se miran los fenómenos del cielo a la edad impúber, llena de ensueños; las estrellas y la luna, las nubes y los ocasos de oro, sugieren entonces al alma interpretaciones de una gloria sin fin, y entonces es también cuando el adolescente se imagina que el mundo es inextinguible, que las consecuencias del placer son infinitas, y que el mundo se halla poblado de misterios inacabables. Después llegan los años, y sólo con seguir los pasos de un vagabundo se tiene ya la clave de este pequeño, limitado, tacaño mundo.

Al desembocar de improviso en una plaza vacía, la luz de la luna le dió en el rostro al atorrante igual que una bofetada. El vagabundo se paró, y alzando la tambaleante cabeza, puso su mirada en la faz de la luna como queriéndola interrogar.

¿Qué buscas en mí, luna despiadada? ¿Por qué te burlas de mi miseria? ¿Quieres unir tu crueldad a la de los hombres? ¿No tienes en los caminos de la tierra otros seres a quienes perseguir con tu luz hipócrita y sensual? Busca a los enamorados en celo, y alumbra sus arrebatos libidinosos: delátalos, o sírveles de alcahueta y de incentivo. Vigila al ladrón que palpa la cerradura con temblorosa mano, guarecido en la sombra. Pero déjame a mí, el último y más inofensivo de los hombres. ¡Luna cruel y fría, encubridora del crimen y de la lascivia; eterna embustera, sugeridora de mentiras ideales, simuladora de romanticismo, tópico de los poetas, esos seres ociosos y estúpidos! ¡Luna, no ultrajes a los débiles!

El vagabundo se dirigió a una puerta y llamó con vigorosos golpes: nadie le respondía. Más adelante se detuvo enfrente de otra puerta y llamó también; pero las puertas retumbaban sordamente, sin que las abriera nadie. Eran puertas macizas; por sus resquicios salían aromas acres, mezcla de vino, cerveza y aguardiente. El vagabundo olía esos aromas familiares y llamaba, porque su cuerpo helado, su corazón arrecido, buscaban el consuelo de ese dios abrasado y benevolente del alcohol, suprema caricia de los desventurados. Pero hasta ese dios benigno se había ocultado en aquella noche de desolación.

Mayaban los gatos allá arriba, pronunciando sus largas, sus siniestras y quejumbrosas protestas de amor. Dos gatos, en equilibrio sobre el borde de un alero, se abalanzaron el uno al otro y reñían furiosamente, en una de esas trágicas contiendas que se verifican en los tejados y azoteas, teniendo como espectador tácito a la luna. Los dos gatos, unidos por el odio, cayeron como una pelota al suelo, precisamente delante del vagabundo. Al golpe de los cuerpos, el atorrante se estremeció, se detuvo. Los gatos huyeron, rengueando. Pero el atorrante, poseído de una extraña estupefacción, adelantó el cuerpo hasta el borde de la acera y miró con ojo atónito en la penumbra. Nada se columbraba ya: los gatos habían huido, y la calle guardaba el secreto de aquella rápida y feroz aventura.

Entonces el vagabundo se sentó en el suelo y pareció interrogar a la noche sobre el motivo de tanto misterio. Adivinábase en él la más profunda perplejidad. Todo en torno a él eran causas y efectos incomprensibles. Los fenómenos ocurrían de una manera ininteligible, y para su pobre mente las cosas no tenían explicación. Le rodeaba el misterio. Preguntaba, y nadie le le respondía. La ciudad, hermosa y rica, teniendo tanta opulencia, se le cerraba a él herméticamente y lo de-

jaba abandonado. Las tabernas, hechas para producir alegría y calor, se cerraban también, por una rara incongruencia nocturna. Y estando el mundo atestado de hombres, he ahí que él, un hombre sin calor ni alegría, veíase tan solo como en el más vacío de los astros muertos. Hasta los sucesos de la calle, el simple golpe de dos cuerpos gatunos que caen desde el tejado, se ocultaba sigilosamente a su entendimiento.

Sentado al borde de la acera, inmóvil, la mirada erratil, el pobre borracho parecía preguntar: «¿Qué significa todo esto? Este es un mundo atrabiliario e incongruente. En el mundo viven hombres que están confabulados; poseen la llave del secreto de la vida. Pero a mí me abandonan. Yo estoy fuera del radio de los fenómenos habituales. El mundo habitual me ha arrojado fuera de la órbita del realismo, y yo me mantengo en una esfera sin realidad, absurda. Pero sólo por el hecho de nacer, ¿no tenía yo derecho a una participación en la vida positiva? Será que soy un aspeado, un contumaz soñador, un prófugo sumergido en el ensueño de la ociosidad y de la embriaguez. La vida tiene un sentido trágico, y yo he querido entender que el sentido de la vida es platónico. Los hombres se obstinan en permanecer tensos, vibrantes, como soldados en su puesto de honor de la batalla; yo persevero en permanecer laxo y distraído. La vida me expulsa fuera de su órbita. ¡Acaso tengan razón!»

Entendí que el vagabundo lanzaba un suspiro. Lo que sí fué cierto es que se puso de pie y manoteó con vehemencia, como quien habla con una legión de sombras contradictorias. Luego descendió por la breve cuesta que separa la ciudad del puerto, cruzó los jardincillos del Paseo Colón y entró en la zona de los muelles.

Allí las naves dormían su sueño pesado. Grandes monstruos aventureros reposaban al calor del muelle. Hasta que el viejo capitán las despertase con un grito brusco: «¡Ea, grandes naves, a la mar!» Y las naves, desentumeciéndose, pondrían su proa al horizonte y hundiríanse en nuevas y problemáticas navegaciones.

Había junto a un depósito de la aduana varias carretas, con las astas hacia arriba, ofreciendo un hueco en forma de cabaña; allí pudiera muy bien improvisarse una vivienda. No importa que el aire, la lluvia y el frío barriesen el ámbito de aquellas improvisadas viviendas; cuando se es pobre, pero pobre solemne, la imaginación suple a la realidad. Los pobres se calzan zapatos rotos, comen sopas sin grasa, y se figuran que van abrigados y alimentados. La imaginación es una moneda que la Providencia regala a los infelices; no importa que la moneda sea falsa, ni que los útiles que se compren con tal moneda sean falsos y utópicos: el resultado final es uno. Todo consiste en la fe. Creerse feliz o serlo realmente es idéntico. La misma ilusión de dominio tiene un comerciante poderoso que esas niñas humildes que juegan a «comprar y vender». ¿Quiere usted comprarme diez centavos de pimentón?», dicen. El pimentón consiste en polvo de ladrillo. Pero un sesudo comerciante no siente la posesión real de su pimentón, traído desde lejanos países, tan fuertemente como la niña percibe la realidad de la posesión de su mercancía imaginaria.

En fin, el atorrante se dirigió a un carro y palpó en la sombra. Un brusco ladrido le hizo retroceder. Meditó un momento, invadido por una última y melancólica perplejidad. Después, como quien acepta la situación fatal de excluído, se tendió fuera del hueco del carro, entendiendo que hasta el can podía disputarle aquel miserable abrigo. Estaba fuera de la órbita de la vida social. Era un excluído... A los pocos segundos el borracho roncaba. ¡Cómo era de frío el aire en aquel momento!

Yo me volví a mirar la luna, que en un extremo del cielo hacía una mueca de insuperable crueldad. Sus dos agudos vértices se volvían de lado: simulaba un rostro punzante que ríe, después de haber contemplado una escena cómica.

¿Es de veras, entonces, que las co-

sas que nosotros suponemos trágicas y estupendas, para una interpretación sideral y eterna son sucesos pueriles, cómicamente baladíes?...

III

Al día siguiente—era una tarde limpia y alegre de invierno—me sorprendió en plena calle la fatal noticia. ¿Cómo fué que me decidí a comprar aquel periódico anodino, siempre olvidado, jamás adscripto a mis gustos y costumbres? Pero el acaso ofrece a cada instante ejemplos de coincidencia desconcertadoras y de impulsos irrefrenables, misteriosos, que parecen sernos dictados por una voluntad invisible.

Con asombro de mí mismo, corrí a comprar el periódico de la tarde, que nunca recordaba haber comprado. Y fué más extraño aún que busqué ansioso en sus páginas algo, un algo que presentía y que no sabía explicarme en qué pudiera consistir.

Allí estaba el suelto, en la sección de gacetillas policiales, parco de expresión, casi puesto de limosna.

«Esta madrugada, en los depósitos del puerto, debajo de una carreta, se encontró el cuerpo inanimado de un hombre desconocido. Probablemente el frío de ayer noche le produjo la congelación. Tal vez se trataba de un alcohólico»...

Cuando terminé la lectura del suelto, sentí un fuerte golpe en mi conciencia. Un hombre acababa de traspasar la puerta de la muerte. Aquel hombre fué un amigo mío. Yo asistí a su postrera correría, y le vi tenderse indefenso bajo la crueldad sañuda de la fría noche. Yo pude haber desviado su funesta suerte. Y eran cómplices como yo todas las gentes, la humanidad entera, aquella muchedumbre animada que había comido y dormido bien, y que se lanzaba briosamente a la conquista del dinero. Pecado de distracción, de egoísmo y de negligencia: tal era nuestra culpa. Por ese pecado antiguo, tan viejo como el hombre, se llenaba el mundo de tragedias.

Pero mi remordimiento no me dejaba descansar. Era necesario reparar mi falta con un movimiento de sacrificio. Ya que no pude socorrerlo en vida, el deber me mandaba acudir a su tumba para tributarle las últimas fúnebres honras de mi dolor.

Monté en un tranvía, seguí la calle adelante. ¡Cómo pasaba, bullía, atareada y afanosa, la muchedumbre! Todo era ruido, animación y entusiasmo la juvenil ciudad. Carros, que conducían cosas pesadas y útiles, cafés que se colmaban de bebedores, damas que ostentaban las grandes plumas de sus sombreros, como penachos infantiles o indianos. Y sin poderlo evitar, pensé: «¿Para qué todo eso? ¿Para que los hombres se mueran de frío?»...

Y gritó el guarda del tranvía:

—¡Chacarita!

En efecto, allí estaba el cementerio descomunal, enorme, monstruoso, tan grande como una ciudad. Sobre la masa oscura de los eucaliptus que cerraban el horizonte, el sol multiplicaba su brillantez, en una pompa regia, como un verdadero rey que quiere, al acostarse, dejar sentada la noble equivalencia de su inmenso poder. El viento venía frío, cortante, de la rasa llanura. Y pensé: «Los pobres muertos estarán tiritando de frío.»

—¿Tiene usted noticia de un cadáver, que ha debido entrar esta madrugada y que fué recogido helado en el puerto?

Pero el conserje del cementerio no me supo contestar. Encogiéndose de hombros, desdeñosamente arguyó:

—¡Han entrado tantos!...

—Pero éste que ha entrado era un amigo mío. No podía confundirse con ningún otro. Flaco, distinguido, los ojos melancólicos, muerto de inapetencia y de desgana... ¿No me sabría usted decir en dónde le enterraron?

—¡Han caído tantos hoy! En estos días de frío vienen a carretadas. Por ahí estará su amigo, en la fosa grande... Por ahí.

Y el hombre, indiferente, con un gesto vago, señaló la inmensidad del ce-

menterio. Para su filosófica indiferencia, era igual uno que cien, éste que aquél, una fosa pequeña lo mismo que una muy grande. Todo el cementerio era un sepulcro. Y para la consideración de la eternidad, ¿qué importaba que los huesos de uno se mezclaran con los huesos de mil? Todos muertos, todos desaparecidos, abismados todos en el máximo anónimo del infinito no existente.

Cuando me alejaba, profundamente desalentado por mi infructuosa tentativa, creí escuchar, al trasponer la puerta del camposanto, una voz detrás de mí:

—¡Ya soy libre!...

Volvíme rápidamente. Pero no había nadie.

¿Quién pudo hablar de aquel modo? Supuse que fuese mi imaginación la que hablaba. ¿O sería acaso la voz del vagabundo?...

Si eras tú quien hablaste, ¡oh, amigo mío!, de cierto que dijiste la verdad. Ya estabas libre, efectivamente; libre de aquella vida que no supiste usar; de una vida que te venía demasiado ancha; de una vida que te oprimía como una carga angustiosa. Aceptaste la vida en un momento de distracción. La vida no se hizo para ti. Se hizo la vida para la muchedumbre, para los fuertes, para los irreflexivos, para los que tienen hambre y pueden reír, llorar, odiar o envidiar. ¡Bien muerto estás, amigo mío! Que descanses en paz.

FIN DE
«MUNDO SUBTERRÁNEO»
Y
«EL VAGABUNDO INAPETENTE»
DE
JOSÉ MARÍA SALAVERRÍA

DIEGO SAN JOSE

(1885)

DIEGO SAN JOSE

NOVELISTA, *poeta y autor dramático. Nació en Madrid. Sus primeros versos y crónicas aparecieron en los diarios madrileños* El Globo *y* La Mañana. *De pluma fácil, de lenguaje arcaico, habilísimo evocador de otros siglos, sus novelas breves incontables honraron las páginas de* El Cuento Semanal, Los Contemporáneos, La Novela Corta, La Novela Semanal, La Novela de hoy *y tantas y tantas más publicaciones inolvidables dedicadas a la exaltación de la narración. En el teatro alcanzó muy considerables éxitos.*

Novelas: Mozas de partido—*1909*—; La bella malmaridada —*1912*—; El libro de horas—*1915*—; Puñalada de pícaro; El sombrero del Rey; Cuando el motín de las capas; En pecado mortal; La Mariblanca: La estatua de nieve; Gratas memorias; El alma al diablo; Ginés de Pasamonte—*1923*—; Una pica en Flandes—*1925*—; La monja del amor humano; El mesón del Sevillano; El abogado del diablo...

LA NIÑA DE PLATA

I

No otra posada tan concurrida había en toda la corte.

La flor de los arrieros castellanos y de los vinateros manchegos venían a parar en ella, y asimismo no se desdeñaban de honrarla muy notables gentes de más alta condición.

Muchos hidalgos paraban allí antes que en las más famosas, y aun diz que hubo señores de campanillas que desde su provincia, cuando había de venir a la villa cortesana, ya tenía pedida habitación.

Cuantas calles circundan la Morería, bien pudieran tenerse por corredores de su patio.

En la puerta siempre había carros esperando que otros saliesen para tomar el puesto vacío, y pocas veces dijeron los mozos al entrar alguien pidiendo aposento:

—Tal está desocupado; si no, espere, que mañana parece que ha de quedar libre éste o el otro; pero no deje de venir en cuanto amanezca, si es que no quiere quedarse sin él.

Era mucha posada.

¿Piénsanse, por acaso, que tal favor y ansia de habitar en ella fuese por la mucha comodidad de los aposentos, por el arte sublime y sazonado de las guisanderas o acaso por la civilidad del huésped?

Pues así lo yerran, como si tuviesen la ley de Moisés por más cierta y ver-

dadera que la doctrina de Cristo, padre y señor único de las almas.

Sépanlo de una vez.

Toda la fama de este mesón debíase a una de las mozas, sobrina del amo, la cual, al decir de los que la conocieron, no era sino la misma luna que había caído de bruces en la tierra.

¿Que cómo vino a dar allí, siendo tan peregrina?

Parece que porque perdióse, mal de su agrado y de mala manera, y siendo moza de pundonor, hasta tanto que no borrara el tiempo su mal paso no quiso salir de entre la gañanía.

Vióse sola en el mundo, sin más familia próxima ni lejana que aquel pariente de su madre, y acá se vino tras él desde el emporio del saber, que es Alcalá de Henares.

★

Diz que lo mismo de grandes que de chicos admitía requiebros y galanteos, pero de nadie otra cosa, aunque parecía que por su aquél abierto y campechano, a más daría lugar; pero no hubo quien pudiera ufanarse de ello.

En siendo noche, que ya habían terminado los quehaceres, permitía el tío que se reunieran huéspedes y criados en la cocina, si era invierno, y en el patio, si era estío, y allí bromearen y tuvieren, en fin, su rato de expansión.

Más de una vez armóse jarana y se cantó de lo lindo.

En el cante andaban a quienes podían más, las seguidillas manchegas, los jaleos andaluces, las parrandas murcianas, y las jotas de Castilla.

También era cosa que sabía hacer muy bien *La Niña de Plata* (que este lindo remoquete daban a la moza), y al eco de su agradable voz palpitaron hartas veces los corazones.

★

La reja florida de su aposento, que más parecía un altar, daba a una calle angosta, a espaldas de la posadilla, y en siendo las diez de la noche, los mozos que habían hecho tertulia en la cocina y algunos de la vecindad congregábanse en torno de ella en son de ronda. Y ya puede jurarse que más madrigales rústicos florecían allí que flores en las macetas.

Pero hubo una de las veces que halláronse al mismo tiempo dos bandos distintos, y, en lugar de música, levantóse una nube tal de palos y denuestos, que más de cuatro cabezas hubieron de salir con los cascos rotos.

Al día siguiente prohibió el corregidor el festejo, y aun parece que mandó recado a la *Niña* (por medio de un alguacil que también érale aficionado), que se abstuviera de concitar los deseos ni exacerbar las voluntades con salir a la ventana y que si lo hacía ya buscaría Su Excelencia otro modo de mandárselo de manera más enérgica.

—Bien podrá estarse su señoría muy tranquilo en su Corregimiento—respondió—, que ni de aquí adelante ni atrás asistí yo una sola noche en la reja, que solía yo dormir mientras ellos alborotaban la vecindad. Parleta dentro de casa, cuanto ellos quieran, porque es anzuelo de la bolsa y redunda en bien de la de mi tío; pero fuera, ninguno espere tener de mí otra cosa que el natural saludo que entre cristianos es costumbre.

Y a fe que la muchacha hablaba como un libro, y nadie fuera capaz de decirle que mentía.

Ya quisieran, en voluntad y en palabra, parecérsele muchas damas de alto linaje, destas que son espejos de pundonor y virtud bajo su palabra, pero no sobre las averiguaciones ajenas.

II

No se piense que el curador y tutor de aquella perla (*Manchao* le decían por mal nombre al mesonero) tuviérale de continuo en un puño sin dejarle asomar siquiera a la puerta de la calle.

Muy al contrario, la muchacha era

quien teníale robada la voluntad, y no haciase en aquella casa otra cosa más de lo que pareciale bien a la garrida sobrinilla.

Muchas tardes, como no fueran de mercado, juntos solían irse a merendar a las riberas del río o allá por el ancho campo de las Vistillas, y más de una vez alongáronse (que el viejo era buen andador) hasta las eras de Carabanchel.

A este tiempo que vamos estaba Madrid revuelto a causa de las fiestas que hacía la villa para celebrar la canonización de su bienaventurado protector San Isidro del Campo.

Hubo toros en la plaza, juegos de cañas y certámenes literarios.

Y a la fiesta de cuernos, que era la más divertida y populachera, llevó el *Manchao* a la moza.

Más diversión que la fiesta en sí constituía la algazara y bullicio de la gente que a ella iba.

Sobre todo en la parte que toca a la grandeza, porque fué lo más florido, y los mismos reyes, desde los balcones de la Panadería, honraron el bureo con su presencia.

No es este lugar para hacer crónica de las bravas proezas de los lidiadores y notable pujanza de los nobles y poderosos brutos, que de serlo, yo hiciera aquí elocuente panegírico, que al fin habría de redundar tanto en loor de unos como de otros.

Baste decir que hubo buena cosecha de heridos y aun de muertos, alguno de los cuales no debió su ausencia deste valle de lágrimas a la fiereza de los bichos, sino a las porras de los chulillos y alguaciles, que no tenían otro medio más expeditivo para despejar la arena que quebrando los cascos a los importunos.

★

Ya iba la función muy entera, cuando de pronto Ginesilla (que tal era el nombre que recibiera en la pila del bautismo *La Niña de Plata)* cortó por entero la atención del *Manchao,* que no quitaba ojo de cuanto ocurría en los medios de la plaza.

—¿Qué es ello, muchacha?—dijo.

A que respondió ella, con el rostro más amarillo que la cera:

—Que nos vamos, tío.

—Esa es buena—replicó el viejo—, que nos vamos agora que va esto en lo mejor. Pues ¿por qué causa?

—Porque está ahí *ése.* Mire si es pequeño el motivo.

Y más que mirar, señaló con los ojos hacia su diestra.

Hacia donde indicó miró presto el *Manchao,* y así como la bien concertada faz de su sobrina había cambiado de sonrosada en amarilla, la suya tomó el color verdoso de los inquisitoriales cirios que sacan los tristes reos en los autos de fe.

Y así de como reconoció al personaje, el cual, mirándoles de soslayo, sonreía con notable cinismo, se le aguó la fiesta tanto o más que a la pucela.

Entre codazos, por vidas y denuestos, consiguieron abrirse paso sobrina y tío, y salieron al fin de la plaza por la calle que dicen de la Amargura, que es la misma que sirve de entrada en el vasto recinto a los desdichados que van a fenecer en él por rigores de la Justicia o despotismos del Santo Tribunal.

★

Aquella pena que *La Niña de Plata* tenía sobre su corazón, solíale florecer cuando menos lo esperaba, y ya, mientras durábanle los resplandores della, perdía todo humor y sosiego.

III

Dos años antes de que Ginesica fuese recogida por su tío, parece que estuvo sirviendo en Alcalá de Henares en casa de un grave lector de la universidad, que a esta humilde condición de la servidumbre trajéronle los apretados rigores de la suerte.

Contaría apenas dieciocho años, y diz que era la misma luz del alba en un amanecer de abril.

Tan bien dicen que cayó en casa

del señor catedrático, que más teníale la señora (que ya era anciana) por hija que por sirviente.

Los domingos y fiestas de guardar, en que acompañábale a misa de once, y algunas tardes al rosario, no hacía otra cosa que producir deserciones en las filas de Cristo, pues los más pasábanse a su bando, y mejor adoraban a su persona que a las imágenes de los bienaventurados.

★

Por espacio de algún tiempo todo fué mansamente, como las tranquilas y apacibles aguas del *Torote*, humilde arroyo con fueros de río que besa las lindes de la ciudad doctora.

Muchas veces, los amos elogiaban a solas la formalidad y discreción de la fámula, que teniendo bulas para ser algo mas vivaracha y amiga de galanteos, no era sino pulido espejo de la honestidad y el buen comportamiento.

Pero he aquí que como Dios no permitía la existencia del Diablo, sino para desasosiego de los humanos y prueba de las almas bien templadas, metióse tan negro señor de por medio y todo lo tiró por tierra.

Y fué desta suerte.

Asistía al estudio un estudiantillo sopista, que era al mismo tiempo (con el fin de atender a la sustentación) secretario de su señoría, y con este motivo acostumbraba a pasar las tardes y horas primeras de la noche en la casa.

Era hombre que tenía muy buena gracia y notable don de gentes, que no habia quien comenzara a tratarle que no le quedase aficionado. Mas luego, dicen que solía tirar hacia las cunetas de la bellaquería y la desaprensión.

En fin, que manejaba diestramente el dorado anzuelo que ha menester todo pícaro para pescar voluntades.

Desque viera a Ginesica, ya no tuvo el hombre lugar en su pensamiento para otra cosa que no fuera ella, y no perdonó medio ni sistema para hacérsele agradable.

Ciertamente que no tuvo que recurrir a grandes esfuerzos, porque como ya se ha dicho que todo este juego estaba preparado por el diablo, presto la muchacha hubo de decir quieros a los embidos.

Hízola creer que era mayorazgo de una bien acomodada casa alcarreña, y que al final de aquel curso habria de doctorarse de leyes. Que estaba un poco apartado de la familia por no llevarse bien con un cuñado, y así tenía necesidad de ayudarse con lo que el señor doctor le daba por llevarle los papeles y la correspondencia.

En fin, para no cansar (que la historia haríase larga si fueran a sentarse todos los capítulos en esta breve narración), que la boba Ginesa enamoróse con más ansias de lo que le está bien, y consintió en cuanto quiso pedirle el sopista; aun en unos anticipos sobre la palabra de matrimonio, los cuales fueron pagados con mucha esplendidez y cobrados con demasiada avaricia.

★

Tan discretamente fué llevado este martelo por la parte de la moza, que nadie lo conoció, y menos que todos, sus mesmos amos.

Hasta que una noche, al entrar en casa, díjola su merced el señor doctor:

—Luego de que se haya retirado la señora pasa a mi estudio, que tenemos que hablar.

El gesto duro de su merced, al que la moza no estaba acostumbrada, pues siempre que le habló hasta entonces lo hizo como un padre cariñoso, dejáronle en el ánimo esperanza de pesadumbre.

Terminó la cena.

Se dió gracias a Dios, y así de como dejó al ama recogida, pasó la moza al estudio de su merced, donde mantuvieron entrambos este coloquio.

IV

—Ginesa, hija mía. Me pesa deste momento tanto como puede pesarme el perderte; pero él es necesario, porque se trata de tu opinión y de la tranquilidad desta casa. A lo que tengo de preguntarte quiero que me respondas con toda verdad, sin que en tu alma quede el más pequeño resquicio. Haz cuenta de que es a un mismo tiempo una confesión y una confidencia.

—Hable, señor, que me tiene el alma angustiada con ese preámbulo.

—El caso es grave para ti, y he de decirte en tu honor que no lo creo. ¿En qué situación hállaste respecto a Laurencio, mi secretario?

Mortal quedó Ginesa con esta pregunta, y no respondió de momento, tanto que en este silencio vió su merced toda la verdad.

—Ese silencio tiene una grande elocuencia, que me llena de pesar, y no es la pena porque te hayas enamorado, sino por el infame lugar donde fuiste a poner tu cariño.

—Pues, dígame, señor, ¿qué tiene de infame?

—¿Tú le quieres?

—Sí.

—¿Y hasle dado más que el amor?

—Juróme por la pasión de Dios que en finando el curso me llevaría a su casa y allí nos casaríamos. Vuesamerced sabe que soy sola en el mundo, pues no tengo más familia que un tío lejano.

—Pues sabe, pobre niña, que ello no ha sido más de una apuesta que para burlarte tenía hecha con unos compañeros.

—¡Jesús!

—Esta misma noche, ¿no habría de venir a pasarla contigo, como otras, saltando por las tapias del huerto y entrar desde allí a tu estancia?

—Sí, señor.

—Pues media universidad, si no toda, le servirá de escolta para ser testigo de la hazaña, que en esto consiste la apuesta que había hecho. Blasonó entre los demás de haber conseguido tus favores, y sabiendo todos, como saben, tu buena fama, que casi encubre a tu peregrina belleza, no le creyeron, y dijéronle que ello era petulancia, y él apostó y convidóles a presenciarlo, dándoles como señal cierta el hacer luz en tu cuarto.

Un mar de lágrimas afluyó de los dulcísimos ojos de la burlada, y por un buen rato en el aposento no se escuchó otra cosa que el ahogo de los suspiros.

★

—Pues bien, hija mía, aún estás a tiempo de arrepentirte de tu desvarío, y para ello te ofrezco mi compasión y ayuda. Ingresarás en un monasterio desta ciudad, si para ello estás dispuesta; pero si no, con todo sentimiento te aviso que desde el punto y hora que hagas renunciación dello, no podrás estar un minuto más en esta casa. Toda la noche te queda para pensarlo. En lugar de tu cuarto ocuparás, hasta mañana, estotro que hay medianero de nuestra alcoba. ¡Qué Dios te asista y te ilumine!

Y dió el viejo por finada la entrevista.

V

Salió Ginesa del estudio que apenas podía tenerse en pie.

En lugar de ir al aposento que su amo le indicara, fuése al suyo.

Con lo más preciso de su ropa hizo un atado, tomó el dinero de sus salarios y, bajando al huerto, salió de la casa por la misma puerta que otras noches entraba su traicionero y villano amor.

VI

La luna brillaba espléndida, y todo era paz y sosiego en aquella parte de la ciudad. Ni el menor ruido venía a interrumpir tan augusta quietud.

Apenas había andado unos pasos fuera de la casa, para embocar en la

calle Mayor, oyó una voz que dijo su nombre.

Detúvose medrosa y quiso retroceder, pero la voz volvió a llamarla, y no parecía, por lo apagado del sonido, sino que con ánimos de paz, que ella al principio no pensó que fuera otra que la del traidor Laurencio.

—¿Quién me llama?—acertó a preguntar.

Y entre las sombras de la tapia destacóse la figura de un hombre.

—Conocéisme muy poco; yo a vos, mucho—dijo—. Soy estudiante en la universidad. Sólo dos veces estuve en casa de nuestro lector.

—Y ¿qué queréis de mí? ¿Sois por acaso de la canalla de Laurencio?—rugió la ofendida.

—No, Ginesa; yo soy de los que escucharon la apuesta, y el único que recibió mal al escucharla, porque, aunque jamás os lo dije, estoy enamorado de vos con una locura tan grande, con una devoción tan pura, que mi mucho amor y el creerme yo indigno para alcanzar tan alta merced me privó de confesároslo.

—¿Y a qué vinísteis ahora?

—A cerciorarme de si Laurencio dijo o no la verdad; y si la dijo, porque fué un villano con arrojar al cieno el buen nombre de tan hermosa mujer, y si mintió, por rufián y mal nacido, a quitarle a él después la vida como a vos os ha quitado la honra.

Había tal nobleza y tanta emoción en las palabras de aquel hombre, que a juzgar por el timbre de la voz casi era un niño, que Ginesa quedó otro buen espacio sin saber qué responderle, tanto que él fué quien tornó a hablar de nuevo:

—¿Dónde íbais ahora?

—No sé—dijo maquinalmente la muchacha—; fuera de Alcalá, al último rincón de la Tierra, donde no hubiera nadie, donde no supiera del, ni aun el recuerdo de su infamia me despedazara el corazón. Creedme, que si hubiera tenido valor, ya estaría muerta a estas horas.

De nuevo las lágrimas vinieron a nublar sus hermosos ojos.

Sin osar acercarse demasiado, no dejaba el estudiantillo de hacer promesas de amor envueltas en amenazas contra la inaudita y cobarde bellaquería de Laurencio.

—Siempre os creí tan pura como vuestra belleza — decía —; que nadie hablaba de vos en Alcalá si no era para elogiaros por hermosa y por honesta; pero aun como la malhadada suerte ha querido poneros esta noche en mi camino, os acepto, Ginesa, y tendríame por el más feliz de los mortales si ahora que estás sola en el mundo y sin amparo fueses servida de consentirme. No pido ya que me ames, que esto por ahora fuera imposible, sino que me admitáis, y seré para ti como un esclavo, que te serviría de rodillas y besaría loco de amor y agradecimiento la huella de tus plantas.

Y el infeliz, sin ser ya dueño de sí, cumplía en parte sus amoriadas promesas, arrastrándose de rodillas; mas en parte dejaba de cumplirlas, porque habiendo prometido besar las huellas de los pies, no besaba sino las rosadas y gordezuelas manos.

En esto oyóse en el comienzo de la calle ruido de pisadas y algún que otro eco de risas.

—¡Ay, Dios mío!, que es el infame —exclamó Ginesa.

—Ellos son, en efecto—apoyó el estudiante, y se dispuso a recibirles.

★

Llegaron.

El nuevo adorador fuése hacia Laurencio, y allí se comenzó la disputa, que finó en notable zalagarda de palos y pretinazos.

Alborotóse la gente, y a poco llegó una ronda.

Ginesa, que vió el pleito tan mal parado, escurrióse prudentemente porque su deshonra no fuese autorizada con su presencia, y echando hacia el camino de Madrid tuvo la suerte de hallarse con unos arrieros, que por unos cuantos reales permitiéronla subir en una de las caballerías.

Verdadero camino de amargura fué aquél hasta la corte.

Llegó a Madrid, donde vino a hallar a su tío.

Refirióle cuanto hasta allí aconteciérale de su vida, y el hombre, que como ya se ha dicho antes era un gran maestro del vivir, procuró consolarla con la inagotable fuente de la filosofía, diciéndola por cabo que quizá cuando lo pensase menos y más lejos tuviera aquel recuerdo de las celdillas de su memoria, presentárasele la ocasión de la venganza.

Y terminó con aquello de «Arrieros somos, y todos andamos los mismos caminos».

Dióla, en fin, la tutoría y gobierno de la posadilla, que por el entonces estaba bastante desacreditada por el caso de que el anterior huésped, por ciertos resabios que tenía de la raza de Leví, había fenecido siendo yesca en el brasero de la Santa Inquisición...

Y ya se deja sabido cómo iba el negocio posaderil a punto de comenzar las páginas desta cierta y dolida historia.

VII

Por quitarse en lo posible del mal pensamiento habido en la plaza, Ginesica aturdíase con el trato de los huéspedes.

Parecía más alegre y jovial que nunca, tanto que a las veces excedíase, y llegó a dar que pensar si es que ya estaría dispuesta a dar algo más que la conversación.

En la alta noche continuaba siendo su reja plantel de celos, amores y estocadas, y diz que alguna vez ella misma salió a encender los odios con la luz de sus ojos.

Una tarde, diz que Laurencio cruzó ante el zaguán de la posada a tiempo que cruzaba Ginesa hacia el patio.

Paróse el cínico en el mismo dintel, y al advertir el desconcierto de su antiguo *oíslo* rióse irónicamente.

Llena de ira y pesar retirábase, cuando salióle al paso uno de los galanes, que pensando que era ocasión para floreos, díjole no sé qué resabios de madrigal, al que la favorecida respondió con un respingo tan inesperado que curó el hombre de guardar sus oraciones paganas para mejor y más propicia ocasión.

Desde aquella tarde, ya todas pasaba Laurencio a la misma hora ante la posada de el *Manchao*, y una que era de domingo entróse zaguán adentro, con tres o cuatro bigardos más, diciendo:

—Venid acá, que se vende el mejor sudorcillo de vides que da la Mancha y lo sirve la moza más bonita de España.

★

Presentóse un mozo dispuesto a servirles, pero Laurencio le dijo que si no era la moza quien les asistiera no querían nada.

Llegó en esto el *Manchao*, y vista la insolencia del hombre quiso ventilar el pleito como él sabía, que era a trancazo limpio; pero así como advirtiólo *La Niña de Plata*, conoció que ello no sería sino dar un cuarto al pregonero sobre su deshonra, y suplicóle que lo dejara a su cargo, que ella sabría acabar secretamente aquel mal negocio.

De muy mala gana sosegóse el huésped, y si a ello se avino, bien puede tenerse por seguro que, antes que por respetar la buena opinión de su sobrina, fué porque no se quebrantase la fama del establecimiento.

★

Llegóse, pues, Ginesica, como si ciertamente no fuese más de moza asalariada y sin hacer demostración de conocer al bellaco, ni aun de que hubiérale visto en todos los días de su vida, se dispuso a servirle.

—¿Qué es lo que quieren?—preguntó.

Y Laurencio, haciendo ademán de tomarle la cara, respondió:

—Acá, los amigos, creo que vino; yo, un beso.

Hízose atrás la moza y tornóse hacia la bodega, volviendo de allá a poco con una ventruda jarra talavereña repleta de vino.

Púsole sobre la mesa, y sin esperar a más, marchóse.

Viendo Laurencio que sus propósitos no daban resultado, antes bien traían barruntos de grescas, pues ya los mozos de la posada comenzaban a mirarles con los ojos bizcos, decidió levantar el campo; mas antes de marcharse dijo a uno de los infinitos devotos de la niña, que mirábale con mucho arrobamiento el ir y venir, sin perderle pisada:

—Qué, buen hombre, ¿le gusta la moza?

Y el otro, que entendió que de buena fe se lo preguntaban, respondió en tono de broma:

—Más que los torreznos.

A lo que arguyó bárbaramente y con voz recia, de modo que le oyeran muchos:

—Pues si viera qué buen dormir tiene.

Y salió de la posada con su cínica cohorte.

VIII

Los achaques de los años y la crudeza del tiempo había más de una semana que tenían tullido al viejo *Manchao*.

Pero nadie hubiéralo advertido en la posada porque disminuyera el buen régimen de la casa y la atención de los parroquianos, que todo lo llevaba *La Niña de Plata* como sobre ruedas.

Sólo una cosa había que desasosegaba a todos: que Laurencio dió en ser bravo además de cínico, y las más de las tardes acudía a desacreditar a Ginesa y a darlas de jaque si hubiera quien osara defenderla.

Tirada ya la honra por la ventana, la moza mostróse más desenvuelta, y ello no era sino por buscar quien se creyera con fueros de galán y le parase los pies al osado; pero encontróse con que nadie tenía amor para tanto como para exponerse a un disgusto, antes bien, los más de los galanes finaron por hacerse de la partida de Laurencio y beber a su costa.

★

Un día apareció en la posada aquel estudiante enamorado que sintióse paladín suyo contra la incivilidad de Laurencio.

Como un sediento que se muere de sed, fuése hacia Ginesa (que para más ventura suya fué la primera persona que halló).

No recibióle mal la moza, sino que se alegró en el alma, aunque no quiso dárselo a conocer de primeras.

—No sabéis—la dijo—la pena que tuve cuando volví a mi cabal sentido y me encontré sin vos; pareciame que cuantos males y desventuras tuviéranme que suceder en la tierra me habían sucedido ya. Eran muchos y estaba yo solo; un mal alma, que no pudo ser otro que Laurencio, me hincó una ballestilla en el costado. De ello, he estado seis meses entre la muerte y la vida. No quise decir a la Justicia en qué ocasión fué, por buscar yo mesmo el placer de la venganza. Desde que salí del hospital ando tras las huellas de Laurencio. Me han dicho que está en Madrid, y en su busca vengo. Ya puede pedir a Dios, si sabe que le voy a los alcances, que no le llegue a encontrar, porque de ser así, yo os juro que desta hecha paga lo vuestro y lo mío como si entrambas fuesen una sola cuenta.

Pidió luego cortés y discreta razón de cómo venía a hallarla en aquel estado de moza de posada, siendo ella más para ser señora, y como lo supo, y dijo que si tendrían cuarto para él. Respondióle Ginesa que no podía decírselo aún, pero que volviese por la tarde, porque parecíale que un sedero de Murcia que ocupaba uno en el primer corredor, tenía hecha voluntad de partirse aquella mesma noche.

Poco más hablaron, que por ser aquéllas las horas de más quehacer no tenía tiempo de entretenerse, y salió el bueno de Ricardo (que así se llamaba el estudiante) con promesa de tornar al caer el sol.

★

No pasó inadvertida la visita para la gente posaderil, y por no dejar las lenguas quietas comenzaron a murmu-

rar y a gastarle bromas a la moza, que así las escuchaba y atendía como si oyese llover.

—Envidia, y nada más que envidia —decíales por darles dentera.

—Ya sabía yo—replicaba algo más que picado un rico pajero de Fuenlabrada—que mi niña tenía que hocicar con algún moco lindo.

—Es claro—ayudábale otro—: ¿no ves, hermano, que la gente de pueblo tenemos las manos muy ásperas?

—Yo que te había mercado en la feria de Torrijos—decíale un carretero toledano—un pañuelo de puntas y una saboyana... Si has de engalanarte para otro, bien se está en el arca, allá que le aproveche mi mujer, que tal regalo se encuentra sin pensarlo.

A unos y otros dejaba decir, y aunque no eran más de impertinencias, tirando todas ellas a las tierras del agravio, aún dábanle bascas de risa.

★

En cuanto llegó Laurencio, según había tomado por costumbre, contáronle sus afectos, que como antes se ha dicho eran todos los que se emborrachaban a su costa, la visita que en la mañana había recibido Ginesa.

Calló, y aunque mucho le pincharon, no quiso hacer comentario de ninguna especie, y al apurarle mucho sólo respondió con palabras no muy gentiles, en las que iban envueltas amenazas para los amigos de meterse en vidas ajenas.

Cruzó *La Niña de Plata.*

Laurencio, contra la costumbre, no le ofendió, antes bien, estuvo humano, pues se interesó por la salud de la familia, preguntando cómo continuaba el tío.

Secamente respondió la moza a todo, y continuó su camino.

Como los satélites de su merced vieran que se le había agriado el humor y que aquella tarde no mostraba ganas de historias, fueron desfilando uno a uno, y no tardaron mucho en dejarle en la soledad de sus buenos o malos pensamientos.

Un buen espacio llevaba sumido en sus meditaciones (que a lo que parece no había otro tema que desmenuzar lo de la visita a Ginesa) cuando la tal pasó nuevamente.

—Ya me han dicho—la habló—que esta mañana estuviste muy agasajada. ¿Puede saberse quién es el galán? Ello ¿es cosa que va de verás o no es más de ganas de pasar el rato?

—Mira, Laurencio — replicó la moza—, déjame en la paz en que estaba y no vengas a esta casa en son de guerra, que nadie te busca. El cinismo y osadía de venir a publicar mi deshonra no quieras vestirle con celos que no tienes derecho a exigirme, bebe tranquilo y vete con Dios.

—No sé cómo decirte, Ginesa, que haya forma de que lo des crédito de que yo nunca te quise mal, y que cuando ahora de nuevo me presento a tus ojos, si primeramente, por una incivilidad, de la que yo mismo no acerté a darme cuenta, te vejé y eché por los suelos tu honra entre esta gente, comenzó luego a renacer en mí el amor y hoy no ansiara tanto la gloria de Dios como un beso de tu boca.

Suspensa quedó la *Niña* con tal discurso.

Estaba oyéndole y no acertaba a darle crédito, pues no comprendía que tanto cinismo pudiese haber en el mundo.

—De quien es maestro en tan pesadas burlas — respondióle —, no hay por qué espantarse de que intente una más.

—A fe mía, te juro que nunca te hablé con tantas veras.

—De modo ¿que esto a la postre viene a parar en que me quieres?

—Más que a mi vida.

—¿Y que estás dispuesto a remediar el daño que antes me hiciste?

—¿Cómo?

—Casándote.

—Deso ya trataremos.

—Y de lo demás. Ahora tendría que venir primero el casar; quién sabe si después llegaría el cariño.

Entendió el hombre que con aquellas pocas palabras comenzaba a tener ganada la partida, y asió de una mano de Ginesa; pero ésta, como si hubié-

rale hincado el diente algún bicho dañino, la retiró con violencia tanta, que una jarrilla que había sobre la mesa fué a estrellarse contra los picudos guijos del patio.

—Zahareña estás — repuso Laurencio—. No eras así antes, ni, según mis noticias, éreslo tampoco ahora con otro que no sea yo.

Iba a responder la moza a la ofensa, ya con algún otro agravio hecho a la justa medida de aquel con que venían a ofenderla, o quizá con el vaso de estaño que había sobre la mesa, pero no la dieron lugar estas otras palabras de Laurencio, que hicieron muy extraña sensación en su alma:

—Pues atiéndelo bien; cura mucho de que yo no me tope algún día con ese mortal afortunado, porque por arrancarle tu cariño le arrancaré el corazón. Se me antoja ahora que vuelvas a ser mía, y ve mirando cómo lo has de ser. Esta noche quiero hablar contigo como hablábamos en Alcalá. Espérame a las once.

Esto se lo dijo en voz muy baja, teniéndole tomada la mano que antes le desvió y con los ojos como dos ascuas, puestos en los de ella.

—Me esperarás — dijo atrayéndola más hacia él—. ¿Vengo?

—Ven—respondió ella.

Y sin aguardar a más, como si aquello fuese lo único que aquella tarde le llevara a la posada de el *Manchao*, levantóse Laurencio y salió.

En la puerta estaban varios de aquellos que poco antes charlaron con él en el patio y diéronle noticia de la visita de Ricardo.

—La gloria que más satisface a un caudillo que perdió una plaza—díjoles al pasar ante ellos—es la de la reconquista.

Pero ellos, como no se les entendía de sutilezas, le dejaron marchar sin responderle, pensando que echaba bernardinas.

IX

Ya iba el sol muy hacia el alcázar de sus ensueños cuando tornó Ricardo a la posada.

En el mismo zaguán acababan de enjaezar y cargar unos mozos con facha de moros tres machos corpulentos.

Eran los del sedero murciano que se partía a tal hora de vuelta a su tierra, como por la mañana dijo Ginesa.

Así como el muchacho lo supo alegróse y ensanchósele el ánimo, que no le cabía en el cuerpo, porque ello era tanto como dar por hecho que desde aquel instante tendría hospedaje bajo el mismo techo que la enamorada de su alma.

La Niña de Plata atendía a despedir al huésped, que era de los mejores, como quien dice, la aristocracia de la casa.

Cabalgó el hombre en el único macho que no llevaba impedimenta, y desde él repartió su protección sobre toda la gente de la posada.

A los mozos echó unas monedas; a los otros parroquianos, un agur, y a Ginesa, un tosco floreo acompañado de una palmadita en la bella faz. Picó a la caballería y salió de la posada seguido de sus mozos, que arreaban las otras dos cabalgaduras...

★

Apenas quedó Ginesa libre de aquel cuidado, atendió a la llegada de Ricardo.

—¿Hay posada a un peregrino?—preguntó éste en tono jovial.

Ginesa dijo que aquella misma habitación de que le habló por la mañana acababa de quedar libre con la ida del mercader en sedas.

—Pues tenedme luego, mediante la paga que estipuléis, por dueño della.

Echó a andar la moza seguida por el estudiantillo con dirección al aposento desalquilado.

—Aqueste es—dijo entrando—, y no diréis, por ahora, que me tenéis lejos, pues aquella otra del fondo es la mía—señalóle Ginesa.

—No diréisme eso con el alma como yo os tengo dichas otras cosas.

—Con más voluntad que a otros, por agradecimiento pasado sí queda dicho.

Creyó Ricardo que estas palabras

eran darle pie para continuar deslizándose por la rampa de sus pretensiones, y prosiguió la relación de sus amoriadas angustias.

—Antes de aquella noche malhadada, muchas deleitosas amarguras habíasme dado en el corazón y en el pensamiento; pero desde ella acá, desde que caí herido por la traidora mano y a vos os dejara a la merced del cielo, ha sido, ¡Ginesa de mi alma!, no tener un solo instante de quietud; yo creo que este mismo anhelo fué quien me sanara por las hambres de buscaros. —Y mirad si os tendré en las fuentes de mi sangre—prosiguió, tomándola una mano y llegándose más a ella—. Sabéis que la otra ansia única que me sostiene es la de hallar a Laurencio para tomar venganza de su felonía, pues si en las puertas desta casa le hubiese hallado a él y a vos en el fondo del patio, pasara corriendo por su junto aunque me tuviera por cobarde, porque es más intenso el poder de vuestra hermosura que el rencor de mi alma.

Tales palabras ensombrecieron un poco a la moza, tanto, porque no sabiéndole mal, acordóse de aquellas primeras engañosas que le dijo Laurencio, como porque representósele que pudieran hallarse los dos rivales y acaso de allí a no muchas horas; mas no tuvo tiempo de decir palabra que revelara el estado de su ánimo, porque con grandes y desaforadas voces llamáronla desde el patio, a fin de que recibiese, si podía ser, a una gente nueva que pedía posada.

—Mas ¿vendréis luego?—dijo anhelante el mozo.

—Luego, para quitaros estos pensamientos—respondió Ginesa, y salió adonde la llamaban.

X

Quedóse el hombre por dueño del aposento, y dueño por dineros legales, no se piense que su condición de estudiante trajérale menesteroso.

Nunca tuvo huérfanas las faltriqueras; porque a lo que parece, Ricardo era hijo de una acomodada familia, y por ser único jamás le negaron capricho alguno, bien es verdad que ellos no eran alarmantes, pues todo lo empleaba en libros y en cortos viajes.

Pues digo que así como salió Ginesa, quedó el mozo sumido en mil pensares, que todos iban a dar en que a la muchacha no habíale parecido mal su determinación; mas de pronto nublábasele el humor y venía a parar en la vida pasada de Ginesa.

Y los odios contra Laurencio comenzaban a brotarle con tanta desazón, que más que odios parecían sarpullidos.

Salió al corredor por recrearse en mirarla acudir a su quehacer asistiendo a los recién llegados y disponiéndoles aposento.

Como el tío aún se estaba con el aquel de sus achaques, seguía siendo la sobrina el alma de la venta.

Un poco más sosegado, porque ya miraba que sus cosas llevaban mejor rumbo, paró la atención en el patio, y aun parece que acertó a darse cuenta de lo que es la república de una posada.

★

Es como si dijéramos, en lo que hace a las de España, un pintoresco resumen de todas las otras provincias, porque allí suelen juntarse la representación plebeya de cada una; y el alma de todo estado, es el pueblo.

De toda la península hay alientos y pesares y penas.

El sol recio de las llanuras manchegas, que seca la tierra y cuartea la epidermis y en la aspereza de las vidas se entra; allí está en la mocedad de media docena de arrieros, y de vez en vez, el quebradizo y ligero metro de las seguidillas alegra los ámbitos.

La parda Castilla, que es tierra austera, madre de místicos, de pensadores y de picaros, suele tener muy gentil representación en trajinantes de Arévalo, mercaderes de Avila y pañeros de Béjar.

Ganaderos astures y leoneses, tam-

bién con la rudeza armoniosa de su habla, dejan bien representado el terruño.

Aragón, Cataluña, Murcia y el Andalucía, con sus frutos, sus sedas y sus flores llevan una vez por semana una bocanada de su hálito.

Viendo toda aquella batahola de diversas gentes, y más en tal día, que era de mercado, acudíasele al magín aquel párrafo donoso de una de las más notables novelas de Cervantes, en la que doña Claudia de Astudillo y Quiñones, tía postiza de doña Esperanza de Torralva, hace el retrato moral de los españoles:

«... Los vizcaínos son gente corta de razones; pero si se pican de una mujer, son largos de bolsa.

»Los manchegos son gente avalentonada, de los de Cristo me lleve, y llevan ellos el amor a mojicones.

»Hay también aquí una masa de aragoneses, valencianos y catalanes; tenlos por gente pulida, olorosa, bien criada y mejor aderezada; mas no le pidas más, y si más quieres saber, sábete, hija mía, que no saben de buflas, porque son cuando se enojan de una mujer algo crueles y de no buenos hígados.

»Los castellanos nuevos son nobles de pensamientos, y que si tienen, dan, y por lo menos, si no dan, no piden.

»Los extremeños tienen de todo, como boticarios, y son como la alquimia, que si llega a plata, lo es, y si cobre, cobre se queda.

»Para los andaluces hay necesidad de tener quince sentidos, no que cinco, porque son agudos y perspicaces de ingenio, astutos y sagaces, y no nada miserables.

.....

Los asturianos son buenos para el sábado, porque siempre traen a casa grosura y mugre.»

En esto hízose de noche, y pensando que ésta era la hora de más ajetreo en la posada, en la venta, por ser la de las cenas, entróse en el aposento y, adobando por sí mismo el candil que colgado de una grieta en la pared tenía sobre la mesa, puso a esperar y desesperar el ansiado momento en que Ginesa subiera a darle aquellas prometidas razones.

En la mesa había unos libros y unos papeles blancos.

Sin duda que era estancia destinada a los más delicados personajes que pudieran caer en el establecimiento.

Por hacer la espera menos enojosa púsose a hojear los viejos folios.

El ruido que poco antes venía del patio cesó.

De allí a poco oyóse en el silencio de la noche una clara y bien timbrada voz que cantaba este romance:

Me tiene el alma en un grito
la moza de la posada,
que es la moza más gentil
que pude echarme a la cara.
Si lejos della me encuentro
en arrieriles andanzas,
suspiro a mares por verme
en la tierra cortesana,
barrio de la *Moreria*,
portalón de la posada.
¡Pardiez, que toda la sangre
me bulle que se me escapa
cuando a la moza que quiero
la miro galanteada!
Muchas, ¡mi Dios!, son las noches
que el sonar de las guitarras
a mi aposento se llega
pasando por su ventana.
¡Mi cuchillo cabritero
pusiérales por mordaza!
Hay una copla que dice
(quien la compuso malhaya)
que las mozas de mesón
parécense a las guitarras,
porque a su sabor las tañe
cada viajero que pasa.
¡Juro a Dios que la mi moza
no tendrá más quien la taña
que el arriero de su vida
con las púas de su alma!

Mocita yo la quisiera
que el perro oficio dejara,
porque la gente trocara
el llamarla posadera
y arrierita la llamara.

Ni hízole a Ricardo mucha gracia la canción (que desde luego entendió que a nadie más que a Ginesa iba encaminada), porque pensaba que, sin duda alguna, era el espejo de todos los ojos y el cebo de todas las ansias;

mas luego tranquilizábase con este bálsamo:

—Quiérame ella, que yo fío que a nadie más dará quebrantos, porque me la llevaré donde no otro que yo la admire y la adore y se recree con su hermosura.

Y subiéndosele tanto amor a la cabeza, tomó la pluma y compuso este romance, que miren por donde es bueno que en los cuartos de las posadas haya recado de escribir:

Quisiera que fueras fuente
para beber de tu agua;
que fueras sol para ahogarme
con el calor de tus brasas:
nieve fría que en enero
azotárame en la cara,
y tierra que me acogiese
en el fin de mi jornada.
Dijéranme que el querer
intenso que me juraras
era falso y en un punto
perjuras le quebrantaras,
y ahorrara en el mesmo instante
que el duelo se me probara.
el vivir, Ginesa mía,
pues que mal vivir le alcanza
a quien antes que la vida
le han arrebatado el alma.

★

Fué hora de la cena, y bajó Ricardo a la cocina, avisado por una moza de servicio, que, por descompuesta y no nada limpia parecía brotada en el mismo tronco que aquella insigne Maritornes que anda por las doradas páginas del más famoso libro que se escribió en el mundo.

★

Cenó el hombre con mucha gana, que la ilusión de lo que tenía delante de los ojos y entre ellos quitábale las furias del hambre.

Cuando terminó la cena y levantáronse los manteles, y los más de los huéspedes desparramáronse por aposentos, patio y zaguán (pues que todo sitio se aprovechaba, porque la gente del campo tiene anchas espaldas y suele hacerse a toda incomodidad), buscó de nuevo Ricardo a *La Niña de Plata* para ver de acabar su pleito.

Ya había acabado su quehacer y dado cuenta al tío de la marcha del negocio en aquel día, y así pudo tomarlo con alguna calma, aunque no tanta como quisiera el enamorado galán.

XI

Y comenzó el coloquio por estos derroteros:

—¡Cuánto me pesa de veros en esta vida!

—¿Por qué?

—Porque más tenéis trazas de reina.

—¿Pues aquí pensáis que no lo sea? La mesma soberana, mujer del rey, no tiene ni entiende en tanto gobierno de España como yo en esta poquedad de tierra.

—Otro gobierno es el que yo quisiera para vos, con un solo vasallo, que vos donde quiera que sirváis tenéis de ser señora, mas que hubierais por dama a la misma luna, y bien se os puede aplicar aquel soneto que parece cortado para vos:

Si no hay en el decillo gran pecado,
cuéntame Belisarda por tu vida
cómo naciendo para estar servida,
te ha placido tomar tan bajo estado.

Lindaza, ha tu merced tan repolida,
y gracia y galanura en tanto grado,
que bien pudieras presidir estrado
donde quiera que tu ama le presida.

Si ella, en ciencia de amor, es profesora,
mal puedes tú valer para enfermera,
pues que tienes la borla de doctora.

Y ya sé yo muy bien de quien rasgara
las vendas que una reina le pusiera,
si luego tu merced las hilvanara.

—Gracias por la lisonja.

—Bien puede dar algunas quien tantas tiene de sobra. Decidme, ¿comenzáis a quererme ya?

—Ricardo, yo no sé si os quiero o no; sólo puedo decir que el agradecimiento a que os estoy obligada tiénenme puesto en mi pecho algo más

que amistad y afecto, pero que aún no llega a ser amor. Aquel pesar mío fué tan grande, más que por el pesar en sí, por el escarnio que trajo de mi persona, que me ha dejado el corazón muy tardo para otra pasión nueva. Véome completamente sola en el mundo, porque mi tío harto hará con pensar en irse muriendo, y no hállome con fuerza para tomar un hombre por mío, porque siempre me parece que habré de estar humillada ante él.

—Ginesa, con ser muy honda esta pena para mí, es tanto y tan grande mi amor que bien os puedo jurar, sin peligro de hacerlo en falso que no habría otro pensamiento que se le pusiera delante; mirad cómo será, que en queriéndonos, tengo hecha determinación de que nos casáramos el mes que viene.

★

Comenzaba a ver Ginesa que el amor que aquel hombre le ofrecía era ingenuo, brotado limpiamente en el corazón, sin sombra en los demás sentidos, y comenzo a apesadumbrarse.

Pero los primeros brevísimos instantes, ésos en que se desarrolla toda emoción y llegando apenas a componer un segundo parecen siglos, fueron de alegría por encontrar quien la diera su nombre y la rescatara noblemente al bienestar de la vida. Fué el alma de la mujer que piensa que su camino en el mundo es casarse y se halla con él medio andado.

Pero en seguida vino la otra reflexión al acordarse de la cita que por miedo hubo de dar a Laurencio para aquella misma noche. «¿Qué hice yo?»

Y comenzó a querer desandar lo andado; pero acontecía que pugnando por convencer a Ricardo, como ella no era mujer que mereciérase aquel sacrificio, enamorábale más, y con doble fuerza indignábale de su parte.

—Pasados los primeros días de ilusión, comenzaréis a pensar que en estos labios se han puesto otros labios que no fueron los vuestros y otros brazos adueñáronse del cuerpo, y así con la tortura del constante pensar vendrá el aborrecimiento y al fin el desvío. Ricardo, reflexionadlo mejor y os convenceréis de que yo no soy para mujer casada con quien sepa mi vida anterior.

—Por este mismo cariño que os tengo y la mano que os ofrezco—rogábala el mozo—, os pido que de aquello nunca más os volváis a recordar, tenedlo como si nada hubiese pasado, que yo, desde ahora, os prometo que así en mi pensamiento como en mi corazón no quedan resquicios si no es para quereros.

—Ricardo, mirad que os hablo con toda la nobleza de mi alma. Advertid que en las cosas de amor no haya nada tan difícil de encomendar al olvido como los pasos que el amor que nos aprisiona nos dió enlazado de nuestra mano.

★

Avisóla en esto una zagalilla de que subiera a ponerle el reparo a su tío, que ya era tiempo. Y con ello vió, como dicen, el cielo de par en par, pues tendría tiempo de evitar la llegada de Laurencio.

—Pensadlo bien, Ricardo, por lo mismo que decís que me queréis con tantas ansias. Ved que cuanto más fuerte es el amor, tanto más cruel es luego el odio—dijo, y salió de la cocina prometiendo volver.

XII

Antes de entrar en el aposento del *Manchao*, entró en el suyo *La Niña de Plata* y cerró enteramente la ventana por donde habría de entrar el seductor.

Como el que espera, desespera, así de que transcurrió como un cuarto de hora, que a Ricardo antojáronsele cuatro cuando menos, determinó de subir a su aposento, por observar desde él qué causa obligaba a la tardanza.

En aquel mismo instante dispuso el diablo que llegase Laurencio a la cita, y a igual tiempo que Ricardo subía

las escaleras que al corredor llevaban, escalaba el otro la ventana de Ginesa; pero así como llegó a ella, encontróse con que estaba cerrada, empujó recio y vió que no estaba con ánimos de abrirse.

Enfadóse de la burla, y como era hombre voluntarioso y de no buenos higados, no pensó sino en tomar venganza.

Vió que junto estaba otra, que correspondía a un pajar, y embocó por ella osadamente.

Ya en esto llegaba Ricardo al corredor y el otro salía en busca del aposento de Ginesa.

—¿Quién va allá?—grito Laurencio, echando mano a la daga.

Y el otro, pensándose que era alguna venganza prevenida por Ginesa, hízose atrás buscando nuevamente el sitio por donde entrara, al mismo tiempo que decía:

—Pues qué, ¿la señora Marizápalos tiene guarda de honor? Ello es tanto como no tener dineros y prevenir de bolsillo.

Ricardo, que, aunque hubiese tardado cien años en hallarse con Laurencio, no se le despintaba la voz, conocióle en seguida, y yéndose hacia él de un salto de tigre le dijo:

—Al fin caíste; ya era hora, galán. No habías perdido las mañas. Entraste por donde los ladrones. ¿Qué venías a buscar?

—¿Qué pudiera sino lo que es mío?

—Pues yo soy quien tiene de dártelo.

A este tiempo, aunque el ruido que hacían entrambos no era mucho, pues Ricardo quería, ya que la venganza llegábasele tan a la mano, tomarla sin testigos, sintióse el jadear y salió Ginesa al corredor seguida de la otra moza, que traía un velón en la mano.

—¿Qué es esto?—preguntó.

Mas pronto conoció lo que era viendo a Ricardo abrazado con un hombre, dando tumbos por el suelo.

Mirando el mal negocio, comenzó a dar voces pidiendo socorro, con lo que alborotó toda la casa, y hasta el *Manchao* salió medio arrastras como bien pudo.

Los enconos de los dos hombres habíanse despertado con instintos de fieras.

La daga de Ricardo dió en la diestra de Laurencio, el cual tiróle un terrible tajo a su adversario; pero, más fuerte y más rápida la mano de éste, se apoderó del brazo ofensivo y, volviéndole contra su dueño hízole que por sí mismo se clavara el arma en el pecho.

Consiguieron al fin separarlos y dejar a Laurencio en su agonía.

—Me perdió para toda la vida—decía Ricardo bañado en lágrimas los ojos, mientras se dejaba maniatar.

La Niña de Plata, por impulso de humanidad, o por fuerza de amor, que siempre da aroma en las lindes de la muerte, acudió al herido.

—Este, con los ojos muy abiertos, la miraba, mientras las manos se crispaban en los últimos espasmos.

—Sólo un consuelo puedes darme—le dijo con un hilo de voz—, aunque tanto mal te haya hecho que procuraras mi fin: que me des un beso; ya conocerás que poco puede guiarme el pecado cuando estoy para partirme desta vida. Es el último beso; el primero me lo diste por amor, sea el último por compasión.

Ginesa, volviendo los ojos hacia donde Ricardo estaba, llegóse al moribundo y arrodillándose ante él como ya pudiera ante su tumba, fué a posar sus divinos labios, ahora pálidos como un clavel marchito, sobre la helada frente.

Laurencio seguía rascando con las manos en su torno; alzó la diestra, armada con el acero que le trajo la muerte, y desde la oreja a la boca rajó, como acostumbran los jaques con sus coimas, la pálida y bella faz de *La Niña de Plata*...

Madrid, abril de 1916.

EL ALMA AL DIABLO

NOVELA UN TANTO FANTÁSTICA

CAPITULO PRIMERO

LA OCUPACION DE UN HIDALGO

Don Juan de Avendaño y Fuentesclaras, hidalguillo segundón de un lugarcillo de Castilla, escondido entre Medina del Campo y Arévalo, no tenía otra ocupación en Madrid que la de vivir holgonamente de la mañana a la noche, siendo, como decirse suele, «Periquito de todas las bodas».

Hospedábase en una posada de caballeros de la calle del Príncipe, colindante con el «corral» de las comedias que lleva el título de la misma jerarquía principesca y es áurea cuna de tantas y tan valiosas joyas de la hispana escena.

Abría los ojos todas las mañanas a las nueve menos cuarto, despabilado por el cascabelero esquiloncillo del vecino monasterio de Nuestra Señora de la Visitación, que llamaba a coro a las mansas corderuelas del Señor que allí tenían su apacible y seráfico redil.

Lucas, el mozo de su servicio, ya teníale dispuesto y limpio el vestido que había de ponerse: relucientes los zapatos, que pudiera mirarse en ellos como en un pulido espejo; bruñida la empuñadura de la espada, y cuidadosamente rizada la guacamaya pluma del haldudo chambergo.

Luego de bien chapuzado en una amplia jofaina de dorado azófar, mientras su fidelísimo fámulo le calzaba (curando de estirarle tanto las medias que las venas trasluciánsele a través de la sedosa cárcel), entregábase a las manos del barbero, que en bien poco menos de una hora, entre jabones espumosos, pomadas suavísimas y aguas olorosas, pasos de verduguillo y hierros calientes, dejábanle hecho un ascua de oro.

Acabábase de vestir con parsimoniosa lentitud, minuciosamente asistido por Luquillas, y una vez ceñido el cincelado estoque y calzados los ambarinos guantes, seguido de su fidelísimo acólito, ponía, al fin, los pies en la calle, desafiando con su estudiada arrogancia a cuantas hembras de toda clase y condición hallaba en su camino.

Si aún era tiempo, entraba a oír misa en la Victoria, templo cortesano por excelencia, preferido de damas y galanes, por cuanto ellas iban a dejarse ver y ellos a rendirles devoción profana y galante, relegando la divina a muy segundo término. Bien que después se confesaban contritamente de tamaño desacato y quedábase la conciencia tan limpia.

Si la hora del santo sacrificio era pasada, sin afligirse por ello mucho, dejaba la devoción para el próximo domingo, que había misa de dos en el Buen Suceso.

Como el tiempo estuviese apacible, encaminábase a las Gradas, en donde podía tomar muy bien el pulso a la crónica matritense, libando las noticias, más o menos ciertas, que corrían de corro en corro, y lo mismo daban fe de si «subía o bajaba el Turco», si había eclipse de sol en Finlandia o en Laponia, que el precio de las sardinas que llegaban de Laredo o la nueva pragmática contra los coches. Y si había azotada o emplumada que a golpe de penca y grito de pregonero recorría las calles acostumbradas, no dejaba, como cada hijo de vecino, de acolgajarse en las barandillas de la lonja, que caía sobre las covachuelas, para ver la «divertida» cabalgata con toda su cohorte de ministros, verdugos y muchachos por la calle Mayor.

En oyendo las Avemarías hacia coro piadoso con cuantos se encontraban al

aire libre, y destocándose respetuosamente el emplumado chapeo silabeaba la mariana plegaria.

Como aquélla era la hora del cotidiano yantar, nunca solía faltarle una mesa bien aderezada, en la que tenia prevenido cubierto, y cuando esto no, en su misma posada, que, como de caballeros que era, estaba bien abastecida, hacia penitencia.

A las dos en punto daba comienzo la comedia, y don Juan era punto fuerte en ella, teniéndole más distraido que la ficción escénica las desenvueltas beldades, que con sus provocativos escotes se exhibian en los «aposentos», y las pendencias de los «mosqueteros», en el «degolladero» y en el patio, tumbando a puros silbidos y municiones de huerta toda comedia que no fuese de Lope.

Finada la representación era forzoso hacer tertulia en casa de alguna comedianta de buen rejo, en donde no faltaba la partida de naipes y por cabo la suculenta cena, y cuando esto no era en el domicilio de la «Amarilis», de la Bezona, Jeromilla de Burgos o de otra histrionisa de buen donaire, no faltaba un garito de la peor especie, en donde hacer la tahurfesca «minerva» de los «cuatro reyes», hasta que las postreras tinieblas de la noche eran deshechas por los primeros resplandores del nuevo día.

Muchas veces, antes o después de este azaroso recreo, solía esparcirse el buen humor «corriendo cajas» (1), apaleando medrosos corchetes o azotando penitentes en la bóveda de San Ginés, y cuando los cuerpos estaban repletos de lo que perdió a Noé y la bolsa sin blanca, siempre seguido de su inseparable lacayo, que no le perdia pisada, y recogiase a descansar del continuado ajetreo, asi como hombre de bien que ha cumplido santamente con Dios y con su conciencia.

Con tal género de vida, no era mucho que don Juan de Avendaño y Fuentesclaras, que habia venido a Madrid a disfrutar de la pingüe herencia que el comendador don Diego, su progenitor, habia dejado al susodicho don Juan y a cuatro hijos menores, que, bajo la tutoria de éste quedaron en el mundo, luego de recomendarle encarecidamente que mandara decir cinco mil misas por el eterno descanso de su alma.

Harto ancha la del mayorazgo heredero, acomodó a los inocentes compañeros de su vida con un mayordomo buscado a su medida, dejó el ánima paterna en el Purgatorio hasta el remoto día del Juicio, en que saldría por si sola llamada por la apocalíptica trompeta del ángel, y dedicóse desenvuelta y desaprensivamente a volear onzas como simiente en el otoño sobre los castellanos campos de panllevar.

La mejor «carne de falda» que despachaban en las «tablajerías», mejor abastecida y aún a domicilio, pasó por el almojarifazgo de su rijosa merced quien, como su legendario homónimo, tuvo muy buen cuidado de que ninguna pasara más allá de las fronteras de su ropilla, hacia la parte del corazón.

«Todas y ninguna», era el lema que pensó hacer bueno hasta el cabo de sus alegres días, por mucho que el señor fuese servido de alongárselos.

En un principio, a su llegada a la Corte, la suerte le fué voltaria y tornadiza, como hembra. Unas veces ganaba y otras perdia. Lo que una noche se dejaba sobre el tapetillo verde, volvíalo a encontrar a la siguiente en el mismo lugar o en otro de la misma laya, de los innumerables de que estaba infestada esta villa y corte de los milagros.

Uno de estos repetidos antros de perdición y preferido de los cofrades del azar, por lo apartado que estaba de la población, era uno que habia próximo al portillo de San Bernardino, tocando casi con la opulenta mansión del duque de Liria.

Allí iba cada noche la nata y flor de los tahures matritenses y provincianos y la peor ralea de la briba y

(1) Asi se llamaba a robar cajas de conservas o dulces puestas en las puertas de las pastelerías, ensartándolas con la espada, fingiendo acometer al pastelero.

la desaprensión, para quien toda trampa e ilegalidad no tiene secreto, y con tal de desvalijar a los incautos, sea como sea, no se repara en pelillos.

Por aquello de ser tal gente arriscada y pendenciera, y don Juan amigo de audaces y peligrosas aventuras, no dejaba éste de frecuentar semejantes zahurdas, y en más de una ocasión, estando muy lejos de prestarse a que la bolsa se le escurriese como zaque en feria, por la virtud de destrísimos juegos de manos, estuvo en inminente riesgo de dejarse prenda de tan alto precio como la vida; pero siempre la sangre fría, la agilidad de su brazo y el buen temple de su espada, le permitieron salir con el caudalillo intacto y sin un solo rasguño en la piel, no pudiendo ufanarse de la misma suerte algunos de los que fueron por lana y volvieron trasquilados.

Mas, plugo a Dios o al Diablo, que el tal garito, cuando menos se pensara pasara a mejor vida, y tanto Avendaño como los demás asistentes, hubieren de mudarse a otras ermitas del azar, ni mejores ni peores que aquélla.

Ya, a su tiempo, se dirá cómo hubo de acaecer este percance.

★

Y tanto parece que hubo de ir el cántaro a la fuente, que, sin llegar a quebrarse del todo, fué desportillándose y escapándose el agua por las quebraduras, hízose menester echarle lañas y pegotes de usura que vinieron a dejarle hecho un puro tiesto.

El manirroto y desatentado hidalgo tuvo más pretendientes y pedigüeños en el angosto zaguán de su posada que el mismísimo presidente del Consejo de Castilla en el amplio portalón de su vetusto palacio, al cabo de la calle Mayor.

Pasábase la mañana, no ya en las chismorreras gradas de San Felipe el Real, haciendo tiempo hasta la hora del yantar meridiano, sino visitando covachuelas usurarias en las que iba dejando las tierras que componían el rancio solar de sus mayores y las joyas con que sus linajudas abuelas aderezaban la gentileza de sus personas.

Como el estudiante endiablado, don Félix de Montemar llegó al extremo de jugarse el retrato de su dama, engarzado en brillantes, con la cadena de oro que le sustentaba, y si no se arrojó a jugarse el original de la primorosa miniatura, fué porque al banquero que le ganó no le satisfacían alhajas con dientes.

Y como don Juan de Avendaño, vivía la mayor parte de la mocedad opulenta de su tiempo, con varia fortuna, no siendo pocos los que se anegaban antes de llegar a las ansiadas orillas de la buena suerte.

CAPITULO II

EN DONDE EMPIEZA LA CUESTA ABAJO

Aquella misma mañana había recibido don Juan una carta de pago de su administrador contra un genovés de la calle de Postas, con otra personal para él, que, copiada a la letra, decía de esta suerte:

«Señor don Juan de Avendaño y Fuentesclaras.

»En Madrid, calle del Príncipe. Posada de Caballeros. Junto al Corral de las Comedias.

»Mi señor y dueño: Deseando a vuesamerced toda la salud de que yo disfruto, gracias a Dios, sirve ésta para enviarle los cuarenta y cinco mil escudos con cuarenta y cinco maravedises, importe de la venta de la huerta y casa de recreo de Los Parrales, que está en el Camino nuevo, y es la única que por el mal gobierno de vuesamerced—discúlpeme que se lo diga con tan entera franqueza—, le quedaba. De lo demás, no hay que hacer cuenta alguna, pues entre hipótecas, anticipos de cosechas, etc., todo se lo ha llevado la trampa, y aún por el mucho amor que le tengo y en fervoroso holocausto a la santa memoria de mi señor don Diego, vuestro padre, que buen poso haya, al que serví por el

largo espacio de treinta y cinco años, no quiero hacer memoria de los doce mil ducados que tuvo vuesamerced a bien pedirme por carnestolendas.

»Dios Nuestro Señor quiera tenerle a vuesamerced de su mano y le haga volver la vista a la realidad de las cosas, para mejor cuidado y satisfacción de cuantos le quieren bien, como éste su más fiel servidor que le besa las manos,

Román de la Torre.

»De Fuentedelolmo a 12 de junio de 1635.»

★

No me atrevo a asegurar que don Juan de Avendaño detuviérase a leer tan desoladora misiva, con no ser ella extensa, ya que el comunicante, como buen castellano, era poco amigo de gastar tiempo en palabras, y aun éstas pocas, tengo para mí que las iría saltando el pródigo lector hasta dar en el envío del dinero, y aun mucho que no hiciera como los estudiantes de su tiempo—y acaso de los actuales—, que en recibiendo epístola paternal y sermonaria, prendíanle fuego por una punta e iban siguiendo a la llama con los ojos, hasta dar en el renglón que anunciaba el envío de los deseados cuartos, que era lo único que de todo lo escrito importaba.

Mas don Juan no fué tan descortés; leyó la carta después de haber cobrado la letra. Lamentóse de la necia prodigalidad que le llevaba camino de verse pidiendo algún día limosna por las calles, o aun, quizás, algo peor. Fuese luego a las «Gradas», por no perder la costumbre, comió después con unos amigos pegadizos y unas tusoncillas pedigüeñas en la hostería de Herradores, pasó la tarde en la comedia, dió unos garbeos por el Prado de San Jerónimo, llevando siempre a la zaga de su bizarra persona a su inseparable fámulo, y acabó en la zahurda tahurfesca de Leganitos.

No entrara con mayor brío y altanería el duque de Alba en Bruselas como él entró en el infecto garito. Bateros y capigorrogones adelantáronse a recibirle. Lucas tuvo que luchar, casi a brazo partido, para evitar que metiéndose unos y otros en su menester servicial, no le tomaran capa, espada y sombrero.

Comenzó nuestro hombre a jugar y lo hizo con relativa mesura en los primeros momentos y con tan buena suerte, que no había puesta ni rentoy que no le floreciera a la medida de su deseo. Pero, ¡válgale el angel de su guarda que en tan buena entrada estuvo el cabo de su perdición!

Confióse pensando que la veleidosa suerte habíase puesto a su vera; comenzó a aventurar recias sumas—según él decía, para acabar antes e irse a charlar «largo y tendido» con la más bizarra coima de cuantas traía al retortero de su pecaminosa munificencia.

Así, como los gitanos dicen que no quieren a sus hijos con buenos principios, tampoco los tahures apetecen sus azarosas andanzas en busca de la buena estrella, con buen viento, por que luego cambiase aquél y viene la galerna que les echa a pique. De esta manera acaecióle a nuestro protagonista.

Dióle capricho por jugar siempre al caballo, que hasta entonces habíale llevado en carrera triunfal, pero, sin duda, el antojadizo rocín se cansó con tan repetidos saltos y corvetes, que decidió no tornar a presentarse en la palestra, más que le abrieran los ijares a puros espolazos.

.....

Salió otra vez la contraria, y los últimos doblones con que don Juan marcó la postura, fuéronse por el mismo camino de perdición que habíanse ido los que les precedieron.

Avendaño jugaba ya de palabra aquella respetable suma con la cual pretendía buscar el desquite de lo perdido, y así le dijo al banquero:

—Señor don César, quince mil doblones quedo debiendo a vuesamerced, no más de hasta mañana, al punto de las doce del día. Dios le guarde y en lo que resta de noche sea de darle

más suerte de la que plugo darme a mí.

—Vaya sin cuidado alguno de mi parte el señor don Juan y tómese para ello todo el tiempo que estime necesario, pues ya sabemos todos que es hombre a quien se le puede fiar.

Dió el otro una palmada y apareció Lucas trayendo el chambergo, la capa y la espada de su amo.

Cubrióse éste; puso luego el acero en el talabarte y por cabo del aderezo de su indumento, colocóle el diligente lacayo la capa sobre los hombros.

Saludó a la concurrencia y fuése.

Todos abriéronle paso con muestras de pesarle la mala ventura que persiguióle durante toda la noche, porque, quién más, quién menos, sospechaba que aquel hombre se había dejado algo más que su patrimonio sobre el tapete verde.

Los tahures no le estorbaron el paso, como ordinariamente acostumbraban a hacer cuando retirábase ganancioso; antes, al contrario, hubo alguno tan agradecido, que viendo como habíase quedado a buenas noches, apresuróse a ofrecerle su bolsa, fineza que don Juan rehusó con cierto mohín que más tenía de orgullo ofendido que de atención agradecida.

Y apenas el tal puso los pies en la calle, se cruzó entre los que quedaban el siguiente diálogo:

—Tiempo ha que este hidalgo tiene quebrada la suerte.

—Ni con el pensamiento acierta.

—Dinero que pone a una carta, es como si tuviese el capricho de arrojarle por la ventana.

—Diz que toda su hacienda se ha deshecho como la espuma, sobre esta mesa y otras por el estilo.

—Y es por todo extremo notable la flema con que pierde.

—Jamás se descompone su rostro ni se alteran sus modales.

—Si no se le viese entregar el dinero, no hubiera forma de saber cuando gana y cuando pierde.

—Así es la verdad.

—Yo pienso que debiera hacer alguna promesa a su santo patrón para que le cambiase el viento.

—Que no jugase en una larga temporada, sería lo más cuerdo.

—Tanto como eso, paréceme que no habrá de tardar mucho tiempo en tener que hacerlo, porque—según mis noticias—ya no tiene suyo más del cuerpo, que ha de ser de la tierra.

En tales y más lamentosos comentarios desahogáronse los compasivos tahures por algún espacio, pero a todos los hizo callar el vicio que les dominaba.

La voz del que tenía la baraja gritó una vez más:

—¡Hagan juego, señores!

Y a partir de este imperativo mandato, ya nadie tornó a recordarse del ausente ni fueron oídas más palabras que las de uso de aquellas reñidas batallas del azar de la trampa y de la codicia.

★

Tan pronto como amo y criado viéronse en la calle, dijo el primero al segundo:

—Por todo lo que resta de la noche no he menester de ti. Vete, pues, a donde bien te plazca. Mañana, a la hora de costumbre, entra en mi aposento, y un pliego que hallarás sobre la mesa, llévale a donde dirá el sobrescrito.

—¿Sin despertar a vuesamerced? —preguntó el mozo.

—No habrá para qué hayas de tomarte ese cuidado, ya que es posible que tenga el sueño tan profundo, que no habré de oírte por más voces que me des—dijo don Juan de una manera tan extraña, que Lucas no pudo por menos de exclamar:

—Señor, ¿qué es lo que ha pensado vuesamerced?

—Nada que pueda inquietarte. Y, ahora, déjame. Ya sabes cuán poco gusto de que se comenten ni se contradigan mis órdenes—volvió a decir el caballero.

Y el lacayo, que notaba algo fatídico en las palabras de su señor, se atrevió a insistir:

—Pero...

—¡Voto a Cristo...!—rugió aquél

crispando los puños—. ¿Hablo yo en griego para que no se me entienda?

No hubo menester más el buen Lucas, que debía de conocer los puntos que calzaba su señor, siempre que éste se salía de sus casillas, y diciendo: «¡Dios os guarde!», echóse calle abajo.

★

Cuando don Juan quedóse a solas con sus pensamientos—y ya eran éstos harta compañía—, desembozóse, pues todo él echaba yescas, aun siendo la noche, como era, de las frías de marzo, y destocándose el sombrero comenzó a caminar a la ventura, con la vaguedad de una sombra, que, por el hecho de serlo, parece no tener rumbo cierto.

Bajaba por la calle de las Huertas, con dirección al Prado, camino que tan bien sabía en sus horas felices, que por esto acaso echó hacia allí, impulsado inconscientemente por la fuerza de la costumbre.

Topaba en su camino con muy «piadosos» cofrades de Baco, que salían de las infinitas tabernas que por allí había—siendo, como magistral de todas, la famosa de Lepe tantas veces cantada por Quevedo, que abría sus puertas esquina de la calle del Lobo—; con lumias que esperan la rijosidad de los noctámbulos, por lugares tan distantes de la virtud.

Tan metido en sí mismo iba, que en nada paraba la atención y más de una de aquellas ninfas pudo quedársele con la capa entre las manos sin que él se diese cuenta.

La vista érale difícil distraerla, según las apretadas tinieblas que envolvían las solitarias calles en poniéndose el sol tras las altas crestería del Guadarrama.

Sólo de tarde en tarde, algún devoto retablo, puesto por piedad del vecindario (que, aunque pecador, era muy buen cristiano), quebraba la intensa negrura de la noche.

La causa del tormentoso estado de ánimo que embargaba a su merced, ciertamente que no era para menos

Como pensaban sus comilitones de la tahurería, no sólo habíase hundido todo su cuantioso patrimonio en el proceloso y revuelto mar de los naipes, sino el de aquellos sus hermanos menores; item más, cuanto hubo de aventurar sobre palabras, sin tener manera de hacerlo efectivo.

Ya no había en toda la corte quien quisiera prestarle ni el valor de un alfiler, y, por ende, no quedábale alhaja que pudiérale servir de garantía contra la poquedad y miseria de una docena de escudos.

Toda aquella alegría de sus primeros pasos en Madrid, y el no reparar en que al hoy sigue inmediatamente el mañana, tornósele lúgubre melancolía y no pensó más que en librarse de sí mismo.

Para salvar la honra no encontró otro arbitrio que la muerte, y al cavilar esto, acarició el adasmasquinado puño de la daga, que al lado diestro del repujado cinturón hacía par a la espada de retorcidos gavilanes.

En realidad, estas dos piezas, más dos magníficas pistolas de arzón que había en su posada, eran los únicos bienes de que podía disponer a su antojo; pero las armas y las espuelas, un caballero de entonces las conservaba hasta más allá de la vidà, para que le sirvieran de mortaja.

Por poner alguna paz en la reñida batalla en que traía envueltos el corazón y el cerebro, quedóse durante un buen espacio sin poner el magín en tortura.

Andaba y andaba porque las piernas movíanse mecánicamente, no porque la intención y menos la voluntad le guiasen. Mas, al cabo de otro poco —pues el pensamiento tan cargado de motivos negábase a permanecer quieto—, tornó a dar vuelta a la erizada rueda de sus pesadumbres.

Por el comienzo de la calle, aparecieron las inquietas luciérnagas de los farolillos de una ronda.

El apesadumbrado giróvago d i ó s e cuenta de tan molesta aparición, y para evitarse el enojo de ser interrogado por el alcalde que la mandaba,

se resguardó en el quicio de una puerta que halló a mano.

Tal se incrustó en aquel sitio, que no parecía sino bulto labrado en la piedra, como guardián de la para él desconocida morada...

Y pensó: «Lo cierto es que si estos tiempos de ahora fueran como esotros de antaño en los que dicen que el Diablo andaba suelto por el Mundo, no habría necesidad de recurrir a medios tan extremosos como los de quitarme la vida para quedar honrado, con lo cual, considerándolo bien, mis acreedores no cobrarán ni un solo maravedí. Bastaría y sobraría con venderle el alma.»

A todo esto, la ronda alguacilesca se acercaba. Iba a sorprenderle, y ante el temor, don Juan se apretó más contra la puerta, para ver de pasar inadvertido.

Las palabras de los ministriles, aun dichas en voz baja, oíanse ya cerca.

De lo alto, una princesa del fregadero lanzó la terrorífica advertencia de:

—¡Agua va!

Y antes del saludable aviso de haberse desvanecido en las ondas del eco, un verdadero torrente de agua sucia, que estuvo a punto de ponerle como ropa de Pascua, encharcó la calle, convirtiéndola en albañal.

El que tan en riesgo estuvo de ser bautizado de nuevo, sin necesidad de padrinos, lanzó un juramento y se replegó más en su escondite.

CAPITULO III

EN DONDE DON JUAN VENDE SU ALMA AL DIABLO

La puerta cedió de improviso y el hidalgo hubo de hacer prodigios de equilibrio para no dar con su cuerpo en tierra.

Instintivamente, tanto para evitar el golpe como para esquivar a la lechigada de alguaciles y corchetes que se le venía encima, entróse en el zaguán que tan franca y oportunamente se le brindaba a la espalda.

Apenas entrara, volvió a encajarse la puerta.

Fuera, oíanse los pasos de la ronda.

En el fondo del oscuro portalillo había una escalera y al cabo de ella un aposento del que emanaba una luz.

Don Juan quedóse indeciso en la penumbra del portal.

Una voz, de cierto tonillo metálico, que parecía salir de la estancia iluminada, exclamó:

—¡Adelante! ¡Suba quien sea!

Y maquinalmente, sin imperativo alguno de su voluntad (como eran todos sus actos de aquella noche), subió don Juan los empinados peldaños, que encontró a tientas y dió en la pieza de donde salía la voz que le invitara a subir.

Era aquélla un amplio salón sobriamente amueblado.

Había una mesa en el centro, y, sentado tras ella, en un gran sillón, tapizado de cuero negro, un gentilhombre de más que mediana edad.

Vestía el tal ropilla negra, según el último figurín de la moda cortesana. Traía al cuello una valona tan exagerada, que daba a la cabeza la apariencia de estar puesta sobre un plato.

Antes de que el recién llegado pronunciase palabra alguna; por vía de saludo, habló el huésped:

—Vamos a ver si hacemos trato. Tomad asiento, si gustáis—añadió, indicando a don Juan otro sillón semejante al que él ocupaba.

Pero el invitado permaneció en pie, preguntando:

—¿De qué trato habláis? Yo, no recuerdo de haber cruzado palabra alguna con vos en todos los días de mi vida.

A lo cual respondió el otro:

—¿No habéis pensado hace un instante, que, de ser éstos aquellos tiempos de antaño en los que el diablo acostumbraba a darse unos garbeos por el Mundo, y dada la apurada situación en que os encontráis, no hubieseis tenido escrúpulo alguno en venderle vuestra alma?

Tal extrañeza hubo de causarle a

Avendaño la diabólica proposición que, de momento, no supo qué responder.

Por lo que el de la ropilla negra, con voz que pugnaba por ser amable y persuasiva, repitió insinuosamente la pregunta.

—Así es—afirmó don Juan, no siendo capaz de ocultar cierto sobresalto que, nunca hasta entonces, había embargado su probada entereza en los momentos de peligro.

—Pues he aquí—prosiguió el de lo negro—que yo soy, ni más ni menos, que el mismísimo Satanás en traza humana y que, en principio, acepto vuestra oferta.

A este punto se repuso alguna cosa el caballero y acertó a decir:

—Quien yo pienso que sois, no es otro que el dueño de esta casa o inquilino de ella, demasiado bromista, que, habiéndome oído semejante exclamación (porque, seguramente, pensé en voz alta), no teniendo mejor cosa en qué pasar el rato, habéis querido reír a costa mía... Pero, si es así, yo os juro a Dios...—y echó mano al puño de la espada.

—Si tal juráis, no haremos cosa de provecho, porque os dejaré abandonado a vuestra mala ventura y vuestra alma vendrá a mí de balde, antes del tiempo que os iba a proponer—arguyó Satanás con gran flema.

—Y ¿qué garantías me dais—inquirió Avendaño—de quién sois y no un desocupado zumbón, porque vuestro exterior no es tal y como describen y ordinariamente pintan al rey del Averno?

—Ni yo, en buena hora lo diga, he sido jamás de esa absurda y arbitraria manera—respondió aquél un tanto amoscado—. Yo fuí formado por... *Ese* por quien acabas de jurar, a su hechura y semejanza; lo mismo que tú. Como dices haberme visto en bustos y estampas, me forjaron el miedo y la mofa de tus semejantes, muy dados a contrahacer las cosas y a desfigurar los hechos, de manera que ni el mismo Creador, si no fuese quien es, sería capaz de reconocerlos tal y como salieron de sus manos. .

Y prosiguió, creyéndose, sin duda, en el caso de ser explícito con su futura presa.

—Pero yo, en buena hora lo diga, jamás he tenido cuernos como las cabras, ni rabo, como los cometas. He sabido amoldarme a las épocas e ir con la moda, y no he dejado de venir al Mundo y revolverle de manera que nunca se halle en paz. Unas veces, he sido ministro que ha encismado a la nación con su política falaz y artera; otras me he presentado como caudillo del pueblo, haciéndole caer en la abyección y en la ignominia. En no pocas ocasiones, me he ceñido una corona, poniéndomela por montera, y nunca he dejado de ser alguacil, escribano y usurero, que entre todos ellos tengo bien repartida la sangre que perdí al dar el batacazo que me lanzó desde las cumbres del Cielo a los antros más tenebrosos del Averno. Y por que veas ahora mismo una muestra evidente de mi autenticidad, quiero presentarte a la ronda que te obligó a esconderte, que no es sino mi grey lacayuna, que ya otea tu carne muerta y venía a recoger tu alma.

Dió una palmada y al eco de ella don Juan vió irrumpir tumultuosamente en la estancia a la gente de justicia y prosternarse a los pies de su amo y señor como mansos corderos que se acuestan y rezongan en torno del rabadán que les pastorea.

Tras éste levantóse una asfixiante nube de humo y todos desaparecieron como por ensalmo, dejando por estela de su infernal condición un insoportable olor de azufre, que hizo estornudar repetidamente a don Juan, lo mismo que si se hubiese llenado las narices de tabaco en polvo.

Cuando hubo dado el último estornudo, dijo Satanás:

—Concretemos, que falta poco para amanecer y yo no puedo estar en la Tierra a la luz del día. ¿En cuánto me vendes tu alma?

Avendaño no respondió.

Satán repitió la pregunta, agregando, para animar al que ya consideraba como objeto exclusivo de su pertenencia:

—Pide luego, sin miedo.

Avendaño meditó durante un buen espacio y respondió al fin:

—En quince mil doblones de oro, que es la postrera suma que perdí y he menester pagar a las doce en punto de esta misma mañana, para que mi honor quede limpio.

El príncipe de las tinieblas exclamó sin vacilar:

—Acepto.

Pero viendo don Juan la facilidad y aun el contento con que el genio infernal cerraba el trato *ipso facto*, pensó que, indudablemente, su alma valía mucho más, ya que, sin regateo alguno se la compraban; que tal es la vanidad humana que, pocas veces, por no decir que ninguna, se estima en el justo precio de su verdadero valer, y así como suele decirse, se da a sí mismo gato por liebre.

Haciendo, pues, el comprado un ademán para contener la mano del comprador, que iba al alcance de una gavetilla, para sacar el contrato que, con su proverbial diligencia ya de antemano tenía extendido en letra procesada, que es letra infernal, le atajó:

—¡Quedo! ¡Quedo!, señor Diablo. He pedido quince mil doblones, pero no me haga tan necio que piense que fijo esa suma como precio único y por una sola vez. Tal cantidad, se sobrentiende que ha de ser diaria.

Aquí Satanás no fué dueño de sí mismo y dió un respingo que estuvo a punto de dar en el suelo con la mesa, y exclamó:

—Pero, hombre del... diablo... ¿Qué dices? ¿Estás en tu cabal juicio?... Vamos; creo que para consolarte de las pérdidas que has sufrido esta noche has bebido un poco más de la cuenta.

Y Avendaño, subrayando flemáticamente las sílabas, repitió:

—Quin-ce-mil do-blo-nes, di-a-ri-os. Ni un ochavo menos.

—Reflexiona—arguyó Satán—que los tiempos están muy malos, que aún no se ha descubierto la piedra filosofal y que el oro está por las nubes, lo que equivale a decir que casi fuera del alcance de mis manos. Además, el negocio no va tan bien como tú te lo figuras, pues los peores enemigos de él son los mismos diablos que tengo a mi servicio, que se conciertan con los mismos condenados para ahorrarles tormentos. Cierto que recibo muchas remesas de almas, pero se pierde..., se pierde. Muchas de ellas no valen ni la leña que consumen.

Avendaño le dijo que lo había mirado bien y que le pedía lo último.

En conciencia, ya el señor diablo tendría ocasión de comprobarlo por sí mismo; no podía darse en un maravedí menos.

—Sea como quieres—aceptó Luzbel—. Te daré lo que me pides; pero, en lugar de cumplir el plazo en una fecha larga, que será de aquí a seis meses.

—¿Qué gano entonces?—protestó don Juan—. Con esa condición, no me conviene.

—Salvas tu honor—respondió Luzbel—, ya que pagas lo que anoche quedaste a deber, que es deuda «sagrada». ¿No llamáis así los hombres a los débitos del juego?

Reconoció don Juan el poderoso argumento de su prestamista, no sin que aquél dejase de dar otra apretada vuelta, diciendo:

—Quedan otras dos condiciones, sin cuyo cumplimiento por tu parte, no cerraremos trato.

—Di cuales, y si no son muy usurarias...—replicó Avendaño.

Y contestó el Malo, rascándose una oreja con las barbas de la descomunal pluma de buitre que ya tenía en ristre:

—Esa cantidad la tendrás que gastar tú mismo en el inaplazable espacio de veinticuatro horas, sin que al terminar el día te quede de ella ni un solo maravedí. Item más, no podrás dar limosna ni hacer cosa alguna que redunde en bien de nadie; antes, muy al contrario, esa crecida suma ha de servirte para incrementar el vicio, la corrupción y la deshonra entre tus semejantes, de manera que parezcas agente mío en la Tierra. En cambio, yo me comprometo a entregarte el dinero cada noche, al dar la postrera campanada de las doce, en cualquier lugar que te halles. ¿Te parece bien?

Asintió don Juan. Entonces el ángel renegado sacó un pergamino, en el que con letra verdaderamente infernal estaban escritas las condiciones expresas del diabólico pacto, ofreció la pluma al «desalmado» contrayente, quien firmó con letra clara y seguro pulso, y como en aquel preciso instante acabaran de dar las doce, sacó el genio de las tinieblas unas libranzas contra los Fúcares y, poniéndolas en las manos del que ya era su esclavo, hizo la primera entrega.

.....

La puerta, que se había cerrado por sí sola al entrar don Juan en la infernal oficina, volvió a franquearse, sin que mano de persona alguna pusiese en ella la mano, y asimismo la del portal, de donde no venía más luz que la mortecina de una lamparilla que iluminaba aquel retablo, ante el que el futuro condenado al fuego eterno (sin duda por reflejo de su borrosa conciencia) no se atrevió a pasar, y tomando la vuelta de la primera esquina que se le ofreció a mano se hundió en el espeso mar de las nocturnas tinieblas.

CAPITULO IV

EN DONDE DON JUAN COMIENZA A DISFRUTAR LOS BENEFICIOS DEL DIABOLICO PACTO

A la hora en que nuestro endemoniado protagonista tenía por costumbre abandonar el blando lecho, llegó triste y confuso el buen Lucas a la puerta del aposento de su amo, bien cierto de que no habría de encontrar de él más de los yertos y horribles despojos que deja la muerte.

Puso la llave en la cerraja, dió vuelta a la llave y empujó la puerta, llevando la siniestra mano como celosía de los ojos para no ver de primera intención el lastimoso cuadro que esperaba.

Avanzó a tientas por el aposento, cuidadosamente cerrado, como solía dejarlo cada noche para que no entrase la luz del sol, y fuése a abrir el balcón.

Hecha aquella diligencia, cuando volvió la cabeza y halló a su señor roncando como un bendito, de puro contento estuvo a dos dedos de hundir la casa a voces, y como viera sobre la mesa tamaño montón de libranzas, su asombro no tuvo límites.

Estábalas mirando con tanta boca abierta, cuando inquietado acaso por la invasión de la luz mañanera y el ruido que hiciera Lucas celebrando la sorpresa del amo vivo y el dinero abundante, despertó don Juan.

—¿Qué haces ahí, papanatas?—exclamó éste, divirtiéndose con la sorpresa que tan fuera de tino traía a su fiel espolique.

—¿Cómo, señor, ha sido este milagro?—preguntó el mozo.

A lo que festivamente respondió el endemoniado hidalgo:

—Por arte de magia o por muerte de una tía vieja y rica que tenía en el Perú. De estas dos versiones elige la que más te agrade, y aún te toy de barato que pienses que he dado con el tesoro oculto que dejó un judío cuando Torquemada los arrojó de España. Ahora, dame de vestir, volando, que hay que repartir todo lo que debemos, que no es poco.

Obedeció Lucas, y poco después estaban amo y mozo haciendo particiones de numerarios, ni más ni menos que si fuesen alcabaleros o alguaciles del Fisco.

La lista era más larga que un día de ayuno, pues la cosecha de acreedores había crecido tanto, que a serlo de trigo no bastaran dos cuadrillas de segadores bien duchas en el oficio para dejarla a rape.

La primera cantidad, llevada en punto de la hora convenida, fué la que don Juan dejara a deber a aquel don Luis, su tahurfesco deudor, sobre su palabra de caballero.

Con lo cual y otros remiendos por el estilo encontróse a media tarde con que no le quedaba ni siquiera lo preciso para obsequiar a su «Amarilis» con unas cajas de jalea, y hubo necesidad de pedir a Lucas que pagara la

cena de entrambos. Por lo cual tampoco fuéle posible acudir aquella noche, como de costumbre, a su garito predilecto y hubo de pasar distraída la velada leyendo las ingeniosísimas *Cartas del Caballero de la Tenaza*, que a una dama pedigüeña escribióle el regocijado señor de la Torre de Juan Abad, y a fe que se rió de lo lindo con algunas como éstas:

«Cuanto más me pide vuesamerced, más me enamora y menos la doy. Miren dónde fué a hallar pedir pasteles y hechizos. Que, aunque a mí me es fácil enviar los pasteles y a vuesamerced hacer los hechizos, quiere suspenderlo por ahora. Vuestra merced muerda de otro enamorado, que para mí es peor verme comido de mujeres que de gusanos.

»¡Adiós, hija!

»Hoy, día de ayuno.

»De ninguna parte, porque los que no dan no están en ninguna parte; sólo están en su juicio.»

★

«Ventanicas para ver los toros y cañas, mi vida. ¿Qué más toros y cañas que vernos a ti pedir y a mí negar? ¿Qué piensas que se saca de una fiesta de éstas? Cansancio, modorra y falta de dinero al que paga los balcones. Dale al diablo, que es fiesta de gentiles, y todo es ver morir hombres como bestias y bestias como maridos. Yo, por mí, bien te alquilaría dos altos; mas mi dinero es el diablo. Quítate de ruidos y haz cuenta que los has visto, y verás qué tarde nos pasamos, tú sin ventana y yo con dineros.»

★

«Escribeme vuesamerced que la envíe de merendar y le guarde secreto; yo le guardaré tan bien que ni salga de mi boca ni entre en la de vuesamerced. ¡Pesia tal! ¿No basta sino haberme comido y cenado y quererme merendar?

»Ayune vuesamerced un día a sus servidores, si es servida. Dos meses, tres días y seis horas ha que vuesamerced y dos viejas, tres amigas y un paje y su hermana me pacen de día y de noche, de que estoy desvaído y seco.

»Déjenme vuesas mercedes, si son servidas, y saque yo libre siquiera mi cuerpo, y comenránme a medias vuesamerced y la sepultura, que estaré en el Purgatorio y aún no seguro.

»De casa. Entiéndalo vuesamerced por fecha y no por oferta.»

★

«Estando pensando qué respondería a las cosas que vuesamerced me pide, se me vinieron a la memoria aquellas inefables palabras que a los pobres se dicen con lástima y a las mujeres con razón: «No hay que dar.» Señora mía, yo bien entendía que había órdenes mendicantes, pero no niñas mendicantes sin orden.

»Para mí, una mujer pedigüeña es lo propio que un tejedor. Quien me quiera hacer casto, pídame algo, y si el diablo es tan interesado como la carne, no dude vuesamerced que me procuraré salvar de puro miserable.

»¿Es posible que no se persuadirán a creer que si no es dando y no pidiendo no pueden ser bienquistas?»

»Deje vuesamerced palabras mayores y que en el duelo de la bolsa afrentan hasta el ánima.

»Estése quedo el pedir y anden los billetes por alto, que yo ofrezco escribir más que el *Tostado*.

»Nuestro Señor le guarde a vuesa merced, aunque temo que es tan enemiga de guardosos, que aun Dios no querrá la guarde.»

★

«Doscientos reales me manda vuesamerced pedir sobre prendas, para una necesidad, y aunque me los pidiese para dos, fuera lo mismo.

»Bien mío y mi señora, mi dinero se

halla mejor bajo llave que sobre prendas, y no es nada altanero ni amigo de andar sobre nada, que, como es de materia grave y no leve, su natural inclinación es bajar y no subir.

»Vuesamerced me crea que yo no soy hombre de prendas y que estoy arrepentido de lo que he dado a vuesamerced.

»Mire qué aliño para animarme a dar sobre sus arracadas.

»Si vuesamerced da en pedir, yo daré en no dar, y con eso daremos todos.

»Guarde Dios a vuesamerced y a mí de vuesamerced.»

★

Riendo estaba aún, que no pensaba acabar la donosa pendencia del tacaño y atenaceado caballero, cuando el reloj de una vecina torre comenzó a dar las doce.

Al perderse en los ámbitos sonoros del eco la postrera campanada, oyéronse unos golpes especiales en la puerta de la habitación.

—Adelante—exclamó don Juan.

E inmediatamente presentóse un corchete más feo que el marqués de Liche; el cual, no el corchete, sino el marqués, tenía fama muy bien ganada de ser el hombre más feo de Madrid, cosa que no le impedía estar casado con la mujer más hermosa de España; que dejando, no el marqués, sino el corchete, cinco saquillos repletos de oro, despidióse haciendo una muy ceremoniosa reverencia.

CAPITULO V

QUE ES CONTINUACION DEL ANTERIOR

Como había hartos deudores a quienes atender: el zapatero, el sastre, el platero, el alquilador de coches, el pastelero (a donde todas las tardes, luego de la rueda por la calle Mayor, llevaba a merendar a las comediantas del «Corral» del Príncipe); el espadero (que al fiado teníale vendidos yo no sé cuántos juegos de espadas), fuésele con mucha prisa casi la mitad de la paga recibida la noche anterior.

Lo restante desfigurósele muy bien en devociones del pecado mortal, y cuando a punto de recogerse le recordó Lucas el préstamo para la cena de la noche anterior, tuvo que pedirle una moratoria hasta las doce de la presente.

No había hecho más que poner el pie en el aposento, cuando sonó la hora venturosa, y al eco de la postrer campanada pidió licencia para entrar el mismo corchete de la noche precedente, con idéntica carga que la vez pasada y diciendo, con mucha cortesía:

—Hasta mañana, y que lo disfrute vuesamerced lo más placenteramente que pueda—volvió sobre sus pasos, cerrando tras sí la puerta.

A poco entró Lucas, y señalándole don Juan uno de los talegos:

—Cóbrate—le dijo—tu préstamo de anoche, más los intereses de doscientos doblones.

Y como el mozo no se atreviera y aun tomase por reproche tanta esplendidez, entendiendo que su amo se lo decía molesto por haberle hecho recordación de la pasada deuda, deshacíase en protestas y disculpas, jurando a Dios que no lo dijera por tanto y que si hubiese sospechado que podía molestarse, nunca él, en todos los días de su vida, aunque mil siglos viviera, hubiéraselo acordado.

Repetía el hidalgo la invitación, y estábase el mozo cohibido y medroso, hasta que por evitar aquél enojosas palabras ante tan reacias entendederas, tomó el talego que más a la mano había y, cargándosele a cuestas, empujóle fuera del aposento.

★

Y desde el día siguiente tomóse nuestro hombre tal vida de boato y despilfarro, que aunque en verdad que había en Madrid grandes muestras de fausto y holganza, todas empalidecieron

junto al alegre y desaprensivo vivir del tan opulento mortal dado al demonio.

En cuantos bureos organizaba era el principal atractivo las damas más hermosas, por más, si todo ha de decirse, no más respetadas y dignas de alabanza por sus virtudes y buenas costumbres, a quienes hacían rueda, como pavos, los galanes más desenvueltos y derrochadores, aunque los tales poco era lo que habían de gastar en aquellas báquicas y saturnales veladas, ya que todo estaba más que pagado por el inagotable anfitrión.

Aquellas famosas fiestas dispuestas por el duque de Lerma para alejar al pacato y bobalicón Felipe III de los negocios de Estado y hacer él su gusto y escandalosa fortuna, llevándole a su feudo castellano, en donde le entretuvo por espacio de muchos días con inusitada pompa y riqueza, eran naderías y miseria de cartujo comparadas con las liberalidades del empecatado Avendaño.

A su palacio, que estaba en los comienzos de la Vega, rodeado de magníficos jardines, acudía, como dicho queda, lo más florido y estragado de la villa, y muchos de los que habíansele apartado mirándole ir cuesta abajo por la rampa horrible de la miseria diéronse gentil maña para volver a figurar entre sus más entusiastas camaradas y panegiristas.

De cada uno de aquellos fantásticos holgorios sacaban los invitados costosas joyas, riquísimos guantes de ámbar y primorosos bufetillos de tantos juguetes y chucherías repletos, que hacían el encanto del caprichoso elemento femenino.

De tan alegre suerte transcurrió la primera semana, dándose tan pródiga mano para desparramar el oro infernal sin hacer caridad alguna a los desamparados de la fortuna, sino allánándoles lisamente el camino para su perdición eterna, que ninguna noche al ir ésta por filo no quedóle ni un ochavo que arrojar por la ventana.

El Diablo era formal y esclavo de su contrato.

Nunca dejó de presentársele a la hora convenida, y casi siempre de distinta traza para no ser conocido más que de su cliente, a hacer efectiva la suma que habíase comprometido a pagar.

Parece que es «hombre» que sabe atender a sus negocios, y con ser tantos como son, todos los lleva en las puntas de los dedos y los cuida como a las niñas de sus ojos, sin necesidad de contables.

Los sotos más codiciados, los palacios y las fincas más bellas de España iban pasando a poder de don Juan.

Sus caballerizas eran un punto más nutridas que las del mismo rey y las del ostentoso valido, verdadero amo y señor de la nación.

Aquellos hermanitos, que en tan grave riesgo de perderla vieron su hacienda, nadaban ahora en la mayor opulencia, porque, aun cuando el empecatado mayorazgo no pudiera asistirles con dinero, por aquella parte del contrato que le prohibía en manera terminante hacer nada justo ni legal, púsoles en tan buenas manos administradoras, que el capital crecía como la espuma.

★

A este respecto vea el curioso lector lo que le acaeciera en cierta ocasión que se le ofreció hacer una buena obra (y valga ello como lazo corredizo en el hilo de la novela). Entre las muchas y más heterogéneas amistades que hiciera don Juan en sus continuas andanzas, poco recomendables para buscarse un rincón dichoso en la eterna vida, estaba la de un oficial de la guardia que llamaban de la «Lancilla», frecuente camarada suyo en el burdel de Leganitos.

Llamábase el tal don Alberto de Contreras, y a no tener el vicio incorregible de jugar, aun estando durmiendo, por su arrojo, su buen corazon y simpatía personal, pudiera tenérsele por el m e j o r hombre del mundo.

Hizo amistad con nuestro héroe una de aquellas procelosas noches de tormenta, en las que el tal andaba más

cerca de anticipar el fin de su contrato infernal que de llamar a las puertas del Cielo.

Estaba don Juan muy metido en el juego (ello era antes de fraguar la peligrosa amistad con Luzbel, y, por ende, en los aciagos días que le importaba mucho que no pintase la contraria), cuando advirtió a tiempo una burda prestidigitación de naipes al que daba las cartas, y a tiempo de volver éste la mano para mostrar la triunfante, atenazósela Avendaño, gritándole:

—¡Muestra luego, ladrón, la que dejaste correr a la bocamanga!

El sorprendido, por toda respuesta, con la mano que le quedaba libre, asestó un formidable puñetazo al despierto descubridor de su bellaquería.

Un baratero al servicio de aquél atizó un palo al velón que alumbraba la mesa, mientras otros, aprovechándose de la oscuridad, echaron manos al dinero, y armóse, en fin, tal bolina, que en las puras tinieblas las chispas de los aceros alumbraban el zipizape.

Sin saber cómo, encontróse don Juan en la calle acosado por malandrines y rufianes, y aunque la espada fulguraba en su diestra como los ígneos rayos de Júpiter, su vida encontrábase en muy apurado riesgo, pues érale de todo punto imposible desembarazarse de tantos y tan enconados enemigos, por mucha que su destreza quisiera ser.

Una de las veces que fué a tirarse a fondo sobre el asesino que tenía más próximo, resbaló y dió con una rodilla en tierra y aun cayera si no se encontrara reciamente sostenido por una mano nervuda, al mismo tiempo que una voz dominante le gritaba:

—Téngase, cuerpo de Cristo, que no está solo, pues ya somos dos, que valemos por veinte de estos bandidos.

Alzóse, pues, don Juan con aquel poderoso auxilio que tan impensadamente le llegaba, y tal apretaron entrambos que presto vieron la calle libre y tendidos a sus pies tres de los rufianes, los dos malheridos y el otro con el alma en la boca.

Y como a la vuelta de una esquina viéranse asomar las titilantes luciérnagas de una ronda, por quitarse de enojosas explicaciones con la Justicia echaron los dos por la primera bocacalle que hallaron a mano, perdiéndose luego en el intrincado dédalo de callejones que por aquella parte había.

Allí, al mezquino resplandor del agonizante farol de un humilladero, diéronse a conocer los dos hidalgos, y desde aquel mismo instante quedó sellada tan fraternal amistad, que a partir de aquella noche no acertaban a estar el uno sin el otro.

Sobre la destructora polilla del juego, que ya de por sí sola era bastante para tener la vida en precario, andaba el militarcito en libidinosos trapicheos con otra comediantilla de la Cruz, que pasaba por ser la flor de la pimienta en bailes y entremeses, en cuyas horadadas manos íbasele al buen don Alberto el corto estipendio de su bélica carrera. Y por esto, antes que por verdadero vicio, era de entenderse que recurría al juego para buscar en sus problemáticas ganancias el contento y el regalo de su caprichosa entretenida.

Mas era la tal de las de toma y daca, y sólo se mostraba complaciente con su galán cuando éste la festejaba más con regalos y meriendas que con juramentos de amor y suspiros de celos, que en faltando el dar toda era desvíos, reticencia y amenazas de mudarse con sus buenas prendas a otro más dadivoso martelo.

Parece que en cierta ocasión encaprichóse la antojadiza ninfa de un brinquillo de perlas y rubíes que se mostraba a la codicia femenil en el aparador de un platero de la Puerta de Guadalajara, y como si aquella estuviese en estado de buena «esperanza» (y en realidad no otra cosa podía esperarse del continuado ejercicio en que se ocupaba, luego de encalambrinar al público sobre la escena), suspiraba a don Alberto por aquella joyuela día y noche.

Hacía éste infinitos equilibrios para lograrlo, sin poder llegar nunca al feliz término de sus amorosos deseos, ya que ni su menguada hacienda ni los

arriesgados asaltos a los castillos de naipes le permitían salir a flote.

Marigallarda, que tal era el nombre de guerra de la caprichosa histrionisa, no dejaba de dar envites al codiciado brinquillo en cuantas ocasiones se le ofrecían, llevando a su infortunado galán al soportal de lonja platerescа, diciéndole que si ella fuese otra y diese oídos a algunos de los muchos moscones que de continuo andábanla royendo los zancajos, ya hiciera tiempo que aquella alhaja fuera suya.

Aunque si fuera hombre de buen seso y no estuviera enamorado hasta los tuétanos, debería el zaherido capitán dejarla a buenas noches, por no verla en brazos de otro, consintió débilmente en satisfacerla el costoso capricho, aunque fuese a tanto precio como el de poner su honra en gravísimo riesgo de perderla.

Era don Alberto cajero de su regimiento, y pensando en restituirlo en el juego, gracias a una combinación que tenía por infalible hasta para hacer saltar a la banca más poderosa, no le ocurrió cosa mejor que tomar de la caja que tenía a su cargo los dos mil doblones que costaba el malhadado brinquillo.

Tal y como lo pensó lo puso por obra, pensando ganar tanto en el corazón de *Marigallarda* que no le trocara ella por el mismo Eneas.

Pero el diablo, que todo lo embarulla y enreda, ordenó las cosas de tan mala suerte, que trajeron la perdición del atolondrado militar.

Tuvo éste noticia de que se disponía un arqueo en la caja porque su regimiento había de salir dando escolta a Su Majestad, en la jornada que éste hacía al Real Sitio de Aranjuez. Y como recurso supremo, una noche en que según costumbre desde el endiablado negocio vió ganancioso a don Juan, refirióle el gran aprieto en que se veía, y aquél, en el acto, puso a su disposición todo el dinero que había menester.

De puro contento el hombre por haber salido tan felizmente del atolladero, quiso celebrarlo con la causante de él, ya que hasta la mañana siguiente no le era posible reingresar el dinero de donde tan temerariamente habíalo tomado. Y allá fuése tan alegre y satisfecho como si fuese el hombre más feliz de la tierra.

Recios aldabonazos dió en el postigo, sin que nadie le respondiera, siendo aquella hora la que él tenía por seguro que había de estar *Marigallarda* en casa.

Por fin, al ruido de los apretados y repetidos golpes, salió una vecina, que demasiado oficiosa o enemiga de la alegre tonadillera, díjole a quemarropa cuán mal hacía en preocuparse con tanto empeño por persona que tan mal se lo pagaba.

Y remachó:

—Si por acaso tiene vuesamerced curiosidad de saber en dónde está a estas horas, dése una vuelta por cierto bailecillo que, según tengo entendido, suele armarse todos los sábados en casa de una comadre suya, en la calle del Avapiés, esquina a la del Calvario, y allí la encontrará muy amartelada con el *Zurdillo*, que acaba de salir de viaje a remo a cuenta de Su Majestad, por los mares de España... Y no digo más, porque no soy amiga de meterme en vidas ajenas; pero me duele que un hombre tan cabal como vuesamerced, que por lo bien plantado se merece una princesa, ande aperreado por una pícara redomada, que pensándolo bien no vale ni lo que costó bautizarla.

Con tales informes, ya puede imaginarse el paciente lector cómo se le pondría la sangre al advertido, que más que el insólito agravio cometido por *Marigallarda*, dolíale a la par del alma la infamia de que, habiéndose comprometido tan gravemente por ella, de tan canallesca manera se lo agradeciera.

Y hacia el Avapiés echó como alma que lleva el diablo.

Iba por filo la medianoche. El bureo no podía alongarse mucho porque las ordenanzas municipales de entonces no lo permitían.

Oculto el burlado galán en el quicio de un portal próximo, esperó a que

los alegres tertulianos hiciesen la deshecha.

Aún hubo de esperar más de una hora, que le pareció un siglo; la dueña de aquel burdel, o cosa parecida, tenía vara alta con el alcalde de barrio, y su puerta era la última que se cerraba en la calle todas las noches que recibía a sus amistades.

Abrióse al fin aquélla y fué saliendo la gente, alumbrándose cada pareja con farolillos y linternas.

Los últimos en salir fueron *Marigallarda* y su cortejo.

La vista de lince del capitán les reconoció tan pronto como aparecieron en el umbral.

Cuando anduvieron algunos pasos, buscando antes las sombras que los espacios iluminados por el melancólico astro de la noche, que lucía con todo el esplendor del plenilunio, de un salto, como tigre que se abalanza sobre su indefensa presa, lanzóse Conteras sobre la confiada pareja, y tal le cegó la ira, que olvidándose de que era caballero la emprendió a tajos y estocadas con entrambos hasta dejarles sin vida.

Luego, espantado de lo que había hecho, no acertando a moverse del sitio y queriendo contemplar por última vez a la que tanto habíale impulsado, llevóla hasta un claro en donde la luna daba de lleno, y llorando y maldiciendo su negra estrella sobre los sangrientos despojos de aquella a quien tanto quiso, estuvo hasta que los mismos que habían sido compañeros de holgorio de la desdichada pareja entregáronle a una ronda que apareció por la inmediata calle de la Fe.

Y como es cosa muy cierta que baza mayor quita menor, con el espanto del crimen olvidósele al infeliz delincuente la devolución a la caja de su regimiento, que como tremenda agravante vino a empecrar la situación en que el sinventura se encontraba; el cual, juzgado y sentenciado a muerte en Consejo de guerra sumarísimo, fué degollado veinticuatro horas después en la plaza Mayor.

... Que para esto valió el dinero que don Juan de Avendaño le entregara con el humanitario deseo de librarle del deshonor.

CAPITULO VI

EN DONDE DON JUAN CREE HABER ENCONTRADO EL MAYORDOMO QUE LE CONVENIA

Llegó un día en que nuestro protagonista llegó a sentir verdadero hastío de tan regalado y desaprensivo vivir.

No acertaba a dilapidar tanto dinero como cada noche se le entraba por las puertas.

Estaba estragado de tanta crápula y desmedido desorden, y si la salud no comenzaba a resentírsele no era sino porque Satanás tenía muy buen cuidado de mantenerle fuerte y rozagante hasta el preciso momento de hacerse cargo de su alma; pero como de ésta no era el Malo quién para disponer hasta tanto que no fuese llegada la fecha fatal de alzarse con ella, no podía evitar que los sentimientos nobles, que son flores del espíritu, anduviesen un tanto mustios y melancólicos, aunque sí hacerles fracasar cuando su esclavo trataba de darles libre albedrío, como se ha visto en la trágica historia del capítulo anterior, y que don Juan sintió como si de un hermano se tratase. Y así, por no dar ocasión ni causa a desdichas semejantes, ninguna otra amistad quiso ligar con los fuertes lazos de aquélla, ni dar oídas a cuantos duelos y quebrantos oyese a su alrededor.

Noches hubo en que estaban las doce al caer y aún quedábanle no pocos miles de escudos que derretir en el fuego de la crápula, y por desembarazarse de ellos hubo de darlos al más abyecto de sus camaradas para pagar alguna felonía de las que hacían frotarse las manos al demonio.

Y será ocasión de decir que como los más de los tales advirtiesen la preferencia con que les distinguía, los más adelantados en los caminos de las ga-

leras y de la horca le esperaban y rendían honores sin dejar bellaquería de que alabarse, para que les cupiese más parte en la hora del reparto.

Hizo miles de contrarias combinaciones para perder a manos llenas; pero como el juego es patrimonio del diablo, éste no admitióle añagaza.

Una mañana, a tiempo que Lucas dábale de vestir, le dijo:

—Aunque me pese en el alma y a vuesamerced acaso no le parezca bien, por el afecto que sé que me tiene, ya que es muy cierto que el trato engendra el cariño, he de decirle una cosa, si no lo ha vuesamerced por enojo.

—Veamos qué es ello, ya que tanto preámbulo necesita—dijo don Juan.

A lo que humildemente hubo de responder el mozo:

—No es cosa que redunde mucho en perjuicio de vuesamerced; ello no es más sino que con aquella liberalidad sin ejemplo que quiso tener conmigo al hacerme merced de aquel montoncillo de oro, sin contar las continuas dádivas que no ha dejado de hacerme, véome más que medianamente rico, y quisiera retirarme a cuidar de mi mujer y mis hijos, si a Dios le place de hacerme tan dichoso que llegue a tenerlos algún día.

—¿Tu mujer?...—exclamó el hidalgo, sabiendo que Lucas estaba soltero.

A lo que éste respondió:

—No es mucho que se espante vuesamerced, pues que hasta habrá poco (como tan buen maestro tenía y tan bien sabía aprovechar sus lecciones) era gavilán de muchas palomas; pero ahora me ha venido en gana de serlo de una sola, y de aquí a quince días la tomaré por palabras de presente, como manda nuestra Santa Madre Iglesia.

—Siendo como dices—replicó don Juan—, no tengo más remedio que conformarme, aunque me pese; libre eres.

Muy poco más hablaron del asunto, y a otro día apartóse Lucas de su amo, llevando su amistad, ya que dinero no podía darle sin contravenir al endiablado contrato, que ya comenzaba a pesarle como un delito de muerte.

★

Don Juan necesitaba otro criado-secretario, no de las buenas prendas del que acababa de abandonarle, sino un verdadero bellaco que le robara hasta las pestañas para no tener que preocuparse de quedar bien cada noche con el infernal propietario de su alma.

Aquella misma velada, teniendo necesidad de pasar por la plaza Mayor, que en todo tiempo, desde su fundación, fué academia y senado de pícaros, al poner el pie en la escalerilla de piedra para bajar a la calle de Cuchilleros advirtió un grupo de hampones y bigardos de la peor especie, que a la puerta de una taberna hacían picaresca relación de sus vidas y «milagros».

Decía uno de los tales a tiempo que pasaba nuestro hombre, que no más del día anterior había llegado de «gurapas», que, como es sabido, lo mismo viene a ser que galeras, en las que día por día y durante cinco años había servido sin sueldo al rey, no más por haber metido las manos hasta los codos en las repletas arcas de don Diego de San Juan, rico mercader establecido en la calle de Postas, del que había sido dependiente.

El nombre de tal prócer de la mercadería matritense, donante a la sazón de una cuantiosa suma para las obras de la iglesia de San Ginés, hizo detenerse al ensatanado don Juan, quien así fué como oyó tan «limpia» hoja de servicios, exclamó, llegándose al honorable sujeto:

—Aunque voacedes me perdonen, ¿quiere escucharme el gentilhombre que acaba de hablar unas pocas palabras y si luego está conforme con ellas echar tras de mi persona?

Apartóse el ex galeote del corro que le atendía, y respondió:

—Mire lo que tiene que mandarme, señor, que siendo cosa que esté en mi mano, lo que tarde vuesamerced

en hablar es lo que tardará en ser obedecido.

—No es más—díjole el caballero—, sino que yo he menester de un mayordomo que tenga cuenta con llevarme la hacienda, entendiendo en pagos y cobros, y como al pasar os he oído, casualmente, yo no sé qué de que fuisteis cajero de una casa importante desta corte, se me ocurrió, viendo que a la hora presente estáis sin acomodo, ofreceros ese mismo cargo en la mía.

El primer movimiento del gallofo fué de extrañeza y aun de protesta, entendiendo que el que le hablaba, por haberle oído, según decía, estaba con ganas de mofársele.

A lo que respondió el hidalgo:

—Lo que os propongo lealmente, en vuestra mano está aceptarlo o no; dándoos por adelantado que de vuestro servicio quedaré cumplidamente satisfecho. Por vía de anticipo, si os satisface mi proposición, tomad este bolsino de oro y seguidme.

Reducido el hombre por tan elocuentes razones, hizo un ademán de despedida a sus «honorables» camaradas y dió tras del que ya podía considerar como su nuevo amo.

Aunque a tales horas el paso era asaz peligroso por aquellos lugares, en que capeadores, malandrines y coimas de las más baja estofa campaban por sus respetos, teniéndolo como terreno acotado de sus malas andanzas, el acompañamiento de su nuevo criado, que aunque no era de los más dignos de ayudar en aquella revuelta y desordenada república, teníale guardadas las espaldas, pues el corazón y la bien templada tizona de su merced fueran bastante para tenerle a raya de algún mal encuentro.

Satisfecho de su adquisición iba Avendaño, ni más ni menos que si hubiese hallado la clave del problema de su vida.

Nadie como aquella buena pieza podía liquidar cada noche su cuenta infernal, y aun probablemente habría que irle un tanto a la mano antes de expirar el plazo fijado.

Era tanto como encerrar una raposa en un gallinero.

De allí a poco dieron en la magnífica mansión de don Juan, y entrando en la misma cámara de éste, preguntó a su acompañante:

—Decid, ¿cómo os llamáis?

Tan confuso por aquella circunstancia inesperada iba el licenciado de «gurapas», que estuvo a punto de responder según la pauta del Catecismo del padre Ripalda: «Pedro, Juan, Francisco, etc.»

Mas acordóse de pronto que su nombre cristiano (antes de dar en las naves, en las que le llamaban *Pocasbragas*, porque nunca mostró buen ánimo entre los que cobraban el barato y privaban como cocos de la forzada chusma) era Marcos de Ontígola, y así lo dijo a su nuevo amo.

—Pues, Marcos de Ontígola—repuso aquél—, aquí tenéis dinero en abundancia para pagar cuantas cédulas de cobro os sean presentadas. Jamás se os ocurra regatear alguna, por más subida de tono que os parezca, ni os toméis cuidado de darme razón de lo que se gaste...—y aún se permitió la ironía de terminar, sin que su nuevo ministro de hacienda le entendiese—...que el diablo da para todo.

Y dada que fué la posesión del cargo retiróse don Juan, dejando a su mayordomo anegado en un mar de confusiones, ya haciendo cábalas.

¿De qué tierra desconocida era aquel hombre que tan llanamente y sin recelo alguno le ponía la miel en la boca?

A él, que siempre habíanle tenido con guardas de vista, y a pesar de ello hasta las voluntades robaba, ahora abríanle de par en par las arcas del dinero, dejándole a su completo albedrío sin mostrar ni el más leve cuidado ni curarse un adarme del empleo que daba a las bolsas de oro que ponía bajo su custodia.

El amo pródigo por la infernal fuerza de su diabólico compromiso, dejaba abiertos cofres, arcas y maletas de suerte que aquél no encontrase el menor impedimento para hacer su oficio con toda comodidad.

No había pieza de valor que no estuviese muy al descuido, como diciendo: «¡*Pocasbragas*, tómame! ¡Llévame contigo, sin recelo alguno de que nadie te pueda pedir cuenta de mi falta!»

Las onzas, como cosa perdida u olvidada, andaban por los rincones de todos los aposentos, y aun con ellas llegó a calzar más de dos muebles que no estaban bien nivelados.

Si Midas tornara a la vida bien podrá creerse que en parte alguna se encontrara mejor que en aquella opulentísima casa, en la que llegaron a ser de mexicana pasta, no ya las vajillas y objetos de lujo, sino los recipientes y vasijas más viles y ordinarias.

Aun *Mari-Ramos*, la gata de angora relamida y coqueta, lucía un magnífico collar de seda color de rosa, con broche de oro cincelado por el mejor orfebre de Platerías.

CAPITULO VII

EN EL QUE «POCASBRAGAS» RESULTA UN ADMINISTRADOR DESASTROSO

Arbitristas, buscadores de negocios fantásticos, poetas ebenes y chirles, autores de obras detestables, deseosos de encontrar un mecenas que pagase los desdichados engendros de su cacumen, acudieron a nuestro dadivoso don Juan como las hormigas acuden a los trojes; él a ninguno dejaba descontento.

Los arbitrios más descabellados, así políticos como financieros, encontraban un socio capitalista en el endiablado ricachón. Todos, en fin, cuantos a él acudían con algún proyecto disparatado, hallaron el logro de sus esperanzas en aquella bolsa que se vaciaba todos los días y se llenaba todas las noches.

Del capítulo de arbitrios, el dió por útil y hacedero aquel de que habla Quevedo en su regocijado *Buscón*, para sorber con esponjas el mar que circunda y anega los pantanos flamencos, y adelantó dinero fuese menester para los comienzos de la hidrópica empresa.

De la misma manera se suscribió con una fortísima suma para unir entrambas Castillas derribando las sierras de Guadarrama y Somosierra, y el Parnaso español tiene que agradecerle el haberse enriquecido con tal comedia como aquella del clérigo con quien «Pablicos de Segovia» se topó en el camino de Alcalá, y que según su peregrino autor no ocurrió en el Arca de Noé, forzosamente no podía tener otros intérpretes que loros, tordos y picazas, metiendo monos para el entremés... Y, en fin, otros mil absurdos por el estilo, de que por no cansarlos hago gracia a los lectores.

Mas así y todo, costábale ímprobo trabajo, y se veía y se deseaba para acabar cada noche antes de las doce con el dinero del diablo.

Sólo quedábale la esperanza del nuevo mayordomo, en quien confiaba que no habría de dejarle mal.

Pero como el tal vió que hacían de él tan ciega confianza, entráronle bascas de hombre de bien y pensó:

«Basta que me dejen tan suelto para que yo tenga buen cuidado de andar con pies de plomo y mirar el terreno que piso. Marquillos, hijo, hora es ya de pensar en sentar el seso. Vas ya para Villavieja, y no es bien que la hora de todos, que es la de la muerte, te pille en pecado mortal. Diz que mejor abre Dios las puertas del Cielo a un buen arrepentido que a un mal cristiano.

Y dióse con tal honradez y tanto ahinco a mirar por la de su amo, que aun si éste fuera tan dichoso que pudiera romper el diabólico pacto dejara en mantillas a muchos príncipes y magnates de la Banca cortesana.

*

Cierta noche fuése don Juan a Puerta Cerrada, lugar que como queda dicho era uno de los más peligrosos de la villa. No hizo más que meterse bajo los soportales de Pañeros, cuando le tiraron una cuchillada tal, que de no

ir muy bien prevenido del infernal salvoconducto y llevar dispuesta la espada entre los pliegues de la capa, allí mismo ahorrase a Lucifer esperar el poco tiempo que faltaba para alzarse gratuitamente con su alma.

—Ténganse—gritó así como advirtió que tres malandrines se le venían encima—. Ténganse, ¡voto a Judas!, que más antes vengo en vuestra busca que rehuyéndoos. Y para que me atiendan con sosiego y mejor voluntad de la que mostráis, repartios como hermanos esa calderilla.

Y arrojó sobre las losas un respetable bolsillo lleno de oro.

El armonioso sonido que salió de las sedosas mallas contuvo en seco las criminales intenciones de aquellos aprendices de ahorcados, que acaso no tardando mucho habían de adornar con sus descuartizadas carroñas las encrucijadas de los caminos reales.

Todos ellos, que eran más de cuatro, arrojáronse como hambrientos tiburones sobre el codiciado cebo, y así como repartiéronse su contenido, agrupáronse en torno al extraño y generoso advenedizo, exclamando con rendida sumisión, ni hasta el punto de que casi puede asegurarse que más de uno se llevó respetuosamente la diestra al haldudo chambergo.

—¿Qué es lo que vuestra señoría tiene a bien de mandarnos?

—¿Hay enemigo a quien hacer salir de este mundo por la posta?

—¿Es menester dar jicarazo a algún maradillo que estáse en casa sin licencia de su mujer más de lo debido?

—¿Se ofrece raptar a alguna buena moza?

—¿Hay padre, hermano o tutor que retrase alguna herencia?

—Hable luego usía, y perdone el error en que bien contra nuestra voluntad estuvimos en riesgo de incurrir.

A todo lo cual respondió don Juan:

—No hay más sino que vengo a enseñaros el camino de un buen negocio, con el que podrán salir de apuros y aun acaso quitarse por algún tiempo de esta peligrosa vida en la que andan para buscarse el pan honradamente.

A este tiempo todos escuchaban en corro, como si el que con tan halagüeñas razones les hablaba fuese oráculo más que hombre, el cual prosiguió:

—¿Vosotros, por acaso, conocéis a un rico hombre llamado don Juan de Avendaño, que trae a toda la villa pendiente de su prodigalidad?

—Sí conocemos, aunque no más de nombre y por la fama de su fortuna —respondió uno—. Pluguiera a San Dimas, mi patrón, ponérmelo delante, que yo hiciera promesa de retirarme de este perro oficio en teniendo unas palabras con él, y hacer vida ejemplar con aquella pobreta y aquellos hijos que andan tras la persona.

—Pues de ese tal—replicó el auténtico personaje—puedo yo poneros en trance de tomar un buen pellizco de sus cuantiosas riquezas.

—Diz que es hombre que tiene multitud de minas en el Perú, y allá en no sé qué tierras remotas bancos de perlas y de corales, y por esto, cuando se mete las manos en las faltriqueras saca el oro a puñados—arguyó otro.

Y un tercero:

—Sin embargo, yo sé de quién vió a ese Creso tan apretado que se encontró en mucho apuro para pagar lo que perdió una noche en casa de no sé qué marqués.

—Pero parece que es tan cabal y lleva sus asuntos tan a puntillo de honra que el usía que trocaba su casa en garito no se dolió de la espera, y más confiado quedó que si hubiera tenido delante lo que arrambló para su bolsa con el imán de las cartas.

—No le echará el diablo por acá una noche de éstas—exclamaron casi a coro.

—¿Y qué le mueve a vuesamerced, si no enfada la curiosidad, el proponernos ese negocio y no hacerlo él por su cuenta y riesgo, ya que de esa manera seríale más crecida la ganancia, pues no habría de entrar a partir con nadie?—dijo el que parecía capitán de aquellos bandidos.

A lo que respondió don Juan:

—El ser yo enemigo mortal de ese hombre, aunque demasiadamente rico para no desear su dinero, sino su daño.

—Estrecha conciencia tenéis, ¡por mi vida!—exclamó uno, bizco y malencarado—. Si con tales remilgos os andáis, poco medraréis. Una mojada al descuido se da al volver de una esquina, como quien no hace nada. Pero ello, en fin, allá cada uno.

Aunque en todos los días de su vida no toparon con tan extraño sistema de venganza, aceptaron el negocio y pidieron que sobre la marcha fuese declarada la forma de ponerle por obra, sin peligro de dar con la Justicia.

Respondió el interesado que la mejor hora sería después de medianoche. Y entregándoles las llaves de su propia casa, diciendo que las había conseguido sobornando a un criado infiel, dió la entrevista por concluída, con lo que los rufianes le dejaron marchar y aun diéronle escolta hasta la plaza Mayor para que no incomodaran otros cofrades de la misma hermandad, que por allí tenían sus puestos.

★

Y según los términos en que quedara concertado, poco después de mediar la noche del siguiente día fué el asalto.

Los ladrones, siguiendo al pie de la letra las indicaciones que don Juan les diera y sin cuidado alguno de ser interrumpidos en su hazaña, alzáronse con cuanto en las arcas había.

Cuando a la mañana siguiente el fidelísimo fámulo llegóse a dar cuenta de la fechoría, comenzó a temblar como un azogado creyendo su libertad en peligro y fuése a despertar a su amo, a quien con mil ahogos y trasudores refirió el percance, teniendo casi por seguro que sospecharía de él y echárale nuevamente a galeras.

Y se le abrían las carnes al pensar que habría de volver a tener tratos con el rebenque y el corbacho; a comer galleta podrida y a beber salmuera.

Se miraba con espanto las manos y parecíale tenerlas agarrotadas a los remos y figurábase sentir en los tobillos las horribles caricias de los grilletes, levantándole ampollas y rozaduras que le producían insufrible incomodidad.

Mas no fué poca su sorpresa cuando vió que su amo no daba la menor importancia al suceso y le pidió que le dejase dormir, advirtiéndole que a la tarde, que ya estaría más descansado, podría darle noticia de lo acaecido.

—Mire, señor—clamaba el infeliz *Pocasbragas*—, que lo que esa canalla se ha llevado no es dos docenas de reales, sino cuanto dinero había en casa. Acudamos pronto a dar parte a la Justicia, si no quiere vuesamerced que todo se lo lleve el diablo.

—Enhorabuena—no pudo por menos de decir el autorrobado—. ¿Por esa poquedad quieres tú que traigamos en danza a los señores alcaldes de corte, que tendrán tantas cosas más importantes en que ocupar su tiempo? Anda, buen Marcos, no gimas más, que puede darte una congoja.

Retiróse el apenado sirviente, haciéndose mil cruces por tan grande despreocupación, que otra tal no vió en sus revueltos días, pero con ánimo de no cesar hasta descubrir a los ladrones y dar con ellos en la cárcel, porque no se pensase que habían vuelto a florecer en él las mañas de antaño.

El revolvería Roma con Santiago hasta dar con sus ex camaradas, y aun, si fuese menester, irse a ellos de rodillas, a pedirles que devolvieran lo hurtado, comprometiéndose de su parte a buscarles otro negocio que les recompensara de lo perdido. Pero esto no fué menester.

Con tal ahinco tomó la empresa restauradora, que de allí a otras cuatro fechas estaban los malhechores en la cárcel de villa (de la cual salieron a pasear las calles acostumbradas, con las espaldas abiertas a puros azotes, antes de ser enviados a galeras, y las talegas de oro (descontando, como cosa natural, lo no poco que hubo de quedarse enganchado entre las garras de escribanos, alguaciles y demás polilla curialesca) volvieron a las arcas de su propietario, quien, por vía de agrade-

cimiento, puso en la calle a su fiel administrador.

Por desenojarse un tanto y ver si la flor de los fulleros se daba mejor maña para enredarle las posturas, fuése a la zahurda de Leganitos, pero la halló cerrada a piedra y lodo, selladas sus puertas por el terrible y verde emblema del Santo Oficio: *Exurge Dómine, et júdica causam tuam.*

Y uno de los continuos vividores con las migajas de aquel antro recogía como baratero, que nostálgicamente merodeaba en torno del bien perdido, contóle a qué debía el fin de la azarosa industria.

CAPITULO VIII

LA CASA DE LOS DUENDES

Y lo que el tahur sin ejercicio contó a nuestro hidalgo, punto más, punto menos, fué lo siguiente:

—Menester será, señor, contar las cosas desde el principio, para llegar con buen logro al fin.

Habéis de saber que esta casa fué una guarida de duendes desde hace muchos años; mas los tales, a lo que de ellos cuentan los vecinos que se tienen por bien enterados, antes eran acreedores a la estimación que al espanto, pues no eran más de unos «martinillos» (que así, en el lenguaje vulgar de la hechicería parece que se denomina a los fantasmas menores de edad), ya que no molestaban a nadie, pues, muy al contrario, dejaban satisfecho cualquier capricho de los inquilinos de la tal morada en el momento mismo de pensarle.

En los primeros años de este siglo alquilóla cierto caballero muy estimado entre la gente aficionada «a verlas venir»...

Tarde y noche veíase la casa tan concurrida, que hasta en las escaleras se esperaba vez para encontrar sitio en torno de la mesa grande, para dejarse en ella cuanto llevasen encima, y hartas veces, lo que no llevaban.

Acaeció cierta noche que un tertuliano de mal temple, por si una jugada estaba bien o mal hecha o si le correspondía o no, tomó de sobre la mesa la baraja, partióla en dos mitades, haciendo alarde de sus buenos puños, y clavando otra nueva en la punta de la daga, la presentó a los jugadores. Levantóse en esto el bullicio que ya supondrá vuesamerced, que tan bien conoce estos lugares. Cuando más en su punto estaba, que no había manera de entenderse y las manos comenzaban a tomar el camino de los aceros, alzóse el tapiz que cerraba la puerta y apareció un discreto enanillo, el cual, avanzando dentro de la estancia y saludando con muy cristiana cortesanía, deseó la paz a todos, les dió las buenas noches y acabó diciendo con faz sonriente: «Huélguense sin alborotar mucho, como gente de bien y mejor criada, que hay enfermos en la casa.»

Hubo quien, por verle tan poca cosa, le respondió recio, y aun parece que osó adelantarse para ponerle la mano encima; pero no se arredró por ello su diminuta merced, sino que mudando el tono suave alzó la voz con tanta autoridad, les amonestó que si no callaban por cortesía, como acababa de pedirles, harían lo a la fuerza y mal que les pesase, y dicho esto desapareció sin que nadie supiera por donde.

Prosiguió el juego ya un poco más apaciguados los ánimos, aunque poniendo un criado en la escalera, con orden terminante de no dejar pasar a nadie que no fuese conocido.

Mas tornando de allí a poco la tronera y el escándalo, compareció nuevamente el enano pacificador. Quisieron los tahures ponerle a buen recaudo, pero tan pronto como lo intentaron, como brotados del suelo y de las grietas de las paredes, aparecieron otras tantos hombrecillos armados con sendos látigos, y en menos de un amén dejaron la sala limpia.

Transcurrió bastante tiempo sin que la casa volviese a estar habitada.

Las gentes de la vecindad inmediata decían que en la quietud y el silencio de la noche oíanse ruidos metálicos, como golpes de martillos con-

tra un yunque y chirriar de torniquetes apretados. Era, pues, esta casa como la cruz negra del barrio.

Al cabo de algunos días parecióle buena a la marquesa de las Ormazas, que, por lo visto, se le daba poco de trasgos y aparecidos.

Durante algún tiempo nada extraordinario turbó la tranquilidad y el sosiego de la linajuda dama. Cierto día antojósele adornar el estrado, y mandó a su maestresala que fuese a comprar un tapiz verde. Aún no había terminado de dar la orden cuando sintió un leve ruido detrás del sitial en que estaba sentada. Volvióse a mirar lo que fuera y hallóse con dos de aquellos hombrecillos en miniatura, que en rica batea de plata presentábanle el apetecido repostero.

Toda asustada y convulsa, comenzó a dar grandes voces. Acudieron los criados y mandóles a buscar al confesor para pedirle consejo sobre cosa tan singular y fuera de lo ordinario.

Apenas había llegado el recadero al convento en que habitaba su paternidad, cuando apareció éste acompañado de uno de los serviciales chiquitines.

No más de al día siguiente dejaba la marquesa su medrosa morada, yéndose a aposentar en otra más tranquila.

Pasó el tiempo sobre otros cuantos años.

En las altas horas de la noche, oíase nuevamente el ruido del martillo hiriendo despiadadamente al sufrido yunque.

En otra ocasión parecióle de perlas la misteriosa casona a un canónigo llamado don Melchor de Avellaneda. Aunque previamente fué advertido de los sobresaltos e inquietudes que en ella se padecían, rióse de la prudente advertencia tomando la habilla como cuento de viejas y tomó posesión de su nueva vivienda, de lo que parecía estar muy satisfecho por lo espaciosa y bien acondicionada. Pero he aquí que una tarde, habiendo menester consultar los *Sermones* del padre Sigüenza, disponíase a escribir al obispo de la diócesis, rogándole que se los remitiera, y no había terminado de escribir la petición cuando embocó en el aposento un enano con la apetecida obra.

Agradeció el servicio el reverendo canónigo, y tomando luego el libro sin parar mientes en la prisa con que le había sido enviado, se puso a consultarle.

A la mañana siguiente había de oficiar el buen clérigo en la inmediata iglesia de los Afligidos, y fué su primer cuidado, tan pronto como abrió los ojos a la luz del día, encargar al paje que llevase al dicho templo el recado para celebrar.

El muchacho sacó un terno blanco del bien surtido guardarropa de su amo, y en aquel mismo punto y hora presentóse el oficioso enanito portando otro de color encarnado, que era el que prevenía la Epacta.

Y tampoco de aquí adelante quiso ver ni saber más el doctor Avellaneda, y aquel mismo día dejó la casa desalquilada.

Ahora parece que los duendes han vuelto a hacer su aparición. El Santo Oficio lo ha tomado por su cuenta, y después de exorcizar la casa desde el tejado hasta los sótanos, uno de los alguaciles que han tomado parte en dicho registro y es compadre mío, dice que lo que se ha encontrado en los mencionados sótanos es unos crisoles y unos troqueles de hacer moneda falsa.

★

Satisfecho don Juan de la pintoresca patraña, puso en las manos del oficioso cronista dos onzas de oro como dos soles para que bebiese a su salud y fuérase a terminar la noche en otro burdel tahurfesco de la costanilla de Capuchinos, en la que también él solía ser bien recibido.

CAPITULO IX

EN DONDE DON JUAN, TRAS DE UNA ROMANCESCA AVENTURA, VIENE A DAR CON EL ANGEL DE SU GUARDA Y TIENE UNAS PESADUMBRES CON EL COMPRADOR DE SU ALMA

De una manera o de otra, nunca a nuestro protagonista pudo pillarle el Diablo en el renuncio de no haber dilapidado la fuerte suma que éste habíase comprometido a entregarle al final de cada día.

No había placer que no hubiera gustado ni capricho que dejase insastifecho. El iríase al infierno por su propia voluntad, pero muy bien ganado se llevaba el premio.

Como tal vida se daba, aunque solía pasar no pocos apuros—según repetidamente se ha dicho—para derrochar tanto caudal en el breve espacio de tan pocas horas, no se daba cuenta de la carrera loca con que corría el tiempo hacia la eternidad, y así, un día, cuando menos lo esperaba, hallóse con que le faltaba menos de dos semanas para dar cuenta al rey de las tinieblas; que tal suele acontecerle a quien transcurre la existencia en juegos y placeres, sin que, ni por un solo instante se le acuda a la memoria de que la vida no es más de un paso breve para la muerte, a la que se llega siempre, sin saber cómo ni cuándo.

Tal impresión hubo de hacerle tan desagradable descubrimiento, que aquel día apenas si gastó más de seis reales y poco antes de mediar la noche tuvo que donar la suma cotidiana al conde-duque de Olivares, que era quien menos lo necesitaba, por vivir y medrar a costa de la nación, que tan desdichadamente gobernaba—y que perdone su ilustre panegirista el doctor Marañón—con la indisculpable apatía del galante monarca.

Retirábase nuestro hombre a su casa, ya casi en las fronteras del alba, después de haber realizado tan buenas obras que, sin duda, hiciéranle saltar de gozo a Satanás, cuando al pasar por el callejón de la Zarza (verdadero suburbio escondido entre la Puerta del Sol y la calle del Arenal, oyó salir de cierta casa de ruin aspecto angustiosos lamentos de mujer, y la voz iracunda de un hombre que, sin duda, acompañaba al bárbaro repiqueteo de las manos sobre la carne blanca y débil.

Su innata hidalguía hízole detenerse para orientarse en el auxilio que había menester la mísera criatura que tan desesperadamente se quejaba.

De pronto, parece que la infeliz víctima pudo escaparse de las garras de su bárbaro atormentador, y salió a la calle, toda despavorida y rota, corriendo, como demente, sin norte fijo a donde dirigirse, por huir de su enemigo, quien, por los juramentos y blasfemias que lanzaba su boca, no quería menos que arrancarla la vida.

Según lo que don Juan pudo observar a la pálida luz de la luna, la que huía era casi una niña, toda rota y desgreñada, mas no mostraba ser ninguna amazona del pecado carnal de las que componían aquella indeseable vecindad.

—¡Válame Nuestra Señora, que me mata este hombre!—exclamó la triste, aferrándose desesperadamente al hidalgo, quien no tuvo tiempo más que para desenvainar rápidamente la espada y aprestarse a la defensa, escudando con su cuerpo a la espantada fugitiva.

A la zaga de la cual apareció un rufián blandiendo airadamente un corbacho como los que usan los cómitres y arraces de las galeras, para azotar a la chusma sujeta al remo. Traíale enarbolado con intento de descargarle con toda la fuerza de su membrudo brazo sobre la infeliz moza, pero no contaba el mal sujeto con el inopinado auxilio que se le ofrecía a ésta, y el cortante acero de don Juan, de un solo tajo, partió en dos el infame látigo, mientras decía al que tan airadamente le manejaba:

—Si osáis poner vuestra villana mano sobre esta mujer, vais a dar cuenta de vuestra felonía a los infiernos. ¡Teneos allá, si no queréis que os ensarte con la misma ligereza que os he partido el zurriago!

Y a la desolada fugitiva:

—No hayáis cuidado alguno, que estais a salvo de este rufián, que no podrá llegar hasta vos sin pasar antes sobre mí.

—Y ¿quién sois vos, señor procurador de coimas pobres, para meteros en donde nadie os ha llamado y podéis salir con las manos en la cabeza?—preguntó cínicamente el otro y sin que por la muestra tuviérale en mucho cuidado la hidalga intromisión, puesto que avanzó con la diestra extendida hasta tocar un brazo de su víctima, que cada vez ceñíase más al cuerpo de su providencial defensor.

Pero un nuevo y más recio cintarazo obligó al osado a volver de su acuerdo y retroceder media docena de pasos.

—¡Señor! —exclamó desgarradoramente la joven, impidiendo que don Juan avanzara al encuentro de aquel cobarde ni un solo paso más.—¡No le hagáis mal alguno! ¡Libradme de él solamente, que, aunque no lo parezca, es mi hermano!

En este mismo momento sonó un tiro, y el hidalgo redentor cayó en tierra.

La mujer reforzó más sus gritos en demanda de auxilio, y el rufián, que no era otro el que disparó, aprovechándose del primer momento de confusión, desapareció vertiginosamente, amparando su huída en las sombras.

Unicamente un embozado que surgió de entre las tinieblas, se llegó al grupo que formaban la mujer y el herido y poniendo a aquélla una mano sobre el hombro, dijo:

—No gritéis, porque nadie acudirá a vuestras voces. Si acá está vuestra casa, entremos en ella a este hombre, que yo os fío que no está herido de muerte.

El aparecido echóse a don Juan a cuestas, tal que si éste hubiese sido una pluma, no siendo el hombre nada liviano (como no fuese en las costumbres), y siguió a la dama hacia su triste mansión.

Dieron fondo en una pieza que estaba en el mismo zaguán, pues aquella vivienda era de la más miserables que formaban la infecta calle, con serlo mucho todas las que había en ella.

Colocó el cuerpo, que parecía muerto, sobre un destrozado jergón, y rogó a la atribulada hembra que fuese en busca de un poco de agua para rociar el rostro al herido.

Fuése la tal con mucha presteza, y apenas puso los pies fuera de la estancia, aquel hombre pasó la mano por el rostro del que parecía próximo a expirar, con lo que éste abrió los ojos y miró a su acompañante.

Le reconoció en seguida. No era otro que el diablo en persona. El cual, cruzándose de brazos, le dijo, con voz grave y reposada:

—Mal cumplidor eres de los contratos que autorizas con tu firma, ya que no sabes respetar lo que te obligas en ellos. Pero, en fin; no es cosa que me espante. Hombre, al fin, ¿qué mejor puede esperarse? Todos sois lo mismo. Esto que acaba de ocurrirte, por meterte en donde nadie te llamaba, no es más que un aviso. Sólo he querido recordarte que, mientras estés bajo mi tutela, no puedes hacer ninguna acción meritoria. ¿Qué te va a ti en la suerte de esta mujer, si no sabes quién ella es y ni hasta ahora la has visto en tus días? Defendiéndola de su hermano, que después de haberla arrebatado la herencia que le dejaron sus padres, no se proponía ahora más que comerciar con su honra, has realizado una obra de misericordia, y ésta es una de las cosas que te comprometiste a no realizar cuando entraste en tratos conmigo.

—No me obligué —respondió don Juan—sino a no hacer bien alguno con tu dinero, pero no con mis sentimientos, que hasta tanto que mi alma no sea tuya, no puedes disponer de ellos.

Comprendió Lucifer que su cliente estaba en lo cierto, porque así era, y como mientras se ovesen dar las doce en San Felipe el Real, dejóle en libranzas, contra la Banca de los Preciados—no muy distante de allí—la suma convenida, diciéndole: «Ya falta poco», y desapareció, a punto que la desdichada moza volvía trayendo un vaso de estaño lleno de agua.

No hay para qué encarecer la sorpresa que mostró al encontrar sano y salvo al que ya creía con un pie en el estribo para la otra vida.

El mismo miró a tranquilizarla diciéndole que había sido más el ruido del disparo que los estragos de la bala, y que sólo la conmoción del balazo fué lo que le privó del sentido.

—Pues yo juraría haber visto manar sangre de la herida—protestó la mujer.

—La imaginación y el miedo exageran mucho—repuso Avendaño.—También yo me creía muerto, y ya lo veis, estoy con más buena salud que nunca.

Mientras hablaba fijóse en la desdichada y vió que era bella y arrogante por todo extremo.

Al principio, no pensó bien del diablo.

Acaso era una ocasión que el tal le preparaba para que se dejase un buen pico de la suma que acababa de entregarle. Mas presto rectificó, acordándose del enojo que mostró aquél, considerando que había realizado una buena obra, protegiendo a la Virtud contra la Ira y la Avaricia.

Cumplida su buena obra, íbase a retirar don Juan pensando que nada más quedábale que hacer en aquel antro de pena y de miseria, pero la triste desamparada hubo justificado miedo de que pudiese volver el bellaco compañero de su vida y diera fin a lo que la oportuna e inesperada intervención del hidalgo no le consintió, por lo cual se ofreció a constituirse en guardián de la desvalida huérfana, en lo que restase de la noche.

Ella no hubo inconveniente en aceptar tan valiosa compañía. Ya, en cuanto Dios amaneciese, buscaría el amparo de una tía suya, abadesa del convento de la Encarnación.

Laurencia, que así dijo llamarse la joven, quisiera entonces que aquella hórrida y desmantelada mansión fuese suntuoso palacio para hacer los honores de la hospitalidad a su generoso huésped, mas hubo de contentarse con la miseria de que era dueña, pues los vicios y el desorden de su hermano apenas si había dejado clavo en las paredes ni sillas en que sentarse: una mesa desvencijada, un brasero, sin lumbre y dos escabeles cojos, componían todo el mobiliario.

—Señor, porque sepáis a quién habéis tenido la bizarría y el riesgo de defender tan desinteresadamente y el afán de que no receléis que yo pueda ser otra cosa de lo que os dije, cuando hube la fortuna de hallaros tan a tiempo, que de no, ahora fuese muerta, pues, pensar en que diera en lo que aquel enemigo me mandaba, fuera pensar que ahora son las dos de la tarde, siendo, como es, más de media noche, cúmpleme daros noticias de quién soy y de la inmensidad de mi desgracia.

A lo cual, respondió don Juan:

—Hermosa niña, nada estáis obligada a decirme, que harta satisfacción es para mí el haberos librado de la deshonra y acaso de la muerte, según la fortaleza de espíritu que manifestáis tener, y así, si os es costoso descorrer el velo de vuestra vida, no habléis palabra.

A lo que replicó aquélla:

—Antes bien, esta confesión me servirá de consuelo en mi pena, ya que, por primera vez en mi vida, he tenido la ventura de tropezar con una buena alma que se ha sacrificado por mí; además, que yo he leído en un poeta esta máxima:

> Pena fiada a un amigo
> duele menos, que parece
> que el dolor se empequeñece
> cuando tiene algún testigo.

★

La noche era extremadamente fría y desapacible, y aquella habitación estaba tan horra de toda comodidad, que el viento entraba a todo su sabor por todas partes.

Aún el mísero velón que ardía sobre la valetudinaria mesa, daba los últimos resplandores de uno de sus tres mecheros.

La infeliz Laurencia seguía temblando, como si tuviese cuartana, y no ya de pavor. Sus manos, que entre las suyas tomara su salvador, no amorosa, sino compasivamente, estaban

ateridas. Las palabras salían entrecortadas de su linda boca.

Don Juan paseó otra vez sus ojos por la inhóspita estancia, en busca de algo con que abrigar a aquella pobre criatura, que estaba en cuerpo, y no halló cosa alguna con que poder hacerlo.

Despojóse entonces de su propia capa y echósela sobre los hombros.

Los tristes y hermosos ojos de Laurencia alzáronse hasta los de él, y los pálidos labios se abrieron como los pétalos de una flor para agradecerle la misericordiosa gentileza.

Empujó con un pie uno de los cojitrancos taburetes que había en torno de la mesa, y sentándose en él, dijo a su apenada protegida, que ya, más en sosiego, por considerarse, de momento, fuera de peligro, acertó a dibujar una sonrisa en su agraciado semblante.

—Sí, como decís, el hablar no es acicate que aguija vuestra desventura, hablad. Ya os escucho.

CAPITULO X

LA TRISTE HISTORIA DE LAURENCIA

—Yo, señor—comenzó diciendo la atribulada doncella—, nací en Toledo, de ahidalgados padres, aunque no de alcurniada estirpe, pero, en cambio, tan ricos, que poniendo a manera de cimientos las arcas en donde guardaban su riqueza, pudieran haber mantenido, sin mucho esfuerzo, más de dos casas empapeladas en rancios pergaminos.

En todas partes éramos queridos y respetados, porque la alcurnia de los que me dieron el ser, nunca miró a los que bajo su blando yugo tenían, como a criados, sino como a hijos; de suerte, que todos hubiesen dado gustosamente la vida por ahorrarles una pesadumbre.

Una parte heredóla mi padre en patrimonio de los suyos, y otras, las fué adquiriendo de quienes en más tenían los barullos de la corte que la grata soledad del campo, y habían menester remos de oro para bogar en los alborotados mares de la cortesanía.

No más de dos hermanos éramos: hembra y varón, y a los dos nos traían nuestros dichosos progenitores como espejos de felicidad, en los que de continuo hallaban sus ojos recreo de mirarse.

Hasta los dieciséis años fué Octavio (que así se llamaba mi dicho hermano) un mancebo ejemplar; aunque un tanto voluntarioso, si todo ha de decirse, que jamás dió motivo alguno de queja, pero, a partir de esa edad, en que nuestro buen padre le dió alguna suelta, porque era de opinión que los mozos no se afeminasen entre faldas maternas, fué extraviándose, tanto en el carácter como en las inclinaciones.

Parece que acertó a escoger mal las compañías y ellas le tornaron de manso corderillo en lobezno arisco y pendenciero.

Jugaba cuanto dábale mi padre para que lo gastase honestamente con sus amigos, en meriendas y apacibles entretenimientos, y cuando aquél dióse cuenta del mal empleo que hacía de su franca liberalidad, y con el fin de sujetarle le quiso recortar las alas de plata que él mismo habíale puesto, el mal aconsejado mozo no tuvo escrúpulo de conciencia en tomar cuanto en la casa encontraba al alcance de su mano, sin temor a reprensiones ni a castigos.

La primera víctima de su insaciable codicia fuí yo, a quien con mimos, halagos y promesas falsas, sacó unos pocos ahorrillos de lo que mi buena madre solía darme para alfileres.

Una noche, ordenólo el demonio de tan negra manera, que, tras de haber perdido cuanto puso a las cartas, dió una estocada al tahur que se lo ganara, y por huir de la Justicia acogióse al sagrado de la Iglesia Mayor, que tiene privilegio de asilo, y aprovechando un descuido de los que le vigilaban por fuera, partióse a Flandes, en donde, con nombre fingido, púsose, voluntariamente, bajo la bandera de un regimiento.

Aquel mal recado—prosiguió la acon-

gojada Laurencia—costó a mi madre la vida y a mi padre una buena parte de su fortuna, porque los delitos son negocios de los que vive la fauna curialesca, como el delincuente tenga o deje tras sí una familia que pueda responder con dinero, aunque el dañado perdone.

—Así es. Bien se conoce que lo habéis sufrido en vuestra propia carne. —comentó don Juan, que escuchaba con crecido interés a la bella cronista de sus propias desdichas.

Y prosiguió ésta:

—Pluguiese el cielo que no lo supiese a tanta costa. Allí estuvo el primer resbalón de la desgracia en que ahora me veo. La pena causada por la pérdida de aquella santa mujer que me llevó en su seno, aumentada con la vergüenza de ser padre de un hijo que deshonraba su limpio nombre, fueron bastantes para acabar con la salud y firme entereza del autor de mis días, y al cabo de dos años víneme a encontrar sola en el mundo.

Tan hondo hubo de ser mi dolor, que pensé que no habría de tardar mucho espacio en seguir las mismas huellas de la muerte. Si Dios Nuestro Señor hubiera sido servido de hacerlo así, cuánto habría ganado yo; pero, antes, dispuso las cosas muy al contrario.

Al cabo de dos años, que viví en casa de unos parientes que tenía en la vecina villa de Illescas, licenció el rey a varios de sus tercios, y con ellos regresó mi hermano, ya, al parecer, reivindicado de su pasada y suelta vida, trayendo cruzada a los pechos la banda de alférez.

El primer cuidado que tuvo fué el de venir a donde yo estaba. Parecía muy otro, por cuanto lloró tiernamente la muerte de nuestros padres, de la que bien pudo creerse que él solamente era el único culpable, y extremó sus cuidados y atenciones conmigo, diciendo que, de allí en adelante, a mi consagraría por entero su existencia, para pagarme de alguna manera la orfandad en que habíame dejado. «Yo purgué—me decía—aquellos años de locura que se deben a la mocedad, dando mi sangre a la Patria. Vengan ahora la paz y el vivir honesto, para veneración de los que Dios tiene, sin duda alguna, en el cielo y tranquilidad de nuestras almas atribuladas.»

Creíle muy de veras y me arrojé en sus brazos, como el único amparo que me quedaba en la tierra.

Durante algún tiempo, cuidó muy bien de mantenerme en esta creencia, pero mis parientes no sabían perdonarle el mal que hiciera a mis padres, y decíanme que no me fiara, que todo era lágrimas de cocodrilo. Mas yo pensando exagerados tales pronósticos, no los tomé en consideración; a su vez, mi hermano, viendo que en aquella casa no queríanle bien, determinó que nos trasladásemos a Madrid, tomándose el cuidado de administrar mi hacienda, al mismo tiempo que la suya. Y esto, sí que lo hizo al pie de la letra.

Para no cansaros, señor—que harto más de lo que debéis habéis hecho con poneros en grave riesgo de dar vuestra generosa vida por esta sinventura—, a poco de asentar en la corte, sacó las antiguas mañas y fué dejando su patrimonio y el mío en los acostumbrados garitos y en los mismos burdeles.

Agudizósele con la mala suerte aquel humor díscolo y pendenciero que parecía adormecido, y la amabilidad que conmigo había mostrado hasta entonces trocóse en desvío y acedas palabras por el más insignificante motivo, de suerte que, siempre que perdía, tratábame más como a esclava que como a sangre de su misma sangre.

¡Cuántas noches, tras de llevarse cuanto había en casa, llegó a tanta infamia como la de ponerme la mano encima!

En fin, que por tales caminos ásperos y tortuosos llegamos a este mísérrimo y triste estado de no tener hacienda ni hogar, pues todo cuanto poseíamos, dejóselo entre los naipes y los cubiletes de los dados...

En nuestros parientes no había que pensar, pues así como viéronme sin blanca, echáronme en rostro que no diese oídos a sus sanas advertencias,

cerráronme por entero las puertas de su casa y negáronme todo auxilio.

Ha tres días, este mal hombre que Dios me dió por camarada en la vida, no teniendo ya cosa de qué echar mano para satisfacer sus vicios, pretendió enajenar algo más que cuantas alhajas y dineros nos dejaron nuestros padres, que es la honra, y con esta tronera andaba luchando conmigo cuando oísteis mis desesperadas y angustiosas voces, y me visteis huir de él, despavorida, porque juraba que de esta misma noche no habría de pasar sin que yo saliese a buscarle dineros con que pagar lo que perdiera sobre palabras, o que, aquí mismo, me arrancaba el alma...

Tal es, señor, mi historia. ¡Mirad si, por acaso, habéis oído otra tan triste en todos los días de vuestra vida!

★

Un profundo sollozo subrayó la amarguísima relación de la desdichada y bella Laurencia, a la que don Juan no puso comentario alguno y, por un buen espacio, dejó que corrieran a raudales las lágrimas que fluían de sus lindos ojos.

En aquel destartalado zaquizamí no se oía más que los ahogados suspiros de la inocente víctima y tal cual resoplido de la ira mal contenida en el pecho del oyente, que no podía comprender—no siendo él, ni mucho menos un bienaventurado—que en el mundo cupiera tanta maldad.

De fuera, venía el ruido pertinaz de la lluvia, cayendo por los canalones, que hacían de las calles caudalosos arroyos, que iban a dar al mezquino Manzanares humos de río formal, y de allá lejos, el aullido de algún perro vagabundo, rasgando el silencio de la noche.

★

Avendaño no se determinaba a dejar sola a su protegida, y, por otra parte, viendo su honestidad y la magnitud de sus desgracias, tampoco se atrevía a llevarla a su espléndida mansión.

Amaneció, al fin, un día triste y frío.

Tan pronto como Laurencia vió penetrar por los turbios vidrios el primer rayo de luz, y oyó tocar a misa en las vecinas iglesias de San Felipe y San Ginés y el Buen Suceso, tomó un manto raído que había sobre el respaldo de una de las desvencijadas sillas y dijo a don Juan:

—Ya es hora. Cuando gustéis. Y se dispuso a dejar aquella casa, en donde tantas vejaciones y amarguras había sufrido.

Levantóse el hidalgo del incómodo escabel en donde había conseguido descabezar un corto sueño y se dispuso a acompañar a su protegida de aquella agitada noche.

Sin cambiar palabra entre sí, en todo lo que duró el breve paseo, llegaron al Real Monasterio de Nuestra Señora de la Encarnación, muy próximo al regio Alcázar.

Laurencia repicó levemente el aldaboncillo de la portería, y dándose a conocer a la hermana tornera, seguida de su acompañante pasó al locutorio, en donde les fué preciso esperar un buen rato, porque la Madre Abadesa estaba a aquel tiempo en el coro.

Tan bien encontrábase don Juan al lado de Laurencia que no paró en mientes en que su presencia pudiera ser inoportuna cuando llegara la reverenda Madre, y aun menos que tenía que dar comienzo a sus diabólicas ocupaciones de costumbre.

Pero al fin dió en tales inconvenientes y, muy en contra de su voluntad, pidió venia para retirarse, no sin rogar a Laurencia que consintiese en visitarla frecuentemente.

Como ella no iba a cumplir voto alguno, sino a ocultarse de aquel hermano incivil, consintió en acceder al ruego, pues no pensaba que en ello pudiese haber agravio alguno para su conciencia.

Fuése don Juan, pensando que acaso de aquella amistad tan fortuíta pudiese salir el jugarle al Diablo una mala partida.

En todo el día, no se le fué la hermosa y desdichada huérfana del pensamiento.

Hasta le pareció que ya había con ella un trato de muchos años, y punto por punto, recordaba todas las incidencias de aquella dramática aventura, que casi comenzaba a tener por feliz.

CAPITULO XI

REMANSO DE PAZ

Laurencia encontró en el monasterio de la Encarnación, el apacible asilo que su atribulado espíritu había menester.

La venerable abadesa, sor Marcela de los Siete Dolores, hermana de la madre de la angustiada doncella, acogióla con maternal solicitud, y así como aquellos otros parientes de Illescas, que la recogieron al quedarse sola en el mundo, abandonáronla cuando la vieron en desgracia, la tía monja abrióle amorosamente los brazos y en vez de execrar y maldecir al que a tan desdichadísimo extremo habíala traído, aconsejóla que le perdonase de todo corazón y rezase para que Dios le tocase en el corazón y le hiciera volver por el buen camino.

Si no disculpa de los yerros de su arriscado sobrino, tuvo, al menos, alguna benevolencia para enjuiciarle, porque la prodigalidad que le concedió su padre al comenzar sus andanzas por la vida, dándole dinero en abundancia y no parándose mucho a mirar de qué clase y calidad moral eran los amigos con quienes los gastaba, diéronle ocasión para que los fogosos ímpetus de la mocedad se desbordaran sin tino en la desenfrenada carrera emprendida.

También sor Marcela tenía una espina clavada en el corazón que le había obligado a apartarse del siglo y, por tanto, era voto de calidad en los consejos que daba a su sobrina, a la cual dijo el primer día:

—Aquí estarás como novicia o simplemente como recogida bajo mi amparo, si no te encontrase con vocación bastante para consagrar tus días a la vida religiosa, que yo no soy de los necios obstinados en imponer por la fuerza la fe a quien por su desgracia no la tiene. Y cuando esté serenada tu vida, si el claustro no te llama, te buscaré una casa cristiana y honesta en donde puedas servir con tu cultura o con tu trabajo, si por mala ventura no dispones de otros medios para desenvolverte en el mundo.

A tan juiciosa admonición respondió Laurencia, que su deseo no era otro que el de quedarse allí, como una de tantas ovejuelas del Señor, y haría por lograrlo cuanto de ella dependiese, aunque nunca, hasta que sufrió tan malos tratos de su hermano, había pensado en vestir tocas monjiles.

Y con esta libertad de conciencia comenzó la linda huérfana a llevar vida monástica, aunque sin el rigor de las profesas o las que estaban de antemano destinadas a no tornar a transponer los muros del convento.

Asistía a los ejercicios piadosos y a la huerta, con las novicias, y como tenía muy linda voz, fué destinada a cantar en el coro, dirigida por sor Adelaida de Santa Cecilia, que era una organista extremadamente notable. Por las tardes, con la explícita licencia de sor Marcela, recibía en el locutorio a don Juan, el cual, después de haber dilapidado una buena parte del dinero diabólico, nunca faltaba a pasar una hora con su bella protegida, aunque teniendo siempre por testigo a alguna de las religiosas, según disponía la regla de la comunidad.

CAPITULO XII

EN DONDE LAURENCIA ROMPE EL PACTO DIABOLICO DE SU SALVADOR

Una de aquellas tardes preguntó Laurencia a don Juan:

—Desde el tiempo que nos conocemos (y mañana, siendo Dios servido, se cumplirán quince días), ¿no habéis echado de menos alguna cosa que teníais siempre costumbre de llevar con vos?

Procuró el preguntado hacer memoria, pero por más que hacía no se le

acordaba objeto alguno que mereciese la pena de no separar de su persona.

—¿No se os acuerda—insistió Laurencia—de un librillo de memorias en el que hay cierto pergamino que parece escrito con una tinta desvaída, que tiene cierto color de sangre?

No fué menester más; Avendaño cayó en la cuenta de que se trataba de su infernal contrato.

—Todo ello—prosiguió la dama—, se os cayó en mi casa, cuando aquel hombre os acostó en el jergón. La curiosidad, que es cosa innata en toda mujer, y el interesarme vuestra persona, aunque no fuese más de por la fuerza del agradecimiento, me ha movido a leer el tal pergamino, y en verdad que he quedado confusa y espantada, aunque presumo que ello no puede ser más de una burla peligrosa, por cuanto, si en vez de dar en mis manos llega a las de un familiar del Santo Oficio, pudiera daros muy bien que sentir.

Don Juan murmuró más que dijo:

—No es burla, hermosa Laurencia, aunque harto me pese declararlo (y ésto, a nadie le hiciera más que a vos); es desdichada realidad, que se ha de cumplir mañana, a las doce en punto de la noche. Tengo vendida el alma al diablo.

—Y ¿por qué hicisteis ese mal negocio?

Avendaño contó cuanto conocen los lectores, así como los negros apuros en que veíase cada día para gastar la suma que con toda puntualidad le entregaba Satanás todas las noches.

—Y ¿no teníais una mujer que velase por vos? Ya se conoce que no, pues que de haberla tenido, no hubieseis llegado a tan monstruoso extremo.

Rióse el endemoniado y respondió, no sé si por gusto de hacer una frase o como amarga ironía:

—Acaso, entonces, fuese el diablo quien hubiese hecho un buen negocio, porque precisamente por las mujeres solemos los hombres entregarnos a él gratuitamente, pero yo os juro que, de haberos encontrado a vos, no hubiese podido ser, ya que vos hubieseis sido la absoluta señora y dueña de mi alma.

Laurencia acogió con una sonrisa seductora las galantes palabras de don Juan y, como en aquel preciso momento sonara un esquiloncillo advirtiendo que el tiempo de las visitas había terminado, dijo:

—Dejadme este papel y volved mañana a la misma hora que hoy, que quizá yo habré logrado que vuestro comprador rescinda el contrato, y en lo que tiráis esta noche su dinero, pensad que habrá quien esté en vela por salvaros en esta y en la otra vida.

★

Y don Juan fué puntual a la cita.

No se hizo esperar la discreta Laurencia, la cual tan pronto como se cambiaron entrambos las primeras palabras del saludo, dijo:

—En aquella cláusula en que el Enemigo se compromete a entregaros la cantidad estipulada, en cualquiera parte que os halléis a las doce de la noche, tengo por cierto que está el rompimiento del compromiso que tan alocadamente concertasteis con él.

—Veamos...

—¿Decís que hasta ahora ha cumplido exactamente ese punto?

—Con tal exactitud, que ya la quisieran los hombres para asentar famas de honrados en sus negocios. Sonar tal hora y aparecérseme el rey de las tinieblas, cada vez en una forma distinta (pero siempre él personalmente, para no dar que decir), todo es uno.

—Sólo hay un sitio en el que no puede entrar, aunque varias veces lo ha intentado, según habréis oído contar del monasterio de San Plácido, en donde hizo una de las suyas que ha dejado en Madrid fama de su travesura cuando encuentra terreno abonado.

—No doy en cuál pueda ser.

—En un lugar sagrado; y, últimamente, en cualquier sitio en donde haya una cruz.

—Así es la verdad. Pesiamí, que no había dado en ello.

—¿Véis como todo hombre necesita una mano femenina? Esta noche esperaréis a Satanás en este mismo locu-

torio. El hará infinitas demostraciones para que salgáis fuera, pero vos estaréis quedo al amparo de esa cruz que hay clavada en la pared, rezando conmigo. Yo os fío que no se atreverá a entrar. Se irá con su dinero y habréis ganado el pleito que tenéis con él.

—¿Aquí...?

—Mi tía, la priora, sabe el caso y consiente en ello por salvar un alma. Además, no hay profanación alguna, puesto que ya sabéis que yo no tengo hechos votos religiosos.

★

Sonaba el toque de ánimas cuando nuestro hombre volvía al convento de la Encarnación.

Flanqueóle la entrada la hermana tornera, quien al pie del torno pretendía detener el sueño repasando rosarios, y se encaminó al locutorio.

Sentóse al pie de la celosía, bajo aquella severa cruz de ébano.

Las castas esposas del Señor asistían al coro.

Hasta aquel apartado lugar venía el eco de sus piadosas preces, que agrandado por la soledad de la noche y la espesura de las tinieblas tenía un dulce encanto que sabía meterse muy bien por las escabrosidades de aquel espíritu inquieto que a un mismo tiempo ansiaba encontrar la paz y el amor.

Cesaron las voces monjiles y comenzaron a oírse tenues pasos, que más parecía rozar de alas.

A través de las tupidas rejas deslizábanse unas sombras como de otro mundo: eran las desposadas con Jesucristo que regresaban a sus celdas.

Del albo grupo destacóse la que caminaba la última.

Era Laurencia. Acercóse a la celosía y dijo a don Juan:

—Aquí me tenéis.

.....

En el reloj del Alcázar comenzó a desgranar su agonía la postrera hora de la noche.

Fuera silbaba el viento con inusitada furia.

Crujían las vidrieras. Cerrábanse las puertas violentamente.

Un gatazo negro, con ojos como ascuas, se encaramó en el alféizar de una ventana que daba a la huerta, y enarcando inverosímilmente el lomo, lanzaba estentóreos maullidos.

Laurencia, decíale a don Juan tomándole una mano a través de las rejas:

—Tened fe.

Sonó la postrera campanada de la medianoche.

Se oyó un trueno espantoso.

El gato dió un maullido como si le hubiesen machacado el rabo en un yunque, y del coro llegaron los graves y pausados versículos del *Te Deum*.

El pacto entre don Juan de Avendaño y Satanás quedaba deshecho.

★

—Ahora, puesto que cada uno se ha salvado por la voluntad del otro, no hay sino unir nuestras vidas. Aquí vendré a buscaros para conduciros al altar—exclamó don Juan.

A lo que respondió Laurencia:

—Reparad en que otra vez sois pobre que, si bien habéis ganado el alma, habéis perdido la hacienda.

—Si vamos a mirarlo con juicio, aún tengo que agradecerle al diablo: me divertí a su costa durante una temporada y os he encontrado a vos.

FIN DE
«LA NIÑA DE PLATA»
Y
«EL ALMA AL DIABLO»
DE
DIEGO SAN JOSÉ

FELIPE SASSONE

(1884)

FELIPE SASSONE

NOVELISTA, *poeta, articulista, autor dramático. Nació en Lima (Perú), en cuya Universidad estudió Filosofía y Letras. Las primeras crónicas y poesías aparecieron en un semanario limeño, firmándolas con el seudónimo* El Nene. *En 1905 se trasladó a España, iniciando sus colaboraciones en diarios y revistas madrileños. En* El Cuento Semanal *publicó dos novelas breves:* Viendo la vida *y* En carne viva. *En el teatro ha conseguido muchos y grandes éxitos. Figura, con justicia, entre los más agudos conocedores de la lengua castellana.*

Novelas: Malos amores—*1907*—; Vórtice de amor—*1908*—; La espuma de Afrodita—*1916*—: Bajo el árbol del pecado —*1917*—; Nacer, vivir, morir...

CARLOS V, HOMBRE EXTRAÑO

(NARRACION DE ESTOS Y LOS OTROS DIAS)

A JACINTO BENAVENTE,

MI MAESTRO DE SIEMPRE; MI AMIGO DE SIEMPRE; CON MI ADMIRACIÓN DE SIEMPRE; CON MI CARIÑO DE SIEMPRE,

FELIPE SASSONE

I

¡Yo soy Carlos Quinto!

En estos malos días en que vivimos nosotros, y corren automóviles y vuelan aeroplanos, la disparatada afirmación parecía una locura. Porque no la decía en un teatro, ni en un salón donde estuviera celebrándose un baile de disfraz, un hombre caracterizado el rostro con afeites y potingues y pelos postizos, y vestido con la trusa de cinco faroles. Habíala pronunciado un anciano, como de unos sesenta años, no muy bien llevados, ni alto ni bajo, avellanado y menudo, aunque algo hinchado el vientre, lo que, por contraste con la delgadez de la faz amarillenta, no denotaba muy buena salud, el cual vestía un negro traje de nuestra época, sin planchar los pantalones, con bolsas de largas rodilleras, y cerrado como un alzacuello el chaleco, en cuyo borde superior aborrascábasele, agitado por la brisa, el flácido lazo de una chalina incolora. Un raído gabancito corto, *café con leche*,

británica moda del siglo XIX, que parecía una ropilla por la amplitud de las mangas, como perdidas, pretendía ostentar una ridícula dignidad lujosa de *quiero y no puedo* sobre la mísera sencillez del indumento. Acababa de destocarse, y en la mano diestra, caído el brazo, sostenía un redondo sombrerete de fieltro, color pulga. En posición natural, ni estudiada ni tiesa, con los pies formando escuadra, estábase quieto, en realidad sin acabar de estarlo, y las toscas y enterizas botas de campo que se movían de cuando en cuando, para avanzar una y retroceder la otra, haciéndole cambiar sucesivamente de pierna de sustentación, recordaban los pies del actor que pisa inseguro la escena, y así la actitud respetuosa y tímida, como el atavío humilde, no armonizaban con la altivez de la frase. Pero, en efecto, la cabeza se parecía a la del antiguo emperador, aunque, más que en un parecido legítimo, pudiera pensarse que aquel viejo loco se lo había compuesto adrede. Traía el pelo cortado al rape, tal como se le ve al monarca en el fúnebre grupo escultórico del Escorial, y aunque faltábale a la mandíbula el prognatismo de los Habsburgos, acertaba a fingirlo la barba, cortada en abanico y peinada hacia afuera, que en la mocedad debió de ser rubia y a la cual la mezcla de canas grises y amarillas dábale un sucio tono de estiércol. En el centro del bigote, breve y sin guías, que se fundía con la barba, y en la mosca, al borde del labio inferior, habíale puesto la nicotina, por sus hábitos de fumador empedernido, un rojizo reflejo de cobre. Bajo el pelo de liebre del enérgico trazo de las cejas brillaban, con brillo mortecino y febril, de fiebre cansada, unas pupilas azules que ya daban en grises. Ayudaban las demás facciones, ésas sí, naturalmente, el parecido, y el aire triste y la color quebrada, que ponía un tinte de verdosidad morena en la blancura de la tez, evocaba aquel reposado y melancólico retrato del Tiziano, la negra figura como quemándose sobre el rojo sillón, que exhibe en la Pinacoteca de Munich la efigie del gran rey sin juventud y sin salud.

—¡Yo soy Carlos Quinto!

También debió de juzgar extravío tal declaración el único que en ese momento podía oírla, un monje gris, ahusado como una pequeña pirámide de ceniza, visión astigmática la faz, un río de barbas estrechas, que hacía pensar lo mismo en una visión del Greco que en aquel fraile del *Palimpsesto*, de Rubén Darío, «dómine serio de flacas manos y buen latín». Por lo menos, de todo ello habíase acordado el declarante, que era hombre de muy copiosas y desordenadas lecturas y de muy abundante, aunque revuelta, cultura artística y literaria.

Se hallaban los dos viejos en pleno campo, en una región que no me importa precisar, pero que de todas suertes era de una o de otra de España, puesto que se hablaba español, y en la puerta trasera de un monasterio, para hasta una docena de enclaustrados, casi tan pequeño como la ermita de un solitario. El monje, que era el superior, y había salido a recibir al visitante, llamábase el padre Rafael, y aquél, que fuera en su juventud hombre de teatro, recordó en ese instante, pero con música de Verdi en *La forza del Destino*, una escena de las más bellas y dramáticas del romántico *Don Alvaro*. El monje dió unas vueltas entre sus dedos a una tarjeta que habíale entregado su interlocutor, y arguyó, después de oír la frase insensata, con severa expresión en los ojos y en el tono de la voz:

—¡Que usted es Carlos Quinto! ¿Qué contrasentido es éste? Mi amigo el doctor Montoya, que ya me había hablado de usted, ni entonces me dijo nunca, ni ahora en esta tarjeta, que fuera usted un loco o un bromista irrespetuoso.

Bajó la cabeza, confuso, el supuesto emperador, sin razón y sin imperio, y como había hecho el monje con su tarjeta de visita, empezó a hacer él, dándole vueltas, entre sus manos nerviosas, con el redondo sombrerete de fieltro color pulga. Una breve ola de silencio envolvió a los dos hombres.

Estaban bajo un pequeño emparrado que retorcía sus sarmientos, hinchados y secos, como arterias esclerosas, en el muro de cal del monasterio. Los rayos del sol, atravesando la red de pámpanos, manchaban de luminosos reflejos rojos, verdes, anaranjados y violetas, la blanca y barbada testa del monje, como si hubiera acabado de pintarla el pincel impresionista de Joaquín Sorolla. Iba mediada la tarde y podía ser por septiembre, si la escena ocurriera en la auténtica España, o por marzo, si era en la que había sido España de los trópicos, que del lugar preciso ya he dicho cómo no me importa acordarme.

Erguíase el monasterio en un altozano, y a su espalda se tendía el huerto, con algunos limoneros de oro claro, unas pocas higueras sombrías y una extensa pomarada, y, de trecho en trecho, en otros árboles altos y oscuros, lucían las magnolias del blancor opalino de sus enormes perlas oblongas. Al fondo del verdor, y a la puerta de una choza humildísima, al parecer sin gente, veíase picoteando la tierra, húmeda y negra, el harén de media docena de gallinas, con un solo y crestado sultán.

—¡Perdóneme usted, padre, perdóneme usted, por Dios!—y el visitante rompió así el breve silencio, rota también la voz por la emoción—. Ni loco del todo, que, por el contrario, es mi cordura de ahora la que me anonada de arrepentimiento, ni bromista irrespetuoso. Sin querer asomó a mis labios la frase de mi trastorno de otros días. Mi amigo el doctor Montoya me recomienda a usted diciendo que soy un hombre bueno. En verdad, no lo he sido y quiero serlo. Le traigo a usted mi confesión; más aún, una confidencia larga... He sido un gran pecador... Sé que es usted un varón íntegro y sabio... Escúcheme usted, por caridad; vengo a pedirle a usted, primero, el castigo; después, la paz.

—El castigo sólo lo impone Dios; la paz habrá de procurársela usted mismo, con dolor de contrición y, con propósito de enmienda—respondió la voz grave y metálica, como un bronce, del padre Rafael.

Y como el otro, al romper el silencio, había juntado las dos manos en actitud implorante, entrelazando los dedos como quien inicia una oración fervorosa, y había dejado caer sin advertirlo su redondo sombrerete color pulga, se bajó el monje, solícito y dulce, a recogerlo, y aun lo limpió de la tierra del suelo con la estameña de una de sus holgadas mangas, y en vez de devolvérselo se lo dejó sobre una mesa redonda, de basta y clara madera sin pintar, que se erguía entre dos sillones fraileros, a la puerta de la ermita y a la sombra del emparrado.

—¡Oh, gracias, padre, perdóneme usted!

Sentóse el monje e indicó el otro sillón al visitante.

—Dígame usted, hable usted.

—Yo me llamo—empezó el que había dicho llamarse Carlos V—; yo me llamo... ya lo dice la tarjeta de nuestro amigo el doctor; yo me llamo Carlos Bevilacqua. Esto es, en la tarjeta dice Dell'Acqua, porque transformé así mi apellido cuando me hice cantante de ópera; el mío legítimo, que ahora le he dicho a usted, me pareció por por su significado, «bebedor de agua», un poco ridículo para que apareciese en los carteles de teatro. Mi confidencia será larga, porque quiero contarle a usted, necesito contarle a usted, toda mi vida. Yo he nacido en Madrid; pero mi padre era de Toscana; tenía una casa de comidas, taberna o botillería, *trattoria*, que decimos en italiano, en su Florencia natal, de donde salió para trasladarse a España, formando en el séquito de servidores del rey Amadeo de Saboya. Mi padre era un hombre arrogante y guapísimo, enamoradizo y galán: fino, naturalmente, por finura de raza, y porque la había adquirido en el estudio de la cocina elegante para servir a los grandes señores. Le llamaban en su tierra, y se lo siguieron llamando siempre, *Filippo il Bello*, Felipe el Hermoso. Cuando Amadeo de Saboya dejó España, mi padre se quedó a vivir en ella, pues se

había casado con una española, una camarera de café, que se llamaba Juanita, y que enloqueció de celos por los frecuentes devaneos de mi padre, al poco tiempo de nacerle yo, el año de mil ochocientos setenta y siete. Como ve usted, soy de origen humilde; pero soy hijo de Felipe el Hermoso y de Juana la Loca.

El padre Rafael golpeó con el puño la mesa y exclamó de pronto:

—¿Volvemos a las andadas? ¿No quiere usted curarse de su locura?

Carlos Bevilacqua insistió con sereno razonar:

—Estoy curado, padre, perdóneme usted; pero quiero explicarle, a lo largo de mi confidencia, su causa y origen verdaderos. Por la locura de mi madre, que fué recluída en un manicomio, mi padre hubo de quedarse en Madrid, donde se ganaba la vida como *maître d'hôtel;* pero, viudo y sin poder atenderme, resolvió enviarme a Italia, aprovechando el viaje de un amigo, y fuí confiado en Toscana a la tutela de mis abuelos, muy viejecitos, los cuales tenían una pequeña niña, en Montaletto, cerca de Florencia. Allí transcurrió mi infancia. Muy temprano supe del acre, pastoso y delicioso sabor del vino de Chianti, y muchas veces fuí con los vendimiadores de la casa de mis abuelos, en las noches de luna, a la vuelta del trabajo, cantando *stornelli,* porque tenía el oído seguro y apercibido y habíame nacido en la ganganta una voz poderosa, extraordinariamente varonil para mi temprana edad. Me estoy refiriendo a la época en que apenas contaba dos lustros. Media docena de veces al año me llevaban a Florencia. Mis ojos de niño atalayaron desde la colina de San Miniato la belleza incomparable de la ciudad del lirio heráldico, tendida a mis pies. Subí y descendí el *viale de colli;* me extasié ante el *David* de Miguel Angel; el *Perseo,* de Benvenuto, y *El rapto de las Sabinas,* de Juan de Bolonia, en la logia de los Lanzi, sintiéndolos sin comprenderlos; soñé mis sueños infantiles a la sombra del campanario del Giotto y junto a la puerta del baptisterio, *la porta del paradiso,* de Ghiberti, y anduve y desanduve los mismos caminos que Dante en pos de su Beatriz, y así mi sensibilidad se fué formando y nutriendo en la ciudad sin par, llena de flores y de poesía.

El claro repique de una campanita que resonaba entre los muros del monasterio interrumpió de pronto la plática. El padre Rafael se puso en pie:

—Dentro de unos minutos me necesitan.

—¿Me da usted su venia para volver mañana?—preguntó Carlos levantándose también.

—Desde luego; me interesa su historia; pero ahora, aguárdeme un instante; vuelvo en seguida.

Y el monje desapareció por la puerta trasera del monasterio.

Volvió a sentarse el viejo loco, y, mientras meditaba y rehacía mentalmente su pobre vida rota, se quedó contemplando un punto el huerto. Lentamente, picoteando la tierra al par que andaban, se fueron acercando a él las gallinas, y a pocos metros, el gallo, que venía delantero, se plantó de pronto mirándole con rara curiosidad y una expresión humana y desconfiada en las redondas cuentas de sus ojos. Mirólo a su vez Carlos, y al ver su apostura erguida y retadora pensó en un guerrero minúsculo y heroico: la cresta del gallo, encendida y abundante, caída en un pliegue sobre el pico del animal, le evocó la boina roja de un bravo requeté. En el umbral de la puertecita del monasterio apareció la alargada figura del monje, sonriente la roja flor de la boca entre el cándido río de sus barbas. Traía en las manos una panzuda botella y dos copitas.

—No tengo nada más que ofrecerle —dijo amable—que un sorbo de este licor de los Benedictinos, que fabricamos aquí mismo. No es hora propicia; pero...

—No se moleste usted, padre...

—No es molestia; es la primera prenda de la segura hospitalidad que le prometo.

El licor pintó por dos veces de oscuro topacio el cristal de las copas. El sol muriente encendía como lámparas

de verde cristal transparente los racimos del emparrado.

—No le importuno a usted más—dijo Carlos levantándose, y besó la mano del monje.

—¿Hasta mañana a las cuatro?

—Hasta mañana.

El que había dicho llamarse Carlos Quinto echó a andar por un sendero para salir al campo. Mientras descendía lentamente al valle, quedóse mirándole el monje.

Las montañas sinuosas y violentas ondulaban inmóviles en la lejanía, cercando la extensión como un inmenso anfiteatro. Alejábase Carlos tocado con su fieltro redondo, que parecía un birrete de época, y vacilante el cuerpo canijo bajo el anacrónico gabancito inglés que se balanceaba pendiente de sus hombros, como una antigua ropilla, y el padre Rafael pensó, a pesar suyo, en aquel gran rey, viajero y sin ventura, que había defendido en todo el mundo la causa de Dios y de España.

El hombrecito, cada vez más chico por la distancia, se detuvo de pronto en una encrucijada. Entonces el monje le gritó con su sonora voz de bajo:

—¡Por el camino de la derecha! ¡Siga usted recto y llegará al pueblo!

Se volvió Carlos Bevilacqua y lo saludó con el sombrero. Después desapareció entre las luces de la tarde que se ahogaba en un mar luminoso rojo y amarillo, de sangre cárdena y de oro.

II

Otro día, sentados ante el disco de la mesa, departían los dos viejos barbados, y el que no era monje empezó así:

—Cuando acabé en el Liceo de Florencia mi último año de humanidades, mi padre me quiso consigo y emprendí el viaje solo desde Génova, adonde me había acompañado uno de mis tíos, hasta Barcelona, y a ella acudió a recibirme mi padre. No había cumplido aún los diecisiete años de mi edad; tenía, por consiguiente, los mismos que Carlos Quinto cuando empezó a reinar y fué Carlos Primero de España.

El monje, que le escuchaba cabizbajo, apoyadas las manos, entrelazados los dedos, en el borde de la mesa, irguió el busto y levantó la cabeza:

—¿No puede usted prescindir del emperador Carlos Quinto y de la Historia de España para contarme la suya?

Carlos Bevilacqua le respondió reposadamente:

—No debo, padre: no debo, porque ello le hablará a usted de mi locura intermitente, de la que ya estoy completamente curado, y le explicará, en cierto modo, los móviles misteriosos de todos los disparates y locuras que cometí. A eso he venido a verle a usted y continuaré con su venia mi confidencia. Mi primera visita en Madrid fué para mi madre, que estaba ya recluida en el manicomio de Ciempozuelos.

Otra vez interrumpió el monje:

—¿Y su padre estaba vivo todavía?

—Naturalmente, que ya le dije cómo había ido al puerto de Barcelona a recibirme; pero no quiso acompañarme a la visita del manicomio. Y ahora perdóneme usted que le pregunte el porqué de esta nueva interrupción.

El monje arrimó más el sillón a la mesa, y apoyándose de codos en ella, con las manos entre la barba y mirando fijamente a su interlocutor, repuso:

—Quería hacerle notar a usted cómo Juana la Loca enloqueció precisamente por el dolor que le causó la muerte de Felipe el Hermoso. Su madre de usted debió de enloquecer por otra causa, que no por la muerte de su padre de usted, y me importa señalárselo precisamente para que advierta cómo no hay ninguna coincidencia entre la historia del monarca y la suya. Eso hará alejar de su mente hasta el más leve recuerdo de su vieja manía.

Una sonrisa vaga y triste curvó hacia arriba la línea roja de los labios entre las barbas como de estopa de Carlos Bevilacqua.

—No podemos prescindir de Carlos Quinto. Ni usted mismo puede ya, padre. Verá usted, verá usted. La enfermedad no había descompuesto el bello rostro de mi madre, que era casi absolutamente igual a la visión que de él conservaba yo en mis recuerdos de niño, y digo casi igual, porque había cambiado la expresión de sus ojos, transformado su fino corte de almendra, como redondeados, como perdidas las pupilas en una lejanía misteriosa que ella sola podía ver; los cabellos, negos otrora, habían encanecido totalmente, y su rostro, en contrasentido con sus palabras, no parecía el de una reina del siglo dieciséis, sino el de una marquesa dieciochesca, digna del homenaje del madrigal de un abate. La pobre me reconoció inmediatamente y me colmó de tiernas caricias, como si tuviera toda su razón; pero pronto sus palabras demostraron que la había perdido. Daba a mi padre por muerto, y por seguro que lo hubiera envenenado algún cortesano; así me lo dijo, «lo ha envenenado algún cortesano», y luego, muy en secreto y con aire de asustado misterio, agregó: «Vas a reinar, hijo mío, y vas a tener dos grandes enemigos a los cuales vencerás si sabes defenderte de ellos con astucia: son Francisco Primero de Francia y Enrique Octavo de Inglaterra. Francia e Inglaterra serán toda la vida enemigas de España.

Al pronunciar Carlos la última palabra, España, calló de pronto, y los ojos se le llenaron de lágrimas. Luego prosiguió, preguntándole al monje, como si se preguntara a sí mismo:

—¿Acaso mi pobre madre, influída por el remoquete que todos daban a mi padre llamándole *Filippo il Bello*, Felipe el Hermoso, había leído con avidez la historia de aquella época de España, y el no leer ni pensar otra cosa y los celos por los frecuentes devaneos de mi padre, todo ello en fin, no sé cómo explicarlo ni explicármelo, fué la causa de su locura? ¿Acaso heredé yo de ella mi trastorno mental, del cual a veces pienso que pudiera no haberme curado todavía?

Calló de nuevo para enjugarse el rostro, por donde corrían las lágrimas hasta perderse entre el abanico de las barbas, y calló también un punto el monje, que se quedó contemplándole con apenada curiosidad. Bevilacqua prosiguió:

—Quince días pasaron sin que volviera a ver a mi madre, porque los médicos juzgaron que mis visitas le eran perjudiciales, y de pronto, una tarde, recibimos mi padre y yo la noticia de que había dejado de existir. Mi padre estaba entonces al servicio, como ayuda de cámara, cocinero y confidente a la vez, un menester muy variado y muy difícil de precisar, de un célebre torero que se llamaba don Luis Mazzantini. Este hombre había cumplido una revolución, mas que en el arte del toreo, en la manera de ser y en las costumbres del torero. Surgió en la época en que empezaba lentamente la decadencia de *Lagartijo* y *Frascuelo;* mas la de aquél, que fué el primero que convirtiera en arte, con un sentido estético, la lidia de reses bravas, que la de su rival, quien hasta los últimos momentos de su actuación conservó la pujanza y el valor indomable prescindiendo de la belleza de la línea, y de las actitudes estatuarias que tanto cuidaba aquel cordobés, a la par rústico y fino, a quien los aficionados de entonces llamaban el Califa. Fino, y no rústico, era don Luis Mazzantini; tanto, que cuando siendo muy mozo, sin haber cumplido todavía los veinte años, abandonó su empleo de telegrafista para dedicarse de pronto a matar toros, lo que hizo desde el primer momento con tan majestuosa elegancia y pasmosa facilidad, que le llamaron en Madrid, por su aspecto y por su arrojo, el *Señorito loco*. Agraciado el rostro y muy arrogante la figura; bien educado, correcto y florido en el hablar, poseía a maravilla el francés y el italiano, por todas estas cualidades juntas y el aire mundano y distinguido, que no tenían sus compañeros de profesión, generalmente de origen plebeyo y campesino, descolló entre todos y adquirió pronto sonora nombradía en los corrillos taurómacos y en los círculos de la buena

sociedad. El señorito loco era el torero aristocrático. Por primera vez, desechaba el lidiador en su indumento de la calle las chaquetas cortas, los sombreros anchos y el uso de llevar descubierta la coleta. A don Luis le cortaba sus trajes un sastre de Londres, le llegaban las corbatas de París y le perfumaba los pañuelos un agua de colonia legítima de Atkinson. Mi padre entró a su servicio para cuidar de sus trajes y de su mesa y prepararle las *fettucine* a la romana, los *spaghetti* a la napolitana y las *tagliatelle* a la boloñesa, que eran las sopas preferidas de don Luis, porque aunque había nacido en Elgóibar de Guipúzcoa, era, como yo, hijo de italianos. Cuando mi padre me llevó a su casa por primera vez, don Luis Mazzantini, alto y corpulento, con una hermosa cabeza de emperador romano y un clásico perfil de medalla, envuelto en una amplia bata de seda carmesí, más que un lidiador de reses bravas me pareció uno de esos cardenales del Renacimiento que yo había visto en los lienzos de los museos italianos. En italiano le hablé yo, que entendía, pero no hablaba aún el castellano, respondiendo a sus preguntas en español. El primer empeño de don Luis fué que aprendiera la lengua de Castilla, y así llegó a decirme en la primera visita, después de cumplimentar a mi padre, en la lengua de Dante, porque yo le parecí un bellísimo *regazzo:* «Estás obligado a hablar y escribir correctamente el español, no sólo porque has nacido en Madrid, y se es de la tierra donde se nace, sino porque el hijo de Juana la *Loca* y de Felipe el *Hermoso* no puede ignorar el español, y Carlos Quinto decía que quien aprende un nuevo idioma adquiere un alma nueva.» Palideció mi padre mientras tal decía el torero, y yo no pude advertir entonces, como lo advierto ahora que lo recuerdo, cuán torpe era su indiscreción al aludir a mi madre y recordar su locura, de la cual me sembraba, sin pensar y sin querer, los gérmenes en la mente.

En este punto interrumpió el monje la narración para exclamar, con tono firme y satisfecho:

—Ahora es cuando empiezo a creer que está usted completamente curado de su locura.

—Yo así lo espero—repuso el otro.

Declinaba la tarde, y en la frente del monje, tornasolada de crepúsculo, se llenaba de sombra una arruga vertical y profunda en el entrecejo pensativo. Contemplábalo Carlos Bevilacqua y, extrayéndola de la memoria de sus copiosas y revueltas lecturas, recordó la frase de D'Annunzio sobre Vinci: «*Il solco di Leonardo.*» Poco después se levantaba el visitante, y ya no hablaron más en aquel día.

III

A la mañana siguiente, muy de mañana, llegóse desde el campo donde estaba enclavado el monasterio hasta el pueblo, «de cuyo nombre no quiero acordarme», y a la sórdida casa de huéspedes en que vivía Carlos Bevilacqua, un pastorcillo moreno, como una escultura tallada en madera por Bonome, portador de un billete del padre Rafael, que entre dos cruces minúsculas, una antes de la fecha y otra después de la firma, decía así:

«Mi simpático amigo: Puesto que ha venido usted a romper mi aislamiento trayéndome voces del mundo, vuelvo por un instante, y Dios me lo perdonará en gracia a la buena intención, a los hábitos mundanos, y quiero escuchar hoy sus confidencias, que todavía son eso y no confesión, partiendo con usted mi modestísimo almuerzo. Tal fruición se le pintó ayer a usted en el rostro mientras me hablaba de las *fettucine* a la romana y de las *tagliatelle* a la boloñesa, que he caído en la tentación vanidosa e inocente de hacerle a usted probar unos fideos cuya pasta amasamos con yema de huevo en nuestro minúsculo monasterio. Habrá algo más, aunque no mucho, porque es pecado capital la gula y conviene recordar siempre aquella

frase de Cicerón en sus *Paradojas: «Magnum vectigal... parsimonia.»*

»Le espero a usted a las doce para tener el gusto de ser su anfitrión y su siervo.

El padre Rafael.»

La piedad del buen monje hacia aquel loco manso que llegó a su retiro a llevarle su pena y su arrepentimiento habíase aumentado así de afectuosa simpatía.

Almorzaban al aire libre, circundados de oro de sol, bajo el único refugio sombroso del emparrado. Como en las mesas modernas y elegantes, no había manteles, apenas dos servilletitas a cuadros blancos y azules; pero la tosca madera sin barnizar y sin pulir dábale al atuendo, en su segunda acepción, al modo salamanquino, una humilde y campesina rusticidad. Como la parra se extendía en la pared posterior del monasterio, aguardaban en el alféizar de una ventana, cerca de la mesa, las viandas que el mismo padre Rafael, sin servidor alguno que le ayudase, iba trayendo en la coyuntura propicia. En el centro del disco, ante el cual empezaban a yantar y departir los dos viejos, sólo había un florerito de cristal con flores rojas y amarillas y una fuente de loza de Talavera con una ensalada de tomates y patatas. Cuando Bevilacqua, obediente a las indicaciones del monje, se sentó a la mesa, exclamó, refiriéndose a los colores de las legumbres y de las florecillas silvestres:

—¡Hombre, me gusta el homenaje! Estos son los colores de la bandera española en honor de Carlos Quinto.

Sonrió el monje, atajándole:

—En tiempos de Carlos Quinto no era ésa la bandera de España, y, además, vamos a dejar por hoy esa locura.

Bevilacqua insistió:

—Ya estoy curado de ella; bromeo y, sobre todo, recuerdo la Historia, porque todo esto me la evoca y sugiere. Ya sabe usted que el rey viajero iba por tierras de España llevando sus tapices, sus sillones, casi todo lo que podía de su palacio, para armar en cualquier parte el mismo escenario regio y no salirse nunca de su medio, y solía comer al aire libre o ante una gran ventana hasta donde podía llegarse la muchedumbre. Dicen que en su mocedad fué muy aficionado a la pesada comida flamenca, desoyendo los consejos de los médicos; pero se corrigió después, cuando llegó prematuramente el invierno a su gastado organismo. Yo he leído en el concienzudo escritor Sastrow que cuando Carlos Quinto cenaba en Worms, eran retirados los manjares más suculentos y Su Majestad se contentaba con un pedazo de cabeza de ternera o de vaca, sencillamente asada. Cuando tenía sed bebía sólo tres sorbos, olvidado del gentío que venía a verle mientras comía, pues hacíalo de manera tan limpia y mesurada que era un placer contemplarle. Dice también el mismo historiador que acabada la comida y rezada la acción de gracias, presentábanle al emperador unas plumas para limpiarse los dientes, en esto no era muy aristocrático, y seguidamente se lavaba las manos y tomaba asiento junto a una de las ventanas, adonde cualquiera podía acercarse a entregarle una petición o exponerle un asunto.

Rió el padre Rafael, diciendo:

—Pues aquí, en esta deliciosa soledad, sólo se acercarán las gallinas a picotear en el suelo los ínfimos relieves de nuestro condumio. Y ahí va el primer plato.

Y acto seguido trajo de la ventana a la mesa una fuente colmada de fideos como cintas y aderezados con una salsa de mantequilla, carne picada, tomate y unas gotas de jerez.

—¡Huele a gloria!—exclamó Bevilacqua.

—No sea usted impío, que no es para tanto—repuso el monje—, y si huele bien, mejor sabrá.

Calló un momento, mientras cortaba en rebanadas un gran pan redondo y moreno, y Carlos Bevilacqua, que enrollaba diestramente al modo italiano los largos fideos en el tenedor, tan a gusto se los iba comiendo, que interrumpió de pronto la gastronómica

tarea para exclamar lleno de entusiasmo.

—¡En Dios y en mi ánima, juro que jamás los he comido mejores!

Decíalo así, con un fácil giro cervantino, por vanidad pueril y por complacer al monje, en quien ya había descubierto un hablista seguro y cuidadoso.

Sonrió plácidamente el padre Rafael.

—¿Ni en la *trattoria* de su padre?

—La *trattoria* de mi padre yo no la conocí; pero ni en la de Alfredo, en Roma, el gran especialista de *fettucine*, las he comido guisadas de esta suerte.

Entonces el monje explicó, satisfecho:

—No están condimentadas al modo popular. Me las enseñó a preparar, precisamente en Roma, cuando yo era todavía cura, una dama, santa mujer, que era mi penitente. El aroma se le prestan los granos de nuez moscada con que las he espolvoreado, las hojas de laurel que las guarnecen y un diente de ajo que restregué en la fuente limpia, antes de servirlas, y arrojé después para que sólo quedasen su olor y regusto. Pero la gracia nueva se la da una copa de jerez añejo, que fuí vertiendo poco a poco en la salsa mientras se cocía a fuego lento. Allá en Italia solía rociarlas con vino de Marsala; como aquí no lo hay, lo he sustituído con jerez, y se me antoja que gana el guiso con la sustitución.

—Están deliciosos—murmuró con el último bocado Bevilacqua, y el monje, sirviéndole más, insistió solícito:

—Pues hágale usted los honores, *di due forchettate ancora*, como dicen en su tierra de origen.

A punto que se acababan los fideos, apareció en el umbral de la puertecilla trasera del monasterio un hermano muy joven, pequeñito y regordete, que venía materialmente abrazado a una gran fuente cubierta.

—¡Ah!, ya está aquí el plato fuerte, que es el último—exclamó el padre Rafael.

Y antes de que el nuevo monje pudiera articular palabra, llegóse a él y le quitó la fuente, que trajo a la mesa. El mensajero de tan buen mensaje desapareció en el acto por donde había aparecido.

Mientras servía, dijo el padre Rafael:

—Como aquí somos muy sobrios y hoy me ha dado a mí por echar el monasterio por la ventana, he pensado no poco antes de preparar este segundo y último plato. Me hubiera gustado ofrecerle a usted un ave; pero no hay tordos, que son los que yo prefiero, y me daba reparo sacrificar las palomas, que verá usted luego en el monasterio, o alguna de estas gallinas, que fuera ingratitud matarlas cuando nos regalan a diario con sus huevos. Felizmente, un cazador furtivo me trajo una liebre de regalo y se la he aderezado a usted lo mejor que sé, recordando mis tiempos mundanos, en que fuí, como el caballero manchego, gran amigo de la caza y gran amigo, además, de guisarla, por parecerme en algo a un buen humanista. Comámosla, pues, en paz y gracia de Dios y sin fingir resignación, que no ha menester, porque el plato es sabroso y noble y lo abona un epigrama de Marcial: *Inter aves turdus, si cuid me judice certet; inter quedrupedes mar-tca prima lepus.*

Poco tiempo después, aún trajo el monje, del alféizar de la ventana a la mesa, un plato de nueces secas y otro en que bajo unos pámpanos y rodeados de hielo, verdeaban unos higos, y todavía otro más con un blanco trozo de queso de ovejas.

—Es un postre digno de una oda de Horacio—exclamó Bevilacqua, luciendo su barata erudición.

—Muy bien—repuso el monje—; pero aún hay más—y uniendo la acción a la palabra, subióse a su sillón frailero para cortar del emparrado dos racimos, como dos estalactitas vivas de dulce y claro cristal.

Bevilacqua se limpió, inclinado sobre el aguamanil, las barbas de estiércol, y dijo, volviendo a su manía:

—Así se lavaba el emperador Carlos Quinto.

Sonrió el monje y fué a traer desde

la ventana la maquinilla del café, que preparó allí mismo en un pequeño infiernillo. Luego aseguró, mientras lo saboreaban en las tacitas minúsculas, cuando ya repetían de él:

—Este café hubiera merecido, sin duda, la aprobación de ese gran pícaro de Talleyrand, quien decía: *Le cafe doit être chaud comme l'enfer, noir comme le diable, pur comme un ange et doux comme l'amour*—y en seguida volvió a su castellano, para advertir a su invitado—: Ahora póngase en pie conmigo y rece usted mentalmente, mientras yo lo hago también, y repita sólo las palabras que yo diga en español.

Irguióse el monje y le imitó Bevilacqua. En la frente del padre Rafael marcábase más profundo y severo «el surco de Leonardo»; masculló murmurando una larga retahíla de latines, y al fin extendió el brazo en una bendición tan amplia, que parecía bendecir la mesa, la parra, el huerto, todo el campo, todo el valle, hasta las montañas violetas que ondulaban en la lejanía bajo la gloria del sol. Luego exclamó, entrelazadas las manos a la altura del pecho y vueltos los ojos al cielo:

—Os damos gracias, Señor, por todos vuestros beneficios.

—Os damos gracias, Señor, por todos vuestros beneficios—repitió fielmente Bevilacqua.

Y los dos se signaron.

Como advirtiera el padre Rafael un aire de cansancio y un principio de modorra en Carlos Bevilacqua, que tenía arreboladas las mejillas por las libaciones de un vino negro y espeso, como sangre venosa, con el que habían acompañado las pitanzas, y por la copita de benedictino que les había servido de epílogo, le instó para que volviera a sentarse, diciéndole:

—Mi deber es cuidar de su felicidad momentánea mientras sea usted mi huésped. El sillón es amplio y cómodo; la comida fué copiosa; la tarde es apacible; duerma usted aquí a la sombra de la parra, siquiera una horita de siesta. Yo voy a mis quehaceres por allá dentro, y luego volveré a recogerle para que visite usted nuestro monasterio.

Y sin decir más, enderezó los pasos hacia la puerta y desapareció.

El sueño no se hizo esperar, y una dulce languidez se apoderó de todos los miembros de Carlos Bevilacqua, el cual se quedó cuajadito en el sillón frailero, envuelto en el dorado silencio de la tarde. A poco, el gallo y las gallinas que habían acudido a picotear debajo de la mesa las migajas de haber tenido oídos de persona y de haber entendido el lenguaje humano, sintieran sorpresa al escuchar de los labios del dormido estas palabras:

—No; eso sería una vileza; yo no saco de su tumba los restos de Lutero para echárselos a los perros. Yo sólo entro en guerra con los vivos.

Soñaba el loco que era el emperador Carlos V.

.....

Poco más de una hora después y a punto que Bevilacqua entreabría los ojos y empezaba a desperezarse, volvió el padre Rafael. Visitaron el monasterio, entrando por la puerta trasera, que por fuera no ofrecía nada de particular, pues que estaba circundado de unas sencillas paredes blanqueadas sin ningún carácter; pero por dentro, apenas recorrido un pasillo como de unos cinco metros, que conducía a otra puerta más amplia, abríase un patio que era una reproducción minúscula del de la Lonja de Sevilla. Como a éste, rodeábale un edificio de dos plantas; pero en el centro, en vez de una estatua, había una fuente de coloreadas losetas, que lanzaba por el surtidor, en el aire claro, su arco cristalino, cantando la fresca y luminosa canción del agua sin ritmo y sin edad. Bajo los claustros de la planta baja se abrían cuatro puertas: tres daban ingreso a tres vastas salas, de las cuales una, la más amplia, se partía en dos para aposentar en una de sus divisiones, y en estantes hasta el techo, los seis mil volúmenes de una biblioteca, y en la otra, una serie de hornillas, un gran horno, retortas, alambiques, embudos, soplillos, bom-

bonas y frascos, cuyo empleo exacto no se le alcanzaba al visitante. El padre Rafael le dió algunas explicaciones someras, sin ahondar: aquello era en verdad un laboratorio químico, donde los buenos monjes preparaban licores, jarabes y medicamentos. Otra de las salas era a la vez cocina y repostería, y la otra, refectorio, con una larga mesa donde podían comer hasta veinte personas, y la cuarta puerta conducía a la iglesia, pequeña como una capilla, que estaba adosada al monasterio. La iglesia era también de estilo barroco, con medias columnas acanaladas, y reproducía casi exactamente, muy en pequeño, con sus tres naves, la de los jesuítas de San Salvador de Sevilla. Entre las estampas e imágenes llamó la atención de Bevilacqua una magnífica copia del *San Bartolomé* de Ribera, y el padre Rafael, después de que oraron unos minutos ante el altar mayor, mostró a su huésped, con cierto complacido orgullo pueril, tres copias escultóricas verdaderamente magníficas: la del *Cristo de la Luz*, de Gregorio Hernández, que se erguía en el altar del centro; la imagen de *San Francisco*, de Pedro de Mena, en el altar de la derecha, y la de *San Bruno*, de José de Mora, en el de la izquierda. Mostróle también una gran custodia de plata dorada y un copón de oro afiligranado con piedras de colores. La puerta principal de la iglesia daba salida al valle, al cual se descendía por una rústica escalerilla de piedra abierta en un sendero del monte. Desanduvieron los paseantes lo andado para volver al patio y subieron al piso alto, donde se alineaban hasta catorce celdas cerradas, de las cuales no salió monje alguno.

—Hay dos celdas vacías aún—dijo el padre Rafael.

Y Carlos Bevilacqua exclamó:

—¡Quién pudiera ocupar una! Me gustaría completar aquí con los doce monjes la docena del fraile.

El padre Rafael no recogió la frase, y condujo al visitante a una sala que llamó *nuestro humilde gabinete de física*. En efecto, muy pocos aparatos había en él: un gran planisferio extendido sobre una mesa, en el centro de la habitación, con algunos compases, escuadras y reglas; un gran globo terráqueo, una máquina neumática, el tubo de Newton, los hemisferios de Magdeburgo, un modestísimo aparato de radio y, junto a una ventana muy amplia, orientada a Levante, la joya más preciada del modestísimo gabinete: un pequeño telescopio, que relucía como si fuera de oro, y por cuyo cañón pacífico solía el padre Rafael (fueron sus palabras) escuchar con los ojos la silenciosa música pitagórica.

—Ya lo ha visto usted todo—dijo el padre Rafael—. Como creo haberle dicho a usted antes, yo tengo recibidas las órdenes y aquí digo misa y puedo confesar.

—Por eso he venido—repuso Bevilacqua.

El padre Rafael le respondió inmediatamente:

—Pero no se llega hasta aquí nadie a cumplir esa penitencia. Me limito a escuchar en confesión de cuando en cuando a los once hermanos que me acompañan en esta relativa soledad, desde luego muy apacible. Aquí trabajamos para amasar la pasta que acabo a usted de ofrecerle y confeccionamos el licor de los padres benedictinos, que vendemos a algunos mayoristas para hacer frente a nuestras necesidades, que con ello y con las limosnas que piden los monjes por la ciudad se satisfacen plenamente, porque no son muchas. Aquí elevamos al cielo nuestras preces y nos preparamos para la muerte, que es lo que importa: ganarse la muerte, que es mejor para el alma que ganarse la vida.

Había hablado el padre Rafael desandando el camino, y salieron otra vez al huerto. Unos minutos después ya habíase sentado Carlos Bevilacqua bajo el emparrado, ante la mesa limpia de los platos y cubiertos que habían servido para el almuerzo, y el padre Rafael le instaba para que prosiguiese la narración confidencial de otros días. Por los blancos muros, ligeramente cárdenos de crepúsculo, donde se retorcían los sarmientos del em-

parrado, iban subiendo las sombras de la tarde.

—Cuando murió mi padre, de repente, de una angina de pecho, tenía yo apenas veinte años, y don Luis Mazzantini se desprendió de mí, sin desprenderse. Digolo así, porque como habíame vuelto la voz, perdida durante la época de la muda, en que felizmente no canté, el gran matador de toros, que era gran aficionado a las bellas artes y hombre muy cabal en todo, resolvió enviarme a Italia a estudiar el canto. Ya no me quedaba pariente alguno en Toscana, y a Milán me fuí llevando asegurada una pensión mensual de cincuenta duros españoles que me asignó don Luis: «Son cuatrocientas liras—me dijo, y con ellas te ha de bastar para vivir como un estudiante.» «¿Y los honorarios del maestro de canto?», pregunté. Don Luis se puso muy serio. «Mira, muchacho, si de verdad tienes voz para el teatro, ya encontrarás maestro que te enseñe de balde para cobrarse después un tanto por ciento sobre tus contratos, y si no lo encuentras es que no tienes voz, y entonces, a tu Madrid te vuelves, que ya veré yo por dónde encaminarte. Pero creo que tienes voz para vender y regalar. Aprende, y no pienses en otra cosa. Para triunfar en algo hace falta ante todo una gran voluntad, como la he tenido yo para hacerme torero sin haber nacido en Sevilla, y siendo como soy de origen italiano y vasco. ¡Ya ves...!» Me despedí llorando de don Luis Mazzantini. En verdad, yo no había sentido los afectos de la familia; mi madre, loca, y mi padre, mujeriego y descuidado de mí, y yo, casi siempre lejos de ellos, no me cultivaron la ternura, y tampoco sentí ésta en la casa de mis abuelos de Florencia, que eran unos viejos de corazón seco, más atentos a la codicia de sus negocios que a las expansiones sentimentales; sólo en don Luis hallé un afecto solícito y una simpatía desinteresada y cordial, y como era un hombre valiente y triunfador yo le quería con admiración, que es la más honda, limpia y segura manera de querer. Resultó que don Luis tenía razón y yo voz buena para el teatro, y así hallé maestro que me diera lecciones de balde, aguardando a cobrar sus honorarios con un tanto por ciento de los míos cuando yo los ganase. Mi maestro, un siciliano que se llamaba Nino Cairone, era hombre a medias concienzudo y a medias farsante, que se sabía muy bien la asignatura y la aguja de marear; así engañaba a los ricos sin voz, prometiéndoles sacársela, porque, según él, la llevaban dentro, y les iba a aumentar con el estudio, por donde, en los meses que duraba el desengaño, cobraba el maestro muy buen dinero, y complaciendo á las señoritas cursis que tenían prisa por cantar, fuese como fuese, canciones populares y melodías de Tosti y Denza acompañadas al piano en los saraos de Gachupín. Pero con el que servía de veras ya era otra cosa, y aplicaba su buena maestría de hombre conocedor de todos los resortes y secretos de la buena emisión, que los italianos llaman *impostazione*. Yo tenía, según él me dijo, la *voce impostata di natura*, especialmente en las notas agudas, y así todo su trabajo, que a pesar de ello no fué poco, se limitó a corregirme algunos defectos de dicción y a igualarme los sonidos para que toda la voz tuviera un solo color. ¿Usted sabe música, padre?—dijo de pronto, interrumpiendo su discurso Bevilacqua.

—Hombre, tanto como saber...—repuso el padre Rafael—. No me atrevería a afirmarlo. De mozo estudié el piano y era un buen aficionado y no he olvidado del todo mi afición. En nuestra iglesita tenemos un órgano que suelo tañer las raras veces en que decimos misa cantada, y en mi celda, a la que me olvidé de llevarle hoy, verá usted un armonio pequeño como un clavicordio, donde, en los ratos perdidos, toco algún motete, alguna Avemaría y hasta algún trozo clásico, como, por ejemplo, el *Largo* de Haendel. Dios me perdone. Pero ¿por qué me ha hecho usted esta pregunta?

—Para saber los términos en que tengo que hablarle, y ya veo que es usted un entendido—respondió Bevilacqua, y

reanudó su narración—. A la vez que aprendía con el maestro la mecánica del canto, iba yo por mi cuenta estudiando solfeo y teoría de la música. Fueron tres años felices, con las horas llenas de un quehacer noble y con la vida limpia, porque mi maestro, por cuidar de mi voz, cuidaba también de mis costumbres y me vigilaba, dosificándome a lo homeópata alcohol y tabaco, y predicándome a diario contra ciertos placeres de la juventud que, según él, y razón le sobraba, eran los peores enemigos de un cantante. Las cuatrocientas liras del buen don Luis llenaban con holgura mis pocas necesidades. Vivía como huésped en casa del maestro, y por cuatro liras diarias dábame lecho blando, comida sobria y ropa limpia, y aun me sobraba para el paquetito diario de diez cigarrillos *Macedonia*, que fumaba a escondidas, para vestirme modestamente y hasta para comprar algunos libros. Iba a los teatros sin pagar, con el maestro, con lo cual agregaba a la enseñanza diaria la no menos importante del buen ejemplo que me daban los grandes artistas, y a los tres años justos de aprendizaje hice mi presentación en público por primera vez, en un teatro de categoría, en Piacenza, cantando el Fígaro en *El barbero de Sevilla*. Era en pleno invierno, y don Luis, que entonces, por la época, no tenía corridas, hizo un viaje ex profeso para asistir a mi iniciación y quedó muy contento. Yo me había convertido en el milagro de un cantante que sabía música, y era cuadrado, e iba a tiempo, y sabía respirar, y cantaba exactamente lo que estaba escrito. Y además tenía voz: una voz toda igual, muy bien timbrada, poderosa y ágil, y tan extensa y segura, que sin perder ni color ni intensidad, iba desde el *fa* sostenido grave hasta el *la* natural por encima del pentagrama, y en cualquiera de esas notas podía *apianar* y reforzar el sonido en una gradación perfecta, y hacer con muy desahogada facilidad el *regulador* que los técnicos italianos llaman *messa di voce*. Así se explica que por aquella época, fines del siglo diecinueve, en que la ópera estaba en todo su auge y abundaban los cantantes de gran nombradía, en mi cuerda, los Cotogni, los Maurel, los Kaschman, los Maggini Coletti, los Giraldoni, y los entonces jóvenes principiantes, promesas seguras, que se llamaban De Luca, Battistini y Sammarco, yo recorriese casi todas las provincias de Italia cantando con muy buen éxito las óperas más diversas, pues que a todo se prestaban mis facultades, desde el melifluo Rey Alfonso de *La favorita* hasta el impetuoso y bárbaro Nelusko de *La Africana*. Empecé a cobrar muy buen dinero, cada vez más, con gran alegría del maestro, que con el diez por ciento de mis emolumentos empezaba a ver pagados sus afanes, y hasta envié algunos regalos, libros, objetos de arte, a mi protector, don Luis Mazzantini, a quien le supliqué que suprimiera su pensión. Todavía no había cantado en Milán, que era la verdadera capital del arte lírico italiano, porque mi maestro cuidaba mucho esa presentación, que había de ser la definitiva de mi carrera. Pero aun sin ese marchamo, las excelencias de mi voz cautivaron a unos empresarios americanos, de Santiago de Chile, y allá me fuí a hacer en el teatro Municipal una temporada de cuatro meses, en que actué como único barítono y enriquecí mi repertorio, porque el otro cantante célebre, que iba por delante de mí, el toscano Mario Ancona, enfermó al llegar y hube de sustituirle. A mi vuelta a Milán, encontré que mi maestro me había firmado un contrato para el teatro de la Scala, para seis representaciones de la ópera *Hernani*, en la que, como usted sabrá, me correspondía el papel de Carlos Quinto. Para cumplir el contrato me quedaban tres meses, y los aproveché en un viaje a España, a Madrid, a ver en el Museo del Prado los retratos del rey que iba a encarnar y a estudiar su historia, e hice también otro viaje a Munich para admirar en la Pinacoteca el lienzo del Tiziano. Yo quería dar el golpe en Milán y presentar un personaje perfecto, no ya por los méritos del cantante, que de eso estaba seguro, sino por la jus-

ta interpretación artística del personaje y por la propiedad de la caracterización y del indumento. Lo conseguí, y fué la primera vez que los italianos vieron en la ópera de Verdi un Carlos Quinto sin barbas. Yo habíame percatado de la edad que tenía el personaje durante la época de la acción, y tomé como modelo para caracterizarlo el busto en bronce que se exhibe en el museo del Gruuthuse, en Brujas. Ello fué la gran sorpresa de los críticos y hasta dió motivo para una explicación mía, que publiqué en forma de carta abierta en todos los periódicos. A ello me autorizaba el inmenso éxito obtenido. No tiene usted idea, padre. Apenas salí a escena hubo un murmullo de aprobación y estalló el primer aplauso a la primera frase, al terminar con un ágil y limpio *grupetto* el verso que dice *quel cor tentiamo, un'altra volta ancora.* Hube de repetir en el segundo acto el *contabile, vieni meco o sol di rose,* que dije a media voz, con un *bel canto spianato,* y en el tercer acto el triunfo alcanzó los caracteres de una verdadera apoteosis, después de la romanza de las tumbas y del concertante final, en el que me fuí al *la* bemol agudo resolviendo la frase en un solo aliento inconcebible. El patio de butacas se puso en pie; los espectadores de los palcos parecían salirse de ellos; en el *paraíso* daban gritos de entusiasmo, y los propios músicos de la orquesta rompieron a aplaudir.

Calló Bevilacqua para enjugarse los ojos, húmedos por la emoción del recuerdo, y exclamó luego, desalentado y triste:

—Y ése fué el principio de mi desgracia.

Había cerrado la noche. El padre Rafael, que escuchárale complacido y sonriente, se puso en pie:

—Le he dedicado a usted toda mi jornada; pero ya es muy tarde, y habremos de continuar mañana esta narración, que mucho me interesa—y le alargó la mano sarmentosa, que Bevilacqua besó sin que el monje pudiera evitarlo.

Preguntó aún el religioso:

—¿Quiere usted que un zagal le acompañe con una linterna? La noche está muy oscura.

—Conozco el camino ya y podría recorrerlo con los ojos vendados.

Echó a andar Bevilacqua y metióse en el monasterio el monje. Iba el ex barítono de ópera descendiendo al valle y canturreando a media voz, nostálgico de sus horas de triunfo, la frase primera de la romanza de las tumbas de Hernani:

O de verd'anni miei
Sogni, bugiarde larve,

cuando de la mancha negra de un bosquecillo espeso, de árboles muy altos, partió de pronto, atravesando las frondas, como un reto, la flecha de cristal de los trinos de un ruiseñor, maestro por Dios de todos los maestros de canto. Por debajo de su melodía sin compás, oíase, como una invisible orquesta, el acompañamiento del trémolo de los grillos y del croar de las ranas. Un segmento de plata lunar rasgó una nube negra, y calló de pronto el pájaro. Poco después, los ladridos de unos perros lejanos rompieron la serenidad armoniosa de la noche.

IV

—... ¡Y Carlos Quinto recorrió en triunfo las principales ciudades de Europa cantando ópera!

Bavilacqua lanzó solemnemente la frase y se quedó un punto mirando a su interlocutor y esperando el estallido de su indignación; pero el padre Rafael se limitó a sonreír silencioso, como si ya se hubiese acostumbrado a la inofensiva locura de su cotidiano visitante. Bevilacqua continuó:

—Mi interpretación del regio personaje en el *Hernani,* de Verdi, me dió tal fama, que ya en Milán nadie me llamaba por mi nombre. *Quello é Carlo Quinto,* decían al verme pasar por las calles, y ya para todos, empresarios, agentes, compañeros y amigos fuí *il barítono Carlo Quinto.* Por aquellos días (un año después de mi pre-

sentación en Milán) me casé con una *mezzosoprano* lírica a quien conocí en la temporada del teatro Constanzi, en Roma. No cantaba conmigo, pues que sólo la habían contratado para el pastorcillo del *Tannhäusser*, ópera que interpretaba otro barítono para que yo descansase; pero nos veíamos a diario en ensayos y funciones, y a los quince días de trato (ella me admiraba profundamente y me llenaba de halagos y lisonjas) decidimos casarnos. No valía gran cosa como artista; pero era muy bonita y graciosa, y la retiré de la escena para hacer de ella el ama de mi casa y la madre de mis hijos probables. Sólo me dió uno, al que llamé, naturalmente, Felipe.

—¿Por qué *naturalmente?*—preguntó el monje, subrayando con la voz el adverbio.

—Pues... porque ése era el nombre de mi padre, y porque yo era el emperador Carlos Quinto, y mi hijo, nieto de Felipe el *Hermoso*, tenía necesariamente que llamarse así—y así diciendo, Bevilacqua, como se percatase a tiempo de que el padre Rafael intentaba interrumpirle, no le dejó, agregando—: No se amargue usted ni se apure, que ya no estoy loco. Trato sólo de pintarle fielmente el clima mental y moral que respiraba por aquel entonces. Mi mujer (mire usted qué coincidencia) se llamaba Isabel y era portuguesa. En algunas poblaciones donde la temporada fué más larga, hube de cantar, además de *Hernani*, otra ópera, y los empresarios escogieron siempre el *Rigoletto*, que íbale a maravilla a mis facultades y que en los primeros años de mi carrera había cantado con extraordinaria brillantez. Pero en la primera ocasión de volver a hacerlo me negué; no me avenía a salir en un papel de bufón siendo, como era, el rey de los cantantes. Mas luego, cuando caí en la cuenta de que el duque de Mantua, que así se llama al tenor en la ópera, es en verdad Francisco Primero de Francia, porque el libro de *Rigoletto* está tomado del drama *Le roi s'amuse*, de Víctor Hugo, cuyo protagonista es el derrotado de Pavía, que lo perdió todo, menos el honor, claro, porque el honor nunca lo tuvo, comencé muy a gusto en encarnar el bufón por desahogar cantando mi odio contra mi inveterado enemigo. ¡No puede usted figurarse qué alegría me daba apabullar a Francisco Primero y llevarme las ovaciones. En una ocasión, en que tuve unas palabras con el célebre tenor Angelo Masini, que ya muy viejo sentía celos de mi gran éxito, llegué a retarle durante un entreacto, en pleno escenario, a combate singular, con espada y daga, a pie o a caballo, en tierra firme o en el puente de un navío, con palabras parecidas al cartel de desafío de Carlos Quinto. Habíale yo arrancado de la vaina a uno de los cortesanos del *Rigoletto* una espada de guardarropía, sin punta ni filo, y la esgrimí dando grandes voces, y así, vestido con el traje del bufón y las dos jorobas, debía de parecer una facha muy grotesca, y los coristas todos se morían de risa, mientras mi mujer y el *Sparafucile* trataban de contenerme. Masini, bajo el indumento del duque de Mantua, gesticulaba y manoteaba diciendo: *Ma questo baritono é pazzo! Che c'entrano qui Carlo Quinto e Francesco Primo? Qui siam venuti a cantare agnuno il meglio che possa. O bella! E grande questa!* Yo acabé también por tomarlo a risa, y la cosa no pasó a mayores. No así un año después, en el teatro de Amberes, donde había venido a nuestra compañía a cantar seis representaciones extraordinarias de *Falstaff* el barítono francés Faure. El hombre se caracterizaba muy bien, figiendo una gordura monstruosa, hasta en la cara, que llevaba llena de *soflamen*, y una noche se le antojó decirme, sin sospecharse, ¡claro!, lo que le iba a pasar, que más que a *Falstaff* se parecía al rey Enrique Octavo de Inglaterra. Reparé en él con más detenimiento y hallé que, en efecto, era muy grande el parecido, y pensando en mi locura, que, como ve usted, se iba y tornaba, que tenía delante a uno de mis mayores enemigos, la emprendí con él a puñadas y puntapiés hasta romperle el traje y descomponerle la ca-

racterización. No quiera usted saber el escandalazo que se armó. Trabajo costó darle explicaciones, y el hombre no salía de repetir indignadísimo y en actitud agresiva *Mais vous est fou, voyons, absolutement fou.* Yo tenía un ojo negro, porque el francés no era manco, y me deshacía en excusas pidiéndole perdón; pero él todavía recurrió a la dirección del teatro y exigió que me encerrasen, porque, según él, era un loco peligroso. No me encerraron, y todo se arregló al fin porque a la noche siguiente tenía yo que presentarme en escena con el *Hernani* y había una expectación enorme y no quedaban localidades, y no era cosa de que la empresa se perjudicase en sus intereses por una riña entre bastidores. Acabamos cenando juntos, y el barítono Faure, que era un hombre y un artista distinguidísimo, se tronchaba de risa, olvidado de la agresión, intempestiva y absurda, mientras yo, entre sorbo y sorbo de champaña, le explicaba cómo en un momento me había figurado que yo era Carlos Quinto en persona y él el rey Enrique Octavo de Inglaterra. El cardenal de mi ojo derecho, como una enorme violeta, testimonio de su represión enérgica, contribuía a apaciguarle el ánimo, y repitió muchas veces riéndose, ya sin furia, las mismas palabras de la noche anterior: *Mais vous est fou, voyons, absolument fou.* No acabaría nunca si le contase todas las peripecias a que dió lugar y todos los disgustos que me acarreó mi supuesta personalidad histórica, que yo consideraba muchas veces como una verdad real y efectiva. De todas mis temporadas por el extranjero y por ciudades de Italia, volvía a mi casa de Milán a tomarme mis vacaciones, y entonces solía ir a almorzar al café Biffi, bajo los soportales de la galería Vittorio Emmanuele, llena de artistas de canto a toda hora, y tras las grandes vidrieras que daban a la *rotonda* principal, sentábame solo y majestuoso a trinchar un pollo asado, de suerte que todos los transeúntes que quisiesen pudieran verme comer, como en otro tiempo los cortesanos y el pueblo al rey Carlos Primero de España. Mientras engullía satisfecho un alón o muslo del ave, escuchaba en torno mío los comentarios de los que me consideraban un regio personaje: *Guarda, guarda, come mangia Carlo Quinto.* Yo me hinchaba como un pavo real. Llegaron a llamarme así hasta en los periódicos, y ningún otro barítono quería cantar después de mí la ópera de Verdi. En una ocasión en que paseaba por el Corso, llevando de la mano a mi hijo, me detuvo mi paisano y compañero el barítono Eugenio Labán, el que fué protegido mucho tiempo de Julián Gayarre, y como preguntárame, en tono bromista y amable: «¿Qué hace el emperador Carlos Quinto?»: le respondí muy serio, mostrándole con orgullo a mi retoño: «Pues ya lo ves, aquí estoy, llevando de paseo a Felipe Segundo.» ¿Qué le parece a usted?

—Pues lo mismo que al barítono francés: que estaba usted completamente loco—exclamó el monje, sin poderse ya contener.

—¡Oh, no lo sabe usted bien!—respondió Bevilacqua.

Todavía interrogó el padre Rafael:

—¿Y en Madrid? ¿No cantó usted nunca en Madrid?

—A eso iba. Canté dos temporadas: una, con grandísimo éxito en la creación de mi *Hernani*, que llenó veinte noches el teatro Real, y en la segunda, allá por el año de mil novecientos ocho, canté por última vez mi ópera predilecta y sané de mi locura. Verá usted. Ahora es cuando empieza mi tragedia. Aquella temporada oí por primera vez a ese cantante y artista estupendo, verdadero fenómeno vocal, que se llamaba, y se llama todavía, pero ya está retirado, Titta Ruffo. Unos meses antes había yo cantado mi *Hernani*. No me sentí bien de voz, y la frase del acto tercero «*O sommo Carlo!*», que me había hecho célebre, no logré decirla con la facilidad y la potencia acostumbradas. Pensé que era un poco de cansancio, pues no se me ocurrió que a los treinta años de mi edad, que ésos tenía entonces y estaba completamente sano, pudiera empezar a perder mis medios vocales. Llegó Titta Ruffo al Real y le oí un *Rigoletto* que, valga

la verdad, nunca soñara yo que pudiera cantarse así, y después, en el *Hamlet,* me quedé pasmado oyéndole su inverosímil *fermata* del brindis. Volví a escucharle, y como yo sabía mi música, y la sé aún, copié en un papel la *fermata,* y a la mañana siguiente, en mi casa, intenté cantarla yo también. Imposible; me faltaba el aliento. Ya puesto a probarme la voz, llevaba callados unos meses de reposo, ensayé después mi frase del *Hernani* y se me rompió el *la* bemol agudo. Aquél era el primer *gallo* de mi vida, la *prima stecca,* que dicen los italianos, y sentí dentro de mí, con profunda tristeza, que ya no podría ser nunca el primero en mi arte. Me había salido un rival invencible, y yo, claro estaba, aunque no supiera por qué, iba perdiendo facultades. Decidí no cantar más ópera. ¿Fué un acto de soberbia? ¿Fué renunciación sensata de un artista que no quiere sobrevivir a su arte?

El padre Rafael movió tristemente la cabeza.

—¡Qué sé yo! Probablemente fueron las dos cosas. Pero en todo ello hubo más soberbia, y así debe usted pensarlo para ser severo consigo mismo, que es lo que conviene a su conciencia y a su salud mental y espiritual.

Bevilacqua prosiguió su narración:

—Rescindí un contrato muy bueno para el teatro Regio, de Palma, donde ya había cantado en anteriores temporadas mi *caballo de batalla,* y como tenía que presentarme otra vez con él, no me atreví a afrontar la comparación con el recuerdo que de mí había dejado entre los parmesanos; pero como en el relámpago de mi brevísima carrera no lograse ahorrar ni un céntimo, que siempre fuí cigarra y nunca hormiga, y no sabía más que cantar, acepté una serie de conciertos por Europa. Así el barítono poderoso se fué convirtiendo poco a poco en un *liderista,* y con muy buen éxito, eso sí, pues que en la sala Pleyel, de París, hube de repetir dos veces, después de una ovación indescriptible, una melodía sencillísima, *Caro mio ben,* que es como una lección de canto, y que yo decía, y digo aún, pues casi no hace falta voz para ello, con muy sentida expresión y con muy rara maestría. Recorrí dando conciertos las principales ciudades de Francia, Alemania, Bélgica, Inglaterra y Suiza, y como ya no cantaba ópera ni vestía nunca la ropa de Carlos Quinto, nadie volvió a acordarse de mi célebre remoquete. Yo mismo, para consolarme de mi pena, procuré olvidarme de él, y nunca más volví a cantar ni un trozo, siquiera fuese muy pequeño, del *Hernani.* Aunque no ganara lo mismo que en la ópera, me iba bien con los conciertos, y seguí viviendo con lujo y sin ahorrar unos cuantos años, hasta que en mil novecientos catorce la Gran Guerra me obligó a buscar el refugio de mi España neutral. Corría el dinero a raudales en mi tierra, y Madrid adquirió categoría de gran capital, con muy buenos espectáculos; pero yo ya no era el mismo, y no queriendo presentarme en público por no conspirar contra mi buena fama, me dediqué a la enseñanza. No había perdido el renombre como había perdido la voz, y tenía en la corte muy buenos amigos, personajes influyentes, admiradores de mis tiempos de cantante: don Torcuato Luca de Tena, don Mariano Benlliure, don Natalio Rivas, un viejo crítico que se llamaba don Santiago Arimón y otro más joven y muy simpático que fué mi amigo íntimo y se llamaba Luis Gabaldón, y ellos supieron procurarme clientes para mi academia de canto. Puedo jurar que enseñé a conciencia todo lo que sabía, que no era poco, y que a nadie engañé. Apliqué el método de Lamperti, por el que yo había aprendido; adiestré las voces buenas, muy pocas hallé, haciéndolas estudiar por notas tenidas de medio en medio tono, para asegurarles la afinación, como se enseñan los instrumentos de viento, que eso es la voz humana, y no consentí que ninguno de mis discípulos cantase antes de tiempo, sin tener la voz absolutamente puesta y sin saber solfear a primera vista. Como esto era muy pesado, y yo bastante severo, y rechazaba de primera intención las voces defectuosas o débiles, que a mi

juicio no tenían remedio, no pude prosperar en mi magisterio, y en la lucha con los farsantes que no sabían la asignatura ni tenían conciencia y le consentían a cualquiera que cantase zarzuela y hasta ópera a los tres o cuatro meses de lecciones mal dadas, acabé por quedarme solo con un par de discípulos pobres, a los que aleccionaba sin cobrar. Entonces me vi obligado a ayudarme haciéndome crítico musical, y en tal concepto entré a formar parte de la redacción de un importante diario conservador. Carlos Quinto, emperador de todos los baritonos del mundo, acabó en humilde revistero, con una mísera soldada, sin más riquezas que sus recuerdos, que eran sólo nostalgia y pesadumbre. Así vi llegar la inefable y vergonzosa república laica de mil novecientos treinta y uno. Estaba completamente cuerdo, e iba muriendo por mi cordura, como nuestro señor Don Quijote. Le ahorro a usted los pormenores de mi vida triste y gris, sin teatro Real, con un público que se iba encanallando día por día, sin espectáculos que valieran la pena de ser juzgados, en el ambiente cada vez más enrarecido de mi Madrid, que iba perdiendo su señorío y su limpieza, ahogado por la ola sucia y roja de los marxistas y comunistas del mundo, sin Patria, sin Arte y sin Dios. En la zona maldita, y en la capital de España, que se había negado a sí misma, me sorprendió de repente, cuando yo, ciego, olvidado de mi propia dignidad, no podía esperarlo, el glorioso Alzamiento de julio de mil novecientos treinta y seis. Me cogió viejo, pobre y empecatado. Yo tenía entonces un hijo más, que no era de mi matrimonio legítimo, y me había nacido en mil novecientos catorce, de una discípula de canto, a quien enamoré durante las lecciones en mi propia casa. Y es el caso que la enamoré sin amarla, y que al hijo adulterino, que por eso no podía reconocer, le puse por nombre Juan. Desde el fondo de lo subconsciente, mi vieja locura adormecida, pero no muerta, me dictó ese nombre y me acordé, sin duda, aunque sin saber que me acordaba, de aquel bastardo don Juan de Austria, que fué el último amor doloroso del grande y desventurado emperador.

Calló entristecido Bevilacqua, y el monje, aprovechando la pausa, se levantó y le dijo:

—Dejemos aquí la confidencia de hoy. Se ha exaltado usted y le han conmovido los recuerdos. Además, yo tengo un día muy atareado. Seguiremos mañana...

La tarde, serena, parecía haberse detenido, amarilla de hojas de otoño, bajo la calma del cielo limpísimo. Aún no llegaba el crepúsculo. El pitido de un tren agujereó el silencio dorado y azul, y Bevilacqua, mirando la lejana sierpe de hierro, que corría muy lejos horadando montañas, exclamó:

—No había reparado aún en este tren durante estos días. Va a la ciudad, va al mundo, va a la civilización... Va adonde yo no quisiera volver nunca. ¿Me ayudará usted a no volver?

—Cuando oiga entera su historia... ya veremos—respondió el padre Rafael, y le tendió la mano con tan amplio y generoso ademán, que pareció que le amparaba y que le bendecía.

V

Aquella tarde soplaba un viento frío en el huerto, y el padre Rafael llevó al visitante a su celda, donde el buen monje vivía como en una nube, entre las cuatro paredes encaladas, blancas hasta dar en azules, de su limpísima pobreza. Allí, una yacija dura y estrecha, en un catrecillo de hierro, esmaltado también en blanco, solitario lecho de anciano o de niño, en cuya cabecera un Cristo de marfil, sobre una cruz de ébano, abría la misericordia infinita de sus brazos. En el mármol rosado de una noble cómoda antigua de caoba con incrustaciones de metal erguíase, vestida con un manto de terciopelo bordado de oro, una Dolorosa pequeñita, como de unos cuarenta centímetros, de cuya talla sólo podían apreciarse la faz afligida y las manos fervorosas. Era una de esas re-

liquias familiares que pasan de abuelos a padres, de padres a hijos, de hijos a nietos, como una herencia moral y una lección de piedad cristiana: los ojos de cristal, tristes y brillantes, parecían vivos en la carne de madera del rostro, surcado de lágrimas de aljófar, que pudiera haberse atribuído a la gubia de Montañés. Algunos centenares de libros en toscos y sencillos estantes de madera barnizada de negro, y sobre una mesita de pino, más libros, como un par de docenas, entre los cuales podían leerse los dorsos de los que estaban más a mano: una Biblia en latín, una edición antigua de *Las Moradas, La Ciudad de Cristo,* de San Agustín; un volumen con las Odas de Horacio, el Kempis, otro volumen minúsculo de la *Divina Comedia,* en la edición lujosa de Zanichelli de Bolonia, y los cuatro tomos del *Quijote,* en la edición de Argamasilla de Alba. Coronando un gran tintero de loza de Talavera, media docena de plumas de ave erizaban de colores alegres, verdes, azules, rojos, la severidad de la mesa de trabajo. En el lienzo de pared frontero al lecho, un clavecín abierto mostraba la sonrisa marfileña de su teclado. Brillaban los reflejos metálicos de un gran velón de Lucena en el escritorio; de otro más pequeño, en una mesa bajita de marquetería, a la izquierda de la cabecera del lecho, sobre la cual se apilaban todavía más libros, y de la tapadera y las agarraderas de un gran brasero, que en el centro de la estancia, entre dos sillones fraileros, ponía su lumbre alegre sobre la bruma fría del otoño, que llegaba por los cristales de la ventana, desde donde se podía otear el campo inmenso, verde y gris.

Lejos del mundo, amparado en aquel rincón, sosegado y limpio como una conciencia honrada, al amor de la lumbre y de la confianza del padre Rafael, reanudaba Bevilacqua su narración:

—Y llegamos al año terrible y dichoso de la tragedia de España, de la salvación de España, y mi propia tragedia, cuya salvación no ha llegado todavía. Sólo usted pudiera dármela, padre. No le voy a contar a usted mi caso como cualquier quejumbroso y vanidoso de sus pequeñas desventuras. Es la conciencia atormentada de un pecador que quiere purificarse lo que le traigo. No le voy a usted a contar una novela. No habrá siquiera orden ni método en lo que voy a exponerle. He de proceder a saltos, según me lo consientan mis recuerdos, y habré de suprimir pormenores, unos voluntariamente, por no cansarle, otros, a pesar mío, porque mi memoria los olvide. Mi vida era relativamente tranquila, y me la ganaba anchamente para mis escasas necesidades. La madre de Juan, el hijo adulterino, había huído con otro hombre hacía mucho tiempo, lo que sólo me dolió en el amor propio, porque ya no la amaba mi corazón, y hallé modo de llevarme al muchacho a vivir en mi casa con mi mujer y mi primogénito, Felipe, que ya tenía treinta y dos años y era capitán de Artillería. Mi mujer había pasado los cincuenta, pero nadie hubiera podido suponérselos: fresca y lozana, un poco gruesa, sin deformarse, era todavía una buena moza en la plenitud de su otoño, dulce y sabrosa como un fruto en colmada madurez. Nada le decía a mi virilidad, definitivamente apagada; pero hería mi ternura, porque era poco afectuosa conmigo y me guardaba rencor por mi traición, de la cual tenía ante los ojos todos los días el recuerdo vivo. Sin embargo, no trataba mal al hijo intruso, que éste había sabido ganarse su voluntad, como la de su hermano mayor, porque, según casi todos los hijos ilegítimos, era muy hermoso, inteligente y simpático. Yo le aleccionaba en el arte del canto, porque había heredado mi voz, y él lo aprendía sin gran entusiasmo, pues le tiraba, como a su hermano, la carrera militar y ya tenía el grado de teniente. Con lo que yo cobraba en el periódico y lo que de su sueldo me daban mis hijos, que me ayudaron siempre, alcanzaba de sobra para que los macarrones a la napolitana hicieran su aparición un par de veces a la semana en mi mesa, y aun para

rociarlos con vino de Chianti, y hasta para que mi mujer se perfumase con esencias caras, a las que era muy aficionada. Sin vicios, porque en mi vida de cantante había aprendido a ser sobrio y metódico, y porque la edad ya no me los consentía, fumaba unos pitillos mezclados de cuarterón y de Gener, que yo mismo me liaba, y eran mi único lujo, y me absorbía el trabajo de mis críticas musicales y aun de algunos artículos de costumbres que me atrevía a pergeñar. Aseguraban que no lo hacía mal y que tenía dotes de escritor. No me asombra pensar ahora que ello pudiera haber sido verdad: había vivido mucho; había visto el mundo; me había rozado con el arte, y como el español no era mi idioma nativo, aunque había nacido en España, por haberlo estudiado desde niño con ahincada porfía y con escrupuloso cuidado, sabíalo casi bien, sin resabios regionales y sin vicios de pronunciación, mejor aún que si lo hubiera aprendido por hábito y de oído, sin la sólida base de los conocimientos gramaticales. Es más, como había roto a hablar en italiano, mi nuevo idioma español, que había adquirido con el estudio, tenía en los giros, en los neologismos y en los nuevos verbos creacionistas, que yo inventaba sin pretenderlo, un marcado regusto latino de aquella elegancia italianizante que desde Boscán y Garcilaso y Cervantes se advirtió siempre en todos los buenos clásicos españoles. Lo que había conseguido por favor acababa por ganármelo en justicia. Era un escritor decoroso que sabía las materias de que trataba y las trataba bien. No vea usted en esto, padre, ninguna ostentación vanidosa: en todo cuanto voy a decirle le diré siempre mi verdad y me aplicaré a una justicia seca. Usted será quien después habrá de concederme su compasión. Muy poca gente venía a mi casa, aparte algunos cantantes que se llegaban a agradecer las críticas elogiosas, y otros a suplicarme que moderase mis exigencias y paliara mis censuras; pero la frecuentaba mucho un compañero de redacción, del cual no quisiera acordarme, y cuyo nombre no quisiera decir.

—Ni me hace falta saberlo—murmuró el monje, que en ese momento, sin mirar a su interlocutor, pero sin dejar de oírle, avivaba con la badila, «echando una firma», el rescoldo del brasero.

Bevilacqua prosiguió:

—Aquel hombre era en el periódico una especie de ungüento amarillo que para todo servía, y lo mismo pergeñaba, comentándola, una noticia de actualidad, que reporteaba a un personaje, *hacia los sucesos* y reseñaba el estreno de la última película. No sabía de nada a fondo, pero sí de todo por encima; estaba al tanto de las últimas novedades literarias y de todos los chismes y enredijos de la vida social y de la cloaca política, y así su muy ligera sabiduría tenía muchas millas de extensión y ni un solo centímetro de profundidad. Pero era alegre y dicharachero; de muy variada conversación, y me colmaba de elogios, de halagos y de obsequios. Podía contar a lo sumo unos treinta y cinco años. Era un hombre pálido, de un blancor lechoso en la piel fina, y tenía rubios, de un rubio de miel, los pocos cabellos que circundaban su calva, brillante y redonda, de viejo senador romano. Brillábanle también los ojos, claros y azules, que a veces adquirían un tono gris y duro de acero; hablaba con una voz aguda, cortante, metálica, que se le rompía con frecuencia en *grititos* de risa convulsa, y entonces lucía, con un blancor que a mí se me antojaba siniestro, la doble sarta, apretada, completa y limpísima, de sus dientes carniceros. Sólo cuando callaba para escuchar se le aquietaban con quietud imperturbable, oyese lo que oyese, como si nada le cogiera nunca de nuevas, las facciones correctas en la frialdad marmórea del rostro, siempre entera y rigurosamente afeitado. Mesurado en el ademán, parecía no tener nervios, y jamás se le crispaban las manos, también blancas y pulquérrimas, abrillantadas las uñas, cortadas en almendra, paradójicamente ágiles en la lentitud de sus movimientos, que

a mí me llevaban a pensar, sin saber a punto fijo por qué, en las manos de los ratas de hoteles elegantes y de los jugadores de ventaja de los grandes casinos cosmopolitas. No me era simpático; pero yo trataba de vencer mi antipatía, por gratitud a sus elogios y cumplidos, y porque mi mujer, en cuyo juicio yo confiaba ciegamente, decíame a todas horas que me convenía su amistad. Así era asiduo en mi vivienda, y se sentaba muchas veces a mi mesa, y se fumaba mi tabaco, que sabía liar diestramente con sus dedos de prodigio, y muchas noches nos leía, con gran regocijo de mi mujer, unas comedias cómicas, sainetes de malas costumbres y disparatadas operetas frívolas, que componía con un colaborador cuyo nombre he olvidado y a quien nunca conocí. El trece de julio de aquel año, la noche que mataron al nunca bastante llorado José Calvo Sotelo, encontré en mi despacho, al volver a mi casa a cenar, una carta de mi hijo Juan en la que me decía que no me inquietase por su ausencia, porque se iba unos días fuera, de excursión con unos amigos. Parecióme muy raro que no me lo hubiera dicho de viva voz, no teniendo, si era verdad lo de la excursión, nada de particular que se ausentase; pero fué el caso que no me pareció verdad, y así lo comenté en la mesa entre mi mujer, mi hijo Felipe y el hombre pálido, que una vez más, como otras tantas, cenaba con nosotros. Ni mi amigo ni mi mujer parecieron dar a la carta del chico importancia; pero en mi hijo Felipe, que callaba pensativo y triste, advertí en ese momento aumentada la preocupación que desde hacía unos días venía notándole, y a él me dirigí para requerir su opinión. «A lo mejor se trata de una aventurilla de amor; está en la edad», me dijo por toda respuesta, y los cuatro tomamos el café en silencio. Ya en la calle, el hombre pálido me confió: «No he querido decir nada delante de tu mujer; pero mucho me temo que el viaje de tu hijo Juan obedezca a una maniobra política. Se prepara un movimiento revolucionario de la periferia al centro para derrocar a este Gobierno. Lo sentiré por el muchacho y por ti, porque la cosa es descabellada; se trata de la tercera revolución, que se frustrará como las dos anteriores. Claro está que yo no estoy conforme con este estado de cosas, porque en el fondo soy católico; pero te digo mi verdad: toda intentona será inútil, y cruenta, y dolorosa, porque a este Gobierno no lo derroca nadie, y el pueblo está con él, y la república, absolutamente asegurada.» Callé, envuelto en la preocupación de unos pensamientos pavorosos y oscuros que ni entonces podía concretar ni tampoco ahora puedo explicar. Desde la muerte de Calvo Sotelo la atmósfera de Madrid se había vuelto pesada y densa, como suele ponerse en los días de Semana Santa, y en todo el aire parecía vagar como una vergüenza colectiva y acobardada por la acción nefanda. Yo tenía miedo sin saber a qué. Se me olvidó decirle, padre, que el hombre pálido, era católico militante, que asistía a misa los domingos y fiestas de guardar y confesaba y comulgaba una vez al mes; pero era un absurdo católico de izquierda, en cuyo entendimiento, no acierto a explicarme cómo, se compadecían las creencias católicas y las doctrinas liberales, y así hablaba de Cristo, sin entenderle ni sentirle, como del primer socialista del mundo. Todo esto vine a descubrirlo por aquellos días, que nunca había hablado seriamente ni de religión ni de política con mi amigo, pues de haberlo sabido antes, hubiera roto esa amistad, que ya en esos momentos no podía romper y me iba siendo cada día más insoportable, porque yo creía en Dios y en Cristo de otra manera y con otro corazón. Aquella noche, camino de la redacción a mi casa, un guardia de Asalto me detuvo para tentarme las ropas y registrarme todos los bolsillos. Tuve una invasión de frío al acostarme, me sentí malo y guardé cama algunos días. Con el alba del dieciocho de julio me despertaron los estallidos de las bombas y de los cañonazos en el cuartel de la Montaña. La curiosi-

dad y la zozobra me arrojaron del lecho, y fuí al cuartel, y allí encontré el cadáver de mi hijo Felipe sangrando por la sien derecha. Mi Felipe había sido de los leales que una torpe ceguera llamaba rebeldes y se había suicidado por su honor y por su Patria. Volví a mi casa roto por fuera y por dentro, pensando en mi otro hijo, en mi Juan, que, sin duda, se había alistado en el único y verdadero Ejército de España. Con el rostro pegado a los cristales de mi ventana, que empañaban mis lágrimas, vi durante unos días pasar por la calle todo lo que pasaba entonces: carros, camiones, automóviles requisados, llenos de arpias y de forajidos, que eran los nuevos descamisados, sin Patria, sin Ley y sin Dios. ¿A qué describirle a usted lo que ya sabe? Por las noches, al oscurecer apenas, empezaba un tiroteo intermitente y misterioso, y nos preguntábamos en casa mi mujer y yo: «¿Quiénes dispararán y contra quién y para qué?» El hombre pálido, que ya se mostraba abiertamente partidario del Gobierno (por español, decía él, y por odio a los extranjeros), nos hablaba de una quinta columna, «los falangistas—escupía con desdén—, que ocultos y guarecidos en los techos, pretendían asesinar milicianos». Y seguía viniendo a casa todos los días a traernos noticias de los nuevos fusilamientos. «¡Qué caro les va a costar a los rebeldes!—exclamaba, llamando así a los leales—. Esto es una locura, la más triste y abominable de las locuras.» Y tanto me repitió la palabra locura, que acabé por volverme loco. Me retoñó en la mente la vieja manía de mis tiempos de cantante, y ya, por las trazas, verá usted que a punto de ponerme furioso. Una mañana llegaron tres milicianos a hacer un registro en mi morada, en circunstancias en que yo estaba en el lecho, febril y dolorido de todos mis huesos. Mi mujer daba unas disculpas vagas, que nadie le pedía, y guiaba a los milicianos por las habitaciones. Oía yo desde mi lecho las pisadas recias y el golpear de sus culatas en el pavimento, cuando oí también un grito, que llegaba desde la calle atravesando los cristales de mis ventanas: «¡Muera España! ¡Viva Rusia!», y entonces me incorporé para gritar a mi vez: «¡Viva el Imperio español y viva yo! ¡Viva yo, que soy Carlos Quinto!» Los tres milicianos se precipitaron en mi alcoba seguidos de mi mujer. Salté del lecho en camisa y me encaré con ellos. Los recuerdo exactamente, los veo como si los estuviera viendo ahora mismo. Eran dos hombrones enormes, flaco y avellanado el uno, corpulento y macizo el otro, y al tercero, un hombrín menguado de estatura, pero también hombrote, habría podido llamársele por lo rollizo y voluminoso de la figura apaisada. Aquéllos eran morenos y tenían aspecto de carboneros, porque las cejas pobladísimas y las barbas mal rasuradas les ensuciaban la cara. En el pecho, por entre los hierros de la cremallera de los *monos*, asomaban unos vellos fuertes y duros, como alambres retorcidos. El más pequeño, una bola de tejido adiposo, tenía pupilas de agua estancada y era de un rubio azafranado. Brillábale el sudor en la faz roja y porosa como piel de naranja, y entre los labios viscosos, húmedos de baba, cantábale una sonrisa desdeñosa, en su teclado de piano viejo, amarillo de dientes sucios, con los negros bemoles de las caries. Era mofletudo, con una pícara nariz roma y respingona. Me fuí a ellos gritando: «Atrás, miserables. Yo soy Carlos Quinto, y habéis falsificado y roto la Historia. Habéis matado a mis hijos: a Felipe Segundo, antes de que fuera rey, y hubiera sido un gran rey, por mis enseñanzas, más grande que yo, y matasteis también a don Juan de Austria antes de la batalla de Lepanto, donde debe darse a conocer a Cervantes. Pero no importa: yo soy Carlos Quinto y os venceré a todos.» Los dos milicianos morenos habían retrocedido asustados hasta el umbral de la puerta; pero el otro, el que se parecía a Indalecio Prieto rompió en una carcajada bárbara y jovial: «¿Qué dice este desdichado?» Respondí furioso: «Digo que soy Carlos Quinto, emperador de todas las Españas, y vosotros los comuneros:

tú, Bravo; tú, Maldonado; tú, Padilla, y mandaré que a los tres os den garrote vil.» Pero los tres yangüeses me cogieron en vilo, tirándome al aire, según los manteadores a Sancho, y me arrojaron después al lecho, donde me revolqué dando zapatetas como nuestro señor Don Quijote. Vi que mi esposa, mirando a los milicianos, se barrenaba con el dedo índice la sien derecha. «¡Pues si está loco que lo encierren!», respondió al significativo gesto el más largo y flaco de los milicianos. El que se parecía a Indalecio Prieto se abalanzó a mí, asiéndome de la camisa por el pecho. «¡Vístete, perro!...» Sin poder incorporarme, porque su brazo hacía presión sobre mí, le apostrofé: «¡Atrás, Padilla!», y él me respondió: «Adonde se fué el padre de ese nombre te vamos a mandar. ¡Vístete!...» Me negué; mas como entre los tres pretendían vestirme por fuerza, me avine a hacerlo yo mismo. Oí que mi mujer le preguntaba al gordo: «¿Pero lo van a matar? ¿Adónde se lo llevan?» «A la casa de orates, que es su sitio», contestó el preguntado. Todavía protesté: «Yo no estoy loco; yo soy Carlos Quinto, y el emperador no enloqueció jamás.» Pero mi mujer me hizo señas de que callase, y entonces, interpretando que pretendía así salvarme la vida, me dejé conducir al sanatorio de enfermos mentales. Fuimos en un automóvil lujoso, quién sabe robado a quién por aquellos forajidos, y el que se parecía a Prieto me tranquilizó sin querer, diciéndome al llegar al sanatorio: «Aquí te vamos a encerrar, *Quirlos Canto,* hasta que sanes de la pelota, y después te mataremos como a un perro.» El sanatorio era el del doctor León, en una plaza cuyo nombre honraba la memoria de un gran escritor, verdadero maestro de buen castellano: Plaza de Mariano de Cavia, número tres. Si usted paseó por Madrid, ya conocerá el edificio, construído aprovechando una hermosa fortaleza del siglo trece. Una tapia, no muy alta, cerca el jardín que rodea el sanatorio. Allí me pasé diez meses, sin que viniera a verme nadie, y no puedo decir que pasé hambre, pues que nos daban sopa de ajo, carne y pescado todos los días. Éramos unos treinta y tantos enajenados; pero yo sólo me trataba con el gran poeta Emilio Carrere, que allí se había refugiado, y al cual, en medio de mi locura, en las pocas veces que pude hablar con él, descubrí absolutamente cuerdo. Fingía muy bien su trastorno mental, y a milagro atribuyo el que no se contagiara a sí mismo de su fingimiento, como el príncipe Hamlet, y dos o tres veces me explicó diversas clases de locura para que yo optase por la que me fuera más cómoda. El había resuelto fingir la locura silenciosa; por eso teníamos tan poca libertad de hablar; no fueran, oyéndonos, a descubrirnos la treta. Pero yo no necesitaba fingir ninguna, que bastaba y aun sobraba con creer, como creía que era Carlos Quinto, y así, en cuanto me asediaban los demás locos, me ponía a cantar desaforadamente el tercer acto del *Hernani,* hasta que ellos me imprecaban furiosos, atolondrados con los gritos de mi voz, ya por entonces destartalada y temblona, y yo acababa volviéndoles la espalda, después de mi desdeñoso *perdono a tutti,* que les lanzaba a la cara con las notas de la ópera de Verdi. Entonces mis compañeros de locura se dividían en dos bandos y unos se iban a jugar a la pelota al jardín y otros se trasladaban al pabellón femenino en busca de imposibles aventuras, de las cuales ya mis viejas carnes no podían sentir la comezón. A veces, cuando me quedaba solo—ahora caigo en que fué la mayoría de las veces—, me sentía absolutamente razonable y pensaba en la oscuridad de mi locura, disipándola yo mismo con la luz doble de mi entendimiento y de mi conciencia. Sonaban fuera, con el grito aplastado y gangoso de un graznar gigantesco, las bocinas de los automóviles, y yo me preguntaba: ¿Cómo, si fuera de verdad Carlos Quinto, iba a poder oír bocinas de automóviles? ¿Pero en qué época había nacido yo, y cómo podía durar tanto? La certeza firme con que rechazaba el anacronismo me afirmaba en la certeza

de mi razón. ¿No era aquello un manicomio? Sí, por más que quieran disfrazar con la designación piadosa de sanatorio la lobreguez del verdadero nombre. ¡Era un manicomio! Pero ¿cómo y cuándo había nadie encerrado al emperador en una casa de orates? ¿No habían derribado mi estatua en el Alcázar de Toledo? Pero ¿cómo había de ser mía ni cómo había de tener estatua yo, que estaba vivo y vistiendo una raída americana del día, en una casa de deficientes mentales, en medio de una ciudad toda ella enloquecida, donde ya no quedaba ningún vestigio de realeza? ¡Ca, yo qué había de ser Carlos Quinto! Yo era un pobre barítono sin voz y un pobre viejo sin salud, que tenía la mala fortuna de vivir en una época satánica, en que el hombre, con el más absurdo y raro de los orgullos, orgullo hacia abajo, orgullo de empequeñecerse, de negarse, de perderse, se había alejado de Dios, no como Luzbel, por soberbia de parecerse a El, sino al revés, por olvido de su origen divino, por no querer acordarse de que había sido hecho de barro, sí, pero a imagen y semejanza de su Creador.

Iba así diciendo Bevilacqua con doloroso arrepentimiento entusiasmado, paradójico sentir de un loco que, consciente de su locura, no quería serlo, e íbase iluminando a la par de sonrisa satisfecha la faz del monje, que de severa tornábase seráfica, como si se sintiera contento de volver al mundo a cumplir su misión de pastor de almas y viera en ese momento una oveja descarriada volver poco a poco, lentamente, sola, pero segura, al redil de la razón y de la fe.

—Sí, padre, Dios quiso darme en esos instantes el dolor alegre de sufrir por mi Patria y por la Humanidad—seguía diciendo el otro viejo—, y nada más podía darles, sin fuerzas y sin armas, que la miseria ennoblecida de mi dolor. A mi mente acudían en revuelto tropel los recuerdos confusos de mis lecturas de autodidacto y repetía constantemente tres nombres para maldecirlos: el de Darwin, el de Marx y el de Freud. Ellos habían predicado su maldad fácil, seguros de que habría de fructificar en los entendimientos cortos y torpes y en los cuerpos inconscientes. Hasta en los hombres de cierta cultura, los analfabetos que saben leer, pudieron prender tales teorías, porque se encontraban con hombres enfermos de un filoneísmo sin reflexión, ansiosos de novedad, fuera cual fuese, y amantes de la moda, como las mujeres frívolas. Era de muy valientes negar a Dios, porque Dios era el enemigo en el cual no se creía, y era muy fácil de entender todo aquello para los sin entendederas, que sólo ven con los ojos de la cara y sólo sienten con los sentidos. Porque Darwin se acordaba del mono, a quien todos han visto, y no de Dios, a quien nadie vió nunca; y Marx dividía a los hombres en dos grandes grupos, explotadores y explotados, y eran siempre los más los que sentían en su miseria espiritual, avivado y justificado su rencor y su envidia; y Freud había hecho de la *libido* el único resorte de la vida, que era sólo placer y malos apetitos, y explicaba por la lujuria todos los móviles de la Humanidad, hasta la ternura santa de la madre que amamanta a su hijo y la humilde alegría cariñosa del perro que roza su cuerpo con las piernas del amo y le lame las manos y agita al verle la cola como un guerrero una palma victoriosa. Así, aquel gran miserable, que debió, sin duda, de ser en algunas ocasiones un invertido experimental para comprobar *in anima vili*, mejor en cuerpo vil, sus repugnantes teorías materialistas, envilecía al hombre y calumniaba al perro. Así pensando yo me llenaba de odio, y por primera vez me pareció el odio una pasión noble. Porque sentí que Darwin era un animal, y Marx un ladrón y Freud un pederasta.

Otro fué el adjetivo *sustantivado* que usó Bevilacqua; una palabra aguda y vulgar, que hizo al monje levantar la cabeza sorprendido y obligó al otro a pedirle perdón por la grosería. El monje le dió un cariñoso azote en una mano.

—No es sólo que me haya chocado la frase, para no repetirla ciertamen-

te, hablando conmigo y en esta casa; pero en medio de la ligereza de tu juicio, violento y simplista, palpita una gran verdad, y eso es lo que me ha sorprendido; no te negaré que con íntima complacencia.

Bevilacqua se echó a llorar de repente.

—¿Y eso, por qué ahora, si ya te he dicho que te perdono la palabrota?

Y Bevilacqua respondió:

—No lloro por eso, padre, sino de alegría, porque de pronto me ha tuteado usted, me ha hablado de tú, y eso me prueba que empieza usted a quererme. Continúo, continúo... Verá usted: en esos momentos en que así pensaba me daba miedo mi razón, porque ella pudiera llevarme a la muerte, y entonces esforzábame por volver a mi locura, por sentirme loco, completamente y de verdad, a fin de que mi demencia me salvara la vida. Miraba el aire y empezaba a pintar en él con mis ojos los retratos de don Niceto Alcalá Zamora y de don Manuel Azaña, hasta convertirlos, con mi imaginación en las figuras de Francisco Primero de Francia, y Enrique Octavo de Inglaterra, y acababa gritando, retándoles a combate singular, y pedía una lanza, una espada, un caballo. Mis alaridos y mi actitud desaforada atraían todos los locos del recinto, y yo les arengaba, lleno de exaltación, recordando mis lecturas: «Mis fieles vasallos: Enrique Octavo de Inglaterra se ha erigido en zar, papa y casi Dios y se siente con indiscutido derecho sobre el cuerpo, el alma y el espíritu de los hombres. Esto es intolerable. Francisco Primero, aunque sea un rey cristiano de Francia, ha dado un golpe mortal al cristianismo por haberse aliado con el Turco y con el pirata mahometano de Argel. Mi aspiración es puramente defensiva; no concibo ningún medro personal o dinástico a expensas de los demás; mi vida privada es casi irreprochable y mi espíritu es noble; pero tengo que cumplir la misión que me ha sido encomendada, pues que ocupo el mismo lugar que Carlo Magno, como defensor único de la fe católica. Yo soy Carlos de Austria, rey de España y Nápoles, gobernador de los Países Bajos y de las tierras españolas del Nuevo Mundo, y junto a Francisco Primero de Francia y Enrique Octavo de Inglaterra, soy el único hombre de los tres. Maquiavelo está conmigo. Vosotros desconocéis a Maquiavelo y le calumniais; Maquiavelo es el primer realista moderno entre los teóricos políticos europeos; es un producto típico del Renacimiento, no sólo por su devoción y su deuda a la Historia antigua, sino por su tendencia a este ferviente nacionalismo, que es la verdadera religión de nuestros días.» Unos locos, los más, me miraban asombrados, sin articular palabra, y otros, los menos, daban bravos y vivas, mientras el poeta Emilio Carrere se moría de risa, y, para disimularla, mordía entre sus labios la risa y una pipa corta que me hacía pensar en Paul Verlaine. Cuando llegaban los médicos o los enfermeros, yo, para acentuar más mi locura, les proponía que cantáramos el himno, y el himno era generalmente el coro de Nabuco, la ópera de Verdi, que yo lanzaba al aire con majestuosa solemnidad, marcando con la mano lentamente, en un ritardando amplísimo, sus cuatro tiempos: *Va pensiero sull'ali dorate.*

En esto, a la vez que decía, se puso a cantar el loco, y el monje le rogó que callase.

—¿Le molesta a usted mi voz?

—No; pero la hora, el lugar...

—¿He dicho muchos disparates, padre?

—Algunos, hijo mío; pero no pocas verdades, que la bondad de Dios ha sembrado en tu corazón para salvarte —y como ya estaban de pie púsole con aire protector y complacido la mano diestra en el hombro izquierdo, y concluyó con aire convencido y cariñoso—: En medio de toda esa brutalidad y de la barbarie de esa época que acaban de evocar tus palabras, en medio de los señores egoístas y violentos, prelados feudales simoníacos y campesinos miserables, el claustro fué el faro, no sólo de la salvación, sino de toda la cultura. Los frailes salvaron

la civilización, y no por la primera vez, y ya estás viendo ahora que tampoco por la última.

Fuera anochecía, y se despidieron los dos viejos.

VI

Habíale dicho el monje a Bevilacqua, al despedirle el día anterior, que al otro avisaría al lego portero para que le condujese directamente a su celda, y a la puerta llegaba el loco cuando unos sones de clavecín lo hicieron detenerse ante ella para escuchar sin ser visto y sin interrumpir. Tocaba el padre Rafael, con admirable destreza, unos fragmentos de *El clave bien temperado*, de Juan Sebastián Bach, que a los primeros compases reconoció con muy grata sorpresa el barítono italianizante, pues que era, a pesar de ello, de música clásica *buon intenditore*. Díjoselo así al religioso, tras de haber aprovechado para entrar un largo silencio, por el que coligió que daba fin la entretenida sesión, y el monje, negando su habilidad, pero sin negar su gusto, hubo de asegurarle que de seguir frecuentando su amistad darianse muchas veces el noble e inocente placer de unos conciertos de cámara que habrían de hacerle olvidar sus músicas de ópera. Protestó el barítono suavemente contra el desprecio que el padre Rafael demostraba por el drama lírico, que, según él, no era predilección tan sólo de gente frívola, que juzga de la música por los sentidos y sin la razón y prefiere la cantada más por la letra que por las notas, sino que dicho género había sido grato también a músicos poetas de la talla de Goethe, adorador de la ópera bufa, como el propio Mozart. Convino el monje en estimar a los operistas, aunque prefería la música sinfónica y los cuartetos de cuerda, y como advirtiera que su amigo le tenía por italófobo, aún le mostró entre sus papeles de música, para disiparle las sospechas, no pocos trozos de Monteverde y de Corelli, y de los dos Scarlatti, y de Pergolese, Paisiello, Cimarosa y Spontini; pero después de todo eso rompió a tocar en el clavecín el *allegretto* de la *Séptima sinfonía*.

Entonces, el *buon intenditore* confesó, húmedas y relucientes las pupilas:

—Es el trozo de música más dulce y más triste que se ha escrito.

Y el monje le respondió alegre:

—Pero no del gusto de tu amigo Goethe, el gran melancólico que odiaba la melancolía, y que como odiaba también las polifonías demasiado copiosas e intensas, porque tenía delicado el oído, nunca llegó a ser todo lo amable que debiera con Beethoven. Sin ser un italianizante como tú, el poeta alemán hubiera preferido a Rossini, por lo que tenía de Mozart—y esto dicho, acto seguido, ejecutó limpiamente y toda entera la sinfonía de *El barbero de Sevilla*, que su visita agradeció llena de entusiasmo.

—Te he devuelto a tu verdadero clima musical—concluyó el padre Rafael.

—A mi pasado alegre—murmuró Bevilacqua—y a mi dolor de hoy.

Cerró el monje el clave, condujo a la ventana a su amigo y éste reanudó la confidencia, sentados ambos en sendos sillones fraileros, como el día anterior.

—Me escapé del sanatorio. Fué allá hacia fines del año treinta y siete. Me escapé sin proponérmelo y sin darme casi cuenta de que me escapaba. Habían abierto la reja de entrada para que pasase un camión; me tentó la calle, y poco a poco, paso a paso, me encontré en ella; debí de salir con tan desembarazada indiferencia, que nadie reparó en mí, o con tan poco aire de fugitivo, que nadie sospechó que me fugaba. Había además a la puerta tanta gente aglomerada y revuelta, que ello contribuyó a hacer más fácil mi evasión. Era una tarde del mes de los muertos y se adelantaban el invierno y la noche sobre la oscuridad de Madrid. Anduve, anduve, anduve, sin que nadie me detuviese y sin pensar en nada, gozándome con la inconsciencia de un perro callejero que imita al hombre, el placer físico de mi libertad de andar sin rumbo. De pronto, no sé por qué, llevé mi mano derecha al bolsillo del

chaleco y tropezaron mis dedos con el llavín de mi casa, que nunca supuse que pudiera estar allí. Pensé un instante, lleno de alegría, que aquel minúsculo pedacito de acero podría devolverme a mi paraíso; pero inmediatamente me ensombreció de tristeza al recordar a mi hijo Juan. ¿Le habrían matado en el frente?... ¿Y mi mujer? ¿Qué habría sido de mi mujer, que ni un solo día se acercó al sanatorio a preguntar por mí?... ¿Existiría aún mi casa?... ¿Quién viviría en mi piso?... Oí de pronto unos alaridos de sirena que barrenaban el aire y luego un estruendo terrible, y advertí que no muy lejos de mí levantábase entre llamas una espesa nube de humo y polvo. Creo que corrieron unos milicianos, gritando no recuerdo qué, y me pareció advertir un trepidar de hélices que rizaban vientos sobre mi cabeza. Pero seguí, absorto en mis pensamientos, y andando, andando, mis pensamientos más que mis pasos, me llevaron a mi calle, y me detuve en la puerta de mi casa... ¿Debía ir a ella? ¿Debía entrar escondiéndome? ¿No sería mejor hablar antes con el portero, averiguar algo?... Sin darme respuesta ninguna a mí mismo, eché a andar por la calle desierta, sorteando montones de basura, y luego pegado a la pared de mi acera, pudiera decir que me fuí deslizando hasta mi portal. Nadie en él, ni en la portería. El péndulo de una bombilla de luz mortecina se mecía rielando sus rayos rojizos sobre el hule desteñido, sucio y desgarrado de la camilla, donde en otro tiempo jugaban al *parchessi* el portero, su mujer, la mujer del carnicero del barrio y una hija de los primeros, coja y bisoja, sin gracia y sin edad, que se embadurnaba de bandolina la pelambre y de carmín los labios agrietados. Encima de un viejo cartel de toros, que siempre había estado allí, en la pared frontera a la puerta de cristales, y de éstos no quedaba ninguno, colgaba, cubriendo la figura del torero, de la que sólo se veían las medias color de rosa, una horrible litografía de Miaja, de cuerpo entero, vistiendo el uniforme que deshonrara y que nunca debió llevar. Debajo, un lienzo de bandera republicana, sujeto por cuatro tachuelas: la faja morada se había desteñido hasta adquirir un tono de sangre seca. Subí de prisa, a saltos, tres tramos de escalera, mientras bajo mis pies temblaban los trozos de mármol roto, y ante mis ojos se desenvolvía la pared desconchada, llena de garrapatos hechos con carbón y con tiza: caricaturas inconocibles, toscas y obscenas alegorías, frases subversivas y estúpidas, hoces y martillos, tan mal reproducidos, que parecían flores de dibujos cubistas. Por todas partes, con una tinta negra o roja, letreros de «No pasarán.» Pero yo iba pasando. Metí temerario e inconsciente el llavín en la cerradura de mi puerta y la puerta cedió. A la media luz de la tarde que llegaba de la escalera distinguí en el recibimiento—*recibidor*, quiere la Academia que se diga—, conforme se entraba, a la derecha, el blancor de un cabo de vela metido en el cuello de una botella. Yo llevaba por casualidad cerillas y lo encendí. El recibimiento estaba lleno de sillas y sillones amontonados. Que no eran prendas mías: unas butacas doradas, tapizadas de damasco; varias mesitas de estilo y otra pequeñita de marquetería; cortinajes enrollados por los suelos, que más al tacto que a la vista, porque la luz era muy débil, apreció como de telas muy valiosas. Por el breve pasillo y en el comedor, más sillas y más butacas, y algún biombo y alguna arqueta, y unos marcos de talla, y unos floreros. Sobre la mesa del comedor se amontonaban los pedazos de porcelana de un tibor chino... ¿Habían convertido mi casa en un guardamuebles? ¿A quién le habían robado todo eso y quién lo había robado?... ¿De quién era mi casa?... En la cocina yacían, frente a la hornilla fría, pedazos de madera de mis muebles, patas y respaldares de mis sillas, éstos sí de las mías, destrozados, sin duda, para hacer leña. La bañera estaba llena de maletas. En mi despacho, sin un solo mueble, libros y periódicos se amontonaban cubriendo el suelo. Tan sólo en mi dormitorio había una instala-

ción de luz eléctrica, con una sola bombilla de no muchas bujías, y esa era la única estancia que daba la sensación de estar habitada y de tener cierto calor humano. ¿Humano?... La cama estaba hecha y sobre ella veíanse dos fusiles Máusser y una cartuchera colmada de cartuchos. En un rincón, una azada... ¿Por qué? ¿Para qué?... En otro, una palangana de hierro enlosado llena de pavesas. ¿Papeles que importó quemar? ¿Indispensable e ingeniosa calefacción?... ¡Qué sé yo! Con un interés desinteresado y paradójico, muy difícil de explicar, padre, pensaba en todo sin pensar y todo lo miraba con curiosidad y sin importarme. Nada en las paredes desnudas, como no fuera en la cabecera de mi lecho, en el muro, una clara huella en forma de cruz donde había estado colgado un crucifijo que me regaló mi padre. Miré la huella y me consolé un instante repitiendo la frase del Emperador Constantino: *In hoc signo vinces*. Sólo había mío allí la mesa de mi despacho, que allí la habían trasladado; pero nada mío en ella. Periódicos apilados que yo nunca hubiera leído; hojas de papel timbrado en los que decía: «Ejército del Centro», que yo no hubiera usado jamás. No. Aquello no era mi cuarto; pero alguien vivía y trabajaba en él. Un rojo, varios rojos, una manada de rojos, acaso. El membrete del papel, «Ejército del Centro», no daba lugar a dudas. Maquinalmente me senté delante de la mesa del despacho y abrí el cajón. Nada mío dentro: una gorra cuartelera plegada y manchada de sangre y una pistola Star de acero pavonado, cuyo manejo me era habitual, pero que nunca me había pertenecido. La cogí; comprobé que tenía lleno el cargador, y entonces, no sé por qué, pensé en suicidarme.

—¡Cómo!—exclamó el monje, con un tono de duro reproche en la voz asombrada.

—¡Ah, no sé! Pero pensé en suicidarme. Es decir, sí sé, y no tenía nada de raro mi pensamiento—respondió Bevilacqua—. Primero, porque yo, como Carlos Quinto, soy un hombre del Renacimiento, y el Renacimiento fué el que introdujo en Europa el deporte del suicidio.

Calló un punto, pero el monje no le interrumpió; tan atento estaba a lo que la idea del suicidio era como pecado, que no paro mientes en que su interlocutor se apartaba de pronto del camino real para meterse otra vez por los vericuetos de su antigua locura. Acaso el nombre de Carlos V no sonó en los oídos del monje.

—De cuanto me has contado en estos días, esto es lo más grave, hijo mío —exclamó—: que pensaras en el suicidio.

—Pues pensé, padre—insistió el otro—, y era natural. Pensé que me habían despojado de todo lo mío; que mi mujer debía de haber muerto de hambre, que a mi Juan me lo habrían matado seguramente los rojos, que ya no tenía nada ni a nadie...—y como advirtiera en el ademán del monje que iba a interrumpirle, no le dejó, diciéndole con un tono ambiguo de altivez y de humildad—: Y, sobre todo, yo no quiero ni justificar ni explicar, ni razonar, ni discutir mis pecados. Me arrepiento de ellos y los confieso; eso es todo.

—¡Sí, sí, arrepiéntete, hijo! La vida Dios la da y Dios la quita. ¡Pero sólo Dios! Y la muerte no se busca; se encuentra, viene ella a nosotros, y hemos de recibirla dignamente. La muerte hay que ganársela.

Bevilacqua prosiguió:

—En tales pensamientos reinaba, con el arma en la mano, cuando oí pasos en el pasillo, y antes de que pudiera reponerme apareció en el umbral, descompuesto y gritando, el hombre pálido de cuyo nombre no quiero acordarme. Sin duda, la luz de la habitación, que yo había dejado abierta, le reveló la presencia de un extraño en la casa que él creía solitaria, y así había llegado asustado y prevenido. «¿Quién anda aquí?—vociferaba, encañonándome con una pistola—. ¿Quién eres tú, miserable?» Yo, que estaba pensando en suicidarme, sentí de pronto el miedo de morir, y dejando el arma, levanté los brazos: «¡No tires,

por Dios! Soy Carlos. ¿No me reconoces?» El hombre pálido dejó de apuntarme, y, guardándose la pistola, me miró espantado, como no los había visto jamás los ojos fríos de agua estancada: «¡Tú—gritó—, pero tú! ¿Cómo estás aquí? ¿Cuándo saliste del sanatorio? ¿Quién te sacó? Pero ¿qué haces tú aquí, loco?» En vez de responderle pregunté a mi vez: «¿Dónde está mi Juan, dónde está mi hijo?» «Tu hijo cometió la insensatez de pasarse a los rebeldes—él llamaba rebeldes a los verdaderos patriotas—y lo mataron en un combate. El se lo buscó...» Había desaparecido de su actitud la hostilidad; pero en su voz no vibraba acento alguno de pena por el muerto ni de compasión hacia mí. No pronuncié ni una palabra al adquirir la certidumbre de la desgracia, temida y presentida; ya, pocos minutos antes, había llorado sin lágrimas, con un dolor hondo y mudo, la muerte de todos los míos. Todavía le pregunté por mi mujer. «¡Qué sé yo de tu mujer y qué me preguntas a mí!», me respondió, y vi vagar de nuevo en sus labios aquella sonrisa desdeñosa, que en otros tiempos me helaba las venas. Pero entonces la sensación fué peor, y cuando vi el brillo de sus dientes carniceros pensé despavorido en la amenaza de un perro furioso que se apercibiese a despedazarme. Colegí también con deducción instantánea que mi mujer se había ido de mi casa con él, estaba con él. ¿Porque se sintió desamparada sin mí? ¿Por miedo y necesidad? ¿Acaso por vicio de una lascivia senil que nunca había podido sospechar en ella?... No puedo asegurar si todo eso lo pensé en ese instante o si lo pensé después, al reflexionar sobre todo lo que ocurrió y voy a contarle a usted ahora mismo; pero sí respondo de que fué entonces, precisamente entonces, cuando brilló ante mis ojos y ante mi entendimiento, con absoluta nitidez, la certeza de que mi mujer se había ido con él. Sentí todas las olas de mi sangre azotarme las sienes. El seguía hablando frío y resuelto: «No puedes estar aquí, loco. Aquí no tienes nada que hacer. Ahora mismo te vas a venir conmigo.» Y como yo no me moviese, insistió, ya sin disimular su animadversión: «¿No oyes, imbécil? ¡Aquí no puedes estar! ¡Hala, vámonos!», y avanzó hacia la mesa con los brazos extendidos como para cogerme. ¿Me enloqueció el miedo?... No sé... ¿Me aclaró el instinto de defensa el despertar repentino del odio que siempre había tenido por él, sin atreverme a confesármelo a mi mismo?... No lo sé, padre, no lo sé. Vacilé temblando, y al apoyarme en la mesa para sostenerme, mi mano derecha tropezó con la pistola, que empuñé y disparé de repente, a quemarropa, sobre el hombre pálido. Vi cómo la cara se le manchaba de sangre inmediatamente. Dió un paso atrás y se tambaleó sin caer, a la vez que buscaba entre sus ropas un arma. Yo disparé de nuevo. Dió un salto y cayó de bruces, y ya cuando estaba en el suelo, revolviéndose, seguí disparando sobre él hasta agotar el cargador. Sólo ahora me horrorizó al recordarlo; entonces no me horroricé; tan rápido había sido todo. Recuerdo las detonaciones, que yo esperaba estruendosas, y fueron débiles como el estallido de los fulminantes sin bala; recuerdo el último golpe inútil, como el chocar de un picaporte, como el saltar de la cuerda de un reloj, del gatillo en la cápsula vacía. El cuerpo caído habíase hundido en el silencio, y allí estaba supino, con un leve ronquido entre los labios. Encogió las dos piernas hasta darse con las rodillas en el mentón y las estiró luego en el estertor postrero. El primer balazo le había entrado por la punta de la nariz; tenía toda la cara manchada de sangre roja, y de una de las comisuras de la boca, recuerdo perfectamente que era la izquierda, le seguía manando un hilillo de sangre negra, que descendía hasta el hombro, gota a gota, haciendo cada vez más grande una mancha en la tela azul del mono. No sé cuánto tardó en secarse la sangre y en extinguirse el ronquido. Fueron unos segundos que no me parecieron largos, porque me complacía el verlo tendido a mis pies. No averigüé dónde había recibido los otros balazos, ni me

hizo falta tocarlo para comprender que se había quedado para siempre sin sombra. Me incliné sobre él: tenía los ojos desmesuradamente abiertos, fijos en el techo, como si su mirada sin vista, las pupilas de vidrio de un muñeco, quisieran perseguir su última mirada viva, que acaso había volado con el último pensamiento desesperado, buscando la imagen de Dios, de ese Dios en el que fingió creer mientras le convenía y en el que no creyó nunca, y en el que sin duda llegó a creer en el momento del tránsito. Porque yo creo que todos los ateos, al morir, todos, creen en Dios cuando ya no pueden decirlo.

Calló de pronto Bevilacqua, como si esperase una frase de aprobación del monje; pero éste se limitó a estrechar con ambas manos la diestra temblorosa e interrogante de su amigo, el cual reanudó a poco la dramática narración:

—Me estuve quieto, mirando a mi víctima algunos minutos, tan inútil y tan sin pensamiento como ella, y reparé en que por uno de los bolsillos en cremallera del mono, que tenía sin cerrar, asomaba el pico o ángulo de un libro o de un cuaderno de notas. Lo así con dos dedos y tiré de él; en efecto, entre las tapas de una como carpeta minúscula había un salvoconducto con muchos sellos y un vale de dos billetes de ferrocarril, extendidos a nombre de quien no quiero acordarme y... señora. ¡Señora! El hombre pálido era soltero; aquella señora era, ya no tenía duda, era... mi mujer. Rompí el papel con rabia, como si partiese el cuerpo de mi mujer, y salí de la habitación. El espectáculo de la muerte había vuelto a despertar en mí el ansia de vivir. ¿Cómo? ¿Por qué? ¡Qué sé yo! Acaso el espectáculo horroroso de la muerte—era la primera vez que la veía cara a cara—cumplía en mi persona y en mi ánimo el efecto depurador que atribuían los griegos a la tragedia. La contemplación del mal me apartaba de él. Salí de la que había sido mi casa. ¿Adónde iba? ¡Qué sé yo! Hasta que llegué al portal no pensé nada concreto; pero cuando salí a la calle, en el preciso momento, me deslumbró un relámpago y oí rodar un trueno lejano, y entonces, por uno de esos casos de cerebración inconsciente e inexplicable, me acudió al recuerdo una frase de la ópera *Rigoletto* que yo solía decir con melodramático acento en mis tiempos de cantante: era aquella del último acto, cuando el bufón va a la morada de *Sparafucile* a reclamar el cuerpo de su asesinado señor. Como quien no ha hecho nada, con el desahogo de un hombre sin ninguna inquietud, repetí a media voz la frase, según lo hubiera hecho ensayándola en un escenario: *Una tempestà in ciel e in terra un omicidio.* Y la frase, acaso por influjo del idioma, me llevó, por otra inesperada asociación, a pensar en el embajador de Italia. Era mi amigo, y yo, ya retirado de la escena, había cantado en su casa algunas noches, en recepciones, unos meses antes de la revolución. Por las calles desiertas, bajo una lluvia copiosa y persistente, enderecé mis pasos a la Embajada. Iba a buscar la Patria de mi padre, porque me había quedado sin la mía; pero cuando el embajador me recibió con los brazos abiertos, preguntándome en italiano de dónde venía y qué me había ocurrido, no le quise contestar en su idioma, y le dije en mi sonoro español: «¡No me pregunte, amigo, y reciba y acoja como se merece al emperador Carlos Quinto! Cuando yo subí al Trono imperial empezó a agitarse la rebelión religiosa que había de cambiar la faz de Europa. La revolución española es otra vez una cuestión fundamentalmente religiosa, y ahora que llega mi momento me quieren negar el imperio unos miserables, a mí, a mí, que soy desde hace tanto tiempo el paladín de una idea europea que es ahora la más moderna de todas. Salve usted al emperador Carlos Quinto.» El embajador me respondió despavorido: *Ma si, ma si,* y lo vi retroceder, buscando en la pared el timbre para llamar a su ayuda de cámara. Entonces lo tranquilicé hablándole razonablemente en buen italiano: *Scherzavo per non essere troppo trágico, caro am-*

basciatore; mi cercano, mi vogliono uccidere. So bene di non essere Carlo Quinto, che diamine, ma un citadino onesto e un uomo per bene; ma son pure miciato e perseguito, e cerco il vostro aiuto e la vostra ospitalità. Son ben figlio di un italiano. El hombre pareció venirse a razones, y me dijo de pronto, ya más tranquilo: *Vi aiuterò. Ma mi guardi bene in facia: io non sono l'ambasciatore. Non cé più ambasciata italiana a Madrid.* Me quedé estupefacto, y comprobé, en efecto, que había visto alguna vez a ese señor, pero que no sabía a punto fijo quién era. El me lo explicó después, cuando le conté mi situación, sin decirle, claro está, que yo había cometido un asesinato. Ya no había en Madrid ni Embajada italiana ni Embajada alemana, y ese caballero iba al edificio de la Embajada con un permiso especial a recoger todavía muebles y papeles. No podía darme pasaporte alguno; pero me tuvo en su compañía tres largos días, mientras telefoneaba al embajador francés, que era su amigo, y éste comunicó a su vez con el embajador británico, y al fin pude unirme a una caravana de ingleses que partieron hacia Alicante. Yo, que me había creído Carlos Quinto, viajaba con un pasaporte inglés, como si fuese mi propio enemigo Enrique Octavo. ¡Loado sea Dios! Abrevio, padre, que mi pobre historia también ha de tener fin. De Alicante a Valencia, de Valencia a Marsella, en dos barcos de guerra ingleses, sucesivamente... Ya sé (¡pues no he de saberlo!) que no soy Carlos Quinto, sino un pobre pecador desamparado; pero puedo decir como Carlos Quinto: «Mi vida ha sido un largo viaje.» ¿A qué contarle cómo he medio vivido desde entonces? Cantando en las radios de muchos países del mundo por una mísera soldada; dando lecciones de canto, aquí un día y allá otro, aquí me caigo y allá me levanto, y con el recuerdo espantoso en la conciencia de mi crimen, hasta hoy jamás confesado. Cuando llegó la hora de la liberación—¡bendito sea mil veces el general Franco, caudillo providencial de nuestra España!—pensé en volver... El doctor Montoya me dió hospitalidad en este pueblo y una pequeña ayuda pecuniaria, y me recomendó a usted, porque yo se lo pedí, el mismo día en que por casualidad me enteré, leyendo en un periódico de Madrid las esquelas de defunción, que la que fué mi mujer había fallecido. Si ella viviera aún, yo no hubiera venido a pedirle lo que le pido. Si ella viviera aún, a pesar de todo, me hubiera acordado de ella. Pensándolo bien ahora, yo no tengo la certeza de su traición, y en el caso de que me hubiera traicionado por amor o por vicio, ella, que, de ser ciertas mis sospechas, era la única que sabía que yo había matado a su amante, murió sin delatarme. Dios la haya perdonado, según yo a Dios le pido que me perdone. Esta es la piedad que he venido a pedirle, padre. Soy un muerto que anda, pero que no tiene todavía derecho a descansar. No quiero el peso de mi crimen en la conciencia; no quiero tampoco, pues que ya no sirvo para nada, ser un parásito en mi España que Franco ha salvado y que los jóvenes van a reconstruir. De ellos tan sólo es la España que viene, porque ellos la traen. Yo de nada sirvo ya; para ganarme la vida tendría que mendigar, o algo peor, que intrigar para detentar al fin un puesto cualquiera, y para todo me siento incapaz. Para ganarme la muerte, como usted dice, sólo me queda la oración. Déjeme usted orar en este monasterio, a su lado, a la sombra benéfica de su bondad y su sabiduría; déjeme usted ser un hermano más.

Mientras así decía—extraña cerebración—, en la mente del loco, que no quería acordarse de la ópera *Hernani*, vibraba el motivo y sonaban las palabras de la plegaria de *Rigoletto* en el acto tercero: *Miei singori, perdono, pietade...* Pero el padre Rafael no podía oirla, porque el suplicante la cantaba sólo mentalmente, y así se puso en pie y dijo, temblorosa y conmovida la voz hermosa, grave y broncínea:

—Vamos ahora mismo a la capilla. Ya he oído tu confesión; pero has de rezar ante mí «Yo, pecador»; has de

hacer con lágrimas en los ojos el acto de contrición, y entonces yo te absolveré en el nombre de Dios.

.....

Aquella misma noche durmió Carlos Bevilacqua por primera vez en el monasterio. Presentado a los demás hermanos, rezó con ellos un rosario, después de la cena frugal, y a poco de hallarse solo en su celda volvió a salir de ella al claustro superior y se asomó a la balaustrada del patio para meditar.

—Ya estoy purificado y cuerdo—se dijo—; ya tengo limpias el alma y la mente. Estoy en pleno siglo veinte; ésta es la noche del veinte de noviembre de mil novecientos treinta y nueve; España se ha salvado y la gobierna con santa pericia el generalísimo Francisco Franco. Esto no es Yuste, no; pero..., pero... ¡yo soy Carlos Quinto!

E inmediatamente, asustado de lo que a sí mismo se oía decir, cayó de rodillas llorando:

—¡No, no, Dios mío! No me quites mi razón. Devuélmela. Dame una conciencia clara que sepa y pueda llorar por mis pecados, que sepa sufrir y esperar, y ansiar, y rogarte por mi España renacida en estas horas constructivas en que ha de ganarse definitivamente la paz. Que yo me gane también la de mi alma, Señor, con mi razón clara. Yo soy Carlos Bevilacqua. Yo soy Carlos Bevilacqua. Yo soy Carlos Bevilacqua, hombre vulgar y pecador triste, gusano insignificante, pero arcilla de la arcilla celeste que animaste en el primero de los hombres, y por eso, tu siervo agradecido a la imagen y semejanza divina que en la creación me concediste. A tu Hijo, que se hizo Hombre, para darnos ejemplo de bondad divina y de resignación y dolor humano, pediré para que interceda por mí, Señor.

Y volviendo los ojos al firmamento, en la noche serena, pero fría, dejaba que el cierzo le mordiese las carnes como un cilicio, bajo las miradas de los héroes y mártires que lo contemplaban brillando en las estrellas, y empezó a orar:

—Padre nuestro, que estás en los cielos...

A la silenciosa armonía pitagórica de la noche dormida se sumaba, para hacerla más sensible por contraste, la voz de plata sin ritmo y sin edad del surtidor de la fuente, y lejos, entre la fronda oscura, invisible, misterioso y dulce, trinaba el ruiseñor.

VEINTITRES, ENCARNADO, IMPAR Y PASA

I

Don Antonio, de parte del director, que pase usted a su despacho.

Ante la palabra «director», que sonó como un conjuro en la amplia sala de la Redacción—con sus tres balcones abiertos al cielo negro y pesado de una calurosa noche de julio—, todos los que escribían en la enorme mesa común levantaron la cabeza de las cuartillas para mirar al ordenanza.

Todos menos dos. Dos que no estaban en la mesa del centro, ni habían tenido la comodidad de despojarse de la americana.

Lejos de los demás, cada uno en un rincón, ante sendos pupitres, los dos periodistas menos algareros que sus camaradas, más comedidos en la actitud y más íntegros de indumento, se abismaron sudorosos en sus trabajos respectivos.

Uno era un hombre robusto y coloradote, con tripa y barba de tenor de

ópera antigua, remedo de aquel famoso Antonio Paoli que vociferaba con música de Verdi la furia celosa del Moro de Venecia. Le llamaban el *Derviche*, sin que jamás se supiera por qué, y era un humorista inconsciente en la conversación, delicia de sus compañeros, y un sesudo periodista de combate, de combate a mazazos, de prosa compacta y rimbombante, cuando enjaretaba diatribas contra los políticos. Hacía un instante había leído a sus compañeros unos párrafos de su filípica a don Juan de la Cierva, en la que se mezclaban aceradas metáforas y caprichosas comparaciones acerca del chaleco blanquísimo, la conciencia negrísima, las estrechas celdillas del cerebro y los estrechos cuadros de los pantalones del prohombre de Mula. El otro, a quien los cajistas llamaban *Karamasoff*, porque había traducido la novela rusa, asaetaba con miradas de miope y de adormilado, tras los gruesos cristales de sus lentes, las patas de mosca que hacían sobre la albura de una cuartilla la disección crítica del último estreno teatral. Sonreía con sonrisa húmeda y burlona de bebedor y de ironista, que era como un contrasentido jovial bajo la prematura canicie de sus pelos hirsutos. A pesar del desorden de su vida, tenía fama de organizador, pues que llamábale él mismo organizar a las tretas sutiles que imaginaba para celebrar libaciones en la taberna más próxima y aun en la misma Redacción, ya para templar el cuerpo en la mañana que seguía a una mala noche, ora para disipar las brumas del crepúsculo, cuando a guisa de aperitivo antes de la cena y siempre para celebrar una frase del *Derviche*, un chiste de la última comedia y el artículo, malo o bueno, disparatado o sesudo, de cualquier camarada. La cuestión era «organizar», beber, y había de ser cerveza, ya que el ilustre crítico teatral, tal su misión tenía en el periódico, era a la vez un humorista y un socrático, que se bebía hecha lúpulo toda la filosofía del mundo, desde Kant el moralista y Schopenhauer el guasón, pasando por Comte, el presuntuoso papa de una nueva iglesia, hasta Wundt el psicólogo y Bergson el elegante. También entonces, en ese mismo momento, bebía sus ideas en el gran vaso colmado de tudesco hombrecillo que lucía sus oros coronados de espumas entre el negro pozo de tinta y el cándido rimero de cuartillas.

Antonio Bernáldez, que era a quien se había dirigido el ordenanza, hizo algo más que levantar la cabeza; se levantó «todo él», y temblando, azorado, porque la llamada del director le diera muy mala espina.

—¿Ha dicho que vaya ahora mismo? —preguntó.

—Me ha dicho que le llamara a usted nada más.

Antonio Bernáldez hizo una mueca de disgusto, como el que va a tomar una pócima repugnante; guardóse en los bolsillos del pantalón unas cuartillas en que tenía a medio hacer un madrigal en prosa en elogio de una cupletista, y, cogiendo del respaldo de la silla la americana y el cuello, comenzó a ataviarse para ir a ver al director.

En este momento entró el jefe de Redacción, que era un notable poeta malagueño, gran autor dramático, verdadero taumaturgo de la platina, guía, modelo, mentor y espejo de periodistas, por lo atinado de sus puntos de vista, por la brillantez valiente de su prosa, por la variedad de su cultura, por su integridad de conciencia y por su hombría. Chancero y saladísimo, daba siempre en broma sus admoniciones y solía, con modestia orgullosa y desdeñosa, ocultar tras el ceceo de su hablar pintoresco el seguro tesoro de su sabiduría. Enérgico a las veces, la ira ponía una palidez azulada en su rostro moreno de facciones regulares y armónicas, y entonces le temblaban todos; pero cuando divagaba alegremente, esmaltando de absurdas y divertidas digresiones sus charlas sobre arte, literatura o política, sonriendo más que con los labios con los ojos negrísimos y dulces, nadie sabía cómo escucharle y qué apreciar mejor, si la gracia gitana de su decir o lo atinado de sus juicios, y su cabeza, falta de pelo, con-

gestionada en el calor del discurso, lo mismo hacía pensar en la frente de Séneca que en la calva torera de Rafael el *Gallo*.

—Pero hombre, Berúlez, ¿se va usted ya?—preguntó a Antonio Bernáldez, cambiándole en broma el apellido, según una costumbre inveterada.

—No, don José. Es que me llama el director—respondió Bernáldez.

—¡Ah! ¡Bueno! Pero vuelva usted —exclamó el jefe; y luego, dirigiéndose a todos, concluyó—: Hay que escribir cosas, muchas cosas, faltan cuatro planas y son las dos de la madrugada.

Pasillo adelante, aún pudo oír Antonio Bernáldez la voz de un compañero que afirmaba, refiriéndose a él: «A ése le va a echar el director por el artículo de esta mañana.» Y la voz del jefe de Redacción, que respondía: «No, hombre. ¿Por qué? Es muy gracioso el artículo de ese batata. Sí. Está muy bien, muy bien. Ya lo creo. Sí. No está mal.»

«¿De veras no estará mal mi artículo?», iba pensando Bernáldez, y se puso a recordar los párrafos que, según sus temores, podían haber disgustado al director. Era el artículo en cuestión una croniquilla con motivo de la corrida de la Prensa, en que se aludía a Carpentier, a Dempsey y al *box* en comparación con la fiesta nacional española. Había párrafos como éstos:

«No nos metamos a averiguar si el deporte español es más o menos inmoral que el deporte de los puñetazos. Son inmorales los dos; pero con una ética severa lo es mucho más la fiesta de toros. Porque, seamos francos: es una barbaridad que los hombres se destrocen las mandíbulas a puñetazos; pero los hombres son conscientes, van por su voluntad a romperse los morros y se los rompen más o menos en igualdad de condiciones. El toro y el caballo no van; al toro y al caballo los llevan: al caballo, a ser sacrificado sin remedio; al toro, a que lo lidie, lo escarnezca y lo mate una cuadrilla; fijarse bien en la palabreja: una cuadrilla de hombres vestidos de seda y oro. ¡Pero qué más da! Nosotros preferimos las corridas de toros al *box* porque son nuestras, porque tienen color, luz, alegría, gracia, ¡y porque nos da la gana!»

.....

«Me alegra tanto la derrota de Carpentier como me apena el triunfo de Granero. No era posible que el primer boxeador del mundo fuese francés: Yanquilandia es el país de los dentistas y Dempsey, un formidable dentista a puñetazos. No es admisible que el torero de Valencia *les dé el baño* al de Triana y al de Gelves, y yo me echo a temblar al suponer que un señorito de Sevilla presuma bebiendo *whisky*, de ser el primer *goal keeper* del mundo y baile después un *fox-trot*, en vez de embrazar una garrocha, jinete en un potro jerezano, y de beber manzanilla sanluqueña mientras rasguea un gitano su guitarra moruna, que es el instrumento que tocan las personas en nuestra tierra.»

.....

«Al toro cuarto, muy bravo, le ovacionaron durante el arrastre. ¡Pobre toro! Gozó de la gloria póstuma, como todos nuestros grandes hombres. ¡Indudablemente se trata de una fiesta muy española!»

.....

«¿Le habría molestado todo esto al director? ¡Don Ricardo es un hombre tan comedido y tan serio!...», pensaba, temeroso, Antonio Bernáldez. Pero don Ricardo estaba bien humorado aquella noche y le recibió en su despacho con gran alborozo.

—¡Hola, hola! Venga usted acá, mi amigo. Venga usted acá.

Y dirigiéndose a dos caballeros que estaban con él, les presentó a Bernáldez:

—Este es el muchacho de quien les hablé.

Los dos caballeros, que, como el director, vestían de *smoking* y fumaban sendos puros, y que eran un escultor muy conocido y celebrado y el director

general de Instrucción Pública, ofrecieron la mano al reportero. Antonio Bernáldez, regocijado y tímido a la vez, les alargó la suya manchada de tinta.

Don Ricardo era un rico industrial andaluz que por figurar en la política había fundado en Madrid un periódico diario, seguro y próspero ya, pues contaba con el favor de varias clases de público, desde el aristocrático hasta el popular, que se deleitaban por igual con los grabados de las personas regias y de su séquito y con las vistas del hipódromo en día de gran premio y de la plaza de toros en corrida de gala.

Enamoradizo y galante con las mujeres, enérgico y amable con los hombres, según conviniera, y muy diplomático y muy locuaz siempre, don Ricardo era un varón listo y sagaz que sabía extraer todo el partido posible de las personas de buenas condiciones que le rodeaban.

—Oígame usted, oígame usted—decíale a Bernáldez, silbando las eses con su acento de sevillano fino—: la organización de mi periódico, *sabusté*, no me permite, no me consiente, eso es, dejar que todo el mundo escriba artículos, que firme todo el mundo. Hay que ser prudente, hay que ser parco, cauto, eso es: que firmen los que tienen renombre, una autoridad, responsabilidad, representación, eso es; pero la reputación también se adquiere, no se nace con ella, está claro, y usted la va a adquirir, se lo digo yo, sí, señor, usted la va a adquirir.

Antonio Bernáldez vibraba en la silla, cohibido y orgulloso a la vez.

El escultor, que habíase levantado para mirar desdeñosamente, mientras le echaba encima el humo de su habano, una acuarela de Martínez Abades colgada de la pared, se volvió de pronto para opinar:

—El artículo de esta mañana es muy gracioso.

—Y muy original—agregó el otro.

—Y muy ágil, muy suelto; tiene alas, eso es, eso es, tiene alas, ya lo creo, sí, señor—concluyó don Ricardo.

Antes de que Antonio pudiera agradecer, el director de Instrucción dijo en tono solemne:

—Pero hay que escribir de cosas más serias y ocuparse de política.

Don Ricardo vió una preciosa puerta abierta para su locuacidad:

—Ya lo creo. Los hombres inteligentes se deben a su patria; han de opinar, aconsejar, dirigir; tienen la obligación ineludible, el sagrado deber patriótico de intervenir en la cosa pública e iluminar con el haz de su brillante inteligencia la oscuridad que pudiera haber en los cerebros de los hombres bienintencionados, pero poco capaces, eso es, poco preparados. Pero para eso, mi amigo, hay que prepararse, y usted se preparará, usted hará su aprendizaje: hay en usted un futuro gran escritor. ¡Ya lo creo, sí, ya lo creo, grande!

Hubo una pausa durante la cual don Ricardo hizo bailar rítmicamente el lápiz que sostenía entre el pulgar y el índice, sobre la carpeta de piel de Rusia con cantoneras doradas; el escultor paseábase por la habitación leyendo las expresivas dedicatorias de los retratos de tiples y actrices que se alineaban en el damasco granate de las paredes; el director de Instrucción, cabalgada una pierna sobre la otra, chupaba en silencio su largo veguero, deshaciendo de cuando en cuando el copo de ceniza en el tacón de la bota correspondiente al pie que oscilaba en el aire, y Antonio, arreboladas las mejillas, no se atrevía a moverse, mudo de esperanza y de emoción.

Fué don Ricardo quien rompió la pausa:

—Bueno, bueno, bueno, bueno—y se azotó los muslos con sus finas manos ensortijadas—: va usted a empezar dentro de ocho días su aprendizaje, su práctica, y a ver si se luce usted. He decidido que se marche usted a San Sebastián y me mande crónicas del veraneo. Le darán a usted dinero en la caja; yo impartiré mis órdenes; le aumentarán a usted el sueldo.

Y mientras Antonio Bernáldez balbucía tímidamente su gratitud, don Ricardo sacó de un cajón un cigarro

puro enorme, parejo a los que fumaban él y sus amigos, se lo alargó a su empleado y, acompañandole hasta la puerta, le despidió con unas cariñosas palmaditas en el hombro.

Antonio se alejó por el pasillo muy de prisa, casi saltando de alegría.

Ya se habían ido los compañeros de la sala de Redacción; sólo quedaban el jefe y *Karamasoff*. Este habíase dormido sentado, apoyada la nuca en la pared, al aire las patas delanteras de la silla.

Sobre el pupitre, en el vaso de cerveza a medio apurar, una mosca infeliz se debatía entre burbujas de espuma.

Lejos, en otro pupitre, bajo la pantalla verde de la luz, brillaba la calva marfileña del redactor jefe, que corregía escrupulosamente el artículo de fondo.

La Redacción estaba en un piso primero de la calle de Arrieta, en la esquina, y una de las alas del edificio daba a la plaza de la Encarnación. Eran las tres de la mañana, y por los tres balcones abiertos penetraba el bochorno de la atmósfera estival. Bajo la luz mortecina de cuatro faroles negreaba la fronda del jardinillo de la plazuela, y la iglesia erguía su mole severa, con sus negros arcos como bostezos monstruosos, esfumado en las sombras el triángulo superior de la fachada. Cantaba el agua de una oculta fontana en los breves e interrumpidos silencios a que daban lugar escaso los automóviles y las motocicletas que volvían de Rosales, del Majestic, de Parisiana, ruidoso de explosiones, de bocinazos, de trepidaciones y de carcajadas y gritos de mujeres fáciles y hombres calaveras.

Antonio Bernáldez, viendo el vertiginoso cruzar de cocotas enloquecidas, hacinadas en los *sidecars*, soñaba con la vida alegre que le prometía San Sebastián y evocaba la mirada brillante y azul, llena de cordialidad, con que le había despedido el director, y la sonrisa, aquella sonrisa tan blanca bajo el fino bigote entrecano, sal y pimienta, que era la promesa segura de su porvenir.

II

Antonio Bernáldez tenía muchos sueños en la cabeza, muy poco dinero en la cartera, muy fácil la pluma y muy difícil la vida. Casado a los veintidós años, llegó a los treinta con mujer y tres hijos de siete, seis y dos años, y sin más recursos que sus ochenta duros mensuales para saciar su propia hambre y la de aquellas cuatro bocas que se lo comían por los pies. Mas era tan valeroso y sufrido, que rico sólo en deseos, rozándose, por su profesión de periodista, con todo lo que bulle y triunfa en Madrid, resignábase a garrapatear cuartillas anónimas para periódicos en que firmaban otros con menos ingenio, y se contentaba con asistir gratis a los estrenos; con deambular por los pasillos del Congreso y los bastidores de los teatros; con hablar a tiples guapas, políticos influyentes y toreros de rumbo, so pretexto de su misión informativa, y con alternar en los banquetes ofrecidos a algún camarada, aprovechando la ocasión para largar su discursito o recitar unas quintillas improvisadas que había enjaretado y aprendido de memoria la noche antes.

Desde que don Ricardo le admitió en la Redacción de *La Tarde*, comenzó a progresar, y su vida, aunque monótona y prosaica como siempre, se deslizaba más segura, sin sustos y con menos fatigas en un pisito modesto de la calle de Eloy Gonzalo.

Paquita, así se llamaba la mujer de Antonio Bernáldez, era chamberilera, y vivía muy a gusto en su barrio, sin salir apenas, dándole a la máquina de escribir, pues que hacía copias a tanto la cuartilla para ayudar al hombre en el sostenimiento de la casa. Guapa, esbelta y marchosa cuando se casó, por hacendosa, casera y despreocupada de su persona, habíase puesto tan gorda, que más parecía una jamona de buen ver que una chiquilla de veinticinco años, que eran los que contaba a la sazón. Siempre muy repeinada y muy limpia, eso sí, olíale a nardos y a albahaca la cara pálida, de un de-

licioso moreno mate, y le brillaban los ojos negros y le reían los rojos labios pícaros, prontos a la respuesta y la zumba; pero bregando con los nenes, tecleando en la Underwood, ajetreada en los quehaceres de la casa, calzando zapatillas y sin gastar corsé, se le iban convirtiendo en melones las manzanas de los pechos y cayendo hacia los tobillos hinchados la carne de las pantorrillas, aquellas pantorrillas cuyo arranque soberbio encalabrinaba a los hombres, allá en sus tiempos, mejores tiempos y más madrileños, de *agarrao*, de mazurca y de chotis, sin *fox-trot* de extranjis, en los merenderos de la Bombilla.

Antonio llegaba del periódico al amanecer y dormía hasta muy entrada la tarde. Los inviernos paraba poco en su hogar, y en cuanto dejaba el abrigo del lecho, íbase corriendo a un teatro, al Congreso o a la Redacción, a guarecerse en los calores de la chimenea, estufa o salamandra de que no podía gozar en su casa. Los veranos ya era más de su Paca, y después de cenar, mientras llegaba la hora del trabajo, allá al filo de las doce, iba en mangas de camisa al cierro de cristales, repantigábase en una silla de mimbres y mataba un breve espacio de tiempo, oyendo chirriar al grillo en su jaula de latón, charlando con su compañera, y refrescando de vez en vez las fauces ardorosas bajo el fresquísimo chorro del botijo, curado con anís merced a un barato refinamiento. Las noches de verbena solía convidar a su Paca. A la de la Paloma iba siempre. Entonces ella se ponía muy maja: sacaba el mantón de chinos; se embandolinaba la negra cabellera y volvía a la jacarandosa marchosería de otros tiempos. Antonio bailaba con ella y la llevaba del brazo por los puestos de piñones y de almendras de Alcalá; pero viendo a otras mozas cimbreñas y delgadas, antojábasele que su compañera iba ya más para señá Rita que para Casta o Susana.

Aquel verano no había de llevar a Paquita a la verbena de la Paloma. Gracias a su último artículo, y a la generosidad de don Ricardo, en vez de pasear en «manuela» sorteando al «vulgo municipal y espeso», de que hablaba Rubén Darío: en vez de ahogarse bajo un cielo rojizo y humeante, en una atmósfera pestífera de fritanga y sonora de plebeyos organillos, iría a San Sebastián, ciudad fantástica, que él imaginaba construida entre peñascos, y se mecería sobre el líquido zafiro del Cantábrico, en un balandro blanquísimo como una gaviota, al amor de una romántica luna de plata, bajo la lluvia policroma de unos fuegos artificiales, que no denotaban ni olían a pólvora, y al arrullo de unos lejanos violines que suspiraban una mandolinata de Italia. ¡Y todo ello viudo, viudo una temporada, libre de cortejar a esas cocotas que había visto como en sueños cruzar locas en la barquilla de un *sidecar* desde los balcones de la Redacción!

Así pensaba Antonio, lleno de júbilo y de esperanza, al hacer lo que él creía su *début* aristocrático, en viaje hacia la Bella Easo, con diez billetes nuevecitos en la cartera. ¡Jamás había tenido tanto dinero junto! En el vagón comedor cenó con agua mineral; no le gustaba, pero le supo a gloria, y dió una propina de príncipe; y luego, en la litera del *sleeping*, se durmió soñando con llegar y con que fuera de noche otra vez para lucir en el Casino el *smoking* que le había prestado un amigo.

A la mañana siguiente, momentos antes de llegar, ya sufrió la primera desilusión. Como nunca viajara más que en las páginas de sus libros predilectos, no supo arreglar su maleta: el peine y los cepillos venían en el fondo, y el jabón, lo único que halló a mano, habíase medio deshecho con el calor y estaba pegado al trozo de periódico que lo envolvía. ¡Qué contrariedad! ¡No podía llegar limpio a San Sebastián! Intentó lavarse con agua sola, pero... ¡aquel lavabo era tan estrecho y tan incómodo, y tan molesto el traqueteo del tren!... Pero llegaba, y al fin descendió, con los pantalones de franela blancos, que se comprara hechos el día del viaje, arrugados y salpicados, y saliéndosele por bajo de

las alas del canotier los mechones de pelo húmedo y despeinado.

Ya está el héroe en la villa de sus sueños; pero ahora, recorrido un trozo de la ciudad, cae en la cuenta de que no es una villa fantástica, construída entre rocas, sino una población moderna, con tiendas, bancos, almacenes y tranvías, como su Madrid, y que en la casa de viajeros donde se hospeda luce, si eso puede llamarse lucir, el mismo hule cortado y renegrido en la mesa redonda del comedor, y corre por los pasillos el mismo tufo de aceitazo frito que en las casas de huéspedes de Madrid.

El viajero le hace ascos a unos huevos mal fritos y a unas rodajas de merluza; y luego, pues que durmió mal en el tren, busca en vano reposo en el lecho de una alcoba inhóspita donde le devoran centenares de pulgas aguerridas, y salta de la cama, y se baña y se acicala, y dejando escondidos, por precaución, ocho billetes en el forro de la almohada, que descose y vuelve a coser, se echa a la calle a pelear por la fortuna, armado con dos cañones de a veinte duros cada uno.

—El Gran Casino, ¿me hace usted el favor?

El guardia a quien pregunta extiende un brazo con diligencia:

—Ahí lo tiene usted; ése es.

Antonio Bernáldez se detiene un instante contemplando el templo de la fortuna.

Frente a una plaza inmensa, con un monumento muy abigarrado en el centro, levanta el edificio del Gran Casino sus piedras grises sobre una amplia terraza, con dos torres que le dan un aspecto a la par grave y misterioso de catedral o de estación.

«Es la catedral de los que ofician en la religión del vicio, y una estación de partida rumbo a la miseria», piensa Antonio Bernáldez, que, como ha venido en periodista, tiende a hacer frases ante todo lo que ve, y sube con paso trémulo la escalinata de mármol.

La sala de juego da al mar. Es vasta y elegante como un salón de baile; el decorado, sencillo; los ventanales, en arco; las cortinas, de un azul Prusia, cálido y suave; dispuesta en naves la sala (el juego tiene algo de rito), se alinean en ellas la tentación de las mesas de ruleta y de treinta y cuarenta, que mienten la esperanza de su tapete verde, el color que enternece y hace pensar, el color grato a los ojos y al corazón.

Son las tres de la tarde, y empieza a poblarse el salón. Es la hora de los vergonzosos y de los cómodos, de los que gustan de jugar su dinero ante el menor número de curiosos, de los que quieren jugarlo sentados, haciendo cuentas, apuntando con parsimoniosa lentitud. Sopla un aire de modorra y de tedio inenarrables. Los criados sueñan con las fortunas de los señoritos. Van lánguidos, dentro del oprobio de sus libreas. Los *croupiers* no han acabado aún de despertarse; la bola de la ruleta rueda sin velocidad; las voces tienen un tono pardo, nasal, doliente y quedo, de responso.

—¡Hagan juego, señores!

Todo el mundo está aún cansado de la mala noche anterior.

Antonio, antes de aventurarse y de exponer su dinero, recorre la sala y va de mesa en mesa, observando, como quien toma notas para una información. Ya se siente descubridor del casino. ¡El Cristóbal Colón de la ruleta! Al fin, tímidamente, con ese rubor tan natural del que juega o empeña un objeto por primera vez, lanza un duro a un color, lo cobra y se retira a la terraza a tomar el té.

Sentada ante otro velador, frente por frente al que ocupa Antonio, Consuelo la *Indianita*, la cancionista nueva en boga, aquella por quien madrigalizaba el reportero la última noche que estuvo en la Redacción, toma también el té, y sonríe con su boca grande, fresca y tentadora, sangrienta y húmeda como la cala de una sandía madura. ¡Qué inquietante está la *Indianita*, a la vez tan nerviosa y tan lánguida dentro de su *callot* elegantísimo que hubiera llamado la atención en Longchamps! Por bajo de la mesa aparecen sus piernas, son ágiles y fuertes piernas de *fause maigre*, que luce hasta la rodilla, enfundada en la

fina seda gris de sus medias tensas, dejando transparentar el tinte rosado de la piel. Antonio las devora con la mirada de sátiro, y ella lo advierte, y adquiere una expresión muy graciosa, de asombro, de timidez y de reproche su rostro blanco, de un intenso blancor de alabastro ligeramente azulado por el vago serpentear de las venas, o, mejor, diríase azulado por el resplandor de sus propios ojos, de un azul intenso y profundo, que contrastan con la negrura del pelo; un azul que quisiera cambiar de color; aquel azul mojado, brillante, nostálgico de lilas, que tienen las violetas azules.

Antonio, galante, ha pagado el té de ella y se ha acercado a su mesa. Consuelo la *Indianita* le devuelve la fineza aconsejándole una combinación para la ruleta.

—Verá usted—le dice—, es un sector, un pequeño sector; pero no hay que salirse de él; repite mucho. En cuanto se da un pleno, a dejarlo todo, y si da otro, a la dobla, y así hasta que quiebre. Son cinco números, tres negros y dos encarnados, tres pares y dos nones, tres faltas y dos pasas: dos, seis, diecisiete, veinticinco y treinta y cuatro. ¡Venga usted, venga usted!

Los dos se encaminan a la sala de juego.

Es la hora indecisa, cuando, según el buen Ovidio, se marcha el día sin que reine la noche, y llegan más mujeres. Con ellas vienen sus galanes, y la animación empieza.

—Encarnado gana, color pierde. ¡Hagan juego, señores!

En las voces de los *croupiers* hay ahora algo de la salvaje alegría de una fiera que ventea la presa. Vibran imperativas, irrebatibles, absolutas, entre el ruido seco de las fichas y el voltear loco de la bola. Hay en el ambiente como un ruido de colmena, fingido por el aire de los suspiros afanosos y por el rumor de las sedas claras. Huele bien: a tabaco rubio, a esencias finas, a carnes de mujer.

Las hay de todas las nacionalidades y de todos los tipos: francesitas elegantes, pajaritas del bulevar, doradas y alegres como el áureo disco de un luis y como la espuma del champaña; inglesitas blancas y liliales; Dianas modernas que ha pintado Sargent, que hemos visto pasear con su tía por las calles floridas de Florencia; Walkyrias wagnerianas de faz sonrosadas; Junos de Berlín, con los cabellos color de miel; criollas de la América meridional, como palmeras del trópico, de ojos negros y de movimientos lánguidos, que vagan ondulantes con un ritmo quebrado de habanera o de danzón; italianas manoteadoras y expresivas, que lloran y ríen cantando las veleidades de su fortuna; españolas, muchas españolitas: severas las castellanas, regordetas las de Levante, fuertes las vascas y las navarras, mimosas las gallegas y asturianas, nerviosas las andaluzas, armónicas de proporciones las madrileñas, y todas más ingenuas, más sencillas, más naturales que las extranjeras, con más luz en los ojos, y todas como aprisionadas entre las sedas de Paquin y de Callot.

El tropel de varones es también cosmopolita. Los alemanes no tienen curvas ni en los faldones de la ropa, apuntan a las líneas y a los números, mueven en guerrilla las fichas (parece como si invocaran al dios de sus ejércitos), aspiran algunas haches tremebundas cuando pierden, y sus ojos, de agua turbia, cansados de la letra gótica, centellean feroces tras de los lentes filosóficos, mientras las manos, engarfiadas, recogen la ganancia como un botín de guerra. Apuntan, meditan, calculan; hay en sus movimientos tal torpeza que parece que les van a rechinar las coyunturas. Se siente al verlos como la necesidad de aceitarlos según se aceita una máquina.

Los ingleses también juegan con tiesura; pero su quietud es más estatuaria. Les da lo mismo. Hay un duque británico, rubicundo y grave, que apalea los millones, según dicen, y asusta a la banca y monopoliza el juego. Sólo algunos duros humildes de los que están en pérdida siguen, como adulándose, la marcha de sus enormes posturas por el bosque funesto de los

treinta y seis arboles y un pozo: el cero.

El yanqui juega a lo loco, muchos números a la vez, con alegría, con sana fuerza, complacido de que le miren jugar, y se ríe de la estupefacción de los europeos, que cuentan por francos modestos, mientras que él cuenta por águilas.

Hay un italiano gordo que arriesga poco para ganar mucho. Debe de ser napolitano. Quiere con una sola ficha abarcar todos los números y llevarse a su casa la mesa, la ruleta, la bola, el tapete, los *croupiers* y hasta el edificio. Es un jugador intermitente. Entre postura y postura, a cada duro que se va, arrastra a un amigo hasta un rincón, y allí, mientras le dice en voz baja no se sabe qué cosas tremendas de la Madonna, acciona nerviosamente, como si le fuera a sacar los ojos. Es el único de los jugadores extranjeros que tiene un confidente.

Los franceses juegan con elegancia, con aire de superioridad, porque hacen sus apuestas y sus cobranzas en el idioma de Molière, todo florido de *Pardon!, S'il vous plait!* y *Merci!*

El americano del Sur arroja sus monedas con desdén olímpico y va de mesa en mesa trenzando los pies como si bailara el tango. Tampoco le importa perder. Ha venido para estar en Europa hasta que se le acabe la plata. ¿Qué más le da hoy que mañana?

Los españoles son más comunicativos y habladores; buenos compañeros, se prestan y se regalan. Sólo de tarde en tarde alguno se levanta renegando. Entonces, en el idioma sonoro, plástico y rotundo de Cervantes, huelen como un condimento las frases del arriero, los refranes de Sancho y las invectivas del Caballero de la Triste Figura a los malandrines y follones, y suenan como un contrasentido en algunos de estos muchachos, diestros de todos los deportes, que esconden un torso de centauro bajo la pechera de la camisa.

¡Qué precioso se le antoja el juego al buen Antonio! Destruye el tiempo; torna amable al que tiene suerte y melancólico al arruinado; y es, en cierto modo, un nivelador social, que junta en una sola inquietud a la buscona y a la dama altiva, a Lucrecia Borgia con Santa Isabel de Hungría. Las señoras que se ahuyentan de los teatros que frecuentan las cocotas, que preguntan quiénes son las invitadas antes de asistir a un baile, no tienen ningún inconveniente en acudir a jugarse los cuartos, sentadas en la misma mesa que una *demi-mondaine*, y así el alma de Santa Teresa de Jesús fraterniza con la de María Magdalena.

Antonio juega bajo la dirección de Consuelito. Acierta, le repiten algún caballo, le dan un par de plenos; pero los aciertos se hacen intermitentes, no los repiten, y la torre de fichas empieza a achicarse. Consuelito, al principio muy amable y zalamera, va, al par de la fortuna, volviéndose esquiva y glacial.

—¡Once, negro, *impair* y *manque!*... Veintidós, negro, *pair* y *passe!*... ¡Uno, encarnado, *impair* y *manque!*...

Hay una racha endiablada de números contrarios. El último duro de Antonio ha desaparecido, y Consuelito ha desaparecido también.

El reloj da la una de la madrugada, y Bernáldez sale del casino forjando cábalas y combinaciones para jugar al día siguiente.

«¿Y Consuelito? —piensa mientras baja la escalera—. ¡Oh—exclama al fin, parafraseando a Hamlet—, codicia, tienes nombre de cocota!»

.....

Antonio, pensando en el desquite, se fué a gozar del novilunio a la orilla del mar, frente al casino, junto al césped peinado de los jardinillos ingleses con palmeras, que se abren en abanicos bajo el aire luminoso y caliente.

La gracia del mar se le ofrecía como un regalo, y era en sus oídos un lamento cadencioso y monocorde que hablaba de las nostalgias del viajar, y era en sus labios una humedad de beso y un sabor acre y perfumado de salitre y de yodo.

El ave de la luna perdía sus plumas

de plata en el lienzo ondulante y azul de las aguas.

El casino recortaba sus torres iluminadas por dos fanales de luz glauca, que le daban un aspecto fantástico y poco español, como una decoración de opereta vienesa con su conde millonario y su yanqui excéntrica, o como la cubierta de una novela erótica editada en Francia... *Paris s'amuse. Paris qui chante. Un cri dans la nuit.*

Junto a Antonio, asomados al barandal, frente al mar, charlaban frívolamente una mujercita galante, un señor gordo y viejo, que mascullaba su puro renegando, y un pisaverde lánguido y dulzón, de acento sudamericano, vestido con irreprochable *smoking*, al aire la pechera nítida, inmaculada, como si llevara un pedazo de la luna sobre el chaleco. Ella se queja de su suerte, y Antonio la reconoce por la voz. Es ella otra vez, la *Indianita*. Antonio aprovecha la indiscreción de un foco eléctrico para mirarla a su sabor. Ahora advierte en ella, como un contrasentido para su palidez de reclusa, un atrevimiento diabólico en el brillo de los ojos y en la promesa de la sonrisa.

«¡Esta mujer va a ser mi tormento —piensa Antonio—, y se llama Consuelo, como la otra, como la *Fornarina!*»

Luego, sin saber por qué, evoca unos versos de su compañero Pérez Bojart, reveladores de la sensación extraña que se experimentaba al oírle cantar a la *Fornarina*, a la pobre *Fornarina*, aquellas locuras deliciosamente canallas con música de Quinito Valverde, el que fué un tiempo nuestro español representativo del París y de Nueva York.

Aspirar un perfume de cocota
en el pañuelo de una colegiala.

También la *Indianita* cantaba enormidades con el aire de ignorarlas divinamente. Antonio suponía que la divinidad ignoraba el cuplé. «La *Indianita* es—decía para sí Bernáldez—como doña Inés de Ulloa, lírica paloma de Zorrilla, después de haberse enterado de las voluptuosas décimas de su gavilán, que ahora hablase de cosas indiferentes como un viejo gruñón y un pisaverde a quien se le ha caído la luna en la pechera.»

El pisaverde acaba de tejer, silbando mucho las eses y salpicando de «nos» interrogados su charla, el elogio de la linda Easo. Por sus palabras se adivina que es hombre de las grandes ciudades. Habla de las calles rectas, urbanizadas, pavimentadas, limpias: de los inodoros, de las cañerías, de los tubos eléctricos... Los vocablos *confort* y *kultura* suenan majestuosamente en sus labios.

El viejo, que es un buen vasco, paisano de don Miguel de Unamuno, pregunta indignado si la civilización tiene algo que ver con los desagües y con el pavimento. Adora a su San Sebastián, la perla del Cantábrico; pero el San Sebastián de sus vascos, de su mar, de sus montes, de su cielo, que no han arreglado los Ayuntamientos ni ha tomado su fisonomía del extranjero. No Monte-Carlo, que no es Monte-Carlo; no la sucursal de Niza: ni la imitación de Biarritz.

—Mi San Sebastián me lo han domesticado—grita rabiando—; es como uno de esos perros leales e inteligentes, domados y exhibidos en un circo por unos acróbatas que chapurrean el español, como en *Los cachorros*, de Jacinto Benavente. Un perro con un collar comprado en Londres, con una cinta atada en París, con unos cascabeles venidos de Viena, que sabe sentarse sobre sus patas traseras y pasar por el aro; pero que no ladra en español. Y yo le quiero oír gruñir en su idioma, y que sea de aquí, con sus pulgas nacionales y auténticas.

Consuelito ríe, ríe, con su risa loca, que es como un contracanto frívolo a la melodía terrible del mar.

El pisaverde protesta:

—Oiga usted, el haber perdido quinientas míseras pesetas no le da derecho a hablar así. Agradezca usted a Dios y a sus buenos paisanos que tengamos en España una ciudad moderna y linda que, sin ser posesión extranjera, es europea, agradable, ele-

gante, cómoda. Oiga, oiga cómo lloran los violines de los *tziganos;* fíjese cómo corren los luises, cómo visten las mujeres, cómo el espíritu galante del bulevar, el espíritu de París, que es la civilización, ha venido a alegrarnos la vida. Esto es Europa, porque nadie piensa en suprimir el frontón de los pelotaris y la arena de los toreros.

En los balcones del casino se han apagado las luces; la partida ha terminado. Pasa un tropel de mujeres de todos los países quejándose de su mala fortuna. Pasan un chino amarillo y flaco, que lleva gafas de doctor y viste *smoking;* un italiano tripudo cantando la *Norma* en falsete y viste *smoking;* un cocinero francés que se ha enriquecido preparando de setenta y dos maneras complicadas y diversas los sencillos huevos de gallina, y viste *smoking;* un alemán monolítico y filosófico, con *smoking;* un poeta melenudo, con *smoking.*

El viejo masculla una blasfemia y maldice de todos «estos que visten la librea del hombre decente».

La *Indianita* ríe, ríe, ríe...

Al pasar junto a ella, Antonio aprovecha que el pisaverde y el viejo siguen enfrascados en su discusión para decir a la cupletera:

—Qué, ¿cenamos mañana juntos en casa de Nicolasa?

Ella le mira con una mirada que es un relámpago, y murmura, muy quedo, casi sin desplegar los labios:

—Mañana, a las ocho, hotel de la Playa, número veintitrés.

III

A la tarde siguiente, antes de ir a buscar a la *Indianita,* Antonio Bernáldez decidió que era preciso cumplir con su obligación y escribir su primer artículo para *La Tarde.*

Al escribirlo pensó en Madrid, pensó en su casa, y una especie de remordimiento anticipado empezó a escarabajearle la conciencia. Seguro de que «iba a faltar» a su mujer aquella noche, decidió en pago rendirle un homenaje literario y titular: *Cartas a Paquita,* la serie de sus crónicas para el diario de Madrid.

La primera decía así:

«Me han engañado, Paquita. Esto no es un sitio de veraneo, ni de reposo, ni de baños. Esta es una gran ciudad europea y cosmopolita, con su casino, con muchos teatros, con unas calles amplias y niveladas tiradas a cordel, donde corre el dinero como en cualquiera moderna capital del vicio, y que tiene, por añadidura, la merced del mar, un pedazo de Cantábrico, que los terrosos brazos del monte Igueldo, del Urgull y de la isla de Santa Clara aislan del Océano, ciñéndolo codiciosamente, apoderándose de él para que sirva de ornato a la ciudad y para que se bañen los tontos. Luego te explicaré esto de baño de los tontos.

»Tú me dirás que estoy a estas horas descubriendo San Sebastián, que es como descubrir el Mediterráneo: pero, Paquita de mi alma, las ciudades como las cosas, como las obras de arte, no se acaban de descubrir nunca, sencillamente porque las cosas no son. ¿Qué no me entiendes, Paquita? Pues verás: ¿qué es una cosa en sí, aislada, sola, sin una conciencia que la sienta y que dé fe de su existencia y de sus cualidades? El color de un lienzo está en el ojo de quien lo mira; la armonía de una música, en el oído de quien la escucha, y el alma de un paisaje está en el alma del observador. Las cosas, por sí solas, no tienen espíritu, y, por consiguiente, no existen: la obra de arte es sólo fuente de sugestiones y de evocaciones, que quien las gusta obtiene a su antojo, subjetivamente, y no es lo que el artista puso, sino lo que el observador interpreta lo que de ella queda. Así, cuando un viajero ve una ciudad por primera vez, la descubre, la siente de un modo particular, y así soy yo, tu Antonio, mi Paquita adorada, quien a través de San Sebastián se descubre ante ti. Al hablar de las cosas que nos rodean, sólo hablamos de nosotros mismos. ¡Siempre estamos diciendo algo de nosotros mismos, hasta cuando no queremos decirlo!

»Te decía antes que en el mar se

bañan los tontos. Te lo explicaré. Mientras haya bañeras de cinc, de loza o de mármol y agua dulce y fuego para entibiarla, yo no apruebo a nadie que se bañe en el mar. Tienes que vestirte de mamarracho; te llenas los pies de arena; te los lastimas en las piedras; te pones negro del sol; las olas llegan furiosas a abofetearte el rostro, a golpearte en el vientre, en la nuca, en las caderas; sales sucio, porque el agua del mar no limpia; con las narices rojas como una cereza, con los labios amoratados; el traje de baño pesa más que un vestido de torero; la ropa se te pega en mil pliegues horrorosos, como una mueca, y eres una visión húmeda, chupada, grotesca y ridícula, que huele a yodo y rezuma sal por todos los poros de su cuerpo. ¿Baños de mar? ¡Ay, Paquita! ¡El mar, para los peces... y para los náufragos, y para contemplarlo de noche, en el plenilunio, cuando Diana, coqueta, se pone a hacerle carantoñas desde el cielo!

»¿Por qué he venido aquí, Paquita? A mí me convenía un pueblo de pescadores, con sus rocas bravías, para andar por ellas con alpargatas y en mangas de camisa; una aldea con mucho sol, para amar en la siesta como aquel fauno de *L'après-midi,* de Mallarmée, y con mucha luna, sin edificios altos, para tocar en la noche mi acordeón (tú que sabes que soy un virtuoso) ante un plateado auditorio de sardinas.

»Esto es muy bonito, muy simpático, muy cómodo, muy elegante; las mujeres del país son fuertes y elásticas, con cabellos color caoba, de un cálido tono de metal y ristros de manzana, y las extranjeras y forasteras son de lo más provocativo y pimpante del planeta; pero, por eso mismo, durante el sueño, te pica el deseo, como si no te picaran bastante las pulgas. Hay muchas, Paquita; hoy he visto a una vieja que en la puerta de la iglesia del Buen Pastor se arremangaba las faldas tranquilamente, perdido el pudor a la vez que la juventud y la conciencia del mal, espulgándose al sol, como el patriarca optimista de la Biblia.

»Esto es muy bonito; pero hay que ser un Rothschild para vivir con sinceridad; siendo como nosotros, toda nuestra vida de veraneantes es un constante embuste; de noche te pones el *smoking,* alternas con la *huate,* a la cual no perteneces, disfrazado con la librea del señorito *bien;* juegas y pierdes lo que tienes, y a la mañana siguiente eres el comensal modesto de una casa de huéspedes barata (¡es un decir!), y recoges las migas en el hule de una mesa donde fraternizan contigo, deseándote buen provecho, el mozo de estoques de un matador de toros y la doncella de una característica. ¡Y eres un elegante, un aristócrata y un señor!

»Te escribo desde la terraza de un café, ante el paseo de Salamanca, frente al monte Ulía, que vergue su mole verde bajo el vasto azul; un airecillo suave y marino llega a mí como una caricia... Pasa un coche magnífico, y otro, y otro... ¡Pasa una mujer seductora, y otra, y cien más! Va cayendo la tarde. Pasa una nodriza arrastrando la carretela donde va el rorro de los señores... Pasa un auto con un duque inglés que tiene asustada a la ruleta. Allá, lejos, en la mancha violácea del tramonto, tras un arbolado, pasan los miqueletes con sus gorras escarlatas, como un campo de amapolas en movimiento... Sueño con otra vida, de señorito sin trabajo y con dinero... En Niza, en Monte Carlo... Y pienso que dentro de pocos minutos habré de juntarme con mis amiguitos de Madrid, que están aquí todos, y después de comer con ellos iré a mentir grandezas ante el tapete verde del casino.

»Me enfermaré del corazón, Paquita, y una vez más tendré la nostalgia de nuestro pisito de Chamberí, de aquel balcón herrumbroso, donde tú acaso pensarás en mí, tomando el fresco, a la vera del botijo y de los tiestos, mientras el grillo te taladra los oídos y chasca y golpea el canto ansioso de la codorniz.»

.....

Descargada la conciencia, después de echar al buzón el sobre con aquella

carta-artículo que le dejaba bien ante el director y la familia, enderezó Antonio sus pasos hacia el hotel de la Playa, donde le aguardaba la *Indianita*.

Ella le recibió como se recibe al amante de toda la vida, tendiéndole sus brazos torneados y suaves, que le rodearon el cuello (¡oh, dulcísimo dogal!) y ofreciéndole un beso jamás prometido. Y él sintió, adivinó, a través del crespón de seda de la bata, todo el cuerpo de la mujer, aquel largo y ondulante cuerpo, firme y turgente, de estatua griega y viva, que vibraba como los Salmos del bíblico rey sabio, voluptuoso y poeta.

IV

Salió Antonio Bernáldez de casa de Nicolasa, donde había cenado langosta del Cantábrico y besos de la *Indianita*, cuando se dió de manos a boca con don Romualdo Abella, corresponsal y representante de *La Tarde* en San Sebastián, a quien había visto muchas veces en la Redacción de Madrid.

—¡Hombre, Bernáldez! ¿Qué hay?

—¡Caramba, señor Abella!

—Pues nada—dijo don Romualdo—, que tengo aquí diez mil pesetas para don Ricardo, que llega mañana, y yo me tengo que ir ahora mismo a Fuenterrabía. ¿Querrá ser usted tan amable que se las entregue?—y luego, como arrepintiéndose de la imprudencia, se corrigió—: O no, mejor, no; que aquí hay juego...

Pero Antonio no le dejó concluir, indignándose, protestando con toda su alma de su honradez y de la confianza que le merecía a don Ricardo.

—Puede usted dármelas, señor Abella; yo le juro a usted (¡y era sinceríssimo) que irán íntegras a sus manos.

Luego, volviéndose a Consuelo, exclamó:

—Ve, ve tú; yo iré en seguida.

—Que te espero, ¿eh? Que no faltes —recomendó la *Indianita*.

—Que voy. Palabra de honor—prometió Antonio, y entró con Romualdo Abella al café Kutz a que le contara el dinero.

Cinco minutos después, con los diez pápiros en un departamento secreto de la cartera y quinientas pesetas suyas en un bolsillo del pantalón, entraba Antonio Bernáldez por la puerta del casino.

Consuelito le esperaba en el bar, sola y paciente, chupando con la pajita *pipermint and soda*, que se hiciera servir.

Empezaron a jugar juntos, de los cinco billetes de Antonio, al dos, al seis, al diecisiete, al veinticinco y al treinta y cuatro.

—Dos negro, *pair* y *manque*—cantó el *croupier*.

—Esto va bien. Déjalo todo en los cinco números—aconsejó la *Indianita*, mientras Antonio cobraba la postura.

—Hagan *cuejo, señogues*.

La bolita volvió a rodar.

—Veinticinco *encajnado, impair* y *passe*—cantó la voz gangosa del *croupier*.

Consuelito batía palmas, entusiasmada:

—¡Ole, ole, así! ¡Ahora a la doble!

—¡Hagan *cuejo, señogues!*

La bolita volvió a rodar y pregonar el tercer pleno:

—¡Seis, negro, *pair* y *manque!*

Hubo un gran murmullo, como una marejada, entre los jugadores, y cuando el *croupier* nombraba por cuarta vez uno de los números de Antonio, ya la nueva de «están desbancando» había corrido por toda la sala, y un gentío compacto y ansioso apiñábase en torno de la mesa.

—¡Hasta que quiebre, hasta que quiebre!—chillaba la *Indianita*.

Antonio daba propinas de rajah.

—*Merci, monsieur, pour les employés!*

De repente, en una postura fuerte, el juego quebró.

—¡Qué lástima!—se oyó murmurar.

Había tanta gente alrededor de la mesa, que Antonio no se pudo ir, no se atrevió, y siguió jugando. Empezaron a darse llaves. De cuando en cuan-

do algún pleno aislado venía a fortificar la fe, algo desmayada, del jugador; pero en la repetida, perdía siempre. De pronto se halló sin una sola ficha, y entonces extrajo de la cartera el primer billete de mil y lo cambió.

—¡Qué valiente!—opinó una vieja—. Ahora gana.

Antonio ya jugaba fichas de un luis en las posturas simples. No se daba el sector. Cambió otro billete; luego, otro, y otro, y otro... ¡Y se encorajinó! Despeinado, sudoroso, jadeante, febril, ya jugaba de pie, fichas de cien, de quinientas pesetas, a los cuadros, a las líneas, a las docenas, a los colores... Acertó un pleno, y lo dejó todo a la repetida.

—¿Puedo poner más?—preguntó.

—Usted, sí, señor, cuanto quiera. Juegue, juegue—le respondieron.

La bola empezó a rodar, y hubo un silencio angustioso.

—¡Cero!—gritó, triunfante, el *croupier*.

Un ¡ah! desalentado se escapó, unánime, de cien labios.

Antonio, pálido como la muerte, se desplomó casi sobre el asiento. Un sudor frío le corría por la espalda, y le temblaban las manos. No le quedaba ni un billete, ni una ficha, ni una sola peseta.

Levantó los ojos buscando el consuelo de Consuelo; pero la *Indianita* ya no estaba. Como las olas se retiran de la playa en la bajamar, la marea de curiosos también se fué alejando de la mesa, comentando en murmullos la mala suerte del mozo.

Al pronto Antonio no tuvo conciencia de la enormidad de su delito. Estaba como idiotizado; sólo pensaba en los números. ¡Ah, si se hubiera repetido aquel cinco! ¿Cuánto tenía? Cien pesetas de pleno..., tres mil quinientas pesetas; cuatrocientas pesetas de caballos..., seis mil ochocientas; ochocientas de cuadro... Se le trababa la cuenta y no acertaba a multiplicar ni a sumar de memoria. De pronto paróse en seco su imaginación. ¿Qué había hecho? ¿No era un abuso de confianza, una estafa, una verdadera estafa aquello? Y don Ricardo, ¿qué le diría don Ricardo? ¿Y su puesto del periódico? ¿Y su casa, y sus nenes, y su honor, que se había dejado allí, en las ranuras de la rueda maldita?

.....

Se levantó como un sonámbulo. Todo se le antojaba envuelto en la nube de una pesadilla; pero la visión de las mujeres que le miraban comentando en voz baja, llevó hacia otro motivo su pensamiento.

La *Indianita* se había marchado. «¡Claro!—meditó Antonio—. Como se había marchado el amor, que no podía estar allí.» Allí había balcones propicios, y cuando la noche amiga tendía su manto protector, muy bien pudiera Cupido acechar con la flecha apercibida; pero Su Majestad la Codicia triunfaba en aquel recinto, y nadie iba a los balcones a amar; sólo alguna morfinómana se abandonaba al deleite de sus paraísos artificiales repantigada en algún butacón de mimbre.

Antonio fuése a un balcón y contempló el caserío alegre y blanco, nimbado de azul bajo el primer claror de la madrugada, como una bandada de palomas descansando entre el verdor frondoso del monte Igueldo. La plata de las estrellas tenía un temblor brillante sobre las olas; el aire aromaba, y cantaba el mar.

«La vida puede ser buena también sin dinero—pensó Antonio—, y estos balcones están aquí para ahuyentar la idea del suicidio en los jugadores arruinados.»

Pero en este momento oyó anunciar las tres últimas jugadas, y no pudiendo resistir a la curiosidad de saber qué números se daban, se acercó a una de las mesas. Su pie derecho tropezó en la alfombra con un objeto duro; miró: era una ficha de las verdes. Entonces sentóse, sin dejar de mirar soslayadamente aquellas cinco pesetas olvidadas por algún jugador. La gente apuntaba mucho, el juego estaba parado y le daban tiempo. Aguardó que sus vecinos se inclinaran sobre la mesa para poner sus posturas, y lentamente, discretamente, taimadamente, dejó

caer su pañuelo, y se agachó y recogió el pañuelo y el duro. Ya rodaba la bola, y en el momento preciso en que decían «no va más», puso la ficha al veinticinco, que era uno de los números de su sector.

—Veintitrés, *encajnado, impair* y *passe*—anunció el *croupier*.

Antonio, pensando que la fortuna habíase querido burlar de él, iba ya a marcharse, cuando un caballero lo detuvo:

—Tiene usted un duro de pleno al veintitrés.

—¿Yo?

—Sí, sí, es de usted—indicó un empleado.

En la precipitación de la jugada, Antonio equivocó la casilla de su número, y ahora, al juzgar que ello pudiera ser de buen agüero, dejó sobre la ficha del veintitrés, apiladas, las treinta y cinco que acababan de pagarle.

—¡Veintitrés, *encajnado, impair y passe!*

—¡¡¡Oh!!!

—Hagan juego, *señogues*, para la última bola—dijo el *croupier*.

—¿Cuánto es el máximo?—preguntó, muy nervioso, Antonio.

—Todo, cuanto más *quiegue*—respondió el *croupier*.

Y como viera que a Antonio se le escurrían las fichas entre los dedos por apuntar de prisa, agregó:

—Ponga, ponga tranquilo; haga su juego; yo espero.

Antonio apuntó a todas las combinaciones del número: al pleno, a los caballos, a los cuadros, a la calle, a las líneas, a la columna, a su docena, al encarnado, al pasa y al impar, y cuando el empleado tiró la bolita, se alejó de la mesa con el paso vacilante de un borracho. ¡Se sentía morir! ¡No tenía corazón para resistir aquello!

Los jugadores, todos de pie, miraban fijos la rueda, y al hacerse la jugada, viendo el resultado antes que el *croupier*, ahogaron con una ovación intensa y entusiástica el pregón.

Antonio, que no oyó cantar el número, acercóse a mirar, y vió, y no quería creer lo que veía:

La rueda estaba quieta, y allí estaba la bola, fija, en la ranura del veintitrés.

V

Aquella noche de éxito era la noche más triste que había vivido hasta entonces Antonio Bernáldez. Salvado su compromiso de honor, salvado su porvenir, resuelto por obra y gracia de aquel empedernido veintitrés encarnado, la situación angustiosa en que se viera, cuando todo debía ser júbilo para su alma, una melancolía inenarrable envolvía su espíritu galante, y tanto dinero, que servía para evitarle la deshonra, no valía para pagar un poco de amor.

La *Indianita* no había tenido fe: la *Indianita* no había sabido esperar.

En vano la buscó por el casino, en el hotel de la Playa, en los cafés y en aquel sótano iluminado que era en San Sebastián el *cabaret* de moda. Diríase que a la *Indianita* se la había tragado el mar.

Antonio no bailaba; Antonio no quería a otras mujeres, sino a su Consuelo; y solo, aburrido, harto ya de dar propinas espléndidas, porque no sabía en qué gastar el dinero, dejaba volar las últimas horas de la noche sentado ante un velador del *cabaret*, bebiendo ora *whisky*, cuándo coñac, más tarde champaña, como si quisiera agregarle a la borrachera de sus nervios una auténtica embriaguez de alcohol, una embriaguez efectiva donde se ahogase para siempre el recuerdo de la ingrata *Indianita*. Mas no podía olvidar y, por el contrario, cuando la la música yanqui y canalla de los *foxtrots*, con su ruidoso aditamento de cascabeles, bocinas, timbres, sartenes y ralladores, cesaba para dar paso a un jacarandoso pasodoble o a la dulzona y lánguida serenata de Toselli, Antonio sentía que el ritmo pícaro y voluptuoso avivaba en sus sentidos la nostalgia de la *Indianita*. El tango argentino que tocaban ahora, y cuya letra evocó, era la *La noche triste*, y

se le antojó una irónica y melancólica alusión:

> Percanta que me amuraste
> en lo mejor de mi vida,
> dejándome el alma herida
> y pena en el corazón.

.....

No podía resistir aquello; pagó el gasto y se dirigió a la puerta dando traspiés.

Frente al teatro Victoria Eugenia, un cochero le ofreció sus servicios. Vacilante, casi inconsciente en la abulia de la embriaguez, Antonio apoyó su pie derecho en el estribo.

Un amigo que llegaba al *cabaret* se detuvo al reconocerle:

—Hombre, Antonio. Me han dejado sin blanca. ¿Quieres hacer el favor de prestarme veinte duros?

Por toda respuesta, Bernáldez sacó de la cartera un fajo de billetes y le largó uno de mil pesetas.

El cochero, que no le quitaba ojo, exclamó zumbón:

—Se ha dado bien esta noche, ¿eh? Y luego lanzó un silbido agudo.

Un hombre desharrapado y corpulento surgió de entre el jardinillo de la plazuela y se encaramó en el pescante.

—¿Adónde vamos, señorito?—preguntó con aire solícito el repentino lacayo.

Antonio iba a responder dando la dirección de su casa; pero la música lejana del tango argentino llegó a sus oídos, y evocó de nuevo la letra:

> Y si vieras la *catrera*
> cómo se pone *cabrera*
> cuando no nos ve a los dos.

No. No iba a su casa. No se acostaba en su lecho solitario, y resueltamente gritó:

—Tira por donde quieras; hacia afuera, al campo, a andar, a correr.

Los dos hombres del pescante cambiaron unas palabras en voz tan queda que Antonio no les pudo oír, y el coche partió a la carrera por el bulevar, rumbo al casino; enfiló la larga calle de Urbieta; dobló por el Teatro de Bellas Artes hacia la Alameda, y entró en la carretera de Hernani.

Antonio, sin sombrero, medio adormilado, dejaba que el aire de la noche le refrescase las sienes. Había llovido, y el afrodisíaco de la tierra mojada prendíale en las venas un deseo sensual que iba disipando los vapores de la borrachera.

El coche corría, corría, en la noche negra, y de pronto paró en seco en medio del campo desierto.

El que acompañaba al cochero se volvió hacia Antonio, incorporándose.

—Bueno, señorito; hasta aquí hemos llegado; vamos a repartir esas ganancias.

—¿Eh?

El hombre agregó, ya en tono despectivo:

—Vamos, vamos, a entregar el dinero, y no se ponga usted tonto, que es peor.

Aquello era un atraco en toda regla, juzgó Antonio; el pavor le devolvió de repente toda su lucidez, y acordándose que desde que subió al tren en Madrid no se había desprendido de su revólver, llevó rápido la mano hacia la empuñadura de su Smith.

El hombre iba ya a lanzarse sobre él, pero no pudo; el miedo de Antonio era tan grande, que parecíase al valor y no sabía vacilar. Fué un disparo casi a quemarropa, y el fogonazo brilló como un relámpago. A la incierta claridad de la mañana, que empezaba, se vió el cuerpo negro dar una cabriola trágica y grotesca en el aire y caer sin un grito desde el pescante al suelo, flojos los brazos y las piernas, como un pelele.

El cochero se lanzó en pos de su camarada, gimiendo:

—¿Qué ha hecho usted, señorito? ¡Lo ha matao!

Pero Antonio le encañonaba también a él, gritando:

—¡Déjale que se muera, ladrón! ¡Arriba, arriba, digo, o te tumbo a ti también! ¡Arriba, a San Sebastián, a escape!

El cochero no tuvo más remedio que obedecer. Poco después corría el coche de nuevo, corría como si le tiraran

unos caballos enloquecidos; corría saltando baches, crujiendo, entre nubes de polvo bajo los trallazos del látigo, que el cochero sacudía como un poseído. Y era que detrás, de pie, sin dejar de apuntarle con su revólver, Antonio le gritaba furioso:

—¡¡Tira, cochero, tira, o tiro!! ¡Hala, a San Sebastián; hala, o te tumbo en la carretera; hala o te abraso los pulmones, maldito sea tu corazón!

Al llegar a San Sebastián, en el mar, lejos en la línea azul del horizonte, asomaba la frente congestionada del sol.

VI

Aquella misma mañana llegaba don Ricardo de Madrid, y lo resolvió todo. Salió fiador por Antonio, y aunque el herido tenía atravesado un pulmón y hallábase en trance de muerte, como el cochero, cogido, cantó de plano, dejaron inmediatamente en libertad a Bernáldez.

Más tarde, comiendo en el Victoria Palace, contábale Antonio a su director las peripecias del lance, y después de pagar la cuenta (¡oh, él quería pagar, él quería tener el honor de convidarle!), así dijo, y de poner en sus manos los diez billetes de mil pesetas que le había entregado el señor Abella y que le quisieron robar, hizo un pequeño arqueo de caja. De todas las ganancias que le había regalado el veintitrés milagroso, tras las propinas, los *whiskies*, las dádivas, el champaña y el último préstamo al tomar el coche, le quedaban a Antonio Bernáldez por todo capital una peseta y un duro.

.....

Por la tarde fué Antonio a su casa con el firme propósito de no jugar nunca más y hasta de escribir un largo artículo contra la ruleta, y pensando en ello se tumbó en la cama para resarcirse de la mala noche anterior, y apenas Morfeo fué con él, empezó a soñar.

Y soñó que estaba a la orilla del mar y que las olas arrojaban a la playa un objeto extraño.

.....

¿Será un monstruo? Es un disco manchado de dos colores, a cuadros rojos y negros; sobre estos dos tonos mefistofélicos se recortan con una candidez de lirio unos números desde el cero al treinta y seis. ¡Ah, ya sé! Es el cadáver de la ruleta que los arrendatarios del casino arrojaron por un balcón al Cantábrico, obligados por el gobernador, en quien influyó mi furibundo artículo. Pero no ha muerto aún; la he oído hablar. El número 7 se dirige al número 5.

—¡Hola, compañerito! ¡Qué tristes estamos los cuatro!

El número 36 interrumpe el diálogo que apenas empieza.

—Oye—exclama—, número roto. Un siete fué siempre un roto; ¿por qué dices los cuatro, si somos treinta y seis compañeros?

El número 7 le responde con un gran desdén:

—Vosotros, los números de dos cifras, carecéis de personalidad; sois un compuesto de los nueve primeros y de nuestro enemigo, el cero. El dos, el cuatro, el seis y el ocho son números inferiores, números sin conciencia, que se pueden partir por la mitad; números pares, que hacen dos oficios; números falsos, como algunas mujeres y ciertos políticos. El nueve también es odioso, aunque presuma por su condición de impar, es divisible por tres. ¡Es un pobre impar de segunda clase! El tres también tiene tercera parte; pero es un número ilustre, porque toda la trinidad es perfecta. Nosotros, el cinco y yo...

—¡Calla, número de los siete pecados capitales!—grita amoscado el número 8.

—Y de las siete virtudes teologales —responde el 5, defendiendo a su amibo el 7, que prosigue de esta manera:

—Nosotros, el cinco y el siete, somos números nones, gratos a la divinidad; somos cabalísticos e indivisibles como no sea por la unidad: el Uno, el Demiurgo, el padre y la razón de todos nosotros.

Los demás números callan, y entonces el número 7 continúa hablando con su amigo y camarada:

—¡Oh triste condición nuestra! ¡Oh dura ingratitud de los hombres! ¡Oh dulce y amargo recuerdo de nuestra actividad en otro tiempo! ¿Dónde habrá ido a parar nuestra amada, la ebúrnea bola que corría sobre nuestros lomos haciéndonos cosquillas, saltarina y mimosa, y que al regalarnos con un beso de amor reproducía en treinta y cinco frutos la puesta de los que nos habían honrado con su fe? ¡Oh tiempos...!

Entonces el número 3, que fué siempre el preferido de Dante (triple es la rima, triples los tercetos, treinta y tres los cantos y tres las partes de *La Divina Comedia*), el número tres murmura:

Nessun maggior dolore
Che ricordarsi del tempo felice
Nella miseria.

El 5 toma la palabra:

—¡Ingratos! ¡Ingratos! Mirad: ese palacete precioso que se yergue entre la fronda lo construyó un inglés con el dinero que yo le di. ¡Yo, que me repetí cinco veces en honor suyo!

—Y yo, ¿cuántas veces me he repetido—clama el 1.

—¿Y yo?

—¿Y yo?

—¿Y yo?

Ahora lloran a gritos todos los números:

—Nosotros hemos hecho a San Sebastián; nosotros hemos atraído a los extranjeros, a las mujeres bonitas, a las mundanas que llevan consigo por donde van el pecado y la civilización; por nosotros es moderna la bella Easo; nosotros limpiamos sus calles, las urbanizamos, hicimos que se construyeran, por exigencia de los jugadores gente *comme il faut*, las bañeras y los retretes inodoros, gala y flor de la cultura moderna.

Pero el 0 protesta solemne:

—Callad. Si no fuera por mí, no existiría banquero que os quisiese. ¡Yo soy vuestra razón suprema! Yo me uno a vosotros para protestar contra la arbitraria medida que nos agobia y que acabará con la vida de San Sebastián.

Luego, todos los números se ponen a jugar al corro.

.....

Antonio Bernáldez despertó; acicalóse y se echó a la calle, y antes de una hora, sin saber cómo ni por qué, estaba en el Casino y ponía su único duro de pleno al veintitrés.

VII

Han pasado muchos años. Antonio Bernáldez está viejo y triste. Lo echaron del periódico, porque de tanto pensar en los números acabó por no ocurrírsele nunca ni una mala gacetilla. Se volvió jugador de oficio, pesetero y sablista; y cuando ya no tenía qué jugar, apuntaba en un tarjetón los números que iban saliendo. Cuando ya la pobre Paquita no tenía qué llevar al Monte de Piedad, Antonio buscó un empleo y se hizo *croupier*.

Ahora está en la Casa de Galicia, en la ruleta, y cada vez que paga plenos y caballos del veintitrés, llora por dentro y siente que algo le cruje en el pecho, como si le rechinaran los muelles del corazón.

FIN DE
«CARLOS V, HOMBRE EXTRAÑO»
Y
«VEINTITRÉS, ENCARNADO, IMPAR Y PASA»
DE
FELIPE SASSONE

FRANCISCO VILLAESPESA

(1877-1935)

FRANCISCO VILLAESPESA

Poeta, dramaturgo y novelista. Nació en Laujar (Almería). Estudió en la Universidad de Granada. Vivió una existencia bohemia, por España y América, en la que alternaron las grandezas y sus miserias. Huésped de honor de presidentes de repúblicas, públicamente coronado, en ocasiones llegó a pasar hambre. Dió los recitales de sus versos y sus conferencias a miles. En el teatro alcanzó éxitos memorables. De una fecundidad lírica inaudita. Brillante y detonante; íntimo y melancólico. Andalucía dió a sus producciones todo su colorido, su brillantez, su nostalgia árabe.

Novelas: Los suaves milagros; Resurrección; Las palmeras del oasis; Las garras de la pantera; La granada de rubíes; La tela de Penélope...

EL CABALLERO DEL MILAGRO

I

El viejo y altivo castellano, arrodillado devotamente a las plantas del santo ermitaño, narraba con sincera y profunda emoción todo el trágico y llameante desastre de su vida, de aquella larga y tempestuosa existencia consagrada por completo a los más crueles y satánicos cultos del vicio y del crimen.

Sus manos feroces y acerbas de zarpa se cruzaban, ahora, sobre el pecho en un ademán suplicante de fervorosa imploración o se tendían desesperadas al cielo, trémulas y angustiosas en el supremo naufragio de sus últimas esperanzas.

En las tinieblas relampagueantes de sus pupilas sanguinarias parecían abrirse nacientes y remotas claridades, como si en su fondo comenzaran a alborear los azules y vagos reflejos de una tácita y milagrosa aurora de paz y de consuelo inefables.

Y por su voz, autoritaria y áspera, como forjada a martillazos sobre el hierro más duro, pasaban, a veces, rápido enternecimiento de armiño, suavidades y frescuras desconocidas, algo así como el aroma purificador y embrionario de una promesa de primavera.

De cuando en cuando se detenía, tembloroso y espantado, como si de súbito, a la material evocación de cada nuevo episodio, sus ojos se desvendasen y por primera vez sintieran todo el horror y todo el vacío del tenebroso e insondable abismo, en el que se fueron hundiendo, uno tras otro, sus días fugitivos y estériles, arrebatados por el frenético torbellino de las pasiones más violentas.

El santo ermitaño, sentado en tosco

y miserable escabel de madera, le oía inmóvil, imperturbable, en la augusta serenidad de su recogimiento, con los codos apoyados sobre las rodillas y con la frente, pálida y mustia de meditaciones, reclinada en la eucarística blancura de sus manos escuálidas y exangües.

Era flaco, enjutó y retorcido, como si estuviera formado por las más hondas, puras y ocultas raíces de la oración y de la abstinencia.

Una luminosidad suave y penetrante parecía fluir de todo su ser, espiritualizando la severidad ascética de sus facciones, magnificando con un esplendor de fastuosas púrpuras imperiales la miseria sórdida y raída de su pobre sayal de estameña, y dando a la transparencia azul de sus miradas un divino fulgor de cielo en éxtasis, como si en su interior ardiesen, alimentadas por la fe más ardiente, todas las maravillosas y perennes lámparas de la vida.

Bajo la apoteosis dorada y purpúrea del crepúsculo, en la paz inefable y mística de la hora, por los rústicos senderos, floridos de penumbras, resonaban piadosamente las lentas y acompasadas salmodias de los peregrinos.

Austeros y graves, apoyados en sus santos bordones y flotantes al viento las luengas guedejas desgreñadas, ascendían en filas hasta la cumbre frondosa y abrupta, donde entre el verdor húmedo de los álamos albeaban los altos y esbeltos muros del milagroso santuario.

Por las enmarañadas laderas del monte, por las cañadas olorosas y fértiles y a lo largo de las riberas pródigas del río, los pastores dirigían al aprisco sus ganados entre silbos de hondas, balar de corderos, ladridos de mastines y trémulos y musicales desgranamientos de flautas y zampoñas...

Las ovejas, envueltas en la indecisa polvareda crepuscular, descendían por las herbosas vertientes, ramoneando en las zarzas y en los saúcos de los vallados y de las cercas, husmeando en los matorrales y sonorizando el silencio con el claro y agudo temblor de plata y de cristal de las esquilas tambaleantes...

Los peregrinos pasaban lentamente entre ellas con las manos extendidas, derramando bendiciones, ahuyentando con la santa eficacia de sus conjuros todas las plagas y todos los maleficios que descienden sobre los rebaños.

Sus voces se derramaban en la brisa como un perfume de santidad:

—¡Que el divino y blanco cordero, que bala en los puros y fuertes brazos del Bautista, impida que los agudos dientes del lobo y las terribles garras de la pantera, que rondan por la noche en torno de los rediles, se claven en vuestras nucas!

—¡Que la casta y alba paloma del Santo Espíritu ahuyente y ciegue, con sus fúlgidos triángulos de luz, a las águilas rapaces y a los inmundos quebrantahuesos, cuyas curvas y afiladas uñas anhelan ensangrentar la cándida blancura de vuestros suaves vellones!

—¡Que las rastreras víboras del estío no viertan en vuestras venas la corrosiva ponzoña de sus mortales aguijones, cuando sesteéis a la sombra de los benditos árboles que alegran la amarillenta aridez de los rastrojos!

—¡Que nunca os falte la frescura del agua en las barrancas, ni la hierba del Señor en las praderas!

—¡Que ninguna epidemia os diezme, ni los aludes que ruedan de las altas cimas os arrastren al fondo de los negros precipicios!

—¡Que los blancos y rubios Serafines que custodian las heredades, os libren del mal de ojo y del pernicioso influjo de esas malas gentes que atraen la desgracia por donde quiera que proyectan su sombra!

—¡Que vuestras ubres, repletas y desbordantes siempre de la más pura y sabrosa leche, alimenten sólo buenos cristianos, temerosos de Dios, y que vuestros finos vellones, hilados en ruecas de plata por manos de vírgenes princesas, cubran las místicas desnudeces de los santos en los altares perfumados con mirra, áloe e incienso, y abriguen a los humildes de corazón que buscan un refugio en la casa de Dios!...

—¡La bendición del Señor y todos los dones del cielo caigan perennemente sobre vuestras cabezas y las de vuestros dueños!

Y los blancos corderos, como agradecidos de aquellos santos augurios, refregaban humildemente sus finos y húmedos hocicos en los pardos sayales de los penitentes.

Algunos, más familiares, llegaban hasta lamer, con sus lenguas ásperas y lijosas, las manos endurecidas y las plantas desnudas y llagadas de haber regado con su sangre las asperezas de todos los caminos.

También los pastores, dando pruebas de profunda veneración, se arrodillaban a su paso, abandonando el cayado y la zampoña a orillas del sendero, para ofrecerles, en ingenuas y devotas actitudes, que evocaban las viejas y piadosas adoraciones natales, sus odres de cuero, rebosantes de fresca leche, y sus cuencos de madera, desbordantes de hidromiel.

Algún mastín, agitando el hierro de su carlanca, y estremeciendo festivamente la larga y lanuda cola, humedecía sus amarillentos y retorcidos colmillos en las bullentes e irisadas espumas de un torrente que, con estruendos de cascada, rodaba atronante entre las rocas, perlando de plata las campanillas y los nardos silvestres que se balanceaban como incensarios a los soplos de la brisa.

El esquilón de la ermita rezaba el Angelus...

Una paz inefable, una maravillosa beatitud parecía bajar de los altos cielos, azules de serenidad, cobijando y recogiendo a la tierra bajo la sombra de sus blancas e inmóviles alas de Arcángel, perfumando de una suprema religiosidad los campos adormecidos, purificando la atmósfera y los pensamientos, y dándole al crepúsculo mágicas y sobrehumanas sonoridades de laudes de plata y de arpas de cristal...

¡Extasis puro y santo de la hora, donde todo parece diluirse en una plegaria silenciosa, en una quietud de infinito anonadamiento, en un divino mutismo, en el que se acallan milagrosamente los más rebeldes tumultos del corazón y de la conciencia!...

Manos invisibles de suavidad y de consuelo encadenan, con frescas guirnaldas de lirios en flor, todas las fierezas y voracidades del deseo; y a su amparo, las conciencias se abren para purificarse como esas flores que sólo dan su fragancia en el misterio de las sombras...

¡Hora solemne y pía!... Para arrodillarse al borde de los caminos que conducen a los santuarios e inclinar nuestra altivez hasta besar filialmente la pródiga tierra de la que fuimos amasados!

¡Permanecer así, con los labios pegados a ella, respirando su aliento purificador y absorbiendo sus jugos maternales, hasta que sintamos florecer en nuestro cuerpo y en nuestra alma las rosas celestiales del milagro, mientras el blanco y blondo Arcángel del crepúsculo eleva hasta la apoteosis de los altos cielos profundos, en las alburas de sus manos, como manojos de místicas azucenas, la inmaculada pureza de nuestras íntimas plegarias!...

II

El viejo y altivo castellano, postrado de hinojos, con los labios casi pegados al oído del santo ermitaño, como temeroso de que alguien pudiese respirar el aliento de sus palabras, proseguía purificando su conciencia con la narración detallada y minuciosa de su historia...

Sus manos crispadas y sus ojos desmesuradamente abiertos, se tendían a los cielos en la angustia desesperada de una suprema imploración, y la bárbara y ríspida maraña de sus barbas, de un gris casi plata, se arremolinaba encrespada y fosca, fluctuante sobre adamasquinada coracina, a los violentos impulsos de su respiración acongojada y jadeante.

Eran narraciones sombrías y medrosas, de esas que se glosan a media voz, con bruscos escalofríos de pánico, al rescoldo del hogar, bajo las amplias

chimeneas campesinas, en las largas y lluviosas veladas invernales, mientras que la ventisca, con sus gélicas alas de murciélago, azota las vidrieras, y el viento, aullando como un alma en pena, estremece los muros y hace crujir y saltar los oxidados herrajes de las viejas puertas desvencijadas.

A su recuerdo, se despiertan y santiguan despavoridas las doncellas, cuando caen, lentas y graves, como los golpes secos de un azadón sobre la tierra de una fosa, en la cóncava soledad del silencio, las doce plañideras y fatídicas campanadas de la media noche.

Y en todos estos relatos flameaba fieramente su penacho de guerra el alma dura y cruel del altivo caballero.

Fortalezas tomadas a sangre y fuego, en la impetuosa violencia de los asaltos nocturnos...

Entre las llamas y el humo del incendio, el estrépito de los bastiones que se derrumbaban y los ayes de los moribundos, manos cruzadas se tendían suplicantes, implorando clemencia, y voces angustiosas, en los estertores de la agonía, clamaban misericordia en el santo nombre de Dios!...

Y el puñal se hundía violentamente en las carnes, a través de los intersticios de las armaduras, buscando el corazón, y las ferradas mazas caían, como martillos de jayanes sobre los cráneos indefensos, haciéndoles saltar deshechos...

¡Ricas y poderosas abadías saqueadas sin compasión con la brutalidad más desenfrenada del pillaje: el hacha de armas, destilando sangre en la mano, y la blasfemia espumajeando rabia en la boca!

Las lámparas, rotas; las Sagradas Formas, pisoteadas sacrílegamente; las santas imágenes, escarnecidas y mutiladas, con las cabezas truncas rebotando sobre la marmórea y maravillosa policromía de los mosaicos bizantinos, mientras en los cálices cincelados de oro, en los ciborios relucientes de gemas—votivas ofrendas de la paciencia devota y del fervor exaltado de los más hábiles y famosos artífices—hervía el vino de los sacrificios rituales mezclado con la sangre, aún cálida y humeante, de las pobres víctimas, en las manos brutales de la soldadesca, ebria de placer y de crimen: y sobre la santidad de los altares extendían sus tálamos infamantes la violación y el estupro...

Raptos a media noche sobre las grupas de salvajes corceles, bañados en sangre desde las crines revueltas hasta los cascos martilleantes, tendidos como flechas, en un galopar desenfrenado y frenético, por un fondo humeante de desolación y de ruinas...

Nobles y hermosas doncellas, desgarradas las vestiduras y ahogadas por la férrea presión de las mordazas, se retorcían desesperadamente entre sus brazos de acero, en carreras apocalípticas, a través de los bosques talados y de las llanuras asoladas...

Las deshechas y sueltas cabelleras, tendidas a los vientos de la noche, humeaban entre los resplandores y las chispas del incendio como antorchas recién apagadas...

Su crueldad insaciable necesitaba a cada instante nuevas víctimas que inmolar, nuevos y más truculentos manjares con que nutrir a tantas fieras monstruosas como rugían de hambre en el oscuro y profundo cubil de su alma.

Todos los días, las voraces aves de rapiña revoloteaban, graznando, en torno de las altas torres de su castillo, para devorar los miserables despojos de los cadáveres que pendían de los garfios de las almenas...

¡Con qué furia picoteaban a aquellos pobres ojos inyectados y vidriosos por el trágico espanto de la muerte, que a los rayos del sol parecían arder, encendidos por intensas y sobrehumanas cóleras, como reclamando al destino un castigo ejemplar para su implacable verdugo!...

A veces, su crueldad tenía refinamientos inauditos, rasgos tan trágicos y ademanes tan grotescos que espantaban...

Cosía a sus enemigos en pieles de ternera recién degolladas, y los lanzaba de esta guisa a los montes más inhospitalarios para que sirvieran de

presa a las alimañas de los bosques o cazarlos de nuevo, con sus jaurías de perros salvajes, entre las carcajadas de sus monteros, que con sus corvos y afilados cuchillos los remataban...

Sus festines habían alcanzado una lúgubre popularidad en todos aquellos reinos, y más de un juglar había encontrado en ellos motivo para las más espantosas farsas y los más espeluznantes romances...

¡Cuántos nobles convidados a su mesa, después de una orgía digna del más monstruoso Sardanápalo, serpentearon de dolor bajo el delirio alucinante del veneno, mientras el anfitrión, con su látigo de piel humana y sus silbidos de chacal, azuzaba a sus famélicos mastines para que con sus dentelladas hiciesen más espantosa la agonía de aquellos infelices!...

Jamás en el estéril granito de su alma, rígida, dura y tenaz como una espada, pudo florecer el santo lirio de la piedad y la celeste violeta de una buena acción...

Se reía burlonamente de las lágrimas con la misma insolente truhanería con que celebraba los gestos dislocados y las piruetas inverosímiles de sus histriones...

Desde la cima inexpugnable del rocoso picacho, donde se alzaba, como un verdadero nido de águila, su almenado y triste castillo solariego, entre el estruendo de los cuernos de guerra y los alaridos de sus mesnaderos, descendía hasta el fondo de los valles como una avalancha, a cuyo paso todo desaparecía y se aniquilaba en la desolación más espantosa...

Los aldeanos se santiguaban al oír su nombre como si nombrasen a Satanás o apareciesen, nublando los cielos, esos negros y confusos nubarrones que anuncian, en los fértiles días del verano, el pedrisco que mata a las mieses o a la terrible tempestad que desborda los ríos y destruye las cabañas...

Los burgos y las alquerías comarcanas, porque los libertasen de las furias del indómito castellano, hacían desbordarse de ofrendas votivas las capillas de sus santos patronos...

Grandes cirios de cera virgen ardían perennemente en los floridos altares, y entre el humo de los incensarios y los acordes de las arpas y los laudes, la multitud, arrodillada, cubierta de ceniza como para una expiación, elevaba al cielo sus rogativas...

A su presencia, las rodillas más firmes se doblaban, los rostros más varoniles palidecían, y las matronas grávidas sentían los dolores dislacerantes del aborto...

El viejo castellano recordaba ahora, con espanto, sus propias hazañas, y al narrárselas al santo ermitaño parecían quemarle los labios con todos los fuegos del infierno.

Legiones interminables de espectros resucitaban en su memoria en un aquelarre espantoso, cuyos aullidos de dolor y gritos de venganza atenaceaban su corazón en un suplicio diabólico...

Algunos, entreabriendo con sus manos esqueléticas los rotos sudarios ensangrentados, le mostraban con gestos que le hacían erizar de espanto los cabellos, húmedas aún, como si fueran recientes, las antiguas heridas...

En la noche atribulada y oscura de su espíritu rugían los vientos acusaciones terribles y fatídicas amenazas.

—¿Qué has hecho de mi hijo?—prorrumpía el fantasma de una pobre madre a quien él mandara un día, como rico presente de cumpleaños, envuelto en fastuosos paramentos de tisú y oro, el cuerpo desnudo y acribillado de saetazos de su único hijo, tendido sobre un azafate de plata repujada, tan grande y pesado que cuatro fornidos mesnaderos apenas podían sostenerlo.

—¡Devuélveme a mi esposo!—le recriminaba en la sombra la voz desgarradora y lacrimosa de una joven condesa a quien arrojó con una catapulta la cabeza canforada de su marido, hecho prisionero en una traidora celada, cuando, desarmado, con el gerifalte al puño y en los ojos la alegría del amor y la vida, salió a volar garzas, al día siguiente de sus nupcias.

Pero lo que más le atormentaba era la imagen de una bella y noble infanzona, a la cual su ferocidad había he-

cho apurar todos los tósigos del infierno.

Su recuerdo se interponía siempre, como una sombra, en su camino, obligándole a detenerse espantado, erizado el cabello, sin atreverse a volver el rostro por miedo de encontrar, expiándole para martirizarle, aquellas grandes y azules pupilas llorosas, cuyas miradas las sentía penetrar en su corazón como la fría hoja de un puñal asesino...

Muchas veces, en plena orgía, apartó la copa de sus labios al contemplar su silueta muda e inmóvil, acurrucada tras un tapiz o como formada por el aliento de algo muy misterioso, esfumarse en los borrosos cristales de los amplios espejos, y el vino se derramó en la alfombra sin que él lo gustase...

Y la veía ahora como siempre, allí a su lado, igual que se le apareció la vez primera cuando, desmelenada y lívida, cruzó el puente del castillo para arrojarse a sus plantas, implorando la vida y la libertad de su padre: un anciano infanzón a quien había apresado yendo de romería al sepulcro del Santo Apóstol de la Cristiandad, y que retenía con la esperanza de un espléndido rescate en una de las mazmorras de sus prisiones...

Bajo el velo trémulo de las lágrimas, sonreía inefablemente la gracia espiritual de su hermosura, evocadora de aquellas madonas dolorosas que inmortalizaron los ingenuos pinceles de los primitivos en los frescos claustrales de Pisa y de Siena.

A la contemplación de tanta hermosura y de tanta inocencia juvenil, una idea satánica pasó de súbito por la mente del castellano, y, bajo sus negros y ásperos mostachos, una sonrisa triunfal dejó al descubierto, por un instante, la cruel blancura de sus dientes de lobezno.

Fingiendo una conmoción profunda y un arrepentimiento sincero, alzó galantemente a la hermosa doncella y mandó que, libre de grillos y de cadenas, y con todos los honores correspondientes a su alta alcurnia, condujesen al padre al más suntuoso de sus salones señoriales, aquel donde, sentado en una especie de solio con dosel blasonado, acostumbraba a recibir el homenaje de sus deudos y de sus vasallos.

Sus hombres de armas se miraban extrañados de tanta y tan desusada magnanimidad, trocando en voz baja expresiones de asombro, y señalando en la belleza y en la juventud de la infanzona las verdaderas causas de aquel, para ellos, incomprensible milagro.

En el umbral apareció la grave y austera figura del anciano seguida de pajes y escuderos.

Los regatones de las picas golpearon en su honor cinco veces el suelo, y las trompetas de oro dejaron escapar sus vibrantes clamores.

El castellano se inclinó ceremoniosamente ante el anciano, y sin darle aún tiempo para caer en los brazos de su hija, ordenó a sus sicarios que le encadenasen fuertemente a una silla de fuego, bárbaro suplicio con el cual solía solazarse.

Y mientras el infanzón se retorcía de dolor, a su presencia, sin que le apiadasen súplicas ni lágrimas, entregó a la hija a la lubricidad vinosa y repugnante de sus bufones.

Al día siguiente, en los muladares del castillo, los cuervos y los perros salvajes se disputaban los despojos de dos cadáveres, mientras en los bosques cercanos atronaban el silencio matinal los roncos ecos de las trompas de caza y el jadeante ulular de las jaurías del castellano...

III

Y su vida fué siempre una constante orgía de sangre y de infamia, sin que jamás pasase por sus ojos la sombra del más leve remordimiento.

Pero a medida que el frío inexorable de la edad iba helando sus venas, una tristeza horrible, tenaz y lenta, se adueñaba de su corazón, y un hastío asqueante y progresivo anublaba y ensombrecía todos sus placeres.

Muchas veces, en sus escandalosos

festines, donde parecían congregarse todas las más absurdas locuras del vicio y de la ostentación, cuando estaba en todo su apogeo la bacanal, se le había visto salir tambaleándose de la sala para deshojar en el rincón más oscuro y apartado de su castillo las guirnaldas de rosas y de verbenas, que como una evocación de paganías ornaban sus sienes...

Hasta en los mismos brazos del amor había sentido este tedio, demoledor y corrosivo como una ponzoña, que le impelía a arrojar del lecho, a latigazos a la impúdica cortesana o la rústica doncella, arrastrada hasta él por la dura y odiosa ley de la servidumbre.

¡Cuántas veces se detuvo aterrorizado, como si lo petrificara el espanto, en los umbrales de alguna estancia o en las encrucijadas de algún camino, creyendo ver sombras hostiles que le acechaban, puñales desnudos alzados sobre su cuello!

Espectros sangrientos en cuyas facciones creía adivinar rasgos ya conocidos...

El rumor de las cascadas que rodaban ante sus pasos, el murmullo de las florestas estremecidas por el viento, el chirriar de una puerta desvencijada, el taladrar angustioso de una carcoma en el silencio de su cámara, todos los rumores de la soledad y del silencio, hasta el latir de su propio corazón, todo le amedrentaba porque creía escuchar en todo amenazantes cuchicheos y terribles imprecaciones.

Y a medida que su cerebro se iba poblando de pavorosos fantasmas, sus fuerzas disminuían, y las pesadas armaduras y los guerreros arneses se cubrían de polvo en la ociosidad y en el abandono.

Los pueblos y los señoríos comarcanos, después de medio siglo de continuos sobresaltos, pudieron, al fin, dormir tranquilos, sin que el bronce de las campanas les llamase a rebato.

Los atalayas no descubrieron, desde hacía muchos meses, a los rayos de la luna, el resplandor acerado de las cotas y de los yelmos de sus mesnadas.

—¡Nuestro señor se ha vuelto loco!... Hoy ha dejado escapar una presa segura. Unos ricos mercaderes provenzales que iban en peregrinación a besar el sepulcro del Apóstol Santiago, camino de Compostela... Desde las cumbres de esas montañas los han visto los vigías atravesar descuidadamente las ásperas guajaras de los desfiladeros...

—La edad ablanda los dientes de los lobos, y la mano de nuestro señor no puede ya sostener la gloria de su espada.

Este diálogo, que sorprendió una noche, al rescoldo del hogar, entre los dientes de dos de sus más fieles secuaces, fué la última llamarada de su cólera, la postrera explosión de sus violencias.

Sin hablar una palabra, cogió del var el grueso tronco de encina que en él se consumía, tan pesado que dos bueyes apenas si pudieron transportarle hasta la poterna, y con él, esgrimiéndolo como si fuese una débil caña, aplastó las cabezas de los murmuradores...

Desde entonces, sus manos no habían vuelto a derramar sangre humana, y una terrible inquietud había sido como la sombra de su cuerpo.

En vano, consultó a los más famosos astrólogos; el cielo permanecía mudo a sus deseos.

De noche no podía conciliar el sueño.

Se revolvía febrilmente en su lecho, y si alguna vez sus párpados, fatigados, se cerraban, un sobresalto súbito y una terrible pesadilla le estremecían de nuevo.

Creía sentir ruido de cadenas como si monstruos ocultos se estuvieran preparando para arrojarle a las más ardientes y voraces gehenas.

Y lívido de espanto y de cólera, saltaba del lecho, y empuñando la espada acuchillaba en las tinieblas a los fantasmas hasta caer rendido, sudoroso, echando espumarajos por la boca sobre las frías losas del pavimento.

Una noche, después de uno de estos espantosos delirios, sintió de pronto como si una suave canción que fuese a un tiempo una divina claridad, se esparciera por las sombras que le rodeaban.

La luna plateaba el azul del jardín, sobre cuyos verdores se abrían las esbeltas ojivas del salón, y entre las ramas de un rosal, todo cubierto de rosas de nieve, se desgranaban en el silencio nocturno los armoniosos trinos de un insomne ruiseñor con la misma sonora y dulce suavidad con que las flechas de diamantes del surtidor se desengarzaban sobre la concha de mármol de la fuente.

Era la flor de su alma que se abría por vez primera a la voz de la piedad.

Y al día siguiente abandonó su castillo sin más compañía que sus remordimientos. Atravesando campos y montañas, cabalgó largas jornadas como atraído por no sabía qué irresistible y misteriosa fascinación, en busca de la cabaña de aquel santo ermitaño, del cual se hablaba con profunda veneración en cien leguas a la redonda, afirmando que poseía el bálsamo divino que todo lo cura y lo purifica, el mismo bálsamo con que las tres Marías ungieron el cuerpo del Redentor antes de depositarle en el santo sepulcro.

IV

El santo ermitaño le oía inmóvil con la cabeza entre las manos, sin que la más leve contracción turbase la armónica y perfecta serenidad de sus facciones.

En las brisas campestres, impregnadas de romero, tomillo y mejorana venían, de cuando en cuando, el eco de las salmodias de los peregrinos y el suspirar errante de alguna flauta lejana tañida por algún pastor en las agrestes concavidades de la montaña.

Y del fondo del valle, entre las vagas y dispersas neblinas del río, se alzaba ondulando hacia el azul crepuscular como un incienso votivo, el humo familiar de los casales y de los molinos ribereños.

—¡Piedad, piedad! —clamó sordamente el viejo castellano, en sus angustiosas tribulaciones de náufrago, abrazado desesperadamente, como a una suprema y definitiva esperanza, a las flacas y sarmentosas rodillas del ermitaño.

Y en su voz parecía desbordarse toda la infinita tristeza humana en un ansia de liberación y de consuelo.

El santo asceta alzó por fin su pálida frente: su larga barba descendió como un torrente de plata a lo largo de su pecho escuálido, arremolinándose como un remanso de espuma sobre sus rodillas, y colocando paternalmente sus manos exangües, de un blanco amarillo de marfil viejo, sobre el acerado capacete del humillado suplicante, exclamó con voz profunda y suave, con una voz tan consoladora y extraña que parecía venir de otros mundos más serenos sin que tuviese que atravesar garganta humana:

—Grandes son tus pecados, hijo mío; pero la misericordia del Señor es infinita. Su corazón no es como el de esos físicos que sólo curan las más leves dolencias. Para manifestar su omnipotencia, prefiere siempre los enfermos desahuciados, aquellos a quienes ya cortaron la mortaja y encendieron las lámparas funerales en torno de sus lechos.

Su generosidad gusta ejercitarse en los casos extremos, arrebatando a las almas de las mismas garras de Lucifer.

Ten fe. Invoca su santo nombre con fervor y El no te negará su ayuda, acudiendo solícito a salvarte del pecado en que vives y de los terribles castigos que te amenazan.

Quien no rechazó la mano del leproso y atrajo filialmente sobre su seno la rubia cabeza de la pecadora de Magdala; quien dió un rayo de su celeste claridad por guía al más cruel de sus perseguidores, Pablo de Tarso; aquel cuyas últimas palabras, sangrando en la cruz, con el costado desgarrado por la lanza y los labios amargos aún por la hiel de la befa, fueron de caridad y de perdón para sus propios verdugos, no puede abandonarte a ti por más grandes que hayan sido tus pecados y tus crímenes.

Enciende tu corazón como una antorcha en la fe. Cierra los ojos confiado en su divina gracia, y camina

sin temores, que la mano del ángel que guió a Tobías te conducirá a través de las tinieblas hasta la eterna luz de la gloria.

Alimenta con tus propias entrañas la piedad y el arrepentimiento, como las madres a los niños encanijados y raquíticos, con más fervor y cariño que si estuviesen sanos y fuertes.

La voz del castellano le interrumpió en una ansiedad palpitante de esperanza.

—¿Y qué he de hacer, padre mío, para redimir todas las infamias y las impurezas de mi vida?

Y sus ojos, febriles de impaciencia, se clavaban en las serenas pupilas del cenobita como pidiendo a ellas la respuesta que fuera el rocío y la paz purificadora del alma...

Mas ellas nada le respondieron, impasibles en su ciega serenidad de bruñido esmalte.

Sólo su voz volvió a perfumar de nuevo la paz del momento con su purificante frescura de manantial.

—Nada más sencillo. Reparte tus riquezas, y a pie, como un mendigo, sin más apoyo ni defensas que tu báculo de romero, sin más adornos que las caracolas de tu esclavina, y sin otro abrigo que tu burdo sayal de penitente, y sin más calzado que la piel de tus plantas, y sin más provisiones que las que depositen en tu mano extendida la caridad de las gentes, atraviesa los campos y las montañas, vadea los ríos, cruza los desiertos y ve a arrojarte a los pies del Vicario de Cristo; y sus benditas manos, depositarias de las llaves del cielo y del destino de las criaturas, al bendecir tu frente, purificarán tu corazón de toda mancha, redimirán tus culpas y harán que vuelva, para siempre, la paz a tu espíritu atormentado.

Y volvió a inclinar dulcemente la austera cabeza entre sus manos.

El viejo castellano dobló con honda pesadumbre la frente como si se hubiesen desplomado sobre ella, de pronto, todos los maravillosos alcázares de su esperanza.

Y su acento se atrevió a suspirar, por fin, en el infinito agobio de su pena.

—¡No hay salvación para este pecador, piadoso ermitaño! ¡No hay salvación!

¿Cómo voy a cruzar yo, pobre y achacoso, consumido por los sufrimientos y agotado por los años, los largos y peligrosos caminos que conducen a Roma? Caeré muerto de fatiga en las primeras jornadas, sin que mis ojos hayan podido contemplar, siquiera a lo lejos, entre el polvo del camino, resplandecer al sol de la gloriosa mañana los altos y fuertes muros de la ciudad eterna.

Esa penitencia es superior a mis fuerzas... No podré cumplirla... ¡Y moriré irredento, condenado!

Y había en sus gestos y en sus palabras un dolor tan sincero y una angustia tan profunda, que el santo ermitaño volvió a levantar el rostro, compadecido de aquel pobre ser arrugado por los años y de aquella alma miserable, derrumbada bajo la desilusión de su última esperanza fallida.

Elevó los ojos al cielo como pidiendo el divino auxilio para mitigar los dolores de aquel infeliz, y así, extático, permaneció orando algunos instantes, mientras el castellano esperaba sin atreverse a respirar siquiera, las palabras que habían de decidir su suerte por los siglos de los siglos.

El ascético rostro pareció transfigurarse en la ferviente imploración, y algo así como una paloma de fuego aleteó en sus oídos mensajera de la celeste gracia.

—Hijo mío—murmuró rompiendo el silencio embarazoso con la más suave dulzura de su voz—; la piedad del Altísimo empieza a manifestarse en tu favor. ¡Loado sea!

Toma este cuenco de madera que me sirve de vaso. Mis propias manos lo han tallado en una santa rama de olivo, de los mismos olivos que escucharon la divina oración del Huerto.

Toma este vaso y encamínate a la fuente, y en cuanto lo veas desbordarse de agua, tus culpas estarán lavadas, y podrás regresar tranquilo a tu

castillo a esperar, sin temores, tu última hora.

Y poniendo en las temblorosas manos del viejo castellano su rústico y santo vaso, le dió su bendición, y lentamente desapareció entre los frondosos árboles que prestaban sombra a la cabaña.

—¡Alabado sea el santo nombre del Señor!—clamó el castellano cayendo de rodillas en acción de gracias, con los ojos y los brazos tendidos al cielo, en el cual fulguraba ya, como un temblloroso diamante en un manto de seda azul, el resplandor del primer lucero.

Y así permaneció un largo espacio, mientras a lo lejos se oían los piadosos cantos de los romeros y la serena brisa de la tarde refrescaba su alma sedienta con la promesa cristalina y rumorosa de los arroyos y de las fuentes que cantaban en las verdes laderas vecinas y entre las arboledas del fondo del valle.

V

Terminada la oración, empezó a descender ágil y alegremente por la verde ladera, como si las últimas y piadosas palabras del santo ermitaño, al abrir de nuevo su corazón a la esperanza, le hubiesen quitado de los hombros el fardo de tantos años como vivió cargado de crímenes y de infamias abrumantes.

Al descender la abrupta pendiente sentíase fuerte y ágil como en aquellos bizarros días de su juventud, en los que al frente de sus hombres de armas cabalgaba armado de punta en blanco sobre su potro de largas crines, a ensayar las fuerzas de su brazo y la resistencia de su lanza, talando y corriendo los campos próximos o asaltando en los caminos de Compostela a los cortejos de nobles peregrinos que iban a cumplir sus votos y a dejar sus ofrendas en los altares del valeroso Apóstol de la Cristiandad.

La frescura del agua le obsesionaba. Sentía en el aire, dentro de sí mismo, en sus propios oídos, fuentes y manantiales que surgían, arroyos y cascadas que rodaban, surtidores abriendo sus abanicos de pedrería, y hasta el rumor sordo y tenaz del mar cercano, fundiendo todos sus rumores, concretando todas sus armonías en una sola, para cantar a su esperanza de redención la lauda y fresca epifanía del agua.

Y ansioso, trémulo de impaciencia, como quien busca un rastro salvador, las huellas luminosas de un ángel para escapar de un diabólico laberinto, registraba entre los matojos floridos del camino, hiriéndose a veces en las zarzas, queriendo encontrar entre las rocas, revestidas de musgo y acaireladas de hiedras y rosales silvestres, la fuente salvadora cuyas claras aguas habían de purificarle de toda escoria, absolviendo a su alma de toda culpa y dándole de nuevo la pureza inmortal de las nieves y de los astros.

—¡Bendita sea tu misericordia, Señor!—exclamó loco de júbilo al contemplar a la sombra de tres finos y altos álamos cuyas siluetas gentilicias se idealizaban en la luz melosa y suave del crepúsculo, el chorro saltarín y deslumbrante de gemadas irisaciones de una fuente.

El agua que surgía entre los labios de un tritón de piedra, toscamente tallado, para aliviar la sed de los peregrinos que iban a llevar sus votos a la Virgen milagrosa que se venera en el santuario de la cumbre.

El agua surgía musical y cristalina entre los belfos pétreos, rompiéndose en ellos en un arco de plata, que al caer en la ancha concha de jaspe se desgranaba, como un fúlgido collar, en un milagro de perlas de espuma que rociaban las hierbas del suelo de fugitivas titilaciones deslumbrantes de iris.

Un húmedo perfume de violetas recién abiertas amortiguó la fiebre de sus sentidos exaltados.

Dobló de nuevo la rodilla, y su mano, trémula de emoción y de ansiedad, alargó el santo vaso para recoger en su seno la purificadora refulgencia del agua...

Mas al aproximarlo a sus labios, encendidos por la sed ardiente de su

espíritu, anhelante de paz, se quedó espantado.

¡El vaso estaba vacío!

No podía dar crédito a lo que veía.

Se refregó los ojos con el dorso de la mano como si quisiera arrancarse una venda.

Pero todo esto fué inútil... La fuente seca...

¿Le habría engañado su propia ansiedad, haciéndole ver una fuente donde no la había, como engaña el espejismo con sus quiméricos oasis y sus ciudades fabulosas a los calenturientos beduínos extraviados y enloquecidos por la sed en las asfixiantes arideces del desierto?

Creyó sentir de nuevo el claro y armonioso rumor del agua.

Era la brisa, que agitaba las altas y finas ramas de los álamos.

Ilusionado otra vez, sin querer dar crédito a sus sentidos, volvió a arrodillarse y a tender el vaso.

El agua salvadora no surgía.

Palpó la piedra y la encontró aún húmeda, como si acabara de cortarse la corriente.

Una idea iluminó de súbito su incertidumbre y volvió a sonreir a la esperanza.

Los monjes del santuario, ¿sólo dejarían correr sus caños de sol a sol?

Esperó, esperó inútilmente, y rendido de fatiga, agobiado bajo el peso y la balumba de tantas y tan contrarias emociones como habían agitado y conmovido su espíritu en aquella tarde, estrechando contra su corazón, como un amuleto sagrado, como una reliquia venerada, el tosco vaso de madera, se fué adormeciendo al pie de la fuente, mientras en la copa de los álamos lanzaba un ruiseñor sus frescos trinos de cristal, saludando a la plata flúida de la luna, que se alzaba majestuosa en los altos cielos profundos, glorificados de estrellas.

Y la voz del ruiseñor era, en el silencio de su ensueño, como el desgranarse de un surtidor en una límpida y refulgente lluvia de perlas.

VI

Despertó de su desvanecimiento cuando ya los rayos del sol iluminaban de plano la tierra.

Una nueva sorpresa le reservaba su mala suerte. Se encontró en la adusta soledad de un camino accidentado y escabroso, a orillas de una vieja fuente de piedra, cuyo caño, carcomido por la herrumbre y cubierto de polvorosas telarañas, parecía muerto hace muchos siglos a las fecundas y fugitivas caricias del agua.

Unos pobres álamos raquíticos, casi esqueléticos, deshojábanse de sed en torno suyo; y la hierba del suelo tenía ese tinte de miseria y de abandono que distingue a los rastrojos en los áridos secanales, color de lepra, de esterilidad y de fiebre.

¿Había sido todo una de las mil abominables pesadillas que solían asaltar su corazón después de una dolorosa vigilia de espantosos remordimientos?

¿En qué lugar maldito de espiación se había despertado? ¿Dormía aún y todo continuaba siendo un sueño?

Tendió los ojos para orientarse, por el amplio y magnífico paisaje que a sus pies se extendía, y un largo y hondo suspiro de satisfacción hinchó de nuevo su pecho.

A lo lejos, en el fondo paradisíaco de un valle primaveral entre molinos y granjas rodeados de huertos y jardines maravillosos, serpenteaba, mansa y suavemente, el azul claro y cristalino de un río ancho y caudaloso.

En los remansos, dorados de sol, se reflejaba la fertilidad exuberante de las floridas y frondosas riberas, bajo la claridad celeste de los altos cielos serenos.

Una sonrisa de beatitud se aterciopeló en sus labios, duramente contraídos por el desencanto, y haciendo memoria de todo cuanto le aconteciera el día anterior, y recordando las piadosas y consoladoras palabras del santo ermitaño, sintió su corazón abrirse de nuevo a la esperanza, y disiparse, como los vapores de un mal vino des-

pués de un sueño profundo y largo, los temores y las pesadillas que empañaban su fe.

—¡Bendita sea la luz del Señor, que deshace las tinieblas y nos señala el verdadero camino!—exclamó, postrándose de hinojos y besando fervorosamente la tierra.

Y después, como atraído por la fascinación del lejano panorama del río, empezó a descender al valle, en una desenfrenada carrera, como si a la vista de las aguas se hubiese encendido más, en lo más profundo de sus entrañas, la hoguera voraz de su sed insaciable.

Corría con agilidades impropias de las fatigas de tantos años, espantando en su carrera a los verdes e irisados lagartos que tomaban perezosamente el sol entre las ásperas lajas donde tienen sus nidos.

Las aves del cielo volaban también, a su presencia, con esos largos y oblicuos vuelos de las palomas azoradas cuando sienten cernerse en los aires las alas del halcón.

Su manto de púrpura, franjeado de armiño, se desgarraba a jirones en los cactus agudos y punzantes como moharras de lanzas y entre la aspereza espinosa y adusta de las zarzas y los majoleteros floridos.

Las plumas de su airón se extremecían a los vientos, desprendiéndose rotas del rico joyel de oro que las abarcaba entre sus broches de pedrería, como raras y sangrientas palomas.

Sudaba bajo el férreo agobio del arnés, saltando zanjas, bordeando precipicios, y abriéndose paso entre las espesas jaras del monte y el intrincado laberinto de la selva.

En un claro del bosque se detuvo un instante, jadeante de fatiga, casi extenuado.

Arrancóse en un esfuerzo desesperado el hebillaje de la coracina, y arrojóla, en unión del capacete, entre unos matorrales.

Una blanca bandada de palomas huyó asustada, ensombreciendo por unos instantes la refulgente claridad del cielo.

El castellano prosiguió con más ahinco su carrera, hasta que sus plantas se hundieron en las húmedas arenas de las orillas del río, haciendo saltar el agua a las amodorradas tortugas que se bañaban en la luz gloriosa del mediodía estival.

Y allí se detuvo, perplejo, asustado, al contemplar por vez primera en el espejo de la corriente, su figura miserable, donde la edad y las penalidades habían puesto su trágica máscara, desfigurando su rostro con arrugas tan profundas, que parecían surcos, empañando el fulgor de su mirada con sombras de espectrales apariciones, y haciendo emblanquecer sus luengas barbas y sus cabellos enmarañados.

Aguijoneado por la sed horrible de su espíritu, se inclinó sobre la corriente, dobló las rodillas y tendió el vaso...

Más de súbito, como arrebata el viento, en las frágiles inconsciencias de un sueño, los maravillosos paisajes y los encantados alcázares que constituían nuestro éxtasis, desapareció todo lo que le rodeaba, y se encontró tendido en el cauce pedregoso y estéril de una barranca desolada.

Y sin embargo, claros y sutiles rumores de agua parecían subir de profundidades ocultas hasta sus oídos atentos, como si alguna surgiente invisible fuera a romper la dura y última costra del granito que la aprisionaba, para resucitar al arenal que se pudría de sed bajo la modorra solar.

Pero la fuente no surgía: el misterioso alumbramiento quedó de nuevo detenido y encarcelado, hirviendo de ansiedad por desbordarse, entre las rudezas irreductibles de las rocas de no sabía qué lejanas montañas, o quizá en el fondo aún opaco y granítico de su propia alma.

Y otra vez le sorprendió la noche, desfallecido de cansancio y desesperación; dormido sobre la esterilidad eterna de los arenales, apretando contra su corazón irredento, como la única reliquia de su esperanza, el vaso sagrado, en cuyos bordes el santo ermitaño había esculpido toscamente los misterios y los milagros de fe de aquel dulce Rabbé de Galilea que había amparado a la adúltera, resucitado a Lázaro y

redimido, con su perdón y sus palabras, a la hermosa e infatigable pecadora de Magdala...

VII

El viejo y altivo castellano caminó muchos días buscando, en vano, la salvadora purificación del agua.

A su paso, se secaban las fuentes, cegábanse las cisternas, los ríos se hundían de pronto, como por arte de encantamiento, entre las arenas de los cauces, y hasta el rocío negaba a los cálices de las flores su frescura renovadora y fecunda...

Sus pies sangraban sobre el terruño devastado, como si anduviese sobre carbones encendidos. Y sus labios y su alma, su vida entera, parecían retorcerse y chirriar entre las voraces llamas de un incendio inextinguible.

Se había extraviado en un seco y amarillento erial, donde sólo alguna higuera raquítica y empolvada mostraba al sol, como sus llagas los mendigos, la miseria de sus verdores de leprosa...

Sólo se oía la somnolienta y alucinante vibración de la cigarra.

De pronto, cuando era más abrumante su fatiga, sus ojos contemplaron a lo lejos, bajo el incendio del sol, la bella silueta de una esbelta mujer, que con el ánfora de barro sobre el hombro, como en los viejos retablos bíblicos, regresaba cantando de la cisterna.

La gentileza de la figura, el ritmo de su paso y la suavidad oriental de sus facciones evocaban a aquella gentil y generosa Samaritana que, en una hora de sed semejante y en un arenal parecido, ofreciera a los labios abrasados del Nazareno, la frescura de su cántaro, a la sombra de las palmeras y de los tamarindos, junto al brocal de la cisterna...

La gentil doncella continuaba avanzando.

Cantaba una canción ingenua y suave... Y su voz y sus cantos tenían dulzuras de panal y rumores de agua corriente...

El castellano la detuvo con un gesto de súplica.

—Santa y bella mujer, por el amor de Dios, dame un poco de agua de tu ánfora, la suficiente para llenar este tosco vaso de madera. Vengo muerto de sed y de fatiga, y si tú no me socorres, caeré desfallecido en estos arenales, para servir de pasto a las águilas que se ciernen en el azul y a los chacales famélicos que aullan en las montañas vecinas.

La doncella apoyó el ánfora en el seno, y en un gesto de invitación, inclinó hacia adelante las arrogancias de su busto, ofreciendo, como un labio humano que se entrega al beso, la boca de su cántaro al vaso del castellano...

Pero el milagro del agua no se hizo...

El ánfora estaba vacía...

La doncella le miró aterrorizada, y como si hubiese tropezado con ese genio infernal que ronda, alrededor de las cisternas, para saciar la sed de sus apetitos en la sangre de las inocentes zagalas que van a llenar en ellas sus vasijas de barro, hizo tres veces la señal de la cruz y huyó, dejando caer al suelo su cántaro...

El anciano se desplomó exánime sobre las arenas, agotadas sus fuerzas, y sintiendo ya en sus miembros secos pasar, como en brusco escalofrío, la sombra fugitiva de la muerte...

—¡Señor, no me abandones! ¡No me dejes morir así, despojado de tu gracia y condenado al eterno fuego del infierno!—suspiró en un esfuerzo desesperado y supremo de agonía...

Toda su pobre alma desfallecía en la terrible angustia de sus palabras...

Y sintió algo así como si unos brazos invisibles le sostuvieran levantándole del suelo...

Y sus ojos se abrieron de nuevo a la esperanza al contemplar entre un rasgón de la niebla la inmensidad azul y rutilante del mar cercano, que le ofrecía convertida en oro por los rayos del sol, la eternidad inagotable de sus ondas sonoras...

Y la corriente de agua interior, ven-

cida por fin la dureza granítica de la última costra que la encarcelaba, parecía ya próxima a estallar y desbordarse por su alma para purificarle de toda mancha y absolverle de toda culpa.

VIII

Y comenzó a caminar por las arenas en busca de aquel mar que se abría a su desfallecida esperanza como un maravilloso ensueño de redención.

El rumor polifónico de las olas tenía para sus oídos un encanto irresistible y fascinante, como si resucitase en él todo el antiguo y mágico prestigio del eterno mito de las sirenas.

Oía divinas músicas en el viento: tañidos de laudes y suaves orquestaciones de arpas y cristal y oro que subyugaban sus sentidos, despertando en ellos percepciones desconocidas, anhelos jamás imaginados e imprevistas embriagueces...

Algo inefable se iba abriendo en el fondo de su corazón como una flor de maravilla que surge en la hendidura de dos rocas sobre el abandono de una tumba olvidada.

Y sus pasos se hacían cada vez más ligeros, dejando sobre las arenas regueros de sangre...

¿Mas qué importaba la sangre y el cansancio y las heridas y todos aquellos dolores que se agudizaban en las miserias, de su carne, ante la suprema serenidad, ante el deliquio inefable, ante la seráfica beatitud en que se iba arrobando su espíritu?

Ya aspiraba la fresca caricia de las olas en las brisas salobres... Ya salpicaban sus pies desnudos las blancas espumas...

Pero el mar retrocedía como huyendo de la profanación de sus plantas...

Y el viejo castellano, exhausto, rendido, jadeante y sudoroso, corría tras el oleaje sin que jamás lograra alcanzarle.

Hubo un momento en que no pudo más. Sus rodillas se doblaron, sus ojos se tendieron al cielo, y de sus labios lívidos y secos se escapó aquella queja desconsolada que la angustia del Hijo de Dios elevó a su Santo Padre al morir en la cruz, para redimir los pecados de los hombres:

—Señor, Señor, ¿por qué me has abandonado?

La corriente, por fin, rompió su última clausura.

Una frescura súbita ascendió de lo más profundo de su corazón, inundándole todo, hasta llegar a sus ojos y deshacerse en sus pestañas...

Una lágrima, la primera lágrima de su vida, surcó sus mejillas y fué a caer en el fondo del tosco vaso de madera...

Y el vaso se desbordó de un agua clara y dorada que, al derramarse sobre los secos arenales, les hizo florecer en una primavera de rosas de milagro, mientras los ángeles y los serafines, en la apoteosis gloriosa del cielo, agitando sus turíbulos y tañendo sus arpas de oro, clamaban en un coro de melodías infinitas las más bellas e inmortales palabras de redención:

—*Aleluya! Aleluya!*

AMIGAS VIEJAS

1

María Antonia, la molinera del Puente, era una moza alta y esbelta como uno de aquellos álamos que se estilizaban en un éxtasis de ensueño, en el fondo azul y plata de los claros remansos del río.

Su belleza y su esbeltez no excluían el vigor y la fortaleza, pues sus puños eran capaces de amasar, sin fatigas, muchas fanegas de pan, sobre la amplia artesa; y sus caderas, que

se agitaban rítmicamente, al caminar, bajo las sayas de bayeta amarilla ribeteadas de negro terciopelo, revelaban la sólida y sana contextura montañesa de las mujeres primitivas, tostadas por el fuego del sol y el hielo de las ventiscas y fortalecidas por las rudas faenas del trabajo cotidiano.

Se había casado hacía cerca de nueve años, siendo aún muy joven, en la blanca ermita de Nuestra Señora de las Nieves, una dorada y clara mañana de vendimia, olorosa a miel y a mosto y humanizada por los revuelos de las golondrinas y de los tordos, que en dispersas bandadas emigraban hacia las tierras del Sur, con Juan Lorenzo, un gestialón de cerca de dos metros, de músculos y alientos de cíclope y ojos y alma de niño.

En una cálida noche de trilla, junto a la choza de ramas secas, y al arrimo de las mieses maduras fragantes de sol, a hurtadillas, con el pretexto de refrescar un poco la garganta con el agua gugluteante del piporro de barro, él le había hablado, trémulo y balbuciente, de aquel su querer apasionado y hondo, pálido de emoción y jadeante de esperanza, mientras sus compañeros de trabajo, entre risas y cantos de mozuelas, aventaban lentamente los últimos montones del trigo de la parva, que a la luz de la luna despedían extrañas fosforescencias de oro etéreo.

Ella, no supo contestarle más que con una sonrisa que puso al descubierto el blancor sano y compacto de sus dientes de lobezna, entre la púrpura encendida y golosa de sus labios llameantes de granada.

Ambos conocían desde muy pequeños que para luchar contra las miserias de la pobreza no existían armas mejores ni más eficaces que la voluntad asidua y el trabajo tenaz.

María Antonia era la hija menor del viejo molinero de las Acacias, y él un peón del cortijo de Grazalema, donde en unión de su padre se ganaba su modesta hatería, ayudando en las faenas agrícolas, y prestando también su concurso a los pastores y zagales en el cuido de los numerosos rebaños de cabras que ramoneaban en las jaras y setos del monte, y de las rozagantes piaras de cerdos que, hociqueando en los lozadales, buscaban la presa regalada de las víboras, entre las junqueras de los arroyos, o en las húmedas umbrías de las vertientes ásperas de aquellas fragosas montañas que alzaban hasta los claros cielos, más allá de las nubes, sus testas calvas y nevadas de ascetas en éxtasis.

Después de aquel rápido encuentro en la noche de trilla, como obedeciendo a un convenio tácito, volvieron a encontrarse siempre, a las sombras de los olivos polvorientos, en las horas bochornosas de la siega, junto a los surcos removidos y casi humeantes, en los días fecundos de la siembra, y a lo largo de los caminos dorados de hojas secas en las fiestas paganas de las vendimias.

Juntos danzaron, al son de la guitarra, bajo los porches de los cortijos o en los adros de las ermitas en las romerías de la Virgen de septiembre; y todos los domingos y días de precepto, mirábanse de reojo a la salida de la iglesia.

Y así pasaron dos años, hasta que una mañana de septiembre entraron juntos, benditos por Dios, entre una algazara de chiquillos y un argentino clamor de campanas, por los umbrales de aquel molino que habían tomado en arrendamiento.

¡Dichoso día! La mañana tenía místicas suavidades de sedas de casullas litúrgicas. Una alegría de trinos y de risas de cristal invadía los álamos que sombreaban los cubos dorados por el sol del otoño, y, a lo lejos, en los viñedos cobrizos de las laderas, resonaba, comentado por las flautas y las zampoñas como en una égloga antigua, el fragante epitalamio de las vendimias...

II

María Antonia no estaba arrepentida de su elección.

Juan Lorenzo seguía la tradición honrada y laboriosa de su vieja fami-

lia de labradores, acostumbrados a regar con su sudor los áridos terrones de la gleba.

Nada de francachelas en las tabernas de las aldeas vecinas, ni de escándalos nocturnos en las calles.

Su único descanso eran los brazos fuertes y aterciopelados de su mujer, y la única recreación de su espíritu el ver cómo a fuerza de labor y de constancia, de trabajo inteligente, en las alacenas del molino, no faltaba la gracia de Dios, y aún se guardaban todos los años como reservas acumuladas para los malos tiempos, algunas pelucónas escondidas en el fondo de los grandes arcones de roble.

María Antonia empezó por enamorarse de aquel hombrón, alto y fornido, cuyo ancho tórax moreno y velludo, se delataba a través de la abertura de la camisa de cáñamo, a los más leves movimientos, y cuyas manos eran capaces de arrancar de cuajo los árboles de más dura raigambre; y terminó por dejarse subyugar por el encanto de su voz de niño, por su manera suave y mansa de decir las cosas, por su amor al trabajo y por su respeto a los consejos de los ancianos molineros que casi a diario visitaban a sus hijos para vigilar y atender la marcha próspera del molino.

Siete años de ventura, transcurridos sin la sombra de la más ligera nube, sin que nada los apartase del deber, ni del cariño, contentos al ver que no eran inútiles sus esfuerzos, habían hecho de sus vidas un poema fuerte y sano de felicidad inacabable...

¡Y luego aquel ángel que le había dado el Señor!

Era una linda criatura de cerca de cinco años, rubio y fuerte como un recental, vivaz y alegre como un pollo de perdiz, que apenas si alzaba cuatro palmos del suelo, y que era ya el encanto y la alegría de todos. El rapaz se llamaba Juan Vicente.

María Antonia daba gracias a Dios a todas horas, y desde lo más profundo de su alma bendecía el momento inefable en que sus ojos azules y tímidos de violeta se encontraron por vez primera con las grandes y negras pupilas africanas de Juan Lorenzo.

Lo recordaba todo, entornando los párpados, como para verlo de nuevo en el fondo de su corazón, con una sonrisa de beatitud aleteando entre la púrpura fresca y sana de sus labios.

Primero, el noviazgo, con todos sus encantos, con todas sus divinas expansiones.

Después, las bodas; el temblor de su voz y el rubor de su rostro al pronunciar de rodillas, al pie de los altares, entre el humo fragante del incienso y la apoteosis luminosa de los cirios, las santas palabras del ritual...

Su vergüenza al encontrarse a solas con su hombre, en la cámara enjalbegada del molino, junto a aquel amplio lecho blanco como el armiño y oloroso a romero y a mejorana...

Y luego los terrores y los sobresaltos del primer embarazo; un sudor frío que recorría su espina, helándola hasta en sus raíces más profundas, y aquel dolor vago al principio y cada vez más intenso, hasta convertirse en un brusco desgarramiento de todo su ser...

En ciertos instantes, un mundo de fantasmagorías poblaba su imaginación exaltada por la fiebre; y entonces, como para desahogar su corazón de esperanzas, se decía a sí misma en un arrullo trémulo de voz:

—¡Será un mocetón como su padre, fuerte y ágil, capaz de ayudarnos a pasar los días amargos de la vejez, o una rapaza alegre y viva, de cabellos de oro y ojos azules que llenará de risas y cantos nuestro humilde nido!

Y así, divagando sobre el porvenir, pasaba horas enteras, mientras sus manos ágiles y finas cosían los pañales y preparaban la canastilla para el que había de llegar.

Y cuando apareció Juan Vicente, su alegría no tuvo límites, viendo cómo en el pequeño se iban abocetando los rasgos firmes y enérgicos del padre.

III

Todas las tardes, mientras en el rescoldo del hogar humeaba la cena, y en la mesa, sobre la blancura deslumbrante de los manteles resplandecían de limpieza la porcelana de los platos y el vidrio de las copas, María Antonia, peinada y ataviada como una novia, iba a sentarse bajo la sombra lujuriante de la parra, a la puerta del molino, en espera de Juan Lorenzo.

Las gallinas picoteaban, escarbando en la tierra removida, los granos dispersos del trigo que al mediodía había sido puesto a secar en la solana.

De los árboles frondosos que custodiaban la acequia, caía en el silencio una algazara de pájaros, que agitaban el aire con un cascabeleo de cristal y oro.

En el fondo del río, bajo el arco árabe del puente, ardía el incendio fabuloso del ocaso; y las ruedas del molino, al girar rápidas y monótonas a impulsos de la corriente espumosa, espolvoreaban la tarde de una frescura reconfortante y alegre.

A lo lejos se oían las risas y las carreras de Juan Vicente, que con otros rapaces se entretenía en perseguir a manotadas y caperuzazos, las sombras ilógicas y disparatadas de los murciélagos.

Con la labor interrumpida sobre la falda, María Antonia espiaba entre los rumores del crepúsculo—tañer de esquilas, canciones lejanas, voces huecas y súbitos ladridos de perros—el tintinear claro y sonoro de las campanillas de los mulos de Juan Vicente, que, cargados de costales de grano regresaban, todas las tardes, al molino.

Contemplando la blancura de su casita, el ajuar humilde y limpio, las alacenas repletas, los cobres que fulguraban en la penumbra, todo aquello que era suyo, María Antonia sentía, al lado de su hijo, un bienestar de conciencia satisfecha, un júbilo profundo e íntimo.

Su trabajo casero lucía: veíase siempre el suelo barrido, las sillas ordenadas, las paredes blancas de cal, y todo respiraba limpieza y bienestar.

Además de las atenciones del molino, cuidaba con celo de aquel numeroso ejército de gallinas y de patos, cuyos huevos ella iba a vender todas las mañanas, a grandes voces, por las calles de la villa.

A la vuelta del molino, pared por medio de él, vivía la Joaquina, casada con el *Bizco*, un borracho impenitente, cuyas pendencias y cuyos escándalos eran la constante comidilla de los vecinos.

María Antonia tenía una gran amistad con esa pobre mujer macilenta y dolorosa, que casi a diario recibía sendas palizas de su marido que, además, le imponía el sacrificio de las hambres y de los harapos.

Decía muchas veces, viéndola pasar hacia el río, con grandes montones de ropa sobre la cabeza, envejecida y estúpida por el contagio de las miserias y brutalidades sufridas, con la hijita semidesnuda agarrada a las sayas, andrajosas:

—¡No sé cómo puedes sufrir tanto, pobrecilla!

La otra no se quejaba; tenía las miserables resignaciones de una perra expulsada, y con un encogimiento de hombros y la voz sumida, contestaba siempre:

—¡Paciencia! Dios lo quiere.

Estaba muy agradecida a María Antonia, porque con bastante frecuencia la libraba de las brutalidades del borracho y de las constantes penurias de la casa.

La mujer de Juan Lorenzo, comparando su suerte con la de su pobre vecina, sentía en la comparación exaltarse su felicidad, bendiciendo la hora en que naciera en su corazón el primer impulso amoroso hacia su marido.

Cuando éste regresaba del trabajo, con el ancho y viejo sombrero echado hacia la nuca y la chaqueta al hombro, de horcajadas sobre los fuertes lomos de la *Generosa*, una mula de piel lustrosa y fina que daba gusto verla, María Antonia se desvivía, apesadumbrada y triste, en referirle todos

los sufrimientos de la vecina y la crueldad del *Bizco*. Juan Lorenzo entonces, encogiéndose egoístamente de hombros, cansado de oírle siempre las mismas quejas, repetía también lo mismo:

—Déjalos a ellos, que ya se arreglarán.

Conocía al *Bizco* desde la infancia, pudiendo seguir paso a paso su vida y observando su predisposición fatal para la vagancia y para el vicio.

Aquella índole desordenada repugnaba a su conciencia, pues sentía un profundo desprecio por los que no tenían como él la infatigable actividad productiva y la reposada satisfacción de los deberes cumplidos.

En aquella hora los trabajadores recogíanse en grupos, dando las santas noches; una polvareda sofocante se alzaba en los caminos bajo las albarcas de los cavadores y las patas de las caballerías cargadas de hierbas olorosas.

La tarde moría, envolviendo en un oro fulbo las llamaradas del poniente, y por los campos, los grillos y las ranas, las lechuzas y los mochuelos, preludiaban la larga sonata nocturna, mientras enfrente del molino, Juan Vicente y la hija de la Joaquina, descalzos y felices rodaban; abrazados, en sus juegos inocentes, sobre la hierba húmeda que alfombraba de tenues terciopelos las puertas del molino.

IV

—¿Sabes lo que me convenía?—dijo una vez Juan Lorenzo a su mujer.

—¿Qué?

—Arrendar las tierras lindantes con el molino. Esto nos daría más descanso y siempre ganaríamos algo más.

—¡Ya lo creo que nos convenía! Un hombre tan honrado como tú...

—El mayorazgo de El Limonar quiere arrendarlas. Fuí a hablarle, más ya hay pretendiente. ¿No sabes quién?

—Algún alma ruin...

—Ni más ni menos que nuestro vecino el *Bizco*. ¡Tú no sabes lo que me reí cuando el mayordomo me lo contó!...

—¡Un excomulgado que sólo tiene tiempo para armar pendencias a su pobrecita mujer..., el Señor me perdone!

—¿Y es él solo quien pretende el arriendo?

—El solo. He quedado en ir esta noche a hablar con el mayorazgo, y creo que se conseguirá la cosa.

—Sería una gran fortuna. Tierras fértiles, y luego cerca de nuestros ojos para vigilarlas. ¡Mas el *Bizco*!... ¿No oyes?

Estaban en la cocina, Juan Lorenzo limpiando sus calzones de pana para la visita de la noche, mientras María Antonia iba poniendo la mesa... Sintieron pasos bajo la parra del portalón, y una sombra rastrera y rápida, apagó un momento las últimas claridades del crepúsculo. Era el *Bizco*, que escuchaba a la puerta.

—¡Se habrá visto atrevimiento!—dijo María Antonia toda enfadada, dirigiéndose al que huía—. ¡Quien escucha, su mal oye!

—¡Diga a su marido que ya me las pagará!—gritó una voz sorda y trémula de ira.

—Déjalo—dijo tranquilamente el marido—, está borracho como de costumbre... ¡Pobrecillo!

Cenaron. Juan Lorenzo a la cabecera de la mesa, al lado del hijo, riéndose y celebrando las gracias del rapaz. A sus pies roznaba el gato. Enfrente, María Antonia, migaba el pan en la sopa. Comían bajo la parra.

Por encima, el cielo un poco oscurecido y todo picado de estrellas, tenía un palpitar de penumbras profundas, en el que los ojos se perdían en profundas divagaciones.

Un viento fresco, impregnado de henos, agitaba con murmullos suaves las hojas metálicas de la higuera verdeal.

Pusiéronse a hablar de los higos.

Entonces, Juan Vicente, contó sus esperanzas en la cosecha que produciría el bancal de la ribera, un palmo de tierra que valía un millón, según él.

—¡Qué hermoso estaba en el tiempo de las habas!—dijo con orgullo María Antonia.

—Lo que necesitamos es una viña —tornó a decir Juan Lorenzo, después de un momento de pausa, mientras sus manos partían el pan en grandes pedazos.

—Nada produce tanto como las viñas. Pensaba arrendar una al señor mayorazgo.

El entonces empezó a enumerar proyectos de futuras prosperidades: comprarían un carro con una pareja de mulas, tendrían viñas y olivares y una huerta con aguas corrientes y norias rumorosas, en el fondo del valle, con una casita muy blanca bajo las nogueras verdes.

Y para animarse citaba de memoria los casos de fortuna acumulada lentamente por hombres activos y trabajadores: Joaquín el de las *Parras*, que estaba podrido de rico; el *Fandango*, a quien su padre conociera cabando a jornal, y el tio Mercedes, que había perdido un ojo en la guerra carlista, donde fué de soldado, y que ahora a fuerza de dinero había logrado librar a sus dos hijos de quintas.

No hacía mucho que había visitado la finca del compadre Policarpo.

—¡Mi padrino!—gritó palmoteando Juan Vicente.

—Aquéllo sí que es labor—continuaba Juan Lorenzo—. Aquello sí que es sementera—y acumulaba pormenores—. Cien fanegas de trigo en las trojes; montones de paja más altos que las torres de la iglesia; yuntas de bueyes gordos y lozanos...; carretas para la vendimia, la casa llena de arados y el molino sobre las rocas de la ribera... ¡Un encanto! Hace treinta años era sólo un gañán de don Francisco de Cobos..., y es honrado, honrado como Dios.

—Lo que hace falta es salud. Dios ayuda a quien trabaja—resumió la mujer.

Y luego, entre risas, continuó:

—¡Lo que nos íbamos a reír si me viese convertida en una rica labradora!

—A mí me compraréis un par de zapatos y unas espuelas para montar a caballo—exigió Juan Vicente, mientras comía a dos carrillos.

—La verdad es que no podemos quejarnos.

—Ya lo creo que no—apoyó María Antonia—, ¡y deja el tiempo correr!... Este año tenemos ya algunos ahorrillos, el año que viene tendremos más, y así poco a poco podremos reunir para comprar una hacienda.

El se levantó, se echó el sombrero sobre los ojos y la chaqueta por los hombros y se dispuso a partir.

—Voy a ver lo que decide el señor mayorazgo.

—Hasta luego.

Al empezar el camino se volvió un instante y le dijo riendo a su mujer:

—¡Lo que tendría gracia es que el *Bizco* quisiera armarme pendencia!

—No te fíes de él, de todo es capaz ese alma ruín que Dios confunda.

Apenas perdiéronse a los lejos los pasos de su padre, Juan Vicente corrió en busca de su amiguita que tranquilamente, sentada sobre un haz de hierbas secas, junto a una piedra de molino, coscurreaba un pedazo de pan duro.

—Vámonos a coger uvas en el parral de la cerca, que mi padre ha salido.

Y alegres y risueños los dos rapaces, cogidos de las manos, perdiéronse corriendo entre las sombras de los árboles del camino.

V

En su casuca, la Joaquina roía un pedazo de pan negro y seco, traído del horno hacía dos semanas.

No había podido pagar el amasijo y la hornera se cansó de fiarle.

Al llegar el *Bizco*, pidióle a grandes gritos la cena, y al encontrarse con que nada había dispuesto, la cubrió de injurias, gritándole con su voz que apestaba a vino:

—¡Grandísima puerca! ¡Grandísima borracha!

Ella apenas se atrevió a protestar, suspirando:

—¡Hombre, por Dios, que te puede oír la niña!

Y él, exasperado de su pasividad, cobardemente le dió de bofetadas con su áspera mano innoble de asesino, clamando que estaba harto y que sería capaz de matarla.

La pobrecilla no hizo ni un gesto para repeler tanta brutalidad. Aquella vida de vileza y de insultos, robóle hasta el refugio de las lágrimas, embotándole poco a poco la razón. Abría los ojos sobre el borracho, en un pasmo trémulo, suspirando, en un hilo tenue de aliento, en un soplo apenas perceptible de dolor:

—¡No me pegues más, por el amor de Dios, no me pegues más!

Todo se resumía para ella en una esclavitud muda de mártir resignada.

No tenía padres y se habían muerto todos sus parientes. Su hermana había sido asesinada por su amante, en una choza siniestra, al lado del molino. Era la última representante de una raza de sometidos incapaces de resistencia y no tenía en la vida otro fin más que obedecer a su verdugo y procrear animalmente como las marranas de las pocilgas.

El insistió en los insultos, con más saña, y ebrio de cólera, ante el silencio de ella, la arrastró de los cabellos, hasta arrojarla, como un despojo inútil, sobre la cantarera. Al estrépito de los cántaros que se rompían, un gato escuálido y negro, como una sombra maligna, huyó espantado, enarcado el flácido lomo de esqueleto y fosforescentes en la sombra las anchas pupilas, diabólicamente dilatadas.

VI

—Vecina—gritó la pobre mujer llegando jadeante al molino donde María Antonia acababa de quitar la mesa.

—¿Qué quiere?

Joaquina continuó en un tono lloroso de plañidera:

—Perdóneme, por el amor de Dios; pero no puedo olvidarme de tanto bien como me ha hecho. Aquel hombre es mi desgracia, es mi vergüenza...

—¿Te ha pegado de nuevo?

—¡Como de costumbre! Nuestro Señor nos ayude, mas si sólo fuese eso...

—¿Qué más te ocurre?...

—¿Mi hombre no entró en su casa hace poco?

—Entró para escuchar lo que aquí decíamos... Sólo por eso..., ¡mas quien escucha, su mal oye!... Razón tiene el refrán.

—¡Ay, hija!, llegó de aquí como una fiera. Me tiró de los cabellos, rompió los cántaros del agua y azotóme con una cuerda, gritando que yo tenía la culpa de todo, y que habían de saber pronto quién era el *Bizco*... Perdóneme, por el amor de Dios, tantas mortificaciones... Le oí hablar de que pretendía tomar en arrendamiento las parcelas del señor mayorazgo, y que Juan Lorenzo aspiraba a lo mismo...

—¡No es ningún pecado agenciarse cada cual la vida! Mi marido ha ido a hablar con el hidalgo; que el tuyo vaya también. El señor mayorazgo escogerá a quien le plazca, y nadie tendrá razón para quejarse.

—Todo eso se lo dije, vecina. Ve a hablar. Hablando se entiende la gente; se enfureció más..., me pegó de nuevo... Vecina..., perdóneme por el amor de Dios; pero yo quiero decirle que..., ¡miradme temblar!, no pueden sostenerme las piernas...; el *Bizco* ha salido con malas intenciones, jurando que se la habían de pagar, que iba a dar fin de Juan Lorenzo... Perdóneme, hija, por el alma de su padre, más él es malo, capaz de todo estando borracho... ¡No deje salir a su marido esta noche, no le deje salir!...

—¡Mas si acaba de salir ahora mismo!—exclamó María Antonia, alarmada de súbito.

Y sin hacer caso de las voces de la vecina, que la seguía implorante, en sus quejumbres plañideras, echóse el mantelo, y a todo correr, tomó la áspera senda, bordeada de zarzales y de saúcos, que conduce al villorrio, mientras a lo lejos, en el fondo oscuro de los barrancos, resonaban lúgubremente

los aullidos de los perros, que parecían devorar el silencio nocturno.

VII

Eran más de las nueve de la noche. Los hombres estaban en las eras, fuera del poblado, y aquí y allá, echadas al fresco junto a las puertas, entornadas y oscuras, dormitaban algunas sombras. Las penumbras nocturnas, agujereadas de estrellas, proyectaban sobre la paz de la aldea vagas y fantásticas inquietudes. El campo yacía dormido, y solamente, de vez en cuando, en el silencio absorto de los rastrojos, latía un perro o tintilaba una esquila. La casa del mayorazgo se alzaba en el otro extremo de la villa, aislada de los casales por una frondosa y alta alameda. Alrededor se extendía la huerta, feraz y húmeda, y detrás, los naranjales y el olivar interminable y oscuro, como hecho de sombra y de sortilegio.

María Antonia corría desalentada, arrastrada por presentimientos funestos y llena de la idea del peligro que corría un hombre que para ella era su dios.

Todo dormía ya. La alameda de enfrente, envuelta entre las tinieblas, a la menor bocanada de viento parecía quedarse rumiando alguna cosa terrible, en un secreto entrecortado. Al fondo, con su línea de grandes ventanas, se entreveía la casa del mayorazgo como una inmensa mancha de granito.

En otra ocasión, María Antonia no hubiese osado atravesar aquel camino, en aquella hora, pues se decía que erraba por allí el alma en pena del viejo canónigo Morales, muerto en pecado mortal, en acecho de los imprudentes viandantes que se atrevieran a pasar por aquellos contornos, testigos de su crimen. Mucha gente la había ya oído clamar en roncos gritos, después de haberse apagado en el silencio las últimas campanadas del toque de ánimas, y contábase que un hombre que la había encontrado, hacía años, había perdido el habla de miedo.

A la entrada de la arboleda, María Antonia detúvose a escuchar junto a un tronco. Estallaban las ramas en lo alto con hoscos estremecimientos, como si manos invisibles las quisieran desgajar. Aplicando el oído, sentíase en la huerta el correr del agua en los estanques, como el desangrarse de profundas e interminables heridas abiertas por fino estilete en el corazón de la sombra. Nadie había llegado aún a casa del mayorazgo. María Antonia respiró más tranquila; no había ocurrido nada, y rápida, alzando, en acción de gracias, los ojos al cielo que rutilaba de estrellas, recorrió la alameda y fué a tirar del cordel de la campana del portalón, que turbó con un son vibrante el silencio del edificio. Preguntó por su marido, y diciéndole que aún no había llegado, cerráronle la puerta sin más observaciones. Ella se quedó de súbito muda, reclinada en un poste, sintiendo latir de ansiedad sus venas.

¿Dónde estaba entonces Juan Lorenzo? No era hombre acostumbrado a frecuentar tabernas, ni trabajaba en las eras, ni era cantador noctivago... Era la primera vez que ella ignoraba su paradero, ¿qué hacer?

Entonces, escudriñando con la vista en torno suyo, sintió de pronto un violento escalofrío de los riñones a la nuca; y a fuerza de inquirir en la sombra las imágenes, se falsearon, dislocándose ante su vista desvariada... Parecía que los troncos iban y venían, arrastrando caudas de follajes, como espectros evocados de una tumba... Ondulaban sin cesar esos bandos de formas extrañas como aquelarres espectrales, y el rumor del agua era el de una conspiración siniestra cuchilleando amenazas.

María Antonia sentía estallarle el corazón en el pecho, y un zumbido pérfido y sordo como un moscardón aturdía sus oídos. Y llena de un miedo álgido, mirando despavorida a todos lados como si legiones de genios malos la siguiesen, recorrió la alameda arrimada a los troncos y cosida a la sombra. A medio camino detúvose. Ha-

bía visto moverse un cuerpo en la otra banda. Escondióse detrás de un tronco, con los ojos fijos en el punto en que la forma humana bullía. Juzgó un instante haberse engañado. Mas el bulto volvió a aparecer, cortando transversalmente el camino. Rápidamente pasó ante sus ojos medios rasgados por el pavor...

Vió a un hombre en mangas de camisa, que, con el sombrero echado sobre los ojos, caminaba a grandes saltos, tambaleándose... Debía de ser un borracho, pues hablaba sólo con palabras entrecortadas y torvas:

—Todo se paga en este mundo... ¡Adelante!...

A lo lejos se detuvo un instante, canturreando fanfarronamente, como a guisa de reto:

Nadie me tosa en el mundo,
ni me levante la voz;
yo soy más duro que el bronce,
y más valiente que Dios.

VIII

La ronca estridencia de aquella voz, brutalmente agresiva, hizo desfallecer a María Antonia, como si de repente se le hubiese helado la sangre en las venas. Para no desplomarse tuvo que agarrarse, a tientas, a las ramas de un sauco, que crujieron al esfuerzo desesperado de sus manos.

La sombra tambaleante del borracho se perdió allá, a lo lejos, entre las alamedas de un recodo del camino... Entonces la pobre mujer, crujiendo toda de terror, decidióse a salir de su escondrijo.

Apresuró el paso. Era tarde, y tal vez Juan Lorenzo estaría ya en casa.

—¡Oh, si estuviese ya allí, Dios mío!

Esta esperanza disolvióle un poco sus terrores, y mentalmente ofreció una misa a Nuestra Señora de las Nieves si nada hubiese ocurrido; y prosiguió con más ahinco su camino, como si aquel santo ofrecimiento hecho con todo su corazón y con toda su alma a la milagrosa patrona de la Serranía la hubiese tranquilizado, serenando todos los tumultos de sus pensamientos.

La avenida se ensanchaba a medida que se acercaba al pueblo. A lo lejos, rastreando por los muros de las primeras casas, volvió a surgir la sombra rastrera y fatídica, y ella, al contemplarla de nuevo, tornó a quedarse muda, estremecida no sé por qué extraños presentimientos. Sobre una piedra del camino blanqueaba, a la claridad de las estrellas, un pañuelo abandonado.

María Antonia se inclinó a recogerlo, y entonces una cosa dura cayó de él, levantando en las piedras asperezas de sones metálicos.

Era una navaja llena de sangre. Perdió completamente la cabeza, y con el corazón desbordante, como un cáliz de agonías y la imaginación henchida de lúgubres presentimientos, púsose a correr sin destino fijo, por las calles de la villa, clamando en altos gritos contra el *Bizco*, contra Dios y contra su propia desgracia.

En el silencio del pueblo adormecido, su voz resonaba con sonoridades de una vieja campana cascada llamando a rebato.

Algunos postigos abriéronse, y por sus huecos aparecieron algunas siluetas cabeceantes y ávidas, tendidas a escuchar. Después, un rumor confuso y cada vez más creciente, de pasos atropellados, resonó en el empedrado de las calles, y trémulos bultos precipitáronse, como sombras persiguiendo a otra sombra, tras de María Antonia.

Ella contaba a quien veía que su hombre había muerto, que sus hijos estaban sin padre y que había sido el *Bizco* el autor de su desgracia.

Comenzaba treinta veces la misma narración, con voz velada por los lloros y estrangulada por los sollozos.

Algunas mujeres atemorizadas, con el pañuelo por la cabeza y en grandes gestos de abatimiento, seguían a María Antonia, coreando sus lamentaciones. En breve toda la tierra estaba alborotada, y cuando la pobre mujer

llegó a la solana del molino, la gente se agrupaba en torno a la puerta.

La casa estaba vacía, y en ella recomenzaron los gritos y las lamentaciones.

Abriéndose paso entre todos, con el sombrero terciado y empuñando su vara de almendro, con puño y borlones de plata, llegó el señor alcalde a ver lo que pasaba, atraído por aquel tumulto de gritos, por aquel escándalo de llantos e imprecaciones.

—¿Qué pasa aquí?—exclamó, ahuecando ceremoniosamente su voz cascada de asmático y conteniendo con un ademán autoritario a uno de los grupos de rezagados.

Todos le rodearon, queriendo contarle, haciendo fuegos pirotécnicos de imaginación, y en una marea confusa de voces y de gestos, cómo había acaecido el suceso que todos lamentaban:

—Fué así...

—La cosa comenzó...

—No; que fué de otra manera.

El señor alcalde, alzando en un gesto solemne su vara, impuso silencio a la muchedumbre, y después de una pausa de asma y de tos, exclamó sentenciosamente, limpiándose con un pañuelo el sudor que le bañaba la frente:

—Mas el caso de haber encontrado una navaja llena de sangre no prueba que Juan Lorenzo haya muerto.

Y su voz autoritaria se impuso a todos.

—¡Es verdad!

—¡Es verdad!

—¡Quizás Juan Lorenzo esté en las eras!

—De allá vengo yo ahora, y no le he encontrado—prorrumpió un zagalón, apoyándose para hablar en la rústica pala de aventar.

Un anciano objetó:

—Se le debe ir a buscar en la alameda y en los melonares de la huerta del mayorazgo.

Varios trabajadores salieron a escudriñar las alamedas.

María Antonia quiso también ir, pero las mujeres la detuvieron. Y sentadas todas en la puerta de la casa yacían silenciosas y curvadas como si un viento de desolación las abatiese.

En el silencio lúgubre, los sollozos de María Antonia sonaban de vez en cuando como un estribillo de amargura.

En un rincón, las gentes comentaban las hazañas recientes del *Bizco*, y todos convenían en que hacía ya mucho tiempo que debía estar ahorcado.

Algunos tenían palabras de condolencia para la Joaquina, tísica de tantas palizas como le administraba el borracho.

De pronto, en lo alto de la cuesta, entre los vallados y matorrales de los ribazos, descendió, como un gruñido de jabalí acosado por la traílla, la voz vinosa y fanfarrona del borracho, que enfáticamente canturreaba:

Nadie me tosa en el mundo.
ni me levante la voz;
yo soy más duro que el bronce.
y más valiente que Dios...

IX

Casi al mismo tiempo resonaron gritos y carreras en el camino, y por la puerta del molino cuatro mozos de labranza entraron, llevando extendido sobre unas parihuelas el cuerpo sanguinante de Juan Lorenzo. Todos se alzaron, en un rumor indescriptible de llantos y de imprecaciones. Las mujeres, ocultándose el rostro con las manos para no ver el cadáver, huyeron aterrorizadas a esconderse bajo el emparrado del porche.

Tendieron las parihuelas en un rincón, y algunas manos piadosas las rodearon de velones encendidos, cuyos mecheros humosos proyectaron una luz de pesadilla sobre la escena, agrandando en la pared la sombra del cadáver y las siluetas del acompañamiento.

María Antonia, sola, resistiendo valerosamente a todos los empujones que le daban para apartarla de allí, permaneció al lado del cadáver. Abrazóse al cuello del muerto, cubriéndole de besos la cara y los labios, entreabier-

tos, por cuyas comisuras corría un hilo viscoso de sangre. Una enorme pasión reventaba en ella; al inclinarse, desgreñada y lívida, desbordantes de llanto los ojos, sobre aquel cuerpo que se helaba poco a poco, adquiriendo un siniestro dibujo anguloso y lívido.

Fuera, el alcalde y los guardas de campo habían apresado al *Bizco*.

Todas las voces clamaban rudamente:

—¡Ya está preso! ¡Ya está preso!

La Joaquina, con los cabellos sueltos, humillábase en el polvo, pidiendo clemencia con voz sorda y baja, en la que había un fondo de miseria y de dolor. Los puños salíanle de las mangas andrajosas del corpiño con tísicas amarilleces de pergamino... y por más esfuerzos que hicieron no lograban arrancarla de las rodillas del *Bizco*. Los malos tratos, las bestialidades y las hambres con que aquel hombre la atormentara implacablemente, con una ferocidad morbosa de degenerado, desde el mismo día del casamiento, habían arraigado en su corazón una ciega obediencia, una necesidad fatal de aquel imperio, de aquel dominio brutalmente agresivo y canalla... Así y todo le amaba, por ser el padre de su hijita, por haber partido con ella su catre y haberle dado ese primer beso, que es como la anunciación de la maternidad en la carne de la mujer virgen.

X

Al día siguiente fué el entierro.

Era una de esas horas ardientes y fatigosas de estío en que en los troncos rugosos de los olivos y entre las anchas hojas tostadas y polvorientas de las higueras se extenúan de modorra, en un canto sudoroso y monótono; las cigarras y las palomas torcaces descienden, en lentas bandadas para apagar su sed, sobre las últimas pozas verdinegras de los arroyos.

Las campanas, cascadas de vejez, empezaron a doblar en bruscos y fatigosos estremecimientos de metales herrumbrosos, en un rechinar angustioso y pesado de cadenas que se rompen, derramando sobre la caligie estival, sobre el vaho bochornoso y asfixiante de la hora, su frialdad pegajosa de muerte, sus desfallecimientos sonoros y gangosos de agonía.

El entierro salía, bajo el emparrado del molino, en un desfile lento de dolorosos plañidos.

Delante iba el sacristán con la cruz parroquial en alto.

A su lado, un monago agitaba rítmicamente la campanilla, orgulloso de sus ropajes de escarlata y de los encajes de su roquete, travieso y activo, mirando de reojo a sus compañeros de juegos, que medrosos y encogidos, pegados a las faldas de sus madres, contemplaban con ojos curiosos, desde lo alto de la solana del molino, aquel lento desfile de muerte.

Detrás seguían dos filas de hombres del campo, con sus oscuros trajes de domingo, llevando con aire grave y cansado grandes hachones de cera en sus manos oscuras y ásperas como raíces.

Algunos, los que habían sido amigos y compañeros de rondas de Juan Lorenzo, caminaban con los ojos rojos, ocultando la cara, como avergonzados de que les vieran llorar las mujeres, que pálidas y lacrimosas se asomaban a las puertas y a las esquinas, o seguían el cortejo, llevando de las manos a sus hijos andrajosos y descalzos.

La caja era de tablas de pino, forrada de tela negra, con ribetes de galón dorado. Sobre ella descansaba Juan Lorenzo, vestido de fiesta con su faja roja, con sus enormes zapatos de becerro y los dos puños unidos por una tira de cinta negra para sujetar las manos cruzadas en el pecho, en la actitud de la última imploración.

Lo llevaban en hombros cuatro amigos, y un muchacho conducía el banco de pino que había de servir para los responsos.

La comitiva siguió lenta y grave hasta el cementerio que se alzaba blanco de cal y negro de cruces en lo alto de una colina. A la entrada se detuvo. El féretro, a un gesto del párroco, fué

colocado sobre el pequeño banco de pino. Una vida fecundante de átomos impalpables vibraba en la luz. El entierro se había detenido, y todos se volvían para ver al párroco esparcir el agua bendita sobre el cuerpo de Juan Lorenzo.

Todos murmuraron lagrimeando:

—¡Que el Señor le ampare!

Y enumeraban sus virtudes, su buen genio, su economía y su templanza.

—¡A los buenos se los lleva Dios pronto porque son del cielo!—roznó una vieja.

De pronto dejóse oír la voz del párroco, imperiosa y llena de sabiduría, rumiando latines, y se hizo un silencio piadoso.

Todos se arrodillaron, pues nadie en aquella villa acostumbraba a oír el latín de otra manera. La recitación, grave y en una lengua extraña, daba a los espíritus sencillos la profunda emoción de un fin próximo, y el recuerdo de almas que parten para las regiones serenas de la bienaventuranza con sus túnicas azules y su par de alas blancas abiertas para el vuelo supremo.

El párroco iba diciendo:

—*Kyrie eleison, Christe eleison, Kyrie eleison! Pater noster...*

Y las voces rezaban bajo, en un coro murmurador, que iba alternativamente agonizando y subiendo hasta perderse con la última aspersión del agua bendita.

Nadie se atrevía a respirar, contemplando aquel cadáver en esa rígida tirantez que precede a la putrefacción. Corríale por las ventanas de la nariz un hilo de sangre negra, que las moscas bebían zumbando, y por entre los dientes, a espacios, en la boca que se abriera en las últimas convulsiones de la agonía, gotas de gas podrido hacían crepitar pequeños glóbulos, como pompas de jabón, de la íntima fermentación que lo devoraba.

Los amigos de otros días se adelantaban para limpiar con sus pañuelos piadosamente la cara y los labios de Juan Lorenzo.

—¡Bendito sea Dios!—decían despavoridos por el hervor de la corrupción cadavérica que la torridez del sol activaba prodigiosamente.

El cementerio quedaba en la cima de una colina, ceñido de muros blancos, con una cruz de hierro en la fachada. Desde él se contemplaba un hermoso y extenso panorama: olivares, huertos floridos, rastrojos amarillentos, cañadas cubiertas de árboles frutales, y, por último, allá a lo lejos, cortando el horizonte, la montaña enorme, atravesada por cien arroyuelos, con manchas verdes de nogueras y de encinas. Más a la izquierda, ondulaba, en un mar de verde vivo, casi sin gradaciones, la región lujuriante de las viñas. Higueras gigantes abrían hasta el suelo quitasoles metálicos de largas hojas, sobre las que revolaban los gorriones. Aquí y allá, las huertas abrían en la gran sinfonía cromática una cadencia graciosa de tonos de bronce.

En los regatos, a la sombra de los cañaverales, las lavanderas lavaban sus ropas cantando. El hilo del agua era tan tenue como un soplo de vida, y serpenteando por debajo del arco del puente, donde se alzaba un grupo de eucaliptos nuevos, iba a expirar, lentamente, en la arena de la rambla, bajo las raíces sedientas de los juncales amarillentos.

XI

En la cumbre rocosa de la colina, donde se alzaba el camposanto, en un trémulo manchón oscuro, hormigueaba el entierro, arremolinándose bajo la media naranja de la puerta.

Penetraba el féretro, donde en hombros de cuatro camaradas, el cuerpo inerte de Juan Lorenzo, con las manos en cruz sobre el pecho, oscilaba trágicamente, al ir a encerrarse entre los muros blancos de su eterno reposo.

La cruz parroquial relampagueaba ígneas fulguraciones de oro en la gloria del sol, y los ropajes flotantes de los monaguillos encendían vivas llamas de púrpura sobre la fúnebre negrura del cortejo.

La campana de misericordia lanzaba,

fatigada y lenta, el último doble de ñinados, y sus notas graves y tristes, rebotando de quebrada en quebrada, de barranquera en barranquera, de valle en valle, se amortiguaban en la distancia, en un quejumbre monótono y plañidero de bronces rotos y mohosos.

En la caligie asfixiante de la hora se respiraba a veces como un hervor de podredumbre, como el hálito abrasador pestilente de un horno crematorio.

XII

Por la cinta polvorienta, de un gris lívido de osamentas calcinadas, de la carretera, que se pierde entre el bronce leproso de los viñedos y el verdor enfermo de los olivares, camina lentamente el *Bizco*, custodiado por una pareja de guardias civiles.

Las cubiertas blancas de los tricornios aletean suavemente, en la serenidad de la brisa, como revuelos de palomas, y el acero de los fusiles rasga el aire con espejeantes cabrilleos.

El asesino conversa, indiferente, con sus guardianes, con sonrisa procaz, que deja al descubierto la brutalidad primitiva de su alma entre el avance carnívoro de sus encías. En el encogimiento titilante de sus pupilas aceradas, que se emboscan a la sombra negra y profunda de sus cejas cerdosas, hay algo cruel y duro de ave de presa o de fiera en acecho.

Camina con la frente alta, mostrando con cínico orgullo sus muñecas esposadas.

Al pasar, desde las puertas de los cortijos, brazos airados de mujeres le maldicen, y durante largo trecho le persiguen los aullidos de los perros y los denuestos de los rapaces.

XIII

Mientras tanto, bajo los arcos de la corraliza del molino, sobre un monte de bálago y de hierbas olorosas, cansadas de corretear por las alamedas que ensombran los cubos, dormían tranquilamente, fundidos en un estrecho abrazo, el hijo del muerto y la hija del asesino.

La rubia y enmarañada cabecita de la niña reposaba dulcemente sobre el hombro moreno y firme de Juan Vicente, y sobre sus labios en flor, abiertos en la más inocente de las sonrisas, parecía aletear yo no sé qué divinas, remotas e inefables saudades del Paraíso.

Habían huído aquella mañana del tumulto ensordecedor de sus casas, escapándose llorosos de los brazos de su madre, que les apretujaban hasta hacerles daño... Y juntos vagaron por las cercanías, ocultándose de la gente, refugiándose en lo más espeso de la arboleda para cazar mariposas o atrapar zarzamoras.

Fatigados al fin, se entraron en la corraliza, y sobre aquel lecho de bálago recién segado, les sorprendió aún el sueño, con algún puñado de moras en las manos y algunas flores silvestres en los cabellos.

Algunas veces despertáronse sobresaltados a los aullidos de dolor y de llanto que llegaban del molino, y casi a un tiempo alzaron sus cabecitas amodorradas.

—¿Qué es eso?—suspiraba la niña, refregándose perezosamente los ojos con sus manitas, enrojecidas por las moras—. ¿No oves cómo lloran?—clamaba, después de un instante, queriendo despertar a Juan Vicente.

—¡No es nada, tontuela!—refunfuñaba éste, medio adormilado...

Y los dos, cabeceando, volvían a abrazarse, hasta quedar dormidos de nuevo, mientras que a lo lejos resonaban cada vez más intermitentes y apagados los gritos de angustia, y en la ribera del río se desgranaba, dispersa en los mil ruidos del agua, el canto de las lavanderas...

XIV

—¡Juan Vicente!—gritó enronquecida de dolor María Antonia, desde el umbral del molino, ayer tan alegre y

amplio para su alma y ahora más triste y estrecho que una tumba—. ¡Mi hijo!... ¿Dónde está mi hijo?

Y sin hacer caso de las mujeres, que arrodilladas en un rincón de la cocina rezaban el rosario, se encaminó al corralizo con los ojos rojos e hinchados de llorar, y su rostro desencajado y lívido como el de un agonizante.

Y allí, bajo los arcos, sobre el lecho de bálago y de hierbas olorosas, se encontró dormidos a los dos niños, acurrucados en un abrazo como dos pajaritos.

Mas no estaban solos, no. También a su lado, semioculta en la penumbra de los arcos, una forma humana, arrodillada, los contemplaba, inmóvil, sin atreverse a respirar, como si temiera despertarlos...

Aquella forma dolorosa y deshecha en llanto era la Joaquina.

Las dos mujeres se miraron; primero fieramente, agresivamente, como si quisieran trocar sus ojos en puñales para saciar sus odios; después sus miradas se fueron enterneciendo, aterciopelando, hasta acabar fundidas en una desbordante lágrima de piedad y de cariño...

Se tendieron los brazos, y mezclando hasta lo más profundo de sus pobres almas sus lágrimas y sus penas, murmuraron en voz muy baja, como en un suspiro que quisiera ser al mismo tiempo una oración:

—¡Dejemos dormir tranquilos a esos ángeles!...

FIN DE
«EL CABALLERO DEL MILAGRO»
Y
«AMIGAS VIEJAS»
DE
FRANCISCO VILLAESPESA

EDUARDO ZAMACOIS

(1876)

EDUARDO ZAMACOIS

NOVELISTA, *dramaturgo, conferenciante, periodista. Nació en Pinar del Río (Cuba). Vivió en distintos países del mundo. Fundó* El Cuento Semanal *y* Los Contemporáneos, *las dos mejores publicaciones novelescas que ha tenido España, y en las que dió a conocer a una generación magnífica de narradores. De ingenio fecundo y de palabra fácil, ha dado varias veces la vuelta al mundo pronunciando conferencias. Colaborador de innumerables diarios y revistas. De inventiva inagotable y de prosa feliz. Sus obras han sido traducidas a varios idiomas.*

Novelas: Consuelo—*1896*—; La enferma—*1896*—; Punto Negro—*1897*—; Incesto—*1900*—; Tick-Nay—*1900*—; Rosa de amor—*1902*—; El seductor—*1902*—; Memorias de una cortesana—*1903*—; Duelo a muerte—*1904*—; Sobre el abismo—*1905*—; El otro—*1910*—; La opinión ajena—*1913*—; El misterio de un hombre pequeñito—*1914*—; Europa se va—*1914*—; Memorias de un vagón de ferrocarril—*1924*—; Una vida extraordinaria—*1925*—; Las raíces; Los muertos vivos; El delito de todos...

RICK

Si te cuentan que han visto volar un caballo y que era alazán, creelo.

(Proverbio árabe.)

TODO el mundo aristocrático que frecuenta los grandes hipódromos europeos conocía la pasión idolátrica que el *jockey* Juan Thom profesaba a su caballo *Rick*. Durante cuatro años consecutivos, *Rick* fué invencible: su agilidad y su vigor derrotaron las reputaciones más sólidas; los laureles tan codiciados que se adjudican en los *turf* de París y de Londres fueron para él; ningún corredor igualó su ímpetu: era infatigable y enorme como *Eclipse* y ardiente en la primera acometida como *Vermouth*. Muchos veterinarios curiosos le examinaron creyendo que sus clavículas ofrecían una disposición especial.

El pasado de Juan Francisco era oscuro y sencillo. No conoció a sus padres, y salió del Hospicio a los doce años para colocarse en el picadero de un viejo, antiguo desbravador de

las caballerizas reales, que tenía coches y caballos de alquiler.

En el amplio picadero que poseía cerca del Hipódromo aquel hombre grueso y bajito, a quien Juan Francisco recordaba haber visto en el Hospicio muchas tardes, fué donde el niño cobró inclinación hacia el arte que luego había de ocupar su vida, pues el medio es algo que modifica y se pega al carácter, como se agarran a los vestidos los perfumes. Así, lentamente, el aspecto de las cuadras, grandes, claras, con su olor a estiércol, sus suelos asfaltados, sus arrendaderos brillando al sol y sus frisos de blancos azulejos, iban conquistando la voluntad del futuro *jockey* y produciéndole íntimo y fresco contentamiento. Todas las mañanas, al despertar, el pequeño *boy* tenía un pensamiento que se resolvía en una sonrisa.

—Seré *jockey*...—decía.

Y esta ambición era confortadora, porque daba a su vida, a su pobre vida naciente, un impulso, un rumbo y un fin.

Desde muy temprano Juan trabajaba activamente barriendo lo sucio, abrillantando los arneses, quitando el barro a los coches, transportando cubos de agua de un lado al otro. Era menudito de cuerpo, descolorido y flacucho de rostro, con ojos pequeñines y azules, rodeados de pestañas bermejas. Caminaba lentamente y abriendo mucho las piernas, como jinete que acaba de recorrer una jornada larga y está muy fatigado. El ruido de sus zuecos, rellenos de paja, inquietaba a los caballos, que volvían la cabeza para mirarle, amusgaban las orejas y fijaban en él sus ojos brillantes. Unos resoplaban impacientes, otros atabaleaban el suelo, y el estrépito metálico de sus herraduras llenaba la soleada quietud de la cuadra. Al principio, aquella curiosidad un poco hostil asustaba al *boy;* pero luego, con la costumbre, sus temores se disiparon: los caballos, a su vez, reconociéndole ya como a bienhechor, relinchaban de gozo al verle, y él concluyó por abordarles sin miedo, dándoles terroncitos de azúcar y bulliciosas palmadas sobre las ancas, lucias, brillantes y redondas.

Todas las mañanas, alrededor de las diez, el amo del picadero aparecía. Se llamaba don Pedro del Real, y los que le conocieron mozo le atribuían una historia amorosa larga y pintoresca. Pero si don Pedro fué, como decían, caballista infatigable, derribador temerario de toros y conquistador dichoso de voluntades femeninas, de aquel pasado galante ya nada, o casi nada, quedaba de él. El tiempo, artero, habíale mudado la condición, sin duda, quitándole la alegría según fué robándole la guapeza. Don Pedro hablaba poco; era un espíritu reconcentrado, hermético, sobre cuyo entrecejo la vida había dejado un pliegue vertical de dolor. A pesar de esto, Juan Francisco le amaba; nunca le tuvo miedo; apenas le columbraba acudía a recibirle, y el regocijo del saludo le arrebolaba las mejillas; era como un grito de su sangre. Fué aquella emoción en la que Juan Francisco, ya hombre, meditó muchas veces y que siempre, sin saber por qué, le dejaba triste.

Cierta mañana, don Pedro, contra su costumbre, mostróse comunicativo y de buen humor. Aquel día nada tuvo que decir de la siempre discutida calidad de los piensos ni de la limpieza bruñida de las pesebreras; todo, según lo examinaba, iba hallándolo bien: los arreos espejeaban al sol, como debe ser; los coches, recién lavados, trozos enormes parecían de pulido azabache; el rojo barniz de las ruedas ardía gayamente en la vastísima amplitud blanca de la cuadra.

Juan Francisco, en mangas de camisa y con un chaleco colorado, de hombre, que le llegaba a la altura de las rodillas, seguía a don Pedro, sorprendido de verle contento. El amo, de pronto, pareció reparar en él; miróle de hito en hito, y como las mejillas, escuálidas, del muchacho enrojeciesen de alegría, don Pedro del Real sonrió paternal; después le trabó por los sobacos, levantóle en alto, bajándole y subiéndole varias veces y con rapidez, como para apreciar bien

su peso, y luego le soltó. Juan Francisco cayó de pie y sus zuecos chocaron contra el suelo, crepitando en el vacío sonante del salón. Varios cocheros y mozos de cuadra contemplaban la escena sonriendo. Don Pedro examinaba al *boy:* sus piernecillas, flacuchas y estevadas; el tórax, angosto; la delgadez esquelética, pero vigorosa, de sus brazos; el prognatismo de su mandíbula; la nerviosidad de su pestorejo, acanalado..., y toda aquella fealdad simiesca parecía encantarle.

—¿Te gustan los caballos? — preguntó.

—Sí, señor; mucho—contestó Juan Francisco.

—¿Y no te dan miedo?

—No, señor.

—Bueno, pues entonces...

Y el antiguo caballista, que sin duda amaba apasionadamente su oficio, se interrumpía para observar al muchacho, que acaso realizaba el tipo soñado por él del perfecto *jockey*, ingrave y fibroso. Continuó:

—¿Tú quieres ser *jockey?*

Por la cabeza faunesca de Juan Francisco resbaló una sonrisa blanca, idiota, con esa idiotez de estupor que produce en los hombres la felicidad. Tardó en responder.

—Sí, señor... ¡Ya lo creo que quiero!

—Conformes; pues yo te enseñaré a montar.

Aquella misma mañana recibió Juan Francisco la primera lección de equitación, y a partir de tal momento, todos los domingos y días disantos, maestro y discípulo salían a galopar por la carretera del Pardo. Juan Francisco, encogido y raquítico sobre el lomo sudoroso de su cabalgadura, regresaba lívido como un muerto.

Rápidamente el muchacho iba agilizándose, robusteciéndose, dentro de su delgadez caricaturesca, y adquiriendo esa complexión, a la vez ligera y hercúlea de los buenos jinetes. Poseía, además, y esto echólo de ver en seguida don Pedro, lo que no se aprende, lo que puede llamarse «el instinto» del oficio: un tic especial, inexplicable, personalísimo, que convierte la profesión, vulgar al parecer, de caballista en un verdadero arte. Reglas hay para lo que, en la jerga de los picaderos, se dice «apurar al caballo»: para afirmarle la cabeza, para asegurarle la boca, para abrirle y darle vistosidad y gallardía, para tenerse bien sobre la silla... Todo ello constituye lo adjetivo, lo que puede imitarse de un maestro. Pero ninguna de estas habilidades adquiridas bastó a hacer verdaderamente famoso el nombre del *jockey*. Los grandes *jockeys* de prestigio mundial tuvieron, además de esa sangre fría que les permitió aprovecharse de todos los descuidos de sus rivales, la «intuición» del caballo, una especie de adivinación o de doble vista que les indicaba cómo necesitaban llevar las riendas y cuánto, en un determinado momento, debían hacer. A propósito de esta parte esencial o sustantiva de su oficio, nada puede reglamentarse como nada en cuestiones de amor, debe prescribirse acerca del modo de interesar al corazón de una mujer. ¿Quién habría de decir cuál será la mirada, el gesto, la inflexión de voz, que en el «cuarto de hora» nupcial de la conquista han de darle a «don Juan» la victoria? Así el *jockey*, para quien un espolazo oportuno o simple temblor de rodillas pueden constituir un triunfo o su derrota en el último desesperado arranque de la carrera. Como «tenorio», Fortham no se forma; nace.

Juan Francisco poseía este don maravilloso en tal grado que sorprendió al mismo don Pedro. Sin saber por qué, pues su experiencia en asuntos hípicos era nula, bastábale un siemple ojeo para conocer la condición del caballo que iba a montar. Pocas veces se equivocó. Dijérase que desde el primer momento surgía entre él y su cabalgadura una corriente magnética que les apretaba y unía en el milagro de una sola voluntad.

Al mismo tiempo que Juan Francisco aprendía a tenerse bien sobre la silla y a ser un sagacísimo, cabal y esforzado jinete, capaz de gobernar a los potros de más torcida y alborotada condición con el solo imperio de las rodillas, don Pedro iba enseñándole

a corroborar y seleccionar sus preexcelentes disposiciones física de *jockey*.

—Un buen *jockey*—afirmaba el viejo caballista—debe reunir, a una gran fuerza muscular, el menor peso y el menor volumen posibles. Quiero decir que necesita ser una especie de hércules enano.

Para conseguir lo primero, Juan iba dos o tres horas diarias al gimnasio, y para lo segundo, su maestro le trazó un plan alimenticio, le impuso masajes especiales y le obligó a dar largos paseos a pie y a tomar baños de sudor. Estos tratamientos durísimos, que ni aun los mismos *jockeys* ingleses pueden soportar, Juan Francisco los resistía perfectamente y sin mengua de su vigor muscular. De mes en mes el diminuto *boy* iba quedándose más descolorido y enjuto, y hasta diríase que su estatura había menguado; no obstante, ni su agilidad ni su fuerza decrecían. Pronto su peso disminuyó a cincuenta kilogramos. Don Pedro del Real le examinaba, le pulsaba, y un guiño admirativo iluminaba su grueso rostro, habitualmente impasible.

—Has nacido para *jockey*, muchacho —decía—, y te aseguro que harás carrera; yo entiendo mucho de eso; yo no me engaño.

No se equivocó, en efecto. Cuatro años después, Juan Francisco se presentaba por primera vez como *jockey* ante el público de Madrid y obtenía un segundo premio.

★

Cuando don Pedro del Real murió, Juan Francisco entró al servicio del conde Narciso, que tenía caballerizas en París y era dueño de la yegua *Turia*, ganadora el año anterior de los cien mil francos del Jockey-Club.

El conde Narciso gozaba fama de ser uno de los más inteligentes y expertos caballistas de Europa. En sus cuadras poseía yeguas magníficas del Irak y sementales soberbios procedentes de las antiguas y gloriosas caballerizas del conde Lagrange, el primer francés que arrancó a los ingleses el codiciado premio Derby. De estos cruces, sabiamente calculados, había nacido una raza de caballos admirables por su tamaño, su acabada traza y su ardimiento, con los cuales su dueño había ganado en los *turf* de Londres y de París varios millones de francos. Sobre los caballos del conde, que pagaba las montas con extraordinaria largueza, habían pasado los mejores *jockeys* de Europa, pero muy pocos lograron merecer su simpatía y menos su confianza.

Era el conde Narciso un hombre como de cincuenta años, elegante y correcto, un poco frío, que siempre vestía trajes de color gris hechos en Londres y estrenaba diariamente un par de guantes blancos. A los *jockeys* les recibía de pie, les examinaba rápidamente y luego les despedía con un gesto desdeñoso, inapelable, de rey.

—Por ahora—decía—, no me conviene usted.

Y les volvía la espalda. Así, el favor del conde Narciso fué considerado en la profesión de *jockey* como un doctorado.

Juan Francisco fué a visitarle provisto de buenas cartas de recomendación; no obstante iba medroso y balbuciente, como estudiante que va a examinarse de una asignatura mal aprendida. Acababa de cumplir veinte años: era minúsculo, cenceño, flexible y vibrante cual si su carne acerada careciese de armazón óseo. Con el tiempo, aquel raquitismo caricaturesco que tanto entusiasmaba al veterano don Pedro del Real, habíase exagerado hasta lo inverosímil. Un copioso plantel de cabellos rojos, cortados al rape, cubría su cráneo dolicocéfalo, chato y largo; tenía la frente breve y deprimida, cortada transversalmente por dos hondas arrugas paralelas; los ojos, pequeños, redondos y azules; la corva nariz avanzaba, atrevida y tajante, como una arista; el prognatismo enfermizo de su mandíbula hundía las mejillas y afilaba el semblante, exangüe y pecoso: era una verdadera mandíbula de *jockey* que salía al tropiezo del horizonte y parecía hecha para cortar el aire.

Un criado condujo a Juan Francisco al despacho del conde.

El joven *jockey* permaneció de pie, inmóvil sobre sus piernecillas abiertas, lleno de zozobra dentro de su amplio gabán color café. La habitación donde se hallaba tenía dos ventanas a un jardín y era preciosa y clara. Cubrían las paredes largos armarios repletos de libros lindamente encuadernados, sobre cuyos tejuelos, de diversos colores, la luz se reflejaba alegre. Aquí y allá, en estudiado desorden, aparecen escenas hípicas y retratos de *jockeys* y de caballos famosos. Sobre la chimenea, y como en lugar preferente, estaba la fotografía de Grimshaw, que ganó montando al caballo francés *Gladiateur* el premio Derby; a su lado, la del *jockey* Fordham, campeón invencible de las carreras largas. En artísticos marcos forrados de felpa, cuyo lozano color verde traía el recuerdo de los hipódromos, aparecían varias cabezas de corredores célebres: la de *Monarque*, padre de *Gladiateur* y de toda una generación de terribles corredores; la de *Liouba*, su yegua favorita; la de *Vermouth*; la de *Eclipse*, el mejor caballo del siglo XVIII, vencedor de *Bucéfalo*, y uno de cuyos cascos, metido en un hermoso objeto de arte, fué regalado como premio en una carrera de la Copa de Ascot. En la entreventana, ocupando también lugar ostentoso y preferente, había un retrato del famoso Baucher...

Contemplando aquella exposición de celebridades hípicas, Juan Francisco pensaba:

«Si yo mereciese algún día el honor de figurar aquí!...»

La puerta del despacho acababa de ser abierta lentamente, y bajo los pesados cortinajes de color musgo que la cubrían apareció la figura correcta y simpática del conde Narciso. Su calva noble y tranquila de hombre mundano brillaba a la luz; cubrían sus mejillas, bronceadas ligeramente por el aire libre de sol, una bien cuidada barba, corta y blanca. Vestía, según costumbre, un traje gris claro; el ancho pantalón caía a plomo, conforme a los severos cánones de la elegancia inglesa, sobre las botas de charol reluciente.

Juan Francisco se inclinó respetuoso, los pies juntos, los brazos rígidos a lo largo del busto. Ante aquel hombrecillo grotesco que volvía a la memoria el recuerdo de las teorías darwinianas, el conde mostró satisfacción. El *jockey* esperaba que su interlocutor le dirigiese algunas preguntas; pero se equivocó: el conde Narciso limitóse a observarle, desnudándole, sopesándole cuidadosamente con la mirada; vió su frente estrecha, su barbilla tajante, llena de voluntad, su tórax angosto, que apenas opondría resistencia al aire, y al mismo tiempo sus ojos inteligentes apreciaron la terrible fuerza nerviosa de aquel cuerpecillo enano.

—¿Cuánto pesa usted?—preguntó.

—Cuarenta y ocho kilogramos.

—Está bien.

—Pero aún espero llegar a los cuarenta y cinco.

Por las cejas, poco inclinadas a la sorpresa, del conde Narciso, pasó un ligero temblor admirativo. Parecía encantado. Juan Francisco acababa de conquistarle, más que por su aspecto, por aquellas contestaciones breves y seguras donde latía, como un fanatismo, ese «amor al caballo» que llena el alma de los *jockeys* de raza.

—¿Cuánto desea usted ganar? —preguntó el conde.

—¡Oh!..., de eso, si al señor le parece, hablaremos más adelante, cuando el señor vea de cerca lo que yo valgo.

—Perfectamente. Entonces, a partir de este momento, queda usted a mi servicio, y mañana mismo saldrá usted para París.

—Como el señor disponga.

—Pero necesito, y esto es imprescindible, que antes cambie usted de nombre: procúrese usted un apellido exótico y monosilábico, que impresione fácilmente el oído.

Juan se inclinó ceremoniosamente y salió. Desde aquel día el oscuro hospiciano que siempre había firmado Juan Francisco, comenzó a llamarse Juan Thom.

El triunfo que el joven *jockey* lograba poco después sobre la pista de Longchamps le valía un puesto de honor entre los corredores más famosos de allende el estrecho.

Juan montaba aquella tarde el caballo *Abril*, un alazán de cinco años, nuevo en los hipódromos, y del cual, no obstante, los inteligentes hablaban mucho; lo que los ingleses llaman un *dark-horse*.

La víspera, el conde Narciso había cambiando algunas palabras con Juan Thom, él no quería decirle nada acerca de cómo debía llevar a *Abril*, prefería dejarle todas las iniciativas y con ello adjudicarle todas las responsabilidades. Como si hablase de un viejo amigo, el *jockey* repuso tranquilo:

—No pase zozobra el señor conde; *Abril* y yo nos llevamos muy bien.

Iba a comenzar la carrera; el juez dió la señal, y los caballos partieron. Durante los primeros momentos todos los concurrentes avanzaron en grupo; pero muy pronto *Abril* dirigió la carrera y alcanzaba una ventaja de varios metros. Junto a él corría *Prometeo II*, vencedor del premio Oaks y campeón de los hipódromos británicos, con quien los ingleses esperaban llevarse aquel año los cien mil francos del Gran Premio. Un instante las manos de *Abril* flaquearon, y *Prometeo II*, brincando elástico bajo la fusta de su jinete, ocupó el primer puesto. Fué aquél un momento de indescriptible emoción. El rey de Inglaterra, entonces príncipe de Gales, que estaba en las tribunas, tremoló sobre su cabeza un pañuelo en señal de victoria, y un ¡hurra! gutural y áspero, lanzado por millares de gargantas sajonas, cruzó el espacio.

Pero Juan Thom no aceptaba aún la derrota. Su alma latina, invencible en el impulso temerario de la primera impresión, tuvo una resolución heroica, y desviando con lentitud hábil a su caballo de la línea recta, lo echó disimuladamente sobre el competidor que le arrancaba el triunfo. Las rodillas de Thom y del otro *jockey* chocaron, permaneciendo algunos segundos estrechamente cosidas y superpuestas; crujieron los huesos; de pronto, Juan Thom, que no perdía la serenidad, sintió en su corva la presión de la rodilla enemiga; aquella ventaja de tres o cuatro pulgadas que acababa de obtener decidió la lucha en su favor. *Prometeo II*, desconcertado por la maniobra artera de su rival, que le cortaba el camino, perdió terreno, y *Abril* llegaba el primero ante las tribunas, bajo una lluvia crepidante de aplausos.

Sin familia, sin amigos y dotado de un carácter callado y juicioso, Juan Thom no tenía, fuera de su oficio, nada que le sobresaltase ni distrajese. Pasaba las tardes en las cuadras del conde Narciso, examinando los arreos, modificando las formas de las sillas para aligerarlas, estudiando la calidad de los piensos, procurando siempre por el temor de que los caballos engordasen. Y él mismo andaba sometido a masajes crueles y a ejercicios gimnásticos que daban a su enjuta musculatura la sequedad y la dureza del hierro. Refinando mucho sus alimentos, llegó a comer muy poco; uno de sus grandes empeños estaba cifrado en tener la cintura de un niño; según Juan Thom, el *jockey* ideal debe carecer de estómago.

Así, la confianza que el conde Narciso tenía en la pericia de su primer *jockey* era ilimitada. *Thom* ordenaba los cruces que debían mejorar la raza de los corredores, y maravillaba la penetración suprema con que buscaba en los padres las condiciones de agilidad, de voluntad y de fortaleza, que más tarde habían de resplandecer en el hijo.

Del cruce de la yegua cordobesa *Rocío* con un garañón inglés, por el que dió el conde Narciso ochocientos mil francos, nació *Rick*, aquel terrible *Rick*, jamás vencido bajo las rodillas de Thom, que varios veterinarios reconocieron buscando en la anatomía de sus clavículas una complexión especial.

★

Juan Thom, que ya llegaba a los cuarenta años, adoró en *Nick*, en quien

su asotilado instinto de viejo *jockey* adivinaba cualidades extraordinarias de agilidad, vigor y coraje.

En cierto modo, esta pasión fué el resultado del ambiente que le circundaba. El buen Thom, raquítico y feo hasta lo bufo, con sus piernecillas estevadas, sus brazos largos y nudosos y su cabeza de simio, no había sabido formarse una familia. Además, le asustaba vivir siempre bajo los cielos, un poco tristes, de París o de Londres. Realmente, Juan Thom, que guardaba algunos ahorros y empezaba a saberse viejo, sentía recónditos y callados deseos de volver a España. Aquella desilusión de su vida actual era para él como un atavismo; la necesidad melancólica de todos los hombres que habitaron constantemente en grandes urbes experimentan de regresar al campo, cual si repentinamente vibrase en sus entrañas el amor a la naturaleza, a los arroyos murmurantes, a las selvas umbrosas, a la tierra madre, bienechora y munífica, que adoraron con culto panteísta sus progenitores, los remotos aborígenes, salvajes y desnudos. Juan Thom soñaba con su vieja Castilla, seca y llana; se establecería en un pueblo, compraría una casita, cuidaría una huerta, y luego, cuando la casualidad le deparase una mujer buena y guardadora de su hacienda, se casaría y tendría hijos y moriría olvidado y tranquilo, lejos del estrépito fragoroso de los hipódromos.

La aparición de *Rick* vino a quebrar momentáneamente estos cristianos propósitos de serenidad y alejamiento. Juan Thom lo vió nacer, él presidió su vida; él, a fuerza de tesón, quitóle toda mala estirpe de resabios y defensas, ejercitó su inteligencia, infundió a su conciencia voluntariosa arrestos temerarios, nutrió sus músculos; dió a sus miembros, con ayuda de sabios ejercicios, aquellas proporciones agigantadas que ningún otro caballo habia de igualar después, y puso en su instinto ese ramalazo de fiero orgullo que decide de la victoria en todos los combates.

A los cinco años *Rick* tenía nueve dedos sobre la marca. Era alazán tostado y brillante. El sangriento color del ollar y la mirada ardiente de los ojos negrísimos daban a la cabeza expresión poderosa y temible. Era muy abierto de pecho, redondo de grupa y acoplado de cascos; el dorso, ondulante; la boca, asegurada y fresca. Sus remos, flacos y largos, ignoraban el cansancio y abarcaban un tranco enorme; al caminar, todo su cuerpo vibraba temblante, siguiendo al cuello erguido y robusto, que parecia arrastrarlo tras sí, hacia el horizonte. Era gigantesco como *Eclipse*, ágil como *Vermouth*, voluntarioso y arrebatado como *Monarque*. Celoso de su poder, no consentía la vecindad de ninguna sombra: el menor ruido le sobresaltaba; sus orejas, levantadas, más que pasmo, revelaban cólera; siempre parecía fugitivo, y sin cesar sus ojos iban de una parte a otra, mirándose las ancas, como asustado de sí mismo. Su figura imponente amedrantaba a sus competidores; en las cuadras del conde Narciso había un caballo que cuando se hallaba en algún canter con *Rick* se abocinaba y cubría de sudor.

Los días de carrera, por la mañana, Juan Thom entraba en la caballeriza a saludar a *Rick*.

—Hoy hay lucha, *Rick*—decía—; es preciso portarse bien.

El noble animal miraba al *jockey*, luego resoplaba y su belfo descubría los dientes descarnados y amarillentos, ensayando una sonrisa ufana. Thom, entonces, le daba palgadas sonoras, le acariciaba la crin, le besaba el ollar y le decía palabras de amor. El bruto, agradecido, amorraba la cabeza y entornaba los ojos.

Sobre la pista del hipódromo, Juan Thom y *Rick*, al formar un cuerpo gobernado por una sola y omnipotente voluntad, resucitaban la fábula del centauro. Impetuoso en la acometida e infatigable y tenacísimo en la carrera, *Rick* tenía algo del poder de los elementos cósmicos. Su arranque era terrible siempre, casi decisivo; pero en la lucha, su voluntad ardiente y dura, como hecha de fuego y diamante, no encontraba rival. Su impulso, además, era consciente; Thom podía dejarle

las riendas sobre el cuello, seguro de que *Rick* no desaprovecharía ninguna ocasión para vencer.

No satisfecho con esta perfecta alianza, Juan Thom había enseñado a su caballo un grito gutural que, a modo de conjuro, poseía la virtud de enajenarle y desbocarle.

—*¡Gruiiii!... ¡Gruiiii!...*

Era un alarido ronco, breve, de una modulación *sui generis,* clarineante y salvaje, que el astuto *jockey* sólo lanzaba en los trances de peligro extremado; una voz cabalística que acaso hería los centros cerebrales del animal y lo trastornaba. Este recurso, nadie, ni aun el mismo conde Narciso, lo conocía; pero, aunque alguien lo hubiese sabido, no hubiera podido utilizarlo. La virtud de esas palabras que penetran hasta el fondo de ciertas almas depende, más que de su significación escueta, del modo como son pronunciadas y de la simpatía que media entre quien habla y quien escucha. Una mujer oye decir «te amo» a un hombre que le es indiferente, y permanece fría; pero se lo dice el galán que ella quiere, y se vuelve loca.

Juan Thom sabía esto, y la fuerza de fascinación que tenía sobre su caballo dábale la seguridad de ser invencible. Varias veces probó la capacidad empujadora del grito aquel.

—*¡Gruiiii!...*

Y siempre llegó el primero a la meta. Al oírlo, *Rick* poníase fuera de sí. Instantáneamente bebíase la brida, estiraba el cuello, sus cuatro remos formaban con su vientre una línea horizontal, y botaba, cual si algo eléctrico estallase en su interior. Piedra disparada por honda parecía; su velocidad era la velocidad silbante de la flecha. Volaba. Las multitudes, atónitas, saludaban con un rumor de pasmo aquel correr inaudito.

Montado sobre el lomo temblequeante y enorme de *Rick,* el diminuto Juan Thom, cuyas espuelas apenas alcanzaban el vientre de su cabalgadura, parecía un mono con dolor de estómago. Y, no obstante, para Thom, el vencedor de todas las carreras, eran los aplausos y los apretones de manos y las sonrisas, a veces voluptuosamente prometedoras de las mujeres elegantes que llenaban las tribunas. Con su gorrilla de visera, su chaquetilla de seda roja, su ceñido pantalón blanco y sus chambergas de charol, Juan Thom era, sobre el verde tapete de los hipódromos, grande como un rey. Su busto, exiguo, permanecía rígido, insensible al incienso; su boca, fina, desdeñosa, casi imperceptible como la herida de un bisturí, no sonreía; sus ojos, pequeños y huídos, miraban al espacio inquietos, devorando las distancias. A lomo de *Rick,* Thom era la encarnación del dios Exito; las victorias del célebre caballo, haciendo oscilar millones de francos, tenían la importancia de una jugada de Bolsa. Un crítico, refiriendo el último triunfo de Juan Thom, dijo que los billetes de Banco que *Rick* había ganado podrían alfombrar el Campo de Marte.

Los cuidados idolátricos de que Thom rodeaba a su caballo, el ahínco suicida que ponía en afilarse y disminuir para pesar sobre *Rick* lo menos posible, las zozobras de vanidad y de interés que nublaban su ánimo, la semana de inquietudes febriles que precedía a los grandes torneos hípicos los peligros de la lucha, y más tarde, los aplausos cobrados en aquella incesante y apretada colaboración, habían robustecido los vínculos del amor, casi paternal, que el *jockey* profesaba a su caballo.

Repasando sus recuerdos volvía con frecuencia a la memoria de Juan la impresión del despacho donde, muchos años antes, vió por primera vez al conde Narciso. El aspecto de aquella habitación persistía en su espíritu con detalles minuciosos; los muebles de gutapercha, los armarios abarrotados de volúmenes, sobre cuyos tejuelos rielaba la luz mañanera. los retratos de *jockeys* y de caballos célebres diseminados por la uniformidad gris de los muros. Y también revivía el anhelo ambicioso que la severidad del despacho aquel suscitó en su ánimo: «¡Si yo llegase a ser un *jockey* de prestigio mundial!... ¡Si yo alcanzase la fortuna de tener un caballo que pasase

a la posteridad como *Eclipse* y *Monarque*!...» Ahora reconocía que la vida no fué mala para él; había triunfado, todos sus deseos estaban cumplidos, y ello le producía una ecuanimidad dulce y honda.

Al revés de lo que suele ocurrir en el teatro, donde es raro que el primer galán, aunque esté enamorado de la primera actriz, se muestra mortificado y celoso de los aplausos tributados a su compañera, la celebridad cosmopolita de *Rick* no era más que la colaboración o complemento de la celebridad de Juan Thom. La popularidad les acariciaba igualmente: el color de las blusas sedeñas del pequeño Thom dirigía la moda en las temporadas de primavera y de otoño; un zapatero parisino puso a la venta unas botas chambergas idénticas a las usadas por él, y que llevaban su nombre; las cabezas del *jockey* invencible y de *Rick* aparecieron juntas muchas veces sobre la primera página de las revistas ilustradas.

Juan iba hacia la inmortalidad, y le llevaba *Rick*, que era su obra maestra, casi su hijo. Así, jamás con mayor razón que entonces pudo decirse de ningún artista que caminaba hacia el triunfo montado sobre su historia.

★

Todas las tardes en que había carreras, al salir de Longchamps, Juan Thom vaciaba una botella de vino en la taberna de un bordolés que había viajado mucho por España y cuya conversación pintoresca era para el *jockey* desterrado como un rayo de alegre sol de la patria.

Cuando el señor Gustavo trajinaba en el comedor sirviendo a los parroquianos que llegaban boquiabiertos y con ganas de cerveza y de broma, el pequeño Thom iba a sentarse en la *terrasse* del establecimiento, ante el cual el Bosque de Bolonia dilataba su inmensidad verde. Los crepúsculos de aquellas tibias tardes primaverales eran muy dulces: el cielo azul, donde la luz solar iba amortiguándose en una gama de palideces incontables, se cubría lentamente de nubecillas blancas y de cirrus rosáceos de una delicadísima transparencia ambarina; la muchedumbre que regresaba a París dejaba tras sí un silencio hierático, que se oía; a lo largo de las avenidas el ruido de los coches y el alarido crepitante de las bocinas de los automóviles disminuía, se emborronaba, en la distancia; la nube de polvo, semejante a un halo de muchos kilómetros que levanta la multitud al pasar, descendía de nuevo a la tierra y la atmósfera recobraba su limpidez, y en la diafanidad luminosa del espacio, las frondas del bosque recortaban una línea ondulante y cerúlea. Y según el estrépito efímero de los hombres cesaba, la Naturaleza reaparecía solemne, avasallante, en su doble gesto magnífico de silencio absoluto y de eterna quietud.

De la lejanía llegaban piar de pajarillos adormilados y murmurios de arroyos que hasta entonces parecieron callados y que traían deseos de paz al alma de Juan Thom. Horas antes, los pulmones del pequeño *jockey* se habían congestionado en la angustia de la carrera, y cuando, como siempre, llegó el primero a la meta, sus mejillas tenían la palidez de la carne muerta. Ahora descansaba; su labios, exangües, se abrían con deleite a las brisas, y en el círculo bermejo de las pestañas, los ojillos azules que hundió la fatiga recobraban su vivacidad. Su alma sencilla se desperezaba en este bienestar físico.

«¿Hasta cuándo viviré así?—discurría—; esto no puede durar siempre; es preciso concluir...»

Y sin ser filósofo ni entender un ápice de problemas trascendentales, el diminuto Thom, que era un hombrecillo perfectamente vulgar, se interrogaba con desaliento:

«¿Para qué defendiendo tanto una vida en la que no he conseguido ser dichoso?...»

El hilo de estas meditaciones melancólicas solía romperle el señor Gustavo, siempre con delantal y en mangas de camisa, hercúleo, lleno de salud y de risas sobre sus zapatones claveteados y sonantes.

—¡Hola, señor Thom!—gritaba el bordalés—; ¿en que se piensa?

El *jockey* se estremecía, aturdido por la pregunta inesperada, y tardaba un poco en contestar. Luego decía:

—¡Qué sé yo!..., estaba aburrido.

—¿Cuándo volvemos a España?

—No sé; pero crea usted que cualquier día me voy.

—Es natural. ¡Qué diablo! Yo también tengo ganas de marcharme a Burdeos. ¡Aquel cielo..., no hay otro!... Además, yo creo que los hombres, después de correr mundo, deben irse a morir al sitio en donde nacieron.

Se sentaba, y familiarmente, con liberalidad meridional, de la botella que había pedido el *jockey* se servía un generoso vaso de vino.

—¡A su salud!—exclamaba.

Y levantándolo en alto, lo vaciaba de un trago. Juan Thom le contemplaba sonriendo, y se reconocía más insignificante y desmedrado que nunca ante la mole atlética del tabernero carcajeante y sanguíneo, que olvidaba su viudez abrazando estrechamente a las criadas de la vecindad y que al hablar descargaba puñetazos terribles sobre las mesas.

El señor Gustavo tenía una hija, Marta, con quien Juan Thom echaba largos párrafos. Era una muchacha morena, un poco triste, de ojos juiciosos y honrados, que sugerían dulcemente la idea de formarse un hogar. El *jockey* solía hablarla de España, y aunque sus relatos eran verídicos y nada extraordinarios ponía en ellos, la joven le escuchaba atentamente, atraída por esa leyenda de amores y de sangre que rodea a los países favoritos del sol. Un día en que su conversación fué más íntima, Marta le interrogó:

—¿Tiene usted padre?

—No.

—¿Y madre?

—Tampoco.

—¿Y hermanos?

—Tampoco tengo hermanos. Soy solo en el mundo. En España nadie me espera. No conservo allí ni siquiera un amigo...

—¡Es raro!...

—¡Sí..., muy raro!... Es decir...

Y ella, sin saber por qué, quedóse triste, y por primera vez advirtió que Juan Thom era muy feo y que tenía los cabellos grises. Sorprendido de verla tan callada, el *jockey* preguntó:

—¿En qué piensa usted?

—En nada; en eso...

Thom cerró los ojos, y su memoria buceó inútilmente en las tinieblas del Hospicio. Allí estaba su niñez, sus recuerdos arrancaban de allí... Pero ¿y antes?... Y de pronto tuvo deseos de llorar, porque sintió que la vida no había tenido besos para él.

A la tarde siguiente, Juan Thom no pudo hablar con Marta. Era domingo y la taberna estaba llena de parroquianos sedientos, que reían y charlaban a gritos; las luces palidecían en el humo de las pipas. Thom, desde la *terrasse* miraba al interior del establecimiento. El señor Gustavo, en pie detrás del mostrador, al aire los antebrazos, peludos como los de un fauno, parecía presidir la reunión. Marta iba de una mesa a otra, solícita y grave a la vez, y al inclinarse para servir un bock de cerveza o recoger unos vasos, sus pechos, vibrantes y erectiles, se dibujaban audaces bajo la fina tela del corpiño.

Thom observaba a la joven, y una melancolía que era casi una angustia iba apoderándose de él; también advirtió que varios bebedores, que ya empezaban a mostrarse borrachos, la miraban con avidez.

¿Por qué de todas las perfecciones femeninas el seno es lo que más despierta y alborota la lascivia del hombre y por qué a las mujeres, especialmente a las muy predispuestas a la maternidad, es allí, justamente donde más gustan de ser acariciadas? ¿No hay en todo ese poderío lujurioso de los senos, que alimentan la vida del recién nacido, como «una voz de la especie»?...

En esto meditaba Juan Thom, y al mismo tiempo sentía un desasosiego extraño y doloroso, que era como una amenaza, como el presentimiento de un peligro que iba acercándose. Empezó a monologuear:

«¿Si Marta fuese novia mía y cualquiera de estos bárbaros la faltase al respeto de obra o de palabra, qué iba a hacer yo?...»

Y al sentirse obligado a responder a esta pregunta, la idea de que era pequeñuco, raquítico y débil, le hirió en su dignidad de hombre y de amante como un cuchillo.

El *jockey* acababa de vaciar su botella cuando el peligro esperado llegó. Un parroquiano, que había pedido un bock de cerveza, trabó conversación con Marta; era un individuo barbirrubio, vestido con traje de pana, que reía groseramente. La joven quiso marcharse, pero su interlocutor la retenía por el delantal, y los ojos de los amigachos que trasegaban con él ardían en deseos. De pronto, aprovechando un momento en que el señor Gustavo se hallaba de espaldas al salón, el individuo del traje de pana extendió un brazo, y su mano torpe, hambrienta cual una garra, se crispó gozosa sobre el seno de Marta. La moza dió un grito, y Juan Thom, fuera de sí, penetró en la taberna. Con la agilidad de un gato se lanzó sobre el insolente.

—¡Canalla!—gritó.

Al sentirse agredido, el borracho se puso de pie, esperó a que el *jockey* repitiese su acometida, y luego, de un solo puñetazo, le tiró al suelo, hecho un ovillo, a los pies de Marta. Afortunadamente para Thom, el señor Gustavo acudía a su defensa; adivinaba lo ocurrido.

—¡Trueno de Dios!...

Las sílabas del juramento favorito del buen pueblo francés pasaron silbando por entre sus dientes, que crispaba su cólera. El borracho trató de defenderse, pero su resistencia fué vana: el tabernero le cogió por las solapas con una mano, para asegurar bien el golpe que iba a darle con la otra, y en seguida, de un puñetazo recto y seguro, le lanzó hasta la *terrasse* con la cara rota y bañada en sangre.

Aquella noche Juan Thom cenó con el señor Gustavo; Marta comía con ellos, pero a cada momento se levantaba para servirles. Los dos hombres comentaron el lance, machacando pesadamente sobre los mismos detalles. Juan Thom acababa de vaciar su botella y se hallaba en la *terrasse*, de cara a la taberna y mirando a Marta; el señor Gustavo estaba detrás del mostrador y dando la espalda al salón; en aquel momento...

—Pues si no acude usted tan a tiempo—declaró el *jockey* con llaneza simpática—, ese tagarote da fin de mí.

—¡Vaya!... Pero conmigo la criada le salió respondona. ¿Eh?... ¡Tengo los puños muy sólidos! Al que yo le trabe por el cuello, ya puede despedirse de la familia...

Hablando así, el tabernero reía a carcajadas, con una violencia tonante que hacía vibrar la cristalería de los armarios. Bruscamente, reconociendo al *jockey* humillado, se interrumpió para decir:

—¡Caramba!... Pero ¡usted es valiente!...

Juan Thom, modestamente, bajó los ojos. El señor Gustavo repitió:

—¡Ya lo creo! Es usted un bravo... Porque hay que considerar que usted no tiene fuerza..., que a usted, de un estornudo, se le tira al suelo...

Y como el *jockey* no contestara, Marta repuso:

—Sí; el pobre no ha podido hacer más... Pero ¡como es tan pequeño!...

Thom miró a la joven, y su mirada fué una lágrima. Marta, que era más alta que él, le compadecía. Nunca se sintió el infeliz más insignificante que entonces.

Después entraron dos parroquianos, y el señor Gustavo, que ya había cenado, fué a servirles. Juan Thom bebió solo su café. De cuando en cuando suspiraba y miraba al espacio fumando su pipa. De pronto experimentó cierto dulce alivio. Acababa de sorprender a Marta observándole desde detrás del mostrador, por encima del periódico que aparentaba leer atentamente.

★

Una mañana, al despertar, Juan Thom se preguntó: «¿Por qué estoy tan triste?»

Era, efectivamente, la suya una me-

lancolía antigua y de honda raigambre, que le había mordido reiteradas veces, pero sin que él supiese que aquello tan profundo, tan frío, que le robaba todo voluntario impulso y le explicaba la voluptuosidad de morir, se llamaba así: tristeza.

Mientras se vestía, el pequeño Thom volvió a interrogar a su conciencia a propósito de aquel malestar que iba invadiéndole poco a poco como una ola amarga, y al hacerlo fué en alta voz, cual si alguien que no fuera él mismo hubiese de responder a su pregunta.

—¿Por qué estoy tan triste?

No era la nostalgia de hallarse expatriado, ni la de ser feo, ni la de vivir pobremente, a pesar de lo mucho que llevaba trabajando; era algo más, otra cosa... ¿Qué podía ser?... Hasta que su desasosiego innominado, tuvo un semblante y un nombre. Aquella revelación fué inesperada y deslumbrante, como obra de encantamiento o de hechizo.

«Estoy enamorado de Marta», pensó con estupor Juan Thom.

Y era así; en las almas los movimientos generan y hállanse sometidos a las leyes mecánicas que gobiernan el dinamismo de las máquinas. En éstas el impulso que hace resbalar unos sobre otros los engranajes de tres o cuatro ruedas pequeñas se comunica a lo largo de las correas de transmisión a otros engranajes más grandes, y de éstos, a otros mayores aún, y al cabo a un volante gigantesco y de tremendo vigor que, al alimentar con su trabajo la vida de la fábrica, reasume y expresa las energías que todas las ruedas, árboles, émbolos, engranajes, distributores y correas desarrollan antes que él. Lo que ocurre en las almas, donde no era raro que todo cuanto en ellas dejó la herencia, el temperamento, la educación, el ejemplo y demás factores que cooperan a la formación de los caracteres, bruscamente se aúne, y los sentimientos que antes parecían antagónicos, luego se fundan para correr por el mismo cauce y componer una solitaria y todopoderosa corriente.

Esta transformación sorprendente y maravillosa, como mutación de comedia de magia, fué la que en el curso rapidísimo de una noche varió el alma sencilla de Juan Thom. El, poco acostumbrado a la meditación, había vivido ignorante de sí mismo y alejado de su propia conciencia; él, que nació inclusero, experimentaba, por atavismo sin duda y sin saberlo, la nostalgia de la madre y del padre que no conoció; él, inadvertidamente, acaso padecía también la melancolía de envejecer lejos de su patria, la ausencia total de afectos entrañables, la inanidad desesperante de su gloria, el aterido cansancio de una existencia que ya declinaba y aún no tenía rumbo, el espanto de tumba de las almas que caminan solas... Y, repentinamente, estas desilusiones secretas, que correspondían a otros tantos deseos, se fundieron en un brusco anhelo; impulso único, despótico, rectilíneo.

Según las arterias recogen la sangre de los vasos capilares, o como un río cosecha las aguas todas de la cuenca hidrográfica donde nace, así las ilusiones, las desesperanzas, los arrebatos, los recuerdos, cuando el espíritu de Juan Thom había vivido y esperaba vivir aun, se sintetizó y mezcló en un gesto que tenía un nombre de mujer: Marta. Y ya no pensó más que en aquello: era indispensable acercarse a ella, conquistarla; allí estaba el norte seguro de sus alegrías, el remedio inefable de todos sus desvelos.

Y Juan Thom, mientras terminaba de anudarse la corbata delante del espejo, afirmó decidido:

—Sí, por eso estoy triste; porque estoy enamorado de Marta, y yo no lo sabía...

La tarde en que el *jockey* se resolvió a declarar su cariño a la joven, ésta le oyó sin inmutarse, con esa frialdad que inspiran las confesiones poco deseadas y que se han visto llegar lentamente.

—Por mí—dijo—no hay inconveniente; usted me parece un hombre bueno..., eso es lo principal. Pero necesito saber la opinión de mi padre: yo no hago nada sin su consentimiento.

—En tal caso—repuso Juan—, hablaré con él...

—Como usted guste.

La conversación de Juan Thom con el señor Gustavo se redujo a una cuestión de números: la dote de Marta no llegaba a quince mil francos; Juan no tenía mucho más, y con treinta mil francos nadie se establece decorosamente. Tímidamente, Juan insinuó sus deseos, cada día más notorios, de retirarse al campo. El tabernero le interrumpió: Marta, acostumbrada al bullicio alegre de París, no querría vivir en un pueblo, y menos separada de su padre.

—Yo no la he interrogado acerca de esto—terminó—; pero la conozco y creo que no accederá...

Ante el señor Gustavo, saludable, hercúleo, casi rico, con el crédito que le daba un negocio boyante y la obediencia de la mujer amada, el pequeño Thom se sentía anonadado y minúsculo. ¡Y si él hubiera podido oponer a las exigencias, un tanto impertinentes de su presunto suegro, la afirmación de que Marta le quería!... Pero la joven se lo había dicho claramente: «Yo no hago nada sin consentimiento de mi padre». No tenía, por lo tanto, armas con que luchar y debía someterse a que la parte enemiga decidiera.

—Y más tarde—prosiguió el tabernero, triunfante—, cuando vengan los hijos, ¿qué harían ustedes?

El *jockey*, sin levantar los ojos del suelo, movía la cabeza reconociendo con aquel signo afirmativo que el señor Gustavo tenía razón.

—Trabaje usted algunos años más —concluyó el tabernero—, y ya veremos. Mi hija todavía no necesita casarse. ¿Sabe usted qué edad tiene?...

—Tendrá... ¿veinte años?

—Diecinueve, nada más. Es demasiado joven.

—Sí, ella es joven—repuso Thom suspirando—; ella puede esperar... ¡ya lo creo!... Pero yo, no; yo voy siendo viejo...

A pesar del resultado negativo de aquella primera gestión, Juan Thom continuó yendo a la taberna casi todas las tardes. Unas veces cenaba allí, y luego, mientras bebía su café y fumaba dos o tres pipas, se abismaba en la lectura de un periódico; otras, en que tenía prisa, tomaba un *box*, y se iba. Marta, en pie delante de él, las manos en los bolsillos de su delantalito blanco, le despedía con una sonrisa amable.

—Buenas noches, señorita Marta.

—Buenas noches, señor Thom; hasta mañana.

Esta despedida trivial, en que había como un deseo de volver a verle, consolaba al *jockey*.

—Si no volviese—se decía—creerían que me considero ofendido y hablarían mal de mí.

Los lunes, que eran días de poco trabajo, el señor Gustavo y su hija cenaban con él. El tabernero era muy aficionado a las carreras de caballos, en las que todos los domingos arriesgaba tres o cuatro luises. La amistad del pequeño Thom le había sido muy útil; gracias a él llevaba ganados en aquellos dos últimos meses más de cuatro mil francos, y estos le inspiraban un fuerte agradecimiento hacia el *jockey*.

—¿Cómo se las arregla usted—decía—para conocer tan perfectamente la condición de cada caballo? Si yo poseyese tal habilidad, le aseguro que, antes de llegar a viejo, sería millonario.

Inmóvil y pálido como una figura de cera, Juan Thom replicaba guiñando los ojillos:

—Ese es un don que no se adquiere en ninguna parte. Yo no «estudio» al caballo que voy a montar: yo lo «adivino».

Hablaba de *Rick*, que era su pasión, su orgullo; describía su complexión, su color, la expresión de su mirar, su aliento soberano.

Para distraer a sus interlocutores y convencerles de que los mejores caballos son los alazanes oscuros o tostados, refirió una historia que oyó contar siendo niño, a su amo y maestro, don Pedro del Real.

Decía la leyenda que cierto *cheik* ciego iba guiado por su hijo, huyendo

de un tropel de furiosos fugitivos enemigos. «Hijo—preguntó él—: ¿qué caballos montan nuestros perseguidores?» «Caballos blancos, padre.» «Entonces llevémosle por donde haya sol, porque bajo el sol se derriten como si fuesen de nieve...» Transcurrieron así varias horas, pasadas las cuales, tornó a preguntar el *cheik:* «Hijo, ¿cómo son los caballos que oigo galopar detrás de nosotros?» «Son negros, padre.» «Pues procura llevarlos por terrenos ásperos, porque a fuer de casquiblandos se romperán los cascos en el suelo»... Pero luego, como sintiese que el estrépito de sus acosadores resonaban más cerca, volvió a informarse del color de los caballos que aquéllos montaban, y al saber que eran alazanes, exclamó: «En tal caso, lo mejor es ocultarnos y dejarles pasar. De lo contrario somos muertos.»

—Y así es *Rick*—concluyó Juan Thom—, como esos caballos árabes que corren sin sudar, durante todo el día, bajo el sol del desierto.

Proseguían charlando hasta las nueve y media o las diez de la noche, hora en que el *jockey*, que necesitaba madrugar se retiraba. Al marcharse, el tabernero, más afectuoso que antes, le acompañaba hasta la puerta, mirándole con los ojos de enternecimiento y simpatía, que parecían decirle: «No crea usted que he olvidado la conversación que tuvimos una tarde: mi hija y yo pensamos en usted.»

Una noche, el señor Gustavo y Marta invitaron a Juan Thom a cenar; los dos parecían preocupados y hablaron poco. A los postres, el bordolés preguntó:

—Diga usted, amigo Juan: ¿usted tiene mucha confianza en *Rick?*

—Tengo más confianza en él—repuso gravemente el *jockey*—que en mí mismo.

Hubo un largo silencio que desconcertó a Thom. Aquella pregunta inesperada acababa de precipitarle en un abismo de dudas. Los dos hombres se miraban, fumando sus pipas: Marta leía un periódico. El señor Gustavo fué quien habló primero:

—*¿Rick* no ha sido nunca vencido?

—Jamás—replicó Thom, cuyos ojuelos llamearon de soberbia.

—Es que el mejor caballo, en un momento cualquiera, puede flaquear..., despistarse.

—¡Pero éste no!—interrumpió Thom orgulloso y magnífico—; yo respondo de él. ¡Bajo mis rodillas *Rick* es invencible!

En aquel instante el pequeño *jockey* aparecía transfigurado y mejorado; su perfil simiesco temblaba de emoción. Marta había dejado de leer y fijaba en él una mirada rectilínea de curiosidad y de sorpresa.

El señor Gustavo descargó un formidable puñetazo sobre la mesa, y levantando mucho la voz, en una sincera explosión de generosidad:

—Pues si así es—dijo—, Marta juega los quince mil francos de su dote a *Rick*... ¡Y se casan ustedes!...

Un livor cadavérico cubrió las mejillas pecosas y enjutas del *jockey*, y un fuerte temblor sacudió su pobre cuerpo enano.

—¿Es verdad, Marta?—balbuceó—, ¿es verdad lo que dice el señor Gustavo?

Y la joven, sonriendo apenas, repuso:

—Sí, señor Thom: mi padre lo ha dicho...

Juan Thom sintió que la emoción le ahogaba: el agradecimiento y la alegría arrasaron sus ojos en lágrimas, y rompió a llorar.

—¡Gracias!—tartamudeaba—, ¡muchas gracias!... ¡Ya soy feliz..., ya no dudo!... ¡Marta será mía!...

Calló, y sin saber qué hacia, se puso en pie; pero en seguida tuvo que sentarse. Estaba deslumbrado: ante sus ojos acababa de pasar una gran luz.

★

Las carreras del Gran Premio, que se disputaban sobre el *turf* de Longchamps, despertaban aquel año extraordinario interés. Se hablaba de una apuesta de quince mil francos pendiente entre el conde Narciso y un *sportman* inglés dueño de *Cromwell*, que había ganado el premio Diana

y era tenido por el corredor más fuerte de los hipódromos británicos. Los periódicos de *sports* aseguraban que la lucha entre *Cromwell* y *Rick* sería emocionante; era la primera vez que aquellos dos corredores, hasta entonces invencibles, iban a medir sus fuerzas. Muchos inteligentes votaban por *Rick*; otros, en cambio, decían que las facultades del llamado, por antonomasia «el primer caballo de Francia», iba declinando, mientras que *Cromwell*, más joven que su glorioso enemigo, alcanzaba la plenitud de su vigor.

Juan Thom, por su parte, no dudaba de la victoria y a solas en la caballeriza con *Rick* le abrazaba y besuqueaba hablándole de su próximo combate, donde era necesario vencer, porque de ello dependía su boda con Marta.

—¡Si supieses cuánto la quiero!... Esa mujer puede hacerme dichoso, *Rick;* ayúdame a lograrla. ¿No te gustaría a ti verme contento?

Enternecido por sus propias palabras, el *jockey* sentía que su amor hacia *Rick* desbordaba trocándose en gratitud honda y jugosa; *Rick* le escuchaba derribando las orejas hacia atrás, bajando la cabeza para que su jinete le rascase la frente; y luego alzaba el cuello poderoso, con un resoplido de ufanía.

De repente, como por ensalmo, la adversidad vino a destruir los planes de Juan Thom. A principios de abril, mes y medio antes de verificarse las carreras del Gran Premio, falleció el conde Narciso, y su hijo y heredero, con quien meses antes el pequeño Thom había tenido un disgusto, despidió al *jockey*.

Aquella noche Juan refirió llorando al señor Gustavo la desgracia que le abrumaba. Estaba fuera de sí. La pérdida de *Rick* le enloquecía, no porque el pan fuese a faltarle, pues el amo de *Cromwell*, apenas supo lo ocurrido, le mandó llamar, sino porque él amaba a *Rick* y parecía que con éste le quitaban la historia de todos sus triunfos. En aquellos primeros momentos de pesadumbre desgarradora, el *jockey* no hablaba de su porvenir ni de su amor a Marta; sólo hablaba de *Rick*, que era su pasado; pasado magnífico, glorioso, con una selva de laureles.

—Yo le he visto nacer—decía llorando—, yo le he amaestrado como ningún otro caballo lo fué..., ¡es el fruto de todos mis estudios!... Sin él mi fama se derrumbará, porque ya he perdido las ganas de trabajar, y seré uno de tantos...

Era ya tarde, y el señor Gustavo, apenas se marcharon los últimos parroquianos, cerró la taberna. Después puso sobre la mesa del *jockey* tres «dobles» de cerveza, encendió con aire preocupado su pipa, y sentado a horcajadas en una silla, esperó. Marta observaba a Thom sin comprenderle, hallando un poco ridícula aquella pasión de artista. Pero las lágrimas del *jockey* habían emocionado el corazón meridional del tabernero.

—No hay que desesperarse—dijo—. ¡Trueno de Dios!... Usted, por lo visto, es de los hombres que naufragan en un buche de agua.

—Yo, ¿por qué?... ¿Acaso no tengo motivos para desesperarme? ¿No comprende usted que este accidente destruye todos mis planes?...

—A eso voy. Yo le prometí a usted jugar a *Rick* los quince mil francos de la dote de Marta...

—Sí, señor.

—Pues yo no me arrepiento jamás de lo que ofrezco; de modo que si no los juego a *Rick*, los jugaré a *Cromwell*... Vaya..., ¿está usted contento?...

Juan miraba al suelo sin contestar. Las palabras generosas del tabernero no parecían haberle alegrado. El señor Gustavo continuó:

—Yo tengo en usted confianza inmensa, y me parece que no perderemos la apuesta, ¿eh?... Diga usted, creo que no la perderemos...

Hubo un silencio, durante el cual Marta miró ahincadamente al *jockey*, como subrayando con los ojos lo que acababa de decir su padre. Juan Thom permanecía inmóvil y callado; estaba muy colorado, su respiración era un jadeo, sus ojuelos azules se dilataban en el círculo de sus pestañas ro-

jizas. Temblaban sus mejillas pecosas. Aquel silencio, que parecía disimular una duda, alarmó al tabernero.

—¿Usted ha visto a *Cromwell?*

Maquinalmente el *jockey* replicó:

—Lo he visto.

—¿Qué edad tiene?

—Siete años.

—¿Y es realmente un animal magnífico?

—Soberbio.

—¿Y lo montará usted a gusto? ¿Se siente usted capaz de vencer con él?

Hubo otra pausa. El pequeño Thom se oprimía las manos una contra otra haciendo crujir los dedos.

El tabernero se impacientó. Una nube de desconfianza sombreó su frente.

—Porque debemos hablar clarito—exclamó—: si usted no está seguro de ganar..., ¡qué diablos!..., ¡no hay nada de lo dicho!...

Y Marta, que sin duda pensaba con zozobra que los quince mil francos de su dote podían perderse, agregó suavemente:

—Yo también soy partidaria de esperar; ¿no le parece a usted, señor Thom? Tendremos paciencia.

Estas palabras cautelosas de prudencia y de desamor, sacudieron el cuerpecillo del *jockey,* que miró a Marta fieramente. La joven parecía resignada, y la serenidad de su actitud ratificaba la decisión de su padre. Juan Thom sintió que aquel último baluarte de su felicidad se le escapaba también, y su orgullo de jinete y su cariño hacia Marta le devolvieron su vigor derrotado.

—Pueden ustedes apostar por mí —exclamó—; y no hablemos más de esto. *¡Cromwell* vencerá!

Vacilante, el tabernero, se atrevió a objetar:

—¿Y si se equivoca usted?

—No, señor.

—Sería horrible que usted, llevado de su buen deseo...

El *jockey* le interrumpió con un gesto vertical y magnífico de emperador.

—Repito que no me equivoco—dijo—: yo sé lo que prometo. *Cromwell* vencerá.

Durante los cuarenta días que faltaban aún para la celebración del famoso concurso hípico, que marcaba la dispersión de la aristocracia parisina hacia las estaciones balnearias, Juan Thom dedicó todos sus afanes a la educación física y moral de *Cromwell.* Era un caballo negrísimo y de alzada gigantesca, fino de extremidades y de cuello; su cabeza fea y grande, tenía un extraordinario poder; al andar había en todo su cuerpo un vaivén de agilidad suprema. El pequeño Thom pasaba los días junto a él, estudiando su condición, acostumbrándose a sus mañas, adiestrándole en aquellos esforzados ejercicios que mayor elasticidad y entereza podían dar a sus músculos, corrigiendo cuidadosamente la calidad de sus piensos. De noche, antes de acostarse, también iba a verle, mimándole, hablándole, procurando voluntariamente dedicarle aquel gran cariño paternal que sintió por *Rick.* Y había en este empeño inútil que ponen las madres en consolarse, con el hijo que les queda, del hijo que se les fué.

También trató de enseñarle aquel grito de guerra que hizo a *Rick* invencible:

—*¡Gruiiii!... ¡Gruiiii!...*

Pero este avatar misterioso no despertaba en *Cromwell* ninguna emoción. El *jockey* que desbravó a *Cromwell,* y pasaba por ser uno de los mejores caballistas de Inglaterra, ¿poseía también algún golpe o palabra que tuviese la capacidad de desbocarle?... Esto era imposible averiguarlo, pues tales secretos los *jockeys* no se los dicen nunca, y Juan Thom se alivió considerando que el grito que trastornaba a *Rick* nadie lo sabía tampoco.

No satisfecho con perfeccionar las excelencias físicas y morales de su nuevo caballo, el veterano *jockey,* aprovechando cuantos detalles pudiesen cooperar al buen éxito de su empresa, construyó una fusta especial, a la vez ingrave y durísima, y mandó fabricar una silla que apenas pesaba dos libras y cuyas aciones de lana y seda tejió él mismo; y, finalmente, sometióse a nuevos mensajes y a severísimos ayunos. Bien pronto apareció

más pequeño, más flaco: su busto se encorvó: acentuóse la canal de su nuca; sus mejillas terrosas, maculadas de pecas, tenían la palidez de los cadáveres; su cabeza chata y puntiaguda de simio llegó a ser repugnante. Una tarde, Juan Thom comprobó alegremente que pesaba menos de cuarenta y cinco kilos.

En la taberna del señor Gustavo no se hablaba más que del Gran Premio. La misma Marta parecía emocionada, como si aquello fuese, más que un asunto de interés, una cuestión de amor propio. Todas las noches, después de cenar Thom, los novios hablaban un ratito. El señor Gustavo, para no estorbarles, cogía un periódico y se sentaba al otro extremo del establecimiento.

«¡Trueno de Dios!—pensaba—; bueno es que los muchachos vayan acostumbrándose el uno al otro.»

Pocos días antes de las carreras, Marta, se mostró más efusiva «más mujer» que nunca.

—Mi padre—dijo—ha visto a *Cromwell* y está entusiasmado; le gusta más que *Rick*.

Y añadió confidencial:

—Creo que en lugar de quince mil francos, va a jugar veinte mil; todo lo que tiene. Si él llegase a decirle a usted algo, ruégole que no se dé por enterado.

El *jockey* asintió; estaba embelesado; aquella súplica inocente le había parecido dulce como una caricia. El, por su parte, vació en Marta su corazón.

—Yo también apostaré a *Cromwell* todas mis economías; treinta mil francos. No es mucho..., pero ¡no tengo más!...

Ella, cariñosamente, le llamó «ambicioso». Con cincuenta mil francos y un poco de orden podían abrir una taberna, o una tiendecita de sombreros para señoras, y vivir tranquilos.

—Yo—concluyó—aprendí cuando niña el oficio de sombrerera, y me gusta mucho.

Oyéndola Juan Thom, entornaba los párpados, sintiendo que la felicidad se la ve mejor con los ojos cerrados.

Luego, tímidamente:

—¿Por qué no vamos a España, a un pueblo?... ¡Oh, deseo tanto vivir en el campo!...

Marta le interrumpió, y hubo en la seca displicencia de su gesto una gran crueldad.

—¡No, eso no! A mí no me gusta el campo, no piense usted en el campo. Yo no quiero salir de París.

Cuando Juan Thom se fué, la joven le acompañó hasta la puerta.

—¡Adiós, Marta!; mañana vendré temprano.

El se alejaba, volviendo a cada dos o tres pasos la cabeza, y ella le saludaba con la mano. Al fondo de la calle había un farol, transpuesto el cual se perdía de vista la taberna. El *jockey* lo sabía y allí se detuvo. La luz caía a plomo sobre él, poniendo un nimbo lechoso a su figurilla mezquina y ridícula. Marta sonreía. Nunca el pequeño Thom le había parecido tan feo.

★

Juan Thom consultó su reloj: las ocho; hora de cenar. Sin perder momento cerró cuidadosamente el armario de luna y miró a su alrededor, cerciorándose de que todo, dentro de su pulcro gabinete de soltero, quedaba limpio y ordenado. En el recibimiento recogió su sombrero que acostumbraba a encajárselo bien sobre el occipital, como hacía en los hipódromos con su liviana gorrilla de *jockey*, y salió. Comenzó a bajar la escalera; sus pies, calzados con botas de charol, pies enjutos, pequeños como los de un niño, rozaban delicadamente los peldaños alfombrados.

Al llegar al portal le entregaron una tarjeta roja con filetes dorados, que olía a heliotropo. En el fondo bermejo y satinado del cartoncillo aparecía en carácteres blancos, de la más fina escritura inglesa, un nombre de mujer: Ana María.

—Esta tarjeta—dijo la portera—debe de haberla traído la misma interesada. ¿La conoce usted?

El *jockey* alzóse de hombros, ingenuo y desdeñoso.

—No recuerdo.

—Vamos, señor Thom, no sea usted hipócrita...

A la insinuación maliciosa de la portera, sonriente, el diminuto Thom opuso un gesto escéptico y triste.

—Demasiado sabe usted que las mujercitas no me preocupan.

—Ya lo sé, señor Thom.

Y al reconocerlo así, la buena mujer, que había tenido varios hijos, suspiró y miró a su inquilino con esa sincera piedad que inspiran a las madres de familia los hombres que llegaron a viejos sin haber sido amados. Agregó:

—Si quiere usted esperar a esa señora..., dijo que volvería en seguida, que tuviese usted la bondad de aguardar un poco...

Juan Thom examinaba la tarjeta perplejo, con ese aire idiota que adquiere el semblante de la persona a quien le dan a leer un libro escrito en un idioma que no comprende.

—No sé...—murmuró—; no sé... ¿Y si tarda?...

En aquel momento penetró en el portal una joven alta y rubia, que avanzó hacia el *jockey* con el aplomo de la mujer que está segura de agradar.

—¿El señor Thom?...

—Servidor de usted.

—Esta tarde le dejé mi tarjeta...; deseaba hablar con usted.

—Estoy a sus órdenes; si quiere usted molestarse en subir a mi cuarto...

Ella le examinó curiosamente, sorprendida de que aquel hombrecillo que en los hipódromos parecía llevar a la Fortuna bajo las rodillas, fuese visto de cerca, tan mezquino y tan feo.

—No—dijo—, podemos dar un paseo; mi auto nos llevará a donde usted guste.

Salieron. En la esquina más próxima esperaba el automóvil de Ana María. La desconocida subió la primera, y al apoyar su pie sobre el estribo, todo su cuerpo espléndido tuvo una larga oscilación voluptuosa. Cerca de ella se acomodó Juan Thom; sus pies apenas podían tocar el suelo; en la amplitud del vehículo, el pequeño *jockey*, con su rostro anémico y flaco y su sombrero metido hasta el cogote, daba la impresión de un enano enfermo.

—¿Adónde quiere usted ir?—preguntó la joven.

—Me es igual—repuso Thom cortésmente—; dirija usted.

—No..., porque no querría turbar el plan que se hubiese usted trazado para esta noche. ¿Usted ha cenado?

—No, señora.

—¿Quiere usted cenar conmigo?

El *jockey* iba a responder afirmativamente, pero la imagen de Marta, revivió de súbito en su memoria, y aquel recuerdo le intimidó y turbó como una acusación. Empezó a balbucear:

—Con mucho gusto..., sí..., pero..., me había comprometido..., una familia, con la que no tengo confianza, me espera, y...

Ella comprendió.

—Es igual—dijo—; otra noche será. ¿Dónde le aguardan a usted?

—Muy lejos; más allá de Neuilly...

—No importa; para los automóviles no hay distancias.

Y ordenó al chófer:

—Hacia la Puerta Maillot.

Después, volviéndose confidencialmente hacia el *jockey*, agregó:

—Lo que necesito comunicarle se dice pronto.

Rápidamente demostró conocer la historia de su interlocutor durante aquellos dos últimos años. Juan Thom sonreía, asombrado y contento. Ella le citó nombres de caballos célebres, le habló de *Rick* y de sus éxitos más notables; su conversación fácil, en la que barajaba familiarmente nombres de *jockeys* y de *sportmen* célebres, probaba que Ana María conocía perfectamente la vida íntima de los hipódromos. Las carreras de caballos la exasperaban, y en ellas había disipado y rehecho su fortuna varias veces. Aquella pasión insensata la arrebató sus amantes más generosos, que la dejaron, cansados de malgastar dinero. El año anterior había perdido cerca de medio millón de francos. También habló de *Cromwell*.

—El objeto de mi visita—añadió—es saber, con fijeza absoluta, si usted está seguro de triunfar con *Cromwell*.

El rostro de Juan Thom adquirió una expresión cerrada, impenetrable.

—No puedo—dijo—responder categóricamente a su pregunta. Todos los *jockeys* peleamos sobre el *turf* con absoluta buena fe; usted lo sabe... Hacemos cuanto podemos, cuanto sabemos... pero no es lo mismo tener «la esperanza» de vencer, que «la seguridad» de vencer.

Su locutora le interrumpio con una sonrisa...

—Todas esas son «palabras»... señor Thom, y yo no me doy por satisfecha con tan poco. Necesito y merezco saber más. Sea usted franco; no tema usted. Yo soy Ana María, la hermana mayor del marqués de Laverie. Ya sabe usted que no trata con una persona extraña.

Prosiguió hablando con voz persuasiva. La afligían grandes deudas y, para salir de ellas estaba pronta a jugarse todas sus economías: medio millón de francos. Pero ¿a cuál de los dos principales corredores? ¿A *Cromwell*... a *Rick*?...

Había tomado entre sus manos enguantadas la diestra, flaca y dura, del *jockey*.

—Prescinda usted por un momento —murmuró—de su orgullo. Yo sé que pido mucho. Los artistas, y usted lo es, antes que hombres son artistas... Pero no olvide que, si es usted bueno para mí, yo sabré ser muy generosa para usted...

El pequeño Thom tembló, y sus mejillas pecosas se colorearon ligeramente. Balbuceó:

—Siga usted...

—Yo necesito saber—continuó Ana María—si *Rick* ha sido invencible porque usted lo montaba, o si, por el contrario, usted ha sido invencible porque montaba a *Rick*. Si lo primero, apuesto por *Cromwell;* si lo segundo, apuesto por *Rick*.

Juan Thom iba a condenar a *Rick*, pero se contuvo.

—*Rick*—dijo—vale mucho.

—Y ¿vencerá?

—No, señora. Vencerá *Cromwell*.

—¿Por qué?

—Y ¿para qué quiere usted saber la razón?... Conténtese con estar segura de que la victoria será mía..., nuestra...

Y, repentinamente, como si tuviese prisa en ponerle rápido término a la entrevista, añadió:

—Yo tengo novia, señora... y, mi novia..., con quien pienso casarme este verano, juega toda su dote a *Cromwell*.

Esta confesión varió el rumbo del diálogo, cual si a partir de aquel instante, la imagen de Marta se hubiese instalado entre ambos interlocutores, separándoles.

—¿Ganaremos, señor Thom?—insistió Ana María.

—Ganaremos, señora; no lo dude usted.

El automóvil se detuvo. Ella preguntó:

—¿Hemos llegado?

El *jockey* miró al través de los cristales y reconoció aquel farol desde donde se perdía de vista la taberna de Marta.

—Sí; hemos llegado.

Apeóse del vehículo, y sus manos esqueléticas estrecharon cordialmente las manecillas cariñosas de Ana María.

La joven exclamó:

—Después del Gran Premio, búsqueme usted. Quiero que su mejor regalo de boda sea el mío.

★

Llegó la tarde en que los mejores caballos de Europa iban a disputarse los cien mil francos del Gran Premio. Una muchedumbre cosmopolita llenaba el perímetro enorme de Longchamps: las avenidas que conducen al hipódromo retemblaban bajo las ruedas fugitivas de millares de coches; los trajes claros de las mujeres endomingadas pintaban alegres manchas rojas y blancas sobre el fondo verde de los árboles; un murmullo de voces invadía el espacio; la luz cegaba; en el cielo azul las banderas tricolores flameaban jubilosas bajo la caricia del sol.

La Prensa de aquella mañana había soliviantado el ánimo de la multitud.

Varios periódicos, entre ellos *Le Journal*, apostaban por *Rick* y recordaban su historia, aquella historia sin derrotas por la que mereció ser llamado «el primer caballo de Francia». En cambio el diario *Les Sports* votaba por *Cromwell* y publicaba su retrato. Esto enardecía y sobre el *turf* de Longchamps las apuestas se multiplicaban, equilibrándose.

Ante el palco del presidente de la República, y bajo el ávido mirar del mundo elegante de las tribunas, los caballos iban y venían inquietos, mirándose con ojos recelosos y ardientes, esperando entre azorados y coléricos el momento del combate.

A lo largo de la valla que rodeaba el circuíto, se apiñaba impaciente la multitud, codeándose, levantándose curiosa sobre la punta de los pies. En lo alto de los coches que ocupaban el centro del *turf* oscilaba una muchedumbre de sombrillas blancas y bermejas; la brisa, al ceñir el cuerpo de las mujeres los finos trajes vernales, dibujaban indiscretas ampulosidades llamativas.

La aparición de *Cromwell* fué saludada con nutridos aplausos por un grupo de ingleses. Juan Thom, impávido bajo su gorrilla roja, paseó sobre aquellos millares de cabezas una mirada de indiferencia y apenas correspondía a la sonrisa confortadora que Marta y su padre le dirigieron desde la tribuna. Sus piernecillas, metidas en prietos calzones blancos de punto, oprimían como en un crispamiento el ancho lomo de su cabalgadura, y el busto blandengue se encorvaba dentro del prestigio de la blusa sangrienta, cuyo arrebatado color acentuaba la demacración amarillenta del rostro.

Juan Thom estaba triste. En aquellos últimos días, y bien a pesar suyo, había pensado mucho en *Rick;* él recordaba que su querido caballo la víspera de las grandes carreras se mostraba impaciente, sobresaltado, como si le mordiese un presentimiento. Entonces era cuando él lo acariciaba, le decía palabras amistosas, le explicaba que estaba enamorado de Marta y que necesitaba a todo trance casarse con ella. Pero aquella unión rara y dulce pasó, y los que fueron como hermanos, ahora, un vaivén clownesco de la suerte, eran enemigos.

Un problema terrible atenaceaba en tales momentos el alma del *jockey.*

«Si gano la carrera—pensaba—me caso con Marta y aseguro mi porvenir, mi felicidad. Pero si *Cromwell* vence, *Rick,* que es mi pasado, mi historia y también mi presente, pues lo que soy no es más que el reflejo de lo que fuí, queda deshonrado... y ya no será tenido por el *mejor caballo del mundo.*»

Y, por primera vez, dentro del alma genial de Juan Thom, el artista y el hombre se encontraron frente a frente.

Los franceses, a quienes disgustaba tener a su *jockey* favorito combatiendo a Francia sobre un caballo inglés, le dirigieron algunos denuestos; en tanto el pequeño Thom, impasible y pálido como un muñeco de cera, consideraba que quienes así le inculpaban tenían razón, y que lo que iba hacer, bajo los auspicios del pabellón británico, era una falta de patriotismo. Desde la tribuna primera, Ana María, espléndida, vistosísima con su sombrero de plumas, le saludaba recordándole lo prometido.

Un grupo de corredores se acercaba. Tras ellos iba *Rick,* solitario, inquieto, aislado de todos por su poderosa personalidad. Al ver a su antiguo jinete, el noble caballo relinchó, y su relincho extraño parecía decir que aquella tarde la historia gloriosa de uno de los dos quedaría rota. Los ojos de Juan Thom se llenaron de lágrimas.

Ya los *jockeys* habían sido pesados. La carrera iba a empezar. El juez de salida, el de campo y el de llegada, ocupaban sus puestos. Los espectadores se estrechaban a lo largo de la pista, estirando el cuello, para no perder ningún detalle de aquel instante breve y magnífico, del «arranque». En la amplitud verde del hipódromo la muchedumbre osciló como una ola inmensa.

Llegó el momento. Los *jockeys,* vestidos unos de amarillo, otros de azul, o de verde, o de rojo, procuraban dominar la impaciencia fugitiva de sus

cabalgaduras para colocarlas en la misma línea. Pero la operación era difícil, porque los ardientes animales no sabían estarse quietos. Poco a poco, sin embargo, iban reduciéndolos a la obediencia. Hubo, al fin, un momento en que el juez de salida, creyó que estaban bien formados. Entonces vibró una campana: los caballos partieron...

Al principio, avanzaron juntos, formando una masa palpitante y terrible. Corrían con el vientre cerca del suelo, los ollares hinchados por la cólera, los cuerpos alargados y como dislocados en una contorsión titánica. Los *jockeys*, de pie sobre los estribos, les estimulaban atacándoles sañudamente con las espuelas y golpeándoles con sus fustas rellenas de plomo.

Pero en seguida comenzaron a distanciarse: uno de ellos, al arrancar, se amorró demasiado y rodó por el césped; otro jinete trató de «hacerle el juego» a un compañero, se despistó y quedó fuera de combate. Los demás continuaron.

Bien pronto *Rick*, que había tomado cuerda, ocupó la delantera huyendo con aquel correr suyo poderoso y tranquilo, como el vuelo de las águilas. Junto a él iba *Cromwell*, menos corpulento pero corajoso y ardiente como *Al-Borak*, la yegua hadada que llevó a Mahoma, en espacio de una noche, desde la Meca a Medina...

La lucha entre aquellos dos modelos de energía y voluntad, era asombrosa. En el segundo tercio de la carrera, Juan Thom, que se había limitado a impedir que *Rick* se le adelantase, alzóse sobre los estribos y comenzó a fustigar furiosamente las ancas de su cabalgadura; sus espuelas cruzaron los los ijares palpitantes del animal de líneas rojas. *Cromwell*, enardecido por el dolor, aventajándose a sí mismo, adelantó más..., y más...

Durante algunos segundos, *Cromwell* y *Rick* pelearon sin sacarse ventaja, y sus *jockeys* sentían el calor magnético de los millares de miradas que los perseguían acosadoras. Momento magnífico. Iban pálidos, sudorosos, jadeantes, medio ahogados en la velocidad asfixiante de la carrera. Al fin, y bajo la fusta incansable de Thom, *Cromwell* avanzó..., avanzó lentamente... semejante a un águila que volase a ras de tierra.

Un grito formidable tronó el espacio.

—¡Pierde *Rick!*—exclamaron millares de voces—; *¡Rick* pierde!...

Francia iba a quedar vencida; los ingleses aplaudían. Juan Thom miró de reojo y vió junto a su rodilla la querida cabeza de su caballo, que parecía llorar despidiéndose de él para siempre, en la vergüenza irremediable de la derrota. Aquella mirada inteligente y desesperada traspasó el alma del *jockey;* Juan Thom pensó que lo que hacía estaba mal hecho, porque iba a destrozar la larga historia triunfal de *Rick*, y *Rick* no era responsable de que Ana María quisiera rehacer su fortuna, ni que él se hubiera enamorado de Marta, ni de que la dote de Marta fuese tan pequeña...

Una vez más el artista vencía al hombre, y entonces Juan se olvidó de sí mismo, de su amor, de sus treinta mil francos... y echando el cuerpo fuera de la silla lanzó aquel alarido extraño, gutural, que hacía de *Rick* invencible.

Los dos corredores enfilaron el jalón de distancia, plantado por cien metros antes de llegar a la meta.

—*¡Gruiiii!*...—gritó el *jockey*—*¡Gruiiii!*...

Y *Rick*, fuera de sí, bebióse la brida y brincó, dejando atrás a *Cromwell*, arrastrando así sañudamente por el suelo, como si fuese un cuerpo muerto, todo el porvenir de Juan Thom.

No obstante, aquella tarde, al volver de Longchamps entre las curiosidades de la muchedumbre que le miraba con un poco de lástima, la frente triste del pequeño Thom era noble y altiva como la de un rey...

Madrid, mayo de 1909.

DON PACO EL "TEMERARIO"

1

Poco antes de las once, el matrimonio se acostó, que en el campo, las gentes, imitando el saludable ejemplo de los animales, se recogen temprano. Doña Ofelia, de temperamento apacible y metidita en duras, abundantes y blanquísimas carnes, se durmió en seguida, de espaldas a su esposo; en cambio, don Paco no podía conciliar el sueño, y aunque tenía los ojos herméticamente cerrados, sentía que tras ellos el espíritu maquinador y saltarín lo correteaba, bañado de luz. Transcurrido cierto tiempo, esa claridad íntima, huella, sin duda, de la del sol, que prende en las conciencias insomnes con una especie de aurora boreal, comenzó a enervarle. Hacía calor, y las sábanas, aunque finas, le rozaban la piel desagradablemente. Por dos veces se le figuró que respiraba con dificultad, cual si en el aposento faltase aire, y el crujido de un mueble le estremeció de cabeza a pies, igual que si acabase de recibir un latigazo. El silencio arcano del campo también le deprimía.

«A ser supersticioso—meditó—, diría que alguna persona, que me quiere mal, se acuerda de mí...»

Asimismo le pareció que el colchón era duro y que le molestaba el pistolón —máximo calibre—que todas las noches deslizaba valerosamente debajo de la almohada. También le asaltó el temor de que aquella arma, por sí sola, se disparase. De su mujer la respiración monorrítmica y hondamente tranquila, contribuía a irritarle. El cuerpo le picaba, y con ambas manos se dió una minuciosa rascadura. Luego pensó: «¿Y si toda esta inquietud, este desasosiego que no atino a explicarme, anunciase un peligro?...»

Apenas esta consideración le cruzó el espíritu cuando, involuntariamente, se le desunieron los párpados y vio sobre el rectángulo blanco que la ventana, abierta y llena de luna, recortaba en una de las paredes del dormitorio, varias sombras extrañas que se movían; unas sombras largas, fuertes, semejantes a brazos acometedores y voraces.

Transido de espanto, que no llevado de su valentía, don Paco, de un bote, se incorporó, a la vez que experimentaba un latido doloroso en la nuca, y el corazón le palpitaba violentamente. Con el terror, que al par que dilata el iris contrae los capilares que riegan el ojo y lo dejan anémico, él sobrecogido no veía; o más exactamente: no comprendía lo que miraba. Entremezcladas con aquellas sombras, cuya virtud petrificadora renovaba la fábula de los cabellos de Medusa, aparecían las de los barrotes que defendían la ventana, y faltaba averiguar si tales simulaciones o apariencias antropomórficas nacían dentro de la habitación o allende la reja. Bajo el hielo de esta duda quedóse don Paco inmóvil, desarmado, yerto y con el magín completamente vacío; mas considerando luego que aquellas sombras que se pintaban sobre la albura del tabique eran las de unos brazos asesinos que le buscaban, vehementes, para estrangularle, en vez de apercibirse a una lucha temeraria, se acolloñó y desmoralizó de manera que, desentendiéndose del tremendo peligro a que su mujer quedaba expuesta, sólo pensó en alebrarse debajo de las sábanas. A continuación, según la conciencia razonadora abríase camino, otra idea surgió a tiempo de evitarle la comisión de un gesto tan villano como el de esconderse, y entonces, repentinamente aliviado, irguió la cabeza y sintió que el calor de la serenidad le subía a las mejillas.

«¿Y si fuesen los árboles del jardín—se dijo—los autores de esa zarabanda fantasmal?...»

Así era, en efecto; y concentrando mejor sus miradas en el trozo de jardín, anegado en lechosa claridad astral, que aparecía al otro lado de la ventana, pudo cerciorarse de que el cauteloso vaivén de las sombras que tanto le habían empavorecido correspondía puntualmente a los titubeos que la brisa imprimía al ramaje de los eucaliptos plantados delante de la reja. Y no bien lo comprobó cuando renació su personalidad, y su frente y su espalda resorbieron, como por ensalmo, el vergonzoso mador con que su poltronería y mezquindad de ánimo las había cubierto.

Seguidamente, e impulsado a ello por un deseo de rehabilitación, experimentó la necesidad de lavarse, de purificarse ante sus propios ojos, realizando algo que, si no heroico, fuese teatral, y sacando rápidamente de debajo de la almohada el pistolón, saltó del lecho resuelto a parodiar lo que cualquier hombre valeroso, al creerse agredido, hubiera intentado.

La brusquedad de su movimiento despertó a Ofelia, quien, advirtiendo la bélica actitud de su marido, se solivió, los hermosos ojos desencajados por la sorpresa y los labios lívidos.

—¿Qué es eso, Paco?—balbuceó—. ¿Qué sucede?...

El replicó entre dientes y señalando hacia la ventana:

—Chist..., no hables..., calla...

Procuró la joven traducir el significado de aquel ademán; llena de buen sentido, lo relacionó con las sombras que corrían por la pared y, más valiente que su consorte, exclamó:

—No te asustes: son los árboles...

Mas don Paco la acobardó y redujo a silencio, acercándose a ella y musitando con voz silbante, al mismo tiempo que sus cejas se fruncían espantosamente:

—Son ladrones... Dos... Yo vi dos, pero creo que eran más... Estaban ahí, forcejeando con los barrotes de la reja; querían doblarlos para entrar...

Al escuchar estas terribles palabras sintió Ofelia que las piernas se le enfriaban y hasta que se la disgregaban del tronco, pues trató de moverlas y no pudo. Halló, sin embargo, en su amor fuerzas para decir:

—Ten cuidado. ¿Qué vas a hacer?...

Don Paco sonrió de un modo feroz:

—¿Tú me conoces y me preguntas lo que voy a hacer?... Salir en busca de esos malandrines y, si consigo darles alcance, tumbar un par de ellos.

Aunque estaba en calzoncillos, y el señor de Mariondo, poco atento a las innovaciones de la moda, los usaba largos y con cintas en las perneras, la intrepidez de su propósito y el arma que esgrimía mejoraban la ridiculez de su figura y hasta la embellecían. Ella, admirada y repentinamente más enamorada de su hombre, gritó, uniendo las manos en actitud rogante:

—¡No salgas, Paco!... Por mí... ¡No salgas!

Ordenó él, inflexible y callandito siempre, lo que acreditaba cuán avezado estaba a esta clase de lances y el heroísmo con que a sí propio se dominaba.

—Silencio. Tú no te muevas.

Autosugestionado por el melodrama que iba improvisando, y *metido*, al igual de cualquier gran comediante, dentro del papel heroico que representaba, acercóse a su mujer y, encañonándola, murmuró:

—Si te mueves, te abraso.

Lanzó ella un quejido tan débil y sin esperanza, que creyérase había de ser el último, y dejándose ir de espaldas, con las almohadas y las sábanas a la vez se tapó la cabeza. Entonces don Paco, a largas trancadas y descalzo—tal era la impaciencia que le encendía—, corrió a la puerta, que abrió violentamente y luego cerró por fuera para evitar que Ofelia le siguiera y, sin querer descubriese su farsa. Momentos después, en la paz infinita de la noche tibia, fragante y cuajada de estrellas, resonó un disparo, al que inmediatamente respondió un coro de ladridos furiosos. Enloquecida y sin acordarse de recatar sus desnudeces, la señora de Mariondo se abalanzó a la ventana, donde la luna la envolvió

en la fría neblina plateada de su resplandor, y empezó a gritar:

—¡Paco!... ¡Paco!...

Manuela, la vieja criada que el matrimonio tenía a su servicio desde hacía años y que dormía al otro extremo de la casa, en un aposento paredaño de la cocina, despertose con el ruido y, reconociendo la voz de su ama, lanzóse precipitadamente en su auxilio, clamando:

—¿Qué sucede, señora?... ¡Por Dios!... ¡Allá voy!... ¿Qué sucede?...

Como iba medio dormida, tropezó en una silla y cayó al suelo, causándose gran daño; pero era sufrida, y entre reniegos se enderezó y siguió adelante.

En aquel momento, de elevadísima temperatura dramática, don Paco, con aparente y magnífico desprecio de su vida, abría la puerta del jardín.

—¡Canallas!... —murmuró, rencoroso—. ¡Cobardes!...

Y agachándose un poco como para afinar mejor la puntería, hizo fuego. Avanzó luego un paso, dos..., hincó una rodilla en tierra y tornó a disparar.

—¡Este ya es mío!—le oyó decir Ofelia.

En seguida le vió incorporarse, dar un salto a la izquierda, cual defendiéndose de alguien que le apuntase desde lejos, e inmediatamente correr hacia adelante con soberbio ímpetu, y desaparecer bajo la densa umbría de los árboles.

—¡Paco! ¡¡Socooorro!!...—gritó la señora de Mariondo, cuyas rodillas se aflojaban.

Manuela, llegando a tiempo de sujetarla vigorosamente por los sobacos, la impidió caer.

—Ladrones...—balbucía la dama—. Son ladrones...

A la anciana sirvienta se la helaron los labios, y el terror dió a su semblante una expresión imbécil.

—La... dro... nes...—repitió torpemente.

Atraídas por el peligro, las dos mujeres acercáronse de nuevo a la ventana, y advirtieron que las detonaciones habían sobresaltado al vecindario, pues varias de las habitaciones de los hotelitos adyacentes estaban iluminadas y por la carretera circulaba gente.

Reapareció don Paco; venía de la parte trasera del jardín, de la lindante con el campo, y de su brazo derecho caído, como extenuado de combatir, parecía colgar la pistola. Traía, además, el paso acansinado y esa laxitud que dejan en los músculos los grandes esfuerzos. Desde el camino, a través de la verja, cubierta de hiedra, que enfrentaba la casa, una voz—la del sereno—le interpeló:

—¿Ocurre algo, don Paco?...

—¿Y ahora lo preguntas?—interrumpió Mariondo despectivamente—. ¡Espérame, que necesito hablarte!...

Avergonzado de su traje interior, precipitóse en el zaguán, adonde, temblorosas y apenas vestidas aún, su mujer y su criada salieron a recibirle. Hiposa y lloriqueando, Ofelia le abrazó sin poder hablar, tan sofocadora era su emoción; circunstancia que el benemérito sirvergüenza aprovechó para decir, en tanto se desasía de las manos que, soboncitas, le acariciaban:

—Estoy ileso. Los que dispararon contra mí se comprende que lo hicieron con miedo.

Entró en su dormitorio, donde, diligente, se vistió su pantalón, y sin otro atavío salió a informar de lo acaecido a las ocho o diez personas a quienes la curiosidad, más que el amor al prójimo, había reunido a la entrada del jardín. Tras él, pisándole los talones, llegó Ofelia, y casi al mismo tiempo, un cabo de la Guardia Civil cuya presencia infundió a la escena inesperada solemnidad.

—Pero ¿qué ha sido eso?—preguntaban todos.

Don Paco comenzó a explicarse, y si alguien hubiese podido ir leyendo en su espíritu, habría admirado la agilidad y la facundia detallista de su imaginación. Habló del insomnio que le acometiera a poco de acostarse, y en el que ahora reconocía una especie de alerta providencial, y de cómo al mirar casualmente hacia la ventana columbró a dos hombres, que trataban de forzar la reja.

—Inmediatamente — prosiguió — cogí

la pistola y salí al jardín. Mis asaltantes no eran dos, como yo había creído, sino tres. Al verme, uno de ellos me disparó un tiro.

Esta declaración inmutó a los circunstantes: al cabo de la Guardia Civil se le enfoscó el rostro, que, dicho sea de pasada, ni aun cuando estaba alegre era de muchos amigos, y doña Ofelia sofocó un lamento. El cabo quiso saber si don Paco había podido fijarse en la cara de su agresor. Mariondo aseguró que lo reconocería en seguida.

—Usa bigote; es más bien bajo que alto; muy moreno..., ancho de espaldas...

Y continuó tras una pausa:

—Viéndome agredido, hice fuego, y los ladrones echaron a correr en dirección al gallinero. Yo les perseguí, pero comprendiendo que se me escapaban, volví a tirar, y estoy seguro de haber herido a uno de ellos cuando, a horcajadas ya sobre la tapia, disponíase a ganar el campo; lo deduzco de la pesadez con que cayó del otro lado...

La Mentira es omnipotente; la Mentira vive de sí misma, fuera del espacio y del tiempo, lo que significa que sus dominios están desacotados, y cuanto la Realidad elabora paso a paso, ella lo improvisa. Don Paco adoraba en esta diosa, que tantas veces fácilmente triunfó de la Verdad, y puesto a fantasear, se le enardecía el cerebro de modo que escalaba las cimas de lo inaudito. La Mentira, que tiene a su servicio al Amor y al Espanto, y sabe convertir en perlas las cuentas de vidrio, protege sin tasa a sus devotos, y con sólo unas cuantas palabras de hechicería les ennoblece, les embellece y les hace interesantes. ¿Cómo resistir a su fascinación?... Es tan hermoso y tan fácil decir: «Cuando yo era príncipe...»

El señor Mariondo, que evidentemente ocupaba un lugar distinguido entre los sumos pontífices de la Patraña, manejaba los hilos sutiles del embuste con destreza perfecta. Así, su relato apasionó a su auditorio; cuál más, cuál menos, todos admiraban su entereza, y los comentarios empezaron, prolijos y machacones. El sereno, a quien su conciencia hacía un poco responsable de lo ocurrido, en su afán de rehabilitarse afirmaba conocer al individuo que había hecho frente a don Paco.

—El — explicaba Mariondo — me tiró desde ahí, desde ese árbol; y la bala, que oí pasar a la altura de mi cabeza, se estrelló en el frontis de la casa.

De los tres disparos que hizo, el gran farsante había dirigido el último, efectivamente, contra su hotel, para que, en caso necesario, la mella del balazo certificase la agresión de que fué objeto y testimoniase el heroísmo de su contrabatida.

—Con objeto de reconstruir los hechos lo más exactamente posible—dijo el de la Benemérita—, tenga usted la bondad de enseñarme el lugar por donde los ladrones huyeron. Yo estoy interesado en que este intento de robo no quede impune.

Muy solícito, don Paco replicó:

—Se lo agradezco mucho; sígame usted.

Y dirigiéndose a su pequeño público:

—Si quieren ustedes venir...

Todos, unánimemente, caminaron tras él. Delante marchaba el sereno, y bajo los árboles, el contraluz producido por la claridad amarillenta de su farol daba al grupo una emoción de ronda.

La única persona que no siguó el general ejemplo fué López-Prieto, el médico, quien aprovechó aquel momento para acercarse a Ofelia y saludarla. Era un hombre como de treinta años, bien plantado, fuerte y de aspecto cordial, que desde hacía tiempo dedicaba a la señora de Mariondo un cortejo fervoroso, aunque recatado. En aquella ocasión el deseo y la prudencia se equiparaban, y pocas veces el amor y la discreción se entendieron tan bien.

—¡Ay, don Vicente!—exclamó la joven, estrechando con su mano, fría y trémula aún, la diestra, un poco dura, del médico—. ¡Si supiera usted el susto que hemos pasado!...

Los labios afeitados de López-Prieto esbozaron una mueca burlona.

—¿Y por qué?...

—¿Cómo?... ¿No acaba usted de oír que han querido asaltarnos?

—¡Si todo eso es mentira!—exclamó el médico, a la vez misterioso y jovial.

—¡Don Vicente!... Pero, señor..., ¿qué dice usted?...

—Conozco a don Paco y le creo incapaz de matar una chinche. Le conozco mejor que usted. Esos facinerosos de que nos hablaba hace unos instantes, no existen: los ha inventado él para echárselas de valentón.

La señora de Mariondo miró a su colocutor de un modo casi hostil; pero pronto sus facciones se dulzuraron.

—Doctor—dijo suavemente—, usted es un incrédulo..., usted duda de todo...

—¡Yo no dudo—atajó con apasionada brusquedad López-Prieto—: yo afirmo!...

Ella, ávida de escuchar las explicaciones que su marido estaba dando respecto al sitio por donde los bandidos habían escapado, empezó a caminar hacia el fondo del jardín, y don Vicente la siguió.

—Unicamente — dijo — por disfrutar el honor de ir a su vera unos momentos más, acepto el sacrificio de continuar asistiendo a esta payasada.

La joven repuso, en tono agridulce:

—Don Vicente, usted no es un buen amigo de don Paco.

—¡Claro que no!... De usted lo soy hasta el crimen: pero de él, no; porque los comediantes no me interesan fuera del teatro, y él es un histrión que ahora mismo se divierte en representar—por lo visto, con éxito—una farsa que, si considerada en broma no deja de tener cierta gracia, tomada en serio me parece repugnante.

Y concluyó, apagando la voz:

—Don Paco hace esto, no ya por gusto de mentir y ocupar plaza de matón, sino para conseguir, por medio del terror, que usted le quiera más. El procedimiento merece elogios, pues las mujeres, por razón de su debilidad, adoran a los jaques. Nadie como los tímidos para sentir la sugestión del valor. Ahora bien: todos los animales, aun los más bravos—el gallo, por ejemplo; el toro, el león—, están sujetos a la tiranía del miedo, el terrible dios de los labios lívidos a quien Alejandro ofrecía sacrificios; pero la cobardía alcanza en ellos grados diferentes, y ninguno—según los experimentadores—la siente con más horrorosa intensidad que los conejos de Indias. Pues tenga usted, mi distinguida amiga, la certidumbre... ¡desagradable certidumbre!..., de que está usted casada «con un conejo de Indias»...

II

Al otro día, las familias habitadoras de la treintena de recatados hotelitos que componían la barriada de El Perejil, arrabal de planta, situado aproximadamente a cuatro kilómetros de la ciudad y al borde de la carretera, no se cansaban de comentar la agresión abominable de que los señores de Mariondo habían sido objeto. Nunca, desde que El Perejil se fundó, ocurrió otro hecho igual, y lo insólito del lance exaltaba su gravedad. Las mujeres comadreaban inquietas, y en el rostro de los hombres, todos sedentarios y temerosos, se reflejaba una preocupación. El vecindario moviase nerviosamente, como disponiéndose a rechazar un asalto; los perros andaban sueltos, las señoras examinaban cerraduras y engrasaban cerrojos, y los hombres limpiaban sus armas. El sabio adagio: «Cuando las barbas de tu vecino veas pelar, echa las tuyas en remojo», tenía en aquellos momentos una oportunidad calofriante.

A media mañana, don Paco recibió en su casa al cabo de la Guardia Civil, a quien asistía un sargento. Iban ambos en busca de detalles y a examinar nuevamente el paraje por donde los ladrones habían huido, pues, según manifestaron, tenían ya «una pista». Tanto Ofelia como su marido se ratificaron en sus declaraciones, y luego de obsequiar a sus visitantes con cer-

veza, don Paco les llevó al jardín, donde les mostró la hendedura que el tiro de sus agresores dejó en el frontis del hotel, junto al marco de la puerta de entrada. El proyectil, que rebotó contra el muro, no pudo ser hallado. Después los cuatro se dirigieron al gallinero, donde el ágil farsante fijó y amplió notablemente sus explicaciones, reiterando la seguridad en que estaba de haber herido a uno de los malhechores. Esperanzados de hallar alguna mancha de sangre que confirmase esta creencia, salieron todos a la carretera y, contorneando luego el blanco tapial que circundaba el hotel, llegaron al lugar por donde hubo de realizarse la evasión. Llamaron la perspicaz atención del sargento unos hierbajos, recientemente pisoteados, que crecían al pie del muro. El hecho era cierto, y Ofelia sintió un latido frío en el corazón. Tras un cuidadoso examen, don Paco declaró, sorprendido, que no veía sangre por ninguna parte. Junto a ellos había una acequia de un metro de ancho y muy llena de agua a la sazón, que por aquel lado separaba la finca de los Mariondo del campo, y el cabo hizo notar que si, efectivamente, alguno de los ladrones recibió un balazo, el rastro rojo de la herida pudo borrarse fácilmente en la acequia primero, y después, en la tierra recién arada y húmeda.

Cuando los guardias se marcharon el matrimonio se reintegró a su domicilio, donde ya el almuerzo les esperaba, y aunque mal atisbador, no dejó don Paco de advertir que mientras él, siempre con iguales bríos, añadía a su remontada hazaña nuevos perfiles, Ofelia se olvidaba de comer para mirarle de aquel modo enamorado y sumiso con que Desdémona, la dulce cordera rubia, escuchó a Otelo por primera vez. La tarde la invirtió Mariondo en explicar su aventura a cuantos amigos fueron a visitarle, y en limpiar, a presencia de todos, su revólver marca «Orbea» y un «Winchester» de doce tiros, calibre veintidós, arma admirable que, según el pintoresco dictamen de un vecino andaluz, «dentro de pocos días, *eya* sola, de lista que era, iba a *rompé* a *jablá*»...

Llegada la noche, don Paco manifestó a Ofelia su resolución de no acostarse. Ella empezó a temblar.

—Pero... ¿por qué?...—decía con acento entrecortado—. ¡Tú temes algo!... Yo estoy cierta de que esos hombres no han de volver.

Don Paco, que, no obstante su extraordinaria timidez, tenía una facilidad extrema para contraer sus negras y peludas cejas de un modo espantoso, dardeó sobre su acobardada mujer una mirada que no admitía réplica.

—No pretendas saber nada—ordenó—; mi deber yo lo sé. Tú, a la cama y duerme tranquila, que mientras yo esté en pie, aquí no entra nadie.

Acostumbrada a obedecer, la esposa no contestó, y mientras se desnudaba, los ojos en el suelo y tragándose las ganas de llorar, Mariondo se ceñía, jactancioso, una pretina, a la que sujetó su pistola y un largo cuchillo de monte, y cogió la «Winchester». No hablaba, y al flébil resplandor lunar que venía del jardín, su figura parecía más jarifa y más alta. Era una escena dura y solemne que—salvo las diferencias de indumentaria y de armamento—parodiaba bastante bien las despedidas de aquellos maridos que, a fines del siglo XI, abandonaban a sus mujeres para ir a las Cruzadas.

Cuando ya estuvo acostada Ofelia, cada vez más medrosa, rogó a su amo y señor cerrar la ventana, lo que él hizo, aunque no sin remordimientos, pues el calor era asfixiante, y luego de besar a su esposa con emoción reprimida, cual si aquel ósculo pudiera ser el último, salió del dormitorio a tientas, subió al granero, donde se descalzó, y por un ventanuco ganó el tejado, que gateó fácilmente hasta el caballete, sobre el cual se sentó a horcajadas y con la escopeta atravesada marcialmente sobre los muslos. En tales momentos, a don Paco Mariondo, su casa, con todo lo que en ella había, le parecía un caballo.

¿Por qué hacía aquello?... A esta interrogación solamente los artistas o,

lo que es lo mismo, los componedores o trazadores de fábulas, podrían responder. Mariondo no sabía escribir, pero sí inventar, y hallaba complacencia dilecta en dar corporeidad a sus imaginaciones; Mariondo era una especie de dramaturgo extraordinario, que en vez de llevar sus farsas al papel, las declamaba directamente; para él, los comediantes estaban de más, pues se interpretaba o representaba a sí mismo. Como en los oradores, la palabra y la acción producíanse en su espíritu conjuntas y sincrónicas, y esta aptitud la ponía íntegra al servicio de su mentira, que era su obra de arte. En lo de ser simultáneamente autor y actor, don Paco vencía a Molière.

Esparrancado sobre el lomo del tejado, blanco de luna, y bajo la yerta claridad sideral, tan semejante a una polvareda inmóvil de plata, don Paco, vestido de negro y con sus fuertes cabellos de ébano—pelambrera de indio—echados atrás, ofrecía un perfil de aquelarre bufo y amedrentador a la vez. Un silencio hondo, denso, análogo a una losa tumbal, parecía inmovilizar el follaje de los árboles. Canturreaba el agua de la acequia. A dilatados intervalos, unas veces cerca, otras lejos, vibrabá un ladrido. Tranquilo, seguro de que nadie había de atacarle, Mariondo respiraba gozosamente el ambiente tibio y embalsamado de la noche, en tanto pensaba humorístico: «¡Qué calor y qué miedo estará pasando mi pobre mujer a estas horas!...»

Cuando mayor era su bienestar y un sabroso sueñecillo comenzaba a rondarle, una voz imperiosa—voz de dominio y amenaza—, le preguntó desde la carretera:

—¿Qué hace usted ahí?...

Sintió don Paco que la sangre se le enfriaba: pero habiendo reconocido al sereno en el interpelante, se echó el Winchester a la cara y le encañonó. El sereno, que a su vez acababa de reconocerle, empezó a gritar:

—¡Eh, don Paco!... ¡No tire usted!... ¡Que soy Jaime!...

Despacio, como pesaroso de no tener que habérselas, efectivamente, con un bandido, Mariondo desvió el arma.

—¡A tiempo hablaste!—exclamó—. Si tardas un segundo más, te ganas un tiro.

Pusiéronse a charlar, y don Paco expuso las temerarias intenciones que le habían inducido a encaramarse allí. Seguro de no haber visto en todo el barrio ningún tipo sospechoso, Jaime le recomendó que se fuese a dormir, tanto por que el rocío de la noche a nadie beneficia, cuanto por la ninguna necesidad en que estaba de exponer su vida.

—Usted no es solo; usted tiene de quien cuidar—razonaba el sereno—, y ya sabe usted que, según el refrán «el buen vino y los hombres valientes duran poco».

A cuyas discretas palabras replicó don Paco con estas otras, un poco sibilinas, y elevando al cielo los ojos, conforme todos los embusteros suelen hacer:

—Yo creo en el Destino, Jaime..., y lo que está de Dios...

Marchóse el sereno a rondar, y a la amanecida determinóse el heroico Mariondo a dejar su atalaya, pues se doblaba de sueño, y bajó a su dormitorio, donde halló a su mujer insomne sobre las revueltas sábanas, pernia-bierta y empapada en sudor. La ingenua señora se ahogaba.

—¡Te juro—repetía mientras su marido iba desarmándose—que prefiero morir asesinada a pasar otra nochecita como ésta!...

Pero su deseo quedó desatendido porque a la noche siguiente, Mariondo, en quien parecían despertarse unas aptitudes descomunales de guerrillero, también se subió al tejado. Quería conmover a sus vecinos con su valeroso ejemplo, y demostrarles que estaba pronto a inmolarse por la tranquilidad común. Para defender su vida se bastaba él solo, y durante tres noches más su figura se recortó inmóvil y vigilante sobre el caballete del tejado, anegado en luna. Esta actitud la mantuvo hasta que el gañán que todas las tardes le llevaba el forraje para los conejos le informó de que López-Prieto, el médico, iba de casa en casa

llamándole el *Pierrot de El Perejil*, y que la gente se reía.

Verdaderamente, la única persona que a ciegas creía en la hombría y valerosidad de don Paco Mariondo era su mujer, la cual antes le temía que le amaba, y así, más por terror que por cariño, le manifestaba adhesión sumisa y le guardaba fidelidad. Cuatro años haría que se casaron, y no habían logrado sucesión. Ofelia era hija de artesanos humildísimos, y su absoluta pobreza contribuyó a despojarla de autoridad dentro del hogar conyugal. Buenaza y tímida, hasta de los más triviales problemas caseros se inhibía, por lo cual su marido, aun sin proponérselo, fué arrogándose insensiblemente todas las iniciativas y todos los poderes. En aquel hotelito de El Perejil, que don Paco heredara de sus padres, Ofelia sentíase cohibida, cual si las paredes y los muebles que la rodeaban no fuesen completamente suyos. El propietario legítimo, el amo indiscutible de todo era Mariondo, y ella se reconocía desamparada y, en cierto modo, como recogida por la benevolencia del dueño.

Ayudaban no poco a deprimir su ánimo el vozarrón altanero de su marido, crecido de estatura, moreno y vigoroso; las expresiones tempestuosas de sus cejas y de sus ojos azabachados; las impaciencias acometedoras de su carácter, y las bravatas audaces con que desconcertaba y se imponía a cuantas personas que, por cualquier motito, cuestionaran con él.

No tardó el embustero en percatarse de la terminante sugestión que ejercía sobre su mujer, y placenteramente se aplicó a intensificarla en beneficio propio, pues todos los cobardes necesitan de una persona a quien humillar y aun maltratar de obra, para demostrarse a sí mismos que hay quien es más follón que ellos. En la realización de este plan le favorecieron, mucho mejor que su voz tronitonante y sus trazas de matasiete, sus mentiras. Todas las mañanas, al sonar las ocho, salía Mariondo de su casa para presentarse a las nueve en la oficina, donde trabajaba hasta las dos. Aquellas cinco horas diarias que pasaba lejos de Ofelia las aprovechaba admirablemente para sus invenciones. El imperio de la Mentira no halla fronteras, porque la musa de las máscaras innumerables tiene un albergue detrás de cada puerta y en el fondo de cada corazón. Allí donde acaba nuestro conocimiento empieza la Mentira, que lo invade casi todo justamente porque la humanidad no sabe apenas nada.

Don Paco, distinguidísimo camarlengo de la reina Superchería, no bien se arrancaba los mangotes, y con ellos su aspecto oficinesco, mudaba de carácter, parecía perder el contacto con la realidad, y cada dos o tres semanas se atribuía ante su sencilla consorte una inesperada historia de amor o de heroísmo.

Un día se presentó en su casa, al anochecer, amustiado, torvo, fatigado el semblante, como si sobre él acabase de pasar un huracán. Quiso saber Ofelia qué le ocurría, y tras mucho hacerse rogar, don Paco habló:

—Cosas de hombres; en la cervecería me trabé de palabras con cierto individuo, matón de chirlata. Y... ¿para qué contarte? Cogí un cuchillo, agarré a mi enemigo del cuello, le tiré al suelo, y si no me sujetan le abro la barriga.

Otra tarde apareció con los ojos enrojecidos y sin luz, del que ha llorado. Conmovida, trató Ofelia de informarse del motivo de aquel dolor, que, sin duda, era horroroso, y tras mucho asegurar a su marido, que, a trueque de verle calmado, era capaz de perdonarle las faltas más graves, le arrancó la anhelada explicación.

—Es—dijo el farsante suspirando—que una mujer..., una infeliz muchacha a quien abandoné para casarme contigo... y que me adoraba..., ¡se suicidó ayer!... Creo que su agonía fué terrible; no se acordaba de nadie, ni aun de su madre, que estaba junto a ella; no se acordaba más que de mí; murió llamándome...

Sobre la señora de Mariondo, que no leía periódicos ni recibía del mundo otras noticias que las inventadas por su esposo, aquellos relatos ejercían

una sugestión decisiva. Don Paco, que ya rebasaba la cuarentena y tenía, de consiguiente, trece o catorce años más que Ofelia, era para ésta un hombre extraordinario, un héroe melodramático, por igual fascinador y temible, detrás del cual adivinaba una historia de seducciones y desafíos. La ingenua, siendo niña, había leído la aborrascada biografía de Carlos el *Temerario*, y cuando conoció a Mariondo, maravillada de sus bizarrías y figurándosela que su rostro ancho, embigotado y ceñudo se asemejaba al del último duque de Borgoña, entre burlas y veras empezó a llamarle Paco el *Temerario*, apodo que medró gracias, probablemente, a la irónica malevolencia de todos, pues, lo mismo que López-Prieto, las gentes parecían hallarse al tanto de que el apuesto Mariondo, no empece sus osados arranques, tenía harto menos de gallo que de gallina.

Pero esto la candorosa Ofelia lo ignoraba, y así la primera vez que oyó al médico burlarse del insensato arrojo de don Paco, se escandalizó. ¿Cómo era posible que nadie pusiese en tela de juicio bravura tan notoria? Mariondo la avasallaba, y llegó a desposeerla de su voluntad. El embaucador lo sabía, y sin misericordia abusaba de su hechizo. El hada Mentira le magnificaba y le servía de zancos; la Mentira, ilusionista inagotable, le exornaba con las virtudes mayores, y su caudal esplendoroso se renovaba de día en día; la Mentira era su cinematógrafo, su teatro, su biblioteca, el mundo, en suma, con todos sus riesgos y sus innumerables y sobresaltados caminos. Ella valía tanto como la morfina y el opio juntos, o más. Gracias a ella don Paco había conseguido hacer de su casita del barrio de El Perejil un segundo Oriente...

Lo curioso en Mariondo, tan propenso a mirar fieramente a todo el mundo y a soltar bravatas, era el contraste entre el empaque de su cuerpo, recio y jaquetón, y la inverosímil flaqueza o pusilanimidad de su espíritu. Ese miedo instintivo, innato, que los polluelos tienen al halcón, y del que el profesor Spalding fué el primero en hablar, lo experimentaba don Paco con los hombres, y por el menor motivo, cual si hubiese recibido en herencia toda la poltronería de sus antecesores. Una palabra hostil, una mirada aviesa, le deprimían. Inmediatamente la respuesta se helaba en sus labios, se le aflojaban las rodillas, cambiaba de color, las manos se le abrían. De los dos nervios que gobiernan el dinamismo del corazón, el llamado *sujetador*, cuya misión es tranquilizar, no funcionaba en él, se había atrofiado; en tanto el otro, el *acelerador*, el nervio cobarde, era omnipotente; y así, a milagro debía atribuirse el que Mariondo, a pesar del sedentarismo de sus hábitos, no fuese cardíaco, pues no ya una agresión, sino la más leve posibilidad de ser agredido, le producía palpitaciones.

Como en el orden moral, lo mismo que en el físico, nada se produce arbitrariamente, quizá la necesidad que obligaba a don Paco a mentir naciese cabalmente de su poquedad de ánimo, pues mintiendo se vestía con aquella virtud de que anduvo siempre más alcanzado.

La modalidad o aspecto que, para mejor aterrar a Ofelia, daba Mariondo a su ferocidad de macho primitivo, eran los celos. Nunca se había propasado a golpear a su cónyuge: pero, platónicamente, era un sádico vitando, capaz de las más horrorosas venganzas. Seguro de que Ofelia no le había traicionado ni aun con el pensamiento y convencido también de que su fidelidad no daría ocasión a que ningún hombre hollase sus dominios, su fantasía se extenuaba en elucubraciones crueles. Las monstruosidades peores antojábansele hacederas, y algunas noches, excitado por el vino y por la inmunidad de sus sanguinarios propósitos, complaciase en aterrar a su mujer apuntándola a bocajarro con su bruñida «Orbea» de seis tiros.

—Si yo llegase a saber—la decía—que tú me engañabas, te asesinaba, y luego, con los dedos..., ¿entiendes bien?..., ¡con los dedos!... te arrancaba, hechos pedazos, el corazón.

Colocado en la espantosa pendiente de este género de suposiciones, don

Paco se autosugestionaba y arribaba, hecho un energúmeno, al último acto de su imaginada tragedia conyugal.

—¡Júrame—gritaba con tableteante vozarrón—que sabrás defender mi honor hasta la tumba!...

Fría, acongojada, presa de indescriptible terror bajo la amenaza de la pistola, que fulgía como una llama lívida en la diestra cobreña del amo, Ofelia, de hinojos y anegada en llanto, lo juraba todo, hasta que él, más satisfecho de su imperio que conmovido, paternalmente, la ayudaba a levantarse. Y ella entonces sonreía, la esperanza de continuar viviendo renacía en sus ojos húmedos y pensaba que no era una mano, sino una garra de león, la que en aquellos instantes acariciaba sus cabellos.

Por estos sencillos procedimientos consiguió el gran inverecundo arruinar la personalidad de su mujer. Ofelia no significaba nada, no valía nada; era «una cosa». Cuando don Paco llegaba a su hotel, ella, moralmente, cesaba de existir. Dictaminaba él, y ella, invariablemente, contestaba:

—Lo que tú quieras..., lo que dispongas...

Entregada a merced de su dueño, la indefensa señora era como un conejo de corral a quien Mariondo el *Temerario* tuviese atado por una pata para, cuando le pluguiese, ejercitar en él su puntería.

III

Había llegado el invierno con sus largas noches y sus días grises, lluviosos y horriblemente tristes, en que la melancolía que bajaba del cielo parecía convertirse en fango sobre los caminos, cuando una tarde, don Paco, al regresar a su domicilio mucho antes de la hora acostumbrada, adquirió la convicción de que don Vicente, el médico, estaba enamorado de Ofelia, quien si aún le resistía era afeblecidamente y como de milagro. Más que verlo, lo adivinó en la turbación que anubló las caras de los presuntos culpables y en la circunstancia terrible de que, al aparecer él tan de improviso, su mujer y López-Prieto secreteaban cogidos de las manos. La espantada expresión con que ambos le miraron y la prisa que pusieron en apartarse, le explicaron sobradamente su desgracia. La afrenta, la terrible afrenta que ningún hombre perdona; la tragedia que mayor número de víctimas envió a los cementerios, a los manicomios y a los presidios, parecía erguirse ante él, cortándole el camino, desafiándole, como invitándole a batirse a muerte.

Unos instantes permaneció junto a la puerta, inmóvil, descolorido, abúlico, como presa de un fugitivo ataque de lipotimia, y luego avanzó, el paso inseguro, las pupilas enormemente dilatadas.

—Buenas noches—balbuceó.

Estaba trémulo, y un soplo de aire frío acababa de helarle el corazón: no tenía celos ni cólera; no tenía más que miedo...; miedo a que, de súbito, López-Prieto, temiendo ser atacado, se abalanzase sobre él, y, a golpes, le echase a la calle. A la salutación de Mariondo correspondió don Vicente con otra igual, dicha afectuosamente, lo que proporcionó al cobarde inesperado alivio: «Creen que no sé que me engañan», pensó. Y con la idea de que su ignorancia le ponía a cubierto del ridículo, se recobró un poco. Sentóse luego entre su mujer y el médico, a quien ofreció un cigarrillo. «Menos mal —reflexionaba—que en estos enredos la costumbre no quiere que sea el amante, sino el esposo, quien teme la ofensiva, y como, afortunadamente, el esposo soy yo, nadie puede obligarme a pelear...»

Transcurrida media hora, don Vicente se despidió de los señores de Mariondo, diciéndoles que se iba a cenar, y don Paco, solícitamente, le acompañó hasta el zaguán y, sin explicarse el porqué, con mayor efusión que otras veces le estrechó la mano.

Desde aquel día fueron contadas las tardes en que López-Prieto dejó de ir a casa de don Paco, a quien esta prueba de adhesión parecía satisfacer mucho. Los celos, sin embargo, torturaban el corazón del pusilánime. El hu-

biera querido vengarse de un modo cruento, con algún alarde de ferocidad digno de las mentiras con que se adornaba; o, cuando menos, buscar un pretextillo para disgustarse con don Vicente y cerrarle las puertas de su hogar. Pero le faltaba valor, y siempre que discutiendo con López-Prieto de política o de toros intentaba gallear y darle a la conversación un sabor agrio, la desmayada voluntad se le iba.

Lo que más le lastimaba el amor propio eran las dos expresiones, una sarcástica, otra de asombro, que iluminaban los semblantes del médico y de Ofelia, respectivamente, no bien él llegaba. Don Vicente le miraba burlón, como diciéndole: «Yo nunca di crédito a sus baladronadas, yo sabía que usted era un cordero...» Mientras los rasgados ojos negros de Ofelia expresaban la sorpresa, el pasmo que la producía el ver cómo la fiera bajo cuyas zarpas tantas veces había temblado, sin que nadie la amenazase se amansaba y mudaba en oveja. ¡Lo que él hubiera dado por reconquistar sus antiguos y temidos fueros!... Nada podía hacer, sin embargo, porque el miedo, aquel miedo de siglos que llevaba dentro, al par que le desfallecía el corazón, le paralizaba las manos. Convencido de que nunca daría al conflicto una solución trágica, pensó tener una explicación con Ofelia, exponerla sus dudas y separarse de ella. Pero esta idea, que, sobre deshacer su hogar y colgarle en la picota de la murmuración, acaso le expusiera a enredarse en peligrosos dimes y diretes con su rival, la rechazó también.

«Lo mejor es — pensó — mostrarme confiado y ajeno a todo. ¡Que los traidores no sospechen mi tolerancia!... Es lo único que puedo hacer para que, tanto él como ella, me respeten un poco.»

En ocasiones, desnudo ante la mirada aquilina, implacable, de su propia conciencia, el falso matasiete se preguntaba: «¿Por qué nací tan cobardón?...»

El era un enfermo de miedo, y esta dolencia la había heredado, como otros reciben de sus padres la tuberculosis, la lepra, el cáncer o la sífilis. Se comprendía ultrajado, vilipendiado, y nada hacía para defenderse; le robaban su única alegría, su mujer, y callaba y hasta sonreía al ladrón, porque una emoción interior, más fuerte que sus celos, le maniataba. A veces, cavilando en esto, su pena hacíase tan honda, tan desesperada, que convertida en torrente de lágrimas le subía a los ojos, y entonces, olvidado de sus temeridades, dejaba de ser grotesco y era un inválido que inspiraba piedad.

Los diversos estados de conciencia por que fué pasando Mariondo en el decurso de aquel invierno los observaba paso a paso López-Prieto, muy versado en dolencias mentales y del corazón. Enamorado profundamente de Ofelia y seguro de que la dulce y constante devoción que ésta testimoniaba a su marido provenía del pánico que la inspiraba el ogro, aplicóse a corregirla de aquella sugestión, único basamento firme, tal vez, de su fidelidad: porque si es cierto que, según enseña el adagio, «el miedo guarda la viña», cuando ese miedo desaparece, la viña es de todos. Fué, de consiguiente, el fantasma del valor de don Paco Mariondo lo que desde el primer instante el médico empezó a combatir.

Ofelia, escuchándole, solía encogerse de hombros; en su opinión, una de las contadas virtudes, acaso la única virtud de don Paco, era la bizarría, una bizarría pujada hasta las más elevadas cimas de la temeridad. La ingenua hablaba de su marido como de un chacal.

—Usted no le conoce, doctor—explicaba—; usted no le ha visto enfurecido como yo le he visto: Paco es una fiera.

Y añadía devotamente:

—Bien sabe Dios que no quiero ofenderle; el Señor me lo dió por esposo, y debo respetarle; pero le conozco bien y le digo a usted la verdad: mi Paco es una fiera.

López-Prieto reía:

—¡Qué inocente es usted, qué chiquilla!... Usted cree dormir, realmente, en la jaula del tigre, y donde usted

duerme..., ¡mi palabra de honor!..., es en un gallinero. Lo que usted toma por lanza es... una caña hueca...

Al principio, la joven no otorgó atención a los razonamientos, unos de índole filosófica, los más de orden científico, que en apoyo de su tesis el médico aducía; no obstante, en fuerza de oírlos, llegaron a impresionarla, a lo que coadyuvó la simpatía creciente con que su cortejador iba dominándola, y acabó por decirse que ella, efectivamente, no había sido testigo de ninguna de las hombradas de que Mariondo se declaraba autor, y que nada serio, de consiguiente, se oponía al dictamen de López-Prieto.

Suavemente y con estilo pintoresco, don Vicente, que manejaba la anécdota muy bien, no desaprovechaba oportunidad de hacer prevalecer su opinión. Era insinuante, afectuoso, y con su boca sensual y bien cuidada, el seguro mirar de sus ojos azules y la gran distinción fría, un poco inglesa, de sus modales, la señora de Mariondo le sentía más cerca cada vez de su voluntad.

—Por razones de higiene espiritual —aseguraba el médico—debemos renegar de cuanto sea ilógico; y por eso yo rechazo ese cariño que usted manifiesta hacia un individuo que, sobre ser mucho menos inteligente que usted y bastante más viejo, es un tipo cómico.

Herida por la crudeza de estas palabras, Ofelia movía la cabeza negativamente, aunque sin enojo.

—¡Don Vicente!—exclamaba—. Mi marido «un tipo cómico»... ¡Exagera usted demasiado!...

López-Prieto no la daba tiempo a concluir la frase.

—¡No, señora—decía—; no hiperbolizo!... Cuando más, me acerco a la verdad, porque si don Paco fuese un enfermo de cobardía que ajustase su conducta a la miseria de su ánimo, yo le compadecería y acaso le defendiese; pero, como lejos de avergonzarse de su caprina timidez, alardea de bravucón y abusa de usted, teniéndola, como vulgarmente se dice, «metida en un puño», por eso, declaro a los cuatro vientos, y no me costaría sacrificio ninguno repetírselo a él en sus propios bigotes, que es un mamarracho.

Todas las tardes, don Vicente, seguro ya de su victoria, machacaba variadamente sobre el mismo tema. Ora de un modo, ora de otro, su ingenio astuto y su experiencia socavaban sin treguas en Ofelia los cimientos, mucho menos sólidos de lo que ella creía, de su fe conyugal.

—¿Ha reparado usted — averiguaba el médico—la extremada prontitud con que a don Paco se le empalidecen o se le acarminan las orejas?

—No...

—Pues yo, sí, y esta agilidad para mudar de color es uno de los indicios concluyentes de su poltronería. Yo, que me he ocupado mucho de psicoterapia, se lo aseguro. Tanto el arrebato valeroso como el miedo tienen propiedades colorativas, fulminantes, y de ahí que las crestas de los gallos, al igual que las carúnculas de los pavos, sean blancas o rojas, según el animal se halle acobardado o enardecido. En las orejas de los conejos, el fisiólogo Schiff advirtió mutaciones análogas; pero tan veloces y rotundas, que llegó a decir que había en ellas una especie de «corazón accesorio». A don Paco le sucede con las suyas algo semejante.

Y proseguía:

—En él podríamos estudiar el cuadro sintomático del miedo: frío, erizamiento del vello, decoloración de las mejillas y de los labios, ahogo, barruntos de asfixia, ganas de orinar, turbaciones circulatorias, flojedad en las corvas, bien sabemos que la inclinación a arrodillarse de los creyentes y de los vencidos es uno de los gestos instintivos del miedo, y, finalmente, la timidez de su mirar. ¿Usted no se ha fijado?

Ofelia no respondía, si bien allá, en lo más hermético de su conciencia, empezaba a creer que el médico se acercaba bastante a la desilusionadora realidad. Don Vicente continuaba:

—Pues fíjese: Mariondo, hasta cuando refiere sus hazañas, tiene la mirada oblicua del niño que teme ser castigado. Repare usted en su propensión ex-

traordinaria a parpadear. El parpadeo es la manifestación espontánea más irrefrenable del miedo, y Plinio habla de cómo hasta los mismos gladiadores, hombres cuyo oficio dice su heroísmo, cerraban los ojos apenas alguien hacia, de improviso, ademán de golpearles el rostro. Los de su marido de usted, más que parpadear, tiemblan, tiritan y se apagan. Afortunadamente para don Paco, la cobardía se le revela en las orejas y en los ojos, que a tener rabo, como los perros, se le manifestaría en él y no habría modo de sacárselo de entre las piernas.

Habían reaparecido, con la primavera, los crepúsculos tibios. Mediaba el mes de mayo.

Una tarde regresaba don Paco Mariondo de la capital, a pie, cuando ya próximo a su casa vió a un mozo como de veinticinco años, bajo y de robustas espaldas, a quien dos guardias civiles conducían esposado. Y no bien le echó la vista encima se acordó de aquel ladrón imaginario que una noche del verano anterior, según había explicado innumerables veces, tras de intentar asaltarle hizo fuego sobre él. Tal era en aquellos momentos el imperio alucinante de su mentira, que cuanto más le miraba con mayor seguridad le reconocía.

Al pasar, los guardias saludaron a don Paco, y ya continuaban su camino, rumbo a la ciudad, cuando Mariondo, parándose delante de ellos, les obligó a detenerse.

—¿De dónde traen ustedes a esta buena pieza?—preguntó.

—De lejos viene; otra pareja nos le entregó a mediodía; de modo que unas doce horas de marcha lleva encima.

—¿Por qué le arrestaron? ¿Por homicidio?...

—Por robo.

Durante este diálogo, el detenido se había alejado unos pasos y puesto soslayadamente, casi de espaldas, como avergonzado de la desdichadísima situación en que estaba. Vestía pantalón de pana y una blusa de percal azul, corta y anudada por delante sobre la faja. El sol le había bronceado el rostro, cortado por un bigotillo adolescente, y tanto sus movimientos como sus actitudes transparentaban agilidad, descaro y vigor.

Don Paco se le acercó, buscándole la cara, que el preso trataba de esconder, y mientras le examinaba las muñecas, asegurándose de que las tenía bien esposadas, rapidísimamente planeaba una mentira.

—¡Hola!—exclamó de pronto—. A este pájaro yo le conozco...

Miró a los guardias, que en aquel instante le observaban atentos, y repitió:

—¡Vaya si le conozco!... ¡Y él a mí!...

Al oír esto, el prisionero levantó la cabeza para mirar a Mariondo, mucho más corpulento que él, y repuso entre dientes:

—Yo no le he visto a usted en mi vida.

—¿Que no?...

Púsole una mano sobre el hombro con brusquedad, pesadamente, como para hacerle sentir que tenía el brazo robusto, y agregó:

—Tú fuiste uno de los tres bandoleros que asaltaron mi casa el verano pasado, aquí cerquita, en El Perejil, y a los cuales me di el gustazo de ahuyentar a tiros.

Uno de los guardias terció en el diálogo:

—De ese lance me han hablado.

—¡Lo celebro mucho!—exclamó Mariondo—. Pues sépan ustedes que este sinvergüenza fué, precisamente, quien hizo fuego contra mí, y el agujero del balazo puede verse todavía.

Furioso de que le acusasen injustamente, el preso miró a don Paco con ojos tan feroces y relucientes, que éste sintió que algo gélido le resbalaba por la espalda, desde la nuca a la rabadilla. Pero al mismo tiempo la presencia de los dos civiles y la convicción de que su enemigo no podía agredirle, le devolvieron su coraje, y así, trabándole reciamente de la blusa, comenzó a zarandearle.

—¿Quién iba a decirte, eh?... ¿Quién iba a decirte, granuja, que habías de caer en mis garras?

El acusado repitió:

—Yo no le conozco a usted.

Como en un ataque de hiperemia, al señor de Mariondo, instantáneamente, se le arreboló el semblante, y congestionadas de sangre las venas del cuello y de las sienes, empezaron a latirle.

—¡No me desmientas!—gritó—. ¡No me desmientas, porque te rompo la cara!...

Sus pupilas despedían fuego. El rostro estoico y sin miedo en la voz, el preso repuso obstinado:

—Usted podrá romperme la cara, pero yo no le conozco a usted.

Fuera de sí y más compelido a ello por las circunstancias que por su carácter naturalmente manso, don Paco descargo sobre el negador una terrible bofetada. El agredido, reposadamente y sin bajar la cabeza, como provocándole, dijo:

—A no estar yo atado, no me maltrataría usted así; pero acuérdese de que un día saldré de la cárcel y... que hemos de vernos.

—Yo te pego a ti—gritó don Paco, cuyos labios se habían cubierto de espumas—atado o suelto, y las uñas me bastan para acabar contigo.

Y hablando así, antes de que nadie pudiese impedirlo, por tres veces más abofeteó al indefenso. Entonces los guardias intervinieron, un poco molestos.

—¡Basta ya!—exclamaron—. Eso no se hace.

Trató Mariondo de explicarse; ellos no le dejaron.

—Si quiere usted presentar una denuncia contra este hombre—exclamó rudamente el más viejo—, hágalo; pero no se tome la justicia por sí mismo.

Y dirigiéndose al preso, añadió:

—¡Tú, echa para adelante!...

Desconcertado don Paco, no halló palabras que replicar, y unos instantes quedóse inmóvil, viendo a los tres hombres alejarse por la carretera, desierta, melancólica, interminable, como un sendero de condenación, bajo los últimos desmayos de la tarde. Después, cabizbajo, reanudó su camino. Desvanecida su falsa cólera, la conciencia le reprochaba su crueldad y cobardía. Temía, además, que su víctima le buscase alguna vez, conforme se lo había prometido, para vengarse.

«Lo que acabo de hacer—iba pensando—no tiene disculpa.»

Lo cierto es que él nunca había golpeado a nadie y que si cometió la villana acción de maltratar a un indefenso, fué para saber «lo que era eso» y poder decirse a sí mismo: «Yo le he pegado a un hombre...»

Absorto en estas hurañas cavilaciones, llegó a su casa, en donde Ofelia y don Vicente le esperaban jugando al tute. El andar acansinado, el rostro desabrido y valentón, don Paco Mariondo, en quien el prurito de bravear y de mentir era inmarcesible, interpeló a su mujer:

—¿Tienes alcohol alcanforado?—dijo.

—Sí; una botella.

—Pues tráemela... y búscame una venda.

Estas palabras enigmáticas sobrecogieron a Ofelia.

—¿Qué sucede? ¿Vienes herido?...

—No te asustes—replicó don Paco, insinuando una sonrisa tranquilizadora—; es que ahí, en la carretera, le he sacudido a un individuo unos cuantos puñetazos, y la mano me duele.

—¡Por supuesto—interrumpió el médico—, que ese hombre estaría amarrado a un árbol!...

La observación de López-Prieto fué tan oportuna, tan implacable y, sobre todo, tan cierta, que Mariondo se desplomó.

—Amarrado a un árbol, precisamente, no estaba—repuso, mohino—; pero sí esposado; era un ladrón que dos guardias civiles llevaban a la cárcel.

—¿Y hallándose en esas condiciones se atrevió usted a pegarle?—insistió el médico, pérfidamente.

—¿Que si me atreví?—exclamó Mariondo, ingenuo—. ¡Y tanto!... ¡Usted no me conoce!... ¡Vaya!... Si los de la Benemérita no interceden, acabo con él.

A esta declaración repugnante sucedió un silencio.

Mientras Ofelia friccionaba y entrapajaba la diestra heroica de su ma-

rido, don Vicente se puso a silbar una tonadilla, y lo hacía con rabia, con sorna, como despechado. Luego, improvisadamente, sus ojos y los de Ofelia se cruzaron, y ella sonrió irónica. Era evidente que, al fin, había comprendido a Mariondo y le despreciaba. El cortejador vibró de gozo. En semejante ocasión, aquella sonrisa valía un beso.

IV

Ofelia, sin embargo, continuó resistiendo a las tentaciones de aquel gran amor que, despacio y ladinamente, sin que ella acertara a precisar cómo, la iba ganando el corazón. Más que su cuerpo, su alma distinguida la invitaba a precipitarse en los brazos implorantes del médico; pero el respeto a la jurada fidelidad conyugal, de una parte, y también su miedo a Mariondo, la detenían aún en los límites de lo reparable. Combinadas, la Teología y la Mentira ayudaban al majadero. Ofelia se dejaba recuestar y abrazar por don Vicente, y hasta una vez, sólo una vez, se extralimitó a devolverle algunos de los muchísimos besos con que él ávidamente, siempre que estaban juntos, la enardecía los labios y las orejas; pero hallábase ligada al Deber por cadenas fortísimas, y su liviandad no pasó de ahí.

Con el dulzor de estas mieles, sólo gustadas fugitivamente y a buches, el enamorado López-Prieto se desesperaba y perdía los estribos. Era casi rico, no tenía familia y había llegado a prendarse con pasión vehementísima de la señora de Mariondo, quien, a su vez, le amaba. El único obstáculo, de consiguiente, que se oponía a su felicidad era don Paco. ¿Cómo desembarazarse de tamaño fantoche?...

—Si en nuestro atrasado país existiera el divorcio—decía don Vicente—, con solicitarlo tú todo estaba arreglado. Pero como el Código español no lo admite, es indispensable echar por la calle de en medio y afrontar el escándalo.

Ella replicaba vacilante, casi seducida:

—Bien; supongamos que un día, en una hora de irreflexión, accediese... ¿Y después?... ¿Dónde refugiarnos?... Paco, aunque usted crea otra cosa, no es de los maridos que se dejan quitar su mujer. Paco nos buscaría, acabaría por averiguar nuestro paradero y nos asesinaría. ¡Oh, no lo dude!... ¡Nos asesinaría!...

López-Prieto protestaba ahincadamente:

—Tu esposo no nos perseguiría; tu esposo no intentaría nada en contra nuestra. Es incapaz. Don Paco te enseña su revólver y ahueca la voz cuando habla contigo, para asustarte y conservar a tus ojos su prestigio; pero desde el instante en que tú, marchándote, le demostrases que no le tenías miedo, el acobardado sería él. Tranquilízate y penetra bien en mi pensamiento; no se trata de *fugarnos*, porque únicamente huyen los débiles, los temerones, y nosotros no debemos temer nada; se trata de *irnos*. Si quieres, nos vamos de aquí en sus propias barbas. Don Paco es tímido como una foca. Te aseguro que si, hallándose sentado, yo le dijese: «Me voy con Ofelia; es mi amante y me la llevo a vivir conmigo...», tu esposo no tendría el valor de ponerse de pie. ¿Y sabes por qué hablo así?... Porque estoy convencido de que don Paco supone mucho más de lo que es: don Paco cree que tú y yo tenemos relaciones, y como no se atreve a provocarme, hace, según vulgarmente se dice, «la vista gorda».

Sobre esto el médico insistía interminablemente, y escuchándole y recogiendo indicios la joven iba convenciéndose de que su marido, en efecto, era un deplorable figurón.

Principiaba el otoño.

Cierta tarde, al entrar Mariondo en su casa, el médico le recibió con esta noticia:

—¿A que no adivina usted a quién he conocido esta mañana en mi consultorio?... Al ladrón a quien abofeteó usted en la carretera.

A don Paco, que acababa de sentar-

se, los párpados le temblaron aceleradamente y sus morenas mejillas se quedaron blancas. Tragó saliva.

—¿Cómo supo usted que era él?—interrogó con voz ahilada, transcurridos unos instantes.

—Porque me lo dijo—replicó don Vicente, que, al proponérselo, mentía muy bien—; le he sajado unos furúnculos que tenía en el cuello, y hoy, precisamente, le di de alta. Al despedirse me preguntó si yo vivía en El Perejil, y si le conocía a usted. Como no sabía de quién se trataba, respondíle que sí, a lo que contestó: «Me alegro de que ese señor Mariondo no se haya mudado, porque necesito arreglar con él una cuenta.» La entonación rencorosa de sus palabras me alarmó; adiviné que en aquel hombre tenía usted un enemigo temible, y mañosamente le invité a explicarse. No se hizo de rogar. «Quiero verle—dijo—para devolverle unas bofetadas que me dió, sin motivo, un día en que yo, por llevar las manos esposadas, no podía defenderme.»

Conforme López-Prieto se explicaba, don Paco iba demudándose y demacrándose de tan espantosa manera, que el rostro se le enflaquecía cual si de las mejillas, a la par del color, se le fuese la carne.

Complacidísimo de los devastadores efectos que su patraña producía en su interlocutor, López-Prieto continuó:

—El acento del individuo (¿a qué negarlo?) me molestó, y como a esos barateros de oficio conviene meterles el resuello en el cuerpo, le contesté: «Tú verás lo que haces, porque don Paco Mariondo no es manco.» ¿Y sabe usted qué me contestó?... «Pues tanto peor para él, porque le daré un tiro.»

Don Paco callaba; tenía la frente cubierta de sudor, secos los labios y la lengua agarrotada y hecha un nudo. Ofelia, entre tanto, le miraba espantada, y no de su intrepidez temeraria, como otras veces, sino de su conejuna cobardía.

El médico concluyó:

—Se lo cuento a usted para que ande prevenido, porque el sujeto a que nos referimos es un tipo carcelario de mucho cuidado.

Sobre estas palabras, articuladas reposadamente, descendió un silencio denso, penoso, como cargado de insanos augurios. Don Vicente había prendido un tabaco; Ofelia, no sabiendo qué decir, se miraba las manos, inmóviles y cruzadas, en actitud orante, sobre la mesa. Al cabo, don Paco pudo hablar:

—Gracias, don Vicente—exclamó—; le agradezco a usted la noticia, aunque yo no soy de los que conocen el miedo.

Y alzando la voz como para efervorizarse, añadió:

—¡A mí, y de eso tengo fama, el que me busca, me encuentra!...

Al siguiente día, López-Prieto, muy alborozado, se apresuró a explicar a la señora de Mariondo que todo cuanto la víspera había contado a propósito del individuo que deseaba vapulear a don Paco, o quizá asesinarle, era mentira. Esta revelación asombró a Ofelia, cuyo rostro pasó animadamente de la expresión de la sorpresa a la del regocijo.

—¡El mismo diablo le aconseja a usted!—exclamó sahtiguándose—. ¿Para qué ha inventado usted esa historia?

—Por ti—repuso él, que desde tiempo atrás se había habituado a tutearla—, he urdido una broma contra don Paco; quiero ridiculizarle a tus ojos completamente; necesito librarte de él (ya me falta poco) y convencerte de que ese hombre no merece ser dueño tuyo, porque es un fantoche y un espantapájaros.

En lugar de echarse a reír, como solía hacer, la joven quedóse seria. De día en día las perseverantes reflexiones del médico la conquistaban, y más que por su misma virtud convencedora, a causa del desapacible carácter de Mariondo. Don Paco, desde que supo que un individuo le buscaba para vengarse de él, comenzó a dar pruebas desusadas de irascibilidad. A López-Prieto le trataba con el afecto respetivo de siempre, y si de vuelta de su oficina no le encontraba tertuliando

con Ofelia, inmediatamente íbase en busca suya, como si no pudiese pasarse sin él. A su mujer, en cambio, la regañaba furibundo. Cualquiera objecion que ella le hiciese le enfurecía.

—¡A mí no se me contradice!—gritaba, descargando borrascosos puñetazos sobre los muebles—. ¡A mí se me obedece sin rechistar!... ¡Yo soy el amo!...

Atemorizada, la joven enmudecía sumisa; pero él la perseguia por las habitaciones, vociferando y gesticulando entigrecido. No satisfecho con dominarla, la insultaba, la amenazaba, y en una ocasión llegó a sacudirla, aunque suavemente, un par de afrentosos cachetes. Conduciéndose así, ¿qué miras animaban «al lobo de El Perejil», como don Vicente solía llamarle? ¿Era para recobrar el corazón de su esposa, o sólo por el gusto malsano de acoquinar y anular a una pobre mujer y vengarse en ella del infinito miedo que le infundían todos los hombres?... Desatendida y vejada por aquel, precisamente, que más debía enaltecerla, y acariciada al mismo tiempo por el cariño que el médico, sin treguas, le brindaba, la señora de Mariondo sentía, unas veces con espanto, otras con regocijo, que hasta sus creencias más venerandas se desmoronaban.

Ya iba bastante entrado el invierno, cuando una tarde López-Prieto anunció a la joven la inmediata realización de la tremenda burla que, para escarmiento de don Paco, tenía meditada.

Ella, sin saber si debía reír o enojarse, preguntó:

—Pero ¿qué maquina usted?... ¿Qué va usted a hacer?...

—No te lo digo—repuso él—porque sería quitarle a la chanza el noventa por ciento de su interés. Ya lo sabrás. Ahora, yo me marcho. Tú, poco antes de las siete, hora en que tu marido viene, asómate a la ventana, y... oigas lo que oigas, no te asustes, pues nada malo ha de suceder...

Insistió Ofelia en saber lo que el médico tramaba, y con tanta dulzura supo hacerlo, que a don Vicente se le blandeó el propósito que hecho tenía de no hablar.

—Se trata—declaró—de darle a don Paco un buen susto, un sustazo ejemplar, para lo cual esta anochecida, en el momento en que él se aparte de la carretera y se dirija hacia aquí, yo disfrazado de modo que me confunda con ese ladrón que él cree le persigue, le daré el «¡Alto!...», y en seguida haré ademán de acometerle.

Contra lo que López-Prieto suponía, Ofelia no se rió; muy al contrario, se quedó seria.

—No me gusta esa broma—dijo.

—¿Por qué?...

—Porque Paco, apenas le vea a usted, le reconocerá, en cuyo caso, ¿qué va usted a decirle?...

—¡No hay posibilidad de que me reconozca! —exclamó don Vicente, a quien aquella estudiantil travesura ponía de bonísimo humor—, pues la venda con que el miedo nos tapa los ojos es muy espesa. Además, la parte del camino donde yo he de situarme se halla casi a oscuras; el farol que hay allí y que algún muchacho rompería de una pedrada, hace dos años que no se enciende.

Ofelia replicó, preocupada:

—Pues tanto peor si Paco no le reconoce a usted, porque le hará frente.

—¡Quia!...

—Le prevengo que va armado.

—Armado o desarmado, es lo mismo. Don Paco no se defiende: lo más que hará, en el caso de que las piernas no se le doblen con el susto, es echar a correr. ¡Qué digo, correr!... ¡Lo que hará es volar!... Tú ten la precaución de dejar la verja del jardín entornada, no sea que «el lobo de El Perejil», en su afán ciego de escapar, se rompa contra ella la cabezota.

Sin más, fuése don Vicente a últimar los preparativos de su burla, y aún faltaban quince minutos para las siete cuando, perfectamente travestido de obrero y embozado en una ancha bufanda negra, fué a colocarse en el sitio por donde don Paco había de pasar. La noche, ventosa, lluviosa y fría, tenía una emoción folletinesca. Las calles, sin urbanizar y cubiertas en verano de hierba, del barrio de El Perejil, yacían sumergidas en oscu-

ridad y en silencio. En la carretera fangosa, plagada de baches, nadie.

Don Vicente, emboscado en un entrante formado por la tapia de un corralón, esperó paciente, y la comicidad clownesca de la escena que iba a desarrollarse le hacía sonreír. A poco vió llegar el tranvía que venía de la capital y que los vecinos de El Perejil llamaban «el tranvía de las siete», y era en la negrura profunda de la noche como un gusano de luz que se arrastrase por el camino. Detúvose el vehículo, con lo que el áspero trajín de herrajes que le acompañaba en su marcha se apagó, y de él descendió un hombre alto y engabanado, quien, a saltos, para evitar los baches cenagosos de la carretera, dirigióse hacia la oscuridad en que López-Prieto acechaba. Era don Paco. El tranvía había reanudado su andar, y en pos de él la oscuridad y el silencio parecían abrazarse. Mariondo adelantaba encorvado, buscando aquellos lugares más secos en que debía apoyar los pies. Al enfrentar el recodo que servía al médico de atisbadero, una voz bronca le gritó:

—¡¡Alto!!...

Levantó don Paco la cabeza con tal celeridad, que se le cayó el sombrero, y al par que la respiración se le paralizaba, sintió que el estómago se le quedaba frío. Una sombra se desprendía del muro y avanzaba hacia él.

—¡Ahora vas a pagarme las bofetadas que me diste, grandísimo cobarde! —rugió la misma voz.

El amenazado ni siquiera intentó responder, pues de súbito su cerebro se quedó hueco, sin ideas ni palabras, hasta la noción del «Yo» se eclipsó. No obstante, el instinto de conservación le sostuvo y echó a correr, si bien flojamente, semejante a las focas, a quienes el terror paraliza; hasta el valor para huir le faltaba, y su cuerpo miserable temblaba como una gelatina. En aquel momento, a su lado y tan próximo que el aliento de su acosador le rozó la nuca, oyó que la voz vengativa le decía:

—Te mataré como a los viles, por la espalda... ¡Muere!...

Y recibió entre los dos omóplatos un golpe que se le figuró una puñalada, y que no era sino un magnífico huevo de gallina que don Vicente acababa de dispararle con todos sus bríos. Vacilando, sin poder levantar apenas los pies enteleridos, el fugitivo dió algunos pasos más; los oídos le zumbaban; pero otro huevo con que López-Prieto le acertó en el cogote y que le mojó la camisa (lo que le dió la seguridad de hallarse bañado en sangre), le derribó al suelo.

Cayó a plomo, de bruces contra el barro, y luego, ovillándose cual si quisiera esconder la cabeza entre las rodillas, empezó a temblar y a respirar fuerte y entrecortadamente. El corazón le rebrincaba, castañeteábanle los dientes como a los aquejados de tabes dorsal, y un copiosísimo sudor frío le alaciaba los cabellos y se los adhería a las sienes, lívidas. De pronto, convulsivamente, se estiró cuan largo era; después se encogió, abrigándose el pecho con ambos brazos, haciendo de ellos una defensa; por último, volvió a estirarse, y bajo la acción del miedo, tan impetuosamente la sangre le refluyó al corazón, que los labios se le quedaron blancos y de sus dedos, enflaquecidos súbitamente, se le escaparon las sortijas.

Asustado de su obra y maldiciendo de ella, López-Prieto arrodillóse junto al caído, y desembarazándose del tapabocas y de la gorra que le desfiguraban, empezó a decirle:

—¡Eh, don Paco!... ¡Arriba!... ¡Recóbrese usted, pues todo ha sido una jugarreta mía!...

En trance tan grave, don Vicente no se acordaba de Ofelia: era compasivo y bravo, y en su ancho corazón el médico acababa de imponerse al amante.

—¡Vamos, don Paco—repetía—; un poco de valor! ¡Levántese, con mil demonios!...

Pero Mariondo no rebullía; ni siquiera abría los ojos; visto lo cual, don Vicente, poniendo sus músculos robustos al servicio de su caridad, le tomó en brazos y, echándoselo a cuestas, le transportó a su casa.

Al ver a su marido en tal disposi-

ción, Ofelia empezó a llorar desoladamente, y Manuela, la sirvienta, no tardó en imitarla. Con breves y desabridas palabras, pues estaba arrepentidísimo de lo hecho, procuró López-Prieto sosegarlas.

—No se asusten—dijo—; se trata de un ataque de lipotimia, que remitirá pronto. Desnúdenle y acuéstenle. Yo vuelvo en seguida.

Marchóse a su domicilio, de donde a poco regresó provisto de un cardiógrafo y de algunos frasquitos de sales.

A la madrugada, el paciente, que no había recobrado la palabra, se agravó en términos que todos creyeron que se moría; pero luego su corazón reaccionó, y un ligerísimo alivio comenzó a iniciarse. Con la mejoría física, las funciones de relación resucitaron; la conciencia volvía, y dijérase que corría de un lado a otro, abriendo todas las ventanas del alma para llenarla cuanto antes de luz. Don Paco tornaba a ver y a oír, tornaba a «sentirse», y nuevamente el don divino del habla le subió a los labios. Esta resurrección don Vicente la deseaba y a la vez la temía, pues era probable que el paciente, al acordarse del horroroso susto sufrido, volviera a desmayarse. Mas no fué así: don Paco se daba cuenta de que estaba acostado y enfermo; pero no sabía desde cuándo ni la naturaleza de su dolencia. Su memoria se había roto, sus recuerdos no ligaban bien. Transcurridos quince días pudo dejar el lecho, aunque las piernas y las manos le temblaban mucho, y sus facultades mentales aparecían borrosas, balbucientes y como infantilizadas. La lengua tampoco le obedecía, y de sus labios, que lentamente iban adquiriendo una expresión idiota, las palabras salían arrastrándose.

López-Prieto se mordía las uñas.

—Estamos—decía—en presencia de un caso fulminante de amieloneuria o de amielotrofia; este hombre sufre de una parálisis medular, y no hay manera de salvarle.

Don Paco no volvió a su oficina; caminaba dificultosamente, y la mayor parte del día la pasaba en el jardín, hundido en un sillón, ajeno a todo y agitado por aquel temblor que había de acompañarle hasta el fin de sus días. Entre tanto, en medicinas y buenos alimentos para el enfermo, Ofelia consumía, generosa y sin miedo, sus últimos ahorros. Aquello era la ruina.

Aunque discreta, la joven, a veces, reprochaba al médico su imprudencia.

—Si usted, aquella tarde—decía—, no hubiera hecho caso, no nos veríamos ahora así.

Don Vicente replicaba:

—¡Tienes razón!... El susto que le receté al pobre don Paco fué demasiado enérgico; no calculé bien; me excedí en la dosis... Pero ¿quién iba a suponer que ese hombre fuese tan cobarde?...

Contenido por la gravedad de las circunstancias, López-Prieto no había vuelto a recordarle a Ofelia su cariño, no se atrevía; y ella, que comprendió su delicadeza, supo agradecérsela, y su agradecimiento fué una nueva cadena para su corazón.

Otros seis meses pasaron, y la señora de Mariondo, para hacer frente a las necesidades de la casa, comenzó a empeñar sus alhajas, que no eran muchas ni tampoco muy valiosas. Informado de esto por Manuela, López-Prieto procedió según su amor y su hombría le aconsejaron.

—Es necesario—dijo a Ofelia—que en lo sucesivo todos tus gastos corran de mi cuenta. No quiero que vendas tu hotelito, ni que lo hipoteques, y como reconozco que, de seguir reuniéndonos aquí, la gente murmuraría, te propongo trasladarnos a la capital, donde alquilaremos una buena casa, que amueblarás a tu gusto y que será tuya..., ¡tan absolutamente tuya como lo es mi alma!...

Y tras un bien calculado silencio, añadió:

—Y en la que serás mi amante... o mi hermana..., ¡lo que tú quieras ser!...

Ofelia repuso, apagada la voz, los ojos húmedos:

—Gracias, Vicente; pero... ¿y él?... ¿Cómo abandonarle?... ¡Me da tanta pena!...

—Pero ¿quién habla de abandonar-

le?—interrumpió López-Prieto—. ¡Nunca!... ¡Si yo también le quiero!... ¡Ahora, sobre todo, que ya no es nada para ti!...

.....

Y según López-Prieto lo dispuso, todo se hizo.

Va para un año que los dos amantes son dichosos. Mariondo, completamente idiotizado, no les estorba, y en presencia suya se besan, seguros de que no les ve ni les oye. Afásico, agarrotado, inútil, curado para siempre de su falso valor, don Paco es como esos espantapájaros ante los cuales los gorriones, alegremente, picotean el trigo.

FIN DE
«RICK» Y «DON PACO EL TEMERARIO»
DE
EDUARDO ZAMACOIS

ANTONIO ZOZAYA

(1859-¿1938?)

ANTONIO ZOZAYA

CRONISTA, *poeta, novelista. Nació en Madrid. Abogado. En 1880 fundó la* Biblioteca Económico-Filosófica, *que dió a conocer en España obras fundamentales de los mejores filósofos de todas las épocas. Director de* La Justicia. *Cronista de* El Liberal *y* La Libertad, *de Madrid. Colaborador de muchas e importantes revistas españolas e hispanoamericanas. Caballero de la Legión de Honor. Maestro de periodistas. Publicó más de 6.000 artículos.*

Novelas: Misterio; Miopita; La noche grande; La Dictadura; Cuentos que no son de amores; Almas de mujeres; De carne y hueso; La maldita culpa...

LA BALA FRIA

AL MAESTRO ARTURO FERNANDEZ
CAMPEÓN ESPAÑOL
DE TIRO

I

EL 30 de julio de 19..., el digno alguacil del Juzgado municipal del tercer distrito de la ciudad de S***, Salvador Apremio, salió de la sala de la Audiencia, estiró con un golpe vigoroso el chaleco que cubría su abultado abdomen, y dirigiéndose a la muchedumbre que llenaba las habitaciones y los pasillos, dijo con voz resonante y metálica:

—¡Don Elías Trepador, con Eustaquio Ramírez; desahucio!

De la compacta masa de litigantes, curiales, zurupetos, rábulas y curiosos se destacó un hombrecillo rechoncho, prieto, erguido dentro de su *chaquet* de alpaca, y quitándose de la cabeza uno de esos horribles sombreros que nuestra industria levantina bautiza con el nombre de *panamás*, se apresuró a acudir al llamamiento del tribunal. Detrás, avergonzado, confuso, encogido dentro de sus harapos de obrero fundidor, entró en la sala Eustaquio, dando vueltas a su gorra grasienta, el cabello revuelto sobre la frente, rugosa y tiznada; y luego, en reata desordenada y miserable, una mujer desgreñada y lacrimosa con un chico arrebujado en un descolorido mantón de talle, y otros tres arrapiezos semidescalzos, agarrado el primero a la falda remendada como a un cable protector y se-

guro, y cogido el último a la mano del intermedio, llevado en insegura marcha como a remolque y oprimiendo con fuerza en la otra un grueso pedazo de cebolleta.

Así llegaron todos hasta la barandilla del estrado, a la cual se agarró fuertemente y como en espera de un nuevo y maravilloso espectáculo la chiquillería.

—¿Quién es el demandante?—preguntó el juez con voz imperiosa.

Inclinóse afectadamente don Elías y contestó al punto con voz melifluа:

—Servidor de usía.

—El demandado Eustaquio Ramírez —siguió en tono de mandamiento el magistrado.

—Presente — balbució t u r b a d o el obrero.

—A ver; esos otros, háganse atrás.

Intervino el orondo alguacil, desengatilló los dedos de los chicos de los barrotes de la baranda y les hizo retroceder con la madre hasta la pared, forrada de papel encarnado, sobre la cual se destacaban tan bizarras figuras como sobre una hoja satinada de Bristol un policromo apunte de Sancha. El secretario, un hombrecillo amojamado y de lacios bigotes, dió cuenta de lo actuado en breves palabras rituales:

«Citado en forma por el actor el demandado de desahucio, por falta de pago de tres meses de arrendamiento, se ha señalado el juicio para hoy.»

—Tiene la palabra el demandante —murmuró el juez.

—Para pedir—dijo enfáticamente el hombrecillo—que se proceda al lanzamiento y embargo consiguiente, sin perjuicio de lo que hubiere lugar.

—El demandado—dijo el funcionario, como quien tiene prisa por acabar.

Eustaquio quedó un momento como cataléptico. El estrado, la mesa con los señorones que tras ella parecían confundirle con sus miradas, el secretario, el alguacil, el fondo encarnado de la sala de Audiencia, todo daba vueltas a su alrededor.

Quiso hablar y no pudo. Su mujer vió que su causa estaba perdida, tiró del mantón y de la criatura hacia arriba, y dijo con voz firme:

—Sepa usía que es nuestra la casa.

—¡Silencio!—gritó el juez con voz tan rotunda, que el pequeño soltó la cebolleta—. Exponga el demandado por sí lo que quisiere.

—Señor — pronunció Eustaquio con incoherente balbuceo—, sepa usía que el señor me adelantó cincuenta duros para atender a una enfermedad y fuí con él a firmar una escritura a casa de un notario... Y ahora dice que la casa es suya.

—¿Me permite usía?—interrumpió el demandante—. Ruego al Juzgado que examine mis títulos de propiedad.

Alargó un papel al magistrado, quien no necesitó sino hojearle.

—Es una escritura—dijo el juez—de compra con pacto de retro vencido e inscrita en forma legal. Si el demandado desea impugnarla, puede hacerlo en el juicio correspondiente.

El obrero abrió desmesuradamente los ojos, no entendiendo la jerga curialesca.

—¡Se nos ha engañado!—vociferó la mujer—. ¡Mi marido firmó creyendo que no era tal compra y ahora ese bribón nos arruina y nos deja en mitad del arroyo!

—¡Despeje el alguacil! — bramó el juez indignado.

Fué cuestión de un segundo. El intrépido Salvador cogió de un brazo a la mujer y la sacó de la sala a empellones, y con ella a los chicos, quienes prorrumpieron en ruidosos y alborotados gimoteos.

Eustaquio seguía pálido, impasible, en pie.

—Por última vez—le dijo el magistrado—, ¿qué tiene que aducir el demandado?

—¡Que he sido engañado, señor..., que mis hijos no tienen pan!—balbució el desventurado obrero.

—El tribunal—le interrumpió el juzgador impasible — no puede admitir otra prueba que la confesión o el recibo de haber satisfecho en tiempo debido el canon, según dispone el artículo mil quinientos setenta y nueve de la ley.

Eustaquio nada dijo; un sudor frío corría por su frente. Su acreedor sonreía con alegría cínica.

—Queda usted requerido — falló el funcionario—para que en el término de ocho días desaloje sin excusa alguna la vivienda. La audiencia ha terminado.

Inclinóse graciosamente don Elías, giró sobre sus talones y salió risueño, triunfante, sin mirar a su víctima.

Esta salió también; la cabeza abatida, los brazos caídos a lo largo del cuerpo abúlico.

En la antesala, su mujer le abrazó llorando; los niños, no sabiendo lo que aquello significaba, lloraban también.

Don Elías cubrió con el panamá su cráneo hidrocéfalo, bajó la escalera con paso veloz y llegó a la calle, llena a aquellas horas de vehículos y viandantes.

Pero apenas pisó la acera, abrió desmesuradamente sus ojos felinos, se llevó la mano a la garganta y cayó como herido por un rayo invisible.

II

La tienda del armero Gonzaga era un cuadrilátero, o si queréis que hablemos con mayor propiedad, era el interior de un cubo geométrico de más de cinco metros de arista. La puerta y dos escaparates suntuosos ocupaban el lado contiguo a la plaza. El frontero daba paso a las habitaciones de la familia, y entre ambos se extendía un tallado mostrador de nogal, en cuyos tableros un artista había esculpido trofeos y atributos cinegéticos. En cuanto a las paredes, era imposible distinguirlas, cubiertas como estaban de amplias y suntuosas vitrinas repletas de armas de todos sistemas.

La del fondo era un verdadero museo. En ella el aficionado a este género de arqueología podía encontrar un ejemplar de la primera culebrina a mano, usada en 1496 en la batalla de Morat; el hacha-pistola, compañera de la del museo de Dresde, y el goupillón *(holy water sprinkle)*, predecesor de nuestros modernos *rewolvers*. Arcabuces, mosquetes, esculpidos en marfil y ébano; mosquetones de mecha, que pertenecieron a Richelieu; fusiles venecianos sin gatillo, del siglo XVI; fusiles de chispa y primitivas pistolas de Etruria, firmadas en Pistoia en 1540 por el gran artífice Camilo Vanutelli, mostraban que su dueño, además de armero, era un insigne e inteligente coleccionista y, por de contado, hombre de exiguo caudal.

No hay que decir que en la parte baja de la vitrina aparecían verdaderas rarezas, tales como pistolas-dagas, pistolas-látigos, que fueron de bandidos calabreses en 1700; carabinas Fergusson y Teiss, las primeras que se cargaron por la culata; arcabuces alemanes y rusos, de más de doscientos años de antigüedad, cubiertos de primorosas labores de cincel; mosquetes indios y japoneses, y un ejemplar del fusil, primero de pistón fulminante, un Richard adorable, de percusión, de 1821.

De aquí en adelante, la historia de las armas de fuego estaba perfectamente representada por fusiles Smith, Brunswick, Enfield, Snider, Martini Henry, Albini, Mauser, Robert, Chassepot, Werald, Soper, Berdan, Minié, Peabody, Sharp, Remington, Field, Spencer, Winchester Hotchkiss, Lee Metford, Lebel y Krag Gorgeusen. Como veis, el señor Gonzaga era lo que se llama un verdadero artista.

Así los inteligentes acudían siempre a tan sabio maestro, no sólo para dirimir sus contiendas profesionales, sino para resolver todo género de dudas de *sport* cinegético.

—Gonzaga—le decía un *amateur*—, la semana que viene voy a caza de ánades, ¿qué arma me aconsejas?

O bien:

—Gonzaga, voy el martes a los Picos de Europa, preparadme cartuchería.

Y Gonzaga elegía el arma precisa y disponía la carga con cuidado exquisito, eligiendo la pólvora y el plomo, dosificando, contando los granos si era menester, porque no era uno de esos tiradores o armeros adocenados que

creen que se puede cazar con toda escopeta, carga y calibre lo mismo gamos que estorninos, chochas que rebecos y jabalíes que gaviotas.

Referíanse de él anécdotas estupendas.

En cierta ocasión fué invitado por un prócer de sangre real a una cacería en que el ojeo se haría con redes. La contestación del armero fué que «su dignidad profesional le impedía tomar parte en una batida en que no se daba a la res todos sus medios naturales de defensa». En una jira cinegética contra el jabalí, un convidado torpe se llevó equivocadamente su magnífica carabina *Expreso* de Greener (12 mill. 50), dejándole en su lugar una Lefaucheux de doble llave y fuego central. Acometido por el paquidermo, irritado, cruzóse de brazos y corrió gravísimo riesgo, en el cual hubiera perecido seguramente a no librarle la infalible puntería de otro cazador de ojo certero. Interrogado luego acerca de su incomprensible impasibilidad, contestó que había preferido afrontar el peligro a servirse de un arma abominable, indigna de un tirador inteligente.

Por último, habiendo logrado hacer en el concurso internacional de Honnslow (Irlanda) de 1905 con su fusil de precisión Martini un *cible*, cuyo diagrama acusaba a mil metros veinticuatro impactos de veinticinco tiros, se retiró súbitamente del certamen por haber visto con indignación que el centro medía tres pies y medio de diámetro, en vez de las treinta y seis pulgadas reglamentarias, lo cual le procuraba un triunfo que su conciencia profesional repudiaba como ilegítimo.

El primero de agosto Gonzaga reprendía a su dependiente con no disimulada acritud. Su talla gigantesca parecía aumentar cuando, empinándose sobre sus fuertes botas de cuero, decía al mancebo, anonadado por sus reproches:

—Teodoro, tú acabarás mal. Para la caza de ribera no puede cargarse un cartucho con más de once dracmas, prefiriendo, como es natural, el calibre cuatro. Mentira parece que lo ignores al cabo de seis años que tienes el honor de recibir mis enseñanzas.

Teodoro, un muchacho pálido, rubio y de ojos grises, no respondía una sola palabra. Sin duda estaba acostumbrado a tales reproches.

—Además—siguió el maestro refunfuñante—, has ofrecido ayer como arma la más pequeña de moderna fabricación, el *bull dog* de Greener, como si estuviéramos en mil ochocientos noventa, y como si no existieran Hergmanz de cinco milímetros.

El tono de Gonzaga era ya iracundo. Al hablar golpeaba el mostrador con su puño, robusto y velludo. Teodoro era presa de la más profunda consternación.

Iba a seguir, sin duda, el capítulo de gravísimos cargos cuando se abrió la puerta de cristalería, entró en la tienda un caballero elegante, de porte simpático y varonil, y dirigiéndose al armero le dijo con acento cortés:

—Si no me engaño, es usted el señor Gonzaga.

—El mismo—le contestó el armero, como si se las hubiera con un nuevo cliente.

—En tal caso—dijo el recién venido—ruego a usted que se sirva escucharme unas cuantas palabras a solas.

III

—Teodoro—dijo el armero al dependiente—, ve arriba y no bajes hasta que yo te llame.

Salió Teodoro por la puerta de la trastienda. Ofreció Gonzaga un sillón al recién venido, ocupó él otro, colocado también delante del mostrador y pronunció, con el tono en que pudiera hacerlo un monarca que concede una audiencia, estas frías y concisas palabras:

—Puede u s t e d comenzar cuando guste.

Era el visitante un hombre vigorosamente constituído; aparentaba tener algo más de treinta años; su mano aristocrática, fina y nerviosa, acarició su barba, rizada y pulcra, y se exten-

dió después con suelto ademán hacia el armero.

—Señor Gonzaga—dijo—, es inútil que sigamos hablando como desconocidos. Soy Fernando Neira, y mi nombre debe serle a usted familiar.

El armero frunció el entrecejo.

—Familiar...—exclamó como contrariado—, todavía no, señor mío, todavía no. Conocido, ya es diferente. Sé que es usted un joven de mérito, que ha conseguido por su talento ser nombrado juez de instrucción, que nada hay en su vida que merezca censura y que goza de posición envidiable.

Quiso hablar el recién venido; pero no se lo permitió el severo Gonzaga.

—Sé más—siguió con tono reposado—. Sé que pretende usted casarse con mi hija única y me figuro que es a pedírmela en matrimonio a lo que viene usted. ¿He acertado o no?

El joven magistrado experimentó cierta turbación. No esperaba que el viejo armero abordase la cuestión tan resueltamente. Hombre de temprana, pero sólida y firme experiencia, tardó muy poco en reponerse.

—Me complace—dijo con acento seguro—que haya usted adivinado el objeto de mi visita. Quiero a María Teresa, ella me corresponde; ambos somos mayores de edad y yo me lisonjeo de poder hacerla feliz. ¿Por qué no he de esperar que usted acoja mi pretensión con benevolencia?

—Amigo mío—contestó impasible el armero—, he comenzado por reconocer sus excelentes prendas de usted, y así no puede darse por ofendido si le digo que no puedo aceptar sus pretensiones de ninguna manera.

Púsose en pie, y le imitó Fernando.

—Reconocerá usted, sin embargo —dijo éste sin poder reprimir su enojo—, que tengo el derecho de preguntarle en qué funda su absurda negativa.

Sin contestarle, dirigióse Gonzaga a una vitrina, sacó de ella un arma primorosamente labrada y la puso en manos del visitante.

—¿Qué es esto?—preguntó—. ¿Será usted tan amable que quiera decírmelo?

Examinó Fernando el arma y dijo con acento de embarazosa dubitación:

—Es un fusil de chispa.

Una carcajada franca, insultante, despreciativa, fué la contestación de Gonzaga.

—Si usted hubiera visto el dibujo esculpido, una ninfa sentada sujetando por los cabellos a un sátiro con las manos atadas a la espalda; si hubiera leído la inscripción *L. Georg Dax in Munchen;* si por lo menos hubiera usted examinado el disco de la culata, hubiera usted podido decir que esta arma delicada y maravillosa es un mosquete de rueda de la primera mitad del siglo diecisiete, cuyo cañón es probablemente, aun cuando no ostenta su escudo, de Algora.

El juez enamorado miraba con asombro a aquel ente originalísimo.

Gonzaga volvió a la vitrina, dejó en ella el precioso mosquete, sacó algo de un bote, lo echó en la palma de la mano y lo presentó a Fernando con aire burlón.

—Ahora—dijo—tendrá a bien el señor magistrado decirme qué clase de pólvora es ésta.

Fernando no sabía si echarlo o no todo a rodar. El amor a María Teresa le contuvo.

—Esto parece—dijo—pólvora de caza.

Otra carcajada más fuerte, más insolente que la anterior, le dió a entender que había dicho una enormidad.

—Estos granos—sentenció Gonzaga con voz despectiva—de aristas agudas y vivas no son sino pólvora Schultze, R. F. G., para fusil Martini Henry, o yo soy un grandísimo ignorante.

Y su risa estalló más sonora, más impertinente, más insoportable que nunca.

—¡Señor mío!—balbució colérico el juez—. ¡Esta es una burla intolerable!

—No es sino una demostración—contestó el armero poniéndose serio—de que usted no podrá jamás ser mi yerno. ¡Pues qué!—siguió con altanería—. ¿He trabajado yo durante tantos años, he conquistado nombre y fama, he reunido tan bellos tesoros para que todo vaya a parar a manos de un profano

y acabe en un día la reputación que se ha transmitido de padres a hijos? ¿Quiere usted a mi hija? Hágase usted armero; estudie, trabaje, ajústeme un arma, distinga la pólvora blanca de la común, no confunda un fusil de chispa con un mosquete, demuestre que es digno de ponerse al frente de mi armería, y entonces yo le honraré dándole, no sólo mi hija, sino mi fortuna y mi bendición. Entre tanto, no piense en semejante locura.

—Señor Gonzaga—le interrumpió Fernando, parodiando sin querer a Hamlet—, hay muchas más cosas bajo el cielo y sobre la tierra que las que presume vuestra habilidad. Las armas no son todo en el mundo, y si os hubierais tomado la molestia de leer siquiera el *Quijote*...

—¡Ta, ta, ta!—le interrumpió el armero—. Va usted a hablarme del célebre discurso de las armas y de las letras. Quien ha de leerlo nuevamente es usted, que no lo ha interpretado a derechas.

—De manera que, según su bárbaro egoísmo de usted—saltó el enamorado—, no se puede ser digno de una mujer sin conocer toda su bárbara y caprichosa jerga. ¿Está usted mismo bien seguro de que nada ignora en su tan decantado oficio? ¿Y si yo le demostrara a usted que hay todavía algo muy importante que ignora en él?

—En tal caso—dijo palideciendo el armero—, yo le concedería a usted la mano de mi hija.

—Está bien—dijo el magistrado—. Yo le recojo a usted su palabra. Entre tanto, bueno es que sepa que en el mundo todo se resuelve por la razón y nada por las armas; que lo ha reconocido el primer capitán del siglo diecinueve, y que no es con fusiles, ni con pólvora ni bayonetas como ha de encontrar el mundo curación a su males.

—¡Con la razón!—rugió el armero, en cuyos ojos centelleaba el fuego de la iracundia—. ¡Con la razón, y hace cuarenta siglos que es estéril el trabajo de los sabios y los filósofos! ¡Con la razón, y no hay verdad que no sea hollada, ni principio que no sea desconocido, ni equidad que no sufra ultraje! Con las armas ha sido como la civilización ha ido extendiéndose por el mundo; en Oriente, se llamó Nabucodonosor; en Grecia, Alejandro; en Roma, César; en la Edad Media, Atila o Carlo Magno; en la moderna, Federico, Pedro o Bonaparte. ¡Una guerra más, y el mundo se habrá transformado, y sobre las ruinas de una humanidad egoísta y caduca se habrá levantado todo el nuevo universo de progreso y civilización!

Fernando contemplaba con estupefacción a aquel ante el cual Nietzsche hubiera encontrado su superhombre brutal.

Iba a contestarle. Pero en aquel momento la puerta se abrió; entró en la tienda, jadeante, el alguacil Salvador Apremio, y limpiando el sudor que corría por su frente congestionada, dijo, entre toses y resoplidos:

—Señor juez, venga pronto usía. Acaba de ser herido, de un modo misterioso, el recaudador de contribuciones del sexto distrito.

IV

Abrió en cruz los brazos el caudillo de los anarquistas, y cayó como el vate inmortal de Florencia ante el fantasma negro de Paolo. En parte alguna había sonado detonación; nadie se había aproximado a la víctima, y, sin embargo, el crimen se había consumado rápido, silencioso, como realizado en holocausto al dios del misterio por una sacerdotisa invisible.

Era aquél el tercer atentado enigmático, y la muchedumbre sintió el escalofrío de lo ignorado absurdo. En dos segundos la plaza quedó despejada; poseída de pánico invencible, la multitud se dispersó como una bandada de jilgueros. Atropellándose, ciega de terror, asaltó los comercios, rompió las vitrinas, se refugió en portales y kioscos. Por todas partes se oyeron lamentos, quejas, imprecaciones que salían de la aterrorizada plebe dispersa, como si se sintiera la espantosa

amenaza de una catástrofe apocalíptica.

Un grupo compacto de mujeres, niños, obreros y ancianos fué a guarecerse en el vestíbulo de una suntuosa y noble vivienda. Apenas entrado, un hombre con librea se apresuró a cerrar el portón. Todos se miraron unos a otros con estupefacción, con indecible asombro. Realmente, no sabían lo que había motivado su fuga; habían huído porque lo hacían los demás; pero como ver, nada habían visto. Testimoniaban con su miedo ignorante la inconsciencia animal colectiva, causa en la historia del populacho de todas las servidumbres aciagas, como de todos los desenfrenos.

En medio de la general turbación, sólo un individuo parecía dueño de sí. Era un sexagenario de barba blanca y mirada apacible, cuya cabeza se cubría con un *chrystis* de color de avellana. En sus facciones, de asombrosa regularidad; en sus ademanes aristocráticos: en su acento noble, persuasivo y admirablemente timbrado, se adivinaba al hombre de gustos selectos y de amplia cultura. Vestía con pulcra sencillez traje de americana, y de una de las manos pendía un kodak 6 por 9, marca *Polar*, con objetivo Zeiss, doble aplanático.

—Calma, amigos míos—dijo tranquilamente a los fugitivos—. No hay por qué asustarse. Un hombre ha sido herido por alguien que debía con él ajustar cuentas y lo ha hecho en forma más o menos extraña. ¿Es para que nosotros nos atemoricemos hasta el punto de no atrevernos a salir a la calle?

La serenidad de su acento infundió valor a los más pusilánimes. Diez o doce de los más arriscados decidiéronse a salir del portal.

Una joven alta, de voz franca e ingenua, acercóse en aquel momento al desconocido.

—¿Cree usted de veras que no habrá peligro, caballero?

Miróla el anciano fotógrafo. Era una espléndida hermosura, sobre cuya frente inmaculada y amplia se partía en blandas ondulaciones la madeja sedeña de sus crenchas. Sus ojos enormes y serenos parecían interrogar. Su busto clásico se alzaba con ritmo agitado por el sobresalto. Dos irisados y lucientes *chatones* de roca antigua esplendían en sus diminutas orejas de nácar. En torno suyo se esparcía un intenso perfume de violetas, que el viejo caballero no pudo menos de aspirar con delicia.

—Señorita—pronunció con acento que pudiera decirse paternal—, creo firmemente que nadie corre riesgo, y mucho menos la en todas partes respetada y querida María Teresa, la hija del reputado artífice Gonzaga.

Sonrió la joven benévolamente.

—¡Ah! ¿Me conoce usted?—preguntó como complaciéndose con tan grata nueva.

—Tengo ese honor—contestó el caballero inclinándose—como le tienen muchos desvalidos a quienes usted muchas veces socorre y con los cuales también estoy en frecuente contacto. En cambio, usted a mí no me conocerá, de seguro. Vivo casi en absoluto aislamiento, encerrado en mi laboratorio de fotografía, de donde no salgo sino lo necesario para cumplir las prescripciones de un médico ridículamente inflexible.

—¿Es usted acaso fotógrafo?—interrogó María Teresa con afectuosa curiosidad.

—No soy—repuso el viejo—sino un modesto aficionado. Durante muchos años he desempeñado en la Universidad de Lieja una cátedra de Ciencias Exactas, en donde he sido bastante respetado a pesar de mi condición de extranjero. La edad y el deseo de volver a vivir con la única persona que me queda de mi familia, un hijo honrado y laborioso, me ha obligado a pedir mi jubilación, y ahora vivo en su casa, en la cual me he reservado dos habitaciones y una especie de sótano, donde dedico largas horas a revelar mis instantáneas y a hacer experimentos sobre la fotografía en colores. Es una inofensiva manía que usted sabrá disculpar de seguro.

El anciano, con su mirada, parecía demandar indulgencia. María Teresa

sintió deseos de demostrarle que merecía su simpatía más cordial.

—En eso—dijo jovialmente—nada hay de censurable. Solamente su apartamiento de las gentes me parece que ha de ser algo triste.

—No lo crea usted, señorita—le contestó el desconocido—. A mis años se ha visto mucho y no se tiene ya el espíritu abierto como el de usted a todas las magnánimas indulgencias. Las maldades de los hombres nos abruman y a veces nos irritan, y quisiéramos en vano ponerlas remedio, con lo cual sólo conseguimos reconocer nuestra incapacidad para conseguirlo y hacer nuestro carácter aún más sombrío y, ¿cómo lo diré?, misantrópico. Ante la maldad, triunfante casi siempre, no podemos contener nuestra irritación; nos ahoga el deseo insensato de suplantar a la Providencia para premiar a todos los buenos y castigar a todos los malos; y como no podemos ser ni santos mediadores, ni tampoco autores de melodramas, que son los únicos a quienes es dado hacer estas cosas, nos resignamos a la soledad, buscando en ella cualquier recreación infantil que nos distraiga de nuestros pesimismos y haga menos penosos nuestros achaques.

—Sin embargo—le interrumpió la hija del armero—, usted parece fuerte y animoso. ¿Su hijo de usted permanece soltero?

El aficionado a la fotografía asintió con un ademán.

—Entonces es seguro—continuó la novia de Fernando—que algún día contraerá matrimonio y una nueva familia traerá a usted alegrías, esperanzas y ocupaciones agradables que le harán olvidar las penas pasadas. Por lo demás, creo que hace usted mal en preocuparse por la injusticia de los hombres. Todos ellos al fin tendrán su premio o su castigo; todos, cuando llegue el momento de rendir cuentas...

Una sonrisa escépticamente piadosa del anciano hizo enmudecer a María Teresa.

—En fin—dijo después de una pausa—, usted sabe de esto, como de todo, mucho más que yo. Si usted quiere que departamos de estos asuntos largamente, yo le ofrezco mi casa en nombre de mi padre. Es un hombre honrado y generoso que no tiene sino un defecto: el de creer que todo en el mundo se arregla a tiros. Vaya usted a vernos y nosotros nos honraremos con recibirle y testimoniarle nuestra gratitud por su conversación afectuosa.

Tendió la mano al desconocido; éste la estrechó con cierta emoción. Luego sacó una tarjeta de la cartera.

—Tome usted—dijo—. Nuestra casa está siempre abierta para ustedes.

Descubrió su venerable cabeza y salió. María Teresa leyó en la cartulina y lanzó una exclamación de sorpresa:

—¡El padre de Fernando!—murmuró con voz apagada.

Miró de nuevo la tarjeta. En ella, con esbeltos caracteres británicos, se leía lo siguiente:

Leopoldo Neira Wentkinssein

EX PROFESOR DE LIEJA

Y luego, en el reverso, escrita con lápiz, esta extraña fórmula:

$$V_o = 485 \sqrt{\frac{C^8 \; 11^8}{D}}$$

V

—¿Cómo se llama usted?
—Eustaquio Ramírez.
—¿Edad?
—Treinta y seis años.
—¿Estado?
—Casado.
—¿Oficio?
—Fundidor.
—¿Ha sido usted procesado alguna vez?
—Nunca.

—¿Sabe usted o presume por qué ha sido llamado a declarar?

Un clamoreo de chiquillería, lacrimoso, ensordecedor, se oyó en la antesala. Eustaquio dió vueltas a la gorra, miró hacia la puerta y dijo aturdido e inquieto:

—Con permiso de usía, señor juez, voy a ver qué les pasa a los chicos.

El juez, don Fernando de Neira, le contuvo con un ademán.

—¡Chist! Estése usted quieto. No será ello cosa importante.

Procurando revestir su semblante de la mayor severidad, y mientras el escribano hacía correr la pluma sobre los amarillentos pliegos de oficio, el juez comenzó a formular contra el fundidor aturdido los siguientes cargos:

—El día treinta de julio último celebró usted juicio de desahucio a instancias de don Elías Trepador, prestamista.

—¡Un despojo, señor juez, un despojo!—saltó con vehemencia el obrero.

—Está bien; a la salida de la Audiencia recibió un balazo el señor Trepador. ¿Qué sabe usted acerca del particular?

—¡Soy inocente, señor juez! Yo no sé más que lo que sabe todo el mundo!—dijo asustado el patriarca de la chiquillería.

—Aquel mismo día—siguió el juez impasible—tuvo usted una reyerta con el recaudador de contribuciones del sexto distrito por la cuantía del recargo en la cédula. Parece que alborotó usted en la Agencia y que llegó usted a amenazarle de muerte.

—Me cogió de la solapa, señor...

—Ello es que dos días después—siguió Fernando Neira—el recaudador recibió un tiro en la cabeza.

Eustaquio pasó por su frente sudorosa la manga de su blusa, cubriendo al hacerlo su cara de tizne.

—¡Señor juez!—dijo, ya balbuciente y convulso—. ¡Juro por mis hijos que soy inocente!

—Iniciada una discusión en un cafetín acerca del descanso dominical —continuó el magistrado—, increpó usted muy duramente a uno de los caudillos del anarquismo.

—Porque quiso tirarme un platillo a la cara—contestó el inculpado—, y yo le dije que no lo haría si estuviéramos en una carretera.

—Bueno—siguió frío el acusador—. Supongo que también sabrá usted que ayer ese obrero quedó con el cuello atravesado de otro balazo.

El estupor de Eustaquio llegó a su límite.

—¡Señor m a g i s t r a d o!—tartamudeó—, ¡tenga usía piedad de nosotros! ¡Yo no he cometido esos delitos de que se me acusa!

—¿Qué tiene usted que decir en su descargo?

—Que yo no estaba presente cuando ocurrieron esas atrocidades.

—Muy bien—dijo el juez—. Es una coartada. Pero hay que demostrarla, y para ello tendrá usted testigos.

—¿Testigos?—dijo el infeliz, abrumado—. ¿Testigos de qué?

—Testigos—continuó Fernando, grave y severo—que especifiquen en dónde estaba usted el día del desahucio, cuando recibió el tiro el señor Trepador; el día dos de agosto a las tres de la tarde, y el siete a las once de la mañana.

—A esas horas estaba solo con mi mujer y los chicos, e iba de tienda en tienda con ellos buscando trabajo—contestó el obrero, casi con las lágrimas en los ojos.

Un nuevo murmullo de voces infantiles se oyó en la antesala; sobre él se destacaban llantos y gimoteos.

—¿Ha concluído ya, señor juez? —preguntó impacientado Eustaquio.

—Por ahora sí—contestó el magistrado—. En nombre de la ley le declaro a usted procesado, y va usted, ahora mismo, a constituirse en prisión.

—¿Yo en prisión?—gimió Eustaquio—. ¿Y mi mujer? ¿Y la chiquillería?

Fernando Neira quedó un instante pensativo.

—Su mujer de usted y sus hijos—contestó después de una breve pausa—serán socorridos de mi bolsillo particular mientras usted permanece preso.

Oprimió el botón de uno de los timbres y se presentó el alguacil.

—Salga usted—dijo al escribano, que hasta entonces había permanecido, silencioso junto a una mesa en donde tomaba sus notas—y extienda la declaración de Eustaquio Ramírez y el auto de su procesamiento y prisión preventiva.

Levantóse el actuario de su asiento, recogió sus papeles y salió. Eustaquio le siguió cabizbajo, como un autómata.

El alguacil permanecía inmóvil en el umbral.

—Ramón—le dijo Fernando Neira—, haga usted pasar al señor Gonzaga.

VI.

Entró el armero en la sala de audiencia serio, erguido, como quien va, no a ser interrogado, sino oído respetuosamente en consulta. Se adelantó con paso seguro hasta el estrado, hizo a Fernando una cortés y digna reverencia, como si no hubiera cruzado la palabra con él horas antes, y esperó a pie firme a que el juez se dignara hacerle sus preguntas.

—Señor Gonzaga—le dijo cortés, pero fríamente Fernando Neira—, sírvase usted sentarse a mi lado. Esto no es una declaración, sino una consulta particular y amistosa que tiene el honor de pedirle el juez de instrucción del distrito del Norte al armero más ilustrado y competente de nuestra industria nacional.

Gonzaga inclinóse de nuevo. Después tomó asiento. En su rostro no había sufrido la menor contracción ni un solo músculo.

—Hace pocos días—dijo el juez entrando en materia—recibió un balazo un hombre en la calle en condiciones excepcionalmente maravillosas. Los forenses han dictaminado que un proyectil le atravesó la garganta, hiriéndole en la carótida. Examinado el orificio de entrada, no mide más de dos y medio milímetros de circunferencia. Y lo más particular y extraño es que sus bordes no presentan señales de quemadura y que las personas que presenciaron el delito ni vieron en parte alguna fogonazo, ni oyeron el ruido de la menor detonación.

—Dice usia—preguntó frunciendo el ceño Gonzaga—que el proyectil no debía tener más calibre que el de dos y medio milímetros?

—Tal es la opinión de los forenses —le contestó Fernando.

—Han debido sufrir equivocación —repuso con aplomo Gonzaga—, puesto que son mucho mayores los calibres de las armas modernas.

—¿Podría usted recordarlos?—insinuó Fernando.

—No tengo en ello inconveniente —dijo el armero—. Los calibres de las modernas balas de fusil ojivales, más pequeñas que las antiguas a pesar de tener envoltura metálica, son estas: Krag-Jorgeusen, seis milímetros y medio; máuser alemán, el mismo calibre: máuser español, siete milímetros; Martini, suizo, siete y medio; Lec Metford, siete sesenta y cinco, y Lebel, ocho.

—¿No pudiera haberse disparado con pistola?—interrogó el juez.

—No es probable—contestó el armero—; el calibre de la pistola Browing, es siete sesenta y cinco o seis treinta y cinco. La Webley mide siete setenta y cinco y seis treinta y cinco; la máuser, siete sesenta y tres y nueve. La Mannlicher, siete sesenta y cinco. y la Bergmann, cinco sesenta y cinco y ocho. Los calibres de las antiguas pistolas y cachorrillos, como las de los revólveres Smith, jamás son menores.

—¿De modo que su opinión de usted...?

—Mi opinión es que el individuo de que se trata no ha sido muerto por proyectil alguno, sino atravesado por un estoque.

—Esa hipótesis—contestó Fernando con flema—hubiera podido ser admitida por los médicos a no ser por una gran dificultad.

—¿Cuál?—preguntó el armero, intrigado.

—Por el hecho—dijo el juez, mirando a Gonzaga fijamente—de hallarse el orificio de salida mucho más bajo que el de entrada. Se trata, pues, de un proyectil, puesto que ha podido, al chocar con la espina dorsal, deslizarse

a lo largo de las vértebras cervicales y salir por debajo de ellas.

Gonzaga quedó estupefacto.

Fernando quiso sacarle de su estupor.

—¿No podría tratarse—dijo—de una escopeta Flaubert?

—Imposible—dijo el armero pensativo—. Su calibre es de cinco milímetros y no tiene fuerza suficiente para atravesar el cuerpo humano, a no dispararse de muy cerca. Y hay más: me atrevo a asegurar que ningún arma puede alcanzar la velocidad inicial suficiente para ello, reduciendo hasta ese extremo el calibre, y, por consiguiente, la cápsula.

Se veía que el armero estaba cada vez más perplejo. Fernando no pudo menos de sonreír con aire de triunfo.

Hubo entre ambos interlocutores un embarazoso silencio. Por fin Fernando le puso término con esta pregunta:

—Señor Gonzaga, ¿cree usted posible actualmente la fabricación de un arma que, al ser disparada, no produzca ruido alguno?

—Tal es—contestó inmediatamente el armero—el propósito del alemán Hiram Maxim. Pero el propósito de este invento no es el de suprimir totalmente el ruido de la explosión, lo cual me parece por completo absurdo, sino el de disminuirle hasta el extremo de que el enemigo no pueda percibirle a mil metros. Toda conflagración supone choque, y ésta vibración sonora de moléculas.

—¿A qué obedece el ruido en el disparo?—preguntó el juez, cuya tenacidad causaba ya en Gonzaga desasosiego.

—En primer lugar—dijo el industrial—a la conflagración del explosivo. Este ruido es menor conforme éste deja en el arma menos sedimento. Así, las pólvoras blancas Schultze o Dittmar producen mucho menos ruido que las pólvoras negras, lo mismo que la granulada de madera, C. C., porque los ácidos de que hay que embeberlas para fabricarlas son expulsados con el mayor cuidado, en virtud de un largo tratamiento de depuración. Así no quedan apenas residuos en el cañón, y es mayor la cantidad de gases útiles que contienen los compuestos azoados. Recientemente se han fabricado pólvoras que no dejan de residuo sino un doce o catorce por ciento, en vez de un veinte que dejaban algunas preparaciones antiguas.

—¿Y es ésa la única causa de la destrucción?—insistió el magistrado.

—De ninguna manera—siguió Gonzaga—. La expulsión del proyectil hace en el cañón el vacío, y el aire, por una ley bien conocida, se precipita en él, golpeando violentamente las paredes. No creo que hay medio de anular este efecto, ruidoso siempre, que sólo puede aminorarse por la disminución del calibre.

—¿Y la longitud?

—La longitud, no; porque cuanto menor es, mayor es la rapidez con que se dilatan los gases y, por lo tanto, el choque.

—Veamos—pronunció el magistrado con flema que comenzaba a impacientar al artífice—. Por lo que atañe al primer punto, ¿no hay hoy manera de prescindir de explosivos y conflagraciones? Por ejemplo: la electricidad ha tenido recientemente innumerables aplicaciones; un fusil de presión de aire, convengo que no daría una gran velocidad inicial en un calibre tan minúsculo; pero un fusil eléctrico pudiera muy bien resolver el problema.

Gonzaga hizo con la cabeza un movimiento negativo.

—Cuando Edisson comenzó a asombrar al mundo con sus maravillas—dijo con el orgullo de quien lleva en el cerebro una enciclopedia—comenzamos todos a acariciar la idea del fusil eléctrico. Pronto supimos que no era nueva esta concepción fantástica, cuya aplicación, según Greener, tendrá lugar en un muy lejano porvenir, cuando el nuevzelandés de Macaulay visite las islas británicas. Ya en mil ochocientos sesenta y siete, un barón francés hizo modelos de fusiles, en los cuales una batería de bicromato de potasa, mediante una bocina de inducción, hacía vibrar un pequeño imán; pero toda esta maquinaria no se proponía sino producir la inflamación del cartucho lleno de pól-

vora común y, por consiguiente, era innecesario. En cuanto a suprimir el explosivo, produciendo una propulsión repentina y brusca, sigue siendo un sueño, porque la electricidad dinámica, haciendo girar un electroimán en presencia de un hierro dulce, produce energías incalculables, pero no tan súbitas como ello fuera menester.

—Señor Gonzaga—dijo Fernando, en cuyos ojos resplandecía un fulgor victorioso—. Doy a usted gracias por su preciosa información, que es una verdadera conferencia técnica. A pesar de todo, me veo obligado a creer en un arma misteriosa que no produce ruido, y cuyo proyectil, cuya bala fría, llamémosla así, es capaz de pasar a un hombre de parte a parte, sin otro calibre que el de dos milímetros.

—¿Y ese proyectil?...—balbució el armero, confuso.

—Ese proyectil—exclamó el magistrado con aire de triunfo—los médicos le han encontrado ayer en el muslo de una nueva víctima, intacto, sin señal de haber yacido en cápsula alguna. Y ese proyectil, que usted no conoce—pronunció con regocijo inmenso—hele aquí.

Diciendo esto, depositó sobre la mesa un proyectil, bruñido, luciente, que el artífice contempló asombrado.

Era una bala diminuta. No se trataba de un proyectil de forma cilíndrico-cónica, lo que se llama un *picket* ojival. Su forma tampoco era análoga a la Martini Henry.

Era sencillamente una esfera perfecta, limpia y bruñida, que no mediría mucho más de dos milímetros de diámetro. Al verla, Gonzaga palideció.

—¿Qué dice usted a esto?—preguntó Fernando, recordando con júbilo la palabra empeñada el día anterior por el armero.

—Ese proyectil—dijo éste con aplomo, y repuesto ya de su sorpresa—, no es para mí ninguna novedad. Conozco el arma de que procede.

—¿Cuál?—preguntó Fernando, estupefacto.

—Eso es lo que no puedo decir—contestó flemáticamente Gonzaga.

—¿Por qué?—clamó Fernando, ya iracundo, ante aquella terquedad inaudita.

—Es inútil que usted me lo pregunte. Tengo para ello mis motivos—repuso el armero—y no diré una palabra más.

—Señor Gonzaga—exclamó el magistrado—. Piense usted que es un juez el que le pregunta; que el silencio en este caso pudiera parecerle complicidad, y que se vería obligado a proceder contra usted como sospechoso.

—Haga usted lo que guste—respondió fríamente Gonzaga.

—¿Es irrevocable su propósito?

—Irrevocable.

El semblante de Fernando se transfiguró. Recobró su calma, su frialdad. Dejó de ser el amante tenaz para trocarse en el juzgador inflexible.

Oprimió el timbre, y se presentó el alguacil.

—Ramón—dijo—: hágase usted cargo de este señor. Queda preso e incomunicado por orden mía.

VII

Dos atentados más, silenciosos, inexplicables, absurdos, acabaron de difundir por toda la ciudad el terror. Los habitantes, poseídos de un pánico invencible, permanecían todo el tiempo posible en sus casas, preguntándose en vano unos a otros qué fuerza invisible comenzaba a diezmarles de aquella manera tan cruel. Comenzaron a difundirse los más absurdos y disparatados rumores. Quién aseguraba que se trataba de un plan anarquista; pero al punto era desmentida esta especie, recordando que las víctimas del misterioso y astuto homicida pertenecían a todas las clases sociales, profesaban las más opuestas ideas y aun alguna estaba señalada por la policía como radical anarquista de acción. Además, lo que caracteriza a los ácratas es el odio a toda autoridad, y hasta entonces, sólo un humilde recaudador había caído bajo la certera puntería del asesino. De ser anarquista, ¿no hubiera buscado más altos personajes para ven-

gar en ellos su disparatada enemiga a la ley y al orden social?

Otros, por el contrario, suponían que los atentados no tenían más objeto que el de atemorizar al pueblo y separar su atención por completo de los altos problemas de Estado. Esta hipótesis era aún más ilógica. Pero el pueblo se aferraba a ella con esa tenacidad que le lleva en todas las grandes catástrofes a desahogar sus instintos brutales de rebeldía.

No faltaba quien atribuía los crímenes a otra ciudad rival, celosa de la prosperidad de su competidora en industria y comercio. Y, por último, alguien explicaba los atentados como un azote de la Providencia, un justo castigo celeste, en vista de los progresos de la impiedad y de la corrupción creciente de las costumbres.

El hecho era que el terror aumentaba. Calles en otro tiempo concurridas, verdaderos centros comerciales, veíanse ahora solitarias. Apenas si algún empleado, obligado a acudir a la oficina, o algún obrero, distanciado de su taller, se aventuraba a deslizarse a lo largo del muro, mirando con recelo a todas partes, como si temiera de un momento a otro aumentar la lista de los sacrificados por el inflexible enemigo de la humanidad.

A más del instinto de conservación individual, hay en el hombre otro de que sólo en condiciones excepcionales se da cuenta: el de conservación de la especie, más fuerte y avasallador. Es menester que llegue una verdadera calamidad colectiva, una peste, un naufragio, un terremoto, para que asome ese instinto feroz que debió ensombrecer las tétricas noches del milenario. La amenaza de un riesgo inminente individual asusta a los hombres mucho menos que otro peligro, aun siendo más remoto, que alcance a toda una muchedumbre. La certeza de haber adquirido una grave enfermedad aguda, espanta menos que la proximidad de una atroz epidemia. Es seguro que cualquier enfermo incurable de tuberculosis, gangrena o cáncer, experimentaría extraordinaria tribulación si viese una señal en el cielo, tan sorprendente, tan inexplicable, que pudiese anunciar una tremenda catástrofe cósmica para dentro de cincuenta años.

Tres días después de aquel en que fué reducido a prisión Gonzaga, el aspecto de la ciudad era fúnebre y desolado. Interrumpida casi en absoluto la circulación de vehículos, parejas de guardias a caballo patrullaban por las avenidas desiertas. En los ángulos de algunos edificios habían aparecido pasquines excitando al pueblo a la venganza. Pero ¿contra quién? Al filo de las diez un grupo de trabajadores ebrios apareció enarbolando un lienzo en el cual se leía en toscos caracteres: *¡Justicia contra los asesinos!* Poco a poco el grupo fué engrosando, y muchos pálidos semblantes aparecieron tras los cristales de los balcones para mirar a la turba valerosa que se atrevía a desafiar la furia inaudita del exterminador invisible y a exponerse a ser blanco de la bala fría.

Al frente del grupo iban unos cuantos hombres desharrapados, vociferantes y saturados de alcohol; les seguían gentes de todas condiciones, en las cuales predominaban obreros exaltados, dispuestos a tomar, si caía en sus manos, cruenta venganza del traidor homicida. Así recorrieron varias calles, gritando, ignorantes a punto fijo de lo que gritaban, amenazando sin saber a quién, en espera de una víctima a quien sacrificar, que no debía tardar en presentarse, porque cuando la turba olfatea la sangre, la es menester a toda costa una presa. Si Santerre no hubiera encontrado en su prisión al Capeto, la turba hubiera guillotinado a Clery, o tal vez al verdugo Sansom. El jacobinismo no tuvo jamás otro sentido.

En los momentos en que la muchedumbre desembocaba en uno de los más amplios *boulevares*, apareció en su extremo, tímido, cauteloso, sofocado por el peso de su abultado abdomen, el alguacil Salvador Apremio. No necesitó sino divisar a la turba aulladora para comprender que le amenazaba un gran peligro, y echó a correr en dirección contraria. Su aturdimiento

le perdió. Indiferente, tranquilo, hubiera podido pasar tal vez junto al grupo sin despertar sospechas. Fugitivo, llamó la atención de los exaltados de la vanguardia.

—¡Un hombre que corre!—gritó una vieja arpía de las que jamás faltan cuando se celebra un Corpus sangriento—. ¡Detenedle!

—¡El es, el asesino!—aulló una garganta enronquecida por el alcohol.

La persecución se inició. Salvador Apremio comprendió que estaba perdido, y aceleró cuanto pudo su marcha. Desgraciadamente, era para ello invencible obstáculo su obesidad. La bandada se le echó encima, y antes de que pudiera refugiarse en las arcadas de la Casa Consistorial, fué alcanzado, golpeado y pisoteado por los perseguidores más ágiles.

—¡Registradle!—clamó la vieja insidiosa, implacable—. ¡Debe llevar sobre sí el arma!

Un hombretón fornido, a cuya cintura se ajustaba un delantal rayado de cortador, se encargó del escrupuloso escrutinio. De los bolsillos del acongojado alguacil fueron saliendo papeles, monedas de cobre, cigarrillos medio deshechos, lápices y migas de pan. Por fin, del bolsillo de su americana sacó el carnicero un objeto y lo alzó sobre su cabeza con aire de triunfo. Era una diminuta pistola de fulminante, inofensivo juguete de niño, que la turba miró, desde luego, primero con espanto y luego con ira, como si fuera el arma terrible dispuesta a sembrar en su fila el exterminio.

—¡Este es el asesino; muera!—clamaron cien voces.

En vano el mísero alegó que el arma inofensiva era un juguete destinado a su nieto. Inútilmente clamó indulgencia. Cien brazos se alzaron para golpearle, y uno más nervudo y aleve descargó sobre su ancho pescuezo de rumiante un puñetazo violento y feroz.

—¡Misericordia!—balbució Salvador cayendo de rodillas.

Nadie tuvo piedad. En un instante el cuerpo del desgraciado auxiliar recibió innumerables golpes. La muchedumbre quería más: quería el linchamiento. Alguien trajo una cuerda y se dispuso a arrojarla a su cuello.

La maldad se hubiera realizado a no fulminar una voz extentórea y frenética una nueva amenaza:

—¡Los armeros! ¡Vamos a los armeros!

Había renacido el salvaje valor en la plebe, y el grupo de manifestantes pasaba de tres mil. Por todas las bocacalles afluían avalanchas de desharrapados, de vagabundos, de mendigos. Sólo en un día de motín puede calcularse cuánta es la hez que se deposita en los inmundos y lóbregos suburbios de una gran ciudad.

No estaba muy lejos la tienda de Gonzaga. Como movida por un resorte, la masa compacta de amotinados se encaminó a la tienda, cerrada a la sazón. Preso el armero, su hija no se había sentido con ánimos para regentar el comercio y había dispuesto su clausura.

Tres grandes cortinones metálicos cerraban las suntuosas vitrinas. Encima, sobre una amplia y sólida muestra de roble, destacábase en áureas letras románicas esta leyenda:

GONZAGA, ARMERO

Y debajo, circundando un escudo:

PROVEEDOR DE S. M.

Una vez frente al edificio, la muchedumbre se detuvo un momento, como ignorando lo que debía hacer. De pronto, una piedra partió del grupo y fué a retumbar con ruidoso golpe sobre una de las cortinas metálicas.

Fué aquella la señal del ataque. La turba, provista de piedras de una obra cercana, comenzó a arrojar sobre la tienda de Gonzaga una granizada de proyectiles.

—¡Fuego! ¡Prendedla fuego!—rugió una garganta iracunda.

Y los más próximos a las puertas comenzaron a amontonar junto a ellas papeles y astillas. Tres o cuatro rapaces (la niñez es cruel) se encargaron de traer alquitrán o petróleo.

Pero, en aquel momento, el cortador,

ocupado en preparar la futura hoguera, cayó de bruces como electrocutado. Hubo un momento de estupor. Como de costumbre, no se había sentido detonación en parte alguna que denunciara al homicida anónimo.

Los más cercanos a la víctima lanzaron un grito que trocóse en murmullo y repercutió por toda la plaza. Inmediatamente otros dos hombres rodaron por el suelo alcanzados por los proyectiles del ser fantástico que disparaba sobre la multitud a mansalva.

Se inició al punto la dispersión. Una vez iniciada, tardó breves instantes en convertirse en vergonzosa fuga. Por todas las calles afluentes precipitóse la avalancha humana lanzando gritos de terror, atropellándose ciega de pánico, como una piara de bisontes a que sorprende el huracán en la Pampa.

Y así fué dispersándose el tropel y despejándose la plaza, sombría bajo un cielo plomizo, hasta quedar desierta y abandonada cual la de una ciudad a cuyos habitantes hubiera hecho emigrar despavoridos la amenaza del fuego de un volcán.

VIII

Iba a terminar aquel día la lección de Ética social. El profesor afirmó en la nariz sus anteojos, tosió ligeramente y dijo a los contados discípulos que habían tenido el extraordinario valor de acudir a escucharle:

—Mañana, queridos discípulos, será declarado en la ciudad el estado de guerra y me será imposible hablaros del acontecimiento maravilloso que a la población preocupa. Se dice que un hombre ha inventado un arma tan misteriosa y tan terrible, que con ella puede asesinar a quien le parezca a mansalva, y con este motivo se hacen por todas partes las más lúgubres profecías acerca del orden social, del Estado y también de la Humanidad misma. No pocas gentes se preguntan si no están próximos los tiempos en que el mundo perecerá a manos de la ciencia y en que tendrá realización inmediata la paradoja bíblica del árbol del bien y del mal.

Realmente, no era menester el descubrimiento de esa arma mortífera para que la Humanidad estuviese amenazada por su propia investigación. Dado el adelanto de las ciencias, es seguro que dentro de muy pocos lustros será posible a cualquier malvado disponer de la vida de sus semejantes y aniquilar a las razas que pueblan el planeta sin que los gobiernos ni las academias, ni los hombres de buena voluntad encuentren manera de evitarlo.

Pensad en los adelantos de la bacteriología y decidme si no creéis que puede llegar un momento en que será posible almacenar los gérmenes de la peste bubónica, del cólera o de la tuberculosis en una pequeña esfera de algunos milímetros de diámetro y hacerlos estallar en medio de la ciudad más floreciente, sembrando en ella la muerte y la desolación. En vano el Estado acordará medidas de represión; inútilmente los sociólogos dirán que la lucha por el Derecho no puede tener el alcance que le da Von Jhering y que a toda lucha debe preceder, como afirma Cimbali, el principio de la aritmética social. Siendo como es verdad que el hombre es lobo para el hombre, cualquier desalmado podrá vengar con la destrucción del Estado el menor agravio cometido por los agentes del poder público.

Un pueblo, cada uno de cuyos individuos pudiera fabricarse armas mortíferas invisibles, no se diferenciaría gran cosa de las primitivas sociedades salvajes. Es enteramente superior a la Naturaleza humana pretender que del consorcio civilizado desaparezcan las pretensiones más allá de lo justo. Siempre habrá criminales. Ahora bien, ¿obra piadosamente la ciencia al poner en sus manos el medio de realizar sus criminales y viles propósitos?

¿Para qué ha servido la Química a los industriales de mala fe? Para sofisticar, adulterar y envenenar los alimentos que ingerimos. Por muchas víctimas que pueda hacer un arma invisible no emulará en crueldad a ese

horrible atentado de los mercaderes sin conciencia a la salud de los ancianos, de los niños y de los débiles. El ochenta por ciento de las enfermedades tienen su origen en la ingestión de alimentos adulterados, cuya fabricación no hay medio racional de impedir. Ved aquí un resultado funesto de la divulgación de la ciencia.

No hablemos de la facilidad con que se fabrican los explosivos, que ha motivado ya en todas las naciones que se llaman cultas leyes extraordinarias de represión. ¿Es, acaso, menos funesta la fabricación de ideas disolventes y de instintos brutales? Si un día se consiguiese emponzoñar el mar, ¿se habría hecho más daño a la humanidad que aquel en que se consiguió ennegrecer la inmensidad del cielo?

Seguramente me oiréis con asombro. Pues bien, tranquilizaos, amigos míos, Todas estas ideas que os he expuesto no son las mías. Son las de los enemigos de la cultura. La ciencia no es mala, el saber no es funesto, el progreso no puede ser fatal a la vida y al bienestar de los hombres. Ningún descubrimiento merece ser abominado, porque él trae para la humanidad, pese a sus inconvenientes transitorios, un adelanto positivo.

Todos los adelantos científicos fueron recibidos con alarma y temor, y todos redundaron en beneficio de nuestros semejantes. Escuchad las palabras de Emerson: No ha mucho tiempo que el vapor era uno de los demonios más temidos; toda vasija construída por un alfarero humano tenía un agujero en la tapadera para dejar pasar al enemigo, de miedo que éste no arramblase con vasija, tapadera y aun con el techo de la casa. Pero el marqués de Worcester, Watt y Fulton pensaron que allí donde había poder, debía haber no un diablo, sino un dios, del cual era preciso servirse y no dejar que se evaporase. ¿Tan fácilmente podía levantar vasijas, tapaderas y tejados? Pues aquél era el obrero que buscaban. También se podría echar mano de él para romper cadenas, para domar a otros diablos más recalcitrantes y más dañinos, como leguas cúbicas de tierra, montañas, el peso o la resistencia del agua, las máquinas y el trabajo de todos los hombres del mundo. El temido vapor alargaría el tiempo y reduciría el espacio.

Terror, espanto, produjeron la imprenta, la pólvora, la electricidad, el magnetismo. En poder de un solo hombre hubieran podido ser armas terribles; pero el genio jamás es egoísta: lega a todos la labor de uno solo, y así, lo que pudiera ser causa de opresión, esclavitud y miseria es, a la postre, propulsor de adelanto, de riqueza y de redención.

Absurdo sería abominar de la Química, que tantos beneficios produce, porque puede servir a la codicia de unos cuantos. ¿No es más cuerdo poner en consonancia la moral con el interés y procurar, amenguando su importancia en el mundo, que no sea el dinero el único valor codiciable?

Siempre que un nuevo descubrimiento viene a alterar las condiciones de nuestra vida, vemos sólo sus aplicaciones absurdas, y pensando en la honda transformación que acarrea, nos decimos atribulados: «¡Así no podremos vivir!» Pero la vida es inextinguible. Vengan enhorabuena inventos y transformaciones; la humanidad se encargará de aplicarlas en su provecho. Y nosotros, si no podemos vivir así, viviremos de otra manera.

Calló el profesor, quitóse los anteojos, los sepultó en su estuche de piel y alzándose de su amplio sillón conventual, dijo con voz tranquila a los alumnos:

—Pueden ustedes retirarse.

IX

Cuatro días hacía que Fernando no veía a su padre: absorbido por todo género de preocupaciones, ocupado largas horas en la instrucción del embarazoso proceso, apenas si había entrado en su casa sino para dormir breves horas. La declaración del estado de guerra y suspensión consiguiente de

garantías, le eximió de tan ruda tarea. Se apresuró, pues, gozoso a hacer entrega de lo actuado a la autoridad militar, no sin acordar antes de algo que le pareció justo y urgente: el sobreseimiento libre de Gonzaga y de Eustaquio.

Los últimos delitos habían puesto de manifiesto la inocencia de ambos. Incomunicados como estaban, no habían podido ponerse de acuerdo con persona alguna. Por otra parte, para Fernando era evidente que la extraña actitud de Gonzaga sólo reconocía una causa: el firme propósito de negarle la mano de María Teresa, y para ello, de reconocer su ignorancia en lo referente a la bala fría.

Una vez libre del proceso, Fernando preguntó por su padre. Su vida era cual nunca extraña. Fuera por temor a los atentados o por absurda misantropía, pasaba la mayor parte de las horas del día encerrado en un sótano, del cual no salía sino para tomar alguna vista instantánea. Precisamente en los momentos en que el juez preguntó por él, había salido provisto de su imprescindible *kodak*. Contrariado, decidió salir a su vez y acercarse a la tienda del armero, con objeto de procurarse noticias de la atribulada María Teresa.

Cuando salió a la calle estaba ya mediado el crepúsculo y comenzaban a parpadear sobre sus enhiestos soportes los arcos voltaicos. El aspecto de la población no podía ser más lastimoso y tétrico. Cerradas todas las puertas, eran contadas las personas que se aventuraban a ambular por las calles con paso inseguro y medroso. La soledad del campo puede ser y es de ordinario melancólica; la de una ciudad, en otro tiempo bulliciosa y jocunda, es siempre abrumadora e inquietante. Parece que una inmensa catástrofe ha aniquilado a sus habitantes, y el espectador experimenta la amargura intensa de todas las grandezas frustradas.

En algunas plazas, destacamentos de soldados de caballería esperaban inmóviles órdenes cuyo alcance nadie podía prever. Se sabía que habían comenzado los registros domiciliarios y que en las Prisiones militares habían sido recluídos varios centenares de individuos tachados de sospechosos. Fernando temió por la suerte de Gonzaga, cuyas intemperancias de lenguaje pudieran muy bien haber llamado la atención de la policía, bien que nunca se hubieran dirigido realmente contra el orden social, sino en general contra la maldad de los hombres, de los cuales, por otra parte, no tenía motivos para quejarse, contando, como contaba, protectores y amigos en las clases elevadas.

Encaminóse, pues, a casa de Gonzaga, Fernando. Al llegar a la plaza, turbó el silencio el ruido producido por un numeroso grupo de jinetes que se acercaba. Era el capitán general en persona quien, a la cabeza de su Estado Mayor, recorría valerosamente los destacamentos, decidido a inspeccionar por sí mismo el buen ánimo y disciplina de sus tropas. Fernando se detuvo, y casi a un mismo tiempo pudo divisar en los ángulos más oscuros de la plaza, y medio ocultos en los soportales, a dos personas, únicas que con él se preparaban a contemplar el marcial desfile. Una era un hombre vestido de americana, cuyo semblante ocultaba las altas caídas de un sombrero flexible, y en cuyas manos aparecía un pequeño bulto, cuya cualidad no fué posible al juez distinguir. La otra le fué reconocida al punto, y una exclamación de alegría se escapó de su pecho al verla. No cabía duda, era María Teresa.

Ella le vió también y le saludó risueña, agitando su mano enguantada. Sin duda le había visto desde el balcón y se había apresurado a salir a su encuentro para comunicarle alguna interesante noticia. Aún hizo además de querer cruzar la plaza y dudar ante la proximidad del capitán general y su escolta. Por fin se decidió y partió en dirección a Fernando, en el mismo momento en que pasaba el jefe militar. Este volvió el torso para contemplar a la joven, y hubo un momento en que el vestido de María Teresa pasó rozándole los estribos.

Y entonces pasó algo inaudito. Fernando vió al hombre misterioso avanzar un paso en la sombra de las arcadas y agitar en sus manos un objeto. Instantáneamente María Teresa cayó herida o muerta a los pies del caballo del general. Lanzó un rugido el enamorado y acudió a socorrerla. Pero entonces vió huir al miserable, y antes de saber si su prometida vivía aún, sólo pensó en algo que venció a todos los demás sentimientos en su alma iracunda: en la venganza. Corrió como un desesperado bajo los soportales y se perdió tras el desconocido por una lóbrega y angosta calleja. Era tiempo de hacerlo, si no por furor, por instinto, porque un grupo de coraceros, con el sable desenvainado, lanzóse en persecución de ambos.

Era sobrado angosto el callejón y su suelo demasiado húmedo y pendiente. Resbaló el caballo del soldado que iba delante y dió con su cuerpo y su jinete en tierra. Esto hizo detenerse al grupo, y Fernando y el desconocido pudieron huir, no sin sentir detrás el ruido formidable de una descarga.

A partir de aquel supremo momento la persecución se hizo tenaz, encarnizada, implacable. Uno tras otro recorrieron calles y plazas solitarias. Y el desconocido sacaba ventaja a su perseguidor, porque Fernando, acongojado por el dolor de haber visto caer herida, acaso muerta, a María Teresa, se detuvo más de una vez falto de aliento, para procurar contener, con la nerviosa presión de su mano, los latidos de su corazón.

Y así llegaron, ¡quién lo diría!, a la casa misma de Fernando, quien tuvo un horrible presentimiento. El asesino sacó una llave del bolsillo y abrió la puerta, que cerró, una vez que hubo entrado, tras sí. El joven, en su aturdimiento, tardó en encontrar en su bolsillo la llave. Por fin logró hallarla y pudo precipitarse, a su vez, en el oscuro y temeroso portal.

Un sudor de agonía corrió por su frente. Sus pies acababan de tropezar con algo blando. Encendió luz y dió un grito de terror, de espanto, de angustia infinita. El bulto que tenía a sus pies era el cuerpo insensible y rígido de su padre.

X

La opinión del doctor llamado para asistir a don Leopoldo Neira, no pudo ser más pesimista. El viejo profesor había sido herido, indudablemente, por la llamada bala fría. Pasados dos días, durante los cuales se hicieron inútiles esfuerzos para extraer el proyectil, se pudo averiguar, merced a la aplicación de los rayos X, que aquél había penetrado en la parte superior de la región torácica por debajo de la clavícula, y había ido a alojarse junto a la aorta, precisamente entre las inserciones de la subclavia y del tronco braquiocefálico. El pronóstico fué, pues, desesperado, puesto que iniciada ya una aneurisma, no había esperanza de poder operar en la base misma del sistema arterial. El enfermo, libre ya del primer colapso, padecía intensísima fiebre. Cinco días transcurrieron en esta situación angustiosa para Fernando, quien sentía que en su interior reñían incruenta pero dura batalla, los más encontrados afectos.

Al sexto día sintióse el enfermo bastante mejorado. Hizo llamar a su hijo y éste acudió a sentarse a su cabecera turbado, cabizbajo, temeroso de sí mismo en esta penosa entrevista, en que debía luchar su afecto filial con su horror a un asesino sin precedente.

Tardó don Leopoldo en decidirse a hablar, y por fin lo hizo con la mayor fatiga. Sus ojos, hundidos, tenían una expresión suplicante que conmovió a Fernando, y le inspiró profunda piedad.

—Fernando—le dijo el enfermo—, es muy poco lo que he de poder hablar; yo te pido que me escuches con paciencia y silencio, y ante todo, imploro de tu cariño que me perdones.

Fernando bajó la cabeza y dudó un instante. Pronto volvió a alzarla, estrechó la mano de su progenitor y le dijo, con lágrimas en los ojos:

—Hable usted, padre.

—Soy un criminal, hijo mío—siguió

don Leopoldo con voz fatigosa—, pero mis intenciones han sido nobles. He pretendido castigar a los malos, hacer en el mundo las veces de la Providencia, y he comprendido, aunque muy tarde, que ningún mortal tiene derecho a hacerlo sin merecer el más pronto y tremendo de los castigos.

Voy a decirte en breves palabras cómo he caído en tan odiosa depravación. Ya sabes que hace un año los médicos me aconsejaron que pidiese mi jubilación, por observar en mí síntomas acentuados de neurastenia. Fuera esa o no mi enfermedad, ello es que me hice triste y misántropo. Di en entristecerme por todas las iniquidades de que era testigo, y pronto caí en una especie de absurda y necia monomanía: la de creer que desempeñaría un alto papel y realizaría un designio providencial quien se encargara de castigar a los malvados rápidamente y sin forma de juicio.

Por una asociación natural de ideas, fuí llevado a pensar que, quien dispusiera de un arma invisible y mortífera, podría gozar el supremo placer de los dioses: el de reparar la injusticia. Y me figuré en posesión de un arma semejante, dictando fallos inapelables y ejecutándolos sin misericordia.

Ahora bien, ¿cuál sería aquel arma? Yo no era anarquista, ni mi objeto era combatir al Estado, ni mucho menos exterminar inocentes. Así, renuncié a todo género de explosivos. Matar criminales aislados: he aquí lo que constituía mi anhelo; y matarlos sin ser descubierto jamás.

En este estado de ánimo, visité la actual Exposición franco-británica de Londres. ¡Cuál no fué mi alegría al ver la nueva carabina Giffart! Tiene la apariencia de un arma ordinaria, pero bajo el cañón se coloca un tubo-almaceén que viene a insertarse en la culata. Este tubo, herméticamente cerrado por una válvula, contiene ácido carbónico licuado. Cada vez que el gatillo de la carabina cae, el percusor hace abrir ligeramente la válvula que cierra el tubo, y cierta cantidad de ácido carbónico se escapa de él. Este ácido carbónico, hecho libre, recobra inmediatamente el estado gaseoso con una presión de treinta y dos atmósferas, y no encontrando otra salida que el alma del cañón, proyecta en esta dirección violentamente la bala. Basta reemplazar ésta después de cada tiro para estar dispuesto de nuevo a tirar. Cuando el tubo queda vacío, se le reemplaza por otro nuevo, y el arma funciona inmediatamente.

Compré una carabina de este sistema, y me sorprendió el poco ruido que producía su disparo. Inmediatamente pensé que si en vez de una carabina se fabricase una pistola minúscula de este sistema, y se redujese el calibre a dos milímetros, la detonación sería insignificante, por prescindirse en este arma de todo explosivo y por ser pequeña de columna de aire que, al salir la bala, habría de precipitarse por el cañón.

Fernando escuchaba a su padre, asombrado, sin atreverse a pestañear.

—Tardé poco en madurar mi proyecto—siguió el profesor con visible fatiga—. Yo tenía en Lieja un amigo armero: Kelboeuf, al cual remití el arma, diciéndole que le rogaba encarecidamente que me fabricara otra, cuyo diseño le acompañaba; que se trataba de perfeccionar un invento, y que le hacía partícipe en la patente. Después de seis meses y de vencer dificultades enormes, Kelboeuf me envió terminada el arma, y lo que aún era más importante: con más de quinientos proyectiles y cien tubos llenos de anhídrido carbónico líquido.

Bajé impaciente al sótano, y probé la pistola con el ansia febril de un verdadero descubridor. Mi decepción fué enorme. Ciertamente, el ruido de la detonación era ya casi imperceptible y análogo al del disparador de una máquina fotográfica. Pero la bala salía del cañón con muy escasa fuerza y no pudo taladrar una débil cartulina a seis pasos. Comprendí que había debido preverlo. La cantidad de vapor que se formara en el recipiente debía de ser tanto menor cuanto fuera el espacio vacío; pues siendo grande, la energía calorífica propia del líquido, aun cuando sea débil la tensión para

desprender vapor, vence la que opone el que se ha formado; pero si es pequeño, llega un momento en que se equilibran estas dos fuerzas y deja de formarse vapor, por hallarse el recinto saturado.

Un universo pareció desprenderse a mis pies. Sentí la tortura del vencimiento. Pero, de pronto, una idea luminosa pasó por mi cerebro. Si el ácido carbónico líquido no tenía suficiente fuerza expansiva, ¿por qué no había de tenerla otro gas? Subí a mi habitación, corrí a la pizarra y escribí la fórmula de la velocidad de los gases:

$$Vo = 485 \sqrt{\frac{1}{D}}$$

De donde, representando *D* la densidad del gas a *t* grados y la velocidad *Vt*,

$$Vt = Vo \sqrt{\frac{273+t}{273}}$$

No faltaba sino determinar un gas, cuya velocidad, a la temperatura ordinaria, cumpliera la ecuación, dada la velocidad calculada. En términos categóricos: necesitaba encontrar un gas que recobrara su estado gaseoso, con más de sesenta atmósferas de presión.

Fernando escuchaba a su padre, estupefacto, como si oyera un relato de Wells o un cuento de *Las mil y una noches*.

—Encontrar ese gas; pero ¿dónde? —siguió el herido—. Casi en el mayor abatimiento encerré en el sótano el arma y municiones, y salí. Era una tarde bochornosa. Llegué hasta un jardín solitario, y me senté en un banco cerca de una laguna cuyas aguas desprendían un olor insoportable mefítico. Pensé de qué manera la ignorancia y dejadez de los hombres hacía imposible la difusión de gérmenes mortales...

Y estaba resuelto: no volvería a entrar en el laboratorio sin haber encontrado el agente homicida.

De pronto me di una palmada en la frente: el gas misterioso estaba en mi poder.

El viejo profesor se interrumpió para recobrar fuerzas en un breve descanso.

Su hijo inclinó la cabeza sobre el pecho, asombrado de tanta iniquidad.

XI

—Me consagré desde entonces en cuerpo y alma—continuó el infeliz perturbado, pasados que fueron algunos minutos—a producir y licuar el gas asesino. Al fin lo conseguí. ¿Cuál fué al cabo? No he de decirlo. Quiero que mi secreto muera conmigo, y que jamás pueda ser utilizado por los enemigos de la sociedad. Inútil será que se busque; sólo una verdadera casualidad puede hacer que se encierre en los tubos, y después de encerrado que pueda utilizarse. Pero he jurado no decir cuál ha sido éste, y no lo diré.

Una vez terminada la operación, volví a practicar pruebas, y el resultado fué sorprendente. Podía atravesar a un hombre a veinte pasos. Mi arma era ya segura e infalible.

Me faltaba disimularla; para ello la encerré, sujeta por soportes, dentro de una pequeña cámara fotográfica. El cañón hacía las veces de objetivo: el cristal enfocador me facilitaba la puntería, y el disparador, combinado con el gatillo, justificaba el pequeño ruido.

Mi primera víctima fué un usurero. Repito que mi propósito no era sembrar la alarma ni perturbar el orden social. Antes al contrario, me proponía ser un simple auxiliar de la justicia humana. El resultado fué contraproducente. A cada nuevo crimen era mayor la alarma. Yo llegué a padecer el vértigo homicida, y concluí por herir sin discreción ni juicio. La sociedad, a la cual deseaba regenerar, había perdido la tranquilidad. Comprendí, aunque tarde, que a quien yo favorecía era a sus enemigos, y que el remordimiento me hacía la vida insoportable. En estas condiciones de angustia y sobresalto, maté, sin querer, a tu prometida.

—No fué muerta—interrumpió Fernando—sino levemente herida en un brazo. La suerte quiso preservarme de ese nuevo tormento.

—¡Loada sea la Suprema Justicia! —murmuró el homicida—. ¡Ese remordimiento menos me llevaré a la sepultura! Vi que me perseguías, sentí un golpe en la espalda, y aterrado de mi obra funesta y avergonzado ante la perspectiva de tus reproches, huí. Sentí que perdía el conocimiento, y después no sé el tiempo que he permanecido en un estado de aletargamiento inconsciente. Una vez vuelto a la razón, he querido descargar mi conciencia y abominar ante ti de mi absurda barbarie.

Lloroso, conturbado, Fernando besó al desdichado en la frente, murmurando:

—No es un hijo el llamado a juzgar las culpas del padre. Duerma usted tranquilo.

Y el viejo, confortado por aquel esperado consuelo, volvió a apoyar la cabeza en la almohada y cerró los ojos, mientras sus labios balbucían:

—¡No toquéis a la obra de Dios!

XII

El final de esta historia es tan sorprendente y además tan inverosímil, que quien la refiere debiera darla aquí por conclusa y finiquitada. La conciencia del narrador le exige, sin embargo, contársela al lector como a él se la contaron, reservándole su perfecto derecho al juicio y la censura.

Ello es que quince días después de los sucesos que van referidos, Fernando estaba en la tienda de Gonzaga con el armero y María Teresa, quien se hallaba curada por completo de la herida levísima que había recibido en un brazo. Por primera vez, después de la muerte de su padre, el juez se había decidido a salir a la calle.

Su primera visita fué para el armero y su hija, a los cuales decidió contar las terribles palabras que don Leopoldo pronunció tres días antes de morir.

Hija y padre le escucharon con religioso silencio. Al final, sorprendió extraordinariamente al joven magistrado la irónica expresión de Gonzaga.

—Amigo mío—le dijo éste con absoluta tranquilidad—, la dolencia de su padre de usted es un caso estupendo de monomanía, que no sé si calificar de grandeza o de persecución, puesto que de ambas participa, aunque es raro que estas dos formas de enajenación se presenten juntas. Todo cuanto a usted le contó, es sencillamente una fantasía que él creía realmente cierta, pero que no existía en manera alguna fuera de su imaginación.

—¿Qué me dice usted?—exclamó el joven sorprendido.

—Que ni su señor padre de usted inventó arma alguna, ni mató a nadie, ni tenía de qué acusarse. Que los sucesos últimos le trastornaron, y dueño como era de una cultura formidable, se forjó un delirio que pudo tener todas las apariencias de verdad; pero que no pasó de ser una estupenda y rara locura.

—¿Tan lógica? ¿Tan verosímil?—insistió Fernando estupefacto.

—Como otras muchas, llena de la razón de la sinrazón—siguió el armero. ¿No se han visto casos sorprendentes en que los locos razonan y discurren como personas cuerdas, y, sin embargo, cuanto dicen carece en absoluto de fundamento?

—¿Y cómo me demuestra usted que cuanto contó mi padre fué un delirio? —dijo Fernando asombrado hasta el último límite.

—Va usted a verlo—contestó Gonzaga—. Ante todo, don Leopoldo se acusó de haber asesinado a varias personas. ¿No es cierto?

El joven asintió.

—Pues bien—siguió el armero—; ninguna, absolutamente ninguna de las personas heridas por la llamada bala fría, ha muerto.

—¿Qué dice usted?

—Que todas están vivas y sanas, porque el proyectil era muy pequeño y no había atravesado órgano alguno ca-

lificado por los médicos de importante.

El magistrado escuchaba a Gonzaga atónito.

—En segundo lugar—siguió éste—, cuando su padre de usted cayó en el portal, dejó a su lado la cámara fotográfica, que fué recogida por un sirviente. Y era, no lo dude usted, una verdadera y auténtica cámara polar, con objetivo Zeiss, y, por consiguiente, inofensiva. En cuanto a su muerte, no fué producida, como usted creyó, por la bala fría, sino por un proyectil de Maüser que recibió en el pecho, sin duda al huir y volverse a mirar a sus perseguidores. Este detalle todavía no se lo han dicho a usted los médicos por haber caído usted desde el primer momento en un abatimiento muy peligroso.

—Es verdad—interrumpió Fernando—que al huir de la plaza nos hizo una descarga la fuerza pública.

—Por último—continuó impasible Gonzaga—, todo eso del gas de los pantanos es una ilusión irrealizable. El supuesto invento es una fábula bien urdida, pero que no tiene pies ni cabeza. La fuerza expansiva del carburo tetrahídrico o gas de los pantanos, allá se va con la del anhídrido carbónico, como carburo que es, y no es suficiente a producir la velocidad que su señor padre calculaba. ¿Cree usted, además, tan fácil que su padre de usted pudiera licuarlo en su casa y que hubiera armeros en Lieja que le hicieran armas nuevas nada menos que con quinientos proyectiles? Desde el primer momento debió usted comprender que se trataba de una novela y no de una serie de hechos ciertos y comprobados.

—Pero ¿qué interés podía guiar a mi padre—preguntó el joven, que sentía renacer hacia él en su alma ingenua la veneración y el respeto—al inventar en circunstancias tan solemnes, puesto que sólo las sobrevivió tres días, tan extraña fábula?

—¿Interés?—contestó Gonzaga—. Ninguno. El decía lo que sentía. Pero no creo ultrajar su memoria al afirmar resueltamente que estaba loco y que confundía los datos de su extraordinaria cultura con las sensaciones recibidas y sus tremendas alucinaciones.

Fernando miró desconcertado a María Teresa.

Esta le miró compasiva y movió la cabeza como diciendo:

—Sí, amigo mío, sí.

Hubo una pausa, tras la cual Fernando se dió una palmada en la frente.

—¿Y el proyectil?—dijo—. ¿Y la bala fría?

Gonzaga sonrió; sacó del bolsillo una pequeña esfera de plomo y la puso sobre el mostrador.

—El proyectil... aquí lo tiene usted.

Fernando le miró con ojos absortos e inexpresivos.

—Esta es—dijo el armero—la bala fría extraída del brazo de María Teresa. Y ¿sabe usted lo que es ese famoso proyectil que ha sido capaz de desconcertar a un juez como usted y a un maestro armero como yo, después de sembrar en una población la alarma? Pues es sencillamente—añadió alzando la esfera en sus dedos con aire de triunfo—un miserable perdigón, lo bastante grueso para traspasar la la garganta a un hombre cuando es disparado con pólvora sin humo por un vulgar bastón-escopeta.

—¿Y ese bastón...?—dijo el juez atónito.

—Ese bastón era disparado desde el balcón por un imbécil que vivía aquí mismo, encima de nosotros, y el cual ha sido sorprendido anteayer en su estúpida y criminal tarea y recluído en un manicomio. No es extraño que siendo débil el disparo no se oyera desde la plaza, sobre todo en momentos de agitación. Ya ve usted cómo no hubo tal bala fría: ni el pobre don Leopoldo, convencido en su triste locura de que asesinaba a las gentes con su máquina fotográfica, tenía motivo para acusarse.

—Pero ¿un bastón-escopeta tiene ese calibre?—insistió el joven sin acabar de convencerse.

—No lo tiene—dijo entonces María Teresa, demostrando a su vez su experiencia en lo concerniente a la armería. Los más pequeños cargan cinco

milímetros, aunque tienen extraordinaria impulsión; pero nada impide a un idiota quitar los balines de los cartuchos y meter en ellos gruesos perdigones, sujetándolos con un papel. Ahora comprenderás por qué todos los heridos lo fueron precisamente a pocos metros de nuestra puerta.

—Pero mi padre—murmuró Fernando—, ¡tan serio, tan incapaz de mentir...!

—Repito—insistió el armero—que su padre de usted estaba loco y que, bajo la influencia de su alucinación, confundía proyectos con realidades y datos exactos con soñadas y absurdas fantasías. Si hubiera usted asistido a alienados hubiera visto casos harto más sorprendentes.

—Y ahora—dijo el joven magistrado confuso—yo debo a su memoria reparación, respeto...

—Nada más natural—contestó Gonzaga—. El pobre no tenía la culpa de su enfermedad. Y yo, por mi parte —continuó con acento afectuoso—, debo a usted una reparación también. Prometí a usted la mano de mi hija si demostraba mi ignorancia. Yo se la doy a usted, puesto que he confundido una bala de guerra con un perdigón.

Fernando le abrazó conmovido. Después, volviéndose a María Teresa:

—Yo te prometo hacerte feliz—dijo— y no olvidar que, aun en las locuras de mi antecesor había enseñanzas.

—¡Ya lo creo!—dijo la joven estrechando sus manos—. Y no es la más pequeña que no debemos erigirnos en jueces de la conducta de los demás, ni menos usurpar su papel a la Providencia. Todo intento de violencia es criminal, y es por el amor como es preciso mejorar la condición de los humildes.

—El lo ha dicho—contestó Fernando—. ¡No toquéis a la obra de Dios!

—Y aún pudo añadir—continuó Gonzaga, volviéndose hacia su querido museo—: ¡No envilezcáis la obra de los hombres!

COMO DELINQUEN LOS VIEJOS

I

Púsose en movimiento el ascensor, lenta, suavemente, y ante la mirada del recién llegado comenzaron a pasar los tramos como en visión cinematográfica. Por un efecto de óptica sobrado conocido, no parecía que se movía el armatoste, sino que era el edificio el que se sepultaba en ignorados abismos. Apenas si pudo el visitante distinguir en el primer rellano una gran mampara, en cuyo centro, y en un óvalo de cristal, leyó en luminosas letras de esmeril: *Zaldúa y Cantournet, Ingenieros.* Luego pasó un gran frente estucado, centrado por un sustentáculo de bronce y una tulipa ribeteada de azul; debajo, una placa de porcelana con letras versales: PRINCIPAL, y a ambos lados del descansillo, dos puertas de roble. Otra vez maderos y hierros y, por fin, justamente al llegar el piso del ascensor al ras del tercer descansillo, el aparato paró en firme. Púsose el visitante en pie, empujó la portezuela del balconcillo y sonó un timbre durante los segundos que tardó en abandonar el suntuoso camarín movible y en imprimir nuevo impulso a la barandilla, que produjo, al cerrarse de golpe, una estridencia seca y metálica.

Quedó el desconocido un momento indeciso; luego se encaminó resueltamente a la izquierda y oprimió un botón incrustado en la parte media de la lustrosa jamba. Volvió la cabeza y vió todavía en el hueco de la escalera la caperuza puntiaguda del lujoso armatoste, que descendía y se abismaba

en silencio, con suavidad perezosa y lenta, pleno de la absoluta indiferencia de las cosas inertes.

Tiene toda puerta cerrada indecible misterio. Tras ella, alguien se aproxima a nosotros; sentimos sus pasos, conocemos que, de un instante a otro, se presentará a nuestra vista; pero ignoramos su sexo, su edad, su aspecto y modales. Esto la hace ya interesante. Lo que ignoramos, ha dicho un gran psicólogo, es amable porque es promesa. Por desdicha, el interés dura poco: lo que tarda en mostrársenos un ser casi siempre vulgar. ¿No es ésta la historia de todas las curiosidades malsanas, y no es la clave del desencanto que sigue a las indagaciones de todo género? La verdad sólo tiene un dulzor: el de su trabajosa conquista.

Abrióse la puerta, y de la habitación surgió un tibio aroma de bienestar, un indefinible ambiente impregnado de evaporaciones sensuales y aromáticas, un levísimo olor a alfombras, cortinajes y tapicerías; junto al dintel apareció una figura austera.

Era la de un anciano de sesenta o sesenta y cinco años, modestamente vestido de negro; hubiera podido ser confundido con un pulcro y atildado ayuda de cámara, a no ser por su barba blanca de nitidez maravillosa, sus manos aristocráticas, su militar tirilla de tersura impecable y su ademán y porte señoril. El visitante, de seguro supuso que quien le recibía no era en manera alguna un servidor, y se apresuró a quitar de su perfumada cabeza el flamante y lustroso sombrero de copa.

—¿Quiere usted tener la bondad de decirme—preguntó cortésmente—si habita aquí el señor Fuentemora?

Ni una palabra salió de los labios del anciano. Sonrió afablemente y, como si le fuera imposible expresarse de otra manera que por señas, hizo un afirmativo ademán, que sirvió de respuesta al recién llegado.

—¿Recibe a estas horas?—atrevióse éste a interrogar.

Nueva sonrisa y nuevo ademán de asentimiento.

—En tal caso, ruego a usted que se sirva dar orden para que le sea entregada esta tarjeta—continuó el visitante, ofreciendo al mudo y simpático anciano una cartulina.

Trazó éste un signo con la mano, que, indudablemente, podía ser traducido: «Sígame usted», y echó a andar por un largo pasillo alfombrado. Siguióle su interlocutor, y penetró tras él en un despacho confortable, cuyas paredes mostrábanse adornadas con atributos de caza y armas de todo género. El anciano le designó un diván, hizo una reverencia ceremoniosa y salió por una puerta frontera que daba acceso, sin duda alguna, a las habitaciones de Fuentemora.

Dos minutos bastaron al recién llegado para inspeccionar la habitación. El mueblaje, de roble, era de más que discreto gusto; las paredes, como se ha dicho, mostraban trofeos cinegéticos; un armario con puertas de cristalería encerraba unos cuantos libros de preciosa encuadernación, inmaculados, como si al solaz de su dueño bastase la contemplación de sus lomos dorados a fuego. En la tabla inferior, por sorprendente y extraño contraste, se alineaban muy usados gruesos volúmenes de matemáticas, de táctica militar y enseñanza de idiomas.

Oyéronse de pronto pasos precipitados, se abrió una cortina y, risueño, jovial, con los brazos abiertos, presentóse el dueño de la vivienda.

Era Fuentemora hombre de complexión robusta y temperamento nerviososanguíneo. A primera vista se adivinaba en él a un hombre de violento carácter y de indomables energías. Sin embargo, en sus labios aparecía la más franca sonrisa y sus ojos destellaban extraordinario júbilo. Adelantóse hacia el recién llegado, y con acento de franca alegría exclamó:

—¡Joaquín!

II

Abrazó vigorosamente al forastero, y éste le devolvió tan señalada muestra de afecto. Sin duda les unía an-

tigua y estrecha amistad. Repitiéronse los abrazos y las palmadas en la espalda, especie de aldabonazos fraternales con que solemos llamar al corazón de aquellos a quienes juzgábamos perdidos. Contempláronse los dos hombres repetidas veces, y una exclamación ingenua y sentida salió de los labios de Joaquín:

—¡Qué viejo estás, amigo mío!

—Pues ¿y tú?

No eran muy viejos. Rondaban ambos la cincuentena; pero su aspecto contrastaba, sin duda, con el que tenían al separarse diez años antes, cuando, en el esplendor de la vida, saboreaban todas las dulcedumbres de la plena virilidad. Al verse, les asaltaba esa amargura desencantada que tan bien ha pintado D'Amicis.

Fuentemora, sin soltar la mano de su amigo del alma, le guió hacia un diván, en donde ambos tomaron asiento.

—¿Te has casado?

—No; ¿y tú?

—Tampoco.

Se miraban con asombro y arrobamiento, como si vieran surgir el pasado, azuleante y diáfano con todas sus gratas melancolías.

—Vamos a ver—dijo Fuentemora—. ¿Qué vienes a hacer a Madrid?

—He sido nombrado juez de instrucción—respondió Joaquín con satisfacción mal disimulada—y he tomado ayer posesión de mi cargo; juez de instrucción del Oeste, de tu propio distrito. Ya ves, amigo mío, que me debes, no ya cariño, sino respeto. Viviré en Madrid con mi madre, anciana, y pasaré a tu lado cuantos momentos me deje libre el ejercicio de mi nuevo empleo.

—Sea enhorabuena—exclamó Fuentemora—. Siempre auguré que Joaquín Arizábal haría una carrera brillante. Por mi parte, no he logrado sino asegurar una fortuna modesta. Me retiré del comercio hará próximamente dos años, y te confieso que siento a menudo, con la nostalgia del trabajo, la pesadumbre de la ociosidad. Mis nervios son refractarios a la quietud pasiva y sedentaria.

—¿Y vives solo?—interrogó complacido el nuevo juez.

—No—respondió su amigo—. Vivo con la familia de mi hermano, de Federico, a quien conociste en Zamora. Es doctor y catedrático de Farmacia, y asiste en estos momentos, por cuenta del Gobierno, a las sesiones que celebra en Bruselas el Congreso de Higiene. El resto de la familia la componen: Adela, su mujer, señora digna y meritísima, y su vástago Julio, a quien quiero más como a hijo que como a sobrino. Es un joven de los más altos merecimientos, al cual he costeado la carrera militar, con resultados en extremo brillantes. Ha regresado de la Academia de Caballería hará una quincena, y acaba de ser destinado a un regimiento como oficial. En la actualidad disfruta de una corta licencia, que acabará al incorporarse.

—Muy bien. Por todo ello te felicito—le interrumpió cariñosamente el magistrado—. Y ¿quién es un anciano de porte venerable que me ha introducido hasta aquí?

—Es mi padre—contestó con sincero respeto Fuentemora—. Te ha abierto la puerta porque hace ocho días, y merced a no sé qué intriga de escaleras abajo, se nos despidieron los criados, sin que hayamos podido reemplazarlos hasta la fecha.

—¿No era tu padre también militar?—preguntó Arizábal.

—Sí tal—le contestó el ex comerciante—. Fué teniente coronel; pero en la campaña de Filipinas fué prisionero de los tágalos y sufrió una tremenda mutilación: aquellos bárbaros le cortaron la lengua.

—¡Qué horror!

—Estuvo gravísimo. Por fin, rescatado y restablecido, pudo volver a España, en donde se le recompensó con el ascenso para el retiro y la gran cruz de San Fernando.

—Desde luego supuse—interrumpió Arizábal—que el pobre señor era mudo, aunque se hace entender a las mil maravillas.

—Es hombre inteligente—dijo Fuentemora—, al cual, como hijo suyo entrañable que soy, sólo encuentro un

defecto: el ser en extremo aficionado a la caza, hasta degenerar su afición en monomanía. Todos los trofeos y armas que ves aquí son de su propiedad. Es poseedor de una o dos acciones de monte y apenas si hay día festivo en que no salga con sus amigos a turbar la calma geórgica de las perdices y los lebratos. Yo respeto esa debilidad que es, después de todo, explicable en quien carece de otro solaz menos peligroso.

—¿De suerte—siguió preguntando el visitante, mientras acariciaba sus cabellos canos y acicalados—que tu hermano está ausente?

—Sí—se apresuró a contestar Fuentemora—; pero será por pocos días. Por el momento conocerás a mi cuñada y a mi sobrino. Julio es todo un perfecto caballero y merece mi más completa confianza. Cuando salgo de casa, a él suelo dejar encomendados llaves y documentos. El heredará mi fortuna algún día, si consigo sacarla a flote de ciertos inesperados contratiempos.

—A ver, explícame eso—dijo el amigo, con interés de quien juzga tener derecho a conocer los menores detalles de lo adverso y lo próspero, en precio a una fraternal amistad.

—Verás—siguió el solterón impenitente—. Cuando terminé mi tráfico y traspasé mi agencia de transportes y consignaciones, me encontré poseedor de un extenso dominio en Andalucía, tasado en algo más de treinta mil duros, el cual me produce de renta más de un ocho por ciento libre.

—¡Diantre! ¡Es un bonito dominio!

—Y además—siguió locuaz el ex comerciante—, con otros veinte mil duros más, de los cuales no podía disponer a la sazón por haberlos ingresado en una sociedad de Altos Hornos.

—Veo con alegría—dijo el amigo—que has asegurado tu bienestar.

—En cambio—siguió Fuentemora—tenía contra mí un crédito de veinticinco mil pesetas. Para solventarle y no disponiendo en el acto de fondos, tomé sobre el dominio andaluz esa cantidad.

—¿En qué condiciones?

—Vendiéndolo a pacto de retro.

—¡Mal hecho!—dijo frunciendo el entrecejo el jurisperito—. Esos negocios son peligrosos. Acuérdate de la obra de Ayala.

—No hallé otra manera de procurarme los cinco mil duros—continuó el negociante—. Hoy mismo, mi posición es desahogada, y, sin embargo, no puedo disponer del capital invertido en la sociedad de Altos Hornos sin sufrir una terrible pérdida. Pero estoy, por fortuna, tranquilo, pues, aunque el plazo para retrotraer expira dentro de quince días, he conseguido proveerme de la suma precisa y cuidaré muy bien de llevarla con oportunidad a casa del notario.

—Todo ello me complace—exclamó abrazándole efusivamente Arizábal—. Ahora sólo deseo ser presentado a tu familia; yo sólo conocí en Zamora a tu madre y a Federico. Tu hermano era un carácter violentísimo, que contrastaba con el de tu pobre madre, siempre resignada y humilde. Aún me parece que la estoy viendo y que os dice como de costumbre: «Hijos míos, si no fuera por la bondad y por el amor, la violencia destruiría en un solo día lo que costó al Hacedor animar en siete.»

—¿La recuerdas de veras?—preguntó Fuentemora con satisfacción candorosa e ingenua.

—¡Ya lo creo! Era alta, distinguida; una de esas señoras que parecen destinadas a fundar estirpes de Gracos y que cuando las sustenta un sillón de roble parece que le nacen escudos, porque su figura semeja requerir como fondo pabellones de armiño.

—¡Gracias, amigo mío, gracias!—exclamó el selvático comerciante con las lágrimas en los ojos—. En correspondencia a tu noble afecto, voy a enseñarte su retrato.

Alzóse del diván aquel luchador, cuyos nervios, siempre en tensión, le impedían permanecer largo rato callado o inmóvil, sacó una llave del bolsillo y la introdujo en la cerradura de un cajón de su mesa.

El nuevo juez levantóse también y se puso a examinar las panoplias y las armas de fuego con la atención que en ello pudiera poner un ajustador belga.

Durante diez minutos oyó a Fuentemora revolver dinero y papeles. El ajetreo llegó a ser ruidoso y tenaz. Por fin, una exclamación de su amigo le hizo volver con rapidez el torso.

—¡Me han robado!—gimió el ex comerciante, cuyo semblante se había demudado de un modo terrible.

—¿Qué dices?—prorrumpió sorprendido el juez.

—Que me han quitado parte del dinero destinado a recuperar la finca malvendida—contestó en el colmo de la agitación Fuentemora.

—¡Bah!—le dijo su amigo para tranquilizarle—. Busca bien. Tal vez habrás dejado en otro lugar el dinero.

—¡No, no; estoy seguro!—replicó el comerciante con los ojos ya fuera de las órbitas—. ¡Este cajón ha sido abierto y alguien, que no imagino quién pueda ser, me ha robado villanamente diez mil pesetas!

III

—Vamos a ver—dijo el forastero, procurando en vano sosegar el ánimo de su amigo—. En estos casos no conviene proceder de ligero. ¿Estás seguro de haber dejado en el cajón esa cantidad?

—¿Cómo si estoy seguro? ¡Segurísimo!—contestó agitado y nervioso Fuentemora—. Aquí estaba con otras quince mil pesetas más, que permanecen intactas.

—¿Has contado bien? ¿Has buscado por todas partes? ¿No habrás trasladado esa suma a otro sitio?

—Tengo el convencimiento de que las veinticinco mil pesetas estaban aquí anteayer en cinco paquetes, de los cuales me faltan dos.

—¿Dices que anteayer? ¿Habías despedido ya a tus criados?

—Seis días antes.

—¿Y quién ha entrado después en esta habitación?

—Nadie absolutamente, a no ser mi padre y mi sobrino.

—Permíteme que vea la cerradura —dijo Arizábal, acercándose a la mesa escritorio.

No había en ésta la menor señal de violencia. El cajón de valores mostraba su cerradura inglesa en perfecto estado. Ni un arañazo ni una rozadura indicaba la menor torpeza en quien había cometido el delito.

Arizábal sacó del bolsillo un diminuto cortaplumas, introdujo la más delgada de sus hojas en el agujero de la cerradura y escarbó cuidadosamente. Su amigo le miró con asombro.

El juez se incorporó al cabo de medio minuto.

—¿Tú fumas?—preguntó al comerciante.

—No—le contestó Fuentemora.

—Lo digo porque hay en la cerradura polvo de tabaco, y ese polvo no puede haber sido depositado en ella sino por una llave que haya sido guardada en el bolsillo de un fumador. ¿Qué fumadores hay en tu casa?

—Mi padre y mi sobrino.

—Por última vez—dijo el funcionario—, ¿estás seguro absolutamente de haber sido robado?

—¡Segurísimo!—contestó Fuentemora.

—¿Te hallas resuelto a averiguar quién es el autor del delito?

—Suceda lo que quiera.

—Piensa despacio en las consecuencias de tu arrebato y en los conflictos de familia que pueden sobrevenir.

—Estoy decidido—balbució el comerciante—a romper para siempre con quien ha abusado de mi confianza y a hacerle objeto de un castigo ejemplar.

Arizábal le miró fijamente. Los dientes del neurasténico se entrechocaban; sus labios temblaban de iracundia.

—¿Aunque fuera la mujer de tu hermano la culpable?—preguntó el amigo.

Fuentemora quedó perplejo; pero se repuso inmediatamente.

—¡Aunque lo fuera!—respondió frenético.

—¿Aun cuando fuera tu padre mismo?

—¡Aunque tuviera que humillar a mi padre!—rugió Fuentemora en el paroxismo del furor.

—Está bien—dijo el magistrado—. Llama a tu familia, que voy a interrogarla.

IV

Salió desolado el comerciante de la habitación. Arizábal quedó pensativo. Lo que ocurría era ciertamente muy extraño. ¿Qué clase de gente componía la familia de Fuentemora? Por otra parte, la impetuosidad de su amigo, la facilidad con que en toda ocasión se abandonó al abatimiento o la cólera, sus transiciones bruscas de la alegría extremada a la desesperación más absurda, le habían hecho temer más de una vez por su perfecto equilibrio mental. ¿No habría evolucionado el desequilibrio durante su ausencia hasta el punto de convertirse en una afección cerebral aguda? Todo podía sospecharse.

Oyóse rumor de cuchicheos, de conversaciones truncadas. A los cinco minutos volvió a aparecer en el dintel Fuentemora. Tras él entraron en la habitación una mujer de porte distinguido, un joven oficial vestido de uniforme y el anciano, a quien ya conocía Arizábal.

Adela Martí de Fuentemora, es decir, la mujer del profesor ausente, era una dama de extraordinaria y sorprendente belleza. Alta, pálida, cubría su cuerpo, verdaderamente estatuario, con una bata de seda oscura, que, flotando ampliamente en sus hombros venía a ajustarse a su garganta, y a sus muñecas, contrastando con su inmaculada y tersa nitidez. A pesar de frisar en la cuarentena, ni un hilo de plata asomaba entre las ondulaciones de su espléndida cabellera blonda, y sus ojos, rasgados y enormes, conservaban el fulgor de la plenitud de la vida. Saludó con un mohín de cabeza a Arizábal y, seria y digna, esperó a que el hermano de su marido explicase el motivo de su visita.

Nada más semejante a Adela que el apuesto teniente de húsares que la acompañó hasta el diván. Alto como ella, rubio y de perfil admirable, mostraba en sus ademanes, no estudiados, igual distinción y dignidad. Tendría escasamente veintidós años; pero en su mirada brillaba radiante la más varonil y serena energía. Como su madre, parecía llevar en la frente un destello de alta nobleza, y en sus exquisitas maneras un sello cuyo emblema pudiera traducirse así: pundonor.

Por lo que al anciano respecta, es imposible imaginar figura más austera y simpática. Su aspecto venerable y reposado contrastaba con el exterior, harto rudo y selvático, de su hijo Felipe. En aquellos momentos, la agitación mal disimulada del comerciante hacía este contraste más asombroso.

Aquellas tres personas parecían nacidas para mandar, no ya con palabras, sino con gestos imperiosos y ademanes aristocráticos. Se adivinaba, en cambio, que Felipe estaba formado para ser juguete de los demás y de sí mismo. No parecía su acusador; antes bien, tenía el aspecto de un administrador venal y negligente, conturbado al tener que dar cuenta de sus desdichada gestión a sus amos.

—Este señor—dijo señalando a Arizábal—es un antiguo amigo, un hermano por el afecto, y os ruego que le consideréis como tal.

Una triple inclinación de cabeza fué el comentario mudo de estas palabras.

—Y para daros una prueba de la alta estimación que me merece, he querido que presencie una explicación que deseo tener con vosotros sobre un asunto de familia.

—¿De familia?—dijo Adela con estupor—. No te entiendo.

—Además—siguió Fuentemora—, le autoriza en este caso a presenciarlo su cualidad de juez de instrucción.

—Ese título muy respetable—interrumpió con dignidad Julio—no aumenta, sin embargo, la estimación que ya le debemos por ser amigo de usted

y por sus cualidades, sin duda excelentes.

—Señores—dijo Arizábal algo turbado—, estoy aquí para presenciar un incidente bien desagradable y penoso, por requerimientos, mejor diré por imposición de mi amigo. Pero ruego a ustedes que no vean en mí al funcionario, sino a una persona animada de los más conciliadores propósitos, y entre ellos el evitar toda precipitación en Felipe, cuyo carácter arrebatado conozco.

La estupefacción se retrataba a cada palabra en los semblantes de Adela y de Julio; en cuanto al anciano, no pestañeó. Seguía impasible, apoltronado en un sillón, acariciando su barba nívea, como si todo cuanto allí se decía no le afectase en lo más mínimo.

—Está bien—pronunció la señora—. Ahora te ruego—siguió, dirigiéndose a Felipe, cada vez más perplejo—, que me aclares este enigma, que me parece bastante confuso.

—Voy a complacerte—balbució Fuentemora, impaciente por entrar en materia—. Ya sabéis que desde hace ocho días estamos solos en la casa. Pues bien, en esos días me han sido robadas del cajón de esta mesa diez mil pesetas.

Adela y su hijo irguiéronse en pie. El anciano permaneció imperturbable y quieto, mirando al techo como distraído. Sin embargo, su palidez habitual pareció acentuarse sobre manera.

—¿Qué dices?—preguntó la señora como escandalizada de la osada imprudencia de su cuñado.

—Digo que me han robado diez mil pesetas, y que el autor de ese desaguisado no puede ser sino uno de vosotros.

Estas palabras, pronunciadas con balbuciente cólera, produjeron el efecto de un explosivo. Adela se encaminó a la puerta, seria, despreciativa. Su hijo la detuvo cortés y suavemente.

—Quédate aquí, mamá; te lo ruego. Sin duda el tío se halla ofuscado y esto le impide encontrar esa cantidad. Pero es bien lamentable que para lanzar sobre nosotros esa acusación imprudente haya requerido la presencia de extraños.

—Repito a ustedes—le interrumpió Arizábal—que estoy aquí a instancia de Felipe y para tranquilizar en lo posible su espíritu. ¿Quieren ustedes, para evitar exaltaciones intempestivas, ser amables y contestarme a algunas preguntas que voy a tomarme la libertad de dirigirles?

Quedó unos instantes Adela indecisa. Por fin, blanca como el armiño, sentóse en el diván, invitando a Julio a hacer lo propio, y dijo al magistrado:

—Pregunte usted lo que guste, señor mío.

El anciano no se movía. Su hijo, en cambio, recorría la estancia a grandes pasos, con la hostil inquietud de una fiera enjaulada.

—Ante todo—dijo con la mayor dulzura Arizábal—. Ese cajón, ¿tiene más de una llave?

—Sí, señor—se apresuró Julio a contestar—. Yo tengo otra en mi poder.

Sacó, en efecto, una llave pequeña del bolsillo de su guerrera y la entregó con cierto desdén al importuno.

Este la tomó, la examinó cuidadosamente y, por último, dió con ella dos ligeros golpes sobre el tablero de la mesa. Del ojo de la llave se desprendió un polvillo oscuro que Arizábal se apresuró a reconocer. No cabía la menor duda: era tabaco.

—¿Ha dejado usted esa llave en algún sitio?—interrogó el amigo oficioso, mientras Adela mal disimulaba un nervioso gesto de impaciencia.

—No, señor—respondió el oficial—. Aunque para nada me sirve, si no es para corresponder a la confianza y afecto de mi tío, la llevo constantemente sobre mí.

—Sin embargo, yo afirmo—dijo reposadamente el nuevo juez—que el autor de la sustracción se ha valido indudablemente de esta llave.

—¡Usted se equivoca!—saltó el joven húsar poniéndose en pie con ademán irreflexivamente agresivo.

El viejo hizo entonces un ademán que quería decir a su nieto: «¡Calma!»

Fuentemora, ya más dueño de sí y

haciendo un esfuerzo para contenerse, intervino:

—Yo os ruego a todos—dijo—que tengáis juicio y serenidad. Es preciso que comprendáis que mi situación es difícil. Dentro de quince días tengo que hacer un pago para retrotraer el dominio de Campo Real. La pérdida de esta cantidad me impide hacerlo en absoluto; de modo que perderé cerca de treinta mil duros si la cantidad no parece. No puedo disponer del caudal invertido en la sociedad de Altos Hornos, cuyas acciones todavía no han sido emitidas en regla, ni menos pueden cotizarse. Ni mi hermano, ni mi padre, ni vosotros poseéis bienes de fortuna. De modo que aquí es la ruina de todos nosotros de lo que se trata. Vamos a ver—dijo dirigiéndose a Julio—, sé franco, hijo mío. Sabes que te quiero como tu propio padre. Dime la verdad y veamos si es tiempo de remediar el mal en lo posible. Eres joven; nada tendría de particular que hubieras cometido una tontería. Ayúdame a aminorar el daño, y desde luego te perdono.

El oficial, pálido como un muerto, se puso en pie de nuevo, y con ademán firme y resuelto pronunció estas palabras:

—Ni el cariño, ni el parentesco, ni la edad, le dan a usted derecho para injuriarme. Lamento como usted la desaparición de esa suma; pero no estoy dispuesto a contestar ni una palabra más a sus cargos injustos.

—Pues yo estoy seguro—rugió, ya fuera de sí, Felipe—de que uno de vosotros ha cogido el dinero. ¿Insistís todos en negarlo?

Ninguno de los tres contestó. Adela estaba lívida; Julio mostraba en su rostro orgullo y fiereza; la barba del anciano temblaba.

—Está bien, podéis retiraros—dijo Felipe, cuya orden se apresuraron todos a cumplimentar en silencio—. Y tú, magistrado—añadió encarándose con Joaquín—, ten por formulada la denuncia. Puedes comenzar a instruir diligencias.

V

En toda la noche no pudo Fuentemora conciliar el sueño. A la cólera había sucedido en su espíritu la confusión y el abatimiento. De las tres personas que a la sazón compartían con él el cariño de su hermano y el bienestar de un hogar tranquilo, una había sido capaz de abusar de su confianza y de colocarle en una situación angustiosa. Era preciso, a todo trance, averiguar quién era el culpable, aunque no fuera más que por no atormentar a las otras dos con suposiciones humillantes e indignas.

Le habían robado; el autor de la felonía debía haberse propuesto algún fin. Y comenzó en su imaginación a analizar la vida y costumbres de los individuos de su familia. Comenzó por Adela. Diez años llevaba en su compañía; en el transcurso de ese tiempo había sido irreprochable la conducta de la señora. Su aspecto era el de una soberana; pero se hacía menester confesar que no eran los aderezos complicados, las toaletas vistosas ni las joyas de precio, los que la daban su aureola de majestad, sino su distinción suprema y su arte exquisito. La verdad era que vestía modestamente y que ella misma confeccionaba sus vestidos con telas, antes que suntuosas, humildes. Buscó el recuerdo de una acción dudosa, de un proceder extraño, de un hecho incorrecto, y no pudo hallarla. En la conducta y en la actitud de Adela nada había de censurable. Era una madre y una esposa ejemplar. No salía de casa sino acompañada de los suyos, excepto cuando hacía sus contadas visitas de vecindad. Sus gastos eran nulos, puesto que todas las telas con que confeccionaba sus trajes modestos eran regaladas por Federico. Al preguntarse en qué podía invertir diez mil pesetas la mujer de su hermano, Felipe tuvo que contestarse que la pregunta, por sí misma, era absurda.

Más probable le parecía que el autor de la sustracción fuera Julio. Pero Julio había sido siempre un muchacho

pundonoroso, sobrio, y aun pudiera decirse que austero. Los informes y notas de la Academia le presentaban como modelo de alumnos y como caballero de honradez y escrupulosidad sin tacha. Excepto la costumbre de fumar algún cigarro de papel después de las comidas, no se presentaba tarea fácil encontrar en él vicio alguno. No bebía, no jugaba, ni se le conocía el menor devaneo. El polvo del tabaco encontrado en su llave era una acusación; pero su actitud digna y resuelta, su indignación al sentirse acusado, alejaban toda sospecha. Llegado recientemente a la capital, no había tenido tiempo de contraer amistades de las que se juzgan peligrosas. Sin embargo, él tenía en su poder la llave maldita. ¿Quién sino él podía haber cometido el hurto?

Una sospecha, que le produjo dolor y sobresalto, pasó por el cerebro del atribulado Felipe. Quedaba su padre. Pero, no; pensarlo solo era criminal. El debía a su progenitor obediencia y respeto. ¿No era repugnante y odioso que le acusara sin pruebas fehacientes? Sin querer, analizó también el carácter y las costumbres del anciano. Era reservado, y a ello le ayudaba su triste mudez. Había en sus costumbres una regularidad asombrosa. La mañana la invertía en leer periódicos y revistas; por la tarde iba al Círculo Militar, de donde regresaba, ya anochecido, a casa de sus hijos, de donde no salía y en donde pasaba la velada jugando al ajedrez o al *bezique*, unas veces con Federico y otras con Adela. Los domingos salía de caza a un monte situado cerca de Villalba, o a colocar impactos sobre los discos del Tiro Nacional. Cobraba regularmente su paga de retirado del Ejército, y ella no sólo le bastaba para sus pequeñísimos gastos, sino que debía dejarle un considerable remanente.

Esta última consideración inspiró a Fuentemora un salvador recurso. Acaso su padre podría, con sus ahorros, contribuir a salvarle del conflicto en que le colocaba la pérdida de la suma hurtada. Con esta esperanza se le hicieron eternas las horas que tardó aún en clarear el día. Hasta las ocho no salió su padre de su dormitorio. En cuanto Felipe le divisó, se apresuró a llamarle.

En la fisonomía del veterano se advertían también las huellas del insomnio y la preocupación. Acudió al llamamiento de su hijo, y, sin duda temiendo algún imprudente arrebato, se apresuró a e n t o r n a r la puerta tras sí.

Felipe vaciló antes de dirigir la palabra al anciano. Recordó el inmenso prestigio, la autoridad indiscutible y serena que había tenido siempre para sus hijos y sus subordinados aquel jefe militar heroico, a quien sus amigos más íntimos llamaron siempre respetuosamente don Ramiro, y se avergonzó de haber dado forma en su imaginación a la más ligera sospecha.

Por fin, el ex comerciante rompió el embarazoso silencio.

—¡Qué contratiempo, p a d r e!—dijo—. ¡Qué disgusto vamos a dar a mi hermano Federico cuando le digamos lo que ha ocurrido!

Don Ramiro frunció el entrecejo. Era aquélla una nueva complicación. El carácter del catedrático descollaba entre todos como irascible y violento. Era seguro que, si se averiguaba que uno de los suyos había faltado a sus deberes y cometido un miserable abuso de confianza, su cólera no tendría límites.

El anciano hizo un gesto que, indudablemente, quería decir: «Busca.»

—He buscado, padre, he buscado—dijo con acento dolorido Felipe—. No cabe ya la menor duda de que hemos sido víctimas de un hurto. ¿Cree usted que Julio habrá sido capaz...?

Nuevo fruncimiento de cejas del coronel y luego un imperioso gesto negativo.

—Entonces, ¿habrá sido Adela?

El anciano negó asimismo.

—Pero—exclamó Felipe con angustia—, ¿quién ha podido ser entonces?

El anciano encogió los hombros, dando señales de abatimiento.

—Mire usted, padre—dijo el atribulado ex comerciante—. La situación en que nos hallamos es dificilísima. Den-

tro de quince días tengo forzosamente que deshacer la venta de Campo Real; de no hacerlo así y de no ejercitar el retracto, nos habremos arruinado miserablemente. ¿Dónde encontrar las diez mil pesetas que nos faltan? ¿Dónde hallar siquiera nueve mil, siquiera ocho mil?

Asomaron a sus ojos dos lágrimas, y el viejo le miró con interés, presa de visible emoción.

—Va usted a permitirme, padre, que le haga una pregunta, acaso impertinente. Usted viene cobrando por su retiro y la pensión de su cruz una cantidad no despreciable, desde hace diez años. Con exquisita delicadeza ha venido usted invirtiendo la mitad en agasajos a todos nosotros, queriendo compensar de este modo la insignificante molestia que su estancia aquí pudiera causarnos. Bien sabe Dios que no quisiera hablar a usted de estas cuestiones embarazosas; pero no hay más remedio, padre.

El viejo hizo un gesto de impaciencia, que podía traducirse: «Acaba.»

—Pues bien, de las cantidades que usted cobra, se reserva, desde hace diez años, un remanente que coloca en alguna parte; porque sus gastos de usted son ínfimos. Permítame usted que se lo pregunte. ¿Qué ha hecho usted con ese dinero?

El viejo le miró fijamente, pero no contesto con el menor signo. Bajó la cabeza y quedó pensativo.

—Si usted pudiera—siguió balbuciente Felipe—adelantarme alguna suma de las que, indiscutiblemente, debe tener ahorradas, el apuro sería menor y encontrar el resto más fácil. Dígame usted, por amor de todos nosotros, si puede hacer lo que le propongo.

Con gesto y actitudes que no dejaban lugar a duda en su interpretación, el viejo coronel dió a entender a su hijo que no tenía absolutamente dinero alguno.

—¡Cómo! — prorrumpió asombrado Felipe—. ¿No tiene usted guardada ninguna cantidad?

La negativa, esta vez, fué clara, terminante y rotunda.

—Entonces—exclamó consternado Fuentemora—, ¿qué hace usted con las cantidades que se reserva?

El anciano no contestó. Después de un penoso silencio, alzó la cabeza, se encogió de hombros y pareció decir a su hijo: «No puedo contestarte.»

La estupefacción de Felipe fué enorme. Allí, donde la vida de todos era transparente y diáfana, había alguien que procedía en su conducta con misterio y sagacidad, y ese alguien era su propio padre. Toda una nube de vergonzosas y tristes sospechas acudió a su cerebro, produciendo en él confusión y trastorno. Y el anciano le contemplaba fijamente, inmóvil, como pudiera permanecer una esfinge, sin que en su semblante ni en su mirada fuera posible adivinar un indicio que sirviera para descifrar su extraño misterio.

Felipe le contempló también con curiosidad, y aun pudiera decirse que con espanto. Una idea abrumadora le sobrecogió. ¿Jugaría su padre en el Círculo? ¿No podría esta debilidad haberle colocado en un trance difícil, para salir airosamente del cual no hubiera vacilado en sacrificar sus deberes de padre para salvar en el casino su prestigio de hombre de honor?

Esta vez fué él quien inclinó la cabeza con vergüenza y abatimiento. La idea de la próxima ruina irremediable le hizo reaccionar en seguida. No: todo aquel misterio no podía continuar en la sombra. La verdad tenía que ser averiguada, ocurriera lo que ocurriera.

—Padre—dijo con acento nervioso—, Federico va a volver dentro de quince días, y es preciso ocultarle cuanto aquí ocurre. Como no tengo otros medios de resolver el conflicto en tan breve plazo, todos ustedes han de permitirme que proceda al registro de sus muebles y sus papeles.

Enderezóse el viejo, y por sus ojos pasó algo así como un relámpago fugaz de cólera.

La escena, comenzada con súplicas, iba a acabar, seguramente, con imprecaciones y amenazas.

Pero en aquel momento la puerta se abrió, y entró en la habitación Julio, pálido, descompuesto, con los cabellos y la ropa en desorden.

—Todo ello es inútil—balbució convulso—. ¡Sólo yo soy el criminal!

VI

Arizábal no había permanecido ocioso. Es cierto que no había comenzado a instruir el sumario; estaba convencido de que el autor del hurto era alguien de la familia de Fuentemora, y le parecía francamente inútil promover el escándalo, cuando las condiciones del delito eran tales y la exención de pena tan indudable que, a la postre, habría que tener aplicación al proceso el artículo 580 del Código penal. Pero había puesto en movimiento a un individuo de la policía judicial, fino sabueso que, durante veinticuatro horas, puso en juego a todos sus confidentes, los cuales, si no le procuraron datos bastantes para descubrir al culpable, le facilitaron algunos que el nuevo juez consideró del mayor interés.

La tarde siguiente a aquella en que visitó por primera vez a su amigo, vistióse, como de costumbre, de un modo pulquérrimo, requirió su bastón de borlas y se encaminó a casa de Fuentemora, resuelto a interrogar, uno por uno, a todos los individuos de la familia.

Halló a su amigo solo y consternado. Julio, el aparentemente digno y pundonoroso oficial, se había declarado autor de la sustracción aquella misma mañana. Lloroso, descompuesto, no había pronunciado sino las suficientes palabras para confesarse culpable. Luego se había encerrado en el más inexplicable mutismo. Tal vez la vergüenza de haber abusado de la confianza de su protector, o el temor a las medidas que éste creyera conveniente adoptar, acaso la previsión de los acontecimientos desagradables, que forzosamente habrían de ocurrir al regresar a Madrid su padre, o los más graves a que podría dar lugar el conocimiento de lo ocurrido por parte de sus compañeros de armas, le habían perturbado hasta el extremo de producirle un abatimiento que adoptaba el silencio por única fórmula.

Arizábal creyó prudente ver por sí mismo un cambio tan brusco en un joven orgulloso, digno y altivo el día antes, y ahora trémulo y consternado. El cambio era verdaderamente maravilloso. Así, rogó al ex comerciante que le hiciera venir a su presencia.

Diez minutos después volvía a entrar en la habitación Julio, menos agitado que por la mañana, pero también más abatido y triste.

Un ligero carmín apareció sobre sus mejillas al ver a Arizábal, ante el cual habría de repetir la confesión penosa de su despreciable delito.

—Joven—le dijo con voz afable y cariñosa Arizábal—, ruego a usted que no vea en mí, en momento alguno, a un magistrado, sino a un viejo amigo de su padre, que desea a todo trance evitarle un disgusto a su regreso. Su tío de usted me ha dicho que usted ha reconocido su ligereza, y yo deseo que nos ayude a encontrar a este enojoso asunto una solución. No se deje usted llevar de pesimismo alguno; yo ya he vivido mucho y he aprendido a disculpar ciertas ligerezas. Además, todos hemos sido jóvenes. ¡Qué diantre!

Mientras pronunciaba estas palabras, con la sonrisa más franca en los labios, atraía hacia un diván al hijo de su amigo ausente.

Felipe Fuentemora se había sentado en el sillón de la mesa escritorio y fingía leer para ocultar su turbación. Tosco y de carácter violento y brutal, capaz por temperamento de los mayores arrebatos, era bueno, sin embargo, Felipe, y se avergonzaba por su sobrino y se condolía de verle en situación tan desairada y afrentosa.

—Vamos a ver, amigo mío—dijo el nuevo juez oprimiendo afectuosamente una mano de Julio—. ¿Qué día sintió usted la tentación de apoderarse del dinero y, utilizando la llave confiada a su custodia por su tío de usted, sacó los billetes del cajón de la mesa en que estaban depositados?

Tardó el joven en contestar. Por fin, con voz casi imperceptible e inarticulada, pronunció estas palabras:

—Hace cinco días.

—¿Cinco días?—repitió el funciona-

rio, contando por los dedos—. ¿De modo que fué el martes?

El oficial hizo con la cabeza un movimiento afirmativo.

—Pero—dijo asombrado el juez, dirigiéndose a Fuentemora—si mal no recuerdo, me dijiste que el miércoles tenías en tu poder esa cantidad.

—Y es cierto—contestó en seguida Felipe—. Estoy completamente seguro de que el miércoles conté esa cantidad y estaba completa.

Julio bajó aún más la cabeza, contrariado y confuso.

—Veamos, amigo mío—le dijo Arizábal—. ¿Qué interés tiene usted en mentir en cosa tan indiferente de suyo? Veo que no tiene usted confianza en nosotros. Pero, se lo repito, aquí no se trata de instruir un proceso, ni mucho menos de castigar. Pedimos tan sólo un poco de franqueza y sinceridad para ser indulgentes.

El oficial no contestó.

—Hay por ahora—prosiguió el juez con la misma inflexión afectuosa—algo más importante que abochornarle a usted, y es recobrar la cantidad sustraída, en todo o en parte. Ya sabe usted en qué situación tan comprometida coloca a su señor tío de usted su pérdida. Ella significa su ruina, puesto que no puede retrotraer una finca enajenada en la sexta parte de su valor.

Nuevo y más obstinado silencio.

—En nombre de lo que para usted pueda haber en el mundo más respetable; del digno uniforme que viste; de su padre, que ignora lo ocurrido y recibirá, al saberlo, un golpe bien rudo y funesto; en el de su madre, atribulada, que lleva dos días llorando sin cesar, encerrada en su habitación, yo le ruego a usted que me diga lo que ha hecho con ese dinero...

—Le he gastado..., no le tengo... —contestó al cabo, después de realizar un esfuerzo supremo, Julio.

—Voy a permitirme ayudar a su memoria de usted—siguió impasible el funcionario—. Es seguro que el miércoles por la tarde estaba en el cajón de la mesa la cantidad, y que el jueves a mediodía había desaparecido, puesto que fué cuando la echamos de menos. La sustracción debió realizarse, pues, en la noche del miércoles o en la madrugada del jueves.

La argumentación era lógica; pero Julio la oía indiferente, pensando tal vez en otra cosa, como si todo aquello no le afectara en lo más mínimo. Escuchaba con el ceño fruncido, abatido, con las manos juntas y en actitud de sufrir el interrogatorio como un ruido penoso, una insufrible cancamurria que atormentara despiadadamente el cerebro, sin darle la menor noción de las cosas a que pudiera referirse.

—Veo—dijo Arizábal—que su silencio es obstinado. Pero yo tengo que hacer constar que, de no existir cómplices, el dinero tiene que estar en poder de usted forzosamente. El miércoles por la tarde, el cajón no había sido abierto ni la cantidad sustraída. Pues bien, desde entonces usted no ha salido a la calle y no ha podido, por consiguiente, sacar de casa esa cantidad.

El argumento era incontestable. Fuentemora le escuchó con asombro. El no había pensado en ello a pesar de su sencillez. La esperanza de recobrar la cantidad, de salvarse del desastroso expolio, le devolvió los perdidos ánimos. El fué, a su vez, quien se acercó, sonriente, a Julio.

—Hijo mío—le increpó—, y te llamo así porque eres hijo mío en afecto. Ya sabes que toda mi fortuna ha de ser a la postre para ti, puesto que no tengo familia que pueda disputártela. Ya estamos al tanto, como ha dicho muy bien Joaquín, de lo que es la juventud atolondrada e irreflexiva. ¡Ea! Yo te perdono. Devuelve ese dinero, y te prometo que dentro de seis meses te regalaré otras diez mil pesetas, una vez que haya recobrado la finca perdida y la haya podido vender en su justo valor. Conque dinos dónde has guardado los billetes, y haz cuenta de que aquí no ha pasado nada.

Lo decía alegre, regocijado, seguro de que su argumentación era decisiva.

Pero se equivocó. Julio seguía inmóvil, y ni una palabra salió de sus labios.

—¿De veras no tiene usted en casa ese dinero?—preguntó sorprendido el juez.

Julio hizo un esfuerzo y contestó claramente:

—¡No!

Arizábal quedó perplejo.

—En tal caso—dijo fríamente—tiene usted cómplices que han sacado el dinero de casa. Y como en ella no ha entrado desde anteayer nadie, sino yo, y en estos días no tienen ustedes criados, es indudable que ese cómplice no puede ser otra persona que...

Julio y Felipe le miraron con ansiedad.

—Que su abuelo de usted o su madre—acabó el funcionario, impasible.

El oficial se puso en pie.

—Mi madre — balbució—nada tiene que ver en este asunto, y yo le suplico a usted que la respete.

—Está bien—replicó Arizábal—. Nada más de mi gusto. Su madre de usted salió el viernes; directamente fué desde aquí a la iglesia de San José, de donde salió a la media hora para regresar derechamente a casa. No ha vuelto a moverse de su habitación. En cuanto a su abuelo de usted, salió también en la mañana del viernes, después de hablar con usted largo rato.

—Hablamos de asuntos ajenos a éste —replicó Julio, ya más animado—. De mi madre y de mi carrera, y además muy pocos minutos, por no expresarse el abuelo sino por señas.

—Después—continuó sin hacerle caso Arizábal—, don Ramiro fué a dar un largo paseo; por la tarde estuvo en el Círculo, y ayer salió también por la mañana, sin que se haya podido averiguar adónde. De no estar en casa la cantidad, como usted asegura, ha sido llevada por su señora madre de usted a la iglesia, o a otro sitio desconocido, por su abuelo. Pero como todo esto es inverosímil, amigo mío, es seguro que la cantidad está en poder de usted todavía.

—Pues bien, sí; tengo el dinero —confesó al fin resueltamente Julio—. Pero es inútil que se moleste usted en hacerme preguntas, porque estoy firmemente decidido a no contestarlas.

Semejante respuesta indignó a Fuentemora.

—Eso es sencillamente una villanía —balbució—, y juro a lo más alto que, si dentro de una hora no has dicho en dónde escondes el fruto de tu miserable rapiña, escribiré al coronel del regimiento a que estás destinado para que tome la determinación que convenga.

Julio palideció.

—No hará usted eso—dijo, temblando a su vez de miedo o de cólera—. No lo hará usted, o no responderé de mis actos.

—¿Amenazas aún?—rugió el comerciante—. Cuanto he dicho es mi voluntad, y la sostengo.

El oficial le miró con las pupilas dilatadas e inexpresivas. Luego, sin pronunciar una palabra, se encaminó a la puerta y salió de la habitación.

Se oyeron sus pasos desiguales; luego, sollozos; por fin, un llanto ruidoso, inconsolable, que se fué alejando por los largos pasillos...

Joaquín y Felipe quedaron en pie, contemplándose absortos, en silencio.

VII

Un rumor debilísimo, casi imperceptible, se alzó en el silencio de la noche. Era algo así como el ruido, de propósito aminorado, de un picaporte alzado por una mano delicada y discreta. Debía hacer lo menos tres horas que habían sido apagadas las luces, y en toda la casa parecía reinar la tranquilidad y la calma más absolutas. Lo que ya no era tan seguro, era que las tres personas que componían la familia de Fuentemora durmiesen con aquel sereno reposo con que descansan quienes no sienten la menor preocupación; reposo incompatible con las agitaciones del ánimo.

Una puerta se abrió muy despacio, y en la oscuridad avanzó una sombra. Eran sus pasos cautelosos, como si temiera que pudieran ser percibidos. Deslizóse a todo lo largo de la pared y avanzó poco a poco hasta llegar a

la puerta de la habitación de Felipe. Una línea de luz debilísima se dibujaba por debajo de la puerta del dormitorio. El noctámbulo se detuvo algunos momentos y escuchó. No debió percibir el menor rumor, porque volvió a emprender la marcha con igual precaución y cautela.

Diez pasos más allá volvió a detenerse ante la habitación de Julio. Con exquisita precaución apoyó la mano sobre el picaporte y comenzó a ejercer sobre él una presión gradual y pausada. Luego empujó suavemente la puerta, y la claridad de una lamparilla nocturna iluminó la figura del visitante, o para decirlo de una vez, del abuelo.

Miró hacia la cama de Julio don Ramiro. El nieto debía dormir, rendido por las emociones y la agitación de tres días amargos. Con paso sigiloso fué acercándose hasta el borde mismo del lecho. La respiración del joven oficial era frecuente, pero tenía esa isocronía del sueño que denota el imperio de lo inconsciente y de lo mecánico sobre lo voluntario y lo libre.

¿Qué iba a hacer don Ramiro a la habitación de su nieto a las altas horas de la madrugada? En su expresión no aparecía ni temor, ni crueldad, ni malicia. Su semblante conservaba la impasibilidad de todos los días. Su barba, blanca completamente, le daba un aspecto venerable. ¿Por qué, entonces, elegía aquella hora para hacer algo que, de ser lícito, podría realizar durante el día y en plena luz?

Una vez cerciorado de que el joven dormía, se encaminó resueltamente hacia un pequeño armario colocado encima del escritorio. Sacó del bolsillo un manojo de llaves y fué introduciéndolas una tras otra en la cerradura, buscando, sin duda, el medio seguro de abrir el mueble.

Era acaso la acción censurable. No obstante, en la fisonomía de don Ramiro ni un solo músculo se contrajo, ni la más mínima alteración expresó ni el remordimiento ni la vergüenza. Siguió imperturbable hasta conseguir ajustar una de las llaves, darle vuelta y abrir el secreter con precaución, igual a la que había empleado antes para abrir la puerta del dormitorio.

Registró el mueble escrupulosamente. Abrió uno a uno los pequeños departamentos colocados en el fondo, y examinó cuantos papeles halló y que pudo calificar de interesantes. No halló dinero ni billetes. Casi todos los legajos estaban formados por cartas de familia o certificados de estudios; otras veces eran notas y apuntes procedentes de la Academia. Conforme iba desatando paquetes, el anciano iba frunciendo el ceño, como defraudado en sus ignorados propósitos. Luego volvía a atar, a arrollar o a ordenar los papeles ya examinados, y a colocarlos con habilidad suma en igual sitio y disposición en que antes se encontraban, para no dejar, a ser posible, la menor huella del extraño registro.

Por fin sus manos impacientes dieron con un sobre abultado. Estaba oculto en lo más recóndito del secreter. Al tomarlo en sus manos, en los ojos del viejo brilló un relámpago de jubilosa satisfacción. Ya no pensó sino en esconder precipitadamente el sobre en uno de los bolsillos de su americana, cerrar el secreter y salir de la habitación de su nieto.

Este hizo un movimiento inconsciente y lanzó un suspiro. El veterano quedó inmóvil y rígido, sin pestañear; pero el joven no despertó. Volvió a agitarse levemente y su respiración recobró su monótona isocronía. Esta vez fué el anciano quien suspiró. Cerró el secreter y salió de la habitación pisando muy quedo, deseoso de salir del foco débil de luz amarillenta que proyectaba sobre su cuerpo la *vielleuse*.

Una vez en el largo y oscuro pasillo, volvió a emprender la marcha silenciosa y lenta, apoyándose en la pared para no perder la orientación. El propósito del viejo estaba, sin duda, cumplido, y ahora lo único que le preocupaba era volver a encerrarse en su cuarto, sin que nadie en la casa pudiera sospechar su excursión nocturna ni el registro que había hecho en los papeles de su nieto.

De pronto se detuvo, y una sacudi-

da brusca y nerviosa paralizó sus movimientos. Toda la sangre de sus venas debió agolparse a su corazón. Alguien se movía en la sombra y se acercaba con el mismo sigilo, igual lentitud y precaución que él mismo empleaba. Hizo por contener la respiración y por no producir el menor ruido. Pero, sin duda, su presencia había sido observada por el otro noctámbulo, porque dejó de escuchar sus pasos y, durante cinco minutos, el silencio tornó a ser sepulcral.

Inmóvil, pegado al muro como una sombra, no osó el veterano moverse en todo este espacio de tiempo. Otro tanto debió ocurrir al extraño trasnochador. Por fin volvieron a escucharse sus pasos levísimos, y un ligero roce de faldas denunció a don Ramiro la presencia de Adela.

Se alejaba, temerosa como él, de ser sorprendida; se alejaba, y llevaba en su pecho, como él, el sobresalto. ¿Qué hacía allí la nuera a aquellas horas? ¿No vendría también a registrar los papeles del hijo y a apoderarse de algo que ella consideraba importante? Siguió como clavado en su sitio, hasta que un leve rumor le advirtió que acababa de ser cerrada, con precaución verdaderamente exquisita, la puerta del cuarto de Adela.

Entonces, don Ramiro emprendió de nuevo la marcha. Caminó a tientas hasta encontrar la puerta de su habitación. La abrió con cuidado. Entró y la cerró en seguida tras sí. Una vez dentro, respiró fuertemente, como si se hubiera quitado un gran peso de encima. Buscó en la oscuridad el conmutador de la luz; le imprimió una débil torsión, y la claridad de una lámpara eléctrica iluminó, deslumbrándole con su incandescencia, la habitación del mudo.

Era ésta un pequeño paralelogramo, en que no había sino una cama de madera curvada, cubierta por una piel de guanaco argentino. Una mesa, un pequeño estante con libros, dos sillas y dos escopetas apoyadas en un rincón completaban todo el mueblaje.

Don Ramiro colocó una silla junto a la mesa, se sentó, sacó del bolsillo el sobre abultado y extrajo de él dos pliegos de papel de cartas cubiertos de una letra desigual y menuda, que reconoció desde luego como de Adela.

Extendió la carta sobre la mesa, apoyándose en ella de codos, y comenzó a leer.

VIII

«Con la angustia en el alma y la muerte en el corazón, te escribo, hijo mío, esta carta, que servirá tal vez para que me desprecies y aborrezcas. No tendría valor para decirte de palabra lo que, a solas, interrumpiéndome para llorar mi culpable torpeza, me atrevo a consignar en este papel. No puedes figurarte lo penoso, lo horrible que es tener que confesar a un hijo errores y extravíos. Hemos consagrado toda una vida a hacerle dichoso, para recibir en cambio los tiernos testimonios de su cariño y su gratitud; y, cuando ya la tarea parece cumplida, es superior a las fuerzas humanas decirle que no merecemos su estimación y que somos acreedores a su desprecio, o cuando menos, a su repulsa.

»Voy a decirlo desde luego y con toda su abominable y triste crudeza. Yo he sido quien ha robado el dinero de tu tío Felipe; yo, quien abusando de la confianza que ha depositado el hermano de tu padre en nosotros y olvidando los beneficios que nos ha prodigado, he sacado, mientras dormías, de tu bolsillo la llave que te dió en prueba de estimación y afecto, para que pudieras realizar pagos en su ausencia, y he abierto con ella el cajón monedero; yo, en fin, quien exponiendo a la vergüenza el nombre de tu padre, me he arrojado a una acción que puede acarrearnos a todos la desolación y la ruina.

»Parece que una vez confesado mi torpe delito, debiera serme menos penoso continuar escribiendo; pero lo que me falta detallar es tan triste que, al pensar que tengo que decírselo a mi hijo, se enciende mi rostro de ver-

güenza y me parece que desfallecen todos mis ánimos para continuar.

»Ello, sin embargo, es preciso. Hay que evitar a toda costa males mayores que los que nos afligen, con ser estos tan grandes. Yo te suplico que, para juzgarme, dejes de pensar en que soy tu madre, para considerar únicamente mi cualidad de mujer débil e indefensa contra el error y la flaqueza. Todo esto, que ha de parecerte harto oscuro, lo comprenderás cuando hayas acabado de leer estas líneas.

»Si algo hay en ellas que subleva tu dignidad y provoca tu cólera, ¡por Dios, no maldigas mi nombre, si no quieres impulsarme al mayor de los arrebatos! Es una madre la que te ruega que la perdones y, para ello, pone ante ti su alma de rodillas.

»Siempre procuré cumplir mis obligaciones de esposa. Sólo debía reprocharme cierto orgullo instintivo de mi belleza; eran demasiadas las gentes que ponderaban la corrección de mis facciones, la esbeltez de mi talle, el brillo de mis ojos, la majestad altiva de mi porte. Tras ese orgullo debía forzosamente ocultarse una pueril y necia vanidad. Sin pensar jamás en faltar a mis deberes conyugales, me sentía, sin embargo, halagada cuando algún hombre fijaba sus miradas en mí con la obstinación del deseo. Por mi parte, ponía cuanta coquetería es compatible con la honradez para despertar en pechos extraños deseos frenéticos imposibles y pasiones que no habían de ser satisfechas. Algunas veces llegaba a reprocharme yo misma ese juego como culpable o peligroso; pero muy pronto me tranquilizaba, pensando que todo ello no pasaba de ser una distracción inocente y que, nunca, por nada ni por nadie, llevaría yo a cabo la menor acción reprochable. A ello me obligaba, a más de mi conciencia, mi cariño extremado a tu padre y a ti.

»Hará poco más de dos años, en ocasión de encontrarte ausente, cursando tus estudios en la Academia Militar, tuve ocasión de conocer a una persona, cuyo nombre no he de decirte, suceda lo que quiera, para evitar que tomes a tu cargo castigar como se merece su acción. Tu padre me la presentó como a un amigo y compañero de Círculo. Era un hombre en el esplendor de la juventud, arrogante y de maneras distinguidísimas. En su mirada, dura y subyugante, se adivinaba el ser acostumbrado a dominar siempre y a sacrificar a sus propósitos cuanto fuere menester, sin consideración a ningún obstáculo. Por instinto puse en juego mis odiosos resortes, que entonces juzgaba inocentes, para subyugarle. Y llegué a creer, en mi vanidad, que lo había conseguido. Pero aquel miserable era incapaz de afectos dignos y se había trazado un plan, del cual he venido desdichadamente a ser víctima.

»Hizo de su parte cuanto fué preciso para demostrarme una pasión inextinguible. Me colmó de atenciones y halagos; no perdonó ocasión de venir a vernos con cualquier pretexto; temerosa de su osadía, puse buen cuidado en no recibirle jamás a solas. Mi falta consistía sólo en la vanidad. Así, cuando un día encontré entre las hojas de un libro una carta suya, mi primera intención fué rasgarla sin enterarme de su contenido. Después, la curiosidad y, ¿por qué no decirlo?, el amor propio, pudieron más que mi indiferencia. Habrás adivinado que la carta contenía una declaración. La arrojé al fuego y me juré no devolver jamás el saludo a quien de tal suerte me consideraba capaz de faltar al deber y al decoro.

»Rota la carta, creí olvidar fácilmente lo que en ella se consignaba. Decía el malvado que no volvería a presentarse ante mi marido ni vendría, por consiguiente, a vernos, avergonzado de hacer traición a un sincero amigo; pero que no podía dominar su pasión; que solicitaba de mí una entrevista, y que si no accedía a su pretensión, consideraría su vida frustrada y no le faltaría ocasión de ponerla un trágico término.

»Debí yo despreciar semejante amenaza. No es frecuente que se maten los hombres por amor antes de conseguir correspondencia del ser querido. Lo que lleva al delito no es el deseo,

sino la pérdida de la posesión. Por eso no se suicidan los pobres laboriosos y sí los ricos arruinados. No pensé en nada de esto. Creí firmemente que mi vanidad podría acarrear una catástrofe cruenta, y esto me atormentó de tal manera, que me fué ya imposible desde aquel día dejar de meditar en las contigencias probables ni un solo minuto.

»A los pocos días llegó a mi poder una nueva carta. En ella, después de las protestas de amor, me pedía el importuno la entrevista con mayor energía y apremio. Se me otorgaba un plazo, pasado el cual yo sería la única responsable de lo que pudiera ocurrir. Tampoco contesté a esta nueva misiva, pero fué mayor mi sobresalto. Extinguido el plazo, no tardé en saber por mi marido que su amigo había intentado suicidarse disparándose un tiro, y que estaba ligeramente herido en un hombro; pero que el proyectil del arma que había utilizado era de tan pequeño calibre que apenas si había hecho otra cosa que perforar la ropa y la epidermis. Lejos de pensar que la tentativa de suicidio podía ser una farsa indigna, me sobresalté de tal modo, que poco me faltó para caer seriamente enferma de congoja y de susto, aterrada ante la perspectiva de la muerte de un hombre, de la cual sería yo la única culpable.

»La tercera carta tardó en llegar hasta mí pocos días. El amante tenaz postulaba una entrevista por última vez, y para concederla o denegarla me señalaba un último e improrrogable plazo. Caí en la más espantosa confusión. Y por primera vez vino a mis mientes una idea que me pareció salvadora y que no era, en realidad, sino descabellada. Pensé en concederle la entrevista y en ella hacerle ver lo absurdo de su pretensión. Creía que mi fascinación sobre él sería tan grande, que bastaría a hacerlo desistir de su empeño, sobre todo cuando viera mis lágrimas y el tormento a que me sometía. Esto pensado, le escribí citándole en el lugar que me proponía: una casa que decía ser el miserable de un amigo suyo, anciano y respetable, quien habría de presenciar nuestro diálogo, y que, según he sabido después, no era sino la más asquerosa de las guaridas del vicio y del crimen.

»Llegado que fué el día señalado, me vestí y me dispuse a salir. Por fortuna, tuve una inspiración. Aquel hombre podía engañarme. Mi decoro de esposa y de madre se sobrepuso a todo; pensé por primera vez con repugnancia en aquel hombre vanidoso y osado, y juzgué que no merecía de mi parte sino el desprecio. Volví a desnudarme y no acudí a la cita.

»Pero hará cosa de quince días recibí una carta que me llenó de aflicción y de asombro. El canalla se quitaba de una vez para siempre la máscara. Me decía que se encontraba en un grave asunto pecuniario; que había pensado, para salir de él, en mi buena amistad, y que conservando en su poder una epístola mía comprometedora, puesto que en ella le daba cita para un lugar conocido como mancebía, haría llegar esta carta a las manos de mi marido si en el término de ocho días no certificaba, a su nombre y con determinada dirección, la cantidad de diez mil pesetas.

»Comprendí entonces la magnitud de mi insigne torpeza. El enamorado galán era, en fin de cuentas, un odioso y grosero estafador. Sentí que me ahogaba la cólera al verme herida al mismo tiempo en mi dignidad de señora y en mi vanidad de mujer. Pero, pasado el primer arrebato, comprendí que estaba en manos y en poder del bandido. No tenía más remedio que buscar el dinero; pero ¿en dónde? Me arrojé en el lecho y pasé toda la noche llorando.

»Me amaneció el día en el mismo estado de insoportable angustia. Agravaba el conflicto el carácter arrebatado, atrozmente impulsivo de los Fuentemora. Cien veces le había oído decir a tu padre, comentando las modernas comedias de adulterio, que, para él, tan odioso delito no tenía otra sanción que la muerte. Y lo decía con tal aplomo, brillaba en sus ojos fulgor tan extraño al pronunciar estas palabras siniestras, que no podía al-

bergar la menor duda de que, puesto en un trance semejante, sería él mismo juez y ejecutor de la víctima. Me aniquilaba, además, la idea de que tú, que siempre me profesaste veneración, pudieras llegar a despreciarme, y aun la de que pudieras participar injustamente de mi desprestigio. Había que buscar las diez mil pesetas a toda costa, de cualquier modo, ocurriese lo que ocurriese.

»No había manera de sacar de casa objeto alguno de valor que no fuera echado de menos inmediatamente. Sabes que yo carezco de otras alhajas que las modestísimas que uso con harta y periódica frecuencia. El plazo iba a expirar y ya, libre de toda vana alucinación, consideraba capaz de cumplir su amenaza a quien había tenido la villanía de fuminarla con tan inusitada sencillez.

»Se cumplen hoy diez días de aquel en que, cuando tu padre se disponía a partir a Bruselas, recibió un sobre que contenía un papel en blanco. Echóse a reír, juzgando que aquello sería una broma de sus discípulos. Pero yo palidecí y quedé como muerta. El plazo que me concedía el estafador iba a expirar muy pronto. La misiva en blanco era sin duda el aviso definitivo. Con asombro y sorpresa de tu padre no quise salir, como proyectaba, y hube de acostarme pretextando una fuerte neuralgia. Una vez ausente mi marido, volví a pensar en mi situación y resolví arrostrar el peligro menor. Felipe guardaba en su mesa una fuerte suma. Decidí tomar de ella la cantidad que necesitaba, y escribí desde luego al bandido, sin firma, del modo que él siempre lo hacía, sin que hasta entonces hubiera yo podido fijarme en este interesante detalle. Yo iría a la iglesia; allí me esperaría junto al segundo confesonario de la izquierda. Ni una palabra, ni una explicación. El me devolvería mi carta y yo le daría la cantidad. Hecho esto, no pensé sino en realizar cuanto antes mi plan.

»En la noche del último miércoles esperé a que todos estuvierais dormidos. Me levanté, y con las precauciones más meditadas, llegué hasta tu cuarto y te quité del bolsillo la llave del cajón de valores. Con ella me encaminé al despacho de mi cuñado.

»Creyendo de un momento a otro caer al suelo presa de un síncope, llegué hasta la mesa, introduje la llave en la cerradura, y abrí. Sonó en la calle no sé qué rumor, y se paralizó la sangre en mis arterias. Por fin encontré el sobre; saqué de él diez billetes, dejé el resto y volví a cerrar. En aquel momento hubiera sido imposible al más experto clínico percibir la sensación de mi pulso.

»Faltaba únicamente volver la llave al bolsillo de tu guerrera. Y esto, que parecía tan fácil, fué para mí lo más penoso. En aquel momento supremo se apoderó de mí el remordimiento. Me pareció que nada podía haber más criminal y odioso que engañar de tal modo a nuestro bienhechor y ponerle en el trance de no poder recobrar una finca, cuya pérdida equivalía casi seguramente a la ruina. Volví pies atrás y llegué de nuevo frente a la mesa de Felipe. Con la llave en la mano estuve otra vez indecisa. Pero no me quedaba por seguir sino uno de dos caminos: el del hurto o el de la deshonra, y la deshonra sería para todos, mientras que únicamente Felipe sería la víctima inmediata del hurto.

»Me decidí; llegué hasta tu cuarto, dejé la llave y me acosté relativamente tranquila. El peligro futuro sería terrible, pero el presente era más inmediato. Saldría de éste y luego pensaría lo que debía hacer.

»Al día siguiente acudí a la iglesia. Allí estaba esperando el canalla. Quiso hablarme, y en su torpe y odioso balbuceo conocí que iba a pretextar miserables excusas. No le miré siquiera; recogí la carta y le entregué el dinero en un sobre. Por la calle fui rasgando la prenda de mi estúpida y necia torpeza en más de cien pedazos minúsculos. Sería imposible reconstruir en momento alguno la carta. Masqué con furor el pedazo en que estaba estampada mi firma, y luego, con repugnancia y asco, escupí.

»Esta es la verdad íntegra, completa, como no me hubiera atrevido a

decirtela cara a cara. Ahora ya sabes que no soy de vosotros digna; si quieres me denuncias, me maltratas, me escupes, como yo me he escupido a mí misma. No tengo fuerzas para más; el momento en que todo se ponga en claro será aquel en que, humillada e incapaz de luchar con la desesperación, dejará de vivir tu madre.»

Más de media hora tardó en acabar la lectura el anciano. Volvió varias veces a comenzarla, cotejó uno con otro varios párrafos. En el rostro impasible del mudo no apareció la menor señal de emoción ni de abatimiento.

Acercóse a la ventana, colocó la carta sobre una pequeña bandeja, encendió una cerilla y la prendió fuego.

Toda la confesión doliente ardió en un minuto en llamas intensas, que contempló inmóvil el veterano.

Sólo cuando la última chispa pareció errar, como un gusanillo de luz, en la última pavesa, el mudo se dirigió a la llave del conmutador y sumió la habitación en las hoscas tinieblas en que, desde hacía tres días, estaban sumergidas las almas.

IX

El activo don Zacarías dejó la pluma sobre el pupitre, afirmó en la nariz sus anteojos, pasó la mano sobre su calva reluciente y dijo al criado, que esperaba en pie, con un lápiz sobre la oreja y en la mano derecha un cepillo grasiento:

—Puede pasar ese caballero.

Era el despacho del prestamista una especie de cuchitril, en el cual papeles, prendas de vestir y libracos se encontraban en amable desorden. Sin duda era el personaje rechoncho y pulcramente afeitado muy amante de la puntualidad o gran conservador de prendas dejadas en depósito, porque de la pared pendían hasta tres relojes de péndola, y, sobre la mesa, como si temiera su dueño dormir a destiempo, lanzaba un sonoro tic tac un enorme despertador de níquel. La profusión de cuadros de los entrepaños contrastaba con la mezquindad del mueblaje, reducido a una mesa, un estante henchido de abultadas carpetas y dos sillas ocupadas por las ropas y los expedientes a que antes hemos hecho alusión.

No tardó en presentarse el nuevo cliente. Don Zacarías le analizó de pies a cabeza, de una certera aunque rapidísima ojeada. Vestía correcto traje de americana, y, sin duda, el asunto que le traía era por extremo apremiante, porque en sus facciones se advertía, a primera vista, la contracción nerviosa producida por largas horas de agitación.

Paseó una mirada indiferente sobre el tugurio y todos sus extraños objetos, como si la preocupación de sus propios asuntos le impidiera fijarse en todo detalle que con ellos no tuviera relación directa.

—Siéntese usted, ¡cáscaras!—dijo el prestamista, como si con aquella exclamación le hubiera hecho posible tamaña empresa.

El cliente miró a su alrededor, y, viendo ocupadas las dos únicas sillas por ropas y papeles, decidió, como era natural, continuar en pie.

—He visto su nota de usted—siguió el negociante, dibujando en su boca desdentada una forzada y más que importuna sonrisa—. Y siento decirle que nada podemos hacer. Usted es menor de edad y, además, oficial del Ejército. Ya sabe usted las dificultades que esto suscita. Hoy se hila muy delgado; sí, señor, muy delgado.

Y el hombrezuelo hizo con los dedos la señal de una extraña torsión, como si se dispusiera a retorcer un fragmento de cáñamo extraído de una invisible y fantástica rueca.

—Creo haber consignado en la nota—pronunció con voz nerviosa y entrecortada Julio, que él era y no otro el visitante—, que tomaría ese dinero a cualquier interés y que estoy dispuesto a firmar una cantidad muy superior a la que usted pueda facilitarme, respondiendo con las pagas que hayan de corresponder a mi empleo de segundo teniente.

—Eso se dice muy pronto, ¡cáscaras!

le interrumpió el vejete—. Pero ya no se admiten las retenciones ilimitadas, y, además, los contratos que se hicieren con un menor son nulos, con arreglo al artículo mil doscientos sesenta y tres del Código Civil.

—Sin embargo—insistió el oficial—, yo he oído que algunos menores se han procurado dinero en ocasiones análogas.

—Sí, señor—le interrumpió el honrado don Zacarías—. Si el menor afírmase que no lo es y presentase su cédula corriente, podría facilitársele el dinero, a reserva de procesarle, si no pagaba, por estafa. Pero para ello es preciso que su padre cuente con bienes de fortuna y que esté dispuesto a sacrificarlos, con tal de no ver a su heredero en la cárcel. Veamos, ¿es rico su papá de usted?

—No tiene sino su sueldo de catedrático—contestó Julio, a quien de todas suertes avergonzaba aquella proposición.

—En tal caso, no hacemos nada—dijo el usurero con flema—. Los que necesitan dinero creen que no hay más que venir a buscarlo, ¡cáscaras! Hoy mismo me escribe un anciano retirado pidiéndome que le facilite diez mil pesetas sobre... ¡asómbrese usted, amigo mío!, ¡sobre su palabra de honor! ¿Le parece a usted que esto tiene atadero? Luego se dice de nosotros, los que operamos sobre sueldos, que carecemos de conciencia y no sé cuántas majaderías. Pero nadie tira su fortuna por la ventana, ¡cáscaras! Digo, creo que estará usted conforme conmigo.

Julio no le escuchaba. Veía que su desdicha era irremediable, y toda la charla del prestamista sonaba en sus oídos como el enfadoso zumbido de un zángano.

—Lo más que puedo hacer por usted —dijo don Zacarías con voz melosa—, es procurarle ese dinero al ocho por ciento mensual, en el caso de que firme con usted, obligándose mancomunada y solidariamente, una persona de solvencia reconocida, a fin de que la persona que da el dinero pueda ejercitar el beneficio de excusión.

De toda aquella jerga sólo una cosa entendía Julio; que no había para él salvación posible. Murmuró unas cuantas palabras y salió de la habitación, seguido hasta la puerta por el usurero, que le decía con su acento dulzón e insoportable

—¿Qué le hemos de hacer? Yo quisiera servirle. Otra vez podré hacerlo, ¡cáscaras!

Se encontraba el oficial en la calle, desorientado, más que nunca perplejo. Las gentes pasaban a su lado con una indiferencia que le pareció brutal y agresiva. ¿Era así como se frustraba en sus comienzos toda una vida, sin que hubiera sobre la tierra medio humano de salvar del naufragio siquiera el propio nombre? ¿Cómo no habían pensado las gentes en asociarse para casos tales, en hallar medio decoroso de procurar una cantidad miserable a quien hubiera dado en aquellos momentos todo su porvenir y todas sus risueñas esperanzas por ella?

Un ansia vehemente, un deseo loco le asaltó en tan crítica situación; el de buscar al culpable de su desdicha y abofetearle, escupirle, destrozarle con sus manos y reducirle a polvo. No le conocía; pero imaginaba quién podría ser y recordaba su domicilio y su nombre. En su casa no habían entrado muchos amigos. Había oído hablar de Rafael, del lindo, del amable y pulcro Rafael. El era, sin duda, el canalla explotador de mujeres. Con paso precipitado recorrió calles, pasó encrucijadas, hasta llegar a un barrio apartado, un polvoriento y sucio suburbio, y encontrar en él una casa en cuyo portal tres chiquillos disputábanse en los azares de un juego primitivo la posesión de unos huesecillos de fruta.

—¿No vive aquí un señor que se llama don Rafael?—preguntó al más avispado y travieso.

—¿Don Rafael?—repitió el chicuelo, recogiendo en su delantal las ganancias—. ¿No es un señor alto, rubio, con el pelo rizado?

Julio quedó turbado. El no conocía al bandido. ¿Cómo iba a confrontar sus señas con las que le daba el jugador en ciernes?

—¿Uno muy guapo, muy orgulloso,

que lleva siempre las manos llenas de sortijas y huele muy bien a perfumes? —siguió el granujilla.

Sí, no cabía duda; aquél debía ser. Así se lo figuraba, engreído en sus fáciles triunfos, alhajado como un rastacuero, oliendo a opoponax como una cocota. El chiquelo le había retratado en dos frases.

—El mismo—contestó.

—Pues entonces—dijo el chiquillo—, no puede usted verle.

—¿Por qué?

—Porque hace cuatro días marchó a Barcelona. Dicen que va a embarcarse para no sé dónde; para un país que no recuerdo si es Méjico o el Perú.

Sintió Julio un violento golpe en el corazón. No le quedaba ni la satisfacción de abofetear y aplastar al infame. Dió una moneda de cobre al muchacho y volvió a la calle, más desesperado que nunca, mientras el granujilla decía a sus compañeros de juego:

—¡Con un hueso os he ganado sesenta y tres!

Estas palabras cambiaron el rumbo de las ideas del oficial. Con un huesecillo había desbancado el pequeño aventurero a sus camaradas. Recordó qué tenía en su cartera doscientas pesetas. A su paga primera se había unido un pequeño regalo en metálico del abuelo. ¿No podría él con aquella pequeña cantidad ganar en el juego lo suficiente para conquistar su salvación y su crédito? Corrió desalado en dirección al Círculo, en donde la partida debía ya haber comenzado a empeñarse. Ni siquiera pensó en que aquel mismo día debía presentarse, sin pretexto ni excusa, al coronel, por expirar su corta licencia.

Subió las escaleras del Círculo de dos en dos. No observó que, al pasar él, se separaban prudentemente algunos de sus compañeros de Academia. Entró resueltamente en la sala en que se jugaba al *baccarat*. Pero la fortuna le fué adversa; todo su dinero quedó allí.

Salió sudoroso y febril al salón de fumar. En un diván vió a dos amigos, que, al verle acercarse, se retiraron precipitadamente.

Tal conducta le desconcertó. ¿Habría su tío realizado la imprudente amenaza? ¿Sería su deshonor del dominio público? ¿Podía haber llegado a extremo semejante la absurda impetuosidad, la colérica ofuscación del mayor de los Fuentemora?

Cogió en sus manos un periódico militar. Fijó en él su mirada vaga y distraída. Pero de pronto ahogó un grito de espanto y sintió helarse la sangre en sus venas.

En el diario había impreso un suelto concebido en estas palabras:

«En los círculos militares se habla de una reunión que han de celebrar los oficiales de un regimiento de Caballería para juzgar de la conducta de un compañero suyo, al cual se acusa de haber cometido una acción deshonrosa.»

¿Se oscurecía la luz del sol, o eran sus ojos los que se negaban a ver? Comenzó a andar lenta, pausadamente. Le pareció que todo giraba en torno suyo. Maquinalmente se encaminó a casa de Fuentemora. Subió tropezando la escalera, llamó y entró sin ver al nuevo servidor, que le acogía con genuflexiones extrañas.

Entró en su habitación. Colgado de la percha del dormitorio estaba el revólver de reglamento, metido en su funda charolada. Julio sonrió amargamente al verle, como si hubiera encontrado a su único amigo.

Tendió hacia el arma su mano nerviosa. Pero otra mano firme y segura le contuvo. Volvióse y encontró en su presencia al abuelo.

Estaba pálido como él; como sus manos, las del anciano se crispaban heladas; como su frente, en la del veterano brillaba el sudor.

Sacó el abuelo de su cartera papel y lápiz, y ante la mirada extraviada del nieto, escribió con pulso seguro esta sola palabra:

«Mañana.»

X

Al día siguiente, Felipe Fuentemora, que había conciliado el sueño cerca del amanecer, se despertó cuando el reloj señalaba las nueve y cuarto. Tomó su baño acostumbrado, preparado desde la víspera, vistióse y oprimió el botón del llamador.

Uno de los nuevos criados se presentó cuando apenas el timbre había dejado de sonar.

—¿Quiere el señor que le sirva el desayuno? —preguntó con acento de respeto cortés.

—No—le contestó Fuentemora—. ¿Se ha levantado el señorito Julio?

—Lo ignoro—respondió el servidor—, porque nadie ha llamado ni salido de su habitación, excepto el señor mayor, que se levantó muy temprano y salió de caza.

—¿Que ha salido mi padre de caza? —preguntó asombrado Felipe—. Me extraña, porque no parecía que estaba de humor de diversiones.

—Escribió en la pizarra del recibidor que salía al campo a matar pajarillos. Aún puede el señor verlo escrito de su puño y letra.

—Está bien; puedes retirarte.

La conducta del viejo soldado comenzaba a exasperar a Felipe. Acostumbrado a la constante y forzosa reserva a que la mudez le obligaba, creía que, en ocasión tan crítica, debía haber sido con él, por escrito o por señas, bastante más explícito. Su obstinación en ocultarle la inversión que hacía del haber del retiro, su impasibilidad aparente ante la fechoría de su nieto, el aislamiento en que le dejaban, tanto él como Adela, cuando le dominaban el pesar y la cólera, le indignaban y enfurecían.

En esta situación le encontró a mediodía Joaquín Arizábal. El nuevo funcionario venía a saber lo ocurrido. No había instruido sumario alguno, convencido de su inutilidad y de la conveniencia de que lo sucedido permaneciera en el mayor misterio. Así, su estupefacción fué terrible cuando Fuentemora le dijo que, en un rapto de cólera, había escrito al coronel diciéndole que Julio le había sustraído diez mil pesetas y que deseaba que le amonestase.

—¿Qué has hecho, imprudente?—le increpó Joaquín—. ¿No has pensado que, lejos de buscar remedio al conflicto, le has agravado en términos que quizás no tengan solución? ¿Has creído que se trataba de un preceptor y un niño, cuando se trata de un coronel y un oficial, que puede ser expulsado del cuerpo en que sirve?

Iba a contestar el ex comerciante, cuando sonó repetidas veces el timbre, se oyeron portazos, voces, lamentos, y el criado entró en el despacho diciendo con voz alterada por la emoción:

—¡Señor, señor!

—¿Qué quieres?

—¡Ha ocurrido una gran desgracia! ¡Una cosa terrible!

—¿Qué es ello?

—¡Que su señor padre ha sufrido un accidente de caza y le traen mortalmente herido!

XI

Se condujo a don Ramiro al lecho. No había recobrado el sentido y de su costado manaba la sangre todavía, a pesar de haberle sido practicada en la Casa de Socorro la primera cura. El profesor que había sido encargado de realizarla había llegado también para vigilar al herido hasta tanto que fuera avisado el médico de cabecera. Su opinión no podía ser más desconsoladora: al anciano le quedaban pocas horas, acaso pocos minutos de vida. Había recibido en el costado toda la carga de la escopeta y tenía destrozado el pulmón; además estaba extenuado por la hemorragia.

Dos aldeanos, que habían oído la detonación, le habían encontrado en el campo y cargado su cuerpo sobre una acémila. En esta situación habían llegado al benéfico centro, en donde se pudo comprobar que el accidente debía haber sido casual y producido

seguramente por habérsele caído el arma al infeliz. No pudieron los aldeanos facilitar más datos, ni ellos eran precisos para saber que la catástrofe era absoluta e irremediable.

Momentos después se agrupaba alrededor del lecho toda la familia de Fuentemora. Adela, de rodillas junto a la cama y la cabeza apoyada en el borde del edredón, lloraba en silencio. Julio permanecía en pie, aturdido y convulso. Felipe, el hombretón fuerte y vigoroso, que tantas veces había luchado con la adversidad, se sentía aniquilado y gimoteaba como un niño, llevándose los ojos a los puños y sollozando ruidosamente. Ya no le importaba la ruina; ya no pensaba sino en la pérdida de aquel pobre viejo, cuya vida había sido un sacrificio constante y a quien debía tantas enseñanzas de virtud y de abnegación.

Arizábal les contemplaba emocionado profundamente, sin atreverse a pronunciar una frase que turbara el silencio solemne. ¿Qué especie de fatalidad pesaba sobre la familia de su antiguo amigo, tan feliz hacía ocho días y sumido ahora en tan grandes y varios infortunios? Y pensaba en el regreso del profesor su amigo, ignorante de que, al volver, debía encontrar la ruina y la muerte donde había dejado el bienestar y la vida.

Don Ramiro permanecía en el lecho yerto, exánime, con los ojos cerrados. Su noble cabeza descansaba en la almohada como un busto marmóreo. Su respiración, debilísima, apenas si hubiera sido capaz de mover la más leve pavesa.

Media hora larga transcurrió así; media hora interminable sin que entre los reunidos ante el lecho de muerte se cruzase una sola palabra, se formulase la menor queja ni reproche.

Al cabo de este tiempo se oyó un débil gemido y el moribundo abrió los ojos.

Todos entonces se acercaron, procurando recomponer el semblante, alterado por la emoción.

El mudo les miró fijamente, y luego, con un supremo esfuerzo, volvió la cabeza hacia una cartera que, por olvido o de propósito, había dejado antes de su salida sobre la mesita de noche.

—¿Quiere usted algo, padre?—preguntó Felipe, procurando que su voz apareciese serena.

El anciano agitó la cabeza suavemente, como en señal afirmativa.

—¿He de buscar algo en esta cartera?—insistió Felipe suponiendo que sería esto lo que le mandaba su padre.

La mirada afirmó de nuevo. Abrió la cartera Felipe y halló en su seno un papel abultado. Le desdobló y comenzó a leer en voz baja:

—Póliza número treinta y cinco mil cuatrocientos. Importe, quince mil pesetas.

Felipe se interrumpió horrorizado.

Para salvarle, el abuelo se sacrificaba. Era su nieto quien le había obligado a quitarse la vida, y el anciano infeliz procuraba redimir con su sangre la paz y la felicidad de los suyos.

—¿Qué ha hecho usted, padre?—sollozó.

Algo más tenía que decir el soldado, porque su mirada siguió fija e inmóvil en la cartera.

—¿Hay algo más dentro?—preguntó de nuevo el hijo atribulado.

—¡Sí!—dijeron los ojos del moribundo.

Volvió a registrar nerviosamente Felipe, y tras no pocas infructuosas pesquisas, logró hallar en uno de los escondrijos de la cartera un papel cuidadosamente doblado.

En el papel, la mano firme y segura del mudo había escrito textualmente:

«La pasión por el juego me ha perdido. Yo he sido quien ha robado las diez mil pesetas y quien ha comprometido al abnegado Julio, que se ha acusado por exculparme. Perdón. A ser posible, que nada sepa Federico.»

—¿Qué ha escrito usted aquí?—preguntó en alta voz Felipe, en el colmo de la estupefacción—. ¿Que usted ha sacado del cajón las diez mil pesetas?

El viejo volvió a decir que sí con los párpados.

—Pero ¿habla usted de veras o nos engaña?

El movimiento afirmativo de los párpados fué tan veloz, que Felipe quedó convencido.

—¡No, abuelito, no!—dijo sollozando el joven oficial—. ¡Es ya demasiado!

Fué tan imperiosa la mirada del moribundo, que dejó cortada la frase en sus labios.

—¿Es cierto o no lo que dice tu abuelo?—preguntó duramente Felipe.

—Es cierto—contestó el oficial bajando los ojos.

La mirada se fijó en él y pareció decirle, con inmensa ternura: «¡Gracias!»

Después, como si únicamente esperara a realizar esta confesión para dar por cumplido su destino en la tierra, el anciano cerró los ojos, dió un gran suspiro y dejó de existir.

Felipe se arrojó sobre el cuerpo del veterano y cubrió su pálido rostro de besos y lágrimas.

Julio, aturdido, avergonzado sin saber de qué, volvió la cabeza y miró a su madre.

Adela continuaba llorando en silencio.

FIN DE
«LA BALA FRÍA»
Y
«CÓMO DELINQUEN LOS VIEJOS»
DE
ANTONIO ZOZAYA
Y DE
«LA NOVELA CORTA ESPAÑOLA»

INDICE

INDICE

ESTUDIO PRELIMINAR:

La promoción de «El Cuento Semanal».—Signo, valor y trascendencia (1901-1920) ..... *Pág.* 9

LUIS ANTÓN DE OLMET (1886-1926):

Nota biobibliográfica 43

La risa del fauno:

Domingo 43
Lunes 50
Martes 52
Miércoles 53
Jueves 55
Viernes 55
Sábado 59

La verdad en la ilusión:

Prólogo a un hombre bárbaro y feliz, que vive sin penas y sin literatura 62
Cap. I 62
— II 66
— III 69
— IV 76
— V 80

JOAQUÍN BELDA (1880-¿1937?):

Nota biobibliográfica 87

Silvino Cordero, vota 87
El señor Manzanares 106

TOMÁS BORRÁS (1891):

Nota biobibliográfica 131

Lo mismo y siete mujeres:

Cap. I 131
— II 133
— III 134
— IV 136
— V 138
Cap VI ..... *Pág.* 139
— VII 140
— VIII 141
— IX 142
— X 144
— XI 145
— XII 147
— XIII 149
— XIV 150

Cuento del gato:

Cap. I 151
— II 153
— III 154
— IV 155
— V 156
— VI 157
— VII 158
— VIII 160
— IX 161
— X 162
— XI 164
— XII 165
— XIII 167
— XIV 168

MANUEL BUENO (1874-1936):

Nota biobibliográfica 173

Guillermo el apasionado:

Cap. I 173
— II 176
— III 181
— IV 192

En el umbral de la vida 193

CARMEN DE BURGOS («COLOMBINE») (1879-¿1933?):

Nota biobibliográfica 211

Villa María:

Cap. I 211

Cap. II ... Pág. 215
— III ... 217
— IV ... 217
— V ... 218
— VI ... 223
— VII ... 225
— VIII ... 227

Todos menos ése:

Cap. I ... 229
— II ... 232
— III ... 233
— IV ... 235
— V ... 237
— VI ... 239
— VII ... 240
— VIII ... 242
— IX ... 243
— X ... 244

Francisco Camba (1882-1947):

Nota biobibliográfica ... 249

El patriarca:

Cap. I ... 249
— II ... 250
— III ... 253
— IV ... 256
— V ... 258
— VI ... 260
— VII ... 262

La garra invisible:

Cap. I ... 265
— II ... 268
— III ... 270
— IV ... 271
— V ... 273
— VI ... 277
— VII ... 278

Rafael Cansinos Asséns (1883):

Nota biobibliográfica ... 285

La novia escamoteada (Evocación) ... 285

La amada fúnebre:

Cap. I ... 303
— II ... 306
— III ... 308
— IV ... 311
— V ... 314
— VI ... 315
— VII ... 316

Emilio Carrere (1881-1947):

Nota biobibliográfica ... Pág. 327

El reloj de San Plácido (Leyenda madrileña):

El diablo ronda el convento ... 327
El brujo ... 330
El brujo mensajero ... 332
Un lance de carnaval ... 334
El seductor ... 335
Otro brujo en escena ... 338
Derecho de asilo ... 341
Las lucidas mojigangas ... 344
La cara del diablo ... 345
El reloj del amor ... 347
La cita del amor ... 351
El reloj del amor y de la muerte. 353

El dolor de llegar:

Elogio de la media tostada ... 355
El encanto de una noche bohemia. 360
Las dos miserias ... 362
Intermedio sentimental ... 365
Ambrosio Niel, fabricante de almas. 368
Un barbero periodista ... 370
La voz del diablo ... 371
El dolor de llegar ... 378

Cristóbal de Castro (1880):

Nota biobibliográfica ... 383

Los hombres de hierro:

Cap. I.—Un nuevo aperador ... 383
— II.—El niño finolis ... 386
— III.—El sorteo ... 387
— IV.—La despedida ... 389
— V.—El ogro ... 391
— VI.—Un telegrama ... 394
— VII.—El rescate ... 396

La hija de Cromwell:

Cap. I.—El gamo de Hampton Court ... 398
— II.—Los niveladores ... 400
— III.—Lady Claypole ... 403
— IV.—La conjura ... 405
— V.—La conciencia ... 409
— VI.—Remember! ... 411

JOAQUÍN DICENTA (1863-1917):

Nota biobibliográfica ..... Pág. 415

Galerna:

Cap. I 415
— II 417
— III 420
— IV 422
— V 423
— VI 425
— VII 426
— VIII 428
— IX 430
— X 432

¡Quién fuera tú!:

Cap. I 432
— II 434
— III 437
— IV 439
— V 443
— VI 446
— VII 447

VICENTE DÍEZ DE TEJADA (1872-1940):

Nota biobibliográfica 453

Eros:

Cap. I 453
— II 457
— III 463
— IV 463
— V 468
— VI 473
— VII 477

El enemigo malo:

Cap. I.—«Sicut erat in principio». 480
— II.—«... et ne nos inducas in tentationem» 493

CONCHA ESPINA (1879):

Nota biobibliográfica 509

El jayón:

Cap. I.—Rosa de zarza. El jayón. El dardo de una sospecha. Amanecer... 509
— II.—El altar, la fuente y la luna. La sombra de una mujer. La señal de la cruz ... 511
— III.—Voces de la tierra. Historia de un amor. El mal del país. La pálida ventura Nueva esperanza ..... Pág. 512
Cap. IV.—El estigma. La sentencia del inocente. ¡Nadie lo sabrá! 514
— V.—La rueda del tiempo. Fraternidad. La conciencia y el corazón. Los ojos verdes. Vidas infelices 516
— VI.—Las flores de la nieve. Dicen los pastores... A la luz de un relámpago 517
— VII.—Ráfagas de tempestad. La selva muda. El cantar del agua. La huida. El grito celta 518
— VIII.—El resplandor de la tragedia. Camino del cielo. El beso del sol 520
— IX.—Horas de angustia. Lazo de dolor. La voz de la sangre 521
— X.—El día del perdón. Los peregrinos. Entre dos orillas. Almas que se buscan. Revelaciones. Sola en el mundo. Sueño de eternidad 522

Talín:

Cap. I.—El pájaro y la niña 524
— II.—El toro gilvo 526
— III.—La madre 527
— IV.—El sol 528
— V.—El mar 531
— VI.—El amor 532
— VII.—El dolor 534
— VIII.—El aire 536
— IX.—La sombra 537
— X.—El tramonto 539
— XI.—La luz 541

WENCESLAO FERNÁNDEZ FLÓREZ (1886):

Nota biobibliográfica 545

La caza de la mariposa:

Cap. I 545
— II 548
— III 553
— IV 559
— V 560

Aire de muerto:

Cap. I 565
— II 571

Cap. III ..... Pág. 574
— IV 577
— V 580

José Francés (1883):

Nota biobibliográfica 587

La telefonista:

Cap. I 587
— II 589
— III 589
— IV 592
— V 595
— VI 597
— VII 602
— VIII 606

El berilo azul:

La ciudad viuda 608
El hotel 609
El pasado 614
El presente 618
La hija 621
La viuda pisana 625

José García Mercadal (1883):

Nota biobibliográfica 629

El «paso» de Pajares:

Cap. I.—En marcha 629
— II.—La dama incógnita 631
— III.—Tras unas faldas 633
— IV.—¡Viajeros, al tren! 635
— V.—La muda habla 637
— VI.—El cura hace como que se va... y vuelve 640
— VII.—¡Al fin, solos! 642
— VIII.—Sermón de penitencia. 645
IX.—¡Al fin, besos... infantiles! 647
Epilogo 649

Federico García Sanchiz (1886):

Nota biobibliográfica 655

El caballerito del puerto:

Prólogo 655
Cap. I.—Dramatis personae 656
— II.—Aria de baritono 670
— III.—En los nidos de antaño. 686
Epilogo 699

El baile (Escenas del Barrio Latino antes de la guerra):

Cap. I ..... Pág. 702
Un vals antiguo 703
Otras nostalgias 705
Allegro 708
En los nidos de antaño 709
Cap. II 711
Diálogo casi trascendental 712
Los paraisos artificiales 717
Concertante 719
Cap. III 720

Ramón Gómez de la Serna (1888):

Nota biobibliográfica 727

La tormenta:

Cap. I 727
— II 731
— III 732
— IV 735
— V 736
— VI 738

El miedo al mar:

Cap. I 741
— II 744
— III 748
— IV 753

Andrés González Blanco (1888-1924):

Nota biobibliográfica 757

Regalo de Reyes (Novela de la vida de provincia):

Cap. I 757
— II 758
— III 759
— IV 761
— V 762
— VI 764
— VII 765
— VIII 766
— IX 768
— X 769
— XI 771
— XII 773
— XIII 774
— XIV 774
— XV 775
— XVI 775
— XVII 776
— XVIII 777
Epilogo 778

ALFONSO HERNÁNDEZ CATÁ (1885-1942):

Nota biobibliográfica ..... Pág. 783

La madrastra:

Cap. I 783
— II 786
— III 787
— IV 790
— V 793
— VI 796
— VII 798
— VIII 801
— IX 804
— X 807

Los ojos zarcos:

Cap. I 808
— II 811
— III 814
— IV 818
— V 822
— VI 826

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT (1886-1940):

Nota biobibliográfica 833

El seguro contra naufragio:

Primera parte:

Cap. I—La nave «Argos» 833
— II.—La cueva de las Parcas. 839
— III.—Con rumbo a la Cólquida. 843

Segunda parte:

— IV.—Las sirenas 848
— V.—Medea la encantadora ... 853
Epílogo.—Un poco ñoño y un poco sentimental, pero... verosímil..... 854

ALBERTO INSÚA (1885):

Nota biobibliográfica 859

En memoria de Víctor Bruzón:

Cap. I 859
— II 862
— III 863
— IV 864
— V 864
— VI 867
— VII 868
— VIII 870
— IX 872
Cap. X ..... Pág. 873
— XI 875
— XII 878

Tres líneas del «Matín»:

Cap. I 880
— II 882
— III 884
— IV 886
— V 887
— VI 888
— VII 889
— VIII 891
— IX 893

RICARDO LEÓN (1877-1943):

Nota biobibliográfica 899

Olla podrida:

Cap. I 899
— II 901
— III 903
— IV 906
— V 907
— VI 908
— VII 910
— VIII 911

RAFAEL LÓPEZ DE HARO (1876):

Nota biobibliográfica 917

Interior oscuro:

El hombre enlutado 917
Ella 918
El maderero 920
Verano 921
Crepúsculo 922
Estamos en el «cabaret» 923
La pregunta 925
Estupefacción 926
En busca del pasado 927
Ella otra vez 929
Mi médico y yo 930
Final 932

El hombre que se vió en el espejo:

Realidad+arte+ilusión=belleza 932
Dos hombres 934
Una mujer 936
La cadena 939
El espejo 941
Rivales 942

Canalla ..... Pág. 943
El drama 945
Lo implacable 947
Dos años despues 948

José López Pinillos (1875-1922):

Nota biobibliográfica 953

Cintas rojas:

Cap. I 953
— II 956
— III 966

Frente al mar:

Cap. I 971
— II 975
— III 978
— IV 980
— V 982
— VI 985
— VII 987
— VIII 990
— IX 992

Eduardo Marquina (1879-1946):

Nota biobibliográfica 997

Corneja siniestra:

Cap. I 997
— II 1000
— III 1004
— IV 1006
— V 1008
— VI 1010
— VII 1013
— VIII 1015
Epilogo 1016

La caravana:

Cap. I 1017
— II 1017
— III 1018
— IV 1019
— V 1019
— VI 1021
— VII 1023
— VIII 1024
— IX 1025
— X 1026
— XI 1027
— XII 1029
— XIII 1030
Cap. XIV ..... Pág. 1031
— XV 1031
— XVI 1035
— XVII 1035
— XVIII 1036
XIX 1036

Augusto Martínez Olmedilla (1880):

Nota biobibliográfica 1039

El coche de plata:

Cap. I.—Camino de la opulencia... 1039
— II.—Don Rodolfo de Spínola. 1042
— III.—Cena opipara 1044
— IV.—Harpagón 1045
— V.—La conciencia de Harpagón 1048
— VI.—Una visita 1050
— VII.—La marquesa de Robledaños 1052
— VIII.—Grandes acontecimientos 1054
— IX.—Ananké 1057
— X.—Coche de plata 1060

Redimida:

Cap. I.—Lili 1061
— II.—El espectro del pasado ... 1070
— III.—Finis, coronat opus ... 1075

Pedro Mata (1875-1946):

Nota biobibliográfica 1081

La excesiva bondad:

Cap. I 1081
— II 1084
— III 1086
— IV 1088
— V 1090
— VI 1091
— VII 1094
— VIII 1096
— IX 1099
— X 1100

El misterio de los ojos claros:

Cap. I 1102
— II 1105
— III 1107
— IV 1111
— V 1112
— VI 1114
— VII 1116

GABRIEL MIRÓ (1879-1930):

Nota biobibliográfica ... ... Pág. 1123

Nómada.

Cap. I ... 1123
— II ... 1124
— III ... 1125
— IV ... 1127
— V ... 1128
— VI ... 1129
— VII ... 1130
— VIII ... 1134
— IX ... 1135
— X ... 1137
— XI ... 1139
— XII ... 1140
— XIII ... 1142
— XIV ... 1143

La palma rota:

Cap. I ... 1145
— II ... 1149
— III ... 1152
— IV ... 1155
— V ... 1158
— VI ... 1160
— VII ... 1164
— VIII ... 1166
— IX ... 1168

ROBERTO MOLINA (1883):

Nota biobibliográfica 1173

Un veterano:

Cap. I.—Visiones de hospital. La primera impresión. El sanitario de guarda ... 1173
— II.—Un enfermo. El vagón de quintos. La gloria, el heroísmo, la música y el sol Novatada del plato. ¿Tengo carta? ¡Mi novia y mi madre! El contrabando ... 1178
— III.—La sala del tifus. Los baños. El delirio ... 1184
— IV.—La confesión. El agua bendita. ¡Ya eres veterano! 1189

Tinieblas:

Cap. I.—El maestro y el discípulo 1194
— II.—Tentación 1199
Cap. III.—El hogar Pág. 1202
— IV.—Triunfo y aventura ... 1204
— V.—El reverso del grande hombre ... 1207
— VI.—La catástrofe ... 1217
— VII.—Tinieblas ... 1218
— VIII.—El milagro ... 1224

EUGENIO NOEL (1885-1936):

Nota biobibliográfica 1229

Rayito de luz ... 1229

Amapola entre espigas:

Cap. I.—Allegro ma non troppo, un poco maestoso ... 1241
— II.—Molto vivace ... 1244
— III.—Scherzo ... 1249
— IV.—Adagio molto e cantabile 1252
— V.—Adagio divoto ... 1255
— VI.—Allá Marcia ... 1257

JOSÉ ORTIZ DE PINEDO (1881):

Nota biobibliográfica 1263

Casa de amor:

Cap. I ... 1263
— II ... 1265
— III ... 1263
— IV ... 1270
— V ... 1271
— VI ... 1273
— VII ... 1274
— VIII ... 1276
— IX ... 1279

La otra orilla:

Cap. I ... 1280
— II ... 1281
— III ... 1283
— IV ... 1285
— V ... 1286
— VI ... 1289
— VII ... 1290
— VIII ... 1292
— IX ... 1294

RAMÓN PÉREZ DE AYALA (1881):

Nota biobibliográfica 1299

Luz de domingo:

Cap. I ... 1299
— II ... 1302
— III ... 1304

Cap. IV ... Pág. 1306
— V ... 1310
— VI ... 1312
— VII ... 1314
— VIII ... 1315

La caída de los limones:

Cap. I ... 1317
— II ... 1318
— III ... 1320
— IV ... 1323
— V ... 1324
— VI ... 1325
— VII ... 1326
— VIII ... 1329
— IX ... 1332
— X ... 1333
— XI ... 1335

EMILIANO RAMÍREZ ANGEL (1883-1928):

Nota biobibliográfica ... 1341

De corazón a corazón:

Cap. I ... 1341
— II ... 1347
— III ... 1351
— IV ... 1356
— V ... 1360

Santiago el Verde:

Cap. I.—De la calle de Quiñones a una cena decisiva ... 1365
— II.—Desventuras por quince pliegos ... 1368
— III.—Los traidores ojos negros ... 1372
— IV.—Gajes del oficio ... 1376
— V.—Del corazón, de la cabeza y de otras cosas ... 1382
— VI.—Donde la autoridad, cumpliendo con su deber, pone un epílogo grotesco a ciertos dramas ... 1386

PEDRO DE RÉPIDE (1882-1948):

Nota biobibliográfica ... 1391

El solar de la bolera:

Cap. I ... 1391
— II ... 1392
— III ... 1394
— IV ... 1394
— V ... 1396
— VI ... 1397
Cap. VII ... Pág. 1398
— VIII ... 1399
— IX ... 1400
— X ... 1401
— XI ... 1402
— XII ... 1402
— XIII ... 1404
— XIV ... 1406
— XV ... 1406
— XVI ... 1407
— XVII ... 1408
— XVIII ... 1410

JOSÉ MARÍA SALAVERRÍA (1873-1940):

Nota biobibliográfica ... 1413

Mundo subterráneo:

Cap. I. Quién era yo y cómo penetré en la mina ... 1413
— II.—Cómo ocurrió la catástrofe ... 1415
— III.—Lo que inventé para no morirme ... 1417
— IV.—Luz para el cuerpo y para el alma ... 1419
— V.—Tropiezo con unos amigos. 1421
— VI.—Meditaciones ... 1423
— VII.—Me invade el desaliento. Cuestiones metafóricas ... 1425
— VIII.—El despertar ... 1428
— IX.—¡Libre!... ... 1431

El vagabundo inapetente (Del diario de un argentino sentimental):

Cap. I ... 1433
— II ... 1435
— III ... 1440

DIEGO SAN JOSÉ (1885):

Nota biobibliográfica ... 1445

La Niña de Plata:

Cap. I ... 1445
— II ... 1446
— III ... 1447
— IV ... 1449
— V ... 1449
— VI ... 1449
— VII ... 1451
— VIII ... 1452
— IX ... 1454
— X ... 1455
— XI ... 1457
— XII ... 1458

El alma al diablo (Novela un tanto fantástica):

Cap. I.—La ocupación de un hidalgo ..... *Pág.* 1460
— II.—En donde empieza la cuesta abajo 1462
— III.—En donde don Juan vende su alma al diablo 1466
— IV.—En donde don Juan comienza a disfrutar los beneficios del diabólico pacto ... 1469
— V.—Que es continuación del anterior 1471
— VI.—En donde don Juan cree haber encontrado el mayordomo que le convenía ... 1475
— VII.—En el que «Pocasbragas» resulta un administrador desastroso 1476
— VIII.—La casa de los duendes 1481
— IX.—En donde don Juan, tras de una romancesca aventura, viene a dar con el ángel de su guarda y tiene unas pesadumbres con el comprador de su alma 1483
— X.—La triste historia de Laurencia 1486
— XI.—Remanso de paz 1489
— XII.—En donde Laurencia rompe el pacto diabólico de su salvador 1489

FELIPE SASSONE (1884):

Nota biobibliográfica 1495

Carlos V, hombre extraño (Narración de estos y los otros días):

Cap. I 1495
— II 1499
— III 1501
— IV 1508
— V 1512
— VI 1520

Veintitrés, encarnado, impar y pasa:

Cap. I 1526
— II 1530
— III 1536
— IV 1538
— V 1540
— VI 1542

FRANCISCO VILLAESPESA (1877-1935):

Nota biobibliográfica ..... *Pág.* 1547

El caballero del Milagro:

Cap. I 1547
— II 1549
— III 1552
— IV 1554
— V 1556
— VI 1557
— VII 1559
— VIII 1560

Amigas viejas:

Cap. I 1560
— II 1561
— III 1563
— IV 1564
— V 1565
— VI 1566
— VII 1567
— VIII 1568
— IX 1569
— X 1570
— XI 1571
— XII 1572
— XIII 1572
— XIV 1572

EDUARDO ZAMACOIS (1876):

Nota biobibliográfica 1577

Rick 1577

Don Paco el «Temerario»:

Cap. I 1577
— II 1602
— III 1607
— IV 1612

ANTONIO ZOZAYA (1859-¿1938?):

Nota biobibliográfica 1621

La bala fría:

Cap. I 1621
— II 1623
— III 1624
— IV 1626
— V 1628
— VI 1630
— VII 1632
— VIII 1635

Cap. IX ..... Pág. 1626
— X 1628
— XI 1640
— XII 1641

Cómo delinquen los viejos:

Cap. I 1643
— II 1644
Cap. III ..... Pág. 1647
— IV 1648
— V 1650
— VI 1653
— VII 1655
— VIII 1657
— IX 1661
— X 1664
— XI 1664

579960

LS.C
S1583n

Sáinz de Robles, Federico Carlos
La novela corta española.

UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET